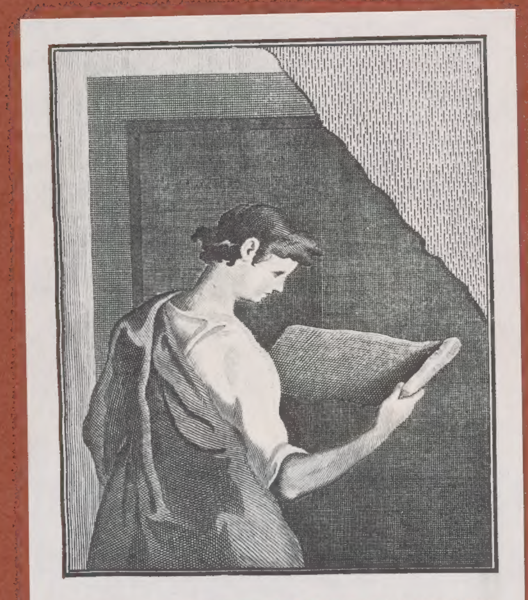
LA ILUSTRACION ARTISTICA



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO X.— AÑO 1891

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1891

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO X DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO X DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 5 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 471

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VÍSPERA DE REYES

I

Sabido es que, excepto las vísperas sicilianas, todas las vísperas valen más que los días. Por eso yo hago caso omiso del de Reyes, en el que pasa poco ó nada. En tal día hay capilla pública en Palacio, y el rey (no mago, sino el de España) estrena un traje que en los días sucesivos envía con gran ceremonia al duque de Híjar, que como conde de Ribadeo tiene este privilegio de vestuario. Siempre que llega semejante día pienso yo en el sinnúmero de arrobas de alcanfor que el susodicho Grande de España tendrá que consumir para conservar incólumes de polilla tantos trajes de reyes. La tropa se viste de gala: creo que en provincias, que de esto no estoy bien enterado, los capitanes generales reciben corte, y supongo que en todas partes los ó las que se llamen Gaspar, Melchor ó Bal-



ANTES DEL DESAFÍO, cuadro de A. Cassioli

tasar recibirán regalos de sus amigos pudientes y *sablazos* de sus amigos pobres.

Pare usted de contar.

Si se me permite diré que el gran día de Reyes es la víspera por la noche. Desde el anochecer se notan los síntomas. Los puestos de Santa Cruz se han repuesto de figuras de barro, entre las que descuellan, como es natural, los tres reyes viajeros, nuevecitos y *restaurados*, sin ninguna efusión de sangre. En la plaza Mayor sucede una cosa parecida: los cajones están llenos y los puestos atestados. Parece como que ha habido competencia entre la verdadera tía Javiera y la auténtica tía Rompechanclas, de Fuenlabrada, y las rosquillas de Villarejo, que tienen la propiedad de estar más tiernas cada día que pasa; pues lo cierto es que estos tres artefactos son más superfinos que los de Nochebuena.

Hay gentío y apreturas, pero con moderación, pues el desbarajuste y los excesos son privilegio exclusivo de la Natividad. Además, á la gente la pilla mohina y achicada, porque ha consumido ya en su mayor parte las pagas y aguinaldos. Así es que todo marcha al pelo.

Además, en la noche de Reyes se come y no se cena, y hasta bien entrada no se notan los efectos de la gula y del alcohol. En otro tiempo la trapatiesta empezaba más temprano; pero los adelantos de la civilización, que por fin ha llegado á los concejales, han privado á esta noche de su parte más pintoresca. Aun quedan vestigios, pero escasos, de aquellas indescriptibles comparsas que iban *¡á esperar á los Reyes!* Porque ahora, en los tiempos de la libertad, cada comparsa necesita para exhibirse una licencia que cuesta creo diez pesetas, y bueno era ir á esperar á los reyes gastándoselas en vino, pero no meterlas en las arcas municipales.

¡Qué comparsas! Un hombre ó mujer con una escalera al hombro, rodeado de una turba con hachones de resina encendidos; sucios á cual más, y vestidos de riguroso guiñapo, trotando por las calles á son de cencerro. El de la escalera va engañado ó lo parece. Dícesele para hacerle aceptar aquella carga que los reyes que vienen reparten á los que salen á recibirlos una moneda de cinco duros por barba y tres al que pone el mayor trabajo. Si es mujer joven se la hace creer que será azafata de la esposa de uno de los reyes, y que por sólo calzar á la reina tendrá un salario de treinta duros mensuales y manos puercas (como si pudieran estarlo más que las que ella tiene); si es muchacha se le adjudica el cargo de ama de llaves del cuartel de la escolta real, con lo que ella ve un porvenir de sisas y de chicoleos; y si está criando, se la promete la plaza de nodriza del heredero del rey negro á ver si le blanquea á fuerza de leche. Estas son las bases del engaño, que tienen variantes como hijas de imaginaciones alcoholizadas. Pero hay que llegar antes que las otras cuadrillas para que sean mayores las albricias, y el de la escalera corre, aunque tambaleándose, bajo el peso y sudando la gota gorda. Llegan á una esquina, el capataz de la cuadrilla manda hacer alto, el cirineo arrima la escalera á la pared, éste la sostiene, aquél sube, mira hacia cualquiera parte colocando las manos á guisa de pantalla y grita: «¡Por la Puerta de Bilbao!» y la acémila humana vuelve á cargar con la escalera, y todos á trotar hasta que en otra esquina de otro barrio distante se repite la escena, con sólo la variante de puerta por donde han de entrar los Reyes, que es la de Atocha, Recoletos ú otra cualquiera de las que ya no existen. Por supuesto, hay sus correspondientes paradas y libaciones en los templos de Baco, en las que al de la escalera le toca la menor parte. A veces éste, impaciente y derrengado, pregunta refiriéndose á los reyes: «¿Peru cuandu vienen?» porque suele ser gallego ó asturiano. A lo que se le contesta: «Ya no deben tardar: se habrán detenido en Móstoles ó en Bocigos.»

¡Y pensar que una diversión tan culta é inocente va á caer en desuso por culpa de la avaricia del Ayuntamiento!

II

Las vísperas de Año nuevo y de Reyes *se echan los años* ó los *estrechos* respectivamente; y voy á decir lo que es esto á los que nunca ó en estas épocas no han estado en Madrid. Desde anochecido se sitúan en muchas esquinas de las calles hombres ó mujeres (éstas son las más) que sentados en una silla al lado de una mesita pregonan:

«¡Motes nuevos y divertidos para damas y galanes!»

Los motes consisten en pliegos de papel de colores, divididos en tarjetas, en cada una de las que hay un trozo de poesía poco inspirada, expresando un concepto, pregunta, requiebro, petición ó cosa así: éstos pertenecen á los galanes. Las damas tienen también las suyas para contestar al dicharacho que se las espeta. Además hay otras tarjetas en blanco para llenarlas de nombres masculinos ó femeninos. Las familias reunen á sus parientes y amigos, y comprados los motes se escriben los nombres de los concurrentes en las tarjetas en blanco, uno en cada una, por supuesto; se echan las de las damas en un receptáculo (que suele ser un sombrero) y en otro las de los galanes, y se revuelven como las bolas de la lotería. Hecho esto, cualquiera, el que tiene mejor voz, saca una tarjeta femenina, y lee el nombre de la dama á quien pertenece; otro cómplice en el juego hace lo propio con el mote de un galán, y hete aquí constituída la pareja. Falta saber lo que ambos se dicen, para lo cual se leen dos tarjetas ó motes correspondientes á él ó á ella. Esto da lugar á contrasentidos que excitan la chacota general; por ejemplo, un galán ha *caído* de año ó de *estrecho* con una dama sexagenaria que no tiene en la cabeza ni un pelo para un remedio, por lo cual usa peluca, y su galán ó *estrecho* la dice:

Salí tu *estrecho* y quisiera,
simpática compañera,
como merced señalada,
una trenza perfumada
de tu hermosa cabellera.

¡Figúrense ustedes!

Yo no sé á ciencia cierta el origen de esta diversión doméstica, ni sé que nadie lo sepa. Registrando anales de la casa real austriaca, me encontré con la siguiente anécdota, que puede que tenga relación con la costumbre de *echar los estrechos*; el príncipe de Gales vino á la corte de Felipe IV por Pascua de Natividad, y como es natural, el rey de España trató de agasajar á su augusto huésped. Hubo *rua* en la *tela* del puente de Segovia, y *rua* en la calle Mayor, que presenció el príncipe desde los balcones de la casa del conde de Oñate; y como complemento de estos y otros festejos organizó el rey una justa con corridas de sortija, que debía celebrarse en la plaza del Buen Retiro, que han conocido todos los madrileños vivientes machuchos. Tropezóse con una dificultad: esta clase de fiestas siempre las presidía una dama, que solía ser la reina ó alguna infanta; pero á la sazón la reina se hallaba en cama á consecuencia de haber dado á luz al príncipe de Asturias don Carlos, y la infanta Margarita ausente. El de Gales sólo debía permanecer contados días en Madrid, y por esta razón no podía aplazarse el festejo. Tratóse, pues, de elegir entre las de la corte dama que le presidiese, y el rey estaba perplejo, por no desairar á ninguna. Así las cosas, celebróse un sarao íntimo en el palacio del Buen Retiro, con asistencia del príncipe inglés, y antes de que comenzara el baile emplazóse el rey en el comedio del salón, teniendo en la mano un par de primorosos chapines de raso azul bordados de oro, y dijo, dirigiéndose á las damas:

«Señoras: estos chapines, caídos del cielo, han sugerido al marqués de Bedmar una idea que someto á vuestra aprobación. Necesitamos una dama que presida el próximo festejo, y dejamos á la naturaleza la elección. Será reina de la fiesta la que se calce con más holgura estos chapines. ¿Estáis conformes?»

Ninguna de las damas contestó, pero todas fijaron sus ojos en los chapines, que por su pequeñez recordaban el zapatito de la Puerca Cenicienta.

«Pues manos á la obra,» prosiguió el rey, haciendo venir á una azafata para que descalzase y calzase á las señoras; tarea que de buen grado hubieran querido desempeñar la mayor parte de los caballeros allí presentes, incluso el monarca. Muchas damas, como españolas y linajudas, tenían confianza en su pie: algunas se declararon de antemano en derrota. La azafata fué haciendo su servicio por el orden en que aquéllas estaban sentadas y con las debidas precauciones de honestidad. Esforzábase en calzar el chapín, y encontrando absoluta imposibilidad, decía: «Estrecho,» y pasaba á hacer la prueba en otra dama; y así pasó cinco ó seis, hasta que llegó á la marquesa de Cogolludo, nuera del duque de Medinaceli y originaria de la casa de Alburquerque, á la cual calzó el chapín sin ninguna dificultad. Las damas restantes no quisieron disputarla el triunfo, y por consiguiente recayó en la susodicha marquesa la elección presidencial.

Ahora bien: ¿habrá alguna afinidad entre esta anécdota galante y la costumbre de *echar los estrechos*?

Yo veo alguna, aunque traída por un cabello.

III

Como la víspera de Reyes no es tan estrepitosa como la Nochebuena, los chisperos y granujas de los barrios bajos han tratado de animarla con las carreras de perros. A quince ó veinte de éstos, escogidos entre los más vigorosos, les atan á la cola, por medio de una cuerda que arrastra, grandes pedazos de hoja de lata, y sabido es el efecto que esta gracia produce en dichos animales. Los perros, que son muy nerviosos, al oir tan de cerca el ruido que produce el metal arrastrando, y que parece que los persigue, salen corriendo espantados, con

La jindama de un chusquel
cuando le atan en el rabo
un chocolatero viejo
los guasone é los muchachos,

como ha dicho Sanz Pérez en una pieza andaluza; y tras de ellos una turba de capitalistas, dignos émulos de los que lucen sus habilidades taurinas en las fiestas de novillos. Generalmente la agresión parte del confín bajo de la calle del Mesón de Paredes, admirablemente elegida, por ser una de las más estrechas y pasajeras de Madrid. Los perros suben por ella, ciegos, locos, frenéticos, en línea recta como el jabalí cuando es perseguido en la caza; más asustados aún por los gritos y chacota de la turba que va detrás y por los ladridos de otros perros que se les agregan como si quisieran jalearlos. Arremeten inconscientemente con todo, y todo lo atropellan; dan al traste con las cestas que los vendedores ambulantes tienen en el suelo; en las ondulaciones de su desalada carrera hacen chocar el metal que llevan arrastrando con el de las hornillas de freir chuletas que hay á la puerta de las tabernas; derriban viejos, niños y mujeres; rompen las muestras de telas que flotan en el dintel de los comercios, y se las llevan enredadas en la *maza*; se meten por entre las piernas de los agentes de orden público, que suelen estar parados y distraídos; deshacen las cuadrillas que van á esperar á los Reyes; dan en tierra con las mesitas donde se venden los *estrechos*, esparciendo los motes de damas y galanes; espantan los caballos de los coches, y aplastan los tenderetes de cristal y loza que en tal noche es permitido colocar en el suelo.

A veces los agentes, tambaleados y furiosos, sacan los sables y persiguen á los perros, que es lo mismo que seguir á alma que lleva el diablo; y entonces ¡qué dicha para la manada de capitalistas viendo en ridículo é impotente á la autoridad! Aquello no son voces ni silbidos, sino aullidos que sobresaltan á los que están quizá *echando los estrechos* y que se asoman despavoridos á los balcones. Pues ¡y si los perros, atravesando la plaza del Progreso, se meten por la calle de Barrio Nuevo, que es todavía más estrecha y pasajera que la del Mesón de Paredes! ¡Y si llegan á la plaza Mayor ó á la de Santa Cruz! ¡Oh! Entonces es la epopeya del escándalo.



MELILLA. – MERCADO EXTERIOR CONOCIDO POR LAS «BARRACAS.» (De una fotografía.)



MELILLA. – PUERTA DE ENTRADA. (De una fotografía.)

¿Cómo la autoridad no prohibe tales expansiones? ¡Oh! La autoridad puede hacerlo, directa ó indirectamente, inventando licencias, cuando se trata de seres casi racionales, como los de las cuadrillas de las escaleras; pero ¡vaya usted á entenderse con un perro con maza! En estos tiempos de cultura en los que no se pueden allanar los domicilios sin auto del juez, ¿cómo impedir que unos cuantos chuscos, en la inviolabilidad del hogar, *preparen* convenientemente á un perro y le suelten á la calle?



VISTA DE MELILLA DESDE EL FUERTE DE SAN LORENZO Y DEL FUERTE VICTORIA GRANDE. (De una fotografía.)

Los demócratas dicen que los Reyes se van. ¡Ojalá sigan viniendo todos los años, para que no se acaben tan edificantes escenas!

F. Moreno Godino

BOCETOS MARÍTIMOS

LA NOCHEBUENA Á BORDO

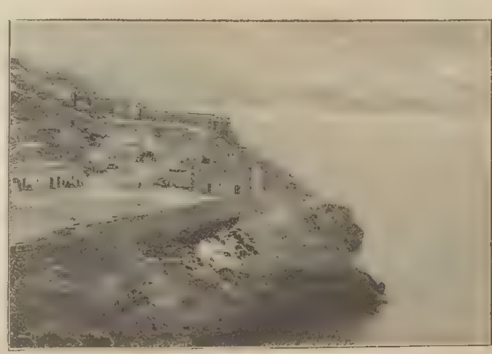
Yo no puedo recordar la Nochebuena que se pasa á bordo, sin experimentar al propio tiempo una honda pena; aquella animación, aquel bullicio que la acompañan me han parecido siempre violentos y fingidos; esfuerzos hechos para ocultar algo íntimo que más convida al recogimiento que impulsa á la expansión, pero que es preciso disimularlo y esconderlo bajo una triple capa compuesta de olvido para lo pasado, de indiferencia para lo porvenir y de resignación ante el presente: tres sentimientos muy propios para provocar movimientos automáticos, ó el reposo absoluto en quien los experimente, pero incapaces de conducir á nadie al entusiasmo; tan admirables, considerados como rémoras para encerrar á cualquiera en su casa, cuan impotentes son como móviles para sacar á nadie de sus casillas.

Pocas fechas habrá, en efecto, tal vez ninguna, en cuya celebración ruidosa coincidan tantas gentes como ocurre con la víspera de Navidad; hasta los ingleses, taciturnos y esplénicos de ordinario, *christmean* de lo lindo, y con ellos, aunque en sus respectivos países, los alemanes y todos los flemáticos hijos del Norte; entre nosotros los meridionales, va perdiendo esa fiesta, y loado sea Dios por ello, sus caracteres clásicos de escándalo público; pero las alegres llamas de los hogares domésticos brillan en ese día con mayor intensidad, envolviendo en unos mismos resplandores las canas del abuelo y los pelillos rubios del nietezuelo, que lo abraza sentado en el regazo de la madre feliz. Pues este cuadro, que todos hemos presenciado, más ó menos completo, no puede existir á bordo; pero reina y se cierne sobre las cabezas todas su recuerdo, produciendo los efectos que he referido antes, porque allí no hay bohemios, ni despreocupados á la violeta (léase *esprits forts*), ó no debe haberlos, y si alguno hubiere no tendría más remedio que dejar de serlo por un día siquiera; y una de dos: ó á divertirse, de dientes afuera, por lo menos, para no parecer ridículo, ó al camarote, con cualquier pretexto, para no descomponer demasiado la situación.

La verdad es que, en general, la alegría que se experimenta en Nochebuena tiene mucho de ficticio y extravagante; unos por otros, se divierten todos, al parecer; pero se toca á escribir ó á relatar impresiones personales recogidas en esa noche, y casi todas, algunas andan por ahí notabilísimas y en letras de molde, son tristes, ó están impregnadas, cuando menos, de cierto dejillo amargo; yo mismo, que no soy poeta, y en buena hora lo diga, ni gran escritor, como á la vista está, observo que este artículo va saliendo bastante sentimental, cosa que me carga mucho y que no puedo remediarla, sin embargo; yo traduzco mis impresiones como Dios me da á entender, pero procurando siempre ser un perro, en lo tocante á la fidelidad; si el artículo sale tristón es porque el asunto que trato no debe ser muy alegre. Yo creo, y lo diré entre paréntesis, que el elemento más poderoso que interviene en la formación de la alegría que experimenta el público por Nochebuena, es instintivo, y consiste en la esperanza que cada cual abriga para sí de que el año próximo, que se viene encima, no será, no podrá ser, tan malo como el que agoniza á la sazón;... y esto se repite todos los años y en todas partes. Pero dejémonos de filosofías y volvámonos á bordo.

¡Cuántas y cuántas Nochebuenas habrán pasado sin que nadie se acordara de celebrarlas á bordo de algunos buques! ¡Qué zozobras, en cambio, qué trabajos en ellos! Si yo me propusiera abusar de la sombra en este boceto, citaría ahora mismo con detalles más de un naufragio ocurrido en tal noche y con circunstancias horrorosas: para proporcionar citas de estas no se muestran avaros nunca, desgraciadamente, los anales marítimos; pero no aspiro á eso, y para evitar la tentación hablaré sólo de lo que suele suceder en un buque de guerra fondeado en puerto

Disminuída ya su dotación ordinaria por efecto de las licencias de Pascuas, aprovechadas por todos cuantos han podido, disminuye aún más en esa noche porque los marineros, soldados y clases natura-



MELILLA. – LA ALCAZABA. (De una fotografía.)

les de la localidad en la que se halla el buque reciben permiso para pasarla en compañía de sus parientes, y excusado es decir que lo utilizan hasta los cuñados en octavo grado, sin que pase por *primo* el comandante, pues ese día se hace con mucho gusto la vista gorda; mientras quede á bordo la gente indispensable para cubrir las guardias, las dotaciones de los botes y los demás servicios imprescindibles, toda la restante puede tomar el portalón, de lo cual se infiere que á bordo no quedan más que los «últimos monos», digámoslo así, por tocarles la bola negra de quedarse de guardia aquel día, por estar alejados de sus familias, por hallarse aislados en el mundo entonces y por andar escasos de dinero para emprender un viaje; escasez que, por mar y por tierra, constituye una de las más graves calamidades que pueden afligir á un hombre.

Con esto está justificado hasta los topes lo que dije al principio: que la animación y el bullicio que reinan á bordo semejante día me han parecido siempre violentos y fingidos. Los hay, á pesar de todo; y á quien los estudia para tomar apuntes, como me ha ocurrido á mí más de una vez, le causarían extrañeza si no estuviera ya, como yo estaba, al cabo de la calle; aquellos bravos muchachos realizan con un valor heroico, digno de todo encomio, el adagio español, marítimo principalmente, que recomienda poner al mal tiempo buena cara.

Y ellos cantan á proa que se las pelan, aprovechando el rato más largo de asueto que suele dárseles; y sale una guitarra, ó una gaita, ó las dos, y se presenta alguien que sabe tocarla y otro que canta y muchos que hacen coro, constituyendo un orfeón *anormal*, y con algún extraordinario en los artículos de comer, beber y arder, pastas, vinos y tabacos, ya está armada la Nochebuena con todos sus obligados adminículos.

Se empieza, por lo general, con villancicos más ó menos candorosos, y aderezados sucesivamente con las músicas que á ellos aplican en las distintas regiones de España que tienen representantes en el grupo; pero como que en realidad y de manera inconsciente para todos, lo que allí se festeja y se recuerda por cada uno, aunque otra cosa crean quizá ellos mismos, no es el nacimiento del Divino Niño que vino al mundo expresamente para redimirnos y casi lo consiguió, sino la familia ausente, la patria distante, los años pasados en tierra firme, sin disciplina rígida, ni servicio penoso, pronto el villancico monótono se trueca en algo que es personal y que revela dónde está el pensamiento del que canta, que no es en Belén seguramente; se trueca en vibrantes malagueñas, polos, *soleares* y *javeras*, en boca de los andaluces; en cadenciosas sardanas, por los catalanes y baleares; en melancólicas muñeiras, por los gallegos y asturianos; en animadas jotas, por los aragoneses y valencianos; en graves zortzicos, por los vascongados, y en alegres seguidillas por los demás, formándose, á poca gente que haya, una verdadera gresca, en la que figuran y se mezclan, aunque cada uno se entiende, todas las vivaces frases de que consta la original y riquísima música popular española; y allí se baila y se declama; y allí se ríe y allí hay también quien llora, pero sólo por dentro en aquel instante, aunque bien corren las lágrimas y bien mojan los rostros curtidos después, cuando el honradísimo marinero acude á quien le escribe las cartas para su casa, y le dice el hombre, casi haciendo pucheros, cuando llega á tocar tan delicado punto: «del día de Nochebuena, ponga Vd. que lo pasé muy bien; no dejé de pensar en aquellos pobres viejos!»... Lo mismo harían éstos: pensar en aquel hijo que tenían tan lejos...

Hasta que habla la ordenanza por conducto de un corneta, y se disuelve la reunión para tomar las camas los que la constituían; rezan la oración como todos los días, formados en cubierta, y bajan al sollado, donde cuelgan sus cois, se acuestan, duermen, y algunos sueñan, hasta que los despierta al amanecer la misma ordenanza, con sus trompetazos correspondientes, para que se pongan á trabajar. Y ya no hay más noches *buenas* hasta el año siguiente que trae UNA.

De manera que, como se ve, la única noche *buena* de que se disfruta á bordo, no es muy buena, muy buena, que digamos.

Federico Montaldo

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES DE LA ANTIGÜEDAD PREHISTÓRICA EGIPCIA Y ORIENTAL

Aunque no vamos á tratar del Arte desde el punto de vista de la teoría, sino de la Historia, creemos necesario, antes de comenzar la exposición de hechos, definir el concepto que tenemos del arte ornamental ó decorativo. Estos dos vocablos, sinónimos en su acepción lata, tienen distinto valor en su acepción restringida. Una estatua, un fresco, *pueden* ser decorativos por el carácter que se les dé para que formen parte de un conjunto, y un vaso, una joya, *deben* ser decorativos y ornamentales; de donde se infiere que la condición decorativa en los monumentos artísticos es relativa y la ornamental marca un carácter especialísimo en los monumentos arquitectónicos y en los productos artístico-industriales, cuyas formas se derivan de la Arquitectura. Lo dicho parece dar á entender que en el Arte hay dos clases de productos: decorativos y no decorativos. No falta quien crea que el arte decorativo ú ornamental ocupa un puesto inferior en la escala de las Bellas Artes, sin tener en cuenta que aquellas denominaciones se aplican á todos los productos de las Artes del Dibujo siempre que hayan sido concebidos y ejecutados con un fin decorativo. Y esta condición, no sólo la llevan los productos cerámicos, los metalúrgicos, las tallas, los mosaicos, los tapices, etc., sino los monumentos arquitectónicos, y en muchos casos los escultóricos y pictóricos. La Arquitectura, como arte madre, es la fuente, por decirlo así, del ornato y la base de toda composición decorativa. En cuanto á la escultura y la pintura, toda obra destinada á figurar aislada, sea cuadro, dibujo ó escultura, que reproduzca la naturaleza tal cual se nos ofrece ó tal como creemos verla, no es ni puede ser decorativo. La condición decorativa ú ornamental consiste en la expresión de la belleza por medio de elementos geométricos, naturales y fantásticos; pero elementos naturales, interpretados de un modo ornamental, traducidos en ornato ó por lo menos interpretados con carácter decorativo. La figura humana y las de animales y plantas, las creaciones imaginativas y los trazados y combinaciones geométricos son los tres modos de expresión decorativa; ó de otro modo, la Geometría, la Naturaleza y la Fantasía son las tres fuentes del arte ornamental y decorativo.

I

RUDIMENTOS DEL ARTE

El instinto decorativo en el hombre prehistórico debió manifestarse primeramente en el adorno personal. Los yacimientos cuaternarios han suministrado pruebas de este aserto en las cuentas de collar y objetos de suspensión formados por huesos de animales, conchas agujereadas y otros productos de la naturaleza, cuyo uso indumentario salta á la vista.

Por otra parte, se comprende sin esfuerzo que el primer tablero de que se sirviera el hombre para trazar sus primeros y caprichosos dibujos geométricos, cuya repetición le daría la idea de la simetría, debió ser la fina arena de las áridas llanuras ó de las costas mojadas de continuo por la acción de las aguas; y el día que el hombre prehistórico sacara partido de aquel entretenimiento, copiando sus infantiles composiciones geométricas en el arma ó bastón que le sirviera de distintivo jerárquico y en las piezas cerámicas que depositara en las tumbas, quedó inventado el arte ornamental. Con efecto, algunos vasos y algunos fragmentos de utensilios de hueso tallados, descubiertos en cavernas y dólmenes, ofrecen curiosos ejemplares de aquellos esbozos ornamentales.

Creemos, por consiguiente, que el adorno fué anterior á la gruta, á la cabaña y al dolmen, por cuanto el hombre prehistórico tuvo por primera vivienda la caverna en que desde luego le ofreció abrigo la naturaleza. Desnudas de ornato y aun faltas de labra aparecen las piedras de los dólmenes. Por consiguiente, la arquitectura no se amparó del ornato hasta los tiempos históricos; pudiéndose dar como característica de todo estado rudimentario de la cultura la aplicación del adorno exclusivamente al traje y á los objetos de uso.

Fijándonos en los ornatos cerámicos, á que se ha hecho referencia, conviene decir que están trazados con algún punzón de hueso ó de madera sobre la arcilla aún fresca del vaso, y que consisten en ziszás, en líneas onduladas, que muy luego se disponen en zonas, primero horizontales y después verticales, como sucede en los vasos de la Escandinavia, apareciendo también en estos una imagen sumamente sencilla de la palma alternada con fajas rectilíneas. Esta clase de adornos se perfeccionaron en la época de los metales, en la que algunos productos cerámicos llevan ya adornos de colores.

Cuando se trata de la infancia del arte ornamental se echa de ver en seguida la similitud que existe entre las obras de los pueblos prehistóricos de Occidente y las de las tribus salvajes de Africa, de América y de Oceanía, que aún se encuentran en un estado de cultura semejante al de aquéllos. Están unánimes los viajeros en declarar que por primitivo que sea el estado de cultura en que se encuentre un pueblo, la ornamentación se presenta como producto de un instinto. Por esa ambición innata en el hombre de producir algo bello, el salvaje se pintaba y se pinta el rostro y aun todo su cuerpo, con el doble fin de realzar ó desfigurar su expresión é infundir terror á sus enemigos. Semejante costumbre, que aparece asimismo en el Japón, llevó á los habitantes de Nueva Zelanda á pintar también los cadáveres; estas labores incisas, practicadas no hace ahora al caso por qué procedimiento, consisten en volutas, círculos, líneas onduladas y otras combinaciones geométricas de variados colores. Las telas indumentarias, tejidas con filamentos vegetales procedentes de las islas de Los Amigos, presentan labores sencillas cuyos motivos son recuadros, festones, líneas paralelas, estrellitas y ajedrezados, trazados con colores blanco, negro y rojo. Los dibujos de estos adornos están hechos por mujeres, que al efecto se valen de punzones para estampar, de forma triangular y romboidal, con los cuales hacen toda suerte de combinaciones. Estos ornatos evidentemente proceden de una observación instintiva de las formas de la naturaleza. El estampado fué el primer paso de la ornamentación de telas, y el segundo el tejido que producía combinaciones con filamentos ó hilos de distintos colores.

El adorno de la madera ó tallado es otra manifestación primitiva del arte *ornamental*, y ofrece puntos de analogía entre los diversos pueblos salvajes. Las armas, tales como mazas y mangos de hacha, están todas cubiertas de ornamentación menuda hecha con gran primor y trabajadas al rehundido, hallándose en ellas motivos de adorno calado. Los ejemplares conocidos proceden de Nueva Zelanda, de las islas Sandwich, y de las del mar del Sur. Los entalles están hechos con cuchillo, y el sistema general de ornamentación es el de alternar dos ó más motivos, cuando no son todos distintos, en fajas regulares y paralelas. Algunas veces aparece la figura humana, aunque representada de un modo muy rudimentario, infantil, empleada como elemento decorativo, alternando con fajas de líneas curvas ó medias lunas caladas, ziszás y otros adornos geométricos. Los ejemplares más curiosos de este género proceden de las islas de Los Amigos.

Las canoas de Nueva Guinea y de Nueva Zelanda demuestran á qué grado de perfección llegó en tales países la talla ornamental. Sus proas y sus costados ofrecen mascarones, trazados geométricos y composiciones caprichosas hábilmente dispuestas. En una proa de Nueva Guinea se ve un motivo, la trenza, harto frecuente en obras romanas, especialmente en mosaicos.

II

ARTE EGIPCIO

Un ilustre escritor, Owen Jones, después de consignar que en el arte egipcio no se hallan señales de infancia ni de influencia extranjera, toda vez que no se le conoce anterior en el proceso de las civilizaciones históricas, acaba por afirmar que los egipcios tomaban sus inspiraciones directamente de las fuentes de la naturaleza, como lo confirma el examen del ornato egipcio cuyos tipos, poco numerosos, son todos naturales y su interpretación no se aparta del original más que muy ligeramente. Observa el mismo autor que á medida que se desciende en la escala del Arte, éste se manifiesta más alejado de los tipos originales, hasta el punto de que en las exornaciones árabes es difícil descubrir el tipo original de donde la fantasía ha traducido el ornato. En verdad que el arte egipcio es un arte joven, original y sencillo, y su característica, aquel espiritualismo simbólico y casi jeroglífico, se encuentra más que en ninguna de sus manifestaciones en los adornos que embellecen y cubren con profusión los monumentos y las creaciones plásticas industriales y suntuarias. La mayor parte de los elementos decorativos de Egipto son símbolos, y aunque están tomados de la naturaleza, en su expresión artística ó plástica tienen algo de convencional; los contornos son muy sobrios y la coloración consiste en tintas uniformes, sin sombras, empleadas de un modo tan arbitrario como la forma. Justamente en el empleo de tintas uniformes, en la buena combinación de diversos colores y en esa sobriedad y firmeza de dibujo estriban los caracteres eminentemente decorativos de aquel arte. Otra particularidad distintiva es el empleo de la escritura jeroglífica como elemento decorativo, de un modo semejante al modo como los mahometanos emplearon los caracteres cúficos y aun los africanos, siendo el arte egipcio, el de la América precolombiana y el árabe los únicos en que se da este caso. El tradicionalismo religioso que en Egipto obligó á las artes á repetir tipos consagrados, es un dato



¡AL ASALTO!, dibujo de Stanley Berkele

que tampoco hay que perder de vista para juzgar la ornamentación egipcia.

Los adornos egipcios se pueden clasificar en tres agrupaciones: el elemento ornamental, que forma parte del monumento mismo; el ornato representativo, y el adorno puramente decorativo.

Por lo que hace á la arquitectura, Owen Jones cree que en tiempos remotos los egipcios debieron tener por costumbre el decorar con flores del país los pilares de madera de sus templos; y cuando el arte tomó un carácter más permanente, esta costumbre se consolidó, por decirlo así, en sus monumentos de piedra. Los soportes son los miembros arquitectónicos que más se prestaron desde luego á la decoración, y los egipcios imitaron en la columna la planta del papiro, que es de grandes dimensiones, bien que ésta en las columnas variase desde algunos pies hasta cuarenta ó sesenta que miden las de Luksor y Karnak. La base de la columna representa la raíz del papiro, el fuste el tallo y el capitel la flor abierta. A veces la columna está formada por un haz de troncos de papiro. No es sólo el papiro, sino también el loto la flor elegida para la ornamentación de las columnas, especialmente en los capiteles. En algunos de éstos, como en los de las columnas mayores del templo de Luksor, se encuentran alternadas las flores del papiro y de loto; en este caso las de una y otra planta aparecen en series superpuestas, revistiendo al capitel. La palmera sólo aparece representada por excepción en los capiteles del pórtico de Edfú.

Los entablamentos de las construcciones egipcias, así como los dinteles de las puertas, llevan por motivo ornamental constante el disco solar ó el buitre, ambos con las alas extendidas y rectas, estando el resto adornado con símbolos y jeroglíficos. En los monumentos del antiguo Imperio menfita, en las tumbas denominadas *mastavas*, se usó mucho de un sistema de decoración exterior, consistente en una imitación de las construcciones ensambladas ó de madera de los tiempos primitivos.

Con respecto á la decoración representativa, los muros de los templos y de las tumbas ofrecen en bajos relieves y pinturas curiosas composiciones que nos dan á conocer diversos actos de la vida religiosa, doméstica, agrícola y aun militar del pueblo egipcio. Todos los detalles están reproducidos de un modo convencional, aunque se advierte que aquellos artistas tuvieron como un prurito de reproducir con toda sinceridad y con todos sus detalles la naturaleza. En dichas composiciones hay cierta simetría decorativa, y hasta los mismos convencionalismos, constantes en las artes figurativas del Egipto, tales como el representar los hombros de la figura humana de frente y la cabeza y las extremidades de perfil, parecen obedecer á cierto instinto decorativo. Aquel *hieratismo*, aquel carácter inmutable y tradicional que hay en la simbología egipcia, y que se traduce por una seguridad de líneas y una severidad de formas verdaderamente admirables, contribuye poderosamente á dar á los tipos plásticos y simbólicos una fisonomía ornamental muy marcada.

Las composiciones geométricas, en que lo original y sencillo del trazado es tan admirable como la bella combinación de colores, se encuentran en los muros, frisos y techumbres del interior de las tumbas y demás monumentos y con gran profusión en los productos industriales. Entre éstos, los ataúdes de las momias son modelos acabados de ornamentación delicada y bien repartida. Los pintores reproducían con mucha frecuencia los productos de la industria textil, que comenzó por tejidos de esparto para formar prendas de vestir y esterillas que empleaban en las casas, bien para sentarse ó tenderse encima, bien para resguardarse en las azoteas de los rayos del sol. La idea de teñir el esparto y combinar en el tejido los colores de una manera armónica y regular debió dar la primera nota del ornato y de la composición geométrica. En cuanto á las telas que aparecen reproducidas en los muros á modo de tapicerías sujetas con cordones, tienen por motivos principales los círculos tangentes, que producen un sistema de ornamentación continuo, igual al que más tarde aparece en el arte bizantino, y las volutas enlazadas y combinadas de modo que dejan espacios triangulares ocupados por el capullo del loto, el *bucráneo* del toro Apis ú otra figura semejante. Otro motivo de carácter griego, aunque no traiga su origen de la Grecia, cual es el *meandro ó greca*, aparece también en los frisos egipcios, habiendo ejemplares de las dos clases de *meandros:* el originado por el cuadrado y el engendrado por la voluta, generalmente llamado onda. También son frecuentes las imbricaciones. En los frisos inferiores de las habitaciones sirven de ornato casi constante los tallos y flores de loto ó los de loto y papiro alternados, plantas acuáticas, que suelen surgir de onduladas aguas, y entre las cuales aparecen alguna vez animales característicos. Los frisos superiores llevan leyendas jeroglíficas; sobre ellos corre un baquetón ó moldura semicircular, vistosamente coloreada, y sobre esta se alza la cornisa formando escocia donde campea el disco solar ó el buitre real alados. Las techumbres tienen por motivo obligado el cielo azul con las estrellas doradas de cinco puntas y á veces aves voladoras. La arquitectura egipcia es perfectamente policrómata: todos sus miembros y sus ornatos están cubiertos con colores, siendo verdaderamente admirable el buen gusto con que éstos están combinados sin que el conjunto aparezca chillón, siendo así que no empleaban nunca medias tintas, ni sombras ni degradaciones, sino tintas lisas. Los colores usados por los egipcios eran rojo, azul, amarillo, verde, negro, blanco, pardo y oro; los más dominantes son los cuatro primeros. Según Owen Jones, todos los períodos arcaicos del arte se distinguen por el empleo de los colores primarios azul, rojo y amarillo; pero la simple observación de los monumentos y objetos egipcios convence de la simpatía por el color verde que existía en aquel pueblo.

Cuantos ornatos quedan descritos están coloreados; las flores del loto, de los capiteles y de los frisos aparecen pintadas de azul y de verde, aunque este tono parece que es más característico de los lotos del período ptolemaico. En los capullos de los frisos hay pétalos amarillos y rojos, que aunque desfiguren la verdad producen un precioso efecto decorativo.

Estas bellas combinaciones de ornatos y de colores se ven en los trajes y en todos sus accesorios, como las esclavinas *oskh*, los tocados de tela ó *clafts*, el *mandil real*, etc. En cuanto á las joyas, especialmente las esmaltadas por el sistema de encasetonado, aparecen los colores separados por líneas doradas que acusan todos los contornos y dintornos de las figuras de ave, de serpiente, de grifo, de loto, etc., prestando á la composición decorativa rico y vistoso efecto. Las vestiduras á modo de malla que aun conservan algunas momias y hasta la disposición de vendas, pectorales, amuletos, etc., que las mismas ofrecen, revelan el instinto decorativo del pueblo egipcio.

III

LAS ARTES ORIENTALES

El arte oriental acusa en todos sus detalles, inclu so en los ornamentales, el origen egipcio de no pocos de sus elementos. Sin embargo, las formas suaves y redondas de la escultura egipcia fueron reemplazadas en Asiria por otras más vigorosas y acentuadas, que revelan un paso más decisivo en la imitación del natural. Esta indicación viene al caso para hacer constar la diferencia que existe entre las artes de los dos pueblos á que nos referimos. El arte asirio tiene un carácter eminentemente escultórico, al paso que el egipcio le tiene pictórico; lo cual explica el hecho de que la ornamentación arquitectónica asiria sea sobria de detalles y más monumental que esencialmente decorativa. No quiere esto decir que en Asiria no se hiciera uso de la decoración polícroma de que son excelente muestra los azulejos de revestimiento descubiertos en Korsabad y las pinturas de Ninrud. Tampoco se crea por lo dicho más arriba que el exterior de los monumentos asirios, á juzgar por las reconstrucciones que de sus ruinas han podido hacer los arqueólogos, estaba desprovisto de ornatos y policromías; pues los bajo-relieves monumentales estaban completamente pintados ó dorados y argentados, los pórticos y peristilos cubiertos con láminas de plata y de oro, las hojas de las puertas revestidas con placas de bronce repujado, y los arcos de ingreso, cuyos soportes eran los toros alados, tenían guarnecidas sus archivoltas con azulejos de preciosos colores; todo lo cual debía ofrecer un bellísimo conjunto decorativo y vistoso.

La influencia egipcia en la ornamentación oriental es patente en monumentos como los de Persépolis, posteriores á la conquista del Egipto por Cambises; pero esta influencia, más que en el ornato propiamente dicho, está en los símbolos, tales como el globo ó disco solar alado y la flor del loto; por lo demás, la semejanza con el Egipto en la manera de ornamentar es producto, más que de una imitación, de una manera análoga de concebir en el arte.

A pesar de que, como queda dicho, los asirios se acercaron más que los egipcios al naturalismo, no por eso sus ornatos dejan de responder á un convencionalismo en cierto modo *hierático*. Y hasta aquel mismo vigor y exuberancia de formas con que acentuaron el natural en las obras escultóricas, tiene mucho de decorativo, no sólo en los relieves monumentales, sino en las composiciones de azulejos cuyos motivos son leones y quimeras esmaltados de amarillo sobre fondo azul. Este modo de expresar decorando es muy de tenerse en cuenta, porque representa un segundo paso en la historia de la ornamentación. Como elementos decorativos pueden señalarse en Asiria los círculos radiados, las estrellas, los ajedrezados, las almenas escalonadas, el rosetón y las fajas formadas por una sucesión de círculos. En cuanto á la ornamentación vegetal, es en Oriente menos frecuente que en Egipto; pero se manifiesta en composiciones de tallos enlazados y flores cuyos pétalos abiertos forman la *palmeta*, adorno que después aparece en Grecia. A veces estas palmetas ofrecen por la disposición de colores aspecto de abanicos de plumas. Los motivos de flores de loto, bien en serie, bien en la agrupación de cuatro, partiendo de un florón dentro de un cuadrado, aparecen con colores más severos que en Egipto. Los colores empleados por los asirios fueron azul, rojo, tierra roja ó color castaño, blanco y negro para los ornatos pintados; azul, rojo y oro para los ornatos esculpidos, y verde anaranjado, ocre, blanco y negro para los azulejos. El color dominante, sobre todo en los fondos, es el azul. Los trajes asirios, á juzgar por los relieves figurativos, eran muy lujosos y en ellos se empleaban telas historiadas con flecos y borlones de primorosa labor.

Todo lo dicho respecto de Asiria es aplicable á la Persia, de cuyos escasos monumentos se ha hecho mención. Las recientes excavaciones practicadas en Susania han puesto de manifiesto hermosos paramentos de azulejos con figuras de relieve y esmaltadas de arqueros, de leones, etc., que obedecen al mismo sistema de decoración polícroma.

Del arte fenicio apenas puede formarse idea por las ruinas arquitectónicas, pues éstas son escasas; hay que juzgarle por los productos industriales. Su característica es la amalgama de elementos egipcios y asirios, interpretados á la ligera. El ornato fenicio propiamente dicho hay que buscarle en las piezas cerámicas y en especial en los vasos de Chipre. Esta ornamentación cerámica, trazada con tintas rojiza y parda sobre la arcilla seca, después de la cocción, consiste en trazados geométricos muy sencillos, ajedrezados, círculos y rosetones, losanjes y cuadrados divididos por diagonales; todos estos motivos repartidos en distintas zonas, que cubren el cuello y parte de la panza de los vasos. Algunos de estos motivos recuerdan los que se ven en la cerámica americana. Las denominadas copas asirias, escudillas metálicas cuyo origen fenicio está demostrado, presentan zonas alternadas adornadas con flores de loto y con figuras de carácter egipcio ó asirio.

La indumentaria de las esculturas de Chipre presenta adornos minuciosos y delicados, como esclavinas semejantes á las egipcias, collares, brazaletes, peinados y tocados de sumo interés y cuyos caracteres artísticos pueden comprenderse por lo ya dicho.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

IV

ITALIA

El reino de Italia está sometido al régimen constitucional, y su Constitución es el *Statuto*, prometido por Carlos Alberto, rey de Cerdeña, á sus súbditos, en 8 de febrero de 1848, y el cual se promulgó el 4 de marzo siguiente. Se compone de ochenta y cuatro artículos, y el primero dice: *La religión católica, apostólica, romana, es la religión del Estado.*

Se dispone que el poder legislativo se ejerza colectivamente por el rey y las dos cámaras. Solamente el monarca tiene el poder ejecutivo; manda el ejército y la armada, declara la guerra, hace tratados de paz, de alianza, de comercio, etc., y lo pone en conocimiento de las cámaras en cuanto lo permiten el interés y la seguridad del Estado.

Las dos cámaras tienen derechos iguales; pero toda ley para imponer contribuciones ó que exija la aceptación de los presupuestos debe ser presentada primeramente á la cámara de diputados. Estos últimos y los senadores son los únicos jueces para la verificación de los poderes de sus colegas respectivos.

Los senadores, cuyo número es ilimitado, que el rey nombra, y cuyo cargo es perpetuo, deben tener cuarenta años cumplidos y pertenecer á cualquiera de las veintiuna categorías especificadas en un artículo del *Statuto:* obispos, diputados después de tres legislaturas, ministros, embajadores y plenipotenciarios después de tres años de ejercer cargo, la alta magistratura, generales y almirantes á los cinco de actividad, lo mismo que los consejeros de Estado, y los individuos de la academia y del consejo superior de instrucción pública á los siete años de grados. También se concede el derecho á *los que por servicios ó méritos eminentes hayan ilustrado la patria*, y á los



PALACIO DEL PARLAMENTO ITALIANO EN ROMA

súbditos que durante tres años hayan pagado 3 000 liras de impuestos directos, propietarios ó industriales.

Los príncipes de la casa real entran en el senado á los veintiún años y votan á los veinticinco.

El senado se puede constituir en alto tribunal de justicia para juzgar los crímenes de alta traición, á los que atentan á la seguridad del Estado y á los ministros á quienes la cámara de los diputados acuse. Excepto el caso de flagrante delito, ningún senador puede ser detenido sin orden especial del cuerpo á que pertenece, único juez de los individuos que le componen.

El rey nombra el presidente y los vicepresidentes del senado. El presupuesto de éste es de 500.000 liras anuales.

Para poder optar al cargo de diputado es preciso ser súbdito del rey, tener treinta años cumplidos y gozar de todos los derechos civiles y políticos. Los diputados se eligen para cinco años y nombran el presidente y vicepresidentes de la cámara. Sin consentimiento de ésta ninguno puede ser detenido.

La ley actual fija el número de diputados en 508, y en 135 el de colegios electorales, distribuídos en las 69 provincias del reino. Se vota por escrutinio de lista. Los colegios de 5 diputados no pueden ser menos de 33 ni más de 38, y en los puntos donde se deben nombrar 5, cada elector no puede inscribir en su papeleta más de cuatro nombres, pues debe dejarse lugar para las minorías.

Cada colegio se divide en secciones de manera que los electores no excedan de 400 ni bajen de 100. Cuando se hizo esta ley contábanse en Italia 28.953.480 habitantes, mientras que ahora hay cerca de 30 millones.

El presupuesto de la Cámara de los diputados es de unas 850.000 liras anuales.

Los senadores y diputados no reciben retribución ni se les indemniza en modo alguno; el Estado paga solamente sus viajes por las vías férreas ó los buques subvencionados por el tesoro público. Estos viajes cuestan unas 800.000 liras anuales.

El rey convoca los colegios electorales. En la mañana del día que se ha de votar, instálase en cada uno de aquéllos por un funcionario de la autoridad judicial una oficina provisional, y los veinte electores que primero llegan son los que forman la mesa. La operación dura un día, desde las nueve á las cuatro: toda papeleta debe llenarse y firmarse por el elector, después de anotarse que participa en la votación. La urna debe ser de cristal.

Para ser elector cumplido es preciso tener veintiún años cumplidos y disfrutar de los derechos civiles, sea por nacimiento ó por origen. Todo individuo que sin pertenecer al reino sea italiano tendrá los mismos derechos, con tal que haya obtenido la naturalización por carta real, prestando juramento de fidelidad al rey. *A fortiori* son electores los que tienen títulos de las escuelas superiores, los individuos condecorados, los empleados en activo servicio ó que disfruten de retiro y los soldados que por su instrucción quedan exentos de la escuela del regimiento después de dos años de servicio. También son electores los que, sabiendo leer y escribir, no pagan menos de 1.980 liras de contribuciones directas, los arrendadores cuyo contrato no baja de 300, los colonos en participación si su tierra no paga menos de 80, los que, administrando sus bienes, satisfacen el mismo impuesto y los que pagan más de 130 á 400 de alquileres, según los distritos donde habitan, teniendo en cuenta la población de 2.500 á 150.000 habitantes.

Las listas electorales quedan abiertas todo el año en cada distrito. Desde el 15 al 30 de enero el alcalde llama á la población para que se corrijan las inscripciones si fuere necesario; y terminado este período, la junta de distrito hace, durante el mes de febrero, los cambios que se indicaren. El consejo comunal, ante el cual se puede reclamar si hay lugar á ello, aprueba las listas, y después se publican, presentándolas á la diputación provincial y al prefecto, que las aprueba definitivamente.

En los ocho días que preceden á la elección, cada elector recibe una papeleta, con la cual va á votar.

Los eclesiásticos no pueden ser elegidos en los distritos donde tienen su jurisdicción.

Evalúase en 2.420.527 el número de electores inscritos con derecho á votar, pues se exceptúan los soldados en activo servicio.

Las personas sensatas creen en general que el régimen presente no puede durar mucho en Italia, porque no es completo. En todo régimen constitucional, en efecto, es preciso oponer al menos franquicias locales á la omnipotencia parlamentaria.

El gabinete italiano se compone de diez ministros, entre los cuales figura el presidente del Consejo; cada uno de ellos, excepto el último, tienen un subsecretario de Estado que puede sustituirle ante las cámaras. En el Gabinete actual, cuyo presidente es M. Crispi, hay trece ministros y subsecretarios de Estado diputados y tres senadores.

Muy difícil es distinguir los partidos políticos en el parlamento italiano, pues no están disciplinados ni obedecen á jefes, y por otra parte, no hay hombres capaces de dirigir. Solamente quedan restos de los antiguos partidos, y así es que los últimos que llegan, no sabiendo dónde ir, fluctúan entre la política oficial y la personal.

En el parlamento no hay verdaderos hombres de Estado, aunque sí diputados inteligentes muy instruídos en materia de derecho, de hacienda, de economía política y de obras públicas, pero incapaces de llevar á bien los grandes asuntos. Exceptuando Cavour, Visconti Venosta y últimamente Mansini, la cámara no ha dado todavía un ministro de Estado; siempre se tomaron del cuerpo diplomático, y esto se concibe muy bien, pues el hombre de Estado necesita hacer aprendizaje, y no puede en un país que con el *Statuto* únicamente tiene el ideal de vivir tranquilamente.

En la cámara italiana todos los diputados quieren ser capitanes, y ni uno solo consiente en figurar como soldado.

En la cámara actual, además de los trece diputados que, como ya hemos dicho, son ministros ó subcretarios de Estado, cuéntanse treinta y tres que ya han tomado parte, con los mismos títulos, en la dirección del país, y entre ellos figuran hombres de gran porvenir.

En cuanto al senado, es más bien un cementerio que un campo de batalla. Los hombres que le componen han prestado importantes servicios al país, pero viven aislados y fuera de las luchas políticas. Difícil sería elegir entre los senadores un presidente de Consejo que fuese aprobado por la cámara.

El número de senadores no pasa de 350; pero los más viven en su país, y es raro que excedan de 100 los que asisten á las sesiones senatoriales.

El parlamento italiano celebra las suyas en un grandioso monumento que se halla en la plaza del Puente Citorio. Es el antiguo palacio Ludovisi, edificado hacia 1650 por el Bernin. Bajo el pontificado de Inocencio XII convirtióse en Palacio de Justicia. Cuando los italianos entraron en Roma en 1870, como no encontrasen un local que pudiera servir de cámara para los representantes del país, mandaron cubrir con un tejado el patio de dicho palacio, formándose más ó menos bien una sala provisional que se inauguró el 27 de noviembre de 1871, y en la cual celebran aún sus sesiones los diputados italianos.

X.

ALGO SOBRE EL SUEÑO

Esa suspensión que en su actividad experimentan todos los días durante algunas horas el alma, los órganos de los sentidos y los músculos, y á la que se da el nombre de sueño, constituye uno de los más misteriosos enigmas de la existencia humana.

¿A qué causa obedece, cómo se verifica esa extinción periódica de la conciencia? ¿Por qué esa necesidad de reposo figura entre las más imprescindibles de la humana naturaleza, y por qué se venga cuando no se da satisfacción á sus apremiantes exigencias, produciendo graves perturbaciones en nuestro bienestar y en nuestra salud?





REMBRANDT ANCIANO, CUADRO DE REMBRANDT EXISTENTE EN LA «NATIONAL GALLERY» DE LONDRES, [illegible]

Expuesto en el Salón de París de 1890 y actualmente en la Exposición de Munich

¡No lo sabemos! Tal es la contestación que aun los más sabios dan á estas preguntas. Uno de los fenómenos más comunes y más regulares de nuestra vida permanece hoy día envuelto en la misma obscuridad que hace miles de años.

Es indudable que el paso de la vigilia al sueño tiene por fundamento algunas modificaciones en las fibras del cerebro, de ese foco central de nuestra existencia espiritual; pero ¿de qué especie son estas modificaciones? Tiénese por seguro que con el sueño disminuye el aflujo de la sangre al cerebro. Este, cuanto más trabaja tanto mayor aflujo necesita y recibe, y de aquí se deduce que cuando el órgano central permanece inactivo, es decir, cuando duerme, requiere menos cantidad de sangre.

El médico inglés Durham abrió en el cráneo de algunos animales, por medio de la trepanación, agujeros en los que pegó unos trozos de cristal, y al través de estas ventanas pudo ver cómo durante el sueño de aquéllos perdía su color la masa encefálica de los mismos.

Jastrowitz, en Berlín, vió en dos trepanaciones y mientras los operados dormían el profundo sueño producido por el cloroformo, que el cerebro se encogía de tal suerte, que parecía que entre la superficie de éste y la bóveda interior del cráneo podía pasar cómodamente la mano.

Pero sea que predomine en el sueño la falta ó el exceso de sangre en el cerebro, ¿queda por ventura con esto resuelto si uno de estos dos estados es causa ó, por el contrario, efecto del sueño? La presencia ó ausencia de cierta cantidad de sangre en el cerebro ¿son bastantes á explicar el maravilloso mecanismo del sueño?

A nuestro modo de ver, hay que buscar otra explicación.

Gracias á los estudios de Liebig y de otros observadores, sabemos hace tiempo que en los músculos, mientras están en actividad, se juntan dos substancias: el ácido paraláctico y la creatina. Juan Ranke, en Munich, ha demostrado que estas substancias, en los músculos muy cansados, alcanzan una proporción mayor de su substancia seca; que inyectadas en un músculo no fatigado hacen que éste se canse y sea incapaz de trabajar, y que, en cambio, un músculo cansado recobra su perdido vigor en cuanto se expulsa de él á las referidas substancias, haciendo pasar por sus vasos sanguíneos una corriente de una solución de sal común al 0'60 por 100. Iguales fenómenos se producen en el centro principal de la vida nerviosa: cuanto más intensas son la excitación del espíritu y el simultáneo aflujo de sangre al cerebro, tanto más se acumulan en éste los productos de los cambios de materiales. Mientras en el estado de reposo ó de escasa actividad del órgano central espiritual las substancias producto de la disgregación (entre las cuales desempeña un papel importante el fosfato de potasa) son arrastradas por las ondulaciones alcalinas de la sangre, cuando el cerebro realiza un trabajo ímprobo, aquéllas se acumulan en éste y producen, según Preyer, un cansancio del mismo, del que es consecuencia el sueño.

Según Preyer, pues, el sueño nace del hecho de que durante el estado de vigilia el cerebro, la medula y la totalidad de los músculos activos producen una porción de substancias que en el estado de reposo no existen ó á lo sumo aparecen en ligeras huellas, y cuya gradual acumulación ocasiona un cansancio: si estas substancias por la fatiga engendradas se juntan con el oxígeno acumulado en el cerebro durante la vigilia que es indispensable para el ejercicio de las funciones intelectuales, síguese el descanso cerebral, es decir, el sueño, que cesa en cuanto aquellas substancias son consumidas por una oxidación completa, y el oxígeno, en el entretanto nuevamente acumulado deja sentir su acción en las moléculas del cerebro.

Que los órganos activos segregan ciertas substancias que ocasionan en definitiva el cansancio, es indudable; pero ¿queda con esto explicado el proceso propio del sueño? Al presente conocemos quizás algunas de las condiciones previas del mismo; pero hoy, lo mismo que antes, nos falta la clave para resolver tan prodigioso misterio.

La primera condición indispensable para un sueño tranquilo y reparador consiste en la ausencia de todos los estímulos é impresiones perturbadores, así externos como internos, siendo estos últimos los de peor especie. Cuando experimentamos dolores en el cuerpo ó en el alma, cuando la fiebre se apodera de nuestra cabeza, ó cuando la inquietud hace surgir en nuestro espíritu esa mezcla de temores y esperanzas que pone en tensión todas las fuerzas de nuestra alma, el sueño huye de nosotros, y sólo cuando la enfermedad cede ó la esperanza se realiza ó el dolor se trueca, por la acción del tiempo, en resignación, comienza á reaparecer el amigo de nuestras noches. El cual amigo, sin embargo, tiene sus caprichos mostrándose compañero indócil y extravagante; así, por ejemplo, hay quien apenas apoya su cabeza en la almohada se queda profundamente dormido, y en cambio muchos son los que se atormentan horas y horas sin poder encontrar el apetecido descanso.

El demonio del insomnio reina actualmente en las llamadas clases privilegiadas, á las que parece estar vedado ese bien precioso de que disfruta especialmente la población trabajadora. El proletario que casi carece de lo más indispensable para la existencia, el hombre de la naturaleza que con el sudor de su rostro gana el pedazo de pan seco apenas necesario para su sustento, pueden por lo menos tener la seguridad de que la noche les traerá la tranquilidad bienhechora y el consolador olvido: rendidos por la fatiga se duermen y despiertan con nuevos alientos y fuerzas para el trabajo. El hombre de ciencia que se pasa el día sobre sus libros, el funcionario que consume sus horas entre documentos y expedientes, el comerciante que se engolfa en sus números y en sus cálculos, cuando llega la noche á duras penas logran conciliar un semisueño, interrumpido por enojosas pesadillas, y por la mañana abandonan el lecho fatigados y extenuados. El trabajo corporal produce el cansancio y engendra el sueño; el trabajo intelectual aniquila y lo ahuyenta.

El insomnio persistente es un estado horrible que con el tiempo acaba por destruir el cuerpo, y aquellos que para combatirlo han de recurrir á medios artificiales, son ciertamente dignos de lástima. De estos medios artificiales el más peligroso es la morfina. La dosis, en un principio tan benéfica y restauradora, resulta, al cabo de un plazo demasiado corto, insuficiente, y entonces, si se quiere producir el sueño, hay que apelar á dosis más fuertes, hasta que al fin sobreviene el morfinismo.

No es mejor que la morfina el hidrato de cloral; cierto que durante su uso se consigue, con seguridad y prontitud, un sueño tranquilo que se prolonga durante muchas horas; pero el que lo utiliza porque los dolores le quitan el reposo, encuéntrase, cuando se despierta, con los mismos dolores, amén de que el cloral produce sopor, excitación y otras perturbaciones en el organismo.

Más convenientes, por lo menos cuando el insomnio es de carácter nervioso, son el sulfonal por su seguridad é inocuidad, y el bromuro de potasa, que en los casos de intranquilidad nerviosa y en dosis de 1 á 2 gramos calma y promueve el sueño. Pero por desgracia este último medicamento perjudica al estómago, y usado con exceso produce cierta pesadez y entontecimiento y hasta exantemas en el cuerpo.

Por todas estas razones, lo mejor es evitar en cuanto sea posible la farmacopea y buscar remedio para el sueño entre los medios naturales.

La costumbre es una segunda naturaleza: acostúmbrese uno á irse á la cama á una hora determinada y á dormir un número fijo de horas; para los hombres sanos y vigorosos bastan siete, los débiles y anémicos pueden permanecer en el lecho una ó dos horas más.

Las costumbres modernas han alterado por completo las horas del día, haciendo que sean las más bulliciosas las de la media noche, que la naturaleza ha destinado al sueño más profundo y más reparador. Gracias á ello, la aurora nos sorprende rendidos todavía de cansancio en la cama, que hace rato debiéramos haber abandonado para entregarnos á nuestras cotidianas tareas.

El que por sus ocupaciones se vea obligado durante todo el día á permanecer en casa ó á estar sobre la mesa de escritorio, hará bien en andar por la noche algunos kilómetros al aire libre.

Los más perjudicados por el insomnio son los enfermos: intranquilos, acosados por penosas pesadillas, rebúllense agitados en el lecho. El insomnio en las enfermedades es un síntoma grave que demuestra que la curación está lejana todavía; pero este mal por defecto de sueño puede serlo aun peor por exceso, así la profunda somnolencia en un enfermo puede ser indicio de un ataque al cerebro. Y si este estado de somnolencia se hace pertinaz será necesario despertar al paciente, hablarle, preguntarle si le duele algo, darle á menudo de beber, mantenerle la cabeza alta, menudearle las medicinas prescritas, alumbrarle el cuarto y abrir las ventanas del mismo, hacerle aspirar vinagre ó gotas de Hoffmann y darle friegas de espíritu de mostaza en la espalda, en la región epigástrica y en las pantorrillas.

Una enfermera atenta y práctica adivinará los deseos y las necesidades de un enfermo por los más ligeros indicios ó gestos del mismo aun en el estado de semisomnolencia.

DR. M. DYRENFURTH

NUESTROS GRABADOS

Antes del desafío, cuadro de A. Cassioli.—Se trata de un joven que ha de batirse dentro de pocas horas y que no muy familiarizado con el arma para el lance escogida adiéstrase en el manejo de la misma, ayudado por los consejos del que ha de servirle de padrino.

En la obra de Cassioli sobresalen en primer término dos cualidades en alto grado estimables: sobriedad en la composición y vigor en la expresión de las dos figuras, que llenas de vida destacan sobre las blanqueadas y desnudas paredes de la pobre estancia. El interés dramático que la escena encierra resulta perfectamente atendido sin exageraciones que siempre redundan en detrimento de la verdad, aunque á veces produzcan un falso efecto. El sentimiento que en los ojos de los dos personajes se revela está en completa armonía con la situación en que el pintor nos los presenta, y en sus actitudes no se descubre la menor nota forzada ni el más ligero vestigio de convencionalismo, cosa tanto más digna de ser apreciada cuanto que así la época como el asunto se prestaban á dar libre curso á las concepciones más ó menos reales de la fantasía.

Melilla.—Mercado exterior.—Puerta de entrada.—Vista de Melilla.—La Alcazaba.—La ciudad de Melilla, situada en la costa septentrional de Africa que baña el Mediterráneo, ocupa una reducida península que comunica con el continente africano por medio de una línea de rocas, sobre la que se ha construído una calzada protegida por los fuegos de la plaza. La vista general de la misma, la de la Puerta de entrada de la ciudad, la de la Alcazaba y la del Mercado exterior, adonde van los moros á vender sus productos, permitirán á nuestros lectores formarse idea exacta de los lugares en donde hace poco se han desarrollado interesantes acontecimientos.

Importante en todos tiempos por su proximidad á las kábilas riffeñas, Melilla atrae hoy especialmente la atención de los españoles por los tristes sucesos de que recientemente ha sido teatro. La agresión de que fueron objeto nuestros soldados durante el verano último y las continuas fechorías de los moros que no respetan vidas ni haciendas cuando los temporales arrojan á sus playas algunas de las embarcaciones que hacen el comercio entre España y nuestras posesiones de aquella costa, han despertado nuevamente la atención de nuestros gobiernos y han puesto una vez más sobre el tapete la cuestión de Marruecos y de la misión de España en Africa. ¡Dios quiera que todas las diferencias pendientes tengan solución pacífica! Pero si á las buenas no se consigue hacer respetar nuestro pabellón, no ya con pueriles satisfacciones que nada cuestan á los africanos y que ningún remedio aportan al conflicto, sino con garantías seguras y duraderas; si por desgracia algún día ha de confiarse á las armas la vindicación de las ofensas sufridas y la defensa de derechos adquiridos legítimamente, no se eche en saco roto la experiencia de nuestra última campaña en aquel continente, y ya que se haga el sacrificio procúrese obtener las ventajas que entonces se desperdiciaron y con no menos gloria alcanzar mayor provecho que en aquella ocasión.

¡Al asalto!, dibujo de Stanley Berkele.—La pieza objeto del asedio es verdaderamente apetitosa y muy á propósito para excitar, si no el hambre, por lo menos la gula de los asaltantes, que impulsados por el ánsia de apoderarse de ella aguzan su ingenio y se entregan á una gimnasia inverosímil. A juzgar por las trazas, llevan buen rato en tan penoso ejercicio, y no es fácil que cejen en su empeño hasta que hinquen el diente en la codiciada presa, á menos que el dueño de ésta, advertido de lo que ocurre por los ladridos de los mismos canes ó por la delación del faldero que detrás de los cristales contempla la escena, acuda con una tranca y ahuyente al ejército sitiador ó ponga á buen recaudo la desplumada ave, dejando, como vulgarmente se dice, con un palmo de narices á los que quisieron apropiarse tan sabroso bocado.

Rembrandt anciano, cuadro de Rembrandt, grabado por Baude.—Rembrandt ha sido uno de los artistas que mayor afición han mostrado á retratarse á sí mismos. Los lectores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido admirar algunos de sus magníficos retratos, á propósito de los cuales y de otras varias obras del ilustre pintor holandés hemos consignado en distintas ocasiones algunos datos relativos á la vida del artista y emitido algunos conceptos sobre sus maravillosas creaciones.

Unos y otros nos relevan de emitir nuevos juicios, que no podrían ser sino repetición de los antes expuestos, por lo que nos limitamos á llamar la atención de nuestros suscriptores sobre las imponderables bellezas que el *Rembrandt anciano* atesora y sobre la magistral reproducción del mismo, hecha por Baude, cuyo trabajo ha sido admirado en el último Salón de París y en la actual Exposición de Munich.

La estatua de Lamartine en Macón.—Casa en donde nació Lamartine.—La ciudad de Macón celebró hace poco con grandes festejos el centenario del nacimiento del poeta ilustre, del hombre de Estado que después de haber tenido en su mano los destinos de su patria descendió del poder pobre y hubo de recurrir á su pluma, que no fué bastante á reponer su perdida hacienda, y de aceptar para acabar tranquilamente sus días una recompensa nacional votada por la Cámara de diputados.

Su ciudad natal elevó para honrar su memoria el monumento que reproducimos y que fué inaugurado en 18 de agosto de 1878; álzase en el paseo del muelle del Sur, delante de las Casas Consistoriales, y su altura total es de 9'10 metros, de los cuales 3'20 corresponden á la estatua, que sintetiza por su actitud y por su expresión á la vez al poeta y al orador. En la cara del pedestal que mira al Norte se lee esta sencilla inscripción: *A Lamartine* 1878, y en las otras están representadas por medio de figuras alegóricas la poesía, la elocuencia y la historia. Este monumento, obra de M. Falguiere, escultor, y M. Scellier, arquitecto, costó 500.000 pesetas, producto de una suscripción pública.

La casa en donde nació el inmortal autor de la *Historia de los Girondinos* es de modesto y sencillo aspecto, como puede verse en el grabado; ocupa el número 18 de la calle de las Ursulinas, en Macón, y data, á juzgar por algunos detalles arquitectónicos, del siglo XIV. A consecuencia de sus continuos reveses de fortuna, Lamartine hubo de venderla en 4.000 pesetas.

En 1870 colocóse en su fachada una lápida de mármol negro, sobre la que hay grabada la siguiente inscripción: *Aquí nació Alfonso María Luis Lamartine en* 21 *de octubre de* 1790.



EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE A. FERRAGUTTI, E. XIMENES Y E. NARDI

Estudiado el vino en la cepa, considerado en la leyenda, en la poesía y en las costumbres, sabido cómo se compone y cómo con él se trafica, de qué manera obra en el organismo y por qué medios conduce al delito, á la locura y á la muerte, resta tan sólo tratar de sus efectos psicológicos; explicar, esto es, cómo opera en la inteligencia, en la imaginación y en el sentimiento, mientras se permanece, bebiendo, á mucha distancia de aquel límite funesto, salvado el cual cae el bebedor en las manos del profesor Lambroso.

Acerca de los efectos generales y ordinarios del vino nada podré decir que la mayor parte de mis lectores no haya observado ó no esté en actitud de expresar. A cada uno, por lo menos una vez en la vida, después de un banquete placentero de amigos, durante el cual se haya con sobrada frecuencia asomado, como dice un poeta, al redondo ventanillo de la copa, le habrá ocurrido de reseguir en sus adentros, al siguiente día, los diversos períodos de alteración por los cuales pasó su mente, su corazón y su lenguaje; hacer un esfuerzo para darse cuenta de la progresión de la embriaguez; estudiar curiosamente aquel yo ficticio que fué por espacio de algunas horas, como si se tratase de examinar el talante de un desconocido. Y el asunto es digno de estudio, en realidad, al menos tanto como cualquiera de las llamadas enfermedades mentales, puesto que si bien la embriaguez es dolencia de pocas horas y de segura curación, resulta de extrema importancia por la razón que á cada momento nos toca vivir y tratar con ella, refrenarla y persuadirla, verla, fingiendo que no la reconocemos, circundarla de miramientos para no exasperarla y servirse de ella en algunas ocasiones. Y dejando á un lado sus consecuencias, aquella alteración creciente de los sentimientos y de las ideas, aquella continua sucesión de diversos estados en la conciencia, por cuya virtud se llega de la serenidad tranquila que se sigue á los primeros sorbos, á la exaltación ardiente y tumultuosa de los últimos brindis, es por sí solo un acontecimiento psicológico tan extraño y tan fecundo para el estudio de la naturaleza humana, que nunca será bastante meditado por el filósofo ni por el artista.



Veamos de seguirlo paso á paso, sentándonos á la mesa del banquete.

Cada cual conserva en la mente las preocupaciones de la existencia; dificultades no resueltas, presentimientos de dificultades futuras, recuerdos de recientes sinsabores, alguna bella esperanza que brilla y se obscurece según los momentos, temores, cierto hastío, aquel leve sentimiento de fatiga moral que sucede á la acelerada labor de la mente; cada uno se encuentra en aquel estado de ánimo, en el cual estamos casi siempre todos, de expectación pensativa é inquieta. De un golpe surge en nuestro cerebro una idea ó una imagen risueña. Todos, en ocasión parecida, hubiéramos podido aprisionar al vuelo esta primera mariposa mensajera de la embriaguez que aparece de improviso en la mente, y nos hace exclamar, después de la primera copa: «Por esta noche, echemos fuera el fastidio y las preocupaciones.» Apuntada aquella idea, entramos en el primer período, en el cual debemos siempre detenernos. La mente está en plena posesión de sí misma, pero con nueva energía de frescura, como tras de un reposo: las cosas se le presentan todavía con sus proporciones y con sus colores reales, pero circundadas de una sutilísima orla luminosa. En el campo que recorre con más frecuencia nuestro pensamiento, que es el del presente día y el del día futuro, el obstáculo que poco antes nos parecía insuperable, ahora nos parece que, de una ú otra manera, lo podremos salvar; nace una lejana esperanza de resolver dificultades intrincadas; se entrevé vagamente la manera de conciliar ciertas graves discordias entre la reflexión y el sentimiento; cobramos mayor confianza en la suerte y en nosotros mismos; se nos antoja que volvemos á comenzar la vida mejor dispuestos y más fuertes, después de aquel esparcimiento del espíritu, del cual comprendemos en aquel momento que teníamos verdadera necesidad. ¿Existe algo en realidad más honestamente lícito y más saludable que este pequeño desahogo, moderado, de jovialidad y aturdimiento entre los amigos, después de muchos días de labor y de cuidados? Si algún decaimiento hemos experimentado en aquel mismo día, si hemos desconfiado, por un momento, de nuestras facultades intelectuales ó de nuestras fuerzas físicas, ahora todo nos sonríe. ¡Nuestra percepción se hace tan lúcida, nuestra palabra tan fácil, nuestra voz tan llena! ¡Sentimos una traspiración tan agradable, el conjunto de nuestras fuerzas tan dulcemente fundido, la vida tan poderosa á un tiempo y tan ligera! Y la conversación mana admirablemente. Los argumentos se suceden, pero cada uno resta por algún tiempo sobre el tapete, discutido con vivacidad, pero con orden. Y ningún tema de discurso resulta indiferente. Aun en aquellos asuntos más ajenos á nuestra cognición y á nuestros intereses, nos sentimos como forzados á entremeternos, y sobre cualquier cosa se consigue decir algo ingenioso ó por lo menos sensato y aceptable. Las adversas opiniones se concilian fácilmente; quien no está persuadido finge estarlo; á cada uno se le consiente algún pequeño triunfo de amor propio; y así cada uno está satisfecho de sí y de los demás, y esta satisfacción se traduce en mil menudos servicios y delicadas cortesías insólitas, y comenzamos por pensar que, en realidad, la compañía no podía combinarse mejor; que no había modo de juntar caracteres más congeniales ni más armónicos. Y en esta creciente satisfacción de todos, cada vez que uno se repliega en sí mismo, ve todas sus cosas lentamente ordenarse, esclarecerse, adquirir á más y mejor el color que cuadra á sus deseos; las esperanzas que estaban al fondo del cuadro avanzan poco á poco al primer término, los sinsabores retroceden hacia la sombra, cuanto se nos presenta triste ó difícil en la senda se ofrece como de escorzo; todo gira, se atenúa suavemente, se dispone de modo que forma un agradable conjunto como en los espectáculos teatrales. Y creemos plenamente en ello. Una voz íntima nos susurra con dulce acento: «Todo es ilusión.» Nosotros respondemos: «Es realidad.» Ilusión fué el cuadro poco risueño que antes vislumbrábamos, teniendo el ánimo fatigoso y contristado con la lucha por la vida: no lo que ahora contemplamos casi lejos del mundo, en una región más elevada y más serena. Ahora hacemos el propósito de recomenzar el trabajo al siguiente día, con más resolución y con mayor ánimo, y nos representamos ya en la mente una nueva vida vigorosa, sin intervalos de inercia, llena de emociones fecundas y de osados proyectos, concitada y ardiente como la alegría que bulle á nuestro alrededor; y con un sorbo del licor predilecto reforzamos nuestro empeño y lo sellamos con un seco golpe de la copa sobre la mesa. Pero de improviso, más ó menos tarde siempre llega, el efecto del vino parece cesar de una vez. El cristal rosado, á cuyo través veíamos los objetos, desaparece; todas las cosas vuelven á cobrar por un momento su aspecto real, todos los pensamientos molestos regresan á bandadas, y nos sentimos casi abatidos por el descorazonamiento. En tal instante se observa al comensal, hasta aquel momento alegrísimo, doblar la cabeza y tener fijos los ojos por algún tiempo en la copa, que hace girar entre sus dedos. Pero son breves momentos. La nube dorada que nos envuelve, rasgada apenas, se junta de nuevo; volverá á rasgarse aún alguna vez, pero la rotura será siempre más sutil y con facilidad volverá á cerrarse. En tanto la embriaguez crece y se extiende. Leve punta de pensamiento lúgubre asoma acá y acullá, pero no tarda en sumergirse. Las facultades intelectuales que han llegado á su máxima potencia, radican todavía en el puño de la voluntad. La labor de la mente se efectúa con tanta rapidez que no tenemos casi de ello conciencia, quedando maravillados nosotros mismos. En pocos segundos damos vueltas á las cien facetas de una idea para encontrar – y lo encontramos – el único punto que se presta al ridículo. La chinita del amigo nos ha tocado apenas, que ya la respuesta ha dado en el blanco. El pensamiento prorrumpe de la mente en fórmulas precisas y brillantes; las bien halladas argucias empalman, la anécdota corre fácil y suelta, llena de digresiones imprevistas y de comentarios inesperados; todo, acompañado, seguido, puesto en música, si así puede decirse, por aquel íntimo buen humor juvenil y profundo que se ríe de sí y de los otros, siendo por sí mismo una fuerza cómica de primer orden. Nadie puede atajar aquel curso impetuoso de ideas y de palabras. El horizonte del pensamiento se dilata rápidamente y de todos sus ámbitos vienen nubes de ideas y de imágenes; de todos los escondrijos de la mente surgen recuerdos de sucesos, rostros de personas, frases, versos, fechas, impresiones de lecturas, radicales olvidadas de extranjeros idiomas, grupos de lejanas reminiscencias que creíamos muertas, relámpagos que iluminan vastas regiones de lo pasado. En pocos minutos de silencio se forma una represa en la mente, que se despeña luego por el primer portillo abierto en cascada rumorosa de períodos que ensordecen al auditorio.



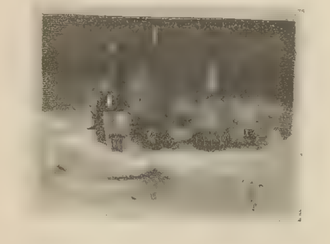




La mente no sabe ya lo que ofrece ni lo que recibe. Nos sentimos transportados de un soplo de inspiración. Nos llega á parecer que no hablamos nosotros y que simplemente repetimos las palabras de otra persona más perspicaz, más docta, más fecunda que nosotros, la cual nos sugiere precipitadamente al oído cuanto debemos decir. La embriaguez crece á oleadas. A la oleada de las frases y de las anécdotas sucede la de las discusiones, un verdadero pugilato de oraciones, una manía de polémica infatigable; argumentaciones interminables sobre la dudosa edad de una actriz ilustre ó acerca la sinonimia de dos palabras; controversias filosóficas sutiles, vueltas á tomar diez veces desde el principio con una constancia de hierro, en las cuales cada uno de los controversistas preferiría morir antes que ceder el primero; disputas sobre asuntos diversos, que se cruzan de un lado á otro de la mesa y que se prolongan aun cuando no sea posible ya entenderse con palabras, por afirmaciones ó negaciones obstinadas de la mano y de la cabeza; luego, de improviso, una corriente de hilaridad que lo arrastra todo, sofoca los despechos nacientes y se produce general acuerdo.

Y entonces sube y avanza lentamente la gran oleada del amor al prójimo. Quien está alegre, es siempre benévolo. Nos hemos enriquecido en pocas horas; por lo mismo somos pródigos La bondad que nos llega con los vapores del vino, se acrecienta aún más con el reflejo de la que vemos brillar en las caras de los circunstantes. De los presentes no recordamos más que las buenas cualidades y las demostraciones de amistad y simpatía de que nos hicieron objeto. De los ausentes no se nos aparecen más que las figuras simpáticas. En nuestro corazón se acumulan tesoros de indulgencia. La cortesía adquiere gradualmente las proporciones del elogio. Comenzamos por hacer la apología de algún ausente, en la cual todos consentimos, aun sin conocerlo. Insistiendo más todavía el afecto, vencemos el pudor y ensalzamos á los presentes en moderada forma, pero con calor, por débito de justicia, y nos sulfuramos contra la modestia que nos mantiene encogidos.

Pero todo esto no basta. Recorremos la historia de nuestras amistades, exageramos los servicios que nos han prestado é inventamos algunos para poder expresar nuestra gratitud; exhumamos nuestras antiguas faltas, perdonadas tiempo ha, tanto para confesarlas otra vez como para hacérnoslas perdonar de nuevo, para echarnos una piedra más encima. Pensamos en los amigos lejanos, que teníamos en completo olvido, y nos proponemos escribirles á la mañana siguiente una carta afectuosísima, cuyo primer período nos suena ya en la mente. Nos acordamos de las personas con las cuales nos hemos peleado, y decidimos ir á su encuentro para reconciliarnos el día próximo. No queremos que subsista ni una sombra en el hermoso cielo color de rosa de nuestra vida. La imaginación nos ofrece el mundo tal como debiera ser, todo tolerancia, armonía y bondad No es así ciertamente: la razón nos lo dice aún. Pero existen virtudes, santas existencias ignoradas, nobles entusiasmos, ejemplos sublimes de generosidad y grandeza. No nos es posible ver todo esto. Pero sentimos el corazón de sobra suficiente para contener mayor número de afectos, un tesoro centuplicado de admiración y de entusiasmo. Y nos hostiga la necesidad de expandir nuestra benevolencia por encima de los que tenemos alrededor, lejos, hasta la humanidad desconocida, de igual modo que se experimenta el deseo de llenar con los sonidos de la propia voz un valle ancho y sonoro. Y al llegar á este punto, la mente sobrexcitada suelta la chispa de la creación. El poeta dramático ve relucir las líneas complejas de un drama potente, el banquero la idea confusa de una idea temeraria, el arquitecto los grandiosos contornos de una mole que vencerá á los siglos. Mas la conversación clamorosa rompe el curso de las grandes ideas solitarias. Los temas usuales no bastan ya. Se eleva el discurso á los grandes hombres, á los maravillosos espectáculos de la naturaleza, á los graves problemas sociales, á la fraternidad de los pueblos, á



la inmensidad del espacio, á la inmortalidad del espíritu; se mide el universo á vista de águila, se habla con frases de proclama, con gesto imperativo y acento de tribuno, no encontrando palabras de sentido bastante amplio ni epítetos suficientemente hiperbólicos para responder á las exigencias impetuosas del sentimiento que nos absorbe. Y aquel círculo de amigos, entre cuatro paredes, nos resulta mezquino y sofocante.

Quisiéramos abalanzarnos á una baranda y soltar un torrente de palabras ardorosas sobre una multitud atónita, ó electrizar una platea desde el palco escénico con un monólogo sublime. Y entonces cada cual se desahoga á la medida de su gusto: recitando una estrofa vibrante de un gran poeta, imitando el grito de un artista famoso, poco menos que suicidándose con la tentativa de un *do* de pecho. Todo ha cambiado dentro y fuera de nosotros: nos vemos delante de un porvenir sin confines, nos sentimos aún jóvenes para el amor, para la gloria y para la riqueza, y cuando chocan todas las copas en aquella mezcolanza de vivas y de saludos, todo revuelto en una niebla ardiente y luminosa, donde no se contemplan más que ojos brillantes y bocas que sonríen, – ¡ah! – no parece sino que principie una era nueva para el género humano.

* * *

Estos son los efectos generales. Pero el vino produce una embriaguez distinta, no sólo según los temperamentos y los caracteres, sino también según la disposición particular de ánimo en que nos encontramos al sufrirla. Es inútil por demás citar todas aquellas clasificaciones generales que de la embriaguez hicieron los psicólogos y los escritores. Queriendo dar una idea de la variedad de los efectos del vino, conviene limitarse á delinear algunos retratos, elegidos entre aquellos cuyos originales se encuentran más á menudo en nuestro camino.

El tipo más frecuente es el que ha dado origen al dicho latino *in vino veritas.*

La manifestación, casi involuntaria, de los más escondidos pensamientos bajo el influjo del vino, deriva del siguiente hecho: que no estando en perfecta relación las sensaciones con los objetos externos, ni las ideas con las sensaciones, se desvanece la prudencia que nace del sentimiento de aquellas relaciones, y no se obedece á otro impulso, al hablar, que á la pasión predominante de momento. Casi todos, durante la embriaguez, dejan escapar algún secreto. Pero es increíble el extremo á que llegan algunos, de índole viva y abierta, en la pendiente de las confesiones



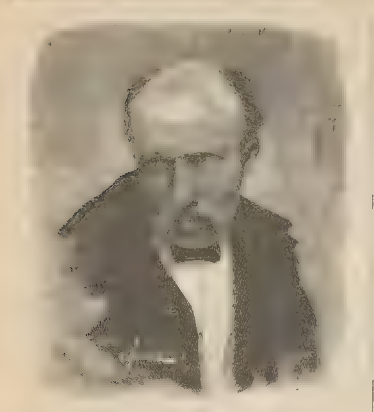
Aquejados de verdadero furor de sinceridad, sienten ansia irresistible de publicar todas sus culpas y todas sus debilidades. Doctos, se acusan de ignorancia vergonzosa; hombres de negocios, confiesan actos deshonrosos, intenciones culpadas, ruines pensamientos que tuvieron en determinadas ocasiones, ridículos defectos, disentimientos domésticos, secretos conyugales y hasta acciones reprobadas que están en vías de cometer, insistiendo y acalorándose para persuadir á los incrédulos, provocando y aceptando merecidos reproches, volviendo sobre lo dicho para agregar pormenores que lo hacen más grave, doliéndose con toda el alma cuando notan que el asombro de los presentes no corresponde á la gravedad de sus revelaciones; y cuando lo han dicho ya todo y se han mostrado al revés como un guante, se sienten satisfechos, como si hubiesen pagado una deuda, como contentos de haber retirado aquella parte de estima que les guardaba la gente, casi lavados de toda culpa después de su confesión, y

Puri é disposti á salire alle stelle.

Con éstos forman contraste otros, en su mayor parte de índole retraída y circunspecta, en los cuales parece que tiene el vino por principal objeto fortificar el sentimiento de la dignidad individual. Estos padecen el *pudor del vino.* Se truecan en desconfiados de sí mismos. Pesan todas las palabras y hablan



lo menos posible. Su embriaguez es una especie de rumia taciturna de sus propios pensamientos. Si abren la boca, es para decir algo tan riguroso, tan sólidamente sensato, que el más caviloso de sus críticos no encontraría sílaba censurable. En éstos el efecto del vino tan sólo se vislumbra en los ojos lus



trosos y en el difícil movimiento de los labios. A medida que beben, su gesto se hace más correcto, su mirada más recogida y su palabra cada vez más dogmática. Llegan á asumir la expresión de la suprema gravedad que se apodera del rostro de un hombre preocupado por un pensamiento solemne. Y se le ve andar por la calle con rigidez automática, con pasos lentos y mesurados, á lo tirano de drama antiguo, llevando la propia dignidad con el cuidado que pondrían en llevar una taza llena de esencia milagrosa, temerosos de verter una sola gota; si bien que, de trecho en trecho, una ligerísima oscilación de su persona, ó un largo y majestuoso giro de cuatro de fondo que efectúan alrededor de un pequeñísimo obstáculo, revela que la esencia milagrosa es simplete vino Barolo.

El vino excita en otros el sentimiento caballeresco. Razonables y contenidos en todo lo demás, no manifiestan la borrachera más que por insólito ardor belicoso que les incitaría, como á don Quijote, á afrontar un ejército entero. Adquieren una delicadeza de amor propio en alto grado susceptible. Saltan por nada, y en cualquiera cuestión que se ofrezca no ven otra solución que un duelo. Como Macbeth el mango del puñal, en todas partes distinguen el pomo de una espada ó la culata de una pistola. Se entremeten en todas las cuestiones para tomar el partido del más débil; asumen la defensa de un ausente, por el cual sienten indiferencia completa, con frases provocativas; se paran súbitamente en mitad de la calle para clavar la vista en el desconocido que miró vagamente al pasar...

¿Quién no les ha visto, no una, sino cien veces, en una butaca ó en un palco, volver con soberbia el rostro á la multitud que le impuso silencio, buscando con guerreros ojos un espectador que asuma la responsabilidad de la grande y anónima injuria de la platea? Quien no los conozca, imagina que se trata



de corazones altivos é impertérritos, dispuestos á todo, saturados de sublime desprecio por la vida. Nada de esto. Son pobres diablos que han vaciado un par de botellas, duelistas de pensamiento, d'Artagnan de una noche, que á la mañana siguiente se maravillan grandemente de sus audacias nocturnas.

Otra forma curiosa de la embriaguez es la que se observa principalmente en ciertas naturalezas sobrias y discretas, de esas que nunca rebasan la justa medida de las cosas y que son poco accesibles á las pasiones turbulentas. Estos, llegados á cierto grado de embriaguez, no se encuentran á gusto en compañía, se alejan de los amigos, huyen de la algazara, sienten la necesidad de pasear su beatitud por parajes solitarios, á la luz de la luna, y allí meditan sus asuntos y filosofan serenamente sobre la vida humana, deteniéndose á contemplar bellezas del paisaje que antes no notaron, errando á la ventura, expandiendo el alma, en su mudo reconocimiento frente á la inmensidad de la naturaleza.

A estos se les pudiera llamar los «Arcades de la embriaguez.» Parece que el vino se transforme en horchata en sus venas, endulzando su índole, ya de sí afable y tranquila. Se les reconoce á simple vista. Se les encuentra á menudo por los rondas exteriores de la ciudad á las altas horas de la noche. Suave tarareo anuncia su proximidad; luego se ve asomar á la luz su rostro plácido, nos dirigen benigna mirada y desaparecen. Vanse á reposar con el corazón contento y se duermen con una sonrisa en los labios.

Esta especie de embriaguez reposada tiene su perfecto reverso en aquella á la cual rinden tributo ciertos individuos de temperamento ardiente é inquieto, de esos que exageran en todo. Una vez presa de la embriaguez, gustando el goce febril de la vida, se aferran á ella con avidez violenta, no llegan á saciarse, quisieran que durase eternamente. La idea de que la velada tendrá término, de que la compañía se dispersará y de que, en la soledad que les espera, se disolverá el tesoro de pasajera ventura que les ha proporcionado el vino, los contrista y afana. Cuando ya parece todo acabado, llenan de nuevo las copas, entretienen la marcha de sus amigos con sus ruegos, hacen volver atrás á quien se va, se lamentan y se enfadan. Por fin, como el *hombre de las multitudes* de Edgardo Poe, que sufre el terror de la soledad, desaparecida la compañía primera buscan otra nueva, corren de un sitio á otro hasta muy tarde, yendo á dondequiera resta lumbre de vida, soplando en ella afanosamente para que brote la llama, y cuando al fin quedan solos, evaporada súbitamente la embriaguez, regresan al hogar irritados consigo y con los demás, maldiciendo del mundo hipócrita y estúpido que se conjura contra sus placeres.



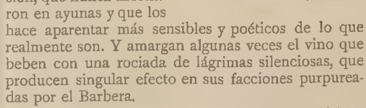
Otros, y son tal vez los menos divertidos, sufren el vino amoroso. Para estos se reduce la embriaguez á una visión del Paraíso de Mahoma. Cien veces se les obliga á cambiar de razonamiento y otras tantas vuelven sobre el mismo dulce tema. Recuerdos de aventuras juveniles, fragmentos de poesías eróticas, apodos de antiguas amantes, reliquias ya carbonizadas de antiguas pasioncillas de contrabando, todo se revive en su interior y remonta á la cima, por efecto de unas cuantas copas de vino. Y no sube nada más. En sus breves intervalos de silencio no imaginan más que osados proyectos de declaraciones de amor y de sorpresas nocturnas. En la calle, al roce de un vestido, se vuelven con ímpetu como enamorados á la llegada de la amante. Sus ojos se inundan de dulzura, su boca adopta los melindrosos gestos de las mujeres de oleografía, y su lenguaje se reduce á lánguidas entonaciones, vanidosas reticencias y breves frases de doble sentido, de las cuales sonríen guiñando los ojos con profunda complacencia. No existe nada más cómico que ver cómo surge poco á poco, por efecto del vino, algunas veces bajo la apariencia de un hombre habitualmente austero, esta leve imagen recóndita de un don Juan arrodillado, que estábamos muy lejos de sospechar.

Algunos hay á quienes el vino excita particularmente las facultades intelectuales. Es un efecto común, pero en éstos alcanza un grado maravilloso. Pasa de exaltación, es una verdadera transformación. Personas incultas, de mediana inteligencia, de palabra torpe, desprovistas de todo atractivo, revelan de pronto conocimientos de que nadie les creía en posesión, hablan fluidamente la lengua que balbuceaban apenas, se enredan en discusiones en que antes no osaron despegar los labios y confunden á adversarios superiores á ellos con inesperados destellos de ingenio. A continuación se entusiasman con su triunfo, y así suman embriaguez á embriaguez. Y entonces se ponen colorados, resultan bellos, adoptan aristocráticas aptitudes y movimientos y dejan un elevado concepto de sus personas en quien los ha visto por vez primera. Y á la mañana siguiente, todo está desvanecido. El que los conoció en la víspera no los reconoce ya. De nuevo son incultos, torpes, atontados y huraños. Son ni más ni menos que el negro esqueleto de un fuego artificial quemado.

Otros de fibra delicada y excitable, de carácter alegre y habitualmente sobrios, sufren una embriaguez casi instantánea, que se manifiesta en extrañísima forma. Tomadas las primeras copas, quedan vencidos; todas sus ideas se mezclan en desorden como si fuesen atacados de delirio. Hombres de ingenio dejan escapar de sus labios las más estrambóticas tonterías y los más firmes despropósitos, ríen como niños, hablan con voz de falsete, bracean, gesticulando como descompuesto Pulcinella y se hace con ellos lo que al primero se le antoja: se prestan á las más toscas farsas, crédulos, manejables, niños grandullones sin pizca de entendimiento, llenos de caprichos desatentados, se les debe acompañar á su casa de bracete para evitar que hagan alguna torpeza propia de chiquillos.



Otra variedad muy frecuente de la embriaguez es la de la melancolía. A muchos excita el vino solamente el sentimiento de las cosas tristes, ó por mejor decir, la poesía de las cosas tristes, puesto que en las manifestaciones que hacen de su propia tristeza, hay cierta complacencia que excluye la verdadera tristeza. Su embriaguez consiste en una jovialidad vestida de negro. En tanto el concurso de amigos, después del banquete, llena la sala de risas y de alegría, permanecen ellos en un ángulo, donde han secuestrado á un amigo condescendiente, refiriendo con muchos detalles tristes la historia de la enfermedad de un pariente, una desgracia acaecida á un amigo, una visita al cementerio; pero sin sombra de jactancia, con sincero acento, con frase conmovedora, con voz dulcemente monótona, con exquisita delicadeza de sentimiento y de expresión, que nunca mostraron en ayunas y que los hace aparentar más sensibles y poéticos de lo que realmente son. Y amargan algunas veces el vino que beben con una rociada de lágrimas silenciosas, que producen singular efecto en sus facciones purpureadas por el Barbera.



(Continuará.)



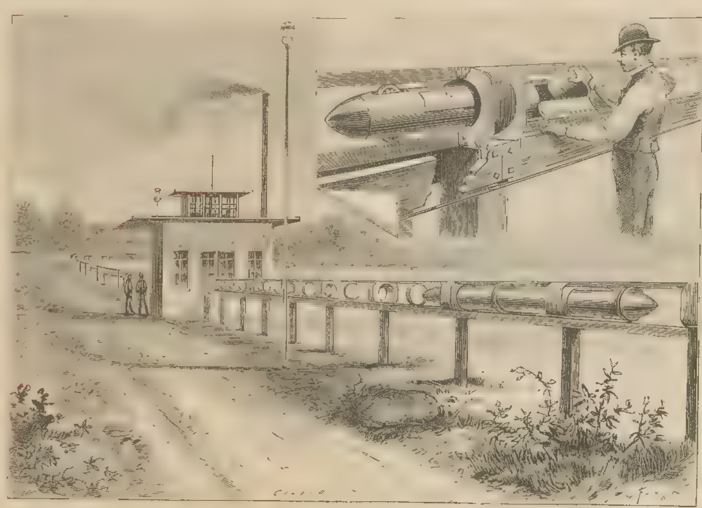


SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PORTEELÉCTRICO

Nuevo sistema de transporte para la correspondencia y los pequeños paquetes

Este sistema del porteeléctrico ha sido expuesto en 1888 en Boston, donde hoy se le ensaya en una línea de cerca de un kilómetro de longitud.



El porteeléctrico de Boston en los Estados Unidos

Sus inventores Mrs. A. E. Dolbear y J. T. Williams han ideado determinar el movimiento del transportador por medio de una corriente eléctrica producida é interrumpida á intervalos de tiempo muy cortos en unos carretes anulares análogos á solenoides que debe el transportador atravesar sucesivamente.

La línea de experimentos ha sido dispuesta en circuito cerrado de forma oval, en algunos de cuyos puntos se han acumulado las dificultades; por ejemplo, en los dos extremos del óvalo se han combinado curvas y pendientes, dos de las cuales llegan una al 8 y otra al 11 por 100. Para facilitar los ensayos la vía está asentada sobre traviesas de madera sostenidas por pilares de 1'25 metros de altura, colocados á una distancia de 1'80 metros unos de otros.

Sobre cada pilar hay un carrete ó solenoide, cuyo diámetro interior es de 0'275 metros: estos carretes llevan 9 kilogramos de alambre número 14. De suerte que cada sección de la línea comprende dos semi-intervalos entre los carretes, y tiene, por consiguiente, una longitud de 1'80 metros. Las armaduras sobre las que se arrollan los alambres están atravesadas por dos rieles planos colocados de canto sobre los cuales ruedan dos tejos fijados en el transportador. El riel inferior está en conexión con una de las bornas de la dinamo y el otro va unido á un hilo de plomo paralelo al mismo riel, que algunos auxiliares puestos perpendicularmente en el carrete enlazan con el riel superior. El paso del transportador, que tiene una longitud de 3'60 metros y abarca por ende siempre parte de dos secciones á la vez, cierra el circuito entre los rieles, al través del carrete colocado delante de él; pero cuando llega á la mitad de su curso, la corriente se interrumpe y pasa al carrete siguiente. De este modo se obtiene un movimiento continuo.

El transportador, como lo indican las figuras del grabado que reproducimos, tiene la forma de un cilindro terminado por partes cónicas, y presenta cierto número de puertas laterales para efectuar la carga.

La estación central que se ve en nuestro grabado y que está atravesada por la línea de experiencias contiene una máquina de 20 caballos que hace funcionar una dinamo.

El transportador invierte un minuto y medio en recorrer los 900 metros que constituyen el circuito total, lo que corresponde á una velocidad de 10 metros por segundo.

LA CIENCIA EN EL TEATRO

ILUSIÓN OBTENIDA POR MEDIO DE LAS TELAS METÁLICAS

El uso de decoraciones pintadas sobre telas metálicas, que son unas veces transparentes y otras opacas, según que estén iluminadas por delante ó por detrás con relación al espectador, ha dado lugar á notables aplicaciones por las cuales se logra un efecto de gran ilusión.

Este ingenioso procedimiento empleado recientemente en el Hipódromo de París, lo había sido ya en otros teatros para ciertas escenas de apariciones, de que podríamos citar varios ejemplos. Sin olvidar la aparición clásica del Comendador en el *Don Juan* y la visión de Fausto, podemos recordar también, entre otras, la de San Corentino en *Le Roi d' Is*, la de santa Alice en *Zampa* y finalmente el sueño de Mathis en *Le Juif Polonnais*, comedia de Erckmann Chatrian representada en el teatro de Cluny en 1869 y en 1879 y más tarde en la Gaité de París.

Este sueño se representaba por medio de una tela metálica pintada que por un simple cambio de iluminación, fuese delante ó detrás de la misma, producía el efecto siguiente. Al levantarse el telón, el teatro representaba una habitación (fig. 1) en la que se desarrollaba la primera parte de la escena; el posadero Mathis, el protagonista de la comedia que no hemos de referir detalladamente, recitaba un corto monólogo y se retiraba á descansar á la alcoba que se ve á la izquierda del grabado, donde se dormía después de murmurar algunas palabras. Entonces el fondo del escenario, en el que todos los objetos representados estaban pintados sobre la tela metálica desaparecía gradual é insensiblemente, para dejar aparecer poco á poco el sueño del personaje, es decir, el tribunal representado en la fig. 2.

El efecto de esta decoración, pintada por Robecchi, era asombroso, y los espectadores no sabían qué pensar de este sueño presentado como realidad. La escena aparecía como al través de una ligera bruma en el mismo sitio en donde un momento antes se veían los muebles y una decoración que había desaparecido sin cambio aparente. El sueño, que se hacía tangible, emocionaba profundamente al público: el actor Tallien, que desempeñaba el papel de Mathis, contribuía á esta ilusión convirtiéndose también en un personaje de sueño y representando la escena de un modo maravilloso. Este episodio del tribunal terminaba, como en una pesadilla, por el despertar brusco del que dormía. El presidente del tribunal le condenaba á ser ahorcado, y al pronunciarse esta palabra todo desaparecía, ofreciéndose de nuevo á la vista del espectador la habitación del primer cuadro. Este efecto se producía suprimiendo bruscamente la iluminación del fondo detrás de la tela metálica é iluminando simultáneamente las candilejas del proscenio.

Este sistema es susceptible de numerosas aplicaciones, entre ellas la que vamos á describir y que fué presentada en el invierno de 1889 á 1890 en varios salones de París. El operador aparecía llevando un cuadro en el que había pintada una jaula dorada sobre fondo negro con pájaros dentro, lo colgaba en un biombo é inmediatamente la jaula parecía ahuecarse, tomar su forma natural, y los pájaros empezaban á volar y á cantar. He aquí cómo se lograba este prodigio. El biombo en donde se colgaba el cuadro tenía una abertura invisible que se abría por deslizamiento y era del mismo tamaño que la jaula pintada, detrás de la cual había una jaula verdadera igual á la de la pintura con pájaros vivos y colocada sobre un fondo negro. El cuadro colgado tapaba la abertura que funcionaba en seguida, y gracias á un sistema de iluminación que no describimos porque puede hacerse de distintos modos, la luz que alumbraba el cuadro por delante se extinguía insensiblemente, mientras otra situada detrás de aquél alumbraba poco á poco la jaula verdadera, que entonces se distinguía al través de la tela metálica que se había hecho invisible. Los pájaros sorprendidos por esta luz que el público no veía, pero que á ellos les deslumbraba, se ponían á volar y á cantar, aumentando de esta suerte la ilusión.

La precisión es en este experimento de suma importancia, y la regulación de la luz, que debe hacerse con minuciosidad suma, es un elemento esencial, pues todo el éxito de la ilusión depende de la manera como la iluminación pasa casi insensiblemente de la cara anterior á la posterior de la tela metálica.

A pesar de su gran analogía, es preciso no confundir los efectos debidos á la transparencia y á la iluminación de una tela metálica con las proyecciones disolventes ó con los efectos diorámicos de Daguerre, pues éstas son pinturas sobre tela que se modifican y no objetos reales que aparecen de repente.

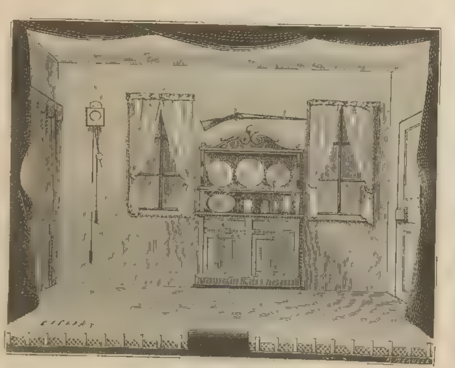


Fig. 1. Decoración de tela metálica iluminada por delante



Fig. 2. La misma decoración iluminada por detrás se hace transparente y deja ver la escena representada en el grabado

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CALAF. - MEMORIAS DE UN PRIMER TENIENTE, *por Kal-Aff*. – Estudio de las maniobras últimamente verificadas en Cataluña, escrito con estilo fácil, castizo y elegante, con gran conocimiento de las materias, lugares y sucesos de que trata y en forma de entretenida narración abundante en curiosos episodios.

Es un libro de muy agradable lectura que se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor*. – Hemos recibido los cuadernos 2.° al 6.° de esta importante publicación que confirman el concepto por todo extremo favorable que á la vista del 1.° formamos. Además de los pliegos correspondientes á la brillante Introducción histórica, contienen preciosas fototipias.

Los autores de esta obra, además de haber sustituído las fotografías por fototipias, se proponen introducir en ella otras reformas, como la de aumentar hasta ocho páginas el texto intercalando en éste algunos grabados.

La obra constará de 60 cuadernos, con cada uno de los cuales se repartan dos fototipias, y el precio de cada cuaderno es una peseta.

Se suscribe en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

ALGO DE AGRICULTURA, *por D. Antonio Magriñá*. – Libro interesantísimo, en que se exponen importantes observaciones prácticas y se estudian con gran acierto y con criterio justo los principales problemas agrícolas.

Se vende en las principales librerías, al precio de 3 pesetas.

DOLORAS, *por D. Ramón Campoamor*. – La «Biblioteca selecta» que edita en Valencia D. Pascual Aguilar ha publicado una edición económica de estas inspiradísimas poesías en dos elegantes tomos que se venden al precio de 2 reales uno.



ESTATUA DE LAMARTINE EN MACÓN

RECAREDO Y LA UNIDAD CATÓLICA, *por D. Modesto Hernández Villaescusa.* – Esta obra histórico-crítica fué presentada en el certamen nacional que el Círculo Tradicionalista de Madrid organizó para conmemorar el XIII centenario de la conversión de Recaredo. Está escrita dentro de las ideas de la más pura ortodoxia y en ella se estudian los principales hechos de nuestra historia, haciendo resaltar la influencia que en los mismos han tenido el Cristianismo y el Catolicismo.

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por A. Wurtz; versión española con adiciones de D. Vicente Peset Cervera.* – El editor de Valencia D. Pascual Aguilar nos ha remitido el primer cuaderno de esta importante obra, de cuya bondad es garantía el nombre de su autor, el ilustre decano honorario de la Facultad de Medicina de París: la traducción de la misma y las adiciones están hechas por el señor Peset Cervera, doctor en Ciencias físico-químicas y en Medicina y Cirugía y ex director del Laboratorio judicial de Madrid.

La obra, que va profusamente ilustrada, constará de 14 ó 16 cuadernos de 64 páginas, al precio de una peseta cada uno.

Se admiten suscripciones en la librería del editor, calle de Caballeros, número 1, Valencia.

CANTARES, *por Doña Eugenia R. Estopa.* – Colección de sentidos cantares y seguidillas gitanas con un bien escrito prólogo de Doña Carolina de Soto y Corro.

Este libro, editado en Gibraltar, se vende al precio de una peseta.

ACUARELAS, *por D. E. Sánchez de Fuentes y Peláez.* – Colección de artículos interesantes y primorosamente escritos, que justifican el renombre literario conquistado por el joven y distinguido escritor americano, cuya firma honra con frecuencia las columnas de los más importantes periódicos de la Isla de Cuba.

Acuarelas ha sido publicado en la Habana y se vende al precio de pesos 3.

NOVÍSIMA LEGISLACIÓN HIPOTECARIA ANOTADA Y CONCORDADA CON EL CÓDIGO Y CON LA LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL, *por D. Cristóbal Bordíu, Registrador de la propiedad.* – Contiene esta importante obra los textos de la Ley y del Reglamento reformados, precedidos por la Exposición de la Comisión de Códigos sobre los motivos y fundamentos de la ley Hipotecaria de 8 de febrero de 1861 y seguida de varios modelos y apéndices con todas las disposiciones complementarias vigentes publicadas dede 1.° de enero de 1863 hasta septiembre de 1890.

El carácter eminentemente práctico que tiene esta obra publicada por la acreditadísima REVISTA DE LOS TRIBUNALES, la reconocida competencia del señor Bordíu, á cuyo cargo han corrido la compilación así como las notas y comentarios, y la importancia de la materia, hacen de ésta una obra, no sólo útil, sino indispensable para todos cuantos directa ó indirectamente intervienen en la práctica del derecho y en la administración de la justicia, puesto que con ella á la vista fácilmente se resuelven todas las cuestiones importantísimas que con la legislación hipotecaria se relacionan.

Se vende en las principales librerías al precio de 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias.



CASA EN DONDE NACIÓ LAMARTINE

DELIRIUM TREMENS, *por D. Pedro Barrantes.* Colección de poesías grandiosas unas, impregnadas de sentimiento otras, inspiradas y bien versificadas todas. Son muchas las bellezas que el libro contiene, tanto en lo que se refiere á la forma como por lo que hace al fondo, revelándose en sus composiciones el señor Barrantes como poeta originalísimo y dotado de una imaginación brillante.

El libro va dedicado al Excmo. Sr. D. Joaquín Escrivá de Romaní, marqués de Aguilar, y se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 12 de enero de 1891 — Núm. 472

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIRGEN EN ADORACIÓN, cuadro de Carlos Cignani

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Terminó el año con una cuestión metafísica y de moral, que pasa desde las escuelas á los tribunales, desde los tribunales á los periódicos, desde los periódicos á las conversaciones públicas y privadas: la cuestión del humano albedrío. Su intrínseca substancia y su inmensa trascendencia se comprenden á una con sólo considerar que las palabras libre y siervo arbitrio dividieron la Europa culta en dos bandos, los cuales, desde las guerras de Religión hasta la paz de Westfalia, incendiaron por espacio de doscientos años nuestros hogares, pasaron á cuchillo varias generaciones cual si nacieran sin derecho á la vida, y yermaron las campiñas centrales del continente, parecidas por los estragos del hierro y del fuego á páramos cubiertos de pavesas y de cenizas. Si nuestras acciones nos atañen ó no; si dependen ó no de nuestra voluntad; si las dirige ó no nuestra conciencia; si traen ó no aparejadas las responsabilidades morales y sociales consiguientes á todo acto personal, pavorosos problemas, como que de darles opuestas y contradictorias soluciones, en término postrero se cambian todos los códigos reguladores de nuestra vida y se alteran todos los primeros principios del derecho humano. ¡Ah! No puede negarse, no; seres materiales, nos hallamos, en cuanto á la materia que nos compone, sujetos á las afinidades químicas de las moléculas y á las atracciones mecánicas de las moles. No puede negarse: á la fatalidad química y á la fatalidad mecánica se une la fatalidad fisiológica. Imposible impedir que nuestra vida sea una combustión, y nuestros pulmones una fragua, y nuestro corazón una bomba, y nuestro hígado un segregador, así de hiel como de azúcar, y nuestra sangre un compuesto idéntico al que circula por las venas del buey ó del carnero. De aquí la devoción literaria y científica despertada en todos los siglos por los héroes víctimas del destino y de la fatalidad. El Prometeo encadenado á las puertas de Asia, el Job semita sobre su estercolero, el Edipo ciego por las encrucijadas de Tebas y por los valles de Colonna, el Hámlet circuído de un perpetuo misterio, el iluso y engañadísimo Segismundo, el criminal inocente D. Alvaro nos interesan en el poema y en el teatro, porque á nuestra vista evocan y á nuestra memoria recuerdan el montón de cadenas, cuyo peso nos abruma y cuyos eslabones llegan desde las plantas del pie hasta los astros del abismo. El cometa lejano, de órbita incalculable, casi fugado á la gravitación universal, influye sobre nuestros órganos. Aviva el astro de las noches nuestras mareas, como nuestros deseos los ojos de la mujer amada. Miran las agujas imanadas al polo y las vírgenes amantes al prometido. Los matices de la luz fracta en el prisma se corresponden con las notas arrancadas por el músico á su lira. La luz es calor, el calor electricidad, la electricidad magnetismo, el magnetismo vida, la vida pasión, la pasión amor, el amor fatal, porque sin sus afinidades y aproximaciones y correspondencias y armonías las especies habrían en el mundo fisiológico y orgánico de acabarse y extinguirse para siempre. Así los unos cuerpos influyen sobre los otros cuerpos, los unos seres sobre los otros seres. Acercad vuestros dedos á la humilde planta que llamamos sensitiva, y veréis cómo se pliegan sus hojas al tacto. Presentad á esas nerviosas mujeres, denominadas por un naturalista inmortal sensitivas con alma, cualquier cristal electrizado, y las veréis moverse como los átomos atraídos por los ámbares. El éxtasis de los místicos, el agoreo de la sibila, el clamor de los oráculos, el milagro de los sacerdotes en las aras litúrgicas, el baile religioso de las bayaderas indias alrededor de sus divinidades, la dominación ejercida sobre las serpientes por el fascinador egipcio resuélvense á una en fluidos magnéticos que despiden los ojos como el éter moléculas de luz y como los nervios chispas de verdadera electricidad. Atracciones y repulsiones rigen la mecánica celeste, acciones y reacciones las fuerzas químicas, aspiración y espiración los pulmones, sístole y diástole el corazón, sangre venosa y arterial el cuerpo, electricidad positiva y electricidad negativa el magnetismo universal, simpatías y antipatías el magnetismo humano. Así es inútil negar que las leyes de las moléculas y de las moles, el conjunto de fuerzas mecánicas y de fuerzas físicas impulsoras del movimiento y generadoras de la vida imperan sobre nosotros con positivo y absoluto imperio.

II

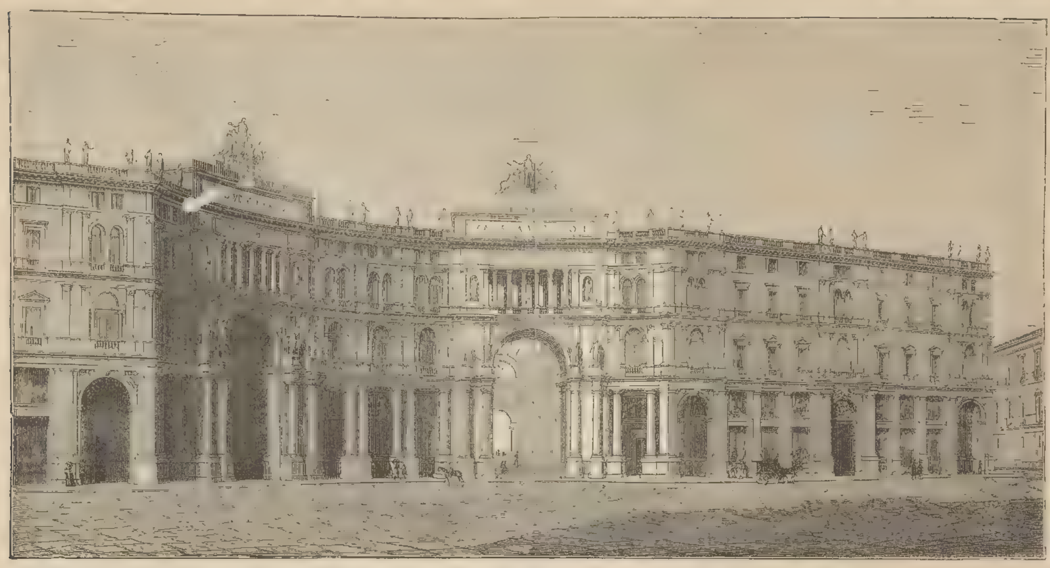
Mas sin desconocer que nuestras fuerzas de la fuerza universal descienden, que nuestra vida en el calor solar nace, que del oxígeno encendido por la combustión cósmica brota todo aquel necesitado por nuestro pecho para su respiración, hemos de convenir en que somos también un universo espiritual, quien posee una razón ó éter, una conciencia ó sol, una voluntad ó motor completamente nuestros; y por nuestros, humanos; y por humanos, libres; cuya virtud al mismo tiempo que hace del hombre una entidad, un ser en sí, lo sujeta fuertemente á tremendas responsabilidades morales y sociales. Responderán los músculos al impulso de la mecánica celeste; pero también al impulso de la humana voluntad. Los nervios vibrarán al choque tremendo con el rayo de los cielos; pero también al áureo plectro de nuestra interna sensibilidad. Los instintos brutales y los efectos fisiológicos se podrán enseñorear de nuestros humores; pero levantaráse sobre sus caracteres materiales el disco invisible de la conciencia y dominará sus más inconscientes impulsos la enérgica propia voluntad. No conozco emoción sobre la cual deje de tener imperio un mandato verdadero de nuestro ser interior. En una gran parte causamos nosotros mismos nuestra vida. En la mayor parte de los casos escoge nuestra voluntad entre el mal y el bien por sí misma, según determinaciones originadas en motivos espirituales é internos. El que una parte de nuestros movimientos resulten fatales por provenir de los factores físicos y fisiológicos inaccesibles á la jurisdicción y soberanía del espíritu, no quiere decir que dejen de levantarse á una sobre todos estos muchísimos verdaderamente morales, iluminados por el rayo de nuestra conciencia y cumplidos al soberano impulso de nuestra voluntad. No podéis conseguir crea yo aquello que no quiero creer, piense aquello que no quiero pensar, ame aquello que no quiero amar, haga en lo dependiente de mi albedrío aquello que no quiero hacer; por todo lo cual me siento libre, y como libre respondo de todo aquello que resulte obra mía consciente, deliberada, voluntaria, como entidad moral que Dios me ha creado, entidad perdurable allende nuestra vida mortal y terrena. Un dominio tan grande poseo sobre mí propio, que mientras los demás animales no suelen matarse ó se matan con raras excepciones muy buscadas por los deterministas, pero muy poco persuasivas y faltas de la universalidad indispensable á constituir una ley, el hombre se despoja de la vida en el pleno goce de sus facultades psíquicas, con toda su libertad y toda su conciencia. ¿Queréis otra demostración superior al suicidio de que os poseéis á vosotros mismos y de vosotros mismos también os enseñoreáis hasta destruiros, como pudierais destruir cualquier objeto que os perteneciera en plena propiedad? Así como dicen los fisiólogos que nuestros nervios ópticos enderezan unos los objetos invertidos en otros, podemos decir que si nuestros bajos instintos nos tientan presentándonos como bueno, por agradable y seductor, lo malo, se levanta la conciencia sobre tan mentadas y engañosas sugestiones de nuestra parte animal, y brillando como una grande antorcha ilumina con su éter y mueve con su calor la voluntad hasta dirigirla por completo al bien y á su pleno cumplimiento en la vida.

III

Diserto así porque me hallo frente á una escuela que, no queriendo reconocer cuanto hay de libre y moral en el género humano, borra sin escrúpulo á un mismo tiempo el crimen y la virtud, tomándolos, ó bien por un resultado indefectible de cada complexión, ó bien por ineluctables sugestiones de algún extraño agente. Y si esta escuela se detuviera en las cátedras ó en los libros, vaya en gracia; la combatiríamos como un sofisma; pero subiendo á los tribunales y penetrando en los códigos, hay que desarraigarla como el mal. Uno de los crímenes más vulgares que pueden perpetrarse por el hombre, se perpetró un día en París. Cierta muchacha perdida, la Bompard, sedujo á un desdichado notario, Gouffee; y para robarlo, de acuerdo con su amante verdadero y oficial, Eyraud, ahorcó al amante de un día con cordeles, y luego metió su cuerpo inerte dentro de una maleta y lo expidió á Lyón. Pues bien: esta cruel asesina, de conciencia opaca y de voluntad perversa, porque tiene así en su breve cuerpo y en sus múltiples nervios como aspecto de avecilla ligera, se ha defendido pretextando una sugestión de su amante oficial, y ha conseguido, no sólo que la defensa llegase al caso de aducir tal patraña, sino que abriese una especie de información jurídica y otra especie de certamen científico el tribunal de derecho, y que los jueces de hecho, los jurados, tuvieran tanta lenidad que la castigaran á sólo veinte años de galera, cuando merecía por todos sus actos consecutivos y consuetudinarios tal furia la última pena. Imposible decir con qué cruel insistencia una escuela jurídica llamada de Nancy ha peleado contra la conciencia, contra la voluntad, contra el interno albedrío, contra todo aquello que nos eleva por su grandeza indudable á la sublime categoría de hombres y hace á nuestro espíritu como el mediador necesario entre la tierra y el cielo. ¡Eyraud, condenado á muerte porque diz hipnotizó y sugestionó á Gabriela; mientras la más criminal, viva y dentro de poco libre por creerla instrumento de ajena voluntad! Tal precedente conduce á muy profundos abismos. Dentro de poco veránse sueltos los asesinos, mientras ahorcados los inocentes, si aquéllos aducen haber procedido por cualquier ajena sugestión y pueden cohonestarla con más ó menos fundado pretexto neurótico. Esto sí que parecen aquellas estampas, con cuyas figurillas polícromas jugábamos de niño, que tituladas «El mundo al revés» nos ofrecían los peces tirando de los coches por los empedrados y las mulas discurriendo herradas y todo por los mares. Entre los puntos de analogía que hay del cesarismo alemán moderno con el cesarismo romano antiguo, encuéntrase la boga que alcanzó ayer en el uno y alcanza hoy en el otro la teoría materialista. Y entre lo mucho malo que ha hecho la Italia contemporánea en sus imitaciones germánicas, nada tanto como este traslado y transporte del materialismo filosófico al derecho y á la responsabilidad penales. Nuestra razón pura no podrá demostrar con argumentos matemáticos de una evidencia irrefragable la libertad moral; pero como sin ella el género humano se destruiría y la sociedad también y la moral y el derecho, no hay sino admitirla y proclamarla como una verdad evidente.

IV

¡Y que acostumbran los innovadores á pararse alguna vez en escrúpulos de monja! Un cierzo de la estepa cruza por las tierras de Occidente. Y así como el glacial soplo suyo hiela el individualismo, destruye su consecuencia más inmediata, la propiedad. Todos los colectivistas y todos los anarquistas, ululantes hoy por los clubs, provienen de Rusia. Mal regalo, peor que un reuma ó cualquier otro achaque proveniente de la humedad ó del frío, mal regalo ese retroceso barbarísimo á las tribus primitivas, que forman hoy un haz de Imperio allí con sus mujichs y sus popes y sus espías merced al despotismo. Pero si calamitosa resulta en la economía social esta plaga egipcia del colectivismo, aun resulta peor la filosofía pesimista puesta por Tolstoi en romance ó novela. No puedo negar, ni quiero, la extravagante grandeza del original escritor. Pero en mis adentros, créolo rematadamente loco. Baste recordar cómo, siendo noble y potentado, se ha metido á zapatero, para recluirlo en cualquier manicomio. Baste añadir que predica el suicidio y aniquilamiento de la humanidad como la cosa más natural del mundo, para corroboración del anterior aserto. Aun comprendo en Filo-



GALLERIA UMBERTO I, RECIENTEMENTE INAUGURADA EN NÁPOLES, obra del arquitecto Ernesto di Mauro

sofía ese nirvana connatural con cierto análisis que, á fuerza de ir escalpelando á la humanidad, concluye por convertirla en misérrimo esqueleto, al cual no le conviene vivir Pero la nirvana en el arte, allá en las cumbres olímpicas de los dioses, en los montes Parnasos de las Musas, en el cielo que sólo inspira intuiciones y sólo admite arquetipos y prototipos eternos, está como los demonios de todos los infiernos en cazos de agua bendita. Una sociedad tropical, como la India, puede producir en sus excesos de vida, tan cercanos á la muerte y al aniquilamiento, esa religión de la nirvana, especie de hatchis destinado á procurarnos un eterno sueño gozoso. Pero echar tal bomba la mano de Schopenhauer para que la recoja en su aislada escuela y doctrina la mano de Tolstoi, metiéndola por todos los hogares, á riesgo de que salten, paréceme una temeridad sólo explicable por la demencia. El bello é interesante libro de este último, *La Sonata á Kreutzer*, trata el amor de abominable y lo pone por bajo de la digestión y de todas las funciones fisiológicas á la digestión consiguientes. Así, cometiendo una especie de calaverada brutal á lo Orígenes, truena contra el matrimonio y la familia, fundado, según sus textos, en que los cree por Cristo á la continua conspuidos é inapelablemente condenados. Mas como á sus propios cegados ojos en seguida salte la observación de que habría el mundo entero de acabarse así, encógese de hombros con indiferencia, y exclama implacable con gravedad: «Pues que se acabe.» ¿Hay cosa tan detestable como este planeta nuestro en el universo? Miren qué precioso don la humana vida. Como se cogen tantas flores del nacer al morir, hay para detenerse aquí en edén semejante y llamar á otros anegándolos, no en este valle de lágrimas, en este océano de lodo. Los gobiernos han tomado tal miedo á semejante libro, que, según el editor francés dice á la cabeza de su traducción, hasta los Estados Unidos lo prohiben. Declaro que sin tal reclamo, puesto en la portada, yo nunca lo hubiera leído.

V

En verdad que debemos preferir á todos estos histerismos de las letras contemporáneas la salud y robustez de alma y cuerpo contenidas en las obras del Renacimiento, análogas, por lo externo, á las helénicas, y en lo interno animadas por el espíritu de Cristo y de Platón. Así me regocija y arroba el volumen último de Muntz que la casa editorial de Hachette ha publicado en estas Navidades bajo el título esplendoroso de *Renacimiento* Lo declaro: cuando he ido á Florencia he puesto empeño en pasear por los nuevos jardines de Academo, todavía floridos como bajo la República de los Médicis, y en ceñir mentalmente bajo las hayas ungidas por tantos recuerdos platónicos guirnaldas de laureles sobre los bustos, que aún relucen, de quien escribió diálogos como el *Banquete* y el *Fedón*, en cuyas ideas comulgaran eternamente los espíritus más puros y más enamorados de las idealidades divinas. Y he creído ver sobre los lechos de pámpanos amontonados en el otoño por las vendimias, con copas de hidro-miel en las manos, convergidas las miradas á los rayos del sol y las conciencias á los efluvios del alma, los sumos sacerdotes de aquella Pascua espiritual del siglo XV, sacudiendo las cenizas de todo lo contingente, bajo cuyos átomos no pueden volar las ideas, y subiendo á los cielos por las escalas del pensamiento en pos de aquella contemplación del Eterno y de aquellos eternales arquetipos, en que se modelan, como en su plan y en su ideal, todos los mundos. Así entendían que la hermosura no está ni en tal paisaje del mar ó del campo, ni en cual obra del arte, sino en sí misma, como una esencia misteriosísima; y que no está el bien tampoco en tal acción ó en tal virtud, sino en sí fundamentalmente, y que todo cuanto en sí ó por sí es, por propia virtud, al cabo está en Dios y de Dios toma su verdadera substancia. Todas estas ideas, en vez de conducirnos al aniquilamiento del alma, nos conducen á su inmortalidad. Puesto que tenemos dentro de nosotros mismos un ser espiritual capaz de concebir la idea y una idea capaz de abrazar lo infinito, no temamos que la nota dormida en el arpa de nuestros sentimientos, ni la llama guardada en el barro de nuestros huesos, ni el aroma consubstancial á nuestra vida se pierdan como fugaz nube; al contrario, volverán á su esencia y substancia, como los rayos luminosos que por el crepúsculo matutino vienen del sol, vuelven al sol en el crepúsculo vespertino, por ser divina emanación de aquel su fulgurante disco. Si á un platónico del Renacimiento le hubierais asegurado que no había espíritu en el cuerpo y Dios en el espacio, volviéraos las espaldas con desdén; y si le hubierais pedido la demostración de sus dogmas, probáraos cómo tales dogmas no se demuestran, cual en matemáticas, en esas ciencias de la exactitud, no pueden demostrarse aquellos apotegmas que constituyen su fundamento, los postulados primeros del inmortal Euclides. Y esta idealidad compadecíase por completo en ellos con el culto y devoción á la Naturaleza, con la realidad viviente. Diríase que habían todos nacido en aquellos islotes perfumados por los aromas del cedro, á cuya sombra creciera Homero en el ingreso de las grutas, marinas y campestres á un tiempo, habitadas por Calipso. Sus almas, según lo tiernas, debieron asistir á la más hermosa edad helénica, en que los dioses alegremente surgían de las ondas; y según lo sublimes, á la época en que los titanes luchaban con el Olimpo, estremeciendo desde el Elíseo hasta el Averno y arrojando rocas al mar, cuyas aguas escupían á los cielos. Hablaban los genios del Renacimiento cual en Grecia cuando los jóvenes, enardecidos por los hexámetros de Tirteo, iban á morir con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el pecho por su libertad y por su patria. Así la diosa del amor los visitaba en su áureo carro, de que iban tirando blancas palomas, é imprimía en sus labios y en su frente besos creadores parecidos á los que llevaban las estatuas de Fidias, las tragedias de Sófocles, las arengas de Pericles, las conversaciones de Platón. Así las abejas de los lentiscos del Atica depositaron las mieles helenas en sus labios y las cigarras de los olivares de Minerva las ideas platónicas en sus conciencias. Por tal razón alzaron el mundo y el cielo de todas las artes con tal esplendor, que, á un tiempo, en aquella Pascua resucitaba Cristo bajo la bóveda de las catedrales, resucitaba Grecia sobre las ruinas de Roma, resucitaba la India en los mares de Oriente casi olvidada por los siglos, resucitaba en los mares de Occidente América; y con la invención de nuestro hemisferio austral se henchía de astros nuevos el espacio, y con el segundo advenimiento de Platón llenábase de nuevas ideas el espíritu, surgiendo á un tiempo la estatua ungida por tantos recuerdos en los escombros para completar la historia de lo pasado, y el indio lleno de vida por las costas para decirnos cómo surgía un continente aparejado y apercibido á implantar en su seno la sociedad regenerada de lo porvenir.

VI

Pero volviendo á nuestra crónica, no la completaríamos de ningún modo si omitiéramos y olvidáramos el drama último de nuestro eximio Echegaray. Verdaderamente asombra la suma de facultades con que Naturaleza dotara, en hora de prodigalidad, á este su hijo predilecto. Necesítase ascender á los tiempos de Vinci para encontrar una serie tal de múltiples y extraordinarias aptitudes. Matemático, hacendista, ingeniero, poeta, orador, Echegaray no tiene su igual. Con Goethe puede comparársele por haber escrito éste, no sólo poemas y tragedias y dramas y odas y romances y viajes, tratados muy sabios, y hasta con verdaderas innovaciones, de Física matemática y de Historia natural. En poesía dramática puede asegurarse que reina Echegaray enteramente solo sobre su tiempo; y no veo quien lo emule y con el compita en extrañas tierras. A pesar de todo esto, el drama último, con un acto primero de mérito excepcional, no ha encontrado en el público aquella unánime acogida que otros dramas suyos. A la verdad, y sin pasión, después de haber mucho reflexionado sobre tal materia, yo inflijo la responsabilidad completa de lo que pasó á flaqueza del desempeño. Tenemos dramas excelentes. Nación de aventuras la nuestra, buscamos en el teatro recreo consonante con la índole natural española y con los ministerios históricos nuestros. La poesía, la elocuencia, la pintura no morirán en España. Desde que las tablas de la Edad media se animan en los monasterios hasta que la técnica del arte consigue los perfeccionamientos contemporáneos, nuestros anales inscriben con áureo cincel en los templos de la gloria desde un apellido como el de Berruguete hasta un apellido

como el de Fortuny. Lo mismo nos pasa en el teatro, lo mismo. Tienen los extraños que traducir desde nuestro *Cid* hasta nuestro *Don Alvaro*. La dinastía, presidida por Lope, acaso no llegue á extinguirse jamás en la tierra clásica del drama romántico. Pero ¡ay! que nos van faltando actores. Y esta falta de actores destruye poco á poco el cultivo de la mejor pagada entre todas nuestras artes literarias, el cultivo de la poesía dramática. Tenemos á la cabeza de todas nuestras actrices María Tubau; pero ella misma y las que puedan seguirle, así en mérito propio como en público favor, andan solas por teatros completamente faltos de verdaderas colectivas compañías. Lo mismo sucede con los actores: Vico solo y errante, Ricardo Calvo solo, Mario solo ¿qué pueden hacer? Muy apasionado yo en política, nunca jamás hablé con Sartorius; pero detestando su gobierno, admiré una obra imperecedera suya, el Teatro Español, donde reunió con Matilde y Teodora y Bárbara, Valero y Romea y Arjona. Yo soy tan viejo, tres años me faltan para sesentón, que á Guzmán y á Latorre oí. Eran todos los mentados maravillas en su género. Mas había entonces mayor unidad en los actores que ahora; todos cuantos se parecían se acercaban, importándoles sobre sus intereses y sus renombres propios el interés y el renombre de los dramas que hacían. Yo comprendo por qué Tamayo, nacido en las antiguas compañías y maestro desde su nacer en la composición del drama y en la ciencia del teatro, se ha retirado y abstraído en su sillón de la Española y ante sus armarios de la Biblioteca. No se puede hacer nada con estas compañías que ahora se forman entre nosotros, cabezas verdaderas sin pies, ó pies verdaderos sin cabezas. Así, como la virtud culminante de nuestro Echegaray sea la bondad, estoy seguro de que imputará él á sí mismo la desgracia de su drama último y no á quien lo desbarató y descompuso Cosa verdaderamente demostrada: la dramática española perece como no se modifiquen los corrales de nuestras comedias. ¡Oh! Si yo tuviera el ingenio ático de un *Clarín*, la maestría soberana de un Balart, la competencia indudable de un Picón, la gracia salpimentada de un *Indolente*, la historia de un Cañete, cogería mi látigo y metería todos los actores de primer orden dentro de un solo teatro.

EMILIO CASTELAR

EXPOSICION DE PASTELES Y ACUARELAS

EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

No sé qué pensar viendo el derrotero que las Bellas Artes siguen en las naciones latinas. Así me parece que los artistas van por buen camino marchando de acuerdo con las novísimas corrientes del positivismo que caracteriza la sociedad actual, como creo que se equivocan de un modo lamentable, dedicándose á estampar en el lienzo, en papel ó en el mármol lo que ese positivismo nos muestra de color de oro, – pues el color de rosa ya no es de este mundo; – lo que ese positivismo viste con brillantes y terciopelos; lo que ese positivismo disfraza con el Champagne, con el Jerez, con el Falerno, con el *melrosse*, con la *veloutine*; los grandes dolores, las grandes ideas, la virtud, el vicio, que pierden sus naturales fisonomías haciéndose igualmente aceptables porque se hacen igualmente indiferentes al caer dentro de la esfera especulativa, que es el crisol adonde van á parar hoy sentimientos, pasiones, ideas; el mundo, en fin, del espíritu.

Cuando veo esa enorme cantidad de tablas, lienzos, acuarelas y dibujos que figuran en exposiciones y escaparates, en gabinetes y en las páginas de las *Ilustraciones*, representando una *Joven jugando con un gato*, *Esperando*, *Estudio*, *En la playa*, *En las carreras*, pienso que tales motivos están perfectamente acordes con esta frivolidad escéptica que aparenta el positivismo, para no mostrar al exterior, á los espíritus elevados que contrapesan tal doctrina, el gesto salvaje de su egoísmo, tan brutal como el cañón arrasando la ciudad y el bosque, puesto que á su conveniencia sacrifica arte, ciencia, industria, todo en fin, amoldándolos á sus especulaciones, dándosele un ardite de que el nivel filosófico, psíquico, se rebaje, rebajando hasta la moda y la adulación lo que no es de la moda ni del hombre vulgar. Y pienso también que, como cuanto el arte produce sugestionado por ese ambiente que nos rodea es así frívolo, no durable, como no son durables tampoco los caprichos insulsos del hastío, encuádrale á mil maravillas la novedad de los procedimientos puestos en boga. Cuando había que dar forma á las creaciones de los grandes genios místicos, se pintaba grande, al encausto; cuando más tarde la historia, la filosofía, el simbolismo inspiraron á los artistas del Renacimiento las *loggie*, la *Sixtina*, y á los que florecieron después el más severo ascetismo, como á Zurbarán y Lesseuer, las gallardías de una época eminentemente pagana y artista á Rubens y Ticiano, y las glorias nacionales á Velázquez, se empleó el fresco ó el óleo; aquellos artistas, como sus contemporáneos, pensaban, no para ellos, pensaban para los siglos que habían de suceder al suyo, y sus ideas debían ser plásticamente durables, como durable es la Historia; los artistas de hoy, sobre todo los españoles, italianos y franceses, – hablo de la generalidad, – gracias si en fuerza de acosar al modelo para que se ponga este trapo de moda, ó pamela, ó el *fitchú* de encaje, logran hacer el tipo insubstancial de la señorita del día en el *tocador*, en el *baile*, en el *teatro;* gracias si pintan con toda clase de artimañas y retoques la *cocotte* ó la *chula*, y cuando se enternecen y se echan por los trigos del lirismo, de lo bucólico y también de lo sentimental, es cosa de ver las mismas *cocottes* por tipos del campo, ó por el contrario, naturalismos tanto más repugnantes cuanto con menos arte están vistos. Y como todo esto es obra sin idea, como todo esto es insubstancial, como todo esto no tiende más que á despertar el erotismo en unos, á halagar la vanidad y el lujo de otros y á proporcionar el placer del sentido de la vista en los más espirituales, por donde infiero que á tal arte, que está condenado á morir, viénele á pedir de boca la acuarela y el pastel, como procedimiento que según el organdi y la muselina duran lo que el capricho de la moda, no quedando ni rastro de ella al cabo de breve tiempo.

Y es fuerza seguir la corriente que nos viene de allá, de los Pirineos. Allí artistas serios, como L'Ermitte, pintan al pastel, que exige un dibujo admirable si lo que de ese modo se pinte ha de resultar una obra de arte. Si el pastel no fuese tan deleznable, conociendo bien su sencillo mecanismo y siendo el que lo conozca un buen colorista, pueden hacerse maravillas; se llega hasta conseguir la jugosidad y el vigor del óleo; ¡ay! pero el óleo dura muchos siglos y el pastel... Sin embargo, en esta corte existe una copia de los *Borrachos* de Velázquez, que tiene cerca de dos siglos de vida, y á pesar de tan larga fecha se conserva admirablemente: ¿conocerían los artistas de entonces el medio de fijar el lápiz de color? Si lo conocían, hoy no se conoce; y del pastel, tengo para mí que su reinado será bien corto por muchas causas, y una de las más importantes esa.

Pero mientras está en boga estudiémosle, que como auxiliar para la obra seria es digno de tenerse muy en cuenta procedimiento tan sencillo y de resultado tan inmediato.

En esta Exposición del Círculo se han presentado sesenta y tres pasteles. Casi todos los titulan *Estudios* sus autores, y realmente no tienen otro valor, pero hay dos que merecen especial mención; uno de ellos es debido á Sorolla el otro á Peña. El de Sorolla, hecho con el deseo de producir en la retina del espectador la ilusión de la realidad misma y como tal manejadas las barrillas como pudiera los pinceles del óleo, es una obra llena de luz y de verdad; titúlase *El Calafateo*; el de Peña, está pintado á luz templada, y carnes, telas, fondo, todo tiene una entonación suave finísima; representa una media figura de mujer elegante quitándose el abrigo, y su autor la dice *Después del baile*. También debo mencionar un gran pastel que representa una aldeana tumbada sobre la hierba, y casi de tamaño natural la figura; original de Pando y muy bien entendido el procedimiento y el color. Ruiz Luna, el autor de la marina *Trafalgar*, premiada con medalla de oro en esta última Exposición nacional, también exhibe doce estudios al pastel; los que representan unos vapores en marcha son buenos. Siguen Plá, Bilbao, Mascó, Marín y otros varios artistas con obras más ó menos afortunadas. El maestro Sala mandó de París un pastel, una mancha buena; quien está mal en el suyo es el eximio artista José Jiménez Aranda. A cambio nos exhibe unos *guaches*, – que no es lo mismo que *aguadas*, como asegura mi buen amigo el distinguido literato y crítico Jacinto Octavio Picón, – admirablemente dibujadas y construídas, aun cuando se resientan de la tonalidad gris que da á sus pinturas el autor. Marcelino de Unceta exhibe otra *guache* que representa *Un húsar de* 1834; el caballo muy bueno, el hombre no tan bueno. Entre las acuarelas mencionables está en primer término *La Santera* de Sorolla; *Un mal encuentro*, de Bilbao; *Mientras pasa la tormenta*, de Pulido; y como maravilla, *Una cabeza*, del malogrado Plasencia. ¡¡Es desesperante ver cómo esta cabecita vive, alienta; cómo está llena de color, de sangre, y sin embargo, no representa una hora de labor!!

Tres señoritas asisten con trabajos á la *guache*, á la acuarela y al pastel, á este certamen. Las tres están muy discretas; pero la señorita Poncela en los cuadritos *En el campo* y *En la dehesa* demuestra más brío que sus compañeras.

No cierro este articulillo sin mencionar á Querol. La estatuita que exhibe, *Venecia vigilante*, única obra escultórica que en esta Exposición existe, es digna del cincel del autor de *La Tradición*. De gallarda apostura, muy bien plegados los paños, de línea bastante correcta, tiene sin embargo cierta altivez aquella cabeza que no encaja muy bien en una aguadora, siquiera sea veneciana.

R. BALSA DE LA VEGA



DON MIGUEL GRAU, ilustre contraalmirante peruano

SECCIÓN AMERICANA

MIGUEL GRAU

(PERFILES PERUANOS)

Ante el nombre glorioso que encabeza estas líneas, los marinos de todo el mundo se descubren y América entera se postra de rodillas. He dicho que los marinos de todo el mundo, exagerando un tanto; contados serán los españoles que lo conozcan: cuando Miguel Grau conquistó un puesto resplandeciente al lado de los héroes, cuando después de su gloriosa campaña voló á los Campos Elíseos, en donde Churruca debió esperarle con los brazos abiertos, España no tenía representación naval en el Pacífico, como la tenían, y lucidísima, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos.

¿Qué extraño debe, pues, parecernos que sólo un reducidísimo número de nuestros marinos sepa quién fué Miguel Grau ni las hazañas sorprendentes por él realizadas?

Y, sin embargo, un marino español ilustre, don Juan Bautista Topete, con quien me cupo la honra de hablar en Santander al día siguiente de mi regreso de América, me decía conmovido: «Hubiera dado la vida por presenciar esa guerra de titanes,» aludiendo á la chileno-peruana.

– ¡Grau!, decía Topete, Grau es la figura más grande y más simpática que América puede presentarnos después de su independencia. Yo hice la campaña del 66, señora...

– Y con honra, le contesté.

– Con honra la hizo la marina española; pero yo peleaba contra mis amigos del Perú, sin acordarme que eran extranjeros; me parecía aquella una de nuestras contiendas civiles. ¡Qué valientes! ¡Qué valientes! ¡Y cuánto he querido yo á Monterito!

Aludía el bravo Topete al contraalmirante peruano D. Lisardo Montero.

Nuestro viejo marino me preguntó por cada uno de los jefes de la escuadra peruana; quiso enterarse de todo minuciosamente; condolióse de que España no hubiera tenido representación naval en el Pacífico cuando estos acontecimientos, y honrando la memoria de Topete puedo asegurar que se conmovió oyendo el relato de las heroicidades llevadas á cabo por los jóvenes que él había conocido en los comienzos de su carrera.

Pues bien: Topete, que amaba á los que en un tiempo fueran sus adversarios, no sus enemigos, había seguido paso á paso la estela brillante que el *Huascar*, al mando de Grau, iba dejando en sus atrevidas excursiones de Norte á Sur y de Sur á Norte; pero



MUJERES DEL MERCADO DE SIERRA LEONA

Camino del mercado
Vendedora regañona

Contando sus ganancias
Carga difícil de llevar
Un altercado

En la plaza del mercado
Regreso del mercado


UN ENTIERRO EN LAS CALLES DE SIERRA LEONA, dibujo de C. Haldane McFall

apenas si algún otro de los que tan alto pusieron el pabellón de la marina española en aguas del Callao habrá mostrado curiosidad por saber qué fin tuvieron aquellos valientes.

Si con mis apuntes biográficos reparo en parte la ignorancia que hay por acá respecto á un héroe que llevaba un apellido tan español como el que más creeré prestar un servicio á nuestra dorada juventud marina, haciéndole presente que las magníficas páginas de su historia se reproducen allí donde hay sangre y nombres iberos.

***

Nació Miguel Grau el año 1834 en Pinra, ciudad situada al Norte del Perú, coronada por cielo sin nubes, eternamente azul, y por un sol cuyos ardientes rayos producen vegetación espléndida y naturalezas tropicales. Hijo de padres ricos y distinguidos, quisieron éstos darle carrera conforme á sus aficiones, y comenzó los estudios náuticos en la escuela de Paita, puerto de excelente arribaje en la misma provincia de Pinra, y adonde las comisiones científicas europeas fueron oficialmente en buques de guerra de sus respectivas naciones á observar el paso de Venus, allá por los años 1879 ó 1880, que no recuerdo precisamente la fecha.

Comprendiendo el padre de Grau que navegando lejos de la patria podían acentuarse más y más las aficiones del niño, embarcólo en un buque mercante europeo, y al cabo de siete años regresó, apenas hombre, á su patria con un caudal de conocimientos náuticos y dominando varios idiomas. El inglés le era familiar como á todos los marinos del Pacífico.

En mayo del 54 era guardia marina; en marzo del 56, alférez de fragata; en septiembre del 63, teniente segundo; en diciembre del mismo año, teniente primero; en marzo del 65, capitán de corbeta; en julio del mismo año, capitán de fragata; en julio del 68, capitán de navío graduado, y en abril del 73, capitán de navío efectivo.

En 1868 protestó enérgicamente de no querer servir al mando de un almirante extranjero, y fué separado del servicio; por lo cual y entrando en los vapores mercantes de la compañía inglesa, sirvió á ésta cerca de un año, soportando sin quejarse las amarguras del patriotismo herido por la ordenanza; pero muy pronto volvió á ocupar un puesto en la armada, embarcándose en el monitor *Huascar*, panteón glorioso de su rápida y brillante carrera.

En 1876 la provincia de Paita le nombró su representante en cortes, y al terminar las labores parlamentarias de aquella cámara le sorprendió la guerra, cuando de nuevo tomaba el mando de su buque.

Aquí dan principio para el hombre ilustre las hazañas que han inmortalizado su nombre. Después de la funesta fecha del 21 de mayo de 1879, en que vió Grau sepultarse en los mares á su compañera la fragata blindada *Independencia*, se multiplicó emprendiendo infinitas campañas, en cada una de las cuales conquistó para su patria timbres de limpísima honra que con orgullo puede presentar ante las más poderosas flotas del mundo. El *Huascar* rompía bloqueos para llevar auxilios, órdenes y alientos á los bloqueados; custodiaba transportes de tropas, de víveres y de municiones, desafiando hasta la temeridad á la poderosa escuadra enemiga, que cuando menos lo esperaba encontrábase con una nueva y heroica correría del monitor peruano.

El *Huascar* era un fantasma y Grau su espíritu gigante, su alma indomable.

En una de sus improvisadas excursiones aparécese frente al puerto de Antofogasta, región boliviana ocupada y artillada por los chilenos, y presenta combate á las baterías y buques surtos en la rada; apresa en buena ley barcos y lanchas de los enemigos; pero siempre noble, siempre generoso, siempre magnánimo, trata al vencido y al prisionero con el amor y la consideración de un patriarca hebreo.

Rompe por segunda vez el bloqueo de Iquique, apresa el hermoso transporte *Rimac* con el regimiento montado de carabineros de Yungay, y pudiendo destruir el *Matías Cousiño* para coronar su obra, se resiste á echarlo á pique antes de poner en salvo á la tripulación.

«Comandante, grita Grau en inglés al del *Matías Cousiño*, embarque su gente que lo voy á echar á pique;» generosidad que le valió perder momentos que eran preciosos, pues no tardaron en avistarse los acorazados chilenos que á toda máquina corrían en auxilio de los suyos. El *Huascar* huyó con la presa del *Rimac*, y prefirió dejar el *Cousiño* íntegro antes que inmolar enemigos indefensos.

Este era Miguel Grau.

América entera prorrumpió en gritos de entusiasmo; los concejos de la República le decretan honores y medallas; las señoras de Lima le envían una guarnecida de gruesos brillantes; la juventud argentina le regala un álbum magnífico; de otras partes le mandan tarjetas de oro con inscripciones y riquísimos estandartes, y las señoras de Sucre, capital de la república de Bolivia, le mandan una medalla con ocho grandes brillantes.

La mujer americana, entusiasta cual ninguna, patriota hasta el delirio y valiente hasta el sacrificio, fué la primera en glorificar al héroe que más parecía de leyenda que real, verdadero y tangible.

El soberano congreso decrétale por unanimidad el grado de contraalmirante, y Grau continúa, sin envanecerse, sin darse cuenta del porqué de su glorificación, vistiendo el uniforme de capitán de navío, manteniendo enhiesta la bandera de la patria y haciendo grande el nombre del Perú con la oficialidad del monitor, digna en un todo de su inmortal jefe

¡Pero estaba escrito!

La escuadra enemiga sorprendió al *Huascar* en la mañana del 8 de octubre de 1879, frente á la punta de Angamos, que desde aquella fecha puede llamarse el Trafalgar americano. La lucha no podía ser más desigual; la defensa era una temeridad, era un suicidio cruel, y sin embargo, nadie vacilaba.

La escuadra chilena con sus dos poderosos acorazados (*Blanco Encalada* y *Lord Cochran*) al frente avanza en son de combate; el *Huas-*



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. — LA PLAZA DEL REICHSTAG, EN BERLÍN

car, que dispuesto á la pelea cuando arrojaba las muras tenía el aspecto de un zapato grandísimo, no puede sostener la lucha ni con remotas probabilidades de éxito. Su terrible arma es el ariete; pero ¿cómo embestir á los colosos sin que antes éstos lo destruyan?

Tenía el que fué buque peruano y hoy forma parte de la armada chilena un torreón de forma cilíndrica, resguardado por un blindaje de cinco y media pulgadas. Estaba el torreón colocado delante del departamento de la máquina, y provisto de declives y rodados para dos cañones de doce y media toneladas, con balas de trescientas libras del sistema Cowper.

Su aparejo era de bergantín con el trinquete en forma de trípode para facilitar el manejo y movimiento de los cañones giratorios del torreón.

La máquina era de trescientos caballos, las calderas estaban reforzadas y tenían magníficas válvulas de seguridad.

Contaba de registro mil cien toneladas, y un andar de doce millas y cuarto por hora, con un calado de diez y seis pies ingleses; sus dimensiones doscientos pies de eslora, treinta y cinco de manga y veinte de puntal, y el blindaje del casco de cuatro pulgadas y media, una menos que el torreón. Con esta pequeña arma de guerra se aprestó Grau á morir con honra.

Pocos momentos antes de entrar en combate, el ayuda de cámara del contraalmirante, un joven llamado Alcibar, condujo á la torre la espada de su amo.

Vestía éste pantalón azul sin galones, levita inglesa de castor también azul con tres botones en la bocamanga y las presillas de capitán de navío, y llevaba calada la gorra. El contraalmirante no llegó á usar á bordo el uniforme de su alta clase ni enarboló jamás la insignia correspondiente.

Grau era el soldado de la patria, tan modesto como grande.

Empeñado el combate, dos bombas enemigas atravesaron la torre del comandante en dirección de la mura de babor á la aleta de estribor, y un cuerpo cayó sobre la cubierta. — «¡Ha muerto el comandante!,» gritaron, y la tripulación, sin perder su sangre fría ni su valor heroico, recogió aquel cuerpo, que sin mirar, tales eran los fragores del horroroso combate, condujo á la cámara de popa

Uno á uno fueron sucumbiendo aquellos valientes, y uno por uno ascendiendo al mando del buque por orden de categorías.

Quedaron con vida dos tenientes segundos, Canseco y Santillana; un alférez, Herrera, y el valiente oficial Pedro Gárenzon.

Después de aquella catástrofe, y cuando los pocos supervivientes se disponían á sepultar el *Huascar*, fué éste tomado al abordaje, al mando del teniente Simpson, de la marina chilena.

Se pensó lo primero en recoger el cadáver del contraalmirante, que se suponía en la cámara de popa; pero cuál no sería la sorpresa de los oficiales peruanos al ver que aquellos restos, si muy queridos y respetados, no eran los del ídolo; eran los de otro valiente, Diego Ferré, ayudante de Grau, su compañero de glorias y su hermano en la muerte, pues que la misma bala les arrebató la existencia.

Pedro Gárenzon pidió y obtuvo permiso del oficial vencedor para permanecer en el *Huascar*, hasta encontrar los restos venerandos de su jefe; inútilmente: entre el montón de cadáveres y de miembros esparcidos por todas partes no había señales de ninguno que hubiese pertenecido á Miguel Grau.

Los cadáveres del segundo comandante Elías Aguirre y de los tenientes primeros Rodríguez y Ferré, así como el cuerpo moribundo de otro valiente, de Enrique Palacios, fueron cuidadosamente recogidos; pero Gárenzon no podía darse por satisfecho no encontrando la menor señal que le descubriese al comandante.

Por fin, entre las astillas y hierros que habían convertido la torre en montón informe, descubrió un pie desnudo, apenas aprisionado en botín de cuero, cuyo chanclo había desaparecido; al pie estaba unido un trozo de pierna, hasta la mitad de la pantorrilla. Gárenzon reconoció el miembro mutilado del contraalmirante; no le cabía duda, era parte de su pierna derecha.

Cuidadosamente fué envuelta la sagrada reliquia en un pabellón de bote peruano, y al día siguiente encerrada con gran esmero en una caja para ser depositada en el cementerio de Mejillones de Bolivia junto con los otros valientes de la jornada

El contador del *Huascar*, D. Juan Alfaro, fué el encargado por Gárenzon para acompañar los queridos restos y marcarlos convenientemente. Los cuerpos de Aguirre, Ferré y Rodríguez quedaron, pues, en tierra extranjera, acompañando aquel fragmento venerando del contraalmirante, y el hoy obispo de Santiago de Chile, ilustrísimo señor Fontecilla, fué el primero que celebró una misa en sufragio del alma del héroe peruano.

Señaláronse las sepulturas con inscripciones y cruces, y la que marcaba el sitio en donde quedaban los restos de Grau, fué asimismo distinguida con una banderita peruana que en ella clavó la mano piadosa de un oficial chileno, el señor Goñi, comandante hoy del acorazado *Blanco Encalada*.

Algún tiempo después el contraalmirante Vill, de la marina chilena, pidió al gobierno de Chile autorización para trasladar al mausoleo de su familia en Santiago la modesta caja que encerraba una parte de aquel cuerpo viril, envoltura de un alma tan grande, y Miguel Grau fué trasladado á la capital de Chile, en donde provisionalmente descansó al lado del general Vill, veterano de la independencia.

El 22 de junio último fueron entregados los restos del grande hombre al ministro del Perú D. Carlos Elías, para ser trasladados á su patria idolatrada, más rica por haber dado vida á Grau y á sus compañeros, que por sus bosques de maderas preciosas, sus minas inagotables y su territorio vastísimo y hermoso.

Los enemigos de ayer despidieron hoy conmovidos lo que del inmortal marino conservaban, y las damas chilenas saludaron, llorando enternecidas, el fúnebre cortejo con que de Chile salió el adversario generoso y magnánimo, cuyo nombre pertenece en la tierra á todo el continente americano, como en el empíreo pertenece al Creador, que tan á su imagen y semejanza lo modelara.

La historia reserva á Grau páginas brillantísimas: la tradición popular le consagrará culto idólatra.

Honor eterno á los hombres que han sucumbido haciendo reverdecer los laureles de Lepanto y de Trafalgar.

EVA CANEL

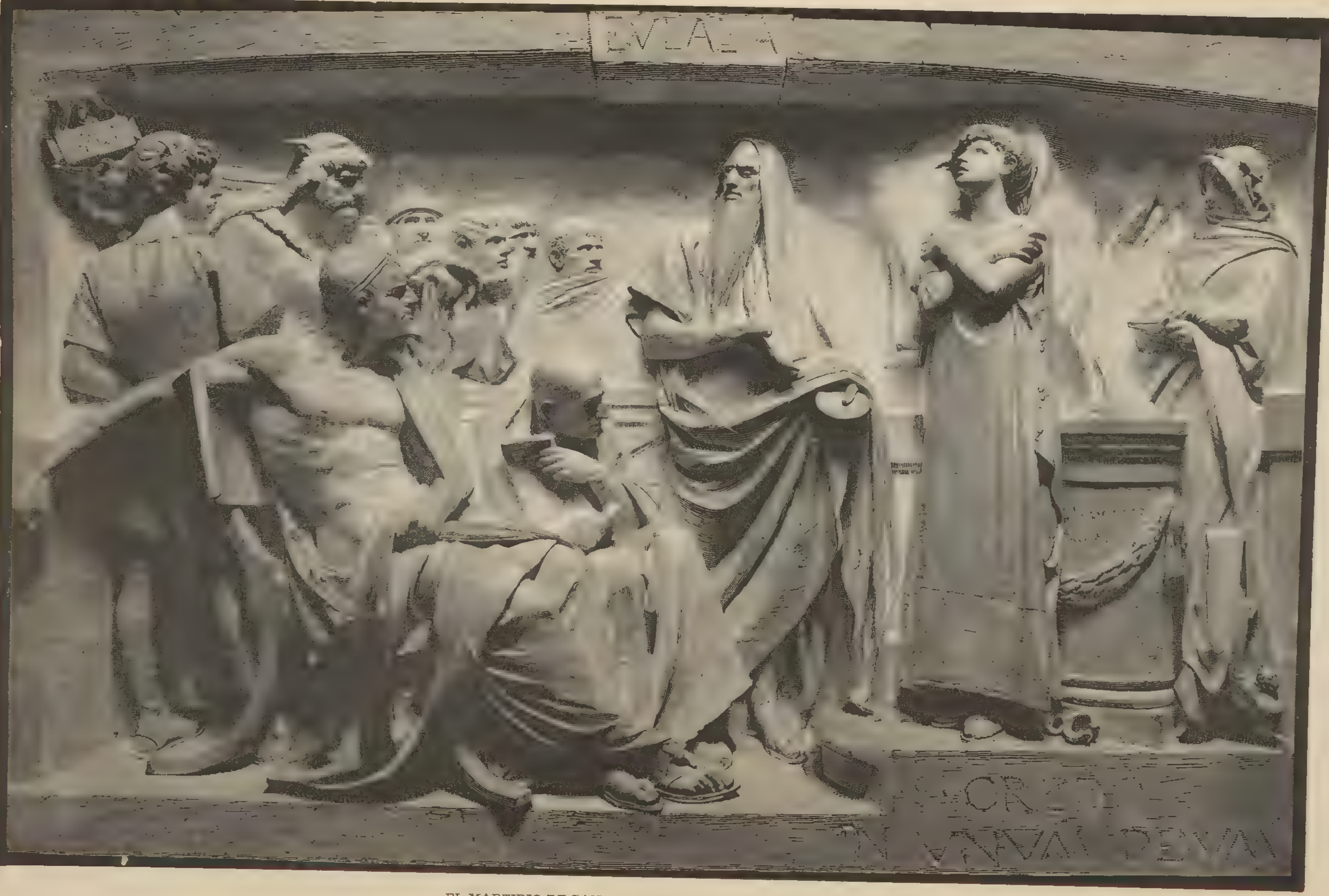
LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

V

ALEMANIA

Mientras el príncipe de Bismark dirigió los asuntos del imperio de Alemania, acostumbrábase á decir: «El parlamento alemán no existe sino cuando el canciller habla.» Ahora bien: el canciller ha desaparecido de la política activa, y el parlamento alemán existe más que nunca; está muy vivo, y lejos de perjudicarle la desaparición del gran hombre á quien Alemania debe su política actual, le ha sido provechosa; pues no pocos de los que enmudecían antes hablan ahora mucho, y más de una cuestión que apenas se osaba tocar, por temor al maestro, trátase hoy á fondo.

Conocida es la organización política de Alemania: el Imperio es una confederación de diversos Estados alemanes, que en virtud de la Constitución de 16 de abril de 1871 han conservado su parlamento especial, su gobierno y su legislación. Tal vez interese conocer esos Estados, cuyo número es de 26, pues apenas se sospecha la existencia de algunos. Son los



EL MARTIRIO DE SANTA EULALIA, relieve de Enrique Barrón



EL ÚLTIMO SALUDO (cuadro de J. Andreotti).

siguientes: 1.°, Alsacia-Lorena (que es tierra de imperio y se encuentra en una situación especial); 2.°, Anhalt; 3.°, Baden; 4.°, Baviera; 5.°, Brema; 6.°, Brunswick; 7.°, Hamburgo; 8.°, Hesse; 9.°, Lübeck; 10, Lippe; 11, Mecklemburgo-Schwerin; 12, Mecklemburgo-Strelitz; 13, Oldenburgo; 14, Prusia; 15, Reuss-Aine; 16, Reuss-Gera; 17, Sajonia-Real; 18, Sajonia-Altenburgo; 19 Sajonia-Coburgo-Gotha; 20, Sajonia-Meningen; 21, Sajonia-Weimar; 22, Schaumburgo-Lippe; 23, Schwarzburgo-Rudolstadt; 24, Schwarzburgo-Sonderhausen; 25, Waldeck; 26, Wurtemberg

Estos diversos estados, aunque conservando una independencia relativa, se han unido en confederación, dando el título de emperador de Alemania á los reyes de Prusia. Por eso mismo, y aunque la Constitución no diga nada sobre este punto, han reconocido su supremacía de hecho, si no de derecho. Nombran delegados diplomáticos que forman el consejo federal, el cual se reune en Berlín, y que preparan las leyes del imperio votadas por el *Reichstag*, ó parlamento alemán, cuya ejecución se confía al canciller del imperio, nombrado por el emperador. En virtud de lo prevenido en la Constitución, el Imperio debe resolver sobre los asuntos extranjeros, las leyes de aduanas, los impuestos aplicables á las necesidades del país, las monedas, los caminos de hierro y canales, correos y telégrafos (excepto en Baviera y Wurtemberg), las leyes militares, los reglamentos de policía respecto á la higiene, las leyes sobre la prensa y el derecho de reunión. Vemos, pues, que las atribuciones del parlamento alemán son, ó más bien serían muy extensas, si los resortes de la Constitución no se hubieran falseado desde un principio; pues M. Bismark, después de dar una Constitución parlamentaria, se apresuró en la práctica á concentrar toda la autoridad en el canciller y el emperador.

El *Reichstag* alemán se compone de 397 individuos nombrados por sufragio universal. (Notaré de paso que de los 397 diputados, Prusia cuenta 236.) La Constitución de 1871 había fijado en tres años la duración del poder legislativo; pero el *Reichstag* elegido en 1887 cambió en este punto el acta constituyente, acordando que en adelante se ejerciera dicho poder por espacio de cinco años. Los diputados no perciben indemnización alguna; tan sólo disfrutan de una ventaja, que se reduce á utilizarse gratuitamente de las líneas férreas alemanas mientras haya sesiones. El *Reichstag* alemán tiene nominalmente todas las atribuciones, todas las inmunidades de los demás parlamentos de Europa: nombra su mesa, recibe peticiones y tiene derecho de interpelación; pero en la práctica, estas atribuciones son ilusorias, pues todo se ha de someter á la aprobación del emperador y del consejo federal. Sin este último, ninguna proposición votada por el *Reichstag* puede tener fuerza de ley, y el emperador ejerce el derecho de *veto* sobre las leyes relativas á los impuestos, al ejército y á la marina. Además de esto, durante todo el reinado de M. Bismarck, era costumbre que el canciller no contestase á las interpelaciones. No se sabe aún si M. de Caprivi seguirá la línea de conducta de su ilustre y desagradable predecesor; pero en todo caso, el derecho de interpelación, tal como se comprende en el parlamento alemán, no puede ser de ninguna utilidad; toda demanda de interpelación debe firmarse por treinta diputados al menos y no puede dar lugar á ninguna votación. En una palabra, Alemania tiene parlamento, pero sin parlamentarismo.

Con igual razón podría decirse que en Alemania no hay sufragio universal más que de nombre. Cierto que el artículo 20 de la Constitución del imperio dice que los diputados al *Reichstag* son elegidos por sufragio universal y directo y por escrutinio secreto; pero la manera como el artículo se aplica (ó mejor dicho, quizás, *se aplicaba*), le hace completamente ilusorio. En ningún país se aplicó jamás la candidatura oficial como se hace en Alemania; y no es raro ver en las salas de votación de los pueblos un aviso firmado por el alcalde, indicando el candidato en cuyo favor se ha de votar.

Todo ciudadano alemán de veinte años de edad es elector: los motivos para retirar el electorado son los mismos que en los demás países. La inscripción en las listas se hace más liberalmente que en Francia, puesto que basta un mes de domicilio para ser incluído en las electorales del distrito; pero en cambio, las personas que reciben auxilios no tienen derecho de votar. Se elige un diputado por cada 100 000 habitantes; mas como el gobierno es dueño absoluto en cuanto concierne á la división de las circunscripciones y al aumento del número de diputados, toma los que quiere. Así, por ejemplo, Berlín, que cuenta 1.500 000 habitantes, continúa no teniendo más que seis diputados, como en 1869.

Todo alemán elector es elegible, sino que haya incompetencia. Los funcionarios públicos se aprovechan de esta disposición legislativa, y así se cuentan en el *Reichstag* más de 150 prefectos, jueces y otros funcionarios. Se puede ser al mismo tiempo diputado de la cámara de uno de los países de la confederación y del *Reichstag*, por la misma circunscripción ó por dos diferentes; y á menudo sucede también que las dos cámaras á que pertenece un diputado celebran sus sesiones á la vez, de lo cual resultan numerosas abstenciones

Esta cámara, así reclutada, funciona también de una manera especial, y aquí convendrá tal vez entrar en algunos detalles que fué inútil dar en las monografías parlamentarias anteriores á la presente. Todo lo que se podría llamar aparato exterior del parlamentarismo de Alemania se asemeja al de los demás países: el *Reichstag* nombra su mesa, se divide en comisiones, discute y vota; pero todo este aparato es inútil, y todos esos votos no sirven para nada, porque se entiende en absoluto, entre el pueblo y sus representantes por una parte y el gobierno imperial por la otra, que todo voto hostil del *Reichstag* sobre una cuestión de importancia lleva consigo el pleno derecho de disolución.

Los partidos que figuran en el parlamento alemán son: los conservadores puros, que se reclutan principalmente en la antigua Prusia; el partido del imperio, que tiene á su cabeza al anciano mariscal de Moltke, siendo el partido gubernamental, y los nacionales liberales, que eran los adeptos incondicionalmente á M. Bismark, pero que forzosamente apoyan todas las proposiciones imperiales, cualesquiera que sean. Estos grupos forman el partido gubernamental

En la oposición hallamos el Centro, el partido más numeroso del *Reichstag*, compuesto exclusivamente de católicos, los progresistas y los socialistas.

Junto á estos grandes partidos hállanse además los anti-semitas, los güelfos (algunos diputados de Hannover que se han mantenido fieles al antiguo orden de cosas), los polacos, los daneses, y en fin, los alsacianos-loreneses, ó los franceses, como los llaman allí, que fieles á la protesta de las provincias anexionadas, no hablan casi nunca. También hay en el parlamento algunos diputados que no forman parte de grupo alguno y á quienes llaman salvajes *(Wilde)*.

Réstanos sólo añadir que el parlamento alemán está provisionalmente instalado en un modesto edificio de la *Leipziger-Strasse*, mientras se termina el palacio que se está construyendo y que será inmenso y estará dotado de la mayores comodidades.

X.

NUESTROS GRABADOS

Virgen en adoración, cuadro de Carlos Cignani.—Floreció este famoso pintor italiano á fines del siglo XVII y comienzos del XVIII y fué uno de los discípulos y amigos predilectos del gran Albano. Los príncipes y los magnates solicitaron con empeño sus obras y le encomendaron importantes trabajos, siendo el principal de éstos la cúpula de la Madona della Fuoco, de Forli, fresco inmenso en que representó la *Asunción de la Virgen* y que le costó veinte años de trabajo, al que siguen en valor artístico sus *Entrada de Pablo III en Bolonia, Francisco I curando á los leprosos* y *Poder del Amor*, alegoría que sirve de lambrequín al magnífico techo pintado por Agustín Carracho en el salón del palacio ducal de Parma.

Aunque menos grandioso, no es menos bello que los citados el cuadro *Virgen en adoración* que reproducimos, impregnado de sentimiento y correctísimo en su delicada factura.

Cignani supo agrupar con exquisito gusto las figuras para dar grandiosidad á sus composiciones; su dibujo, inspirado en el Correggio, era noble y gracioso, y su color, sólido, vivo, vigoroso. Rehusó cuantos honores le ofrecieron el Papa, el duque de Parma y otros poderosos señores, y quiso sólo ser un gran artista: nombrado director de la Academia Clementina de Bolonia, sostuvo con todo su esfuerzo el arte á la altura á que dentro de ella habían sabido elevarlo los Carrachos.

Sus cenizas reposan en Forli, bajo aquella misma cúpula en que su pincel derramó tantas maravillas.

Galería Umberto I recientemente inaugurada en Nápoles, obra del arquitecto Ernesto di Mauro.—La capital del antiguo reino de las dos Sicilias no ha querido ser menos que la que en otro tiempo fué centro del Milanesado: Nápoles tiene hoy su Galería Umberto I, que puede competir dignamente con la Vittorio Emanuele, de Milán.

La galería Umberto I, solemnemente inaugurada el día 9 de noviembre último, consta de dos partes exactamente iguales, una subterránea y otra al nivel de la vía pública. De un centro octogonal arrancan cuatro brazos que terminan en las vías Toledo, Municipio, San Carlos y Santa Brígida y á cuyos lados se abren tiendas y almacenes: sobre los del crucero álzanse magníficas casas de tres pisos, cuyas fachadas están adornadas profusa y elegantemente con mármoles, dorados y pinturas. En la planta baja y en el cruce de las galerías hay una vasta sala que corresponde con el octógono superior y á la que se ha dado el nombre de *Sala Margarita*: en ella se darán conciertos y otros espectáculos, á cual efecto la circundan dos series de palcos.

En el centro de la galería elévase una esbeltísima cúpula, por entre cuyos cristales penetra á raudales la luz, que presta á la construcción un tinte alegre de que en gran parte carece su rival milanesa. La altura de los edificios de la galería es de 25'72 metros; la del techo de los cuatro brazos de 34'70

Las demoliciones para la edificación de la Galería Umberto I comenzaron en mayo de 1887, y en 5 de noviembre del mismo año verificóse la ceremonia de la colocación de la primera piedra.

El proyecto y la dirección de esta obra son del arquitecto Ernesto di Mauro, á quien han ayudado una porción de inteligentes artistas encargados de los detalles del decorado.

Mujeres de Sierra Leona en el mercado.—Un entierro en las calles de Sierra Leona, dibujos de C. Haldane McFall.—Mucho podríamos decir si quisiéramos extendernos en consideraciones geográficas, etnográficas y políticas sobre la península de Sierra Leona, conjunto de posesiones que los ingleses tienen en la costa occidental de Africa entre el territorio francés de los ríos del Sur y la república negra de Liberia cuyo mortífero clima le ha valido el triste sobrenombre de *White man's Grave* (tumba de los blancos), y cuya capital, Freetown, población de 30 000 habitantes, se compone en su mayor parte de negros arrebatados por los cruceros ingleses de los buques dedicados á la infame trata. Pero como nuestro propósito no es el de exponer datos y noticias que en buen número de libros encontrarán nuestros lectores, nos limitaremos á decir cuatro palabras acerca de lo que representan nuestros grabados.

En el mercado de Sierra Leona hay poca competencia, y entre los dos sexos no existe la menor rivalidad en punto al trabajo: los hombres, dando muestras de gran generosidad, permiten que sus mujeres desempeñen todas las faenas, incluso la de discutir, reservándose para ellos únicamente la importante función de pensar. Eso sí, piensan y meditan profundamente, sentados alrededor de la plaza, y cuando á fuerza de pensar se sienten rendidos de fatiga se retiran á dormir, plenamente convencidos de haber realizado su misión en este mundo.

Hay en Sierra Leona una hermosa plaza mercado adonde las mujeres llevan las mercancías, recorriendo á veces para ello muchas millas de distancia, que hacen parte á pie y parte en botes, sufriendo molestias sin cuento. A todas éstas se avienen gustosas las tales mujeres con tal de llegar al fin de la jornada y de poder participar de las murmuraciones y del bullicio del mercado que tanto las atraen; y tan es así, que prefieren andar todo el camino que vender en él sus mercancías. Algunas veces, sin embargo, el cansancio puede más que la voluntad: una se para á descansar en algún rincón cómodo y agradable; otra llega hasta ella y junto á ella se detiene para poder charlar, y una tercera y otras más se les agregan para oir lo que las dos primeras hablan: luego se enseñan mutuamente lo que para vender traen y de esta suerte en pocos minutos se organiza un pequeño mercado independiente.

Dondequiera que se reunan unas cuantas mujeres, parece aquello un manicomio suelto, tal es la barahunda producida por sus charlas, voces, gritos, risas y disputas La disputa es el rasgo característico de todos los grupos: los polizontes, acostumbrados al espectáculo, presencian la contienda desde lejos, y si se acercan al corro de espectadores curiosos es más bien para presidirla, en cierto modo, que para intervenir en ella; la idea que de su deber tienen formada parece limitarse á conservar un porte digno, y cuando han visto terminar una querella en un grupo, se dirigen con majestuoso paso al grupo siguiente exhibiendo por el camino su bastón, probablemente en la creencia de que el poderoso hombre blanco ha encadenado á ese signo de autoridad á algún poder pacificador oculto que hace superfluo todo ulterior esfuerzo de su parte para acabar con las riñas.

La excesiva mortalidad que reina en Sierra Leona es causa de que sean allí muy frecuentes los entierros como el que nuestro grabado reproduce El ataúd que encierra el cadáver es llevado en hombros ó colocado en un carro, del que tiran los amigos del difunto La presidencia del duelo corresponde á los varones, en pos de los cuales marchan las mujeres vestidas de negro ó de blanco y negro, con trajes á la europea las de las primeras filas y más africanos á medida que el cortejo avanza; de suerte que delante va la clase media, que gasta botas, y detrás, formando la retaguardia, el populacho descalzo.

Hay en la comitiva gentes que lloran y otras que fingen llorar; unas que asisten al entierro para lucir sus trajes, y casi todas en una disposición de ánimo tal, que su franca y ruidosa alegría no guarda relación con la seriedad del acto á que concurren.

Los grabados que publicamos están sacados de dibujos de C. Haldane McFall, de Wárringnton (Lancáster, Inglaterra).

El martirio de Santa Eulalia, relieve de Enrique Barrón.—En la cripta de nuestra hermosa catedral veneranse los restos de Santa Eulalia, patrona de Barcelona. Virgen piadosísima y dotada de grandes virtudes, la fama de su acendrada fe hizo que muy pronto compareciera ante el tribunal romano, que la sometió á un riguroso interrogatorio. Ni las promesas ni las amenazas lograron hacer mella en aquella alma fervorosa que al ser instada para que ofreciese sacrificios á los dioses paganos contestó sencillamente: *Credo in unum Deum* (Creo en un solo Dios) Entre horribles martirios murió la santa, que supo resistirlos con ánimo esforzado y cristiana resignación.

El reputado escultor español Enrique Barrón ha representado en su precioso relieve la escena del juicio en el momento en que Santa Eulalia contesta á las excitaciones de sus jueces con las referidas sublimes palabras: inspirado ha estado el autor en su composición, y al darle forma ha sabido dar á sus figuras todo el carácter de la época y hacerles expresar con verdad suma los sentimientos que la situación engendra. Correcto en sus líneas, exacto en sus detalles, acertado en su distribución y agrupación, bien entendido en la disposición de sus planos, el relieve de Barrón resulta grandioso en su conjunto, y tanto por estas condiciones como por las dificultades que esa especialidad del arte escultórico entraña, si con ella ha de lograrse el apetecido efecto, bien podemos afirmar que la obra de nuestro compatriota es de las que hacen la reputación de un artista.

El último saludo, cuadro de J. Andreotti.—Hay en la figura de la hermosa dama belleza de expresión y de forma; aquellos ojos mirando con amorosa tristeza un punto lejano del bosque por donde su amante desaparece, aquella mano puesta sobre el pecho cual si quisiera disminuir con la opresión las amarguras que lo invaden, aquel pañuelo llevado á los labios para contener un sollozo y que no tardará en servir para enjugar una lágrima, todo revela la intensidad de una pasión apenada por la reciente despedida. Y en otro orden de ideas, la corrección y elegancia de la silueta que destaca sobre el fondo obscuro de la arboleda, la morbidez de las carnes, el artístico plegado de los ropajes y la poesía del paisaje que tan bien armoniza con la escena pintada, son elementos más que suficientes para demostrar que Andreotti, si no una cosa nueva, ha hecho por lo menos una cosa esencialmente bella.

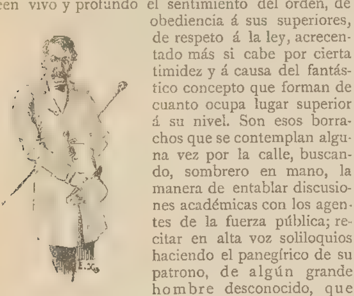
EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE FERRAGUTTI, XIMENES Y NARDI

(Continuación)

Existe otro tipo curioso de ebrio, para citar uno más, que tan sólo se encuentra en el bajo pueblo; un bebedor, en el cual el vino suscita principalmente el sentimiento de la admiración y de la devoción por todo aquello que está en lo más alto de la escala social. Son generalmente de bonísimo natural, poseen vivo y profundo el sentimiento del orden, de obediencia á sus superiores, de respeto á la ley, acrecentado más si cabe por cierta timidez y á causa del fantástico concepto que forman de cuanto ocupa lugar superior á su nivel. Son esos borrachos que se contemplan alguna vez por la calle, buscando, sombrero en mano, la manera de entablar discusiones académicas con los agentes de la fuerza pública; recitar en alta voz soliloquios haciendo el panegírico de su patrono, de algún grande hombre desconocido, que los ha beneficiado y por el cual se muestran dispuestos á sacrificar la vida; hacer mil protestas ante el primer llegado, golpeándose el pecho, de su devoción al rey, de su obediencia á las autoridades constituídas y de ser buenos ciudadanos; desolarse por el temor de no ser creídos; jurar, de vez en cuando, con la voz anudada por los sollozos y con el rostro humedecido de llanto, que nunca faltará su sostén á las instituciones nacionales y que la dinastía reinante puede contar con su incondicional apoyo.



Todos esos pertenecen á la categoría de aquellos que tienen, como dicen los franceses, *le vin bon enfant*, al contrario del llamado «mal vino,» del cual son pocos, sin duda, los que no han verificado la experiencia El refrán «tiene el vino triste quien tiene triste el corazón» no es exacto. El vino produce embriagueces fúnebres aun en los más alegres caracteres. Quien haya acudido al vino para encontrar consuelo ú olvido, mortificado por las contrariedades ó atormentado por algún sentimiento de odio ó de rencor, recordará el singular efecto que ha experimentado completamente opuesto á sus deseos: la mente se ha excitado, pero sin conseguir librarse de los pensamientos que la aprisionaban; sus ideas se han coloreado, pero solamente aquellas ideas, como si agrupadas, constreñidas á la puerta de la mente, absorbieren tan sólo ellas los vapores inebriantes, impidiéndoles penetrar más adentro, hasta el reducido mundo de ideas y de imágenes risueñas que otras veces bulleron á su contacto. La marea de la embriaguez se ha concentrado toda en el sentimiento que encontró predominante en el momento de ascender, y ha tomado la naturaleza y la corriente de aquel sentimiento. Y es por lo tanto inútil todo esfuerzo que tienda á encauzarla por el álveo de la alegría. Los pensamientos y los recuerdos tristes é irritantes se llaman, se encadenan, se acrecen con la misma rapidez y con igual progresión que siguen en la embriaguez alegre los pensamientos y recuerdos de adversa naturaleza. Sinsabores añejos, ofensas recibidas en otros tiempos, sospechas que se habían ya disipado, presentimientos de daños que se habían desvanecido, odiosos rostros de enemigos, malévolas intenciones adivinadas ó supuestas; todo vuelve á la mente, se ilumina, por decirlo así, adquiriendo extraordinaria evidencia: poquito á poco se nos antoja que el mundo entero se ha vuelto en contra nuestra, vislumbramos significado hostil en cada frase, y sordo sentimiento de ira y de revuelta se posesiona de nuestro corazón. Y es imposible disimularlo: los labios se contraen, pero no sonríen; el chiste sale helado, la mirada es falsa y la voz entrecortada y punzante. Es inútil intentar librarse de aquel estado enturbiando la mente; los vasos suceden á los vasos y la mente conserva obstinada y siniestra lucidez El vino contribuye á acrecentar la irritación, y esta misma irritación aumenta las fuerzas para resistir el vino Es singular ver cómo se conserva la conciencia clara del propio estado durante esta especie de embriaguez lívida, que exalta únicamente la peor parte de nuestro ser; ver cómo se advierten todos los contrastes de la lucha de los buenos sentimientos que quieren reconquistar su imperio, con los sentimientos tristes que los han arrojado fuera Algunos desgraciados, embrutecidos por esta embriaguez, entre sus parientes y amigos, contristados y temerosos, se acusan de ser villanos, indignos de llamarse hombres y se pegan con sus propias manos, sin conseguir dominarse. Algunas veces, en medio de una discusión tumultuosa, se les ve tranquilizarse de improviso, mostrarse como dispuestos á soltar una buena palabra que lo conciliaría todo, tenerla al borde de los labios, hacer un esfuerzo para pronunciarla... y vomitar en su lugar una blasfemia ó un insulto como si un demonio, al cual hubiesen vendido el alma, se los arrancase de la garganta. A estos cuadra de verdad el nombre que dan los indios á los ebrios: *ramyan*, que significa rabioso No hay tormento comparable al de esta perversidad, de la cual se siente el hombre dominado, que no es suya, que agarrota su voluntad, desnaturaliza su corazón y envenena su sangre: en ningún estado más oportuno puede penetrar el psicólogo para darse cuenta de ciertos actos de insensata maldad, que nos parecen inexplicables, para comprender, en una palabra, cómo se forman aquellas conjunciones monstruosas de sospechas infundadas, de las cuales nacen las certidumbres tremendas, que inmolan á la venganza víctimas inocentes; qué es lo que son aquellas satánicas torturas de la ira y del odio, para librarse de las cuales parece poco cometer un delito y sacrificar la libertad de toda la vida; cómo nacen y prorrumpen esas furias salvajes, de las cuales el hombre es á un mismo tiempo reo, víctima y ludibrio, y en cuyo estudio nuestra mente. cuando pretende indagar la medida de la culpabilidad, se confunde y se perturba. El mejor hombre del mundo que haya sufrido alguna vez el influjo de esta borrachera, recordará haber tenido momentos en los cuales se sintió capaz de las más inicuas acciones; y quien haya experimentado una sola vez este efecto, después del primer grito de indignación que le arrancarán ciertos delitos, conservará siempre un rincón del alma abierto á la piedad.



El vino produce además efectos muy distintos, no sólo según la transitoria disposición del ánimo del bebedor, sino también según la edad. En la primera juventud los efectos llegan á su grado máximo. Goethe ha definido la juventud «una embriaguez sin vino.» Añadiéndole el vino, la borrachera se convierte en lo que llamó Séneca una locura voluntaria. Las esperanzas y las ilusiones propias de la edad, ya tan vivas en el estado habitual, requieren ligerísima excitación para adquirir el color y la potencia de objetos reales. El embrión de grande hombre, que todos sentimos dentro de nosotros á los veinte años, se exterioriza y se revela con toda la altivez y toda la audacia que infunde la conciencia de la propia grandeza. El desmesurado sentimiento de nuestras fuerzas nos empuja á la rebelión contra todas las leyes y contra toda disciplina, y quisiéramos abrirnos camino á tajos y á mandobles entre los obstáculos; no pudiendo hacer otra cosa destrozamos cuanto cae en nuestras manos; nos sentimos aquejados de lo que define muy bien un fisiólogo el *tacto loco de la descompostura*, un furor de destrucción y de desorden, que tiende particularmente á la infracción de los reglamentos de policía urbana con el afán de tener la ciudad entera por espectadora. A los cuarenta años, á su vez, el edificio de nuestras ideas y de nuestros sentimientos razonables, más sólidamente construído, resiste mejor la sacudida de la embriaguez; sufrimos una embriaguez más recogida; de entre las bellas ilusiones que nos ofrece, tan sólo nos dejamos engañar por las más modestas; nos place todavía el alboroto, pero á condición que no se oiga desde la calle; nos gusta todavía la conversación libre, pero entre amigos íntimos; no se llega ya á la alegría y sí sólo á un contentamiento, especie de sentimiento consolante de las ventajas de la edad y del estado propios; á una cierta disposición afectuosa, que se revela en acentos vocales de padre cariñoso, amante de la paz y de la honesta alegría, y á cada momento, después de un sorbo de vino, sentimos la pesada mano de la prudencia que nos toca la espalda. En los viejos, que tienen la vivacidad de los sentidos casi toda refugiada en el gusto, la embriaguez no es, puede decirse, otra cosa más que un placer físico.

Por otra parte, la embriaguez no puede embellecerles el porvenir; no embellece más que su pasado; es como una borrachera de la memoria una visión ro-



sada de la juventud y de la edad madura, acompañada de cierta serena aquiescencia de las duras leyes de la naturaleza, contra las cuales suelen rebelarse: un estado de ánimo, tan bien representado en aquellos viejos embriagos de Teniers y de Van d' Ostade, sentados á una mesa, con la copa entre las manos, un poco encorvados, con los ojos medio cerrados, en los cuales resplandece una chispa de malicia y relampaguean mil recuerdos amenos de calaveradas juveniles, con una sonrisa marchita en los labios que expresa una sensación de voluptuosa tibieza, con su barba colorada y saliente, una *bazzettina* llena de filosofía que parece que diga: Bien pocos disfrutes nos quedan: ¿qué le vamos á hacer?... Procuremos gozar estos pocos.

Pero los efectos más poderosos y más extraños del vino no podemos verlos entre nosotros, porque en nosotros resultan atenuados por el hábito y aun refrenados en sus manifestaciones por el sentimiento de la dignidad y de las conveniencias sociales. Para estudiarlos en toda su potencia debiéramos ir á buscarlos entre aquellos salvajes, todavía no corrompidos, descendientes de generaciones vírgenes de alcohol, á los cuales ofrecen el primer vaso los viajeros de Europa. Casi todos los exploradores del Africa tuvieron ocasión de hacer alguna de estas experiencias. Nosotros no podemos formar cabal concepto de aquellos monstruosos accesos de hilaridad: de aquella furia indomable, que los impulsa á afrontar por juego mortales peligros; de aquellos ímpetus de alegría, en los cuales se retuercen en el suelo como frenéticos; de aquellas carcajadas, conforme refiere Stanley, que semejan alaridos ó rugimientos de fieras. A éstos puede aplicarse perfectamente el dicho de Montaigne, según el cual el vino, no sólo altera, sino que vuelca la razón. Y la borrachera se produce con increíble rapidez. Recordaré siempre el caso que vi en una ciudad africana de un pobre joven árabe, venido allí por primera vez desde los confines del Sahara, grave y pensativo como un anacoreta Eramos en un jardín, el joven estaba sentado en la hierba; colocamos á sus pies un gran vaso lleno de vino de Jerez



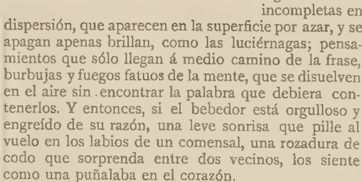
No tenía del vino más que el maravilloso y misterioso concepto que se deriva de las maldiciones de los sacerdotes islamitas; concepto que le había en-

gendrado un deseo ardiente, lleno de curiosidad y de temor. En el jardín no había musulmanes, podía beber sin ser visto: la tentación era grande. Dió con la mirada vuelta á su alrededor y luego fijó sus ojos dilatados en el vaso. Permaneció así inmóvil por espacio de algunos minutos; estaba agitado; se le veían pasar por el rostro, relampagueando, mil pensamientos. Tenía por fin al alcance de su mano aquel licor fabuloso, del cual basta beber una gota, como dice el Alcorán, para echarse encima las maldiciones de todos los ángeles del cielo y de la tierra. Parecía que ya bailaba en su interior todo el mundo fantástico, al cual lo transportaría aquel vino; ensueños de poder y de riqueza, sonoras risas de hermosas mujeres, promesas de voluptuosidad, esplendentes iris, visiones celestes. Y absorbía el vaso con los ojos, pero no se atrevía á tomarlo. Entre su persona y el vaso existía formidable barrera: su Dios. Alargaba el brazo y volvía á retirarlo, nos miraba, arrancaba las menudas hierbas del suelo; se veía que estaba sufriendo. Por fin agarró el vaso, lo aproximó á la boca, permaneció un segundo incierto;... luego venció el diablo y vació el vaso de un solo trago. Súbitamente se cubrió el rostro con las manos y quedó así por algún tiempo como quien espera. Después apartó las manos y nos miró. No existen frases para pintar la transmutación de aquella cara, parecía la cara de otro hombre; se pintaba en ella tal confusión de gozo, de maravilla, de terror, una conmoción tan profunda del cuerpo y del alma, que casi nos arrepentimos de nuestro acto como si le hubiésemos propinado uno de aquellos filtros maléficos de las *Mil y una noches*, que roban la paz para siempre.


La caída

Pero prosigamos estudiando los efectos de la embriaguez en la inteligencia, comenzando en el punto en que lo dejamos. Pasado de sobras el grado máximo de la exaltación intelectual, todas las facultades conservan sí, vivísima actividad, pero no marchan sin tropiezos más que por el camino recto: como el ebrio, al andar, se delata al doblar la esquina, así el cerebro se rebela cada vez que debe efectuar una operación imprevista. Y es por demás singular el hecho de que, llegados á ese estado, se conserva casi siempre una percepción lúcida ó, por mejor decir, previdente de ciertas dificultades del discurso; de modo que, hablando, las sorteamos de lejos, como los que padecen un defecto de pronunciación evitan las palabras en las cuales se encierra la consonante premiosa. Curioso en extremo es el íntimo esfuerzo que realiza el borracho para esconder á los demás la debilidad de su raciocinio. Prepara en secreto las lucubraciones del pensamiento, convencido de que no será apto para realizarlas en el calor del discurso; finge despreciar ó burlarse de un argumento de su adversario cuando no consigue comprenderlo; evita con largos circunloquios pedantescos cualquiera frase que exija intrincados giros de sintaxis; vuelve de improviso grupas, descompuesto, delante un obstáculo impensado que surja en el razonamiento, afectando bizarro capricho de variar la discusión; discurre buen número de sutiles astucias y de leves hipocresías, en virtud de las cuales aparenta que ha adquirido mayor lucidez de pensamiento en lugar de haberla perdido. Y tanto más aumenta su ineptitud, cuanto resulta activo y afanoso su cuidado para encubrirla. Experimenta viva satisfacción cada vez que logra formular una idea sin incertidumbres; para mostrar que habla con facilidad, se sirve de períodos hechos, tomados del fondo del almacén, de esos grupos de ideas familiares que todos hemos cien veces manifestado, para las cuales no es preciso buscar las palabras; prorrumpe precipitadamente en frases que le aguijonean, por miedo que retardándose un momento se le escapen, y esconde el verdadero porqué de aquel ímpetu, fingiendo arranques de pasión que está muy lejos de sentir. Pero sucede que, cesando un solo instante aquel esfuerzo, en seguida un descortés cambio de palabras, un vocablo usualísimo que no recuerda, una repetición puerilmente superflua, revelan que sus facultades mentales están entorpecidas. Es muy singular esto, que se pudiera llamar el suplicio del bebedor, que en medio de tantos olvidos, el último que sufre es el de la dignidad de la propia razón, de tal manera que nada le ofende tan amargamente como oir que le dicen que no está en sí; y para prevenir esta ofensa, muchas veces se condena á ruda lucha con el propio pensamiento, lucha que lo postra de fatiga é inunda su frente de sudor. Llega un momento en que la lucha es superior á sus fuerzas, y entonces comienza á perder terreno. ¡Qué humillado quedaría, á mi ver, el bebedor que pudiese seguir al día siguiente de la orgía, paso á paso, en sus discursos taquigrafiados, su progresivo estupor de la pasada noche!

Sus períodos, de una amplitud ciceroniana al principio, llenos de incisos y de adiciones, se van poco á poco deshojando y deshaciendo hasta que se reducen al estilo cortado de los oradores asmáticos. El sentimiento del decoro que les obligaba al menos á poner en el discurso apariencias de enlace entre asunto y asunto, se va desvaneciendo lentamente; arrojan en la conversación brutalmente lo primero que asoma á sus labios, sin preocuparse de si viene ó no á propósito. Luego gradualmente la anécdota se hace larga y pesada, la broma adquiere la forma de estribillo, el pensamiento no sale más que en sentencias majestuosas y vacías, en proposiciones simples, compuestas de sujeto, verbo y atributo, colocados uno tras del otro con gran mesura, previo un acto de reflexión, como se colocan los objetos frágiles; y por fin no se notan más que algunas ideas incompletas en


dispersión, que aparecen en la superficie por azar, y se apagan apenas brillan, como las luciérnagas; pensamientos que sólo llegan á medio camino de la frase, burbujas y fuegos fatuos de la mente, que se disuelven en el aire sin encontrar la palabra que debiera contenerlos. Y entonces, si el bebedor está orgulloso y engreído de su razón, una leve sonrisa que pille al vuelo en los labios de un comensal, una rozadura de codo que sorprenda entre dos vecinos, los siente como una puñalaba en el corazón.

De aquí no hay más que un paso para entrar en el último período, en el cual si el beodo pudiese tener conciencia de lo que pasa en su cerebro se llenara de espanto. Llega un momento en que se despiertan de improviso sus facultades, lo cual le hace creer que dista mucho aún del último grado de la embriaguez; pero es un desvelo tan desordenado y tumultuoso como de poca duración. Las ideas danzan en su entendimiento como las sombras en una estancia iluminada por una lucecilla agitada por el viento, ó giran en su interior con rapidez vertiginosa, como bolas agitadas en una esfera hueca, sin que nunca pueda alcanzarlas. Y cuando logra conseguir alguna, se aferra á ella con todas las fuerzas que todavía le quedan, como á un hilo salvador en un laberinto, comprendiendo que, si se escapa de sus manos, volverá á andar á tientas en las tinieblas. De ahí la insistencia interminable en un mismo razonamiento sencillísimo, las frases cien veces repetidas, machacadas con obstinación implacable en la cabeza de quien escucha. Luego se suceden espectáculos, sucesos, discursos que surgen recortados de su memoria, dejando un hueco obscuro y profundo, en el cual se cansará inútilmente al siguiente día si desea inquirir el vislumbre de una reminiscencia. Luego recobra todavía su lucidez á breves intervalos, durante los cuales parece que se encienda en su cabeza una postrer llamecita, no para otra cosa sino para revelarle el mísero desorden de su mente; instantes en que hace un último esfuerzo para recuperar su razón, y sintiéndose oprimido de pesar al echarla de menos, se dirige confusamente amargos reproches, jurando no volver á caer nunca en aquel innoble estado.



Luego tinieblas que le envuelven de la cabeza á los pies, á las que siguen caprichos insensatos de regresar á los lugares donde se ha bebido, en medio de la gente, de las luces y del estrépito, como si confiase encontrar en aquel sitio la razón que abandonó; y de aquí furias improvisas por no tener la fuerza en correspondencia con la voluntad, al sentirse de tal modo impotente, como un niño ó un decrépito, á discreción de cualquiera; furia calmada de repente por la imagen de una persona querida ó de una desventura doméstica que le colma el corazón de tristeza y levanta una ola de llanto; de allí recae al poco rato en una risa sin motivo, estúpida é inextinguible, que se le anuda en la garganta. Y por fin la insensatez; extraviado del todo el sentimiento del tiempo; turbada, como en los ensueños, la idea del espacio; lo invade estupor profundo por encontrarse en sitios á los cuales no recuerda haber querido venir, al sorprenderse hablando con gente cuya compañía no sabe cómo ni de qué manera explicarse; á esto se sigue el soliloquio en alta voz, el apóstrofe dirigido al ausente, un torbellino vertiginoso de pensamientos obscuros y de palabras truncadas que se buscan y se embisten sin poder juntarse, la vista doble, el camino bailoteando, el universo tumbado, una fatiga infinita de la mente y del cuerpo, semejante á un presentimiento de la muerte, y por fin, el último oprobio, la caída; el espectáculo más miserable que pueda dar el hombre de sí, después del delito, pero que hace pensar en algo todavía más triste: en la pobre familia que espera desolada. (Véase el grabado.)

Merece observación también el estado de ánimo y de mente en que yace el bebedor cuando se ha disipado ya la embriaguez. Esas profundas y tristes ideas sobre la caducidad de las cosas humanas no adquieren nunca tanta intensidad como á la mañana que sigue á una orgía, á través de la ligera niebla que sucede á los densos vapores del vino, cuando se abre de par en par la ventana, y se nota, con sentimiento de asombro, que el mundo marcha con el mismo paso, que nada hay cambiado, que cuanto hemos visto, sentido y esperado en la víspera no fué más que un sueño. Los escasos fantasmas de la embriaguez que retenemos aún, se dispersan al primer soplo del aire matinal como máscaras al despuntar



la aurora del miércoles de ceniza. Nos avergonzamos entonces de haber dado fe, como niño, á todas las falaces promesas del vino. Repasamos con inquietud los sucesos de la noche anterior, nos acordamos de las palabras imprudentes, de las pueriles expansiones del corazón, de mil tonterías y otras tantas inconveniencias, quedando humillados y llenos de enojo.

El hecho de haber descubierto debilidades ajenas no nos compensa de la torpeza de haber puesto al descubierto las propias. Quisiéramos ocultarnos por algún tiempo á los ojos del mundo. Nos sentimos disgustados de todas las cosas, ineptos para el trabajo, con la cabeza y el corazón vacíos, sin más sentimiento que el de un odio y una aversión inexplicables por las personas y lugares donde cometimos los desórdenes. Y ese estado produce casi siempre un saludable efecto: una reacción de sobriedad, un enardecimiento pasajero del afecto al hogar, como una necesidad de rehacerse, con el trabajo y el recogimiento, de aquella dispersión desidiosa que hicimos de nosotros mismos No puede ser más verdadera aquella sentencia de un moralista: «que un hombre honrado nunca es tan sincera y resueltamente moral como después de una orgía.»

Luego, sofisticando, nos consolamos muy bien de nuestras imprudencias; pensamos que fué justicia el habernos revelado por lo que valemos; que ciertas debilidades han merecido su justo castigo poniéndose espontáneamente en berlina, y que, en fin, sin estos desórdenes, los hombres se conocieran entre sí mucho menos, reducidos como quedaran á las conversaciones ordinarias, que constituyen un continuo juego de artimañas, con el cual procura cada uno penetrar cuanto puede en la intención de los demás, disimulando la propia. La embriaguez, nos decimos, constituye para los hombres, en la sociedad irreligiosa, una especie de confesión civil, de la cual, calmados los efectos del vino, el orgullo tal vez resulte ofendido, – y esta es la penitencia, – pero la conciencia al fin y al cabo se siente aligerada, lo cual equivale á la absolución.

Algo puede decirse aún sobre los efectos del vino en la labor intelectual, entendiéndose por ello los trabajos de imaginación, porque en realidad es cosa muy discutible lo de precisar si la embriaguez facilita ó entorpece la realización de las obras imaginativas. El vino fué llamado el caballo del poeta. Y no se puede negar, ciertamente, que á las grupas de este caballo, el poeta *si no va sano va lontano*. La vez primera que se escribe en estado de leve embriaguez llega uno á entusiasmarse. Al impulso de las oleadas de ardiente sangre que afluyen al cerebro, no se produce ya la llamada danza de las células, sino un baile en corro; el soplo se convierte en huracán de la inspiración. La exclamación íntima de asombro y placer que acompaña, como dice muy bien De-Sanctis, á cada destello de verdadera inspiración, resuena interiormente con frecuencia consoladora. Precisamente uno de los caracteres más distintivos del trabajo que efectuamos bajo la influencia del vino, consiste en esta gran satisfacción de nosotros mismos que se manifiesta de trecho en trecho por verdaderas explosiones de alegría ó en gritos de aplauso, ora porque nuestra mente sobrexcitada, rebelde al frío labor del análisis, acepte cuanto se le ofrezca sin reparo, ora porque el ánimo se encuentra en un estado de movilidad, vigor y calor tal, que basta para sacudirlo la más borrosa expresión de una idea ó de un sentimiento rayano con lo vulgar. Por esto resulta agradabilísimo el trabajo. No se experimenta, en el acto de la creación, aquel tormento tan bellamente pintado por Musset cuando decía que á duras penas



pueden contenerse gritos convulsivos en el instante de disgregarse una idea. En la embriaguez se da á luz sin dolor. No surgen grupos, sino fugas de ideas, en que las últimas se desvanecen mientras vertemos las primeras en el papel; la pluma no puede seguir el desbocamiento de la mente: abrevia, indica solamente, recurre á los signos algebraicos, anota una idea con un garrapato, serpentea en el papel algunas veces sin trazar nada; y cuando el trabajo está concluído, se lanza un grito de triunfo, convencidos de haber realizado una obra maestra.

Pero es un trabajo incompleto. Al día siguiente, releyendo á sangre fría lo escrito, se experimenta casi siempre grave disgusto. ¡Que impresión tan singular! Creíamos haber elaborado un tejido compacto, y lo que hicimos fué una tela agujereada. Observamos que cada una de las ideas hermosas permanece solitaria entre las demás; la cadena de ideas intermedias, por medio de las cuales, en el acto del trabajo, nos parecían enlazadas las ideas principales, se ha desengarzado; algunas ideas se han descolorido por completo; otras no las reconocemos como nuestras, restando sorprendidos al verlas tan desconocidas, como si fuesen cosa ajena; descubrimos mil insignificantes errores de buen gusto, de oportunidad, de medida; aquellos defectos de justedad que Goethe encontraba en los últimos escritos de Shiller, cuando Shiller buscaba en el alcohol manera de reconquistar su vigorosidad; reconocemos, por último, que se movieron con extraordinaria fuerza las grandes ruedas, pemítaseme la expresión, de la máquina del pensamiento, pero que todas las sutilísimas ruedecillas profundas y secretas que realizan el trabajo más delicado permanecieron quietas. No cabe duda. El prosista tal vez logre, al influjo del vino, difundir su pensamiento en amplias oleadas de prosa fácil y sonora, pero no engendrará ni uno solo de aquellos períodos potentes, de construcción ingeniosa, admirables por el sutil artificio con que están colocadas las palabras, cada una de las cuales posee su eficacia máxima; que son como un collar enlazado por un



cordón de oro, cuyos hilos son pensamientos cada uno; períodos que hacen exclamar cuando se leen: He aquí un maestro.

El poeta tal vez encuentre en la embriaguez los pensamientos y los versos más espléndidos de su lírica, pero no llegará ciertamente á la difícil ordinación de la estrofa; pudiéndose afirmar que nunca del vino brotó alguna de esas admirables joyas de sonetos y de octavas, de perfección desesperadora, en las cuales hace siglos se posa la admiración de los hombres. Esta exaltación artificial de la fantasía es de brevísima duración, sucediéndole un estado de afanosa fatiga, durante el cual la mente insiste todavía con violencia en la labor, sin obtener resultado de su esfuerzo. Nunca la satisfacción que produce el trabajo fácil y tumultuoso de la embriaguez equivale á la que experimenta la mente que se abarca á sí misma, cuando en el instante de la producción crítica y defiende su propia obra, se sale de ella, vuelve á penetrarla, tienta y retienta las dificultades en cien partes distintas, y se fortifica en sus esfuerzos y se estudia en sus fatigas. De otra parte, puede afirmarse que el sentimiento de la dignidad humana nos hace desear que no se puedan escribir grandes cosas bajo el influjo del vino. Admiraríamos menos, sin duda, á los grandes poetas que solicitan á menudo la inspiración á la embriaguez si, leyendo sus obras, pudiésemos reconocer una á una, como pretendía un fisiólogo español con mira al poeta Espronceda, todas las ideas que despuntaron en su cerebro en el acto que dejaron el vaso vacío sobre la mesa. Se nos antojaría que tales ideas habían sido tomadas, en cierto modo, fuera de su ser, con indecoroso artificio; que las habían cogido con trampa, ó que al menos, de la admiración que nos causan, buena parte se debe al fabricante del vino que bebieron para inspirarse. Sentimiento que expresa muy bien un poeta italiano, el cual, después de mencionar á los antiguos poetas, que enardecidos por la inspiración cantaban al aire libre, radiante el rostro, desceñidas las vestiduras, prorrumpiendo espontánea y á torrentes la poesía de su alma conmovida, los pone en parangón con el poeta moderno, el cual encerrado en su gabinete se rasca la cabeza, escribiendo según las prescripciones de la higiene, toma un sorbo de café cuando la idea se hace esperar demasiado, bebe un trago de Madera cuando no encuentra el consonante, se pone un paño mojado en la frente para que no se evaporen los ardores de la fantasía, enciende un cigarrillo para



impulsarse á hacer la última estrofa, y de este modo arrea el ingenio, á fuerza de pinchazos y pellizcos, como un asno remolón.

Cierto que la imaginación es la última, entre todas las facultades de la mente, á resentir los nocivos efectos; por lo mismo que sus funciones son análogas, se confunden casi con los efectos mismos del vino; esta es la razón por la cual tantos poetas y artistas marcharon desatentadamente por el camino del vicio, sin notar por mucho tiempo diminución en su potencia artística. Sus primeras ideas fueron siempre grandes y las principales líneas de las obras que concibieron bellísimas, porque eran el resultado de operaciones instantáneas y cuasi involuntarias de su ingenio. Lo que mermaba en ellos era la memoria, la atención y la reflexión, la fuerza de resistencia para la fatiga del entendimiento. Pero proveían á la debilitación de estas facultades, que dificultaba cada vez la encarnación de los propios conceptos, consagrando mayor tiempo á la obra, sin notarlo, haciendo con una serie de esfuerzos sucesivos lo que antes hubieran realizado de una sola vez; y se engañan á sí mismos, atribuyendo la lentitud, derivada en realidad de la diminución de la potencia intelectual, á una mayor profundidad de pensamiento, á creciente exigencia en el contentamiento de la obra propia. Y decreciendo cada vez más esta potencia, quedan reducidos al estado de aquellos artistas borrachines, cuya vida consiste en una sucesión de grandes diseños y de grandes propósitos, tanto más desproporcionados cuanto menos fuerza se tiene para efectuarlos; de aquellos artistas que mueren no dejando otra herencia que migajas de fragmentos, vastos cuadros dispersos en esbozos, novelas desperdiciadas en escenas, planes y títulos pomposos de obras de grande aliento, de los cuales se habla largos años sin escribir una sola línea. Como ejemplo puede citarse aquel poeta holandés, bebedor incorregible, el cual habiendo concebido y principiado á escribir á los cuarenta años un gran poema sobre la conquista de la India, murió á los cincuenta, no dejando más que una charada sobre el mismo asunto, que fué publicada en un diario ilustrado de Leyden.

Examinados los efectos psicológicos pasajeros del vino, analizemos sus efectos lentos y durables: la acción que ejerce en el carácter y en la vida del bebedor.

Y en primer lugar, detengámonos un momento junto á la que se suele llamar la «gran familia de los bebedores,» verdaderamente innumerable, variadísima, en la cual se encuentran los caracteres más opuestos, la gente de condición más desemejante, el hombre de genio y el majadero, la opulencia y la miseria,



la bondad más afectuosa con la maldad más inicua; y en el mismo vicio una infinita variedad de origen, de desenvolvimiento y de objeto.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CIENCIA EN EL TEATRO

Imitación de los fenómenos de hipnotismo en la sala Roberto Houdín, en París

Todas las noches se representa actualmente en la elegante sala del Boulevard de los Italianos de París una escena de magnetismo simulado. Este entretenimiento, que obtiene un éxito extraordinario, ha sido ideado por M. Meliés, director del establecimiento fundado hace años por el célebre prestidigitador cuyo nombre, todavía popular, lleva. Este espectáculo no deja de ser instructivo, pues demuestra cuán fácilmente pueden ser simulados los fenómenos más sorprendentes del estado patológico.



Fig. 1. Rigidez cataléptica

A este objeto se fingen cada noche una porción de experimentos.

M. Harmington, discípulo convencido de Mesmer, solicita un sujeto; un joven artista, llamado M. Marius, se ofrece al operador, quien le hace ejecutar toda suerte de extravagancias, acompañadas de un fuego graneado de gestos que el estado de sueño fingido hace más extraños. En el momento en que M. Marius termina sus más extraordinarios ejercicios, un gendarme invade bruscamente la escena para hacer cumplir las disposiciones recientemente decretadas relativas al hipnotismo; pero subyugado á su vez por M. Harmington, cae al suelo vencido por las vibraciones de que es centro el encéfalo de ese terrible magnetizador, y cuando cae el telón el representante de la autoridad lucha en vano contra la catalepsia que le invade

Todos los fenómenos de sueño provocado son simulados con mucha naturalidad por M. Julio David, que representa el papel de Marius en esa entretenida pieza.

En un momento dado y después de algunos pases hábilmente simulados por el magnetizador, M David se vuelve de repente rígido como un pedazo de madera y se deja caer al suelo girando sobre sus talones (fig. 2): si M. Harmington no se apresurara á ir en su ayuda, se estrellaría indudablemente el cráneo contra las tablas del escenario; pero el magnetizador se encuentra precisamente detrás de su sujeto para recibirle oportunamente en sus brazos. Entonces lo levanta y coloca entre dos sillas convenientemente separadas, ni más ni menos que colocaría una tabla, haciendo descansar en el asiento de la una el occipucio y en el de la otra los talones del durmiente. David permanece en una inmovilidad completa; ni uno de sus músculos se contrae, ningún movimiento descubre en él la persistencia de la vida. La simulación es completa

Para que la admiración del público llegue á su colmo, M. Harmington se sienta triunfalmente sobre el vientre de M. David y levanta lentamente los pies, que tiene suspendidos para demostrar que el paciente solo le sostiene sin necesidad de otro punto de apoyo que las dos sillas (fig 1)

Generalmente no faltan algunas personas bastante cándidas para creer que M. David está realmente dormido con un sueño cataléptico, uno de cuyos caracteres es la rigidez cadavérica.

M. David lleva el cuello completamente desnudo, con lo que no es posible suponer que el simulador de la catalepsia lleve un corsé de hierro oculto debajo de sus vestidos: lo único que ha hecho ha sido ejecutar un acto de vigor y de habilidad facilitado por el ejercicio á que ha sometido á los músculos que ocupan los canales de su columna vertebral. Esta parte del sistema muscular está muy desarrollada aun en las personas más débiles: en efecto, para que el hombre pueda conservar la posición vertical y ejecutar una multitud infinita de movimientos en los cuales se compromete la estabilidad, la naturaleza ha debido darle un número considerable de órganos diferentes. Los músculos de la espalda están dispuestos en varias capas superpuestas; la columna vertebral ha sido doblemente encorvada para que posea más solidez, y finalmente, de cada vértebra salen nervios raquidianos que regulan, según las necesidades del equilibrio, la contracción de cada haz muscular Este juego es tan sencillo que muchos jóvenes afiliados á la Liga de educación física imitáronlo en seguida y con sólo haberlo visto una vez á M David.

A los que quieran ejecutarlo, les diremos que M. David tiene cuidado de encorvar su cuerpo en forma de arco de puente de modo que la convexidad mire al techo. Y como M. Harmington se coloca siempre en el centro de la línea que va de los talones al occipucio de aquél, su peso se encuentra dividido en dos, es decir, que sobre cada punto de apoyo gravitan 40 kilogramos, de lo que resulta que el esfuerzo necesario es mucho menor que el del cargador que lleva sobre sus espaldas un saco de trigo, ó el del atleta que sostiene una pirámide humana. La fuerza de contracción de la fibra muscular puesta en juego por este experimento es mucho mayor de lo que generalmente se cree: M. Milne-Edwards cita en su curso de fisiología varios hechos que prueban que puede pasar de 40 kilogramos por centímetro cuadrado de sección.

Al experimento de la rigidez cadavérica sigue el de la insensilidad: M. David, sin pestañear, se deja hundir un puñal en el brazo previamente insensibilitado por M. Harmington (fig. 4). Este juego de manos se ejecuta por medio de una hoja dividida en dos partes reunidas por un arco de círculo, procedimiento muy conocido de los prestidigitadores. Pero también puede ejecutarse á lo vivo.



Fig 2. Rigidez cataléptica

En efecto, reemplazando el puñal por una de esas agujas de oro que emplean los médicos para la acupuntura, podría prescindirse de la prestidigitación. En esas condiciones puede atravesarse el brazo de un individuo: el dolor que se siente es tolerable, pues consiste en la sensación de un pinchazo al traspasar la piel, puesto que la carne muscular es por sí misma insensible. Tomando las debidas precauciones antisépticas, la aguja puede impunemente atravesar las venas y las arterias, con tal que no se la deje permanecer el tiempo suficiente para que se forme un coágulo de sangre (fig 3).

Debemos añadir, sin embargo, que es preciso hacer ejecutar el experimento por una persona versada en tales operaciones, si se quiere comprobar un hecho fisiológico sumamente curioso y conocido desde la más remota antigüedad, que utiliza hace millares de años la medicina china para abrir un camino á los malos espíritus generadores de las enfermedades Desde hace algunos años la medicina europea se vale también de él, aunque con un fin más serio, cual es el de aportar al interior del organismo corrientes eléctricas, para lo cual el perímetro de la aguja se aisla por medio de una vaina de caucho, distribuyéndose la electricidad por la punta de aquélla

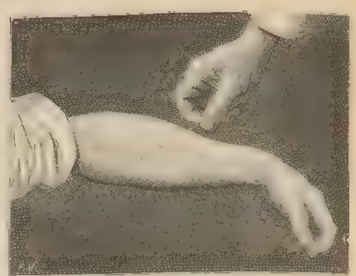


Fig. 3 Un brazo atravesado por una aguja metálica
Experimento de los aissaúas

Estas operaciones me las he hecho aplicar varias veces en mí mismo, lo cual me permite afirmar del modo más absoluto la verdad de los hechos que relato y que utilizan en Africa los aissaúas, quienes se atraviesan, no sólo el brazo sino también los muslos, las mejillas, la nariz y la lengua con el propósito de explotar la credulidad de los árabes en provecho del Mahdí.

W. DE FONVIELLE

***

LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

La ciudad de Nancy cuenta desde hace muchos años con una distribución de energía eléctrica por corrientes alternativas sistema Ferranti. Sabido es que este sistema, que permite efectuar la distribución á distancias muy considerables, puede ofrecer graves peligros si no se han tomado todas las precauciones relativas al aislamiento de los aparatos y sobre todo de la canalización. Prueba de ello es el accidente ocurrido hace dos años en dicha ciudad á un obrero afecto á los trabajos de las instalaciones interiores que en el hotel Dombasle fué muerto instantáneamente por la corriente eléctrica.

Recientemente ha ocurrido allí una nueva desgracia: el día 23 de noviembre de 1890, á las dos de la tarde, M. Gomien, cuartel-maestre del regimiento de dragones acuartelado de Nancy, regresaba de dar un paseo á caballo, acompañado de un soldado, ordenanza de su padre, montado también y llevando otro caballo de la brida.

M. Gomien bajaba por la calle del arrabal Saint-Jean, cuando al llegar á la puerta de Stanislas, el caballo que llevaba de la mano el ordenanza hizo al pasar sobre la plancha de canalización un brusco movimiento y cayó en tierra muerto: el del ordenanza, que sólo había puesto un pie encima de la plancha, dió simplemente un bote, desmontando á su jinete Tal es la escena que reproduce nuestro grabado.



Fig. 4. El brazo perforado

El accidente, como se ve, es grave, y por lo mismo conviene examinar las causas que hayan podido determinarlo, tanto más, cuanto que las aplicaciones de distribución eléctrica por este sistema se van generalizando.

La distribución de energía eléctrica por corrientes alternativas permite el empleo de grandes diferencias de potencial, de altas tensiones que son en extremo peligrosas. La canalización en este sistema es difícil, pues no sólo es preciso disponer de cables de un aislamiento perfecto, sino que también ha de procederse con cuidado sumo en las ramificaciones y derivaciones. En algunos casos, además, para evitar inducciones funestas sobre las líneas telefónicas y telegráficas, se impone el empleo de cables concéntricos, es decir, con dos conductores, uno central y otro periférico separado por aisladores. El cable de Nancy es precisamente de este último sistema: ha sido en parte fabricado hace algunos años y contiene yute para separar los dos circuitos. Este aislador, aunque posee algunas buenas condiciones, deja, sin embargo, mucho que desear, razón por la cual hubo de apelar se después á los cables aislados por medio del caucho; pero de todos modos, una parte del antiguo cable subsiste, constituyendo una mala canalización. Tenemos, pues, una línea en mal estado de aislamiento, y este hecho no es una simple suposición, sino que ha sido comprobado por muchos electricistas á quienes se llamó para ejecutar algunos trabajos en la red.

Hay que notar, además, que el cable está colocado directamente sobre la tierra, debajo de las calles, en lo que, al parecer, no cabe mejor comunicación

entre la tierra y la armadura exterior del cable.

Pasemos ahora á estudiar las tomas de los ramales y de las derivaciones sobre los cables principales. Se trata en aquéllos de unir á éstos otros dos cables destinados al servicio de los abonados, y este caso se presenta frecuentemente en los ángulos de las calles. Para esa instalación se comienza por desnudar los cables, es decir, por quitarles todos sus aisladores, y luego se sueldan en ellos los otros cables, sea por medio de ajustes ó por medio de pinzas especiales.

Luego se encierra todo en una caja de hierro fundido, llamada *caja de unión*, en la que se pone brea. Esta caja de unión comunica con el piso de la calle por una trapa que puede abrirse fácilmente.

Explicado esto, claramente se comprende el accidente antes referido. Por una razón ú otra, uno de los cables ha estado en contacto con el metal de la caja, y ésta, aunque parecía en comunicación directa con la tierra, ha alcanzado un gran potencial; de modo que el caballo, al pasar por encima de la plancha, recibió los 2.400 volts y cayó como herido por el rayo. También puede admitirse que el metal del atabe, en mala comunicación con la tierra, se puso en contacto con la armadura exterior del cable y que la trapa se cargó como un condensador; en este caso el caballo debió recibir una descarga electrostática. Esta última explicación es también muy plausible. Sabido es, por lo demás, que pueden obtenerse fuertes chispas entre la tierra y una armadura metálica que envuelva un cable atravesado por altos potenciales. Para evitar todo accidente de esta clase, basta colocar una buena capa de tierra sobre la armadura exterior.



LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

Un caballo muerto por la electricidad delante de la puerta de Stanislas, en Nancy, el día 23 de noviembre de 1890

El accidente que nos ocupa merece llamar la atención de los electricistas y de las autoridades.

Las corrientes alternativas de alta tensión poseen excelentes condiciones desde el punto de vista de la distribución de energía eléctrica, pero ofrecen al propio tiempo graves inconvenientes y grandes peligros. Su empleo tiende á generalizarse cada día más: en Francia hay varias estaciones centrales en Tours, Troyes, Nancy, etc., y en París existen dos, en el Palais Royal y en los Mercados centrales. Importa, pues, adoptar serias medidas para evitar la reproducción de hechos como los de Nancy. Hay en ello un interés, no sólo para la pública seguridad, sino también para el porvenir de las aplicaciones eléctricas.

J. LAFARGUE

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 19 de enero de 1891 — Núm. 473

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONFESIÓN AMOROSA, cuadro de Luis Jiménez. Exposición Internacional de Munich de 1890

SUMARIO

LAS HIPÓTESIS EN EL ARTE

Yo creo, y Dios me perdone si me equivoco, que la *Crítica*, la diosa más formidable del más formidable de los templos, y los *críticos*, sus grandes y pequeños sacerdotes y á veces sus sacristanes, debieran al dictar sus fallos ceñirse á unas cuantas reglas de aplicación universal y hasta de sentido común.

Parece natural que hicieran por lo menos lo que hacen los matemáticos en sus teoremas y demostraciones; y cuenta que se trata de la más severa de las ciencias y de aquella de las regiones humanas en que ha dominado desde su origen la más rígida disciplina.

Yo bien sé que hablar de ciencias, y sobre todo de ciencias matemáticas, tratándose del arte, ha de sonar á herejía en muchos oídos; pero bueno es que todos los tímpanos se vayan acostumbrando á todos los estrépitos de la vida moderna; que no todo ha de ser la dulce é inofensiva vibración del clásico caramillo, ó el sereno aunque poderoso eco de la trompa épica. La *libertad del arte* trajo consigo las extravagancias admirables del romanticismo de principios del siglo, como ha traído á última hora las vigorosas y profundas desvergüenzas del naturalismo. La *libertad de la crítica* romperá los viejos moldes, fundando al fin y al cabo una *amplísima legalidad*, dentro de la cual quepan todas las doctrinas y todas las tendencias, ni más ni menos que en el orden político se pugna por ensanchar el palenque á fin de que en él quepan todos los partidos.

Y vuelvo á mi tema: ¿por qué en materias de crítica artística ó literaria no se ha de hacer lo que se hace al juzgar un teorema de Algebra ó de Geometría?

El matemático comienza por establecer *hipótesis;* después partiendo de las hipótesis, como de un primer anillo, desarrolla la cadena lógica de la *demostración*, y por último formula *las consecuencias*, que vienen á ser el *enunciado del teorema*, teorema que pudo formularse desde el principio, ó que pudo reservarse para el fin: esto es indiferente.

Dice, por ejemplo, el geómetra: dadas dos circunferencias, de las cuales una tenga *doble* radio que la otra, se verifica que el área de la primera es *cuatro* veces mayor que el área de la segunda. Y nadie le disputa la legitimidad de la *hipótesis*: supuso que un radio era doble del otro, porque pudo suponerlo, porque giraba en el campo de su libertad, porque ejercitaba un derecho, porque entre los infinitos casos que el mundo real presenta ó que la imaginación forja, éste era uno de ellos, porque aun sin ser posible pudo afirmarlo hipotéticamente para venir á parar á tal ó cual *demostración por el absurdo.*

Nadie le pone pleito por haber partido de esta relación numérica, ni por establecer círculos en vez de establecer elipses, ni por tratar de Geometría en vez de tratar de problemas de Algebra, ni por combinar figuras en un plano, reduciendo las tres dimensiones del espacio á dos dimensiones no más. Fijó los datos que le plugo fijar, estableció las hipótesis que le agradaron, escogió el campo, los personajes, las relaciones que más de su capricho fueron, y de todo esto partió libremente con sus demostraciones.

¿Qué le exige el juzgador más severo? Que respete la lógica, que la demostración sea exacta, que por ella llegue á *la verdad:* la hipótesis *libre*, el desarrollo *lógico*, el término *verdadero*. He aquí el canon, el único canon de la crítica matemática: todo lo demás son refinamientos; pero nadie negará, por exigente y refinado que sea, la *verdad* de la consecuencia, como la demostración haya sido buena.

Pues en el arte en general, y en la literatura muy particularmente, también hay sus *hipótesis* como punto de partida, también hay su desarrollo artístico, y como término de toda la evolución también ha de llegar el literato ó el poeta á algo, que no se llama verdad, pero que se llama *belleza*, ó en general *causa de la emoción estética.*

Sí: toda obra de arte arranca de ciertas hipótesis determinadas: el autor escoge un mundo entre los mundos infinitos que pueblan el espacio de la realidad ó las regiones de la fantasía. Será el mundo de las realidades sensibles, el de los seres macizos, el de los hombres de carne y hueso, el de las pasiones groseras, el que se extiende cerca del lodo ó sacude los nervios ó inflama la sangre: creará una obra realista; más aún, podrá crear una obra sólidamente materialista: está en su derecho; escoge la esfera en que ha de desarrollarse su creación como más le place, y aunque no lo dice, formula una *hipótesis.*

O será por el contrario el mundo del idealismo el que elija: el de seres vaporosos como no existen, el de caballeros andantes, enanos, dragones, ninfas, dioses paganos y disparatados genios, pobladores de bosques encantados y mágicos castillos, creando para tales seres pasiones y sentimientos de no sé qué humanidad convencional Y todavía estará en su derecho el poeta al establecer *hipótesis estéticas*, como lo está el geómetra al suponer espacios de cuatro, cinco y *ene* dimensiones, ó el algebrista al calcular sobre cantidades imaginarias.

Y sin límite ni prohibición alguna, en el arte como en la ciencia, el poeta como el matemático, pueden recorrer todas las esferas ó forjar otras nuevas, fabricando espacios en que agitar las pasiones ó en que desarrollar la lógica de la cantidad ó la lógica del dinamismo espiritual: la historia remota ó la vida contemporánea, la antigüedad clásica ó el romanticismo de la Edad media, una vida pastoril que no ha existido ó ciclos caballerescos que han sido puros ideales de la época del feudalismo, infiernos dantescos en forma de embudos por escalones ó explotaciones mineras á lo Germinal, el pórtico de la tragedia clásica ó el antro grasiento del monipodio picaresco, lo que es ó lo que ha sido, lo que ni ha sido, ni es, ni será.

Todo esto es lícito en el arte: es la *hipótesis* que el autor pone como punto de partida, el campo que escoge, el *dato* de que arranca con su proceso estético.

Y como el geómetra fija en el espacio que escogió sus entes geométricos, que son sus personajes, el literato fija también los personajes de su drama ó de su poema.

Sean en un plano dos círculos, ó una elipse, ó tres hipérbolas, ó sea en el espacio un poliedro, dice el geómetra, y en este verbo *ser* está la hipótesis, ó una parte de la hipótesis *Sea* la familia de los atridas en el mundo helénico, dice el poeta, ó *sea* Hámlet en la Dinamarca de la Edad media; *sean* un adulterio, un parricidio perpetrado en el esposo y un hijo vengador, Orestes ó Hámlet: ya están los datos, ya están *las hipótesis*, ya están en el espacio trágico los personajes trágicos también; su posición respectiva, sus relaciones de odios, crímenes, amores ó venganzas. *Sea* un padre con sus ternuras y sus debilidades, *sean* unos hijos ingratos con sus egoísmos y sus despegos; y se llamará el padre el rey Lear vagando en la noche tempestuosa de castillo á castillo, ó se llamará el padre Goriot en el París de principios del siglo, ó será el aldeano de Zola en la Terre: otro problema estético, con su espacio shakspiriano, ó con el espacio burgués que maravillosamente forjó Balzac, ó con el fermentado estercolero en que le revolcó el gran artista del realismo: siempre *datos*, *hipótesis*, elementos del drama colocados en determinada esfera de acción y sujetos á relaciones psico-físicas, á fatalismos materiales ó á fuerzas del espíritu.

Y en el poema, en el drama, en la novela, una vez establecidas las hipótesis, empieza el desarrollo de energías y pasiones; como en el teorema de matemáticas, establecidas las hipótesis analíticas ó geométricas, empieza el desarrollo lógico.

Hasta llegar á este punto, la crítica no tiene, ni puede tener acceso: al llegar á este punto la acción de la crítica es lógica, natural y legítima.

El matemático critica la demostración y dice si se ha llegado ó no se ha llegado á la *verdad.*

El literato critica el desarrollo de la obra artística y afirma ó niega su legitimidad final: ¿Se consiguió la emoción estética? ¿Se creó belleza? ¿Se provocó ese dolor, ese placer, esa admiración, ese singularísimo sentimiento puro y desinteresado que con ningún otro placer ni con dolor alguno se confunde y que es propio del arte en general? Pues el autor cumplió como bueno; no le podéis pedir más.

La crítica será impertinente y soberanamente injusta si pretende penetrar en terreno que no es suyo: si rechaza una obra sólo porque es *idealista* y el idealismo está pasado de moda, ó si la rechaza porque es *realista* y no contiene refinamientos idealistas, ó si la hunde en el desprecio porque en ella palpita el *simbolismo.* El crítico será injusto, impertinente y soberanamente ridículo si dejándose llevar de sus predilecciones especiales, condena *a priori* lo que á él no le interesa, suponiendo que no pueda interesar á nadie; lo que él no comprende, suponiendo que nadie puede comprenderlo.

¿Quién es la crítica ni quién es él para imponer la tiranía de sus gustos, de sus caprichos y de sus inclinaciones á las energías creadoras de toda una época, ó á la creadora energía de uno solo?

¡Bueno fuera que un matemático obligase á todos los demás á no tratar más que de círculos, ó á no resolver más que problemas de Algebra, ó á ejercitarse siempre en cuestiones de cálculo integral, dándole espacio, personajes y relaciones, y en suma, matando su espontaneidad y su facultad creadora!

Estos exclusivismos de escuela, tiranías de cada época, influencias quizá de la moda, son absurdos y funestos. El arte lo abarca todo en su propia esfera, como en la suya propia lo abarca todo la ciencia. Ni la verdad tiene límites, ni tiene límites la creación artística. La verdad y la belleza son infinitas: no venga torpe y ridículamente la crítica á estrechar el campo, convirtiendo el anchuroso horizonte en mezquino picadero, en que el genio dé vueltas mientras chasca su látigo el domador

En la ciencia, el punto de partida es libre y en él establece *sus hipótesis* el matemático, por ejemplo: *el camino* ó demostración aún es libre, con tal que se respete la lógica; pero el término ha de ser la *verdad.*

En el arte, del mismo modo es libre el punto de partida y en él formula sus hipótesis el poeta: el camino es cualquiera con tal que se respete la ley del desarrollo artístico: el término ha de ser la *belleza*, ó mejor dicho la *emoción estética.*

El poeta, el autor dramático, el literato en general, volvemos á repetirlo, puede escoger el mundo y los personajes, en el que y sobre los que ha de ejercitar su acción, y puede escogerlos en el seno de la realidad, ó puede *crear* mundos y personajes á su capricho, dándoles *esencia* y *leyes*, como verdadero Dios que es, en el caos informe de su fantasía.

¿Cómo no se ha de hacer esto en el arte, la esfera más libre que existe, cuando se hace en la ciencia matemática, gobierno absoluto que es de la lógica y de la fatalidad cuantitativa?

¿Qué otra cosa son las imaginarias, los cuaternios de Hamilton y todo el cálculo simbólico, sino verdaderas creaciones de mundos que no existen en la realidad, aunque por admirables armonías de la razón y del resto del cosmos, á la realidad se apliquen con potencia tan enérgica como fecunda?

Todo por la verdad, dice la ciencia: todo por la belleza y la emoción artística, dice el arte.

Y sin embargo, asalta una duda sobre esta amplísima libertad que para las *hipótesis* reclaman la ciencia y el arte: y entiéndase bien por lo demás, que al hablar de *hipótesis*, entendemos por esta palabra *el conjunto de condiciones* con que se plantea el problema matemático ó estético; el modo de establecer *los datos*, ó si se quiere, el *estado inicial* del sistema lógico ó del sistema artístico, al comenzar el proceso evolutivo cuyo término ha de ser la *verdad* ó ha de ser la *belleza.*

¿Esta libertad, repetimos, no tiene ni una sola limitación?

¿Podría, por ejemplo, el matemático decir lo siguiente? Dados dos círculos cuyos radios están en la relación de *uno* á *dos* y cuyas circunferencias están en la relacion de *uno* á *tres*, hallar la relación de las áreas.

No podría, porque en los términos de la hipótesis inicial hay contradicción: si los radios son como *uno* á *dos*, las circunferencias no pueden ser como *uno* á *tres;* se ha creado un estado antinómico: un pequeño mundo, que no es lógico consigo mismo, cuyas leyes luchan unas con otras: la hipótesis puede, segun esto, serlo todo, falsa, fantástica, materialmente imposible; todo, menos contradictoria: puede intentarlo todo menos su propia anulación bajo pena de muerte total. Esto en la región de la lógica y del fatalismo matemático Pero ¿cómo se interpretarían estos resultados en la región libre del arte? Materia es esta que exige más tiempo y más espacio de los que podemos disponer. Basta por hoy de hipótesis.

J. Echegaray

SECCIÓN AMERICANA

JORGE WÁSHINGTON

POR CLARENCE WINTHROP BOWEN

Al ocuparnos en este artículo del famoso héroe norte-americano, no vamos á trazar su biografía, harto conocida sin duda de la mayoría de nuestros lectores, sino á narrar con algunos detalles varios de los episodios en que menos se han fijado los biógrafos ó historiadores, y que no por ser de secundaria importancia en la vida de aquel varón ilustre, tan abundante en importantísimas acciones, dejan de ser muy curiosos y á propósito para dar á conocer su elevado caracter así como el estado social del pueblo recién emancipado de la Gran Bretaña.

Jorge Wáshington prestando juramento como presidente de los Estados Unidos

Uno de esos episodios es el solemne acto de su elección como primer presidente de la naciente República y de la ceremonia en que prestó el juramento como tal.

Habiendo adoptado la Constitución, después de acaloradas discusiones, el número de Estados requerido, éstos designaron representantes para que, reunidos en Congreso, dictaran las disposiciones convenientes para cumplir lo dispuesto en aquélla. Lo primero que se imponía era la elección de presidente, á cuyo fin se resolvió que el primer miércoles de enero de 1780 se nombrarían electores al efecto en cada Estado, que éstos eligieran presidente el primer miércoles de febrero de dicho año y que las dos Cámaras se reunieran en Nueva York el primer miércoles de marzo siguiente.

Al ponerse el sol el día 3 de marzo, una salva de treinta cañonazos, disparada en el fuerte Bowling Green de Nueva York, anunció la disolución de la anterior Confederación, y otra salva de once cañonazos en honor de los once Estados que habían adoptado la Constitución, anunció á los americanos, al amanecer del día siguiente, que había empezado para ellos una nueva era. Estos once Estados eran: Delaware, Pensilvania, Nueva Jersey, Georgia, Connecticut, Massachusetts, Maryland, Carolina del Sur, Nuevo Hampshire, Virginia y Nueva York.

El 4 de marzo sólo se hallaban en Nueva York, al mediodía, hora fijada para la reunión, ocho senadores y trece representantes; el mal estado de los caminos, por una parte, y una intencionada falta de puntualidad, por otra, fueron causa de que transcurriese un mes antes de que las sesiones pudieran dar comienzo.

Por fin, el 1.° de abril se constituyó la Cámara de representantes é inmediatamente procedieron éstos á ocuparse en los asuntos para que habían sido congregados, siendo el más importante de todos la votación para presidente y vicepresidente de los Estados Unidos. El número total de votos ascendía á sesenta y nueve, y todos ellos fueron para Jorge Wáshington de Virginia sin una sola excepción. John Adams obtuvo treinta y cuatro, y como después de Wáshington era quien reunía mayor número de votos, eligiósele vicepresidente.

Debe advertirse que dichos votos sólo representaban diez Estados, porque los de la Carolina del Norte y de Rhode Island aún no habían aceptado la Constitución, y el de Nueva York, por presión de su gobernador antifederalista Chiston, no se había cuidado de designar representantes; así fué que ni sancionó con sus votos la elección de presidente, ni sus senadores ocuparon su puesto en el momento de la toma de posesión del elegido. Verdad es que dicho Estado había nombrado en enero senadores al general Schuyler y á Roberto Yates, pero la Asamblea no los admitió.

Carlos Thomson, secretario del último Congreso, fué el designado por el Senado para notificar á Wáshington su elección, encaminándose al efecto á Mount-Vernon, donde éste se hallaba descansando de las fatigas de la guerra sostenida contra los ingleses. Silvano Bourne, también por designación del Senado, pasó á Branitree en el Massachusetts á llevar á Adams la noticia oficial de su elección de vicepresidente.

Mientras ambos mensajeros desempeñaban su misión, hiciéronse en Nueva York preparativos para la solemne inauguración del nuevo gobierno, y principalmente para la habilitación del edificio llamado Federal Hall, en el que se reunía el Congreso. Algunos ricos comerciantes de Nueva York adelantaron treinta y dos mil dollars para la renovación de dicho edificio, de cuya operación se encargó un oficial de ingenieros francés, Pedro Carlos L'Enfant, arquitecto de la iglesia de San Pablo y de otros edificios públicos de Wáshington.

Carlos Thomson invirtió una semana, aun viajando con celeridad, en ir desde Nueva York á Mount-Vernon, cerca de Baltimore. Tan luego como hubo llegado á la residencia de Wáshington, expuso á éste el objeto de su visita, entregándole el acta de su elección; á lo cual el nuevo presidente se expresó en estos términos:

«Me conmueve hasta tal extremo esta nueva prueba de la estimación y de la confianza de mi país, que de ningún modo mejor puedo expresar mi gratitud que con el silencio. Conozco todo lo arduo de la tarea que se me impone, así como mi poca aptitud para desempeñarla; por esto mismo me esforzaré á fin de no dar motivo ni pretexto para que mis conciudadanos se arrepientan de su elección; pero todo lo que puedo prometer por ahora es: que cifraré mi celo y mi solicitud en llevarla á cabo dignamente.

»Considerando el largo tiempo que algunos de los individuos de ambas Cámaras llevan de residencia en Nueva York, el afán con que deben ya desear dedicarse á los negocios y lo profundamente impresionada que estará la opinión pública por la necesidad de que se despachen cuanto antes los más urgentes, comprendo que no me hallo en libertad de aplazar mi viaje. Así, pues, saldré de aquí pasado mañana, y me lisonjeo con la idea de que me acompañaréis: por lo que á vos hace, permitidme que os diga que he tenido una satisfacción especial en recibir esta comunicación por vuestro conducto.»

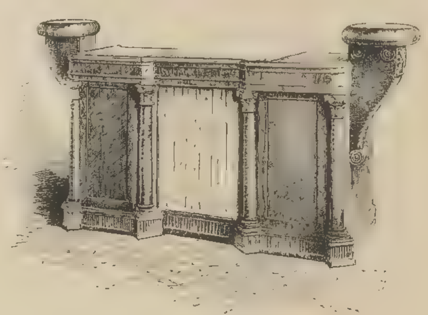
Wáshington salió de su casa el jueves 16 de abril, á las diez de la mañana, después de haber pasado el día anterior á Fredericksbourg con objeto de despedirse de su anciana madre y de pedir prestadas á un amigo de Alejandría quinientas libras para pagar todas sus deudas y otras ciento para los gastos de su viaje á Nueva York.

«Me despedí de Mount-Vernon, dice en su diario, de la vida privada y de la felicidad doméstica, y con el corazón oprimido por dolorosas sensaciones que no puedo expresar con palabras, marché á Nueva York, acompañado de Thomson y del coronel Humphreys, animado de las mejores disposiciones para prestar un servicio á mi país obedeciendo á su llamamiento, pero con pocas esperanzas de responder á lo que de mí esperaba.»

Apenas salió de su casa, cuando sus vecinos y amigos de Alejandría le acompañaron hasta esta ciudad y allí le ofrecieron una comida, en la que se pronunciaron entusiastas discursos y brindis. Igual recepción se le hizo en Georgetown, donde no sólo le escoltaron los hombres, sino también los niños; «compañía que honra más (según se le decía en un mensaje) que todos los triunfos habidos en Roma; siendo la persona por tal manera honrada más ilustre que cualquier monarca del globo.» Aquellos vecinos



Mesa escritorio de Wáshington
(Consérvase en el Palacio del Gobierno, en Nueva York)



Bufete usado por Wáshington como presidente de los Estados Unidos, en el palacio Federal. (Consérvase en el Palacio del Gobierno en Nueva York.)


Casa de Wáshington en Broadway. (Copia de un grabado del *Valentine's Manual.*)

le acompañaron por las orillas del Potomac hasta dejarlo en compañía de los de Baltimore.

Estos habían salido á recibirle á caballo y á los ecos del cañón á algunas millas de la ciudad, y lo condujeron por entre compactos grupos de entusiastas admiradores á la fonda de Grant. A las seis de la tarde se le entregó un mensaje de bienvenida y se celebró en su honor una recepción pública. Siendo imposible organizar un banquete, dado el poco tiempo de que se disponía, se le obsequió con una cena. A las cinco y media de la mañana siguiente salió de Baltimore como había entrado, esto es, á los estampidos de la artillería y acompañado por una escolta de jinetes, á los que hubo de rogar que regresaran á sus casas, después de haber andado siete millas.

Llegó á orillas del Delaware, y allí le esperaba ya la población de Wilmington, donde, en lugar de iluminar las casas, como algunos deseaban, se figuró un hermoso barco en la ribera del Delaware opuesta á la calle del Mercado. Antes de salir de dicha ciudad, el consejo y los vecinos le entregaron un afectuoso mensaje y le acompañaron hasta la raya de Pensilvania.

Filadelfia le había preparado un recibimiento regio. Las autoridades del Estado votaron un millar de duros para sufragar los gastos de una escolta militar. El presidente de la Comisión ejecutiva del Estado y el de la Legislatura, puestos á la cabeza de la caballería de la ciudad, salieron á recibirle á la frontera del Delaware, seguidos de otras tropas. El lunes por la mañana llegó Wáshington, siendo recibido con el mayor agasajo y acompañado á Chéster, donde almorzó y descansó dos horas. Al salir de esta población no quiso subir á su carruaje, sino que montó en un hermoso caballo blanco. Carlos Thomson y el coronel Humphreys, cabalgando también, iban á su lado. Conforme avanzaba la comitiva se le reunía más gente, así como una comisión de ciudadanos de Filadelfia, presidida por el general Saint Clair, gobernador del Territorio del Nordeste.

En Gray's Ferry, junto al río Schuylkill, el espectáculo fué imponente. Habíanse hecho grandes preparativos, y los arcos de triunfo adornados con laurel y otros follajes, las once banderas que ondeaban en una orilla con los nombres de los once Estados que habían adoptado la Constitución, además de otras varias con inscripciones alusivas; los numerosos barcos elegantemente empavesados que surcaban el río, y las aclamaciones en que prorrumpieron millares de personas cuando el ilustre viajero llegó al mediodía al pie de la colina que estaba á la entrada del puente, todo ello formaba una escena memorable. Cuando el presidente pasó por debajo de uno de los arcos, una linda joven, Angélica Peale, dejó caer sobre su cabeza una corona de laurel. A lo largo del camino de Gray's Ferry á Filadelfia había más de veinte mil personas, que aclamaban á Wáshington, dándole entre otros dictados el de «Padre del pueblo.»

La comitiva iba engrosando á medida que se acercaba á la ciudad. Al entrar en ella resonaron tres salvas de trece cañonazos, secundadas por los disparos que se hacían en el buque *Alliance*, hermosamente decorado, y en otro barco mercante español anclado en el río. Cuando el cortejo llegó á la entrada de la calle del Mercado, echáronse á vuelo las campanas de la iglesia de Jesús. Wáshington fué conducido á la histórica *Gavern City*, donde se le obsequió con un banquete, en el que tomaron parte muchos vecinos y forasteros, así como todo el clero. Entre los brindis allí pronunciados se dirigieron algunos «A S. M. Cristianísima, nuestro grande y buen aliado,» «A S. M. Católica» y «A las provincias unidas de los Países Bajos.»

Wáshington salió de Filadelfia á las diez de la mañana siguiente: las tropas de la ciudad quisieron escoltarle; pero como estaba lloviendo, aquél insistió en rehusar tal honor por no parecerle conveniente ir á cubierto en su carruaje mientras los demás se mojaban. Al llegar á Trenton, habiéndose despejado el cielo, le estaban esperando gran número de ciudadanos distinguidos, un escuadrón de jinetes y una compañía de infantería, y entró en la población saludado por repetidas salvas de artillería y por las aclamaciones de sus habitantes. En el puente construído sobre el río Assunpink se había levantado un arco de triunfo de veinte pies de luz, sostenido por trece columnas y adornado de flores y follaje y en el cual campeaba en grandes caracteres esta inscripción: «El defensor de las madres será también el protector de las hijas.» Sobre esta inscripción, y en un cuadro rodeado de guirnaldas, leíanse estas fechas históricas: «Diciembre 26, 1776. – Enero 2, 1777.» En el lado norte del arco estaban alineadas trece niñas vestidas de blanco, con la frente ornada de preciosas guirnaldas y ostentando en sus brazos cestitas llenas de lozanas flores; detrás de ellas veíanse las jóvenes y matronas de la población, y en el momento de pasar Wáshington bajo el arco todas se pusieron á cantar una oda dedicada al «Padre de la patria.» Al terminar el canto, las niñas esparcieron las flores por el sitio por donde debía pasar Wáshington, quien no pudo menos de conmoverse ante aquella escena sublime y de manifestar su profunda gratitud por tantas muestras de cariño.


Casa de Wáshington en Franklin Square, Nueva York
(Copia de un cuadro pintado en 1856)

De Trenton pasó á Princeton y de aquí á Nuevo Brunswick, donde se le reunió William Livingston, gobernador de Nueva Jersey, quien le acompañó hasta Elizabethtown Point. Al llegar á este punto fué recibido por una comisión del Congreso, que le dispensó toda clase de atenciones, y el 23 de abril embarcóse en una elegante balandra de trece remos, tripulada por otros tantos pilotos que vestían uniformes blancos y gorras negras.

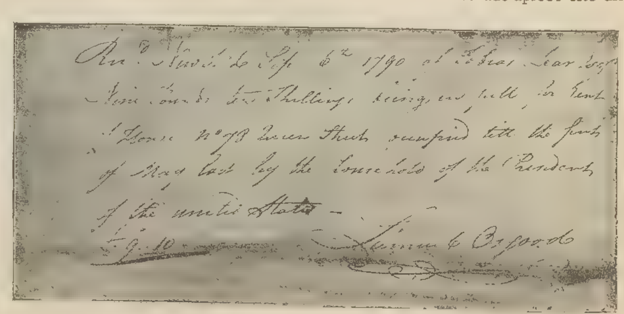
La bahía de Nueva York, en el momento de llegar Wáshington, estaba totalmente cubierta de buques, lanchas y botes empavesados que rebosaban de espectadores, ansiosos de demostrar su respeto y cariño al grande hombre. Entre dichos buques había uno de guerra español, el *Galveston*, que á una señal izó veintisiete ó veintiocho banderas diferentes, con los colores de todas las naciones, é hizo un saludo de trece cañonazos. Al desembarcar el presidente fué recibido por el gobernador y por muchos de sus antiguos compañeros de armas: las calles estaban atestadas de gente, entre la que apenas podía abrirse paso la comitiva, y las ventanas de la casa, todas ellas iluminadas, se veían llenas de señoras, que con su belleza y alegría daban nuevo encanto á aquella triunfal entrada. La comitiva, á cuya cabeza iba el coronel Morgan Lewis, se componía de una banda de música, un escuadrón de caballería, oficiales de artillería francos de servicio, granaderos designados para dar guardia de honor al presidente, el gobernador y los funcionarios del Estado, el mayor y la corporación municipal, el clero, la comisión del Congreso, los embajadores de Francia y de España y gran número de ciudadanos. Cerca de una hora tardó esta comitiva en recorrer la distancia de media milla que había desde el muelle de Murray hasta Franklin House, casa designada para residencia de Wáshington.

Esta casa era propiedad de Samuel Osgood, uno de los comisionados del Tesoro, y ha subsistido hasta 1856, en que se derribó, en la confluencia de las calles Cherry y Peare con la plaza de Franklin. Había ya habitado en ella el presidente del antiguo Congreso, y el nuevo mandó alquilarla para Wáshington. Este se trasladó en 1790 á otra casa situada en Broadway, cerca de Bowling Green, la cual había estado anteriormente ocupada por la embajada francesa.

El regocijo fué aquel día general, y por la noche se iluminó toda la población brillantemente. Pero aquellas muestras del favor popular, si conmovían, entusiasmaban tan poco á Wáshington, que al anotar en su *Diario* los sucesos del día, escribía estas frases:

«Al contemplar tanto bote como nos esperaba y se reunía con nosotros, y á bordo de los cuales resonaban alegres coros ó músicas, los adornos de los barcos, los estampidos del cañón y las nutridas aclamaciones del pueblo que atronaban el espacio, experimenté la más dolorosa sensación, considerando de qué distinto modo se me trataría si después de mis afanes y desvelos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país.»

El mismo día de la llegada de Wáshington á Nueva York habíase suscitado una discusión en el Senado sobre el modo cómo se debería recibir al presidente. John Adams preguntó qué título se daría al primer magistrado del Estado, «Señor Wáshington, Señor Presidente, Señor simplemente, ó Su Excelencia.» Nombróse una comisión para que tratase de este asunto con la cámara de representantes, así como del ceremonial de la toma de posesión, y quedó decidido que se usara sencillamente el título de «Presidente de los Estados Unidos.» El Senado lo desaprobó, y nombró una nueva comisión, la cual optó por el título de «Su Alteza el Presidente de los Estados Unidos y Protector de sus libertades.» El Senado aprobó este dicta-


Recd. New York Sept 6th 1790 of Tobias Lear Esqr
Nine Pounds ten Shillings being in full for Rent
of House No 3 Cherry Street occupied till the first
of May last by the household of the President
of the United States —
£9.10 — Samuel Osgood

Facsímile de un recibo de alquiler de la casa ocupada por Wáshington en 1789-90 en Franklin Square



Preparativos para recibir á Wáshington en Gray's Ferry, 20 abril 1789. (Copia de un grabado del *Columbian Magazine*, Mayo 1789)

men, pero el Congreso lo rechazó, originándose una polémica que duró algunos días.

Mientras tanto llevábanse á cabo con rapidez los preparativos para la toma de posesión. En el dictamen preliminar de la comisión del Congreso, presentado el sábado 25 de abril, se decía que el presidente sería oficialmente recibido por ambas cámaras en el edificio del Senado el jueves 30, y que se reunirían en el salón de sesiones, donde Wáshington prestaría juramento en manos del canciller del Estado de Nueva York. Dos días después se resolvió que esta ceremonia tendría lugar en la «galería exterior unida al Senado,» y que luego el presidente, el vicepresidente y las dos Cámaras pasarían á la iglesia de San Pablo para asistir á los oficios divinos.

Llegó por fin el tan esperado día 30 de abril, en que el primer presidente de los Estados Unidos debía prestar el juramento de fidelidad á la nueva Constitución. La afluencia de gente en Nueva York era extraordinaria: las posadas y hosterías rebosaban de ella, y todas las casas de la ciudad estaban llenas de forasteros, pues hasta de los puntos más lejanos de la Unión habían acudido, ganosos de presenciar una ceremonia tan solemne como nueva para ellos. Muchas personas hubo que, no encontrando alojamiento, tuvieron que pasar la noche en tiendas de campaña.

Banco de Wáshington en la iglesia de San Pablo, tal como está hoy

Una salva de artillería disparada al salir el sol en el fuerte George, cerca de Bowling Green, anunció que daban principio las ceremonias de aquel día. A las nueve se echaron á vuelo las campanas de todas las iglesias, que siguieron tocando alegremente de media en media hora, y el clero de todos los templos celebró divinos oficios, «implorando las bendiciones del Altísimo para el nuevo Gobierno, su favor y su protección para el presidente y el mayor acierto en su administración.» Por su parte, la guarnición se formaba en gran parada, y á las doce desfilaba por delante de la casa del presidente. Organizóse además una procesión cívica, parte de la cual se encaminó al palacio Federal, yendo á su cabeza el general Samuel Blatchley Webb y formando parte de ella muchos personajes distinguidos en carruaje y ciudadanos á pie. La otra parte de la procesión, que era la más numerosa, salió de la casa presidencial á las doce y media y se encaminó también al palacio Federal. Componíase de algunas fuerzas de caballería, la artillería, dos compañías de granaderos, una de infantería ligera, un batallón de fusileros, una compañía de highlanders escoceses vestidos de gala, con su música nacional de gaitas; el sherif Roberto Boyd á caballo; la comisión del Senado, el presidente en un coche del Estado, tirado por cuatro caballos y acompañado por el coronel Humphreys y su secretario particular Tobías Lear; la comisión del Congreso; Mr. Jay, el general Knox y el canciller Livingston; los embajadores de Francia y España, señores conde de Moustier y D. Diego de Gardoquí, otras personas notables y multitud de ciudadanos.

Cuando las tropas, que ascendían á 500 hombres llegaron á cosa de doscientas yardas del palacio Federal, á la una de la tarde, se formaron en dos filas, y Wáshington, seguido de las personas invitadas á la ceremonia, pasaron entre ellas, dirigiéndose al Senado. El salón de sesiones de esta Cámara estaba completamente lleno desde las diez, y poco después habíase suscitado en él una acalorada discusión sobre el modo cómo deberían recibir los senadores á los individuos del Congreso, si de pie ó sentados. Aun duraba esta discusión, cuando el presidente de la Cámara baja llegó á la puerta del Senado, y entre gran confusión, la mayoría de los senadores se levantaron de sus asientos. Casi simultáneamente se anunció la llegada de Wáshington, á quien salió á recibir una comisión de ambas cámaras, la cual lo introdujo en el salón. John Adams lo acompañó á la tribuna: á su derecha estaban el Senado con su vicepresidente y á su izquierda el Congreso con su presidente. Entonces el primero, dirigiéndose á Wáshington, le dijo que «el Senado y la Cámara de representantes de los Estados Unidos le aguardaban para que prestase el juramento exigido por la Constitución, acto que debería efectuar en manos del canciller del Estado de Nueva-York.» Habiendo contestado el presidente que estaba dispuesto, fué conducido inmediatamente á la galería ó balcón que daba á la calle Ancha *(Broad Street)*.

Miss Eliza Quincy describe la escena que siguió en estos términos:

«Yo estaba en la azotea de la primera casa de la calle Ancha, y tan cerca de Wáshington, que podía oir con claridad casi todo lo que decía. Las ventanas y azoteas de las casas estaban atestadas de gente, y en las calles la muchedumbre era tan compacta, que parecía una muralla de cabezas humanas. La concurrencia podía ver perfectamente el balcón del palacio. En el centro de éste se había colocado una mesa con un rico tapete de terciopelo encarnado, y sobre éste, en un cajón de terciopelo carmesí, una abultada y elegante Biblia: eran los accesorios de la solemne escena. Todas las miradas estaban fijas en el balcón, cuando á la hora prefijada salió á él Wáshington, acompañado del canciller del Estado de Nueva York, de John Adams, vicepresidente, del gobernador Clinton y de otras personas notables. La mayoría del pueblo no había considerado hasta entonces á su nuevo presidente sino como un héroe militar; pero el primero en la guerra, se presentaba entonces á sus ojos como el primero en la paz. A su aparición en la galería resonó una aclamación unánime de alegría y entusiasmo. Acercándose entonces á la baranda del balcón, llevóse Wáshington la mano al corazón y se inclinó saludando muchas veces. El pueblo pareció comprender lo solemne de aquellos momentos, puesto que en seguida guardó un profundo silencio Wáshington se acercó entonces á la mesa; el canciller Livingston leyó el juramento en la forma prescrita por la Constitución, y el presidente lo repitió con la mano apoyada en la mesa. M. Otis, secretario de Estado, cogió la Biblia y la acercó á los labios de Wáshington, quien reverenció y besó el sagrado libro. En aquel momento ondeó una bandera en la cúpula del edificio, que era la señal para que las baterías hicieran las salvas. Todas las campanas de la ciudad se echaron á vuelo y la muchedumbre prorrumpió en vivas y aclamaciones. El presidente saludó á su vez al pueblo y se retiró como pudiera el monarca más agasajado por sus súbditos.»

Wáshington vestía un traje de paño obscuro fabricado en Hartford, con botones de metal, en los cuales había grabada un águila, «ceñía una espada con puño de bruñido acero,» llevaba medias de seda blanca y zapa-



Recibimiento de Wáshington en Trenton, Nueva Jersey, 21 Abril 1789 (Copia de un grabado del *Columbian Magazine*, mayo 1789)



Coche usado por Wáshington

tos con hebillas de plata, los cabellos peinados y empolvados á la moda del tiempo y metidos en una redecilla.

Como más de una vez sucede en casos tales, casi en el momento de tomar el juramento á Wáshington se echó de ver que no había ninguna Biblia en el palacio Federal; pero Luckily Livingston, gran maestre de los francmasones, sabía que había una en la logia de San Juan, cerca de allí, y envió á buscar aquel libro, que es hoy propiedad de dicha logia, una de las tres más antiguas de los Estados Unidos.

M. Otis, secretario del Senado, la puso abierta sobre el cojín, y entonces Livingston preguntó á Wáshington: «¿Juráis solemnemente desempeñar con la mayor fidelidad el cargo de presidente de los Estados Unidos, empleando toda vuestra inteligencia y vuestros esfuerzos para preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos? – Lo juro solemnemente,» contestó Wáshington, bajando la cabeza y besando el libro sagrado, y con acento más grave añadió: «¡Así Dios me salve!» Entonces el canciller, volviéndose al pueblo, gritó: «¡Viva Jorge Wáshington, presidente de los Estados Unidos!» En aquel instante resonó una salva de trece cañonazos, y el pueblo prorrumpió en aclamaciones diciendo: «¡Dios proteja á nuestro Wáshington! ¡Viva nuestro querido presidente!»

Wáshington saludó á la muchedumbre y en seguida entró en el salón de sesiones del Senado, donde tomó asiento, imitándole los senadores y representantes. Acto continuo leyó su discurso inaugural, que fué escuchado con profunda atención.

El senador Maclay escribe acerca de este acto lo siguiente:

«Aquel grande hombre estaba agitado y más intranquilo que cuando arriesgaba su vida delante del enemigo. Temblaba, y más de una vez hubo de interrumpir la lectura.»

Después de entregar su discurso, el presidente, acompañado por los individuos de ambas Cámaras y por cuantos asistieron á la ceremonia anterior, se encaminó á pie á la iglesia de San Pablo. Después de los oficios divinos, presididos, según el rito protestante, por el obispo Prevost, que acababa de ser nombrado capellán del Congreso, y de cantarse el *Te Deum*, Wáshington subió á su coche y fué escoltado á su casa.

Espada de Wáshington

Con la función religiosa concluyeron las ceremonias de la inauguración, pero el pueblo prolongó la fiesta hasta muy entrada la noche, durante la cual se quemaron fuegos artificiales, costeados por pública suscripción, y se iluminaron brillantemente la mayor parte de las casas. El barco *Carolina*, anclado en la rada, presentó una bonita pirámide de estrellas. Donde se aglomeró con preferencia la muchedumbre fué en la parte baja de Broadway, donde estaban situadas las casas del senador Izard, del canciller Livingston y de los embajadores de España y Francia.

El coronel John May describe las iluminaciones del modo siguiente:

«En la iluminación de la embajada española estaban figuradas la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza, el Sol, la Luna, las estrellas y el escudo de armas de España. La embajada francesa, así como el palacio Federal, estaban también profusamente iluminados. El retrato de nuestro héroe aparecía en muchas ventanas, y la mejor alegoría que observé fué una de los Estados Unidos, en cuyo centro se veía la figura de Wáshington, á su derecha la Justicia, sobre su cabeza la Fortaleza, á la izquierda la Prudencia, y coronándolo todo dos figuras de mujer con trajes de vistosos colores, sosteniendo en sus brazos el águila americana. Los fuegos artificiales fueron magníficos y merecieron prolongados aplausos.»

Arca que perteneció á Wáshington. (Copia de una fotografía.)

Wáshington, que había estado presenciándolos desde la casa del canciller Livingston, tuvo que volver á su casa á pie, porque lo compacto de la muchedumbre impedía que pasara el carruaje.

A la mañana siguiente el presidente recibió á las principales autoridades, á los embajadores español y francés y á gran número de personas distinguidas. Habíase proyectado dar un baile en su honor el día de la inauguración, pero se aplazó hasta que llegara su esposa, á la cual esperaba de un momento á otro. Sin embargo, habiéndose recibido la noticia de que ésta no llegaría á Nueva York hasta fines de mayo, se celebró aquél en la noche del jueves 5 de dicho mes. Asistieron á él más de trescientas personas de lo más selecto de la población, y como dice un cronista de aquel tiempo, la alegría, la satisfacción y la animación, expresadas en todos los semblantes y en todos los pormenores de la fiesta, demostraban que realzaba todo placer la presencia de un *Wáshington.*

Como detalle curioso, especialmente para los que conozcan la ciudad de Nueva York, añadiremos que este baile se celebró en el Salón de la Asamblea de la ciudad, espacioso edificio de madera situado en el n.° 115 de Broadway, donde actualmente está la casa Boreel.

Por su parte, el embajador de Francia, conde de Moustier, dió otra fiesta análoga á la siguiente, en la casa de Mr. Comb donde habitaba, en honor del nuevo presidente.

La correspondencia de éste, tan luego como se hizo cargo de la presidencia, prueba cuán poderosa era su convicción del deber y cuán grandes las dificultades que le rodeaban. Pero la modestia, la lealtad y el patriotismo son virtudes demasiado enérgicas para no vencer las resistencias. La nobleza de su carácter supo allanar todos los obstáculos.

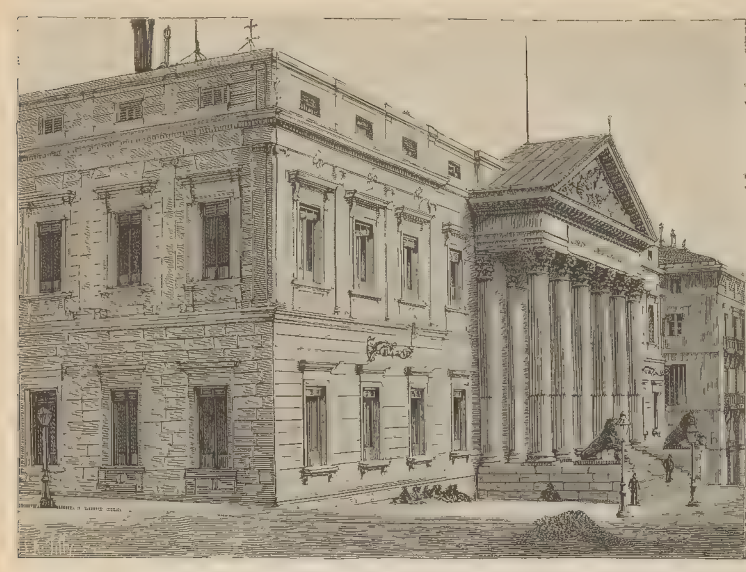
«Los cuidados y los afanes del presidente, dice Fisher Ames, eran incesantes; sus exhortaciones, su ejemplo y su autoridad excitaban el celo y la actividad de todos en pro del servicio público; nombró muchos empleados, teniendo en cuenta solamente sus méritos, y por cierto que en su mayoría se distinguieron notablemente por su aptitud para el despacho de los asuntos públicos. En una palabra, se gobernaba con tal integridad y tan sin misterio y los negocios se resolvían tan acertadamente, que no parecía sino que todos se dedicaban á actos de beneficencia. Aunque por esto mismo hizo algunos descontentos, jamás pudo decirse de Wáshington que fuese un hombre despreciable por su rigor ó su injusticia.»

Para terminar este artículo, diremos que aún se conserva la Biblia sobre la cual juró Wáshington, y que está elegantemente encuadernada en marroquí ó tafilete encarnado, con delicados adornos en los bordes y abrazaderas de plata, teniendo once pulgadas de alto, nueve de ancho y tres y media de grueso. En una y otra tapa lleva inscripciones, en una de las cuales se consigna que la logia de San Juan, propietaria del libro, se constituyó el año 5757 del mundo, y se reconstruyó y abrió el 28 de noviembre de 5770, siendo los presidentes Jonathan Hampton, William Butler é Isaac Heron. Esta Biblia se imprimió en Londres en 1767, y contiene un retrato de Jorge II, además de gran número de grabados, hechos con cuidadoso esmero, que representan escenas bíblicas. La página sobre la que Wáshington puso la mano para prestar su juramento y que además besó, conserva doblada una de sus puntas desde aquella ceremonia y corresponde al texto del capítulo XLIX del Génesis. En una hoja añadida al libro se lee lo siguiente: «En el día 30 de abril de Año del Mundo 5789, en la ciudad de Nueva York, prestó juramento sobre este sagrado volumen Jorge Wáshington, primer presidente de los E. U. de América. Esta importante ceremonia fué presidida por el Gran Maestre de los masones del Estado de Nueva York, el honorable Roberto R. Livingston, canciller del Estado.»

(Continuará.)



Sello de Wáshington



EL PALACIO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS EN MADRID

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VI

ESPAÑA

Muchas constituciones ha ensayado España antes de establecer la que tiene actualmente.

Cuando el rey Alfonso XII subió al trono, las Cortes reunidas el 15 de febrero de 1876 se ocuparon al punto del proyecto de Constitución, cuya elaboración confió el soberano á una comisión especial, compuesta de notabilidades del partido monárquico. Este proyecto, presentado por el señor Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros, fué votado casi sin modificaciones el 30 de junio de 1876

La forma de gobierno es una monarquía con dos cámaras, el Senado y el Congreso de los diputados.

En materia electoral, por lo que se refiere á elecciones de diputados á Cortes, rige la ley sancionada en 26 de junio de 1890, que ha venido á restablecer en España el sufragio universal

Para ser elegido diputado se requiere ser español, de estado seglar, mayor de veinticinco años y gozar de todos los derechos civiles. Entre las varias causas de incapacidad hay la que comprende á los que desempeñen ó hayan desempeñado un año antes en el distrito ó circunscripción en que la elección se verifique cualquier empleo, cargo ó comisión de nombramiento del Gobierno, ó ejercido autoridad de elección popular, en cuyo concepto se comprenden los presidentes de las Diputaciones y los diputados que durante el año anterior hubiesen desempeñado el cargo de individuos de las comisiones provinciales. Se exceptúan de esta regla los ministros de la corona y los funcionarios de la Administración central.

El cargo de diputado á Cortes es gratuito y voluntario, y se puede renunciar antes ó después de haberlo jurado.

Son electores para diputados á Cortes todos los españoles varones, mayores de veinticinco años, que se hallen en el pleno goce de sus derechos civiles y sean vecinos de un municipio en el que cuenten dos años al menos de residencia.

Las clases é individuos de tropa que sirvan en los ejércitos de mar y tierra no pueden emitir su voto mientras se hallen en las filas; igual suspensión rige para los que se encuentren en condiciones semejantes dentro de otros cuerpos ó institutos armados dependientes del Estado, la provincia ó el municipio.

Esto último ha sido causa de varios conflictos que en las últimas elecciones de diputados provinciales han resuelto los Tribunales de justicia con distinto criterio; de suerte que mientras unos han declarado que los empleados del resguardo de consumos, por ejemplo, no debían ser considerados como instituto armado y por consiguiente podían votar, otros han resuelto declararlos tales, y en su consecuencia les han negado el derecho de sufragio.

No pueden ser electores los condenados á las penas de inhabilitación perpetua, aunque sean indultados si no obtienen rehabilitación por medio de una ley, ó á pena aflictiva si no han logrado rehabilitación dos años por lo menos antes de su inscripción en el censo; los que no hayan cumplido las penas á que hubiesen sido condenados, los concursados ó quebrados no rehabilitados, los deudores á fondos públicos como segundos contribuyentes, los asilados y los que tienen autorización para implorar la caridad pública.

Para ejercer el derecho de elegir diputado á Cortes es indispensable estar inscrito en el censo electoral, que es el registro en donde constan el nombre y los apellidos de los electores, y que sólo puede modificarse por virtud de la revisión anual que la vigente ley de sufragio establece.

La formación, revisión, custodia é inspección del censo está á cargo de una junta central, residente en Madrid; de juntas provinciales, residentes en las capitales de provincias, y de juntas municipales, residentes en los municipios.

Los diputados á Cortes son elegidos directamente por los electores de los distritos y de los colegios especiales; pero después de nombrados y admitidos en el Congreso representan individual y colectivamente á la nación: se elige un diputado por cada 50.000 habitantes.

Madrid elige ocho diputados, Barcelona cinco, Sevilla cuatro, Palma de Mallorca con Inca y Manacor cinco, y tres cada uno de los distritos de Cádiz, Cartagena, Jerez de la Frontera, Valencia, Málaga, Murcia, isla de Tenerife, Zaragoza, Granada, Pamplona, Oviedo, Tarragona, Valladolid, Burgos, Santander, Coruña, Lugo, Córdoba, Jaén, Alicante, Almería y Badajoz.

Todos los demás distritos nombran un solo diputado cada uno.

En los distritos en que debe elegirse un diputado, cada elector no puede dar válidamente su voto más que á una persona; cuando se elijan más de uno hasta cuatro tendrá derecho á votar á uno menos del número de los que hayan de elegirse, á dos menos si se eligieren más de cuatro, y á tres menos si se eligieren más de ocho.

De esta suerte casi siempre tienen las minorías asegurada su representación, cuando menos en las grandes capitales. Para los efectos de las votaciones, los distritos se dividen en secciones de 500 electores cada una.

La vigente ley de sufragio ha introducido la novedad de los colegios especiales. Constituyen colegios especiales, y tienen derecho á elegir un diputado á Cortes por cada 5 000 electores de que se compongan, las universidades literarias, las sociedades económicas de Amigos del País y las cámaras de comercio, industriales y agrícolas, organizadas oficialmente. Las corporaciones expresadas que no lleguen al número de 5.000 electores pueden asociarse á las más próximas de la misma clase para constituir colegio electoral.

Para figurar como elector en estas corporaciones se requiere estar inscrito en el censo general, y acreditar haberse dado de baja en éste para figurar en el de aquéllas; además se exige un título facultativo ó profesional y residir en el distrito universitario si se trata de una universidad literaria, y si se trata de una sociedad económica ó de una cámara de comercio, industrial ó agrícola, ser socio ó miembro numerario ó correspondiente de ella con arreglo á las disposiciones generales de carácter oficial por que se rija su organización y á sus estatutos.

La ley de sufragio universal no se ha hecho aún extensiva á las islas de Cuba y Puerto Rico, en donde para ser elector se exige, además de las condiciones indicadas, el pago de 125 pesetas anuales en concepto de contribución territorial ó de subsidio industrial, ó estar en posesión de ciertos títulos ó empleos. De aquí resulta que así como en la península hay un elector por cada cuatro varones mayores de edad, en Cuba hay un elector por cada 51 varones y en Puerto Rico uno por cada 212.

Las islas Filipinas no tienen representación en las Cortes españolas.

***

La víspera de abrirse las Cortes, los diputados van á reunirse al mediodía en el palacio del Congreso, y celebran sesión á puerta cerrada. El primer diputado inscrito en la lista, es decir, el primero que presenta en la secretaría su acta de elección, es el que ocupa el sillón de la presidencia y lee la convocatoria á Cortes, así como la lista de diputados y los artículos del reglamento.

Después ocupa el sillón de la presidencia el mayor de edad, y nómbranse secretarios á los cuatro diputados más jóvenes, quedando así constituída la primera mesa provisional. Al día siguiente, á las doce de la mañana, efectúase la apertura de las Cortes, procediéndose desde luego á la formación de una nueva mesa, también con carácter de provisional, compuesta de un presidente, cuatro vicepresidentes y cuatro secretarios Esta mesa funciona hasta que el Congreso queda definitivamente constituído, lo cual no se efectúa hasta que hay suficiente número de diputados válidos. Solamente se ocupa del examen de las actas y comunicaciones del Gobierno ó del otro cuerpo legislativo, á menos de sobrevenir algún acontecimiento extraordinario; pero no discute nunca los proyectos de ley. Cuando el número de diputados es suficiente para discutir ó votar las leyes fórmase la mesa definitiva.

Una vez nombrados los individuos de ella, el presidente interino hace prestar juramento al que se elige nuevamente, y éste comienza al punto á desempeñar sus funciones y recibe el juramento de todos los diputados, comenzando por el vicepresidente y concluyendo por los secretarios. Durante la ceremonia de prestar juramento todos los diputados permanecen de pie, así como el público en las tribunas y galerías; después el presidente declara que el Congreso queda constituído, y se da conocimiento de ello al Gobierno y al Senado.

Los diputados presentes se dividen entonces en siete secciones iguales, cada una de ellas nombra todos los meses presidente, vicepresidente, secretario y subsecretario. Estas secciones nombran las comisiones encargadas de dictaminar sobre las proposiciones, proyectos de ley, etc.

Los ministros que son diputados tienen derecho de votar en la sección á que pertenecen, y también de asistir, así como los autores de los proyectos de ley, á las sesiones de una sección cualquiera, pero no pueden votar.

La cámara se compone de 431 diputados, elegidos por cinco años.
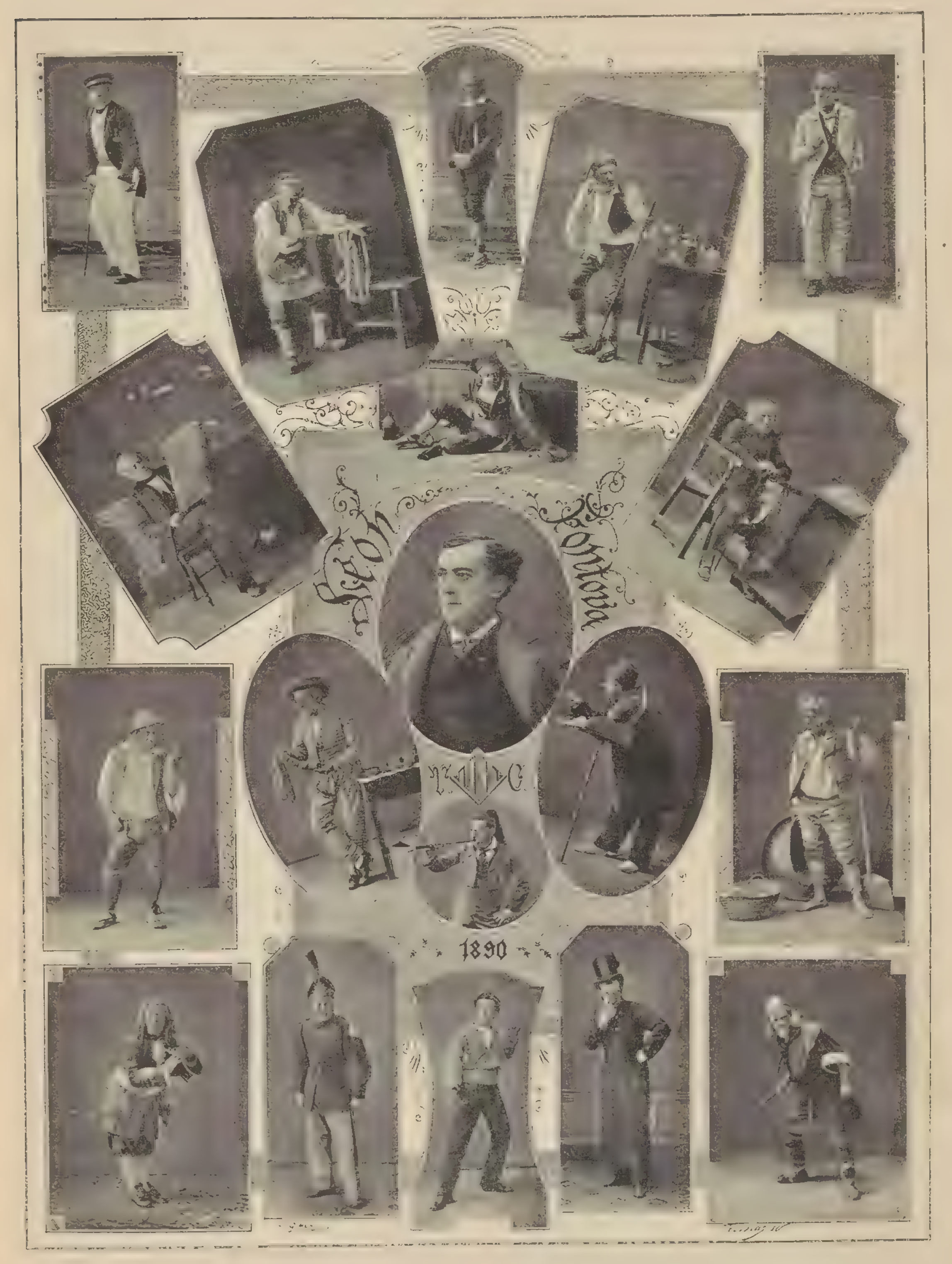
***

El Senado consta de 360 individuos, á saber: 180 senadores por derecho propio y vitalicios, nombrados por el rey, y 180 elegidos por el clero, las sociedades científicas y económicas, las universidades, los consejos provinciales, etc.

Son *senadores por derecho propio* los hijos del rey y del inmediato sucesor á la corona cuando llegan á su mayor edad; los grandes de España que no son súbditos de una potencia extranjera y disfrutan de una renta anual de 60.000 pesetas, procedente de bienes inmuebles ó de derechos que gocen la misma consideración legal; los capitanes generales de ejército y el almirante de la escuadra; el patriarca de las Indias y los arzobispos, y los presidentes del Consejo de Estado, del Tribunal de Cuentas, del Consejo



LA VENGANZA DE UN RIVAL, cuadro de O. Erdmann



LEON FONTOVA, eminente actor del Teatro Catalán † en 28 de Diciembre de 1890

Según fotografías del Sr. Nobas, facilitadas por el Sr. Areñas

supremo de la Guerra y el de la Armada después de dos años de ejercicio.

Los senadores vitalicios son nombrados por el rey en virtud de decretos especiales, que indican los títulos del favorecido á esta gracia. Se eligen entre los grandes funcionarios civiles ó militares, el alto clero, etc., debiendo cada cual disfrutar una renta de 7.500 pesetas, procedente de bienes propios, ó sueldo por funciones ejercidas. También pueden ser nombrados senadores vitalicios los que desde hace dos años posean una renta anual de 20.000 pesetas ó paguen al Tesoro 4.000 de contribuciones directas, debiendo haber sido siempre súbditos del reino y haber ejercido el cargo de diputados á Cortes, consejeros provinciales ó alcaldes en las capitales de provincia ó en las ciudades de más de 20 000 almas

Tienen derecho á elegir senadores:

1.° Los arzobispos, obispos y capítulos de cada una de las provincias que forman los arzobispados de Toledo, Sevilla Granada, Santiago Zaragoza, Tarragona, Valencia, Burgos y Valladolid.

2.° Las academias Española, de Historia, de Bellas Artes, de Ciencias exactas, físicas y naturales de Ciencias morales y políticas y de Medicina de Madrid nombran cada cual un senador.

3.° Las diez universidades nombran cada una otro

4.° Las sociedades económicas de Amigos del país, agrupadas en cinco regiones, cuyos centros son Madrid, Barcelona, León, Sevilla y Valencia, nombran (cada región) un senador por mediación de sus delegados, elegidos á razón de uno por cincuenta asociados, en el seno de cada una de las sociedades económicas de la región, ó sea un total de cinco senadores.

5.° Las Diputaciones provinciales y los compromisarios que nombran los Ayuntamientos y mayores contribuyentes de los pueblos votan por provincia y eligen tres senadores en cada una de ellas, excepto las de Alava, Segovia, Soria, Guipúzcoa, Vizcaya, Avila, Logroño, Huelva, Palencia, Guadalajara, Albacete, Santander, Cuenca, Canarias, Teruel, Valladolid, Matanzas, Pinar del Río, Puerto Príncipe, Santa Clara y Santiago de Cuba, que sólo eligen dos.

Para ser elector de senadores es necesario ser español, mayor de edad, cabeza de familia, hallarse avecindado y con casa abierta en un pueblo de la monarquía y gozar de todos los derechos civiles y políticos. Son elegibles para senadores los españoles de 35 años de edad designados en el artículo 22 de la Constitución, es decir, pertenecientes á las categorías en que el soberano y las corporaciones del Estado y mayores contribuyentes pueden elegir senadores. El rey nombra para cada legislatura de entre los mismos senadores el presidente y vicepresidentes del Senado y éste elige sus secretarios.

* * *

Cada una de las cámaras tiene, con el rey, la iniciativa de las leyes; pero las que se refieren á las contribuciones y al crédito público se presentan desde luego á la cámara de los diputados.

Ninguna de las cámaras puede reunirse sin la otra, excepto el caso en que el Senado ejerza las atribuciones judiciales: las dos Asambleas no pueden deliberar ni en común ni en presencia del rey.

Las sesiones son públicas, pero las cámaras pueden constituirse para celebrarlas en secreto.

Cada cámara hace su reglamento interior, ejerciendo soberanamente los poderes de que está revestida.

Si una de las cámaras rechaza un proyecto, ó si el rey se niega á sancionarle, no podrá ser presentado de nuevo en la misma sesión.

Las Cortes tienen derecho de intervenir en los gastos del Estado, votan el presupuesto y fijan todos los años á propuesta del rey las fuerzas militares permanentes de mar y tierra.

Además del poder legislativo, que las cámaras ejercen con el rey, las Cortes tienen los siguientes: 1.°, recibir del monarca, del sucesor inmediato á la corona ó á la regencia, ó del regente el juramento de respetar la Constitución y las leyes; 2.°, nombrar regente del reino, y el tutor del rey menor de edad, en los casos previstos por la Constitución; y 3.°, determinar la responsabilidad de los ministros, á quienes el Congreso de diputados y el Senado juzga.

* * *

Aunque presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, el actual gabinete no puede calificarse de conservador puro, tal como hasta hace poco se entendía esta denominación en la política española por dos razones: primera, porque en punto á principios el partido gobernante ha aceptado los que durante su estancia en el poder hizo sancionar el partido que acaudilla el Sr. Sagasta, aun aquellos que más había combatido en todos tiempos, como el Jurado y el Sufragio universal; y segunda, porque en lo tocante á personas figuran en el ministerio dos individuos, el duque de Tetuán y el general Beránger, ministros de Estado y de Marina respectivamente, procedentes del partido fusionista, que al aceptar del Sr. Cánovas las carteras que desempeñan no entendieron, según ellos mismos en varias ocasiones han manifestado, desprenderse de la significación liberal que siempre habían tenido.

Recientemente ha fallecido el último presidente del Congreso, el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez, figura de primera magnitud en la política española, orador elocuente y afamado jurisconsulto Su muerte es una gran pérdida para el país y para el partido del señor Sagasta.

Disueltas las cámaras por virtud de reciente decreto, dentro de pocos días se procederá á nuevas elecciones, para las que se aprestan con verdadero empeño los distintos partidos de la política española, por lo cual es de esperar que aun cuando el Gobierno obtenga una gran mayoría (pues no se ha dado en España el caso de que un ministerio, sea del color que fuere, no haya ganado las elecciones) las minorías tendrán, en el Congreso sobre todo, numerosa é importante representación; siendo muy probable que logre algunos puestos, por vez primera desde la restauración, el partido obrero socialista.

Difícil tarea sería enumerar todos los partidos que se mueven dentro de la política española. El afán por adquirir una notoriedad las más de las veces artificial, la manía de los programas tan pródigos en promesas como escasos en realidades. el espíritu de indisciplina tan propio de nuestra raza y de nuestras costumbres y otra porción de concausas de menor cuantía, hacen que el número de divisiones y subdivisiones se extienda indefinidamente.

En los partidos monárquicos hay: el conservador, el liberal, el reformista, el democrático y el carlista (partidario de la monarquía absoluta de D. Carlos de Borbón), acaudillados por los señores Cánovas, Sagasta, Romero Robledo, Martos y marqués de Cerralbo, y aun dentro de algunos de éstos hay ciertas fracciones, un si es no es disidentes, amén de los diferentes matices que en todos se echan de ver.

Entre los republicanos cuéntanse: el posibilista, el centralista, el democrático-progresista y el federal (que á su vez se divide en pactista y orgánico), á cuyo frente figuran los señores Castelar, Salmerón, Ruiz Zorrilla y Pi y Margall.

Como partidos sueltos pueden también citarse el de los *íntegros* (rama separada del tronco carlista) cuyo jefe es el Sr. Nocedal, y el obrero, con las diferentes gradaciones desde el socialismo templado á la anarquía más absoluta

En materia de oradores parlamentarios, España puede ofrecer un conjunto que ninguna otra nación del mundo posee. Hacer un examen, siquiera fuese brevísimo, de las cualidades en que cada uno de ellos sobresale exigiría un espacio de que no disponemos Además, los nombres de Castelar, Cánovas, Sagasta. Salmerón, Martos, Pidal, Moret, Azcárate, Pi y Margall, Carvajal y de tantos otros, son bastante conocidos para que sea innecesario enaltecer una vez más su incomparable elocuencia.

* * *

El palacio de las Cortes está emplazado en el sitio que antes ocupó el convento del Espíritu Santo y quedó terminado en 1850: forma un octágono de 3.561 metros cuadrados. Una escalinata da subida al pórtico, que consiste en un cuerpo saliente, compuesto de seis columnas corintias y estriadas. Los leones que se ven á ambos lados de la escalinata fueron construídos con el bronce de los cañones que se tomaron á los moros en la guerra de Africa.

El Senado tiene su asiento en edificio aparte, en el que fué antes colegio de Doña María de Aragón, y estuvo destinado á casa de Agustinos calzados, que se instalaron en él en 1590

X.

LEON FONTOVA

«..Hace tiempo que esperaba un éxito extraordinario en una de mis obras dramáticas para dedicártela, y de esta suerte cumplir, cual me corresponde, con el actor que más que ningún otro hasta el presente ha contribuído á que podamos decir que nuestra querida Cataluña tiene ya un teatro propio y característico. Al fin ha llegado el día. Este drama es de todos los míos el que más éxito ha obtenido, y yo te lo dedico á ti para de este modo dar cumplimiento á lo que me propuse.»

Así dice, dirigiéndose á León Fontova en la dedicatoria de la bellísima obra *Las euras del mas*, el más fecundo de los autores dramáticos contemporáneos, el verdadero creador y principal sustentador del teatro catalán, el inspiradísimo poeta don Federico Soler.

En esas laudatorias frases podríamos considerar sintetizados los mejores elogios que cabe dirigir al genial Fontova, si no estimáramos que el juicio transcrito, aunque exacto, resulta incompleto: en efecto, Fontova, además de ser el mejor actor catalán, fué el más grande de los actores españoles contemporáneos; siendo preciso para llegar á encontrar quien pueda figurar dignamente á su lado, remontarnos á aquella edad de oro en que en la escena de nuestro teatro nacional brillaron los Latorre, los Romea y los Valero.

Fontova fué un genio: muchos llegan á ser actores á fuerza de estudios, él lo fué por naturaleza. El talento artístico, el espíritu analítico y de observación, la facultad de asimilación, esas cualidades que en primer término debe poseer el actor, fueron en él innatas, instintivas, por decirlo así. La afición le llevó á las tablas sin que ni por soñación pensara que aquel que consideraba más grato que útil entretenimiento, hubiese de ser punto de partida de una brillante carrera que le abriera de par en par las puertas de la gloria.

El público supo adivinar en él al cómico privilegiado, y con sus entusiastas aplausos hubo de convencerle de lo que él mismo no se atrevía á imaginar, moviéndole por último á consagrarse exclusivamente al arte escénico, cuando Federico Soler, más conocido á la sazón bajo el seudómico de Serafí Pitarra, comenzaba á ofrecer al público sus *gatadas*, esas humoradas, únicas en su género, que fueron la base sobre que se asentó el verdadero y genuino teatro catalán Desde entonces, la historia de éste va íntimamente unida á la de León Fontova, y el número de éxitos del uno puede contarse por el de triunfos del otro, con la ventaja en pro del actor de que triunfos, y no de los menos ruidosos, fueron para él muchos que para el teatro resultaron fracasos.

Se calcula, y no creemos que el cálculo peque de exagerado, que Fontova habrá representado más de doscientas obras; pues bien: ni una sola vez supo lo que era, no ya el siseo, pero ni siquiera la indiferencia del público: siempre las más francas y alegres carcajadas acogiendo los chistes que nadie como él sabía decir; siempre los más espontáneos y ruidosos aplausos saludando un gesto, una actitud que nadie como él conseguía componer.

¿Cuál era la especialidad de Fontova? El público estaba acostumbrado á verlo hacer reir; y sin embargo, ¿quién no recuerda haber llorado al oirle decir en *Las joyas de la Roser* aquellos sentidos versos del primer acto, que empiezan:

– ¡Molt be, Mateu!
Com ja per res puch serví
me veus vell y 'm fas agravi.
¡Qué n' hem de fer del pobr' avi!
¡Si 'ns fa nosa, lluny d' aquí!

Pero aun concretando la cuestión, aun aceptando que el fuerte de Fontova era el género cómico, no sería menor nuestra perplejidad si se nos obligara á señalarle un puesto entre las diversas clases de graciosos que en el arte dramático existen Repasen en su memoria, los que tuvieron la dicha de admirarle, los diversos tipos que personificó en la escena, y digan luego si el que creó el *Lluch* de *La rosa blanca* y el *Boy* de *Lo ferrer de tall*, el *Benet* de *Lo rector de Vallfogona* y el *Sr. Ignasi* de *Los egoístas*, el *Roch* de *La dida* y el *Sr. Jaume* de *L' Angel de la guarda*, el *Llátzer* de *Las euras del mas* y el *Sr. Cosme* de *L' apotecari d' Olot*, el *Benet* de *Lo collaret de perlas* y el *Sr. Ignasi* de *Cura de moro*, y tantos y tantos otros no menos diferentes entre sí, puede ser fácilmente clasificado en una especialidad determinada

No; Fontova interpretaba á maravilla todos los géneros y dentro de cada género todos los caracteres. Su figura se adaptaba á todas las edades y temperamentos; su fisonomía se amoldada á todos los afectos; su voz se ajustaba á todos los tonos, y sus ademanes con todas las situaciones guardaban asombrosa armonía. Era joven, y en *Las joyas de la Roser* su cuerpo se doblaba al peso de ciento siete años; era rostro jovial, y aparecía feroz en *Los segadors;* tenía una voz robusta, y apenas si se le oía cuando en *Lo birolet de San Guim* había de representar á un anciano poco menos que decrépito; era vivo en sus movimientos, y con pasmosa naturalidad manteníalos entorpecidos en *Cura de moro.*

A haber visto á Fontova, quizás hubiérase mostrado menos absoluto en sus afirmaciones el famoso Coquelin, cuando dijo en su *Arte del actor:* «El ideal consistiría en que el *dos*, ese pobre cuerpo, fuese una pasta sencilla, blanda é indefinidamente dúctil que tomara, según el papel, todas las figuras; que se hiciera para Romeo un galán joven delicioso, para Ricardo III un infernal jorobado, seductor á fuerza de talento; para Fígaro un criado socarrón, impertinente, audaz, seguro de todo, etc. Entonces el actor sería universal y, por poco talento que tuviera, apto para todos los tipos: haría lo que quisiese... ¡ay! sería muy dichoso; pero la naturaleza no lo permite »

Nosotros, respectando tan sabio parecer, nos atrevemos á decir que Fontova, si no fué ese actor universal que el ilustre maestro del Teatro Francés considera imposible, se le acercó mucho.

Fontova, á pesar de su portentoso genio, estudiaba como pocos los personajes cuya interpretación le confiaban los actores.

Cuando se apoderaba de un tipo, no sólo lo abarcaba en su conjunto y se identificaba con su modo de ser físico y moral, sino que descendía á los menores detalles y no se tenía por satisfecho si no lograba hacerse dueño aun de los más insignificantes. Dominando la escena y dominándose á sí mismo como nadie, no conoció el amaneramiento, á que tan propensos se muestran los actores mimados por el público; actor escrupuloso hasta la exageración, jamás se permitió enmendar la plana al autor introduciendo en su papel una de esas *morcillas* en que el logro de un aplauso resulta casi siempre á costa del buen sentido; enemigo del efectismo, nunca marcó una frase para hacer resaltar el chiste, ni extremó el gesto para producir una gracia, ni apeló á la menor chocarrería para provocar una risotada.

Fué, en suma, un actor modelo, una gloria nacional.

¡Cómo no hemos de llorarle los que tuvimos la suerte de seguirle paso á paso en su triunfal carrera! ¡Cómo no hemos de sentirnos hondamenre apenados los que, amantes de nuestra literatura catalana, veíamos en Fontova la más firme columna de nuestro teatro regional!

Dice Coquelin que el actor dará pruebas de su superioridad cuando al leer una obra ó al verla representar por otro actor, el espectador le recuerda, diciéndose: «en este papel no hay otro como fulano.»

¡Cuántas veces al ver representar el repertorio antiguo habremos de exclamar: «¡Como Fontova ninguno! ¡Y cuántas veces al asistir á la representación de una obra nueva se nos ocurrirá pensar «¡Si esto lo hiciera Fontova!»

M. M. A.

EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE FERRAGUTTI, XIMENES Y NARDI

(Conclusión)

Hay quien bebe para procurarse un placer físico, cuasi animalesco, sin buscar la alteración de la mente, y quien bebe para disfrazar el tedio de su vida. Algunos recurren al vino para reanimar un organismo consumido por rudas privaciones, otros para curarse ó preservarse de daños imaginarios, otros para consolarse de traiciones de amor ó reveses de fortuna. Existe quien se tornó bebedor en fuerza de una tendencia hereditaria, fruto de enfermedades, y quien ha caído en el vicio, sin advertirlo, desde su primera edad, contagiado por el ejemplo. Algunos beben para hacer ostentación de calaveras; otros por despecho; otros, de índole afectuosa, para llenar la existencia vacía de afectos. Se dan hombres de organismo potente que se exceden en la bebida, como en todo, por cierta brutalidad de necesidades gigantescas, que los constriñe á reparar enormes pérdidas con adquisiciones enormes, á echar el vino á oleadas en su cuerpo como se echa el agua á cubos en un cañón de chimenea inflamado. Muchos beben por efecto de cierto decaimiento que les asalta á la edad madura, viendo delusorias las ambiciones de la juventud; para amodorrar el disgusto de no haber logrado encontrar un camino, una forma de exteriorización para su ingenio; para atenuar el dolor de una enfermedad especial del espíritu, que se podría llamar «de la retención de potencia.»



Algunos se encuentran, principalmente entre los artistas, naturalezas elegidas, dotadas de gran inteligencia y de corazón delicadísimo. pero de escaso temple, los cuales beben para contener la violencia de los propios sentimientos, para adormecer la fantasía inquieta que los atormenta, para frenar la excesiva actividad de su cerebro, que los fatiga y los gasta aun en sus horas de reposo. Beben, como los fumadores de que nos habla Balzac, porque tienen energías que domar. Este es el principal motivo de la intemperancia famosa de tantos poetas: no es cierto que bebieran, como suele creerse, para producirse artificial excitación, con el fin de escribir; bebían para aquietar su excitación natural, después que habían escrito. Lo dijo en nombre de todos el tantas veces citado Alfredo Musset, quien á un fulano que le preguntaba por qué buscaba la poesía en el vino, contestó despechado: «No busco en él la poesía, busco la paz»

Todos estos bebedores hacen juntos el camino hasta cierto límite, pasado el cual se separan. Unos se detienen y se convierten en golosos, los otros van siguiendo adelante y se truecan en glotones del vino.

En los primeros la pasión se injerta de capricho, cuasi un sentimiento de la poesía del vicio, que lo retiene, unido á un refinamiento del gusto que lo hermosea; y entre éstos, los que tienen bolsa al nivel de su golosina, llegan á ser una especie de bibliómanos de la botella, — coleccionistas y catadores, antes que bebedores, — doctos en su materia, que ponen en la cantina el amor el estudio, la emulación que un estudioso pone en la biblioteca, y tienen también sus clásicos polvorientos, las ediciones de remota fecha, las celebridades extranjeras, los prosistas algo pesantes, pero sustanciosos, del Norte, la literatura apetitosa y ligera que alegra, sin sentir la poesía toda fuego del Mediodía, que inflama y exalta; que hacen del vino un continuo sujeto de investigaciones y polémicas, un arte á la vez y una ciencia con la cual proveen al propio tiempo á las necesidades de su estómago y de su inteligencia Estos son los que disfrutan de verdad con el vino. Un psicólogo artista podría hacer á este propósito un placentero estudio Para ellos la bebida es una multiplicación continua de las exquisitas delicias de la imaginación y al par de los sentidos. Sienten en su interior á la sola vista del recipiente toda la fuerza y la alegría que está allí aprisionada. Se complacen en aquella variedad de formas de botella, esbeltas, aplastadas, majestuosas, como si viesen otros trantos perfiles incompletos de hermosas mujeres: gustan sabor distinto de placer á la vista del turbante verde ó del casquete de plata; gozan palpando la rotundez elegante de las copas; en el sonido de la botella sacudida por el sacacorchos, encuentran una nota de Adelina Patti. Antes de levantar el vaso permanecen algunos momentos llenos de admiración ante aquellos bellos rubíes ú oro disuelto; luego aspiran su fragancia, y todas sus glándulas salivales segregan y rezuman su jugo. Por fin aplican sus labios al cristal, pero casi con pesar, como Panurge de Rabelais, por no tener el cuello largo tres cúbitos para poder gustar mejor aquel néctar; después beben con los ojos cerrados, dividiendo en dos operaciones completamente distintas el catamiento y la deglución: sienten el primer sabor, el segundo sabor, el tercer sabor; revuelven el vino con la lengua, lo dejan escurrir á lo largo de los carrillos, lo arrojan hacia las fosas nasales para percibir mejor el aroma, y no se deciden, sin dificultad, á dejar que se cuele en la garganta, hecho lo cual todavía quedan recogidos un momento para saborear la fruición del último efluvio. Inunda todas sus venas y todas sus fibras, transparentándose en su rostro una corriente tal de dulzuras y delicias que, contemplándolos, se permanece incierto entre dos sentimientos: no sabemos si debemos indignarnos de que el hombre, capaz de tantas elevadas satisfacciones de la mente y del corazón, ponga en el goce de semejantes placeres toda su alma, ó bien admirar la prodigiosa delicadeza de la máquina humana, que consiente tan distintos y opuestos placeres.





Estos bebedores se detienen, pues, en la pendiente del vicio; los otros proceden y pasan de la clase de los bebedores á la de los beodos Estos, en vez del cuello de Panurge quisieran tener el estómago del emperador Maximino, el cual no se daba punto de reposo hasta la décimacuarta botella. El modo como se sumergen grado á grado y se ahogan en el vino, los diversos períodos por que pasa la gran lucha de la voluntad, que opone resistencia al hábito que arrastra, constituyen una historia larga y triste, que muchos insignes fisiólogos. especialmente los novelistas ingleses, trazaron de un modo admirable y Emilio Zola insuperablemente. El vino entra poco á poco en su vida con todo linaje de pretextos; ayer bebían para resistir el trabajo, hoy beben para hacer más grato el descanso; primero para alejar la melancolía, luego para mantener viva la alegría; un tiempo para invocar el olvido, ahora para excitar la memoria; en un principio para conciliar el sueño, después para sostener la vigilia. El enemigo se infiltra y crece gota á gota, sorbo á sorbo, copa á copa, un poco todos los días, lenta y sordamente, como el agua del mar por la sutil vía de una nave. Cuando el hombre advierte el peligro es casi siempre tarde; la medida está colmada. Cada día hace el propósito de no pasar del primer vaso; pero vaciado el primero, siente en su interior una energía, un vigor de voluntad, que le infunde tanta seguridad de efectuar su propósito cuando se le antoje, en cualquier instante, que difiere su actuación para el siguiente día, llegado el cual por igual motivo se concede á sí propio la misma dilación; y así va siguiendo por muchos años, animado siempre para el abuso, primero á causa de seguridad firmísima, luego de una vaga esperanza de que llegará un día en que cederá irremisiblemente. Elocuente prueba de aquella gran verdad: «es mucho más fácil negarlo todo á los sentidos, que no rehusarles alguna cosa» Pero la lucha no es tan fácil como parece. Es un drama muy intrincado, lleno de terrores y sufrimientos, de resurrecciones y recaídas, tanto más largo, variado y doloroso cuanto más fuerte es el carácter y más elevada la inteligencia del luchador. Es prodigioso hasta qué límite se llega, con qué obstinación de la voluntad, con qué sutil y fatigoso artificio de razones é ilusorios esfuerzos, de batallas verdaderas y simuladas, de cabriolas de la conciencia. El bebedor procura reconquistar el imperio sobre sí mismo y libertarse de remordimientos. A la recaída de todos los días añade cada día nueva justificación, algunas veces ingeniosísima y buscada durante mucho tiempo, como el reo busca una disculpa para aducir ante el juez. Busca con avidez, para satisfacer su pasión todas aquellas ocasiones en las cuales dejarse dominar por el vicio puede parecerle, y á los demás también, un exceso consentido por las circunstancias Consigue en realidad vencerse por algún tiempo, con un grande esfuerzo, animado, sin darse cuenta, no del deseo sincero de curarse, sino por el placer, que pregusta, de poder luego, tras de aquella abstinencia, recaer sin remordimientos en el vicio por otro lapso de tiempo. Vuelve á cobrar ánimo para beber á cada leve prueba que se da á sí mismo de que sus facultades intelectuales no están deterioradas; bebe por ira cuando el ánimo cansado se revuelve al fin contra la tiranía de la voluntad que le tortura; torna á beber al menor ejemplo que se le ofrezca de otros más hundidos que él en el camino del vicio y sin embargo sanos aún en apariencia y en el apogeo de sus fuerzas; confía asimismo en una enfermedad posible, en un primer aviso de la naturaleza, después del cual, la idea del peligro corrido le dará en definitiva fuerzas para vencerse á sí mismo; llega al extremo de fabricarse una filosofía especial, contraria en suma á su índole y á toda su existencia, para poder encuadrar su vicio en aquella filosofía como en un marco que lo embellezca y lo haga agradable á sus ojos. Luego le asaltan decaimientos profundos al notar de improviso que sus facultades mentales han sufrido menoscabo; y de aquí una vigilancia desconfiada y dolorosa en su inteligencia, y resoluciones impetuosas que duran una hora, en las cuales agota toda su energía, y largos desfallecimientos intensos que acaban en el vino, del cual renace vislumbre de esperanza, seguido al día posterior de inconsolable desengaño. Y en tanto el enemigo lo corroe todo: cuerpo, mente y corazón.



El famoso juicio de Rousseau, según el cual los bebedores son buenas, fieles, excelentes y honradas personas, no se puede admitir, en verdad, á no ser que se considere á los bebedores bajo el efecto inmediato del vino. Lo cierto es que cuando salen de aquel mundo fácil y risueño al cual los transportó la embriaguez, se encuentran molestos en presencia del descolorido aspecto del mundo real y se irritan con más facilidad que los otros con las asperezas de la vida que habían ya olvidado Acostumbrados á aquella vena rica de benevolencia y generosidad que abre en ellos la embriaguez, no se reconocen cuando deben manar aquellos mismos sentimientos del corazón tranquilo Tras de la viva excitación de cada noche, su sensibilidad tiene como necesidad de reposo, y se niega á la fatiga de las emociones en estado de vigilia. En medio de la tertulia en la cual bulle aquella alegría espontánea que deriva toda de la disposición natural del ánimo, se sienten fuera de lugar, experimentando cuasi una secreta envidia que les mueve á despecho y tristeza; están humillados, descontentos de sí, como gente decrépita; desean alguna vez con impaciencia acre y colérica que llegue aquella hora, aquel sitio donde podrán, en un medio más expeditivo, ser de nuevo lúcidos, generosos y elocuentes. Sólo que este rejuvenecimiento, esta especie de resurrección que se verifica todos los días, cada vez y gradualmente resulta más incompleta. Pasado algún tiempo, no experimentan ya aquella embriaguez, que podríamos llamar rica, llena de sentimientos y de ideas, en la cual el corazón y la mente tienden continuamente á expandirse y á abrazar al universo entero. El primer indicio de esta decadencia es la atenuación de la manía de la polémica á través de todos los conocimientos humanos; su mente perezosa empieza á recorrer las pendientes de curva suave, evitando el ánimo á la discusión que le forzaría á trabajar; el giro de sus pensamientos se va limitando cada vez más; todo lo que tiende á desviarlo de su curso ordinario de ideas y de discursos le produce malestar; la exaltación, de continua se hace intermitente, á raptos sucesivos, separados por largos intervalos, después de cada uno de los cuales se siente la necesidad del reposo, y la alegría degenera poco á poco en un sentimiento de grosera satisfacción, en el cual se acomoda y se columpia como en una mecedora, mientras su pensamiento mariposea sobre mil objetos, sin detenerse en ninguno, ó si se fija en uno, permanece en su superficie impedido é inerte. Y entonces vienen las largas veladas monótonas, en las cuales el bebedor empolla su embriaguez en el silencio, en un estado intermedio entre la somnolencia y el estupor, y todo el mundo brillante que antes veía en su borrachera se encuentra reducido dentro de los cuatro lados de la mesa, en la cual comienza por apoyar los codos, al año siguiente la barba y por último la frente. Es verdad que muchos de éstos conservan aquel buen natural que deriva, más que de otra cosa, de la pereza del corazón. La marea creciente del vino ha sumergido rencores, odios, soberbias, tristezas. naturalmente, sin mérito propio. Sienten aún los afectos de la familia y alguna antigua amistad; pero no aquel afecto vivo, lleno de providencia y de sacrificios que piensa y goza en sí mismo y vibra todo á cada palabra en que se expresa ó ante cada manifestación que le corresponda Hasta tal punto es cierto que es muy raro que contraigan nuevos afectos. Llegado á ese estado, el bebedor es únicamente un espectador indiferente del mundo; va tirando, con los ojos medio cerrados; no camina, se tambalea en la vía de la existencia hasta que viene la muerte á quebrarle el vaso en el puño.



Si del examen de los efectos individuales del vino venimos á parar en sus efectos sociales, ciñéndonos siempre al campo psicológico, quedamos maravillados, asustados casi, no tanto de lo que vemos, cuanto de lo que tenemos motivos para sospechar. Nace esto de que el vino es principalmente una potencia oculta. Su mayor importancia no estriba en los efectos y accesos visibles, á los que pocos se abandonan; radica en la difusión grandísima de una destemplanza correcta, de una embriaguez disimulada, constante, regular que gira continuamente á nuestro alrededor y que encontramos siempre cara á cara, sin reconocerla Tenemos que habérnoslas con gran número de personas, que bajo el continuo influjo latente del vino parecen lo que no son, envueltas por un disfraz que nos engaña. Nos encontramos con la generosidad, con la elocuencia, con la bondad, con caracteres amenos, que son ficticios, que existen tan sólo á ratos, pero que siendo por algunas horas todos los días, producen en quien los trata una ilusión permanente. Si lográsemos descubrir todos los hábitos íntimos, ¡qué extraños hallazgos realizaríamos! ¡Cuántas bellas acciones descubriéramos que fueron hechas sin venir en corazón, forzadamente, para mantener una promesa escapada en la exaltación del vino! ¡Cuántos triunfos oratorios se deben á la embriaguez, así como muestras de inesperado valor en desafíos y arranques conmovedores de artistas dramáticos! Encontraríamos quizás, derivadas del vino, ruidosas reconciliaciones de hombres políticos que tuvieron consecuencias memorables, tal vez resoluciones temerarias de generales que consiguieron un nombre glorioso, quizás también muertes heroicas que todos hemos admirado y admiramos aún. Después de algunos años volvemos á encontrar caracteres antes dulces, ahora extrañamente ásperos, sin razón aparente; encontramos de nuevo otros, un tiempo fogosos é intratables, conciliadores, negligentes, en un estado de optimismo crónico que no logramos explicarnos, que permite trabar con ellos una amistad que fué primero imposible; otros que han cambiado de hábitos, y desde el gran mundo donde brillaron se han reducido á una vida solitaria, obscura, sin que logremos adivinar la causa. Vemos hombres de ingenio llegar rápidamente, en la flor de la juventud, á las elevadas cimas de la sociedad y del arte, para detenerse de improviso, y como si se hubiesen extraviado sus personas, presentarse á las gentes como inexplicable ejemplo de impotencia y de inercia. Buscamos la razón de todos estos cambiamientos; creemos á veces haberla encontrado en sucesos, en secretos domésticos, en misteriosas crisis de la mente y del corazón. Y nada tiene que ver con todo esto El solo motivo es el vino. Natural es que no se descubra, puesto que el hombre confiesa francamente la orgía de una noche, pero oculta con suspicaz cuidado entre las paredes de su casa el abuso de todos los días, para el que no encuentra justificante ni excusa. A la vista es un efecto que escapa á la observación, pero que es enorme sin duda el que produce en la vida social ese torrente purpúreo que pasa cada día á través de la población de una gran ciudad en las últimas horas de la tarde y á la noche. Por fuerza debe ejercer gran acción en la marcha general de las cosas esta vasta alteración diaria de sentimientos, de pensamientos, de discursos. Sin duda notaríamos el efecto contrario si de un golpe, al improviso, dejasen de existir el vino y las bebidas excitantes. Veríamos índoles hasta aquel momento disfrazadas mostrarse en su verdadero aspecto, gente expansiva ensimismarse, gente alegre entristecerse, inteligencias ofuscadas adquirir claridad, ingenios que disimulaban su decaimiento en la exaltación artificial de todas las noches revelarse exhaustos, disminuir la facilidad en las amistades nuevas, apartarse al influjo del hastío de la sociedad de personas que no tenían más ligamen que el vino; volver á Venus muchos que la habían olvidado por culpa de Baco, una recrudescencia de malhumor al principio, un acrecentamiento de laboriosidad más tarde, una general diminución en los despropósitos hechos, dichos ó impresos; una merma en los altercados; pero más rareza al par en las reconciliaciones, mayor prudencia, menor sinceridad, más fuerza, menos entusiasmo: un compuesto de bienes y de males.

¿Mayor número de bienes ó de males? No me toca á mí responder, y por otra parte no quisiera cerrar esta serie de conferencias sobre el vino con una palabra amarga contra nuestra argumentación. Pero hay modo de salir del paso con una distinción: para ello lo mejor es poner en contacto dos de los más grandes pintores de aquella admirable escuela holandesa, que debe al vino la mayor parte de su inspiración. En los cuadros de Steen está representada la orgía innoble que sustituye á la quieta alegría de la familia el rebajamiento de la taberna; rostros embrutecidos, actitudes obscenas, brazos caídos que al día siguiente no trabajarán y casas en desorden que revelan un desprecio habitual de toda dignidad y de toda gentileza. En los cuadros de Van der Helst están representados banquetes joviales, donde ciudadanos de todas las clases del Estado brindan y conversan fraternalmente; y son bellas figuras honradas é ingenuas, en cuyos rostros se lee la seguridad de la conciencia y la nobleza de la vida consagrada á la patria; excitados, pero no descompuestos, con sonrisas en los ojos, que dejan adivinar las anécdotas amenas y divertidas y las palabras corteses, inspirando al mismo tiempo la alegría y el respeto.

He aquí las dos potencias opuestas del vino, ó por mejor decir. los dos vinos. Hay el vino de Steen y el vino de Van der Helst. Uno es el veneno que arrastra al ocio, á la estupidez, á la prisión, á la tumba; huyamos de este vino, combatámoslo, vituperémoslo. El otro es el vino que hace levantar al mismo tiempo la copa, la frente y el pensamiento; el vino que pone la fuerza en el brazo del obrero y el canto en sus labios; la alegría de nuestra mesa de cada día, el festejador de las reconciliaciones y de los regresos, el licor benéfico que acalora las venas de nuestros



viejos, que revigoriza la suspirada convalecencia de nuestras criaturas, que añade una sonrisa á la amistad y una llama al amor; la segunda sangre de la raza humana. Honremos á este vino y festejémoslo, bendiciendo á las dos fuerzas benéficas á las cuales lo debemos: la fecundidad de la tierra y el trabajo del hombre.

TRADUCIDO POR D. FEDERICO RAHOLA

NUESTROS GRABADOS

Confesión de amor, cuadro de don Luis Jiménez. Exposición Internacional de Munich de 1890 – Este cuadro, como todos los del ilustre autor de *La visita en la sala de un hospital*, que reprodujimos en el número 427 de esta ILUSTRACIÓN, es una hermosa página arrancada del libro de la vida real y trasladada al lienzo con escrupulosa fidelidad sin extemporáneas galas, pero también sin esos pujos de exagerado realismo á que suelen ceder muchos de los que forman parte de la escuela á que Jiménez pertenece. Este, á fuer de verdadero artista, sabe contenerse dentro de los justos límites, y de ello es buena prueba la *Confesión de amor*: en esta obra ha querido pintar tipos campesinos, y labradores de buena ley resultan ser los dos personajes que en ella figuran; pero comprendiendo que el arte se ha hecho para algo más elevado que la simple reproducción de formas, ha buscado una situación que permita ofrecer al espectador la nota del sentimiento y la ha encontrado en la declaración amorosa, y no sólo ha dado con ella, sino que ha sabido expresarla de la manera magistral á que nos tiene acostumbrados.

En esto estriba, á nuestro modo de ver, el naturalismo de buena ley: no en tomar de la naturaleza cualquier cosa queriendo hacerla pasar por buena por el mero hecho de ser exactamente reproducida, sino en escoger dentro de lo natural lo bello y en presentarlo de modo que al par que recree la vista haga vibrar con más ó menos fuerza ese algo que todos sentimos en nuestro interior, y cuyas sensaciones son, á no dudarlo, el guía más seguro de la crítica y la prueba más patente del mejor ó peor acierto del pintor.

La prensa alemana ha tributado grandes elogios al cuadro de Luis Jiménez, que ha atraído con preferencia las miradas de los visitantes de la última Exposición Internacional de Munich.

***

La venganza de un rival, cuadro de O. Erdmann. Cuenta la marquesa de Crequi en sus Memorias que el marqués de Letorieres, el hombre más hermoso de su tiempo, y á cuyos halagos ninguna mujer pudo resistir, hubo de enamorarse perdidamente, en una visita que hizo á la corte de la duquesa de Sofía de Hannover con él emparentada, de una jóven noble llamada Julia de Rohán, que estaba al servicio de aquélla y era la prometida de un señor de Tattenbach.

El apuesto doncel, acostumbrado á contar por victorias el número de sus amorosas empresas, confesó su amor á la joven, que le rechazó indignada, manifestándole que próximamente se verificaría en París su boda con el antes citado caballero.

Gozaba Letorieres de gran favor en la corte de Luis XV de Francia, merced á lo cual fácil le fué obtener una orden de arresto contra el señor de Tattenbach; provisto de ella, presentóse en la iglesia de San Germán de l' Auxerrois en el momento en que empezaba la ceremonia y puso preso al novio, que fué inmediatamente conducido á la Bastilla.

Al día siguiente quiso de nuevo tentar fortuna cerca de la desventurada Julia; pero viéndose otra vez rechazado y despreciado por ésta, hizo poner en libertad al detenido, y habiéndole provocado en desafío al salir de la cárcel fué mortalmente herido por él, yendo á caer delante del pórtico del convento de las *Hijas del Sagrado Corazón*, adonde habíase refugiado Julia, al lado de su tía, que era abadesa de aquel monasterio.

De este episodio, al parecer histórico, ha tomado el asunto de su cuadro el notable pintor alemán Erdmann, quien ha sabido sacar gran partido del lugar de la escena y de los personajes, para presentarnos una composición que interesa desde el punto de vista del efecto dramático y cautiva bajo el concepto puramente estético.

PROYECTO DEL NUEVO TEMPLO DE LOS FRANCMASONES DE CHICAGO

***

El nuevo templo de los francmasones de Chicago. El día 6 de noviembre último colocóse la primera piedra de este grandioso edificio, emplazado en un terreno que ha costado 5 millones de pesetas; la construcción del mismo debe estar terminada en 1.° de mayo de 1892, es decir, un año antes de inaugurarse la Exposición Colombina, á fin de que el Gran Oriente de Chicago pueda recibir dignamente en 1.° de mayo de 1893 á las diputaciones de todos los Orientes del mundo.

El templo propiamente dicho ocupará los cuatro últimos pisos del edificio: los diez y seis restantes estarán ocupados diez por tiendas y almacenes de objetos útiles á la vida material y seis por escritorios comerciales ó industriales. La altura total del edificio será de ochenta metros.

Se tomarán las debidas precauciones para que en un solo día los ascensores puedan transportar 40.000 personas á los jardines situados en el terrado, en donde habrá también un observatorio, desde el cual los astrónomos podrán estudiar la armonía establecida en las evoluciones de las celestes esferas por el Gran Arquitecto del Universo.

A la ceremonia de la colocación de la primera priedra asistieron 5.000 francmasones, que representaban las diferentes logias del rito Escocés Antiguo Aceptado, establecidos en el Canadá y en los Estados Unidos y que cuentan 625.755 hermanos; y cuantos la presenciaron dicen que hará época en los anales de la masonería americana, como la inauguración en Filadelfia de la primera logia construída en el nuevo continente.

Mr. Carlos Parnell, ex presidente del grupo nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres. – Nacido en 1846 en Avondale, condado de Vircklow, Mr. Parnell hizo sus estudios en Cambridge y entró en la vida pública como sherif de su condado natal. En 1875 fué enviado al Parlamento por el distrito de South Meath, constituyendo allí con algunos amigos un núcleo de oposición irreconciliable, encarnizada, que practicaba la política de obstrucción y retardaba con feroz energía la votación de todas las medidas contrarias á los intereses de los desdichados irlandeses.

Esta conducta y su elocuencia demagógica le hicieron pronto ser en su patria el más popular de los representantes de Irlanda. En 1879 púsose al frente de la Landleague que se propuso la reforma radical de la propiedad inmueble, y en enero de 1890 fué á América para obtener de sus compatriotas allí residentes apoyo para su causa. En 17 de mayo del propio año fué elegido jefe del grupo parlamentario irlandés, que á la razón se componía de 68 miembros. En 1881 el gobierno le puso preso, pero al año siguiente le dió la libertad; en las elecciones de 1885 el número de sus adeptos en la cámara de los Comunes se elevó á 85. Contribuyó poderosamente á la caída de Gladstone, el cual en 1886 hubo de incluir en su programa los más importantes puntos consignados en el de los *homerulers*.

Mucho debe Irlanda á Parnell, y á buen seguro que el partido irlandés no hubiera pensado en buscar otro jefe, si el proceso por adulterio contra él seguido por el marido de mistress O'Shea y la conducta por él observada con ocasión del mismo, no consintiendo ni siquiera en retirarse temporalmente de la política, no hubiesen hecho necesario su reemplazo en tan importante puesto para evitar que los adversarios de la causa irlandesa se aprovecharan en detrimento de ésta de los puntos vulnerables que su *leader* ofrecía.

***

Mr. Justin Mac-Carthy, presidente de la mayoría del partido nacionalista irlandés en la cámara de los Comunes de Londres.—A raíz de la terminación del ruidoso proceso incoado contra Mr Parnell por adulterio, la mayoría parlamentaria del partido nacionalista irlandés, comprendiendo que no podía tener por jefe á quien por escandalosos hechos había estigmatizado la opinión pública, procedió á la elección de nuevo presidente, concediendo sus sufragios á Mr. Justin Mac-Carthy, cuyo retrato publicamos.

El nuevo *leader* de los irlandeses nació en Cork, en 1830, y allí recibió su primera educación, hasta que en 1853 fué á Liverpool como redactor de un periódico. En 1860 pasó á Londres, encargándose de la sección parlamentaria del *Morning Star*, y más tarde de la sección extranjera hasta que en 1864 fué nombrado redactor en jefe de este diario, cargo que abandonó en 1868.

Colaboró, además, en revistas y periódicos ilustrados y escribió algunas novelas, entre las cuales figuran en primera línea *The Waterdale Neighbours*, *My Enemy's Daughter* y *Lady Judith*.

Trasladóse luego á los Estados Unidos, en donde estuvo tres años escribiendo en algunos periódicos. A su regreso á Inglaterra, escribió notables artículos políticos para el *Daily News*, y dió á la estampa varias novelas que obtuvieron excelente éxito, tales como: *A Fair Saxon* (1873), *Dear Lady Disdain* (1875) y *Miss Misanthrope* (1877), á las que añadió más tarde *Donna Quixote* y *A Maid of Athens*. Es autor de una *Historia contemporánea* en cuatro tomos, de una *Historia de los cuatro Jorges*, de una obra de crítica literaria, titulada *Con amore*, etc., etc.

Mr. Mac-Carthy comenzó su vida política activa en 1879, en que fué elegido miembro del Parlamento por el condado de Longford, que representó hasta 1886; en esta fecha optó por la representación que le confirió Londonderry. Siempre estuvo afiliado al partido que acaudillaba Mr. Parnell, y ha sido vicepresidente de la Liga regional y de la Liga nacional irlandesas. Es orador brillante y cuenta con grandes simpatías en la cámara y entre sus compatriotas. Por todas estas condiciones de talento, energía y honradez, resulta indudablemente digno del honroso puesto que sus compatriotas del Parlamento le han confiado, y es seguro que sabrá defender cual se merecen los intereses de la agobiada población de Irlanda.

Esto no obstante, una parte no escasa del partido nacionalista irlandés sigue apoyando enérgicamente á Mr. Parnell

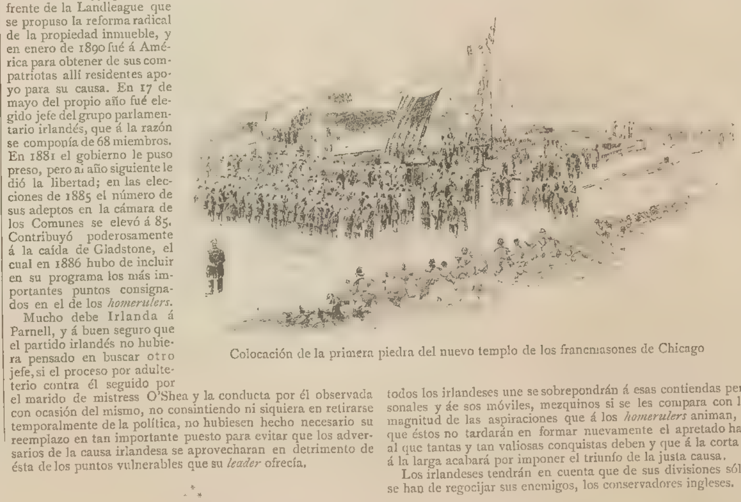
La visita recientemente hecha por éste á algunas ciudades irlandesas ha dado lugar á graves desórdenes y aun á colisiones sangrientas.

Los partidarios de uno y otro bando defienden con desesperada energía á sus respectivos *leaders*; habiendo llegado la contienda al terreno de las personalidades, tan fecundo en incidentes ruidosos como pobre en beneficios para el triunfo de las ideas.

Mucho se ha hecho también en la esfera de las negociaciones amistosas, para lo cual los célebres agitadores Dillon y O'Brien se han avistado últimamente con Mr. Parnell, y aunque no se ha llegado á una solución concreta, parece que tienden á suavizarse las asperezas y á ceder las intransigencias.

De todas suertes, es difícil prever cómo y cuándo terminará esta, lucha de la que Irlanda ha de salir más perdidosa que beneficiada; sin embargo, creemos que al fin y al cabo el espíritu práctico que en las islas Británicas domina y el interés que á todos los irlandeses une se sobrepondrán á esas contiendas personales y á esos móviles, mezquinos si se les compara con la magnitud de las aspiraciones que á los *homerulers* animan, y que éstos no tardarán en formar nuevamente el apretado haz al que tantas y tan valiosas conquistas deben y que á la corta ó á la larga acabará por imponer el triunfo de la justa causa.

Los irlandeses tendrán en cuenta que de sus divisiones sólo se han de regocijar sus enemigos, los conservadores ingleses.



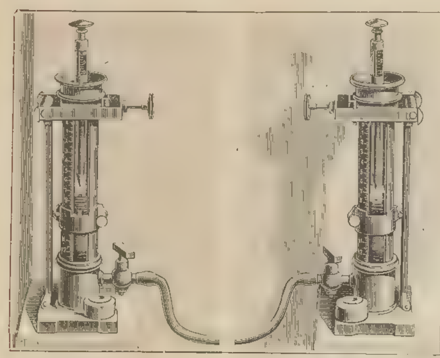
Colocación de la primera piedra del nuevo templo de los francmasones de Chicago

SECCIÓN CIENTÍFICA

NIVEL DE AGUA DE PRECISIÓN, DEL CAPITÁN LENEVEU

Nada más frecuente en la construcción, en la industria, etc., que tener que colocar diferentes objetos en un mismo plano horizontal ó en niveles que difieran entre sí en cantidades determinadas

La imperfección del montaje de las máquinas y transmisiones de una fábrica es una de las causas más ciertas y más frecuentes de un gasto exagerado de fuerza motriz y, por ende, de cuanto contribuye á producir esta fuerza: consumo de agua, de carbón, de aceite, desgaste de los cojinetes y de las articulaciones, recalentamiento por rozadura de los árboles con los consiguientes paros ruinosos, todo depende del montaje. Hay, pues, que proceder con cuidado sumo en esta operación.



Nivel de agua de precisión, del capitán Leneveu

La determinación de los planos verticales se obtiene con bastante facilidad por medio de hilos tendidos entre hitos; pero no sucede lo mismo con los horizontales, que son precisamente los más expuestos á variaciones, tanto por el peso de los órganos como por los asientos que en el suelo producen las mismas obras.

Por esta razón se ve que los montadores concienzudos se ingenian buscando todos los medios posibles de asegurarse de la exactitud de sus operaciones por lo que hace relación al plano horizontal. Las reglas de madera ó de metal perfectamente construídas, los niveles con burbuja de aire, los anteojos, etc., no permiten obtener nunca un resultado completamente satisfactorio.

Inspirándose en todas estas consideraciones, el capitán de artillería francés M. Leneveu ha inventado un nivel de agua de precisión que permite resolver de un modo eminentemente práctico y con toda la exactitud apetecible el problema consistente en determinar exactamente la diferencia de nivel entre dos puntos ó en colocar dos puntos rigurosamente en el mismo plano horizontal.

Nada más sencillo que el instrumento en cuestión. Dos frascos están unidos por un tubo y dos puntas que tocan al líquido indican por el mayor ó menor recorrido de su tija para ponerlas en contacto con éste la distancia del plano superior del líquido á una señal conocida, y por consiguiente la distancia de esta señal al plano horizontal determinado por el nivel del líquido en los dos frascos.

Para manejar el instrumento basta, una vez colocados los niveles en los puntos cuya comprobación ha de hacerse, poner las puntas en contacto con el líquido y leer en las tijas la cantidad en que han tenido que ser hundidas para obtener este resultado, operación que no ofrece la menor dificultad. En cuanto á la precisión del aparato, puede formarse idea de ella sabiendo que es suficiente para lograr con facilidad suma, sea la horizontal, sea la diferencia de nivel entre dos puntos, á menos de una vigésima parte de un milímetro, y esto sin necesidad de ninguna operación minuciosa.

Como se ve, este instrumento no es más que el nivel de agua común con la adición de dos puntas que permiten tocar el nivel del líquido que, por varias razones sobrado conocidas, no puede distinguir bien el operador, y sustituir con una medida material perfectamente fija la medida visual, esencialmente fugaz, única posible con el antiguo sistema.

Con el objeto de dar al instrumento toda la perfección posible, M. Leneveu ha adoptado para él formas y disposiciones que le hacen de muy fácil empleo y aumentan considerablemente el campo de sus aplicaciones. El instrumento que reproduce nuestro grabado se compone esencialmente de dos aparatos iguales y simétricos unidos por un tubo flexible cuyo objeto es permitir la comunicación de los líquidos en ellos contenidos y establecerse en equilibrio según el principio de los vasos comunicantes, comunicación que puede interrumpirse cerrando las dos llaves para inmovilizar el líquido durante los transportes del instrumento ó los preparativos para hacerlo funcionar. Cada uno de los dos aparatos consta principalmente: de un recipiente graduado con dos ventanas, de un tubo transparente, de una tija indicadora graduada y terminada en punta, de una vaina que guía la tija, de un cursor, de un nivel esférico á burbuja de aire y de un apoyo articulado regulable.

La tija indicadora graduada y terminada en punta es la parte original del aparato y también la más importante: compónese de una barrita cilíndrica de metal inoxidable que en su parte superior termina en un botón de maniobra y en la inferior en una punta de materia impermeable. Está graduada por milímetros y de tal manera que el origen de esta graduación coincide exactamente con el nivel del nonio fijado en la vainaguía, cuando el extremo de la punta se encuentra rigurosamente en el plano horizontal que pasa por el cero de las graduaciones trazadas á lo largo de las ventanas. Y como, por otra parte, los ceros de estas graduaciones están á la misma distancia de la base en los dos aparatos que constituyen el instrumento, de aquí que estando éstos colocados en un mismo plano horizontal, los cuatro ceros resultan dos á dos igualmente distanciados de éste.

La tija indicadora se desliza por rozamiento suave por la vaina-guía atornillada á la parte superior del recipiente y puede ser fácilmente levantada ó bajada con la mano: en el lado opuesto á la graduación lleva una nervura que al paso que le impide hacer cualquier movimiento de rotación durante la operación asegura las posiciones relativas de su graduación y del nonio, y por ende la posibilidad de las lecturas. Esta nervura penetra en una ranura practicada *ad hoc* en la vaina guía.

El cursor puede deslizarse á lo largo de los recipientes y lleva dos índices que, merced á la graduación trazada en el recipiente, permiten calcular rápidamente y de una manera suficientemente aproximada, en la mayoría de las operaciones preliminares de una nivelación precisa, la altura del agua en los recipientes. El nivel esférico á burbuja de aire fijado en el pie del recipiente está dispuesto de tal modo que la burbuja se halle en el centro del nivel cuando la base del recipiente está en posición perfectamente horizontal. Los apoyos articulados en la base de los recipientes tienen, con relación al eje de éstos, una posición que puede regularse por medio de tornillos. Estos apéndices sirven junto con los niveles á burbuja, para determinar y asegurar la horizontalidad de la base del recipiente cuando éste haya de aplicarse contra un objeto virtual ó poco menos. La cara de los apoyos que mira á los recipientes forma reflector y facilita considerablemente el manejo del instrumento, reflejando la ley de que se sirven los operadores en los subterráneos ó durante la noche.

Los resultados obtenidos en gran número de operaciones de toda clase, y en especial en las regulaciones de transmisiones de gran longitud, permiten afirmar que el aparato nada deja que desear ni en punto á precisión ni en punto á facilidad en su manejo.

L. KNAB

***

LA SÍNTESIS DEL RUBÍ

Experimentos de MM. E. Fremy y A. Verneuil

Algunos años hace que los señores Fremy y Verneuil, sabios químicos de París, vienen trabajando en la producción de rubíes artificiales, y después de algunos felices ensayos han llegado á producir por síntesis rubíes cristalizados bastante voluminosos. M. Fremy presentó á la Academia de Ciencias de París, en la sesión de 10 de noviembre último, una luminosa memoria acerca de su descubrimiento, de la que copiaremos algunos párrafos.

«La memoria que hoy presento, dice, con la colaboración de M. Verneuil, tiene por objeto dar á conocer las modificaciones que hemos introducido en la producción sintética de los rubíes romboédricos. Los cristales que hemos obtenido indican los progresos de nuestras investigaciones. Nuestro propósito era aumentar el tamaño de nuestros cristales de rubíes por *vía seca*, como se producen otros cristales por *vía húmeda*. Este problema creemos haberlo resuelto.»

Explica luego el nuevo procedimiento seguido por los inventores: en vez de la alúmina pura emplean ahora la alúmina alcalinizada por el carbonato de potasa, que sin alterar la pureza de los cristales, les comunica hermoso color; en vez de mezclar las substancias, separan la alúmina cromada y potasada del fluoruro alcalino-terroso, con lo cual las reacciones se verifican entre los vapores y los gases, condición necesaria para formar los rubíes duros y romboédricos; en vez de veinticuatro horas, las calcinaciones duran una semana, con lo que gana el tamaño de los cristales; en vez del horno del carbón de coke emplean el de gas, que produce una temperatura muy elevada y constante, y merced al cual los crisoles no son atacados por la ceniza del combustible, y en vez de pequeños crisoles de laboratorio, que sólo producían algunos gramos de rubíes, usan crisoles grandes, de algunos litros de capacidad, que á menudo producen tres kilogramos de rubíes en cada operación

Ampliados de esta suerte los procedimientos, el laboratorio fué insuficiente y los señores Fremy y Verneuil prosiguieron sus operaciones en la fábrica de cristal de los señores Appert, en donde obtuvieron aquéllas sus mayores cristales y estudiaron las relaciones que existen entre el rubí y el zafiro.



Fig. 1 Crisoles tapizados de rubíes artificiales

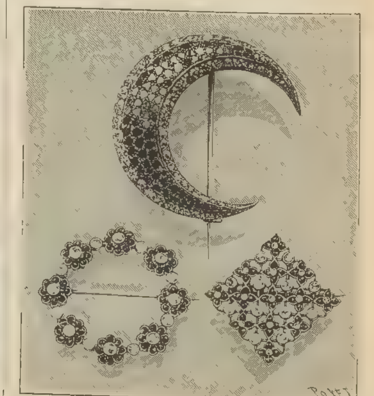


Fig. 2 Joyas montadas con rubíes artificiales

«En la naturaleza se encuentran rubíes que tienen cierto aspecto de zafiros y presentan, en algunos pun-

tos, coloraciones azules: igual fenómeno hemos reproducido en nuestros experimentos sintéticos. A menudo, en medio de nuestros cristales rosas de rubíes hallamos cristales morados ó azulados, y presentamos, en prueba de ello, á la Academia planchas de cristales rosas por un lado y azules por otro. Este hecho parece resolver las dificultades suscitadas sobre las causas de la coloración del zafiro y de la del rubí. Cuando vemos que un mismo crisol produce á la vez cristales rosas y azules, se hace difícil no creer que las coloraciones del rubí y del zafiro proceden del mismo metal, quizás del cromo diferentemente oxidado.

»Quedábanos aún una cuestión importante por resolver para completar la síntesis de los rubíes. Los cristales de rubíes producidos por nosotros, que presentan los mismos caracteres que los rubíes naturales, ¿pueden servir en las aplicaciones industriales para los mismos usos que éstos? ¿Tienen la dureza de las piedras finas? ¿Pueden ser utilizados en las joyas y en los relojes? Sólo la práctica podía contestar á estas preguntas. Un gran industrial muy competente ha tenido la bondad de hacer tallar en rosas nuestros pequeños rubíes y de someter á varios lapidarios nuestros rubíes no tallados tal como salen de nuestros crisoles y que pueden ser empleados como pivotes en la fabricación de relojes: su dureza ha sido comparable á la de los rubíes naturales.»

Nuestros grabados representan: la fig 1, un gran crisol de unos 25 centímetros de diámetro, tapizado



MR. CARLOS PARNELL, ex presidente del grupo nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres



MR. JUSTIN MAC-CARTHY, presidente de la mayoría del partido nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres

de cristales de rubíes y un fragmento de crisol lleno de cristales separados de sus matrices; y la fig. 2, tres joyas de rubíes artificiales mezclados con diamantes. En la media luna los rubíes montados conservan su forma cristalina y en los otros dos imperdibles; las piedras artificiales han sido talladas por el lapidario. Estas joyas reproducidas fotográficamente en su verdadero tamaño permiten conocer el aspecto y la dimensión exacta de las piedras artificiales.

Los rubíes de los señores Fremy y Verneuil no son todavía de gran tamaño, pero los sabios experimentadores no se detendrán hasta que consigan nuevos progresos en lo que concierne á tan hermosos experimentos.

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 26 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 474

Con el presente número 474 se reparte el tomo II de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS, que será el tercero de la nueva serie de la Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Nos helamos. Al silencio que reina en los espacios infinitos, precisa hoy añadir un frío que mata. Cuéntannos cómo, allá en puerto de Vasconia, se ha congelado una botella de líquido éter. Cualquiera creería en la congelación del éter universal. El sol se apaga como en los versículos de nuestro Apocalipsis. La inmensa rotonda de hielos eternos que ciñe al polo avanza, como sigilosísimo alud, á los climas templados. ¡Cuánto amarillea en las riberas de mármoles que abrazan al mar celestial el olivo de Minerva! Nuestros torrentes van á perder las Dafnes coronadas de rojas flores que Apolo besara con amor. Donde antes llovían hojas de azahar, llueven ahora copos de nieve. Las palmas un día resonantes con júbilo, hoy se duelen y se quejan, creyéndose trasplantadas por algún mago desde las orillas del Turia, del Segura, del Guadalquivir, á las orillas del Sena, del Támesis, del Rhin. Hojas secas, arrastradas por el frío cierzo, azotarán el rostro nuestro, como en cualquier estepa moscovita. Enmudecimiento profundo reemplazará el arpa de nuestros pinos quitasoles, el acorde unísono de nuestras abejas y nuestras cigarras músicas, el coro de nuestros ruiseñores enamorados, el himno helénico de las armonías meridionales que dictaron los versos anacreónticos y los idilios sicilianos y los sirventesios provenzales y las serenatas andaluzas. Tendrán las estatuas de mármol pentélico, doradas por luz ateniense, que irse á cualquier oasis de Africa, donde no se hallen expuestas al resquebrajamiento infligido por la helada. El Cefiso cambiará su corona de lentisco y de verbena por los líquenes y los helechos boreales. La nieve de Londres envolverá en sudarios fúnebres al Partenón de Fidias. Y un catarro perdurable y una tos crónica mellarán las voces que nos han encantado cantando ó las notas que nos han encantado componiendo la *Canerénto la* y la *Sonámbula*. Vida el calor; la muerte frío. Así hemos perdido, á tales helores, un desmedido genio romántico en la escena y un mesurado verbo clásico en la tribuna. Nuestra nación, después de haber aquistado el derecho natural para cada uno de sus hijos, iníciase ahora en el gobierno de sí misma con grande lentitud en el camino, pero con suma seguridad en la llegada. Y conoce ya y aprecia cómo contribuyen á su bien propio en zonas diversas desde los industriales que liman un hierro hasta los escritores que liman un pensamiento, desde quien ocupa la tribuna en los Congresos hasta quien ocupa el escenario en los Teatros. ¿Cómo desconocer que la tradición oral nos conserva la gloria de Roscio, de Talma, de Romea, de cuantos han sabido conmover los ánimos y despertar, bien el interés dramático, bien el reir cómico, bien la tristeza trágica? Valero, con pecho de fragua, con voz de trueno, con brazos de Hércules, con ojos de águila, con labios de torrente, con gestos de poseído, con nariz de ídolo, con entrecejo de genio, con mirada de relampagueo, con fuerzas de atleta, pertenece á lo desmedido, á lo gigante, á lo colosal del teatro romántico, tan enorme como aquella revolución fragorosísima, sin la cual nunca



EL DESCANSO EN LA MARCHA, cuadro de D. José Benlliure y Gil

hubiera llegado nuestro siglo, ya casi terminado, á su gloriosa é incontestada grandeza. Necesitábase de todo ese vuelo por las cumbres del arte; necesitábase de toda esa fuerza en el humano combate; necesitábase de todo ese ciclón en las pasiones desencadenadas para hundir tantos ídolos seculares como representaban la superstición, para derribar tantas aras ciclópeas como chorreaban sangre humana de viejos sacrificios, para extinguir las hogueras del antiguo fanatismo y quebrantar las cadenas del esclavo eterno. ¡Ah! Nunca se alcanzaran tales resultados sin aquellos ímpetus de la falange romántica, tan admirablemente representados por el excelso actor que ha nacido y ha muerto con el arte desmesurado que debía representar en las tablas. El forcejeo de Marsilla en las ligaduras que lo atan al siniestro árbol de la dolorosa vía suya; los soliloquios de D. Alvaro, tan parecidos á los soliloquios del titán Prometeo; el horóscopo de D. Pedro tan épico; el asalto de los monasterios por Manrique; los diálogos de D. Juan Tenorio con las tumbas y con las ánimas; las blasfemias del rey Monje dentro de su confesonario; todas aquellas sublevaciones de la idea y de la pasión, todos aquellos remolinos del espíritu nuevo, todo aquel fragor de las revoluciones contemporáneas necesitaron y tuvieron en Valero su inextinguible voz.

II

La elocuencia parlamentaria llora hoy la muerte de un ilustre orador, Alonso Martínez. Pocos personajes habrá que puedan calificarse con un solo vocablo, cual este repúblico: mesura, mesura, siempre mesura. Hijo de Burgos, el habla suya tuvo aquel dejo de terrón castellano, por el cual nos perdemos cuantos cultivamos nuestra difícil sintaxis. Cada castellano viejo trae consigo al nacer una gramática. Imposible á los nacidos en otras regiones poseer la parte gramatical denominada universalmente analogía como la poseen los nacidos en tierras de Castilla. Desde la cuna gozó Gaspar Núñez de Arce privilegio de clásico y puro, atendiendo á las sílabas esparcidas por sus paisanos en el ambiente. Yo sé decir de mí mismo que, oyendo á Gamazo, tan maestro en lengua nacional, se me olvida lo que dice por la manera como lo dice. Así debió hablar Fray Luis de León en Salamanca por el gran siglo de la palabra y de la forma, por el siglo XVI. Alonso Martínez gozaba el privilegio de todos los suyos. Hablaba y escribía con suma propiedad, sin la que es imposible granjearse aquella transparencia de estilo conocida con el nombre de nitidez. Los estudios latinos habían chapado más á la usanza clásica los períodos tersísimos. Un poco de vieja escolástica y un mucho de jurisprudencia secular diéronle cierta natural agudeza de vocero, muy propia para todas las controversias y especialmente para las controversias políticas. Ninguno de nuestros repúblicos veía con su vista certera la parte jurídica y legal de todos los problemas. Yo, en mi larga vida, he discutido con él, siendo mi palabra el verbo de los derechos humanos, la suya el verbo de los derechos escritos. Así, á mis apotegmas francos, á mis dogmas absolutos, á mis fórmulas científicas, oponía él, en serie lógica y con lucidez castellana, otra serie de argumentos, capaces por su agudeza y su corte de hacer desatinar á un muerto. Cierto día entréme yo por su campo. Habían desglosado y desasido por completo del debate sobre la Constitución vigente hoy títulos importantísimos; y propúseme yo, contra mi costumbre antigua y contra mi complexión propia, demostrar por un modo escueto lo absurdo é ilógico de tal resolución en régimen de libertad y democracia como el nuestro. Alonso Martínez no me aguardaba por tal costado, en que se creía él invencible con su dialéctica un tanto casuística, é hizo esfuerzos maravillosos de talento para contrastarme allí donde yo le había sorprendido. A pesar de que así la cátedra como el foro sugieren mucho palabreo inútil y los diputados con los catedráticos propenden á las amplificaciones excesivas, Alonso Martínez brillaba mucho por la sobriedad y por la concisión. Bien es cierto que debe añadirse á lo ya dicho sobre su naturaleza castellana la devoción casi religiosa de suyo á los autores clásicos y á las humanas letras. Uno de sus deudos, apegadísimo al gran latín de los áureos siglos, tradujo en versos castellanos, de bastante frialdad, pero de suma corrección, poetas cuya trascendencia natural á nuestra lengua lo amaestraba en el buen decir, que toda la vida ejercitó el orador eximio con maestría innegable. A un orador no puede sucederle nunca lo que suele á los actores, cuya fama se conserva por tradición oral, y pasa de oído en oído, sin que nadie logre reanimar el intrínseco mérito con evocación de ningún género. Un discurso en la corriente lectura, y lejos del auditorio, aparece tan desanimado como un drama lejos del escenario. Pero siempre quedará mucho del discurso por la corona, de la tercer arenga del gran Cicerón contra Antonio, del sermón de Bossuet en loor á la reina Enriqueta, del trabajo colosal empleado por Mirabeau en la revolución, del apóstrofe á los americanos del elocuentísimo Chatam, de las fulguraciones y centelleos de su tonante pasión en O'Connell, de las ideas dichas con tan extraordinaria felicidad por Donoso, de todos los monumentos colosales, sobre los que resplandecen las irradiaciones del verbo. Y cuantos deseen hoy mismo cerciorarse por sí de la cerrada lógica y de la dialéctica seria, así como de la clara lengua y del sobrio estilo, que constituyen los méritos intrínsecos de la oratoria, en Alonso Martínez personal y propia, no tienen que hacer sino abrir el Diario de Sesiones y por sí mismos enterarse, pues algo permanente y duradero habrán de hallar en lo circunstancial y accidentalísimo de nuestros debates parlamentarios. Hemos, pues, perdido un hombre de verdadero mérito, y no abundan tanto que debamos dejarlo pasar á la eternidad ante nuestros ojos sin arrojar sobre su ataúd la flor de una verdadera siempreviva, que seguramente confirmará la historia.

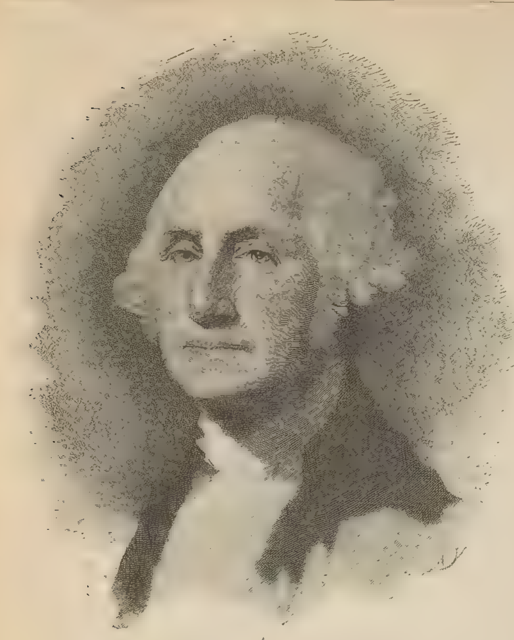
III

Dejemos en paz á los muertos y volvamos á los vivos. Muchos de éstos hoy se nos presentan como verdaderos aparecidos, ó como tristes ánimas en pena vueltas desde las profundidades del purgatorio á la tierra, ó como aquel perro de la germánica leyenda trocado en demonio. Y digo todo esto por los nihilistas rusos, verdadera colección de sombras siniestras, conocidas tan sólo por el rastro humeante de las ruinas que á su paso amontonan. Los misterios, por ejemplo, del palacio de María Teresa en el siglo anterior han pasado desde las historias mayores á los más vulgares coloquios. Aquellas barrenderas invisibles de las regias escalas, que tanto resollaban y sudaban en las altas horas del nocturno sueño, y aquellas damas, aparecidas con el blanco sudario por todo vestido y con la cabellera suelta por todo manto, semejándose á estatuas funerarias, que por doquier ambulasen, todavía hoy nos devuelven á una con sus recuerdos los escalofríos que sentimos en la niñez al relato de sus arribos por este nuestro mundo real. Pues brujos así parecen los nihilistas eslavos. No ahora, en tiempo de mayor vigilancia, los diarios escritos por los conspiradores eternos penetraban en los palacios del czar, como pudieran luz y aire al impulso de fuerzas naturales. Paseaba Nicolás por sus jardines de invierno, y las palmeras, á tanta costa mantenidas en aquellos climas glaciales, llovíanle proclamas revolucionarias sobre la cabeza. Dentro de la servilleta puesta sobre su áureo plato imperial, por los cielos del solio, bajo las almohadas del lecho, entre los pliegues de las sábanas, discurrían los papeles aquellos como si fueran miasmas de fatales epidemias. Nicolás perseguía estas apariciones; pero solían burlarse de su persecución sistemática, cual desdentadas brujas de inútiles exorcismos. El cual se acrecentó en los dos sucesivos reinados. Ni al segundo Alejandro le valió su abierto espíritu, ni al tercero su espíritu cerrado. Daba el primero una comida imperial, y veía saltar en fragmentos, como á una erupción volcánica, el comedor; volvía de paseo á su palacio por las amplias calles, y lo destrozaba, como no se destrozan entre sí las fieras por los bosques, la dinamita de sus vasallos. Respecto del tercer Alejandro no hay sino recordar el descarrilamiento último. Los horrores crecen, cuando se piensa que llegan hasta inmolar, puñal en mano, á ministros en su despacho y á jueces en su tribunal jovencillas, tiernas y hermosas, apenas capaces de manejar las agujas del costurero, y que, por la pasión arrastradas, arremeten y matan como furias. Tales antecedentes inolvidables hay en el curioso drama, que atrae la curiosidad general europea, cuyo protagonista se llama Padlewsky. Con las relaciones existentes hoy entre Francia y Rusia, por la grande arteria de París, en los ventrículos casi del corazón de la capital, un pobre nihilista penetra, como fantasma invisible, por posada donde reside alto jefe de la policía rusa, y lo mata de un tiro, como pudiera extinguir tenue luz de un soplo; yéndose desde allí á los barrios más excéntricos; de los barrios más excéntricos á los puertos europeos más apartados; de los puertos europeos más apartados, bien á una república del nuevo mundo, bien á un convento de la nueva Bulgaria, sin que la policía universal haya dado con su persona, como si este buen nihilista se asemejase ahora, en este siglo prosaico, á los dioses homéricos, revistiendo las formas y apariencias que le placen. Así no debe maravillarnos haya salido por Cataluña ese mismo nihilista en busca de esbirros que lo aprisionen y verdugos que lo cuelguen. Dados brujos así, todo es posible, hasta multiplicar los tipos, estando á un tiempo mismo en Cataluña y en Bulgaria.

IV

Hablemos de otros menos tristes asuntos A la verdad, tras prolongado injustificable olvido, las naciones comienzan á sentir y á comprender cómo viven por sus hijos ilustres, que les ciñen á las sienes inmarcesible corona de gloria con sus almas de luz. Bajo tal pensamiento, por todas partes se celebran los aniversarios honrosos para el género humano, á quien tantos trabajos le cuestan sus medidos progresos, y se alzan los monumentos recordatorios de aquellos seres privilegiados que han lucido en los horizontes del tiempo como las luminarias celestes en los horizontes del espacio. Dante, Rubens, Miguel Angel, Calderón han debido al entusiasmo de las generaciones modernas apoteosis tardas, pero justísimas. Dentro de dos años conmemorarán todas las naciones el centenario de la invención del Nuevo Mundo, como hace ahora dos años conmemoraron el aniversario de la revolución universal. Así, en todas partes rebusca de nombres célebres para fijarlos como vivas esplendentes ideas en la memoria popular por el plausible medio de simulacros y efigies. Florencia, tan rica en grandes ilustraciones, piensa elevar á Savonarola un monumento, como el ofrecido en sus bellas colinas al titán Miguel Angel. Con este motivo se discuten mucho los méritos del ilustre monje, quien removió los espíritus en el Renacimiento con la tempestad fragorosa de su palabra, y fundó con los esfuerzos gigantescos de su idea la República de Cristo. Y hay quien le niega todo título á la inmortalidad. ¡Cuánta injusticia! Pocos hombres, quizás ninguno, aparecen á los ojos nuestros en las largas y monótonas páginas de los humanos anales dirigiendo una sociedad entera y atravesándola por el fuego de una revolución radical, sin más arma que el arma poderosa de su palabra y sin más fuerza que la fuerza moral de su virtud. Y este repúblico excepcional, que regía las muchedumbres, que trazaba las constituciones, que disponía y organizaba los grandes cuerpos del Estado, que sabía buscar en el fondo de las sociedades exhaustas los recursos y los tributos como un economista moderno, luego, como un asceta, como un místico, como un penitente solitario, en el éxtasis, en el arrobo, en la enajenación de sí, veía visiones extrañas, esmaltadas por los celajes infinitos de las divinas ideas. Después de haber dirigido á la multitud elocuentes y sabias arengas, después de haber puesto en tortura todas sus facultades para dar una ley al pueblo, encerrábase como cenobita en lo más recatado de su pobre celda, cogía los libros más profundos de Santo Tomás, con los versículos más sublimes del Apocalipsis, y devorándolos en la voracidad insaciable de su espíritu, al separar la iluminada retina de sus luminosas letras, veía dibujarse, allá en los aires, el coro de los ángeles, el trono de las potestades, el triángulo de la Divina Trinidad, la esencia y la substancia misma eternal, comunicando á todas las criaturas en la inmensidad de los espacios el soplo vivificante de su Criador. ¡Cuántas veces el grande hombre se apartaba por completo del mundo; y sin beber, sin dormir, sin comer, cual si tuviera sobrenatural virtud que lo sostuviese y alimentase, dominándole todas las fatalidades múltiples del organismo, separaba su espíritu del cuerpo, como pueden separarse de los lagos el vapor, de las flores el aroma, de los astros el éter! Y extáticos penetraban sus ojos interiores donde no pueden penetrar nuestros ojos de carne, y veían en luminosos relieves de plásticas formas los misterios del mundo absoluto y eterno. Macerándose á diario sin piedad, hablaba con las ideas sin voz; y tras este coloquio espiritual, ascendía por las gradas de su púlpito, y una vez bajo las blancas alas del Espíritu Santo, lanzaba de sus nervios torrentes eléctricos, de sus ojos radiosísimo calor, de su palabra poderosa elocuencia; conmoviendo á los oyentes hasta el extremo de conseguir enajenarlos y llevárselos consigo por lo visible y por lo invisible al reclamo y requerimiento de su voz. Así los dos polos de la vida se juntaban en él, tanto lo real como lo ideal, tanto lo abstracto como lo positivo, tanto las efusiones de una inspiración continua como los cálculos de una concreta política. Muchos italianos le desaman porque atacó las Bellas Artes en pleno Renacimiento Mas eso mismo demuestra sus previsiones muy certeras y sus presentimientos muy geniales. El mundo germánico se apercibía entonces á un combate mortal con el mundo latino. Este invocaba la estética, y la moral aquél. Así la categoría del Bien venció á la Hermosura. Y Savonarola quiso despedir esta Helena, cuyos ojos abrasaron y consumieron á su patria. Respetemos los misterios de la conciencia universal. Pero digamos que fueron el genio y el espíritu de Savonarola dos espléndidos luceros de la Historia.

EMILIO CASTELAR



JORGE WÁSHINGTON

- Copia de un retrato hecho por Gilbert Stuart y conservado en el Ateneo

SECCIÓN AMERICANA

WÁSHINGTON EN MOUNT-VERNON
DESPUÉS DE LA GUERRA

Terminada la guerra con la Gran Bretaña, y reconocida por la metrópoli la independencia absoluta de los Estados Unidos, Jorge Wáshington presentó al Congreso americano su dimisión de general en jefe del ejército vencedor, y cubierto de gloria se retiró del modo que más apetecía, esto es, igual en representación al más humilde de sus conciudadanos.

Al día siguiente llegó á su modesto y ansiado retiro de Mount-Vernon, del cual había estado ausente nueve años.

Pocos días después decía á algunos de sus buenos amigos:

«La acción marcha por último á su término... La víspera de Navidad traspuso los umbrales de esta casa un hombre nueve años más viejo que cuando salió de ella. Empiezo á sentirme bien y libre de cuidados. Procuro perder la costumbre de meditar al despertarme cada día sobre las atenciones y cuidados del siguiente, y después de pensar en muchas cosas, descubro, no sin sorpresa agradable, que ya no pesa sobre mí ningún espinoso cargo, que ya no tengo nada que ver con la cosa pública. Espero pasar el resto de mis días cultivando la amistad y trato de los hombres honrados y practicando las virtudes domésticas. La vida del labrador es la más grata de todas; es honrosa, alegre y, portándose con prudencia, hasta lucrativa. No sólo he dejado los cargos públicos, sino que me reconcentro en mí mismo. Puedo en la soledad mirar en torno mío, y cruzar los senderos de la vida privada con la conciencia tranquila. No envidiando á nadie, estoy dispuesto á llevarme bien con todos, y en tal disposición bajaré suavemente el río de la existencia hasta que me duerma en el seno de mis padres.»

En estas levantadas frases, que retratan al verdadero y patriótico héroe, modesto y desinteresado, Wáshington no expresaba sólo una impresión momentánea, la alegría del bien ganado reposo después de largos años de cansancio y agitación, de la libertad después de una sujeción pesada. La existencia activa y tranquila del rico propietario, los quehaceres domésticos más productivos y exentos de cuidados, la ninguna responsabilidad en la dirección de su casa y familia, la buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, la hospitalidad hidalga y sencilla, las nobles satisfacciones de la beneficencia sin vanidad ni ostentación prodigada; todo esto era el anhelo constante de su alma.

Siempre grave y siempre activo, dedicóse desde el primer día de su regreso á mejorar el cultivo de su hacienda, á hermosear su casa, sin perjuicio de lo cual se ocupaba en los intereses locales de Virginia, proyectaba la gran navegación interior del Este al Oeste, fundaba escuelas, trazaba planos y mapas, mantenía asidua correspondencia con sus amigos, y se complacía acogiendo en su casa y sentando á su mesa á los más leales.

Su posición de Mount-Vernon, situada en una pequeña eminencia á orillas del Potomac, era deliciosa. Su dueño tenía la costumbre de dar todos los días un paseo á caballo alrededor de ella, y admiraba complacido la escena que á sus ojos se ofrecía. Teníale tanto cariño, que aun en sus más arduas empresas jamás olvidaba aquellos acres de terreno que para él eran un verdadero paraíso. Lo mismo cuando estaba acampado, que en los más temibles trances de la guerra, tenía su pensamiento fijo en Mount-Vernon, y ninguno de los más grandiosos puntos de vista de las soledades del Occidente americano, nada de cuanto tuvo ocasión de presenciar mientras estuvo al frente del ejército, fueron bastante á distraer su imaginación, vuelta constantemente hacia aquella finca, á la que comparaba con una reina sentada en un trono de espeso y mullido césped bañando sus pies en las aguas del hermoso Potomac.

Cada roca, cada árbol le hablaba, cuando volvió de la guerra, de sus pasadas cacerías con antiguos amigos, á los cuales no veía ya á su lado. Estos agradables ejercicios no se habían renovado en el condado con el entusiasmo y animación con que se practicaban antes de la guerra; ejercicios que el mismo Wáshington recordó en la sangrienta batalla de Princeton, cuando al ver al enemigo huyendo en desorden perseguido por sus soldados, espoleó su caballo exclamando: «¡Es toda una caza de zorras!»

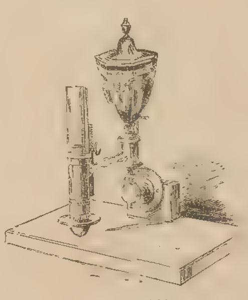
Wáshington era un jinete consumado, y de él dijo Lafayette algún tiempo después de su fallecimiento: «Nuestro querido jefe, montado en un magnífico corcel, recorrió las filas en Montmont entre las aclamaciones de los soldados, y puedo asegurar que jamás vi un jinete tan arrogante.» Jefferson, refiriéndose también á él en una carta dirigida al Dr. Walter Jones, dice que era «el mejor jinete de su edad, y la figura más airosa que pueda verse á caballo.»

En el buen tiempo de las susodichas cacerías tenía Wáshington una hermosa jauría que le había enviado Lafayette á Mont-Vernon en 1785. Compuesta de perros enormes, monstruosos y semisalvajes, la esposa del general no estaba tranquila mientras los tenía cerca de la casa, y después que uno de ellos, llamado Vulcano, fué atrapado en el momento en que robaba un jamón sacándolo del horno, su reinado duró poco.

Otra de las causas de que fuera perdiéndose la costumbre de cazar fué el reducido número de buenos jinetes que el tiempo y la guerra habían dejado. Ya no contaba el general con sus bravos compañeros de otra época; ya no contaba con sus leales Jairfax, Bryan y Jorge, y esto le entristecía. Tales circunstancias, unidas á las fatigas pasadas en la prolongada y ardua lucha que acababa de sostener, fueron causa de que en lugar de los violentos y agitados ejercicios corporales de otros tiempos, se consagrara en cuerpo y alma á los tranquilos goces del hogar doméstico y al mejoramiento de su hacienda. Y así como en el ejército fué el primero en dar ejemplo de pericia, prudencia y entendida dirección, así también en sus nuevas y más pacíficas tareas lo dió también de ser un administrador inteligente.

M. Brissot, el viajero y escritor que después figuró tanto en la revolución francesa afiliado al partido de la Gironda, visitó en el otoño de 1788 la residencia de Mount-Vernont y confiesa que le llamó la atención el estado próspero de aquella hacienda, el excelente cultivo de sus tierras y los adelantos agrícolas que había introducido en ellas la solícita vigilancia y el asiduo cuidado de su propietario. Todo estaba reglamentado con tal minuciosidad y orden, que el más exigente no hubiera tenido nada que censurar.

Wáshington no sólo atendía á sus cosechas, sino también á la cría del ganado. En sus establos, modelo de aseo, tenía unas magníficas mulas y asnos, regalo del rey de España, y aún existe una carta del general dando las gracias por este obsequio «al primer ministro de S. M. Católica,» fechada en 1785. El gobernador Morris, conocedor de sus aficiones, le envió también una pareja de cerdos de la China y otros animales exóticos que Jorge recibió con particular agradecimiento y de cuya multiplicación cuidó con esmero.



Lámpara de Wáshington, existente en el Museo Nacional

La gloria alcanzada por sus proezas y por la libertad que en gran manera había contribuído á dar á su patria y la preeminente posición alcanzada no modificaron en nada su sencillez ni su modesto género de vida. Si amplió y renovó su finca de Mount-Vernon y la alhajó con trofeos y recuerdos de su hazañosa campaña; si en su casa se ostentaban regalos de los admiradores del general, como exquisitos mármoles de Italia, porcelanas de la India y otras preciosidades, el género de vida que se obser-



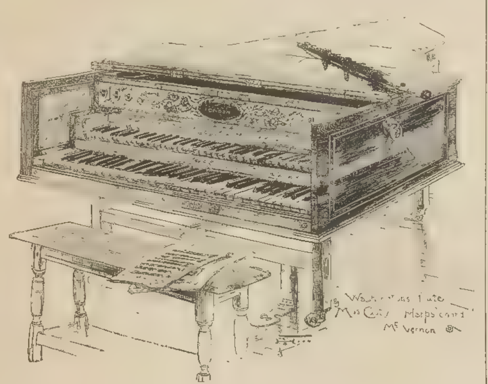
Mount-Vernon, residencia de Wáshington



Juego de te de Martha Custin, esposa de Wáshington

vaba en el interior de su hogar doméstico apenas varió, siendo las costumbres de Wáshington y de su familia el prototipo de la llaneza y de la sencillez.

Lo propio que su ilustre esposo, Mistress Martha Wáshington atendía á los quehaceres domésticos con pla asiduidad de una excelente ama de casa. El tiempo que le dejaban libre lo consagraba á la práctica de sus deberes religiosos con una devoción exenta de gazmoñería. Sumamente aficionada á las flores, cultivaba el jardín de Mount-Vernon como pudiera hacerlo el mejor floricultor flamenco. Como su esposo, tenía perfectamente distribuídas sus horas; madrugaba mucho, organizaba diariamente el trabajo de las criadas, de las cuales una, Flavia, estaba encargada de cortar las telas de algodón para hacer la ropa de la familia y servidumbre, Silvia de coserla y Mirtilla de hilar dicho textil; y cuando lo tenía todo en orden, abría su casa para recibir las visitas de sus vecinos, con los cuales sólo trataba de asuntos domésticos, huyendo de toda murmuración.



Flauta de Wáshington y piano de su sobrina Nelly Custin en Mount-Vernon

Wáshington tenía en su casa dos sobrinos, Jorge, excelente muchacho, que asistía á la cercana escuela de M. Hanson en Alejandría, y Nelly, de cuya educación cuidaba Mrs. Martha, y por cierto que no era cosa fácil y hacedera, pues la traviesa niña prefería correr y juguetear por la campiña á pasar cinco horas diarias sentada al clavicordio que le había comprado su tío para que aprendiera música, á la que era muy aficionado. Con el tiempo el carácter de Nelly cambió, como era de esperar, dados los ejemplos que en aquella honrada casa recibía y por efecto también de los años, que fueron moderando la vivacidad natural de su niñez, y contrajo enlace con su primo Lorenzo, hijo de Mrs. Fielding Lewis Wáshington, hermana del general, y tan parecida á él en sus condiciones físicas y morales, que se le solía dar también el calificativo de «general.»

En los primeros meses que siguieron al regreso del general á Mount-Vernon frecuentaban su casa principalmente sus vecinos, algunos habitantes de Alejandría, y sobre todo el Rev. Lee Massey de la iglesia de Pohick y el y Rev. Mason Weems, con los cuales sostenía constante trato, no ya sobre asuntos religiosos, sino más en especial sobre cuestiones agrícolas, en las cuales eran ambos muy competentes Pero poco á poco fueron acudiendo á aquella morada, atraídos por el renombre de su dueño, personajes de muy distinto carácter, hombres que por sus aficiones y posición se apartaban sobre manera de la la ruda sencillez de los primeros, estadistas y diplomáticos que, si se reían del descuidado porte de los habitantes de Virginia, causaban á su vez la risa de éstos al verlos tan elegantemente vestidos, perfumados y afeminados.

Entre estas visitas fué muy de notar la de una celebrada escritora, Mrs. Catalina Macaulay Graham, la cual cruzó el Atlántico con el único objeto de conocer personalmente á Wáshington y admirar de *visu* su carácter y condiciones.

La pacífica y retirada residencia de Mount-Vernon estaba por esta causa más animada de lo que tal vez desearan sus dueños y sobre todo Wáshington, á quien se privaba del tiempo necesario para dedicarse con sosiego á sus asuntos domésticos y á lo que de él requería aún la patria; pues no por su alejamiento de los negocios dejaba de seguir con interés la marcha de los sucesos políticos, como lo prueba la correspondencia que acerca de ellos sostenía con varios de sus amigos, y en la cual daba consejos ó emitía opiniones que probaban su rectitud y su reflexiva cordura.

No por ello descuidaba otros trabajos, entre ellos los literarios, á los que también se entregaba de vez en cuando, como lo atestigua Dickey Lee.

A las virtudes del héroe americano se unía otra que jamás falta en las almas bien nacidas: la caridad. Si era metódico y económico en sus gastos personales, en cambio jamás cerraba su puerta á ningún pobre del condado, cuyo número no era escaso por cierto. Para ellos estableció en su casa un granero que en verano llenaba de trigo y un bote en una de sus mejores pesquerías. El gobernador Johnson cita un ejemplo de su bondad, diciendo que el panadero del pueblo tenía orden de distribuir diariamente cierta cantidad de pan á determinado número de montañeses pobres de las cercanías, sin revelar el nombre del donante, añadiendo que por una casualidad se averiguó que éste era Wáshington.



Tintero, candelero y despabiladeras de Wáshington

La fundación y sostenimiento de una escuela de niños en Alejandría, ordenada en su testamento, fué otro de los rasgos de su munificencia muy agradecido por sus conciudadanos.

No terminaremos este ligero bosquejo de la vida privada de Wáshington sin hacer mención de sus criados. El principal de ellos era Bishojo, soldado inglés que servía de ordenanza á Braddock cuando la derrota de Monongahela, y á quien éste, al morir, se lo recomendó al general. Bishojo había encanecido á su servicio, casóse en Mount-Vernon, en donde continuó hasta su muerte, ocurrida á los ochenta y tantos años.

Billy ó Will Lee era un mulato consagrado en cuerpo y alma al servicio de su amo. Con él había hecho toda la campaña, y se batió gloriosamente en Monmouth al frente de un escuadrón de voluntarios, mereciendo por su valerosa conducta los elogios de su general en el mismo campo de batalla. Sobrevivió á su amo muchos años, y aunque éste le dejó una manda en su testamento para que viviera con algún desahogo, no quiso abandonar á Mount-Vernon y allí murió.

Daddy Jack, el pescador, era un negro hijo de un rey africano, como también Davis el cazador, cuya respectiva misión consistía en suministrar caza y pesca para la mesa de su amo. Negro también era Black Cary, á quien Wáshington concedió la libertad en su testamento, y que, según se asegura, murió á la edad de ciento catorce años en la capital de la República.

Estos y otros servidores consideraban á su amo, no como un señor feudal, como á la sazón eran los plantadores de Virginia, sino como un verdadero padre, y á la familia como la suya propia. Las muchas pruebas de adhesión que en vida le dieron no terminaron con la muerte del grande hombre, sino que muchos de ellos continuaron sirviendo lealmente á sus sucesores, pagando así el tributo de gratitud que á su señor debían.

«En el mundo moral, dice Tuckerman refiriéndose á Wáshington, las cualidades ocultas son las más vitales; si el general hubiera sido un hombre frío é impasible, como muchos aseguraban, no habría ejercido seguramente esa influencia personal que ningún hombre ha llegado á obtener. No se respetaba en él al hombre heroico, sólo apreciable por su rectitud y leales intenciones, sino á uno cuya alma era tan noble y sensible como agudo su ingenio y enérgica su voluntad; cuya reserva era una costumbre inspirada por una prudencia sublime; á un hombre, en fin, que escuchando sólo el grito de su conciencia, reconocíase responsable de sus actos ante Dios, ante los hombres, ante su país y su raza, y por esto sin duda más bien parecía su frente coronada con la aureola del profeta que con los laureles de la victoria. El que se arrodilló llorando junto al lecho de muerte de su hijastra, el que se retorcía los brazos desesperado al ver el inútil sacrificio de sus tropas, el que arrojaba su sombrero al suelo en un momento de mal reprimida cólera al presenciar la cobarde retirada de sus soldados, aquel cuyo rostro se cubrió de rubor cuando trató de contestar á un voto de gracias, aquel cuyos labios temblaban al despedirse de sus compañeros de armas, y que abrazaba en fin á un jefe ó á un oficial después de obtenida la victoria, sólo podía haber conservado su serenidad en medio de los peligros, merced al inmenso dominio que tenía sobre sí mismo.

«Después de retirarse Wáshington á la vida privada, su carácter no varió en nada, pues siempre predominaban en él los sentimientos humanitarios, la modestia y el heroísmo. Los que iban á visitarle á Mount-Vernon decían que su carácter tenía tantos puntos de contacto con el del cortesano de Versalles como con el del labrador de Nueva Inglaterra; pero es de notar que todos estaban contestes en reconocerle las mismas excelentes cualidades, haciendo el mismo retrato de su persona.»

M. A.

LA ORNAMENTACIÓN

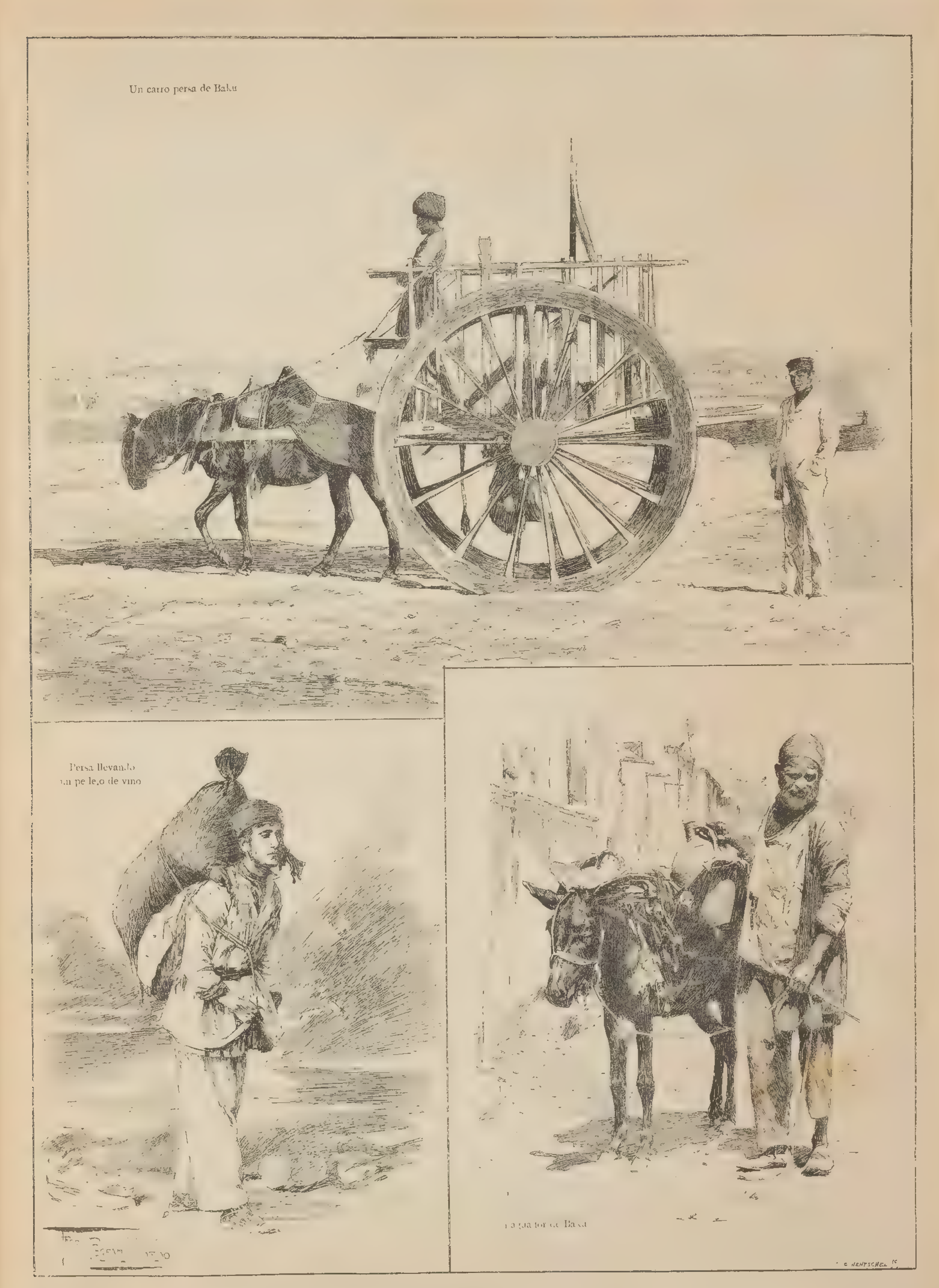
EN LAS ARTES CLÁSICAS

La voz *clásico* no necesita definirse. Decir *clásico*, tratándose de las Artes ó de la Literatura vale tanto como decir correcto, y en su acepción más restringida, la frase arte clásico quiere decir arte griego. Este prestó elementos al arte etrusco y al romano, y por esto, bajo la denominación de *Artes clásicas* se designa á las de aquellos tres pueblos de la antigüedad, cuya poderosa influencia, especialmente en materias artísticas, se deja sentir todavía. Repasemos brevemente lo que fué el ornato en aquellas artes.

I

ARTE GRIEGO

Está hoy fuera de toda duda que el arte griego no fué autóctono, sino que le prestaron sus elementos



TIPOS DE BAKU, mar Caspio, dibujos de F. Pegram

constitutivos el Egipto y el Oriente por mediación de los fenicios. Por eso dice Owen Jones que el arte griego fué el desenvolvimiento de una idea antigua por una dirección nueva. Esto se explica considerando que en Grecia el arte no estaba restringido ni aprisionado dentro de fórmulas prefijadas por preceptos religiosos, como aconteció en Egipto y en Asiria: el arte en Grecia era libre, y entregado á manos de una raza dotada de las más altas cualidades estéticas de que ha dado muestra la humanidad, produjo obras tan completas y acabadas, que por la pureza de la forma y la perfección técnica dejaron establecidos para siempre unos principios de ornamentación que han servido de elementos constitutivos á todos los estilos posteriores. El ornato griego no tiene el carácter simbólico y casi jeroglífico con que le hemos visto en Egipto; es menos espiritualista, pero sin ser tampoco la copia servil de la naturaleza; es ingenioso, elevado, puro y noble en sus trazos, gracioso y atrevido en la composición y respira siempre un buen gusto y una libertad verdaderamente admirables. El citado Owen Jones parece como que echa de menos el simbolismo en el ornato griego, del cual dice que carece de significación, siendo puramente decorativo y nunca representativo, sin que pueda llamársele adorno de construcción; pues los diferentes miembros de un monumento griego representan simplemente superficies preparadas y aptas para recibir los adornos, que se aplicaron primeramente por medio de la pintura y más tarde del relieve. El ornato no formaba parte de la construcción, como en Egipto. Por otra parte, si se tiene en cuenta que el desenvolvimiento del arte griego se manifiesta principalmente en la Arquitectura y en la Escultura, siendo en ésta donde más brilló el genio helénico, se comprende que la ornamentación griega, que por lo común es pictórica y polícroma, fuese un arte secundario. Los escultores griegos buscaban y reproducían la naturaleza hermoseándola, y el ornato, aunque traiga sus orígenes de la naturaleza, siempre que ésta no esté interpretada de una manera convencional, geométrica y regular, no tiene verdaderas condiciones decorativas. El ornato griego es convencional, sin que por esto resulte antitético con la escultura; porque la ornamentación es un arte que por lo que tiene de geométrico y regular tiene más de la Arquitectura que de la Escultura. Los ornatos griegos hay que buscarlos en dos clases de monumentos: en los arquitectónicos, aunque respecto de éstos apenas pueden apreciarse por otro medio que por las restauraciones de los mismos hechas por los pensionados y por los arqueólogos, y en los vasos pintados, que son la fuente más positiva para conocerlos. En nada difieren los adornos arquitectónicos de los cerámicos á no ser en los colores, que en los primeros son más variados y más vivos. Juzgando los templos griegos desde el punto de vista decorativo, hay que admitir que la escultura viene á ser un elemento ornamental. Lo mismo la composición estatuaria del frontón que los relieves de las *metopas* en los templos dóricos destacaban sobre fondo rojo obscuro, color de que también estaban pintados los muros exteriores de la *cella* para dar valor á la columnata. En el arquitrave y las cornisas predominaba el ocre como fondo y había algunos adornos trazados con rojo, negro y blanco; amarillos eran también los fustes de las columnas, verde el *equino* del capitel, azules los *triglifos* que alternaban en el *friso* con las *metopas*, *amarillas* las *estrías* de los mismos y verdes las *gotas*. Tal era la policromía característica del orden dórico. En cuanto al jónico exigió por su mismo carácter esbelto y gracioso otra ornamentación más delicada, en la que se empleó el oro para las volutas de los capiteles y los florones de los casetones de la cornisa, predominando mucho en los fondos y en los detalles del cimacio los colores azul y rojo. La policromía de los templos griegos, que no ha sido admitida por los arqueólogos hasta tiempos recientes, da por resultado en el conjunto una decoración sencilla, que sólo consiste en la acertada combinación de los colores, puesto que éstos aparecen en tintas uniformes revistiendo cada uno de los miembros de la construcción. Los colores prestan realce á los miembros arquitectónicos y los armonizan. Solamente desde el punto de vista de las armonías puede hablarse de la policromía de los templos griegos, respecto de la decoración, porque los ornatos propiamente dichos, aplicados á la arquitectura, ocupan un lugar secundario, como puede apreciarse, por ejemplo, en el trozo de cimacio, con su gárgola, formado por una cabeza de león en relieve y con adornos pintados de varios colores, procedente de Selinonte, que se conserva en el Gabinete de Antigüedades y Medallas de la Biblioteca Nacional de París. Por lo demás, los restos de frisos ornamentales del interior de los templos griegos dan escasa idea de lo que debió ser la decoración en sus más importantes manifestaciones. Mejor que de los conjuntos puede juzgarse de los detalles, y por ellos se ve que los motivos del ornato mural no varían en nada de los ornatos cerámicos.

La cerámica griega, aún hoy denominada por error etrusca, ofrece, en las numerosísimas colecciones que de ella se conservan, una serie completísima de la ornamentación pintada. Los típicos motivos de ésta son esencialmente dos: la *palmeta* y el *meandro*. La palmeta trae indudablemente su origen de la planta, y en la interpretación convencional que de ésta se hizo en el ornato aparecen los pétalos radiados, y á partir de uno recto que forma el eje los demás se inclinan ó encorvan graciosamente hacia los lados, formando un todo que se puede inscribir dentro de un semicírculo peraltado ó prolongado y que termina no pocas veces en dos volutas á los lados del punto de irradiación. También hay palmetas cuyas hojas no están encorvadas, sino que todas conservan su eje. Son frecuentes las palmetas contrapuestas y también unos capullos con grandes hojas contrapuestos á las palmetas. Sería prolijidad innecesaria enumerar y describir la variedad de combinaciones en que aparecen empleadas las palmetas. La *palmeta* de los vasos corintios y de estilo oriental del período *pre-arcaico* es más redonda que la de los períodos posteriores, época en que aparece más alargada. El *meandro* ó greca es otro motivo predilecto, formado, como es bien sabido, por las vueltas regulares y angulosas de una ó más líneas sobre una superficie longitudinal. La *greca* va formando sucesivamente espacios cuadrados ó rectangulares, si la suponemos formada por una serie de líneas paralelas que forman ángulos iguales y simétricos; aunque lo más general es que los ángulos sean rectos, hay casos excepcionales en que las líneas en vez de perpendiculares están oblicuas, formando por consiguiente con las horizontales ángulos agudos y obtusos, que producen variedad de combinaciones. Con los *meandros* hay que clasificar el motivo griego denominado *ondas*, formado por una serie de volutas que se repiten regularmente y en la misma dirección enlazándose sobre una base común. En cuanto á los colores de estos ornatos, en los vasos de estilo corintio y oriental son rojo, negro y blanco sobre el fondo amarillo del vaso, y en los estilos arcaico y bello son las conocidas combinaciones de negro y rojo.

La ornamentación arquitectónica de relieve, que á diferencia de la ornamentación hasta ahora descrita puede denominarse escultórica, se manifestó en las cornisas de los órdenes jónico y corintio por rosarios de perlas y astrágalos, huevos y otros adornos menudos. En cuanto á las hojas de acanto características del capitel corintio aparecen alternadas y en dos series superpuestas, graciosamente arqueadas, sirviendo de coronación las volutas.

La indumentaria griega era tan sencilla como elegante, sin que en ella se observase la cargazón ostentosa de bordados y joyas usual en el Asia. Las túnicas y los mantos que visten las figuras representadas en los vasos pintados, suelen llevar franjas ornamentadas, cuyos motivos son *meandros*, *ondas*, *palmetas*, picos y fajas lisas; por excepción se ve algún paño salpicado de estrellitas ó de otro motivo semejante. Los tocados y peinados femeniles también ofrecen combinaciones artísticas de muy buen gusto.

II

ARTE ETRUSCO

Los mismos orígenes y primitivas influencias que hemos señalado al arte griego hay que señalar al etrusco.

Por los mismos tiempos en que los helenos ocuparon la Grecia, poblaron la Italia unas gentes, cuyo origen no hace al caso investigar, que bien pronto entablaron relaciones mercantiles con los fenicios, á la sazón dueños del Mediterráneo. A los fenicios debieron los etruscos los elementos que informaron la primera fase de su cultura. Más tarde los griegos, émulos de los fenicios, entablaron también un comercio con los etruscos y llevaron á éstos su influencia. He aquí por qué se distinguen dos períodos en el arte etrusco, uno de carácter oriental y otro de carácter griego.

Los arqueólogos italianos han descubierto en su país curiosos vestigios de civilizaciones anteriores á la etrusca, entre los cuales son de citar los objetos de la civilización llamada de *Villanova*, que presentan todos los caracteres típicos de los productos de las artes rudimentarias. Sólo conviene citar entre ellos las urnas cinerarias de barro negro, adornadas con *meandros* y ziszás, que guardan semejanza con los vasos ornamentados de la América precolombiana. Respecto del período etrusco oriental la escasez de monumentos y objetos no permite apreciar los verdaderos caracteres del ornato, aunque pueden considerarse como semejantes á los del ornato fenicio; es decir, como una amalgama de elementos egipcios y asirios. Las obras de este período son de marcado carácter decorativo por lo que tienen de convencional y en cierto modo de *hierático*.

El período griego, por el contrario, rico en productos industriales ofrece numerosos ejemplos del adorno helénico en Italia. La pintura tiene mucha importancia en las artes etruscas y constante aplicación á la arquitectura. Conviene decir antes de pasar adelante, que á pesar de la influencia griega, que se acentúa en el siglo VIII antes de J. C., la influencia de Oriente no se perdió, bien que en dicha época el mismo arte griego participaba también de ella. En las pinturas que decoran los muros de las cámaras sepulcrales se observa alguna semejanza con las pinturas egipcias, en cuanto á la disposición y modo de ornamentar, al paso que los demás caracteres demuestran el origen helénico. El carácter decorativo de los templos etruscos recuerda el de los templos de la Grecia, y sin embargo presentan detalles típicos dignos de estudio. El templo etrusco se construyó con madera revistiéndola de bajos relieves en barro, generalmente pintados, en los cuales las palmetas, los meandros, los roleos y figuras ornamentales ocupan los frisos y componen las acroteras, las antefixas y otros elementos de la construcción. Como acontece en Grecia, donde hay que buscar los tipos más característicos del ornato etrusco es en la cerámica, industria que tuvo extraordinaria importancia en la Tarquinia y cuyos productos corresponden esencialmente á la plástica. Los sarcófagos de barro cocido, pintados, con figuras yacentes ó recostadas de hombre y de mujer llevan adornos de carácter griego en los lechos, pudiendo servir de tipo en el género el famoso sarcófago procedente de Cere que se conserva en el Louvre. En cuanto á los vasos de búcaro negro, cuya semejanza con los vasos mexicanos y peruanos es patente, están adornados con relieves formando zonas ornamentales sencillas y figuras, cabezas y sencillos accesorios, de bulto entero, que sirven de remate á las tapaderas.

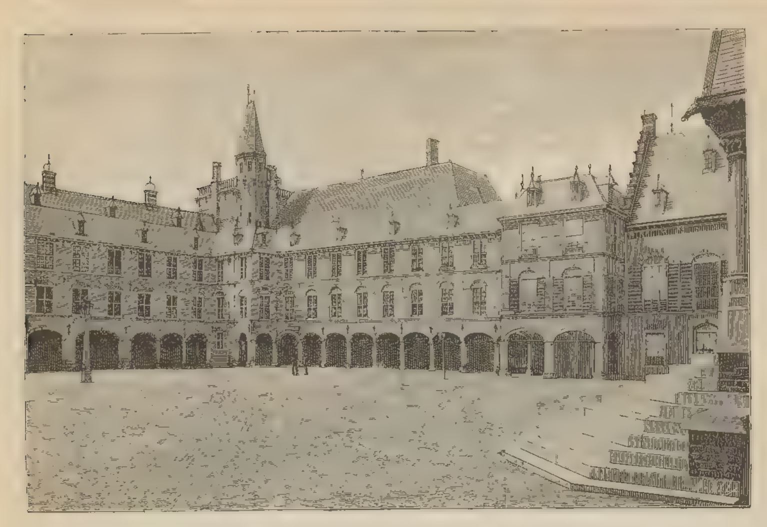
La ornamentación etrusca se manifestó también en los productos de orfebrería y joyería, entre los cuales sobresalen los collares formados por cuentas ó canutillos de piedras finas ó de pasta vítrea que llevan pendientes, á manera de *bullas*, unas cabezas repujadas, cuando son de mujer, con diademas y collares finamente labrados, y otras veces palmetas y conos en cuya base hay una cabecita. Las joyas etruscas presentan una novedad respecto del trabajo antiguo, que es el trabajo de filigrana formando menudas y primorosas labores de volutas y roleos. Además en todas estas joyas las cadenitas, á veces muy artísticas, las perillas á modo de campanillitas, las piedras finas y grabadas, las medallas y los escarabajos semejantes á los egipcios, son otros tantos elementos decorativos que aparecen hábilmente combinados.

III

ARTE GRECO-ROMANO

El arte griego (ya lo hemos indicado) fué borrando insensiblemente en Italia las tradiciones orientales, hasta formar un arte que puede considerarse como una nueva fórmula del griego. Los gérmenes de éste, sembrados en otro suelo y en otro medio, perdieron su elevación y su pureza, y sus frutos constituyeron un arte exuberante y pomposo, que parecía querer ganar en apariencia y en gracia lo que perdía en solidez y en severidad.

Los romanos, al heredar de los etruscos las tradiciones artísticas griegas, aun las depuraron de todo orientalismo é hicieron un arte que unas veces copiaba servilmente á la Grecia y otras muchas trataba de imitarla con escasa inspiración; y no se olvide que muchas veces fueron artistas griegos los autores de muchas obras descubiertas en Italia. De aquí la necesidad de denominar greco-romano al período del arte de Italia á que nos referimos, y que alguien llama pompeyano. El estilo de la ornamentación pompeyana es sumamente caprichoso, ora severo, ora banal; por esto Owen Jones, en su afán de sujetar á leyes el proceso de la ornamentación, declara que es imposible someter el *arte pompeyano* á una crítica estrecha, y hasta dice que traspasa los límites de un verdadero arte, aunque reconoce que no es un estilo vulgar. El arte pompeyano, como producto que es de artistas que inventaban dibujando, lo cual quiere decir que eran decoradores y lo hacían todo de memoria y á capricho, es un arte simpático, que cautiva los sentidos, de ejecución ligera, de aspecto fantástico y en el cual predomina una libertad extra-



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. Patio del Binnenhof, en La Haya, en donde celebran sus sesiones los Estados generales de los Países Bajos

ordinaria. Todo lo dicho se refiere á las pinturas murales de las casas de Pompeya y de Herculano. Las composiciones á manera de cuadros tienen un carácter esencialmente pictórico que las pone fuera de los límites del presente escrito; pero las composiciones puramente decorativas y ornamentales, en las que hay figuras y variados adornos, son dignas de mención y de examen detenido.

Es frecuente que para decorar un muro ó recuadro simulara el artista una arquitectura convencional puramente decorativa. La invención de estas composiciones se atribuía tradicionalmente al pintor *Ludius*, del tiempo de Augusto. En ellas se mezclaban á veces escenas marítimas, paisajes ó figuras diversas. Esta arquitectura tiene generalmente por fundamento los pórticos griegos y las columnas á modo de soportes de candelabro que parecen balaustres y llevan adornos diversos y caprichosos entrelazados ó adicionados, presentando toda la construcción un aspecto aéreo y ligero. Del mismo modo que las columnas están fantaseados los entablamentos, frontones, áticos y frisos; y á todo esto cada moldura simulada, cada hueco, cada recuadro da motivo para repetir menudos y graciosos adornos y para las más vivas policromías. La perspectiva, aunque algo convencional, está bien trazada y dispuesta; el recuadro central de cada pórtico suele ir adornado con una figura pintada sobre fondo obscuro ó negro; no hay proyecciones y sólo ligeras indicaciones de los contrastes de luz, resultando todo el efecto de la oposición de tonos diversos y de la combinación de colores vivos y enteros, á veces un poco abigarrada.

Los ornatos propiamente dichos que aparecen en los frisos y fajas que recuadran los muros y separan los compartimientos en las pinturas murales, en los mosaicos parietales y de piso y en los techos, son tan variados como graciosos. Unas veces consisten en el *meandro* griego tratado con severidad y pureza, otras en la *palmeta* repetida y en algún otro adorno de origen helénico como las *ondas*. Pero el adorno puramente *pompeyano* consiste en roleos formados por tallos vegetales y hojarascas complicadas, partiendo unos roleos de otros, como sucede en los ornatos corintios. Estos roleos suelen entrelazarse con una figura de animal, perro, toro, ó quimera, como el caballo marino, el delfín, etc., ó bien alguna flor ó fruto, y están pintados á claro-obscuro y de colores naturales ó fantaseados, sobre un fondo liso, negro ó rojo. Este motivo se empleaba para frisos, y alguna vez para fajas verticales. Otro motivo muy característico del ornato pompeyano es el candelabro, también sobre fondo liso y compuesto de un balaustre con diversas arandelas, y á un lado y otro volutas y roleos dorados, figuritas de bichos ó grifos y figuras humanas. También en Pompeya aparece como simple adorno la figura humana de medio cuerpo, que se resuelve en graciosas hojarascas, cuyos extremos forman roleos y se unen á otros adornos. Todos estos motivos pompeyanos son los que después, en la época del Renacimiento, imitó el inmortal Rafael en *Las Logias* del Vaticano. Los colores empleados para estas obras de decorado interior eran sobre fondo negro, el verde, rojo y azul como principales, y el rojo y amarillo como secundarios; sobre fondo azul el blanco para las líneas finas y el amarillo para las masas; sobre fondo rojo, el verde, blanco y azul. En las ornamentaciones arquitectónicas la cornisa suele ser negra, las pilastras y frisos rojos, y los recuadros del fondo ocre, azul ó blanco. La gran novedad que ofrecen estos adornos es la de estar modelados, en vez de aparecer trazados con una tinta igual sobre el fondo, como hemos visto en Egipto, en Oriente y en Grecia.

El afán de modelar el adorno les llevó á reproducir en los mosaicos el meandro como una cinta puesta de canto, produciendo las proyecciones consiguientes.

En los mosaicos es ornato muy común la *trenza*, aparte de otros ornatos caprichosos y menudos. Alguna vez decoraron los romanos agrupando de un modo artístico, aunque sin sujeción á exigencias geométricas, productos naturales. En Pompeya abundan estos motivos en sobrepuertas y recuadros de frisos, siendo frecuentes entre ellos las guirnaldas de frutos y flores, como la que figura en el célebre mosaico de la casa del edil Pansa, que á cada costado lleva una careta trágica.

IV

ARTE ROMANO

Aparte de la ornamentación de carácter griego ó pompeyano, emplearon los romanos en su arquitectura un sistema ornamental que, aunque derivado de Grecia, presenta en su disposición y en su aplicación caracteres que dan á las construcciones romanas una fisonomía diferente de la que ofrecen los monumentos griegos. Así como éstos, es decir, los templos, obedecían á un sistema de ornamentación polícroma, los monumentos romanos obedecían á una ornamentación escultórica. Pero los romanos, gente de menos gusto artístico que los griegos, al perder las proporciones generales de la estructura arquitectónica, perdieron también aquella pureza y sencillez de contornos de las molduras, por la exuberancia de ornatos modelados de que las recargaron. Esto marca un nuevo camino en el modo de ornamentar, que es menester tener muy en cuenta, pues á partir de la época romana la ornamentación en todos los estilos se manifestó en la arquitectura como cosa aparte, y aplicada como independiente del efecto general del conjunto de la construcción.

Bien es verdad que la ornamentación en las construcciones de casi todas las épocas es un detalle, hecho como para satisfacer á la persona que después de haber examinado la obra arquitectónica en conjunto se aproxima á verla de cerca; en este sentido puede decirse que la arquitectura, considerada en sus grandes masas, y el ornato, son antitéticos.

El ornato por que mostraron preferencia los romanos fué la hoja de acanto, con la cual decoraban los *modillones* de las cornisas y los capiteles corintios. En éstos, especialmente, las hojas aparecen en series superpuestas. También acomodaron dicho ornato á los roleos, en solución de continuidad, que decoran los frisos y hojas de encuadramiento, poniendo en el centro de estos roleos un florón.

Suele formar parte de estas composiciones decorativas la figura humana, de cuerpo entero ó de medio cuerpo, llevando en vez de extremidades inferiores una serie de hojas, de las cuales parten roleos y hojarascas. Toda esta ornamentación vegetal y naturalista es robusta, accidentada de forma, y produce bastante claro-obscuro, que es como los romanos acostumbraban á producir efecto plástico. Hay en este modo de ornamentar, por lo mismo que la imitación de la naturaleza es menos convencional, más libertad que en los estilos anteriores, pues el hieratismo geométrico – valga la frase – de Egipto y del Oriente aparece ahora sustituído por la tendencia contraria de representar la naturaleza con todos sus caracteres, pero embellecida, ó mejor dicho, en toda su belleza.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VII

PAÍSES BAJOS

Por la muerte de Guillermo III se ha vuelto á fijar la tención en los Países Bajos. Habíase discutido largo tiempo, é inútilmente, sobre las consecuencias que podría tener la extinción de la descendencia masculina de Guillermo el Taciturno; y los holandeses, hombres de sentido muy práctico, habían adoptado ya de antemano sus precauciones, permitiendo todo creer que la menor edad de la reina niña Guillermina terminará sin ningún incidente. Los Países Bajos aman su libertad, y sabrán impedir seguramente toda intervención extranjera en sus asuntos. No les importa menos su unidad, que data de la conquista francesa y de la proclamación de la República bátava (16 mayo 1795).

Después de dos ó tres ensayos desgraciados, la primera Constitución, redactada según el modelo de la francesa del año III, fué adoptada en virtud del voto popular en 23 de abril de 1798. Esta Constitución establecía un directorio, compuesto de cinco personas, y dos Consejos, uno de sesenta individuos y el otro de treinta, y la República se dividía en ocho departamentos. El 18 brumario y la Constitución del año VIII tuvieron por consecuencia en los Países Bajos que se adoptara una nueva Constitución en 16 de octubre de 1801; y proclamado el imperio francés, se votó una tercera (15 marzo 1805). A consecuencia del tratado de 24 de mayo de 1806, el rey Luis otorgó en 7 de agosto del mismo año una nueva Constitución; y después de la pasajera anexión de Holanda al imperio francés (1810-1813), el regreso del príncipe Guillermo Federico, como príncipe soberano, dió origen á otra (28 marzo de 1814). El 2 de mayo siguiente se abrieron los Estados generales.

El tratado de París del 30 de mayo de 1814 anexionó la Bélgica á la Holanda para formar el reino de los Países Bajos, y el 16 de marzo de 1815 el príncipe Guillermo Federico tomó el título de rey. Entoncés fué necesario introducir modificaciones en la Constitución de 1814, y el 24 de agosto de 1815 se promulgó otra nueva.

Después de la separación de Belgica, nueva Constitución (4 septiembre 1840), que se modificó ampliamente por las leyes de 1848. Por esta última se rige actualmente el pueblo holandés, y de ella vamos á ocuparnos en el presente estudio sobre el parlamento de Holanda.

La forma de gobierno es una monarquía con Estados generales *(Staten generaal)*, compuestos de dos cámaras, una elegida por los Estados ó Consejos provinciales y otra directamente por los electores contribuyentes. El soberano tiene el derecho de *veto* absoluto.

La primera cámara se compone de cincuenta individuos, elegidos por nueve años, que se relevan en una tercera parte cada tres. Perciben una indemnización de 75 céntimos (1,50 pesetas) por hora de distancia, cuando no tienen su domicilio en La Haya, y 8 florines (16'75 pesetas) por día para gastos de residencia, mientras se celebran las sesiones.

El soberano nombra cada año un presidente de entre los individuos de la cámara, y ésta se distribuye por suertes en cuatro secciones, las cuales nombran á su vez presidente, vicepresidente y secretario; una sección central, compuesta del presidente de la





NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, CUADRO DE DON MANUEL DOMÍNGUEZ

EXISTENTE EN LA CAPILLA DE CARLOS III DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, EN MADRID. — GRABADO DE BAUDE.

cámara y del secretario, debe señalar la orden del día.

La segunda cámara se compone de cien individuos, nombrados por cuatro años, y que se renuevan por mitad cada dos; reciben una indemnización anual de 2 000 florines (4,233 pesetas)

El rey nombra presidente, según una lista de tres candidatos presentados por la segunda cámara, y este presidente, ayudado de una comisión de dos individuos, ejerce la vigilancia. El secretario, elegido fuera de la cámara, es nombrado por ella, y tiene á su cargo la dirección de la biblioteca y de los servi-administrativos.

Cada dos meses, la segunda cámara se distribuye por suertes en cinco secciones, que nombran su presidente, vicepresidente y secretario Estos cinco presidentes, el de la cámara y el secretario constituyen una sección central que formula la orden del día. Los proyectos de ley se examinan primero en las secciones y después por una comisión de cinco individuos, elegidos en las secciones del presidente de la Cámara y del secretario.

La segunda cámara tiene derecho de investigación en todos los asuntos, y comparte el de iniciativa con el soberano, pudiendo enmendar los proyectos presentados por el Gobierno. Los de ley relativos al presupuesto se deben presentar todos los años á la segunda cámara inmediatamente después de inaugurarse las sesiones ordinarias y antes de comenzar el año á que el presupuesto se refiere. La segunda cámara presenta al soberano los candidatos para el Tribunal de Cuentas, y por último, tiene el derecho exclusivo de encausar á los ministros, citándolos ante el Tribunal supremo.

La primera cámara no tiene la iniciativa de las leyes, y solamente delibera sobre los proyectos votados ya por la segunda, no pudiendo hacer más que aprobarlos ó rechazarlos en su totalidad: en caso de ser adoptados, los proyectos se someten al soberano, cuya sanción es necesaria.

Como atribución especial, tiene derecho á presentar una lista de cinco candidatos, cuando hay una plaza vacante en el Tribunal supremo, y el soberano debe nombrar uno de los presentados.

Los Estados generales se reunen por lo menos una vez al año. La legislatura ordinaria se abre el tercer lunes del mes de septiembre, y dura por lo menos veinte días; por lo regular no está cerrada más que la víspera de la apertura; de modo que se prolonga durante un año, poco más ó menos; pero en este intervalo las cámaras tienen vacaciones con frecuencia

El soberano puede disolver simultánea ó separadamente las dos cámaras; en este caso, las Cortes se cierran; y las nuevas se han de reunir en el término de dos meses. El soberano tiene facultad para convocar las extraordinarias si fuese necesario

Las dos cámaras se juntan en una sola asamblea para el acto de la apertura y cuando se trata de la deliberación de algunos asuntos graves. Las sesiones de aquéllas, reunidas ó no, son públicas, pero pueden ser secretas á petición del presidente ó de una décima parte de los diputados que asisten.

Son electores á la segunda cámara los holandeses de 23 años de edad que estén en el pleno goce de sus derechos civiles y políticos y satisfagan por contribuciones directas una cuota que varía, según las localidades, de 20 á 160 florines (42 á 338 pesetas). El censo electoral se redacta por el burgomaestre y los concejales; los recursos se forman ante el Consejo comunal, con apelación ante el Tribunal supremo.

Son elegibles para la segunda cámara los electores de 30 años de edad.

Las elecciones para la primera cámara se hacen por los Estados (Consejos provinciales).

Son elegibles para la primera cámara los holandeses electores de 30 años de edad ó más, á razón de uno por cada tres mil habitantes. Al efecto se forma un censo en cada provincia.

Las condiciones para el electorado á los Consejos provinciales son las mismas que para la segunda cámara de los Estados generales, y además es necesario tener su residencia en la provincia.

Es elegible como consejero provincial todo holandés que haya habitado en la provincia durante un año, que esté en posesión de sus derechos de elector y haya cumplido veinticinco años.

Gracias al aumento del número de electores en estos últimos años, la mayoría de la segunda cámara ha sufrido una alteración. Liberal durante treinta años, ahora es clerical, y se compone de una coalición de católicos y protestantes ortodoxos ó antirrevolucionarios, que no cuenta menos de cincuenta y cinco individuos. Los conservadores propiamente dichos no existen ya; el último murió el año pasado. Los liberales que constituyen la minoría están naturalmente divididos entre sí.

La gran cuestión por la cual se han hecho las últimas elecciones fué la de las *escuelas*: tratábase de la lucha entre la escuela libre ó religiosa y la escuela neutral ó del Estado. Esta cuestión se ha resuelto por un convenio, otorgando una ley *que conserva la escuela privada junto á la escuela pública*, mediante una subvención del Gobierno. La segunda cámara es la que ha votado esta ley, gracias al apoyo que diez y siete liberales moderados prestaron á la mayoría antiliberal. La primera cámara la ratificó y el difunto rey la sancionó.

Otras dos cuestiones graves se someterán muy pronto á la segunda cámara; la defensa del país y la cuestión social. Con motivo de esta última, M. Domela Nieuwenhuis, ex pastor protestante y en la actualidad jefe de los socialistas, dará probablemente mucho que hablar.

Hasta ahora, M. Domela se ha visto bastante aislado, y el mismo M. Heldt, representante de los obreros, le vuelve la espalda.

El periodismo, que en muchos países, sobre todo en Francia, puede ser un medio de encumbrarse, cierra por el contrario en Holanda muchas puertas á los que á él se dedican. En las elecciones legislativas no se encuentra jamás la candidatura de un periodista de ningún partido, lo cual puede explicarse por el carácter mismo del pueblo holandés. Los holandeses se distinguen por lo reservados; todo cuanto hacen lo ejecutan en su casa á puerta cerrada, con las cortinas corridas, y aborrecen la publicidad. Por eso no pueden querer al periodista, cuyo oficio es sacarlo todo á luz. Además de esto, rara vez se ocupan de política los holandeses, y cuéntanse miles de hombres que ni siquiera saben cómo se llaman sus ministros. Una prueba de la indiferencia política de ese pueblo es el hecho de que las tribunas públicas de la camara están casi siempre desiertas.

***

Los dos palacios en que las dos cámaras se reunen hállanse situados en el antiguo Binnenhof, barrio de los *Stadthanders*, y un espacio bastante ancho separa los dos edificios. Exteriormente, la segunda cámara no presenta nada de particular, y hasta el aspecto es por demás insignificante.

El aspecto de la primera cámara es más austero.

El salón de sesiones de la segunda cámara presenta una disposición muy sencilla; alrededor corren galerías para las señoras de los diputados, la prensa y el público; y frente al trono, bajo un dosel de terciopelo rojo, se ve el asiento del presidente, á cuyo lado se colocan los secretarios. Varios bancos, escalonados en anfiteatro, se destinan á los representantes del país; no hay tribuna, y cada orador toma la palabra desde su asiento.

El salón de sesiones de la primera cámara ofrece más interés desde el punto de vista artístico, pues tiene hermosas esculturas y cuadros notables.

X

NUESTROS GRABADOS

El descanso en la marcha, cuadro de D. José Benlliure y Gil. Pocos artistas habrá en España y aun en el extranjero con quienes la fortuna se haya mostrado tan propicia como con el autor del cuadro que reproducimos; pero bueno es consignar que toda la suerte que ha tenido, bien la ha merecido nuestro joven é ilustre compatriota. A los doce años de edad obtenía un premio en la Exposición pública de Valencia y era nombrado socio de mérito de la Protectora de Bellas Artes de Sevilla. Cuatro años más tarde *El descanso en la marcha* obtenía un tercer premio en la Exposición Nacional de Madrid, y era adquirido por el Gobierno. A poco conseguía la protección de Don Amadeo I y encontraba un norte-americano, entusiasta por las Bellas Artes, que le encargaba cuadros por valor de treinta mil duros Benlliure marchó á Roma y correspondió con creces á la confianza que en su genio había depositado su Mecenas.

Hoy la de Benlliure es una de las firmas más codiciadas entre los inteligentes y aficionados á la pintura: dotado de una vasta y sólida educación artística y de condiciones que la naturaleza le concedió y él supo acrecentar con el nunca interrumpido estudio, puede sin miedo atreverse, y téngase en cuenta que aún no ha cumplido treinta y dos años, con los más opuestos géneros y las más grandiosas concepciones, algunas de las cuales han podido admirar los suscriptores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Tipos de Baku, en el mar Caspio, dibujos de Federico Pegram. – El notable desarrollo que ha adquirido el comercio de petróleo y el provecho que á Rusia proporciona la abundancia con que este líquido existe en Baku han atraído, desde hace algunos años, la atención pública sobre la ciudad y el territorio de su nombre La ciudad de Baku, está emplazada en la península de Apcherón, en la costa occidental del mar Caspio, y está enlazada por vías férreas con Tiflis, capital de la provincia rusa de Georgia, y con Poti y Batum, importantes puertos rusos del mar Negro Es plaza fuerte de primera clase, y en ella hay establecidas cinco ó seis compañías de vapores y otras de buques de vela, que generalmente hacen el servicio entre Baku y el puerto de Oozodoon Ada, en donde se hace cargo de sus mercancías el ferrocarril transcaspiano, que recientemente ha sido prolongado desde Meru á Bokhara y Samarconcanda, distante unas 900 millas de la costa oriental del Caspio.

La población de Baku es una mezcla de distintos elementos, entre los que predominan los circasianos, rusos, armenios y turcomanos, que se ganan la vida trabajando en las obras y en los muelles y ejerciendo distintas industrias en las calles de la ciudad.

Nuestro grabado reproduce algunos tipos de esa población y los dibujos de Pegram están tomados de apuntes del natural sacados por Mr. G. B. Froom.

Nuestra Señora del Carmen, cuadro de don Manuel Domínguez, existente en la capilla de Carlos III de la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid. – Entre las varias y preciosas pinturas con que Domínguez embelleció este magnífico templo cuando se procedió á su reciente restauración, figura en primer término la que con el maravilloso acierto á que nos tiene acostumbrados ha reproducido Baude, y nosotros publicamos

Hablando de este cuadro, el Sr. Mesonero Romanos, hijo, dice en su notable monografía de esa iglesia:

«El reputado artista Sr. Domínguez ha pintado la última composición de esta capilla. Representa la *Concesión del escapulario del Carmelo por la Virgen de dicha advocación al general de la Orden Simón Stok, acompañado de otros santos de la Orden.*

»Al pie del trono de mármol, sobre el cual aparece sentada la Virgen con el Niño Jesús en su regazo, se ve al Santo inglés, primitivo reformador carmelita en el siglo XIII, cuya figura, de rodillas, es admirable de verdad, sobre todo la mano, que parece salirse del muro Detrás de aquél, arrodillada también, está la mística doctora Santa Catalina de Sena, ó más bien Catalina de Pazzi, puesto que aquélla fué dominica.

»Ocupa el primer término del lado opuesto el obispo San Andrés Corsino, revestido de riquísimos ornamentos de admirable factura, y detrás, revestido de coraza sobre la cual lleva blanco sayal, otro santo, que ha de ser el carmelita Franco de Sena.

»La figura de la Virgen, que es una verdadera creación, se destaca sobre rojizo tapiz ó dosel, cuya saliente nota rompe una nube, prodigio de luz y transparencia, envolviendo á dos ángeles que llevan el emblema del Carmelo Prueba esta composición las excepcionales condiciones del autor, que pinta como pocos y dibuja como lo hacen menos. Los tonos algo vivos, lo mismo que la disposición de las figuras, casi en el mismo plano, demuestran el estudio de la índole decorativa de la pintura, que ofrece más todavía su verdadero aspecto mural por no tener marco »

Después de esta descripción tan exacta y de la justa crítica que encierra, nada podríamos añadir respecto de la obra.

En cuanto al concepto de que en el mundo artístico goza el autor, hable por nosotros el reputado cuanto exigente crítico y distinguido colaborador de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, don R Balsa de la Vega, quien en una de sus bellísimas *Siluetas de artistas* dice, hablando del Sr. Domínguez:

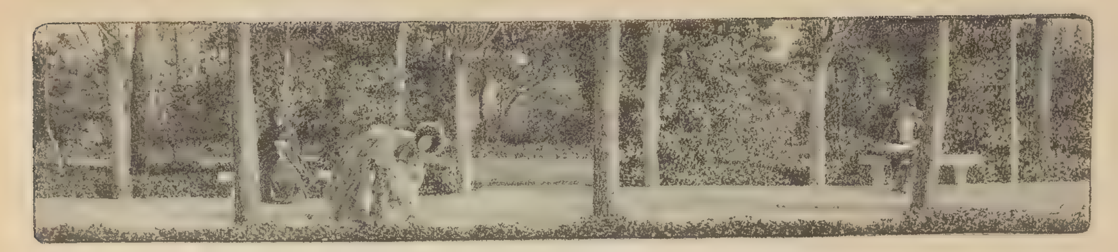
«Tan sólida como su figura, tan reposada como su carácter es la pintura de Domínguez Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color; y una vez puesto delante del lienzo, no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final: así, echando mano de un símil que un escritor español aplicó á Zola para describir lo más gráficamente posible el tesón y la laboriosidad del gran novelista francés, diré también que la de Domínguez como la de aquél, resulta lo que la labor del buey, tranquila, y como tranquila, constante é igual; de ahí que tengan siempre verdadero valor plástico las pinturas de Manuel Domínguez, no viéndose en ellas desfallecimientos y deficiencias que tan á menudo dan al traste con las reputaciones de la gente nueva.»

José Valero, fallecido el 12 del actual (de fotografía de D. J. Martí). – El teatro español está de luto. Paulatinamente van desapareciendo, sin dejar sucesores ni discípulos, los eminentes actores que han sido gloria de la escena española. D. José Valero falleció el 12 del actual, dejando en nuestro teatro un vacío difícil de llenar, puesto que este ilustre actor, aun en la ruina de su grandeza y de su ancianidad conservaba fuerzas é inteligencia para interpretar con su proverbial maestría los personajes de las obras, arrancando del público muestras de entusiasmo y respetuosa consideración.

Dedicado al teatro desde temprana edad, logró en aquella época de reservas y preocupaciones, gracias á su ingenio y vasta ilustración, reivindicar para los actores el perdido concepto y que se olvidase por la sociedad en que vivía hasta el despreciativo epíteto de *comediante*. Observador y estudioso, procuró seguir la escuela de Latorre, aquel verdadero gigante de la escena, y las finuras y delicadezas de otros actores no menos eminentes, como Arjona y Romea. Tan provechosas enseñanzas se amoldaron en el dúctil ingenio de Valero, transformando al discreto actor en distinguido maestro. Los personajes por él representados agrandábanse de tal manera que se convertían en ovaciones, puesto que los movimientos, las inflexiones de su voz, los pormenores escénicos, todo, en fin, resultaba grande y adecuado, fiel expresión de lo justo y verdadero. Bastaba ver en la escena á Valero una sola vez para no olvidarle; tal era la influencia que ejercía en el público, del que lograba entusiastas aplausos sólo con una frase ó una palabra. *Las querellas del rey sabio. La aldea de San Lorenzo, El Patriarca del Turia, Guzmán el Bueno, El Alcalde de Zalamea, Luis XI, La Carcajada, Baltasar* y otras obras más, cuyos nombres sería prolijo enumerar, significan otros tantos títulos de gloria para D. José Valero, quien no pudo sustraerse sin embargo ni evitar los amargos contrastes que ofrece la existencia, sufriendo dolorosas vicisitudes y cruentos sinsabores. Como consecuencia de ellos vióse obligado á abandonar el patrio suelo para buscar en nuestras hermanas de América, siempre generosas, consuelo y justa compensación á sus afanes. Montevideo y Buenos Aires prestaron aliento al artista, al eximio actor, que pudo regresar á España con nuevos laureles y con la tranquilidad de espíritu que podía darle el haber logrado asegurar, si bien modestamente, los días de su vejez.

Dotado de robusto organismo, resistíase á abandonar la escena, luchando denodadamente con el peso de los años, de tal manera que el público barcelonés pudo tributarle sus últimos aplausos hace algunos meses en el teatro Principal.

A los ochenta y tres años ha dejado de existir, quedando grato é indeleble recuerdo de su paso por la escena española. ¡Descanse en paz el que fué uno de nuestros actores más ilustres!



¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

PARTE PRIMERA

I

Una mañana el sol, penetrando por los entreabiertos balcones del gabinete, despertó á la princesa Elena Lodiski.

Abrió los ojos, se pasó la mano por la frente como para disipar las últimas nubes del sueño, y comenzó á cantar.

Todo el que canta inmediatamente después de despertarse es joven y feliz.

Atraída sin duda por el ruido de aquella voz sonora, asomó por entre la blanca colgadura que separaba el dormitorio del gabinete una perrita microscópica, de raza inglesa, y saltó al lecho de la princesa.

Pero ésta le dejó en aquel mismo instante, sin duda por contrariar al animal, y metiendo sus diminutos pies en unas chinelas, salió medio desnuda á la pieza inmediata, y juguetona como casi niña que era, comenzó á dar vueltas huyendo de la perrita, que la perseguía ladrando.

No hay nada más atractivo que la mujer-capullo, que así debe calificarse á la niña que se hace mujer *por medio de una divina explosión de castos misterios.* Una joven en esta nueva y rápida faz de su existencia, se asemeja á un nuevo astro que aparece en el cielo y atrae la mirada y el pensamiento del que le contempla.

La princesa Elena se hallaba en los primeros momentos de esta adorable evolución de la naturaleza; pues aunque tenía cerca de diecisiete años, en el país de su nacimiento el desarrollo no es tan precoz como en los climas meridionales.

Así es que las facciones de la princesa conservaban todavía los rasgos de la infancia, el blanco seno apenas se diseñaba bajo la cerrada batista de la bata, y á no ser por su estatura, alta en comparación de la de las jóvenes españolas, hubiérasela creído niña aún. Tenía la encarnación fresca y sonrosada del Norte, ojos azules y magníficos cabellos castaños.

Cansóse de jugar con la perrita, tomó un sombrero que la tarde anterior habíala traído la modista, y medio desnuda como estaba, se le probó coqueteando delante de un espejo, y luego volviendo á dejarle sobre un diván, se aproximó á los cristales de un balcón, envolviéndose pudorosamente en su blanca bata.

Mediaba el mes de marzo; eran las ocho de la mañana, y el sol resplandecía en el magnífico cielo de Madrid.

La princesa quedó deslumbrada.

Nacida en San Petersburgo, había dejado la corte de Rusia para trasladarse á la de España. Durante su rápido viaje, en el cual su padre no quiso detenerse ni aun en París, como deseaba la joven princesa, alegando la razón de que tan grande ciudad no puede verse en poco tiempo, reinó un constante temporal de agua; de suerte que la viajera no pudo acostumbrarse gradualmente á la claridad del cielo meridional, y quedóse, como hemos dicho, deslumbrada, cuando al tercer día de su estancia en Madrid admiró por primera vez el brillante sol, la espléndida atmósfera y la intensa primavera de la villa coronada.

II

¿Por qué causa se hallaba en Madrid la princesa rusa Elena Lodiski?

Vamos á explicarla en breves palabras. Durante la antepenúltima guerra civil la mayor parte de las potencias del Norte se declararon en favor de don Carlos de Borbón, suspendiendo sus relaciones diplomáticas con la corte de España, hasta que posteriormente, reconociendo los *hechos consumados*, fueron saliendo de su retraimiento.

Rusia fué la más rehacia en reconocer al gobierno español, ya definitivamente constituído; pero por último siguió el ejemplo de todas las demás naciones. No obstante, antes de llegar á este resultado, mediaron trabajos diplomáticos. El gobierno de España envió á San Petersburgo un agente encargado de una misión secreta, y á consecuencia el czar de Rusia se valió con el mismo objeto y con igual carácter privado del príncipe Lodiski, padre de la linda joven á quien ya conoce el lector.

Pertenecía el príncipe á una gran famila, era inmensamente rico y gozaba de gran favor en la corte de Rusia. Viudo y sin más hijos que Elena, adoraba en ella. Su misión diplomática podía ser breve ó no, y en esta duda determinó acceder á los deseos de su hija y á los de su corazón, trayéndola consigo á España, para después hacerla conocer las principales cortes de Europa.

A su llegada á Madrid los ilustres viajeros se instalaron en una hermosa casa situada al fin de la calle de Hortaleza, de antemano preparada para recibirlos, y sólo habían mediado tres días desde su arribo á la capital de España hasta el momento en que hemos hecho conocimiento con la princesa.

Ocupada ésta con los cuidados de la instalación en su nueva morada y retraída en ella á causa del temporal de aguas, en aquella época general en Europa, sus primeras impresiones en Madrid no fueron agradables. Viendo desde sus balcones un cielo constantemente nublado, no halló diferencia entre éste y el de su ciudad natal, y al dilatar sus miradas por el árido Campo de Guardias, que desde su casa veía en parte, recordó su frondoso jardín de San Petersburgo y los azules lagos del regio palacio de Anitchkoff.

Pero cuando la mañana á que nos referimos se encontró con tanta claridad en el cielo y con tan brillantes tonos en el ambiente, experimentó una doble sensación de sorpresa y de alegría.

En Madrid la primavera suele aparecer repentinamente y se adorna con todas sus galas: soplan los cálidos vientos del meridiano, desaparecen las nubes intensas, la escarcha se seca en las calles, las hojas brotan en las ramas casi de súbito, y por la eterna ley de las compensaciones, á falta de los grandes monumentos y de la rica vegetación de otras ciudades, la corte de España ostenta las magnificencias de su cielo y de su sol.

La princesa tocó un timbre, y momentos después, con intervalo de algunos minutos, se presentaron dos personas en el gabinete.



Eran dos mujeres: una de ellas joven, bonita y elegantemente vestida; la otra, anciana, de cabellos blancos, de aspecto fino y bondadoso.

La primera era la doncella de la princesa; la segunda su aya Eduvigis Kaula, que la había visto nacer.

– Eduvigis, dijo la princesa mientras se entregaba á los primeros cuidados de la doncella, ¿has visto qué mañana tan hermosa?

– Efectivamente, hija mía; por fin aparece este *famoso* sol de España

– Yo quiero pasear y correr para desquitarme de estos días de reclusión.

– Si quieres, iremos al Retiro.

En su calidad de casi madre, el aya tuteaba á la princesa.

– ¿Y qué es el Retiro?, preguntó ésta.

– Según Juan, el criado español que hemos recibido, es una posesión real dentro de Madrid: especie de jardín público muy vasto y ameno.

– Iremos, pues, al Retiro, de lo que Bibí se alegrará no poco.

Bibí era la perrita microscópica de la princesa.

III

Desde aquel día, ésta no faltó ni una sola mañana al Retiro, que agradóla sobre manera.

Ciertamente, el Retiro es un sitio encantador, quizá por causa de su desaliño y de sus contrastes. En su recinto hay de todo: conatos de parque real y de bosque, un *parterre* atildado como la prosa de un académico, trozos de huerto, terrenos plantados de olivos como en los alrededores de Jerusalén, y sitios en donde la brisa es fresca y perfumada, mientras que en otros sopla el viento harmatán de la Cafrería.

La princesa era extremadamente aficionada al campo. Aún quedaban en ella *resabios* de niña, y gus-

tábala aspirar el aire puro y dar expansión á su necesidad de movimiento.

El Retiro, hoy ya *Parque de Madrid*, tenía además otro atractivo para ella: el de la soledad. Exceptuando los días festivos, por la mañana pasean contadas personas por la vasta posesión, y la linda juguetona podía corretear con su perrita sin exponerse á miradas indiscretas.

Por lo regular, primeramente daba grandes paseos por la parte alta, hacia el sitio llamado vulgarmente Baño de la elefanta, hasta que el calor y el cansancio la obligaban á buscar un lugar más sombrío.

Descubrió uno muy á propósito. Es una larga calle de árboles paralela al Parterre, hacia el lado de Atocha y casi siempre solitaria. Hay allí algunos asientos de piedra, situados en hilera y bastante distantes unos de otros La princesa se sentaba en uno de ellos y leía á Alfonso Kar, su autor predilecto, interrumpiendo á veces su lectura para dar alguna carrera á lo largo de la calle en compañía de Bibí.

Entretanto la anciana aya, calados los anteojos, se ocupaba tranquilamente en alguna labor de mano.

IV

Una mañana aquel sitio no estaba completamente desierto: había en él un joven que, sentado en uno de los bancos, leía.

Representaba de veinte á veinticinco años de edad. Era esbelto, de mediana estatura, de rostro trigueño, agraciado é inteligente. Sus grandes ojos negros, muy separados entre sí, le daban un aspecto noble y bondadoso, y su negra y fina patilla, así como también sus *ricos* cabellos, contrastaban con la imberbe juventud de su bigote.

Tenía el empaque de una persona *que ha venido á menos*. Su traje conservaba restos de elegancia, pero su sombrero comenzaba á arruinarse y sobre el cuello de su cazadora hubiéranse podido hallar las huellas del álcali volátil. Llevaba una camisa de irreprochable blancura y las manos esmeradamente cuidadas.

Como es natural, la princesa al llegar á su sitio predilecto reparó en el joven, y éste no pudo menos de mirar con alguna frecuencia á la princesa, aunque con la discreción conveniente.

Pasado este primero y rápido movimiento de curiosidad, uno y otro se entregaron á la lectura.

En los días siguientes se repitió esta escena. Cuando la princesa llegaba á la calle de árboles, ya estaba allí el joven, sentado siempre en el mismo banco y al parecer siempre leyendo. Alguna vez, sin embargo, interrumpía su lectura y parecía distraerse con las carreras de la perrita de la princesa. Esta también cerraba el libro de cuando en cuando y miraba hacia todas partes como admirando la naturaleza

Y ciertamente en aquellos días el Retiro estaba admirable.

Reinaba el crepúsculo de la primavera y del verano: era la época de la venida de las aves de paso más retrasadas, y presintiéndose ya los ardores del estío, aún se aspiraban los perfumes de la estación de las flores. La savia había concluído su obra, de suerte que la mayor parte de las plantas se hallaban en plena virilidad.

Las margaritas iban acabándose: la princesa, que era muy aficionada á ellas, difícilmente encontraba alguna entre las hierbas del inculto terreno próximo á la calle de árboles El reinado de esta flor se limita á la primavera: debía ser la flor del poeta.

Un día, sin embargo, al sentarse en el banco de piedra se encontró en él unas cuantas, olvidadas sin duda por alguna persona aficionada también á estas humildes hijas de los campos.

La princesa, como hemos dicho, miraba hacia todas partes; pero (en honor de la verdad) las menos veces hacia el sitio en donde se hallaba el joven lector.

No obstante, un observador malicioso hubiera notado algunas ligeras variaciones en el carácter y costumbres de la princesa.

A ésta, quizá por causa de su altivez aristocrática y además con objeto de entregarse á sus correterías, gustábala la soledad, y sin embargo, no parecía contrariada por la presencia del joven desconocido, y eso que por causa de éste tenía que limitar sus carreras y cuidar de la falda de su vestido, agitada á veces por el viento.

Por otra parte, sus paseos hacia el Baño de la elefanta eran cada mañana más breves, aunque esto estaba justificado por el calor, que cada día comenzaba á molestar más temprano.

La princesa, que antes siempre hablaba en su idioma patrio, dió en usar el francés, exponiéndose á que el joven incógnito se enterase de sus conversaciones con el aya.

V

Transcurrieron algunos días en que no sucedió nada de particular.

El joven, siempre en el mismo sitio, se entregaba á la lectura; pero sus distracciones eran cada día más frecuentes. Hubiera podido observarse que cuando leía tardaba mucho tiempo en volver las hojas del libro, y cuando dejaba de leer miraba más largo rato hacia el lado en donde solía estar la princesa.

Por parte de ésta también comenzaba á haber *blandura*: no hay hielo que resista á la fuerza del sol primaveral. El sitio influye mucho en las sensaciones: Laura, desdeñosa en Aviñón, se rindió en Valclusa. La transmisión del *efluvio simpático* de las *corrientes magnéticas* es más rápida en unos lugares que en otros, y en medio de la naturaleza la savia penetra en el corazón tanto como en la tierra.

La princesa leía menos que antes; pero en cambio admiraba más la infinita variedad de la creación en mil pequeños incidentes. Seguía el vuelo de las golondrinas que casi rasaban la tierra, el culpable azoramiento de los gorriones picoteando en la corteza de los árboles, la abundancia de luz que se derramaba en reflejos, en rayos y en reverberaciones sorprendentes, y veía pasar las mariposas blancas de la primavera que pronto debían ser reemplazadas por las mariposas de colores del verano.

Porque, ¡cosa rara!, la princesa, aunque tan joven era contempladora como un poeta; y digo ¡cosa rara!, pues la juventud, aunque la sienta sin darse cuenta de ello, se impresiona poco ante el espectáculo de la naturaleza: hay en el corazón joven más savia, más resplandores, más maravillas que en el panorama más esplendoroso, y la irradiación interior hace aparecer pálidos todos los objetos exteriores.

La contemplación del *cosmos* es la triste compensación de la vida que va declinando; y el hombre se enamora de la tierra cuando sabe que pronto ha de abandonarla: es como el viajero que se aleja de la patria adonde nunca ha de volver.

Alguna vez, no obstante sus contemplaciones, la princesa lanzaba miradas furtivas hacia el banco en donde estaba sentado el joven desconocido.

Este miraba más francamente á aquélla; sin embargo, en ciertos momentos, se entregaba con encarnizamiento á la lectura.

Había en ambos jóvenes movimientos y acciones que parecían ser resultado de idénticos pensamientos.

Un día la princesa prolongó más tiempo que de ordinario su paseo hacia el Baño de la elefanta.

Otra mañana, cuando aquélla llegó á la calle de árboles, el joven no estaba allí como de costumbre y tardó largo rato en presentarse.

Probablemente ambos pensaban estos ó parecidos monólogos.

EL. – ¡Qué linda es! En mi vida he visto criatura más preciosa; pero pensar en ella es una locura, la fortuna y la posición social nos separan. Además es extranjera, y el mejor día volverá á su país; debo, pues, desechar un sueño irrealizable.

ELLA. – Ciertamente es guapo, simpático; pero desgraciadamente parece pobre y obscuro. ¿Qué adelanto con alentar su esperanza?

VI

Una tarde, la princesa, acompañada de su padre, paseaba en carretela por la Fuente Castellana.

Al lado de su carruaje, un joven agregado á la Embajada de Francia cabalgaba en una magnífica yegua inglesa *de ilustre genealogía*.

La princesa, que hablaba con el jinete y sonreía, enmudeció de repente, se puso seria y aun puede asegurarse que palideció un tanto.

No obstante, nada al parecer motivaba esta transformación: los carruajes seguían marchando en hilera, y los jinetes se cruzaban en opuestas direcciones.

Uno de éstos alcanzó á la carretela de la princesa, la miró al pasar y siguió adelante al paso de su caballo.

Al ver á aquel caballero que la miraba, la princesa quedóse sorprendida, porque en él reconoció al joven del Retiro, á quien no esperaba encontrar en aquel sitio, y sobre todo á caballo.

Repuesta ya de su sorpresa, *escudriñó* al jinete con esa mirada rápidamente analítica peculiar á la mujer. El traje del lector del Retiro no había cambiado: el mismo sombrero en decadencia, la misma cazadora dudosa, el mismo aspecto de *caballero pobre* de siempre. En cuanto al caballo que montaba tenía buena estampa; pero de tordo obscuro debía haber pasado á tordo claro, síntoma infalible de edad provecta.

– ¿Conoce usted á ese joven del caballo tordo que va ahí delante?, preguntó la princesa al caballero que cabalgaba á su portezuela.

El diplomático miró á la persona designada.

– No, contestó después de un ligero examen. No creo haberle visto nunca.

– Monta bien.

– Efectivamente no *cae* mal; pero el caballo pronto debe retirarse á los inválidos.

Durante el resto de la tarde, la princesa no volvió á ver al joven...

A la mañana siguiente fué, como siempre, al Retiro, y halló al desconocido ocupando el mismo banco que de costumbre.

Transcurrieron dos días.

Al tercero después del encuentro en la Fuente Castellana, la princesa y el joven lector ocupaban en la calle de árboles sus posiciones respectivas.

Pero aquella mañana Bibí, la perrita inglesa, estaba muy juguetona y obligaba á su ama á dar alguna que otra carrera. Había llovido al amanecer, el suelo estaba algo húmedo y la arena en algunos sitios removida.

En una ocasión, la perrita, perseguida por la princesa, quiso atravesar por un claro abierto de un vallado de boj que crece entre la hilera de árboles más próximos al Parterre.

Esta se inclinó para coger al animal antes de que pudiese conseguir su intento, y como en aquel sitio el terreno forma el declive de un arroyo, sin agua á la sazón, pero resbaladizo, se la fué un pie y cayó al suelo dando un grito de dolor.

Al oir este grito, al que siguieron ahogados lamentos, el joven desconocido corrió inmediatamente al lado de la princesa y momentos después el aya de ésta.

Pusiéronla en pie, y viendo que no podía andar tomóla aquél en brazos y la trasladó al banco más cercano.



La princesa se quejaba cada vez más: el aya estaba azorada y el joven aturdido.

Llevóse aquélla la mano al pie izquierdo, que íbase hinchando por momentos.

El aya la descalzó, exclamando:

– ¡Pronto un médico, el coche! ¡Que venga el coche, ha quedado en la plaza!...

La pobre mujer no sabía darse cuenta de lo que hacía ni decía.

Afortunadamente el aya hablaba en francés y el joven pudo entenderla.

– ¡Un médico!, dijo éste. ¿Dónde encontrarle?

– Vaya usted por el coche, repuso el aya.

– ¡Pero si no permiten entrar aquí carruajes! (1). Se perdería mucho tiempo en... ¡Ah! Lo mejor sería esto.

Y tomando en brazos á la princesa, casi desmayada de dolor, comenzó á correr en dirección á la puerta que entonces había en el Retiro.

El aya recogió maquinalmente la labor en que había estado ocupada, la sombrilla y un libro de la princesa y otro que el joven había dejado caer en medio de la calle de árboles, y les siguió con todo el apresuramiento que su edad la permitía

Desde el sitio en que sucedió este incidente hasta la entrada del Retiro media un buen trecho; de suerte que cuando el joven llegó con su para él preciosa carga á la plaza, hoy derruída, en donde estaba la

(1) Así era en la época á que se refiere este relato.

berlina de la princesa, apenas le quedaron fuerzas para colocar á ésta en el carruaje, ayudado del cochero.

El aya llegó momentos después, el coche partió con rapidez; y el joven, rendido de cansancio, se dejó caer en la escalinata de la antigua parroquia del Buen Retiro, hoy derribada también.

VII

La princesa tenía dislocado el tobillo. La cura fué lenta y la linda paciente tuvo que permanecer muchos días en su aposento.

Durante este tiempo ella y el aya hablaron algunas veces del joven del Retiro. La anciana le recordaba con gratitud.

–¡Pobre joven!, decía. ¡Qué bueno parece! A no ser por él hubieras sufrido mucho más. ¡Cómo te llevaba en brazos y qué cansado debía estar cuando te dejó en el coche!

La princesa oía al aya y se quedaba pensativa.

Un día ésta recordó un incidente.

–Sabes, dijo, que creo que me he traído un libro de ese joven, que recogí del suelo.

La princesa se hizo traer los pocos libros que últimamente había leído.

Entre ellos encontró uno desconocido, pero que creyó haber visto en manos del joven del Retiro

–Efectivamente, dijo á su aya, este libro no es mío: debe ser el que tú recogiste.

Y miró el título.

El título decía: *I promessi sposi.*

La princesa se turbó

VIII

Dos días después, á la caída de la tarde, el joven del Retiro pasaba muy despacio por frente á la casa del príncipe Lodiski, que como ya sabemos estaba situada al fin de la calle de Hortaleza.

Al verle aproximarse una persona que detrás de los cristales de un balcón miraba hacia la calle, se retiró al interior, y antes de que llegara aquél á pasar por junto á la puerta de la verja que rodeaba al edificio, hallábase en el umbral una joven elegantemente vestida y con un libro en la mano.

Esta, al acercarse el joven, le salió al encuentro en la acera y le dijo en francés:

–Caballero, la señorita princesa Lodiski da á usted las más expresivas gracias por la amabilidad é interés con que acudió en su auxilio, y le devuelve este libro que se dejó olvidado en el Retiro.

Dichas estas palabras, la doncella de la princesa esperó un instante; mas viendo que el joven se limitaba á tomar el libro en silencio, le saludó y volvió á entrar lentamente en la casa. La verdad es que éste no acertaba á darse cuenta de lo que le sucedía, primero por lo inesperado del suceso, y luego porque detrás de los cristales de un balcón veía diseñarse, entre las sombras del crepúsculo nocturno, un objeto que absorbía poderosamente su atención.

El joven se detuvo un momento, y después continuó andando calle arriba, hasta salir al campo.

A juzgar por la viva emoción que revelaba su semblante, necesitaba aire que respirar. Oprimía casi convulsivamente entre sus dedos el libro que llevaba en la mano.

Llegó á uno de los bancos de la Ronda, y se sentó.

Al abrir maquinalmente el libro sin saber para qué, puesto que ya no se distinguía á leer, reparó en un objeto que había entre dos páginas y que estuvo á punto de caer al suelo.

Era una hoja de malva-rosa, fresca todavía.

Esto, que sencillamente podía ser una señal olvidada, aumentó la emoción del joven, pues por lo menos, atendido al estado de frescura de la hoja, indicaba que alguna persona había leído recientemente en el libro

¿Quién? *That is question.*

Si un grande hombre político, ó eminente diplomático, ó famoso general, de esos que derriban dinastías y cambian la faz de las naciones, hubiese visto á nuestro joven contemplando absorto la hoja que tenía en la mano, sonreiría con desdén diciendo: *¡frivolidad!*; ¡como si mediase una gran diferencia entre una flor que se besa apasionadamente y luego se coloca en el ojal de la levita, y una placa brillante que se ostenta en el pecho!; ¡como si las manifestaciones del orgullo fuesen más nobles que las del corazón!

La noche avanzaba y el joven del Retiro permanecía aún sentado en el banco, ajeno á todo cuanto pasaba en derredor suyo.

¿En qué pensaba? ¿De qué causa provenía la melancólica expresión de su semblante?

Cualquiera que hubiese acertado á verle meditabundo y cabizbajo, diría: *¡qué triste está ese joven, debe ser muy desgraciado!*

Y sin embargo, aquel joven iba á comenzar á vivir la única, la verdadera vida del alma, en ese paréntesis admirable que Dios ha puesto en el tráfago del mundo. Para aquel joven acababa de abrirse la flor de la creación, que es el amor; aquel joven sentía el placer-presentimiento de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con la fe del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas; tristezas suaves y embriagadoras, más dulces que la alegría, porque están sostenidas por la esperanza y no han pasado aún por las terribles pruebas del desengaño.

IX

¿Quién era el joven del Retiro?

En 1823 un capitán del ejército español emigró á Francia, á consecuencia de los sucesos acaecidos en España, y se estableció en la ciudad de Orleans, en donde desde hacía años residía un primo suyo. Pertenecía el capitán expatriado á la nobilísima familia madrileña de los Bernáldez de Toledo, famosa en el siglo XVI por su opulencia y emparentada posteriormente con los duques del Infantado. De modo que en cuanto á nacimiento nada había que pedirle, mas no así respecto á bienes de fortuna; pues por una serie de vicisitudes, á que más que ningunas otras están expuestas las familias nobles, el capitán don Luis Bernáldez de Toledo, perdido el sueldo inherente á su grado en el ejército á consecuencia de la emigración, no poseía más bienes que su espada, condenada á inacción forzosa.

No obstante esta pobreza notoria, su nobleza, agradable figura, distinguidos modales y su cualidad de expatriado, le proporcionaron buena acogida en la alta sociedad de Orleans. Enamoróse de *buena fe* de la hija única de un anciano banquero de esta ciudad, y digo de buena fe, porque seguramente el joven capitán no se prendó del dote, sino de las prendas de su amada. La hija del banquero era lo que se llama una niña mimada; de suerte que fácilmente obtuvo el consentimiento de su padre para efectuar su enlace con el noble emigrado español.

El banquero estaba muy achacoso y los jóvenes esposos se establecieron en su compañía, cuidándole en los últimos años de su vida, que duró hasta cinco después de verificado este matrimonio, heredando á su muerte un considerable caudal. Las cosas, pues, habían seguido un orden natural, y en el transcurso de tiempo que medió desde la boda de ambos jóvenes hasta el fallecimiento del banquero, nada acaeció digno de mención y ninguna nube eclipsó la prolongada luna de miel de los cónyuges.

Desde el momento en que éstos se vieron dueños de una respetable fortuna, su historia íntima es desconocida, y únicamente atendiendo á los hechos puédense deducir conjeturas, que tal vez más adelante se aclaren hasta el punto de hacernos conocer la verdadera causa de los sucesos que se siguieron.

Un año después de la muerte del banquero de Orleans, D. Luis Bernáldez de Toledo y su linda y todavía joven esposa hallábanse establecidos en París en un *petit palais* de la calle de Viviene, y veíaseles en todos los sitios frecuentados por el *gran mundo*, alternando dignamente con la sociedad más escogida y aristocrática. Tenía lujosos trenes, *notables* caballos y frecuentemente su hotel, resplandeciente de luz, se animaba con el ruido de las fiestas.

X

Desde esta época hasta quince años después, los perdemos de vista para volverlos á hallar en España, viviendo en una especie de alquería, situada á media legua de Valladolid.

¿Qué causas habían motivado este cambio de localidad y de fortuna?

Y digo de fortuna, porque en su *ménage* se echaba de ver una medianía rayando casi en la pobreza. Su servidumbre se reducía á un criado viejo y á una criada casi niña; D. Luis Bernáldez de Toledo, gran aficionado á caballos, sólo conservaba uno, en el que daba largos paseos por el campo; y en cuanto á su esposa, nadie recordaría en aquella señora, modestamente vestida, á la elegante dama de *Long-Champs* y de las carreras británicas del Derby.

Sin duda París, ese monstruo que se alimenta de tantas fortunas, se había tragado la del banquero de Orleans, puesta en manos de sus herederos. Jóvenes éstos, y deslumbrados por los placeres de la gran capital, no habían podido resistir á la seducción y se arruinaron. Esta versión es la más verosímil. Pero ¿por qué vivían en los alrededores de Valladolid y de qué vivían?

Esto sí se sabe.

Viéndolos reducidos á una pobreza que ya comenzaba á ser humillante en París, y negándose la hija del banquero á establecerse en Orleans, en donde había sido rica y feliz, un tío de ésta, bastante bien acomodado, y el primo de D. Luis, de que ya hemos hecho mención, les propusieron el único partido aceptable y compatible con el orgulloso retraimiento deseado por aquel matrimonio que había venido *tan á menos.* La amnistía de 1831 abría á D. Luis las puertas de España. Su primo puso á su disposición una alquería que poseía cerca de Valladolid, y el tío de su mujer señaló á ésta una pensión vitalicia de mil quinientos francos anuales.

D. Luis aceptó esta proposición, que era una especie de limosna. Su espíritu estaba abatido; los disgustos, y tal vez los remordimientos, habían anticipado en él la vejez. Perdida la fuerza moral, le halagó la idea de la vida solitaria en que iba á aislarse del mundo, y en la cual podría entregarse de lleno á la única dicha que le quedaba.

Consistía ésta en vivir al lado de su hijo, habido en el segundo año de su matrimonio, educado en un colegio de París y que á la sazón contaba catorce años de edad. Su pariente y el de su mujer propusieron á D. Luis costear la educación del adolescente; pero él, con irreflexivo y paternal egoísmo, no consintió. Harto comprendía que obraba mal, mas no tuvo la abnegación suficiente para privarse del único consuelo y de la postrera felicidad de su existencia, en la monótona, triste y retraída que iba á comenzar para él. Se asió á su hijo como el náufrago á la tabla de salvación, y esta conducta merece tal vez alguna disculpa, porque... porque el pobre caballero, no sólo había perdido una fortuna, sino también su felicidad conyugal.

Marcial, el hijo de D. Luis, era un niño hermoso, inteligente, perfectamente educado y de carácter algo melancólico; las desgracias de su familia pesaban sobre él, y el interior de su casa no era el más á propósito para inspirarle ideas halagüeñas. Entre su padre y su madre mediaba cierta frialdad, cierto retraimiento notorio: en aquel hogar, silencioso como una tumba, no se encendía jamás el fuego del cariño. Su madre leía ó hacía labor, su padre paseaba por el campo. El joven sorprendía á ambos cónyuges en ese estado de agitación en que termina una reyerta, y oía frases aisladas, cuyo sentido comprendía vagamente.

En estos hogares tristes nacen generalmente los caracteres apasionados; Werter nunca vió sonreir á su padre.

En el corazón de Marcial sucedió lo que en casi todos los que viven en medio de otros corazones que están íntimamente ligados al suyo. Puesto el peso de su cariño entre su madre y su padre, se inclinó hacia el lado de éste, y como siempre que se da igual caso, con justicia. El adolescente comprendió que había á su lado un corazón más noble, más expresivo, más herido y más merecedor de consuelo.

XI

Nueve años después, á fin de octubre de 184..., Marcial, que estaba ya en la fuerza de la juventud, y que hacía dos años que había perdido á su madre, acompañaba al humilde cortejo fúnebre que conducía los restos mortales de su padre al cementerio del pueblo de Huertas, situado á corta distancia de su alquería.

Acompañábale un viejo criado que le había visto nacer, y ambos confundieron sus lágrimas junto á la pobre huesa en que fué sepultado D. Luis Bernáldez de Toledo.

Algunos días después de la muerte de su padre, Marcial, montado en el caballo que había sido de aquél, caminaba hacia Madrid en compañía de Bernardo, el viejo criado que cabalgada en una mula de paso, llevando en la grupa una abultada maleta, que sin duda encerraba todo el equipaje de amo y servidor.

Marcial llegó á Madrid con algunos miles de reales, producto de la venta de los enseres de su casa. Hallábase huérfano, ignorante del mundo, sin apoyo de ninguna clase, pues el primo de su padre había muerto dos meses antes, y aunque sabía que estaba entroncado con varias familias ilustres su altivo carácter le retrajo de hacer gestiones para ponerse en contacto con ellas.

El ejemplo de su padre, la vida del campo y su melancólica niñez hiciéronle adquirir hábitos de orgulloso retraimiento: Marcial tenía mucho de caballero y algo de poeta.

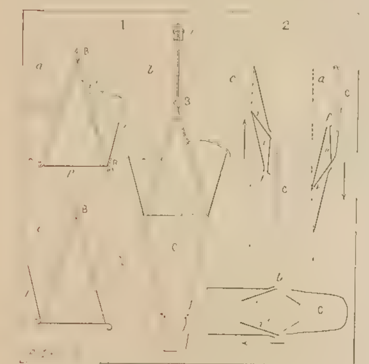
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA PESCA BATHYPELÁGICA

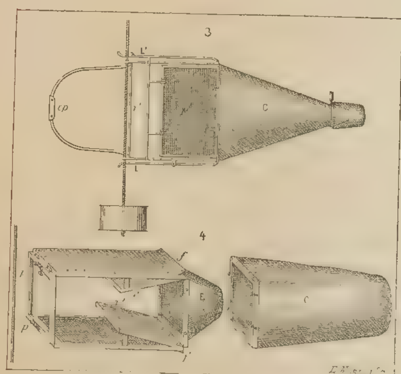
Bajo esta denominación se entiende la pesca con red fina en alta mar á todas las profundidades, pero siempre á distancia del fondo y de la superficie.

La idea de investigar cuáles son las formas de animales minúsculas y delicadas que en tales situaciones viven data de reciente fecha, y entre los varios aparatos que para llevarla á la práctica se han inventado, merecen ocupar el primer lugar los de M. Hermann Fol, que su autor describe en la revista de ciencias *La Nature* en los siguientes términos:



Figs. 1 y 2. Aparato de pesca bathypelágica. – Fig 1. Las tres posiciones de las puertas en la red de dos puertas de M. Hermann Foll, á vista de pájaro – Fig. 2. Las tres posiciones de la red bathypelágica á báscula del mismo autor.

«He aquí la descripción de mi red con postigos (figs. 1 y 3): un cuadro rectangular de hierro de 80 por 50 centímetros sirve de sustentáculo á una red C, de gasa de Zurich; la abertura del cuadro puede cerrarse por una de las dos puertas *p* y *p'* fijadas por goznes á los lados largos del cuadro y que, como éste, miden 80 por 50 centímetros. El cuadro va unido por triángulos de hierro á los anillos B por los que pasa el cable de alambre de acero. Estos triángulos están dispuestos de modo que no dificulten el juego de las puertas, y sirven de sostenes á las palancas de los cerrojos, que retienen las puertas en su posición de partida. Fuertes muelles tienden á abrir la puerta *p* (fig. 1, *a*, R), y á cerrar la *p'* (fig 1, *a*, R'); el cerrojo *v* (fig. 1, *a*) mantiene cerrada la puerta *p*, y el cerrojo *v'* abierta la *p'*. Los anillos (fig. 1, B) están formados por dos garfios, puestos en sentido inverso, que se deslizan con roce duro uno sobre otro y están mantenidos en su posición cerrada por una pequeña muesca. El aparato desciende hasta encontrar el obstáculo del extremo del cable; el choque obra sobre la palanca L (figs. 1 y 3) y suelta el cerrojo *v*. La puerta *p* se abre, y andando la embarcación á razón de medio nudo el aparato pesca sin que el cable se aparte sensiblemente de la vertical, con tal que el obstáculo del extremo del cable sea bástante pesado Cuando se considera suficiente la pesca se envía á lo largo del cable un correo de unos 2 kilogramos, provisto de un sistema de cerradura tan sencillo como los anillos, que al chocar contra la palanca L' (fig. 3) suelta el cerrojo *v'*, cerrándose así la puerta *p'* y pudiendo remontarse la red con el cable.



Figs. 3 y 4. Aparato de pesca bathypelágica. – Fig 3. La red de dos puntas en el momento del descenso, vista de perfil. – Fig. 4. La red á báscula vista de perfil, desmontada.

»Las dos puertas abiertas durante la pesca (fig. 1, *b*) forman un embudo que ensancha la entrada: cerradas, entran en una trasmalla del cuadro que hace absoluto el cierre. El aparato no puede funcionar mal sin que lo indique la posición de las puertas al recogerlo. La longitud de los triángulos de hierro mantiene la red de gasa de seda á bastante distancia del cable metálico para evitar toda rotura por rozamiento con éste.

»El aparato funciona con gran regularidad con tal que los hierros y los pasadores sean bastante fuertes para impedir las flexiones y torsiones En este punto he luchado al principio con grandes dificultades y he tenido que reforzar todos los ángulos por medio de escuadras en cantoneras. Ha sido también preciso dar á los muelles que cierran las puertas una fuerza suficiente para vencer con facilidad la resistencia del agua. Por último, la soltura de los cerrojos no queda perfectamente asegurada más que si el aparato está vertical, y para asegurar esta verticalidad se ha tenido que añadir un brazo de palanca con un plomo *cp*, que forma contrapeso al cuadro de hierro.

»Tómese una ú otra de estas redes, pues ambas son recomendables por varios conceptos, siempre resultará el inconveniente de no poder pescar más que á una profundidad determinada en cada operación. Ahora bien: las capas profundas son pobres; los animales pueden encontrarse solamente á determinados niveles, y hay gran interés en poder explorar primero por medio de un enlace de pequeñas redes una serie de niveles diferentes para saber á qué profundidad se deberá enviar la red grande con más probabilidades de éxito.

»Después de muchos ensayos he adoptado el dispositivo que indica la fig. 4, que á primera vista parecerá extraño; pero ruego al lector que no lo condene antes de haberlo probado, porque llena su objeto: en esto estriba su mérito y en esto difiere de los mejores proyectos. Se compone de cuatro cuadros de madera: dos cuadrados, de 30 centímetros de lado, y otros dos largos, de 30 por 59 centímetros, y todos están unidos entre sí por medio de charnelas, como se ve en la fig. 4. Los cuadros pequeños permanecen abiertos; los grandes llevan una tela tendida y van provistos de cuadrados suplementarios *v* y *v'*, montados en marcos largos, en posición invariable y á un ángulo de 14°, y provistos también de tela: el papel que desempeñan es el de postigos para cerrar la red. Uno de los pequeños cuadros cuadrados se fija en el cable y lleva á este efecto unas pinzas *p p* inventadas *ad hoc*: el otro lleva un cono truncado de gasa E y unos anillos destinados á retener un tercer cuadro del mismo tamaño que sostiene la red *c*. Se envía un peso de 30 á 50 kilogramos al extremo de un pequeño cable de alambre de acero y mientras éste desciende, y sin detenerlo se van fijando en él las redes sucesivamente de distancia en distancia. La resistencia del agua obrando sobre la tela tendida en los marcos largos obliga á los aparatos á tomar en el descenso la disposición indicada en la figura 5, *a*, en la que la entrada de la red se encuentra cerrada por uno de los postigos *v*. Cuando se ha soltado la cantidad de cable que se desea se hace máquina avante á razón de medio nudo y los aparatos toman la posición indicada en la figura 5, *b*, no en virtud de mecanismos complicados y expuestos á estropearse, sino espontáneamente por el simple hecho de la traslación horizontal.

»Terminada la pesca, se retira el cable, siendo muy importante que el ascenso se haga regularmente y sin pararse; por esta razón todo está dispuesto para desprender los aparatos del cable en un instante. Para mayor seguridad, se procurará mantener el barco inmóvil y verticalmente sobre el cable, cosa á menudo difícil de conseguir. Ocioso es decir que la pesca pelágica debe hacerse con buen tiempo, pero un poco de marejada no le perjudica.

»En el momento de la inmersión debe cuidarse de mantener el aparato por el fondo de la red en la primera posición (fig. 5, *a*); pues sin esto, un poco de agua de la superficie podría penetrar directamente en la red antes de que ésta se incline hacia arriba.

»Asimismo á la salida puede el aparato entreabrirse un instante si no se ha tenido la precaución de levantar la tela en el borde posterior de los marcos largos (figs. 4 y 5), de manera que se produzca un escape rápido del agua comprendida entre esta tela y la del postigo. He aquí por qué la tela de los marcos grandes aparece levantada en un extremo por cantoneras de madera (fig. 4, *f*).

»A los que quieran construir redes de báscula más grandes que las mías, he de recomendarles que busquen, no sólo por medio de cálculos, sino principalmente por la experiencia directa, cuál sea el peso necesario para que, andando el buque á razón de medio nudo, la línea no se aparte de la vertical en más de 15°: en estas condiciones es como una gasa fina tamiza mejor el agua, y el coseno de este ángulo es tan pequeño que no produce error apreciable en cuanto á la medida de la profundidad del aparato. Por lo demás, nada más fácil que medir el ángulo, pues un cable de acero con lastre suficiente permanece sensiblemente recto cuando el barco anda despacio, y las personas versadas en la pesca con cables de acero, convendrán conmigo en que esta causa de errores es de todo punto insignificante.»

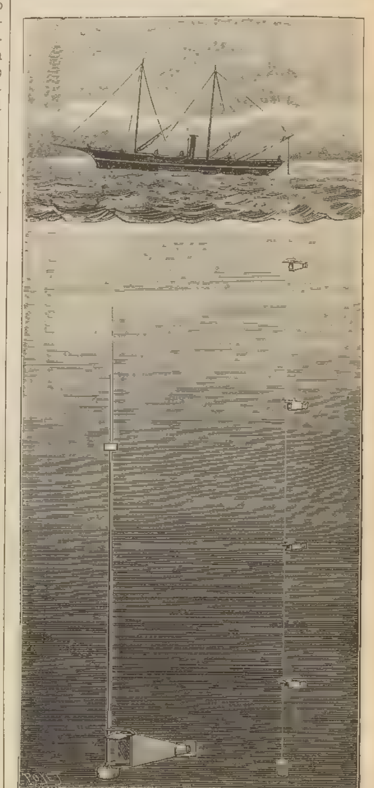


Fig 5. Modo de usar el aparato de pesca bathypelágica de M. Hermann Foll

(De *La Nature*)

LA MEMORIA

La historia nos ofrece gran número de ejemplos de memorias prodigiosas.

El italiano Scaliger aprendió en veinte días la *Ilíada*, que contiene 15.210 versos, y la *Odisea*, que cuenta también un número considerable de ellos; Lipse, profesor de la universidad de Leyda, se comprometía á recitar toda la historia de Tácito delante de una persona armada de un puñal, y con permiso para herirle á la primera falta que cometiese; Luis XIII podía, un año después de haber visto una comarca, dibujar de memoria el plano de la misma con sus menores detalles; el actor Lassaussiclere leía durante una hora todos los carteles anunciadores que se le presentaban y luego los repetía textualmente; lo que, dicho sea de paso, debía ser enormemente fastidioso. Cuéntase también que en Postdam le fué presentado

á Federico un inglés dotado de una memoria extraordinaria, y habiendo aquel mismo día Voltaire llevado al rey una composición en verso, el monarca hizo ocultar al inglés y ordenó al poeta que leyese su obra. Terminada la lectura, Federico exclamó: «Pero estos versos no son vuestros, puesto que ya me los han recitado esta mañana,» y haciendo salir al inglés, éste con gran sorpresa de Voltaire, los recitó sin equivocarse una sola vez.

En los hechos legendarios de la antigüedad es en donde se encuentran principalmente ejemplos de memorias asombrosas.

Recordemos, en prueba de ello, los de Adriano, sucesor de Trajano, Mitrídates, Temístocles, Escipión, Ciro y de tantos otros á quienes se ha atribuído el don de retener en su memoria los nombres de todos sus soldados; recordemos también que del orador Hortensio se ha dicho que habiendo asistido á una venta pública, que duró todo un día, recordó luego todos los objetos vendidos por el orden con que lo habían sido, y los nombres de todos los compradores, y que el embajador Cineas, recibido en el Senado, saludó al día siguiente por sus nombres á todos los senadores á quienes sólo una vez había visto.

Todos estos ejemplos se explican fácilmente, sobre todo por lo que á la antigüedad se refiere: en efecto, antes de que la escritura se vulgarizara, el desarrollo de la memoria era indispensable. En nuestros días se cultiva menos esta facultad, á lo menos por lo que

oca á las necesidades ordinarias, porque gracias á las apuntaciones puede prescindirse casi de ella. Sin embargo, hay una memoria que todo el mundo tiene y que muchas personas ignoran, y es la memoria de los ojos, la memoria de las cosas vistas, la del artista, la del dibujante: esta facultad les permite, por ejemplo, reproducir un adorno que sólo una vez hayan visto. Y esta memoria todos la tenemos, más ó menos desarrollada, pues todos vemos y todos clasificamos más ó menos en nuestro cerebro las cosas vistas y lo hacemos sin darnos de ello cuenta.

Pues bien: esta memoria de los ojos constituye un excelente medio mnemotécnico.

He aquí de ello algunos ejemplos.

Muchos soldados, para recordar algún artículo de las Ordenanzas procuran figurarse la página y luego el lugar que en ésta ocupa el artículo de que quieren hacer memoria.

Algunos prestidigitadores emplean el mismo medio para indicar en un libro la página y la línea en donde está escrita la cita que se les hace. Otros se hacen indicar cuarenta nombres comunes cualesquiera seguidos, que ellos repiten luego por el mismo orden en que se han pronunciado, ó al revés ó al azar, dando á cada uno el número de orden con que ha sido enunciado.

Un autor del siglo XVI llamado Muret cuenta que vió un día un corso á quien dictó dos mil palabras latinas, griegas y bárbaras que ninguna conexión guardaban entre sí, y que el corso se las repitió por el mismo orden con que las había oído. Esto nos parece un tanto dudoso, porque este mismo ejercicio practicado con solas cuarenta palabras exige ya una memoria muy bien adiestrada.

Sin embargo, gracias á la memoria de los ojos puede llegarse bastante de prisa á este mismo resultado, no para cuarenta, pero sí para una veintena de nombres, porque la dificultad aumenta proporcionalmente al número de palabras que á esa cifra se añaden.



JOSÉ VALERO, EMINENTE ACTOR ESPAÑOL
fallecido el 12 del actual (de fotografía de D. J. Martí)

Veamos cómo debe procederse.

Supongamos que el primer nombre enunciado sea *ratón:* no tratéis de recordar la palabra, sino procurad que vuestra memoria sea una placa fotográfica impresionable, haced, en una palabra, el clisé del objeto, contemplad delante de vuestros ojos el animal mismo y colgadle mentalmente del cuello un cartelón con un número 1. Tomemos un segundo nombre, por ejemplo, *sombrero:* representaos un objeto de éstos con el número 2, fijado en la copa. Supongamos que el número 3 sea *silla:* imaginaos una con el número correspondiente clavado en ella, como si fuese el precio marcado por el vendedor, etc., etc. De este modo recordaréis con facilidad la sucesión de los objetos y su número de orden y podréis nombrarlos de todas las maneras que se quiera. Repetid después este mismo ejercicio extendiéndolo á diez objetos, al día siguiente hasta doce y así sucesivamente aumentando poco á poco.

Después de algunos ensayos, el que los haga quedará sorprendido de la facilidad con que llegará á retener en su memoria veinte nombres ó más perfectamente clasificados en su mente y con su número de orden; de tal modo, que al indicarle el número, el nombre del objeto se le ocurrirá inmediatamente y viceversa.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al publicarlas, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las misma.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 2 DE FEBRERO DE 1891 — NÚM 475

OBRAS DEL CELEBRADO PINTOR FRANCES FRANCISCO FLAMENG



EN EL PIANO, cuadro de Francisco Flameng

SUMARIO

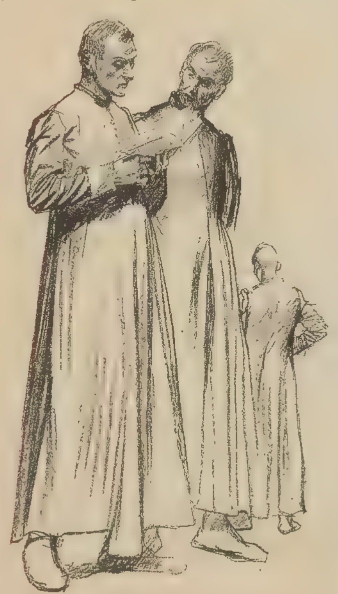
FRANCISCO FLAMENG

Al revisar ayer un informe sobre los trabajos de la Sorbona, el nombre de Francisco Flameng, con frecuencia repetido, evocó en mí todo un mundo de recuerdos.

El autor del artículo nos mostraba al joven y ya célebre artista trabajando en sus grandes pinturas decorativas, en medio de albañiles y cerrajeros, y rodeado de una nube de polvo, teniendo ante sí, plantado en un tonel, su modelo con traje del tiempo de Luis XIV, que representaba á algún Larochefoucauld ó Saint-Simón.

Seguía después una descripción de aquellas magníficas obras, universalmente admiradas en nuestras últimas exposiciones. Abelardo con su original paisaje, Richelieu como nueva creación, Rollin con su dulce poesía, San Luis y Sorbón; la imprenta, el Renacimiento, etc., etc. El crítico nos hacía ver el notable orden de tantos grandes cuadros y su magnífico aspecto en aquel centro de erudición, verdadero sartuario, joya cincelada en honor de las letras y de las ciencias. En una palabra, dispensábase á F. Flameng la justicia que merecía, colocándole en primera línea entre los mejores; y á mí me ocurrió también la idea de hablar de este artista original, resucitando los recuerdos ya lejanos de un antiguo compañerismo.

¡Veinte años han pasado! Vuelvo á ver nuestro



Estudio para el decorado de la Sorbona, por Francisco Flameng

vetusto liceo Luis el Grande, el antiguo colegio Luis XIV, con sus muros ennegrecidos, fríos y tristes, sus patios lóbregos, su vida monástica y militar á la vez, tristemente monótona;... y después, en medio de aquella profunda calma, la guerra que nos sorprende de improviso, seguida muy pronto de nuestros



EN LA PLAYA, estudio de Francisco Flameng

desastres; el sitio y el estruendo del cañón turban nuestro silencio.

Los cursos habían continuado durante el sitio.

Asistíamos entonces á las clases de MM. Perrot, Aubert y de aquel excelente M. Merlet, letrado que se distinguía por su finura y delicadeza, apasionado por el arte y la poesía. No puedo pensar aún sin profunda emoción en aquel fin de clase, en diciembre de 1870, durante el cual, sufriendo un frío terrible y mientras resonaba el siniestro y continuo rumor del cañoneo, sin que dejáramos de traducir melancólicamente un texto griego, M. Mirlet se levantó, y en términos enérgicos del más puro patriotismo, poseído de angustia, conjurónos á no olvidar nunca aquellas horas y á amar apasionadamente nuestra patria, preparando el porvenir.

Durante las horas de recreo hacíamos hilas, mientras que nuestros profesores, mitad universitarios, mitad guardias nacionales, discurrían tristemente sobre la nieve, cuya blancura hacía parecer más sucias que de ordinario las paredes del colegio. Hasta hubiérase dicho que el cielo, con su color plomizo, quería aplastarnos.

Cierto día, al ver llegar á J. Simón, entonces ministro, la clase entera se alarmó. ¿Vendría para anunciarnos nuestra libertad? Todo aquel enjambre de jóvenes, precipitándose hacia las ventanas, miraba ansiosamente á través de los vidrios amarillentos el negro grupo de nuestros profesores. El ministro hablaba; pero ¡ay!, lo que decía era que debíamos abandonar la calle Saint-Jacques; los obuses enviaban una lluvia de proyectiles contra la Sorbona y el barrio de San Miguel, y era urgente retirarse. Muchos de los nuestros se consolaban, pues al fin aquello suponía la libertad, vacaciones imprevistas; y por otra parte íbamos á ver de cerca esa cosa hedionda, pero de terrible grandiosidad, que se llama la guerra; íbamos á mirar aquellos cañones cuyo estampido resonaba detrás de nuestras paredes.

Poco tiempo después, la *Commune* diseminaba aquella juventud en los cuatro ángulos de Europa, y Flameng iba á Bruselas á comenzar sus estudios de artista, trabajando en el museo ante las obras de los Rubens, los Hals, los Rembrandt, los primitivos holandeses y flamencos, y copiando á todos aquellos maestros admirables con indecible alegría.

Cuatro años después debíamos encontrarnos uno junto á otro con la paleta en la mano, adultos ya, sentados en los taburetes del taller Cabanel, en la Escuela de Bellas Artes.

¡El taller Cabanel! ¡Qué horas tan alegres! ¡Cuánta exuberancia! En mi memoria reaparecen todos los compañeros de entonces y en primer término el más antiguo, Bastien-Lepage, con su mirada inquieta y observadora, su nariz como tallada en facetas, su cabeza cuadrada, su cabello cortado á la moda del siglo XII y su escasa barba. Ya no era el Bastien que yo había visto pasar con arrogancia sobre las murallas de París durante el sitio, soplando en una trompeta y precediendo al batallón 83, en el que servía como corneta. Era completamente otro hombre, muy juicioso, reflexivo, siempre en busca de los procedimientos que nos asombraban entonces, y revelando una escuela muy personal, cuya influencia se marca profundamente en la evolución del arte francés. ¡Pobre Bastien! Buen muchacho, sinceramente bondadoso, á pesar de su aspecto algo rudo de campesino... Y después Gervex, Rafael Collin, Buland, Carriere, Dawant, Moreau de Tours y otros cincuenta. Armando Bach era entonces macero, y Flameng el novicio, por cierto muy irregular. Algunas partes de la enseñanza oficial se le escapaban, como á otros muchos, y necesitaba independencia: junto á dibujos encantadores, muy artísticos, otros muy flojos demostraban cuánto era el enojo del joven pintor al ejecutar su tarea cotidiana. Cabanel, que le apreciaba muy particularmente, había comprendido que original é interesante artista sería en lo futuro aquel «buscador,» de imaginación inquieta, aquel *extractor* de la quinta esencia; y llegado el miércoles, día de corrección, menudeaban los sermones, y el maestro reñía á su joven discípulo. Aquel excelente hombre, á quien tan pocos han conocido bien y que otros muchos echaron á perder, era y se considerará siempre como el modelo de los profesores. Llevando el amor del eclecticismo hasta el extremo, Cabanel nos estimulaba á todos á seguir una vía personal y procuraraba obtener en el discípulo una originalidad cualquiera.

Por eso se veía prosperar en aquel gran taller á los coloristas más turbulentos junto á los tímidos y delicados dibujantes.

Apenas nuestro majestuoso maestro se presentaba en el umbral de la puerta, el estrépito cesaba como por encanto, siguiéndose religioso silencio. La revista de los discípulos comenzaba, y pasando del uno al otro, cogiendo tan pronto la paleta como el carbón, Cabanel, con la mano izquierda apoyada en su paraguas, el sombrero ligeramente echado atrás y guiñando los ojos, trazaba algún rasgo ligero, fino é intachable, que corregía la figura mal hecha, comunicándole el movimiento y el carácter, á la vez que hacía en voz baja la crítica. Todos temblaban ante aquel juez severo, aunque era la benevolencia misma; todos se mostraban contentos con el menor cumplido; mientras que Cabanel, ocultando bajo su aspecto olímpico su singular timidez y su carácter bonachón, pasaba majestuosamente entre nosotros como un maestro antiguo entre sus discípulos.



Estudio para el decorado de la Sorbona por Francisco Flameng

Una vez fuera el maestro y cerrada la puerta, el estrépito se reproducía, los gritos comenzaban de nuevo, encendíanse las pipas, y el modelo, saltando alegremente de la mesa, iba á tostarse un poco las tibias ante la vieja estufa.

¡Pobre querido y gran artista, á quien se dispensa justicia tan tardíamente! Nosotros le amábamos con ternura, y su pérdida se deja sentir cruelmente.

A pesar de sus triunfos en la escuela, Flameng no estaba contento allí; cierta timidez, disimulada bajo una expresión algo sombría, hacíale poco agradable la permanencia en el taller.

Aún me acuerdo de las estúpidas jugarretas de que nuestro amigo era objeto.

En su casa, en la calma del taller, era donde trabajaba formalmente, bajo la dirección de un artista de primer orden, su padre, Leopoldo Flameng, eminente grabador. En aquel centro elegido, consagrado enteramente al culto de las bellas obras, al arte y al trabajo, aprendía el duro oficio de pintor, no dando paz á la mano, acumulando lienzos sobre lienzos y siendo alternativamente pintor y grabador. Todos los años, el padre y el hijo, aquellos dos buenos



AGRADABLE DESCANSO, cuadro de Francisco Flameng

amigos, marchaban alegremente como compañeros á estudiar los museos de Europa. ¡Cuántas deliciosas horas pasaron así! En una de sus excursiones por Holanda encontraron á Fromentin, y fué una fortuna rara poder hablar de estética con el admirable autor de los *Maestros de otro tiempo*, de *Dominio*, obra exquisita harto poco conocida, *Un verano en el Sahara*, y el *Viaje en el Sahel*.

Fromentin, con sus grandes ojos ocultos tras unas gafas á la Chardin, examinaba, escudriñaba y disecaba los cuadros como un anatómico, volviéndolos en todos sentidos, estudiando hasta el barniz, el grano del lienzo y el tono de los preparados, á la vez que procuraba analizar los menores medios de ejecución; era un verdadero curso de química pictórica. Se censuraba á varios maestros y exaltábase á otros; pero siempre para volver al gran Holbein, como el más intachable y sincero y el de más expresión.

En 1875 Flameng exponía su primer cuadro *El facistol*; en 1876, un retrato de mujer vestida de negro, y en este mismo año el servicio militar interrumpió sus estudios. Más tarde, en 1879, nos daba *El llamamiento de los girondinos*.

Todo el mundo recuerda aún la composición verdaderamente conmovedora de aquel cuadro: en una sala baja, iluminada por escasa luz, los girondinos, reunidos en su último banquete, brindan por la libertad. Con este cuadro F. Flameng comenzaba una serie de pinturas históricas: *La toma de la Bastilla*, y después la mejor de todas, *Los Chuanes en Machecul*, que valieron al joven pintor una avalancha de diatribas más ó menos injustas. La crítica había descubierto una intención política allí donde el artista no vió sino un hermoso asunto. Siguió un *Camilo Desmoulins*, así como cierto número de otras obras, desconocidas del público y dispersas en América.

En 1879, y habiendo obtenido el premio *Los girondinos*, F. Flameng marchó á Italia, donde su talento y su personalidad debían realzarse completamente al contacto de los grandes maestros de Florencia: Boticelli, Mazaccio, Ghirlandajo, Benozzo-Gozzoli, etc. «La composición bien cruda y muy acanallada, escribió un día, he aquí lo que ahora nos ofrecen. ¡Este es el ideal! Al ver cómo desfila en nuestros salones esa multitud de pintores, contrista la vulgaridad de la concepción primera; los campesinos enlodados más de lo natural y los obreros borrachones han invadido el arte francés. Esto no alegra, y sin embargo, nada hay más interesante que lo *moderno*; lo moderno por el carácter, la presencia y... vacilo en escribir esta palabra tan gastada... por el estilo. Los grandes artistas bonachones de Florencia, furiosos modernistas, han pasado el tiempo reproduciendo lo que tenían á la vista; pero ¡con qué emoción, qué grandiosidad, qué ciencia!... Cuando se penetra en el coro de Santa María la Nueva, en Florencia, y se ven frescos de Ghirlandajo, experiméntase una emoción respetuosa, y es preciso inclinarse ante aquella manifestación sublime de un arte probo. Allí no hay ejecución; una sencillez de medios asombrosa es la causa evidente de esa belleza soberana.

»A mi modo de ver, la pintura ideal es aquella en que la ejecución desaparece, en que la belleza de las formas y de los colores es lo único que nos encanta: aligerados de las preocupaciones de oficio, procuremos llegar más allá, pasando á las regiones serenas de la Poesía, donde Ingres y Corot campean victoriosamente.»

¿No son estas líneas la mejor explicación de las pinturas de la Sorbona? Con un valor de ejecución, despréndese de esas vastas composiciones un perfume de arcaísmo y de filosofía. Es algo más y mejor que el decorado ordinario, por mucha belleza que éste tenga.

Por otra parte, facultad bien rara en nuestra época de especialistas, en la que muchos pintores se contentan con rehacer toda su vida el mismo cuadro, el talento flexible de F. Flameng sabe amoldarse á todas las formas del arte. Las cualidades naturales para la disposición, la composición y la vida, que hacen del decorado de la Sorbona un conjunto tan notable, hállanse en sus ilustraciones para las obras de Víctor Hugo ó en muchos cuadritos microscópicos.

Hace poco tiempo F. Flameng exponía en los *Mirlitones* un pequeño lienzo que llevaba por título *Bonaparte, oficial de artillería, en su buhardilla de Valence*, y que era una verdadera joya por el color y la expresión.

En el Salón último *El ejército francés en Holanda* es indudablemente uno de los mejores lienzos que ha expuesto.

En la calle de Armaillé, en medio de un vasto jardín, Francisco Flameng habita una casa muy grande y curiosa, llena de obras de los maestros antiguos y modernos. En aquel retiro, donde reinan la calma y la tranquilidad, el artista trabaja desde la mañana hasta por la noche sin tregua ni reposo, feliz y satisfecho con su suerte.

Su método es de los más sencillos, esto no obstante no me atreveré á decir que se halla al alcance de todo el mundo. Cuando le preocupa la idea sobre el asunto de algún cuadro, enciende cuidadosamente su pipa, se tiende en un diván, y reflexiona en todo sentido sobre la composición proyectada, sin detenerse hasta el momento preciso en que se desprende de su cerebro la fórmula grave y sencilla del cuadro soñado.

¡Qué deliciosas y cuán torturantes á la vez son esas horas de trabajo intelectual para aquellos que aún profesan el culto de la composición! Y sin em-



EN VENECIA, cuadro de Francisco Flameng

bargo, esas cosas se tienen poco en cuenta por muchos artistas y críticos.

Ya no se hacen cuadros, sino fragmentos cuando más; pero todo es cuestión de moda: la evolución de la estética es eterna, y muy pronto se hará justicia respecto á esos desdenes artísticos que ocultan el vacío del cerebro bajo una afectación de plan preconcebido. Sería por demás sencillo no pensar nunca.

Flameng lo ha comprendido bien; pues nunca contento, comenzando de nuevo sin cesar, borrando y demoliendo, busca siempre lo mejor y tiende al objeto más elevado.

La simpatía de muchos, la amistad de algunos y la mala voluntad de un gran número sostiénenle en la vida. Y me complazco en decir aquí lo que es ese buen compañero, ese notable artista, de talento y de corazón: uno de los mejores de la joven escuela, uno de aquellos con quien se puede contar y que se llama Francisco Flameng.

GEORGES CAIN

GROLLIER VISITANDO LA IMPRENTA DE ALDE MANUCE, EN VENECIA
Pintura decorativa para una chimenea del Grollier-Club de Nueva York, por Francisco Flameng

SECCIÓN AMERICANA

LA VIRGEN DE COPACABANA

(VIAJES POR AMÉRICA)

En la altiplanicie perú-boliviana asentada entre las dos repúblicas que fueron un día Imperio de los Incas, encuéntrase el famoso lago Titicaca, océano abreviado, desesperación de sabios y tortura de geólogos, para quienes ha sido imposible penetrar el misterio insondable con que natura ha rodeado aquella sorprendente humorada de sus ratos de ocio.


DELANTE DEL FACISTOL, cuadro de Francisco Flameng

El lago de Titicaca es un inmenso receptáculo al cual afluyen por estrechos cauces veintitrés ríos y algunos arroyos de escasa importancia.

Rodean la gran cuenca hidrográfica altas ramificaciones de la cordillera andina, que con el lagrimeo constante de sus afiligranadas crestas, coronadas de nieve, fertilizan las llanuras que circundan al monstruo.

Vese orgullosamente situado el Titicaca en la meseta del Collado entre los 15° 30 y los 17° 20 de latitud meridional y entre los 65° 14 y los 67° 11 de longitud occidental. Sus costas del N. y del O. pertenecen á la república del Perú, y las meridionales y orientales á la de Bolivia.

Tiene tan famoso lago cincuenta y cinco leguas de largo de N. á S., veintiuna de anchura media, ciento cincuenta y seis de circuito y mil doscientas leguas cuadradas de superficie.

Este mar de agua dulce, sujeto á las periódicas oscilaciones del flujo y reflujo, en cuyo seno guarda tormentosos empujes y tempestades imponentes, elévase sobre el Pacífico á tres mil novecientos quince metros.

Tiene ensenadas ó bahías para arribadas forzosas, cómodas y resguardadas, y pequeñas bocas que dan acceso á otros lagos tributarios ó hijos menores del padre común, entre los cuales pueden citarse por su extensión el Azángaro, el Chucuito y el Vinamarca. Este último, con veintiuna leguas de largo por ocho de anchura media, comunica con el jefe de la familia por el estrecho de Tiquina.

El sondeo practicado en el gran lago arroja desde diez hasta treinta brazas de calado en el interior y de cuatro á seis en las inmediaciones de la costa, ofreciendo la particularidad de carecer de bajos y de bancos que pudieran dificultar la navegación.

De su anchuroso seno álzanse multitud de islitas, una de las cuales es digna de ser mencionada por el papel que la tradición romancesca y la historia le hacen representar de consuno.

Dícenos la novela de los siglos que la isla llamada Titicaca ó Chucuito fué la primera residencia de Manco-Capac, fundador de la gloriosa dinastía incásica y conquistador á la vez que civilizador del Perú primitivo.

El Hijo del Sol recibía del astro rey sus órdenes en aquella isla, y allí mandó levantar un famoso templo, cuyas ruinas son hoy el asombro de cuantos geólogos ó viajeros curiosos las visitan

El templo erigido por el astrólatra encerraba entre sus moles de granito á las vírgenes llamadas del Sol, porque al sol dedicaban su virginidad y su vida, siendo tenidas como tesoro inmaculado de aquella generación que regía sus destinos por las revelaciones y mandatos de la astromancia

Dos leguas y media de largo por una escasa de ancho y cinco próximamente de costa forman el terruño fértil, montuoso y mal cultivado, á pesar de su agradable temperatura.

Cuando la civilización cristiana llevó la cruz al mundo que en el espacio contrabalanceaba el nuestro, sin que sospechásemos deber el equilibrio á un balancín oculto, llegaron los españoles á las orillas


EN LA CORTE DE ENRIQUE II, cuadro de Francisco Flameng

del Titicaca; y ¡por Dios que debieron asombrarse de que atajase el ímpetu de su carrera aquel brazo de mar, que tan pronto amedrenta con sus furiosas olas, como descansa tranquilo para servir de movible espejo al firmamento azul que en él se mira!

La dinastía de los Incas, tronchada y dispersa por luchas fratricidas, como cualquier dinastía europea de aquellos tiempos, vió derrumbado su poderío y su esclavitud triunfante, bajo las armas de los hombres blancos, que no eran hijos del sol, porque ni le adoraban, ni respetaban sus templos ni sus imágenes.

¡Para vírgenes de carne y hueso estaban los conquistadores!

La isla del Sol fué destinada á colonia penitenciaria durante la época del coloniaje; y desde que la independencia americana formó en el continente naciones libres, ha quedado triste, solitaria y muda, alumbrada por el astro cuyo nombre lleva hoy, engalanándose únicamente cuando á sus playas atracan

las embarcaciones que conducen algún sabio investigador, algún fotógrafo curioso ó algún viajero instruído.

No es esta la sola isla que brota de las profundidades titicaqueñas; hay otras muchas, entre las cuales merecen recuerdo por su extensión las Carlonge, Coata, Taquite y Aimantaro.

Y ya que me he propuesto dar una idea geográfica del lago Titicaca, diré que no ha podido encontrársele comunicación indirecta ni directa con el mar, ni menos al lago de Ullagas, situado en territorio boliviano, y con el cual comunica el padre eterno de los de su clase por medio de un canal llamado desaguadero, cuya anchura varía entre ciento veinte metros y legua y media, en sesenta leguas próximamente de curso.

Pues si el Titicaca no tiene comunicación con el mar, ni la tiene el Ullagas, ni menos el larguísimo cordón umbilical que los une, ¿dónde se ocultan las aguas que refluyen después de las salidas naturales y periódicas, sujetas como las del mar á la marea viva de novilunios y plenilunios?

Yo no he de contestarme; bien segura estoy de ello; y como no me ha convencido aquello de la evaporación por un lado y las vertientes andinas por otro, porque ni estas señoras gastan reloj ni son lunáticas, sigo esperando á que un genio superior á Humboldt y á Falb y á tantos otros que se han vuelto tarumbas por descubrir el misterio, vengan á sacarnos de una duda geológica, tan bella como intrincada.

¡Si tendré yo razón al decir que el lago de Titicaca con sus islas, sus golfos, sus ensenadas, sus ancones, sus pescados sabrosísimos, sus calmas, sus tempestades y sus mareas, ha sido una humorada de la naturaleza para abatir el orgullo del hombre, que se precia de averiguarlo todo!

Para que resulte más incomprensible y más grandiosa la majestad del piélago anchuroso, las consejas indígenas hanle prestado su concurso fantástico, y como artículo de fe juran los indios que cuando sus antepasados vieron sus tesoros expuestos á la rapacidad de los conquistadores, arrojaron al lago riquezas fabulosas, entre ellas la famosa cadena del Inca Huascar, construída en el reinado de Huaina-Capac, la cual cadena tenía doscientas treinta y tres varas de largo con un grueso enorme correspondiente á la dimensión, y con la que pudieran cercarse muy holgadamente seis mil personas.

Si habrán salido argonautas tras semejante vellocino, excusa preguntarse; pero lo cierto y verdad es que ni un eslabón pudieron hasta el día pescar los muchos mareantes que han echado las redes de la codicia para buscar los tesoros de Huascar.

Sobre las aguas del Titicaca, en las orillas, vense grandes manchas de *totora* (enea), con la cual construyen los indios las canoas de que se sirven para el transporte de sus frutos y ganados.

* * *

Eran las once de la mañana de un día de enero, época de torrenciales lluvias en aquellas regiones.

El vaporcito *Yapurá*, que había de conducirnos á Bolivia, quedábase fondeado bastante lejos del muelle de Puno; pues debiendo salir con la luna, no podía zarpar hasta las dos de la madrugada.

La mañana estaba deliciosa, y á no ser porque los rayos del sol cayendo perpendiculares nos producían ese vivo escozor que precede á los grandes jaleos atmosféricos, hubiéramos asegurado que nos engañaban embarcándonos al mediodía para librarnos del horroroso chaparrón que indudablemente se estaba formando en las alturas, con las absorciones del Titicaca.

Atracadita al muelle descansaba una balandra, sobre cuya cubierta veía yo moverse algo que de lejos no podía distinguir.

Pronto llegaron á mis oídos lamentos y gritos penetrantes, impregnados de melancolía, de sentimiento, de penas hondas, al parecer, y profundísimas.

Acerquéme impresionada al costado de la embarcación, y se presentó á mis ojos un cuadro tan original como curioso.

Algunos indios de ambos sexos cantaban y se abrazaban llorando á lágrima viva, como si se tratase del funeral de un emperador incásico. Las mujeres se mesaban los cabellos desesperadamente, sin dejar por esto de articular frases en un idioma gutural, ni de rimar tonadas con música monótona, aunque impresionable por lo cadenciosa y extraña.

– ¿Pero qué tienen estos infelices?, pregunté.

Las personas que nos acompañaban se echaron á reir.

– Nada, me dijeron: tienen la borrachera número uno, y están cantándose sus quejas, sus amores, sus celos y sus esperanzas.

– ¿Y por qué lloran?

– Porque en el indio las consecuencias del alcohol y de la chicha son las lágrimas y el amor.

Había entre ellos una pareja interesante: ella era casi una niña, tendría quince años á lo sumo y parecía una manzana del paraíso, de piel achocolatada con chapas de encarnado lacre después de haberlo sometido á las llamas.

Miraba á su compañero de soslayo y apenas contestaba á los gritos de doloroso entusiasmo que brotaban del pecho enamorado del indio. Lloraba éste, se desgañitaba, limpiábase á veces con el dorso de la mano y echaba otras la cabeza sobre la falda de la india.



PALABRAS DE AMOR, cuadro de Francisco Flameng

Tocóle cantar al galán, y lo hizo con voz tan conmovedora, con inflexiones tan tiernas, que rogué me tradujesen lo que había cantado.

«Dime si me amas: no me dejes morir: dímelo en esta hermosa noche de luna. *¡Ay, cunán tutita llay!* (¡Ay, qué hermosa noche de luna!). No seas ingrata, palomita, y acarícíame con tus alas.»

Así decía el indio soltando lagrimones como nueces.

La dama de sus pensamientos rompió también á llorar á gritos, demostrando el mayor desconsuelo

– ¡Se ablandó, se ablandó! ¡Le corresponde!, dijeron nuestros acompañantes, al propio tiempo que la indiecilla cogía la botella de manos del amante, la llevaba á los labios y bebía como si no fuera alcohol su contenido.

– ¡Vamos, vamos!, dejemos á esos borrachines: la *tempesta è vicina*, me dijeron.

– ¡Pero si esto es muy curioso!

– Ya se cansará V. de presenciar escenas semejantes.

Saltamos en el bote que nos aguardaba y nos dirigimos al vapor que no veíamos porque nos lo impedían las *totoras*. Como la cantidad de éstas fuese tanta que nos obstruyese el paso, pregunté por dónde romperíamos.

– Ahora lo verá V.

Y con efecto, lo vi: ya lo creo que lo vi.

La proa del bote acababa de entrar en un túnel de enea admirablemente perforado, aunque tan angosto que apenas podía el botero manejar los remos.

Tardamos unos veinte minutos en recorrer la obscuridad del canal, iluminado á ratos por las raluras de la *totora*, y llegamos al costado del *Yapurá*, un vaporcito pequeño que no carecía de comodidades ni de esbeltez.

Subimos la escala y saltamos sobre cubierta sin que nadie se acercase á recibirnos. Hombres que debían ser de la tripulación izaban la carga y trabajaban como negros, sudando el quilo. Entre ellos distinguíase uno por sus voces de mando y sus grandes botas de montar. – ¡Será un contramaestre!, dije para mis adentros.

Mi sorpresa llegó al colmo cuando supe que era el capitán. ¡El capitán! ¡Qué desencanto! ¡Yo que estaba acostumbrada á los capitanes *gentlemans*, encontrarme con aquel patrón de gabarra!

Me consolé pronto y me puse á nivel de las circunstancias.

– ¡Capitán!, le dije.

– Mande V., contestó sin dignarse mirarme.

– Yo quiero un camarote.

– ¡Camarotes! ¡Dios diera!

– Usted es gallego.

– Para servir á Dios.

– Y á mí, *home*, y á mí, porque somos paisanos.

– ¿Es V. gallega?, preguntó con gran interés dejando el trabajo, cosa inusitada en el capitán del *Yapurá*.

– *Soilo cuasimente*; de la raya de Galicia, *home*, por la parte de Asturias...

El capitán López, que así se llamaba, clavó en mí

sus ojos, y me pareció verlos empañados por un velo de humedad. Dejó el trabajo y bajó con nosotros á la cámara: aquel no era López para los que no le conocían, no era el hombre terco, inflexible y dueño de su voluntad, que surcaba el Titicaca hacía veinte años, que había sido el primero en recorrerlo con lancha y con vapor, que lo conocía más que de muchacho había conocido los caminos de su aldea y que jamás lo abandonaba ni para dar un paseo en tierra.

– ¡Vaya, vaya, gallega! Pues es V. la primera que cruza el lago; no ha pasado por él ninguna desde que yo estoy aquí. Española... alguna... sí,... no me acuerdo bien;... pero gallega, ninguna; estoy seguro. Vamos, siéntense, siéntense.

– ¿Me dijo V. que no había camarote, paisano?

Esto de paisano le supo á gloria.

– No había, pero hay el mío para V. Es decir, camarotes hay, lo que faltan son literas.

– ¿Pues qué se han hecho?

– Las he quemado.

– ¿Cómo?

– Por salvar la vida de un hombre.

– Cuénteme V. eso.

– ¡Qué curiosa la paisanita! ¡Vaya, vaya!

A López se le caía la baba.

Los presentes me llamaban domadora de lobos marinos.

– Vamos, paisano, que me muero de curiosidad.

– ¡Ja, ja, ja!

Aquello era demasiado; el capitán López se reía. ¡Oh recuerdos de la patria en tierra extraña! ¡Qué milagros operáis aun sobre la más ruda corteza!

– ¿Me lo cuenta V.?

– Pues el doctor Corral, dijo López, hizo en Bolivia la revolución al general Daza; salió derrotado, huyó y se me presentó á bordo. Lo perseguían, y yo dije: lo que es á López no se lo sacáis de entre las manos, y salí escapado; por tanto forcé la máquina, que me quedé sin combustible.

– ¿Sin carbón?

– ¡Sí, carbón! Sin *taquia*.

– ¿Y qué es *taquia*?

– El combustible que aquí se usa; la bosta de las llamas.

– ¿Y eso arde?

– ¿Que si arde? Ya verá V. cómo corremos. Pues nada, que nos cogían en aguas bolivianas, y D. Casimiro Corral tenía asegurados cuatro tiros. Pero dije yo: lo que es á mí no me pesca ningún general Daza, y hachazo por aquí, patada por allá, fuí desmantelando el vapor para alimentar la máquina.

– ¡Bravo, paisano, es V. digno de ser gallego!

– ¡Ja, ja, ja!

Con verdadero cariño nos instaló López lo mejor que pudo; también dió al chino cocinero órdenes especiales, y á la hora de la comida se nos presentó limpio y vestido con relativa elegancia. Aquello pasaba de la raya para todo el mundo.

Yo no le dejaba un pie; le seguía por la cubierta cuando daba órdenes, y me lo explicaba todo como el padre que desea instruir á una hija.

Me dijo que la brújula era cosa de brujerías, que él cruzaba y circunnavegaba el lago todos los días sin el menor tropiezo, sin más que su práctica, y que lo mismo le daban á él mareas altas que mareas bajas.

Salimos, con efecto, á la una de la madrugada, cuando se dejó ver el astro de la noche, y al día siguiente encontramos más de cien canoas de indios, que con músicas, santos y pendones cruzaban de una á otra orilla para celebrar no sé qué fiesta.

El capitán detuvo el vapor para que yo viese desfilar las canoas; suponía que los espectáculos desconocidos habían de agradarme.

A las cinco de la tarde desembarcamos en Chililaya (Bolivia), y López me dijo: «Hasta la vuelta.»

A los siete meses volví á embarcarme en Chililaya, y también me tocó el vapor *Yapurá*, cosa que yo agradecí á la Providencia.

Mis amigas de la Paz me habían recomendado muchísimo que visitase la Virgen de Copacabana si me era posible. Es esta imagen para las bolivianas, como la del Pilar para las aragonesas, la de Begoña para las bilbaínas y la de Covadonga para las asturianas.

– Paisano, dije cuando eché la vista encima al capitán López, tengo que pedirle un favor.

– Vamos á ver, contestó riendo.

– Que toquemos en Copacabana.

– No puede ser, replicó, poniéndose serio y volviéndome la espalda.

Cualquier día me achicaba yo por este exabrupto; le perseguí toda la tarde, le perseguí toda la noche; ni por esas; á las diez me dijo con enojo:

– Acuéstese usted.

– Hasta que no me diga que sí, no me acuesto.

– Pues buenas noches, y se metió en su camarote, dejándome á la luna de Valencia.

Perdí la esperanza y me acosté resignada.

Apenas rayaba el día cuando golpearon con furia á la puerta de mi cuarto.

– ¿Quién?

– ¡Arriba! Estamos en Copacabana, y si á las ocho no regresamos á bordo me marcho.

Me vestí por el aire; nos vestimos todos; entretanto ya López había anunciado nuestra visita para que nos recibiesen en el santuario con los honores debidos.

Cuando arreglada ya subí á cubierta, quedé sorprendida y admirada. ¿Dónde estábamos? A bordo indudablemente, pero no se veía el lago, habíamos fondeado en un bosque de *totoras* y teníamos delante el magnífico santuario con sus infinitos picachos de un orden raro, con mucho de mezquita y no poco de catedral, pero extraño, especialísimo y en consonancia con las montañas que le circundan.

Copacabana quiere decir en aymará *piedra de donde se ve*, y nada más cierto; la vista se extiende allí por el famoso lago, dominando un bellísimo panorama.

Entrando en el pueblo por las vías terrestres se bajan desfiladeros tortuosos, continuamente atestados de romeros, que así del Perú como de Bolivia acuden á la milagrosa imagen, depositaria de todos los secretos y consejera de todas las acciones.

Donde hoy se alza gallardo el edificio, cuya iglesia en forma de cruz mide setenta y cinco varas de largo, hubo en tiempo de los Incas un templo de vírgenes del Sol, y allí se recluía forzosamente á muchas jóvenes pertenecientes á la nobleza y á las altas dignidades del imperio.

La imagen de la Candelaria, que es la de Copacabana, fué tallada en Maguey por un indio, Francisco Titu-Yupanqui, y gracias á una pasta con que el escultor la cubriera, aparenta ser de caoba ó de otra madera fina.

Subimos al camarín, recinto no muy grande que comunica con una sacristía, lleno de joyas, lámparas y exvotos.

Al entrar en la sagrada estancia rompieron á chillar una docena de voces agudas y estridentes que rajaban los tímpanos, acompañadas por un indio que á fuerza de dar patadas á un armónium, hacíale sonar cuando el aire no escapaba resoplando por las mil aberturas que debían tener los fuelles.

– ¡Misericordia!, dije. ¿Qué es esto?

– La bienvenida, contestó el capitán, que había llevado su bondad hasta servirnos de guía

Fueron poco á poco acostumbrándose mis oídos y la música no me pareció tan ingrata. Llenaba de inefables dulzuras todo mi ser, y escuché, escuché con atención hasta embeberme circundada por una aureola de misticismo que me transportaba al empíreo. ¿Qué dirían aquellas voces? Vocalizaban, y vocalizaban perfectamente, pero yo no las entendía; cantaban en aymará... ¡Cuánto hubiera dado por ser india de esta raza en aquellos momentos!

De exaltación en exaltación, llegué á creer que la Virgen me miraba, que me sonreía, adivinando lo que mi alma estaba sintiendo. Pero yo no acertaba á contemplarla, no podía. ¡Qué cosa tan rara!

Levanté los ojos decidida á estudiar su rostro, y lo encontré bellísimo, correcto, de facciones incásicas, de color tostado, y tan expresivos y tan parleros sus ojos, que cerré los míos, reconcentrando el pensamiento para no volverme loca. A mi alrededor había unas indias que lloraban, lloraban á moco tendido, elevando suplicantes sus manos hacia la Virgen y prodigándola frases ternísimas: también rompí á llorar; me ahogaban los gemidos, y sufrí una congoja, cayendo desvanecida.

Recobré pronto las fuerzas y no quise salirme: deseaba oir la misa que á devoción nuestra iba á celebrar un canónigo amigo que allí encontráramos.

Pero apenas apareció el sacerdote revestido comenzaron las indias cantoras á entonar la misa, acompañadas á trompetazo limpio por el músico, que abandonó el armónium para coger un fagot abollado y lleno de cardenillo.

El susto que llevé fué mayúsculo al sonar el primer fagotazo: ni pude prestar atención al celebrante ni me fué posible levantar de nuevo los ojos hacia la imagen; aquello era terrible: los tenía á mi derecha pegaditos al oído, y tan pronto me exaltaban los nervios como me daban unas tentaciones furiosas de reir á carcajadas.

El canónigo, que era hombre ilustrado y amante de la música, debió tener compasión de nosotros, porque despachó la misa en un periquete; mas apenas desapareció por la puerta de la sacristía, comenzaron de nuevo el llanto y las súplicas de las indias contando sus cuitas á la reina del cielo, y comenzaron también las cantoras á despedirnos con música triste y cadenciosa como la primera.

Otra vez se me oprimió el corazón y clavé los ojos en la Candelaria. Como antes, me miraba tierna y dulcemente, sonriéndome con promesas halagadoras.

Surcaron mis mejillas las lágrimas y no pude dejar de suspirar hasta no encontrarme en la calle.

Mis amigas de la Paz me habían dicho que á la Virgen de Copacabana no se la podía mirar con los párpados enjutos, y ya iba yo creyendo que tenían razón.

Vi las joyas que constituyen el tesoro de la *indiecita*, y quedé asombrada; pero subió de punto mi asombro cuando me dijeron que habían sido sus riquezas tan fabulosas, que el general Sucre había mandado fundir y acuñar la plata y el oro el año de 1826, vendiendo al propio tiempo las joyas, que sirvieron para sacar á la patria de grandes apuros.

Cuentan á propósito de esto que un general inglés, al servicio de Bolivia á la sazón, compró en ocho mil pesos un collar de perlas para regalarlo á su prometida, y que sólo una vez pudo ésta lucirlo por habérsele inflamado la garganta, de cuyas resultas bajó al sepulcro.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día llegábamos á Puno. Era la época de los hielos.

El sol se ocultaba tras los elevadísimos cerros que cercan la población: ninguno de nosotros respirábamos; la marea estaba baja, y á pesar de esto quería el capitán atracar al muelle.

¿Cómo?

Entrábamos por un canal estrechísimo, cuyo fondo era suficiente para la quilla del *Yapurá*, pero apenas en sus angosturas cabía ésta.

El más pequeño desvío nos hubiera hecho embarrancar en el fango negro y espeso que divisábamos bajo un palmo de agua.

El capitán manejaba el timón con la vista clavada en los cerros; eran su brújula para entrar en Puno por aquel canalillo, y desafío al mejor marino del mundo á manejar una lancha en tales circunstancias.

Los pasajeros nos agolpábamos á las bordas. La proa estaba descubierta: el capitán miraba al bauprés y miraba los cerros, no veía nada más.

Nos acercábamos al muelle: unas brazas antes de llegar soltó el timón; habíamos atracado sin el menor tropiezo.

¡Y no fueron aplausos los que se ganó el gallego!

– ¿No le dije á V. que llegaríamos de día y que con marea ó sin marea saltaría V. desde el vapor al muelle?, me preguntó lleno de orgullo.

– Sí, señor; y ahora me explico que para V. sean las brújulas cosa de brujería.

Nos despedimos.

– ¿Ha prometido V. á la Virgen volver á Copacabana?, me preguntó con interés.

– No, paisano.

– ¡Viaje perdido!... ¡Y yo que la llevé á V. confiando en que se lo prometiese!

– Vaya, continuó sonriendo después de una pequeña pausa, hasta la eternidad ¿eh?; porque ni V. volverá por aquí, ni yo saldré jamás del lago Titicaca.

Le dije adiós con lágrimas en los ojos. Y la verdad es que le estaba engañando, porque yo había ofrecido volver á visitar á la indiecita de la Candelaria.

EVA CANEL

EL ARTE Y EL REGIONALISMO

No hace un año todavía, trataba yo este tan interesante como latente problema, dando principio á mi trabajo con estas frases de Bluntschli: *La desaparición de las provincias no deja, sin embargo, de destruir los caracteres originales y los gustos naturales: una gran uniformidad ahoga muchas veces la parte sana y fecunda de la vida de un pueblo.* Parecióme que no sería sospechoso de regionalismo el eminente pensador, y aun cuando refractario á toda cita en apoyo ó en contra de las ideas que sustento, por creer que, buenas ó malas, hoy se necesitan más ideas originales que textos, sin embargo, no dudé un instante en lo de transcribir esa gran verdad del autor de la *Théorie générale de l'Etat*, para no pasar ante los adversarios de la *región* como uno de tantos fanáticos que la defienden porque sí; y aún hube de agregar á lo dicho por Bluntschli lo que Dumas (hijo) dice en su prólogo de la *Femme de Claude*: *Vivimos en una época en que cada raza ha resuelto reivindicar y poseer, como quiera que sea, su suelo, su hogar, su lengua y su templo*, por parecerme que podría hacerles daño la célebre frase de Sieyes.

Prescindo al presente de lo que en mi citado tra-



LA CARTA, cuadro de G. la Monica

bajo decía respecto de la esterilidad á que en artes y literatura se ven condenadas, desde hace unos veinte años, las grandes unidades centralizadoras recientemente constituídas, como son Alemania, Italia y Austria, – y digo recientemente porque en la vida de los pueblos ni treinta ni cincuenta años son largas fechas, – para entrar de lleno en la defensa del regionalismo, hoy combatido con desesperado ardimiento por quienes debieran meditar con más calma los argumentos que esgrimen; los cuales argumentos, volviéndose contra ellos, les dejan bastante mal parados ante la verdad histórica, la científica y la filosófica. Y puesto que desde el punto de vista del arte voy á examinar esta cuestión, principiaré diciendo como hace un año: «Las grandes unidades, obligando á pensar, á sentir, á obrar, á desarrollarse con arreglo á un patrón y á un criterio á distintas razas y pueblos, llegan á determinar en éstos, bien la anulación intelectual, bien la forzosa reivindicación, señalada por sus naturalezas y por su historia. Así lo demuestran Irlanda, el Piamonte, la Toscana, el Languedoc, la Bretaña, los antiguos Estados de la Confederación germana, Cataluña y Galicia; regiones ó naciones son éstas que, unas tratando de romper la amarra centralizadora, otras disponiéndose á una campaña redentora que les devuelva la libertad necesaria para que sus organismos funcionen sin que extrañas ingerencias y distintos criterios puedan torcer, adulterar ó anular en nada el modo de ser peculiar á ellas, nos prueban que, así como la ciencia moderna considera imposible la autoridad absoluta de la monarquía, así también el desenvolvimiento cada vez más amplio de la inteligencia y la complicación cada vez mayor de las necesidades sociales rechazan el absolutismo centralizador, que aplica una misma medida al terreno llano que al montuoso.»

Y de todas las manifestaciones intelectuales, la que más sufrió y sufre con las inflexibles leyes centralizadoras es la artística. En vano los centralistas sacan á relucir entre nosotros el cristo del siglo de oro de nuestro arte. Es en vano que apoyándose en el libro de Sismondi *De la littérature du midi de l'Europe* digan que tiene razón al declarar que el carácter un tanto oriental de nuestros escritores, se le presente como grave dificultad para juzgarles con acierto, porque este carácter les aparta de los de todo el resto de Europa; y que, haciendo hincapié en tal declaración, la cual no favorece gran cosa los pretendidos conocimientos que de nuestra literatura tenía Sismondi cuando escribió su obra citada, digan que la larga residencia de los árabes en España, el sol ardentísimo *casi africano* que derrama su lumbre sobre gran parte de Andalucía, las dos Castillas, León y Valencia, *sin que templen sus rayos las montañas de las Provincias Vascongadas, Navarra, Galicia, Asturias y Cataluña*, formasen nuestra nacionalidad intelectual (1). Es en vano que se esfuercen en demostrar que nuestros grandes pintores del *áureo siglo*, son ante todo florescencias brotadas al calor de la unidad patria, y sus obras conjunto armónico de un mismo sentimiento, porque todas esas astucias tan sólo á miopes pueden convencer, como á probarlo voy ahora mismo.

Doy de lado á lo de *un tanto oriental* de nuestros escritores, porque no quiero remover los huesos del Rey Sabio, de Macías, de Juan Rodríguez, de los troveros lemosines y provenzales, de gran número de poetas de la corte de Juan XI de Castilla, ni hablar del autor de la *Atlántida*, ni de Aribau, ni de Curros, ni de Rosalía Castro; asimismo doy de lado á lo de *sin que templen sus rayos las montañas de las Vascongadas, Navarra*, etc., regiones que ocupan bastante más de la mitad del territorio ibero; ni tampoco quiero hacer constar que el movimiento regionalista no se circunscribe, como dice el señor Sánchez Moguel, á Galicia y Cataluña solamente, porque Valencia, las provincias vascas, las Baleares y Asturias, un día y otro prueban lo contrario con sus trabajos literarios y artísticos; quiero tan sólo demostrar con la historia de la pintura en la mano lo inexacto de las afirmaciones de los centralistas

Veamos nuestro arte de los tiempos medioevales. Aun dentro de la idea cristiana, las diferencias de expresión, de sentimiento, de forma, son tan notables como notables también las diferencias de las ideas políticas y filosóficas de cada región. El sentido estético y religioso de la arquitectura y de la iconología é icnografía de las provincias del Norte y del Noroeste y la de las de Castilla, Aragón y Cataluña es tan distinto como su suelo y sus abolengos étnico é histórico. Dentro del arte mismo de Vezelay y de la isla de Francia, aportado á Cataluña y Norte de España por los cistercienses, las diferencias se acentúan de visible modo, pues mientras el reformador del Císter, el singular hombre que bebía aceite creyendo que era agua, el inflexible San Bernardo, oponía casi una excomunión á la decorativa de los monumentos de su orden, por entender pagana la figura é indigna de la severidad de la iglesia de Cristo, y con arreglo á tal criterio se levantaban monumentos verdaderamente desnudos de toda otra belleza que la que pudiera prestarles la línea pesada de aquella arquitectura; por otro lado, los alientos revolucionarios de los benedictinos de Cluny venían en ayuda de los que las escuelas libres de Ripoll y Celanova daban á los mazoneros, implantando la libérrima escuela artístico-religiosa, que trazó con caracteres de un naturalismo casi heterodoxo la sátira, el epigrama, el simbolismo teológico. Ahí están Leyre, Ripoll, el Pórtico de la Compostelana, y tantos otros monumentos que atestiguan lo afirmado.

Pero las distintas regiones de la península, á su vez diéronle á este arte un carácter perfectamente ajustado á las tendencias y orígenes de raza. Mientras en las regiones de Galicia y Asturias el sentimiento generador de la obra es sombrío y terrible, y algunas veces de alto valor histórico por representar escenas como la muerte de D. Favila, y acusan un espíritu trabajado por carácter hondamente melancólico, que más entiende el concepto de Dios desde el punto de vista con que el *Dies iræ* nos le muestra, confirmando lo que he sostenido en otra ocasión acerca del carácter de la imaginería de estas regiones, en el que la variedad de mitos, no por cierto antropomórficos, acusan una mezcla de telurismo y lirismo que podría llamarse osiánico, en Navarra y Castilla, si también inspirado en sentimiento bastante análogo, tuvo sin embargo doble fisonomía, más poética dentro del concepto cristiano y dentro del concepto filosófico; como que recibieron directamente las ideas cosmopolitas del arte francón.

Pero donde el arte medioeval revistió variedad infinita – para aquellos tiempos – de manifestaciones, fué cuando el gótico dominó el centro de España, pues son muy pocos los monumentos de tal estilo que se alzaron en las regiones del Noroeste. Sería tarea larguísima reseñar cómo el epigrama, la sátira, la historia, así profana como religiosa, tuvieron cabida en las fábricas del ojivo. Sería interminable reseñar cómo las tendencias regionalistas imprimieron sello indeleble á la parte decorativa de esos monumentos, dándoles unas carácter naturalista, otras eminentemente teológico, otras tinte pagano. Quienes pretendan ver un mismo espíritu creador en esa ima-

(1) *La historia de España y los separatismos provinciales.* Luis Vidart. Ateneo. Tomo III, cuaderno 4.º



EN LAS PLAYAS DEL HAVRE, cuadro de A Stevens, grabado por Baude

(Exposición del Campo de Marte, París. 1890)



SALVE REGINA, cuadro de Luque Roselló, grabado por Sadurní

(Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1890)

ginería por muchos conceptos admirable, desistan de estudiar las manifestaciones del arte entre nosotros, porque esos son ciegos.

Las diferencias regionales desaparecen en ese mismo arte al terminar la reconquista. Desde el siglo XVI el arte es uno, obedece ya á la idea de la uniformidad, á la idea de la unidad impuesta por la política teocrática. Cesara el mazonismo con el arte ojival, y la pintura de la escuela Castellana, alentada por *Dello* y *Massacio*, después por *Sturmio* y *Van-Eyk*, en vez de seguir los distintos géneros que los mazoneros cultivaran, no pudo seguir más que el religioso. Y aun en este género se advierte un atavismo de muchas centurias. El concepto, la inspiración, más parecen de aquel siglo en que el Abad de Claraval clamaba: «Por qué, ¡oh Señor!, no has perdonado á tu pueblo!,» que no del siglo en el cual los Papas, los Médicis y tantos otros príncipes y magnates sostenían el fuego sagrado de la inspiración, perfectamente pagana, de los Miguel Angel, Rafael, Veronés, Tiziano, Vinci, etc. Desde Céspedes, Herrera el Viejo y tantos otros pintores que á Roma fueran en busca del arte renaciente con sus nuevas y distintas fases y caracteres, hasta Coello, viéronse precisados á renunciar á todo género pictórico que no fuese aquel que el espíritu intransigente del fanatismo religioso impusiera á título de reconquistador de la nacionalidad española. ¡Ay! El gran arte español, que aparece genuino bien pasado el primer tercio del siglo XVI, muere en el segundo del XVII. Y vivió esos ciento cincuenta años por la poderosa fuerza genial de los artistas que le sostuvieron, no ciertamente por la idea dominadora de la unidad, especie de mansión encantada que se fabricara á la sombra de la fe católica, la poderosa falange teocrática. El examen concienzudo de nuestra rica pinacoteca de Madrid no da otro resultado que el de admirar la potencia creadora, la virilidad, la nobleza y el realismo de nuestros pintores, desde el nombrado Céspedes hasta Coello, y deplorar el estrecho círculo en que hubieron de moverse aquellos colosos.

Y sin embargo, aún puede observarse en esos pintores del poderoso Estado español la tendencia regionalista, si obscurecida para el desenvolvimiento de los asuntos, muy clara en el procedimiento. Nadie que se precie de conocer un poco la historia de nuestra pintura ignora en qué regiones asentaron más la escuela del Norte y las italianas. Distínguese la escuela llamada Castellana de la de las provincias de Levante y ésta de la del Mediodía, con tanta claridad como la Parmesana de la Florentina, la de Brujas de la de Rotterdam.

Pero no fué esta diferencia regional bastante para detener el derrumbamiento de nuestra pintura. La uniformidad centralizadora redujo al género religioso de adoración todo el arte pictórico; y cuando la fe concluyó de enfriarse y tan sólo la hipocresía dominó en la sociedad española, ese nervio del alma dejando de vibrar, no fué ya fuente de inspiración para el pintor, aun cuando éste respirase un ambiente saturado de incienso y mirra.

Y mientras nuestra funesta centralización uniformista así ahogaba la compleja variedad del arte, la subdivida Italia, contando artistas de menor mérito, en ocasiones dadas, que nuestros Zurbaranes y Canos, nos arrollaba por la magnitud de la órbita dentro de la cual se desenvolvía el espíritu creador, y las minúsculas patrias de los Dureros, Snyders, Van-Dyk, Teniers y Rembrandt, cultivando la pintura religiosa, sabían sin embargo medir toda la importancia que, para la vida del arte, residía en el mundo humano y en la naturaleza, y mientras aquí agonizaba nuestra pintura, allí se conquistaba la luz y el género, las costumbres, la historia y el paisaje adquirían valor propio, suficiente á preparar una evolución total y á determinarle tan interesante como en realidad le vemos en el siglo XVIII.

Solamente un genio se atrevió á protestar contra la tiranía dominadora, y á esa protesta, tanto como á su talento, débele Velázquez ser hoy la admiración de propios y extraños. Si Velázquez hubiese inclinado la cerviz al yugo de la idea religiosa, su gloria no sería tan grande, porque no hubiera tenido motivos donde lucir desembarazadamente su privilegiada paleta. Los holandeses, los venecianos, son más brillantes que nuestros grandes maestros, siendo éstos superiores coloristas. ¿Por qué? Porque las paletas de éstos, forzadas únicamente á pintar los dolores del arrepentimiento que llevó á los ascetas, santos y frailes á las más extravagantes alucinaciones, no podían ir en busca de las tintas alegres que en otras ideas y en otras fases de la vida y del espíritu humano encontrarían.

Déjense de fantasmagorías los imitaristas. No vengan con la cantilena de que el derecho público desea constituir una confederación universal; de que la ciencia en sus más altos ideales tiende al cosmopolitismo; de que en Italia y Alemania, la idea de la unidad hace acallar antagonismos y preocupaciones locales, porque esto último es falso, lo segundo no es nada y lo primero no es cierto.

No parece sino que las luchas de *redentistas* é *irredentistas*, los odios de toscanos, napolitanos y piamonteses, son invenciones de desocupados; no parece sino que los Estados de Nassau, de Wurtemberg con los demás que componían la antigua Germania no protestan un día y otro contra la absorbente política imperial y muestran su descontento oponiéndose á las exigencias indispensables de un Estado hecho con astucias y sostenido con bayonetas; no parece sino que Irlanda no tendrá en breve su autonomía y su parlamento y sus leyes, y que Escocia no será autónoma también. ¿Qué tiene que ver el derecho público en su abstracto idealismo, con las leyes formadas al influjo del *territorio* del *medio natural* y de la *raza*, de que nos vienen hablando desde Hipócrates hasta Montesquieu, el que agrega á estas influencias la del *clima?* Y no hablen del arte... El arte no puede existir en Estados donde las grandes fuerzas intelectuales tienen que estar á merced de las contingencias de una política centralizadora. Hoy, convirtiendo la mirada á Italia, podemos convencernos de la esterilidad artística en que yace, juntamente con su aliada Alemania. ¿Dónde están los herederos de Donizetti, de Rosini y de Bellini, de Vagner, de Mozart, de Bethoveen, de Lessing, de Heine y Ghoete, de los Thorwalssen y Canova? ¿Qué artistas cuentan esos colosos para poner frente á los ingleses á los suecos y á los franceses?

Nuestro movimiento regional se acentúa cada vez más, y mientras el imitarismo nacional nos da dos poetas y medio, — según Clarín, — de las regiones surgen un Verdaguer y un Curros Enríquez; la pintura se repliega hacia las provincias olvidando la insípida vida cosmopolita, tan falta de colorido como de arte; la escultura hace lo mismo que su otra hermana, y la música emprende redentora peregrinación por las regiones de la península en busca de originalismos que no puede ofrecerle la epilepsia y la neurosis de los organismos cuyas fuerzas se agotan en combatir las diferencias provinciales, que son las que en algo sostienen nuestra energía contra la más horrible de las decadencias que hace muchos años viene enervándonos.

R. BALSA DE LA VEGA

NOTICIAS VARIAS

UN EDIFICIO DE 26 PISOS. — En la ciudad de Nueva York se inauguró el día 10 de diciembre último un edificio colosal, destinado á los servicios de publicación é impresión de uno de los principales diarios americanos, el *New-York-World*. Este edificio, el más alto é importante que posee una sociedad particular, consta de 26 pisos y remata en una cúpula con una linterna cuya plataforma está situada á 93 metros sobre el nivel del suelo. La impresión se efectúa en los sótanos destinados exclusivamente á las máquinas, y la composición en el piso duodécimo, lo propio que la fabricación de las materias de impresión; de suerte que los caracteres no salen nunca del lugar en donde se emplean. La superficie total de los pisos es de unos 13 000 metros cuadrados; las columnas de hierro forjado representan una longitud de 3 kilómetros y de 26 las viguetas; el peso del hierro y del acero que han entrado en la construcción se eleva á 2.300 toneladas. El edificio es todo de ladrillo, calculándose que el cubo de los ladrillos utilizados equivale al de los que entran en la construcción de 250 casas ordinarias.

LAS HERRADURAS DE PAPEL. — En las esferas militares de Alemania se estudia la sustitución de las herraduras comunes por herraduras de un papel comprimido, que á una elasticidad muy favorable para la marcha une la ventaja de ser insensible á la acción del agua y de los líquidos de las cuadras. Esta nueva herradura se compone de hojas de papel apergaminado y convertido en impermeable por la acción del aceite de trementina, fuertemente encoladas con una mezcla de trementina de Venecia, blanco de España, laca y aceite de lino litargirio. Reunidas varias hojas de papel previamente cortadas ó encoladas desde luego y modeladas por medio de un molde, se las somete á una alta presión hidráulica, y una vez seca la herradura se pule ésta con lima. También puede utilizarse una pasta de papel mezclada con arena, trementina, laca y aceite de lino litargirio, que se comprime en moldes, de modo que se obtenga, después de la conveniente desecación, una masa perfectamente homogénea é impermeable; pero la experiencia ha demostrado que las herraduras así preparadas son menos fuertes y menos elásticas que las fabricadas con hojas de papel sobrepuestas. Unas y otras pueden aplicarse con clavos ó con una cola compuesta de brea mineral y caucho.

NUESTROS GRABADOS

La carta, cuadro de G. la Monica. — Con este cuadro ha dado á conocerse, por decirlo así, un nuevo pintor italiano, salido de la escuela napolitana, que hace su presentación en el mundo del arte, no como inexperto bisoño, sino como aguerrido veterano.

El asunto de la pintura por sí solo se explica: la carta, á juzgar por la impresión que en la lectora produce, debe ser epístola amorosa, y las dos jóvenes son á no dudarlo hermanas entre las cuales no existen secretos y sí aquella confianza, aquella intimidad que tan bien sientan en corazones despertados al sentimiento por una misma madre.

La composición sin ser de alto vuelo acusa verdaderas dotes artísticas en su autor: un tema agradable, disposición graciosa de los elementos que integra, corrección en el dibujo, expresión y naturalidad en las figuras, son condiciones suficientes para justificar nuestro aserto.

El sello de elegancia y distinción que en su cuadro ha sabido imprimir demuestran que las tendencias del Sr. la Monica se ajustan á la escuela naturalista que podríamos llamar del buen tono y que tantas obras maestras ha inspirado á los pintores de todo el mundo, pero sobre todo á los franceses, quienes en la atmósfera de los salones de la alta sociedad han respirado el buen gusto que tan de alabar es en todas las manifestaciones artísticas.

* * *

Salve Regina, cuadro del Sr. Luque Roselló. (Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid, 1890). — Desde Roma envió nuestro distinguido compatriota á la última Exposición que se celebró en Madrid el cuadro que reproducimos, y bien se echa de ver que el tal lienzo en la campiña romana está inspirado, y que quien lo pintara no ha desaprovechado las buenas lecciones que en aquella artística capital se aprenden, ni ha desperdiciado las ocasiones que para el estudio ofrecen en aquel emporio de las artes bellas la riqueza y variedad de excelentes modelos.

Sin negar que algún detalle acuse cierta inexperiencia en su autor, el *Salve Regina* ofrece en su conjunto y en las más de sus partes brillantes toques y notas exquisitas que patentizan la existencia de una cabeza que sabe pensar bien y de un corazón lleno de sentimiento. El espíritu religioso que alienta en la población campesina de los alrededores de la capital de Italia está impreso en todas las figuras, cuyos rostros y actitudes guardan perfecta armonía con el estado de sus ánimos al invocar á la amorosa Madre de Dios con la hermosa salutación cuyas primeras palabras constituyen el título del cuadro.

El paisaje está bien entendido y dispuesto de modo que refuerza el interés que el grupo del primer término despierta en el espectador.

En suma, el cuadro del Sr. Luque Roselló demuestra en éste conocimientos no comunes de los recursos del arte y da á comprender que el pintor es, como vulgarmente se dice, de la pasta de que se hacen los grandes artistas.

* * *

En las playas del Havre, cuadro de Alfredo Stevens, grabado por Baude. (Exposición del Campo de Marte. París, 1890). — Nació este pintor en Bruselas en 11 de Mayo de 1828 é hizo sus primeros estudios en esa capital, en el taller de Navez, pasando algún tiempo después á París, en donde recibió lecciones de Roquelin. Comenzó pintando cuadros de historia, pero muy pronto abandonó este género para dedicarse á la pintura de las escenas de la vida elegante de la actual sociedad parisiense, y en esta nueva fase de su carrera artística ha producido verdaderas maravillas, que son precioso adorno de algunos museos y sobre todo de las galerías particulares. De los primeros, el de Bruselas posee la *Alegoría de la primavera* y *La visita* y el de Marsella el *Grupo de máscaras en Miércoles de Ceniza*. Entre sus muchos y notables cuadros merecen citarse en primer término: *Inocencia*, *El regalo de Año nuevo*, *Mañana en el campo*, *Primavera de la vida*, etc. Además ha pintado para el rey de Bruselas cuatro frescos (más tarde reproducidos al óleo) representando las cuatro estaciones del año, figuradas por medio de muchachas vestidas á la moderna.

En los Salones de París ha obtenido no pocos triunfos. Ausente de ellos durante buen número de años, presentó en el que en el Campo de Marte organizaron el año pasado los disidentes capitaneados por Meissonnier, cuya reciente muerte nunca será bastante llorada, once obras, entre ellas *En las playas del Havre*, composición hermosa, llena de luz y de vida y con agradable perspectiva, cerrada á un lado por unas cuantas casitas y perdiéndose por el otro en la inmensidad de la superficie del mar.

Las bellezas de este cuadro patentizan que los años no han hecho mella en la privilegiada imaginación y en los vigorosos alientos de este ilustre pintor, que vive actualmente en París consagrado por entero al arte que tanta fama y provecho le ha valido.



MAÑANA OS ESPERO EN CASA. (Pág. 77)

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Desde los primeros días de su estancia en la corte de España quiso pensar en el porvenir, pero le faltaba ese *empuje* provinciano, ese deslumbramiento de los esplendores sociales, esa *flexibilidad* necesaria al que pretende adquirir fortuna ó posición. Marcial tenía la levadura madrileña: desdeñaba las grandezas como si hubiera nacido entre ellas. Sin embargo, su espíritu no era bajo. La sangre de los Bernáldez de Toledo fermentaba en él exigencias aristocráticas, pero delicadas: vida lujosamente retraída, exquisitas filigranas íntimas y el noble abandono hacia las cosas vulgares de la existencia.

La altivez de carácter unida á la rectitud engendran la indolencia moral, á veces completamente independiente de la física. En Marcial había algo de la una y de la otra.

Agotados sus últimos recursos, comenzó á vislumbrar la miseria, *la miseria de levita*, la más terrible de todas. Afortunadamente se relacionó en un café con un joven, especie de urraca literaria, que se ocupaba en traducir obras francesas, el cual le proporcionó trabajo, aunque mezquinamente retribuído. Marcial, educado en París y luego por su padre, que era un cumplido caballero, poseía perfectamente los idiomas europeos más usuales, y merced á esta circunstancia pudo, aunque parcamente, atender á sus necesidades, á las de su fiel criado y permitirse además el *lujo* de conservar el caballo que había sido de su padre.

XII

Marcial estaba perdidamente enamorado de la princesa Elena, pero se limitaba á verla de lejos en su carruaje, porque ésta, convaleciente aún de su caída en el Retiro, no salía nunca á pie.

A consecuencia de sus cavilaciones amorosas y de sus prolongadas tareas, nuestro joven sufrió un ataque cerebral que le postró en cama durante algunos días. La juventud triunfó de la enfermedad, y la convalecencia fué rápida. Apenas vuelto á su estado normal y no bien se halló con fuerzas suficientes, Marcial, ansioso de ver á la que no se apartaba de su pensamiento, se dirigió hacia la morada de la princesa.

¡Con cuánta agitación y temor mezclado de esperanza se aproximó á la casa de la calle de Hortaleza, y cuál fué su angustia al notar en ella todo el aspecto de un edificio deshabitado! Las persianas de todos los balcones estaban cerradas; por las rejas de las cuadras, situadas al nivel del suelo y abiertas de par en par, no salía ya el ruido del relincho y pisadas de los caballos, ni las voces de los mozos que los cuidaban; ningún criado atravesaba el patio, y finalmente, todo anunciaba allí la ausencia de sus dueños.

Imposible sería expresar la inquietud de Marcial, que no obstante conservó alguna esperanza, no resignándose á perder de un golpe todas sus ilusiones. Resuelto á salir de dudas á toda costa, se aproximó á la puerta de la verja del patio, que estaba solamente entornada; pero al ir á entrar se detuvo dominado por su timidez.

Por fin se decidió á atravesar el patio, verificándolo precipitadamente para no tener tiempo de reflexionar, y golpeó en la puerta con un pesado llamador, de bronce.

Escuchó atentamente, pero nadie respondió.

Una vez decidido, alzando de nuevo el llamador, dejóle caer repetidas veces.

– ¿Quién es?, gritó una voz desde dentro; y luego, abriéndose una ventana situada al lado de la puerta, asomóse á ella una mujer, ya de edad, que dijo:

– ¿Qué se le ofrece á V.?

– Saber si el señor príncipe de Lodiski vive aquí todavía.

– El señor príncipe marchó á San Petersburgo hace tres días.

– ¡Gracias!, repuso Marcial haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y alejándose con apresuramiento sin oir á la portera que gritaba:

– ¡Eh, caballero! ¿Traía V. algún recado para el señor príncipe?

Luego que salió del patio, Marcial tomó calle arriba y salió al campo como en la tarde en que Elena le devolvió el libro olvidado en el Retiro. Metióse por una senda abierta en un campo sembrado, comenzó casi á correr, bien así como el corzo herido que con sus veloces carreras pretende aliviar su violento dolor, y rendido de cansancio tuvo que detenerse y sentarse en el suelo... Allí permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y al parecer sereno... ¡Pero ¡ah! qué serenidad!

¿Qué pasaría en aquel corazón despedazado?

Hubo un momento en que llevó las manos á la cabeza como si quisiera retener su pensamiento, pronto á abandonarle Luego prorrumpió en sollozos sofocados, que después dieron curso á torrentes de lágrimas y desahogaron su pecho oprimido.

¡Oh! ¡Benditas sean las lágrimas; ellas son la alegría del dolor!

XIII

Tres horas después, Marcial entraba en su casa.

Estaba situada ésta en la calle del Sombrerete, en el piso bajo de un mezquino edificio, y se componía de tres piezas muy reducidas y un patio pequeño, donde había una cuadra, en la que apenas podía revolverse el caballo del joven.

Al verle entrar Bernardo, su viejo y fiel criado, quedóse sorprendido observando la dolorosa agitación que revelaba su semblante.

– Bernardo, dijo el joven dejándose caer sobre una silla, ¿mañana es jueves?

– Sí, señorito.

– ¿Día de mercado?

– Creo que sí.

– Pues bien: mañana irás al mercado y venderás el caballo.

– ¿Qué caballo?, preguntó el criado, no seguro de haber oído bien.

– ¿Cuál ha de ser? Orión. ¿Tenemos otro acaso?

– ¡Vender Orión!, exclamó Bernardo en el colmo del asombro. ¿El caballo de su padre de V.?

– Sí, el caballo de mi padre, interrumpió el joven. La placa, la caja de oro de mi padre, el bastón de concha de mi padre; todos los objetos de algún valor.

Bernardo estaba mudo de sorpresa, y miraba á su joven amo creyendo descubrir en su semblante síntomas de locura. Aun en días de las mayores privaciones, Marcial no había querido desprenderse de aquellas prendas amadas.

– Tengo que emprender un largo viaje, repuso el joven.

– ¿Usted solo, señorito?

– Ni me atrevo á proponerte que me acompañes, porque el país adonde voy es muy lejano y poco conveniente á tu edad, sobre todo no contando con más recursos que la Providencia, ni me decido á separarme de ti dejándote abandonado.

– Señorito, dijo el fiel criado, ¿hay posibilidad de que yo acompañe á V. como siempre?

– Creo que sí.

– Este pobre viejo ¿no servirá á V. de estorbo?

– ¿Qué dices, Bernardo? ¿Por ventura puede estorbar un padre? Y tú hace muchos años que lo eres para mí.

– Pues entonces, si V. me lo permite, le serviré y le seguiré hasta el fin del mundo.

PARTE SEGUNDA

I

Una noche, terminada la representación de la ópera, el vestíbulo del Teatro Imperial de San Petersburgo estaba lleno de gente que esperaba sus carruajes.

Algunos rezagados iban saliendo del interior, y se confundían con los que ya estaban aguardando.

Estos últimos momentos de despedida no son los menos agradables. El vestíbulo de un teatro es una especie de sucursal, donde en los primeros instantes se cotizan valores y se realizan operaciones hasta entonces indecisas.

Las últimas miradas *dicen quizá la última palabra* y expresan el último pensamiento.

Los aficionados observan á las mujeres nuevas ó desconocidas, porque notoria es la diferencia que media entre la mujer sentada en su palco, en la lejanía, y la mujer cuyos ojos se ven de cerca, cuya mano ó pie pueden estudiarse; haciendo por estos y otros signos la deducción de su carácter.

El vestíbulo íbase desocupando poco á poco; no obstante, aún quedaban algunos corros, especialmente de hombres, porque todavía no habían acabado de salir los más cómodos ó menos presurosos.

Casi al mismo tiempo cesaron durante un instante todas las conversaciones, y todas las miradas se fijaron en la puerta interior del teatro.

Acababa de presentarse una linda joven envuelta en un abrigo de cachimir y en medio de dos caballeros, en el brazo de uno de los cuales se apoyaba. Era éste casi anciano, mientras que al otro difícilmente podría calificársele de joven, pues se hallaba en esa edad crepuscular conocida con el nombre de *pollería*.

–¿Qué trío es ese?, preguntó un caballero bajo, moreno, rechoncho, y que no obstante estas cualidades físicas era inglés, calándose los lentes para mirar al grupo que acababa de presentarse.

–Vuestra calidad de extranjero, milor, disculpa la pregunta; porque ¿quién en San Petersburgo no conoce al príncipe Lodiski, *factotum* y consejero íntimo del Emperador, á su preciosa hija Elena, que tiene tantas gracias como miles de rublos de dote, y al baroncito de Ignatief, sobrino del primero, y por consiguiente primo de la segunda, por lo cual parece renunciar á sus pollescos triunfos amorosos?

El que de este modo contestó á la pregunta del hijo de Albión era un joven diplomático, convaleciente, según se decía, de los desdenes de la princesa Lodiski.

Esta, durante el diálogo anterior, fuése aproximando lentamente, acompañada de sus dos caballeros, hasta llegar al comedio del vestíbulo.

La princesa estaba tan linda como la hemos conocido en Madrid: pero un airecillo de gravedad había sustituído á la infantil expresión de su semblante; cuatro meses son un siglo en la vida de la mujer, sobre todo en los primeros albores de la adolescencia.

En torno de la linda joven se formó un grupo de hombres de distintas edades, que se acercaron á saludar á ella y á su padre. Elena hablaba con todos, mirando con cierta impaciencia hacia la puerta exterior, como deseando que el ujier anunciara la aproximación de su carruaje.

De repente, y durante un momento en que sus miradas vagaban distraídas, fijáronse con insistencia en un rincón del vestíbulo. Había allí un grupo de cinco ó seis caballeros, y detrás de éstos, á alguna distancia, un joven envuelto en un paletó y casi incrustado en una columna. El grupo se deshizo precisamente en el instante en que Elena miraba hacia aquel lado, y ésta pudo ver al joven y quizá sorprender la dirección de sus miradas.

Se puso muy pálida; se apoyó más en el brazo de su padre, y luego quedóse pensativa, contestando maquinalmente á las palabras que la dirigían.

He aquí la síntexis de sus pensamientos:

«Es él; ha venido á San Petersburgo, sin duda por causa mía, para verme. ¡Pobre joven! ¡Hacer un viaje tan largo, quizá con escasos recursos! Tal vez me sigue á todas partes en los pocos días que hace que he venido. No sé qué hacer, ni cómo agradecerle su sacrificio! ¡Dejar su patria por mí! Porque indudablemente es por mí. ¿Dónde vivirá? ¿Cómo vivirá? ¡Parecía tan pobre! ¿Quién será? Tiene un aspecto muy distinguido. Me ama, no cabe duda; pero él mismo conoce los obstáculos que nos separan. Debe ser discreto. ¿Cuál será su pensamiento? ¿Qué puedo y debo hacer yo?...»

Durante este rápido monólogo mental, la princesa no pudo menos de mirar al joven, á quien el lector habrá ya conocido; pero al mismo tiempo que ella le miraba, había una persona que observaba á los dos.

–Prima, dijo el baroncito de Ignatief, ¿conoces á aquel joven que está allí enfrente, inmóvil como la sombra de Bancuo en el festín de Macbeth?

–No, contestó la princesa afectando indiferencia.

II

Tres días después en la revista semanal de un diario político de San Petersburgo se leían las siguientes líneas:

«Háblase también de un duelo misterioso entre dos jóvenes, uno de ellos extranjero, el otro muy conocido en el mundo aristocrático. Parece ser que el lance se verificó en Caterinenhof, de noche, siendo uno de los testigos un célebre cantante que con este motivo tuvo que revelar el nombre ilustre que oculta bajo el de artista. Ambos contendientes quedaron heridos, uno de ellos de alguna gravedad. ¿Quién será *ella?*»

La princesa Elena leyó estas líneas momentos después de haberla entregado su padre una carta del barón de Ignatief, en la que éste se despedía para sus posesiones de Wolhinia.

Este inesperado viaje, sin despedida personal, unido á la noticia del duelo que acababa de leer, sobresaltó á la hermosa joven, pues recordando la pregunta que su primo la hizo en el vestíbulo del teatro, referente á su incógnito adorador, receló que ambos jóvenes fuesen los protagonistas del lance de que hablaba el periódico. La ausencia de su primo, que pudiera ser un pretexto para no presentarse en público, daba visos de certeza á esta sospecha. No obstante, la princesa trató de desechar sus tristes presentimientos, fundándose en lo absurdo y novelesco de aquel duelo; mas por otra parte, conociendo el carácter loco y arrebatado de su primo, juzgábale capaz de una provocación infundada. Había en todo aquello una circunstancia que aumentaba su inquietud; según el periódico, ambos contendientes estaban heridos, uno de ellos de gravedad. ¿Quién de los dos sería éste? El barón escribía de su puño y letra, luego no era él y sí su adversario.

Elena conservó alguna esperanza aguardaron ver al joven extranjero en el teatro. En dos días no había habido función, al tercero, instalada en su palco comenzó á mirar hacia todas partes. En vano: acabóse la representación, y la princesa, que á la salida se detuvo en el vestíbulo del teatro cuanto la fué posible, volvió á su casa tristemente preocupada.

Tres ó cuatro días pasados sin ver en parte alguna al objeto de sus inquietudes y algunas palabras vagas y afectadamente indiferentes, arrancadas á amigos íntimos del barón de Ignatief, que frecuentaban su círculo, contribuyeron á aumentar la inquietud de Elena. Indudablemente alguna causa extraordinaria motivaba el retraimiento del joven extranjero. Su instinto de mujer la probaba claramente que era amada y que *no era vista* por su amante, y no bien adquirió esta última convicción, supuso como casi indudable la idea del duelo.

Este pensamiento la atormentaba Pensaba en aquel pobre extranjero, abandonado quizá, herido, muerto tal vez, y todo por ella, por seguirla lejos de su país, por amarla...

¿Dónde estaría, cómo podría saber de él? ¿Qué la era dado hacer para aliviar su desgraciada suerte?

El amor verdadero es una chispa que acaba en un incendio; mas para producir este incendio es necesario quemar mucho combustible. Las grandes pasiones nacen casi siempre de los grandes obstáculos y de las grandes contrariedades. El amor *fácil* en su base se derrumba prontamente; para sentir *la pasión* es preciso *padecer*.

La princesa Elena comenzaba á *padecer*.

III

Mlle. Brian era la modista de moda en San Petersburgo.

Tenía un magnífico almacén de novedades que ocupaba tres pisos en Perspectiv de Nersecy, y aun cuando empleaba numerosas oficialas, no se daba mano para atender á su innumerable parroquia de la corte de Rusia y de las principales ciudades del imperio.

Verdad es que la habilidad de Mlle. Brian rayaba en lo maravilloso; había sabido adunar la fantasía vaporosa de las modas francesas al severo gusto de los pueblos del Norte; había inventado ese cómodo y elegante abrigo llamado Waterproff; dió la norma para emplear convenientemente los *rulós*; supo antes que ninguna casar los colores *tórtola*, *rayo de sol*, *agua marina* é *iris* con el *amaranto bronceado de Florencia*, y finalmente adquirió la imperecedera gloria de bautizar el tafetán gris con el nombre de *color crepúsculo*.

Mlle Brian justificaba su peregrino buen gusto de un modo muy ingenioso y muy lisonjero para ella; afirmaba que la verdadera elegancia es exclusiva cualidad de las razas aristocráticas, y ella pretendía descender de la noble familia francesa de Briancourt. Un casamiento desigual de uno de los miembros de tan ilustre estirpe hizo que ésta le obligase á suprimir la última sílaba de su apellido.

Mlle. hacía doce años que estaba establecida en San Petersburgo, y nunca había querido casarse. Tenía treinta de edad y un palmito muy agradable; lo cual, unido á su habilidad, que le proporcionó una buena fortuna, atraíanla algunos pretendientes á su blanca mano, á los que ella desahuciaba después de haber mediado algunas coqueterías.

Porque Mlle. Brian era algo coqueta.

Una tarde se paró una berlina delante de la puerta del almacén de novedades de Mlle. Brian: dos señoras se apearon y entraron en la tienda.

Eran la princesa Elena y su aya. La oficiala mayor del establecimiento se adelantó á recibirlas, y dijo:

–Aunque Mlle. Brian no puede hoy recibir á nadie, creo que debo hacer una excepción por deferencia hacia la señora princesa. Voy á avisarla.

La célebre modista se daba, por lo visto, todo el tono propio de su alta importancia social.

Las dos señoras esperaron en una sala de recibo que había en la trastienda.

Momentos después presentóse la dueña de la casa.



La princesa al verla experimentó alguna sorpresa. Mlle. Briand, que de ordinario mostraba un aspecto alegre y satisfecho y un semblante rebosando frescura y salud, estaba pálida, ojerosa y triste; el primoroso esmero de su traje había desaparecido y todo indicaba en ella una mudanza extraña en su modo de ser habitual.

–¿Os ocurre alguna novedad, Mlle. Briand?, preguntó la princesa.

–Sí y no, señora princesa; contestó la modista. Hay un enfermo en casa, aunque no de mi familia.

–Vuestro aspecto indica que pasáis malos ratos.

–Cierto, señora princesa, tengo un corazón demasiado sensible. ¡Cómo ha de ser!, repuso suspirando. Dios sin duda me castiga por mi pasada alegría é indiferencia.

–No os comprendo.

–Ni yo me comprendo á mí misma, señora princesa; pero la verdad es que desde que conocí á ese joven...

–¡Ah! ¿Un joven?

–Sí, señora princesa... Pero soy impertinente. Supongo que desearéis ver los nuevos encajes de Nancy y...

–Poco á poco, Mlle. Brian, interrumpió la princesa; no me tengáis por tan frívola y por tan indiferente á vuestros disgustos. Habéis dicho que tenéis un enfermo. ¿Quién es?

–Sois muy bondadosa, señora princesa; el enfermo, ó mejor dicho, el herido, es un joven extranjero.

–¡Un joven extranjero herido!, volvió á interrumpir la princesa, cuyo corazón latía de emoción. ¿Y cómo se halla herido? ¿Quién es?

– ¡Ah, señora princesa! Ignoro la causa de esta desgracia; bien es verdad que respecto á él apenas sé nada.

– Decís que es extranjero: ¿de qué país?

– Español.

– La princesa hizo un brusco movimiento, reprimiendo una exclamación El recuerdo de su incógnito amante y del duelo surgió impetuoso en su imaginación.

– Mi querida Mlle., dijo procurando ocultar su emoción, hace tiempo que nos conocemos; vuestros pesares no pueden serme indiferentes y desearía que fueseis más explícita.

– ¡Ah, señora princesa! Lo que á mí me pasa es toda una novela; temería molestaros...

– De ningún modo, y á no ser que dudéis de mi discreción...

– ¡Qué decís, señora princesa! Agradezco en el alma vuestro interés; pero...

– Vamos Mlle., tendré una satisfacción en procurar consolaros. Estáis muy pálida y conmovida, lo cual demuestra que os suceden cosas graves. Yo soy una niña, pero Eduvigis tiene mundo y experiencia, y quizá podrá serviros de algo.

Mlle. Brian halagada por aquel *aristocrático interés* y experimentando los impulsos de su locuacidad habitual, estaba deseando hablar.

– Si la señora princesa, dijo, tiene la bondad de permitirme dar una vuelta por el cuarto del enfermo..., porque temo que mi relato sea un poco largo.

– Id, Mlle., os esperamos.

IV

La princesa aguardó la vuelta de la modista con la mayor impaciencia. Como ella no le sabía, creyó excusado preguntarle el nombre del herido; pero esta circunstancia y la de ser español, apenas la dejó dudar respecto al recelo que abrigaba. Ciertamente, aquel joven *herido español* no podía menos de ser el incógnito de Madrid y del vestíbulo del teatro de la Opera. En esta creencia, sólo la conveniencia social hízola reprimir su deseo de acompañar á la modista en su visita al enfermo, y mientras la esperaba pensó en la extraña casualidad de haber quizá encontrado á la persona origen de su inquietud durante tantos días. ¿Qué tendría que ver el joven español con Mlle. Brian? ¿Por qué ésta demostraba tan grande interés por él? ¿Se amarían quizá? Esta suposición, aunque contrariaba un tanto á la princesa, la satisfacía en cierto modo. Se conocía á sí propia; comprendía que su altivo y delicado corazón, débil contra una pasión profundamente sentida, rechazaría orgullosamente el vulgar amor de un hombre indigno de ella.

La presencia de la modista interrumpió sus cavilaciones.

Mlle. Brian dejó sobre un velador una caja de encajes que traía, é iba á abrirla, pero se detuvo al oir á la princesa, que dijo:

– Dejemos eso, luego lo veremos. Sepamos vuestros disgustos, Mlle. ¿Cómo está el herido?

– Le he encontrado durmiendo, lo cual me parece buen síntoma. ¡Pobre joven! ¡Si supierais cuánto ha sufrido, cuánto ha delirado!

– ¿Pero es grave su estado?, preguntó la princesa.

– Lo ha sido. Desde ayer el médico dice que responde de su curación.

– ¿Decís que no es de vuestra familia?

– Apenas le conozco, porque él y su criado son tan reservados... En fin, ya que os dignáis interesaros, os referiré en las menos palabras posibles la causa de hallarse en mi casa ese joven, que en mal hora vino á ella.

– Os escuchamos con la mayor atención, Mlle., dijo la princesa, cada vez más curiosa é inquieta.

La modista cerró la puerta que comunicaba con la tienda, y sentándose al lado de ambas señoras, dijo:

– Aunque mi almacén no ocupa más que los primeros pisos de la casa, tengo tomada en alquiler toda ella, accediendo á las condiciones de su dueño. El último piso me es enteramente inútil, y como está dividido en varias habitaciones, suelo subarrendarle á personas generalmente de escasos recursos, pero de estado decoroso y de buenas costumbres. Hace cerca de tres meses, á fines de agosto, admití á un joven extranjero, profesor de lenguas, y á su criado, en clase de pupilos, pero según mi costumbre, sin asistencia, y sí sólo para ocupar una de las habitaciones. Desde el momento en que le vi me interesó este joven, que se llama Mr. Marcial Bernáldez de Toledo, ilustre apellido, según su criado, y que sin duda da origen al orgulloso, aunque henévolo carácter de aquél...

La princesa experimentó un movimiento de satisfacción al oir estas palabras; su adorador, por lo menos, no llevaba un nombre obscuro.

La modista prosiguió:

– Digo que me interesó, señora princesa, porque no os podéis figurar lo simpático y lo naturalmente elegante que es. Además, tiene un gran talento, mucha instrucción, un trato sumamente fino, y para mí, que tengo buen corazón, otra cualidad: la de la pobreza, noblemente soportada; porque Mr. Marcial, es tan pobre, ó mejor dicho, se destaca tanto su estado de sus merecimientos, que inspira respetuoso y compasivo cariño. Yo no sé si fué la compasión, *ó que había llegado mi hora*, pero lo cierto es que comencé á interesarme más de lo regular por aquel pobre extranjero que tan lejos de su patria tenía que ganarse la vida á fuerza de trabajo. Hasta que él vino á mi casa, rara vez subía yo al último piso, pero desde entonces dí en hacerlo con frecuencia, y tuve ocasión de observar la parquedad de alimentos de mis nuevos pupilos y las asiduas ocupaciones á que se entregaba Mr. Marcial, pues además de dar lecciones de varios idiomas, se ocupa en hacer traducciones para yo no sé qué editor. Quise entablar relaciones algo más frecuentes y de alguna más intimidad con mi huésped, á fin de aliviar en algo su precaria situación; pero él se mantuvo siempre reservado. Intenté valerme de su criado para conocer algo de su vida pasada y el motivo de haber venido á Rusia; pero su criado es casi tan inabordable como él. Esta conducta y mi creciente interés por Mr. Marcial me tenían desasosegada, hasta que hallé un medio muy sencillo de verle y tratarle con más frecuencia.

V

– Mr. Marcial, como ya os he dicho, es maestro de lenguas. Posee perfectamente varios idiomas, incluso el ruso, que ha aprendido en el poco tiempo que lleva en este país. Le rogué que me diese lecciones de italiano, pues ciertamente es fastidioso ir á la Opera y entender á medias. El accedió, como era natural, y todos los días me dedicaba una hora, que á mí me parecía un minuto. Con este motivo fué creciendo mi simpatía y pude apreciar la exquisita urbanidad de su trato, lo cual no excluye en él cierta orgullosa reserva. Como mis fines eran buenos, así como también el móvil que me guiaba, no os ocultaré que puse en juego cuantos honestos medios me sugería mi imaginación para demostrar á mi joven maestro el interés que me inspiraba, y hasta me valí de su criado á fin de hacerle comprender mis intenciones, encaminadas á darle mi mano y una mediana fortuna honradamente ganada. Mas ¡ay!, todo fué en vano; Mr. Marcial continuó en su fría reserva, incomprensible entonces para mí, porque al cabo algunos me hallan linda, y no siempre un pobre extranjero encuentra proporciones por el estilo. Yo sabía por su criado que Marcial es soltero, huérfano y enteramente dueño de sus acciones; pero dicho criado no pudo ó no quiso nunca decirme lo que desgraciadamente he sabido después.

– ¿Habéis sabido, pues, algo referente á ese joven?, preguntó la princesa.

– ¡Ah! Sí, señora princesa. Ya veréis, prosiguió la modista. Una fatal casualidad me ha hecho comprender su indiferencia hacia mí. Mr. Marcial se retiraba tarde algunas noches. Según me dijo iba á la Opera con alguna frecuencia, y he hecho la observación que al día siguiente al que asistía al teatro estaba aún más preocupado que de costumbre; porque se me ha olvidado deciros que siempre está triste.

El corazón de la princesa latía violentamente.

– Una noche, continuó Mlle. Brian, cuando iba á acostarme, sentí el ruido de un carruaje. Llamaron á la puerta, y juzgad de mi doloroso asombro, cuando, atraída por un ruido de voces inusitado, vi á mi huésped sostenido en brazos de dos caballeros, pálido como un muerto y al parecer exánime. Dí un grito y me desmayé, porque en la camisa de Mr. Marcial vi manchas de sangre...

– ¿Estaba herido?, interrumpió la princesa.

– Sí, señora princesa, herido según parece en un duelo, cuya causa aún no he podido saber. Cuando volví en mí corrí al cuarto de mi huésped, y le hallé en la cama y á su lado un cirujano, que concluía de vendarle una herida que tenía en el costado derecho.

– De la cual está ya en vías de curación, según parece.

– Eso dice el médico, y en verdad que no he tenido yo la menor parte en este feliz resultado; pues desde el primer momento me constituí en enfermera. ¡Ah, señora princesa! ¡Qué días y qué noches ha pasado ese pobre joven y qué malos ratos me ha hecho sufrir! Mr. Marcial deliraba de tal modo que partía el corazón el oirle. Afortunadamente la violencia de la calentura ha cedido y la herida va bien. La noche en que le trajeron herido creyeron peligroso subirle á su cuarto, por cuya razón se halla en el mismo piso en que yo habito, lo cual me ha facilitado los medios de cuidarle, como, me atrevo á decirlo, no ha sido cuidado enfermo alguno, aunque pronto adquirí el convencimiento de que Mr. Marcial nunca dará á mis cuidados la debida recompensa.

– ¿Por qué razón?, preguntó la princesa.

– Por una muy sencilla, porque Mr. Marcial está enamorado.

– ¿Enamorado?

– Como un loco, á juzgar por una carta suya que he leído.

– ¡Ah!

– La noche en que le trajeron herido, su criado y yo abrimos una cómoda que tiene en su cuarto, con objeto de buscar trapos y vendas, y yo... sé que hice mal, pero excitada por el interés, cometí la indiscreción de leer una carta de mi huésped, dirigida á un amigo suyo. ¡Ah, señora princesa! Dios me ha castigado por mi mala acción, porque su lectura ha desvanecido mis ilusiones.

– Ese joven ¿habla en ella de sus amores?

– ¡Pero en qué términos, con qué fuego, con qué exaltación! Según parece está enamorado de una gran señora y se desespera por los obstáculos que se oponen al logro de su amor.

– Debe ser curiosa esa carta.

– Si queréis os la enseñaré; es decir, una copia que he sacado...

– Me parece, Mlle. Brian, dijo el aya de la princesa, que habéis hecho mal, y que la princesa no debe conocer secretos de nadie.

La princesa comprendió la advertencia de su aya. Se puso en pie, hizo una seña á la modista y se dirigió al velador en donde ésta había dejado la caja de los encajes.

Mientras ambas jóvenes los examinaban, la princesa dijo en voz baja:

– Mañana os espero en casa. Creo conocer algunos antecedentes respecto á ese joven, y tal vez el objeto de su amor. ¿Iréis?

– No faltaré, señora princesa.

– Llevad la copia de esa carta.

– Está bien, dijo la modista. ¡Ah!, repuso exaltada por una idea. Vuestro nombre, señora princesa, ¿es Elena?

– Sí.

– ¡Oh! ¿Seríais vos?

– ¿El qué?

– El nombre de la amada de Mr. Marcial es Elena...

– Id mañana á casa, Mlle. A las diez si os es posible.

Momentos después la princesa y su aya salían del almacén de modas.

VI

Aquella noche muchos de los habitantes concurrentes al teatro de la Opera notaron el aire distraído y preocupado á la vez de la princesa Elena Lodiski.

En efecto, la hermosa joven prestaba escasa atención al espectáculo y respondía por monosílabos á las preguntas que la hacían, y antes de acabarse la representación abandonó el teatro, pretextando una gran jaqueca.

Ya en su casa, despidió á su doncella y se encerró en su cuarto.

No se acostó, sino que acercando una silla al lado de la ventana, que daba al jardín, comenzó á mirar hacia fuera por entre los cristales.

Así permaneció algún tiempo sin sentir el frío de la noche, abrasada por sus pensamientos.

De repente rompió á llorar. El recuerdo de Marcial, pobre, expatriado, herido por ella, conmovióla en lo más íntimo de su alma.

Luego buscó en su pensamiento una idea de solución para aquellos amores casi imposibles; ídea que se la ocultaba con insistencia. Había en su mente un caos que no podía aclarar.

Como *la loca de la casa* es ilógicamente incomprensible, enhiló en el pensamiento de Elena todos los recuerdos más recientes, y súbito transportó á la joven al Retiro de Madrid, en una de aquellas ardientes mañanas de primavera en que jugueteaba con su perrita delante de Marcial.

En medio de la noche hallóse inundada de sol, su corazón palpitó de alegría, y olvidó los obstáculos que la separaban del joven extranjero.

Así es la jventud: rechaza el dolor como ilógico.

El reloj de la iglesia de San Isaac, que dió pausadamente las tres, hízola salir de su éxtasis. Tuvo frío y pensó en acostarse.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS TROMBAS

EXPERIMENTOS Y OBSERVACIONES

El día 6 de mayo de 1884 pude observar en la Alameda de la ciudad de Monterrey (México) una tromba terrestre notable, cuyo aspecto reproduce la figura 4.

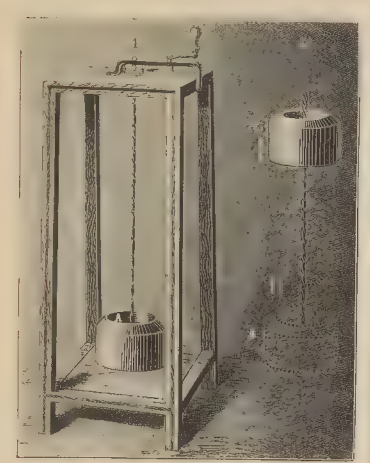


Fig. 1. Aparato para el estudio de las trombas terrestres

Tres cosas me llamaron la atención en ella: 1.°, el eje vertical de rotación del torbellino; 2.°, las espirales ascendentes; y 3.°, el polvo, las hojas secas y los cuerpos más pesados que el aire elevados en la atmósfera. Estos factores de la observación los he reproducido en el aparato representado en la fig. 1, en el que se ve un tornillo central, cuyo eje es vertical, y las espirales ascendentes. La caja cilíndrica A, provista de una tuerca, imita los cuerpos más pesados que el aire que han de subir por las espirales.

Como la tromba terrestre se forma repentinamente, yo á mi vez imprimo súbitamente por medio de un manubrio colocado en la parte superior del aparato un movimiento de rotación de derecha á izquierda al tornillo vertical y á la pieza metálica A que, al principio, se apoya en el sustentáculo inferior. Si se detiene el manubrio en el momento en que ha adquirido su mayor velocidad, la caja metálica A sube rápidamente siguiendo las espirales y se eleva con fuerza hasta la parte superior del aparato, en A' (n.° 2 de la fig. 1). Pues bien: si en el instante en que empieza la ascensión de la caja, después de parado el manubrio, movemos éste muy de prisa de izquierda á derecha, la velocidad de ascensión de la caja y la fuerza del choque aumentan. Suprímase la fuerza espiral de las trayectorias y la caja cilíndrica no subirá por grande que sea el movimiento de rotación; suprímanse, pues, las trayectorias espirales de un torbellino y éste carecerá de fuerza para levantar objetos más pesados que el aire.

Como en este aparato eminentemente sencillo los hechos del experimento concuerdan con la observación de los fenómenos naturales, paréceme interesante dar á conocer la idea que en su construcción me ha guiado.

Si se pudiese determinar cómo se elevan en la atmósfera dentro del radio de acción de un torbellino cuerpos más pesados que el aire, se conocería el secreto mecánico de ese torbellino, sobre todo si el tal secreto consiste, como creo, en la forma espiral de sus movimientos. Esto me ha inducido á dar á mi aparato (fig. 1) el nombre de *tromba mecánica*.

Después de haber estudiado el mecanismo de las trombas terrestres y queriendo ensayar la aplicación de los mismos principios al agua, decidíme á abordar el examen de las trombas marinas.

El aparato representado en la fig. 2 sirvióme para aparato, un movimiento de relojería hace mover el cono abierto que está sumergido en el agua contenida en la caja: la transmisión se obtiene por medio de una correa sin fin que mueve una polea relacionada con un mecanismo sencillo que produce la rotación del cono vertical alrededor de su eje.

Para hacer el experimento se coloca en su puesto el cono (fig. 2, n.° 2) que, al funcionar el mecanismo, adquiere una gran velocidad de rotación, por cuya virtud el agua sube deslizándose sobre la pared inferior de aquél y se escapa por la superior en forma de lluvia parabólica (fig. 2, n.° 1). A nuestro modo de ver, este experimento produce una verdadera tromba de agua en miniatura con todos sus caracteres distintivos.

En nuestra opinión, el fenómeno se produce en la naturaleza de la manera siguiente. El sol calienta el aire en un punto cualquiera de la atmósfera, lo enrarece y lo hace subir: el aire que rodea ese punto se precipita centrípetamente, y entonces, por virtud del choque de las corrientes aéreas, surge el movimiento de torbellino precisamente en el punto por donde la absorción se verifica. El remolino queda formado, siendo invisible si sólo de aire se compone, y visible si en su masa entran el polvo terrestre ó los vapores ó polvillos de agua del mar.

La fuerza centrífuga, generatriz de las espirales ascendentes que á medida que se eleva encuentra menos resistencia en las capas de la atmósfera, se ensancha en la parte superior del remolino, dando á éste su forma cónica.

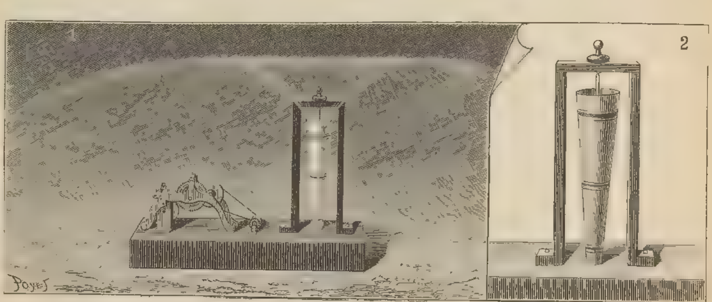


Fig 2. Aparato para el estudio de las trombas marinas

mis experimentos. Pero antes de entrar en explicaciones acerca de su modo de funcionar, es necesario recordar los caracteres de una tromba marina ascendente. Caracterizan á ésta por regla general una columna cónica que se eleva de la superficie del mar y la forma parabólica de la lluvia que produce. La figura 4 representa ese grandioso fenómeno de la naturaleza, cuyo equivalente es mi aparato reproducido en la fig. 2. La disposición de éste es en alto grado sencilla: á la izquierda, sobre la caja que sostiene el

El tubo cónico del aparato que denomino *tromba hidráulica* tiene en realidad su parte inferior formada por el agua en que está sumergido, siendo en cierto modo un tubo cerrado. La columna de aire, gracias al movimiento de rotación del tubo, asciende y produce el enrarecimiento, factor esencial de todo torbellino y de toda tromba de mar.

Dr. Martínez Ancira (México)



Fig. 3. Trombas marinas observadas en el Océano Atlántico



Fig. 4. Tromba terrestre observada en la Alameda de Monterrey (México)

***

PROYECTO EXTRAORDINARIO

APARATO PARA LAS CAÍDAS DE 300 METROS

He aquí una idea acerca de la cual nos parece interesante conocer el sentimiento público y que recomendamos á los ingenieros americanos, ahora que van á empezar los trabajos de la Exposición de Chicago. Trátase de un artificio que las grandes torres, actualmente en moda, permitirían realizar.

Conocida de todos es la sensación particular que se experimenta cayendo verticalmente desde cierta altura, descendiendo en trineo una pendiente muy rápida, y sobre todo bajando en un ascensor á gran velocidad. Una caída vertical rápida es causa de emociones fisiológicas que determinadas personas sienten con gran intensidad.

Pues bien: si esta caída toma carácter de excepcional grandiosidad, hará nacer en el ánimo del público una mezcla de deseo y de temor de exponerse á ella, que constituirá una nueva fuente de emociones análogas á las que producen los columpios, las montañas rusas, la vista de los abismos, etc.

Tal es el campo cuya explotación indicamos.

Una torre de varios centenares de metros de altura y una caja cerrada constituyen los elementos de este espectáculo. La maniobra es sencilla; los aficionados son introducidos en la caja que luego se deja caer libremente desde lo alto de la torre. A los cien metros de caída la velocidad adquirida es de 45 metros por segundo; á los doscientos, de 65, y á los trescientos, de 77. Téngase en cuenta que los tre-

nes más rápidos apenas corren á razón de 30 metros por segundo, y que la velocidad en los descensos en los pozos de las minas nunca excede de 15.

Para hacer práctica esta maniobra, basta recoger sanos y salvos á los viajeros al término de su caída, y poder remontar rápidamente la caja.

Por lo que hace á la primera condición puede satisfacerse dando á la caja la forma de bala de cañón con la punta muy larga y pronunciada y recibiéndola en un pozo lleno de agua de suficiente profundidad.

M. Ch. Carron, ingeniero de Grenoble, ha estudiado analíticamente las condiciones en que se efectuaría la penetración de ese proyectil en el agua y las reacciones que habrían de soportar los viajeros: las conclusiones de este estudio demuestran que nada se opone, ni teórica ni prácticamente, á la construcción de este aparato y á su funcionamiento para las caídas hasta de 300 metros.

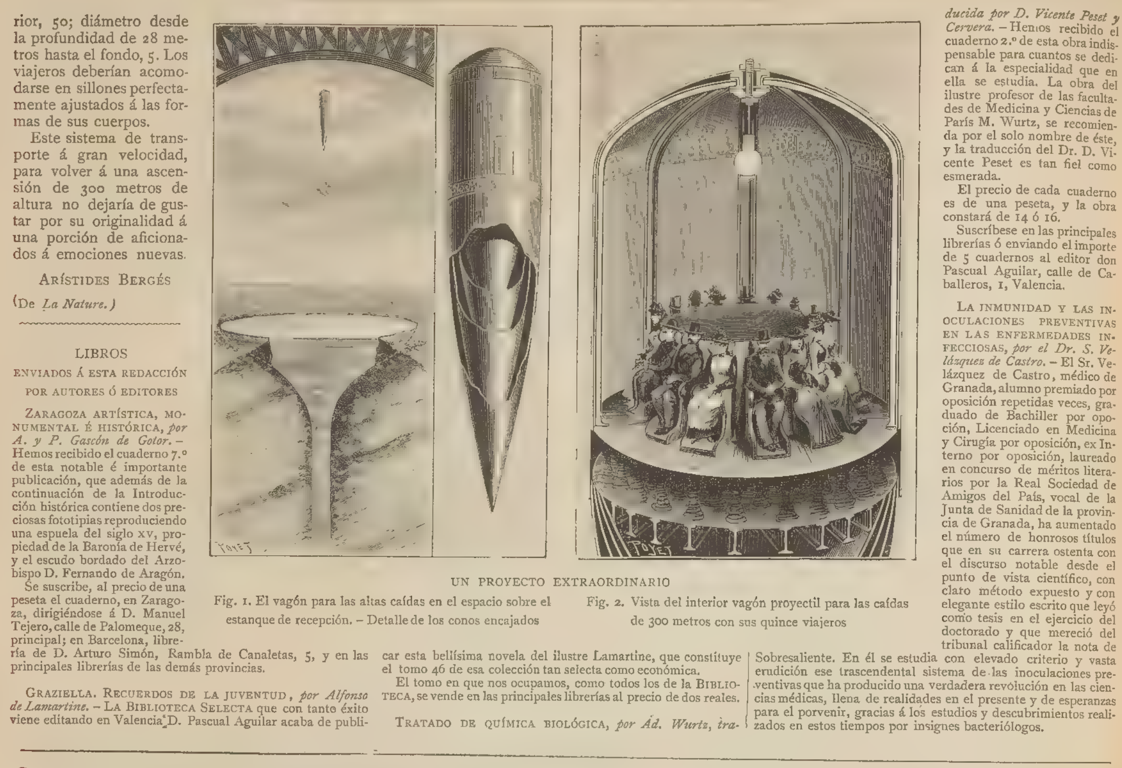
Los grabados que reproducimos permiten conocer el aspecto general de este proyectil que puede contener quince personas para la caída indicada. Las dimensiones principales de la instalación habrían de ser: cámara, diámetro interior 3 metros, altura 4; colchón, altura 0'50 metros; peso total, 11 toneladas; desplazamiento del proyectil enteramente sumergido, 31 toneladas. Pozo en forma de copa para champagne con pie hueco (forma cuyo perfil ha sido determinado de modo que la ola producida por la inmersión del proyectil no rebase los límites del pozo), profundidad 55 metros; diámetro en la parte supe-

rior, 50; diámetro desde la profundidad de 28 metros hasta el fondo, 5. Los viajeros deberían acomodarse en sillones perfectamente ajustados á las formas de sus cuerpos.

Este sistema de transporte á gran velocidad, para volver á una ascensión de 300 metros de altura no dejaría de gustar por su originalidad á una porción de aficionados á emociones nuevas.

ARÍSTIDES BERGÉS

(De *La Nature.*)





UN PROYECTO EXTRAORDINARIO

Fig. 1. El vagón para las altas caídas en el espacio sobre el estanque de recepción. – Detalle de los conos encajados

Fig. 2. Vista del interior vagón proyectil para las caídas de 300 metros con sus quince viajeros

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido el cuaderno 7.º de esta notable é importante publicación, que además de la continuación de la Introducción histórica contiene dos preciosas fototipias reproduciendo una espuela del siglo XV, propiedad de la Baronía de Hervé, y el escudo bordado del Arzobispo D. Fernando de Aragón.

Se suscribe, al precio de una peseta el cuaderno, en Zaragoza, dirigiéndose á D. Manuel Tejero, calle de Palomeque, 28, principal; en Barcelona, librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías de las demás provincias.

GRAZIELLA. RECUERDOS DE LA JUVENTUD, *por Alfonso de Lamartine.* – LA BIBLIOTECA SELECTA que con tanto éxito viene editando en Valencia D. Pascual Aguilar acaba de publicar esta bellísima novela del ilustre Lamartine, que constituye el tomo 46 de esa colección tan selecta como económica.

El tomo en que nos ocupamos, como todos los de la BIBLIOTECA, se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ád. Wurtz, traducida por D. Vicente Peset y Cervera.* – Hemos recibido el cuaderno 2.º de esta obra indispensable para cuantos se dedican á la especialidad que en ella se estudia. La obra del ilustre profesor de las facultades de Medicina y Ciencias de París M. Wurtz, se recomienda por el solo nombre de éste, y la traducción del Dr. D. Vicente Peset es tan fiel como esmerada.

El precio de cada cuaderno es de una peseta, y la obra constará de 14 ó 16.

Suscríbese en las principales librerías ó enviando el importe de 5 cuadernos al editor don Pascual Aguilar, calle de Caballeros, 1, Valencia.

LA INMUNIDAD Y LAS INOCULACIONES PREVENTIVAS EN LAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS, *por el Dr. S. Velázquez de Castro.* – El Sr. Velázquez de Castro, médico de Granada, alumno premiado por oposición repetidas veces, graduado de Bachiller por oposición, Licenciado en Medicina y Cirugía por oposición, ex Interno por oposición, laureado en concurso de méritos literarios por la Real Sociedad de Amigos del País, vocal de la Junta de Sanidad de la provincia de Granada, ha aumentado el número de honrosos títulos que en su carrera ostenta con el discurso notable desde el punto de vista científico, con claro método expuesto y con elegante estilo escrito que leyó como tesis en el ejercicio del doctorado y que mereció del tribunal calificador la nota de Sobresaliente. En él se estudia con elevado criterio y vasta erudición ese trascendental sistema de las inoculaciones preventivas que ha producido una verdadera revolución en las ciencias médicas, llena de realidades en el presente y de esperanzas para el porvenir, gracias á los estudios y descubrimientos realizados en estos tiempos por insignes bacteriólogos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 9 de febrero de 1891 — Núm 476



DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN, eminente escritora española contemporánea

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

SUMARIO

EL CARNAVAL DE MADRID

I

En San Petersburgo llaman á la de Carnaval *la semana loca*, como si en las demás del año todo el mundo procediese con juicio, y no hubiera incendios intencionados y fechorías nihilistas. Por eso me parece más gráfica y filosófica la frase de *luna de la verdad* con que califican los chinos á esa época en que el que más y el que menos se cree autorizado para cometer excesos. En efecto, el Carnaval es una especie de borrachera, y depuesta la hipócrita máscara social, la humanidad se muestra á través de la carátula tal como es, asomando el corazón á los labios. Dicen que el Carnaval degenera en todas partes: que es como un viejo que alardea gracias juveniles y se pone en ridículo; y debe ser así, y es natural que así sea. Porque á las tradiciones las sucede lo que á los individuos: en la infancia son graciosas y espontáneas, cualidades que pierden á medida que van haciéndose viejas. El Carnanal antiguo de Roma, de París y aun de Madrid era general: en él no había espectadores porque todos eran actores. Ahora son una pobre farsa en la calle y una diversión deslabazada bajo techado. De carnavales callejeros sólo queda el de Mónaco, que es una lujosa exhibición de tonterías y como una especie de reclamo de ruleta.

¡Qué Carnaval antiguo de Roma! Yo no le he visto, pero me lo figuro. ¡Aquellas pedreas de dulces, aquellas transtiberinas y napolitanas compitiendo con las patricias en belleza y travesura, las farsas artísticas, las carreras de caballos en el Corso, los bandidos de la campiña entrando en la ciudad disfrazados, aquella algarabía en la lengua más hermosa de la tierra!

Pero si no el de Roma, he visto el Carnaval de París hace treinta años, y en verdad que merecía verse. Como los parisienses son farsantes de por sí, tenían poco que esforzarse para que resultara una farsa de alto relieve. Soy viejo, he visto algo, me figuro los ventisqueros alpinos, las antiguas inundaciones holandesas, las crestas del Himalaya; pero lo que no cabía en mi imaginación hasta que lo hube presenciado, fué el final del baile de la Opera, el martes de Carnaval, hace treinta años.

Porque la imaginación reconstruye por inducción lo grande por lo pequeño, y puede figurarse el Chimborazo viendo el Cerrillo de San Blas; pero no caben en aquélla las diferentes manifestaciones de seis mil locos poseídos de la misma locura.

Sin embargo, creo que hace años, el de Madrid era superior á todos los Carnavales.

II

En las postrimerías del Reinado de Fernando VII estaban prohibidas las mascaradas, y cuando después de la muerte del Rey alzóse esta suspensión, el pueblo madrileño se desbordó como un río que rompe sus diques. Durante dos meses había veinte bailes de máscaras diarios, en que se compenetraban todas las clases sociales que más tarde habían de afluir á los famosos bailes de Villahermosa. ¡Qué bailes éstos (por supuesto con careta), en los que se codeaban las tres veces duquesas con la *Corredera*, la *Juana Manojos* y otras chulas rebosando gracia madrileña! ¡Qué frases, qué bromas, qué contrastes! ¡Aquella sí que era la *luna de la verdad!*

Y cuando terminó la guerra civil y el país se repuso un tanto de los pasados desastres, llegó á su colmo el carnaval callejero. Las altas clases ayudaron al pueblo á divertirse: duquesas y chisperas, grandes de España y tripicalleros vistiéronse de mamarracho, y formaron comparsas y se completaron compenetrándose. Nadie tuvo el mal gusto de exhibir trajes elegantes é historiados; para eso se ven dramas ó comedias de magia: el Carnaval debe ser una mueca, una pesadilla de la imaginación desbordada, espontánea, grotesca; sinfonía chillona de notas discordantes, como lo es el espíritu de la humanidad.

Por eso creo superior el Carnaval de Madrid á todos los Carnavales.

Desde las siete de la mañana del domingo de Carnaval comenzaba el jaleo, que había tenido su correspondiente prólogo con los bailes del sábado. A dicha hora ya hormigueaban las comparsas, síntesis de la vida madrileña, que se reduce á dar y pedir. Después de profundas investigaciones, los madrileños han descubierto que para divertirse en regla se necesita dinero, y que gastando el del prójimo es mayor la diversión. No sé si el siguiente cuento es nuevo, pero encaja aquí como de molde:

Dos gallegos que salieron de su pueblo en el mismo día con dirección á Madrid, se separaron en el camino y volvieron á encontrarse en el Puente de Segovia:

– ¿Qué tal el viaje?

– Bien.

– ¿Has gastadu mucho?

– Un real.

– ¡Habrás venido gulusineándote!

– ¿Pues comu?

– Purque yo salí del pueblo con duce reales y llegu con catorce.

– Habrás venidu pidiendu.

– ¡Pues no, que vendría dandu!

Pues bien: una parte, y no floja, del pueblo de Madrid, para golosinearse en el Carnaval emplea el procedimiento del gallego del cuento; y ahora hablo en presente, porque la animación carnavalesca ha decaído, pero las comparsas siguen boyantes. Aunque ruja el aquilón, ó nieve más que en Siberia, ó llueven pulmonías y gota serena, las comparsas de moros, valencianos, aragoneses, gallegos, danzantes de Getafe y Alcorcón, magos, vampiros, pajes de la edad sin medias, estudiantes é indefinidos pululan desde las siete de la mañana, sobresaliendo, por supuesto, las de estudiantes más ó menos auténticos, de esos que se toman vacaciones cuando les parece para silbar á la autoridad.

¡Qué muchachos más ingeniosos! ¿Saben ustedes cuánto gasta el que más para comer, beber, jalearse y bailar durante la semana de Carnaval? Pues cincuenta céntimos, y esto por el lujo de afeitarse y rizarse el pelo; porque eso sí, no se concibe un postulante sin el pelo rizado. Cumplida esta formalidad á las seis y media de la mañana, ya sólo tienen que ocuparse en recolectar dinero. Sus primeras víctimas son las criadas y amas de llaves que van á la compra, especialmente estas últimas, que se esponjan al oirse piropear. No hay que decir después, cuando la circulación de gente se hace mayor; los postulantes acosan al transeunte aunque vaya por la Unción, se cuelan en las tiendas, trepan á las rejas y entresuelos y reparten sablazos á diestro y siniestro, agotando raudales de verbosidad; pero eso sí, siempre con el pelo rizado y el traje más ó menos negro, con golpes amarillos, que recuerda los paños tumularios.

¡Son tan simpáticos los estudiantes! En ellos ve la patria un porvenir de gloria y de silbas.

III

Hace años Madrid á las cuatro de la tarde del domingo y martes de Carnaval era un hervidero de mamarrachos y de estrépitos que hacían presentir las melopeas de Wagner. Las máscaras brillaban por su inocencia ó por su barbarie: el cieno social salía á la superficie simbolizado en andrajos, felpudos sucios y escobas indefinibles. Los hombres se vestían de mujeres y éstas de hombres, como si quisieran explorar los misterios del sexo opuesto. La imaginación desbordaba en necedades. En tales días no había murguistas, ni mendigos, ni ladrones, porque todos ellos disfrazados con sábanas y colchas, se apoderaban de lo ajeno á voluntad de su dueño.

Hoy los mamarrachos aislados van desapareciendo, pero la animación continúa. Cada año hay más comparsas, porque cada vez hay más vicios, y éstas tienen la seguridad de poder satisfacerlos poniendo en contribución á todo el mundo, incluso al jefe del Estado. Madrid, decidido á divertirse y como pesaroso de que el Carnaval se vaya evaporando, aún acude á los escasos trapos como toro voluntarioso. Parece que la población se triplica con gente venida de los antípodas, para apretarse y zangolotearse en espacios que son inmensos y resultan reducidos.

En tales días, los coches, cuya hilera empieza en la Puerta del Sol y acaba no se sabe dónde, no son coches, sino balcones ambulantes, que van moviéndose lentamente: los hay que á las siete de la noche, no han podido llegar al comedio del paseo de Recoletos. Pero hasta en los tiempos democráticos existen privilegios: mediante licencia, que cuesta algo cara, los carruajes de los privilegiados de la fortuna circulan libremente por todas partes, proporcionando desazonada envidia á los pretenciosos que no quieren ó no pueden pagar. El centro del paseo es, pues, el objetivo de toda la curiosidad. Todavía allí algunos elegantes disfrazados de mamarrachos asaltan los coches que ostentan insolentemente su licencia, dando bromas más ó menos ingeniosas; y no hace mucho que aquel centro ofrecía un espectáculo monárquico-democrático sin igual. El carruaje del penúltimo rey, *sin miedo* y no me atrevo á añadir *sin tacha*, era asaltado por racimos de máscaras, arrastrando así la realeza y el Carnaval. Hoy sólo la infanta Isabel se atreve á penetrar en el *pandemonium*.

Pero el carnaval pintoresco se exibe especialmente en los barrios extremos. Allí aún continúa la gran diversión: «Miste, me decía una chula el año pasado, á mí lo que más me gusta es mantear al pelele; *me se* figura que es mi marío.» ¡Y qué manteadoras, cielo santo! Yo creo que si los peleles pudieran pensar y sentir, sentirían cierta fruición en medio de su manteamiento.

Esto de los peleles me trae á las mientes una anécdota histórica que prueba que hasta el hombre más chapado suele ser pelele de la mujer.

Hace dos años un joven estudiante de Logroño se enamoró perdidamente de una prendera de *las Américas*; pero como no era ni suficientemente guapo ni suficientemente rico, siempre oía en respuesta á sus amorosos ruegos frases del tenor siguiente:

«Vaya, acuéstese usté, que está resfriado.»

O bien:

«¿Quie usté limpiarse, que está de huevo?»

El logroñés, impulsado por su pasión, insistía. El Carnaval se acercaba, y entonces se la ocurrió una idea á la prendera. Sabía que su pretendiente era muy hombre y que tenía mucha vergüenza, y por lo tanto, le dijo:

– Oiga usté, las damas tenemos que probar á nuestros cabayeros. ¿Quie usté que yo le cale como á los melones?

– Pero, ¿á qué viene eso, cuando sabe usted que mi alma y mi corazón y mi vida y todo yo soy de usted?

– Pues vamos á verlo.

– ¿Cómo?

– El martes de Carnaval va usté á dejarse mantear por mí y por cuatro amigas de confianza.

– ¡Eso es imposible!, exclamó el enamorado encendido de vergüenza.

– Pues si es imposible, también lo son otras cosas. ¡Abur y al avío!

El pobre estudiante anduvo loco dos ó tres días. El domingo de Carnaval se encontró con su adorada, ¡y cómo se la encontró, con aquella mata de pelo y aquellos ojos madrileños rebosando fuego y malicia, y aquel pañuelo de Manila de ocho puntas!

– ¡Cayetana!

– ¡Déjeme usté en paz! Voy de prisa, man llamao á palacio á formar ministerio.

– Oiga usted. ¿Aquello del manteamiento?...

– Bueno, ¿qué?

– ¿Podría ser en una sala ó en un patio?

– ¡Ca! No, señor; al aire libre pa que too el mundo se entere.

– ¡Cayetana!

– ¡A cuartito los moscones!

– ¿Y qué iría ganando el pelele?

– ¡Velay! Pue ser que la manta sirviera pa otros fines.

En resolución: el amante riojano fué manteado el martes de Carnaval, en la confluencia del Rastro y Ribera de Curtidores, por su adorada y cuatro vigorosas cómplices, que le hicieron volar y golpearse contra las piedras del suelo cuando se les escapaba la manta. Por fin la prendera, llorando de enternecimiento, le recogió majado y maltrecho, y al meterle en un coche le dijo abrazándole:

«Ahora tú eres el amo pa toa la vida.»

Los madrileños se ingenian para prolongar el Carnaval. El miércoles de Ceniza, cuando la iglesia nos recuerda que somos polvo y al polvo volveremos, las turbas, que todavía son carne, acuden con sus galas carnavalescas á la Pradera del ex Real Canal del Manzanares, con el fin de *enterrar la sardina*. A mí me parece que deberían enterrar un lechón, puesto que se aproximan las vigilias de la Cuaresma.

Esta costumbre de contrasentido tiene su tradición, aunque no explica su origen

Allá por los tiempos de Carlos II, un alcabalero que tenía fama de rico habitaba una casucha situada en donde posteriormente estuvo (ó está, pues hace años que no voy por aquellos sitios) uno de los famosos castillos del embarcadero del canal. Ahora, los que tienen riquezas las dejan en su casa para que las roben (como ya he dicho en otra parte), pero en aquella época de obscurantismo se enterraban para más seguridad; y el bueno del alcabalero susodicho, al estallar la guerra de Sucesión comenzó á soterrar dinero y lingotes de oro y plata en todo el campo de los alrededores de su morada. Entonces el entierro de la sardina se verificaba hacia el sitio en donde posteriormente estuvo el primer molino; pero un año, sin saber por qué, antojóse á las turbas cavar más acá la *fosa sardinil*, y encontraron un lingote de oro que pesaba cinco libras. ¡Figúrense ustedes la consternación del alcabalero, que vió que la multitud se disponía á levantar la tierra de todo el campo! Su mismo exceso de precaución le había perdido: no quiso enterrar junto su tesoro por no perderle entero si alguien le descubría, y aquella maldita tarde iban á robársele poco á poco para mayor dolor. Acudió, pues, desalado á pedir auxilio á la autoridad, vino una compañía de cazadores á caballo y por poco se arma un motín que ni el de Oropesa. En los días siguientes hubo en aquel campo más buscadores de oro que ahora en California, y aunque nada encontraron, siempre se recordaba este incidente en las tardes de entierro de la sardina

¡Qué tardes y qué espectáculo el de la Pradera del Canal! Para reproducirle sería necesario el pincel de Goya, el caprichoso colorista.

Allí está la vida del pueblo de Madrid en todo su hervor; se cruzan los dicharachos, se rompen botijos en cabeza ajena, menudean los garrotazos, se baila hasta reventar, se columpian las chulas hasta volar al cielo, y flotan en el aire microbios de *coorza* (vulgo borrachera) tan grandes, que se ven sin necesidad de microscopio. Y según informes verídicos, la animación sardinesca no ha decrecido como el Carnaval; por el contrario, con el aumento de población y riqueza hase refinado con los adelantos modernos. Antes sólo había allí pobres puestos de vino, aguardiente, torrados, pasas, majuelas, bellotas y otras ordinarieces; pero han llegado hasta allí la manzanilla y el *champagne*.



EL MAESTRO PEDRO MASCAGNI, autor de la ópera [illegible]. (De una fotografía.)

G. Colantoni

L[illegible] de Sra. Bartaleoni (*[illegible]*) y el tenor Sr. Valer[illegible] (*[illegible]*), en la escena [illegible] de [illegible] representada en el teatro de la Scala de Milan



El tenor Sr. Valero en el papel de Turiddu de la *Cavalleria rusticana*

V

En la actualidad el Carnaval es el reinado de los niños. Sus padres y deudos los disfrazan para habituarles á la comedia humana. Los padres al verlos se divierten por fuera, mientras los niños se aburren por dentro.

Cohibidos por trajes que no acostumbran á usar, andan tiesos y espetados. Sintiéndose blanco de la general curiosidad, pierden la gracia espontánea de la niñez: no se rascan por miedo de estropearse el peinado, no se suenan por no desteñirse el bigote postizo, resisten el cansancio porque comprenden que al tomarles en brazos se les arrugaría el traje: hay chula de cinco años que arrastra una cola que pesa más que ella, y guerrero de siete que se tuesta debajo del arnés. Pero tienen que ser el maniquí de la vanidad de sus mayores y de su inconsciente vanidad.

¡Quién sabe las ideas que cruzarán por aquellas mentes infantiles!

Probablemente recordarán los corros del *Parterre* y las locas carreras del Prado.

Pero aun así y todo, los niños constituyen los puntos luminosos entre aquellos nubarrones de adefesios.

Como los niños son un aroma viviente, cuando se penetra en el baile de la Comedia la vida huele bien, y los pensamientos son suaves como las cabecitas que se acarician y como las mejillas que se besan.

Las esfinges del porvenir, representadas en el de aquellos niños, se hacen allí de color de rosa. Allí están los problemas de la humanidad; de aquellos embriones infantiles saldrán tal vez grandes poetas que embelesen al mundo, estadistas que le mejoren, sabios que le dilaten y futuros Kochs que, matando las enfermedades, prolonguen la existencia humana retardando la sucesión de generaciones.

El domingo de Piñata es la retaguardia del Carnaval. En los cinco días de intermedio los comparsas han afilado sus sables y las viejas verdes se han repuesto de sus averías. Para estas buenas señoras el último baile es el bello ideal. La codicia propia de la edad provecta y el amor enmascarado, que es el único á que ya pueden aspirar, se adunan en la piñata para embelesarlas. Allí puede tocarlas la rifa, y blindadas detrás de la careta pueden ser requeridas de amores.

¡Oh, domingo de Piñata! ¿Por qué no has de ser eterno?

Fea es la carátula; pero aún lo es más la humanidad desenmascarada.

FLORO



La tiple Sra. Pantaleoni en el papel de Santuzza de la *Cavalleria rusticana*

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

APUNTES BIOGRÁFICOS

Emilia Pardo Bazán nació á fines de 1854, en la Coruña, capital de Galicia. Su familia, lo mismo por parte de padre que de madre, es de las más ilustres de la antigua nobleza gallega, y arranca del famoso mariscal Pedro Pardo, el turbulento magnate decapitado por los Reyes Católicos. La educación de la futura escritora fué muy amplia; sus padres le permitieron entregarse desde los primeros años á su desmedida afición á la lectura, y no estorbaron, antes favorecieron su vocación literaria, que se reveló desde muy temprano en artículos, versos y ensayos de novela. Esta vocación, interrumpida por la existencia de continuos viajes y distracciones que llevó después de su casamiento con D. José Quiroga, casamiento verificado cuando la escritora no contaba más de diez y seis años, remaneció al nacer el primer hijo, con la vida sedentaria y tranquila impuesta por la lactancia; pues la Pardo Bazán, que es una madre apasionada, ha criado á sus tres hijos con cariño y fortuna, prevaliéndose para llevar esta sagrada función de la gran robustez que el cielo le ha concedido. Hacia 1877 ganó el primer lauro de prosista con el *Estudio crítico sobre las obras de Feijóo*, y desde entonces, en el corto espacio de trece años, ha desplegado asombrosa actividad, no sólo en sus escritos, sino en su vida, granjeándose la universal reputación que disfruta, escribiendo y publicando más de veinte tomos, realizando otros muchos viajes de estudio y de arte, que alguno se hizo célebre, como el de la Romería Vaticana de 1887. En trece años su nombre, profundamente desconocido, ha venido á ser quizás el más repetido, citado, comentado, llevado y traído de la literatura española, y ni en fama ni en venta tiene hoy Emilia Pardo nada que envidiar á ninguno de los autores españoles contemporáneos. Hace dos años la opinión pública la señalaba para ocupar un sillón en la Academia Española.

La personalidad literaria de la ilustre escritora es doble. Novelista y crítica á la vez, hay quien se deleita con sus fábulas, ó mejor dicho, con sus estudios de la realidad, y quien saborea y prefiere sus delicadísimos análisis y sus brillantes trabajos de polémica periódica, sus sabrosas narraciones de viajes y sus doctas lucubraciones sobre historia ó filosofía. Hay un libro de Emilia Pardo, el *San Francisco de Asís*, que se lee con igual devoción que pueden leerse hoy las obras de Santa Teresa, y la numerosa comunión católica no cesa de lamentar que la Pardo Bazán no dedique su pluma á trabajos del mismo género, en que, al decir de Menéndez Pelayo, la insigne gallega compite ventajosamente con los Montalembert y los Ozanam.

Si los autores de reputación más vividera son aquellos que traen al pensamiento de su época y de su patria *algo nuevo*, la fama de Emilia Pardo Bazán no morirá nunca, porque ha innovado en España el criterio estético, verificando una revolución en el terreno de la novela. A este resultado concurrieron sus famosos artículos titulados *La cuestión palpitante* y sus no menos celebradas conferencias del Ateneo de Madrid sobre *La revolución y la novela en Rusia*.

Por la influencia que indudablemente han ejercido aquéllos en la novela española contemporánea, copiamos á continuación algo de lo que acerca de ellos escribía su misma autora en el año 1886, en los apuntes autobiográficos que preceden á *Los Pazos de Ulloa*.

. . . .

«Mi objeto era decir algo, en forma clara y amena, sobre el realismo y naturalismo, cosas de que se hablaba mucho, pero con ligereza y sin que nadie hubiese tratado el asunto de propósito. Creí, pues, conveniente acudir á la prensa y salir al palenque sin más armas que una delgada coraza de erudición anecdótica, que no asustase á los profanos, antes bien les sirviese de cebo, y no me estorbase los movimientos á mí. El éxito subió adonde nunca la esperanza. Siempre me sorprenderá el extraordinario dinamismo de aquel librejo trazado al correr de la pluma, en que lo único calculado es la impremeditación y espontaneidad, que procuré para quitarle todo sabor didáctico. Al ver que unos artículos ligeros, batalladores é improvisados han dado origen á tantas polémicas, provocado tantas adhesiones entusiastas, tanta contradicción, tanto alboroto, y son traducidos y analizados seriamente por la prensa extranjera, y hasta consiguen, al cabo de los años mil, volver á poner en manos de Valera su nunca oxidada pluma, yo que debo á Dios la discreción necesaria para no cegarme acerca de mis propios méritos, y los veo tan insignificantes como son, explico la fortuna del libro por su oportunidad, y me aplico aquello de que más vale llegar á tiempo que rondar un año.

»La fuerza de las cosas, en literatura como en todo, es superior á la acción del individuo. Indudablemente, si yo no hubiese escrito la *Cuestión palpitante*, no por eso dejaría de conocerse é influir en la literatura española el naturalismo francés, como influyó á su hora el clasicismo francés también, y el romanticismo.»

. . . .

Las obras de la Pardo Bazán son tan conocidas que casi huelga dar lista de ellas: ¿quién no ha leído, además del *San Francisco* y la *Cuestión palpitante*, las preciosas novelas *Un viaje de novios*, *El cisne de Vilamorta*, *La tribuna*, *Los Pazos de Ulloa*, *La madre naturaleza*, *Una cristiana*, *Morriña*, *Insolación*? ¿Quién no ha saboreado con golosina los primorosos cuentos de la *Dama joven*? ¿Quién no admira la crítica delicada y sutil de *De mi tierra*?

La última empresa acometida por tan ilustre escritora demuestra de cuánto es capaz su varonil espíritu, á cuánto llegan sus conocimientos y adónde alcanzan su talento y sus aptitudes, tan varias como excepcionales. Nos referimos á la reciente publicación de su *Nuevo teatro crítico*, revista mensual interesantísima, en cuyas páginas de amena é instructiva lectura, sólo á su pluma debidas, hace la Pardo Bazán verdadero derroche de espíritu crítico, de erudición literaria y de fecundidad de ingenio, abarcando todo cuanto cae bajo la jurisdicción de las bellas letras. El artículo-presentación con que encabeza el primer número termina con las siguientes palabras: « Así que el plazo expire, si veo que mi empresa logra el favor del público y no rinde mis fuerzas, la llevaré adelante; si no, haré lo que debe hacer el que no da gusto á los señores: retirarme, esperando que otro lo sepa tañer mejor.» Para bien de nuestra literatura y contento de los que en lo hasta ahora salido hallaron sabroso deleite y esperan no menos grato recreo en lo que en lo sucesivo aparezca, ¡plegue al cielo que no le falten ni las fuerzas ni el favor del público! Lo primero sería una desgracia; lo segundo una vergüenza.

La Pardo Bazán, que no goza de los fueros de su sexo, pues lo varonil de su ingenio hace que sea discutida y comentada como un hombre, tiene émulos y enemigos; pero supera con mucho al número de éstos el de los admiradores y lectores asiduos, que desde todos los puntos de España y América le dirigen testimonios de entusiasmo

Un detalle para completar su biografía Hará cosa de medio año perdió la insigne escritora á su padre, al cual profesaba entrañable cariño, y cuya muerte alteró su salud y la alejó algún tiempo de las tareas literarias. El fallecimiento del respetable Conde de Pardo Bazán dejó á su hija única heredera del título nobiliario que aquel señor poseía. La escritora, sin embargo, no lo usa, porque dice sincera y sencillamente: «¿Quién va á conocerme por condesa? Yo seré *la Pardo Bazán* toda mi vida.»

***



EL SEÑOR DOCTORAL

A la verdad, aunque todas las misas sean idénticas y su valor igualmente infinito, como sacrificio en que hace de víctima el mismo Dios, yo preferí siempre oir la del señor Doctoral de Marineda, figurándome que si los ángeles tuviesen la humorada de bajarse del cielo, donde lo pasan tan ricamente, para servir de monaguillos á los hijos de los hombres, cualquier día veo á un hermoso mancebo rubio, igual que lo pintan en las Anunciaciones, tocando la campanilla y alzándole respetuosamente al señor Doctoral la casulla.

Vivía el señor Doctoral con su ama, mujer que había cumplido ya la edad prescrita por los cánones, y con un gato y un tordo, de los que en Galicia se conocen por *malvises* y silban y gorjean á maravilla, remedando á todas las aves cantoras. La casa era, más que modesta, pobre, y sin rastro de ese aseo minucioso que es el lujo de la gente de sotana. Porque conviene saber que el ama del Doctoral, doña Romana Villardos Cabaleiros, había sido *in illo tempore* toda una señora, por lo cual tenía resuelto trabajar lo menos posible, y señora muy padecida, llena de corrimientos y acedumbres, por lo cual seis días en cada semana se guillaba enteramente, entregándose á tristes recordaciones y olvidando que existen en el mundo escobas y pucheros. En el hogar del canónigo ocurrían á menudo escenas como la siguiente: Volvía de decir la misa, y mientras arriaba los manteos y colgaba de un clavo gordo la canaleja, su débil estómago repetía con insinuante voz: «Es la horita del chocolate.» Alentado por tan reparadora esperanza, el doctor se sentaba á aguardar el advenimiento del guayaquil. Pasaba un cuarto de hora, pasaba media... Ningún síntoma de desayuno. Al fin el Doctoral gritaba con voz tímida y cariñosa:

– ¡Doña Romana... doña Romana!

Al cabo de diez minutos respondía un lastimero acento:

– ¿Qué se ofrece?

– ¿Y... mi chocolate?

– ¡Ay!, exclamaba la dolorida dueña. Hoy no estoy yo para nada... ¿Sabe V. qué día es?

– Jueves, 6 de febrero, Santa Dorotea y Revocata...

– Justo... El día que hallándome yo más descuidada voy y recibo la carta con la noticia de que mi cuñado, el comandante, se había muerto del vómito en Cuba... ¡Ay, Dios mío! ¡El Señor de la vida me dé paciencia!

Nunca la buena pasta del Doctoral le consintió preguntar á la matrona si por haberse muerto del vómito su cuñado, era razón que su amo se muriese de hambre. Lo que solía hacer era abrir la alacena de la cocina, sacar de su envoltura mantecosa la onza de chocolate, y roerla, con ayuda de un vaso de agua. Después solía dedicar un ratito á consolar á doña Romana, que hipaba en el rincón de un sofá, con la cara embozada en un pañuelo.

– Doña Romana,... Dios,... la resignación... No tentar á Dios, por decirlo así... ¡Si llora V. más, perdemos las amistades!...

– Mañana tendrá V. el chocolate á punto, respingaba con aspereza la vieja.

– ¡Si no es por el chocolate, mujer!... Es que nuestra santa religión,... ¿lo oye V.?, nos manda que tengamos correa,... que no nos desesperemos,... y que cada uno se someta á la voluntad divina,... aceptando la situación que...

Doña Romana se revolvía toda venenosa, exhalando un ronquido comparable al *¡fú!* de los gatos.

– Ya entiendo, ya... Ahora mismito me voy á poner la comida, para que no tenga V. qué echarme en cara ni que avergonzarme por cosa ninguna.

– ¡Jesús, doña Romana!... ¡Vaya por Dios! Todo lo toma usted por donde quema,... murmuraba el Doctoral apiadado y contrito.

El caso es que cuando al ama le daba muy fuerte la ventolera, tampoco arrimaba al fuego la olla, y algún día el canónigo, con sus manos que consagraban la Hostia sacrosanta, se dedicó á la humillante operación de mondar patatas ó picar las berzas para el caldo. Nada de esto molestaba al buen señor como los fracasos de su oratoria, que no lograba serenar el atribulado espíritu de la dueña. Porque si en algún escondrijo del alma del Doctoral crecía la mala hierba de una pretensión, era en el terreno de la elocuencia. Por componer un sermón que dejase memoria, diera el dedo meñique, ya que no la mano. Cada vez que subía al púlpito algún jesuíta de estos que tienen pico de oro y lengua de fuego para echar pestes contra las impiedades de Draper y Straun (en Marineda perfectamente desconocidas) ó algún curita joven vaciado en moldes castelarinos, de estos que hablan del «judaico endurecimiento,» y de la «epopeya de la Reconquista,» y de la «civilizadora luz que el sacro Gólgota irradia,» el señor Doctoral no se reconocía de envidia, por imposibilidad psicológica; pero se abismaba dolorosamente en la convicción profunda de su propia inutilidad, y sus reflexiones - suponiéndoles una ilación que no tenían y peinándolas mucho – podrían transcribirse así:

– ¡Jesús mío, ya está visto que yo no te sirvo para maldita la cosa! Soy un trapo viejo, un perro mudo. Necedad grande la mía en desear, como he deseado, que me enviasen á predicar el Evangelio en tierras salvajes, donde abunda la cosecha de almas. ¡Bonito soy yo para apóstol, con esta lengua torpe, estos dichos sosos, esta voz de carraca y esta fachilla insignificante! Señor, ¿por qué no me habréis concedido el don de la palabra? ¡Sería tan hermoso cantar vuestras alabanzas, llenar de una conmovida multitud vuestro templo, siempre vacío; derretir los corazones derramando en ellos, viva y caliente, la infusión de la gracia! Y el caso es, Jesús mío, que si con vuestro infinito poder me desatarais el habla, si me cortaseis el frenillo y me otorgarais el palabreo bonito y los períodos sonoros que gastan los predicadores de rumbo,... ¡se me figura que diría yo cosas muy buenas! Porque en mi interior siento unos fervorines,... y así como unas ideas raras, nuevas y eficaces... Cuando el padre Incienso está á vueltas con aquello del «helado indiferentismo» y lo otro del «determinismo positivista, nefanda resurrección del fatalismo pagano,» me entran á mí arrechuchos de gritarle: «Padre Incienso, por ahí no... Si aquí no existen semejantes positivistas ni deterministas, ni hay tales carneros... Aquí lo que importa es apretar en esto, en esto y en lo otro.» ¡Ah, si me ayudasen las explicaderas! Jesús mío, ¿por qué consientes que sea tan zote?... ¡Vaya un señor Doctoral! Señor animal es lo que debían llamarme.

En el confesonario luchaba el señor Doctoral con la misma deficiencia de facultades. Jamás se le ocurrían esas parrafadas agridulces que entretienen los escrúpulos de las devotas, ni esos apóstrofes tremendos que funden el hielo de las empedernidas conciencias. Nada; vulgaridades y más vulgaridades. «Paciencia, que también la tuvo Cristo... Bueno: otro día procure V. no promiscuar... ¡Animo; arránquese V. del alma esa afición tan peligrosa!... Está usted obligado á restituir, y si no restituye no puedo absolverle... A ese enemigo perdónele V. de todo corazón antes de comulgar... Sería un sacrilegio horrible recibir á Dios deseando la muerte á nadie.» Y patochadas por el estilo: de modo que Arcangelita Ramos, presidenta de las Hijas de María; la marquesa de Veniales, fundadora del Roperito; la brigadiera Celis; en fin, la flor y nata de las devotas marinedinas estaban acordes en que el señor Doctoral era un clérigo de misa y olla, y el padre Incienso un encanto, según enredaba por la reja del confesonario flores de retórica y filigranas de místico discreteo.

En cambio la gente baja decía primores del señor Doctoral. Marineros, artesanos y cigarreras, al verle pasar arrastrando los pies y sonriendo con la vaga sonrisa de las almas bondadosas, murmuraban con misterio: «Es un santo.» En la fábrica de tabacos (donde no hay noticia que se ignore ni suceso que no se comente) se referían mil anécdotas de la vida privada del Doctoral. Que si había vendido las hebillas de plata de los zapatos para que no echasen á unas pobres del piso, cuyo alquiler estaban debiendo; que si no teniendo moneda, cuando en la calle le pedían limosna, daba el tapabocas, el pañuelo, el rosario; que si pasaba necesidades en su casa por socorrer las ajenas; que si á veces no se echaba carne en su olla; que si unos mantos le duraban diez años... Cuentos semejantes sofocarían muchísimo al Doctoral si los oyese. Por aquel romanticismo de la limosna callejera, se regañaba diariamente á sí propio, tratándose de hombre ñoño y sin substancia, y pensando que en lugar del ochavo le estaría mejor establecer alguna sociedad ó congregación, escuela dominical ó cocina económica, «á fin de recabar de la filantrópica abnegación de las colectividades lo que no logran los más gigantescos esfuerzos de la iniciativa privada,» como decía un periódico local, *El Nautiliense*, tratando de una empresa para salvamento de náufragos. Sólo que las tales fundaciones requieren labia, expediente, *agilibus*,... y el Doctoral no poseía semejantes dones, esencialísimos en los tiempos que corremos.

Una noche, el Doctoral, bastante resfriado, hubo de acostarse con las gallinas. El tiempo era de perros: diluviaba, y el viento redondo de Marineda sacudía los edificios y rugía furioso al través de las bocacalles. Por lo mismo, la cama estaba calentita y simpática en extremo, y el Doctoral, arropado, quieto y á obscuras, sentía ese bienestar delicioso que precede á la soñarrera Sus huesos, torturados por el reuma, iban calentándose, y su pecho, obstruído por el recio catarro, funcionaba mejor. Era un instante de goce sibarítico, de esos que prolongan la débil existencia de los viejos. El murmullo del último padre-nuestro moría en labios del Doctoral, cuando el aldabón y la campanilla resonaron casi á un tiempo estrepitosamente, y el vocerío de una discusión alborotó la antesala. La discusión seguía, convirtiéndose en disputa, hasta que doña Romana, palmatoria en ristre, se lanzó en la alcoba á noticiar que una mujer muy mal vestida, con trazas de pedir limosna, se empeñaba en que había de verlo y en que había de verlo. Como el soldado que oye el toque de clarín, el Doctoral saltó de la cama, y apenas cubiertos los paños menores con otros mayores, salió á la antesala, enfrentándose con la mujer, la cual chorreaba agua, pegándosele á los hombros el mantoncillo negro y á la cabeza el pañolito de algodón.

– Santo querido, exclamó intentando besar la mano del viejo, mi hermano está en los últimos, dando las boqueadas, y no se quiere confesar... Se muere, señor, y lo mismo que un can, con perdón de V... A ver, santiño, si le convence á aquel alma negra, para que no se vaya así al otro mundo.

– ¿Quién es su hermano de V., mujer?

– El escribano Roca...

– El Doctoral miró con cierta extrañeza el pobre pelaje de la mujer, y ella, comprendiendo el sentido de la mirada, balbució:

– Yo soy cigarrera y gano muy poco, que tengo mala vista, el Señor me consuele... Mi hermano es riquísimo, y nunca un cuarto me da... Allí tiene en casa una pingarrona, dispensando la cara de ustedes, sin vergüenza, que todo se lo come..., y yo con cuatro hijos que mantener de mi sudor santo Pero no crea que es por el aquel de la herencia por lo que vengo. Pobre nací y pobre moriré, y no me interesa si no fuera por los hijos. Lo que no quiero es que el hermano se me condene, ni que se ría esa lambonaza que tiene allí, más pegada que la lapa á la peña... Santo, buena faltita me hace el dinero, pero Dios vale más. Dígnese sacar del infierno á mi hermano.

– Mire, mujer, arguyó el Doctoral, subyugado ya por aquella voz enérgica. Yo no sirvo para eso de convencer á nadie. Vaya al padre Incienso, que sabe persuadir, y lo hará muy bien.

– ¡Ay, señor! Ese padre será bonísimo, yo no le quito su bondad, pero en Marineda no hay otro santo como V. Las cigarreras dejamos por V. al Papa en persona. Si no quiere venir déme un no, pero no me diga de buscar otra persona; que si V. no hace el milagro, ni Dios lo hace.

¡Oh eterna flaqueza humana! Sintió el Doctoral un dulce cosquilleo en el amor propio...

– Doña Romana, mi paraguas.

– ¡Su paraguas!, bufó la dueña. ¿No sabe que parecía el banderín de los Literarios y no hubo más remedio que enviarlo á forrar?

El Doctoral vaciló un segundo y al fin indicó tímidamente:

–¡Vaya por Dios! Bien: el manteo y el sombrero viejo... Y la bufanda.

Salieron. La lluvia se precipitaba de lo alto del cielo en ráfagas furiosas, batidas por el viento loco, que obligaba al Doctoral á pararse rendido. El agua, que penetrando al través del raído manteo llegaba ya á las carnes del venerable apóstol, era helada, y su cruel frialdad creía él sentirla, mejor aún que en la epidermis, en los tuétanos. Y no era floja la tirada hasta casa del escribano. La plaza anchísima y salpicada de charcos; las lúgubres callejuelas del barrio viejo; el largo descampado del Páramo de Solares; la solitaria calle Mayor, por el día tan concurrida y animada; luego el paseo de las Tilas, donde el aguacero, en vez de aplacarse, se convirtió en diluvio... El Doctoral, caladito, advertía una sensación extraña. Parecíale que su alma se había liquidado, convirtiéndose después en un témpano de nieve. «¡Jesús mío, pensaba el varón apostólico, conservadme siquiera un poquitico de calor, una chispita de fuego no más! Con este frío del polo, ¿cómo queréis que yo logre inflamar un alma? ¡Jesús mío, no permitáis que me hiele del todo!...» La centellita de fuego disminuía, disminuía; era sólo un punto rojizo allá en el fondo de un abismo muy negro... Al llegar al portal del escribano la chispa titiló, y se quedó tan pálida que podría jurarse que estaba apagada enteramente. Y el pensamiento del apóstol, al subir las escaleras, no giraba en derredor de conversiones ni de actos de fe, sino de esta preocupación mezquina y terrenal: «¡Si me diesen un poco de aguardiente de anís ó de vino añejo! ¡Si hubiese al menos un braserito donde secarse!»

La cigarrera llamó briosamente, y como tardasen en abrir, segundó el toque con mayor furia. Apareció en la puerta una imponente mujeraza, gruesa y bigotuda, de ojos saltones y pronunciadas formas, que se desató en invectivas, queriendo cerrar otra vez. Pero la cigarrera se incrustó á guisa de cuña para impedirlo, y hecha una sierpe voceó:

–¡Aparta, aparta, que aquí traigo á Dios para que mi hermano no se muera como un can! ¡Aparta, condenada raposa, saco de pecados!

Y apartándose descubrió al Doctoral que chorreaba y tiritaba, hecho una sopa, trémulo, tan encogido que había menguado media cuarta de estatura. ¡Cosa rara! La mujerona, sin embargo, le conoció; le conoció tan de pronto, que su actitud cambió enteramente; apagáronse las chispas de sus ojos, murió la injuria en su airada boca, y con sumiso acento pronunció:

–Pase, señor Doctoral, pase... Perdone, que no le veía... A V., que sacó de la necesidad á mi madre... ¿no se acuerda? ¡En el cielo se encuentre los cinco duros que le dió para poner el puesto de hortaliza!... A V. no le pego yo con la puerta en los hocicos... Pase y haga lo que quiera, señor;... pero considérese de que estoy sirviendo hace tres años en esta casa, y es justo que al morir el señor de Roca no quede yo pereciendo... Entre ya.

El Doctoral se enderezó... La centella renacía al soplo de aquel entusiasmo, de aquella gratitud inesperada, frutos de una buena acción ya vieja y puesta en olvido... Luz misteriosa alumbró su espíritu, y una idea al par terrible y consoladora le estremeció hasta lo más profundo de su corazón. La tal idea convirtió el mortal frío de la mojadura en un ardor, una especie de fiebre apostólica. Con resuelto paso entró en la alcoba del enfermo.

Hallábase éste muy fatigado, en una de esas angustiosas crisis que preparan la agonía. Su pecho subía y bajaba al compás de estertorosa disnea. El afanoso resuello podía oirse desde el pasillo. A pesar de tan violenta situación, de lo mucho que debía sufrir, la entrada del Doctoral no le pasó inadvertida, y agitando los brazos y exhalando rugido vehemente, indicó que le desagradaba la visita y que el clérigo estaba de más. Sin embargo, la mujerona, después de arreglarle las almohadas, salió discretamente, dejándole á solas con el médico del espíritu.

Este permanecía á la boca de la alcoba como hombre indeciso que aguarda la inspiración para proceder. Sus miembros los paralizaba el frío mortal; pero allá en el foco donde antes titilara, próxima á extinguirse, la sobrenatural chispita, había ahora estallido de llama intensa, que empezara á arder lentamente, y después tal incremento adquiriera que el apóstol se sentía abrasar... Ya no pensaba el señor Doctoral ni en refocilarse con unas gotitas de anís, ni en arrimarse á un buen fuego de leña, ni en volverse á sus tibias sábanas. De repente se llegó á la cama del enfermo y delante de ella se hincó de rodillas. El escribano clavó en él sus ojos apagados, amarillentos y turbios.

–¿Qué... hace V... ahí?, articuló trabajosamente.

–Rezo, contestó el apóstol, para que V. se confiese, se arrepienta y se salve.

–Y á V. qué... ajo... le importa... que yo... ¡Por vida!... ¡Pepa!

–No llame V., que Pepa sabe que ningún mal vengo á hacerle.. El que V. se salve me importa mucho,... contestó el Doctoral irguiéndose, creciendo en voz, carácter y estatura, y encontrando en sí una fuerza de voluntad y hasta una afluencia de frases que no tenían nada que envidiar á las del padre Incienso. Me importa mucho, porque V. podrá morirse hoy, pero yo estoy seguro, ¿lo oye V.?, de que no viviré ocho días. Me encontraba en la cama, resfriadísimo; me he levantado para venir á confesar á usted; me he calado hasta los huesos, y sé que he ganado la muerte. Y como no he de presentarme delante de Dios con las manos vacías, ¡caramba!, me he empeñado en salvar su alma de V. para no perder la mía. En toda mi vida le serví de nada á Dios,... de nada absolutamente. Ahora me llama á sí, ¿y quiere V. que yo le diga: «Soy tan tonto que no supe ablandar al escribano Roca?» Ahora que me ha entrado un don de persuadir que no tuve nunca, ¿quiere V. impedirme que lo aproveche? No, señor... Usted me oirá. Antes me hacen pedazos que irme de aquí sin absolverle... Máteme V. si gusta, pero atienda á mis palabras.

. . . .

El último episodio de la historia del Doctoral ocurre en el pórtico del cielo. A él llegaron juntas las almas del apóstol y del escribano convencido por su tardía elocuencia. El escribano, á la vez avergonzado y loco de gozo (porque con la ganga de ir al cielo, dígase la verdad, no soñara él nunca), se apartó á fin de dejar paso al alma del Doctoral. Y el Doctoral, sonriendo al pecador, se hizo atrás y dijo humildemente:

–No, V. primero...



EMILIA PARDO BAZÁN

EL FLAMENCO EUROPEO

(PHOENICOPTERUS ANTIQUORUM)

Una de las aves acuáticas europeas más curiosa y de más preciosos colores es indudablemente el flamenco.

Aquellos de mis apreciados lectores, acaso todos, que hayan visto un flamenco y no se hayan fijado bien en él, se extrañarán de que yo clasifique tal ave entre las palmípedas y no entre las zancudas, á las cuales parece pertenecer á primera vista por su prolongado cuello y sus delgadas y largas patas.

Sin embargo, habiendo observado al flamenco en su vida y costumbres, habiéndole examinado detenidamente en su exterior é interior, no se puede dudar de que esa ave es un ánade con cuello y piernas de gran longitud. La naturaleza no se sujeta siempre á una sola forma, sino que crea figuras extrañas, que necesitan un reconocimiento muy detenido por nuestra parte para poderlas comprender.

No existe probablemente otra ave cuya clasificación haya costado á los sistemáticos tantos rompecabezas como el flamenco. Esos naturalistas olvidan que nosotros mismos, no la naturaleza, hemos fundado el sistema de clasificación, y les choca cuando no pueden colocar el animal tal ó el ave cual en una de las especies que en general han formado.

El flamenco representa el tipo original de una familia con caracteres propios que difícilmente se puede comparar con otra.

Estableciendo comparaciones, como se debe hacer en la ciencia de la Historia natural, y teniendo en consideración todas las particularidades de esta ave, se llegará seguramente á la conclusión de que el flamenco es una ave acuática, nadadora y en realidad de las de pico dentado. Como tal le caracterizan no sólo las membranas de los palmípedes, sino también su cuerpo y cuello, varias partes de su esqueleto, su pico, la forma anatómica de su lengua, del tubo intestinal, del corazón y de los órganos respiratorios, la calidad de sus plumas y la forma de las alas y de la cola; de las aves zancudas sólo tiene los prolongados tarsos y la estatura.

También en su vida y costumbres pertenece el flamenco más á las aves dentadas que á las zancudas, como garzas, cigüeñas y otras.

El flamenco posee una figura tan rara que basta haberle visto una sola vez para no olvidarle nunca. Su cuerpo de cisne descansa sobre unas patas muy largas, y su cuello muy largo y muy delgado termina en una cabeza bastante grande para ser una ave palmípeda y adornada de un pico dentado de rarísima configuración. Parece una de esas cajas para rapé que se fabrican de ciertas conchas; el pico de abajo formaría la caja, el de arriba la tapa. Siendo al principio recto ese pico, á la mitad se inclina de repente hacia abajo, representando entonces una especie de gancho. Cual el pico de otras aves dentadas tiene el del flamenco dientes alrededor y alberga en la caja del pico inferior una lengua gorda y carnosa, como ninguna ave acuática ni otro pájaro alguno la posee. No usa su pico como las otras aves, sino al revés; es decir, que vuelve el pico de arriba hacia el fondo del agua, recogiendo por medio de él el fango de los estanques ó lagos con los insectos y moluscos que suele contener, lavándole en la caja del pico inferior y pasando por sus dientes alrededor del mismo, cual por una criba, el lodo y la arena recogidos y quedándose solamente con la parte alimenticia que contiene.

El plumaje del flamenco europeo *(Phoenicopterus antiquorum sive roseus)* es de color muy precioso; blanco con un tinte sonrosado el de todo el cuerpo, mientras las alas, lo mismo las plumas de encima que las de debajo, son de color rosa subido, con la excepción de las remeras de primero y segundo orden, que son negras como el carbón. El pico en la raíz es amarillo, en su centro de color carmín pálido, y negro en su punta. La mancha desnuda alrededor del ojo es de color rosa, el ojo mismo amarillo como el azufre y las patas de color de carmín.

El flamenco necesita haber cumplido dos años para que su plumaje se presente en toda la hermosura de sus colores.

El flamenco mide desde el pico á la cola 4 pies y de una punta de ala á la otra 5 pies y 5 pulgadas (antigua medida de París).

El flamenco americano *(Phoenicopterus ruber)* sólo se distingue del europeo por los colores más vivos de su plumaje y por su tamaño, que es algo menor que el del nuestro.

Los flamencos son propiamente aves tropicales, limitadas á los países cálidos. El Mediodía de Europa es el límite septentrional de la especie europea, y todos los flamencos que se han observado y hasta cazado en Alemania se deben mirar como ejemplares extraviados. Los lagos de España é Italia meridional, los bajos pantanosos de Grecia y de Crimea se ven habitados por los flamencos, que con regularidad crían en ellos. En mayor abundancia se encuentran éstos en las lagunas del Norte de Africa y en las del Asia meridional, adonde emigran todos los inviernos para pasar allí los meses fríos.

En Africa se les observa en todos los lagos de la costa, en América suben al Norte hasta la Florida y en Europa llegan en España hasta la desembocadura del Ebro; pero son más frecuentes en Andalucía, en particular en las marismas del río Guadalquivir. Allí, entre Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, he visto yo levantarse delante de mí una bandaba, que formaba una verdadera nube encarnada, que según mi cálculo contaba más de dos mil ejemplares. El año 1811 se presentó una bandaba de flamencos en el Rhin, cerca de Maguncia; más tarde unos pocos en Bamberg (Baviera); en Holanda y en la Gran Bretaña han aparecido de vez en cuando algunos; casi todos los años se les observa también en las bocas del Ródano, donde dicen naturalistas franceses que suele anidar alguna pareja de ellos.

Todos los observadores están conformes en que el flamenco vive siempre en bandadas en los sitios donde crían ó en los lagos donde pasan el invierno millares de estas aves. Dichas bandadas presentan desde cierta distancia el aspecto más delicioso que puede imaginarse; parecen regimientos de infantería inglesa.

La vista de millares de flamencos en un gran lago, formando filas unos detras de otros, brillando sus colores á los reflejos del sol espléndido del Mediodía y destacándose las filas encarnadas del verde de las



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA.—PALACIO DE LA DIETA SUECA EN ESTOCKOLMO

cañas y del azul del agua, es para el naturalista y el cazador uno de los espectáculos más sorprendentes y atractivos.

Si las hermosas aves se creen seguras se las ve en continuo movimiento buscando su comida en el fango del agua; pero si presienten algún peligro, se quedan derechas como soldados y sin moverse hasta que el cazador se acerca. Entonces, mucho antes que la bala les pueda alcanzar, se levantan en pesado vuelo y se alejan á grandes distancias, que imposibilitan al hombre de perseguirles. Según mi parecer, la bandada que levanté en las marismas del Guadalquivir no se detendría hasta llegar á alguna laguna de la costa africana, porque cruzar allí el Mediterráneo es para el flamenco un paseo.

Los flamencos penetran en el agua hasta donde alcanzan sus largas patas, y en llegando á sitios más profundos aprovechan sus palmípedes para nadar. Quietos en la orilla y durmiendo presentan la figura más rara que puede imaginarse en un ave; doblan su largo y delgado cuello delante del pecho de tal manera, que la cabeza descansa en la espalda, entre los hombros, mientras todo el cuerpo se balancea sobre una sola pierna, teniendo el pájaro la otra encogida y extendida á lo largo hacia atrás.

Cuando se asusta extiende el flamenco todo su largo cuello y se pone derecho mirando á todos lados.

Cuando está pescando mete la cabeza en el agua hasta el fondo, remueve el fango con el pico superior y recoge con el inferior ó en la caja del mismo todo lo que le puede servir de alimento, en particular los insectos acuáticos y los moluscos que ha espantado de esa manera. Es muy curioso observar una bandada de flamencos entregados á tal operación. Por supuesto siempre ponen un centinela que vigila con mucho cuidado por la seguridad de los demás.

Para elevarse al espacio corren los flamencos un trecho por encima de la superficie del agua moviendo las alas hasta que han cogido el aire; una vez conseguido esto, suben á gran altura y vuelan bastante ligeros. Un flamenco volando, con las patas y el cuello estirado y las alas desplegadas, representa la figura de una cruz y no se parece á ningún otro pájaro.

La caza del flamenco ofrece muchas dificultades. Como es ave tan recelosa nunca se posa en un sitio donde pueda ser sorprendida; ó está pescando mar ó lago adentro, á bastante distancia de la orilla para que no pueda alcanzarle ningún proyectil de arma de caza, ó si se le persigue en bote no deja nunca arrimar tanto la lancha que su vida pueda correr algún peligro. De noche á la luz de la luna se consigue alguna vez matar á un flamenco, cuando se ha observado en días anteriores la dirección que la bandada suele tomar al ser espantada. Para ello es preciso que el cazador se oculte dentro de un toldo hecho de cañas y que otro espante la bandada.

Los árabes de Egigto llevaban á mi hermano cuantos flamencos quería; los cazaban en el lago de «Mensaleh,» y según decían, de la manera siguiente: sabiendo dónde duermen esas aves, tienden los pescadores una larguísima red de pescar entre dos barcas y se acercan muy de prisa á la bandada de los flamencos, que al levantarse asustados y aturdidos por la obscuridad, se enredan con las patas en aquélla.

Otra manera, según contaban dichos cazadores árabes, era que uno de ellos, el que nadaba mejor, se acercaba en lancha á los flamencos que dormían, se deslizaba del bote cuando ya se había aproximado bastante á las aves, y poniendo delante de él un montón de cañas ó hierbas se acercaba al centinela de la bandada, al *Tschausch*, como le llaman los árabes, y antes que éste advirtiera la proximidad del peligro, el otro ya le había agarrado del pescuezo y metídole en un decir amén debajo del agua ahogándolo. Mientras tanto llegaban los demás cazadores y cogían vivos á otros flamencos dormidos.

Los romanos en sus célebres banquetes miraban como bocado muy exquisito las lenguas de flamenco, y Heliogábalo mandaba á buscar flamencos en todos los países del dominio romano para proporcionarse aquel sabroso manjar.

Sobre la manera de empollar el flamenco sus huevos se han inventado muchas fábulas, y por uno de sus huevos pagaban todavía hace 15 ó 20 años 20 ó 25 pesetas los Museos zoológicos.

Hoy se pueden obtener en Sanlúcar de Barrameda todos los que se quieran, porque un hombre llamado el «Patero» trae cargas de huevos de flamenco desde las marismas á dicho pueblo, y los vende al precio de los huevos de gallina. Cuando yo visité, en compañía del difunto príncipe imperial de Austria archiduque Rodolfo, aquellas marismas, si encontrábamos algún huevo de flamenco en un nido era señal de que el célebre «Patero,» conociendo que estaba podrido, no se le había llevado. El nido mismo consistía en unos cuantos palitos forrados por encima con unas hojas secas.

DR. BREHM

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VIII

SUECIA

El parlamento sueco ha existido en todo tiempo: Gustavo III, aquel á quien los habitantes del país dieron el sobrenombre de Rey Sol, le redujo durante algunos años, y hasta le suprimió; pero este monarca, poco liberal, fué muerto de un pistoletazo en 1792, hallándose en el teatro de la Opera de Estockolmo.

Por espacio de varios siglos el parlamento sueco se compuso de cuatro cámaras, que representaban la nobleza, el clero, la clase media y los campesinos. La primera es la que casi siempre dominaba, y permitíasele esto porque constituía la gloria del país cuando Suecia era un Estado poderoso y sus reyes triunfaban en los campos de batalla de Alemania, de Austria, de Rusia y de Polonia.

Cuando el hijo de Gustavo III, Gustavo Adolfo, fué destronado violentamente en 1809, lo cual le trastornó casi el juicio, la constitución sueca se modernizó un poco, disminuyendo considerablemente la autoridad peligrosa del rey; pero manteníanse las cuatro cámaras, donde la representación de la nobleza era hereditaria, como en Inglaterra.

Sin embargo, muy pronto se difundieron las nuevas ideas en Suecia; el país se desarrollaba intelectualmente, y en este siglo de liberalismo, de inventos y de progreso, aquel sistema de las cuatro cámaras llegó á ser intolerable desde el punto de vista político y práctico. Después de laboriosas discusiones y de una oposición categórica por parte de la nobleza, obtúvose al fin en 1866 una reforma de la representación nacional. Este es, por lo demás, el único acontecimiento notable que se ha producido en la vida política de Suecia en los tiempos modernos, y esta la única vez que los nombres de sus gobernantes llegaron á ser verdaderamente conocidos fuera del país. El padre de la reforma, según se le llamó, fué el barón Luis de Geev, perteneciente á una antigua familia de origen belga; nació en 1818, y después de una brillante carrera judicial y de numerosas excursiones en el campo de la literatura, bajo la forma de novelas históricas, fué nombrado en 1875 presidente del consejo, cargo que conservó hasta 1880. No existiendo la *izquierda* ni la *derecha* en la política sueca, apenas es posible dar nombre á su gabinete, y todo cuanto podemos decir de éste es que pertenecía al partido conservador, pero bastante moderado. Como quiera que sea, á Mr. de Geev se debe en gran parte la constitución actual, cuyo sistema vamos á exponer.

La forma de gobierno es la monarquía hereditaria con una Dieta, compuesta de dos cámaras; la *primera*, elegida por los consejos provinciales y municipales de las grandes ciudades; la *segunda*, elegida por sufragio de dos grados, por los electores contribuyentes. El rey tiene derecho de *veto* absoluto.

Los individuos de la primera se nombran para nueve años; en la actualidad cuéntanse 145, y no perciben ninguna indemnización. Esta cámara, muy aristocrática, comprende muchos condes y grandes hacendistas.

Los individuos de la segunda se eligen por tres años; su número asciende hoy día á 222, y perciben quince pesetas diarias como indemnización. En esa cámara hay muchos aldeanos, elegidos en la campiña, y no pocos comerciantes, abogados y letrados, elegidos en las ciudades.

La Dieta *(Riksdag)* se reune todos los años en sesión ordinaria el 15 de enero; el rey puede convocarla en sesión extraordinaria, y en caso de enfermedad, ausencia ó defunción del monarca, la convoca el Consejo de Estado.

El rey tiene también derecho para disolver, bien sea las dos cámaras simultáneamente, ó una de ellas, durante las sesiones ordinarias; pudiendo suprimir las extraordinarias cuando lo juzgue oportuno.

La apertura de la Dieta se verifica, después del servicio religioso, con un discurso del rey ó de un ministro, en sesión solemne de las cámaras reunidas; y la clausura se anuncia también por el rey, después de dicho acto religioso. El presidente *(talman)* y el vicepresidente *(vicetalman)* son nombrados por el rey y elegidos para cada cámara entre los individuos que la componen.

La Dieta participa del derecho de iniciativa y del poder legislativo con el rey: el consentimiento del Senado es necesario para las leyes eclesiásticas; pero solamente las dos cámaras están autorizadas para fijar el presupuesto. Cuando con motivo de éste se suscita una diferencia, súmanse los votos de todos los miembros de ambas cámaras, y uno de ellos, sacado á la suerte después de votar la segunda, determina la mayoría en caso de empate. De este modo se evitan las situaciones tirantes y las crisis; pero naturalmente, la segunda cámara, teniendo la ventaja del número sobre la primera, obtiene á menudo el triunfo é impone los acuerdos dictados por su espíritu económico, debiéndose á ello que aleje de sí á la clase media y á la aristocracia, las cuales no saben siempre cuánto ha de trabajar el campesino sueco para ganarse el pan.

Hemos dicho antes que los individuos de la primera cámara eran elegidos por los Consejos provinciales y municipales de las ciudades de menos de 25.000 almas. Cada vez que hay una vacante ó que el rey ordena nuevas elecciones, los Consejos provinciales ó municipales reúnense en sesión extraordinaria, y cada uno elige un diputado por cada 30.000 habitantes comprendidos en su territorio.

Para ser elegible en la primera cámara es necesario tener treinta y cinco años, justificar que se ha pagado al gobierno desde hace tres una contribución de 1.100 pesetas por lo menos y pertenecer á la religión luterana.

En cuanto á la segunda cámara, es elector todo



DESPUÉS DEL OFICIO DE PONTIFICAL, cuadro de D. Ramón Tusquets

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



MUSICO CALLEJERO, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

sueco de veinticinco años de edad, domiciliado en el distrito y con derecho á votar en los asuntos generales. Además deben llenar una de las tres condiciones siguientes: 1.ª, tener la propiedad ó el usufructo de un inmueble, evaluado para el reparto de la contribución en 1.000 coronas cuando menos (1.380 pesetas); 2.ª, tener asegurado perpetuamente, ó por veinte años al menos, un inmueble agrícola evaluado en 6.000 coronas (8.280 pesetas); y 3.ª, pagar al Estado un impuesto, calculado sobre la renta anual, de al menos 800 coronas (1.104 pesetas).

Es elegible todo sueco luterano que disfrute desde un año antes de sus derechos de elector en uno de los distritos de su circunscripción electoral.

Así constituído, el *Riksdag* es un parlamento tranquilo, donde rara vez se producen esas escenas tumultuosas ni esas discusiones que tanto resuenan fuera del país en otras naciones. Los diarios de las sesiones rara vez ofrecen gran interés.

La segunda cámara actual fué elegida en 1888, y difiere notablemente de la que ha sustituído. La gran cuestión sobre la protección de los trigos griegos ha hecho decaer mucho á los librecambistas en las provincias. Los que protegen la agricultura nacional tienen mayoría en la primera cámara; pero no la tendrían seguramente en la segunda ni en la votación común si un incidente muy singular no hubiera sido causa de que los 21 librecambistas nombrados en Estockolmo fueran sustituídos por 21 proteccionistas. He aquí el caso, curioso de conocer desde el punto de vista de las reglas electorales de Suecia. Uno de los 21 librecambistas elegido por la capital se olvidó de pagar su impuesto, reducido á una veintena de pesetas, y por este descuido, no solamente su elección resultaba ilegal, sino también la de sus veinte colegas; por otra parte, no se podían hacer nuevas elecciones, y de este modo, los que habían alcanzado más votos después de los individuos invalidados llegaron á ser á su vez diputados. El parlamento perdió así varios hombres muy distinguidos, como por ejemplo M. Nordenskiœld, el gran viajero.

La segunda cámara cuenta entre sus individuos gran número de aldeanos, cuyo jefe era M. Ifvarson, que acaba de morir.

Entre los hombres notables de la primera cámara debemos citar ante todo al barón Luis de Geev, que fué presidente del Consejo, así como á los condes Posse y Themptander, y M. Lundberg, arzobispo de Suecia. El ministerio actual es proteccionista, aunque no agresivamente. Se le llama ministerio de los barones, porque de los diez individuos que le componen, seis tienen aquel título ó son condes.

El presidente del Consejo actual es el barón Johan Gustaf Nils Samuel Aakerhjelm, nacido en 1833, gran cruz de la orden de San Olaf y muy proteccionista. Al principio tuvo intención de reunir las funciones de presidente del Consejo y ministro de Estado; pero hubo de renunciar á ello ante las numerosas protestas que se produjeron.

En cuanto á lo que se llama en Suecia *Casa del Parlamento*, es antigua y no llama la atención desde el punto de vista decorativo; pero se prepara un magnífico palacio para recibir á los diputados; quiero decir que se piensa en ello, porque el edificio no está más que en proyecto. Sin embargo, poco importa la construcción del nuevo palacio; lo esencial es que en él se haga algo bueno, y hasta casi nos inclinaríamos á creer que de los antiguos edificios es de donde salen las mejores leyes.

X.

LOS POLVOS

Para la generalidad de las gentes, polvos y afeites significan cosas análogas; y sin embargo, aun cuando hay algo común á unos y otros, en el fondo son enteramente distintos. Cuando queremos decidirnos por el empleo de algo, hemos de ver ante todo los efectos que este algo pueda producir y el objeto que con él nos proponemos alcanzar, y una vez considerado esto, no ha de ser difícil resolver en la elección entre las innumerables clases de polvos y afeites existentes.

Los polvos están destinados á proteger la piel ligeramente inflamada y á secar las secreciones líquidas ó grasientas que en aquélla se presentan: para esto sirven mejor que otros los polvos vegetales. De los afeites se usa para colorear la piel, bien con el propósito de mostrar lo que no se tiene, bien con el objeto de cubrir lo que no se quiere mostrar. A estos fines se usan las substancias minerales, en su mayoría de ningún modo inofensivas y algunas de ellas sumamente tóxicas.

La delicada piel del rostro y de las manos vuélvese en algunas pesonas fácilmente áspera y á menudo se corta cuando después de lavada se la expone al aire, lo cual depende menos de la calidad de la piel que de la excesiva finura de la toalla que ha servido para secarla. Una toalla es tanto mejor cuanto más rústica, pues sólo así puede secarse bien la piel y lograrse aquella sensación agradable de calor y de bienestar que el acto de lavarse proporciona. Las toallas finas generalmente usadas no sirven para el caso, puesto que se mojan pronto y no pueden, por ende, hacer desaparecer la humedad de la cara y de las manos: esta humedad que queda en la piel es la causa de las grietas que en ésta se producen apenas se la pone en contacto con el aire. Lo mejor y más natural sería desterrar el uso de esas toallas deficientes y acudir á las que llenan perfectamente su cometido; pero la mayor parte de las señoras prefieren apelar á los polvos, ya porque no quieren examinar bien el fondo de las cosas, ya porque creen que el uso de una toalla ordinaria les haría perder algo de la finura de su cutis, ya también porque la presencia de una caja de polvos y de una toalla de delicada tela adornan mejor un tocador que un paño de basto tejido.

Otra cosa conduce asimismo fácilmente al empleo de los polvos, y es el barniz grasiento que durante el verano cubre la nariz, las mejillas y la frente: entonces el rostro adquiere aquel color pálido tirando á amarillo y aquella brillantez que son la desesperación de las muchachas.

De todos los polvos los que mejor absorben la humedad son los vegetales, que además mitigan el escozor de las irritaciones, alisan la piel y una vez secos se desprenden fácimente al más ligero roce.

Los polvos más generalmente empleados son las féculas de patata, de trigo, de arroz, de judías, etcétera, á las que se agregan algunos polvos arómaticos para darles un olor agradable; pero hay que tener en cuenta que lo que suele comprarse como fécula de arroz las más de las veces de todo tiene menos de arroz y de fécula. La palabra polvos de arroz ha llegado á ser una denominación genérica bajo la cual se venden polvos que á sus elementos vegetales unen otros pertenecientes á la clase de los afeites, como el talco, la greda y demás similares; y esta denominación no se debe á la casualidad, sino que indica claramente que la mayor parte de las que gastan polvos no se contentan con la propiedad especial que tienen los polvos secantes, sino que quieren algo más, quieren matar dos pájaros de un tiro; es decir, secarse la piel y sobre todo ocultar el color amarillento de la misma y dar á ésta mayor belleza; en una palabra, convierten los polvos en afeite. Los polvos vegetales apenas sirven como afeite, porque por una parte disimulan y colorean muy poco y por otra se desprenden con facilidad suma.

Los polvos tienen mayor importancia desde el punto de vista terapéutico: se emplean mucho para tratar las enfermedades de la piel en el modo indicado, es decir, para suavizar las irritaciones de toda clase, y aun en un uso prolongado son mucho más inofensivos que los afeites.

Dr. E. Clasen, de Hamburgo

(Del *Schorerfamilienblatt.*)

NUESTROS GRABADOS

El maestro Pedro Mascagni, autor de la ópera «Cavalleria rusticana.»—El joven compositor cuya ópera han aplaudido tantos públicos nació en Liorna en 1863. Su padre, panadero de oficio, quiso que fuera abogado; pero él, que tenía el instinto de la música, en vez de concurir á las aulas universitarias, acudía al Instituto musical del maestro Soffredini, en donde aprendía armonía, composición y contrapunto.

De niño tenía hermosa voz de contralto y á los 10 años había compuesto un *Kirie* á tres voces. Compadecido de las torturas que para su alma de artista eran los cursos académicos, en donde á regañadientes tenía que olvidar por el griego y por el latín sus estudios predilectos, un tío suyo hízose cargo de él, y proporcionándole grato alojamiento dejóle en libertad de entregarse á su pasión por la música. En 1881 fué Mascagni á Milán, á cuya Exposición Universal había enviado tres composiciones, una de ellas dedicada á Ponchielli, obteniendo otras tantas menciones honoríficas.

De regreso á su ciudad natal puso en música *Alegría*, de Schiller, que le valió aplausos y dinero. Al poco tiempo, el conde Florestán de Larderel envióle de nuevo á Milán para que estudiara en aquel conservatorio, en donde recibió lecciones de eximios maestros, entre ellos de Saladino, que fué para él un verdadero padre; pero ardiendo en deseos de hacer algo más positivo, se contrató en una compañía de opereta, con la cual visitó Cremona, Piacenza, Reggio y Parma: en esta última ciudad escribió su primera partitura.

Disuelta la compañía en Bolonia en 1885, regresó Mascagni á Liorno, pero deseando no ser gravoso á su padre, partió para Nápoles, en donde fué contratado como maestro de una compañía de opereta, y en calidad de tal comenzó su vida errante hasta que, tras mil peripecias, se encontró en Ascoli Piceno sin contrata y sin recursos: entonces compuso algunos fragmentos de una ópera titulada *Ratcliff*. En Nápoles, en donde se disolvió la compañía de que había entrado á formar parte, cayó gravemente enfermo, siendo solícitamente atendido en esta ocasión por una bondadosa joven, con la que contrajo matrimonio á poco de restablecido y á la que hoy paga sus cuidados y su cariño con un amor intenso y una gratitud sin límites.

Después de nuevas peregrinaciones halló relativa tranquilidad en Cerignole, cuyo Ayuntamiento le nombró director de la banda municipal.

En aquella sazón llegó á su noticia el concurso abierto por la casa editorial de música de Eduardo Sonzogno, de Milán, y no sin trabajos pudo hacerse con un libreto que, tomado de una colección de escenas populares de G. Verga, dió pie á Mascagni para escribir la *Cavalleria rusticana*. Esta mereció el ansiado premio entre las 73 óperas que se presentaron al examen del jurado, compuesto de eminentes maestros, y fué representada con éxito extraordinario en Roma en mayo del año pasado. Inmediatamente púsose en escena en Liorno, patria de su autor, y en Florencia, y tal fué el entusiasmo que en todas partes despertaba, que el nombre de Mascagni se hizo popular, no sólo en Italia, sino en el extranjero, y su ópera recorrió en breve tiempo los teatros de Turín, Ancona, Verona, Pest, Praga, Hamburgo y Madrid. En la actualidad se está cantando con gran aplauso en la Scala de Milán, desempeñando los principales papeles la señora Pantaleoni y el tenor Valero, ventajosamente conocidos ambos del público de Barcelona, que es de esperar no tardará en conocer la creación del celebrado compositor liornés.

El grabado que después del retrato de Mascagni publicamos representa á Valero y á la Pantaleoni en una de las escenas más culminantes de *Cavalleria rusticana*, y los dos grabados sueltos, á la distinguida tiple y al eminente tenor con los trajes de dicha ópera.

Después del oficio de pontifical, cuadro de D. Ramón Tusquets.—De la colonia artística española establecida en Roma, es sin disputa una de las principales personalidades la de nuestro celebrado paisano D. Ramón Tusquets. Su nombre es universalmente conocido y sus obras son con empeño solicitadas, porque en todas ellas se refleja el alma de un verdadero artista de imaginación potente y de espíritu de observación profundo, grande en su modo de componer, cuidadoso en la manera de ejecutar, diestro en la combinación de las figuras y accesorios, atento á la verdad histórica, estudioso como el que más de la indumentaria, y por encima de todo esto, dotado de un sentimiento que al traducirse en líneas y en manchas de color presta á todos los elementos de sus cuadros toda la expresión y todo el valor que el verdadero concepto del arte exige en las producciones del pincel salidas.

Las relevantes cualidades antedichas tienen su más elocuente confirmación en el cuadro que reproducimos y que representa á un cardenal saliendo del templo después de celebrar el oficio de pontifical, seguido del cortejo que á su alta categoría es debido y contemplado por la multitud con esa mezcla de respeto y curiosidad que la presencia de tan alto dignatario despierta siempre en la ciudad eterna.

Músico callejero, dibujo á la pluma de don Antonio Fabrés.—Son tantas las ocasiones que hemos tenido de ensalzar cual se merece á nuestro distinguido paisano y asiduo colaborador de la Ilustración Artística, que cada vez que publicamos alguna obra suya nos hallamos verdaderamente perplejos ante la alternativa de aparecer fríos en nuestros juicios ó de incurrir en forzosas repeticiones, si hemos de dar á nuestro parecer todo el calor que la admiración por los trabajos de Fabrés despierta en nosotros, que en este punto no somos más que eco de la opinión unánime de aficionados y artistas. Pero al propio tiempo que perplejos, nos sentimos satisfechos al ver que cada nuevo dibujo, cada nuevo cuadro que de él reproducimos viene á ser una demostración más de la justicia de nuestros elogios á los anteriores prodigados.

Véase, en prueba de ello, el *Músico callejero*, ese hermoso dibujo que más que de estudio de figura merece el calificativo de estudio de un carácter y aun de una raza, tan acabado bajo el primer concepto como bien concebido y perfectamente ejecutado desde el segundo punto de vista. Fabrés, cuyos lápiz, pluma ó pincel trazan en el papel ó en el lienzo líneas y sombras de corrección irreprochable, se ha penetrado como pocos del modo de ser y de sentir de los pueblos orientales, y de ahí que sus tipos árabes se ofrezcan á nuestros ojos con toda la verdad que imprimen en sus obras los que antes de estudiar la parte externa del modelo se han empapado en el elemento interno, dando al concepto psicológico toda la importancia que las buenas escuelas han con razón exigido en las obras artísticas.

Málaga. Puerta del Sagrario. Catedral.—Entre los edificios públicos de Málaga descuella la hermosa catedral cuyos planos se atribuyen, y así lo consignan varios historiadores, al celebre Diego de Siloe que, según se cree, fué de los primeros que introdujeron en España la arquitectura greco-romana. Muchas son las maravillas que en su interior contiene este templo, consagrado en 31 de Agosto de 1588, entre ellas la famosa sillería del coro debida á Alonso Cano, y no pocas las que se admiran en su exterior, sobre todo en la fachada principal, de ornamentación rica y elegante; pero ni de unas ni de otras hemos de ocuparnos en este lugar y sí únicamente de la magnífica puerta llamada del Sagrario. Servía ésta de ingreso á la iglesia de su nombre, que hoy forma parte de la catedral, y fué construída por orden del obispo D. Diego Ramírez, habiéndose terminado en el siglo XVI durante el obispado de don César Riario, sucesor del dicho prelado.

Cuanto dijéramos ensalzando esa obra primorosa del estilo gótico habría de resultar pálido al lado de la realidad, de la que permite formarse idea la reproducción fototípica que publicamos. No falta en esta puerta uno solo de los elementos que constituyen la belleza en los trabajos de arquitectura: pureza y finura en las líneas, esbeltez en las proporciones, distribución intachable de los espacios, riqueza y elegancia en la ornamentación, prolijidad, y delicadeza y gusto exquisitos en las labores, y en suma armonía, perfecta entre todas las partes principales y accesorias, que juntas componen la estética arquitectónica.



¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

No la seguiré yo en este momento. La mirada del hombre, ha dicho no sé quién, debe ser discreta y respetuosa en ciertos instantes; la pelusa del melocotón, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de oro, son objetos groseros si se comparan con la castidad de una joven que ni aun sabe que es casta.

Contemplar en este caso es profanar.

Ignoro si la princesa Elena durmió aquella noche.

Esperó con impaciencia durante las primeras horas de la mañana. Había citado á Mlle. Brian á las diez, porque á esta hora su aya tenía costumbre de ir á misa á la cercana iglesia de San Isaac, y la princesa deseaba hallarse á solas con la modista.

No se la ocultaba que el proceder de ésta y el suyo propio no eran completamente irreprensibles, porque al cabo iban á violar un secreto ajeno, por más que en esto no se siguiese perjuicio á nadie y existiese una vaga esperanza de remediar un infortunio de corazón.

Momentos después de las diez y de haber salido el aya para cumplir su piadosa costumbre, la doncella de la princesa anunció á Mlle. Brian.

Elena la recibió en su habitación.

VII

– Ciertamente, Mlle., dijo la princesa haciendo sentar á su lado á la modista, os habéis desmejorado en pocos días; se os conocen los malos ratos.

Mlle. Brian suspiró.

– ¿Cómo sigue el herido?

– Bien, señora princesa; ha pasado una noche muy tranquila.

– Deseaba que hablásemos, repuso Elena bajando los ojos, porque me parece que conozco á ese joven.

– ¿Le conocéis?

– Sí, creo haberle visto algunas veces en Madrid.

– ¡En España! ¡Oh! Señora princesa, entonces mis sospechas son fundadas: ese joven se refiere á vos en su carta.

– ¿Créeis eso, Mlle.?

– ¡Ah! Sí, los indicios son claros: la persona á que Mr. Marcial alude ha estado en Madrid, es joven y hermosa como vos y lleva vuestro mismo nombre.

– ¡Quién sabe!, dijo la princesa con pudorosa hipocresía. Hay coincidencias extrañas.

– Creo no equivocarme, repuso la modista exhalando un segundo suspiro. En fin, vais á juzgar por vos misma.

Y sacando del bolsillo de su vestido una cartera pequeña y de la cartera un papel, le desdobló, presentándosele á la princesa.

– Esto es una copia de la carta de Mr. Marcial. La he hecho como una especie de antídoto contra el amor que comenzaba á sentir hacia ese joven.

La princesa tomó el papel con mano trémula.

– Como ya os he dicho, añadió la modista, la carta de Mr. Marcial está sin acabar, sin duda por causa de su malhadado accidente. Más que carta parece el relato de un corazón que tiende á desahogarse.

– Es posible.

– Leed, señora princesa, ó más bien, permitidme que yo lea. Comprenderéis hasta qué punto está enamorado Mr. Marcial. ¡Oh! Si sois vos el objeto de su amor, debéis estar orgullosa de la pasión que habéis inspirado. No podéis figuraros los obstáculos que ha tenido que vencer y las contrariedades que ha sufrido ese pobre joven. Ultimamente he sabido que para efectuar su viaje á Rusia en pos de su amada, se ha visto precisado á deshacerse de prendas y recuerdos de familia muy preciosos para él.

La princesa sintió asomarse las lágrimas á sus ojos.

Mlle. Brian, que había tomado el papel de manos de la princesa, leyó:

VIII

«*San Petersburgo 14 de noviembre.*

»Carlos, mi querido Carlos: Te escribo un poco más animado. No obstante la esperanza de verla más ó menos tarde, puesto que los periódicos habían anunciado su regreso, creo que á haberse prolongado su ausencia un mes más mi muerte era segura. Juzga de mi desesperación sin *ella*, en este clima triste y nebuloso, en esta ciudad en donde estoy perdido como un átomo helado. Mas al aparecer *ella*, brilla para mí el sol con un esplendor meridional, iluminado por el *fiat lux* de mi corazón.

»No quiero hablarte de mis trabajos y pequeñas miserias en esta carta; sería profanarla. Sólo te diré que estoy estudiando el idioma ruso con encarnizamiento, pues de esto depende en gran parte el que yo pueda *tomar pie* aquí. Ahora me siento otro y no tengo frío sino cuando veo tiritar á mi pobre Bernardo. Comprendo la insensibilidad de los mártires en medio de los tormentos, absortos en el pensamiento del cielo; pues del mismo modo yo, cuando la veo, me elevo á un ideal divino, sobreponiéndome á las sensaciones materiales.

»¡Si supieras cuánto he gozado la primera vez que la vi!

»Sabía que había regresado á San Petersburgo. Incesante rondador de su palacio, porque vive en un palacio precioso, ¡dónde había de vivir!, espié la animación de aquella morada, las idas y venidas de los criados, las faenas de los jardineros que arrancaban las hierbas parásitas en la estufa del parque y limpiaban las estufas. ¡Aquí está!, me dije con el corazón palpitante de alegría, y esperaba verla aparecer como una estrella después de un inmenso nublado.

»Así esperé dos días, dos días de mortal impaciencia, hasta que por fin... Pero no quiero anticiparte mi felicidad; gozo al recordarla y al transmitírtela. ¡Qué noche querido Carlos, tan *llena* de vida y de emociones! En la pasión del juego debe haber cosas parecidas á las que yo sentí en aquella noche eterna en mi memoria.



»Fuí por primera vez al teatro Imperial y quedé deslumbrado al aspecto de aquella sala magnífica. Pero en medio del arrobamiento que embriagaba mis sentidos, me asaltaron crueles ideas... Al ver reunidos en aquel sitio los favoritos del nacimiento y de la fortuna, sentí toda mi pequeñez; comprendí la inmensa distancia que de ellos me separa. Un profundo abatimiento se apoderó de mí. ¡Ah!, pensaba yo, ¿qué es la vida humilde? ¿Cómo podré romper la valla que me separa de ese mundo? Y en medio de estas dolorosas reflexiones, la imagen de Elena, de Elena que vive entre esos privilegiados de la sociedad, se me representó para aumentar mi tristeza y desaliento... Si al menos la viese... Ella debe de venir aquí, ese mundo es el suyo, el suyo. ¿Y por qué? ¿Por qué no ha nacido pobre como yo? Entonces..., pero no; prefiero que no sea mía nunca. Ella debe vivir dichosa, elevada sobre las demás. No debe oir más que suaves y poéticas palabras, no debe pensar en los innobles cuidados de la vida. ¿No puedo elevarme hasta ella? Pues bien: la amaré de lejos y en silencio. Seré feliz con su dicha, gozaré viéndola admirada por todos; reconcentraré en ella todos los amores que los demás sienten hacia su familia, y seré feliz si alguna vez recompensa mi pasión con una de sus miradas, de aquellas dulces miradas.

»Alzase el telón: cien voces unidas á otros tantos instrumentos inundan el teatro en torrentes de armonía... Luego aparece una mujer. ¡Dios mío! Es Elena; sí, aquel es su talle, su blanco seno, sus manos más blancas aún. Mas ¡ay! No, no es ella... Elena es más joven, más hermosa: en su semblante infantil no se marcan las huellas de los dolores y del cansancio como en el de esa mujer bella y pálida... Y sin embargo, ¡se parece tanto á Elena!... De sus labios se exhalan dulces y melodiosos cantos; sus ojos lánguidos de ternura expresan el ruego, su voz modula armoniosas palabras; llama á su amado con la arrebatadora elocuencia de la pasión.

»¡Oh! ¡Frezzolini!

»Pero ¡Dios mío! ¿qué veo? ¿Qué objeto puede distraer mi atención y hacerme apartar los ojos de aquella mujer? ¡Ay! Elena se presenta en un palco próximo á la escena; Elena... Sus cabellos sirven de divino marco á su frente; sobre su seno, oculto bajo el blanco moaré del vestido, se ostenta un ramo de flores, menos fragantes que sus labios entreabiertos; la paz de la inocencia, la majestad del nacimiento y la hermosura brillan en su sereno rostro; sus ojos, suaves como la vida dichosa, revelan inefables promesas de amor; sonríe primero, como aceptando el homenaje de admiración que la rinden todas las miradas fijas en ella, y luego, absorta en el espectáculo, oye aquellos cantos admirables, que ella solamente puede comprender.

»¿Cómo podré expresar lo que he gozado? Escuchaba con la mayor atención aquella deliciosa armonía, aquel magnífico poema, grande y magnífico, no obstante ser obra del talento solamente, en el que para nada interviene el verdadero sentimiento.

»Hay en *Hernani* tanta grandeza, figuras tan colosales y tan tremendas peripecias, que arrebatan la mente á otra época, á otras ideas, á otros sentimientos.

»Miraba á Elena y á la escena al mismo tiempo.

Un vértigo indescriptible se apoderó de mí;... todo se confundió ante mis ojos... Las mil facetas de los diamantes de las señoras se multiplicaron como estrellas,... y no sé por qué fenómeno psicológico recordé las caricias de mi padre y todos los más leves acontecimientos de mi niñez.

»Al día siguiente volví á ver á Elena en el muelle de los Ingleses, acompañada de su padre. Es imposible que no intervenga ella en la elección de sus carruajes y de sus caballos, porque nada he visto comparable á aquel elegante tren. La severa riqueza de las libreas, lo bien casado de los colores, la belleza del tronco, que conducido por un hábil cochero arrastraba *pausada y aristocráticamente* el landó, formaban un perfecto conjunto, en el que adivino el exquisito gusto de Elena. Al ver aquel carruaje atravesar elegante y deslumbrador entre tantos otros, eclipsándolos á todos, sentí un movimiento de orgullo y de felicidad, y gocé en el triunfo de la que quisiera ver elevada sobre todo el mundo.

»Elena está hermosa en todas partes. No obstante, la encuentro aquí aun más bella que jugueteando en el Retiro de Madrid. En esta *atmósfera obscura* se destaca más la láctea blancura de su tez. Las pieles la sientan admirablemente: hay algo de soberano en su belleza.

»No te burles de mí, mi buen Carlos. Estoy loco. Mi pobre alma vuela en pos de ilusorios devaneos, de goces que sólo brinda el cielo al triste corazón que nunca debe alcanzarlos. La felicidad humana tiene un límite; de otro modo el mundo no fuera un valle de lágrimas, y los amantes serían los privilegiados de la tierra. Al hacer estas dolorosas reflexiones siento accesos de desesperación contra esa potencia caprichosa y cruel que nos hace entrever la dicha apartándola de nosotros. Algunas veces me acuso de cobarde, me propongo acercarme á Elena, hacerla comprender y participar mi amor; y si me rechaza, si desprecia los tesoros de ternura que encierro en mi corazón y que ninguno de cuantos la rodean puede ofrecerla... entonces... ¡oh! pienso en la muerte, único asilo del que pierde la esperanza. ¡Pero morir, abandonar el mundo, donde pueden gozarse tantas delicias, y en el que, por un contraste horrible, son más desgraciados aquellos que mejor comprenden su hermosura!

Ama y serás amado, dice un poeta árabe: yo lo creo así, y esto es mi mayor tormento. Sí, yo creo que Elena no podría resistir á la *transmisión* de mi amor; y sin embargo, no puede, no debe ser mía; media entre ambos un obstáculo superior á su mismo desdén...»

IX

La modista cesó de leer y dijo:

– Aquí acaba la carta, ó mejor dicho, no acaba; pues como veis, está interrumpida. Pero ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Lloráis, señora princesa?

– Sí, contestó ésta enjugándose los ojos con su pañuelo; no he podido sobreponerme á mi emoción. A qué ocultároslo: ese joven se refiere á mí en su carta.

– ¡Ah! No me engañaba.

– Le conocí en Madrid: no me ha hablado nunca, pero sé que me ama.

– ¡Y con qué amor, señora princesa! Ya no extraño su desdén hacia mí.

La princesa contó á Mlle. Brian los paseos del Retiro, el incidente de su caída el día en que Marcial la llevó en brazos hasta su coche, la noche que le vió en el vestíbulo del teatro y sus sospechas é inquietudes respecto al duelo.

– ¿Y qué vais á hacer, señora princesa?, preguntó la modista. Ese joven os ama hasta el extremo de morir por causa vuestra.

– ¿Lo sé yo acaso? ¿Puedo remediarlo?

– ¿Mr. Marcial os interesa?

La princesa no respondió.

– La pregunta es ociosa, repuso Mlle. Brian, esas lágrimas son la mejor respuesta.

– Y aun cuando me interesara, aunque le amase, ¿qué me es dado hacer por él?

– Lo que yo haría en vuestro lugar.

– ¡Ah, Mlle.!

– Mr. Marcial, aunque pobre, es de buena familia.

– ¿Basta eso por ventura? ¡Oh! No comprendéis las preocupaciones de nuestra clase.

– Perdonad, señora princesa, interrumpió la modista, sintiéndose ofendida en sus ínfulas nobiliarias. Creo que conocéis algunos antecedentes míos.

– Esto no es Francia, querida Mlle. Brian En Francia se prescinde de ciertas cualidades cuando las suplen la distinción ó el talento. Ese joven es un desconocido, y mi padre sólo piensa en enlazarme á un hombre de alta posición social.

– Ninguno vale tanto como Mr. Marcial.

– Es posible. Esa carta ha acabado de dármele á conocer. ¡Ah! Siento haberla oído leer.

Y nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de Elena.

La modista iba á hablar; pero el ruido de un *portier* que se abría y la presencia del aya de la princesa pusieron fin al diálogo de ambas jóvenes.

La princesa llevóse el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas.

Afortunadamente el aya era muy corta de vista.

PARTE TERCERA

I

¿Qué tiene la princesita Lodiski? ¿Por qué está tan pálida y tan triste?

¿Padece alguna enfermedad?

¿Por qué siendo tan entusiasta por la música va tan raras veces á la ópera y se retira tan pronto del teatro?

¿Estará enamorada? Su primo, el barón de Ignatief, no obstante su fatuidad, se queja de sus desdenes.

La princesa es nerviosa: influirá en ella el tiempo espantoso que hace. El Neva se ha helado con tal consistencia, que podría sostener sobre su superficie la catedral de Kazán.

Estas y otras frases referentes á la princesa, añadidas y comentadas de mil modos, dejábanse oir en los círculos elegantes de San Petersburgo.

El príncipe Lodiski pensaba también:

«¿Qué tendrá mi hija?»

Y todos se admiraban de la rápida mutación de carácter de la princesa: antes tan risueña, tan expansiva; al presente tan ensimismada, tan retraída, tan deseosa de soledad.

Un día la princesa, á quien su padre observaba con inquietud, acariciando sus blancas y pálidas manos, dijo:

– Papá, yo quisiera aprender el inglés, porque este idioma va siendo indispensable en sociedad.

– No veo inconveniente en ello, contestó el príncipe, satisfecho al ver salir á su hija de su triste retraimiento. Haré avisar á un profesor.

– Mi modista, Mlle. Brian, me ha recomendado uno muy inteligente, repuso la princesa bajando los ojos.

– Sea, pues, el recomendado de Mlle. Brian, dijo el príncipe. Olao puede ir á avisarle cuando quieras comenzar tus lecciones.

Al día siguiente el mayordomo del príncipe se presentó en casa de Marcial, que estaba ya completamente restablecido de su herida, y le transmitió el deseo de la princesa en nombre de su padre.

Si Marcial hubiera podido ponerse más pálido de lo que estaba por su pasada dolencia, creyérale el mayordomo atacado de un grave accidente. Aquella inesperada misiva le aturdió hasta el punto de privarle del uso de la palabra.

Por fin se repuso un tanto y dijo:

– Mañana á la una, puesto que es la hora señalada por él, tendré el honor de ver al señor príncipe Lodiski.

El mayordomo, algo sorprendido de tan seca respuesta, saludó y salió.

II

La carta de Marcial, aquella carta que revelaba, no sólo á un amante, sino á un poeta, acabó de vencer el corazón de Elena, tan predispuesto en favor de aquél desde que le conoció en el Retiro. Tenía que ser así. Prescindiendo de la misteriosa atracción que acerca el uno al otro á los amantes predestinados, hay pocos corazones femeninos noblemente organizados que resistan á la influencia de la pasión que inspiran, cuando está aquilatada por el sacrificio y la abnegación.

En este punto, preciso es confesarlo, la mujer es superior al hombre, pues siente mejor la gratitud y la compasión. Acaso en este sentimiento interviene el amor propio; tal vez al corresponder al amor del hombre que la adora, recompensa la mujer lo *acertado* de la elección; pero lo cierto es que la perfidia y la volubilidad son defectos casi exclusivos del hombre.

Elena quiso luchar contra su amor, pues harto comprendía los obstáculos que á él se oponían, pero mujer y casi niña, y *niña mimada*, no acostumbrada á la contrariedad ni al sufrimiento, se dejó vencer al cabo por el atractivo de la pasión que inspiraba y que sentía.

Cuando una joven de alma generosa, como la princesa, fija su elección en un amante sin fortuna, le ama doblemente, y su pasión tiene algo de maternal. Así es que Elena, en sus largas cavilaciones, pensaba en la triste suerte de Marcial, precisado á trabajar de un modo tan ajeno á su noble y altivo carácter, y se decía que ella podía darle, no sólo su amor tan anhelado por él, sino que también los goces de la vida, necesarios á su delicada organización.

Otra cosa la preocupaba: las últimas palabras de la carta de Marcial. «Sí, decía éste. Yo creo que Elena no podría resistir á la transmisión de mi amor, y sin embargo, no puede, no debe ser mía: media entre ambos un obstáculo superior á su mismo desdén.»

¿A qué obstáculo se refería? Según Mlle. Brian, Marcial era soltero y dueño de sus acciones; amaba con delirio y lo había probado abandonando su patria y sacrificando objetos gratos á su corazón, y no obstante, aquel obstáculo superaba, en la apreciación del enamorado joven, aun al desdén de su amada.. Esto era incomprensible, y por eso la princesa se pasaba largos ratos absorta en hondas meditaciones, hasta que se decidió á salir de tanta incertidumbre, poniendo á su vez en práctica el mismo medio de que se había valido Mlle. Brian.

Mandó, pues, á casa de Marcial al mayordomo de su padre, y enterada por él del resultado de su misiva, esperó el día siguiente con esa profunda inquietud que sólo pueden comprender las almas enamoradas.

III

¿Qué pasaba entretanto en el corazón de Marcial?

El pobre joven hallábase en un estado próximo al idiotismo. Hacía un buen rato que había recibido el recado del príncipe Lodiski, y aún permanecía sumido en un estupor visionario, en el que creía oir todavía la voz del mayordomo, pero muy lejana, como si saliese del fondo de una caverna.

«¿Soy yo quien he recibido ese recado?, se preguntaba mentalmente. ¿Es á mí á quien manda llamar la princesa? ¿Puedo ir á su casa, verla de cerca, hablar con ella?» Y cuando la verdad, sobreponiéndose á sus lucubraciones, le contestaba afirmativamente, sonreía de un modo extraño; porque su pensamiento, plácidamente lógico, hacíale comprender la realidad tan claramente como si no se tratase de él y sí de otra persona cualquiera.

«La princesa ha comprendido la inmensidad de mi amor; acaso lo comprendió desde el primer día en que mis ojos la miraron en el Retiro, y presintiendo que no puedo vivir sin ella, quiere dar consuelo á mi corazón. Esto es natural y lógico en el noble carácter de la princesa, pensaba Marcial. Pero ¡Dios mío!, esto es más de lo que yo podía esperar, va á ser tan grande esta dicha que no podré soportarla.»

Y el pobre joven, como ya he dicho, sonreía.

Pero su semblante volvía á tomar su habitual expresión de melancolía, como si una idea triste desvaneciese sus plácidos pensamientos. Entonces paseaba por la habitación á grandes pasos, murmurando esta palabra:

«¡Imposible!»

Luego abrió una gabeta, sacó de ella una caja de madera llena de papeles y de entre éstos una carta metida en un sobre roto.

Sacó la carta, la leyó muy lentamente, y al terminar, las lágrimas corrían por sus mejillas.

«¡Imposible!,» volvió á decir, y apoyando el brazo en la abierta gabeta y la cabeza en la palma de la mano, permaneció así mucho tiempo...

Al día siguiente á las diez de la mañana Marcial salía de su casa.

Parecía tranquilo, aunque preocupado; observábase en su semblante la expresión del que ha tomado una resolución que no deja lugar á la incertidumbre.

Efectivamente era así, y voy á formular en palabras sus pensamientos.

«Sí, se decía Marcial por la centésima vez, me acercaré á Elena, no hay ningún mal en ello, y sí por el contrario una felicidad que me volverá la vida, que ya me abandonaba. La veré todos los días, oiré su voz, viviré durante una hora donde ella vive, y cuando me separe de ella, estos dulces recuerdos llenarán mi corazón. ¿Por ventura se necesita más para ser dichoso? ¿No me basta saber que ella se interesa por mí?... Porque indudablemente esto no ha sido casual, podía haber elegido otro maestro... Pero ¿cómo se ha informado de mí? ¿Por qué medio ha sabido mi casa?»

Marcial se había hecho muchas veces esta misma pregunta, porque Mlle. Brian, obedeciendo á una advertencia terminante de la princesa, no le había hablado de sus relaciones con ésta.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS PRUEBAS DEL POLÍGONO DE ANNÁPOLIS

Conocida es la lucha encarnizada que se ha entablado entre el cañón y la coraza desde la época en que se han aplicado los blindajes defensivos á las construcciones navales, lucha en que la ventaja está, al parecer, de parte del cañón, cuya potencia de penetración puede aumentarse hasta límites casi indefinidos, por lo menos teóricamente, al paso que se llega muy pronto á los espesores extremos de metal que prácticamente puede emplearse para la protección de los buques.

Las pruebas del polígono de Annápolis. – Disposición de la pieza y de los blancos

Por esta razón en estos últimos tiempos se ha procurado hallar la eficacia de un blindaje, no en el espesor exagerado, sino en la cualidad intrínseca del metal que lo constituye. Los metalúrgicos trabajan con empeño para conseguir este propósito, y gracias á sus estudios han obtenido diversos productos, entre los cuales las placas llamadas *Compound*, de la casa Cammell y Compañía, han conseguido gran notoriedad. Estas planchas, constituídas por láminas de acero soldadas sobre un almohadón de hierro dulce, han estado muy en boga en la marina militar inglesa y parecían destinadas á imponerse en todas partes.

La casa Schneider, del Creusot, era la única entre todas las que se hacen la competencia que podía luchar contra ese entusiasmo general. Algunos ensayos comparativos habían demostrado ya la superioridad de las planchas *todo acero* del Creusot sobre las planchas Cammell; pero los señores Schneider y Compañía no han querido dormirse sobre sus laureles, sino que prosiguiendo sus trabajos han producido una nueva plancha *de acero niquelado* muy superior á sus planchas de acero.

Recientemente se han efectuado ante una comisión militar de los Estados Unidos en el polígono de Annápolis pruebas comparativas de estos diversos blindajes, habiendo sido sometidas al tiro, en condiciones exactamente iguales, una plancha Cammell, otra de acero y otra de acero niquelado, estas dos últimas del Creusot.

Nuestros grabados representan el campo de tiro y los detalles del dispositivo adoptado para apoyar las planchas en un armazón de madera adosado á un espaldón de tierra.

De las tres planchas de Cammell, la más gruesa tenía 272 milímetros 28; la de acero 268'47, y la de níquel 264'66; de suerte que esta última se encontraba de hecho en desventaja con relación á las otras dos.

Las planchas estaban dispuestas tangencialmente á un arco de círculo cuyo centro estaba ocupado por los muñones del cañón y en su consecuencia normalmente al eje de éste.

El cañón empleado era una pieza de 152 milímetros 4, de 35 calibres de longitud, cuya boca estaba emplazada á 8'53 metros de las planchas.

La carga era de 20,158 gramos de pólvora parda prismática; el proyectil un obús de ruptura Holtzer de 45,300 gramos; la velocidad inicial era en estas condiciones de 632 metros 40 y la energía al choque de 1.375.222 kilográmetros.

Comenzóse por disparar cuatro cañonazos sobre cada plancha en la bisectriz de los ángulos, y luego el cañón de 152 fué reemplazado con una pieza de 208 milímetros que lanzaba proyectiles de 95.130 gramos con una energía al choque de 2.295.176 kilográmetros.

En plancha de acero. – En plancha *Compound*. – En plancha de acero niquelado. – Estado de los proyectiles después del tiro

Cada plancha recibió entonces en su centro un proyectil de éstos: nuestro tercer grabado representa el estado de las planchas después de este disparo.

No es preciso ser muy versado en las cuestiones de artillería para comprender en dónde está la superioridad y para ver que la plancha Cammell, casi completamente destrozada, es en absoluto incapaz de proteger un buque cuando las otras dos están aún en situación de resistir.

En nuestro primer grabado se ve también el estado de los obuses después de cada uno de los tres últimos disparos.

La comisión clasificó inmediatamente y por unanimidad las tres planchas por el siguiente orden de superioridad: 1.°, acero-níquel; 2.°, acero solo; 3.°, *Compound*.

Este triunfo de la industria francesa merece tanto más ser señalado cuanto que ha sido obtenido después de una serie de ensayos realizados en el extranjero; es decir, en condiciones de imparcialidad indiscutibles.

COCHE MOVIDO POR EL VAPOR, DE M. SERPOLLET

Hace dos años, M. Serpollet dió á conocer á los ingenieros y al público el generador inexposible de su invención, aparato formado por una especie de tubo capilar metálico á través del cual el agua inyectada se transforma instantáneamente en vapor. Esta maravillosa caldera, que sólo contiene algunos centímetros cúbicos de agua y ninguna reserva de vapor, pareció desde un principio muy á propósito para satisfacer ciertas exigencias y sobre todo la de la creación de un coche de vapor económico y práctico. Después de haber hecho funcionar un primer triciclo de vapor, M. Serpollet ha construído sucesivamente algunos coches de ensayo que han funcionado varias veces en París y que le han permitido realizar en 1889 un largo viaje á Lyón en compañía de M. Ernesto Archdeacon. Estos estudios preliminares han inducido al inventor á crear un tipo absolutamente práctico que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

El coche, como lo indica la fig. 1, es elegante y hasta lujoso; tiene la forma de un gran faetón y puede contener siete viajeros, tres en cada asiento y uno en una banqueta frontera, no faltando en él ninguna de las comodidades de los vehículos de uso corriente: la suspensión es suave, los asientos blandos, y para los casos de lluvia lleva su correspondiente capota.

El generador está tan disimulado como es posible: colocado en la parte trasera, hállase aprisionado entre las cajas de carbón, con las que está unido por medio de dos conductos por los cuales se verifica automáticamente la carga del combustible (fig. 2): la chimenea mira hacia abajo; pues la chimenea para encender el fuego, una vez encendido éste se quita y se coloca en una caja. El depósito de agua está debajo del asiento á la izquierda, y el motor en el mismo sitio, pero á la derecha: la provisión de agua permite efectuar un recorrido de 30 kilómetros y la de



Plancha de acero — Plancha de acero niquelado — Plancha *Compound*

Ensayos comparativos de diferentes planchas en el polígono de Annápolis (Estados Unidos). – Estado de las planchas después del quinto disparo



Fig. 1. Coche movido por el vapor, de M. Serpollet. (De una fotografía instantánea)

combustible asegura un trayecto de 60. En las poblaciones, el combustible preferible es el cok porque no produce humo. El peso total del coche cargado de combustible y de agua es de 1.250 kilogramos: entonces contiene 70 kilogramos de carbón y 90 de agua. La vaporización media de la caldera es de 80 kilogramos por hora y el consumo por hora y caballo de fuerza no pasa de 14 kilogramos.

La máquina es de dos cilindros, los manubrios están dispuestos en ángulo recto y la admisión del vapor se hace al 65 por 100. Su potencia, que es de 4 caballos, puede llegar momentáneamente á 6 y aun pasar de este número. El gobierno del vehículo se hace por un intermediario que permite emplear dos velocidades, una para las cuestas y otra para los planos horizontales ó de suave pendiente: con esta última, si el camino es bueno, puede alcanzarse y sostenerse una velocidad de 25 kilómetros por hora, velocidad que sería imprudente aumentar y aun en muchos casos conservar; con la primera, el coche con sus siete viajeros ha podido remontar cuestas de 8 centímetros por metro en caminos llenos de barro y de piedras.

El hornillo se enciende como todos y puede funcionar en veinte minutos, poniéndose el vehículo en movimiento por medio de una bomba de mano. El agua introducida en el generador se vaporiza instantáneamente y el coche echa á andar, continuando la alimentación automáticamente. El puño de dirección sirve también para regular la marcha y puede operar un movimiento de rotación sobre su eje y determinar la apertura ó cerradura de un orificio que devuelve el agua al recipiente alimentador. Una sola mano basta para guiar el carruaje. Como para los generadores fijos, la parada se efectúa suprimiendo la alimentación, y si se quiere que aquélla sea más brusca basta mover un freno de pedal que está al alcance del pie del conductor. No hay necesidad de aparato alguno de vigilancia, habiendo demostrado la experiencia que se puede viajar en las noches más obscuras sin más que un farol para iluminar el camino.

El carruaje va provisto de un manómetro que, sin ser indispensable, hace indicaciones interesantes: este manómetro pone en evidencia uno de los grandes méritos del generador Serpollet, es decir, la facultad que posee de poder alcanzar sin peligro é instantáneamente grandes presiones.

Si el coche ha de echar á andar en un sitio difícil y no basta una presión de 10 atmósferas, se prosigue la inyección hasta 15, 18, 20, si es preciso, verificándose este aumento de presión en el momento oportuno en que es necesario y sin peligro alguno. Los generadores Serpollet están probados á 100 atmósferas y sellados á 94: antes de la prueba que se verifica en la administración de las minas son ensayados en la fábrica á 300 atmósferas.

Otra particularidad interesante es la de que según que el coche ande por camino llano ó por una pendiente ó por una cuesta, la presión permanece fija, disminuye ó aumenta por sí misma y sin necesidad de que el conductor se ocupe del aparato, según que el motor encuentre mayor ó menor resistencia. Estos detalles del generador Serpollet explican la facilidad con que se puede imprimir al motor un esfuerzo en los pasos difíciles, sea para evitar un obstáculo, sea para atravesar un mal camino: una simple inyección suplementaria con la bomba de mano basta para obtener el efecto apetecido: la presión se eleva, la cantidad de vapor producida aumenta y el esfuerzo se produce como si se tratara de un caballo repentinamente fustigado. En las paradas no hay necesidad de vigilar el aparato, pues en el generador no se produce ninguna obstrucción, cualquiera que sea la calidad del agua con que se le alimente.

La Prefectura de policía de París ha concedido á M. Serpollet autorización para circular libremente por las calles de aquella capital sin más restricción que la de no poder andar á mayor velocidad de 16 kilómetros por hora.

Este invento constituye, en mi concepto, un gran progreso y viene á resolver un importante problema.

G. TISSANDIER

(De *La Nature*)

***

LAS PROFUNDIDADES DEL MAR NEGRO

Durante el verano de 1890 el buque de guerra ruso *Tchernomoretz* recibió el encargo de explorar las profundidades del mar Negro. Los señores Wranguel, hidrógrafo, Spindler, físico-geógrafo, y Andronssoff, naturalista, constituían el personal científico de la expedición. Al partir de Odessa, el *Tchernomoretz*, que estaba mandado por el capitán Smirnoff, atravesó el mar Negro en muchas direcciones entre aquella ciudad y Sebastopol, Theodosia, Batum y la entrada del Bósforo. Los

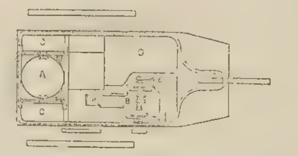


Fig. 3. Plano del coche movido por el vapor. – A. Generador. – B. Máquina. – CC. Depósitos de carbón. – D. Depósito de agua – E. Tubos de carga continua de carbón.

sondeos se practicaron con la sonda de Thomson y el bathometro de Meyer y el dragado con una draga del género de las que se servían los naturalistas del *Talismán*. Además, hiciéronse numerosas observaciones acerca de la temperatura del agua á diversas profundidades por medio de los termómetros Miller-Cazella y Negretti-Zambra. Para medir la densidad del agua se empleó el aerómetro de peso fijo.

La mayor profundidad se encontró casi en el centro del mar en la línea que une Theodosia y Sinope y resultó ser de 2.250 metros. A partir de este punto central, el fondo se mantiene casi horizontal en un largo espacio y en todas direcciones. La elevación del fondo que se suponía entre la Crimea y la Anatolia no existe en realidad, como tampoco las enormes profundidades que se creía encontrar á los pies de los montes Caucásicos. La parte menos profunda de ese mar, cuya superficie es de 381.500 kilómetros cuadrados, está en el Noroeste, entre las desembocaduras del Danubio y del Dnieper, por un lado, y la línea que une Burgas y Eupatoria, por otro: en este espacio apenas se alcanzan profundidades de 180 metros y el fondo aparece llano con una ligerísima inclinación hacia el Sudeste.

La temperatura del agua del mar Negro varía con las profundidades; en la superficie era, en el mes de julio de 1890, de 25 grados centígrados, pero á nueve metros de profundidad no pasaba de 21'2.

La temperatura mínima fué de 7 grados á una profundidad de 54 metros; más arriba y más abajo de este nivel, aumentaba aquélla rápidamente hacia la superficie y lenta pero continuamente hacia el fondo. En las mayores profundidades, se encuentra la temperatura de 9'3 grados centígrados.

La saladura de las aguas del mar Negro aumenta de una manera regular con la profundidad, como lo prueban las cifras siguientes: en la superficie es de 17'29 por 1.000 unidades de peso, y á 1.650 metros de 22'33.

Las capas superficiales son las menos saladas porque reciben el agua dulce de las lluvias y de los afluentes del mar, entre los cuales figuran el Danubio, el Dnieper, el Don, el Kubán, el Rión, etc. La saladura del agua en las grandes profundidades se acerca á la del Mediterráneo sin, empero, llegar al mismo grado que ésta.

El agua del mar Negro, en las profundidades mayores de 360 metros presenta una particularidad que no ofrece ningún otro mar, cual es la de contener hidrógeno sulfurado que se desprende bajo la forma de gas nauseabundo cuando se lleva esta agua en un

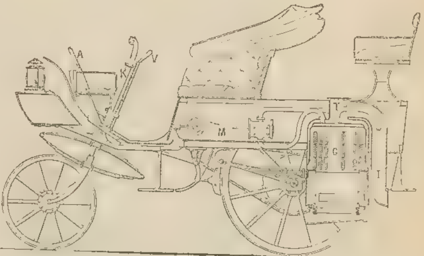


Fig. 2. Sección del coche de vapor. – A. Manubrio para poner el vehículo en movimiento; palanca de la bomba. – M. Máquina de dos cilindros. – G. Generador inexplosible de tres elementos. – T. Chimenea. – V. Manubrio para el cambio de velocidad. – K. Dirección.

vaso cerrado á la superficie del mar. En las capas superficiales, á partir de la profundidad de 130 metros, no se encuentra este gas, debido esto sin duda á que en ellas el agua está á menudo agitada por los vientos. M. Andronsoff atribuye la formación del hidrógeno sulfurado á la descomposición de los cuerpos orgánicos que perecieron ahogados en época remota, pues en la actualidad no se encuentran en el fondo del mar Negro animales ni vegetales vivos, sino sólo sus restos. La fauna y la flora vivas no aparecen más que en las regiones pelágicas situadas en profundidades menores de 360 metros.

(De *La Nature*)

***

UNA NUEVA TEORÍA ACERCA DEL ROCÍO

La teoría de Wells explicando la formación del rocío por la condensación del vapor de agua de la atmósfera bajo la influencia del enfriamiento producido por la radiación terrestre, resulta hoy insuficiente por haberse demostrado que aquella condensación sólo produce una pequeña cantidad de lo que generalmente se entiende por rocío. Entre las múltiples causas que concurren á la producción del fenómeno y que señala Mr. Macpherson en el *Longueau's Magazine*, es la más importante la exsudación de líquidos acuosos que se produce en la superficie de muchos vegetales, cubriendo las hojas de éstos de brillantes gotas que erróneamente, como ha probado

Mr. J. Aitken, de Talkirk, se califican de rocío, cuando no son sino efecto de la transpiración de la planta. Para ver la diferencia entre estas gotas y el rocío propiamente dicho, basta compararlas con la capa húmeda que éste deposita, á modo de tenue nube, sobre la superficie de una hoja muerta ó de cualquier otro objeto inanimado, al lado mismo de las hojas que de aquellas gotas aparecen cubiertas por la transpiración.

Entre las pruebas verificadas por Aitken puede citarse la de haber colocado un pedazo de tierra con césped debajo de un recipiente de cristal, y una vez producidas las gotitas en la hierba, tomó una brizna de ésta, que secó cuidadosamente é introdujo en una bola de cristal herméticamente cerrada y aislada del aire húmedo: al poco rato se reprodujo la gota, lo cual prueba que ésta era efecto de la exsudación. Esta no se produce sólo en las noches de rocío, sino que después de una lluvia, si no hace viento y el aire inmediato al suelo está saturado, muchas briznas se cubren de gotas en los mismos puntos en que las gotas de exsudación aparecen habitualmente y en los cuales no se sostendría una gota de agua. Finalmente, el mismo observador pesó con gran cuidado un pedazo de tierra en cuya superficie se había efectuado el fenómeno del rocío, y vió que pesaba menos que la víspera, señal de que había exhalado vapor de agua y contribuído á proporcionar los elementos del depósito húmedo que se formara sobre los objetos vecinos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PROYECTO DE LEY DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, *por D. Saturnino Calleja.* – En el Congreso Nacional de maestros recientemente celebrado en Madrid se aprobó por los representantes del magisterio español, con ligeras variantes el proyecto de ley redactado por el presidente de la asamblea D. Saturnino Calleja, y que será oportunamente elevado á las Cortes. Esta aprobación de los que en nuestra patria tienen la noble misión de la enseñanza es la mejor crítica que del proyecto puede hacerse y nos releva de extendernos en consideraciones que, además, exigirían mayor espacio del que en esta sección disponemos. Sólo diremos que el proyecto nos parece muy á propósito para lograr que la enseñanza sea lo que debe ser y es realmente en todas las naciones que de cultas se precian. Los preceptos que contiene haciendo la enseñanza gratuíta y obligatoria (con las debidas sanciones penales) elevarían, de cumplirse rigurosamente, el nivel intelectual de nuestro pueblo, y la organización de las escuelas y las garantías que en el proyecto se dan al magisterio mejorarían la suerte de los que tienen á su cargo la educación de la niñez.

* * *

CÓDICO CIVIL ESPAÑOL COMENTADO Y CONCORDADO CON EL DERECHO FORAL VIGENTE EN CATALUÑA, ARAGÓN, NAVARRA Y DEMÁS TERRITORIOS AFORADOS, CON LA JURISPRUDENCIA DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA Y CON LOS CÓDICOS CIVILES DE LA MAYOR PARTE DE LOS PAÍSES DE EUROPA Y DE AMÉRICA, *por don León Bonel y Sánchez.* – Hemos recibido el tercer tomo de esta importantísima obra que comprende el libro III del Código Civil español vigente. En uno de nuestros anteriores números expusimos el juicio que nos merecía esta por todos conceptos notabilísima publicación, que consideramos indispensable para todos aquellos que se dedican á la judicatura y á la abogacía ó han de entender directa ó indirectamente en las cuestiones de derecho: por esta razón no hemos de repetirlo con motivo de la aparición del tomo tercero, que está á igual altura que los anteriores.



MÁLAGA. – PUERTA DEL SAGRARIO: CATEDRAL

(De una fotografía de D. J. E. Puig, de Barcelona)

El dignísimo magistrado de esta Audiencia territorial ha demostrado ser, no sólo comentarista imparcial y conocedor profundo del derecho escrito, así del general y foral españoles como de las legislaciones extranjeras, sino también pensador de alto vuelo y cultivador afortunado de la difícil ciencia de la filosofía del derecho. De tal bastaría á acreditarle por sí solo el luminoso estudio con que encabeza el tomo que nos ocupa: en él analiza desde el punto de vista del derecho natural el derecho de propiedad y los modos de adquirirla, materia de gran trascendencia en todos tiempos y más en los actuales, que el Sr. Bonel trata con elevado concepto y criterio claro y justo apoyando sus asertos en teorías y pareceres de los más notables filósofos y jurisconsultos cuya exposición y análisis son elocuente prueba de sus conocimientos y erudición vastísimos.

Véndese esta obra en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de Barcelona, Madrid, provincias y Ultramar, al precio de 8, 8'50 y 18 pesetas respectivamente.

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – El cuaderno 8.° de esta obra, de la que ya otras veces nos hemos ocupado con el elogio que merece, contiene además de ocho páginas de interesante texto, dos bonitas fototipias que representan la urna en donde se guardan las reliquias de los mártires de Zaragoza, y un tíbor de búcaro traído á España cuando la conquista del Perú, que pertenece á la Baronía de Hervés.

Se suscribe en Barcelona en la librería de don Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de las demás provincias, al precio de una peseta el cuaderno.

* * *

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al publicarlas, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 16 de febrero de 1891 — Núm. 477

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALDEANA ESLOVACA, cuadro de Stuhlik

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La fiesta de la Candelaria. – *La Palestina*, por el Dr. Stapfer. – La Presentación y la escuela pictórica veneciana. – *Thermidor*; la revolución francesa erróneamente juzgada; fin del Terror; el drama de Sardou. – Meissonier.

I

Cada mes registra una festividad religiosa en el calendario nuestro, á la cual van unidas muchas festividades profanas. Y las primeras, las capitalísimas, las fundamentales fiestas aparecen siempre aquellas que se consagran á la Virgen María. Desde su Concepción en diciembre hasta su muerte ó Asunción en agosto, ¡cuántos festejos, á cuyo esplendor litúrgico en la Iglesia se juntan tradicionales costumbres en el hogar, llenas de poesía y encanto! Mi abuela designaba con antelación grande cómo se había de comer y de vestir en cada fiesta, según ritual familiar de sus antepasados recibido, y puesto en observancia, como el eclesiástico bajo la liturgia secular, bajo el poder de su matriarcado incontestable. Carnestolendas pedían el arroz en costra muy suculento, como apercibido á preparar con sus grasos ingredientes vigilias y ayunos y penitencias A la Semana Santa se comían los potajes de hierbas con las empanadas de pescado. Celebrábase la vespertina procesión de Corpus con una horchata de almendras fría, que aún saboreo tras diez lustros de no haberla bebido como aquélla. La fiesta mayor traía siempre aparejados muchos bollos, muchísimas confituras, innumerables golosinas, amén del arroz y gallo muerto. Pues el mes de febrero tiene su festividad correspondiente, la Presentación al templo de María. Llámase por su nombre vulgar Candelaria, porque se reparten candelas. También suelen repartirlas allá en mi tierra por Semana Santa. Pero gran diferencia entre las candelas verdes del Tenebrario y las candelas blancas de la Candelaria. Mi abuela usaba las verdes en cuanto cualquier eléctrica nube tronaba fuerte, y las blancas en cuanto iban de parto sus hijas. El mes de febrero se halla unido á la Candelaria como el mes de diciembre á la Concepción, como el mes de marzo á la Encarnación, como el mes de septiembre á la Natividad, como el mes de agosto al Tránsito y á la muerte de María. ¡Cuál hermoso libro pudiera escribirse historiando la relación de todas estas festividades religiosas con el desarrollo histórico de las bellas artes cristianas! Cada escena descrita por el Evangelio respecto de María, cada relato de antiguas tradiciones referentes al ser é historia de la Virgen Madre hanse cuajado en obras de arte bien hermosas, que abrillantan la corona de nuestra Humanidad. Así el doctor Stapfer ha publicado nueva edición de su libro *La Palestina*, en que busca y describe las huellas en el suelo de nuestra madre celestial.

II

Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron ser alguno, para el bien de la humanidad tan indispensable, como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales á renovar la vida moral, y renovando la vida moral, á rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorrido Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados recodos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía, preservadas, merced á la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano bajo las lavas del Vesubio, merced á su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanadas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mogol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y minucioso; á veinticinco leguas de Jerusalén, á nueve horas de Capharnaum, yacía feliz en su ignorancia y su obscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran, el sitio donde tuvo su taller de carpintero, la colina desde cuya cumbre oró mil veces, y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar á diario en el ánfora, volviéndola llena y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Renán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes á viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonino Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo VI la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó como vínculo hereditario gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán, las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente, las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que parece rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro, y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

III

Pero vamos á los festejos de la Presentación, que litúrgicamente caracterizan este mes de febrero, y estudiemos las obras artísticas sugeridas por su glorioso recuerdo. Ana y Joaquín, muy cumplidores de las antiguas leyes, presentaron al templo su hija María; pero antes de la presentación debió proceder Ana, en observancia y cumplimiento de los ritos sacros, también á la purificación. Los pueblos meridionales han menester mucho de cuidadosa limpieza. Y la observan con escrupulosidad. No hay sino ver los encalados pueblos de Andalucía, cuyas casas á la continua se blanquean, y las frescas barracas de Valencia, que respiran alegría y limpieza. Los grandes legisladores orientales, con especialidad los dos de origen semítico, Moisés y Mahoma, prescriben hasta en sus menores minuciosidades, no solamente una exquisita limpieza, indispensable á la salud, sino también los medios y procedimientos para conseguirla y conservarla. Necesitaban así las mujeres, después del parto, purificarse para ir á los templos. Y purificada con todos los ritos designados por las leyes Ana, presentó al templo la Virgen María. Esta presentación ha inspirado á muchos artistas; pero los dos, en mi sentir, más felices, son dos venecianos: el Carpacio y el Ticiano. Todo el mundo conoce las condiciones que tiene la pintura veneciana. El esplendente mar Adriático, la hermosísima laguna de San Marcos, las múltiples cintas de sus canales verdes ó azules; aquellos arenales materialmente cubiertos de nácares, de conchas, de coral, con los que compone la naturaleza mosaicos antes de componerlos los artificiosos sus artífices; el áureo color de los bancos y de los escollos cubiertos con violáceas algas; los jardines que parecen surgir de las aguas y flotar á las brisas; aquellas iglesias de mármoles y jaspes que bogan y navegan tornándose á un etéreas entre los resplandores descendidos de un cielo claro y rebotados por el Mediterráneo más claro todavía; los palacios circuídos por las góndolas que parecen negros y airosísimos cisnes; tantas columnas de pórfido, tantos bajo-relieves de mármol; aquellas ágatas relumbrantes como pedrería; los frontones asiáticos, las rotondas esclavonas, las torres de rosáceos matices, las velas pintadas de azafrán, por tal modo se imponen á sus hijos, los soberanos artistas, que los diríais pintando, no con la espontaneidad propia del arte, con sujeción á una liturgia tan rigurosa como lo fueron en su tiempo las liturgias del Asia. Por tanto, en aquellos cuadros Nazareth se parece á Venecia por el esplendor de los monumentos; y en el sitio donde pasan estas pobres y modestas escenas judías óyense crujir los brocados, chocarse las copas de oro y cristal, sonar los conciertos de clásica moderna música y las estancias y los versos de nuestras representaciones dramáticas en aquella especie de nave, donde se habían aglomerado los despojos de todos los mares conocidos á la sazón en toda la redondez del planeta. Tales artistas no pintaban las escenas históricas, pintaban las escenas religiosas. Mas vestían á las mujeres del Evangelio como pudiera vestirse la Lucrecia Borgia de Ferrara ó las Fóscaris y los Capelos de Venecia. En todos sus cuadros hay algo del cristal esmaltado, del mosaico multicolor, de la flora isleña, del Lido y del mar Adriático. La presentación al templo de María tiene todos estos caracteres; en los lejos el cielo espléndido, en los términos de tercer orden los monumentos venecianos con sus intercolumnios de mármoles maravillosos; en los términos segundos aquellos senadores, con sus túnicas de púrpura, y aquellos gentileshombres con sus gorros cubiertos de plumajes, y aquellas damas enrubiadas artificialmente, pero vestidas y ornadas con todas las joyas y todas las preseas del Renacimiento; y en primer término una escalinata que conduce al templo, en el promedio de sus escalones la niña María resplandeciente con su nimbo de luz y vestida con su túnica de color del cielo, y en lo alto los sumos sacerdotes con sus vestes y sobrevestes, con sus coronas y sus mantos, sus luengas barbas y sus luengas rozagas, los cuales parecen, después de haber envejecido en las piraterías de lejanos mares, colocados, como los ídolos sobre las aras, ellos, legión de reyes, sobre los tronos de la incomparable Venecia. Recordamos todos estos monumentos del arte moderno para corroborar nuestra tesis de que la Virgen es numen primero y casi único de toda la pintura cristiana.

IV

Bajemos de cielos tan altos á otras esferas, que podríamos llamar los infiernos del arte y de la historia. Victoriano Sardou acaba de dar al Teatro francés un drama histórico, rayano en melodrama fantástico. Lo denomina *Thermidor*, fecha célebre, primero por señalar la interrupción del terror revolucionario, tan dañoso á la República y á la libertad francesas; después por señalar la reacción, forzosa consecuencia de tanto y tanto crimen como trajeron consigo por necesidad las catástrofes anejas á toda profunda renovación social y á toda guerra, tanto civil como extraña. Entra tan diestro dramaturgo en el número de personas vulgares muy creídas de que, no la revolución solamente, la política está cultivada en el mundo por verdaderos pillos de oficio. No hace mucho que puso en escena *Rabagás*, una especie de *Talstalff* político, en quien quiso pintar á Gambetta, en-

negrecido adrede por el influjo alcanzado sobre nuestra edad, cual si no fuese tal influjo, á costa de sacrificios y martirios en una vida completamente devorada por el trabajo y el combate. Así le daba como un tufo de reacción el nuevo drama dichoso en las narices al público. Sardou ha sobrepuesto á su criterio propio, nada certero en materias históricas por su escasísima competencia, el criterio de Taine, harto competente, pero muy equivocado. ¡Fenómeno singularísimo! Este gran escritor, Taine, que mira y estudia con empeño los influjos del medio ambiente, cual ahora decimos, en obras tan personales como las obras de arte y poesía, todas intuitivas é inspiradas por una Musa interior á quien llamamos genio, no reconoce lo mismo allí donde las circunstancias imperan soberanamente con verdadero despotismo, en política. Mucho han extraído Víctor Hugo y Zorrilla del tiempo en que nacieron, del espacio donde se criaran, de las personas y sociedades circunstantes alrededor del genio suyo; pero dejadlos en la Isla de Robinsón enteramente solos, y cantarán, porque despiden odas, al beso de la inspiración propia, ni más ni menos que despiden oxígeno las plantas al beso de la luz. Por lo contrario, todo consumado estadista, el que huellas más indelebles de sí haya dejado en el tiempo y en el espacio, poco, muy poco, modifica una sociedad, hecha, de igual guisa que nuestro planeta, por los siglos de los siglos, por generaciones de generaciones, por sucesivas creencias cuajadas en costumbres y tradiciones, á despecho é independientemente de su voluntad. Necesítase no haber saludado la historia para ignorar que así como hubo un cristianismo natural antes y alrededor de Cristo, hubo un cesarismo social antes y alrededor de César. Los organismos y las especies proceden allá de fuerzas etéreas en las cuales entran hasta las nebulosas; los estadistas y su política proceden de apartadísimas edades confinantes con ese protoplasma ó germen de la sociedad que se denomina prehistoria. Y ver en Calderón, por ejemplo, tan genial, todo cuanto le rodea, y no verlo en Robespierre, tan sometido á la necesidad, paréceme absurdo. El uno crea, el otro encuentra la sociedad creada, y nunca la obedece más que cuando se alza orgulloso á su cabeza y toma en apariencia la dirección suprema. Cosa difícil un Papa hereje, y cosa imposible un político superior á su sociedad y á su tiempo. Luego ¡cuánto en su política influyen las más accidentales circunstancias! Si en una encrucijada os encontráis cualquier asesino, ¿qué remedio sino matar ó morir? Si en un gobierno y á la cabeza de un Estado, con una guerra os encontráis, ¿qué remedio sino batallar y sucumbir ó vencer? Podrían imputar exclusivamente á la revolución el terror, si no hubiese acompañado este mal enorme á todas las crisis humanas. Fundación de las religiones, paso de unos tiempos á otros, victoria de la monarquía sobre los señores feudales, predominio del pontificado, libertad necesaria de la humana conciencia, descubrimiento de América, régimen parlamentario en Inglaterra, régimen republicano en Holanda, ¿cuál de tales obras puede llamarse pura é incruenta? Toda idea se condensa entre lágrimas y sangre, como nace para la muerte y el dolor toda criatura. Querer, cual quieren Taine y Sardou, condenar la revolución mirando sólo á sus crímenes, os haría condenar las instituciones todas sin excepción, pues ni una sola conozco yo que no esté manchada, y muy manchada, de sangre.



EL TOQUE DE ORACIÓN, cuadro del Sr. Ferrer Pallejá

V

Pero el empeño de algunos en decir que para ser demócrata precisa cargar en la conciencia con los crímenes de la revolución, paréceme un desvarío, como si para ser católico se necesitase cargar en la conciencia con los braseros del Santo Oficio y con los horrores de las guerras religiosas. Desvariados, locos, aquellos que se van á silbar como Lisagaray en el teatro porque Sardou anatematiza los jacobinos, ó aquellos que hacen de la revolución un gran todo, como Constant en la tribuna, y le ponen por símbolo esencialísimo la torpe y sangrienta guillotina. Así, no puedo alcanzar yo cómo y por qué han prohibido el drama. Ya los tiempos del terror están muy lejanos, para que nacido ninguno pueda padecer en su honra por aquello que hicieron en el furor de los combates y bajo la invasión extranjera sus agredidos bisabuelos. Pues qué, ¿nosotros, al ver nuestra patria invadida, no apelamos á todos los medios de defensa y especialmente al hierro y al fuego? Ved que mientras el invasor venía sobre la patria de los franceses, muchos entre los presos, guillotinados luego, cooperaban al mayor y más espantoso de todos los crímenes imaginables, á la terrible invasión. El drama de Sardou comienza cuando la invasión cede allá en las fronteras y el terror en la capital. Pero la mano fuerte de Robespierre todavía lleva la dictadura en el puño y sostiene como un verdadero instrumento de dominación y tiranía la guillotina en París. Mas va repugnando tanta horrible carnicería, por aquella sazón, á la capital, enferma del horror causado por las matanzas. Así, las furias, que pedían cabezas, van desapareciendo. Las ventanas, que se abrían al paso de las fúnebres carretas, van cerrándose como por mano misteriosa. Los verdugos, tras la horrible matanza, van detestando la sangre, como suele detestar el vino quien cae por su desgracia en borrachera fugaz. Hasta los calores, muy fuertes por aquella sazón, al horror general contribuyen, pues teme todo el mundo que la matanza envenene los aires y los aires envenenados difundan horrible peste. Por una conjuración de circunstancias, toda la sangre parece condensada en los ojos de Robespierre, á quien podríamos llamar el Terror hecho carne y hueso. Por consiguiente, alguien cree que, hiriéndole á él, se acaba la matanza. Y hay que buscarlo en su madriguera, en su Convención. Una frase fulminada sobre su frente, como las frases que fulminó él un día sobre la frente de los girondinos y de los dantonianos, podría sin remedio perderlo. Así, en cuanto uno le dice tirano, y no lo mata, el muerto es Robespierre. Y en efecto, le dicen el calificativo y le obligan á defenderse. Quien se defiende así, después de haber ofendido tanto tiempo á los otros, está perdido. La Convención, los clubs, las sociedades revolucionarias, que le habían obedecido tan servilmente, lo persiguen, lo hieren, lo atormentan, y por último lo llevan á la guillotina, para que remate su cadáver, como un símbolo siniestro, el terror revolucionario.

VI

El protagonista de la obra dramática es un actor, Labussiere, que ha pasado á la Historia por su piedad inolvidable durante los últimos días del horrible terror. Empleado modesto en las oficinas inquisitoriales del comité de Salvación pública, dedicábase, con riesgo de sí mismo, á traspapelar expedientes, para defender y salvar en aquel naufragio social á sus conciudadanos la vida. Muy pagado el buen hombre de su oficio, prefería, entre las víctimas, á sus cofrades y compañeros, los cómicos. Todas las mañanas pasábase por el río, y so pretexto de pescar á caña, sumergía, no lejos de un puente y de un lavadero mayores, los procesos homicidas en el agua fluvial. Embargado por tal caritativo esfuerzo, la mañana de Thermidor dase repentinamente de manos á boca el piadoso artista con antiguo amigo, el soldado Marcial. Constreñido éste por la conscripción militar al ejército, y del ejército al combate, ha vuelto con licencia temporal á París desde las fronteras, y se ha encontrado con la muerte de una vieja pariente, á quien había confiado la custodia de su joven prometida Fabiana, que con toda su alma quería y la llevaba sobre su corazón como elegida y ya inseparable compañera. Buscándola día y noche no pudo con ella tropezar, aunque creyó entreverla junta con las lavanderas en aquel sitio, por lo que de nuevo lo visitaba en tal sazón y hora. El cómico le dice al militar que perteneciendo, como pertenece, al partido viejo de la monarquía y de la iglesia su novia, bien puede mirarse mucho con lo que hace y mucho precaverse contra los que le rodean, pues la ley Prairial, promulgada por el tirano Robespierre con meditado maquiavelismo en propia seguridad, aterra los humanos como un fuerte ciclón los árboles. Y en estas óyese un tumulto de lavanderas, muy subvertidas contra una de las que allí lavan, por verle manos demasiadamente delicadas para el oficio y una crucecilla de Cristo á la garganta. Es Fabiana. Las lavanderas quieren perderla; pero el cómico la salva diciéndoles como es la novia de Marcial, allí presente, quien acaba de verter la sangre propia en el combate de Fleurus por Francia y la República. Vanse los felices á casa de una honradísima familia, encargada del vestuario de los teatros, donde guarda y deposita el novio á la novia para casarse con ella honradamente. Pero en la primera entrevista la novia declara sin rebozo á su amante que ha entrado en comunidad religiosa, tanto más amada cuanto menos segura, y no puede unirse á ningún mortal por haber contraído matrimonio indisoluble con Cristo. Una escena muy conmovedora sigue á esta declaración tan triste para Marcial, en que representa la revolución, éste dando sus derechos á la naturaleza ingenua, mientras Fabiana al régimen antiguo monárquico y eclesiástico contrariando á la naturaleza con artificiales votos y engañosas palabras. Por fin el amor lo vence todo, y Fabiana promete cambiar la celda monástica por el hogar nupcial. Pero el terror, más intenso cuanto menos próximo de su cenit, bate los últimos oleajes, y vuelca la revolución de nuevo por París. Al momento mismo de partirse Fabiana y Marcial para contraer matrimonio en Bruselas, ebria turba los detiene y conduce á la infeliz á los calabozos de la Con-

serjería, donde le aguardan la carreta, el suplicio, la guillotina. Son las últimas horas del tirano, y con sólo detener un día el brazo de la fatalidad, todo está salvado. Labussiere le promete á Marcial con seguridad la vida de Fabiana Mas para esto necesita sustituir la causa de Fabiana con otra causa y enviar nueva víctima en lugar de la designada por los furores populares al verdugo. El procedimiento sugiere horror verdadero, á causa de una sencilla observa-

Fig. 1. Extremo del lago Biwa, en el Japón, y origen del canal de Kioto-Fu

ción: la de que todos tenemos la obligación de salvar la vida de un ser amado, arriesgando la propia vida, pero no la vida de los demás. Sin embargo, trátase de una pobre obscura muchacha perdida, y Labussiere la sustituye, creyendo hacerla pasar por la religiosa. Pero llega en estas la noticia de que la Convención se ha subvertido contra Robespierre; y caído éste, ha cesado el terror. Mas el taimadísimo jefe de la República todavía se defiende, y en el espacio entre la defensa y la derrota, lugar hay para que las víctimas designadas al verdugo caigan en sus manos Aquí al terror trágico se une la horrible ansiedad que lo recrudece y lo agrava todo. La monja es á muerte condenada. Y mientras ella está condenada, Robespierre casi está, por su lado, agonizante. Un retardo cortísimo puede salvarla. Para conseguirlo del tribunal revolucionario, Labussiere aconseja con sumo celo á Marcial que aduzca la virgen pudorosa una excepción, la de hallarse encinta. Fabiana se niega por completo á este recurso, que mancha su honra, y sube con valor á la carreta, encarándose con su novio y diciéndole cómo el honor femenil obedece á un código más estrecho todavía que el honor militar. El novio se lanza sobre la carreta con ánimo de retenerla, y un guardia lo mata de rápido pistoletazo. Tal es el drama. Yo no he visto su representación; pero conozco al autor, y en verdad os digo que habrá muchas situaciones dramáticas de primer orden; pero alma y poesía del alma, poquísima; é ideas propias, casi ninguna. Sardou es una máquina de forjar complicadísimos artefactos á que denomina él dramas.

VII

Ha muerto Meissonier. Y digámoslo con verdad: ha muerto un pintor. Muy circuído por teatrales artistas el maestro, se refugió en una tan ingenua naturalidad, que parecía verdadero pintor flamenco. Yo no digo que tal naturalidad resulte siempre, como resulta en Velázquez, la verdad misma; pero sí digo que resultan las realidades externas musas de los pintores, cual Meissonier, verdaderamente realistas, como resultan las realidades internas musas de los pintores idealistas, cual Angélico. Así como David crece dentro de la República y del primer Imperio, dejándonos sendos cuadros, que conmemoran dos hechos tan dispares como el juramento de los diputados en su Trinquete de Versalles y la consagración de Bonaparte por el Pontífice al pie del ara en la catedral de París, Meissonier nos ha transmitido la impresión dejada por soldados y tipos imperiales en los ojos de las generaciones nacidas durante los triunfos y las glorias del Imperio. Generales, tambores, rancheros, guardas, todo ha pasado desde las historias á sus lienzos. Y cosa tan enorme como los fragmentos de la epopeya napoleónica, quedó encerrada en cuadritos donde parecen sus héroes tan pequeños como los actores en el teatro, mirándolos con anteojos ó gemelos invertidos. Hay una coincidencia extrañísima entre los cuadros de Meissonier y las cancioncitas de Beranger, preciosidades, preciosidades, preciosidades; pero no los cíclicos monumentos, necesitados para expresión de la epopeya imperial. Cuando yo veo las napoleonidas figuras de la carga de caballería, me dan tentaciones de ponerlas en un abanico de Wateau; como cuando escucho las poesías bonapartistas de Beranger, me dan tentaciones de acompañarlas con una guitarra de Andalucía. Y en el abanico de las damas preciosas no caben las conquistas, como la guitarra sublime de las serenatas melancólicas no se compadece con los combates y con los asedios y con los sacos y con los exterminios, que piden la trompeta del Juicio. Víctor Hugo fuera el poeta de la conquista por su genio apocalíptico; pero Dios lo entregó á la libertad. Napoleón pedía una Capilla Sixtina, donde lo hubiera pintado el siniestro Miguel Angel, seguido del hambre, del saqueo, del incendio, del exterminio, entre ruinas y muertos. Un cuadro de Meissonier es demasiado honito para empresas tan desmedidamente horribles. Pero no puede negarse la brillantez de aquella multicolor paleta, la realidad viva de los animados grupos que dibujaba, las caricias que hacían á los ojos sus matices, la corrección del dibujo, y los profundos estudios del modelo, por lo que permanecerá toda la vida entre los verdaderos maestros. Alma con aleteos de mariposa, bien puede asegurarse que siempre se posó en los arbustos y vió siempre todo lo pequeño con exactitud. Así, deben ser llamados perlas sus cuadros por lo chicos, por lo brillantes, por lo preciosos, por lo caros. El comenzó á convertir en riqueza contante y sonante la pintura con sus precios extraordinarios y sus ganancias locas. De aquí una escuela sobrado llamativa para encantar los

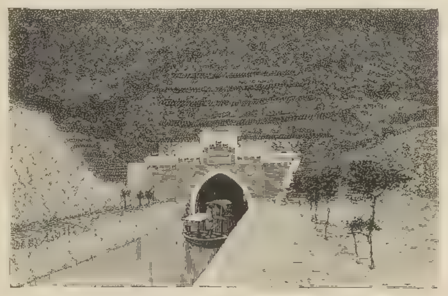


Fig 2. Entrada del túnel principal en el canal de Kioto-Fú, en el Japón

ojos vulgares y atraer á los comerciantes potentados. El arte adscrito á la Iglesia y á la monarquía de otros tiempos aún trazaba personajes eternos, como el Carlos V de Ticiano, y aún tenía por espacio el cielo infinito de una tradición espiritual, como las Vírgenes de Murillo y los penitentes de Zurbarán. Pero este arte industrioso de los pintores sobrado negociantes, con mucho mérito, con acabada ejecución merced á suma destreza, con colorido brillante, siempre nace algo enteco, por engendro del egoísmo, propendiendo á no cansar con lo grande y lo ideal y lo hermoso las almas de gentes agobiadas por las combinaciones del cálculo y metidas en el potro de los bufetes. Muchísimas figuras ha trazado Meissonier para el exclusivo recreo de sus adinerados compradores, pero con eso y con todo, preciosas y duraderas figuras.

EL CANAL DE KIOTO-FU
EN EL JAPÓN

El suelo del Japón aparece ya surcado por caminos de hierro y su población entra cada vez más en las vías de la civilización europea. Este movimiento, consecuencia de la revolución de 1868, se extiende á las obras públicas de toda clase; pues al par que se continuaban las primeras líneas férreas abríase, entre otros, un canal de navegación destinado á poner en comunicación el lago de Biwa y la bahía de Osaka, en donde está emplazada la antigua capital del Japón, la ciudad de Kioto. Los trabajos, comenzados en 1885, terminaron á fines del año pasado, habiendo sido dirigidos por el ingeniero M. S. Tanabe.

No es el único objeto del canal de Kioto-Fu crear una vía navegable que ponga en comunicación con el mar el interior del país; sino que, además, proporciona saltos de agua para alimentar las fábricas de Kioto, las aguas necesarias para el riego de los arrozales y las empleadas para la distribución de la ciudad. Arranca ese canal del extremo sudoeste del lago Biwa, el más importante del Japón, cuya superficie es de 800 kilómetros cuadrados y cuyo emplazamiento está á 84 metros sobre el nivel del mar y dista 56 kilómetros de la bahía de Osaka. Como ésta se comunica ya con Kioto por medio de un canal, el de Kioto-Fu viene á unirse á este último después de recorrer 11 kilómetros y de salvar una diferencia de nivel de 43 metros entre sus extremos.

El lago termina en una llanura pantanosa (fig. 1), en la que se ha abierto la trinchera de origen, protegida por diques longitudinales que reconducen á ella las aguas en casos de avenidas. Después de esa trinchera, cuya longitud es de unos 100 metros, empieza el canal propiamente dicho, de 5'70 metros de anchura en su fondo por 1'50 de profundidad en una longitud de 540; entonces llega el primer túnel, practicado para franquear la cordillera de Nagarayama, cuyas longitud, anchura y elevación son de 2 500, 4'80 y 4'20 metros respectivamente. El agua alcanza una altura de 1'80 metros en el zampeado. Ese túnel ha sido perforado en muy variados terrenos, tales como arcilla, esquistos, asperones y pórfido, y está enteramente revestido de muro y bóveda de ladrillo; su construcción se ha llevado á cabo por medio de un pozo de trabajo de 45 metros de profundidad, abierto en el eje de la obra en el tercio de su longitud por el lado Oeste. En el extremo de aguas arriba hay varias compuertas que permiten asegurar al canal un caudal de 8'5 metros cúbicos por segundo. La figura 2 representa la boca de esta obra.

A la salida del túnel el canal se extiende á cielo abierto en una longitud de 4.500 metros, ya en desmonte, ya en terraplén, ya al flanco de los ribazos, y para llegar á la concha de Kioto atraviesa la cadena de las colinas de Hino-okayama por medio de dos túneles de secciones y construcción iguales á las del primero, cuyas respectivas longitudes son 123 y 841 metros. La tracción en los túneles debe efectuarse con ayuda de una cadena sumergida.

En la boca de salida del túnel n.° 3, á unos 8.400 metros de su origen, el canal se divide en dos ramas: la primera, destinada á servir de vía navegable, tiene una pendiente de 0'066 por metro en una longitud de 540 metros, formando un verdadero plano inclinado que los barcos recorren tirados por un cable puesto en movimiento por el salto que proporciona la otra rama. Al pie del plano inclinado, el canal se ensancha hasta 18 metros en el fondo con una profundidad de 1'50, y enlaza por medio de una esclusa con el canal de la bahía de Osaka, después de recorrer una distancia de 2 kilómetros.



Fig. 3. Puente-canal sobre el valle de las Tumbas de los Emperadores en el Japón

La segunda rama atraviesa un pequeño túnel, cruza el valle de las Tumbas de los Emperadores sobre un puente de 14 arcos (fig. 3) y llega á Kogawa, arrabal septentrional de Kioto, después de un trayecto de 8 kilómetros: su pendiente es más considerable que la del canal principal, de cuyo caudal sólo deriva 1'400 metros cúbicos por segundo. Los 7 metros cúbicos restantes pueden ser empleados para la producción de fuerza motriz bajo un salto de agua



Tumba y mezquita de Kaid Bey



Antiguo obelisco fuera de la ciudad



Casa árabe



Una calle en el Cairo

Vistas del Cairo. (De fotografías de F. Bonola Bey.)

de 36 metros, existiendo el proyecto de utilizar una parte de la misma en el punto de bifurcación y en la cumbre del plano inclinado por medio de una instalación hidráulica que hará funcionar algunas máquinas eléctricas.

El coste total de esa obra ha sido de cinco millones de pesetas: de esta cantidad, una tercera parte ha sido facilitada por el Tesoro imperial, una cuarta parte por el gobierno central y el resto por varios impuestos.

EL REY LUIS I DE BAVIERA

ESTATUA INAUGURADA EN LA WALHALLA

En la rica corona de creaciones de Luis I, que acredita su grande amor á las artes, la Walhalla es sin disputa uno de los florones más brillantes, y sin contradicción obra de las más exquisitas del señor Klenze.

¡Honor al rey que fundó aquel grandioso monumento de la unidad alemana! ¡Honor al arquitecto que lo ideó y tuvo la dicha de terminarlo!

La Walhalla es el altar de la patria alemana, la morada de los dioses germánicos, la mansión de nuestros héroes y de nuestros patronos. Al nombre de Walhalla se enlaza en nuestra imaginación la idea de todo lo grande en nuestra historia, inclínase de pronto la frente ante ese templo nacional que exhala el perfume de la poesía; los héroes de lo pasado desfilan ante la fantasía, y cada cual se forma aquí una epopeya magnífica; que este es el sitio para inspirar grandes contemplaciones.

A principio del año 1807, cuando Alemania gemía sola y vencida, doblando el cuello al capitán del siglo, que entró en Berlín triunfante y altanero, un joven, ajeno de vil abatimiento, el príncipe real de Baviera, en cuyas venas hervía sangre de alta virtud engendradora, resolvió, para consuelo de la patria, en tan grave afán, en tan amarga pena, reunir en el cielo de un templo, en una Walhalla, los astros de esfuerzo y de fortuna. Augusta idea en cualquier época; más augusta aún en aquellos tiempos: éste hace el mismo efecto, según dice el célebre Dollinger en su discurso necrológico referente al rey Luis I de Baviera, como los senadores romanos que después del desastre de Cannas daban las gracias al cónsul Varro por no haber desesperado de la patria.

La memoria de la grandeza es un fuego vital, es un fuego que el alma encuentra en su naufragio, y entonces más que nunca necesitaba Germania no olvidarse de sí misma, de su nombre, de su dignidad, de su honra, de su genio, de las sombras sublimes de sus héroes, de su libertador, de su numen tutelar, de su Arminio, que fué á la par el Pelayo y el Cid alemán peleando por la libertad y la independencia de su pueblo.

La Walhalla se levanta á orillas del Danubio, aquel río divino que, como dice Garcilaso, el célebre proscrito, por fieras naciones va con sus claras ondas discurriendo, en la cima del monte gemelo de Donausrauf, en la hermosa naturaleza de Ratisbona que, según las palabras de Goethe, debía ser aliciente y reclamo para fundar una ciudad. Verdaderamente que aquí está el corazón de Alemania; aquí, en las inmediaciones de aquella Ratisbona que tiene la gloria de haber dado cuna en una soberbia fonda de emperadores y caballeros, llamada «La Cruz de Oro,» al héroe de Lepanto, D. Juan de Austria, á quien Lope de Vega escribió este epitafio:

Hízome eterno Lepanto:
Mozo he muerto, viejo fuí,
Que al mundo en un tiempo dí
Lástima, envidia y espanto.

La Walhalla, competidora de las maravillas de Grecia, erigida á semejanza del Parthenón, logró feliz remate en 1842, celebrándose su conclusión el día 18 de octubre con una solemnidad que presenció, además del noble fundador el rey de Baviera Luis I, el príncipe Guillermo de Prusia y el príncipe Luitpoldo de Baviera. ¿Quién no llamaría á aquella fiesta, presidida por el más puro entusiasmo, la aurora de una era de gloria y de felicidad?

Hay quien supone que el arte gótico fué llamado á labrar el monumento consagrado á las glorias alemanas. Pero aquí no cincela sus primores la arquitectura gótica con todo su adusto refinamiento, en la elegancia de sus molduras y arabescos, sino el arte de los griegos; éste es el que se encarga de hacer los honores á los héroes de Germania, pues el estilo de nuestras góticas catedrales no parecía corresponder á bustos esculpidos á ejemplo de los griegos y romanos, y además el señor Klenze, arquitecto de la Walhalla, exclusivo admirador de griegos y romanos, desdeñaba las construcciones de la Edad media.

El artista llevó adelante la obra por espacio de doce años, con una actividad que excede á toda ponderación.

Más que la columna de Arminio, erigida en la selva teutoburguesa, es la Walhalla un bosque entero de columnas de héroes, la encarnación del pensamiento más patriótico y más alemán que podría bajar de las gradas del trono, la eternización monumental de la suma de perenne valor interno que tiene el pueblo teutónico desde Arminio hasta nuestros días; encerrando aquel templo, único en su género, 101 bustos de mármol y 64 tablas conmemorativas, 80 príncipes y héroes, 11 estadistas, 8 prohombres de la fe, 29 sabios, 20 artistas, 9 poetas y 9 mujeres.

Ya se han realizado también estas palabras que un viajero escribió en el álbum de los extranjeros: «¡Oh Walhalla, ahora creo la gloria de Luis; día vendrá en que él también tendrá aquí su morada, y entonces él será tu mayor gloria!»

En 1886 las cámaras bávaras acordaron la cantidad de 30.000 marcos para que se erigiese la estatua del gran rey de Baviera en la Walhalla, saliendo vencedor del concurso el eminente estatuario de Munich Fernando de Miller, que en mármol de Italia, aquel país en que maduraban la mayor parte las creaciones ideales de Luis de Wittelsbach, representara al gran Mecenas del arte cual señor de la Walhalla, cual presidente de la asamblea más ilustre, de un Senado de héroes, sentado en un trono, vistiendo una toga antigua, apoyado en dos leones poderosos, é inclinándose un poco adelante como si quisiera saludar á sus consocios inmortales.

El 25 de agosto de 1890, el 105 cumpleaños del ilustre finado, celebróse la entrada triunfal de Luis en su Walhalla, que con magníficos versos neo-latinos cantó mi amigo el inspirado poeta Adolfo Pernwerth de Barnstein.

Salió de todas las gargantas un grito inmenso cuando se abrieron con estrépito atronador las puertas de bronce, entrando en el templo consagrado á las glorias germanas el único príncipe que había sobrevivido á la inauguración de la Walhalla, el príncipe regente de Baviera Luitpoldo, hijo de Luis I, acompañado de los príncipes y de los duques de Baviera, entre los cuales mencionaré al primogénito del regente, al príncipe Luis, al príncipe Luis Fernando que se dedicó al arte de Hipócrates, teniendo por esposa la hija de la reina doña Isabel II de Borbón, doña Paz, la celebrada poetisa española, y al duque Carlos Teodoro, el famoso oculista que tiene una ayudanta en su consorte angelical.

Yo que me he propuesto grabar una Walhalla germánica en los corazones españoles y que aprendí á pronunciar el glorioso nombre de Walhalla cuando apenas sabía hablar las palabras balbucientes del cariño, no podía menos de asociarme con toda mi alma entusiasta á los homenajes tributados al fundador inmortal de la Walhalla de piedra, ese paladión de Alemania Como representante, aunque humilde, de la prensa, ocupaba yo un puesto en una de las logias del sagrario germano. Al entrar en éste, presentábase á mis absortos ojos un espectáculo encantador: vi seductoras griegas formando grupos pintorescos, pareciendo aquellas hermosísimas mujeres hijas de Píndaro. Eran, oí, hijas del dios del canto, pero su cuna había mecido el Danubio alemán. En unión de dieciséis cantantes vistiendo asimismo el clásico traje helénico entonaban aquellas lindísimas muchachas griego-alemanas un himno al entrar el regente, acompañado de su séquito brillante, concluyendo aquel cortejo de príncipes y de ministros unos sesenta alcaldes campesinos que recordarán siempre la amabilidad con que les hablaba el príncipe regente en aquel recinto sagrado.

Pero nada me ha conmovido tanto como esta escena producida por la explosión del entusiasmo artístico y del amor filial. El regente, después de haber visto con embeleso profundo la bellísima estatua de su padre, se acercaba al estatuario el señor de Miller, estrechaba sus manos y le besaba una, dos, tres veces, como si fuese su amigo, su hermano. Amo á aquel emperador que honraba al Ticiano alzando sus pinceles, pero amo aún más al generoso regente que, inspirándose en los sentimientos de su padre, tan apasionado de las artes, dió un beso fraternal al artista, el rey en el hermoso reino del arte.

Ya está en su casa el noble rey Luis I. Y cuando en el silencio de la noche, plateada la luna, y sus compañeras las estrellas, brillando cual regados diamantes, derramen sus rayos sobre la Walhalla, despertarán los inmortales, los socios todos, para rendir homenaje á su protector, mientras las victorias bajan de sus zócalos y depositan guirnaldas á los pies del rey cuyo nombre, envuelto en glorioso nimbo, transmitirá á las generaciones venideras el monumento imperecedero de su fama, la Walhalla.

Juan Fastenrath

SECCIÓN AMERICANA

ORIGEN DEL NEGRO, EL ROJO Y EL BLANCO

POR WÁSHINGTON IRVING

(Leyenda seminole)

Cuando erigieron los Estados-Unidos en territorio suyo la Florida, uno de los primeros cuidados de su Gobernador, M. Duval, fué atender con singular empeño á la civilización de los indígenas. Y para conseguir mejor sus benéficos propósitos, convocó una junta de jefes y les participó que su *Abuelo* (1) de Wáshington deseaba, con anhelo verdaderamente paternal, establecer en el país escuelas dotadas de buenos maestros para que difundieran entre los indígenas las luces de que gozaban los blancos.

Escucharon en silencio los congregados, y con la compostura y recogimiento que suelen, las razones expuestas por M. Duval en un persuasivo discurso, y después de oirle alabar y encarecer las ventajas que reportaría una medida tan filantrópica y meritoria, nada más dijeron sino es pedir veinticuatro horas para deliberar maduramente acerca del negocio antes de darle respuesta.

Vino en ello muy de su grado el Gobernador, y al otro día, reunidos de nuevo los de la víspera, se levantó uno de los jefes indios, y después de pedir la venia á M. Duval, le dijo de esta suerte, hablando en nombre y como procurador de todos los suyos:

«Hermano: Hemos discutido entre nosotros acerca de la oferta generosa que ayer nos hiciste de parte de nuestro *Abuelo* de Wáshington, prometiéndonos establecer en el país maestros de primeras letras que nos enseñen lo propio que á los blancos; y no sin agradecer cuanto merece tan buen deseo y la voluntad que muestra por nosotros, hemos convenido y resuelto, por acuerdo unánime, no aceptar el favor con que nos brinda, pues no basta que una cosa parezca y sea buena entre los hombres blancos para que siente y se acomode lo mismo á los hombres rojos. Porque aun cuando se nos dice y repite á cada momento que así los unos como los otros descendemos igualmente del mismo tronco, por ser hijos de los mismos padres, replicaremos que, á nuestro parecer, no están en lo cierto los que así hablan, y para que mejor te persuadas de la verdad de nuestra creencia, oye las razones en que se funda, basadas en una tradición de mucha cuenta para nosotros.

»Es el caso que, cuando el Gran Espíritu comenzó la obra de formar el género humano, hizo primero al negro, el cual fué por esta causa su ensayo, vamos al decir; y aunque resultó imperfecto, no será bien culpar á su autor de negligencia ó de torpeza, antes debemos alabarlo, pues con salir como salió, ya da idea del hombre tal cual lo concebía en el fondo de su pensamiento. Poco tardó el Creador en descubrir los defectos de su obra, y no nada gustoso con ella, se propuso poner en ejecución otro ensayo. Así lo hizo, en efecto, y resultó el hombre rojo. Pero aun cuando éste le plugo más que no el negro, como todavía no le satisfizo, he aquí que volvió el Gran Espíritu á trabajar en la manufactura de la humanidad, resultando de sus esfuerzos el hombre blanco al tercer ensayo, y quedando entonces contento. Por esta causa fuisteis vosotros lo último que hizo el Creador, y con esto queda explicado asimismo por qué te llamo mi hermano menor.

»Cuando hubo hecho el Gran Espíritu los tres hombres, los llamó á su presencia y les mostró tres cajas.

»La primera estaba llena de libros, mapas y papeles manuscritos; la segunda de arcos, flechas y cuchillos de monte, y la tercera de instrumentos de labranza.

»Estos objetos, les dijo, son los medios por los cuales habréis de ganar vuestro sustento. Escoja, pues, cada cual según su gusto.

»El blanco eligió primero, por ser el predilecto. Miró con sonrisa desdeñosa la caja de los instrumentos de labranza, y se detuvo á contemplar la que contenía las armas de caza y guerra, examinándolas atentamente. El hombre de la piel roja tembló entonces, porque había puesto su corazón en aquella caja; mas quiso su estrella que, después de considerarla, siguiera el blanco adelante y tomara para sí la de los libros y papeles. Hecho esto, el hombre rojo asió sin más tardanza de la caja de las armas y corrió al bosque vecino con ella. Dicho se está que, no quedándole al negro qué escoger, hubo de conformarse con las herramientas.

»De lo cual se infiere claramente que ya estaba previsto en los designios del Gran Espíritu que apren-

(1) Así llaman los indios al presidente de la república de los Estados Unidos.



LA ZAMACUECA. (De una fotografía remitida por D. Benito García Valdivieso, de Valparaíso.)

diese á leer y escribir el hombre blanco para saber y entender de todo, incluso fabricar aguardiente y *whiskey;* que fuese cazador de oficio el rojo y guerrero temible, pero que no aprendiese cosa ninguna en los libros, puesto que tampoco se los dejó, ni que hiciera *whiskey*, para que no se matara con la bebida; y en cuanto al negro, que pues no había en su caja sino herramientas de trabajo, debía emplearlas en servicio del blanco y del rojo, cosa que hizo y sigue haciendo á la hora esta.

»Por lo que á nosotros respecta, entendemos que así hemos de sujetarnos, como el negro, á nuestro destino, por ser esto lo más prudente y discreto, en razón á que sometiéndonos á los designios del Gran Espíritu, no le contrariamos, y alejamos de nuestras cabezas por tal modo el castigo que nos impondría desobedeciéndole.

»De mí sé decirte que si el saber de letras es bueno para los blancos, es perjudicial en sumo grado para los rojos, pues labra en daño de éstos cuanto á los otros aprovecha.

»Bien claramente lo publica el suceso digno de memoria de aquellos creekes y cheroqueses que se tornaron en los peores enemigos de los indios, sus hermanos, cuando aprendieron á leer y escribir; como que se partieron á Wáshington, diciendo que iban á visitar al *Abuelo* y á tratar con él de asuntos relativos á la prosperidad de los suyos, y cuando llegaron allí trazaron en un pedazo de papel ciertos signos, indescifrables para nosotros hasta que se presentó en nuestro campo un agente, y mostrándonos el papel nos dijo ser aquello un tratado que nuestros hermanos habían hecho en Wáshington con el *Abuelo* en nombre de la tribu. Y como aún no entendiéramos qué cosa eran tratados, para explicárnoslo mejor, lo levantó con ambas manos, y entonces vimos que cubría una grande extensión de territorio, y supimos luego con sorpresa y dolor que, por ser letrados, cedieron los nuestros los hogares, las tierras y hasta los sepulcros de sus padres á los blancos, los cuales sólo por ser letrados lo adquirieron todo, ganando éstos cuanto perdimos nosotros á virtud de las mismas artes...

»Di, pues, á nuestro *Abuelo* de Wáshington que no debemos, ni queremos, ni podemos admitir su oferta de darnos maestros que nos enseñen á leer y escribir, pues harto sabemos por dolorosa experiencia que tanto aprovechan las letras al hombre blanco cuanto perjudican al hombre rojo.»

TRADUCIDO POR JUDERIAS BÉNDER

ZAMACUECA Y VOTOS

(RECUERDOS DE CHILE)

Nada más gracioso y entretenido que unas elecciones en la República Chilena. Un periodista criollo hasta la medula, y *salao*, valgan verdades, tanto como el que más, José Román Vial, escribió una piececilla titulada «Una votación popular,» y era cosa de perecer de risa contemplando aquellos tipos admirablemente descritos y aquellas escenas tomadas del natural, con toda la *chicha* y el *ají* (guindilla) que destilaban las producciones del escritor cáustico.

Los *rotos* (plebe) chilenos son lo más socarrón y taimado que Dios crió, y nadie llega jamás á comprenderlos, por lo cual vuelven tarumba y acaban por marear de veras al que pretende conquistarlos.

Es perfectamente explicable que en América se haga política de personalidad y no de ideas. Las leyes del Estado escritas están en la Constitución, y á no ser que un golpe de sable paralice los efectos del código político, como éste no puede alterarse, quédase la designación de jefe para los hombres ilustrados que llevan y traen á las masas según tienen maña ó dinero para conquistarlas. A fuer de narradora veraz, diré que el pueblo en Chile no ha tenido grandes motivos de hacer alardes políticos. Vivió largos años en paz, con mandatarios probos, que procuraron el adelanto de la nación, y no ha sido su erario expoliado por vividores de oficio. A un pueblo que logra tal dicha, puede dársele un bledo de que mande Juan ó de que mande Pedro.

Es indudablemente por esto por lo que el *roto* se erige en soberano cuando las elecciones se aproximan, y procura maliciosamente sacar el mayor provecho de su *calificación*, ó papeleta, que decimos en España.

Cuéntanse casos curiosos de *rotos sabios* que engañan á las mesas votando varias veces con *calificación* y hasta con traje distinto; algunos salen apaleados y maltrechos de los colegios, porque los *eñores*, como ellos dicen, los tienen tan conocidos que andan con cien ojos y no son bastantes.

Cuéntase de un *roto* que se presentó á votar con papeleta falsa: le habían dicho que se llamaba Juan Fernández, pongo por caso; pero se habían olvidado de advertirle que era presbítero de profesión.

Tomaron los de la mesa la *calificación* y le preguntaron:

– ¿Cómo te llamas?

– Juan Fernández, *eñor*.

– ¡Pero *roto* sin vergüenza, si aquí dice presbítero!

¡Cualquiera supondrá que el hombre quedó anonadado ante el descubrimiento de la farsa!

Pues no, señor: deglutió saliva, cerró y abrió los ojos arqueando las cejas, engalló el busto y dijo con admirable desparpajo:

– Es que, *eñor*, soy Fernández por mi *paire* y Presbítero por mi *maire*.

¡Y no fué jolgorio el que se armó en el colegio electoral!

De mí sé decir que hasta le hubiera hecho diputado por la gracia.

Faltaban tres ó cuatro días para unas elecciones, y un amigo que tenía muchísimo gancho para conquistar *rotos* y muchas *chanchas* (pesetas) para pagar los votos, me invitó á un paseo campestre. Se trataba de sumar papeletas en favor de un amigo y se las prometía felices del paseo. Iríamos á un baile de *Enramado*, en donde se reunía la gente del campo, y allí verían los contrincantes cómo se cautivaban voluntades.

Era domingo, y al trote duro de magníficos caballos del país, hermosos y de gran estampa, pero más propios para tiro que para silla, nos encaminamos al merendero de Silva, «el amigo de los amigos,» como rezaba el rótulo con que el *chichero* famoso daba el alto á sus parroquianos.

Cuando llegamos había una *remolienda* de mil diablos y una de *gofetás* que á cualquiera le podía arder el pelo: el motivo era el siguiente, y lo consigno porque ciertos episodios dan á conocer el carácter de los pueblos más que todas las descripciones.

Un *roto* se había llegado humildemente al mostrador pidiendo *medio* de pan y dos onzas de *quieso*.

Una vez que le fué servido lo que pedía, quedóse mirando el queso y el pan, y después de darle algunas vueltas dijo, reflexionando con aire fingidamente estúpido:

– Me quisiera hacer el favor, amigo, de cambiarme por *chicha* el pan y *el quieso*?

– Vaya el cambio, respondió el «amigo de los amigos,» poniéndole delante los vasos de *chicha* correspondientes al importe de lo pedido, y no pagando anteriormente.

Bebióla el *roto* saboreándola, y limpiándose los labios con la punta del *poncho* dijo, disponiéndose á salir:

– Vaya, pues, amigo, quede con Dios.

– Atienda, *compairito*, ¿y no me paga la *chicha*?

– ¡Amigo, bueno hombre! ¿Y ya no le he *pagao* con el *quieso* y el pan?

Ni las protestas ni las razones del *chichero* pudie-



PEQUEÑOS PESCADORES, dibujo de A. M. Rossi



EL BAUTIZO, cuadro de D. Salvador Viniegra. Exposición de Munich, 1890

ron convencer al *roto* ladino, que seguía haciéndose el *leso* (cándido), hasta que se armó la de apaga y vámonos de cachetes y pescozones

Llegamos nosotros en tan críticos instantes, y se apaciguó la refriega, gracias á la generosidad de mi amigo, que abrió la bolsa para convidar á todos los presentes.

El lugar de la fiesta era una especie de plazoleta delante de una casa de adobes, cubierta con tejas y paja.

Debajo de una enramada artificial, sujeta con postes, de los cuales también pendían cortinas para resguardar del sol el salón de baile, alzábase como una tercia del suelo un tablado sólido, en donde los bailadores pudieran libremente requebrar sus cuerpos, al compás de arpas y vihuelas, emparejadas con el tablón del *cajeo*, acompañamiento indispensable en el baile nacional chileno.

Sentábanse á un lado del tablado músicos y *cantaoras*, y hacia ese lado apiñábase la *jiente* mirona, acaso porque allí había algunas *huasitas* (aldeanitas) picarescas y *diablas* que trastornaban á los *huasos* (campesinos) con sus miradas incendiarias.

No todos eran *rotos* los parroquianos de Silva, pues que entre éstos se veía algún *huaso* de categoría, con su gran sombrero, su poncho de vicuña, sus polainas de cuero y sus grandes espuelas de rodaja de plata.

Unos cuantos perros y algunas aves de corral hacían consorcio amigable con un *roto* borracho que tendido en el suelo se resistía á levantarse: otro *roto* viejo, encargado de recoger cáscaras de sandía y otras inmundicias, porque el «amigo de los amigos» era hombre muy limpio, pretendía convencer al borracho encaminándolo á su casa; pues el ver así una *presona tomada* (borracha), decía no había de ser muy del gusto de las *eñoritas* y de los *caballeros* que habían *yegao*.

En desierto predicaba el barrendero, porque el *roto*, harto de *bebía*, continuaba mascullando disculpas llenas de salero y de lógica beoda, que no deja de ser á veces incontrovertible.

Respaldado en la pared, arrimado á un palo y arañándose á las pencas de una *tusia* (higuera chumba) contemplaba otro viejo la escena, sonriendo y apurando el *pucho* de un puro (colilla) que acababa de tirar un *huaso* rumboso que sentado en un banco rodeaba con su brazo el cuerpo de una *huasita* trigueña de apretadas y largas trenzas; y para que nada faltase al cuadro, sobraban unos cuantos chiquillos sentados unos y danzando otros entre perros y gallinas.

Echamos pie á tierra invitados por mi amigo el muñidor de votos, que deseaba darse el gustazo de que le viésemos desplegar sus habilidades catequizadoras.

Después de hablar con unos y con otros brindándoles amistad además de veinte pesos por cabeza el día de la elección, todo esto remojado con sendos vasos de *chicha* que la concurrencia trasegaba en un abrir y cerrar de ojos. sacóse entusiasmado el fino poncho, quedándose arrogante y gracioso con su chaquetilla blanca, su sombrero de anchas alas arremangado de atrás y un poco caído sobre la nuca.

El elegante habíase convertido aquel día en *huaso* rico, para mejor impresionar á la gente de campo, vistiendo como ella se viste.

– ¡Buenos *pinganillas* estos!, dijo el viejo que chupaba el *pucho* de puro: cuando quieren algo, *toos* se vuelven *rotos*.

Llama la plebe en Chile *jutres* (de futre) á los elegantes: pero el año cuarenta y uno llegó á Chile un hombre que exhibía varios animales, entre ellos una mona, *Dulcinea*, y un mono, *Pinganilla;* ¡y vayan ustedes á saber qué relación encontrarían los *rotos* entre el mono y los lechuguinos! Lo cierto es que desde entonces son los elegantes *jutres* y *pinganillas* indistintamente

Mi amigo, metido ya en harina, no se paró en barras, y una vez libre del poncho para mejor echar *guaras* (hacer requiebros) á la pareja, fuese á buscar una mocita que con el rabillo del ojo miraba al *jutre*, quién sabe si muerta porque la eligiese por compañera.

Comenzaron los compases de introducción de la zamacueca, alegres y retozones de suyo, capaces de poner en ebullición la sangre más pastosa, y se cuadraron los jóvenes uno frente á otro, seriecita ella y animado él, como á las circunstancias convenía.

En la concurrencia notóse un movimiento de algazara, y cada cual soltó su dicho picante y preparó palmas, para jalear con entusiasmo á los bailadores si se portaban como quienes parecían, es decir, como *jiente* de *grasia*.

Comenzó la copla chillada por dos *cantaoras*, roncas ya de tanto jipear y cantar, y por cierto que no puedo menos de copiarla; es digna de reproducción por lo disparatada:

De las aves que vuelan
me gusta el *chancho* (cerdo);
de la fruta del campo
las empanadas.
Porque las esperanzas
nunca se pierden.

Todo esto con ¡ayes! quejumbrosos, intercalados según las exigencias de la música, y con gritos y jaleaduras equivalentes á nuestros *olé* y *tu mare* de la flamenquería.

A la mitad de la letrilla aparecieron dos apuestos jinetes, caballeros también de la ciudad, que acercándose á la valla que cercaba el sitio de la *remolienda* gritaron:

«¡Aro! ¡aro! Tomen un trago y empiecen de nuevo.»

Los bailarines hicieron alto, como es de rigor, para tomar dos vasos de *chicha* que les presentó un *jutre* de nuestra comitiva, en nombre de los recién llegados, que continuaban á caballo.

Terminado que hubo la *cueca*, acercóse mi amigo á los caballeros, y saludándolos alegremente les dijo:

– Llegaron tarde, amigos; todos son míos.

Los caballeros volvieron grupas; pero no aseguro yo que no se quedasen á medio camino, aguardando que nos marchásemos, con la sana y electoral intención de jugar una mala pasada al que les había tomado la delantera.

Si los *rotos* fueron fieles ó no á los veinte pesos y á la *chicha* de mi amigo, no puedo asegurarlo; pero éste ganó la votación, y la ganó bailando, como él decía, y echando *guaras* á la mocita *remoledora* (jaranera) del *Enramado* de Silva.

Eva Canel

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

DE BARCELONA

El Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona, teniendo en cuenta las reiteradas peticiones que á la comisión organizadora de la Exposición general de Bellas Artes han dirigido gran número de artistas españoles y algunos del extranjero solicitando una prórroga de admisión de obras que les permita concurrir á nuestra Exposición y á las que simultáneamente se celebrarán en París, Berlín y Munich, ha acordado acceder á lo solicitado, fijando irremisiblemente para la admisión de obras desde el día 1.° al 10 de abril próximo, y para la fecha de la solemne apertura y cierre de la Exposición el 23 de abril y 24 de junio respectivamente.

Al propio tiempo, la comisión organizadora ha sometido á la aprobación del Excmo. Ayuntamiento diversos acuerdos referentes á la concesión de garantías á los artistas y facilidades para la expedición de sus obras.

NUESTROS GRABADOS

Aldeana eslovaca, cuadro de Stuhlik. – Este joven pintor bohemio, alumno de la Academia de Munich, ha pintado buenos cuadros de género, dedicándose especialmente á reproducir los hermosos tipos de las muchachas eslavas.

Uno de los más interesantes es indudablemente la *Aldeana eslovaca* que hoy publicamos: en él no se sabe qué admirar más, si la belleza de las facciones con elegante pincel trasladadas al lienzo, ó la naturalidad de la actitud sorprendida y copiada con acierto irreprochable, ó el pintoresco traje con suma habilidad dispuesto.

En ésta, como en todas sus composiciones, demuestra Stuhlik ser un pintor concienzudo y poseer aquellas altas dotes que han dado renombre á la joven generación de artistas bohemios, en la que con él figuran en primera línea los Marold, Hyaais, Dvorak y otros no menos justamente reputados.

El toque de oración, cuadro del Sr. Ferrer Pallejá.—El cuadro que reproducimos es, quizás, una de las primeras obras que expone el Sr. Ferrer Pallejá Joven, muy joven, no tiene otros méritos que alegar que los premios y recompensas alcanzados en las Academias, y la revelación de lo que puede esperarse de sus condiciones y aptitudes, ya que quien como él, en los albores de la vida, en sus primeros empeños artísticos, sabe interpretar tan acertadamente las delicadas combinaciones de la luz, dar relieve y sentimiento, debe concedérsele la confianza de que con el tiempo ha de producir su pincel obras de más importancia y mayor aliento.

Sencillo, pero sentido, es el asunto que ha inspirado al señor Ferrer Pallejá la bellísima composición del lienzo que reproducimos. *El toque de la oración* demuestra que el joven artista no se limita á ser fiel copiador de la naturaleza, puesto que al reproducir sus bellezas, conviértese en poeta, componiendo una sencilla á la vez que sentida estrofa, reflejo de sus sentimientos, recuerdo, tal vez, de impresiones de su niñez.

La situación de los dos únicos personajes, el padre descubriéndose reverentemente al oir el tañido de la campana de la próxima aldea, é inclinando la cabeza al dedicar, agobiado por el pesar, triste recuerdo á la que fué su compañera, y la niña fijando en el cielo su purísima mirada, cual si en él debiera descubrir á su amantísima madre, acusan un sentimiento delicado y especiales aptitudes en el autor, que se avaloran al observar los pormenores que completan esta bella y simpática composición.

Vistas del Cairo. (De fotografías de F. Bonola-Bey.) – *El Kahirah* (la Victoriosa), como se denomina en el lenguaje oficial; *Masr, la Madre del Mundo*, según la designa generalmente el pueblo; el Cairo, como decimos nosotros, es sin duda alguna la ciudad más importante de Africa, no sólo por la numerosa población que encierra (374.838 habitantes, según el censo de 1882), sino también por ser capital de un vasto Estado en donde se han desarrollado en todos tiempos, y especialmente en los modernos, sucesos de suma trascendencia histórica. Interesante cual pocas se presenta esa capital á los ojos del viajero, que no se cansa de admirar en ella los incesantes contrastes que al lado de la actual ofrecen los restos de antiguas civilizaciones y aun las huellas de remota barbarie. Al lado de los barrios modernos espléndidos, con hermosas calles bordeadas de árboles, con magníficos jardines y elegantes puentes, con plazas tan notables como el parque de Esbekié, ábrense callejuelas estrechas, lóbregas y sucias que se cruzan en vueltas y revueltas, formando, como todas las antiguas ciudades árabes, intrincado laberinto; y junto á la cómoda y rica vivienda con sus enrejados, miradores salientes y delicados arabescos, ó á la grandiosa mezquita de atrevida fábrica y esbeltas líneas, cuyos bruñidos azulejos de colores y labor primorosos reflejan en mil cambiantes los dorados rayos de un sol ardiente, el angosto y obscuro zaquizamí, en donde el mercader, sentado con las piernas cruzadas, tiene al alcance de su mano y sin moverse de su sitio todas las mercancías á cuya venta se dedica.

Entre los monumentos más notables del Cairo puede citarse la mezquita y tumba de Kaid-bey, que fué construída en el siglo XV y ha sido recientemente restaurada. Su cúpula elíptica, sus paredes cubiertas de bellas mayólicas y ricos mármoles y su alto alminar que puede competir con los famosos de las mezquitas de El-Mayed y de Ashar, hacen de ese templo uno de los ejemplares más perfectos de la arquitectura árabe egipcia.

Fuera de la ciudad álzase un interesante obelisco faraónico, junto al cual suele reposar algún grupo de *fellachs* ó de sudaneses y detrás del que se distinguen á lo lejos sobre la azulada línea del horizonte los picos de las famosas pirámides.

Pequeños pescadores, dibujo de Rossi. – El ejercicio de la pesca, ó sea la esperanza de coger peces, si es que éstos son tan cándidos que se dejen atrapar, tiene poderosos atractivos para los que á él se dedican; casi diremos que ejerce sobre ellos misteriosa fascinación La pesca halaga el sentimiento de superioridad intelectual que el género humano se atribuye al compararse con las especies inferiores, y este convencimiento, arraigado en la mente, así de los niños como de los hombres, unido al espíritu de destrucción que en tantos individuos la civilización no ha podido aún extirpar, son causa de esa persecución incesante que sufren animales inofensivos como los pájaros y los peces. Menos mal cuando ese instinto destructor se compensa con el otro instinto de conservación; es decir, cuando la caza y la pesca tienen por objeto proveer á la alimentación del hombre; pero cuando tales ejercicios se toman por mera distracción ó divertimiento, los reputamos indefendibles y los estimamos dignos de censura.

Y esta censura sube de punto cuando los que destruyen por el simple afán de destruir son niños como los que tan hábilmente ha dibujado Rossi, que no es de suponer se dediquen á pescar con fines interesados. Afortunadamente para los peces que nadan en aquellas tranquilas aguas, los pescadores no son muy terribles, pues á su edad no es posible guardar la quietud y el silencio, que son los mejores cebos para atraer á los tímidos habitantes de los mares.

El bautizo, cuadro de Salvador Viniegra. – Contaba apenas veinticuatro años de edad el pintor gaditano, cuyo nombre conquistó notoriedad extraordinaria desde su primera aparición pública en el mundo del arte, cuando en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887 obtuvo la más alta recompensa por su hermoso cuadro *La bendición de los campos*, del que á su tiempo se ocupó detenidamente La Ilustración Artística.

No se durmió sobre sus laureles el joven artista, sino que prosiguiendo con afán siempre creciente y con éxito cada vez más lisonjero sus estudios, siguió pintando mucho y pintando bien, y de su estudio salieron cuadros para distintas Exposiciones, en donde llamaron la atención de los inteligentes, conquistando para su autor honra y provecho.

El bautizo que hoy reproducimos fué expuesto el año pasado en la Exposición de Munich, palenque adonde acuden anualmente los artistas de todas las naciones, para quienes es timbre de gloria todo fallo favorable, no sólo del jurado, sino también de la opinión pública de aquella ciudad, emporio de las bellas artes, que ha merecido el dictado de moderna Atenas.

Pues bien: el cuadro de Viniegra cautivó la atención de inteligentes y profanos: los primeros admiraban en él la prodigiosa técnica que acusa en el artista, la riqueza de detalles primorosamente ejecutados y la viveza del color á manos llenas prodigado por quien siente el colorido con toda la fuerza de los mejores pintores del Mediodía; los segundos, sin profundizar en la crítica artística, deleitábanse con la grata impresión que el conjunto en su ánimo producía, y formaban de continuo compacto grupo ante la obra de nuestro compatriota, recreándose en la contemplación de tantas bellezas por Viniegra acumuladas en la típica escena de costumbres españolas, pintoresca como todas las que tienen por actores chulos y majas y exactamente reproducida como concebida y ejecutada por quien, á fuer de andaluz neto, ha tenido cien veces ocasión de verla y observarla y lleva en su alma todos los elementos necesarios para desde Roma, en donde reside, recordarla y sentirla con la misma intensidad con que la viera.

El juicio que *El bautizo* mereció del público y de la prensa enaltece al pintor y llena de júbilo á los que amantes de las glorias patrias nos complacemos en reconocer como una de éstas á Salvador Viniegra.



Rodean á una persona, observó la modista... (pág. 108)

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Anduvo vagando sin objeto por las calles y por los muelles del río. Sintiendo necesidad de aire y de movimiento, había salido de su casa tres horas antes de la en que debía presentarse en la del príncipe Lodiski.

El cielo estaba plomizo, el frío era intenso y comenzaban á caer los primeros copos de una nevada.

Marcial no sentía la influencia de la atmósfera. A veces se paraba en medio de un puente, como para ver los patinadores del Neva; pero en realidad maquinalmente, absorto en sus pensamientos.

«¿Y si la princesa me amase?, se dijo de súbito, deteniéndose bruscamente. ¡Bah, esto no es posible! ¿Y por qué no? Y si no me ama aún, ¿no podrá quizá amarme en lo sucesivo?»

Y Marcial, al contrario de todos los amantes, se estremeció al fijarse en esta idea.

¿Por qué causa? Más adelante la conocerá el lector.

«De todos modos, continuaba pensando Marcial, yo tengo fuerza de voluntad; no traspondré el límite que me he fijado, y si llegan á la princesa las chispas del fuego de mi corazón, entonces... ¡oh!, entonces huiré y con mi muerte terminará todo.»

Una idea prosaicamente vulgar hízole volver á las realidades de la vida. Sintiendo que la nieve humedecía su rostro, miró al piso y pensó en que su calzado podía ensuciarse antes de llegar á la morada del príncipe.

Se dirigió, pues, á ésta apresuradamente; pero como aún faltase una hora para la señalada por aquél, detúvose, y entrando en un café que allí había, se sentó á una mesa frente á un reloj.

Allí oyó dar las doce y media.

Pidió un periódico, mas no pudo leer.

Miraba al reloj, oía el ruido acompasado de la péndola y también los latidos de su corazón.

¡Cosa rara! Hubiera querido detener la manecilla que variaba lentamente de sitio en el horario, y con ella la marcha del tiempo.

Porque Marcial no sólo estaba impaciente como un amante, sino también agitado como el criminal que va á perpetrar un delito.

Por fin sonó la hora.

A la primera campanada del reloj, el joven se estremeció, poniéndose en pie como á impulsos de una chispa eléctrica.

Luego salió del café, y trasponiendo en pocos instantes la distancia que mediaba hasta el palacio del príncipe Lodiski, presentó su tarjeta al portero de la verja del parque.

Este la transmitió al del palacio, y momentos después Marcial se hallaba en presencia del príncipe, que le examinó un tanto sorprendido de su juventud y de la extraña expresión de su semblante.

El príncipe estaba sentado cuando entró Marcial, y continuó del mismo modo. Luego, contestando con una ligera inclinación de cabeza al saludo de éste, dijo, sin ofrecerle asiento:

– ¿Ya sabéis el objeto con que os *he mandado* venir.

– Sin duda, contestó Marcial, y he creído un deber de cortesía deciros yo mismo que abrumado de ocupaciones como estoy no me es posible encargarme de una nueva lección.

Y dichas estas palabras, saludó y salió de la estancia, dejando al príncipe estupefacto.

IV

¿Qué causas habían motivado esta súbita resolución de Marcial? Y digo súbita, porque desde el día anterior hasta el momento de presentarse al príncipe, el enamorado joven, si bien después de muchas vacilaciones, determinó acceder al deseo de Elena, lo cual le proporcionaba una dicha que él ni siquiera podía imaginar. Con tal propósito salió de su casa, con el mismo entró en la del príncipe, y atendiendo á estas razones parece inexplicable su conducta.

Tal vez los modales poco corteses del príncipe y su tono un tanto altivo hirieron la orgullosa fibra de nuestro héroe; acaso á estos motivos se unió algún penoso recuerdo.

¿Quién puede sondear el corazón humano?

Lo cierto es que Marcial salió del palacio Lodiski en un estado que renuncio á explicar.

El príncipe, sin darse cuenta de la brusca retirada de aquél, transmitió á su hija las palabras del joven profesor de idiomas y la propuso hacer avisar á otro.

– No, por ahora no, dijo Elena; estos días no tengo gusto para nada.

Y cuando se halló sola inclinó la cabeza, como la flor dobla su tallo al sentir la influencia del ocaso del sol.

Desde aquel día la princesa vivió casi automáticamente. Dejábase vestir, paseaba y asistía al teatro por no contrariar á su padre y con una indiferencia casi estúpida. Experimentaba los síntomas de esa absorción febril, clasificada por la ciencia, que es la voluptuosidad del padecimiento. La desesperación tiene también su éxtasis, y nada hay más peligroso que el corazón que se resigna al dolor y por consiguiente á la muerte.

Las cosas que pasaban á su vista se la figuraban lejanas, y aunque comprendía el conjunto, no se daba cuenta de los pormenores: era como un sonambulismo triste.

Había en ella, en todas sus acciones y en todas sus palabras, algo de la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse.

– ¿Qué tienes, Elena?, decíanla su padre y su aya, que la observaban con inquieta solicitud.

– Nada, contestaba ella; estos días no me siento bien, pero ya pasará.

La princesa era altiva y recta: en su corazón no hubiera hallado cabida el amor desdeñado; pero era el caso que siempre que se asomaba á los cristales de las ventanas de su cuarto (y se asomaba todas las tardes) veía á Marcial pasar ó sentado siempre en el mismo sitio.

Un poco más allá del palacio Lodiski, y lindando ya con el campo, había una tapia que cercaba el patio de una fábrica de fundiciones de hierro, y en esta tapia una puerta, siempre cerrada, con dos asientos de piedra á uno y otro lado. Marcial solía sentarse en uno de dichos asientos, porque desde allí veía una ventana de la habitación de la princesa que daba al campo.

Elena asomábase á los cristales de esta ventana, desde donde veía y era vista por el infeliz joven.

Marcial estaba desconocido: su semblante tenía una palidez espectral, y sus grandes ojos negros habían perdido su inteligente expresión. Andaba con lentitud y como vacilando, y los rosetones producidos por la fiebre coloraban marcadamente sus enflaquecidas mejillas.

Merced á los cuidados de su viejo criado, su traje estaba aún limpio y aseado; pero sus cabellos caían en desorden y su sombrero y calzado hallábanse en completa ruina. El pobre joven había perdido el sentido moral del amor, y no se cuidaba de presentarse ante la vista del objeto amado en aquel aspecto lamentable.

No trabajaba, no daba lecciones: había abdicado la vida.

La miseria comenzaba á devorarle, y á no haber sido por la caritativa solicitud de Mlle. Brian, que en connivencia con Bernardo le engañaban, hubiera muerto de hambre y de frío.

La princesa le observaba desde su ventana y presentía sus padecimientos. A veces, cuando ella se asomaba al cristal, él cruzaba las manos y la miraba

en éxtasis. Entonces Elena se retiraba al fondo de su habitación, y sollozando murmuraba:

«Pero ¡Dios mío! ¿Por qué no querrá venir?»

V

Una tarde la princesa hallábase en cama, ligeramente indispuesta. El príncipe había hecho avisar á Mlle. Brian, y estaba con ésta en la habitación de su hija.

Se aproximaba la semana de Carnaval, llamada en San Petersburgo *la semana loca:* reinaba gran animación en la corte de Rusia, y el príncipe había recibido invitaciones para varios bailes, entre ellos el que debía dar el gran duque heredero en su palacio de Anitchkoff.

Elena, no obstante, no había hecho ningún preparativo, y con este motivo, el príncipe, cada vez más preocupado de la tristeza de su hija, hizo llamar á la modista.

Hacía un frío intenso. Mlle. Brian estaba sentada al lado de una chimenea, en donde ardía un gran fuego, y desde allí hablaba con la princesa, que como sabemos hallábase en su cama.

El príncipe paseaba por la estancia, deteniéndose algunas veces para mirar por la ventana.

Una de estas exclamó:

– ¿Qué sucederá? Se ha formado un grupo de gente junto á la puerta de la fábrica.

– Rodean á una persona, observó la modista, que se había acercado á la ventana; y luego, lanzando una exclamación, añadió: ¡Gran Dios! ¡Es Mr. Marcial!

– Mr Marcial, dijo el príncipe al oir la exclamación de la modista. ¿Y quién es Mr. Marcial?

– Mi pupilo; un joven español... Le entran en la fábrica. ¡Dios mío! ¿Qué será? ¿Se habrá helado? ¡Oh, señor príncipe!, permitidme; voy á ver qué le ha sucedido. Volveré luego.

– Os aguardo, Mlle., dijo el príncipe; no dejéis de venir Tenemos que hablar. Si necesitáis algo avisad inmediatamente.

No bien hubo salido la modista, el príncipe se acercó á la cama de su hija y hallóla privada de sentido.

Cuando ésta volvió en sí, merced á los cuidados que se la prodigaron, medió entre padre é hija una larga conversación, interrumpida por la presencia de la modista una hora después.

Al verla el príncipe, por medio de un ademán la indicó que no pasara adelante, y dejando á su hija ya más tranquila, condujo á Mlle. Brian á un aposento cercano.

– Lo sé todo, dijo el príncipe ofreciendo un asiento á la modista. Acabo de hablar con mi hija.

– Supongo, señor príncipe, que al hablar de ese modo os refiriréis á Mr. Marcial.

– Sin duda. ¿Qué le ha sucedido?

– ¡Oh! Que empezaba á helarse.

– ¿A helarse?

– ¡Ah! Sí, señor, y á no haber sido por un trabajador de la fábrica, que conoció los síntomas, á estas horas estaría muerto.

– Pero ¿cómo le habéis dejado?

– Ya enteramente bien. Apenas le hicimos entrar en calor, desde la fábrica, en donde le proporcionaron los primeros auxilios, me le llevé á casa en mi coche, y allí le he dejado al lado de un buen fuego, porque no ha consentido meterse en cama.

– Mlle., es preciso que busquemos un medio de animar á mi hija: su estado me inquieta.

– Yo, señor, tendré una satisfacción en contribuir á ello tanto por la señora princesa, cuanto por ese joven digno de mejor suerte.

– Pensemos, pues, Mlle Según parece, hemos dado con dos caracteres á cual más vidriosos y excéntricos...

La conversación del príncipe y de la modista duró mucho tiempo, y el lector comprenderá el resultado de ella por los sucesos subsiguientes.

VI

Aquella misma noche Mlle. Brian subió á la habitación de Marcial, al cual halló junto á la chimenea, en el mismo sitio en donde le había dejado.

Bernardo, el viejo criado, asustado aún á consecuencia del accidente acaecido á su amo, cuidaba de alimentar el fuego.

A una seña de la modista salió de la estancia.

Mlle. Brian se sentó frente á Marcial.

– ¿Os sentís bien?, le preguntó.

– Muy bien, Mlle ; gracias.

Hubo un momento de silencio.

– Vengo del palacio Lodiski, dijo la modista.

– ¡Ah!, exclamó Marcial.

– La princesa está algo indispuesta.

– ¿Qué tiene?, preguntó Marcial con vehemencia, sin poder contenerse.

– Poca cosa, un resfriado: lo cual no obsta para que se halle en situación grave.

– ¡Oh! ¿Qué decís?, exclamó el joven olvidando el disimulo.

– La princesa tiene una de las peores enfermedades: la del amor contrariado.

– ¿La princesa ama?...

– Sí, os ama á vos.

El joven dió un salto en su asiento.

– Os ama, prosiguió la modista, y vos la amáis; mas yo no sé por qué capricho del uno ó del otro os empeñáis en haceros desgraciados.



¿La princesa ama?...

– ¡Ah, Mlle!..., exclamó Marcial, y la emoción le impidió continuar.

Entonces la modista le hizo una relación de los sucesos en que ella había intervenido. Esperaba una explosión de alegría por parte de su huésped al saber que los obstáculos entre él y el objeto de su amor iban desapareciendo poco á poco: mas cuál fué su sorpresa al oirle suspirar, limitándose á decir con triste y desalentado acento:

– ¡Imposible! ¡Oh! ¡Imposible!

La modista le miró estupefacto, creyendo que se había vuelto idiota.

Pretendió dar el golpe de gracia, diciendo:

– A consecuencia de lo que os he contado, mañana recibiréis una visita.

– ¿De quién?

– Del señor príncipe Lodiski.

– ¿Del príncipe?

– Sí; vendrá en persona á rogaros que deis á su hija lecciones de inglés.

– ¡Oh! ¡Dios mío. Dios mío!, exclamó el joven con la mayor exaltación. ¡Esto es más de lo que puedo soportar!

La modista comenzó á temer seriamente por la razón de su huésped.

VII

A la mañana siguiente Marcial se hallaba efectivamente en un estado de delirante exaltación.

Mlle Brian, avisada por Bernardo, subió á la habitación de su huésped, á quien halló con el semblante descompuesto.

Apenas reparó en ella, ni la contestó cuando le dirigió la palabra, sino que viendo que Bernardo iba á salir para avisar al médico, le detuvo cogiéndole suavemente por un brazo y diciendo:

– ¿Tú también te vas, Bernardo? ¿También me dejas? ¿Qué te he hecho yo para que huyas de mí? ¿En qué he podido disgustarte? ¿Por qué me abandonas, precisamente hoy, en que he de revelarte un gran secreto? Pero no, prosiguió el desdichado con voz cada vez más animada. Tú eres bueno, me quieres mucho, me has seguido á Rusia para morirte quizá de frío, y vas á alegrarte de mi felicidad, pues aunque hoy estoy triste, no sé por qué, soy feliz, mi buen Bernardo, muy feliz.

Y al pronunciar estas palabras, Marcial sonreía, pero con una sonrisa tan extraña, que hizo estremecerse á Mlle. Brian, que se dejó caer en una silla.

– Mira, continuó aquél, hablando casi al oído á su viejo criado, que le oía con doloroso estupor. No digas á nadie lo que ahora vas á saber. Vinimos á Rusia pobres, muy pobres: ya te acuerdas; tuvimos que vender al pobre Orión en el mercado, como si hubiese sido el caballo de un chalán, y vendimos también la sortija de mi madre y el bastón de mi padre: todo, todo. ¿Qué habíamos de hacer? Era preciso seguirla, verla, adorarla... ¡Ah! ¿Qué te decía yo?... ¡Ah!, sí, te decía que soy rico, muy rico... Ven conmigo, prosiguió tomando de la mano á Bernardo y llevándole á su dormitorio. Quiero enseñarte mi tesoro para que te admires.

La modista siguió á ambos, llena de dolorosa curiosidad.

VIII

Marcial abrió el cajón de una mesa que había al lado de su cama, sacó un rollo de papeles manuscritos, se detuvo á contemplarle con la alegría de avaro, y con el rostro radiante de felicidad dijo:

– ¿Ves, Bernardo? Pues todos estos son billetes del Banco de San Petersburgo. ¡Mira cuántos hay! Representan valores incalculables, más de cuatro millones de rublos, y sin embargo, continuó Marcial, ¿crees que soy un ambicioso vulgar que aprecio estos valores por egoísmo ú orgullo? No, mil veces no. He deseado ser rico para acercarme á *ella*, para rodearla de todos los goces, de todos los prestigios del mundo, para elevarla un altar en donde seré al mismo tiempo el sacrificador y la víctima feliz; pero no creas que *ella* me ama por mis riquezas, sino porque ha comprendido el culto ardiente y sin igual que la he consagrado; porque ha querido hacerme dichoso, porque ha hallado en mi corazón tesoros más valiosos. Atiende bien, Bernardo: voy á contarte mi última entrevista con *ella*. Tú juzgarás si aquella alma puede descender á tan mezquinos deseos. Ayer por la noche la vi en este mismo sitio. Hacía mucho tiempo que la esperaba, para enseñarla como á ti estas riquezas. *Ella* las miró con desdén, y con su voz tan dulce y tan firme al mismo tiempo, dijo, mirándome con altivez: «¿Y es eso todo? ¿No comprendes la felicidad sino en la opulencia?» Yo la interrumpí temeroso, porque hay en *ella* algo que me impone: ¡Alma de mi alma! ¿Por qué me entristeces con esos reproches? En cualquier estado á que me reduzca la fortuna, siempre seré dichoso á tu lado; pero ya que el cielo me ha hecho rico, ¿por qué despreciar sus dones, que podemos emplear tan dignamente? Amada mía, esta noche pasada he tenido un sueño muy agradable que quiero contarte, pues quizá es un presentimiento de los goces que nos esperan. Escucha la relación detallada de tan feliz sueño.

«Era una hermosa mañana de primavera, y al salir el sol bajábamos nosotros por la escalera de nuestra quinta. En el patio nos esperaban muchos desgraciados que te deben su subsistencia; uno te pide que socorras á su madre que está postrada en cama; otro te ruega que nuestro intendente le baje el precio de su arrendamiento en atención á lo escaso de la cosecha; un padre te suplica le adelantes una pequeña cantidad para eximir á su hijo de la suerte de soldado, y todos te rodean confiados; ninguno se dirige á mí, porque saben que yo sólo soy el primero de tus siervos.

»Tú los consuelas y accedes á sus ruegos, y en medio de sus bendiciones llegamos al sitio en donde nos espera la alegre cuadrilla de nuestros monteros y ojeadores. La jauría. al verte, corretea y se acerca á ti saltando; tu yegua favorita piafa de alegría al recibirte en su gallardo lomo, y todos nos ponemos en movimiento.»

IX

Marcial enmudeció un instante, como gozándose en sus recuerdos, y luego prosiguió:

«Momentos después comienza la caza. El monte resuena con el galope de veinte caballos; el placer se retrata en todos los semblantes; se disponen las paradas, resuenan las trompas, se azuza á los perros, que parten olfateando el suelo.

»La caza es una fiesta real, y cuando se hace contra un lobo que ha diezmado los rebaños de las cercanías, es casi un deber; por eso tú, descendiente de

los antiguos czares, amas sus variados lances, sus peligros y su animación; por eso sueltas la rienda á tu yegua, y acompañada por mí traspones las zanjas, galopas por las colinas, enajenada de gozo, olvidando en tu arrebatado entusiasmo que eres la más tierna, la más delicada de las mujeres...

»Amado mío, me interrumpió *ella*, mirándome con ternura, cierto que es un sueño muy hermoso; mas .. ¿es preciso que poseamos quintas, jaurías y caballos para realizar los sueños de tu imaginación? ¿No has soñado alguna vez, como yo, con una casita blanca, muy blanca, á la orilla del mar, no lejos de la montaña, oculta como un nido entre los árboles? ¿No has pensado en los goces de una vida solitaria consagrada al amor, en los largos paseos por el monte, aspirando el perfume de la clemátida y de la violeta, viendo el sol de la tarde teñir de púrpura las crestas de los peñascos, oyendo el ruido de las esquilas lejanas ó el canto del leñador? ¿No te has sentado á la orilla del río á la hora de la siesta, á la sombra de los sauces que se bañan en la linfa? ¿No has surcado conmigo las rizadas olas del mar en las noches del estío, en una barca rápida como una gaviota? ¿No has contemplado desde allí la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, elevando tu alma á la grandeza del que los creó tan hermosos? ¿No has arrancado moras de dulce sabor de entre las zarzas de los vallados, ofreciéndomelas después? ¿No me has leído en las noches del invierno los versos de los poetas, hablándome luego de tu cariño en un lenguaje aún más tierno que el suyo?...

»¡Oh, luz de mis ojos!, la interrumpí yo, enajenado de alegría, besando sus manos, aquellas manos que enloquecerían de amor á un artista tan luego como las contemplase. ¿Qué he hecho para merecer tanta dicha, para oir de tus labios esas palabras? ¿Qué voz, qué lenguaje podría expresar el infinito amor que llena mi alma? ¡Ah! Me parece que todas las caricias de la tierra no son suficientes á hacértelo comprender... Yo no me creo digno de ser feliz contigo: quisiera padecer, morir por ti...»

El ruido de una persona que se presentó en la puerta del dormitorio hizo enmudecer á Marcial, que volviendo la cabeza, guardó precipitadamente el rollo de papeles en el cajón de la mesa.

Era un criado de Mlle. Brian que venía á decirla que el príncipe Lodiski la esperaba en el piso bajo

La modista entonces dirigiéndose á Bernardo, le dijo en voz baja:

– No os separéis de él. Voy á ver al príncipe y á mandar que avisen al médico.

X

El príncipe Lodiski sufrió un rudo golpe al saber la causa del triste estado en que veía á su hija. Su orgullo se resistía á transigir con aquellos obscuros amores, y vaciló mucho antes de adoptar una resolución Pero adoraba en Elena, la cual habíale impuesto su omnímoda voluntad de niña mimada; conocía el tenaz carácter de ésta y se asustó ante las consecuencias de una pasión contrariada.

Así, pues, se explica perfectamente su presencia en casa de la modista. Quería ganar tiempo, acceder al deseo de su hija respecto á Marcial lisonjeándose de que el tiempo y sus reflexiones haríanla comprender la inconveniencia de sus amores.

Mlle. Brian bajó á la sala de recibo, en donde esperaba el príncipe resignado á ver á Marcial, con pretexto de que éste diera lección de inglés á Elena; y cuando la modista le participó el estado de su huésped, se alarmó por causa de su hija.

Momentos después presentóse el médico de mademoisille Brian. Había éste curado á Marcial en su pasada dolencia, y experimentaba hacia él la más viva simpatía.

– Delira con riquezas, dijo el médico enterado por la modista. Cree poseer tesoros: la ciencia ha clasificado esta faz de la demencia con el nombre de *monomanía del orgullo*; pero aunque los síntomas parecen claros, antes de ver al paciente convendría saber, ó por lo menos deducir, las causas predisponentes; esto es, el origen más probable de su enajenación mental.

Mlle. Brian entonces, con asentimiento del príncipe, le hizo una relación circunstanciada del amor de Marcial hacia la princesa.

El médico reflexionó algunos momentos y luego dijo:

– He hecho la observación de que en la demencia, especialmente al principio de la afección, se obtienen resultados maravillosos por medio de las grandes emociones, y si por mí fuera pondría en práctica uno.

– ¿Cuál?, preguntaron á la vez el príncipe y mademoiselle Brian.

– La vista del objeto amado.

– ¿Ver á mi hija?

– Sí, señor. Yo creo que en la locura, aunque no aparentemente, muchas veces hay lesiones orgánicas á las que conviene acudir con la mayor prontitud posible, sobre todo si la locura es momentánea y pasajera, pues por este medio se evita tal vez que se haga *crónica*, si me es permitida esta palabra.

– Por mi parte, dijo el príncipe, no hallo inconveniente en que ese joven vea á mi hija: ella le espera y yo he venido con ese objeto.

– Siendo así, repuso el médico, ahora mismo si es posible: yo le acompañaré.

– Me temo, observó la modista, que Mr. Marcial no consienta.

– Trataremos de conseguirlo: ese joven me aprecia Ahora veámosle.

Mlle. Brian y el médico subieron á la habitación de Marcial, á quien hallaron sentado tranquilamente junto á la chimenea, absorto, al parecer, en honda meditación.

Conoció á ambos, hizo que Bernardo acercase sillas y dió la mano al médico.

– He venido, dijo éste, á ver cómo estabais. Desde que entrasteis en convalecencia no he tenido el gusto de veros.

– Me hallo muy bien; mil gracias, contestó Marcial.

– Yo no sé qué he oído decir respecto á vos, repuso el médico. Creo que tratáis de volver á España.

– Por ahora no.

– Es que no sé de dónde he sacado yo que habíais heredado.

Marcial hizo un brusco movimiento, y luego con acento de infantil disimulo, dijo:

– No, nada, amigo doctor: estoy tan pobre como siempre, y no sé por qué he de haber variado. No tengo á nadie á quien heredar, y si entrasen aquí ladrones con objeto de robarme, buen chasco se llevarían.

Y al decir estas palabras miraba con inquietud hacia la puerta de su alcoba.

– Allí pretende tener los billetes de banco, dijo la modista en voz baja.

– Ya comprendo, contestó el doctor; y después, dirigiéndose á Marcial, repuso:

– Mr. Marcial, venía á pediros un favor.

– Cuantos queráis, amigo mío. No olvido que tal vez os debo la vida.

– ¿Tenéis la bondad de servir de intérprete entre una enferma y yo? Ella no sabe ni una palabra rusa, y como es una afección grave, necesito conocer los antecedentes.

– Repito que estoy á vuestra disposición.

– ¿Tenéis alguna ocupación por el momento?

– Absolutamente ninguna.

– En ese caso, la casa de mi enferma está cerca, tengo mi coche á la puerta, y si fueseis tan amable...

– Ahora mismo, doctor ¡Bernardo!, mi paletó y mi sombrero.

– Avisad al príncipe, dijo por lo bajo el médico á Mlle. Brian. Decidle que prevenga á su hija y que nos espere.

XI

Un cuarto de hora después Marcial y el médico se apeaban de su carruaje al pie de la escalera del palacio Lodiski.

El joven no conoció el sitio: había estado allí una sola vez, y en tal estado de agitación, que no le permitió fijarse en nada.

Eran las siete de la noche. Grandes candelabros de cuatro bujías cada uno alumbraban el peristilo y la escalera.

Un portero de librea hallábase al pie de ésta, así como también el mayordomo del príncipe, que precedió á los recién llegados.

Marcial, no obstante su abstracción, no pudo menos de sorprenderse de aquel aristocrático lujo.

Atravesaron varias salas, todas brillantemente alumbradas.

Alzó el mayordomo el doble tapiz que cubría una puerta, y Marcial y el médico penetraron en un saloncito, de cuyos lienzos de pared colgaban grandes tapices moscovitas y que estaba alfombrado de peludo cuero de Caffa.

A uno y otro extremo, en el mismo lado en que se hallaba la puerta, había dos grandes chimeneas encendidas, sobre cuyos mármoles, cubiertos también de cuero, y en dos colosales candelabros ardían varias bujías, velada su luz por pantallas.

Entre las dos cerradas ventanas del salón veíase un reloj de malaquita con esfera dorada.

Al lado de una de las chimeneas, casi tendida en una butaca y puestos los pies en una banqueta, hallábase Elena con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

El príncipe Lodiski, en pie, vuelto de espaldas á la chimenea, miraba á veces á su hija y á veces hacia la puerta del salón.

Cuando se presentaron Marcial y el médico, el príncipe se adelantó á recibirlos. Iba á hablar; pero á una seña del segundo, el cual ya había visto á la princesa, se apartó, dirigiéndose hacia la chimenea.

Marcial no conoció al príncipe, ni en los primeros momentos reparó en Elena.

– Amigo mío, le dijo el médico, allí está mi enferma. Tened la bondad de aproximaros.

Y se adelantó seguido de Marcial.

Éste entonces vió á Elena, pero sin conocerla, á causa de la tenue luz que se escapaba á través de las pantallas

La princesa, aunque esperaba la venida de Marcial, al verle no pudo reprimir un movimiento nervioso que la hizo ponerse en pie y luego volver á caer en la butaca.

Marcial acercóse á ella y la conoció...

Hay una balada alemana en la que un saboyanito errante se encuentra con el ángel de la montaña por donde atraviesa, y cruzando las manos se queda en éxtasis. Esto mismo sucedió al pobre joven, que ante aquella inesperada aparición reconcentró las confusas ideas que bullían en su mente en una sola: en la contemplación de aquella criatura tan amada.


Marcial Bernáldez de Toledo

Lo olvidó todo, hasta el sitio en que se hallaba; é inmóvil, aturdido, con el pecho levantado por la emoción, con los labios entreabiertos, permaneció en este estado durante algunos minutos.

La princesa, no menos conmovida, tenía los ojos fijos en el suelo.

XII

De pronto los alzó para mirar á Marcial, el cual, moviéndose como un cadáver galvanizado al sentir el dulce relámpago de aquella mirada, fijó los suyos en todas partes como el que despierta de un sueño; llevóse ambas manos á la frente con un rápido movimiento, y dirigiéndose al médico, que estaba á su lado y le observaba, dijo:

– ¿Qué es esto? ¿Cómo me hallo en este sitio?

Porque el pobre joven en aquel momento había recobrado la razón El efluvio amoroso desprendido de los ojos de Elena desvaneció las sombras de su mente, que salió como de un limbo obscuro.

La princesa lloraba. El médico sonreía con satisfacción, observando con la perspicaz mirada de la ciencia el semblante de Marcial.

– Amigo mío, dijo á éste, os halláis en este sitio porque el señor príncipe Lodiski, á quien os presento, desea que deis lecciones de inglés á su hija la princesa Elena.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

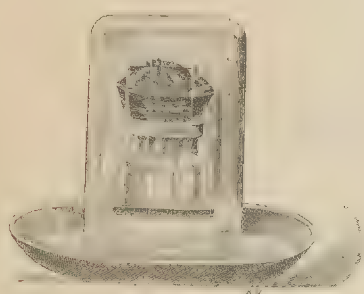
QUÍMICA RECREATIVA. – LOS CUATRO ELEMENTOS

En sentir de los antiguos, sólo existían cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Menos afirmativos los modernos, confiesan francamente que ignoran el número fijo de aquéllos: por de pronto conocen unos setenta y esperan descubrir algunos más, aunque bien pudiera suceder que el porvenir les reservara una nueva sorpresa demostrando que sólo existe uno.

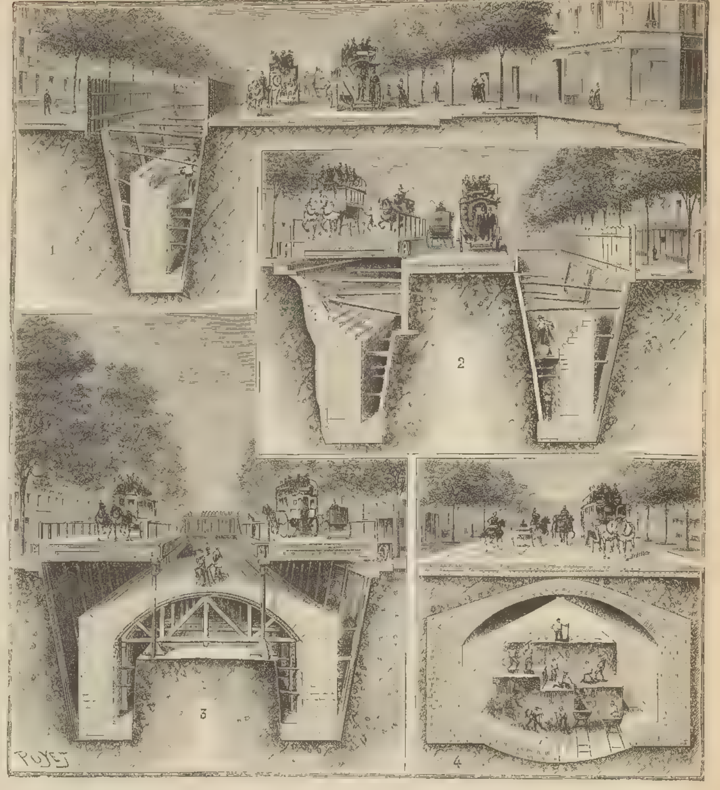
En vano buscaríamos entre los elementos de los modernos los cuatro por los antiguos indicados, amén de que la palabra tiene hoy día muy distinto significado: en la actualidad damos el nombre de elemento ó cuerpo simple á toda materia que no pueda ser descompuesta, es decir, simplificada; al paso que en la antigüedad los elementos eran más bien el símbolo de los diferentes estados en que se nos presenta la materia. La *tierra* era el tipo de los cuerpos duros, resistentes, de potente cohesión, de los sólidos, en una palabra; el *agua* representaba los cuerpos líquidos; el *aire* los cuerpos gaseosos, acerca de cuya constitución apenas hace dos siglos que se tienen nociones claras, y finalmente, el *fuego* sintetizaba el calor y la llama, siendo para los sabios de aquellos tiempos una especie de cuarto estado de la materia, más sutil, más fluido que el aire, pero á pesar de ello materia.

EL FUEGO. – Para dar una idea de las teorías que acerca del fuego predominaban hace apenas un siglo, permítaseme citar un pasaje de un librito que con el título de *Erasto ó el amigo de la juventud* se imprimió en 1785. En él y bajo la forma de sencillas conversaciones, un profesor enseña á dos niños los elementos de las ciencias y, entre otras cosas, les dice: «El fuego es un cuerpo, puesto que ocupa un espacio, que se dirige en todos sentidos y que al desarrollarse se mueve. La reflexión de este fluido producida por los espejos ustorios es una prueba de su solidez. Por último, es pesado, ya que cuando se une en gran cantidad á los cuerpos y con ellos se alía aumenta el peso de los mismos, aunque, á decir verdad, este aumento de peso puede proceder también de las partículas elementales del fuego que con él penetran en los poros del cuerpo.» Después de haber emitido algunas ideas exactas acerca de la fusión de los cuerpos bajo la acción del fuego, añade: «Cuando los cuerpos se han fundido, sus partes más sutiles, tales como las acuosas y oleaginosas, se volatilizan, y al disiparse en la atmósfera producen esos vapores que se llaman exhalaciones. Esas pérdidas al evaporarse llévanse consigo un poco de materia ígnea y forman otra especie de fluido sensible y elástico que conocemos con el nombre de *humo*. Una vez reunidas las moléculas de este último fluido constituyen una masa ligera y rara que se denomina hollín. Pero cuando estas partes se vuelven más volátiles y se elevan con mayor abundancia llevándose mayor cantidad de partículas ígneas, forman lo que se designa con el nombre de *llama*, la cual tiene una atmósfera compuesta especialmente de las partes acuosas que arroja de su seno y que se elevan en humo, etc.»

Lavoisier, á pesar de su gran genio no pudo sustraerse á la idea de que el fuego era material, así es que en el primer lugar de los cuerpos simples coloca el *calórico*; y sin embargo él, que de modo tan magistral había determinado la composición del aire y que había destruído la teoría flogística, sabía perfectamente que cuando se calienta en el aire durante largo tiempo estaño ó mercurio, el aumento de peso que se observa no proviene «de las partículas elementales del fuego que con él penetran en los poros de esos cuerpos,» sino de uno de los elementos del aire que vienen á fijarse sobre el metal.



LOS CUATRO ELEMENTOS. – Análisis del aire



LA RED METROPOLITANA DE PARÍS

Figs. 1 á 4. Uno de los procedimientos proyectados para la ejecución del Metropolitano de París. – Fig. 1. Construcción en excavación blindada de uno de los pies derechos. – Fig. 2 Construcción del segundo pie derecho. – Fig. 3. Construcción de la bóveda. – Fig. 4. Extracción de tierras y construcción del zampeado.

Hoy día, gracias á los trabajos acumulados por nuestros antecesores, vemos las cosas desde más alto y no confundimos en una misma definición, como el bueno de Erasto antes citado, el fuego y la llama, que conocemos suficientemente y cuya esencia no tiene para nosotros nada de misterioso. En cuanto al calor, causa de la llama, sabemos que, pudiendo ser producido por frotamiento, por acciones químicas, por la electricidad, es una forma particular de movimiento.

LA TIERRA. – Sabido ya qué ha venido á ser el fuego en las modernas teorías, veamos cuál ha sido la suerte de los otros tres elementos de los antiguos. La corteza terrestre está formada por los innumerables compuestos producidos por la unión de los setenta cuerpos simples actualmente conocidos. Por lo que hace al aire y al agua, su estudio nos detendrá más tiempo y nos permitirá adquirir nuestros primeros conocimientos de química.

EL AIRE. – Comencemos por un experimento, pues nada hay como la experiencia para equilibrar las ideas. Si desde la antigüedad ó durante la Edad media se hubiese puesto en práctica este precepto, no hubiera sido necesario el transcurso de tantos siglos para llegar al conocimiento de una porción de verdades que hoy nos parecen más claras que la luz.

Tómese una salvilla algo honda y llénesela de agua: colóquese en el centro de la misma una botellita con agua también para que aumentando así su peso toque el fondo de aquélla, y sobre esa botella póngase la mitad de una cáscara de nuez llena de una mezcla de limaduras de hierro y de flor de azufre en pesos iguales. El armatoste así formado (véase el grabado) no debe ser muy alto, porque hay que cubrirlo con un vaso, puesto boca abajo, que aprisiona cierto volumen de aire bastante para el buen resultado del experimento. Si al día siguiente se mira el vaso, se verá que el agua habrá subido en él lentamente, pudiendo seguirse con tirillas de papel de goma los progresos de la ascensión: á los cuatro días, poco más ó menos, el nivel de aquélla se habrá estacionado, y entonces con otra tirilla se marcará la línea alcanzada, pudiéndose apreciar, por medio de un aforo poco complicado, que el agua ocupa la quinta parte del volumen que antes llenaba el aire.

El experimento resulta un poco largo, pero no podemos quejarnos de esta lentitud, puesto que así obtenemos la composición del aire cuyo análisis habremos hecho. Lavoisier para llegar al mismo resultado hubo de calentar mercurio durante doce días.

Interpretemos ahora los hechos á nuestra vista ocurridos. El aire que permanece en el vaso ¿ha conservado todas sus propiedades? ¿es aire todavía? ¿viviría en él un animal? ¿hallaría en él una llama alimento necesario para su combustión?

Para asegurarnos de ello pongamos agua en un lebrillo, coloquemos en éste la salvilla con todo el armatoste que sostiene y quitemos luego la salvilla, con lo que la botella y la cáscara de nuez caerán en el agua, quedando en nuestras manos el vaso cuya abertura no deberá haber salido un solo instante del nivel del líquido. Transvasemos el gas en él contenido á otro vaso más pequeño, para lo cual sumergiremos éste lleno de agua y por la parte del orificio en el agua del lebrillo, y hundiremos el grande inclinándolo debajo del otro de modo que sus aberturas estén frente á frente: si entonces inclinamos el vaso que contiene el residuo del aire sometido al experimento, se desprenderán de él burbujas que pronto llenarán el vaso pequeño. Y si introducimos en ese gas una bujía encendida ó un insecto, aquélla se apagará inmediatamente y éste no tardará en morir.

De modo que el aire, no sólo ha disminuído de volumen, sino que, además, se ha modificado perdiendo uno de sus principios, el mejor de todos, el que mantiene la combustión; este principio, eminentemente activo, ha sido absorbido por la mezcla de limaduras de hierro y de flor de azufre, y también lo hubiera sido por aquéllas solas, pero se hubiera necesitado el transcurso de algunas semanas.

A este principio activo, que constituye la quinta

parte del aire que respiramos, le dió Lavoisier el nombre de *oxígeno*, denominando *ázoe* al que, como esta palabra indica, no sostiene la vida. De suerte que el aire es una mezcla de dos gases en proporción de un volumen de oxígeno por cuatro de ázoe.

Confirmemos este resultado por un experimento más rápido, pero menos preciso. Tomemos un plato sopero lleno de agua y pongamos en el centro una piedra, un plomo, un objeto cualquiera que sobresalga de la superficie del líquido y encima de él algunas cabezas de fósforos de madera cortados lo más cerca posible de su extremidad roja formada por una pasta fosfórica. Encendamos estas cabezas y tapémoslo todo con el vaso que nos ha servido para el anterior experimento, apretándolo de modo que sus bordes toquen al fondo del plato. El fósforo arde un instante, pero pronto una espesa y blanca humareda nos oculta la combustión: el aire intensamente calentado se dilata y del vaso se escapan algunas burbujas; el humo desaparece poco á poco y el agua sube lentamente por el vaso que ya no es preciso apretar, y al cabo de un cuarto de hora veremos que el agua ocupa aproximadamente la quinta parte del volumen del vaso: el gas que queda es ázoe, y de ello podemos asegurarnos fácilmente; en cuanto al oxígeno, se ha unido al fósforo, al azufre y á la madera de los fósforos para producir gases que en gran parte se han disuelto en el agua.

EL AGUA. – El agua tampoco es cuerpo simple,

pudiendo ser aislados con facilidad los cuerpos que la componen. Sumerjamos en un vaso con agua los dos hilos conductores fijados en los polos de una pila en actividad; añadamos á esta agua la décima parte de su volumen de ácido sulfúrico, y arrollemos al extremo de los hilos de cobre dos pequeños hilos de platino, de dos ó tres centímetros de largo, que se alcen verticalmente en el fondo del vaso y que cubriremos con dos tubitos de ensayos, llenos también de agua acidulada. El aparato así formado es un *voltámetro* que, aunque un tanto primitivo, puede servirnos para nuestro objeto.

De los hilos de platino se desprenden burbujitas gaseosas que suben al extremo superior de cada tubo, uno de los cuales (el que cubre el hilo que comunica con el metal de la pila) contiene muy pronto un volumen gaseoso doble que el otro: si tomamos aquél y volviéndolo con el pulgar lo acercamos á una luz, arde con llama poco brillante y ligeramente amarilla en los bordes; este gas es el hidrógeno. En cuanto al contenido en el otro tubo, no arde; pero si se introduce en él un fósforo casi apagado, con un solo punto incandescente, éste se aviva y adquiere gran intensidad. Este gas, que mantiene tan vivamente la combustión, es el que ha desaparecido en los dos experimentos sobre la composición del aire: el oxígeno.

Esta descomposición del agua por la electricidad nos demuestra que aquélla está formada por una combinación de dos volúmenes de hidrógeno por uno de oxígeno, resultado que en otra ocasión podremos comprobar. Por ahora nos basta con haber probado que de los cuatro elementos de los antiguos ninguno responde á nuestra definición de los cuerpos simples Este primer estudio nos ha permitido, además, trabar conocimiento con tres cuerpos gaseosos: el oxígeno, el hidrógeno y el ázoe, que son de capital importancia en química y de los cuales nos ocuparemos en otros artículos.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)



LA ESTATUA DE LUIS I DE BAVIERA EN LA WALHALLA

LA RED METROPOLITANA DE PARÍS

Este importante proyecto, sometido actualmente á la aprobación de los poderes públicos de Francia, responde perfectamente á las cuatro siguientes condiciones primordiales que una red de ferrocarriles de esta índole ha de reunir en la capital francesa: 1.°, transportar los viajeros según las direcciones generales de la circulación (una paralela y otra perpendicular al Sena); 2.°, poner en comunicación la periferia con el centro de la ciudad; 3.°, poner en comunicación entre sí á las estaciones de término; y 4.°, hacer el servicio de los mercados centrales.

La configuración del suelo de París obliga á utilizar alternativamente el subterráneo y el viaducto para las vías que constituyen la red metropolitana, debiendo procurarse prodigar lo menos posible el viaducto á fin de no destruir las perspectivas más pintorescas y de no afear las hermosas plazas y calles de la capital.

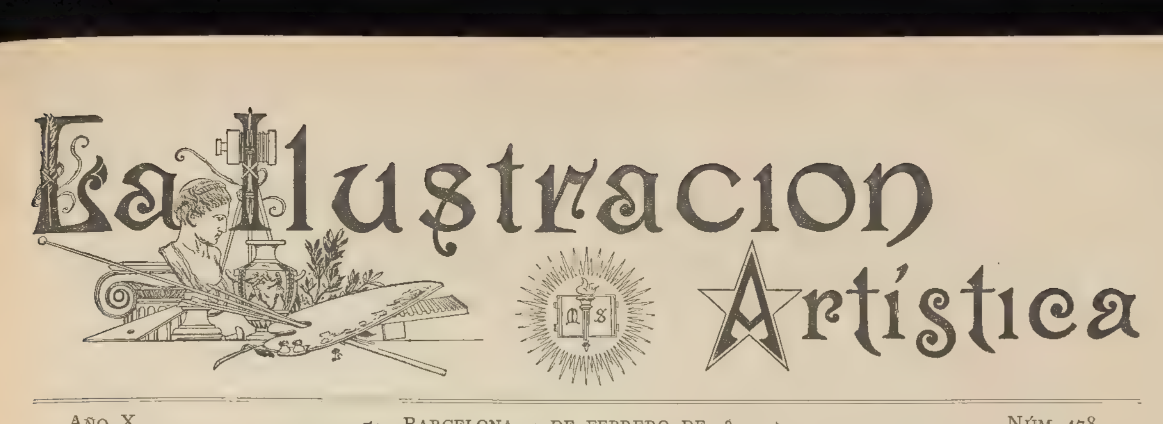
La tracción por estas vías se hará por medio de trenes ligeros arrastrados por dos máquinas potentes con gran provisión de agua y condensadores para evitar el humo, con una velocidad de 14 á 15 kilómetros por hora; la ventilación se obtendrá por medio de aberturas cerradas con válvulas equilibradas que abrirá el vapor expulsado por la chimenea.

Entre los procedimientos que se adoptarán en la construcción, figura el que reproduce nuestro grabado, y que consiste en construir sucesivamente los pies derechos en excavación blindada y luego la bóveda en toda su longitud, quitando después la cimbra (fig. 3) y procediendo por fin á quitar las tierras que quedaron entre los muros, como lo indica la figura 4. Este procedimiento permite conservar la circulación de los dos tercios de la calle.

En este proyecto todo está calculado para que tanto la rectificación del alcantarillado como las demás canalizaciones subterráneas que habrá que modificar se verifiquen en perfectas condiciones.

Todo ello hace esperar que el gobierno francés otorgará la concesión solicitada y que pronto tendrá París un medio de transporte de que tan necesitada se halla.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO X — BARCELONA 23 DE FEBRERO DE 1891 — NÚM. 478

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COLOMBINA, estatua de D. José Campeny. (Fotografía de D. J. Martí.)

SUMARIO

MOSAICO

Sucede con el transcurso de los tiempos que van en aumento las exigencias sociales, y por ende, que los conocimientos de todo género alcanzan su especial desarrollo; de ahí la necesidad inmediata cuanto imperiosa de que, cada día que va pasando, tenga que ensanchar sus columnas el vocabulario privativo de cada país, ora inventando términos nuevos, ora dilatando la significación de otros que cuentan mayor ó menor longevidad.

A no dudarlo, uno de los asuntos que más de bulto saltan á la vista del hombre filósofo y observador, en los tiempos que alcanzamos, es esa profusión de anuncios con que un día y otro obsequian á sus lectores los papeles públicos diarios, con gran provecho de las empresas editoriales y con no pequeño perjuicio del suscriptor que, con corta diferencia, ve diariamente ocupada la mitad, poco más ó menos, del periódico por iguales ó parecidos anuncios, cuya colocación relativa ó cuya redacción intrínseca no pueden menos de mover á risa en ocasiones, si en otras no excitan la compasión del que lee.

De todos modos viene á resultar una especie de MOSAICO notable, á pesar de no tratarse de ninguna «obra taraceada de piedras de varios colores.»

Y he aquí indicado ya el porqué del título del presente artículo; título que resultará suficientemente justificado con sólo pasar la vista por unos cuantos de dichos anuncios que, al trasladarlos aquí del natural y sin necesidad alguna de remontarnos á los espacios imaginarios, vamos á ofrecer á la vista de nuestros lectores, no sin poner de nuestra cosecha algunas consideraciones, para que no resulten desnudos aquéllos.

Demos comienzo por el asunto importantísimo, como el que más, de la salud.

A la verdad, cuando ve uno anunciados ciertos específicos, ó lo que es más, ciertas panaceas, y no así como quiera, sino acompañados de sus respectivos comprobantes ó declaraciones que suscriben Juan Fernández ó Manuela Pérez, movidos por espontánea gratitud al inventor de las píldoras tales ó de los brevajes cuales, con ocasión de contemplarse curados al cabo de cuarenta años de estar sufriendo un dolor de estómago crónico, de unos hérpes rebeldes, etcétera, se halla uno tentado por no profesar ni siquiera una chispa de compasión hacia la triste humanidad doliente que, por materia de unos cuantos reales, no quiere sacudir tantas y tantas enfermedades como la aquejan.

Porque, la verdad sea dicha, no existe bajo la luna dolencia de ningún género que, en los actuales tiempos en que hemos venido al mundo, no tenga su correspondiente específico inventado para combatirla; si, pues, ello es cierto, ¿á qué lástima se hace acreedora la sociedad que, pudiendo disfrutar de una salud envidiable, sigue siendo presa del dolor? Aquí del refrán: *A quien tiene cama y duerme en el suelo, no hay que tenerle duelo.* Y aquí también del pregón que vocean en Cádiz la generalidad de los vendedores de sandías por tajadas: *Por un cuarto, ¡quién no come, bebe y se lava la cara!*

Y ya que de salud acabamos de hablar, y supuesto que canta y reza otro refrán como *Salud y pesetas, que es salud completa*, tratemos en seguida, por necesidad, de la cuestión de los monises.

Lo dicho, dicho: si hay quien, pudiendo disfrutar de salud, se contempla enfermo porque quiere, de igual manera no falta quien, teniendo en su mano el ser rico, no lo está por su voluntad. *Hay gustos que merecen palos.* Por eso decía un chusco:

> Cristo la pobreza amó
> porque Cristo rico era,
> que, si Cristo pobre fuera,
> ¡por Cristo! que la aborreciera
> como la aborrezco yo.

Y en efecto, ¿cómo no tienta, no ya la codicia, sino el estímulo de subvenir á las necesidades más perentorias de tanto indigente como pulula sobre la haz de la tierra, esa profusión de anuncios en que todos los días se llama á las puertas del necesitado, nada menos que para darle DINERO?... Bien es verdad, y vaya de refranes, que *al freir será el reir;* pero lo cierto es que, con tanto *prestamista* como anda por el mundo (lo de *usurero* ó *logrero* son hoy voces plebeyas ó de *mal tono)*, los menesterosos debían ser *rara avis* en la tierra.

Pues ¿y qué diremos ahora de la enseñanza? ¡La enseñanza ¡ah! ese pasto intelectual de la humanidad! ¿Cómo se explica que esté aún vigente el dicho de Salomón acerca de que *es infinito el número de los necios*, siendo así que á tan poca costa se puede adquirir hoy en día la ciencia?... Leed, si no, y asustaos: «Francés, 30 reales al mes.» «Francés, 20. Inglés, 30. Piano, 30.» Y el colmo llega hasta el punto de anunciarse que se enseña la lengua francesa en ¡30 lecciones!... ¡Nada, lo dicho: *Quién, por un cuarto, no come, bebe y se lava la cara!*

Bien es verdad, porque desgraciadamente se dan casos, que no siempre está la culpa de parte del ignorante; siendo así que, muchas veces, el que asume el delicado cargo de instruirlo necesita ir á sentarse en los bancos del aula en concepto de alumno; y si á esto se agrega la circunstancia, no floja, de que muchos antiguos textos, buenos y relativamente baratos, han quedado postergados para ser sustituídos por otros, malos y caros, que, á título de segundo sueldo, verdadero momio, han redactado con los pies, hilvanándolo de aquí y de acullí sus confeccionadores, tendremos descorrido parte del velo que encubre ese, al parecer en nuestros días, enigma de Salomón, tocante á no hallarse difundida la ciencia todo cuanto debiera estarlo.

Pero, dicho sea en obsequio á la verdad, las artes y la industria ensanchan sus horizontes de día en día que es un prodigio, y siempre queda ese consuelo. Ello es lo cierto que nunca se han visto en tan alto predicamento la música y la pintura, v. gr., como en nuestro siglo. Antes, para poder lucirse en una sala tocando un instrumento ó cantando, se necesitaba pasar por la prueba de muchos años de estudio; hoy hay que distinguir: la escuela del piano, por ejemplo, sobrepuja en dificultad á la escuela antigua, haciendo del ejecutante un verdadero gimnasta, en tanto que la moderna escuela de canto, verdadero romanticismo del arte, ha ido desterrando la mayor parte de las dificultades de que hacía gala la garganta de nuestros antiguos cantantes de ambos sexos, limitando su prestigio á un sentimentalismo que, en ocasiones, raya en exageración. Hánse, pues, trocado los frenos; pudiendo decirse que, por regla casi general, al pianista de hoy se le arranca el corazón para convertirlo en energúmeno, al paso que al cantante se le convierte todo en corazón, hasta las suelas del calzado, corriendo parejas en esto la escuela moderna del canto con la del baile de hoy, para cuyo efecto, aquel sabe bailar que sabe andar dándose un poco de contoneo, sin que las piernas, ni los pies, ni los brazos, ni la cintura tengan precisión de ostentar agilidad alguna extraordinaria.

También es verdad, y este es otro consuelo, que el aficionado que no pueda asistir en nuestros días á la Opera por causa de lo excesivamente caro de las localidades, contentarse ha con el precioso fecundo invento moderno de los pianos de manubrio que, por esas calles de Dios, atruenan á todas horas los oídos del transeunte y del no transeunte, como me está pasando precisamente á mí ahora, que quieto y tranquilo ante mi bufete, me están crispando los nervios dos pianos que, apostados en la esquina, ejecutan simultáneamente á porfía piezas distintas, cada cual en su tono y compás, que es para maldecir hasta al mismísimo Orfeo. Y ¡gracias que no se le ha ocurrido aparecer por allí á algún harapiento mendigo rascando el violín y atolondrando el barrio con el repertorio de sus sublimes cantares, á que haga concertado dúo la voz cascarrienta de su cuya, que baile que se las campanee al ritmo de las castañuelas! ¡Loor á tan consumados artistas, cuyos nombres es lástima no pasen á la posteridad!

Hemos indicado el progreso que ha alcanzado el arte de la pintura, y con ello pretendido referirnos á la fotografía. Merced á este descubrimiento, no hay fregona, lavandera, aguador ni basurero que se contemple privado del gustito de ver trasladada su *vera effigies* al papel, y no así como quiera, sino en múltiples ejemplares, dado que repetidos anuncios le hacen agua la boca al ver satisfecho su deseo á bien poca costa por cierto. Los retratistas al óleo y los miniaturistas están de pésame. ¿Cómo ha de ser? En este mundo, para que unos estén de enhorabuena, tienen que estar otros de enhoramala.

Después de haber recorrido esas tres regiones de la *salud*, de la *riqueza* y de la *ciencia*, justo es demos un paseo por la de la *hermosura*.

Mutatis mutandis, podemos aplicar á esta cualidad las mismas circunstancias adjudicadas á las anteriormente descritas. Sí; hoy no hay persona fea ó disforme, y si la hay es porque quiere. Que no tiene usted en sus encías un hueso siquiera, pues allá va una dentadura completa; que tiene usted una cadera cuatro dedos más alta que la otra, por algo existe el algodón en rama y la estopa; que el rostro de esa joven, ó no joven, se las apuesta con el tizón, no hay que apurarse, en la perfumería se le enmienda la plana á Dios, haciendo blanco lo negro. Pero como el diablo al fin y al cabo ha de meter la pata, sucede que no todas las cosas salen siempre á medida del deseo de cada quisque, y como el espíritu maligno no tiene más poder que el que Dios es servido en concederle, ocurre que, si bien puede tornarse negra como el ébano una cabellera blanca como la nieve, no tiene el enemigo común poder suficiente para hacer que nazca el cabello allí donde se secó la raíz; y, sin embargo, los saltimbanquis, metidos á regeneradores de la raza humana, lanzan á los cuatro vientos el pomposo anuncio de «No más calvas.» Por cierto que hace años ocurrió un lance muy chistoso á propósito de este particular. Enterada cierta señora de que en tal establecimiento se vendía un específico contra la calvicie, y deseosa, como era natural, de ver desaparecer la suya, envía inmediatamente á su doncella en busca de tan precioso remedio; mas ¿cuál no sería su sorpresa al ver entrar por las puertas á la emisaria con las manos vacías?... El dependiente encargado de expender aquel maravilloso invento tenía la cabeza lisa y lustrosa como una manzana. ¡Y fíese usted de anuncios pomposos y cacareados!

El ramo de los artículos de *alimentación* merece también ser citado, y deberíamos haber hecho mención de él antes, por lo íntimamente que se relaciona con la *salud*; pero ni todo se puede desembuchar de una vez, ni *nunca es tarde cuando la dicha es buena.*

Aquí es donde se verifica el colmo de lo inconcebible; aquí es donde la industria moderna toma todo el vuelo á que remontarse puede la imaginación y la inventiva humana: vinos que no han llegado á oler siquiera el zumo que destila el fruto producido por la vid; chocolates que no saben á qué sabe el cacao, el azúcar ni la canela; azúcares que á todo deben su existencia menos á la caña; embutidos que han sido engendrados por las carnes de burro ó de perro, antes muertos que matados, etc., etc. Y, á pesar de sofisticación tanta, nada más común que tender las redes al consumidor con el reclamo de la *legitimidad* en todos y cada uno de dichos artículos y otros muchos más.

No hay para qué hablar de la cuestión de infidelidad en el peso, porque eso sería el cuento de nunca acabar. Baste saber que esta fase de la industria es tan antigua como el mundo, lo que dió margen al refrán que dice: *Beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro;* lo cual no significa propiamente lo que reza el Diccionario de la Academia, á saber: «Que cuando la justicia anda derecha, nadie se tuerce,» sino que «cuando los ministros de justicia que no son dignos de representarla se conchaban con los vendedores, los compradores son los que se fastidian.» Esto prueba que semejante abuso cuenta más edad que lo que muchos creen, si bien el nombre antiguo de *robo* se haya sustituído modernamente por el de *irregularidad*, ya sea porque la ilustración, finura y elegancia de la sociedad actual se complazca en suavizar la dureza de ciertos vocablos, ora sea debido á que muchos ladrones de chaqueta le han aumentado á esa prenda de vestir unas tiras llamadas faldones, convirtiéndola en levita.

Y ya que hemos tocado antes la cuestión del dolo y fraude que preside á la confección de ciertas substancias, por mal nombre llamadas alimenticias, cuando, en rigor, más que de alimento sirven de notorio perjuicio á la salud muchas de ellas, paremos nuestra consideración, siquiera sea ligeramente, sobre al-

gunas de las causas que hacen tan costosa la manutención hoy en día.

Un libro, y de no pocas páginas, pediría esta importantísima y vital cuestión para ser tratada con toda la extensión que se merece; contentémonos, pues, con indicar algunas de las que saltan prontamente á los ojos del hombre que sea un tanto observador.

En primer lugar, el prurito que aqueja en nuestro siglo á las clases inferiores por usurpar el puesto de las superiores. De ahí el deseo desmedido de ver de vivir sin trabajar; de ahí el desvelo por comer del presupuesto, verdadera polilla de la sociedad moderna. España, país privilegiado entre todos los del mundo, así por su suelo cuanto por su cielo, parece como que insulta á la divina Providencia en la persona de aquellos hijos suyos que, pudiendo y debiendo entregarse al cultivo de la tierra, con todos los ramos que de él dependen, tales como la apicultura, la sericicultura, etc., se cruzan de brazos aguardando inactivos á que les venga el maná de lo alto, ó con la boca abierta hacia arriba, que les caiga la breva sin haberla plantado ni regado. No es mío el entrar aquí en hondas consideraciones acerca de si la falta de apoyo ó fomento por parte del Estado puede ser ó no, en mayor ó menor parte, causante de semejante atraso; lo que sí sé es, que basta recorrer las calles de la villa y corte de nuestra nación, y ver á cada paso tanto vago y tanta vaga, en la flor de su edad, verdaderos miembros corrompidos de la sociedad, cuando, bien dirigidos, debieran servirle de miembros útiles y provechosos. Si *la ociosidad es madre de todos los vicios*, á más trabajo, menos corrupción; y menos crímenes registraría entonces la estadística de nuestra centuria.

MAR DE FONDO, cuadro de D. Eliseo Meifrén. (Exposición Parés, Barcelona.)

La organización de la sociedad actual es de tal índole, que constituye otro de los elementos de carestía para la vida moderna. En efecto, la familia era la base de la sociedad de nuestros abuelos; la sociedad es la base de la familia de nuestros coetáneos Familia esta última compuesta de elementos heterogéneos en el club, en el café, en el casino y en otras reuniones de igual ó parecida laya, necesita costear una cocina *sui generis* mucho más cara que la de su hogar, siendo el verdadero negocio para el fondista, que cobra cuatro por lo que vale uno, con lo que sube el mercado para el simple particular tres partes más, y aún me quedo corto, de lo que debiera. Prueba al canto.

A la vista tengo el número 5.326 del *Diario Mercantil de Cádiz*, correspondiente al domingo 12 de junio de 1831, y al final de la página 7 y comienzo de la 8 leo á renglón seguido:

«En las esquinas de Potriños, en los dos puestos señalados con una faja encarnada, se venderá desde hoy domingo la libra de carne de vaca de superior calidad á 22 cuartos.»

«En el barrio de la Viña, desde las esquinas de la Pastora hasta las de la Palma, indistintamente en los seis puestos de carne, se vende desde hoy la libra de carne superior á 20 cuartos.»

Para el lector que lo ignore, fuerza es manifestarle que la libra carnicera en Cádiz consta de 32 onzas, ó séase de poco menos que el kilogramo actual. Resultado: que mientras el kilogramo de vaca de flor venía á costar en Cádiz el año 1831 2 reales y medio, cuesta en Madrid en el actual año de gracia de 1891 la friolera de más de 7 reales. ¡No es mucha la diferencia que digamos!

Pero donde más á la vista salta semejante desproporción entre los precios de entonces y los de ahora, es en el pescado.

Igualmente que la carne, en cuanto al peso, por los años de cuarenta y tantos he conocido en Cádiz la libra de pescadilla, vivita y coleando, á real y medio ó á dos reales. Es así que esa misma libra, ó séase poco menos del kilogramo, cuesta en Madrid hoy 12 ó 14 reales, luego nada exagerado anduve al sentar arriba que el mercado actual resulta recargado por lo menos en tres partes más, si se compara con fechas no muy remotas.

Júntese á lo anteriormente expuesto acerca del particular los excesivos derechos de entrada impuestos al ramo de consumos, el desarrollo que de día en día va alcanzando el monopolio, etc., etc., y se tendrá claro como el agua el porqué de lo difícil que se hace la vida en España y singularmente en la capital.

¡Desagradable MOSAICO, por cierto, el que presenta á la vista de cualquier hombre observador la mezcla de sucesos que por uno ú otro concepto tienden á la disolución del individuo, de la familia y de la sociedad!

JOSÉ MARÍA SBARBI

* * *



RECUERDO DE VENECIA, cuadro de D. Eliseo Meifrén. (Exposición Parés, Barcelona.)

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES CRISTIANAS

Si bien se mira, de todas las manifestaciones artísticas, la ornamentación es la que menos expresa la idea cristiana, por cuanto los símbolos, con tanta frecuencia acomodados á la ornamentación, no proceden de ésta, ni figuran en las composiciones decorativas como elementos principales. Estos proceden de la Naturaleza ó son creaciones fantásticas en las artes de que vamos á tratar. Si hemos estampado al frente de este artículo el dictado de «Artes Cristianas,» es porque vamos á ocuparnos del proceso artístico que comenzó en las catacumbas de Roma y terminó en las catedrales del siglo XV.

I

ARTE LATINO

El arte de los primeros cristianos viene á ser una degeneración del arte romano, pues al sentir aquéllos la necesidad de expresar sus pensamientos bajo forma plástica y no teniendo elementos, por las circunstancias especiales en que vivió el cristianismo en los primeros siglos, para inventar un arte, hubieron de echar mano de los elementos artísticos del medio social en que vivían; mas como éstos eran hijos del paganismo, que los cristianos odiaban, se dió el caso singular y único en la historia del arte de que con los mismos elementos paganos, desvirtuándolos en lo que tenían de naturalistas y sensuales, se expresaran las ideas nuevas de una religión y una filosofía que condenaba al paganismo. Por esta razón en las catacumbas de Roma se ve á Cristo representado en la figura de Ulises atravesando insensible el mar sin cuidarse de las solicitaciones de las sirenas; de Orfeo atrayendo con la música de su arpa á las bestias feroces ó domésticas; y en cuanto á la ornamentación adoptaron todo el sistema pompeyano y romano. Las bóvedas de las catatumbas están decoradas de un modo semejante á las casas pompeyanas; el espacio está dividido en recuadros, dejando en medio una medalla ó polígono, unos y otros ocupados por composiciones ó figuras sueltas y lo demás lleno de adornos menudos, cuyo conjunto decorativo resulta pobre. Consisten dichos adornos en ondas, palmetas imperfectamente dibujadas, hojas y tallos ondulados; á veces se ven espigas y flores ó combinaciones geométricas de lo más sencillo y rudimentario. La misma falta de gusto que se advierte en la composición se advierte en los colores, que se ofrecen en tonos rebajados y sucios. Con los indicados adornos alternan los símbolos que á manera de jeroglíficos forman parte del sistema decorativo de las catacumbas. Consisten estos símbolos ó representaciones de Cristo en la paloma, el toro, el ciervo, el cordero, la cruz y el monograma con el P griego; pero á diferencia de los jeroglíficos egipcios, estos símbolos carecen de carácter ornamental por el naturalismo desvirtuado que los primitivos artistas cristianos copiaban tímidamente de los paganos.

En los sarcófagos es muy frecuente un adorno que consiste en la repetición de estrías onduladas ó *estrigiles*, cuyas series aparecen simétricamente á los lados de un compartimiento central ocupado por algún símbolo.

En cuanto á la arquitectura latina, posterior á las catacumbas, campea en ella la ornamentación romana degenerada, sin otra novedad decorativa que los mosaicos parietales que á partir del siglo IV constituyen el sistema constante de exornación interior en las iglesias cristianas. Pero estos mosaicos sólo son decorativos por el carácter que prestan al conjunto del interior de los templos, pues por lo demás son composiciones pictóricas, cuyo examen corresponde más bien á la historia de la pintura que á la del ornato.

II

ARTE BIZANTINO

El trascendental hecho histórico de la traslación de la silla imperial de Roma á Bizancio dió por resultado la formación de un arte nuevo con los elementos del arte pagano occidental y los restos de la tradición oriental; pues según lo que hoy alcanzan las investigaciones parece que Siria y Persia contribuyeron á la formación de aquel nuevo arte, al cual Roma y Grecia prestaron indudablemente los elementos más fundamentales. El arte bizantino viene á ser una especie de consorcio del arte degenerado de los griegos, del arte clásico, en una palabra, con el oriental. No hay que olvidar que una parte del Asia era territorio romano cuando el cristianismo triunfó con Constantino; y por este motivo, al ocurrir la traslación de la silla imperial, se amalgamaron todas las tradiciones orientales y occidentales de las comarcas del Imperio.

Las exigencias del culto cristiano dieron por resultado que así como en los templos griegos la exornación era exterior principalmente, pues que exterior era el culto público, en las iglesias cristianas, por el contrario, la exornación tuvo más importancia en el interior, donde el culto se practica. Por esto se observa en las iglesias bizantinas que la ornamentación es rica y profusa en el interior y escasa y de poca importancia al exterior. Además la construcción bizantina, que tendía á elevarse á considerable altura y cerrar vanos muy grandes, presentaba lienzos de muro, bóvedas y cúpulas de grandes dimensiones que dejaban ancho campo á la decoración. La tradición oriental del arte bizantino fué causa de que se resucitara en el arte la tan vistosa y brillante ornamentación polícroma. El mosaico de fondo dorado fué desde luego el elemento decorativo principal en las iglesias bizantinas. Sobre este fondo dorado destacan vivamente los colores de figuras y ornatos, entre los cuales predomina el azul y el verde hábilmente combinados. Pero toda la coloración de los adornos bizantinos es convencional. Sólo en algunas pinturas de manuscritos y en los mosaicos de Sicilia se ve la imitación directa del natural; pero débilmente modelada.

Por lo demás, los bizantinos, como todos los orientales y como primeramente los egipcios, procedían en su sistema decorador por la plenitud de tonos, opuestos unos á otros, sobre un fondo general. Los adornos consisten en motivos vegetales ó geométricos y carecen del carácter simbólico indicado con respecto del arte latino; la cruz aparece multiplicada apartándose muchas veces del tipo verdadero, y con dichos adornos suelen mezclarse animales apocalípticos é imágenes religiosas.

Juzgada en conjunto, la ornamentación bizantina tiene un reposo y una severidad que cautiva al espíritu, mientras su rica policromía fascina los sentidos; juzgada en detalle pierde importancia. Los efectos decorativos están ampliamente concebidos y recuerdan todavía los principios griegos. La *palmeta* aparece figurada en un ornato, que recuerda, por su disposición, las piñas árabes. Las hojarascas y los roleos vegetales están interpretados conforme á las leyes de la Naturaleza; y la flora, grande y abultada, tiene á veces capital importancia decorativa. La variedad de motivos y maneras de ornamentar es extraordinaria. Se ve empleada la simetría tal como la entendían los griegos, por medio de la ponderación de motivos y no por la repetición contrapuesta ó invertida. Los trazados geométricos son sumamente ingeniosos.

En los mosaicos suelen verse representadas unas construcciones muy bien concebidas.

La variedad de motivos ornamentales es infinita.

A los que quedan indicados puede agregarse el *roleo* en todas sus combinaciones, las cintas y el *meandro* en proyección como en los mosaicos romanos. Es frecuente en los frisos un adorno continuo formado por unas fajas que al entrelazarse cierran superficies circulares de dos tamaños, alternados, apareciendo inscritas en las mayores figuras de ángeles ó de santos. En los mosaicos de piso las combinaciones geométricas formando estrellas, inscritas en hexágonos, y los círculos tangentes dispuestos de igual modo que en los exornos egipcios, forman los tipos obligados, cuyo principal efecto está en la variedad de colores. En algunos de los adornos engendrados por el hexágono y por el octágono se adivina el origen de la ornamentación árabe.

Por lo que hace á la ornamentación exterior, el relieve, tratado á la manera de un dibujo de realce, sustituye á los adornos pintados ó ejecutados en mosaico que decoran los interiores. Salvo esta diferencia, los adornos son los mismos, y quizá en los relieves se advierte más que en los mosaicos la tradición persa. En algunos frisos y cornisas el relieve es mayor, y la ornamentación vegetal, por lo común de hojas de acanto de carácter clásico, tiene mucho efecto y un aspecto de robustez y grandiosidad.

Pero como ya queda dicho, la ornamentación bizantina es esencialmente interior y polícroma; no hay más canon de ornamentación que la variedad caprichosa, ora arcaica y convencional, ora libre y á veces naturalista. Lo de menos es la forma del adorno: lo de más es el efecto vivo de los colores, sobre la brillantez del oro, para producir la fastuosidad del conjunto. En la orfebrería, á la cual se aplicaron los esmaltes y las incrustaciones de piedras, se produjeron iguales combinaciones decorativas que en los mosaicos. A juzgar por las figuras que aparecen en mosaicos, esmaltes y manuscritos, la indumentaria participó de la misma pomposidad y recargada riqueza, pues se ven telas bordadas de menuda labor. La ornamentación de manustritos ofrece los mismos caracteres que la arquitectónica.

III

ARTE LATINO-BIZANTINO

En los primeros tiempos de la Edad media invadió el Occidente y el Mediodía de Europa el gusto bizantino, que mezclándose con el arte latino, que á la sazón imperaba, formó uno nuevo que lleva el nombre de latino-bizantino El centro de esta fusión de elementos artísticos fué Italia, desde donde pasó á España el nuevo arte.

Con efecto, el arte que se produjo en España bajo la dominación visigoda puede hoy denominarse latino-bizantino, en vez de bárbaro, como pretendía M. Lasteyrie, á quien impugnó en este punto don José Amador de los Ríos. Los restos arquitectónicos de carácter ornamental que se conservan en Toledo, consistentes en trozos de friso y preciosos capiteles; los interesantes objetos de ofebrería, como las coronas visigodas de Guarrazar, y las cruces de los ángeles y de las victorias correspondientes á los siglos VIII y IX, son los documentos en que puede estudiarse la ornamentación latino-bizantina en España. El carácter bizantino de los adornos salta á la vista desde luego; pues la sucesión de círculos iguales, las curvas tangentes, el empleo decorativo de las piedras finas, lo minucioso del adorno y hasta el esmalte alveolado que se ve en las letras que penden de las coronas de Guarrazar, no pueden traer otro origen que del Bajo Imperio; y por el contrario, los capiteles que recuerdan el orden corintio romano, con la hoja de acanto interpretada de una manera ruda, las volutas, guirnaldas, etc., declaran el origen romano ó latino. En el fuste de alguna columna se observan estrías en espiral; el funículo aparece con frecuencia, y empiezan á observarse también los *roleos* en solución de continuidad. Todo el carácter de esta ornamentación es escultórico.

Del mismo estilo son los restos y piezas de orfebrería, coetáneas á las mencionadas, que se conservan en Francia, entre las cuales debemos citar la célebre corona de Carlomagno y la cruz atribuída á San Eloy; pero no hay que olvidar, por lo que se refiere á Carlomagno, que el estilo y el trabajo de las joyas de su tiempo es más bizantino que latino á causa de la venida de artistas del Bajo Imperio á Occidente, llamados por el mismo emperador.

IV

ARTE CÉLTICO

Antes de pasar adelante, conviene desviar momentáneamente la atención de la corriente latino-bizantina del arte, para fijarla en otra corriente occidental, nacida en el Norte, que hubo de ejercer influencia en las sucesivas manifestaciones artísticas y especialmente ornamentales. Está hoy fuera de toda duda que los pueblos de raza céltica tuvieron un arte que puede llamarse indígena; pues como dice Racinet, nació de las aptitudes particulares de esos pueblos, siquiera se halle todavía obscura la cuestión de averiguar si la cuna de ese arte fué la Escandinavia ó la Irlanda.

El mismo Racinet conjetura si dicho origen habrá que buscarle en el origen asiático de la raza celta, lo cual explicaría la analogía de procedimiento que se observa entre la ornamentación céltica y la árabe desde el punto de vista de la combinación geométrica.

En cuanto á los caracteres de esta ornamentación, J. O. Westwood señala los siguientes: primero, ausencia de toda imitación de follajes ó de vegetales; segundo, empleo casi exclusivo de sencillas figuras geométricas, con cintas entrelazadas, líneas diagonales ó espirales, etc. Estos entrelazados forman el elemento, puede decirse único, del ornato céltico de la primera época; lo cual, como afirma Racinet, es suficiente para establecer su antigüedad, sirviendo de marca distintiva lo feliz de la repartición del adorno y el desenvolvimiento siempre lógico del mismo. La diferencia característica con los dibujos geométricos árabes consiste en las espirales y curvas con que terminan los ángulos. El más típico de todos los dibujos célticos es el engendrado por dos ó tres líneas espirales que parten de un punto fijo. Otro ornato típico es el compuesto con animales monstruosos, tales como aves, lagartos y serpientes, tratados de un modo fantástico, alargados, con colas y lenguas que se enlazan en solución de continuidad con cintas y lacerías diversas, formando un dibujo

por lo común irregular. Algunas veces aparece la figura humana.

El estilo céltico, por otros denominado anglosajón, que prevaleció en Inglaterra hasta el siglo IX, hay que estudiarle en los códices con iluminaciones y en las lápidas ornamentadas que se encuentran en algunos cementerios ingleses; pero puede comprenderse desde luego que los documentos más importantes para conocer la ornamentación ó el arte (pues en este caso son sinónimas estas voces, toda vez que el céltico es un arte esencialmente ornamental) son los manuscritos con miniaturas. Abundan en ellos las letras iniciales de gran tamaño, que ocupan á veces media página, y las orlas ó fajas formadas por complicadas lacerías. Los colores rojo, azul, verde, etc., que por lo común sirven de fondo á las blancas lacerías, están combinados con muy buen gusto sin producir nunca discordancias ni efectos abigarrados.

V

ARTE ROMÁNICO

Las dos indicadas corrientes del gusto artístico, una semi-oriental ó latino-bizantina, otra occidental ó céltica, vinieron á fundirse hacia mediados de la Edad media en un arte nuevo, que se denomina *románico*, el cual floreció principalmente en los siglos XI y XII, y que es más característico de su época que ninguno de los anteriores. La arquitectura románica lleva por distintivo la bóveda por arista, originada del arco apuntado ú *ojiva*, que había de predominar más tarde, desarrollando un sistema de construcción que en el arte de que tratamos no hace más que iniciarse.



ALEGORÍA DEL RENACIMIENTO ITALIANO, pintura decorativa de Munkaczy, destinada al Museo de Historia de las Artes de Viena

El misticismo de la Edad media, la poderosa fantasía á que daba pábulo la credulidad sencilla, propia del atraso de la cultura, no podían menos de influir en el modo de expresar en el arte decorativo, produciendo aquellas imaginerías tan características y peregrinas que admiramos en los monumentos religiosos de aquellos tiempos. La decoración arquitectónica, tanto interior como exteriormente, hubo de manifestarse desde luego en los miembros más apropiados para recibirla, como son los capiteles y las impostas que los unen, y las portadas é *himafrontes*. En éstas, sobre todo, la ornamentación escultórica ofrece un conjunto muy rico. Aquellas lacerías que hemos visto en el estilo céltico, presentan en el románico extraordinaria variedad y caprichosas combinaciones; y como á ellas se agrega la rica ornamentación bizantina, figuras ó cabezas de cuadrúpedos y de aves, quimeras y animales fantásticos, imágenes grotescas, etc., resulta un sistema ornamental en el que no hay otra ley que la variedad infinita de motivos, ajustada á las líneas generales de la arquitectura. Unas veces se descubre en los capiteles el recuerdo del capitel corintio con sus dos series de hojas superpuestas, y otras, conservando la forma bizantina de pirámide truncada é invertida, ofrecen sus paramentos circunvoluciones y *roleos* con hojarascas, interpretadas de un modo muy decorativo, cuando no son figuras y composiciones historiadas, que reproducen en una serie de capiteles algún pasaje del Antiguo Testamento.

Son muy frecuentes los capiteles geminados, cuyo frente principal ofrece una composición decorativa común; desarrollándose á veces, entre *roleos* y hojarascas, asuntos patéticos expresados con mucho espí-

ritu, tales como cacerías, luchas de monstruos, pasajes apocalípticos y otras representaciones sagradas, tradicionales ó fantásticas. En las archivoltas de los arcos de medio punto se emplean por adorno baquetones en zigzás, funículos, trenzas y otras combinaciones. En las impostas, así como en los plintos de los capiteles y de las basas de las columnas, son muy frecuentes los adornos continuos semejantes á las ondas griegas, pero formados por serpeantes tallos y menudas hojas. Toda la flora románica tiene un carácter ornamental que la aleja bastante del naturalismo, aunque á veces, como sucede por ejemplo en la himafronte de San Vicente de Avila, se ven hojas de acanto de sabor y tradición completamente romano.

Todo lo dicho con respecto á la ornamentación arquitectónica es aplicable á la ornamentación de códices, en la cual las *lacerías* y *roleos*, las quimeras y animales fantásticos están realzados con preciosas y vivas policromías, que destacan sobre el fondo de oro. En los productos industriales, sobre todo en los relicarios y objetos para el culto sagrado, obras de orfebrería embellecidas por lo común con esmaltes á la manera bizantina, en los restos de telas y de bordados, en los marfiles esculpidos, etc., la ornamentación románica se manifiesta tan imaginativa y exuberante como en la arquitectura.

El arte románico presenta diversidad de caracteres según las localidades, asemejándose algunas veces más á lo bizantino que á la tradición del Norte y otras más á ésta que á lo bizantino. La portada de la catedral de Angulema es enteramente bizantina, como lo son la catedral vieja de Salamanca y la colegiata de Toro, mientras que la basílica de San Vicente de Avila, tiene mucho de latina. El arte románico vino á España de Francia, donde tuvo su mayor desenvolvimiento.

VI

ARTE OJIVAL

No hace al caso dilucidar si el arte ojival, mal llamado gótico, nació en Alemania ó en Francia; sólo importa saber que vino del Norte, que es puramente occidental y que destruyó por completo las tradiciones orientales de que aún estaba influído el arte románico, haciendo prevalecer el elemento occidental.

La arquitectura ojival, por su sistema de construcción se acomoda fácilmente á la decoración escultórica prolija y detallada. En los monumentos de transición del románico al ojival, correspondientes á fines del siglo XII y primera mitad del XIII, como son en España las iglesias de Segovia, ofrecen una ornamentación vegetal que tiene aún el severo arcaísmo del románico.

El románico en este período se había hecho más fino de ejecución y revelaba un buen gusto decorativo, depurado y elegante, de que es buena muestra la antigua catedral de Lérida; por donde puede comprenderse que en punto á perfección ornamental el siglo XIII raya á grande altura. La tendencia decorativa de la ornamentación ojival fué imitar fielmente la Naturaleza; y á medida que los decoradores de entonces se fueron acercando á ella, el adorno perdió aquella severidad de líneas y aquella interpretación convencional de la Naturaleza producida por la repetición de los mismos tipos. Los historiadores del arte reconocen en el ojival tres períodos: el *primario* ó *lanceolado*, á causa de lo agudo de los arcos de las ventanas, que corresponde al siglo XIII y que se denomina también de *transición*, por las razones expuestas más arriba; el *decorado* ó *radiante*, correspondiente al siglo XIV, y el *florido* ó *flamígero*, que imperó durante el siglo XV y parte del XVI. En este proceso se va acentuando cada vez más la imitación de la Naturaleza; los tipos imaginarios ó exóticos de la flora convencional románica van desapareciendo y vienen á sustituirlos nuevos tipos de las floras indígenas. Además, de los capiteles del estilo ojival del siglo XIII, las hojas decorativas nacen del fuste, repartiéndose en series, modo de decoración análogo al de los capiteles egipcios. En el siglo XIV, como el decorador tendía á una imitación más fiel de la Naturaleza, en vez de disponer las hojas, como nacidas del fuste, formó el capitel por una campana, y ésta la revistió de hojarasca. Lo mismo sucedió con respecto á los impostas y fajas decoradas, pues en vez de brotar la hojarasca de las molduras, aparece como adorno de aplicación. Y en cuanto á los tímpanos de los arcos, antes decorados con un tallo florido y serpenteante, ahora lo fué por tres hojas inmensas que parten de un tallo recto, habiendo procurado el artista reproducir en la piedra la blandura propia del natural.

Los elementos decorativos del arte ojival son dos: las tracerías á modo de ensamblajes que forman las arcadas, las bóvedas y las calados de los ventanales, rosetones y antepechos, y los hojarascas que corren por los capiteles y frisos que los unen, por los tímpanos de los arcos, cresterías, etc. Es, en suma, el ojival un arte esencialmente decorativo, pues tanto interior como exteriormente, las iglesias ojivales muestran una riqueza tal de ornatos, que con ella sólo compiten los monumentos árabes. En la catedral gótica, las portadas con sus archivoltas y sus gabletes, su inmenso rosetón, sus arquerías, sus torres, sus ventanales, sus botareles y contrafuertes, las líneas seguidas que forman las ojivas, los pináculos florenzados, y la profusión de figuras, bajo los doseletes, las imaginerías, hojarascas, gárgolas y torrecillas, produciendo gran riqueza de claro-obscuro; los perfiles ondulados y graciosos que quitan á la piedra el aspecto de material duro que tenía en las construcciones románicas: todo se armoniza en un conjunto decorativo, rico y exuberante que cautiva á los sentidos y que habla poderosamente á la imaginación de los espiritualismos de la Edad media. En el interior la atrevida altura de los muros y de los haces de columnas, la expansión de éstos en lo alto formando los entrecruzados nervios de las bóvedas, los calados ventanales cubiertos con vidrieras de colores, que robando luz al interior le prestan mayor fantasía y misterio; las hojarascas que corren por los capiteles, la rica talla del coro, del trascoro y de los retablos, las verjas con sus primorosas cresterías; todo esto, unido á la decoración pictórica y vistosamente polícroma usada en algunos tiempos y en ciertas localidades, forma un conjunto más bello, si se quiere, que el del exterior. Desde el punto de vista de la fineza, de la ejecución y de la interpretación de la flora ojival los monumentos españoles del siglo XV ofrecen maravillosas composiciones, siendo el más preciado ejemplar el claustro de San Juan de los Reyes en Toledo.

Por lo que hace á la decoración pictórica tuvo variadas manifestaciones, á cual más bellas, en las vidrieras y esmaltes, en las miniaturas de los códices, en las pinturas murales y en las tapicerías y telas indumentarias.

Respecto de la ornamentación de códices, cumple decir que las lacerías mezcladas con hojarascas, tan frecuentes en las orlas, son de lo más original y variado, y las figuras, generalmente fantásticas y monstruosas, aparecen mezcladas con el adorno. Además, las letras iniciales prestan motivo á ricas y preciosas composiciones decorativas. Pero en todo esto no hay más regla ni sistema que el afán de cubrirlo todo con delicados y minuciosos adornos.

Resumiendo, diremos que en las combinaciones geométricas, sobre todo en los ventanales, se usaron mucho los círculos lobulados, recibiendo los nombres de trilóbulo, cuadrilóbulo y polilóbulo, y las combinaciones de hojas, trifolia, cuadrifolia, etc., hasta la octifolia. En cuanto á la flora, por lo común indígena ó local en los monumentos de cada región, se usó la vid, higuera, encina, rosal, nenúfar, hiedra, apio, trébol y ranunclo, en el ojival primario y secundario; y en la rica ornamentación del ojival terciario, se encuentran las hojas de cardo recortadas y rizadas, las de achicoria, col, malva y vid.

Como en el románico, los animales fantásticos y figuras humanas, alguna vez obscenas, se mezclan con el adorno vegetal. Son frecuentes los frisos formados por equidistantes cabezas de guerreros, mujeres con tocas, monjas encapuchadas, etc. Las gárgolas, por lo común figurando endriagos y monstruos, son elementos decorativos tan típicos como variados.

Más variadas aún son las molduras, siendo de citar como más frecuentes la banda ó faja, el filete, el listón, el listel ó *tenia*, todas de perfil cuadrado, habiendo otras convexas ó toros y concavas ó escocias. Por último, como molduras más ornamentales se distinguen los *meandros*, ziszás, ajedrezados, imbricaciones, dientes de sierra, chatones, conchas, besantes, roeles ó discos, el cable ó funículo, los rosarios de perlas ó huesos, etc.

Tales son los rasgos más salientes y característicos de los sistemas de decoración usados en las artes cristianas, que difieren de los de la antigüedad en lo recargado de sus conjuntos y en lo profuso y movido de sus detalles. En una palabra: el mundo antiguo fué sobrio para decorar; el mundo de la Edad media pródigo hasta un exceso que abruma á la imaginación y desvanece á los sentidos.

José Ramón Mélida

***

SECCIÓN AMERICANA

HISTORIA DE LA ARAUCANIA

El Parlamento de Hipinco

En la región meridional de la República chilena, entre las altas cimas de los Andes y las estribaciones de la llamada cordillera marítima, que sirve para dejar libre, por la costa, la comunicación entre las provincias de Sur y Norte, habitan, mejor dicho, acampan tribus de guerreros indómitos, como los cóndores que remontan las eternas nieves de las montañas andinas. Son los aborígenes de Chile, los araucanos fieros y jamás domeñados por humanos esfuerzos.

En una superficie de sesenta á setenta mil kilómetros cuadrados viven, de la ganadería, de las minas y de la agricultura principalmente, unos ochenta mil individuos, diez y ocho mil de los cuales son hábiles y temerarios guerreros.

Bien se comprenderá cuán difícil ha de ser fijar de un modo exacto las cifras. Allí no hay padrones domiciliarios y la estadística es ciencia elástica acomodada á diversas combinaciones, según el criterio del que las hace, con el objeto, los más, de mermar importancia á los independientes araucanos.

Dejando esto á un lado, pues que no me importa rectificar á los que creen que la Araucania, propiamente dicha, sólo cuenta hoy cincuenta mil habitantes, consignaré algunos datos históricos que cumplen al objeto de este artículo.

El verdadero y primitivo nombre del araucano es *moluche*, que quiere decir «guerrero;» araucano no pasa de ser apelativo español, poco diferente de *hancae*, que en la antigüedad le dieron sus enemigos los *quichuas* del Perú, como acepción de salvajes y rebeldes, pues que siempre lo fueron para rechazar la dominación de los incas. El de *hancaes*, á pesar de su intención despreciativa, fué aceptado por los *moluches*, como un honroso título que tradujeron por indicación de «hombres libres,» y en tal sentido ha llegado á nosotros, significando independencia y valor la frase que formada fuera con caracteres *quichuas* para indicar enemistad y desprecio.

Conceptuamos nosotros tiempos prehistóricos respecto á este pueblo los anteriores á su descubrimiento por los españoles, y data del año 1550 la época en que éstos, dueños ya del Perú, hicieron los primeros intentos para someter la Araucania. De su vida anterior nada se sabe.

La lucha fué larga, encarnizada, sangrienta y llena de feroces peripecias. Apenas en 1565 pudo creerse ilusoriamente que los indios estaban dominados.

Tras breve tregua, la guerra se renovó en 1568, para costar á los españoles más víctimas y más dinero que la conquista de territorios tan vastos y poblados como lo eran Méjico y el Perú.

El año 1598 tuvo lugar una sublevación general de fatales consecuencias para el poderío de las armas españolas; todos los establecimientos fundados al sur del Bio-Bio y en Valdivia fueron destruídos por el fuego y sus moradores lanceados cruelmente.

La lucha tomó por parte de unos y otros contendientes espantoso carácter de ferocidad; y aquel puñado de legendarios héroes que á tres mil leguas de su patria peleaban, como las fábulas cuentan que guerreaban los dioses de la mitología, sucumbían sin abatir la indomable fiereza con que los indígenas defendían sus chozas:

Cual el cerdoso jabalí herido,
al cenagoso estrecho retirado,
de animosos sabuesos combatido
y de diestros monteros rodeado,
ronca, bufa y rebufa embravecido,
vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
y los espesos tiros desbarata (1).

En la historia sangrienta de los pueblos se registran pocas guerras que, como la sostenida por araucanos y españoles, formen un siglo de horrores eslabonados año tras año por la temeridad, la ira y la venganza Y es que la lucha por la independencia de los pueblos engendra ardores incesantes, prodigios admirables y hazañas feroces. Así, la defensa que de su tierra hicieron los *moluches* tiene cierta semejanza con la de sus propios enemigos en la sin rival epopeya de la reconquista comenzada al primer *ixuxú* del guerrero astur, que repercutió en las breñosas sinuosidades de Covadonga, para terminar con un ¡viva! estentóreo en las rientes vegas de Granada.

Los españoles tenían en más que la vida el honor militar; los araucanos ansiaban la venganza de sus padres, y en defensa de sus huesos, que sembraban los campos, y en aras de la libertad, que con salvaje amor anidaba en sus pechos, arrojaban al combate

(1) *La Araucana*, de Ercilla, Canto XXII.



HISTORIA DE LA ARAUCANIA

El parlamento de Hipinco, el más notable en tiempo de la República, celebrado por el coronel Saavedra en 24 de noviembre de 1869

Copia de un cuadro de D. José M. Olascoaga, coronel argentino

á niños y mujeres, que cual varones esforzados peleaban.

Así se explica, aunque no sobrado se admire, que no teniendo los araucanos más de ciento cuarenta leguas cuadradas de territorio, sin fuertes, ni muros de defensa, y levantándose en el centro dos plazas fuertes, y habiendo en los límites tres pueblos castellanos, hubiesen de retirarse éstos, después de titánicas luchas, para conformarse con poseer algunos puntos fortificados de la costa.

Las primeras guerras del siglo XVI inspiraron al caballero Santiaguino don Alonso de Ercilla el tema de su poema épico. De éste dice Cervantes ser uno de los mejores hasta entonces escrito, y del autor añade Espinel

> Que en el heroico verso fué el primero
> que honró su patria y aun quizá el postrero.

Sea esto así, ó ya se considere su obra más interesante por los datos que aporta á la Historia que como monumento poético, es lo cierto que á Ercilla se debe la verídica relación de aquellos acontecimientos. Actor valeroso en las campañas que movieron su pluma, pudo, cual César, historiar sus propios hechos. Los timbres de gloria que conquistaron dos pueblos vertiendo sin duelo su sangre, á no existir don Alonso hubiéranse perdido en las riscosas estribaciones de los Andes meridionales.

Otro poema, aunque menos célebre, *El Purén indómito*, de Fernando Alvarez de Toledo, ha sido publicado en nuestros días por vez primera (París, 1862), y es asimismo útil documento que confirma los preciosos datos allegados por Ercilla para la historia de la Araucania.

Son los *moluches* ó araucanos de estatura regular, más bien baja que alta, pero gruesos y fornidos. El color de su tez es moreno aceitunado ó cobrizo, con tinte más pálido que el de los indios del Perú. Sus cabellos eternamente negros, crespos y fuertes cuando la raza es pura, sin cruce europeo, pueblan una cabeza abultada; tienen la frente estrecha, los pómulos salientes, la nariz larga y un tanto aplastada, la boca grande aunque de labios bastante delgados, los ojos marcando una línea horizontal y la barbilla ancha y corta.

El conjunto se diferencia muchísimo de los indios que habitan desde el Perú hasta la bahía de Hudson.

Su idioma, compuesto con profusión de vocales muy abiertas, sin sonidos guturales, y con una sencilla conjugación del verbo, resulta de acento variado y dulce.

El araucano no es feroz por instinto; por el contrario, es en la paz afable, hospitalario y fiel á sus compromisos.

Sabe distinguir, el bien del mal, lo justo de lo injusto, la probidad de la trapacería y la generosidad de la bajeza. Grave, formal y pensador cuando obedece á sus jefes, es también, por singular contraste, holgazán, glotón, borracho y jugador cuando se abandona á sus propios impulsos. Aquella raza lo lleva todo al extremo y á la exageración, y de un sentimiento cualquiera pasa al antípoda con rapidez increíble.

Así, no es cosa rara que después de acatar largo tiempo las cristianas exhortaciones de los misioneros y rendir adoración al Dios verdadero, le manden á paseo por no haberles salido á medida de su antojo algo confiado únicamente á su omnímodo poder.

En la guerra se transforma el araucano, se desencadenan sus pasiones más perversas y le dominan los instintos feroces.

Antiguamente mandaban sobre los jefes de tribu los *toquis* y los *ulmenes*, especie de soberanos político-religiosos, á semejanza de czares salvajes, pero que se diferenciaban de éstos, sin embargo, en un esencialísimo punto; en que su autoridad no provenía de derecho divino, pues que eran elegidos por asambleas de nobles. Los *toquis* y los *ulmenes* velaban por los intereses generales y dirigían en caso de necesidad los ejércitos.

Ahora no existen tamañas dignidades; la federación se ha entrado de rondón en el territorio araucano sin necesidad de apóstoles que la prediquen.

El país se divide en tribus pequeñas, y cada cual ejercita su santísima voluntad. Considerando estas tribus agrupadas según el territorio que ocupan, puede denominárseles aproximadamente:

Picuches, á los del Norte.
Puelches, á los del Este.
Y *Huilliches*, á los del Sur.

La sílaba final *che*, quiere decir pueblo.

Unos y otros, según las máximas de los pueblos bárbaros, entienden que la mujer es la esclava del hombre, y aunque consideran como esposa legítima á la primera que conocen maritalmente pueden tener tantas cuantas su fortuna les permita.

La ceremonia nupcial no puede ser más sencilla: el *galán* roba á la *dama* de sus pensamientos y huye con ella á un sitio oculto; las mujeres parientes de la secuestrada son las encargadas de perseguir al raptor y *de no encontrarle;* los hombres permanecen indiferentes.

Transcurridos unos días, preséntanse los recién casados, sin otra obligación por parte de él que la de indemnizar á la familia de la novia.

Cada esposa tiene su hogar aparte y la obligación de ofrecer á su conyuge diariamente un plato condimentado por ella y de regalarle cada año un traje completo con su correspondiente *poncho*.

La independencia chilena, la abolición de la esclavitud y las reformas introducidas en Chile por las nuevas leyes, tenían que modificar el organismo de los araucanos y al propio tiempo que en los civilizados influir beneficiosamente en los salvajes indomables.

No impidieron dichas leyes, sin embargo, que los gobiernos libres intentasen como los del coloniaje las anexiones de territorio, aunque infructuosamente, si por las armas hubieran de anexionarlo.

Los *moluches* no pueden olvidar sus salvajes y guerreras costumbres.

Aún se recuerda con horror un asalto dado á «Concepción,» capital de la provincia del mismo nombre.

En 1823, y confiados en las revueltas que agitaban á Chile, llegaron á dicha ciudad y destruyeron sus principales barrios.

El *malón*, acto de pillaje, equivalente á la *razzia* de los árabes, ha sido posteriormente organizado muchas veces y rechazado valerosamente por el ejército chileno.

Aún se ven entre los veteranos rostros surcados por largas y profundas cicatrices que denuncian terribles lanzazos de los indios, en las infinitas escara-



REPOSO, cuadro de **Duffaud**, grabado por **Baude**. (Exposición de París.)



MENSAJE DE AMOR, cuadro de Victor Corcos, grabado por Mancastropa

muzas que han sostenido con sus vecinos, los guardadores de la frontera civilizada.

Ya es hoy felizmente desusado algún pequeño choque de esta naturaleza, gracias al efecto y al exquisito tacto con que Chile los ha tratado.

Se han celebrado con los araucanos varias conferencias. La más importante desde que la nación chilena ostenta el nombre de tal, es la que se conoce con el nombre de Parlamento de Hipinco, que reproduce nuestro grabado, y que se celebró en 24 de noviembre de 1869. El coronel entonces y hoy teniente general D. Cornelio Saavedra, á quien sus compatriotas llaman con razón el Restaurador de la Araucania, por haber sido el que más contribuyó á su pacificación, congregó en Hipinco á más de sesenta tribus que se apresuraron á enviar sus representantes en número de más de 1.500. Las sesiones se celebraron en pleno campo y á la sombra de un árbol secular, y los resultados del congrero fueron en alto grado beneficiosos para la paz relativa que desde entonces se viene disfrutando.

En el cuadro que nuestro grabado reproduce vense fielmente retratados, entre otros, los siguientes personajes: sentado en el centro y vistiendo de uniforme, el coronel Saavedra; detrás de él el coronel argentino D. José M. Olascoaga, autor del lienzo de que nuestro grabado es copia, en actitud de tomar apuntes para éste; á su lado el capitán P. O. Nolasco; á la izquierda de Saavedra, sentado junto al tronco del árbol, el sargento mayor D. Gregorio Urrutia y de pie detrás de él el sargento mayor D. Mauricio Muñoz; el religioso que se ve sentado en el suelo en el ángulo izquierdo del grabado es el misionero Fr. Palavicino; el militar que permanece de pie enfrente del coronel Saavedra es el comisario D. Luis Barra; y entre los caciques araucanos que figuran en la asamblea, se cuentan los famosos Melín (al lado del misionero), Norín (el que cubierto con extraño sombrero se distingue en el centro del cuadro), Nonián (al lado del anterior), y otros no menos célebres en la historia de la Araucania.

Aparecen los representantes de las tribus araucanas vestidos todos con exagerada elegancia: sus trajes chillones, las pinturas de sus rostros y lo variado de la indumentaria deben dar sin duda al cuadro de Olascoaga vida y animación extrañas.

Visten unos chaquetilla, otros vieja casaca adornada con botones amarillos, pero todo ello cubierto con el indispensable *poncho*, y á su cabeza atan un pañuelo de hierbas ó se encasquetan un gorro de forma imposible por lo fea y antigua.

Van descalzos por regla general ó llevan una piel de carnero adobada, á guisa de bota caballeresca.

Chile ha enseñado prácticamente á los *moluches* cuánto les conviene la paz, comprendiendo á su vez que por la ley de la fuerza no llegaría á ser tranquilo poseedor de tan bella región; y sus gobiernos, que tanto han fomentado para gloria de aquel Estado la instrucción popular y la riqueza pública, van ensanchando su pacífico dominio en territorios araucanos con dulce parsimonia, ayudada por los arreglos diplomáticos que trae entre manos con su vecina, siempre quisquillosa á causa de las fronteras, la República Argentina.

Los ferrocarriles, los misioneros franciscanos y capuchinos (*paquiros*, que dicen los indios), han logrado mucho: el cruzamiento de razas y la civilización, imponiéndose al hombre del día desde que se agita en el claustro materno hasta que respira en la juventud el ambiente saturado de las evoluciones invisibles que nutren el ser moderno, acabarán la obra de la humanidad redentora.

Quizás á la terminación de este siglo omnipotente estén próximos á formar parte de un pueblo culto y á engrandecer á la nación chilena, los que no hace mucho tiempo que inmolaban bárbaramente á los infelices prisioneros en aras de sus divinidades la *muerte* y la *venganza*.

¡Así sea!

Eva Canel

UNA EXPLORACIÓN EN SIBERIA

Dos corresponsales del *Graphic*, los señores Gouring y Uren, han atravesado la Siberia en toda su longitud durante el presente riguroso invierno.

A principios de diciembre último desembarcaron en Vladivostock, en donde se proveyeron de un trineo capaz de transportarles á ellos y á sus bagajes por la nieve y por el hielo en una extensión de 11.000 kilómetros, poniéndose en marcha el día 20 de dicho mes.

Nada tan curioso como la organización de las postas en Siberia: á traves del país, desde el Pacífico al Ural, hay escalonadas á distancias de 12 hasta 40 kilómetros casas de postas cuyo jefe proporciona, mediante la presentación de un pasaporte, un tiro de caballos y un *yemshik* (conductor de trineo). Sucede á veces que el que no es funcionario del gobierno ha de esperar tres ó cuatro horas; pero más ó menos tarde, siempre se obtienen los caballos necesarios á un precio tarifado, gracias á lo cual todo fraude se hace imposible; pudiendo el viajero, en tanto llegan los caballos, habitar la no muy incómoda casa de postas y servirse, mediante algunos kopeques, del samovar y del fogón.

Dos días después de haber abandonado la corte, los viajeros llegaron al lago Khanka, cuyas olas agitadas por una tempestad antes de helarse formaban altillos de unos 6 metros, entre los cuales una línea de piquetes indicaba el camino de los trineos, según costumbre de Siberia, en donde cada año se preparan centenares de miles de aquéllos y se emplean millares de hombres para emplazarlos en el hielo. Al salir del lago, los viajeros siguieron, durante unas 1.500 millas, la corriente del Amur y de sus tributarios y el día de Navidad llegaban á Khabarooka, capital de la Siberia oriental, que al día siguiente abandonaron. En la confluencia del Ussuri y del Amur, los bloqueos de hielo formaban tan alta barrera que á duras penas pudieron salvarla los caballos del trineo enganchados uno detrás de otro. En Blagovescensk la falta de nieve obligó á los viajeros á dejar el trineo y á apelar al *tarentas*, vehículo de ruedas sin muelles y tirado por cinco caballos, que recorre los más abominables caminos dando tumbos y saltos inaguantables.

A medida que los expedicionarios se acercaban á Stretensk el frío se hacía cada vez más intenso, llegando á 52°, 31 bajo cero: los conductores presentaban en la barba, en las mejillas y en la nariz cicatrices debidas á la congelación, y las narices de los dos viajeros no pudieron tampoco escapar á los efectos del helado viento Norte. Los dos compañeros hubieron de quitarse mutuamente varias veces la capa de hielo que sus barbas y sus cuellos de piel habían formado delante de sus bocas; y al despertarse al amanecer, una capa de hielo cerraba sus párpados, viéndose obligados á frotárselos fuertemente para poderlos abrir.

En cinco semanas llegaron los viajeros á las orillas del lago Baikal, y desde entonces su viaje se retrasó á consecuencia de las numerosas caravanas que encontraban por el camino y que transportaban te de China ó productos de la Siberia oriental; pero una vez llegados á la rica ciudad de Irkutsk, se encontraron de nuevo en el mundo civilizado y quince dias después llegarón á Tomsk, capital importante de la Siberia occidental.

A partir de ese punto, no les faltaron caballos; y á pesar del detestable estado de los caminos, los viajeros recorrieron hasta 150 millas por día. Nueve semanas después de su salida de Vladivostock, los señores Gouring y Uren llegaban á Tiumen, en donde tomaron el ferrocarril; pero como la vía férrea de Tiumen á Jekaterimburgo no tiene más que 500 millas, hubieron de salvar en trineo la distancia de 600 ó 700 millas que separa á esta última ciudad de Nijni-Nougorod', para tomar allí el ferro-carril de Moscou después de haber recorrido unos 11.000 kilómetros sobre la nieve y sobre el hielo y de haber cambiado *trescientas* veces de caballos.

NUESTROS GRABADOS

Colombina, escultura de D. José Campeny. – «Si lo clásico y reposado y grandioso suele hallar albergue en la imaginación de Campeny, prestando alas á su inspiración, lo vivaz, lo ingenioso y lo jovial viven en él como en casa propia.» Así decía, refiriéndose á este ya distinguido artista, nuestro buen amigo Luis Alfonso.

Basta para convencerse de cuán atinado es el juicio del elegante y castizo escritor, recordar las obras de variadísimo género que ha producido Campeny. Estudios académicos de importancia, obras tan sentidas como inspiradas, donosas cabezas femeninas, ya cubiertas con la montera de colombina, como la que reproducimos, ya con la donosa mantilla de la maja, han hallado forma, adquirido líneas, contornos y expresión entre los dedos y con los palillos manejados por este artista.

Mar de fondo.—Recuerdo de Venecia, cuadros de Eliseo Meifrén (Exposición Parés). – Otro verdadero alarde de producción ha realizado recientemente el distinguido marinista Eliseo Meifrén, ocupando sus cuadros por completo el vasto salón de la Galería Parés. La exposición de sus sesenta lienzos sorprende por el esfuerzo que representa y por el profundo estudio y especiales conocimientos que revelan en el autor.

El gran lienzo titulado *Mi estudio*, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, en el que el artista mostró empeño en sostener una nota que domina por completo, sin que por ello desmerezca la composición, así como el notable cuadro *Fuego á bordo*, *Mar de fondo* y varios recuerdos de sus excursiones á las costas italianas y francesas, patentizan las aptitudes de Meifrén para el arte que cultiva y especialmente para el género de pintura que le ha conquistado merecido renombre como uno de los primeros marinistas españoles.

Alegoría del Renacimiento italiano, pintura decorativa de Miguel Munkaczy, para un techo del Museo de Historia de las Artes de Viena. (Salón de París de 1890). – En el último Salón de París llamó poderosamente la atención ese magnífico lienzo del ilustre pintor húngaro, no sólo por sus colosales dimensiones (más de 100 metros cuadrados), sino también por las innumerables bellezas en él reunidas y por las grandes dificultades que ofrecen los escorzos allí acumulados y que con su genio supo el artista vencer de un modo admirable.

En una decoración convencional, especie de cúpula de un templo de la gloria que presenta alguna semejanza con la de San Pedro de Roma, están representados los grandes maestros del Renacimiento italiano: en el centro, Ticiano enseñando á sus discípulos el arte del desnudo, lo que sirve de pretexto á Munckaczy para pintar dos modelos en distintas posturas, uno de los cuales nos trae á la memoria las Dánaes de aquel famoso artista; á la izquierda, Pablo Veronese esbozando un cuadro y haciéndose algunos pasos atrás para contemplar mejor el efecto de sus brillantes pinceladas; delante y en ademán de bajar la escalera, Rafael departiendo con Leonardo de Vinci; á la derecha, Miguel Angel con el martillo en una mano y en la otra apoyada la cabeza en actitud meditabunda; detrás de las dos mujeres desnudas, Munckaczy asomando su hermosa cabeza; en el fondo, en un templete sostenido por alabastrinas columnas corintias, el arquitecto Bramante explicando al papa Julio II su proyecto del Vaticano cuyo plano desarrolla ante su vista; y por encima de toda la composición, la imagen de la Gloria y la de la Fama, rodeadas de pequeños genios.

Difícil es juzgar y aun apreciar viéndola de frente una obra como la de Munckaczy destinada á cubrir un techo, colocación que ha de hacer resaltar más los prodigiosos efectos de escorzo con tanta valentía tratados por el pintor. Pero de cualquier modo que el lienzo aparezca colocado, échanse de ver desde luego en él la fineza del dibujo, el concienzudo estudio del natural, la airosa distribución de las figuras, la perfecta combinación de luces y la fidelidad con que están reproducidos los principales genios de aquella edad de oro de las Bellas Artes, cuya alegoría ha hecho en su obra el pintor húngaro.

Gracias á la munificencia del emperador de Austria, Viena puede envanecerse de poseer una joya de valor inestimable.

Nada hemos de decir de Munckaczy: su nombre es universalmente conocido, y de las mejores obras de su pincel salidas han podido admirar exactas reproducciones los lectores de la Ilustración Artística.

Reposo, cuadro de Duffaud, grabado por Baude. – ¡Encantadora figura la de esta joven madre que arrulla en su regazo al tierno ser en quien se concentran sus pensamientos, sus deseos, sus ambiciones, su alma, su vida toda! ¡Y cuán bien reproducida está en ella la impresión arrobadora del amor maternal, de ese amor que ningún otro iguala en pureza ni sobrepuja en desinterés ni en intensidad! Este amor es el único que llena el corazón de gozo y de completa calma; en él encuentra el niño caricias que no se olvidan, el adolescente apoyo de inquebrantable firmeza, el hombre consejos que le guían por sendas seguras y honradas, el venturoso alegrías que aumentan las suyas propias, el infortunado consuelos que mitigan sus pesares ó alientos que le ayudan á sobrellevarlos. ¿Qué dolor no cede entre los brazos de una madre y quién no recuerda la paz sin igual que invade el corazón del niño cuando descansa sobre el seno que le alimentara?

¡Hermosos días aquéllos, únicos en la vida en que el alma conoció el reposo no turbado cuya dulzura desapareció para siempre!

El cuadro de Duffaud expresa de una manera sencilla y tierna todos estos afectos que el artista ha sabido condensar en un delicioso poema lleno de sentimiento y de poesía.

Mensaje de amor, cuadro de Víctor Corcos, grabado por Mancastropa. — Mientras los más renombrados artistas de la nueva escuela al encontrarse en presencia de mujeres hermosas se esfuerzan por trasladar al lienzo en pinceladas atrevidas y á veces sobrado ásperas las armonías del color, sin curarse por regla general de las líneas de los contornos y de los mórbidos relieves de las formas bellas, Corcos se afana por apoderarse de estos relieves y de estas líneas que su pincel reproduce conservando toda su fineza y su gracia y respetando toda la delicadeza contenida en el carácter femenino.

Merced á estos procedimientos, el notable pintor italiano ha logrado reunir una colección de bellezas, de las cuales nos dan una idea las dos hermosas jóvenes del cuadro cuya copia publicamos.

Medallas de la Exposición Rural Internacional de Agricultura y Ganadería, celebrada en Buenos Aires en 1890. — La importancia que en todo tiempo han tenido en la República Argentina la agricultura y sobre todo la ganadería, hizo naturalmente surgir la idea de celebrar exposiciones internacionales que estimularan á los ganaderos y agricultores y contribuyeran eficazmente al fomento de aquellas dos fuentes de riqueza, las principales de aquel país.

A la celebrada en 1890 concurrieron con hermosos ejemplares los principales agricultores y ganaderos argentinos y muchos extranjeros, alcanzando uno de los primeros premios un magnífico toro presentado por el Sr. D. Estanislao Ceballos, ex ministro de Relaciones interiores.

Las medallas que se adjudicaron y que hoy reproducimos fueron fabricadas en los talleres de los señores Gasttuzzo y Ferrarossa, de Buenos Aires.



Comenzaron las lecciones de inglés...

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Durante estas palabras del médico, Marcial, ya en la plenitud de su juicio, se hizo cargo de la situación y lo comprendió todo con esa maravillosa lucidez del alma enamorada.

– Señor, dijo inclinándose ante el príncipe, estoy á vuestras órdenes y á las de esta señorita.

Elena le dió las gracias con una mirada.

A fuerza de voluntad, Marcial se conducía como un indiferente que se hallara en su caso; pero su corazón estaba á punto de estallar.

– Caballero, dijo el príncipe, os doy gracias y os suplico que os pongáis de acuerdo con vuestra nueva discípula respecto á las horas de lección.

Y llevándose al médico al lado de la chimenea opuesta, dejó solos á ambos jóvenes.

– Sentaos, caballero, dijo la princesa.

Marcial tomó una silla y se sentó.

Es ocioso repetir las palabras de ambos amantes. *Roto el hielo aparente*, aquellas dos almas tan cargadas de electricidad amorosa, estallaron, se penetraron y se confundieron.

El príncipe y el médico les observaban afectando no hacer caso de ellos.

Elena estaba radiante; el carmín de la felicidad coloraba sus blancas mejillas.

En cuanto á Marcial, hallábase fascinado y como atónito. ¡Había sufrido tanto! Aquella peripecia de amor era tan rápida y tan inexplicable, que á veces creía estar soñando.

El don del amor es la caricia de Dios á sus criaturas.

PARTE CUARTA

I

Recobrado el juicio, merced á la violenta y súbita emoción que produjo en él la vista de la princesa, volvió Marcial á la vida real, de la que, durante algún tiempo, habíale abstraído su desesperación amorosa. Una vez resuelto á cumplir los deseos de Elena, ó mejor dicho, no hallando en su voluntad fuerza suficiente para resistir á los suyos propios, el enamorado joven experimentó las prosaicas contrariedades de la pobreza y

Como el amor y la gala
Andan un mismo camino...

quedóse consternado al analizar su traje, qué estaba ya en el último período de decadencia.

Afortunadamente, la paternal previsión de Bernardo y la bondad de Mlle. Brian, remediaron tamaño inconveniente. La modista, si bien no puede asegurarse que efectivamente descendiera de la generosa raza de los Briancourt, hacíase merecedora de esta honra por los nobles rasgos de su carácter.

Persuadida del amor de la princesa hacia Marcial, y de la tolerancia del príncipe Lodiski, que presagiaba un desenlace feliz para ambos amantes, mademoiselle Brian, linda y todo como era, y más ó menos Briancourt, no pensó siquiera en rivalizar con la hermosa preferida por el joven extranjero.

Al contrario, determinó favorecer estos amores en cuanto estuviese de su parte, resignándose, á falta de otra cosa, á desempeñar en aquel amoroso drama el papel de la Providencia.

Puesta de acuerdo con Bernardo, hallaron medio de engañar á Marcial, proporcionándole una cantidad suficiente á reparar los desperfectos de su traje, haciendo mediar un supuesto prestamista; de suerte que nuestro héroe pudo presentarse *convenientemente* en el palacio Lodiski.

Comenzaron las lecciones de inglés. Marcial todos los días iba á las doce á la morada de su nueva discípula, y como ésta quizá era algo torpe, prolongaba su lección por lo menos un par de horas.

Durante este tiempo el aya de la princesa siempre estaba presente; pero como ya se sabe que era corta de vista y además se sentaba á hacer labor á alguna distancia, su presencia no impedía que ambos jóvenes se miraran y cuchicheasen á su sabor.

La gramática inglesa estaba abierta sobre la mesa, y á veces sucedía que al inclinarse sobre el libro, Marcial sentía el contacto de los sedosos rizos de Elena, y se turbaba hasta el punto de tener que interrumpir la lección.

En otras ocasiones, al señalar un párrafo ó una palabra, el dedo del maestro tocaba por casualidad al de la discípula, y entonces se turbaban los dos.

Exceptuando estos ligeros incidentes, el pudoroso respeto del verdadero amor mediaba entre ellos, y se limitaban á encantarse mutuamente con la mirada y con la voz

Alguna vez presentábase el príncipe Lodiski, mitad contrariado, mitad satisfecho del aspecto de felicidad de su hija.

Porque la princesa había vuelto á ser la alegre joven de siempre. La languidez de movimientos y el velo de tristeza que nublaba su lindo rostro anteriormente, no alarmaban ya á su padre; se vestía con más cuidado que nunca, iba á la ópera y en resolución renacía á la vida animada y elegante.

El príncipe, que comprendía la causa de esta transformación, y sobre el cual Marcial había ejercido su acostumbrado influjo simpático, observaba la natural distinción del joven extranjero, hallaba amena y elevada su conversación, y se decía en sus adentros «¡Qué lástima! ¡Parece nacido para mi hija!»

Ocioso será decir al lector que ambos jóvenes eran ya amantes declarados, hasta el punto de que cuando la princesa hizo algunos progresos, se tuteaban en inglés, lengua desconocida del aya Eduvigis.

Marcial poseía el idioma ruso casi á la perfección, y Elena se empeñó en conocer muchas palabras españolas, de suerte que cuando llegaba el momento de separarse, la discípula y el maestro tenían costumbre de despedirse en el idioma nativo de cada uno de ellos.

Marcial decía: «¡Adiós!,» y se embelesaba al oir á la princesa repetir: «¡Bog!,» con el melódico encanto que en boca de una mujer hermosa adquiere esta palabra moscovita, ruda en la pronunciación meridional.

II

Un día, al principio de sus relaciones, y cuando la franqueza del amor habíase establecido entre ellos, después de que punto por punto se contaron la historia de sus corazones, que comenzó en el Retiro de Madrid, Elena no pudo menos de confesar á su amante el inocente abuso de confianza de que había sido cómplice con Mlle. Brian, leyendo la carta copiada por ésta.

Al llegar á este punto de sus confidencias, la princesa pidió á Marcial que la explicase el sentido de las siguientes palabras, consignadas en su carta: «Entre el amor de Elena y el mío media un obstáculo superior á su mismo desdén.»

Marcial se inmutó. Evidentemente la pregunta de Elena le produjo una gran impresión; pero no hallando tal vez una explicación satisfactoria, se limitó á decir afectando indiferencia:

«No recuerdo esas palabras, ni el motivo de haberlas escrito: será una de las mil frases exaltadas que entonces me arrancaba la desesperación.»

La princesa se satisfizo ó se resignó á satisfacerse con esta explicación, y no volvió á hablar sobre el particular.

Las cosas siguieron en el mismo ser y estado.

El cielo de ambos amantes estaba despejado, al menos en la apariencia, y ellos continuaron envueltos en ese primer limbo del amor en que el éxtasis mutuo basta para la vida y la felicidad.

Ningún desencanto, ninguna contrariedad turbaba aquella vida del alma. El príncipe seguía benévolo, el aya corta de vista, y otra persona que hubiera podido estorbarles y que en un principio molestaba á Elena, tuvo á bien dejarles completamente en paz. El barón de Ignatief, cansado de sufrir los desdenes

de su prima, y obrando con una cordura superior á su edad, determinó, para consolarse, hacer un viaje á Italia.

Para que nada faltase á la satisfacción de los amantes, contribuyó á ésta la naturaleza misma, adelantando la primavera de un modo fenomenal en Rusia.

Antes de terminar el mes de marzo cesaron los rigores del frío, comenzaron á florecer los campos y los jardines, desaparecieron las pieles, los trineos y los patines, y la corte de Rusia presentó un aspecto casi meridional.

Pero aunque la princesa continuó estando alegre, Marcial se iba poniendo triste.

Dígase lo que se quiera, la mujer es más delicada, más ideal en sus sensaciones que el hombre, tal vez porque las siente con menos intensidad que éste. El tipo de la Julia de Lamartine y de la amada de Petrarca pueden quizá existir en la vida real; pero la castidad de pensamiento de *Rafael* y del poeta de Valclusa son de todo punto imposibles. Las grandes pasiones no reconocen límites; el corazón del hombre, para llegar á la plenitud del amor, necesita la posesión material, juntamente con la moral, del objeto amado.

Marcial íbase poniendo triste, doblemente triste, porque era un amante excepcional La esperanza es la base fundamental del amor, como lo es de todas las cosas de la vida, y el pobre joven apenas se atrevía á esperar el logro de su pasión. La princesa, que aunque inexperta, comprendía la causa de la tristeza de su amante, le dijo un día bajando pudorosamente los ojos:

– Mi padre me adora; hará lo que yo quiera. ¿Por qué no le hablas?

– Ya veremos, contestó Marcial en un tono que llenó de inquietud á la princesa.

III

Transcurrió algún tiempo y Marcial no habló al príncipe en el sentido indicado por Elena.

El príncipe, no obstante el buen estado en que veía á su hija, no estaba satisfecho.

Aquella lección de inglés íbase prolongando demasiado y temió que llegase á complicarse la situación.

Una tarde, pues, y á consecuencia de una larga conversación tenida con Elena, el príncipe hizo entrar á Marcial en su despacho.

Le indicó un asiento, cerró la puerta, y después de algunos momentos de vacilación, dijo:

- Mr. Marcial, sois demasiado discreto para comprender que las cosas no pueden seguir en el mismo estado.

– Lo sé, señor príncipe, contestó Marcial.

– Hace tiempo que deseaba hablaros.

– Me lo figuraba.

– Mr. Marcial, amáis á mi hija.

Marcial permaneció silencioso.

– Amáis á mi hija, repuso el príncipe, y Elena os ama.

– ¡Ah! Señor, sé que he hecho mal, pero no he tenido la fuerza de voluntad suficiente á contener los impulsos de mi corazón. Harto he sufrido y luchado contra un amor imposible.

– Lo sé, Mr. Marcial, y no os culpo. La inexperiencia de mi hija, ó más bien la fatalidad, ha sido la causa de todo.

– Tenéis razón, dijo Marcial exhalando un suspiro; es una fatilidad, una gran fatalidad.

– Veo que pensáis juiciosamente; mi hija es tan altamente nacida...

– Señor príncipe, interrumpió el joven con un ligero tono de altivez, no es el nacimiento el principal obstáculo.

– ¿Cómo no?

– Si vuestra estancia en España se hubiera prolongado me comprenderíais.

– Pues ahora os comprendo menos.

Marcial no contestó.

- Mr. Marcial, repuso el príncipe después de una breve pausa, conozco el carácter de mi hija; es apasionada y tenaz, como todo el que desde niño no reconoce obstáculos á su voluntad.

– La princesa es un ángel, señor.

– No lo negaré, y hasta el presente no he tenido por qué arrepentirme de mi debilidad para con ella; pero esto no obsta para que, contrariando mi deseo, se haya apasionado de vos.

– Señor, yo he tenido en parte la culpa, y yo remediaré el mal.

– ¿Cómo?

– La princesa no volverá á verme.

– Conozco la lealtad de vuestro carácter y sé que cumpliríais vuestro propósito; pero temo por mi hija.

– La princesa, cuando se persuada de mi muerte, se consolará y me pondrá en olvido.

– ¡Vuestra muerte, Mr. Marcial! ¿Qué decís?

– La verdad, señor, moriré y moriré sin pena. Soy huérfano, nadie se interesa por mí, y mi vida es tan estéril y desgraciada, que no merece la pena de conservarla

El príncipe se conmovió al oir estas palabras.

Había tal convicción y tanta tristeza en el acento con que fueron pronunciadas, que aquél sintió aumentarse su simpatía hacia el joven extranjero, comprendiendo que no se las había con un amante vulgar. El amor de Marcial estaba acrisolado en el sacrificio, y harto se *traslucía* su noble corazón, para confundirle con el de un *pescador de dotes* ó de posición social.

IV

– Mr. Marcial, dijo el príncipe, conozco que debo ser el primero; os concedo la mano de mi hija.

El joven se agitó en su asiento, lanzando una exclamación salida de lo íntimo de su corazón.

Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, pronunciando esta palabra, que llenó de asombro al príncipe:

– ¡Imposible!

Pero creyendo haber equivocado el sentido de la frase de Marcial, que primeramente comprendió en el verdadero:

– No, dijo el príncipe; por más que os sorprenda mi resolución, estoy decidido á llevarla á efecto. Mi hija es antes que todo.

– No, no es eso, señor, observó Marcial con tristeza. No me habéis comprendido; vuestra decisión no me sorprende, tal vez la esperaba; pero aun cuando tan grande felicidad realizaría todos mis ensueños y la única é infinita aspiración de mi alma, yo no puedo unirme á la princesa.

– ¿Por qué causa, caballero?, preguntó el príncipe cada vez más asombrado. ¿No habéis dicho que sois libre y enteramente dueño de vuestras acciones?

– Señor, contestó Marcial con un acento que revelaba la profunda emoción de que se hallaba poseído, escuchadme algunos instantes y comprenderéis la horrible fatalidad que pesa sobre mí.

– Decid, pues.

Marcial entonces hizo un relato al príncipe de la historia de su familia, desde el punto en que su padre D Luis Bernáldez de Toledo, pobre y expatriado, casóse en Orleans con la hija del rico banquero, hasta que él quedó huérfano

– Mi padre, dijo Marcial al referir la enfermedad de aquél, se hallaba ya desahuciado del médico, y en los últimos días de su vida. Una tarde, mirándome con dolorosa ternura me dijo estas palabras, que han quedado profundamente grabadas en mi memoria:

«Hijo mío, vas á quedar huérfano y desamparado de mi cariño. No olvides los principios de honradez que he procurado inculcar en tu corazón, y sobre todo prométeme cumplir mi última advertencia y mi postrera voluntad, que dejo escrita en poder de Bernardo, y que éste te entregará á su debido tiempo. He sido muy desgraciado, hijo mío, y por este medio espero evitarte una de las primeras causas que han motivado mi desdicha...»

– La debilidad, prosiguió Marcial enjugándose las lágrimas que asomaban á sus ojos, ahogó la voz de mi padre, que sólo pudo continuar estrechando mis manos entre las suyas ardorosas. Yo, no obstante mis catorce años, presentía el terrible golpe que iba á recibir, y lloraba como ahora... ¡Ah, señor, qué cosa tan desconsoladora es la pérdida de un padre! ¡Qué días aquellos de soledad y de amargura! En semejante trance parece como que se desprende del corazón la mejor parte de nosotros mismos.

Marcial hizo una ligera pausa, y continuó diciendo:

– Al cumplir yo diez y siete años, Bernardo, que fué un fiel criado de mi padre y que nunca se ha separado de mí, me entregó este escrito, que os ruego leáis, porque yo no me siento con ánimo para ello.

Y Marcial dió al príncipe un papel envuelto en un sobre y que era el mismo que en una ocasión hemos visto leer en su cuarto al desdichado joven.

El príncipe miró el sobre, que decía: «A mi hijo Marcial,» y luego leyó en voz alta el escrito, que estaba concebido en estos términos:

V

«¡Hijo mío, hijo de mi alma!, cuando leas estas líneas ya estarás en estado de comprender su trascendencia, y habrás llegado á la edad en que las pasiones comienzan á agitar el corazón del hombre. Acuérdate de que al lado de mi lecho de muerte me hiciste la promesa de cumplir mi última voluntad. ¡Marcial de mi alma! Quiero apartar de ti la cruz que ha pesado sobre mi existencia; hijo mío, con la voz de la eternidad, con la convicción de la experiencia y en la seguridad de que cumplirás una promesa sagrada, *te ruego y te mando que nunca unas tu suerte á la de una mujer que posea más bienes de fortuna que tú...*»

– Ya sabéis, señor, la postrera voluntad de mi padre, dijo Marcial tomando el papel que el príncipe le devolvía en silencio. Previendo que pudiera llegar este caso, hace días que esta carta no se aparta de mí. Si estáis persuadido de mi inmenso amor hacia la princesa, si por el relato que acabo de haceros habéis comprendido el respeto y la sin igual ternura que me inspiraba mi padre, juzgad cuál ha sido mi vida durante algunos meses. Desde el primer instante á mi amor hase unido el azoramiento de mi conciencia, y si á pesar de lucha tan obstinada no he podido vencerme á mí mismo, es, señor, que estoy destinado á morir.

El pobre joven enmudeció poseído de profundo abatimiento. El príncipe le miraba sin saber qué decir. La historia de la familia de Marcial, por la que adivinaba las tristezas íntimas de aquel drama doméstico, y la carta que acababa de leer, juntamente con el estado en que veía al desdichado amante de su hija, le causaron honda impresión, con tanto mayor motivo por cuanto no veía solución posible, en la excepcional situación en que todos se hallaban.

Consideraba el deber de Marcial de obedecer el consejo de su padre, su noble y altivo carácter y el peligroso estado de su hija, y de todos modos preveía un fatal desenlace. No obstante, el recelo paternal se sobrepuso á las demás consideraciones en el ánimo del príncipe, que después de algunos momentos de vacilación dijo:

– Cuanto acabo de saber es grave, amigo mío; sin embargo, el mal puede aún tener remedio.

Marcial le interrogó con una mirada.

– En primer lugar, continuó el príncipe, mi hija es buena y de noble y delicado carácter, y nunca ni en situación alguna justificaría la previsión del mandato de vuestro padre...

– Lo creo, señor; pero esta convicción no me exime de mis deberes.

– Además, repuso el príncipe, hay otros medios; si queréis conservar vuestra independencia, ¿no podría yo... antes de vuestro enlace?...

– Señor, dijo el joven que adivinó la idea del príncipe, los únicos medios son mi ausencia y después mi muerte.

E hizo ademán de tomar el sombrero.

– Esperad, amigo mío, exclamó el príncipe sobresaltado Si no lo hubierais tan notoriamente probado, dudaría de vuestro amor por mi hija.

– ¡Ah, señor! ¿Que no la amo, cuando voy á morir por ella?

– Sí, mas pudiera suceder que ella muriese por vos.

– ¿Qué decís?

– ¿Es inmutable vuestra resolución?

– Tiene que serlo.

– Pues bien: busquemos el medio de atenuar el rudo golpe que va á sufrir Elena.

- Hablad; por ella me siento capaz de todo.

El príncipe reflexionó algunos instantes; tal vez concibió una idea de esperanza.

– ¿Prometéis obedecerme, dijo, aun cuando para ello tengáis que violentaros?

– En todo.

– Pues bien: vais á continuar viendo á Elena como si nada hubiera pasado.

– Lo haré así; mas...

– Comprendo vuestro recelo. No obstante, dejad me hacer. Es preciso ir acostumbrando poco á poco á mi hija á la idea de vuestra ausencia... Proyectaré un viaje; para justificarle quizá pediré al Emperador una embajada;... en fin,... ya veremos. Lo que no quiero es exponerme á las consecuencias de un mal previsto desde hace tiempo.

VI

Al día siguiente el príncipe Lodiski hallábase en presencia del Emperador Nicolás, el cual al notar el aspecto preocupado de su consejero íntimo, le preguntó con familiar interés.

– ¿Qué tenéis, querido príncipe? Hace días que no os hallo como de costumbre, y ciertamente no sé á qué atribuirlo, puesto que anoche mismo vi en la ópera á Elena, tan encantadora como siempre.

– Pues ella es la causa de la mudanza que V. M. ha tenido la bondad de observar en mí.

– ¿Cómo es eso, amigo mío?

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – LOS REACTIVOS COLORADOS

En muchos casos los químicos que practican un análisis comprenden que ha terminado una reacción por un cambio de color, ora se verifique éste por las afinidades naturales de los cuerpos existentes en la substancia analizada, ora porque un reactivo colorado introducido como auxiliar anuncie por su descoloramiento ó cambio de matiz el fin de la reacción.



Fig. 1. Los gases producidos por la combustión de un fósforo de madera son ácidos

Estos cambios de color dan lugar á una porción de experimentos entretenidos, algunos de los cuales vamos á describir.

EL VASO MÁGICO. – Colóquense en un tamiz de seda algunas virutas de campeche y recójase el polvillo fino que de ellas se desprende; si se echa una pulgarada de estos polvos en un vaso de agua, ésta toma al instante un color rojo parecido al del vino; si luego se vierte este líquido en otro vaso previamente enjuagado con algunas gotas de vinagre, adquirirá un hermoso tinte de aguardiente; si se añade á él un poco de potasa, recobrará su color primitivo, y si finalmente se le agrega un poco de alumbre se volverá negro como la tinta.

AGUA CONVERTIDA EN VINO. – Los prestidigitadores realizan á menudo este prodigio, pero las más de las veces lo consiguen por medio de un doble fondo. He aquí una manera de lograr este resultado sin apelar á este recurso. Pongamos en un vaso una disolución de sulfocianuro de potasio ó de amonio, que podremos hacer pasar por agua, porque el tal líquido es incoloro y límpido, pero sin olvidar que es un veneno violento Tengamos preparado otro vaso con un grano de sulfato de peróxido de hierro en el fondo, grano que por su pequeñez resultará imperceptible; si en este vaso echamos el contenido del primero, el líquido tomará en seguida el color del vino.



Fig. 3. Manchas azules producidas por la ceniza de un cigarro

Para procurarse sulfato de peróxido de hierro basta pulverizar caparrosa verde (sulfato de hierro) y dejarla expuesta durante algún tiempo al aire.

EL VINO CONVERTIDO EN LECHE. – Mezclando vinagre con tintura de yodo se obtiene un líquido rojo análogo al vino: si en éste se echa una disolución de hiposulfito de sosa, con tanta frecuencia empleada por los aficionados á la fotografía, tendremos un líquido blanco lechoso, debido á un depósito de azufre, y con un poco de buena voluntad por parte de los espectadores podremos hacer creer que el vino se ha convertido en leche.

LOS ÁCIDOS Y LAS BASES. – Con el nombre de tintura de tornasol se vende un hermoso líquido azul obtenido por la fermentación de ciertos líquenes. Si vertemos en él un poco de vinagre veremos que el líquido se enrojece, resultado que se logra también con un poco de zumo de limón ó con unas gotas de jugo de acedera ó con un chorro de agua de Seltz: todos estos cuerpos que enrojecen la tintura de tornasol tienen un sabor *ácido*, naciendo de aquí la denominación con que se les conoce; unos son flojos, como el agua de Seltz, que no es más que una disolución de ácido carbónico, al paso que otros, como el ácido clorhídico, el agua fuerte y el vitriolo, son sumamente activos, bastando una gota de ellos para hacer volver roja la tintura de tornasol.

Si en ese líquido enrojecido introducimos una gota de álcali volátil ó un poco de lejía sódica ó potásica, aquél recobrará su primitivo color azul. Los cuerpos que tienen esa propiedad se llaman *alcalinos* ó *básicos*.

Finalmente, otros cuerpos, como el agua, el alcohol, el éter y el sulfato de sosa, no ejercen acción alguna sobre este reactivo colorado y se denominan *neutros*.

Y ahora que tenemos un primer medio de clasificar los cuerpos por series, veamos qué son los humos que se producen durante la combustión de un fósforo de madera. Pero ante todo, ¿se han fijado alguna vez nuestros lectores en el modo como éste arde? Empieza por una llama muy brillante y luminosa que produce un humo blanco muy denso; luego se produce una llama azulada al mismo tiempo que se siente un olor asfixiante que oprime la garganta, el olor vulgarmente llamado de fósforo, y finalmente adquiere aquélla un color rojo encendido y fuliginoso. Tenemos, pues, tres partes en la combustión; en la primera arde el fósforo, en la segunda el azufre y en la tercera la madera.

Tomemos un fósforo de éstos, encendámoslo y dejémoslo arder en un vaso que contenga una pequeña cantidad de tintura de tornasol ligeramente diluída en agua (fig. 1), y una vez apagado, cerremos el vaso con la mano y agitémoslo con fuerza: entonces veremos que el tornasol se enrojece; los gases desprendidos durante la combustión son, pues, ácidos. El fósforo ha producido *ácido fosfórico*, sólido y blanco; el azufre *ácido sulfuroso*, y la madera *ácido carbónico*. Ha habido, por consiguiente, producción casi simultánea de tres ácidos. ¿Cómo, pues, admirarse del cambio de color del tornasol? ¿Qué podía él solo contra tres?

PREPARACIÓN ESPECIAL DE ALGUNOS REACTIVOS COLORADOS. – Mencionemos en primer lugar la heliantina, que encontramos en el comercio bajo la forma de unos polvos de color anaranjado solubles en el agua, y que se vuelve amarilla tratada por las bases y roja por los ácidos. Por el contrario, otro reactivo, la phtaleína del fenol se vuelve encarnada con las bases. Mezclando estos dos líquidos rojos se obtiene, si se han observado bien las proporciones de bases y ácidos, un líquido casi incoloro. La raíz de cúrcuma puesta en solución en alcohol forma una tintura que se obscurece bajo la acción de los álcalis.

El *jarabe de violetas*, muy usado en los laboratorios, es sumamente sensible, pero tiene el inconveniente de ser muy caro porque su preparación es en extremo difícil: la acción de las bases la vuelve verde y la de los ácidos roja.

Examinemos ahora otros líquidos más fáciles de preparar. Si tomamos unas hojas de col de Milán y las hacemos hervir en agua, á la media hora de ebullición obtendremos un líquido de hermoso color violáceo, que se volverá verde con una gota de amoníaco y rojo con una gota de ácido.

Aquellos á quienes el olor de la col disguste pueden tomar hojas de flores de malvas, ó de rosas encarnadas, ó de malvas rosas de color obscuro y haciéndolas hervir en agua por espacio de un cuarto de hora obtendrán un líquido amarillento de difícil conservación, que se volverá verde bajo la acción de las bases y rojo bajo la de los ácidos. Con flores encarnadas de pelargonium se logra un líquido que reune iguales condiciones, lo propio que poniendo en maceración durante algunas horas flores rosas en agua fría con vinagre.

COLORACIONES QUE TOMAN LAS FLORES BAJO LA INFLUENCIA DE LOS ÁCIDOS Y DE LAS BASES. – LAS FLORES MISMAS PUEDEN SERVIR DE REACTIVOS COLORADOS. – Con una serie de elegantes experimentos han demostrado M. Filhol, primero, y después M. Gastón Tissandier, que muchas flores de color de violeta ó de rosa sumergidas en éter adicionado con un poco de amoníaco tomaban un hermoso color verde. Tales son: el geranio rosado, la vinca pervinca violeta, las rosas encarnadas y rosas, el miosotis, el heliotropo, etc. La acción es la misma para las hojas rojas, como, por ejemplo, las del haya purpúrea.

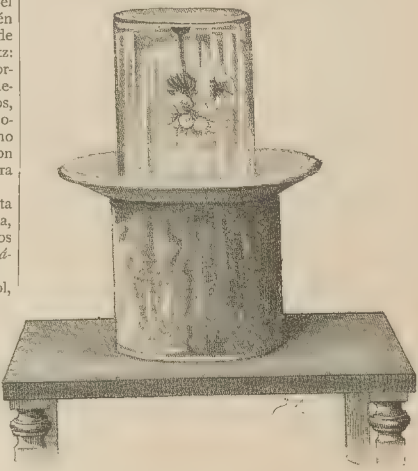


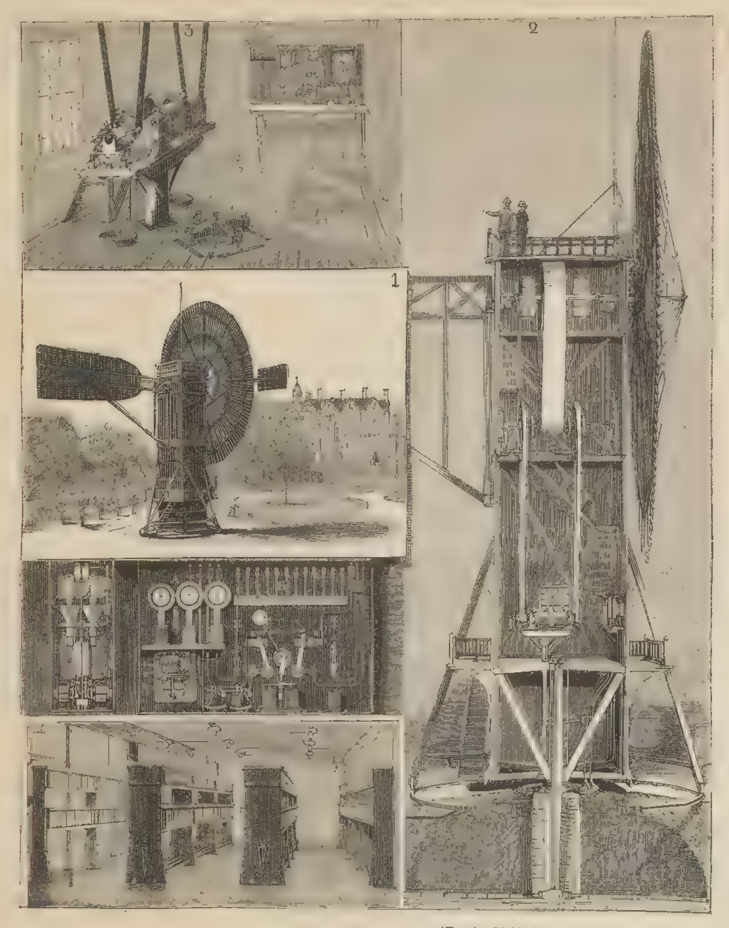
Fig. 2. Acción del amoníaco sobre las flores

Sometidas á la acción del mismo líquido, las flores blancas se vuelven amarillas, al paso que las amarillas conservan, por regla general, su color. Con las otras flores cuyos matices no son uniformes, los resultados con todavía más curiosos: así, el pétalo superior de la arvejilla de olor, de color de violeta se vuelve azul obscuro, mientras el pétalo inferior toma un tinte verde claro: el extremo blanco de la diclitra se vuelve amarillo y los pétalos exteriores de un color gris metálico.

Si se exponen las flores algo húmedas á los vapores del amoníaco, como lo ha hecho M. Gabba, los resultados son idénticos, pero la acción se produce más lentamente. Para este experimento puede fijarse con un poco de cera la flor en el fondo de un vaso puesto boca abajo.

La materia colorante de estas flores no ha quedado destruída, ya que si después de haberlas tratado por el amoníaco se las sumerge en agua pura, á los pocos días han recobrado sus colores primitivos.

Por otra parte, sometidas esas flores á vapores ácidos, como, por ejemplo, el ácido clorhídrico, á las pocas horas toman un hermoso color de carmín que conservan si se las coloca en un sitio seco y á la sombra, después de haberlas secado al aire en un sitio obscuro.



EL MOLINO DE VIENTO DE CLEVELAND (Estados Unidos)
Fig 1. Vista del molino en conjunto. – Fig. 2. Sección vertical. – Fig. 3. Máquina dinamo-eléctrica – Fig. 4. Acumuladores
Fig. 5. Aparatos de regulación

Las mismas flores sumergidas en una solución de potasa ó de sosa producen coloraciones análogas á las que toman bajo la acción del amoníaco, pero se deterioran: el matiz que en primer lugar toma la flor es el azul, que no se convierte en verde hasta después de pasado algún tiempo. Las malvas rosas coloradas, las flores blancas y encarnadas de pelargonium, la amapola y una linda y pequeña campanulácea, la *jasione montana*, se vuelven azules y luego verdes si se las introduce en un líquido básico, y bajo la acción de los ácidos fuertes toman un tinte encarnado vivo.

LA CENIZA DEL TABACO ES ALCALINA. – Si paseando por un jardín con el cigarro encendido tocáis con la ceniza caliente los pétalos rojos de un hibisco ó de un pelargonium veréis aparecer en ellos unas manchas azules ó verdes, de forma muy regular, que dan á la flor el aspecto extraño representado en la figura 3.

Este hecho es conocido desde hace mucho tiempo, y M. Estanislao Meunier lo ha referido con el elegante estilo que le caracteriza en *La Nature*. En cierta ocasión tocó por casualidad con la ceniza de su cigarro el tubo de una petunia grande encarnada y vió que en éste se dibujada un punto ancho de un color verde vivo: «el álcali que deja la combustión del tabaco explica suficientemente la aparición de este matiz análogo al del jarabe de violetas, que, como es bien sabido, se vuelve verde por la acción de la potasa. No es menos cierto que produciendo manchas simétricas en una petunia se obtiene una flor que, presentada á quien no esté de antemano prevenido, se ofrece á sus ojos como una magnífica y extraña variedad Una buena señora ya entrada en años, que luego me perdonó la broma, llegó á pedirme semillas de esta planta nueva que nunca había visto.»

El mismo resultado se consigue con las rosas, la hortensia, el trébol, la escabiosa, la violeta, la salvia y la vinca pervinca silvestre; otras plantas producen manchas azules, entre ellas la malva común, las flores del pelargonium, etc. Las flores amarillas no cambian de color; algunas flores blancas, en particular la rosa, presentan manchas de un hermoso color amarillo, y en cuanto á las hojas que se han vuelto encarnadas, ofrecen resultados varios: las del geranio Robert se vuelven verdes, las de la ancolia azules y las de la fresa negras; con las de dulcamara nada se obtiene.

UNA FLOR EXTRAÑA. – Arránquese una flor encarnada de pelargonium y fíjese en el fondo de un vaso vuelto boca abajo como lo indica la fig. 2, después de haberla manchado de puntos azules por medio de la ceniza de un cigarro. Si el plato que sostiene el vaso contiene un poco de álcali volátil la flor se vuelve azul al cabo de un cuarto de hora, al paso que las manchas del cigarro se vuelven amarillas. Si al cabo de media hora se saca de allí la flor, presenta el aspecto más extraño que imaginarse pueda; algunos puntos permanecen encarnados, el resto se mantiene azul con manchas amarillas muy regulares en el centro y el conjunto ha tomado un matiz aterciopelado que produce bellísimo efecto.

F. FAIDEAU

UTILIZACIÓN DE LA FUERZA DEL VIENTO

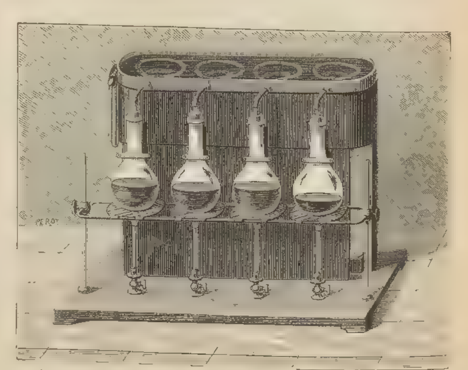
El molino eléctrico de Cleveland (Estados Unidos)

Numerosísimos son los proyectos propuestos desde hace muchos años para utilizar la fuerza motriz del viento y no pocas las instalaciones que con motores de viento funcionan; pero este procedimiento, eficaz cuando se trata de aplicaciones locales en los países en donde el viento sopla con fuerza y de una manera casi constante, deja de ser práctico cuando ha de utilizarse á distancia la fuerza producida. En efecto, con esta clase de motores la transformación de la energía exige el empleo de acumuladores eléctricos si se trata de una aplicación diferida, y el transporte de los acumuladores, una vez cargados, ofrece graves dificultades, sobre todo en las montañas y en las costas.

La instalación que nos ocupa funciona desde hace más de dos años, y sirve para el alumbrado particular de la vivienda de Mr. Ch. F. Brush, en Cleveland (Ohío). He aquí la descripción de la misma, según la *Scientific American:*

«En el extremo del parque que rodea la casa se alza una gran torre cuadrangular (fig. 1), de 18 metros de altura, provista de una rueda que el viento pone en movimiento. La fig. 2 nos da la sección del molino é indica el modo como está construído. Un eje de hierro de 35'42 centímetros de diámetro penetra en el interior de un armazón de ladrillo situado debajo de tierra, de 2'43 metros de longitud, y se prolonga en el interior de la torre á una altura de 3'65 metros. Sobre este eje descansa el armazón de hierro de la torre, cuyo peso total es de 36.287 kilogramos. En la parte superior de la torre hay fijo un eje horizontal que gobierna la rueda motriz y que mide 6 metros de longitud y 16'44 centímetros de diámetro; este eje se mueve en soportes con engrasadores automáticos y lleva en un centro una polea de 2'43 metros de diámetro y 80 centímetros de grueso. La rueda motriz está formada por 144 hojas ajustadas y tiene un diámetro de 17 metros, siendo la superficie total expuesta al viento de 167 metros cuadrados: la longitud de la veleta-timón, que mueve la rueda por el lado del viento, es de 18 metros y su anchura de 6. El molino gira automáticamente según el sentido del viento; el timón exterior puede doblegarse y bajarse paralelamente á la rueda.

»Debajo de este primer eje hay otro de 8'8 centímetros de diámetro con una polea de un diámetro de 40 centímetros y grueso de 80, que recibe la correa que hace al mismo tiempo funcionar la polea superior. Este segundo eje gobierna la máquina dinamo por medio de correas, como lo indican las figuras 2 y 3. La dinamo es una máquina Brush, de 12 kilowats de fuerza, con una velocidad angular de 500 vueltas por minuto; habiéndose dispuesto en la instalación aparatos automáticos especiales para no pasar de una diferenrencia potencial de 90 volts en la máquina; el circuito de utilización se cierra automáticamente á 75 volts y se abre á 70, y según la carga se descalzan automáticamente las escobillas. De la dinamo arrancan cables que van á parar á la casa habitación, situada á alguna distancia, en cuyos sótanos hay 408 acumuladores repartidos en 12 baterías, de 34 cada una. Estas baterías se cargan y descargan en cantidad, y cada una de ellas tiene una capacidad de 100 amperes-hora.



Aparato empleado en el laboratorio municipal de París para analizar la cantidad de alcohol contenida en el vino

»La fig. 4 representa en su conjunto la instalación de los acumuladores, y la fig. 5 los diferentes aparatos de distribución interior. En A están los voltme-

tros y amperémetros empleados para la carga y descarga; en B la serie de indicadores de intensidad, uno para cada batería; en C, los diversos conmutadores, que sirven para distribuir la corriente en los distintos sitios de la casa; y en D, un indicador de corriente y de polo. La instalación comprende, además, un aparato para la introducción automática de resistencias en el circuito y resistencias para mantener la diferencia de potencial constante en las bornas del circuito de utilización, cualquiera que sea la carga. Este regulador ofrece la particularidad de que es de polvo de carbón y de que la resistencia aumenta ó disminuye mediante una presión ejercida.

»La instalación comprende 350 lámparas de incandescencia de potencias luminosas, variables entre 10 y 50 bujías: las más comúnmente empleadas son las de 16 á 20 bujías. El servicio ordinario se compone de 100 lámparas incandescentes, á las que hay que añadir 2 lámparas de arco y 3 motores eléctricos.

Como se ve, la instalación de Mr. Ch. F. Brush es interesante desde más de un punto de vista y merece ser conocida.»

J. LAFARGUE

DETERMINACIÓN DE LA CANTIDAD DE ALCOHOL CONTENIDA EN LOS VINOS

Esta operación, por medio de la cual se estudia la naturaleza y se investiga la calidad de un vino, es una de las más importantes del análisis cuantitativo. Sobre el análisis de los vinos hemos hablado extensa-



Anverso   Reverso

Medallas de la Exposición Rural Internacional de Agricultura y Ganadería, de Buenos Aires, 1890

mente en otra ocasion (1), dando á conocer los principales aparatos empleados para determinar la cantidad de alcohol en aquéllos contenida. Pero con los aparatos que entonces describimos no se puede operar más que con una sola muestra de vino á la vez. Cuando hay que analizar gran número de muestras, preciso es disponer de aparatos que permitan hacer los análisis más rápidamente. Nuestro grabado reproduce uno de los que diariamente se emplean en el laboratorio municipal de París.

El vino que se ha de analizar se coloca en pequeños matraces de cristal, cerrados con tapones de caucho, al través de los cuales pasan unos tubos que comunican con un serpentín sumergido en un baño refrigerante. Este serpentín atraviesa el baño metálico y deja caer el líquido que en él se ha condensado en una probeta colocada en la parte inferior del sistema. Las operaciones pueden hacerse por baterías de cuatro aparatos, que forman el conjunto representado en nuestro grabado; de esta suerte un solo operador puede vigilar cuatro destilaciones.

La ebullición del vino que se ha de analizar se obtiene por medio del calor producido por un mechero de gas.

Una pequeña tela metálica interpuesta entre la llama y el matraz de cristal evita que éste se rompa y reparte mejor el calor.

(De *La Nature*)

(1) Véase el núm. 467.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 2 DE MARZO DE 1891 — NÚM. 479

Con el presente número repartimos como obsequio á nuestros suscriptores una reproducción en colores del cuadro al óleo de D. José M. Marqués UNA CALLE DE GRANADA



LA RECOMPENSA DEL TRABAJO, escultura de D. Antonio Parera

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Carnaval. – Los franceses y la música alemana: la dramática de Wagner. – Bismarck y Guillermo II. – Una boda notable.

I

Hemos pasado las Carnestolendas. Y después de haberlas pasado, hase convenido en que, año por año, decaen semejantes fiestas. En Madrid no hay quien olvide las de ayer, y al compararlas con las de hoy no se duela del triste decaimiento á que llegamos en caretas, máscaras y bromas. Pues aún peor en París. Diario hay allí que imputa con toda formalidad á los ministros el propósito de impedir las mascaradas con el objeto de que no los zahieran en caricaturas vociferadoras y ambulantes. Cierto: el Carnaval ha decaído mucho en Madrid y mucho más en París todavía. ¿Qué remedio tiene todo esto? El Carnaval de París no es el Carnaval de Roma que Dumas describió en el *Monte-Cristo*, ni el *Carnaval de Venecia* que Paganini ha llevado en las cuerdas de su violín por el mundo. Hay ciertas fiestas incompatibles con las ciudades populosas, donde todo se obscurece; hay ciertos goces incomprensibles donde la vida individual se pierde por completo en la colectiva, como los ríos en el mar. El Carnaval era una especie de excepción puesta por la ley de la costumbre á la vida ordinaria en las ciudades antiguas. Cada máscara parecía un Pasquino; cada broma una sátira, ó si se quiere, un libelo. El objeto de tal fiesta era, no sólo divertir la vista con el color del traje y enardecer la sangre con el movimiento del baile, sino castigar los pecadillos de la vida con la libertad de crítica y examen. El amante ingrato, el marido infiel, la mujer burlona, la amiga chismosa, el jugador, el vicioso, ya sabían que el Carnaval todos los años les guardaba su correspondiente castigo en palabras duras y en bromas pasadas. Pero en estas inmensas ciudades donde todo el mundo se pierde en las muchedumbres anónimas, en las tumultuosas olas de gentes que aparecen un minuto sobre la superficie y desaparecen con igual rapidez por los abismos; aquí, donde nadie se conoce, donde al volver la esquina comienza una vida nueva, ¡oh! es imposible que el Carnaval tenga el hechizo de las cultas, de las artísticas, de las pequeñas ciudades antiguas. ¿Cómo criticar al que no conocéis? ¿Para qué empeñaros en descubrir tras la máscara un rostro que después de visto os ha de ser desconocido, apareciendo siempre á vuestros ojos como una careta? El Carnaval me recuerda aquellas fiestas de los pueblos asiáticos, donde los criados se asentaban á la mesa y eran servidos por sus dueños; me las recuerda en el sentido de que las costumbres se cambian, y la conversación toma, al pasar por la boca de la careta, una libertad infinita. Imposible realizar nada de esto en París. La gracia parisién, universalmente celebrada, no chispea en el Carnaval. Todo lo que recogiera yo de particular en un salón donde pasara una noche entera atento á las chispas del ingenio francés, todo fué oir llamar á un pálido, tísico, y á un moreno, mulato. El parisién que ha pasado cincuenta años de su vida en París va al teatro de la Opera y puede decirse que ha emigrado; nadie le conoce, y si le conocen personalmente, nadie conoce su vida. Sin embargo, el baile de la Opera constituye todo el Carnaval de París. Lo más notable del baile es lo que llaman el *Foyer*. Si yo quisiese definir con una sola palabra este salón le llamaría el Bazar. Dicen que allá en las ciudades de Oriente, donde el islamismo impera, existe un mercado de mujeres para llenar los harenes. Allí las negras abisinias de blancos dientes, diestras en apercibir los pebeteros, preparar el café y manejar el abanico de cisne; allí las árabes de tez morena, ojos profundos como abismos de amor, trenzas negras cual una corona de azabache, con la cabeza caída sobre el pecho como la rosa que se marchita sobre su tallo á los besos del sol; allí la joven georgiana, tipo de una hermosura tan perfecta como la hermosura de las estatuas antiguas y más apasionada; allí todas las mujeres recogidas por los piratas á orillas de los mares ó por los bandidos en el seno del desierto, y que, en telas vistosas envueltas, con sus áureas argollas en brazos y pies, aguardan resignadas, como si todo sentimiento hubiera de ellas huído en la tristeza de su desgracia, á que el comprador las ajuste y las lleve á ornar los palacios y divertir los ocios de algún gran señor, al cual darán placeres que no podrán compartir, ¡pobres avecillas!, en sus doradas jaulas.

II

Ya que hablamos del Teatro de la Opera en París, mentemos que no ha podido su empresa, por patrióticas resistencias de los parisienses, cantar allí *Lohengrin*. En efecto, antes, mucho antes de que los odios contemporáneos entre Alemania y Francia hubieran estallado, París no comprendió el *Tanhausser*. Y no lo comprendió, porque un género nuevo de música, por bello y perfecto, jamás cautiva el oído, y menos el corazón de los oyentes, en las audiciones primeras. *Tanhausser* fué silbado. El innovador herido no perdonó tal agravio y llegó á holgarse con las desgracias nacionales de aquellos que le agraviaran. Por esta razón las óperas suyas no han podido cantarse de modo alguno en París, no obstante los esfuerzos empleados por sumos artistas para que se cantasen. Mas un empresario se ha liado á su cabeza la manta y ha puesto en Rouen la ópera defendiendo á los franceses por su propia dignidad. Aquella población del Norte, muy sesuda, la escuchó con respeto, y muchos entre los escritores de los que gritan contra la representación en París acudieron solícitos á la representación provincial. En esto ven algunos un buen paso dado hacia la reconciliación artística entre alemanes y franceses. Con tal motivo se han recomenzado los juicios acerca de Wagner y se han dicho mil extrañas especies. Yo no creo repelan los meridionales, y menos entre los meridionales el pueblo francés, la música de los germanos con repulsión instintiva é irremediable. No hay sino recordar cómo aplauden el *Don Juan*, de Mozart, los *Freichustz*, de Weber, el *Fidelio* mismo de Bethoven, para penetrarse de tal verdad. Pero el gran maestro último de Alemania, no sólo intentó una revolución en la ópera, intentó una revolución en el drama. Recordando cómo las flautas y las cítaras y los coros auxiliaban al teatro griego, ha querido que la complicada y maravillosa orquestación de nuestros días auxiliase al teatro suyo. Así, acercó todo cuanto pudo á la ópera el drama, y todo cuanto pudo el drama también á la ópera. Por vez primera el autor lírico aparecía también como autor dramático y componía solo una obra que pide generalmente la cooperación de dos autores. Mas no para en esto la dificultad grandísima de comprender al poeta músico: su inspiración se nutre de Alemania y sólo de Alemania. Como la cantera del Pentélico dió mármoles á Fidias y Praxiteles, dió tragedias al teatro heleno la epopeya homérica; y como la epopeya homérica dió tragedias al teatro helénico, el poema caballeresco y católico de la Edad Media germana, conocido con el nombre genérico de Niebelunghen, ha dado todos sus argumentos al eximio compositor y dramaturgo. Imposible comprender *Agamenón*, *Ifigenia*, *Orestes*, *Ayax*, ignorando la epopeya homérica; imposible comprender *Lohengrín*, *Tanhausser*, *Parsifal* y tantos otros, ignorando la epopeya germánica. En el prototipo, en el arquetipo de Padedur están vaciados todos á una los tipos de sus óperas. Contemplad al caballero y veréis en él toda la poesía caballeresca de los siglos medios alemanes. Padedur corre de región en región y llama de puerta en puerta, no para ejercer los afectos repulsivos ó combatientes de su naturaleza moral, sino para ejercer los áfectos atractivos ó amorosos. Mas, de paso, encuentra por su buena estrella un rey pagano, y lo desarma y desarzona sin exigirle más que los acatamientos y homenajes al soberano Arthur, en cuyos ejércitos se había por propia voluntad alistado. Y andando, andando, sorpréndele un enorme nevasco, el cual cubre la tierra toda con su blanco sudario. Y sobre aquel nevasco vuela una paloma tan blanca de suyo como los ampos extendidos por la inmensidad, y tras de la paloma un gavilán obscurísimo y siniestro, representación éste del odio, y aquélla del amor universal. Y en efecto, las garras del ave carnicera se clavaron á una en el pecho y en el vientre de la inocente avecilla triste y amorosa. Una mancha de sangre roja se tendió y difundió sobre la nieve alba, reluciendo con gran relucimiento. Padedur hubiera dado la existencia por aquella pobre víctima y combatido á muerte con aquel horrible vencedor. Así penetraron las revelaciones tiernas del amor en el alma embravecida del guerrero. Y llevóle tal amor en sus alas al cielo, y del cielo descendió un milagro verdadero, merced á cuya virtud el amoroso encontró nada menos que un trono altísimo, y en el trono altísimo nada menos que una esposa ceñida con manto de armiño y coronada con diadema imperial. Pero esta aventura no impide ni obsta de ningún modo á sus aventuras. El destino lo llamaba con repetidos llamamientos á la conquista del gran palacio de las Maravillas, y tenía que obedecer al destino. Dirigióse, pues, enteramente solo á este lugar de misterios, donde había de tener los más terribles encuentros, como si bajara en aquel instante al pudridero de los muertos y al infierno de las sombras. Ningún mortal se atrevía de suyo á penetrar allí, porque todos quedaban como petrificados de terror dentro de la triste caverna de horrores. Padedur se atrevió. A la llegada vió un lago, y en el borde un ciervo que bebía las aguas, y al beber, de tal suerte las envenenaba que morían á una todos los peces. Padedur mató al ciervo. Entró luego dentro del castillo y encontró un ajedrez, cuyas piezas combatían las unas con las otras por sí solas. Padedur se sentó al juego y movió las piezas en competencia con aquel jugador fantástico, pero tan desgraciadamente, que sin remedio ni apelación perdió. Irritado en su amor propio por haber perdido, como suelen todos los jugadores de ajedrez, Padedur dió un puntapié al tablero. Y rodaron las piezas por el pavimento, cuya superficie se abrió en mil grietas, á guisa de volcán, cediendo paso á un gigante horrible y extremado, quien con voz estentórea le dijo cómo tenía que proceder para cumplir su destino y desencantar á tantos deudos allí encantados. Y después del gigante penetraron cuatro fantasmas en la estancia donde Padedur estaba, con cuatro lanzas, de cuyas flechas caían cuatro gotas de sangre, que al caer ¡oh! resonaban todas con horrible resonancia. Y en efecto, desencantaba de terribles encantamientos, por cuya magia estaban convertidas en piedras frías muchas doncellas de la familia de Padedur y en árboles carbonizados muchos hombres, quien tuviese valor para vencer á las brujas de los alrededores; brujas vencibles, no ciertamente por el filo de las armas, por el poder de los conjuros, cuyas fórmulas no podían hallarse de ningún modo sino dentro de la terrible caverna de horror, á la cual había que ir venciendo y dominando á todo un ejército de sobrenaturales sombras. Padedur cogió su gran espada, y comenzó á blandirla con furor Todos los demonios del infierno se conjuraron en su contra. Murciélagos, cuyas alas parecían paños fúnebres; lechuzas, cuyas retinas petrificaban de horror; animales fantásticos, cuyas garras se clavaban á una en todos los poros de vuestro cuerpo; endriagos de colosales dimensiones, vestigios de bocas tan grandes como abismos, duendes chillones y estridentes, genios con espadas de fuego, ejércitos de sombras quisieron cerrarle con furor el paso, de igual suerte que se lo habían cerrado á tantos caballeros heroicos. Pero Padedur comprendió en seguida que todos aquellos fantasmas no podían destruir á quien no podían amedrentar, y que su fuerza mayor consistía, no tanto en el propio empuje, como en el terror de sus perseguidos. Y siguió adelante, aunque los aullidos le tronaban las orejas y los rechinamientos de dientes le hacían estremecerse en su interior, y las espadas de fuego le quemaban las carnes ó le cegaban los ojos, y los ejércitos sobrenaturales caían con horroroso estruendo sobre sus espaldas, y la tierra se abría bajo sus pies mostrándole un infierno inacabable de tormentos y de dolores. Pero había con suma facilidad averiguado cómo el secreto de llegar hasta la cueva se hallaba en la resolución de ir, é iba sin detenerse un paso ni vacilar un minuto, creciendo en voluntad á medida que crecía en terror. Y así llegó á la caverna medio muerto; pero llegó cuando ningún mortal había llegado, y leyó la fórmula sacramental cuando ningún otro mortal la había leído. Con sólo verla y decirla en voz alta estaba conseguido el efecto mágico. Y así es que apenas la dijera,

cuando volaran las brujas en todas direcciones. Y apenas habían volado las brujas en todas direcciones, cuando se suspendieron los encantamientos en todos sentidos. Y apenas habían suspendido los encantamientos en todos sentidos, cuando sonó una música deliciosa por todas partes. Y apenas sonó la música deliciosa por todas partes, cuando los árboles carbonizados dieron paso á garçones apuestos, vestidos de ricas preseas y perfumados con aromosas esencias, así como las piedras frías á doncellas de arrebatadora hermosura y de melodiosa voz. Aquellos coros de fantasmas desencantados y devueltos á su ser humano rodearon á Padedur y le dijeron que por obra y gracia de su valor había conseguido el premio de los premios, el honor de los honores, la ventura de las venturas; es á saber: la custodia del santísimo Graal. Era ésta la copa que llevaron los ángeles encargados de verter la vida en lo vacío el primer día de la creación, al sonar la palabra divina y creadora sobre los espacios desiertos. Guardada en los cielos, después de la creación de las cosas, iban allí á beber la vida las ideas, que en cuanto libaban tal increíble licor parecían eternas ó increadas. Esta copa, retenida y guardada en el cielo, bajó al mundo en la noche del Sacramento Eucarístico. En ella, más reluciente que todos los astros del cielo infinito, bebieron los apóstoles reunidos con Cristo en la cena el vino nuevo del Evangelio y sus verdades. En ella recogió Josef de Arimatea sobre el Calvario y al pie de la Cruz toda la sangre que caía del divino costado, y por lo cual copa de tanto precio tenía la virtud religiosa de inmortalizar á cuantos la poseyesen. Josef de Arimatea la llevó á los dominios del rey Arthur, quien la depuso en una montaña misteriosa, por la cual no hay caminos, pues solamente se tocan sus cimas inaccesibles con prodigios, como los prodigios hechos por Padedur, y reconocidos del Universo mundo, y anotados en el cielo inmenso. Padedur llegó y encontró una milicia de guerreros inmortales, todo. vestidos de blanco y cruzados de rojo y ceñidos de luz esplendente y armados con lanzas de oro. Al verlos, tras tantos siglos transcurridos de la muerte de Cristo, jóvenes como en los días mejores de su vida, Padedur ¡oh! reconoció en ellos á los mismos ángeles que habían llevado por los espacios la vida escanciada en los manantiales eternos y la habían vertido en los abismos insondables. Padedur tomó, pues, por virtud maravillosa de sus hazañas y en premio á ellas, el regio cargo de custodio del santo Graal, depositado en los dominios del rey Arthur; lo que de un lado le dará dominio perdurable sobre muchas almas, y de otro lado le tendrá en la tierra todo el tiempo que la tierra dure, vivo, pues sin el custodio no podría la copa estar en sitio tan bajo como en nuestro suelo, y sin la copa no podría vivir planeta de suyo tan quebradizo y enfermo como nuestro frágil planeta. He ahí el argumento capital de toda la dramática wagneriana.

UN MENDIGO, cuadro del Sr. Díaz Molina, de Almería

III

Ya que hablamos del drama sublime, hablemos también de la comedia chocarrera. Un acontecimiento literario de mucha gracia hoy hace reir á Europa entera y hará también reir á todos los continentes del mundo si llegan á saberlo. El maestro expertísimo, el canciller Bismarck, y su inexperto discípulo, el emperador Guillermo, andan á la greña. El primero lanza con premeditación la prensa germánica sobre aquel á quien debe llamar de hinojos por obligación soberano señor; y el segundo suelta los cómicos y las teatrales sátiras con crueldad sobre la persona del estadista eminente, á quien llamaba guía y ministro por excelencia en tiempos no lejanos. Ya que, á sus años y á sus desengaños, el canciller ha decidido echarlas de periodista y *reporter* sin escrúpulo, el emperador ha decidido sin reserva ni continencia ninguna echarlas de autor y de actor cómico. ¿Le critica Bismarck en la prensa? Pues toma su correspondiente desquite y critica en el teatro á Bismarck. Así, ha muy pocos días representaba un autor palatino cierta comedia cuyo argumento estaba sacado de los tiempos y de las historias del Gran Elector. Sin embargo, estos tiempos y estas historias parecíanse á la manta puesta sobre un cuerpo cualquiera cuando se le apalea, con el fin de decir que los palos van á la urdimbre de lana y no á los huesos vivos. Los tiempos del Gran Elector son los tiempos ahora corrientes: un primer ministro que se mete por donde no le llaman en la Comedia palatina es el mismo canciller en persona y su ambiciosa política; el rey, sometido un tiempo á ese primer ministro, y luego emancipado hasta despedirlo, primero fuera del gobierno y luego fuera del reino mismo, no es otro que Guillermo II; y todos los diálogos, coloquios y escenas resul-



CARICIAS MATERNALES, cuadro de Krug, grabado por Baude

tan fotografías de los hechos contemporáneos y corrientes sin disfraz ni disimulo. Para que nada faltase á la fiesta, señalóse la primera representación una tarde cercana en que había por deberes del cargo de ir Guillermo á Potsdam; y se puso en los carteles cómo se retrasaba la hora del festejo para que pudiese la Imperial Majestad presenciarlo desde su comienzo y presidirlo. Fué Guillermo y aplaudió mucho. Pero el público no estuvo de igual humor y no quiso reir cuando el emperador se reía, bien al revés de los chinos, quienes, así que su dueño y señor estornuda, ellos estornudan también. Bismarck no ha sabido llevar su desgracia con calma y dignidad. Se parece mucho en el destierro de su quinta hoy á lo que fuera Napoleón en su destierro de Santa Elena. La posición del césar en la isla fué verdaderamente solemne, trágica. Después de haber recorrido victorioso toda Europa; después de haber improvisado un trono entre el choque de dos siglos semejantes á dos grandes olas de ideas henchidas por los huracanes de la revolución; después de haber borrado bajo las herraduras de su caballo los límites de las naciones; después de haber llevado tras su carro, cuyas ruedas se hundían materialmente en montones inmensos de cadáveres, los reyes jadeantes; árbitro de los destinos del mundo muchos años; capaz de destruir las obras de la naturaleza y de los tiempos, iba el desgraciado á encerrarse, custodiado por su implacable enemigo, el pueblo inglés, en árida tropical isla, bajo cielo de fuego, rodeado por la inmensidad de los mares que lo celaban, como si fuera un dios destronado, teniendo por espectador de su desgracia al mundo entero y por confidente de sus últimas ideas, de sus últimos actos, de sus últimos dolores, á la posteridad y á la historia. Un hombre mayor que Napoleón, uno de esos mortales cuyo genio ni se ensorberbece en la próspera ni se abate en la adversa suerte, hubiera comprendido pronto la majestad que tenía toda aquella desgracia, el terror sublime que podía inspirar toda aquella tragedia aceptada con resignación, sufrida con la primer virtud de los grandes caracteres y representada con la primera dote de los grandes artistas, con sencilla naturalidad. Quizá se hubiera condenado á silencio, como estaba á inacción condenado, dejando la palabra á la historia y sometiéndose á su sentencia. Quizá hubiera escrito un testamento político, lleno de ideas y de enseñanzas para todos los pueblos y todos los tiempos, demostrando en su propia experiencia que nada duradero puede ser fundado por la dictadura, y destruyendo con su propia autoridad los falsos espejismos de la conquista, de la guerra y de sus sangrientas glorias. De todos modos, se conciliaba la benevolencia de amigos y enemigos, la absolución de la historia, el respeto profundísimo de sus propias víctimas con una resignación sublime á su destino y con algún remordimiento escapado de las entrañas de su conciencia. Pero Napoleón malogró la desgracia providencial infligida por la justicia de la historia con su mal humor de decrépito, sus niñerías, sus invocaciones al género humano, porque tenía calor; su imprecación á la posteridad, porque le negaban los centinelas el título de emperador y el tratamiento de majestad; sus intrigüelas para mover con el espectáculo de falsos dolores á la opinión británica; sus mentiras con ese desdichado *Memorial de Santa Elena*, en que creyó burlar la conciencia humana y engañar á la Historia. Se quejaba, ¡parece imposible!, se quejaba de crueldad. ¿Quién? El mismo que había dejado morir ó había matado á los enfermos de peste en sus locas expediciones á Oriente. El mismo que se gloriaba de haber dado sesenta batallas, diez más que César. El mismo genio protervo, que después de una de estas batallas, cuando no se habían apagado aún sus ecos, ni habían muerto los heridos, segados por la guerra, se paseaba sereno sobre la desolación, como si fuera su conciencia comparable en lo cruel y despiadada á las aves de rapiña, que se cebaban en los cadáveres. El mismo que deportaba los jacobinos sin formación de causa y que aconsejaba á su hermano José diera por toda respuesta al heroísmo inquebrantable de España el despojo, las confiscaciones, el incendio de las ciudades y la inmolación de sus infelices habitantes. El mismo que dejaba morir de frío en las estepas de Rusia, sobre el helado Berecina, su innumerable y fidelísimo ejército, buscando en vertiginosa carrera el trono y la corona, que parecían eclipsados tras la sombra de su reciente adversidad, sin acordarse de las víctimas de la ambición, hundidas en los abismos de sus vértigos. La verdad es que aquel hombre, en su isla, hubiera rescatado la propia culpa, rejuvenecido el propio nombre, si á solas con su conciencia siente la erupción de los incendios, el lamento de las matanzas, los quejidos de los millones de almas arrancadas á la tierra, que debían volar en torno de sus sienes como una corona de remordimientos; los ayes de los pueblos sacrificados, de las naciones heridas y enterradas; la esterilidad horrible de la guerra, la impotencia absoluta de la conquista; y de esta suerte, hubiera dejado, con el arrepentimiento, el seguro antídoto á los errores, que como deletéreos miasmas se levantaban de los campos desolados de sus batallas. Ved cuanto hace ahora Bismarck en su destierro, y veréis que también á él, como á Napoleón, lo ha empequeñecido la desgracia; pero Guillermo no tiene derecho á poner esta desgracia en solfa sobre un teatro de Berlín.

IV

Dejemos esa tragedia y vamos al idilio. Los estercoleros donde Job se plañe, y el Cáucaso en que forcejea Prometeo, y el Yuste de Carlos I enterrado vivo; y la isla de Santa Elena, potro para Bonaparte; y la prisión de Estado, tormento para Bismarck, se juntan en la vida y en la historia de continuo á floridas, esperanzadas, tiernas bodas, muy semejantes al nido que aguarda sus polluelos y al botón que promete sus rosas y al preludio que prepara su cántico y al crepúsculo que anuncia su día. La nietecilla de Víctor Hugo y el hijo de Daudet se han casado por amor. Benditos una y otro sean, para que perpetuamente se amen y conserven recuerdos sacratísimos en el hogar, ara y altar y templo de los amados abuelos. ¡Parece imposible!; pero el poeta que cruzaba de un vuelo el espacio infinito, y con dos aleteos conseguía ponerse allá en las cumbres de lo ideal, convertíase luego hacia las cunas y las arrullaba con ternezas de madre. Tras una epopeya que tenía por protagonista el Dios creador y por escenario la eternidad insondable, reducíase Víctor Hugo á contemplar la infancia y metía sus alas de águila dentro de las jaulas del canario y del jilguero. Aquel Titán capaz de apurar el éter á tragos, después de haber visto cómo brotaba el primer sol en la primera mañana de nuestro Universo, entrábase por el jardincillo de los rosados y rientes chicuelos, á pedirles agua del arroyuelo en los huequecillos de sus blancas manecitas. No hay epitalamio alguno en las letras antiguas y modernas comparable al trazado en la iglesia el día que se casó allá por el año cuarenta y tres la hija mayor. Nada tan humano y tan verdadero como aquellos votos del padre por la felicidad eterna de su hija en el hogar de su esposo y los celos misteriosísimos y los dolores agudos porque tal hogar es ajeno. Aquel tesoro de otro, después de haber sido suyo; aquel paso de la vieja á la nueva familia; el traslado de la ventura, que la seguía por doquier, al hogar donde la querrán de otro modo; la contraposición del padre reteniéndola, con el novio deseándola; el dolor dejado atrás y la esperanza conducida delante; los amargos lloros del adiós triste mezclados con la sonrisa que suguiere el techo nupcial, constituyen una serie tan hermosa de contrastes, colocados por el genio con un arte tan supremo y de una belleza tan alta, que pocos poetas y pocas literaturas en el mundo guardan tan perfectos y acabados ejemplares de viva inspiración. Así, todos volvían sus miradas en el mundo literario estos días hacia la niña Jeannette, como la llamábamos en tiempos más felices, cuando la poníamos sobre nuestras rodillas para fingir la carrera vertiginosa de un caballo y le robábamos un beso, mientras ella se tiraba con regocijo y riendo atrás como para desplomarse á nuestros pies y divertirse con las pesadumbres que podrían traer sus saltos á nuestros cuidados. En la célebre alcaldía de Passy; por todos los primeros poetas circuída; entre acordes muy suaves de música inspirada por la poesía tradicional de su familia y flores olientes parecidas á imágenes poéticas; tras una oración casi religiosa de Julio Simón y un himno epitalámico lleno de pureza, la nieta del mayor poeta que ha tenido Francia en este siglo ha entrado bajo el techo de Daudet. Volvamos á bendecirla, y á desearle una felicidad tan grande como el recuerdo que representa y vincula.

ESTUDIOS

DE ALGUNOS CÉLEBRES PINTORES (1)

«Enseñadme el conjunto de los objetos que rodean á un artista y os diré lo que crea.» He aquí un dicho tan proporcionalmente exacto como este otro: «Mostradme los amigos de un hombre y os diré cuál es su carácter.» En ambos casos se han de tener en cuenta las excepciones; mas, por regla general, lo que contiene el estudio de un artista podría ser el indicador de su talento. Algún capricho ó tendencia peculiar de espíritu le inducirán tal vez á rodearse de objetos enteramente extraños al ramo del arte que crea, como en el caso de un conocido pintor de marinas que tiene la manía de coleccionar armaduras; pero esto es una excepción.

El adorno de un estudio es casi un deber del pintor para con el público, y los de todo el mundo deben servir de criterio acerca del gusto personal é individual, antítesis del decorado de los edificios y monumentos, que corre á cargo de las corporaciones. El gusto individual de un ministro de Bellas Artes se refleja en las construcciones que se hacen bajo su dirección en el mismo grado que la individualidad de un pintor se refleja en su estudio.

Pocas aficiones hay más agradables que la de coleccionar, por ejemplo, libros, pinturas, impresos, artículos ú otros trabajos. Las horas del día parecen más cortas y tienen mayor interés; la afición se alimenta por lo que se adquiere, y por la adquisión viene el conocimiento. Las primeras compras de un pintor suelen ser de los objetos que por lo pronto necesita; después busca lo que puede hacerle falta en un día lejano; y así, adquiere objetos preciosos simplemente porque le agradan.

En este artículo y en los que seguirán nos proponemos visitar primeramente los estudios de algunos pintores notables de la escuela alemana de Munich, y compararlos después con varios de los ingleses, comenzando por el de

FRANCISCO DE LENBACH

Este artista se parece por muchos conceptos á su colega inglés Sir John Millais. Lenbach es el retratista de Alemania por excelencia, y sus pinturas, representando á hombres eminentes contemporáneos, son tan bien conocidas, que nos bastará referirnos á ellas ligeramente. Dos de sus últimas creaciones fueron Mr. Gladstone y el Papa León XIII. Lenbach retrató al príncipe de Bismarck muchas veces, y una de las últimas en la forma que nuestro grabado representa en el estudio del artista, sala espaciosa en que parece haberse buscado la comodidad más bien que la ostentación. El estudio de Lenbach está lleno de objetos curiosos; pesadas cortinas ocultan en parte las puertas, formando graciosas ondulaciones, y allí se ven numerosos bosquejos; pero la habitación es esencialmente un taller. Las paredes se hallan revestidas de ricos tapices de los Gobelinos, que constituyen un magnífico fondo, aunque de carácter severo. A la izquierda del retrato del canciller alemán hay un sustentáculo muy adecuado para exponer allí los tesoros del artista; en la parte más alta se ve el busto de Voltaire, hecho por Houdón, y debajo, á la derecha, osténtase un cuadro holandés, que sin duda sugirió á Lenbach su estilo peculiar. El estudio, en el cual podría decirse que Clio preside, revélase en todos sus detalles el reposo clásico, y la sala representa con grande fidelidad el carácter del gran pintor lalemán.

GEZA PESKE

Para comprender bien el verdadero carácter húngaro es necesario haber vivido algún tiempo en Hungría, no en las grandes ciudades, donde los habitantes representan más ó menos los tipos ordinarios y donde la verdadera vida húngara aparece solamente, como si dijéramos, bajo un color pálido, sino entre los campesinos y pastores y el primitivo pueblo magyar, esos hijos de las estepas y de las pusstas. El pueblo de que hablamos difiere en un todo de los gitanos errantes, cuyo hogar se halla, según se supone, en ese vasto país de Hungría. Los verdaderos magyares habitan cada cual en su reducida tierra, cuidando de sus ganados, y ocupándose en el cultivo de su pequeño campo, cuando no se someten casi á la esclavitud, sirviendo á un rico propietario, que le recompensa pobremente sus servicios. El magyar reparte sus horas entre el trabajo y la cervecería, y cuando enjuga el sudor de su frente por la noche, su único recreo está en el vaso. Este género de vida se representa en centenares de pinturas y refiérese en miles de historias.

Las mujeres y los niños arreglan las cabañas y cuidan de los ganados, los cuales quedan abandonados á sí mismos. Los muchachos viven sin disciplina, y si los padres les pegan, poco les importa; hasta las niñas lo toman como cosa corriente. Su única educación es el ejemplo; ven á sus mayores trabajar y bailar, y el trabajo y el baile serán después las ocupaciones de su vida; pero los escasos goces y deseos con que el niño magyar sueña son también patrimonio del hijo de Pussta. Entregado á la observación, siempre está haciendo suposiciones y nunca es tan

(1) No pudiendo publicar en un solo número los grabados que representan los estudios de todos los pintores á que se hace referencia en el presente artículo, los iremos publicando en los números sucesivos.



LABRANDO EL CAMPO, dibujo de D. Laureano Barrau

feliz como cuando se figura desempeñar el papel de héroe en algún castillo que él imagina.

¡Y qué diremos de su amor á la música! El niño mejor enseñado no se entusiasmaría más que el hijo de Pussta al oir los sonidos de una flauta; los comprende bien, y su afición se revela más tarde en los himnos nacionales y en las danzas. Las notas del violín subyugan su alma, haciéndole bailar maquinalmente; y esto es tan verdad para las niñas como para los muchachos. Los más íntimos sentimientos de los hijos de Pussta desarróllanse más pronto que en los hijos de cualquier otro país. La soledad de la región en que habitan, aquellas vastas estepas donde rara vez se ve un árbol, el silencio que allí reina; todo contribuye á desarrollar la inteligencia de esos niños muy pronto y despierta en ellos la melancolía, que busca alivio en una desmedida afición al baile. Esta misma existencia es la causa principal de sus violentas pasiones, y contribuye á que ese pueblo sea un enigma fisiológico. Es preciso ser húngaro ó haber vivido en el país para comprender á ese pueblo; y he aquí por qué Peske puede expresar tan bien los sentimientos del solitario niño húngaro. ¡Qué dulcemente y con qué conocimiento del asunto nos le representa! A primera vista diríase que sus pinturas tienden á recordarnos nuestra infancia; pero si se mira más detenidamente, vemos en todo la diferencia, aun teniendo en cuenta los extraños paisajes, los alrededores particularmente húngaros y el traje de los niños. Las pinturas de Peske están impregnadas del verdadero espíritu de aquel país, tanto en el pensamiento como en la ejecución, y siempre se observa en ellas algún toque característico particular. En sus lienzos se nota una inalterable sencillez, y adivínase así el quietismo como la soledad de las estepas. La pobreza del estudio de Peske es más elocuente que ningún decorado para revelar su amor á la patria madre y á sus compatriotas.

Y ahora abandonemos las estepas, y revistiendo el mágico manto del doctor Fausto, trasladémonos á Munich. Una vez aquí, vamos sin detenernos á Findlingstrasse, subamos al segundo piso de la casa número 44, y estaremos en el estudio de la señora

HERMIONE DE PREUSCHEN

Nuestra vista se alegra, porque al fin estamos en un verdadero estudio. En casa de esta pintora y poetisa encontramos la disposición artística que tanto anhelábamos. La señora Hermione de Preuschen ha hecho todo lo posible para que su sala sea todo lo más cómoda y magnífica, aunque para algunos gustos tal vez pareciera demasiado atestada. Revélase aquí la mano de una mujer, pero no de aquellas cuyas ideas no alcanzan más allá del pequeño mundo en que viven y de la vida cotidiana, y que ven solamente en el costoso y rico decorado de una habitación la medida de la riqueza de su propietario. En el estudio de esa artista, todos los objetos tienen gran valor y son notables; mas á pesar de esto, no hay ostentación. Las flores y frutos representados en las pinturas de las paredes atraen desde luego apenas se traspasa el umbral de la puerta; pero semejantes adornos son naturales, pues la dueña es pintora de flores y frutos y nos representa la vida tranquila. Creer que en ese estudio nuestros pensamientos no puedan volar sino de flor en flor como la mariposa, sería rebajar el genio de la señora Hermione de Preuschen. Para no incurrir en semejante error, bástanos recordar una de sus obras, la titulada *Mors Imperator*, que hizo mucho ruido en el mundo artístico hace algunos años.

Toda la sociedad culta se interesó en aquella pintura, que después de ser rechazada por el Jurado de la Exposición de Berlín tuvo muchos admiradores en las que se efectuaron después en las principales ciudades de Alemania y Austria. *Mors Imperator* era la expresión de un gran pensamiento y de una hábil ejecutante, y apenas hubiera podido esperarse tanto en la obra de una artista consagrada hasta entonces á representarnos la vida tranquila. Y sin embargo, ¿qué otra cosa sino esto era *Mors Imperator*? ¿No está la muerte también en las flores y en los frutos que llenan los preciosos búcaros, los dorados canastillos y la bandejas de plata? Hermione de Preuschen ha retratado la naturaleza transitoria de las cosas en una poderosa alegoría, y así lo ha reconocido el público en general.

. . . .

Estamos en el Marien Platz, en Munich Frente á una tienda acaba de reunirse considerable multitud; algunos preguntan si ha ocurrido algún accidente, y los transeuntes se detienen para averiguar qué pasa. Cuando se les dice lo que ocurre, no pueden reprimir la risa, quédanse donde están y forman parte del grupo. La gente interrumpe el tránsito, y pronto deberá dejar la vía libre; pero de improviso aparece en el umbral de la puerta un extraño personaje; es un hombre que lleva la cabeza descubierta; su cabello, ondulado y amarillento, pende en guedejas sobre los hombros; las facciones, pálidas y de expresión severa, tienen por marco una espesa barba, y la frente, alta y espaciosa, revela el talento. Este personaje fija en la multitud una mirada de compasión; su semblante no expresa la cólera ni el enojo; pero hay algo en su boca que parece decir: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen» En la expresión de aquel hombre obsérvase como un espiritualismo que casi fascina. ¿De qué se ríe la multitud? ¿Del traje? A decir verdad, es muy excéntrico y nada de moda, pues se compone de una larga túnica que le llega casi hasta los tobillos, cuyas anchas mangas dejan ver un musculoso brazo desnudo. y de una ropilla interior de lana de color amarillo; una faja del mismo material que rodea la cintura y una larga capa echada hacia atrás completan el traje. Llevando de la mano á un hermoso niño de seis años y en la diestra un reloj de arena, adelántase sin hacer aprecio de las burlas de la curiosa multitud, encamina sus pasos hacia la estación del camino de hierro y sube á un coche del tren de Grosshesselohe. Una vez llegado á este punto, pasa por las calles que conducen á Wolfratshausen, y al cabo de media hora detiénese ante una casita aislada que se halla á espaldas del camino, medio oculta entre árboles y matorrales. Sigámosle y estaremos en la morada de

CARLOS GUILLERMO DIEFENBACH

El ermitaño del «Taller del Arte, de la Religión y de la Sabiduría,» como él mismo llama á su casa. ¡Hombre maravilloso, gran artista!, aunque el pueblo le designa con el calificativo de «Apóstol de la Berza.» A pesar de todo, persiste en predicar la humanidad y la templanza. Diefenbach considera que la causa de los vicios de la naturaleza humana se ha de buscar en el exceso en la comida y en las bebidas fuertes, y ve en la moderna costumbre de cuidar con demasía el cuerpo la decadencia del bienestar espiritual. ¡Le llaman excéntrico! Cada cual podrá tener la opinión que guste sobre su aspecto y sus teorías respecto á la forma en el dominio de la Educación, del Traje y de la Religión; pero se ha de admirar la fuerza de voluntad de ese artista y su valor. Diefenbach sufre bastante, porque es un verdadero mártir de sus opiniones. No se retiró á su hermita por timidez, sino para entregarse á la meditación sobre los medios más eficaces para regenerar la humanidad, y algunas veces cambia el pincel por la pluma. En otro tiempo predicó públicamente en Munich; pero un año de enfermedad le ha retenido en su lecho. En nuestro grabado se le representa en su estudio, dirigiendo el pincel de un discípulo que viste el mismo traje de su maestro.

Y con esto basta. Si se quisiera visitar al artista Diefenbach en su estudio, sería necesario, en mi concepto, conocer primeramente al hombre En la pintura que representa su estudio se ve un lecho primitivo cubierto con una manta de lana: es el lecho del dolor donde la fuerza de espíritu de este artista cedió al dolor físico, y desde allí dirige aún la obra de sus alumnos Por lo demás, la habitación está pobremente amueblada, y en vano se buscaría algún rincón que ofrezca comodidad y holgura; pero las pinturas que llenan la estancia en considerable número atraen la atención. Las obras de Diefenbach revelan inteligencia, sentimiento profundo y amor á la naturaleza y á la humanidad.

Pasemos ahora al estudio del pintor de batallas

LUIS BRAUN

¡No os atemoricéis! Nada temáis del cañón amenazador ni de los escuadrones de caballería; no prestéis atento oído á los miles de voces de los valerosos soldados, al toque de las cornetas, á las órdenes de los oficiales, al crujido de las armas ni al estampido de las bocas de fuego; suponed solamente que oís los lamentos de los heridos y veis los sangrientos cadáveres de hombres y cuadrúpedos. Lo que vuestra imaginación os pinta no es sino lo que ha creado la mano maestra de Braun: es la guerra. Ahora sabéis ya qué espíritu predomina en este estudio; aquí están los instrumentos de muerte confusamente diseminados como en el campo de batalla; no hay orden sino en las compactas columnas de los soldados alemanes que van al asalto; en todo lo demás obsérvase la horrible confusión de la lucha; aquí revive de nuevo la guerra franco-alemana. Los sangrientos combates de la Alsacia-Lorena reprodúcense en las escenas que el profesor Braun transmite al lienzo. ¿Quién no se impresionará ante el grandioso panorama de la batalla de Weissenburgo? En ese estudio la guerra tiene su más notable exposición. La sangre y los cadáveres se ven diseminados en el camino que conduce á Niederwalddenkmal. ¡Cómo se batieron, triunfaron y conquistaron los hijos del héroe alemán bajo su ilustre bandera! ¡Cómo supieron dominar en la lucha contra su antiguo enemigo! En el estudio de Braun se respira el espíritu de aquella época, y para glorificarle, el artista no necesita más que sus bosquejos y su clara memoria. Su imaginación lo abarca todo, su mirada atraviesa los muros y observa una vez más el horrendo espectáculo de los campos de batalla: sigue al príncipe heredero Federico Guillermo en su victoriosa campaña; el entusiasmo del ejército se apodera de él, las hazañas de los guerreros alemanes le deleitan y delira de entusiasmo.

¿No apreciáis la sencillez de ese estudio? ¿Quisierais mejor verle lleno de fruslerías, con asientos cómodos y ornamentos simétricamente arreglados? Comprended también que el modelo de una fortaleza, á la izquierda, no es un adorno, sino un estudio.

Y ahora pasemos á la grandiosa sencillez del estudio de

EDMUNDO HARBURGER

Figurémonos un rostro de expresión vulgar, aunque alegre, con unos ojillos muy próximos entre sí, mejillas sonrosadas y mofletudas, nariz en forma de pera, boca entreabierta por una franca sonrisa; y después de esto un gorro de terciopelo, una levita raída, con rasgones acá y allá, y trendréis el retrato del humorista Harburger. Estamos en el reino de lo cómico La cesta rota, el caldero de cobre, el armario; todo excita á risa, porque estos objetos pertenecen al artista Harburger. El estudio contiene también el modelo de una verdadera habitación de campesino; por regla general, ninguna de estas habitaciones es cómica; pero la que vemos aquí ha sido poblada de la alegre gente que el pincel de Harburger creó. Diríase que alguno de esos campesinos ha de entrar de un momento á otro, pues su sombrero está sobre la mesa, juntamente con la pipa y el vaso de cerveza no vaciado aún. «La vida es real y el arte brillante,» y este último, mucho más para Harburger que para la mayoría de las personas. El tiempo vuela agradablemente con las chistosas historias que el dueño de la habitación campesina puede referir. Harburger es muy original; ni una sola de sus líneas recuerda á otro pintor. Munich aventaja á otros centros artísticos por el hecho de que los más notables y originales humoristas habitan allí. Walter Busch ha muerto, pero aún le quedan Meggendorfer, Oberlander y Harburger.

(Continuará).

SECCIÓN AMERICANA

SANTIAGO DE CHILE

Á MI QUERIDO AMIGO EDUARDO BRUGADA

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también
Y tu campo de flores sembrado
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete tranquilo esplendor.

(Estrofa de la canción nacional)

Yo no digo que los versos copiados sean modelo de correcta poesía; allá un señor D. Bernardo Vera y Pintado que los escribió se las componga con las Musas; pero lo que sí aseguro es que son muy verdad, y que cantados con entusiasmo, siguiendo las dulces cadencias del himno chileno, se olvida uno fácilmente de sus defectos de estructura. Luego, que bien mirado no se necesita más para enardecer la sangre de un pueblo fanático por sus libertades, fanatismo que si alguien ha echado á los chilenos en rostro no soy yo seguramente, que he dicho y repito ser Chile la tierra que más puede vanagloriarse por la calidad y cantidad de hombres que la emanciparon.

Como dice, pues, la estrofa, tiene Chile cielo purísimo, brisas saludables, campo de flores, mar tranquila y montaña majestuosa, cuya alba diadema pone digno remate á bellezas tan esplendentes.

Mas como no puedo extenderme por hoy más allá de las riberas del Mapocho, hablemos un poco, siquiera no sea tanto como Santiago merece, de la hermosa capital recostada muellemente á los pies del famosísimo cerro de Santa Lucía.

Por los años 1541 llegó Pedro de Valdivia á las orillas del *Mapuche*, que quiere decir *País de la gente*, de *mapu* comarca, y *puche* gente, convertido hoy en Mapocho por evoluciones prosódicas, más comunes en Chile que en parte alguna, á causa del pinto-



SANTIAGO DE CHILE.—CERRO DE SANTA LUCÍA

resco lenguaje de la plebe, que suele hacer saladísimos *lapsus linguæ*.

Llevaba el gran capitán, como la mayoría de los conquistadores llevaban, el rosario en la mano y el diablo en el cuerpo, que decir solemos los españoles. Era el rosario en esta ocasión una imagen de la Virgencita del Socorro, que pendía del arzón de su montura, y el diablo tentador una doña Inés de Suárez, hermosa jinete que á la grupa del español cabalgaba, como si el señor D. Pedro no dejase por el mundo á su legítima esposa gimoteando infidelidades conyugales.

Fueron, pues, doña Inés de Suárez y la Virgen del Socorro las primeras imágenes, divina y humana, que sus reales sentaron en aquel paraje, y como á la Virgen se la consagró incontinenti una ermita y doña Inés entró al poco tiempo en legítima vereda casando con hombre no muy aprensivo, acaso porque á las alturas en que estaban no se podían permitir los españoles lujos de reparos ni selecciones, tanto la Socorrito como la de Suárez fueron los troncos religiosos y sociales de lo que andando el tiempo llegó á ser frondoso bosque de religión y cortesanías.

Nada más dió que hablar doña Inés, á Dios gracias; no así la Virgen, á la cual trajeron y llevaron curas y frailes franciscanos, hasta el punto de sacudirse los mayores garrotazos y las más sendas puñadas que cristianos presenciaron entre hábitos y sotanas.

Quedó el campo por los sayales, gracias á la robustez de muñecas de tan bélicos varones, y edificaron los buenos frailes un convento en donde la ermita estaba enclavada, convento que al decir del sabio jesuita santiaguino Ovalle, parece una ciudad por lo grande y cómodo.

No fué esta la escandalera única que monjas, frailes, curas y obispos del coloniaje dieron en la ciudad del apóstol patrón de España; tienen algunos un sabor de época y regodean por modo tal las aficiones á lo añejo, que solamente dejo de mencionarlas por no venir á cuento en un sencillísimo trabajo como este.

Alguien quiso trasladar la ciudad á San Francisco del Monte, por ser clima más suave y delicioso; pero agarráronse los cogolludos con uñas y dientes, pues no era cosa de perder terrenos conquistados á puñetazo limpio y agrandados después por donación de un D. Juan Fernández de Alderete, santurrón y soldado, todo en una pieza.

Este mismo prójimo mandó edificar en el grandioso cerro *Huelen* una ermita á Santa Lucía, nombre con que quedó bautizado el santiaguino promontorio, haciéndole perder hasta la denominación indígena y gentílica, pues sonábase que había sido lugar de sacrificios paganos.

El dios de la sonoridad y del buen gusto no le haya tomado en cuenta la herejía bautismal al señor de Alderete, pues en mi ánima juro que nombre por nombre prefiero el de *Huelen* al de la santa abogada de la vista, dicho sea con el respeto que me merecen sus virtudes y el dogma que ha canonizado á la mártir de Siracusa.

Carlos V dió á Santiago el título de muy noble y muy leal, concediéndole como armas las veneras del Apóstol en una orla que circunda á un fiero león con espada desnuda.

Años andando había de ser Santiago cuna gloriosa de guerreros y estadistas ilustres, que habían de cambiar estas armas por el Cóndor y el Huenuil, símbolo augusto de la patria nueva.

Carlos V debió revolverse airado en su tumba y sacudir furioso la mano con que firmó en Valladolid la real cédula el 10 de mayo de 1554.

Pasó la capital de Chile por mil fases mientras perteneció á la corona de Castilla, dependiendo del virreinato del Perú; por un lado los horrorosos traumatismos terrestres que la derrumbaron algunas veces, y por otro los dimes y diretes de manos y garrotes que se traían clérigos y reverendos, disputándose las riberas del entonces anémico *Mapuche*.

Era teatro de sus hazañas la *Cañada*, lecho robado al río para cimiento de conventos, iglesias y lugares de penitencia; hoy es aquel paraje, con el nombre de Alameda, uno de los más hermosos del mundo, adornado con multitud de estatuas que recordarán á los hombres de mañana hechos y nombres que debieran grabarse con áureos caracteres en el código de la humanidad redimida por la ley.

Yo no sé hasta qué grado quiero á los hombres eminentes que hoy cuenta Chile, pero tengo la seguridad de adorar á los chilenos que representan las marmóreas figuras de la Alameda.

Hemos revoloteado apenas sobre el Santiago que fué; posémonos unos minutos sobre la capital de la República chilena, con su fastuosidad moderna y su hermosísimo *Huelen* convertido en vergel encantador por la imaginación chispeante del más genial de los escritores americanos: del célebre Benjamín Vicuña Mackenna.

El grabado que los lectores pueden ver en este número les dará idea aproximada de lo que es el Santa Lucía de hoy y de lo que pudo ser la fantasía del galano innovador.

El *Huelen*, de ancha base y bella forma, ha sido transformado en paseo ancho y cómodo que lo circunvala ascendiendo suavemente, sombreado por árboles llenos de savia y lozanía, plantas olorosas y flores de colores vivísimos. La verja que de festoneada muralla sirve al paseo en toda su extensión, es el balcón inmenso adonde el visitante se asoma atraído por la grandiosidad de la cordillera cercana, cuyo blanco lomo semeja un manto, digno solamente del que con su *fiat lux* creó grandeza tanta.

Desde el antepecho circunvalador contémplase la moderna Santiago, con sus casas que parecen palacios, en donde el pórfido y el mármol se disputan el derecho de la fastuosidad, nidos suntuosos de mujeres, vascongadas por sus abundantes cabelleras y sus rosadas carnes, sajonas por su continente grave, catalanas por su misticismo y parisienses por su elegancia irreprochable.

La mirada, alejándose de aquellas moradas que tienen algo de Florencia y mucho de los Médicis, recorre la antigua Cañada, la moderna Alameda, y se pierde serpenteando con el Mapocho por vegas feraces y bien cultivadas; pues que, la verdad ante todo, es el bracero chileno el mejor y más entendido agricultor del Mundo Nuevo.

Tiene Santiago, como grandiosa metrópoli de un Estado floreciente, arzobispado, universidad, instituto, museo, lujo desmedido en templos católicos, y biblioteca, que debe ser asombrosa, pues sobre ser buena la que había y estar enriquecida con las magníficas de Egaña y del inmortal Bello, ha sido agrandada y engrandecida con la famosa biblioteca peruana que el inexorable derecho de conquista trasladó de la tierra de Atahualpa á la de Lantaro.

Las calles de la sultana de los Andes son anchas, limpias y bien empedradas, su comercio es riquísimo, y por las principales arterias pululan infinitos carruajes particulares, tantos, que puedo asegurar no hay en el mundo capital (haciendo comparativo estudio del número de habitantes) que cuente igual cantidad de vehículos de lujo.

Lástima que ciudad tan rica sea con frecuencia castigada por los temblores de tierra.

Ingratitud y descortesía grandísima fuese hablar de las bellezas de Santiago y de su incomparable cerro sin decir algo de Vicuña Mackenna.

Siendo Vicuña intendente de la capital de Chile llevó á cabo los ímprobos trabajos de embellecimiento: del *Huelen* hizo un paraíso con jardines, hoteles, iglesia, museo de curiosidades arqueológicas, tales como puertas de afiligranada labor, canterías labradas, una carroza que puede dar idea de la fastuosidad desplegada por los magnates del coloniaje, pero que hará reir seguramente á las santiaguinas que se pasean en *doble suspensión*, objetos, trajes, armas, todo, en fin, cuanto D. Benjamín creyó digno de conservarse. En la cúspide del Santa Lucía se levanta airosó un bien montado observatorio, cuyo meridiano anuncia por medio de un cañonazo la hora á que los santiaguinos deben ajustar sus relojes.

Vicuña fué á Santiago lo que Haussmann á París, lo que Rius y Taulet á Barcelona, lo que á la Habana Tacón, lo que Guzmán Blanco á Caracas, y fué al propio tiempo el Mesonero Romanos del Mapocho.

Cuando su espíritu innovador se arriesgó á romper con incomprensibles escrúpulos tradicionales, luchó como luchan las almas grandes, y júzguese de la oposición, sabiendo que los carmelitas de Santiago, cuyo convento recibe las puras emanaciones del *Huelen*, han asegurado algunos años después que no habían vuelto á levantar los ojos hacia el Santa Lucía desde que había sido transformado en verjel mundano.

Era Vicuña un escritor cáustico y retozón, *sui ge-*



LA MUERTE DEL PRIMER ORANGE, cuadro de W. Lindenschmidt



LA MUERTE DE CLEOPATRA, cuadro de Juan Collier, expuesto en la *Royal Academy* de Londres

neris en la literatura americana, dada de suyo á la poesía y al gongorismo; no tan correcto como otros escritores chilenos, que hay muchos y buenos, á Dios gracias; pero como periodista, historiador y viajero, el más leído seguramente.

Anduvo á la greña en sus mocedades con beatos y *pechoñas;* pero el año 1876, que fué candidato á la presidencia de la República, apoyaba el clero su candidatura. Cómo se hizo el amasijo, no lo sé; pero testigo presencial de aquellas elecciones, recuerdo de ellas accidentes graciosísimos: fué derrotado, pues, Aníbal Pinto.

Era popular Vicuña como ninguno, y la primera figura literaria del Chile contemporáneo, por su temperamento inquieto y su volcánica imaginación. Fustigó como nadie los vicios de su patria, en lo cual, á pesar de su segundo apellido, no podía negar que tenía sangre española.

Los Vicuñas y los Mackennas son en Chile dos dinastías gloriosas; la primera de poetas y mujeres hermosas, la segunda de guerreros insignes.

Murió el eminente chileno hace tiempo, joven á pesar del cabello blanco como las eternas nieves de los Andes, que coronaba una frente espaciosa y resultaba complemento bellísimo de su testa bien modelada y de sus facciones tan correctas como expresivas.

Un escritor español le llamó el Víctor Hugo de la América latina, y una escritora española también (y ambos le trataron) el Alejandro Dumas del Nuevo Mundo.

Yo creo que algo tenía de los dos, pero le concedo personalidad propia.

Para terminar esto, que apenas si me atrevo á calificar de *algo* por lo sucinto y revuelto, haré constar que en Santiago de Chile afiló sus armas editoriales el inquieto y célebre editor Rivadeneira, el que con su *componedor* recorrió medio mundo y con sus *cajas* fué á parar al pueblo de Argamasilla para componer el *Quijote* donde se había escrito.

Rivadeneira era muy querido en Santiago; bullanguero, gracioso, entretenido y franco, solía convidar á sus amigos á comer un guiso que con sus manos aderezaba. Cuando se trataba del *guiso especial*, invitaba á comer un *individuo* sin decir á qué casta pertenecía: los comensales se chupaban las yemas de los dedos.

Algún tiempo después de abandonar Santiago el que más tarde llegó á ser editor famoso, supieron sus amigos que los tales *individuos* eran producto de batidas por los tejados.

Así lo cuenta Vicuña Mackenna.

EVA CANEL

NOTICIAS VARIAS

LOS FERROCARRILES DEL GLOBO. – He aquí algunos datos interesantes acerca de esta materia que consigna una revista técnica alemana.

A fines del año 1888 la longitud total de los ferrocarriles de todo el mundo era de 571.771 kilómetros, es decir, catorce veces la de la circunferencia ecuatorial. En el período de 1884 á 1888 la longitud de la red de ferrocarriles ha aumentado por término medio en 25.729 kilómetros. América ha contribuído en más de la mitad á este aumento, siguiendo después Francia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Italia, etcétera. Inglaterra sólo contribuyó en un 5 por ciento, y en cuanto á Noruega hace muchos años que no se ha construído allí una vía férrea, debido esto sin duda á la configuración superficial de aquel país.

En Asia, las Indias inglesas marchan al frente de los progresos ferroviarios, ocupando el segundo lugar el transcaspiano, construído desde 1885 á 1888: el Japón demuestra gran actividad en esta clase de construcciones; en cambio China y los demás territorios asiáticos avanzan muy poco en este sentido.

En Africa, Argel y Túnez figuran en el primer puesto en el desarrollo de la red de ferrocarriles; Egipto permanece estacionario.

Australia es, proporcionalmente, la que acusa mayor progreso en punto á vías férreas.

Desde el punto de vista de la proporción entre la longitud de las líneas y la superficie territorial, resulta en Europa el orden siguiente: Bélgica (16'4 kilómetros por cada 100 millas cuadradas), Sajonia, Inglaterra, Alsacia-Lorena, etc. El imperio alemán, en conjunto, sólo tiene 7'6 kilómetros por 100 millas cuadradas y Francia 7'2.

Relacionando la longitud con el número de habitantes, el primer lugar corresponde á Suecia, en pos de la cual van Suiza, Dinamarca, Alsacia-Lorena, Francia, etc.

El coste de cada kilómetro de vía férrea se calcula ser por término medio en Europa de 370.260 pesetas, y fuera de Europa de 202.706, ó sea poco más de la mitad.

El coste total de los ferrocarriles existentes en Europa á fines de 1888 ascendía á la importante cifra de 79.328.750.000 pesetas; el de los existentes en las demás partes del globo se elevaba á 72.471.250.000.

De suerte que los capitales empleados en los ferrocarriles en explotación en todo el mundo á fines de 1888 representaban la enorme cantidad de 151.800 000.000 de pesetas.

TABACO DE PAPEL. – La inventiva de los falsificadores nos proporciona cada día nuevas sorpresas. A las falsificaciones de ostras y huevos desde hace tiempo conocidas, ha venido á añadirse la del tabaco obtenido por medio del papel, que alcanza ya gran desarrollo en los Estados Unidos.

En el estado de Nueva York funciona una fábrica que produce grandes cantidades de papel destinado, según confesión de los propios fabricantes, á ser transformado en tabaco. Según parece, los industriales que realizan esa transformación sumergen repetidas veces el papel en una fuerte decocción de tabaco y luego lo cortan y lo prensan en moldes que imprimen en cada hoja de aquél unos nervios muy parecidos á los de las hojas de la referida planta.

La imitación es tan perfecta, que al fumar algunos inteligentes un cigarro de *tabaco de papel*, se han engañado hasta el punto de creer y sostener que lo que fumaban era tabaco excelente de las más acreditadas marcas.

NUESTROS GRABADOS

La recompensa del trabajo, escultura de don Antonio Parera. – Si uno de los fines del arte, indudablemente el más noble, consiste, como creemos, en hacer amable lo bueno por medio de formas bellas, la escultura de nuestro paisano puede calificarse de eminentemente artística. En sus dos figuras se compendian tres amores á cual más levantados: el amor paternal, el amor filial y el amor al trabajo, realzados por la pureza é inocencia de una niña, por la honradez que se refleja en el semblante del padre, y por el sentimiento puro del premio concedido al cumplimiento de un deber social que envuelve aquel grupo encantador enlazando dos cuerpos y juntando dos rostros por entre cuyos labios se desbordan en apasionado beso los más dulces afectos del alma.

Tal es la impresión que nos causa *La recompensa del trabajo*, y ella nos demuestra palpablemente que Parera siente el arte como deben sentirlo los grandes maestros cuyo genio imprime calor y vida á la fría é inanimada materia que su cincel modela. Cualidad es ésta inapreciable en un artista, sobre todo si, como con Parera acontece, el sentimiento aunque domina no excluye la belleza plástica, conseguida gracias al perfecto conocimiento de la técnica y de los recursos que con el talento y el estudio de los buenos modelos se aprenden.

Antonio Parera es muy joven: hijo de un artista bien conocido en Barcelona, demostró desde muy niño sus aficiones artísticas y ganó en honrosa lid una plaza de pensionado por el Estado en Roma, donde en la actualidad se encuentra. De él no puede decirse que promete mucho, pues la obra que hoy reproducimos basta por sí sola á probar que ha entrado con buen pie en el camino de las realidades.

Un mendigo, cuadro del Sr. Díaz Molina. – Cuando se expuso este cuadro en Almería, en donde reside el Sr. Díaz, un importante diario de aquella ciudad dijo, entre otras cosas, hablando de la pintura: «Representa el cuadro del Sr. Díaz Molina á un pobre en actitud de pedir limosna, y su posición es tan espontánea, tan natural, que al verlo llévase uno involuntariamente la mano al bolsillo para sacar una moneda y depositarla en la mano del infeliz pordiosero.»

En estas pocas líneas se condensa el mejor y más imparcial juicio que pueda hacerse de la obra que nos complacemos en reproducir. ¿Qué más podríamos añadir por nuestra parte? Cuando un lienzo llega á producir la impresión de la realidad, ni el crítico puede aducir más exigencias ni en el autor cabe ambicionar mayores alabanzas.

El Sr. Díaz Molina, ex pensionado de la Diputación provincial almeriense, desempeña, á pesar de sus pocos años, el importante cargo de Director interino de la Academia de dibujo del Instituto de segunda enseñanza de aquella provincia.

El mendigo fué adquirido por el Ayuntamiento de Almería con gran aplauso de cuantos en aquella importante ciudad se interesan por el fomento de las bellas artes y solicitan justos estímulos para los artistas que tienen acreditados sus merecimientos.

Caricias maternales, cuadro de E Krug, grabado por Baude. – He aquí uno de los temas que con haberle cantado los poetas de todas las edades, no ha podido ser agotado todavía ni es fácil lo sea mientras subsista en el mundo ese purísimo afecto que con el nombre de amor maternal es conocido. Y se comprende: este sentimiento, inmenso en su intensidad é infinito en sus manifestaciones desde el apacible cariño hasta el sacrificio heroico, se presta cual pocos á las concepciones de la poesía y del arte.

No ha sido de los menos afortunados en expresarlo el reputado pintor Krug, cuya es la obra que reproducimos. Su cuadro es un hermoso idilio que nos ofrece en gracioso grupo á esa joven madre tendida sobre la verde hierba jugando con su pequeñuelo, mientras el perrito que les acompaña parece reclamar su parte en aquel agradable entretenimiento y mezclar sus ladridos con las alegres risas de la una y los alborozados gritos del otro.

El autor de *Caricias maternales* ha sabido al propio tiempo pintar un paisaje sobre cuyas bellezas resaltan de una manera encantadora las figuras, y envolver el conjunto en un ambiente poético que tan bien cuadra en el asunto tratado, y que lejos de estar inspirado en pueriles idealismos, es reproducción fiel de la realidad de muchas escenas de la vida campestre.

Labrando el campo, dibujo de D. Laureano Barrau. – Este estudio, que de tal lo califica su autor, nos ofrece en medio de la sencillez del asunto y de la sobriedad con que está tratado bellezas suficientes para confirmar lo que en otras ocasiones hemos dicho de nuestro joven compatriota. Hay en este dibujo toques vigorosos que revelan á un verdadero artista enamorado de la naturaleza y de los procedimientos que para copiarla emplean los grandes paisajistas modernos y dotado de talento y de alientos bastantes para alcanzar un primer puesto entre nuestros realistas. Las tendencias hoy dominantes en el arte tienen en Barrau un afortunado adepto; la tierra catalana posee en él un inspirado intérprete de sus hermosos lugares y de sus interesantes tipos.

La muerte del primer Orange, cuadro de W. Lindenschmidt. – Era el año 1584: gobernaba á la sazón los Países Bajos, en nombre de Felipe II, el sobrino de éste, Alejandro Farnesio, duque de Parma, cuyos incesantes triunfos, juntamente con la retirada del duque de Alenzón, hermano de Enrique III de Francia, que por algún tiempo había ejercido nominalmente de soberano entre los sublevados flamencos, habían puesto en situación comprometida al estatúder de la República de las siete Provincias Unidas, Guillermo de Orange, apellidado el Taciturno.

El monarca español, ansioso de poner pronto término á aquella difícil cuanto costosa lucha, había hecho pregonar un edicto declarando traidor al de Orange y ofreciendo 25.000 escudos al que se lo presentara muerto ó vivo, no faltando aventureros que se brindaran á realizar tan coborde hazaña, aunque después de hacerse anticipar algún dinero se negaron á acometerla.

No movido por el afán de obtener el prometido premio, sino impulsado por el fanatismo religioso, un joven francés, Baltasar Gerard, acechaba desde hacía tiempo en Delft, en donde por aquel entonces el de Orange residía, una ocasión propicia para acabar con la vida del príncipe protestante. Para realizar su propósito érale preciso captarse la confianza de Guillermo, y para conseguirla no vaciló en presentarse como ferviente calvinista y en hacerse pasar por hijo de un mártir del protestantismo, lo cual unido á su situación miserable atrájole la compasión del Taciturno, quien le tomó á su servicio y le envió á Francia portador de un mensaje para el de Alenzón. A su regreso, con la fatal nueva de la muerte de éste, propúsose poner en ejecución el plan que de tanto tiempo venía acariciando y que realizó el día 10 de julio de 1584. Guillermo se dirigía con su familia al comedor cuando se presentó delante de él Gerard: su palidez, su mirada inquieta y su aire agitado causaron penosa impresión en Luisa de Coligny, sobrina del almirante y esposa de Guillermo, el cual se esforzó por tranquilizarla. Terminada la comida, el de Orange empezó á subir la escalera que conducía al primer piso del palacio, y apenas había puesto el pie en los primeros escalones, Gerard, que se ocultaba en un ángulo obscuro de la pared, salióle al paso y disparó sobre él á quemarropa. El príncipe cayó herido mortalmente en el pecho y falleció á los pocos instantes.

Tal es á grandes rasgos narrado el episodio luctuoso que sirve de asunto al interesante cuadro de Lindenschmidt. Conocido el hecho histórico, se comprende la valía de este lienzo, en el que están con no poco acierto expresados los grandes sentimientos de los personajes que en él intervienen y se aprecia cual se merecen la fuerza dramática de la situación y el vigor con que están tratadas todas las figuras. En las actitudes y en los semblantes de éstas se revelan los distintos afectos que la sangrienta escena despierta en cada una de ellas: el terror y el asombro en los niños, la desesperación en la esposa y la indignación y la ira en el fiel amigo que en sus brazos sostiene el inanimado cuerpo del príncipe, á cuyo alrededor forman todos un grupo tan hermoso por su naturalidad como bello por la habilidad artística con que está dispuesto.

La muerte de Cleopatra, cuadro de Juan Collier, expuesto en la «Royal Academy» de Londres. – Al pintar este cuadro, Juan Collier ha cedido al deseo que parece haber dominado á los pintores de todos los tiempos: el de producir una obra de las comúnmente llamadas de empuje. Estas obras de empuje, sin embargo, así las artísticas como las dramáticas, tienen hoy entre el vulgo menos aceptación que en otro tiempo tuvieron, con lo cual dicho se está que el que las produce, más que para el común de las gentes, las ejecuta para los que prescindiendo de los gustos dominantes se colocan para juzgarlas en las elevadas y serenas regiones de la crítica imparcial y razonada.

Esto sentado, justo es decir que el inmenso lienzo de Collier puede considerarse desde ese punto de vista poco menos que perfecto: concebida con grandiosidad y profundamente meditada, *La muerte de Cleopatra* nada deja que desear en punto al dibujo y al color, que se manifiestan en lineas y matices de una armonía y verdad admirables.

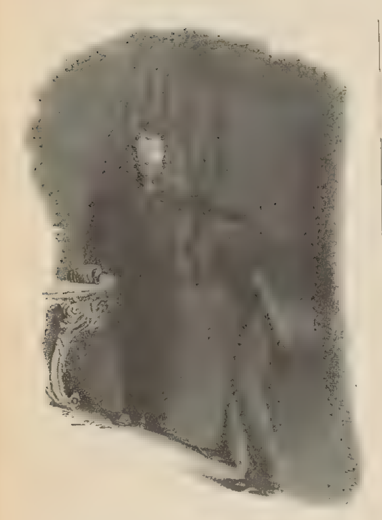
El artista nos presenta á la infortunada reina en su palacio tendida sobre su lecho de muerte: á sus pies yace muerta también su esclava Nacra, y recostada en la cabecera de aquél yérguese Carmión, otra de las esclavas favoritas de la amada de Marco Antonio, fija la vista en la puerta cual si esperara la entrada del conquistador romano para mostrarle el cadáver de la que no quiso con su presencia contribuir á los esplendores del triunfo.

El cuadro todo respira grandeza, y en las figuras, en la decoración y en los más nimios detalles descúbrese cuán á fondo conoce Collier la historia, la civilización, la indumentaria y la arqueología del antiguo imperio de los Faraones.

¡IMPOSIBLE!

NOVELA ORIGINAL DE DON FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR CABRINETY

(CONCLUSIÓN)



-Sí, señor. Creyendo que fuese una nube pasajera, no he creído oportuno hablar de ello á V. M.

-Habéis hecho mal y faltado á nuestra antigua amistad. Espero que ahora repararéis vuestra falta.

El príncipe entonces refirió al emperador los amores de su hija con Marcial, así como también la explicación que con éste había tenido el día anterior.

El emperador reflexionó durante algunos minutos.

-¿Estáis resignado, dijo, á conceder á ese joven la mano de vuestra hija?

-Qué he de hacer, señor. Elena está locamente enamorada y temo las consecuencias de ese amor contrariado.

-¿Decís que ese joven es noble?

-Según parece, más que noble: de ilustre cuna.

-¿Y orgulloso?

-Hasta un extremo increíble.

-Hasta el extremo de rehusar vuestros dones, y por consiguiente la mano de vuestra hija.

-Así es, señor.

-Pues bien: lo que no cree digno admitir de vuestra mano lo aceptará de la mía.

-No comprendo, señor.

-Quiero decir que puedo enriquecer á ese joven hasta igualarle con vuestra hija.

-Señor, temo que la bondad de V. M. sea inútil.

-¿Por qué?

-Porque acaso no aceptaría.

El emperador volvió á pensar, y luego repuso:

-¿Ese joven es profesor de idiomas?

-Sí, señor.

-¿Conoce el nuestro?

-Perfectamente; hasta un punto inverosímil en un extranjero.

-Entonces, querido príncipe, tal vez hallaremos medio de salvar la situación.

-Si me fuera permitido preguntar á V. M...

-Ya lo sabréis, amigo mío; vuestra tranquilidad me es tan interesante, que no omitiré esfuerzo alguno á fin de devolvérosla.

-Lo sé, señor. Conozco las bondades de V. M. para conmigo.

-Está bien. Vais á dejar á mi primer ugier el nombre y las señas de la morada de ese joven extranjero. Lo demás corre de mi cuenta.

-¡Ah, señor!

-Y tranquilizaos, príncipe. Hacia el Oriente hay nubes, y quizá pronto habré de necesitaros, no turbado por preocupación alguna.

El príncipe dejó el palacio imperial algo más animado con las palabras del emperador.

VII

La mayor parte de las veces si un enfermo que sufre una dolencia mortal, pero lenta, comprende, bien por su propio instinto ó bien por descuido é indiscreción de las personas que le rodean, que está desahuciado, primeramente padece una pena indecible y luego se resigna. Quizá es la estación de la primavera, y el herido de muerte ha sorprendido esta frase significativa: *Para la caída de la hoja...*, y como la adivina en toda su desconsoladora verdad, se familiariza con la idea de aquel límite marcado á su existencia, y acariciado por el sol de mayo, se dice que el otoño está aún distante y que todavía puede gozar de muchos días serenos.

El enfermo, en este caso, merced á la universal ley de la compensación, multiplica sus sensaciones y en breve espacio de tiempo vive los años que la muerte debe robarle.

Sucede también á veces que alguna de las personas que aman al enfermo, usando de un piadoso engaño, le dan esperanzas de pronta curación, halagándole con mil proyectos para el porvenir; y entonces el enfermo, bien sea por compasión hacia el dolor ajeno ó tal vez porque acoge la esperanza que desean transmitirle, no se atreve á decir: ¿Por qué os engañáis al engañarme, cuando sabéis, como yo, que mis días están contados?

Marcial, después de su conversación con el príncipe, se hallaba como un enfermo en este estado que como de pasada he descrito; había llegado ya á la resignación, y como el enfermo, se dijo: «Gocemos de esta primavera de amor, puesto que debo morir en breve.»

Presentóse, pues, en casa de la princesa tranquilo, pero con aspecto más animado. Elena lo notó con satisfacción; pero ésta duró poco, porque al observar al pobre joven vió en los ojos de éste una como nube sombría y dolorosa.

-Mira, Marcial mío, le dijo cuando estuvieron sentados á la mesa en que daban la lección de inglés, no quiero que estés triste, ¿lo oyes?, no quiero, porque no tienes motivos; *nadie* se opone á nuestro amor y vamos á ser muy felices.

Marcial hizo entonces lo que el enfermo de que he hablado, fingió creer, ó tal vez creyó en aquella felicidad, y su pasión hízole prorrumpir en mil amorosas palabras, en las que se desbordó su corazón.

La princesa le oía embebecida, y tomando aquel ímpetu febril por alegre animación, le dijo mirándole tiernamente:

-Muy bien, señor profesor: así me gusta veros; y para recompensaros, tal vez os otorgue un don como las antiguas damas á sus paladines.

-¿Cuál?, preguntó Marcial con amoroso interés.

-Mira, repuso Elena abriendo la cartera donde guardaba sus escritos en inglés.

El joven miró. Había allí un retrato al daguerrotipo, y este retrato era el de la princesa.

Marcial le tomó con ávida y temblorosa mano.

VIII

Cuando Marcial volvió á su casa, gozoso de poseer el retrato de la princesa y diciendo para sí: «Al menos veré su imagen hasta el último momento de mi vida,» se halló con una novedad que le llenó de asombro

Un ugier de la casa imperial había traído un pliego en que decía:

«Mr. Marcial Bernáldez de Toledo se servirá presentarse mañana jueves, á las dos de la tarde, en el palacio imperial, en donde será recibido por S. M. el emperador.»

Pasado el primer momento de sorpresa, Marcial dióse á pensar en la causa que podía motivar aquella misiva, y no hallaba explicación ni aun probable.

Recordando su conversación con el Príncipe Lodiski, pensó en que éste tal vez podría haber intervenido en aquella cita imperial; pero ¿por qué para qué y en qué podía influir el Emperador en su destino?

Al día siguiente anticipó su diaria visita al palacio Lodiski, á fin de poder presentarse en el imperial á la hora indicada, interrogó también á la princesa respecto á la misiva del emperador; pero aunque no se mostró muy sorprendida, no pudo darle respuesta alguna satisfactoria.

Marcial salió del palacio Lodiski, y media hora después subía por la escalera de mármol ural de la morada de invierno del emperador.

Toda grandeza impone; y aunque noblemente organizado, nuestro joven no pudo menos de experimentar una especie de vértigo fascinador en medio de aquellas soberanas magnificencias, así es que cuando un ugier, abriendo una puerta y alzando una gruesa cortina de seda, pronunció: «Mr. Bernáldez de Toledo,» el pobre joven sintió pasar ante sus ojos una cosa deslumbrante.

Marcial se hallaba en presencia de uno de los primeros soberanos del mundo.

IX

El czar recibió á Marcial en pie, apoyada la mano izquierda en un gran velador de malaquita, en una actitud noblemente graciosa, que permitía admirar su elevada estatura y las perfectas proporciones de su cuerpo. Vestía un traje militar y tenía la cabeza descubierta, cabeza soberana, llena de expresión y energía, no obstante sus rubios cabellos y el claro azul de sus ojos.

Al fijar éstos para examinar al joven extranjero, despidieron una mirada profunda é inteligente á modo de un relámpago, y luego volvieron á adquirir su habitual dulzura.

El emperador, con un ademán cortés, indicó á Marcial uno de los dos sillones que había al lado del velador, y sentándose en el otro, dijo en su idioma nativo:

—Sentaos, caballero, tenemos que hablar un rato. He deseado veros, porque espero de vos un gran servicio.

-¿Señor?, dijo el joven inclinándose.

-¿Os llamáis Mr. Marcial Bernáldez de Toledo y sois español?

-Así es, señor.

-Pues bien, caballero, tened la bondad de escucharme y comprenderéis la causa de haberos molestado. Hay en la literatura española un autor que por su profundidad, estilo, gracejo y erudición, después de Cervantes le creo el primero; y desearía que vos indicaseis á cuál de vuestros escritores pueden atribuirse tales cualidades, á fin de corroborar mi apreciación.

-Señor, dijo Marcial, vacilo al contestar, pero supongo que V. M. se refiere á Quevedo.

-Justamente, caballero. Por casualidad he hojeado una versión francesa de una obra que tenemos en la biblioteca imperial, y aunque poco inteligente, he alcanzado á comprender la inmensa valía de tan peregrino ingenio.

-Esa es mi opinión, señor.

-Ya sé que las grandes obras del entendimiento son en general intraducibles y que hasta la idea se tergiversa al ser emitida en distinto idioma; pero existen en las lenguas, aun entre las más opuestas, extrañas afinidades, y esto tengo entendido que sucede entre la española y la rusa.

-Así es, señor, según lo poco que he podido deducir de mis escasos conocimientos en la última.

-Sois muy modesto, caballero. A propósito os estoy hablando en mi idioma y ciertamente me admira la rara perfección con que en él os expresáis.

-¡Señor!

-He sabido además que os ocupáis en trabajos literarios, y aprovechando la rara ocasión que se me presenta de hallar una persona inteligente que posea ambos idiomas, deseo me hagáis una versión rusa de los admirables escritos de Quevedo. Deseo popularizar la lectura de ese inimitable autor. En mi biblioteca tengo dos ejemplares españoles.

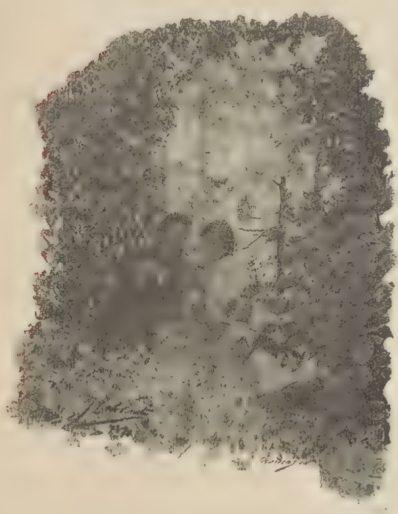
-Pero, señor, observó Marcial, en el colmo de la sorpresa, no me creo con los conocimientos suficientes á lograr tamaña empresa.

-Intentadlo, caballero, y estoy seguro del éxito. No os pido que traduzcáis todas las obras del insigne escritor español, aunque tendría suma satisfacción en ello, porque sería tarea difícil y sobre todo ardua, pero sí las más intencionadas y profundas. Haceos ayudar, si es necesario, de algunos de nuestros escritores, no perdonéis médio ni escatiméis gastos.

Marcial titubeó, por una parte le arredraban las dificultades de aquel encargo, y mucho más en el estado de inquietud de su espíritu; mas por otra, la cortés insistencia del emperador, la idea de que éste, recompensando su trabajo le proporcionaría el me-

dio de solventar la supuesta deuda contraída con el prestamista relacionado con Mlle. Brian y de asegurar el regreso á España de su viejo criado Bernardo, cuyo porvenir le tenía intranquilo, obligáronle á decidirse á cumplir el deseo del czar.

– Señor, dijo, no puedo negarme á una proposición que tanto me honra; pero conste que, aun cuando yo agotaré toda mi fuerza de voluntad, tanto por



complacer á V. M. cuanto por honrar la memoria del autor de quien se trata, temo profanar su obra.

– Eso ya lo veremos, caballero. Ahora trabajad con fe y, me atrevo á rogároslo, con prontitud. El día en que pongáis fin á vuestro trabajo, será para mí de suma satisfacción.

– Señor, procuraré complacer á V. M.

– Mañana recibiréis un recado mío por medio de mi secretario particular, con quien os entenderéis siempre que deseéis verme.

X

A la mañana siguiente presentóse el secretario del czar en casa de Marcial y le entregó un ejemplar español de las obras de Quevedo, una autorización para valerse de cuantas obras y manuscritos le fueren necesarios y además un talón del Banco de San Petersburgo por valor de mil quinientos rublos.

El príncipe y Elena no se mostraron tan sorprendidos como el preocupado joven esperaba al participarles el encargo del emperador.

– Si vais á estar tan ocupado, dijo la princesa con acento indefinible, no me atrevo á insistir en mis lecciones de inglés.

– Marcial, coartado por la presencia del príncipe, limitóse á contestar:

– Hay tiempo para todo, princesa.

– En ese caso, repuso Elena acariciándole con una mirada, no quisiera olvidar lo que he aprendido.

Marcial se puso á trabajar sin pérdida de tiempo, preparándose primero con la detenida lectura del autor que debía traducir y proporcionándose cuantas obras y diccionarios en ambos idiomas juzgó necesarios. No obstante la advertencia del emperador, no quiso valerse más que de algunos escribientes que le facilitasen el trabajo material, ayudándole á comprender el significado de las pocas palabras rusas que ignoraba.

Una idea loca é infundada, pero natural hasta cierto punto en quien está poseído de una gran pasión y abocado á un gran peligro, se posesionó del pensamiento del enamorado joven. Durante las pocas horas en que se entregaba al descanso, al ir y venir desde su casa al palacio Lodiski, antes de conciliar el sueño, ó en el rato que pasaba sentado á la chimenea después de comer, formaba un plan para lo sucesivo, plan descabellado, propio de un amante ó de un poeta.

Marcial pensaba:

«El czar recompensará espléndidamente mi trabajo, no cabe duda. La mayor parte del regalo imperial le destinaré al pobre Bernardo, y con el resto me iré á Baden ó á Hamburgo á probar fortuna en el juego: se han dado casos de suerte, y ¡quién sabe si en un día, en una hora, realizaré los sueños de mi ambición!

Tal era el plan de Marcial, y lo cierto es que su lucubración sirvióle de mucho, estimulándole al trabajo.

La contemplación del retrato de la princesa y su diaria visita al palacio Lodiski eran además como oasis en que reponía las fuerzas de su espíritu.

La estrella de esperanza que lucía en los antes obscuros limbos de su imaginación, hacíanle estar menos preocupado que anteriormente, poniendo más en relieve sus dotes de talento y amabilidad, con lo cual acabó de captarse las simpatías del príncipe.

En cuanto á la princesa, estaba encantada.

Marcial trabajó con encarnizamiento, y sólo de este modo se concibe que en el corto espacio de tres meses terminase su obra hecha y corregida á toda conciencia. El emperador, sin leerla, mandó imprimirla é ilustrarla con un lujo verdaderamente regio, bajo la dirección de aquél, que no descansó hasta dejar en la biblioteca imperial los numerosos ejemplares de aquella magnífica edición.

Cuando se presentó al soberano para llevarle algunos, pedidos por él, el czar le dió las más expresivas gracias al joven traductor y le dijo: «Desde hoy mi biblioteca tendrá una joya más y yo ratos de agradable entretenimiento.»

XI

Seis días después el príncipe Lodiski recibió un ejemplar de la nueva traducción, en cuya portada se leía la siguiente dedicatoria autógrafa del emperador:

«A la princesa Elena Lodiski, á la cual *interesará* este libro.»

El secretario particular del czar presentóse también en casa de Marcial y le entregó un pliego cerrado y sellado con las armas imperiales.

Rompió nuestro héroe la cubierta, enteróse de su contenido y cayó en un sillón, trémulo de emoción y asombro.

En primer lugar halló un título de Conde, expedido á su nombre con la denominación de Peterhof, una de las residencias imperiales.

Luego los títulos de propiedad de una vasta posesión situada en Moineaux, cerca de Moscou y que rentaba seis mil rublos anuales, y por último, dos talones del Banco de San Petersburgo, por valor de cincuenta mil rublos cada uno.

Era todo esto tan inconcebible, tan inaudito, que el pobre joven, aunque familiarizado con las sorpresas, lo creyó un sueño, una nueva faz de los castillos en el aire que había edificado en Baden ó en Hamburgo.

En los primeros instantes la emoción paralizó sus acciones y casi sus pensamientos.

Vuelto en sí exclamó:

«Esto, sin duda, es una equivocación, y aunque no la haya no debo aceptar.»

Y como si temiese desistir de su propósito, salió apresuradamente de su casa, llevándose el pliego que acababa de recibir; tomó un *droschy* (1), hízose conducir al palacio imperial, y por medio del secretario solicitó ver al emperador.

Un rato después hallábase en presencia de este soberano, que le dijo con su habitual benevolencia:

– No esperaba veros tan pronto, caballero. Sin duda habéis adivinado que he leído ya vuestra admirable traducción y venís á que os repita mis felicitaciones.

– Señor, no vengo á eso, contestó Marcial, trémulo de emoción, por más que la benevolencia de V. M. colme mis mayores deseos.

– ¿Entonces?...

– Vengo, aunque no ignoro que no se debe interrogar á los príncipes, á saber de V. M. si este pliego está efectivamente dedicado á mí.

– Sin duda, caballero.

– Pero Señor, yo no puedo aceptar.

– ¿Por qué causa?

– Voy á hablar con el corazón en la mano, señor. Sabiendo que V. M. es el príncipe más espléndido de Europa, esperaba un gran regalo de su parte; pero el que acabo de recibir es tan superior á mis esperanzas y á mi escaso merecimiento, que mi conciencia no me permite...

– Decid vuestro orgullo, interrumpió el czar con acento severo.

– ¡Señor!...

– Fijaos en mis palabras, caballero. Tengo entendido que sois noble.

– Sí, señor.

– Pues bien: debéis saber que un noble jamás se desdeña de aceptar los dones de un soberano por grandes que sean.

– ¡Ah, señor!

(1) Coche de alquiler.

– Pero prescindiendo de esta consideración dejo aparte vuestra personalidad y os pregunto: ¿Qué debe hacer uno de los monarcas más espléndidos de Europa, como vos decís, para honrar la memoria de uno de los más eximios autores del mundo y honrarse á sí propio?

– ¡Señor!, exclamó Marcial conmovido ante aquella grandeza soberana, sólo puedo contestaros cayendo á los pies de V. M.

XII

Mlle. Brian estuvo admirable en la confección del traje de boda de la princesa Elena Lodiski.

EPÍLOGO

Estaban sentados en un sitio extremo del *Paseo de las islas*.

Eran los últimos días de Junio, reinaba por fin la tardía primavera del Norte y la atmósfera iba adquiriendo una pureza sobrenatural.

Desde aquel sitio los felices esposos abarcaban con sus miradas un espacio inmenso, absorbiendo al mismo tiempo los efluvios de la brisa marina, que llegaban hasta ellos, resbalando sobre el río.

Oíanse á lo lejos ecos plañideros, repercusiones extrañas, producidos por las nieves árticas que se desprendían en aludes colosales; y el astro del día, declinando lentamente, iluminaba aquel panorama asombroso con efectos de luz inauditos.

Marcial, no acostumbrado á aquel magnífico espectáculo, estaba absorto.

Miró su reloj: eran las diez de lo que debía ser noche, y aún el sol no había acabado de descender.

Por fin llegó al extremo del horizonte, y pareció sumergirse en las aguas del mar.

Quedó una luz más tenue, pero clara y sin el menor amago de sombra.

Entonces ambos esposos, enlazadas las manos, cayeron en ese éxtasis del amor feliz, en esa contemplación mutua, en que las palabras son monosílabas y las miradas poemas.

Poco á poco cesó el silencio y comenzó el cuchicheo.

Recordaron sus amores. Marcial habló de aquel *terrible* instante en que en el Retiro de Madrid tomó á Elena en sus brazos, trató de expresar el estremecimiento contagioso que entonces serpenteó por todo su ser, haciéndole adivinar que se había fijado para siempre su amoroso destino. Elena, bajando los ojos dijo que ella también sintió aquella predestinación, el día en que leyó el título de la obra olvidada por Marcial y recogida por su aya. Convinieron ambos en que habían estado algo tímidos y algo locos, y en que no querían curarse de aquella demencia.

Una exclamación de Marcial interrumpió su amoroso coloquio.

Al ver aparecer un vivo resplandor en la zona oriental, dijo admirado:

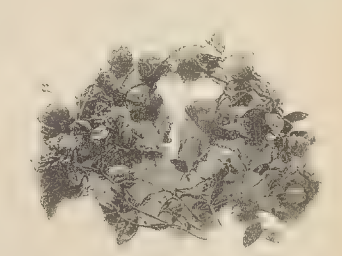
– ¿Qué es eso, una aurora boreal?

– No, contestó Elena, es la luz que precede á la aparición del sol:

– ¡Imposible! ¡Pues si acaba de ponerse!

– ¡Mira!, repuso aquélla señalando el horizonte.

En efecto, el magnífico astro apareció rodeado de un halo esplendoroso, lleno de prismáticos colores



y trazando espirales prolongadas. Las aves acuáticas, invisibles durante un rato, volvieron á levantarse de entre la espumosa cinta del Neva, y el ruido lejano de las nieves derretidas por la acción del sol adquirió más intensidad.

– ¡Ah!, exclamó Marcial en el colmo del asombro, ¡Esto es un día eterno!

– Sí, Marcial mío, dijo la enamorada esposa, mirándole con ternura: ¡Eterno como nuestro amor!

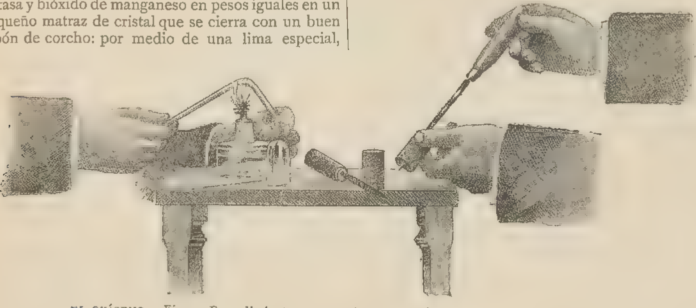
FIN

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA. — EL OXIGENO

Mezclado con el ázoe, el oxígeno forma el aire; combinado con el hidrógeno, da origen al agua; las plantas y los animales están en parte por él formados, y en el peso total de la corteza terrestre entra por un tercio aproximadamente.

Se prepara calentando una mezcla de clorato de potasa y bióxido de manganeso en pesos iguales en un pequeño matraz de cristal que se cierra con un buen tapón de corcho: por medio de una lima especial,



EL OXÍGENO. — Fig. 1. Procedimientos para agujerear el tapón y encorvar el tubo de cristal

llamada de cola de ratón, se practica en éste un agujero (fig. 1) por el cual se introduce de modo que ajuste perfectamente un tubo de cristal encorvado en ángulo recto, lo que se obtiene fácilmente colocándolo sobre una lamparilla de alcohol, como lo indica la citada fig. 1. El gas se recoge en un frasco lleno de agua con ayuda de un pequeño tubo de caucho que arranca del tubo de cristal.

La combustión del cinc. — En el oxígeno todos los cuerpos arden con mucha mayor intensidad que en el aire. Las combustiones del carbón, del azufre, del

EL OXÍGENO. — Fig. 2. Combustión en el oxígeno de una aguja de coser

fósforo son hermosas; pero por lo mismo que estamos tan acostumbrados á verlas en todas las clases, nos llaman poco la atención.

Con un trozo de cinc y un vaso lleno de oxígeno podremos verificar una combustión muy bonita. Tomemos un tapón de corcho plano bastante ancho para cerrar el vaso que nos sirva para el experimento, y fijemos en él un alambre suficientemente largo para que llegue hasta la mitad de la altura de aquél, clavando en el extremo libre del mismo una bola del tamaño de una nuez, hecha con virutas muy delgadas de cinc, en cuyo interior pondremos un pedacito de carbón que asome su afilada punta por el extremo de la bola. Cogiendo el tapón con la mano drecha, aproximemos la punta de carbón á la llama de una bujía, y cuando aquélla presente un punto rojo introduzcámosla rápidamente en el frasco de oxígeno. El carbón arde intensamente, el cinc que le rodea toma el estado de incandescencia y pronto arde á su vez produciendo una llama blanca, deslumbradora, que sólo dura un momento. El producto de la combustión es un cuerpo blanco que reducido en filamentos cae en el fondo del vaso: estos filamentos son la *lana filosófica* de los alquimistas, el blanco de cinc de los pintores, el óxido de cinc de los químicos.

Combustión de una aguja de coser. — Anunciad á una persona que vais á quemar una aguja de coser con sólo calentarla en la llama de un fósforo, y de fijo quedará en extremo sorprendida.

Y sin embargo, nada más fácil si podéis disponer de un frasco lleno de oxígeno. En efecto; tomemos una aguja larga y gruesa para que la combustión dure más tiempo y clavemos la punta en un pedazo de fósforo de madera y la cabeza en un taponcito de corcho sostenido por un alambre clavado á su vez en un tapón ancho y plano como el del experimento anterior (fig. 2). Encendamos el fósforo é introduzcamos todo ese aparato en el frasco de oxígeno: el pedacito de madera del fósforo arde vivamente y luego se vuelve incandescente la punta de la aguja que arde con ruido proyectando chispas en todas direcciones hasta que le falta oxígeno. Esta combustión es un verdadero fuego de artificio muy parecido á los pequeños cohetes de salón que los niños encienden sin soltarlos de la mano y de los cuales surgen innumerables chispas que forman elegantes dibujos.

En este experimento hay que tener cuidado en proteger el fondo del frasco con una gruesa capa de agua, sin lo cual las gotitas de óxido de hierro fundido que caerían en él romperían infaliblemente el cristal. Terminada la combustión, se observa en el extremo de la aguja que no ha ardido una bolita esférica: es el óxido de hierro fundido procedente de la combustión.

También puede hacerse arder una aguja de hacer calceta, pero hay que escogerla delgada si se quiere que el experimento salga bien.

Extracción del oxígeno del aire. — ¿Por qué se prepara el oxígeno calentando clorato de potasa, que cuesta relativamente caro, cuando parece tan fácil extraer aquel gas del aire? Este problema de la extracción del oxígeno del aire ha preocupado durante largo tiempo á un gran número de químicos eminentes, y aunque no puede decirse que está completamente resuelto, cabe afirmar que se ha dado un gran paso en este sentido. En Passy, calle Gabarni, existe una fábrica en alto grado interesante, en donde se aislan los elementos del aire, el oxígeno y el ázoe, que se venden separadamente.

El procedimiento para ello empleado es una modificación del marcado en otro tiempo por Boussingault. Consiste en calentar barita en una corriente de aire: la barita absorbe el oxígeno transformándose en bióxido de bario. Si entonces se hace cesar la corriente de aire y se eleva la temperatura, el bióxido cede su oxígeno y produce barita que puede absorber nuevamente este gas.

Teóricamente, con una pequeña cantidad de barita y de calor podría obtenerse oxígeno en cantidad indefinida; pero en la práctica, Boussingault no pudo servirse de la misma barita más de diez y siete veces, después de las cuales dejaba de absorber oxígeno.

Los hermanos Brin, cuyo procedimiento es el que se emplea en la fábrica de Passy, han perfeccionado esta fabricación preparando una barita pura especial y evitando al propio tiempo calentar á una temperatura demasiado elevada el bióxido de bario que se forma haciendo un vacío parcial. El ázoe se recoge en un gasómetro y el oxígeno en otro.

Priestley, entusiasmado con las propiedades del oxígeno que acababa de descubrir, escribía en 1774: «¿Quién puede asegurar que, andando el tiempo, ese aire puro no se convertirá en objeto de lujo muy en moda?» Aunque no ha llegado á ser artículo de lujo, su elevado precio hace que no lo empleen muchas industrias.

Sin embargo, la industria lo usa, después de una electrización que lo transforma en ozono, para el blanqueo de las telas y de la pasta de papel y para la rectificación del alcohol: este ozono se vende en tubos metálicos muy gruesos que contienen el gas fuertemente comprimido. En algunos tubos de 2'50 metros de longitud por 0'15 de diámetro y con una cabida de 30 litros, el gas está comprimido á 120 atmósferas, de modo que cada uno de aquéllos puede proporcionar 3.500 litros de gas. Estos tubos llevan un regulador de presión que, dando vuelta á una espita, permite una salida constante hasta cuando apenas hay presión en el recipiente (fig. 3). Esta dispo-

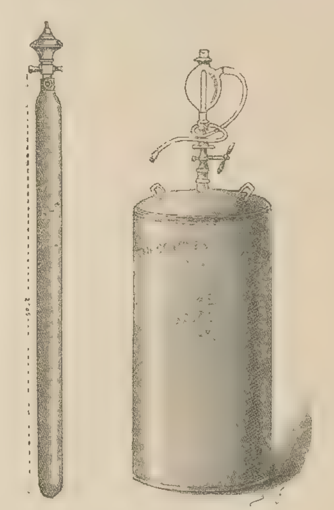


Fig. 3. Recipiente de oxígeno para la industria
Fig. 4. Recipiente para las farmacias y los laboratorios

sición es muy cómoda, sobre todo para las proyecciones con luz oxhídrica, que ofrece de este modo una intensidad siempre igual.

De algunos años á esta parte, la medicina emplea mucho el oxígeno puro, ora exteriormente para modificar úlceras atónicas en las cuales produce viva excitación, con lo que el enfermo toma verdaderos baños de oxígeno, ora interiormente en inhalaciones para reanimar á los que se asfixian ó para combatir la tisis. La fábrica citada vende á los farmacéuticos y á los laboratorios recipientes especiales que contienen unos 200 litros de gas á la presión de 8 atmós-



Fig. 5. Agua oxigenada de mesa
Fig. 6. Agua saturada de oxígeno á presión

feras (fig. 4). A menudo el oxígeno debe ser inhalado solo, pero algunas veces sirve de vehículo á otros medicamentos, como eucaliptol, creosota,

yodoformo, fenol, ácido fluorhídrico para las enfermedades de pecho, ó cloroformo, éter, cloral para las afeciones espasmódicas de las vías respiratorias.

En estos casos el gas pasa por una bola hueca de metal que se ve en la (fig. 4) y llega al pecho del enfermo saturado de vapores medicamentosos.

Y no es esto todo: el oxígeno disuelto á presión



Fig. 1. La señorita Lucía de Gentry adivinando el pensamiento

produce un agua con frecuencia impropiamente llamada agua oxigenada, que es un ligero estimulante para la digestión y se emplea como agua de mesa (fig. 5). A mayor presión y adicionada con un poco de gas carbónico, que le da cierto sabor picante, se vende en sifones (fig. 6).

Vertiendo de esta agua en un vaso, puede avivarse la llama de un fósforo que sólo presente un punto rojo, poniéndolo sobre la superficie de aquélla; pero hay que operar muy de prisa, porque el oxígeno se escapa con gran rapidez.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)

***

ADIVINACIÓN Y TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

Cuando hace unos diez años el inglés Mr. Stuart Cumberland ejecutó en Alemania y en Austria los experimentos de adivinación del pensamiento, las gentes, aun las más ilustradas, no sabían hallar explicación satisfactoria á este fenómeno. Cumberland se presentaba como hombre dotado de un poder misterioso, y por tal le tenían la generalidad de los que asistían á sus representaciones, al paso que los menos, los escépticos, atribuyeron la habilidad á simple juego de prestidigitador.

Desde entonces han surgido infinidad de adivinos de ambos sexos que han hecho lo mismo y quizás más que Cumberland, y la controversia científica á que dió origen este espectáculo ha terminado demostrando el conocido fisiólogo doctor Preyer, teórica y prácticamente, que en la adivinación del pensamiento no había de verse un don especial á pocos concedido, sino una aptitud basada en la exquisita sensibilidad del tacto, capaz de apreciar los menores y más inconscientes movimientos musculares. Esta opinión que desgarraba el místico velo tras del cual se ocultaban Cumberland y sus compañeros de arte, se vió confirmada por el hecho de aparecer en cien lugares distintos otros tantos adivinadores del pensamiento, hasta el punto de no haber quizás una familia que no contara alguno de ellos La adivinación del pensamiento ha llegado á ser desde entonces en Alemania un verdadero *sport* predilecto de los que en las largas veladas de invierno se congregan en familiar tertulia. Pero como todo progreso, la adivinación del pensamiento no se ha circunscrito á los experimentos de encontrar un alfiler, escribir cifras por otro pensadas, etc., que constituían la especialidad de los primeros adivinos de profesión, sino que se inventaron nuevos y entretenidos números, no todos tan conocidos que no tenga cierto interés dar de ellos una breve descripción.

Por de pronto no se persistió en el contacto directo entre el experimentador y su medium como primera condición para el buen éxito del experimento, sino que se buscaron para esa comunicación indispensable otros medios, como coger las dos personas un mismo palo, ó un pañuelo, ó un cordón, etc. Este sistema lo introdujo la señorita Lucía de Gentry, con la que hemos hecho varias pruebas de adivinación que han dado resultados excelentes.

Esta señorita se ata en la mano el extremo de un pañuelo de bolsillo y hace que su medium aguante con la suya el otro, como lo indica la fig. 1, en la que se presenta el experimento de tomar de una cesta con varias flores la mentalmente escogida por su auxiliar.

Uno de los nuevos ejercicios, de gran efecto, consiste en adivinar y coger un naipe previamente determinado por el medium, y se ejecuta del siguiente modo: sentados en sendas sillas frente á frente el medium y el adivino, toma aquél con una mano un juego de naipes que extiende en abanico de modo que la cara de las cartas mire á él y con la otra coge la muñeca de su frontero, como lo indica la fig. 2. El adivinador tiene, como es natural, en todos estos casos los ojos vendados, no tanto para probar á los espectadores que en el juego no hay engaño, como para *hacerse pasivo*, valga la frase, es decir, para sustraerse más fácilmente á las influencias externas que podrían distraer su atención. El medium indica una carta de antemano convenida con los espectadores y sin previo conocimiento del adivinador, y concentra su voluntad en el propósito de que éste acierte la carta pensada A la voz de ¡ahora! el adivinador coge rápidamente el primer naipe que tocan sus dedos y que casi siempre es el mismo que había de acertar.

Otro juego entretenido es el llamado *la sortija adivinadora del pensamiento* (fig. 3), y que consiste en que el adivinador mantiene suspendida de un hilo una sortija que da en un vaso tantos golpecitos como unidades tiene un número previamente pensado.

Este experimento se verifica del modo siguiente: el adivinador pide un hilo de seda, un vaso de cristal y una sortija, si es posible de las llamadas alianzas, y suplica á una señora que se sirva de él como medium. Después de haberse puesto en contacto con ella del modo indicado, ata la sortija á un extremo del hilo y se arrolla el otro extremo en el dedo índice extendido, hecho lo cual se sitúa delante de la mesita con el brazo tendido de modo que el improvisado péndulo venga á caer en el centro del vaso



Fig. 2. Adivinación de una carta

encima de aquélla colocado, sin tocar el fondo. Terminados estos preparativos, ruega á la señora que le diga, dispensándole la indiscreción, cuántos años tiene, sin ocultar uno, porque para el buen éxito del experimento es preciso que la edad sea exacta: aquélla dice una cifra, casi nunca la verdadera, el adivinador encarece una vez más la necesidad de que sea sincera en su afirmación y la dama insiste naturalmente en que lo ha sido en absoluto.

«Perfectamente, dice el poco galante medium. En mi calidad de adivinador del pensamiento, nada se me oculta, y además puedo transmitir á la sortija el poder de descubrir las cosas más recónditas. Vamos á ver, pues, qué dice el anillo. Lo único que suplico á V. es que piense con toda la fuerza de su voluntad en el número que expresa su edad verdadera.»

Gran ansiedad y completo silencio de los circunstantes, que fijan atentamente sus ojos en los experimentadores y en la sortija. De pronto el péndulo empieza á oscilar, los movimientos se van haciendo cada vez más intensos y por fin un sonido vibrante demuestra que el anillo ha alcanzado toda su fuerza de percusión.

Uno,... dos,... cinco,... diez,... veinte,... treinta,... treinta y tres golpes ha dejado oir la mágica campana: la señora se aparta involuntariamente del adivinador, á quien antes había confesado como edad verdadera veintiocho años, segura de que nadie había de echarle más á juzgar por su semblante fresco y bello. ¿Cómo, pues, el misterioso péndulo ha demostrado el engaño? Muy sencillamente: la amable señora ha pensado involuntariamente en su verdadera edad, vacilando en la duda de si el péndulo descubriría su mentira, y los impulsos en su cerebro surgidos se han traducido en vibraciones musculares que el adivinador ha percibido *inconscientemente* y transmitido al péndulo. Y decimos inconscientemente porque así es en efecto, pues el adivinador no tiene conciencia de lo que hace, sino que obra en cierto modo como instrumento puesto en manos del medium que piensa por él.

Dejando ya este tema de la *adivinación muscular*,



Fig. 3. El péndulo misterioso

diremos algo de la *adivinación sobrenatural del pensamiento*, de la llamada *telepatía*.

La principal diferencia entre estos dos medios de transmitir el pensamiento estriba en que en la adivinación muscular hay un contacto directo sensible entre el adivinador y su medium, al paso que en la telepatía las dos personas puestas en comunicación mental pueden estar muy lejos una de otra sin que por ello se dificulte la transmisión.

Otra diferencia consiste en que en la telepatía ambas personas no tienen á menudo conciencia de su acto: el actor no sabe que quiere transmitir un



Fig. 4. Telepatía de una niña

pensamiento y el paciente ignora que se le quiere transmitir.

Son, pues, posibles en la telepatía tres cosas:

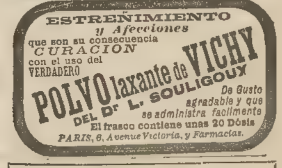
1.° Actor y paciente tienen conciencia de la transmisión; tal suele suceder con los experimentos que

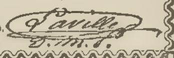
se verifican propiamente para transmitir un pensamiento.

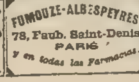
2.° El actor ó el paciente no tienen conciencia de la transmisión; por ejemplo, cuando uno de ellos se encuentra en un estado distinto de la vigilia normal, es decir, cuando duerme, tiene calentura, es sonámbulo, etc.

3.° Cuando ninguno de los dos tiene conciencia de esa transmisión, caso que en la vida sucede con más frecuencia de lo que generalmente se cree.

Como ejemplo de la forma más sencilla de la transmisión sobrenatural del pensamiento, podemos citar el juego de sociedad que hace tiempo ha tomado carta de naturaleza en Inglaterra y América con el nombre de *Willing-game* (juego de voluntad), que se ejecuta del modo siguiente: en una tertulia se escoge como paciente una persona joven, mejor si es un niño de seis á diez años, y se le encarga que salga de la habitación y que al ser á ella de nuevo llamado se fije bien en la idea que se agite en su mente y ejecute sin vacilar lo que esta idea le dicte. Fuera el medium de la estancia, los que en ésta permanecen convienen en un acto sencillo que aquél habrá de ejecutar, como, por ejemplo, tocar un objeto determinado. Al entrar otra vez el medium todos los concurrentes concentran su pensamiento en el acto que ha de realizar, cuidando empero de no descubrirlo por un gesto ni por una mirada, y si proceden como es debido, aquél acierta y ejecuta fácilmente la cosa convenida. Este experimento puede facilitarse más si uno de los







presentes al entrar el medium en la habitación se sitúa detrás de él, y colocando encima de sus hombros, aunque sin tocarlos, las manos extendidas, le va siguiendo paso á paso sin por esto dejar de concentrar su pensamiento en el acto concertado.

La fig. 4 da una idea de este experimento interesante ejecutado en esta última forma.

Otra variante nos muestra el siguiente ejemplo:

Un individuo es hipnotizado y el hipnotizador procura sugerirle determinados mandatos. El hipnotizador se coloca á alguna distancia y detrás de la butaca en que se sienta el sujeto hipnotizado, y sin decir una palabra hace los gestos que los circunstantes le indican. La orden mental enérgica para que imite esos movimientos es transmitida telepáticamente al paciente, que se encuentra en estado de sonambulismo y que ejecuta sin vacilar lo que se le manda.



ESTUDIO DEL PINTOR FRANCISCO DE LENBACH. (Véase el artículo.)

El tercer modo de transmisión telepática del pensamiento ocurre muy á menudo. Una persona va por una calle, y por otra que desemboca en ésta viene un amigo suyo: ninguno de los dos ve al otro, del cual le separa á veces buena distancia, y sin embargo, sin saber por qué, en un mismo momento piensan el uno en el otro y al encontrarse frente á frente en la esquina exclaman:

– En este instante estaba pensando en usted.

– Y yo en usted. ¡Qué casualidad!

¡Casualidad! Nada de esto: los dos sujetos han sentido su recíproca proximidad, han pensado inconscientemente el uno en el otro y mutuamente se han transmitido ese pensamiento.

Ejemplos análogos al que citamos ocurren como hemos dicho, con frecuencia suma en la vida ordinaria: algunos llaman presentimientos á esas transmisiones, otros califican de supersticioso y punto menos que de necio al que en ellas cree; pero el hecho es que el fenómeno existe, y que á no buscarle una explicación sobrenatural, forzoso es admitir la que nos ofrece con más garantías de acierto la transmisión telepática del pensamiento.

(Del *Schorerfamilienblatt*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 9 de marzo de 1891 — Núm. 480



GUERRERO MORIBUNDO, obra del escultor Jorge Zala

Grupo alegórico del monumento erigido en Arad á la memoria de los trece mártires de la Libertad

SUMARIO

JORGE ZALA Y EL MONUMENTO DE ARAD

Hungría es pobre en monumentos notables, y los pocos que allí existen álzanse, no en la capital, sino en las apartadas ciudades de las provincias: tal sucede con el del general Bem, uno de los héroes del grandioso período de 1848, que se levanta en Maros-Vasarhely; tal con el erigido y ha poco inaugurado en Arad en honor de los trece mártires de la independencia.

Este último, que es sin duda la mejor obra de la escultura monumental húngara, fué modelado en un principio por Adolfo Huszar, á cuya muerte confióse la dirección y ejecución del monumento á Jorge Zala, con amplias facultades para, sin salirse de las líneas principales del primitivo proyecto, realizar á su gusto el trabajo que se le encomendaba. Zala, con su privilegiado talento, supo fundir en su propio pensamiento el pensamiento de su antecesor, transformándolo, embelleciéndolo, dándole más grandiosidad é imprimiéndole carácter más adecuado á la idea que conmemoraba; de modo que el monumento, tal como hoy se admira, puede con razón ser considerado como creación genuinamente suya.



Retrato del escultor Jorge Zala, autor del monumento de Arad

He aquí ahora la descripción del monumento.

Sobre un amplio zócalo, en cuyos lados y en sendos medallones se ven los bustos en relieve de los trece generales á quienes está dedicado el monumento, descansa una escalinata de la que surge un elevado pedestal coronado por la estatua colosal de Hungría.

Cuatro grupos alegóricos rodean la escalinata: el primero representa *el despertar de la libertad*; el segundo *la lucha*; el tercero *la abnegación*, y el cuarto *un guerrero moribundo*; y en todos ellos se adivina el genio del autor y el sello de su marcada personalidad.

Lo propio acontece con la estatua de Hungría. Huszar la había ya modelado en yeso; pero Zala, comprendiendo que la obra de su antecesor no guardaba la conveniente armonía con los grupos por él cincelados y que presentaba demasiados puntos de semejanza con todas las obras análogas, como la Bavaria, el Austria, etc., por medio de las cuales suele convencionalmente representarse á las naciones, la modeló de nuevo y consiguió realizar una obra por todos conceptos notable. La Hungría de Zala expresa por modo admirable el carácter húngaro, que es lo que principalmente quiso el escultor imprimirle, reflejado en la expresión resignada de su rostro, en la nobleza de su actitud y en el sello nacional que llevan todos los objetos ó joyas que constituyen los accesorios de la figura: así la espada en que se apoya, el casco que ciñe su cabeza y la corona que en él ostenta son reproducción respectivamente de la espada que en Hungría es considerada como la del primer rey, del casco que usaban los guerreros de la famosa hueste negra del rey Matías y de la corona que llevó en sus sienes santa Margarita, hermana del rey Bela IV.

Como obra plástica, el monumento reune todas las condiciones que en una obra de tal naturaleza se exigen: expresa con perfecta claridad el pensamiento en que está inspirado; los hermosos contornos atestiguan el respeto del autor hacia las eternas leyes del arte, y las grandes dimensiones en nada debilitan el sentimiento que la nación quiso manifestar al erigirlo. Y no sólo como composición, sino que también desde el punto de vista de la ejecución artística, el monumento que nos ocupa merece ser considerado como obra maestra; pudiendo sin vacilar afirmarse que es el primer monumento húngaro en que el artista ha logrado por completo armonizar la realidad viva con lo colosal de las proporciones.



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO DE ARAD, obra de Jorge Zala

Digamos algo acerca de su autor.

Jorge Zala pertenece á la nueva generación de artistas húngaros. Comenzó sus estudios en Buda-Pest, en medio de las mayores privaciones; y gracias al apoyo de algunos parientes suyos ricos, consiguió una pensión del Estado, marchando entonces á Viena y más tarde, en 1880, á Munich, en donde dirigido por el ilustre profesor Syrius Eberle alcanzó completo desarrollo su preclaro talento. Su primera obra, titulada *Fél a baba* (La niña se espanta), que mereció los más entusiastas elogios de la prensa de la capital bávara, fué considerada como un portento de originalidad y de precisión en el modelado.

De sus manos salió luego el grupo *María y Magdalena* (que uno de nuestros grabados reproduce), que representa á la Madre de Dios en actitud de levantar y consolar á Magdalena postrada de hinojos á sus pies. Ambas figuras son un prodigio de sentimiento: el semblante de la Virgen refleja una admirable mezcla de bondad y de compasión, y en el de la pecadora se lee la expresión del dolor infinito y del sacrificio de todos los goces humanos. En las líneas de la composición hay gracia y esbeltez que en nada perjudican al carácter monumental de la obra plástica.

Después de *María y Magdalena*, su primer trabajo grandioso fué la estatua arrodillada del palatino José, que ejecutó por encargo del archiduque José para la capilla de Alcsuth. El propio archiduque le encargó el busto de la archiduquesa María Dorotea, que Zala modeló imprimiendo en el retrato el sello de nobleza que tanto realzaba las hermosas facciones de la hija del duque de Wurtemberg.

Posteriormente ha modelado una porción de retratos á cual más interesantes, de los que unos fueron la admiración de los que visitaron la Exposición de la Sociedad húngara de artes plásticas, y otros cautivan todavía á los que concurren á su magnífico estudio.

Al propio tiempo que el monumento dedicado á los mártires de Arad, terminaba en su taller el ilustre artista otro, si no tan grandioso, no menos bello: el que ha de erigirse en una de las principales plazas de Buda en honor de Honved. Esta obra, como todas las de Zala, interesa por su noble sencillez: en un zócalo que representa una brecha en un baluarte de la fortaleza, álzase la figura de Honved apoyando un pie en el cañón y tremolando en su mano izquierda la bandera de la guerra: el joven héroe, como lo indica el pañuelo que lleva atado en la frente, está herido; pero en sus ojos brilla, á pesar del dolor, un rayo de alegría porque puede clavar en los muros de la conquistada fortaleza el signo de la victoria, la bandera nacional. Encima del joven Honved vuela un genio que ostenta una corona en su mano.

Esta es la última obra de Zala, á la que es de esperar seguirá una larga serie de brillantes creaciones.

En el joven artista húngaro se aunan todas las condiciones necesarias para que sus trabajos se perpetúen al través de los tiempos. Una fantasía ardiente, un sentimiento profundo, una claridad excepcional en la concepción, un exquisito sentido de las formas, una sencillez extraordinaria en la ejecución, son las cualidades más salientes de su envidiable genio artístico.

Y por encima de todas éstas tiene una ambición noble que le guía en todos sus trabajos y que sirviendo de poderoso acicate á sus talentos le conduce á pasos agigantados al templo de la gloria, término de las más levantadas aspiraciones y merecido premio de los que á la admiración y difusión de la belleza se consagran.

Como hemos dicho al principio, en Hungría escasean los monumentos que perpetúen el recuerdo de ilustres hombres ó la memoria de grandes hechos. El héroe de la guerra de la Independencia Francisco Rakoczy II se ha visto hasta ahora privado, quizás por causas políticas, del homenaje que ansía tributarle el pueblo húngaro. Lo propio acontece con Matías Corvinus, el que fué de hecho rey de Hungría; pero respecto de éste la pobreza de los proyectos hasta ahora presentados disculpan la falta.

Quizás el monumento de Zala, revelando un genio digno de tamañas empresas, abra el camino de la reparación de tales omisiones ó injusticias.

T. S.

EL LIBRO DE MR. GUYAU

Entre los libros que recientemente se han publicado sobre cuestiones de Estética, es uno de los más notables el que ha visto la luz pública en la *Bibliothèque de Philosophie*, con el título de *Les problèmes de l' Esthétique contemporaine*, debido al insigne escritor y pensador originalísimo Mr. Guyau, autor de otras obras notables, como *La moral de Epicuro* y *La moral inglesa*.

Ya en el prefacio indica el objeto de su notable estudio. La ciencia, dice, tiende en nuestros días á invadir todo el dominio intelectual. El ser humano había vivido hasta aquí de tres grandes elementos: la religión, la moral, el arte. Pero el espíritu científico, ensoberbecido con sus triunfos, no se contenta con imperar en su terreno propio, sino que cediendo á la ley fatal de la conquista aspira á dominar territorios ajenos y á todas partes llega y en todas partes impone vasallaje ó reclama tributo. Destruyó las bases de diversas religiones, agrega Mr. Guyau; ataca hoy los principios más generalmente admitidos de la Moral, y no muestra señales de respetar la esfera celeste del arte, último refugio del sentimentalismo.

Y sin embargo, estas invasiones de la ciencia son inevitables, y si la Moral ha de fundarse sobre bases científicas y si el arte ha de tener una Estética, ¿qué otro remedio hay sino que la ciencia llegue al arte y á la Moral? La cuestión está en ver de qué manera llega.

Mr. Guyau divide su obra en tres libros, que tratan sucesivamente *del principio del arte* y *de la poesía*, *de su porvenir* y *del porvenir del verso*, abordando en estas tres secciones multitud de problemas, como, por ejemplo, la teoría general de la belleza, la emoción estética, el arte y la belleza ante la estadística y la fisiología, el arte y la democracia, el arte y la industria, la imaginación, el espíritu científico, la evolución de los sentimientos, el ritmo, la teoría romántica del verso, los metros nuevos y el pensamiento y la versificación.

Basta recorrer esta lista incompleta de las materias contenidas en la obra del insigne escritor francés, para que, por decirlo así, se abra el apetito de los aficionados á esta clase de estudios. En unos el simple enunciado de los problemas será motivo de grandes esperanzas; en otros sólo los títulos que hemos copiado á capricho, omitiendo otros muchos, serán causa de escándalo; pero á unos y á otros daría que pensar el libro de Mr. Guyau si lo leyesen.

Se trata de un escritor independiente, de un espíritu elevado, de un observador profundo: podrá á veces equivocarse, pero no se equivocará como el vulgo, diciendo vulgaridades, ni se contentará con ir por el surco que abrieran en este campo sin límites de los problemas estéticos los que le precedieron en la difícil y peligrosa labor.

A pesar del carácter positivista que, como ahora se dice, informa todo el libro, Mr. Guyau manifiesta tendencias poéticas, sentimentales y hasta metafísicas, y su estilo es elegante y coloreado aunque firme y conciso.

Pasó el tiempo, dice con tristeza, en que los grandes artistas creían, como en artículo de fe, en el carácter *serio* y *profundo* del arte; en que para ellos valía más y era más verdadero y más importante que la realidad misma; en que para los místicos de la belleza artística, el arte era una especie de culto; en que Beethowen al escuchar interiormente sus admirables sinfonías, creía, según él mismo confiesa, que Dios le estaba hablando al oído; y sin duda, á los ojos de Miguel Angel, los frescos, de que iba cubriendo su genio portentoso la *Capilla Sixtina*, eran una nueva consagración á su modo tan augusta como la del sacerdote.



MONUMENTO DE ARAD — LA ESTATUA DE HUNGRÍA

Y más adelante, al empezar el libro que trata *del principio del arte y de la poesía*, deja Mr. Guyau hablar á su corazón de este modo:

Observaba, dice, días ha á un niño jugando en una habitación casi cerrada: un rayo de sol pasaba por un resquicio de la ventana, dibujando á través del espacio una banda luminosa. Corrió el niño hacia el blanco fantasma, quiso cogerlo entre sus manos, y entre sus manos se deshizo una y otra vez, sin que consiguiera asirlo.

La columna de luz, según parece, sólo estaba en sus ojos, no en la realidad.

La humanidad, prosigue Mr. Guyau, ha hecho en el transcurso del tiempo muchos descubrimientos análogos, y ha sufrido muchos desengaños parecidos.

Y aquí empieza nuestro autor á exponer la teoría de la belleza, según la escuela *evolucionista*. Para tal escuela, la *belleza objetiva* no existe. Lo bello se reduce á una clase especialísima de placer; y el placer no es más que la conciencia que en determinados casos tenemos del desarrollo de nuestra vida. Un objeto provoca en nosotros cierta especie de expansión vital; nuestra fuerza nerviosa recibe un *incremento*, como diría un matemático; sentimos esta mayor vida, y al sentirla gozamos; y á este gozo ó placer le llamamos *emoción estética*, y al objeto que la produjo le aplicamos el nombre de *objeto bello*. Suprimid, continúa diciendo el estético-evolucionista, los seres vivos del universo y suprimís la *belleza*, ni más ni menos que arrancando los ojos desaparecen la luz y los colores. Y concluyen los adeptos de la escuela, de este modo: *Toda la poesía de la naturaleza está en el cerebro humano*.

La crítica de Kant, el empirismo inglés, el sensualismo francés, Schiller con su *teoría del juego*, Hebert Spencer y la mayor parte de los estéticos contemporáneos, la escuela de Schopenhauer, Grant Allen en su estética fisiológica y otros muchos que fuera largo citar, forman una falange cerrada y poderosa, que avanza sin escrúpulos ni respetos contra toda estética-metafísica; y de este modo pretenden barrer, como el huracán barre las nubes, todos los celajes y todos los resplandores que en el cielo del arte dejó Platón con sus divinos arquetipos de belleza.

La escuela evolucionista necesita buscar abuelos y antepasados para el arte; pero sabido es que no alardea nunca de la gloriosa tradición de la familia: no es como el viejo aristócrata que ansía encontrar timbres para sus blasones en la complicadísima Heráldica de las cruzadas: con mucho menos se contenta el positivista. Hebert Spencer, por ejemplo, busca los *orígenes del arte* en los *juegos y retozos de los animales*. Los animales inferiores, dice él, no juegan: ¡desdichados, no tienen *arte!* Pero aquellos que están algo más arriba en la escala zoológica, aquellos cuyo organismo es más perfecto, y que gracias á una *abundante nutrición* tienen un exceso de actividad nerviosa, experimentan la necesidad instintiva de descargar sus nervios, y *juegan;* ó de otro modo, son *artistas* en embrión. Todo órgano, prosigue Spencer, que ha estado mucho tiempo en reposo, es como una pila cargada de electricidad á muy alta tensión: pide en cada momento su descarga eléctrica. Así – y aquí empieza el célebre positivista una larga serie de creaciones estéticas elementales y de artistas incipientes, – así, dice él, *las ratas* roen aun aquellos objetos de que no han de alimentarse, para ocupar la actividad de su sistema dentario: siempre habíamos creído, en efecto, al observar ciertas aficiones, que por ahí, debieron empezar muchos de los que al arte se dedican. Así, continúa, los *gatos*, en la vida tranquila á que les hemos reducido, experimentan el deseo, como reminiscencia de su pasado, de ejercitar las uñas y los dientes, ya que no en una presa viva, en sillas, colgaduras y alfombras: *juegan* á la caza y al desgarramiento, fingen un drama de aquellos á que sus antepasados tenían tanta afición; es, por decirlo así, el *drama histórico* de la raza felina. Así, las *jirafas*, acostumbradas en los altos bosques á coger hojas y ramas, se entretienen, aun sin sentir hambre, en pasar la lengua por el techo y mordisquear la parte superior de las puertas: verdadera *comedia de costumbres*. Todo órgano, en suma, encuentra placer en ejercitarse aun sin provecho material: es el juego, es la acción inútil, es la manifestación de un sobrante de vida, es para los defensores de esta tesis el *arte rudimentario* de los seres vivos.

El juego en los animales consiste en simular actos, que ordinariamente son útiles para su existencia ó para el desarrollo de la especie, y que por esto mismo, es decir, porque son habituales, ofrecen un vertedero fácil y canales abiertos y expeditos al exceso de fuerza nerviossa.

Fingir la lucha por la vida, cuando ya no es necesaria para la vida, es el *juego* en los animales, según Spencer, como el *drama* finge las luchas morales de la existencia y de la sociedad. En resumen, termina

Mr. Guyau, *el arte*, según Spencer, es un *juego refinado* que tiene su origen en el instinto de la lucha contra la naturaleza ó contra los hombres, y viene á ser en nuestra moderna sociedad una especie de derivativo de todas las energías sobrantes; un empleo, que á nadie causa daño, de las fuerzas inútiles; en una palabra, una especie de válvula de seguridad.

Terminada esta exegesis evolucionista del arte, Mr. Guyau expone el análisis del placer estético según la misma escuela.

Lo que caracteriza el placer estético, en la opinión de Spencer, es su *inutilidad;* es decir, que para ser placer estético no ha de proporcionarnos ninguna ventaja positiva y precisa, y por tanto ha de ser independiente de todas aquellas necesidades que experimentan para su desarrollo ó conservación las funciones vitales.

El placer estético no nos suministra nuevas fuerzas: ni depende *del bien*, ni depende de lo *útil*, ni se relaciona con *la verdad*, según esto. Así, el placer que nos proporcionan los sonidos y los colores, una sinfonía musical, una de esas orquestas del espacio que todas las tardes despiden al sol poniente, y aun el placer de los aromas sutiles, nacen, según el ilustre jefe de los positivistas, de un simple ejercicio, ó dicho de otra manera, de un simple juego del órgano de la vista, del órgano del oído ó del órgano del olfato, sin ningún provecho visible: hay en este placer algo de contemplativo y ocioso, sin ventaja material: es un goce de puro lujo. Todas las armonías del iris ó todas las melodías de Mozart no pueden ni saciar nuestra hambre, ni abrigarnos del frío, ni prestarnos mullida almohada. Lo cual no es otra cosa que la interpretación del pensamiento de Kant en su *Crítica del juicio*, hecha con arreglo á su especial criterio por las modernas escuelas positivistas. Según el gran filósofo y según los anti-filósofos de estas últimas escuelas, el sentimiento de lo bello es más desinteresado que el sentimiento de lo bueno y de lo justo. Así, Spencer, Darwin y todos los evolucionistas dan como base y origen primero de los sentimientos morales *la necesidad* y *el interés*; y en cambio despojan al sentimiento estético de toda idea utilitaria. Lo *bello*, dicen, tiene esta inferioridad y esta superioridad *sobre el bien*; es de todo *punto inútil*, y por consiguiente de todo punto *desinteresado:* no es el grito del deseo, había dicho Schiller, el que se hace oir en el canto melodioso del pájaro. — De que esto lo dijo Schille, no tengo duda: de que esto sea lo que quisieran decir los pájaros, no tengo seguridad absoluta. Observación exclusivamente mía.



MONUMENTO DE ARAD — EL DESPERTAR DE LA LIBERTAD

Aquellos alardes metafísicos de Kant, metafísicos á pesar suyo; aquel *placer sin concepto* en que fundarse; aquella armonía entre la *variedad* de la sensación, por la imaginación recogida, y la *facultad de pensar*, por las categorías unificada, ha venido á parar andando el tiempo á la fórmula seca y brutal, pero clara y precisa, de la escuela positivista: el juego, el remedo inútil de algo que fué útil, el derroche de energías sobrantes.

Mr. Guyau, aun reconociendo que en esta teoría hay *algo de verdad*, y aun completándola y dándole sentido más amplio, porque, según dice, si el arte no sirve para la vida de una manera directa é inmediata, contribuye á su pleno desarrollo, como si fuese una gimnasia del sistema nervioso y del espíritu; aun así y todo, la combate presentando contra ella poderosos argumentos. Realmente la teoría de Guyau es más amplia que la del filósofo inglés.

Bien quisiéramos, pero no tenemos espacio suficiente para analizar esta parte del libro que nos ocupa, y nos limitaremos, pues, á copiar los siguientes párrafos en que se resume su pensamiento.

«La belleza, lejos de excluir *la utilidad*, presupone la idea de una voluntad, acomodando espontáneamente los medios á los fines y tratando de gastar el mínimo de fuerza para conseguirlos.

»La belleza, lejos de excluir *el deseo*, se identifica en el fondo con esta misma idea.

»Por último, la *belleza* y el *bien* forman una sola unidad, visible en nuestros sentimientos y que se deja presentir aun en los movimientos y en las sensaciones, es decir, en su grado inferior.

»En suma, la belleza en vez de presentarse como algo exterior al ser, á modo de planta parásita, es como la expansión del ser mismo y como la verdadera flor de la vida.»

Tales son, condensadas en pocas palabras, las opiniones de Mr. Guyau.

José Echegaray

SECCIÓN AMERICANA

LA TAMALERA

TIPO LIMEÑO

A horcajadas en su manso caballo, sobre unas aguaderas grandísimas, con las greñas caídas, el sombrerillo redondo, de castor ó de paja, adornando su cabeza, el mantón cruzado sobre el hombro izquierdo, los brazos desnudos, el cutis amulatado que pregona su raza africana, ó trigueño muy tostado que denota su ascendencia incásica, esta es la vendedora de *tamales*, siempre sonriente, pregonando á chillidos su mercancía y alborotando las calles que recorre al paso *filosófico* de su cabalgadura.

Pero antes de hablar de la vendedora, digamos algo de lo que vende. El *tamal* es una especie de empanada. Hácese machacando el maíz cuando está lechoso hasta que se convierte en pasta suave y agradable, de la cual forman unas empanaditas largas que rellenan con cabeza de cerdo bien sazonada y cocida y pedacitos de *ají* (guindillas) para que el *tamal* sea picantito, como conviene á este bocado esencialmente criollo. Una vez hecha la empanada se envuelve cuidadosamente en hojas secas de plátano, se ata con los filamentos secos también de la misma planta y se ponen á cocer al vapor. Cuando están en punto, cárgalos la vendedora en sus aguaderas, tapando éstas con infinidad de mantones viejos, trapos, franelas y cuanto pueda contribuir á conservar calientes los *tamales*, y comienza su matutina peregrinación, siguiendo cada *tamalera* el propio intinerario todas las mañanas.

Da principio la venta á las ocho y acaba á las diez ó diez y media; pues siendo el *tamal* exclusivamente para el almuerzo y la hora de éste de diez á once, ya se sabe que ha de llegar para entregarlos calentitos en las casas de los señores parroquianos. La gente del pueblo los consume en cualquier momento, y todas las horas son buenas; pero las familias distinguidas que son aficionadas á los plátanos del país, se los hacen servir en el almuerzo solamente.

Acabada su venta retírase la mulata ó chinita *tamalera* á su casa, que suele estar al otro lado del Rimac, en un barrio llamado *Debajo del puente* por ser preciso cruzar uno de piedra antiquísimo que une la bella población con su importante suburbio.

En Malambo, calle ancha y hermosa, famosísima por la clase de gentes que habitan en ella, es donde generalmente vive la *tamalera;* en aquella calle que pocas damas limeñas conocen, pero que seguramente no hay aristócrata *mataperro* (calavera) que no visite para correr una *juerguecita*.

La *tamalera Manonga* (Manuela) era la más hermosa *zambita* del gremio y la envidia de *zambos* y mulatos; aunque, la verdad sea dicha, difiere en tan poco el color del uno y del otro, que apenas los encuentra distintos el que no tiene mucha costumbre de diferenciarlos.

Decíase que gustaba *Manonga* de que la testejasen *niños* (caballeros), cosa que á los hombres de su color sabía á *chicharrón de sebo*, por aquello de que era mucho cuento que siempre los señores habían de babosear primero las tajadas de carne que luego les arrojaban exprimidas, sin jugo y hechas pura piltrafa.

Vivía sola *Manonga* en una casita baja, de apariencia pobre, aunque no sucia, como son por regla general las de otras mujeres de su raza y clase. Contábansele por docenas los enamorados, y no faltaba quien dijese que guardaba en un cofre buenos *soles* (duros) *de plata* y hasta algún *sol de oro* (moneda del valor de 20 duros), por más que éstos iban desapareciendo en el Perú, sin que se supiera en qué faltriqueras estaban escondidos.

Jaleos y jaranas había todas las noches en casa de *Manonga*, adonde acudían las *zambitas* y chinas de la vecindad para bailar y *cajear* con alma y cuerpo. Pocas veces solían estar semejantes reuniones huérfanas de muchachos alegres y ricos que gustaban de revolver con sus blancas manos el pelo *(pasa)* de las negras *malambinas*.

Dejaba cada cual en casa de *Manonga* cuanto en los bolsillos llevaba, con el rumbo y desprendimiento peculiar al peruano, y rabiaban todos contra la *tamalera* que de modo tal sabía esquilmarlos sin comprometer en lo más mínimo la doncellez que decía guardaba bien guardada.

No eran tan escrupulosas sus compañeras, y ya sabía ella enjaretar parejas con maña, gracias á las *botijas de pisco* (aguardiente de uva) que se despachaban por cuenta de los jaraneros y en las cuales quedaba á *Manonga* muchísima ganancia. También se solían improvisar cenas de platos picantes, y cuando esto sucedía había *niños* que no desdeñaban descansar en la revuelta cama de la *zamba*.

No dejaba *Manonga* su comercio por nada del mundo: así que los *tamales* se hacían siempre, y á venderlos salía como de costumbre, aunque dejase encomendada su casa á una vecina por quedar en ella algún *jaranero* rezagado durmiendo los efectos del *pisco*, del baile y de los picantes.

El *niño* Carlos, un limeño buen mozo, más aficionado á *Manonga* que á una mujercita sencilla y candorosa que le había cabido en suerte, era el más furiosamente enamorado de la *tamalera:* también es verdad que si alguno hubiera de vencer los escrúpulos que ella demostraba, nadie lo lograse con más ventajas que Carlos, porque de tal manera sabía jaranear y asimilarse á la sociedad de Malambo, que era el ojo derecho de las mujeres de color y el diablo encarnado de padres, maridos y amantes.

Mucho tiempo llevaba rondando á *Manonga* y contentándose con las amigas de ésta; pero una noche que el baile y la zambra estaban en su apogeo, entró el *niño* Carlos entre cejijunto y mal humorado,



MONUMENTO DE ARAD. – LA LUCHA

sentándose sin saludar á nadie ni mirar apenas á la concurrencia.

– ¿Qué le ha *pasao*, mi amito?, dijo una negra vieja, especie de Celestina de dos pimpollos de azabache que bailaban en aquel momento una *chilena* (cueca), provocando entusiasmos en la concurrencia.

– Nada; que vengo dispuesto á que *Manonga* no se burle más de mí.

– No sea tonto, *niño*. Cuando *Manonga* no se come al *niño* de amores, es porque no puede; pero ha de saber el *niño* que yo me tengo *sabío* que tiene muchísimas penas por no poder corresponder á sus finezas.

– ¿Pues quién se lo priva?

– ¡Gua! ¿Qué, no lo sabe el niño?

– ¿Quién me lo ha dicho?

– ¿No sabe que el *zambo* Casimiro es su hombre *dende* hace mucho tiempo y que la tiene *asustaa*?

– Yo no sabía nada de eso. ¿Y dónde está ese *zambo*?

– Pues,... ahora,... por *ay*,... recogiendo lo que se pierda, con otros amigos... El es el jefe.



MARÍA Y MAGDALENA, grupo escultórico de Jorge Zala, autor del monumento de Arad, erigido á la memoria de los trece mártires de la Libertad

– Ya te comprendo; ¿es capataz de ladrones?

– Sí, *niño*.

– Y ¿cómo es que no ha intentado nunca robarnos, sabiendo que traemos *plata* los que venimos á ver á *Manonga*?

– ¡Ay, niño! ¡Pues no ve que para sacarles la *plata* basta ella! El no quiere meterse con los *marchantes* (parroquianos) de una mujer; pero es tan celoso, que si supiera que miraba ella con interés á un blanco, la mataba, y *Manonga* le obedece porque le tiene miedo. No se meta en nada, *niñito* Carlos; deje de perseguir á esa, porque puede el diablo hacer de las suyas. Mire por *ay*, que no le faltarán doncellitas sin compromiso tan saladas como *Manonga* y con menos años, porque ya tiene veinticinco aunque no lo parezca, y mis hijas tienen quince una y dieciséis otra; ¿ve qué cosa?, pues guardan su honestidad, *niño*, porque *pa* tener á su vera *gentes* como el *zambo* Casimiro, vale más estar sola.

La *tamalera* cortó la conversación, sentándose junto al *niño* Carlos y ofreciéndole una copa de *pisco*.

– Venga, dijo el buen mozo: bebamos por el amor que te tengo y por el balazo que pienso pegar esta noche á tu *zambo*.

– ¡Ay, Jesús! Niño, ¿quién le ha dicho?... Soy *honraa*.

– ¿Quién había de decirme? ¿No sabes que estoy loco por ti hace mucho tiempo? Esta noche me quedo aquí; aguardo á Casimiro, y ó se marcha prometiendo no verte más ó le meto una bala en la cabeza; si no, mañana mismo haré que lo prendan, porque ya sé el oficio que tiene.

– ¡Ay *niño* de mi alma, no haga tal cosa! Casimiro es muy malo, y pues que lo sabe todo, le diré que yo le tengo muchísimo miedo: sería capaz de matar al *niño*, que bien lo conozco.

– ¿Pero tú lo quieres?

– A quien yo quiero más que á mi vida es al *niño*, que parece que me ha *dao chamico*, porque tengo mala voluntad á ese maldito *zambo* después de haberlo querido; y muchas noches me pega cuando viene, porque presume que me muero por otro, y esto es muy verdad, como lo es que no puedo ni mirarlo, porque cuanto más lo miro más veo al *niño* aquí dentrito de mi pecho.

– Pues no lo mirarás más: tomemos una copa por nuestro querer *cholita*, y anda, baila una *chilena*, que te la voy á cantar ahora mismo.

Y Carlos se puso de pie, arrogante y hermoso, con el semblante iluminado por el amor y los deseos.

– ¿Y no quiere el niño bailarla conmigo?

– No, salada, que quiero ver cómo requiebras tu cuerpo de azúcar: baila con otro, pero baila para mí, ¿sabes?

– ¡Qué hermoso eres, *niño*! *Manonga* escogió pareja y salió en medio de la sala cimbreando las incitantes caderas, dislocando el pecho y retorciendo los brazos largos, desmadejados, llenos de promesas incitantes, y dirigió una mirada, en la cual fulgureaba la pasión más ardiente, al niño Carlos, que lleno de satisfacción se disponía á cantar la *cueca*.

– ¡Alza, chinita, que ya te has *perdío*!, dijo el compañero que había elegido *Manonga*.

– Alguien me habrá de encontrar; no te apures, *cholo*.

– ¡Ya lo creo; el *niño* Carlos!; pero cuida no encontréis los dos con Casimiro.

– ¡Valiente bozal!

Comenzó el músico á rascar una *cueca* en un violín roto cuyos sonidos hubieran puesto carne de gallina á un aficionado, y se dispuso el aristócrata á *cajear* palmoteando y á cantar á media voz.

Salió ésta dulce y apasionada de su garganta en tesitura de barítono; pero voz seductora, como emitida por un órgano puro, sano y potentísimo:

Tengo *yo* una *tamalera*
que por Malambo va;
los *tamales* que vende,
¿quién se los comprará?

¡Ayayay!, que mi *tamalerita*
que por Malambo va.
¡Ayayay!, que tan dulce y bonita,
¿quién no la comprará?

La voz del *niño* Carlos con sus candencias criollas y seductoras arrastraba á la *zamba Manonga*, que si bailaba con otro se requebraba para él, mirándole con pasión y arrullándolo con el vuelo de su *pollera* (falda) llevada y traída con limeño donaire.



MONUMENTO DE ARAD. – LA ABNEGACIÓN

No duró mucho el baile aquella noche: la *tamalera* quería gozar de los amores del *niño*, que habiendo descubierto su secreto la quería lo bastante para cuadrarse delante del capitán de ladrones disputándole la mujer amada.

Una vez solos, asaltóle á la *zamba* la idea de que su terrible amante pudiese llegar aquella noche temprano, aunque no era de las dedicadas á visitarla, porque previamente no le había enviado recado alguno como tenía por costumbre. Entregóse, pues, con alma y vida á los amores del *niño*, cerrando la puerta con grandes refuerzos, aunque olvidándose que dejando abierta la que daba á un patinillo era facilísimo entrar bajando de la azotea, á la cual se podía muy bien subir por una casa vecina.

A las dos de la madrugada oyéronse en Malambo tres tiros de revólver, de los cuales el vecindario no hizo caso por estar acostumbrados á percibir semejantes ruidos á horas intempestivas.

Quién supuso que la policía perseguía ladrones, quién que los *cacos* hacían de las suyas.

Amaneció el siguiente día y volvieron con el alba la animación y el bullicio á Malambo.

La puerta de *Manonga* estaba cerrada y no se veía en ella como de costumbre el caballejo paciente aguardando la carga para emprender su cotidiana tarea.

No tardó en formarse un corrillo de comadres negras, *zambas* y mulatas, que comentaban el caso.

– Habrá salido *mu trempanito*, decía la negra vieja que la noche anterior descubriera al *niño* Carlos el compromiso de *Manonga*.

Pero esto era desusado en la *tamalera*.

Pasó la mañana, y como no volviese á la hora que tenía por costumbre, más y más creyeron las curiosas vecinas que á la *tamalera* le pasaba algo.

– Ya caigo yo en lo que puede ser: se quedó anoche con el *niño* Carlos, y por miedo á Casimiro ha escapado con él. ¡Buena suerte de *zamba!*

– ¡Vaya, que es buena! ¿Quién se lo había de contar á ella? ¡Un *niño* tan rico!

– ¡Y tan buen mozo!, suspiró una vestal renegrida á quien su madre no dejaba *perderse así no más*.

Tan grande ansiedad no podía contenerse en límites de prudencia: alguien soltó la idea de que los tiros pudieran tener relación con la casa cerrada, y se llamó á la policía, que echó abajo la puerta, precipitándose dentro la multitud sin que la fuerza armada pudiera contenerla.

La oleada que izándose y estrujándose tomó la casa de *Manonga* por asalto, retrocedió chillando espantada: en el dormitorio de la *tamalera* yacían el cadáver de ésta y el del *niño* Carlos, muy cerca uno del otro y envueltos en sudario de sangre.

Aquella mañana los parroquianos de *Manonga* echaron muy de menos sus sabrosos *tamales*, y una esposa amante y resignada lloraba en silencio sobre la cuna de un ángel la desaparición del hombre amado.

Todavía hay quien recuerda en Lima los *tamales* de *Manonga*, y á un veterano criollo he oído decir que con la *zamba* de Malambo se había perdido la cría de las buenas *tamaleras*.

EVA CANEL

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

A mi buena sobrina Gádor González Méndez

Era Gregoria baja de estatura, de pobre complexión, pálida, ojerosa, escasa de cabello y la frente abultada é irregular. Su andar era torpe y lento, efecto de sus piernecitas tan finas y dificultosas que, á pesar de sus pocos años, procuraba ocultarlas, usando la falda del traje larga y enjuta.

La presencia de esta desgraciada criatura produjo en todas nosotras un movimiento instintivo de repulsión, que después fué en aumento al escuchar su voz desafinada y áspera. Tampoco en la profesora debió ser aquella primera vista muy lisonjera, cuando la mandó sentar inmediatamente, dirigiendo su mirada á los sitios que ocupaban Angela y María, las niñas más hermosas entre todas, con expresión severa y triste á la vez. Después continuó explicando su lección de Historia, hablando como de pasada de una cierta reina, buena y compasiva con los niños enfermos y desvalidos.

No borró este mal efecto el trato diario con Gregoria; antes al contrario, en sus relaciones con todas las compañeras parecía hacer gala de una reserva impropia de sus años y de una gravedad extemporánea, que acabó por mantenerla sola y olvidada entre todas las demás.

Gregoria trabajaba todo el día con la cabeza baja; al preguntarle su lección, como la profesora la colocó desde el primer día cerca de la mesa, dábala en voz tan baja que apenas entendíamos lo que decía. En los ratos de asueto seguía análoga conducta: sola en un rincón dormitaba ó fingía descansar con la vista en el suelo, parando poco ó nada su atención en nuestros bulliciosos juegos.

Un día, en uno muy bonito en que tomábamos parte todas las niñas, grandes y pequeñas, cayó al suelo una de las más chiquitas, dándose un fuerte golpe en la frente, que la hizo arrojar mucha sangre. Todas acudimos presurosas en su auxilio, y cogiéndola en brazos procuramos ocultarla de la vista de la profesora, entonces ausente; y ¡cuál no sería nuestro disgusto al observar que, atravesando el cenador y pasando cerca de Gregoria, ésta disimulaba la risa con un libro, con que procuraba ocultar su cara endiablada! Desde aquel momento, una vez conocida tanta perfidia, aumentó cada vez más, no la indiferencia ó el desprecio que antes nos inspirara, sino el odio más encarnizado, que no perdonaba ocasión de manifestarse, ya escupiendo todas al pasar cerca de aquella malvada niña, ya separándonos de ella al encontrarla al paso, hasta el punto que al dejar su sombrerillo y su remendado abrigo en las perchas colocadas para ese objeto, tenía gran cuidado, la primera que lo observaba, de cogerlo todo ello y arrojarlo descuidadamente en un rincón.

Un día que el huerto del colegio estaba nevado y de los desnudos árboles pendían largos estambres de hielo, semejantes á los adornos de cristal de la lámpara de la Virgen, entró Gregoria en la clase, airada y presurosa, todo lo que permitían sus piernas imposibles. Venía con el cabello descompuesto y pegado á la cara; al atravesar la clase dejó tras de sí un largo reguero de agua, que no parecía otra cosa sino que se había caído en la tinaja. No pudimos contener la risa y armóse entre todas gran alboroto, que no costó poco trabajo á la profesora apaciguar, tratando juntamente de inquirir lo que había sucedido. Entonces Gregoria, al ser interrogada seriamente por aquélla, se echó á llorar con tan gran congoja que no podía articular palabra.

En resolución, que al fin pudo averiguarse que tratando Gregoria de beber agua se encontró con Mercedes, la morenita y cejijunta hija de un señor magistrado, y pidiéndole á ésta el jarro grande de azófar que habíamos de coger con las dos manos, Mercedes no quiso dárselo, y sin recordar acaso el mucho frío que hacía, se lo vertió á Gregoria sobre la cabeza.

Todo esto lo encontramos nosotras muy natural; no así la maestra, que castigó á Mercedes, é hizo subir á la cocina á Gregoria para secarle la ropa. Después nos reprendió á todas nuestra falta de caridad con una compañera, y concluyó diciendo: «Si en un día como el de hoy hubieran hecho con vosotras lo que ha hecho Mercedes con Gregoria, ¿qué pensaríais de la joven que os exponía á una grave enfermedad, faltando por añadidura á todas las leyes divinas y humanas?»

No dejaron de causarnos impresión las palabras severas de la madre, dichas con ademán solemne y con los ojos arrasados de lágrimas, que hubieran tenido verdadera razón con otra que no fuera Gregoria, la cual, en nuestro sentir, merecía lo sucedido y mucho más.

A poco llegó el profesor de matemáticas y no se habló palabra del asunto.

II

Pasaron los días cortos que apenas permitían hacer nada, y una mañana, estando todas en las ventanas aprovechando la ausencia momentánea de la directora, vimos con alegría que de unos almendros que cercaban el huerto próximos á la tapia erizada de vidrios, se destacaban unas cuantas flores blancas como la nieve. Llamamos la atención de las más distraídas sobre aquel risueño augurio de mejores días, cuando dos golondrinas, casi al alcance de nuestras manos, comenzaron á picar desaforadas. «No hay duda, dijo una de las mayores, pronto hará calor. Y vosotras, añadió dirigiéndose á las pequeñas, decid en vuestra casa que os vayan preparando los trajes, que la primera Comunión está cerca.»

Tiempo hacía, en efecto, que el señor capellán que nos decía la misa y nos hablaba de Dios venía instruyéndonos en los fundamentos de la religión, diciéndonos cosas muy bonitas y tan tristes, á veces, que nos hacían llorar.

Dedicaba más rato que de ordinario á las explicaciones y hacía dar lección doble á las mayores. Cierto día, terminada la lección, nos dijo:

«Queridas hijas: ya conocéis los misterios inefables de que en breve habéis de participar; grabad en vuestros corazones los santos gérmenes de caridad y amor de Dios que he procurado inculcaros; y sobre todo tened siempre en cuenta, cuando alguna tribulación os amenace, que el Divino Jesús murió por nosotros, dando hasta la última gota de su sangre por redimir nuestras almas del pecado y guiar nuestros pasos con su ejemplo en esta vida entre los innumerables peligros que nos cercan, al término de la cual nos espera con los brazos abiertos, para aplacar la sed inextinguible de amor que de continuo nos devora y que sólo entonces sobre su divino costado se saciará hasta la hartura.

»Cuando el fantasma de la culpa os acose y amenace envolveros, traed á la memoria el recuerdo de aquel semblante tan hermoso que habéis visto cada día, ya triste y congojoso en el Huerto de las Olivas, ya iluminado y radiante al romper los lazos de la muerte y elevarse á los cielos, y figuráoslo momentos antes de su crucifixión, marchito, sudoroso, ensangrentado, dirigiendo hacia vosotras, con expresión de angustia y pesar infinitos, su mirada tristísima que ilumina los mundos. De vosotras, queridas hijas, depende calmar sus acerbos dolores; no seáis ingratas, y la compasión que os inspiran la desgracia, la injusticia y el sufrimiento ejercitadla en favor de vuestro Padre.»

Después nos besó á todas en la frente y salió apoyándose en su muleta.

Mucho nos complacían estas pláticas llenas de unción y dulzura del señor capellán, y sin darme cuenta de ello sentía acudir á mis ojos las lágrimas y oprimírseme el corazón. Es más, estoy por decir que desde aquel día todas procurábamos ser más buenas, y así en la clase como en nuestro particular comportamiento dentro y fuera del colegio, se notó que las palabras del señor cura no habían caído en saco roto.

Con esto y otras ocupaciones avanzaron los días, y llegó el momento con tanta ansia esperado de la primera Comunión. Desde una semana antes no se hablaba de otra cosa entre las compañeras. Todo estaba preparado y aguardábamos con impaciencia el momento de lucir los preciosos trajes construídos para la augusta ceremonia.

De poco ó nada habían servido las indicaciones de la profesora, que nos recomendara eficazmente la mayor sencillez en nuestros respectivos atavíos; antes al contrario, los trajes de las más ricas y elegantes habían circulado de casa en casa, sirviendo de modelo á las demás. Mis padres se habían ocupado seriamente del mío, y especialmente mi mamá estuvo presente cuidando de todo mientras la modista que iba á casa lo cortaba y cosía. Por último, ¿á qué decir más?, el día de la última prueba dejé de ir al colegio para poder estar presente á la conclusión del vestido. ¡Qué bien estaba con él! Más que de colegiala le hallaba parecido con el que había visto en los figurines de las jovenes que van á casarse.

El día antes arreglamos las parejas y nos pusimos de acuerdo las que íbamos á ir reunidas. Tuvimos para esto presente la estatura de unas y otras para que hiciese más bonito, formando delante las más chiquitas, que iban sólo á confesar, y detrás las mayores, que habían de recibir además al Divino Jesús Sacramentado. Yo formaba también con éstas, porque aun cuando no tenía más que once años, ya había comulgado otras dos veces acompañada de mi mamá.

A las seis era la cita en el colegio; casi todas fuimos puntuales, y era de ver las miradas que nos dirigíamos unas á otras conforme íbamos ocupando nuestros respectivos puestos.

Nunca había visto espectáculo más rico que el que presentaba aquel vistoso grupo de niñas, que ciertamente no bajarían de cuarenta, tan lujosamente ataviadas. ¡Qué blancura la de aquellos trajes, que bajaban en caprichosos pliegues hasta más de media pierna en las mayores y algo menos en las más pequeñitas; en cuanto al calzado nada quiero decir, sino que todas aquellas botitas de raso ó tafilete blanco se ponían por primera vez: en fin, ¿qué más?, las de mi compañera, que era hija de una marquesa y no había conocido á su padre, que murió en la guerra, tenían los tacones dorados.

Ya nos disponíamos á marchar; todo estaba preparado; y formadas las parejas aguardábamos de pie, colocadas en larga fila, la orden de ponernos en marcha. La superiora cogió su libro y su rosario, y después de hacernos algunas prevenciones sobre la devoción y compostura que debíamos emplear aquella mañana, mandó abrir las dos hojas de la puerta y nos pasó la última revista, mirándonos una á una. De repente y como salida de debajo de tierra apareció Gregoria, azorada y confusa, en el dintel:

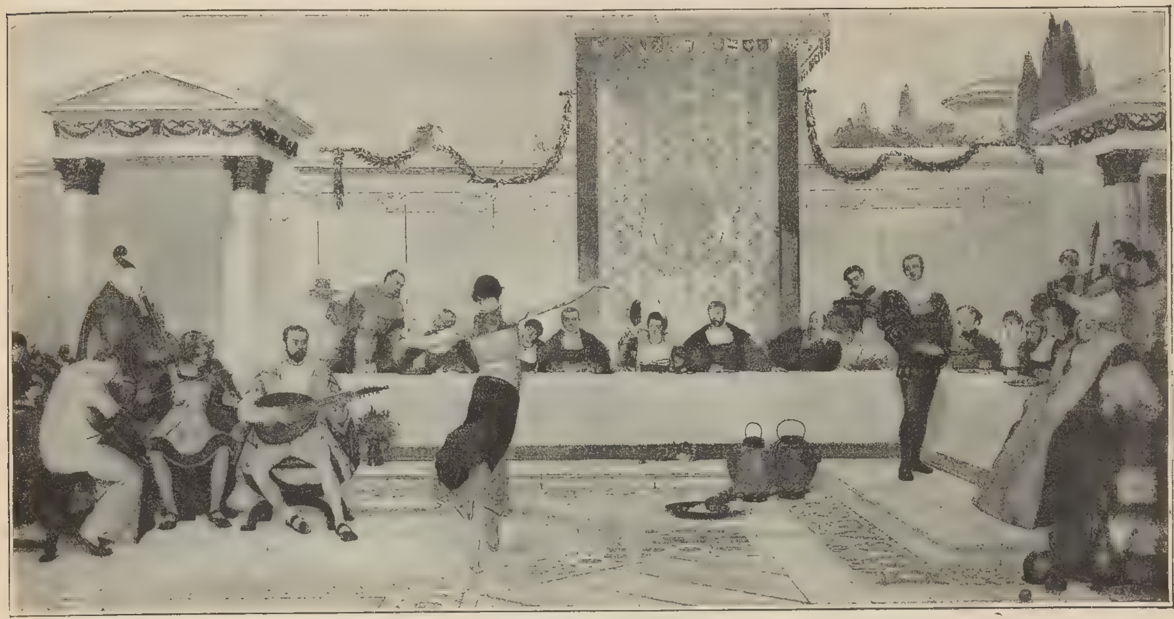
– Dispense V., dijo á la maestra, poniéndose colorada como un tomate. La casa está lejos y no he podido llegar antes.

– Dios te guarde, contestó la profesora con dulzura. ¿Has estado enferma? He notado tu falta durante la última semana.

Gregoria nada contestó; bajó los brazos y miró humildemente el traje de comunión que llevaba puesto.

La verdad es que nadie había contado con aquello; Gregoria era la más feílla de todas y juntamente la más pobre; su ausencia de la pasada semana no había sido notada por ninguna; así es que formadas las parejas y no faltando ni sobrando ninguna, era un verdadero conflicto lo que habíamos de hacer con Gregorita. Esto debió ocurrirse á todas, porque instintivamente cogimos la mano de nuestra compañera y comparamos su traje con el de Gregoria, que no podía ser más pobre: luego no llevaba botitas, sino unos zapatos blancos, bastos y de muy fea hechura; las medias de hilo grueso y hechas á aguja, y en cuanto á la toca era verdaderamente un pingo según lo antigua y usada; el ramo de azahar lo había sustituído con un manojo de rosas, que con gran frecuencia llevaba á la cara para ocultar su azoramiento.

La situación, en efecto, había llegado á ser violenta; Gregoria enfrente de la gran fila que formábamos todas dirigía miradas tímidas y suplicantes de uno á otro extremo. La superiora también parecía confusa.



EL BANQUETE, cuadro de James D. Linton

«Vamos á ver, dijo pasado un momento que á todas nos pareció un siglo, ¿quién de ustedes, señoritas, acompaña á Gregoria? La que quede suelta vendrá conmigo y luego pasará el rosario en el rezo de la tarde.» Ninguna contestó, y yo que tenía enfrente á Gregoria tuve miedo de la palidez que cubrió su semblante; dejó caer las rosas que tenía en la mano, y su barba temblaba como si estuviese tiritando de frío. Todas las niñas renegaban en su interior de aquella desagradable escena, pero ninguna daba un paso adelante; yo también me hacía la distraída mirando mi libro de oraciones, pasando y repasando las estampas como si nunca las hubiese visto; tenía oprimido el corazón, sentía afluir mi sangre á la cabeza y un buen pensamiento me aguijaba hacia adelante: miraba con los ojos arrasados en lágrimas un retrato del Salvador que tenía como registro en mi libro; aquella hermosura sobrehumana atraía mis miradas; el corazón encendido en vivas llamas que mostraba el Divino Jesús parecía mover é impulsar el mío hacia Gregoria; la dulce é inefable armonía de aquel semblante, pobre trasunto de la belleza de Dios, pareció engrandecer y acentuar sus líneas mirándome airado: recordé las palabras del capellán, sufrí en un momento todas las amarguras que había devorado Gregoria desde que entró de compañera en el colegio, y avergonzándome de mí misma, las lágrimas nublaron mi semblante, y rápida como el pensamiento retiré bruscamente á mi pareja y me lancé en los brazos de Gregoria, á quien estreché fuertemente contra mi pecho, obligándola á levantarse del suelo, sobre el cual había caído de rodillas.

III

Así las cosas, sobrevino una gran novedad en mi vida, hasta entonces tan apacible y feliz. Mi padre, que ejercía la abogacía con mucho éxito, fué encargado de un negocio de gran interés por un antiguo amigo suyo. La importancia del encargo y el tenerse que seguir el pleito fuera de la ciudad en que vivíamos y en provincia muy distante de la nuestra, le preocupó algunos días, decidiendo, por último, acompañarse de mi mamá, y en cuanto á mí, colocarme de interna en el colegio el tiempo que durara su ausencia, que serían tres ó cuatro meses á lo sumo, según sus cálculos. Mucho sentía aquel contratiempo que me separaba de mis padres, aunque toda novedad en aquella época de mi vida me atraía y agradaba en el fondo. Luego que muchas de mis mejores amigas se hallaban de internas en el colegio, y así podría acompañarme de ellas más tiempo. Estas reflexiones que me hacía mi papá y la protesta de que de tiempo en tiempo había de venir á verme, para inspeccionar juntamente los demás negocios de que también estaba encargado, me acabaron de decidir de buen grado á entrar en el colegio, y así se acordó en definitiva, cuando llegase el momento de su viaje.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

(Continuará)

EL ARTE ESPAÑOL

Si violento contraste ofrece la variedad de nuestras provincias, todo inspira en ellas arte, grandeza y poesía. El espíritu más prosaico elévase en alas del entusiasmo al ver armónicamente enlazadas las diversas cuanto maravillosas galas de la naturaleza, con la variedad de la producción, los recuerdos gloriosos unidos á los monumentos augustos de pasados tiempos, las sencillas costumbres de los habitantes de determinadas comarcas con su indomable arrojo en la guerra, los melancólicos zortzicos del país vasco con los plañideros ó voluptuosos ritmos de la región meridional, los restos venerandos de la antigua pujanza artística é industrial con las gallardas manifestaciones de las creaciones modernas. Artistas y artífices, romanceros y trovadores, poetas y filósofos, ascetas y noveladores, moralistas y satíricos, son, hoy como ayer, la genuina expresión de nuestro modo de ser, de pensar y de sentir, asumiendo todos la representación de la sociedad española en los diversos períodos de nuestra historia, como los monumentos revelan las creencias y costumbres nacionales, las artes nuestra cultura y la industria nuestra grandeza y poderío.

Formada España por la reunión de diversos Estados, en los que dejaron impresas indelebles huellas las razas que por su fuerza expansiva cumplieron su destino colonizador ó de conquista, ofrece un laborioso proceso histórico para llegar á la constitución de la unidad nacional. Pueblos hermanos, fecundados por la misma savia, aparecen separados, cual si el conjunto de la península no obligara ya á la conjunción; persiguiendo, al procurar cada uno de ellos su independencia, en el glorioso período de la Reconquista, el ideal de la unificación. Comprténdese, pues, que este conjunto de nacionalidades segregadas de la madre común, significa una disgregación de fuerzas, una variedad de creaciones, una diversidad de producción, propias y significativas de las aspiraciones de cada región, precisas, porque sin la reunión de actividades no hubiera sido posible la existencia de aquellos Estados que debían funcionar normalmente á impulsos de su producción regulada por el poder gubernamental.

Purificadas las ideas y las costumbres por la desgracia, renació, al iniciarse la Reconquista en las asperezas de Asturias, Navarra y Cataluña, el espíritu guerrero, que aliándose á la fe religiosa, logró crear monarquías, vigorizadas por la fe y el patriotismo, que al recoger las tradiciones del reino godo, modificaron y transformaron paulatinamente todas las manifestaciones políticas, sociales y artísticas.

Los árabes por su parte, al venir á España, trajeron consigo la tradición de la filosofía griega y de las ideas platónicas y aristotélicas, sobre las cuales se desarrolló su cultura filosófica, y el ideal artístico de Oriente, traducido en sus afiligranadas construcciones, sencillas en sus muros, pero cuajadas de riquezas; sus armas ostentosas, sus telas y tapices inestimables, exornados con complicadas labores y dibujos, sacando de la geometría inmenso caudal de combinaciones. La misteriosa quietud de sus estancias, los estrechos aljamíes, su inclinación á los perfumes, sus cantos populares, expresión gráfica de sentimientos guerreros ó eróticos, trasunto fiel de la vida real, revela todo la índole epicúrea y artística de aquel pueblo, que durante el período de su dominación buscó su engrandecimiento, á la par que la forma más práctica y bella de satisfacer sus necesidades y caprichos.

Unida la creencia al concepto patrio, la religión á la nacionalidad, formóse de nuevo el pueblo cristiano, y la heterogénea población de España recogió de la dominación goda los últimos fulgores de su cultura, y obligado á combatir por su patria y por su fe, aportó al templo, síntesis de sus ideales, sus esfuerzos creadores y las muestras de su progreso, manifestando en la fábrica cristiana la fecundidad del simbolismo que brota de su pasmosa idealidad. En sus muros y portadas esculpió las páginas de historia ó de moral; en los capiteles de las columnas que sustentan las majestuosas arcadas, sátiras mordaces de flaquezas ó vicios, sus esperanzas ó sus aspiraciones, y en las vidrieras, frisos, sillas de coro y claves de bóveda dejó impreso todo cuanto habla al sentimiento y á la imaginación, conduciendo al espíritu cuanto signifique bondad y grandeza.

Los hechos demuestran incontestablemente cuán provechosa fué para el arte patrio la recíproca influencia que ejercieron entre sí los árabes y cristianos, á pesar de sus contínuos combates y algaradas y de su respectiva y antitética situación. Ya al comienzo de la invasión muslímica continuaron los mozarabes, á juzgar por la descripción de varios historiadores, las tradiciones artísticas del reino visigodo, y sus arquitectos y artífices prosiguieron trabajando con sujeción á los antiguos moldes y conceptos, conforme lo atestiguan las obras que han llegado hasta nosotros, salvadas milagrosamente, á través de las conmociones de los siglos. Artífices cristianos contribuyeron por su parte á levantar mezquitas y palacios, cuyos restos aun hoy sorprenden y maravillan, debiéndose la construcción de algunas basílicas, cas-



LA CONFESIÓN, dibujo de Huberto Herkomer



LA LANCHA PERDIDA, cuadro de Souza-Pinto. (Salón del Campo de Marte, París, 1890.)

tillos y señoriales moradas á la habilidad é inteligencia de alarifes andaluces.

A medida que los nacientes Estados fueron ensanchando sus límites, obligando á replegarse á los invasores, creció la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos; de manera que así como en el período de tiempo que media del siglo VIII al XI se desenvolvió y acrecentó la influencia de los árabes, empezó á crecer del XI al XIII la importancia de la sociedad cristiana, que recogió la tradición artística de sus enemigos para amoldarla á su esencia y constitución. Así vemos que llega un período en que se acuñan monedas con leyendas arábigas y latinas y se redactan instrumentos públicos en ambos idiomas; que muchos vocablos árabes forman parte del romance vulgar, y que las joyas, armas y tejidos de carácter oriental sirven de atavío á los castellanos y aragoneses, cual si fuese el gusto dominante, á cuya influencia debieran doblegarse.

Los extranjeros, especialmente franceses, que vinieron á la conquista de la imperial Toledo, fueron las primeras influencias extrañas á los dos elementos peninsulares que cedieron ante la enérgica protesta del ascetismo, que por medio de uno de sus más grandes apóstoles predicó el amor y el dominio del espíritu sobre la materia y la fuerza. Pasó también la autoridad moral de la Religión y de la Iglesia, como gigantesca ola, dejando huellas indelebles, y generalizáronse las artes, que no fueron ya patrimonio exclusivo de árabes y judíos; formáronse gremios, cofradías y ferias en las ciudades principales, iniciándose el movimiento industrial y comercial para aumento de bienestar y riqueza. Llega por fin la época en que los caballeros hacen alarde de su valor y gentileza en justas y torneos; el canto de los trovadores resuena en los castillos, convertidos en lugares de placer; márcase una división entre la poesía popular y la erudita, y sustituye á la pobreza y austeridad de los primitivos tiempos la ostentación en las ropas, armas, arneses y preseas.

Tras el siglo XV, en el que á modo de crisol se refunden todas las manifestaciones peninsulares, viene la reforma política y social realizada por los Reyes Católicos, que concentra todas las ideas de ciencia, arte y progreso; de manera que cuando aparece el Renacimiento, tiene ya el arte español historia y personalidad, vida y pujanza. Las raíces del árbol patrio, repletas de savia, envían al trono torrentes de vitalidad; prodúcense hermosos frutos, y comienzan para algunas artes, como la pintura, sus gloriosos anales modernos.

Ya hemos dicho que durante la Edad media concéntranse en el templo las manifestaciones más importantes del arte. Allí, en aquellas construcciones levantadas por la fe y el patriotismo, deben buscarse esas riquezas artísticas, cuya maravillosa ejecución es aun hoy causa de asombro. No sin respeto pueden admirarse los trabajos en hierro, bronce y metales preciosos, los esmaltes, las tallas en marfil, madera y piedras preciosas, los bordados y encajes, los mosaicos, los vidrios, las pinturas y miniaturas y cuantos tesoros fueron acumulados por aquellos hábiles é inteligentes artistas.

En las construcciones civiles, en las moradas señoriales, hacen gala también los artistas y artífices de su ingenio y fantasía, utilizando la variedad de elementos de que disponen. Cúbrense los muros de relieves, y los azulejos sirven de motivo de decoración, en tanto que los anchos sillones de vaqueta, las arquillas, cuadros, tapices, armas y otros artísticos objetos, constituyen el mueblaje y decoración de espaciosos salones, presididos por la monumental y esculturada chimenea de mármol.

Los esmaltes, joyería y platería alcanzaron gran perfección. De ello son testimonio las cruces, custodias, relicarios, cálices, platos, jarrones, armas y otros mil objetos, así como las admirables obras de filigrana ejecutadas en botones, herretes y joyas por los célebres *plateros de plata* y los que acreditaron su maestría en los *Libros de Pasantía* de los plateros de Barcelona, conservados en la Diputación provincial.

Dan testimonio de las obras de hierro las rejas, chatones, llamadores, candelabros, verjas, etc., construídas por los maestros de Toledo, Salamanca, Alcalá de Henares, Barcelona, Sevilla, Gerona, Granada, Tarragona, Segovia, etc., que dejaron en ellas pruebas de su buen gusto en el diseño y de maestría en la ejecución.

No menos importancia reviste la fabricación de armas y el repujado, nielado y grabado, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias ó imitando las obras de los célebres artífices milaneses.

Los guadamaciles de Córdoba, Málaga, Ciudad Real, Valladolid, Lérida y Barcelona lograron gran estima y merecido renombre hasta el extremo de servir de preciado adorno, bajo diversas formas, en los templos, en las cámaras de los reyes y en los palacios de los magnates.

Cuanto á la talla de madera y marfil basta examinar los muebles y las sillerías de coro para comprender su desarrollo y perfección. La cerámica, que empezó por ser una imitación de la arábiga, logró igualarse con aquélla, siguiéndose sus tradiciones, tanto en los dorados y metálicos reflejos como en los esmaltes sobre el barro, en las fábricas de Granada, Calatayud, Valencia, Mallorca, Málaga y Manises, así como las de Talavera y Sevilla sucumbieron después á la influencia italiana y las de Allora y el Buen Retiro ajustáronse en la forma y ornamentación á los modelos franceses.

Almería, Barcelona, Valencia, Toledo, Cebreros, Cadalso, San Martín de Valdeiglesias y La Granja distinguiéronse desde el siglo XIII al XVIII por sus notables vidrios, algunos de cuyos ejemplares pasan por productos venecianos en los museos y colecciones particulares.

En tejidos y sedas, de los que se conservan tan raras como valiosas obras en *brocados*, *ricomases*, *sirgos*, *glizos*, etc., basta recordar las fábricas que existieron en Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, Granada y Talavera, y respecto de los bordados de seda y oro atestiguan su mérito los ornamentos y vestiduras antiguas de nuestros templos. Los encajes y blondas aún hoy gozan de gran fama en el extranjero y se celebran las admirables labores de las encajeras catalanas, y las fábricas de tapices de Madrid, el Pardo, Escorial y Barcelona procuran todavía sostener el buen nombre de esta industria.

A fines del siglo XV y comienzos del XVI figuraba España á la cabeza del movimiento artístico é industrial de Europa. Toledo, Sevilla, Segovia, Medina del Campo, Valencia, Barcelona y otras populosas ciudades eran los Manchester, los Sedán y los Lieja de aquella época. Segovia, que producía los mejores paños del mundo, empleaba en su fabricación más de 40.000 obreros: Sevilla, tenía en actividad 16.000 telares de seda; Toledo ocupaba en sus industrias de armas, tejidos de seda y lana, curtidos, joyería, platería y guantes cerca de 50.000 operarios, y tanto Medina del Campo en la fabricación de medias como Valencia con sus famosas sederías y Córdoba con sus no menos celebrados curtidos sostenían algunos millares de obreros y constituían otros tantos centros de la producción nacional.

Cual si al eclipsarse para España el sol de su antigua grandeza trocáranse en noches los claros días del espíritu nacional, paralizándose el movimiento creador que tantas bellezas produjo, así desaparecieron con el poderío las manifectaciones industriales y artísticas, conservándose de ellas, durante un largo período de tiempo, el gratísimo recuerdo de su pasado esplendor. Apagóse en los talleres el ruido producido por los escoplos y martillos, telares y batanes; extinguióse el fuego de las fraguas; quedaron desiertas las lonjas ó centros de contratación, y sólo el fragor de las armas y el tañido de las campanas anunciando las fúnebres ceremonias del Santo Oficio percibíanse en las silenciosas ciudades españolas, antes alegres y bulliciosas. Las sucesivas expulsiones de judíos y moriscos, las conmociones políticas, las guerras y las contiendas civiles ahogaron en distintas ocasiones los laudables intentos de los que trataron de reivindicar para el arte patrio su antiguo renombre y continuar la senda tan brillantemente trazada por aquellos con cuyas obras nos envanecemos. Estos que pudiéramos llamar débiles ensayos, aislados y sin norte fijo, mas siempre con el laudable empeño de reconquistar la perdida independencia, iniciaron, á pesar de su incierta marcha, la evolución cuyas brillantes manifestaciones podemos hoy apreciar, que han de conducirnos á la postre á alcanzar para España el lugar que le corresponde entre las naciones cultas. Cierto es que es joven, – pues apenas cuenta veinte años; – pero aun así, muéstrase ya potente y vigoroso, dando muestras de esa virilidad iniciadora de las grandes creaciones.

El foco revolucionario, si tal puede llamarse, reside en Barcelona. Aquí se ha iniciado el renacimiento industrial y artístico de España, y aquí, gracias á la iniciativa particular, se ha constituído un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo tiempo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación, la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones, los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí que exista platería y mueblaje artístico en todas sus formas y aplicaciones; vidriería de color á la usanza de los tiempos medios; tapicería, bronces de arte, fundición artística, cincelado, batido y repujado, y por último la pintura y la escultura, puesto que á la ya numerosa pléyade de pintores y escultores catalanes, se agrega la de los artistas de las demás provincias que acuden al calor de este que pudiéramos llamar centro del arte.

Con tan valiosos elementos mucho puede lograrse. De ahí que abriguemos la esperanza de que en día no lejano podamos ver enlazado el glorioso pasado de nuestras artes é industrias con los nuevos conceptos de las creaciones modernas.

A. GARCÍA LLANSÓ

NUESTROS GRABADOS

El banquete, cuadro de Jaime D. Linton. – De Linton puede decirse que nació para ser pintor; en lo que de su vida elcanza su memoria, recuerda que las primeras aficiones que sintió en su niñez fueron para la pintura. Linton á los veintitrés años expuso su primera obra, que fué para él el primero de una serie no interrumpida de éxitos.

Cuenta en la actualidad cuarenta y un años y en Inglaterra se le reputa como uno de los primeros pintores de acuarelas, debiéndose á él la existencia y el florecimiento del Real Instituto de acuarelistas. Como pintor al óleo no es menos celebrado, y el Instituto de pintores al óleo le elevó en 1884 al honroso cargo de su presidente.

De lo que vale en este último concepto puede juzgarse por *El banquete*, que reproducimos, y en el cual no hay un detalle de composición ni de ejecución que no acuse el alma y el pincel de un verdadero artista; por él se ve cuán cuidadosamente estudia Linton el efecto del conjunto, dando vida y realidad á cada una de las figuras y distribuyéndolas y agrupándolas con exquisito gusto, y con cuánto cariño trata las minuciosidades al parecer más insignificantes, comprendiendo que en el arte pictórico, como en todas las bellas artes, cualquier elemento bien entendido es factor más ó menos importante de la armonía, tan necesaria en las obras estéticas.

La confesión, dibujo de Huberto Herkomer. – El autor de este dibujo, el ilustre profesor de Oxford, dice á propósito del mismo que copió la escena en él representada en una de las Cartujas que visitó durante su reciente viaje á Italia. Casi resulta innecesaria esta manifestación; con sólo contemplar su obra comprende aun el menos avisado en materias artísticas que tanta verdad como la conseguida en tal dibujo no se obtiene apelando á recuerdos que nunca tienen la intensidad de lo presente, ni á modelos de oficio, que si de un modo más ó menos convencional llegan á adaptarse á la postura y al traje de los personajes que se les quiere hacer representar, son incapaces de identificarse con su modo de ser y con los sentimientos que pueden animarles en un momento dado.

Examínense como se quiera los dos monjes que en *La confesión* figuran, analícense los más insignificantes detalles de sus expresivos rostros, estúdiense escrupulosamente sus actitudes, siéntase hondamente la impresión que de la escena se desprende y dígase luego si hay manera de lograr un conjunto tan acabado como el que el dibujo nos ofrece, sin tener á la vista lo que el lápiz va produciendo en el papel.

Cierto que para llegar al resultado á que el dibujante inglés ha llegado, se requiere un sentimiento artístico de primera fuerza y son precisos conocimientos técnicos excepcionales; pero uno y otro se aunan de tal suerte en Huberto Herkomer, que de larga fecha su nombre, como pocos popular en Inglaterra, es universalmente y con justicia admirado en el mundo del arte.

La lancha perdida, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude (Salón del Campo de Marte, de París. 1890). – Los dramas del mar han servido de asunto á gran número de cuadros, y á la verdad que pocos temas se prestan mejor que éste á los pintores para hacer gala de su talento, ora traducido en escenas grandiosas en que el hombre lucha en vano desde frágil nave contra los elementos embravecidos, ora manifestado en notas de sentimiento cuando suponiendo acaecida la catástrofe se complace el artista en presentarnos las amarguras que de ella son consecuencia.

De este último modo lo ha tratado Souza Pinto; nadie que viera la tranquila superficie del mar que en el fondo de su obra se distingue, adivinara que sus rizadas olas ha poco se encrespaban y sepultaban en sus abismos al infeliz marino que las surcaba buscando el sustento para su familia; pero nadie que se fije en las dos interesantes figuras que en primer término aparecen, vacilará un momento en afirmar la existencia del drama que arrebató la vida de un ser querido. Aquel llanto de la hija en que se desbordan los más tiernos afectos; aquella actitud pasiva, aquel rostro poco menos que inanimado, aquella mirada fija en el horizonte con que la infeliz viuda parece sondear la inmensidad del Océano cual si esperara todavía ver llegar, como en días venturosos, al esposo amado, no dejan duda alguna en el ánimo del espectador; la desgracia es cierta, la lancha se ha perdido, el mar ha inmolado una nueva víctima.

El cuadro de Souza Pinto, sublime por su misma sencillez, rebosa sentimiento; pero ésta, con ser tan valiosa, no es la única cualidad que en el lienzo se admira; la pintura está tan magistralmente ejecutada, que desde este punto de vista la obra cautiva tanto á los ojos, como bajo el otro concepto indicado habla con elocuencia al corazón.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD



I

LOS PRIMEROS ACORDES

El desgraciado cuya extraña historia voy á referir aquí, me exigió en su última hora la promesa de no revelar hasta después de su muerte el terrible secreto de su vida.

Llegado es el momento en que, sin temor de herir ninguna susceptibilidad de familia, puedo al fin dar cumplimiento á mi promesa; pero hay en esa historia ciertos incidentes con que estoy relacionado de una manera tan íntima y por una serie de acontecimientos tan extraordinarios, que no podría dar principio al relato sin hacer mención de algunas particularidades de mi vida.

Comencé muy joven á ejercer la profesión de médico, á pesar de las objeciones de mis padres, cuya familia pertenecía á esa clase de la sociedad que desprecia toda carrera, excepto la del servicio del Estado. Mi padre era francés, mi madre alemana, y yo hijo único. Apenas cumplía tres años cuando el autor de mis días murió, y solamente pude conocerle por una pequeña miniatura que le representaba como oficial de caballería, muy joven aún.

En 1806 hallábase con su regimiento de guarnición en Turingia; allí trabó conocimiento con la familia de mi madre, enamoróse de ésta y pidió su mano. Ya se comprenderá que semejante proposición por parte de un extranjero y de un enemigo, fué rehusada políticamente; pero mi padre no podía resignarse á esta negativa, y después de haber acompañado al emperador á Erfurt, en 1808, presentóse de nuevo á la familia de mi madre para renovar su demanda. Esta vez, la constancia de su afecto allanó todos los escrúpulos, y el matrimonio se celebró apresuradamente. Mi madre fué á establecerse en Francia con su esposo, y yo nací en Saint Cloud en 1809. Tres años después, mi padre fué llamado de nuevo á las armas; al separarse de mi madre prometióle que aquella campaña sería la última, y su promesa se cumplió cruelmente, pues pereció en las minas de la Beresina.

Mi madre volvió á reunirse con su familia, llevándome consigo, y una vez en Alemania ya no salió del país, donde la única ocupación de su vida se redujo á educarme. Entregada á su dolor, no quiso jamás volver á casarse, y su hondo pesar y su semblante, velado siempre por una expresión de profunda tristeza, hicieron que cada día fuese más querida para mí la memoria de mi padre, á quien jamás debía conocer. Los crueles relatos que inspiraba á mi madre el horror de aquella desastrosa retirada, en la que su esposo perdió la vida, amargaron mi infancia, y sin duda á todas estas dolorosas impresiones debí la inclinación que me impulsó más tarde á elegir una carrera, cuyo objeto era aliviar y socorrer á la humanidad doliente.

Aunque mi padre hubiera servido á las órdenes de la República, no por eso dejaba de tener relaciones con los monárquicos. Segundón de una antigua familia legitimista, siempre había conservado con sus padres relaciones que aseguraban á su hijo buena acogida en el arrabal San Germán, y esta circunstancia, unida á las ventajas que yo esperaba obtener del progreso de la ciencia médica, me decidió á comenzar mis estudios en Francia. Al llegar á este país, en 1834, fuí testigo de los acontecimientos que aquí voy á referir. Todos los detalles de aquella escena se conservaron siempre grabados en mi memoria.

Había tomado yo pasaje á bordo del vapor *La Lorelei*, que prestaba servicio desde Maguncia á Colonia; era una hermosa mañana de primavera, y apenas hube perdido de vista las tres torres de la antigua catedral, encendí un cigarro y sentéme en un banco, no lejos de un hombre que ocupaba la misma posición enfrente junto á una mesita.

En el momento de salir de Maguncia había oído las notas de un piano, tocado sin duda por alguno que debía hallarse junto á las ventanas abiertas de una casa situada cerca de la orilla; el instrumento estaba desafinado, y el ejecutante (tal vez un niño) hacía inútiles esfuerzos para producir las notas exactas de un antiguo aire alemán que yo sabía de memoria. Cuando el alma se inclina á la meditación, sin que nuestro espíritu tenga un asunto especial para reflexionar, la más insignificante impresión exterior basta á menudo para que se determine la dirección que ha de seguir una larga serie de pensamientos y de ideas. Yo estaba precisamente en esa disposición vaga y meditabunda; en aquel instante me acordaba de mi pequeña ciudad natal, que sin duda no volvería á ver en mucho tiempo, y evocaba la visión de uno de sus raros edificios públicos, donde había pasado algunas de las horas más felices de mi vida. Este edificio servía, según las circunstancias, para dar conciertos ó cantar óperas.

Yo soy músico, aunque muy mediano; pero no hay arte que me impresione y entusiasme tanto como la música, y por eso no había faltado nunca voluntariamente á las funciones que allí se daban, teniendo siempre buen cuidado de ocupar mi sitio antes de que comenzara la orquesta.

Aquel aire de Alemania, que una mano torpe mutilaba en un piano desafinado, evocó en mi mente recuerdos y toda clase de ideas fantásticas, que muy á menudo habían cruzado antes por mi espíritu al oir á los músicos templar sus instrumentos.

La corriente de estas ideas me condujo muy pronto al reino de los sueños; parecíame no estar ya en el puente del vapor, sino en la antigua sala de conciertos, y me figuré que contemplaba la orquesta.

Vacía al principio la sala, obscura y muda, iluminábase poco á poco, se llenaba de músicos que con extraños ademanes ocupaban su asiento, cogían sus instrumentos y los templaban, y entonces produjose un caos de sonidos discordantes, los cuales, sin embargo, no carecían de dulzura. De repente, entre aquel ruido vago y confuso, resonó una nota de oboe, de tan enérgica y profunda expresión, que perturbó mi alma de un modo extraño, pareciéndome que anunciaba la aproximación de algún acontecimiento sobrenatural.

De aquella crisis nerviosa ocasionada por los lejanos sonidos de un mal piano, distrajéronme las voces de algunos viajeros que, sin echarlo de ver yo, habíanse colocado entre mí y el hombre solitario, sentado siempre junto á su mesita. La charla de aquella gente me llamó al fin la atención, porque se repetía de continuo una misma palabra, y sin saber yo por qué ni cómo, en aquel momento el estado normal de mi espíritu prestaba á esa palabra un alcance misterioso. Resonaba en mi oído precisamente como la nota aguda del oboe en mi orquesta imaginaria, y parecía renovar en mí el presentimiento de un suceso lúgubre. No podría, sin embargo, explicar esa sensación, pues la palabra que la produjo no era sino el nombre muy conocido y hasta trivial de *Lorelei*.

De nuevo habían sido cargados los dos pequeños cañones con que habíamos saludado al *Rheinstein* después de salir de Maguncia, y nos acercábamos al sitio donde nuestro vapor debía tributar semejantes honores á su madrina mística. Mis compañeros de viaje discutían sobre las numerosas leyendas que circulan respecto á esa hechicera.

Una joven alemana, muy sentimental, y que hablaba con un marcado acento berlinés, parecía empeñada en defender á la bella mágica, á la cual se tildaba de antropófaga; el entusiasmo de aquella exaltada señorita parecía únicamente inspirado por la presencia de un joven subteniente que se había sentado junto á ella en el mismo banco.

El oficial, no obstante, dijo con frialdad que no veía nada extraño en la detestable costumbre que tenía *La Lorelei* de terminar sus conciertos ahogando á su auditorio.

—Todo aquel, añadió, que sea capaz de contemplar sin emoción y sin compadecerse la agonía de una persona que se ahoga, es en el fondo de su alma mil veces más criminal que el asesino impulsado al crimen por un acceso de pasión.

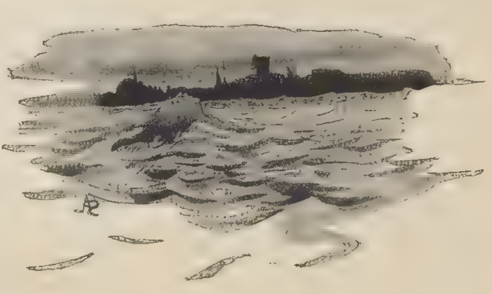
Un ruido estrepitoso interrumpió aquí las conversaciones; la mesita que estaba frente á mí había sido derribada y acababa de caer á los pies del subteniente; todos volvimos la cabeza. El hombre solitario había abandonado sin duda su sitio antes de suceder esto, sin que yo notara hasta entonces su ausencia; pero al mirar á mi alrededor para ver cuál era la causa del ruido, observé que aquél se paseaba con lentitud en la extremidad del puente.

Aquel hombre vestía de negro, pero su ropa se ajustaba tan bien á su persona, que se hubiera creído obra de la naturaleza; todo su conjunto era tan sencillo, y por decirlo así, tan discreto, que á pesar de haberlo visto ya todos, ninguno de nosotros lo había notado.

Mas entonces, al observarle por primera vez con atención, me admiró la gracia y dignidad de sus modales, y no podría decir si me pareció grande ó pequeño, rubio ó moreno, feo ó hermoso; pues hay personas cuya apariencia no deja en nuestro espíritu más que una impresión indefinida de armonía y de calma, que la percepción de un solo rasgo particular bastaría á desvanecer. Esas personas nos recuerdan paisajes en los que la suave uniformidad del crepúsculo ha borrado todos los detalles positivos y vulgares. El hombre que yo observaba de lejos era una de esas personas. Tenía el aspecto, difícil de describir, de un ser de raza pura; la expresión de su rostro no atraía ni desagradaba; pero revelábase en ella que aquel individuo no era susceptible de una intimidad cualquiera.

Necesité un esfuerzo de memoria para convencerme de que le había visto sentado largo tiempo en medio de aquel pequeño grupo de habladores, ninguno de los cuales le había dirigido una sola palabra.

Parecíame, no obstante, que había una relación



íntima entre las impresiones de éstos y las mías respecto de aquel desconocido, pues apenas se hubo separado de nosotros, todos comenzamos á hablar de él cual si hubiera sido desde el principio de la conversación el único objeto en que pensábamos. Instintivamente dímosle el sobrenombre de *Caballero enlutado*.

–¿Qué diablos tiene esta mesa?, dijo uno de mis compañeros de viaje al camarero que se acercaba para levantarla. Nadie la ha tocado.

–No hablemos del diablo, repuso otro, pues le haríamos volver.

Y nos señaló con el dedo el hombre solitario.

–¡Cómo!, exclamaron los del grupo á la vez. ¿El *Caballero enlutado* sería?... ¡Es imposible!

–¿Imposible? ¡Oh, no! Ahora mismo, cuando el señor teniente nos hablaba de *La Lorelei* os juro que le he visto levantarse de su asiento como un autómata movido por un resorte y derribar la mesa.

Nada podía ser más sencillo y natural que esta explicación, y por lo tanto yo fuí el único á quien no convenció del todo. Un movimiento tan brusco y torpe como el que se atribuía al misterioso viajero no cuadraba con la idea que me había formado del *Caballero enlutado*, sin contar que esto reducía á la nada toda mi teoría intuitiva. Sin embargo, nadie escuchó mis argumentos, y como la opinión general se declaraba contra la mía, renuncié á una discusión que comenzaba á parecerme odiosa é irritante.

Entretanto, nos acercábamos á la roca de *La Lorelei*, y yo me dirigí hacia la parte avanzada del puente para disfrutar mejor de la vista de aquel lugar famoso. Al pasar por delante de la chimenea del vapor vi otra vez al misterioso extranjero; estaba con los brazos cruzados mirando el agua, que parecía hervir alrededor de la rueda, y cuya violencia ofrecía singular contraste con la impasibilidad del hombre que la contemplaba.

Entonces recordé las palabras del subteniente, y preguntéme cómo se conduciría aquel hombre si alguno se ahogara á su presencia.

¿Pediría socorro?

¿Excitaría á los demás á salvar á la víctima, haciende sonar en los oídos de ellos una bolsa llena de oro, como el conde en la balada de Burger, *Vom vembra Manu*?

¿Se arrojaría él mismo al agua en detrimento de la dignidad de su actitud para salvar á su prójimo?

No pude contestar á ninguna de estas preguntas porque me parecía imposible que el *Caballero enlutado* eligiese una sola de estas alternativas sin perder su calma imperturbable. ¿No sería esta calma aparente una máscara que caería cuando la ocasión lo exigiera? El alma no necesita disfraz, pero si alguna vez le reviste, debe adaptarse con tal perfección que no se vea nunca en la necesidad de abandonarle.

«No, me dije; á menos que su apariencia no sea engañosa, ese hombre debe mantenerse frío á la vista de una catástrofe que produciría en cualquier otro espectador las más profundas sensaciones»

Pero aunque esta deducción de mi espíritu me pareciese lógica, no podía ni quería, por no sé qué sentimiento inexplicable, fijarme en ella, y experimenté como un alivio cuando la descarga de los dos pequeños cañones distrajo mi atención.

La Lorelei no tardó en contestar al saludo.

Un momento después resonó la campana de Saint-Goar.

Nuestro vapor moderó su marcha, y muy pronto acercóse un bote.

Los únicos pasajeros eran una mujer y un niño: la primera parecía pertenecer á la clase media; el segundo, echado sobre las rodillas de su madre, dormido sin duda, podía tener de cinco á seis años.

Oí al capitán gritar, y en el momento en que el maquinista daba contravapor, observé que el bote se agitaba sobre las olas artificiales producidas por aquella maniobra.

En el mismo instante resonó en mis oídos un agudo grito.

Era la voz de la mujer que acababa de ver en el bote.

–¡Jesús, María!, exclamó. ¡Mi hijo, mi hijo!

Todos los pasajeros se precipitaron hacia la parte del puente donde yo estaba cerca de la escalerilla.

Entonces vi que la pequeña embarcación zozobraba, y que dos marineros trataban de salvar al barquero, el cual había perdido el equilibrio al tratar de coger la cuerda.

Otro había saltado desde la escalerilla y consiguido salvar á la mujer en el momento en que iba á ser arrastrada bajo la rueda del vapor. Un instante después hallábase ya segura á bordo.

Pero ¿y el niño?... ¿Dónde estaba?

El último movimiento de las ruedas había dado impulso á nuestro vapor, y á larga distancia de éste veíase flotar sobre las olas un sombrerito de paja, cuyas cintas azules ondulaban á merced del viento.

Hubo un instante de silencio profundo, efecto de un espanto angustioso, y después oyóse un sordo rumor. El niño acababa de aparecer en la superficie del agua, y después de agitar sus manecitas hundióse de nuevo.

–¡Está perdido!, exclamamos nosotros.

No; la cabecita de la criatura reapareció segunda vez, destacándose como un punto negro sobre el agua espumosa; mas apenas acabamos de verla, un grito que partió de la obra muerta atrajo mis miradas en otra dirección, y distinguí en el agua la silueta de un vigoroso nadador que se dirigía hacia el punto negro.

Lenta y metódicamente el hombre avanzaba, maniobrando como si nadase por recreo; sus movimientos no indicaban ni afán ni esfuerzo alguno, ni tampoco temor ante el peligro inminente que amenazaba al niño. Había algo exasperante en aquella extremada indiferencia, y el instinto, que hace comprender á cada individuo de una multitud lo que los otros piensan, hízome comprender que en aquel momento el nadador era para todos los espectadores objeto de una impaciencia indignada más bien que de admiración. Comprendíamos que el nadador no hacía uso de la mitad de sus fuerzas.

El hombre llegó por último á pocas brazadas del niño, y hubiera bastado un enérgico esfuerzo para salvarle... Pero el nadador no le hizo, y perdióse la última esperanza. Con sólo alargar sus brazos robustos hubiera podido aquél coger el faldón de la pequeña blusa, que había desaparecido otra vez. La criatura no remontaba á la superficie, y la multitud profirió un grito de angustia y de reproche.

Mas el nadador no pudo oirlo porque también acababa de desaparecer debajo del agua; mis miradas se fijaron en el punto donde le habíamos visto sumergirse, y tan impresionados estábamos que pude oir la respiración oprimida de todos los presentes.

Un momento después, al doloroso silencio siguiéronse aplausos y gritos de alegría. Lejos del sitio donde le perdimos de vista, el nadador reapareció de repente; pero esta vez con el niño en sus brazos.

«¡Salvado al fin! ¡Loado sea Dios!»

Tal fué el grito que todos profirieron.

El hombre volvió hacia el vapor más perezosamente aún que cuando se alejaba; seguía la corriente, dejándose llevar por el movimiento del agua, é impeliendo ante sí, como cosa inerte, á la criatura que acababa de salvar, en la que sólo una ligera convulsión revelaba un resto de vida. El nadador, sin embargo, no parecía hacer el menor aprecio del niño que acababa de salvar de la muerte ni del interés de que era objeto, y con imperturbable calma llegó al vapor.

Una sola fisonomía de entre todas no revelaba ninguna de las agitaciones que acabábamos de experimentar; sola una mirada escapaba á mi penetración, mirada fría y enigmática que nada me permitía adivinar. Y cuando quise sondearla me estremecí, pues figuróseme oir de nuevo la nota aguda del oboe, que parecía venir de un mundo interior aunque lejano.

Por eso experimenté casi un sentimiento de terror cuando al levantar la cabeza vi una mujer joven, sola y sentada sobre la escotilla, dominando la multitud, como la hechicera en su roca fatal. Su belleza era extraña; era la hermosura fría, y sin embargo conmovedora, que las leyendas han atribuído á la terrible *Lorelei*. La mujer oprimía alrededor de su pecho un chal de seda que marcaba el gracioso contorno de sus hombros.

Al observarla, imaginé vagamente que debía haber estado en aquel sitio hacía largo tiempo, y que sin duda no la habría visto á no mediar un incidente (como ya había sucedido con el *Caballero enlutado*) que llevó mi curiosidad más allá de la trivial esfera en que no debían producirse dos apariciones de aquella naturaleza.

Se acababa de botar una barca para recoger al nadador, cuyos movimientos habíamos seguido con interés tan palpitante; cuando estuvo cerca colocó en ella al niño, negándose á saltar á su vez, y mientras que en el puente la multitud se agolpaba alrededor de la pobre madre para felicitarla cordialmente, el salvador de su hijo subió al vapor sin que nadie le viera. Nadie se ocupó ya de él, y ni siquiera me fijé yo tampoco en su regreso, pues hallábame fascinado aún por los ojos de *La Lorelei*.

De repente observé que el *Caballero enlutado* estaba delante de ella; pero ¡qué cambio en el aspecto de aquel hombre! Por primera vez me fijé en la belleza de sus facciones y en el noble aspecto de su persona. Parecía poseído de profunda emoción; hubiérase dicho que todo su ser estaba sometido á la influencia de una agonía moral, en la que se adivinaba una pasión inmensa, una súplica angustiosa.

Fría y muda como la muerte, la hermosa *Lorelei* contemplaba al *Caballero enlutado*.

El hombre se inclinó hacia ella, y con voz cortada por la emoción, murmuró estas palabras:

–¿Aún me dirás que nunca?

–Sí. ¡Jamás!...

Era la nota aguda del oboe.

El *Caballero enlutado* no replicó, pero noté en su rostro una palidez lívida. Muy pronto, sin embargo, sus facciones recobraron su expresión habitual, ó más bien dicho, su falta de expresión, y desapareció por la escalera en dirección á la cámara, silencioso é inadvertido.

Poco después me llamaron para prestar mi auxilio al pequeño náufrago y fuí á verle al punto.

Era la primera vez que ejercía como doctor en medicina; pero bastóme un buen examen para asegurarme de que un simple cordial le volvería todas sus fuerzas, y disponíame á extender la receta cuando un anciano ayuda de cámara se presentó ante la madre, y saludándola con profundo respeto, suplicóla de parte del señor conde de Roseneck y de su señora que tuviera á bien trasladarse con su hijo á la cámara que ocupaban, donde se habían preparado todas las comodidades necesarias para el niño.

Los viajeros en camino de hierro no son más que nómadas aislados, pero los que van á bordo de un vapor constituyen una comunidad, en la cual se forma una especie de opinión pública por medio de la libre discusión. Nuestra comunidad del *Lorelei* se había impresionado mucho por el acontecimiento del día, y todos se preguntaban:

«¿Quién puede ser el *Caballero enlutado*?»

Interrogado el mayordomo sobre este punto, nos contestó que aquel misterioso extranjero era el conde de Roseneck, poseedor de un inmenso mayorazgo en la Silesia prusiana; pero no sabía más.

La dama que tanto nos había llamado la atención era, por lo tanto, esposa del conde.

¡Una simple condesa silesiana! ¡He aquí el hecho trivial que mi imaginación sobrexcitada había rodeado de tantos misterios! Otros, no obstante, habían observado la indiferencia de la condesa ante la noble conducta de su esposo, «un hombre, decíamos nosotros, del cual se hubiera enorgullecido cualquiera mujer.»

La joven berlinesa que tan calurosamente había defendido la causa de *La Lorelei* legendaria, fué la que más se indignó por la falta de corazón que nos extrañaba en la imagen viviente de la cruel hechicera.

Sin embargo, el subteniente opinó que la acción del conde no merecía los elogios tributados, y esforzóse mucho para probarlo así.

–Cualquiera que haya estudiado, como yo, dijo, en la Schwimschule de Potsdam los verdaderos principios de la natación, os dirá que solamente la casualidad ha salvado esa criatura, á pesar de los esfuerzos torpes del conde.

–¡Cómo!, exclamó la berlinesa, ¿le parece á usted que el conde ha sido torpe?

–Mucho.

–¿Pues qué debía hacer para salvar mejor á la criatura?

–Es difícil de explicar, repuso el subteniente; pero lo hubiera demostrado salvando yo mismo á la criatura si no me lo hubiese prohibido el uniforme.

Un comerciante de Hamburgo que escuchaba con impaciencia aquella conversación, no pudo menos de observar que la pobre madre debía tal vez la vida de su hijo á los apreciables sentimientos que tan bien habían preservado de una mojadura al uniforme del subteniente.

–Bien sabido es, añadió, que el peligro más de temer en toda tentativa para salvar á los náufragos proviene de los esfuerzos que éstos hacen para escapar de la muerte por sí mismos. El conde hubiera podido fácilmente alcanzar á la criatura antes de hundirse; pero comprendió que sería mejor esperar á que sus fuerzas se agotasen del todo, y la cogió bajo la superficie en el momento preciso en que su pasividad facilitaba su salvación.

El subteniente no se dignó continuar la discusión y alejóse de aquel sitio, haciendo resonar sus espuelas y su sable y murmurando desdeñosamente: *¡Burger Philister!*

Entonces otro pasajero que no había tomado parte aún en la conversación, dijo que en Heligoland el conde de Roseneck era conocido en todas partes como hábil é intrépido nadador.

–Hace algunos años, continuó este pasajero, durante mi permanencia en aquella isla por cuestión de salud, oí los más maravillosos relatos sobre sus hazañas. Entre otras cosas de que aún me acuerdo, refiriéronme que cierta noche de tempestad una barca pescadora con cinco marineros naufragaba á la vista del puerto. El mar estaba tan alborotado, que ninguno entre los más intrépidos (y había varios que eran parientes próximos de aquellos infelices) osaba aventurarse para prestarles auxilio. La multitud contemplaba en la playa, poseída de angustia y desesperación, aquella espantosa desgracia, cuando de pron-

to un hombre, un extranjero, penetrando entre los espectadores, cogió un cable que no se había podido utilizar, y ató en la punta una cuerda muy corta que llevaba en el bolsillo. Después, sin pronunciar palabra, sumergióse en las rompientes. Que pudiera llegar al sitio del naufragio sin perecer, consideróse como milagro, mayor aún de lo que pudiera serlo salvar la tripulación poco después. Y ahora, caballeros y señoras, añadió el narrador, debo advertir que la persona á quien ustedes dan el siniestro nombre de *Caballero enlutado* es familiarmente conocida de los pobres pescadores de Heligoland bajo el calificativo más simpático de *Terranova*.

– ¡Ah!, exclamó la rubia berlinesa, ¡qué novelesco es eso, Dios mío! Rogaré á la señora condesa de *Terranova* que me dispense por la opinión que de ella formé. Puesto que su esposo es tan buen nadador, sin duda no tenía motivo para inquietarse, ni por ella ni por su marido.

– Muy bien puede ser eso verdad, dijo un hombre de majestuoso porte que nos pareció un consejero privado, pues he visto que llevaba en el ojal del pardesús una punta de cinta amarilla; pero yo sé por buen conducto que la condesa tiene la cabeza...

Y sin terminar la frase aplicóse un dedo á la frente con expresivo ademán.

– ¡Loca! ¿Está usted seguro? ¿Cómo ha podido saberlo?, preguntaron todos á la vez.

– Por una pura casualidad, contestó el consejero. El hecho es bien conocido en Silesia, y me lo refirieron el año pasado en Breslau. ¡Pobre mujer! Á mí me parece que el conde ha hecho mal en no someterla á un tratamiento médico, enviándola á Dobling, por ejemplo, pues allí se hacen curas maravillosas. De todos modos, dicen que el conde es el mejor de los maridos, y tan celoso en los cuidados que exige la salud de su infeliz esposa, que no puede soportar la idea de una separación, aunque sólo fuese por un día.

Este último detalle hizo cambiar de nuevo mis ideas.

– Caballero, dije al que hablaba, dispense V. la curiosidad de un estudiante en medicina; pero he tenido ocasión hace poco de ver á esa señora, y aunque observé en su fisonomía y sobre todo en sus ojos una expresión singular, confieso que no la hubiera atribuído á locura.

– ¡Oh!, repuso el consejero, yo no creo tampoco que sea locura tal como V. puede entenderla, caballero, y por lo mismo me he guardado bien de pronunciar esa palabra hace un momento. Yo supongo que es una especie de melancolía inofensiva, sin alucinaciones ni arrebatos; pero el aniquilamiento es total, según se me ha dicho. Á ello se debe que esa infeliz sea incapaz de interesarse por la menor cosa, ni de pensar en nada, y hasta ni siquiera se da cuenta de lo que ve. Es una especie de estupidez.

– Pero, repuse yo, en el esposo de esa señora, según hemos observado todos, no se manifiesta ninguno de tales síntomas, y sin embargo, he creído notar en sus ojos también una expresión especialmente extraña, aunque algo diferente. Tal vez debería yo decir que hay falta de expresión.

– Es posible, contestó el consejero. Yo creo que son primos.

– ¿No ha oído V. hablar nunca de alguna causa que pudiera determinar esa afección mental?

– Jamás; tal vez sea hereditaria. El conde tiene fama de hombre muy instruído, gran sabio, casi médico y de profundos conocimientos en la fisiología y la química. Tal vez haya hecho del caso de su esposa un estudio especial y esté convencido de que es incurable. Pero dispénsenme Vds., necesito mi saco de viaje y es tiempo de ir á buscarlo.



El «Caballero enlutado»

La marcha del consejero puso término á esta discusión, é imitando su ejemplo la mayor parte de los viajeros comenzaron á ocuparse de sus equipajes. El incidente ocurrido en Saint-Goar había retardado de tal modo la marcha de nuestro vapor, que el sol se había puesto casi cuando pasamos lentamente bajo las sombrías murallas de la vieja ciudad de Colonia.

El pequeño grupo se dispersó, pues, y yo me dirigí hacia la proa, entregado á una profunda meditación.

La noche estaba tranquila, y todo parecía dormir; las ruedas del vapor giraban lentamente, y nos deslizábamos sin ruido por la sombra de la antigua ciudad. En el horizonte, por la parte de Occidente, divisábanse todavía fulgores de un tinte anaranjado; y sobre ellos se elevaba la torre maciza de la catedral, destacándose sombría en el crepúsculo del cielo.

En la cúspide de aquella torre, semejante á un hechicero que mira desde la altura de su torreón, vi la enorme grúa, primer objeto entonces que se ofrecía á la vista de cuantos viajeros entraban en Colonia Su brazo gigantesco se extendía hacia el Drachenfels, cuyas canteras habían servido para levantar, piedra por piedra, la sombría construcción en que reposaba; y allí en un aislamiento entre el cielo y la tierra, semejante á una enorme ave de rapiña, la inmensa máquina parecía contemplar con tristeza la roca devastada.

Y al fijar mi vista en aquella solitaria imagen, parecíame que decía tal vez á la antigua roca: «¡Irreparable es el pasado, que te ha reducido á una ruina, convirtiéndome á mí en una soledad; reconciliémonos!»

II

APARICIONES

Durante el resto de mi viaje á París no me ocurrió ningún incidente, ni tampoco durante los tres primeros años de mi permanencia en la gran capital. Consagré este tiempo completamente á los estudios de mi profesión, y pasaba los días en los hospitales, examinando lo que el lenguaje poco sentimental de la medicina llamaba «casos interesantes.» Durante la noche estudiaba y tomaba notas sobre ellos en mi tranquilo alojamiento del muelle de San Miguel. A los tres años me consideré apto para practicar la medicina en mi país; pero no podía resolverme á marchar sin trabar conocimiento con esa exquisita sociedad parisiense que desde el tiempo del gran rey pasa en Europa por árbitra del buen gusto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL HIDRÓGENO

Una tempestad en un vaso. – Tomemos un vaso ordinario y echemos en él algunas recortaduras de cinc y ácido clorhídrico, de modo que unas y otro apenas cubran el fondo de aquél: inmediatamente se produce un desprendimiento tumultuoso de gases. Aproximemos, sin pérdida de momento, un fósforo encendido á la boca del vaso, y el gas arderá con una serie de explosiones exentas de peligro. Si tratamos de extinguir este incendio arrojando agua, no lo lograremos, sobre todo en los primeros momentos; antes al contrario, la llama se avivará; sin embargo, muy pronto reinará de nuevo la calma. El gas que ha ardido es el hidrógeno, uno de los elementos del agua.

Fig. 1. Aparato para obtener hidrógeno por medio de la descomposición del agua durante la operación. – Fig. 2. El mismo al terminar la operación

Nuestro aparato. – El hidrógeno se prepara siempre descomponiendo el agua por medio de un metal: en la industria se emplea el hierro; en los laboratorios el cinc.

Para la preparación de los gases es muy cómodo poner un aparato que permita obtenerlos á voluntad: esos aparatos, mal llamados continuos, más merecen el nombre de intermitentes. Los dispositivos al efecto empleados son en gran número, en su mayoría muy prácticos, y exigen un material considerable y un montaje muy esmerado.

He aquí una disposición sencilla que puede aplicarse también á la preparación de otros gases. Tómese un frasco de medio litro de cabida y de ancho cuello, que se cerrará con un buen tapón de corcho, provisto de dos agujeros, uno para dar paso á un tubo de embudo que hace las veces de tubo de seguridad para dar salida al agua acidulada si el desprendimiento fuese demasiado rápido, y otro por el cual se introduce un pequeño tubo de cristal encorvado en ángulo recto, en cuyo extremo se fija un tubito de caucho destinado á conducir el gas á la cubeta de agua en donde éste es recogido.



Fig. 3. Conductibilidad del hidrógeno

Con una lámina de cinc de 4 centímetros de ancho por 10 de largo que arrollamos en espiral formaremos un cilindro, cuyo diámetro sea menor que la abertura del frasco para que pueda penetrar en éste, y lo fijaremos en el tubo de embudo, bien sea por rozamiento duro, bien atándolo con un fuerte alambre de cobre, de manera que el extremo de aquél no quede obstruído.

Hecho esto, se llena con agua el frasco hasta la mitad de su altura, y se le añaden algunos centímetros de ácido sulfúrico, tapando en seguida el frasco con el tapón de corcho. El agua acidulada ataca el cinc (fig. 1) y el desprendimiento se efectúa.

Cuando ya no se necesita el gas, se levanta el tubo de embudo de manera que el cilindro de cinc quede fuera del agua (figura 2) y el desprendimiento gaseoso cesa en el acto.

De esta suerte puede disponerse de un aparato de confección fácil y siempre dispuesto á funcionar. Cuando no se haga servir durante un rato de una ó dos horas, es preciso tirar el agua acidulada y lavar muy bien el cinc para quitar el sulfato de cinc que sobre su superficie se ha formado.

Por este procedimiento podemos verificar los muchos experimentos á que el hidrógeno se presta, tales como la lámpara filosófica, la armónica química, la difusión, etc.

La ligereza del hidrógeno ha sido utilizada para la construcción de los aerostatos, aunque en muchos casos es para éstos preferido el gas del alumbrado, que si bien es más denso y tiene por ende menos fuerza ascensional, posee en cambio la ventaja de no necesitar ningún aparato especial, pues con sólo dar vuelta á una llave está hecho todo el trabajo. Esto no obstante, en 1878 el gran globo cautivo Giffard se hinchaba con hidrógeno preparado, en el mismo recinto reservado á los visitantes, con hierro viejo y ácido sulfúrico diluído. En la actualidad el hidrógeno desempeña un gran papel en la aerostación militar, puesto que los globos á este servicio destinado deben ser hinchados casi siempre en el campo, lejos de toda fábrica de gas. Un carro transporta todo lo necesario para la preparación del hidrógeno.

Durante la campaña del Sudán, los ingleses se servían también de los globos que hinchaban con hidrógeno fuertemente comprimido en tubos de hierro muy resistentes expedidos desde Londres.

El hidrógeno es buen conductor del calor y de la electricidad. – El aire y el gas, cuando son muy secos son malos conductores del calor y de la electricidad. De esta regla se exceptúa el hidrógeno, y ésta es una de las muchas razones que le aproximan á los metales, á pesar de su estado gaseoso á la temperatura ordinaria.

Dos elementos Bunsen y un pequeño aparato que nosotros mismos construiremos nos permitirán demostrar esta propiedad de una manera fácil y clara.

Fíjense verticalmente en una tabla de madera dos alambres de latón de 3 milímetros de diámetro por 10 centímetros de altura, colocados á una distancia de 15 milímetros uno de otro y unidos en su extremo superior por un alambre finísimo de platino (figura 3), y únanse los dos hilos procedentes de la pila á los extremos inferiores de los alambres, debidamente desoxidados por medio de un lavado de ácido azótico diluído ó de una ligera limadura. Abierta la corriente, el alambre de platino se pone incandescente, pues á causa de su pequeña sección ofrece mucha resistencia al paso de la electricidad; si entonces se cubre todo el aparato con un vaso ó bocal lleno de hidrógeno, este gas se inflama en la abertura de aquél, produciendo una pequeña explosión, y aunque la corriente continúa, el alambre de platino pierde su incandescencia; lo cual prueba que el hidrógeno es buen conductor, pues aumenta la sección del alambre de platino, del que, por decirlo así, forma parte, y disminuye la resistencia al paso de la corriente eléctrica. Retirado el vaso, el platino vuelve á enrojecerse.

Las mezclas explosivas y los balones de colodión. – Si se ponen en presencia el hidrógeno y el oxígeno en las proporciones que forman el agua (2 volúmenes del primero y 1 del segundo) y se aproxima á esta mezcla una llama, se produce una fuerte detonación y el vaso se rompe, á menudo no sin riesgo para el experimentador.

Para precaver todo peligro en el experimento puede encerrarse la mezcla en un balón de colodión, que se atravesará con un hierro candente, á cuyo contacto aquélla estallará con estrépito parecido al de un cañonazo, pero los fragmentos no serán peligrosos porque consistirán en pedazos de algodón que se dispersarán por el aire.

El colodión es una disolución de algodón nítrico en una mezcla de alcohol y de éter: el usado para nuestro experimento contiene un 4 por 100 de aceite ricino para que se seque más pronto, debiendo agitarse mucho la mixtura á fin de que se mezcle bien: este líquido, ya preparado así, se vende con el nombre de colodión ricinado.

Tómese un pequeño balón de cristal, viértase en él un poco de colodión, hágasele dar vueltas entre los dedos de modo que el líquido se distribuya uniformemente por su superficie, incluso el cuello, y déjesele secar durante tres ó cuatro horas boca abajo en un sustentáculo, como lo indica la fig. 4, con lo que el balón queda interiormente cubierto de una delgada capa de colodión que es preciso extraer sin romperla. Para ello se coge esta capa por los hilos de celulosa que penden alrededor del cuello, y separando con el dedo la parte superior de aquélla é introduciendo el dedo entre el cuello y la laminilla separada se vierte agua gota á gota entre uno y otra. Estas gotas hacen pronto presión sobre la pared del balón, se introducen entre ella y la capa de celulosa y caen al fondo levantando la capa. Cuando el balón está lleno de agua, fácilmente se quita el balón de colodión, en el cual se insufla aire para ver si tiene algún agujero.



Fig. 4. Fabricación de los balones de colodión

Para hincharlo con la mezcla explosiva se llena primero con ésta una vejiga de cerdo, montada en una espita, que luego se pone en comunicación con el balón y se oprime á fin de que se vacíe en éste por completo.

Cuando el balón está lleno colócasele en una mesa ó en el suelo y se le atraviesa con un hierro candente, produciéndose en el acto una detonación formidable que no deja en el lugar del siniestro más que algunos filamentos, únicos restos del experimento verificado.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ESPAÑOLES É INSURRECTOS. RECUERDOS DE LA GUERRA DE CUBA, *por el coronel retirado D. Francisco de Camps y Feliu.* – Testigo presencial de la mayor parte de los sucesos ocurridos durante esta guerra, y conocedor de los que no presenciara personalmente por datos auténticos y noticias fidedignas de sus compañeros de carrera, que como él derramaron su sangre por la patria en aquella campaña, relátanos el señor Camps, con aquella imparcialidad que prestan al juicio el perfecto conocimiento de los hechos y el amor á la verdad y con aquel estilo sobrio y lleno de vida que tan bien sienta á los que á las armas se han dedicado, y que empleado en descripciones exactas y animadas reproduce en rasgos vigorosos los recuerdos indelebles é interesa á los lectores como la presencia de la realidad misma.

La obra del Sr. Camps, desde el punto de vista histórico, es cual pocas completa: en ella está narrada la guerra de Cuba en sus menores detalles, desde los hechos de armas más sangrientos hasta las más ligeras escaramuzas, y en medio de la descripción de los sucesos desfilan ante los ojos del lector las personalidades más importantes que por ambas partes se distinguieron en aquella lucha.

En cuanto al criterio en que está inspirada, habla por nosotros el mismo autor, quien en el prólogo del libro dice: «...y si aplaudo á los que defendieron mi causa, también es cierto que mi lenguaje no ofenderá á los hombres que expusieron noblemente sus vidas y sus fortunas por una aspiración que la historia oportunamente juzgará.» Y como lo ofrece lo cumple en todas las páginas del libro, no perdonando los defectos en el hermano ni escatimando al adversario los legítimos méritos.

Los deseos que al autor animan están condensados en estas líneas que encabezan el libro: «Si mis recuerdos contienen

algo que pueda contribuir á la unión de todos los cubanos y de éstos con los peninsulares, se verán colmadas mis aspiraciones.»

La obra está editada por la casa A. Alvarez y Compañía (Muralla, núm. 40), de la Habana.

* * *

TABLAS GRÁFICAS TAQUIMÉTRICAS, *por D. Ricardo Codorníu y Stárico, ingeniero de montes.* — Consta este libro de siete tablas, litografiadas á dos tintas, para reducir al horizonte distancias medidas con estadia y calcular las coordenadas rectangulares de puntos determinados con instrumentos de graduación centesimal ó sexagesimal: en la 1.ª figuran los logaritmos de los números; en la 2.ª los de las líneas trigonométricas; la 3.ª da la longitud de las líneas trigonométricas naturales, y por la 4.ª se deduce directamente el valor de las coordenadas rectangulares de un punto; las 5.ª, 6.ª y 7.ª son análogas respectivamente á las 2.ª, 3.ª y 4.ª, sin más diferencia que estar construídas aquéllas para la graduación sexagesimal y éstas para la centesimal.

Acompañan á estas tablas, indispensables para la mayor rapidez de la deducción de los datos, 32 páginas de texto que explican el modo de utilizarlas y contienen numerosas fórmulas.

Véndese esta obra al precio de 6'50 pesetas en Madrid y 7 en provincias. Los pedidos deben dirigirse á la librería Gutenberg, calle del Príncipe, 14, Madrid.

* * *

FABRICACIÓN DE JABONES DE TODAS CLASES, *por D. F. Balaguer*, cuarta edición, aumentada con todos los últimos procedimientos. La mejor recomendación que podemos hacer de esta utilísima obra es el hecho de haberse agotado en pocos años tres numerosas ediciones. La que ahora anunciamos está ilustrada con 35 grabados, y en ella se trata con toda extensión de la composición y fabricación de los jabones blandos, en frío, de tocador, de huesos, veteados, blancos, de aceite de orujo, de color, diáfanos, de glicerina, de coco, caseros y otras muchas clases que la falta de espacio nos impide citar, y que hacen sea esta obra la más completa en su clase. Su precio es 4 pesetas en Madrid y 5 en provincias, remitida franca de porte y certificada, haciendo el pedido á la librería de Hijos de D. J. Cuesta, Carretas, 9, Madrid.



ESTUDIO DEL PINTOR GEZA PESKE. (Véase el artículo inserto en el núm. 479.)

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* — Notable es bajo todos conceptos el cuaderno 9 de esta importante obra, que hemos recibido. Con él, además de ocho páginas de interesante texto profusamente ilustrado con bonitos grabados intercalados, se reparte á los señores suscriptores seis magníficas fototipias.

Suscríbese en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de las demás provincias.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 16 de marzo de 1891 — Núm. 481

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS DE MEISSONIER



EL GRABADOR AL AGUA FUERTE, copia de un cuadro de Meissonier

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *La comedia de Echegaray* «Un crítico incipiente,» por doña Emilia Pardo Bazán. – *Meissonier*, por X. – *Gregoria (Episodio ejemplar)* (continuación), por Matías Méndez Vellido. – *Nuestros grabados*. – *El anillo de Amasis* (continuación). Novela original de lord Lytton, ilustrada por A. Besnard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Química recreativa*, por F. Faideau. – *La lámpara eléctrica del fotógrafo.*

Grabados. – *El grabador al agua fuerte*, copia de un cuadro de Meissonier. – *Juan Luis Ernesto Meissonier*, ilustre pintor francés, fallecido en 31 de enero de 1891. – *El filósofo*, cuadro de Meissonier. – *Polichinela*, cuadro de Meissonier. – *Jugadores de bolos*, cuadro de Meissonier. – *El ventorrillo*, cuadro de Meissonier. – *Una lectura en casa de Diderot*, cuadro de Meissonier. – *La casa de Meissonier en el boulevard Malesherbes.* – *Recuerdo al general norte-americano Guillermo Tecumseh Sherman* (de una fotografía). El general Sherman y su Estado mayor en las trincheras levantadas delante de Atalanta. – *La disputa*, cuadro de Meissonier. – «1814,» cuadro de Meissonier. – *¡A vuestra salud!*, dibujo de Wodzinski. – *El agua.* Análisis de un agua potable. – La lámpara eléctrica para el desarrollo de los clisés fotográficos. – *Estudio de la Sra. Hermione de Preuschen.* (Para las referencias correspondientes á este grabado, consúltese el artículo que con el título de *Estudios de algunos célebres pintores* se publicó en el núm. 479.)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Viaje á París de la emperatriz Victoria. – Su influencia en las Bellas Artes. – Los pintores franceses. – El paso de la emperatriz y de la princesa Margarita por Saint-Cloud. – Descripción y recuerdos de este sitio. – Las visitas de ambas princesas á Versalles. – Descripción y recuerdos de este palacio. – Un libro póstumo sobre las tierras egipcias. – Una solemne audición del poema de Parsifal en Madrid. – La última comedia de nuestro Echegaray. – Conclusión.

I

La última quincena de febrero y los primeros días de marzo caracterízanse por un hecho tan extraordinario como el viaje de la emperatriz Victoria y su hija la princesa Margarita desde Berlín á París. No corresponde á estas crónicas, meramente literarias y artísticas, juzgar tales hechos en su relación muy natural con la política, sino en su relación menos natural con las artes y con las letras. Un hecho, trascendente, y mucho, á la suerte de los Estados, empieza por conmover á las artistas. Y aquí entra la intervención lógica nuestra en el juicio que tal hecho merece. Nuestra Europa necesita para vivir de relaciones pacíficas entre sus pueblos. Lo que unos producen han de consumirlo por fuerza otros. Las ideas que unos encuentran, por necesidad han de servir á todos. Hay un cielo que se llama el espíritu público y un éter que se llama el ideal moderno en este mundo europeo, los cuales deberán por fuerza dilatarse á una sobre todas las frentes y mover todos los ánimos. Pues cuando no podéis retener los pensamientos y los productos humanos tras cada frontera y límite, no podéis fundar sociedades, tan efusivas, en el odio y en el combate. Las dos naciones que más en Europa se querían y se buscaban intelectualmente, fueron, á no dudarlo, Alemania y Francia. Existía en ésta una legión de publicistas y escritores consagrada con viva fe á revelar Alemania; existía en Alemania otra legión de publicistas y escritores consagrada también á revelar Francia. Estalla la guerra y se modifica todo esto. Los golpes dados al suelo nacional resuenan en el espíritu nacional también. Y los escritores, que representan á la patria desmembrada y á las generaciones sobre cuyo nombre ha caído el horror y tristeza de tal desmembración, jamás podrán perdonárselo á Germania, jamás. El tiempo, sin embargo, tiene una tan grande virtud intríseca en sí mismo, que hasta los más vivos dolores embota. Y por su obra iban limándose algo las puntas opuestas por uno á otro y entendiéndose tan feroces enemigos. Las almas de Francia solían pasar á Germania y las almas de Germania por su parte á Francia, como en las costas acostumbran á volar las aves marinas en el aire terrestre y las aves terrestres en el marino aire. Los publicistas, los médicos, los sabios habían cruzado ya desde una parte á otra; y los artistas, más obedientes al corazón y á sus sugestiones, habían comenzado también á cruzar. Uno muy célebre por la fidelidad con que sabe trasladar á los lienzos las desgracias francesas, Bataille, púsose resueltamente á iniciar un comienzo de cordial aproximación, prometiendo llevar sus cuadros al próximo certamen de Berlín. El paso no sentó mal, ni en Francia; y muchos ya se apercibían á seguirlo, cuando tiene la emperatriz madre de Alemania una idea desacertadísima, la idea de presentarse á los parisienses en París. A tal acto los espectros de tanto muerto penetran como almas en pena dentro del espíritu público y los recuerdos de tantas calamidades ascienden á la memoria nacional. Varios exaltados, movidos por esta neurosis colectiva, corren á renovar ofrendas en los altares, que todavía tienen por ejemplo Metz y Estrasburgo en la ciudad que fué su capital, y ponen coronas en el busto de un artista como Regnault muerto por la patria. Estas manifestaciones promueven agitación procelosísima, y á su influjo los pintores á una se retraen, decidiendo no concurrir á Berlín.

II

El poeta Deroulede, poco sesudo en verdad, y diversas gentes de su particular secta ó partido, todas ellas exaltadísimas, excitaron los ánimos por su parte; mas la emperatriz Victoria y la princesa Margarita no contribuyeron poco á esta sobrexcitación. Prescindamos del viaje. Pero ya que arremetieran irreflexivas con la temeridad increíble de realizarlo, debieron circuirlo de la reserva mayor posible. Pero no: subieron á las torres, bajaron á los tugurios tristemente, sin adivinar en su inconsciencia los peligros que hacían correr á dos grandes pueblos. Lo peor de todo fué ir á Saint-Cloud y á Versalles. ¿Os acordáis de lo que fuera un día Saint-Cloud y de lo que hoy es? Lugar delicioso aquel, si hay delicia cumplida cuando el sol no luce como nuestro sol, ni ostenta el cielo azul los esmaltes y reverberaciones de nuestro claro cielo. Cabiendo la hermosura donde falta la luz, bien puede asegurarse que son aquellos sitios hermosísimos. En el horizonte brumoso, entre la indecisión de los cambiantes vapores, el inmenso París, sobre el cual campean las semibizantinas torres de Nuestra Señora, las agujas góticas de la Santa Capilla, las rotondas romanas del Panteón y los Inválidos, los torreones feudales de la Conserjería, las grecas italianas del Louvre, las alturas de Montmartre, henchidas de esparcidos caseríos y coronadas por molinos de viento; al pie, cerca de la posesión regia, el Sena, que forma como verde media luna, y el bosque obscuro de Boulogne, cuyos encinares y carrascales, un tanto achaparrados, componen como espesa é intrincada selva; por la izquierda, los montecillos sembrados de quintas y de aldeas, ocultas entre huertos, verjeles y prados, eternamente verdes y eternamente húmedos; por la derecha, las arboledas interminables y espesas, de las que surgen los campanarios blanquecinos y las famosas poblaciones de Sevres y de Meudón, ambas asentadas en sus graciosas colinas que los viñedos y los manzanares cubren, y ambas sombreadas por viciosísimo follaje; aquí, allá, en torno de la pesadísima pero colosal quinta, jardines en los cuales álzanse á cada paso estatuas que parecen grupos de cortesanos por lo artificiosas, fuentes que parecen esclavas por lo sometidas á combinaciones materiales, y alamedas que parecen pelucas por lo recompuestas, indicando cómo el absolutismo de Luis XIV, transmitido á sus descendientes en tradiciones que formaban un gusto ya histórico y componían una estética ya admitida, ese absolutismo, no contento con vejar la humana libertad, oprimía bajo su férreo cetro á la misma Naturaleza. En tal sitio fué donde la reina María Antonieta y el orador de la revolución Mirabeau se vieron y se hablaron, allá por el alto Kiosco, que ocupa hoy triste solitario, quien presta sucio anteojo de larga vista para ver la ciudad de París radiante de vida y las devastaciones de la guerra franco-prusiana ensangrentadas por el combate y ennegrecidas por el incendio. La reina llevaba sobre sus sienes la luz mortecina del mundo que se iba, hermoseado sin duda en ella, última personificación de su grandeza, que debía semejarse en hora tan solemne á dulce sirena, de las que, según cuenta Plutarco, retenían con sus cánticos por las ondas del Tirreno y del Egeo la vida moribunda en los cuerpos casi yertos de los dioses caídos allá por el postrer crepúsculo de la mitología y del paganismo. Mirabeau, herido ya de muerte por el trabajo y por el placer; granizado el rostro de viruelas; ancho de espalda como esos alcides que sostienen, á guisa de pilastras, los colosales monumentos; nervudo de brazos como cumplía á quien derribaba las instituciones seculares con sólo accionar airado y amenazador en la tribuna; de pecho que hervía y resollaba como una fragua; de mirada fulminante, cual la tempestad; de ideas en que á la sazón se abrasaban los pueblos, asemejábase, con las heridas alcanzadas en tantos asedios y las tristezas contraídas en tantos ciclópeos trabajos, á uno de esos Titanes entre los cuales se hallaba Prometeo, que había blandido en sus manos las llamas del Etna y aglomerado bajo sus pies montañas sobre montañas para derribar del cielo á los dioses y apoderarse de su fuego creador y de su envidiada omnipotencia. El recuerdo trágico de tal escena histórica, el verjel continuo por allí extendido, las verdes aguas del río serenísimo, los deliciosos sitios de un encanto muy dulce, hacen de aquel antiguo paraje, tanto tiempo habitado por los reyes y los emperadores de Francia, un verdadero idilio vivo, en el cual acostumbran á holgar y recrearse los parisienses. ¿Qué hicieron los alemanes allí? Talar los jardines, destruir las casas, incendiar los palacios. No puede la guerra de otro modo hacerse; lo conozco yo muy bien. Pero ya que á tal fatalidad estamos los humanos en la triste contingencia nuestra sujetos, que no la enconen y no la recrudezcan los mismos necesitados de olvidarla y encubrirla. Mas no pararon aquí las imprudencias imperiales; hija y madre, la emperatriz Victoria y la infanta Margarita, se fueron también á Versalles. ¿Recordáis lo que significa Versalles en la historia de Francia y en las relaciones entre Francia y Alemania?

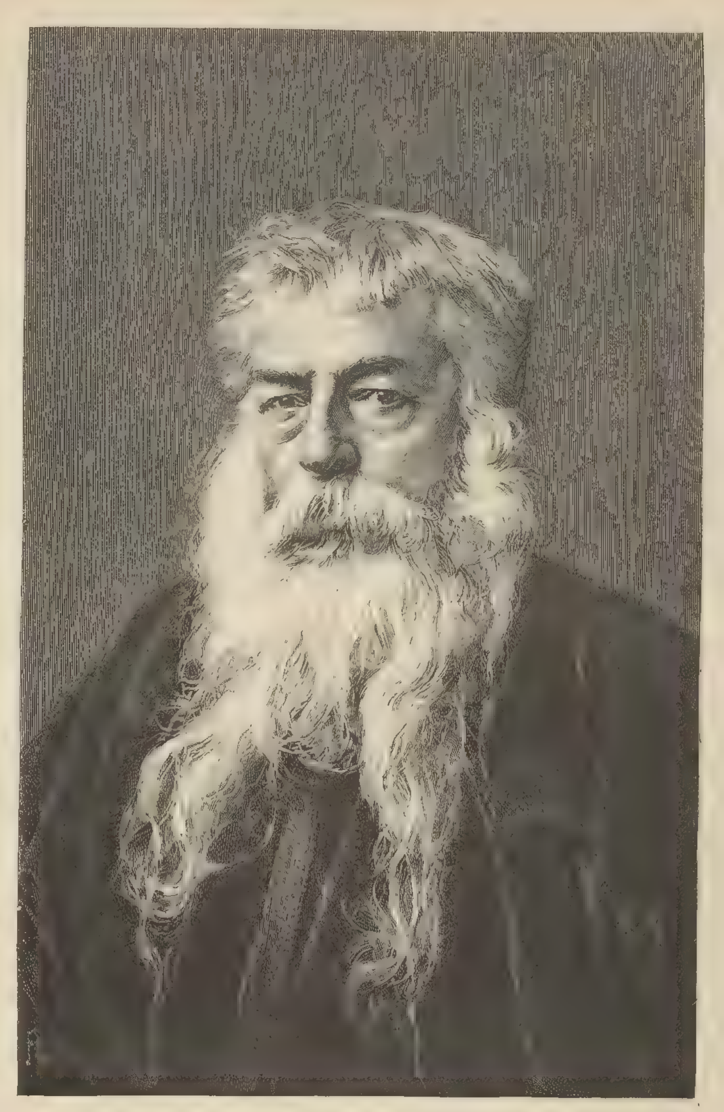
III

Versalles ha tenido en lo pasado, y conservará en lo porvenir, el carácter de la ciudad predilecta del absolutismo. Los reyes de derecho divino sentían repugnancia invencible á vivir en medio del pueblo. Francisco I se iba á Fontainebleau; Carlos V se encerraba en Yuste; Felipe II se construía para sí el Escorial; Luis XIV debía construirse Versalles. Allí, en la soledad, los reyes sólo descubrían sus propias personas y los remedos de sus personas, los innumerables cortesanos. Imaginaos á Luis XIV en aquella su gloria. El territorio puede llamarse inmenso; cabría una provincia y lo ocupa un hombre. En mucho menos espacio se levanta Ginebra, que ha producido la religión de los puritanos, la cual ha educado en la libertad y en el derecho al Nuevo Mundo. La decoración es verdaderamente ostentosa. Una serie de bosques interminables rodea el santuario, otra serie de alamedas larguísimas le abre paso y presta sombra á sus caminos; las viviendas de la aristocracia se amontonan por todas partes como reducción y abreviatura de los castillos dominados por la monarquía, semejándose á filas de jaulas donde se guardaran los monstruos del feudalismo domesticado por los sucesores de Luis XI; los edificios necesarios á la servidumbre del monarca no tienen número; el gran palacio ha costado 3.000 millones de reales, según el valor de la moneda en la época de su edificación; las terrazas se pierden de vista, los estanques parecen ríos, las estatuas de bronce y de mármol no tienen número; la riqueza y la ostentación despiertan el recuerdo de los antiguos reyes asiáticos en Nínive ó en Babilonia. Pues en este sitio que recordaba glorias tan excelsas y días tan extraordinarios de los anales franceses, á la vista del sitiado París, los príncipes y reyes de Alemania entraron á resucitar en la persona del conquistador, prusiano y protestante, la vieja sombra del Imperio alemán. ¿Comprendéis ahora cómo y por qué ha París adolecido de tan profunda neurosis? ¿Comprendéis ahora cómo y por qué se han retraído los pintores franceses de la próxima festividad artística en Berlín? El punto del palacio donde más el rey Luis XIV se refleja es la espaciosa galería de cristales. Desde sus balcones veis la inmensa terraza y la galería interminable; los jardines sometidos á la misma severa etiqueta que la corte; los estanques perdiéndose de vista y circuídos de solemnes grupos, todos de una escultura decadente; los diez y siete arcos que dan sobre la gigantesca decoración de los bosques y las florestas; las veinticuatro pilastras terminadas por zócalos y chapiteles dorados; los aparatosísimos trofeos de bronce que tienen la regularidad y el corte de las pelucas gigantescas; las bóvedas ornadas por figuras alegóricas, de un gusto detestable, que sostienen guirnaldas de una riqueza increíble; los angelotes de estuco sobre las cornisas de mármol, gruesos y linfáticos, sin expresión y sin vida; los cuadros de etiqueta, solemnes en verdad, pero fríos y mentidos como las ceremonias cortesanas; el monarca rodeado de todas las divinidades del Olimpo, que parecen sus tributarias, como Neptuno ofreciéndole naves, Minerva cascos, Apolo fortaleza; espléndido lujo, bastante á justificar lo dicho por San Simón en palabras verdaderas y felices: «que se hubiera hecho adorar como un Dios, á no tener tanto miedo al diablo.» Pues bien: allí, en tal galería, museo de tantas glorias, templo de tantos recuerdos, centro de innumerables grandezas, proclamaron los alemanes el Imperio como una fortaleza contra Francia. Y allí ha ido la emperatriz, recreándose con la evocación de hechos que desagradan y humillan al vencido. Tras todo esto no extrañaréis el

retraimiento de los pintores franceses en la próxima Exposición de Berlín.

IV

Ya que hoy nos han obligado sucesos independientes de nuestra voluntad á describir mucho, para presentar los escenarios de la Historia contemporánea, describiremos paisaje tan opuesto á Versalles como Egipto. Muévenos á ello lo mucho que han embargado el interés europeo una discusión parlamentaria y un libro reciente. La discusión, empeñada en el Parlamento de Londres, hase referido á la evacuación del Egipto por la tropa inglesa, como á su vez la reciente publicación versa sobre las emociones que despierta Egipto en los franceses. Han propuesto el abandono de las orillas del Nilo aquellos que las ocuparon, los partidarios de Gladstone; y han publicado el libro los herederos y sucesores de un escritor malogrado hace poco, el ingeniosísimo Charmes. Por una ley de la historia suelen las irrupciones verificarse de Oriente á Poniente, de Norte á Mediodía. Y por una ley de la vida, los pasajeros que abandonan regiones húmedas como Inglaterra, ó boreales como Rusia, corren al Mediodía. Mucho podrán decir de esto Nápoles y Pisa en Italia, Cannes y las islas Hyeres en Francia, Sevilla y Málaga en la península nuestra. Pues bien: los emigrados corren hoy hacia Egipto. Rusos, ingleses, alemanes, paséanse á una por las orillas del Nilo como por las orillas del Guadalquivir ó por la bahía de Cádiz. El precioso libro de Charmes así lo certifica. Y tienen razón. Los árabes han pintado en sus geografías descriptivas, por medio de imágenes tan hermosas como exactas, aquella tierra, primero mar de agua dulce cuando la cubren sus inundaciones periódicas; después tapiz multicolor de flores olientes cuando á las inundaciones suceden florescencias y fructificación; por último, estepa polvorosa y cenicienta tras cosechas y recolecciones. Cielos espléndidos de Oriente, realzados por iris con facetas tan lustrosas como brillantísima pedrería; suaves aires, donde los aromas exhalados de cálices y corolas embriagan el sentido y las refracciones de una luz indecible lo tiñen todo con colores entre anaranjados y violáceos: árboles siempre verdes, pues ni las palmas ni los olivos pierden su follaje; flores de un rojo cual el del granado y de un aroma cual el del jazmín; pájaros del trópico, pintados de tal suerte, que llevan en su cola una paleta, y pájaros del Nilo vestidos con plumajes de plata y rosa, de carmín y oro; por las alturas de la atmósfera el polen llevado en alas de suaves brisas y por las profundas aguas el sacro loto flotando en la cristalina superficie; frutas sápidas y terrones bien olientes: he aquí todo cuanto produce aquel Egipto, donde se renueva la grande abundancia del edén, como si no hubieran ni hombre ni tierra sufrido el dolor, consecuencia del pecado. No extrañemos que si la naturaleza ofrece todos estos encantos, convidando á vivir en sus brazos y á respirar el aire libre y á recoger en la retina deslumbrada una luz tan intensa, el hogar de los pobres generalmente diste poco de la primera cabaña y sirva como refugio al sueño y al breve recogimiento de los pocos días inclementes que puede haber en aquellas bienhadadas regiones de tal y tanta vida. Por el Nilo se deslizan las barcas, bien de negro ébano, bien de común papiro, semejantes en sus formas gallardas á las acuáticas aves, propias de tales hermosas riberas. Bajo el toldo de las palmas, por montículos y repliegues cubiertos de alhucemas y salvias, entre los terebintos y los plátanos, juegan los niños, mientras las mujeres, envueltas en sus túnicas rayadas de colores, desnuda la cabeza y desnudos los pies, las pulseras en el puño y el tobillo, los zarcillos á los lados del rostro, cogen agua vertida por los cangilones de la noria en acequias sombreadas de higuerales y moreras. Vasijas de barro brillante guardan todo lo necesario á extinguir la sed en aquellos climas y aquellos parajes tan calurosos, y las piedras cubiertas de ramajes ofrecen las frutas á la nutrición sencilla de razas tan sobrias. Y los varones de la familia, mientras unos pescan y otros emplean sus fuerzas en el diario trabajo, los más componen labores á mano, ó examinan ó distribuyen los frutos recogidos en las continuas cosechas. Tal vida pasaban las razas que allí vivían en sus relaciones con la naturaleza.



JUAN LUIS ERNESTO MEISSONIER, ilustre pintor francés
Fallecido en 31 de enero de 1891

V

Hablemos nuevamente de Wagner y Echegaray. Cuantos lean estas crónicas, donde recojo lo que pasa de más bulto en artes y ciencias y letras, extrañaránse con seguridad mucho de la frecuencia con que sobrevienen uno y otro nombre á la consideración pública. Pues para ello sobran motivos. Echegaray llena los teatros de verso en Madrid y Wagner llena los teatros de canto en Europa. El primero intentó una revolución en la dramática y el segundo intentó una revolución en la música. Propendiendo todo á la realidad y al realismo en España, Echegaray evocó una poesía idealista sobre las tablas españolas; y propendiendo todo al clasicismo y á lo clásico en Alemania, Wagner intentó la ópera verdaderamente romántica sobre las tablas alemanas. Echegaray vaciló mucho tiempo en su verdadera vocación propia, ingeniero, matemático, publicista, orador antes de poeta; Wagner vaciló mucho tiempo antes de fijar la naturaleza de su música, imitador de Mozart y de Weber como de Meyerbeer y Rossini antes que topara con su propio íntimo carácter genial. Pero sean aquello que los dos quieran, el teatro italiano llama con el nombre de Wagner al público, y lo llama nuestro nacional teatro con el nombre de Echegaray, encontrándolo ambos á dos en crecido número. ¡Cuán admirable los trozos del Parsifal cantados por una grande masa coral, acompañada de numerosa y nutrida orquesta! Las cadencias aquellas remedan lo que hay de armónico entre lo ideal y lo real, así como la correspondencia de los tipos y arquetipos del cielo con las realidades vivas del mundo. Paréceme aquel concierto de voces la exhalación de una plegaria que sale del alma como de las estrellas el éter ó como de las flores el aroma y entra en el cielo repitiendo todavía los ecos de la tierra. Como las lágrimas y los mares amargos en la evaporación se dulcifican, las notas, que al salir de la tierra, parecen dolóridas y llorosas, en cuanto suben, se tornan celestiales y bienaventuradas, como el alma despedida y evaporada en el circo sangriento y en la matanza feroz de los restos de un mártir. Un poco de monotonía encuentro en la obra; el afán por lo sencillo sólo alcanza muchas veces lo informe; hay algo de obscuro por doquier; mas cuando acierta raya en lo sublime con una felicidad portentosa. Echegaray, que ha compuesto dramas románticos, muy análogos á las obras de Wagner por la originalidad y la estructura, se ha ido en *Un crítico incipiente* por los campos de la Comedia, y nos ha dado con su gracia sana, con su ingenio saladísimo, con sus observaciones profundas, con su copia de vivas escenas reales, un aspecto nuevo de las múltiples calidades y aptitudes suyas. Aquello es un coloquio, pero un coloquio en que lo platónico se une con grande fortuna y acierto á lo aristofanesco. Las ideas más verdaderas y sólidas parecen gaseosas y aéreas por sostenerlas alas de abeja, quiero decir, una ironía zumbona y útil. De todas suertes, cualesquiera que sean los defectos suyos y las preferencias nuestras, ante dos espíritus creadores como Wagner y Echegaray precisa bajar con reverencia la frente, admirándolos sin reserva.

* * *



EL FILÓSOFO, cuadro de Meissonier

LA COMEDIA DE ECHEGARAY

«UN CRITICO INCIPIENTE»

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Para los que profesamos amistad verdadera al esclarecido autor de *El Gran Galeoto*, la noche del penúltimo día de febrero fué de fiesta. Veíamos á un público menos encrespado que en otros estrenos de otras obras del mismo dramaturgo, y en cambio más identificado con la que se representaba, muy dispuesto á entenderlo y subrayarlo todo; benévolo, desarmado, rendido por la noble fuerza de un goce intelectual. ¿No es cierto que este espectáculo de la fiera domesticada tiene su hermosura propia?

Tanto es bello, cuanto inesperado y sorprendente, al menos para los que no estamos familiarizados con el misterioso juego de los resortes escénicos, que resiste á los cálculos más hábiles y chasquea á los autores más duchos. Juzgando por el título de la obra (que parece el de un artículo de revista ó semanario) y por el desarrollo de las primeras escenas, yo llegué á temerme un fracaso, motivado por la dificultad de que la concurrencia se compusiese toda de literatos y críticos, únicos capaces, á mi juicio, de *entrar* francamente en el propósito del autor y seguirle paso á paso sin extrañeza ni aburrimiento. Solemos leer en los estudios consagrados á nuestro Teatro antiguo que el público de ciertas obras de Calderón, y señaladamente de los *Autos sacramentales*, necesitó encontrarse muy versado en teología para llevar, no en paciencia, sino con gusto, aquellos palabreos y coloquios entre la Fe, el Diablo, Adán y Eva, la serpiente, etc.; y yo creía que, para saborear la exposición de las ideas críticas de Echegaray y divertirse con tres largos actos de sátira literaria, convenía también un auditorio muy entendido, empapado hasta los tuétanos en lo que aquí se produce de libros, revistas y periódicos. Tenía, pues, la nueva obra de Echegaray un interés doble, un lado *experimental*, y el experimento dió brillante resultado. El público se divirtió, hasta se rió á carcajadas, en el estreno de *Un crítico incipiente*. Aunque la explosión más nutrida de risa no se debiese á un chiste literario, sino á una alusión política, el síntoma de que muchos centenares de espectadores puedan celebrar oportunamente las sales de un estudio literario festivo, se me figura en extremo favorable para nuestro estado sanitario intelectual.

Hace tiempo que observo que la crítica va siendo para el público alimento tan favorito y tan sabroso como la literatura antes llamada recreativa. Si carecen de jugo las críticas, el público no les mete el diente; si son pura erudición ó puro tecnicismo, quedan entre pocos; pero si viven, se releen al igual de la mejor novela. Conozco algún artículo reciente y substancioso, que se asimilaron con devoción, no sólo los aficionados, sino innumerables profanos. Al teatro no había llegado aún esta evolución del gusto; llegó con la comedia de Echegaray.

La tentativa no es nueva, ni nuevo en los más populares dramaturgos el deseo de *razonarse* ante los espectadores, de explicar sus teorías, exponer sus agravios, excusar sus yerros, formular su código y descubrir algo de la lucha interna que acompaña á toda labor creadora. De Lope de Vega viene el primer ejemplo, aunque no llevado á la escena, en cierto opúsculo poético eternamente memorable. El gran enemigo del romanticismo español, el secuaz de Molière y su vencedor en presentar en las tablas la crítica literaria, el Terencio hispano, Leandro Fernández de Moratín, alcanzó de un solo golpe la perfección del género, creando la página inmortal de *El Café*. Siguió sus huellas, protestando contra el neo-romanticismo, Ventura de la Vega, que hizo una hábil imitación de *El Café*, una defensa del clasicismo, no escasa de gracia y corrección, aunque á bastante distancia de su admirable modelo. Ni estos precedentes, ni alguno más que pudiera citarse, quitan á la comedia de Echegaray su valía, su *frescura* (lo que más falta nos hace para reavivar el desmayo de nuestra escena), ni disminuyen el valor sintomático del agrado entusiasta con que oyó el público la nueva producción. La sátira literaria es un género que no prevalece sino en épocas cultas; indica vigor en el pensamiento y puede preceder á transformaciones y regeneraciones; es radicalmente imposible que resista en los albores de una literatura, como sería imposible la sátira social en una sociedad generalmente grosera, que no poseyese la cantidad de refinamiento suficiente para que una parte de ella corrija y censure á la otra parte.



POLICHINELA, cuadro de Meissonier

Acaso también contribuyese al éxito de la obra de Echegaray el contraste (más aparente que hondo) entre ella y las restantes del mismo fecundo é insigne autor. Del género dramático Echegaray tiene formada la muchedumbre cierta idea, cuyo esquema podríamos trazar cruzando un puñal y una pistola, y colocando á un lado y otro del trofeo, como los tenantes de los escudos heráldicos, á un hijo *hurtado* y una dama violentada ó culpable. Siempre que Echegaray sorprenda á sus rutinarios censores revistiéndose de otra forma, buscando la nota dulce, tranquila, rehuyendo violentas explosiones de sentimientos, guardando compostura y moderación, quemando incienso á la santa Risa, único bien de la pobre humanidad, su esfuerzo será premiado con la simpatía y la aprobación del agradecido público.

Los que no nos entregamos tan pronto somos los que tenemos contraído el hábito, acaso ingrato, de considerar una obra literaria por todas sus fases antes de declarar rotundamente que es la maestra, la primera de cuantas salieron de manos del autor, como declararon bastantes diarios de la corte á las pocas horas de haberse estrenado *Un crítico incipiente*. Quizá nos mostramos ahora recalcitrantes porque antes éramos justos y no desconfiábamos del



IUGADORES DE BOLOS, cuadro de Meissonier



EL VENTORRILLO, cuadro de Meissonier



UNA LECTURA EN CASA DE DIDEROT, cuadro de Meissonier

talento de Echegaray hasta el punto de creer que no diese tela para una comedia hermosa, no vulgar. La ductilidad de un ingenio tan rico, tan cuantioso, no nos coge de nuevas: al sentarnos en el palco del teatro Español el día 27 del pasado, no llevábamos el glacial presentimiento de desconfianza traducible en estas ó parecidas frases: «En buena se ha metido el autor.»

No era atolladero; y si lo fuese, de él saldría Echagaray tan lucidamente como supo salir. Pero tampoco fué milagrosa primavera, que diese vida á las flores más lozanas. Mi obligación estricta es escribir lo que juzgo verdad, y juzgo verdad que *Un crítico incipiente*, comedia, no puede eclipsar ni siquiera igualar (atendida la diferencia de géneros) al *Gran galeoto*, *O locura ó santidad*, dramas del mismo autor.

Para escribir una sátira literaria, destinada á la escena, que se acerque á la perfección suma, se necesita ser un Moratín; un ingenio atildado, recortado, prudente, mesurado por naturaleza, y al par intencionado como un toro. Echagaray es todo lo contrario. Impetuoso y exuberante, no guía al asunto, sino que el asunto le arrastra, le precipita ó le encumbra dominándole siempre. En el drama, en el conflicto de las pasiones, dejar la rienda á la inspiración puede obrar maravillas. El juicio literario es puramente reflexivo, y ha menester, al expresarse en el teatro, asociar ideas complejas, conocimientos múltiples, basarse en una cultura variada, indigesta en su desnudez, y para que el público la digiera, concentrarle en una sola gota de esencia crítica. Esto hizo Moratín, y por eso dice con justicia Menéndez y Pelayo: «En la *Comedia Nueva* derramó toda su cáustica vena contra los devastadores del teatro, produciendo la más asombrosa sátira literaria que en ninguna lengua conozco, y que quizá no tenga otro defecto que haber querido el autor, para hacer más directa y eficaz la lección de buen gusto que se proponía dar, presentarse bajo la máscara del único personaje realmente antipático de tan regocijada obra.»

El principal error de Echagaray, que Moratín no habría cometido, porque era maestro en el arte del castor, de cercenar lo superfluo y peligroso, es haber dado á la obra la extensión de tres actos. Con un asunto puramente reflexivo é intelectual no se puede sostener tanto tiempo á la misma altura la comedia, sin ir repitiendo y por consiguiente desvirtuando efectos. En el primer acto, y hasta la mitad del segundo, es un recurso francamente cómico que el dramaturgo don Antonio varíe de opinión respecto al novio de su hija, el joven crítico y autorcillo Enrique, según este muchacho juzga en los periódicos las obras del futuro suegro. A la larga, no obstante, se va gastando este resorte, y lo que al pronto parece observación aguda sobre la incurable vanidad literaria, se convierte en demostración de que el protagonista del drama adolece de inveterada tontería. Sí: en el último acto D. Antonio, á fuerza de reincidir en su vanidosa simplicidad, está á dos dedos de convertirse, de figura, en figurón de sainete. Asimismo las siluetas de los dos críticos, el idealista y el naturalista, siluetas trazadas á brochazos, pero con evidente felicidad, van descubriendo más á cada acto el procedimiento efectista del autor, y extremando por necesidad, para no perderlo, su carácter simbólico, empiezan por alegoría y acaban, si nos descuidamos, por caricatura. La esposa del dramaturgo, la que encarna el sentido práctico, el Sancho femenino de la comedia, con sus dejos de aquella salada Mariquita que sentía no llorar perlas á fin de que su hermano no tuviese que escribir disparates, es quien menos pierde con la amplificación de un asunto que no presta, ¿verdad, discreto Inarco?, sino para dos actos muy cortos; y así y todo pierde, se hace cansada, como aquellos viejos de Troya que se empeñaban en inspirar cautela á la fogosa juventud. A la chiquilla Luisa no la agracia tampoco el pasarse tres actos mortales repitiendo en varios tonos que se quiere casar, que le corre mucha prisa, que á la Vicaría, que marido. Si la obra tuviese sus proporciones naturales, y apareciese reducida á sus justos límites, no caería el telón del primer acto dejándonos en la incertidumbre, ó persuadidos de que el asunto es el drama de Pepe, cuando luego resulta que es el de su padre y la crítica sangrienta que de él hace su propio hijo, y la inverosimilitud de que la familia toda de D. Antonio y los periodistas y críticos que le rodean ignoren que él es el autor del discutido drama, resultaría, en menor espacio, más veladada, menos chocante.

Hay que reconocer á D. José Echegaray (entre tantos méritos como le adornan) uno muy especial, que en esta ocasión entrañaba arduas dificultades. A cuantos escribimos mal ó bien, se nos ha pasado alguna vez por las mentes el capricho de retratar, á nuestro modo, en novela ó drama, la vida literaria de nuestra época, la vida que todos vivimos. Y hemos retrocedido, por mí hablo, ante el exceso de información, la abundancia de datos y pormenores, que prestaría á la proyectada obra carácter chismográfico, en cierto modo libelístico, lo más aborrecible que puede haber para quien tenga noción de decoro. Siendo las personalidades literarias tan contadas y tan conocidas, hay riesgo de incurrir en indiscreciones y faltas de delicadeza, ó de que la malicia vaya más allá que nuestra intención, y recargue lo que el autor apenas insinúa. Echegaray, persona de excelentes condiciones de carácter (muy distintas por cierto de las de Moratín), ha sabido, con suma discreción, sortear el escollo. Los espectadores, siempre engolosinados por el aliciente de la *clave*, no acertaban á descifrar la de la *comedia nueva*. Sólo á uno de los personajes creyó la gente que podía atribuirle un nombre... y acaso fué suposición gratuita, pues no he oído que la confirmasen los mejor enterados. Allí no vimos hiel, ni alusiones desolladoras, ni retratos, ni veneno: dígase en honor de la sana complexión moral del ilustre dramaturgo.

He nombrado tantas veces, á propósito de *Un crítico incipiente*, la obra maestra de Moratín hijo, que no he de omitir una observación. Moratín atacaba nuestro Teatro antiguo en nombre del clasicismo y las unidades aristotélicas, que eran entonces la doctrina nueva. Echegaray no defiende, en su comedia, escuela literaria alguna, ni impugna las que pudieran ser antitéticas á su dogma propio. Sólo dirige sus tiros contra la crítica, sin distinción de escuelas; pues tan mal librado sale de sus manos Peláez, el relamido clasicón, como Barroso, el tosco abogado del *calor de humanidad* y del *deseo tirando del músculo*. Verdad que por unos y otros ha sido vapulado, negado, contundido, reprendido, aconsejado, contenido y moralizado el autor de *En el seno de la muerte*. Pero á él no le duelen esas heridas hasta enconársele: á él le sobra calma, toda la que falta á sus personajes, que son de lo más vehemente, *súpito* y arrebatado que en dramas puede verse. Siga, pues (no es consejo, ¡pobre de mí!, es súplica de aficionado, de admirador, de *diletante)*; siga haciendo comedias literarias, que tal cual es la primera, nos ha dado un rato delicioso, nos ha refrigerado y nos ha probado una vez más que en Echegaray existe veta, veta, veta,... veta de plata nativa y maleable.



MEISSONIER

Juan Luis Ernesto Meissonier nació en Lyón en 1815: su padre fué comisionista de ultramarinos y su madre había aprendido á pintar porcelanas y miniaturas con la célebre Mme. Jacottot: de ella heredó el hijo el germen de sus aptitudes artísticas, el temperamento nervioso que se traducía en lágrimas al oir música de un gran maestro y la extremada sensibilidad en punto á la crítica.

Niño todavía, fué Meissonier llevado á París: un parte del colegio en donde hizo sus primeros estudios señalaba en el alumno «una tendencia demasiado acentuada á dibujar en sus cuadernos en vez de escuchar las explicaciones de sus profesores.»

El oficio de su padre no le satisfacía; la droguería no era su ideal. El hallazgo de las cajas de colores de que se sirviera su difunta madre y la amistad de Luis Steinheil le impulsaron por la senda del arte. Después de estudiar algún tiempo al lado de Julián Potier, antiguo gran premio de Roma, entró en casa de León Cogniet y aunque sólo permaneció cuatro meses en el taller de éste, esa corta temporada influyó poderosamente en su porvenir artístico. En efecto, el maestro preparaba el techo para el Louvre *La expedición de Egipto*, y para ello recibía en un cercado agregado á su estudio á soldados vestidos con el uniforme de los republicanos, dragones y hasta artilleros con sus caballos; allí adquirió Meissonier, poco amante de copiar las figuras de yeso ó el modelo desnudo, ese espíritu de observación personal que constituye la nota característica de toda su obra. Por consejo de su amigo, el dibujante Trimolet, estudió en el Louvre los grandes maestros que le atraían por la verdad de las actitudes, de los trajes y de la disposición escénica y por la exactitud local de los tonos; pero los estudió sin copiar sus pinturas, porque la idea de la copia repugnaba á su temperamento independiente.

En vista de que la escasa pensión que le pasaba su padre (15 pesetas al mes) no le permitía tomar lecciones de Pablo Delaroche, que le exigía por ellas 20 pesetas mensuales, resolvióse Meissonier á pintar abanicos y estampas religiosas, siendo á poco solicitado para colaborar en la ilustración de una hermosa cuanto rara edición de *Pablo y Virginia* y para proporcionar varios tipos á los *Franceses pintados por sí mismos*, é ilustrando una edición en dos tomos, hoy difícil si no imposible de encontrar, de *La caída de un ángel*, de Lamartine.

También se dedicó á grabar al agua fuerte, pero de estos grabados sólo se imprimió *El fumador*, del que se hizo una tirada muy corta, cuyos ejemplares alcanzan hoy precios fabulosos.

Como pintor dióse á conocer Meissonier por vez primera en el Salón de 1834, exponiendo un cuadro *Menestrales flamencos* y una acuarela que fué adquirida en 100 pesetas por la Sociedad de los Amigos de las Artes, de París.

En 1836 ve admitidos los cuadros *Jugadores de ajedrez* y *El pequeño mensajero*, que el Jurado del año anterior había rechazado; en 1838 expone un *Religioso consolando á un enfermo*, que adquirió por 500 pesetas el duque de Orleáns; en 1839 el *Doctor inglés* mereció de Julio Janin los calificativos de «encantadora miniatura al óleo, una de las más delicadas y espirituales que se han producido.» En 1840 aparecen un *San Pablo*, un *Isaías* y un *Lector*, y Meissonier obtiene una medalla de tercera clase; en 1841 conquista la de segunda clase con su *Partida de ajedrez*; en 1842 un *Fumador* y un *Muchacho tocando el violoncello* aumentan su fama, que queda



LA CASA DE MEISSONIER EN EL BOULEVARD MALESHERBES



municar á sus cuadros toda la verdad que tanto cautiva en ellos: en cierta ocasión un eminente crítico, amigo suyo, lo encontró montado en un caballete que hacía las veces de caballo, sobre una silla que le había prestado el hijo del príncipe Jerónimo, vestido con el uniforme de granadero de la guardia imperial y el *capote gris* y copiando su imagen, que en un espejo frontero y un tanto inclinado se reflejaba. Viendo la extrañeza que todo ello producía en su visitante, le dijo: «Mi modelo es incapaz de proporcionarme un Napoleón: en cambio yo tengo los mismos muslos del emperador.»

había estado en Solferino, y yo que lo sabía, hícele narrar la parte que había tomado en la batalla y acabé por proponerle un puesto entre los personajes del lienzo. Aceptó con mil amores, y hecho el retrato habló de él á algunos camaradas que vinieron á verlo y se brindaron á servirme de modelos. Uno de ellos conocía al mariscal Magnan, el cual me trajo á Fleury, quien á su vez me presentó á Lebœuf.

»Este me instó para que mostrara mi trabajo al emperador, y á este efecto hízome invitar para que fuera á Fontainebleau. Napoleón III recibióme con afabilidad, y después de haber examinado atentamente la pintura, en la que sólo un personaje faltaba, me preguntó quién había de ser ese personaje en mi sentir. – Vos, señor, le contesté. – ¿Hareís, pues, mi retrato?, repuso; ¿y cómo os las compondréis para ello? – Pintándolo con ayuda de mi memoria y de algunos documentos populares. – Pero todo esto no valdrá lo que una sesión conmigo, replicó el emperador. ¿No os parece así, M. Meissonier? – ¡Quién lo duda, señor! Pero... – Pues bien: nada más fácil. Montemos á caballo y vayamos á dar un paseo: por el camino hablaremos y podréis estudiarme á vuestro gusto.

RECUERDO AL GENERAL NORTE-AMERICANO GUILLERMO TECUMSEH SHERMAN, fallecido en Nueva York el 4 febrero
El general Sherman y su estado mayor en las trincheras levantadas delante de Atalanta. (De una fotografía del tiempo de la guerra.)

definitivamente sentada en 1843 con dos *Retratos* y un *Pintor en un taller*. Dos años después el público se deleitaba ante un *Cuerpo de guardia*, un *Joven contemplando unos dibujos* y una *Partida de piqué*. En el *Parque de Saint-Cloud*, que siguió á éstos, el paisaje era de Francais y de Meissonier las figuras con trajes del tiempo de Luis XV.

Desde entonces queda tan fijamente determinado el modo de pintar del maestro, que no se hace ya necesario seguirle paso á paso en las etapas de su carrera artística

Las arrugas de los vestidos tienen en los retratos ó en los personajes de Meissonier una importancia que, lejos de ser exagerada, no hace sino traducir abiertamente las costumbres de fortuna, trabajo y carácter del modelo y del tipo. A propósito de esto, merece consignarse la siguiente anécdota que refiere M. Steinheil:

«Cuando Meissonier se casó, tenía ya formada una parte de su *biblioteca de trabajo*, es decir, una colección incomparable de calzones cortos de ratina, medias de colores, zapatos con hebillas, largos chalecos, chupas con bolsillos, sombreros de fieltro, pelucas, bastones de junco y joyas de hombre y de mujer: sólo le faltaba ropa blanca. En vano hacía cortar á su mujer camisas, chorreras y puños: nada de esto le satisfacía, pues cuando estudiaba un grabado de Gravelot ó un agua fuerte de Chodoviecki, observaba que la ropa no formaba los mismos pliegues que la que ponía á su modelo, lo cual le tenía fuera de sí. Un día llegó á su casa con aire de triunfo: había ido á la Biblioteca Real y habiendo pedido la *Enciclopedia*, leyó en el artículo *Ropa blanca* que la tela ó la batista se cortaba al bies en vez de cortarla al hilo como hacen las modernas costureras, siendo esta la causa de la mayor flexibilidad de aquellos pliegos que tan á mal traer le traían.»

Meissonier apelaba á todos los recursos para co-

De pintor de conciencia llevada á la exageración le acredita, entre otros, el hecho siguiente: estaba copiando á su modelo en traje de húsar y llevaba dos horas sólo en estudiar y reproducir el mosquetón suspendido en bandolera á la espalda de aquél. El trabajo, á juicio de persona competentísima que lo vió, resultaba acabado, y sin embargo Meissonier, impaciente, desesperado, «¡No es esto, decía, torpe de mí! ¡Soy un ignorante en pintura! Sólo Gerome sabe pintar de primera intención; en cuanto á mí, nunca aprenderé mi oficio;» y esto diciendo, tomó un cuchillo y borró todo lo hecho, á pesar de que al día siguiente había de entregar el cuadro, con gran instancia solicitado.

La guerra de Italia fué causa de que el pintor de género se transformara en pintor militar. Los recuerdos que vivían en su memoria desde su paso, allá en sus mocedades, por el estudio de Cogniet, se despertaron con intensidad apenas rotas las hostilidades con Austria. Meissoner se hizo agregar al estado mayor, siguió todas las operaciones de aquella campaña haciendo croquis y tomando apuntes y asistió á la batalla de Solferino.

El mismo Napoleón III le sirvió de modelo para el cuadro que lleva por título el nombre de esta batalla; y he aquí en qué términos refería el pintor tan notable suceso:

«A la verdad este era un punto que me tenía vivamente preocupado. Sabido mi pasión por la exactitud, que me hizo volver á Solferino para rehacer, en presencia del natural, el paisaje de la batalla, harto se comprenderá cuánta importancia tenía para mí que el emperador fuera mi modelo siquiera cinco minutos. Para conseguirlo trabajé con empeño y habilidad, viendo coronados por el éxito mis esfuerzos. Al efecto comencé por bosquejar el cuadro, y luego invité á un oficial amigo mío á que como militar me diera su parecer sobre mi obra. Este oficial

»Encantado de la ocasión que se me presentaba, inmediatamente combiné el más mefistofélico plan. Mi antiguo amigo Jadin tenía precisamente su taller en Fontainebleau: hacia allá procuré que nos encamináramos, y cuando llegamos á la puerta del estudio me atreví á proponer al emperador que hiciéramos una visita al artista. Napoleon III aceptó sonriendo la propuesta, y hétenos en el taller del bueno de Jadin, que lo que menos esperaba era vernos entrar á S. M. y á mí y que vestido con el traje de trabajo fumaba indolentemente su pipa. El emperador, á quien la aventura divertía en extremo, no quiso que Jadin se molestara, y encendiendo un cigarro sentóse á horcajadas en una silla y se puso á charlar alegremente con el pintor mientras yo, haciéndome con el primer lápiz que á mano me vino, dibujaba lleno de entusiasmo el modelo por quien tanto había suspirado. La improvisada sesión duró media hora larga y sirvióme, no sólo para el Solferino, sino también para el otro lienzo que existe asimismo en el Luxemburgo.»

La campaña de 1870 á 1871 produjo en Meissonier impresión profunda, y como en la de Italia, quiso entonces seguir las operaciones del ejército francés, creyendo asistir á victorias que la triste realidad trocó en desastres. Estuvo en Metz antes del sitio; pero á instancias de los oficiales, que no quisieron que se malograra con una muerte obscura aquella gloria de la patria, abandonó la plaza la víspera de la batalla de Borny, dirigiéndose á París. Durante



LA DISPUTA, cuadro de Meissonier

1814, cuadro de Meissonier



¡A VUESTRA SALUD! (dibujo de J. de Wodzinski)

ese penoso viaje, que hizo solo y á caballo, fué varias veces detenido por los alemanes, que le tomaban por espía, y encarcelado en Etain; siendo á poco puesto en libertad, gracias á la notoriedad de su fama. Tres días después llegaba á Poissy, en donde organizó una guardia nacional; pero al tener noticia del desastre de Sedán y al saber que el enemigo se apercibía á poner cerco á París, corrió á encerrarse en la capital, obteniendo del gobierno un grado elevado en el estado mayor de la guardia nacional.

Terminada la guerra, volvió á empuñar sus pinceles y á reanudar su vida artística; habiendo producido desde entonces, entre otras obras admirables, las preciosas joyas conocidas con los títulos de «1807» «1806» y «1814,» episodios de las guerras de Napoleón, que fueron respectivamente expuestas en el salón de 1874, en la Exposición Universal de 1889 y en el salón del Campo de Marte de 1890, iniciado y organizado por Meissonier en competencia con el salón oficial de los Campos Elíseos.

Aunque no hemos de analizar las cualidades que adornaron al gran pintor, pues sobradas veces han sido proclamadas, no queremos terminar este artículo sin consignar cuáles fueron las más valientes que en su modo de ser como artista reconoció universalmente la crítica; á saber: exactitud en las expresiones, fisonomías, gestos y actitudes; el dibujo intachable y el color homogéneo; la claridad del enunciado y la sorprendente comprensión de las épocas; la absoluta verdad de las personas y de las cosas; la voluntad tenaz, imperiosa y triunfante, y la perfección suma de los toques de su pincelada.

De estas cualidades permiten formarse idea los grabados que publicamos y que reproducen las más importantes de sus obras.

En punto á recompensas, Meissonier obtuvo las que puede apetecer un artista bajo todos conceptos; incluso la gran cruz de la Legión de Honor, que se le concedió después de la última Exposición Universal de París y que antes que á el no se había otorgado á artista alguno. Sus cuadros alcanzaron precios fabulosos, á pesar de su reducido tamaño, habiéndose hace poco pagado por el «1814» la suma de 850.000 francos.

La influencia artística de Meissonier fué grande; su autoridad indiscutible. Puede decirse que aun después de muerto ha influído en los destinos del arte francés, y quién sabe si en los de la política de su patria: la carta publicada por su viuda á propósito de la participación de los artistas franceses en la próxima Exposición de Berlín, y la posterior negativa de éstos de concurrir á ella, así permiten afirmarlo. La idea de que Meissonier no hubiera consentido en que sus cuadros figurasen en un certamen organizado por los sitiadores de París, ha sido, por decirlo así, el golpe de gracia que ha matado las esperanzas de los que desean una reconciliación, siquiera en el terreno artístico, entre los dos grandes pueblos que mantienen en perpetua amenaza á la paz europea.

X.

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Continuación)

Mi ingreso de interna en el colegio nos preocupó en gran manera, aparte del sentimiento natural de ver llorar á mi mamá, que no parecía sino que nos despedíamos para toda la vida. Nunca lo olvidaré; la tarde antes de su marcha me condujeron mis padres al establecimiento, hablaron algún rato con la directora, y de allí á poco me hicieron entrar en el salón de visitas en que se hallaban y por cuyos alrededores andaba yo atisbando. Mi padre procuraba hacerse el distraído mirando los trabajos premiados de pluma y labores del último examen, que encerrados en pulidos marcos colgaban de la pared. Yo, sin embargo, noté que estaba violento por un movimiento especial de dedos que le había visto hacer en algunas ocasiones cuando se sentía contrariado, cual si tocase el piano en el aire. En cuanto á mi madre lloraba á más no poder; su semblante muy pálido y abatido causábame grande tristeza, y acabé por unir mis lágrimas y sollozos con los suyos. «Vamos, dijo mi padre, procurando separar á mi mamá de mi lado, no hay motivo para tanto; ya sabes que todo esto te perjudica.» La directora también intentaba consolarla señalándole algunas de mis planas que formaban parte de la colección premiada. Vino, por último, á poner fin á esta triste escena la llegada de otros señores que aprovechaban la hora de asueto para visitar á algunas compañeras. Mi mamá saludó ligeramente, y dándome un beso se dirigió á la puerta sin volver la cabeza y con cierta precipitación; mi padre la siguió, no sin cogerme antes la cabeza con ambas manos y con gran fuerza, besándome con ruido en las mejillas. Yo quedé muy triste en medio de la sala sin atreverme á dar un paso, hasta que volviendo la directora, que había salido con mis padres, me mandó pasar al gran jardín, donde se encontraban la mayor parte de las compañeras, lo mismo las pensionistas que las externas, á quienes dejaban en el colegio, por su propia voluntad, durante la hora de recreo de la tarde. Muchas de ellas tenían á sus familias ó criados largo rato esperando, no queriendo separarse del jardín donde tan bien lo pasábamos. Verdad es que allí se jugaba tan á gusto y con tanta libertad, que el rato de asueto parecía siempre corto, y veíamos aparecer las estrellas y sonar el toque de oraciones cuando el juego más nos entretenía.

La presencia de mis amigas queridas disipó mi tristeza, y el aspecto animado de aquel hermoso jardín llamó mi atención por diversos modos. La gran fuente del centro elevaba á gran altura su grueso surtidor, que caía, convertido en espuma, en la taza de mármol, de la cual, por cuatro hermosos caños, se precipitaban produciendo alegre ruido abundantes chorros de agua que desbordaba por todos lados, humedeciendo la glorieta y mojando á las chicas más atrevidas, que se empeñaban en mantener á flote pequeños barcos de papel, que una vez abandonados á aquel hervidero desaparecían en el remolino, para luego aparecer de nuevo mojados y deshechos.

Otras compañeras jugaban al volante en el largo paseo que dividía el jardín en dos mitades; las demás allá hacían largas guirnaldas moradas y pajizas con finos espartos y abundantes dondiegos, que recogidos en la falda de antemano, iban alargando aquella sarta ordenada y bien oliente. Dos de mis más queridas amigas, Agueda y Sofía, hablaban separadas por un arbusto, cuyas ramas apartaba la primera dejando un espacio por donde asomaba su linda cara. «No os acerquéis,» dijo otra que nos salió al pasc; y luego añadió con cierto misterio y bajando la voz: «Están jugando á novios.»

En otro rincón, algunas colegialas habían reunido sus meriendas y las distribuían en partes iguales por mano de la de más edad, que hacía de mamá, y á quien todas llamaban así á vuelta de grandes risas.

En medio de aquel animado cuadro, encontrábame indecisa luchando entre mi disgusto y el deseo de acompañar á mis amigas. Solicitada por algunas me dejé conducir de la mano, y aunque no tomé parte activa en sus recreos presencié sus juegos y así acabé de pasar la tarde.

El toque de la campana nos reunió á todas en la sala de estudio donde debíamos permanecer hasta las nueve. Larga se me hizo esta primera noche; con la vista fija sobre los libros volvía las hojas maquinalmente sin comprender lo que decían; echaba de menos la velada en mi casa al lado de mis padres, donde mientras estudiaba las lecciones me entretenía grandemente con cualquier motivo, haciendo el rato más llevadero. Luego, que varias noches acudían visitas acompañadas de algunas niñas, con las cuales, previa la venia de sus padres, jugaba en otras habitaciones. No era, pues, extraño que encontrase serio y por demás severo todo lo que me rodeaba: aquellas cabezas inclinadas sobre las respectivas carpetas; aquellas caras de uniforme gravedad; el rozar de la pluma sobre el papel, el tic-tac acompasado de gran reloj puesto á la derecha de la mesa, el imponente son de las campanas al sonar el toque de ánimas; todo esto me hizo pasar aquella primera noche de colegio muy triste, teniendo necesidad de enjugar las lágrimas que á cada instante corrían por mis mejillas

Sonaron las nueve, y á una señal de la profesora leyó Gregoria la jaculatoria de costumbre, pidiéndole á Dios aprovechase el estudio que habíamos hecho. Llamó desde luego mi atención el tono con que Gregoria leyó aquella hermosa oración, notando por primera vez que Gregoria leía muy correctamente.

IV

Desde la época de la primera comunión había pasado año y medio, y la situación de Gregoria entre nosotras poco había variado en todo este tiempo. No se la juzgaba tan mal como al principio, pero nadie se cuidaba de ella, y más que apreciada era tolerada y aun compadecida, sin despertar por esto simpatías. Ella procuraba no molestarnos, y en cuanto á mí me servía en todo aquello que estaba en su mano. Luego después sus ocupaciones en el colegio, distintas de las nuestras, establecían y ahondaban el alejamiento en que la teníamos, sin cuidarnos para nada del santo de su nombre. Madrugaba más que las colegialas, cuidaba por encargo de la directora de asear las mil muestras y dibujos de las clases de pintura y escritura; cambiaba las plumas de los lapiceros y recogía las agujas del suelo, dejándolo todo muy bien colocado y ordenado en su respectivo sitio. En suma, desde el último invierno, Gregoria había entrado de interna en el colegio, más como una sirviente distinguida que como otra cosa, aunque concurría con nosotras á las clases y comía en la mesa general en las horas de refectorio. La directora la quería mucho, y siempre que hallaba ocasión, sin nombrar para nada á Gregoria, nos encargaba, mirándola muy disimuladamente, que fuésemos cariñosas y deferentes con las personas que se encontrasen en posición inferior á la nuestra. «El orgullo, nos decía con frecuencia, es en los privilegiados la mayor de las desgracias, porque oculta siempre una gran necedad; en los pobres, por el contrario, la dignidad exagerada dentro de su escacez es digna de todo respeto. No estabezcáis en vuestras afecciones otras diferencias que las que instintivamente os lleven á depositar vuestra confianza en la persona que juzguéis digna de ella. El corazón rara vez se engaña en estas cosas, y la sabia providencia comparte equitativamente sus dones.»

Matias Méndez Vellido

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

El general norte-americano Guillermo Tecumseh Sherman. – El 14 de febrero último falleció en Nueva York el que en la República de los Estados Unidos fué hace algunos años comandante en jefe del ejército y compartió con los generales Grant y Sheridan la gloria de ser uno de los más afortudados caudillos de la guerra de Secesión. Guillermo Tecumseh Sherman nació en Lancáster (Ohío) en 8 de febrero de 1820; educado en West Point, alcanzó el grado de teniente de artillería en 1840, sirviendo en seguida en las guerras de la Florida y de Méjico. En 1853 se retiró del ejército y entró á desempeñar un empleo civil, pero seis años más tarde aceptó el cargo de superintendente de la Academia Militar de Luisiana, que dimitió en 1861 cuando estalló la guerra civil y Luisiana se unió á la Confederación. Diósele el mando del 13.° regimiento de infantería en los Estados del Norte, y después de la batalla de Bull's Run fué nombrado brigadier-general de voluntarios, tomando inmediatamente parte en la serie de operaciones que terminó con la toma de Vicksburg, y en las batallas que se libraron en los Estados del Oeste. En 1863 obtuvo el grado de brigadier-general del ejército regular, y pocos meses después sucedió al general Grant en el mando de la división del Tennessee. A los seis meses sucedió también á Grant en el mando de la división del Mississipí y emprendió con éxito brillante una serie de operaciones en Georgia (distinguiéndose muy especialmente en la toma de Atalanta, á consecuencia de la cual ascendió á mayor general), en Tennessee y en las Carolinas. Después de la rendición de Atalanta dió comienzo á su famosa marcha hacia el mar, movimiento que, quizás, contribuyó más que cualquier batalla á poner de manifiesto la debilidad de los Estados del Sur. En diciembre de 1864 llegó á Savannah, y en 1865 á Charleston, después de una ligera escaramuza, logrando el día 26 de abril del propio año la rendición del general Johnston, con lo que la guerra quedó virtualmente terminada.

En 1866, el general Sherman fué nombrado teniente general al mando de la división del Mississipí, y cuando el general Grant fué elegido Presidente de los Estados Unidos, sucedíóle nuevamente en el puesto de general del ejército, que abandonó en 1.° de noviembre de 1884, en cual fecha pidió el retiro reemplazándole el general Sheridan.

Sherman no quiso mezclarse absolutamente en política y cuando Grant acabó su segundo período de presidencia negóse resueltamente á ocupar el primer puesto del gobierno de la República, que indudablemente habría alcanzado con sólo haber consentido en que lo eligieran.

Desde que se retiró del ejército, Sherman vivió tranquilamente consagrado á su familia, apartado por completo de los públicos negocios y haciendo frecuentes viajes á Europa.

Su entierro fué un verdadero acontecimiento en Nueva York; no otra cosa merecía el que después de haber proporcionado días de gloria á su patria no ambicionó más que el respeto y el cariño de sus conciudadanos.

¡A vuestra salud!, dibujo de J. de Wodzinski. – Por bien pagados pueden darse los que han ofrecido á esa linda muchacha la copa de champagne que lleva á sus labios y apura en actitud graciosa hábilmente reproducida por el dibujante: no una copa del espumoso vino, sino un tonel del néctar de los dioses, si á mano lo tuviéramos, daríamos porque á nuestra salud bebiera ese dechado de belleza y encantos, y aun imaginaríamos superior al obsequio el premio de tal modo y por tales labios otorgado.

¡Bien haya el artista que trazó tan hermosa figura! Al que de tan seductoras formas sabe revestir el sentimiento estético, al que ha logrado producir una obra que de una manera tan grata recrea los ojos y alegra el corazón, sendero cubierto de rosas debe parecerle el camino de la vida, que para muchos sólo abrojos y espinas ofrece.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

Aquel período no fué el menos instructivo de mi educación profesional; y con frecuencia había visto á los más ilustres prácticos que parecían niños hostigados por moscardones, cuando debían combatir contra ese verdugo infinitamente pequeño, pero tan tenaz, que las hermosas damas llaman «sus nervios.»

En Francia, si el médico es considerado y admitido por la clase media como amigo de la casa, la alta sociedad no le tolera sino en la alcoba, cuando el temor á la muerte suprime por algunos días barreras que la convalecencia se apresurará á levantar de nuevo; y sin embargo, las prescripciones para los males inherentes á la vida del gran mundo no pueden tener buen éxito si las condiciones sociales que las engendran son completamente desconocidas. Yo deseaba profundizar estas condiciones, y sabía muy bien que no era posible conocerlas en la sala de un hospital, donde el estudiante debe endurecerse y ser insensible para no perder ninguno de los movimientos del profesor que liga la arteria femoral del número 73, y después pasa apresuradamente al núm. 87, sin detenerse ante el lecho donde se ha cubierto ya con el sudario el núm. 78.

Con este objeto dejé mi habitación del muelle de San Miguel para ocupar otra muy lujosa de la calle de la Paz, y por primera vez fuí á visitar á los parientes de mi padre. Borré de mis tarjetas el título de doctor en medicina, adquirido con tanto trabajo, y sustituíle por aquel que debía tan sólo á un accidente de nacimiento. Aquellas visitas me proporcionaron muy pronto una infinidad de invitaciones en el mundo elegante; compré un caballo inglés de pura sangre, y entretuve mis horas más agradables paseando por el bosque de Bolonia. No era este sitio entonces el bosque banal de hoy, consagrado á las vanidades de la moda y del *demi-monde*, sino el antiguo bosque de hace muchos años, cuyas espesuras silenciosas constituían el encanto de los que gustaban de la soledad. A este lugar prefería yo ir siempre por la tarde, y estaba entonces bastante desierto, sobre todo durante los últimos meses del verano, pues en aquella época la estación parisiense terminaba mucho antes que ahora. Solté la brida sobre el cuello del caballo, y mientras el animal avanzaba á la ventura, entreguéme á dulces meditaciones, recorriendo aquellos frescos y verdosos retiros, tan inmediatos á París, y sin embargo tan lejanos del mundo: Suresnes, Monte-Calvario y las espesuras de oxiacanto, en medio de las cuales brillaban las aguas cristalinas y silenciosas de la balsa de Auteuil. Allí había ido una tarde paseando poco á poco desde el pueblo vecino, donde había dejado mi caballo, y llegué á la balsa precisamente á tiempo para ver reflejarse, á través de la espesura, los últimos fulgores de la puesta del sol de octubre. Un sauce llorón surgía del bosquecillo é inclinábase sobre el agua, y sobre él elevábanse dos ó tres álamos de Italia. La brisa de la tarde les llevaba tal vez noticias de su país. Me senté en el tronco de un árbol que los leñadores abandonaran sobre la hierba, y como se hallaba en la extremidad de un claro, mi vista abarcaba hasta el horizonte. Algún tiempo después de ponerse el sol una faja luminosa persistió aún en el Occidente, y en el cielo divisábanse algunas grandes nubes de color agrisado, cuyos bordes inferiores parecían tener franjas de oro; más arriba los tintes purpúreos se prolongaban en considerable extensión, y el agua dormía invisible bajo las sombras acumuladas del bosque, donde comenzaban á reinar las tinieblas.

«He aquí, pensé yo, el verdadero santuario de la soledad.»

En aquel instante, y en medio del silencio más profundo, oí una voz gritar: «¡Caín, Caín!»

En lo repentino de aquella voz y en su tono había á la vez algo que me hizo estremecer; miré al punto á mi alrededor, mas no pude ver ningún ser humano.

Las avecillas permanecían mudas en sus nidos; la voz parecía salir del sitio donde vi el sauce inclinarse sobre la balsa; mas en aquel momento estaba tan sombrío, que no pude distinguir el árbol ni objeto alguno.

Mientras había creído estar completamente solo, aquel aislamiento me pareció encantador; mas entonces, la idea de encontrarme en aquella soledad con una persona invisible y desconocida inspirábame una especie de horror sobrenatural. Estoy seguro que no fué el temor de un robo ni de un asesinato lo que me hizo retroceder ante la idea de registrar la espesura de donde partió el sonido que me hizo estremecer; pero cualquiera que fuese la causa del pavor que experimenté, privóme de todo movimiento.

El silencio era casi intolerable, cuando le interrumpió de nuevo la misma voz que salía del mismo sitio.

«¡Sí!, gritó la voz (yo podía oir claramente todas las palabras que pronunciaba), si estás resuelto á aniquilarme, ¿por qué persigues sin tregua al que no teme la muerte? ¿No te he buscado por todas partes? ¿No he descubierto mil y mil veces este pecho que encierra un corazón atormentado sin cesar?... ¡Hiere! Moriré sin proferir una queja; pero por el amor de Dios, no me persigas más mostrándome esos dedos suplicantes, pues bien sabes que no puedo cogerlos. La maldita amatista me atravesó con su rayo diabólico... ¡Me abrasa..., me abrasa!...»

La voz dejó de hablar, y de pronto vi salir á un hombre de las tinieblas; franqueó rápidamente el claro, y desapareció de nuevo en las profundidades de los bosques contiguos. Durante un momento, al atravesar el espacio libre, entreví su rostro, que estaba vuelto hacia mí, y á la dudosa claridad del crepúsculo parecióme de una blancura sobrenatural... Era el semblante del *Caballero enlutado*.

A duras penas me recobré del asombro producido por aquella aparición. La luz no llegaba hasta mí sino por algunos claros, y las sombras que el bosque proyectaba eran tan densas á un lado y otro, que apenas se podía distinguir á aquel hombre. Yo no le había visto antes más que una vez, hacía cuatro años, y sin embargo, reconocí aquella figura en el momento de herir mi vista: verdad es que no era fácil que la olvidara quien una sola vez siquiera la hubiese visto.

En ninguna parte encontré nunca al conde de Roseneck durante mi permanencia en París, y ni siquiera oí hablar de él. ¿Habría vivido en completa reclusión ó acababa de llegar? De todos modos, ¿qué podía hacer á semejante hora en aquel sitio solitario? Cierto que yo también estaba, atraído por mi inclinación al reposo y las bellezas de aquella soledad campestre, á la que tan fácil me era trasladarme; pero aquella dolorosa reprensión de que yo había sido oyente involuntario, no fué proferida seguramente por uno que va en busca de lo pintoresco. ¿Y á quién se dirigía y por qué?... Entonces recordé los rumores que circulaban á bordo de *La Lorelei* sobre el estado mental de la esposa del conde. ¿Sería posible que también éste fuera presa de alguna terrible alucinación?... Fatigado al fin de aquellas conjeturas que no me permitían deducir nada en concreto, y notando que el aire comenzaba á ser húmedo y frío, me levanté para volver al pueblo. Entretanto, la noche había cerrado del todo; no era una noche cálida, y sin embargo la atmósfera, muy pesada, parecía haberse cargado de electricidad. Monté á caballo para volver á mi casa algo apresuradamente porque ya era tarde y amenazaba la tempestad. Sin embargo, grande era mi preocupación, porque pensaba en los acontecimientos de *La Lorelei*, pues la curiosidad que en mí excitaran en otro tiempo se reavivaba de pronto con más fuerza que nunca por lo que acababa de oir. Comenzaba á soplar un viento muy penetrante, que levantaba ante mí en el camino blancas columnas de polvo, las cuales, arremolinándose una tras otra, parecíanme fantasmas. Yo las veía claramente, porque era una de aquellas noches en que el cielo parece más sombrío que la tierra, y el suelo proyectaba como un resplandor opaco de color gris que no provenía de la luna ni de las estrellas. A lo largo del camino que mi caballo recorría á rienda suelta, observé esas formas blancas que pasaban rápidamente y agolpábanse hasta que parecían girar dentro de mi cabeza; tan pronto corrían junto á mí como se adelantaban, cerniéndose sobre el camino cual si me amenazasen; comprendí que atraían la tempestad, y que ésta se acercaba rápidamente. Con la impresión del hombre perseguido por un peligro terrible, galopé á través de aquellas nubes de polvo, pero muy pronto estuvieron frente á mí; entonces sentíme dominado por una sensación extraña, y figuréme que emprendía una carrera desesperada para alcanzar algún premio fantástico, y que si no alcanzaba la victoria estaría perdido para siempre.

De improviso en la sombría copa de lo que yo tomaba por un árbol del camino vi una pálida aparición; estaba sentada, y sus ojos parecían seguirme á mí y á los espectros, lanzados en aquella carrera frenética. Una mirada me bastó para reconocer en aquel fantasma á la mujer que hacía años vi sentada en la misma actitud sobre el puente de *La Lorelei*. Sin duda se le había caído el chal, y sus hombros desnudos, blancos y brillantes, parecían de frío mármol; su larga cabellera ondeaba á merced del viento. La aparecida entonaba con voz débil un cántico indefinible, canto de triunfo y de dolor á la vez. En aquel momento mi caballo se atemorizó; solté la brida y el estribo, y cogíme al cuello del cuadrúpedo. Un instante después todo á mi alrededor se transformó como en un sueño.

El bosque había desaparecido; en su lugar veíase una costa de aspecto lúgubre, negra, escarpada, contra la cual iban á estrellarse las embravecidas olas del mar. Yo no me cogía ya del cuello de mi caballo, sino de los restos de un buque destrozado por la tempestad, mientras que á mi alrededor nadaban desesperadamente multitud de blancos fantasmas que habían naufragado como yo. Poseídos de ardientes deseos, de envidia, de amor y de cólera, luchábamos en medio de las alborotadas y espumosas olas; pero el desencadenamiento de nuestras pasiones era más violento aún que el de nuestra naturaleza. A lo lejos, y á mucha altura, dominando aquella hedionda escena, La Lorelei lo veía todo, sentada en su trono de piedra. Impasible y blanca, cantaba siempre su extraña melopea. De vez en cuando fijábase su mirada en la multitud de siniestros nadadores; si uno de ellos se acercaba, contemplábale con ojos fríos é indiferentes, y entonces el náufrago, presa de un espasmo supremo, desaparecía en el torbellino de las olas sin proferir un grito. Después llegó mi turno, La Lorelei y se fijó en mí; pero en vez de aterrarme con su mirada, esta pareció filtrar en mi corazón un sentimiento de piedad y una ternura infinita.

«¡Oh, misteriosa desamparada!, exclamé, no me quejo de tu aislamiento, porque he adivinado su secreto; pero compadézcome de ti. Ya sé que esos desgraciados son víctimas de sus propias pasiones, y que no eres tú quien los hace morir. Te comprendo, y mi corazón te responde; tú eres la voz de nuestra alma, la aspiración hacia lo ideal, sin cesar combatido por las realidades de la vida, que comunican á tu canto los asuntos dolorosos de un deseo siempre abrasador y nunca satisfecho.»

Sus hermosos ojos se dulcificaron, y vi brillar en ellos una lágrima; inclinóse hacia mí, me alargó su blanca mano..., presenté la mía, y cogí... ¿qué?

No lo supe hasta algunos días después cuando comencé á reponerme de los efectos de mi caída del caballo.

Un cochero que volvía de Auteuil con su vehículo desocupado me encontró desvanecido en el camino, sin duda por haber chocado yo contra un árbol, pues tenía fuertes contusiones en la frente. Con el pie enganchado probablemente en el estribo, debía presumirse que el caballo me arrastró á varios metros de distancia, porque mis manos estaban laceradas y el pardesú destrozado. Por fortuna llevaba tarjetas en el bolsillo, y el cochero pudo saber así las señas de mi casa.

Al desnudarme mi criado, encontró en mi mano crispada un papel en parte roto, escrito con unos caracteres que le fué imposible leer, y creyendo que serían notas de interés científico le guardó.

Apenas entrado en la convalecencia apresuróse á

entregármelo: la escritura era alemana; pero el papel estaba tan roto y estrujado, que ya iba á tirarle con la impaciencia del hombre enfermo, cuando mis ojos se fijaron en estas palabras: «¡Mano fatal, completa tu obra!»

Esto bastó para que concentrase toda mi atención, y con grandes dificultades conseguí recomponer las frases siguientes, quedando algunas incompletas porque ciertas partes del papel habían desaparecido:

«¡Mano fatal, completa tu obra! ¡He aquí mi cuello; yo le ofrezco á tu mano vengadora!... ¡Y... tú, que para mí eras más que un hermano!... ¿Qué espíritu diabólico te impulsó á pedir la muerte? ¿No había dado yo toda la dicha de mi corazón y la salvación de mi alma en gaje de ese anillo maldito?...

»...¡Sí!; después, semejante á un romano á la voz del augur, me lancé en medio de mortíferos combates, suplicando á los dioses que me concedieran la muerte y me devolviesen á mi madre, la tierra... ¡Todo fué en vano!... ¡Inútilmente arrostraba el peligro en los picos del Cáucaso, bajo la tienda del beduíno y á traves de las furiosas tempestades del Báltico; siempre y en todas partes encontré la horrible intervención de la mano!... ¡Siempre y en todas partes tu formidable protección, inevitable mano de espectro!»

Aquí terminaba este fragmento, acerca de cuyo autor no podía abrigar yo la menor duda... ¿Qué misterioso agente había puesto este papel entre mis manos?... ¿La Casualidad?... ¿No sería más bien el Destino? El *Caballero enlutado* debía haber seguido el mismo camino que yo para volver desde Auteuil á París, y tal vez no se hallaba lejos en el momento de mi caída. El papel era evidentemente la hoja desprendida de un diario íntimo, y no tenía fecha. ¿La habría escrito recientemente ó algunos años antes? El triste momento de que formaba parte debía en todo caso estar en su poder la noche en que yo le vi cerca de la balsa de Auteuil. ¿Le habría dejado caer sin saberlo, estrujándole y arrojándolo lejos de sí en un paroxismo de disgusto, sin suponer que la obscuridad de la noche y el bosque solitario pudiesen revelar jamás el secreto que particularmente se les confiaba? Este pedazo de papel era lo que yo había creído coger en el estado de vertiginosa angustia en que me hallaba; y el papel, impulsado sin duda por el viento, espantó á mi caballo al flotar delante de él.

De este modo todo se explicaba: mi caída tuvo por resultado una fuerte conmoción cerebral, y la visión que me acosó no fué sino consecuencia de ella. En todo caso, aquel fragmento de diario que tan singularmente llegó á mi poder, revelaba las impresiones de un hombre sometido, según todas las apariencias, á las alucinaciones permanentes ó periódicas de un carácter muy distinto del de aquella que me sobrecogió, no siendo posible atribuirlas ninguna causa física análoga. Despertando en mí el más vivo interés, imprimieron una nueva dirección á mis estudios, y desde entonces consagré una solicitud particular al examen de los fenómenos mentales, que ofrecen á las investigaciones del fisiólogo el dominio oculto de la psicología.

Por el mismo tiempo, poco más ó menos, concebí el proyecto de escribir un tratado sobre las sensaciones subjetivas. La nota siguiente, redactada en aquella época, resume con bastante exactitud mis ideas sobre aquella cuestión, y la transcribo aquí, no porque yo quiera atribuirle un valor cualquiera, sino porque tiene una íntima relación con el drama que me propongo referir.

APARICIONES Y ESPECTROS

«¿Qué se entiende por apariciones y espectros? ¿Son ilusiones de la imaginación? Sí, seguramente, por lo menos para nosotros, que no hemos conocido la experiencia personal del espectro;... mas al visionario que ve fantasmas, tan sólo podríais demostrarle una cosa, y es que no veis lo que él ve. Para él la prueba de la aparición es su aparición misma. Al *Cogito ergo sum* del filósofo, añade *Agit ergo est;* mas por lo pronto dejo á un lado todos esos fenómenos espectrales que tienen por origen causas puramente físicas, como, por ejemplo, «el perro negro del cardenal Crescentino,» etc... Ocupémonos ahora tan sólo de las afecciones del espíritu, fijándonos, si queréis, en un criminal. La pasión que se ha posesionado del cerebro de aquel hombre se convierte en su *fatum*. Supongamos que el asesinato sea necesario para realizar su designio; la ocasión le pone el puñal en la mano, y la víctima cae bajo sus golpes. El culpable despierta entonces de su largo sueño de asesino con un cuchillo ensangrentado en la mano; antes del crimen le ha impulsado, por decirlo así, la obsesión de sus visiones criminales, y después del delito estas mismas reproducirán de continuo á sus ojos la escena sangrienta en que hizo las veces de verdugo; mas yo no conozco ningún caso de un hombre que haya sido perseguido siempre y periódicamente por espectros que no tuvieran su origen en alguna acción conocida ú oculta de su vida real.»

Esta nota sirvió de asunto para una obra publicada por mí mucho más tarde, que dió uno de los resultados más imprevistos, sin el cual no se habría escrito nunca este relato.

III

LA CASA DE LA CALLE DE HELDER

Desde aquel acontecimiento todas mis tentativas para obtener alguna noticia exacta respecto al conde de Roseneck no dieron resultado. Después de tomar algunos informes en la embajada de Alemania y en los principales hoteles, deduje que habría salido de París, y pensé tanto menos en continuar mis investigaciones, cuanto que yo también debía marchar pronto.

Cierta noche algunos jóvenes con quienes había comido quisieron que les acompañase á una célebre casa de juego, situada en la calle de Helder, y que en aquella época era el punto de reunión de los parisienses viciosos. Al seguir á mis amigos cedí á un impulso de pura curiosidad, pues nunca me cautivó mucho el juego, y hasta creo que es la única pasión que no tiene nada de elevado. Ninguna cosa de las que entonces vi fué propia para hacerme cambiar de parecer, y ya iba á retirarme con cierta impresión de disgusto, cuando de pronto me detuve al oir algunas palabras pronunciadas por uno de los jugadores que rodeaban el tapete verde. «Es extraño, decía, quince veces ha puesto ese caballero al encarnado y otras tantas ha salido.»

Me deslicé, no sin trabajo, hasta la primera fila para ver al jugador que con tan buena suerte apuntaba, excitando la envidia y la admiración de todos los allí presentes: un montón de oro y varios fajos de billetes de banco, colocados ante el individuo, indicáronme al punto quién era aquel favorito de la ciega fortuna.

Durante un momento permanecí inmóvil y estupefacto al reconocer en aquel personaje al conde de Roseneck.

Y en el mismo instante su presencia me recordó, de una manera casi trágica, todos los detalles de la escena ocurrida á bordo de *La Lorelei*, pues noté en su fisonomía esa misma calma, esa impasibilidad que en otro tiempo contrastaban tan singularmente con la agitación de las olas que á su alrededor mugían.

Otro banquero acababa de tomar los naipes; nadie es tan supersticioso como los jugadores, y así es que cuando se vió al conde dejar su puesta en el tapete sin cambiar la elección del color, la gran mayoría de los puntos puso su dinero al encarnado.

Entonces presencié una cosa extraña, increíble.

En el mismo instante en que el banquero abría la boca para decir: «¡Está hecho el juego, no va más!,» vi con toda claridad que el montón de oro y billetes se alejaba automáticamente del conde, cruzaba la mesa y deteníase en el negro.

Todo cuanto yo pude observar en aquel movimiento de la puesta fué una especie de centelleo muy vivo, semejante á los visos producidos por una piedra preciosa, y que pasó como un relámpago sobre la mesa. No podía explicarme el testimonio contradictorio de mis ojos; por un lado tenía la certidumbre material de que la puesta había cambiado de sitio, y por el otro estaba dispuesto á jurar que el conde, cuyos ademanes observaba yo con profunda atención, se había mantenido con los brazos cruzados desde el instante en que le vi, sentado, inmóvil y sin tomar al parecer el menor interés en el juego.

Sea lo que fuere, el extraño jugador había subyugado la suerte por la décimasexta vez, haciendo saltar la banca; y lo que me pareció más asombroso aún, es que ni los banqueros, cuya vista ejercitada sabe estar en todas partes, ni los jugadores desgraciados hicieron ninguna protesta sobre la validez de aquella última jugada. ¿Era yo solo, pues, quien había observado aquel fantástico incidente?...

De improviso prodújose cierta agitación entre los concurrentes: los banqueros se levantaron presurosos, como poseídos de espanto; todo el mundo estaba de pie, y todas las miradas se fijaban en el gran señor siciliano. Su rostro, pálido y sin color, parecía contraído por las convulsiones íntimas de un terror profundo; sus ojos se habían abierto desmesuradamente, y sus labios presentaban un color azul lívido. Quiso levantarse, pero vaciló y cayó pesadamente sobre la alfombra, donde permaneció inmóvil como si estuviese muerto. Se le transportó á la habitación contigua, á la cual le seguí en mi calidad de médico; por fortuna llevaba mi estuche, y desnudando el brazo del conde practiquéle una sangría. Todos los concurrentes me habían seguido, pero yo les rogué que se retirasen, pues no necesitaba ayuda, y permanecí solo con el paciente.

Aunque pálidas aún, las mejillas recobraban poco á poco su color natural, y la expresión de terror pintada en sus facciones había desaparecido ya, notándose ahora en todo su ser una especie de soltura que le comunicaba la calma de un niño dormido. En aquel instante podía leer en su semblante como en un libro abierto, y adiviné, bajo sus nobles facciones, ya marchitas, un pesar inmenso; pero cuanto más las estudiaba, más respeto y compasión me inspiraba aquel hombre. Todas las líneas de su rostro eran dolorosos y vivos testimonios de crueles padecimientos; pero no se revelaba en ellas nada vil, bajo ni vulgar.

Un suspiro y un ligero estremecimiento de todos los miembros advirtiéronme al fin que el conde recobraba todos sus sentidos, y entonces me separé de él; pero un instante después tendió hacia mí su brazo libre, é hízome seña para que me acercara. Obedecí al punto, cogióme la mano, y fijó en mí una mirada penetrante. Satisfecho sin duda del resultado de su examen, sonrió con singular dulzura, y me dijo:

– Creo, caballero, que esta no es la primera vez que nos encontramos, y tengo el presentimiento de que no será la última. No emplearé ciertas frases triviales y de buena política para dar á V. las gracias: pero hágame el favor de acompañarme á mi casa, y allí, si lo juzga necesario, podrá seguir dispensándome sus visitas. Ahora ya puedo andar sin dificultad.

Estreché su mano á mi vez, é inclinándome silenciosamente fuí á pedir un coche. En la habitación inmediata encontré al gerente de la casa de juego, quien me detuvo con una pregunta.

– Dispense V., doctor, una sola palabra. ¿Y el dinero?...

Por la puerta entornada el conde oyó esta pregunta; entró y dirigióse al gerente.

– Mucho siento, dijo, las molestias que acabo de ocasionar involuntariamente. Este caballero...

Interrumpióse para mirarme, y añadió:

– Dispense V., aún no sé cómo se llama.

Díjele mi nombre, saludóme y prosiguió:

– El señor de V... tendrá la bondad de ir á casa de V. para disponer de la mitad de mis ganancias de la manera que yo indique; ruégole que distribuya el resto entre el personal de la casa en compensación de la molestia que ha sufrido por mí.

El coche esperaba en la puerta, subí con el conde, y durante todo el trayecto no pronunciamos una sola palabra. Roseneck ocupaba en el arrabal de San Germán una espaciosa habitación que, á pesar de algunos objetos artísticos, parecía haber sido alquilada con todos los muebles. En el criado que nos abrió reconocí al anciano servidor á quien había visto ya á bordo de *La Lorelei;* díjele que su amo acababa de sufrir una ligera crisis, y le dí algunas instrucciones para la noche. El viejo movió la cabeza con expresión melancólica y oíle murmurar: «¡Todavía,... todavía!..! ¡Señor, tened compasión de nosotros!»

El desfallecimiento del conde era visible. Al separarme de él recomendéle el reposo, y me contestó con una sonrisa llena de amarga ironía.

A la mañana siguiente fuí exacto á la cita que me había dado. Introdujéronme en un gran salón, cuyas ventanas daban al patio, y observé que en el aspecto sombrío y severo de aquella estancia nada indicaba la presencia ó la mano de una mujer. Por lo demás, tuve tiempo de mirarlo todo á mi alrededor, pues el conde no entró hasta al cabo de un rato. Cuando se presentó no vi ya en toda su persona el menor vestigio de las excitaciones y fatigas de la víspera.

– Tiene V. á la vista, mi querido doctor, dijo, una prueba viviente y lisonjera de su talento, y débole una noche tranquila y un sueño reparador; mas por lo pronto hágame el favor de tomar asiento, y sepa que me ha prestado un doble servicio. Asuntos de la mayor urgencia, que se resentirían muy gravemente si los retardase, me obligan á marchar hoy, y gracias á la solicitud de V. no tengo ya motivo alguno para temer los efectos de un viaje bastante largo. Según le decía ayer, darle gracias por esto sería trivial; pero permítame, y con esto será mayor mi agradecimiento, dirigirle una súplica. Me avergüenza mucho el dinero que V. me vió ganar la noche última, y sin embargo debo confesarle que no tomé el menor interés en aquel juego tan apasionado para los demás concurrentes. Yo no soy jugador, y solamente la curiosidad me condujo á la calle de Helder. Quise ante todo pagar mi entrada con una humilde puesta,

y si dejé todo mi dinero en el tapete verde fué con el único objeto de perderlo. Ya sabe V. el resto de la aventura.

Al pronunciar estas últimas palabras, noté en sus labios un temblor nervioso.

–Cuando V. me dijo su nombre, continuó, recordé haberlo oído pronunciar por amigos de su familia materna, con quienes he tenido fugaces relaciones, y conozco, por lo tanto, el noble objeto á que ha consagrado su existencia. Hágame usted, pues, el favor de aplicar la mitad de mis ganancias de la noche última al alivio de miserias que mi ligera ofrenda no podría socorrer sin la bondadosa intervención de V., y en adelante...

Yo iba á contestar, pero contúvome con un ademán, y prosiguió:

–En adelante, cuando conozca usted un infortunio digno de interés, considéreme como su banquero; yo se lo suplico. Dos palabras de usted, dirigidas á Larnstein, cerca de Breslau, informándome sobre aquellos á quienes desea aliviar, le permitirán hacer por lo menos una persona feliz. Adiós; presiento que nos volveremos á ver, mas ignoro la causa, la época y el punto de nuestra futura entrevista.

Estas palabras me parecieron una manera cortés de terminar la visita; prometíle, pues, satisfacer sus deseos y retiréme.

De este modo la solución de aquel enigma, que durante tanto tiempo me había preocupado, seguía siendo un misterio.

. . . .

Algunos días después de haber cumplido las últimas órdenes del conde, salí definitivamente de París para regresar á Berlín, proponiéndome fijar aquí mi residencia permanente; mas al cabo de dos años obtuve el título de catedrático de medicina en la Universidad de Breslau, y me establecí en esta capital. Mi madre quiso vivir en mi compañía, y murió después de ver realizadas sus más queridas ilusiones al casarme con una joven que ella hacía largo tiempo deseaba tomase por esposa. Esta unión doblaba mi renta, la cual había aumentado ya por el continuo ejercicio de mi profesión, de modo que pude entonces consagrar mucho tiempo á mis investigaciones favoritas, y dí mi primer paso en el mundo literario y científico de Alemania con un folleto titulado: *Teoría de las Apariciones, Visiones, Espectros*, etc.

En aquel opúsculo había intercalado, desarrollándolas, algunas de las observaciones hechas durante mi permanencia en París; pero ¡ay de mí!, así como otros muchos, este folleto murió al nacer. Sin embargo, el creciente interés que mis trabajos me inspiraban hízome olvidar muy pronto el mal éxito de mi publicación.



Sus ojos parecían seguirme á mí y á los espectros (Véase la pág. 171.)

Cierta noche al volver, ya tarde, de una conferencia celebrada con uno de mis colegas, mi criado me anunció que un desconocido esperaba en mi gabinete. Era ya más de media noche; pero el médico debe estar á todas horas dispuesto á servir á sus clientes.

Al entrar vi un anciano de elevada estatura y ya encorvado; pero como en la habitación había poca luz, no le reconocí hasta que habló. ¡Aquella ruina era el conde de Roseneck, en otro tiempo tan gallardo, tan vigoroso y tan imponente!...

En rigor conservaba un aspecto de dignidad melancólica, la del vencido; pero el abatimiento parecía haber surcado más las líneas de su boca; tenía en el rostro muchas arrugas, y su cabello, aunque abundante, era completamente blanco.

Algunos hombres conservan el aspecto de la juventud hasta el extremo límite de la edad madura; pero á menudo se da entonces el caso de que el tiempo, como para vengarse de una resistencia tan larga á sus ataques, les hace caer de pronto en una decrepitud desproporcionada con el número de sus años. Tal había sucedido con el conde, que parecía una estatua mutilada por el tiempo. Nos saludamos con cierta confusión.

–Doctor, dijo al fin, no vaya V. á figurarse que he buscado esta entrevista para volver á quedar en falta con V., como en otra ocasión hice. Cuando la casualidad de un viaje le condujo á encontrarme por primera vez, hace algunos años, la insistencia de su mirada me produjo una impresión desagradable; después, en dos circunstancias, V. fué testigo involuntario é imprevisto de escenas en que pudo verme entregado á extrañas y profundas emociones, y entonces comprendí que no era solamente la casualidad la que formaba así un lazo entre personas tan separadas por las relaciones ordinarias de la vida. Cuando nos encontramos en los salones de la calle de Helder, conocía ya ¡demasiado tarde, ay de mí!, su presencia cerca de la balsa de Auteuil en la noche que yo creía hallarme completamente solo. Más tarde, en diversas épocas de mi vida, me sentí invenciblemente atraído hacia V.; pero hasta aquí me he resistido á dar un paso, cuyo mal éxito podía aniquilar mi última esperanza, y por lo tanto si me ve V. esta noche en su casa es porque la fuerza que me impele ha sido más poderosa que mi voluntad.

Estas palabras, pronunciadas sin la menor apariencia de emoción, turbáronme profundamente; presentí que la solución de aquel secreto que con tanta ansiedad deseaba descubrir se iba á revelar de una manera espontánea; pero, cosa singular, esta perspectiva, lejos de complacerme, inspirábame una especie de repugnancia y de terror. Uníase á la vehemencia de mi deseo por conocer el secreto, la mortificación de la duda y el temor inexplicable que produce un mal presentimiento.

Para que el conde se hubiese decidido á dar semejante paso, era en realidad preciso que los tormentos de su alma hubiesen llegado á ser insoportables.

Esta idea me infundió vagas inquietudes sobre la naturaleza de las confidencias que se proponía hacerme; era probable que se apelara á mí para emitir un juicio que podía tener graves consecuencias sobre la suerte de aquel infeliz, y faltábame resolución para asumir irreflexivamente tan pesada responsabilidad.

En su consecuencia, guardé silencio, pareciéndome poco digno disimular mis preocupaciones con algunas palabras triviales, que por otra parte no habían de sentar bien en tales momentos.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA

El agua es el resultado de la combustión del hidrógeno en el oxígeno, de suerte que es un protóxido de hidrógeno, y se solidifica á una temperatura que se ha tomado como cero en la mayor parte de las escalas termométricas, pudiendo en tal estado presentarse bajo la forma de cristales.



EL AGUA. – Análisis de un agua potable

¿Quién no admira las dentelladas líneas y las extrañas figuras que aparecen dibujadas en los vidrios de las ventanas y balcones después de una noche fría de invierno? Estas elegantes arborescencias están formadas por pequeños cristales prismáticos de seis facetas ó de forma de estrellas de seis puntas difíciles de distinguir á simple vista. También la escarcha se posa á menudo sobre las amarillentas hojas que el otoño ha arrancado, en forma de partículas estrelladas, cuya agrupación caprichosa ofrece notable elegancia.

Si recogemos sobre un pedazo de cartón negro un copo de nieve, veremos que éste no reviste una forma cualquiera, sino que está constituído por una porción de pequeños cristales, de los que también está formado el hielo, á pesar de su aspecto homogéneo. Fácil es evidenciar este hecho cortando de un bloque de hielo una laminilla muy delgada, en cuya imagen proyectada sobre una pantalla blanca se advierten gigantescos cristales estrellados de seis puntas

El hielo es plástico. – La presión rebaja el punto de fusión del hielo. Esta ley, comprobada por los físicos por medio de experimentos muy precisos, ha permitido á Tyndal explicar el movimiento de los ventisqueros y explica asimismo un curioso experimento sumamente curioso debido á J. Thomson y que demuestra que el alambre con que los lonjistas cortan la manteca no sirve para cortar el hielo

En efecto, tómese un pedazo de éste, colóquesele entre dos sillas de modo que su parte central quede en el aire y póngase atravesado en su parte superior un alambre con piedras ó pesos en cada uno de sus extremos: el alambre penetra en el hielo y muy pronto lo atraviesa de parte á parte, cayendo él y los pesos al suelo sin que el hielo se haya roto, y quedando solamente indicado por un juego de luz particular el camino por aquél recorrido.

Bajo la influencia de la presión, el hielo se ha derretido en los puntos que han estado en contacto con el alambre; pero como esa fusión necesita calor para realizarse, prodúcese un descenso de temperatura que congela encima del alambre el agua de la fusión resultante en cuanto vuelve á estar bajo la presión atmosférica, y poco á poco el hielo atraviesa toda la masa derritiéndose el hielo debajo de él y volviendo á congelarse encima.

Por qué no puede construirse un termómetro de agua. – El agua, desde el punto de vista de sus propiedades físicas, presenta una porción de felices anomalías que no parecen sino determinadas para el bienestar del hombre.

En primer lugar, su considerable calor latente de fusión permite que la nieve se derrita lentamente, con lo que se evita, al llegar la primavera, la excesiva frecuencia de las inundaciones.

En invierno, la transición del agua al estado de hielo desprende calor suficiente para impedir un descenso demasiado rápido de temperatura; en la primavera, por el contrario, el hielo para derretirse absorbe calor, lo que evita un aumento brusco en el calor del aire.

La escasa conductibilidad del agua sólida para el calor nos evita todavía otros desastres; así, por ejemplo, la nieve que cubre los campos preserva con frecuencia la cosecha contra la helada. Esta misma propiedad, unida á la ligereza del hielo, hace que éste desde su formación flote sobre la superficie del agua, evitando así la congelación total de los ríos y de los mares.

En el estado líquido, su mucho calor específico es causa de la lentitud con que se calienta bajo la influencia del calor solar, á pesar de absorber la mayor parte de éste; asimismo cede muy difícilmente el calor que ha recibido, merced á lo cual son los mares un maravilloso regulador de la temperatura.

Otra propiedad muy notable del agua es su máximo de densidad, que se produce aproximadamente á á la temperatura de 4 grados bajo cero: á esta temperatura una masa de agua ocupa el volumen mínimo; resultando de aquí que, estando helada la superficie de un río, el fondo del agua, á menos de que sobrevengan fríos muy intensos, se mantiene siempre á una temperatura de unos 4 grados, insuficiente para producir la congelación de la misma, circunstancia en extremo beneficiosa para los peces.

Esta propiedad permite darse fácilmente cuenta de por qué no puede construirse un termómetro de agua, aun suponiendo muy bajo su punto de solidificación.

Un termómetro es un cuerpo que por las variaciones de su volumen da las correspondientes variaciones de temperatura, y para que sea útil es preciso que á un volumen dado del cuerpo termométrico corresponda siempre una temperatura dada. Pues bien: el agua no satisface esta condición: en un termómetro de agua, este líquido ocuparía á 9 grados, por ejemplo, cierto nivel que será más bajo á 7, 6, 5, y 4 grados; pero si la temperatura sigue descendiendo, el agua, á menos de 4 grados, aumenta de volumen; de suerte que á 3 su nivel será sensiblemente el mismo que á 5, á 2 se acercará al de 6, á 1 llegará al de 7, y á 0, antes de la congelación, se aproximará al nivel de 8 grados. Resultaría, pues, incertidumbre para todas las temperaturas comprendidas entre 0 y 9 grados, de modo que el tal termómetro, si bien aceptable para durante el rigor del verano, sería de todo punto inútil en invierno.

Modo de saber si un agua es ó no potable. – Para los usos industriales y domésticos, tales como alimentación de generadores de vapor, jabonado, etc., la mejor agua es la destilada; pero no sucede lo mismo en lo que atañe á la alimentación del hombre. El agua, en efecto, debe ser un alimento. Si abrimos el *Anuario de las aguas de Francia*, encontraremos en él las siguientes líneas: «Un agua puede ser considerada buena y potable cuando es fresca, limpia, inodora; cuando apenas tiene sabor no siendo desagradable, ni insípida, ni salada, ni dulce; cuando contiene suficiente aire en disolución; cuando disuelve el jabón sin formar grumos, y cuando cuece bien las legumbres.»

¿Cómo saber si una agua es potable?

Si contiene exceso de cal adviértese esto fácilmente; las legumbres se cuecen mal en ella porque la cal coagula uno de sus principios, la legúmina, y forma una costra que impide la cocción en el interior de aquéllas: además, disuelve mal el jabón, que forma en ella grumos, á consecuencia de la formación de un jabón de cal insoluble. Cuando un agua ejerce esta acción sobre el jabón, debe ser rechazada para todos los usos domésticos, para la alimentación en primer término.

La cal puede existir en el estado de sulfato ó de carbonato. Se conoce que un agua contiene exceso de carbonato de cal en que se enturbia por la ebullición á consecuencia del desprendimiento del ácido carbónico, único que hacía soluble el carbonato. Por medio de una reacción colorada es fácil ver si hay exceso de bicarbonato.

Tómese un poco de palo campeche, añádansele algunos centímetros cúbicos de alcohol y decántese y se obtendrá un licor amarillo: si se añade á éste agua destilada ó de lluvia, el color amarillo persiste; si el agua es potable, es decir, no contiene demasiado carbonato de cal, el licor tomará un tinte rosado y finalmente si el agua tiene exceso de carbonato, el color de aquél se volverá morado, como puede comprobarse echando en el licor de campeche agua de Vichy, de Vals ó de Saint Galmier.

La cal puede también estar en el agua en forma de sulfato, y en tal caso el agua se denomina selenitosa. Reconócense los sulfatos echando en el agua que se quiere probar algunas gotas de una solución límpida de cloruro de bario: si hay sulfatos, se obtendrá un precipitado blanco y pesado, de sulfato de barita, que se acumula rápidamente en el fondo; si el agua sólo contiene indicios de aquéllos, tomará simplemente un tinte turbio. Con las aguas de Sedlitz y de Epsom, muy ricas en sulfatos, el precipitado sería en extremo abundante.

También existen en las aguas algunos cloruros en pequeña cantidad: para probar su presencia basta verter en el agua unas gotas de una solución de nitrato de plata, con lo que aquélla se enturbiará ligeramente. Si hay exceso de cloruros se formará un precipitado blanco cuajado de cloruro de plata. Este precipitado resulta mucho más abundante si se hace el experimento con agua de Balaruc ó de Bourbon-l' Archambault y sobre todo con agua de mar.

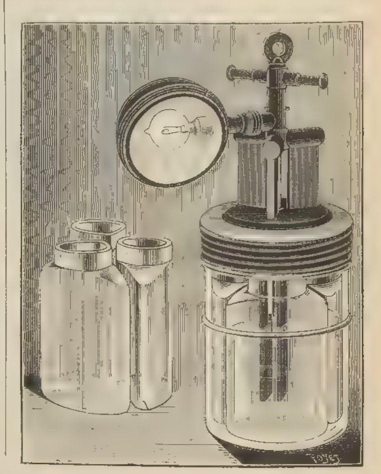
Terminaremos este punto de las reacciones indicando otras dos. La cal, cualquiera que sea su estado (carbonato, sulfato ó cloruro), se reconoce por medio de una disolución de oxalato de amoníaco, con lo cual se forma un precipitado blanco de oxalato de cal, tanto más espeso cuanta mayor cantidad de cal contiene el agua. Este precipitado es sumamente caprichoso y no siempre se produce en seguida, por cual razón del hecho de que no se forme inmediatamente no debe deducirse que el agua está exenta de cal, puesto que aquél aparece apenas se agita vivamente el agua del vaso con una espátula.

Por último, puede haber en el agua materias orgánicas y en este caso hay que abstenerse en absoluto de ella. Para conocer la presencia de tales materias se emplea un reactivo muy sensible, el permanganato de potasa, de un hermoso color morado.

Después de cuidadosamente diluído este reactivo en agua destilada, se le adiciona una gota de ácido sulfúrico y se le hace hervir con el agua que se quiere probar (véase el grabado): si desaparece el color morado, es señal de que el agua contiene materias orgánicas; si aquel color persiste, el agua es buena.

También puede calentarse el agua que se ha de analizar con cloruro de oro: si el tinte amarillo se vuelve rojo por transparencia y morado por reflexión, á consecuencia de un poco de oro pulverulento, el agua es mala.

La práctica de estas pruebas, inútil en aquellas ciudades en donde las aguas distribuídas á la población han sido cien veces analizadas, puede prestar grandes servicios en el campo cuando hay que beber aguas de pozo: de éstas, unas pueden ser excelentes y otras muy nocivas á consecuencia de la calidad de los terrenos vecinos ó de las filtraciones que llevan á ellas materias orgánicas.



Lámpara eléctrica para el desarrollo de los clisés fotográficos

El agua oxigenada. – Descomponiendo el bióxido de bario por el ácido clorhídrico, á la más baja tem-

peratura posible, en presencia de agua, se obtiene un líquido que contiene dos veces más de oxígeno que ésta: el bióxido de oxígeno ó agua oxigenada, cuyas propiedades oxidantes le dan cada día mayor importancia industrial, haciéndola necesaria, entre otras cosas, para el blanqueo de la seda de las plumas de avestruz y para la restauración de cuadros antiguos. Por la acción del ácido sulfhídrico que distintas causas (alumbrado, calefacción) desprenden en las habitaciones, el carbonato de plomo ó albayalde se transforma en sulfuro de plomo negro y las pinturas se ennegrecen: el agua oxigenada oxida el sulfuro negro que se ha formado y lo convierte en sulfato de plomo blanco.

Con el nombre poético de *agua de las rubias*, el agua oxigenada más ó menos diluída sirve, de algunos años á esta parte, para otra clase de restauraciones.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustree*)

LA LÁMPARA ELÉCTRICA DEL FOTÓGRAFO

Los aficionados á la fotografía saben cuánta importancia tiene el alumbrado de su laboratorio durante el desarrollo de los clisés. Los aparatos de cristal encarnado iluminados por una lámpara de petróleo dejan á menudo mucho que desear: el humo y las oscilaciones de las mismas son un grave inconveniente cuando se tiene el clisé sumergido en el baño de desarrollo. M. Radignet, el hábil construc-

tor de aparatos eléctricos ha inventado uno ingeniosísimo para salvar tales dificultades: consiste en una pequeña lámpara de incandescencia que brilla dentro de un cristal rojo y que proporciona al fotógrafo la luz conveniente para sus operaciones. El aparato (véase el grabado) se compone de un bocal que contiene tres elementos al bicromato, reunidos en tensión, que alimentan el foco de una lámpara incandescente de cinco volts. Estos tres elementos vacíos son los que se ven á la izquierda del grabado al lado del conjunto del sistema y pueden fácilmente limpiarse y llenarse de líquido.

Los cincs que sirven á la pila están montados de tal suerte que es muy fácil sustituirlos por otros cuando están gastados: un sustentáculo central permite sumergirlos en el líquido para hacer funcionar la pila y retirarlos una vez terminada la operación.



ESTUDIO DE LA SRA. HERMIONE DE PREUSCHEN (Véase el artículo del núm. 479.)

El reflector que encierra la lámpara eléctrica puede moverse alrededor del aparato y además gira sobre un eje que permite dirigirlo hacia abajo é iluminar de esta suerte la vasija que contiene el baño del desarrollo. El reflector lleva para las operaciones fotográficas una lente movible de cristal encarnado ó de cualquier otro color, que puede suprimirse cuando se quiere utilizar la lámpara para el alumbrado ordinario.

Para servirse del aparato, basta bajar el triángulo metálico colocado en su parte superior, con lo que los cincs se sumergen en el líquido y se produce instantáneamente la luz: ésta se extingue en el acto levantando aquél. La intensidad del alumbrado puede regularse bajando gradualmente el triángulo, pero hay que tener cuidado en no exagerar la incandescencia de la lámpara porque podría romperse el filamento; esta precaución es más necesaria cuando el líquido no ha servido todavía. M. Radignet ha bautizado este aparato con el nombre de *electrofotóforo*.

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón



Año X — BARCELONA 23 DE MARZO DE 1891 — Núm. 482

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

***

JESÚS EN JERUSALÉN

POR DON EMILIO CASTELAR

Lo querréis ó no; pero el hijo del Hombre jamás dejará de ser nuestro ejemplo sobre la tierra y nuestro ideal en la vida. Los tiempos que pasan, lejos de disminuir, como pretenden algunos incrédulos, esa indecible figura, la enaltecen y agrandan, acrecentándose con los desarrollos de nuestro espíritu el fervor que sugiere. Hanla formado las evaporaciones de nuestras lágrimas, los latidos de nuestros dolores, los relampagueos de nuestras tempestades, los misterios de nuestra muerte, al mismo tiempo que las esperanzas en otro mundo superior á este valle de lágrimas; con lo que, divina y al mismo tiempo humana, en sí resume y compendia el universo material y moral, el cielo y la tierra. Un escritor ilustre, perteneciente á semítica raza, y por lo mismo incapacitado radical-

LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO, cuadro de Arpad Feszty

(Exposición Internacional de Munich, 1890)

mente de comprender la Trinidad, el Verbo, el Hijo de Dios, las ideas heleno-cristianas que componen como el fondo mismo de nuestra religión, se revuelve contra la divinidad tradicional de Cristo y la pone al nivel de las apoteosis y divinizaciones decretadas por los antiguos senadores á los romanos césares. ¡Insensato! El patriciado siervo adoraba en los césares poder, fuerza, riqueza, fortuna, triunfos, glorias, mientras adoramos en Cristo los cristianos el dolor, el sacrificio, el martirio, el holocausto, su pasión y su muerte. Por eso, mientras los sensuales dioses de la Naturaleza desaparecen sumergidos en los oleajes que traen las renovaciones del ser y de la vida; mientras los césares huyen á la irrupción bárbara que subvierte, como un terremoto profundísimo, el suelo europeo; mientras allá, en el Oriente, se petrifican los pontificados de la casta y las liturgias del panteísmo, á pesar de los timbres varios con que brillaban y de las fuerzas materiales que tenían, el Dios de los débiles, de los desheredados, de los tristes, de los humildes, puesto en la Cruz, coronado de abrojos, con sus labios cárdenos, con sus miembros rígidos, en el estertor postrero de una horrible agonía, inclinada su cabeza divina sobre aquel pecho herido, abre los brazos en las cumbres del universo, para que allí busquen su ideal todos los que creen, su consuelo todos los que lloran, su remedio todos los que padecen y su esperanza todos los que mueren. No puede medirse cuánto fortalece, ¡cuánto!, el dolor, y cómo vivifica la muerte. No puede compararse, no, el saber científico de Aristóteles y la elocuencia sublime del divino Platón en mérito con la sencilla y á veces tosca palabra de Sócrates. Y éste supera en la tradición á los otros dos. ¿Por qué tal superioridad? Porque Aristóteles ha sabido escribir, Platón ha sabido hablar la ciencia; pero Sócrates, más humilde por su pensamiento, menos industriado en los problemas altísimos, ha sabido por la ciencia morir. Así Cristo, porque ha sido el Hombre de la pasión y de la muerte habrá de ser toda la vida el Dios de la esperanza y de la inmortalidad. Por eso domina más desde Sión donde muere, que desde Belén donde nace y que desde Tiberiades donde predica. Y tened en cuenta lo sublime de todo cuanto Jesús hace y dice allá sobre la tierra de sus padres. En Galilea el mar de Tiberiades, donde verifica la pesca milagrosa; en Galilea el Tabor, que le sirve de peana para subir al cielo; entre Galilea y Samaria el encuentro con la samaritana, junto al brocal del pozo, en que apagaran eternamente las ideas su sed anhelosa de lo infinito; bajo los techos de Galilea las bodas de Canaán, y sobre una montaña de Galilea el sermón sublime que ha promulgado en palabras divinas la eterna religión del espíritu para toda la humanidad. Y sin embargo, Cristo no ha triunfado en Galilea; Cristo ha triunfado en Jerusalén. Fuera del portal donde naciera, que obtiene del agradecimiento humano un culto parecido á las escenas del Cedronials, el Cristo de nuestras adoraciones será el Cristo de la cena pascual, el Cristo de la oración en el Huerto, el Cristo de la calle de Amargura, el Cristo á quien olvidara Pedro y vendiera Judas, el Cristo acusado por los reyes y maldecido por los sacerdotes, el Cristo de las tres caídas, el Cristo de la crucifixión en lo alto de su Calvario, el Cristo de las siete palabras, el Cristo de la sed horrible, de las llagas en manos y costado, de la hiel en los labios y los abrojos en las sienes, el Cristo de las agonías, el Cristo de la pasión y de la muerte. Como el poema de nuestra redención pasó por Judea, la tierra del Templo, y por Jerusalén, la ciudad Santa, evoquemos en esta semana de recogimiento la imagen de todos estos lugares, tal como se hallaban entonces, y evoquemos al par las causas ocasionales y determinantes de la muerte del Salvador, ignoradísimas de los más, puesto que las primeras causas todos las sabemos: su intercesión por nosotros, y su sacrificio en aras de la redención universal. Veamos, pues, la Judea, la Jerusalén del Cristo y las pasiones que se arremolinaron en torno de su figura santísima.

Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los albores de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth, hanse desvanecido aquí, sustituídas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras Apriétanse los hogares unos á otros, levantados en grande número sobre las colinas y parecidos en su forma de cubos blancos á cisternas destacadas en cielo azul obscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad; uno, que representa su fariseísmo estrecho y riguroso, el templo de su dios Jehovah; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto á la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan á la ciudad un aspecto hierático aumentado por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del santuario, más aparte del templo, domina todos aquellos patios como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia. Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes y sesenta torres parecen como una guarnición distribuída para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones políticas continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas aseméjanse mucho á las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar á cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer á los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio riscoso. donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada, conocida con el nombre de puerta de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes á la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas más medios de transportes que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas Los templos eran innumerables. Como el judaísmo á la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó sirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Lo más admirable y lo más rico de Jerusalén, por aquel entonces, era la mansión de su rey Herodes. Graderías enormes la sustentaban como al rey el trono, jardines floridísimos la ceñían de bien olientes guirnaldas, estanques muy claros alimentaban en sus patios y en sus florestas numerosas cisnes, el marfil y el oro y la púrpura se prodigaban allí como en los alcázares de Tiro; la pared que lo cercaba tenía trece metros de altura, la materia que lo componía era de mármoles y jaspes y ágatas, alfombras asiáticas tapizaban el suelo y piedras preciosas resplandecían en las incrustaciones del techo. Tal y tan extraordinario lujo Herodes ostentaba en aquella sociedad generalmente considerada como centro de la maceración y de la penitencia. Dadas las prescripciones bíblicas respecto del agua y su empleo, el judío necesitaba mucha para sus abluciones, y así había innumerables albercas.

En esta ciudad sólo hacia su parte oriental hallaba el ánimo de sus habitantes algún recreo. El monte de las Olivas, riscoso como todos aquellos alrededores, ofrecía con sus ramajes alguna sombra y algún solaz entre tantas breñas. El sitio de Getsemaní, como su nombre indica, era lo que nosotros llamamos en lengua meridional una grande almazara, ó sea un molino de aceite al aire libre. Allí sucedió el prendimiento de Jesús, motivado por sus predicaciones. Y entre tales predicaciones, la que más indignaba contra Jesús á los judíos eran sus amenazas al templo. La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, aquello que formaba la vieja liturgia israelita, se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás por Salomón y reconstruído en la edad misma del Evangelio por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo nos hablan á una con admiración idéntica de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, decláralo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día. Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríaselo en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrando mucho el templo los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: «No quedará de tanta mole piedra sobre piedra.» Todo lo construído por Herodes cayó en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes cual montañas pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo. En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesante, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos, aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo. El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustados y esculpidos sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parra de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los inciensos; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semipersas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas; en otro sitio los holocaustos y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos. Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas que un día el construído por Salomón y preparado por David se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra. Y sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo antes de que la profecía del Salvador se cumpliera.

Mas para el materialismo judío, amenazar al Templo era tanto como amenar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y acerbidades, empapan todos ellos con sus lágrimas los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del templo de Salomón. Así es que los acusadores, concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse por descendiente de Salomón y David rey del pueblo judío. El Sanedrín se unió á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal toda la población judaica y hacía de juez todo el judaico sacerdocio. Las condiciones del Sanedrín en la edad aquella de Cristo resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban en una especie de federación gigantesca gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio. Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobrexcitada la ira judaica por la dominación extranjera, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús.

ELOÍ, ELOÍ..., escultura de D. Tomás Cardona

Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oirle y le insultaron y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se completaba y se perfecionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo sereno y tranquilo por todos nosotros. Está, pues, fundada la eterna religión del espíritu.

Notad todo lo que pasa cuando el Redentor aparece. Los profetas callan, los oráculos se pierden, los dioses huyen, la filosofía reemplaza á la religión; ábrense las puertas de Oriente; los romanos con el instrumento de la guerra universal pacifican el mundo; la idea de Dios sale de Jerusalén como abandonando su patrio nido; la idea humana se transforma en Alejandro y se compenetra y confunde con la idea divina en el sincretismo neoplatónico; las ciudades magas, hechiceras, como Babilonia y Persípolis, arrojan de sí los dioses, los disipan como una nube de incienso en sus orgías; Grecia esculpe el cuerpo del hombre como preparando la naturaleza humana á una apoteosis; Virgilio llama á las palomas del Valle, á los arroyos, á las fuentes, á los floridos arbustos, á las colinas cubiertas de lirios para que presencien la renovación de la naturaleza, la primavera del espíritu; y allá, en un rincón de la Judea, misterioso niño, sin más escudo que el blanco cendal de su cuna, sin más arma que la invisible palabra escapada de sus labios, congrega en torno de sí á los pastores, á los esclavos, á la plebe tenida por vil, á todo lo que era mofa, escarnio del mundo; exalta su conciencia, les revela su espíritu, les declara iguales á los patricios por su origen, superiores por su dolor y sus desgracias, y muere en la cruz, en el ignominioso patíbulo por donde había corrido eternamente la sangre maldecida de los esclavos; y al venir los que van verdaderamente á abrirle paso en el mundo, los que con su martillo pulverizan estado, familia, propiedad, leyes, todo lo viejo para que reciba la levadura de todo lo nuevo, aquella cruz ignominiosa es la salvación de Roma, porque en aquella cruz ha muerto la esclavitud, y á su sombra ha sentido el hombre despertarse en su seno la santa voz de su conciencia que le ha revelado su eterna y desconocida libertad. He ahí por qué, aun prescindiendo de considerar el Cristianismo como yo lo considero siempre, como una religión venida del cielo y revelada por Dios, el Cristianismo es la armonía de todas las grandes oposiciones históricas y el eterno fundamento, la eterna tesis de toda la civilización moderna. ¿No es verdad? El encono de los partidos, el empeño de cierta escuela en presentar á Cristo con la tea de la Inquisición en una mano y la mordaza en la otra; á Cristo, que sólo abrió sus labios para bendecir, que sólo tuvo corazón para amar, que murió para vencer la muerte, que fué esclavo para hacernos libres; los gérmenes arrojados en algunas conciencias por esa filosofía mezquina que dominó á Francia en el siglo XVIII, filosofía de que nosotros, hijos del siglo XIX, siglo de armonía, nos hallamos distantes, pero sobre todo, los grandes crímenes cometidos en nombre de la religión para envilecer á los pueblos, han borrado en muchas almas infelices, nacidas, no para ser piedras de los abismos, ser soles de los cielos; han borrado, decía, la noción cristiana, la fe en esa divina creencia; pero meditad un instante sobre tan sagrada religión y veréis cómo es el sol del pensamiento y de la historia; y si sois poetas, pedidle afectos y os dará una lira como la del Dante, un amor tan puro, tan casto, tan divino como el que simboliza Beatrice cuando sentada en una estrella á la puerta del Paraíso, abre al poeta la mansión del cielo; y si sois filósofos, abismaos en sus profundos dogmas, que han abierto al pensamiento humano los horizontes de lo infinito; y si sois, como yo, amantes de la libertad y del progreso, si deseáis que todas las contradicciones sociales se resuelvan en divinas armonías, que el derecho se encarne en todos los hombres, que el último eslabón de la cadena arrastrada tantos siglos por la humanidad se rompa, que cese la guerra del hombre contra el hombre, y se acaben todas las injusticias, y empiece el reinado santo de la ley divina en el mundo, abrazaos también á Cristo, que su divina palabra derramó en las conciencias la idea de libertad y en los corazones el sentimiento de la fraternidad humana, y sus divinas manos, traspasadas impíamente por el clavo de la servidumbre, han roto la coyunda que pesaba sobre nuestros padres; pues si nosotros, los plebeyos de ayer, los ciudadanos de hoy; nosotros que tenemos por progenitores á los antiguos parias, á los esclavos y siervos de la gleba, vivimos socialmente y respiramos en libertad y somos hombres, lo debemos á la doble redención religiosa y social del Cristianismo.

SEMANA SANTA

I

El Niño anunciado por los profetas y por las sibilas, por quien los cielos se harían resplandecientes y cambiaría la haz de la tierra y los vallados se matizarían de lirios y se teñiría de colores el vellón de las ovejas y se aplacaría el veneno de la serpiente y la esperanza penetraría en el corazón del mundo, nació en Belén entre la persecución del procónsul de Judea y la adoración de reyes y pastores.

El Niño maravilloso, después de confundir á los doctores y arrojar á los mercaderes del templo, enunciando su misión, que era fijar la ciencia y anatematizar el egoísmo, se ocultó como una estrella tras una nube preñada de fecundante riego. Nadie vió sus juegos infantiles ni los albores de su juventud, nadie le encontró tejiendo danzas, ni formando ramos en la Pascua de los ázimos, ni acechando á las doncellas que iban á llenar sus ánforas á la fuente. Vivió esperando el instante de su misión, como el río en su nacimiento espera el crecimiento de sus aguas. Debió ser viril para imponerse y para sufrir de lleno los dolores del espíritu y de la carne, que completaran su sacrificio y que hubieran labrado menos en la inconsciencia de niño. Vino de su Reino eterno abdicando su soberanía, y al encarnarse se sometió á todos los sufrimientos, pruebas, tentaciones y desalientos de la carne. Por eso, cuando arrastrado por Luzbel á la cima del monte de Armenia, desde donde se descubría el universo, se le mostró el ángel malo todo entero, sufrió la mayor tentación de la humanidad: el orgullo. Vió los mares y los continentes: aquéllos brillantes y tendidos, y éstos pululando en objetos asombrosos. Vió á los monarcas de la tierra cubiertos unos con la púrpura de Tiro y otros con las nevadas pieles de Moscovia, recibiendo las adoraciones de millares de pueblos ó elevados sobre el pavés al son de bélicas trompas. El deslumbrante panorama de los mundos con su variedad infinita cruzó ante los ojos del Cristo, que pudo sondar mejor que nadie sus ocultas é inefables bellezas, puesto que habíalas creado.

«Si me adoras, todo eso será tuyo,» le dijo el ángel rebelde.

Y viendo que el Cristo continuaba silencioso, prosiguió diciendo:

«En medio de esos inmensos países elevaré el trono de tu gloria. Los reyes vendrán desde las regiones en donde sopla cada viento para rendirte homenaje; sus caballos y sus camellos, cargados de riquezas para ti, estremecerán la tierra. Si quieres exterminarlos yo te daré el broquel de fuego y la espada victoriosa. Habla. ¿Quieres adorarme?» Así concluía Luzbel.

El Cristo, pálido con la nube del pecado, quería alzar los ojos al cielo y no podía separarlos de la tierra. Fascinado como el ave por la mirada magnética de la serpiente, hinchado de emoción su pecho, el orgullo serpenteaba por todo su ser como un raudal entre peñascos movidos de un terremoto. Hubiera podido desvanecer aquella visión tentadora y decir al eterno réprobo: «¿A qué me ofreces lo que es mío? ¡Vuelve, maldito, al fuego inextinguible!» Pero entonces, siendo Dios, hubiera dejado de ser hombre, y el misterio de la Pasión no habría llegado á su complemento. No; quería luchar como hombre, y luchó sobreponiéndose á la tentación del orgullo, y cerrando los ojos despeñóse de la montaña para como el alud hacerse más grande en la caída. ¡Oh! Esta prueba fué más terrible que la del Monte de las Olivas; pues el temor á la muerte no es tan doloroso como el temor al pecado.

II

Vedle: recorre los campos, no como las mentidas deidades, para lúbricas empresas; no como Brahma en ostentosas encarnaciones, sino humilde, casto, sobrio, medio desnudo. Predica la Buena-Nueva, no como Buda y Confucio en aparatosos estrados, ó como Sócrates perfumado por sus discípulos, sino expuesto á los huracanes de Judea y al ardiente sol de Palestina. Se hiere los pies en los abrojos del camino para acercarse al esclavo que rompe la gleba y decirle: «Tú eres igual á tu señor. Sufre y trabaja, para ser consolado.» Traspone los umbrales del poderoso para advertirle: «Obra bien con los pobres y ten cuidado, porque es más difícil que un rico se

salve, que el que penetre un camello por el ojo de una aguja.» Acoge en su seno á la adúltera que van á lapidar, diciendo: «El que se sienta sin culpa, que arroje la primera piedra.» Se deja enjugar los pies por Magdalena arrepentida, para probar que la humildad es la piscina que lava todos los pecados. Por eso entre las gentes que le siguen en tropel pendientes de su labio, él escoge doce de los más humildes é ignorantes, que en la sucesión del tiempo asombrarán á los Efesios, á los Corintios y á todos los pueblos de la tierra.

«Maestro, le dicen sus discípulos, ¿dónde nos revelarás el verbo de tu doctrina?» Y el Cristo contesta señalando á la eminencia del Gólgota, que se descubre entre las neblinas de la tarde: «Allí.»



[illegible] de Carlos [illegible]

Porque no ha querido perder la presciencia de Dios, para sufrir más como hombre. Los que conmueven el mundo con su doctrina ó con sus armas, no saben el porvenir que les aguarda; si triunfantes, creen que su triunfo durará siempre; si vencidos, esperan levantarse otra vez; pero el Cristo, el Hombre-Dios, lee en lo futuro para que sea su Pasión antes que su sacrificio.

III

«¿Quién es ese hombre que se titula Rey de los judíos?,» pregunta el Senado romano al procónsul de Judea.

Y el procónsul responde:

«Es un hombre de maravillosa virtud y hermosura llamado Jesús Nazareno.

»Es grave, de vida ejemplar y de aspecto majestuoso. Predica una doctrina purísima que embelesa á las gentes. Cura á los enfermos y resucita á los muertos; y en resolución, hace tales cosas, que parece superior á los hijos de los hombres.»

Y el Senado, admirado, está á punto de darle cabida entre los dioses del Panteón.

Pero entonces no se colmarían las Escrituras. No, Jesús debe morir para ser Cristo y crucificado. Debe padecer en espíritu y carne como padece la humanidad; debe vencerse á sí mismo, que es la mayor victoria; debe pedir á su padre, que es como pedirse á sí propio, que aparte de él el cáliz de amargura.

Por eso Prudhome, el libre pensador, dice: «Que



SANTA MARÍA MAGDALENA, cuadro de Guido Reni, existente en la galería del príncipe de Lichtenstein, en Viena

la mesiada de Jesús constituye el mayor misterio psicológico »

Se acerca el momento. Jesús entra triunfante en Jerusalén para que sea más grande la peripecia. Es acusado y va á ser perseguido porque ha dicho á los hombres: «Amaos los unos á los otros.» Caifás, falso acusador, representa la egoísta malicia humana. Pilato, juez y árbitro, simboliza la debilidad de la conciencia supeditada al interés, que transige con éste, diciendo: «Yo lavo mis manos en la muerte de este justo.»

Comienza la Pasión: el drama sublime de los siglos, que ninguna mente humana podría concebir. El drama que resume todas las emociones de la humanidad, excepto la de la sensualidad, que es la piedra de toque de todas ellas, y que no puede caber en el martirio de un inmaculado. Los dolores de la maternidad, las angustias del amor filial por el abandono de la madre, la piedad de las santas mujeres, el remordimiento del mal discípulo, las cobardes aunque momentáneas negaciones del bueno, la soberbia del mal ladrón, la fe sencilla del bueno, el sarcasmo ateo de los soldados, la codicia de los que se sortean la túnica inconsútil, el terror producido por el terremoto, la esperanza en la resurrección gloriosa del Redentor, el asombro de los que le ven salir de entre la losa del sepulcro: ¿qué emoción, qué fibra vibrando en el alma humana falta á esta epopeya divina? Es tan grande, que ha penetrado en el corazón de la humanidad inteligente, que se postra ante la Cruz, sobreponiéndose á las dudas y flaquezas humanas. Insondable como el mar, la Pasión del Cristo sólo se presta á la consideración de los elegidos, sabios ó ignorantes, pero que llevan en sí la luz que ilumina las conciencias. La igualdad de la conciencia humana besando toda entera los pies del Salvador sería la negación del libre albedrío y de los merecimientos de la fe. Por eso existen impíos que le desconocen apoyándose en la ciencia del mundo, que no es la ciencia de Dios; por eso hay pensadores como Víctor Hugo, que sólo admite un Dios resplandeciente, y niega á un Dios llagado y dolorido, porque la mente de los no elegidos no comprende la grandeza del sacrificio; por eso hay ateos que intentan suprimirle para librarse de la temerosa carga de la conciencia; pero todos, al negarle, le sienten en los obscuros abismos de ésta.

IV

Llega el Domingo de Ramos, las gentes se engalanan, las palmas benditas penden de los balcones; no palmas naturales que cimbrean elegantemente, sino palmas rizadas llenas de flores y cintas. No os burléis de ese mal gusto que desmuestra una fe acrisolada: el que ama se ingenia, tal vez se excede en la demostración de su amor.

Las coronas de pedrería, los alos y nimbos de oro, los trajes de ricas estofas, los collares, anillos, escapularios y ofrendas que adornan los altares del templo cristiano en España, son la expresión ardiente de la adoración de los pueblos exuberantes en fantasía. ¿Cómo comparar estos esplendores de la fe sencilla y entusiasta con la fría desnudez de los santuarios de otros cultos y aun de las iglesias católicas de los pueblos del Norte?

Después del Domingo de Ramos, los templos quedan en tinieblas, como deberían estarlo los corazones si meditaran hondamente en los tremendos misterios que se aproximan. Los altares se hallan cubiertos en señal de duelo y para que la imaginación no se distraiga de los místicos pensamientos que deben absorberla. Detrás de aquellas cortinas debe presentirse al mártir crucificado, á la madre llorosa al pie de la Cruz, á los seres que por su ingente virtud comparten la felicidad del cielo y las adoraciones de la tierra. Esos paños que cubren los altares son como el espacio infinito sin estrellas, á través del cual la fe presiente los resplandores eternos.

La iglesia católica tiene la inspiración poética y la intuición psicológica: su culto penetra en la inteligencia y sorprende los sentidos. No basta pensar: es preciso dar fórmula al pensamiento, y por eso la iglesia adorna su culto de tan variados matices y tan ostentosas ceremonias. Las gradaciones y peripecias se suceden en él con natural espontaneidad. El decorado humano corresponde en un todo al drama divino. Es imposible exigir perfección á la criatura humana; esto sería igualarla á Dios: por eso es necesario atraerla, fascinarla, hacerla llegar por medio de los objetos exteriores á la consideración de las verdades abstractas, que penetran con la visión en los limbos del espíritu. La meditación semítica es el embrutecimiento; la idea cristiana es la escala luminosa de Jacob que une al cielo con la tierra.

Los pueblos cristianos, y especialmente el de Madrid, comprenden mejor que ningunos otros el pensamiento de la iglesia católica. Esta coloca á Jesús desnudo, atado á la columna y coronado de espinas, al lado de Jesús postrado en adoración en el Huerto, cubierto con mantos resplandecientes de oro; atraviesa con espadas de plata el corazón de María, y junto al sepulcro del Hombre-Dios ostenta á los soldados romanos con corazas brillantes y yelmos erínitos. ¡Qué ideas tan delicadas en la Pasión y después de la Pasión del Cristo! La Verónica sale de entre las turbas que llenan la *vía dolorosa*, arrastrando el furor de la multitud que ha pedido el suplicio del Justo, y enjuga el sudor del rostro de éste con un lienzo, en el que queda impresa la *santa faz*. ¿Qué otra recompensa podía tener la caridad de la humilde mujer? La Virgen, después de la muerte de su bien amado, huye á Efeso en una barca cuya vela hinchen ángeles invisibles con su aliento perfumado, y lleva en el regazo la corona de espinas de la Pasión. ¿Qué símbolo hay más elocuente y admirable?

El Jueves Santo, día de tribulación, la naturaleza y la humanidad visten galas. En los humildes santuarios de los pueblos cálidos, las plantas trepadoras, ya verdes, penetran por las ventanas del templo obscuro y silencioso. Siempre en los días de Semana Santa recuerdo con enternecimiento un episodio que presencié en la iglesia de Coria del Río: una bandada de cuatro ó cinco golondrinas penetró en la iglesia, llegó al monumento y revoloteó en alegres círculos sobre el sepulcro del Redentor expuesto á la adoración de los files: aquellas inocentes aves parecían mensajeras de la Buena-Nueva que debía salir de la urna divina y esparcirse sobre la haz de la tierra.

V

Madrid se viste de gala el Jueves Santo. El monarca sale con todos sus servidores y criados á rezar las estaciones. Damas ilustres cubiertas de joyas piden para los pobres y desvalidos. Todo esto que parece un contrasentido, es la trilogia de las virtudes teologales: es la *esperanza* de la *fe* cristiana que se desborda en la *caridad*. Dejad pasar un día más, y se rasgarán las cortinas del templo y el Redentor muerto resucitará glorioso, dejando en la tierra los gérmenes de la salvación y la idea de que ha vivido, amado y sufrido en el mundo, y el ejemplo de que amando, sufriendo y sacrificándose se obtiene la recompensa de la eterna felicidad.

¡Qué diferencia entre este Dios mártir y salvador y los dioses creados por los hombres!; por ejemplo, el dios de Víctor Hugo, poderoso y bueno, que desde su inmensidad invisible influye en la conciencia de la criatura sin contacto material con ella: ¡como si la criatura fuese tan perfecta é inteligente que le bastara esta revelación abstracta del bien y del mal! Dad por cierto el misterio de la Eucaristía y considerad si la mente humana ha podido imaginar una cosa tan sublime. Si se siente la idea de Dios, si se explican los problemas del bien y del mal esparcidos por la tierra, si el corazón se conmueve con el llanto de la madre que pierde á su hijo, con los padecimientos del enfermo, con el desvalimiento del pobre; si la caridad, que es el rocío del cielo, hace más llevaderas las desgracias del *valle de lágrimas*, con la fórmula de *amaros los unos á los otros*: todo esto se debe al sacrificio de la Redención. ¿Qué era el mundo antes de la mesiada? Un semillero de tiranías y embrutecimientos, en el que Platón y Sócrates, los justos de aquel tiempo, proclamaban la esclavitud como base de la sociedad. El hombre ocupaba el mismo lugar que la bestia en la consideración humana, y la estrella de la igualdad sufría un eclipse completo, hasta que resplandeció en Belén, atrayendo á los poderosos á la adoración del humilde niño que nacía en un pesebre. A la idea de la igualdad del alma difundida por el Evangelio, los pueblos despertaron de su letargo de razas, y comenzó ese trabajo de zapa, esa labor de siglos que empieza en la conciencia y termina en la caridad. La caridad, hija del Cristo que se sacrificó por ella, será la que resuelva los pavorosos problemas que hoy preocupan á la sociedad.

VI

Madrid es un pueblo impresionable que presenta contrastes inauditos. Pasa con suma facilidad de las cosas serias á las cosas frívolas, ó mejor dicho, une unas y otras en un apasionamiento inconsciente. Nunca mejor que en Semana Santa se observan estos varios matices del carácter popular. Madrid no hace nada por convicción, sino por instinto, y gusta de exhibir sus impresiones. Por esto sus fiestas clásicas son locuras, sin ilación lógica y que á fuerza de mucho colorido no tienen ninguno marcado. En la Semana Santa la nota saliente la dan las mujeres madrileñas, y en éstas incluyo á todas las que habitan en él. Porque Madrid es el pueblo más absorbente del mundo, imponiendo su sello á toda naturaleza extranjera ó provinciana. El madrileño es igual siempre; se agita, curiosea y aprovecha toda ocasión de divertirse: por eso ahora sufre una contrariedad con el derribo de la capilla del Príncipe Pío, adonde iba á adorar la *santa faz* y á visitar los puestos de bebidas. Así es que cuando un madrileño es ó pretende ser reflexivo, ofrece los más extraños contrastes. Conozco un senador que en el senado es libre pensador, y no obstante oye tres misas diarias postrado de rodillas. Pero en fin, estas son excepciones. La Proteo de los contrastes es la mujer madrileña. Si un observador se entretiene en recorrer las iglesias de Madrid, especialmente las más retiradas, en las mañanas del Jueves y Viernes Santo, se quedará estupefacto al encontrar allí multitud de mundanas y pecadoras de todas clases, incluso las que tienen por oficio el pecar. Se las ve allí rebujadas en la mantilla ó con el pañuelo á la cabeza echado hacia delante, rezando contritas sin hipocresía y sin ostentación. Y es que la idea del Dios humanado penetra en sus corazones con la posible esperanza del perdón.

Volverán á pecar, quizá aquellos mismos días; pero tendrán el consuelo de que mientras la fe no las abandone, puede llegar uno en que, arrepentidas, el Cristo sacrificado por ellas les abra sus brazos.

F. Moreno Godino

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Continuación)

Llegada la hora del descanso ocupamos nuestras respectivas celdas, separadas unas de otras por vistosas colgaduras blancas con lazos de color de rosa en los ángulos. El ruido de la lluvia que producía sonoro rumor al caer sobre la arboleda del jardín; el rezo de última hora en la gran capilla del colegio, débilmente alumbrada por la lámpara del Sagrario; la vista de aquel gran dormitorio de cuyas labradas tirantes pendían tres grandes faroles que iluminaban débilmente las filas simétricas de camas; el Cristo crucificado de gran tamaño que colocado en el frente de la sala destacaba sus severas líneas produciendo pavoroso respeto; todo lo que me rodeaba, en fin, unido á las emociones tristísimas de aquel día, ahuyentaron el sueño de mis ojos en aquella larga noche que nunca olvidaré. Algunos ratos sentía verdadero pánico y cubría mi cabeza con la sábana, acosada del más terrible miedo; mil ruidos extraños aumentaban mis zozobras; la lechuza dejaba oir su misterioso y lúgubre silbido; mi cuerpo se agitaba tembloroso pareciendo que mi lecho oscilaba en todas direcciones. ¡Qué larga noche! De tiempo en tiempo las cortinas de la celda se abrían dejando ver la respetable cabeza de algunas de las profesoras; yo fingía dormir y bendecía desde el fondo de mi alma aquella tierna previsión que nos seguía á toda hora y en todo momento con compasiva y maternal solicitud.

La siguiente mañana, después de oída la misa que se decía bien temprano, entramos varias niñas bajo techado á esperar la media hora que nos separaba del desayuno, que otras más intrépidas y animosas invirtieron en recorrer el jardín asaz húmedo y fresco por la lluvia de la noche. La amplia crujía que recorríamos en todas direcciones, cogidas de la mano y en charla alegre y bulliciosa, servía de ingreso á otras habitaciones que daban al campo y que utilizaban las madres para ropero y almacén. Un sol radiante penetraba por las grandes ventanas, abiertas de par en par, y sus rayos llegaban á ratos hasta nosotras al pasar por delante de las macizas puertas que daban al corredor. La madres iban de una á otra parte sonando los rosarios y las llaves, sacando rimeros de ropa, pertrechos de comida y entregadas con la buena voluntad que lo hacían todo á sus múltiples ocupaciones. Nos encontrábamos tres ó cuatro de conversación frente á la puerta de una de aquellas cámaras, mirando por la ventana que frente á ella había la dilatada campiña, envuelta en ligera bruma que poco á poco iba esfumándose hasta los límites del horizonte. Contemplábamos tan hermoso paisaje desde el quicio mismo de la puerta y levantábamos en alto á la pequeña María, que contaba apenas seis años, llamándole la atención sobre una pareja de hermosas águilas que describían grandes círculos á nuestra vista. De repente y sin saber por



EN EL TEMPLO, cuadro de Ernesto Zimmermann. (Exposición Internacional de Munich, 1890.)

el pronto la causa, la gruesa puerta de la sala giró rápidamente sobre su gozne, y todas lanzamos un grito quedando mudas de terror. La joven María, que tenía cogida una de sus manecitas del marco de la puerta, la retiró llorando, aunque ilesa, gracias á otra mano que pronta como el pensamiento se había colocado sobre la suya, salvándola de aquel horrible magullamiento. En efecto, la mano de Gregoria, pues ella era la que estando á nuestra espalda por movimiento instintivo la había generosamente extendido, estaba espantosamente estropeada; la piel de los dedos arrollada descubría las falanges, y por las yemas brotaban en abundancia gotas de sangre.

Este detalle llamó por el pronto nuestra atención, celebrando la prudencia de Gregoria, si bien muy pronto todas olvidamos el suceso. La continua melancolía de aquella desgraciada, su constante alejamiento de nuestros juegos infantiles, nos hacían pensar en ella muy poco, no faltando alguna que objetara que Gregoria había impedido que la puerta destrozara la mano de María por un movimiento inconsiderado é irreflexivo, hijo de su torpeza, más que por evitar un daño, que no era capaz de compadecer.

Gregoria estuvo con la mano entrapajada muchos días; se pintó el accidente como pura casualidad, para evitar el castigo de las que habían querido asustarnos ocultándose tras de la puerta, dando lugar á aquel percance, y nada más.

V

Transcurridos tres meses y algunos días de la ausencia de mis padres, esperaba con impaciencia su ya próximo regreso, según me había ofrecido mi papá en el último de sus viajes al colegio. Yo contaba los momentos que aún había de permanecer en él, pues una vez satisfecha la curiosidad que despertó en mí la vida conventual, pensaba de continuo en aquellos cuyo afecto entrañable para conmigo no admitía en nada compensación. Faltaba algo á mi vida, que se manifestaba como necesidad apremiante de halagos y caricias. Algunas veces asía con efusión á alguna de mis amigas más queridas, y cerrando los ojos la llamaba madre con el pensamiento; la misma ilusión me proponía conseguir al besar la mano del señor capellán.

En este estado ocurrieron los sucesos que paso á referir, que marcaron indeleble huella á los postreros días que pasé en aquella santa casa.

Debía estar muy adelantada la noche, cuando un rumor extraño y alarmante me arrancó violentamente del sueño. El ruido de voces lejanas, los prolongados silbidos de los vigilantes nocturnos, los ladridos del perro que guardaba la huerta, el choque estrepitoso de puertas y ventanas movidas con violencia; todo esto en alarmante expectación me tenía anonadada, cuando vinieron á sacarnos de dudas los pasos y voces agitadas de las madres, que cama por cama iban dando la orden de abandonar prontamente el dormitorio.

Tan extraño mandato nos sobrecogió de espanto, adivinando todas algún extraordinario peligro que nos amenazaba; las madres, empero, procuraban tranquilizarnos, diciéndonos que un pequeño incendio amenazaba el edificio y querían retirarnos de allí en evitación de cualquier percance. En efecto, un fuerte olor á maderas quemadas se dejaba sentir, y vivísimos resplandores iluminaban, como heridas por el sol poniente, las ventanas del dormitorio.

La confusión que se produjo á esta noticia difícil mente podría describrirse; los gritos de espanto hacían inútiles los esfuerzos de las madres, que en vano pretendían hacerse oir; las niñas corrían despavoridas de uno á otro lado descalzas, medio desnudas, fuera de sí, extendiendo los brazos suplicantes en todas direcciones: ¡aquello era horrible! Los momentos al parecer eran preciosos, y la madre superiora empujaba á todas hacia la puerta con ademán imperioso y violento. Nunca le hubiera creído capaz de aquella energía: con una sola de sus manos arrastraba dos ó tres niñas de las más pequeñas, con la otra extendida nos indicaba la puerta, diciendo: «¡Salid, salid prontamente, luego habrá tiempo para todo!» Sus mandatos eran apenas obedecidos, no haciendo todas otra cosa que llorar y gritar desaforadamente, cogidas de las faldas de las pobres madres.

De pronto aumentaron los resplandores, el humo invadió la habitación y saltando una cristalera en mil pedazos, dejó entrada á una rojiza llama. Todas retrocedimos al extremo opuesto que nos alejaba de la salida, y no sabría en verdad relatar lo que sucedió después. Por la puerta de la sala aparecieron hombres ennegrecidos resguardada la cabeza con un casco; adelantaron resueltamente hacia nosotras, y empezaron á sacarnos de allí en brazos. Había bravo de aquéllos que conducía tres ó cuatro; las manos crispadas de algunas de mis compañeras se oprimían fuertemente rodeando el cuello de nuestros salvadores. Yo á mi vez me sentí arrebatada por uno de aquellos hombres, y conservo confusos recuerdos del estado de desorden del colegio, invadido de presurosa multitud. Grupos de soldados y paisanos corrían de un lado á otro descolgando cuadros y trasladando muebles; un señor de edad avanzada, de larga barba blanca, con una medalla al cuello, daba órdenes á todos y aconsejaba el mayor cuidado en las operaciones. Algunos de los padres y encargados de las niñas nos aguardaban en el gran patio del edificio, incapaz en aquellos momentos de contener la gente que en él se encontraba, recibiendo presurosos, desalados, á las niñas que iban conduciendo en sus brazos nuestros heroicos salvadores, á las cuales cobijaban bajo sus propios abrigos con extremada solicitud, mientras que aterradas y desnudas mirábamos con estupor todo aquello.

Trasladada con otras muchas al amplio cenador, colocado de frente á la parte de edificio que ardía, pude apreciar los episodios de aquella memorable noche. El fuego invadía el primer piso, por cada una



«CHRISTUS CONSOLATOR,» cuadro de E. Zimmermann



HUYENDO DE LA INVASION DE LOS HUNOS, cuadro de A. Delug

de cuyas ventanas salían grandes llamas ó volcanes de tupido humo. Llamaba poderosamente mi atención ver á ratos los hombres del casco pasar encorbados sobre el tejado, teniendo á sus pies aquella inmensa hoguera. En otras ventanas hombres de aspecto denodado descolgaban con gruesas cuerdas muebles y enseres del colegio. Se percibía á ratos la corneta entre aquel bullicio; las campanas de la ciudad sonaban á lo lejos. Una bomba colocada en el centro del patio despedía á gran altura agua cogida de la fuente: yo pensaba en los hermosos peces á quien la tarde antes habíamos estado echando migas de pan. De tiempo en tiempo se oía galopar de caballos y ruidos ensordecedores de carruajes. llegando al poco rato, donde estábamos recogidas las niñas, las familias de algunas que habitaban en la ciudad. Las madres les salían al encuentro anticipándose á sus preguntas y señalando al lugar que ocupábamos; después lágrimas, caricias, inmensas efusiones del filial afecto hallando el tesoro que se juzgó perdido.

En medio de todo esto, no pude menos de notar entre aquella escena de desolación el aspecto de la directora trémula y desencajada cuando á breves intervalos se acercaba al grupo numeroso que formábamos las niñas y las personas que iban llegando. Nos miraba una á una, tocaba nuestras cabezas, nos miraba á la cara, y luego volvía á sus continuas idas y venidas. El fuego seguía amenazador; cada una de las ventanas de la nave alta que nos servía de dormitorio vomitaba revueltas llamas. La armadura del tejado comenzaba á hundirse á trechos, sucediendo al ruido de las maderas y las tejas, cuya fila uniforme veíamos disminuir, por el pronto humo denso y trechos de obscuridad, que á los pocos instantes convertíanse en inmensa hoguera de rojizos y entrelazados fuegos.

Había en el colegio desde hacía mucho tiempo, según afirmaban las colegialas de más edad, una pobre anciana decrépita y casi ciega. Sus antiguos servicios cerca de las madres habían amparado su vejez. Veíamosla de tarde en tarde aprovechar los tibios rayos del sol de invierno, sentada en una silla baja de enea, reforzada en el asiento por un remiendo de paño cosido con hilo de cáñamo Nunca la dejaba de la mano al buscar con tardos pasos los rincones más apartados del jardín ó del patio, aprovechando la luz solar. Noté alguna vez que distraída ó dormitando quedaba envuelta en la penumbra de los árboles; entonces alzaba la cabeza mirando al cielo, y con los ojos dulcemente cerrados cogía su silla y avanzaba pausadamente, hasta estar bañada por el sol; así lo andaba todo. Siempre traía entre manos labor de medias, y de continuo movía los labios besando la señal de la cruz en sus dedos huesosos y arrugados. Casi nunca llegábamos á ella porque nada teníamos que decirla; si alguna vez al pasar á su lado la preguntábamos cómo estaba, no solía contestar ni interrumpir el movimiento de sus labios; extendía sus manos hacia la que la interrogaba y cogiéndola de las manos se las besaba respetuosamente. Todas la queríamos, en suma, y nada más. ¡Era tan anciana y estaba siempre tan triste y recogida!

Gregoria era la encargada de la asistencia de esta buena mujer, que se llamaba Francisca, cuando efecto de sus penosas dolencias se veía obligada á guardar cama. Algunas noches en horas avanzadas recordaba entre sueños haber visto subir á Gregoria por una estrecha escalera de madera, que desde uno de los ángulos de la sala dormitorio daba entrada á los desvanes de la casa, en los cuales en dos pequeñas habitaciones con vista al patio, por ventanas de medio punto, dormían Francisca la ciega y Gregoria.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

(Concluirá)

NUESTROS GRABADOS

Las santas mujeres junto al sepulcro, cuadro de Arpad Feszty. (Exposición Internacional de Munich. 1890.)—Las que poseídas de inextinguible fe habían seguido al Señor á Galilea y presenciado, llenas de dolor acerbo, su ascensión al Calvario, no quisieron dejar de venerarle después de muerto, y fueron á depositar ungüentos y aromas sobre el sepulcro en que José de Arimatea había encerrado el cadáver de Jesús.

Este episodio de la Pasión ha servido de tema á Arpad Feszty para un cuadro que, si bien no se ajusta á la narración bíblica, según la cual las Santas Mujeres hallaron revuelta la losa que cubría la tumba y no encontraron en ésta el cuerpo del Salvador, impresiona por el sentimiento á impulsos del cual el artista trazó cuatro figuras interesantísimas y un paisaje triste, apenas alegrado por unas blancas florecillas é iluminado por los primeros resplandores de la mañana, tristeza en perfecta armonía con la escena representada.

Todo nos parece hermoso en este lienzo, pero indudablemente quiso el pintor, y lo consiguió, que la atención se fijara en la Magdalena que, apoyada la frente en la losa sepulcral y medio oculto el rostro entre la ondulaba cabellera, deja adivinar por lo poco que de éste se ve y por la actitud de la figura la desesperación de que su alma es presa, los sollozos que su corazón exhala y las lágrimas en que se arrasan sus ojos.

***

Eloí, Eloí..., escultura de D. Tomás Cardona. – La ciudad de Tortosa puede con razón envanecerse de ser patria de numerosos cuanto célebres artistas: Casanovas, Querol, Marqués, Alcoverro, Ferrer y algunos más, hijos son de la antigua Dertosa y en aquella espléndida campiña que el Ebro baña sintieron todos ellos las primeras inspiraciones artísticas que nada como la contemplación de una naturaleza hermosa logra despertar.

A la lista que dejamos apuntada podemos añadir el nombre de Cardona, que hoy por vez primera honra las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La obra que de él reproducimos y en la que se advierte tanta valentía en la composición como vigor en el modelado, es una combinación felicísima del realismo que tan bien se aviene con la escultura y del idealismo que nunca sienta mal en las bellas artes y que cabe calificar de condición primordial en asuntos como el que ha tratado nuestro paisano; estas dos tendencias á primera vista antitéticas, aparecen en aquélla en tan justas proporciones reunidas y en tan armónico conjunto enlazadas, que ni la sublime expresión del rostro borra de la mente la idea del Hombre, ni la admirable naturalidad del cuerpo es bastante para debilitar en el corazón la creencia en el Dios. Lo divino y lo humano, la doble naturaleza de Cristo, sin la cual no se comprendería la magnitud de la obra de la redención, revélanse clara y elocuentemente en la escultura de Cardona que, además, refleja los sentimientos del Crucificado al exclamar puesto en el divino leño y á punto de dar el postrer suspiro: *Eloí, Eloí, lamma sabacthani*, ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?

Tomás Cardona es muy joven; ha recibido en Madrid lecciones de Suñol, obtuvo un premio en Valencia por un busto del marqués de Campo y reside actualmente en su ciudad natal. Dotado de poderosos alientos, desea acometer grandes empresas y llegar á ser algo.

No pretendemos actuar de profetas, pero nos parece que por el camino que sigue ha de ver colmados sus deseos, que por donde él, y aun con menos fortuna algunos, empezaron los que en el mundo del arte han dado cima á empresas magnas y llegado á ser mucho.

***

¡Crucifícale!, cuadro de Carlos Verlat. —No hay para qué narrar la escena representada en el cuadro que reproducimos. ¿Quién no la conoce?

Los presuntuosos escribas, los hipócritas fariseos, los príncipes de los sacerdotes, todos cuantos en las puras doctrinas de Cristo veían la inminente ruina de su poderío, el terrible anatema de sus vicios, el dique infranqueable á sus concupiscencias, la destrucción lógica de las antiguas leyes en que sus egoísmos y sus hipocresías se amparaban, no podían mostrarse clementes con el que tal revolución en los órdenes social y religioso propagaba, predicando unas ideas de amor y de igualdad que al asentar los cimientos del reino de la justicia daba en tierra con el frágil edificio de su autoridad y de sus privilegios

Y el pueblo ignorante, ¡pobre pueblo!, ¿qué había de hacer cuando aquellos á quienes estaba acostumbrado á considerar y á obedecer como á los más sabios, á los más ilustres y á los más poderosos, pedían á voces la muerte del que vino al mundo para redimirle de la servidumbre en que vivía y á quien con palmas y aclamaciones recibiera unos días antes, ¿qué había de hacer – decimos – más que gritar como los otros y por ellos instigado: ¡Crucifícale, crucifícale!, mientras exigía á Pilato la libertad de Barrabás?

En el número 412 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al hablar del pintor Verlat, dijimos algo acerca del viaje que hizo á Palestina y á Egipto para poder pintar con más exactitud y mejor conocimiento de causa los pasajes más salientes de la vida de Jesús; á la colección fruto de aquella excursión artística pertenece el cuadro que nos ocupa Cuanto en alabanza de éste dijéramos sería poco: la idea en que está inspirado no puede ser más grande, como ejemplo que es de los crímenes y de las injusticias á que puede conducir el fanatismo guiado por las pasiones egoístas; el contraste entre el ladrón y asesino llevado en triunfo y el Justo, el Dios, escarnecido, insultado y condenado á muerte por la iracunda multitud, es tan vigoroso como elocuente; y en punto á ejecución, difícil habría de ser hallar expresión más adecuada á las malas pasiones y perversos instintos que de tan diversos modos se reflejan en los semblantes, ni mayor energía en la presentación de actitudes, cuya ferocidad no son bastantes á desarmar la resignación y la bondad divinas que tan magistralmente imprimió el artista en el dulce semblante en la actitud tranquila y en la persona toda del Salvador.

La figura de Pilato revela el verdadero carácter del pretor romano, que convencido de la inocencia de Cristo, no tuvo energía para evitar el deicidio, y contribuye al mejor efecto del cuadro, que es sin disputa uno de los mejores producidos por el pincel del ilustre director de la Academia de Bellas Artes de Amberes.

***

Santa María Magdalena, cuadro de Guido Reni, existente en la Galería de Lichtenstein, de Viena. – La escuela pictórica boloñesa de los siglos XVI y XVII cuenta con una serie de nombres por la fama justamente celebrados, entre los cuales puede citarse los Carracci, Domenichino, Albani, Guerrini y Guido Reni. Este último fué, sin duda alguna, el más sobresaliente de todos ellos, y esta superioridad atrájole envidias y persecuciones, á las que alcanzó á sustraerse, ora merced á la protección del papa Paulo V, de quien era pintor favorito, ora apelando á la fuga y buscando refugio en Bolonia y en Nápoles, en donde sus excepcionales méritos no tardaron en crearle nuevos enemigos.

Sus obras, inspiradas casi todas en asuntos religiosos, ocupan los primeros puestos en los más importantes museos, y así las vemos figurar como valiosísimas joyas en los de Madrid, del Louvre, la Haya, Londres, Florencia, Vaticano, Venecia, Nápoles y otros muchos, amén de los varios templos que tienen en ellas sus más preciados adornos.

Sus bustos femeniles llevan impreso un sello característico que no permite confundirlos con los de otros pintores: son tipos de mujeres hermosas de lánguida expresión y extática mirada, llenas de sentimiento y encarnadas en formas cuya pureza y amplitud de líneas recuerdan las que produjo la escultura clásica.

La *Santa María Magdalena* que reproducimos es una de las más bellas y celebradas creaciones del afamado pintor, y aunque el grabado no puede dar idea de la finura del colorido que á los lienzos de Guido Reni caracteriza, es suficiente para probar la incomparable gracia con que éste concebía y la corrección irreprochable con que dibujaba.

***

En el templo, cuadro de E. Zimmermann. (Exposición Internacional de Munich 1890) Privilegio de los buenos artistas es, no sólo hallar hermosos temas en los grandes hechos, sino también comunicar interés á sucesos poco menos que insignificantes en los que no paramos mientes á pesar de presenciarlos á diario, ó quizás por la misma frecuencia con que los vemos Tal ha hecho Zimmermann con la escena que reproduce. ¿Quién no habrá visto cien veces en el templo un grupo análogo al que en su lienzo nos presenta? Y sin embargo, ¡cuán pocos habrán sentido solicitada por él, no ya su atención, sino ni siquiera su curiosidad! Pero el pintor ha descubierto en él bellezas por la generalidad inadvertidas, y con la fuerza de su genio y los recursos que su arte le presta ha sabido hacer admirar la copia de aquello mismo que visto del natural era mirado con indiferencia.

Cuando un artista consigue este resultado, cuando para cautivar y hacer sentir no necesita apelar á efectos de éxito seguro, ya por la importancia del asunto, ya por lo atrevido de la composición, bien puede decirse que ha alcanzado un verdadero triunfo, y así lo estimaron el público y la crítica respecto del autor de *En el templo* durante la última Exposición Artística Internacional de Munich.

***

Christus consolator, cuadro de E. Zimmermann. - La pintura religiosa, que en tiempos fué el manantial casi único en donde bebieron sus inspiraciones los más eximios artistas, ha ido poco á poco perdiendo la hegemonía que, por decirlo así, ejercía en el mundo del arte, hasta el punto de que hoy, sea por sobra de materialismo en los tiempos que corremos, sea por falta en los pintores del sentimiento de la fe que tan prodigiosas creaciones hiciera brotar de los pinceles de Donatello, Fra Angelico, Reni, Rafael, Murillo y tantos otros, se halla, por punto general, reducida á la condición de una de las ramas menos atendidas del arte pictórico.

Hay, sin embargo, todavía grandes artistas que en ella sobresalen: díganlo si no los Muncakzy, Kaulbach, Defregger, Max, Bouguereau, Delug, Keller, Liska, Verlat, y en España los que cubrieron de inestimables joyas los muros de San Francisco el Grande

El pintor alemán Zimmermann pertenece á esta clase y no es de los que menos se han distinguido en el género religioso. Su *Christus consolator* que figuró en la Exposición Internacional de Munich de 1888 y en la de Berlín de 1889, mereció unánimes elogios. Su composición es en extremo simpática: sin reproducir ningún episodio determinado de la vida de Jesús, nos muestra como fuente de todo consuelo al Salvador, cuya sola presencia mitiga el dolor de los afligidos y convierte su abatimiento en resignación y esperanza, mágicos amuletos que confortan al débil y desamparado y le ayudan á llevar la pesada cruz en el calvario de la vida, al término del cual halla el pobre la recompensa de la eterna bienaventuranza.

***

Huyendo de la invasión de los hunos, cuadro de Alois Delug. - Quizás peca este cuadro de cierta vaguedad que impide á primera vista determinar concretamentamente el asunto que quiso tratar el pintor, y quizás también aparecen en él reminiscencias demasiado claras de otras obras del mismo artista; pero á pesar de estos que nos parece excesivo rigorismo llamar defectos, la obra de Delug es digna del afamado pincel que tantas maravillas ha producido en la pintura religiosa y en la histórica. Admirablemente concebidas y ejecutadas las figuras, hábil y artísticamente dispuestos los grupos, con maestría tratado el lugar de la escena, llena de interés dramático la situación, reune el cuadro todas las condiciones que en punto á expresión, naturalidad y corrección puede apetecer el más exigente, y de fijo no habrá quien al contemplarlo no experimente la emoción profunda que el autor se propuso hacer sentir en presencia de este episodio de la terrible invasión de los bárbaros acaudillados por aquel que se denominaba á sí mismo *azote de Dios* y que se vanagloriaba de que donde pisaba su caballo no volvía á crecer la hierba.

El miedo, el cansancio, el desfallecimiento, el terror, la indignación que se pintan en los rostros de los distintos personajes del cuadro de Delug no surgen por medios convencionales, sino que son humanos, verdaderos, arrancados de la realidad misma, y acusan el genio de un artista potente, el sentimiento de un alma apasionada y el pincel de un maestro en el arte de las formas y de los colores.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A BESNARD

(CONTINUACIÓN)

El conde parecía leer en mi alma, porque después de vacilar un poco continuó, cual si no hubiera esperado de mí contestación alguna:

– Innumerables circunstancias, nada importantes en sí, se han combinado sin cesar para conducirme á este sitio insensiblemente. Rara vez ha transcurrido un año sin que por alguna casualidad cualquiera no se haya citado su nombre en mi presencia, allí donde no podía esperarlo, y siempre de modo que esa casualidad fuera muy significativa. La circunstancia que me ha decidido al fin sería siempre inexplicable si no la considerásemos como una intervención de ese misterioso director de escena que nos obliga á todos, actores inconscientes, á desempeñar el papel señalado á cada cual en la gran tragedia de la vida humana.

Su voz tembló al decir esto, pero repuso al momento:

– Mi librero me envía periódicamente todas las obras nuevas que se publican. Cierto día el paquete que recibí de él estaba envuelto en una prueba de imprenta, la cual contenía una frase que al punto llamó mi atención; esta frase, permítame repetirlo, la sé de memoria, y V. no la desconoce, puesto que es quien la escribió. «La visión, dice V., no es sino el resultado de la acción; toda visión permanente ó periódica supone una acción anterior; una serie de pensamientos criminales sin resultado de ninguna especie en la acción, no puede producir ningún espectro permanente ó periódico, ó por lo menos yo no conozco ningún caso semejante» Tal vez, añadió el conde, habrá V. penetrado lo bastante en mi existencia para adivinar la impresión que esas palabras debieron producir en mi ánimo Si hubiese aparecido en la pared un oráculo, escrito con caracteres de fuego, no me habría afectado tan profundamente. Envié á buscar al punto la obra á que correspondía aquella prueba de imprenta; abríla impacientemente para ver el título y el nombre del autor, y hallé que era el de V. Desde entonces no he dejado ni un instante su folleto.

El conde se detuvo, mas yo no sabía qué contestar; miróme un instante en silencio, y después, haciendo un visible esfuerzo, cruzó la habitación: al entrar había dejado su capote de viaje en un sillón junto á la puerta, cogióle y sacó un voluminoso manuscrito.

– Usted escribió, díjome con lentitud, solamente por lo que ha visto; pero puedo asegurarle que hay crímenes en que la acción no interviene para nada y que existen espectros cuya realidad daría al traste con toda la filosofía de V... Sírvase tomar estos paquetes... Se ha dicho que el conocimiento del mal podría servir á la causa del bien: este manuscrito será tal vez útil en sus manos... Solamente le pido un favor, y es que no busque guía á través de este laberinto. Peregrino desesperado, en todas partes dejé la huella de mis pasos, y ésta le indicará el camino que debe seguir.

Al pronunciar estas palabras, dirigióse rápidamente hacia la puerta como para evitar una contestación; mas en el momento de salir detúvose, y volviéndose bruscamente, añadió:

– Quisiera que me escribiese después de haber leído con atención lo que acabo de confiarle...

Mi curiosidad fué más fuerte.

– ¡Una pregunta, exclamé, una sola! ¿Y la condesa?

El conde de Roseneck se irguió con majestuoso ademán y señaló el cielo.

– ¡Allá arriba, dijo, á la derecha de su esposo!

Antes de que me repusiera de mi impresión había desaparecido,... pero dejándome en las manos el secreto de su vida...

. . . .

Aquí termina la parte de mi relato, en la que la naturaleza misma de los incidentes me han obligado á ocupar al lector de mi personalidad En adelante, no hablaré de mí sino en raras ocasiones, y me felicito de ello.

El paquete que el conde de Roseneck me confió contenía muchas cartas de diversas escrituras, pero las más de mano de mujer, cuadernos de notas tomadas por el mismo conde y algunas páginas elegidas al parecer cuidadosamente en un diario íntimo, y con ayuda de estos diversos documentos compuse la segunda parte de mi relato. Como algunos no necesitan comentarios, me he limitado á transcribirlos, y sin duda es ocioso añadir que los sucesos referidos en los capítulos siguientes son muy anteriores á los hechos de que acabo de dar cuenta como testigo ocular.

IV

SETHOS Y AMASIS

Los siglos, con sus series de acontecimientos, habían pasado sobre el castillo de Larnstein sin deteriorarle apenas. Situado en medio de una curva cubierta de bosque que el río Weidnitz trazaba, constituía un cuadrilátero, en cuyo centro veíase un patio donde el musgo crecía libremente, y sus altas torrecillas dominaban una sólida construcción de piedra de color gris. Delante de la fachada Sud del castillo extendíase un espacioso terrado, y una escalera del mismo material conducía á un jardín á la italiana con avenidas muy largas y rectas, flanqueadas de limoneros. En el centro de este jardín hallábase un estanque lleno de agua negruzca, en la cual dormían viejos peces rojos, y más allá se veía una senda cubierta de césped y bosques llenos de gamos y de corzos.

Desde una fecha que al decir del cronista de la familia no debía ser posterior al reinado de Enrique el Pajarero, el castillo de Larnstein y sus dependencias se habían transmitido en línea recta á Alberto, conde Roseneck, hombre excelente, pero de carácter muy débil.

El conde contrajo matrimonio por inclinación, y aunque tardó en hacerlo, su vida conyugal fué feliz. Su hijo mayor, Conrado, tenía ya ocho años cuando nació su hermano Félix, y dos años más tarde sobrevino una hija, á la cual se dió el nombre de María; mas era de constitución débil, y murió á los tres años.

El pesar que los padres experimentaron no había disminuído en nada, cuando la joven esposa de un personaje conocido por sus prodigalidades, el príncipe C., murió al dar nacimiento á una niña. La familia de la princesa habitaba en Bohemia un castillo próximo al del conde de Rosenech, y aunque la condesa contaba algunos años más, entre las dos mujeres mediaba, hacía largo tiempo, la amistad más íntima y cariñosa. La princesa, ya moribunda, solicitó de su esposo el último favor, suplicándole que confiara su hija á su amiga Clara de Roseneck. A pesar de su afición á los placeres, el príncipe había amado apasionadamente á su esposa, y al verla morir, su dolor fué sincero y profundo. Por otra parte, estaba tanto más dispuesto á respetar sus últimas voluntades, cuanto que se juzgaba incapaz de educar por sí mismo á su hija. La pequeña Julieta, pues, se hallaba en la cuna todavía cuando se la condujo al castillo de Larnstein, donde fué confiada á los solícitos cuidados de aquella que en lo sucesivo debía hacerle las veces de madre. En cuanto al príncipe, olvidó muy pronto la doble pérdida que acababa de sufrir, entregándose en Viena á una vida de libertinaje, de modo que á los pocos años sus enormes rentas no bastaron para cubrir el interés de las hipotecas que gravaban todos sus bienes. Después de un arreglo ruinoso, pero necesario, con todos sus acreedores, alistóse en el ejército imperial, y se hizo matar en la batalla de Aspen á la cabeza de su regimiento. El conde de Roseneck, como tutor de Julieta, salvó todo cuanto pudo de los restos de aquella fortuna de príncipe, y la huérfana, no conociendo otro hogar, creció en Larnstein entre los dos hijos del conde. El carácter de la niña era singularmente amable y cariñoso, y la confianza, que constituía su rasgo principal, acrecía diariamente en sus afectuosas relaciones con la familia adoptiva.

La educación de Conrado se completó en Larnstein bajo la vigilancia de su padre, resultando que los principales compañeros de su infancia fueron personas de edad mucho más avanzada. Su carácter era naturalmente reflexivo, y la educación que recibía en la familia desarrollaba más esta disposición, nada común á tan tierna edad. Pocos años después de la llegada de Julieta nació otro hermano, y esto produjo más animación en el antiguo castillo; pero desde un principio las relaciones de Conrado con los dos pequeños tomaron un carácter casi paternal, tanto que Félix y Julieta consideraron al muchacho como un ser superior, pues además de estar dotado de mucha penetración, distinguíase por su excesiva sensibilidad. Muy poco expresivo, al parecer, despertábase su entusiasmo siempre que oía hablar de algún deber cumplido con nobleza, y siempre cariñoso con los dos niños, que veían en él un guía, un consejero y un amigo, Conrado no podía soportar la idea de que su educación se confiase á personas extrañas. Al fin se creyó formalmente capaz de ser su profesor, y esta confianza en sí mismo halagó tan dulcemente las fibras del orgullo paterno, que no le costó mucho obtener del anciano conde de Roseneck el consentimiento tan deseado. En cualquiera otra circunstancia, semejante posición ocupada en la familia por un individuo tan joven hubiera parecido peligrosa y singular; pero en este caso considerábase como consecuencia natural de la precocidad de inteligencia y del carácter grave de Conrado, de modo que á nadie le habría ocurrido acusar al padre de débil ni al hijo de presuntuoso. Sin embargo, en aquella existencia en que todo parecía tan bien regulado, tan tranquilo y tan armonioso, no turbada por ninguna lucha, inquietud ni pasión. la voluntad no tenía un campo de acción en que pudiera desarrollarse, y no teniendo nada que combatir ni que vencer, tampoco necesitaba hacer uso de sus armas.

Así transcurrió el tiempo hasta el día en que la carrera militar, escogida por Félix, obligóle á ir á una escuela especial. La marcha de su hermano dejó un gran vacío en la existencia de Conrado, quien á su vez experimentó el deseo de completar su propia educación, viajando para estudiar las costumbres y la vida de las otras naciones. Al efecto comenzó por Inglaterra.

Familiarizado desde muy joven con la gestión de los grandes dominios territoriales, este país despertó en el conde una curiosidad particular; pero no era Inglaterra el sitio más á propósito para que en Conrado se produjeran las emociones que engendran las pasiones del alma; la sociedad inglesa es poco expansiva, y el carácter tranquilo de Conrado cuadraba bien con las costumbres de un mundo en que toda manifestación exterior parece una infracción del buen gusto. En aquella primera experiencia, nada reveló, pues, al joven viajero que existían pasiones por él no conocidas todavía. Aunque hábil jinete y cazador de mérito, no fueron las grandes batidas contra el ciervo y el jabalí las que le retuvieron en Inglaterra; Londres le agradó más á causa de las colecciones únicas en que se puede leer la historia del mundo, y que se hallan dentro de las paredes del Museo británico. La sección egipcia le fascinaba particularmente, y extasiábase ante los monumentos gigantescos de aquel pasado enigmático que legó sus misterios á los libros de Moisés, á las leyendas de Herodoto y á la filosofía de Pitágoras. Muy pronto experimentó el más ardiente deseo de ver el Egipto por sus propios ojos, y después de una breve permanencia en París, embarcóse en Marsella y llegó al Cairo, perezoso centinela que guarda los palacios encantados del Oriente. Una vez allí, obtuvo un firmán de Constantinopla, contrató un guía experto, alquiló y equipó una de esas embarcaciones destinadas á la navegación por el Nilo, y tomando su Herodoto y su Estrabón, remontó el río hasta Tebas, donde al fin echó pie á tierra. En este punto comenzó á recorrer aquel país de monstruosas ruinas, plantando su tienda tan pronto en medio de los restos gigantescos de Luksor como á la vista del pueblo de Karnac; y prosiguió sus investigaciones y su exploración á lo largo del gran desierto que se prolonga desde ambos

lados del Nilo entre los montes de Arabia y la cordillera Líbica.

Hacía ya algunos días que el conde diera principio á sus excavaciones en la inmediación de un templo de Ammón: una tarde, alejándose de su escolta y deseoso de soledad, fué á sentarse en la gigantesca meseta, de cerca de dos mil pies de longitud, que se eleva sobre el desierto á la altura de más de cuatrocientas varas. Sobre aquel inmenso pedestal habíase erigido el templo de Ammón-Chnufis, el divino príncipe primitivo.

Una avenida formada por seiscientas esfinges de talla colosal, y de una legua de extensión poco más ó menos, conduce á las puertas del sagrado recinto, cuyas salas interiores son tan vastas, que en cada una cabría muy bien una catedral; treinta columnas, de las que sólo se conservan las ruinas, sostenían en otro tiempo los techos artísticamente pintados y esculpidos. No lejos de allí extiéndese el famoso lago artificial que tanto admiró á Herodoto. A la vista de este lago, cuyas aguas silenciosas vieron deslizarse hace siglos las barcas fúnebres que llevaban los despojos humanos desde la morada de los vivos á la de los muertos, Conrado se ocupaba en examinar con profunda atención una momia á la que había poco antes arrancado su envoltura de viso.

La momia se hallaba en un estado de perfecta conservación, y las inscripciones del sarcófago de donde la retirara por la mañana revelaban que el cuerpo era el de un príncipe egipcio muerto en la flor de su edad. Las facciones del difunto, aunque resecas ya y arrugadas, conservaban todavía vestigios de la delicada belleza del adolescente. El cuerpo de aquel joven príncipe á decir verdad, había precedido en tres mil años al del hombre que le examinaba en aquel momento; pero si hubiesen sido contemporáneos, seguramente el egipcio habría resultado ser el más joven de los dos.

El papiro que acompañaba á la momia difería por ciertos detalles del tipo acostumbrado de esos pasaportes para la eternidad que la casta sacerdotal del antiguo Egipto expedía para los muertos. Los jeroglíficos inscritos en todos los monumentos análogos representan, con alguna variedad, la historia de las emigraciones del alma después de la muerte, desde el momento que abandona el cuerpo hasta aquel en que, acompañada de sus genios protectores, se presenta ante la temida balanza del juicio supremo. Un platillo de esta balanza mística contiene el vaso de iniquidad, que se supone lleno de las faltas de la vida, á punto de ser juzgadas; mientras que en el otro hay una pluma que representa las buenas acciones. Colocados entre dos esfinges, símbolos de la sabiduría, Ea y Annubis presiden el juicio del alma que se encarga de anotar Thoth, fácil de reconocer por su cabeza de Ibis y su cuerpo con la forma humana del dios. Colocado en la punta de una varilla divinatoria, Harpócrates, no el dios del silencio como lo suponían los griegos, sino Harpachruti, el divino misterio de la luz original, presente á toda revelación y á toda resurrección, aplica un dedo á sus labios; y colocado en el umbral del mundo inferior, Osiris espera el momento de pronunciar la sentencia irrevocable que determinará el período de purificación del alma y la naturaleza de sus nuevas pruebas.

Sin embargo en el papiro que Conrado se esforzaba en descifrar, esta representación convencional del juicio del alma estaba precedida de largas series de de imágenes cuyo objeto era al parecer indicar los incidentes importantes de la vida terrestre del muerto

En la primera serie un hombre de elevada estatura, ya entrado en años, estaba representado de pie entre las figuras de dos adolescentes; la del centro tenía las insignias reales, y en la mano derecha una varilla con la cual señalaba el trono. En ciertos jeroglíficos que se veían sobre las tres figuras, Conrado reconoció nombres propios que había visto grabados en caracteres cursivos en monumentos examinados antes, y evidentemente eran los de personas representadas en los grupos inferiores La figura central era el Thuoris de Monethón, designado en otras partes bajo el nombre de Ramesces, último soberano de la décimanovena dinastía. Los nombres inscritos sobre las dos figuras más pequeñas, á cada lado de Thuoris, eran Sethos y Amasis, nombres que Conrado no consiguió identificar con ningún personaje conocido de la historia de Egipto.

Debajo veíase una segunda serie de imágenes representando á Amasis ocupado en inscribir diversos caracteres en un papiro, y levantando en la mano izquierda la misma sortija que en el compartimiento anterior el rey tenía en la mano derecha; Sethos volvía aquí la espalda al trono y parecía alejarse

El tercer cuadro representaba un río, sin duda el Nilo, y en sus aguas dos embarcaciones, en una de las cuales iba Sethos y en la otra Amasis. En el último compartimiento Sethos aparecía solo, de pie en la proa de su embarcación y con los brazos cruzados; la otra, que había zozobrado, estaba con la quilla al sol, medio sumergida en las líneas onduladas que figuraban el río, viéndose á poca distancia un brazo y una mano que surgían de las ondas y que sin duda eran de Amasis. En el índice de su diestra brillaba la sortija que se hacía figurar con tanta persistencia en los tres cuadros anteriores.

Seguía después la serie habitual de imágenes que representaban las emigraciones del alma de Amasis, que partía del corazón del muerto bajo la forma de un ave que llevaba en el pico la llave sagrada de los misterios religiosos Al llegar así ante el trono de los juicios supremos, Annubis, el dios de la cabeza de chacal, colocaba junto á la pluma simbólica, en el platillo de las buenas acciones, el anillo que tanta importancia tenía en toda esta historia pintada, y el platillo parecía descender entonces, como para indicar que se había pronunciado una decisión favorable.

La momia en que se descubrió este papiro tenía en el índice de la mano derecha un anillo de oro con una piedra engarzada, del color de la amatista, pero de un brillo extraordinario, y veíanse en ella caracteres grabados, que el joven no pudo descifrar, pero idénticos á los que se hallaban en las diferentes pinturas de que hablamos antes. Así se hacía evidente que el anillo de la momia era el mismo que en esas representaciones de un drama sepultado bajo el peso de tantos siglos, parecía representar tan fatídico papel.

Conrado se absorbió de tal modo en el examen de su misterioso hallazgo, que no pudo observar la presencia silenciosa de un extranjero testigo, desde hacía algunos instantes, de su expoliación. El sol estaba ya muy bajo en el horizonte, y á sus fulgores la sombra del extranjero se proyectó al fin en el papiro que el conde tenía en la mano. Sorprendido dejó de mirar la página obscurecida de repente, y su sorpresa se convirtió en inquietud al fijar su mirada en la figura que producía aquella sombra.

De pie, detrás de él, con los brazos cruzados, hallábase un hombre de elevada estatura, de aspecto majestuoso, con ese ropaje blanco y flotante usado por los hijos del desierto.

El rostro de aquel individuo y lo que se veía de su cuerpo bajo la ropa tenían el color de una estatua de bronce, y su aventajada talla destacábase con toda claridad sobre el siniestro fulgor del sol poniente, pareciendo la personificación animada de todo cuanto es solemne y estable en el gran silencio del desierto.

Reconociendo en aquel visitante inesperado á uno de esos nómadas peligrosos cuya repentina presencia no presagia nada bueno al viajero europeo, Conrado cogió instintivamente la carabina de dos cañones que tenía junto á sí; mas el árabe contestó á este ademán con una mirada de silencioso desprecio, recordando así al señor silesiano que hubiera podido atentar premeditadamente contra su vida con toda seguridad de darle muerte antes que le fuera posible ni siquiera sospechar su intención.

Humillado al reflexionar esto, el joven dejó la carabina sin pronunciar palabra, y entonces el hombre cuya mirada le había desarmado, fué el primero en romper el silencio

– ¡Extranjero!, le dijo en esa *lengua franca* que es el idioma corriente en el Sur, guárdate bien de penetrar en los secretos de la tumba, pues no es bueno para los vivos hablar con los muertos.

– Podría ser así, replicó el conde, si la tumba fuese menos discreta de lo que es, pues rehusa contestar á mi pregunta, aunque yo no le pido revelaciones del otro mundo. Lo que yo busco es la explicación de las cosas cuyo carácter humano atestiguan sus propios archivos.

– ¡Insensato!, exclamó el árabe. ¿En qué te puede aprovechar el conocimiento de esas cosas? ¿Puedes tú saber si la naturaleza de una fuerza cualquiera es buena ó mala cuando no obra y está sometida á la inercia?

Conrado señaló el papiro.

– Lo que yo busco, dijo, es la historia de la vida humana, y la actividad de ésta no puede sobrevivir á un sueño de tres mil años.

– Tú dices eso, repuso el árabe; pero ¡mira!

Al pronunciar estas palabras inclinóse y recogió sobre el viso una espiga que Conrado, en su afán por examinar la momia, no había visto aún, y de la cual hizo caer un grano en la palma de su mano bronceada

– Este grano de trigo, continuó, recogido hoy en la tumba y arrojado mañana en el surco del arado, dará el fruto de una brizna de hierba cortada por la hoz que segó la cosecha de los Faraones, antes que ellos y su gloria fuesen recogidos en los graneros del tiempo. ¿Quién te asegura, pues, que los siglos á que este grano de trigo sobrevivió pueden aniquilar la simiente del alma?

– ¡Extraña pregunta!, murmuró Conrado hablando consigo mismo más bien que con su interlocutor. Yo entiendo, añadió, que solamente en los organismos inferiores puede la vitalidad sobrevivir largo tiempo á la inacción. ¿El grano de trigo?... Tal vez sí..., y acaso también algunos de esos seres microscópicos y rudimentarios apenas salidos de la materia inorgánica;... pero ¿el hombre?... ¡No!

El conde se acercó á la momia y examinó sus facciones silenciosamente; después, cogiendo la mano del muerto, retiró el anillo de su dedo rígido y examinó los caracteres en él grabados.

– ¡Sí!, murmuró, inflexible es la inevitable mano y jamás reposa. ¡Contempla la escritura de Seb Kronos!

– ¡Ah!, exclamó Conrado, me es imposible leerla.

– No lo sientas, repuso el árabe, pues más valdría para ti conservarte siempre en esa ignorancia. Sin embargo, puesto que has preguntado al oráculo, añadió en voz baja y con expresión de terror mientras tenía la vista fija en el anillo, escucha las palabras de aquel que aniquila y no puede ser aniquilado:

«Yo soy lo que será y lo que es; yo soy aquel á quien se espera siempre, y que sin embargo está siempre allí Yo soy el único que hace lo que quiere y quiere lo que hace, y el único también que conoce el porqué. De mi mano brotan el bien y el mal, la vida y la muerte; yo soy la luz y las tinieblas. ¡Hijo del hombre, abstente de los deseos del corazón y no luches con la mano de Seb Kronos!»

– ¿Es ese verdaderamente el sentido del amuleto?, preguntó Conrado.

– Son las palabras del amuleto, contestó el árabe, poniendo el anillo en el dedo del conde. En cuanto á su sentido, añadió, fijando en la momia una mirada persistente, más valdría para ti no haberla descubierto nunca. Aquel que fué el primero en penetrar el secreto yace ahora á tus pies. ¡Esa es la primera víctima del oráculo!

Y cogiendo el papiro de manos del conde, señaló la primera serie de imágenes

– Aquí ves, continuó, á Thuoris y sus dos hijos, Sethos, el primogénito, y Amasis, el más joven. Desconociendo la prerrogativa del derecho de nacimiento, el soberano transferirá el reino al que pruebe su sabiduría explicando el enigma del anillo, y á decir verdad, el monarca cometió una imprudencia al trastornar así el orden de la naturaleza. Amasis comprendía muy bien la escritura de los dioses, y como sabía explicar sus obscuras sentencias, leyó el enigma del anillo y dió la interpretación al rey. Las palabras grabadas á la piedra eran las de Seb Kronos, cuya mano es inevitable, puesto que es la de aquel que será y que es. De este modo Sethos perdió el cetro y obtúvolo su hermano Amasis, quien ocupó el trono paterno á la muerte de Thuoris. Sethos no trató de luchar contra la mano de Seb Kronos; inclinóse ante el poder de su hermano, mostrándose muy reverente ante las palabras del oráculo, y no las olvidó más tarde, cuando Amasis hallándose en medio de las aguas tendió hacia él una mano suplicante, en la cual pudo ver la sortija en que estaban grabadas. Esta vez Sethos no trató tampoco de luchar contra la mano de Seb Kronos, y el rey Amasis pereció á la vista de su hermano, desapareciendo bajo las olas.

– ¿Y qué fué de Sethos?, preguntó Conrado.

– ¿No has dicho antes, repuso el árabe, que no pedías á la tumba los secretos del otro mundo?

Conrado, algo confuso por el tono de esta contestación, apartó su vista de la figura del árabe, y fijóla en el anillo que le había puesto en el dedo. El sol acababa de ponerse detrás de las lejanas cumbres de las montañas de Libia, y en el cielo sereno y velado de aquellas soledades la luna llena parecía tener suspendido su gran disco de plata. El pálido fulgor hirió la amatista mística, que semejante á un ojo infernal lanzó en todos sentidos brillantes rayos.. Y cuando Conrado levantó al fin la cabeza, el árabe había desaparecido. La marcha de aquel extraño visitante había sido tan silenciosa como su llegada, y Conrado no vió ya de él más que su elevada silueta, deslizándose en la obscuridad como un fantasma á través de las ruinas colosales del templo de Ammón.

V

LA LLEGADA DE LOS DIOSES

Inútilmente se buscó al árabe; ningún individuo de la comitiva del conde le había visto llegar ni marcharse, y de las pesquisas practicadas en los pueblos inmediatos resultó que desde hacía algunas se-

manas no se había visto ninguna tribu de nómadas. La numerosa y bien armada escolta de Conrado tenía ya cierta reputación que mantuvo á respetuosa distancia á todos los merodeadores del desierto.

Aquella inesperada entrevista había impresionado mucho al conde, quien buscaba en sus recuerdos las menores circunstancias de ella, y cuando más la estudiaba en sus detalles, más misteriosa y perturbadora le parecía toda la escena. Los monumentos y los difuntos eran testigos que no podían contestarle, y la naturaleza misma parecía aliarse con las circunstancias para rehusarle la prueba que deseaba. Cuando volvió á la mañana siguiente al sitio donde el extranjero le había interpelado, la fina arena que cubría las ruinas del templo no conservaba ninguna huella de pie humano, y no obstante, los recuerdos del conde de Roseneck sobre los sucesos de la tarde anterior estaban vivos en su memoria. Hubiera podido describir el menor rasgo de las facciones del árabe y todas las particularidades de su traje; pero ningún hecho exterior venía á corroborar impresiones tan vívidas; en una palabra, no tenía ninguna prueba material de la realidad de los hechos, como no fuera su conocimiento de la historia del papiro y la explicación de los caracteres grabados en el anillo. También conservaba éste, mas no podía recordar por nada que le hubiese retirado del dedo de la momia. Sin embargo, por otra parte, las pinturas de aquel papiro eran tan inusitadas y por lo mismo tan notables, y escribían tan claramente la historia de los dos hermanos, que al fin se preguntó si toda aquella aventura no sería, después de todo, el resultado de una sugestión inconsciente.



¡Extranjero!, guárdate bien de penetrar en los secretos de la tumba.

De este modo, andando el tiempo, los recuerdos de Conrado sobre aquel incidente rodearon toda la escena de una especie de claro-obscuro; el espíritu nebuloso del joven alemán rechazaba tal ó cual inverosimilitud para adoptar otra cualquiera, y al fin, dudando de la realidad del jefe árabe, hallábase dispuesto á sostener que por medio de un talismán su alma se había puesto en comunicación durante un momento con la del príncipe egipcio Sethos.

Hallándose próxima la inundación del Nilo, que para los indígenas es la estación más importante del año, el conde de Roseneck se vió obligado á dirigirse rápidamente al punto de partida de la expedición. En el Cairo confió el resultado de sus excavaciones á varios agentes dignos de confianza, y sin perder el tiempo en observar cómo se efectuaba el embarque para Europa, emprendió la marcha hacia Alemania.

Cuando entró en Larnstein, al cabo de una ausencia de cinco años, el único individuo que faltaba en el círculo de la familia era Félix, quien no había completado aún el curso de sus estudios en la escuela militar. Conrado le escribió para anunciarle su regreso, manifestando su intención de ir á verle, en el caso de que no pudiera obtener licencia. Félix contestó por una carta, cuyas primeras líneas transcribo aquí:

«(Privada y confidencial.)

»¡No vengas, hermano; guárdame el secreto, pero no vengas! Preparo una sorpresa á nuestros queridos padres, y con este objeto me examinaré seis meses antes del término fijado. Mi impaciente deseo de volver á estar contigo parece activar la lentitud de mi espíritu; pero ya comprenderás que si vinieses ahora concluiría de una vez con las raíces cúbicas y cuadradas que deben constituir mi alimento cotidiano, y en historia militar tal vez escandalizara á mis profesores afirmándoles que la batalla de Preston-Pans fué perdida por Federico el Grande. De esto tendrías tú la culpa, porque la visita me trastornaría el cerebro. En su consecuencia, no vengas, y sé discreto y silencioso como las sepulturas de Tebas. Y á propósito, ¿dónde está Tebas? ¿No es una ciudad de Pomerania, de quinientas almas, mil quinientas casas, una capilla protestante, ocho sinagogas y dos fábricas de porcelanas?... ¿No? Pues entonces, el diablo se lleve á los geógrafos, que me han enseñado esas falsas nociones...»

. . . .

Conrado guardó el secreto, pero escribía continuamente á Félix, estimulándole en su resolución de examinarse antes de Pascua y dando á su hermano los consejos que le parecieron útiles.

Entretanto la ausencia de Félix permitía á Conrado disfrutar de la presencia de Julieta, sin que nada fuese á turbar una felicidad que se acentuaba todos los días.

Cuando al cabo de una larga ausencia nos vemos de nuevo reunidos con aquellos á quienes se ama, experimentamos un sentimiento extraño, pero que no carece de encanto A causa del alejamiento, de la duración de la ausencia y de haberse borrado los recuerdos, las cosas más familiares del hogar doméstico son ya para nosotros en parte extrañas; al verlas nos causan una dulce sorpresa; pero esta sensación produce delicias incomparables cuando nace de la presencia de un ser de quien nos separamos cuando era niña y á la cual encontramos ya convertida en hermosa doncella. El fantasma de la niña que acariciábamos en otro tiempo reaparece aún en la mujer desconocida que se presenta ante nuestros ojos.

Conrado de Roseneck debía pasar por todas estas sensaciones al llegar á Larnstein. Al marchar, Julieta era una niña encantadora, y á su regreso veía una joven en la flor de su gracia y de su hermosura y tan afectuosa y confiada como lo fué antes. Para ella Conrado era siempre el ser más perfecto, el tipo más acabado que se pudiera soñar, y por esta constancia de sentimientos merecía más el cariño de Conrado. A pesar de esto, existía una diferencia entre sus relaciones actuales y las de otro tiempo, y para el joven viajero la diferencia era inmensa, tanto, que produjo en él un cambio de que no se daba bien cuenta y cuya naturaleza exacta no trató de comprender. Este cambio se manifestaba bajo la forma de una timidez casi religiosa; al acercarse Julieta parecíale que todo su ser se tranquilizaba y santificaba en cierto modo; era un sentimiento análogo al que se experimenta al entrar en una iglesia, y comprendía que no le era posible dar á la joven el nombre de hermana. Si hablaba con *ella* su voz era más dulce y más grave; en presencia de tercero rara vez le dirigía la palabra, pero todo cuanto decía era para *ella*. En cuanto á Julieta, no manifestaba del mismo modo los sentimientos que pudiese experimentar respecto á su amigo de la infancia; pero no se daba cuenta de cambio alguno en la naturaleza de estos sentimientos Conrado personificaba á sus ojos todo cuanto es bueno y noble, y admiraba en él cualidades que rara vez descubría en los demás hombres. Todas las condiciones en la vida de aquellos dos seres tendían, pues, á producir una completa unión; ésta hubiera podido ser resultado de la simpatía que á Julieta inspiraba el joven; mas para que aquél se produjese habría sido preciso que Conrado pudiera sorprender y utilizar ese instante misterioso en que la mujer se da cuenta, por decirlo así, del sexo á que pertenece.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL CARBONO

Carburo es el nombre patronímico de un grupo de cuerpos conocidos con el de carbón, el cual grupo comprende, al lado de las más vulgares como la hulla, el negro de humo y el hollín, materias tan preciosas como el diamante. Multitud de experimentos han sido precisos para determinar esta identidad de naturaleza entre el diamante límpido, transparente, brillante y el prosaico carbón de piedra, que más útil que aquél, da vida al mundo con las máquinas, que son la riqueza de las sociedades modernas: el hecho ha sido probado por los experimentos de la Academia del Cimento y los de Lavoisier.

Fabricación doméstica del carbón. – El hombre utiliza todos estos carbones naturales, pero fabrica muchos otros de uso muy frecuente, tales como el coke, el negro de humo, el negro animal y el carbón vegetal. La fabricación de éste es tan fácil que sólo exige algunas ramas pequeñas y un jardín del tamaño de un pañuelo de bolsillo en donde practicar un agujero de unos 0'30 metros de profundidad: en el fondo bien apisonado del mismo, colócanse algunos pedazos de madera seca, á los que se prende fuego, y sobre ella se dispone una primera capa horizontal de varitas de madera de la longitud del agujero, cuidando de dejar un espacio entre ellas: cuando estas varitas empiezan á arder, se pone otra capa de palos formando cruz con aquéllas y dejando también espacios intermedios y así sucesivamente hasta que el hoyo esté lleno. No hay que ir muy de prisa en la erección del edificio, pues las llamas han de prender en una capa antes de poner encima otra. Cuando se juzga que la operación va bien, se cubre el armatoste con ramas más grandes y ligeramente mojadas entre las cuales no se deja espacio alguno libre y se tapa todo con una capa de tierra húmeda. Si la operación ha sido comenzaba por la tarde, al día siguiente se puede destapar el hoyo, que se encontrará lleno de un excelente carbón vegetal negro, brillante y frágil.

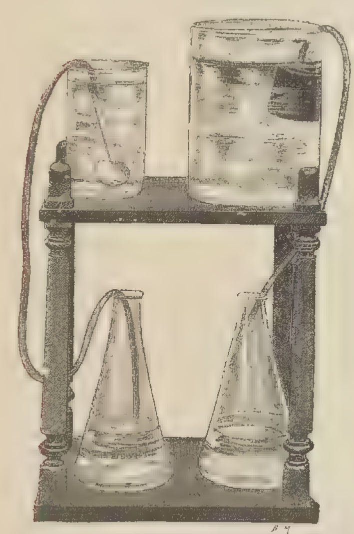


Fig. 1. Filtración del agua

El gas de agua. – Un cuerpo en combustión se apaga al ser introducido en el agua; esta verdad, por evidente que se crea, parece desmentida por ciertos hechos. ¿Quién no ha visto á un herrero echar agua en el carbón para que arda más? Si una lluvia torrencial ayuda á apagar un incendio, una lluvia menuda le comunica mayor violencia; si una bujía se extingue soplando en ella, un fuelle aviva el fuego de una chimenea Estos hechos, á primera vista contradictorios, tienen fácil explicación.

El agua, arrojada en gran cantidad sobre un cuerpo que arde, lo apaga cuando le priva del contacto del aire y cuando enfría la llama lo bastante para detener su combustión: así obra la corriente viva de aire que, al enfriar el gas de la bujía, le impide arder. Por el contrario, el aire arrojado á una gran hoguera le proporciona el oxígeno para la combustión necesario. Las gotas de agua que el herrero echa en su fragua no la enfrían lo suficiente para apagar el fuego; entonces el agua en contacto con el carbón al rojo se descompone, produciendo gases combustibles que al arder aumentan la temperatura de aquél.

Estos gases, que pueden recogerse apagando carbones rojos en agua y debajo de una botella llena de agua, se componen de hidrógeno, de carburos de hidrógeno y de óxido de carbono cuya combustión produce la hermosa llama azul que flota encima del carbón encendido en una chimenea.

Fig. 2. Filtro-fuente para comedor

Filtración de las aguas. – A consecuencia de los recientes trabajos sobre los microbios y de la relación que éstos tienen con las enfermedades, los higienistas han fijado su atención en el agua, principal vehículo de aquéllos. De aquí que muchas familias sometan el agua destinada á la alimentación á una depuración previa por medio de filtros.

De éstos los hay de muy diversas clases: en unos, como el de Chamberland, se obliga al agua á atravesar una porcelana especial que detiene gérmenes y microbios, ó, como en el aeri-filtro Mallié, se airea por un procedimiento especial al agua al mismo tiempo que se filtra y sale muy límpida y oxigenada.

Muchos filtros utilizan las propiedades decolorantes y desinfectantes del carbón vegetal. Los modelos de este sistema son también en gran número.

Tenemos, en primer lugar, el tonel-filtro, de construcción sencilla y que puede prestar grandes servicios en determinadas circunstancias, pues permite obtener agua pura de un charco cenagoso. Este tonel es de doble fondo; sus dos fondos tienen muchos agujeritos y entre ambos hay una capa de carbón vegetal comprimida entre dos capas de arena. El tonel, abierto por arriba, penetra en el agua de la charca y, si ésta no es muy profunda, descansa en el fondo: el agua tiende á tomar en el interior del mismo igual nivel que en el exterior ocupa, y para ello atraviesa las capas de arena y de carbón y llega límpida al tonel, de donde es extraída.

Otro aparato basado en el mismo principio, aunque mucho más complicado, es el filtro Magnien, que no sólo clarifica, sino que purifica también el agua. Sobre un cono de tierra con varios agujeros se fija un tejido especial de amianto, en cuya superficie se coloca una capa de carbón muy fino, obtenido por medio de una preparación designada por su inventor con el nombre de *carbo-calcis*, y encima se pone otra capa del mismo carbón en fragmentos: por el vaso en donde cae el agua filtrada circula libremente el aire, con lo que aquélla resulta perfectamente aireada. Con este aparato, no sólo resulta el agua clarificada, sino que si en ésta se pone, antes de la filtración, acetato de plomo ó sulfato de hierro, no se descubre en la misma, después de filtrada, el menor vestigio de tales substancias. De este filtro hay varios modelos, para usos domésticos, industriales y hasta uno muy pequeño de bolsillo, llamado fieltro reloj, que, sumergido en el agua muy impura de una charca, permite beber por aspiración, por medio de un tubo de caucho, un agua potable que nada deja que desear.

Con el nombre de *filtros sifones* existe un gran número de aparatos sencillísimos constituídos esencialmente por un cilindro de un carbón especial, que llevan un pequeño tubo de cristal, en cuyo extremo se fija un tubo de caucho: sumergiendo un filtro de éstos en agua impura, basta aspirar por el tubo para obtener agua límpida que se puede recoger en una vasija (fig. 1)



Fig. 3. Filtro-embudo para mesa

Hay también *filtros fuentes* de greda para comedor, *filtros embudos* para mesa (figs. 2 y 3) cuyo uso indican claramente los grabados; y hay, además, un filtro sencillísimo que cualquiera puede construir con una pipa de tierra y un poco de carbón (1).

F. FAIDEAU

(1) La descripción de este filtro pueden verla nuestros lectores en el número 455 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

APLICACIÓN DE LA FUERZA CENTRIFUGA Á LOS ANÁLISIS QUIMICOS INDUSTRIALES

El análisis por medio de los líquidos titulados constituye, en general, el procedimiento ideal de los análisis industriales desde el punto de vista de la sencillez, de la rapidez y de la facilidad, ya que no de la precisión. Desgraciadamente en algunos casos los procedimientos del análisis volumétrico ofrecen cierta incertidumbre hija de la lentitud con que se separan los precipitados por efecto de la escasa diferencia que por regla general existe entre la densidad de los mismos y la de la solución en que se producen.

La fuerza centrífuga proporciona un medio de acelerar la separación del líquido y del precipitado En una nota recientemente publicada en el *Genie civil*, M. R. Lezé, profesor de la Escuela de Grignón, expone la manera de aplicar á los análisis químicos este procedimiento sencillo y en extremo ingenioso.

Como en un análisis determinado conócese aproximadamente la cantidad de la materia que se busca, el procedimiento consiste en preparar cierto número de tubos que contengan una misma cantidad determinada de la materia que se experimenta y en echar en cada uno de estos tubos cantidades de precipitantes crecientes, según una ley conocida, determinada en cada caso por la precisión que haya de lograrse y por la naturaleza del análisis que se haya de practicar.

Hecho esto, se agitan los tubos y se les somete á la fuerza centrífuga, con lo que la separación se efectúa, dirigiéndose las materias más pesadas á los extremos más distantes del eje de la rotación, y obteniéndose, después de una rotación bastante rápida y prolongada, líquidos tan claros como si hubiesen sido filtrados.

Luego se cogen todos los tubos y se añade á cada uno una gotita del precipitante; los que todavía se enturbian denotan una insuficiencia de reactivo, al paso que los que ya no precipitan indican exceso de éste. La cantidad de reactivo necesaria está comprendida entre la que precipitó un tubo y la que no precipitó el siguiente.

Este procedimiento tan sencillo ha sido aplicado en el laboratorio de Grignón, utilizando el aparato que se conoce en el comercio con el nombre de *lactocrito*, destinado á separar por medio de la fuerza centrífuga la materia grasa de la leche.

Este aparato se compone esencialmente de un bloque de acero torneado, en el que hay practicados, en la dirección de los radios, algunos agujeros cilíndricos ligeramente inclinados sobre la horizontal, lo cual asegura la estabilidad de los tubos en ellos introducidos.

Por medio de un manubrio y de un juego de engranajes y de roscas sin fin, el bloque de acero recibe una velocidad angular de 2.400 vueltas por minuto, ó sean 40 por segundo. Y como el radio medio del bloque de acero es de 15 centímetros, la fuerza ejercida sobre la unidad de masa es unas 700 veces mayor que la ejercida por la gravedad, siendo por consiguiente la velocidad de depósito 25 veces más rápida que en el caso de la precipitación espontánea bajo la simple acción de la gravedad.

Para aplicar el lactocrito al análisis basta hacer fabricar tubos de cristal de un diámetro algo menor que los agujeros de aquél y graduarlos en centímetros cúbicos. Estos tubos se cierran con tapones de corcho ó de caucho. Es conveniente poner un poco de mercurio en el fondo de los bloques de acero, pues de esta manera cada tubo de cristal descansa sobre un fondo blando que le preserva del contacto con el hierro y evita las rupturas.

También se puede envolver el tubo en una hoja delgada de bricho, ó en un tubo fino de latón ó en una hoja de caucho.

Cuando las reacciones han de produbirse á calor suave, es posible obtener la temperatura que se desea sumergiendo el bloque de acero en agua caliente antes de montarlo, y aun mejor sin desmontarlo cubriéndolo con una plancha ó con una tapadera de hierro colado previamente calentadas.

El lactocrito, hasta ahora destinado exclusivamente al estudio de la composición de la leche, está, pues, llamado á desempeñar un papel útil en los laboratorios de análisis industriales, sustituyendo con ventaja en muchos casos las engorrosas filtraciones, los largos lavajes y los procedimientos delicados de la química.

(De *La Nature*)

***

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

SEIS TIPOS AÉREOS. BREVE ENSAYO DE ORNITOLOGÍA PASIONAL, AMENO Y HUMORÍSTICO, *por don Juan Rivas Ortiz.* – El estudio que en este libro se hace de las pasiones, costumbres, tendencias y carácter de algunas aves presentando al gorrión como granuja del mundo aéreo, al águila como símbolo de la tiranía, al ruiseñor como representante del amor más apasionado, á la golondrina como emblema de la constancia y de la modestia, al cuervo como compendio de todos los perversos instintos, y á la perdiz como ejemplo de amor á la familia y al hogar; las comparaciones, de tal estudio derivadas, entre el mundo de las aves y el de los hombres, y las consideraciones oportunas que todo ello sugiere al autor, prestan á esta obra interés, originalidad y amenidad grandes.

El libro, ilustrado con seis dibujos del autor fotograbados por Thomas, ha sido editado en Albuñol, en cuya librería de D. Juan López García y en las principales de España se vende al precio de 3 pesetas.

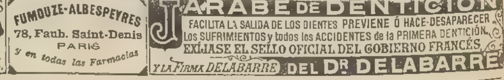
* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Interesantes como todos los de esta notable publicación son los cuadernos 10.° y 11.°, últimamente recibidos. Contienen, además de 8 páginas cada uno de excelente texto, cuatro fototipias representando el Sepulcro de don Juan de Aragón, varias armas ibéricas de hierro y bronce de la colección de D. Pablo Gil, un tibor de búcaro (traído á España después de la conquista del Perú) propiedad de la baronía de Hervés y las ruinas del ex convento de San Lázaro.

Suscríbese en las principales librerías y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



ESTUDIO DEL PINTOR CARLOS GUILLERMO DIEFENBACH. (Véase el artículo del núm. 479.)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 30 de marzo de 1891 — Núm. 483

ADVERTENCIA.—Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal, Será éste «LOS MISTERIOS DEL MAR,» ilustrado con profusión de grabados.



ESTATUA DE JUAN SEBASTIÁN ELCANO, obra de Ricardo Bellver

Existente en el Ministerio de Ultramar, en Madrid

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES MAHOMETANAS

Es creencia muy general que del arte bizantino se derivaron dos corrientes, una hacia el Occidente, que originó el arte ruso é influyó en el arte del Norte y en el latino, que imperaba en el Mediodía, y otra hacia el Oriente mismo, que formó el arte árabe, del cual se derivaron más tarde el persa y el turco Los orígenes orientales del arte árabe no están comprobados del todo; pero no pretendemos esclarecerlo, pues no importa para el caso presente.

I

ARTE ÁRABE

Es un hecho que los árabes aprovecharon elementos de las construcciones bizantinas en las suyas durante los primeros tiempos de su cultura y que también copiaron algunos detalles de aquéllas. Por razón de su origen, por su condición de innovadores en la civilización y de enemigos del cristianismo, aquella gente de viva y fantaseadora imaginación creó un arte completamente nuevo, con que embellecer brillante y fastuosamente el interior de sus mezquitas y de sus palacios, sin olvidar la prescripción del Alcorán, que les prohibía la representación de toda suerte de imágenes de seres animados. Seducidos por la riqueza decorativa de los monumentos bizantinos, que encontraron en su carrera conquistadora, hubieron, sin embargo, de tomar de éstos la pompa y la riqueza ornamental, el procedimiento y el sistema decorativo; tan en armonía con su sentir estético hallaban aquel arte; dándose de esta suerte en el árabe un caso análogo al que se dió en el arte latino, del cual se sirvieron los primeros cristianos, que á pesar del horror que á éstos causaba el paganismo, tomaron del arte romano los primeros é indispensables elementos.

La citada prohibición del Alcorán explica por qué el arte árabe es exclusivamente ornamental y por consecuencia esencialmente decorativo. El ornato campea y domina en absoluto; cual si se hubiera vuelto á los orígenes del Arte se volvió al trazado geométrico. Sin duda el mismo propósito innovador llevó á los primeros artistas mahometanos á formar con los elementos primarios de la ornamentación – las simples líneas – un sistema nuevo. Este sistema constituye un verdadero canon artístico cual no ha existido en ningún pueblo: es un completo sistema filosófico, caracterizado por la combinación matemática; parte de un tipo ó fórmula dado y de él lógicamente se deriva un trazado regular y armónico, de tal modo, que existe relación perfecta entre todas las formas secundarias y la forma principal. La ornamentación árabe, á diferencia de las de los demás pueblos, es hija del cálculo y excluye toda inspiración en la Naturaleza, si bien ésta le suministró elementos vegetales. Dice Owen Jones con referencia á los árabes españoles que se sujetaban á la ley de *decorar la construcción sin destruir nunca la decoración*, y añade que no solamente la ornamentación de la arquitectura árabe española nació naturalmente de la construcción, sino que la idea de ésta está sostenida en cada detalle por la ornamentación de la superficie. Añade más adelante que todas las líneas parten de un tallo madre, y á cualquier adorno por alejado que esté del eje de la composición se le encuentra siempre su raíz. Para llenar un espacio cualquiera, aunque sea irregular, emplean siempre los adornos más apropiados al mismo, cuidando de dividirlo en compartimientos iguales y distribuyendo los detalles sin dejar nunca de volver al tallo madre. Era un procedimiento análogo al que sigue la Naturaleza con la hoja vegetal, pues siendo menester distribuir la savia que parte del tronco á las extremidades, el tronco debe evidentemente dividir el follaje en partes sobre poco más ó menos iguales. Observaban los árabes en sus composiciones ornamentales el principio de la irradiación, partiendo del tallo madre, principio seguido en la Naturaleza, como lo demuestra la mano humana Por último, otro principio característico es la continuidad de las líneas y de las curvas tangentes.

Al hablar del arte árabe hay que diferenciar dos clases de monumentos: los que existen en Africa, especialmente en el Cairo, y los monumentos árabes españoles. Entre los de una y otra nacionalidad hay diferencias de estilo, aunque no de tal importancia que sea menester tratar de unos y otros separadamente. Sin disputa los monumentos españoles son más delicados y ofrecen una ornamentación más fina que los monumentos del Cairo, de los cuales el más importante es la mezquita de Tooloon, construída en el año 875, es decir, 250 años después del establecimiento del mahometismo. Los ornatos de esta mezquita corresponden á un estilo primitivo.

Los tipos de combinaciones y de formas aparecen en su total desenvolvimiento en la Alhambra de Granada. Lo mismo que á la mezquita del Cairo ocurre á la de Córdoba con respecto á la Alhambra. Owen Jones resume las diferencias de los estilos árabes de Africa y de España, diciendo que las construcciones africanas tienen por carácter distintivo la grandeza, y los españoles el refinamiento y la elegancia.

La decoración árabe es igual al interior que al exterior; está repartida y dispuesta del mismo modo; sólo que al exterior es más escasa, pues no cubre por entero los lienzos de muro. Toda la ornamentación árabe es de relieve y está hecha con yeso ó estuco cuando no tallada en piedra, y por punto general aparece pintada de varios y vivos colores combinados con oro; entre estos colores predominan el rojo y el azul, sirviendo de fondos, pues el oro, al contrario que en el arte bizantino, donde se empleaba para los fondos, se emplea generalmente para los adornos. También hay ejemplares de decoración árabe puramente pintada, pues así puede considerarse la de azulejos, de los cuales se conservan en España tan preciosas muestras. El motivo más importante y general de la ornamentación árabe es la llamada *Estrella de Salomón*, que aparece variada hasta lo infinito y enriquecida con motivos secundarios. Se manifiesta desde la combinación más sencilla formada por dos triángulos equiláteros ó dos cuadrados, hasta la de diez, doce y dieciséis radios; de manera que el polígono generador de cualquier trazado ornamental puede ser el triángulo ó el pentágono, el cuadrilátero, el exágono ó el octágono. Las líneas ó fajas que constituyen estos polígonos ó estrellas regulares forman, en solución de continuidad, otros polígonos, que resultan simétricos y equidistantes de la estrella, con cuya repetición se llenaba fácilmente y de un modo armónico y regular una superficie cualquiera. A veces estas combinaciones están hechas por medio de líneas curvas en vez de rectas, y entonces el círculo lobulado hace veces de polígono. Además no hay que perder de vista que el Alcorán al prohibir la representación de los seres animados, se refiere al hombre y á los animales, pero no al reino vegetal, y por eso la ornamentación árabe tiene su flora especial, aunque esta suerte de ornamentación es secundaria respecto de los trazados geométricos que forman el motivo principal; sólo en los trazados de curvas tiene la flora mayor importancia, determinando las hojas curvas, que relacionadas con las fajas puramente decorativas completan el motivo. Tanto en las hojas como en los tallos decorativos se encuentra con mucha frecuencia la voluta; pero tratada de un modo sencillo y severo diverso de la voluta griega. La piña aparece con suma frecuencia mezclada con el adorno en los trazados curvilíneos que determinan un espacio cerrado por un arco canopial y luego descienden. tendiendo á concluir en punta por la parte inferior; también suele aparecer una especie de palmeta rehundida como en forma de concha

Piñas se denominan igualmente por su forma general las almenas escalonadas cuyo perfil presenta una serie de ángulos agudos y cuyo paramento está decorado con preciosas combinaciones geométricas. En las pechinas de las cúpulas y en los arcos mismos emplearon un modo de ornamentación sumamente ingenioso, formado por una serie de cupulitas unas junto á otras y escalonadas de un modo regular, produciendo unas puntas que se denominan *estalactitas*, de donde ha tomado el nombre de estalactito este sistema de decoración. Como todas las celdillas ó cupulitas están diversamente coloreadas, el efecto es de lo más fantástico y áereo La cúpula del *Salón de las dos hermanas* en la Alhambra es un buen modelo del género. Por la analogía que guarda con este sistema ornamental deben citarse los perfiles de los arcos lobulados; lóbulos determinados por las tracerías que llenan las enjutas. Los *ajimeces* ó ventanas divididas por un parteluz y los frisos altos con ventanas caladas, son otros tantos motivos ornamentales del mejor efecto. En castellano hay términos especiales para designar las combinaciones decorativas del arte árabe: los trazados geométricos arriba descritos llevan el nombre de *lacerías*, conjunto de lazos; la labor de hojas se llama *ataurique*, y el adorno de hojas y lacerías se denomina *ajaraca*; recibe el nombre de *alicatado* la combinación de mosaico formada con los azulejos de piezas; y por último, la labor de mosaico de vidrio sobre fondo dorado, propia del estilo árabe-bizantino, se denominó *fosaifesa*.

Azulejos los hay de dos clases, unos cuadrados conteniendo un trozo de lacería ó ajaracados, cuya unión forma una composición ornamental, y otros en que cada miembro ornamental es una pieza aparte, de modo que al colocarlos se construye el trazado por el mismo procedimiento que se hace el mosaico.

A semejanza del adorno egipcio, en el árabe hay un elemento que no se halla en ningún otro. Nos referimos al empleo de la escritura como motivo ornamental. Los árabes hicieron una interpretación de los caracteres de su escritura que se combina admirablemente con la composición decorativa; hay dos clases de caracteres: *cúficos*, que son los más antiguos y más ornamentales por ser muy geométricos, y *africanos*, que decoran menos por ser más cursivos

Los árabes mudéjares, ó sea los que después de las conquistas vivían bajo el amparo de los reyes cristianos españoles, produjeron un arte especial, que aunque conserva todos los elementos de su origen arábigo, se ve influído por los estilos cristianos. El sistema decorativo mudéjar nada nuevo ofrece en cuanto á la estructura de las las lacerías, ajaracas, etcétera; es un árabe menos puro y en el cual la flora tiene á veces más importancia que la lacería. Aquellos principios armónicos de la construcción ornamental de lo árabe están un tanto destruídos por la invasión de elementos extraños. A veces la combinación de estilos es tal que campean en unas partes el árabe y en otras el cristiano, como sucede en monumentos del siglo XV: por ejemplo, el palacio de los Mendozas en Guadalajara y la Aljafería de Zaragoza El gusto ojival se acomodó muy bien al gusto árabe en la ornamentación de techumbres artesonadas y en los frisos decorados con arquerías; obras que revelan la habilidad y buen gusto de los artistas mudéjares que en aquel tiempo estaban de moda, por decirlo así; pues los preferían y buscaban los reyes cristianos, sobre todo para los trabajos de carpintería, como las puertas cubiertas de preciosas lacerías que se conservan en numerosos monumentos españoles, singularmente en las catedrales. Pero las obras mudéjares más características son las de ladrillo, entre las cuales sobresalen las torres, tales como la Nueva de Zaragoza, que es un precioso modelo del género, cuyo adorno está construído por medio de alicatados de ladrillo formando combinaciones geométricas muy sencillas de rombos, cuadrados, triángulos, arquerías lobuladas ó de herradura, etc. Los azulejos mudéjares, algunos con figuras de animales y otros con adornos de lacerías y ajaracas, abundan mucho en España, habiendo en Toledo curiosísimos ejemplares.

Los productos de las industrias árabes y mudéjares que se conservan acreditan, no sólo la perfección técnica de aquellos artífices, sino también el buen gusto y primor decorativo. En la cerámica, en las telas, en las adargas, en las filigranas de la joyería y en las armas, hay preciosos motivos, apareciendo en los platos de loza leones y escudos heráldicos interpretados con mucho carácter oriental.

Queda indicada la presencia de las imágenes de animales en la ornamentación mudéjar, en la cual nada tiene de extraño después de lo indicado acerca del modo cómo se formó ese estilo; pero es de advertir que aunque, por excepción en varios monumentos y productos industriales árabes, aparecen también figuras de animales, como en la fuente de los leones de la Alhambra y en algunas cajas de marfil y otros objetos, en cuya ornamentación aparecen antílopes, perros, etc., tales monumentos no son mudéjares, sino productos de la influencia persa en el arte árabe.

II

ARTE PERSA

Un sistema de ornamentación fundamentado en base tan sólida y positiva, tan perfecto y severo como es el árabe, no pudo menos de ejercer poderosa influencia en las artes de otros pueblos, no sólo en Occidente, donde queda indicada respecto de España,



D. RICARDO BELLVER, celebrado escultor español

sino con más facilidad en Oriente, toda vez que allí había nacido y tomado la fisonomía especialísima que hemos procurado delinear.

Efectuada en el siglo VII de nuestra era la conquista de Persia por los árabes, se adoptó en este país el arte de los conquistadores; mas como allí existía la tradición del arte indio, efectuóse una mezcla de los dos estilos, mezcla que constituyó el arte persa. Hay que tener en cuenta por otra parte que el genio de los persas se acomodaba menos que el de los árabes á un gusto artístico tan austero y grave como el que aquéllos cultivaban; gente más inclinada á lo muelle y gracioso, y más libre, hubo de producir un arte menos grandioso, aunque de elementos más variados. Los monumentos persas que se conocen son menos perfectos que los árabes del Cairo y de España, y tanto en las líneas generales de la construcción como en el sistema de ornamentación son menos severos. Pero la diferencia capital entre las artes árabe y persa consiste en el constante prurito de imitar la Naturaleza en la reproducción de las figuras humanas y de animales, y en la interpretación ornamental de motivos tomados del reino vegetal.

Esta particularidad del arte persa, contraria á las prescripciones del Alcorán ya indicadas, se explica teniendo en cuenta que los persas eran cismáticos. De aquí también el que atribuyeran á las flores un lenguaje simbólico, y por consiguiente que concediesen mucha importancia á su representación.

Dados todos estos antecedentes, se comprenderá que en el arte persa no aparezca como fundamental el sistema decorativo de los árabes, el sistema geométrico, trazado por cálculo, conforme á un tipo fijo y desarrollado matemáticamente; los persas sólo tomaron de la ornamentación árabe la parte exterior y aparente. Con tendencia marcada á la curva, después de dividir el espacio que iban á decorar en fajas y rectángulos llenaban todos estos campos con roleos y combinaciones de hojarascas, poniendo flores interpretadas de un modo decorativo, pero conservando mucho del natural ó, por excepción, copiándolas. El color tiene extraordinaria importancia en la ornamentación persa. Emplearon con preferencia los colores vivos y claros, siendo frecuentísimo en fondos y otras veces en ornatos el oro, que presta mucho realce á los colores. Como pasa en todos los estilos orientales, todo el ornato carece de sombras; pero en las flores hay cierta oposición de tonos en los pétalos, cierta combinación de colores degradados, que viene á ser como una tentativa de modelar acentuando las partes correspondientes á las sombras y á los claros. En algunos productos industriales, cuyo estilo participa más de la influencia india, los efectos de claro-obscuro en las flores están francamente producidos y acentuados como imitación de la Naturaleza. Aquel modo árabe de ornamentar dibujando el arco canopial aparece también aquí, produciendo variedad de combinaciones, como la cartela dibujada por un óvalo ó por dos arcos de óvalo que se cruzan formando ojiva, ó bien por líneas onduladas, ó bien produciendo un círculo que por un lado se resuelve en una punta aguda. Por lo demás, las combinaciones geométricas de frisos y mosaicos de piso son sencillas, afectan forma de ajedrezados, estando el efecto, más que en los dibujos, que nada ofrecen de nuevo, en lo variado y bien combinado de los colores. En las cenefas suele verse cierta reminiscencia del *meandro* griego.

El arte persa es más decorativo que monumental y más pictórico que plástico. Los mejores ejemplares que de él se conocen no son monumentos arquitectónicos, sino productos industriales, especialmente tapices, miniaturas de manuscritos y trabajos damasquinados correspondientes á los siglos XVI y XVII, época en que Europa hacía mucho consumo de tan artísticas obras.

Las iluminaciones de manuscritos ofrecen primorosas orlas con adornos de muy buen gusto.

Los tapices tienen el poderoso encanto de la bella combinación de colores.

Así como el arte árabe contribuyó en España á la formación del estilo mudéjar, el persa produjo en Lindos (isla de Rodas), por el siglo XIV, un estilo que se manifiesta en productos cerámicos decorados con figuras y ornamentación vegetal de bellos colores, de los cuales posee una preciosa colección el Museo de Cluny en París.

III

ARTE TURCO

Otra derivación del arte árabe, de peor gusto y menor importancia que la anterior, es el arte turco. Sus monumentos, que se conservan en Constantinopla, están construídos á la manera bizantina y decorados conforme el gusto árabe, aunque modificado y desvirtuado. Owen Jones cree que los turcos no cultivaban las artes, sino que se valían de artistas de otras naciones; explicándose así el estilo mixto de algunas mezquitas y edificios públicos. «En un mismo edificio, añade, se encuentran adornos derivados de los adornos árabes y de los adornos floronados persas, junto á detalles bastardeados del estilo romano y del estilo del Renacimiento.» Esta mezcla induce á creer que esos edificios hayan sido construídos en su mayor parte por artistas de religión diferente.

La manera de tratar el follaje en la ornamentación turca es más convencional que en la árabe; además es menos pictórica que la árabe y que la persa, por cuanto los ornatos que en estos estilos están simplemente relevados, en el estilo turco están esculpidos. Otra particularidad consiste en el abuso excesivo de la curva.

Es el turco, además, un arte más vulgar, más industrial, y por consiguiente de mal gusto; abusa del oro, y por esto en los trazados de cuerpos lobulados y florenzados se produce confusión en los adornos.

Los mejores modelos de la ornamentación turca deben buscarse en Constantinopla, especialmente en la mezquita de Solimán I.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

RICARDO BELLVER Y RAMÓN

Hay familias privilegiadas en las cuales la ley de herencia produce los más fecundos resultados, permitiendo aplicar á cada nuevo retoño del lozano tronco y en el sentido más favorable el tan conocido refrán castellano: *De tal palo tal astilla*. Así acontece con la familia de Bellver; la tradición artística perpetúase en ella de generación en generación, y si lauros alcanzaron el abuelo, allá por los últimos años del pasado siglo, y el padre á principios y mediados del presente, no menos gloria ha conseguido en nuestros días el continuador de dinastía tan preclara.

Nació D. Ricardo Bellver y Ramón en Madrid en 23 de febrero de 1845, y no fué para él poca suerte tener en su padre, el famoso escultor é ilustre académico, cariñoso y experto director que fomentando sus aficiones y encaminando hábilmente sus disposiciones para el arte, le allanara el camino que á éste conduce en la edad aquella que para la generalidad de los artistas significa inclinaciones combatidas, deseos contrariados, ilusiones agostadas en flor; en una palabra, lucha entre la vocación irreflexiva del niño y la voluntad maduramente formada de los padres, entre el corazón que siente y el cerebro que calcula, entre la poesía que eleva y el sentido práctico que á la tierra encadena.

Adquiridos así los primeros conocimientos y contando con base tan sólida para ulteriores estudios, ingresó el Sr. Bellver en la Academia de San Fernando, de la que fué alumno distinguidísimo, sobresaliendo entre otras en las asignaturas de anatomía pictórica, dibujo del antiguo, copia del natural y paños, y obteniendo casi todos los premios y el aprecio y consideración de sus profesores. Diez y siete años contaba apenas cuando presentó en la Exposición de Bellas Artes una estatua de Tucapel, inspirada en la descripción que de este caudillo araucano hace Ercilla en su inmortal poema; en esta obra reveláronse las excepcionales dotes del joven escultor, y por la corrección de su dibujo, por el carácter clásico en ella impreso y por el sentimiento que la animaba mereció laudatorios conceptos de la crítica y calurosos elogios de los inteligentes. A los tres años unos y otros se reproducían con creces en presencia de un bajo relieve que figuraba en la Exposición de 1865 y en el que se advertía marcado sabor helénico, así



MONUMENTO SEPULCRAL DEL CARDENAL LA LASTRA Y CUESTA, existente en la catedral de Sevilla, obra de Ricardo Bellver

por el asunto como por la manera de estar ejecutado.

Alentado por tales éxitos y buscando terreno más abonado á su inspiración y á sus tendencias, hizo su primer ensayo en la escultura religiosa, y modeló el grupo de la Piedad, representada por la Santísima Virgen teniendo el cadáver de su hijo en su regazo, que obtuvo mención honorífica en la Exposición de 1867, y en el que se manifestó ser el artista de genio



Angel de la capilla sepulcral que en el cementerio de San Isidro de Madrid posee la Excma. Sra. marquesa de la Gándara, obra de Ricardo Bellver.

á quien tantos y tan grandes triunfos tenía el porvenir reservados.

El concurso abierto en 1874 para las plazas de pensionados en Roma proporcionóle ocasión de lucimiento, y el jurado por unanimidad le concedió una de aquéllas, poseído de admiración por la estatua de *David teniendo en la mano la cabeza del gigante Goliat*, que fué la obra por él presentada y que es tenida por una de las mejores de su cincel salidas, con ser muchas y muy buenas las que el Sr. Bellver lleva modeladas.

Ya en Roma, pudo el genio de nuestro biografiado tender las alas por más vastos espacios y abarcar con su mirada más anchos horizontes: la ciudad eterna con los monumentos que en ella han ido dejando todas las edades, con las obras de arte allí acumuladas, por los maestros de todas las escuelas, con los recuerdos gloriosos que en su recinto depositara la historia de tantos reyes, pueblos y religiones, hubo de ejercer benéfica influencia en el alma del artista, prestando mayores alientos á su inspiración aquella variedad infinita de valiosísimas joyas, y comunicando mayor seguridad á su mano el concienzudo y constante estudio de los acabados modelos que por doquier á su vista se ofrecían.

Frutos de su residencia en la capital de Italia fueron, entre otros, los trabajos que desde allí envió para cumplir con las prescripciones reglamentarias del pensionado; á saber: un busto del Gran Capitán, un bajo relieve titulado *El entierro de Santa Inés* y la estatua conocida con el nombre de *El ángel caído*. El primero mereció ser colocado en el Ministerio de Estado, y el segundo, obra inspirada en el más puro sentimiento cristiano, obtuvo un premio extraordinario, amén del aplauso unánime de los inteligentes. El tercero exige párrafo aparte.

La exposición en Roma de *El ángel caído* fué un verdadero acontecimiento; el nombre de su autor figuró desde aquel instante en el libro de oro de los escultores modernos y la fama lo repitió en los más encomiásticos conceptos por todo el orbe. El gobierno español, previo informe de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, concedió al Sr. Bellver recursos extraordinarios para reproducir en mármol la admirada estatua, la Exposición Nacional de Madrid la premió con medalla de oro, y en la Universal de París de 1878 alcanzó asimismo honrosa recompensa. En suma, *El ángel caído* ha sido una de esas obras que hacen sensación y que bastan por sí solas para consolidar la gloria de un artista.

Con esto terminó el plazo de su pensión, pero no el de su permanencia en Roma, en donde continuó viviendo hasta el año 1882. Durante este intervalo ejecutó el magnífico *sepulcro de mármol dedicado al Excmo. Sr. cardenal de la Lastra y Cuesta*, que existe en la Catedral de Sevilla, la estatua también en mármol del célebre navegante *Juan Sebastián Elcano* con destino al Ministerio de Ultramar, y un *ángel colosal* de bronce para la capilla sepulcral que en el cementerio de San Isidro de Madrid posee la Excma. Sra. Marquesa de la Gándara, obras todas á cual más bella y dignas de la fama de Bellver.

A poco de regresar á España, en la fecha indicada, el deán de la catedral de Sevilla D. Francisco Bermúdez de Cañas, cumpliendo los deseos de su antecesor D. Cristóbal Ruiz Canelas, y disponiendo del legado que expresamente hiciera para ello un sevillano ilustre, D. Mariano Desmaisieres, encargóle del adorno de la puerta principal de la Basílica, cuya terminación habían hasta entonces impedido vicisitudes sin cuento. En el año 1885 quedaba colocado en el frontón de la puerta el hermoso alto relieve representando la *Asunción y Coronación de la Virgen*.

Las obras que desde entonces ha producido el señor Bellver son tantas y de tal valía, que sólo teniendo en cuenta la facilidad con que éste concibe y la laboriosidad que es proverbial en él, puede concebirse tan rara fecundidad en un artista. Citaremos entre las principales tres efigies en madera de San Pedro, Santo Tomás de Aquino y San Alfonso María de Ligorio, ejecutadas por encargo del Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz Don Vicente Calvo; las estatuas colosales de *San Andrés* y de *San Bartolomé*, que son la admiración de cuantos visitan el magnífico templo de San Francisco el Grande de Madrid; un monumento sepulcral dedicado á Moratín, Donoso Cortés y Goya para el cementerio de San Isidro de Madrid; un crucifijo en madera; un monumento sepulcral en mármol para contener los restos del cardenal Siliceo, colocado en el Colegio de Doncellas de Toledo; una imagen en madera de tamaño natural de Santa Teresa de Jesús para la iglesia parroquial de Chamberí, y veinte estatuas destinadas á la portada de la catedral de Sevilla, entre las cuales figuran los Apóstoles y los Evangelistas.

El Sr. Bellver es académico de número de la Real de San Fernando y profesor auxiliar de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid; ha obtenido innumerables recompensas en muchas Exposiciones y ha sido jurado en varias celebradas en Madrid, no siendo el menos glorioso de sus títulos el de director interino de pensionados en Roma, que desempeñó por algún tiempo apenas terminado el plazo de su pensión.

Tal es á grandes rasgos trazada la biografía de don Ricardo Bellver.

Pocas palabras más hemos de añadir para completar este trabajo, del cual se desprende ya lo que el ilustre escultor español significa en la historia del arte plástico contemporáneo.

Modernista en sus procedimientos, en ninguna de sus obras deja de atender con especial interés á los elementos indispensables en la escultura: la belleza material y el sentimiento. Como los antiguos clásicos, cuida con exquisita minuciosidad de la perfección de las formas; como los incomparables artistas del Renacimiento, imprime en sus creaciones aquella grandiosidad que caracteriza á las maravillas que nos legara la Edad media, y como los más eximios maestros modernos infunde en sus estatuas la expresión y el movimiento que informan las nuevas tendencias del arte escultórico, y que acercando cuanto cabe la materia inanimada á la realidad viviente han permitido á la escultura abordar temas que sólo á la pintura parecían reservados.

Cultiva con igual fortuna todos los géneros, y las obras que de él reproducimos en el presente número son la mejor prueba de nuestro aserto. En el desnudo las estatuas de *David* y del *Angel caído*, en la escultura histórica la de *Alonso Elcano*, en la monumental el *Sepulcro del cardenal Lastra* y el *Angel* de la capilla sepulcral de la marquesa de la Gándara, y en la religiosa las estatuas de *San Andrés* y *San Bartolomé* y los relieves de la *Asunción y Coronación de la Virgen* y del *Entierro de Santa Inés* ofrecen bellezas sin cuento que justifican la fama por su autor alcanzada.

El Sr. Bellver pertenece á la llamada escuela ecléctica: conocedor profundo de las teorías artísticas nacidas del clasicismo, del misticismo, del romanticismo y del realismo, y dominando todos los recursos que para darles forma emplearon las distintas escuelas, toma de unos y otros lo que para cada obra especial necesita y haciendo abstracción de los demás impulsos que pudieran solicitarle, endereza su inspiración y mueve su mano sólo á la consecución del fin que en aquel momento dado se propone. Así tienen sus trabajos el carácter, la unidad y la armonía que tanto se admiran en ellos.

Amante de la verdad, dentro de las necesidades especiales del arte, no subordina la idea á la forma, sino que sujeta la materia á su propio pensamiento; la naturalidad es para él un verdadero culto; á ella lo sacrifica todo, y nunca la codicia de un aplauso le ha hecho caer en la tentación de procurárselo apelando á convencionalismos ó á falsos efectos.

Pero de todas las cualidades que en él se juntan, la que constituye el carácter de su modo de ser artístico es el sentimiento: Bellver no sólo se impone del asunto y de los personajes que en él intervienen, sino que se idenfica, por decirlo así, con ellos, con ellos siente, y antes de buscarlos en el mundo exterior, destácanse por este esfuerzo psicológico en su mente los rostros, las actitudes, la disposición de sus figuras; así es que cuando acude al modelo para la parte puramente material, tiene ya acumulados en su imaginación todos los elementos que han de dar á la escultura expresión y vida.

Bellver consigue con esto impresionar como pocos á cuantos contemplan sus obras: siguiendo el precepto de Horacio, hace sentir á los demás sintiendo él primero. Así proceden los verdaderos artistas; así alcanzan imperecedera gloria.

La conseguida por D. Ricardo Bellver es de las más legítimas, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al dedicar en sus páginas un título de admiración al escultor ilustre, cumple gustosa con los deberes que su historia le impone contribuyendo en la medida de sus fuerzas á la exaltación del arte patrio contemporáneo, del que nuestro biografiado es uno de los más insignes representantes.



David teniendo en la mano la cabeza del gigante Goliat, estatua de Ricardo Bellver

M. M. A.

SECCIÓN AMERICANA

ELISA BRAVO

LEYENDA CHILENA

Refiere la tradición esta leyenda con detalles de verosimilitud espeluznante: yo no haré sino dar forma á lo que impresionadísima escuché á persona que se decía muy enterada.

Cualquiera á quien preguntéis en Chile quién fué Elisa Bravo, os responderá que una mujer tan hermosa como desgraciada, tan infeliz como mártir del destino.



SAN ANDRÉS, estatua colosal existente en la iglesia de San Francisco el Grande (Madrid), obra de Ricardo Bellver

Era Elisa una joven perteneciente á linajuda familia. Casó de veinte años con hombre que la edad le doblaba, y salió inmediatamente para Europa en uno de aquellos buques de vela que tardaban cinco meses en llegar á España cuando por suerte no perecían al doblar el Cabo de Hornos.

El barco que á Elisa Bravo y á su marido transportaba á la península, fué juguete de un temporal que lo hizo pedazos en las costas araucanas.

Los salvajes recogieron á los náufragos que la playa pudieron ganar después de mil fatigas, y los presentaron al cacique Lucayán, para que en su alta sabiduría dispusiese lo que se le antojase conveniente.

Elisa Bravo era de los milagrosamente salvados; verla Lucayán y prendarse de ella, cosa fué de un instante. La declaró su amor sin más preámbulos, y al ver que la hermosa blanca daba señales de aborrecerlo, ordenó que todos los extranjeros fuesen sacrificados á los dioses, implorando su protección para lograr el amor de la mujer divina.

Ejecutada que fué la sentencia, llevaron á Elisa adonde yacían los cadáveres de sus compañeros; su dolor no tuvo límites; creyó morir y cayó sin sentido presa de un síncope gravísimo. No pudo Elisa saber cuánto tiempo durara el estado anormal de su organismo; sólo vió al volver á la vida que sentado al pie de su lecho de pieles había un hombre contemplándola con ansiedad y ternura infinita: era Lucayán que la idolatraba, Lucayán que había creído perderla y que la había hecho transportar al interior de Araucania, algunas leguas de las fronteras chilenas, creyendo que la proximidad del mar y el paraje de tan tristes recuerdos pudieran serle fatales al volver á la vida.

Así lo habían aconsejado á Lucayán los *doctores* que fueran consultados, y dicho se está que se habían buscado cuantos eran estimados por su ciencia y sabiduría.

Cuando la fiebre cedió en la infeliz prisionera y pudo su razón volver á atrás para reconstituir los angustiosos momentos del pasado, no tuvo límites la desesperación de Elisa; ora lloraba implorando de Lucayán su libertad, ora se tornaba furiosa y pedía una muerte súbita que de tales tormentos la librase.

El cacique lloraba con ella, imploraba también algo que á Elisa repugnaba, pues harto comprendía la poética y amorosa mímica del indio, y los dos pasaban horas enteras, amando el uno, odiando el otro, pero suplicando ambos.

Hacía Lucayán que los mejores poetas araucanos cantasen alabanzas rimadas á la joven, y que los más diestros músicos la entonasen cánticos, arrancando lágrimas á los instrumentos para ablandar el corazón de la virgen, sorda á sus lamentos.

Lucayán amaba de tal suerte á la mujer hermosa, que por crimen hubiera tenido forzar aquella voluntad, que era sagrada para el valiente araucano, fiero en la guerra, dulce en la paz, cruel con los enemigos, enamorado con sus mujeres y fanático con los dioses de sus mayores.

Pasaban los días y los meses; Elisa, que había sentido la imperiosa necesidad de alimentarse, accedió á vivir, después de grandes luchas, para morir sin atentar á su vida, pues que la era imposible moverse sin que las esclavas puestas á su servicio avisasen de sus movimientos al señor y dueño de todos.

Con una saña horrible, con odio profundísimo miraban las mujeres de Lucayán á la rival extranjera que de modo tal había absorbido el corazón y la mente del cacique; ¡y cuánto no gozaban aquellas naturalezas salvajes contemplando la desesperación del *señor* y los desprecios de la blanca!

Entre las esclavas de Elisa había una, Julca, india que podía contar diez y seis años, de peregrina hermosura y que había sido antes de aparecer la diosa blanca manjar el más codiciado de Lucayán y su bocado más exquisito.

Las mujeres del cacique procuraban exasperar el amor propio de Julca, inculcando en su alma infernales venganzas, pero Julca mostrábase extremadamente cariñosa con Elisa, y ella era la que con más esmero y solicitud la servía. ¡Con cuánto placer lavaba Julca las turgentes carnes de la hermosa, con qué suavidad la peinaba, cómo envolvía su cuerpo con las más ricas telas y con qué afanosa solicitud atendía á todo aquello que pudiera serle grato!

Y era que Julca resultaba otra víctima de la barbarie. Julca era india: sangre real corría por sus venas y fuera necesario entregarla á la brutalidad de un hombre de su clase, arrancándola del amor de un guerrero, á quien con pasión ardiente recordaba.

Elisa fué poco á poco sobrellevando aquella situación desesperada, gracias á los consuelos de Julca; ambas jóvenes llegaron á quererse fraternalmente, y con grandes esfuerzos de la voluntad iban asimismo venciendo las dificultades del idioma. A los seis meses de vivir en tal situación entendía Julca el castellano y Elisa podía suplicar la libertad á Lucayán en su salvaje, pero dulcísima lengua.

Las mujeres completamente relegadas al olvido del cacique repartieron su odio entre Elisa y Julca.

Lucayán tuvo que salir precipitadamente para sofocar una insurrección que amenazaba destrozarlo, y dispuso que la corte se trasladase al interior de un bosque, llevando á Elisa con los cuidados y mimos que debía tener la idolatrada favorita de señor tan poderoso.

—¡Adiós!, la dijo al partir, si muero en la batalla, dejo dispuesto que te lleven á la frontera y que te dejen entre los tuyos; no quiero que mis vasallos te torturen y tomen por fuerza lo que yo estimo en más que la vida: tu amor. Si muero, ¿te acordarás de mí, ingrata de los ojos azules? Y si no muero, ¿pagarás con una sonrisa el valor con que pensando en ti me haya batido?

Elisa no contestó, pero dirigió á Lucayán una mirada de agradecimiento. De la muerte de aquel hombre dependía su libertad y su dicha; casi encontraba criminal la hermosa chilena desear que los enemigos venciesen á Lucayán.

Sin el temor que las mujeres tenían al cacique, Elisa no hubiera vivido muchos días después de la marcha de éste; pero sabían que la venganza del enamorado indio hubiera sido terrible, y por otra parte Julca velaba, velaba siempre por el bienestar y la tranquilidad de la diosa rubia.



EL ÁNGEL CAÍDO, estatua existente en el Parque de Madrid, obra de Ricardo Bellver

Habían transcurrido dos años: Elisa vivía en la molicie de favorita mimada. Lucayán la contempla-

ba arrobado, Lucayán moría de amores sin atreverse á tocar el ídolo para no mancharlo.

Si pretendía embriagarse con distracciones que antes le habían parecido sublimes, volvía loco y desesperado, implorando el perdón de la mujer que con su recuerdo se interponía entre el cacique y los placeres.

Elisa hablaba bastante bien el araucano: lo encontraba poético, dulcísimo, cadencioso y arrobador; Lucayán en cambio sabía prodigarle caricias en castellano, gracias á la previsión de Julca que á toda costa pretendía unir aquellos corazones.

Un día en que la ex favorita hablaba á su señor de las bellezas de la blanca, y le decantaba sus formas celestiales, sus hechizos á ella sola revelados, sintió Lucayán una especie de fiebre, de arrebato que le obligó á postrarse delante de Julca.

– ¡Oh, tú, criatura celestial!, le dijo. Tú la que yo he olvidado por una mujer ingrata que no me quiere y me hace sufrir mil torturas, tú eres la buena, tú eres la diosa, tú eres la que yo debo amar eternamente.

– No, Lucayán. Elisa te amará; ya no le eres repulsivo, ya no te odia; desea volver entre los suyos, y sin embargo, no pedía tu muerte cuando fuiste á la guerra.

– No; no te sacrifiques Julca: tú que me amas, pretendes darme la dicha con esperanzas: vano empeño; ya no la quiero; á ti, mujer adorable, á ti ama mi corazón, á ti desean estrechar mis brazos.

Y Lucayán corrió á buscar á Julca, que temblando se había replegado hacia la pared.

– ¡Qué! ¿Acaso me rechazas? ¿Tienes celos? No los tengas, paloma: aquello ha pasado; sólo tú vives aquí, tú...

Julca sintió sobre sí la mano de Lucayán y lanzó un grito.

– ¡Cómo! ¿Te asusto? Te causo también horror como á la blanca, que gime y suspira acaso por otro hombre que la espera... ¡Ah, Julca! ¿Amarías tú á otro? ¿Tiemblas? ¡Desgraciada de ti si me has mentido un amor que no sentías!

– Lucayán, tu pasión por Elisa te trastorna.

– No, ahora no es ella, es á ti á quien amo.

– ¡Te equivocas; es á ella!

– Te digo que es á ti. ¡Infame! Vas á morir porque quieres á otro y me has engañado.

– ¡Elisa! ¡Elisa!, gritó Julca pudiendo desasirse de las férreas manos del indio y corriendo á refugiarse en la estancia de la bella chilena. ¡Sálvame! ¡Quiere matarme!, dijo arrojándose á los pies de Elisa, que tendida en magníficas pieles se incorporó para proteger á Julca.

– ¡Matarte! ¿Por qué?

– Porque quiere que le ame y no puedo: ya sabes que adoro á otro; le he visto ayer, ha corrido mil peligros para llegar aquí, y le he prometido morir antes que volver á ser de Lucayán.

No había terminado Julca, cuando el cacique entró un tanto repuesto, pero dando señales de la terrible lucha que agitaba su organismo.

Elisa le dirigió indefinible mirada. ¡Oh humano corazón! ¡Cuántos repliegues ocultas que no penetra el fisiólogo más entendido!

Lucayán aparecía á los ojos de Elisa Bravo, no como el indio inculto y salvaje que todo lo atropella por saciar sus deseos bestiales, sino como el hombre civilizado, esclavo de una pasión avasalladora, luchando con sentimientos elevados, adorando sin esperanzas y respetando al ídolo como á los dioses sagrados de su culto.

Pero en aquellos momentos críticos y especialísimos, oyendo á Julca decir que el amo y señor reclamaba las caricias que le debía su esclava favorita, sintió Elisa un dolor agudo en el corazón, y jamás hombre alguno le pareciera tan bello como Lucayán, exaltado y luchando con los impulsos de su fiereza.

– Lucayán, dijo Elisa con acento que jamás había encontrado en su voz al hablar con el indio, perdónala, ¿qué te ha hecho?

– ¡Que ama á otro!

– Y á ti que te importa: no dices que me amas á mí sola.

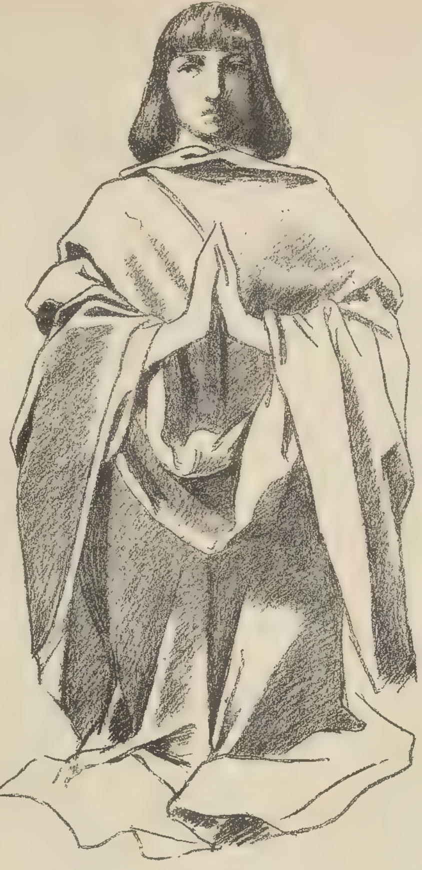
– ¡A ti! ¡Oh! ¡Sí, á ti!; pero tú eres el espíritu malo de mi vida; tú no me querrás nunca.

– Te engañas; te querré con una condición.

– ¿Cuál? ¡Habla! ¡Pero habla pronto, pronto; no ves que me muero, mujer hechicera, habla!

– Que seas mi esposo, pero sólo mío, ¿entiendes? Que dejes á tus mujeres en libertad y consientas á Julca casarse con el que ama.

– ¿Y nada más? ¿Con tan poco te conformas? ¡Sí, mujer adorada! ¡Eso, más, mucho más: conquistar á los blancos para que tú seas su reina!... ¡Oh! ¡No, no me pidas eso; tendría miedo de perderte; los mataría á todos por celos!



Estudio para la portada de la catedral de Sevilla, dibujo al lápiz de Ricardo Bellver

Pasaron veinte años, nadie recordaba ya en Chile el desgraciado fin que podía haber cabido al buque que con rumbo á España zarpara sin que fuese posible adquirir sobre su suerte la menor noticia.

Los padres de Elisa habían muerto creyendo firmemente que perecieran sus hijos en un naufragio; pero ¿dónde?, ¿cómo? Esto fué lo que no pudieron averiguar jamás.

Chile era ya independiente y vióse obligado, como el coloniaje se había visto, á mantener un ejército en pie de guerra en la provincia de Arauco.

Las fronteras araucanas han costado á Chile muchos hombres, y no pocos veteranos tienen el cuerpo cosido de cicatrices que recuerdan otras tantas heridas de lanza ó flecha; lanza sobre todo.

Algunos prisioneros suelen hacer los chilenos á los araucanos: cuando esto sucede, condúcenlos á Santiago, los obsequian, les hacen tocar los resultados de la civilización, les acarician, les miman, y luego los envían de nuevo entre los suyos para que puedan hablarles de lo que han visto: todo esto se pierde en aquel mundo, ignoto para el hombre civilizado.

El araucano no quiere ni admite ninguna clase de cultura; es enemigo del blanco, y se acabó; batallarán siempre y batallarán unas y otras generaciones.

Si los blancos tratan bien á los prisioneros indios y los restituyen á sus dominios, no hacen otro tanto los indios con los blancos; prisionero que cae en sus garras ya puede contarse con los muertos, á no ser que necesiten intérprete y sostengan uno para dedicarlo á los trabajos de protocolos diplomáticos, cosa curiosísima en alto grado.

Recuerdo un mensaje escrito por un lenguaraz ó intérprete de los indios patagones al presidente de la República Argentina don Nicolás Avellaneda, en el cual después de hacer mil mentidas protestas de cariño, amistad y obediencia, le pedían una porción de zurrones de hierba mate, muchísimas botellas de ron y coñac, telas, aguardiente, tabaco y un sin fin de baratijas.

Igualmente hacen de vez en cuando los araucanos con los gobiernos de Chile, aunque á decir verdad, ni son los araucanos tan falsos ni tan pedigüeños como los patagones.

He dicho que habían transcurrido veinte años y que ya Chile era país independiente. En uno de los frecuentes encuentros de tropas chilenas con salvajes araucanos, tomaron éstos algunos prisioneros que fueron llevados á presencia del cacique.

Era éste el esposo de Elisa Bravo, y júzguese de la sorpresa agradable que los prisioneros recibirían oyendo al cacique chapurrar no muy mal el castellano.

Los prisioneros, que ya se contaban fuera del mundo de los vivos, vieron un rayo de sol iluminando su existencia; pero su sorpresa llegó al colmo cuando el cacique les presentó á su esposa, mujer de belleza bastante ajada, pero revelando todavía las hermosuras de su juventud.

Ella fué la que contó á los prisioneros su desgracia y los detalles de su triste destino. Les dijo quién era, les refirió cuanto le había ocurrido, y preguntó con vivo interés por su querida patria. ¡Cuál no sería su sorpresa al saber que Chile era una nación independiente!

– Vendremos á rescatar á V., dijeron los prisioneros. V. nos salva la vida, por V. obtenemos la libertad, pues todo Chile se levantará en armas para sacarla á V. de su cautiverio.

– ¡Oh, no, por Dios! Suplico á Vds. que no intenten nada; sería inútil; tengo cinco hijos de Lucayán y ... ya amo á mi marido.

– ¿Pero esos niños?

– Son indios; son araucanos como su padre y como él serán salvajes; poco he podido hacer para evitarlo y menos podré en adelante; como no han de salir jamás de la Araucania, estoy bien segura, les dejo seguir sus impulsos.

– ¡Pero señora!

– Es inútil: cuenten Vds. mi desgracia, pero digan que la maternidad me ha dado resignación.

Lucayán es también el mejor de los maridos.



Estudio para el bajo relieve «El entierro de Santa Inés,» dibujo al lápiz de Ricardo Bellver

Los prisioneros fueron restituídos y todo Chile se impresionó con la historia de Elisa Bravo.

El tiempo hará legendario este nombre, pero ha pocos años se contaba la historia con pelos y señales.

Si yo he, á pesar mío, equivocado algún detalle, en el hecho estoy bien segura de haber conservado la verdad tal y conforme allá me la contaron.

Eva Canel



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – EL PALACIO FEDERAL DE BERNA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

IX

SUIZA

La confederación suiza está formada por los pueblos unidos de los veintidós cantones de Suiza; á saber: Appenzell (las dos Rodas), Argovia, Basilea (ciudad y campiña), Berna, Friburgo, Saint-Gall, Ginebra, Glaris, Grisones, Lucerna, Neuchatel, Schaffhause, Schwyz, Solcura, Tessino, Turgovia, Unterwalden (alto y bajo), Urí, Valais, Vaud, Zug y Zurich.

En 1291 solamente tres cantones formaban parte de la liga federal; después se constituyó, en 1353, la confederación de los ocho cantones; más tarde, en 1513, agregáronse otros cinco, y por último, después del acta de mediación impuesta á Suiza por Bonaparte el 19 de febrero de 1803, seis nuevos cantones ingresaron en la liga. Cuando Napoleón hubo caído, sustituyóse dicha acta con el pacto federal, extendiéndose á otros tres cantones, cuyo número ascendió entonces á un total de veintidós.

Al pacto federal siguióse la Constitución del 12 de septiembre de 1848, cuyas bases se tomaron del sistema federativo de los Estados de la Unión de la América del Norte, y que rigió durante unos quince años sin que se pensase en revisarla. En 1869 la asamblea federativa comenzó á discutir un proyecto concebido bajo un espíritu muy centralizador; los debates continuaron durante el curso de las sesiones de 1871 y 1872, y concluyeron el 5 de mayo de este último año, votándose una nueva Constitución que sometida á los ciudadanos suizos y de los cantones para que la aprobasen, fué rechazada el 29 de mayo por la mayoría de unos y otros.

Las cámaras, juzgando absolutamente necesaria una revisión, entablaron otra vez los debates en 1873 y 1874; el 31 de marzo de este año se votó una nueva Constitución por la asamblea general, y sometióse el 29 de mayo siguiente á la aprobación popular. Se aceptó por 340.199 votos contra 198.013.

Esta Constitución no ha tenido desde entonces otra modificación que la relativa al artículo 65: abolía éste la pena de muerte; mas á consecuencia de los numerosos crímenes cometidos en el Oeste de Suiza, la opinión pública se declaró contra aquella disposición constitucional, que fué derogada por el voto popular en 18 de mayo de 1879.

***

El poder legislativo lo comparten la asamblea federal y el pueblo; la primera, que tiene el derecho de iniciativa en todos los asuntos, se compone de dos cámaras: el consejo nacional, cuyos individuos se eligen por sufragio en toda la confederación, y el consejo de los Estados, compuesto de representantes de los cantones, ya sea por mediación del parlamento cantonal ó bien directamente por los electores cantonales.

El pueblo suizo tiene también derecho de iniciativa, directamente y bajo ciertas condiciones, en materia constitucional, y por vía de correspondencia con la asamblea federal, interviniendo las autoridades cantonales en todos los asuntos. Necesariamente debe aprobar cualquier cambio que se haga en la Constitución. Por último, tiene derecho, pero sólo con determinadas condiciones, para exigir el *referendum* sobre las leyes y decretos que tengan carácter de interés general y se voten por la asamblea, en cual caso se deben someter á su aprobación.

El poder ejecutivo pertenece al consejo federal elegido por la asamblea federal; uno de los individuos de aquél, especialmente elegido por esta última, tiene el título de presidente de la confederación.

Un tribunal federal, cuyos individuos se eligen por la asamblea, esta encargado de resolver los asuntos en ciertos casos particulares previstos por la Constitución.

***

El consejo de los Estados se compone de 44 representantes de los cantones; cada uno de éstos nombra dos, sea cual fuere el número de habitantes, y en los que están divididos cada semicantón elige un diputado.

Los que componen el consejo de los Estados reciben indemnización de los cantones que representan. El consejo comprueba los derechos de sus individuos y nombra en su seno, por mayoría absoluta, presidente, vicepresidente y dos escrutadores.

El consejo nacional es elegido por el pueblo, bajo la base de un diputado por cada 20.000 habitantes. Las circunscripciones electorales se fijan por la ley federal; cada cantón se divide en uno ó varios colegios, pero cada cantón ó semicantón nombra un diputado por lo menos, sea cual fuere el número de sus habitantes. El consejo nacional cuenta hoy día 147 diputados, que se eligen por tres años. La renovación íntegra verifícase el primer domingo de octubre del período trienal. El presidente del consejo nacional debe cambiarse después de cada legislatura ordinaria.

Los diputados por el consejo nacional reciben una indemnización «de presencia,» de 20 pesetas diarias, y además se les abonan los gastos de viaje (20 céntimos de peseta por kilómetro).

Las dos cámaras legislan sobre las leyes de toda especie que emanan de la soberanía federal, sin tocar en el dominio reservado á los cantones. Cada uno de éstos tiene sus leyes particulares, su Constitución, etc.

A ellas corresponde elegir el poder ejecutivo y el poder judicial para los tribunales de la confederación, mas no para los cantonales. También ratifican las alianzas y los tratados que se hacen con el extranjero; resuelven sobre el derecho de guerra, y determinan sobre las consecuencias que de ésta resultan. Están encargadas de velar por la garantía de las constituciones cantonales, y ejercen la más celosa vigilancia sobre los cantones para que se respeten las leyes federales.

Votan el presupuesto federal.

Resuelven sobre las apelaciones de los ciudadanos contra las sentencias cantonales, los conflictos de competencia y el derecho de gracia y de amnistía.

Las dos cámaras ejercen, no sólo el poder legislativo, sino también el constituyente, puesto que pueden proceder á revisar la Constitución federal bajo reserva del voto popular.

Cada cámara delibera por separado, excepto cuando se trata de las elecciones del consejo y del tribunal federales, de las apelaciones de gracia y de los conflictos de competencia. Entonces constituyen la Asamblea federal. Hasta 1874 las dos cámaras ejercían el poder legislativo en absoluto; pero la nueva Constitución introdujo el *referendum*.

Treinta mil ciudadanos pueden exigir que una ley sea sometida á la votación popular. La Constitución fija en noventa días, á contar desde aquel en que se publica la ley ó el decreto, el plazo durante el cual se puede pedir el *referendum*. Si son los ciudadanos los que le reclaman, deben firmar las listas de su puño y letra, y el derecho de votación de los firmantes debe ser atestiguado por la autoridad comunal del punto donde ejercen sus derechos políticos. Si se alcanza el número de treinta mil firmantes, ó si ocho cantones lo reclaman, la votación popular se verifica por lo menos cuatro semanas después de la publicación de la ley.

***

El consejo federal, compuesto de siete individuos, se nombra para tres años después de cada renovación del consejo nacional, no pudiéndose elegir más de un individuo en el mismo cantón. Sus miembros son reelegibles, y se les prohibe desempeñar otras funciones ó ejercer una profesión cualquiera.

El presidente de la confederación es elegido en el seno del consejo federal; la asamblea le nombra por un año, y no es inmediatamente reelegible. Igual en categoría á sus colegas, no tiene más que el encargo de presidirlos y repartir el trabajo entre los diferentes departamentos.



SAN BARTOLOMÉ, estatua colosal existente en la iglesia de San Francisco el Grande (Madrid), obra de Ricardo Bellver



ASUNCIÓN Y CORONACIÓN DE LA VIRGEN, alto relieve del frontón de la puerta de la catedral de Sevilla, obra de Ricardo Bellver

El presidente percibe un sueldo de 13 500 pesetas y los demás individuos 12.000.

Hay siete departamentos: el de Política, cuyo jefe era en 1890 M. Numa Droz, de Neuchatel; Interior, cuyo jefe es M. Schenk; Justicia y Policía, con M. Ruchonnet; Guerra, con M. Hammeer, de Solcura; Industria y Agricultura, M. Deucher; Correos y Caminos de hierro, M. Welti, presidente de la confederación. Los consejeros se distribuyen los departamentos ministeriales.

En cuanto al tribunal federal, se compone de nueve individuos nombrados por seis años por la asamblea, que también designa presidente y vicepresidente. Es una especie de tribunal de casación. Cada individuo disfruta de un sueldo de 10.000 pesetas; el presidente percibe 11.000.

La asamblea general elige también, pero sólo por tres años, un canciller federal, que desempeña el cargo de secretario de la asamblea y del consejo federales.

Como en Suiza se admiten tres lenguas oficiales, el francés, el alemán y el italiano, los informes leídos en las cámaras van escritos en los dos primeros idiomas por dos ponentes pertenecientes á la suiza francesa y alemana. No hay ninguno italiano, pues los ocho diputados del Tessino hablan todos alemán ó francés.

***

El consejo nacional se nombra por sufragio, siendo elector todo ciudadano suizo que haya cumplido veinte años.

Las elecciones son directas, y verifícanse en los 49 colegios ó distritos federales por escrutinio de lista ó individual, según el número de los diputados que se hayan de elegir. La votación es secreta y se efectúa por escrito. Se necesita la mayoría absoluta de los electores votantes para ser elegido; las papeletas en blanco no se cuentan.

Son elegibles todos los ciudadanos suizos laicos que tengan derecho de sufragio.

En cuanto al consejo de los Estados, los 44 diputados que le componen son nombrados por los cantones, siendo del todo independiente para cada uno de ellos el sistema de elección, la duración del cargo y el sueldo. Los unos eligen sus representantes por medio de su parlamento cantonal; en otros, los diputados los elige directamente el pueblo, bien por manos levantadas (en los *landsgemeindens* ó asambleas populares), ó ya por escrutinio. La duración del cargo varía de uno á tres años.

En el consejo nacional los radicales están en mayoría; hay algunos conservadores, protestantes y católicos y dos ó tres socialistas. En suma, todos los diputados son republicanos; pero mientras que en el consejo de los Estados la mayoría conservadora es de 4 á 5 votos, la de los radicales asciende en el consejo nacional á unos 50.

***

Las dos cámaras suizas reúnense en Berna en grandes edificios sin carácter. Parecería que los arquitectos se han dicho que ante la incomparable naturaleza que rodea la capital de la Confederación, era inútil adornar vestíbulos y pintar hemiciclos. En rigor tienen razón: no hay estatuas ni frescos cuya vista pueda competir con aquella *Jungfrau*, y los diputados suizos no tienen más que asomarse á la ventana para contemplar inmortales bellezas y comprender fácilmente cuán insanas son las luchas políticas y vacíos todos los discursos.

X

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Conclusión)

El incendio seguía su marcha invasora. La parte de edificio incendiada estaba aislada por uno de los ángulos, merced á un ancho corte que habían abierto á nuestra vista en la armadura; en cuanto al otro, todos los esfuerzos eran inútiles, y la misma fuerza de las llamas dificultaba en gran manera los trabajos de zapa. La capilla del colegio ocupaba el centro del ala del edificio que empezaba á arder con gran violencia; era de piedra, y constituía cuerpo aparte en la misma línea que los dos que cerraban el patio, formando un perfecto cuadrado. Los dos claros que aislaban la iglesia del colegio eran pequeñas labores de jardín cerradas por labrada verja de hierro, concluída en punta, semejante á afiladas lanzas.

En una de las vueltas que dió la directora cerca del lugar que yo ocupaba, fué interrogada por un caballero que no pudo menos de extrañar el temblor y atonía de que en aquella ocasión se hallaba poseída. Supe entonces una cosa que me llenó de espanto. La anciana Francisca no parecía; nadie había pensado en ella entre tanto cuidado, y era evidente que á estas horas habría perecido envuelta en llamas. La noticia cundió con la rapidez del rayo, y todas las miradas se clavaron con ansiedad tremenda en la dirección que señalaba la mano crispada de la directora. El terror estaba pintado en los semblantes, y la funesta nueva que en brevísimo espacio nadie ignoraba, fué motivo de todas las conversaciones. Se dieron órdenes para lograr salvar á aquella infeliz; alguno intentó pasar á la nave incendiada, aprovechando el claro abierto en el tejado para aislar el fuego; otros apoyaron una escala en la pared, y trataron de subir á dos de las ventanas que no estaban invadidas por las llamas y tras las cuales se veía parte de la sala iluminada con vivísima luz. Nada consiguieron; al llegar á cierta altura se vieron obligados á cejar en su noble empeño, abrasados por aquel inmenso foco, cuyo calor asfixiante llegaba hasta nosotras.

Perdida toda esperanza, viendo avanzar rápidamente las llamas que casi tocaban ya la ventana de la habitación en que dormía Francisca, la desolación llegó á su colmo, y no hubo una entre todas nosotras que dejase de llorar á la pobre ciega, á quien nos figurábamos envuelta en aquella horrible vorágine. Por un movimiento instintivo, y siguiendo el ejemplo de la madre directora, caímos todas de rodillas, y con las manos elevadas al cielo entonamos el hermoso himno *¡Perdón, oh Dios mío!* Empezaba á amanecer, y nuestros ojos vislumbraban en las ligeras tintas de la alborada el término de aquella siniestra noche de perdurable memoria. Las campanas tocaban las *Ave-Marías*, y nuestro cántico más fervoroso, más creyente, resonaba imponente y grandioso entre los medrosos ruidos del incendio. Hubo un momento que detenida la faena, acaso por el incesante trabajo de muchas horas, permitió que movidos aquellos hombres de idéntico pensamiento descubrieran respetuosamente sus cabezas, adoptando la imponente actitud del hombre cuando reza.

En aquel instante un grito de angustia se escapó de todos los labios. Dos figuras humanas aparecieron en una de las ventanas respetadas por el fuego; llevaban el cuerpo cubierto con largos sudarios rojizos, y una de ellas con acento sobrehumano pidió socorro con voz aguda y penetrante. Extendía los brazos bajo aquel fantástico manto, y con ademán expresivo nos mostraba á su compañera, á quien sujetaba y oprimía contra su pecho. «Caridad para la pobre ciega, añadía con ternura infinita. Un momento más y será tarde.» Entonces las escalas todavía colocadas contra el muro, se vieron invadidas de hombres aguerridos, que á vuelta de dolorosas contracciones por el insoportable calor que abrasaba sus cuerpos, llegaron hasta la ventana donde aún permanecían aquellas infelices envueltas en aquel nimbo encendido, que ya hacía humear sus vestiduras. La que había pedido socorro empujaba violentamente á su compañera, ayudándola á caer en los brazos que se extendían para salvarla. Ya era tiempo; apenas comenzó el trabajoso descenso por la escala, se oyó un grito en que parecían condensarse todos los dolores causados por aquel espantoso martirio, y la figura misteriosa, que cual fatídico espectro de aquella escena de espanto aún permanecía de pie en aquel candente fondo, se vió envuelta en las llamas, que hicieron por fin presa en sus vestiduras. Solo un momento pudieron contemplar este horripilante cuadro los que tuvieron ánimo en aquellos instantes, ó esa curiosidad febril que con poderosa atracción nos mantuvo á algunas en letal paroxismo, hasta que desapareció en aquel inmenso torbellino la pobre Gregoria, cuyo nombre, aún no pronunciado, estaba en nuestros labios.

IV

El cadáver de Gregoria quedó horriblemente carbonizado. Una masa informe indicaba confusamente que aquello, pocas horas antes, había servido de envoltura carnal al alma grande de la pobre niña.

Pocas horas después de terminado el siniestro se hallaba la capilla del colegio convertida en cámara ardiente. Ninguna de nosotras quiso abandonar el colegio sin presenciar los funerales de la heroica mártir, que habrían de celebrarse al día siguiente.

Bajo la nave central del templo y en el punto medio del crucero, se alzaba modesto túmulo cubierto de blancos cendales, que caían en abundantes pliegues hasta el suelo. Colocado sobre aquél se hallaba Gregoria, cuyo cuerpo apenas se adivinaba bajo la tupida gasa que lo envolvía. Grandes cirios iluminaban el féretro, quedando el resto de la iglesia en medrosa y vacilante media luz. Las madres rezaban de rodillas, así como mis compañeras, que de tiempo entraban y salían llorosas y congojadas.

En la larga noche que siguió á aquel día, el más triste de mi vida, no quisimos descansar en las salas que habían improvisado para dormitorio. Ni una sola abandonó el templo. Algunas, vencidas por la fatiga, dormían con la cabeza apoyada en los grandes candelabros que sostenían las luces; otras rezaban precipitadamente y poseídas de cierto estado febril. La verdad es que todas recordábamos en aquellos momentos con horror nuestro acerado desdén con aquella desgraciada, y un secreto sentimiento muy semejante á la pena que proporciona un mal irreparable del cual nos consideramos causa, nos argüía secretamente la conciencia. ¡Qué diferencia entre Gregoria y las demás! Todas, una vez en salvo, en nada pensamos, y en tanto Gregoria, á quien también habíamos visto cerca de nosotras, ilesa y segura, pensó en la pobre anciana, ciega y desfallecida, y sin comunicar á nadie sus designios, corrió presurosa á salvarla pasando entre torbellinos de fuego, que ni aun los hombres se atrevieron á arrostrar. ¡Qué egoístas y desnaturalizadas vi entonces á todas mis amigas! ¡Qué miserable me juzgué yo misma comparada en aquel momento con aquella cuyo último sueño nos tocaba velar!

La incierta luz de la aurora empezó á hacer palidecer más y más las luces de la iglesia, sacándome de las tristes consideraciones que aquel terrible lance me sugiriera.

A las pocas horas las bóvedas de la iglesia eran insuficientes á contener la inmensa muchedumbre que entraba precipitadamente con el pesar y el interés pintado en el semblante.

Los bancos centrales, colocados en triple y uniforme hilera, se vieron ocupados por personas de aspecto respetable, entre las cuales estaban los padres y encargados de todas las niñas, mis compañeras. El mismo señor de barba blanca á quien la noche antes vi dar órdenes y atender á todas partes en los momentos de mayor peligro, ocupaba la presidencia, teniendo al lado al señor capellán y á otros sacerdotes. En cuanto á nosotras, rodeábamos el cadáver de Gregoria, siguiendo en nuestros libros á los oficiantes.

Nunca conmovieron tanto mi alma como en aquellos momentos los solemnes acordes del órgano que acompañaba la voz sonora de los que cantaban las lecciones; aquellas notas parecían seguir en íntimo consorcio los salmos que iba leyendo en mi libro; suplicaban con plañideros lamentos al Dios de las Misericordias, y se ensanchaban atronando el espacio, al pintar las grandezas del Dios Omnipotente y Justo, reparando en aquel *gran día* las injusticias de esta vida.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

NUESTROS GRABADOS

Recuerdo del baile artístico celebrado en el Salón de la Lonja en la noche del 8 de febrero último, dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías de D. Emilio Fernández, Napoleón. – La extensa reseña que de esta por todos conceptos notable fiesta publicamos en el número 186 de *El Salón de la Moda*, nos releva de entrar en detalles, así acerca del local en que se celebró, como de los ricos y apropiados trajes de las personas que en ella tomaron parte.

Algunos de éstos, tomados de fotografías hechas por D. Emilio Fernández, Napoleón, pueden apreciarse perfectamente en el dibujo que reproducimos y justifican los elogios que á raíz del baile se tributaron á los que los vestían.

El aspecto del magnífico Salón de la Lonja, adornado con tanta propiedad como riqueza, bajo la dirección del inteligente artista Sr. Pascó, aparece también en toda su magnificencia en la composición del Sr. Vázquez, que además permite formarse exacto concepto del conjunto animado y vistoso de aquel baile que tan gratos recuerdos dejó en cuantos á él asistieron.

Si el aplauso unánime de los inteligentes es suficiente recompensa á los esfuerzos hechos en pro de una idea levantada, por bien premiados puede considerar los suyos el Círculo Artístico, organizador de la fiesta de que nos ocupamos, pues unánimes fueron los que mereció el baile del 8 de febrero.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

Desde entonces habríale sido fácil dirigir los sentimientos de la joven por una vía en que estaban dispuestos á entrar á la primera indicación que le revelase claramente la diferencia entre el amor y la amistad. Sin embargo, los dos dejaron escapar el minuto psicológico: Julieta por ignorancia, Conrado porque no se daba cuenta de sus sentimientos y también porque su carácter no era expansivo.

La pasión engendra pasión, y su acción es rápida, directa, precisamente porque es involuntaria; va siempre derecha al objeto, con brutalidad y sin consideraciones en las naturalezas incultas, mas por instinto y sin vacilar en los caracteres enérgicos. En cierto sentido, Conrado carecía de pasión, no porque tuviese un carácter frío, pues muy al contrario, en extremo sensible á las impresiones exteriores, producíanle éstas las mayores alegrías ó los más profundos pesares, sino porque todas sus sensaciones eran pasivas, y no se desbordaban en expresiones espontáneas, ni se aliviaban tampoco por la acción. Conrado absorbía en sí el mundo exterior, transformándole después en visiones ideales, y hasta para obtener un objeto ardientemente deseado no se le habría ocurrido jamás franquear la frontera que existe entre el sueño y la realidad. Había pensado que su existencia se deslizaría tranquilamente con Julieta, y desde este momento no podía ya imaginar que su sueño dejara de cumplirse. Desde el momento en que la idea se producía en su espíritu, quedaba fija en él, y ya no se preocupaba de la realización, porque creía en ella implícitamente.

En tales condiciones de carácter, la vida de Conrado se deslizaba en Larnstein tranquila como arroyuelo de mansa corriente, sin que ningún acontecimiento notable viniera á turbar la monotonía de su existencia.

Hacia la misma época ocurrió un incidente que produjo mucha agitación en el círculo de la familia, y que después tuvo para Conrado consecuencias de trágica importancia: me refiero á la llegada, largo tiempo diferida, de su colección de antigüedades del Egipto.

Habíanse hecho grandes preparativos para recibir de una manera conveniente aquellas venerables reliquias, y para esto se trastornó la mitad de la casa. Un ala del castillo se arregló para que sirviera de museo, adornándola trabajosamente al estilo egipcio para que su aspecto correspondiera con el de las maravillas que debía contener. Bajo la dirección de Conrado, el albañil del pueblo se ocupó largo tiempo en la construcción de pilones y capiteles destinados á comunicar un aspecto particularmente sepulcral á las antiguas chimeneas góticas, hasta que presentasen al fin un conjunto fúnebre tan imponente como si las cenizas que contuvieran hubieran sido las del mismo Osiris. Varios obreros de toda especie habían permanecido en el castillo durante meses enteros, y cuando se anunció la llegada de los dioses todo estaba preparado para hacer á *sus divinidades* una recepción digna de su importancia.

Sin embargo, transcurrió algún tiempo antes de que aquellos habitantes de Larnstein que no habían viajado pudieran familiarizarse con las momias; las magníficas esfinges, de facciones graves y de miembros lisos inspiraban tímido respeto; pero estas plácidas divinidades adquirieron muy pronto cierta popularidad entre la gente del señorío, por más que no tuviera los conocimientos necesarios para apreciar su categoría y dignidad. Considerábanlas como extravagantes muñecos, y sus sencillas tocas saerdotales, sus rostros tranquilos, con su expresión de asombro casi infantil, así como su costumbre poco razonable de sostenerse con una sola pierna, hallándose la otra levantada á un ángulo de 30 grados sobre el suelo, contribuyeron á modificar en su favor la repugnancia instintiva con que el espíritu inculto de los teutones estuvo primeramente dispuesto á considerar aquellas castas, personificación del pensamiento especulativo del antiguo Egipto.

A principios del año 1813 fué cuando Conrado comenzó á organizar su museo. Esta tarea era muy de su gusto, y el placer que experimentaba acrecentábase por la constante compañía y eficaz ayuda de Julieta.

Una tarde (era el 21 de marzo, y doy la fecha exacta por razones que después se comprenderán) los dos jovenes se hallaban muy ocupados: él, alisando los pliegues de un papiro en la extremidad de la galería egipcia, y ella, al lado opuesto, examinando varias pequeñas alhajas antiguas que era preciso clasificar.

– ¡Oh, Conrado!, exclamó Julieta de pronto, ¡qué anillo tan singular, y que precioso es!...

– ¿Cómo?, replicó Conrado, sin levantar la vista del manuscrito. ¿Has encontrado al fin alguna cosa que pueda agradarte entre esas raras curiosidades? ¡Cuánto me alegro!

– Gracias, repuso Julia; acepto este anillo de tu parte como un precioso regalo para recordar tu feliz llegada; mas sospecho, añadió (sus ideas respecto á las antigüedades egipcias no pasaban de una confusa reminiscencia sobre la flauta encantada), que lo has mandado hacer expresamente para mí á un diamantista de Serastro. ¡Mira qué bien se ajusta á mi dedo!

– Confiesa, dijo, que parece hecha para mí, y mi mano para ella, de tal modo que no cederé la posesión de esta joya sino con la vida.

Así diciendo, extendió su delicada mano con la alegre coquetería de una joven.

– Entonces, dijo Conrado, deberás cederla algún día al feliz mortal á quien confíes tu existencia, querida Julieta. ¡Ojalá sea un guardián vigilante de esos dos preciosos donativos!

– ¡Así sea!, contestó Julieta riendo. Entonces servirá de anillo nupcial, y estoy segura de que me dará buena suerte. Debe ser un talismán ó un amuleto, y esos extraños caracteres tienen sin duda una significación importante. ¿Qué podrán decir?... Tú que comprendes todas las cosas, tal vez puedas satisfacer mi curiosidad...

Así hablando, Julieta había cruzado la galería, y hallábase de pie junto á Conrado, de manera que sus cabezas casi se tocaban, mientras á través de la ventana, los últimos fulgores del sol poniente iluminaban el rostro de la joven. El perfume de su sedoso cabello había reemplazado al olor ácre del pájaro, encerrado ya en su caja de cristal, y á Conrado le pareció que de cada pliegue del vestido de Julieta emanaban efluvios eléctricos. Entonces, á pesar de su reserva acostumbrada, experimentó el más vivo deseo de estrecharla contra su corazón, sellando los labios de la joven con los suyos; y quizás el impulso hubiera sido irresistible si en el mismo instante no hubiese herido su vista el anillo que brillaba en el dedo de Julieta. Esto bastó para que toda sensación de calor y de vida se extinguiese al punto en Conrado, convirtiéndose en un indefinible sentimiento de horror: el anillo era el de Seb Kronos, que había visto por primera vez en el dedo de Amasis, el difunto príncipe de Tebas.

Entonces no se dió ya cuenta de lo que pasaba á su alrededor; parecíale que se ahogaba, como si se le hubiese aparecido un espectro, y todos los objetos que había allí fueron para él otros tantos recuerdos. Veíase otra vez en medio de las ruinas del templo de Ammón; pero antes de que pudiese realizar esta aparición repentina, había desaparecido, y hallábase de nuevo solo en las orillas del Nilo; oía las aguas agitarse á sus pies, y parecíale ver extenderse hacia él con desesperado ademán el brazo y la mano de Amasis. Al mismo tiempo divisaba á Sethos, inmóvil en la proa de su barco; pero su figura era la del jefe árabe, y las miradas de éste hallábanse fijas en él, mientras que sus labios murmuraban: «¡Y tú también, hermano!»

En el dedo que tenía la amatista creyó ver el de Amasis, y los rayos de luz de la piedra, violáceos y amenazadores, fijábanse en él con tenacidad, retorciéndose y enlazándose entre sí como serpientes. Al fin tomaron la forma de letras inmensas, y al mismo tiempo oyéronse en lontananza sonidos débiles y plañideros, que como almas perversas penetraron en el cuerpo inflamado de las letras lúgubres, las cuales brillaban aun en el aire obscurecido. Estas letras comenzaron á hablar de una manera inteligible, y sus palabras eran las mismas que las del árabe.

«¡Hijo del hombre, abstente de los deseos de tu corazón, y no luches con la mano de Seb Kronos!»

Aquella prolongada serie de imágenes y de sonidos debió ser el sueño y el despertar de un instante: Julieta le interrumpió, diciendo con un tono en que la alegría se mezclaba con un poco de mal humor.

– ¡Pues bien!; tú, el más solemne de los sabios y el más sabio de los mágicos, cuando hayas termina do el examen de mi talismán, tendrás la bondad tal vez de darme una interpretación antes de que te hayas convertido en estatua, como tus amigos Harus y Anubis y sus parientes de patas de arañas y de nombres imposibles de pronunciar.

Apenas dichas estas palabras, resonaron en el patio del castillo con toda claridad los sonidos de la bocina de un postillón: sin duda las notas, al principio lejanas y después más próximas, de aquella bocina eran las que habían prestado sus ecos fantásticos á las letras de fuego de la visión de Conrado. Un alegre postillón alemán, tocando la bocina en el camino de Larnstein, cuando galopaba alegremente, había desempeñado sin saberlo en el cerebro de otro hombre, como en un escenario, el papel solemne del terrible y divino Seb Kronos.

Una silla de posta acababa de entrar en el patio, donde se detuvo precisamente debajo de la ventana junto á la cual se hallaban Julieta y Conrado; y mientras hacían conjeturas, preguntándose qué visitante inesperado llegaba al castillo, oyeron pasos confusos y murmullo de voces en el corredor. La puerta se abrió con violencia, y en la galería egipcia entró un oficial precipitadamente, vestido de uniforme, con el rostro enrojecido y haciendo resonar sus espuelas y su sable: era Félix, á quien seguían el anciano conde, la condesa y toda la servidumbre de la casa. Profirió un grito de alegría y lanzóse en los brazos de Conrado

Era el primer encuentro de los dos hermanos desde el regreso de aquél á Larnstein. Después de las primeras efusiones, Conrado, separándose un poco de los demás, preguntó á Félix en voz baja:

– ¿Y tu examen?

Félix dejó escapar una carcajada.

– ¡Mi examen!, exclamó, volviéndose á los presentes; á fe mía, creo haberle sufrido bien, y estoy dispuesto á jurar que si los siete sabios de Grecia, y tú además de ellos, hubierais estado presentes en aquella ocasión favorable, os habríais muerto de risa; pero es preciso que lo sepas todo. Jamás la entrada en el puente de los asnos fué tan fácil para los cascos de uno de esos cuadrúpedos. Ya lo ves, era cosa resuelta de antemano en el consejo de los dioses que yo sería con la mayor diligencia posible, atendido el temperamento prusiano, oficial del ejército de Su Majestad. El gran Napoleón ha insistido para que así fuese.

– ¡Napoleón!, exclamó Conrado. ¿Qué quieres decir con esto?

– ¡Qué quiero decir, ignorantón! ¿Es posible que ninguno de vosotros, aunque os halléis en este retiro de la superficie terrestre, no haya oído hablar de aquel de quien todo el mundo se ocupa? Nuestro rey ha llamado á su pueblo: ya no hay universidades, ni liceos, ni colegios militares, ni funciones gubernamentales. Estudiantes, colegiales, clérigos, cadetes y todo hombre, en fin, capaz de llevar las armas, debe ser ahora soldado. Y debo advertirte que tú serás mi compañero, pues traigo tu nombramiento firmado y sellado en mi maleta. En su consecuencia, añadió dirigiéndose á la condesa, aprovéchate de nosotros cuanto puedas hoy y mañana, querida mamá, pues he prometido á Lutzow que de aquí á tres días nos incorporaremos á nuestro regimiento Conrado y yo.

. . . .

Perdida en la corriente de los acontecimientos públicos que siguieron á la escena á que Félix asistió el 17 de marzo de 1813, la existencia de los dos hermanos pasó inadvertida, hasta que se firmó el tratado de París. Después volvieron á Larnstein sanos y

salvos, y más estrechamente unidos que antes, pues la experiencia común de la vida de los campamentos había aumentado y fortificado su amistad fraternal.

Los fragmentos de cartas y de diarios íntimos que transcribo en el capítulo siguiente fueron elegidos con muchísimo cuidado en el fajo de papeles secretos que entre mis manos dejó el desgraciado héroe de este relato, y constituyen la crónica contemporánea de su triste historia.

VI

DRAMATIS PERSONÆ

JULIETA Á TERESA

«*Larnstein*, 14 *junio* 1814.

»¡Ah! ¡Qué día, querida Teresa! Conrado y Félix han regresado, ambos con buena salud, y siempre los mismos que en aquel tiempo feliz, que parece haber vuelto con ellos; mas... Permíteme ante todo entrar en detalles.

»Me hallaba yo en el sitio mismo en que ahora te escribo, en nuestra antigua sala de estudio; tú la conoces bien, y ya te acordarás de la ventana que da vista al jardín y de las espalderas que hay debajo. Me había sentado junto á esa ventana en compañía de nuestra querida mamá, que se entretenía en su costurero. Sus últimas cartas llegadas de Estrasburgo nos hacían esperar el regreso de Félix y Conrado, pero no inmediatamente, pues aún no habían recibido su licencia. Pues bien: de repente oigo un ruidoso crujido en las espalderas, y antes que tuviera tiempo de volver la cabeza para ver qué ocurría, un impertinente joven, apoyándose en la saliente de la ventana, saltó á la habitación, arrancóme de la silla y con su brazo derecho me levantó tan ligeramente como si hubiese sido una pluma. Después me condujo á través de la sala, y sin más ni más, lo mismo hizo con nuestra madre, abrazándonos á las dos hasta que nos faltó el aliento. Mi querida mamá, realmente muda de alegría, limitábase á estrechar contra su seno el rostro radiante y curtido de su hijo, pasando una mano cariñosa sobre su ensortijado cabello.

»Apenas repuestas del delicioso aturdimiento ocasionado por la inesperada presencia y la loca impetuosidad de Félix (inútil parece decir que era él, pues ningún otro se habría atrevido á saltar así por la ventana), Conrado entró por la puerta, dando la mano á nuestro padre. Parecía dominado, como lo estaba yo también, por la emoción producida en aquel feliz momento; apenas le era posible hablar, su mano estaba fría, observé que temblaba mucho cuando le abracé. Félix saltaba por todas partes como un loco, y cuando nos hubo abrazado á todos por la vigésima vez, cogió del brazo á su hermano y obligóle á bailar con él, profiriendo gritos de alegría, estrechándole y cantando como si se encontrasen por primera vez después de una larga ausencia.

»El loco quedó rendido al fin, y ahora duerme profundamente en el sillón de mamá; creo que los cañones franceses no serían bastante á despertarle, lo que me hace presumir que nos dejará á todos en paz por algún tiempo.

»Conrado permaneció largo rato con nosotros, y fué preciso obligarle á que se retirara á descansar un poco. Los pobres muchachos habían estado en camino nueve días, sin detenerse ni siquiera por la noche. Han llegado en una mísera carreta de campesinos, porque aún no se han restablecido las comunicaciones postales.

»¡Pobre hermano querido!

»Mientras te escribo, Félix ronca junto á mí, de tal modo, que me destroza el tímpano, y veo á Conrado vagar por el jardín, cuando yo creía que estaba dormido hacía largo tiempo; le columbro desde la ventana; está cerca de mi plantío, y mira las dos platabandas arregladas por mí antes de que él partiese. Creo haberte dicho ya que he levantado dos cercas de boj, una de ellas en figura de C y la otra de F; esta última, más fresca y vigorosa, más espesa y verde que la otra, ha seguido creciendo así. Lo siento mucho, pero esto no implica ninguna falta de cuidado por mi parte. Yo no puedo remediarlo, pues hay una parte de la tierra en que el boj se marchitó apenas lo planté.

»¡Qué extraño carácter el de Conrado! ¡Siempre meditabundo y tranquilo, y sin embargo, nada se le escapa. También observo que á menudo atribuye más valor á las menores bagatelas que á las cosas de verdadera importancia, y me he persuadido de ello más de una vez. ¿Creerás que apenas entrado en mi habitación notó ya que la cerca de boj en figura de C estaba en parte marchita? Yo he visto que las miraba con mucha atención.

»En cuanto á Félix, tunante mal criado, ni siquiera se dignó darme simplemente las gracias por mis atenciones, y esto me parece muy mal hecho. Me trata como á un compañero; pero no importa, yo le pagaré en la misma moneda uno de estos días. Estoy resuelta á amar á Conrado más que á él; pero lo peor es que le creo muy capaz de no fijarse en ello. Por otra parte, no estoy muy segura de poder hacerlo si lo intentase, pues á los dos amo de todo corazón, y en tal amor no puede haber más ni menos. Tan querido es para mí el uno como el otro, y á Dios gracias, ambos están á mi lado. Si uno de estos seres queridos hubiese desaparecido para siempre, yo habría preferido morir.»

EXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¡Qué pocos son los que osan abordar de frente los problemas de verdadera importancia relativos á la vida humana! Yo mismo, que he franqueado ya los límites de la edad madura, tropiezo ante el más sencillo, y los libros que leí, los pensamientos absorbentes que fatigan sin tregua mi espíritu no me sirven de nada. Perdido en el intrincado laberinto de inexplicables emociones, cada una de las cuales llega á ser para mí sucesivamente una duda desgarradora, vacilo, espantado y sin resolución, dispuesto á preguntar á un niño el camino que debo seguir...»

JULIETA Á TERESA

«*Larnstein*, 20 *de junio* 1814.

»Ya se han desvanecido las primeras emociones; de nuevo nos hemos acostumbrado unos á otros, y nuestra existencia sigue su curso ordinario.

»Los sentimientos á que aludías en tu última carta son iguales á los descritos por ti al hablarme de tu esposo y de tu hijo; tú me decías cómo los amabas, á cada cual de una manera diferente. Jamás he participado de la opinión, muy acreditada en ciertas personas, de que es imposible encender una llama sin apagar otra, ó que es peligroso encender dos á la vez. ¿Por qué un afecto ha de excluir otro, si cada uno es natural y está puesto en quien es digno de él? Sería en verdad horrible tener envidia de su propia sangre, y nunca me persuadirás, querida Teresa, de que haya circunstancias en que esta pasión ó la de los celos sean naturales ó hasta posibles entre un padre y un hijo ó entre hermanos.

»He prometido referirte cómo se pasan mis días, y ahora cumpliré mi palabra. Después de almorzar, papá suele salir en compañía de Conrado para visitar los molinos, la granja y el ganado y formar juicio sobre el estado de las cosechas. A veces recorren el bosque á caballo á fin de inspeccionar los oquedales, para que Conrado vea de qué modo se han cumplido sus instrucciones y ejecutado sus proyectos. Es curioso observar á nuestro padre en tales ocasiones, porque se muestra tan vivaz y ejecutivo como un colegial, preguntándose si lo ha hecho todo bien é impaciente por obtener la aprobación de Conrado. Cuando vuelven, puedo conocer al primer golpe de vista si está satisfecho, aunque no sea más que por su manera de frotarse las manos y de sonreir.

»En cuanto á Félix, no oímos nada de él hasta muy entrada la noche, pues ha hecho voto de no volver á casa nunca sin traer un ciervo ó algún enorme trofeo de caza, y generalmente se pone en camino al rayar el día, antes que nos hayamos levantado. Nuestro padre no está nada contento de las depredaciones cinegéticas de Félix, sobre todo en la presente estación del año.

»El otro día Félix cumplió su promesa como siempre, pero pasando fuera toda la noche. ¡Qué inquietud nos causó su ausencia! Al día siguiente vímosle llegar en un carro, durmiendo á pierna suelta entre un jabalí y un ciervo. Antes de que la madre tuviese tiempo de reñirle por la inquietud que había ocasionado á todos, precipitóse en sus brazos y refiriónos seguidamente sus aventuras; de modo que á ninguno le fué posible decir una palabra; y al mostrar su botín obtuvo por completo el perdón. No teníamos nada de caza, y esperábamos muy pronto varios visitantes.

»Por lo que llevo dicho, querida Teresa, no debes imaginar que Félix carece de educación, ni que es egoísta ó bien que solamente le agradan los perros, los caballos, el tiro al blanco ó la caza. Basta que Conrado le diga una palabra para que deje tranquilamente su carabina en un rincón, sentándose luego con la gravedad de un juez; entonces conviértese al punto en el hombre más sociable y sobre todo más risueño y cortés que puede haber en el mundo.

»Es imposible profesarle rencor formalmente por sus fechorías. Con razón considera á Conrado como un segundo padre, porque éste, sin tener estudios especiales, inició durante la campaña á su hermano en todos los detalles de la ciencia y de la práctica militares, y mientras hubo guerra fué á la vez su guía, su maestro y su camarada. ¡Qué talento tan superior! Seguramente es el hombre más perfecto y cumplido que jamás conocí ni conoceré. Su fuerza de aplicación, su dominio sobre sí mismo y la firmeza de su carácter son únicos.

»A pesar de cuanto dejo expuesto, no parece feliz. Sus altas cualidades no impiden que esté atormentado al parecer por el vago é impaciente deseo de alguna cosa que no tiene. Cuando se trata de disfrutar de la vida, es más pobre que Félix, que con poca cosa ó nada cree ser rico como Creso y disemina en todas partes su felicidad con el aire de un joven millonario. Lo cierto es que Conrado se concentra cada día más en sí mismo y parece no interesarse en nada fuera de sus estudios. Apenas me habla, y comenzaría á creer que le soy indiferente si mil ligeras atenciones no me probaran su constante solicitud.

»Sin embargo, demuestra tal tranquilidad en todo cuanto hace en mi obsequio!...

»Félix, por el contrario, no se ocupa casi nunca de mí, pero en cambio reclama siempre mi auxilio para una cosa ú otra; ayer me tuvo toda la mañana ocupada en arreglar su cinto de caza, y fuí tan torpe, que me clavé las tijeras en una mano, hiriéndome horriblemente. Antes de que Félix lo notara, Conrado estaba junto á mí; palideció al ver la sangre, y dirigiendo una mirada de reprensión á Félix, salió de la sala para buscar tafetán de Inglaterra. No obstante, cuando Félix vió lo que ocurría, levantóse con ligereza diciendo: «¡No es nada, no es nada!» Después cogióme el dedo, le oprimió entre sus labios para chupar la sangre, de tal modo que me hizo gritar, y antes de que yo pudiera contenerle, se apoderó de las tijeras, cortó un gran pedazo de mi pañuelo de batista, cual si hubiese sido un simple trapo, y vendó la herida con tal fuerza, que la sangre dejó de correr al punto. Me causó verdadero pesar ver á Conrado cuando, al volver á los pocos momentos, comprendió que ya no le quedaba nada que hacer.

»Félix, con su proceder rápido aun cuando algo rudo, había atendido á todo, como suele suceder siempre.

»En tal ocasión, veo á mamá mover la cabeza y mirar furtivamente á Conrado, que se sienta con la mayor tranquilidad junto á nosotros, concentrado en sí mismo.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«20 *de julio* 1814.

»La idea que el hombre llama Dios no existe sino en su pensamiento. Aunque el hombre vuele á las extremidades más remotas de la tierra en alas de la aurora, no encontrará en ella cosa alguna que á ella no haya traído consigo. No somos la obra maestra de un ser supremo que nos formó á su imagen, sino que nosotros le hemos concebido y formado á la nuestra; no nos asemejamos á él, sino que él se asemeja á nosotros...

. . . .

»La atracción y la repulsión son los dos polos de todo movimiento, siempre los mismos, inmutables siempre, sea cual fuere el nombre que se les dé. No nos corresponde á nosotros unir ó desunir; existen fuerzas formidables que agregan y separan, y estas fuerzas obedecen á las inexorables leyes de la creación.

»En la materia inorgánica, su acción es física; espiritual en la naturaleza humana, y de aquí el conflicto que desgarra nuestros corazones. Somos los campos de batalla de fuerzas que no dominamos: ejércitos cuyos jefes nos son desconocidos; tropas que no podemos impulsar hacia adelante, ni contener tampoco, acampan en nuestro cerebro y en nuestra carne; la guerra se hace *entre* ellos, no con nosotros; somos espectadores de nosotros mismos, no dueños. Y cualquiera que fuere el resultado del conflicto, hemos de sufrir las consecuencias, porque somos el campo de la acción. Ese conflicto llega hasta las avanzadas más remotas del pensamiento, y alcanza al punto más céntrico de nuestras sensaciones. Pasa sobre nosotros sin habernos pertenecido, y nos deja solamente los estragos del pasado y la angustia del presente.»

Traducido por E. L. Verneuill

(Continuará)



Recuerdo del baile artístico celebrado en el Salon de la Lonja en la noche del 8 de febrero último

[illegible]

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL ÁCIDO CARBÓNICO

El carbón mal encendido produce el óxido de carbono, veneno muy violento y peligroso porque no despide olor alguno que lo denuncie. Si la combustión es completa prodúcese el ácido carbónico, menos tóxico que aquél, que causa cierta picazón en la nariz y en la boca y que si de cuando en cuando ocasiona algún accidente, en cambio á él debemos el agradable sabor del agua de Seltz y la espuma del champagne y de la cerveza.



EL ÁCIDO CARBÓNICO

Fig. 1. – 1. Petrificación obtenida en la fuente de Saint-Allyre. 2. El huevo giratorio

Nuestro aparato. – La preparación de este gas es muy sencilla. Pónganse en un frasco unos pedazos de greda y un ácido, el vinagre por ejemplo, y tápese con un corcho atravesado por un tubo que llevará el gas desprendido á la vasija de agua. También se prepara mojando una mezcla de bicarbonato sódico y ácido tartárico en polvo y en cantidades iguales: así se prepara el agua de Seltz artificial.

El agua de cal. – El ácido carbónico tiene dos reactivos: da un color rojo vinoso á la tintura de tornasol y rosa á las tinturas de malva y de lombarda, y enturbia el agua de cal. Si se pone en un vaso un poco de ésta, que se obtiene filtrando blanco de cal hecho con agua de lluvia ó destilada, y se le echa agua de Seltz ó de Vichy ó se hace pasar por ella por medio de un tubo aire espirado por los pulmones ó ácido carbónico del obtenido con nuestro aparato, el líquido se enturbia: el ácido carbónico al unirse con la cal da un precipitado de carbonato de cal insoluble. Aumentando la cantidad de agua de Seltz ó prolongando el paso de la corriente de ácido carbónico, el agua recobra su limpidez, pues la nueva cantidad de ácido se ha combinado con el carbonato de cal, produciendo el bicarbonato de cal soluble. Si entonces se calienta el agua, el bicarbonato se descompone, el exceso de gas carbónico desaparece y con la reaparición del carbonato insoluble el agua se enturbia de nuevo. Si en vez de hacer hervir el agua se echa gota á gota desde una gran altura en otro vaso, pierde en este trayecto una parte de su ácido carbónico que mantenía en disolución al bicarbonato y llega turbia al término de su descenso.

Las fuentes petrificantes. – Estas reacciones explican lo que ocurre con las fuentes petrificantes. De éstas la más famosa es la de Saint-Allyre, situada en uno de los arrabales de Clermont-Ferrand El agua que de ella mana cae en capas muy delgadas por una serie de cascadas en donde hay colocados objetos de alambre, de paja, de tierra, etc., en los que se deposita el carbonato de cal que se desprende del agua al perder ésta, al contacto del aire, una parte de su ácido carbónico. La fig. 1 representa uno de estos objetos, fabricado con tierra ordinaria y cubierto de una hermosa capa de carbonato de cal. Por este procedimiento se petrifican pipas, jarros, flores, nidos de pájaros, etc.

La gruta del perro. – Cerca de Pouzzoles ábrese en el flanco de una montaña un estrecho corredor que se hunde en la tierra á medida que se aleja de su abertura. El suelo volcánico deja escapar constantemente ácido carbónico que por su densidad se acumula en el fondo de la gruta: un hombre ó un animal alto no sienten en ésta molestia alguna, pero un perro no puede respirar allí y cae en seguida desvanecido, muriendo á poco si no se le saca pronto. Los guías hacen siempre este experimento cuando acompañan á algún viajero á este sitio.

En Royat, cerca de Clermont, existe una gruta semejante á la de Pouzzoles.

El huevo giratorio. – Vacíese un huevo practicando en él dos agujeritos y aspirando por uno de ellos, é introdúzcase por el que ha servido para vaciarlo una mezcla de ácido tartárico y bicarbonato sódico, en pesos iguales hasta llenar la mitad del huevo: tápense con cera los agujeros, póngase el huevo en una vasija con agua, señálese la línea de flotación y practíquense, debajo de ésta y simétricamente á ambos lados del eje, dos agujeritos. Si se coloca el huevo así preparado en la vasija, penetra en él un poco de agua, se desprende el ácido carbónico, y en virtud de un conocido principio físico, quedando suprimida la presión en un punto de la pared, la reacción se efectúa y el huevo se mueve en el líquido (fig. 2): si se tapa uno de los agujeros, el huevo gira sobre sí mismo, primero lenta y después rápidamente, durando la rotación unos diez minutos.

Los lagares. – A poco de caído en el lagar el zumo de la uva, prodúcese la fermentación que ha de convertirlo en vino. El mecanismo de esta transformación de jugo sacarino en jugo alcohólico es conocido: bajo la acción de un fermento especial idéntico á la levadura de cerveza, que se desarrolla espontáneamente en la tina al contacto del aire, la glucosa ó azúcar de uva se descompone en alcohol, que permanece en el líquido, y en ácido carbónico, que se acumula en el lagar desalojando de él el aire respirable.

Varios son los procedimientos que se han imaginado para hacer desaparecer este gas que tantas víctimas ha producido. De todos ellos el mejor, por desgracia poco generalizado, es el del sifón que se hace funcionar como para los líquidos. Suele para ello emplearse un sifón de aire cuyo brazo corto va articulado de manera que su abertura se mantenga un poco más arriba de la superficie del líquido: el brazo largo lleva en su parte superior una tapadera por la que se introduce un pistón provisto de una cadena que cuelga por la extremidad inferior y tirando de la cual el pistón sigue, el vacío queda hecho, el sifón funciona y el ácido carbónico fluye por la abertura inferior del tubo. Esta operación se prolonga mientras dura la fermentación del mosto.

El humo flota sobre el gas carbónico. – Con ayuda del aparato productor antes descrito, introduzcamos gas carbónico en un gran bocal, aunque sin llenarlo por completo; si sobre la superficie de este gas espiramos el humo de un cigarro, éste formará ondulaciones y flotará, por decirlo así, sobre aquélla, oscilando su nivel como el de un líquido si se agita el bocal que lo contiene. Al cabo de un momento se presencia un fenómeno curioso; el humo se difunde en el gas formando líneas onduladas muy visibles sobre un fondo negro y terminadas en una especie de seta, que lentamente descienden al fondo del bocal.

El gas carbónico en una balanza. – La mucha densidad de este gas puede probarse por varios experimentos, entre ellos vaciando sobre una bujía, que se apaga como si se le echara agua, un vaso lleno de ácido carbónico.

También se prueba por medio de la balanza de precisión: colocando en un platillo un cucurucho de papel muy abierto y equilibrándolo en el otro con arena, perdigones, etc., si se echa en aquél el ácido carbónico contenido en un frasco, la balanza cae de su lado y el contrapeso no basta á mantener el equilibrio (figura 2).

Agua de Seltz, gaseosa, champagne – El ácido carbónico es soluble en el agua á la temperatura ordinaria y al aire libre: el agua lo disuelve en cantidad igual á su volumen, pero á fuertes presiones la cantidad que entra en disolución es mucho mayor. Esta solubilidad puede demostrarse por medio de un experimento infantil: llénese de ácido carbónico un vaso ligero, échese en éste un poco de agua y tápese la abertura con la palma de la mano; si entonces se agita fuertemente el vaso, el gas se disuelve en el agua, se hace el vacío en el vaso y la mano es atraída con fuerza hacia el interior. De este modo puede aguantarse el vaso durante largo rato, y si manteniéndolo en esta posición boca abajo se le introduce en un plato sopero y se separa la mano, el agua del plato sube rápidamente por el vaso y lo llena en parte. Cuando la presión es considerable, como sucede en los sifones de agua de Seltz, en las botellas de cerveza, de gaseosa ó de champagne, la cantidad de ácido carbónico en tales líquidos disuelta es muy grande; pero en cuanto el líquido es escanciado, las burbujas gaseosas se desprenden de él en abundancia, puesto que ya no sufren otra presión que la atmosférica.

Esto nos recuerda el famoso experimento del grano de uva en el champagne. En una copa llena de este vino ó de gaseosa ó de agua de Seltz se echa una pasa ó un grano de uva seco ó simplemente miga de pan, que cae al fondo y se convierte pronto en centro de un desprendimiento de burbujas gaseosas que se adhieren á él, forman con él cuerpo y disminuyen su densidad: cuando estos flotadores son en número bastante levantan el grano de uva, que sube á la superficie; pero al contacto del aire, las burbujas que lo levantaron revientan y el grano vuelve al fondo del vaso, en donde se reproduce el fenómeno, que puede durar hasta diez minutos, aunque cada vez las ascensiones son menos frecuentes porque á medida que éstas se van sucediendo se hace más lento el desprendimiento gaseoso.

Las enseñanzas del sifón. – En la industria, el agua de Seltz fabricada en grande escala por medio de carbonato de cal y de ácido sulfúrico, pasa al consumo en sifones.

Una válvula sujeta por un resorte en espiral impide que el líquido salga, á menos que se levante aquélla apretando con la mano una palanca, en cual caso el líquido mana con fuerza, merced á la diferencia de presión entre la superficie del líquido interior y el aire ambiente.

Las paredes de estos sifones son de cristal muy grueso, pues han de sufrir una presión considerable: en invierno es preciso no tenerlos cerca del fuego, porque la presión aumentaría con el calor y sería fácil que el sifón estallara.

El sifón puede, pues, servir para la demostración de ciertas leyes físicas: así cuando hace algún tiempo que se ha abierto un sifón de agua de Seltz, y está á punto de establecerse el equilibrio de tensión entre el gas desprendido y el gas disuelto, se ve cómo del fondo del aparato se elevan uno, dos ó tres regueros verticales de burbujas que presentan un ejemplo muy claro de la ley de ascensión de estas burbujas; es decir, una representación inversa de la ley de los espacios en las caídas de los cuerpos. Las burbujas se desprenden de su punto de elección con verdadero isocronismo, y como los intervalos varían de una á otra línea, ofrécese con este experimento á nuestros ojos una representación verdadera de la máquina de Attwood.

Además, el aumento aparente de tamaño del tubo inmergido en el sifón da lugar á la observación de otro fenómeno óptico, puesto que presenta un ejemplo patente de refracción por las superficies encorvadas, como lo son las paredes del frasco.



EL ÁCIDO CARBÓNICO

Fig. 2. El humo de un cigarro sobre una capa de ácido carbónico

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustree*)



EL ENTIERRO DE SANTA INÉS, bajo relieve de Ricardo Bellver

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1891 — NÚM. 484

Con el presente número 484 se reparte el tomo de la Biblioteca Universal LOS MISTERIOS DEL MAR, profusamente ilustrado
El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor

SUMARIO

***

KAEMMERER

CELEBRADO PINTOR FRANCÉS

Hace poco tiempo, cuando se quería tener el gusto de ir á estrechar la mano del amigo Kaemmerer, el procedimiento necesario para esto no era de los más sencillos; juzgábase indispensable proveerse de un fuerte bastón, ejercitar los biceps, y haciendo el molinete, dar estas señas al cochero furioso: «Boulevard de Veaugirard, 126.» En cuanto á mí, no iba nunca á la casa sin recordar un precioso dibujo de Cham: el asunto se refería á la Exposición de 1878, y un cochero mostraba con orgullo á un industrial estupefacto el extravagante despojo que adornaba el cuarto trasero de su caballo: «Eso, decía, es la piel del último que me solicitó para conducirle á la Exposición.» ¿Qué hubiera dicho y hecho aquel apreciable automedonte si le hubiesen enviado á la casa de Kaemmerer?

Efectivamente, estaba más allá de los Inválidos, muy lejos, en el confín de la tierra, en aquel barrio bendito de los bailes al compás de la gaita y de las tabernas; allí, en medio de la gente de bronce, habitaba el pintor de todas las elegancias del Directorio.

¡Y era una alhaja aquel gran taller, situado en medio de jardines llenos de árboles y de avecillas y también de soles! – entiendo por esto las flores así llamadas, queridas de los loros y de los jefes de estación, que tienen todos, por lo regular, sus colecciones de ellas. En cuanto á los loros, aves crueles, como todos sabemos, engordan con el corazón mismo de esa desgraciada planta.

Kaemmerer, pues, vivía aislado, inundado de sol, tranquilo y feliz, sin chismes ni cuentos con sus vecinos; pero cierto día, día nefasto, al volver nuestro amigo de una de esas fugas familiares que le conducían á derecha é izquierda, observó que una graciosa pared de ladrillo y piedra se elevaba majestuosa á tres metros de su taller; no podía vacilar y el pobre Kammerer cambió de domicilio. Ahora habita en la calle de Veaugirard, mas espero que se le verá muy pronto en otra parte, pues nada puede haber tan triste como aquel pequeño local. Esas pobres *Maravillosas* de traje corto, con sus faldas de gasa transparente y sus finas medias de seda, parecen transidas de frío bajo aquella luz pálida, casi lúgubre.

Por fortuna, el buen artista posee otro domicilio en Lagny, donde ha relegado los bártulos y el perro á que tanto apego tenía, el perro *Petit*, llamado *Mimí*,



LOS PURITANOS EN NUEVA INGLATERRA, cuadro de Mr. G. H. Boughton, existente en la «Royal Academy,» de Londres

producto chino y comestible, animal extraño, con un mechón de pelos que corona su cabeza puntiaguda, ó como hubiera dicho *Ignotus*, la peluca de un clown. En invierno, ese interesante can, que se puede haber visto en *El retrato de la marquesa*, verdadera joya expuesta últimamente por Kaemmerer; en invierno, repito, el pobre *Petit* parece, con su paletó de franela, una perdiz cubierta de manteca y á punto de ser puesta al asador. Kaemmerer afirma que es muy inteligente y que comprende todas las lenguas.



Dibujo de Kaemmerer

En Lagny se halla tambien el *taller*, no el de pintura, que para Kaemmerer es solamente secundario, sino el verdadero, el único, aquel donde trabaja con asiduidad, el taller de carpintero. Allí es donde nuestro amigo, artista pintor, hace con preferencia todo cuanto no concierne á su profesión: tablajero, carpintero y jardinero, la sierra, el cepillo y la garlopa no tienen secretos para él; y ahora habla de comprar un torno junto al cual tal vez le veamos recortando con mano ligera redondeles para sus amigos.



Dibujo de Kaemmerer

El taller donde pinta, cuando no puede hacer otra cosa, está ahora lleno de estudios y de cuadros preparados, pero Kaemmerer se halla poseído de una nueva pasión; el infeliz es alpinista, y por esto entiéndase bien que Kaemmerer forma parte de esos grupos errantes de hombres que nos asombran y que de vez en cuando se divisan confusamente, con ayuda del telescopio, cuando trepan á fuerza de fatigas por una escabrosa montaña. ¡Si al menos el buen artista pudiese dar por excusa que desea rebajar el vientre!... Pero el amigo Kaemmerer es más liso y llano que los versos de M. X... de la Academia francesa. Ese hombre es incomprensible, ó acaso no sea yo digno de comprender su noble locura, yo que, en cuestión de hielos, no admito más que los helados de Tortoni.

Víctima de sus pasiones, Kaemmerer hace cuadros en que solamente se ven montañas: un gran lienzo en vías de ejecución representa «al ascensionista Ramond en Tuqueroye,» asunto palpitante si los hay. Siempre afable, el artista ha insistido en referirme los pormenores de las tres ascensiones de aquel digno sabio, lo cual me instruyó sin divertirme. Allí se pueden ver otros estudios del mismo género, pero no hablo de ellos, porque muy pronto los dí al olvido al fijar mi atención en una cosa adorable, *La linda carnicera*. ¡Oh qué hermoso lienzo! En él se adivina la mano de mi amigo Kaemmerer, con su gracioso y chispeante dibujo, su fino y delicado color y su composición tan bien hallada... ¡Qué poco pensé yo, mientras admiraba aquella hermosa joven, en el difunto Ramond, «ascensionista del monte Perdido.»

La historia de Kaemmerer es de las más sencillas, como lo es también su existencia: nacido en La Haya, recibió su educación artística en París; Gerome fué su maestro, y fácil es reconocer en las obras de Kaemmerer esa limpieza en el dibujo, esa seguridad de ejecución que distinguen á los discípulos del maestro dibujante.

El hombre es mucho menos conocido que sus obras, tan populares y tan reproducidas: en todos los escaparates de los vendedores de cuadros ó de grabados es casi seguro encontrar «Kaemmerers,» y casi siempre está á la vista la colección completa, que llama la atención del aficionado y le detiene. ¿Quién no posee ó no conoce *La salida de la iglesia*, *El trineo*, *Una boda en tiempo del Directorio*, *Los patines*, *La ascensión del primer globo*, *El charlatán* y otras? Pero toda medalla tiene su reverso y Kaemmerer es víctima de los copistas: cromolitografías, acuarelas, litofanías; todos los procedimientos de fabricación son buenos para saquearle. Ultimamente nos fué dado contemplar *El bautismo en tiempo del Directorio:* aquella graciosa *Salida de la iglesia*, de tan admirable tono y tan delicado colorido, se ha transformado en manos del copista en una cosa extravagante. Bajo pretexto de simplificar su trabajo, el miserable borró todos los fondos, suprimiendo cabezas, brazos y manos, y por último, para coronar la obra, sustituyó la antigua alfombra rameada tan bien colocada por el pintor en las gradas mismas de la iglesia, con una espantosa escalera verde botella, guarnecida de filetes rojos. ¡En el Bulevar de los Italianos fué donde se perpetró esta infamia!

La obra de Kaemmerer es esencialmente personal. Discípulo de Gerome, nos recuerda á su maestro por la corrección del dibujo y el encanto de la composición; y en cuanto al colorido, ese holandés parece ser émulo de los maestros españoles. Se ha dicho muy acertadamente que su ejecución recuerda mucho la de Fortuny. El mismo cuidado en la forma bajo la graciosa mezcla de colores brillantes, iguales refinamientos en la viveza de los tonos y una pintura expresiva que conserva toda su frescura. Al pensar en estas notables cualidades, fácil es comprender la celebridad de que goza Kaemmerer entre los coleccionistas. No hay buenas galerías sin alguna de sus obras; sus lienzos se venden casi antes de ser comenzados y con harta frecuencia van muy lejos.

Nuestro amigo lo ve ahora por una triste experiencia. ¿Qué tendrá, que podrá tener en 1889? Nada, ó casi nada. Vendidos á muy alto precio, la mayor parte de los lienzos de Kaemmerer se hallan en América; y los derechos que el artista debería pagar al fisco de aquel país para que se devolvieran los cuadros á sus propietarios serían tales, que Kaemmerer no tiene medios para permitirse este lujo. ¿No es extraño y abusivo ver á los americanos imponer tales derechos á nuestras producciones artísticas, siendo así que anualmente llegan á Francia por docenas y hasta por centenares los *yankées* que se dedican al arte? Entre nosotros, pueblo bonachón, todo está abierto gratuitamente para los extranjeros, escuelas, museos, bibliotecas y colecciones; en todas partes son señores y dueños; mientras que en su país, mal recibidos, envidiados, siempre en lucha con mil molestias y vejaciones, nosotros debemos pagarlo todo y pagar para todo. La mano en el bolsillo para visitar un museo, para entrar en una iglesia y para hacer levantar la cortina que cubre un cuadro. ¡Qué conforme estoy con la proposición de imponer el pago á nuestra vez á esa gente cuando quiera ver nuestras maravillas! Pongamos torniquetes en todas partes, como ellos lo hacen, y si se quejan nadie les compadecerá. Nosotros pagaríamos también, y sin regatear; pero la cosa es demasiado sencilla, demasiado práctica y útil para que pueda tener buen resultado en Francia, y á fe que lo deploramos de todo corazón.



Dibujo de Kaemmerer

Volvamos ahora á nuestro amigo Kaemmerer. Desde hace algunos años, todo su trabajo es para la casa Goupil. El *Paris Illustré* ha reproducido, con poco éxito, sus doce meses, doce adorables figuras de mujeres, todas á cual más linda y seductora; y por cierto que no era cosa fácil hallar doce asuntos diferentes, doce posturas desemejantes. El año se eternizaba para Kaemmerer, y á fin de elegir en el número, debió hacer diez y nueve meses.

Y sin embargo, ¿quién mejor que él sabe idear una linda figura de mujer? Todos sus lienzos encantan; *El retrato de la marquesa* y *El charlatán* son maravillas de buen gusto. ¿Y qué diremos de esos trabajos múltiples que hizo para muchas publicaciones ilustradas? El *Figaro Illustré*, entre otros, re-

produce casi todos los años algún importante trabajo de Kaemmerer, y todas esas composiciones llegan á ser muy pronto populares de una manera bastante original. Los diversos vendedores de marcos que se escalonan en París eligen casi siempre los Kaem-



Dibujo de Kaemmerer

merer y los Detaille del número de Navidad para vender su mercancía; así ven nuestros ojos con frecuencia composiciones como las tituladas *Después de la lluvia*, *Los patines* y *La cita*, de Kaemmerer, ó alguno de los asuntos militares de Detaille, admirables también. Por la calidad del pescado se puede tomar la salsa, como suele decirse, y el marco que encuadra esas bonitas cosas se aprecia gracias á los dos maestros.

En 1888 expuso la *Romanza*, seductora figura con traje del Imperio, acompañándose ella misma con el arpa, y ya volveremos á ver ese precioso cuadro en 1889, pues Kaemmerer se ha reservado el derecho de exponerlo. En este momento, el taller contiene varios lienzos en vías de ejecución: en primer lugar, una serie de asuntos montañeses, á los cuales nos hemos referido ya, y después *Una zurzidora*. ¡Qué hermosa joven! ¡Con qué buena voluntad se rasgaría cualquiera sus medias de seda para tener el gusto de que esa beldad las remendase! Citemos, por último, *La linda carnicera*. ¡Oh! ¡Sí, la muy linda carnicera, á cuya vista nos explicamos que algunos quieran ir ellos mismos á la compra! Todo esto es exquisito por el buen gusto y la disposición. Nadie sabe arreglar un cuadro tan bien como Kaemmerer.

Hace tres años presentó su *Ascensión del globo en el Luxemburgo en tiempo del Directorio*: el aerostato se eleva en los aires, y la multitud, con su traje de domingo y muy apiñada, aplaude á los aeronautas; las mujeres agitan sus pañuelos, los hombres arrojan al aire sus sombreros, se aplaude ruidosamente, y los pilletes gritan: es un conjunto indescriptible, lleno de vida y movimiento. Pero ¿cómo debía arreglarse para evitar que el público sólo viera espaldas? Un petimetre ve hundirse bajo sus pies la silla en que se ha subido, y cae en tierra, arrastrando consigo un vendedor de limonada que lleva una bandeja con helados y sorbetes. Todos se vuelven, como es de suponer, y de este modo el espectador puede ver las caras.

Hombre excelente, sencillo y bueno, Kaemmerer tiene tantos amigos como conocidos; y justo es añadir que no se prodiga. Su facilidad para el trabajo es maravillosa, y nada tan curioso como verle pintar. Bajo sus dedos brota de improviso todo un mundo chispeante por su colorido. Por lo demás, y teniendo en cuenta que Kaemmerer es perezoso, basta contar sus obras, ya considerables en número, para deducir juiciosamente que si pinta bien también pinta pronto. Sin embargo, cuando se trata de hacer un favor ó de complacer, Kaemmerer no escatima el trabajo ni el tiempo.

A no mediar esta circunstancia, se ha de revolver medio mundo para inducirle á pintar. Yo salvé de una destrucción inminente una deliciosa cabeza de mujer, pintada á la acuarela, que el maestro holgazán había arrollado ya para encender su cigarro, simplemente por no tomarse la molestia de ir á buscar un fósforo; y á fe que no será la gordura lo que dificulte sus movimientos.

Asombraré á todo el mundo al anunciar que Kaemmerer no tiene más que tres medallas, y esto desde 1874, cuando sus obras eran tan apreciadas. Lo digo sin encargarme de dar la explicación de este hecho, pues yo mismo no lo comprendo. Esperamos que Kaemmerer recibirá muy pronto la recompensa merecida hace tanto tiempo y que no habrá de oir en lo sucesivo palabras tan severas como las que le dirigió un amigo suyo á quien ofrecía la mano: «No sé si debo dársela, díjole, pues con su talento no ha obtenido más que una medalla, y por lo tanto supongo que sobre V. pesa alguna condena, que le privará de sus derechos á las recompensas que Francia le debe.»

P. S. Este estudio fué escrito en marzo de 1889. Kaemmerer recibió más tarde, después del brillante éxito que alcanzó en la Exposición Universal, la cruz de la Legión de Honor, y á fe que jamás recompensa alguna fué más merecida y aplaudida con tanto entusiasmo.

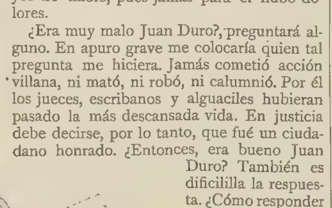
JORGE CAIN

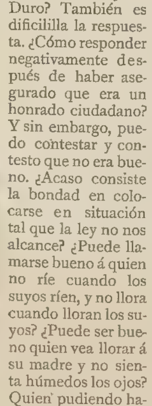
JUAN DURO

Duro era de apellido, y duro de corazón. Pocos hombres habrá habido, hay ni habrá que sintieran menos los dolores ajenos, y de los suyos no hablo, pues jamás para él hubo dolores.

¿Era muy malo Juan Duro?, preguntará alguno. En apuro grave me colocaría quien tal pregunta me hiciera. Jamás cometió acción villana, ni mató, ni robó, ni calumnió. Por él los jueces, escribanos y alguaciles hubieran pasado la más descansada vida. En justicia debe decirse, por lo tanto, que fué un ciudadano honrado. ¿Entonces, era bueno Juan Duro? También es dificililla la respuesta. ¿Cómo responder negativamente después de haber asegurado que era un honrado ciudadano? Y sin embargo, puedo contestar y contesto que no era bueno. ¿Acaso consiste la bondad en colocarse en situación tal que la ley no nos alcance? ¿Puede llamarse bueno á quien no ríe cuando los suyos ríen, y no llora cuando lloran los suyos? ¿Puede ser bueno quien vea llorar á su madre y no sienta húmedos los ojos? Quien pudiendo hacer el bien no lo hace, ¿es bueno? ¿Lo es quien ni aun lo que le sobra da á quien se lo pide? Quien no falta á la ley, y hasta cumple estrictamente los preceptos de ese código llamado código del honor; no es avaro, sino muy al contrario, dilapidador y fastuoso, presta en la mesa de juego miles de pesetas y no incurre jamás en ninguna incorreción, es un perfecto caballero, no lo niego; pero si sólo sabe ser perfecto caballero, le falta algo para ser un hombre bueno, y eso algo se llama: bondad de corazón.







Dibujo de Kaemmerer

Juan Duro era un perfecto caballero, pero carecía de ese algo.

El nombre de Juan Duro llegó á figurar en la Guía oficial ó Guía de forasteros, como antes se llamaba, engalanado con el título de marqués de la Piedad. Nació plebeyo y murió aristócrata. Sus padres fueron comerciantes en géneros de punto, él comerció en dinero. En una obscura tiendecilla de la calle de Postas se estableció allá por los años de 1820 ó 1823 Felipe Duro, padre del protagonista de este cuento, que bien pudiera ser historia.

En Vinebre, pueblecillo de la provincia de Tarragona, vió la luz Felipe Duro; sus padres eran unos pobrísimos labradores que cuando el año era bueno daban á sus hijos pan de maíz y cuando era malo permiso



Dibujo de Kaemmerer

para que mendigaran mendrugos de pan de trigo. Cuando contaba Felipe catorce años hacía ya cuatro que conocía las duras labores del campo. Para el trabajo no era un hombre, sino una máquina, que ni se cansa ni se queja. Manejaba Felipe el azadón con gran vigor, mas lo miraba con repugnancia. Mientras destripaba terrones y mientras sus hermanos y compañeros de trabajo canturreaban monótonas canciones para distraer la imaginación y ahuyentar el hastío, Felipe guardaba silencio, y allá en su pensamiento formaba proyectos que luego había de realizar con esa constancia y paciencia propias del carácter catalán cuando de enriquecerse se trata.

No había nacido para manejar el arado. Sus manos estaban pidiendo una vara de medir. Comprendiéndolo así, cierto día pidió permiso á sus padres para marcharse de criado de un comerciante ambulante, que dos ó tres veces al año solía ir á Vinebre á vender percales y paños á las personas graves, cintas á las mozas y corbatas de colores rabiosos á los elegantes señoritos.

Obtuvo el deseado permiso; lloraron al despedirle sus padres y hermanos, no se quedó él corto en gemir y moquear un largo rato; mas al fin vióse ya fuera del pueblo, llevando en la espalda una pesada caja, en la que iban los géneros de comercio de su *principal*, como hizo le llamara el nuevo comerciante.

Gran dolor sentía Felipe por separarse de sus padres, mas se consolaba pensando en que comenzaban á realizarse sus amadísimos proyectos, y veíase ya

dueño de una hermosa tienda, situada en lo mejor de la Rambla de Barcelona.

Pocos meses habían transcurrido desde que había



Dibujo de Kaemmerer

abrazado su nueva profesión, cuando con gran alegría suya oyó cierta noche que su principal le decía mientras comían en una tabernucha de Tarragona:

– Felipe, ¿tienes ganas de ir á Barcelona?

– ¡Ah! Sí, señor. Usted me ha dicho que es tan *bona*...

– Si la bolsa *sona*.

– ¡Eh! Y aunque no *sone* será *bona* para un catalán como yo, que quiero trabajar para que *sone*.

– ¡Bien dicho! Sabes que te has pulido mucho en los cinco meses que viajas...

– Buen maestro tengo.

– ¡Hola! También adulador.

– No, señor; que un catalán jamás adula. Yo digo la verdad: V. es muy bueno conmigo, por eso le



Dibujo de Kaemmerer

sirvo; que si no, ya hace tiempo que me hubiera despedido de usted.

– Bien, hombre, bien: así me gusta. Y yo, que tampoco soy adulador, te anuncio que harás carrera. Yo debí haberla hecho; pero yo no soy catalán, soy andaluz, y si he sabido y sé ganar dinero, mucho mejor sé gastarlo. Y es inútil pensar en que cambie; cada uno es como nace: unos para ahorrar y hacerse ricos, y otros que si ricos nacen, pobres mueren, y no te digo nada si nacen pobres.

Las profecías del principal de Felipe se realizaron.

En Barcelona se separó de Pepe el andaluz, como llamaban al que primero le inició en los secretos del arte de comprar y vender, y entró de dependiente en una tienda de paños, situada en la Boquería.

Durante algunos años barrió la tienda, fregoteó cristales, y tantos sabañones tuvo en manos y orejas, que éstas se le quedaron por los bordes con unos dibujos tan bien recortaditos, que parecían una preciosa puntilla, lo cual es una prueba patente de constancia en el servicio. Por los recortes que en las orejas tenía hubiera podido averiguarse el capitalito que nuestro buen Felipe poseía, cuando *buscando mayor espacio para sus hazañas* salió de la tienda de paños y comenzó á recorrer España en clase de comisionista ó viajante de comercio. El primer mordisco que los sabañones habían dado le valió dos docenas y media de duros, los otros los cobró mucho más caros, y sumadas todas las cantidades, más el interés que habían producido, vinieron á constituir la respetable cantidad de cuatrocientos duros.

Tres años de viajante duplicaron el capital en dinero de Felipe y le crearon, en buenas relaciones comerciales, un nuevo capital en crédito, que le permitió comenzar á pensar en establecerse; el sueño de toda su vida.

Estudió el mercado de Madrid, vió que allí podía hacerse gran negocio en el ramo de géneros de punto, alquiló un local en la calle de Postas, gastó unos doscientos duros en la instalación, y con el resto de su dinero y el crédito que varias fábricas le concedieron hacinó en los escaparates y estanterías de su tiendica cientos de medias, mitones, camisetas, etc., que compraba á tanto y vendía á tanto y medio, y volviendo á emplear el medio ganado en género y repitiendo la operación, á los dos años de establecido, la firma de Felipe Duro valía en el mercado más de siete ú ocho mil duros.

La hora del amor le llegó entonces. Quien como él comenzaba á ser comerciante respetable no podía permanecer soltero. Pero ¿dónde diablos podía Felipe hallar mujer que le conviniera? Dando vueltas y más vueltas á esta idea, cierta noche salió un recuerdo de los desvanes de su memoria. Allá en un pueblo de Asturias había él conocido á una garrida moza, hija de comerciantes también en géneros de punto, á la cual había requerido de amores, y si mal no recordaba, la moza no echó en saco roto las lindezas que él supo decirle. La cosa no había pasado á mayores, pero podía haber pasado. – ¿Y por qué lo que entonces no hice, porque locura hubiera sido, no he de hacerlo ahora, que ya es prueba de cordura y hasta artículo de primera necesidad? – Pensada y madurada que fué esta idea, comenzó á practicarla. Escribió al pueblecillo de Asturias, averiguó que la moza se conservaba con palma, y fué á buscarla y volvió con ella al poco tiempo, después de haber recibido la bendición nupcial.

Modelo de matrimonios fueron Balbina, que éste era el nombre de la muchacha, y Felipe. Durante muchos años de unión sólo hubo entre ellos algunos ligeros altercados, y siempre por el mismo motivo, y fué éste que Balbina acusaba á Felipe de desprendido y hasta solía llamarle dilapidador. Con esto queda pintado el carácter de la asturiana y explicado que los señores de Duro llegaran á ser poseedores de ciento cuarenta mil duros, que los calcetines y medias les habían dado y que no se guardaban en ninguna media vieja, sino que se habían convertido en buenas casas en Madrid, en seguros créditos y un pico muy respetable en onzas contantes y sonantes.

Durante los primeros años de su matrimonio no se acordaron los afortunados comerciantes de que Dios podía darles uno ó varios hijos, y ni lo desearon ni al cielo lo pidieron, pues para ello faltábales el tiempo; tan distraídos y ocupados estaban en la tarea de comprar y vender y atesorar la diferencia entre el precio que se compró y el en que se vendió.

Cuando ya su fortuna estaba hecha miraron á su alrededor y se encontraron solos. Entonces y sólo entonces cayeron en la cuenta de que su unión no era una razón social, sino un matrimonio, y con fe pidieron al cielo un hijo, y el cielo, pródigo y complaciente con ellos, les envió lo que pedían, un hijo; y como ya no pidieron más, y sin duda Felipe y Balbina debían tener buenas aldabas en el cielo, Juan no tuvo hermanos.

Emoción dolorosa fué la primera que causó Juan; creyeron sus padres que nació muerto porque no lloraba. Azotóle el comadrón, como es costumbre para producir el llanto, y el niño dió una especie de gruñidito, como diciendo: – ¡Eh, caballeros, cuidado con pegar! ¡Vaya una manera de recibirle á uno!

El gruñidito tranquilizó á los papás, y mucho más ver que el chico chupaba á las pocas horas con ver-



Dibujo de Kaemmerer

dadera avidez una muñequita de tela empapada en dulcísimo jarabe.

Creció Juan, y sus padres no tuvieron queja de su conducta: hacía cuanto se le ordenaba, y algunas diabluras que á él se le ocurrían, pero diabluras que no causaban disgustos. Una pena, sin embargo, y pena agudísima, sentía su madre; el niño era, como ella decía, descastadísimo; ni nunca solicitó un beso, ni jamás recibió cariñosamente los que se le daban

Algo muy curioso y extraño había en el carácter ó mejor en la naturaleza de Juan. Ni siendo niño, ni ya más crecido, jamás una lágrima asomó á sus ojos.

Niño, pedía á gritos, mas con los ojos secos, cuanto se le antojaba; y hombre ya, ni el dolor ni el sentimiento supieron arrancarle una lágrima.

Llegó Juan á los veinticinco años; Felipe, su padre, pasaba ya de los sesenta, y la tranquilidad y el descanso que hacía algunos años se procuraba le hicieran engordar de un modo considerable.

Una mañana apareció muerto en su cama; una apoplejía le había matado sin que ni él quizá se enterara de la visita de la muerte.

El primero que se enteró de la desgracia fué Juan. Entró en el cuarto de su padre, vióle muerto, y sin emocionarse pasó á ver á su madre, y con acento tranquilo y reposado dijo:



EL PRÍNCIPE JERÓNIMO NAPOLEÓN, fallecido en Roma el día 17 de marzo último

– Madre, ha ocurrido una desgracia. El padre...
– ¿Qué pasa?, gritó Balbina.
– No se alarme V., una cosa que había de pasar.
– ¿Está malo? Voy, voy...
– Es inútil, no está malo, ya no necesita cuidados de nadie.
– ¿Qué dices? ¿No se ha muerto, verdad? No, no es posible; tú no lloras y es tu padre.
– Era. Ahora descanse V., que yo lo arreglaré todo.

Y sin añadir una palabra más, dejó á su madre que por ella y por él lloraba.

Transcurrido el año de luto, Juan se hizo cargo de su herencia, y sin consultar el parecer de su madre decidió cesar en el comercio de géneros de punto.

– Es preciso quitar la tienda, dijo.

Quiso su madre oponerse diciendo:

– Si me sacas de aquí apresurarás mi muerte.
– Puede V. hacer lo que guste: continúe el comercio sola, yo por mi parte ceso.
– ¿Y me dejas sola?, replicó la madre.
– Porque V. quiere, véngase á vivir conmigo. Ya tengo casa conveniente para mis proyectos.
– ¡Salir de aquí, donde tú has nacido y donde murió tu padre!...
– Haga V. lo que le plazca.

Balbina siguió á su hijo, pero al poco tiempo de salir de su tienda murió.

– Ya era muy vieja, dijo su hijo; la hizo un entierro suntuoso, pagó un magnífico panteón que ni siquiera vió, y éste fué todo el tributo que rindió á la memoria de su madre.

Los desdichados que tanto oro supieron amontonar para su hijo no hicieron derramar llanto.

Juan al salir de la tienda realizó los proyectos de que había hablado á su madre.

Puso una casa de banca, se dedicó á grandes empresas industriales y financieras, y los tres ó cuatro

millones que sus padres le dejaron se convirtieron pronto en treinta ó cuarenta.

El Excmo. Sr. D. Juan de Duro llegó á ser el rey de la Bolsa y de la Banca.

Segun opinión general, era un hombre honradísimo y un perfecto caballero.

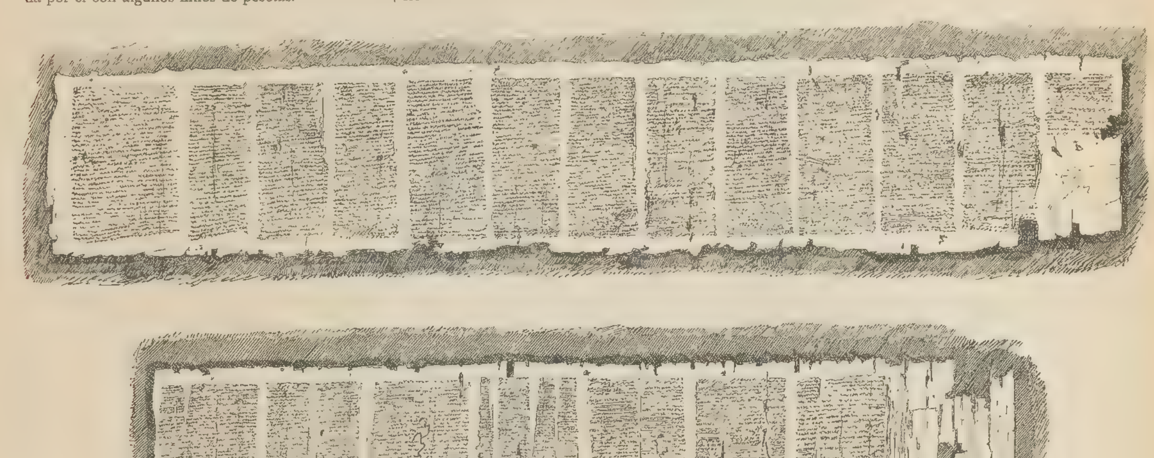
No hubo calamidad pública que no fuera remediada por él con algunos miles de pesetas.

Las columnas de los diarios solían dar cuenta con gran frecuencia de rasgos generosos del acaudalado banquero Sr. Duro.

Ocurrieron terribles inundaciones en ciertas provincias de España, y el filántropo banquero dió diez mil duros para socorros á los pobres que habían quedado en la mayor miseria por efecto de la inundación.

El Gobierno quiso premiar aquel acto de sublime caridad, y le concedió el título de marqués de la Piedad.

En el mismo día en que se comunicó á Juan este acuerdo del Gobierno, fué á visitarle un primo suyo que había ido á Madrid desde Vinebre para referirle que sus parientes estaban tan pobres como los de las provincias inundadas, y no le recibió.



LA ÚLTIMA OBRA DE ARISTÓTELES, fragmento de un rollo de papiro, existente en el Museo Británico

A los treinta y tantos años contrajo Juan matrimonio con la hija de los duques de Siar. Ni él amaba á su mujer, ni se enteró siquiera de que era amado por ella.

No fué afortunado en su matrionio: cinco hijos tuvo y ninguno llegó á cumplir los doce años; murieron todos y murió su madre, y aun para Juan Duro fué el llanto dón desconocido.

Aún vivía la esposa del acaudalado banquero, cuando éste dió celebridad en Madrid á cierta muchacha preciosísima, cuyo origen nadie conocía, pero que causó muchas envidias por sus brillantes, sus lujosos trenes y el suntuoso hotel que por algunos años habitó.

Aquella muchacha era llamada por todo Madrid *la Remedios de Duro*.

Cierto verano, *la Remedios* deslumbró con su lujo á toda la sociedad que acude á San Sebastián y Biarritz.

Después desapareció, y ya nada volvió á saber de ella.

Muchos años después del fallecimiento de la Excelentísima marquesa de la Piedad, se supo que el marqués había reconocido como hijo suyo á un niño que tenía un gran parecido con *la Remedios*.

Pepito Duro, que así fué llamado el hijo del marqués, fué instalado en su palacio con un lujo verdaderamente regio: le señaló habitaciones aparte y puso á su servicio numerosos criados y varios coches. Dos ayas espléndidamente retribuídas cuidaban de él; sus caprichos, hasta los más extravagantes, eran leyes; un médico vivía con él y cuidaba constantemente de la preciosa salud del heredero del marqués de la Piedad.

El niño fué el tirano de aquel palacio.

Sus caprichos tuvo muchas veces que satisfacerlos aquel á quien todos creían su padre, pero á quien el niño llamaba abuelito, y que en efecto abuelo era y no padre.

Juan Duro se había separado de *la Remedios* cuando supo que iba á ser madre.

Por espacio de veinte años no había vuelto á acordarse de ella.

Un día recibió una carta en la que *Remedios* le participaba que había tenido una hija, y que esa hija había muerto al verse abandonada por un amante; pero antes de morir había dado á luz un niño, que era su nieto y nieto también del marqués. Este niño era Pepito Duro.

Cinco años tenía el niño cuando se vió atacado de una enfermedad que los médicos no supieron clasificar.

Juanito se moría como se apaga una luz. No le dolía nada, sólo algunos días padecía una ligerísima fiebre.

Poco á poco se extinguía y consumía la vida de aquel niño.

Cuantos remedios empleaban eran ineficaces. Llegó á tal extremo la debilidad del pobrecito, que ya no podía abandonar la cama.

El abuelo veíale todos los días dos ó tres veces, pero cada visita no duraba más allá de un cuarto de hora.

Una mañana entró el marqués á verle.

Los médicos le habían dicho que el niño moriría en breve.

– ¿Qué tienes, hijo mío?, preguntó el abuelo al nieto. ¿Qué te duele?

– Nada, abuelito, contestó el niño con voz tan débil que casi no se oía.

– ¿No te duele nada, hijo mío? Pues ¿por qué no estás alegre, por qué no ríes, por qué no corres y saltas como los demás niños? ¿Quieres juguetes? ¿Qué quieres? Pide y todo te lo daré.

– No quiero juguetes, no quiero nada, déjame.

Guardó el niño silencio durante muchas horas.

Su respiración se dibilitaba cada vez más.

Tomóle el médico por última vez el pulso, y dijo al marqués, que con los ojos le preguntaba:

– Se muere, ya no le quedan más que algunos minutos de vida.

– Pero ¿de qué se muere, doctor?, dijo el marqués.

– No lo sé, y dicho esto salió de la habitación, dejando solos en ella al enfermo y á su abuelo.

Transcurrieron algunos minutos más.

Reinaba un profundo silencio, en el cual se oía el silbidito de la respiración de Juanito.

De pronto encorporóse el niño en su camita, miró á su abuelo, que tenía grave y frío el rostro y secos los ojos, y dijo con una vocecita de ángel:

– Abuelito, ¿sabes por qué me muero? Porque nadie me quiere, nadie, ni tú, que eres mi abuelito.

– ¿Que no te quiero? ¡Con toda el alma!, contestó el abuelo.

– ¡Con toda el alma!, repitió el niño con cierto tono de tristeza irónica. Con toda el alma, y ves que me muero y eres mi abuelito y ¡no lloras!

Dijo esto y apoyó su cabecita en la almohada.

– ¡Hijo, hijo mío!, gritó Juan Duro. ¡Sí, te quiero con el alma y lloro, lloro, lo que nunca hice, mira!...

Era verdad, dos lágrimas brotaban de los ojos de Juan, las primeras de su vida; pero aquellas lágrimas no llegó á verlas el nieto de *la Remedios de Duro*.

Ricardo Revenga

SEVILLA

¡PROCESIONES Y TOROS!

Las procesiones de Sevilla dejan en el corazón una huella indeleble: algo inmenso y majestuoso se nos figura que flota sobre nuestro ser, embargándole y saturándole de yo no sé qué hálitos serenos; las procesiones de Sevilla conmueven al andaluz y al sevillano sobre todo: es lo que le halaga y lo que le llena á la par de vanidades pecaminosas y de fe bendita. Late el corazón de entusiasmo, el pensamiento centellea; esos aparatos religiosos revelan el carácter de la Andalucía antigua, lo mismo que el carácter de la de ahora. Parado en una esquina ó puesto en un balcón, olvida uno los empellones, los apretamientos y hasta los puñetazos que recibe de algún impaciente que desea ponérsenos delante; olvida eso y todo lo que pueda haber en el mundo, si no tiene relación con lo que allí ve, lo que allí palpita, lo real y lo misterioso, lo plástico y lo intangible al mismo tiempo de la belleza y la majestad de las procesiones.

No tiene uno alma ni corazón ni cerebro, nada más que para lo que ataca tan directamente á sus sentidos; las risas y las lágrimas vienen en conjunto á retorcernos y emocionarnos; la risa, por el dicho agudo ó la salida de tono de cualquiera de los concurrentes; las lágrimas, por la fe que ve uno en los demás, llevándonos á la creencia de que no es el mundo tan perverso como los modernos sabios del corazón afirman, ni estamos tan metidos en la porquedad de la gran ciencia del naturalismo como tres ó cuatro aseguran.

Las cofradías sevillanas tienen su lado grotesco, no hay quien lo dude: mejor que mejor, porque esa grosería sirve de equilibrio en este caso, para que sea el jarrón de agua helada que en la coronilla nos echen: con su lado grotesco y todo, las procesiones de Sevilla mueven de emoción y de respeto, unifican y hacen llorar. Nuestros padres, nuestros abuelos, los padres y los abuelos de nuestros abuelos, han ido como nosotros á ver las cofradías: las imágenes de hoy son aquéllas: un Santo ó una Virgen de los que vemos pasar nos recuerdan el cristiano sentimiento de otros días, y el ánimo se conmueve, se va á otros mundos, figúrasele ver la mano que hace mu-

chas generaciones ponía capullos odoríficos de rosas en el trono de la Virgen, cree ver los cirios que la alumbraban y hasta se le finge oir las saetas y las plegarias de las mujeres devotas.

El andaluz no recuerda nunca sin inquietudes vagas aquellas vestimentas negras ó de color que le asustaron de niño; hay algo para el niño de lúgubre y de tétrico en la figura del Nazareno. Los enormes agujeros de los ojos en el trapo de la careta, estremecen como la boca de un abismo que nos aterra y nos arrastra á su borde. Cuando el espíritu impresionable se va identificando con la solemnidad de la fiesta religiosa, y de tanto sentir su lado hermoso se pierden en nuestro cerebro las notas chocarreras que vibran á su alrededor, y sólo nos fijamos ya en la bella y grandiosa fastuosidad de aquel inmenso aparato religioso, entonces quedamos poseídos de impresión hondísima. No hay espíritu por despreocupado que sea que no se halle cogido un instante en esa red misteriosa del sentimiento con las ideas de otros días dichosos de la infancia. Serán otras las flores que el ambiente perfuman, serán otros los penitentes que caminan con grave lentitud, pero el cielo de Sevilla es el mismo, y aquellas hermosas imágenes de las andas son las mismas: con igual fijeza melancólica mira hoy el Cristo crucificado á la multitud que le reverencia cuando pasa; con igual terrible amargura las dolorosas y santas pupilas de la Reina de los Cielos fíjanse en el pecho traspasado del excelso hijo: la vemos como entonces;... pero ¡ay! ¡cuán distintas son nuestras ideas al verla pasar, de cuando la veíamos desde los hombros de nuestros padres, confundidos entre la multitud! Hoy es cuando se duele uno de aquellos encantos perdidos, de aquellas dulces ilusiones de la niñez, que murieron sin que podamos explicarnos cómo murieron ni por qué causa. Entonces contemplábamos al sayón y al penitente con respeto supersticioso, y los ojos ávidos fijábanse con curiosidad en aquellos rostros de las imágenes que nos parecían curtidos y feos, y así eran las impresiones de nuestro corazón; hoy las vemos pasar entristecidos, porque nos recuerdan el ayer; hoy las vemos pasar con la amargura en el corazón, aquella misma amargura de la Santa Virgen por el hijo muerto; sólo que la nuestra es la amargura mundana del escepticismo que nos corroe, y la amargura de la Virgen es la del eterno dolor por el hijo á quien ha despedazado un pueblo cruel. ¿Comprendéis las diferentes amarguras de la Santa Madre y nuestras? Viendo pasar las cofradías, no observaréis á un hombre que no esté conmovido. ¿Es por amor y por respeto? ¿Es por veneración á lo que ve? ¡Ah! Yo me figuro que dentro de su alma, en su conturbado espíritu que nada cree y que nada siente, reza una honda plegaria fúnebre, henchida de dolores por las grandes hermosuras muertas de su pasado de niño. Entonces solamente podemos comprender la eterna raíz que la inconmensurable hecatombe del Gólgota dejó á través de los siglos, sacando de la triste comparación nuestra pequeñez, nuestra corta vida, nuestra inutilidad, lo mísero, en fin, del polvo que nos sustenta.



SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y LA REINA REGENTE DOÑA MARÍA CRISTINA
(De una fotografía de Fernando Debas, de Madrid.)

Yo no sé qué sentimientos eran los de mi corazón después que hube visto aquellas grandes manifestaciones de fausto religioso: tenía en mi pecho así como un perfume de misticismo y amor puro de la gloria. ¿Habéis amado alguna vez á una mujer cristiana, pura, hermosa, con las seducciones además de una educación brillante? ¿Habéis concebido por ella una pasión digna de quien la ha inspirado? ¿La habéis visto partir, sin esperanza de volver á verla? ¿Habéis recorrido después los lugares en que otros días dichosos la visteis? ¿Se os ha llenado el alma de un éxtasis bendito, amargo y dulce á la vez, creyendo oir el ruidillo suave de su falda? ¿Se os figuró ver en el horizonte una silueta confusa, que surge y que se borra para surgir de nuevo? ¿Habéis creído encontrar una semejanza misteriosa con el eco de su voz en la última nota de la campana del templo, donde oisteis misa con ella?... Eso era lo que yo sentí, aunque parezca extraño y extravagante; eso era lo que yo sentí en mi corazón, recordando las cofradías, algunas horas después.

Y luego, junto á esas impresiones, enfrente, rodeándolas, otras que las atropellan, que las envuelven, que las hacen levantar de pronto para hundirlas con más precipitación. ¿En qué ciudad, en qué pueblo, en qué villa española hay Semana Santa sin toros, función religiosa sin que esté teñida de sangre de fiera? Ese mundo es gigante, ya lo sé, es monstruoso; pero es bello, es fantástico; levanta el espíritu aunque parece brutal, le posesiona de valentías y grandilocuencias, le entusiasma, le lleva al frenesí; y es que la ardiente sangre española, la sangre noble, la hidalga, la pura, la quijotesca, necesita de esas grandes ebulliciones, de esas terribles sacudidas, de esos contrastes de sol y tinieblas, para equilibrarse, para vivir y fortalecerse. ¡Ay del español que no sea cristiano! ¡Ay del español que no goce de ver embadurnada de sangre la arena del circo! ¡Los toros! Entre todo aquel esplendor y aquel bullicio de la plaza; entre aquel rugido de placer inmenso de la muchedumbre, que precede al rugido de la fiera al sentir el puyazo; entre aquel tono vigorosísimo y ardiente del sol que caldea los semblantes hasta parecer que se congestionan; de los millares de cabezas que se ven en las gradas, del rojo y el amarillo de los mantones, del gris y obscuro de los sombreros, de los abanicos que forman todos en todas las manos, sostenidos en la misma actitud, un toldo inmenso de menudos retazos de colores que rodea la grada sobre la misma frente de la multitud; entre aquel concertante monstruoso y bullanguero; entre aquel trueno prolongado de voces, de gritos, de risas, de aullidos de cólera; entre aquel vistoso concierto de trajes de seda y oro y plata de las cuadrillas, y en el brillo del estoque del matador, y en los encajes de la mantilla de la andaluza, esos encajes como ondas de un sombrío mar, lleno de tremendas negruras y dulces voluptuosidades á la vez, esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos magníficos, de unos ojos que amenazan tempestades horrendas y locos idilios de los amores de los cielos; en todo eso, poético y espiritual, gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico, en todo eso y en la tierra que lo está sustentando y en el cielo que lo cobija y en el sol que lo alumbra y en el hálito que lo hace vivir y respirar; en todo eso parece que flota algo del perfume extraño y simbólico de las procesiones que acaban de pasar, recuérdase con un agrado indescriptible el incienso de las iglesias, el chisporrear de los cirios, la unción de los penitentes y un no sé qué de misticismo nos llena el alma, al mismo tiempo que retumba en los espacios el tremendo bramido de la res que cae súbitamente herida por el certero estoque.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

LORD LYTTON

Lord Lytton, actual embajador de Su Majestad Británica cerca del Gobierno francés, nació en Londres el 8 de noviembre de 1831. Su padre fué el admirable novelista Bulwer-Lytton, verdadero hombre de genio, que no contento con ser el primero de su época, quiso figurar también entre los grandes hombres de Estado y los más notables oradores de que se enorgullece Inglaterra. La reina, que ciñó hace algunos años la frente del hijo con la corona condal, había otorgado sucesivamente al padre el título de baronet y el de Par del Reino; pero la nobleza de los Bulwer y de los Lytton tiene su tronco en los orígenes mismos de la historia de aquel país, y la orgullosa divisa que tan bien caracteriza á sus últimos descendientes, *Hoc virtutis opus*, ostentábala ya con gloria, bajo el reinado de Enrique IV, sir Robert de Lytton y Lytton, que casó con la encantadora hija del sherif Hotoft.

Después de terminar sus estudios, lord Lytton, que había heredado en gran parte la brillante imaginación, la elocuencia natural y el profundo sentimiento poético de su padre, dióse á conocer en el mundo literario, bajo el seudónimo de Owen Meredith, por la publicación de un tomo de poesías titulado *Clitemnestra y otros poemas*; pero su obra más importante, aquella en que parece haber encontrado todo el ardimiento, todas las aspiraciones de su juventud, fué *El vagabundo*. La aparición de estas poesías, notables por la pureza de forma y la admirable expresión, anunció á Inglaterra que contaba con un gran poeta más. No le privó esto de seguir la carrera diplomática, y es maravilloso ver cómo Lytton pudo atacar de frente estas dos quimeras, tan diferentes y tan difíciles de conciliar, la Poesía y la Política.

De La Haya pasó á Constantinopla como agregado á la embajada y de allí á Viena; durante un viaje que en aquel entonces hizo por los Pirineos, escribió el exquisito y apasionado poema titulado *Lucila*, que llegó á ser popular en Inglaterra. Tanta actividad merecía recompensa, y el joven agregado ascendió á secretario, distinguiéndose en los diez años siguientes por varios trabajos diplomáticos en Copenhague, Atenas y Lisboa, donde confeccionó el famoso tratado entre Inglaterra y Portugal. Era primer secretario de la embajada de Inglaterra en Francia en



SUCESOS DE CHILE.— El presidente de la república de Chile, Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda. – Barcos que forman la escuadra de los sublevados. (Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías remitidas por D. José Mariscal, gerente de «La Joya Literaria,» de Santiago de Chile.)



LA DECAPITACIÓN DEL APÓSTOL SAN PABLO, cuadro celebrado de Enrique Simonet

1873, cuando heredó el título y la fortuna territorial de su padre; y desde aquella época, su afabilidad, su sencillez, su amena conversación y su sincero amor al arte aseguráronle la gran popularidad de que goza entre los franceses.

En enero de 1876, M. Disraeli le confirió el cargo de virrey de las Indias. Siete semanas después dirigíase á Egipto, y á poco prestó juramento como gobernador general del Indostán.

El 1.° de enero de 1877, lord Lytton presidió, en la vasta llanura que se extiende alrededor de Delhi, la espléndida ceremonia en que la reina de Inglaterra fué solemnemente proclamada emperatriz de las Indias, y poco después recibió la gran cruz de la Orden del Baño, como recompensa de los numerosos servicios prestados entonces. La energía de lord Lytton estuvo siempre á la altura de las circunstancias, y por eso un autor inglés contemporáneo pudo escribir: «Cuando más tarde se conozcan bien sus escritos, sus informes y documentos oficiales; cuando se aprecie la extensión y variedad de los asuntos que ha tratado y cuán elevadas eran sus miras y cuánto el valor y la perseverancia de que ha dado pruebas, entonces se sabrá verdaderamente quién era ese virrey de quien muchos han murmurado, y se le hará la justicia que merece.»

Cuando lord Beaconsfield se retiró á la vida privada, en abril de 1880, puso en manos de la reina la dimisión de su amigo lord Lytton, quien obtuvo en cambio el título de conde de Lytton y vizconde de Knebworth.

Su regreso á Inglaterra fué para él ocasión de emprender una nueva campaña literaria: en 1883 publicó los dos primeros volúmenes de una notable biografía de su padre y un largo poema titulado *Glenaveril ó las Metamorfosis*, del que se hizo últimamente en Francia una traducción que no podía dar idea del encanto sutil y profundo que se desprende del original; y por último, en su más reciente obra poética, *Después del Paraíso*, el escritor parece llegar á la mayor altura de su genio.

En 1.° de noviembre de 1887, lord Lytton fué nombrado embajador y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno de la República francesa.

Desde aquel día, el Hotel del arrabal de Saint Honoré ha sido la casa más fastuosa y más cordialmente hospitalaria de todo París; los que tienen nombre conocido, y sobre todo los que luchan aún para alcanzarle en las letras, en las artes y en las ciencias, son siempre muy bien acogidos, con la mayor generosidad, por el dueño de la casa. Entre sus más brillantes triunfos literarios figura en primera línea el que le ha proporcionado la preciosa é interesante novela *El Anillo de Amasis*, que actualmente publicamos.

Vizconde R. Du Pontavice de Heussey

NUESTROS GRABADOS

El primer invierno de los puritanos en Nueva Inglaterra, cuadro de Mr. G. H. Boughton. – «Había entrado el invierno, crudo y riguroso, y la tala de árboles, lo mismo que la fabricación de sus rústicas viviendas, se efectuaron en medio de continuos aguaceros y nevadas. Manifestáronse inmediatamente los gérmenes de mortal dolencia, pues, con las privaciones, la exposición á la intemperie y la necesidad de vadear agua medio helada desde la embarcación á la playa, los hombres fuertes y robustos se volvieron débiles como niños, y el delicado cuerpo de las mujeres cedía bajo la doble presión de la ansiedad mental y el abatimiento físico. Durante este invierno (1621) fueron agotándose gradualmente las fuerzas de los colonos y hubieron de labrarse siete veces más sepulturas para los muertos que moradas para los vivos.»

Así se expresa J. A. Spencer en su Historia de los Estados Unidos refiriéndose al primer invierno que pasaron en Nueva Inglaterra los puritanos, que huyendo de las persecuciones de Jacobo I y de los defensores de la iglesia anglicana, fueron en busca de un suelo virgen en donde poderse entregar con libertad entera á la práctica de sus creencias y culto religiosos.

El pintor inglés Mr. G. H. Boughton, inspirándose sin duda en esa descripción, ha sabido interpretarla á maravilla en un lienzo en que todo respira tristeza, desde el paisaje cubierto de nieve por entre la que asoman algunos pocos desnudos y raquíticos arbustos, hasta los escasos personajes que en él figuran y en cuyos rostros refléjase la melancolía profunda producida por el destierro á tan desiertas é inhospitalarias playas y por el recuerdo de la madre patria para siempre perdida.

El príncipe Jerónimo Napoleón, fallecido el 17 de marzo último. – El príncipe Jerónimo Napoleón, hijo de Jerónimo, hermano de Napoleón I, ex rey de Westfalia, y de la princesa Federica de Wurtemberg, nació en Trieste en 1822; educóse en Suiza y viajó por Alemania, Inglaterra y España, y aunque Francia estaba cerrada para él y para su familia, en 1845 la visitó con el nombre de conde de Montfort merced á una autorización especial de Guizot. Dos años después el gobierno de Luis Felipe autorizaba al destronado monarca y á su familia para volver á Francia. A raíz de la revolución de febrero de 1848 el príncipe Napoleón se adhirió abiertamente al nuevo régimen, y acentuó aún más su adhesión á la República en su manifiesto á los electores de Córcega, que le eligieron representante en la asamblea constituyente. En 1849 fué ministro plenipotenciario en Madrid, y en 1852, después del golpe de Estado, fué investido de todas las dignidades anejas á su próximo parentesco con el emperador, siendo nombrado príncipe francés, senador, consejero de Estado, gran cruz de la Legión de Honor y general de división.

Durante la guerra de Crimea mandó una división de infantería de reserva en las batallas de Alma y de Inkermann; en 1857 emprendió una larga excursión por los mares del Norte, y en 1859 se casó con la princesa Clotilde María Teresa de Saboya, hija de Víctor Manuel.

En tiempo del segundo imperio tuvo en el Palais Royal una verdadera corte, adonde acudían los más ilustres personajes de aquella época, Renan, Sainte-Beuve, Augier, About, de cuya compañía gustaba en extremo el príncipe, y con los cuales podía departir sin hacer mal papel, gracias á su claro talento y á la inteligente afición que profesaba á las letras y á las artes. Estas reuniones, en las cuales reinaba un espíritu anticlerical y democrático, llegaron á preocupar al mismo emperador, que no sin recelo veía el movimiento de ideas á que daba, por decirlo así, sanción oficial el patronato del príncipe Jerónimo.

Al estallar la guerra de 1870, el príncipe, que se hallaba viajando por Noruega, regresó precipitadamente á Francia lleno de ansiedad por la marcha de los acontecimientos que preveía había de ser fatal para su patria.

A la caída de Napoleón, el príncipe Jerónimo se ocupó activamente en política, siendo nombrado en 1871 consejero general en Córcega. Expulsado en 1872, obtuvo permiso para volver á Francia después del 24 de marzo de 1873. La tendencia democrática que daba á su propaganda le enajenó muy pronto las simpatías de los amigos del príncipe imperial, siendo de notar que el príncipe Jerónimo nada hacía para evitar una ruptura con éste. En las elecciones legislativas de 1876 presentó en Ayaccio su candidatura contra la de M. Rouher, y aun cuando fué derrotado por la oposición que le hicieron en nombre del príncipe imperial los jefes oficiales del partido imperialista, la anulación de la elección de su contrincante le permitió tomar asiento en la Cámara, tomando entonces parte muy activa en los debates de la ley sobre colación de grados, durante los cuales dijo, entre otras cosas: «Sembrad jesuítas y recogeréis sediciosos.»

Votó con la mayoría republicana contra el ministerio del 16 de mayo, siendo uno de los famosos 363; pero habiéndose presentado candidato en las elecciones siguientes, resultó derrotado por el barón Haussmann.

Entonces se consagró á la dirección de su partido: la inopinada y desastrosa muerte del príncipe imperial convirtió al príncipe Jerónimo, dentro de los principios estrictos de herencia, en jefe dinástico de la familia imperial; pero la inmensa mayoría de los bonapartistas, no pudiendo perdonarle su oposición á Napoleón III y su proceder de César popular y volteriano, le impusieron por jefe á su propio hijo Víctor, que era, por otra parte, el sucesor designado por el príncipe imperial en su testamento.

Desde entonces rompióse toda relación entre el padre y el hijo, estallando una verdadera guerra de familia, origen de serias disensiones en el seno del partido. El destierro común no había logrado reconciliarles.

Durante el último carnaval de Roma, la comparsa organizada por el príncipe Jerónimo con varios príncipes y nobles damas de la aristocracia romana llamó la atención pública. Algunas semanas después enfermó de la *influenza*, y cuando parecía convaleciente de esta enfermedad recrudeciéronse en él dos antiguas dolencias, la nefritis y la diabetes, que á poco se complicaron con una pulmonía, de la que sucumbió en la noche del 17 de marzo, después de haber recibido los consuelos de la religión que le prodigaron el cardenal Mermillod y el abate Puyol, amigos suyos á quienes tenía en grande estima, y de haberse reconciliado en sus últimos momentos con su hijo el príncipe Víctor.

La última obra de Aristóteles, fragmento de un rollo de papiro existente en el Museo Británico. – En el salón de manuscritos del Museo Británico puede verse actualmente una larga tira de amarillento y antiquísimo papel, escrito en griego en caracteres curiosos y elegantes, que ha conservado por espacio de mil ochocientos años una obra de Aristóteles y que ha sido descubierto en nuestros tiempos.

La escritura data probablemente del primer siglo de la era cristiana, quizás del tiempo mismo en que San Pablo escribía su epístola á los romanos, y en el blanco del margen vense todavía las cuentas de un intendente de alguna finca rústica, que aparecen consignadas con la fecha del último año del reinado de Vespasiano, es decir, el año 79, dato precioso para precisar la remota edad del documento.

Escondido, no se sabe cuándo, en una catacumba y allí recientemente encontrado, este manuscrito que contiene el texto de una Constitución ateniense escrita por Aristóteles, arrojará, sea ó no de puño y letra del filósofo, mucha luz sobre la historia de Atenas.

La edición que del mismo se está publicando bajo los auspicios del administrador del Museo Británico suscitará sin duda alguna animadas discusiones acerca de su autenticidad como obra de Aristóteles; de lo que no puede dudarse es de su remota antigüedad, pues para convencerse de ella basta examinar el rollo de papiro en que el documento está escrito y de un fragmento del cual reproduce una copia nuestro grabado.

SS. MM. el rey Don Alfonso XIII y la reina regente Doña María Cristina. (De fotografía de Fernando Debas, en Madrid.) – Este es el último retrato que se ha hecho del monarca español y de su augusta madre: el grupo que forman las dos figuras resulta en extremo simpático é interesante, porque interés y simpatía despiertan siempre un niño que no pudo conocer el cariño de su padre y á quien está confiada la noble cuanto difícil misión de regir los destinos del pueblo español, y una madre amantísima y modelo de virtudes que sabe educar á su hijo para los altos fines que un día ha de realizar y conservarle el trono que de sus mayores heredara y el cariño del pueblo, que es la base más sólida de todos los poderes de la tierra.

El presidente de la República de Chile, Excelentísimo Sr. D. José Manuel Balmaceda. – Barcos que forman la escuadra de los sublevados. (Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías remitidas por don José Mariscal, de Santiago de Chile.) – El actual presidente de la república chilena nació en Santiago en 1838; en 1864 fué á Lima en calidad de secretario particular de don Manuel Montt, encargado de la representación de Chile en el Congreso Americano, y allí escribió una memoria sobre el estado de la marina y del ejército. Desde 1865, en que regresó á Chile, hasta 1868 vivió consagrado á las tareas agrícolas, dándose á conocer en la vida política activa con algunos discursos patrióticos pronunciados en el Club de la Reforma. En 1870 fué elegido diputado por el departamento de Carelmapu, conservando esta representación hasta 1885. Su labor parlamentaria fué muy activa en 1873, 1874 y 1875, siéndole ofrecida á fines de este último año la cartera de Hacienda, que no quiso aceptar. En 1878, después de haber tomado mucha parte en el movimiento político de aquel año y del anterior, fué enviado al Plata como Ministro plenipotenciario para arreglar la cuestión de límites pendiente desde hacía largos años, habiendo terminado su misión al año siguiente. En 1881 el presidente Santa María le nombró Ministro de Relaciones Exteriores, y á los siete meses Ministro del Interior, cargo que desempeñó hasta 1885. En 15 de junio de 1886 fué elevado á la magistratura suprema de la república, puesto desde el cual ha contribuído al fomento de los intereses morales y materiales de su nación.

Por causas que no hemos de analizar estalló en 7 de enero último una insurrección contra el presidente Balmaceda, insurrección apoyada principalmente por la escuadra, cuyos buques reproduce nuestro grabado.

Las contradictorias noticias que del teatro de la guerra se reciben no permiten prever cuál será el término de la lucha. Es de esperar, sin embargo, que pronto se restablecerá la paz en aquella floreciente república, y que á la agitación de hoy sucederá en breve la tranquilidad que tanta prosperidad ha dado á la nación chilena.

La decapitación del apóstol San Pablo, cuadro de Enrique Simonet. – El apóstol San Pablo es una de las personalidades históricas más salientes en los anales del Cristianismo.

Después de haberse distinguido como fariseo por su fanatismo cuando la lapidación de San Esteban y por las crueles persecuciones que hizo sufrir á los cristianos, una visión que tuvo en el camino de Damasco convirtióle de tal suerte que el verdugo y perseguidor Saulo, que así se llamaba, fué desde entonces el celoso y enérgico Pablo, propagador de las doctrinas de Cristo, siendo de los que más conversiones lograron con su elocuente palabra y sus persuasivos escritos.

Llamado á Roma por Nerón, después de algunos años de cárcel y viendo lo inquebrantable de su fe, el emperador condenóle á muerte, que sufrió el año 66, el mismo día en que pereció crucificado el apóstol San Pedro. Por su calidad de ciudadano romano, San Pablo fué decapitado, muerte en aquel entonces menos afrentosa que la que sufrían los demás mártires cristianos. La tradición cuenta que en el momento de la ejecución ocurrió un verdadero milagro: la cabeza del Santo, separada del tronco, quedó al caer al suelo envuelta en un nimbo de gloriosa luz, y aquellos ojos del gran convertidor, cuya mirada no olvidaban nunca los que una vez se fijaran en ella, se clavaron con expresión de terrible censura sobre los senadores romanos que presenciaban el acto.

En esta escena ha inspirado Simonet su hermoso cuadro, composición grandiosa y difícil, así por el gran número de figuras que entran en ella como por la diversidad de sentimientos que hubo de expresar el artista, de terror en unos, de indiferencia en otros, de piedad en los menos, de admiración en casi todos, y que acusa un pintor de gran empuje y de vigorosa potencia artística que sabe escoger bien los asuntos para sus tendencias elevadas y tratarlos con toda la maestría que se necesita para conseguir la impresión que en el ánimo causa *La decapitación del apóstol San Pablo*

Miss Elliott, mujer con barba. – En el *Panopticum* de Berlín se enseña actualmente una joven que ostenta el insólito adorno de una magnífica barba cerrada. Llámase Miss Elliot, pero se la conoce también con el apodo de Lady Esaú, y nació en América.

Miss Elliot es de aspecto elegante y tiene una arrogante figura: sus manos, brazos y cuello son completamente blancos y su hermosa cabellera, de color castaño, es abundantísima y tan larga que le llega hasta los talones; pero el adorno más curioso de esta *beldad* es, como hemos dicho, la barba cerrada que alcanza hasta el pecho y que muchos hombres podrían envidiarle.

Lady Esaú cuenta actualmente veinticinco años: á los cuatro empezaron á manifestarse en el rostro de la niña los primeros indicios de bigote.

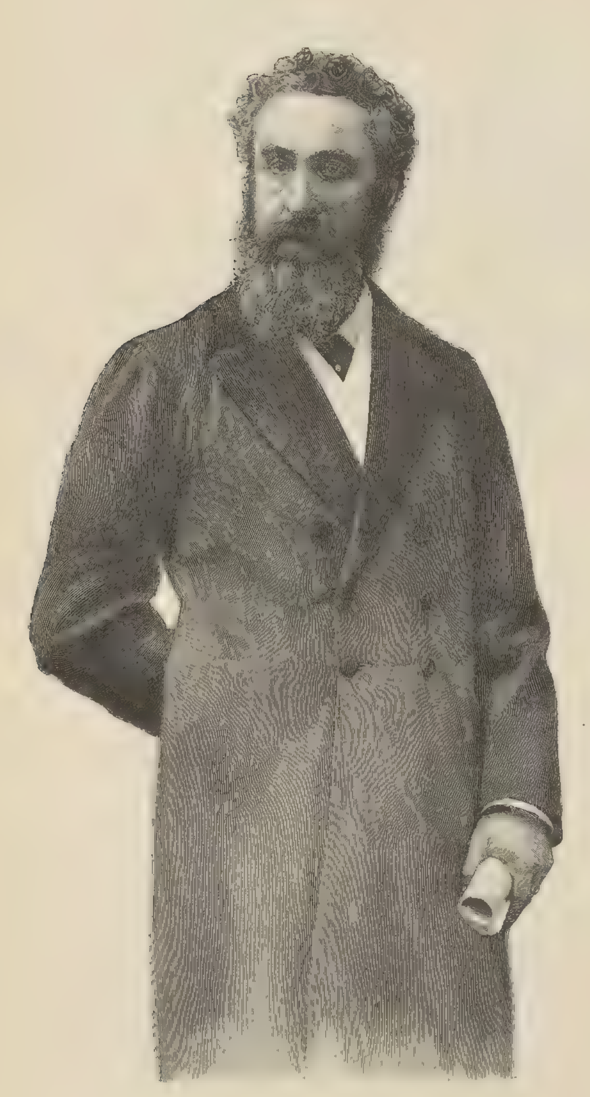
Probablemente se trata de un caso de hermafroditismo parecido al que describió Debierre en 1886 en los *Archives de l'anthropologie criminale et des sciences pénales*. María Magdalena Lefort, que es el caso por este autor descrito y cuyo sexo femenino quedó confirmado por la autopsia, tenía también barba cerrada que le llegaba hasta el ombligo.

El número de mujeres que lucen sus barbas en los barracones de las grandes ciudades y de las ferias es considerable, pero lo que distingue á Miss Elliot de todos los demás fenómenos de su género es que su aspecto, sin ser bello por supuesto, no presenta, como puede verse por nuestro grabado, el carácter repulsivo que todas las demás ofrecen, antes bien se hace relativamente simpático, lo que le ha valido el calificativo de la *hermosa barbuda*.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)



Lord Lytton, autor de la interesante novela «El anillo de Amasis»

»¡Sin embargo, el hombre se cree grande, porque en él se verifica alguna cosa que lo es! Un cuadrante solar que medía la marcha del tiempo hora por hora, imaginábase ser el Tiempo, soñando que el movimiento de su pequeña sombra llevaba en sí la gran promesa de la Eternidad... Pero una ligera nube pasó por el sol, y el cuadrante, despertando de su sueño del tiempo y de la eternidad, cayó otra vez en la nada. Y así como ese cuadrante no puede dominar al sol, tampoco le es posible al hombre someter la voluntad de la naturaleza. No es sino el dedo indicador; si osa creerse más, luego viene el desengaño...

. . . .

»No podemos ordenar á ninguna fuerza que esté en nosotros, ó en otra parte, «que sea de un modo ó de otro, que venga aquí ó vaya allá.» El más ardiente esfuerzo de un alma movida por el más imperioso deseo, no conseguirá hacer brotar de otra la chispa que ilumina, calienta y abrasa: ¡el Amor!

¡Máquina ó caos! Tales son las condiciones de nuestro ser. ¿Somos nosotros libres en nuestra elección?»

JULIETA Á TERESA

«21 *julio* 1814.

»No creas necesario gritarme «¡alerta!» querida Teresa, si hablo demasiado de ellos en mis cartas; hacerlo del uno y no del otro, tal vez fuera peligroso; y juntos, nada pueden contra mi felicidad. Vivo en paz porque sé conservarme en mi lugar, y mi vida es el complemento necesario de la de ellos. Nosotros tres no formamos más que uno; dos, sin el otro, seríamos un cuerpo mutilado, y á decir verdad, creo que ninguno de los tres podría existir solo.

»Para Félix y para mí la dicha es una condición natural más bien que la consecuencia de nuestra conducta, y obramos más por tendencia que por intención. El carácter de Conrado es el que indica á los nuestros la medida y el método; es el principal resorte del reloj familiar; él es quien regula los movimientos de todo el círculo; y si alguno de nosotros pudiera existir solo, tal vez fuera él, porque su carácter es el más independiente y completo. Contiene en sí, y hasta un grado que jamás observé en ningún otro, la justicia, el buen criterio, la sagacidad, el orden, la armonía y el sentimiento del deber. ¡Ay de mí, cuán difícil es para Félix la práctica de estas dos últimas virtudes! Si el deber opone una barrera á sus aficiones, de cada diez veces nueve se conducirá como un héroe; mas por desgracia, en la décima, algún vivo impulso le priva de su juicio, y todos sus esfuerzos anteriores quedan reducidos á la nada. Entonces, tal es su expresión desesperada, tan singularmente triste, implora su perdón con tal humildad y parece tan arrepentido, que á la verdad sería inhumano conservarle rencor alguno.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

. . . .

.... «De todos los misterios, es el más misterioso; de todos los enigmas, el más inexplicable. Ante su vehemencia sin freno no hay previsión posible; todo juicio se trastorna, todo cálculo se destruye. En su presencia, cualquiera otra presencia queda eclipsada, y su poder paraliza todos los demás. Sin embargo, es en sí demasiado sutil para que se le posea é impotente para poseer.

»¡Agradecimiento, aprecio, amistad, confianza, admiración! Podemos remontarnos hasta vuestros orígenes y poneros en movimiento por un esfuerzo de la voluntad; pero las palancas del amor están profundamente ocultas, lejos de toda fuerza visual, fuera del alcance de la mano que se alarga para descubrirlas. Y no obstante, tan sólo su posesión hace apetecible la vida. . . . .

. . . .

»¡Así sea! Allí donde la razón se llama sinrazón y el buen sentido locura, donde todo es fatalidad, frenesí, ¿por qué he de tener escrúpulos en aliar la pasión con la superstición y la debilidad con la debilidad? Quiero jugar sobre esa sortija extraviada todo cuanto mi existencia puede perder ó adquirir aún. Si la encuentro (y es *preciso*), ¡sea ella el primer eslabón de la indisoluble cadena que debe *enlazarla!* ¡Sí, aunque esa cadena se debiese forjar en el infierno!

»¡Ya no puedo más!...»

VII

LA SORTIJA

JULIETA Á TERESA

(Sin fecha.)

«¡Adiós, novio desconocido!

»La superstición, querida Teresa, viene en auxilio de tus consejos; mi suerte está fijada ya, y seguiré soltera, porque he perdido mi anillo de desposada.

»Jugábamos al volante en el patio nuevo cerca de la calle de árboles, y temía tanto perder la sortija que Conrado me dió, ó dejarla caer, que la retiré del dedo y guardéla en la punta del pañuelo, colocando éste sobre el pedestal de la gran esfinge que Conrado había puesto en la extremidad de la avenida.

»Después hicimos una excursión por el río en nuestro bote, y regresamos al castillo á través del bosque, iluminado por la luna. Había olvidado completamente la sortija; pero más tarde, ya de noche, cuando estábamos reunidos todos en el salón, observé que

no la tenía en el dedo, y subí presurosa á buscar el pañuelo en que la guardé. Encontré el pañuelo en mi mesa tocador, donde le había dejado cuando iba á ponerme el chal, pero la sortija no, y el nudo estaba deshecho; sacudí el pañuelo cuidadosamente, y de él salió una pequeña mariposa revoloteando; el pobre insecto parecía estar poseído de espanto, y acabó por precipitarse sobre la bujía; de modo que la llama quemó sus bonitas alas aterciopeladas. Estoy convencida de que esa mariposa es mi futuro desconocido; la sortija mágica que desapareció de mi pañuelo y no se ha encontrado después, debió transformarse en ese diminuto enamorado, que bajo la forma de una mariposa ha tenido un fin tan prematuro. Como quiera que sea, prefiero creerme viuda de ese lindo insecto, que no aceptar ninguna de las prosaicas conjeturas del resto de la familia, la cual se empeña en buscar la sortija en todos los sitios donde tu descuidada amiga dejó la huella de su paso.

»¡Descuidada! ¡Ay de mí! Bien merezco este calificativo, y ahora me dirijo severas imprecaciones, no por el extravío de la sortija, lo cual es una desgracia y no una falta, sino porque me permití chancearme sobre su pérdida. El hecho es que me causaba enojo y pesar ver á todo el mundo ocupado en buscar la alhaja. Y sin pensar más que en lo ridículo de aquella situación de que yo era causa, exclamé: «Os ruego que no os molestéis tanto por ese anillo, pues sería inútil buscarle. ¿Ignoráis que tiene un encanto, y que está destinado á unir mi mano con la del hombre que me lo presente algún día? Podéis estar seguros de que no lo hallará sino la persona predestinada, á la cual debo pertenecer toda mi vida, porque así lo ha decretado la suerte.» Apenas pronuncié estas necias palabras, observé con vivo pesar la expresión que animó el rostro de Conrado; nada dijo, pero reconocí que le había resentido mucho ver que me consolaba tan fácilmente de haber perdido el regalo que me hizo, acompañándole con las más afectuosas expresiones de solicitud fraternal sobre mi porvenir.

»Este porvenir se ha fijado ya, completamente á mi satisfacción. Moriré soltera, porque la sortija fatal se ha desvanecido.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK.

«¡Perdida, perdida para siempre, y todo ha sido en vano!

»¿Con qué fin, como no sea por ironía y burla, habrá recibido el hombre los dones fatales de la inteligencia y del entendimiento? ¿De qué le sirven la imaginación sin límites, el corazón ardiente, las ideas inflexibles, viajeros en lo infinito, ni la sutileza de los sentidos, cuando con todas estas fuerzas reunidas no puede dirigir la menor de esas casualidades vulgares y ciegas que juegan con el destino del hombre? En la plenitud de sus perfecciones, este milagro de la naturaleza se halla á merced del menor incidente.

»¡Irrisión, irrisión!

»En la hora helada en que el sol saliente me iluminó con sus pálidos rayos, mostrándome así el trabajo de largas y sombrías noches, la vista y el olor de esa tierra removida á mis pies produjome una impresión de disgusto, y temblé al pensar en lo que de mí había hecho aquella sola noche: ¡era el espectro de mí mismo, inclinado sobre la tumba de mi esperanza perdida!

»¡Sí, en adelante, sin nombre, sin consagración, fin de todo, excepto de mis locos pensamientos, esos llorones malditos, para los cuales no hay compasión, me visitarán vergonzosamente en secreto! ¡Yo seré el sepulcro viviente de todo cuanto era mi vida, pues toda mi existencia se cifraba en esa esperanza, muerta para siempre, muerta hasta para todo cuanto se oculta más allá de la tumba, sea lo que fuere!

»¡Ayer, hoy, esta mañana, hace una hora (y me parece que han transcurrido siglos desde entonces), la esperanza vivía aún! Pero cuando él... ¡Dioses, oh dioses!... ¿Por qué ha de estar *él* en cada vuelta de ese laberinto de miseria que me enloquece?... ¡Sí, *él*, otra vez *él*, y siempre *él!*... ¡Y eso que no ha movido una mano ni adelantado un pie!... ¡Oh justo cielo!... Cuando el mal genio de esa mujer y el mío dejaron caer en la mano de Félix, en esa mano perezosa y sin fuerza, el anillo que me había arrebatado, entonces la visión de la muerte hirió mi vista y resolví...

»¡Muerto!... ¡La esperanza y la fe murieron ya, y este inmenso mundo no es más que un vasto osario!... ¿De qué sirve en lo futuro el trabajo y la lucha?

»¡En todas partes noche y tinieblas, lo mismo dentro que fuera!... ¡La noche eterna, aquí y más allá, así en mis ojos como en mi alma!...

»¡Y en medio de esa obscuridad, un solo resplandor, el brillo siniestro de la amatista maldita!... ¡Viene y se va, pasa, gira en torno mío, me rodea con un círculo de fuego, y *ellos* le siguen, cual torbellinos agitados, á quienes guía su horrible fulgor!... ¡Veo sus rostros burlones á través de la obscuridad, y parece que con sus uñas me desgarran el corazón!...

»¡Ah, Félix, Félix! ¿Por qué has de ser tú, entre todos los que habitan esta maldita y mísera tierra?... ¡Tú solo, y siempre tú!»

JULIETA Á TERESA

(Sin fecha.)

«¡Ah querida Teresa, dulce amiga mía, más querida que una hermana! ¿Cómo referirte cuanto ha pasado?

»Todo me parece tan extraño y maravilloso y mi dicha es tan indeciblemente grande, que no sé cómo empezar. Sin embargo, no tiembla mi mano al escribirte estas líneas, ni mi corazón late más apresuradamente que otras veces. Mi alma está como iluminada por una luz interior, mis pensamientos son tranquilos y esta calma y serenidad son para mí la prueba irrecusable de lo real de mi dicha.

»¡Sí, ahora creo más que nunca en la influencia mágica de mi sortija!... Pero vas á juzgar por ti misma, puesto que es preciso referírtelo todo. Has de tener, no obstante, un poco de paciencia, porque la historia será larga.

»Para comenzar por el principio, te diré que al día siguiente de perder el anillo nos despertaron el toque de la bocina y el ladrido de los perros, que estaban en el patio cuadrado. Nuestros vecinos, deseosos de correr un ciervo, nos sorprendían á tan temprana hora. Mamá estuvo muy pronto en pie y nos vestimos apresuradamente para recibir las visitas; pero Félix y Conrado se adelantaron á nosotros, y al bajar encontramos á todos reunidos en la sala de las armaduras, donde se había encendido un gran fuego porque la mañana era fría.

»Félix estaba completamente absorto en los preparativos de la cacería. Su picador le presentaba en aquel momento su bocina y su cuchillo de caza; al volverse para tomar estos objetos, vióme de pie junto á la chimenea y ofrecióme la mano. Uno de los visitantes al observar esto exclamó: «¡Mirad todos, ved cómo se reproduce á lo vivo ese cuadro!» Y al mismo tiempo señalaba uno muy antiguo, suspendido sobre la chimenea, que representaba una cacería. Fijamos al punto la vista en él y nos chocó la semejanza que Félix y yo ofrecíamos en el asunto. Ya recordarás que en ese cuadro se figura un cazador de tamaño natural, recibiendo su cinturón y su bocina de manos de una dama, con toda esa exquisita galantería que era característica en nuestros antepasados. Con algunas ligeras modificaciones en mi traje, hubiera podido pasar por la castellana, y Félix parecía realmente el cazador, excepto en lo de la galantería exquisita (¿necesito decírtelo?)

–»¡Vamos, dijo alguno, completad el cuadro; Félix, dobla la rodilla y déjate armar!

–»¡Oh!, exclamé, si Félix se arrodilla ante mí se levantará con una rodilla blanca y la otra negra.

»En efecto, una corriente de aire, penetrando por la puerta entornada, había barrido del hogar parte de la ceniza, esparciéndola entre Félix y yo.

–»Es demasiado elegante para hacer tal cosa, añadí, mostrando la ceniza.

–»En efecto, contestó Félix; pero querida prima, la elegancia y la galantería se pueden conciliar, como vas á verlo.

Y cogiendo su pañuelo, colocóle en el suelo delante de mí y después dobló precipitadamente la rodilla sobre aquel cojinete improvisado; mas apenas lo hubo hecho, dejó escapar un ligero grito, cual si alguna cosa le hubiese hecho daño, y como vacilara al levantarse y estuviese á punto de perder el equilibrio, agarróse á la mesa que tenía á su lado. En un instante, esta última, con las botellas, los vasos y los platos que contenía, cayeron en tierra produciendo ruidoso estrépito; mientras que Félix, habiendo caído también, infirióse una profunda herida en la mano con los restos de un vaso. Conrado se apresuró á levantarle; parecía estar aturdido con su caída y tenía la ropa cubierta de sangre; su hermano examinó las cortaduras; retiró los pedazos de cristal y vendó la mano herida con su pañuelo; pero la inflamación y el dolor la inutilizaron por el pronto.

»Muy á pesar suyo, Félix se vió obligado á ceder á nuestras súplicas y á quedarse en casa, dejando á Conrado la dirección de la cacería.

»Por último, marcharon todos y volvió á reinar la tranquilidad en la casa. Más desfallecido de lo que él quería confesar, á causa del dolor y de la pérdida de sangre, Félix se había dormido en el sofá, pero su sueño era inquieto y febril y apoyaba la cabeza en mi hombro.

»No podía moverme sin despertarle, y por lo tanto permanecí sentada é inmóvil. Mientras que mamá preparaba vendajes para la mano herida, hablábamos en voz baja, y preguntóme por qué se había removido por la mañana la tierra y el césped que la cubría alrededor de la esfinge grande. Yo no sabía nada, pero supuse que podría haber alguna relación entre este hecho y la pérdida de mi sortija, que precisamente dejé en aquel sitio.

–»Tal vez mi prometido, dije yo sonriendo, habrá socavado la tierra esta noche pasada.

»Al pronunciar yo estas palabras, Félix se despertó.

–»¿Prometido?... ¿Quién es prometido?, preguntó con el tono brusco y seco del hombre que es presa de la fiebre.

–»Nadie, contesté.

»Mamá salió de la habitación para buscar algún bálsamo, y entonces referí á Félix aquella necia historia, mezclando con ella todas las locuras imaginables: díjele cómo Conrado me había dado la sortija, su destino y de qué modo éste no se debía realizar nunca.

»Félix me miraba entretanto con aire distraído y al parecer turbado.

–»¡Prometida!, murmuró cual si hablara consigo mismo. ¿Es posible que algún día llegues á ser novia, Julieta?... ¿Y de quién, de quién?...

»Traté de sonreír, mas no pude. Félix seguía mirándome de una manera extraña, cual si me viese por primera vez en su vida.

–»Y si tú *fueras* prometida, dijo después de una pausa, ¿dejarías entonces de ser mi hermana, Julieta?

–»¡No, no! Siempre seré tu hermana, mi querido y buen Félix.

»Al decir esto puse mi mano en la suya, pero no la tomó, y limitóse á mover la cabeza tristemente, murmurando:

–»¡Entonces todo habría concluído entre nosotros!

»Después quedó sumido en profunda meditación, y la expresión de su rostro era tan grave, que yo también comencé á estar seria y me entristecí tanto, que le rogué que no me hablara más de aquel modo, porque me causaba pena. De improviso levantóse, me miró fijamente, con la misma expresión extraña de antes.

–»¿De qué se trataba?, exclamó. ¡Ah! Ya me acuerdo. ¿No decías ayer, Julieta, que te unirías con el hombre que encontrase la sorija encantada?

–»¡Pues bien: sí, eso he dicho!...

»Aquí me faltó la voz; no podía continuar; pero tenía intención de añadir que no daba importancia á mis palabras.

»Félix se tranquilizó al parecer y quedó pensativo; pero noté algo de lúgubre en su fisonomía, y su silencio era para mí sumamente penoso. Para cambiar el giro de nuestros pensamientos, preguntéle cuál había sido la causa de de su caída, y cómo pudo tropezar teniendo una rodilla en tierra.

–»A propósito, repuso, despertando al fin de su meditación y frotándose la rodilla; ahora recuerdo que alguna cosa dura me hizo daño aquí; sin duda había un clavo en el suelo; sentí cómo penetraba en mis carnes, y el escozor que esto me produjo persiste aún.

–»Tu herida, repliqué muy satisfecha de haber hallado otro asunto de conversación, nos ha hecho olvidar la primera causa. Ven conmigo y buscaremos juntos; y cuando hayamos encontrado el objeto fatal, le arrojaremos, sea lo que fuere, al pozo más profundo de la casa.

»Así diciendo, cogí su mano izquierda, y dejóse conducir por mí á la sala de armas, donde todo estaba aún lo mismo que lo dejamos. Los criados, que tenían ocupación en otra parte, no habían arreglado la habitación; las cenizas estaban todavía diseminadas, y el pañuelo en el mismo sitio, delante de la chimenea. Mientras que Félix se inclinaba para recogerle, yo miré entre los restos de vasos rotos para ver si había caído algo en el sitio donde se arrodilló.

–»¡No busques!, gritó Félix, sosteniendo el pañuelo entre el índice y el pulgar; ya tengo el objeto, y observo que es alguna cosa dura.

»Le ayudé á desatar un nudo del pañuelo, é imagínate cuál sería mi sorpresa cuando le vi sacar de allí... ¡la sortija! En el momento no dije nada, pues enmudecí de asombro.

»Los dos nos miramos en silencio, y solamente Dios sabía lo que pasaba en nuestros corazones en aquel instante.» . . . .

. . . .

La página siguiente de esta carta falta; sin duda se había perdido ó fué rasgada. El resto, que reproduzco, comienza en la mitad de una frase.

.. ..«con los brazos enlazados, como si hubiera sido siempre así.

»Comenzamos entonces á preguntarnos cómo sería que la sortija se hallaba en el pañuelo; habíamos vuelto á la calle de árboles y estábamos al pie de la esfinge. Félix recordó que él también había puesto su pañuelo sobre el pedestal, é indudablemente tomó después el mío por el suyo.

»El sol comenzaba á descender y lo avanzado de la hora nos advertía el próximo regreso de los cazadores. Papá, muy contento, quiso anunciar nuestra boda á la hora de comer; pero mamá se opuso con una firmeza y una decisión de que apenas la hubiera creído capaz, y dijo que no sería conveniente tomar una determinación antes de consultar con el que iba á ser algún día el jefe de la familia.

»Había algo de inusitado en el tono con que mi madre acentuó sus palabras, y confieso que no pensé en Conrado sin cierta confusión. Por primera vez en la vida me intimidó la idea de encontrarle.

»Atravesábamos en aquel momento el lindero del bosque para volver á casa, cuando me pareció oir en un tallar débiles gemidos.

—»¡Escucha!, dije á Félix. También él creyó oir un leve rumor entre los matorrales, y buscó, mas sin encontrar nada. Sin embargo, estaba segura de que no era una ilusión mía, y no sé cómo en aquel momento recordé las objeciones de mi madre cuando se opuso al anuncio oficial de mi enlace. Evidentemente fueron dictadas por alguna duda sobre el efecto que en Conrado produciría aquella noticia inesperada, y esta idea bastó para que me asaltaran vagos temores. Se los confié á Félix, y no hizo más que reirse, declarando que á nadie complacería tanto la noticia como á su querido y viejo Conrado. Después continuó la conversación sobre el mismo asunto, mostrándose tan sinceramente convencido y alegre, que acabé por participar de su confianza.

»Una vez en el castillo, nos separamos algunos instantes á fin de hacer los preparativos para recibir á nuestros huéspedes. Apenas había terminado mi tocador, los cazadores llegaron; toda la casa estaba en movimiento; todos los criados corrían de una habitación á otra, y á lo largo del corredor oíase de continuo el ruido de puertas que se abrían y cerraban.

»Bajé al salón lo más pronto posible: mi padre y Félix entraban por puertas distintas, muy agitados los dos al parecer; Conrado no había vuelto con los otros, y al preguntar á la servidumbre, contestó que nada sabían de él.

»Por último, volvieron otros cazadores y anunciaron que Conrado quiso separarse de ellos, una vez muerto el ciervo, diciéndoles que tenía algo que hacer en los alrededores y que ya le encontrarían en el castillo cuando ellos volviesen. Mi padre recordó entonces algunas palabras de su hijo sobre la conveniencia de inspeccionar en aquella ocasión los trabajos de los agrimensores, comenzados al otro lado del bosque y cuyos planos se debían entregar al día siguiente. «Conrado piensa verdaderamente en todo,» dijimos nosotros; y tranquilos sobre este punto, nos fuimos á cenar. Muy pronto no se oyó más que el choque de los vasos; los cazadores devoraban la carne de su ciervo con la voracidad de ogros; pero entre tanto, yo no podía menos de observar las miradas de ansiedad que mi madre dirigía hacia la puerta y la ventana. En aquel momento la obscuridad era completa fuera del castillo, y noté que la preocupación de mamá era cada vez mayor. Ciertamente, yo también comenzaba á experimentar cierta inquietud, pero esforzábame para disimularlo. El ayuda de cámara de mi padre entró de pronto y murmuró algunas palabras á su oído; mi padre hizo un brusco movimiento como para levantarse, y como mi madre insistiese en saber de lo que se trataba, contestó á la pregunta enviando á buscar al lacayo de Conrado. El hombre entró, espantado al parecer y confuso, y dijo que el caballo de Conrado había vuelto solo á la cuadra, con la brida rota y cubierto de espuma. Llegué á tiempo para recibir en los brazos á mi madre, que se adelantaba hacia mí vacilando y se desmayó al fin. Todos los hombres, enseguida apresuradamente sus caballos, partieron tan rápidamente como les fué posible para buscar á Conrado, y en su apresuramiento, Félix se olvidó hasta de coger el sombrero.

»En un instante la casa quedó vacía y silenciosa; no se percibía sonido alguno, como no fuera, á intervalos, las quejas de mi madre y el paso inquieto de mi padre, que paseaba de un lado á otro del comedor. Cada jinete había llevado una bacha de viento, porque la noche era excepcionalmente obscura.

»Yo estaba junto á la gran ventana y había apoyado la frente en un cristal, en un estado de ánimo que no intentaré describir. La escena era extraña en el exterior: á medida que los jinetes pasaban, iluminados por el resplandor de sus antorchas, sus grandes sombras huían galopando sobre la alta pared blanca del patio cuadrado; el rumor producido por los cascos de los caballos y los gritos confusos de los hombres alejóse muy pronto; mas aún pude distinguir largo tiempo el brillo vacilante de las hachas á lo largo del bosque. Aparecían y desaparecían entre los árboles, asemejándose á estrellas errantes; poco á poco separáronse y se dispersaron en diversas direcciones y después las perdí de vista en la obscuridad. ¡Qué noche tan terrible, querida Teresa!

»Los cazadores llegaron uno tras otro, sin traer ninguna buena noticia. ¡Esto era un martirio! Lo único que pudimos saber fué que Conrado no había ido al lugar indicado por él y temimos que hubiera sido víctima de algún accidente antes de llegar á aquel sitio.

»Por momentos apoderábase de mí un sueño invencible, acompañado de vértigos, que no me proporcionaba ningún reposo, produciéndome en cambio horribles pesadillas. Creía ver el cuerpo de Conrado cubierto de sangre echado sobre el césped bajo una encina hueca, y percibía de nuevo la misma débil queja que antes había oído en el tallar. El sonido me despertó y levantéme poseída del mayor sobresalto; era nuestra madre la que se quejaba; aún permanecía en el sillón en que yo la coloqué, y cogidas las rodillas con las manos, balanceábase de un lado á otro.

»Nuestra ansiedad aumentaba ahora con la ausencia de Félix, que organizó una nueva batida; y cuando se iban ya los que formaban parte de ella, mi padre me cogió de la mano sin decir palabra y condújome al parque. Empezaban á despuntar los primeros albores de la mañana, cuando nos encaminamos á la pequeña colina que está en el extremo de aquél. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra en todo este tiempo. Desde aquella elevación veíase toda la llanura, atravesada por la corriente tortuosa del Weidnitz. En la cumbre de la colina hay un banco de madera; en él fué á sentarse mi padre y ocultó su rostro entre las manos. Yo le atraje hacia mí y apoyé su cabeza en mi seno, mientras permanecía sentada, fijando una mirada estúpida en la nebulosa perspectiva que se extendía bajo nosotros. No podía pensar; había perdido toda noción de las cosas, y mi vista se obscurecía por las lágrimas que llenaban mis ojos.

»El curso del río trazaba una línea blanquizca á través de la llanura, y semejante á un punto negro, destacándose en ella, una pequeña barca era arrastrada por la corriente. La bruma, elevándose apenas sobre el suelo, cubría todo el paisaje con sus vapores y comunicábale el aspecto de un mar lívido. A medida que contemplaba el punto negro, parecíame que llevaba un ataúd en el que se hallaba tendido el cuerpo de Conrado; el rostro tenía la blancura del mármol y no estaba desfigurado por ninguna cicatriz, mientras que las facciones parecían más plácidas y austeras que nunca. De improviso el cuerpo comenzó á moverse; incorporóse y quedó sentado en el ataúd; le vi tender hacia mí una mano suplicante y quise lanzarme hacia él, pero no pude, pues cada vez que trataba de levantarme, una mano invisible me sujetaba. De repente la ilusión se desvaneció; el mar y el ataúd habían desaparecido, y vi que la corriente arrastraba la barca á una bahía formada por el río.

—»¡Padre, exclamé, mira, mira!

»No pude decir más. Los dos mirábamos, y vimos á un hombre salir de la barca y saltar á tierra. ¡Era Conrado!

»¿Cómo bajamos de la colina? No lo sé; solamente recuerdo que pocos momentos después habíamos llegado á la orilla del río y estrechábamos á Conrado en nuestros brazos. Mi padre no hallaba más que una frase para expresar su dolor pasado y su alegría presente, y murmuraba á cada instante: «¡Conrado, hijo mío!» Conrado nos dejó hablar sin responder: su rostro tenía la palidez de un espectro y parecía inerte; sus dientes castañeteaban de continuo; un estremecimiento recorría sus miembros; sus ojos nos miraban sin vernos al parecer, y su expresión era muy triste. Con la mayor dificultad conseguimos al fin que hablara de él: nos dijo que se había separado de los cazadores la víspera por la tarde, apenas muerto el ciervo, porque estaba ansioso de ver á Félix, cuyo accidente le inquietaba. Quiso tomar un atajo para llegar antes al castillo, y se perdió en el bosque; en los campos reinaba todavía una claridad crepuscular, pero allí todo estaba obscuro y las sendas desiertas. Para orientarse mejor en el tallar, apeóse del caballo y le ató á un árbol.

»Mientras trataba de reconocer aquellos sitios, el cuadrúpedo, espantado por un ruido cualquiera, escapó al galope; quiso seguirle algún tiempo, guiándose por el rumor de los cascos, pero así se extravió más. Al cabo de dos horas, creyendo oir un murmullo de agua corriente, avanzó en aquella dirección, y hallóse al fin en las orillas del Weidnitz. Entonces supo por vez primera en dónde estaba, y reconoció que había errado el camino; siguió el curso de la corriente, mas érale preciso detenerse á cada paso á causa de las espesuras del ramaje, y cansado de tantos esfuerzos, resolvió pasar la noche en el bosque, cuando tropezó con un objeto oculto en el cañaveral de la orilla del río. Era una barca vacía, dejada allí probablemente por los guardabosques; la pusó á flote, no sin dificultad, y vió que se sostenía bien.

»Después cortó la rama de un pino, la más larga y derecha que pudo encontrar, y trató de utilizarla para dirigir la embarcación; pero las aguas iban tan crecidas, que no le sirvió de nada. Entonces echóse en la barca y dejóla seguir á merced de la corriente; estaba transido de frío, y muy pronto perdió el conocimiento. El roce de la quilla con el fondo muy bajo de la pequeña bahía le despertó al fin.

—»¡Oh, Conrado!, exclamó mi padre, si tú supieras en qué ansiedad nos has tenido... ¿Por qué no tuviste confianza en el instinto de tu caballo? Seguramente te hubiera llevado al castillo sano y salvo, porque estos animales vuelven á su cuadra por lejos que se encuentren de ella. ¡Sólo Dios sabe qué noche nos has hecho pasar!

»Conrado no contestó, y limitóse á inclinar la cabeza como si estuviese cansado de llevarla. Aquel hombre tan fuerte, tan aguerrido contra el dolor físico, parecía quebrantado por la obra de una sola noche.

—»¡Vamos!, dije yo, no debemos reprenderle. Padre, parece que el pobre está enfermo y rendido de cansancio.

—«¡Es cierto, hija mía, es cierto!, contestó mi padre. Corre tú al castillo primero y prepara á tu madre.

»De este modo llegué antes que ellos. ¡Oh, cómo me alegro de poder anunciarte esta noticia! No he querido cerrar la carta, amiga mía, sin darte cuenta del feliz regreso de Conrado; pero mis ojos comienzan á cerrarse ya, y estoy muy fatigada.

»¡Loado sea Dios! ¡Conrado está en salvo! Regocíjate con nosotros, amiga mía. ¡Buenas noches!...

VIII

UN DRAMA NO REPRESENTADO

SEIS PÁGINAS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

Primera página. — «Cuando de un latigazo lancé mi caballo por su camino, me dije: «¡Sea, yo te pertenezco, oh Muerte!... ¡Allá va tu mensajero para anunciar con sus relinchos la buena noticia en la puerta por donde ya no he de volver á pasar! ¡No temáis ya, jóvenes enamorados! Ya no volverá á sembrar el espanto en vuestras almas, pero si no queréis verle otra vez al pasear cogidos del brazo por las sombrías soledades que os eran caras en otro tiempo, no os acerquéis á la encina hueca, pues allí donde el césped está ennegrecido por la inútil sangre que corre y se filtra entre las hojas por ella impregnadas, la vista de su figura, apareciéndose de improviso, podría perturbar un poco vuestros inocentes corazones. ¿Quién ha retenido mi mano levantada? ¿Sería tu poderosa impotencia, ó tu cobardía?... ¡No!... ¿Por qué retrocedería ante la muerte el hombre que prefiere á una vida de tormento el golpe vivo y rápido que le asegura un reposo completo? ¿Sería el deber filial?... ¡Nada de blasfemias!... En aquel momento no pensaba en mi padre ni en mi madre... ¡No!... Alguna cosa más mortal que el brillo del acero homicida me deslumbró de repente; un siniestro resplandor, brotando de las sombrías profundidades del río, rasgó las tinieblas más profundas aún de mi corazón... ¡Sí!... ¡Era en realidad el fantasma fulgurante de aquel terrible oráculo! Una radiación de amatista se extendió sobre las furiosas ondas que rodaban á mis pies; transformólas en señales y símbolos; un encanto mágico rodeó todo mi ser; yo miraba y escuchaba. Aquella luz misteriosa hablábame un lenguaje criminal y de las tumultuosas aguas elevábanse voces que cantaban:

¡Para nosotros el anillo; para ti la joven castellana!
¡Oh, hermano, la hora se acerca! ¡Hermano, la copa está llena!

»No sentí ningún estremecimiento, ni el temor me invadió al escuchar aquellas voces horribles, porque me eran familiares... ¡Ah! ¡Cuántas veces las he oído! En aquel momento hacíanme una promesa que yo no osaba interpretar; pero tenía fe en ellas...

. . . .

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL DE ESTRIBOS ESCALONADOS

Entre los más importantes problemas de la vida civilizada moderna, es indudablemente uno de los principales el relativo á los medios de locomoción y transporte indispensables para satisfacer las necesidades cada día crecientes del tráfico personal en las grandes ciudades. Que los ómnibus, los tranvías y aun los ferrocarriles urbanos no llenan en este punto de un modo completo las exigencias del público, demuéstralo el hecho de que todos estos sistemas de locomoción no han podido desterrar los tradicionales coches de punto con su aparato desproporcionado al peso que han de sostener y con sus tarifas más desproporcionadas todavía.

Omnibus y tranvías son demasiado lentos en muchos casos, y en cuanto á los ferrocarriles sólo tienen una aplicación muy limitada en el interior de las ciudades por las incomodidades que suelen ir anejas á su construcción y explotación. Además esos tres medios de locomoción ofrecen el inconveniente de que el que ha de servirse de ellos tiene que emplear más ó menos tiempo en llegar á los puntos de parada, esperando el paso de algún vehículo: otra de las desventajas es la de los frecuentes altos que han de hacerse durante el trayecto para que suba ó baje algún pasajero.

Los ferrocarriles funiculares introducidos en América sólo en determinadas circunstancias, muy raras en Europa, responden á las esperanzas que en ellos se cifraron, y lo propio puede decirse de los ferrocarriles eléctricos.

A la solución del problema de aunar la baratura y la rapidez con la ventaja de estar siempre el vehículo á la disposición del público tiende un sistema de locomoción cuyos principios fundamentales vamos á exponer.

El principio en que se basa esta innovación consiste en establecer un sistema por el cual los trenes no necesiten detenerse, sino que con el impulso de una sola vez recibido recorran toda la línea, pudiendo subirse á ellos en cualquier punto del trayecto. El proyecto singular á que nos referimos y cuyo objeto es facilitar el tráfico en las grandes ciudades es de invención alemana y está llamando actualmente la atención en muchos países. Dos arquitectos, los hermanos Enrique y Guillermo Rettig, de los cuales el primero es consejero real de construcciones en Munster (Westfalia), habiéndose antes distinguido como arquitecto de la guarnición de Metz, y el segundo es arquitecto municipal de Dresde y muy conocido por el primer premio que ganó con su proyecto de monumento al emperador, han concebido y desarrollado el plan de un ferrocarril que puede adaptarse á todas las calles por donde circulan los tranvías y demás sistemas ordinarios y aun á muchas actualmente cerradas para éstos, que funciona con movimiento uniforme y constante y al cual puede subirse en cualquier punto. Cada línea del ferrocarril es circular y los vagones son movidos por un cable sin fin que pasa por debajo de ellos y que recibe el impulso de un motor fijo: la velocidad es de 4'5 metros por segundo ó sea 16'2 kilómetros por hora. Junto á esta vía propiamente dicha de 60 á 70 centímetros de ancho hay otras dos que facilitan el acceso á la primera y en cada una de ellas está asentada una plataforma ó estribo sin fin, puesto que se extiende en toda la longitud del trayecto: ambas se mueven constantemente, gracias á sus respectivos cables, con una velocidad de 3 metros por segundo la central y de 1'5 la situada más hacia el exterior: esta última velocidad es la de un peatón. La fig. 2 representa la sección transversal de la tres plataformas móviles y facilita la comprensión del mecanismo. A la plataforma exterior, que se alza á unos 10 centímetros sobre el nivel del camino de peatones que junto á ella se extiende, puede subir fácilmente cualquiera que por éste circule; con igual facilidad puede pasarse de esta plataforma á la central, que se eleva también unos 10 centímetros sobre ella, y de la central al vagón propiamente dicho situado en igual altura. El que siguiendo su paso ordinario sube á una de las plataformas adquiere la misma velocidad que tiene la superficie en que camina, y lo propio sucede en los descensos.



NUEVO SISTEMA DE LOCOMOCIÓN EN LAS GRANDES CIUDADES

Fig. 1. Aspecto general del ferrocarril de estribos escalonados

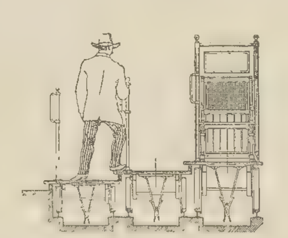


Fig. 2. Detalle del ferrocarril de estribos escalonados

El principal reparo que á este sistema de locomoción se opone, es que diariamente se observa en los tranvías que muchas personas no pueden subir ni bajar del vehículo mientras éste va andando, por lenta que sea su marcha: el ensayo hecho en pequeña escala en Munster de este nuevo sistema ha demostrado que la subida y la bajada no ofrecen dificultad alguna para las señoras ni para las personas de edad avanzada.

Como se ve por la fig. 1, en donde se representa una calle con una instalación del sistema Rettig, este ferrocarril ha de ser aéreo, sostenido por pilastras, ó subterráneo, por lo cual se hacen necesarias las escaleras para llegar hasta él. Los coches pueden ir en fila no interrumpida, ó formando trenes, ó sueltos á determinadas distancias uno de otro; tienen 2'5 metros de largo y el ancho de un solo asiento, de modo que cada viajero tiene su asiento. Para facilitar el ascenso ó descenso, las plataformas, de un metro de ancho, van provistas de unas barandillas.

Cada vía debe formar, como hemos dicho, un anillo cerrado, de modo que dé la vuelta por una sola calle ó alrededor de una ó varias manzanas de casas. En este sistema no puede haber naturalmente cruces; pero este inconveniente se salva haciendo que varias líneas ó anillos estén en contacto en determinados puntos, de suerte que bajando de una pueda tomarse otra fácilmente.

La ausencia de locomotoras hace que la vía no haya de ser de una resistencia extremada, con lo que resulta mucho más barata en construcción, y como el cable motor permite las mayores curvas, puede darse á la vía la forma de la calle donde haya de emplazarse sin necesidad de expropiaciones.

Todas estas circunstancias permiten dotar á poco coste á una cuidad de una red completa de ferrocarriles de este sistema, pudiendo colocarse los motores que impulsan los cables en los puntos de contacto de varias líneas.

El pago del precio del pasaje puede hacerse por medio de aparatos automáticos que abran la entrada del vagón cuando se eche en ellos la moneda correspondiente, ó por medio de conductores que recogieran los billetes que se vendan en distintos despachos, lo cual no exigiría un personal muy numeroso.

La seguridad en estos trenes es absoluta, resultando innecesarias todas las señales ó agujas para los cambios de vía. Además la circunstancia de no llevar locomotoras evita á las casas próximas á la línea las molestias del humo, del ruido y de la trepidación.

Por lo que toca á los servicios que puede prestar este sistema de locomoción, los cálculos comparativos demuestran que á pesar de su velocidad moderada puede atender á necesidades del tráfico más rápidamente que los ómnibus y tranvías y aún que los mismos ferrocarriles de cortos trayectos; que la fuerza motora necesaria para un movimiento de 2 400 personas por hora es menor que el de una locomotora, y que con un movimiento de 12.000 personas por hora (movimiento que no es raro en algunos trayectos del ferrocarril urbano de Londres, por ejemplo) la proporción entre la fuerza indispensable en este sistema y la del ferrocarril de vapor es de uno á cuatro.

Las muchas ventajas de este sistema que acabamos de describir hacen desear y permiten esperar que pronto se le someterá á estudio y examen verdaderamente prácticos. En Inglaterra y en América se está haciendo gran propaganda para llamar la atención y el interés públicos sobre este invento, que por lo mismo que presupone un tráfico muy considerable sólo puede aplicarse en las grandes ciudades.

La comparación entre el coste de una línea de este sistema y de los otros ferrocarriles es ventajosísima para el primero, hasta el punto de resultar la mitad más barata que la del más barato de éstos, sin contar con el ahorro que supone en los gastos de explotación.

(De la *Illustrirte Zeitung*)

***

LA DENSIDAD DE LA POBLACIÓN Y LA LLUVIA

A juzgar por lo que dice el *Bradstreet*, los resultados del último censo han demostrado que la distribución de la población de los Estados Unidos está relacionada con la abundancia ó escasez de lluvias.

La mayor parte de la población está distribuída en las regiones en donde la altura anual de la lluvia varía entre 30 y 40 pulgadas, regiones que comprenden las tres cuartas partes de la población de los Estados Unidos. La densidad de la población disminuye rápidamente desde el momento en que la altura anual de las lluvias se aparta de aquellas cifras.

La mayor densidad se encuentra en aquellos territorios en donde la altura de la lluvia llega anualmente á 40 ó 50 pulgadas, alcanzando entonces 49 habitantes por milla cuadrada: en las regiones en donde la lluvia varía entre 30 y 40 pulgadas por año, la densidad media es de 43'1 habitantes por milla, y en las áridas comarcas del Este, en donde la lluvia que anualmente cae es inferior á 20 pulgadas y que constituyen los dos quintos del territorio de los Estados Unidos, apenas contienen las tres centésimas partes de la población total. La población se desarrolla con mayor rapidez donde la lluvia oscila entre 20 y 30 pulgadas; la densidad ha aumentado allí desde 1'6 á 8'1. La densidad mayor está, pues, allí donde reinan una temperatura y una lluvia medias.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

JUANELA, *novela por D. M. Martínez Barrionuevo.* – Un asunto interesante, una acción sencilla que se desarrolla naturalmente, unos personajes bien concebidos y perfectamente retratados cuyos caracteres se sostienen lógica y consecuentemente, un diálogo chispeante unas veces, lleno de sentimiento otras y siempre animado y verdadero; descripciones brillantes y exactas, episodios cómicos que hacen asomar la sonrisa á los labios, situaciones dramáticas que traen las lágrimas á los ojos, y un lenguaje llano, culto, castizo; he aquí los elementos que constituyen la última novela del fecundo y conocido escritor Sr. Martínez Barrionuevo. La novela es de costumbres populares andaluzas, que aparecen pintadas de mano maestra, y se aparta del género hoy en boga, pues nada hay en su fondo ni en la forma que pueda ofender á los lectores más delicados.

Es un libro, en suma, de los que una vez empezados no se sueltan hasta dar con el final, y una vez acabados dejan grata impresión en el ánimo, pues acaba bien, en la acepción vulgar de la frase, lo que para muchos no deja de ser una cualidad muy recomendable.

Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas, debiendo dirigirse los pedidos al editor D. Inocente López, Rambla del Centro, 20.

***

BOCETOS LITERARIOS, *por Doña Francisca Sánchez de Pirretas.* – Dos condiciones se advierten en los trabajos contenidos en este libro que, no siendo muy frecuentes en la mujer, aseguran el título de notable escritora á la que por suerte de la naturaleza y fuerza del estudio las posee: el espíritu de observación y el dominio de nuestro hermoso idioma. Gracias al primero, los asuntos tratados en los artículos que forman la colección de los *Bocetos literarios*, y algunos de los cuales han sido publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, aparecen en las paginas del libro con la misma vida y el mismo relieve que en la realidad tuvieron, los personajes son humanos y verdaderos, y las consideraciones que de la descripción de aquéllos ó del estudio de éstos se derivan son lógicas y ajustadas por completo al buen sentido y al modo de ser de la existencia práctica; y merced al segundo, las ideas encárnanse en frases y conceptos rigurosamente apropiados á ellas, y á la verdad del fondo corresponde de este modo la precisión de la forma.

En *Bocetos literarios* hay temas para todos los gustos, desde el naturalista de buena ley al sentimental con puntas y ribetes de romántico. Los únicos que no encontrarán en ellos satisfacción á sus aficiones son los devotos al realismo de cierto género: la Sra. Sánchez de Pirretas profesa el principio, así al menos se desprende de sus escritos, de que lo que escribe una madre ha de ser de tal índole que su lectura no conturbe la pureza de sentimientos de sus hijas.

Véndese el libro al precio de 2 pesetas en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en casa de la autora, Fortuny, 19, 3.°, 1.ª, y en Madrid en la Administración de *El Ejército Español*, Libertad, 23, bajos.



MISS ELLIOTT, la mujer barbuda

***

PUNTOS SUSPENSIVOS. VERSOS SERIOS Y FESTIVOS. *Por don José Borrás y Bayonés.* – Es esta una colección de poesías que se lee con gusto por la variedad de temas que en ellas se trata, alegres unos, tristes otros y escritos todos en versos fáciles y correctos. Aunque la nota dominante en la mayor parte de las composiciones es la cómica, hay algunas, como *Dos tumbas*, *¡Soldado!* y otras, impregnadas de sentimiento, que acusan el alma de un verdadero poeta. Varias de ellas denotan también un conocimiento perfecto de las costumbres y del lenguaje de la *flamenquería* madrileña, mereciendo citarse en este género los bellísimos romances *El vacío*, *Parola* y *Cosas de ellos*.

El libro, del que van publicadas dos ediciones, forma un elegante tomo de más de cien páginas y se vende al precio de una peseta en las librerías de San Martín y Fernando Fe, en Madrid.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Con los cuadernos 12, 13 y 14 de este publicación que cada día despierta mayor interés y adquiere mayor importancia, se han repartido seis preciosas fototipias que representan unos azulejos del castillo de D. Teobaldo (hoy convento del Santo Sepulcro), reproducción de los que poseen los Sres. Gascón de Gotor, un ejemplar de cerámica ibérica de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil, el facistol del papa Luna (siglo XV), existente en la catedral de la Seo, varias vasijas ibéricas de la citada colección de D. Pablo Gil y Gil, la iglesia de Santa María Magdalena y un bellísimo tríptico gótico que se conserva en la parroquieta de La Seo.

Cada cuaderno contiene además ocho páginas de interesante texto, que abunda en datos notables y curiosos sobre la historia artística y monumental de la ciudad de Zaragoza.

El precio de cada cuaderno es de una peseta. Se suscribe en Zaragoza en las principales librerías y en casa de los autores, Soberanía Nacional, 6 y 8, 2.°, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 13 de abril de 1891 — Núm. 485

LA CASA DE LA EQUITATIVA EN MADRID

Más de una vez, al pasar por la calle de Alcalá y admirar el magnífico y suntuoso edificio construído de nueva planta por la *Equitativa* de los Estados Unidos de Norte-América (Sociedad de seguros sobre la vida), he tenido el capricho de leer en mi memoria, evocar recuerdos de los dos cronistas de Madrid más autorizados y modernos, y dirigirme estas preguntas:

—¿Dónde está la primitiva calle de Sevilla, antes nombrada *de los Panaderos* y luego *Ancha de los Peligros*, siempre mezquina y sombría, que «por su estrechez fué necesario cerrarla al tránsito de carruajes, asfaltándola?» ¿Dónde están los hediondos callejones denominados *de los Peligros* y *de los Gitanos*, «verdaderos albañales de inmundicia social, dignos en todo de sus menguados nombres?»

Y recordaba también que los dos cronistas desearon y vaticinaron la reforma de aquel sitio: Fernández de los Ríos, puntualizándole detalladamente en su plan general de mejoras; Mesonero Romanos, treinta años antes, indicando como obra necesaria el ensanche de la calle de Sevilla, «por la importancia del punto que ocupa,» y la desaparición de aquellos inmundos callejones, «que deben cesar de ser y llamarse de los Peligros.»



LA CASA DE «LA EQUITATIVA» EN MADRID — Vista general del edificio tomada de una fotografía de Laurent

Consignaré, como dato curioso, el origen del nombre de esa calle, según el ilustre autor de *El Antiguo Madrid:* el doctor Herrera, de Jaén, donó a las monjas cistercienses, llamadas *Las Vallecas*, una imagen de Nuestra Señora *de los Peligros*, á la que puso tal advocación «por los muchos de que le había librado;» y aunque el primitivo convento de las Vallecas radicaba en el pueblo de dicho nombre, por fundación del devoto caballero D. Alvar Garci-Díaz de Rivadeneyra, maestresala del rey D Enrique IV, la comunidad fué trasladada en el siglo XVII á esta villa y corte, é instalada en nuevo convento de la calle de Alcalá (que entonces era un arrabal casi desierto), por orden y á expensas del famoso cardenal Siliceo, arzobispo y bienhechor de Toledo.

Las dos calles de Peligros (*¡Ancha!*, la que después se llamó de Sevilla, y *Angosta*, la que ahora existe entre las de Alcalá y Caballero de Gracia) recibieron, en efecto, el nombre de la advocación de la imagen, y precisamente se empezó la reforma de ambas calles por aquel convento, derribándolo en 1861, y levantando sobre su amplio solar las elegantes casas números 17 y 19 de la calle de Alcalá; y aceptando el plan de ensanche, y efectuada la expropiación de los edificios en él comprendidos, la piqueta municipal, entonces verdaderamente reformadora, sepultó los hediondos callejones mencionados bajo los escombros de las viejas casas, y transformó la calle de Sevilla, antes mezquina y angosta, en vía principal de 22 metros de anchura, inundada de sol y de aire.

Mas era necesario alzar en breve plazo los ostentosos edificios proyectados para formar la ancha calle, como se alzó el del antiguo Casino, en el ángulo de la Carrera de San Jerónimo, aunque no estaba

denunciado por ruinoso, ni comprendido en el plan de reformas; porque si este plan no se completaba, los derribos hechos, los solares, las empalizadas, todo, en suma, quedaría como elocuente protesta del público ornato contra la obra municipal comenzada y no concluída en uno de los sitios céntricos y más concurridos de la capital de España.

La Equitativa recogió esa protesta: la subasta de los solares, verificada en 1886, resultó desierta; mas poco tiempo después, aquella opulenta Sociedad de seguros sobre la vida, por iniciativa inteligente y vigorosa del Excmo. Sr. D. Juan A. Rosillo, su director en España y Portugal, adquirió (al tipo de subasta) los cuatro solares que existían de venta, y cuya total superficie mide 1,735 metros cuadrados, ó sean 22,357 piés.

Y sobre esta vasta superficie *La Equitativa* ha levantado, en menos de cuatro años, el grandioso edificio que embellece las calles de Alcalá y de Sevilla, y cuya elegante rotonda, coronada por gallardo templete, ofrece la hermosa apariencia, mas que de proa de un buque, como se ha dicho, de soberbia torre del Homenaje, no de feudal castillo que amenaza, ni de regio alcázar que humilla, sino de opulento palacio que sirve de garantía al capital asegurado sobre la vida, á las legítimas esperanzas de la orfandad y la viudez.

***

Porque *La Equitativa*, como institución financiera ha sabido conquistar en pocos años, y por modo absoluto, la confianza de sus asegurados.

Un hombre de gran talento y de energía extraordinaria, Mr. Henry B. Hyde, fundóla en Nueva-York, con el capital de 100,000 *dollars* (unas 518,000 pesetas) que exigían las leyes del Estado, en 1859; y observad el progreso asombroso de la Sociedad en el período de treinta años: en el balance oficial de 31 de Diciembre de aquel año figuraba ya con el capital de 117,102 *dollars*; en el de igual día de 1869, con 10.510,824; en el de 1879, con 37.366,841, y en el de 1889, con el enorme capital de 107.243,744 *dollars*.

Observad ahora otra prueba irrecusable de la grandeza de esta Sociedad: en 1.º de Enero de este año, su capital *líquido*, que en las compañías de seguros de vida se llama *sobrante*, es decir, la diferencia entre el *activo* y el *pasivo* (comprendiendo en éste la reserva para obligaciones futuras sobre cada póliza en vigor), asciende á 23.740,447 *dollars*, suma cuantiosa, la mayor de capital *líquido* en compañías de seguros de vida.

Observad más todavía: en el año 1890, *La Equitativa* ha asegurado 203.826,107, resultando en 31 de Diciembre próximo pasado 720.662,473 *dollars*, total de riesgos vigentes (1); y con el testimonio del ilustrado periódico *Le Moniteur des Assurances* (número 268, correspondiente al 15 de Enero próximo pasado) se puede afirmar que la total producción de las *diez y siete* compañías francesas de seguros de vida sólo se ha aproximado, en el año 1890, al 50 por 100 de la que ha obtenido en igual período de tiempo *La Equitativa*.

Y es que esta Sociedad poderosa, fundada sobre las bases de la prudencia y la previsión, y practicando el principio de *progresar conservando*, que es su lema salvador, seguido fielmente por la experta Junta de Directores y por los celosos oficiales de la administración, inspira confianza al público y seguridad á los capitales.

¿Por qué? La razón es obvia: porque ha invertido en magníficos inmuebles hasta el 25 por 100 de su capital, y ha puesto de este modo una buena parte de su *activo* lejos de las oscilaciones de los fondos públicos, de los peligros de las crisis agrarias, de las tendencias á la continuación en la baja del interés de los capitales; y atrincherándose en la propiedad urbana, la menos expuesta á aquellos peligros, y afincándose en los principales mercados en que opera, no solamente asegura un buen promedio de renta, sino que, respetando y acatando la opinión de doctos economistas, comprende que las compañías de seguros deben preferir la seguridad absoluta para los tenedores de sus pólizas á la mayor cuantía de la renta líquida.

La Equitativa, después de poseer palacios y casas en Nueva York y en otras capitales de América y de Europa, construyendo ahora magníficos edificios en Viena, Berlín, Madrid y otras poblaciones, concluídos ya ó próximos á terminarse, además de ofrecer prueba indeclinable de riqueza y desahogo, revela su deseo de arraigarse en el país respectivo, su prudencia en la inversión de capitales y su buena fe hacia los asegurados.

***

Y esta buena fe la ha demostrado singularmente en España, anticipándose á la previsión de los gobiernos y de los legisladores con la garantía especial, que nadie se la ha exigido, del edificio levantado en las calles de Alcalá y Sevilla.

Por Real orden de 10 de Octubre de 1882 fué autorizada en nuestra patria la agencia ó sucursal de *La Equitativa*, y esta agencia adquirió en pocos años tan notable desenvolvimiento, que hoy es considerada como la más importante y popular de todas las compañías similares: á ella se debe la rehabilitación del seguro de vida en España (castigada por antiguos é inolvidables fracasos), preparando la opinión con acertada propaganda y granjeándose las simpatías del público por el religioso cumplimiento de las obligaciones contraídas; y su inteligente director señor Rosillo, para que se arraigasen aquellas simpatías y se ensanchara inmensamente la esfera de acción de la Sociedad, fué el primero que propuso la construcción del edificio de Madrid.

La propuesta fué aceptada por el Presidente-fundador y aprobada incondicionalmente por la Junta de Directores de *La Equitativa*, autorizándose al Sr. Rosillo para la compra de los solares del ensanche de la calle de Sevilla, cuando aun no se habían adquirido los de Berlín y Viena para sus respectivos edificios, y delegándose la resposabilidad de la realización del proyecto en el arquitecto Mr. Eduard E. Raht, que cuenta entre sus lauros profesionales el proyecto y la dirección del suntuoso palacio de la empresa periodística de *The Tribune*, de Nueva York.

El Comité de *La Equitativa* para España y Portugal convocó á concurso público á los arquitectos españoles, y Mr. Raht vino á premiar el proyecto de D. José Grases Riera, encargando luego la direccion de la construcción á este distinguido arquitecto, y nombrándole al efecto arquitecto local de la Sociedad.

El edificio está hecho en armonía con todos los adelantos conocidos hasta el presente, y con los mejores materiales, sin economías que resultan gravosas por las reparaciones que más tarde exigen.

Véase un resumen abreviado de los materiales: hormigón hidráulico, de pedernal y de cemento, para la cimentación; piedra blanca de Palazuelos y de Baides (Sigüenza) para las fachadas, combinada con granito azulado en los pisos principal y segundo; ladrillos en la construcción interior, y ladrillo blanco esmaltado con baño de porcelana, en las paredes de los patios; columnas de hierro fundido en la planta baja, y en el entresuelo, dobles, una en el interior de otra, separadas por capa de tierra refractaria; acero Bessemer para las armaduras de cubiertas y las vigas de los pisos; ladrillo-madera hueco, en los tabiques divisorios de las habitaciones; *parquet* de diversas clases de madera, en hábil y graciosa combinación, desde el más sencillo al más rico y elegante, en todos los pavimentos; azulejos en las paredes de las escaleras, mármoles de colores en los frisos y cercos de las puertas, ladrillo hueco en las bóvedas, pizarras de seis centímetros de grueso en los peldaños, y hierro forjado en las barandillas.

El aspecto de las fachadas, mejor dicho, del conjunto exterior, tiene carácter de ostentoso palacio.

Consta el edificio de planta de sótanos en toda la superficie del solar; planta baja y entresuelo que aparecen como un solo piso, con arcos rebajados en las fachadas y arcos de medio punto en los puntos centrales y en los extremos; pisos principal y segundo, figurando al exterior como uno solo, con pilastras y paramentos lisos de granito; pisos tercero y de guardillas, con el gracioso ático que sirve de remate á la construcción; torre de la rotonda ó chaflán en el ángulo formado por las dos calles, la cual se eleva, sobre el nivel de la acera, á la altura de cuarenta y dos metros.

En el sobrio y elegante decorado de las fachadas resaltan las ménsulas que soportan el balcón del piso principal: en los pilares laterales son parecidas, y en los centrales y en los extremos una sola, representando cabezas de elefante, emblema de la fuerza y de la resistencia, motivo decorativo de líneas severas y tranquilas, que reemplaza ventajosamente á la cabeza de león, de líneas movidas y aspecto de fiereza que forman rudo contraste con la estabilidad y quietud que acompañan siempre á la solidez.

El decorado de los pisos corresponde á la riqueza del edificio: el principal, bellísimo en la proporción de los huecos, ostenta jambas de piedra blanca destacándose en el fondo azul del granito, arco rebajado, repisa con dos ménsulas y clave de rica labor en el centro; el segundo tiene también jambas de piedra blanca y frontones de mucho vuelo sostenidos por ménsulas laterales; un friso de piedra tallada cierra las alturas de aquellos dos pisos, que aparecen al exterior como uno solo, y sobre él arranca el piso tercero en forma de ático, y con ventanas pareadas por esbelta columna de piedra pulimentada; encima está la cornisa de coronamiento del edificio, de un metro de vuelo, y con tallados canecillos.

En el ángulo ó chaflán ha puesto su firma, por decirlo así, de riqueza y buen gusto, la Sociedad *La Equitativa;* en el piso principal del chaflán hay grandes columnas de granito rojo pulimentado, con basas y capitales de bronce y ricas labores; la hornacina central está destinada á primorosa obra de escultura, alegoría de *La Equitativa* protegiendo la viudez y la orfandad, y sobre hornacina y grupo resalta ún tarjetón de granito rojo pulimentado, con esta sencilla leyenda, en cifras romanas: *La Equitativa, Año de 1859;* la rotonda se levanta encima del friso general del piso segundo, con pilastras y columnas ligeras y esbeltas, labrada cornisa, remate de piedra, adornos de guirnaldas y botones de bronce, y dos estatuas de cobre dorado, que con el reloj entre ambas (no colocado aún) formarán la alegoría del Tiempo: una de las estatuas, matrona con el reloj de arena, representa el *pasado*, la esfera grande y transparente del reloj moderno, el *presente*, y la otra estatua, matrona con la rueda de la Fortuna, es símbolo del *porvenir;* remata, en fin, la torrecilla en un águila real con las alas extendidas, también de cobre dorado, en actitud de sujetar entre sus poderosas garras el escudo de los Estados Unidos de Norte-América.

El decorado del interior del edificio, correspondiendo al exterior en riqueza y buen gusto, es verdaderamente suntuoso hasta en sus menores detalles: mármoles, bronces, cornisas de cartón piedra, pintura al óleo, etc., contribuyen de consuno á hermosearle y enriquecerle.

Tiene el edificio completo sistema de calefacción y de alumbrado eléctrico: de éste son buena prueba las treinta y dos lámparas de arco voltáico que iluminan las fachadas, y las innumerables incandescentes distribuídas en el interior; aquélla, ó sea la calefacción, se obtiene por medio de vapor de agua, que se produce en el sótano y recorre en cañerías ramificadas todas las habitaciones, bajando luego, ya condensado, á alimentar otra vez las mismas máquinas que le produjeron, las cuales, así como las tres dinamos que producen la corriente eléctrica, son accionadas por tres motores de 80 caballos de fuerza cada uno, del sistema tubular, é inexplosibles.

El edificio tiene tres puertas de ingreso, una en la calle de Alcalá y dos en la de Sevilla, y un ancho pasaje semicircular para carruajes, que cruza por el interior desde una á otra calle.

El Casino de Madrid ocupa ya todo el piso principal, alhajado con magnificencia y *confort*, y una parte del entresuelo, otra buena parte de éste se destina á domicilio y oficina de *La Equitativa*, y aun quedan en el mismo piso nueve huecos de fachada á la calle de Sevilla, para alquilar; en el piso segundo, en cuatro habitaciones dividido, tomará una en arrendamiento el director Sr. Rosillo, y los otros tres cuartos parece que están solicitados por un importante círculo político; en el piso tercero, también dividido en cuatro cuartos, tendrá alquilado uno, el del chaflán, el arquitecto Sr. Grases Riera, encargado de la conservación del edificio; las habitaciones del piso cuarto, anchas galerías de hierro y cristal, y azotea se destinan también á alquiler; y en cuanto á la planta baja, dispuesta para comercios, se dice que una sociedad catalana trata de alquilar algún local, y que los dueños de dos ó tres establecimientos de Madrid, muy favorecidos por distinguida clientela, piensan ponerse de acuerdo para arrendar á la vez varios huecos de fachada con destino á sus respectivas tiendas; lo cual no dudamos sucederá pronto, porque además de las ventajas de sitio tan céntrico y concurrido, tiene ese piso bajo la grandiosidad de su altura de techos y el atractivo de las luces eléctricas de arco voltáico, al exterior, ya mencionadas, que lucirán diariamente por cuenta de *La Equitativa*.

Felicitamos á ésta por su desarrollo y progresos constantes; á la honrosa representación de la misma en España por haber logrado de la justificación de la Central de dicha Sociedad, con perseverancia plausible, que sus asegurados españoles tengan iguales ventajas que los de otras naciones más importantes, incluso la garantía especial de un edificio; y, finalmente, al talento arquitectónico, que ha sabido coronar hábilmente con tan suntuosa construcción el pensamiento de la Sociedad propietaria.

Eusebio Martínez de Velasco.

(De *La Ilustración Española y Americana*)

(1) Según han publicado algunos periódicos, dicha Sociedad continúa este año aumentando sus éxitos, habiendo realizado en Enero último nuevos seguros por valor de 35 millones de *dollars* de capital.

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 13 de abril de 1891 — Núm. 485

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BESO MATERNAL, cuadro de V. Gamba, grabado por Mancastroppa

SUMARIO

Texto. – *El arte y la industria moderna*, por José Echegaray. – *Bismarck en caricatura*, por Claudio Phillips. – *La idea de la muerte*, por Rafael M.ª Liern. – *El palacio de los reyes de Aragón en Vilafranca del Panadés*, por C. V. de V. – *Un intérprete alemán de los dramas de Echegaray*, por Juan Fastenrath. – *El reino de Saba y el oro de Salomón*. – *Nuestros grabados*. – *El anillo de Amasis* (continuación). Novela original de lord Lytton, ilustrada por A. Besnard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Transporte por mar de reses vacunas. La medición eléctrica industrial*. – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. – *Beso maternal*, cuadro de V. Gamba, grabado por Mancastroppa. – Nueve grabados que representan otras tantas caricaturas de Bismarck, con los epígrafes siguientes: *Estudiando los candidatos; En el Parlamento de la Alemania del Norte; Los tres cabellos del canciller; A pesar del frío, soy siempre el pastor de estos rebaños. Muerte, prosigue tu camino; El aya cuidadosa; El piloto despedido; ¡Buen hombre, esta vez encontrarás las espinas!; En Friedrichsruhe; ¡Adiós, hijos míos! Una calle de Ginebra*, dibujo de D. José M. Marqués. – *Vilafranca del Panadés. Antigua casa palacio de los reyes de Aragón. Torre de la estación meteorológica en dicha casa palacio*. – *¡A la salud del bufón!*, cuadro de Eduardo Gelli, grabado por Mancastroppa. – Llegada á Dunkerque, el 18 de enero de 1891, del buque inglés *Bellenden*. – Figs. 1 y 2. Indicadores de corriente de M. Elihu Thomson y M. Bergmann. – *Estudio del pintor Luis Braun*.

EL ARTE Y LA INDUSTRIA MODERNA

El arte y la industria moderna presentan, según dice Mr. Guyau en su obra, al entender de algunos escritores, una antinomia profunda é insoluble.

A medida que la industria crece, se desarrolla y se perfecciona, llegando á las regiones de lo prodigioso, el arte mengua, se atrofia y se anula, desvaneciéndose lentamente en las regiones de la nada después de pasar por lo insubstancial, lo mezquino, lo grotesco, lo absurdo y lo ridículo. Ascensión gigantesca: caída lastimosa é irremediable.

Esto matará á aquello, que dijo Víctor Hugo: el arte que muere á manos de la industria, que dicen los Jeremías de la Estética.

Las estatuas de mármol, las filigranas de oro y plata del Renacimiento, los cuadros de los grandes maestros, las agujas góticas, los arabescos orientales, la piedra, el metal noble, el lienzo, el mosaico, todo lo que es arte, inspiración y genio, cede á la pesadumbre brutal de las masas férreas y queda convertido en añicos, polvo y andrajos. La Metalurgia arroja por las negras bocas de sus pozos montañas de carbón y montañas de metal, que las fábricas convierten en invencible ejército de modernísimos monstruos, y al empuje de la invasión el espíritu poético y artístico huye espantado, llevándose en la ignominiosa fuga el torso de una Venus, la cabeza de un Apolo, una copa de Benvenuto Cellini, un cuadro de Rafael, las dovelas de una ojiva y trozos de mosaico bizantino, para guarecerse con los restos de la vencida civilización en algún museo arqueológico, como se guarecen los esqueletos en las tumbas.

¡Qué más, hasta las máquinas antiguas, que aún conservaban cierta poesía, caen deshechas como viejos armatostes inútiles, ante la maquinaria moderna robusta y sabia, pero antiartística y fea! Así lo dice ó en términos parecidos Sully Prudhomme.

Un molino de viento en lo alto de una colina tiene algo de bello: sus blancas aspas giran al soplo del viento; en cierto modo lo simbolizan; puede decirse que son la móvil cristalización de sus ráfagas: ver á lo lejos cómo da vueltas la cruzada línea de sus cuatro alas, destacándose sobre el azulado horizonte, es como ver un ave cruzando por la atmósfera, es ver al viento mismo enojado sobre el agudo cono del molino. Lo sencillo, lo expresivo, lo directo pudiéramos decir del símbolo, despierta en el espíritu la idea de la cosa simbolizada: el aire vagaroso por el inmenso espacio.

El barco que con todas sus velas hinchadas va cortando las olas semeja un ave marina volando á ras de la azul y rizada superficie; y el movimiento, el blanco velamen, los altos masteleros tienen, según los clásicos del arte, una elegancia y una poesía á que no llega el negro vapor sin cordelaje ni velas casi, con su casco enorme y su negra columna de humo.

Un arco que brazo poderoso de membrudo flechero tiende para lanzar la flecha, es un arma artística: los mismos dioses la usaban; y no se sabe en cambio que ninguna deidad del Olimpo pagano se echase á la cara el fusil aguja, el chassepot ó el rifle americano de 40 disparos. ¡Bien andarían con el revólver al cinto Júpiter en sus aventuras, Mercurio en sus excursiones ó Marte en sus camorras!

No hay más: si á ciertos autores se les cree, á medida que el mundo avanza, que la industria progresa, que la metalurgia se afana, que la maquinaria de paz y de guerra se perfecciona, que la ciencia triunfa y que la industria crece, el arte huye espantado ó se metamorfosea en prosa maciza y pesada sin conservar ni un soplo de la vieja y tradicional inspiración.

No participa Mr Guyau de estas desconsoladoras opiniones, ni hace coro en verdad á estos augurios tristísimos.

Dice él y repito yo, que el arte no muere, aunque como todas las cosas de este mundo obedezca á la ley de la evolución y constantemente se transforme.

El tiempo todo lo poetiza, todo lo poetiza el espacio: tiempo y espacio son los dos grandes artistas. La distancia por sí sola envuelve en neblinas de sublime tristeza ó de grandeza sublime todas las cosas: lo que es bello, como lo que es vulgar, mezquino y aun ridículo.

Apenas hay vega ni campo que, mirado á lo largo y en escorzo conveniente, no adquiera belleza: apenas hay época histórica que no tenga sus encantos. El caso es mirar de lejos ó mirar de alto á una buena luz. Hasta una venta de la Mancha puede ser poética, y no hay zafia pastora ó sucio pastor que, al venir por la senda de la montaña, no merezca una égloga de Virgilio.

¡Ay, si muchas de las cosas pasadas fueran presentes, y qué irresistibles y qué grotescas nos parecerían!

La belleza unas veces transparenta la *unidad*; otras veces rompe en armonías, que son esfuerzos para conseguir la *unidad suprema*; también, y no en pocas ocasiones, hace ostensible la *fuerza*. Sí, la fuerza es el gran elemento estético; quizá porque la fuerza todo lo domina, todo lo absorbe, doma la variedad, signo de anulación y muerte, y recoge en sí con energía poderosa cuanto le rodea.

A la *unidad* se llega por la astucia, que es la *gracia*; y se llega por una especie de pacto y de alianza, que es la *armonía*; y se llega aun por la *violencia*, que es la *fuerza*.

La lucha, cuando la lucha es vigorosa, triunfe ó no triunfe el luchador, es elemento estético y elemento dramático; y la lucha supone la fuerza. Pastores con caramillos no batallan, descansan soñolientos entre borregos que la imaginación supone blancos: el clásico, buscando la perfección, forma armonías que mide á hexámetros, ó cuaja en mármol, ó desgrana en capiteles; el romántico comienza el combate á veces con disparatados esfuerzos, pero con esfuerzos al fin.

Y en el arte todo cabe: la perfección graciosa, la perfección severa, la perfección ansiada.

Espontánea la primera. Conseguida pacíficamente la segunda. Conquistada en el combate la otra.

Y así, para venir á nuestro objeto, la industria moderna tiene su característica y nuestras modernas máquinas su manera de ser; manera de ser que les es propia y exclusiva. El siglo del vapor, de la electricidad, del hierro y del acero, es el siglo de la fuerza. Si por acaso se llega á conseguir algo gracioso ó perfecto, tanto mejor; pero lo que importa es que cada uno exprese lo que es: lo mismo los siglos que los individuos. La locomotora es la *fuerza*; la máquina de vapor es la *fuerza*; el transatlántico es la *fuerza* también: no busquéis en el león la gracia, ni en el águila el volar de la golondrina, ni en los cuerpos musculosos de Miguel Angel las frescas, rosadas y espléndidas carnes de Rubens. Tendría que ver que en la lección de anatomía de Rambrandt tendiesen sobre la mesa, en vez del cadáver lívido, un angelote con guirnaldas de flores.

Hay una estética para la *energía y la fuerza*, como para la belleza tranquila.

La industria moderna representa las fuerzas inteligentes y las fuerzas naturales; en estos dos elementos fundará su belleza, y el siglo XIX tendrá su arte, como lo han tenido otros siglos que valían muchísimo menos.

JOSÉ ECHEGARAY



ESTUDIANDO LOS CANDIDATOS – *Kladderadatsch*, 1881

BISMARCK EN CARICATURA

La última obra de M. Grand Carteret ofrece una nueva prueba de que prosigue, ayudado de su industria, bien secundada por su entusiasmo, la importante tarea que se ha propuesto llevar á cabo, cual es, según vemos, producir una «Historia por la imagen.» Dos importantes obras, «Las costumbres y la caricatura en Alemania, en Austria y en Suiza,» y «Las costumbres y la caricatura en Francia,» son muestras recomendables, dignas de su autor. Si monsieur Carteret realiza su programa estenografiando con el pincel las costumbres y acontecimientos, producirá al fin una especie de codificación de la caricatura, á la cual podrá dar muy bien el título de «Comedia humana por la imagen.» M. Grand Carteret ha tomado su empresa muy por lo serio, y su última producción, así como las anteriores, tendrá gran valor para el estudio de los futuros artistas de nuestro siglo. Sin embargo, ese modo de tratar el asunto, el tono desapasionado y el estilo que se adopta para expresar por imágenes la opinión de la Europa moderna y de América, no tiene, como puede comprenderse, nada de extremadamente formal. Nuestro autor ha dividido su colección de pinturas referentes á Bismarck en secciones separadas, haciendo ver el tratamiento que da primero al prusiano Junker, después al gran Canciller, y por último al coloso postrado ante Alemania, Austria, Francia, Italia, Inglaterra y hasta Suiza, Bélgica, Holanda, América, Rusia, Polonia y España. Semejante obra, á pesar de su imparcialidad y del cuidado con que se procura no referirse á las enemistades nacionales, y sin tener en cuenta otras circunstancias secundarias de sin igual dificultad, no habría podido publicarse, por supuesto durante el reinado del *Canciller de Hierro*, y aun ahora nos parece demasiado pronto para darla á luz. Tal vez sea lo más cómico en esa curiosa y satírica representación de la comedia humana la dedicatoria del autor, verdadero sarcasmo que no podemos menos de dar á conocer, aunque sin asegurar si ha de tomarse también como una caricatura de las dedicatorias ó si es en realidad formal. Hela aquí:



En el Parlamento de la Alemania del Norte. – *Fígaro*, 5 de marzo de 1876



Buen tiempo Variable Tempestad

LOS TRES CABELLOS DEL CANCILLER

«A mi madre, cuyo corazón es de oro, dedico este libro sobre el *Canciller de Hierro*.»

Y ahora, permítasenos censurar al autor por no habernos presentado uno solo de los muchos retratos de su héroe. Su imagen se ha figurado innumerables veces en esa «inversión edial» que, según se ha dicho con mucha verdad, es la esencia de la caricatura; pero ninguna de las grandes series en que, bajo un tosco exterior se ha representado tan hábilmente por el maestro bávaro la verdadera personalidad, ha llegado aún á nuestras manos.

Es imposible no convenir con el autor en que el Canciller ha sido bien tratado en el conjunto, como hombre que desempeñó hasta el fin el papel de constructor de mapas y desorganizador de la moderna Europa, sin exceptuar al mismo Napoleón I. Excepto tal vez en su primer tiempo, cuando sus compatriotas no formaban muy elevada opinión de su carácter político, siempre se apareció al enemigo caricaturista en el mismo instante de la derrota como una figura gigantesca, ora fuese para el bien, ora para el mal. Tal vez se le presente como un ogro, un monstruo, una figura satánica que cubre el mundo de sombras con su maléfica influencia; pero ni aun el más mordaz verá en su persona un hombre pequeño, des-

preciable ó ridículo. Y debe advertirse que siempre se verá en Bismarck la figura política, y rara vez el individuo particular atacado por sus compatriotas ó por los extranjeros. Más feliz en esto, como en todas las cosas, que Napoleón I y que el infeliz Napoleón III, ha podido escapar en parte del Aretino y del Pasquino de su tiempo, y se ha librado de la calumnia por la pluma, la lengua ó el pincel.

Y ahora pasemos á considerar las caricaturas para las cuales ha servido de asunto la prominente personalidad del primer ministro prusiano en estos últimos treinta años, poco más ó menos. Si las de origen alemán, y las que no lo son, parecen, tomadas en su conjunto, menos virulentamente personales, más bien tratadas y más literarias que las conocidas en las anteriores generaciones, ¡cuánto les falta en cambio el carácter incisivo y la verdadera expresión! Esto sucede principalmente con las caricaturas francesas, aunque están firmadas por tan reputados artistas como Gill, Cham, Draner, Alberto Millet, Villette, Pelotell, Félix Regamey y otros muchos, aventajándolas merecidamente las que se produjeron durante el período clásico del arte, desde 1830 á 1850. ¿Dónde encontramos el terrorífico vigor dramático, la fuerza de generalización que un Daumier infunde en su famoso «Lafayette derrotado,» cuando satiriza las «lágrimas de cocodrilo» del Ciudadano Rey á la muerte de héroe revolucionario veterano?

Después del primer período de la extremada impopularidad de Bismarck, más natural es encontrar en el *Fígaro Ilustrado*, el *Kikeriki*, el *Humoristische Blaetter* de Viena y el *Punsch* de Munich, que no en el *Kladderadatsch* de Berlín, la franqueza de la pluma ó del pincel cuando tratan del gran Canciller. En las páginas de *El Fígaro* austriaco, particularmente, hállase toda una galería de escenas humorísticas que ilustran la carrera política de nuestro héroe, todas ellas ejecutadas con tal minuciosidad en los detalles y tan perfecta ejecución, que nos recuerdan la antigua escuela de grabado de Alberto Durero. Vemos al príncipe en 1863, como Bismarck-Schonhausen, sosteniendo contra el Parlamento prusiano el absolutismo del rey; y más tarde, agitando el sombrero, como Gesler, para que le adorasen como á un ídolo los temerosos diputados. Después en marzo de 1870 represéntasele descargando latigazos en las espaldas de los representantes de Prusia (véase el grabado); y luego tomando parte en las difíciles marchas y contramarchas de su famoso *Kulturkampfe* contra el *imperium in imperio* que se trataba de mantener en Roma. Entre los mejores de esos asuntos figura en primer término el que tiene por título *A la señal de las tres victorias*, aunque no puede negarse que es poco lisonjero para Inglaterra, y el que lleva por epígrafe *Volviendo á su casa en abril de* 1890, en el que se ha representado al Canciller como un primitivo gigante teutónico, que se dirige á su vivienda muy cansado, aunque bastante vigoroso aún.

La sátira figurada de los otros periódicos citados, no nos llama la atención en su conjunto por lo vivaz y lo penetrante; pero debemos hacer mención de una caricatura muy genuina y cómica que representa la *Entrevista entre Bismarck y el Czar* con el título *En Friederischruhe* (véase el grabado); y de una escena de marcado carácter, publicada por el *Kikeriki*, en la que el Canciller mide un corpulento Angel de Paz para el servicio militar, inscribiéndole como «bueno para la caballería.» El *Kladderadatsch* publicó una sátira muy buena sobre el oficialismo, titulada: *Una velada en casa de Bismarck*, y también una caricatura sumamente cómica, refiriéndose al escaso cabello de Bismarck, que lleva por título *Los tres cabellos del Canciller* (véase el grabado).

Ya hemos indicado cuánta es la moderación de los modernos caricaturistas franceses cuando se ocupan del archienemigo, y no sabemos por qué el poco sensible conquistador merece ser tratado más respetuosamente por el pincel de los vencidos que por el de sus adversarios políticos. El tipo del ogro se publicó en dos importantes dibujos debidos á Cham; uno de ellos lleva por título: *Una treta graciosa*, y el otro *¡Buen hombre, esta vez encontrarás las espinas!* (véase el grabado). Este trabajo se dió á luz en el *Charivari* de julio de 1870.

Entre 1872 y 1885 los caricaturistas franceses se ocuparon poco de Bismarck; pero en cambio los de Italia no han sido nada respetuosos en estos últimos años al tratar del canciller imperial. Esto se debe sin duda al hecho de que los tres principales periódicos satíricos, *El Papagallo*, *El Tischieto* y *El Pasquino* se publican en Turín, donde las simpatías se inclinaron siempre más en favor de los franceses que del condescendiente protector prusiano.

A pesar del frío, soy siempre el pastor de estos rebaños. Muerte, prosigue tu camino. – Dibujo de A. Villette

Ya que hablamos de los caricaturistas de Italia, haremos también mención de los de Suiza, cuyos trabajos ven la luz pública principalmente en *El Nebelspalter* y *El Postheiri*.

En sus sátiras son más exagerados que sus vecinos, y tocan los asuntos desde un punto de vista más personal, según puede verse por la muestra, que se publicó en octubre de 1889 (véase el grabado que lleva por título *El aya cuidadosa*).

M. Grand Carteret es poco justo con los caricaturistas ingleses al censurarles por su mesura cuando satirizan al príncipe, que según él parece debida á un excesivo respeto; pero nuestro artista tributa, sin embargo, varios elogios á la dignidad y fuerza de penetración del estilo inglés, refiriéndose en particular al veterano Juan Tenniel, que se distingue por la sátira política de su pincel. Dos cartones de este último, pues apenas se pueden llamar caricaturas, *Bismarck y Francia ante la Justicia* (Punsch 18 febrero 1871) y *El piloto despedido*, 20 marzo 1890 (véase el grabado), merecen especial mención y se recomiendan desde el punto de vista artístico y político. Otras caricaturas, como la que representa á Bismarck junto á los cañones, debida á M. A. Willette, *Adiós, hijos míos*, publicada en el *Strekosa* de marzo de 1890, y *Estudiando los candidatos*, se distinguen también por su vis cómica.

No seguiremos al artista que nos ocupa en su rápido, pero suficiente sumario de lo que ha hecho la caricatura rusa, polaca, española, holandesa y portuguesa al tratar el asunto de su obra, pues deberíamos extendernos en demasía. Solamente añadiré que también los americanos han querido satirizar con el pincel, pero no se distinguen en este trabajo por su chispa ni por la intención, y seguramente no sobresaldrán nunca en la caricatura. El siguiente volumen cuya publicación anuncia M. Grand Carteret llevará el título algo doctrinario de «Lección de historia: las caricaturas de los Napoleones.» Este es un asunto que promete mucho más; pero al mismo tiempo tropezará el autor con mayores dificultades para tratarle, y mucho temo que se vea obligado á suprimir lo más vital para la obra, despojándola así de una parte de su interés, pero de todos modos veremos con gusto el nuevo trabajo.

CLAUDIO PHILLIPS

* * *



EL AYA CUIDADOSA: Señoritas, cuiden de su decoro; nada de distraerse ni de mirar á los lados, si es que puede ser

LA IDEA DE LA MUERTE

«*Señor D. Enrique Marsino.*

»Hace diecisiete años me comprometí con tu padre á algo que estoy dispuesto á cumplir si á ello no se opone tu voluntad.

»Ha llegado el momento de que cumpla lo ofrecido; estoy pronto á ello; mas para hacerlo, necesito tener contigo una larga conferencia.

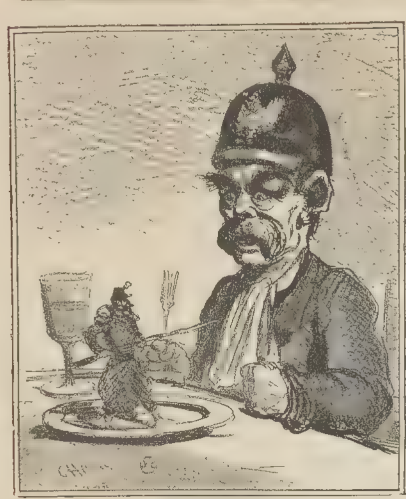
»Usando ó tal vez abusando de las prerrogativas que da la edad é invocando los derechos que sobre ti cree tener quien se llama hermano mayor de tu padre, te ruego vengas á verme.

»En esta casa serás recibido como lo hubieras sido en la tuya.

»Seguro estoy de que pronto tendrá el gusto de verte

»ANSELMO IZTURRI»


EL PILOTO DESPEDIDO. – Dibujo de Tenniel. *Punsch*, marzo, 1890



¡Buen hombre, esta vez encontrarás las espinas! – Dibujo de Cham. *Charivari*, julio de 1870

Llegó esta extraña carta á manos de Enrique Marsino cierta noche en que volvía á su casa después de haber pasado algunas horas muy alegremente al lado de unos cuantos amigos de buen humor, de unas muchachas que le regocijaron más que los amigos y después de beber un buen número de copas de chateau, laffitte, champagne, moet, chandon y jockey brandy, que convirtieron el buen humor que le transmitieran la alegría de los amigos y regocijo de las amigas en un cosquilleo de felicidad embriagadora que encendía sus ojos, hacía temblar su cuerpo, trababa su lengua y le convertía en el ser más feliz de los mortales que nacimos en este valle de lágrimas perpetuas para unos y de perpetuas carcajadas para otros.

Enrique Marsino tenía noticia de las estrechas relaciones de amistad que entre Anselmo Izturri y su padre existieron, pero no podía adivinar qué clase de compromiso hubiera mediado entre ellos.

Durante un momento estuvo mirando la carta por todos sus lados, como si en las hojas en blanco hubiera de aparecer escrito lo que él deseaba saber; pero por más vueltas que dió al papel, quedó su curiosidad sin satisfacer, pues en blanco continuaron las hojas que lo estaban y en blanco quedóse él, porque el silencio del papel no fué sustituído por ninguna idea propia que hiciera oficio de adivina, que de todo tenía su imaginación menos de maga ó zahorí.

Su voluntad por un lado y los efectos del champagne, burdeos y cognac le obligaron á desistir de su deseo de averiguar la solución de aquel enigma, y como no tenía quien le sacara de la duda, el mismo interés que Edipo tuvo en descifrar el enigma que le propusiera la esfinge de Tebas, arrojó la carta sobre su mesa de despacho y precipitadamente se desnudó y se metió entre las sabanas de su lecho, y sobre la mesa quedó la *esfinge de papel* sin que la pregunta que suscitara recibiera más respuesta que los ronquidos sonoros que lanzaba el entonces feliz Edipo de guardarropía.

Aprovechando el sueño de Enrique, y puesto que el lector ha de trabar conocimiento con él, recordando el refrán que dice que la ocasión la pintan calva, bueno será agarrarse al último pelo que en su calvicie nos presenta y retratar de cuerpo entero al que tranquila y descuidadamente duerme.

Enrique poseía una buena fortuna; era abogado; no ejercía, pero sabía gastarse su dinero mejor que si lo hubiera ganado; era en lo moral un espíritu fuerte, como dicen los franceses, y como me permito yo decir aun cuando alguien me acuse de emplear galicismos; reíase de todo, la risa en sus labios asomaba á todas horas, para él no había en el mundo más que el lado cómico; reíase de las grandezas de los unos, de las debilidades de los otros y de las mezquindades de los más.

Huérfano de madre cuando aún era muy niño, había recibido una educación exclusivamente masculina, por decirlo así. Educado por su padre, había adquirido gran desarrollo la inteligencia á expensas del sentimiento. Como él decía, por haberlo oído á un amigo suyo: en su corazón se habían desarrollado mucho los *aurículos*, que son masculinos, á costa de las *ventrículas*, que son femeninos. Había tenido muchos amoríos, pero todos ellos los había tomado como cosa de risa, pues para él, el amor no era un sentimiento, sino un motivo de chacota. Como no amaba á mujer ninguna, no creía que ninguna le amara y nunca pensó en el daño que pudiera hacer.

En el fondo era Enrique bueno, abierta su alma á todas las generosidades, de par en par su bolsillo para socorrer necesidades y aun para alimentar vicios de amigos pobres, pero derrochadores, y benévolo para perdonar pecadillos ajenos. Era, en fin, un hombre que había sido feliz toda su vida, y en el egoísmo que causa la felicidad no comprendía ciertos dolores.

En su parte física era más completo que en la moral. No diré si sus ojos eran negros ó azules, alta ó baja su estatura, rubia ó negra su barba, porque esto no hace al caso; bastará con decir que ninguna mujer casadera le miraba con desagrado, ni con agrado le miraba ningún hombre casado cuando Enrique fijaba sus ojos en la mujer de aquél.

Al siguiente día de recibir la carta antes transcrita se levantó nuestro hombre, la leyó una y otra vez y tomó la resolución de partir aquella misma tarde, acudiendo al llamamiento del antiguo amigo de su padre.

Dispuso y mandó disponer á su criado todo lo necesario para el viaje, y á las ocho de la noche salió con dirección á Játiva, donde debía parar y tomar un coche que le condujera al *Salido*, nombre de la finca de D. Anselmo Izturri, finca situada á una legua y media del pueblo de la Ollería.

En un vallecillo entre unas altas montañas había mandado construir D. Anselmo una hermosa casa con honores de palacio, rodeada de un jardín y de una tapia muy alta que ocultaba la vista del edificio á los escasos transeuntes. Grandes y copudos árboles circundaban la casa que parecía y estaba alejada de todo comercio con el resto del mundo.

La habitación más próxima distaba de *Salido* más de media legua; D. Anselmo se había creado en aquellos desiertos un verdadero paraíso. Reunió allí todas las maravillas del arte, las comodidades de la industria moderna y las bellezas de la naturaleza. Aquel fértil suelo de la hermosa Valencia le había permitido, con la ayuda del arte de la jardinería, cultivar en el jardín que rodeaba la casa las más exóticas plantas. Abunda por aquellos sitios el agua, y con ella había construído un magnífico estanque, saltos de agua, cascadas y arroyuelos, que en verano mantenían fresca la atmósfera y que con su dulce murmullo halagaban el oído. Millares de pájaros habían anidado en los árboles. En inmensas pajareras criábanse un gran número de pájaros americanos y lindos ruiseñores y elegantísimos canarios.

Si el exterior de la casa hacía pensar en el paraíso, el interior recordaba las descripciones de los palacios orientales; todo allí era artístico y suntuoso con un marcadísimo sello de arte griego, ese arte que respira vida. Nada había sombrío ni pesado. Luz, mucha luz, colores claros, estatuas sonrientes, y el rumor de las aguas, los cantos de los pájaros y aquel cielo siempre azul hacían que allí se pensara en vivir y nada más que en vivir.

Cuando Enrique llegó á divisar desde el camino la casa de D. Anselmo, que le señaló el conductor de su coche, se quedó asombrado al no ver más que unas altas tapias, y pensó que aquello parecía una cárcel ó un cementerio; pero aún fué mayor su asombro cuando puso el pie en el jardín y admiró tanta hermosura.

Un criado le condujo á una biblioteca como para sí la ha deseado el autor de este cuento. Era aquella habitación completamente circular, con una rotonda de cristales por donde se filtraba una luz que se graduaba con unos transparentes pintados con suaves colores y representando escenas de la mitología. Allí se veía á la ninfa Egeria en su bosquecillo de Ancona dictando á Numa las leyes que éste diera después á los romanos, á Icaro remontándose por los cielos con sus alas sujetas con cera, á Venus naciendo de entre las espumas del mar, una copia de la Dánae del Ticiano y otras muchas que no se mencionan en gracia á la brevedad.



¡ADIÓS, HIJOS MÍOS! – *Strekoza*, marzo de 1890

En el centro de la biblioteca y sobre un alto pedestal veíase una estatua de Minerva; dando la vuelta á la habitación, una estantería de ébano admirablemente tallada, y entre los diversos cuerpos de ella airosas columnas de plata sosteniendo bustos de hombres célebres. Atriles para leer en todas las posturas, mullidos sillones, anchos divanes con almohadones de diversas formas y tamaños, cuadros firmados por insignes pintores antiguos y modernos, búcaros, ánforas y tibores con flores y plantas que alegraban la vista.

Esperó breves momentos Enrique, y salió D. Anselmo, quien le abrazó cariñosamente y le dijo:

– Estaba seguro de que vendrías; gracias sin embargo. Estarás cansado del viaje, daré orden de que te sirvan lo que quieras y de que te conduzcan á tus



En Friedrischruhe



UNA CALLE DE GINEBRA, dibujo de D. José M. Marqués

habitaciones. Nos veremos mañana á la hora de almorzar. Hasta mañana.

Dijo esto D. Anselmo y salió de la biblioteca sin dar tiempo á que Enrique le dirigiera pregunta alguna, con lo cual aún se excitó más su curiosidad, cosa natural, pues todo aquello era bastante extraño.

Entró un criado, que se puso á su disposición; condujéronle al comedor, donde el mismo criado le sirvió la cena. Después le condujo á sus habitaciones, que eran tan suntuosas como todo lo que había visto en aquella casa que le pareció encantada.

Al siguiente día se levantó Enrique muy temprano, dió un largo paseo por el vastísimo jardín, subió después á la biblioteca, y para entretener el tiempo que faltaba hasta la hora del almuerzo y distraer así su curiosidad, que iba en aumento, se puso á hojear libros, revistas é *Ilustraciones*.

Grande fué su extrañeza al ver que casi ninguna de las obras que hojeó estaba completa; en unas faltaban páginas y capítulos enteros, en otras estaban borradas algunas líneas; algunos grabados de otras habían desaparecido, si estaban intercalados en el texto, por medio de una mano de pintura azul, y si ocupaban toda una hoja, había sido ésta arrancada.

¿Qué bibliófilo era aquel que así se entretenía en mutilar los libros y á qué obedecía aquella mutilación? Por más que pensó y buscó Enrique, no pudo hallar la explicación de aquel singular capricho

Creyó si obedecería á razones de una exagerada moralidad, pero no tardó en convencerse de que no era aquella la causa de las bárbaras mutilaciones; en algunas obras clásicas vió que habían sido respetadas frases y conceptos que hoy se consideran atrevidos y malsonantes.

Pensó en si un espíritu religioso habría borrado ideas heterodoxas; pero también encontró que en algunas obras, entre ellas las de Voltaire, habían sido respetadas ideas muy poco ortodoxas. Enrique llegó á sentirse molesto ante tantas charadas cuya solución no encontraba.

Por fin llegó la hora del almuerzo.

Entró en el comedor y ya estaban en él D. Anselmo y una mujer hermosísima, que le saludó muy cariñosamente.

– Enrique, dijo D. Anselmo levantándose del asiento que junto á la mesa ocupaba; esta es mi hija Elena; considérala y quiérela como á una hermana, y ten por cierto que ese cariño será pagado con creces. La felicidad de mi Elena y la mía está en tus manos. El sacrificio que ella y yo esperamos de ti no redundará directamente en beneficio nuestro, y sin embargo, si nos lo negases...

– Me atrevo á profetizar, interrumpió Elena, que no nos lo negará: es tan grande la recompensa, que el sacrificio ha de parecerle insignificante.

Enrique se encontró en una situación dificilísima: no se le ocurría contestación ninguna, ni era fácil en verdad que se le ocuriera; para salir del apuro acudió á una de esas frases hechas por la cortesía social. Durante un momento imaginó si todos aquellos misterios serían un prólogo inútil para venir á parar en un proyecto de matrimonio entre Elena y él, matrimonio que su padre concertara con D. Anselmo; mas al oir las frases que Elena pronunciaba se convenció de que no podía ser aquella la solución de tan complicado logogrifo.

– Estará excitada tu curiosidad, dijo D. Anselmo al terminar el almuerzo, y hora es ya de que se satisfaga. Escúchame con atención y no te extrañe si tomo la historia desde muy lejos y si en ella intercalo consideraciones que tal vez te parezcan enojosas:

«Al año de casarse mis padres vine yo al mundo; ocho años pasaron sin que mis padres tuvieran más hijos, y después, cosa rara, en el término de diez años tuve once hermanos. El cariño fraternal que Pilades sintió por Orestes y éste por aquél no fué mayor que el que yo sentí por mis hermanos

»Llegó á los quince años el que me seguía en edad y se murió. Unos á los siete, otros á los nueve y el que más á los dieciocho años, todos siguieron el camino de la muerte. En todos ellos tuve ocasión de observar que durante los pocos años que vivían no fueron felices, y no lo fueron porque sabían que habían de morirse. El frío espectáculo de la muerte le tenían siempre presente, y no gozaron de la vida por el temor á perderla. Para ahuyentar de su imaginación aquel temor, inspiré á mis últimos hermanos la idea de otra vida más allá de la tumba; les hize creer ciegamente en la inmortalidad del alma; pero ¡ay!, no por eso maté en ellos el deseo ó, por mejor decir, el instante de vivir ni el temor á la muerte que presentían; ansiaban la vida del cuerpo y no les consolaba la vida eterna del espíritu. El último de mis hermanos murió cuando yo ya me había casado, habían nacido mis dos hijas y había sufrido una nueva y horrible desgracia. Mi mujer, mi Elena, había muerto al dar á luz á mi segunda hija Amalia.

»Mi pobre hermano Miguel me dijo poco antes de morir: «Sabes por qué no somos felices, por qué es tan temprana nuestra muerte? Porque sabemos que hemos de morir. Aquel á quien la ley condena á muerte y sabe el día fijo en que ha de abandonar el mundo, va muerto al cadalso. Por algo inexplicable, por algo extraño los individuos de nuestra familia, excepto tú, tenemos horror á la muerte, y el horror que por ella sentimos nos mata. Si hubiéramos vivido engañados, si hubiésemos creído en la inmortalidad, felices hubiéramos sido, y felices nos hubiera sorprendido la muerte.»

»Estas palabras de mi hermano me preocuparon durante algunos días.

»El sentimiento extraño que él dijo existía en nuestra familia, vi que también á mí me dominaba; yo no era feliz, porque sabía que tarde ó temprano vendría por mí la muerte. Entonces decidí que mis hijas fueran felices; mas para una de ellas era ya tarde. Mi hija Elena tenía ya idea de lo que es la muerte. Tenía ya trece años. Su hermana Amalia aún no contaba más que unos cuantos meses. Elena comprendió mi idea y se ha sacrificado por la felicidad de su hermana, que ha sido educada por ella y por mí y que no tiene idea alguna de la muerte, y es tan feliz como ningún mortal lo ha sido sobre la tierra.»

»Esta es la historia de mi familia, dijo D. Anselmo; oye ahora lo que de ti pedimos Elena y yo. Tengo ya setenta y cinco años y muy pocos más puedo vivir...

– Yo, interrumpió Elena con gran tristeza, adivino que no sobreviviré á mi padre. ¿Quién cuidará de nuestra pobre Amalia? ¿Quién la mantendrá en el error que tan feliz la hace? Si de pronto llegara á tener idea de la muerte, á la muerte iría como herida por el rayo. ¡Y yo no quiero que muera mi Amalia, mi Amalia del alma!

Dijo esto Elena con gran vehemencia y escapándose de sus ojos lágrimas en abundancia.

– Yo ofrecí á tu padre, continuó D. Anselmo, darte á mi hija Amalia en matrimonio, y te la ofrezco; es más: te ruego que la ames como la amamos nosotros; mas ya sabes en qué estriba su felicidad y la nuestra. ¿La harás feliz? ¿Nos harás felices á nosotros? Amala, y no la saques de su error; deja que llegue la hora de su muerte sin que la sienta venir.

Enrique, aturdido y sin saber á lo que se comprometía, ofreció cuanto le pidieron.

Elena entonces cogió sus manos y se las besó mientras que D. Anselmo le estrechaba entre sus brazos.

Aquella misma tarde conoció Enrique á Amalia. Si le sorprendió su belleza, le maravilló su educación.

La primera parte de su promesa no le fué difícil cumplirla; amó á Amalia con el alma entera, con todos sus sentidos, y le pareció que eran poco dos ojos para admirarla y dos oídos para escuchar su voz dulcísima y acariciadora.

Amalia también le amó, pero con un amor loco y ciego, con un amor que para ella había de ser inmortal.

Muy difícil fué para Enrique sostener á Amalia en su error. Tan arraigada está en el hombre la idea de la muerte, que con dificultad reprimía juramentos de amor en que esta idea figuraba.

Amalia, que había recibido cierta educación literaria, creía que aún vivía Cervantes y Colón y Rómulo; pero no conocía ni aun el nombre de los grandes capitanes que dieron por la guerra celebridad á sus nombres, pues á la idea de la guerra había de acompañar la idea de la muerte.

Un día Enrique habló de Napoleón delante de Amalia.

– ¡Napoleón! ¿Quién, fué Napoleón?, le preguntó Amalia.

– Un grande hombre, contestó Enrique.

– ¿Qué hizo? ¿Escribió algún *Quijote*?, ¿alguna obra maestra? ¿Pintó cuadros como Murillo?

– No, dijo Enrique.

– ¡Ah! Entonces ya comprendo. Fué bueno, muy bueno, como los santos, ¿no es eso?

– Sí, sí; eso fué.

Otro día hallábase Amalia en el jardín, adonde iba Enrique á buscarla todas las tardes. Aquella tarde la encontró pensativa.

– Dime, Enrique mío; preguntó la niña. ¿Quieres explicarme por qué un canario que estaba en la pajarera de mi cuarto ha aparecido esta mañana inmóvil y frío? Le dí de comer y no comió, le puse en pie y no se sostuvo, y ya no canta ni salta Mi hermana me dijo esta mañana, como otras veces que ocurrió lo mismo con otros pájaros, que duermen, y que para despertar de ese sueño es preciso cambiar de lugar, y yo he observado que el que así se lo llevan ya no vuelve.

Una tarde llamó Elena á Enrique á la biblioteca y le dijo:

– Conozco que muy pronto voy á separarme de nuestra Amalia, y vengo á pedir tu ayuda para engañarla. Le diré que otro Enrique me espera muy lejos, que voy á buscarle y que tardaré mucho tiempo en volver. Amalia no ha conocido en el mundo más personas que á mi padre, á ti y á mí. Quizá la duela mucho separarse de mí. Consuélala tú.

Amalia escuchó la noticia de la separación con muy relativa tranquilidad.

– ¡Qué importa una separación por larga que sea, si hemos de volver á vernos! Vé, hermana mía, vé en busca de tu Enrique: si no fueras te dormirías como aquellos pájaros, y yo no quiero que sufras como debieron sufrir aquellos pobrecitos.

Elena se separó de su hermana y algunos días después se durmió con aquel temido sueño.

A las dos de la tarde de un caluroso día de Agosto murió Elena.

Amalia se hallaba en el jardín con Enrique.

El cielo, hasta entonces claro, comenzó á cubrirse de negras nubes; á lo lejos se oyó el tableteo de un trueno; los cielos se abrían y se cubrían de cintas de fuego.

Amalia sintió miedo á la tempestad, un miedo incomprensible en ella, que no podía temer á la muerte; más que miedo era una melancolía, una tristeza indefinible, que no lograban disipar las tiernas y amorosas frases de Enrique.

La lluvia les hizo huir del jardín. Enrique dejó á Amalia en sus habitaciones y fué á enterarse del estado de Elena, que ya había muerto.

Pasó al pabellón de D. Anselmo; y allí, ante el terrible dolor del hombre viejo, se olvidó por un instante de Amalia.

La tempestad seguía creciendo. Amalia sola en sus habitaciones llegó á sentir un verdadero terror. Huyó de su cuarto y comenzó á recorrer la casa gritando:

– ¡Enrique! ¡Enrique!

El cuarto en que había muerto Elena estaba abierto; á él llegó Amalia y vió el cadáver de su hermana. Quedóse muda y helada de espanto; la llamó una y otra vez; la besó; quiso abrir sus ojos, que quedaron entreabiertos y dejando ver las muertas pupilas.

– ¡Mi hermana ya no me mira, no me quiere!, exclamó llorando la pobre niña. No la han dejado ir en busca de su Enrique y se ha dormido para siempre.

Entraron en aquel momento D. Anselmo y Enrique; separaron á Amalia de aquel lugar, y sólo Enrique pudo consolarla.

Algunos meses después se casaron Amalia y Enrique.

Amalia era feliz, pero con mucha frecuencia quedábase triste y pensativa.

– ¡Pobre Elena mía! Ya no volverá nunca, nunca; no despertará de aquel sueño: también yo como ella me dormiría para siempre si me separaran de mi Enrique.

Un día despertóse en ella clara la idea de la muerte.

Tubo Enrique precisión de alejarse de ella por unos días, y Amalia sintió celos.

– En el mundo hay otras mujeres, dijo á su padre; si mi Enrique ama á otra, yo haría lo que mi hermana Elena.

– Tú, hija mía. ¡Morirte tú también!

– ¡A eso se llama morirse! Pues bien: sí, me moriría.

Volvió Enrique y calmó los celos de Amalia.

– ¿Sabes, le dijo ésta, que ya sé que dormirse para siempre es morirse?

– ¡Morirse!, dijo Enrique. ¿Y no tienes miedo á morirte?

– No; si á veces lo deseo, cuando estoy en tus brazos y conozco que me amas. ¡Qué placer dormirse y tener mis labios sobre los tuyos y estarse siempre, siempre así! Lo que no comprendo es vivir siempre, si no tuviera tu amor.

RAFAEL M.ª LIERN

EL PALACIO DE LOS REYES DE ARAGÓN

EN VILAFRANCA DEL PANADÉS

Destruída hace pocos años la magnífica casa que en la Vall del Castell había poseído la ilustre familia de Rocafort, sólo quedan como edificios importantes de la época de esplendor de Vilafranca la bellísima capilla que perteneció un día á los caballeros de la orden de San Juan, peregrino monumento del período de transición del románico al ojival, y el antiguo palacio de los Reyes de Aragón, propiedad hoy del Sr. D. José Baltá y Rodríguez de Cela, nieto y directo sucesor de D. José Baltá y Ferrer, que hace pocos



VILAFRANCA DEL PANADÉS. – ANTIGUA CASA PALACIO DE LOS REYES DE ARAGÓN

años la adquirió de los condes de Solterra, á uno de cuyos predecesores, Francisco de Palacio, la donó el rey Jaime I, con otras casas que en la misma villa poseía, el día 9 de agosto de 1236.

No hay para qué decir que semejante donación, con los honores, exenciones, franquicias y prerrogativas que la acompañaron, y se contienen en el documento de que se ha hecho mérito, fueron recompensa á los servicios prestados al soberano por el ilustre prócer, y tanto es así, que el rey no le puso otra condición y servidumbre que la de tener á su disposición, para cuando pasaran por dicha villa él ó sus sucesores y quisieran alojar y hospedarse en dicho palacio, doscientos cubiertos y catorce vasos (anáps), todo de madera, y además cuatro camas provistas de todos sus menesteres.

La donación otorgada por Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona, etc, fué confirmada en 24 de mayo de 1503 por el rey don Fernando (el Católico), en virtud de petición que le hiciera D. Francisco de Babau, sucesor de la casa de Palacio, una de las familias más distinguidas y de mayor representación entre las que en aquellos siglos, y aun en tiempos á los nuestros más cercanos, han ejercido verdadera influencia en Vilafranca y en el Panadés. Compruébanlo los términos contenidos en las letras reales expedidas en la fecha mencionada, que juzgamos oportuno transcribir, fielmente traducidas del catalán: «Y vos, querido y estimado nuestro, »Francisco de Babau, caballero de Vilafranca, por »cuanto nos habéis manifestado y acreditado ser el le»gítimo sucesor de Fracisco de Palacio, y que como tal »teníais en pacífica posesión todo aquel palacio y sus »casas contiguas que, como privilegio especial, nuestro »antecesor el rey Jaime donó á Francisco de Palacio »y sus antecesores,... aprobamos y ratificamos, y si »menester fuera de nuevo concedemos á vos y á »vuestros sucesores, con los mismos privilegios y con»diciones, la expresada donación, imponiendo pena »de tres mil florines de oro á cualquiera que á ella se »oponga, aun cuando fuera nuestra hija muy amada »la ilustrísima Juana, princesa de Asturias.»

Fácilmente puede comprenderse que edificio de tanta antigüedad como revelan los documentos fehacientes que dejamos apuntados, había de haber padecido modificaciones de no poca monta, debidas unas á las injurias del tiempo, hijas otras de las nuevas necesidades que traen consigo los cambios que se experimentan en el modo de ser de la sociedad.

Ocupado en otros siglos por familias de la primera nobleza catalana, cuando éstas, siguiendo las vicisitudes de los tiempos, abandonaron los lugares donde radicaban sus fincas para trasladarse á las ciudades más importantes, vióse abandonado al cuidado de manos mercenarias al principio, para ser convertido más tarde en viviendas de alquiler, que solicitadas primero por familias de la clase media, sólo lo fué al cabo por otras de procedencia más humilde. Fonda ó parador de segundo ó tercer orden era al adquirirla el abuelo del dueño actual. Júzguese, pues, de las profanaciones de que en el transcurso de seis siglos y medio habrá sido objeto la regia morada que tuvieron en Vilafranca los soberanos de la casa de Aragón. De su noble empleo apenas si quedaban más señales que las almenadas torres que flanquean su frente, y el escudo de las barras que campeaba en las dovelas de su amplia portada, cuyo arco en plena cimbra había sido destruído para dar ingreso á uno de los coches, que, antes de existir la vía férrea, prestaba servicio para los viajeros entre dicha villa y la capital del principado. Sin exagerar puede decirse que era sólo sombra de lo que fué, amenazando convertirse próximamente en informe montón de ruinas el día en que mal tratado por los siglos y por los hombres se rindiera á su propia pesadumbre.

Afortunadamente para los amantes de las artes en general, y particularmente para los que lo son de las glorias de Vilafranca, su ilustrado poseedor resolvió restaurarlo sin pararse en dificultades, y lo ha llevado á cabo con un desprendimiento y entusiasmo que le honran. Dirigióse para ello al reputado arquitecto de Barcelona D. Augusto Font y Carreras, conocedor como pocos de la historia del arte ojival, lo mismo en sus aplicaciones á la vida religiosa que á la civil, el cual, después de haber estudiado detenidamente lo que del primitivo edificio quedaba en pie, pudo comprender cuanto del mismo había desaparecido. Lo presentía, lo adivinaba, y los hechos se iban encargando de demostrar todo lo que tenían de fundados sus presentimientos y cuán acertado anduvo al trazar los planos para la restauración, por cuyo medio, respetándose escrupulosamente lo esencial, en lo accidental haya resultado mejorada y acomodada á las necesidades de los tiempos modernos la obra debida á los primeros soberanos de la casa de Aragón.

Mejor que cuanto pudiéramos decir para dar una idea del edificio es la fotografía, reprodución del mismo, que insertamos en este número, que representa la fachada principal después de la restauración. Contemplándola puede comprenderse que se ha procedido concienzudamente por parte del artista; mas no es posible apreciar como no sea viéndolo el conjunto de bellezas que se encierran en el elegante vestíbulo, en sus ajimeces y esbeltas puertecillas de servicio, en la amplia y espaciosa escalera cuyo pretil adornan calados rosetones del mejor gusto, en la bella galería que se cobija en toda su extensión y desarrollo y en el lindísimo patio central, que al par que comunica grandeza y majestad al conjunto y proporciona abundante luz á las habitaciones interiores, revela la disposición é importancia de las mismas por medio de las aberturas de dis-



VILAFRANCA DEL PANADÉS. – TORRE DE LA ESTACIÓN METEOROLÓGICA EN LA CASA DE LOS REYES DE ARAGÓN



¡A LA SALUD DEL BUFON!, CUADRO DE E



[illegible]

tintas dimensiones y riqueza en los detalles, practicadas en las paredes que apean sobre los atrevidos arcos de dicho patio.

¡Qué armónico conjunto el resultante de todas y cada una de las diferentes partes y de los más insignificantes accidentes de las mismas, para el espectador que colocado en la parte superior de la escalera contempla el patio, teniendo á su frente las robustas paredes de la iglesia parroquial de Santa María, que la mano del tiempo ha ennegrecido y sirven de fondo al restaurado palacio, cuyas líneas superiores se dibujan sobre el intenso azul del firmamento!

Sobre él y contemplando el edificio desde la plaza del Olí, destácase, sirviendo de remate á la torre de la izquierda, un kiosco ó templete cuyas líneas, á pesar del servicio á que se halla destinado, ha hecho el arquitecto cuanto en su mano ha estado para que no chocaran con el estilo del palacio. Los aparatos que funcionan en los ángulos del mismo advertirían al menos entendido que se trata de un observatorio meteorológico. Y es que el Sr. Baltá y Rodríguez de Cela, que no porque sienta con entusiasmo las cosas de otros siglos deja de vivir en el presente, llevado de su afición á los estudios astronómicos y meteorológicos, ha querido que Vilafranca tuviera al par y en una sola pieza un edificio monumental de los siglos medios y un observatorio que por su disposición y por los magníficos aparatos de que dispone es digno, no de una población subalterna, sino de una capital de primer orden.

C. V. de V.

UN INTÉRPRETE ALEMÁN

DE LOS DRAMAS DE ECHEGARAY

Mientras la España de dos hemisferios continúa llorando la pérdida del gran Rafael Calvo, el actor soñado por Echegaray para prestar vida á sus creaciones románticas y atrevidas, y mientras la musa catalana viste luto por el insigne León Fontova, cuyo acento parece que vibra aún en el Teatro Romea de Barcelona, como se desprenden los últimos aromas de una flor que yace marchita, en Alemania y en Austria despierta los ecos de la gloria una pléyade de eminentes trágicos y cómicos. Viena tiene ovaciones atronadoras para la ilustre coloñesa la actriz Carlota Wolter, condesa de Sulivan, la incomparable Safo y Medea de Grillparzer, así como antes aplaudía con frenesí á una sabia hija de Munich, la cómica Federica Gossmann, condesa de Prokesch-Osten, de que hubiera dicho Cervantes *que de la discreción lleva el trofeo*, y *anyorando* á su Mitterwurzer, el desertor del *Burgtheater*, se precia la Ciudad imperial de los Lewinsky, Sonnenthal, Hartmann, Baumeister, Krastl y Robert que demuestran que el *Burgtheater* de Viena es el mejor teatro del mundo germano.

Luis Barnay, que dirige en Berlín el teatro de su apellido, brilla entre los trágicos, mientras que el anciano Federico Haase debe sus laureles á su fuerza cómica, y las numerosas condecoraciones con que le han agraciado los príncipes de Alemania le habrán consolado de la desilusión que le proporcionaba el emperador Guillermo I diciéndole en audiencia particular: «Yo no doy ninguna cruz á un actor.» Pero el verdadero comediante, aunque el francés Coquelin, el que fué íntimo amigo de Gambetta, diga lo contrario, no cambiaría sus laureles por todas las condecoraciones del mundo.

El afamado Ernesto Possart, cuya voz es un fenómeno como la del famoso recitante Alejandro Strakosch, es ora un excelente Federico el Grande, ora un inmejorable Ricardo III, ora un perfecto Manfredo (no el de Echegaray en *El seno de la muerte*, sino en el drama de lord Byron).

El arrebol de la gloria ha halagado también á un joven vienés que soñaba mirar su nombre tan alto como el mismo sol, ó lo que equivale á esto, tan alto como Luis Dawison, el que fué el gozo de las gentes y á quien la fama esculpió en su templo. Este vienés, que sabe herir las fibras del sentimiento, se llama *Carlos Wiene*.

España ha de quererle como al que lucha en los teatros de Alemania por el honor de D. José Echegaray y que supo alcanzar aplausos sin cuento honrando al actor alemán y al genio español. Tengo el gusto de presentar á los lectores á Carlos Wiene en el papel de Ricardo, el protagonista del drama *Vida alegre y muerte triste*, que en Nuremberg y en Innsbruck, gracias al arte con que una señora austriaca, residente en Colonia, vertió al alemán aquella concepción del dramaturgo castellano, y merced al genio del que como actor vela en Alemania por el lustre del teatro español, ha merecido un éxito que contará entre los más brillantes que ha obtenido, y ha obtenido muchos.

El campeón del arte de Echegaray está en la flor de su edad, habiendo nacido en la ciudad más alegre y más encantadora del Danubio, en el mes de mayo de 1852. Se parece, pues, al Ricardo joven del acto I, que no mira la vida sino por el prisma de la alegría. Pero el artista lo puede todo: sabe también convertirse en el mártir de su vida licenciosa, en el Ricardo viejo, imprimiendo á ese tipo un sello artístico de maravillosa verdad. Cada vez que veo á Wiene desempeñando el papel de Ricardo ó el del protagonista del drama *Ó locura ó santidad*, que el trágico austriaco ha arreglado para la escena alemana, exclamo con el poeta valenciano José F. Sanmartín y Aguirre:

> Aún el talento profundo
> en la patria de Romea,
> hace que el teatro sea
> el más glorioso del mundo.

Los padres de Wiene quisieron hacer de él un ingeniero; pero en vez de Sagasta habían de ver en él Echegaray y Talía un aventajado discípulo. La musa de Schiller habló al niño con encanto singular en el drama *María Stuart*, siendo para él la voz de sirena que le impulsaba á consagrarse al teatro.

La historia de los que se meten á faranduleros es una Odisea, y asimismo la del joven Carlos, demostrándole que en la senda de la gloria suelen brotar espinas: había días en que gemía sin un pedazo de pan para llevar á la boca, y encontrándose cerca del puente de Fernando en Viena, pensaba si debiese buscar el fin de su miseria en las ondas. El bueno de Antonio Ascher, que fué á la sazón director del Teatro de Carlos en Viena, vió lleno de compasión á su compañero de profesión, y descubrió en el novel actor condiciones tan raras, que le contrató para su teatro.

Breslau, Viena, Stutgart y Dresde son las escaleras en que subió Carlos á una altura envidiable. En Dresde está enterrado Dawison, pero allí vive Carlos Wiene dando gallarda muestra de su talento artístico y vertiendo bellas flores en la tumba del inolvidable trágico. Ya ha juntado dineros el pobre muchacho de antes, aunque no descubría el secreto del doctor Enrique Schliemann de hacerse de un pobrecito un Creso. Vive rodeado de su familia y rico en laureles, siendo un Ricardo joven y honrado. Le quieren y admiran los habitantes de la hermosa ciudad del Elba, como los de las famosas ciudades del Danubio, del Peynitz y del Inn. ¡Ojalá que le quisiesen también los españoles!

Juan Fastenrath

EL REINO DE SABA Y EL ORO DE SALOMON

Los recientes conflictos entre ingleses y portugueses en Africa, dan un interés de actualidad á la hipótesis de que el *Linterland* de Mashonaland no es sino el famoso reino de Ofir, cuyos barcos, al decir de las narraciones bíblicas, envió la reina de Saba á Salomón con el suntuoso presente de 420 talentos de oro, unos 80 millones de pesetas. El nombre de Sofala, puerto colocado al fondo de la bahía enfrente de Madagascar, puede ser una desnaturalización del de Ofir por la adición del prefijo S; además, la abundancia de oro en manos de los indígenas es cosa probada. Pero lo que más ha llamado la atención de los viajeros ha sido la existencia, en muchos puntos del interior, de ruinas como no las hay en ningún otro punto del continente negro, y que no es, al parecer, posible procedan de construcciones levantadas por la raza autóctona.

Los exploradores Carlos Mauch, G. A. Farini, G. C. Dawnay se han asombrado ante esas inesperadas apariciones de vestigios de vastos recintos construídos con bloques de granito con regularidad tallados y cimentados á veces, que, como ciertas arruinadas torres ó como algunos restos de diques, no pueden ser atribuídos á los primeros explotadores de oro portugueses de hace cuatro siglos. Parece evidente, sin embargo, á juzgar por el aspecto de obras defensivas que ofrecen y que Mr. J. M. Stuart compara con las ruinas aztecas de México, que sus constructores debieron pertenecer á una raza conquistadora extranjera, obligada á mantener su dominación por la fuerza. ¿Se trata de alguna de las grandes potencias comerciales del antiguo mundo, como los babilonios, hebreos, fenicios y egipcios? No se puede contestar á esto categóricamente; pero al decir de Mr. O. Neil, ex cónsul de Inglaterra en Mozambique, todo parece justificar la hipótesis de que allí estuvo el antiguo reino de Ofir.

NUESTROS GRABADOS

Beso maternal, cuadro de V. Gamba, grabado por Mancastroppa. – La expresión del amor maternal es uno de los temas favoritos de los artistas modernos; puede decirse que no hay pintor ni escultor contemporáneo que, siquiera una vez, no le haya tomado por asunto de algún cuadro ó de alguna escultura. Se comprende: pocos afectos existen que, en sus diversas manifestaciones, mejor se presten á la inspiración artística; hay en él tantas bellezas, tan variados matices, hermosos todos, que no es extraño que en nuestra época, poco entusiasta de otros ideales que un día estuvieron en gran predicamento, el arte se haya apoderado de éste, revistiéndole de formas seductoras.

En los asuntos modernos á la maternidad referentes, reúnense los más simpáticos elementos del sentimiento humano. Una madre joven, elegante, cuyas líneas se animan por la influendel afecto más universal más dulce hacia su hija, y una niña en la edad en que la humana criatura más puntos de semejanza ofrece con los ángeles, de rizada cabellera y sonrosadas mejillas y en cuya frente brillan los destellos de la inocencia: he aquí los personajes de la bellísima composición de Gamba. Para condensar en un acto el amor maternal, el celebrado pintor italiano ha escogido el momento en que la madre y la hija, juntando los labios y entornando los ojos para gozar más intensamente de tan pura voluptuosidad, confunden en uno solo los dos besos salidos del fondo de sus almas y por la misma pasión creados.

Gamba, que en todas sus obras ha demostrado excepcionales aptitudes para los temas elegantes y graciosos, y cuyo pincel sabe siempre encontrar los tonos más delicados para sus finas composiciones, ha pintado en su *Beso maternal* un grupo sentidísimo y lleno de encantos, que revela un corazón abierto á todas las nobles afecciones que brotan al calor del cariño de la familia y que fecundan las lágrimas, ora de alegría, ora de tristeza, en que este santo amor se manifiesta.

* * *

Una calle de Ginebra, dibujo de José M. Marqués. – Ginebra es, sin duda alguna, la ciudad menos suiza de Suiza: su proximidad á Francia y las muchas relaciones que con esta nación mantiene danle más bien un aspecto francés, por lo que al idioma y á buena parte de las costumbres se refiere. Esto no obstante, la incomparable naturaleza helvética manifiéstase en ella con todos sus encantos imposibles de imaginar para quien no los ha contemplado; el lago Lemán es buena prueba de lo que decimos, y él solo bastaría para incluir á la ciudad en donde ejerció Calvino su dominio espiritual entre las más pintorescas poblaciones europeas.

Mas no es únicamente en las afueras donde tales bellezas se ostentan; también las tiene Ginebra en su interior, y si algunas pueden escapar á la curiosidad del turista, no faltan artistas que sepan apreciarlas y admirarlas cual se merecen.

Una de las calles de la ciudad que atraviesa en toda su longitud el Ródano hubo de llamar con justicia la atención de Marqués, quien empuñando el lápiz y abriendo el álbum, que no abandona nunca en sus viajes y que trae siempre lleno de preciosos apuntes, trazó el dibujo que hoy reproducimos, y en alabanza del cual nada hemos de decir nosotros que tantas veces hemos hablado con merecido elogio de su autor, sobre todo de sus estudios suizos, demostración elocuente todos ellos de cuán bien siente y ejecuta nuestro distinguido colaborador y del buen gusto que le caracteriza en punto á elección de temas para sus obras.

* * *

¡A la salud del bufón!, cuadro de Eduardo Gelli, grabado por Mancastroppa. – Esos infelices seres deformes y raquíticos que hoy inspiran lástima y para los cuales la caridad y la filantropía han creado en algunas partes benéficas instituciones sirvieron en otros tiempos de entretenimiento á los señores, que no perdonaban medio alguno, por contrario que fuese á la ley moral, para proporcionarse alegres distracciones en sus tristes y aisladas mansiones señoriales.

Y no fueron solamente los nobles los que tal aberración fomentaban, también los reyes tenían á gala poder ostentar en sus espléndidas cortes bufones contrahechos cuyas gracias rayanas casi siempre en desvergüenzas más de una vez hicieron desarrugar el ceño al monarca y provocaron las carcajadas de los cortesanos á costa de la dignidad y aun de la honra de alguno de sus compañeros.

Su vena satírica tenía ancho y libre campo en los palacios de los magnates: todo les estaba permitido á los bufones; podían ser insolentes, agresivos, desvergonzados, con una sola condición, la de hacer reir. La desfachatez, la irreverencia misma hacia aquellos que de otros labios sólo adulaciones admitían, se perdonaban en gracia al ingenio.

Los que de tan triste privilegio disfrutaban, triste sí, porque únicamente á sus deformidades lo debían, vestían ricamente, eran con magnificencia alojados y comían los manjares más suculentos que alternaban con los vinos más exquisitos. Fuera de la corte no les faltaban tampoco amigos y admiradores, con los cuales corrían aventuras y francachelas, en las que los chistes del bufón eran celebrados con risotadas ruidosas, á las que no ponían freno la formalidad y los respetos propios de la etiqueta cortesana.

El cuadro de Gelli representa á uno de estos desdichados bufones contrahechos en el momento en que llega á la taberna, en donde le esperan capitanes aventureros, que le acogen con entusiasmo y uno de los cuales copa en mano se adelanta á recibirle brindando á su salud.

En aquella figura rica y grotescamente vestida, ha sabido concentrar el artista todas las cualidades del tipo histórico que ha tomado como protagonista de su lienzo, condición que también se advierte en los militares, personajes bien estudiados y con destreza reproducidos. El fraile mendicante que se ha recogido en la taberna, donde le regalan con aquella caridad que en aquellos tiempos se acostumbraba, forma un contraste perfectamente entendido, que hace resaltar más el lado brillante del festejado y majestuoso bufón.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

»¿Qué haces aquí? ¿Qué haces?... ¿Por qué te retardas en los senderos de la vida humana? ¿Por qué andar así disfrazado entre la gente honrada?... El mal está en ti, porque encierras algo de sacrílego en tu pecho. ¡Huye! Llevas un disfraz y te han marcado con un sello Mientras sea tiempo aún, apártate de todo lugar habitado, lejos de los hombres y más lejos aún. ¡Huye de ti mismo, condenado, huye!...

Segunda página. – »¡Mujer! ¡Cisma eterno en el alma del hombre! ¿Por qué le despojas de su fuerza, puesto que este robo te debilita? ¿Por qué le privas de su voluntad, puesto que tú pierdes tu energía? ¿Quién te dió y con qué fin, sino para tu propia pérdida, la fuerza irresponsable y sin límites que ejerces sobre nosotros?

»Un año tras otro, día por día, hora por hora, me he absorbido en el estudio de esa alma deliciosa. He vivido en el silencio y la calma, reteniendo el aliento para seguir en sus menores fases el desarrollo de esa rica naturaleza. ¡Con qué ternura he vigilado el crecimiento de tantos gérmenes deliciosos! Yo conocía los cuidados que cada uno de ellos reclamaba; hubiera podido decir qué flor prometían... ¿Y ahora?...

»¡Una brisa de estío, un soplo pasajero, un tibio efluvio, tal vez una vuelta de vals, una canción, ó solamente la ligera influencia de un roce accidental han decidido de su suerte y de la mía, dando la llave de ese paraíso á un húsar!... ¡Ah! La desgracia no viene por los caminos bien guardados; pero ¿qué importa? ¡Viene!...

Tercera página. - »¡La muerte, el fin, la nada!... Esto es cuanto veo al término de toda carrerra. Tú has sufrido ayer para sufrir también hoy. ¿Y de qué vienes á quejarte ahora? ¡Querías vivir; pues ya has vivido! ¿Quién te prometió más?... No, no es verdad, yo no he querido vivir nunca y jamás dije á nadie: «Abreme las puertas de la vida.» Y si yo no he pedido esta existencia, ¿quién puede obligarme á conservarla?... Sea. ¡Pero si la muerte no fuera nada!... ¡Y si la vida y de consiguiente el dolor no tuvieran fin!

Cuarta página. - »..... ¡Ah! ¡Cuán profundamente penetran en mi corazón las raíces del pasado!... Es inútil que yo, extraño sepulturero, intente desenterrar todos esos muertos queridos que florecen en el jardín del recuerdo; á cada golpe de azadón la sangre brota y siento que todo ese pasado vive y palpita... Mi infancia me sonríe á través de sus lágrimas y suplícame exclamando: «¿Qué mal te hemos hecho, amigo?»

»¡No, no puedo! Sonreídme como en otro tiempo, dulces estrellas inocentes de mis jóvenes años; yo no sé si me habéis hecho mal, dulces ojos brillantes, pero sí que no os apagaré nunca!

Quinta página. – »En la vida todo se comienza de nuevo; vuelve tú, pues, pobre alma mía, á comenzar tu tarea, puesto que has despertado ya; mas no te detengas para contemplar las ruinas del pasado, porque se ha perdido y no puedes reconstruirle. Y sobre todo, no edifiques más. La felicidad es un ave del cielo; sale del seno de Dios, y no gusta de la morada de los hombres. Va y viene, remonta el vuelo y detiénese mientras que tú apuras la vida en buscarla. Duerme más bien, sí, duerme descuidada, inconsciente, inerte; tal vez entonces el ave celestial desplegará sus brillantes alas sobre tu frente llena de sueños. Retén el aliento, no hables, no le des la bienvenida, porque apenas hayas dicho «¡ya la tengo!» habrá huído para no volver jamás.

Sexta página... – »¡Al fin! Un resplandor divino que baja de las celestes cumbres, se difunde en mi alma, la fortifica y la invade, y á su luz fulgurante veo la imagen más sublime que el hombre pueda contemplar en esta tierra.

»¡El Deber!

»¡Yo te saludo, brillante arcángel, que aplastas bajo tu pie victorioso la hedionda serpiente! Tu voz nos llega del otro mundo: los que la escuchan hallan en ella el consuelo y el reposo.

»¿Cuál es mi deber?

»¡Comenzar de nuevo el sacrificio, el sufrimiento silencioso.»

JULIETA Á TERESA

«Me considero feliz al decirte que nuestra ansiedad respecto á Conrado se ha desvanecido ya. Su vigorosa constitución ha resistido victoriosamente á la fiebre que nos alarmó en un principio.

»El necio temor que me infundía tener que anunciarle mi matrimonio era de todo punto injustificado; y cuando después de restablecido, nuestro padre le dió cuenta en mi presencia y la de Félix de las promesas que nos habíamos hecho, mi corazón latió con tal fuerza y me asusté tanto, que no osé arrostrar su mirada, aunque comprendía que la suya estaba fija en mí. Pero Conrado se contentó con decir: «¿Cómo habéis podido suponer, hijos míos, que esto pudiera ser cosa nueva para mí? Yo sabía hace largo tiempo, y mucho antes de que pudierais pensarlo, que os pertenecíais uno á otro. Mi más caro deseo se ha realizado ya, y tan sólo esperaba este instante para deciros que yo también tengo hecha mi elección; de modo que en Larnstein habrá dos bodas en lugar de una.»

»No puedo expresarte, querida Teresa, el asombro que nos produjo esta noticia, y te aseguro que me alivió del gran peso que tenía en el corazón... ¿Lo confesaré? No estoy tan satisfecha como debería, y la elección de Conrado me disgustó, pues destruye el ideal que de él había concebido. ¡Me parecía siempre tan desinteresado!... ¿Conoces el interminable pleito sostenido por causa de la propiedad de Weisemberg en Als? El dueño actual no tiene hijos, y su sobrina es heredera de sus bienes: esta circunstancia dificultaba todo arreglo; pero se hicieron en secreto proposiciones para terminar la diferencia por una alianza entre las dos familias. Parece que el objeto de la última excursión de Conrado á Breslau fué visitar á la heredera, y dijo que su presencia confirmó la impresión favorable producida en él por todo cuanto había oído decir antes sobre su carácter y educación, por lo cual acababa de tomar su partido. Sin embargo, nada se ha fijado aún y de consiguiente te ruego que por de pronto consideres esta carta como confidencial. ¿No es casi increíble? No puedo acostumbrarme á esta idea. Según el conocimiento que tengo del carácter de Conrado, comprendo que el matrimonio sea para él asunto de la más detenida deliberación, pues obra muy poco por impulso.

»Pero cuando le oigo hablar de la joven heredera de Weisemberg, cuyo corazón, segura estoy de ello, late más apresuradamente tan sólo al oir el rumor de sus pasos, me aflige pensar que para el hombre con quien se une la pobre niña no vale apenas más que un antiguo pleito.»

FXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¡Desgraciado el ser humano, hombre ó mujer, á quien se considere como un ser superior! Los talentos ordinarios son tan incapaces de experimentar una simpatía inteligente por los que les aventajan, que su admiración, aunque no sea envidiosa ni recalcitrante, conviértese en terrible tiranía.

»En cada carácter formado por la mano de la naturaleza hay cosas anómalas, defectos de simetría, desigualdades en número incalculable; pero en los caracteres que nos atribuímos mutuamente se exige una conformidad invariable en los tipos según los cuales los concibió nuestro espíritu; cada uno de ellos debe ser una máscara rígida, sin elasticidad, que una vez puesta no se debe quitar jamás. Supongamos que un hombre tiene cierta reputación de fuerza ó de sabiduría superior: sus más caros amigos, sus parientes más próximos no le perdonarán nunca un momento de debilidad ó desfallecimiento moral; le han impuesto arbitrariamente un carácter de su propia creación y llámanle su ideal de aquel hombre mismo, insistiendo para que adopte esa forma ideal, se mueva y respire como ella.

»Pero ¿y si no puede hacerlo?... ¡Pues entonces, que deje de vivir, de respirar y de ser!... ¡Oh! ¡Si se pudiera escapar por una vez, ó para siempre, de esa prisión aborrecida y sofocante, que cada día es más estrecha é intolerable y está más cerrada!

»¿Y si yo pudiese?... ¿Qué sucedería?... En el momento mismo de mi primera evasión y de hallarme en una atmósfera verdadera y real, la confianza y el afecto se convertirían en desprecio y execración y exclamarían: «¡Atrás, impostor desenmascarado, hipócrita y embustero!»

»Ciertamente no existe bajo el sol despotismo más cruel que el del aprecio falto de simpatía.»

JULIETA Á TERESA

«No se ha fijado aún día para nuestro matrimonio y los amores de Conrado parecen progresar con mucha lentitud. Habla vagamente de ir á Breslau á fin de mes y supongo que mi enlace se verificará á su regreso. Seré muy feliz si antes de salir de Larnstein veo á nuestro querido Conrado contraer la unión apetecida por él hace tanto tiempo. Mi vida es aquí tan completamente feliz, que la idea de un cambio, por dulce que pueda ser, me hace temblar. No creo que mi amor ó el de Félix disminuyan, pues parece que hemos nacido el uno para el otro; pero cuando miro á mi alrededor y considero cuán grande es la parte de dolor que á cada cual se nos ha señalado en la vida, pregúntome con una especie de terror santo ante esa felicidad sin nubes, si es posible que una dicha tan grande como la mía dure siempre...

»Pero he aquí á Félix; le he prometido dar con él un paseo por el molino á eso de las cuatro, y aunque ha venido media hora antes, no puedo hacerle esperar, porque soy una esclava á todas horas del día. Adiós, pues, por el pronto, mi querida Teresa.

»Tu tierna y querida amiga

»JULIETA »

EXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¿Quién es ese verdugo tenaz é insaciable?...

»¿Un deseo?...

»No, no es un deseo. Al fin he reconocido su verdadera naturaleza; es menos y más que un deseo. ¡Es una envida ardiente!

»Aún tiene la fascinación de la mentira y el terror de la verdad; no promete ni afirma, pero reclámalo todo con insistencia, con la avidez feroz y salvaje de una fiera. En vez de dominarse, excítase por la vista de lo que es inaccesible. Lo que está prohibido le aguijonea hasta el frenesí y lo busca con avidez. Vacía por sí misma, precipítase en el vacío; lo que ama es la investigación por la investigación, la persecución sin objeto, la carrera sin meta determinada.

»¡Demonio roedor, sal de estas venas que has envenenado y en las cuales te ocultas como en una emboscada! Harto conozco tu nombre infernal. No eres el amor, sino la lujuria. ¿Debo ceder á tan vil tentador, yo, mártir de una fe tan pura?... ¡Jamás!...

»Bajo un disfraz podrías engañar un instante la credulidad de un espíritu enfermo; pero no á mí. ¡Te desafío!... ¡Por más que hagas penetrar en mis carnes vivas tu virus de perro hidrófobo, no arrancarás una concesión á la pureza inflexible de mi alma; pero osa usurpar aun la figura de la esperanza, ó profanar, al pronunciarle, el nombre de prometida, y te daré muerte, aunque debiera sucumbir del mismo golpe!»

JOAQUÍN FURCHTEGOTT SCHUMANN,

Á LA BARONESA TERESA LUTZOW DE MEYENDORFF

«Ilustre señora:

»Tomo la pluma humildemente, como mi deber y mi profundo respeto lo exigen, para dar cuenta á su señoría de la irreparable desgracia que á Dios plugo imponer á la noble familia del conde, mi alto señor y muy querido amo.

»Por eso, ilustre señora y en cumplimiento de las órdenes expresas que he recibido, me atrevo á dirigirle estas tristes líneas, porque el señor conde espera que la apreciada presencia de vuestra señoría aliviará la inmensa aflicción de la señorita Julieta.

»Confío que dispensará á su humilde servidor si

con este triste relato, que el deber me impone, ocasiono un pesar profundo á vuestra señoría.

»Ayer, 14 *hujus*, *scilicet*, día de la Elevación del Santo Sacramento, á las ocho de la mañana, que era muy nebulosa, los dos señores jóvenes, mis nobles amos, quisieron ir al río para cazar patos. Cuando saltaron á la barca, soplaba un ligero viento del Sur en dirección de la corriente, y por lo tanto pusieron una vela pequeña, lo necesario para gobernar la lancha. Su intención era atravesar el río Weidnitz en el punto en que comienza la gran curva, más allá del molino antiguo, que está á tres cuartos de legua (salvo rectificación, pero lo más aproximadamente posible), frente al gran pantano bien conocido de vuestra señoría

»Con los señores iba el hijo del guarda, joven de buen carácter y muy honrado, como vuestra señoría no lo ignora, y dejaron á la perra correr tras ellos por la orilla. Mi joven señor Félix estaba muy alegre en la mañana en que ocurrió el triste acontecimiento, mucho más que de costumbre, según lo observó el hijo del guarda, quien ha declarado también que, mientras el señor Conrado estaba en el timón, el conde Félix se había colocado de pie en cada lado de la barca, haciéndola balancear, con gran contento suyo, tan pronto á un lado como á otro, cual si fuese una cuna.

»El señor Conrado le suplicaba muy formalmente que permaneciera quieto, diciéndole que el agua era muy profunda en aquella parte del río, y que si por desgracia llegaba á caer no podría nadar, á causa de sus pesadas botas de caza A pesar de todo, el joven señor estaba tan extraordinariamente alegre, que no hacía caso de cuanto se le decía, limitándose á contestar «que sus pesadas botas impermeables le parecían tan ligeras como un par de escarpines.»

»En aquel momento, ilustre señora, un corzo, según me han informado con toda exactitud, salió de la espesura inmediata al río, y la perra, que es animal de buena casta, aunque un poco salvaje, pero que se conducirá mejor cuando esté amaestrada, comenzó á correr en seguimiento del corzo y no quiso volver cuando se la llamó.

»Entonces mis jóvenes señores, dejando saltar á tierra al hijo del guarda, diéronle orden de buscar la perra é ir á reunirse con ellos otra vez un poco más allá, frente al pantano.

»El muchacho me refirió que, mientras corría tras la perra, pudo oir algún tiempo aún las carcajadas de mi ilustre amo el joven conde; pero transcurrió una hora antes de que pudiese volver, después de haber castigado al animal como merecía Entonces se dirigió al sitio indicado; mas al llegar, vió con gran sorpresa que la barca estaba mucho más allá del punto que se le señaló y que flotaba vacía, sin que se hallase, ni cerca ni lejos, ninguno de los dos jóvenes señores El muchacho pensó al pronto que sus señorías habrían ganado el pantano y que la barca mal amarrada, se había desatado. En su consecuencia esperó bastante tiempo inmóvil, para no espantar á los patos; pero al fin, como no oyese nada y temiera algún accidente enojoso, disparó algunos tiros. Ni esta señal ni sus llamamientos y voces obtuvieron contestación alguna. Entonces, al mirar á su alrededor, muy perplejo, llamóle la atención algo suspendido en la rama de un sauce, por la parte del pantano grande; y cuando el muchacho llegó cerca del árbol para averiguar lo que era, reconoció el sombrero de su señor, el conde Félix. En el mismo instante la perra aulló tristemente.

»Ilustre señora, entre la gente de nuestro país y sobre todo tratándose de cazadores, esto se considera como un mal presagio, y en la presente y dolorosa ocasión era verdaderamente malo.

»Entonces, sin poder contener sus lágrimas, el muchacho corrió al castillo, donde su presencia produjo gran trastorno.

»Añadiré que el que escribe estas líneas, su muy humilde servidor, se hallaba casualmente en el castillo, y que seguido de algunos compañeros, corrió al sitio en que había ocurrido la escena fatal. Allí pusimos á flote una barquilla para explorar el fondo con largas pértigas, pero la corriente era rápida y siento decir que nuestros esfuerzos fueron infructuosos. En aquel momento, las orillas estaban ya llenas de gente y hubo varios hombres que se arrojaron al agua, sin que ninguno pensara en su propia vida: tanto es el amor que todos profesan á la noble familia del señor conde.

»Al fin, algunos de los que estaban en el agua comenzaron á proferir gritos y á llamar á los que íbamos en la barquilla, y al llegar al sitio fatal, presenciamos un triste espectáculo: el cuerpo de mi señor el conde Conrado llevado en brazos de aquéllos, porque había perdido el conocimiento; tenía la ropa empapada y el rostro tan cubierto de cieno y de agua, que daba lástima verle. Observé que las manos estaban estrechamente unidas detrás de la cabeza.

»En tal estado condujímosle al castillo, donde, por la gracia de Dios, el doctor se encontraba allí, porque mi ilustre señora, la noble madre del señor conde, padecía de un lumbago agudo. Por medio de algunas fricciones, el calor y otros remedios, se le pudo volver á la vida, pues ya estaba moribundo; pero no se ha descubierto rastro ni vestigio del joven conde Félix, á quien siempre lloraremos.

»El infeliz hermano del difunto, el señor conde Conrado, tiene el ánimo tan perturbado y afligido, que aún no se han podido precisar los detalles exactos de ese triste acontecimiento. Vuestra señoría sabe muy bien ya que el señor conde amaba tiernamente á su hermano, y ahora hállase agobiado por el profundo pesar que le causa tan dolorosa pérdida, tanto que parece estar fuera de sí: digo esto con el debido respeto que vuestra señoría merece.

»Parece, sin embargo, demasiado cierto que nuestro joven señor Félix cayó al agua mientras que hacía oscilar la barca, según ya he dicho, y su infeliz hermano debió hacer desesperados esfuerzos para salvarle, pues no sólo tenía las ropas cubiertas de hierbas y arena, que se adhirieron sin duda mientras se hallaba en el fondo del río buscando al difunto Las botas se habían estrechado de tal modo, que fué preciso cortarlas para quitárselas.

»Al terminar estas tristes líneas, permítame su señoría añadir que, á no ser por las órdenes expresas del señor conde, no me habría atrevido á tomar la pluma.

»También tengo el honor de manifestar á su señoría que he dado orden de preparar varios tiros de caballos en todo el camino, á fin de que su señoría pueda llegar al castillo con toda la celeridad posible.

»Con el más profundo respeto y como es de mi deber, en cuanto estas tristes circunstancias me autorizan, tengo el honor, ilustre señora, de ofrecerme como su más humilde y obediente servidor,

»*Joaquín Furchtegott Schumann*

»Intendente del señor conde de Roseneck»

IX

LA MANO DE SEB KRONOS

Los papeles que me había confiado el conde de Roseneck arrojan poca luz sobre los años que transcurrieron entre los acontecimientos referidos en el capítulo anterior y los que aún debo relatar.

Todas las cartas escritas por Julieta á su amiga, la señora de Meyendorff, durante el primer período de su viudez virginal, fueron retiradas de la correspondencia antes de entregármela, y no he tenido ninguna indicación sobre lo que pasó en Larnstein seguidamente después de la muerte del conde Félix, como no sea un extraño librito de memorias, lleno en gran parte de reflexiones religiosas, pero que también contiene algunas raras notas trazadas con mano débil, sin duda por la madre, y casi de todo punto ilegibles.

El pesar que el conde y la condesa experimentaron por la muerte de Félix debió aumentar su ansiedad respecto al estado de salud del primogénito, único que sobrevivía de todos sus hijos

Insensible á la presencia de los que le rodeaban, Conrado vagaba por todas partes como un espectro que no puede hallar reposo en ninguna. Pasaba días enteros en el lugar mismo donde se le encontró después de la desesperación de Félix, observando el río con extraviado mirar; y llegada la noche, el rumor de sus pesados pasos no se detenía nunca ante aquellas puertas que ninguna mano abría ya. A las altas horas de la noche oíasele pasear en su habitación, siempre cerrada con llave; y sus padres, poseídos del dolor más profundo, no trataban de perturbar aquella soledad Al pasar por delante de su estancia percibían algunas palabras y á veces gemidos.

De repente, no obstante, notóse en él un gran cambio: por más que siguiera mostrándose taciturno, entregóse de nuevo con toda regularidad á sus quehaceres anteriores. Al rayar el día, montaba á caballo y ocupábase activamente hasta la noche en sus propiedades. Acompañado del inspector, visitábalo todo, ponía orden donde era necesario y adoptaba para el porvenir medidas que parecían indicar la intención de ausentarse por largo tiempo. En el transcurso de una sola semana fué tres veces á Breslau; á la siguiente visitó también esta ciudad, pero esta vez no volvió. Tres días después, el cochero que le había conducido regresó con una carta para el anciano conde, carta en la cual Conrado se despedía de su familia en términos que indicaban la vehemencia de su pesar y en la que menudeaban las reconvenciones incoherentes contra sí mismo por la muerte de su hermano. Decía que desde entonces la existencia era para él una carga apenas tolerable; que no podía esperar tranquilidad ni alivio mientras permaneciese en los lugares que á cada momento le recordaban la causa de su aflicción, y que por lo tanto había resuelto marchar á San Petersburgo á fin de alistarse en el ejército ruso, que se hallaba entonces en el Cáucaso. Suplicaba á su padre, á su madre y á Julieta que perdonasen su memoria en el caso de que no volvieran á verle.

A la familia no le sorprendió mucho esta resolución ni los términos en que se anunciaba. Comprendía que Conrado no tenía motivo alguno para dirigirse reprensiones; pero la desgracia que acababan de sufrir era tan imprevista y tan estrechos los lazos de unión de los dos hermanos, que se podía admitir que solamente el hecho de haber sido único é impotente espectador de aquella catástrofe acrecentaba más aún la angustia producida por el recuerdo.

Conrado estuvo cerca de tres años ausente de Larnstein; sus cartas eran raras y cortas; pero en la primavera de 1817, su padre recibió al fin una muy larga en que anunciaba su regreso. Cuando la familia penetró en la habitación del anciano conde, halláronle muerto en su sillón con la carta en la mano: había fallecido sin sufrimiento á consecuencia de un ataque de apoplejía, y sus ojos estaban suavemente cerrados, cual si se recreara en la esperanza de la vuelta de su hijo.

Conrado, pues, entró como dueño y señor en Larnstein, donde aún reinaba el duelo. El paso firme que entonces resonó en el antiguo salón del castillo era el de un hombre acostumbrado, por la fatigosa vida de los campamentos bárbaros, á sufrir y á mandar; su elevada estatura comunicábale un aspecto más digno, que parecía realzar su persona, y por su vigorosa contextura asemejábase á una estatua de bronce en que un escultor hubiese encarnado la figura de un semidiós soñado por él. Además observóse en Conrado como carácter distintivo esa bondad propia de los hombres que supieron dominar violentas pasiones; que han adquirido por lo mismo confianza en su fuerza, la cual llega á ser su prerrogativa, y que imponen su autoridad á los demás. Es el atributo de aquellos á quienes toca en suerte una precedencia indiscutible en la gran ceremonia de la vida.

No obstante, el cambio más imprevisto en Conrado era su afán de hablar á menudo y con franqueza de todo cuanto era más doloroso en los recuerdos de Julieta y de su madre. Lejos de eludir este asunto, procuraba que se fijase en él la atención, y hacíalo de una manera tan delicada y discreta, que las dos damas se acostumbraron irresistiblemente á conversar sin reparo de todo cuanto se refería á la muerte de Félix. Así, poco á poco, bajo la influencia eficaz de Conrado, estos recuerdos dolorosos se confundieron armoniosamente en el gran cuadro de las cosas pasadas; conservaban el sello de la melancolía, pero dejaron de ser tan tristes. Conrado desplegó la más consumada habilidad en la composición sugestiva de esta pintura mental, suavizando poco á poco todos los rasgos algo duros del fondo, dando á veces un retoque más vivo en los primeros planos y esforzándose para disimular cuidadosamente la parte de iniciativa que en esto había tomado.

Los pensamientos de Julieta se habían fijado durante dos años en estos tristes recuerdos, en el continuado silencio de un aislamiento riguroso; pero comenzaba á comprender el encanto de que se privara tan largo tiempo, es decir, la comunidad de ideas y el consuelo que proporcionaba interesarse en las mismas cosas. Conrado se valió de todo su arte para que considerase el cambio que en ella se operaba como resultado espontáneo de su propia voluntad, y en esta obra de consuelo apelaba á los esfuerzos más infatigables y á la más continua paciencia.

Poco más de un año después de su regreso á Larnstein, la anciana condesa fué á reunirse con su esposo y se la enterró junto á éste en el panteón de la familia Como Julieta y Conrado se hallasen junto á la tumba de su madre común, la muerte, que reunía de nuevo á los ancianos padres, parecía indicar á los dos jóvenes que solamente su unión les preservaría de una soledad insoportable, y Julieta no encontró nada que oponer cuando Conrado abogó en favor de este enlace, no con la pasión de un enamorado, sino con el sentimiento patético de un amigo fiel á toda prueba. Hizo esta súplica con la abnegación completa del que sacrifica todo deseo personal, como hombre que renunciaba á toda dicha, cualquiera que fuese, desde el momento en que él no tenía derecho para esperarla, ni ella podía concederla. Por otra parte, hubiérase dicho que, demostrando la mayor delicadeza, miraba como suyas to-

das las consideraciones de interés exclusivamente personal que hubieran podido impulsar á Julieta á no rehusar la proposición. Así llegó aquélla inocentemente á considerar como noble deber y santo sacrificio una medida ante la cual hubiera rotrocedido con invencible repugnancia en el caso de basarse en razones de un orden diferente. En vez de decir: «Eres huérfana,» decía: «Soy huérfano.» Hubiera podido evocar las relaciones que entre ellos crearon recuerdos comunes del pasado y un mismo sentimiento por la pérdida de los que ya no existían, como si estas relaciones hubiesen llegado á ser por costumbre necesarias para su vida; pero no hacía alusión sino considerándolas cual origen de fuerza vivificante para él mismo.

No obstante, en el alma de Conrado no había tanta tranquilidad como pudiera creerse, á juzgar por el aspecto exterior. Hallaremos una indicación de su estado en el fragmento siguiente de una carta de Julieta, escrita unos meses antes de la muerte de la anciana condesa y antes también de sus desposorios con el conde.

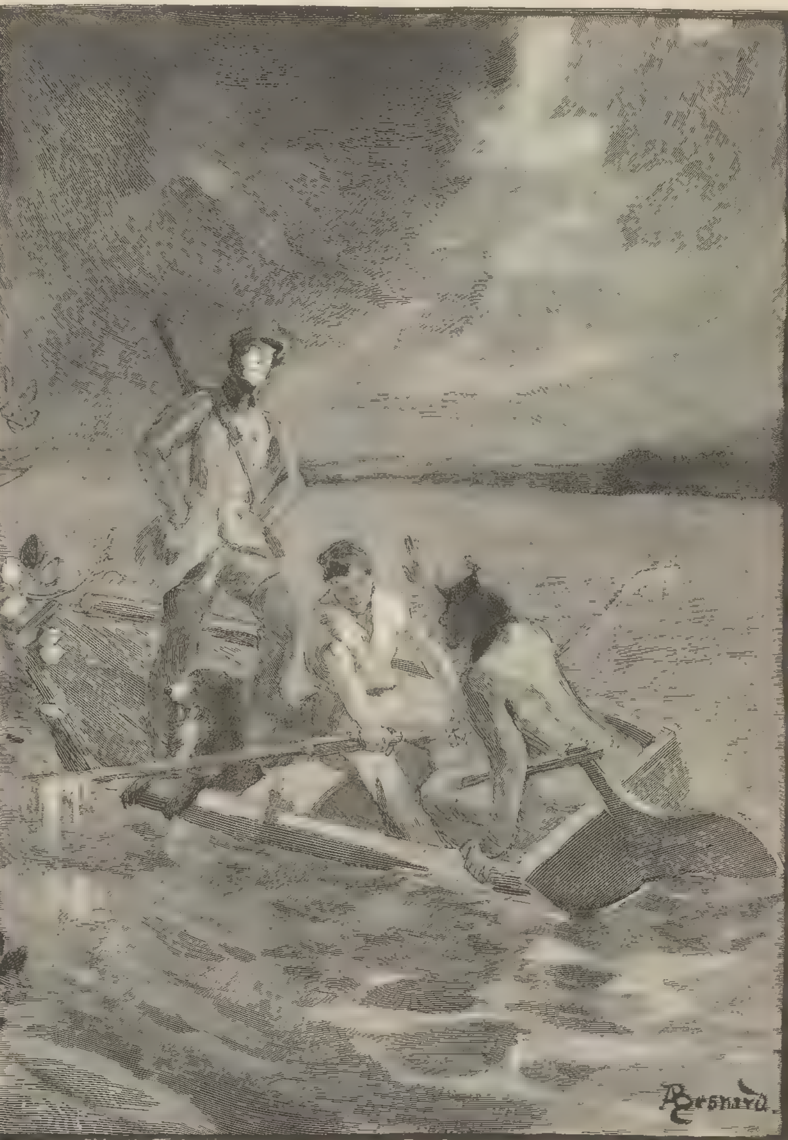
ULIETA Á TERESA

(Extracto)

«Comienzo á temer que las fatigas de su última campaña han producido una gran alteración en la salud de Conrado, hasta un punto que su aspecto habitual y su gran fuerza muscular no permiten reconocer. Hay momentos en que su rostro parece perder completamente toda la sangre; sus ojos están á veces fijos y vidriosos y sus facciones se contraen como por un espasmo terrible. Semejantes ataques, según dice, son efectos ulteriores de una fiebre violenta ocasionada por una herida que estuvo á punto de serle fatal. Cree también que los remedios vulgares usados por los cirujanos militares rusos han atacado su constitución de una manera más grave que la fiebre misma.

»Estos accesos, aunque penosos, no parecen ofrecer peligro; pero jamás olvidaré la noche en que vi por primera vez una de esas crisis.

»Conrado y yo jugábamos al ajedrez, y mamá dormitaba en su sillón cerca del fuego; era noche de mucho viento, por lo cual oíamos de continuo rechinar las puertas en las habitaciones vacías del piso superior, y en toda la casa resonaban extraños rumores y como gemidos, mientras las hojas secas, arremolinadas por el cierzo de otoño, chocaban contra los cristales, produciendo incesante murmullo. Conrado, inútil me parece decirlo, es gran jugador de ajedrez y en cambio yo no entiendo gran cosa en este juego; mas por vez primera, parecióme haber adivinado desde un principio el plan de batalla de mi adversario y había arreglado mi juego de tal manera que, cuando comprendió el ataque contesté con una contra jugada que le sorprendió. Durante un momento, hubiérase dicho que había perdido completamente la paciencia y al verle tan excitado, agucé el ingenio cuanto me fué posible para contrarrestar sus jugadas tan audaz y hábilmente dirigidas. Empeñábase de tal modo en perseguir mi reina, que le faltó su prudencia habitual, dejando así en descubierto su rey. Sin embargo, al fin le oí exclamar: «¡Ahora, Julieta, ya no te escapas!» Al decir esto, hizo con su caballo una sabia jugada, precisamente cuando yo pensaba darle jaque mate. Me enojó esto de tal manera, que estuve á punto de hacer rodar las piezas; pero de improviso y como por encanto, el aspecto de la partida pareció cambiar completamente: una sola pieza había efectuado este milagro. Una torre que yo creía haber guardado como reserva, bien protegida en un ángulo del campo enemigo, hallábase entonces en posición más avanzada, jaqueando el rey de mi competidor. Yo no observé esta torre hasta que Conrado levantó la mano del tablero, y entonces creí por un instante que la manga de aquél la habría desviado de su sitio; mas como había otras piezas que en tal caso habrían caído, aún me es imposible explicarme cómo atravesó la mitad del tablero sin que yo lo notara. De todos modos, no tuve tiempo para profundizar el misterio, pues al volverme hacia Conrado observé que su rostro estaba lívido, sus labios cárdenos, y que su mirada, espantosamente fija, tenía una expresión de terror indecible. Como para aumentar el horror de esta repentina metamorfosis, mamá, que soñaba durmiendo, murmuró: «¡Sí, Félix, ya lo sé, ya lo sé!»



El señor Conrado le suplicaba muy formalmente que se estuviera quieto... (Pág. 236)

»Quise ayudar á Conrado, que se levantaba de la silla, pero rechazóme con la mano y salió vacilante de la habitación, tocando las paredes cual si estuviera ciego.

»Por fortuna, mi madre dormía cuando ocurrió todo esto y yo no le dije ni una palabra. Más tarde preguntéle en qué soñaba al repetir las palabras que murmuró; pero me dijo que lo había olvidado todo y que ni siquiera se acordaba de haber soñado.

»No hemos vuelto á jugar al ajedrez desde aquella noche, y me parece que habrá sido la última partida, pues no me siento con valor para otra, por lo menos siendo mi competidor Conrado.»

. . . .

En otra carta, escrita poco más ó menos hacia la misma época, Julieta se expresa así:

«Temo, querida Teresa, que Conrado trate de ocultarme la causa verdadera de sus misteriosos accesos y que éstos tengan alguna relación con los terribles recuerdos del 14 de septiembre.

»Lo comprendo muy bien y mi ansiedad no es menos angustiosa.

»Por primera vez en su vida, Conrado parece luchar con la Providencia y se ve obligado á someterse al efecto de una voluntad impenetrable que ninguno de los métodos intelectuales con que está familiarizado puede permitirle penetrar. ¡Ah, querida amiga! ¡Sin la fe en el amor de Dios, qué espantosas serían las pruebas de su poder! Sé que está en la naturaleza del carácter de Conrado considerarse como responsable del mal éxito de sus esfuerzos para salvar al hombre amado que he perdido, pues su conciencia es de las más susceptibles y él mismo se juzga muy severamente; pero no es religioso, ó por lo menos, no en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Su carácter elevado en todas las cosas, no tiene la sencillez confiada y la sumisión de un niño.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

Mientras en el viejo continente y á consecuencia de la escasez de ganado la carne es un artículo de lujo que no está, como debiera, al alcance de todas las bocas, en los países del nuevo mundo poco poblados, como la República Argentina, los vastos espacios ocupados ofrecen inmenso campo á la ganadería, excediendo allí en mucho la producción al consumo. Por esta razón, desde hace mucho tiempo se trata de abrir en Europa un mercado á los ganaderos de estos países y de otros que en análogas circunstancias se encuentran.



Llegada á Dunkerque, el 18 de enero de 1891, del buque inglés *Bellenden* conduciendo 90 bueyes procedentes de la República Argentina

¿Pero cómo salvar los inconvenientes de una larga travesía por mar? Prescindiendo de los sistemas ensayados para el transporte de la carne en conserva, que no siempre llega fresca y nunca con todos sus principios nutritivos, y del extracto de carne, de empleo muy limitado, hay otro que consiste en importar las carnes despedazadas y conservadas en hielo, y que hoy constituye una industria muy próspera hasta el punto de que en 1888 sólo en el puerto de Dunkerque entraron 36.014 kilogramos de carneros helados; en 1889, 120.130, y en 1890, 332.500. Pero las carnes así conservadas no gustan á todos, por lo que se pensó en traer vivas las reses.

A este fin, en 1889 un catalán, D. Antonio Voltor y Climent, hizo una prueba bajo los auspicios de la *Sociedad rural argentina*, enviando desde Buenos Aires á Barcelona diez novillos que fueron alimentados durante el viaje con una pasta de harina y un poco de forraje adicionados con una preparación contra el mareo, y de los cuales llegaron felizmente ocho, cinco de ellos con aumento de peso.

En vista de este éxito, Inglaterra comenzó á utilizar este sistema de transporte, y el cónsul de la República Argentina en Dunkerque ha inducido á la *Sociedad argentina exportadora de ganados* á seguir este ejemplo, de modo que desde septiembre de 1890 á enero de 1891 llegaron á dicho puerto 397 bueyes y 3.118 carneros vivos.

La instalación á bordo está claramente indicada en nuestro grabado; hay que consignar, empero, que sólo el vapor inglés *Bellenden* se ha aventurado á hacerla sobre el puente, y á pesar del frío excepcional que hacía cuando los bueyes llegaron á Francia, las pérdidas fueron muy pocas.

El éxito es, pues, completo: en los tres últimos vapores llegados á Dunkerque, de 197 bueyes importados, sólo murieron 17, es decir, menos del 9 por 100. Los ingleses hacen ya este comercio en grande escala, importando bueyes de Nueva York. La República Argentina habrá por fin encontrado un medio de utilizar sus inmensos rebaños, y las clases pobres de Europa podrán proporcionarse carne fresca y buena á poco precio, que bien lo necesitan en estos tiempos en que la crisis económica coincide con el alza de los artículos de mayor ó más necesario consumo.

***

LA MEDICIÓN ELÉCTRICA INDUSTRIAL

INDICADORES DE CORRIENTE

Fuera de la telegrafía, y en particular de la submarina, que no existiría sin la medida y el cálculo, apenas hace una docena de años que la medición eléctrica ha sido introducida en la industria eléctrica, contribuyendo en gran parte al desarrollo de ésta. A los delicados y cortos aparatos del principio han sucedido instrumentos sencillos, fuertes, de lectura directa y baratos, cuyo empleo se impone aun en las instalaciones más pequeñas.

En las obras de electricidad publicadas hace sólo quince años, casi invariablemente se encuentran en ellas medidas las intensidades de corriente por grados de desviación del galvanómetro usado por el experimentador, sin otra indicación que permita tener una idea, siquiera aproximada, de lo que podía ser esta intensidad relacionada con unidades cuyo conocimiento estaba entonces reservado á unos pocos privilegiados.

Un primer progreso, debido á sir Guillermo Thomson, consistió en sustituir el campo magnético variable con el incomparablemente más constante y más intenso producido por un imán permanente. Por desgracia, hasta el presente los imanes permanentes se debilitan más ó menos con el tiempo y los aparatos en que se emplean necesitan rectificaciones periódicas para compensar su tendencia á avanzar, nacida de la debilitación del imán.

Este inconveniente se ha salvado equilibrando la acción electromagnética variable con la intensidad de la corriente por una fuerza constante: la gravedad.

En la mayoría de los galvanómetros industriales, ó, hablando con más exactitud, en la mayoría de los *indicadores de corriente* hoy usados, desaparece el imán permanente, reemplazado por la gravedad como acción antagónica.

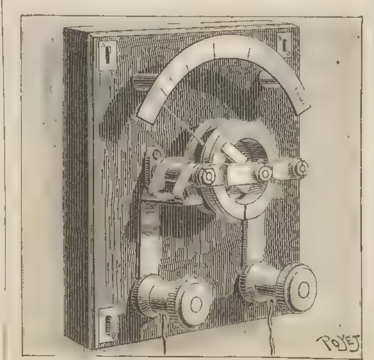


Fig. 1. Indicador de corriente de M. Elihu Thomson

Dos de los principales instrumentos basados en este principio son el de Mr. Elihu Thomson y el de M. Bergmann. El primero (fig. 1), empleado principalmente en América, se funda en el sencillo principio de que un pedazo de hierro dulce colocado en un campo magnético no homogéneo tiende por sí mismo á situarse en la parte donde el campo es más intenso, si no está sometido á una fuerza antagónica que á este cambio de lugar se oponga. Sabido es, además, que el campo magnético producido por un carrete anular atravesado por una corriente constante es más intenso en los bordes que en el centro del carrete, en donde está su valor mínimo.

Esto sentado, imaginemos dos carretes de eje horizontal atravesados por la corriente que haya de medirse y montados como indica la fig. 1. El borde de cada uno está ceñido por una tira de hierro dulce en forma de U: estas dos tiras de hierro diametralmente opuestas están montadas en un eje común excéntrico con relación al de los carretes. Cuando no circula la corriente, las dos piezas en U están bastante apartadas del borde de los carretes, manteniéndose en equilibrio por la acción de un contrapeso: si la corriente circula por los carretes, aquéllas son atraídas á la periferia interior de éstos, á los que ciñen y tienden á hacer girar alrededor del eje común, y toman una posición de equilibrio dado por una corriente dada, cuando el par electromagnético ejercido por los carretes sobre las armaduras de hierro dulce equilibra el par ejercido por la gravedad sobre el contrapeso fijado en el eje de los carretes. Un aparato así construído tomará siempre la misma posición y dará siempre la misma indicación cuando lo atraviese una corriente de igual intensidad. En el círculo dividido se ve que los cambios de sitio para una variación de corriente dada varían mucho con la potencia de la corriente que haya de medirse, lo que permite dar el máximo de sensibilidad en las proximidades de las intensidades que interesa conocer con exactitud.

El indicador Bergmann (fig. 2) es un aparato análogo en principio al anterior y se emplea en las distribuciones del sistema Edisson en América: la armadura está sustituída en él por una delgada barrita de hierro dulce en forma de arco de círculo, que tiene por centro un punto de un eje horizontal, á cuyo alrededor gira. La corriente que ha de medirse atraviesa un solenoide, cuya directriz es también un arco de círculo con el mismo centro que la barrita: en su posición normal ésta está fuera del solenoide y la aguja indicadora marca cero. Cuando una corriente cruza por el aparato, el núcleo tiende á penetrar en el solenoide, región en donde el campo magnético es más intenso, correspondiendo cada posición de equilibrio á una intensidad dada que indica la aguja en una división graduada colocada en la parte inferior.

El inconveniente más grave de estos aparatos es que no siguen las variaciones de corriente en el momento mismo en que se producen y que oscilan algún tiempo alrededor de su posición de equilibrio antes de detenerse en ella, pero este inconveniente está compensado en la práctica por la permanencia de sus indicaciones.

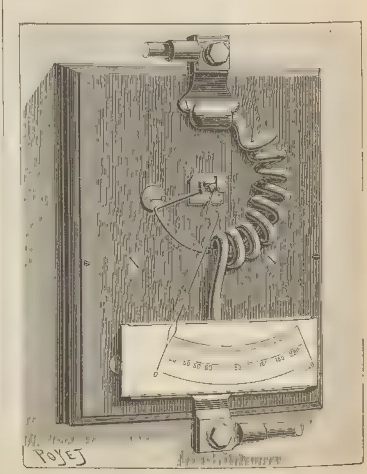


Fig. 2. Indicador de corriente de M. Bergmann

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

NOTAS DE VIAJE (COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA), *por don Salvador Camacho Roldán*, de Bogotá. — Tras algunas consideraciones acerca del motivo que le impulsa á escribir sus *Notas de viaje* y de la insuficiencia de las fuentes de información á que acudió para realizar tal propósito, dice el Sr. Camacho en el prólogo de su libro: «Con tan escasos elementos, ¿á qué fin escribir estos recuerdos? se preguntará, y la respuesta, á la verdad, no deja de ser embarazosa. Mi objeto es, sin embargo, abrir el camino á otros que con mejores medios de instrucción quieran atreverse á seguir mi ejemplo presentando á nuestros conciudadanos, desde el punto de vista de nuestras ideas nacionales, en trabajos mejor elaborados, el espectáculo de pueblos distintos del nuestro.»

Después de leída la obra, fácil es comprender que sólo un exceso de modestia pudo dictar tales palabras. Si el espacio de que disponemos lo consintiera, con sólo reproducir el índice de las materias en ella tratadas, se demostraría que las *Notas de viaje* son algo más que meras impresiones de un turista consignadas á la buena de Dios y amontonadas sin plan meditado y sin deducción de enseñanza alguna.

En efecto; el Sr. Camacho, que en llano y castizo lenguaje describe lugares y hechos dándoles todo el relieve que la pluma consiente, no se limita á ser narrador fiel y naturalista de lo que en sus viajes pudo herir su vista ó su imaginación, sino que, observador profundo, estudia concienzudamente los pueblos y los países recorridos, y al interés puramente pintoresco del relato préstale importancia no pequeña, menudeando en éste atinadísimas consideraciones sobre la producción agrícola, el trabajo industrial, las obras públicas y en suma sobre cuanto constituye la riqueza de los estados, señalando las deficienciasen unos puntos, los errores en otros y los remedios que, para suplir aquéllas y enmendar éstos, le sugiere un espíritu que bien podemos calificar de genial y de eminentemente práctico.

Y no es solamente lo que toca á los intereres materiales lo que atrae la atención y motiva el estudio del Sr. Camacho: los intereses morales hanle inspirado también bellísimos párrafos como el último de su libro consagrado al pueblo de los Estados Unidos, que dice así: «El carácter americano necesita equilibrio entre las ideas individualista y nacional, fuertemente desarrolladas, y la idea de colectividad de la especie que á las veces aparece obscurecida antre las nieblas. El egoísmo es pequeño; sólo es grande y durable lo que abarca la humanidad entera. De las riquezas materiales sólo suele quedar el testimonio de las ruinas; de la grandeza moral de un pueblo sobreviene una fulguración luminosa á través de los siglos, que sirve de fanal á las generaciones sin cuento. El pueblo americano tiene que fundar sus títulos al respeto de la historia, no sólo en la acumulación de los millones, sino en la acumulación de los actos de desprendimiento, abnegación y justicia en favor de la humanidad.

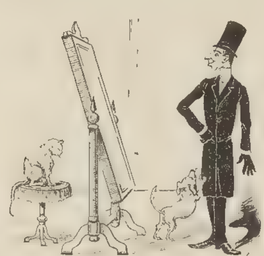


ESTUDIO DEL PINTOR LUIS BRAUN (Véase el artículo en el número 479)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

EL SOMBRERO NUEVO, por Llopart









JOYA MEDICINAL

PARA CONSERVAR LA SALUD Y CURAR LAS ENFERMEDADES

AGUAS MINERALES NATURALES DE

CARABAÑA

SALINAS SULFURADAS, SULFATADO-SÓDICAS, HIPOSULFITADAS

ÚNICAS DE SU ESPECIE

Han obtenido **DIEZ MEDALLAS DE ORO** y **OCHO DIPLOMAS DE HONOR** autorizadas por los Gobiernos de España y Francia

EN EL GRAN CONCURSO EXPOSICIÓN DE BÉLGICA, EN CONCURRENCIA DE 32 PAÍSES, **CARABAÑA** HA OBTENIDO EL **GRAN DIPLOMA DE HONOR**

Exposición universal de todos los laureados en exposiciones anteriores

LONDRES — GRANDIOSO PALACIO DE SAN STEPHENS — REAL ACUARIUM WESTMINSTER

Este gran Certamen ha concedido á las **Aguas de Carabaña** de la Nación Española el *Gran Diploma de Honor y Medalla de ORO y Placa de primera clase con la felicitación del Gran Jurado pleno*, acordando comunicarlo al Gobierno y autoridades de España.

Son **Purgantes**, **Depurativas**. **Anti-biliosas**, **Anti herpéticas**, **Anti-escrofulosas** y **Anti-sifilíticas**; declaradas por la Ciencia Médica como regularizadoras de las funciones digestivas y regeneradoras de toda la economía y organismo. Son el mayor depurativo de la sangre alterada por los humores ó virus en general.

La salud del cuerpo interior y exterior

ALGUNOS DE LOS PROFESORES MÉDICOS QUE HAN CERTIFICADO LA BONDAD Y SUPERIORIDAD DE LAS AGUAS DE CARABAÑA

DOCTORES

† Excmo. Sr. D. Mariano Benavente—Ilmo. señor don Francisco Muñoz y Miguel—† D. Moisés Sanjuán - Excmo Sr. D. José Rodríguez Benavides — † Excmo. Sr. D. Rafael Martínez Molina-Excmo Sr. D. Ramón Félix Capdevila—† Excmo. Sr. D. Tomás Santero y Moreno—Ilmo. señor D. Nicolás Escolar—don José Rivera y Sanz—Excmo. Sr. D. José Eugenio Olavide - Excmo. Sr. D. Laureano García Camisón — D Francisco Javier Santero — don José Fontana—Ilmo. Sr. don Eusebio Castelo y Sierra — Excmo. señor Marqués del Busto — D. Benito Avilés — Ilmo Sr. D José de Letamendi — D. Manuel Sanz Bombín — D. Juan Díaz Pulido — D. Alberto Fernández Gómez—Mr. Dussac—D. Manuel de Tolosa Latour—don Antonio Espina y Capo — D. Angel Pulido y Fernández — D. Emeterio Aznar — don Carlos de Torrecilla y Albide — D. Fernando Calatraveño — D. Juan Cisneros — D. J. Isern—D. Joaquín María Alixandre—D. Francisco Javier de Castro — D. Francisco Huertas — D. Enrique Campesino—D Aurelio del Río—D. Mario González de Segovia—D. Baltasar Acin—don Simón Hergueta — D. Baldomero González Alvarez—don Fernando Castelo — D. Florencio de Castro—D. Avelino Benavente—D. Alvaro Maenza—D. Francisco Martínez y Morales—D. Ezequiel Mendez Ugalde—D. Enrique Capdevila—D. Enrique Sloker—



Edificio en el manantial de CARABAÑA

D. Manuel Cárceles Sabater - D. Alfredo Rodríguez Viforcos—D. José Sánchez Morate — D. Marcelino Go ez Pamo — D. Francisco Plaza — D Aureliano Maestre de San Juan—D. Celestino Lázaro y Adrados — D. Carlos María Cortezo—D. José María Esquerdo—D José Ustariz y Escribano—D. C. González Pérez—D Mateo Marín y Pérez — D. Francisco Lopez Cerezo—D. Mariano Salazar—D. Andrés García Calderón—D. Gabriel Cazorla — D. Teodoro Muñoz Sedeño— D. Ricardo Gómez de Figueroa — D. José Deleito · don Matías M Romero—D. José María Puig — D. Francisco Velenzuela López — D Luis Vega-Rey — D. F. Pereiro Pull—D. José Sáez y Criado —D. Juan Manuel Mariani— D. Norberto de Arcas Benítez—D. Baltasar Hernández Bris — D. C. Pérez M. Mínguez — D. Alfredo Blanco García—D. Joaquín Sánchez Alares—D Francisco Freile —D. Jerónimo Hurtado—don Enrique Salcedo—D Doroteo de la Torre — D. Antonio Lopez Pumares — D. Mauricio Merino—D. Bonifacio Mandes—D. Carlos García Urreta—D. Benito González—don Pablo Pardo y Sarrondo — D. Enrique García de Ancos —D. José Lanzarot—D. Joaquín Viñeta — D. Francisco Luque y Suárez — D. Francisco Ginesta y Olivo - don Tomás Muñoz Illana — don Angel Garrido é Isidro — Mr. Gerard—Excmo. Sr. don Ramon Torres Muñoz de Luna—D. J. López de la Vega — D. Fernando Sánchez Izquierdo — D. Juan de Dios Rodríguez—D. Eugenio García Izquierdo — D. Epifanio Berrueco.

Los productos medicinales tienen tanto valor, cuanto más curan; por esta razón una botella de **Agua de Carabaña** representa más valor que todo el manantial de las que quieren aparecer como sus similares ó semejantes españolas ó extranjeras, pareciéndose solamente á las de **Carabaña** en que purgan bien ó mal, con ó sin molestias, y aparte de otras consecuencias funestas que resultan de su empleo.

LOS MÁS ILUSTRADOS MÉDICOS recomiendan y emplean con absoluta preferencia el **Agua de Carabaña**, obteniendo en todos los casos satisfactorios resultados, no sólo como purgante sin posible sustitución con ningún otro, sino como precioso medicamento en las enfermedades del estómago, hígado, vientre, bazo, vicios herpéticos escrofulosos del interior y exterior. Entre sus componentes se encuentran **cinco** centígramos por litro del **Sulfuro de Sodio**, hallándose combinada en estas aguas la acción purgante con la acción sulfurosa; cualidad no reunida por ninguna otra agua hasta el día, y á cuya combinación se debe el que, además de sus notables efectos como salinas purgantes, atemperantes y antibiliosas, sean admirables en el herpetismo, escrófulas, etc., etc.

Es importante que las **Aguas de Carabaña** hayan obtenido **18 grandes premios en cuatro años, 10 medallas de oro** y **8 diplomas de honor.** Y más importante aún que más de doscientos profesores, academias y cuerpos médicos hayan certificado sus preciosas cualidades, datos auténticos que aparecen en la Memoria de estas aguas.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DE ESPANA Y DEL EXTRANJERO

Los pedidos por mayor al depositario general y propietario

ATOCHA, 87 ◆ **R. J. CHÁVARRI** ◆ 87, ATOCHA

MADRID ◆ Plaza de Antón Martín ◆ **MADRID**

PROBAR Y PEDIR EN TODAS PARTES EL AGUA DE CARABAÑA

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 20 de abril de 1891 — Núm. 486

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JAIME EL CONQUISTADOR, busto en barro cocido de Rafael Atché

(Exposición de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

LA ORNAMENTACION

EN LAS ARTES DEL EXTREMO-ORIENTE Y DE LA AMÉRICA PRECOLOMBIANA

La India, la China y el Japón forman una serie aparte en el proceso histórico de las artes. Las analogías de los monumentos y de los productos industriales de esos tres pueblos lo declaran con harta claridad al propio tiempo que las tradiciones históricas.

Recientes descubrimientos parecen indicar, por otra parte, que en la América precolombiana se dejó sentir una influencia búdica y los monumentos mejicanos y del Yucatán ofrecen semejanzas decorativas y ornamentales con los de la India y la China.

I

ARTE INDIO

En el arte indio hay que distinguir dos períodos: el primitivo, que parece acutóctono, y otro en que se manifiesta una influencia árabe persa. Indicos pueden llamarse, con toda propiedad, los monumentos del primer período; indo-persas deben llamarse los del segundo.

Los monumentos de estilo índico fueron construídos en los primeros siglos de la Era cristiana. Muchos de ellos están cavados y tallados en las rocas; otros están construídos; y todos ellos revelan que sus autores poseían grande instinto decorativo. Su ornamentación se manifiesta en fajas de menuda labor ó de figuras decorativas, de hombres y de animales que sirven de telamones, produciendo un conjunto rico afiligranado y profuso de detalles, que da idea de la afición de los indios á la exornación.

Los rasgos característicos de las construcciones índicas pueden apreciarse, no sólo en los monumentos, sino en la importante obra del arquitecto indio Ram Raz, obra técnica que contiene las reglas para la construcción de edificios. El sistema decorativo consiste, para las fachadas, portadas de templos cavados en roca, cúpulas, etc., en frisos historiados y molduras corridas superpuestas. Ram Raz indica en su obra las diferentes proporciones que debían darse á cada moldura, porque según él el mérito de un monumento dependía de la perfección con que se efectuasen las transiciones de unas molduras á otras. También expone las reglas que debían observarse para la construcción y para conseguir la diminución de las columnas en el sentido de su altura.

El adorno debió tener cierto carácter tradicional y religioso, pues Ram Raz cita libros sagrados en que se encontraban muchos preceptos referentes al modo de adornar los diversos miembros arquitectónicos con lotos y pedrerías, elementos que parecen ser los tipos principales de la decoración de molduras.

En algún monumento, como la estatua representando á Surga ó el Sol que conserva la *Asiatic Society* y que corresponde á una época comprendida entre los siglos V y IX de la Era Cristiana, se ven adornos preciosamente ejecutados que revelan una influencia griega.

El segundo estilo indio, ó sea el que tiene por carácter distintivo la influencia árabe-persa, ofrece un sistema ornamental en el que se observan todas las leyes de la distribución de la forma, expuestas al hablar del adorno árabe. Lo mismo en las obras de decoración arquitectónica que en los productos industriales sean de la índole que quieran la forma general está tratada cuidadosamente. La ausencia de todo adorno superfluo, la división y subdivisión de las líneas generales, se encuentra en lo indio como en lo árabe, sin más diferencia que la expresión individual de los estilos. El estilo árabe-persa se manifiesta más gracioso y menos convencional que el árabe español, sin duda porque la influencia persa fué más directa que la árabe. Entre los caracteres de la ornamentación índica señala Racinet *la continuidad* y *la plenitud* que campean en la superficie decorada y se manifiestan en una profusión de motivos semejantes, ligados por el tono del fondo, algunas veces claro, pero vivo; pues el fondo es el principal agente que contribuye al efecto del conjunto. Todo el atractivo de los motivos ornamentales indo-persas consiste en la viveza y acertada combinación de los colores, sin producir efectos chillones ni conjuntos abigarrados; lo cual unido á la manera ya indicada de distribuir y ligar los motivos ornamentales, da á la decoración una riqueza y un reposo que producen en el ánimo del espectador una sensación agradable.

Los motivos usuales consisten en trazados curvilíneos semejantes á los del arte persa y en flores que aunque tratadas de una manera convencional se acercan bastante á la imitación de la Naturaleza. Además, la tentativa de copiar el claro-obscuro se manifiesta por medio de la degradación de tonos en telas y pinturas y también en los damasquinados. Uno de los motivos ornamentales más característico y más frecuente en las telas labradas es la palma interpretada á modo de hoja puntiaguda, que cuando aparece sin tallo tiene forma de piña.

II

ARTE CHINO

Los monumentos más antiguos del arte chino consisten en unos vasos de bronce que se conservan en el Museo imperial de Pekín y que corresponden á las dinastías segunda y tercera, cuya antigüedad se eleva á los siglos XVIII á XIII antes de J.C. Los adornos de estos vasos de tan remota antigüedad, revelan un arte que ha pasado del período rudimentario ó de infancia, pues presenta ya los caracteres que se han perpetuado en el arte. Durante el período de siglos en que se ha desarrollado el proceso de aquella civilización se observan algunas influencias de la India y del Japón.

El arte chino es sumamente fantástico y variado, y no parece que haya habido en él otra tendencia que la reproducción incesante de los mismos tipos tradicionales. El sistema decorativo chino adolece de falta de orden y de plan; pero está tratado con fantasía; la variedad de colores es muy rica y la viveza de tonos presta poderoso encanto á las composiciones decorativas. Carece de grandiosidad á pesar del modo fantástico como están tratados los motivos ornamentales. Es menester no olvidar que los chinos ignoran las leyes de la perspectiva y que desconocen el modo de emplear las sombras y el claro-obscuro.

La índole especial de la arquitectura china, poco monumental, ha sido causa de que la ornamentación se manifieste con mayor importancia en los productos industriales, debiendo estudiarse por consiguiente en las porcelanas, lacas, telas y pinturas.

Desde luego, el chino decorador tiene más instinto de la combinación de colores que de la distribución de intervalos y ponderación de masas.

Los ornatos chinos consisten en sencillas combinaciones geométricas formando cuadrados, exágonos, ajedrezados, circunvoluciones, etc. Entre esta serie de ornatos llama desde luego la atención la presencia del *meandro* ó *greca*, tal como la vemos empleada en la ornamentación clásica. Otro elemento importante son las flores, interpretadas de un modo convencional aunque participan algo de la tendencia naturalista indicada á propósito de los estilos índico é indo-persa. También emplean como elemento decorativo cierto número de figuras consagradas, que tienen por lo común una expresión simbólica. La imaginación china se acomodó muy bien á representar estos dragones, monstruos, etc., como el perro de Fó ó Buda, que es una especie de león con agudos dientes y afiladas uñas, el caballo sagrado, el *Fong-Hoang*, pájaro singular y quimérico, y el ciervo blanco, la grulla, el pato mandarín y otras figuras. Racinet entiende que la inmutabilidad de procedimiento y fidelidad de copia en las figuras puede ser efecto de un instinto esencialmente imitativo y tradicional del pueblo chino, y que la fidelidad en la observación de los mismos procedimientos y el empleo de formas y de colores se refiere quizá á reglas misteriosas, á una especie de ritual perpetuado á través de las edades.

III

ARTE JAPONÉS

El arte japonés tiene su origen en el chino, con el que guarda semejanza. Sin embargo, le caracteriza un individualismo, una originalidad, un buen gusto, que le hace infinitamente superior al arte chino. El chino es un artífice que ejecuta el arte como un oficio y por rutina; el japonés es un genio que produce el arte con la originalidad y el esfuerzo propios del que ante todo huye de la imitación. Además, el gran secreto en que estriba el mérito principal del arte japonés es que, á pesar de haberle informado las tradiciones chinas, supo desde luego estudiar directamente la Naturaleza é interpretarla de un modo original, elegante, grandioso y decorativo. Ninguno de los convencionalismos que se observan en el arte japonés contradice á la Naturaleza Pero conviene decir, antes de pasar adelante, que en los productos japoneses el simple ornato tiene escasa importancia, al paso que la tienen muy grande las figuras. Las porcelanas, los bronces, las telas y demás productos japoneses son muy decorativos por el efecto de conjunto, pero hay en ellos pocos ornatos propiamente dichos. Ningún motivo nuevo fuera de los indicados en el arte chino se encuentra en el japonés; pero en éste están ejecutados con mejor gusto, y los colores, siendo vivísimos y ofreciéndose en las combinaciones más originales, nunca resultan abigarrados ni chillones. La fantasía japonesa es infinitamente superior á la china; lo cual unido á la superioridad del dibujo y al buen gusto y habilidad para componer, da felicísimos resultados. Los seres quiméricos, antes indicados como elementos de exornación, son en lo japonés mucho más bellos, originales y decorativos que en lo chino.

Una particularidad singularísima se observa en el arte japonés: el decorador huye de la simetría; de tal manera, que para decorar un plato ó una superficie cualquiera reparte caprichosamente, y como al azar, motivos desemejantes, tales como una cartela y un círculo superpuesto y en otro lado un abanico y un dragón. A veces emplean la escritura mezclada con los ornatos, aunque no como lo hicieron los egipcios y los árabes, es decir, que no la emplean como elemento decorativo. En lo japonés resulta casual el efecto decorativo, por razón de la forma misma de los caracteres. La interpretación de las flores, del mar y de las nubes suele ser fantástica y originalísima, pues estos elementos suelen estar tratados á modo de ornatos ondulados que recuerdan las ondas griegas.

En suma, el adorno japonés no obedece á reglas fijas, sino al instinto decorador y á la fecunda originalidad de aquellos singulares artistas.

IV

LAS ARTES EN LA AMÉRICA PRECOLOMBIANA

Dejando á un lado la trascedental cuestión del origen de los antiguos pueblos, cuya civilización se reconoce en las ruinas de palacios, templos y sepulturas de Méjico, Yucatán, Perú, etc., creemos oportuno decir que la ornamentación americana no debe incluirse, como quiere Racinet, entre las artes primitivas ó rudimentarias, pues los constructores de los monumentos á que acabamos de referirnos no estaban en el estado de atraso en que hoy se hallan los indios en Nueva Guinea, Nueva Zelanda, etc. No sólo los monumentos, sino los productos industriales, especialmente cerámicos, muchos de ellos recogidos en las *huacas* ó sepulturas peruanas, demuestran que los ornatos americanos responden á un sistema decorativo de que sólo podía ser dueño un pueblo tan adelantado en la cultura y en las artes como lo estuvo la Asiria en la antigüedad y hoy lo está la China.

La decoración arquitectónica consiste principalmente en trazados geométricos esculpidos en relieve ó en hueco, repartidos en frisos y recuadros que cubren por completo los grandes entablamentos de aquellas construcciones, acusando el recuerdo de la construcción de madera ó ensamblado. Los dinteles de las puertas afectan forma de trapecio, cuyo lado mayor está arriba; pero este trapecio está formado por una serie de frisos superpuestos sobre los cuales campea algún mascarón.

La ornamentación americana, como la china y la japonesa, es geométrica. El *meandro* ó greca y la celosía ó enrejado en diagonal son los elementos principales. Tanto en los entablamentos y aun zócalos exteriores como en los paramentos interiores de los

edificios, campean los *meandros*, desarrollándose en fajas ó series horizontales, por lo común superpuestos, con ligeras variantes de unas series á otras. Cual si fueran una amalgama de los dos ornatos griegos el meandro y la onda, los meandros americanos forman la solución de continuidad por medio de una línea escalonada. Esta forma de meandro no se encuentra exacta en la China ni en el Japón, pero sí muy aproximada. Los bronces chinos llamados bronces rituales de remota antigüedad llevan el meandro entre sus adornos especiales y característicos. En el gran palacio de Mitla, el meandro se presenta como elemento dominante y casi único, en frisos superpuestos al exterior y al interior del monumento, dando á los lienzos de muro el aspecto de grandes tapicerías extendidas. Razón tiene el historiador del arte Lubke, cuando al hablar de la ornamentación de los monumentos americanos dice que los adornos derivados de los tejidos son siempre los más ricos, los mejor encontrados y mejor interpretados, como los meandros, los ziszás, las postas y aun las líneas onduladas; y añade que tan diversos motivos de ornamentación, especialmente los meandros, son comunes á toda la humanidad, se aliaron desde muy temprano á las obras de arquitectura y no tardaron en plegarse á las necesidades de la gran construcción; pero que en un principio no fué así, pues la decoración no acompaña á la construcción, sino que la cubre como en los monumentos de la civilización mejicana, cuyos muros están tratados como cuadros de tapicería.

Los ornatos polícromos de los vasos mejicanos y peruanos ofrecen también el *meandro* y algunas combinaciones geométricas trazados, bien con colores rojo y pardo sobre el color amarillo del barro, bien con punzón sobre el barro negro. Estos vasos recuerdan, los polícromos á los vasos fenicios y griegos del período oriental y los negros á los etruscos.

La ornamentación americana unas veces es muy sencilla y severa y otras es fantástica, exuberante y caprichosa; tal se ve, por ejemplo, en algunos ídolos de carácter monumental y decorativo, cargados de adornos, que por su aglomeración guardan semejanza con los adornos chinos. Las cabezas de grifo, los mascarones coronados de plumas y los rostros interpretados de un modo hierático abundan bastante en las obras de la plástica americana.

José Ramón Mélida



¡HUÉRFANA!, cuadro de D. Ricardo Brugada (Exposición Parés)

EL MÉDICO EN LOS DESAFÍOS

Empiezo declarando que no soy partidario del duelo, como medio de poner la razón en su punto y de dar á cada uno en este mundo lo que le corresponda en justicia; si yo no viviera entre hombres, y si yo mismo no lo fuera, sujeto como el primero á todo linaje de incongruencias y extravagancias, iría más lejos aún y me declararía decidido enemigo del duelo. Pero no puede ser.

La humanidad, como cada uno de los individuos que la componen, está sujeta á las leyes de la herencia, y no hay que llegar con Ibsen al infierno de *Los aparecidos*, ni con Daudet al purgatorio de *El obstáculo*, para tropezar con manifestaciones de ella á cada paso que damos en el camino de la vida. El duelo aparece como enfermedad social, epidémica y contagiosa en la Edad media; período de transición en las creencias religiosas, en la organización de la familia, en el reparto de la propiedad, eran estos tres problemas otros tantos fecundos semilleros de conflictos, que estallaban sin que pudiera refrenarlos la intervención de una autoridad, que brillaba por su ausencia, ni el imperio de una opinión pública, que tampoco existía; el valor personal, la fuerza, eran los árbitros únicos, cuyas decisiones se imponían y eran acatadas con profundo respeto por las masas.

El duelo servía entonces, no ya sólo para dirimir diferencias personales y particulares, sino que un caballero andante cita y emplaza á todos los nacidos para hacerles confesar á puros botes de lanza cualquier tontería, que si Fulanita era más guapa ó Menganito más valiente; y ante ese reto, en lugar de presentarse un corregidor con dos cuadrilleros que metieran en la cárcel por embriaguez al andante alborotador, siempre salía otro tal sosteniendo, desde detrás de una visera enorme y también á lanzada limpia, que Zutanita era más guapa y Perengano más valiente.

Claro está que, para salir de dudas, mejor que todas las lizas y arremetidas y testarazos, hubiera sido mostrar un retrato de la interesada, tamaño como un grano de trigo, cual el que de Dulcinea pedían á don Quijote los mercaderes toledanos; pero esta misma claridad perjudica muchas veces al éxito de las cosas, y la verdad del caso es que sólo á un comerciante, gente práctica, como se ve, y algo socarrona, que dice Cervantes, se le ocurría eso, que parece tan natural, de pedir un retrato para certificar del *físico* de un ausente; los demás humanos se iban al campo acto seguido, y en un periquete quedaba demostrado quién tenía razón: el que pegaba más y más fuerte.

Batíanse los señores unos con otros y los escuderos que llevaba cada uno; batíanse entre sí los testigos ó padrinos respectivos, y de cada duelo surgían mil que ayudaban á las gentes á pasar la vida alegremente, gozando del honesto espectáculo, contemplando los resplandores de verdades sostenidas siempre á punta de lanza, en el puro sentido de la frase. Pasó



FUTUROS LOBOS MARINOS, cuadro de D. José Ferrer y Pallejá

el período álgido de la fiebre, modificáronse los usos y costumbres y con ellos las leyes; pero la suerte ya estaba echada, y el duelo, aclimatado en la sociedad, hízose endémico por la ley de herencia que evocamos antes, á la que nadie, desgraciadamente, se sustrae: podrá la nación civilizada castigar el duelo en varios artículos de sus códigos escritos, y considerar como cómplices de un delito á los testigos; pero la opinión pública no indulta de la nota infamante de cobardía á quien rechaza un duelo, ni regatea el desprecio á quien niega su concurso para ordenar y presenciar el acto; ni la razón ha logrado imponerse, con beneplácito de todos, á la suerte y la destreza en estos juicios en que se ventilan cuestiones de honor; ni los legisladores se han atrevido á suprimir en sus mamotretos esos artículos, que han de permanecer incumplidos, sustituyéndolos por otros que establezcan y regulen los *tribunales de honor*, únicos que, tal vez, evitarían el duelo. Hoy por hoy, y por mañana, éste se impone, y es preciso conformarse con su permanencia en las costumbres sin decir de esta agua no beberé, por mucho que el beberla nos repugne.

Habiendo aceptado quien esto escribe el compromiso de redactar el artículo *Esgrima* para un *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, en el que colaboran escritores distinguidísimos, – el ya popular de los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona, – hubo de consultar una extensa bibliografía referente al asunto, pues no quiso fiar á su memoria infiel ni á su experiencia escasa un trabajo que había de andar en tantas manos figurando entre otros muy notables; ese trabajo, ahí está publicado y no he de hablar más de él; pero tenía que citarle para dar mayor fundamento y más fuerza á la expresión, que he de apuntar aquí, de la sorpresa que me produjo no hallar en ninguno de los libros que hojeé ú ojeé entonces, consagrados todos al duelo, á los desafíos, al honor, á la espada, el sable, el florete y la pistola; no hallar, repito, en ninguno un artículo dedicado al papel que el médico ha de desempeñar y cómo en los duelos, si es que alguno se verifica actualmente, que yo no lo sé, burlando los paternales y previsores artículos que á prohibirlo encamina nuestro completísimo código penal.

En todos aquellos se habla de los adversarios y de los testigos, dándoles sanos consejos y dictándoles sábias reglas de conducta; pero no comprenden entre los testigos más que á los padrinos, olvidando, ó poco menos, á otro que es importantísimo, indispensable, si el duelo concertado va á ser algo más que una jira campestre; que está en el campo del honor impuesto por un mandato de la moral universal, de la filantropía, de la caridad cristiana, de algo así muy grande; que de espectador se convierte en actor cuando llega el caso, no para dar palmadas precursoras del fuego ó voces que hagan cruzarse los aceros, sino para aminorar las tristes consecuencias de la lucha, para detener la asfixia en el que es víctima de una hemorragia incoercible, para evitar la muerte en quien sufrió una lesión inevitable, para practicar primeras curas racionales y enérgicas y tomar precauciones que eviten en lo posible las cicatrices viciosas y en general todas las complicaciones de las heridas. Este testigo es el médico.

No es, pues, su papel en el duelo tan insignificante que pueda pasar inadvertido ó prescindirse de él; el duelo, en sus efectos sociales, termina tan pronto como uno de los adversarios se inutiliza para continuar defendiéndose ó queda en situación de fuerza ó agilidad muy desventajosa respecto al otro, y esta inferioridad sólo el médico puede calificarla, pues sabido es que los duelos á muerte, aquellos en los cuales uno de los adversarios ha de quedar *muerto* en el terreno, no se pactan ya; ocurren, por desgracia, algunas veces, pero de manera imprevista: los adversarios van al campo á vindicar sus agravios como caballeros y ante caballeros, no á matarse como gladiadores ante la plebe romana. Todo aquel que haya presenciado duelos, aun en el caso de que ambos adversarios le fueran indiferentes, habrá notado cuán desagradable es la impresión que causa en todos los presentes ver herido á uno de aquéllos; el agresor baja el arma y rompe hacia atrás, si el combate es á sable ó espada; el herido vacila, y hay un momento en el que todos los circunstantes, amigos y no amigos, se precipitan en su auxilio sin poderse contener hasta que el doctor se hace cargo de él, y entonces todos se retiran y se lo dejan á él solo. Si el combate es á pistola, estas emociones se multiplican, porque el duelo á pistola es siempre más imponente que cualquier otro.

Pero no se limita con lo dicho la intervención del médico en el acto del duelo. Antes de verificarse ha de tomar ciertas precauciones con las armas blancas y después tiene especialísimos deberes que cumplir. Vamos por partes.

Es necesario, inexcusable, que el médico desinfecte las hojas de las armas blancas que vayan á esgrimir los adversarios; esta precaución no da ni quita nada al curso y duración del combate ni á sus resultados inmediatos, que son los que se cuentan y los que valen; el médico, que no consentiría que se mojaran las puntas de las armas en una disolución de curare, ú otra como esa venenosa, sabe que naturalmente llevan gérmenes que envenenan las heridas que hacen, las complican y de un simple rasguño pueden originar un foco infeccioso peligrosísimo: el médico es el llamado á evitar eso, y debe evitarlo, ó no autorizarlo con su presencia y retirarse, si los padrinos pusieran algún obstáculo al cumplimiento de ese deber suyo de conciencia. El general Boulanger no existiría probablemente á estas horas si en su duelo con el señor Floquet hubieran olvidado los médicos tan sencilla precaución, ó los padrinos se hubieran opuesto á que la tomaran. Por ahí hemos visto en pocos meses á dos caballeros, uno de los cuales cuenta con la confianza, ó con los votos por lo menos, de 16.413 madrileños y el otro con la confianza y el aprecio justísimos de muchos portorriqueños, que si las tremendas cicatrices que enseñaban les hubieran sido causadas en duelo, circunstancia que ignoramos, constituirían un mérito para los respectivos adversarios, dos buenos golpes de cabeza; pero hablarían muy bajito en favor de los médicos que curaron las heridas sobre el terreno.

Otro de los deberes que ha de cumplir el médico que asiste llamado á un duelo, consiste en no separarse ni un momento de su cliente herido, hasta dejarlo convenientemente instalado en sitio á propósito, tanto porque esa es su obligación siempre, cuanto para poder certificar ante la autoridad, si esta interviniera, como sea justo y le dicte su conciencia de perito y caballero; un particular sólo puede decirle á un juez, por ejemplo, que allí hay un herido; un médico puede añadir que la herida se produjo *casualmente*, con lo cual no faltará á la verdad en la mayoría de los casos, se le cree y se simplifica el procedimiento incoado sin molestar á nadie más con declaraciones y otros excesos.

De todo lo expuesto se desprenden las siguientes reglas, que formulamos con la mayor sencillez posible, sin tener la pretensión de acertar, pero con el deseo de iniciar algo práctico en asunto que nos parece muy importante y muy descuidado, á pesar de que en él va envuelta muchas veces la vida de un hombre. Nadie nace enseñado, y esto es lo que yo he aprendido:

1.ª El médico que tenga que asistir como tal á un duelo, y creemos que ninguno puede excusarse si se le solicita, debe enterarse bien de las condiciones en que se haya concertado éste (armas, sitio, hora, etc.), conferenciando con los padrinos y lo menos que pueda con el ó los adversarios; éstos no le dirán nada interesante ni recibirán una gran satisfacción hablando con quien les recuerda un peligro próximo.

2.ª Debe llevar consigo, si no ha podido llevarlo de antemano al teatro del encuentro, lo cual siempre es mejor: un frasco con una disolución fenicada ó de sublimado, un paquete de algodón en rama desinfectado, tres ó cuatro agujas enhebradas con hilo de plata ó cerdas, metidas en el frasquito del *catgut*, dos carteras de cura antiséptica, suizas ó alemanas, que abultan poco, son muy prácticas y se venden en todas partes, y tres ó cuatro instrumentos, pocos: pinzas de ligar y de anillos, estilete, tijeras y un bisturí. Un par de vendas fuertes, varias tiras de aglutinante y unos cuantos papeles de ergotina no estarán de sobra algunas veces.

3.ª Elegidas y medidas las armas, procederá á desinfectar cuidadosamente el tercio inferior de sus hojas con la disolución y el algodón citados antes, manifestando á los padrinos lo que hace y entregándoselas en seguida, retirándose inmediatamente á la mayor distancia compatible con una pronta intervención en caso de necesidad.

4.ª Tan pronto como esto ocurra y se lo adviertan los padrinos, pues él por sí no debe intervenir, el herido le pertenece, y el dictamen que él dé acerca de la continuación, suspensión ó terminación del duelo, es el que prevalece y debe seguirse; debiendo recordarse aquí que, cualesquiera que sean las condiciones pactadas al concertar el duelo los padrinos, el honor de los adversarios queda á salvo y satisfecho, aunque no su coraje muchas veces, siempre que el duelo termina por dictamen facultativo dado en forma, ó sea delante de los testigos de ambas partes y terminantemente.

5.ª El médico que asistió al duelo es responsable de su cliente, ante los padrinos que pregunten y ante las autoridades que investiguen, hasta que se firman y entregan las actas correspondientes, que es cuando, y nunca antes, puede hacer entrega de él á otro compañero; y

6.ª El médico, en esta como en todas las manifestaciones públicas de su ministerio, que no llamaré sagrado, pero sí muy respetable, y más, si cabe, en esta, debe mostrarse reservado y discreto, huyendo de cuanto pueda ponerle en ridículo, porque esto suele ser la primera consecuencia de los alardes y exhibiciones que algunos prodigan, ó pueda perjudicar al cliente, ó alarmar á su familia más de lo que ya suele estarlo.

Con esto termino, creyendo haber cumplido con la obligación que todos tenemos de auxiliarnos los unos á los otros y de facilitarnos la tarea, ya que por circunstancias especiales de mi vida he buscado sin encontrar y sé lo fastidioso que es eso: aquí ya hay algo; ahora, *qui aures habet, audiat*, como dicen las Sagradas Escrituras.

FEDERICO MONTALDO
Médico de la Armada

LOS PANTALONES

I

¡Pobre vizconde de la Sorpresa: su título era una predestinación! En su ciudad natal se cree que ha muerto de la vida de Madrid. ¡Tan guapo, tan joven, tan elegante! ¿Qué había de suceder? Que todo el mundo se le disputaba en la corte, que le han abrumado y desvencijado á fuerza de obsequios, banquetes y cacerías. ¡Pues y en el ramo de mujeres! Las madrileñas, que son tan sensibles á todas las distinciones, no le dejaban vivir. Dos señoritas de alta alcurnia, víctimas de las infidelidades del vizconde, se han perdido por él para el mundo, puesto que una se ha encerrado en un convento y la otra ha tomado el contenido de una caja de fósforos de Cascante, olvidada años ha en la papelera de su tío. De las clases de casadas y viudas no digo nada, sino que son respetables, pero irresistibles, pues á los atractivos naturales del sexo reunen la fuerza de la experiencia. «Ya se ve, dicen los paisanos del vizconde, ¿cómo resistir á tantas causas maléficas, con el aditamento de las cuestas, del polvo y de los bruscos cambios de temperatura de Madrid? ¿A qué diablos fué allá nuestro malogrado vizconde? ¿No era aquí querido y admirado?»

¡Oh! ¡Vaya si lo era! Llevaba el cetro de la moda en su ciudad natal, todos los elegantes le imitaban. Su sombrerero, su sastre, su zapatero: todos los proveedores le solicitaban porque sabían que el vizconde no seguía las modas, sino que las inventaba: le hubieran provisto de balde, y á ser tramposo (que no lo era) aquel supremo dandy, habría conseguido resolver, no el primer problema que es el de

Vestir sin pagar al sastre,
y que el sastre no lo sepa;

porque éste no le resolverá nadie, pero sí el segundo, que consiste en que el sastre se olvide de pasar la cuenta al parroquiano.

Pues como iba diciendo, y por ejemplo, el vizconde usaba sombreros altos y de alas extensas, y no hay para qué decir que sus imitadores se cubrían la cabeza del mismo modo, tranquilos y contentos de no faltar á las prescripciones de la moda. Pero sucedía que el vizconde de la Sorpresa era aficionado á justificar su título, y habiendo andado todo el día con sombrero grande, por la noche se presentaba en las butacas del teatro con un sombrero semejante á un chito. ¡Adiós mi dinero!, es decir, el de los elegantes que habían estrenado hacía poco aquella prenda capital: quedábanse confusos y avergonzados: ¿cómo era posible vivir con aquellos sombrerotes, faltando á la última palabra de la moda personificada en el vizconde? Durante la representación y entreactos permanecían descubiertos, y algunos volvían descubiertos á su casa, aun cuando hiciese un frío de cuatro grados bajo cero; y á la mañana siguiente no se daban mano los sombrereros para confeccionar sombreros de chito.

Tal era la influencia del vizconde.

Verdad es que éste, que no era enteramente tonto, había tomado su papel por lo serio, estudiando profundamente los trajes de todos los países desde la antigüedad más remota. A fuerza de investigaciones había conseguido comprender la causa de que los griegos y los romanos fuesen casi desnudos, siendo así que los asirios, por ejemplo, en un clima achicharrador, iban envueltos en luengas ropas talares. De los españoles no digo nada: el vizconde sabía el origen de las bragas, zaragüelles, barretinas, bombachos,



JOVEN ARGELINA, cuadro de D. Ramón Tusquets

boinas, etc., etc.: cosas que algunas se despegan del clima, trabajos y costumbres de los países en que se usan. ¡Lástima que el vizconde no haya divulgado sus estudios en materia tan importante!

II

Acaso el lector habráse sorprendido de este título de vizconde de la Sorpresa, que es ni más ni menos que otros muchos, como *verbigracia*: duque de la Conquista, marqués de la Fidelidad ó conde del Asalto. Un tatarabuelo del elegante vizconde había sido comerciante en pieles y vendía desde la de zorra azul hasta la de conejo casero, pasando, por supuesto, por la de marta cebellina. Sólo pensaba en su tráfico, que le iba enriqueciendo cada día más; pero estalló la guerra de sucesión, y como es sabido que los españoles tenemos que declararnos partidarios de alguien, bien sea Felipe de Borbón ó el Archiduque, ó Cánovas ó Sagasta, ó *Lagartijo* ó *Frascuelo*, el pacífico peletero susodicho se declaró por Felipe V en una comarca en que casi todo el mundo era adverso á la dinastía francesa. En una ocasión supo por casualidad que los imperiales habían inventado una ingeniosa combinación para sorprender y aniquilar al cuerpo de ejército que mandaba el general francés duque de Vendome, y el decidido comerciante, atravesando con mil riesgos el campo enemigo, pudo llegar al del duque y advertirle del peligro. ¿Qué menos podía hacer el rey de España, ya consolidado en su trono, sino ennoblecer á aquel leal partidario? No sólo le ennobleció con el título de vizconde de la Sorpresa, que á mi juicio debió ser de contrasorpresa, puesto que la sorpresa no llegó á efectuarse, sino que también le endonó cien mil ducados para que llevara dignamente su título, y además le otorgó campo de sinoples para su flamante escudo de nobleza, en alusión á la verde campiña teatro de la guerra.

Ocioso será decir que los sucesores del primer vizconde de la Sorpresa, y aun este mismo, no pensaron ya en zorras azules ni encarnadas, y sí sólo en darse el tono que su nuevo rango requería. Afortunadamente todos fueron juiciosos de generación en generación y conservaron su fortuna, y sólo al vizconde que traemos entre manos cupo la mala sombra de descarrilarse del buen camino. Y no se descarriló por falta sino por sobra de juicio y sensibilidad. El vizconde había estado tres ó cuatro veces en Madrid, pero por poco tiempo. Por más que digan sus paisanos, en la corte hacía menos papel que yo, que no hago ninguno (aunque sí le emborrono); así es que el elegante joven volvióse pronto á sus lares á ser el gallito y niño mimado de todos. Si la primavera pasada fué á Madrid, tuvo motivos razonables para este viaje fatal. No se dejó embaucar por el pomposo programa de las *fiestas de mayo*, sino que obedeció á más serias razones. Su padre había sido amigo de un actual ministro de la corona, y contando con el apoyo de éste y con el entusiasmo que el corte de sus *levisás* producía en sus paisanos, el vizconde concibió la ambición de ser diputado á cortes; pues si como vizconde á secas no figuraba, vizconde y diputado ya sería otra cosa.

«Si sale diputado, decían sus paisanos, y como es natural apoya al gobierno, ya hay gobierno para rato.»

El vizconde tuvo además otra razón poderosa para ir á Madrid. Era aficionado á toros y estaba deseando ver el paso atrás de *Lagartijo*.

III

Ya en Madrid y mientras esperaba las elecciones, se resignó á ser espectador y no primer actor en la comedia de la elegancia cortesana. El incienso de sus paisanos no se le había subido á la cabeza, y comprendía que en Madrid estaba el sínodo del buen tono. ¡Cómo llevaba el frac el conde de La C.! ¡Con qué difícil facilidad caía á caballo el marqués de B.! ¡Qué modo de guiar el del duque de A., que metía un tiro de cuatro caballos por el ojo de una aguja! Y ¡cómo vestían todos sin al parecer ocuparse de ello!

Apenas llegado á la corte trató el vizconde de abonarse á los toros No quiso hacerlo á palco, en primer lugar porque todos los de sombra estaban abonados y porque además para un joven soltero era demasiado pretencioso: una delantera de grada convenía más á su clase y posición.

Pero un coloquio que oyó en casa de la duquesa de Vientoverde, á la que le presentó su amigo el ministro, hizo que modificara sus intenciones en lo referente á abono. La reunión de la susodicha duquesa era algo chapada á la antigua; y en general se componía de gente tan cotorrona como ella. Abundaban allí las personas provectas, y especialmente individuos de varias academias, de esos que de cada guardacantón reconstruyen un monumento celta ó romano, ó encuentran un códice precioso hasta en los archivos de Paracuellos de Xiloca; y una noche, con motivo de una cogida de un diestro, uno de dichos individuos pronunció un fogoso discurso antitaurino, al que, después de hablar de tradición estúpida, barbarie, decadencia de agricultura, exaltación de pasiones feroces y otros consabidos temas, puso fin con el siguiente párrafo:

«Pero ya se ve. ¿Qué ha de suceder al pueblo, cuando las clases cultas y elevadas le dan el ejemplo, inclusos los monarcas y miembros de la familia real? Sólo la actual regente es una excepción. En vida del difunto rey, que era *español neto*, le acompañaba á los toros contra su voluntad; pero ahora rehusa cuanto puede su asistencia á la dichosa fiesta nacional. Salva esta excepción, observen ustedes la plaza en una tarde de corrida, y la encontrarán llena de lo más selecto de la sociedad. Allí, hasta las mujeres delicadas y nerviosas que se asustan de un moscardón y se desmayan al ver correr cuatro gotas de sangre de un alfilerazo, se hacen feroces y presencian imperturbables la derramada por hombres y animales en el redondel. La flor de la juventud aristocrática, que debiera ocuparse en cosas más elevadas, acude presurosa á sancionar la hecatombe, y para *saborearla* más de cerca se abona á barrera del 1, quizá deseando que salte un estoque para convertirse en parte actora del sangriento drama. ¿Qué ha de suceder?, etc., etc.»

El vizconde de la Sorpresa oyó este discurso como quien oye llover estando en la cama, pero se fijó en el último período. ¿Conque era *chic* abonarse á barrera del 1? Pues él se abonaría. ¡Mejor que mejor! Así vería más de cerca los telones de *Lagartijo*.

Y salvando infinitas dificultades á fuerza de dinero, se abonó.

IV

Una tarde florida de mayo (como reza la canción) el vizconde paseaba por Recoletos, haciendo observaciones elegantes. Aspiraba á la perfección absoluta, y no se escapaba á su mirada sagaz é inteligente ni el más mínimo detalle. Sabía que un jinete que pasaba *abrigaba* al caballo para hacer más airosa la postura de las piernas. Comprendía que uno que guiaba llevaba ladeada la cabeza como si le tirase un flemón, obedeciendo al *non plus ultra* inglés; todo se lo explicaba, y decíase satisfecho que pocas, muy pocas cosas faltábanle que comprender.

El vizconde, que paseaba á pie, vió venir á un joven que llamó poderosamente su atención. ¡Gran Dios! Era un figurín, pero un figurín sin el empaque tieso de los figurines: por el contrario, ¡qué soltura, qué elegancia, qué porte tan distinguido; una maravilla! El vizconde, que era un lince en estas cosas, de lejos no pudo fijarse en un detalle; mas cuando vió más de cerca al admirable dandy, este detalle le sorprendió mucho: no había polvo, porque el paseo estaba regado, ni humedad porque el riego se había secado, y sin embargo aquel elegante modelo llevaba el pantalón, un pantalón obscuro, extraordinariamente remangado. «¿Por qué sería aquello?,» pensó el vizconde, investigador de suyo; «¿á qué causa obedece aquel *remangamiento* que destruía la pureza de la línea elegante?»

Después de revolver su imaginación, el vizconde se lo explicó de la siguiente manera: aquel joven tan *comme il faut* no podía menos de ser un *sportment* de primera; venía de alguna cuadra de examinar quizá algún caballo: para entrar habíase remangado el pantalón, y al salir había olvidado el bajárselo; sí, no podía ser otra cosa...

Desde que el vizconde se abonó á los toros no se había verificado ninguna corrida por causa de temporal, y los aficionados maldecían los dos chaparrones inoportunos, motivos de dos suspensiones de su anhelada fiesta. Por fin amaneció un domingo como sólo los hay en Madrid, de cielo azul intenso, de sol resplandeciente, de airecito fresco sin humedad. Yo creo que aquella tarde todo el mundo fué á los toros, incluso el académico que tanto tronaba contra ellos en casa de la duquesa de Vientoverde.

El vizconde llegó á la plaza empezada ya la corrida. Lo primero que hizo después de ver un quite de *Lagartijo* fué fijarse en sus cómplices de barrera. Sí, era cierto, allí estaba lo más relumbrante de la juventud dorada. Tenía por vecino al duque de A..., supuesto que sólo le separaba de él un señor colorado y rechoncho. Al otro lado del duque se prolongaba la fila de jóvenes elegantes y blasonados. La primera sorpresa del vizconde de la *idem*, fué comprender por frases y dicharachos sueltos que en aquel cotarro había varios adversarios de *Lagartijo*. ¡Cómo! ¿*Lagartijo* era discutible? Pero en fin; esto no preocupó al vizconde: él no alardeaba de ser inteligente en tauromaquia. El primer toro fué pareado y muerto á la cordobesa, y comenzó el arrastre, que duró mucho, puesto que había en el redondel seis caballos muertos. Hubo en las barreras y tendido el movimiento consiguiente. Los espectadores aprovecharon aquel largo intermedio para hacer comentarios y *filar* á las sensibles damas y damiselas de las gradas y palcos. Porque la fiesta nacional proporciona variadas emociones. La primera es antes de la corrida, cuando las futuras espectadoras suben las escaleras voladas del primer piso, y eso que las picaruelas están escamadas...

Pero vuelvo al vizconde.

Todo lo observaba, pero mucho más á sus congéneres los elegantes de la barrera. Casi todos estaban en pie, de espaldas al redondel, incluso el duque de A..., que era el más próximo al vizconde. De repente aquél puso un pie en el asiento que tenía delante, que estaba desocupado; el vizconde miró y quedóse *patidifuso*; sí, *patidifuso*, esté ó no esté esta palabra en el Diccionario; y fué tal su asombro, que al hacer un movimiento se dió un golpe en uno de los hierros que sostienen la maroma de la contrabarrera.

V

¿Pero qué vió?

Una cosa inesperada: para él más que si hubiera visto á la esfinge de Tebas hablándole en vascuence; una cosa que como quien dice llovía sobre mojado. Figúrense ustedes un naturalista que descubre un segundo ejemplar del *Tarantantaleo* antediluviano, y podrán formarse idea de la estupefacción del vizconde...

¡Pero dale! ¿Qué vió?

Pues vió que el duque de A... tenía el pantalón remangado.

¿Qué pensar de aquello? ¿Qué deducir? ¿Qué suposición formar?

El vizconde alzó los ojos al cielo, no para pedirle una inspiración, sino para ver si llovía ó amenazaba lluvia; pero ¡ca!, el cielo seguía azul y despejado, y el sol achicharraba á los de los tendidos fronteros.

El atortolado vizconde se separó un poco de su barrera y pasó revista de inspección de pantalones á la pléyade de jóvenes elegantes:

¡Todos remangados, todos, absolutamente todos!

¡Cielo santo! ¿Qué era aquello? No podía admitirse la suposición, como en el joven de Recoletos, de que viniesen de una cuadra y se hubieran descuidado. No, aquel remangamiento general parecía una idea madurada y preconcebida. Pero ¿á qué obedecía?

El vizconde torturaba su imaginación, ni el toreo cordobés de *Lagartijo* conseguía distraerle. Registraba los desvanes de su erudición indumentaria, por ver si hallaba analogía entre los pueblos antiguos y modernos que han usado ó usan pantalones. Los kalmucos suelen remangarse el pantalón, pero es para andar por un terreno espinoso, húmedo y quebrado. Los mejicanos y paraguayos también se le levantan, y mucho, pero es porque á veces les sirve de bolsa para guardar las bolas de las cuerdas de enlazar animales salvajes.

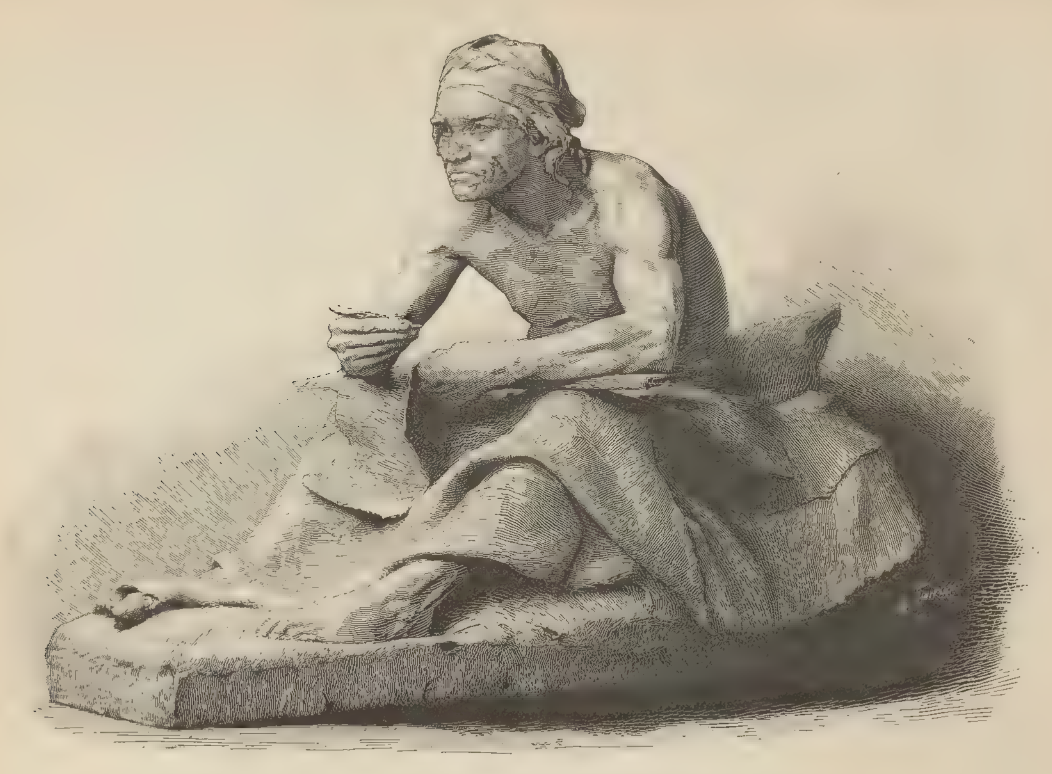
Los... Nada, nada, no hay explicación posible.

Terminada la corrida, el vizconde, apoyado de espaldas en su barrera, vió desfilar todos los pantalones del tendido. Todo el mundo los llevaba en su estado natural, sólo el grupo elegante y aristocrático continuó con ellos levantados. El vizconde siguió al duque de A... esperando que se los bajara al salir de la plaza; pero nada, vióle subir á su tílburi sin novedad.

Aquello era inaudito.

Durante la fiesta, y más especialmente á la salida, el vizconde estuvo tentado de preguntar á alguno de aquellos jóvenes la causa del remangamiento; pero no trataba á ninguno, y hubiera sido una impertinencia. Contúvose, pues, y esperó á tomar informes en la tertulia de la duquesa de Vientoverde. Mas ¿qué informes habían de darle respecto á elegancias aquellos sabios apolillados, que alguno de ellos llevaba levita con faldón de cañones como en los tiempos de Calomarde? A las tímidas preguntas del vizconde unos se encogían de hombros, no sabiendo qué contestar; otros le preguntaban á su vez: «¡Remangados los pantalones en tiempo seco! ¿Está usted seguro de haberlo visto?» Y los más le miraban con curiosidad, quizá diciéndose para sí:

«¡A que este provinciano se ha *chiflado* en Madrid!»



La estatua de Marat, obra del escultor Baffier, recientemente retirada del parque de Montsouris (París)

VI

Aquel mes de mayo, con motivo de las fiestas de San Isidro y del Ayuntamiento, hubo un aluvión de corridas de toros, y el vizconde, viendo siempre pantalones remangados, se cebaba más y más en su obsesión. Una tarde, un periodista á quien había tratado en su ciudad natal y que ocupaba un asiento de primera fila de tendido, hablaba, durante un arrastre, con el duque de A... El vizconde sintió un rayo de esperanza que iluminaba los obscuros limbos de su imaginación, y al otro arrastre pidió al hombre de letras que le presentara al duque.

«El señor duque de A...»

«El señor vizconde de la Sorpresa.»

La presentación estaba hecha.

Sin embargo, el vizconde reprimió su impaciencia: varias veces asomó á sus labios una interrogación; pero el aspecto frío, aunque cortés, del duque, le contenía. Por último, á la corrida siguiente no pudo más, buscó ocasión oportuna y preguntó al duque:

–Señor duque, ¿por qué se remanga usted los pantalones?

El duque le miró atentamente. Luego volviéndose hacia sus cómplices de remangamiento, contestó con acento indefinible y misterioso:

–No puedo responder á su pregunta: es un secreto.

¡Un secreto! Sí, un secreto debía ser aquel crimen de lesa elegancia. Porque el vizconde no podía persuadirse de que un pantalón remangado fuese más elegante que cayendo naturalmente sobre el pie. ¡Un secreto! Acaso aquellos jóvenes pertenecían á alguna sociedad secreta; pero bien podían haber elegido otro signo para reconocerse: no, al vizconde le decía el corazón que el misterio consistía en otra cosa. A la corrida siguiente, notó que la pléyade de los pantalones le miraba sonriendo y cuchicheando. Estuvo á punto de desafiarles á todos, mas se contuvo.

Pero á la *loca de la casa* no la contiene nadie. El vizconde se sumergió en una cavilación perpetua. El, el sagaz investigador de la elegancia, tropezaba con una abstracción indefinible. Nunca había sacrificado á ciegas en el altar de la moda, y por tanto jamás quiso remangarse el pantalón. «No, se decía á sí propio, mientras desconozca la causa rechazo el efecto; ¡no, y mil veces no!»

Una mañana, estando todavía acostado, puso en conmoción al hotel en que se hospedaba, gritando: «¡Pantalones, pantalones!» Acudió el camarero de su cuarto, y luego otros y después el dueño del hotel y varios huéspedes, porque el vizconde se revolvía en la cama delirando. Vino un médico y declaró que aquél tenía ataque cerebral á consecuencia de insolación.

Sí, insolación de pantalones.

Y yo que he tratado al vizconde en Madrid, y que hace poco he estado en su ciudad natal, me he convencido de la falibilidad de los juicios humanos. Sus paisanos siguen creyendo que ha muerto de la vida de la corte: abrumado de obsequios, orgías y aventuras amorosas. No he querido tratar de desengañarles. ¿Para qué? Lo único positivo en la vida son las ilusiones.

Confieso que también á mí me ha sorprendido mucho el *remangamiento* de pantalones en personas á quienes menos debe importar el conservarlos; pero mi sorpresa no ha sido tan funesta como la del vizconde de la *idem*.

Ya se ve; ¡como no soy vizconde!

F. Moreno Godino

SECCIÓN AMERICANA

LEONCIO PRADO

(PERFILES PERUANOS)

Nadie que lea el apellido de este valiente, dejará de recordar cómo alguien, con más ligereza que buena intención, pretendió echar sobre la frente del noble americano la mancha de un crimen horrendo.

Recuérdese el proceso de aquel famoso Prado, asesino de María Aeguetan, y á la mente del lector vendrá sin gran esfuerzo aquella noticia que velozmente rodó por los periódicos de Europa afirmando que el anónimo criminal era nada menos que un hijo del general Mariano Ignacio Prado, ex presidente de la República Peruana.

Cúpome entonces la suerte de desmentirlo con la energía con que las calumnias deben ser atajadas, y hoy, después de dos años, tomo de nuevo la pluma para presentar á la faz de aquellos que tal dijeron la figura gloriosa del calumniado, envuelta entre celajes luminosos, entrando en el templo de la inmortalidad.

Leoncio Prado fué hijo natural de D. Mariano Ignacio, general que subió por vez primera á la silla presidencial por medio de una revolución hecha al general Pezet, á la sazón de las diferencias surgidas entre España y el Pacífico el año 1866.

El pueblo peruano creyó ver tolerancia en el gobierno Pezet, y levantó al caudillo popular elevándolo á la presidencia con todos los entusiasmos que inspira un general joven y apuesto que encarna los ideales de las masas.

Le conocí algunos años más tarde; era por segunda vez presidente, y lo era constitucional, como Dios manda. Le he juzgado siempre bueno y honrado, porque los errores ó las desgracias no pueden jamás tenerse por deshonra. En su patria nadie le quiere mal: no ha hecho daños, y cuando más, dicen sin encono que ha tenido poca fortuna en los comienzos de la guerra con Chile.

Napoleón llegó á Santa Elena por el camino que conduce á la gloria.

¡Qué gran ejemplo! Y sin embargo, era Napoleón.

Educado Leoncio lejos de la fastuosa morada de su padre, morada embellecida por la presencia de una esposa joven, hermosa y elegantísima, creóse una naturaleza indómita, más dada á la guerra que á la paz, impetuosa para precipitarse en la defensa de lo que él llamaba derechos de la humanidad y del hombre libre.

El general cuando oía contar una proeza de su hijo, «es un loco» decía.

Vino á Europa; regresó al Nuevo Mundo y en todas partes dejó memoria de su paso; pero no una memoria triste y deshonrosa; por el contrario, era el Tenorio enamorado de lo que, bien ó mal tenido, tenía por grande y por sagrado.

Su fama de valiente extendíase ya del uno al otro mundo.

El primer grito de insurrección cubana soliviantó su espíritu guerrero. Conocidos son sus actos de temeridad, que yo no debo juzgar en uno ni en otro sentido: estáme vedado ese terreno, y por nada del mundo consentiré en meter mis yuntas en heredad ajena.

Dejemos, pues, á Leoncio Prado en sus correrías de muchacho; dejémosle también persiguiendo los ideales de un mozo aguerrido, cuyas viriles energías fue-



PLATICA DE COMADRES, cuadro de F. du Puigandeau, grabado por Baude. (Exposición del Campo de Marte, París.)



ENTRE FLORES, cuadro de E. Tondouze, grabado por Baude. (Salón de París.)

ron creadas para la lucha del hombre con el hombre, y no para las degradantes batallas que libra la humanidad con las pasiones.

Tomémosle en los instantes que lleno de vida, de entusiasmo patriótico, de sed de gloria, se refugia en la sierra del Perú, desconociendo al gobierno que había pactado treguas con los enemigos y protestando de los tratados de paz.

Levantáronse por entonces *montoneras*, lo que aquí llamaríamos guerrillas á lo Mina, y después de hostilizar á los chilenos, haciéndoles proseguir una campaña penosísima, hízose necesario el último de los sangrientos encuentros que en aquella funesta guerra hubo.

Los vencedores cantaron himnos de gloria á los vencidos; es cuanto decirse puede en honor de los que perecieron.

Leoncio Prado era coronel.

Para el que no sepa lo que es una guerra de *montoneros* diré dos palabras que aclaren algo el sentido del adjetivo.

La *montonera* se compone de un pelotón de tropas irregulares, sin uniforme, sin dinero, con armas de todos los sistemas y de todos los calibres, que vive como puede, pasando privaciones, hambre, sed, y expuesta á los rigores de la intemperie. Los *montoneros* son nuestros patriotas de la Independencia; mezcla de militares y agricultores, de indios y mulatos, de cholos y blancos, de aristócratas y descamisados, pero siempre un grupo de valientes, exaltados por el patriotismo ó por una idea que suponen redentora para el pueblo. El *montonero* trepa los Andes, se guarece tras los grandes picachos, y cuando no tiene armas ó de ellas no puede hacer uso, espía el paso del enemigo para despeñar las enormes galgas que bajan imponentes sembrando el espanto entre los perseguidores y haciéndoles las más veces infinitos destrozos.

El *montonero*, que saquea pueblos y roba caballos y echa mano de cuanto encuentra para continuar la campaña y atraer prosélitos á la causa que defiende, va dejando tras de sí recibo de cuanto indebidamente toma para que en su día sean satisfechas á los perjudicados las cantidades y las bestias robadas.

Las tropas que Prado y otros jefes del ejército acaudillaban estaban calificadas de *montoneras*.

Los enemigos no daban, pues, cuartel á los prisioneros; los peruanos jugaban la vida sin remisión: vencer ó morir; he allí el dilema.

Por algo dijo un distinguido periodista chileno, mi antiguo amigo Raimundo Valenzuela, que el Perú había tenido en la batalla de Huamachuco «heroísmos probados y glorias que deben esculpirse en el bronce»

La suerte de las armas peruanas no había dejado de ser fatal, y la célebre batalla fué un nuevo desastre material para el Perú ya exánime. Cien nombres que aquella jornada hizo gloriosos pasaron del campo de batalla al campo de la historia escritos con sangre en las páginas épicas de este siglo.

Entre los hijos de los incas batidos y destrozados había sonado el «sálvese quien pueda» de la derrota.

El jefe chileno coronel Gorostiaga prometió á sus soldados abonarles cincuenta *centavos* por cada rifle y dos pesos por cada cañón encontrado en el campo enemigo.

«En esta rebusca de hormiga, dice Valenzuela, se encontró á Prado.»

Había recibido Leoncio una bala en una pierna y la tenía destrozada.

Le condujeron al cuartel general de Huamachuco y fueron dadas inmediatamente las órdenes para fusilarlo.

Día y medio estuvo en capilla.

Ni por un instante decayó su buen humor; y conversaba con los oficiales que le custodiaban como si de compatriotas suyos se tratase. ¡Oh! Yo estoy segura: entre aquellos militares había muchos que en otro tiempo sintieran admiración por el hijo del general Prado y que hubieran querido conservar su generosa existencia.

Pero las órdenes militares son inexorables.

El coronel Prado pidió con energía que se le fusilase en la plaza de Huamachuco con los honores de su grado; pero el jefe chileno negó esta petición que hubiera sido tanto como reconocer beligerancia en los que se tenían por *montoneros*.

Entonces se conformó con que lo fusilasen en la cama para evitarse las molestias que le producían sus heridas: le fué concedido.

Llegados los últimos momentos de su azarosa existencia y elevado su espíritu á las más serenas regiones del patriotismo exaltado, preguntó sonriendo al oficial que mandaba los tiradores á qué hora pensaba despacharlo para el otro mundo.

– Dentro de pocos minutos, le contestó.

– Voy á pedirle á usted una gracia: que me permita mandar la fuerza.

– Concedido.

Había pedido una taza de café, que encontraba exquisito.

– Hacía mucho tiempo, dijo, que no tomaba café tan rico.

Los chilenos le miraban asombrados de valor tan sereno. ¿Quién no tiembla en los últimos instantes de su vida?

– Al concluir de saborear esta taza de café, añadió, que midan los puntos, y al dar yo un golpe con la cucharilla en el *pocillo* (tacita) que disparen.

– Así se hará, contestó el oficial.

Con la tranquilidad del justo y del héroe sorbió el líquido sin que el pulso le temblase, sin que ni la mirada ni el semblante revelasen emoción alguna. Apuró hasta el residuo de aquel cáliz que para otro hombre que Prado no fuese hubiera tenido el amarguísimo dejo del dolor y las repulsivas hieles del espanto; y con entereza, con la mirada serena, el pulso firme y la fisonomía iluminada por gloriosos reflejos, dió el golpe con la cucharilla en la taza; golpe que debió sonar lúgubre en los oídos de los cuatro soldados, que instantáneamente y con aterradora precisión abrieron á Leoncio Prado las puertas de la inmortalidad.

Aquí tenéis, lectores, el hombre al cual imprudentemente acusó Europa de haber asesinado á una desgraciada para robarla el fruto de su deshonra.

Cuando esto se dijo en París, el alma de Leoncio Prado debió rugir como fiera enjaulada en el etéreo recinto que le sirve de cárcel eterna.

¡Que Dios perdone á los calumniadores!

Eva Canel

NUESTROS GRABADOS

Don Jaime el Conquistador, busto en barro cocido de D. Rafael Atché. De fotografía directa de los Sres. Joaristi y Mariezcurrena. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.) – Rafael Atché es uno de los artistas que descuellan entre la ya numerosa pléyade de escultores. Joven y en un breve período de tiempo ha logrado tan señalados triunfos y dado tan gallardas muestras de sus aptitudes y genialidad, que su nombre figura dignamente confundido con el de los artistas que honran á España y á Cataluña. De hermosa fantasía, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo de bello y grande que acusa su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo, y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera, produciendo obras tan admirables y tan geniales como *El mal ladrón*, que tanto sorprendió en una de las últimas Exposiciones de Bellas Artes, por más que el elemento académico, sujeto á los antiguos moldes, no se detuviera á analizar cual merecía la significación de aquel profundo estudio del dolor físico y moral, de las torturas de la materia y de la ira. *El mal ladrón* es la genuina representación del arte moderno, y la obra de Atché en que mejor representado se halla su ingenio y varonil esfuerzo.

El precioso busto de D. Jaime I de Aragón, el monarca legendario, representado en el ocaso de su vida, agobiado por el peso de los años y de sus glorias, pero no abatido su batallador espíritu, es otra obra notable de este distinguido artista, en la que se admira su franco y clásico modelado, y una de las obras que más han de llamar la atención de los inteligentes en el Certamen. La estatua de Cristóbal Colón, que corona el monumento que Barcelona levantó al ilustre navegante, pregona otro triunfo de Atché, puesto que fué ganado en público concurso.

***

¡Huérfana!, cuadro de D. Ricardo Brugada. – Ricardo Brugada es joven, y está, por ende, en los comienzos de la carrera del arte. Pero no por ser corta deja de ser brillante su historia artística, y algunos de sus cuadros adornan más de un aristocrático salón de esta capital y de la corte.

Ha sido discípulo de nuestra Academia de Bellas Artes y ha recibido además, con gran aprovechamiento, lecciones del celebrado pintor y consumado maestro D. Antonio Caba. En la Academia ha obtenido todas las distinciones honoríficas en las clases de dibujo, pintura, composición, anatomía, estética é historia de las Bellas Artes.

¡Huérfana! es un resultado halagüeño y satisfactorio de estos estudios tan á conciencia hechos. Adviértese en el cuadro el talento del artista que compone con sobriedad, pinta con soltura y corrección y siente profundamente el asunto que al lienzo traslada.

Cualidades son éstas que permiten esperar para nuestro distinguido paisano un porvenir hermoso, tanto más, cuanto que Brugada, convencido de que sólo merced al constante estudio y á la aplicación asidua acaban bien los que bien empiezan, ajusta estrictamente su conducta á esta regla, que es la más segura para alcanzar honra y provecho.

***

Futuros lobos marinos, cuadro de D. José Ferrer y Pallejá. – En el número 477 de La Ilustración Artística, y con motivo de su cuadro *El toque de oración*, dijimos algo del joven pintor catalán cuyo es el lienzo que hoy reproducimos. Aunque de un género distinto de aquél, denota éste las mismas cualidades que entonces elogiamos en el señor Ferrer y Pallejá y aun quizás en algo le aventaja: la nota del sentimiento aparece más débil por la índole misma del asunto; pero en cambio destácase con más fuerza el artista, hábil imitador de la naturaleza, que ha sabido tratar con acierto el mar con su dilatado horizonte y su lisa superficie cortada por pequeñas barcas, y la arenosa playa cuya monotonía rompen con sus graciosas figuras los dos pilluelos de playa que andando el tiempo llegarán á ser dos lobos de mar, si la afición no se tuerce y el hilo de la vida no se quiebra.

***

Joven argelina, cuadro de D. Ramón Tusquets. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891). – Por los cuadros que del Sr. Tusquets hemos reproducido en distintos números de esta Ilustración puede juzgarse de cuán merecido es el universal renombre que ha sabido conquistarse el afamado pintor catalán. Cultivador con éxito siempre igual de todos los géneros, domina por completo los recursos y procedimientos artísticos á cada uno de ellos propio; y así, sus paisajes respiran poesía; sus flores ostentan en toda su brillantez la vida y los colores; sus cuadros de historia y de género tienen aquéllos toda la amplitud y grandiosidad que en obras de tal índole se exige y revelan éstos tesoros de sentimiento, y en todas sus figuras resplandecen esos destellos de vida que sólo el genio sabe infundir en la materia inanimada.

La *Joven argelina* que hoy publicamos es prueba elocuente de que no pecan de exagerados nuestros elogios. Mírese ese rostro hermoso de marcadas facciones, ese busto de combas perfectas sobre el cual cae en sedosos rizos una espesa y negra cabellera, ese cuerpo esbelto envuelto en ricas telas de brillantes colores y adornado con ricas joyas, el conjunto, en fin, de esa figura interesante, y dígase si quien tal ha hecho no tiene muy merecido el eminente puesto que en el mundo del arte ocupa.

***

La estatua de Marat, obra de Baffier, recientemente retirada del parque de Montsouris, París. – En el Salón de París del año 1883, el escultor Baffier expuso el modelo en yeso de esta escultura, obteniendo por ella una medalla de tercera clase; en el de 1885 reapareció esta obra, fundida ya en bronce, adquiriéndola entonces por 5.000 pesetas el Ayuntamiento de aquella capital, que la hizo colocar en el parque de Montsouris.

En el mes de febrero último, el senador M. Fresneau, á propósito de una interpelación sobre la administración municipal, llamó la atención del gobierno sobre la existencia de un monumento que consagraba la memoria del terrible revolucionario, poniendo al antiguo proveedor de la guillotina al nivel de los hombres que se han distinguido por sus virtudes ó por sus hechos gloriosos. A consecuencia de esta observación, y teniendo además en cuenta que ningún decreto había aprobado la erección del monumento, la estatua ha sido retirada y trasladada á los almacenes de la Villa.

La obra de Baffier produce cierta impresión de tristeza; en ella Marat está representado escribiendo, sentado en su bañera, apenas indicada por el artista; desnudos el busto y los pies, cubierto el resto del cuerpo en miserable manta y atado á la cabeza el célebre pañuelo que nunca abandonaba, ni siquiera para asistir á las sesiones de la Convención. Su rostro pensativo lleva impresa la huella de grandes tormentos; las arrugas que lo surcan acusan las vigilias, las privaciones, un cerebro en continua y vertiginosa actividad y el carácter envidioso é irascible que la historia atribuye al *amigo del pueblo*.

***

Plática de comadres, cuadro de F. du Puigaudeau, grabado por Baude (Salón de París). – Este cuadro, de asunto sencillo, pero no por esto menos interesante desde el punto de vista artístico, llamó con justicia la atención de los visitantes de la última Exposición del Campo de Marte celebrada en París. En este lienzo, lleno de carácter, el pintor ha sabido sacar gran partido de una escena por demás vulgar realzándola con una ejecución original en extremo. La acertada colocación de ese grupo de comadres escuchando la narración de los sucesos del día, que la más ágil ó más entrometida ha ido recogiendo por la aldea en su cotidiana excursión, para luego vaciar en agradable tertulia el saco de noticias aquí y allí sorprendidas; las fisonomías y las actitudes de la *reporter* y de sus oyentes; el conjunto de detalles tan felizmente combinados y el mismo color de la pintura toda, sombrío en el fondo y con algunos bien entendidos toques de luz viva, producen la impresión de los mejores cuadros de los antiguos maestros holandeses ó flamencos, cuyas cualidades más salientes ha sabido, no sólo estudiar concienzudamente, sino en cierto modo apropiarse el joven y ya célebre pintor francés M. Puigaudeau.

***

Entre flores, cuadro de E. Tondouze, grabado por Baude (Salón de París). – A pesar de ser tantas y tan variadas las formas con que los poetas han descrito y los artistas reproducido las bellezas de la primavera, Tondouze ha sabido dar novedad á tan explotado asunto ofreciendo á nuestras miradas una original pintura tan sentida y tan simpática, que á la vista de *Entre flores* se confirma la creencia de que para el verdadero artista no hay temas gastados y de que lo realmente bello admite variedad infinita de manifestaciones, todas igualmente propias para impresionar gratamente nuestro ánimo.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONCLUSIÓN)

»No me permito juzgarle en este punto, y no por ello le reverencio ni le aprecio menos. A decir verdad, no es *irreligioso*, pues no solamente se distingue por su rectitud, sino también por su generosidad, exenta de egoísmo, hasta un punto que me arranca lágrimas cuando pienso en sus bondades para mí y para aquel que hemos perdido. Mi padre, cuya fe era tan firme y tan pura como el cristal de roca, decía siempre: «No hay motivo alguno para inquietarse sobre la indiferencia de Conrado respecto á los dogmas de la Iglesia; en vez de censurar su falta de convicciones religiosas, deberíamos agradecerle que haya sustituído las creencias que su conciencia no le permite profesar con una fidelidad tan estricta á todos los deberes que su noble y severo carácter le imponen. Dejadle en paz, pues nada temo del porvenir. Día llegará seguramente en que el amor, ese soberano que á todos domina, penetrará en el corazón de mi hijo; entonces la venda caerá de sus ojos y sus manos se unirán involuntariamente para elevar una oración, sin necesidad de ningún impulso exterior.»

. . . .

Antes de dar por terminada esta parte de mi relato, reproduciré un último extracto de la correspondencia de Julieta.

JULIETA Á TERESA

«Conrado ha sido causa de que recibiéramos un gran susto; esta vez mi madre estaba con nosotros, aunque por fortuna no vió sino un accidente en lo que ha ocurrido; pero mis pensamientos iban más lejos y me espanté mucho. Este suceso, no obstante, nos ha preservado de una muerte espantosa y veo en él la mano de la Providencia, que á menudo se sirve del mal para el triunfo del bien.

»Como la tarde era hermosa y templada, Conrado nos invitó á ir en el coche pequeño al molino antiguo, situado cerca del sitio que llaman Roca del Gigante.

»Nos acompañaba á caballo, manteniéndose tan pronto junto á nosotras como adelantándose en dirección al lugar donde nos había prometido una agradable sorpresa.

»Debo advertirte que Conrado, con una habilidad y un gusto extraordinarios, ha sabido hallar medio de incluir los sitios más hermosos de Larnstein en el recinto mismo del parque. Los antiguos caminos de herradura, tan secos y áridos, se han suprimido ó transformado completamente y ahora serpentean á través de los tallares, prolongándose á veces entre espesas masas de follaje, ó formando en las pendientes largas avenidas cubiertas de verdor, al cabo de las cuales se ven de improviso deliciosas perspectivas.

»Después de seguir todas estas vueltas y revueltas en el espacio de cerca de una legua, llegamos inopinadamente á un punto desde donde se veía el molino antiguo, completamente nuevo para mí, sin observar que los árboles, á cada lado del camino, habían sido reemplazados por una alta terraza cubierta de césped y como suspendida sobre el barranco. Era un espectáculo tan imprevisto como encantador: á la derecha elevábase bruscamente la Roca del Gigante, árida y desnuda; una inmensa nube parecía haber fijado en la cima su blanca masa, y la gran mole que se destacaba en plena luz parecía comunicar, por un efecto de óptica, más altura al cielo mismo, que tenía entonces un color azul íntimo. Una sombra violácea parecía cubrir como con un velo transparente la mitad del barranco que se veía á nuestros pies, mientras el sol doraba las pendientes opuestas.

Muy abajo, en las profundidades del valle, veíamos el molino antiguo, que parecía sepultado entre las rocas húmedas del río; el rumor del agua que caía y el ligero rechinar de la rueda del molino era lo único que interrumpía el silencio en aquellos lugares.

Y sobre este cuadro un pequeño arco iris aparecía á intervalos.

Yo me había recostado en el coche, distraída en vagos pensamientos, y para mí tenía algo de dulce y melancólico el silencio de aquel día de otoño. La escena que acabábamos de admirar hízome fijar la atención en Conrado, porque era el autor de todo aquello. Avanzaba lentamente al paso de su montura, un poco delante de nosotros, y yo miraba su silueta aristocrática. En la confluencia del antiguo camino de herradura con el nuevo hay un poste indicador; desde lejos veíamos su largo brazo tendido hacia nosotros, cual si nos intimase á retroceder, ó por lo menos así lo imaginé más tarde. Conrado se hallaba frente á dicho poste, é iba á franquear el recodo del camino, cuando de pronto profirió un agudo grito y le vi alzar los brazos, poniéndose una mano sobre los ojos.

»Vaciló en su silla y echóse hacia atrás, como si una bala le hubiera atravesado el corazón; un momento después hallábase tendido en tierra, insensible al parecer. Saltamos del coche para correr en su auxilio, y en el mismo instante el lacayo que nos seguía nos alcanzó y apeóse del caballo.

»Nos inclinábamos sobre Conrado para examinarle, cuando un ruido espantoso, resonando cerca de nosotras, nos estremeció: á unos cien metros del sitio en que nos hallábamos, un enorme fragmento de roca, rodeado de una nube de blanco polvo, se había derrumbado rodando hasta el camino y cerraba el paso á que debíamos llegar muy pronto. Las yeguas se asustaron y huyeron precipitadamente hacia el castillo; pero como el coche volcara, los cuadrúpedos no pudieron correr y el cochero los detuvo sin dificultad.

»Durante todo este tiempo, solamente nos ocupábamos de Conrado; pronto volvió en sí, y excepto yo nadie pudo sospechar la verdadera causa de su caída; habiendo presenciado ya más de una de aquellas crisis, no podía dudar sobre la naturaleza de la que entonces observaba.

»Conrado, á Dios gracias, no estaba herido, y todo se redujo al susto.

»Antes que el lacayo volviera con otro coche, pudimos explicarnos las causas de aquel desprendimiento de la roca: el muro que hay á la derecha, á lo largo del camino nuevo, es de reciente construcción; los trabajadores no le habían dado el punto de apoyo suficiente y habíase hundido, arrastrando en su caída una porción de la misma roca, precisamente en el momento en que, á no ser por el accidente de Conrado, íbamos á pasar todos por allí. Para nosotros era una muerte segura, y acabábamos de evitarla casi milagrosamente.»

. . . .

Inútil es añadir nada á los anteriores extractos, pues bastan para demostrar hasta qué punto el estado de aquel infeliz había llegado á ser doloroso.

Por más que luchase con toda la energía posible, hallábase bajo el dominio de una fuerza cuya acción inexorable era invisible para todos aquellos que le rodeaban, y en la cual rehusaba creer. En vano se esforzaba para convencerse él mismo de que aquellas apariciones no eran reales: ¡la mano estaba siempre allí!

La amatista espectral, en aquella mano que no pertenecía ya al mundo de los vivos, seguía apareciéndosele y lanzando sobre él sus corrosivos rayos; mas esto no era continuo; muy por el contrario, cuando se había preparado para ver el anillo fatal, cuando deseaba que apareciese, toda la fuerza de su imaginación no bastaba para atraerlo. Con frecuencia lo había intentado, porque se figuraba que si le era posible conseguir su objeto, el encanto quedaría roto, y así estaba seguro de que el espectro evocado por la fuerza de su voluntad se alejaría en virtud del mismo poder.

Frustrada su tentativa, esperó durante algún tiempo que al menos podría acostumbrarse al fantasma que no podía evocar ni rechazar, y que así le sería dado triunfar de sus terrores... Trabajó mucho para familiarizarse con esta idea, pero todo fué tiempo perdido. A pesar de hallarse en el pleno goce de una salud robusta y orgulloso de su fuerza intelectual, cuando imaginaba que la última aparición no era sino el vago recuerdo de un sueño en parte olvidado, de improviso, por las vías más desconocidas y con una significación creciente, *presentábase* á sus ojos.

En medio de los más sangrientos combates había visto aquella mano de espectro desviar la carabina levantada al nivel de su cabeza; y en los bosques de Larnstein, cuando ninguna cosa indicaba la muerte infalible de que no habría podido escapar sin aquella misteriosa intervención, habíale ésta advertido, desde un simple poste, que debía retroceder. En la partida de ajedrez, en fin, á la que su extraña superstición había dado una significación simbólica, en el instante mismo en que se jactaba de que Julieta no podría escapársele, el espectro contrarrestó su juego, indicándole así que podía burlar sus planes.

¿Llevaría á cabo su amenaza la horrible visión? ¿No se presentaría á nadie más que á él, ó se manifestaría igualmente á otros en una época más lejana?... Tales eran las dudas que de continuo le asaltaban, y vivía ansioso, febril, fluctuando entre las más locas esperanzas y los más exagerados terrores. Había hecho laboriosamente para sí mismo toda una serie de leyes interiores, y en este sistema, las relaciones entre la causa y el efecto eran tan íntimas, que no dejaban lugar alguno para la inacción en la cadena de las consecuencias. Según este sistema, solamente la acción tenía eficacia, y sin ella, la causalidad no podía producirse. La cosa *no ejecutada* no existía, y ningún efecto se podía atribuir á lo que no tenía de por sí existencia alguna.

He aquí por qué la inscripción del anillo egipcio había fascinado tan poderosamente su imaginación: parecíale que la tesis inventada por él había surgido de la tumba fortalecida por la autoridad de veinte siglos; y según este mismo principio había examinado tan prudentemente toda manifestación interior de su voluntad, pesando con tanto cuidado cada una de sus acciones.

Resumía toda su responsabilidad moral en esta ecuación: la suma de responsabilidad es igual á la suma de acción. En todo tiempo y en todas las cosas había mostrado una constancia inflexible en la estricta observancia de su propia ley, sin hacer á ella la menor oposición ni eludir sus preceptos y sin retroceder nunca ante el deber que le dictaba. Largo tiempo había buscado la paz bajo la égida de esta ley protectora, y ahora se aferraba con toda la energía de la desesperación á la seguridad que de ella obtenía. Gracias á este sistema, observado con una convicción inquebrantable y la más continua tenacidad, no se había debilitado nunca ni reconocido la necesidad de un auxilio extraño. Nada pudo conducirle jamás á humillarse á sus propios ojos; no le era posible hacerlo, ni lo osaba tampoco; su sistema no le dejaba medio alguno para levantarse después de una caída; no admitía la debilidad, y de consiguiente no dejaba lugar alguno de perdón.

A cada lado de la línea trazada tan claramente por su estrecha ley todo era caos; un poco más allá de su pulgada de tierra firme hallábase el abismo; toda mediación se hacía imposible allí donde no existía intermediario. El Cristo misericordioso estaba reemplazado en la cima de esta severa religión por una necesidad execrable, y no era aquella mano la de un Dios compasivo, sino la mano implacable de Seb Kronos.

X

SILBERBLICK

El día fijado para el casamiento de Conrado y Julieta amaneció sin nubes: la ceremonia debía celebrarse en la capilla del castillo, sin más testigos que algunos amigos de la familia.

Hacía largo tiempo que Conrado esperaba este instante, presintiendo que sería decisivo en su vida, y muchas señales precursoras habíanle anunciado ya la aparición del espectro. Arraigada en su ánimo la certidumbre de que se presentaría, habíase esforzado para prepararse á este choque terrible, que no era imprevisto, aunque no podía calcular el momento exacto en que se produciría.

Pero no pidió al cielo ni al infierno el valor nece-

sario para aquella lucha suprema, y cuando al fin se creyó dueño de sí mismo, fué á buscar á su prometida.

Todos cuantos han visitado las minas de plata de Freiburgo ó del Hartz han podido observar el admirable y fugitivo fenómeno que sobreviene cuando se practica la operación de fundir el material y que los mineros llaman *Silberblick*.

Cuando el metal recalentado llega al estado líquido y se pone en contacto con el aire, emite una iridescencia momentánea de vivos colores que brillan en rápido movimiento, debiéndose el fenómeno á la aleación impura que bajo una nube blanquizca combínase de repente con una porción del oxígeno de la atmósfera. Mientras esto dura, la masa fundida es arrastrada en un movimiento de rotación y produce los tintes más brillantes; pero aquél cesa de repente, y la superficie metálica, perdiendo su lustre, queda del todo opaca. Entonces sobreviene otro cambio, y es que la opacidad de esta superficie queda límpida y tersa como la plata; bajo la influencia de un calor interno, todas las partículas de materia extraña se han disipado, pero dejando en el fondo del crisol la huella de su paso, es decir, una manchita negra á la cual se da el nombre de *Silberblick*.

La sonrisa que animaba el rostro de Conrado cuando estuvo con su prometida cerca del altar recordaba también al *Silberblick*.

Sus pensamientos no estaban en el santuario; esperaba al espectro, y armábase para un combate sobrenatural; adivinaba que iba á presentarse; por primera vez sentíase capaz de empeñar la lucha, y desafiaba silenciosamente al mundo entero de los espíritus á desvanecer la sonrisa de sus labios. Sus sentidos, siempre alerta, exploraban en todas direcciones para observar los movimientos del fantasma enemigo, pues tenía confianza en su fuerza para resistir al ataque, con tal de que estuviese advertido á tiempo de su aproximación; en tal caso el espectro sería batido antes de que pudiese entrar en liza. Entretanto la ceremonia nupcial se efectuaba con solemne pompa; era llegado el momento de la bendición, y el sacerdote intimaba á los futuros esposos á unir las manos.

Reuniendo todas sus fuerzas y alineándolas en orden de batalla, Conrado sondeó una vez más con sus ojos todos los ángulos y rincones de la capilla; esta inspección, aunque rápida, fué minuciosa y completa, y el resultado tranquilizador. Sin embargo, allí donde se podía ocultar una sombra ó deslizarse furtivamente el más débil rayo de luz, detrás de cada columna y á lo largo de cada pared, su vista espiaba de continuo; su mirada quería penetar en cada grieta, sondear en la más pequeña abertura, explorar el más leve resplandor, siguiendo los átomos de polvo que se movían en un rayo de sol... ¡El campo estaba libre!...

Conrado alargó atrevidamente la mano para enlazarla con la de Julieta en una eterna unión... ¡El espectro estaba allí!... ¡El espectro había cumplido su palabra!... ¡Sí, crispándose sobre la mano de Julieta, vió la de su hermano, la de Félix!...

El desgraciado trató de desprender los dedos del muerto de los de la desposada; mas no pudo... ¡La amatista se lo impedía!... Y en el profundo silencio de su alma angustiada, á través de todos los recuerdos de su atribulada existencia, parecióle oir muy pronto voces que se elevaban, resonando con el estrépito del trueno; voces fatales y amenazadoras que repetían: «No luches, no, contra la mano de Seb Kronos.!»

Su voluntad se rebeló contra la decisión del oráculo, y haciendo el último desesperado esfuerzo, quiso reunir sus fuerzas físicas é intelectuales, pero estaban paralizadas y no respondieron á su llamamiento.

El sacerdote levantó la mano para dar la bendición nupcial, y los labios de Conrado pronunciaron maquinalmente el juramento exigido; pero hablaban por otro, y este otro era un muerto.

La ceremonia había terminado, y á los ojos de todo el mundo, que no puede ver más allá de las apariencias, Conrado y Julieta eran esposos. Había cumplido valerosamente la palabra que á sí mismo se dió, no retrocediendo un paso; pero sabía muy bien que no estaba concluído todo. La sangre hervía en su cráneo, y aunque era dueño de sí mismo, preveía la inminente aproximación de alguna espantosa catástrofe. Gracias á una triste experiencia, hasta podía calcular el número exacto de los momentos lúcidos de que aún le era dado disponer.

Acompañó á su joven esposa á la sala del banquete, y recibió tranquilo y sereno las felicitaciones de los convidados reunidos allí. Después de cumplir este deber de urbanidad, retiróse tranquilamente.

Entonces, haciendo una señal á su ayuda de cámara para que le siguiera, Conrado volvió á sus habitaciones, que estaban en la extremidad de la casa.

– Vete al instante, dijo á su criado, y trae de las cuadras y del jardín cuatro hombres de los más vigorosos y corpulentos, te doy nueve minutos para encontrarlos, y adviérteles que han de venir provistos de muchas cuerdas, las más fuertes que encuentren. ¡Despacha!

El ayuda de cámara estaba acostumbrado á obedecer prontamente y sin réplica las órdenes de su señor; y si Conrado le hubiera dicho que fuese á buscar cuatro verdugos y cuatro cuerdas para ahorcarse, habría procurado complacerle de la mejor manera posible. En menos de diez minutos estuvo de vuelta con lo que se le pedía.

El conde, de pie junto al lecho, mandó á su criado cerrar la puerta con llave, como así se hizo. El lecho de aquél era un mueble antiguo, adornado de ricas esculturas y espeso cortinaje; Conrado oprimía con su brazo derecho uno de los macizos pilares que sostenían el pabellón, y su rostro estaba lívido.

– ¡Atadme pronto, exclamó, aquí... las manos y los pies! ¡Daos prisa!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz ronca, pues tenía los labios casi cerrados y parecía respirar con dificultad.

Los criados le miraban mudos de asombro; ya no abría los labios, respiraba por la nariz; pero sus ojos, de mirada feroz en aquel momento, hablaban con una expresión mezclada de súplicas y amenazas.

Los hombres vacilaron aún; entonces el lecho crujió de una manera extraña, y de repente una de las grandes columnas, arrancada con violencia de su zócalo, cayó contra un espejo grande, haciéndole añicos; un momento después, el pabellón caía también con espantoso estrépito.

Ya se había roto el dique.

Solamente después de una prolongada y furiosa lucha consiguieron al fin los cuatro atletas sujetar al loco; entonces les fué posible atarlo con las cuerdas que llevaban, y echáronle en el lecho en desorden, sin aliento y desfallecido.

Las habitaciones del conde ocupaban el ala menos frecuentada del cuadrilátero. El criado sabía que á través de las dobles puertas que acababa de cerrar con llave no podía llegar ningún sonido á las otras partes de la casa. Su infeliz señor debía haber contado con ello en sus últimos momentos de lucidez; pero antes de que se retiraran sus cuatro subordinados, exigióles el secreto más absoluto sobre los hechos que acababan de presenciar. Después fué á buscar á la condesa.

Julieta se había retirado también de la sala del banquete con su amiga Teresa, y el ayuda de cámara encontró á las dos damas sentadas en el canapé, en el gabinete de su señora, hablando en voz baja.

– A la verdad, querida amiga, decía Julieta, largo tiempo me he preguntado si era justo y conveniente obrar como lo he hecho, y me consuela pensar que á Félix debo no haber rechazado la demanda de un hermano que tanto le quería y que con tanta sinceridad llora su muerte. Yo acostumbraba á decirte «que los tres no eramos más que uno,» y ahora lo repito y lo creo así. Cuando Conrado se presentó á mí esta mañana, con las facciones animadas de una santa serenidad, dí gracias á Dios porque me permitía consagrar al consuelo de su existencia el tiempo que aún me resta vivir; mas en el momento de hallarnos en el altar, he comprendido que me separaba de todo cuanto me había rodeado hasta entonces, y debo confesar que en ese instante mis pensamientos se fijaban todos en Félix. De nuevo parecíame oir las inolvidables palabras que me dijo el día en que reconocimos por primera vez que habíamos nacido el uno para el otro; de nuevo me figuré que su brazo me enlazaba, y escuché atenta, como el día en que apoyaba la cabeza sobre su hombro, su voz simpática que me decía: «¡No, Julieta, nada puede separarnos ahora, ni aun la muerte!» Dime, tú que conoces tan bien mi corazón y mi vida, si crees que he procedido mal. De todos modos, yo no me arrepiento de nada; porque me parece, Teresa, que en este instante el cielo me ha concedido una revelación que me llena de agradecimiento y me tranquiliza. Cuando el buen sacerdote bendijo nuestra unión, mis sentimientos eran singularmente distintos, pero todos felices. Al tocar Conrado mi mano, la suya estaba tan fría como la de un cadáver, y á pesar de ello, su contacto me hizo experimentar una sensación que no había sentido hace años, desde la época en que Félix y yo acostumbrábamos á pasear por los bosques cogidos de la mano. Agobiada por el peso de estos recuerdos, incliné la cabeza, y mi vista se fijó en la fría mano que estaba en la mía. No te rías ahora de mí, Teresa, al decirte que creí ver..., me es imposible expresarte la viveza y la verdad de esta impresión..., que creí ver en esa mano mi anillo perdido, aquel que dí á Félix y que Conrado me regaló antes. Cerré los ojos, y entonces me pareció aún que el difunto estaba junto á mí y tenía mi mano en la suya. Después miré la cara de mi esposo, y parecióme la de un serafín, tan serena, y sin embargo tan expresiva, de un sentimiento profundo que revelaba las luchas y padecimientos del pasado y una calma triunfante en el presente. En aquel momento pensé, pero con una fuerza de convicción tal, que me sería imposible darte idea de ella, que Conrado no formaba más que uno con Félix, y que los tres, poseedores de aquel mismo anillo extraviado, estábamos reunidos en cierto modo.

Teresa sonrió al oir á Julieta hablar de sus alucinaciones, y dijo que no necesitaba un anillo fantástico para estar segura de que Julieta había obrado dignamente y de que aquel matrimonio sería un triple lazo entre el muerto y los vivos.

Apenas acababa de hablar, cuando el ayuda de cámara del conde entró en la habitación: no había hecho desaparecer del todo de sus ropas y de su aspecto las señales de la reciente lucha, y así es que, alarmadas las dos amigas al verle, exclamaron á la vez:

– ¡En nombre del cielo! ¿Qué ha ocurrido?

– Está tranquilo, contestó el criado, y ahora duerme.

El hombre añadió, suprimiendo con prudencia todo detalle, que su señor acababa de sufrir un violento ataque de fiebre; que había enviado á buscar al médico más cercano, y que suplicaba á la condesa que no se acercara sin permiso del doctor, porque experimentaría una emoción que en tal momento podía serla fatal.

Mucho le costó á Teresa persuadir á Julieta de que debía acceder á esta súplica, y al fin cedió por dicha suya, porque detrás de aquellas puertas que se le prohibía franquear reinaba el horror. Allí estaban los vestigios de la última lucha de Conrado y de su irremediable derrota; la batalla había sido prolongada y heroicamente sostenida, pero por lo mismo la derrota fué más tremenda. El hombre que estaba allí inerte, completamente quebrantado, había domado por la fuerza todas sus libertades, había aniquilado los antagonismos, dominando los impulsos de su naturaleza. Había vencido, porque había reinado, imponiendo su voluntad á todas las partes de su ser; pero su triunfo mismo fué la causa de su caída. De repente, todas las fuerzas tan largo tiempo dominadas habíanse rebelado de una vez, anonadando al usurpador; el campo de batalla estaba cubierto de ruinas; muebles destrozados, porcelanas rotas, espejos hechos pedazos, fragmentos de cristal y restos de tapices arrancados estaban esparcidos en la estancia en revuelta confusión, y las ricas y blandas alfombras presentaban aún vestigios del choque de dos fuerzas brutales. En medio de aquel desorden, con los ojos secos y brillantes como los del hombre atacado de locura, con los labios sanguinolentos y sólidamente atado, hallábase tendido de espaldas el caballeresco jefe, el último vástago viviente de la antigua casa de Roseneck; y alrededor de él, pálidos y sudorosos, con las mejillas magulladas y sus robustas articulaciones enrojecidas de sangre, veíase á los cuatro vencedores, á los rudos lacayos á quienes se había ido á buscar á la cuadra y á la granja.

Teresa había interpretado rápidamente la mirada oblicua del ayuda de cámara, y apenas pudo separarse sin temor de Julieta, halló un pretexto para reunirse con él en la antecámara, desde donde debía conducirla á la habitación de Conrado. Convencida de que era responsable de todo cuanto entonces se hiciera, dió orden de retirar los muebles rotos y reparar el desorden de la habitación; después dispuso que se pusieran espesos cortinajes en las ventanas, que se arreglase el lecho y se cubriera con una colcha al infeliz conde, atado, mudo y casi privado de conocimiento.

Mientras se hacían estos preparativos, bajó á la sala del banquete y excusó la ausencia del conde, pretextando una ligera indisposición de su esposa. Esto produjo el efecto apetecido, pues cada cual se apresuró á despedirse, y cuando el último coche desapareció fuera de la verja, Teresa fué á reunirse con su amiga.

– Tus penas, querida Julieta, dijo, comienzan muy pronto; el pesar llega más ó menos pronto, pero llega, y debemos soportarle con resignación.

Y sin dejar tiempo para que su amiga contestase, comenzó á prepararla para lo que debía hacer.

Entretanto llegó el doctor, y después de interrogar á los testigos sobre el acceso de Conrado, conversó largo tiempo con Teresa, examinó después con la mayor atención al paciente, declaró al fin que las fuerzas del conde estaban tan agotadas, que por lo pronto no debían temerse ninguna nueva crisis. También quiso pasar la primera noche á la cabecera del lecho, y no permitió á nadie acercarse al conde, que seguía siempre en un estado de completa insensibilidad. Desató las ligaduras, cortó los espesos bucles

de su cabello negro y aplicó compresas de hielo á la frente.

Julieta, á quien durante semanas enteras se prohibió acercarse á su esposo, trasladóse á una de las habitaciones inmediatas, y dispuso que se sustituyesen las puertas con tapices.

Los días y las noches transcurrieron sin que se produjese ninguna mejora en el estado del conde y sin descanso para Julieta en sus largas vigilias, durante las cuales permanecía atenta detrás de la espesa cortina, única cosa que la separaba del enfermo. Siempre junto á ella, dirigía á veces una furtiva mirada á la habitación del conde, escuchando con la mayor atención. Mejor hubiera sido para Conrado y para ella que en estas vigilias no se hubiese mostrado tan celosa y atenta, ni escuchado tampoco los sonidos que salían de aquella estancia donde le estaba prohibido entrar; pues entre ellos, algunos helaban la sangre en las venas de Julieta, matando para siempre la piedad en su corazón. No eran más que las palabras entrecortadas de un loco, pero contenían una confesión involuntaria, y esta confesión le reveló una verdad tan aterradora como la aparición de la cabeza de Medusa, que convertía los hombres en estatuas. También Julieta se convirtió en estatua, y aunque yo no la vi sino una vez, no podré olvidarla jamás.

No obstante, cierta mañana Conrado, algo repuesto por la primera noche de reposo de que hasta entonces había podido disfrutar, recobró el conocimiento, pudo darse cuenta de los objetos que le rodeaban, y juzgándose feliz al verse libre de todo padecimiento físico, fijó en su esposa, que le observaba, una mirada de profundo agradecimiento.

Pero la figura que vió no era la de una mujer; era la del ángel del juicio.

—¿Por qué no alargaste la mano para salvar á Félix?, preguntó la condesa.

Estas palabras fueron pronunciadas lentamente, como un murmullo casi ininteligible; mas á Conrado le parecieron terriblemente claras y precisas: ¡Ya lo sabía todo!... Cuando oyó estas palabras y vió el aspecto de Julieta, tampoco él ignoró ya nada. Comprendió que el secreto se había escapado al fin de unos labios que ya no eran dueños de sí mismos, y que la voz que le acusaba era la de su propia conciencia. ¡Su crimen se alzaba delante de él!...

XI

DEMONOCRACIA

¿Qué crimen era este?

No era el acto irreflexivo de un hombre dominado por la pasión; ni siquiera se podía considerar como un acto, pues el conde no había sido nunca esclavo de la pasión, pero llegó á serlo de su pensamiento, y éste fué para él un soberano peligroso.

En la tarde del día en que Julia contrajo esponsales con Félix, cuando los dos volvían al castillo por el lindero del bosque, aquélla percibió como un lamento en el tallar, y Félix había oído también ruido entre la espesura: era Conrado, que poseído de una inexplicable inquietud, había dejado escapar un suspiro y trataba de volver al castillo sin que se le viera.

Manteniéndose invisible, pudo observar cómo los dos enamorados paseaban juntos; oyó á Julieta manifestar á Félix el temor que Conrado le inspiraba respecto á sus desposorios, y comprendió muy pronto que estaba irremediablemente perdida para él. Acostumbrado desde hacía mucho tiempo á preparar su espíritu para el combate mortal con el enemigo impetuoso que entonces le acometía, apeló á su orgullo y á su fuerza de voluntad para ocultar á todos los ojos las amargas angustias de aquella lucha; y desgraciadamente para él mismo, lo consiguió demasiado bien. A este fin anunció su proyecto de enlace con la heredera de Weisemberg, y durante un momento tomó la idea por lo serio.

«Un año más de lucha, se decía, y habré dominado esta loca pasión que tiene su origen en el error de toda mi vida.» Pero los felices poseedores del paraíso de que había sido desterrado jugaron imprudentemente con la violenta codicia de que su corazón era presa; burláronse de ella como de un animal domado, ó se mostraron indiferentes, pareciendo ignorar su existencia. En su mortal angustia, veíase aislado en medio de los que no la sospechaban, y entre los que le eran más queridos, ninguno observaba lo que padecía. No había agradecimiento para el mártir que sufría por causa de ellos, ni ternura ni piedad para su dolor ignorado.

El conde hubiera arrostrado valerosamente, y sin duda vencido, mayores dificultades aún para disimular sus padecimientos y sacrificios de cada instante á los ojos de personas recelosas ó desconfiadas. Deseaba con toda sinceridad ocultarlos; mas aquellos para quienes quería guardar el secreto, esforzándose por conseguirlo, dejábanse engañar tranquilos, de la mejor buena fe; consideraban como una cosa muy natural su fingida calma, y le creían tan pronta, tan implícitamente, que Conrado se exasperaba por su propio triunfo.

Y no podía escapar ni un instante por la palabra, la mirada ó la acción, del fuego devorador de aquella angustia oculta; debía reprimirse como en el pasado, pero esta reserva era entonces natural para él; mientras que ahora esforzábase en la imitación de sí mismo, como un actor imita un modelo, y de este modo todo su ser se transformó en una máscara, que no podía arrancar aunque le sofocaba. Todas las circunstancias y condiciones de su vida habíanse unido para dirigir su carácter por vías de que la juventud quiere generalmente apartarse. Aun siendo niño, sus afecciones tenían un carácter paternal; la costumbre de juzgarse superior y con más autoridad habíale sido casi impuesta por la sumisión espontánea de aquellos que le rodeaban, y así adquirió una confianza fatal en la infalibilidad de su propio juicio.

Después ocurrió la aventura del anillo de Amasis, que le condujo gradualmente á ser supersticioso, última áncora de salvación del hombre sin fe. Rodeado de peligros, de los cuales le advertía á cada momento su pasión creciente, y persuadido de que desear era dar una prueba de su debilidad, trató en todas las circunstancias de aniquilar la tentación, anulando la iniciativa de la voluntad, lo cual equivalía á renunciar al privilegio más elevado de un ser racional, al ejercicio de esa facultad en que reside el libre albedrío, y convertía en confusa amalgama probabilidades aventuradas y locas, mundo natural de temores y esperanzas en el que las almas se pierden ó se salvan por sus propios actos.

Estaba resuelto á soportar sin murmuración todo cuanto pudiera imponerle la fatalidad que gobernaba su confuso porvenir, pero también había decidido no rechazar un don precioso si el capricho de aquélla ponía casualmente en su mano abierta el ser cuya posesión codiciaba ardientemente.

En tal estado de ánimo, dominábale un espíritu maligno cuando su hermano le propuso ir á cazar patos al río el día fatal del 14 de septiembre: fué con repugnancia, acosado por tristes presentimientos; y como si todas las cosas se conjurasen contra él, Félix estaba aquella mañana de un humor muy provocativo. Animado de una petulancia insolente y agresiva, el hermano menor hacía precisamente todo cuanto la premeditación más maliciosa hubiese podido concebir para exasperar el humor sombrío del primogénito.

A cada instante, impacientado por la expresión taciturna de su hermano, preguntábale si pensaba en la heredera de Weisemberg, su novia elegida con tanta prudencia; y después, montando como á caballo en el pasamano de la embarcación y balanceándola con absurda temeridad, añadió: «¡Qué divertido será observar la cólera de los representantes de la ley cuando compres á la futura condesa una diadema de brillantes con el dinero salvado de sus garras! A pesar de todo, amigo mío, no será nunca tan preciosa como esto.»

Al pronunciar estas palabras, hizo brillar la amatista á los rayos del pálido sol de la mañana.

—¡No, continuó, aunque acumularas todos los diamantes de la tierra, no llegarías á igualar el precio de esta piedrecita!

En el corazón de Conrado, una voz interior murmuraba: «¡Guárdate, guárdate!» Pero Félix se mostraba á cada momento más alegre y agresivo, y su hermano más lúgubre y grave.

En presencia del hijo del guarda había advertido á Félix que cometía una imprudencia, y varias veces le rogó que permaneciese quieto; pero después el muchacho saltó á tierra, y los dos hermanos quedaron solos: Félix, indiferente y agitando alegre las alas de su felicidad; y el primogénito, concentrado en sus amargas reflexiones y haciendo esfuerzos para sofocar en su pecho los gemidos de un corazón lacerado.

—Decididamente, dijo Félix, estás de un humor insoportable esta mañana; mas si no puedo alegrarte, por lo menos haré que tengas miedo. ¡Allá va!...

Y comenzó á balancear el barco con más violencia aún. Conrado permanecía sentado tranquilamente sin contestar; pero hallábase poseído de una indecible agitación; los murmullos que habían llegado á ser familiares para él parecíanle un horrible estribillo del agua, sacudida por el movimiento del buque; y las voces cantaban:

«¡Ya volvemos, la sortija es nuestra!
Dinos, hermano, ¿quién será el esposo?»

Félix, apoyándose desigualmente con un pie, había hecho girar con violencia la proa de la barca, poniéndola contra la corriente, de modo que aquélla, inclinándose de lado, se sumergió; Félix perdió el equilibrio, vaciló, resbalóse un pie, cayó al agua y desapareció.

Muy pronto volvió á la superficie, pero su caída había comunicado impulso á la barca, que se hallaba entonces algunos metros más allá; Félix se dirigió hacia ella con todas sus fuerzas, pero la brisa comenzaba á soplar, y la embarcación, cuyas velas estaban desplegadas aún, avanzaba con tanta rapidez como el nadador y con más velocidad que la corriente. De aquel barco no se alargó una mano protectora ni un remo para ayudarle; el peso de su vestido empapado en agua y de sus macizas botas aumentaba más á cada empuje que daba, y sus fuerzas disminuían. Debilitado, sofocado ya, gritaba: «¡Basta, Conrado, por Dios, ya basta! ¡Ya es suficiente el castigo; las fuerzas me abandonan; me hundo!» En aquel momento, Conrado no oía apenas á Félix, ni le veía tampoco; una imagen que hacía largo tiempo dormitaba en el estado de recuerdo, aparecióse de improviso á sus ojos; formas vagas que durante más de una hora y más de un día de desgracia habían cruzado su mente, siguiendo el curso de sus pensamientos, llegaban ahora de pronto desde el mundo interior al exterior, y no eran tan sólo visibles, sino muy marcadas. Conocíalas bien; no eran pensamientos nuevos, sino amigos de antigua fecha, viajeros que volvían de lejos y que hacía largo tiempo se habían domiciliado en un espíritu, animando su soledad. Eran contemporáneos de los crímenes de aquellos siglos pasados, cuya conciencia no podía hallar reposo en la tumba; habíalos exhumado de las negras profundidades de épocas olvidadas, cubiertos del polvo de los reyes de Tebas, y los incrustó después en los repliegues silenciosos de su alma para convertirlos en ídolos de su triste religión.

Esas visiones estaban ahora ante él, y su presencia se interponía con tal fuerza entre su vista y todos los objetos que se hallaban realmente á su alrededor, que no veía ninguna otra cosa, ni aun al mismo Félix. Para él todo eran fantasmas: Sethos, el príncipe sin reino, y Amasis, el usurpador, que se hundía en las olas. Frío como el espectro de su propio pensamiento, permanecía de pie, con los brazos cruzados, en la popa de la embarcación que corría á merced del viento, contemplando, sin verle, al hermano que iba á perecer.

Entonces, en los ojos y en el rostro de Félix manifestóse una especie de terror indecible, mas no era el temor á la muerte; era que leía en los ojos y en el semblante de su hermano; y con una voz que podía considerarse como el último suspiro de su amistad fraternal, exclamó: «¡Conrado, Conrado!»

No obtuvo contestación: el barco avanzaba con rapidez, conservándose siempre la misma distancia entre los dos hermanos, que se miraban fijamente; y al fin escapáronse estas palabras de los labios del nadador sumergido:

«¡En el nombre de Dios muy misericordioso, salva tu alma inmortal, y tiende la mano hacia mí!»

Estas fueron las últimas palabras de Félix de Roseneck, que se hundió al pronunciarlas. La mano y el brazo suplicantes con que había reclamado el auxilio que se le rehusó quedaron un instante visibles en la superficie del agua, cuando todo lo demás había desaparecido.

Involuntariamente, Conrado hizo un movimiento para coger aquella mano; mas en el instante en que alargaba el brazo, la amatista que ostentaba en el dedo brilló á los rayos del sol. Repentina y rápida fué, como el rayo que consume, hiere y desvanécese en el espacio de un segundo, la serie de ideas que despertó en su cerebro aquella chispa fatal; una voz interior le gritó: «¡No luches contra la mano de Seb Kronos!» Entonces retrocedió, y pudo ver que la mano de Félix había desaparecido.

Apareció una vez más y después otra y otra, no como antes, sino rígida ya por la agonía de la muerte, y con un ademán inconsciente que no suplicaba ya, pero que parecía amenazar. Al fin se sumergió del todo, y ya no volvió más á la superficie.

Conrado contemplaba con ojos atónitos el sitio donde había desaparecido, sin saber cuánto tiempo hacía; mas al fin, el ladrido lejano de un perro en la orilla le distrajo de su contemplación. Entonces estremecióse, poseído de horror, cual si despertara de un sueño espantoso, y mirando en torno suyo, vió que estaba solo, solo con la implacable realidad; y dominado por todas las angustias del remordimiento, precipitóse de cabeza en el río.

Julieta sabía ahora todo esto, lo sabía por primera vez después de haberse unido para siempre con el asesino de su antiguo prometido, pues como tal consideraba á su esposo. Esta revelación no la mató,

pero fué un golpe mortal para su corazón y su juicio. Vivió, mas no para consolar á Conrado, sino para vengar á Félix; el amor puede sobrevivir al aprecio, pero Julieta no había amado nunca á Conrado: le profesaba un verdadero culto, y él acababa de cometer un sacrilegio contra sí mismo. No hay merced para los impostores que han sido adorados como ideales, ni perdón para los falsos dioses que profanan sus tabernáculos.

POST SCRIPTUM

Había pasado una parte de la noche leyendo los papeles del conde de Roseneck, y fluctuaba entre el horror y la compasión.

¿Podía yo decir al miserable que la expiación superaba al crimen?

«¡No, pensé, no haya piedad para el hombre desapiadado, ni merced para aquel que no ha sido misericordioso! ¡El ángel del juicio no es un escribano; no es más que guardián de los registros que nosotros mismos le llenamos, y la mano que firma las sentencias en ese libro eterno es la del hombre!»

Meditando así, dirigíme hacia la ventana y descorrí las cortinillas; el astro del día iluminaba ya el cielo, y de improviso recordé este versículo de la Biblia: «Hizo salir el sol, así para el justo como para el injusto.» – «La noche, me dije, inspira sentimientos inhumanos; voy á ver á ese hombre, de quien el reposo ha huído hace largo tiempo, y tal vez podré proporcionársele.»

Dí orden de enganchar el coche y me puse en marcha.

Cuando llegué á casa del conde de Roseneck, la debilidad de éste era tan extremada, que juzgué inútil toda intervención médica; y sólo llegué á tiempo para ofrecer el auxilio doloroso y compasivo que durante tanto tiempo había sido necesario para el espíritu fatigado de aquel hombre.

Me senté á la cabecera de su lecho, buscando en mi corazón palabras de consuelo; su mano izquierda reposaba en la mía, y noté que las pulsaciones de la vida disminuían progresivamente. Al fin dejé de percibir los latidos, y le creí difunto; pero de repente incorporóse por un supremo esfuerzo; sus ojos se abrieron desmesuradamente y miraron al cielo con una expresión de fervorosa súplica; al mismo tiempo levantó el brazo derecho en el aire; su mano, agitándose en el vacío, pugnaba aparentemente por coger alguna cosa, y con voz sonora, profunda, casi sobrenatural, el paciente exclamó:

«¡En nombre del Señor misericordioso, hermano, salva mi alma inmortal! ¡Tiende tu mano hacia la mía!»

Y entonces observé que aquel rostro, invadido ya por las sombras de la muerte, se dilataba por una sonrisa; sus facciones se iluminaron con una expresión de agradecimiento y de inefable alegría; y después el paciente apoyó de nuevo la cabeza sobre la almohada, dejando escapar un suspiro muy prolongado...

¡Era el último aliento del conde de Roseneck!

Traducción de Enrique de Verneuill

SECCIÓN CIENTÍFICA

BUQUE DIVISIBLE EN DOS PARTES

En octubre de 1890 se lanzó al agua en los astilleros de Saginaw (lago Michigán) un ingenioso buque que á la vez responde á las necesidades de la navegación en alta mar y á las de la navegación por los canales que ponen en comunicación los lagos interiores de los Estados Unidos con el río San Lorenzo. El fin que persiguen los armadores MM. Wheeler y Compañía, de West Bay City (Michigán), es evitar los trasbordos de las mercancías que transitan en las pinazas que frecuentan los canales citados: éstos, destinados á salvar la diferencia de nivel de 180 metros que existe entre la región de los lagos y Montreal, comprenden 43 esclusas que sólo se prestan á la navegación de buques de poca eslora. En su consecuencia se han propuesto aquéllos construir embarcaciones de mucho tonelaje susceptibles de ser divididas en dos partes para atravesar las esclusas y ser luego nuevamente juntadas á su llegada á Montreal.

El *Mackinnaw*, que ha realizado con éxito este viaje, es un buque todo de acero, de 3.578 toneladas en bruto, con 87 metros de eslora, 12'25 de manga y 8'80 de puntal. Sus máquinas de triple expansión y sus calderas de acero ondulado están timbradas á 11 kilogramos. Después de lanzado sin desmontar en las caletas de Saginaw fué conducido á los astilleros de Buffalo para completar su armamento, terminado el cual se cortó una de las líneas de remaches á lo largo de la cuaderna maestra, siguiendo la línea quebrada formada por las junturas de las planchas de carena (fig. 1), y cerrando luego cada una de las dos mitades del barco por un tabique vertical estanco, fueron éstas lanzadas al agua por un plano inclinado perfectamente engrasado.

En la travesía del lago Ontario (fig. 2) y del canal Welland la mitad de popa, que es la que contiene las máquinas, navegó al impulso de éstas, y la de proa, previamente lastrada, fué remolcada como lo indica el grabado, llegando ambas, después de un viaje de once días, felizmente á Montreal, en donde se practicó una operación inversa á la que se había ejecutado en Buffalo: unidos nuevamente los dos trozos del buque, y remachadas unas sobre otras las planchas correspondientes, el barco fué lanzado por el procedimiento ordinario y descendió el San Lorenzo para dirigirse á Nueva York.



Fig. 1. Lanzamiento del buque americano divisible en dos mitades, en los astilleros de Buffalo

Aunque el resultado de esta prueba parezca favorable, puede temerse que las operaciones de desmontar y montar el buque no siempre se verifiquen con la precisión necesaria, sobre todo si las embarcaciones han sufrido algunas averías en la travesía de las esclusas y del San Lorenzo, ó se han resentido á consecuencia de algunos golpes de mar. De todos modos, muy crecidos han de ser los gastos de trasbordo y muy grandes las pérdidas de tiempo experimentadas por los pequeños barcos de transporte para que sean superiores á los que requieren las operaciones descritas.

Esto no obstante, la tentativa de MM. Wheeler y Compañía no deja de ser interesante y creemos que merece ser conocida.

(De *La Nature*)



Fig. 2. Travesía del buque, después de desmontado, por el lago Ontario

UN NUEVO BUQUE ELÉCTRICO

De los astilleros que en Chiswick, en el Támesis, posee la casa Woodhouse y Rawsou, acaba de salir un nuevo buque eléctrico, construído por encargo del gobierno inglés, que se propone utilizarle para el transporte de tropas entre los puertos de Chatham y Sheerness. El *Electric*, que así se llama el barco, tiene 48 pies de eslora y 9 de manga; los acumuladores colocados debajo de las banquetas de la cubierta sirven de lastre, y su carga proporciona fuerza suficiente para una travesía de 10 horas á razón de 8 nudos por hora, llevando el buque 48 soldados con todo su equipo. El electro-motor no produce el menor ruido y el barco se desliza por el agua sin sacudidas. Los acumuladores se cargan poniéndose en comunicación con una dinamo emplazada en Chatham.

En Inglaterra se cree con fundamento que en breve los vapores que hacen el servicio del interior de los puertos, especialmente los que se dedican al transporte de pasajeros y mercancías desde tierra á los grandes vapores trasatlánticos, serán reemplazados por buques eléctricos.

La casa Woodhouse y Rawsou ha recibido tantos encargos, que se ha visto obligada á construir un segundo astillero y está en vías de montar otro: además de los pedidos del gobierno inglés, tiene varios del de México y acaudalados particulares como Rotschild y otros se preparan á sustituir por buques eléctricos sus actuales vapores de recreo.

Los industriales ingleses por su parte, conociendo las ventajas de estos nuevos barcos se han apresurado á utilizarlos, y la conocida fábrica de jabones de Pears posee ya dos de ellos y tiene encargado otro que será el mayor de cuantos lleva construídos la casa citada, puesto que medirá 50 pies de eslora.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**

Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.

Los que tengan también **ASMA** ó **SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, que la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

MEDICAMENTOS ACREDITADOS

PÍDANSE EN LAS Farmacias

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte

y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR GUTLER ó **MENTHOLINA** que prepara el **Dr. ANDREU de Barcelona.**

Su olor y sabor son tan exquisitos y agradables, que además de un poderoso remedio, es artículo de recreo é higiene, porque deja la boca fresca y perfumada por mucho tiempo.

LA MENTHOLINA en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.

Véase el curioso opúsculo que se da gratis.

PILULES DE BLANCARD A L'IODURE FER INALTÉRABLE

SIROP D'IODURE DE FER INALTÉRABLE BLANCARD

Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, asi como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &ª**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Pildoras de Blancard*, exigir nuestro **sello de plata reactiva**, nuestra **firma** puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantia de la **Unión de los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral DE P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico

45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el **Pectoral por excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS

Se vende en todas las buenas farmacias.

ENFERMEDADES DEL

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las **Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.**

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco,** y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la **emicion de la voz.**— PRECIO: **12** REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr

JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidemico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »

(Extracto del Formulario Médico del Sor Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26a edición).

Venta por mayor: **COMAR Y Cª**, 28, Calle de St-Claude, PARIS

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á **10** céntimos de peseta la entrega de **16** páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

---

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

APIOL

de los Drés JORET & HOMOLLE

El **APIOL** cura los *dolores, retrasos, supresiones de las* **Epocas**, asi como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El **APIOL** verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los **Drés JORET y HOMOLLE.**

MEDALLAS Expes Univles LONDRES 1862 - PARIS 1889

Farª BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo.— Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria.— Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville**: el **LICOR** *se emplea en el estado agudo;* las **PILDORAS**, *en el estado crónico.*

Por Mayor: **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remitese gratis un Folleto explicativo.

EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:

PUREZA DEL CUTIS

Frasco · 5 fr. en Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDES et Cie Bd St-Denis, 16

PAPEL O CIGARROS

ANTI-ASMÁTICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES

EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bln BARRAL, disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos. DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION

FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.

EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE



36, Rue Vivienne **SIROP** de Dentr **FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses

---

CLORÓSIS. — ANEMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Deposito en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los **Tónicos** mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbuticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital.*

Por mayor, en **Paris**, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL,** con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS

UNA OBSERVACION sobre un CUADRO DE RAFAEL

En una noticia publicada recientemente en el *American Journal of sciences*, Mr. H. A. Newton da cuenta de la opinión de Mr. Holden, director del observatorio de Lick, á propósito de una pintura de Rafael conocida con el nombre de *Madona di Foligno* y conservada en Roma en la Pinacoteca del Vaticano. El lienzo representa á la Virgen de pie en el cielo, y á sus plantas se extiende un paisaje que comprende la villa de Foligno y sus alrededores. Entre el cielo y la tierra se ven algunas nubes, un arco iris y una gran lágrima de fuego animada evidentemente de un movimiento de precipitación hacia el suelo.

¿Qué significación tiene esta lágrima de fuego? Muchos eruditos han pretendido que era un rayo; pero lo cierto es que no tiene en manera alguna el aspecto *fulgurante* con que los pintores han representado en todos tiempos y de un modo siempre uniforme la imagen del rayo ó del relámpago.

Otros han creído que la tal lágrima era una bomba con su trayectoria ó fuego griego y que con ella se quiso aludir á las sangrientas guerras de aquella época, pero la completa ausencia de humo hace inverosímil tal suposición.

Mr. Holden y, tomándola de él, Mr. Newton emiten una opinión muy diferente de las anteriores: según ellos lo que Rafael quiso representar fué un bólido con varios meteoros dejando tras de sí un rastro.

M. Daubrée, que ha dado cuenta de la noticia americana á la Academia de ciencias de París, ha examinado en la Escuela de Bellas Artes de la capital francesa una copia del referido cuadro de Rafael y opina como MM. Holden y Newton.

Es de notar que cuando el lienzo fué pintado hacía poco que había caído una lluvia de meteoritos en Crema, á corta distancia de Milán, y que Rafael, aun sin haber presenciado el fenómeno, pudo conocerlo en sus menores detalles, por descripciones como la de Amoretti que ha llegado hasta nosotros, siendo por esta razón muy natural que en el momento en que terminaba la terrible guerra con los franceses el fenómeno meteórico fuese incluído con el arco iris entre los testimonios de la intercesión divina.



ESTUDIO DEL PINTOR EDMUNDO HARBURGER. (Véase el artículo en el núm. 479.)

UN HALLAZGO CURIOSO

Lo es en efecto el que acaba de hacerse en los sótanos del edificio del Tribunal civil de Francfort en el Mein: consiste en un saco de correo ó mala postal que data del año 1584 y que contiene 475 cartas, convenientemente selladas, intactas todas, de procedencia italiana y con destino á los Países Bajos.

Todos estos documentos han sido depositados en el Museo de Berlín y algunos historiadores han obtenido autorización para examinarlos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 27 DE ABRIL DE 1891 — NÚM. 487

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡VALIENTE BREVAJE!, cuadro de D. Antonio Fabrés (Salón Parés)

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Narraciones. Virtudes*, por Juan B. Enseñat. - *Estudios de algunos célebres pintores* (conclusión), por X. - *Nuestros grabados*. - *El marido de Jacobita.* Novela original de Andrés Theuriet, ilustrada por L. Marold, traducción de Enrique L. de Verneuill. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Conciertos telefónicos á gran distancia.* - *El acumulador eléctrico Atlas.* - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores. - *Torre colosal en el monte Pilatos* (*Suiza*).

Grabados. - *¡Valiente brevaje!*, cuadro de D. Antonio Fabrés (Salón Parés). - *En la pradera*, cuadro de A. Montemezzo. - *Gran Canaria. Valle de San Roque en el camino de Tafira.* - *Cabeza de estudio*, cuadro de A. Seifert. - *Camino de la fuente*, cuadro al pastel de Héctor De María, grabado por Mancastroppa. - *Acusación*, cuadro de Tihamer Margitay. - *El ensayo de un minué*, cuadro de G. Pagliei. - Figura 1. Concierto telefónico en Nueva York. - Fig. 2. Audición del concierto en Newton. - El acumulador eléctrico Atlas. - *Estudio del pintor Jorge Papperitz* (Véase el artículo que se inserta en la pág. 262).

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Pequeñeces del mundo y de las letras. - Escándalos sociales. - Las Memorias de Talleyrand. - Sus metamorfosis inexplicables. - Desencanto que las Memorias han traído á los curiosos. - Imposibilidad absoluta de que pudieran interesar teniendo su autor motivos tantos para callarse. - La memoria de Talleyrand no se ha restaurado, pero sí el salón de Artaxerxes. - Milagros arqueológicos. - Ruinas caldeas, asirias, persas. - La pantomima de Nerón en el hipódromo de París. - Recuerdos históricos. - Muerte de Barnum. - Conclusión.

I

Por espacio de un mes el público madrileño, muy propenso á perder su tiempo en rumores chismosos y consejas vulgares, ha corrido tras las *Pequeñeces* del padre Coloma, como tras un fenómeno jamás visto, con curiosidad rayana en triste universal neurosis, en esa exaltación insanísima de los colectivos nervios sociales. Extraordinarias coincidencias han contribuído á este interés público mucho más que la bondad intrínseca del artefacto y del artífice. Tras una polémica, muy semejante á disputa, empeñada entre dos escritores, cual mi amiga eximia Emilia Pardo Bazán y el aplaudido Pereda, respecto del acierto y competencia respectivos en describir la entidad más ó menos real que llamamos gran mundo, apareció esta novela, y al aparecer se la presenta por mero espíritu polémico cual perfecta fotografía del disputado y célebre objetivo. Añadid á esto un pique de malicia, que columbra con más ó menos razón personajes vivos en los personajes presentados por el escritor monástico, y explicaréis por qué se armó una de cuentos, que acabaron suministrando su comidilla natural á las murmuraciones y á los murmuradores desocupados, los cuales ya pudieron hablar de otra cosa que del clima y del tiempo en Madrid. Pero no hay tamaño conocimiento de la sociedad aristocrática, ni tales carneros, en la obra devorada por los que aquí aprenden á leer para no coger nunca un libro, como si aprendiesen á montar sin caballo y á nadar sin agua. Lo que hay es un intento monástico y frailuno, que trasciende á cien leguas, de pintar el mundo peor de lo que siempre ha sido en sí mismo á fin de que aparezca mejor el claustro. Y á este objeto se han coleccionado en apelmazadas é incorrectas páginas todas cuantas calumnias aquí suelen soltar todos, unos contra otros, en las horas de mal humor, sin decir aquello mismo que piensan en sus antojos de rabia ó envidia, ni pensar aquello mismo que dicen. Estos libros de social escándalo embargan el ánimo un minuto, como el proceso de la Higinia ó de la Claudia, para desaparecer bien pronto en olvidos tan hondos y tapados como las cloacas. Ha dado en llamarse moderno al arte que pinta los individuos y no los tipos. Con su pan se lo coman aquellos que tal hacen ó creen. Como la ciencia es lo universal pensado, es el arte lo universal sentido. Si la ciencia os da un montón de particulares hechos, y no las leyes generales, y no el sistema, ¿para qué la ciencia? Y si el arte os da lo particular, lo individual, el accidente, la circunstancia, lo pasajero, y no lo típico, ¿para qué las artes? Por tal nueva estética, el pintor industrial que lleva una máquina de fotografiar al minuto y os sorprende y sobrecoge cuando las muelas ó las tripas os duelen, debe aparecer más retratista que Velázquez ó Moro, quienes, en la intuición soberana propia de sus inspiradísimas almas, han trasladado á lienzos inmortales todo cuanto de perdurable y por ende característico había en los personajes ó en los modelos de sus cuadros. No conozco sitio ninguno donde las gentes más se oculten que en las fiestas y en las reuniones del gran mundo. Lugar pésimo éste para conocerlas y observarlas. No puede, no, en tal espacio y en tal sazón mostrarse la virtud, mucho menos divertida y sobria que los vicios. El claustro propende á la hipocresía; el placer y la diversión al escándalo. En ciertos ambientes aparece la virtud ridícula. El gomoso tiene á gala mentir que le ha favorecido una perfecta casada que ni siquiera lo ha mirado. Una gran señora, incapaz de mostrar en el hogar la castísima garganta, se desnuda sin escrúpulo de medio cuerpo arriba en el baile. Se come, se bebe, se murmura, se disparata mucho allí, para que aparezca la naturaleza humana en toda su verdad. Y no pintemos el cuervo más negro que las alas. Una ligereza, un coqueteo, una grande algazara no se compadecen mucho, á pesar de su escándalo y de su estruendo, con la perversidad, quizás callada é hipócrita, que piden los crímenes y necesitan los criminales. Observad cómo siendo la gran sociedad escogida, se compone de pocos hasta en Madrid mismo, en que hay grande anchura de manga para recibir y tratar; y componiéndose de pocos, aquellos que se repelen, suelen topar unos con otros muchos; y al repelerse de veras y encontrarse con frecuencia, sienten terribles afectos conocidos con el nombre de odio á bordo, muy experimentado entre los pasajeros de largas travesías, quienes concluyen por querer echarse mutuamente al agua. Así debe decirse de cuanto refieren unos y otros de sus enemigos mutuos, lo mismo en la sociedad política que en la sociedad aristocrática, lo que decía Montesquieu de un abate francés, en otro tiempo muy su amigo, con el cual se había enojado: «Lo que diga el abate de mí, así como lo que yo diga del abate, no lo creáis, pues hemos reñido.» En política el fanatismo llega por desvarío y desatino hasta creer una virtud la calumnia, lanzada sobre vuestro enemigo, que se os aparece á través de las arraigadas convicciones como un enemigo de la patria. Por tal razón hay que tener grande altura de ánimo y de juicio para juzgar, tanto en vida como en muerte, á vuestros émulos de profesión ó de clase. Y no hay que recoger esas pequeñeces, engrandeciéndolas con los reflejos del arte. Odia el delito y compadece al delincuente. Como confesor puede un sacerdote castigar al vicioso; como predicador sólo puede castigar el vicio. Y digo igual de los escritores. No todo cuanto hacen los personajes históricos es propio de la historia. Y lo mismo pasa con los personajes dramatizados ó novelados. En el arte no debe haber, no, personas individuales; en el arte debe haber siempre personificaciones eternas. Obras como *Pequeñeces*, deprimen y no exaltan. Obras que deprimen, marran en su ministerio y en su finalidad. El árbol sirve para transformar en la bomba de sus raíces el mineral en vegetal, en algo más vívido y orgánico. Pues el arte debe servir para transformar la realidad en ideal. Un arte que sólo sirviera para deprimirnos equivaldría en el fondo á una religión que sólo sirviera para desmoralizarnos. La religión es moral y belleza el arte. Pasemos á otro asunto.

II

Otro escándalo se apercibía en Europa con las Memorias de Talleyrand; pero ha marrado. Este hombre, que parece haber vivido, no en dos siglos, dos siglos, tenía cien caras y conciencias diversas que miraban á todos los horizontes. Republicano, imperialista, borbónico, en estas metamorfosis apenas concebibles había presenciado tantas escenas históricas, y conocido tantos personajes diversos, y atravesado por catástrofes sociales tan parecidas á las catástrofes geológicas, y salido del incendio de tantas guerras, y andado por las grietas volcánicas de tales revoluciones, y erguídose sobre los amontonamientos de tal número de ruinas, y salvádose con tal fortuna en los naufragios, y recibido tantas veces los fustigueos del rayo, que todos aguardaban unas revelaciones en las cuales quedaran como al desnudo sus contemporáneos, los principales fundadores de la moderna sociedad, expuestos á innumerables yerros y aun crímenes, en las trombas vertiginosas de unas tempestades casi cósmicas, cuyas ráfagas arrastran la voluntad individual y cuyos centelleos eclipsan la humana conciencia. Obispo, revolucionario, dantonista, termidoriano, napoleónico, chambelán de los tribunos y de los reyes, copartícipe capital en todas las obras diplomáticas realizadas durante su larga existencia, obras en cuyos fundamentos se alzara todo el derecho internacional europeo; confidente de reyes tan originales como Luis XVIII y de césares tan iluminados como Alejandro I; consejero de Barras y de Bonaparte y de los Borbones y de Luis Felipe, su historia personal está en las encrucijadas de todos los caminos, y en el fondo de todas las inundaciones, y en los estragos de todos los terrenos, y en las pavesas de todos los incendios, y en el cruor de todas las cicatrices, y en el alma de todas las creaciones, y en el abismo de todos los sepulcros, y en el fondo de todo cuanto sucediera poco después de la gran revolución francesa y poco antes de la revolución del 48; es decir, en el Sinaí de nuestra religión política, en el Génesis de nuestra edad contemporánea, en el seno de todas nuestras creadoras y múltiples metamorfosis. El ha personificado, como ningún otro repúblico, el maquiavelismo, expirante ya en este nuestro tiempo de franqueza y de verdad liberal; él ha sido como la última reproducción de Enrique VIII, de Luis XI, de Fernando V, de Alejandro VI, de César Borgia, de los estadistas que creían la Razón de Estado una diosa, digna de recibir en sus aras, como en sublime holocausto, la virtud y el honor. Cuando Felipe I el Hermoso volvía de un viaje desde los estados hereditarios suyos á los estados hereditarios de su mujer, como dirigiéndose á su suegro, Fernando V, le contase que Luis XII en París mismo se le quejara de haberle tres veces consecutivas engañado el rey Católico, replicó éste: «Miente como un bellaco; lo menos lo he engañado treinta.» Pues así era Talleyrand, el representante dentro del período revolucionario de la vieja teoría maquiavélica, verbo de la centuria décimaquinta, hecha hombre á un tiempo en varios reyes, grandes y consumados, pero dobles y embusteros. Talleyrand asistió á los Estados Generales y oyó la voz de Mirabeau, á cuyos estampidos bambolearon los tronos y surgieron los pueblos; ascendió revestido con sus opalandas episcopales á la tribuna de aquella grande asamblea del 89, donde, mientras los nobles inmolaban los feudos de sus progenitores, él inmolaba los bienes del clero; dijo misa en el Campo de Marte por clérigo juramentado, para unir en matrimonio, más ó menos sacrílego, el nuevo derecho popular con la vieja Iglesia Católica; dirigió y aconsejó al Directorio, después de haber escapado con certero instinto al terror, asiéndose á una especie de simulada plenipotencia en Londres; fué de los primeros en doblegarse ante Napoleón el Grande y de los primeros en abandonarlo también, así que vió eclipsada su estrella en el año 14 y en el año 15; lo mismo aconsejó á un Barras que á un Sieyes, lo mismo á un Sieyes que á un Borbón, lo mismo á un Borbón que á un Orleans; chambelán, privado, favorito, ministro, plenipotenciario, embajador, alma de todos sucesivamente, que no podían prescindir de sus servicios ni cuando más recientes y más vivas estaban sus traiciones. Cierto que las prodigó á todo el mundo, á la Iglesia y á la revolución y al imperio y á la legitimidad y al orleanismo, servidos y deservidos alternativamente, según que les sonreía ó no la fortuna, en quien siempre hallaba derecho y razón.

III

Con una historia de tamaños contrastes, nada tan lógico y natural como una espera impaciente de las confidencias, arregladas á su gusto por el mismo Talleyrand en los ratos de ocio, y publicables tan sólo medio siglo tras su muerte por expresas disposiciones testamentarias suyas. Así nunca de libro alguno se habló más antes de su publicación y menos después de publicado. Los que aguardaban escandalosas revelaciones debían olvidarse de que Talleyrand hubiera desmentido su complexión y carácter, proponiéndose indisponerse con todos en su muerte tras haber vivido de todos en su larga y tormentosa existencia. Un literato como Bulwer y un juzgador como St. Beuve destinaron libros enteros á presagiar de qué suerte se presentaría el ministro de todos á contar la relación de sus variaciones ante todos. Pero quien había mudado tal número de relucientes casacas, y recibido por estos cambios tanto número de relucientes millones, obispo apóstata, clérigo casado, político sorprendido en burdeles, cortesano de todos, multiforme, amigo de todos los vencedores y enemigo de todos los derrotados en la hora misma del cambio de sus posiciones y fortunas, debía tirar, más que á traer las culpas de los demás en mientes, á cohonestar y cubrir las propias con el atenuante de la mala ocasión y de las difíciles circunstancias. El sobrio y penetrante St. Beuve lo supo, cuando hace muchos años dijo cuál difícil cosa escribir historia como la historia de Talleyrand, y cuán imposible su esclarecimiento por las memorias y autonografía del héroe, quien, actor consumadísimo, se afanaría por colorar su vida más que por referirla. Sin embargo, decidle tal verdad á un público ansioso de profundas emociones y empeñado en que los escritos póstumos

del romancesco ministro había de granjeárselas. Y como esto no podía ser, pensando racionalmente, vino el desengaño y con el desengaño la creencia de que se habían las Memorias cambiado, sustituyéndolas por otras muy recompuestas y recalentadas. *El Fígaro*, diario á veces donosísimo, echólo á broma y supuso haber extraído de aquellas páginas enorme suma de sentencias, á cual más extravagante, provocando con tal publicación calaveresca una réplica del grave duque de Broglie, depositario de las Memorias, muy ocasionada por el senil candor en ella patente á burlas y chacotas. Así, repitámoslo, escritas las Memorias con mesura y refiriendo hechos muy sabidos, que todos leyéramos cien veces, aunque aguardadas cincuenta ó más años, no sustentarán el interés general cincuenta días.



EN LA PRADERA, cuadro de A. Montemezzo

IV

Más fácil ha sido restablecer en París el salón de Artaxerxes que restablecer la historia de Talleyrand. No creo haya en parte alguna los fragmentos y ejemplares de las artes asirias coleccionados en las maravillosas galerías del riquísimo Louvre. Aquellos tigres tallados en rojo pórfido, aquellas esfinges avizoras que representan el género humano desciñéndose de las especies inferiores, los bueyes coronados de tiaras persas que sustentan sobre sus ciclópeas frentes de mármol aras enormes cual montes, los colosos con sus tigres parecidos á canes falderos bajo el brazo, las legiones de graníticos gigantes por tal modo allí gallardean que parecen reunidos para irse á sostener de nuevo en sus espaldas el imperio inmenso cuyos jefes animaron las arenas del desierto y contaron los astros del cielo. Mas entre tantos curiosos ejemplares, lo que más aviva el interés y más lo merece con verdad, es aquella colección de arqueros del rey Nabucodonosor, hechos de tierra cocida y vivos en su coloración de hoy, realzada por los siglos, cual no lo estuvieron al salir de los moldes enormísimos donde los vaciaran tantos y tan hábiles alfareros caldeos. Yo recuerdo que, hallándome un día en casa de mi eminente amigo Charcot, me convidó el ilustre director de las galerías á ver los arqueólogos antes de que los viera el público. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me hallé con que los inventores de tantas maravillas, los que habían excavado el desierto y extraído los relucientes ejemplares, eran un matrimonio compuesto de dos seres por todo extremo



GRAN CANARIA. - VALLE DE SAN ROQUE EN EL CAMINO DE TAFIRA

sabios, pero también por todo extremo débiles! ¡Oh! La mujer, sobre todo, bajita, menuda, tierna, delicada, se había ido por los desiertos caldeados como el hierro cereza, por las marismas traidoras que guardan tras cada junco una serpiente ponzoñosa, entre moles de ladrillos en que abren sus madrigueras el tigre y el león, bajo un cielo espléndido que llueve gotas á gotas venenos de fiebre, sobre una tierra que parece vasto cementerio de pueblos petrificados en enormes osarios que parecen geológicos, los cuales por doquier diluyen la tristeza y la muerte. Verdaderamente la diferencia viva entre la debilidad manifiesta de aquellos inventores y lo enorme y lo colosal de su invención, me dejó tan maravillado como la vista de los sátrapas y de los cortesanos con sus sandalias rojas, sus togas amarillas, sus armaduras verdes, sus petos relucientes, sus barbas rizadísimas, sus cabelleras en bucles, sus cascos persas en la frente, sus collares de pedrería en el cuello, sus escudos áureos al brazo, sus brazaletes al puño, los carcaxes llenos de flechas agudísimas á la espalda y en las manos el certero arco, cual nos los describen á una en sus *Apocalipsis* y en sus *Lamentaciones* los viejos profetas bíblicos, que han dado su más alta y más bella religión, la religión de Moisés, completada por Cristo, á la doliente humanidad. Pues bien: estos incansables arqueólogos empeñados en resucitar el imperio caldeo, el imperio asirio, el imperio persa, nos acaban otra vez de deslumbrar con reciente maravilla, la reconstrucción del salón de Artaxerxes. Aquellos palacios de los déspotas persas parecían, como las habitaciones de los déspotas egipcios y asirios, ciudades completísimas. Las ruinas de Persépolis, habitadas hoy por el kurdo y por el turcomán, quienes abren cavernas en sus dispersados fragmentos, componen cordilleras de grises mármoles, cortadas en espacioso anfiteatro á guisa de cuenca ú hoya natural. Sobrepuestas las moles unas á otras creeríais que las habían subido á lo alto ciegas fuerzas de la naturaleza y no el trabajo y la industria, pues semejan verdaderos montes caídos en masas enormísimas unos sobre otros. Por sus rampas hay espacio para que suban en filas extensas legiones de jinetes. Sus intercolumnios, algunos erguidos todavía, parecen pertenecientes, por su grosor y por su enormidad, á otro planeta, y os impresionan como los montes de la blanca luna vistos por los lentes del escudriñador telescopio. Alternan las columnas cilíndricas en las pilastras cuadradas como en los edificios asirios, y sobre sus estrías, en el superior friso, álzanse cabezas dobles de animales fantásticos, muy contrapuestas y únicamente pegadas ó reunidas por las sendas nucas. Aquellos peristilos inacabables, aquellas terrazas apercibidas á recibir jardines aéreos y colgantes, aquellos coros de gigantescas esfinges puestas en procesión á uno y otro lado, aquellos frescos representativos de combates con alimañas simbólicas, aquellas amplias cámaras dispuestas para las asambleas y para los festines, el secular litúrgico loto que sella todas las partes del edificio, los sacerdotes alados llevando candeleros de fuego sacro en sus ungidas cabezas, las miniaturas, las incrustaciones, los engarces de ágatas en pedrerías, los pebeteros y sillas de oro, las riquezas múltiples y varias daban á tales palacios asiáticos todo ese lujo del Oriente que ha pasado á proverbio en las lenguas y que representa hoy, en el concepto nuestro, uno de los caracteres más sobresalientes y más propios del Asia. Pues una sala de los palacios habitados por Artaxerxes en Susa y Persépolis muy pronto habrá de verse reproducida con todas sus particularidades históricas por mano del matrimonio arqueólogo en las estancias de museo tan enorme como el museo reunido por Francia en su Louvre.

V

Conforme la cultura general va creciendo, la historia va más y más interesando. Así, no solamente resucita en los institutos artísticos, resucita en los espectáculos populares. Mientras dos arqueólogos de París evocan Artaxerxes en el museo, evoca un empresario Nerón en el circo. Idea feliz la de presentarlo en vísperas del trance último suyo, cuando aletea la muerte, como un murciélago en los crepúsculos vespertinos, sobre su triste coronada frente. Suetonio, que suele adolecer de ordinario y vulgarísimo en sus relaciones, narra con viveza y sentimiento el paso al sepulcro de tan desatinado joven, que acertó en desear inmortalidad y gloria, mas erró en creer que la voluntad consigue todo cuanto desea y en imaginarse dueño de la divina omnipotencia porque fuera mísero emperador. Siempre que leo tales páginas me figuro estar viendo á Nerón romper la mesa de su triclinio y estrellar las más bellas copas de su aparador al noticiarle un esclavo la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los pies de sus enemigos ó mover con su elocuencia contra tales rebeldes á todo el pueblo; suspirando por convertirse de súbito en mero artista, sin más patrimonio que su cítara de oro ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de su guardia pretoriana, de sus confidentes, de sus cortesanos, sin encontrar ni aun el veneno de Locusta para morir muerte pronta y tranquila; perdido por las calles de Roma en requerimiento y busca de las casas de sus amigos que le cierran las puertas, pues quienes acompañan en las orgías no suelen acompañar en las desgracias; fugitivo en la obscuridad, con túnica corta, manto rasgado, pañizuelo al rostro, el estómago vacío, las fauces muy secas, los oídos abiertos á las maldiciones que le traen los soplos de la noche; deteniéndose primero en laguillo infecto para beber, ¡él que había bebido el zumo de Falerno y Chío en copas de riquísimas esmeraldas!, hasta llegar á casa de un esclavo y tenderse como un perro sarnoso en maltrecho jergón de sucia paja, sin osar al indispensable suicidio; cuando le anuncian, entre los espasmos y estremecimientos de una cuasi epilepsia como entre los gritos de una cuasi locura, la muerte que le decretaba el infame Senado así que lo veía vencido, muerte consistente en serrarle con pausa el cuello y abrirle á varazos las carnes; lo cual decídele á probar con sobrehumano esfuerzo el puñal suspenso á su cinto, que aproxima trémulo á su piel para retirarlo con precipitación, pues nunca se diera el cuitadísimo muerte, de no penetrar en sus oídos el estruendo armado por los verdugos, que corrían á cumplir la venganza del Senado, burlada por un vértigo, en que al fin pudo con violencia traspasarse con su propia mano y arma la garganta, pronunciando en la expiración última palabras griegas y lamentaciones elegíacas por privar al mundo de tal artista que ve, á la última luz de sus ojos, los esbirros apareciéndose siniestros á la puerta y lanzándose hambrientos sobre su cuerpo inerte para cogerlo y arrojarlo, como presa husmeada por el odio, á los implacables patricios, quienes, vivo y omnipotente, le adoraron de hinojos como á un Dios, y ahora lo insultaban como á una ramera, vencido y muerto. La pantomima de París no ha podido presentar esta parte del asunto con sumo espacio por parecerle más propio de la tragedia y del teatro. Pero ha presentado la ciudad Eterna tal como la vió en aquella sazón el romano que la tenía por palacio propio, cuando pórticos amplios, adornados con estatuas de mármoles y bronces, eran sus paseos; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las más vistosas aves, eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en toda clase de jaspes, encerrando grandísimas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos abiertos en las rocas, más duraderos que los tiempos, con capacidad para contener todo un pueblo; circos llenos de monolitos del Oriente, de obeliscos, de colosos; naumaquias, alimentadas por las aguas de copiosos ríos, pudiendo recibir escuadras, y artificialmente ahondadas en la cima de un monte cualquiera; templos en que se reunían las más hermosas jóvenes á ofrecer sacrificios; danzas y conciertos eran sus fiestas, en que combatían sobre arenas de oro y minio los brutos y los gladiadores, mientras caían cascadas de aguas olorosas y sonaban conciertos de sensuales músicas, difundiendo hasta en los seres inanimados la fiebre del placer. Dicen que los espectáculos del incendio de Roma y de la entrada de Galba victorioso tras la muerte de Nerón jamás han tenido igual en escenario ninguno. En cambio no ha podido representarse una fiesta circense de mentirijillas porque los tigres y los leones se comían á los pantomimos de veras. Lástima grande que haya coincidido con tal espectáculo maravilloso la muerte del famosísimo inventor de los reclamos y de las contratas para tal clase de industrias, la muerte de Barnum, fenecido en estos días, después de haber llevado por el mundo jirafas, cebras, leopardos, tigres, serpientes boas y de cascabel, monstruos marinos, la nodriza de Wáshington y la garganta de Jenny Lind. Todos morimos.

NARRACIONES

VIRTUDES

Pegada á los cristales de la ventana, cuyas cortinillas, recogidas á un lado, dejaban pasar los rojizos reflejos del sol poniente, Virtudes reproducía en el raso crema de un abanico de lujo un ramo de soberbias rosas, puestas en remojo en un jarrito de cristal. Dábase prisa con febril temor de que la noche alcanzase á interrumpir su trabajo.

– ¿Todavía no acabas?, preguntó una voz temblorosa y débil.

– Luego, abuelita, contestó Virtudes, disimulando un ligero movimiento de impaciencia.

La voz de la abuelita adquirió un tono regañón.

– ¡Hija mía, eso es empeñarse en enfermar! Santo y bueno que trabajes, pero las cosas requieren su punto y medida. Lo que tú haces es matarte.

– No pases cuidado, abuelita.

Siguió la discusión, pero no fué larga, pues pronto la anciana salió victoriosa de su nieta, con ayuda de la noche, que se les vino encima.

A pesar de su anhelosa actividad la joven tuvo que dejar los pinceles y cerrar su caja de pinturas. Encendió un quinqué é hizo correr hasta la mesa el sillón de la abuelita, para quien siguió reinando la obscuridad.

Hacía ya algunos años que la pobre señora estaba ciega.

***

Abuela y nieta vivían en una pequeña habitación de la calle del Conde-Duque, en Madrid. Su mayor lujo consistía en el aseo que reinaba en sus personas y en su modesto ajuar. Su presupuesto de gastos no podía exceder al de los ingresos, por demás exiguos, que les proporcionaba el trabajo de Virtudes.

Esta había recibido una brillante educación, cual convenía á una señorita llamada á ser única heredera de un millonario. Pero los millones de su padre desaparecieron en desgraciadas operaciones de bolsa, que tuvieron por saldo la muerte prematura del bolsista y la miseria y el dolor por toda herencia.

Virtudes, á quien nunca se le había ocurrido que su talento y habilidad pudieran algún día servirle para vivir, soportó con animosa resignación sus reveses de fortuna, y echó manos á la obra con sorprendente energía.

Mucha necesitó, en efecto, para soportar las humillaciones y disgustos de toda clase con que tropezó al principio.

¡Cuántas veces, después de infructuosas diligencias para encontrar trabajo, regresaba á su casa con los ojos llorosos y el corazón oprimido! ¡Qué de noches de insomnio pasadas en espantosas angustias, de esas que desconocen los ricos y atormentan á los pobres que buscan en vano los medios de subvenir á crecientes necesidades de cada día!

La ceguera de la anciana no le permitía ver el desencajado rostro de su nieta, la cual, á fin de tranquilizarla, adoptaba un tono jovial para asegurarle que le iba todo á las mil maravillas.

Para ir á buscar y devolver su labor, Virtudes tenía que cruzar todo Madrid. Los industriales que le encargaban trabajo vivían en la carrera de San Jerónimo y en las calles de Carretas, de la Montera y del Príncipe.

Virtudes andaba aprisa, vestida siempre de negro, sin levantar los ojos, que velaba el tul de la mantilla, puesta sin querer con la gracia ingénita de las hijas de Madrid. Pero su lindo rostro, moreno pálido, y su aire distinguido, llamaban la atención de los transeuntes, muchos de los cuales la requebraban al encontrarse con ella. Algunos se volvían para seguirla ó mirarla pasar. A menudo ella se desviaba de la acera y tomaba el arroyo por evitar encuentros enojosos con paseantes y horteras, apostados delante de las tiendas. Más de una expresión indecorosa hería sus castos oídos. Entonces apretaba el paso, sentía llamaradas en el rostro, se le oprimía el corazón y se agolpaban á sus ojos furtivas lágrimas de indignación y de angustia. La pobre pensaba que en aquella ciudad tan populosa, no tenía á nadie para protegerla y hacer respetar la candorosa virtud que conservaba incólume á los veinte años.

***

Virtudes no reparó en que durante algunos días la fué siguiendo un joven alto y rubio, que la acompañaba hasta la puerta de su casa, pero sin hacerse notar y manteniéndose á una distancia respetuosa.

***

El conde de Albor era un tipo original. Poseedor de una gran fortuna, de un nombre ilustre, de una gran figura simpática y de una salud perfecta, se tenía por desgraciado. Escéptico, sin ilusiones, no creía en nada, ni siquiera en el amor ni en la virtud. Para él, toda buena acción tenía por móvil el egoísmo. Sin embargo, empezaba á hacérsele pesada la vida de soltero, y deseaba casarse, pero con la condición expresa de encontrar una mujer que le amase por sus cualidades personales y no por su título y su fortuna. Hacía ya algunos años que buscaba inútilmente y desconfiaba de encontrar el ideal deseado.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Seifert

Una mañana, al salir de su casa, Virtudes se encontró en la escalera con un joven que cerraba la puerta de la habitación inmediata. El desconocido bajó detrás de la joven, se le adelantó en el último tramo, quitóse respetuosamente el sombrero y se alejó.

Aquel mismo día, la portera de la casa, que había subido á entregar una carta á una vecina del último piso, entró á ver á doña Juana, la abuela de Virtudes, y empezó á hablarle con grandes elogios de su nuevo inquilino, D. José Alvarez, joven muy simpático y distinguido, empleado en una gran casa de comercio.

Aunque abuela y nieta viviesen muy retiradas, entabláronse ciertas relaciones de cortesía entre los vecinos.

Un domingo por la noche el empleado, que había estado ausente todo el día, trajo del campo un magnífico ramo de flores que ofreció á Virtudes.

A veces, cuando las ausencias de la muchacha debían prolongarse mucho, Alvarez pasaba á hacer compañía á la anciana, y la distraía con su amena conversación é interesantes lecturas.

Poco á poco el complaciente joven se conquistó un puesto en la intimidad de las vecinas. Doña Juana se deshacía en elogios de él, y Virtudes no acertaba á explicarse el vivísimo interés que á sí propia le inspiraba.

De pronto, en un momento de expansión, Alvarez dijo á Virtudes con voz alterada por emoción intensa:

– Hace tiempo que mis ojos han debido expresarle que la amo. Sí; la amo con toda mi alma. Virtudes, ¿quiere usted ser mi esposa?

Y como ella ruborizada se callase, él añadió:

– No puedo ofrecerle un porvenir brillante. Todo cuanto poseo se reduce á unos diez mil reales de economías para instalarnos y mi sueldo de cuarenta duros mensuales para vivir. Soy huérfano y, por tanto, no tengo herencia alguna en perspectiva. Será preciso que llevemos una existencia de trabajo y de ahorro, cuando no de privaciones. ¿Acepta usted?

– Acepto, contestó Virtudes con sencillez, tendiéndole la mano.

Fijóse el matrimonio para dentro de tres meses, de concierto con la abuela, cuyos apagados ojos vertieron lágrimas de alegría.

– Mi idolatrada nieta no se queda ya sola en el mundo, decía con profunda satisfacción; ya tiene quien la ame y la proteja, quien la consuele cuando no me tenga á mí.

La joven se sentía también satisfecha y animada. El porvenir, al fin, se le presentaba risueño.

Pero una gran decepción vino á turbar tanta alegría. Un fabricante de abanicos para quien Virtudes trabajaba hacía cuatro años, el que más la ocupaba y mejor la retribuía, le declaró de pronto que cesaba de emplearla. Los negocios estaban paralizados y se veía en la necesidad de suprimir el personal exterior.

Virtudes regresó á su casa con el abatimiento y la desesperación en el alma. Su novio procuró tranquilizarla, diciéndole que no faltarían fabricantes dispuestos á encargarle trabajo.

– ¡Ah!, repuso ella sacudiendo tristemente la cabeza. Tú no sabes cuán amargo es llamar de puerta en puerta para sufrir impertinencias y humillaciones. Y aún el dinero que una gana tan penosamente se lo echan á la cara como una limosna. Y hay que soportarlo todo sin una observación ni una queja.

– Vamos, añadió Alvarez con inusitada desenvoltura; no hay para desesperarse.

Pero ella se preguntaba amargamente cómo iba á poder vestirse y alhajarse para la boda, faltándole sus principales recursos.

Alvarez siguió manifestando que aquel contratiempo carecía de importancia, hasta que Virtudes, mortificada por su indiferencia, exclamó con cierto enojo:

– ¡No parece sino que mi bienestar te importa poco!

– Más que el mío.

– Pues cualquiera diría que tienes diez mil duros de renta.

El empleado palideció; dirigió luego una larga mirada á Virtudes y se retiró sin proferir una palabra.

Al día siguiente, la joven supo con asombro que Alvarez había cambiado de domicilio sin dejar las señas de su nueva casa y sin la menor explicación con su novia.

***

Durante algunas semanas Virtudes abrigó la esperanza de ver llegar de un momento á otro á su futuro.

– Si no ha muerto ó no está loco volverá, pensaba ella.

Pero en vano trataba de explicarse aquella huída inesperada, y se devanaba los sesos para adivinar en qué había podido ofenderle ó disgustarle.

Pasaron meses y Alvarez no volvió

Virtudes continuó su vida laboriosa. Nada cambió en su modesto hogar, sino que la abuela fué debilitándose y la nieta se puso de día en día más pálida y triste. La infeliz muchacha adoraba al fugitivo y no podía consolarse de su abandono.

Un día encontró en la calle á una amiga de la infancia, que había vuelto hacía poco tiempo de un largo viaje á la América del Norte.

Ernestina, que así se llamaba su antigua compañera de colegio, iba ricamente vestida y acompañada de una aya inglesa.

– ¡Virtudes!, exclamó echando una mirada de conmiseración á su modesto traje. ¿Qué es de ti? ¿Y tu padre?

– Le he perdido y con él mi fortuna. Mi disposición para la pintura que tanto admirabas, es ahora mi único medio de subsistencia.

Y explicó en pocas palabras las vicisitudes de su penosa vida.

– ¡Cuánto te compadezco!, dijo Ernestina. Ven á verme y hablaremos.

Y añadió bajando la voz.

– Me caso pronto... Me pintarás el abanico de novia.

***

Tres días después, Virtudes se presentó en casa de su amiga, que vivía con sus padres en un hotelito de la Castellana.

Fué muy bien recibida.

Las dos jóvenes se sentaron en un confidente de una salita de confianza, contigua á un invernadero cuyas plantas y flores recreaban la vista y perfumaban el ambiente.

Ernestina era una rubia graciosa, aturdida y voluble, que formaba un vivo contraste con el tipo moreno de la formal Virtudes.

– Sí, amiga mía, decía con su habitual locualidad; pienso ser pronto condesa, porque mi novio es conde. Aún no ha pedido oficialmente mi mano á papá, pero no tardará en hacerlo, porque está loco por mí. Eso sí, es un tipo original. Se ha propuesto casarse con una mujer absolutamente desinteresada, que no dé ningún valor ni tenga apego alguno al dinero. Como si esto fuera fácil hoy día, en que el vestir cuesta un sentido y no se puede vivir en sociedad sin gastar un dineral.

Ernestina hizo una pausa para respirar. Luego continuó, mientras se arreglaba los volantes de encaje que adornaban su peinador de raso azul:

– Afortunadamente, papá conoce á un amigo del conde, que nos quiere mucho, y ha jurado arreglar la boda. Carlos de Albor se ha hecho presentar como pobre, á pesar de sus quince mil duros de renta. Papá me puso en el secreto y yo obro en consecuencia. Si nos oyeses, te asombrarías de verme transformada en la antítesis de lo que soy. Tú que conoces mi aturdimiento y mis gustos, te reirías de la sencillez de mi porte y la modestia de mis proyectos.

– ¿Amas á tu futuro?

– ¡Claro que sí; es un buen mozo! Pero aunque así no fuese, ¿te parece moco de pavo el título de condesa y la vida que podré llevar? Tendremos coche, caballos, hotel en Recoletos, chalet en San Sebastián, palco en el Real... Daremos fiestas deslumbradoras, que reseñarán los periódicos, y la joven condesa de Albor será uno de los principales oráculos de la moda.

Aquellos devaneos recordaban á Virtudes sus ensueños de ventura, sus recientes proyectos, que con ser tan sencillos y naturales se habían desvanecido como humo.

– Y tú ¿cuándo te casas?, preguntó Ernestina.

Virtudes contestó gravemente:

– ¡Yo no me casaré nunca!

– ¡Ah! Apuesto á que has tenido algún amor desgraciado.

– En efecto. Amé, sigo amando y amaré hasta el último instante de mi vida á un hombre que he perdido sin duda para siempre.

– ¡Hola! El caso es interesante. ¿Y se puede saber quién es el protagonista?...

– Un simple empleado sin nombre, sin fortuna y sin porvenir.

– ¿Entonces?...

– Pero era el dueño de mi corazón, y para mí valía más que todos los nobles y millonarios del mundo.

– ¿Qué ha sido de él?

– Lo ignoro. Desapareció de pronto sin que jamás haya vuelto á dar señales de vida.

– Habrá muerto quizá.

– ¡Quién sabe! Y aunque viva, ya no se acordará de mí.

– Pues no comprendo que sigas amándole.

– ¡Le seré fiel hasta la muerte!

Sin darse cuenta Virtudes había ido alzando la voz, y lanzó estas últimas palabras como una invocación á la felicidad perdida.

– Señorita, vino á decir una doncella, el señor conde de Albor ha estado aquí.

– ¿Cuándo?

– Hace un instante.

– ¿Y se ha vuelto sin verme?

– Permaneció un cuarto de hora en el invernadero, y al verla á usté con la señora, se retiró.

– ¿Me habrá oído?, murmuró Ernestina.

***

Aquella misma noche llamaron á la puerta de doña Juana.

Virtudes fué á abrir y dió un grito:

– ¡Alvarez!

– Sí, soy yo, tu futuro esposo, que te sigue amando y viene á recordarte tu promesa...

– Pero, ¿y tu desaparición y tu largo silencio?...

– Perdóname. Dudé de ti; te creí codiciosa y disimulada. Pensé que sabías la verdad...

– No entiendo...

– Una palabra y lo comprenderás todo. Aceptaste por esposo al empleado José Alvarez. ¿Quieres ser condesa de Albor?

La muchacha quedó muda de sorpresa.

Una mano trémula buscó las manos de ambos jóvenes y las juntó en un mismo apretón, mientras que la voz temblorosa y débil que conocemos desde el principio de esta historia murmuraba entre sollozos:

– Mi Virtudes no está sola... ¡Ya puedo morir!

Juan B. Enseñat

ESTUDIOS

DE ALGUNOS CÉLEBRES PINTORES (1)

(Conclusión)

JORGE PAPPERITZ

Aquí tenemos verdaderamente el centro de la belleza y del buen gusto; todo aquí respira magnificencia.

Tres grandes arcos sostenidos á cada lado por pilares planos, dividen el estudio en dos compartimientos, uno con aspecto de palacio y el otro pequeño y gracioso. A la izquierda de este último hay una especie de pabelloncito, al que se llega por una elegante escalerilla: en el estudio del pintor inglés Watts se ve otro semejante.

Podríamos decir que el pincel de Papperitz toca todos los asuntos, desde el interior de la casa hasta el paisaje, desde los retratos modernos hasta los antiguos, desde las pinturas de género hasta las históricas.

Para abarcar semejante diversidad de asuntos se necesita gran aliento y mucha libertad de imaginación.

Los que visitan el estudio de Papperitz no experimentan ninguna influencia determinada; las nuevas ideas se despiertan sea cual fuere el cuadro en que se fije la mirada; lo vulgar y lo trivial quedan siempre detrás de la puerta. Pocos bosquejos se encuentran allí; todo revela el arte perfeccionado, y fuera inútil buscar monadas en el magnífico estudio de Papperitz. Por poco que los adornos no fueran de colosales proporciones, correrían el riesgo de pasar inadvertidos en la inmensidad de aquella sala.

Como pintor de retratos, Papperitz alcanza un alto grado de perfección; y por la fiel semejanza que obtiene en los de mujeres, debe ser superior á Lenbach. Tiene estudiados los caracteres del rostro femenino, y como aquél, sabe hacer hablar á los ojos, reproduciendo los tintes delicados de las mejillas y el carmín de los labios.

Las pinturas de Papperitz que representan mujeres y niños nos revelan el más cariñoso estudio, y ya estén las figuras desnudas, ó bien ostenten los ricos y sedosos pliegues del Renacimiento, siempre se observa la misma perfecta producción de sus caracteres peculiares.

Rara vez intenta ese artista hacer retratos de hombres; la humanidad femenina es su dominio, y en ella

(1) Véase el número 479.

un eco responde á su propio refinamiento artístico.

Como huésped agasajado en Villa Wahnfried, en Bayreuth, residencia de Ricardo Wagner, Papperitz inmortalizó en un gran lienzo la pléyade de músicos que habitaba allí, y esta obra ha contribuído más que ninguna otra de sus pinturas á popularizar su nombre.

La escena representa la sala de música de Villa Wahnfried, en el momento en que Liszt tocó por primera vez la nueva ópera de Wagner, *Parsifal*. El compositor era la figura del centro, y alrededor de él agrupábase su familia y el ilustre círculo de los amigos del gran maestro, constituyendo así una pintura histórica del mayor interés.

El hecho de ser Wagner tan conocedor de la naturaleza y del arte, influyó sin duda en el talento del joven pintor, madurando sus facultades.

RODOLFO WIMMER

Wimmer es un artista distinguido en la moderna escuela de los retratistas, cuyos adeptos parecen insistir en la importancia de los detalles realistas y de los fondos. La antigua escuela, á la cual pertenece Lenbach, consagra su energía más bien á expresar en el lienzo los sentimientos del alma de aquel á quien se ha de representar, evitando los detalles que no son de absoluta necesidad para el retrato. Ambas escuelas, sin embargo, tienden á mantenerse fieles á la naturaleza; y como consecuencia natural, la moderna exige un considerable trabajo fatigoso de los que la adoptan, pero al mismo tiempo el resultado de sus trabajos es más popular entre el público. La época que atravesamos ¡ay! exige que fijemos la atención en las apariencias, y así en la pintura como en otras profesiones se hace preciso marchar con el tiempo. El arte no sufre degradación alguna por ello; conviértese solamente en un medio adicional por el que los futuros historiadores verán el espíritu del día desde su verdadero punto de vista.

Hemos hablado ya del «reposo clásico» que respira el estudio del Lenbach, y de la elegancia y del buen gusto que caracterizan al de Papperitz. Este último y Wimmer son los hermanos gemelos del arte, y la descripción del estudio de uno de ellos es aplicable al otro; en sus obras también se asemejan mucho, tanto que no causaría ninguna extrañeza encontrar en un ángulo del gran retrato del Emperador Guillermo en traje de almirante, obra de Wimmer, la firma de Papperitz. Este artista habría retratado seguramente al joven emperador de una manera análoga.

La escuela moderna de los retratistas ha tenido sus maestros en Wimmer y en Papperitz: sus pinturas nos recuerdan los tiempos en que vivimos, cuya constante exigencia es: «Enseñadnos algo nuevo y explotadlo con originalidad.»



CAMINO DE LA FUENTE, cuadro al pastel de Héctor De María, grabado por Mancastroppa

Pero ¿qué rumor es ese? ¿Qué notas esas que se oyen? ¡Bah! Es el ruido que producen los remos, y el cántico de un marinero. ¿Dónde estamos? ¡Ah! En el estudio de

CARLOS RAUPP

Esos sonidos, sin embargo, no llegan hasta el estudio del pintor del lago y de las montañas bávaras, aunque se encuentre alguna cosa que se relaciona con eso, como lo indica el bote, tantas veces agitado por la tormenta, que ahora reposa en una elegante banqueta de pies torneados y sedoso asiento. Esta embarcación no está en su lugar en el estudio, porque es muy tosca y no armoniza con el pavimiento lustroso de la sala; mas no perdamos las ilusiones, porque su dueño es Raupp, y sabemos muy bien que se cuida poco de los objetos que le rodean. Este artista se asemeja al hombre tan profundamente absorto en sus propios pensamientos, que no oye nada de la historia que su amigo le refiere. En él se produce el hecho fisiológico de que es posible comprender sin hacer caso, mirar sin recibir impresión, oir sin recoger palabra alguna.

La imaginación de Carlos Raupp y su admirable memoria se concentran de tal modo en su lago y en las escenas de la montaña, que apenas se da cuenta de los objetos que tiene alrededor y que tan mal se avienen con sus pinturas: todas éstas son puramente originales del artista. En medio del lujoso estudio, con sus tapices y estatuas y plantas tropicales, Raupp oye el grito del montañés; las voces infantiles de los niños que juegan á las barcas; el lejano fragor de la tempestad que se aproxima, y que pronto estallará con sordo estrépito en las cimas de las montañas; el sordo mugido del mar borrascoso, ó la campana que anuncia al moribundo la llegada de los auxilios de la religión; pero cuando despierta de su meditación, agrádale á Carlos Raupp verse en su cómoda vivienda.

Muy diferente impresión nos produce el estudio de

WALTER FIRLE

Aquí podemos recordar al punto la vida cotidiana de esa inmensa mayoría de nuestros semejantes que constituye la clase obrera; aquí respiramos la atmósfera del trabajo diario, y las alegrías se mezclan con las tristezas. El espíritu del pueblo parece reinar en esta habitación, que es un taller primero y un estudio después.

Uno de los compatriotas de Firle ha referido un ligero incidente que le ocurrió durante la visita que hizo á la Exposición del jubileo del Arte en Munich, y que muestra el efecto que produjo la notable obra de este pintor en las diferentes clases de Alemania.

– En una de las galerías, dice, vi una multitud de visitantes detenidos ante un lienzo de grandes dimensiones, y pronto me absorbí en el estudio de los efectos que producía en los que miraban. Como yo no había examinado la pintura, comencé á pensar en la opinión que yo formaría acerca de su mérito, según las indicaciones que hicieran aquellos críticos de afición. El grupo más considerable componíase de varias muchachas, y de una pareja mayor de edad, guiada, al parecer, por un joven.

– El pintor ha demostrado energía en el modo de tratar este asunto, decía uno de los críticos; pero



ACUSACIÓN cuadro de Tihamer Margitay



EL ENSAYO DE UN MINUÉ, cuadro de G. Pagliei

la escena habría ganado mucho en efecto dramático si la habitación hubiera sido más pobre y el sentimiento de la madre más violento.

A esto contestaron los demás sucesivamente:

– ¡Ah! Sí, es cierto.

– Mas á pesar de todo, es magnífico.

– Y muy conmovedor.

– Casi me hace llorar.

– ¡Qué absurdo! ¡Llorar por una pintura!

Por regla general, las personas bien vestidas solamente fijaban en el cuadro una impasible y rápida mirada, ó no se detenían más que para leer el título en el catálogo; pero un grupo de trabajadores mal vestidos detúvose silencioso y absorto ante la pintura. Al fin uno murmuró algunas palabras al oído de su compañero, con lágrimas en los ojos.

– Comprendo muy bien, dijo, lo que esa pobre mujer que está junto al ataúd siente. Esa pintura es la mejor de la Exposición.

Después hojearon el catálogo para ver cuál era el título y el nombre del artista, y vieron que decía: *En la casa del duelo, por Walter Firle.*

Este artista estudia la vida diaria de hombres y mujeres, y nos la representa naturalmente y sin afectación. En sus pinturas no hay nada de la violencia del sentimiento, y solamente las fisonomías nos revelan lo que hay en el interior. La humanidad, en su mayor parte, rara vez hace ademanes extremados para expresar un gran dolor ó alegría, y este conocimiento es la clave de las pinturas de Firle, tomadas principalmente de escenas de la vida del campesino ó del artista. En su estudio no hay nada complexo ni absorbente, ni tampoco hay grandeza. Ninguna frivolidad ingeniosa en la disposición artística le distraerá la atención de su trabajo.

La cigüeña que vuela hacia el techo puede considerarse como el símbolo de las elevadas aspiraciones del pintor. A no ser por un altar primitivo, que sirve de modelo para el gran lienzo que está en el caballete, sólo encontraríamos allí bosquejos, estudios y pinturas.

FERNANDO WAGNER

Hace unos veinte años, cuando Wagner estaba todavía en el torbellino de la vida estudiantil, con su imaginación llena de mil proyectos, habitaba en el magnífico castillo de Tutzing, en el Starberger See, un hombre de notable cultura, llamado Eduardo Hallberger, quien empleaba á varios artistas para adornar su magnífica residencia. De lejos y de cerca hizo venir pintores, arquitectos y jardineros, y entre ellos llegó Fernando Wagner, que prometía mucho, aunque hasta entonces no había hecho gran cosa.

Ningún encargo particular en el adorno de aquella residencia se confió á Wagner, y por lo tanto no tuvo ocasión de distinguirse; mas no le faltaba voluntad ni tampoco talento. Mientras estaba en el castillo conoció á un joven literato, y entre los dos concertaron los más atrevidos planes, siendo uno de ellos emprender un viaje á Italia con objeto de confeccionar una descripción ilustrada del país y del pueblo; pero el espíritu inquieto de Wagner carecía de perseverancia para realizar el plan, y al fin se redujo todo á palabras. Los presuntos colaboradores renunciaron á la empresa, y cuando volvieron á encontrarse al cabo de algunos años, el literato supo que el pintor había llegado á ser famoso: el talento y el trabajo habíanle permitido alcanzar una posición entre los primeros artistas. El amigo que había sido de su juventud se encontró con un pintor de historia en vez del artista cómico que se revelara en otro tiempo en figuras extrañas y chistosas escenas tomadas de la vida de los bohemios en Munich. ¡Qué paso había dado desde la comedia hasta la historia formal! Pero á Wagner le han complacido siempre tales contrastes, sin duda á causa de su temperamento. Conocido como pintor de historia, esto no le impide darnos de vez en cuando una pintura de género ó un estudio de la vida. Sus lienzos se distinguen por la minuciosidad de los detalles, los colores armoniosos y la bien ideada composición. Wagner no es, sin embargo, un pintor de grandes y notables hechos históricos; prefiere las procesiones, las parodias y agradables escenas de la mitología.

Al contemplarle en su estudio se comprenden las dificultades con que tropiezan los pintores de grandes lienzos. El artista no está muy seguro en la escalera por donde sube y baja cuando quiere juzgar de su composición.

Pasemos, por último, al estudio del distinguido grabador

EDUARDO UNGER

Esta profesión lleva necesariamente consigo un trabajo considerable de tal naturaleza, que apenas se puede ejecutar en una habitación atestada de adornos y objetos raros; pero á Eduardo Unger le agradan estas cosas, y por eso ha formado dos estudios, uno de lujo, y el otro destinado á taller, donde el ácido que algunas veces se derrama no ocasione mucho deterioro. Por el aspecto de la pequeña habitación donde el grabador trabaja, diríase que está provista de una manera bien calculada para contentar á las más de las personas que quieran ver un buen estudio. La botella del ácido y otros objetos análogos están sin duda ocultos á la derecha, y en la mesa refléjase la luz, que ilumina al artista. El estudio y el taller constituyen una habitación magnífica y muy agradable, para que Unger pueda ejecutar más á gusto esos grabados que todo el mundo admira.

X

NUESTROS GRABADOS

¡Valiente brevaje!, cuadro de Don Antonio Fabrés (Salón Parés). – Aun á riesgo de que se nos moteje de sempiternos turiferarios, no podemos menos de afirmar una vez más en presencia de este cuadro que Fabrés es uno de nuestros primeros pintores contemporáneos y de los pocos, muy pocos, que imprimen el sello del genio allí donde tantos otros se limitan á dar muestras más ó menos notables de talento. Cada obra nueva suya es una prueba más de lo bien que concibe y ejecuta: el asunto más sencillo, más trivial, adquiere al pasar por su fantasía valor é interés inestimables, y los colores que sus pinceles combinan tienen tal riqueza de luz y se nos ofrecen tan abundantes y variados, que en ellos encuentran su equivalente exacto todos los tintes, todos los matices por difíciles, delicados é imperceptibles que sean.

La figura de *¡Valiente brevaje!* está arrancada de la realidad misma; nada hay en ella que no sea digno de la justa fama de nuestro paisano; la actitud, la expresión, las telas del vestido, las más insignificantes pequeñeces del traje, los más nimios detalles del rostro, todo acusa la experta mano que tantas joyas artísticas y en tan diversos géneros ha sabido producir.

Y no somos nosotros solos los que tal decimos: antes que nosotros lo dijeron unánimes cuantos vieron el lienzo en el Salón Parés, y sin duda confirmarán plenamente estas apreciaciones todos nuestros lectores á poco que se fijen en la reproducción que del mismo publicamos. Aquel bebedor dice de un modo admirable lo que el pintor se propuso; en su rostro se advierten las huellas de la mala impresión que la cata del vino le ha causado, y la mirada que entre colérico y burlón dirige á la botella es la condenación más dura del brevaje que por vino se le quiso hacer tragar, y que si como tal pudo pasar á sus ojos, halló fiscal severo y entendido en su paladar delicado y exigente.

***

En la pradera, cuadro de A. Montemezzo. – Que el paisaje está bien sentido compréndelo cualquiera con sólo mirar el cuadro; que la ejecución nada deja que desear salta á la vista cuando se advierte la naturalidad que en todo él campea y las condiciones de aire y de luz que tanto relieve dan á los distintos elementos que lo constituyen. La misma sencillez del asunto nos releva de extendernos en mayores consideraciones: la obra de Montemezzo produce en el ánimo una impresión gratísima y despierta el deseo de disfrutar los encantos de aquella pradera, y esta es la demostración más clara de lo que la pintura vale, así en el fondo como en la forma.

***

Gran Canaria. Valle de San Roque en el camino de Tafira. – Cuanto se diga acerca de las naturales bellezas de las islas Canarias es poco al lado de lo que allí la realidad ofrece. La vegetación variada y exuberante que en ellas existe, la benignidad del clima, los accidentes que por su estructura geológica presenta el terreno, la abundancia de poéticos paisajes, son otros tantos atractivos de esas islas que el talento, laboriosidad y los sentimientos hospitalarios de sus habitantes han convertido en deliciosa estación de invierno cada día más frecuentada, especialmente por los ingleses.

La vista que reproducimos representa uno de los puntos más pintorescos de la Gran Canaria, el valle de San Roque, por donde pasa entre palmeras, naranjos, guayabos, cafetales y otros árboles de la hermosa flora tropical el camino que conduce al lindo pueblo de Tafira y á La Caldera de Vandama, volcán extinguido que se alza al Sudoeste y á seis millas de la ciudad de Las Palmas.

***

Cabeza de estudio, cuadro de A. Seifert. – Cuantos menos elementos entran en la composición de una obra de arte, cuanto menos argumento, por decirlo así, tiene un cuadro, tanto mayor cuidado ha de poner en él el artista, á fin de que la falta de interés – no nos referimos al interés artístico, que bien sabemos pueden tenerlo los trabajos más sencillos, sino al interés en el sentido de atención curiosa, – quede compensada por los primores de ejecución. En obras de la índole de la de Seifert requiérese ante todo un gusto especial en la elección de modelo, ya real, ya imaginado; un busto femenino que figura como elemento único en una pintura, no puede ser el de una mujer vulgar, sino el de una mujer eminentemente bella; necesítase además que con esta belleza excepcional corra parejas la expresión, que la mejora en tercio y quinto, y precisa, por último, que ni en el dibujo ni en la distribución de luz haya el menor tilde; pues los defectos que en obra de otro género pudieran pasar inadvertidos, resaltan con vigor extremado allí donde nada hay que distrayendo la atención del que los contempla ayude á disimularlos ó á compensarlos cuando menos.

La *Cabeza de estudio* del reputado pintor alemán Alfredo Seifert reune todas estas cualidades tan difíciles de juntar, y merece, por esta razón, ser calificada de obra maestra en ese género que muchos cultivan, pero en el que pocos alcanzan la perfección deseada.

***

Camino de la fuente, cuadro al pastel de Héctor De María. – En las principales Exposiciones celebradas en Italia, tales como las de Venecia, Bolonia y Palermo, han llamado poderosamente la atención las obras de Héctor De María, que en poco tiempo ha logrado colocarse á envidiable altura entre los artistas italianos. Este joven pintor siciliano siente como pocos el color y la armonía de las tintas más vagas; en sus marinas admírase esa profusión de luz y de brillantes reflejos que el sol meridional presta al firmamento y arranca á las azuladas aguas del mar, y sus paisajes, cuadros de género y figuras cautivan por el gusto en la elección de los asuntos y por la corrección y verdad con que en ellos están trazados los lugares más bellos, las escenas más sentidas y los tipos femeninos más hermosos.

Entre estos últimos podemos colocar el de la joven palermitana de *Camino de la fuente*, figura perfectamente concebida y con irreprochable corrección trazada, que por la belleza de sus facciones y lo noble de su continente nos da una idea exacta de la mujer italiana tan justamente enaltecida por cuantos han visitado la poética isla.

***

Acusación, cuadro de Tihamer Margitay. – Margitay, que tanta popularidad ha adquirido con sus preciosos cuadros de género, algunos de los cuales conocen nuestros lectores por haber sido publicados en esta Ilustración, pinta en su última obra una escena eminentemente dramática, cuyo argumento creemos ocioso describir, porque al menos lince se le alcanza cuál puede ser la historia que á la situación por el artista representada conduce y sin el menor esfuerzo se explica la significación que en tal episodio tiene cada uno de los personajes.

Mayor espacio del que disponemos necesitaríamos si hubiésemos de analizar una por una las figuras que entran en la composición; pero con decir que todas aparecen magistralmente sentidas y ejecutadas, que cada una expresa por modo maravilloso el afecto que en tan crítico momento le domina, que todas están en carácter y que su distribución y colocación es tan natural como artística, creemos haber consignado lo que á ninguno de nuestros lectores se les ocultará en presencia de este cuadro.

Todas nos parecen igualmente bellas é interesantes, pero indudablemente ha de atraer con preferencia la atención de cuantos el cuadro contemplen el grupo formado por la madre y la hija que tan bruscamente han interrumpido la ceremonia religiosa. Hay en la joven seducida y abandonada una expresión de dolor y de vergüenza que á las claras indica que no ha ido allí movida por su propia voluntad, sino arrastrada por su madre. En ésta se revela todo el apasionamiento, toda la indignación de la que se siente herida en sus más caras afecciones; su hija podrá perdonar al desleal, que á tanto llega el amor en algunas mujeres; pero ella no le perdona, y sin reparar en que con su acusación mata las ilusiones de una joven inocente, gózase en su venganza y en la idea de obscurecer para siempre el cielo que tan sereno soñara el infame seductor que ha llevado á su antes tranquilo hogar el deshonor y el desconsuelo.

Acusación ha alcanzado un primer premio en la última Exposición de la Unión Artística húngara y hasta hace poco ha estado expuesto en la *Continental Gallery* de Londres, desde donde ha sido enviado á Nueva York.

No cabe duda alguna de que Margitay conquistará también en el nuevo mundo los laureles que en tan gran número en el viejo ha conseguido con sus pinturas de costumbres modernas, en las cuales el realismo más acabado lleva un sello de elegancia y de distinción que las coloca muy por encima de la inmensa mayoría de los lienzos en la escuela naturalista inspirados.

***

El ensayo de un minué, cuadro de G. Paglieri. – La época de Luis XIV y de Luis XV de Francia se presta como pocas á ese género de pintura aristocrático y elegante que á tanta altura supo elevar á principios del pasado siglo el ilustre Watteau y que aun hoy cultivan de cuando en cuando algunos de los más notables artistas modernos. Las costumbres galantes, los vistosos trajes, el lujo en el decorado de las habitaciones son otros tantos elementos que acertadamente combinados pueden dar como resultante cuadros de composición simpática y de colores brillantes en que la fantasía y la habilidad de los pintores se muestren en todo su esplendor.

En este concepto, *El ensayo de un minué* es un dechado de bellezas: graciosamente concebido y con sus puntas y ribetes de picaresco, como lo grueba el grupo de los tres caballeros del centro, ofrécenos desde el punto de vista de la ejecución, así en el conjunto como en sus detalles, tanto en las figuras como en los vestidos y adornos, una labor primorosa, y acusa un conocimiento exacto y profundo de aquella sociedad que con sus frivolidades, más que con sus delitos, atrajo sobre sí la catástrofe que tantas lágrimas había de costar á los que antes de ella sólo en divertirse se habían ocupado.



Rogerio Noirel, á la par que examinaba sus legajos, dirigía á veces una penetrante mirada á Jacobita...

EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THEURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

I

«No me inspira Rogerio cuidado alguno, repetía con frecuencia el viejo Filiberto de Noirel, pues ya sabrá salirse de todas las dificultades de la vida; pero creo difícil casar á nuestra Jacobita... Sin embargo, quisiera verla unida con el hombre de su elección antes de irme al otro mundo.»

No se cumplió este deseo, porque la muerte sorprendió al señor de Noirel á los sesenta y cinco años en su castillo de Val-Dormant, donde quedó Rosa Jacobita de Noirel, su hija menor, en vías de vestir imágenes.

Cuando ocurrió este suceso, la joven contaba veinticuatro primaveras: el anciano Noirel la había tenido siendo ya casi viejo y cuando el primogénito Rogerio llegaba ya á su mayor edad. La señora de Noirel había fallecido á consecuencia del parto, muy laborioso por lo tardío, decían unos, y avergonzada, añadían malas lenguas, por haber esperado tanto tiempo para dar el ser á una criatura tan feílla.

El nacimiento de Jacobita, pues, no fué acogido precisamente con sonrisas; pero como la criatura se parecía al viejo Filiberto, éste acabó por cobrarle cariño, y á pesar del desagrado con que fué recibida, creció como un espárrago silvestre, aumentando su robustez, ya que no su belleza. Era una moza rolliza: extremidades sólidas, color moreno, huesos muy desarrollados, voz áspera y nada femenina. Dotada de una vitalidad exuberante, gastábala en correrías por el bosque, en trepar á los árboles ó en ruidosos juegos con los chicos de la aldea. Estas viriles aficiones extrañaban un poco al señor de Noirel, quien no juzgándose capaz de dirigir la educación de aquella rústica niña, apresuróse á enviarla á un convento de Dijón apenas tuvo doce años, esperando que, gracias á la influencia del medio en que iba á encontrarse, llegaría á tener un poco de esa reserva y encanto que constituye los caracteres distintivos del bello sexo. Jacobita, en efecto, volvió más juiciosa, pero no conocedora de los usos y costumbres del mundo, ni tampoco embellecida. No era coqueta; vestía de cualquier modo, y por bien cortados que estuviesen los trajes, apenas se los ponía la pobre muchacha parecía un fardo. Cuando su padre, deseoso de establecerla, se apresuraba á presentarla en cualquiera fiesta de vecinos, la vanidad de la joven había de sufrir mucho al comprender que hacía generalmente un papel ridículo y sabiendo que se la invitaba tan sólo por consideración. Por más que tuviera cien mil pesetas de dote, los pretendientes formales no parecían muy ansiosos de llamar á la puerta de Val-Dormant, y Filiberto de Noirel comenzaba á perder toda esperanza, cuando un ataque de gota puso fin á sus días.

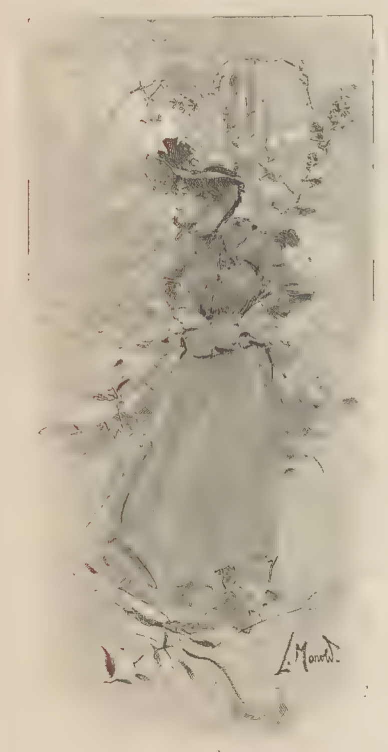
Terminados los funerales, y después de retirarse los parientes y amigos, Jacobita se quedó sola en el castillo con su hermano mayor, Rogerio de Noirel, que había pedido licencia por algunos días para poner en orden los asuntos de la sucesión. Esto equivalía casi á un aislamiento, pues Rogerio, hombre muy práctico y meticuloso como un viejo procurador, pasaba la mayor parte del día haciendo cuentas y comprobando papelotes en compañía del notario de la localidad; de modo que Jacobita se veía abandonada á sí misma y á sus pensamientos, sumamente tristes.

El castillo de Val-Dormant no tenía nada que fuese á propósito para desvanecer las ideas melancólicas: era un gran edificio cuadrado, con tejados cubiertos de musgo, muros de color gris y flanqueado en la fachada principal por dos torrecillas en forma de apagaluces. Situado en medio de un parque, donde las encinas se mezclaban con los árboles verdes, dominaba el valle, estrecho y cubierto de bosques, desde cuya extremidad divisábanse las primeras casas de Champlain. Más arriba de este pueblo continuaba el bosque y enfrente de Val-Dormant veíanse apuntar entre las hayas los agudos piñones de la Roserelle, habitada por la señora de Chatelliers, respetable viuda á quien una parálisis tenía enclavada en su sillón y con la que los Noirel mantenían de tarde en tarde relaciones de vecindad. Por todas partes se veían verdes horizontes, y abajo, á través de una línea de pradera, un arroyuelo que se deslizaba entre una doble fila de alisos iba á desaguar en el Aubette. Un camino vecinal, flanqueado de verdura, atravesaba el arroyo, sobre el cual había un puente; ascendía hacia el castillo por suaves rampas, prolongábase por el muro del parque y se perdía de vista en desnudas mesetas. Este camino era muy solitario, y apenas circulaban por él más que los peatones, portadores de partes ó mensajes; ningún rumor interrumpía allí el silencio, como no fuese por la mañana el canto de los gallos, el tic-tac del molino durante el día, y á la caída de la tarde lejanos ladridos de los perros de las granjas diseminadas en la meseta.

Jacobita, apoyados los brazos en el antepecho de una ventana, pensaba en el difunto, que la había dejado sola en el mundo y que dormía el sueño eterno bajo los pinabetes del cementerio. También reflexionaba sobre su juventud, ya madura, condenada problablemente á marchitarse en aquel castillo desierto. Sabía muy bien que no debía contar mucho con su hermano, pues éste habitaba en París, compartiendo el tiempo entre sus funciones de director en el ministerio de Estado y los placeres que ofrece la capital á un célibe bien recibido en la alta sociedad. Por su parte, Rogerio de Noirel, á la par que

examinaba sus legajos, dirigía á veces una penetrante mirada de observador hacia Jacobita, y preguntábase, no sin enojo, qué haría de aquella hermana menor. Era tan egoísta y apreciaba tanto su libertad, que de ningún modo hubiera consentido en llamarla á su casa de la calle de Varennes, y por otra parte le parecía poco propia para acomodarse á las exigencias de la vida parisiense. Sin embargo, causábale escrúpulos dejar en el aislamiento y expuesta á los azares de la vida campestre á una joven de veinticuatro años, en la cual adivinaba mucha vitalidad turbulenta, sangre ardiente y viva imaginación. «La soledad, se decía, es mala consejera; el aburrimiento podría impulsar á Jacobita á enamoricarse del primer tunante que se presentara, y no me agradaría ser cuñado de un palurdo. No; lo mejor sería buscarle en nuestra sociedad un marido presentable... Sólo que... con su figura y aspecto, la pobre muchacha no es nada seductora...» Y así pensando, dirigía nuevamente hacia su hermana una furtiva mirada de hombre ducho en la materia.

A la verdad, Jacobita no tenía buen gusto ni gracia: su vestido de lana negra, cortado por una modista del pueblo, formaba arrugas en la espalda y cubría el busto como un saco; el corsé, que debía ser semejante al de las campesinas, ensanchábale el talle y le aplanaba el seno, y el color negro del traje sombreaba más aún aquel curtido rostro de espesas cejas, mandíbulas en extremo prominentes y boca demasiado grande. Sin embargo, á pesar de tales defectos, la robusta muchacha, criada al aire libre, distinguíase por una frescura que alegraba los ojos, y no sé qué de simpático que corregía la irregularidad de sus facciones. La piel, aunque curtida por el aire y el sol, era fina y suave como la seda; si tenía la boca demasiado rasgada, en cambio sus labios rojos y carnosos expresaban la franqueza y la bondad, y cuando se entreabrían para sonreir, dejaban ver una dentadura muy blanca. En cuanto á los ojos, grandes y castaños, tenían la limpidez del agua de un manantial transparente y profundo, y revelaban un alma tierna, inteligente, deseosa de amar y de ser amada. La perspicacia de Rogerio de Noirel leyó sin duda todo esto en las mudas y elocuentes miradas que su hermana fijaba en él á veces, y que parecían un llamamiento y una súplica, pues al fin se conmovió, y cediendo á uno de esos impulsos de sensibilidad que en ciertas ocasiones experimentan los corazones egoístas como un remordimiento, resolvió hacer un generoso esfuerzo para arrancar á la huérfana de las tristezas de la soledad. He aquí por qué, después de haber procedido ante notario á la repartición de la herencia, despidióse de su hermana, y díjole al abrazarla:



Jacobita en el valle de Champlain

«¡Buen ánimo, Jacobita; no te aburras en Val-Dormant, pues voy á ponerme en campaña para buscarte marido, y muy pronto recibirás noticias mías!...»

La señorita de Noirel esperó un año antero estas preciosas noticias: en su rústica candidez, creyó por lo pronto que apenas llegase Rogerio á París, lo más urgente para él sería cumplir su promesa, y que antes de pasar un mes aparecería en el horizonte el apetecido esposo. Todas las mañanas, al despertar, abría la ventana para fijar la vista más allá de las espesuras del parque, en el camino blanco que cortaba la colina é iba á perderse en lontananza en medio de los álamos de Champlain. Espiaba la llegada del peatón con ansiedad; pero el hombre de la blusa azul y cuello rojo pasaba generalmente con indiferencia por delante de Val-Dormant, y Jacobita, de nuevo engañada, veíale alejarse en dirección á la cumbre del cerro. Algunas veces franqueaba la verja penetrando en la avenida de pinabetes; entonces la joven sentía latir su corazón, bajaba palpitante á la cocina á fin de que se sirviera al mensajero una botella de vino, y después, cuando más esperaba recibir noticias de París y alargaba hacia el saco de la correspondencia sus manos impacientes, veía que la esperada carta no era más que un prospecto ó un billete insignificante. Entonces la señorita de Noirel volvía á subir confusa á su aposento, reprendiéndose por su excesiva precipitación. No se desanimaba, sin embargo, y seguía vigilando el camino, pero entregada á continuas reflexiones. Imaginábase que el marido soñado se le aparecería tal vez de improviso, como un héroe de novela, y que el mejor día, una mañana ó una tarde, oiría resonar los cascabeles de los caballos de un coche que conduciría al castillo á su hermano acompañado de un pretendiente, con el cual se proponía darle una sorpresa; pero las mañanas y las tardes pasaban sin que por el camino se viera otra cosa que carros y carretones y nunca el vehículo deseado.

Al fin, cansada de esperar y perdida la paciencia, adoptó su género de vida ordinario, recorría los bosques, ocupábase en los trabajos de la siega y de la recolección, cogía fruta, trataba con sus colonos y no se cuidaba ya de su tocador. Generalmente, cuando ya no se espera nada, el destino se complace en realizar los sueños relegados al olvido. El otoño había inundado de brumas el estrecho valle de Champlain; después llegó diciembre con sus nieves, que cubrieron de una espesa capa caminos, eriales y bosques, y Jacobita estaba ya segura de que su hermano la había olvidado por completo, cuando recibió un parte urgente, concebido en estos términos:

«Querida hermana: Si la memoria no me es infiel, tú mantienes relaciones amistosas con una señora llamada Santenoge, de Dijón, que se casó con un tal Longeaux. De aquí á un mes habrá un baile en casa del prefecto de Costa de Oro, y me propongo ir con uno de mis amigos, que *desea conocerte*. Tu luto ha terminado, y nada se opone á que te distraigas un poco. Escribe en el acto, pues, á tu amiga, y ruégale que tenga á bien patrocinarte en el baile del prefecto, para el cual recibirás oportunamente una invitación. Allí te presentaré á mi amigo, que piensa en casarse, pero que, naturalmente, quiere verte antes en un terreno neutral. Ponte en camino lo más pronto posible, engalánate, y consulta á tu amiga, que debe tener en esto más experiencia que tú. En fin, hermoséate, porque de ello depende tu futura felicidad. Apenas estés en Dijón, escribe dos líneas. Recibe un abrazo, y hasta muy pronto. – *Rogerio.*»

Jacobita, roja como una amapola, guardó bruscamente en su bolsillo el parte fraternal, y sin perder un instante escribió á la señora de Longeaux: era una amiga de convento, con la cual se había relacionado íntimamente y que acababa de contraer matrimonio con un consejero de la corte. La contestación no se hizo esperar; la joven señora de Longeaux manifestaba á su querida Jacobita que con el mayor gusto le dispensaría hospitalidad para conducirla al baile del prefecto.

Después de amontonar rápidamente sus vestidos en el fondo del cofre, la señorita de Noirel marchó á Dijón, poseída de una fiebre fácil de comprender.

He aquí ahora lo que había ocurrido en París: Rogerio de Noirel tenía muy presente su promesa, pero no se le ocultaban las dificultades que ofrecía el cumplimiento de la misma. Su hermano no era ni muy rico ni joven de gran atractivo, y no había que pensar en proponerla á un hombre de cuantiosa renta y de buena posición en el mundo sin exponerse á sufrir un descalabro sensible. Rogerio, como persona experta, quería para su hermana un partido conveniente y honroso, un hombre que no fuera muy joven ni tampoco de edad demasiado avanzada; en fin, uno de esos que son galantes y poco afortunados, que tienen ya nombre conocido, aspecto agradable, y que verían en aquella unión una ventaja positiva. Después de haber buscado largo tiempo este mirlo blanco, Rogerio tuvo la satisfacción de encontrarle.

En su ministerio había un agregado, el señor de Gurgis, con quien Rogerio mantenía relaciones de compañerismo mundano; era un célibe de cuarenta á cuarenta y cinco años, alto, elegante y de buen aspecto. Aunque calvo en la parte superior de la cabeza, conservaba detrás y en los lados bastante cabello castaño naturalmente rizado; el bigote bien poblado y la perilla comunicábanle cierto aspecto militar; los ojos, de color azul gris, algo salientes, eran de mirada fría; y la tez, algo marchita, presentaba ya ligeras arrugas, que se marcaban sobre todo en el ángulo de los párpados. Era hombre muy callejero y muy conocido en la sociedad, donde había tenido más de una aventura galante; pero decíase que le agradaban más los naipes que las mujeres, y su patrimonio estaba ya bastante mermado. En el tiempo en que comienza esta historia, Gurgis, cansado de placeres parisienses y acosado por sus acreedores, proponíase poner fin á esta situación é intrigaba para obtener un consulado.

Rogerio de Noirel, conocedor del caso, pensó que tal vez habría medio de explotar en beneficio de su hermana este deseo de hacer carrera. Gurgis, según le pareció, estaba en la situación del hombre bastante ambicioso para aceptar un matrimonio de conveniencia si éste podía asegurarle el destino que codiciaba; y por otra parte, con sus restos de belleza, su nombre y sus modales, el futuro cónsul sería un partido muy aceptable para Jacobita, que no tenía derecho á mostrarse escrupulosa y exigente en la elección.

Una noche que salieron juntos del Ministerio, Noirel enlazó su brazo con el de Gurgis y preguntóle sin ambages ni rodeos.

– ¿Quiere usted casarse, amigo mío?

– ¿Eh?, repuso Gurgis confuso. ¿A qué viene la pregunta? Ya sabe usted que soy un célibe endurecido... ¿Por qué me suelta usted ese petardo á quemarropa?

– Porque conozco sus intenciones, replicó Rogerio, mirando á su amigo de reojo. Usted desea un consulado, y tengo motivos para creer que un matrimonio allanaría todas las dificultades del nombramiento.

– ¡Noirel!, exclamó su compañero, deteniéndose de pronto y mirándole con cierta ansiedad. ¿De qué se trata?... Explíquese más claramente.

– Amigo mío, voy á jugar á cartas vistas... Antes de transcurrir un mes habrá un consulado disponible en uno de los principales puertos del Levante... Es buen destino, y yo tengo medios para conseguir que se le nombre á usted, si quiere casarse con una señorita que yo conozco.

– ¡Hum!, murmuró Gurgis con recelo. La píldora debe ser amarga, cuando la cubre usted de azúcar... Apuesto á que esa señorita es vieja, fea, ó... tal vez algo peor.

– ¿Por quién me toma usted?, replicó Rogerio resentido. No, la joven á que me refiero tiene veinticuatro años, es de excelente familia, ni fea ni hermosa, y llevará de dote cien mil pesetas en metálico sin contar un castillo situado en Borgoña.

– ¡Bueno, una provinciana!... Amigo mío, ya conoce usted mis aficiones... Me causa horror el campo y jamás pude vivir veinticuatro horas fuera de París.

– ¿Cómo se arreglará usted, pues, cuando se halle en su consulado?... ¡Vamos, Gurgis, nada de niñerías!... La señorita en cuestión, por otra parte, no desea más que salir de su provincia, y le seguirá adonde quiera... ¿Quiere usted ser cónsul? De esto depende todo.

– ¡Claro es que quiero!... Yo no soy bastante rico para vivir en París.

– Pues bien: consienta usted en casarse, y antes de un mes recibirá el nombramiento firmado por el ministro.

Gurgis comenzaba á reflexionar; la ocasión era tentadora.

– ¡Diantre, exclamó, yo me había prometido permanecer soltero!... ¿Y me jura usted, Noirel, que no se oculta alguna serpiente bajo las rosas del contrato de casamiento?... ¿Es esa persona de todo punto aceptable?

– Esa persona es mi hermana.

– ¡Ah!... Eso es distinto, balbuceó Gurgis algo

confuso... En tales condiciones, no podría menos de enorgullecerme entrar en su familia;... pero siendo el matrimonio un paso difícil, sin discutir las cualidades de la señorita no quisiera hacer nada á ciegas, tanto en su interés como en el mío... No tengo empeño en casarme con una mujer hermosa, pero desearía que su aspecto fuese agradable, puesto que deberé tenerla á la vista sin cesar... En su consecuencia, antes de comprometerme quisiera poder juzgar *de visu* si nos convenimos.

– Perfectamente... y ya había pensado en ello... El prefecto de Costa de Oro, amigo mío, debe dar de aquí á un mes un baile, al que asistirá mi hermana... Acompáñeme usted á Dijón, y le presentaré; allí hablará con Jacobita y sabremos de una vez á qué atenernos.

– ¡Diantre!... ¡Ciento sesenta leguas de ida y vuelta para asistir al baile de un prefecto es cosa muy dura!, objetó Gurgis, para quien la provincia era siempre un país salvaje é inaccesible.

– Me parece que la mano de mi hermana y un buen consulado valen la pena de hacer un viaje, replicó Noirel con sequedad. Bien mirado no es más que un paseo... El primer tren de la mañana nos dejará en Dijón á las seis; comeremos en *la Campana;* á las diez estaremos en casa del prefecto, y á las once volveremos á tomar el expreso, que llegará á París antes de rayar el día... Ya ve usted que el sacrificio no es grande, y á fe mía no me explico sus vacilaciones.

– Amigo mío, ya no vacilo, y me fío de usted.. Ya puede preparar el terreno, y llegado el día, estaré á sus órdenes...

Después de esta conversación, Jacobita recibió la carta de su hermano; llegó á Dijón diez días antes del baile, y no perdió el tiempo, porque debía atender á todo. La inminencia de aquella entrevista, que tal vez iba á cambiar su existencia, trastornábala por completo; pasaba una parte de la noche pensando en ella, y los días recorriendo los almacenes de modas, sin omitir nada para «embellecerse,» según la recomendación de su hermano. Después de la primera inspección y de comparar los trajes á la moda con su modesto guardarropa, nada de lo que había llevado hasta entonces le pareció digno del pretendiente que esperaba.

Sonrojábase al pensar que se había contentado durante tanto tiempo con sus toscos vestidos y sus corsés de cutí; y los pedidos que hizo á los almacenes, al zapatero y á la modista disminuyeron mucho su bolsa, pero no le dolían tales dispendios. Aconsejada por la señora de Longeaux gastó un dineral en ropas, guantes, blondas y perfumería. La costurera le prometió un vestido que produjera sensación, y la salvaje Jacobita, que hasta entonces no había podido soportar ningún traje que la molestara, resignóse con una paciencia de ángel al suplicio de las pruebas. Durante aquellas largas sesiones, inmóvil delante de un armario de espejo, mientras dos costureras daban vueltas á su alrededor, poniendo alfileres y tomando medidas, la señorita de Noirel sufría un verdadero martirio; su sangre hervía, resentíanse sus nervios, sentía escozor en los brazos y en las piernas, y apenas osaba respirar, por temor de que se malograse la operación. Por último, después de las pruebas y de innumerables fatigas llegó el gran día. Todo había ido bien; los industriales fueron exactos, y á eso de las cinco la señorita de Noirel fué á sentarse al tocador; el peluquero arregló su cabellera rebelde, y la doncella oprimió su corsé. Todos estos preparativos la privaron del apetito y apenas comió, pero desde las ocho estuvo ya preparada para el ataque.



¿Quiere usted casarse, amigo mío?...

Entretanto el señor de Noirel y su amigo Gurgis corrían en el expreso que los llevaba á Dijón. Apenas instalados en el vagón, Rogerio se absorbió en la lectura de sus diarios y Gurgis comenzó á fumar. El tiempo era desapacible, una menuda lluvia azotaba los vidrios de las portezuelas, y vista á través de aquella humedad, la campiña pareció más desagradable y absurda á los ojos de aquel hijo de la gran capital, á quien se privaba de sus queridas costumbres para hacerle contraer un matrimonio hacia el cual no sentía mucha inclinación. Lanzando ligeras bocanadas de azulado humo hacia el techo del coche, y con la cabeza inclinada hacia atrás, Gurgis se había entregado á sus reflexiones.

«¿Qué va á ser de mí? Ese diablo de Noirel me ha seducido con la promesa de proporcionarme un consulado en Esmirna ó en Siria... y yo he aceptado sin reflexionar que tal vez hubiera podido obtener mi nombramiento conservándome célibe... Para que Rogerio se dé tanta prisa y para que esa señorita haya llegado á los veinticuatro años sin encontrar esposo, preciso es que sea de difícil colocación. Sin duda me enseñará alguna provinciana vestida como un mono sabio, rígida y con muchas pretensiones; y cuando la haya visto, no me molestará poco buscar un pretexto cortés para salir del compromiso, ariesgándome además á indisponerme con el hermano... Mucho temo haberme dejado engañar como un chiquillo. En fin, me he dejado coger en el lazo, y ahora se trata de salir de este atolladero con la mayor habilidad posible... Después de todo, tal vez la casualidad me reserva una sorpresa... ¡Una perla rara escondida en su concha, una violeta oculta bajo la hierba! ¡Hum!... Mucho lo dudo.»

Rogerio había terminado la lectura de su último diario.

—Noirel, preguntóle Gurgis, ¿reside, pues, en Dijón su señora hermana?

– No; ha ido á visitar á una amiga... Mi hermana tiene costumbres muy sencillas, y desde su salida del colegio ha estado siempre en nuestras tierras del Val-Dormant.

«¡Una campesina, estaba seguro de ello!... dijo para sí el agregado.»

La conversación no pasó de aquí: Gurgis no tuvo ya curiosidad por saber si la señorita era rubia ó morena, alta ó baja. Persuadido de que la aventura iba á terminar ridículamente, poco le importaba el color del cabello ó de los ojos de la señorita de Noirel. En su consecuencia, encendió un segundo cigarro, mientras Rogerio sacaba un libro de su maletín, recogió uno de los diarios que su amigo había dejado caer y leyóle distraidamente, acomodándose en un ángulo del coche. Poco á poco la lectura y el movimiento del tren produjéronle una semi-somnolencia de la que no despertó hasta que oyó á su compañero exclamar:

- ¡Ya estamos cerca de Dijón, amigo Gurgis!

En efecto; el tren, después de haber franqueado ya el túnel de Blaisy se deslizaba entre dos altos muros pedregosos, perforados acá y allá, que permitían ver bajo el cielo crepuscular extensas praderas y árboles. Muy pronto divisáronse líneas de casas que flanqueaban el camino real, y sobre una agrupación de tejados, la esbelta flecha de San Benigno, que se destacaba orgullosa á gran altura cual si quisiera confundirse con las nubes. El ruido del tren se hizo más sonoro, y un prolongado silbido atravesó el aire brumoso. El expreso acababa de llegar á Dijón. Después de habérseles servido en el hotel de *la Campana* una abundante comida que consoló algo á Gurgis, haciéndole recobrar su aplomo, los dos viajeros se vistieron de etiqueta, y al dar las diez, uno de los ujieres del prefecto pronunció en voz alta sus dos nombres á la puerta del gran salón.

Jacobita, sentada en un ángulo junto á la señora de Longeaux, espiaba hacía ya media hora, esperando á cada momento ver entrar á su hermano. Las dos amigas se habían puesto de acuerdo para llevar trajes semejantes; mas la esposa del consejero, rozagante, esbelta y graciosa, parecía una joven con su vestido de muselina blanca guarnecido de rosas y su guirnalda de agavanzos ligeramente pendida en su cabello rubio. Jacobita, por el contrario, con sus facciones muy pronunciadas y su tez curtida, estaba mal en medio de tan vaporosas blancuras; en atención á su reciente luto, había creído conveniente adornarse la cabeza con una corona de violetas, y este detalle endurecía aún más la expresión de su rostro, haciéndola aparecer de más edad.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCIERTOS TELEFÓNICOS Á GRAN DISTANCIA

Al decir de *The Electrical Engineer*, la transmisión de conciertos telefónicos á gran distancia constituye en América una industria explotada por una compa-



Fig. 1. Concierto telefónico en Nueva York

ñía de telegrafía y telefonía llamada *Long distance Company*.

Dos dificultades ofrece el problema de la transmisión á distancia de la piezas musicales: una relativa á la transmisión y otra á la recepción. En cuanto á la primera, para lograr un éxito satisfactorio es indispensable un transmisor especial para cada instrumento ó voz, so pena de obtener á la llegada sonidos resultantes cuyas proporciones de intensidad con los sonidos emitidos en el punto de partida aparecerán destruídas. La segunda dificultad, mayor todavía y que seguramente será el principal obstáculo á la propagación del teatrófono, nace de la necesidad casi absoluta en todas las transmisiones telefónicas hasta ahora usadas, de obligar al oyente á aplicarse al oído los receptores: esto resulta incómodo, y más tratándose de una diversión, amén de poco



Fig. 2. Audición del concierto en Newton

higiénico por las enfermedades que pueden contagiarse con tales aparatos puestos á disposición de cualquiera por una módica retribución. Para que las audiciones telefónicas produzcan cierto efecto es, pues, preciso suprimir esa obligación molesta.

Los grabados que publicamos indican la forma en que actualmente se efectúan las audiciones musicales á gran distancia. La fig. 1 representa el lugar de transmisión de un quinteto ejecutado en Nueva York: cuatro distintos transmisores reciben el sonido de los cinco instrumentos, pues el cornetín de pistón y el contrabajo utilizan un mismo transmisor.

Esos transmisores microfónicos están provistos de grandes pabellones proporcionados á la intensidad de los sonidos emitidos por cada instrumento, y están dispuestos en derivación sobre una batería de acumuladores: cada uno de los circuitos constituídos por el transmisor encierra el circuito primario de un carrete de inducción especial. Los circuitos secundarios de estos carretes de inducción están aparejados en tensión entre sí y con la línea.

En tales condiciones, las fuerzas electromotrices de inducción desarrolladas en cada carrete de inducción se unen algebraicamente á cada instante y producen en el circuito general una corriente resultante, de intensidad variable y que representa fielmente la onda compuesta producida por las acciones individuales, en el transmisor correspondiente, de cada uno de los instrumentos, conservando cada uno de éstos en la onda resultante su verdadero valor relativo.

La fig. 2 representa la audición en Newton, á más de 200 kilómetros del punto de partida; allí, á la llegada se emplean, no teléfonos magnéticos, sino el lamado *loud-speaking telephone* de Edisson, aparato que se funda en las variaciones de roce producidas entre dos cuerpos por el paso de una corriente eléctrica y que toma de una fuerza motriz extraña el trabajo mecánico necesario para la vibración de la membrana, pues la corriente emitida por el punto de partida sólo sirve de regulador ó carrete para esa acción mecánica.

El número de receptores varía según las dimensiones del local en donde la audición se verifica: empleando seis *loud-speaking* en tensión provistos de bocinas proporcionadas, se ha conseguido hacer oir el concierto transmitido desde una distancia de 250 millas, á más de mil personas á la vez, y aun se han hecho experimentos á una distancia de 460 millas (736 kilómetros).

(De *La Nature*)

***

EL ACUMULADOR ELÉCTRICO ATLAS.

Este acumulador, recientemente presentado por M. R. V. Picón á la *Societé internationale des Electriciens*, pertenece á la clase de los pares secundarios plomo-plomo, pero se diferencia de sus congéneres por algunos detalles de construcción y sobre todo por su gran capacidad específica.

Constituyen la materia activa del acumulador Atlas ladrillos rectangulares achaflanados de peróxido de plomo y de plomo reducido, que ofrecen una solidez análoga á la de la tierra cocida y una densidad muy pequeña, próxima á cuatro, lo que es un indicio de su gran porosidad. Todos esos ladrillos están atravesados por numerosos agujeros perpendiculares á sus caras mayores, lo cual les da, especialmente á los positivos, mucha semejanza con los panes de carbón aglomerado.

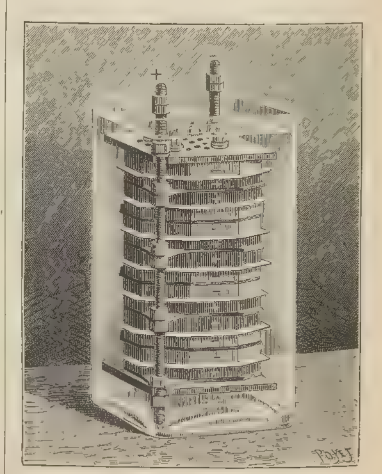
Estos ladrillos están superpuestos dos á dos, intercalándose entre dos de ellos de la misma naturaleza una delgada plancha de plomo que sirve de conductor y de toma de contacto: los de distinta naturaleza están separados por medio de láminas de celuloide que los aislan entre sí. Aquellas planchas y estas hojas tienen los mismos agujeros que los ladrillos y con ellos corresponden; de suerte que hecho el amontonamiento, los orificios forman otras tantas largas chimeneas verticales que facilitan la circulación del líquido y de los gases. Dos gruesas planchas de cristal ó de ebonita terminan la pila fuertemente asegurada por medio de cuatro tornillos, de los cuales dos son de ebonita y sólo sirven para consolidar el sistema, y los otros dos de plomo duro y en espiral en toda su longitud; estos dos últimos sirven para establecer las comuncaciones con las hojas de plomo intercaladas entre los ladrillos, por mediación de orejas practicadas en un lado solo de las planchas de plomo. Estas planchas están sólidamente aseguradas por medio de tuercas, como lo indica el grabado. El conjunto de las placas positivas y negativas forma un bloque muy manuable, en el cual aquéllas, que constituyen la materia activa, pueden obedecer al aumento de volumen, al *foisonnement*, según feliz expresión del malogrado Emilio Reynier, sin que á su movimiento se oponga la presencia de paredes incomprimibles. La composición homogénea de las placas asegura un *foisonnement* regular, compensado en el sentido vertical por una presión elástica obtenida por la interposición de rodajas de caucho flexible. Los muchos agujeros aseguran, por otra parte, el fácil acceso del ácido á las placas.

La fabricación de los ladrillos activos y el sistema de montaje son invención de M. Carlos Hering: el empleo de la presión elástica se debe á MM. Abdank-Abakanowicz y d'Arsonval.

La capacidad específica de los acumuladores Atlas es relativamente muy elevada, pues con un régimen de descarga moderado alcanza 20 amperes hora por kilogramo, lo cual se explica teniendo en cuenta que el conductor ocupa un volumen muy pequeño con relación al ocupado por la materia activa. El régimen de descarga varía, según la aplicación que se proponga y el espesor de los ladrillos, entre 1, 2 y 3 amperes por kilogramo.

Por lo que hace al régimen de carga, M. Picón preconiza, con razón, la carga de potencial constante y propone sustituirla á la de intensidad constante indicada por los fabricantes y empleada por los consumidores.

De los experimentos en apoyo de esta opinión hechos por M. Hospitalier en la Escuela de física y química industriales de París, resulta que con este sistema de carga, si bien no se gana nada en punto á producción, cantidad y energía, en cambio se gana mucho en la rapidez de la carga y se evita la carga excesiva y el desarrollo exagerado de gases, tan perjudicial para la conservación de los acumuladores. Adoptando el potencial de 2'3 volts por acumulador, la experiencia demuestra que en la primera hora de carga se pone en el acumulador el 50 por 100 de la carga total, y al cabo de tres horas el 83 por 100. Además, desde el punto de vista práctico la carga ó potencial constante exige una diferencia de potencial total menor que la carga de potencial constante; así, por ejemplo, para cargar una batería de 52 acumuladores en tensión, número de elementos generalmente empleados para alimentar lámparas de incandescencia de 100 volts, bastará una dinamo que produzca 120 volts, al paso que ésta debiera ser de 135 al fin de la carga para mantener la intensidad de carga constante. La carga ó potencial constante se completa en cuatro ó cinco horas, cuando con el régimen de carga ó intensidad constante se necesitarían ocho ó doce.



El acumulador eléctrico Atlas

He aquí, pues, una porción de indicaciones prácticas que podrán utilizar las personas que emplean acumuladores.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

De pitón á pitón, *por Sobaquillo.* – El ingenioso articulista, erudito literato, crítico perspicaz y escritor ultra-castizo don Mariano de Cavia, ha publicado con éste título una colección de trabajos, que como todos los suyos justifican la fama literaria de que goza el autor de los suculentos *Platos del día* y de las chispeantes cuanto originales revistas de toros de *El Liberal.*

Aunque el libro se titula *De pitón á pitón*, no por ello con prevención lo miren los enemigos del espectáculo *nacional*; la tauromaquia no es más que el pretexto para escribir mucho y bueno sobre diversos asuntos de fina crítica; los toros son allí los caracoles, y el autor ya sienta en el prólogo y confirma en el artículo *Mis memorias íntimas* que no es propiamente escritor taurino, sino guisandero que más importancia que á los caracoles da á la salsa. ¡Así le resulta ésta! Pruébenla los que quieran pasar un buen rato y aun los que deseen aprender algo de lo mucho que el autor sabe, y de fijo se chuparán los dedos saboreando los primores del condimento.

Las ilustraciones profusamente intercaladas en el texto son como de Angel Pons.

Véndese el tomo, elegantemente editado por D. Fernando Fe, de Madrid, en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 3 pesetas 50 céntimos.

Zaragoza artística, monumental é histórica, *for A. y P. Gascón de Gotor.* – Como todos los anteriores, son interesantísimos los cuadernos 15 y 16 de esta obra, que contienen además del texto cuatro fototipias representando una cabeza romana, el pie del órgano de la catedral de La Seo, un Apolo, y un fragmento de la torre de Santa María Magdalena.

TORRE COLOSAL

en el monte Pilatos (Suiza)

Los periódicos suizos se ocupan en el proyecto de una torre colosal que se trata de construir en la cumbre del monte Pilatos, uno de los puntos más frecuentados por los que visitan Suiza, sobre todo desde que se inauguró el ferrocarril de cremallera.

Sabido es que la cima de aquella montaña está á menudo envuelta, aun en los días más despejados, por una espesa niebla que si bien es señal de buen tiempo en la comarca, priva á los turistas de una de las más hermosas perspectivas que en tanta abundancia ofrece la naturaleza helvética.

Minuciosas investigaciones han demostrado, sin embargo, que aquella niebla apenas se extiende 30 metros por encima del pico del Esel (2.193 m.), lo cual ha hecho concebir el plan de atravesar aquella brumosa capa por medio de una torre. Esta será de dobles paredes, construídas con planchas de acero, y tendrá la forma de un cono truncado con un diámetro en la base de 100 metros y de 40 en la cúspide á una altura de 280 metros.

En la plataforma superior, en donde se establecerá un restaurant, podrá haber cómodamente cuatrocientas personas y sobre ella se alzará una cúpula de 20 metros de alto. La altura total de la torre será de 300 metros.

Como la meseta que corona el Esel presenta una superficie demasiado pequeña, habrá necesidad de emplazar la base de la torre setenta metros más abajo de la cima de la montaña, de modo que aquélla comenzará propiamente en el *Hotel Bellevue*. La superficie, así exterior como interior, estará formada de láminas de acero remachadas entre sí, que se extenderán á derecha é izquierda en líneas espirales hacia arriba; de suerte que el aspecto general de la torre será el de un entrelazado gigantesco.

Entre la pared exterior y la interior habrá un espacio de 5 metros, que se aprovechará para el emplazamiento de un ferrocarril de cremallera construído por el mismo sistema del que está ya en explotación y conduce é los turistas á la cumbre del Pilatos. Al lado de la vía habrá un camino de dos metros de anchura para los que deseen verificar la ascensión á pie.

Este ferrocarril tendrá una longitud de 933'3 metros y llegará al extremo superior de la torre después de haber dado siete vueltas y media en el interior de la misma.

La ejecución de este proyecto colosal parece que será pronto un hecho, pues una sociedad de capitalistas ingleses ha tomado por su cuenta la empresa y se propone realizar todas las obras sin levantar mano hasta tener completamente terminada la torre y todos sus anexos para fines del año 1895.

ESTUDIO DEL PINTOR JORGE PAPPERITZ (Véase el artículo en la pág. 262)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 4 de mayo de 1891 — Núm. 488

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN RABINO, dibujo á la pluma de D. José M. Marqués

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

I

Una exposición retrospectiva. – Exposiciones celebradas en Barcelona durante el movimiento artístico contemporáneo

Los sucesos públicos presentan á veces singulares coincidencias. Por los mismos días en que se iba disponiendo la primera Exposición de Bellas Artes, celebró la Academia una sesión necrológica en honor de los profesores D. Claudio Lorenzale y don Pablo Milá y otra exposición retrospectiva de las obras de aquél. ¡El alfa y la omega! Lorenzale y Milá fueron iniciadores de nuestro movimiento artístico; el actual concurso es su última y más brillante fecha. Haber asistido en la casa Lonja á la académica sesión, solemne, glacial, acompasada, y pasar de allí á los febriles preparativos del Palacio del Parque, era como saltar de uno á otro extremo de todo un período histórico. Convertir los ojos, de las anémicas pinturas de Lorenzale á los cuadros que apresuradamente se colocaban en la *cimaise* en los vastos salones de la actual Exposición, era salir de una evocación de lo pasado, pálida y triste, á las esplendideces de lo presente. Y sin embargo, el excepcional contraste tiene su punto de unión sin solución alguna de continuidad. Entre aquellos iniciadores, á quienes se debe hoy el respeto de tales, y los modernos artistas, se extiende todo el camino transcurrido, toda la historia de nuestras artes en el espacio de cuarenta años. Hubo que empezar por aquellas místicas imágenes descoloridas ó las composiciones históricas de novela escotiana, para llegar por fin á las cálidas impresiones y vibrantes notas del arte contemporáneo; han sido necesarias para ello las transformaciones radicales de toda una sociedad, de la ciudad misma, viviente y entera. Como nada se produce ni espontánea ni aisladamente en la vida, fuera imprescindible una evocación total de ella, no ya sólo del progreso artístico, sino de todo en suma: gustos literarios y cambios políticos, preocupaciones sociales, mudanzas económicas, influjo decisivo de las mismas en las costumbres domésticas, si debíamos comprender y penetrar viva y exactamente cómo y por dónde lo que parece hoy pobre manifestación, encogida, tímida, de un comienzo vacilante, fué en su tiempo revolución entusiasta y arrolladora, recibida con aplauso. No pueden mirarse tales obras sin que se agolpen á la memoria innumerables recuerdos. Al volver hacia ellas el rostro, hoy que coincide su exhibición con la Exposición general, asalta el deseo de apuntar, siquiera como preliminares y en cifra, las que se celebraron aquí entre uno y otro período.

Aquellos cuadros, expuestos en las salas de la Lonja nos traen desde luego á la memoria los concursos celebrados por la *Asociación de amigos de las Bellas Artes* en las desnudas galerías del convento de San Juan, de 1847 á 1858. Aquellas fueron las que pueden considerarse las primeras exposiciones del moderno renacimiento artístico en Barcelona. Antes de esa fecha, apenas hallaríamos sino las obras póstumas de una escuela ya fenecida (pero que conservaba las tradiciones de un dibujo sólido y paciente, y condiciones propias y geniales en algún maestro, sobre todo en los retratos) ó los conatos y tentativas juveniles, los atisbos y presentimientos aislados de la misma generación que alcanzaba ya su puesto en la citada década. Con respetar y aceptar el relativo valor de tal iniciación, es triste, sin embargo, ver que tan tarde llegáramos á ella en España, y que tales fueran los obstáculos, el atraso é ignorancia que hubieron de combatir aquellos nobles y laboriosos precursores. Cuando en 1850 Francia había recorrido ya totalmente los dos primeros ciclos artísticos de nuestro siglo, el pseudo-clásico de David y el romántico de Delacroix; cuando se disponía á la fatal evolución de éste, que llevaba en sus entrañas y desde un principio el realismo contemporáneo; cuando empezaba á medrar en la mismísima forma de hoy su espléndida pintura de paisaje, los citados iniciadores nos traían aquí de Italia la buena *nueva* del romanticismo restaurador é histórico y de la pintura purista y arcaísta, é intentaban sacudir el sueño de la bonachona sociedad de nuestros burgueses y de su existencia cominera y prosaica, con las voces de *belleza* y *arte*, infundiendo á estas palabras su más alto sentido ideal, como esotérico y misterioso, y señalando á su enseñanza un fin religioso, social, educador, muy superior desde luego á la frívola delectación de lo simplemente agradable á que había descendido el arte aristocrático del siglo pasado. Hartos antecedentes se conservan del influjo que tuvieron y de la sorpresa que causaron aquellas enseñanzas en los alumnos de la Lonja, que iban á aprender para artesanos y salieron artistas. Hartas notas sueltas y privadas de los contemporáneos, denuncian cuán miserable era la escasísima atención concedida por el público al arte. Acontecimientos coetáneos, como la inauguración de la primera vía férrea, la invención del daguerrotipo y la primera Exposición Universal de Londres, debieron de infundir á todos nuevos entusiasmos y transformar la vida anterior de la ciudad. Pero aun así, nos es casi imposible concebir que deba otorgarse mérito relativo, no á las tendencias de aquel arte que cabalmente hoy por hoy y en otra forma vuelven á preocupar á algunos, sino á sus incompletas manifestaciones entre nosotros y al evidente predominio del elemento intelectual y teórico sobre la ejecución artística.

He dicho que las exposiciones anuales de los *Amigos de las artes* se inauguraron en 1847. Unos artículos de crítica escribió el Sr. Mañé y Flaquer acerca de las celebradas en 1852 y 1853. La franca y enérgica pintura que traza del estado de las artes en Barcelona, por aquellas fechas, no puede ser más desconsoladora. «Doloroso es confesarlo, pero fuerza es decirlo: el estado de las bellas artes en nuestra capital es muy triste, y nos coloca en muy bajo nivel comparativamente á los pueblos de igual importancia de otras naciones y de España misma. Los monumentos públicos arquitectónicos y los edificios particulares construídos en nuestros tiempos, con raras excepciones, son modelos de mal gusto, de extravagancia algunos. La escultura, si existe, anda escondida sin que se le conceda el lugar que le corresponde en los edificios, ni en los paseos, ni en los jardines, ni en los monumentos conmemorativos...: ha muerto ahogada en los aljibes de los alfareros. Los pintores hacen retratos de familia en competencia con el daguerrotipo... Sólo á la idea de la exposición anual debe la pintura el haber cobrado algún aliento casi momentáneo. La poesía existe..., pero también está condenada al silencio, y sólo de tarde en tarde da señales de vida con la timidez del que desconfía de sus propias fuerzas... El espíritu comercial traspasando sus límites naturales y la falta de gusto ó educación estética son las causas locales de nuestra decadencia artística.» Y en la introducción de su segundo artículo, un año después, lamenta de nuevo la glacial indiferencia con que se acoge toda manifestación artística, y particularmente el desamparo en que dejan las corporaciones científicas y literarias aquellas exposiciones anuales «¿Qué han hecho á favor de las que tienen lugar todos los años en Barcelona? Y nuestro cuerpo municipal, que es la corporación más obligada á hacerlo, ¿de qué manera las ha fomentado ó estimulado? Permaneciendo pasiva, indiferente, dejándolas del todo abandonadas á la protección de los esfuerzos particulares, que por cierto no son muy eficaces en la segunda capital de España»

Las exposiciones anuales celebradas de 1847 á 1858 parecerán hoy, en realidad, á quien las recuerde, bien modestas. No llegaron nunca á doscientas las obras presentadas. Figuraron en ellas los pintores de mayor reputación entonces: Arrau, Batlle, Dalmases, De Bergue, Ferrán, Fluixench, Inglada, Lorenzale, Martí y Alsina, Mirabent, Planella, Rigalt, Serra, y en los últimos años los escultores Vallmitjana, con que empezó el renacimiento escultórico, y algunos alumnos de los primeros expositores con que se inauguraba una nueva generación. La pintura colocada en primera línea, y como en lugar más visible, era la religiosa, que tomaba por modelo á los pre-rafaelistas, al Perugino, al beato Angélico, á Overbeck, y la histórica, que seguía tratando con predilección los asuntos de la historia catalana en la Edad media ó escenas de dramas románticos. Alternaba con ambas, sin embargo, el paisaje, al que reprocha ya la crítica ser pintado con harta frecuencia *de memoria* quizás por lo compuesto y lindo con sus misteriosas ruinas de castillos y sus efectos de luz melancólica y del Norte. A su lado figuraba, con flores, frutas y retratos, la llamada pintura de género, que trae alguna vez á los artículos la palabra *realista*, y al arte á la contemplación de la realidad viviente ó á fogosas composiciones que rompen con su osadía los primeros cánones y sorprenden por su colorido. Esta misma aspiración nueva, traída aquí por uno de los maestros, revolucionaba á la Academia, empezaba á compartir la atención con el primer movimiento arqueológico y frío; dividía á los alumnos, les apartaba lentamente de aquella primera imitación de imitaciones, para atraerles hacia la naturaleza, y les llevaba á preferir las concreciones artísticas vigorosas y pujantes á las teorías estéticas y los sensatos preceptos, en los cuales fué más fecunda la enseñanza que en verdaderos modelos.

Esta generación naciente debía ocupar bien pronto el lugar de la anterior en las sucesivas exposiciones. A su vez vió transformarse con nuevos sucesos la capital, y levantarse precipitadamente para ella un nuevo escenario con el derribo de las murallas y el proyecto de ensanche, con la mayor rapidez en las comunicaciones, con la fundación de los Juegos Florales y del Ateneo Catalán, y con la misma Exposición industrial y artística de 1860, *improvisada en Barcelona para obsequiar á S. M. la Reina doña Isabel II*, manifestación de la fiebre y entusiasmo que despertaron por la misma fecha los triunfos de Africa.

En esta Exposición sólo figuró, muy pobremente representada, la escultura; pero ya en 1866 vemos celebrarse otra en la Academia de Bellas Artes, donde se reflejan de un modo viviente y explícito todos los cambios y progresos sobrevenidos en aquellos años, desde la última del período anterior. Las esculturas y cuadros llegan al número de 350. Al lado de los nombres de los profesores ya reputados, figuran los de Agrassot, Amell, Armet, Fortuny, Galofre, Gomez (Simón), Serra y Porson, Tapiró, Urgell, Vayreda y otros. Junto á los hermanos Vallmitjana, los primeros escultores, Samsó, Pagés, etc. A los cuadros devotos ó escenas históricas catalanas, suceden, al lado de vastas y tempestuosas composiciones, los paisajes y marinas, apuntes del natural de nuestras costas y de nuestra tierra, á las que alguno llama *inspiraciones*, antes que *impresiones*. Algunos cuadros arguyen ya la mayor frecuencia de viajes y el mayor número de pensiones á Roma, de cuya campiña, de cuyas costumbres modernas y populares tomaron el tema, ó la comunicación con París, de donde traen alguna vez los asuntos ó la factura de algún pintor en boga. En otros, la influencia de la literatura catalana y del mismo teatro recién-fundado, coincidiendo con la moda de la música popular, se transmite á las composiciones, costumbres de labradores, escenas de la vida rústica y doméstica de nuestras montañas. Entre ellas van ya los estudios é imitaciones de la vieja pintura realista española, y entre las estatuas, las de San Isidoro de Sevilla, Alfonso el Sabio, Averroes, Ramón Lull y Luis Vives al vestíbulo de la nueva Universidad. Un periódico *(El Telégrafo)*, resume la crítica de aquella exposición con palabras que harto se han repetido después. «Obsérvase en los más destreza en el manejo del pincel, acierto en muchos en copiar la naturaleza, cualidades de coloristas en otros, pero también en muchas obras se nota algún descuido en el dibujo, excesiva importancia á los efectos de luz y en la elección de temas escasa afición á los grandes asuntos.»

Un edificio, construído ya en el Ensanche, para Exposiciones, atestigua el cambio traído por la Revolución de Septiembre, que prepararon largas y fatigosas agitaciones anteriores. En aquel edificio celebra la sociedad de Bellas Artes sus concursos de 1868, 70, 71, 72, 73 y 74. A las secciones comunes de pintura, escultura, planos arquitectónicos se añade la de copias de los mejores cuadros de escuelas españolas, que prueban cuánto se ha generalizado ya su conocimiento y su estudio. Junto á



ATENAS. – NUEVO PALACIO PARA EXPOSICIONES (ZAPPEION). – De una fotografía



ATENAS. – LA UNIVERSIDAD, obra del arquitecto dinamarqués Hausen. – De una fotografía

ellas figuran acuarelas, dibujos á pluma y á lápiz, grabados, diseños para decoración, litografías, fotografías y vidrieras pintadas, con que se muestra de un modo más completo la extensión que han tomado las diversas aplicaciones del arte. De la propia manera se nota el desarrollo y progresos de la escultura con nuevos nombres y más modernas obras, y aunque sean en su mayoría los mismos los de los pintores más conocidos, van apareciendo unos tras otros, con impresiones de Roma ó de París, muchos de los más jóvenes que hoy vemos figurar en primera línea y cuyo número hace ya difícil la cita. Se acentúa, sobre todo, año tras año la irresistible afición á la nota real y al estudio de la verdad, no ya por encima de las viejas concepciones, que empiezan á causar la extrañeza de lo anticuado ó inferior, sino prescindiendo del mismo ingenio ó de la concepción sentimental que como último rescoldo del fuego del romanticismo animó á la literatura, incluso la dramática, antes de la Revolución. Podría decirse, en suma, que los progresos que manifestaron aquellos concursos anuales del 68 al 74 están en el número siempre creciente de artistas y de obras, y en los adelantos en el color y en la factura, hacia la mayor verdad artística, por cuyo camino, particularmente en sorprender los secretos y la vivacidad de la luz (siguiendo á Fortuny, que por entonces preocupó á todos), cada paso que se da parece infinitamente superior al que le precedió.

Pero por aquellas mismas fechas, reciente el recuerdo de la Exposición Universal de París de 1867, y establecidas las de Bellas Artes en Madrid, se repiten con extraordinaria frecuencia las de todos géneros en Barcelona y casi se improvisan de año en año. La década del 70 al 80 podría llamarse de las Exposiciones. Con ellas se celebran y se estimulan las fiestas públicas y los más notables acontecimientos. Una breve Memoria, donde constan hasta 1872 los resultados obtenidos por la Sociedad de Bellas Artes, apunta cómo ha cundido la afición á los objetos de arte entre el público y los mayores precios alcanzados en la venta. En 1871 se celebra un concurso agrícola, industrial, artístico, con motivo de la visita de D. Amadeo; en 1872, otro también agrícola, marítimo y artístico. A las Exposiciones generales suceden las particulares, como si el número de obras y artistas y los mismos géneros de caballete trajeran consigo la multiplicación y disgregación de la colectividad en diversos grupos, y sea ya necesario establecer de un modo cotidiano y permanente la exhibición para los aficionados. Así se repiten ya en establecimientos como el de Monter en 1873 y en 1876; en el de Bassols, por el mismo año; en el de Parés, en 1874; en la Sociedad económica de Amigos del país y en el Centro de maestros de obras (1876); en la Universidad, en 1877, uniéndose á las artísticas modernas las de artes suntuarias antiguas; en el Ateneo Barcelonés, en 1881 y 1883; en el Museo Martorell, por el Centro de acuarelistas, en 1885, y en el citado Salón Parés, por fin, ya con exposiciones generales y anuales, ya con la que acaba por tomar carácter permanente, donde se exhiben las obras apenas salidas del estudio.

La Exposición Universal de 1888 comunica repentina é inesperadamente mayor impulso á tales esfuerzos parciales y repetidos. Como á las exhibiciones de obras de artistas barceloneses se asociaron los demás españoles, concurren á la universal los extranjeros. El escenario, á partir de aquí, adquiere proporciones mucho más vastas. Los mismos edificios, improvisados en un momento de fiebre, revelan el incremento y extensión de la capital y los progresos realizados en el espíritu público, y con su misma capacidad, no sólo permiten, sino que estimulan los grandes concursos, que no se limitan al arte catalán ni al nacional, sino que nos ponen directamente en contacto con el de todas las demás naciones.

De aquel esfuerzo de un día, quedaron como despedazados restos de un coloso, con la nave central del Palacio de la Industria y el de Ciencias, el de Bellas Artes. De aquella repentina llamarada de iniciativas y proyectos, el calor y la confianza imprescindibles para nuevas empresas. La Exposición actual es la primera que vemos ya realizarse, como preliminar de un nuevo período de transformaciones mucho más vastas y radicales que las historiadas hasta aquí. Es una fecha, un punto de arranque. La inauguración, que acaba de celebrarse, trajo á la imaginación, con la misma perspectiva del local, el recuerdo del concurso del 88. Pero cuando apenas van transcurridos tres años desde aquella fecha, resalta á primera vista que los adelantos realizados son notables y no guardan ya proporción alguna con el tiempo. La progresión – si cabe el símil matemático – no es aritmética, sino geométrica. El aspecto del gran salón central, destinado á la escultura, con sus inmensas dimensiones, y ocupado por tal número de obras; el de sus vastas galerías que llenan los dibujos; la extraordinaria cantidad de cuadros españoles; las primeras noticias acerca de las secciones extranjeras (Francia, Italia, Austria, Hungría, Holanda, Bélgica, Alemania, Rusia y Estados Unidos) – que en este instante no es posible apreciar todavía en su conjunto; – todo permite asegurar desde ahora que la primera Exposición general ha de superar las pocas esperanzas concebidas y vencer como tantas veces el inveterado pesimismo de muchos.

Por mi parte, procuraré en los siguientes artículos señalar en las distintas secciones, con lo más notable y de permanente valor, cuanto sea anuncio y promesa para el porvenir.

J. Yxart

LA ALGARADA DE «PEQUEÑECES»

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Por caso prodigioso, acaso por primera vez, una novela española acaba de lograr, no sólo inusitada venta, sino el privilegio de dar pasto á las lenguas, asunto á las conversaciones y contingente á la prensa diaria durante muchos días, y lleva trazas de seguir dándolo hasta que la cuestión del socialismo, el calor y la dispersión veraniega calmen ó apaguen del todo la hoguera de rencillas y disputas encendida por un hijo de Loyola.

Desde que *Pequeñeces* se puso á la venta han granizado y siguen granizando artículos, sueltos, diatribas, agudezas, exclamaciones y dicharachos; los menos hemos sido los que, prescindiendo de indiscreciones y polémicas y renunciando á averiguar si *Pequeñeces* es, en efecto, un nuevo *Tizón de la nobleza española*, nos concretamos al punto de vista esencialcialmente literario, aunque por necesidad nos hiciésemos cargo de las tendencias sociales del libro. En mi *Nuevo teatro crítico* consideré al padre lo mismo que consideraría á otro escritor que, reuniendo iguales méritos, no vistiese sotana; y por esta imparcialidad me acusaron algunos críticos – especialmente mi joven amigo el Sr. Navarro Ledesma, en tres artículos que vieron la luz en *El Correo* – de ayudar al padre en su maquiavélico propósito de ir escurriéndose *pian pianino*, con las manos metidas en las mangas, hasta coger butaca de primera fila al lado de nuestros grandes escritores. El Sr. Ledesma sospechaba que al proceder así, al otorgar al padre lugar eminente entre los novelistas contemporáneos, me encontraba yo sugestionada, alucinada, sin advertirlo, «por el ruido, por el triste prestigio del escándalo, que aun á los espíritus más severos é imparciales se impone, inspirándoles herejías y desbarros.»

Si hubo en mí tal sugestión, debió de ser por modo profético ó revelación divina, pues mi juicio *literario* respecto á *Pequeñeces* estaba formado desde la segunda quincena de febrero, época en que no se encontraba en las librerías un ejemplar, y sólo conocíamos la obra las contadas personas á quienes el autor tuvo la bondad de adelantarla, y los lectores del *Mensajero del corazón de Jesús*, que se contentaban con susurrar bajito, algo alarmados, que era «cosa muy notable.» Antes de que empezase la gresca tenía yo corregidas las pruebas de mi estudio sobre *Pequeñeces*, y á última hora, por darle más actualidad, ingerí dos ó tres alusiones al estado de los ánimos y á la parte extraliteraria de la cuestión, sin modificar mis apreciaciones literarias en lo más mínimo.

Cumple decir toda la verdad. Lejos de sugestionarme el ruido y el escándalo, si algo pudiese prevenirme en contra del libro sería ese bastardo elemento de éxito, ese ataque fulminante de hiperestesia crítica que le ha entrado á Madrid, ese sacrificio de los novelistas ya acreditados y veteranos en aras del nuevo. Nuestra novela merece el favor del público, no ahora, por *Pequeñeces*, sino antes, por mucho hermoso ejemplar novelesco que señala en este género un período de esplendor. En las novelas que aquí se publican suele haber, aparte de las bellezas literarias, contenido, miga, trastienda, y no obstante, ni su despacho en librería ni muchísimo menos su ruido en periódicos y conversaciones guarda remota proporción con la importancia de las ideas que pueden sugerir al lector inteligente y reflexivo. La del padre también sugiere, ¡vaya si sugiere!; mas no por eso, sino merced á su aleación de chismografía, es el acontecimiento de la temporada. Pecaríamos de injustos si echásemos toda la culpa al autor y no á la corte hispana, de la cual puede decirse, como dijo Tácito de Roma, que es *urbs sermonum avida, nihil reticente* y *fecunda gignendi inimicitias;* ó en romance, incapaz de callarse la boca, amiga de murmuraciones, enredadora, lenguaraz y refitolera.

A mi parecer, quienes están alucinados por el escándalo son los críticos que miran en el padre al autor *tizonesco* y no ven el amenísimo y delicioso novelista, y le cuentan defectillos y negligencias de sintaxis de que no suele estar libre ningún autor un poco espontáneo. Bueno y santo (ó malo y pecador, pero potestativo en el crítico) que se rechacen el criterio y la moral del padre Coloma; lo vedado es partir de la apreciación personal de ese criterio para negar al padre sus méritos literarios. Puede no edificar *Pequeñeces*; á mí no me edifican poco ni mucho infinidad de novelas modernas (porque esto de la edificación sí que es *predominantemente subjetivo)*, y sin embargo, me gustan que me chupo los dedos tras ellas. Para juzgar una obra desde el punto de vista estético, conviene hacer abstracción de si el autor siente y piensa como nosotros en materias de religión, moral, política, etc.; porque *juzgar* es *comprender*. Así dice terminantemente Kant en su *Crítica del juicio:* que si en un juicio sobre la belleza se mezcla el más ligero interés, ya es parcial, ya no depende del *gusto*. Esta mezcla de interés y parcialidad fué el cáncer de la literatura oficialmente católica, desde que empezó en España la lucha entre el liberalismo y la tradición; todos hemos padecido acusaciones de herejía y latitudinarismo, cuando hacíamos justicia á escritores heterodoxos. No se vuelva ahora del revés semejante intolerancia, despreciando la novela de un jesuíta por sus tendencias ó propósitos morales, distintos ó contrarios de los del crítico; recuérdese aquel gracioso dicho de Beranger:

Qu'on puisse aller... meme a la messe:
ainsi le veut la liberté!

Una prueba de que el elemento extraliterario de *Pequeñeces* ha perjudicado á su estimación como obra literaria, es la aseveración que estos días rueda mucho, de que *Pequeñeces* es una *novela* mediocre y una *sátira* admirable. Ignoro en qué límites encerrarán á la novela los que así opinan, género tan comprensivo y dúctil, que todo lo abarca y á todo se presta. La novela puede ser sociológica *(Germinal)*, erótico-psicológica *(Fanny*, *Adolfo*, *Mensonges)*, penitenciaria *(La casa muerta)*, antropológico-jurídica *(Crimen y castigo)*, ascético-filosófica *(Thais)*, reformista conyugal *(La sonata de Kreutzer)*, idílico-rural *(La mare au diable)*, y con todas estas direcciones y tendencias, y otras muchas que omito por no cansar, novela interesante y hermosa. Califiquen, pues, la del padre Coloma de *buena* novela satírica, asimilándola á varias muy famosas que tienen el mismo carácter, como, v. gr., *La ralea*, *Gerónimo Paturot* y *Bouvard y Pecuchet*, de Gustavo Flaubert.

No podemos negar á la sátira de los vicios sociales derecho de ciudadanía literaria. Es su abolengo tan rancio como el de cualquiera otro género, ó más, si Homero compuso un poema satírico; y antiguo como las letras es el concepto de que la sátira, moralmente lícita cuando generaliza, merece reprobación al particularizar, nombrando personas ó indicándolas con tales pelos y señales que otros puedan nombrarlas. En Roma los decenviros legislaron castigando con pena de muerte al poeta que en sus versos infamase públicamente á alguno, y Cicerón manifestó iguales sentimientos diciendo que «nuestra conducta debe estar sujeta únicamente al dictamen de los magistrados, ó sea la ley, y en ningún modo al ingenio de los poetas.» A Nevio, difamador del patriciado, le hicieron los Metelos pudrirse en un destierro; en cambio, la sátira general de Quinto Ennio, Terencio y Plauto no suscitó protesta alguna, ni nadie puso en duda su legitimidad. Tomaba entonces la sátira forma de poesía ó de farsa escénica, como más tarde la de diálogo lucianesco, y en la Edad media la de *fabliau*. El *Quijote*, la novela más grande que produjeron los siglos, pasa por satírica; y sátira profunda, sátira social, es el libro más inspirado en el *Quijote* que conozco: *Las almas muertas*, del ruso Gogol. Hecha la restricción de que no aprobamos nada que tire á zaherir ó poner en la picota al *individuo*, reconozcamos que la novela satírica puede ser excelente, como es la del padre Coloma en mi concepto.

Volviendo á la sugestión del escándalo, yo veo en este mismo alboroto que ha movido *Pequeñeces* una demostración de su valer literario. No alborota quien quiere, sino quien puede. Menudo día de fiesta para los inútiles y los necios malévolos, si con recoger aquí y allí chismografías de salón y anécdotas de la vida privada y darles forma novelesca consiguiesen, no sólo vender miles de ejemplares, sino dar que platicar y escribir á toda España. Claro está que un escrito denigrativo siempre despierta curiosidades; pero si le falta literatura, y buena, se podrá *cuchi-*

chear de él; *hablarse*, nunca. Pululan vanidosos que no retroceden ante la calumnia, el insulto y el libelo, con la esperanza de escandalizar y el desengaño de que no se escandalice nadie: pásanse el santo día preguntando *dónde prenden*, y no hay polizonte que les haga el favor de atarles codo con codo. Lo repito: la clave de *Pequeñeces*, si existe semejante clave, no lograría lo que logra el arte del novelista, en los capítulos menos tachados de indiscreción ó alusión personal. Quisiera que los negadores literarios del padre Coloma se fijasen en un dato de suma importancia, que á lo que voy viendo nadie toma en cuenta, y que yo tuve muy presente al escribir el estudio sobre *Pequeñeces*. Este dato... ¡friolera!, consiste en que *Pequeñeces*, la obra debatida, comentada, admirada por infinidad de lectores, no indiferente á nadie, avasalladora, en fin, es... *la primer novela*, ó como él diría, el *coup d'essai* de su autor.

Antes no había escrito el padre sino historietas, novelitas cortas, sucedidos, cuadros de costumbres, bagatelillas primorosas... Estrénase hoy con *Pequeñeces*, y á fe que del estreno ha de quedar memoria para rato. Vayan los que se revisten de inusitada severidad literaria con el padre comparando en su interior este estreno (yo no lo hago expresamente, por aquello de que las comparaciones son odiosas) con los estrenos de otros novelistas insignes. Me dirán que el padre no es ningún niño, y á su edad podría haber publicado una docena de novelas largas. No quita para que ésta sea la primera.

Las deficiencias literarias que algunos censores señalan en el padre no las niego en absoluto, hasta las concedo; y después de concederlas, repito que su obra merece los honores de *maestra*, que corresponden, según el Diccionario, á «las obras hechas con cierta perfección y artificio y notables en su línea.» *Cierta perfección*, no la *perfección total*, que tengo por inasequible, pues no la consiguió Cervantes mismo. Si el padre flojea en las descripciones, en cambio sobresale en el diálogo y la narración; si es seco y descolorido, es rápido y agudo, enfoca y condensa divinamente; si no tiene caudal de palabras, lo tiene de sales y de felices ocurrencias, entretejidas hábilmente en la ficción. Quiero resumir, y para ello necesito formular una pregunta y una respuesta: – Pregunta. ¿Cómo sabremos si una obra de arte es ó no de primer orden entre las de su misma época y género? – Respuesta. Cuando las cualidades características del artista se afirman en ella con tal energía y esplendor que no dan lugar á que echemos de menos otras cualidades que necesariamente excluyen las primeras, podemos decir que ese artista ha producido una obra de primer orden.

Nuestra crítica adolece de olvidar tan sencilla regla, exigiendo de los autores precisamente lo que les falta y tiene que faltarles si no han de dejar de ser lo que son. A Echegaray, por ejemplo, se le pide que sea un Bretón de los Herreros, y á Campoamor un fray Luis. ¿Cuándo aceptaremos de una vez los temperamentos ó complexiones literarias, y seremos, por egoísmo, eclécticos y omnívoros siempre que nos presenten manjar fino, alimenticio y sabroso?

En cuanto á la intención moral de *Pequeñeces*, con igual lisura digo que encuentro recargado el cuadro, y que si fuese pintura de mano seglar, yo también dudaría de la buena fe del autor, ó le supondría gravemente enfermo del hígado. La sociedad está hoy menos corrompida que nunca, si bien hay en ella el eterno fermento del mal, que jamás desterrará libro, sermón ni sátira alguna, así resuciten, para predicar y escribir, San Pablo y Aristófanes, fundidos en un solo novelista misionero. El satírico novelista, que tal vez no *cree* en el fondo de su alma que el mundo sea un presidio suelto, pero *lo presenta así* con ánimo de fustigar, ya que no de corregir los vicios, está expuesto á esa nota de pesimismo, nota común, por curiosa analogía, á Zola, al padre Coloma y á otros varios novelistas que en nada se parecen, como no sea en apiñar maldades, dando á entender que el estado social huele á podrido Acertadamente opina el insigne Rubió en su *Historia de la sátira*: «¿Tendré necesidad de recordaros que cuando Juvenal escribía sus sátiras contra las mujeres, las bajezas de los parásitos, las liviandades de los protegidos de los ricos y el lujo de los banquetes, habían perecido ya en la misma Roma millares de esposas honestas y de viudas y vírgenes recatadas, mártires de la castidad; de mancebos que preferían la muerte á la infamia; de ricos varones que habían hecho almoneda de sus bienes para dar su producto á los pobres; de personas en fin de todas clases edades, sexo y condiciones, que proclamaban en medio de los más atroces suplicios una religión basada en el amor?... ¿Por qué no decirlo? Los escritores satíricos, dotados de ojos de lince para descubrir el mal, parece que para ver el bien los tienen de topo.»



[illegible] (comedia de Regnard, 1655-1709).
[illegible] Gustavo Courtois, grabada por Baude

ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII (1)

I

Erase que se era un Gran Sultán de Turquía que estaba enfermo de un mal desconocido. Recetas van y vienen, emplastos aquí y emplastos allá; pero ¡nada!, el Gran Turco peor cada día. Apurados andaban los sabios doctores otomanos ante aquel tenaz y endiablado padecimiento, sin conseguir, á pesar de su trompeteada ciencia, ver más allá de sus narices. ¿Pero cuán á su colmo no llegaría el apuro de los doctores cuando aquel paciente sultán les gritó un día echando espumarajos por la boca:

– ¡Ignorantes! ¡engañabobos! ¡atunes! (seguramente este pez gozaba ya por aquel tiempo entre los turcos de la gran celebridad que hoy disfruta entre nosotros). ¿Qué ciencia ni qué ocho cuartos es la vuestra, que no conseguís ponerme bueno?... ¡Charlatanes! ¡mamarrachos! ¡cernícalos! (según se ve, este pájaro se había hecho ya notable por aquella fecha). ¿A quién curaréis cuando no me curáis á mí? ¿Pero creéis que vais á asistir á mis funerales? ¿Vosotros firmar mi papeleta de defunción? ¡Yo os juro que iréis todos delante de mí á continuar vuestra tarea en los infiernos!

Temblaban aquellos pobres sabios como las hojas de los alcornoques, cuando el soberano puso fin á su imperial discurso en la siguiente forma:

– Si antes de que limpien mañana mis caballerizas (así computaba el tiempo aquel Gran Turco), no habéis hallado un remedio seguro contra mi enfermedad, os verá toda Constantinopla pendientes de esas ventanas, como los racimos de uvas de mis despensas. ¡Conque largo de aquí y mucho ojo!

Salieron los pobres doctores de la cámara imperial más muertos que vivos, y fueron á encerrarse pálidos y trémulos en la gran biblioteca de palacio. Largas horas consagraron á consultar textos y pergaminos orientales; pero ¡ni por esas!: no daban pie con bola. Convencidos al cabo de que la fe puede en muchas ocasiones más que toda la ciencia del mundo, tomaron el partido de dirigir sus preces al Profeta para que los iluminase en aquel atolladero. Largo rato estuvieron con la cara vuelta y los brazos extendidos hacia la Meca, hasta que allá muy entrada la noche, cuando Constantinopla se hallaba envuelta en tinieblas, el Profeta se decidió por fin á enviarles su luz. Para decir verdad, fué uno solo el que recibió la emanación luminosa. El elegido rompió bruscamente la monotonía de aquella situación, exclamando con inspirado acento:

– ¡Nos hemos salvado!

Salieron todos como por encanto de su éxtasis místico, y clamaron á una voz:

– ¡Habla..., habla!...

El iluminado contestó lacónicamente echándose á andar.

– Seguidme.

– Pero explícate .. Dinos cuál es tu plan.

– Seguidme y callad. Vuestro papel se reduce á dejarme hablar y prestar asentimiento á cuanto yo diga.

Momentos después se hallaban los doctores en presencia del Gran Turco, que paseaba por su habitación bramando como un toro. El iluminado tomó la palabra.

– Gran Señor, existe un remedio contra vuestro mal

– ¿Cuál es? ¡Pronto!, rugió el bondadoso sultán.

– Ese remedio es muy difícil, Gran Señor.

– ¡Para mí no hay nada difícil!

– Pues bien: Vuestra Majestad sanará infaliblemente, si se baña en la sangre recién vertida de un príncipe.

– ¡Que degüellen en el acto á cualquier individuo de mi familia!

– Sería inútil, Gran Señor.

– ¿Cómo inútil?

– El príncipe sacrificado ha de ser necesariamente extranjero.

Al siguiente día una gruesa escuadra con numerosas tropas de desembarco zarpaba de las aguas de Constantinopla, con orden de surcar los mares, asaltar puertos, incendiar ciudades, abordar embarcaciones...; en una palabra, de llevar á cabo todo género de barbaridades y tropelías hasta conseguir atrapar á un príncipe, aun cuando fuese de los más modestos. El Gran Turco prometió riquezas fabulosas y honores sin cuento á los jefes de la expedición si conseguían echar el guante á un príncipe; mas al mismo tiempo les juró por todos los versículos del Alcorán que si se volvían con las manos en los bolsillos los mandaría decapitar á todos.

Borrascas, huracanes, naufragios, todo lo arrostró la flota otomana durante muchos meses, cometiendo de paso la mar de atrocidades; pero todo inútilmente: no se encontraba un príncipe ni por un ojo de la cara. Una tarde en que navegaba la escuadra turca muy próxima á las costas del reino de Meloria, el serviola de una de las naves gritó desde el castillo de proa: «¡Barco por la mura de babor!» Se trataba de una lanchita insignificante, tripulada por dos hombres, un joven y un viejo. Los de la escuadra, más por pasatiempo que por otra cosa, se apoderaron de la lancha; y ya se hallaban dispuestos á dejarla en libertad, cuando el viejo, por darse pisto sin duda, se arrodilló, cruzó las manos en actitud trágica, y con acento declamatorio dijo:

– ¡Ah, caballeros marinos! Haced de mí lo que gustéis, incluso albondiguillas si se os antoja; pero no toquéis á un solo pelo de mi augusto discípulo el príncipe Pipolín, á quien el rey su padre me ha confiado para que dé este paseíto y vaya aprendiendo á bogar.

¿Príncipe dijiste? En menos que se cuenta, estuvo el príncipe Pipolín á bordo de la capitana y fuertemente atado con cadenas, por temor de que en su desesperación intentase suicidarse arrojándose al mar. Con objeto de que no pudiesen llegar á tierra noticias de lo ocurrido y de que la desaparición del príncipe fuese atribuída á un siniestro marítimo, dieron un barreno á la lancha, que se fué á pique, y en ella el viejo preceptor, que pagó así bien caro el haberse dado importancia. ¡Digno castigo á su perversidad! Lleno este requisito, que prueba la previsión de aquellos honrados marinos, las naves turcas hicieron rumbo á Constantinopla.

Ocioso es ponderar la alegría del Gran Turco, así como la perplejidad de sus médicos al regresar la escuadra y conocerse el humanitario resultado de la expedición. Pero los doctores debieron recibir al mismo tiempo (aun cuando se ignora por qué medios de transporte) algún otro rayo de luz del Profeta; pues se personaron sin pérdida de momento ante el soberano y le dijeron:

– Gran Señor, guardaos bien de bañaros por ahora en la sangre de ese príncipe. Las tristezas del cautiverio, la nostalgia de la patria y de la familia, y sobre todo los malos tratamientos de que ha sido objeto á bordo, han emponzoñado su sangre con el humor melancólico. El baño en tales circunstancias, lejos de seros provechoso, podría seros nocivo, hasta el punto de que peligrase la preciosa vida de Vuestra Majestad.

– ¿Luego todo ha sido inútil?, preguntó entre desfallecido y amenazador el Gran Turco, cuyos bríos iban decayendo visiblemente con la enfermedad.

– De ninguna manera, se apresuraron á contestar los doctores. Se trata sólo de un aplazamiento, á fin de asegurar la infalibilidad del remedio. Haced que se empleen con ese joven príncipe los mejores tratamientos, que se le alimente con los manjares más exquisitos, que se vea solicitado á todas horas por las distracciones y halagado por los placeres. Cuando la alegría haya vuelto á su corazón y por sus venas circule una sangre nueva, saludable y vigorosa, entonces, Gran Señor, habrá llegado el momento del baño. ¿No se engordan los cerdos para la matanza? Pues lo mismo.

El Gran Turco hubo de rendirse ante la fuerza de tan sólidos argumentos Y he aquí que había sonado la hora de entregar á los jefes de la expedición las riquezas que les tenía prometidas bajo su imperial palabra. Al pensar en esto, una duda terrible surgió en la conciencia de aquel justo emperador. Verdad que los marinos habían cumplido fielmente el mandato de traer un príncipe fuera como fuera. ¿Pero no era también verdad que sus malos tratamientos habían contribuído á emponzoñar la sangre del príncipe con el humor melancólico, haciéndose por ello acreedores al más ejemplar de los castigos? ¿Cómo resolver conflicto tan arduo? ¿Podía el soberano faltar á su palabra? Admitir semejante hipótesis, sería no tener siquiera dos dedos de sentido común ni entender una patata de lo que son emperadores. Turquía entera fué testigo de la donación de casi todo el patrimonio imperial, hecha públicamente por el propio emperador á los jefes de su escuadra. ¡Cuántas lágrimas vertieron los corazones sensibles ante aquel acto de inusitada generosidad! Pero tal como hoy quedó hecha la donación, y al otro día se llevó á cabo la confiscación de los mismos bienes por el propio sultán. En cuanto á los marinos, fueron encerrados en lóbregos calabozos de donde no debían volver á salir en todos los días de su vida. Así halló medio aquella conciencia acrisolada de conciliar los deberes del honor con los preceptos de la más estricta justicia. Como se ve, aquel Gran Turco era un hombre que estaba en todo.

También estaban en todo los doctores. Habían éstos conseguido matar dos pájaros de una pedrada. Obtenían, en primer lugar, un aplazamiento preciosísimo por aquello de: «¿En diez años de plazo que tenemos, el asno, el rey ó yo no moriremos?;» y por otra parte, habían contribuído á la salud del Estado denunciando al soberano un crimen de lesa majestad. ¡Mire V. que haber realizado aquellos pícaros pilotos el inverosímil hallazgo del príncipe Pipolín! ¡Y si al menos lo hubiesen tratado bien!... ¡Cómo habían de haber creído los doctores en semejante encuentro al recetar su famoso baño!

II

Pipolín fué instalado en un delicioso pabellón oculto en un bosquecillo de los extensos jardines de palacio, por los que le estaba permitido pasear á todas horas y con entera libertad. Nada tan encantado como aquellos lugares: las brisas del Bósforo, saturadas de sales marinas, se embalsamaban al llegar allí con los aromas de las acacias, los jazmines y el azahar; el ruido del agua de las fuentes y el canto de los pájaros formaban armonías incomprensibles y embriagadoras; reinaba en aquellos verjeles una primavera sin fin, y los ojos podían extasiarse en las más espléndidas lejanías...; en fin, que ni un cuento de hadas. Hay que añadir á todo esto que Pipolín veía satisfechos como por encanto sus menores caprichos: pajaritos volando que se le antojasen, al punto los tenía.

Pero el Gran Turco, á quien todo parecía poco para renovar la sangre del príncipe, ordenó á su hija Rosalinda, hermosísima princesa de diecisiete años, que se consagrase á acompañar á Pipolín. Para dar una idea, aunque muy imperfecta, de la excepcional hermosura de Rosalinda, baste decir que todas esas grandes bellezas sancionadas por la historia, Elena, Raquel, Judit, Semíramis, Eloísa..., etc., etc., habrían parecido caricaturas de almanaques burlescos al lado de la hija del Gran Turco. La mente del más fervoroso poeta musulmán no soñó nunca á las huríes de Mahoma tan hermosas como Rosalinda.

¡Hay príncipes que logran unas gangas!...

¿Quién coloca juntos impunemente el fuego y la estopa?... Sucedió lo que no tenía más remedio que suceder: aquellos dos seres de temperamento apasionado, rebosando de juventud y de vida, se enamoraron perdidamente uno de otro. Mucho contribuyeron sin duda á fomentar esta pasión la intimidad del trato, la absoluta libertad de que disfrutaban, lo poético del sitio, y sobre todo, aquellos cenadores ocultos á todas las miradas y protegidos por las sombras de los árboles... (¡En qué estaría pensando el Gran Turco!)

Pipolín, en un transporte de pasión, se quitó un día un anillo con un diamante como un garbanzo, y lo puso en el dedo de Rosalinda en prueba de su amor eterno y con juramento de hacerla su esposa.

A nadie extrañará que Pipolín llegase muy en breve á no acordarse de su libertad, ni de su patria, ni aun de la madre que lo parió. *Patria ubi bene.*

El Gran Turco, que vigilaba con el interés que es consiguiente el estado de ánimo del príncipe, estrechaba de tal modo á los médicos, que éstos se vieron al fin precisados á declarar que había sonado el momento de darse el baño de sangre.

Rosalinda, modelo de ternura filial y que había aprendido de su madre el arte de la magia, descubrió tan espantoso secreto.

José Torres Reina

(Continuará)

(1) El fondo de este cuento, aunque con importantes variaciones, está tomado de la misma fuente que Perrault puso á contribución para sus famosos *Cuentos de Hadas*, esto es, del *Pentamerone* ó *Cunto de li cunte*, escrito en dialecto napolitano por Giovan Battista Basilio, quien á su vez se inspiró para su obra en el *Cuento de cuentos* de nuestro inmortal Quevedo.

SECCIÓN AMERICANA

LA VIDA ES SUEÑO

POR N. HAWTHORNE

Sólo de un modo parcial é incompleto es como llegamos á conocer los acontecimientos que tal vez más influencia ejercen sobre nuestra vida presente y porvenir; y hay una infinidad de *cosas*, con perdón sea dicho, que pasan casi rozando con nosotros sin dar resultados inmediatos y palpables que nos permitan sospechar siquiera su proximidad con el más leve rumor, ni la más vaga y tenue sombra, ni el más



PUENTE SOBRE EL BIOBÍO (CHILE), EL MÁS LARGO DE AMÉRICA, TERMINADO EN 1890

ACTO DE LA PRUEBA OFICIAL

De fotografía remitida por D. Horacio Parada, de Concepción

PUENTE SOBRE EL BIOBÍO, VISTO POR DEBAJO
De fotografía remitida por D. Horacio Parada de Concepción

fugaz destello. Pero si pudiéramos conocer todas las vicisitudes de nuestra veleidosa fortuna, pasaríamos la vida oscilando continuamente en un mar agitado de zozobras y esperanzas, de alegrías y tristezas, sin gozar siquiera de un día de paz y tranquilidad. Algunas páginas de la historia de un chico llamado Juan me servirán para desarrollar esta idea, facilitando su inteligencia á quien leyere.

No hace al caso que diga cuyos y quienes eran los padres de nuestro Juan; baste saber que tenía por entonces veinte años, que había nacido en New-Hampshire, que sabía lo que se aprende por lo general en la escuela, que, además, tenía una barnizada de estudios mayores, que á la sazón, esto es, al empezar nuestro relato, iba pedestremente camino de Boston, donde su señor tío, mercader muy acomodado, se proponía iniciarlo en los arcanos de la ciencia de hacer dinero, empezando por instalarlo detrás del mostrador á vender libras de arroz, cuartos de especias, queso, velas, cerillas y demás artículos indispensables para la vida, y que en una tienda de comestibles tienen su natural asiento.

Cansado y quemado del sol, porque andaba desde el despuntar del alba, y era el mediodía de uno de los más calurosos del estío, y excitado además por la frescura y apacible sombra de un cercano bosquecillo, por entre cuyas verdes enramadas corría un manso y claro arroyo, entróse en él, por el bosque digo, á tomar algún reposo. Puso en tierra el morral, dejó caer el bastón, y se tendió cuan largo era bajo de una copuda encina, no sin haber antes apagado la sed en el arroyo, que parecía expresamente formado para aquella necesidad. Poco tardó en quedar profundamente dormido. ¿Soñó algo? Lo ignoro; y aun cuando lo supiera no lo diría, pues nada tiene que ver con nuestra historia, en la cual sólo he de ocuparme de las *cosas* que pasaron á su lado sin ser notadas ni sospechadas siquiera por él.

Ahora bien: mientras arrullado por los abejorros y el murmullo de la fuente y de las hojas dormía nuestro héroe á pierna suelta, otros estaban despiertos y se consagraban á sus ocupaciones ordinarias, é iban y venían por el camino cercano, á pie, á caballo, en coche, cada cual como podía ó más gana le daba. Unos pasaban por las puertas de su *alcoba* sin reparar en él ni en ella; otros la miraban con aire indiferente y no veían á Juan; otros, al hacer alto en él, se sonreían, y no pocos, cuyo corazón rebosaba mala voluntad, hubieran querido hacerle mal de ojo. Llegó su vez á una viuda vaporosa, joven y romántica, la cual, no viendo pasar nadie en aquel momento por el camino real, y sí al mozo que dormía, se detuvo unos instantes á contemplarlo, y lo halló muy de su gusto. Luego vino el presidente de una *Sociedad de temperancia*, y... ¡cosa más natural!, Juan le dió tema para un discurso que pronunció aquella misma noche contra la embriaguez y sus consecuencias, el cual discurso arrancó estrepitosos aplausos á su auditorio. Pero censuras, elogios, desprecios, simpatías, indiferencia, todo era igual para nuestro héroe, es decir, era nada.

Al cabo de media hora de dormir y roncar de la manera profunda y sonora que dejamos referida en los párrafos anteriores, un carruaje que pasaba por la carretera se detuvo casi enfrente del sitio donde se hallaba Juan Habíasele roto un muelle al vehículo, y era indispensable y forzoso ponerlo en estado de proseguir el viaje La cosa, como se ve, era de poco momento, y así no tardaron mucho en tranquilizarse los que dentro venían, y que eran un comerciante ya entrado en años, cuya firma gozaba en la plaza de Boston de la mayor respetabilidad, y su mujer. Mientras entre un criado y el cochero, provistos de tenazas y destornilladores, hacían la necesaria compostura, la señora y su marido buscaron abrigo contra los rayos del sol á la sombra de los árboles que cobijaban á Juan. Contenidos ambos por el respeto que infunde siempre hasta el más humilde durmiente, procuraron no hacer ruido que lo despertase: ella, recogiendo con cuidado los anchos pliegues de su falda de seda, y él pisando con la mayor ligereza posible de sus piernas, entorpecidas por la edad y el reumatismo.

– ¡Qué bien duerme!, dijo el anciano con envidia. Un sueño como ese, sin necesidad de recurrir al opio, vale un imperio, porque supone salud y tranquilidad.



JESÚS Y LOS NIÑOS, cuadro de D. Enrique Serra



(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

– Y pocos años, continuó su mujer, dando un suspiro, porque en la vejez aun saludable y tranquila, no se duerme así.

Cuanto más miraban á Juan, más atraídos se sentían hacia él, que, mientras, dormía profundamente, cual si estuviera sobre un colchón de plumas entre sabanas de holanda, en una alcoba cerrada y *confortable.* Y como viese la señora que un rayo de sol hería el rostro de Juan, le cerró el paso, cruzando algunas ramillas, cosa que hizo con solicitud verdaderamente maternal.

– No parece sino que la Providencia nos ha traído aquí para ofrecernos una compensación del cruel desengaño de nuestro sobrino. ¿No le hallas mucho parecido con el pobre Carlos? ¿Quieres que lo despierte?

– ¿Para qué, mujer?, le contestó el interpelado. Ni conocemos su carácter ni sabemos quién es, ni...

– Pero ¿no te dice nada esa fisonomía franca, ese sueño inocente?

Entretanto, ni el corazón de Juan dió un latido más, ni de sus labios salió un aliento de menos, ni en su rostro se reflejó la menor alteración, y sin embargo, la fortuna estaba á dos pasos de él con todas las trazas de querer colmarlo de sus dones.

El comerciante acababa de perder á su hijo único, y no tenía otro heredero de su inmenso caudal sino un sobrino segundo, joven de mala conducta, que lo traía siempre desazonado. No hubiera, pues, sido nuevo ni extraño que á nuestro Juan le cayese la lotería, porque en casos tales, cosas mayores se han visto y más extraordinarias que la de despertarse rico quien se acostó pobre.

– ¿Lo llamo?, repitió la buena señora con voz persuasiva mirando á su marido.

– ¡Ya está listo el carruaje!, gritó el criado desde el camino.

Y ambos se volvieron de repente medio corridos de haber pensado una cosa tan ridícula.

Instaláronse, pues, en el vehículo, y ya no se acordaron más del asunto: la única idea que preocupaba en aquellos momentos al comerciante era la de privar de su herencia á su extraviado sobrino, y fundar con ella un magnífico asilo, adonde se recogiesen todos los mercaderes arruinados de la comarca.

Y Juan mientras ni se movió siquiera.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando acertó á pasar por allí cerca una muchacha de hasta diez y seis años, rubia como un sol, esbelta y ligera, y risueña como una mañana de abril; la cual muchacha, sintiendo que se le aflojaba una liga, entró por el bosquecillo, y... cuando ya no tenía remedio el mal, vió á Juan tendido cuan largo era y á dos pasos de distancia. ¡Qué vergüenza! Demás me parece decir, supuesto el pudor de las mujeres en casos tales, cómo se pondría de colorada al verse en actitud tan familiar á presencia de un desconocido. Por fortuna Juan dormía y nada vió; pero con todo, la doncella quiso huir de lugar tan peligroso, é iba á hacerlo cuando advirtió que el joven corría grave riesgo. Es el caso que un abejorro enorme, de esos que á veces suelen causar con sus picaduras grandes males, giraba sobre su cabeza, estrechando el círculo de sus espirales, y con todas las trazas de lanzarse sobre él. Tan buena como sencilla, Margarita, que ya es fuerza darle nombre, se quitó el pañuelo de los hombros y atacó al enemigo, desalojándolo del bosque. ¡Qué cuadro tan encantador! ¡Qué acción tan meritoria! Hecho esto, Margarita volvió á ponerse colorada, y no sin cierta emoción miró de nuevo á Juan, por quien se había batido con un dragón de los aires.

– ¡Qué guapo es!, dijo para sí, dando un suspiro.

Y la joven se alejó con paso tardo.

Ahora bien: el padre de Margarita era una persona muy acomodada, y precisamente por entonces andaba buscando un joven de las cualidades de Juan, para confiarle la administración de una de sus haciendas; y si Juan hubiera trabado conocimiento con Margarita en aquella ocasión, quién sabe si no habría sido él el administrador de la finca, y luego el marido de la niña, única y universal heredera de su padre. Por segunda vez, como se ha visto, la fortuna, pero una fortuna loca, porque la chica era guapísima y muy rica, se había puesto á dos dedos de Juan, el cual seguía durmiendo como si tal cosa.

Al cabo de un corto espacio entraron por el bosque dos hombres de mala catadura, con más traza de ladrones que de otra cosa. Su objeto era pasar la siesta jugando á las cartas; pero apenas repararon en Juan fueron de otro parecer, y muy quedito se le acercaron para examinarlo mejor.

– ¡Mira!, dijo entonces en voz baja el uno al otro, señalando al morral que le servía de almohada.

El otro hizo un signo de inteligencia, se acercó á su compañero y le contestó:

– Apuesto una botella de aguardiente á que ese chico trae dentro del saco un calcetín con diez ó doce duros á lo menos. ¿Vamos por ellos?

– ¿Y si se despierta?

El interpelado, por toda respuesta, entreabrió la pechera de la camisa y dejó ver el mango de su cuchillo.

Este argumento tranquilizó al escrupuloso, que sin decir palabra se acercó á Juan, y mientras le registraba la almohada, el del cuchillo lo tenía levantado sobre su pecho.

Sus caras, contraídas y pálidas de terror, estaban horribles de ver, y si Juan hubiese abierto en aquel punto los ojos habría creído sin duda alguna que eran dos diablos: ni ellos mismos se hubieran reconocido á verse en un espejo. Felizmente Juan siguió durmiendo, tan reposado y tranquilo como cuando lo hacía en el regazo de su madre.

– Es menester sacar fuera el morral, dijo por lo bajo el que registraba.

– Pues sácalo, que si chista yo le haré callar.

No era posible hacer aquella operación sin despertarlo: la vida de Juan estaba pendiente de un cabello.

En aquel momento entró por el bosque un perro, y al ver á los ladrones lanzó un sordo gruñido.

– Ya no se puede hacer nada, exclamaron, porque el amo del perro no andará muy lejos.

– Echemos, pues, un trago y vámonos.

Y el del cuchillo lo escondió en la pechera, sacó un frasco, bebió y lo pasó á su compañero: hecho esto se alejaron del sitio, riéndose del crimen frustrado. De allí á poco ya no se acordaban de ello; pero el ángel de la Memoria los tenía presentes para dar testimonio contra sus almas en la eternidad.

Por su parte, nuestro héroe seguía durmiendo como antes, sin saber por supuesto que las alas de la muerte le habían dado sombra durante algunos momentos.

Hemos dicho que dormía como antes, pero no es exacta la frase; dormía, es cierto, mas no tan tranquilamente; que ya llevaba una hora bien cumplida de sueño, y esto había reparado el cansancio de las de su viaje á pie y al sol por la carretera: dormía, pero cambiando á cada rato de postura, murmurando palabras incoherentes, hablando tal vez con las figuras que veía en su imaginación. El ruido de una diligencia que se acercaba lo despertó por completo, y entonces, enteramente dueño de sus ideas, gritó al mayoral si tenía lugar para un viajero.

– En la rotonda, le contestó, y detuvo el carruaje.

Juan tomó posesión de su asiento, y sin decir adiós á la fuente, testigo de tantas y tan diversas vicisitudes, siguió alegre y satisfecho el camino de Boston. Ignoraba que un fantasma de fortuna había reflejado en ella su dorada faz, que un fantasma de amor había confundido sus suspiros con su murmullo, y que un fantasma de muerte amenazó enrojecerla con su sangre; todo esto en el corto espacio de una hora... de sueño.

La verdad es que ni dormidos ni despiertos nos es dado advertir la proximidad de esas *cosas* que pasan casi rozando con nosotros, sin dar resultados inmediatos y palpables; pero no lo es menos, y esta es una de las mejores muestras de la Providencia, que mientras tantas *cosas* invisibles é inesperadas vienen á obstruir continuamente el camino de la vida, ella sea, sin embargo, capaz todavía de permitirnos prever otras muchas para nuestro bien.

TRADUCIDO POR JUDERIAS BÉNDER

NUESTROS GRABADOS

Un rabino, dibujo á la pluma por D. José M. Marqués. – Aunque el género que con predilección cultiva nuestro distinguido colaborador es el paisaje, cuando se decide á dejar el estudio de la naturaleza por el de la figura humana sabe obtener con el lápiz, la pluma ó el pincel efectos tan hermosos, como los que han podido admirar nuestros lectores en el *San Francisco*, en el retrato del Sr. Rius y Taulet y en otros trabajos de esta índole que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado. *Un rabino* es una nueva demostración de ello; en este dibujo se ve cuán naturalmente ha corrido la pluma sobre el papel, fijando en rasgos, ora vigorosos y acentuados como los del ropaje, ora sutiles y apenas perceptibles como los del rostro, un tipo bien concebido, en el cual la vida y la expresión corresponden á lo correcto de la factura.

Este dibujo es un estudio que hizo Marqués para el cuadro que figura en nuestra actual Exposición general de Bellas Artes, y en el que los acertados toques de color añaden nuevos atractivos á las cualidades apuntadas.

* * *

Atenas. Nuevo palacio para Exposiciones (Zappeion). La Universidad, obra del arquitecto dinamarqués Hausen. De fotografías. – El sentimiento artístico que tantas maravillas creara en la antigua Grecia no ha sido todavía vencido, ni es fácil que lo sea, en esa lucha incesante que hasta en las esferas del arte empuja hacia la evolución y hacia el progreso. Y es que lo verdaderamente grande se perpetúa, sin que las grandezas de hoy hagan palidecer el brillo de las grandezas de ayer: el Acrópolis y el Partenón, á pesar de los estragos en ellos causados por el tiempo y por la mano del hombre, son aún el asombro de la generación presente, como lo fueron de las pasadas, y los arquitectos modernos se afanan, cual los de otras edades se afanaron, por copiar aquellas líneas, tan hermosas en su clásica sencillez, y por imitar las proporciones y la armonía que en los monumentos de la Hélade nos encantan.

Así vemos en la ciudad artística por excelencia de nuestros tiempos, en Munich, reproducidas unas y otras en las *Pinacotecas* y en la *Glyptoteca*, que tantos tesoros encierran, y así en la actual Atenas, en el Palacio para Exposiciones que los atenienses deben á la munificencia de un conciudadano, y en la Universidad, que ha construído un arquitecto dinamarqués, M. Hausen, resultan en su conjunto y en sus detalles las magnificencias del siglo de Pericles. Uno y otro acusan en su plano general, en su distribución, en la pureza de líneas y en su ornamentación un conocimiento tan profundo y tan concienzudo del antiguo arte arquitectónico helénico, que más que construcciones de planta parecen reconstrucciones de viejas fábricas llevadas á cabo por pacientísimo arqueólogo á fuerza de investigaciones y estudios y de desenterrar fragmento por fragmento y piedra por piedra, columnas, capiteles, frisos, estatuas y pedestales, devolviéndoles su pristina forma y distribuyéndolos y agrupándolos conforme á planos originales milagrosamente conservados al través de tantos siglos.

* * *

La Lisette de «El legatario universal,» lienzo destinado al vestíbulo del teatro del Odeón (París) – Pintura de G. Courtois, grabado por Baude. – Finura, delicadeza, elegancia, dominio del natural, cuidado exquisito de los menores detalles, tales son las cualidades de este cuadro y las que más caracterizan á su autor. El tipo de Lisette de *El legatario universal*, comedia de Regnard estrenada en París en 1708, está tan bien concebido que á buen seguro no soñó el ilustre escritor intérprete más perfecto del personaje de su obra. ¡Cuántas cosas dice aquel rostro expresivo, animado por picaresca sonrisa y embellecido por unos ojos capaces de volver el juicio al hombre más sesudo! ¡Cuán nanatural es la actitud de aquella figura negligentemente recostada en la puerta! Y si de la composición pasamos á la ejecución, habremos de confesar que en tan sencillo asunto el lápiz y el pincel han realizado maravillas de gracia y de colorido, trazando líneas de corrección intachable y derramando matices y sombras distribuídas con irreprochable acierto.

* * *

El nuevo puente sobre el Biobío (Chile). Acto de la prueba oficial. – El puente visto por debajo. De fotografías remitidas por D. Horacio Parada, de Concepción. – Sobre el Biobío, que es el más importante de los ríos de Chile, y no lejos de la ciudad de Concepción, existía un puente destinado al servicio de los ferrocarriles del Estado, que quedó destruído á consecuencia de un descarrilamiento de un tren de mercancías, ocurrido en la noche del 26 de Aril de 1889. En sustitución del puente antiguo, el gobierno mandó construir el que se inauguró el año pasado y que nuestros grabados reproducen. Es indudablemente el más largo de América, pues mide una longitud de 1.890 metros, y las obras de fábrica en él practicadas son importantísimas.

De los grabados que publicamos, el primero representa el acto de la prueba oficial, practicada por el intendente de Concepción D. José A. Vargas Novoa; el segundo es la vista del puente mirado por debajo.

* * *

Jesús y los niños, cuadro de D. Enrique Serra (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891) – Cuando el autor lo expuso en su taller de Roma, este cuadro alcanzó un éxito ruidoso, hizo fanatismo, como dicen los italianos, y desde el Papa y la Reina hasta las más humildes gentes del pueblo, todas las clases sociales de la capital de Italia desfilaron ante él y unánimes convinieron en que nuestro paisano había alcanzado un nuevo título á la fama que tan bien cimentada tenía en el mundo del arte.

Vino el cuadro á Barcelona, y los compatriotas de Serra, que ansiosos esperaban confirmar con el suyo el juicio que á los extranjeros había el lienzo merecido, vieron defraudadas sus esperanzas, pues el cuadro fué inmediatamente instalado en el domicilio de la distinguida familia por cuyo encargo había sido pintado. Afortunadamente, con motivo de la Exposición de Bellas Artes han quedado satisfechos los legítimos deseos de los aficionados á la pintura, que hoy pueden contemplar á su sabor esa joya del arte español contemporáneo.

¿Qué diremos de esa obra en que una vez más se ha revelado el genio de Enrique Serra, de esa composición tomada de una de las más delicadas páginas del Nuevo Testamento, fuente inagotable adonde han acudido en busca de inspiración cuantos han querido hallar ancho campo para las manifestaciones de la fantasía y del sentimiento? *Jesús y los niños* no es un cuadro que se preste al análisis: en su presencia el ánimo se siente impresionado ante el conjunto, y la fuerza misma de esta impresión hace que las distintas partes componentes del todo, con ser muy importantes, aparezcan como elemento secundario.

Serra puede estar satisfecho: á los entusiastas aplausos del extranjero se han juntado ahora los aplausos de su patria, no menos entusiastas é indudablemente mucho más cariñosos.

EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONTINUACIÓN)



Y vieron junto á la barrera el coche que la señorita de Noirel había enviado...

Al ver al amigo de Rogerio, Jacobita sintió latir su corazón; y parecióle imponente el aspecto de aquel caballero cuyo frac negro realzaba sus formas elegantes y cuyo blanco chaleco sentaba muy bien en su ancho pecho. Hasta parecióle que su calvicie le comunicaba cierta seriedad y distinción, y solamente la idea de que se lo presentaran la impresionó profundamente.

– Mire usted, dijo Rogerio á Gurgis, de aquellas dos señoras que visten de blanco y están sentadas en un ángulo junto á la palmera, la más joven es mi hermana.

Gurgis colocóse el monóculo y miró en la dirección indicada; á primera vista, la señora de Longeaux, con su vivacidad, su gracioso tocado y su esbeltez, parecióle la más joven; así es que dignándose apenas mirar á la dama morena, coronada de violetas, fijó toda su atención en la rubia, que le produjo un efecto agradable.

– ¿Qué le parece?, preguntó Rogerio con cierta inquietud.

– Muy bien; á decir verdad, no deja de tener encanto.

– Me alegro mucho de que le agrade, repuso el señor de Noirel, aunque algo sorprendido de la indulgencia de su compañero... Voy á saludar á esas señoras para advertirles nuestra llegada... Espéreme usted en esta puerta; volveré á buscarle de aquí á pocos minutos.

Así diciendo, atravesó entre la multitud de fracs negros y fué á saludar á las dos amigas. Después del cambio de cumplidos y de apretones de mano, inclinóse hacia su hermana y murmuró:

– El amigo de que te hablé, el señor Gurgis, está aquí... Ya te ha visto, y la primera impresión ha sido buena... ¡Sé amable!

Y se alejó de su hermana, observando con enojo que se sonrojaba mucho y que esto obscurecía más su tez. A los pocos minutos reunióse con Gurgis

– ¡Venga usted!, le dijo, y como si tuviera un escrúpulo, añadió: sobre todo, que no haya error; mi hermana es la que está sentada más cerca de la palmera.

Gurgis apeló nuevamente á su monóculo para mirar á las dos damas, á fin de asegurarse de la identidad de su futura novia; mas en aquel momento, un grupo de convidados le impidió ver la fila de asientos en donde aquélla estaba; íbase á bailar un rigodón, y fué preciso esperar á que terminase para atravesar la sala de baile. Cuando pudieron abrirse paso entre la multitud, resultó que la señorita de Noirel y su amiga, que acababan de bailar, habían cambiado de sitio; de modo que la de Longeaux hallábase ahora sentada junto á la palmera.

– Señoras, comenzó á decir Noirel, permítanme presentarles á uno de mis buenos amigos, el señor Antonio de Gurgis, agregado del Ministerio de Estado... Amigo mío, añadió, la señorita de Noirel, mi hermana, y la señora de Longeaux, su amiga.

Gurgis se inclinó ante las dos jóvenes, pero reservando sus saludos más amables para la de Longeaux, en la que veía decididamente la mujer con quien querían casarle. Era tan vivaracha y parecía tan joven, que no le ocurrió ni un momento que pudiera estar ya casada; la otra, por el contrario, con sus espesas cejas, su color moreno y su pesada corona, respondía demasiado bien á la idea que se había formado de un rodrigón para que no persistiese en su error. Por otra parte, la señora de Longeaux, aficionada á coquetear y que se proponía halagar al pretendiente, habló la primera, preguntando al señor de Gurgis qué impresiones podía producir en un parisiense un baile de provincia. Entablada la conversación, la señorita de Noirel, sumamente impresionada, no hacía más que abanicarse y sonreir torpemente, y aunque Rogerio se esforzaba para hacerla tomar parte en aquélla, solamente respondía con raros monosílabos, bajando la vista. El señor de Gurgis, por lo demás, no hacía de ella el menor caso; sus miradas y cumplidos eran para la señora de Longeaux, que muy vivaracha, contestábale á todo alegremente. El señor de Noirel puso término á la conversación, advirtiendo que iban á dar las once; el agregado expresó el sentimiento que esta noticia le causaba, y después de despedirse, los dos parisienses bajaron al guardarropa á buscar sus pardesús y subieron en un coche que los condujo directamente á la estación del ferrocarril.

El señor de Noirel permanecía silencioso, porque no estaba nada contento del éxito de su hermana y temía á cada instante que su compañero le anunciara que prefería decididamente permanecer soltero. Por lo mismo fué más agradable su sorpresa cuando Gurgis le dijo, estrechándole la mano:

– Mi querido Noirel, estoy muy contento del buen rato que acabo de pasar, y le agradezco sinceramente que haya pensado en mí respecto á su señora hermana... Es sencilla, natural y amable... Si yo no la desagrado mucho, me honrará aceptándome por esposo... Ya tiene usted mi palabra, y el enlace se verificará cuando usted guste.

Aunque esta declaración complacía mucho á Rogerio, en su interior sentía cierta inquietud, y preguntóse de nuevo si Gurgis habría tomado una persona por otra y si su honradez no le obligaba á evitar todo error, insistiendo con más precisión sobre la identidad de la joven, que había seducido al agregado; mas el temor de perjudicar á su hermana triunfó de este primer impulso generoso, inspirando á Noirel reflexiones más egoístas. «Después de todo, pensó, yo le había advertido lo bastante; si hay *quid pro quo*, no será por culpa mía; y por otra parte, aun suponiendo que se haya engañado, el error le saldrá á la vista cuando vaya á visitar á mi hermana á Val-Dormant. Entonces, si se arrepiente, le será posible decidirse.» Este argumento, más especioso que leal, le indujo á no precisar nada más; y con una reserva del todo diplomática limitóse á decir que se daría por contento si todo se arreglaba á gusto de ambas partes.

– Sin embargo, añadió, siendo el matrimonio un asunto muy serio, importa que reflexionemos detenidamente cada cual por nuestra parte antes de comprometernos formalmente. No he tenido tiempo de interrogar á mi hermana esta noche, y no conozco sus sentimientos; pero mañana le escribiré, y si su contestación es favorable, entonces, amigo mío, arreglaremos el asunto, y nadie se alegrará más que yo de que tan felizmente termine.

II

No se hizo esperar largo tiempo la contestación de Jacobita, la cual no ocultó á su hermano que el señor Gurgis la intimidaba y le parecía algo maduro; pero que en suma, atendidos sus buenos modales, su talento y distinción, se honraba mucho con el paso que había dado y le invitaba á ir á Val-Dormant, donde se complacería en recibirle con Rogerio.

Al señor Gurgis le agradaba redondear pronto los asuntos; impaciente por recibir cuanto antes su nombramiento, y enemigo además del campo, agradábale poco ir dos veces á Val-Dormant, una para hacer la corte y otra para casarse. Apenas el señor de Noirel le dió conocimiento de la misiva de su hermana, dijo que consideraba aquella respuesta como una aceptación tácita, y suplicó á su futuro cuñado que apresurase las cosas de la manera más conveniente para abreviar el tiempo de prueba á que se le quería someter. En cuanto á él, añadió, habíase anticipado ya, tenía sus papeles corrientes y deseaba que las amonestaciones se publicaran lo más pronto posible.

Para descargar su conciencia, Rogerio hizo alguna prudente objeción; mas ante las instancias de Gurgis, pensó haber cumplido estrictamente con su de-

ber, y escribió á su hermana para manifestarle los justos deseos de su futuro. Jacobita, puesta así entre la espada y la pared, pasó por todo, y en su consecuencia se publicaron las primeras amonestaciones. El novio había remitido ya á la joven un enorme ramo de rosas y lilas, con una galante epístola, por haber comprendido su impaciencia, anunciando al mismo tiempo su próxima llegada. Los envíos de flores se siguieron de dos en dos días, y después, una mañana antes de la fecha señalada, Rogerio y Gurgis emprendieron la marcha hacia Val-Dormant.

Durante el trayecto, los papeles cambiaron aparentemente: Gurgis se mostró muy expansivo; su suerte se había decidido, el matrimonio le atemorizaba menos, y pensaba con cierto placer que iba á ser comprendido en la primera promoción. Noirel, por el contrario, parecía preocupado, y preguntábase con cierta confusa sensación de malestar qué resultaría de la primera entrevista de los dos novios. Si Gurgis era víctima de un *quid pro quo*, como lo temía, y si realmente tomó á la señora de Longeaux por Jacobita en el baile de Dijón, ¿qué cara pondría al reconocer su error? El agregado, á decir verdad, era bastante filósofo y además ambicioso; mas por filósofo que sea un hombre y por mucho que le halague la expectativa de un consulado, estas sorpresas son de aquellas á que no se resigna uno fácilmente, y que nunca se perdonan. Gurgis podía enfadarse, recriminar, dar escándalo; y en tal hipótesis, ¿cuál sería la situación de la pobre señorita de Noirel?... Además del digusto producido por haber fracasado el matrimonio, la joven tendría la mortificación de ser objeto de las hablillas del país. Rogerio comenzaba á experimentar un remordimiento, diciéndose que para ser diplomático había obrado con deplorable ligereza... «Felizmente, decíase para consolarse, tengo á Gurgis sujeto por su consulado, y esto me permitirá humillarle si es demasiado díscolo.»

A la caída de la tarde, apeáronse los dos amigos en la estación más próxima á Val-Dormant, y vieron junto á la barrera el coche que la señorita de Noirel había enviado para los viajeros: era una venerable berlina pintada de verde aceituna y forrada en el interior de terciopelo amaranto; dos caballos de labor constituían el tiro, y en el pescante estaba un cochero de blusa, cubierta la cabeza con un sombrero viejo. Al ver aquel antiguo vehículo, que databa por lo menos del reinado de Luis XVIII y cuyo estribo de varios peldaños facilitaban mal la subida, Gurgis frunció ligeramente el entrecejo, dejando vagar en sus labios una sonrisa irónica, que Rogerio sorprendió al vuelo.

– No es muy cómodo que digamos, dijo en tono de broma; pero amigo mío, estamos en un país de costumbres sencillas, donde se rinde culto á las antigüedades y se persiste en conservar las costumbres, aunque sean molestas... Por otra parte, mi hermana sale tan poco, que nunca ha pensado en renovar sus trenes.

Con ayuda del mozo de la estación, el cochero pudo cargar los cofres y las maletas de los dos amigos en la trasera de la berlina, sujetándolos por medio de cuerdas laboriosamente anudadas; después dió un latigazo á los caballos y el coche partió.

Tocaba á su fin el mes de marzo, estación detestable en aquel país montañoso y cubierto de bosque; durante parte del día, una lluvia glacial había llenado de agua los barrancos, inundando el camino, y las ruedas del carruaje se hundían pesadamente. Bajo un cielo nebuloso, de color plomizo, la luz del día que declinaba reflejábase en las charcas formadas en los surcos de las ruedas, y veíase un largo camino semejante á una inmensa faja, extendiéndose entre campos pedregosos que encuadraban á lo lejos obscuros linderos de bosque. El vehículo crujía, las ruedas rechinaban y un viento huracanado silbaba contra las portezuelas, introduciéndose por los intersticios de los vidrios mal unidos.



¿Pero si no me caso..., seré cónsul?

– ¡Brr!, murmuró Gurgis, tapándose con un capote; hace fresquito en este país, amigo Noirel.

– Sí, contestó Rogerio á manera de excusa, el clima es un poco áspero.

– El clima... y el paisaje también... En fin, ya nos calentaremos en el castillo.

En la imaginación de aquel parisiense, que no había ido nunca más allá de Versalles y Fontainebleau, el término «castillo» suponía todo un conjunto lujoso y mundano: verja monumental de hierro, flanqueada por los cómodos pabellones del jardinero y del conserje; avenida graciosamente enarenada, con mecheros de gas de trecho en trecho; prados, estanques en que se reflejaba una fachada de estilo Luis XIV, cuyas líneas de ventanas ilumínábanse al cerrar la noche, y lacayos de calzón corto en el peristilo que conducía al gran salón con sus brillantes chimeneas. Gurgis hubo de rebajar mucho de todo este conjunto cuando, al salir de Champlain, Rogerio abriendo una de las ventanillas del coche mostróle la vaga silueta del castillo destacándose bajo un cielo más claro.

– Eso es Val-Dormant, dijo.

– ¿Dónde está?, preguntó Gurgis, abriendo los ojos cuanto le fué posible.

– A la derecha, en el bosque... allí donde apuntan aquellas dos torrecillas en forma de apagaluces.

– ¡Ah!... Muy bien... ya lo veo, balbuceó Gurgis, completamente desilusionado.

Peor fué cuando el coche, después de franquear penosamente las rampas de la cuesta, pasó entre dos pilares de piedra gris, y se internó, tambaleándose, en la obscura avenida de los pinabetes. Unas veces las ruedas pasaban sobre grandes piedras, y otras se hundían en barrizales, de los que saltaban las gotas de cieno, aplastándose contra los vidrios de la berlina.

– ¡Diablo, exclamó Gurgis con cierta inquietud, no se ve nada y no extrañaría que el coche volcara en algún barranco!

– No tenga usted cuidado, replicó Noirel afectando una alegría nerviosa, Santiaguillo es prudente y, como los gatos, ve de noche.

Al fin el coche salió de las tinieblas; los caballos, husmeando la cuadra, comenzaron á trotar, y muy pronto los viajeros se detuvieron ante una fachada con gradería desnuda, á cuyo pie veíase una sirvienta con un farol en la mano.

– ¿Es usted el señor Rogerio?, preguntó la aldeana con el acento lánguido propio del país.

– Sí, Catalinilla, somos nosotros, contestó Noirel, abriendo la portezuela y ayudando á su compañero á bajar.

– ¡Gracias á Dios!... Os habéis retardado un poco, y la señorita comenzaba á inquietarse... Ahora está en el salón esperando á ustedes.

Gurgis, siguiendo á Rogerio, penetró en un espacioso vestíbulo, con pavimento de baldosas blancas y negras, iluminado por la débil claridad de una lamparilla colocada sobre una consola. En aquella semiobscuridad distinguíase á la derecha una escalera de piedra que conducía al primer piso; las paredes estaban empapadas de humedad, y al entrar allí sentíase un vaho glacial que se metía hasta los huesos. La criada abrió la puerta y gritó con su voz más chillona:

– ¡Señorita, aquí están los señores!

El salón, sombrío y de techo alto, no estaba iluminado aún más que por la reverberación de la chimenea, donde chisporroteaban algunos leños. Bien fuera por timidez ó por coquetería, la joven había escogido para la primera entrevista aquella luz dudosa en la que la escasa claridad del crepúsculo y el resplandor del fuego comunicaban un carácter de misteriosa vaguedad á las cosas y las personas.

– Buenas tardes, señores, dijo la señorita de Noirel con mucha cordialidad, vengan ustedes á sentarse. Sin duda estarán rendidos.

Al oir aquella voz, muy dulce, aunque algo temblorosa, el señor de Gurgis se estremeció, y luego, escudriñando con la mirada la penumbra del salón, vió en un ángulo la confusa silueta de una mujer joven que en nada se parecía á su interlocutora del baile de la prefectura.

En el mismo instante Catalinilla entró con la luz; el señor de Noirel se había acercado á su hermana para abrazarla y atraíala hacia su compañero de viaje.

– Mi querido Gurgis, comenzó á decir, no necesito presentar á usted á mi hermana... Y hasta creo que al punto á que han llegado las cosas no hay inconveniente en dar un abrazo á su futura...

Gurgis pudo reconocer perfectamente que aquella futura no era en modo alguno la vivaracha rubia del baile, sino la robusta morena coronada de violetas, á la que apenas había mirado. Entonces torció el gesto y en sus ojos se reveló un repentino asombro; pero como tenía demasiada educación para manifestar su contrariedad, inclinóse, tomó la mano de Jacobita, depositó en ella un frío beso, é irguióse murmurando algunas palabras corteses, después de lo cual reinó profundo silencio en la sala.

Rogerio había observado la alteración de la fisonomía del novio; comprendió que era inminente una explicación, y para evitar que se diera delante de su hermana, apresuróse á cortar por lo sano.

– Amiga mía, dijo, Gurgis y yo necesitamos sacudir el polvo del viaje y arreglarnos un poco... Permítenos que te dejemos sola un momento, y di á Catalinilla que nos conduzca á nuestras habitaciones.

– Ciertamente, contestó la señorita de Noirel, tirando del cordón de la campanilla; no comeremos antes de las siete, y les quedará bastante tiempo para cambiar de traje... Catalinilla, añadió, dirigiéndose á la criada que acababa de entrar, conduce al señor Gurgis y á mi hermano á sus aposentos, y cuídate de que el fuego de las chimeneas arda bien... ¡Hasta luego, señores!

Gurgis se inclinó de nuevo, y al volverse para seguir á Noirel pasó junto á un velador en el cual pudo ver su último ramo, que se ostentaba en un jarrón de cristal azul.

Aquel ramo acrecentó más su irritación latente, y reprimiendo la cólera franqueó la escalera del primer piso, acompañando á Rogerio hasta su habitación. Después, cuando Catalinilla hubo desaparecido, plantóse delante de su compañero con los brazos cruzados, los labios oprimidos y la mirada furibunda.

– Oiga, señor Noirel, dijo, dando al fin libre curso á su enojo, ¿se burla usted de mí? ¿Se trata de una broma ó de una apuesta? ¿Es realmente hermana de usted la persona que acabo de ver?

– ¿Por qué me pregunta usted eso?, replicó Rogerio sin desconcertarse. ¿No se la presenté la otra noche en el baile?

– Usted me presentó dos damas, repuso Gurgis descomponiéndose; una bastante bella, y otra de la



Mi querido Gurgis, no necesito presentar á V. á mi hermana...

cual no diré nada por política .. No se me ocurrió ni un momento dudar de que la más linda era la señorita de Noirel.

– Permítame usted, no exageremos... Si usted se ha equivocado, no ha sido por falta de advertencia... y hasta recuerdo que para evitar todo *quid pro quo* le precisé el sitio que mi hermana ocupaba junto á una palmera.

– ¡Diantre de palmera!... No ha servido más que para embrollarme, y la prueba es que durante todo el tiempo hablé con la rubia, sin cambiar tres palabras siquiera con la persona que abajo nos espera... Esto solo debiera haber hecho comprender á usted mi equivocación, y habría sido leal advertirme cuando vió que yo me engañaba....

– ¿Cómo podía yo suponer semejante cosa?... ¿No le dije á usted que mi hermana era morena?, replicó Noirel con aplomo.

– ¿Morena?... ¡El diablo me lleve si recuerdo que me haya usted dado tal detalle!

– ¡Lo siento mucho!... Mas en el punto en que están las cosas, no veo medio de remediar esta mala inteligencia.

– ¿Se chancea usted?... Hay error sobre la persona, y por lo tanto retiro mi palabra.

– No me chanceo, repuso Noirel con sequedad; usted solicitó la mano de mi hermana; á pesar de mis consejos, obró con una precipitación poco juiciosa; ahora están publicadas las amonestaciones, y si usted se desdice, no me quedaría más remedio que pedirle satisfacción de ese rompimiento injurioso.

– ¡Alto aquí, caballero!, exclamó Gurgis exasperado. Como usted guste... ¡Desde ahora estoy á sus órdenes!

– Amigo mío, replicó Noirel, usted se arrebata, y la cólera es mala consejera... Cuando uno de nosotros haya recibido una estocada, ¿habrá usted ganado algo? Reflexione que su nombramiento no está firmado aún, y que de mí depende que lo firmen. Pregúntese si no será mejor, en su interés propio, no promover un escándalo, aceptar una posición muy honrosa, y casarse con mi hermana, que es una excelente joven. La belleza corporal es poca cosa; al cabo de ocho días de matrimonio olvidará usted las facciones irregulares de su mujer para no ver más que sus buenas cualidades... Yo le aseguro á usted que las tiene, y verdaderas, sin contar que es joven, fresca y sana como la fruta más hermosa... Vamos, Gurgis, veo que está usted en malas disposiciones para tomar una determinación tan grave... Tómese usted tiempo para reflexionar, y hasta que lo haya hecho mantengámonos en el *statu quo ante bellum*... Mañana á primera hora, si lo tiene á bien, trataremos el asunto con calma... Solamente le ruego que por esta noche disimule su mal humor, á fin de que mi hermana no se percate de cosa alguna durante la comida...

En toda discusión, como es sabido, el que conserva la calma tiene una ventaja decidida sobre el otro; y á pesar de su irritación, Gurgis sintió que los argumentos de Noirel penetraban como una ducha fría en su cerebro enardecido: poco á poco recobró la reflexión: habíanle hecho caer en un lazo; esto era positivo, pero debía escapar de él, y en esto comenzaban las dificultades prácticas. En su indignación, Gurgis juraba no permanecer un cuarto de hora más en Val-Dormant, pero al pensar en los medios de ejecución, érale forzoso reconocer que el castillo estaba á tres leguas de la estación más próxima, y que á menos de caminar á pie, lo cual le hacía muy poca gracia, no podía obtener más coche que aquel en que había venido. Ahora bien: aun suponiendo que lo pusieran á su disposición, era muy tarde, y los caballos estarían demasiado rendidos para que le fuese dado marchar inmediatamente. En su consecuencia, no había más remedio que diferir la partida hasta la mañana siguiente, y por lo tanto aceptar aquella noche la mesa y la hospitalidad de la señorita de Noirel. En tales condiciones, la necesidad le obligaba á disimular su mal humor y á bajar á comer en compañía de aquel Rogerio traidor, conduciéndose de manera que no ofendiese el amor propio de la señora de la casa.

Mientras se entregaba á estas penosas reflexiones, Rogerio abría su maleta con aire indiferente, sacaba ropa blanca y otro traje, y comenzaba á vestirse. Al desempaquetar sus peines y cepillos volvió la cabeza para mirar al meditabundo Gurgis.

– Vamos, le dijo, ¿qué decide usted?

– Nada, contestó el agregado, dejando escapar un suspiro, esperaré el día de mañana y me aguantaré hasta entonces.

– ¡Corriente!... En tal caso, apresúrese usted á cambiar de traje, porque ya son las seis y media.

A las siete bajaron al salón, donde ya esperaba la señorita de Noirel en compañía de un recién venido, el cura de Champlain, eclesiástico de media edad, redon do como una manzana y de semblante rollizo. Al ver aquel cuarto convidado, Gurgis sintió cierto alivio, pues la presencia del sacerdote impedía que la comida tuviese un carácter demasiado íntimo, debiendo mantenerse la conversación en un tono trivialmente ceremonioso, lo cual tranquilizaba más á Gurgis. Apenas fueron presentados al cura los dos parisienses, pasaron todos al comedor.

Esta habitación, como el vestíbulo, tenía el pavimento de baldosas negras y blancas, con una estera debajo de la mesa. En un nicho de estuco, una estufa de loza azul, encendida á última hora, caldeaba muy medianamente la atmósfera helada; las paredes estaban revestidas de un papel verde con adornos que figuraban canastillas de flores pintadas en cada uno de los tableros divididos por columnas igualmente floridas; un barómetro de madera dorada, puesto sobre una consola entre las dos ventanas con cortinillas de cretona; un aparador cargado de vajilla, y en el centro de cada división de la pared astas de ciervo alternadas con cabezas de corzo, constituían el único y frío decorado de aquella estancia, que produjo en Gurgis el más desagradable efecto. El mantel adamaseado deslumbraba por la brillantez que en él sacara la plancha; el servicio de porcelana blanca era sencillo como el de una mesa redonda, y los platos estaban colocados sobre calentadores de plaqué, cuyo plateado dejaba ya ver, por efecto del uso, el color rojizo del cobre. Dos lámparas en forma de urna iluminaban lúgubremente aquella estancia demasiado grande, y todo este conjunto tenía un aspecto rústico deplorable que repugnaba al parisiense. Sentado á la izquierda de la señorita de Noirel, que tenía al cura á su derecha, examinábala á hurtadillas mientras servía á los convidados. Llevaba un vestido de casimir gris con nudos y cintas de color pensamiento, y este traje de medio luto no favorecía seguramente el físico de la joven, cuyos cabellos rebeldes al peine que quiso alisarlos se escapaban en rústicos y nada graciosos mechones. A Gurgis le pareció la dama demasiado corpulenta y con exceso varonil, y al ver sus manos coloradas, decíase para sus adentros que jamás podría acostumbrarse á semejante figura. La señorita de Noirel, adivinando que la observaban, sentíase turbada y cometía más torpezas que nunca. La comida era abundante; pescado, caza, pastel con gelatina, conservas de legumbres, todo en excesiva abundancia. Los vinos de Borgoña eran rancios y de primera clase, pero precisamente Gurgis no bebía más que Burdeos, á causa de aquejarle un principio de gota; de modo que se mostró insensible al aroma del Chambertin. A pesar de la ruda alegría del cura y de los chistes de Rogerio de Noirel, que hacía todos los esfuerzos imaginables para animar la conversación, ni una sola sonrisa entreabrió los labios del parisiense, y la comida le pareció interminable.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PURIFICACIÓN DE LAS AGUAS PARA LA ALIMENTACIÓN DE LAS POBLACIONES

LA FILTRACIÓN

Necesidad de la purificación artificial de las aguas. – Las exigencias cada vez mayores de los habitantes de las poblaciones en lo que á las aguas potables se refiere y los trabajos de los higienistas demostrando la importancia de la pureza de las mismas y los peligros que ofrecen ciertas aguas contaminadas, aunque en apariencia puras, han despertado gran interés hacia el problema de la alimentación de las ciudades. Para satisfacer las necesidades de éstas se echa mano en primer lugar de los recursos naturales, como manantiales, capas subterráneas; pero tales medios no bastan en las poblaciones grandes ó en las que están mal situadas.

Las costumbres de la población pueden facilitar en alto grado la solución del problema: Amsterdam, por ejemplo, se contenta con 47 litros por día y habitante, mientras que Marsella necesita 450 y Lyón no se considera suficientemente atendido con 140. En París el volumen total de agua distribuída es de 220. Para las poblaciones de 30.000 habitantes se estima útil un volumen de 100 á 200 litros por día y habitante; para otras de más importancia se creen necesarios 300, pudiendo naturalmente estos volúmenes variar con las circunstancias que en cada población concurran.

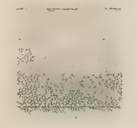


Fig. 2. Filtración por la arena

Algunas ciudades, como París y Francfort en el Mein, han apelado á la doble canalización: una red para los habitantes alimentada con agua lo más pura posible y otra con agua de río, más ó menos impura, para regar las calles y limpiar las cloacas y para diversos usos industriales, con lo que el cubo de agua pura queda notablemente reducido. Y no falta quien ha propuesto extender al interior de las casas esa doble canalización reservando el agua potable para la alimentación y la menos pura para la limpieza, mas este sistema presenta graves inconvenientes.

Pero sean cuales fueren los medios empleados para restringir el consumo del agua potable, siempre se presentarán casos en que habrá escasez de agua naturalmente potable: tal sucede en París y poblaciones vecinas y en Amberes, donde los manantiales están á enorme distancia y las capas de agua subterránea resultan á menudo contaminadas. La purificación de las aguas de río se impone, pues, en un gran número de municipalidades.

De los procedimientos hasta ahora empleados nos ocuparemos en los que han dado lugar á aplicaciones importantes y grandiosas, examinando especialmente el inventado hace algunos años por Mr. Anderson, que se utiliza en Amberes desde 1885 y que ha sido recientemente ensayado en Boulogne-sur-Mer.

Decantación. – La decantación, sistema seguido en Marsella, permite eliminar las materias minerales y orgánicas en suspensión, pero por sí sola no elimina las materias disueltas, que son las más peligrosas. Además las materias muy tenues se depositan muy lentamente, y con frecuencia la clarificación completa exigiría tanto tiempo y depósitos tales, que el gasto sería inmenso. Este procedimiento es, sin embargo, un poderoso auxiliar de los demás cuyo trabajo facilita mucho.

Filtración natural. – Cuando un río pasa por un terreno arenoso, se abren galerías paralelas á la orilla y á cierta distancia de ésta. Aunque á veces las aguas llegan á aquéllas bastante puras, este sistema es sólo practicable en determinadas circunstancias locales y ofrece poca seguridad. Por efecto de la filtración misma el filtro se obstruye, el caudal disminuye y la limpieza se hace imposible y hay que prolongar incesantemente las galerías. Sólo en muy pocos casos la corriente del río renueva naturalmente las capas superficiales del filtro. Este sistema es, pues, por lo general poco recomendable.



Fig. 1. Sistema de filtros establecidos en Varsovia, por M. Lindley

Filtración artificial. – Para el empleo de este procedimiento es muy útil la decantación previa, cuyos gastos se compensan con la obstrucción menos rápida de los filtros y las economías en la limpieza. El agua permanece en los depósitos de mampostería (de 2 á 5 metros de profundidad y de volumen calculado para que el agua se estanque en ellos de doce horas á quince días, según los casos) entrando por un extremo y saliendo por otro, y merced á los orificios convenientemente dispuestos circula recta y regularmente por toda la extensión de aquéllos. Para la filtración propiamente dicha se coloca en los depósitos una capa de guijarros gruesos, sobre ésta otra de guijarros más pequeños, luego casquijo cada vez más fino y por fin arena gruesa, procurando que el espesor total sea de 0'70 metros á 1 metro: encima de todo ello se dispone una capa de arena fina de 0'60 á 1'20 metros de espesor (fig. 2). Cuando el filtro se obstruye se raspa la capa superior en un espesor de 3 á 5 centímetros cada vez hasta que la capa de arena fina queda reducida á 0'30 metros: entonces se devuelve á ésta su espesor primitivo añadiendo nueva arena y volviendo á colocar la que se había sacado, después de haberla lavado.

El espesor de la capa contaminada no pasa de 0'5 metros, de modo que si se da mayor espesor á la capa de arena fina es para que puedan practicarse más raspaduras sin necesidad de añadir nueva arena. Las capas inferiores sólo sirven de sustentáculo y para facilitar la salida del agua filtrada.

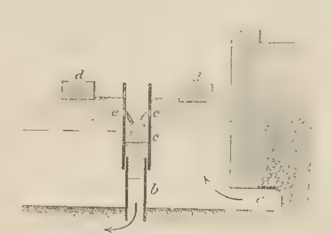


Fig. 3. Regulador automático de Varsovia

Los estanques de filtración pueden ser abovedados, mereciendo citarse en esta clase los filtros de Varsovia (fig. 1) construídos por M. Lindley, ingeniero jefe de las obras municipales de Francfort en el Mein. Los bóvedas suponen gran aumento de gasto, pero en cambio evitan las interrupciones del servicio en las heladas de invierno y protegen las aguas contra la elevación excesiva de la temperatura en verano y contra el desarrollo de organismos animales ó vegetales, que exige limpias más frecuentes.

La experiencia ha demostrado que para obtener resultados satisfactorios los filtros no han de dar más de 1'8 á 3 metros cúbicos, ó sea un término medio de 2'5, por metro cuadrado y veinticuatro horas, lo cual puede lograrse por medio de compuertas que regulen el paso del agua á la entrada y á la salida de los filtros. La presión ejercida por el paso del agua al través del filtro debe ser tanto mayor cuanto más tiempo haga que no se ha limpiado aquél. Puede lograrse también este resultado por medio del regulador automático establecido por M. Lindley en Varsovia (fig. 3). En él *a* es el conducto que comunica con la parte inferior de los filtros, *b* un tubo que va al depósito del agua filtrada y *c* otro tubo que puede deslizarse á lo largo del anterior, en el que se ajusta perfectamente; *dd* son los flotadores que sostienen el tubo *c*, el cual tiene varios agujeros *ee*. Calculando las dimensiones de éstos y su posición con relación al flotador, se logrará que suministren un volumen dado, cualquiera que sea el nivel del agua en la cámara del regulador. Si la cantidad suministrada por el filtro es menor que la proporcionada por el regulador, el nivel del agua descenderá en la cámara de éste, aumentando así la presión bajo la cual el filtro funciona y por consiguiente el volumen por el mismo suministrado, y viceversa.

Es bueno, además, en el momento de las limpias dejar que el filtro se enjugue bien, de modo que el aire penetre en la copa filtradora, pues el oxígeno ejerce, al parecer, saludable influencia en la purificación destruyendo las materias orgánicas y organizadas. El experimento llevado á cabo por el servicio municipal de París y descrito por el ingeniero jefe Mr. Bechmann en el Congreso para la utilización de las aguas pluviales celebrado en dicha capital en 1889, demostró los buenos efectos de la aereación. En una caja de 2 metros de alto, cuya sección es un cuadrado de 0'20 metros por lado, llena de arena de la llanura de Gennevilliers, se echa todos los días un litro de agua de cloaca, y en diez años que sin interrupción viene verificándose este experimento la filtración se efectúa sin que haya sido necesario proceder una sola vez á la limpia. La cantidad suministrada corresponde á un volumen de 0'025 metros cúbicos por metro cuadrado y día, en vez de los 2'500 que es la cifra media adoptada en las instalaciones inglesas y alemanas; pero hay que tener en cuenta que en éstas la limpia se impone en intervalos de cinco á treinta días, ó sea setecientas veinte á ciento veinte en diez años para una producción cien veces mayor que en el experimento citado y con aguas incomparablemente menos impuras. Han pasado, pues, por el filtro del experimento y en igualdad de superficie de 1'2 vez á 7'2 veces el volumen que pueden suministrar los otros filtros entre dos limpias, á pesar del mayor grado de impureza de las aguas.

Véase, por consiguiente, hasta qué punto la aereación facilita la purificación de las aguas. Este sistema se practica imperfectamente en Londres.

Cuando un filtro ha quedado en seco, es muy conveniente llenarlo por debajo con agua ya filtrada: una vez cubierta enteramente de agua la arena, se echa por encima agua no filtrada y se deja que se forme un primer depósito en la superficie de la arena antes de hacer funcionar el filtro, sin lo cual la primer agua que pasa es ligeramente turbia y los depósitos penetran en la arena á mayor profundidad.

Mediante las precauciones que acabamos de indicar, puede llegarse en la mayoría de los casos á desembarazar el agua de río de las materias en suspensión, así como de las materias orgánicas y de los microorganismos en una proporción tal, que resulta comparable con las mejores aguas de manantiales.

Las impurezas que más resisten á la filtración son las impurezas de origen vegetal; por ejemplo, las materias que comunican un color amarillento al agua que ha pasado por un terreno turboso. Estas materias son generalmente poco nocivas, pero el color que dan al agua produce mala impresión.

En resumen; la filtración por la arena convenientemente practicada, es un recurso allí donde hay escasez de aguas naturales puras. Cuando éstas existen, pero no pueden ser utilizadas sin grandes gastos, podrá ser preferible la filtración del agua de río.

P. LAURIOL

(*Continuará*)

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

CORAZÓN Y BRAZO, *por D. Pascual Millán.* – En esta novela no se ha propuesto su autor, el reputado literato D. Pascual Millán, resolver ningún problema, ni sentar ni defender tesis alguna; ha querido únicamente, y lo ha logrado por completo, deleitar al lector con una acción interesante y admirablemente desarrollada y con personajes humanos, naturales en su modo de ser y lógicos en sus actos, todo ello presentado con extraordinario vigor y escrito en el lenguaje castizo que es proverbial en el autor de la tan justamente celebrada *Iconografía calderoniana.*

La obra está profusamente ilustrada por artistas de tan reconocido mérito como Ferrant, Benlliure (D. Mariano y don José), Unceta, Taberner, Maura, Martínez Abades, Menéndez Pidal, Espina, Campuzano, Lhardy Cabrera y otros no menos distinguidos. Ha sido editada por don Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 3 pesetas 50 céntimos en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

EN LAS RIBERAS DEL PLATA, *por T. Resasco, versión española de D Antonio Sánchez Pérez.* – Este libro, de asunto interesante, desarrollado en forma de memorias de un emigrante, es una animadísima y amena narración de viaje, escrita con una viveza de estilo que descubre á la legua el origen de su autor. El país americano con sus riquezas y con sus miserias aparece observado con gran profundidad de juicio, y las costumbres, tipos y lugares están descritos de mano maestra.

Traducida la obra por el ilustre literato D. Antonio Sánchez Pérez, nada hemos de decir de cómo resulta la versión castellana.

Los dos tomos de que se compone este libro, elegantemente editado por D. Fernando Fe, de Madrid, se venden al precio de 7 pesetas en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

JOVENTUT, PRIMERAS POESÍAS, *per Bonaventura Bassegoda.* – El conocido poeta catalán, tantas veces laureado en públicos certámenes y aplaudido en el teatro, ha publicado con ese título una colección de poesías catalanas llenas de inspiración y sentimiento y armoniosamente versificadas.

Las hay de todos los géneros: en el amatorio abundan los pensamientos tiernos y delicados; en el religioso resplandece la fe más acendrada, y en el patriótico, el amor á Cataluña arranca á la lira del poeta brillantes imágenes y enérgicas notas, expresadas con el vigor á que tan bien se presta la lengua catalana.

En suma, el libro del Sr. Bassegoda proporciona al que lo lee un rato de grato deleite, y las poesías que contiene son dignas del nombre de que goza su autor en nuestra literatura regional.

Véndese el libro al precio de una peseta.



ESTUDIO DEL PINTOR RODOLFO WIMMER (Véase el artículo en el número 487)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 11 de mayo de 1891 — Núm. 489



EL TOCADO DE LA FAVORITA, cuadro de José Tapiró

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Un suicidio imperial. – Una hija del poeta Pouchkine. – Papel representado por éste en las letras moscovitas. – Sus desgracias y suicidio. – La ópera *El Mago* en París. – Una crisis ministerial por el teatro de la Grande Opera en Francia. – El bautizo por inmersión en Grecia. – Sus dificultades. – Conclusión.

I

Un drama horrible con desenlace de trágica muerte ha corrido por todo el mundo y embargado la general atención. Cierto Gran Duque moscovita, militar de alta graduación en los ejércitos del Czar, su primo, acaba de ser echado por un ukase del seno de las compañías imperiales y del seno de la familia Romanoff. ¿Qué crimen ha perpetrado para un castigo tan enorme? Pues ha perpetrado el terrible crimen de amar con verdadera pasión á una joven hermosísima y casarse con ella, como las leyes divinas y humanas prescriben. Mas parece haber otras leyes por los palacios moscovitas, prohibiendo á sus Infantes, llamémoslos así para mejor inteligencia, enamorarse de parejas destituídas por su nacimiento del sublime licor conocido con el nombre de sangre regia. Hijo de Gran Duque y de princesa germánica, el enamorado no atendió á otra cosa que á los latidos avasalladores de su corazón amante y á los preceptos divinos de su ley religiosa para constituir una familia feliz y tener un hogar honrado, pues no prohibe Naturaleza en sus designios lo que prohibe la soberbia en sus antojos: el cariño de los nobles á las plebeyas y de los plebeyos á las nobles mutuamente. Así debió entenderlo el padre suyo cuando autorizó el casamiento y bendijo la boda. Pero se conoce que por los palacios de Alemania se toman todas estas revelaciones de la igualdad humana, contradictorias con los privilegios dinásticos, mucho más á pechos, cuando la madre del novio, una Infanta, como decimos nosotros, de Baden, ha llevado su indignación hasta la demencia. Muy pagada de su estirpe y de su nombre, debía mirar la boda inferior del Príncipe como un descenso en las escalas del organismo y como un ayuntamiento con seres inferiores y como una infusión venenosa en las venas de sus descendientes; vamos, como una bestialidad. Lo cierto es que, para no sancionar de modo alguno la unión de una familia regia con otra burguesa, y no encontrarse con descendientes sin cuatro coronas en sus cuarteles, se ha suicidado tranquilamente la buena señora, como Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, cuando se perdió la República romana. Se necesita estar en la mollera y en el corazón de los privilegiados si hay que sentir como ellos el orgullo de sus privilegios y el desdén á cuantos no pueden ostentarlos y ejercerlos. Nosotros, los que pertenecemos á las generaciones contemporáneas, por el parentesco estrecho con todos los seres, aprendido en nuestros estudios, estimamos mucho más á un caballo y á un perro que los príncipes á los plebeyos. Heridas en su honor, desacatos á su fe, profanaciones del sepulcro de sus mayores, infamias para su generación, un atentado á la dinastía imperial, debió considerar la cuitadísima Gran Duquesa el matrimonio de su hijo, cuando sorbió veneno, que llevaba en una sortija, y cayó extinta como al contacto de una centella. Imaginaos la impresión del drama en Europa. Mas lo que interesa en esto á las gentes literarias, sobre todo, es la casual circunstancia de que fuese la novia hija del gran poeta ruso Pouchkine. Con este motivo todo el mundo habla de literatura moscovita y de su primer excelso poeta. Y hablando á una de tales materias, todo el mundo reconoce que un hado enemigo, como el hado de Antígona, pesa con abrumadora pesadumbre sobre la hija del poeta, cuando la madre de su marido se suicida por culto á su familia imperial y el padre suyo propio se hace matar en un duelo por celos de su madre. ¡Dramas de la vida y de la realidad! Así nosotros también alimentaremos con algunas noticias la general murmuración europea y diremos quién era el poeta resucitado en la memoria contemporánea por un escándalo enorme.

II

Pouchkine fué romántico y brilló hace cincuenta ó más años, so el imperio de Nicolás I. En los albores de su romanticismo no cantó, pues, la naturaleza como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Meléndez en España; no cantó, como querían sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve virgen, plateada por los rayos de la luna llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos días del verano, ya bajo el marmóreo hielo aprisionadas en las eternas noches del invierno; los horizontes del Polo, con sus rosadas auroras boreales, de un esplendor indecible cuando las repiten y las descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su esplendor, en su hermosura, cuando presencia el crimen, y que recoge y guarda en completa indiferencia la sangre de los mártires y sostiene con su vivificador aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pos de la justicia y de la libertad, y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperación, sobre sí mismo, no reconoce ni en Dios autoridad y poder para robarle su derecho. ¡Cantar el espíritu en Rusia! Caro debía pagarlo. Así lo desterraron. Según unos historiadores, Pouchkine fué azotado antes de ser conducido al destierro. Según otros, fué meramente proscrito al interior y puesto con solicitud en silencioso claustro. Allí devoraba su propio ser. El martirio del Titán, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazón y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora rota; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis del ángel en mística oración á los juramentos del campesino en brutal embriaguez; todas estas indignaciones fustigaban la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su incertidumbre, su amargura, eran el dolor y la incertidumbre y la amargura de su generación, que había entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo, bajo el knout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta. Este llegó á crear una personificación de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso, llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable la fortuna de los poetas para poner en personas individuales el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tal aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo sublime de Calderón, nacido para rey y encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicación alguna con el género humano; condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza y del pez que coletea entre sus pies, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los seres materiales; personifica en verdad aquel pueblo español que, desde la cima del mundo, caído en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine también era el tipo, también la personificación, de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente, y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no puede comer: las facultades intelectuales y las facultades físicas son en él completamente inútiles; hasta el amor parece vedado á quien sólo generará siervos. Oneguine es la imagen de las generaciones que nacen y mueren bajo el despotismo, ociosas para los más altos ministerios de la vida; inútiles en las esferas de la actividad universal; anhelantes por salir de su esclavitud pero sin acertar con la salida; generaciones abortivas y yertas, para quienes la tierra es como vasto sepulcro, y la vida, sin libertad, sin pensamiento, sin conciencia, como perdurable asfixia. Esta persuasión de que eran todas sus facultades inútiles llegó á infundir en el poeta una glacial indiferencia entre la libertad y la servidumbre, entre el error y la verdad, entre la reacción y el progreso. ¿Para qué aspiraría la piedra á la inteligencia? ¿Para qué aspiraría al calor de la vida? Poco á poco toda noble aspiración fué ahogada en aquel corazón, toda idea fué muerta en aquella inteligencia, y el poeta quedó como la Naturaleza, que produce la hermosura sin tener conciencia de producirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los días, como repite un lago los objetos de sus orillas. No fué una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética; fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos: el poeta se había suicidado moralmente. En su triste suicidio moral maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxilió á soportar la soledad de su claustro: maldijo la opinión pública. Triste reo resultó así de crimen horrible contra el género humano, de ingratitud empedernida, maldiciendo á su protector en la desgracia, convertido en su juez tras el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudía y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere al peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo dormido en el barro de sus campos, con su aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decía que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debía bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los déspotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos había mordido hasta el alma de Pouchkine. Cuando suscita Naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazón humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan en suaves armonías; lo suscita, le da la inspiración, le confía el arte mágico de las formas, le pone en la voz melodiosísimas notas y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite embellece las noches del planeta, y despierte nuevas almas como la primavera despierta nuevos seres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel, la luz y el calor en las entrañas de la Naturaleza. Renegar hasta de su inspiración, nada podía serle tan beneficioso en la corte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habían tenido junto á sí un genio: Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Carlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que había dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que había recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelán. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazón del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonrarlo, después de oprimirlo, impúsole que optara entre el cargo de chambelán ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático arrojó Daniel á los leones, el czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situación no le quedaba otro recurso al cuitado que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelán. La librea le pesaba como una cadena. Dios lo había hecho uno de sus ángeles de elección y el despotismo lo había convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordara que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesión y la corriente de los tiempos, el poeta debía retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperación por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la transfiguración y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana. Bajo tal pensamiento buscó la muerte, y la encontró en un duelo.

III

Desde un poeta casi antiguo, como todos los poetas románticos, pasemos á un compositor casi de lo

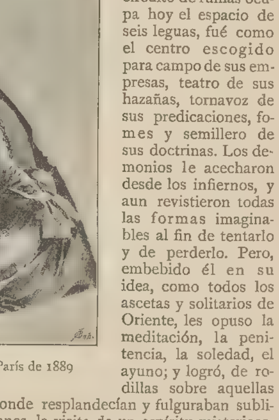


Estudios para el diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889, que figura en la actual Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, obra de A. Hynais

porvenir, como debe llamarse á los músicos wagneristas. Este compositor se apellida Massenet y ha puesto en música una ópera titulada *El Mago*. Según este novísimo gusto que va reinando en las bellas artes, concluiremos por pedirles óperas á los matemáticos. En nuestras mocedades íbamos á oir *Sonámbula* ó *Lucía*, y salíamos extáticos, arrobados, y hasta remozadísimos. Hoy cuando escucho el *Rey de Lahor* ó el *Asedio de Zamora*, ya de antemano sé que voy á escuchar algo así como el Binomio de Newton. Una legión de pedantes, que aspiran al fruto del saber sin la pena del estudio, aplauden tales milagros de contrapunto, porque diz que son muy científicos. Mas, en tal ciencia buscáis una melodía del cielo que os conmueva, y recogéis una lección de piano y violín que os aturden y ajaquecan. Mientras pasa un acto muy bien puesto en escena; decorado y vestido con todos los arreos de la escenografía en uso; al resplandor de la electricidad; entre gasas y oropeles, yo tarareo las notas de los *Puritanos* en mis adentros y recuerdo mis viejos amores en música: la Penco de rodillas ante Jenaro en el final de *Lucrezia* y la Frezzolini, Desdémona, llorando la canción del sauce, acompañada por su arpa celestial, poco antes de que repitan las lagunas de Venecia los tercetos del Dante, dichos por la voz de Tamberlik y acompañados por los crescendos de Rossini. Lo que pasa en mí pasa en muchas gentes. Las óperas buenas del repertorio contemporáneo, como *Fausto* y *Mefistófeles*, ganan con el tiempo corriente y con las audiciones repetidas; pero la mayor parte de las muy alabadas mueren á una en el silencio y en el olvido. Recuerdo ahora mismo cierto estreno en París de una ópera, compuesta por músico muy famoso, que no quiero nombrar, pues como conoce uno á todo el mundo se guarda muy bien de ofender ni maltratar á nadie. Hallábame yo nada menos que en el palco de la presidencia, destinado en su gobierno por Napoleón á la propia imperial persona. Y lo recuerdo, no ufanado por tales obsequios, dirigidos á mi significación, recordando que desde allí se veía, como de ninguna otra parte, la espléndida sala. Pues bien, aquello no parecía un teatro, parecía un dormitorio, pues resonaban más ronquidos que notas De igual fuste, poco más ó menos, *El Mago*. Pero lo notabilísimo en tal ópera es la letra, por el autor y por el sentido. Este autor es un poeta llamado Richepin, que se ha entretenido en poner una trampa ó red al pie del Universo y ha cazado así mundos, ideas, esperanzas, teogonías, dioses, lanzándolos después en las negaciones eternas. Y tras tanto y tanto demoler, hase hallado con que jamás podría idear un drama ó un poema cantables, como ahora solemos decir, sin beber las ideas generadoras de su obra en altas creencias religiosas. Y para granjeárselas ha vuelto los ojos al dogma del alma luz, al dogma de Zoroastro. Cinco mil años antes que Cristo apareció este revelador. De raza regia, oriundo indudablemente del territorio conocido bajo el nombre de Bactriana; la capital, Bactrias, cuyo circuito de ruinas ocupa hoy el espacio de seis leguas, fué como el centro escogido para campo de sus empresas, teatro de sus hazañas, tornavoz de sus predicaciones, fomes y semillero de sus doctrinas. Los demonios le acecharon desde los infiernos, y aun revistieron todas las formas imaginables al fin de tentarlo y de perderlo. Pero, embebido él en su idea, como todos los ascetas y solitarios de Oriente, les opuso la meditación, la penitencia, la soledad, el ayuno; y logró, de rodillas sobre aquellas montañas, donde resplandecían y fulguraban sublimes revelaciones, la visita de un espíritu misterioso, quien le sugirió al oído, amén de nuevos dogmas, la manera de formularlos y difundirlos. Zoroastro adoró el fuego creador, completando así la etérea luz

TEATRO DE LA CIUDAD, DE VIENA





Luneta pintada por A. Hynais, autor del diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889

de los Vedas, creencias de nuestros padres los arios, que duran hasta en los blandones encendidos sobre nuestros altares y en el Verbo de San Juan invocado á diario en los últimos rezos de todas nuestras Misas. Bien puede asegurarse que los albores de las primeras ideas relativas al Dios Espíritu, elevado sobre aquel otro Dios Naturaleza propio del panteísmo materialista, están en Zoroastro. Ormuz, el dios suyo, aparece luz de la luz, espíritu del espíritu. *Lumen de lúmine, Deus verus de Deo vero.* Podrá tener este Ormuz por cabello el sol, por ojos las estrellas, por túnica el cielo, por collar la cadena de todos los organismos, por sangre la savia universal, que todo lo vivifica en su misteriosa circulación: allá, en lo íntimo de la esencia y ser suyo, aparece como un verdadero espíritu y anuncia en el tiempo la primera espiritualidad religiosa en que luego comulgarán por siglos de siglos tantas generaciones. El poema compuesto por los Vedas y los libros compuestos por Zoroastro forman las bases del credo verdaderamente ario, como la Biblia de Moisés y el Alcorán de Mahoma las bases del credo verdaderamente semita. Pero entre semitas y arios está la raza llamada turania, de la cual dimanan turcos y húngaros, casi todos provenientes de Mongolia. Y esta raza, no pudiendo hacer otra cosa en contra de nuestros padres, enredó por sus luminosos candelabros telarañas de magia. Sus sortilegios, y la diosa de estos sortilegios, una especie de alma del placer universal, han inspirado el poético libreto de Richepin. Como veis, lectores míos, como veis: para oir una ópera del repertorio moderno se necesita un curso de matemáticas sublimes y para entender los argumentos otro curso de filosofía de la Historia. ¿Dónde se halla, pues, el arte ingenuo, sencillo, encantador, fácil, suave, melodioso, que privaba en mi juventud? Háselo llevado el cierzo mismo que se llevará de nuestras frentes el cabello y de nuestros corazones la esperanza.

IV

Muy felices deben ser los franceses y muy bien gobernados estar. Y vengo á decirlo, porque allí no riñen los ministros por las mohinas reinantes en pueblos más pobres, como Italia y España: riñen por el teatro de la Grande Opera. Los catalanes, que conocen tanto á M. Constans, ya saben como nació en Tolosa; y además, que han oído á M. Gailhard en su magnífico teatro, ya saben como es el cantante paisano del ministro. Pues bien, así como éste ascendió de gobernador á Gobernación, ascendió aquél de artista contratado á empresario contratante. Por tolosano le dieron la dirección del Gran Teatro, cargo tan oficial en Francia como aquí la Dirección de Aduanas. Mas hoy corta y saja en estos asuntos el ministro de Instrucción y Bellas Artes, M. Bourgeois. Este ya nada tiene que ver con Tolosa; y, por consecuencia, nada tampoco tiene que ver con el ministro y el cantante tolosanos. Así ha depuesto al último de su dirección, como, si pudiera, depondría del ministerio al otro, y lo ha reemplazado con personaje tan por todo extremo subalterno como el director de Variedades. Al saber tal cosa Constans, hase indignado en términos que ha querido presentar su dimisión, y hubiérala presentado, vive Dios, de no mediar M. de Freycinet, cosiendo la herida con el sedosísimo hilacho rojo de sus hábiles arreglos. Así, en los paseos asfixiantes á que nos hallamos, por necesidad, sujetos los diputados dentro de nuestro palacio del Congreso, mucho más triste que la cárcel del Abanico por mucho menos aireado, como yo celebrara el estado idílico de Francia, donde los ministros riñen por tan poco, cual un teatro, cierto compañero de parlamento, muy observador, me respondió lo que sigue: «Aquí riñen por mucho menos que un teatro, aquí riñen por un *Cosi.*» También ha estado á punto de reñir en Grecia el heredero de la corona con el Sínodo eclesiástico por un bautizo. Como se llama en España el inmediato sucesor al trono príncipe de Asturias, y en Inglaterra príncipe de Gales, llámase duque de Esparta en Grecia. Pues bien; este duque se halla casado con una princesa germánica, y esta princesa germánica, para mejor adaptarse al pueblo que habrá de regir en una soberanía puramente nominal y honoraria, se ha resuelto á cambiar de religión y á pasar desde su Iglesia luterana unida, como se llama hoy la Iglesia del reino prusiano, á la Iglesia ortodoxa griega. Mas para entrar en cualquiera de las Iglesias cristianas, hay precisión de bautizarse. Quedan pocos anabaptistas, como poquísimos unitarios, que nieguen la virtud del bautismo y la divinidad de Jesucristo, en las mismas Iglesias protestantes. Acerca de tal tema, del bautizo, disputaron mucho Zuinglio y Lutero, aquél con ideas más apartadas del catolicismo, éste con ideas al catolicismo próximas. Tal sacramento se ha salvado más en el dogma nuevo que la comunión. Desde la transubstanciación, en que nosotros creemos, hasta la simple conmemoración suya, media larga distancia. El bautismo se impone con el mismo rigor en la Iglesia griega que en la Iglesia romana. Pero hay una diferencia: los griegos bautizan por inmersión. En sentir suyo, así bautizaba el Bautista, sumergiendo los neófitos desnudos en las aguas del Jordán. Por consecuencia, la heredera del trono griego no tiene otro remedio que desnudarse como los neófitos del Bautista, en plena iglesia de Atenas, y zambullirse así dentro del agua litúrgica. ¡Cuán egregio modelo su casta figura podría ofrecer á un artista deseoso de reproducir Susana en el baño y Eva en el Paraíso! Pero la costumbre reclama sus derechos. El pudor natural en su sexo, aumentado por una educación austerísima, se ha sublevado en la Princesa y ha dicho que prefería cien veces morir vestida en la religión de Lutero á nacer desnuda en la religión de Focio. Con tal motivo, larga disputa entre Corte y Sínodo. En las incidencias de tal disputa, muchos mutuos rozamientos, generadores de futuros despegos. Mas al fin se ha roto la soga por la Iglesia, y se ha convenido en que reine por excepción muy singular, en este caso único, una liturgia católica. La Princesa debe rechazar otro nuevo solio; ¡no tuviese que bautizarse por tercera vez, en la cual diera con sinodales más rigorosos! De todo esto han murmurado las tertulias europeas en la última quincena; y si lector dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

II

EL SALÓN DE ESCULTURAS

Distinta en esto de la Exposición Universal, la presente ha concedido á la escultura, no sólo más espacioso y conveniente sitio, sino el mejor de todo el palacio. Estatuas monumentales, modelos de las del paseo de San Juan, adornan el vestíbulo y le prestan grandiosidad. Ocupan las restantes el salón central, que, por sus dimensiones y sus vastas galerías, es el que ofrece también más grandioso aspecto, y el propio de un gran concurso y el más pintoresco y animado, convertido en salón de conciertos y en lugar de reunión. Tiene, no obstante, como todos los locales de mucho ámbito, el inconveniente de empequeñecer las obras y dejar reducidas la mayoría de las estatuas en hilera á la dimensión de juguetes ó pisa-papeles, si se abarca el conjunto desde las altas galerías. Exceptuando el modelo de la Virgen, de Sala, que, á pesar de su colosal tamaño, resulta, como al aire libre, proporcionada y regular, las demás estatuas aparecen á primera vista diminutas y pobremente adornadas en medio de sus canastillas de flores y en sus pedestales rodeados de raquíticas plantas. De modo que la primera impresión es la de que la estatuaria que allí se exhibe no pertenece por cierto á la monumental y decorativa, sino á la más modesta por su tamaño, aunque tenga á veces mayor valor artístico que ésta y sea más adecuada al gusto moderno.

Pero si después de esta impresión primera se recorre la sala con más detención, se advierte que no faltan en ella obras de todos géneros. No son muchas las monumentales, pero las hay; no sorprende la mayoría por su novedad ni por su mérito extraordinario, pero algunas son verdaderamente notables, y aisladas y de modo que pudieran recabar para sí toda su atención, alcanzarían mayor aplauso. Aunque abundan los bustos insignificantes y se encuentran ocupando el lugar de objetos artísticos las estatuíllas de industria, lo bonito y lo amanerado, se halla también entre ello la nota sincera y sentida, que acusa la preocupación de una expresión enérgica y fuerte, y de un sentimiento que mueva directamente al espectador. La escultura moderna, de la cual se ha dicho que no puede limitarse ya á la corrección formal ni á la elegancia decorativa, se esfuerza en buscar nuevo y más vasto campo de observación en las manifestaciones de lo íntimo, de lo patético ó de lo característico; y de estas manifestaciones, particularmente de las más nuevas, hay ejemplares en la actual exposición. Bien es verdad que, en muchas ocasiones, es de lamentar que junto á tales obras figuren todavía algunas con incorrecciones y deficiencias tan elementales, de tan rudimentaria ejecución, que son para señaladas por un profesor técnico y no en una revista. La ejecución correcta, segura de sí misma, perfectamente encajada dentro de los rudimentarios principios del arte, es imprescindible; es condición ya supuesta en el artista, su gramática común. Cuando el artista la posee en alto grado, claro que es de admirar como una de sus primeras cualidades; ¡tan difícil parece conseguirla rayana de la perfección! Cuando su deficiencia en este punto es parcial, transitoria, y á veces relegada á segundo término por mayores aciertos, claro también que es posible la crítica. Pero cuando no se posee ni poco ni mucho; cuando se halla sólo en embrión y se lucha todavía con ella, en realidad huelga toda advertencia: en realidad el autor no se halla en el caso de exponer. En todas las exposiciones celebradas aquí hubo siempre obras de esta última é ínfima categoría, y en la general las hay como en todas. Me parece que sería hora de rehusarlas y ser mucho más parco en las admisiones, hasta alcanzar una depuración que fuese por sí sola distinción anticipada y justa para los verdaderos artistas. Levantando el nivel éstos saldrían ganando, y con ellos, el público...

He dicho que ocupaban el vestíbulo los modelos de las estatuas del paseo de San Juan. Con las de Berenguer III, de Llimona, la Virgen, de Sala, y la de Jovellanos, de Fuxá, son las que atestiguan el renacimiento de la escultura monumental entre nosotros. No fué únicamente el cementerio el que se convirtió, por singular contraste, como se ha dicho y repetido, en cuna y plantel de la escultura catalana. La construcción de algunos nuevos monumentos (como la Universidad y el de Colón), el ornato de algunos paseos, la glorificación de personajes históricos sobre sus pedestales, y aun de algunos particulares... (que no pasarán seguramente á la historia), han producido últimamente algunas obras del género que podríamos llamar «heroico ó de apoteosis.» En todas ellas, nuestros artistas han tenido que luchar con graves inconvenientes: en las de personajes contemporáneos, con el traje moderno, que no resulta escultórico por más que se haga; en las de personajes históricos, con la falta, á veces absoluta, de noticias, no para alcanzar el parecido en el retrato, que esto sería quizás lo de menos, sino para imprimir á la fisonomía su propio y verdadero carácter. Faltando el retrato auténtico, lograr este carácter no es posible en absoluto; no cabe estudiarle en los rasgos fisonómicos, única manera de verlo claro para un escultor; no cabe exteriorizarlo y ponerlo de relieve acentuándolos, sujetándolos á una línea enérgica y dominante, aunque por aquí se perdiera la semejanza. Los artistas han debido ayudarse de noticias literarias las más veces, crearse un tipo de convención y substituir con él el preciso, expresivo y viviente de la individualidad enérgica del héroe, tanto más enérgica, tanto más viviente en sus trazos, cuanto que fué superior y de excepcionales condiciones. De aquí que apenas veamos en la mayoría de aquellas obras, dejando aparte otros defectos más salientes de algunas, sino una serie de figuras agigantadas sin valor y sin expresión, á las cuales se ha aplicado un nombre histórico. Hay, sin embargo, á mi ver, un medio de remediar este inconveniente, y es el de prestar mucha mayor atención de la que se presta á esas mismas noticias de la historia y la literatura, no limitándose á las que concretamente se refieren al personaje, sino á todo su tiempo, á todas las condiciones de su vida y á la misma índole de su celebridad. Claro está que todos estos estudios y datos no engendran inmediatamente la concepción plástica del escultor; pero la preparan, la fecundan, disponen á concebirla, por lo menos, animándola con un sentimiento determinado. Sobre todo, si á tales estudios acompañan el de la forma plástica más común en la época del personaje, el de la indumentaria, el de los diseños, el de la estatuaria y arquitectura, todos los cuales no son sino distintas formas manifestativas y lógicas del mismo carácter coetáneo, es posible llegar en una figura á una concreción final, emblemática é individual á un tiempo; viva, como debe de ser toda obra artística, y expresiva del carácter del personaje, sin nimios atributos que casi siempre se despegan. El *Berenguer*, de Llimona, me sugiere particularmente esta observación. Para mí es una bellísima estatua ecuestre, modelada con extraordinario vigor, simple y bien compuesta: viviente el caballo, enérgico, de silueta animada y correcta; noble y de bella actitud el jinete. Pero cuando al contemplarle se recuerda que aquel Berenguer es el primer fundador de la nacionalidad, ó el que esbozó sus primeros contornos; el primero que unió Provenza al condado; el contemporáneo de los trovadores y de las cortes de amor del siglo XII; el caballeresco paladín que libertó en campo cerrado á la emperatriz de Alemania, según la leyenda; el que inició con sus viajes á Pisa y Génova las relaciones marítimas de Cataluña con aquellas repúblicas; cuando tantos recuerdos nos asaltan, ocurre preguntarnos si el estudio y la lectura de tales hechos, acompañados de sus elementos pintorescos y escultóricos, no serían parte á inflamar la imagina-



MUSICAS JAPONESAS cuadro de Homphrey-Moore grabado por Baude. (Salón del Campo de Marte, París.)

ción del artista hasta concebir una figura más grandiosa, más noble y enérgica en su actitud, de lo que es hoy, animada de mayor sentimiento, y adornada de ricos ó pintorescos accesorios. El escultor atiende exclusivamente á las formas, á las líneas, al modelado; la intención ó el sentimiento literario son otra cosa; no caben tantos recuerdos é intenciones en una figura: todo esto es muy cierto; pero esto no quiere decir que no puedan inspirar aquellas mismas formas, aquellas mismas líneas, apartándolas de la trivialidad y vivificándolas con la pasión, el entusiasmo ó la exaltación poética que suscitan. La falta de esta sugestión proviniendo de un estudio profundo, de abundante lectura, de consultas repetidas, de cuanto pudieran procurarse los artistas respecto de la época del personaje, es la que suele echarse de menos en esos retratos históricos. Hay algo más en la historia que las fechas de nacimiento y muerte de un personaje, algo más que algunos pormenores de indumentaria con que evitar anacronismos, que á lo mejor no se evitan tampoco.

Fuera de las estatuas citadas hasta aquí, ocupan ambos lados del salón, en triple hilera, obras de tan variados géneros y tamaño y nacionalidades, que nos sería difícil agruparlas y clasificarlas. Desde la escultura religiosa á los bustos, bajo relieves y simples estudios, hay de todo en la actual Exposición.

Nótase, sin embargo, á simple vista que es escaso el número de obras religiosas que merezcan mención. Algunas son ya conocidas y elogiadas con justicia, como el *Cristo yacente* de Vallmitjana. Fuera de ésta, apenas podemos citar otras que la *Madona de Ripoll*, de estilo bizantino, de Pagés, y la *Virgen* con Jesús en brazos, de Serra, de un sentimiento penetrante, delicado y vivo, aunque la figura del Niño parece algo descuidada y no se halla á la altura del resto. En cambio, son más comunes las obras en que este mismo sentimiento toma una forma familiar ó dramática, harto dramática á veces. La *Medea* de Atché se halla en este caso: concebida con valentía y ejecutada vigorosamente, grita y declama, se descompone. De un sentimiento plácido, ó sereno en su expresión, compatible con una ejecución segura, hay los *Desamparados*, de Montserrat: tierna niña de pocos años abrazada á un rapazuelo llorando, que tiene muy delicados fragmentos; la *Formiga*, de Campeny: una labradora en actitud de recoger unas espigas, inspiración ó imitación en la escultura del género rústico de Millet, y un estudio de Blay titulado *El hijo pródigo*, uno de los mejores de la Exposición por su factura jugosa, espontánea y al propio tiempo correcta, y por el abandono y tristeza que el autor ha sabido comunicar á la figura.

Se hallan al lado de éstas, otras obras en que á la expresión y la vida, sinceras y gratas, se une cierta intención picaresca, ó que sorprenden simplemente una actitud, un gesto, un movimiento de ánimo, alegre ó risible. Pertenecen á este número, entre algunas de menos valor, el grupo de los *Monaguillos* de Arnau, tan expresivo y vivaz, y modelado con mucha soltura; un *Niño*, de Tasso, llorando y con una jaula en la mano, intencionado y gracioso; el *Bonjour*, de Carbonell, estudio de desnudo animado de una delicadeza serena y sonriente que atrae; y una figurilla retrato de Fontova en uno de sus papeles de sainete, por Chiloni, perfectamente caracterizada. Estos simples juguetes, propios para adornos de habitaciones, son los que comparten la atención con los bustos, donde la expresión y el carácter recorren toda la escala, de los cuales hay que citar, entre los mejores, uno de Llimona: cabeza preciosa de mujer, de una simplicidad encantadora; dos de Reynés, ya conocidos, palpitantes, vivos, modelados con la elegancia y por decirlo así voluptuosidad y fruición con que trata este artista las formas femeninas; otro de Blay, testa de viejo rugosa y expresiva, modelado con pastosidad y garbo; otro de Clarassó, de una expresión seductora de candorosa inocencia, sobre la cual resbala suavemente la luz como una caricia, y una testa de guerrero de Atché.

Entre las pocas obras en relieve que figuran en la Exposición, es notable el de la *Traslación de los restos de Santa Eulalia* (1339), por Arnau, composición muy bien entendida, particularmente en sus últimos fragmentos, y con algunas figuras de excelente dibujo y realmente bellas, como la de uno de los concelleres y las de los obispos, aunque en éstas el autor hubiera podido atender más á introducir mayor variedad en las fisonomías. En bajo relieve hay también un medallón-retrato, de Tasso, fundido en bronce y ejecutado con la gracia, el desenfado y la delicadeza suave y ligera de un pastel, que parece ha de desvanecerse en un soplo.

Como en la sección de pinturas, figuran también en ésta algunas obras de escultores difuntos, agrupadas convenientemente y renovando así con oportunidad su recuerdo en ocasión en que es más de lamentar su irreparable ausencia. De Novas se ha traído al Salón, con el busto de Cervantes y algunas figuras de escaso mérito, el celebrado *Torero moribundo*. De Gamot se sostiene sin haber desmerecido en lo más mínimo, pudiendo colocarse por el contrario al lado de las mejores por su elegante silueta, el *Arabe en oración*. Muy cerca de él, *El primer paso* consagra plenamente con su primorosa ejecución la justa celebridad de Oms, de los pocos á quienes cabe llamar artista, sin distingos ni restricciones.

Finalmente, de las esculturas extranjeras poco hay que decir. Sólo dos naciones se hallan representadas en esta sección: Italia y Francia; Italia con bastantes obras: algunas copias antiguas, algunas figuras, algunos bustos; pero no sólo no hay entre ellas nada de excepcional y aun de regular mérito, sino que la mayoría de ellas, perteneciendo á ese género intermedio entre el arte y la industria, ó mejor, más industriales que artísticas, obligan á repetir lo que pasa ya por estereotipado en las revistas cuando se trata del arte escultórico italiano en el extranjero: es arte de exportación, amanerado y bonito unas veces, como en los grupos en bronce, sentimentales y para chimeneas, y guasas ó *charges* de taller, en el género picaresco. Una sola excepción hay que hacer, y ésta notable: una figurilla de pilluelo, su autor Tabera, que lleva por título: *C' est mi*, un juguete en tamaño, que vale por su calidad artística más que muchos colosos. La escultura de Francia está representada por Dionisio Puech con una obra notable: un bajo relieve religioso, *La Virgen y San Antonio de Padua*, de una corrección de dibujo y de un sentimiento verdaderamente exquisitos. El mismo autor exhibe además una cabecita admirable Poco es en número, pero excelente en calidad.

J. YXART

ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII

(Continuación)

Corrió en el acto á buscar á Pipolín, y colocando entre las manos de éste un alfanje con vistosa empuñadura de oro, le dijo:

- Adorado Pipolín, si en algo tienes la vida, obedéceme ciegamente. He ganado á un esclavo, que dejará abierta esta noche la puerta del jardín que da á la playa. Cuando tus guardias se hayan retirado, como de costumbre, deslízate sigilosamente y corre á la orilla del mar. Allí encontrarás una barca tripulada por seis marineros: enséñales el alfanje encantado; en el acto serás admitido á bordo y te obedecerán como si fueses el emperador en persona. Yo no tardaré. Ahora me precisa entrar en palacio para asegurar el éxito de nuestra fuga.

Pipolín se quedó como quien ve visiones, con aquel chafarote entre las manos, mientras Rosalinda se internó presurosa en el palacio. Una vez en la habitación contigua á la que ocupaba la autora de sus días (entretenida á la sazón en hacer solitarios), escribió un conjuro misterioso en un pedacito de papel, y pasando á la habitación inmediata, deslizó hábilmente el conjuro en un bolsillo de su madre. Inmediatamente, la buena señora se quedó dormida lo mismo que un marmolillo. Rosalinda, con esa timidez propia de la inocencia, cogió sin pérdida de tiempo cinco ó seis puñados de diamantes y piedras preciosas (algunos dicen que siete) y corrió á la barca, donde ya le aguardaba Pipolín. No bien Rosalinda hubo puesto el pie á bordo, la barca voló sobre el mar con la rapidez de una gaviota.

Mientras tanto, el Gran Turco se dirigía á las habitaciones de su augusta esposa para comunicarle la fausta nueva de que al día siguiente por la mañana iba á darse por fin su ansiado baño de sangre. Llamó á su esposa repetidas veces; mas como no consiguiera despertarla ni gritándole al oído, ni tirándole de las orejas, creyó que era víctima de un accidente, y comenzó á dar grandes voces de alarma.

- ¡Pronto! ¡Aquí todo el mundo! ¡Volando!

Acudieron las damas de honor, acudió la servidumbre, acudieron los médicos, todo el mundo acudió. Y en medio de aquel estrépito infernal, la emperatriz no daba acuerdo de su persona.

- Es un ataque, dijeron los médicos. Hay que poner á Su Majestad en el lecho y sangrarla de los cuatro remos.

Retiráronse todos, excepción hecha de las damas de honor, que se quedaron desnudando á la emperatriz. No bien le hubieron retirado las faldas, y por consiguiente el bolsillo en que estaba el conjuro, la emperatriz abrió los ojos lo mismo que tazas, y comenzó á gritar desaforadamente:

- ¡Ah, infame, tunanta, mala hija!... Se escapa con Pipolín... Pero yo lo evitaré. Aún es tiempo.

Y dejando con un palmo de narices á sus damas de honor, que la creían loca, salió por una puerta de escape, y corrió desalada hasta la orilla del mar. Sonaba en aquel momento la media noche, y no se divisaba la embarcación más pequeña en toda la extensión de la playa. Furiosa la emperatriz, arrancó una hoja de una palmera que crecía allí cerca, sopló tres veces sobre ella, y la arrojó al mar. En el acto, la hoja de palmera se convirtió en una esbelta canoa. Saltó dentro la sultana, é inmediatamente la canoa, sin velas ni remos ni remeros, cortó las olas con la rapidez de una flecha.

Rosalinda huía con su amante, cuando de pronto exclamó mirando hacia atrás:

- ¡Somos perseguidos! ¡Mi mamá! ¡Ahí viene mamá!... ¡Virad, virad aprisa! Ella corre con más rapidez que nosotros... Va acortando la distancia... Se aproxima...

- ¿Pero dónde está?, decía Pipolín, con los ojos abiertos hasta salírsele casi de las órbitas. ¿Te has vuelto loca, mi adorada Rosalinda?

- No, no; ella es invisible á tus ojos, pero no á los míos, porque sé de magia tanto como ella.. ¡Pronto, pronto, ó estamos perdidos! Príncipe mío, saca el alfanje encantado, tira un tajo hacia aquí... ¡hacia aquí!

El príncipe, más por complacer á su amada que por otra cosa, largó al buen tuntún un chafarotazo con todas sus ganas en el sentido indicado por Rosalinda. En el mismo instante resonó allí próximo un grito de dolor. Los remeros, que nada veían, estaban pálidos de terror.

- ¿Qué he hecho?, exclamó Pipolín. A juzgar por la resistencia que ha encontrado mi alfanje, debo haberla partido por la mitad del cuerpo.

- No, replicó más tranquila Rosalinda, le has cortado únicamente las dos manos, que alargaba ya para asir nuestra barca. Pero ha sido suficiente, añadió exhalando un profundo suspiro, como desahogo á la ternura filial que la embargaba.

- Siento mucho, dijo Pipolín, haberle cortado las manos á tu mamá.

- ¡Bah!, contestó Rosalinda, ya le volverán á crecer.

- ¿Las manos de las hechiceras son, pues, como las bocas ó patas de los cangrejos?, preguntó él.

- Exactamente, contestó ella.

- En ese caso, doblemos la hoja y no pensemos más en ello, repuso Pipolín.

La sultana, al entrar de nuevo en su palacio, corrió al encuentro de su esposo, y le dijo, mostrándole sus dos brazos mutilados:

- ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! (debió decir, te cortarán las manos). Tu hija ha huído con ese maldito príncipe Pipolín, á quien el infierno confunda. Ya no te darás el baño de sangre. Tu salud está perdida para siempre. Y todo por una hija ingrata y desnaturalizada. ¡Muchas veces he llegado á dudar que Rosalinda sea hija tuya! Yo voy á morirme del sofocón.

Y como estaba acostumbrada á salirse siempre con la suya, lo hizo como lo dijo, se murió.

En cuanto al Gran Turco, acostumbrado á no tener otra voluntad que la de su esposa, inclinó la cabeza «como una res destinada por su dueño al matadero,» y se murió también.

Pero la sultana, antes de morir, tuvo tiempo de cumplir con el último deber maternal: maldijo á su hija.

- Ojalá, dijo, que al primer beso que reciba tu amante de otra mujer, te borres de su corazón y de su memoria.

III

Llegado que hubieron los dos amantes al puerto de Clarafuente, capital del reino de Meloria, Pipolín dijo á Rosalinda:

- Adorada mía, aguárdame unos momentos en esta barca; el tiempo indispensable para ir á buscar séquito digno de tu posición y de la mía, á fin de conducirte á mi palacio.

¿Cómo describir los transportes de júbilo con que fué acogido el príncipe? Lo habían llorado por muerto, y su vuelta á Meloria era una verdadera resurrección. Reconocido en la calle por el pueblo, fué llevado en triunfo hasta palacio. Los reyes, padres de Pipolín, tuvieron noticia de lo ocurrido por los atronadores gritos de la multitud. ¡Qué vivas! ¡Qué entusiasmo!

En el momento mismo de pisar el príncipe las escaleras del regio alcázar, su madre, vestida aún de luto y loca de alegría, se precipitó sobre él, lo estrechó entre sus brazos y lo colmó de besos. Inmediata-

mente se cumplió la maldición de la sultana. Rosalinda se borró del corazón y de la memoria de Pipolín, como si jamás la hubiese visto. Y con ella se borró también el recuerdo de todo lo ocurrido desde su apresamiento por los turcos. No hubo forma humana de arrancarle explicación ninguna.

Durante tres días hubo fiestas públicas en todo el reino. Rosalinda, llena de amarga tristeza, oyó aquella noche desde la barca los acordes de las músicas y vió las chispas de los fuegos artificiales. Convencida al fin de que había sido abandonada, saltó en tierra al día siguiente. Entonces recordó que sus piedras preciosas estaban en los bolsillos de Pipolín, á quien ella las había confiado. Se hallaba en un país desconocido y falta de recursos. Pero Rosalinda era mujer de ánimo, y no se achicó. Tomó en alquiler una soberbia casa frente por frente al palacio real, la mandó amueblar con extraordinario boato, se rodeó de numerosa servidumbre y hasta compró un carruaje con su magnífico tronco de caballos. El rico traje de Rosalinda y aquel diamante colosal que llevaba en uno de sus dedos le facilitaron crédito para todo. En Meloria, como en otras muchas partes, la gente se paga del exterior.

No tardaron los cortesanos y la gente acomodada de Meloria en atisbar á la hermosa extranjera y en disputarse sus favores. Rosalinda, por su parte, lejos de ocultarse á las miradas, hacía pública ostentación de su lujo y de su hermosura. Se proponía de este modo llamar la atención de Pipolín y atraerlo nuevamente por los celos. El plan podía no ser malo; pero el crédito se agota, y Rosalinda no tenía dinero para hacer frente al tren de vida que llevaba. Y aquí entra la parte más curiosa de este cuento, donde no se sabe qué admirar más, si el gran talento de Rosalinda ó las raras virtudes de que se hallaba adornada aquella princesa turca; sobre todo, ¡qué honestidad!, ¡qué pudor! Véase la clase.



¡FUERA PENAS!, cuadro de Joaquín Agrassot

A fin de obtener dinero, Rosalinda fingió acceder á los ruegos de un viejo ricachón consejero del rey, que le ofrecía mil ducados por el solo favor de una entrevista privada. Una hora después de recibir el viejo consejero un billete muy lacónico dándole cita para aquella noche, recibía Rosalinda los mil ducados en una bolsa de seda carmesí, juntamente con un rico vestido de brocado de oro con elegantes mangas de punta de Venecia.

– Bien se conoce, exclamó Rosalinda, que el pretendiente no es un joven.

En punto de la media noche, según lo convenido, el viejo adorador se introdujo furtivamente por la puerta falsa del jardín, y se deslizó sin hacer ruido hasta la habitación en que lo aguardaba Rosalinda. Hallábase ésta reclinada sobre un diván, en actitud por todo extremo interesante. Se adelantaba el vejete contemplándola con la baba caída, cuando ella le dijo:

– Comenzad al menos por cerrar esa puerta.

La orden había sido cumplida, pero ella lo contuvo nuevamente diciendo:

– La puerta no está cerrada, vedlo.

– Perdón, señorita; es efecto de la ansiedad misma que experimento por complaceros.

Volvió á cerrar nuevamente, y cuando se hallaba á un paso del diván, Rosalinda le gritó con tono áspero:

—¡Pero esto es insoportable! Si no queréis cerrar la puerta, decidlo al menos.

El pobre hombre volvió atrás por tercera vez. La puerta se cerraba; pero en cuanto él se volvía de cara á Rosalinda, ¡tras!, saltaba el pestillo, la puerta giraba sobre sus goznes produciendo un largo chirrido que parecía burlarse de él, y le pegaba un fuerte porrazo en las espaldas. Volvía él á su faena, jurando y perjurando que había de salirse con la suya, mientras Rosalinda decía lánguidamente:

– Esto me crispa los nervios. ¿De qué habéis de ser capaz si no servís para cerrar una puerta?

Al amanecer, duraba aún aquel ejercicio. Rosalinda dijo entonces al consejero:

– Nuestra entrevista ha terminado. Retiraos pronto, á fin de no comprometerme.

No deseaba cosa mejor el buen hombre, según estaba de molido. Salió de allí bañado en sudor, echando pestes contra el carpintero que había hecho aquella maldita puerta.

¡Y la virtud de Rosalinda, firme como una muralla!

Pocos días después tocó el turno á un acaudalado israelita, cuyas insinuaciones aceptó Rosalinda bajo la forma y las especies de dos mil ducados. El judío cerró en seguida la puerta; y ya se disponía á sentar-



SEGADORA ASTURIANA, pintura al pastel de Cecilio Plá. (Exposición de pasteles celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1890.)



¿SERÁ MAL DE AMOR?, cuadro de Juan Looschen



LAS DOS HERMANAS, cuadro de Luis Jiménez, grabado por Baude

se con toda confianza al lado de Rosalinda, cuando ésta, cubriéndose el rostro con una mano, le dijo:

– Esa lámpara que está sobre el velador me lastima horriblemente la vista. ¿Seríais tan amable que la apagaseis?

Apresuróse galantemente el hebreo á obedecer la orden de la hermosa; pero la llama y la mecha de aquella lámpara se habían encariñado tanto, por lo visto, la una con la otra, que parecía de todo punto imposible separarlas. Soplando con toda su fuerza, no consiguió otra cosa el judío sino producir una lengua de fuego que llegaba hasta el centro de la habitación. El hombre era testarudo, y se sintió picado en su amor propio.

- ¡Pues qué!, dijo, ¿no he de conseguir yo apagar esta lámpara? ¡Ahora lo veremos!

Hizo una tremenda aspiración, infló sus carrillos hasta el punto de que parecían ir á estallar, y levantándose sobre las puntas de los pies, dió sobre la mecha un soplo formidable. La llama descendió, tomando la forma de un paraguas de fuego, pero no se apagó. El israelita recurrió entonces á otro medio: se arrodilló en el suelo y comenzó á soplar de abajo arriba. Un dardo luminoso subió inmediatamente hasta el techo.

– ¡Cuidado!, ¡cuidado!, gritó la bella Rosalinda, vais á quemar las colgaduras de mi lecho. ¿Sois tan torpe que no podéis apagar una lámpara sin producir un incendio?

El hebreo, desesperado ya, intentó apagar la lámpara de un furioso puñetazo, sin conseguir otra cosa que lastimarse no poco la mano y abrasarse dos ó tres dedos. Lleno de rabia y de despecho, comenzó á soplar en todas direcciones: daba cada resoplido como los fuelles de una fragua; pero la luz cada vez más viva.

Al entrar en la estancia el primer rayo de sol sorprendió al hebreo con los ojos desencajados, rojo como un salmonete, sopla que te sopla, y sin haber conseguido aún apagar aquella endiablada lámpara.

– Basta de soplidos, dijo por fin el israelita. Creo que he soplado más de lo que corresponde á mi dignidad y á mis creencias.

Y salió de allí para ir á la sinagoga.

¡Y la virtud de Rosalinda, firme que firme!

Presentóse en tercer lugar como pretendiente un respetable médico de cámara. Rosalinda puso como precio de esta entrevista tres mil ducados, que aquél entregó sin titubear. Entró como los anteriores por la puerta falsa del jardín al sonar la media noche. Rosalinda lo aguardaba vestida de blanco y prendido el cabello con frescas rosas de Alejandría. El viejo Galeno, al inclinarse para saludar, poseído de verdadero éxtasis ante tan sorprendente hermosura, oyó gritar á la bella:

– ¡No os aproximéis tanto, doctor! me habéis dejado caer en este ojo un cabello de vuestra peluca.

– Perdonadme... Eso no vale la pena... Voy á quitarlo inmediatamente... Permitidme... ¿Dónde está? Ah, sí, sí, ya lo veo.

Y asiendo el cabello con la punta de los dedos, tiró hacia afuera. El cabello salía y salía siempre y no acababa de salir.

– ¿Pero qué cabello es éste? decía el doctor. No he visto nunca nada semejante.

Cuando hubo retrocedido hasta la pared de enfrente, comenzó á liar el cabello á sus dedos, con lo cual consiguió volver á aproximarse á Rosalinda, que clamaba con acento dolorido:

– Acabad pronto, doctor; me estáis haciendo sufrir cruelmente.

– Señorita... voy todo lo de prisa que puedo; pero la verdad es que no hay ejemplo de un cabello de esta longitud.

Y, ya aproximándose, ya retrocediendo, cuando hubo cargado sus manos y sus brazos hasta los hombros, se vió precisado á girar sobre sí mismo, haciendo de su cuerpo un devanadero de aquel interminable cabello. El doctor estaba literalmente convertido en un ovillo, cuando los primeros reflejos de la aurora iluminaron la habitación. Entonces recordó que á las ocho de la mañana había de estar en palacio para recetar á un lorito de la reina que el día anterior había padecido una indigestión de garbanzos. Y como el quitarse la carga que tenía encima no era cuestión de un momento, salió apresuradamente con dirección á su casa. Por fortuna, el carruaje le aguardaba á la puerta, y pudo atravesar la población sin ser visto de los barrenderos, que hacían en aquella hora la limpieza pública. En un extenso tratado de patología externa que consulta aún el proto-medicato de Meloria, se consigna por el sabio doctor la posibilidad de que el ojo humano produzca un cabello capaz de unir los más apartados continentes; teoría que ha sido considerada por muchos como la idea madre para la invención del telégrafo eléctrico.

¡Y á todo esto la virtud de Rosalinda más firme que un roble! ¿Qué podía dar que decir con aquellas visitas á horas tan desusadas? ¿Y qué? ¿No tenía ella la conciencia tranquila? ¿no estaba limpia de toda mancha? ¡Pues entonces!... ¿Consentía ella la más mínima libertad á sus adoradores? ¿Se llevaba otro fin al recibirlos que el de sacarles los cuartos con mucho salero? ¿Habrá quien se atreva á sostener que aquello era un despojo inmoral? ¿Quiénes eran las víctimas de aquellos depojos? ¡Tunantes!!! ¿No habían querido ellos nada menos que...? ¡Pues hombre!... En fin, más vale callar. Si se fuera á hacer caso en este mundo de las malas lenguas... Lo cierto y la verdad es que la virtud de Rosalinda era cada vez más firme y más acrisolada.

JOSÉ TORRES REINA

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

El tocado de la favorita, cuadro de José Tapiró. – Amigo íntimo, compañero inseparable de Fortuny, de quien, además, era paisano, Tapiró deja ver claramente en sus obras los mismos gustos y la resultante de las mismas influencias que imprimieron un sello característico en las producciones del autor de *La Vicaría*. Como los de éste, distínguense los cuadros de aquél por la exquisita gracia de la composición, por la intachable corrección del dibujo, por la delicadeza y minuciosidad de la factura y sobre todo por la verdad y brillantez del colorido.

En los cuadros de Tapiró hay verdadero derroche de luz, al que se prestan admirablemente los temas que con predilección, casi exclusivamente, escoge para sus trabajos. La encantadora poesía que el modo de ser de las sociedades orientales presta á sus costumbres, tiene en nuestro compatriota intérprete habilidosísimo cuanto inteligente, y las hermosas notas de color que la naturaleza derrama sobre los paisajes y las ciudades de Oriente y los artífices imprimen en las telas, muebles, joyas y adornos de aquellas regiones, nada pierden de su riqueza ni de su intensidad cuando las traslada al lienzo este artista, para quien la paleta es mágico laboratorio donde evocados por su genio se combinan los tonos más enérgicos y los matices menos definidos.

El tocado de la favorita permite formarse concepto de la manera de componer y dibujar de Tapiró, y aunque por el grabado no pueda apreciarse la maestría con que trata el color, los que hemos admirado algunos de sus cuadros comprendemos cuántas bellezas habrá sembrado en éste, que tan ancho campo ofrece á la fantasía de un colorista.

Tapiró reside desde hace algunos años en Tánger; en aquella pintoresca ciudad recibe directamente las brillantes impresiones de luz que tanto nos cautivan en sus pinturas, y admira y estudia de cerca aquella naturaleza, usos y tipos, que en toda su magnificencia y con sorprendente fidelidad reproduce en sus encantadoras composiciones.

Estudios para el diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889.—Luneta del teatro de la Ciudad, de Viena; obras de Alberto Hynais. – Cuantos visitan la actual Exposición general de Bellas Artes, detiénense admirados, al llegar á la sección extranjera, ante unos preciosos trabajos del pintor austriaco Alberto Hynais.

Nació éste en Viena, en 1854, y en sus mocedades ninguna disposición demostró á las bellas artes; la visita de una Exposición decidió de su porvenir, y á pesar de la oposición de su padre entró en la Academia de Viena, ganando á la edad de 17 años el premio de composición. A poco entró en el taller de Feuerbach, que fué decidido protector suyo. Después ganó una pensión en Roma, y allí, encantado ante las preciosidades artísticas de la ciudad eterna, se despojó del último resto de su envoltura académica, haciéndose verdadero artista. Al poco tiempo, y en vista de lo poco que *oficialmente* había hecho, fué nuevamente llamado á Viena, y después de un período de sufrimientos y casi de miseria se trasladó á París, en donde trabó conocimiento con el célebre Baudry y entró en la Academia de Bellas Artes.

Desde entonces la carrera de Hynais ha sido como pocas brillante y en la Exposición Universal de París de 1889 ganó una medalla de oro y la cruz de la Legión de Honor, y recibió el encargo de dibujar el diploma para la sección austro-húngara, del cual reproducen algunos estudios nuestros grabados.

Entre sus principales trabajos decorativos figuran el del telón y palco imperial del teatro Nacional de Praga, que le valió la condecoración de la orden de Francisco José, y la decoración del techo y de las lunetas del teatro de la Ciudad, de Viena; una de estas últimas es la que el otro grabado representa.

Hynais figura actualmente entre los primeros pintores decorativos y pocos como él han dominado el género alegórico, que es de los más difíciles cuando en él se obtienen resultados como los que alcanza el famoso artista austriaco.

Músicas japonesas, cuadro de M. Homphrey Moore, grabado por Baude. (Salón del Campo de Marte, París.) – Este hermoso cuadro, de un *exotismo* tan elegante y gracioso, llamó poderosamente la atención en la última Exposición celebrada en el Campo de Marte de París. Y ciertamente no eran exageradas las alabanzas que se le prodigaron, pues en medio de la sencillez del asunto, supo el pintor trazar dos tipos perfectamente estudiados y presentados con naturalidad suma, embelleciendo la composición con las galas de color en que tan pródigos son los japoneses. Es éste un cuadro sobrio y lleno de carácter, en cuya contemplación se recrea la vista, atraída por la corrección con que aparecen sentidas y dibujadas las dos figuras y por la acertada distribución de los elementos secundarios que en la composición entran.

¡Fuera penas!, cuadro de Joaquín Agrassot. – Es Agrassot uno de los pintores que honran á España y á Valencia, en donde reside desde hace algunos años, confundiendo en una sola las simpatías que siente por la ciudad del Cid y por Alicante, su ciudad natal. Su nombre evoca el recuerdo de alguno de sus lienzos notables, que como el titulado *Las dos amigas*, figura entre los que encierra el museo del Prado. Al igual de otros pintores que tanto han enaltecido el arte español, ganó fama y crédito durante el período de su pensionado en Roma, y sus cuadros proporcionáronle la consideración que merecía por su relevante mérito. A su regreso de la ciudad eterna dedicóse á la pintura mural, trocando por último sus brillantes ensayos en este género por sus preciosos cuadros de costumbres, justamente apreciados por su buen colorido, estilo y precisión, trasunto fiel de ese conjunto de luz y de tonos, de asuntos y situaciones que caracterizan los lienzos genuinamente españoles.

Antes de la corrida, *Recuerdos de Murcia* y *La feria* son tres notas importantes entre las que pudiéramos llamar armónicas producciones de este distinguido pintor, que, cual si su paleta fuera inagotable fuente de vida, reproduce con primor y lozanía la fresca y jugosa vegetación de los verjeles que baña el Turia y la multiplicidad de tonos que ofrecen en sus trajes los tipos valencianos, abrillantados por el sol del Mediodía.

A otro género pertenecen los tres lienzos que ha remitido á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, que acusan desde luego una evolución artística en Agrassot; y como quiera que nos proponemos dar á conocer alguno de ellos á nuestros lectores, aplazamos para entonces consignar el juicio que nos merece este artista dentro del modernismo.

Segadora asturiana, pintura al pastel de Cecilio Plá. (Exposición de pasteles celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1890.) – La circunstancia de haberse ocupado á su debido tiempo de esta discreta producción del pintor valenciano nuestro buen amigo y colaborador D. Rafael Balsa de la Vega, nos releva é impide, hasta cierto punto, emitir nuestro juicio acerca de la obra y de aquel concurso, que revistió verdadera importancia, si se tiene en cuenta lo poco cultivada que ha sido en nuestra patria la pintura al pastel, á pesar de contar con tan hábiles maestros como lo fueron los Vicente Rodes y Rafael Tejeo.

Nos limitaremos, pues, á consignar que Cecilio Plá es uno de los jóvenes pintores valencianos que más honran á su patria y á su maestro Sr. Sala. Que nuestros elogios no son exagerados demuéstranlo las recompensas que merecieron sus cuadros titulados: *Dante en el Infierno* y *El entierro de Santa Leocadia*, premiados respectivamente en las Exposiciones Nacionales de los años 1884 y 1887.

Actualmente hállase ocupado en pintar varios techos que han de servir de preciado adorno de los salones del palacio de los señores condes de Valdelagrana.

Dadas las aptitudes de este joven artista, esperamos confiadamente que en lo porvenir ha de ofrecernos ocasión para ocuparnos de obras en que, por su mayor importancia, se manifiesten su genialidad y sus relevantes cualidades artísticas.

¿Será mal de amor?, cuadro de Juan Looschen. – Nos parece que el doctor ha puesto el dedo en la llaga: como él, creemos que la enfermedad de la bella joven no es de las que se curan en la botica sino en la vicaría. Los síntomas del amor no pueden, á los ojos del médico, confundirse con otro alguno, y por las explicaciones que de la dolencia le dan, bien habrá podido convencerse el facultativo de que no entra en su jurisdicción la enfermedad objeto de la consulta, y quizás sus palabras harán comprender á la inocente madre dónde debe buscar la medicina que devuelva la alegría y la salud á su hija.

El cuadro de Looschen es un fragmento de la vida social arrancado de la realidad misma: la situación, los personajes, las actitudes, las expresiones son otros tantos portentos de naturalidad, y el artificio artístico se desvanece de tal modo que nos parece estar adivinando lo que piensa y lo que siente cada uno de los actores de esta sencilla al par que interesantísima escena.

Las dos hermanas, cuadro de Luis Jiménez, grabado por Baude. (Salón de París de 1891.) – Es don Luis Jiménez uno de los artistas españoles contemporáneos que más universal y legítima fama han alcanzado, y esto es tanto más de admirar cuanto que su actividad artística se dedica con igual fortuna á varios géneros completamente distintos, produciendo en todos ellos obras que no vacilamos en calificar de maestras.

Sin salirnos de los cuadros que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, recordamos en este momento tres que con el que hoy publicamos justifican nuestro aserto: *El minué*, *La visita en una sala del hospital* y la *Confesión amorosa*. La elegancia y finura del primero truécanse en el segundo en concepción valiente para representar con trazos vigorosos y enérgicas pinceladas una hermosa página de la escuela realista, y en el tercero se convierten en encantador idilio campestre, lleno de sentimiento é inspirado en el más puro naturalismo.

Las dos hermanas es una nueva maravilla salida del pincel que tantas lleva creadas; aquel claro sembrado de plantas silvestres, por entre las cuales asoman las pintadas florecillas, y limitado en el fondo por espeso bosque, cuya sombra contrasta con la luz de los primeros términos, respira esa poesía especial que aun en los más ocultos rincones ofrece la naturaleza; y aquellas dos figuras, que acaso encierran un drama de orfandad que ha trocado en deberes maternales los cuidados de hermana mayor, están bien trazadas y mejor sentidas. Este cuadro, en suma, es una nota de inspiración que puede figurar al lado de las mejores del Sr. Jiménez y llama poderosamente la atención de los que visitan el actual Salón de París.



EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THEURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONTINUACIÓN)



Al fin se levantaron todos para tomar el café en el salón, y después de esto la señorita de Noirel, que no sabía cómo distraer á sus huéspedes, propuso tímidamente un *boston*, juego favorito del señor cura y de procedencia americana. La fisonomía de Gurgis expresó tal angustia, que Rogerio, compadecido de su amigo, hizo presente á su hermana que el viaje desde París era largo y fatigoso, y que su compañero y él necesitaban descansar; en una palabra, suplicóle que les permitiese retirarse temprano. Jacobita, muy impresionada, y sintiendo en el fondo cierto malestar, no deseaba otra cosa sino abreviar la reunión, y dijo á sus huéspedes que podrían obrar como si estuviesen en su casa. Al cabo de un cuarto de hora de conversación trivial junto á la estufa, el cura fué á buscar su sombrero y su bastón y los dos parisienses se dirigieron á sus habitaciones.

Cuando se hallaron con la palmatoria en la mano delante de su puerta respectiva, Rogerio tocó ligeramente en el hombro á su compañero.

– Vamos, amigo mío, murmuró, dejo á usted entregado á sus reflexiones... La noche es buena consejera.

– ¡Vaya usted al diablo!, contestó Gurgis, que ya no podía contenerse.

Y entró bruscamente en su aposento, encerróse en él y se consoló encendiendo un cigarro.

A pesar del fuego que chisporroteaba en la chimenea, la atmósfera era fría en aquella estancia, largo tiempo deshabitada. Gurgis amontonó varios leños, se puso un chaquetón, y comenzó á pasearse de un lado á otro.

Aunque estaba rendido de cansancio, la agitación le mantenía despierto. Dando vueltas como tigre en jaula, examinaba maquinalmente la cama de caoba, demasiado alta, con sus cortinajes de paño rojo guarnecidos de greca amarilla, el reloj con los vasos de alabastro en la chimenea, el papel de las paredes, de color salmón, imitando muaré, y los diversos cuadros que las adornaban. Dos de ellos eran litografías en color, de Boilly, titulados *El primer diente* y *El último diente;* los otros dos se reducían á paisajes iluminados, representando una erupción del Vesubio y la puesta del sol en el Bósforo.

«Todo está en armonía, murmuraba Gurgis con sorda cólera; el mobiliario y la dueña de la casa... ¡No, jamás podría yo vivir aquí!»

La vista de la «Puesta del sol en el Bósforo» le hizo pensar en el consulado que codiciaba.

«Pero si no me caso, continuó, ¿seré cónsul?... Voy á indisponerme con Noirel, y le conozco; es vengativo, y se manejará de tal modo que me dejarán pudrirme en las oficinas... Veamos; lo esencial es obtener el nombramiento... Cuando esté en posesión de mi consulado, nada me obligará á vivir en esta huronera, y hasta podré, con un poco de habilidad, persuadir á mi futura de que la residencia en el Asia Menor sería perjudicial para ella, por lo cual obraría sabiamente no saliendo de su provincia hasta que yo obtenga otro destino más cerca. Esa señorita tiene aficiones caseras, y sin duda mucho apego á su género de vida campestre; de modo que tal vez sería bastante fácil hacerle aceptar una separación momentánea. Después, una vez conseguido esto, nos veríamos solamente de tarde en tarde. En tales condiciones, mi ridículo matrimonio sería tolerable; daré mi nombre á la señorita de Noirel, y conservando mi independencia, dejaré á mi mujer una libertad honrosa, de la que estoy seguro que no abusará, siendo su fealdad para mí una excelente garantía... Pensándolo bien, este sería un medio de arreglar las cosas y salir airosamente del apuro... ¡Diantre, Noirel tenía razón; la noche es buena consejera!»

Y el señor Gurgis, arrojando su cigarro, desnudóse ligeramente, corrió el cortinaje, y murmurando contra los incómodos lechos de provincia, acabó por dormirse.

Al día siguiente, antes de almorzar, salió en busca del señor de Noirel y excusóse de su arrebato de la víspera.

– He reflexionado, según me aconsejó usted, díjole, y reconozco que no me conduje bien ni debía enfadarme... Cuando un caballero se coloca en una situación difícil, no le queda más que un remedio, y es salir de ella del modo más conveniente... Yo soy hombre cortés y me casaré con su señora hermana, pero deseo tener mi nombramiento en el bolsillo el día mismo en que deba efectuarse la ceremonia...

– ¡Perfectamente!, contestó Rogerio de Noirel. Me alegro mucho que al fin sea usted razonable... En cuanto al consulado, lo prometido es deuda, y puede usted contar conmigo.

Desde aquel momento, Gurgis hizo la corte á la hermana de Rogerio; mas á pesar suyo, el papel de novio no dejaba de parecerle pesado, y en el fondo profesaba á su futura un amargo rencor que á duras penas podía disimular. Por diplomático que fuera, juzgaba humillante fingir ternura á una joven que le inspiraba más aversión cada día. La señorita de Noirel era torpe, tímida y nada elegante; no sabía vestirse ni hablar ni presentarse; y á los ojos de Gurgis, estos eran otros tantos defectos imperdonables. Sus bruscos modales y sus aficiones rústicas irritaban al parisiense; su indiferencia por el qué dirán y por las conveniencias sociales espantaban al formalista Gurgis, acostumbrado á observar sobre todo la corrección y la etiqueta. He aquí por qué á veces sus repugnancias se traslucían á través de su máscara de cortesía y amabilidad, escapándosele en momentos dados palabras cruelmente irónicas, recalcadas por malignas sonrisas que desconcertaban á la pobre Jacobita. La joven reconocía que en su prometido faltaba expansión y ternura; preguntábase con secreta inquietud si hallaría más tarde en su esposo la simpatía é indulgencia que tanto necesitaba; y es probable que si las cosas no hubieran estado tan adelantadas, habría renunciado á unir su suerte con la de aquel hombre, cuya frialdad y lenguaje cáustico acentuábanse cada vez más á medida que se aproximaba el día fijado para el matrimonio.

La víspera de la ceremonia un coche condujo á Val-Dormant á un amigo del señor Gurgis que debía ser testigo, y á la mañana siguiente, cuando el futuro se disponía á vestir su traje negro, Rogerio de Noirel entró en la habitación y entrególe un número del *Moniteur*.

– Aquí tiene usted, le dijo, mi regalo de boda.

Gurgis desplegó el diario, buscó la sección oficial y leyó lo siguiente:

«Por decreto del 20 del actual, y á propuesta del Excmo. señor Ministro de Estado, el señor Gurgis (Evaristo Antonio) ha sido nombrado cónsul en Esmirna.»

Gurgis estrechó silenciosamente la mano de Noirel, guardando después el diario en su bolsillo, y los dos bajaron al salón, donde no se esperaba más que á ellos. Poco después la señorita de Noirel, escoltada por dos de sus parientes, se presentó con su traje de novia. Su vestido de cola y su velo á la judía distaban mucho de favorecerla; sus facciones irregulares, su boca grande y su maciza barba se pronunciaban más por las blancuras de la seda y el tul.

«¡Aún está más fea con su traje de ceremonia! pensó Gurgis, mientras se inclinaba para besar á la joven la punta de los dedos. ¡No, decididamente no podré acostumbrarme á ella!»

Varios coches alquilados en la ciudad vecina con-

dujeron á los futuros, á sus testigos y amigos á Champlain, donde se debía celebrar la doble ceremonia civil y religiosa. Terminada ésta, la comitiva remontó en el mismo orden la rampa de Val-Dormant, mientras las campanas tocaban á vuelo y los campesinos de las granjas hacían en honor de los recién casados varias salvas de escopeta que espantaban á los caballos de alquiler.

Habíase preparado uno de esos abundantes almuerzos-comidas que solamente vemos en el fondo de las provincias. Un poco antes de pasar al comedor, Noirel dijo á su hermana delante de los convidados:

– Jacobita, puedes felicitar á tu esposo, pues acaba de ser nombrado cónsul en Esmirna, lo cual os proporcionará el placer de hacer juntos un delicioso viaje de boda.

– Señora, repuso el recién casado con expresión hipócritamente confusa, debo excusarme á los ojos de usted de este nombramiento, que no esperaba tan pronto... Se me ordena marchar cuanto antes, y crea



usted que lo siento en el alma... Esmirna se halla tan lejos, que me remordería la conciencia obligar á usted á expatriarse.

– Tranquilícese usted, caballero, contestó la nueva señora de Gurgis, muy conmovida por aquellos delicados escrúpulos, pues aunque estoy poco acostumbrada á los viajes largos, recuerdo lo que el alcalde me dijo esta mañana: «La mujer debe acompañar á su marido;» y yo estoy dispuesta á seguirle adonde quiera que vaya.

Estas palabras no produjeron al parecer en Gurgis la agradable impresión que la señorita de Noirel esperaba; inclinóse silenciosamente, y durante todo el almuerzo su expresión de mal humor asombró á los convidados. Apenas se levantaron de la mesa, Gurgis se esquivó como pudo, subió precipitadamente á su habitación, y alguno que le encontró en la escalera oyóle murmurar entre dientes: «¡Ah!... ¡Eso no!... ¡De ningún modo!»

El amigo que sirvió de testigo se proponía volver aquella misma noche á París, y en el momento de marchar, Gurgis le acompañó, naturalmente, hasta el coche que debía conducirle á la estación; pero mientras el viajero se arrellanaba en los almohadones, después de haberse despedido, la portezuela se abrió de nuevo bruscamente, y el nuevo cónsul, precipitándose en el interior, ordenó al cochero acelerar la carrera, levantó los cristales y dijo á su amigo estupefacto:

– ¡Huyo contigo!... ¡Silencio!... Ya te lo explicaré todo en el camino...

El coche franqueó á escape la rampa de Val-Dormant, cruzó el puente y desapareció detrás de las casas de Champlain. Entretanto, la señorita de Noirel, su hermano y dos ó tres convidados que no debían marchar hasta el día siguiente, esperaban la vuelta del esposo, conversando alrededor de la estufa del salón. Una hora transcurrió sin que se presentase nadie; el rostro de Jacobita se alteraba; Rogerio fruncía el ceño, y ambos comenzaban á creer inexcusable la indiferencia de Gurgis. Los convidados pensaban lo mismo, aunque sin atreverse á manifestar claramente su sorpresa; pero de vez en cuando la conversación languidecía; seguíase un silencio lúgubre, un silencio de espera; y en aquel vasto salón no se oía más que el chisporroteo de la leña y el tic-tac del reloj. El señor de Noirel, visiblemente irritado, tiró de la campanilla, y un momento después presentóse Catalinita.

– Vé al aposento del señor Gurgis, dijo, y si está, adviértele que le esperamos para tomar el te.

La conversación se reanudó fríamente; transcurrieron cinco minutos, y después Catalinita reapareció con aire confuso.

– El señor no está en su habitación, murmuró con dificultad, como si le faltara el aliento; pero he visto sobre su mesa una carta dirigida á la señora... y he creído de mi deber traerla.

La señorita de Noirel, muy inquieta, habíase puesto ya en pie; cogió la carta sellada que le presentaba la doncella, rasgó con mano nerviosa el sobre, acercóse á la luz para leer el contenido, palideció mucho, y sin articular una sílaba dejóse caer sofocada en su sillón.

Rogerio, muy sorprendido, cogió la carta de sus manos y leyóla á su vez. Estaba concebida en estos términos:

«SEÑORA: Ya estamos casados, y usted se llama señora de Gurgis; me parece que este era su deseo y también el de su señor hermano. He cumplido mi palabra; pero habiéndome convencido por la experiencia de estos diez últimos días de la completa incompatibilidad de nuestros caracteres, creo obrar en interés de usted, así como en el mío propio, al poner entre nosotros la distancia que separa á Esmirna de Val-Dormant, suficiente en mi concepto para permitirnos á los dos movernos en nuestra esfera sin molestia ni enojos recíprocos. Creo conocer á usted lo bastante para estar persuadido de que á sus ojos, como á los míos, la libertad es el más precioso tesoro. Tengo la seguridad de que sabrá usted usar de ella, al igual que yo, con toda la conveniencia debida al nombre que lleva. Dispense, pues, mi brusca marcha, y acepte, señora, los afectos y la despedida de su muy respetuoso servidor. – *Antonio Gurgis.*

»P. S. Tenga usted la extremada bondad de enviar á París, dirigiéndole á la administración de correos, el equipaje que he dejado en mi habitación.»

III

Así fué como en la misma noche de su boda la señorita de Noirel pasó del estado de novia á la melancólica situación de esposa abandonada. Al día siguiente, Rogerio salió de Val-Dormant en seguimiento de Gurgis para demostrarle la incongruencia de su conducta; pero el nuevo cónsul no se había detenido más que para tomar dinero, y estaba ya en camino de Marsella. Ni amenazas ni ruegos bastaron para convencerle; la única cosa que de él se pudo obtener antes de embarcarse para Levante redújose á que firmara ante notario un acta por la cual autorizaba á su esposa para administrar libremente su fortuna personal.

Cuando Jacobita se hubo recobrado de su primer estupor y analizó sus sentimientos, admiróse de estar menos afligida de lo que había creído; y hasta experimentaba una especie de alivio al pensar que se libraba de la tiranía de un esposo cuyo carácter desagradable y sarcástico habíala inspirado durante diez días más temor que afecto. A decir verdad, el abandono del señor Gurgis resentíala en lo vivo, pero su amor propio era el que sufría, no su ternura; experimentaba amargo sentimiento por la injuria que la infería aquel singular esposo, abandonándola en el umbral mismo de la cámara nupcial, pero en nada echaba de menos al fugitivo. Su percance tuvo por resultado hacerla mirar con aversión el mundo, induciéndola á entregarse con más persistencia á sus costumbres rústicas; sólo de tarde en tarde iba á la ciudad, y volvió á su entretenimiento favorito de recorrer los bosques; pero ya no halló dentro de sí esa tumultuosa actividad, ese ímpetu juvenil, esa savia de esperanza que la sostenía antes en la soledad.

Sin darse apenas cuenta de ello, durante algunas semanas habíase entregado á sueños de amor y de vida familiar, que dejaban en el fondo de su corazón una especie de germen perturbador; y en su alma de joven no reinaba ya la calma virginal de antes. Ahora, cuando durante las noches de invierno removía meditabunda los leños de la chimenea, quiméricas visiones conyugales cruzaban por su mente; complacíala hacer castillos en el aire, y figurarse lo que habría pasado si el señor Gurgis hubiese sido otro hombre. Pensaba en la ternura que habría podido profesarle, en los deliciosos coloquios que hubieran tenido, en los hijos que más tarde podían venir, y todo esto la conducía á un penoso estado de agitación. Apenas quedaba dormida, asaltábanla amorosos ensueños; y por la mañana, bajo la impresión que en ella producían, despertábase con cierto confuso alborozo que se desvanecía gradualmente por la sensación de la realidad, y que la dejaba triste el resto del día por haber perdido aquella ilusión.

Cuando volvió la primavera, el padecimiento fué más acerbo aún.

En aquel país langrés, donde el invierno comienza pronto y acaba tarde, la primavera surge casi inopinadamente; de improviso prodúcese un derrame de savia, una superabundancia de vegetación y una florescencia que ablandan el corazón y conturban la cabeza: en el prado y en el bosque se oye el canto de las avecillas, y esta sensualidad difundida parece filtrarse en el alma de todos. El robusto cuerpo de Jacobita se estremeció bajo la impresión de aquella fiebre de la naturaleza; sus ojos estaban deslumbrados; percibía sonidos agradables; una dulce languidez penetrando en sus venas la enervaba, y á veces dejábase caer como rendida sobre la hierba del bosque. El aroma de las plantas parecía embriagarla, y al pensar en su aislamiento las lágrimas asomaban á sus ojos. Ni soltera ni casada ni viuda, veíase condenada á pasar el resto de su vida en aquella falsa situación. Y no tenía más que veintiséis años, y en su interior sentía agitarse su turbulenta juventud como el agua viva en un depósito cerrado...

Sus tribulaciones y sus pesares se acrecentaron durante el verano; después volvió el invierno con su silencio y su monotonía, y luego otra vez la primavera.

Una mañana del mes de junio la joven salió muy temprano sin más compañía que un perrito faldero que rara vez abandonaba; habíase propuesto inspeccionar una corta de árboles últimamente explotada, é internóse muy pronto en el bosque con su perrito, que ladrando entre las espesuras alejábase y volvía en busca de su ama, muy satisfecho de andar entre la hierba y sobrexcitado sin duda por las emanaciones primaverales. Era llegado ya ese período de las estaciones en que el bosque reverdecido se ostenta en todo su esplendor; los lirios del valle habíanse ya marchitado, pero las orquídeas alzaban aquí y allí sus panículos de singulares corolas, las madreselvas derramaban por todas partes sus perfumes y las ancolias lucían á la orilla de los senderos sus espuelas azules, mientras en los tallares jóvenes comenzaban á enrojecer las fresas. El sitio que la señora de Gurgis debía visitar era una superficie despojada de bosque que se extendía entre una línea de hayas y otra de grandes árboles; el sol caía á plomo sobre aquel gran cuadrado ya desnudo, donde solamente los vástagos de reserva que la poda había respetado sombreaban algunos espacios, y entre los cepejones, los troncos amontonados y las zarzas espinosas oíase el vuelo de los insectos que zumbaban en medio de una luz deslumbradora.

Mientras Jacobita se inclinaba para coger algunas fresas ya maduras, el perrito, que corría por todas partes, lanzó de repente un ladrido plañidero, y la señora de Gurgis, que se había precipitado en busca del animal, llegó precisamente á tiempo para ver huir una víbora que acababa de morderle. El perrillo se revolcaba gimiendo, y Jacobita desesperada dejó escapar también una exclamación de dolor, y cogiendo el faldero y examinándole en sus brazos, veíase impotente para administrarle la medicación necesaria á fin de contener los efectos del veneno. Iba á correr á través de los bosques en dirección á Val-Dormant, cuando un joven, apareciendo de pronto, dirigióse hacia ella presuroso. Acababa de oir los lamentos del perrillo y la exclamación de su ama, y acudió á informarse de lo ocurrido.

– Una víbora ha mordido á mi perro, dijo la señora de Gurgis... Estoy á una legua de mi casa, y antes de llegar á ella la herida podrá ser mortal... ¿Qué hacer, Dios mío?

– Tranquilícese usted, repuso su interlocutor, pues voy á propinar al perrillo el primer remedio... En este país, donde abundan tanto las víboras, jamás voy al bosque sin llevar un frasco de ácido fénico... Veamos primeramente en qué parte está la mordedura...

Así diciendo, cogió al faldero, que les miraba con esa expresión angustiosa y suplicante de los animales heridos, y arrodillándose examinólo con la mayor atención. Pronto vió que los colmillos de la víbora se habían clavado en una de las patas anteriores, y acto continuo practicó una ligadura sobre la parte lisiada.

—A pocos pasos de aquí hay agua, dijo. Venga usted, señora, y lavaremos por lo pronto la herida.

Jacobita se apresuró á seguir al joven, y á poco llegaron á un repliegue del terreno, donde se oían murmurar las aguas de un manantial entre las zarzas y los juncos. En un abrir y cerrar de ojos la herida quedó lavada, y después, á pesar de los aullidos del perro, el joven la cauterizó extensamente con ácido fénico.

—¡Ya está!, dijo; y ahora, si usted lo permite, llevaré el perrillo hasta su casa... ¿Dónde vive usted?

—En Val-Dormant... Soy la señora de Gurgis, contestó Jacobita, sonrojándose á pesar suyo.

—¡Ah! Pues somos vecinos... Yo habito en la Roserolle.

Hasta entonces, la joven, dominada por su emoción, apenas había tenido tiempo de examinar al salvador de su perrillo; pero una vez repuesta, miróle más detenidamente: era un joven de veinticinco años, que vestía el traje de cazador campesino; su chaquetón de terciopelo le sentaba muy bien, y debajo de su sombrero de anchas alas dejaba ver un rostro de expresión franca, aunque algo tímida. Tenía grandes ojos castaños, color moreno y barba rizada. Jacobita recordó haberle visto cuando se efectuó el entierro de la anciana viuda de la Roserolle, muerta el otoño anterior.

—¿Sería usted, caballero, sobrino de la señora de Chatelliers?, preguntó Jacobita.

—Sí, señora, Huberto de Chatelliers.

—Caballero, murmuró la joven, permítame usted felicitarme por este imprevisto encuentro y darle á la vez las más expresivas gracias... Si mi pobre *Amigo* llega á curar de la mordedura de ese espantoso reptil, á usted se lo deberé.

—¡Oh! *Amigo* curará, repuso Huberto de Chatelliers, mirando al faldero que llevaba en sus brazos; tengo dos perros que fueron mordidos también, y los he salvado por el mismo procedimiento...

Los dos jóvenes recorrieron larga distancia por el bosque, y fuéles preciso franquear una senda cuya estrechez les obligó á acercarse más uno á otro.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en la Roserolle?, preguntó la señora de Gurgis.

—No volví allí hasta que mi tía estuvo aquejada de su última enfermedad; pero cuando era niño, iba muy á menudo á pasar las vacaciones. Ahora he establecido definitivamente mi residencia en la finca, porque la buena señora me ha instituído heredero.

—Me extraña no haberle encontrado antes.

—Nada tiene de particular, pues como estoy de luto no hago visita alguna, y además, señora, yo soy casi salvaje. Antes de venir aquí, habitaba en pleno bosque, en una reducida posesión que tengo cerca de Wassy... No soy muy aficionado á la sociedad, porque en ella me encuentro desorientado.

—¡Como yo! exclamó Jacobita.

Así conversando llegaron por fin á Val-Dormant, y la señora Gurgis insistió en que su compañero de camino entrase á tomar algún refresco. Una vez instalado el faldero en su perrera, el joven Chatelliers estuvo conversando un cuarto de hora con Jacobita, y después despidióse de ella.

—Pasaré por Champlain, dijo al retirarse, y enviaré á usted al veterinario.

—Hasta la vista, caballero, contestó la joven; permítame repetir las gracias... y aunque no le agraden las visitas, cuando pase usted por las cercanías de Val-Dormant espero que vendrá para saber cómo sigue mi faldero...

Cuando el joven hubo desaparecido en la extremidad de la avenida de pinabetes, la señora de Gurgis permaneció largo tiempo pensativa; pero esta vez su meditación no tenía nada de triste. En el fondo de su alma, y á pesar de la inquietud que la infundía el percance del perro, experimentaba una vaga satisfacción; parecíale que el encuentro con su vecino de la Roserolle iluminaba con una luz más alegre la soledad de Val-Dormant, y creyóse de pronto menos aislada. Los modales torpes y la rusticidad del joven éranle simpáticos y agradábale aquel hombre, á quien el mundo intimidaba como la había intimidado á ella.



Así diciendo, cogió al faldero...

Huberto de Chatelliers llegó á la Roserolle pasando por Champlain, y una vez en su casa, reflexionó, mientras almorzaba, sobre su encuentro con Jacobita. Aunque fuera recién venido al país, hallábase al corriente del singular casamiento de la señorita de Noirel; más de una vez habían picado su curiosidad los detalles de aquella aventura, y deseó conocer á la heroína; pero era más salvaje aún de lo que él había dicho, y como la idea de ponerse en relaciones con su vecina le hizo entrever toda una serie de visitas y la molestia de vestirse de etiqueta, rechazóla presuroso. Huérfano á muy corta edad, educado en un colegio, y obligado á vivir á los diez y ocho años en la soledad de una morada perdida en el fondo de los bosques, Huberto buscaba distracción entre los guardas de la finca y los cazadores; agradábanle la vida libre y carácter franco de éstos y se cuidaba poco de llegar á ser «hombre de mundo,» tanto que esta sola palabra le infundía secreta repugnancia. Exceptuando la anciana viuda de Chatelliers, había frecuentado muy poco la sociedad femenina; nada le atemorizaba tanto como la necesidad de conversar un rato con una hermosa dama; y en cuanto á sus aventuras galantes, solamente se le conocían dos ó tres amoríos que, nacidos á consecuencia de una cacería, terminaban al día siguiente. Chatelliers no sabía en realidad nada de la mujer, pero lo desconocido femenino preocupábale algunas veces. Con frecuencia, cuando desde las ventanas de la Roserolle veía las torrecillas de Val-Dormant, pensaba, con una especie de tierna compasión, en aquella señorita de Noirel, abandonada en la noche misma de su boda, y cuya juventud se pasaba solitaria en el antiguo castillo sepultado en los bosques. El misterio de aquella existencia novelesca le preocupaba, y entregábase á varias reflexiones al pensar que la casualidad le haría encontrar tal vez algún día á la señora de Gurgis.

Ahora que este encuentro se había realizado, Chatelliers analizaba lentamente sus impresiones, preguntándose si la realidad correspondería á la imagen que él se había formado. Ciertamente, la señora de Gurgis no era linda; sabíalo ya de antemano por lo que de ella le dijeron, y sobre este punto no había sufrido por lo mismo ningún desencanto; esa fealdad, que no le sorprendió, no le parecía desagradable. Jacobita tenía hermosos ojos, puros como el agua de un manantial, dentadura muy blanca y robustas formas, cualidades que no podían disgustar á un joven salvaje como Huberto de Chatelliers. Lo que le había agradado sobre todo era la naturalidad y la franca cordialidad de la señora de Gurgis; había experimentado cierta satisfacción á su lado, sin que le impacientase un momento su compañía, y maravillóse sobre todo al ver que era tan viva, tan ingenua y tan poco amiga de cumplidos. Hasta parecióle que todo cuanto emanaba de ella era fresco y lozano como el verde follaje lleno de flores y de canoras avecillas.

Algunos días después encaminóse hacia Val-Dormant, entró en el castillo con el pretexto de preguntar por el faldero, fué recibido en el gran salón lóbrego, donde Jacobita acostumbraba á trabajar, y halló á la joven ocupada en leer junto á un gran ramo de rosas que perfumaba la estancia. El faldero estaba casi del todo restablecido, gracias á la intervención de Huberto y á los cuidados del veterinario de Champlain, y ya no había que temer. La señora de Gurgis expresó de nuevo á su vecino todo su agradecimiento, y la acogida que se le hizo demostró claramente al joven que se le recibía con gusto en Val-Dormant. Así como él estaba á sus anchas junto á la señora de Gurgis, así también ésta perdía poco á poco esa cortedad que la paralizaba delante de los extraños, y mostrábase tal como era, expansiva y entusiasta, dulce é ingeniosa. Aquella primera visita duró largo tiempo; Huberto la repitió la semana siguiente, y muy pronto se consolidó entre los dos vecinos, que se veían con frecuencia, un compañerismo familiar.

A partir de aquel tiempo, Catalinita, la doncella de la señora Gurgis, observó un cambio notable en las costumbres de su ama: Jacobita comenzaba á ser casi coqueta; se aficionaba al tocador, engalanábase con más cuidado, y sabía sacar mejor partido de su abundante cabello negro. Preocupábale el corte de sus vestidos, cuidábase más minuciosamente de la blancura de su ropa interior, se ponía flores en el corsé, y no descuidaba nunca el aseo de sus manos. Por instinto llegó á encontrar un adorno que le sentaba bien; pero lo que la transfiguraba y embellecía sobre todo era una expresión de felicidad en su semblante, como una irradiación interna que se reflejase en su exterior y que realzaba cuanto había de agradable en ella: el brillo de sus ojos castaños, la bondad de su sonrisa y la suavidad satinada de su cutis.

IV

También Huberto notaba de día en día aquella transformación, y por esto sin duda comenzaron á ser sus visitas más asiduas. A fuerza de vivir junto á la señora de Gurgis, no le chocaban ya la irregularidad de sus facciones ni la excesiva robustez de sus brazos y manos; solamente veía sus ojos húmedos y de dulce mirada, su talle flexible y sus labios rojos, entreabiertos por la sonrisa. Cuando á los veinticinco años se encuentra un hombre todos los días junto á una joven amable y fresca, y la trata con familiaridad, acaba por descubrir en ella atractivos que no sospechó en un principio; y he aquí por qué poco á poco fué surgiendo el amor, sin que apenas lo notaran los dos vecinos.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DE VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PURIFICACIÓN DE LAS AGUAS PARA LA ALIMENTACIÓN DE LAS POBLACIONES

(Conclusión)

EL PURIFICADOR ANDERSON

Purificación por el hierro. – Desde el punto de vista de la purificación de las aguas, la ciudad de Amberes se encuentra en condiciones especialmente desfavorables, puesto que está situada en un país llano, apartado de manantiales y sin ninguna capa subterránea de buena calidad. Antiguamente alimentábase la ciudad con agua de pozo, que las más de las veces es impura; á consecuencia de un estudio hecho para el establecimiento de una distribución de agua, reconocióse que la solución mejor ó menos mala consistía en tomar el agua en Waelhem del Nethe, punto distante 18 kilómetros de Amberes. Esta agua está contaminada por los terrenos turbosos que atraviesa; además, la marea creciente invierte el sentido natural de la corriente y hace refluir las aguas del Sena, cargadas con todas las impurezas de Bruselas. Todos los ríos cuyas aguas empujan las mareas hacia la presa tienen una débil velocidad media y atraviesan poblaciones importantes. No faltan, pues, causas de contaminación. El agua que se ha de purificar es amarillenta y de olor nauseabundo y está cargada de toda suerte de impurezas en estado filamentoso, hasta el punto de que en un espesor de sesenta centímetros intercepta casi por completo la luz.

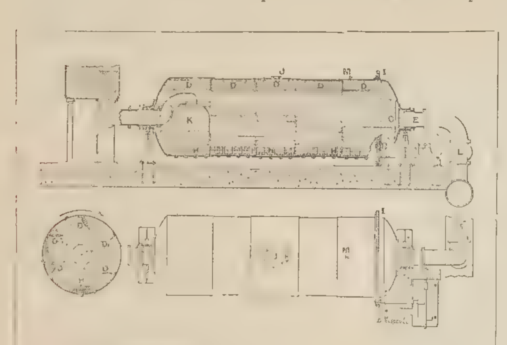


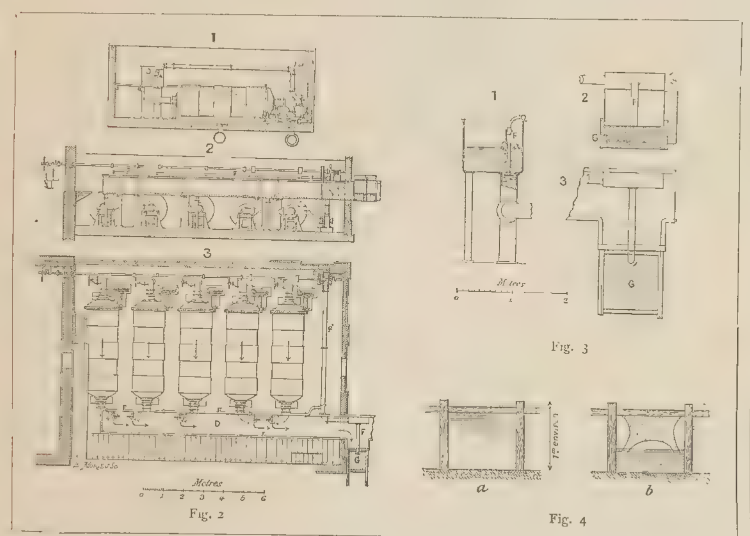
Fig. 1.—El purificador Anderson

Algunos ensayos de decantación y de filtración por la arena no dieron resultado satisfactorio, en vista de lo cual se probó la filtración por medio de la esponja de hierro, nombre que se da á un producto resultante de la reducción imperfecta del mineral de hierro llamado hematita, que se presenta en estado esponjoso y que está formado por una mezcla variable de hierro y de óxidos de hierro compuesta, por término medio, de 80 por 100 de hierro y de 20 por 100 de oxígeno. Una mezcla de este producto con tres veces su volumen de arena dispuesta en capa de 0'90 metros de grueso, reemplazaba la capa filtrante superior de los filtros de arena antes descritos. Esta operación dió en un principio resultados satisfactorios; pero á medida que aumentaba el consumo, el caudal de agua era insuficiente, los filtros se obstruían en casi toda la profundidad de la capa superior y la limpia resultaba á unos precios prácticamente inadmisibles. Fracasada esta tentativa, se inventó el procedimiento Anderson, que es el que actualmente funciona.

El agua es dirigida á los purificadores, llamados revólveres, en donde se pone en contacto con el hierro, y después de muy aireada se la desembaraza por medio de la decantación de la mayor parte de sus impurezas y finalmente se filtra.

El revólver (fig. 1) se compone de un cilindro horizontal de palastro de 4'50 metros de largo por 1'50 de diámetro, que puede girar sobre dos gorrones huecos colocados en los extremos de su eje y provistos de prensa-estopas, que forman juntura estanca entre el cilindro giratorio y los conductos fijos: estos dos gorrones sirven el uno para la entrada y el otro para la salida del agua. Una plancha circular *G*, situada enfrente del orificio de entrada, sólo deja entre ella y la pared del cilindro un espacio anular de un milímetro é impide que la corriente se establezca directamente de un gorrón á otro, repartiéndola en toda la sección del cilindro.

Por medio de una corona dentada *I* que engrana con un piñón, un motor hace girar el cilindro con una velocidad de dos metros por minuto medida á la circunferencia; el cilindro contiene una décima parte de su volumen de fragmentos de hierro ó de carburo de hierro de medio á un centímetro de grueso y de cualquier forma. Unas aletas *D* remachadas en el cilindro levantan los fragmentos de hierro durante la rotación y los vuelven á dejar caer al través de la masa de agua. Gracias al tamaño adoptado para estos fragmentos, se logra en muy poco volumen una gran superficie de contacto; y al propio tiempo estos fragmentos son bastante pesados y chocan entre sí con suficiente fuerza para que sus superficies se mantengan constantemente limpias. Otras aletas, *H*, cuya oblicuidad con relación á las generatrices del cilindro puede graduarse á voluntad, obligan á retroceder al hierro que la corriente empuja hacia delante. La campana *K* fijada en el conducto de salida y que no gira con el cilindro, se opone al arrastre de las pequeñas partículas de hierro desprendidas á consecuencia de los choques y del roce. Una abertura, *J*, por donde puede introducirse un hombre, sirve para inspeccionar el aparato, y una espita, *M*, permite la expulsión del aire en el momento de llenarse el cilindro.



Figuras 2, 3 y 4. – Fig. 2. Obras hidráulicas en Amberes. Batería de purificadores rotativos de Waelhem. 1 y 2, secciones. 3, plano.—Fig. 3. Aparato para la inyección de aire. *FF*, tubos de llegada del aire. *GG*, falso fondo perforado y canal abierto. 1 y 2, secciones. 3, plano. – Fig. 4. *a*. Depósito de decantación durante su funcionamiento normal. *b*. Membrana formada por la impureza de las aguas.

El agua debe permanecer en el cilindro tres ó cinco minutos, según su grado de impureza, de manera que un cilindro de las dimensiones de los de Amberes puede tratar 3.000 metros cúbicos de agua por día, bastando de cuando en cuando añadir en él la cantidad de hierro correspondiente á la cantidad de agua que por él ha pasado.

Al salir del cilindro el agua está fuertemente cargada de sales y de óxidos de hierro, y muy turbia, presentando un color de orín muy pronunciado y exhalando todavía un olor á limo, lo que prueba que la purificación no ha terminado. Entonces se la airea inyectando aire en los tubos agujereados y sumergidos en una balsa que recibe el agua al salir de los cilindros. También se inyecta aire debajo de una plancha de cinc perforada, que forma como un doble fondo del tubo de evacuación de las aguas á la salida de la balsa. La aereación, por último, se completa haciendo saltar el agua en cascada sobre gradas provistas de cok.

La fig. 2 representa la instalación de los cinco revólveres de Waelhem; la fig. 3 reproduce los detalles de la inyección de aire.

Después de aireada, el agua es decantada y luego filtrada, produciéndose con ello dos acciones, una química y otra mecánica. Por la fuerza del hierro y del oxígeno del aire y á consecuencia de reacciones difíciles de precisar, las materias orgánicas quedan en gran parte destruídas. Además, sea en los estanques de decantación, sea en los de filtración, los compuestos ferruginosos se depositan en forma coloidal, englobando las materias en suspensión y los microorganismos, produciéndose un efecto análogo al de la coladura de los vinos. La decantación se precipita, y por otra parte, la capa coloidal depositada en la superficie de la arena de los estanques de filtración forma la verdadera capa filtrante y permite el empleo de arena gruesa que sirva simplemente de sustentáculo, con lo que la filtración resulta más perfecta y más rápida. En Waelhem se ha conseguido un caudal de cuatro metros cúbicos por metro cuadrado y día, en vez de 2'50 que producen los filtros sencillos. Al mismo tiempo las limpias son más fáciles y no han de hacerse con tanta frecuencia. Las impurezas, en vez de penetrar en la arena, quédanse en la capa coloidal; de aquí que basta raspar en un espesor de un centímetro, y aun quizás bastaría un simple barrido.

Así se obtiene un agua límpida, inodora y de buen sabor, sin más micro-organismos que los que se observan en la mayoría de aguas potables, resultado tanto más sorprendente si se tiene en cuenta la extraordinaria impureza de dicha agua en su punto de partida. Por este procedimiento se purifican aguas para las cuales no basta la simple filtración; y aun en las que pueden filtrarse, el sistema Anderson aumenta la producción de los filtros, apresura el depósito de las materias en suspensión y permite disminuir considerablemente el coste de las instalaciones y de las limpias.

Como el conjunto de las instalaciones de Waelhem es anterior á la invención del procedimiento Anderson, hubo que adaptarle á éste lo mejor posible, y por lo tanto no puede citarse como modelo.

Los revólveres pueden ser de varios tamaños, desde 0'068 á 14 metros cúbicos de capacidad; pueden tratar en 24 horas desde 20 á 6.000 metros cúbicos y exigen una fuerza motriz de 1'6 á 66 kilográmetros por segundo.

Este procedimiento ha sido aplicado á varias ciudades de Holanda y ensayado en Berlín, en París y en Boulogne-sur-Seine. En este último ensayo pudo presenciarse un hecho que demuestra el modo de obrar el procedimiento. Los estanques de decantación estaban formados con delgados tabiques estribados por barras de hierro redondas que tocaban la superficie del agua durante el funcionamiento normal (figura 4 *a*). En un momento dado se vaciaron lentamente los estanques y pudo verse cómo se formaba una membrana como de colodión, que pendía de la barra de hierro á modo de cortina (fig. 4 *b*).

Este procedimiento puede aún ser perfeccionado, pero tal como es, permite purificar las aguas que se resisten á otros procedimientos.

P. LLAURIOL

(De *La Nature*)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE BLN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
Frasco: 5 fr. — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 16

PILULES DE BLANCARD
A L'IODURE DE FER INALTERABLE
SIROP D'IODURE DE FER INALTERABLE BLANCARD

Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrófulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N.B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Píldoras de Blancard*, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantía de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

SOCIEDAD de Fomento Medalla de Oro. PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 Medallas de Honor.

con LACTUCARIUM (Jugo lechoso de Lechuga)

Aprobados por la Academia de Medicina de París é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma é irritacion* de la garganta, han grangeado al JARABE y PASTA de AUBERGIER una inmensa fama. »
(Extracto del Formulario Médico del Sor Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26a edición).
Venta por mayor: COMAR Y Ca, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

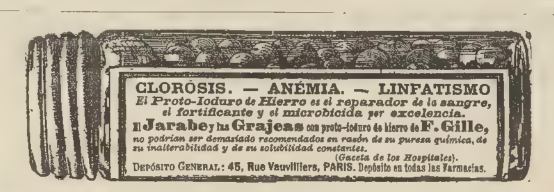
ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR · · de PEPSINA BOUDAULT
VINO · · de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS · de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.



APIOL
de los Drs JORET & HOMOLLE
El APIOL cura los *dolores, retrasos, supresiones de las* **Epocas**, así como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los Drs JORET y HOMOLLE.
MEDALLAS Expes Univles LONDRES 1862 - PARIS 1889
Farla BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

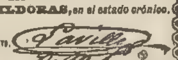
VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas enérgico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbuticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GOTA Y REUMATISMOS
Curacion por el LICOR y las PILDORAS del Dr Laville: el LICOR se emplea en el estado agudo; las PILDORAS, en el estado crónico.
Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerías.—Remítese gratis un folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:



JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagracion del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Pídanse estos medicamentos

LOS QUE TENGAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las
PASTILLAS PECTORALES
del **Dr. Andreu** y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la **TOS** al concluir la primera caja.
Para el **ASMA** prepara el mismo autor los **Cigarrillos** y **Papeles azoados** que lo calman al instante.

LOS RESFRIADOS
de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el
RAPÉ NASALINA
que prepara el mismo **Dr. Andreu.**
Su uso es facilísimo y sus efectos seguros y rápidos.

PARA tener la BOCA
SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR** y los **POLVOS** de
MENTHOLINA DENTÍFRICA
que prepara el **Dr. Andreu.** Su uso emblanquece la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la oscilación de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

en todas las buenas farmacias

UN BAILE CIENTÍFICO

En Roma se ha celebrado recientemente una fiesta que bien merece el título de baile científico. Se abrió el cotillón con la representación de un desafío en el siglo XX; los caballeros se disputaban sus damas con espadas puestas en comunicación con un gran centro de electricidad por dos hilos invisibles, produciendo los aceros al chocar arcos voltaicos y chispas brillantes de un efecto mágico.

También se rindió tributo á la química: á las señoritas se les ofrecían flores artificiales de toda clase impregnadas de fenol-thaleína, de ciacina, de dinitro-naftol sulfúrico, de cúrcuma, etc., que cambiaban de colores al ser humedecidas con un pulverizador cargado de agua con carbonato sódico.

Después de estas figuras aparecieron por todos lados las corrientes eléctricas; las señoritas se sentaban en un gigantesco sillón de estilo medioeval, y cuando delante de cada una se presentaba el caballero que le estaba destinado, iluminábanse á la vez multitud de lamparitas incandescentes, dispuestas en aureola sobre sus cabezas. El circuito se cerraba por la intervención de un operador que de esta suerte arreglaba las parejas á su gusto.

La electricidad se mostró además en otras muchas formas, entre las que citaremos los cambios de color de las grandes lámparas Bernstein, que indicaban cuál caballero debía bailar con determinada dama. Otra figura muy ingeniosa fué la siguiente: una caja metálica, muy sólida, tapaba un ramillete; construída con una armadura de hierro dulce, esta caja podía ser muy sólidamente fijada por medio de un gran electroimán, de modo que según se interrumpiera ó se dejara circular la corriente, podía aquélla ó no ser levantada y podía ó no el caballero que lo intentara sacar el ramo que estaba debajo. Poco después funcionó una gran máquina de influencia de Wimshurst con sus brillantes chispas monstruos.

Terminó el cotillón con la figura siguiente: multitud de preciosos brazaletes de aluminio electrolítico estaban cosidos á otros tantos pañuelos de piroxilo; un inflamador eléctrico produjo la deflagración encima de una mesa, haciendo arder y desaparecer, sin dejar rastro, los pañuelos, y dejando á las damas como recuerdo de la fiesta las primorosas joyas que dentro de aquéllos se ocultaban.

La corriente necesaria para todas estas aplicaciones y para la iluminación de los salones proporcionábanla veinticinco acumuladores del *Electric Power Storage*, de quinientos amperes cada uno de ellos de capacidad.

Los autores de esta fiesta científica fueron el profesor señor Mengarini, dueño de la casa y director de la fábrica eléctrica de Roma, y el profesor Sr. Nasini, de la Universidad de Roma, que estuvo encargado de la parte química.

(De *La Nature*)



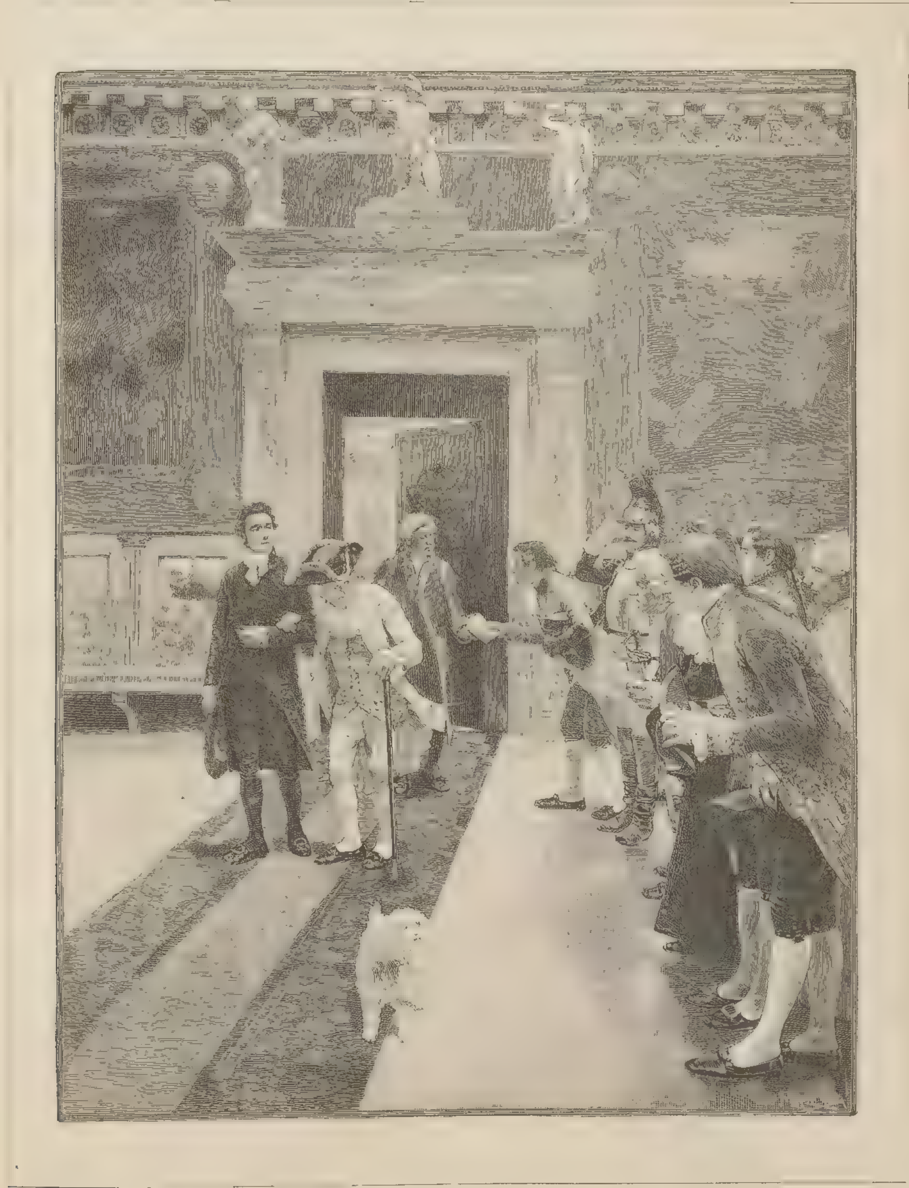
ESTUDIO DEL PINTOR CARLOS RAUPP. (Véase el artículo en el número 487.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 18 DE MAYO DE 1891 — NÚM. 490

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PODEROSO MAGNATE, cuadro de D. José Jiménez Aranda

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

III

LA SECCIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

La primera ojeada general á los cuadros de la sección española convence á cualquiera de lo mucho que tarda en llegar á España la última fórmula del arte contemporáneo, y cuánto se detienen algunos en concebir y ejecutar siguiendo todavía una manera que está ya definitiva y justamente juzgada.

No soy de los que adoptan como criterio y de un modo exclusivo la última consigna, creyéndola en todo caso un progreso por ser la última. Tampoco quisiera incurrir en la injusticia patente de olvidar en la obra artística cualidades de primer orden por anticuadas, cuando pueden ser de tal género que permanezcan como superiores á las transitorias mudanzas de la moda. Ni he de olvidar tampoco – y vaya la tercera salvedad – que ésta toma mucha parte en el éxito de las obras pictóricas, como en todos los éxitos. Digo más: la necesidad de *hacer nuevo* á todo trance, lleva á muchos pintores á adoptar la última fórmula por espíritu de imitación, alterándola y sin sentirla. Y por aquí resulta que muchos cuadros que se toman por modernísimos, son en el fondo tan convencionales y tan pintados de *manera* como algunos que pasaron de moda. Sobre todo, no hay que dejarse deslumbrar por aparentes modernismos en el color ó en la factura y menos en los asuntos. Con escenas rústicas á lo Millet, con *rincones de naturaleza* al aire libre, con interiores simplicísimos, en un ambiente gris, de tonos enfermizos y apagados, donde palpite la vida sin estrépito y vibre el color modesta y sordamente, se puede en el día incurrir en la propia convención, exhausta de inspiración y temperamento, que nos trajo hace pocos años las notas de color deslumbrantes, los esplendores del sol de Fortuny, los árabes, los casacones, etc., y antes de ellos la pintura castiza, vigorosa á lo Rosales, y más antes cualquier otra fórmula. Siempre ocurrió en pintura lo mismo: unos inventan ó siguen un nuevo procedimiento porque lo sienten y otros lo imitan porque priva... Me parece que no puedo llevar más allá mis salvedades...

Pero con todo esto, á pesar de todo esto, y quizás por esto, la primera observación que se me ocurre es, que lastima ver el arte pictórico español rezagado todavía, y lo que es más, divorciado en general de las últimas y más modernas tendencias. Porque, en primer lugar, van á mi juicio por camino más seguro y aceptable que las anteriores. Porque, en segundo lugar, el arte coetáneo del espectador es siempre el que tiene más derecho á la atención de éste, cuando se le ofrece con caracteres de sinceridad, sin engañifas de copista ni trazas de mercantilismo. Dirán otros lo que quieran del arte de otros tiempos, aun de los más próximos. No puede negarse que ni el arte adelanta siempre en línea recta, – fórmula de progreso que quizás se cumple en las ciencias experimentales, y no más, – ni dejará de haber nunca épocas y autores en cuyas obras resplandece un tipo de arte casi perfecto que estamos condenados á admirar de rodillas, á contemplar en éxtasis y á considerar inasequible: la escultura griega, por ejemplo. Pero estas objeciones no probarán nunca que cada tiempo no deba tener su arte propio y trabajar por dar forma á su ideal propio, lo cual hicieron, en suma, aquellas mismas épocas y aquellos mismos genios, sin que se les ocurriera imitar á los anteriores ó detenerse en estéril contemplación. Ni tales objeciones destruirán tampoco el principio de que un arte que corresponde á la inmediata manera de sentir del espectador, es siempre para él el más interesante; un arte que guarda relaciones invisibles y á veces imprecisables con la serie infinita de ideas, afectos, sensaciones que nos crean un alma propia, *el alma del día*; este arte, digo, merece desde luego, por ser el nuestro, atención y estudio superiores al de otras épocas á las cuales ya no podemos volver. Los que vengan dirán si al manifestar en esta forma propia la belleza tal como la sentimos, creamos algo transitorio y deleznable, que no ha de pasar á las galerías de ningún museo: esto es cuenta de ellos. Lo que á nosotros nos importa es hacer lo que hicieron todas las épocas: procurar tener un arte suyo y encariñarse con él, en cuanto llevaba al exterior la visión interna de su vida, sus sueños, sus pesadillas, sus realidades, reflejadas y refractadas á través de los lentes que la naturaleza pone delante de los ojos de cada generación.

Por esto, repito, cuando recorro las salas de la Exposición actual, se me va la atención y el alma con predilección irresistible hacia aquellos cuadros que me manifiestan las tendencias de hoy, y transmiten algo de mi propio sér, algo de esa concepción total de la vida que infunden las demás artes, la literatura, las costumbres, el mismo temperamento político coetáneo, algo que me satisfaga por más sincero, por más directo y vivo, con impresión, por decirlo así, privada y en nada diversa de las cotidianas. Y en cambio, lamento ó me sorprende que sean aún tantos en número los cuadros que nada me dicen en este sentido.

En tres grandes grupos principales pueden clasificarse éstos en la actual Exposición. Hay primero aquellos lienzos de algunos maestros conocidos y de reputación ya incontestable, que se traen su firma en la tonalidad general, en la factura y hasta en el asunto elegido. Resaltan tales cuadros como evocaciones de otros concursos, como notas y manchas permanentes. Ya nadie se ve obligado á acercarse á ellos para saber de quién son, ó para estudiar en ellos una nota nueva, un aspecto de su evolución cumpliéndose todavía; ésta se ha realizado ya en absoluto. Vienen después los de aquellos autores que persisten en prolongar géneros ya pasados, por lo menos en el modo de sentirlos, en los cuales existen cualidades suficientes para que hubiesen tenido más que mediano éxito en otras épocas y condiciones quizás superiores á las de otras obras que lo obtuvieron muy grande, pero que hoy, sin embargo, no alcanzan ninguno, por la sencilla razón de que el artista abdica en ellos su personalidad ó la amolda á día fijo y en determinada ocasión, á una escuela, á un estilo, á un gusto elegidos de antemano. En este caso se hallan algunos cuadros históricos, otros de costumbres, otros de anécdota, otros de simples tipos, en que la composición y sobre todo la *pintura* recuerdan muy directa, muy llamativamente el arte y aun el oficio. Es imposible explicar la sensación que ya empiezan á causar muchos de esos cuadros que, sin ser cromos, como algunos de antaño, y pareciendo de gran verdad y del *natural*, hace poco tiempo, se destacan, también á distancia, duros, sin ambiente, sin gradaciones de luz, sin movimiento y flexibilidad en las figuras. Tras de los cuales llegan, por último, los numerosos de los autores divorciados de su tiempo y alejados en absoluto de él, que revelan una obstinación candorosa en conmover con el melodrama ó en emplear los recursos ajenos: pintura de pinturas, arte de arte, y aun del anticuado: manifestaciones híbridas y de pacotilla, que no son ya obras artísticas, sino manufacturas más ó menos aceptables, y muchas, inaceptables del todo.

En medio de esta diversidad de obras, se halla de vez en cuando la nota nueva, ó la que sin ser desconocida dura con éxito por reciente ó análoga, ó, por fin, el conato del que se esfuerza en llegar por caminos ignorados de los que le precedieron. Resumir las condiciones singulares de esta manifestación que califico de moderna, distinguirla y hacerla visible, no con los pinceles sino con la pluma, es ya algo difícil. Cabe sólo señalar sus rasgos dominantes, y no más. Desde luego no se trata del mismo realismo de hace pocos años, si se entiende por él transmitir con plena exactitud lo real, objetivándolo con absoluta impasibilidad. Dado que esto se haya propuesto alguna vez, – lo cual nos llevaría á una amplificación bastante larga, – no hay ya en los cuadros de esta última fecha este exclusivo propósito; hay esto á veces, con otra cosa además: la emoción personal, la visión personal del artista, sin pretender velarla ni retirarse de su obra. La propia personalidad que, á despecho de toda teoría, se transparenta siempre en toda pintura, tiende á recobrar francamente sus derechos. Lo real, el amor á la verdad, permanece; pero el artista nos da de ello, no su efecto común y objetivado, sino el efecto que á él le causa, sin temores á un reproche de idealización. La absoluta sinceridad se impone en este punto, y esta sinceridad, enfrente del natural, es el rasgo más saliente de tales cuadros. Puede decirse que por aquí da un nuevo y más resuelto paso la preocupación, quizás constante en todo artista verdaderamente tal, de olvidar y reaccionar contra lo aprendido por receta, limpiando su cerebro de los recuerdos de toda postura del modelo, de toda expresión de taller, para interesarse directamente á la vida en movimiento; á la naturaleza sorprendida instantáneamente, libre, sin preparación, sin mandarla, si así puede decirse, que se detenga y adopte una actitud para pintarla; al gesto vivo, instintivo en la figura, al rasgo habitual, á la expresión candorosa, olvidada de sí misma, y por tanto la más característica de una situación ó de una pasión no registrada todavía en ningún álbum de Lavater. Para alcanzar plenamente esto hay que ser no sólo sincero, sino simple en el modo de ver las cosas y en el modo de trasladarlas sin efectismos, adquirir en el dibujo aquella seguridad fácil y repentista que fija en el papel de golpe un gesto, un juego de líneas fugaz y casi imperceptible; poseer en la pincelada aquella difícil exactitud que parece acertada de un golpe, con frescura, con amplitud: el tono, el color, «*la impresión virgen de las cosas*,» como la llama un crítico con frase feliz.

De este espíritu de sinceridad y simplicicad en ver y ejecutar, procede al mismo tiempo aquella homogeneidad completa de la obra, en que nada se halla como traído á la composición y dispuesto con arte para el efecto total. La observación directa y en todo su conjunto de un espectáculo cualquiera trae al cuadro aquella relación invisible é íntima entre todos sus componentes, el influjo recíproco de lo que se ha llamado tiempo ha *el medio*, causa de la armonía entre todas las circunstancias del momento, del grupo, del asunto elegidos y de la misma factura usada por el pintor. Si éste siente y se impresiona bien, al propio modo de mover los pinceles acaba por transmitirse el sentimiento que le domina; no se concibe siquiera que pueda pintarse una escena plácida con los brochazos rápidos y apremiantes de una emoción tempestuosa, ni ésta con la suavidad y languidez de la primera. De aquí, en suma, esa armonía, esa fusión total que lo envuelve, lo rodea, lo esfuma todo, y nos da como una evocación aérea é impalpable de las cosas, menos agria que hasta aquí, y de una verdad más sutil, más refinada, más matizada y analítica, sin que el análisis destruya el efecto de conjunto, haciendo valer algunos fragmentos á expensas de otros.

Que por este análisis, cada día más complejo y más sutilizado, se vuelva como quieren algunos á un nuevo idealismo, primero y consecuente corolario de estos últimos esfuerzos, me parece que no es ocasión de tratarlo aquí anticipando ideas, porque no hay todavía en la sección española obra que realice esta novísima tendencia. Me limito, pues, á este primer esbozo de la que nos ocupa, para señalar algunas de estas condiciones en los principales cuadros modernos de la Exposición, casi todos de catalanes y algunos influídos por Francia. De los demás que lo merezcan, indicaré los más principales ó que muestren una individualidad característica, con objeto de que pueda formarse concepto del conjunto de las salas de pintura española.

J. YXART

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

I

¡Pobre San Isidro, tan bueno, tan humilde, tan modesto, tan callado! Estoy seguro de que á haber sabido que su nombre y patronato iban á servir de pretexto á jaleo tan colosal, en vez de servir de mozo de labranza al madrileño Juan de Vargas hubiera cogido del brazo á su cara mitad María de la Cabeza y retirádose con ella al pueblo más recóndito de la Alcarria ó cosa así. Es de suponer que el día, ó mejor dicho, la quincena en que se celebra su fiesta, estará en ascuas en la mansión de los bienaventurados, oyendo los reproches de éstos, escandalizados de semejante baraúnda.

¡Qué romería y qué romeros! Las de los gallegui-



PASTOREO, cuadro de D. Laureano Barrau

tos y asturianos (que no son flojos) y las ferias más bulliciosas de Andalucía son niñas de teta y cosa de poca monta comparadas con la dichosa fiesta madrileña. Merced á la bondad de las empresas de ferrocarriles, que establecen trenes baratos, se llena la villa y corte de España de la sociedad más selecta de provincias, que viene resuelta á divertirse á sangre y fuego, para lo cual se toma ocho ó diez días de anticipación. La posada del Peine, la empresa de la plaza de toros y los timistas y enterradores hacen su agosto; pero lo cierto es que los habitantes de Madrid tienen que sortear más sirtes que los marinos del Pacífico. Las calles y plazas se llenan de racimos humanos; es decir, de forasteros que andan á bandadas, cogidos de la mano para no perderse, ó bien se paran en grupos ante los escaparates de las tiendas ó delante de las bolas de las farmacias, para tener el gusto de verse verdes, que es como les van á poner entre rateros, pobres, patronas, posaderos, músicos y danzantes. He dicho en otra parte que Madrid asimila, y es verdad. No obstante su embobamiento, á los tres días de estancia los forasteros se hacen madrileños, y es de verlos en los cafés cantantes, jaleando á los *cantaores* por lo *jondo* «¡Olé, viva la gracia!,» ó gritando á un diestro, desde un tendido de la plaza de toros: «¡Pare usted esos pies!»

Los forasteros que vienen por primera vez á Madrid tienen sorpresas indecibles, á las que contribuyen los *cicerones* madrileños que suelen acompañarlos. No se explican que las puertas del Palacio Real sean de madera vulgar lisa y moronda, cuando ellos las suponían por lo menos de plata con clavazones de corales.

– Pero esos reyes (los de la plaza de Oriente) ¿andaban tan *remendaos*?

– ¡Pues claro!, contesta el *cicerone*; entonces estaban á la cuarta pregunta.

– ¿Y por qué vestía todo de verde ese señor? (la estatua de Cervantes).

– No vestía así, sino que era tan pobre que sólo se mantenía de hierbas, y se le ha salido fuera el color. Aquél es el presidente del Consejo de Ministros.

– ¡Bah! ¡Si creerá usted que me piso el ramal! ¡Un presidente con ese saco y ese sombrero despeluznado!... etc., etc.

II

Por supuesto, que los forasteros y los que no lo son van en su mayoría á visitar el palenque de sus futuras hazañas antes de que llegue el día del santo; porque aquel sitio está lleno de fondas, fonduchas y puestos con ocho días de anticipación. Al que va por primera vez le sucede lo que al que entra en Londres por vez primera, que le parece feo, y á poco se convence de que es admirable. Y son admirables la residencia del patrón de Madrid y sus alrededores porque no tienen nada de particular, excepto cierto *chic* inexplicable: ese *chic* que nos hace exclamar á veces mirando á una mujer: «¡Qué fea tan simpática!» En aquel sitio el río es estrecho, en la pradera apenas hay algunos grupos de árboles diseminados, los cerros son escuetos, la capilla del santo no brilla por su arquitectura, y no obstante, todo el conjunto resulta atractivo y pintoresco. Comparar, por ejemplo, el famoso Prado de San Sebastián, donde se celebra la feria de Sevilla, con San Isidro del Campo, es como comparar el alma que plácidamente *se pasea por el cuerpo* con el alma que se desborda en los ojos, en los labios, en las manos y en todos los sentidos corporales.



PESCA, cuadro de D. Dionisio Baixeras

Los romeros de San Isidro morigerados, es decir, los que no se pasan en él todo el día, tienen sus días y sus horas predilectas. La gente pacífica y decente le visitan en la víspera de la fiesta ó el mismo día por la mañanita temprano; esto es, si el tiempo no lo impide, pues en tales días suele hacer un calor del Senegal ó caer unos chaparrones que convierten los *alrededores del santo* en laguna Meotis.

Pero que se achicharre ó se inunde el mundo, en Madrid desde la víspera están tan fijos en su sitio esperando romeros centenares de vehículos de todas clases, como el doctor Garrido en su farmacia, Luna, 6. En tales días se utilizan todos los medios de locomoción, desde la tartana valenciana al carro de violín. Al ver la interminable fila no se concibe que quepan en el planeta tantos armatostes, que no son pocos el día del santo. En este día desde las seis de la mañana los tres caminos principales que conducen á San Isidro parecen tres hormigueros humanos: gracias á que los puentes de Toledo y Segovia son sólidos, aunque no así el puente verde, que en más de una ocasión se ha hundido proporcionando á los romeros un baño en el Manzanares. Pero estos madrugones que van temprano y vuelven antes de que apriete el calor, ni son romeros clásicos ni madrileños netos. El verdadero hijo de Madrid no puede prescindir de ciertas formalidades. En primer lugar tiene que visitar de mañanita la capilla de San Isidro, anexa á la antiquísima parroquia de San Andrés: capilla que merece verse por su rica fabricación de mármoles y jaspes y por su no escaso mérito plateresco. Claro es que desde esta capilla se pasa naturalmente á la adjunta parroquia para visitar los lugares habitados por el santo y el pozo en donde santa María de la Cabeza sacaba agua para sus meneste-



VENDIMIA, cuadro de D. José M. Tamburini

res domésticos; y como unido á estos dos santuarios está la capilla del obispo, único y precioso ejemplar del arte gótico en Madrid, es forzoso también visitarla.

Después, el madrileño escrupuloso se traslada á la Colegiata, hoy catedral, pues allí, en rica urna, se veneran las cenizas del santo labrador.

Cumplidos estos deberes, la familia ó familias madrileñas, pues á veces se reunen varias, pueden emprender tranquilamente la romería en carruaje ó á pie, llevando los víveres y utensilios necesarios para almorzar y comer al aire libre, que es como debe hacerse en San Isidro del Campo. Si el sol les derrite los sesos durante el camino, propinándoles insolación y aun tifoidea, ¿qué importa con tal de que tengan tiempo de llegar y beber el agua de la fuente del santo, después de haber leído ú oído leer la siguiente famosa décima:

«¡Oh aijada tan divina
como el milagro lo enseña,
pues sacas agua de peña,
milagrosa y cristalina!
El labio al raudal inclina
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieres
y calentura trujeres,
volverás sin calentura.»

III

Los que almuerzan ó comen en las fondas colgadas de tapices, con loza de la Cartuja y manteles en la mesa, los que se refocilan en los chiscones de los cerros, son romeros falsificados y de contrabando; soldados, mujerzuelas, forasteros que ignoran las costumbres clásicas, gitanos y gitanas que se embuchan el producto de sus buenas venturas: furriela sin color, aunque sí con olor y no á ámbares. Eso es la oclocracia de la romería. La familia madrileña pura entra á empujones en la capilla del santo, sube y baja la cuesta bordeada de puestos, compra las estatuitas de San Isidro y su no menos santa esposa, rosquillas de la indispensable tía Javiera y otras autoras, rosas del *pitimini*, silbatos colosales adornados de lazos sorprendentes, frasquetes llenos de licores tan misteriosos como la linfa Koch, y provista de estos enseres busca la sombra de algún árbol y se instala en la Pradera.

Por esto la Pradera es la síntesis, el idilio, digámoslo así, de la romería; idilio que á veces se eleva al drama.

Porque desde las dos de la tarde, ó cosa así, la mayor parte de los romeros de San Isidro, especialmente los de la Pradera, son irresponsables de sus actos. Allí no existe el libre albedrío, el resistero, los horrores de la digestión, el hipnotismo de los frasquetes, el ruido ensordecedor de los pitos y dicharachos, las lastimosas lamentaciones de los mendigos que merodean de corro en corro, los gritos de los vendedores ambulantes, las excitantes ondulaciones de las faldas de las romeras, el vértigo de los bailes, el rasgueo y punteo de las guitarras, la aparición siniestra y antiliberal de los agentes de orden público; todas estas cosas reunidas y cada una de por sí se llevan el libre albedrío á cien leguas de aquellos sitios: allí el libre albedrío consiste en cometer cada cual las mayores incorrecciones posibles. Como los corros se tocan y las cabezas están calientes, hay allí mil pretextos de bronca.

Por ejemplo, á un tenorio de un corro le flecha una chula de otro próximo:

– ¿Me hace usted el favor de bailar conmigo?

– Estoy *costipá*.

– Bailando sudará usted el *costipao*.

– Pero es que yo no bailo sino con quien *conozgo*, y á usted no le he visto más que *pintao* en una pandereta de Noche-Buena.

Bronca.

– Aunque no tengo el honor de conocer á usted, me va á hacer el *osequio* de beber un traguito.

– Yo no bebo más que agua caliente *pa* escaldar á los microbios.

– Pues ahora va usted á beber esto *ú* por la boca *ú* por la cabeza...

Bronca.

Además no faltan Mefistófeles que solivianten las pasiones. Hace dos años, uno al parecer caballero, al sacar la petaca dejó caer al suelo inadvertidamente un billete de banco; violo una cigarrera que estaba sentada debajo de un árbol y se levantó para cogerle; pero llegó tarde, porque un hombre del corro vecino se había apoderado de él.

– Ese billete es mío.

– ¡Ca! Señora, usted está *trascordá*, *me se* ha caído á mí del bolsillo.

Intervención de los hombres de ambos corros, bronca, un muerto y un herido, y resultado: un billete falso.



ACUDIENDO Á LA CITA, escultura de Van der Straeten

Y por la época de la revolución de septiembre ocurrió un suceso más lamentable todavía, puesto que fué causa de la pérdida de un buen ciudadano, consecuente liberal por añadidura. Era éste un carpintero de la calle del Baño, sargento de un batallón de milicianos nacionales, que tuvo la peregrina ocurrencia de ir á San Isidro vestido de uniforme. Tomó posesión de un sitio sombreado por un árbol, y dejando allí á un aprendiz, con la comida, fuése con la familia á hacer la correspondiente visita á la hermita del santo. Cuando volvieron, el bueno del sargento destapó un gran cesto en donde traían las provisiones, y se encontró con un culebrón de ojos como ascuas y con la boca abierta, por donde asomaba una lengua de tres puntas; y fué tal el terror que le produjo, que no paró de correr hasta el puente de Toledo. La culebra resultó empajada, pero habiéndose divulgado el lance, el carpintero no pudo sobrellevar el apodo de *Sargento de la culebra*, con que le designaron los vecinos de su barrio y sus compañeros de armas, y murió de vergonzosa melancolía.

IV

Los mendigos son una de las cosas más sorprendentes de la romería de San Isidro. Parece que la mitad de la población se ha disfrazado de pordiosero para pedir limosna á la otra mitad, y esto me recuerda las corridas de toros en Sevilla, en donde hay más vendedores de comestibles y refrescos que espectadores. Desde las calles de Toledo y Segovia y Cuesta de la Vega, hasta los cerros del santo, pululan los menesterosos en número incalculable. ¡Y qué menesterosos! En ellos se desbordan todos los aspectos de la fantasía monstruosa y de las deformidades humanas. Todos los que no son mudos tienen su frase pedigüeña lastimosa é invariable. Muchos llevan sucursales infantiles, es decir, niños y niñas que acosan al transeunte. Entre éstos hay un niño como de nueve á diez años de edad que pide limosna constantemente en Madrid, que ha consagrado la mendicidad como estado civil. Después de pedir el socorro, si se le niega, añade con aire de graciosa resignación: «¡Cómo ha de ser, otro día será!» dando á entender que tiene ante sí un largo porvenir de días para ejercer su profesión.

Las autoridades y una gran parte de la policía no se dan punto de reposo para vigilar y poner orden en la fiesta. Intervienen en las riñas, dirimen las contiendas entre vendedores y compradores, acuden al llamamiento de dueños de fonduchos y cantinas, donde los romeros suelen romper la *vajilla* y olvidarse de pagar el gasto; pero aun así, ¿quién puede poner límites á la expansión madrileña y forastera? Como en Noche-Buena, el año que no resultan de la romería dos ó tres muertos y cinco ó seis heridos, puede decirse que ha sido un año incoloro en lo tocante á San Isidro.

Bien caídas las sombras de la noche, la mayoría de los romeros van abandonando lentamente aquellos pintorescos lugares en donde tanto se han divertido. Muchos, *peneques* totales, no pueden volver á sus lares, y se quedan en el camino tendidos junto á los estribos de los puentes ó cabe las tapias de las casas de los arrabales; porque eso sí, un borracho puede perder la razón, pero no se ha dado caso de que se tumbe á dormir la mona en sitio donde pueda ser aplastado por los carruajes. Los hay que, bien sea por desorientación de su domicilio ó porque necesiten ambiente para su *jumera*, amanecen en la Moncloa ó en el soto de Migas Calientes. Pero en fin, los que llegan á Madrid lo hacen triunfalmente y es de ver el verlos desembocar en la Puerta del Sol por las calles de Carretas, Mayor ó Arenal, según el camino que traigan. Suelen venir cargados por dentro y por fuera, pitando en silbatos que representan cabezas de hombres políticos eminentes; polvorosos, despechugados, y las mujeres despeluznadas.

V

A las diez de la noche la Pradera de San Isidro queda relativamente desierta, pero los fervientes adoradores del santo se concentran en los cerros, para estar más cerca de él. En aquellas alturas no se extingue el fuego perpetuo de la romería y sigue el consumo de peleón, escabeche y tajadas de bacalao. Pudibundas mujeres madrileñas y gitanas que, como los murciélagos, no se sabe dónde se albergan, amenizan con sus encantos aquellos sitios. Se baila y se canta en todos los estilos:

«Y cuando el sol de mayo resplandece
Entre efluvios de vino y de tabaco,
Aquel sitio parece
Un lugar de la Mancha entrado á saco.»

Hasta hace dos años ha existido en Madrid una sociedad titulada *La Bestialidad*, que tenía por base de estatuto la comisión de todo género de barbaridades. Era presidente el que las cometía más grandes é ingeniosas. No es posible mencionarlas y corro un velo sobre el particular. Dos ó tres años, el día de la romería estableció este brillante círculo una sucursal en el Cerro de San Isidro, y allí en un gran cajón hecho de madera cenaban los socios (que afortunadamente no eran muchos) aliñando el festín con toda clase de... bestialidades. En el año de 1887 se les ocurrió una idea peregrina. Elegían presidente por San Juan, y aquel año se les ocurrió que lo fuera anticipadamente el que cometiese la mayor necedad la noche del patrón de Madrid, regalándole además un reloj de oro. Fueron reuniéndose los socios en el barracón, compitiendo al entrar en extravagancias colosales. Llegó uno rezagado, hasta entonces insignificante, saludó modosamente inclinando la cabeza, sentóse en un banco en un rincón, y se puso á rezar por lo bajo, pasando las cuentas de un rosario.

Por unanimidad fué aclamado Presidente y merecedor del regalo de la sociedad.

Una observación para concluir: en todas las ciudades y pueblos de España, y supongo que de todas partes, abunda el nombre del santo patronímico de la población. Por ejemplo, en Córdoba hay muchos Rafaeles de ambos sexos, en Zaragoza muchas Pilares, en Pamplona muchos Fermines y en Valencia innumerables Vicentes; pues bien: en Madrid apenas se encuentra un Isidro para un remedio. Los madrileños no se acuerdan de su bendito patrón más que para cometer excesos el día de su fiesta.

F. Moreno Godino



EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BARCELONA.—VISTAS DE LA FACHADA DEL MUSEO Y DEL GRAN SALÓN CENTRAL EN DONDE ESTÁ INSTALADA LA SECCIÓN DE ESCULTURA, composición y dibujo de D. Nicanor Vazquez



MONTAÑAS DE CÓRCEGA. (De una fotografía.)

CÓRCEGA

NOTAS DE VIAJE

Aunque se había desencadenado un recio temporal de Levante, no quiso detener la salida el capitán del *Bocognone*, aparejado en el puerto de Marsella para dirigirse al de Ajaccio: confiaba en la poderosa máquina de su nave para vencer la fuerza de las olas en el temido golfo de León. No equivocó el audaz marino sus cálculos, aunque por su causa hicieron un precario viaje los escasos pasajeros que conducía el vapor.

Después de veinte horas de mal tiempo, aparecieron á nuestra vista las sierras corsas. Es poco, comparado con la realidad, cuanto se ha escrito sobre su aspecto salvaje y pintoresco: es preciso ver los altísimos picos que se esconden en las nubes, la inmensa cordillera tallada por abruptos precipicios, la singular formación de las montañas altas, derechas, delgadas, pareciendo centinelas salidos del fondo del mar para velar el sueño de las vecinas costas de la bella Italia. Su conjunto es tan hermoso como variado el espectáculo que ofrece. Aquí la roca es negra, desnuda, sin vegetación; allá ostenta los indefinidos matices de la blanca caliza ó del rojizo jaspe: más cerca de la costa aparece revestida por espléndido manto de verdor en el que se confunden las tintas claras de la viña y las moreras con el tono obscuro de los olivos y las encinas. Y en medio de las cordilleras que cierran el horizonte oriental de la isla, se abren las profundas simas, negras y obscuras, como manchas de sombra en medio del riente cuadro de vida y luz. Sería difícil hallar otro rincón de mundo donde la naturaleza tuviera un carácter más variado y salvaje.

A lo largo de la isla y en las cumbres de la montaña se divisan altas torres cuadradas, idénticas á las que los vecinos de la costa mediterránea de España llaman *torres de moros*. Son las mismas fortificaciones que en pasados siglos construyeron los habitantes del litoral para librarse de las incursiones de los piratas berberiscos y argelinos.

En las partes bajas de Córcega se nota la influencia de la zona tropical, por la mezcla de vegetaciones que allí crecen ufanosas. La alta y melancólica palmera se balancea con dulce movimiento al soplo de la brisa, los cactus llenan las húmedas torrenteras; la magnolia de copudas ramas sombrea los caminos, y cien otros árboles y plantas tropicales muéstranse bellas y lujuriosas, como si vivieran bajo el ardiente sol del Egipto ó de la India. Naturalmente contribuyen á aumentar el aspecto pintoresco que tanta riqueza y variedad imprime á la naturaleza de la pequeña isla.

Vamos á Ajaccio. Soberbio golfo le abre las puertas del mar, y en su fondo está situada la hermosa villa, que blanca y bañada de luz parece á lo lejos una bandada de palomas en reposo sobre la playa. A su izquierda se ve un vasto recinto amurallado, lleno de pequeñas construcciones dispuestas sin orden ni simetría: es el cementerio, colocado en situación muy pintoresca junto al mar, para que el eterno murmurio de las olas acompañe á los que dejaron para siempre la compañía de los vivos.

No es extensa la villa de Ajaccio, que sólo encierra una población de ocho ó diez mil habitantes. Sus casas se agrupan en una estrecha lengua de tierra avanzada dentro del golfo, y forman cuatro ó cinco largas calles paralelas, cruzadas por pequeños callejones. La parte de la plaza es bonita, con jardines y edificios modernos, pero el resto de la ciudad se muestra ahora como debieron verla en siglos pasados sus antiguos dominadores genoveses. Abundan en ella los monumentos públicos, todos de época moderna. Solamente la Mola ó fortaleza situada á la boca del puerto conserva sus viejos bastiones y los matacanes y ladroneras de hace cuatro siglos. A la izquierda de la villa se encuentra una pequeña agrupación de rocas graníticas vacía en su parte interior, donde forma la llamada *Cueva de Napoleón*, por suponerse que el gran capitán del siglo frecuentaba aquel lugar en los días de su primera juventud.

Napoleón nació en Ajaccio, y al viajero inexperto ó ignorante que no lo supiera al desembarcar en su puerto, pronto se lo enseñarían la atmósfera de imperialismo que allí se respira y los recuerdos de la familia Bonaparte con que tropieza á cada paso. Por todas partes se ve su nombre: en las calles, las plazas y los monumentos. Una calle de Ajaccio, una plaza, una vía y un muelle llevan el nombre del primer Napoleón, cuya estatua en mármol, bastante mal ejecutada, se ve junto al muelle. Además hay allá el arrabal Bonaparte, la calle del rey Jerónimo, la del rey de Roma, la de Bonaparte, la de Leticia, los baños Napoleón, el asilo Eugenia, etc.

La mejor apoteosis de Napoleón I en Córcega se halla en la plaza del Diamante. Sobre un ancho pedestal de granito se eleva otro más reducido con la estatua ecuestre en bronce del primer cónsul, y á sus cuatro extremos se levantan las de sus hermanos José, Luciano, Jerónimo y Luis, vistiendo todos la toga romana. Este monumento, cuyo conjunto es bueno aunque resulte algo aplanado, se hizo por suscripción pública y fué terminado el día 15 de mayo de 1865, según reza la placa de bronce puesta en la parte anterior del pedestal.

Estos recuerdos bonapartistas parece como que mantengan el fuego sagrado del entusiasmo entre los partidarios de las instituciones caídas en la noche de los pasados desastres franceses. Por ello es de extrañar que en la misma Ajaccio se haya encontrado sitio para erigir otra estatua de bronce á uno de los hijos más ilustres del país, el general Abatucci, célebre en las guerras monárquicas francesas del pasado siglo, en las que halló gloriosa muerte.

Sin embargo, todo esto ofrece poco interés para el viajero que desembarca en Córcega. No se va á la isla para evocar recuerdos políticos, siempre menos interesantes que el estudio de lo especial, lo raro y lo típico de la tierra, y pronto se abandonan los pequeños puertos de la costa para respirar el aire sano y vivir la vida libre de sus agrestes montañas.

Viendo éstas, podríase creer que un desprendimiento de los Alpes rodó hasta el mar. Apenas hay un llano en la isla, ni se encuentran otros horizontes que los círculos de escarpadas cordilleras, sobre las cuales se destacan los majestuosos picos de Incudine y del Renoso, de 2.500 metros de altura, cubiertos por espléndida corona de hielo que nunca llega á derretir el ardiente sol del verano de la tierra. Al pie de las murallas acantiladas del centro de la isla crecen los bosques seculares de abetos y pinos negros, que sin duda no tienen rival en toda Europa. El bosque de Aitoni, de muy difícil acceso, es uno de los puntos de Córcega que más encantan al viajero.

Conviene visitar el interior de la isla si quiere examinarse en su propio elemento á la raza que lo puebla, al corso. Así lo hice, y por lo que á mi experiencia se refiere, debo constatar la buena acogida que merecí en todas partes. El campesino corso es atento, afable, respetuoso en grado sumo: no os cruza por el camino sin daros en su dialecto el *bona dies;* muéstrase expansivo al conversar sobre el país y sus costumbres, y se ofrece fácilmente, sin esperar retribución, para cualquier servicio que pueda demandársele.

Recuerdo una expedición que hice á la sierra de Apietto. Era una mañana caliente, húmeda, desapacible. Fatigado por las anteriores jornadas y la marcha de aquella madrugada, quise descansar un rato y almorzar; pero desconociendo la comarca, no pude hallar ninguna fuente. Dirigíme á un pastor de las inmediaciones, quien en seguida se brindó á acompañarme al sitio deseado, y me condujo, en efecto, á una de las vecinas hondonadas, de entre cuyas peñas brotaba cristalino manantial de agua, sombreado por corpulentas encinas. Partí con el buen viejo mis provisiones y, naturalmente, hablamos del país.

– ¿Sois continental?, me preguntó.

– Sí, pero no soy francés. Me he detenido unos días en la isla para visitarla.

– Es hermosa. Mirad á lo lejos la nevada cima de Punta Lincinosa. A su pie he nacido. La miseria me hizo emigrar hasta aquí, pero confío que la Madona me permitirá acabar los días en mi tierra.

Quedé estupefacto de la formalidad con que aquel hombre me hablaba de su *emigración* á veinte leguas de *su tierra*. Y en efecto, nótase en Córcega un exagerado sentimiento de amor al terruño, á la aldea nativa: sus habitantes encierran la patria entre las paredes de su choza y la nación en los confines de su isla.

Pueblo que hasta ahora ha vegetado entre las breñas fuera del contacto con toda civilización exterior, conserva aún muchas de las primitivas condiciones de su carácter. El corso es noble y generoso; entiende y practica el bien en forma ruda; pero no quiere ser engañado y es implacable en sus rencores, no fiando á nadie la reparación de los ultrajes que cree haber recibido. No le satisface la venganza si no la toma por su mano. Así se originaron la *vendetta* y los bandidos, que no se extinguirán en el país mientras viva un corso.

– Es crecido el número de bandidos que actualmente *guardan el campo*, díjome el viejo. Pero entended bien que no son ladrones, antes al contrario, ellos mismos cuidarían de perseguir y matar al *brigante* que pudiera deshonrarles. Bandido es simplemente el hombre que ventiló un asunto de familia matando á su enemigo; el que en riña tuvo la desgracia de herir á su rival, ó el que quiso evitar la conscripción militar. Colocado fuera de la ley, no puede vivir en los pueblos; pero se retira tranquilamente á las montañas con toda su familia, y no hace daño al que no le persigue. Si halla un viajero, le ofrece lo mejor que tiene, y si á su vez se encuentra necesitado, sombrero en mano pide un socorro, sin robar á nadie.

– ¿Cuántas personas creéis que viven ahora en despoblado?, pregunté al pastor.

– Unas cuatrocientas dentro de la isla.

El brigandaje se ha acabado por completo en Córcega. La gendarmería, las vías de comunicación y sobre todo el telégrafo han hecho imposible la existencia de las bandas de ladrones en despoblado. A mi paso por el centro de la isla pude adquirir la fotografía de la última compañía de esos bandidos, que hace pocos años sembró el terror en la comarca: era la familia Bellacochu. Inspira lástima contemplar tan extraño grupo. El marido, jefe de la cuadrilla, era un hombre de treinta y cinco años, robusto, more-

no, con poblada barba negra y traje de terciopelo de algodón. Su mujer, vestida con pañuelo á la cabeza, era el segundo de la banda, y con el fusil en la mano y el cigarro en la boca secundaba las órdenes de su marido. Componían el resto de la banda tres mujeres, una joven de catorce años, cuatro niños de corta edad y dos perros.

Los corsos salen siempre armados, y van por los campos con el fusil cruzado á la espalda y el cinto repleto de municiones. A veces, lo confieso, su aparición en el recodo de un camino no es muy agradable, especialmente cuando se les ve acercarse cubiertos con su ancho sombrero de fieltro negro, la barba poblada é inculta, el traje de pana ajustado al cuerpo, las botas de cuero hasta la rodilla y el arma en la mano; pero pronto un *buen día*, dicho con toda voluntad, tranquiliza al viajero. Tienen aquellos isleños tal afición á sus fusiles, que en los pueblos del interior no los dejan ni para asistir en la iglesia á los oficios divinos.

El carácter supersticioso de los corsos se revela de manera evidente en el crecido número de santuarios y capillas de la Madona ó de santos que se encuentran, tanto en los pueblos como en los caminos, en las casas de campo y aun en despoblado. Un modesto nicho de piedra cobija la imagen especialmente venerada en cada lugar; arde á su lado antigua lámpara, que la piedad de los fieles mantiene siempre encendida; á sus pies renuévanse continuamente los ramos de flores y manojos de plantas silvestres, depositados como humilde ofrenda por los devotos viajeros, y en muchas ocasiones un dístico, una palabra, un verso, llama la atención de éstos para que detengan su marcha y adoren el altar. En la misma plaza del mercado de Ajaccio se ve uno de estos nichos con la imagen de la Virgen María y á su pie hay grabada la inscripción siguiente:

Fermati o passaggier, la testa china
E saluta del Ciel l' alta Regina.

Encuéntranse en los campos de Córcega otras capillas, consistentes en pequeños edificios de un solo plano, rematados por una cruz de hierro y circuídos por frondosos cipreses; los corsos tienen la piadosa costumbre de reunir en ellas los muertos de cada familia. Es decir, que á cuatro mil años de distancia, se sigue en aquel país la misma práctica observada por los egipcios de dar propia morada á sus difuntos, en vez de confundirlos y amontonarlos en los cementerios.

Llamó ciertamente mi atención esta coincidencia, que en suma sólo prueba cómo una misma costumbre puede existir entre pueblos que no han tenido afinidades de ningún género. No creo que fuese importada por los corsos de la antigua Cirnos, desde el antiguo imperio faraónico con el cual carecieron de relaciones, ya que no está probado que los Shardanas, es decir, sus vecinos sardos, que alguna vez invadieron el Egipto, subieran á Córcega. La primera población de la isla corsa es liguria; se compuso de etruscos y pelasgos, mezclados más tarde con algunas tribus ibéricas; los fenicios siguieron á éstas, y á su vez fueron suplantados por los cartagineses, que ocuparon la isla hasta la dominación romana. Sin embargo, el modo de enterramiento de los corsos fué y sigue aún siendo idéntico al de los primitivos egipcios, pues erigen en sus montañas los monumentos funerarios, compuestos por la capilla abierta al exterior y el sepulcro cavado en la tierra. La sola diferencia que entre ellos se nota consiste en la falta de epitafios y lápidas sepulcrales de los mausoleos corsos.

Es simpática esta idea de tener los difuntos por familias, en su propia casa, con un cercado de sombra y de verdor en torno del lugar donde duermen el último sueño; que constrasta con la implacable igualdad de nuestras necrópolis, sus comunes fosas y sus revueltos osarios, donde van á confundirse los restos de generaciones que separó el destino en la vida y los años en la historia. Place ver la airosa capilla aislada en el campo, en la cual cada difunto tenga un culto que harto extinguirá el tiempo, y un retiro que por desgracia el olvido pronto dejará desierto.

Que la costumbre es antigua, pruébanlo los numerosos sepulcros abandonados en las montañas. Pero los monumentos subsisten, y mejor aún, queda en el país la costumbre de erigirlos. ¡Ojalá pudiéramos seguirla también nosotros, y de una vez acabar con la brutal nivelación de nuestros cementerios!

EDUARDO TODA

ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII

(Conclusión)

Encontráronse casualmente en palacio á los pocos días el consejero, el doctor y el judío, que era el usurero de la corte. Se confiaron mutuamente sus aventuras, y convinieron en que los tres habían sido juguete de las artes diabólicas de una bruja. El judío azuzó á los otros dos para que expusieran sus quejas al rey en nombre de la religión. Así lo hicieron, y aquel recto monarca les contestó:

– Id tranquilos. Vuestra reclamación no puede ser más justa. Voy á dar orden de que prendan inmediatamente á esa bruja. Mañana la veréis quemar viva (¡je, je!...) en una de esas hogueras que tenemos siempre dispuestas para estos casos.

Los esbirros se presentaron aquella misma tarde en casa de Rosalinda; pero aunque registraron escrupulosamente del zaguán al tejado, no hallaron á nadie. La inquilina había desaparecido la víspera, dejando antes satisfechos todos sus compromisos pecuniarios. El hecho preocupó la atención pública durante unos días; pero pasado un poco de tiempo, nadie volvió á acordarse de la hermosa extranjera, como la llamaban en el barrio.

IV

Pipolín estaba hecho un cerdo, aunque mala comparación; comía por cuatro y dormía por ocho; cuando no estaba engullendo ó roncando, se le veía por los rincones mustio y cabizbajo, así como los perros cuando les entra el moquillo. Como Pipolín no había dicho esta boca es mía, se formaban acerca de su desaparición y su reaparición las más absurdas conjeturas. Los más sensatos, suponían que el príncipe había sido arrebatado por una tromba marina, y que otra tromba lo había vuelto á depositar sano y salvo sobre la playa. Su madre no hacía más que decir: «A este chico le falta algo.»

La reina dijo un día con la mayor dulzura á Pipolín:

– Hijo mío, si no te has vuelto imbécil, te falta muy poco. Andas siempre como un palomino atontado, y ni con ganchos se te sacan las palabras del cuerpo. A mí me parece que el cambiar de estado habría de sentarte bien. ¿Por qué no te casas?

– Bueno, contestó indiferentemente el príncipe heredero. ¿Y con quién?

– Con la princesa del Catay.

– Bueno, contestó el príncipe con igual indiferencia. ¿Y cuándo?

– En seguida. La princesa ha llegado ayer á esta corte. Si quieres, nuestro ministro de Estado irá hoy mismo á hacerle proposiciones.

– Bueno.

Es de advertir que aquella princesa del Catay, aunque compatriota, y según dicen, hasta parienta de Angélica, no tenía nada de común con aquella célebre beldad. Era en extremo flacucha, desgarbada, imbécil, y hasta sorda por añadidura. El ministro de Estado, que no desconocía esta última circunstancia, cogió un caracol marino, lo envolvió en un periódico y se fué á casa de la princesa. Una vez allí, le manifestó con auxilio del caracol la alta misión diplomática que le había sido encomendada. La princesa contestó secamente:

– Bueno.

Para solemnizar los esponsales del príncipe, se dió en palacio un gran banquete, al que asistieron, además de la nobleza, el cuerpo diplomático y los altos dignatarios del Estado, las notabilidades todas de la corte en ciencias, artes, literatura, etc. Reinaba entre los convidados la más alegre expansión, cuando presentaron en la mesa un gran pastel de



CÓRCEGA. – EL BANDOLERISMO. – LA FAMILIA BELLACOCHU. (De una fotografía.)



HISTORIA AMOROSA, copia del celebrado cuadro de Laurentí



BUSTO EN MARMOL DE S. M. LA REINA REGENTE, esculpido por D. Agustín Querol

aves. El príncipe Pipolín, que hacía los honores de banquete, levantó con delicadeza suma la cubierta del pastel y en el acto voló de su interior una paloma blanca. Al ruido producido por las alas, volviéronse admirados todos los comensales. La paloma, después de posarse sobre la cornisa de un espejo y arrullar tres veces, pronunció el siguiente discurso (las palomas de aquel tiempo tenían grandes disposiciones para la oratoria):

«¡Ah, príncipe Pipolín! ¡Ah, granuja! ¿Cómo has podido olvidar á la pobre Rosalinda? ¿Y aquel anillo que le diste? ¿Y aquellos juramentos de hacerla tu esposa? ¿Crees que por ser príncipe puedes faltar á tu palabra y quedar como un cochero? ¿No te acuerdas ya de que, gracias á ella, no te escabecharon en Turquía? ¿De ese modo pagas los sacrificios que la muy tonta hizo por ti?... Pero Dios lo ve todo; y aunque algunas veces hace la vista gorda, no es sordo como esa princesa del Catay, que no hace más que alargar inútilmente su cuello de jirafa para pescar lo que estoy diciendo. ¡Anda! Cásate con ella, sé emperador del Catay; pero no te arriendo las ganancias.»

Terminado el discurso, la palomita salió volando por una ventana y se perdió en los aires.

El príncipe Pipolín se desmayó. La princesa del Catay no hacía más que preguntar:

–¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

La reina, que era un alma de Dios, lloraba á lágrima viva; pero el rey, que era hombre de carácter, se mostraba muy irritado por aquella elocuencia *palomil;* hizo comparecer inmediatamente á su presencia al cocinero mayor y le dijo con acento colérico:

–Necesito saber en el acto qué significan ese pastel, esa paloma y ese discurso.

El pobre hombre contestó temblando como un azogado:

–Señor, juro á Vuestra Majestad que no he tenido arte ni parte en ese pastel. El exceso de confianza me ha perdido.

–¿Cómo es eso?

–Señor, hace algunos días se me presentó un jovenzuelo solicitando una plaza de marmitón. Me pareció listo el rapaz y lo admití en las cocinas reales. Y la verdad es que en punto á disposición, nada ha dejado que desear: en el poco tiempo que lleva de oficio, nos ha aventajado á todos en la confección de muchos platos; hoy se empeñó en aderezar él solo ese pastel...

–Que venga aquí al momento ese pinche, interrumpió el monarca.

A los pocos instantes se presentaba en el salón del banquete el muchachuelo, todo avergonzado y cubriéndose la cara con el blanco gorro de cocina. En esta actitud, llamó vivamente la atención de todos los invitados un diamante de tamaño nada común que el ayudante de cocina lucía en uno de sus dedos. Pipolín, que había vuelto en sí á fuerza de echarle vasos de agua fría en la nuca, se fijó en el anillo, corrió hacia el marmitón, le descubrió el rostro y gritó ebrio de júbilo:

–¡Rosalinda! ¡Mi adorada Rosalinda!

Abrazáronse estrechamente ambos amantes, hasta que al cabo exclamó Pipolín:

–Rosalinda, se me cae la cara de vergüenza al pensar lo que habrás dicho de mí.

–Aquí no ha pasado nada, querido, repuso Rosalinda; yo sé que tus últimas sandeces no han tenido otra causa que la maldición de mi mamá.

–Luego tu mamá echa maldiciones lo mismo que las gitanas...

–Las echaba, porque ya está en el otro barrio.

–Allí nos aguarde por mucho tiempo.

–Pero, como en medio de todo, la pobrecita era un alma de cántaro, al condenarme á desaparecer de tu corazón y de tu memoria, se olvidó de añadir *para siempre.* Gracias á ese olvido, el encanto que te subyugaba ha quedado deshecho.

De repente, la memoria de Pipolín se iluminó, como si le hubieran encendido dentro del cerebro una docena de lámparas incandescentes. (Y eso que por aquel tiempo no soñaban aún en conocer los portentos de la electricidad.) A favor de aquella luz, ó por mejor decir, de aquella luminaria, pudo relatar el príncipe sus aventuras entre los turcos, haciendo resaltar el inmenso amor de Rosalinda, que le había salvado la vida y devuelto la libertad á costa de los mayores sacrificios. A renglón seguido manifestó el príncipe que antes lo harían tajadas que casarse con otra mujer que Rosalinda.

Después de escuchar en silencio aquella conmovedora narración, dijo el monarca:

–Pipolín, esta chica te conviene; es lista, fiel, hacendosa, y tengo para mí que ha de ser una mujer de su casa; por lo pronto, ya hemos visto las manos que tiene para guisar. Después de lo que ha hecho por ti, sería una granujada el que le jugases una mala partida. Además, la que ha sido buena hija, no puede ser mala esposa. Cásate con ella, que no vas mal.

–¿Y qué nos hacemos ahora, preguntó la reina, con esa princesa del Catay?

El ministro de Estado, que se hallaba presente y era hombre de grandes recursos, se apresuró á decir:

–No pasen apuro Vuestras Majestades, yo me encargo de eso.

Mandó traer el caracol marino, por medio del cual hizo comprender á la princesa del Catay que había entendido mal y que había sido invitada tan sólo para asistir á las bodas del príncipe Pipolín con la princesa Rosalinda. La del Catay, al oir tales razones, dijo *¡Ah!*, con extrañeza, y abandonó majestuosamente el salón sin despedirse de nadie.

No se hizo esperar una enérgica reclamación diplomática por parte del Catay; pero el ministro de Estado de Meloria, en una extensa y bien razonada nota, convenció plenamente al gobierno del Catay de que tan difícil situación reconocía por único fundamento la falta de oído de la princesa y el mal estado de sus facultades mentales. «¿Cómo, si no, decía el ministro en su nota, puede dar acogida ese gobierno á la ridícula suposición de que el príncipe heredero de Meloria fuese á contraer matrimonio con un marmitón?»

El talento del ministro de Estado evitó una sangrienta guerra, y con ella, sabe Dios cuántos miles de víctimas inocentes.

El consejero regio, el usurero israelita y el médico de cámara, conocedores de una página bien triste de la historia de Rosalinda, acabaron por convencerse de que aquella página misteriosa había sido puro sueño de sus fantasías. Como los tres eran unas personas tan decentes y como en Meloria se pagaba con el pellejo la más leve ofensa á la familia real, no volvieron á hablar de semejante sueño, ni aun en la reserva más absoluta. Excusado es decir que Pipolín vivió siempre ignorante de aquel secreto, lo cual nada ofrece de particular si se tiene en cuenta que á otros, aun sin ser de estirpe regia, les ha pasado tres cuartos de lo propio.

Pipolín y Rosalinda se casaron, fueron reyes de Meloria, tuvieron muchos hijos, y vivieron felices y contentos hasta el fin de sus días.

Y colorín colorado.

José Torres Reina

NUESTROS GRABADOS

Poderoso magnate, cuadro de D. José Jiménez Aranda. – En las escenas de fines del pasado siglo y principios del presente halla ancho campo en que lucir su talento el hábil dibujante y consumado colorista D. José Jiménez Aranda, algunas de cuyas obras de este género son actualmente admiradas en nuestra Exposición general de Bellas Artes. A él pertenece también *Poderoso magnate*, cuadro lleno de intención y de encantadora factura, en el que los menores detalles destácanse con todo el relieve que el pincel del famoso pintor español sabe prestar á sus composiciones huyendo de los efectos artificiosos y apelando, por el contrario, á colores, frescos sí y aun brillantes cuando viene el caso, pero suaves, jugosos, graduados en delicados matices y sobre todo de una verdad admirable. La característica de Jiménez Aranda es la naturalidad, hija de la observación atenta y del estudio concienzudo, y rindiendo culto á esta tendencia consigue triunfos tan señalados y merecidos como el que con *Una desgracia* logró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes.

***

Pastoreo, cuadro de D. Laureano Barrau. – Pesca, cuadro de D. Dionisio Baixeras. – Vendimia, cuadro de D. José María Tamburini (Salón Parés). – A la par que nuestros artistas logran con su esfuerzo y constante labor un nuevo timbre para Barcelona, ya que todas sus manifestaciones industriales llevan consigo el sello artístico que las avalora, desenvuélvese la cultura artística que determina el deseo de imponer el buen gusto á todo, desde lo más nimio á lo que ya revista caracteres de grandeza. De ahí que en las construcciones, en el mueblaje, en los tejidos y en el decorado de los salones, se hallen siempre pruebas de las buenas corrientes que hoy, por fortuna, informan las creaciones todas de nuestros artistas y artífices. La pintura aporta en el embellecimiento los variados matices de la gama, y los pintores procuran arrancar de su paleta los tonos más simpáticos ó sentidos, á la vez que geniales concepciones.

Los tres *panneaux* que reproducimos, destinados á embellecer el salón comedor de una suntuosa vivienda, constituyen otros tantos cuadros de las costumbres de nuestra región. Tamburini representa en la *Vendimia*, con esa sentida elegancia que tanto le distingue, con ese misticismo plástico que rebosa en todas sus composiciones, una escena de nuestro país, en la que tanto los tipos como el paisaje y la luz son de esta región; Baixeras ha buscado en sus dos rapazuelos el modo de representar la *Pesca*, destacando por obscuro sobre un celaje luminoso, sus dos figuras tan reales, como lo son las de los marineros que le sirven de modelo para sus composiciones, y Barrau, que al igual de Vayreda, traslada su estudio á la campiña de Olot, durante la estación veraniega, ha transportado al lienzo una garrida zagala que al caer de la tarde conduce su rebaño al aprisco. Completan estas composiciones otra debida al pincel de Llimona, dedicada á la siega, que confiamos poder dar á conocer á nuestros lectores.

Para que nuestros artistas puedan dar mayores muestras de su valer, precisa que los próceres catalanes presten á las artes mayor protección, ya que sólo á ellos es dable impulsar la pintura decorativa, en la que verdaderamente se manifiesta la genialidad del artista. Al entusiasmo del Sr. Marqués de Linares débense las más grandes composiciones del malogrado Plasencia.

***

Acudiendo á la cita, escultura de G. van der Straeten. – Los que recuerden las esculturas *Billete amoroso* y *El favorito* que hace algún tiempo reprodujimos, habrán adivinado, aun antes de haber leído el nombre del autor de *Acudiendo á la cita*, que esta obra ha salido del mismo cincel que produjo aquéllas; porque van der Straeten imprime en todas sus estatuas un sello de originalidad, de elegancia y de alegría que no permite confundirlas con las de ningún otro artista. Conseguir este estilo propio, casi exclusivo, sin caer en amaneramiento ni hacerse monótono, es empresa por demás difícil: van der Straeten ha salido tan bien de ella, que hoy su firma es una de las más reputadas en el mundo artístico y los inteligentes y aficionados se disputan sus creaciones, que además de excepcionalmente buenas son deliciosamente bonitas.

***

Vista de la fachada principal y del gran salón central del Palacio de Bellas Artes, dibujo de D. Nicanor Vázquez. – De lo que es la Exposición general de Bellas Artes considerada desde el punto de vista artístico, ocúpase en este periódico con más autoridad y más acierto de los que pudiéramos tener nosotros el reputado crítico D. José Yxart; el aspecto que ofrece el Palacio de Bellas Artes, y especialmente el gran salón central, lo ha descrito ya y seguirá describiéndolo pluma mejor cortada que la nuestra en las interesantes crónicas quincenales de *El Salón de la Moda*. Queda, pues, en esta sección reducida nuestra tarea á llamar la atención de nuestros lectores sobre el elegante dibujo de nuestro distinguido colaborador Sr. Vázquez que da una idea exacta del exterior del Palacio y del aspecto del grandioso salón central del mismo, en donde está instalada la sección de escultura y que es el punto de reunión de la numerosa cuanto selecta concurrencia que acude á visitar el actual certamen artístico.

***

Historia amorosa, copia del celebrado cuadro de Laurenti.—Con decir que al contemplar la *Historia amorosa* se le ocurre á quien algo de pintura entienda atribuirla á Alma Tadema, el pintor de fama universal, queda hecho el mejor elogio del cuadro de Laurenti. Bien entendidas las figuras, perfectamente estudiado el asunto y el carácter de la época y atendido con especial solicitud el elemento psíquico, que es el factor que más han de cuidar los artistas que quieran crear algo sólido, algo que se aparte de tanta frivolidad como hoy se produce, cuanto más se contempla, más se admira esta obra maestra de un género hoy poco cultivado, según unos por pasado de moda, según otros – y éstos á nuestro entender ponen el dedo en la llaga – porque entraña dificultades que pocos saben dominar y requiere estudios que pocos se ven con ánimos de acometer. Por esta razón merece doble alabanza el pintor que como Laurenti sabe vencer aquellos obstáculos y logra adquirir el caudal de conocimientos que le permite dar feliz cima á un lienzo como el que reproducimos.

***

Busto en mármol de S. M. la Reina Regente, esculpido por D. Agustín Querol. – La última obra del afamado escultor catalán es sin disputa una de las mejores que la estatuaria moderna ha producido y de las que de una manera más admirable realizan el ideal del arte escultórico, que no consiste simplemente en crear la belleza plástica, sino en dar expresión á la materia inanimada, haciendo que al través de ésta y revestida de irreprochables formas se descubra un alma que la anime, destruyendo la frialdad del mármol, con ese soplo vital que sólo á los grandes genios les es dado infundir en sus creaciones. Examínese como se quiera el busto de Su Majestad la Reina Regente, siempre resultará una maravilla; si desde el punto de vista técnico la consideramos, habremos de confesar que difícilmente puede el cincel modelar líneas más correctas ni imitar con igual perfección y sobriedad el cuerpo humano, las vestiduras que lo cubren y sobre todo la piel que lo envuelve cayendo en holgados y blandos pliegues que cuesta trabajo no confundir con la realidad; y si ahondando más, nos fijamos en la parte interna, adquiriremos el convencimiento de que es imposible dar mayor vida á una escultura. Al que la contempla cuéstale trabajo convencerse de que aquellos labios no han de abrirse para dar paso á las palabras, de que en aquellos ojos no ha de brillar la mirada y de que aquel seno no ha de agitarse tras breve pausa de los movimientos respiratorios.

Mucho elogió la prensa madrileña esta obra de Querol, hoy expuesta en la Exposición internacional de Berlín, pero en vista de la reproducción de la misma, no vacilamos en afirmar que de tales alabanzas y aun mayores es digna esa joya de la moderna escultura española.



Un momento después sintióse dulcemente aprisionada en los brazos de su joven vecino...

EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONCLUSIÓN)

No se cansaban de estar juntos, separábanse con sentimiento y volvían á verse con un placer cada vez más vivo; ningún enfado turbaba sus conversaciones, y sin confesárselo aún, los dos jóvenes se profesaban una simpatía cada vez más tierna. Algunas veces, cuando hablaban en el antiguo salón é iban á pasearse por el parque, sus miradas se cruzaban de pronto, y á esa comunión de miradas sucedían repentinos silencios; las mejillas de ambos se sonrojaban, sus corazones latían, y poseídos de una turbación lánguida, balbucían palabras incoherentes. En el momento de despedirse y al estrecharse la mano, no acertaban nunca á separarse, y con frecuencia Huberto, después de haber salido, reaparecía bruscamente bajo un pretexto cualquiera á fin de disfrutar una vez más de las delicias de aquella larga y voluptuosa presión de manos. El amor, que los acosaba sordamente, no debía de tardar en declararse por aquel peligroso proceder, y así sucedió al fin.

El hecho se produjo de la manera más sencilla y natural del mundo: un domingo del mes de agosto, día de la fiesta patronal de Champlain, al hacer Huberto su visita de costumbre, encontró á la señora de Gurgis sola en la casa desierta; como Jacobita era buena y trataba maternalmente á sus criados, habíales permitido á todos ir á la fiesta, ordenando que le preparasen algunos fiambres para cenar, á fin de no obligarles á volver antes de la noche.

– He dado libertad á toda la servidumbre, dijo á Huberto, asombrado de la completa soledad de Val-Dormant; los criados son como nosotros, necesitan divertirse, y les he permitido ir á Champlain hasta las diez... Si se queda usted á cenar conmigo, deberá servirse á sí propio.

Esta perspectiva pareció seducir al joven; los dos fueron á sentarse en el antiguo diván de terciopelo de Utrecht, y Jacobita propuso á Huberto continuar la lectura de un libro que habían comenzado y que les divertía mucho. La señora de Gurgis era quien leía, con voz dulce y clara, mientras que Huberto contemplaba á su lectora. En la penumbra del salón, cuyas ventanas estaban cerradas por el lado del sol, la joven parecía más seductora aún que de costumbre; como esas aguas de los surtidores mágicos que toman color y son luminosos por obra de un aparato subterráneo, el amor oculto en su corazón la iluminaba y comunicábale agradable colorido. En cierto instante interrumpió su lectura para hacer una observación, á la cual Huberto contestó solamente con una tierna mirada; y muy pronto las de los dos se cruzaron, haciéndose una mutua declaración de amor. Fuera de la casa reinaba un silencio soñoliento entre los pinabetes del parque; por la abertura de la ventana entreabierta veíase un rincón de aquél lleno de rosas; sobre ellas zumbaban los abejorros y zánganos, y en alas del viento llegaban hasta allí los sonidos de las campanas y de las músicas de la fiesta. De repente el libro se cayó de manos de Jacobita; un momento después sintióse dulcemente aprisionada en los brazos de su joven vecino, que la estrechaban sin la menor resistencia por parte de ella.

V

La señora de Gurgis se entregó sin reserva y sin escrúpulo, porque su casamiento *in pártibus* no le pesaba, ni se creía obligada á mantenerse fiel á un hombre original que la había abandonado en la noche misma de su boda. Vírgenes los dos en punto á tiernos afectos, amáronse con toda su alma, saboreando ansiosos con delicia el suculento fruto de amor. No sólo se adoraron locamente, sino que su pasión se convirtió en un enlace duradero. La señora de Gurgis aportaba á esa felicidad los asombros de una virgen y el afecto casi maternal de una mujer de reflexión madura. Huberto ponía de su parte todo el entusiasmo de un primer amor, toda la expansión de un corazón agradecido. A medida que su unión era más íntima, descubría en su compañera cualidades que aumentaban su cariño hacia ella: la bondad, la franqueza, y una cultura intelectual muy superior á la suya. Cuando las feas consiguen seducir, sujetan á los que de ellas se enamoran con lazos que difícilmente se rompen, y Huberto de Chatelliers dió una prueba de la verdad de esta observación. Cada día se mostraba más enamorado, y su afecto era cada vez más sólido.

A fin de respetar las conveniencias, ambos se esforzaban para observar mucha discreción y prudencia en la manifestación de su ternura; ocultaban su dicha, y el misterio comunicaba más exquisito sabor á la intimidad que se escondía para todos entre las espesuras de Val-Dormant. Sin embargo, por muchas que fuesen las precauciones que tomaran, el amor es de tan volátil esencia, y tiene un aroma tan penetrante, que se descubre aunque esté herméticamente cerrado. Poco á poco, la íntima familiaridad que existía entre el joven propietario de la Roserolle y la señora de Gurgis hizo sonreir á la gente de la vecindad; se charló de ello en Champlain y en otras partes, y varias personas caritativas se escandalizaron. La cosa llegó á oídos del señor de Noirel, quien se creyó obligado á dirigir á su hermana fraternales observaciones; pero la joven, inquietada en su dicha, contestó secamente que había alcanzado una edad en que cada cual es responsable de sus actos, y que bastante caro le costaba el derecho de vivir á su antojo. El señor de Noirel se dió por entendido, y satisfaciendo á la vez su egoísmo y su dignidad, aprovechóse de aquella contestación para no intervenir ya en los asuntos de su hermana. Huberto y Jacobita, por lo demás, no se apuraron largo tiempo por lo que de ellos pudiera decirse; habían vivido hasta entonces lejos del mundo, y no se cuidaban gran cosa de la opinión de los indiferentes: obstináronse en amarse en paz en su soledad, olvidáronse de todo, y muy pronto fueron á su vez por los demás olvidados. Las lenguas se cansaron de murmurar de ellos, la malignidad pública buscó otros alimentos, y la gente de los alrededores acabó por aceptar con más indulgencia el hecho consumado.

La intimidad continuó, pues, siempre discreta y tierna, con la seguridad de un matrimonio y sin las prosaicas promiscuidades que le caracterizan. Al cabo de cinco años experimentaban al verse el mismo placer que el primer día; sus corazones latían con la misma emoción durante los minutos que precedían á la hora señalada para sus citas; y separábanse cada noche con igual sentimiento, después de disfrutar con la misma tranquila alegría de la voluptuosidad de las caricias y del encanto de la conversación.

Una tarde de enero, al principio del sexto año de sus relaciones, conversaban cariñosamente en el gran salón, delante de la chimenea, donde chisporroteaban algunos troncos de haya; en el exterior sentíase uno de esos fríos rigurosos que cubren de escarcha los vidrios de las ventanas, comunicando á los árboles un aspecto aterido, y soplaba un viento helado que hace más preciosos el fuego y una dulce intimidad. Huberto y Jacobita decíanse que era una dicha amarse sinceramente en un lugar bien resguardado, en aquella ruda estación, y estrechábanse uno contra el otro. Profundo silencio reinaba alrededor de la casa, y los melancólicos gemidos del viento entre los pinabetes de la avenida asemejábanse á un discreto murmullo, propio para acompañar el sueño invernal de los campos y de los bosques.

De repente, en medio de aquella calma profunda de la naturaleza adormecida, oyóse resonar á lo lejos un débil rumor de cascabeles en dirección á Champlain; los dos amigos escucharon distraídamente, y acercándose más uno á otro en el diván de terciopelo, que habían acercado á la estufa.

– Agrádame oir ese ruido de cascabeles en los caminos, dijo Huberto, sobre todo cuando se acerca la noche ó en las tardes de invierno como ésta, cuando estoy cómodamente sentado en mi habitación bien cerrada. Experimento una satisfacción egoísta al pensar en los viajeros que corren por los caminos con semejante tiempo, y me considero más feliz aún comparándome con ellos.

– A mí también me agrada el ruido de los cascabeles, repuso la señora de Gurgis, porque esto me recuerda mis primeros años de juventud, durante los cuales me aburría tanto en Val-Dormant, deseando que uno de esos raros coches, cuyos cascabeles oía, me trajese al fin el cambio de existencia á que aspiraba... Ahora, continuó, tengo la felicidad soñada, y ya nada pido á los cascabeles de los coches que pasan.

El ruido se aproximaba por momentos, siempre claro y más alegre; ya se percibía más distinto el rumor producido por las ruedas y el trote de los caballos sobre la tierra endurecida; durante un momento fué más sordo, pero después resonó más cerca, y á los que escuchaban parecióles que el coche avanzaba por la avenida. De repente oyóse el chasquido del látigo y nuevo ruido de cascabeles, y á los pocos minutos todo quedó silencioso. Un carruaje acababa de penetrar en el patio, donde se detuvo; oyóse rumor de voces y el choque de una portezuela que se abría y cerraba.



Catalinita

Los dos enamorados levantáronse perplejos; la sorpresa les hacía enmudecer, é interrogábanse con la mirada sin osar comunicarse sus rápidas y ansiosas reflexiones.

La puerta del salón se abrió de repente como por un golpe de viento, y en el umbral apareció Catalinita, que llena de sobresalto y con voz ahogada dijo:

– ¡Señora, es el señor de Gurgis!

VI

Era este anuncio tan extraordinario, tan increíble, tan incongruente, que Jacobita no halló fuerza ni aun para alejarse del diván, donde un momento antes estaba sentada cariñosamente junto á Huberto de Chatelliers; y aquel mueble de escasa anchura debía hacer más visible aún á los ojos del recién venido la familiar intimidad que reinaba entre su señora y el vecino. Jacobita palideció mucho, y el mismo Huberto se desconcertó.

El señor Gurgis entró sonriendo, con la confianza de un hombre que está en su casa. Los cinco años pasados en el Oriente habíanle gastado y envejecido un poco pero siempre era elegante, muy pulcro, desdeñoso y de modales fríamente corteses. Dirigió una mirada irónica al diván ya vacío, y adelantóse hacia la desolada Jacobita.

– Señora, dijo, besándole la punta de los dedos, me han concedido el retiro; anteayer desembarqué en Marsella, y mi primera visita es para usted... No sé aún dónde fijaré mi residencia para vivir con la modesta pensión que el Gobierno debe pasarme, y hasta que se resuelva el expediente, me ha parecido oportuno venir á ofrecer á usted mis respetos, solicitando su hospitalidad... Sin embargo, añadió con tono sarcástico, fijando su mirada en Huberto de Chatelliers, no quisiera servir de estorbo á nadie, y por lo tanto ruégole que dé orden de preparar una habitación y de poner un cubierto más en la mesa, sin cambiar en nada sus costumbres.

Y sin fijarse al parecer en la actitud confusa de Huberto ni en el asombro indignado de Jacobita, apoyóse en la chimenea, se calentó los pies y comenzó á pasear tranquilamente por la habitación como si jamás hubiera salido de Val-Dormant.

Gurgis era el único que hablaba, pues sus dos interlocutores no tenían muchas ganas de conversación. Huberto, consternado y pronto á desesperarse, veía rotas para siempre, por la llegada de aquel intruso, las relaciones de intimidad y de ternura que habían encantado su juventud y la de Jacobita, y preguntábase ya qué partido debería tomar. En su calidad de esposo legal, el señor de Gurgis tenía seguramente derecho á reinstalarse en Val-Dormant; mas era odioso á Jacobita, sin duda la haría muy desgraciada, y correspondíale á él, Huberto, adoptar las medidas necesarias al reposo y salvación de su amiga. ¿Debería provocar al señor de Gurgis, ó inducir á la joven á huir con él para sustraerse á una tiranía insoportable? No viendo más que estas dos alternativas, preguntábase con ansiedad cuál elegiría. Por su parte, la señora de Gurgis, repuesta de su primer estupor, decíase que era preciso cortar por lo sano alejando á toda costa al odioso personaje que después de cinco años de abandono osaba reclamar sus derechos. En su consecuencia resolvió tener con él una explicación al punto, y dirigiéndose á Huberto:

– Señor de Chatelliers, le dijo, ¿quiere usted tener la bondad de dar las órdenes oportunas para que se prepare habitación al señor de Gurgis y para que conduzcan á ella su equipaje?

Al mismo tiempo fijó á hurtadillas una mirada de súplica, cuya significación adivinó Huberto con la perspicacia del amante. Comprendió que Jacobita le rogaba que permaneciese á su lado y tuviera paciencia; y como se hubiera dejado hacer pedazos antes que desobedecerla, inclinóse y salió después de tranquilizarla con la mirada.

Una vez sola con su esposo, volvióse hacia él impetuosamente con expresión altanera.

– ¿Me explicará usted, caballero, dijo, qué significa esta pesada broma?

– Señora, contestó fríamente Gurgis, no es mi intención bromear... Repito que el Gobierno me ha dado vacaciones algo más pronto de lo que yo deseaba, y no teniendo en Francia, por lo pronto, más domicilio que el de usted, he creído obrar bien al reinstalarme en el hogar conyugal.

– ¿De veras?... ¡Usted olvida, caballero, cómo abandonó este hogar!

– He cometido faltas, lo confieso; pero me apresuraré á repararlas y á cumplir con mis deberes... en toda la extensión de esta palabra.

– ¡Es demasiado tarde!, replicó Jacobita con viveza; á la injuria que me infirió usted abandonándome la noche de nuestro casamiento, no agregue ahora otra imponiéndose aquí á pesar mío.

– ¡Demasiado tarde!, murmuró Gurgis, sonriendo irónicamente. ¡Cuidado, señora; advierta que su afán en desembarazarse de mí podría inducirme á suponer que mi lugar está ocupado por otro!... En tal caso, deberé averiguar hasta qué punto se ha mancillado mi honor y qué conducta debo observar respecto á... ese otro.

Así diciendo, dirigía una mirada amenazadora en dirección á la puerta por donde Huberto había salido. Jacobita, sorprendiendo esta mirada, comprendió su significación; entonces recordó haber oído decir á su hermano que Gurgis había tenido numerosos duelos, en los cuales quedó siempre victorioso; tembló por su amigo, y como su ternura le comunicase de pronto una astucia diplomática impropia de su temperamento, ideó un ardid capaz de alejar las sospechas del señor de Gurgis. Juzgó imposible que aquel flamante caballero de avanzada edad, amante de los placeres y del mundo, se acostumbrase á la vida monótona y casera de Val-Dormant, y tomó el partido de no contrariarle, aparentando que se resignaba.

– Lo que acaba usted de insinuarme, contestó, es una nueva ofensa, mas no haré aprecio de ella... Aunque solamente sea usted mi esposo de nombre, si le place revindicar los derechos que el código le concede, puede hacerlo... Usted pretende reinstalarse en Val-Dormant; está muy bien, puede usted quedarse... Le ofrezco casa y cubierto; pero entiéndase bien que á esto deben limitarse sus pretensiones... Yo no cambiaré en nada mis costumbres ni mi manera de vivir, y usted seguirá siendo para mí lo que fué siempre, un marido nominal...

Apenas pronunciadas estas últimas palabras, volvió Huberto. Jacobita había recobrado toda su serenidad, y sin turbarse en lo más mínimo presentó ceremoniosamente el joven al señor de Gurgis.

– El señor de Chatelliers, dijo, mi vecino más próximo y mi mejor amigo; viene con frecuencia á visitarme y á leer un poco... Precisamente cuando usted llegó, caballero, nos disponíamos á examinar un libro muy interesante, y si usted lo permite, continuaremos... Ya se lo he dicho; queda convenido que no nos molestaremos uno á otro... Si prefiere subir á su habitación para descansar, no se crea obligado por política á permanecer con nosotros.

El señor de Gurgis, visiblemente desconcertado por la firme actitud de Jacobita y la claridad con que había determinado su situación respectiva, murmuró algunas palabras corteses para asegurar que le agradaría escuchar la lectura, y después sentóse en un sillón junto al fuego. La señora de Gurgis entregó á Huberto el libro, titulado *Princesa de Cleves*, y el joven comenzó á leer con voz sonora la segunda parte.

«¡Se burla de mí!, pensaba el ex cónsul... ¡Hum! Su carácter no se ha dulcificado al envejecer, y me parece que no haríamos buenas migas viviendo juntos.. »

Al entrar en el salón de Val-Dormant y ver en él á un joven, admitido allí con gran intimidad, Gurgis sospechó desde luego alguna historia amorosa, y habíase prometido regocijarse en la turbación de los dos enamorados y aprovecharse de la situación para imponer su voluntad á su esposa; pero la conversación que acababa de tener con ella y la desenvoltura de Jacobita obligáronle á pensar de otro modo. «Me parece, se dijo, que si fuera culpable se mostraría más confusa y menos dueña de sí misma. ¿Me habré engañado? ¿Es ese joven un simple pisaverde á quien mi mujer hace representar el papel platónico de Sigisbeo, ó tratan de engañarme?... De todos modos, y hasta que yo haya aclarado la cosa, me parece que voy á desempeñar aquí un papel ridículo... ¿Vale la pena de quedarse? He aquí el problema...»

Mientras se entregaba á estas reflexiones, Huberto continuaba su lectura, sin que Gurgis prestase gran atención á los delicados análisis de Mme. de la Fayette, porque detestaba las novelas en general y le importaban muy poco los nobles sentimientos, pero el modo de leer de Huberto de Chatelliers era cadencioso y monótono, y como á esto se agregase el calor del fuego y la fatiga del viaje, el antiguo diplomático comenzó á cabecear, y al fin quedó sumido en una dulce soñolencia. Muy pronto, un sonoro ronquido atrajo sobre su persona las miradas de Jacobita y de su compañero; dormía con la boca abierta; y con su mostacho teñido, sus mejillas embadurnadas y sus párpados surcados de arrugas, era tan cómica la expresión de su rostro, que Huberto no pudo menos de inrerrumpirse para sonreir.

VII

El súbito silencio que siguió á la cadencia de la lectura despertó al durmiente; restregóse los ojos, sorprendió las sonrisas ahogadas de su mujer y de su compañero, y persuadióse de que hacía un papel ridículo.

– Dispénsenme ustedes, balbució; siento un poco de pesadez en la cabeza, y creo que lo mejor será retirarme á descansar una hora ó dos...

– Ruego á usted que no se moleste por nosotros, repuso la joven tirando de la campanilla; Catalinita le conducirá á su habitación...

Cuando Gurgis hubo salido y los amantes estuvieron seguros de que se hallaba ya en su aposento, cogiéronse las manos y se miraron con tristeza.

– ¿Qué será de nosotros?, preguntó Huberto sus-



El antiguo diplomático comenzó á cabecear y al fin quedó sumido en una dulce soñolencia

pirando tristemente. ¡Quién hubiera creído, aun esta mañana, que la desgracia estaba tan próxima!

– Eramos demasiado felices, murmuró Jacobita, y el cielo ha querido sometemos á esta prueba...

– Hace un momento, continuó el joven, cuando me miró con su aire impertinente, me ha costado mucho no tratarle como se merece.

– ¡Guárdate bien de provocarle, replicó la joven, porque te mataría!

– Mejor fuera la muerte que una separación como la que nos amenaza...

– ¡Oh!, exclamó Jacobita, cogiendo las manos de Huberto, ¿cómo puedes decir semejantes cosas? ¿Qué sería de mí si no te tuviese á mi lado?

– ¡Perdóname, exclamó Huberto, yo te adoro, y suceda lo que quiera, no me separaré de ti!...

Así diciendo rodeóla con sus brazos, y la estrechó con tal fuerza, que sintió contra su pecho la tibia y palpitante presión del seno de la joven. Este dulce contacto le devolvió toda su energía.

– Si huyéramos juntos, exclamó, te llevaría muy lejos de ese hombre odioso que ha perturbado nuestra dicha.

– ¿Piensas en lo que dices, Huberto?, replicó Jacobita desprendiéndose de los brazos del joven. No, no, esos son medios extremos á que no se debe apelar hasta que se desespera del todo... y aún tengo la esperanza de salir del paso sin escándalo... Sí, me parece que las cosas se arreglarán... Ten paciencia y sé prudente.

– ¿Qué debo hacer entretanto? ¿Me quedaré esta noche ó volveré á mi casa?

– No, quédate... No quiero comer sola con él...

Mientras los dos enamorados se lamentaban sobre su triste suerte, como Jimena y Rodrigo, el señor de Gurgis se instalaba en su habitación, precisamente la misma que se le había destinado cuando llegó para hacer la corte á Jacobita. Nada había cambiado en ella: las cortinas de damasco obscuro comunicaban á la cama el aspecto de catafalco; las litografías de Boilly y la *Puesta de sol en el Bósforo* pendían aún de las paredes; y entre los dos vasos de alabastro brillaba el cuadrante de cobre del reloj cuyas agujas permanecían inmóviles.

«¡Uf!, suspiró el ex cónsul, acercando su sillón á la estufa, donde los leños se ennegrecían sin producir llama: por más que transcurran los años, todo se mantiene igual en este castillo soñoliento; los bosques son siempre monótonos, los muebles no se han renovado y la dueña de esta morada no se ha embellecido.»

En la sociedad de los levantinos, Gurgis se había refinado más en cuestión de belleza plástica, y para él, Jacobita, con su sencillez rústica, no poseía ninguna de las cualidades que comunican atractivo á una mujer.

«Decididamente, prosiguió Gurgis, he incurrido en error; no es posible que ese pollo se haya enamorado de la robusta provinciana de abultados huesos y grandes cejas, que viste á la moda de mi abuela. Jacobita, por otra parte, es demasiado fastidiosa para no conservar su virtud, y hasta me parece que ésta debe haber agriado mucho su carácter... Ya me veo tomando parte en las pobres distracciones de esos dos personajes, escuchando la lectura de novelas soporíferas, asistiendo á vísperas el domingo y sometiéndome por la noche á jugar á cualquier cosa con el cura de Champlain... Al cabo de una semana de semejante existencia me encontrarían enmohecido... ¡Brr!... Aún me parece estar en aquel tiempo en que el estúpido Noirel me trajo aquí para casarme, y solamente el pensarlo se me pone la carne de gallina...»

Entregado á estas melancólicas reflexiones, cerró de nuevo los ojos y durmióse profundamente.

Soñó que andaba por la iglesia de Champlain, acompañando á Jacobita, mientras que Chatelliers ayudaba la misa con traje de monaguillo. Precedíale un suizo que hacía resonar su alabarda sobre las baldosas, y el cura con su cara rolliza pronunciaba un discurso en tres partes para felicitarle por haber vuelto al domicilio conyugal... Tan pesado era su sueño, que Catalinita debió sacudirle por un brazo para anunciarle que le esperaban para comer.

Gurgis, tiritando de frío, bajó al comedor, que tampoco había cambiado en lo más mínimo: volvió á ver la misma porcelana blanca, la misma mantelería reluciente, y el mismo calentador de plaqué. El faldero, que había olfateado en el señor de Gurgis un enemigo de la raza canina, acogióle con ladridos rabiosos, y durante toda la comida el antiguo cónsul sufrió el enojo de oirle gruñir bajo la mesa junto á sus pantorrillas. La conversación fué lánguida: Jacobita y Huberto hablaban de las últimas cortas de maderas, de lo difícil que era encontrar operarios y de la subida del precio de los cereales en el último mercado de Chatillón. Después de agotado este asunto de economía rural, tratáronse otros más frívolos: la señora de Gurgis refirió que el cura de Champlain padecía un ataque de reumatismo gotoso, y Huberto anunció que el juez de paz había matado dos corzos en el bosque de la Faye y que se preparaba una batida para la semana siguiente. Gurgis escuchaba sin poder tomar parte en la conversación; su rostro se ponía cada vez más largo, la sonrisa de superioridad había desaparecido de sus labios, y trataba de ocultar bajo la servilleta sus bostezos espasmódicos.

Cuando pasaron al salón, Jacobita, muy amable, ofrecióle una taza de café, y después, dirigiéndose á la mesa de juego, dijo ingenuamente:

– Puesto que somos tres, podemos jugar al boston.

Esto era demasiado; Gurgis dejó bruscamente la taza sobre la chimenea y encarándose con su mujer,

– Señora, dijo, no cuente usted conmigo, porque no sé jugar al boston... Por lo demás, siento mucho haberla molestado... y si he de hablar con franqueza creo decididamente que no podré acostumbrarme nunca á la vida del campo... Prefiero regresar á París, y ruégole que acepte mis excusas... ¿No habría medio de obtener caballos para mañana á primera hora?

Al oir esta pregunta, Huberto, que sentía latir su corazón, volvió la cabeza para ocultar la alegría que iluminaba su rostro; pero Jacobita se mantuvo impasible.

– Siento mucho, caballero, dijo, no haber podido proporcionarle más agradables distracciones; pero ya sabe usted que Val-Dormant no es un país de recursos... En cuanto á los caballos, los míos están á su disposición .. Cuando el señor de Chatelliers vuelva á la Roserolle, pasará por Champlain á fin de buscar un coche más ligero que mi berlina.

El señor de Gurgis saludó, y besando ceremoniosamente los dedos de su mujer, pidió permiso para retirarse.

Cuando hubo subido á su habitación, Jacobita cogió la mano de Huberto y estrechósela con fuerza.

– ¡Pronto, murmuró, vé á Champlain y arréglalo todo para que el coche esté en el patio para mañana á las nueve!...

Huberto no necesitó que le repitieran la orden; corrió al pueblo, encontró un buen cabriolé y dió orden para que lo condujeran inmediatamente á Val-Dormant.

Al día siguiente, á las nueve, el mejor caballo estaba enganchado al vehículo, en el que se acababa de acondicionar el equipaje. El señor Gurgis se presentó muy abrigado con su gabán de pieles, tomó su taza de chocolate, dió gracias á Chatelliers, besó de nuevo la mano de su mujer, y se marchó como había venido.

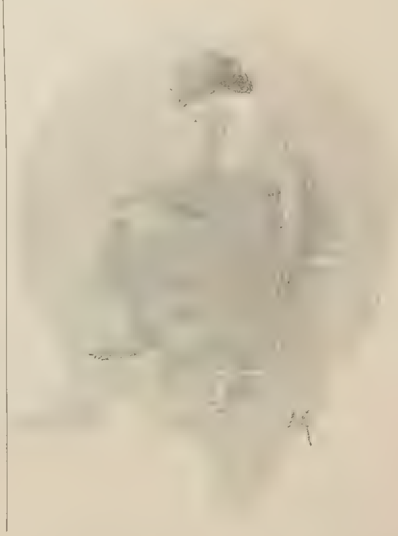
Cuando Huberto oyó resonar los cascabeles á lo lejos por la parte de Champlain, saltó al cuello de su amiga, y los dos se abrazaron con la efusión de personas que acaban de librarse de un terrible peligro y ven restablecida la tranquilidad en su casa.

. . . .

Desgraciadamente, las felicidades terrestres duran poco, y una nueva perturbación, inesperada, afligió á los habitantes de Val-Dormant: la súbita muerte de Jacobita de Noirel.

– ¡Pobrecilla!, me dijo mucho tiempo después Huberto de Chatelliers al referirme él mismo esta historia. Jacobita no disfrutó mucho de su libertad reconquistada, pues murió dos años después á consecuencia de una fiebre maligna... En cuanto á mí, he permanecido en la Roserolle. Veinte años han pasado desde entonces; pero cuando oigo resonar cascabeles en el camino, me estremezco, y paréceme ver de nuevo á Jacobita, con su elevada estatura, sus ojos húmedos y sus labios rojos, estrechándome en sus brazos en el umbral de la puerta de aquel antiguo salón, donde tan apasionadamente nos habíamos amado.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE L. DE VERNEUILL



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL GRAN ECUATORIAL ACODILLADO DEL OBSERVATORIO DE PARÍS

El gran instrumento cuya instalación se ha llevado á cabo recientemente en el Observatorio nacional de París, está construído según el mismo principio que el ecuatorial acodillado de 27 centímetros de diámetro establecido en 1882, conforme á la ingeniosa disposición inventada en 1872 por M. Loewy, subdirector de dicho Observatorio.

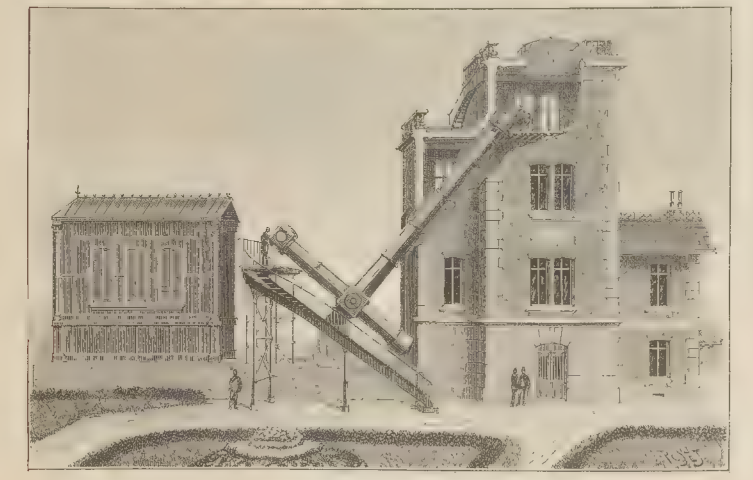


Fig. 1. El gran cuadrante ecuatorial acodillado. – Vista del conjunto del aparato

El ecuatorial acodillado se compone de dos partes que forman ángulo recto: una sigue la dirección del eje del mundo y puede girar sobre sí misma; otra perpendicular á ella y que puede á su alrededor describir un plano, representación del ecuador celeste. En el vértice del ángulo recto hay un espejo plano de cristal plateado formando ángulo de 45 grados con el eje óptico: este espejo envía al ocular la imagen procedente del objetivo y reflejada ya por otro espejo plano análogo. El objetivo y este segundo espejo, también inclinado á 45 grados, van colocados en el extremo de la parte exterior del tubo y forman parte de un cubo que se mueve alrededor del eje del instrumento perpendicular al eje del mundo. La fig. 3 permitirá comprender fácilmente la marcha de un rayo luminoso procedente del espacio. La imagen de la estrella A, hacia la cual se dirige el instrumento, atraviesa el objetivo BC, se refleja primero en el espejo BD y luego en el espejo central EF para llegar finalmente á O, que es el ocular donde se encuentra el observador.

El nuevo ecuatorial acodillado se diferencia del primitivo modelo por sus mayores dimensiones y por los perfeccionamientos mecánicos en extremo notables en él introducidos. La parte óptica, de una perfeción admirable, compónese de un gran objetivo económico de 0'60 metros de diámetro y de otro objetivo fotográfico de igual abertura que pueden sustituirse recíprocamente según los trabajos que se quieran practicar con ese anteojo colosal cuya longitud focal es de 18 metros. Los dos espejos planos que completan este sistema óptico tienen 0'85 y 0'73 metros de diámetro respectivamente. Los dos magníficos objetivos y los dos espejos han sido construídos por los señores Henry hermanos, de París, tan universalmente reputados como astrónomos y como ópticos.

La parte mecánica ha sido admirablemente ejecutada por M. Gautier, que ha atendido con la mayor perfección á todos los detalles, habiendo logrado ejecutar una verdadera obra maestra. El manejo de este grandioso instrumento, cuyo peso total es de 12.000 kilogramos, es sumamente fácil y puede hacerse con el simple esfuerzo de la mano. Un movimiento de relojería, debido á ese hábil constructor, puede además arrastrar el instrumento con toda la precisión deseable, permitiéndole seguir el curso de los astros al través del cielo, merced á lo cual cabe observar una estrella desde su aparición hasta que se pone. El astrónomo, fijo el ojo en el ocular, está siempre cómodamente sentado en el mismo sitio, estudiando esos mundos lejanos inmovilizados, por decirlo así, en el campo del instrumento. Cuando se han de observar astros que, como la luna y los planetas, tienen una marcha distinta del movimiento diurno, puede modificarse la marcha del movimiento de relojería á fin de seguirles en su carrera con tanta facilidad como en el caso anteriormente citado.

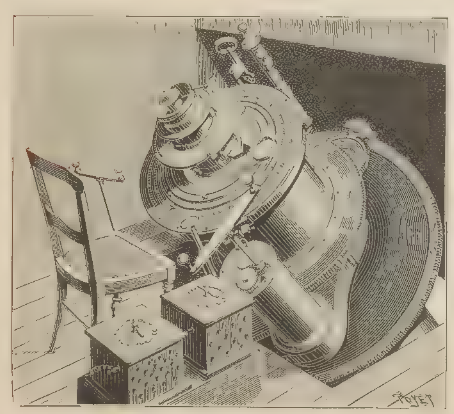


Fig. 2. El ocular del gran ecuatorial acodillado

La fig. 1 representa la vista general de la nueva instalación, para la que ha sido preciso construir un edificio de 20 metros de altura en los terrenos del Observatorio, lindantes con la calle de Arago. Para tapar la parte exterior del instrumento hay una gran caseta móvil que descansa sobre rieles y que deslizándose pon encima de éstos, se aparta convenientemente cuando hay que proceder á las observaciones. El eje principal del instrumento se apoya en dos pilares de albañilería, uno de 15 y otro de 4 metros de altura.

El coste total del edificio, de la caseta y del instrumento, inclusos los dos objetivos, será de unas 400.000 pesetas cuando el nuevo ecuatorial esté provisto de los aparatos científicos que necesariamente ha de tener para las diversas y numerosas aplicaciones á que su empleo dará lugar.

La fig. 2 nos transporta al gabinete de observación, en donde el astrónomo se encuentra cómodamente sentado y al abrigo de la intemperie: allí, fijo el ojo en el ocular, puede, sin moverse y gracias á las manecillas que obran á su voluntad sobre las transmisiones necesarias para la maniobra, dirigir el instrumento con seguridad y precisión maravillosas hacia los más apartados rincores del firmamento. El observador tiene delante los dos círculos divididos que marcan el uno las ascensiones rectas y el otro las declinaciones y que consulta á cada observación para la orientación exacta del ecuatorial.

Todas las lecturas se hacen por medio de lámparas eléctricas de una bujía, distribuídas del modo siguiente: dos para los dos círculos de ascensión y declinación, una para el círculo de posición del micrómetro, dos para los tambores fijados en los tornillos micrométricos, cuatro para hacer destacar sobre fondo negro los cuatro hilos de araña del retículo y una para iluminar el campo del instrumento donde dichos hilos destacan en negro sobre fondo luminoso.

Todas estas lámparas eléctricas son de pequeñas dimensiones, están alimentadas por acumuladores y se encienden á voluntad del operador. Las corrientes que las alimentan son llevadas hasta ellos por medio de dos circuitos diferentes, en los cuales van intercalados los correspondientes reostatos que permiten graduar, según las necesidades, la intensidad de la luz.

Desde que en 1882 se instaló en el Observatario de París el primer modelo de ecuatorial acodillado de 27 centímetros de abertura, las muchas é innegables ventajas de esta clase de instrumentos fueron causa de que en algunos otros observatorios se construyeran aparatos análogos, aunque de mayores dimensiones. En Francia los tienen con objetivos de 31 á 33 centímetros los observatorios de Argel, Besanzón y Lyón; el de Viena emplea, desde hace dos años, un instrumento de esta especie con un objetivo de 38 centímetros, y en el de Niza se construye actualmente un ecuatorial acodillado de 40 centímetros, que será utilizado como investigador de potencia excepcional, para cual objeto se presta admirablemente este instrumento. La parte óptica de todos estos aparatos es debida á los citados MM. Henry y la mecánica al expresado M. Gautier.

El ecuatorial del Observatorio de París es, pues, el mayor de cuantos actualmente existen: su potencia óptica responde perfectamente á sus enormes dimensiones y las observaciones hechas por vía de ensayo justifican plenamente las esperanzas que se fundaban en la habilidad profesional de los eminentes artistas á quienes se debe este colosal instrumento. Las imágenes de las estrellas se ven perfectamente limpias, y la luna y varios grupos de estrellas han podido ser estudiados en sus menores detalles.

Fig. 3. Esquema que reproduce la marcha seguida por el rayo luminoso en el gran ecuatorial acodillado.

Cuando pueda hacerse uso de este ecuatorial desde el punto de vista fotográfico, es indudable que se obtendrán los más importantes resultados. Por lo que toca á la luna en particular, en punto á la cual la fotografía ha realizado ya tan grandes progresos, su imagen directa, en el foco del gran objetivo fotográfico de 60 centímetros, tendrá 18 centímetros de diámetro y podrá, debidamente ampliada, dar imágenes de más de un metro de diámetro.

Los eminentes astrónomos á quienes está confiada la interesante tarea de servirse de medios de investigación tan poderosos como los que les facilita el nuevo ecuatorial acodillado del Observatorio de París, tendrán á gran honra utilizarlos lo más pronto posible para penetrar más y más los secretos misterios del infinito, aportando nuevos é importantes datos á la ciencia astronómica, tan rica en maravillosas sorpresas y no menos fecunda en admirables descubrimientos.

Esperamos que sus sabias investigaciones les conducirán á resultados de extraordinario interés científico.

A. FRAISSINET

(De *La Nature*)

EL SEPULCRO DE ARISTÓTELES

Si nuestro siglo no es fecundo en esas glorias literarias que de generación en generación se perpetúan, ninguno con seguridad le aventaja ni siquiera le iguala en punto á la importancia de las investigaciones y de los descubrimientos durante el mismo llevados á cabo.

Apenas repuestos de la grata sorpresa causada por el hallazgo en el Museo Británico de un importante manuscrito de Aristóteles sobre la constitución ateniense, que se creía perdido para siempre, llega á noticia de los que por tales cosas se interesan el descubrimiento del sepulcro de ese genio poderoso, una de las más indiscutibles glorias de la humanidad.

Sabíase que Aristóteles, acusado de impiedad para con los dioses, se había retirado á Calcis, en la isla de Eubea, á fin de evitar que sus conciudadanos repitiesen el crimen poco antes cometido con Sócrates, á quien hicieron beber la cicuta; sabíase asimismo que había fallecido en su destierro voluntario en el año 322 antes de la era cristiana y que había sido enterrado en la citada isla.

Efectivamente, en Eretria, cerca de Calcis, ha sido hallado su sepulcro por un grupo de jóvenes americanos dirigidos por el Dr. Carlos Waldstein, profesor de arqueología de la Universidad de Cambridge.

En las excavaciones que hacía algún tiempo verificaban, encontraron á una profundidad de unos dos metros una serie de sepulcros colocados uno al lado de otro. Dos de ellos habían sido violados y su contenido saqueado y dispersado: otros dos habían sido felizmente protegidos por los cimientos de una casa que los ocultaba, y uno de éstos es, según la conclusión del sabio profesor de Cambridge, la tumba en donde está enterrado el filósofo de Estagira.

En favor de esta hipótesis militan, entre otras razones poderosas, los objetos en el sepulcro recogidos, entre los cuales citaremos: siete coronas de oro, en una de las cuales había adherido un fragmento de cráneo humano, un estilo y un punzón también de oro y, lo que es más curioso, una figurita de tierra cocida que representa á un filósofo en meditación y que es muy parecida á la descripción que hace Christodoro de una estatua de Aristóteles que existía aún en Constantinopla en el siglo v de nuestra era. Finalmente, en la tumba vecina pudo leerse las palabras *Biote Aristotelou*.

Según parece, todas las circunstancias del descubrimiento permiten afirmar que las conclusiones del profesor Waldstein son muy verosímiles, siendo de esperar que serán corroboradas por nuevas investigaciones.

(De *La Nature*)

ESTUDIO DEL PINTOR WALTER FIRLE. (Véase el artículo en el núm. 487.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN por autores ó editores

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz.* – Se ha publicado el cuaderno 3.° de esta notabilísima obra, esmeradamente traducida y adicionada por el Dr. D. Vicente Peset y Cervera. Nada hemos de decir en elogio del trabajo del eminente profesor de las facultades de Medicina y Ciencias de París, pues el mundo científico lo ha reconocido ya como el mejor en su clase.

Admítense suscripciones, al precio de una peseta el cuaderno (la obra constará de 14 ó 16) en la librería del editor D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, número 1, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, número 5.

***

VIAJE Á ATENAS, *por D. Enrique Gaspar.* – Hemos tenido el gusto de recibir el tomo XLVIII de la *Biblioteca selecta*, que con creciente y justificado éxito publica el conocido editor valenciano D. Pascual Aguilar.

El citado tomo se titula *Viaje á Atenas*, y su autor es el distinguido escritor D. Enrique Gaspar, cuyo solo nombre nos releva de hacer el elogio del nuevo libro. He aquí el sumario del mencionado tomo, según los capítulos en que está dividido:

Capítulo I: De Valencia al Pireo. – Capítulo II: El puerto, Fisonomía de Atenas, Indumentaria. – Capítulo III: La fragata *Arapiles*, Etimología del nombre de Atenas, El Acrópolis. – Capítulo IV: Historia política de Atenas, Sus ruinas. – Capítulo V: Ceremonias, bautizos, bodas, entierros. – Capítulo VI: Costumbres, Las cuaresmas, Las visitas, El café á la turca, El narghilé, El año nuevo, El carnaval, Poros, Queserianis, El Parnaso y Byron, La Semana Santa, La Pascua de Resurrección. – Capítulo VII: Un paseo á Maratón. – Capítulo VIII: Ciencias, artes, literatura, industria y comercio. – Capítulo IX: Influencia del teatro griego sobre la dramática general, Su desarrollo, Sus tendencias, Su fin.

El precio, como siempre, 2 reales, y los pedidos al editor D. Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia. En Barcelona, librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, número 5.

***

SIFÓN CENTRÍFUGO Y SONDALEZA AUTOMÁTICA, *por el Dr. D. Federico Gómez Arias.* – El docto director de la escuela de náutica de Barcelona ha aumentado su lista de inventos con estos dos que fundados en principios científicos pueden prestar grandes servicios, el primero en obras de desecación de pantanos, elevación de terrenos, traslación y elevación de aguas y extracción de las que hayan penetrado en un buque, y el segundo en los importantes y delicados trabajos de sondajes.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 25 DE MAYO DE 1891 — NÚM. 491



ROSENDO NOBAS, célebre escultor fallecido en Barcelona en 5 de febrero de 1891, y algunas de sus obras más notables

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Diálogos astronómicos. – Miradas al cielo. – Noches serenas. – Alma luz. – Escritores que divulgan los conocimientos astronómicos. – El planeta Mercurio. – Su paso por el sol. – Péndulos monstruos. – Hermosas las estrellas y hermosas las exposiciones. – Cuatro certámenes capitales – Centenario de Victoria Colonna. – Libro de Michelet sobre Roma. – El calvinismo de tan grande artista opuesto al conocimiento de Roma y España. – La ciudad Eterna y los protestantes. – Conclusión.

I

Mucho embarga el ánimo de nuestra Europa la crisis económica por que atravesamos; pero no lo embarga menos el movimiento sideral y astronómico. Los diarios y revistas por una parte, y por otra las Enciclopedias que por doquier se dilatan, los libros de difusión científica y los innumerables Diccionarios popularizan las ideas más altas y divulgan los conocimientos más difíciles en términos tales, que se habla de astronomía entre los contertulios de cualquier prosaica familia. Muy áridos todos estos conocimientos en su parte matemática; pero muy curiosos y regocijantes así que penetran en las indagaciones por analogía y nos refieren cómo debe pasarse la vida en otros mundos por comparaciones entre sus movimientos de rotación y traslación que han de prestarles días y noches, años y estaciones, cual á nosotros los terrícolas. Desgracia grande: aquel astro más próximo á nuestro planeta, la blanca luna, por cuyos montes nos paseamos con mayor facilidad merced á los anteojos, que pudiéramos pasearnos merced á los pies por nuestros mismos Alpes y Pirineos, está muerto y se asemeja en el telescopio á una semiesfera de cal. Mas como los dos grandes elementos criados por el Eterno sean la idea, esa luz del alma, y la luz, esa idea del Cosmos, no podemos apartar los ojos del cielo sereno y estrellado en las primaverales noches. Y al contemplarlo con curiosidad, no podemos dejar de sentir inquietud por conecerlo con espacio. Cuando yo era muy chico, hace poco más ó menos ahora medio siglo, leía mucho los rudimentos, asequibles á mi fantasía, de todas estas ciencias, en libros vulgarizados por aquella sazón y á los cuales podríamos llamar con fundamento amenos y recreativos. No quiero mentar el donosísimo de Voltaire, titulado *Micromegas*, donde ya se burla con tanta gracia el eximio escritor de una filosofía subjetiva, destinada en sus exageraciones á probarnos cómo el espacio debe tenerse por una tela de araña extendida en lo infinito por nuestro pensamiento, y las estrellas como unas luminarias animadas por nuestro soplo reverberando los conceptos é inscribiendo en la inmensidad los ideales nacidos entre las cuatro estrechas paredes del humano cerebro. Pero ya que no mencione sátira tan corta y tan sutil como esta, sí quiero mencionar un libro de Fontenelle, sobre la pluralidad de mundos habitados, que me sacaba de quicio y me hacía soñar despierto cuando no contaba yo siquiera de vida lustro y medio. Ahora, dentro de la ciencia misma existen libros de mejor y más fácil lectura: el *Cosmos* de Alejandro Humboldt y la *Astronomía popular* de Francisco Aragó. Mas quien desee dar á la fantasía rienda suelta y montarse á su arbitrio sobre todas las hipótesis, cabalgando cual un Astolfo por todos los espacios celestes, no tiene sino coger un volumen de Flammarión y darse á su lectura. Un cronista de Londres no describe la ciudad y su vida con las minuciosidades que mi amigo el astrónomo fantaseador cuenta de la vida en el alegre y caluroso planeta Venus ó de la vida en el tardo y sesudísimo Saturno. Así, los conocimientos astronómicos se han divulgado por todas partes, y las gentes más reñidas con los humanos saberes y los fastidiosos sabios han podido departir á su antojo sobre la carrera de Mercurio en la faz del sol como pudieran sobre la carrera de caballos en el espacio del Hipódromo. Francamente, gústame contemplar los ojos humanos convertidos al cielo, siquier en vez de mirar á Dios miren á las estrellas. Nos han metido las últimas publicaciones en boga con tal empeño hasta la cintura dentro de lodazales inmundos, que los agujeros por do columbramos lo celestial y entrevemos lo infinito deben multiplicarse y no disminuirse. Hase dilatado por el telescopio y por el cálculo en términos tales el Universo, que parece cada día mayor y más digno de nuestra estirpe un templo esclarecido por las estrellas, aromado por las flores, en el éter celestial sumergido, revelando como tangible lo infinito, componiendo conciertos con las atracciones y las afinidades, exhalando como un misterioso incienso el místico humo de las ideas á los senos insondables del eterno misterio.

II

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris.* Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida, y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontraros en todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor, entre los átomos cercanos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor, entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. A la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjeron los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los pólenes, esos orbes llamados planetas, que todos tienen una forma esférica más ó menos perfecta. Estos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que los constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión los detiene próvido en su caída y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosas estelas, por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en rededor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay esparcidos por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las luciolas, asteroides, bólidos, planetillas semejantes á corpúsculos, cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, poseen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites como nuestra luna y como el anillo de Saturno, de los asteroides, hay las estrellas alejadísimas de nuestro sistema solar. y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo también obscuros y por tanto invisibles pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á las probalidades. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el *alfa* del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bella y reveladora es la creación! El carro marcha majestuosamente por las noches de nuestro hemisferio, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos como palidecen las míseras luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gasas de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas inmensas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como inmensos arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatilizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido verla desde un orbe cercano en aquel entonces, acaso nos consumiéramos en ella como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla en su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de 44 kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía. Esta corteza puede muy bien dividirse, como nos enseñan todos los geólogos, en varias capas ó zonas, que deberían ser concéntricas allá en otros tiempos, mas que hoy se hallan muy diversamente colocadas por la superficie de nuestro globo á causa de las innumerables revoluciones geológicas experimentadas en la sucesión incalculable de los siglos por este agitado y subvertido planeta. Pero ha perdido su calor, lo ha puesto en irradiación, lo ha ido por el espacio inmenso difundiendo, como no podía menos, y ahora, fuera de alguna boreal aurora ó de alguna erupción volcánica, semejantes á los blasones empolvados y á la diadema rota de una reina ilustre y destronada, la tierra está metida en obscuridad completa, y para brillar debe recibir sus días prestados de la lumbre del sol.

III

Los deliquios casi místicos y arrobados con las estrellas casi espirituales y angélicas crecen estos días, como arriba dije, con ocasión del conocido paso de Mercurio, puesto al respectivo alcance de cada inteligencia vulgar por las revistas científicas y aun por los diarios populares. Merced á sus remembranzas, refresco de antiguos estudios y extracto de gruesos volúmenes, hemos recordado que Mercurio es el planeta más próximo al sol y menos fácil de ver, por tanto, desde la tierra. Copérnico, en su agonía, según Hoffer nos relata describiendo el desarrollo de las ciencias astronómicas, plañíase de no haber podido verlo nunca durante larga vida de observaciones y estudios. Lalande, tan conocedor de las estrellas, en sus *Tablas de Mercurio* nos dió noticias de tal planeta, confirmadas luego por Leverrier, quien ya



TÍMPANO DE LA PORTADA EN LA IGLESIA DE CASTELLAR, obra de D. Rosendo Nobas

pudo noticiarnos cómo los días mercuriales duraban el tiempo mismo que los nuestros y cómo los años unos tres meses poco más ó menos, con lo cual no quiero deciros cuántos fantaseos á Flammarión se le ocurrirán acerca del calor tropical allí reinante y de las estaciones que habrán de subseguirse con vertiginoso movimiento y en rápida sucesión. El influjo de la prensa periódica se conoce con motivo de tamaño fenómeno, pues nunca hubieran advertido los desocupados tal mota en la retina del sol, si á las advertencias y observaciones científicas no les mueven sus respectivos diarios. Veinte resultan las veces en que ha podido tal paso verse y estudiarse, desde que lo viera y estudiara la primer vez el buen cura Gassendi allá por el año treinta y uno de la penúltima centuria, hace dos siglos y medio. De sus manchas y de sus sombras han deducido sublimes observadores, tales como Herschel, á quien debemos tantas revelaciones del infinito, que goza de atmósfera diáfana y cuenta con unas montañas, las cuales tienen veinte kilómetros de altura. Por su posición simple puede también deducirse y saberse que su calor habrá de darle tórrida temperatura, pues asciende á once veces más que los mayores experimentados á la continua en la zona tórrida terrestre. ¡Divertidos estarán los habitantes del tal planetilla en horno tan voraz! Sin embargo, cosa tan sencilla como su interposición entre nosotros y el sol ha servido mucho para cosa tan grande como el cálculo de la distancia entre los mundos y el foco de las eclipses en que se mueven estos astros nómadas y errantes. Por la completa libertad contemporánea de pensamiento y de religión parécenos difícil comprender que un paseo por las estrellas en compañía de la ciencia cueste pesadumbres aquí en la tierra y hasta otro paseo por las cárceles, cuando no por las hogueras, en compañía de calaboceros, esbirros y verdugos. Tan ilustre observador del paso de Mercurio como Gassendi, por si la tierra se mueve ó el sol, temblaba, en guisa de azogado, cuando sus cálculos se oponían á las generales creencias, y mientras en público movía el sol, movía en secreto la tierra por miedo, no al qué dirían de él, sino al qué harían con su inofensiva y sabia persona. Ingerido en el clero francés para mayor seguridad personal, gustaba más que de la patena reluciente sobre las aras, de la luna reluciente sobre las noches. Y departía de sus castos amores celestes con todos los sabios y estudiaba todas sus nuevas noticias de lo infinito juntas en aquel minuto de múltiples revelaciones, pues como Keplero presagiara el paso de Venus y Mercurio por nuestro sol, Galileo demostrara con su invención del péndulo y en el estudio de sus oscilaciones el movimiento triunfal por el espacio inmenso de nuestro planeta. Estas oscilaciones del péndulo dicen tanto y tanto enseñan, que se colocó uno gigantesco en la cúpula del Panteón de París, para que rozase con arenas colocadas sobre las losas del pavimento y diese muestras palpables de la carrera del planeta, y ahora van á colocar otro en la torre maravillosa Eiffel, montado para las mismas experiencias. Comparad esta facilidad que tiene hoy la ciencia de sondearlo todo con los temores de Copérnico, con las angustias de Gassendi, con las penas de Galileo, y decidme si no debemos estar envanecidos cuantos hemos pugnado por quebrantar las cadenas abrumadoras, bajo cuyo peso el espíritu se paralizaba y encogía, de una emancipación, merced á la cual sobre nosotros caen y llueven de lo infinito y de lo etéreo tantas y tan beneficiosas verdades. Miente quien asegura que la ciencia moderna destruye la confianza en Dios. Cada grande sentimiento que mueva el corazón, lo impulsará de seguro al amor divino; cada idea que ilumine la inteligencia, de seguro habrá de acercarla también á lo absoluto; cada estrella que columbremos en lo infinito, añadirá una letra más al nombre incomunicable del Creador. ¡Dios mío!, la sensibilidad te adivina como Providencia; en el inmenso río de los hechos, en el escenario cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en esa perdurable guerra entre el bien y el mal, te presiente la intuición como juez; en el misionero que desafía los elementos para llevar espíritus nuevos á la luz eterna y en la hermana de la caridad que aparece sobre los combates, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, sí, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en el centelleo de las inspiraciones, la fantasía te contempla como arquetipo de la eterna hermosura; en los altares, bajo las bóvedas de los templos, á través de las plegarias y del incienso, la fe viva te adora, y en la ciencia la razón te conoce y te demuestra, deseando, al contacto de las ideas sublimes, el alma entera vivir y morir, absorberse por completo, como en los mares las gotas de lluvia, en tu insondable substancia.

IV

Bella la ciencia indudablemente, bellísimo el cielo, bellas las artes á que damos tal nombre por antonomasia. Cuanto más las estudio, persuádome con mayor fundamento á la creencia de que representan un punto avanzadísimo en la línea misteriosa que al Criador conduce desde los abismos donde padecemos y lloramos las misérrimas criaturas. Así deben tanto complacernos los certámenes de Bellas Artes, como nos complacen las ciencias del cielo y de los fenómenos celestes. Cuatro Exposiciones llaman á un tiempo la universal atención; una en Berlín y otra en Barcelona, dos en París. Los artistas ofrecen muestras gallardísimas de sí propios en todas ellas, con especialidad los artistas españoles. Pero tanto y tanto ejemplar de pinturas varias deben decirnos que va tomando el arte aspecto de industria y debe preservarnos de admiraciones sobrado fáciles. En el siglo XVI los grandes pintores atraían en torno suyo las almas de orden secundario adscritas al culto de lo bello, componiendo con la fuerza de sus atracciones y con el cruce de sus rayos verdaderos sistemas solares. Y en esos sistemas solares había lunas que brillaban melancólica y suavemente con resplandor dulce y poético entre los astros de primera magnitud y los focos de perpetua luz. ¡Feliz idea la de Italia proponiéndose recordar el centenario de Victoria Colonna, por Miguel Angel platónicamente amada, cual por Petrarca en los bosques de Provenza Laura y Beatrice por Dante mismo en los jardines de Tosca-

na! Estos pintores y estas musas produjeron el milagro de los milagros, las ciudades artísticas italianas del Renacimiento, con especialidad la sublime Roma. Como antes iban los peregrinos de la Religión á ver las tumbas de los Apóstoles, van ahora los peregrinos del Arte á ver los modelos más perfectos de la pintura universal. Aquí saludan á las Sibilas de Santa María que tienen la hermosura griega en sus formas y el resplandor de sus ojos la intuición cristiana; visitan allí la Virgen de Foligno, resaltando en una claridad celeste con su hijo entre los brazos y sobre la cabeza un iris en que nadan los ángeles recién descendidos de la gloria; escuchan allá las armonías sicilianas, al contemplar la Galatea que discurre por los mares helénicos sobre su concha de nácar, seguida de los resonantes coros concertados por tritones y nereidas; ven acullá cómo las ideas filosóficas exhaladas por los sistemas antiguos toman cuerpo en proporción verdadera con su grandeza en la escuela de Atenas, y los principios de la teología cristiana se avivan y se dibujan y se coloran con toda su pureza y toda su verdad en los Santos y Doctores de la Disputa del Sacramento; aprenden la su rrección de los símbolos católicos por las rejas de la cárcel de San Pedro, que los ángeles iluminan con los resplandores de la luz increada y por los techos de la Farsina los símbolos paganos, que nos muestran Psiquis, el alma nuestra, próxima de suyo á una transformación, aunque rodeada de los dioses helenos, reunidos ya para sus últimos festines; en un lado atienden á la batalla, donde triunfa el lavabo de nuestra redención para sobreponer eternamente á la materia el espíritu, y en otro lado se transportan al coro armoniosísimo semejante al zumbar de las áticas abejas, que alzan en melodiosas notas los poetas clásicos al subir hacia el Parnaso en requerimiento de los laureles cortados para sus frentes por las musas; siguen los cuadros más bellos de la Biblia judía entre los grotescos más complicados de la Roma imperial; y no sabe uno qué admirar más en la melodiosa epopeya de líneas y colores, si las armonías de aquellas formas, ó la perfección de aquellas agrupaciones, ó la trascendencia de aquellos pensamientos, en los cuales hállanse al par sentidos el Paganismo y el Catolicismo, como si ambos se hubieran reconciliado en las cumbres de tan cíclica obra inmortal. Para comprenderla necesitamos, como los primates del Renacimiento, ser á un mismo tiempo helenos y católicos. Quien se haya de las dos religiones apartado, nunca jamás comprenderá la Roma cesárea y pontificia, tal como se presenta hoy á nuestra vista en los osarios de la historia. Así, desconfío mucho de que Michelet nos presente un buen juicio de Roma en el volumen reciente y fresco, arreglado por su viuda fiel, que ahora hojeo sobre mi embarullada mesa de trabajo. Michelet es uno de los más altos y sublimes reveladores que del espíritu de los siglos pasados haya tenido la humanidad. Su intuición milagrosa le hace comprender y explicar como nadie la Ciudad clásica y pagana. Su *Historia de la República en Roma* se aparece á los ojos más pesimistas como una incomparable resurrección. Pero la Roma católica, lo mismo que la católica España, serán á sus ojos como un enigma indescifrable y como un arca cerradísima por sus creencias de hugonote, cuyo poder continuo ha puesto sobre su naturaleza ingenua y primordial de artista otra naturaleza de pensador y descreyente. Casi todos los luteranos han sentido ante la Roma pontificia una emoción análoga de suyo á la emoción que sintió Lutero. Un pastor, acostumbrado á naturaleza de viva égloga, circuído de gigantes y verdes árboles, colocado sobre las muelles praderas con sus cándidas ovejas, el cabello mecido por juguetonas auras y el rostro acariciado por suavísimas humedades y halagadas las orejas por susurros de aguas espejadas y frondas murmurantes, á quien de súbito engolfaran en el Océano inmenso, sin límites ni fronteras, con horizontes indeterminables, entre oleajes alterados y ciclones tonantes; un pastor así por cambios tales asaltado y sacudido, apenas podría darnos testimonio suficiente de la transformación que sufriría el alma de Lutero, acostumbrada desde su nacimiento á la suave y blanca y dulce Alemania, en medio de los desiertos terribles, de las ruinas antiguas, de los templos caídos, de las estatuas rotas, de los restos de naufragios y de batallas, sobre los cuales se alzaba Roma pontificia con sus mil colosales iglesias, esmaltadas por los toques áureos y rojos de los encendidos y tempestuosos cielos que parecen guardar, así en sus alborados al Oriente cual en sus arreboles al Ocaso, un eterno y sublime Apocalipsis. Para entender á Roma se necesita ser á un tiempo heleno clásico, romano antiguo y verdadero católico, llevando en sí la fisiología viva del Renacimiento.

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

IV

LA SECCIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

(Continuación)

La pintura religiosa é histórica

Si el lector recuerda los preliminares del artículo anterior, comprenderá fácilmente que no nos detengamos ahora en un recuento minucioso de todos los lienzos que ocupan las siete salas de pintura española (excluyo la destinada á las obras de autores difuntos, porque hablaré de ella en capítulo especial).

Más de seiscientos en junto serán aquéllos. Y de éstos, en realidad, no pasarán mucho de ciento los que merezcan verdadera atención.

Vamos á éstos sin más preámbulos.

He indicado ya que en busca de las más modernas y de las mejor encaminadas tendencias del arte contemporáneo en la actual Exposición, hay que pasar por delante de una serie de cuadros que llevan en su factura, en su asunto, en su colorido una fecha anterior. Algunos, siendo de maestros, se sostienen por la virtud de sus cualidades permanentes y salientes; pero aun así, hay que hacer concesiones á su manera, colocarse en el punto de vista en que se se hallan colocados sus autores, cediendo al influjo de su tiempo, de la enseñanza que recibieron, de las tradiciones en que se imbuyeron. Los más caen ó descienden á nuestros ojos; son muy contados los que aparecen á la misma altura en que los vimos en otras Exposiciones. ¿Cambiaron ellos? No. Quien ha cambiado fué el espectador. Este no se detiene en sus evoluciones, los artistas sí; de aquí que mude con el tiempo la distancia que los separa. Llevamos ya lentes distintos, y han de parecernos distintos el color, el dibujo, la factura, el ambiente, la verdad, la idealidad, el sentimiento y hasta el asunto de aquellos mismos cuadros que años atrás hubiéramos distinguido por estas mismas cualidades.

La pintura dió con un *modo* nuevo, más amplio, más complejo, más intenso que los anteriores. Donde no le hallamos, la inferioridad nos parece manifiesta, con absoluta independencia de los demás componentes del cuadro. Toda la divergencia nace de aquí única y exclusivamente, y no de la exclusión de género ó asunto alguno, como quieren los defensores de una tradición anticuada. Esto es lo que vamos á ver con ejemplos prácticos.

Una clasificación, una jerarquía prestablecida quiere que las revistas empiecen por lo común por la pintura religiosa é histórica. En cuanto se llega á ella, salta la primera cuestión. Ni los cuadros religiosos ni los históricos son en gran número en la Exposición actual. Y los pocos que hay, poco tienen de notables. De aquí la primera exclamación de algunos: «El arte está en decadencia, puesto que abandona los asuntos más altos y más sublimes.» De aquí, las observaciones de otros: «El arte progresa, puesto que, más conocedor de sus fuerzas, se prohibe voluntariamente aquellas inspiraciones que no se adaptan á sus medios más eficaces y seguros, renunciando á ellos por horror al convencionalismo.» Tanto la exclamación de los unos como la objeción de los otros, llevan ya algunos años de fecha; muchos hace que se repiten en virtud de una sucesiva y progresiva carencia de obras religiosas é históricas de mérito en nuestros concursos. A mi ver, ni unos ni otros están en lo cierto Su error, harto inveterado, parte de tomar por norma de la importancia de la obra artística el asunto antes que el *modo* de tratarlo. Su error estriba en olvidar que no cabe aplicar hoy, ni á lo religioso ni á lo histórico, el mismo procedimiento de pintura real que ha seguido aplicándole fuera de lugar. Como este procedimiento ha progresado maravillosamente, digan lo que quieran, se hizo incompatible con aquellos géneros tradicionales. Pero ha llegado un momento, – creo que estamos ya en él, – en que por virtud, no de una reacción, sino de una evolución lógica de este mismo procedimiento, vuelve á ser posible que entren en el anchísimo círculo del arte todas, absolutamente todas las inspiraciones, con tal que á cada una se le aplique su modo propio. La discusión, pues, es anticuada y está de más. Hágase con la pintura religiosa é histórica lo que es y lo que debe ser en el día, esto es, pintura decorativa, y nos entenderemos. Por este camino va el neoidealismo de que hablé en los preliminares.

Miradas á esta luz, que es para mí la verdadera, aparecen como anticuados y defectuosos casi todos los cuadros religiosos é históricos del actual certamen, no por tratar la historia ó inspirarse en la religión, sino por exhibir una y otra en una forma franca y explícitamente real que no pueden alcanzar en la medida que intentan; por empeñarse en competir con una observación del natural, compleja, analítica, sutil, sumergida en su ambiente propio, sincera, espontánea é intensa, cualidades que nunca podrá tener por más que se haga el estudio de una modelo vestida de Virgen con luz de taller, ni la penosa composición, empalmada por fragmentos, de figuras disfrazadas en actitud impuesta y no vista ni sentida, de grupos atentos y perplejos, y accesorios traídos al cuadro uno á uno, sin fusión natural, sin armonía ni sinceridad. Otra cosa había de resultar si, renunciando á esta lucha imposible, se atendiera, no al análisis, sino á la síntesis; no al colorido real, sino al que siendo como un extracto simplificado de él, adquiere sólo un valor simbólico y de enunciación; no á la línea exacta y positiva, sino á la característica y saliente, en toda su sencillez; no al sentimiento transmitido por la sensación inmediata, sino al que parte de la idea, y no, por fin, á aquella armonía total y compleja que nace de la visión, sino á la intuitiva y por decirlo así *intelectual* que impone la expresión de un concepto determinado y anterior.

Ninguno de los cuadros religiosos ó históricos van todavía por este camino, en que la pintura decorativa moderna se da la mano con las últimas tentativas de la observación más refinada, por aquello de que «los extremos se tocan.» Lejos de esto, aparecen más idealizados y en un ambiente de sueño algunas obras inspiradas directamente por el natural, que las mismas vírgenes y santos de corporeidad ó vigor convencionales y con ausencia total de unción y de verdadero sentimiento religioso. Inclusas aquellas obras que alguno tienen, son, por su composición y por el lugar de la escena, si cabe hablar así, más que religiosas, históricas ó anecdóticas, en que el personaje, sorprendido todavía en su vida terrestre, se ofrece como un retrato sin nada de beatífico. No hablemos de santos Jerónimos, simples estudios de desnudo, ni de la *Stella matutina*, de Alvarez, con evidentes reminiscencias de Morelli La *Penitente* de Masriera, sentida y noble, no inspira sentimiento religioso alguno. El *San Ignacio* de Serra, se diría un retrato de un padre. *Jesús con los niños*, tampoco puede ponerse en este grupo, si se atiende á su carácter: es un pasaje bíblico, por cierto muy inferior á su fama; un error lamentable del artista por su composición, por su color, por su dibujo, en todo lo cual resulta menos que mediano. En el *San Antonio Abad*, de Cabrera; en el *San Francisco de Asís*, de Riquer, los santos, los protagonistas participan ya de sus dos naturalezas: les rodea el nimbo de oro de su santidad por una parte, y por otra se hallan colocados todavía en atmósfera y sitio reales. Son cuadros de episodio: escenas de la vida de aquellos santos. Pero á uno y á otro les perjudica este carácter ambiguo de la acción. El *San Antonio* asistido de dos ángeles, no es la página más notable de su insigne autor, ni mucho menos. El *San Francisco* en el bosque, rodeado de fresca vegetación, conversando con bandadas de pájaros, resulta parado, recortado, pegado al lienzo, sin ambiente: los pájaros y el fondo, más interesantes, pintados con más delicadeza y soltura que el santo. La *Rosa mística*, de Tamburini, tampoco tiene mucho de inspiración religiosa: pero sin algún trozo (el manto colgante y replegado en que su autor se ha complacido en hacer sentir la realidad palpable de su tela fastuosa y rica), en el resto se insinúa tímidamente la tendencia á un colorido ideal, por ahora más agradable y más bonito que bello, pero que por su delicadeza puede tener un valor de expresión, de enunciación, de un sentimiento en armonía con el que anima á la figura, su inocencia y su pureza.

La impotencia por alcanzar en los cuadros históricos toda aquella vida y naturalidad de los modernos y la evocación total del carácter de una época y sus gentes, valiéndose del natural en la forma usada hasta ahora, está patente en todas las obras de aquel género en la actual Exposición. Poquísimas son en número. Nadie ha de mirar mucho rato el *Felipe II trasladándose al Escorial*, de Llanos, sin bajar pronto la cabeza, como quien ve algo que pasó definitivamente. Figuras, actitudes, disposición, color, asunto, nada dicen, nada expresan, no despiertan interés alguno. Todo aparece como detenido, convenido, yerto y muerto; ni bastante lejano para que tenga valor histórico de museo, ni bastante próximo para que nos revele el temperamento personal del artista Y con mayor razón puede decirse lo propio de la *Muerte de Alfonso XII*, de Benlliure, en que para que todo sea falso y errado, tratándose de un episodio de la historia contemporánea (de la cual recordamos ú oímos pormenores fehacientes), la escena se halla dispuesta con una corrección aparatosa de ceremonia oficial, mucho menos dramática de lo



ESTATUA DE D. JUAN GÜELL Y FERRER. - MONUMENTO ERIGIDO Á SU MEMORIA EN BARCELONA

Obra de D. Rosendo Nobas. (De una fotografía de A. Torija.)

que es hoy la vida íntima y coetánea, lo mismo en palacio que en la más miserable buhardilla. La muerte del rey parece en el cuadro como podría imaginarla un ilustrador de entregas para el ínfimo vulgo. Y el aspecto de figurín pasado de moda, que toman todos los trajes coetáneos para el espectador á la vuelta de unos años, agrava todavía la deplorable impresión de la obra. Con ésta, los mismos cuadros de Tusquets de historia catalana, cinco en número, ya conocidos, pierden mucho de su valor. La composición de algunos tiene verdadera grandiosidad, como la visita de *Carlos de Anjou á Roger de Lauria* y el *Embarque de Jaime I en Salou*. Figuras perfectamente dibujadas, las hay en todos, con verdadera riqueza de medios y recursos; todos suponen un estudio y laboriosidad á prueba; pero contemplados hoy, aparecen *pintados*, excesivamente *pintados*. Algunos accesorios brillan y deslumbran con entera independencia del resto, como las cotas de los maceros en la *Entrada del Príncipe de Viana;* otras figuras tienen actitudes teatrales de comparsería (los trompeteros del mismo cuadro, que más que andar danzan); los trajes fastuosos y ricos resultan flamantes; el color, vigoroso ó castizo, ha tomado una tonalidad compacta y densa de cromo; los mejores fragmentos, la mayor delicadeza de algunas testas, como la del príncipe, ó aquella impresión de una concepción vasta y artística, desaparecen y se pierden en el efecto total de una pintura anticuada con luces falsas, y de una inspiración forzada y ambigua que fantasea y copia á un tiempo, para producir después de todo una obra híbrida ni sincera ni viviente. Lo cual, en los mismos términos, se le puede decir á Tamburini por su *Conde de Urgel*, de un carácter tan distinto de lo que imaginará el lector de la crónica de aquel príncipe *desdichado*, como es opuesta á una página de historia clásica una ingenua canción popular. Tamburini intenta también ese imposible de interesarnos con la resurrección de una escena con todos los caracteres de lo real... sin serlo. Su cuadro causa la misma impresión de lo flamante y limpio, en atmósfera ficticia é irrespirable. Los fragmentos mejores de su lienzo, pintado por quien sabe pintar, nada tienen que ver con el resto: son accesorios, telas ó armas. La figura del conde, mostrando las espaldas desnudas, es un estudio aislado, que resalta en virtud de un decidido contraste de tonos. Y aparte de que aquel torso y aquel cuello, por lo suave y bien lavado de su cutis y por su blandura muscular, no sugieren idea alguna de martirio ni de crueldad en los perseguidores, no hay en toda la escena un solo rasgo que evoque, como debiera evocar todo cuadro histórico, ni el carácter ni la vida de aquella patética y desdichada página de la historia catalana. Es la simple agrupación de unas cuantas cabezas, que ganarían en no llevar cascos ni representar á nadie.

J. Yxart

17 mayo 1891

ROSENDO NOBAS

Si digno de atención y de estudio es el progreso realizado por los pintores catalanes en la segunda mitad de este siglo, mayor interés ofrece el desenvolvimiento que ha logrado la escultura. Los artistas del cincel, desprovistos casi de antecedentes, sin maestros ni guías, careciendo de modelos y sin más precedentes que las escasas y limitadas creaciones, por fortuna conservadas, de los Amadeu y Campeny, han podido determinar con sus producciones el glorioso período del renacimiento de la escultura, tan completo, tan genial y tan vario, que no titubeamos en afirmar que Barcelona es el único crisol peninsular en donde se funden y aquilatan los cultivadores de esta especial é importantísima rama de las Bellas Artes. Para convencerse de ello basta examinar los monumentos que decoran nuestra ciudad, las valiosas obras que constituyen el más preciado ornamento de los salones aristocráticos, los detalles de ornamentación armonizados con las líneas arquitectónicas de las señoriales mansiones, y por último, las sentidas obras que embellecen nuestras necrópolis, en las que el genio del artista graba en el mármol y en el bronce el vivo recuerdo que los vivientes dedican á los que fueron.

Rosendo Nobas, dotado de clara inteligencia y poseyendo el sentimiento y el buen concepto del arte, formó parte de esa primera pléyade de artistas, á quienes debe nuestra patria la evolución que ha determinado, gracias á su ingenio, á su entusiasmo y su amor al arte, el renacimiento de la escultura nacional. No significó el nombre de este malogrado artista lo que representan para Italia, Alemania, Francia y España los Canova, Thorwaldsen, Rude y Campeny, pero sí debe figurar en el número de los más discretos escultores, de los más fervientes campeones del renacimiento patrio, ya que para lograr tan laudables propósitos dedicó los mejores años de su vida y el esfuerzo de su inteligencia.

Debido quizás al levantado concepto que Rosendo Nobas tenía del arte, buscó siempre las fuentes de inspiración en las grandes obras de la antigüedad helénica y del renacimiento italiano, ya que en ellas se había saturado su espíritu en las primeras lecciones que recibiera de maestros insignes en sus juveniles años. De ahí que sobrado exigente consigo mismo, estudiara con detenimiento sus modelos antes de trasladarlos al mármol, á la madera ó al bronce, cual si en él no existiera la espontaneidad ni la inventiva de algunos de sus compañeros, á los que, sin embargo, superaba en cualidades y aptitudes. Pruébanlo así sus creaciones, en las que se halla marcado el sello de su carácter pensador, el sentimiento de que se hallaba poseído su espíritu y su correcto modelado.

«No admitía por buenos, dice nuestro buen amigo el discreto crítico D. Francisco Miquel y Badía, todos los temas que encontraba en el mundo real, aun cuando le ofreciesen ocasión propicia para hacer alarde de sus habilidades escultóricas. Entendía que no ha de ser materia del arte lo que produzca repugnancia, lo que desagrade á la vista, aquello que en la realidad misma nos causaría asco, ya ofendiendo nuestros sentimientos morales, ya atacando nuestro sentimiento estético. Buscaba, pues, en la verdad natural la belleza al mismo tiempo, de manera que los naturalistas *à outrance* debían forzosamente clasificarle entre los idealistas.»

Y este trabajo de idealización, realizólo Nobas hasta en aquellas de sus obras que más se ajustan á la realidad, pues nótase desde luego en ellas que han sido objeto de delicadas selecciones, suprimiendo impurezas, formas ingratas, líneas desagradables, pormenores verdaderamente nimios, que de existir hubieran amenguado la belleza de la obra.

Su notable escultura, á la que irónicamente tituló *El siglo XIX*, demuestra no sólo la verdad de las apreciaciones que someramente exponemos, sí que también da á conocer al artista pensador, al escultor tal como se concibe dadas las corrientes que informan el arte moderno. Nobas, de sentimientos nobles y delicados y amante de los progresos en este siglo, no pudo resistir al deseo de fustigar con amarga ironía por medio de una de sus más bellas creaciones á esa mentida civilización que en España, al igual del pueblo rey que á gritos pedía *panem et circenses*, permite espectáculos que con frecuencia terminan con la muerte de un hombre en la arena del circo.

Vivió Nobas completamente separado de las manifestaciones del arte llamado académico, resultando más romántico que clásico. De ahí que le cupiera la gloria de ser uno de tantos artistas á quienes debe la escultura catalana sus nuevos conceptos y los seguros derroteros que felizmente marcan su camino. El antiguo amaneramiento y los rutinarios moldes, productores de un convencionalismo en pugna con el verdadero arte, proscribiéronse paulatinamente, y los jóvenes escultores que recibían las enseñanzas de Nobas ó seguían con interés la evolución que marcaban sus producciones buscaron en el estudio del natural, en los efectos que en el hombre producen las pasiones y los sentimientos, en el concepto psicológico, la fuente en donde sentir su inspiración. Así, pues, la personalidad de Nobas representa en el arte algo más que un hábil é inteligente escultor; representa un artista de corazón, á quien el arte regional debe el resultado de esa admirable evolución que nos sorprende.

Cuatro obras de este distinguido escultor figuran en los principales monumentos que embellecen nuestra ciudad, acusando todas ellas la suma de estudio que debió emplear para imprimir á la escultura el carácter y aspecto monumental. La estatua retrato del economista D. Juan Güell, que corona su monumento emplazado en el cruce de la Gran Vía con la Rambla de Cataluña, en la que supo armonizar las duras líneas del traje moderno con la nobleza de su actitud; la estatua en bronce del canciller Casanova, levantada en el Salón de San Juan, precisamente en el mismo sitio en que se supone fué mortalmente herido aquel digno funcionario popular; las *Famas* que rodean la columna que sustenta la estatua de Cristóbal Colón, y la colosal cuadriga de hierro fundido y dorado que remata la gran cascada del Parque. En todas estas obras, obsérvase que Nobas tuvo presentes, no sólo los buenos modelos de Grecia y Roma, sí que también á los maestros del modernismo.

Nacido en 1849, practicó sus primeros estudios en el taller de Agapito Vallmitjana, pasando después á la Academia de Bellas Artes de Barcelona, para continuarlos bajo la dirección del profesor D. Andrés Aleu.

A sus primeros trabajos, consistentes en modelos de platina artística, siguieron varias estatuas y bajos relieves para coronar diversos panteones, varias imágenes para capillas públicas y oratorios, hasta que en 1871 modeló el torero moribundo, de que hemos hecho mérito, adquirido por el duque de Fernán Núñez, premiado en la Exposición de Madrid del citado año. La primera recompensa la obtuvo en la Exposición de Viena de 1873 por el notable busto de Cervantes, é igual galardón mereció el busto retrato de Fortuny en la de Filadelfia, celebrada en 1876.

Posteriormente, dió forma con los palillos y el cincel á otras obras no menos recomendables, entre ellas la estatua del brigadier Cabrinetty, un Mercurio existente en el Bolsín Catalán, uno de los bajos relieves que decoran el monumento de D. Antonio López; dos faunos de la cascada del Parque, varias esculturas de salón, y otras obras más que sería prolijo enumerar, entre ellas, cerca de doscientos retratos en busto y algunos de cuerpo entero, casi todos esculpidos en mármol ó fundidos en bronce.

Desde el año de 1877 desempeñaba el cargo de sustituto de los profesores de la Escuela de Bellas Artes Sres. D. Venancio y Agapito Vallmitjana, y desde 1879 el de ayudante y escultor de la facultad de Medicina.

Amantísimo hijo y cariñoso hermano, vivió Rosendo Nobas alentado por el calor que se desprendía del paternal hogar, en el que se hallaban reunidas todas sus afecciones La muerte de su buena y anciana madre quebrantó su ánimo y su naturaleza, y al mes y medio de aquel funesto acontecimiento debieron llorar sus hermanos y sus amigos la inesperada muerte de aquel que, además de distinguido artista, fué un modelo en la sinceridad de sus afectos.

Descanse en paz el escultor catalán, y aunque modesto, reciba el tributo que le rendimos.

A. García Llansó

GÉNOVA

En casi todas las naciones del mundo se encuentran ciudades de carácter distinto al que predomina en el resto de su país. Sus intereses cosmopolitas, sus relaciones mercantiles por todas partes extendidas, la diversidad de gentes que á ellas acude, y su misma situación geográfica y aun política, llevan al seno de aquellos pueblos elementos extraños que ningún contacto tienen con los de la propia nacionalidad, y afirman aquella nota característica de su existencia, que no puede confundirse con otra alguna. Barcelona en España, Marsella en Francia, Hamburgo en Alemania, Gibraltar en Inglaterra, Alejandría en Egipto, Bombay en la India, Cantón en China, Yokohama en el Japón, y cien otras ciudades de diversos Estados, son pruebas evidentes de mi aserto. En Italia existe también esta ciudad: es Génova.

El comercio creó á Génova, fué en todos tiempos base de su prosperidad, es el pedestal de su gloria y la llave de su fortuna: con justo orgullo, por lo tanto, aquella ciudad puede proclamar alto su título de primer puerto de Italia. Las naves de alto bordo que anualmente trafican en su bahía exceden de cuatro mil, con una cabida de más de tres millones y medio de toneladas: el valor de sus transacciones sube á cerca de quinientos millones de pesetas. Quizás, juntando los demás puertos de Italia, no llegaran á tan hermoso y productivo resultado.

Como donde ocurre un hecho positivo se quiere en seguida indagar su causa, hanse escrito volúmenes para explicar el fundamento racional de la prosperidad genovesa. Y se han hecho admirables descubrimientos. Se ha encontrado que Génova tiene muy buen puerto de mar; que su situación en el fondo del gran golfo mediterráneo lo habilita para comerciar fácilmente con las costas, islas y tierras del interior; pero quizás no se ha caído en la cuenta de que idéntica cosa sucede á muchos otros puertos, que también son buenos y tienen islas vecinas y tierras interiores. Esas altas autoridades investigadoras han añadido, en tono inspirado por suprema ciencia etnográfica, que el genio mercantil es característico á todos los ligures. Naturalmente nos ocurre preguntar á los que no entendemos estos misterios:

–¿Quiénes son los ligures?
–Los que poblaron la Liguria, se responde.
–¿Y quiénes poblaron esta tierra?
–Pues los ligures.
–¿Y de dónde proceden?
–Se ignora.

La verdad es que con toda esta ciencia se escriben aún muchas páginas de nuestra historia primitiva.



VISTA DE LA CIUDAD Y PUERTO DE GÉNOVA. (De una fotografía.)

Sólo sabemos de los genoveses de la antigüedad lo que escribieron los griegos, ó sea que eran un pueblo de piratas. Pero esto ocurría hace mucho tiempo. Con los años mejoraron sus costumbres, y se volvieron aventureros. Hoy se limitan á ser comerciantes, lo cual les reporta la doble ventaja de enriquecerse fácilmente y de vivir en paz con todo el mundo. Niéguense luego los adelantos de la humanidad.

El carácter genovés, frío, escéptico, apático para todo lo que no se reduce á cifras ó se suma en ganancias, ha contrastado con el temperamento general de las demás regiones italianas, idealistas á su manera, materia dispuesta siempre á recibir el impulso de la idea, gentes lo mismo llevadas en alas del sentimiento á ceñir la corona de sus victorias, que dominadas por los más negros pesimismos hasta rendirse sin protesta á servil esclavitud. En todos tiempos el genio pasea la península italiana, pero siempre se olvida de entrar en Génova. El arte, la ciencia y las armas se unen en sagrada trilogía de la civilización latina en los tiempos medios, encarnándose en los monumentos, los libros y las batallas de aquellas épocas. En tanto, Génova crea, como monumentos, la Bolsa: no escribe más libros que los de cuenta corriente y de compra y envío: sus combates, rudos como los del avaro que defiende sus tesoros, son librados por tropas mercenarias y generales asalariados que deben asegurarle la existencia de sus factorías de Levante y el dominio de sus colonias gobernadas por el Banco de San Jorge. Cuando en Italia todo late, todo siente, vive y lucha, Génova vende granos y compra especies.

Por esta causa la Italia entera detesta á la ciudad de los ligures: de un extremo al otro de la península sólo se oye unísono himno de maldición contra los mercaderes del golfo genovés. Habla de ellos el Dante en su canto 33 del Infierno, y les lanza al rostro su deseo de verles borrados del mundo en los siguientes versos:

Ahi, Genovesi, uomini diversi
D' ogni costume, e pien d' ogni magagna;
Perchè non siete voi del mondo spersi?

Preguntad al melancólico habitante de la *maremma* toscana qué piensa de Génova, y dibujándose en sus labios la sonrisa del desprecio, os responderá que es un país de *mare senza pesce, monti senza alberi, uomini senza fede e donne senza vergogna.* Y no necesitaréis correr el resto de Italia para enteraros del refrán conocido en todo el país, que al describir con gráfica frase la astucia de aquellos mercaderes, afirma ser necesarios tres judíos para engañar á un genovés.

¿Son justos y merecidos tan sarcásticos juicios? En mi concepto, no. Un pueblo que trabaja, que afronta con fe y energía los azares de la lucha por la existencia, tiene derecho á todos los respetos, y menos que nadie se los pueden negar sus mismos conciudadanos. En la Edad media, las expediciones genovesas tuvieron una importancia comercial que no pudieron jamás alcanzar las de las repúblicas de Pisa y Venecia, y que sólo son comparables con las catalanas. Porque las galeras de Génova surcaron los mares del Oriente en todas direcciones, abrieron el Asia Menor y el Bósforo á nuestro comercio, y por vez primera después de la desmembración romana trajeron á Occidente los productos raros, útiles y codiciados de aquellas tierras; lucharon con valor cuando así convino á sus intereses mercantiles, y si Bernardo de Cabrera barrió sus flotas de los estrechos de Bonifacio, ó en alguna ocasión pudieron hacerse solidarias de las traiciones del primer Andrés Doria, en cambio supieron vencer, como en Meloria, á enemigos turbulentos y ambiciosos. Y si las armadas de nuestros monarcas aragoneses se apoderaron de Cerdeña á costa en gran parte de Génova, cuya ocupación sustituímos, no pudieron arrancar de su dominio la isla de Córcega, sólo incorporada nominalmente á nuestra corona, pero en cuyo territorio jamás ejercimos autoridad alguna.

Tampoco hay razón para invocar las tiranías que en todas partes sancionaron el gobierno genovés. Era el despotismo carácter dominante de los poderes de la época, donde las exigencias del pueblo y las necesidades del Estado no habían impuesto, como en Cataluña y Aragón, el derecho parlamentario. Y en la escala de los gobiernos tiránicos debían pesar con mayor fuerza y más ominoso yugo las repúblicas oligárquicas que las monarquías absolutas, porque en éstas podía darse y se daba con frecuencia el caso de un príncipe ilustrado y generoso que procuraba mejor satisfacer las necesidades de su pueblo que su orgullo de amo y señor. Y en resumen, rindiendo justo tributo á la verdad histórica, que siempre se impone por encima de los falsos reparos del patriotismo, debe reconocerse que la Córcega, en manos de los banqueros genoveses, estuvo tan bien administrada y dirigida como la Cerdeña en poder de catalanes y castellanos.

El carácter prosaico y positivista que el comercio imprime á ciertos pueblos, pesa todavía sobre Génova, y probablemente no desaparecerá de su constitución hasta el fin de los siglos. Jamás podrán sustraerse los genoveses á su influencia. Ved, si no, lo ocurrido hace treinta años, cuando se libraron las grandes batallas de la llamada independencia. Sucumbían los patriotas de la Lombardía, el Tirol, el Trentino y el Véneto, luchando contra los ejércitos austriacos que ocupaban el famoso cuadrilátero: en el centro de la península, las huestes garibaldinas sufrían los desastres de Aspromonte y Mentana; en el Sur, las cárceles de Nápoles y Sicilia no podían contener á los prisioneros que encerraba en sus calabozos la razón de Estado. En la revuelta agitación del país, sólo una ciudad se mantiene calma y tranquila, Génova. No toma parte alguna en el movimiento, ni presta sus hijos ni da su dinero para secundarlo. Que vayan otros al combate y mueran: la patria inscribirá sus nombres en el libro de oro de sus héroes y los mártires, y los genoveses aprovecharán luego la victoria para extender las relaciones mercantiles de Italia el día que se realice la unidad nacional.

Si el pueblo genovés ha sido poco sociable con la nación, individualmente sus habitantes son menos sociables todavía: Génova es una de las ciudades más aburridas de Italia. En primer término, la aglomeración de las casas en su recinto, la angostura de las calles, la falta de paseos interiores, favorecen poco la reunión de las gentes en público. Y Dios os libre de entrar en la ciudad un día de lluvia: aquello se convierte en asqueroso lodazal, pues de todas las riquezas que ingresan por su puerto, no parece distraerse un céntimo para arreglar los adoquines de las calles. Hay dos ó tres teatros, generalmente desiertos. La sociedad brilla por su ausencia: allí no se dan reuniones ni bailes ni comidas, y poquísimas personas reciben en la intimidad del hogar. Tampoco el sentimiento artístico se ha desarrollado con el tiempo y la enseñanza, ni creo ya posible que jamás las Musas recuerden la existencia de la cenagosa ciudad ligura. Dos monumentos se han levantado en sus plazas, y los dos causan pena y conmiseración: el de Víctor Manuel, de aparente mezquindad y poco gusto, y el de Cristóbal Colón, tan curioso por el aire desgraciado del pedestal, como por la estatua del célebre navegante, que tiene la cerviz doblada cual si acabaran de descolgarle de la horca.

Sin embargo, los genoveses están muy orgullosos de su ciudad, á la cual en su envanecimiento dieron un calificativo que todavía se lee sobre las puertas de las murallas: *Génova la Superba.* Tal dictado parecería justo si sólo se recorrieran media docena de calles, cuyos edificios son en su mayoría grandes pa-



CUADRIGA DE LA AURORA EN LA CASCADA MONUMENTAL DEL PARQUE DE BARCELONA, obra de D. Rosendo Nobas



BUSTO DE CERVANTES, obra de D. Rosendo Nobas (De una fotografía de A. Torija.)

lacios construídos en anteriores épocas de prosperidad; obra de comerciantes enriquecidos que pasaron á ser señores. Mas es inútil que en busca del arte ó de la opulencia llaméis á sus puertas. En casi todas ellas os recibiría el carpintero alojado en la planta baja, ó el vendedor de fruta del portal, ó el fondista del primer piso, ó el banquero del segundo, ó el empleado de la buhardilla. En cada uno de aquellos caserones vive un pueblo entero, que lava la ropa en el patio y la tiende al sol sobre las azoteas ó en cuerdas atravesadas por la calle.

Poco, muy poco queda del antiguo esplendor genovés. Las grandes familias de los gibelinos Doria y Spínola y de los güelfos Fieschi y Grimaldi pasaron al mundo de los recuerdos, como la historia de sus intestinas luchas que acabaron con la independencia de la ciudad. Sus palacios se han convertido en hoteles ó en oficinas públicas. Quizás sólo tengan objeto más noble los que forman la magnífica calle antiguamente llamada *Nuova* y hoy *de Garibaldi*. En ella se encuentran los palacios de César Cambiaso, de Parodi, Cataldi, Spínola, Doria, Adorno, Serra, Tursi, Rosso y Bianco. Casi todos ellos datan del siglo XVI y fueron construídos bajo la dirección del perusino Galeas Alessi, discípulo de Miguel Angel: inútil es por lo tanto añadir que todos son de estilo del Renacimiento y ofrecen un conjunto grandioso á pesar de la irregularidad del terreno sobre el cual han debido levantarse.

En estos palacios abundan las obras de arte: casi puede decirse de ellos que forman pequeños museos con los cuadros de dos insignes pintores, Rubens y van Dyck, domiciliados en Génova por algún tiempo. En el palacio Spínola se encuentran un caballero y una Virgen de van Dyck: en el Doria hay un retrato de mujer de este afamado pintor flamenco, y una Susana del Veronés: en el Adorno se admiran algunos buenos cuadros de Rubens y de Sebastián del Piombo.

El palacio Tursi ha sido habitado para Casa consistorial, y si con ello han perdido el carácter grandioso que antes tenían sus salones, en cambio ha ido almacenando en ellos preciosos objetos de arte y recuerdos históricos conservados con celoso interés. Allí se encuentran varias cartas originales de Colón y Marco Polo: cuadros de van Dyck, y otros flamencos, pero no ciertamente de Alberto Durero, como pretenden los genoveses: una hermosa plancha en bronce, del año 117 antes de Jesucristo, que contiene la sentencia arbitral de un pleito seguido por Génova contra una vecina fortaleza romana: finalmente, para que haya de todo en la casa, consérvase también el violín de Paganini.

He de decir dos palabras sobre los templos genoveses: abundan mucho en la ciudad, pero son más fastuosos y ricos que elegantes y artísticos. Algunas construcciones religiosas datan de los buenos tiempos de los siglos XII y XIII; mas por desgracia posteriores restauraciones vinieron á alterar su hermoso carácter antiguo y á pervertir la obra de los primeros arquitectos. Las iglesias del siglo XVI, que tampoco faltan, abundan en mosaicos, mármoles y frescos.

Detengámonos un momento en la catedral. Fué dedicada á San Lorenzo y construída por vez primera en el año 1100, pero en tres ocasiones ha sufrido las injurias de restauraciones romanas, góticas y del Renacimiento, sólo conservando su fachada de mármol blanco y negro del siglo XIII, que es evidentemente lo mejor de la iglesia. Las puertas laterales están construídas con restos del antiguo edificio, y á su lado derecho se ve una torre gótica, que data del 1402 y procede del viejo hospital de San Juan.

El interior de la catedral se resiente mucho de sus sucesivas reconstrucciones, para las cuales utilizaron las antiguas columnas y capiteles. Se divide en tres naves, separadas por diez y seis pilares corintios en mármol de colores, y la cúpula central es obra de Alessi. Entre sus capillas débese hacer especial mención de la segunda de la derecha, dedicada á San Juan Bautista: fué construída de 1451 á 1496, y encierra, en un sepulcro de piedra del siglo XIII, las reliquias del Santo Precursor, traídas de Palestina por los cruzados. Su decorado es riquísimo, con las seis estatuas y los bajos relieves de Mateo Civitali, las imágenes de la Virgen y de San Juan de Andrés Sansevino, el tabernáculo de Guillermo della Porta, los góticos ventanales velados por hermosas vidrieras de colores y las grandes lámparas que arden perennemente delante del altar.

Quizás uno de los templos más típicos de Génova es la pequeña iglesia de San Mateo, construída en 1278 y exteriormente conservada casi intacta. Débese á la piedad de la familia Doria, y así lo recuerdan las inscripciones de que está cubierta su linda fachada de mármol blanco y negro. Su interior fué modificado en 1530 por el florentino Juan Angel Montorsoli, y en el altar mayor se conserva la espada del almirante de Carlos V, D. Andrés Doria, cuyo sepulcro se encuentra en la cripta del mismo altar.

Merece visitarse Génova, especialmente en los hermosos días de su primavera, cuando los montes vecinos están cubiertos de flores y verdor. Es admirable el panorama que se descubre desde sus cimas, con el ancho anfiteatro de la ciudad, las severas líneas de sus fortificaciones exteriores, sus grandes muelles, su terraza de mármol lanzada sobre el mar, y en último término la inmensidad azul de nuestro Mediterráneo.

Eduardo Toda

RECUERDOS DE GRANADA

LA FUENTE DEL AVELLANO

Al terminar el melancólico paseo de la *Carrera de Darro* y traspuesto un elevado puente erigido sobre el río de aquel nombre, empieza la subida á la fuente del *Avellano*, fuente que á todas horas utilizan los vendedores de agua para pregonar su mercancía, con razón considerada deliciosa por sus cualidades de líquido potable.

En la calle que precede al paseo contemplamos la casa de los señores de Castril, realzada á influjos de una dramática tradición. Es un edificio del siglo XVI, amplio y severo, de salones anchurosos y ensambladuras valiosas. La portada, greco-romana, se atribuye al célebre Diego de Siloe, y en un balcón tapiado de la fachada vese la inscripción *Esperándola del cielo*, memoria del mísero ahorcado que demandaba en las postrimerías de su existencia justicia á Dios, desesperado de no encontrarla en la tierra.

La *Carrera de Darro* es una alameda de regular longitud y su modesto atavío se reduce á una fuente de piedra. Los torreones de la Alhambra se extienden casi paralelos al paseo en dilatada y pintoresca línea, y las almenas, ya de correcto dibujo, ya quebrantadas por la acción del tiempo, contrastan con los elegantes ajimeces, al par que éstos, en virtud de ridícula anomalía, alternan con los balcones de gusto moderno.

Los árboles abundan en el agrio cerro, y entre ellos tienen profusa representación los almendros, ahora vestidos de flores, semejantes á copos de nieve, signo evidente de que la primavera ha hecho su entrada gozosa, cantada por las golondrinas en los pórticos de la catedral y en los aleros de los tejados, y por los ruiseñores en los bosques y en los jardines.

Un acueducto, adornado pomposamente de fina hiedra, rompe la sombría apariencia de un tajo verde y lustroso, y la *Cuesta del rey Chico* se abre entre dos cortaduras en violenta pendiente.

Antes de seguir, apuntaré que el valle del Darro recibía el nombre de *Axaril* y lo utilizaban los moros con predilección para las personas enfermas ó delicadas, á fin de que aspirasen sus puras y salutíferas emanaciones.

Arranca la subida á la fuente del Avellano en una planicie de la margen izquierda del río y, salvo tal cual especie de trinchera del monte, desciende éste hacia las inmediaciones de aquél. Cerca de la cumbre, cubierta de vegetación, lo mismo que toda la vertiente, asoma Generalife. Los cármenes se escalonan en la faja de terreno por donde ondula el camino, y en la orilla derecha del Darro sube el suelo hasta redondearse en suaves contornos. Las huertas y los jardines lo tachonan, y un largo muro, resto de la antigua cerca de Granada, baja por la ladera hasta encontrar la vía que conduce al colegio del Sacro Monte. Entre los claros de las chumberas asoman agujeros medrosos, albergue de numerosas familias de gitanos, quienes ocupan las cuevas en unión de algun macilento pollino.

El gitano conserva como una religión la idea de lo *clásico*, sin darse cuenta del hecho; y ni en las costumbres ni en el indumento ha cambiado un ápice. Siempre se nos presenta como el tradicional tipo que causa regocijada sorpresa al extranjero. La mujer con abigarrado vestido de amplios faralares, y el hombre con ajustado pantalón, pródigo en remiendos y en descomunal *campana*, cubierta la cabeza de un *catite*, ceñida la cintura por descolorida faja y armado de un látigo, cuya vara le sirve á maravilla de punto de apoyo que facilita extravagantes actitudes, en las que se admira la flexibilidad de su dueño. En cuanto á los rapazuelos, pueden aceptarse para estudiar el desnudo, porque el traje les es desconocido en esa edad dichosa. Desgraciadamente no hay medio de compararlos con poéticos amorcillos; antes bien, parodian esfinges egipcias ó ídolos de la India.

Sale de las cuevas ruido estridente de martillos que golpean sobre yunques; brillan llamaradas que dan fatídica luz á los humildes antros, y vemos, por fin, que en éstos se elaboran los útiles de herrería á que tan aficionados son los individuos que los habitan.

Conforme avanzamos en nuestro paseo encontramos distintos elementos de composición en el paisaje. Uno de los recodos permite ver el Albaicín, y tornando la mirada al trecho recorrido, hallamos parte de la ciudad, la catedral y un fragmento de la Vega. Otra de las vueltas pone de manifiesto las *Angosturas de Darro* y, por encima, la capilla próxima al Sacro Monte. Cierran al frente el cuadro del valle dos montes que se estrechan y á lo lejos una cima de la Sierra Nevada.

La fuente del Avellano está en una reducida meseta y es un pilar de piedra con surtidor que arroja un pequeño caudal de agua. En la parte superior del receptáculo, una inscripción dice así:

«*Reynando el Sr. D. Fernando VII de Borbon Q. D. G. siendo Capitan Gral. de esta prov.ª el Exmo. Sr. D. José Ignacio Albarez Campana y Correg.r de esta Capital el Sr. Marqués de Altamira, la ciudad de Granada hizo esta Obra comisionando para ella á el veinte y cuatro de su Ayuntamiento D. José Marín. – Año de* 1827.»

Después angosta el camino, sin ofrecer accidente notable, y llegamos á la fuente de la *Salud*, análoga á la precedente y, por último, á otra que para no ser de ralea peor que la primera, se ufana con el siguiente letrero:

«*Se amplió y mejoró este camino construyéndose esta fuente y la que precede siendo Alcalde Presidente del Ecselentísimo Ayuntamiento Constitucional D. Antonio Maestre y Requena. – Año de* 1861.»

La metáfora del concepto apuntado hace reir, á menos de aceptar que la mejora aludida se ha borrado completamente; porque la vereda, húmeda, resbaladiza, mal conservada y en la que las moreras con sus aguzadas espinas punzan al transeunte, no reclama, ni mucho menos, los honores de un recuerdo esculpido en la piedra. El camino merece este nombre sólo á trechos; pero la mayoría de su extensión consiste, según decimos, en un sendero casi peligroso, á juzgar por los desprendimientos del suelo. En este particular, la incuria se percibe con acentuados rasgos y lleva el pensamiento á las comparaciones, aun comprendiendo la odiosidad de tarea semejante. En Granada la naturaleza lo hace todo, y apenas si algunas veces acude el hombre en su auxilio.

La puesta del sol es hermosa. Las montañas, que sirven de marco á la Vega en dirección á Loja, se tiñen de suavísimos tonos violáceos. De los pueblos y caseríos se eleva tenue vapor que modifica los efectos de la perspectiva. El astro, en apariencia rojizo, desaparece tras la Sierra Elvira, y súbito se torna el color vivo de los campos y de los jardines próximos á nosotros en matiz opaco. Los bosques y las alamedas pierden sus tintas animadas, y los cipreses, erguidos á la manera de espectros, justifican merced á la negrura de sus copas el calificativo de árboles de la muerte.

La tarde alegre ha concluído. Las nubes encarnadas, amarillas y cenicientas no brindan cambiantes caprichosos, y de todo el mundo de armonía sólo subsiste el rumor del río, que arrastra sus aguas saltando tumultuosas en las pulimentadas piedras.

Brillan las luces de Granada y percíbese el sonido de las campanas en iglesias y conventos, como si con sus voces quisieran recordarnos que es llegada la hora del recogimiento.

¡Aviso inútil! En el realismo de la vida pasa fugaz el instante de la fantasmagoría, inspirada por los objetos exteriores que nos rodean, y subsiste íntegra la verdad de la meditación.

Augusto Jerez Perchet



CUENTO DE AMOR

POR PABLO MARGUERITE - ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

A la señora Lucía Kampmann

I

EL ARBOL DE ORO

En un país amarillo, verde y azul, color de los trigos, de las maderas y del mar, reinaba un emperador, sabio, muy bueno y de edad tan avanzada, que los hombres nacidos el mismo día que él reposaban todos en la tumba. No se presentaba á sus pueblos sino en raras ceremonias, ostentando todavía orgullosamente la diadema, el manto de oro y cetro; fuera de estas ocasiones, vivía invisible y pensativo en su palacio.

¡Singular morada! En el parque no había más que aguas estancadas de color verdoso, estatuas leprosas, maleza y árboles muertos; durante el día, los cuervos revoloteaban allí pesadamente, y por la noche no se oía más que la queja melancólica del sapo. La hierba crecía en los patios libremente; en las habitaciones, los techos estaban agrietados, el pavimento desunido, las chimeneas ahumadas, la carcoma corroía los muebles y en la llama del fuego veíanse bailar salamandras.

Por lo demás, aquella mansión parecía hallarse en armonía con su dueño, que pensaba en cosas muy tristes. Veinte años antes, su hijo y su nuera habían muerto después de un reinado de trece meses y de haber dado aquélla el ser á un niño. Siguieron más tarde otras desgracias: el rayo abrasó al adivino que trazaba en la cámara contigua el horóscopo del tierno infante; tres de sus nodrizas perdieron el juicio; y el agua, el veneno y el fuego amenazaron su existencia, siendo verdaderamente un milagro que sobreviviera.

El emperador, su abuelo, cuidábale con la mayor solicitud; de modo que el joven príncipe no careció de los más asiduos cuidados, ni de los más agradables placeres, ni de los más sabios maestros, ni de los más agraciados pajes. Sin embargo, crecía taciturno y endeble, cual planta que se marchita en la sombra de una cueva; hablaba poco, pensaba mucho, leía demasiado, y rara vez salía de palacio: hubiérase dicho que el sol le deslumbraba y que el aire puro le abrasaba el pecho. Faltábale un año para ser mayor de edad y entonces debía ocupar el trono.

El príncipe quería en particular á su hermanastro, el robusto Mainrad, nacido de una sierva, especie de gigante de cabello rojo y ojos de niño, diestro cual ninguno en todos los ejercicios de fuerza y atrevido cazador. Este hombre no quería menos á su joven señor; temible para los otros, era humilde en su presencia y obedecíale ciegamente. Siempre triste, porque veía á su joven hermano tan débil, trataba en todas ocasiones de llevarle á las cacerías, para que se distrajese entre los caballeros, las jaurías y el toque de las bocinas, esperando que los rudos ejercicios le devolverían el apetito, el sueño y la salud. El príncipe, que no consentía en todo ello sin repugnancia, cierta mañana de otoño fué con Mainrad para correr el ciervo en el bosque.

San Huberto los protegió: ya la bruma violácea del lejano horizonte desvanecíase bajo los rayos del sol; el tiempo estaba hermoso; la atmósfera clara y fría; desde la mañana hasta la noche, el toque de la bocina resonó por todas partes, y los ecos repitieron sus prolongados sonidos. Bajo los pies de los caballos, las hojas secas volaban por los aires. Se cobraron cinco jabalíes, una corza, seis gamos y dos ciervos.

A través de los claros del bosque y de las rocas, adelantándose á los señores que, látigo en mano y el cuchillo en el cinto, cabalgaban en confusión, el príncipe, distraído y meditabundo, corría al galope de su caballo negro entre dos lebreles blancos.

No se hizo alto, más que una hora para recobrar fuerzas; los servidores del príncipe habían depositado ya en el centro de una encrucijada el vino, las carnes, frutas y pan; cada cual comió y bebió y sólo el príncipe no quiso sentarse, entreteniéndose en coger violetas sin perfume, alejado de los demás. No tardó Mainrad en ir á buscarle, y preguntóle en qué pensaba.

—Complacíame en contemplar, contestó, ese álamo blanco, cuyas hojas, doradas por el otoño, se estremecen agitadas por el viento; el sol que en ellas se refleja las reviste de mágico brillo, y cual espejos rotos, despiden chispas, pareciendo que del árbol de oro se desprenden mil esmeraldas, perlas y estrellas.

Mainrad abrió desmesuradamente los ojos, pero no vió allí más que un abedul de los más comunes.

—Pero, añadió el príncipe, el sol se oculta, el viento silba, las hojas tiemblan. ¡Ah! Convulsivamente arrancadas, arremolínanse en todos sentidos y desaparecen al fin. ¡Ni una siquiera queda ya! Todo concluyó; ese álamo no es ya más que un esqueleto. ¡Así sucede con nuestros años, hermano mío; brillantes y hermosos, agítanse y no se prenden bien al árbol de la vida; de modo que el primer soplo de muerte se los lleva! Quisiera retirarme; estoy cansado...

Todo el mundo volvió á montar á caballo y emprendióse la marcha, los cazadores rendidos de fatiga, Mainrad acosado de tristes presentimientos, y el príncipe, muy pálido, á la cabeza de su comitiva. Sus acompañantes viendo que tomaba un camino inusitado, cenagoso, donde se percibía un marcado olor á



Complacíame en contemplar ese álamo blanco.



setas, y al cabo del cual una lima de agua brillaba como el acero, le advirtieron que aquello era río.

—No importa, repuso, le vadearemos.

Algunos objetaron, y entre ellos el mismo Mainrad, quien le dijo que el agua era muy profunda y que no había vados.

—¡A galope!, gritó el príncipe con voz imperiosa. ¡Veamos quién llega el primero! ¡Tocad las bocinas!

Clavando las espuelas en los ijares de su caballo, muy pronto estuvo lejos, siguiéndole Mainrad de cerca, y detrás se precipitaron locamente todos los cazadores cubiertos de barro. El ronco son de las bocinas dominaba las voces de los hombres, los relinchos de los caballos y los ladridos de los perros; el río parecía ensancharse, desbordarse, correr; todos se arrojaron al agua; muchos corrieron peligro de quedarse allí y tres picadores se ahogaron. El príncipe vió su agonía, y llegado á tierra el primero, perdió los estribos y cayó como inerte. Mainrad, precipitándose al punto, cogióle en sus brazos; lúgubre silencio reinó entonces entre los hombres y los animales, como si el espanto y el estupor les hubieran convertido en estatuas. Vuelto al fin en sí el príncipe, los que con él iban colocáronle consternados en unas parihuelas de ramaje. Sus dientes castañeteaban, y se le oyó murmurar: «¡No es nada!»

Después añadió con triste sonrisa:

—¡Puedes creedme, Mainrad, no era el árbol aquel como los otros; era un árbol de oro, y todas sus hojas han desaparecido!...

El pesar del emperador, al ver que llevaban en procesión fúnebre el cuerpo de su nieto, fué tan profundo como violento el furor de Mainrad, que se acusaba á sí propio, arrancábase la barba y quería morir. Día y noche veló de continuo, disputando á la muerte su hermano querido y delirante, cuyas mejillas se cubrían ya de sombra. Once semanas transcurrieron antes de que el príncipe recobrara la razón. Entonces pudo entretenerse en su lecho con unos gatitos á que era muy aficionado, y escuchar á su bufón Mite, que le contaba historias. Cierto día vió que ya podía levantarse.

Pero aquel restablecimiento era sólo aparente, y poco á poco el mal secreto que le minaba recrudeció hasta el punto de obligarle á renunciar á todas las distracciones; éstas le disgustaban, y todo comenzó á serle indiferente. El emperador, desesperado, convocó á los médicos más famosos, que acudieron de todas partes: españoles secos como el pergamino, italianos petulantes, ingleses soberbios, alemanes aficionados á la grasa y bohemios que conocían fórmulas misteriosas. Reunidos en congreso, su veredicto fué que el príncipe estaba condenado, y que moriría infaliblemente al cabo de un año, pero no sin ser antes presa de una languidez especial y sin ejemplo, á la cual dieron el nombre de *Mal del príncipe*.

La noticia circuló por todo el reino, y oyéronse lamentos y quejas. «¡Cómo, exclamaban, tan joven y hermoso, y sin haber reinado!... ¡Ah! ¡Qué lástima!» En cuanto al príncipe, á quien no se pudo ocultar largo tiempo la verdad, escuchóla sin pestañear, demostrando así cuán noble era su sangre. Dió las gracias á los médicos, disponiendo que se entregasen á cada uno tres bolsas llenas de plata, de oro y de rubíes; y desde aquel día, como si la certidumbre fuese para él menos amarga que las dudas ó quisiera dulcificar el dolor de su abuelo y de su hermano, mostróse de buen humor y ya no abandonaron sus labios una dulce y melancólica sonrisa.

En su interior, deseaba la muerte inmediata. ¡Qué amarga ironía era para él aquel año que le restaba de vida! ¿Qué podía hacer y cómo emplearle?... Otros pensaban lo mismo, y hubieran querido distraerle, ocuparle de continuo en algo, á fin de que no pensara en la sombría idea fija. Con este fin, el general de los ejércitos, anciano ilustre, fué á proponerle los peligros y la gloria de una campaña contra los turcos; el ministro de Justicia, hombre dado á los placeres, elogióle los manjares y vinos delicados, la orgía suntuosa y la embriaguez de los sentidos. El antiguo preceptor del príncipe le invitó á pensar en Dios y á retirarse á un monasterio; y por último, el emperador quiso abdicar en él la corona, para que conociera el orgullo y las alegrías del poder.

El príncipe lo rechazó todo.

Pero he aquí que la princesa Javiera, hija de un rey poderoso, se enamoró perdidamente del príncipe, y envióle su retrato, de admirable parecido, ofreciéndole al mismo tiempo su mano. Mainrad, persuadido de que los médicos eran unos ignorantes y de que la felicidad de amar y de ser amado, unida á la fuerza de la juventud, resucitaría al príncipe, instóle mucho á consentir en el casamiento; mas el príncipe no quiso escuchar nada, ni ver el retrato, ni siquiera mirar á la princesa, que habiendo ido á verle en pomposa embajada, hubo de volverse á sus Estados, con no poca mortificación del rey su padre.

Poco faltó para que, á consecuencia de tan inexplicables cuanto inmerecidos desdenes por parte del príncipe hacia la princesa Javiera, se originase una guerra entre el poderoso monarca y el sabio emperador.

(Continuará)



Entonces pudo entretenerse en su lecho con unos gatitos...

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL MARINO

Recientemente ha solicitado D. Juan Anglés y Gibert, de esta ciudad, patente de invención por un ferrocarril marino, acerca del cual publicamos los siguientes datos, tomados de la memoria que al efecto presentó el inventor al ministerio de Fomento

«El ferrocarril marino se compone de dos vías que sobresalen del nivel del agua y sobre las cuales se apoya y corre el buque á la manera que correría un coche sobre un puente de barcas, con la sola diferencia de que las barcas ó cuerpos flotantes que sostienen las vías se transportan y colocan ó desarrollan continua y sucesivamente sobre el agua á medida que el buque avanza, hallando éste siempre en su marcha las vías francas ó expeditas, apoyándose siempre en igual extensión de ambas vías y estando éstas constantemente en inclinación descendente, con facilidad de cambiar automáticamente esta inclinación,

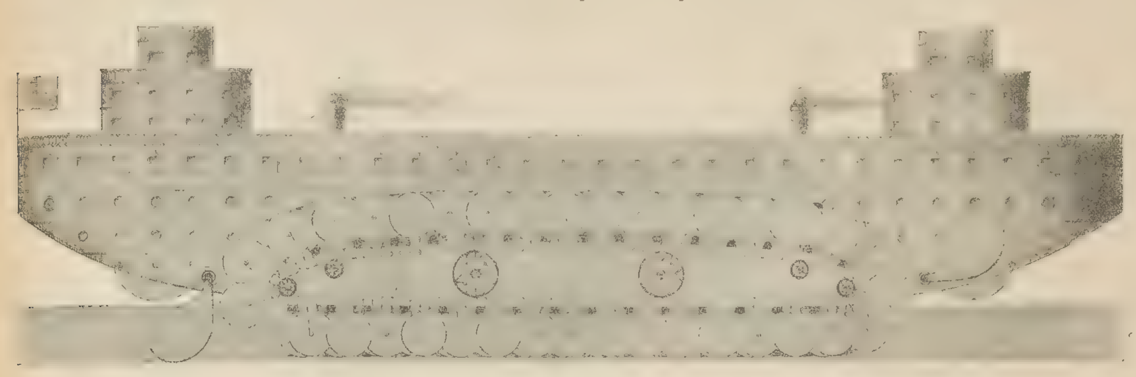


Fig. 1. Sección lateral del buque ferrocarril

según el sentido hacia donde el barco camina; de manera que si hacia la parte de proa sobresalen las vías un metro de la superficie del agua, en la parte de popa sobresalen dos metros, ó sea 1'66 metros por 100 metros de longitud, formándose de este modo un plano constantemente inclinado sobre el plano horizontal del agua, lo que no es posible obtener en los ferrocarriles terrestres. En resumen, el ferrocarril marino no es más que un vagón más ó menos grande que corre sobre unas vías descendentes; los flotadores hacen las veces de suelo ó terreno que sostiene los rieles en los ferrocarriles terrestres, transformando de este modo la superficie del agua en tierra firme.»

. . . .

«Con el ferrocarril marino se podrán lograr en el agua velocidades imposibles de concebirse ni realizarse con los buques á vapor hoy conocidos, sometidos á la ley de resistencias que ofrece la densidad del líquido en razón directa del cubo de la velocidad multiplicada por la sección transversal sumergida del buque.»

. . . .

«Un ferrocarril marino con vías de 75 metros de longitud por 20 de ancho y desplazamiento de 5.800 toneladas, con ruedas motoras de 5 metros de diámetro, ó sean 15'71 metros de circunferencia á 80 vueltas por minuto, recorrería 75.408 metros en una hora, ó sean 40'7 millas.»

Los grabados que reproducimos (figs. 1 y 2) representan un buque ferrocaril de 120 metros de longitud por 20 de anchura y una vía á cada costado, también de 20 metros de ancho, amplitud necesaria para la estabilidad del buque y las vías. Estas tienen 60 metros de longitud entre los dos ejes de sus ruedas extremas, que con el grueso de la vía y diámetro de los flotadores suman 75 metros de extensión. Las ruedas motoras tienen 5 metros de diámetro: los flotadores huecos, de forma biconvexa, 5 de diámetro por 2 de ancho, y su peso puede calcularse en 1.500 kilogramos cada uno. De esto resulta que el peso de las dos vías (256 tramos y 480 flotadores) es de 1.104 toneladas.

«Teniendo esto en cuenta y atendiendo al desplazamiento de los 232 flotadores sumergidos (25 toneladas cada uno) resulta una diferencia de 4.696 toneladas, que sobre un plano inclinado de 1'66 metros por 100 metros de longitud, tienen un peso vertical

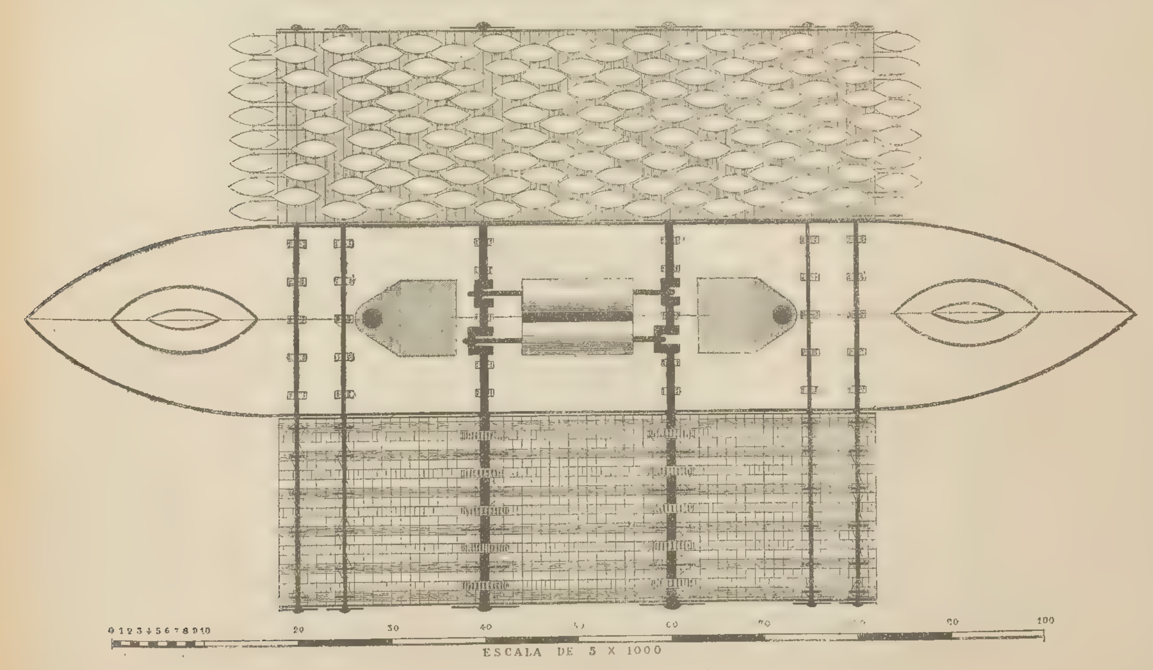


Fig. 2. Sección horizontal del buque ferrocarril

ó fuerza de tracción de 77'953 toneladas. La fuerza de tracción necesaria para el transporte de la parte superior de las vías es de 16'350 toneladas, quedando por lo tanto un sobrante de fuerza de tracción de 61'603 toneladas.»

Con lo dicho se demuestra que el solo peso del buque bastaría para el transporte de las vías y para dar al buque la velocidad que se deseara, regulándola á voluntad según la mayor ó menor inclinación de las vías, cuya inclinación puede aumentarse, disminuirse y cambiarse de sentido automáticamente con el peso de un vagón con lastre que recorre una vía colocada en el fondo interior del buque, situando dicho vagón en el centro del buque para quedar las vías horizontales y parar la marcha. En todo caso, como

ya se ha demostrado anteriormente, bastaría una fuerza de tracción para el traslado de la parte superior de las vías y para iniciar y ayudar el movimiento del

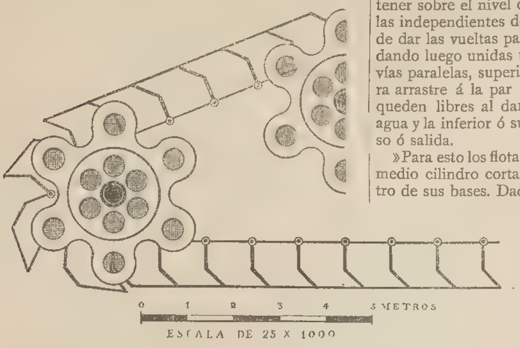


Fig. 3. Extremo lateral de la vía con ruedas interiores

buque y vencer los cabeceos de popa á proa que pudieran alterar á momentos la inclinación de las vías en mares ó ríos un poco agitados.

»Con la construcción de uno ó dos modelos perfeccionados de 10 ó 12 metros de longitud y demás proporciones representadas en los grabados, se comprobará prácticamente esta teoría que tan lógicamente se desprende de la inclinación que en el agua se puede dar á las vías; pudiendo después, con seguro éxito, emprender la construcción de buques de gran porte de 60 hasta 120 metros de longitud, aplicables á la navegación en grandes ríos navegables y mares calmas.

»Más adelante, si se creyese practicable, podría intentarse la construcción de un ferrocarril marino para navegar en altas mares, en cuyo caso tendrían que ser muy grandes sus proporciones para que las vías pudiesen extenderse sobre dos ó tres largas ondas y atenuar en lo posible los balances en gruesas mares. También debería tener este buque mayor distancia desde su fondo y vías sobre el nivel del mar para evitar el roce y embate de las olas en el casco, y evitar también que éstas invadieran las vías en las superficies en que las ruedas del buque se apoyan y corren.

»Los flotadores han de tener el menor peso y la mayor resistencia posibles, y una forma conveniente para suavizar su entrada en el agua. Los representados en las figuras 5 y 6, de forma biconvexa, giran sobre un eje que los atraviesa por el centro de su diámetro, merced á lo que resbalan y ceden á la presión del agua en el instante de su inmersión. Para revisar si tienen agua llevan cerca de la línea de su circunferencia un agujero que se cierra á tornillo.

»La fig 2 representa en una sola vía la colocación de los flotadores en línea diagonal para que se distribuya su peso entre todos los tramos de la vía, de manera que en cada 7 tramos seguidos hay 2 flotadores en cada tramo y un flotador en el octavo; de otro modo, estando los flotadores unidos á la vía en tramos de un metro de longitud, gravitaría el peso de 8 flotadores en cada tramo de 4 en 4, quedando 3 tramos intermedios sin peso alguno; y si en cada tramo de 1 metro por 20 se colocase en toda su extensión un solo flotador ó varios flotadores fraccionados ó divididos, sería preciso construirlos de una forma poco adecuada para su inmersión, teniendo, además, que sostener cada tramo un peso enorme en el momento de dar la vuelta los flotadores en los extremos de las vías.

Fig. 5. Corte transversal de un flotador

»Para poder disminuir el peso de los flotadores y evitar que gravite sobre los tramos de las vías en el acto del ascenso y descenso en los extremos de las mismas, dadas las condiciones de altura que han de tener sobre el nivel del agua, hay el medio de hacerlas independientes de los flotadores en el momento de dar las vueltas para salir y entrar en el agua, quedando luego unidas unas y otros en las partes de las vías paralelas, superior é inferior, para que la primera arrastre á la par los flotadores que transporta y queden libres al dar las vueltas de entrada en el agua y la inferior ó sumergida los suelte en su ascenso ó salida.

»Para esto los flotadores deberían tener la forma de medio cilindro cortado en su longitud por el diámetro de sus bases. Dada esta forma y suponiendo como dimensiones 5 metros en las bases por 20 de altura, habría en ambas vías (teniendo en cuenta la distancia de éstas, de eje á eje de las ruedas extremas y el diámetro de estas ruedas, que es de 5 metros) 62 flotadores con un desplazamiento de 5.488 toneladas; pero como tales flotadores pesarían menos que los biconvexos, quedaría libre para el buque un desplazamiento de 4.840 toneladas.

»Asimismo las vías requieren en su construcción detalles esenciales; sus tramos ó secciones (figs. 3 y 4) son á manera de eslabones que las unen ó encadenan formando las dos vías sin fin, ó sea una vía en cada costado del buque que llevan suspendido y sobre las cuales el buque se apoya y corre. Estos tramos están unidos por varios ejes independientes uno de otro, tanto en los tramos que forman la longitud de las vías como en las que forman su anchura. Conviene que así sea y no de otra manera, porque si cada uno de los tramos que forma la longitud de las vías estuviese en su anchura atravesado de una á otra parte por un solo eje, sería muy peligrosa su ruptura; pero estando los ejes divididos ó seccionados, aun en el caso improbable de romperse algunos no podría ocurrir avería peligrosa y sería muy fácil reponerlos.

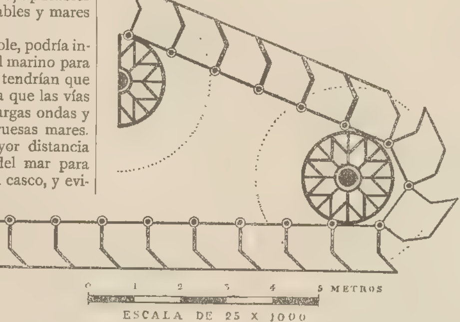


Fig. 4. Extremo lateral de la vía con ruedas guarda-vía

»Cada uno de los tramos está construído de manera que las partes inferiores de las vías, ó sean las en que se apoya el barco y están sostenidas por los flotadores sumergidos, forman una línea recta por la presión que ejerce el agua de abajo arriba, y para que en ningún caso pueda resultar algo convexa esta línea por el desgaste ó flojedad de los ejes, es preciso construirlos de manera que resulten insensiblemente cóncavas en su extensión al estar tendidas sobre el agua. Es también indispensable que estas vías estén flojas con relación á la distancia de un extremo á otro de las ruedas que en dichas vías se apoyan, pues estando las vías tirantes, como acontece en las correas sin fin, no se lograría efecto alguno porque que en vez de irse extendiendo sobre el agua, giraría con mucho trabajo toda la vía, quedando para los efectos de velocidad del buque en inferiores condiciones que los buques á vapor con ruedas, aunque las vías estuviesen adicionadas con sus correspondientes palas propulsoras.

»El buque ferrocarril marino está atravesado por ejes perpendiculares á su longitud que sobresalen por ambos costados del buque y tienen las ruedas necesarias para sostenerlo y para su locomoción sobre las vías, á la manera que un coche ó vagón de ferrocarril se apoya y corre sobre los rieles.

»Los ejes de las ruedas (figs. 7 y 8) con relación á las vías pueden ser colocados de tres distintas maneras:

»1.ª Ejes en una sola línea horizontal para ruedas de igual diámetro que apoyan sobre las vías y flotadores y los van extendiendo sucesivamente sobre la superficie del agua á medida que el buque avanza.

»Según la anchura de las vías se reparten mayor ó menor número de ruedas para que se distribuya el peso en la longitud de los ejes, así como debe haber mayor ó menor número de ejes para que se distribuya el peso en la longitud de las vías.

»Para que las ruedas motoras no puedan resbalar por deficiencia del peso indispensable á la fuerza de tracción, deben alternarse en la anchura de la vía ruedas con circunferencia lisa que apoyen sobre la superficie lisa de la vía y ruedas de engranaje que toquen, pero sin apoyar, en los engranes de la vía. El engranaje de las ruedas con las vías ha de ser suelto y sencillo á la manera de parrillas ó barras equidistantes y paralelas entre sí y perpendiculares á la longitud de las vías; y en las ruedas á la manera de radios, que sobresalgan de su circunferencia y entren suelta y francamente en los espacios de las barras para impulsar el transporte de la parte superior de las vías, porque el acoplamiento por sí solo de las ruedas motoras, sin otras de engrane, no bastaría para vencer la resistencia que opondría la vía á las ruedas de los extremos hacia donde caminase el barco, al paso que con ruedas de engrane, el buque estará siempre situado en el centro de las vías, quedando por lo tanto éstas siempre igualmente flojas y sueltas, tanto en los extremos de atrás como en los de delante.

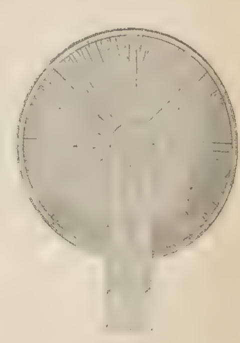


Fig. 6. Parte lateral de un flotador

»2.ª Ejes en dos líneas paralelas horizontales: una línea superior de ejes para las ruedas de engrane motoras que transportan la parte alta de la vía, y otra línea inferior de ejes para las ruedas lisas sobre las cuales se sostiene y corre el buque: de este modo las ruedas de engrane sólo rozan por encima en la parte alta de las vías para transportarlas, y las ruedas lisas sostienen por debajo dicha parte alta y apoyan en la parte baja para hacer correr el buque por la vía inferior.

»3.ª Ejes en combinación mixta para el transporte de las vías y marcha del buque dando el conveniente diámetro á las ruedas motoras, situando los ejes de manera que todas las ruedas de mayor y menor diámetro, si las hubiese, apoyen sobre la línea inferior en línea recta.

»La práctica determinará exactamente el sistema más sencillo y que ofrezca mayores ventajas para disminuir la mayor suma de resistencias y obtener una marcha expedita y rápida con el buque ferrocarril.

0 0'50 1 METRO
ESCALA DE 50 X 1000.

Fig. 7. Eje hueco formado con planchas de hierro

0 0'50 1 METRO
ESCALA DE 50 X 1000

Fig. 8. Eje sobre ruedas para facilitar el movimiento

»El ferrocarril marino, más simplificado y modificado en sus vías, sin necesidad de flotadores y transformado el buque en coche ó vagón, es aplicable á las grandes llanuras, como por ejemplo, las de la República Argentina, y á las grandes extensiones arenosas, como las del desierto de Sahara.

»En los suelos llanos de tierra firme actúa como un ferrocarril, sin necesidad de rieles, y en los sue-

los de arena movediza, en los que es imposible establecer rieles, porque se cubrirían de arena, y de la que aquellas vías se pueden resguardar, sería un excelente medio de transporte, ya para el comercio ó colonización, ó bien para en casos de guerra en que los coches bien fuertes y petrechados serían verdaderas fortalezas movibles inexpugnables para enemigos que difícilmente podrían atacar con éxito á pie ó á caballo, etc.

»Esta aplicación terrestre, para mí de momento, no ofrece otra dificultad que la de hallar un medio expedito para el cambio de dirección del coche, cuya solución la considero difícil, por lo cual no hago objeto en esta patente de la aplicación terrestre.»

Y



TALLER DE D. ROSENDO NOBAS. (De una fotografía de A. Torija.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 1.° DE JUNIO DE 1891 — NÚM. 492

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESPUÉS DEL BAILE, pintura al pastel de Maximino Peña

(Exposición de pasteles y acuarelas celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1890)

LA EXPOSICION GENERAL
DE BELLAS ARTES

V

LA SECCIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

(Continuación)

Fuera de la pintura religiosa ó de historia, ni el melodrama ni la anécdota ni la compuesta escena de costumbres coinciden nunca en los cuadros de la actual Exposición con las cualidades de una buena pintura. Algunos lienzos de tal género quedan en aquellas siete salas: poquísimos figuran entre el centenar de obras que, por otras y más apreciables condiciones, presentaré agrupadas en este artículo. De éstas, la mayoría va por el camino que conduce á la pintura á su verdadero y acotado campo. Ni el sentimiento ni la idea le están vedados, sea aquél tan patético y ésta tan grandiosa como gusten; pero es preciso que uno y otra tengan, desde el primer golpe de la concepción, valor plástico; es preciso que su expresión se halle íntimamente compenetrada y fundida con la forma, sin ulteriores ambiciones, sin desproporción inadecuada con el procedimiento del arte de la pintura. Por lo cual no clasifico ni establezco jerarquías entre dicho centenar de obras atendiendo al pensamiento que expresan. Voy á sus cualidades pictóricas, á la fuerza é intensidad con que ha sabido ver el artista lo que pintó, y á ese mismo sentimiento de belleza que le embargaba, transmitido por el dibujo, por el colorido, por la factura y no más. En este sentido me fijo muy particularmente en los progresos que ha realizado la pintura en estos últimos años. Se me ofrecen los cuadros en una relación de inferior á superior, según se acercan á ese mayor arte en darnos una visión total de las cosas, de modo que se olvide el arte mismo y se armonicen y fundan dibujo, color, ambiente, sentimiento, en aquel conjunto que ha de transmitirme palpitante el alma del autor.

Entre aquellas obras más notables, hallamos tantos procedimientos cuantos son, no ya el temperamento personal de los artistas, sino la escuela y el tiempo en que se han educado y el sentimiento del colorido que deben á la contemplación de sus modelos ó de la naturaleza del país en que aprendieron. Esta es, á mi juicio, la clasificación más natural para señalar el punto del camino en que nos hallamos. En el uno está la tradicional escuela española de Cutanda, con su desdichada *Bacante*, y de Plasencia, con su hermoso estudio de desnudo alegoría de julio y sus preciosas acuarelas. En el otro se halla la última manera declaradamente francesa, de la cual nos trae dos modestos, pero notables estudios nuestro paisano Casas. En Plasencia vemos la mancha de color jugoso y castizo, de una entonación viva y robusta, que modela y da realidad corpórea á un dibujo de precisos y enérgicos contornos: pintura decorativa colorista, preocupada de cierta grandiosidad en concebir la figura humana, musculosa y fuerte, pero idealizada por aquella misma grandiosidad y la depurada corrección de sus formas. En los estudios de nuestro paisano, la visión es opuesta, la preocupación es contraria: es la preocupación de las sugestiones inmediatas y totales con las más simples pinceladas, con todas las gradaciones de las capas atmosféricas y todos los matices de una luz difusa que nos habla de otros climas y otros sitios: aire, luz, modificaciones casi imperceptibles del color, carácter y actitud naturales en las figuras, armonía total en el conjunto.

De uno á otro punto, de la nota más nueva á la más anticuada, coloquemos los demás esfuerzos realizados en estos últimos años. Todos tienen sus ejemplares, más cortos en número, menos apreciados por más conocidos, conforme distan de la preocupación actual. Así, desfilan todavía algunos lienzos de pintura italiana y fortuniana, embriagada de luz y de tonos extraordinariamente brillantes, con puestas de sol de ráfagas de oro, rutilantes cielos, verdes intensos, no sin cierta dureza que templan á veces las notas más tiernas y delicadas de árboles en flor. Villegas tiene allí su *Conductor de pavos* del 85, bañado en luz cruda y deslumbrante; Fabrés, su *Campo de amapolas*, *Mediodía*, su preciosa *Flor campestre*; Galofre, sus *Vaqueros*, inferior á otros del mismo género del mismo autor; Rico, una de sus vistas de Murano, de tonos y matices centelleantes y vivos, de una nitidez de cámara obscura; Bilbao, sus *Recuerdos de Marruecos* que resultan ya adocenados y triviales, con la entonación de sus cielos azul obscuro y sus casas blanqueadas; Roca, sus acuarelas (la más vigorosa y correcta su *Grabador)*, y Roig y Soler, sus apuntes de vistas de la ciudad y de Palma, de un color tan francamente convencional, que dudo recuerde nadie los mismos sitios en presencia de la copia: nueva suerte de panoramas en reducida escala, de minuciosos detalles y líneas y tonos concentrados y como reflejados en el fondo de una lente convexa, con una luz blanquizca que baña el todo en una tonalidad parecida á la de un día de nevasco.

Así, con estos lienzos, desfilan también algunos que otros casacones, del género anecdótico los últimos, los de Jiménez Aranda (J.): el conocido *Un accidente en los toros*, y la lectura de una poesía satírica entre poetas del siglo pasado. Colorista experto, dibujante primoroso, espontáneo, fecundo, el artista no puede hoy, sin embargo, vencer en aquellos lienzos, la impresión que de convencionales nos causan ya aquellas actitudes de sus figuras, no todas naturales y vivas, sino como detenidas y recortadas en sus rasgos expresivos. Bien superiores á ellas, por su vida y naturalidad, resultan las de la bellísima aguada *Buscando notas*, de fecha seguramente posterior y de grata frescura. No hay en ella la excesiva importancia concedida al accesorio ni á las telas, enriqueciendo el cuadro con fastuosos colores que pasaron de aquel género á las figuras sueltas: esclavas y odaliscas. De ellas hay aún algunas muestras (la de Masriera, *En presencia del Señor;* la de Tusquets, más anticuada todavía, *Argelina)*. Este género sobrecargó las figuras femeninas de esmaltados adornos ó de ricos brocados concediendo harta importancia á la materia muerta; amanerado recurso para deslumbrar los ojos, de que vemos prescindir á pocos artistas en los retratos, aunque éstos sean también de los que se ven año tras año en todas nuestras Exposiciones sin mudanza alguna; ejemplo, los de Caba, uno de ellos – sólo uno para mi gusto – acertado y notable.

Tras esta segunda etapa de escenas ó figuras con luz de taller, y que por cierto la consienten, hallo ejemplares de otra pintura más franca y libre, influída en dos de los maestros, Ribera y Pellicer, por la enseñanza y educación francesas. Ni uno ni otro tienen en la actual Exposición una obra importante ó nueva. No lo son ni el *¿Qué ha sucedido?*, de Pellicer, ni el *Epílogo*, de Ribera, escenas callejeras de París. Pero uno y otro, con su modernismo urbano y con sus episodios callejeros de ciudades populosas, trajeron aquí la afición á ellos, visible en muchos otros cuadros que han tomado por asunto vistas de calle ó paseo, con lluvia ó con sol, salidas de baile ó de misa, – aquí es más frecuente salir de ésta que de aquél; – por supuesto, sin las condiciones de color ni de dibujo de los citados artistas. El género tiene en éstos una precisión, una corrección de líneas excepcional; las figuras son exactas, características y vivas, de una factura concienzuda y sólida. En Ribera hay además como una suerte de diletantismo que se complace en apurar con fruición los más imperceptibles matices; de aquí, una limpieza de estofa flamante en los trajes, cierta nitidez luciente que hallamos en otros autores nuestros, domiciliados en París. Jiménez Aranda (Luis) exhibe uno de esos cuadros acabados y primorosos, *La criada del cortijo*, nota, sin embargo, modernísima y simpática. Miralles Darmanín, su *Taller de tapices*, de una entonación vigorosa y caliente más española, pero deliciosamente refinada también en algunos fragmentos (el de una de las mujeres vuelta de espalda al espectador), y con ese singular esmero en el dibujo (salvo algún detalle) propio de toda aquella enseñanza.

Pero decía que la afición á escenas y tipos de las ciudades populosas se observaba también en algunos artistas. El amor á la realidad viva tomó aquí estos dos caminos: lo callejero y lo rústico. Pero lo primero no ha llegado á sobresalir ni á constituir como lo segundo un género perfectamente determinado. Aun entre los pintores no residentes aquí, hallamos algunos estudios de figuras populares, sinceros y francos, y por cierto tratados en grande, con mucha verdad y con vivo sentimiento del color: una *Castañera*, de Villegas Cordero (D. Ricardo), es notable como hermoso fragmento de pintura valiente y enérgica. Entre nosotros, Felíu en su *Ascó del barri* ha concedido también vasta tela y dimensiones del natural á un grupo de pobres mendigas en el atrio de una iglesia, interpretadas con vigoroso pincel, y aunque el dibujo acusa alguna inexperiencia en algunas figuras, otras son acertadas y el conjunto es una promesa. Graner tiene también otro gran cuadro con tipos, no ya populares ni pobretones, sino acanallados y soeces: un negro tabernucho trasudando mugre, donde, á lo largo de una mesa alumbrada por un farol humeante, juegan á los naipes unos cuantos miserables de rostro avinado y risa imbécil, grasientos y comidos de porquería. El espectáculo repugna, esparce una tufarada mal oliente; lo cual quiere decir que, aunque no sea de mi gusto, como bien sentido y caracterizado lo está. El efecto pictórico reside en uno de esos golpes de luz artificial y rojiza festoneando las figuras y dejando en opacas sombras el resto: un *truc* de escaso valor... Como muestra de otro género determinado, de escenas relativas á una clase, con tipos caracterizados por una profesión, están también en el actual concurso los cuadros y episodios militares de Cusachs, su *Embarque de quintos*, su notable y sentido *Campamento de Arlabán*, entre otros.

Un nuevo paso y nos hallamos con la verdadera pintura al aire libre, no sólo porque proceda de la naturaleza rústica, sino porque trató de inspirarse directamente en ella con una suerte de adoración candorosa que excluye el diletantismo de unos y las alteraciones y componendas de otros. En realidad, sea cual fuere el valor ó el número de sus adeptos, esta es la escuela genuinamente catalana: no porque esté exenta de influencias extrañas, ni sea la única posible con este título, pero sí porque responde á secretas relaciones entre el temperamento genuino del artista y el natural que ama y traslada. Tampoco quiere esto decir que por analogía no quepan en el grupo algunos cuadros de otros pintores, como diré pronto. Pero el caso es que, empezando por el paisaje, como inspirado en el natural inmediato de nuestras montañas y llanuras, tiene visible carácter propio y notabilísimo sabor de la tierra. También estos paisajes son harto conocidos: las melancólicas campiñas de Urgell, las primaverales y jugosas llanuras de Vayreda y de Galwey, de un verde claro, risueño y alegre, henchidas de aire puro y transparentes lontananzas. Vayreda tiene en esta exposición, como nota nueva, un efecto de luna alumbrando una campiña, de una suavidad, de una verdad notables: Galwey, dos estudios admirablemente pintados también, pero menos simpático el natural elegido que otros anteriores. Apuntemos entre los paisajes otro de Domenge, *Otoño*, con el mismo carácter de la escuela de Olot, y otros, harto distantes de ella y notabilísimos: son de Sánchez Perrier: el de crepúsculo me parece uno de los mejores de esta exposición. Otros dos estudios de Soler de las Casas son dignos de mención: *Quan surt lo sol...* *¿En un fossar?*, de luz y entonación acertadas y vivas.

En aquel mismo escenario rústico, meláncólico ó alegre, abrupto y árido ó de vegetación rica y lujuriosa, han colocado sus escenas rústicas los últimos pintores. Una sola obra recuerdo que guarde cierta analogía con tales cuadros entre los demás artistas españoles. Es el de Bilbao, *La vuelta al hato*, de los mejores también: bien compuesto, de figuras perfectamente dibujadas con cierta majestad y robustez poéticas, mucho ambiente, el cielo brillante, la composición grandiosa, acertada y sentida. Más y Fondevila tiene en este género su *Reposo*, figura y paisaje admirablemente pintados como todos los suyos; Baixeras, sus característicos «marineros» con el mar y el horizonte por fondo, luminosos é infinitos; algunos estudios, entre los cuales me parece el mejor *Fent mitja*, de una delicada armonía de tonos, de un ambiente respirable y fundido con singular delicadeza; Barráu, sus *Dos bravos*, la niña, harto colorado el cutis, y el viejo, vivo y de admirable realidad; Pinós, sus *Fangadors*, sus *Herbaxadoras*, otros notables estudios; Tamburini, su *Ocaso*, figura de viejecita, en que, mudando la nota, interpreta el carácter de nuestra clase rústica.

Una evolución apenas perceptible ha conducido á algunos de esos autores – no á todos – de la contemplación casi religiosa de la naturaleza, á una exal



SUEÑOS DE NIÑO, cuadro de D. José M Tamburini (Salón Parés)

tación mística que se inclina á una suerte de poesía íntima y callada, simple, modesta, silenciosa, que ni con el mismo color se atreve á mostrarse, á exteriorizarse. Una nota grisácea, un casi imperceptible velo ha venido á suavizar con vaga aspiración de idealidad la crudeza de la exactitud real que frenéticamente buscaban algunos; un sentimiento indefinible, inquieto, pero sincero, sutil y penetrante, comunicó al artista la *tristeza de las cosas* ante el más insignificante rincón de naturaleza, elegido para su estudio. Esta nota gris y fría, hermanada á una profunda impresión de abandono y laxitud, se halla por cierto en otro cuadro de un notable artista: en *Los huérfanos*, de Cabrera, indudablemente el más patético, el más dramático de la Exposición, tal como entendemos el drama y la pasión en la pintura, es la más sentida página de esa nueva tendencia á una melancolía singular. Otra muy sentida hay que participa también de ella: *Sin labor*, de Maura. Pero entre los barceloneses, se acentuó en unos, como Russiñol (véase su *Cementerio de Hix*, ó sus mismos interiores), con carácter más poético que religioso; en otros, como en Llimona, con franca y resuelta pasión de creyente, en sus estudios de niñas de blanca man-



HÚSAR DE LA PRINCESA, pintura al pastel de D. Marcelino de Unceta

(Exposición de pasteles celebrada por el Círculo Artístico de Madrid en 1890)

tilla y viejas rezadoras, de semblante resignado éstas y de angelical pureza aquéllas, ó con declarado celo de propagandista en su último cuadro *Cristo vence*. Esta intención no perjudica en lo más mínimo á la obra, una de las mejores de su autor, por el vivo sentimiento de que está impregnada, secundado por una ejecución feliz. Por otra parte, no todos los que incurren en esa tendencia á desvanecer y amortiguar los tonos, que puede degenerar en manera, intentan comunicar á la obra aquel peculiar sentimiento místico: obedecen más bien á esa evolución del estudio al aire libre, y de la mayor simplicidad y sinceridad absoluta y delicada, última nota conocida aquí, hoy por hoy, de la pintura contemporánea.

J. YXART

24 mayo 1891

EL ARTE Y LOS NEOMÍSTICOS

Extrañas ideas, evoluciones más extrañas todavía, descarriamientos no concebibles, teorías absurdas, escuelas formadas al impulso de un genio neurótico, hoy vibrante, mañana mudo, como el violín cuyas cuerdas se han roto bajo la continuada presión del arco: he aquí la forma con que, al finalizar el siglo XIX, se presenta al examen de la crítica el arte moderno. Pero uno de los aspectos más dignos de estudio es el místico. Como reacción ocasionada por las exageraciones de la escuela servilista, que con paso de gigante avanza hacia la anulación de la idea y de la inspiración; como protesta elocuente del sentimiento y de la fantasía; como veto interpuesto al infecundo divorcio de los elementos psíquico y físico, se alza en estos últimos años el arte de los Fiesole imponiendo los preceptos aquellos que, así en el orden filosófico como en el plástico, han adjudicado las cavilosas imaginaciones de algunos críticos é historiadores á los artistas de los siglos medios, especialmente á los de 1300 y 1400.

No seré yo ciertamente del número de los que miran con desdeñosa sonrisa las manifestaciones de la pintura en esos siglos, ni tampoco de los que creen extemporáneo é imposible de cohonestar con el positivismo de las ciencias modernas el arte místico; pero jamás aplaudiré los extravíos á que este salto atávico lleva trazas de conducirnos. Si la antiestética escuela de los servilistas, guiada por la más falsa y estéril de las aberraciones del espíritu humano, tiende á la negación del arquetipo de la belleza de la forma, que del estudio del hombre hicieron los griegos, y cercena hasta poner al nivel de la vulgaridad la potencia creadora de la inspiración, el arte místico, ensalzado y glorificado por sus apóstoles de fin de siglo, dando al traste también con la forma, nos llevará á dar de cabeza en los manicomios.

***

Encontrábame una noche en casa de Emilia Pardo Bazán, no hace todavía una semana, y se discutía de arte, y de arte místico. Uno de los concurrentes al *te* de la ilustre escritora, persona de claro talento y cultivada inteligencia, artista de corazón, aun cuando no pulsa el cincel ni la paleta, defendía con vehemencia inusitada el arte de los siglos medios, á propósito de unas pinturas góticas en tabla, que se hallan á la venta en una casa de antigüedades de esta corte; pinturas que mi contrincante tiene como joyas inestimables y á mí me parecen *malas* sencillamente. Mi aludido no quería admitir *pero* de ninguna especie; las *tablas*, según él entiende, son dechados de color, de dibujo, de sentimiento, de indumentaria. Argüíale yo que si como cree pertenecen al siglo XIII, excepto el valor histórico, á las tablas en cuestión, aun teniéndolas como auténticas, les acontece lo que á lo producido por *trecentiste* y *quatrocentiste*, que el sentimiento místico y la pureza de concepto que avalora sus cuadros recabarán siempre nuestra solicitud; pero que la parte plástica será, como es al presente, tenida como defectuosísima, como verdadera caricatura de la forma humana. Poco le faltó á mi contendiente para llamarme hereje. Estragamiento del gusto, aberración de los sentidos es esto, que de generalizarse, nos llevaría á deleitarnos con la sonoridad y armonía de versos como los siguientes, escritos en el siglo XIII:

> Aquí jáz Don Fernan Gudiel
> Muy onrado Cavallero
> Aguacil fué de Toledo
> A todos muy derechurero, etc.

***

La evolución mística tiene dos aspectos, que la dividen, sin que gran parte de los neomísticos se hayan dado cuenta del alcance de tal división. Es uno de estos aspectos el místico-cristiano; es el otro el místico-filosófico, independiente de una ortodoxia, sea cualquiera la iglesia ó la escuela filosófica, social ó política; y aun entiendo que dentro de este segundo aspecto, entra decididamente el subjetivismo individual. Pero los neomísticos, en su gran mayoría, confunden por completo el arte religioso con el arte místico, y especialmente con el cristiano, por entender que al cristianismo se debe ese elemento inspirador en sus más elevadas abstracciones. Verdaderamente que es digna de profundo estudio esta confusión inexplicable, que así baraja ambientes, ideas y forma, no dejando lugar á la crítica, á las enseñanzas de la historia, á las inflexibles leyes de las evoluciones cósmicas, cerrando los ojos de la inteligencia de cuantos viven en ella, hasta obligarles á oponer á las claras y precisas demostraciones de la cultura del arte moderno en su parte plástica, que prácticamente les prueba lo absurdo de tener como admirable en este punto la obra medioeval, la misma frase del santo cartaginés: *credo quia absurdum*.

Sobre todos, los neomísticos españoles son los que menos razón tienen de existir. Me refiero á los místicos cristianos. Precisamente los pintores de este género lamentan cómo la mayor parte de los grandes místicos escritores de nuestro siglo de oro de las letras á duras penas alcanzan á desligarse de la envoltura de la carne, para seguir el raudo vuelo del espíritu en sus viajes al trono de Cristo. Busquemos en cualquier místico español la abstracción completa de los movimientos pasionales de la materia cuando nos relata sus éxtasis, sus iluminaciones, y no encontraremos ni uno solo que diga como Francisco de Asís al pasar por la prueba espiritual que los místicos llaman *desolación* y al escuchar la voz divina como habla á su espíritu torturado de desconfianzas y de hastío del rezo: «Si tienes fe, coge esa montaña y trasládala á otro lugar. – ¿Cuál es la montaña?, preguntó. – La tentación. – Hágase, pues.» Leamos el relato de la estigmatización del mismo santo y el de la transverberación de la monja de Avila, y comparemos uno y otro en su concepto más espitualmente místico. El santo de Asís ve á Cristo en figura de hermoso serafín con seis alas, clavado en la cruz, envuelta la faz en la penumbra de las dos alas superiores, el cuerpo oculto por las dos inferiores y volando con las de en medio: la santa de Avila ve también un serafín que le atraviesa las entrañas con un dardo de oro, y nos lo cuenta diciendo: «Era tan grande el dolor que »me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva la »suavidad que me pone este grandísimo dolor, que »no hay desear que se quite, ni se contenta el alma »con menos que Dios. No es dolor corporal, sino es»piritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo »y aun harto.»

Y si no bastase lo transcrito á probar que el misticismo-cristiano, quizás mejor dicho católico, fué en nuestra España tan sensual como espiritual, el más delicado, el más puro de nuestros místicos, San Juan de la Cruz, demuestra con su célebre paráfrasis, que no en vano corría por sus venas sangre de la raza ibérica, y que su imaginación solamente encontraba en los deliquios del amor humano, lo que no alcanzara á vislumbrar del amor divino.

Nada más realista que las frases con que la «Esposa» describe su deseo amoroso, cuando dice:

> . . . .
> Y luego á las subidas
> Cavernas de las piedras nos iremos,
> Que están bien escondidas,
> Y allí nos entraremos
> Y el mosto de granadas gustaremos.
> Allí me mostrarías
> Aquello que mi alma pretendía;
> Y luego me darías
> Allí, tú, vida mía,
> Aquello que me diste el otro día.

Lejos de mí toda intención, que pudiera atribuírseme, de lanzar sobre la frente del santo poeta ni sombra la más ligera de carnales bastardos sentimientos: quédese tal empeño para aquellos que, no logrando penetrar en los arcanos del génesis del arte, miran con ojos de estiércol la forma con que el sentimiento reviste la idea. Pero pretendo demostrar que si los santos escritores españoles, por temperamento echaban mano del realismo más acentuado, para describirnos sus transportes místicos, nuestros pintores de los siglos XVI y XVII – que no eran santos ni mucho menos – no lograron alzarse de la tierra ni un pie; pues atentos á la tarea de interpretar lo más realmente posible los movimientos del alma, dieron á sus obras, de acuerdo con el ambiente de intolerancia católica que los abrumaba, ese sello de dramático naturalismo, que de manera tan honda nos impresiona en el San Jerónimo, en Santa María Egipcíaca, en San Pablo del *Spagnoleto*, en los frailes de Zurbarán, en la Piedad de Morales. Y nos impresionan esas maravillosas obras tanto más, cuanto más distantes están de los espiritualismos de los extáticos y contemplativos. Al mirar la amarillenta piel que como viejo pergamino cubre los huesos de San Jerónimo, sentimos el frío del terror; como al posar la vista en la faz del San Pablo, las negras pupilas del apóstol parecen fulminar inapelable sentencia de dolor eterno; como al levantar los ojos á las demacradas facciones de los monjes de Zurbarán, creemos que temblorosos murmuran llenos de espanto el *Dies iræ*. Y cuando por el camino de los idealismos quiso nuestro arte realista marchar, produjo las «Concepciones,» la «Sacra familia,» conocida por de «el Pajarito,» la «Adoración de los pastores,» «Santa Isabel de Hungría,» cuadros realistas todos, sensualistas algunos, de un naturalismo terrible otros. En el lienzo ultimamente citado, obra de arte colosal, aquellos andrajosos enfermos causan la misma repugnancia que si fuesen de carne y hueso.

***

Retrocedamos á los pintores góticos castellanos, que son los que lograron trastornar los sesos de cuantos hoy les miran como modelos de la escuela neomística-cristiana. ¿Plasticamente? O son malos Velázquez y Murillo, ó ellos. O el autor de «Santa Isabel» y el de las «Meninas» no saben dibujar, pintar, agrupar, etc., ó los contemporáneos de los Enriques y Juanes de Castilla no hacían más que intentar la figura humana... sin conseguirla. ¿Místicamente considerados? Sería curiosísimo fenómeno que en estas tierras, donde á excepción de las provincias del Noroeste, el mazonismo produjo la iconología de espíritu más anticatólico de Europa y de forma más naturalista, hubiéramos tenido Fiesoles y Giottos y Cimabúes. Sabido está por demás que nuestro arte pictórico no tuvo carácter nacional hasta los días de el Greco, y que á remolque de la influencia giotista como del arcaísmo del Norte, aquí sostenido hasta bien mediado el siglo XV, vivió la pintura en las regiones centrales de la península, y que por lo tanto el espíritu místico de esos cuadros, como reflejado, es frío é insípido y de menos á propósito para entusiasmar á nadie que los estudie desde otro punto de vista del histórico. Mientras Fra Angélico veía cómo celeste pintor trazaba la cabeza de la Virgen que él no lograra trazar, en esta patria de los Trastamaras, Carrillos y Tenorios purpurados, se trazaban la puerta de *Valdés* de la catedral de Burgos y los célebres entrepaños y frisos de la de León, donde el naturalismo más desvergonzado ayuda á la sátira más cruel... y justa que al clero se le pudo dirigir en ningún tiempo.

La escuela mística moderna, aun la cristiana, tiene otros senderos que recorrer muy distintos de los recorridos en los siglos XIII y XIV por los pintores de Brujas ó de Florencia. Las producciones del extático fraile de Fiesole, si tanta dulce piedad nos causan, á la ingenuidad del tecnicismo con que están hechas y á la inocente pureza que ilumina aquellos rostros desdibujados, deben y deberán siempre ser tenidas como las más altas notas de la pintura mística; pero precisamente porque no tienen nada de reales ni las figuras ni el color, ni hay tonos sombríos, sino por el contrario, los colores contrastan entre sí en un pugilato de limpieza de tonos, por eso mismo es mayor el extravío del artista que para pintar en *místico-católico* pretenda destruir de una pincelada la obra del Renacimiento.

R. BALSA DE LA VEGA

Abril de 1891

ALEGRÍA

Contemplábamos varios amigos en la exposición de Hernández unas acuarelas de Pradilla, cuando se abrió de pronto la puerta y entró apresuradamente el doctor Moral. Apenas nos saludó, se dirigió á un cuadro que en un dorado caballete estaba, y nos preguntó con el mayor interés:

– ¿De quién es esta pintura?

– En este momento histórico, le respondí, es de Hernández; pero puede ser tuyo si lo quieres comprar, porque está ahí donde le ves para ser vendido á quien lo pague.

– No pregunto quién es el dueño, sino quién es el autor.

– ¡Ah! El autor es Muñoz Degrain.

– No le conozco. No trato á casi ningún pintor, y entiendo poquísimo de Bellas Artes y menos aún de pintura; pero desde la calle he visto ese cuadro y me ha impresionado vivamente



LA NOCHE, cuadro de Renard, grabado por Baude

– Como que el cuadro es muy bonito.

– No lo niego; pero aunque fuese muy feo habría de impresionarme el asunto, pues no parece sino que yo mismo he dicho al oído al pintor esa escena que he presenciado, y que es el comienzo de una historia cuyo desenlace no olvidaré jamás.

Todos conocíamos el cuadro; muchas veces le habíamos examinado y nos habían encantado el asunto y la ejecución; pero al oir las palabras del amigo Moral nos acercamos al lienzo y lo examinamos con la viva curiosidad que ellas nos inspiraron.

El lugar de la escena no puede ser más humilde para un cuadro, porque es *una cuadra*, una miserable cuadra de una posada de aldea. Que aquel sucio y lóbrego lugar sirve de *foyer*, *vestuario* y *almacén* á una ambulante compañía de titiriteros, dícenlo bien claro los objetos que acá y allá se ven desparramados en *artístico* desorden. Aros de papel desgarrados ya por el cuerpo del saltarín acróbata; una paleta abierta por la que asoman los abigarrados trajes de los *artistas... de la legua;* el tambor, con su cuero acardenalado por los redobles de que fué víctima, y el abollado serpentón, que en endiablada armonía fueron de calle en calle como heraldos de la fiesta y á la puerta del corral congregaron á los honrados vecinos y vecinas de la aldea, y en viejo tapiz reclinado el gigantesco farol de lienzo transparente que en la punta de un palo fué de noche y de día ambulante programa para los que en el pueblo supieran leer, si algunos había; el cual farol tenía en letras gordas pintado el siguiente letrero:

GRAN FUNCIÓN EN LA POSADA DE LA CORONA
HA LLEGADO EL FAMOSO PERRO «SABIO SALOMÓN»
AMAESTRADO POR EL CÉLEBRE Y APLAUDIDO PAYASO ALEGRÍA

Mal sentado en un cajón de madera, y apoyando la desencajada faz en la callosa y velluda mano, está el tal *Alegría*, vestido con el amplio y arrugado traje de pierrot, y en el colmo del abatimiento y de la tristeza, mal que pese á todos los aplausos y celebridad que el cartelón pregona, porque en aquel instante acaba de ser objeto de la más estrepitosa de las silbas que pudieron escuchar jamás oídos de payaso célebre y aplaudido. Por el resquicio que entre el cobertizo de la cuadra y las bardas del corral queda de luz, se ven algunos espectadores, uno de los cuales aún no ha concluído de ejercitar el sonoro cuanto agudo instrumento con que la madre naturaleza dotó á toda humana criatura que sepa colocar bien sus dedos en las comisuras de la boca y soplar recio y seguido. Un piadoso compañero de *Alegría*, vestido de rosadas mallas, de un difunto algo mayor, forcejea para cerrar apresuradamente la puerta de la cuadra que con el corral comunica, para evitar sin duda mayores males, y aprovechando la abertura que la puerta aún deja, saca la cabeza el *Sabio Salomón*, ladrando enfurecido á la estúpida concurrencia, en el ejercicio del sagrado derecho del pataleo.

Destacándose materialmente sobre el obscuro tono del fondo, como moralmente sobre lo triste de la escena, una niña de muy pocos años sin duda, pero cuya edad la ignora hasta la ley protectora de los niños, aparece vestida también de *artista* con una raída falda de percalina rosa, adornada con *caprichosos* prendidos de tarlatana verde, y coronada la interesante cabecita con unas flores de legítimo y auténtico pito de San Isidro. La niña se acerca con actitud cariñosa al payaso silbado, á quien nadie consuela, y da á la escena una nota simpática de sentimiento que interesa y conmueve.

«Eso lo he visto yo, repetía Moral; eso lo he visto yo cuando era médico titular de Carrascal de Arriba.»

Había llegado por entonces al pueblo un comisionado de apremio, con el cual nada habían logrado los procedimientos con que generalmente se había espantado del lugar á todos los pájaros de aquella casta. No es del momento referiros de qué manera el hombre se las había sabido manejar; pero básteos saber que el tal comisionado estaba fuertemente asido á bonísimas aldabas, y que el pueblo, odiándole cordialmente, no le tocaba al pelo de la ropa, que dicho sea de paso, era hasta elegante.

Tal era el alarde de su inmunidad y tal la persuación en que vivía de estar fuera del alcance de toda ofensa de hombre y burla de muchacho, que solía pasearse por la playa los días festivos con un reluciente sombrero de copa.

Cuando en la posada del *Mellizo*, y no de la *Corona*, como equivocadamente reza ese cartel, dió su extraordinaria función la compañía de titiriteros á que está mi verídica historia se refiere, ocupaba el comisionado una silla en primera fila y vestía y calzaba la elegante ropa y el reluciente sombrero.

Sucedió, pues, que el payaso, que presentaba también un perro sabio, hizo la delicia de los concurrentes, haciendo adivinar al adiestrado can las más estupendas cosas.

«¿Quién es la persona *de esta muy heroica villa* que trae traspasados más corazones?» preguntaba el payaso con atiplada voz, y el perro, dando dos vueltas ladrando, comenzaba á olfatear y concluía por acercarse *á la Remigia*, moza como un trinquete, con un lunar peludo sobre el labio superior que parecía medio bigote. Grandes risas y palmoteos acogían tamaña prueba de acierto.

«¿Quién es la persona que bebe más vino en diez leguas á la redonda y que tiene menos vergüenza?» Momentos de ansiedad en el concurso, ante la eventualidad de ser escogido por el diabólico perro, que terminaban al ver al animal acercarse al payaso y señalarle con la pata. Inequívocas muestras de aprobación, como dice al final de todo discurso publicado por su autor.

«Ahora, en serio, ¿cuál es la persona más digna y más decente que nos escucha?»

El payaso no podía dudar sobre el sitio en que había de hacer al perro detenerse.

Aquel traje y aquel sombrero denunciaban, á su juicio, á un diputado provincial, ó cuando menos á un alcalde presidente, de no tratarse de algún título de Castilla, dueño del pueblo y sus contornos.

El perro, pues, se detuvo y se postró ante el comisionado de apremio. ¡Terrible momento! Estalló una silba estrepitosa; el perro comenzó á ladrar furioso, excitado por los gritos de la multitud; el payaso, corrido y avergonzado, quiso desarmar la ira popular dando tres saltos, más ó menos mortales; pero todo en vano. La gritería aumentaba; sonaban voces de *¡Fuera! ¡A la cárcel! ¡Bribón!* Y para colmo de males, algún espectador menos culto *todavía*, ó más bárbaro *quizás*, arrojó al payaso un pedazo de teja que le hirió en la frente.

Cuando pude penetrar en la cuadra, donde el herido se cobijó, vi una escena exactamente igual á la que ese lienzo representa. Una niña acariciaba al víctima del furor de la indignada plebe. «Señor doctor, me decía el pobre hombre mientras yo colocaba sobre la herida una tira de aglutinante; señor doctor, *si me muero ó me matan*, no abandone V. á esta criatura, que es un angelito.»

A estas palabras, dichas con los ojos llenos de lágrimas, daba suelta á las suyas la pequeñuela, y decía: «No, no te morirás. No quiero yo que te mueras. Padrino, ¿qué sería de la *Nenita* si tú faltaras? ¡Otra vez me pegarían, otra vez me atormentarían!»

No se murió el hombre, ni mucho menos, y á las veinticuatro horas, payaso, *Nenita*, perro sabio y compañeros mártires salieron con viento fresco á otra parte con la música.

Lo menos habían transcurrido doce años, y para nada me acordaba yo en Madrid de Carrascal de Arriba ni del payaso silbado, cuando fuí una noche al circo de Price.

No suelo concurrir á menudo á esta clase de espectáculos; pero no gusto de quedarme sin ver las notabilidades, y por entonces todo el mundo ponderaba la belleza, la gracia y la agilidad de una Mis Ligth, que traía revueltos á todos los *sportmen* madrileños, que ya por entonces los había.

Efectivamente, Mis Ligth era muy bonita de cara y escultural de formas, y vestía un caprichoso traje blanco bordado de plata, que hacía realmente *luminosa* su esbelta figura. Además era una gimnasta notable. Admirábala yo entusiasmado como *cada quisque*, cuando uno de los criados de la compañía se acercó y me dijo:

– ¿Es V. *por casualidad* el señor de *Moral?*, y recalcó mucho las consonantes de mi apellido.

– Lo soy *por casualidad*, le contesté; ¿qué se ofrece?

– De parte del clown Foll-Foll, que tenga V. la bondad de pasar á su cuarto en el *descanso*.

No conocía al tal Foll-Foll, pero imaginé que se trataría de asunto de mi profesión, y acudí á su llamamiento.

Apenas penetré en el cuarto, en cuya puerta estaba su nombre debajo de una cabeza de tigre con sombrero de copa, me sentí apabullado por un descomunal abrazo.

– Doctor, queridísimo doctor, me gritaba un escuálido y extravagante clown, ¿no se acuerda V. de mí? Yo le he conocido á V. en seguida. *Le vi á V. en la plancha de riñones*, y la emoción ha estado á punto de hacerme flaquear. Si V. se ha fijado habrá notado sin duda con cuánto trabajo he hecho la *dominación.*

– Sí, en efecto, le contesté maquinalmente.

– ¡Qué ajeno estaría V. de que tenía delante al pobre payaso que en Carrascal de Arriba!...

– ¡Cómo! ¿V. es?...

– El mismo, doctor, el mismo.

– ¿Y la *Nenita?*, le pregunté entonces con interés.

El hombre se puso serio, y con una especie de fervor dijo solemnemente:

– ¡Mis Ligth!

– ¿Aquella niña es esa hermosa mujer?

– Aquella niña, querido doctor, es hoy mi esposa.

Entonces me contó una serie de azares y vicisitudes de su vida, que sería cansado que os repitiera. Habían estado en París, en los Estados Unidos,... ¡qué sé yo en cuántas partes! Había el pobre pasado las de Caín, hasta lograr que su protegida se hiciera una artista, y aquel hombre había hecho todo linaje de sacrificios para conseguirlo.

– ¡Todo lo que es, todo lo muchísimo que vale, decía conmovido, todo me lo debe á mí! Todo, todo me lo ha pagado casándose conmigo. Ya ve usted, doctor: una mujer como ella ha podido casarse con quien hubiera querido; ha tenido mil proporciones, pero... *¡nada!;* y este *nada* lo decía con una satisfacción que lo expresaba *todo.*

Me presentó á su mujer, en la que costaba trabajo reconocer á una persona que había nacido en España y hablado castellano desde su niñez; me regaló una colección de retratos; me leyó mil recortes de periódico que conservaba en un álbum, todos relativos á los triunfos de aquella *estrella* del trapecio, y costóme gran trabajo librarme de su interminable cuanto cariñosa acogida.

Cuando llegué al casino y referí lo que me había pasado, mis amigos sonrieron maliciosamente y miraron todos al vizconde M***. Cambié de conversación, y cuando salíamos pregunté á un revistero de salones que todos conocéis el motivo de aquellas risas y miradas.

– ¿Dónde vives?, me dijo. ¿Aún no sabes que esa Mis es el amor del vizconde?

– ¿Pero ella?...

– Ella rompe su contrata y se marcha á Niza con él pasado mañana.

– ¡Imposible!

– ¡Qué imposible ni qué niño muerto! Mañana trabaja porque es su beneficio; pero ya verás al día siguiente cómo desaparece de la escena.

Os confieso que el pesadísimo clown, cuya historia me había importado tres pitos, me inspiró muchísima lástima. Al día siguiente al de nuestro encuentro le había ofrecido visitarle en el hotel de la Paz, y lo que ofrecí sin gran ánimo de cumplirlo lo hice puntualmente.

Al verle sin la ridícula fisonomía *artificial* con que la noche anterior le contemplé, y vestido *como las personas*, creció mi simpatía y mi compasión. Estaba triste y ojeroso, y había perdido su caudalosa verbosidad. Dos ó tres conversaciones se agotaron en seis minutos, y ya me disponía á marcharme, cuando sacando un sobre me lo mostró por el reverso y me preguntó:

– Usted conoce este escudo, ¿verdad?

– No; no le conozco, contesté afectando una serenidad que no tenía.

El sonrió, y me dijo:

– Yo creí que era V. muy amigo del vizconde de M***.

– Ah, sí, el vizconde de... Sí, en efecto, dije yo sin acertar á expresar nada que tuviera sentido común.

– ¿Por qué esa turbación?, me dijo con una expresión de afecto y de amargura. ¿Qué culpa tiene usted de conocer al vizconde?

Y sin darme tiempo á replicar, lo que yo le agradecí en el alma, me dió una *silla de* 4.ª *fila* para el circo y un programa, diciéndome:

– No falte V. esta noche. Estamos de beneficio.

Cambiamos un estrecho apretón de manos y salí.

Por la escalera bajé leyendo maquinalmente el tal programa, que entre otras cosas decía: «6.° *Grand succès.* – *The great attraction*, LA PALOMA Y EL GAVILÁN, por la inimitable Mis Ligth y el clown Foll-Foll, *última creación de vuelos aéreos.*»

. . . .

El circo de bote en bote. Los artistas en traje de *fashionable soirée*; programas perfumados;... todo era solemne y cursi aquella noche. Yo estuve un momento á saludar á la beneficiada y á su pobre marido; pero había tanta gente, que no hablamos nada.

Llegó el número 6.° Allá, en el techo del circo, una porción de trapecios y cuerdas y poleas formaban un artefacto endiablado. Subieron á él los gimnastas entre aplausos estrepitosos, y comenzaron una serie de saltos y vuelos que maravillaban al público. De repente, á un sonido de timbre que vino de lo alto, se calló la orquesta. El público comprendió que se trataba de un momento solemne del *ejercicio* y esperó silencioso. El gavilán preguntó no sé qué en inglés; la paloma contestó, y los sendos trapecios comenzaron á columpiarse al segundo balance. Mis Ligth se desprendió del que ocupaba, y fué de un



Vista de una galería del cementerio de Génova. (De una fotografía.)

vuelo á cogerse sin duda á las manos del clown, que la aguardaba suspendido del trapecio por los pies; pero éste, en vez de esperarla, abandonó también el suyo, y encontrándose ambos en el viaje, se le vió abrazar á la paloma fuertemente. El público aplaudió frenético, pero se detuvo en seguida con un grito unánime de horror. Los dos cuerpos abrazados cayeron á plomo á la pista... y no se volvieron á levantar.

Cuando volví á mi casa me entregaron una carta cuyo sobre decía: *Para entregar al Sr. vizconde de M***. - Suplicada.*

No pude reprimir la curiosidad y la abrí. Contenía un pliego de papel de luto, en que decía:

El clown Foll-Foll (antes Alegría*) y su señora se despiden para la eternidad*

Carlos Luis de Cuenca

EL CEMENTERIO DE GENOVA

Siempre he querido á Italia, pero jamás exageré mi amor hasta convertirlo en culto. En la que llamamos tierra de promisión del arte, no todo es clasicismo: en la patria de las leyes no impera siempre el derecho: en la cuna de la historia duerme con frecuencia la fábula: hasta el cielo azul y luminoso de su horizonte, tan ensalzado por los poetas, tiene nubes y tempestades. Débese querer á Italia como á ciertas amables jóvenes de vida alegre, es decir, pagando sus caprichos, agradeciendo sus favores y perdonando sus infidelidades.

Porque es con frecuencia infiel á sus tradiciones y á sus recuerdos nuestra dulce hermana del mar Mediterráneo. Invadióla mal entendida prosa de la vida, hasta permitir que tranquilamente se instalaran los mercaderes en el templo y vendieran á vil precio el sentimiento en la belleza, la fe en la religión, el gusto en el arte, la inspiración en la poesía y tantas otras delicadezas que en tiempos pasados fueron consuelo para el hombre que, fatigado bajo el peso de sus trabajos, extendía la mano en la frente buscando nuevos horizontes, alejados de las miserias perdurables de nuestra vida.

De tal verdad hallé patente demostración en el inmenso campo de la muerte llamado *Cementerio de Génova*, monstruoso engendro sólo imaginable por una mente enferma en pesada y larga noche de delirio. Fuí á visitarlo, y si alguna vez quisieron mis labios murmurar blasfema imprecación contra las tendencias naturalistas de los genoveses, y si jamás he sentido latir el corazón con fuerza rebelándose contra este mortificante egoísmo que todo lo inspira, fué seguramente allá, donde herida la vista y turbada el alma, contemplaba la mutación que un pueblo de mercaderes ha podido hacer de un templo de dolor en un museo de vanidad.

El nuevo cementerio de Génova, llamado *di Staglieno*, dista media hora de la ciudad. Vase á él por las vías Giulia y de San Vicenzo, y se cruzan las murallas por la puerta Romana para seguir un pintoresco camino, limitado en su lado izquierdo por la Riviera y en el derecho por la montaña llena de jardines, que dominan los almenados muros del recinto. Delante de ancha plaza se extienden las paredes que circundan el campo santo, abiertas por innumerables ventanas de arco romano, y desde allí puede la vista abarcar el conjunto de aquel cementerio construído en el valle del Bisagno, nuevo aún, pues que sólo data del año 1867, pero ya rebosando los despojos de la vida en los flancos de la colina donde fué edificado. Un servicio de coches y ómnibus recorre á intervalos el trayecto que media entre la ciudad y su necrópolis.

Llegué á la puerta. Soberbios lacayos con vistosas libreas galoneadas de plata me recibieron á la entrada y se apresuraron á recoger el gabán que pendía de mi brazo. Al abrirse el cancel, mi vista se fijó en un letrero italiano suspendido en el muro de la izquierda. Fué un consuelo, porque á mí que el sentimiento religioso se me aviva, tanto en el templo como en el cementerio, y que en mi patria he saludado con amor aquellos dísticos cristianos que la fe de los creyentes escribe sobre las puertas de los campos santos, y he leído con respeto los versos que á veces la musa popular allí consigna con su sentida poesía, quise pensar si era también aquélla una invocación al Dios de la piedad que juzga en otro mundo la vida aquí extinguida, ó era quizás, como las exhortaciones de los antiguos sepulcros, una súplica dirigida al viajero para pedirle una plegaria en favor de los pobres allí enterrados sin haber dejado en el mundo unos ojos que les lloraran, ni un corazón para recordarles, ni siquiera una cruz que señalase el lugar de su tumba olvidada. Quise leer la invocación, y encontré lo siguiente:

Se prohibe dar propinas.

Girando en torno la vista, llegué á creer que había equivocado el camino, y entraba en una de esas peluquerías de segundo orden cuyos propietarios se sirven de idéntico reclamo para atraer concurrentes.

Es imponente el espectáculo que ofrece aquel fúnebre recinto. La montaña ha sido hábilmente aprovechada en todos sus pliegues é irregularidades para formar un conjunto tan acabado como bien dirigido. El cementerio presenta dos diferentes cuerpos. El inferior, que está al nivel de la plaza, forma ancho cuadrilátero limitado por galerías de sencillos arcos romanos: el superior es un cuadrado imperfecto, cuyo lado de unión con el de abajo está formado por otros magníficos arcos, en cuyo centro se levanta la capilla. La natural disposición del terreno permite abrazar con la mirada las dos partes de aquel campo de blancas cruces, y se necesita tener el alma fría para no recibir una impresión triste y penosa delante de tanto despojo humano que pasó por el mundo de los vivos y ha desaparecido como hojarasca llevada por el viento. Para mí, la inmensa fosa común que forma el centro del cementerio es lo más imponente y severo que éste tiene.

Las galerías laterales sirven de lugar de sepultura á los que pueden costearse un panteón. Pero los cuerpos no están enterrados en nichos ó hipogeos construídos junto á los muros, sino en cuevas subterráneas, y á su lado, arrimados á los pilares ó á la pared, se hallan los monumentos funerarios que deben perpetuar el nombre y la memoria de los difuntos. Allí todo es mármol, y la prodigalidad con que está esparcido por aquel campo santo es evidente prueba de su abundancia y baratura en el Norte de la región italiana: aquellas gentes pueden gastarlo en sus moradas, enviarlo al mundo entero, y seguir conservando las canteras de Carrara y Massa, donde apenas se nota su extracción. Es esta una de las industrias más lucrativas de la península.

Repítese en estas galerías la eterna historia de todos los países y de todos los pueblos. Decorando las tumbas se encuentran lazos de gasa, coronas de cristal y porcelana, ramos de flores, fotografías, farolitos y tantos otros menudos objetos con que el dolor de las familias suele siempre acompañar el recuerdo de sus difuntos. Pero esto es transitorio, endeble, poco duradero: caen los lazos, y las flores se marchitan, y se descoloran los retratos en menos tiempo aún del necesario para llenarse el inmenso vacío que parece dejar en el corazón la muerte. Lo perenne, lo que queda resistiendo la acción destructora de los años en la vida y puede conservar indefinidamente un nombre y una memoria al través de los siglos, es la piedra, la estatua, la lápida funeraria, el monumento



LA SEMANA SANTA EN EL MONASTERIO DE MONTSERRAT. (De una fotografía.)

DONA MARÍA PACHECO, VIUDA DE PADILLA—ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE VILLALAR, cuadro de G. Clairin, grabado por Baude

erigido por la pena y la desesperación de los vivos para arrancar la muerte á las garras del olvido.

Resultaría harto larga y pesada la enumeración de los infinitos monumentos que encierra el campo santo de Génova. Y no aludo ciertamente á las inscripciones, porque si hubiera de prestarse fe á las pomposas frases que consignan los epitafios, todas aquellas gentes fueron modelos acabados y perfectos de bondad y de virtudes, ángeles bajados del cielo para dejar en la Liguria la luminosa estela de su paso. No hay, por de contado, un solo hijo que no haya sido amantísimo, ni un padre que no se diga cariñosísimo, ni una madre que no sea afeccionada en grado superlativo, ni un amigo que no se crea el amado en los corazones de sus amigos: todos los ciudadanos son nobles y enteros, y los magistrados rectos, y los artistas genios, y las mujeres ángeles, y los niños querubes. ¡Si hasta se consigna allí, en letras de oro grabadas en el mármol, el nombre de un mercader de drogas que declara haber sido en sus negocios un modelo de honradez! Alguien ha dicho que los epitafios son la última de las vanidades del hombre; pero hemos de creer que los de Génova superan la quinta esencia de la humana vanidad.

Desde el punto de vista del arte nada nuevo nos enseñan los monumentos de aquella necrópolis. La pequeña capilla votiva rematada en triángulo, que los antiguos romanos colocaban en todas las vías sobre sus sepulcros, se repite en relieve al pie de casi todas las columnas. Hállase también con frecuencia la urna cuadrada, en forma de ara, que termina con un friso; y en una palabra, puede afirmarse que los artífices genoveses se han inspirado sólo en los modelos del antiguo arte de los pueblos del Lacio, pero teniendo la desgracia de copiarlos con poca corrección y de repetirse hasta la saciedad sin buscar la discrepancia de una línea.

Más desesperante es aún la uniforme monotonía de las estatuas y los bustos, que viene á probar con evidencia cierta cómo en aquel campo de mármol apenas trabajaron media docena de escultores, procediendo casi todas las obras de tiendas de marmolista. En la legión de imágenes y medallones que pueblan los sepulcros, se observan las caras frías, mudas, procurando copiar del natural cuyas facciones se habrán medido por milímetros para que no hubiera la discrepancia de una línea; pero han querido hacer los retratos artífices que carecían de inspiración para ello, y han producido aquellas obras sin vida, sin color, sin lograr que un destello del genio bajara á calentar la fría piedra que debían animar con el cincel. Allí todo es mecánico, hecho como de encargo y pagado al peso ó al volumen.

Y no sé si debo aún criticar más acerbamente las composiciones. En ellas no se ha retrocedido ante el más desnudo naturalismo: no se ha caído en el inmenso ridículo que resulta de llevar al mármol todos los detalles de la vida moderna, representando á un agonizante con los anteojos puestos ó á una esposa desesperada cuya cabeza adorna artístico peinado de tirabuzones. En algunos casos un artista de mejor sentimiento ha buscado los efectos alegóricos, esculpiendo al enfermo abrazado á la cruz de la fe ó encomendando su alma á los ángeles de Dios; pero la ejecución de los grupos es tan mala, que distrae pronto la atención sin permitir fijarla en algunas ideas originales esparcidas entre la gran masa de trabajos comunes.

No creáis que esas estatuas y esos grupos alegóricos y esas escenas de familia tan repetidas en las galerías de la necrópolis genovesa estén destinadas exclusivamente á conmemorar la memoria de los muertos: el egoísmo de los vivos ha llegado á hacer incurrir á los que gozan de buena salud y están en la plenitud de sus facultades en la misma última debilidad que se apodera del hombre al cruzar el dintel de su sepulcro. La imagen del difunto está allí, en varias apoteosis, encerrada en un medallón ó saliendo entre los sudarios de su lecho mortuorio; pero también en torno suyo, con el pretexto de acompañar al que se va ó de visitar su tumba, se encuentran en muchos monumentos los retratos ó las estatuas de sus parientes, ufanos, erguidos, contentos al parecer por mirarse ya esculpidos en mármol al igual de los grandes hombres, aunque sólo tengan por sitio de exhibición el cementerio. Es triste la explicación de tal proceder, porque involuntariamente trae á la memoria cómo al día siguiente de haber visitado la muerte su domicilio, aquellos adoloridos hijos, hermanos y esposas habrán ido á la galería fotográfica vecina con su mejor vestido y su peinado más nuevo para dar como modelo al escultor un retrato de última moda.

En el centro del cementerio y á la mitad de la galería que separa los dos cuerpos que lo constituyen, se levanta una capilla formada por una sencilla rotonda de orden griego, que por dentro sostienen costosas columnas monolíticas de pórfido negro. También es un lugar de enterramiento, habiéndose desmontado la tierra en el interior hasta la línea de sus cimientos para formar dos líneas de vasos sepulcrales. El espíritu de vanidad que presidió la construcción del cementerio de Génova, quiere reservar aquel sitio para inhumar las cenizas de las celebridades patrias, convirtiéndolo en especie de panteón de los genios genoveses que aún no han aparecido en su historia municipal.

He tenido el cuidado de hacer algunas salvedades cuantas veces me ha ocurrido hablar de los escultores cuyas obras se hallan en las galerías del cementerio genovés. Creo haberme referido hasta aquí á la inmensa masa de marmolistas que figuran formando sus obras en lugar más aparente y con caracteres más visibles de los ocupados por los mismos epitafios de los monumentos que ejecutaron. Pero á su lado, aunque jamás confundiéndose con ellos, se encuentran algunas obras de mérito, que como las de Costa, consuelan la vista fatigada por las miserias de la vida y de la muerte reunidas en aquel recinto. El sepulcro del marqués de Taliacarne es digno de toda atención.

En este campo santo duermen el sueño de la eternidad dos hombres ilustres en la historia de las modernas guerras y revoluciones italianas: dos genios, pensador el uno y de acción el otro, que más han agitado la península en los últimos treinta años: son José Mazzini y Nino Bixio. La tumba del primero se halla en la parte superior, á la derecha, volviendo la espalda al río. La del segundo se encuentra al lado de la puerta de la capilla.

No pude reprimir mi emoción al ver sobre el fondo negro de la marmórea lápida el nombre de Nino Bixio, escrito en caracteres de oro y cubierto por grandes ramos de mustias flores. Cuando niño, me habían entusiasmado los hechos de armas del heroico marino, que fué segundo comandante de la legendaria expedición de los *mil*, dirigida por Garibaldi contra Sicilia; y siempre recordé el famoso desembarco de Marsala, el combate de Calatafimi, el asalto y la toma de Palermo, las operaciones en la Calabria, la respuesta dada por el mismo Bixio á un amigo que le pedía informes de su salud, diciéndole: «me han honrado el cuerpo tres balas enemigas en Roma, una en Palermo, dos en Reggio y me he roto la pierna al pasar el Volturno.» Algunos años más tarde me hallaba un día en una de las islas del archipiélago malayo, y vi pasar por el lado de mi bordo, con la bandera á media asta en señal de luto, el buque que conducía el cadáver de Bixio desde las tierras de Sumatra, donde fué víctima del cólera, á las de Italia, que reclamaba sus mortales despojos. Y allí en aquel rincón del cementerio de Génova reaparecía otra vez el héroe en el fondo de su sepulcro, para recordarme cómo pasaron los años de mis entusiasmos patrióticos por las campañas italianas, y se extinguieron mis juveniles ardores por los viajes á la remota región del Extremo Oriente.

Salí. Al cruzar la puerta me pidieron que escribiera mi nombre en un libro, como suele hacerse en algunos museos particulares para enterar del número y calidad de los visitantes al dueño de la casa. Y los lacayos de la entrada, que supuse serían los guardianes de aquel museo de momias frescas, abrieron sombrero en mano la portezuela de mi coche, me devolvieron el gabán y se retiraron saludando agradecidos y sin duda alguna riéndose del famoso bando municipal que les prohibe recibir propinas. No espero volver á aquel cementerio; es el lugar que peor impresión me ha causado en mis viajes por la bella Italia.

EDUARDO TODA

NUESTROS GRABADOS

Después del baile, pintura al pastel de Maximino Peña (Exposición de pasteles y acuarelas en el Círculo de Bellas Artes de Madrid). – Es este joven pintor uno de los más aventajados discípulos del malogrado Plasencia, á quien debe, sin duda alguna, aparte de sus cualidades personales, la buena escuela que cultiva. Durante su pensionado en Roma, dió muestra con el cuadro titulado *Carta del hijo ausente* de sus aptitudes y justificó la distinción de que fué objeto por la Diputación de Soria, su país natal. Los premios alcanzados en la Exposición de Bellas Artes de 1887 y en la celebrada por la Asociación de escritores y artistas prueban que á Peña no le aturdieron los primeros triunfos, sirviéndole de estímulo para proseguir sus estudios. El precioso pastel que figuró en la última Exposición que de este género de pintura celebró el Círculo Artístico de Madrid acusa en Peña cierta maestría en este poco cultivado procedimiento, aparte de la elegancia en el trazo y la fresca y atinada combinación de tonos, difíciles de obtener, si el artista carece de la base que exige un arte que por ser esencialmente bello es tan complejo.

Sueños de niño, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés). – El precioso lienzo titulado *Sueños de niño*, inspirado en los dos versos de Víctor Hugo: «et l'enfant qui réve – fait des reves d'or,» es á nuestro juicio la nota más sentida y mejor interpretada de las cinco que ha expuesto recientemente Tamburini en la Galería Parés. Considerada como manifestación pictórica, no titubeamos en calificarla como bellísima. La posición del niño dormido, su agradable escorzo, la maestría con que están tratadas las telas, que en parte cubren su cuerpecito, las doradas nubes que sobre él flotan, la luz hábilmente combinada y los tonos claros y brillantes resaltando sobre fondos claros también, denuncian escollos diestramente vencidos, adivinándose los sueños que embargan la infantil imaginación del niño. Aquí demuéstrase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

Húsar de la Princesa, pintura al pastel de Marcelino Unceta (Exposición de pasteles en el Círculo Artístico de Madrid). – Conocedor Marcelino Unceta de cuantas incidencias constituyen la vida militar, ha logrado avalorar sus cualidades artísticas, superando en el especialísimo género á que se dedica al malogrado Balaca y á otros distinguidos pintores, á quienes nuestras contiendas civiles ó las gloriosas campañas de nuestro ejército inspiraron composiciones patrióticas de grande é imponente efecto.

Las excelentes ilustraciones del libro *Mis memorias íntimas*, del General Córdova, los cuadros titulados: *En Mendigorría*, la *Bendición de las tropas españolas por el Pontífice Pío IX en Gaeta*, de bellísima perspectiva y atinada composición, pregonan, al igual que el gran lienzo en donde recuerda Unceta uno de los hechos más interesantes de la primera guerra civil, *En los campos de Gráa*, su relevante mérito como pintor militar, ya que aparte de la elegancia y seguridad que se observa en todas sus composiciones, nótase también el *carácter*, sin cuya condición no podría figurar su autor en primer término en el número de los pintores españoles que cultivan este género.

La obra que reproducimos, quizás la única que ha llegado á figurar en una Exposición, es digna del pintor aragonés, sobre todo el caballo, que es un dechado de estudio y ejecución.

La noche, cuadro de Renard, grabado por Baude (Salón de París de 1891). – La pintura alegórica no puede en los tiempos actuales sustraerse del todo á la influencia de las tendencias imperantes, y aun con ser el género que mejor se presta á perpetuar la tradición artística, va sintiéndose atraída por el modernismo y se somete de tarde en cuando á procedimientos que antes parecían impropios de ella. Al desnudo antiguo, que en el día tantos menosprecian, por convicción unos, por impotencia los más, sustituyen algunos artistas los tocados de irreprochable novedad, y aplicando al todo lo que en esta parte hacen, buscan en la composición más bien la impresión simpática que el efecto grandioso.

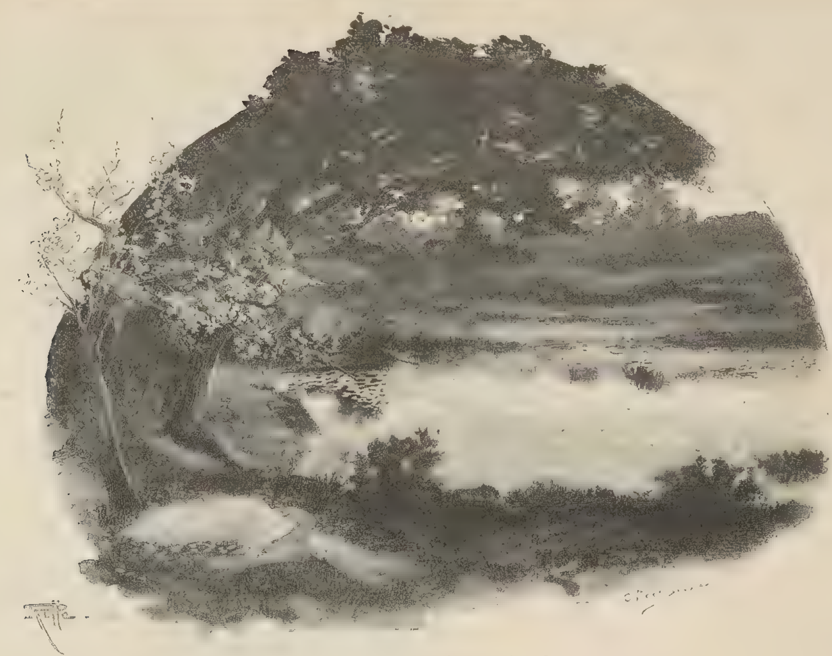
No aplaudimos ni censuramos el sistema: éste tiene sus ventajas y sus inconvenientes; pues si bien algunas veces empequeñece lo que por su propia índole debe ser grandiosamente tratado, otras, en cambio, presta mayor poesía y sentimiento á los asuntos y permite tratarlos bajo una porción de aspectos que la vaguedad de la antigua alegoría difícilmente podría reproducir.

Sugiérenos estas reflexiones el precioso cuadro que reproducimos y que figura en el actual Salón de París. *La noche* de Renard, que desde el punto de vista de la factura es una maravilla, no es la noche que convida al reposo, ni la que conturba el ánimo con extravagantes temores; es la noche que nos inunda de melancolía, trayendo á nuestra memoria tristes recuerdos, la que hace vibrar con más fuerza las sensibles fibras de nuestro corazón. El procedimiento de esta pintura es moderno; sin embargo, ¡cuán poco se echan de menos al contemplar esa imagen de la noche las creaciones más grandes sí, pero no mejor sentidas, que sobre este mismo tema produjeron antiguos pinceles!

La Semana Santa en el Monasterio de Montserrat (De una fotografía). – Los que hayan presenciado una ceremonia religiosa en el hermoso santuario de la milagrosa Virgen, patrona de Cataluña, difícilmente olvidarán la impresión que en el ánimo causan tales solemnidades, celebradas con una pompa y un fausto que más de una gran basílica envidiaría, en aquellas agrestes montañas donde el alma se siente más cerca del cielo y donde brotan del corazón las más fervientes plegarias. La escena que el grabado representa es la procesión de Semana Santa: á las fiestas que entonces se celebran en Montserrat acuden fieles de todas partes y el espectáculo que allí se ofrece es grandioso: la religión y la naturaleza parecen haberse combinado para hacer comprensible á la limitada inteligencia del hombre la idea de lo sublime.

Doña María Pacheco, viuda de Padilla. Aniversario de la batalla de Villalar, cuadro de G. Clairin, grabado por Baude (Salón de París de 1891). Uno de los tipos de mujeres más interesante de nuestra historia es el de Doña María Pacheco, esposa de don Juan Padilla, el insigne caudillo de las Comunidades, ajusticiado con sus dos ilustres compañeros después de la batalla de Villalar. Al morir su esposo, púsose Doña María al frente de los Comuneros, y tras sangrienta lucha logró para Toledo, último baluarte de su causa, una capitulación gloriosa; mas á poco de firmada ésta, perseguida por los imperiales, hubo de huir á Portugal, en donde terminó sus días.

El pintor francés Clairin la representa orando en el templo el día del aniversario de Villalar, acompañada de sus damas. El cuadro es interesante por los recuerdos que despierta, por el sentimiento que rebosa y por la indumentaria que en él se exhibe: su ejecución es intachable, y como composición demuestra que el autor estudió con cariño el asunto y los personajes, y que supo sentir bien la dramática escena destacando la figura principal y agrupando las secundarias con gran acierto.



La niña quedó sobre el césped... (pág. 348)

CUENTO DE AMOR

POR PABLO MARGUERITE. - ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

(CONTINUACIÓN)

Cuando Mite, el bufón del príncipe, vió todo aquello, comenzó á lamentarse, llorando á lágrima viva; y como todos se extrañaran, dijo que no le faltaba razón para llorar, puesto que su señor era bastante sabio para desdeñar la vanidad de las matanzas, de las orgías, de la devoción y del poder, y bastante loco para rehusar el bien supremo, el único por el cual valía la pena vivir: el amor.

Estas palabras no dejaron de perturbar al príncipe, que aún se conservaba en el estado de la inocencia, y muy pensativo, comenzó á reflexionar. «¡El amor!, se decía... Verdaderamente, los poetas le suponen esencia divina, y adórnanle de maravillosos atributos, asegurando que es más suave que el incienso, la rosa y la miel. Los libros no hablan de eso sin misterio, y los ancianos sin mover la cabeza. ¿No será una extraña quimera?... Si todas las vías conducen á la nada, seguramente me aplaudiría mi bufón si yo eligiera la más misteriosa, para llegar á la muerte á través del amor. ¿Pero existe en realidad? En tal caso, ¿qué es?»



Mientras la tierra parecía aletargada por un vapor, él vagaba errante... (pág. 348)

II

LAS ESTACIONES

LA PRIMAVERA

La primavera, más fresca que una joven doncella, contemplaba en los ríos los círculos sonrosados de sus pechos henchidos al reflejarse en las aguas; estremecíase con suavidad bajo las blondas vivientes de su vestido de follaje, y suspiraba lánguida con los ojos inundados de sol. El astro del día y el oro verde de los bosques invitaban á la meditación y á los viajes.

Cierto día que el príncipe había ido á pasearse solo, se extravió, y á fuerza de andar errante llegó ante un castillo rodeado de un parque y circuído de muros coronados de alhelíes amarillos, pero sin puertas ni verjas. Ayudándose con pies y manos, trepó á las piedras y saltó como un ladrón. Un grito de espanto resonó en el mismo instante; á sus pies yacía sin sentido una preciosa niña, y en ella admiró su sedoso cabello, su boca entreabierta que dejaba ver blanquísimas perlas, sus piececitos y su vestido de plata. Para hacerla volver en sí, llamóla con ternura, humedeció sus sienes y acercó á su nariz un frasquito de sales de Arabia; mas viendo que esto no producía resultado, osó depositar un beso en el rostro de la joven, que al punto despertóse y sonrió.

-¡Ah!, exclamó, os esperaba. Las cartas han pronosticado á mi nodriza que un príncipe me amaría; me llamo Elsa, y soy huérfana. La liberalidad de un tío desterrado me mantiene en estos lugares, donde jamás he carecido de nada. Antiguos servidores me cuidan, y no recibo á nadie. El aire de este país es suave para mí; en otra parte tal vez no podría vivir, pues debo advertiros que soy muy delicada, ¡ay de mí!, hasta el punto de que una emoción podría matarme.

Y con infinita gracia ofreció su mano al príncipe, que la besó.

-¡He aquí mi nodriza!, dijo de pronto la joven.

Una anciana acudía presurosa, con expresión de enojo; pero varias protestas y regalos la calmaron, y entonces los tres dirigiéronse hacia el castillo, donde se sirvió una colación. Cuando el príncipe hubo descansado un poco, despidióse y se fué por el mismo camino que siguiera para entrar.

Desde entonces volvió todas las mañanas; su caballo golopaba locamente,

aguijoneado por la espuela; las aves trinaban á la luz del sol; un perfume de lilas y madreselvas se difundía por el aire; el trigo ostentaba sus espigas, y en el césped las gotitas de rocío brillaban como cristal. Apenas llegado al castillo, el príncipe, después de atar su caballo á un árbol, franqueaba el muro: allí estaba Elsa esperándole.

Así pasaron juntos momentos deliciosos: algunas veces, encerrados en aquel retiro, Elsa enseñaba al príncipe sus muñecas y estampas, luciendo después su habilidad en el clavicordio, ó bien paseábanse en el parque, donde ella cogía para él flores, asfodelos, ciclamas y lirios. Como niños, hacían sus meriendas con dulces y confites y jugaban al volante ó á cualquiera otra cosa. Si se cansaban, iban á reposar bajo espesuras de follaje, ó visitaban los corrales, entreteniéndose allí con los conejos blancos, ó dando de comer á los patos azules, á las tórtolas de melancólico arrullo y á los pavos reales, que desplegaban su magnífica cola en forma de abanico.

El sitio predilecto de los jóvenes era el verjel; la hierba suave estaba sembrada de violetas, y los árboles parecían cubiertos de una nieve odorífera; allí se veían mezclados los albérchigos de color de rosa con los cerezos blancos, los ciruelos, manzanos y perales, todos en flor y visitados de continuo por las avecillas y las abejas.

Mas por grande que fuese el placer que el príncipe experimentara junto á Elsa, no se creía feliz. Las noches, que se acortaban ya, parecíanle más largas, pues no dormía; cierta languidez amortiguaba su alma, y acosábanle deseos, sin que supiera cómo remediarlos. También se notaba un cambio en Elsa; tan pronto palidecía como se sonrojaba; ya no se la veía sonreir; aquejábala un malestar indecible, y á veces apoyaba la mano sobre su pecho para reprimir el latido de su corazón.

...Y cuanto más tiempo transcurría, mayor era la angustia de los dos.

El último día de primavera, á la caída de la tarde, Elsa y el príncipe, después de vagar acá y allá durante horas enteras, penetraron poseídos de inquietud y melancolía en el verjel blanco de los aromas de miel, por donde pasearon silenciosos. Elsa temblaba, porque las miradas del príncipe eran singulares. Su amor les embriagaba como un amargo perfume.

–¡Elsa!, murmuró el príncipe.

La joven sintió que le estrechaban las manos, y obscurecióse su vista.

–¡Elsa!, repitió el príncipe con apasionado acento.

Y arrebatado, estrechó á la joven, palpitante como una avecilla que la mano del cazador ahoga.

–¡Ah!... murmuró la joven.

Esta fué la única exclamación que exhaló su pecho; su pequeño corazón dejó de latir, y desfalleció.

El sol se ponía; en el agua de los estanques veíanse sonrosados reflejos.

–¡Dios mío!, exclamó el príncipe.

Y permaneció largo tiempo arrodillado, con los ojos llenos de lágrimas; pero como la muerta no despertase, levantóse poseído de espanto, y huyó saltando por el muro como un ladrón. La niña quedó sobre el cesped, y durante toda la tarde, las flores del albérchigo cayeron sobre su cuerpo como copos de nieve, mientras los ruiseñores entonaban sus cantos á modo de oración fúnebre.



Fuera de estas ocasiones vivía invisible y pensativo en su palacio (pág. 331)



El emperador, desesperado, convocó á los médicos más famosos (pág. 332)

EL VERANO

Dando tregua á su desesperación, el príncipe se lanzó á los placeres, y cuanto más violentos y terribles eran, más le agradaban. Reunióse con jóvenes libertinos, jugadores insensatos, á los cuales aventajó; quiso conocer la embriaguez de la mesa, la exaltación producida por los vapores del vino, y la voluptuosidad de digerir, con el vientre repleto de manjares delicados, presidiendo tumultuosas orgías donde á veces corría la sangre después de las contiendas. Allí había mujeres muellemente echadas en lechos de flores, que reían y aplaudían al más loco. Ninguna de ellas hacía palpitar su corazón; mas como era preciso elegir una, fijóse por lo menos en la más hermosa, llamada Zafira.

Era alta y blanca, con el cabello rojizo; sus ojos tenían la pureza de las aguas de una esmeralda, y de su cutis exhalábase un perfume de azahar. Apta para desempeñar todos los papeles, sabía transformarse según los caprichos, halagar las pasiones y encender los deseos.

El príncipe iba con ella al río para recorrerle en una barca sin remos: echada á sus



Ella enseñaba al príncipe sus muñecas y estampas... (pág. 348)

pies, Zafira cantaba, tocando la cítara; y con un sedal pescaba brillantes peces de escamas de oro y de nácar. Por la noche daban bailes en jardines; las músicas se oían desde lejos y las luces se duplicaban en el agua; por la mañana galopaban por el bosque á caballo uno junto á otro, y con frecuencia permanecían encerrados en un pabellón chinesco, donde tomaban sorbetes ó entreteníanse con los perritos de Zafira, que llevaban por collar ligas de seda.

Pero antes de terminar los meses de julio y agosto, el príncipe comenzó á experimentar un hastío supremo.

Pálido, macilento, gastado ya en su juventud, no sentía el ardor de las llamas del verano. Mientras la tierra parecía aletargada por un vapor, él vagaba errante, indiferente á los ardientes rayos del astro del día, á la magnífica eflorescencia de las rosas, al esplendor de los frutos, al misterio de los nidos y de las avecillas que incubaban sus huevos y á la metamorfosis de los insectos. ¿Qué le importaba que en los campos se cosechasen las avenas, ni que los trigos presentasen ya sus doradas espigas?

Con el transcurso de las horas su hastío se acrecentaba.

Ya no hablaba con nadie; había despedido á sus compañeros de orgía; su única distracción reducíase á formar enormes ramos de heliotropos ó de tuberosas, que ponía en su habitación por la noche para soñar. Sus pesadillas eran fúnebres, extravagantes, y en una de ellas parecíale ver á su amante sin afeites, convertida en una vieja de quinientos años, y verse á sí mismo viejo, horriblemente viejo.

Cuando hubo terminado el verano, dijo á Zafira: «¡Vete!»

EL OTOÑO

El príncipe quiso viajar, cruzó por reinos y ciudades, tierras estériles y llanuras, altas montañas cubiertas de bosque, caudalosos ríos, y cuando estuvo cansado detúvose á orillas del mar.

—¿Qué es, preguntó á unos campesinos, aquella torre de piedra custodiada por soldados?

—Allí, contestáronle, vive prisionera una dama que ha cometido espantosos crímenes, y circula el rumor de que muy pronto será decapitada, á menos que nuestra reina, en su infinita bondad, la deje podrirse viva en una prisión eterna.

Estas palabras picaron vivamente la curiosidad del príncipe, que no se dió punto de reposo hasta haber sobornado, á fuerza de dinero, á los guardianes de la torre. Por ellos supo que la dama, llamada Bruisinda, era muy hermosa; que había envenenado á su marido y á otros dos señores, y que esto tenía poca importancia, comparado con otros espantosos crímenes más increíbles que se le imputaban. El príncipe quiso verla, y los carceleros consintieron en ello.

La entrevista se verificó en un pequeño parque: una brisa húmeda, bajo un cielo nebuloso, agitaba las copas amarillentas y purpúreas de los árboles; las hojas secas cubrían el suelo ó nadaban en las aguas estancadas; cierto olor tibio y desagradable exhalábase de la tierra húmeda, é infundía profunda tristeza, formada de presentimientos y de amargos recuerdos. Una mujer vestida de luto, alta y pálida, con espeso cabello negro, y entregada al parecer á una fría contemplación, se adelantaba con lento paso, melancólica como el otoño. El príncipe se presentó, inclinóse ante ella y se ofreció á servirla.

Cuando la dama supo quién era, dióle gracias en términos sencillos y elevados, é hízole comprender que se alegraría mucho de volver á verle. El príncipe accedió, y así llegaron á ser amigos.

Todos los días la acompañaba al parque y hasta su aposento, que era grande y redondo, con barrotes en las ventanas; pero jamás hablaron de la prisión, de la próxima sentencia ni del pasado de Bruisinda. La dama se mantenía muda, misteriosa é inexplicable sobre este punto; y tal vez el príncipe la prefirió así, grave y enigmática, en el esplendor de su hermosura y de su fuerza, adornada con el prestigio fatal de crímenes sin nombre, de los cuales no parecía arrepentirse, pues siempre llevaba alta la frente.

¡Cuántas horas pasaron juntos, silenciosos, escuchando el silbido del viento, viendo cómo palidecía el sol, frío ya, cómo crecían los ríos por efecto de las lluvias y cómo se desprendían las hojas de los árboles! Las golondrinas habían desaparecido; los insectos se morían y las blancas heladas extendíanse sobre la llanura. El otoño tocaba á su fin.

El príncipe no dejaba de pensar en la suerte reservada á Bruisinda; una especie de horror sagrado ponía de punta sus cabellos al pensar que una detención perpetua ó la muerte amenazaban á la dama; y como había sobornado á sus carceleros y guardianes, propúsole huir; pero Bruisinda rehusó.

Entonces amenazóla con apelar á la violencia, la sacaría de allí á viva fuerza con el auxilio de hombres armados: Bruisinda contestó que sólo estrecharía entre sus brazos un cadáver, si tal hacía, y que estaba resuelta á sufrir el castigo, cualquiera que fuese. El príncipe envió correos á la reina, intimándola con súplicas y amenazas de guerra á poner en libertad á la prisionera; y ya se disponía á ir á verla en persona, cuando una tarde llegaron mensajeros portadores de la sentencia de muerte.

La ejecución de Bruisinda debía efectuarse al amanecer del día siguiente, y en vano el príncipe le suplicó que le permitiera salvarla. No hubo más remedio que presenciar, impotente, los fúnebres preparativos.

(Continuará)



SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CASCADA DEL NIÁGARA Y LA ELECTRICIDAD

En el discurso que como presidente del *Iron and Steel Institute* pronunció en 1877 el sabio Guillermo Siemens, decía, á propósito del aprovechamiento de los 16.800.000 caballos de fuerza de la cascada del Niágara, lo siguiente: «Andando el tiempo se encontrarán medios eficaces para transmitir la fuerza á grandes distancias, y no puedo menos de llamar en la ocasión presente la atención sobre un medio que, á mi ver, es digno de ser estudiado: me refiero á los conductores eléctricos. Utilizando la fuerza del agua para poner en movimiento una dinamo, se producirá una gran corriente eléctrica que podrá ser llevada á largas distancias por medio de un conductor metálico de grandes dimensiones, y allí nuevamente utilizada para mover una máquina electro-dinámica, ó para hacer brotar la luz de los carbones de las lámparas eléctricas, ó para promover la separación de metales mezclados. Un conductor de cobre de tres pulgadas de diámetro podría transmitir á una distancia de 50 kilómetros una fuerza de algunos miles de caballos, que sería suficiente para proporcionar una fuerza lumínica de 250.000 bujías, ó sea lo bastante para alumbrar una ciudad medianamente populosa.»

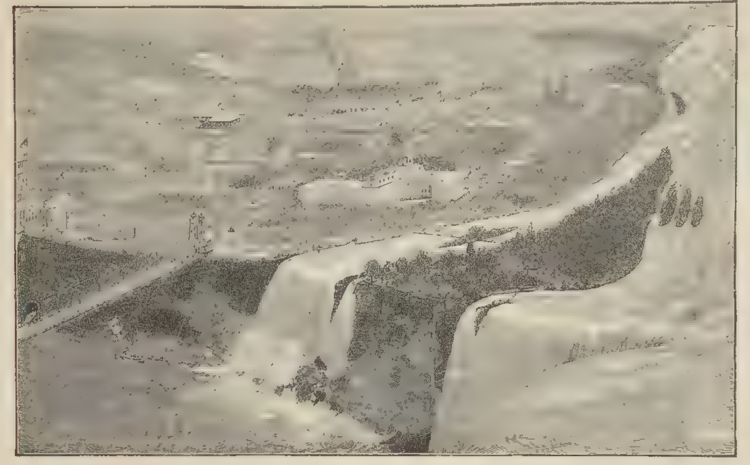


Fig 1. – Aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz para la industria

Por desgracia las esperanzas de Siemens no se han realizado todavía, por más que desde entonces acá su grandioso pensamiento haya hecho notables progresos hasta el punto de no ser hoy considerado como una utopia, cual lo era en la fecha citada, es decir, hace catorce años.

En teoría nada se opone á la transmisión de una cantidad de electricidad dada á una determinada distancia; pero en la práctica surgen tales dificultades, que ante ellas se ve obligado á detenerse el electricista, planteándose el siguiente dilema: si elijo conductores delgados para transmitir la electricidad á distancia y la tensión es muy grande, sólo puedo conducir por ellos una pequeña parte de la corriente y por ende surtir de fluido á un distrito reducido; si por el contrario empleo conductores de un diámetro relativamente grande, podré lograr mi objeto; pero dado el precio elevado del cobre, la corriente que por ellos transmitiese resultaría más cara que si se produjera en el mismo lugar por medio de máquinas de vapor, y no hay industrial que por amor á la ciencia acepte la fuerza conducida desde gran distancia si no le resulta más barata, ó por lo menos á igual precio que la que hasta ahora le ha facilitado el carbón. Para realizar el pensamiento de Siemens, precisa descubrir ó un material conductor muy barato ó un medio que permita llevar sin peligro alguno á lugares habitados una corriente de gran tensión en conductores de pequeño diámetro. Quizás los transformadores estén llamados á dar al problema la solución deseada.

Dados estos obstáculos, quedaría la posibilidad de surtir de fluido á las industrias establecidas dentro de un radio relativamente pequeño y próximo á la catarata del Niágara; pero también esto tiene sus dificultades, como lo demuestran las muchas tentativas que con desgraciado éxito se han hecho; dificultades que no nacen de la electrotécnica, sino de las circunstancias de lugar. Las grandes industrias, obligadas hasta ahora á ser tributarias del carbón, se han concentrado lo más cerca posible de las cuencas carboníferas, al paso que las pequeñas han atendido para su establecimiento, no á la mayor ó menor baratura del carbón, sino á otros factores para ellas más importantes. Las cuencas carboníferas y las residencias de las pequeñas industrias no suelen estar cerca de las cascadas, y de aquí que para poder utilizar la fuerza de éstas sería antes preciso que en sus cercanías se emplazaran las instalaciones industriales que hubieran de aprovecharla. Esto exige mucho tiempo, y además sólo es factible cuando se ofrecen á los industriales tales ventajas, que por sí solas basten á desvanecer todas las dudas que pudieran ofrecerse. Estas ventajas previas difícilmente las ofrece la electricidad producida por la fuerza del agua, pues si bien es muy cómoda y de fácil manejo no resulta más barata que los pequeños motores de vapor ó de gas. Por esto las instalaciones que reciben de puntos distantes la corriente eléctrica destinada á hacer funcionar una fábrica ó á producir luz eléctrica son muy contadas y se limitan, en general, á las cataratas en las cuales, como en la del Rhin, se crea una nueva industria, ó á los puntos en donde es casi imposible la adquisición del carbón de piedra.

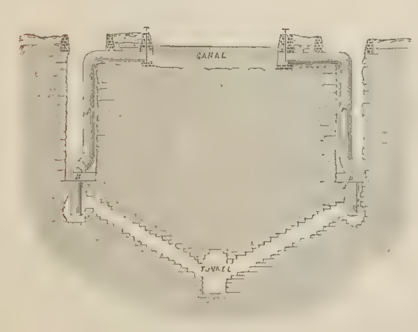


Fig. 2. – Sección de la instalación proyectada para el aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz. A. Tubos de caída. B. Turbinas.

De lo dicho se desprende que no tenemos mucha confianza en la primera empresa que en grande escala se proyecta para utilizar las cataratas del Niágara: por esta misma razón admiramos más á los atrevidos empresarios que se disponen á realizar obra de tal magnitud, á pesar de las pocas probabilidades de ganancia material que ésta les promete.

Sin embargo, existe ya en la catarata del Niágara un canal de derivación que suministra fuerza motriz á unos cuantos molinos; pero como la fuerza no es conducida á gran distancia, este canal no tiene ninguna importancia técnica. En cambio, tiene gran importancia, entre otras cosas por la calidad de las personas que están al frente de la misma, la *Niagara Talls Power Company*, fundada en 1886, que ahora, después de vencidas grandes dificultades, va á emprender enérgicamente el negocio, al decir del *Scientific American*.

Las principales dificultades estriban en la perforación del tunel en la roca dura por donde se despeña la catarata del Niágara. La Sociedad, después de rechazar multitud de proyectos poco prácticos é impracticables propuestos por algunos inventores que pretendían montar ruedas hidráulicas en la roca detrás del salto de agua, se ha atenido á una instalación copiada de la que en la catarata del Rhin tiene establecida la Sociedad de Aluminio de Neuhausen, es decir, un túnel que comenzando sobre la catarata termina debajo de ella cerca del puente colgante. El túnel, cuya dirección marca la línea de puntos del grabado fig. 1, corta en línea recta el grupo de rocas que estrechan el río, se hunde en la tierra á una profundidad de 48 metros y se comunica con el río, en su parte superior, por medio de un canal abierto. De suerte que forma una especie de atarjea de descarga colosal para el agua que procedente del canal llega hasta ella por los tubos de desagüe, como lo indica la fig. 2. El salto de agua ha de mover las turbinas dispuestas al extremo de estos tubos y cuya fuerza podrá utilizarse de mil distintos modos. El túnel se calculará de manera que el salto de agua pueda desarrollar una fuerza de 120.000 caballos, de los que en un principio sólo se utilizará una pequeña parte, y aun ésta no toda para producir electricidad, sino también para comprimir aire y para impulsar las transmisiones por cables. La Sociedad piensa también conceder á los empresarios que lo soliciten permiso para colocar tubos en el canal é instalar en ellos algunas turbinas, de suerte que no se trata de un monopolio.





Medalla de la Asociación francesa para el Fomento de las Ciencias

La empresa de aprovechamiento de la catarata del Niágara como fuerza motriz diferénciase de otras análogas en dos puntos esenciales: primero, en la fuerza inmensa de que allí se dispone y que no es de temer que se agote nunca, tanto menos, cuanto que el agua que se trata de tomar apenas llega al cuatro por ciento de la masa total que por allí circula; y segundo, en que las diferencias de nivel del río no han de ser sensibles: la altura de las aguas del Niágara es casi constante, porque este río es el desagüe de una serie de grandes mares interiores, en los cuales el mayor ó menor caudal de los afluentes no ejerce más influencia que la de los ríos en el Océano. El caudal de agua que lleva el Rhin en Schaffhausen, presenta, por el contrario, notables alternativas.

(Del *Prometheus*)

* * *

MEDALLA DE LA ASOCIACIÓN FRANCESA PARA EL FOMENTO DE LAS CIENCIAS

Esta Asociación, cuya importancia es bien conocida, tiene por objeto el progreso del país por el impulso dado á las ciencias y á todas las aplicaciones industriales, promoviendo una emulación entre los sabios y facilitando la tarea de éstos. Para ello ha

organizado conferencias anuales en París durante el invierno, y en el período de vacaciones celebra un Congreso en todas las ciudades de Francia que lo desean. Además la Asociación facilita subvenciones que varían de 12.000 á 15.000 pesetas á los sabios que han de hacer investigaciones costosas ó realizar trabajos complicados que necesitan aparatos dispendiosos, y por último distribuye medallas de plata ó de plata sobredorada á los premiados en concurso general y á las personas que hayan prestado servicios á las ciencias.

La Asociación, que hasta ahora había tomado para sus medallas el modelo de las monedas, cuenta hoy con una medalla propia, que es la que reproducimos y que ha sido grabada por M. Roty, miembro del Instituto. El anverso representa á la Francia, de luto y conducida por la ciencia, que después de los desastres de 1871 le hace entrever una nueva aurora, el renacimiento por la industria y el trabajo: la figura del reverso es la imagen de la ciencia, de la poesía, del pensamiento idealizado. La medalla lleva como exergo la divisa de la Asociación: «Por la ciencia, para la Patria.»

(De *La Nature*)



ESTUDIO DEL PINTOR FERNANDO WAGNER. (Véase el artículo en el número 487.)

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

TRAPITOS AL SOL, NOVELA POLÍTICO-PERIODÍSTICA, *por Eva Canel.* — Con razón ha sido calificado este libro de *serie de fofografías sociales*· tan exactamente están reproducidos en él los tipos y costumbres de la vida política y periodística que en la obra se describen. Enlazada con las escenas que constituyen la parte principal de la narración, desenvuélvese una acción interesante, natural dentro del medio ambiente en que se desarrolla, en la que las pasiones aparecen gráficamente pintadas y los caracteres hábilmente sostenidos.

A no saber que el libro es de Eva Canel, cualquiera creería que ha salido de la pluma de uno de esos periodistas encanecidos en el oficio y conocedor al dedillo de todas las miserias é intrigas de ese mundo agitado de la política y de la prensa, tras de cuyos esplendores, muchas veces aparentes, se ocultan dramas de realidad tristísima.

Nada hemos de decir del estilo, pues harto conocidos son la espontaneidad y el gracejo con que maneja el idioma castellano nuestra distinguida colaboradora, á quien de todas veras felicitamos por su nueva obra.

Trapitos al sol, que ha sido editada en Madrid por D. Juan Muñoz Sánchez, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

EL POBRE VILLAMURIEL, *por D. Juan Laponlide.* — El distinguido periodista madrileño Sr. Laponlide ha aumentado el catálogo de sus conocidas obras con esta novela que á sus muchas bellezas de forma une una fábula interesante que distrae y cautiva al lector sin necesidad de acudir para lograr este resultado á medios artificiosos ni á efectos de relumbrón; antes al contrario, valiéndose de procedimientos sencillos, que son los que verdaderamente interesan y conmueven.

Esta novela, que en un tomo elegante ha publicado don Fernando Fe, de Madrid, se vende al precio de 3 pesetas.

* * *

UN LIBRO FUNESTO. PEQUEÑECES... DEL P. COLOMA, *por D. Juan Martínez Barrionuevo.* — Después de lo mucho que sobre el libro del célebre jesuíta se ha escrito, parecía imposible decir algo nuevo sobre materia tan agotada. Sin embargo, el reputado escritor Sr. Martínez Barrionuevo en su análisis de la novela *Pequeñeces...* ha sabido poner mucho nuevo y no menos bueno, haciendo una verdadera disección de la ruidosa obra del P. Coloma.

Dicho folleto ha sido editado por D. Inocente López y se vende en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías, al precio de una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 8 de junio de 1891 — Núm. 493

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESCANSO, copia de una pintura de Fortuny

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La última quincena de mayo.—Fiesta de Pentecostés en la catedral de Toledo.—Procesiones de Corpus.—Recuerdos meridionales.—Muerte de un poeta provenzal.—Fuentes de sus inspiraciones poéticas.—Las academias de Francia y España.—La elección de Loti en aquélla.—Discursos de Menéndez Pelayo y Pidal en la Academia de Ciencias morales y políticas.—Discursos de Fabié y Castro Serrano en la Academia Española.—Juicio sobre Tomás Rodríguez Rubí y sobre Eulogio Florentino Sanz.—Conclusión.

I

Quincena de festividades religiosas fué la última quincena de mayo florido. Empieza por San Isidro, fiesta fija; y obedeciendo á las particulares circunstancias del año, en este mes han venido la Pascua de Pentecostés y la fiesta del Corpus. Cerrado el ciclo de conmemoraciones que á nuestra redención la Iglesia consagra con el hecho más demostrativo de la divinidad del Salvador, con su ascensión al cielo, el Apostolado, ya constituído, hubo menester de las asistencias del Espíritu Santo para predicar la nueva feliz al mundo; y el Espíritu Santo descendió al cenáculo, encendiendo con el soplo creador suyo ideas en el alma de los apóstoles, y prestándoles aquella revelación casi espiritual de estas ideas, llamada el don de la palabra. Si con las substancias etéreas, con las atracciones y gravedad mecánicas, con las afinidades varias químicas hase formado el mundo que se denomina orgánico; hase formado con el Verbo y sus condensaciones, amén de con el Espíritu y su revelación, este otro mundo que llamamos ideal. Así, al remedar el órgano los retumbos de la tempestad y entonar el coro en las vísperas el *Veni Creator*, parece que se oyen los aleteos divinos del Espíritu misterioso, consolador de la Humanidad, y que se reciben los efluvios del soplo á cuya virtud se animó el Universo. Yo he pasado el Domingo de Pentecostés en la catedral de Toledo. Imposible olvidar un día tal, en que bogáis por los espacios, más que celestiales y sidéreos, del infinito espiritual. Dentro de la capilla mayor, entre las tumbas donde como en lechos de mármol duerme lo que podríamos llamar el elemento mineral de nuestro ser; á la vista de los ángeles que aletean sobre las ojivas, como recibiendo la esencia de lo que podríamos llamar el elemento divino de nuestro ser, os imagináis encerrado en un inmenso relicario y circuído de todas las entidades históricas y litúrgicas representadas por la escultura y por la pintura, igualmente redivivas, al milagro de la resurrección universal. Unid á esto la procesión del clero, envuelto en las pluviales capas carmesíes recamadas de áureas bordaduras y portador de reliquias contenidas en joyas por Arfe ó por Cellini cinceladas, y decidme si en parte alguna del mundo pueden reunirse con armonía mayor y consonancia más estrecha el Arte y la Religión. Tras la Pentecostés viene la fiesta del Corpus, más profunda y no menos bella en la Iglesia primada de nuestra nación. Brilla la resplandeciente custodia fabricada con oro purísimo recién venido del Nuevo Mundo, y ondean las banderas de Lepanto al lado de los tisúes argénteos que cubrían las tiendas de los Reyes Católicos en el Real de Granada, quizás los primeros objetos arqueológicos de nuestra patria; pero todo esto dentro de la Iglesia: en la procesión falta el orden y la poesía, que por doquier ostenta en ceremonias iguales nuestro reino de Valencia. Un cura lleva la custodia en Elda, un solo cura, de brocados relativamente modestos revestido y so un humilde palio. Pero hay tanta devoción en el público arrodillado, tanto concierto en las voces del clero, que parece la procesión una Iglesia espiritual ambulante. Hace ahora diez ó doce años presencié yo una procesión del Corpus en Toledo. Varias colgaduras fijaron mi atención y ninguna otra cosa, fuera de las maravillosísimas que no tienen rival por su hermosura y antigüedad. Mas el espiritualismo exhalado de una procesión valenciana por ninguna parte aparecía. El paje que llevaba la cola del purpurado hábito cardenalicio, un subdiácono joven y robusto, habíasela ceñido á la cintura, no sé por qué, y soñoliento al calor del día, triplicado por lo numeroso del concurso, dormíase de pie, y atrás se iba cayendo hasta que un tirón del cardenal Moreno le despertaba del sopor y le impelía en su carrera. Comparad esto con las enramadas olorosas de flores, con los arcos de adelfas, con las columnatas de tarajes y cañas, con las guirnaldas de mirtos y azahares, con los retablos erigidos en cada esquina, con las lluvias de rosas, con los coros de voces angélicas, con las innumerables velas llevadas por los fieles, con los gallardetes parecidos á iris pendientes de tejados y azoteas, con las iluminaciones fantásticas, con las florestas improvisadas, y decidme si tenéis ó no motivo, recordando tales festividades religiosas del pueblo, para doleros y añoraros de no vivir en pleno Mediodía.

II

Bien es verdad que somos los meridionales únicos en esto de amar nuestra tierra. No podemos vivir en regiones desde las cuales el Mediterráneo se pierde á la vista, pues lejos de aquellas encantadas costas, parecemos huídos y desterrados del cielo. En uno de sus últimos números contaba el *Journal des Debats* lo que á mí en persona me aconteciera con un entusiasta felibre, de los muchos, más ó menos auténticos, diseminados por Francia. «¡Cuán felices, me decía, son ustedes en España, donde no hay Norte!» Ahora, en estos días, ha muerto curioso ejemplar de tal clase, un poeta popularísimo como Roumilli. Este hombre se alimentaba de la miel corriente por los troncos en las provenzales patrias hayas. El chirrido monótono de las cigarras le arrobaba como el violín al hipnóstico. Sus versos repetían el zumbido de las abejas, y á la obra de las abejas parecíanse, no sólo en los dulcísimos zumos que guardaban como las colmenas, en la cera que podían consagrar por su religiosidad á cirios y velas de las iglesias. Así había levantado su hogar en aquel Avignón, que disputó á Roma la supremacía y capitalidad religiosa en largo período de la Edad media; sobre un terreno consagrado por la memoria de nuestro Papa Luna, tan provenzal por su estro, como aragonés por su firmeza; no lejos de la fuente inmortalizada en los sonetos melodiosos cantados á Laura por el amor de Petrarca. Nadie sabía como él describir una de las procesiones lemosinas que yo he querido invocar antes, para lo cual valíase de imágenes tan atrevidas como decir que las campanas aviñonesas á vuelo bordaban con sus sonidos encajes en las estrellas y que las calles de Lyón debían llamarse puertas forradas de seda que dan hacia el Mediodía. Para comprender todo esto se necesita seguramente haber vagado en cueros, de niño, por las playas nuestras; haber dormido en la hora de sestear bajo la sombra de los cenicientos olivares; haberse alimentado de higos verdales que rematan en una especie de flor, cuyo cáliz rebosa mieles; haber bebido en el remansillo de los torrentes casi secos que se deslizan bajo toldos de adelfas siempre floridas; haberse curtido al soplo de las brisas mediterráneas, sobre las arenas de oro, ante las reverberaciones áureas y argentadas, ya del sol en días ardientes, ya de la luna en tranquilas noches, recibiendo por las venas con difusiones de almo éter y con efluvios de jazmines, rosas y azahares una divina embriaguez.

III

Roumilli perteneció á la Academia Española, pero no á la Academia Francesa. Y puesto que de Academias hablamos, precisa decir cuánto interesa la general atención lo sucedido esta quincena en sus senos aquende y allende. La nacional Academia Francesa, tan zaherida de todos los literatos y tan deseada por todos, hase visto con una trascendental elección embargadísima meses y meses. Presentábase camo candidato al trono académico Zola; y su admisión topaba con dificultades iguales á las encontradas por Víctor Hugo en su tiempo. Un sistema, el sistema romántico, era éste, ó una escuela, como queráis; otro sistema, el sistema realista, ó escuela, es Zola. Toda colectividad, la familia, la nación, la especie, consiguen su perennidad por medio de un instinto de conservación tal, que se resisten y se niegan á las innovaciones, en todo tiempo individuales y personalísimas. El académico puede admirar á Víctor Hugo y á Zola; no así el resultado químico y orgánico y viviente, por todos los académicos juntos en sus corporaciones respectivas compuesto, no así; antes bien habrá de propender á la conservación, y por ende á la resistencia. Sin embargo, fervoroso admirador yo de Víctor Hugo, en quien veo la mayor virtualidad lírica posible, no puedo confundir su tendencia con la tendencia de Zola, muy repulsiva para mí, no obstante reconocer y proclamar el viril talento y el estilo genial de este su ilustre mantenedor. A juicio y sentir míos, representaba Víctor Hugo la juventud y Zola representa la vejez del siglo. Entiéndase el mérito de éste como se quiera, la corporación literaria no tenía otro remedio en sus antecedentes que rechazar la innovación y castigar al innovador contemporáneo, como resistió y castigó muchas veces al otro innovador, aunque le llamaba un académico, tan conspicuo como Chateaubriand, niño sublime. Pero puesta la corporación en el trance de optar entre un autor eximio como Zola, por cumplir su obligación de resistir á innovaciones peligrosas, y sus competidores, no debió preferirle otro también modernísimo como Loti, de cualidades brillantes, pero de una exterioridad tan amplia, que poco resta bajo su extensa superficie, y de un resplandor tan metálico, que parecen sus obras lacas y cerámica japonesa. León Say hame dicho que, no queriendo votar á Zola por su personal sistema, ni á Loti por su temperamento literario casi exótico, votó á un señor Fabre, muy ducho en esto de pintar las costumbres eclesiásticas francesas en cuadros verdaderos y vivos, de suyo semejantes á los viejos cuadros flamencos por su tono suavísimo, por su carácter prosaico, por su candor ingenuo, por su sencillez casi primitiva, por su aroma campestre, por su mezcla de crítica grave y sesuda con su fe viva y ortodoxa. Pero venció á todos el marino literato conocido con el seudónimo de Loti.

IV

Dos interesantes sesiones hemos tenido nosotros en las dos sendas Academias de Ciencias Morales y de Lengua Española. Celebraba la una el acto de recibir á Menéndez Pelayo y celebraba la otra el acto de recibir al ministro Fabié. No puede ya dudarse. Menéndez Pelayo queda inscrito por consentimiento universal en las paredes sacras del templo inmenso levantado á la gloria nacional por tantos nombres ilustres como brillan en los espléndidos anales de nuestras letras patrias. Erudito sin pesadez, profundo sin obscuridad, ameno sin chocarrerías, vario sin divagaciones, uno sin uniformidad, crítico sin malhumor, universal sin degenerar en cosmopolita, patriota sin patriotería, religioso y razonador al mismo tiempo, sus vastas obras, llenas de múltiples ideas é ilustradas por curiosísimas noticias, permanecerán en todos los tiempos y en todos los lugares como un verdadero monumento nacional. Su mérito sobresaliente, aquel por cuya virtud convivirá al lado de los hombres inmortales que brillan en la España del siglo XIX y mantienen su renombre no interrumpido allá por los templos de la Historia, está en haber enlazado el movimiento científico español con el movimiento científico universal. Nosotros, los partidarios de la libertad psíquica en todas sus manifesciones, los que arrancamos á las censuras oficiales el pensamiento, siervo un día bajo cien cadenas, combatimos la política de los siglos XVI y XVII con saña, porque la guerra intelectual, como la guerra material, ni obedece á la justicia, ni siente piedad alguna, según les pasó también á los primeros cristianos, injustos al extremo de descubrir un simulacro del diablo en los marmóreos cuerpos de las helenas diosas que hoy brillan por el Vaticano guarecidas tras su casta desnudez, y acompañan como un harén artístico al Papa en aquella encumbrada soledad. Así, decimos y declaramos que si en las cenizas frías de los ayer encendidos braseros inquisitoriales hemos hallado tantas venas de incombustible oro, cuántas no se hallaran, en cuál abundancia, de gozar el ingenio hispano la relativa libertad existente, así en Holanda como en Alemania, Francia é Inglatera, de antiguo. Mas esta defensa de nuestro sentido en manera ninguna puede obstar al reconocimiento por nosotros de que Menéndez Pelayo jamás diera el trabajo hercúleo de la reconstrucción histórica, sino bajo un sentido, contrario al nuestro en todo. Felicitémonos, holgándonos con tenerlo en este nuestro tiempo

como un insigne continuador de las inextinguibles glorias nacionales. El, poco á poco, por una transformación lenta é interior, va dejando las antiguas escuelas y viniendo á las nuestras, como lo patentiza el plañido con que su ilustre amigo Alejandro Pidal, en el discurso de contestación al suyo, le despide lloroso y le reconviene severo, echándole, muy elocuentemente por cierto, en cara que ha dejado la tradición seca escolástica por las ideas lucientes como estrellas espirituales y por los dioses redivivos como genios helénicos en el neo-alejandrino sincretismo de un culto sin límites á las Humanidades y al Renacimiento.

V

Interesante la recepción del Sr. Fabié. Siguiendo la costumbre francesa, nuestro sabio ministro escogió por tema de su discurso la vida y obras del académico á quien reemplazaba en uno de los treinta y seis sillones fundamentales. Era este académico Tomás Rodríguez Rubí, personalidad superior, más fecunda y varia que acabada y perfecta. De copiosa inventiva, la vena propia no se concluía jamás en él. Comedias de costumbres, dramas de pasión, poemas como *Isabel la Católica*, puestos por su genio en escena, diálogos andaluces, cuentos morales, sainetes, alguna que otra creación trágica más que por el corte por el carácter, copias de la vida real y de tipos reales: he aquí el campo inmenso en que Rubí pusiera todo su empeño y todo su trabajo. Durante algún tiempo cultivó con fortuna la dramática histórica, de menos vuelo, pero de mayor verdad que las obras de igual género en el arte romántico. Es un brillante poeta de transición desde Hartzenbusch y García Gutiérrez, tan maestros, á Tamayo y Ayala, no menos maestros en su *Hombre de Estado* y en su *Drama nuevo* que los dos genios á quienes debemos el *Trovador* y *Los amantes*. Pero con su inventiva, con su variedad, con su maestría, faltábale á Rubí aquello que da el primer lauro á los genios literarios, lengua pura y estilo perfecto. Mas, aunque adolecía el autor de ambos defectos, al hombre no le conocí ninguno. Caballeresco, leal, honrado, consecuente, digno hasta ser puntilloso, franco y caritativo, su ausencia perdurable nos ha herido en el corazón, y su falta en el cenáculo académico nos apena y entristece á todos sus compañeros igualmente. Inútil decir cómo nos habremos asociado á los elogios que Fabié le ha dirigido. Respondió á este nuestro compañero el ingenioso y amenísimo Castro y Serrano, en quien rebosa la sal ática, usada con una sobriedad y un gusto excelentísimos. Como indujo el cansancio temible de un tema solo para dos discursos, convirtió al auditorio á la contemplación de otro dramático ilustre, menos fecundo y creador, pero más acabado y más maestro que Rodríguez Rubí. Si los extremos se tocan, debían parecerse los dos; porque representaba éste, rico en obras aplaudidas y múltiples, el trabajo; mientras que su compañero y émulo representaba la pereza. Florentino, como le llamábamos sus amigos, de complexión casi neurótica, soltaba los nervios á todas las impresiones, pero no la inspiración á to-



EN EL PUERTO, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)



EN EL CAMPO, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)

dos los vientos. Castigaba y pulía mucho sus obras; y así acababa por invenir en su imaginación y expresar en sus versos lo perfecto. Recuérdese aquel su maravilloso *Quevedo*. Como Rubí demuestra cuánto precisa poner sumo estudio en el estilo, demuestra Sanz cuánto precisa poner en la vida orden completo. De todas suertes, con estilo y sin estilo, con orden y desorden, los dos fueron admirables. Felicitemos á Fabié y á Castro por haberlos tan sentidamente admirado. La entrañable admiración es el homenaje que más agrada en verdad al genio.

LA SANTERA, acuarela de D. Joaquín Sorolla
(Exposición de acuarelas y pasteles celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1890)

LA EXPOSICION GENERAL
DE BELLAS ARTES

VI

SALÓN DE HONOR

Obras de artistas catalanes fallecidos

La impresión que produce la sala de honor, después de haber recorrido las de pintura contemporánea, es verdaderamente singular. Colores, dibujo, figuras, asunto, hasta los marcos y dimensiones de los lienzos, todo cambió. Remontamos el curso de la pintura barcelonesa en el presente siglo; tenemos á la vista páginas sueltas de su historia: alguna nota saliente de aquella serie de progresivos esfuerzos que intenté resumir en mi primer artículo. Bien es verdad que el álbum no está completo ni ordenado. Sus hojas, como arrancadas al azar, no guardan la sucesión que debieran en una exposición retrospectiva. Algunas – los cuadros de Ferrán – son harto inferiores para figurar allí, aun con relación á su tiempo. Otras – los lienzos y acuarelas de Fortuny – no corresponden á los días de su mayor plenitud y fuerza; no dan la verdadera medida de todo su valer. Tampoco denuncian otras lo más típico de la época de sus autores: son obras extemporáneas en que el pintor, casi al final de su vida, intentó mudar su manera: último y supremo esfuerzo de todos, antes de retirarse para siempre.

Con ser así, tres generaciones están bien ó mal representadas en el salón. Las tres resumen la historia del arte, desde la segunda y tercera década de nuestro siglo hasta una época muy próxima.

Representa la primera Rodes, discípulo de López y de Camarón, con sus retratos al pastel y sus miniaturas primorosas; dos géneros del siglo pasado, de los cuales revive uno tras prolongado eclipse. Tiene á su lado á sus contemporáneos Planella, Batlle, Ferrán, Arrau, alumnos de la Escuela de nuestra Junta de comercio, la representante aquí de aquel renacimiento de cultura que patrocinaron los Borbones, en el siglo que ha llamado un escritor «el más académico de todos.» De aquella primera enseñanza proceden los cuadros bíblicos: *Sansón y Dalila*, *El Hijo pródigo* y una escena del *Diluvio*, aunque ésta trae una fecha bastante posterior y probablemente estará inspirada, aunque no se le parezca, en la del francés Girodet que reprodujo hasta la saciedad el grabado. De aquella época son también algunos bodegones, y no ciertas escenas de costumbres, ni un cuadro de historia moderna, precioso por sus datos de indumentaria, pero de tal género que su filiación es imprecisable. Todos ellos, con sus aguas verdinegras y biliosas, sus azules chillones, sus cielos anaranjados, requemados y siniestros, atestiguan, con las alteraciones de su color, su larga fecha; con sus asuntos, los gustos de aquel tiempo; con sus luces singulares, cómo se pintaron y compusieron. Todos, lejos de surgir en plena luz, la reciben del exterior, como escenas teatrales que alumbran macilentas candilejas. Los primeros planos, los rostros y carnaciones, las manos salientes de las figuras, resaltan, directamente iluminadas, sobre un fondo obscuro, bituminoso y denso, donde no penetra un átomo de claridad aunque la escena se suponga al aire libre. Parecen destinados á los fríos salones de la empelucada aristocracia que se extinguía, ó á llenarse de polvo en los claustros de los conventos, bajo la sombra medrosa de sus bóvedas ya cuarteadas. Aquella pintura no cuenta apenas con otros protectores y desaparece tras ellos.

La segunda generación la alcanza y vence: Espalter, Clavé, Cerdá, Lorenzale, Vicens... Es la que promovió el romanticismo entre nosotros: estudió en Roma, viajó por Italia, visitó á París: trajo á España, (Madrid y Barcelona), la idea nueva que debía derribar á los discípulos de David, como Madrazo (D. José) y Ribera, mucho después, eso sí, de que en Francia sustituyera al maestro, el joven Delacroix; aquí, sobre todo en aquella época, llegan tales novedades con lustros enteros de retraso. Espalter, discípulo de Grós, es elogiado en la primera ilustración *El Semanario pintoresco español* (1844), colabora en el primer periódico de Bellas Artes *El Renacimiento* (1847); pintor al temple, decoró el *Teatro Español* de Madrid (1849), el paraninfo de la Universidad central (1859), el panteón de los duques de Castro-Enríquez (1881). Clavé, fundador de la Academia de Méjico, toma por asunto para sus cuadros la historia patria: *Isabel la Católica*, *Juana la loca*, etc.: los temas obligados del 40 y siguientes. Lorenzale nos trae la escuela purista de Overbeck: Cerdá estudia y copia á los clásicos españoles Velázquez y Murillo. Abierta España á la influencia extranjera, reivindica, sin embargo, su personalidad histórica, su individualidad genuina, vueltos los ojos á su interrumpida tradición. Pocos son, no obstante, los cuadros que puedan atribuirse plenamente á tal época de férvido entusiasmo en la exposición retrospectiva. Los de Clavé, *Elías y el ángel*, *El Samaritano*, son aún de los tiempos de su pensión en Roma (1837-39), y continúan una tradición anterior, cuyos asuntos se perpetúan en la academia hasta nuestros días. Espalter está representado tan sólo por dos retratos de escaso valor. Vicens, por *El Cid*; Lorenzale, por el *Dante*, la *Danza*, una *Concepción*, y Roca por sus grabados en acero, retratos de Luis Felipe, el general Espartero, la Reina Isabel, el cronista Pi y Arimón.

Tras estos artistas, convertidos á su vez en profesores, llega la tercera generación cuyos días de triunfo y apoteosis hemos alcanzado todavía. Sans, Plá, Fortuny, Padró, Escobedo, Gómez – unos más jóvenes como este último, otros más viejos como el Director del Museo del Prado – abren y cierran el período más próximo á los artistas coetáneos. Los apuntes del natural de Fortuny, sus academias palpitantes, sus luminosas aguadas; la copiosa colección de cuadros de Gómez; las ilustraciones y figurines del teatro catalán, de Padró; las escenas de costumbres catalanas, de Escobedo, provocan ya los múltiples recuerdos del movimiento contemporáneo, y de aquel cambio radical que limpia la paleta de negruzcos betunes, y arroja raudales de luz y vibrantes notas sobre la tela, pronta á recibir las impresiones vivaces y francas que recibe el artista con sólo volver los ojos á la realidad que le rodea. Con nuevo aliento, con nueva fiebre creadora, el artista acude á la vez al lápiz, á la pluma, á la aguada, para fijar sus más fugaces impresiones. Desciende de los altos andamios, se rehusa á la historia para subvenir con más copiosas y deleitables obras á las necesidades de una sociedad burguesa que requiere una pintura-mueble, pequeña, portátil, que desde entonces nos está invadiendo por todos lados.

Tales son los tres períodos representados bien ó mal en la reducida sala de honor.

Si hubiéramos de juzgar los dos primeros única y exclusivamente por aquellas obras, la enseñanza que de ellas sacaríamos sería, por cierto, bien singular.

Arrumbando las teorías, á las cuales casi nunca corresponde la ejecución pictórica, si olvidamos la intención literaria que las inspiró y nos fijamos sólo en los progresos realizados en la luz, en el colorido, en el dibujo, en la luz sobre todo, apenas distinguimos allí diferencia notable entre dos escuelas tan opuestas y que tan vivas batallas riñeron, como la pseudo-clásica y la romántica. El hecho es frecuente y común en la historia de las artes: en presencia de las obras ya realizadas ocurre siempre lo mismo. Disputan los teóricos, riñen los artistas; se forman los bandos, se arma la pelea puramente ideológica, crece el polvo y atruenan el aire las declamaciones. Pero pasa el tiempo, y una vez prolongadas las distancias, ya nadie es capaz de averiguar ni por qué reñían los autores, ni qué les dividió con tanto encono. Ya no se sabe. La distancia y el tiempo borraron imperceptibles matices que eran para los contemporáneos líneas divisorias infranqueables de su campo de batalla: todos duermen en paz: sus obras parecen de una misma escuela; y se ve, por fin, que en el fondo todos creían lo mismo, ó mejor, todos hacían lo mismo. Esta sucesión de hechos opuestos, que se aproximan conforme se retira el espectador, recuerda la gráfica y feliz comparación de la columnata. Observadla de cerca y de frente: ¡qué separación entre columna y columna! Colocaos á distancia, miradla de lado: ¡cómo se tocan y confunden! En el salón de honor, repito, las columnas que se acercan son las más lejanas: los cuadros bíblicos de unos y los cuadros históricos de los sucesores. Ni en el color ni en el dibujo ni en la expresión es visible el adelanto. Tampoco la fecha constituye por sí sola signo alguno de progreso. En realidad, de aquellas dos generaciones de pintores y de sus obras exhibidas, sólo quedan hoy los retratos vigorosos y vivos de Rodes, de una construcción tan sólida, hija de la enseñanza concienzuda y lenta, último vestigio de la clásica del siglo pasado, y los retratos no menos animados y excelentes de Clavé y su *Samaritano* de fecha del 39. Bien observado todo, este es el único lienzo digno de un buen artista entre sus contemporáneos. Clavé, más afortunado que éstos, ó quizás porque les aventajó, es el único que resurge entre ellos con aquel estudio de desnudo, verdaderamente notable, y aquella composición sentida, hermoso fragmento de museo entre tantas obras presuntuosas.

Sólo cuando se llega á los cuadros del 60 para acá se advierte verdaderamente un cambio radical en la pintura: el color se abrillanta y aviva, el dibujo adquiere movimiento y expresión desconocidos hasta entonces, la luz inunda el cuadro de dentro afuera, le hinche, se matiza, pasa por todas sus gradaciones. Pero aun al llegar aquí, ¡cómo empiezan también á causarnos dolorosas sorpresas nuestros ídolos de ayer! ¿Serán como la tercera columna que con la lejanía va acortando la distancia? ¿Será que el tiempo en su obra destructora altera los colores modernos con mayor rapidez, y así va á cubrir también con tintas amarillentas y negra patina las frescas pinceladas de un Fortuny, sus aguadas transparentes? Su célebre *Batalla de Tetuán*, objeto de un verdadero *engouement* á la muerte del pintor, aparece confusa en sus más notables fragmentos, empalidecida, trocada para nuestros ojos. Cierto que el insigne artista se resistió siempre á darla otro valor que el de una mala y forzada tentativa juvenil. Su mismo *Contino* parece hoy de tintas pesadas; su *Odalisca* adquirió el tono rojizo del barro cocido. Una sola nota, *Las lavanderas*, centellea en un rincón, vibrante, con toda la frescura, la vivacidad, el audaz desenfado de aquel genio colorista. Junto á él sólo conservan también sus calientes pinceladas, grandes y jugosas, los cuadros de Gómez, sus armonías y finuras de color, la *Poncelleta*, su *Músico*, el más contemporáneo de toda aquella exposición muerta, su valiente aguada, un *Estudiante*. Gómez es el pintor más *español* de todos los artistas catalanes, si por español se entiende de la vieja escuela del naturalismo del siglo de oro. No sé imaginarle sino con el chambergo, la golilla y la capa, cuando pinta aquellos trozos robustos y de casta, sus viejos de rostro avinado y traje pardo, sus morenas, pandereta en mano, destacando por obscuro, con falda de suave seda de colores tornasolados y alegres. A su lado Sans, menos genial, más tardo en concebir y ejecutar, desciende de nivel con su *Fortuna*, decoración ya anticuada, de la cual se proponía mudar la figura desnuda, según nos advierte el catálogo; se sostiene tan sólo en alguno de sus cuadros pequeños: *Casa de labranza en los alrededores de Barcelona*. Escobedo introduce aún en una composición de labradores algo de un melodrama del Romea. ¡Qué traje tan distinto el de los rústicos de ahora! ¡Cómo recuerdan sus calzones azules, sus polainas, su gorro colorado, los de las viñetas de los periódicos catalanistas! El traje típico se conserva todavía en aquel cuadro del 66. Y por fin, no lejos de allí, algo más abajo, hay una aguada del escenógrafo Plá, copia del natural exacta, detallada, bien iluminada: el realismo introduciéndose en la escenografía.



LA VUELTA DE LA PESCA, estatua en yeso de D. Dionisio Pastor Valsero
(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890)

Fuera de esto, la impresión de conjunto de aquella sala es triste, como toda ojeada retrospectiva. Las mudanzas que experimenta el color en aquellos cuadros nos sobrecogen con el sentimiento de lo que acaecerá con el tiempo á los de las salas próximas. Pero otra consideración se nos impone. Hay que leer las críticas añejas de aquellos cuadros, la del *Samaritano*, por ejemplo, para convencerse de que son las mismas que sugeriría un cuadro de ahora, sin mudar una tilde: la *naturaleza*, la *verdad del colorido*, etc., esmaltan las líneas. Y sin embargo, ¡quién las aplicaría ahora á aquel lienzo! ¿Serán estos conceptos tan re-

lativos que dependan del grado de observación, y del hábito de nuestros ojos? Mascullando estas dudas, y á buen paso, salgo á contemplar en la sala inmediata los lienzos de hoy, con el color aún fresco y luciente, recién salido del tubo. ¿Qué cambios les aguardan y cómo serán tildados dentro de cincuenta años?

J. Yxart

31 mayo

DESHONOR POR DESHONOR

I

En una habitación de una fonda situada en la Puerta del Sol de Madrid, hallábase Federico Pulgárez, marqués de Paleso y capitán de caballería.

Veintisiete años tenía el capitán Pulgárez, como le llamaban en su regimiento, que se hallaba de guarnición en Alcalá, cuando comienza esta historieta.

Era el capitán lo que las mujeres llaman un buen mozo.

Extraño era ver en su cara señal alguna de tristeza, y á la verdad que no es muy difícil estar alegre y risueño siempre, cuando se cuentan veintisiete años, se posee una fortuna de ocho ó nueve millones, una hermosa presencia, una lengua expedita para enamorar, una carrera militar brillante, y para que nada falte, un título nobiliario que, si no para otra cosa, sirve al menos para halagar la vanidad.

Dos horas hacía que Pulgárez había llegado á Madrid y se había alojado en la fonda de... supongamos que se alojó en la Peninsular, y si ésta no es del agrado del que leyere, traslade al bueno del capitán á la que su antojo le dicte, que yo sé que se dejará llevar sin protesta, y aun dará las gracias si sale ganando en el cambio.

Desde el momento de su llegada á la fonda, ocupábase D. Federico en hacer una minuciosa *toilette*, como él decía, ó un minucioso tocado, como debería decir.

Mientras se vestía su uniforme de lanceros, renegó varias veces, dijo entre dientes palabras que nadie oyó y que por lo tanto no han pasado á la historia, y de haber pasado, librárase el cronista de estamparlas en el papel; y cuando al fin se vió vestido, miróse al espejo y dijo: «¡Ea! El último golpe de belleza.» Se retorció las guías del bigote, se atusó con un cepillito de marfil su barba, y colocándose muy echada á los ojos la leopoldina, salió del cuarto y bajó las escaleras, con tal taconeo, sonar de espuelas y tanta arrogancia y marcialidad, que cualquiera al verle hubiera adivinado su pensamiento, que era este: «El mundo es pequeño para mí.»

Llegó á la puerta de la calle, se detuvo y quedóse pensativo por un momento.

Metióse la mano en el bolsillo de su pantalón, y sacó de él un papel en el que leyó: «Eugenia Anterano, Farmacia, 103, tercero izquierda.»

Al leer esto, se pintó en su cara un cierto disgusto ó contrariedad.

«¡Vaya que es divertida la comisión, pensó; y he de hacerla! Como que únicamente á eso he venido á Madrid y es además un deber de conciencia. La embajada tiene un triste objeto y voy á pasar un mal rato. Lágrimas, gritos, quizá algún desmayo... ¿Encontraré ahora á la señorita Eugenia en su casa? Yo creo que no; luego á las siete iré.»

Temiendo lo enojoso de su comisión, retardó el marqués su cumplimiento.

Cuando dieron las siete, hallábase en el casino de la Peña.

Encontró allí á varios amigos, y charlando, charlando se olvidó del objeto de su venida á Madrid.

Eran ya cerca de las ocho y decidió ir á comer á Fornos, dejando para el siguiente día el cumplimiento de su comisión.

Pasó el día siguiente y el marqués no encontró momento oportuno de ir á visitar á Eugenia Anterano.

Al tercero despertó Pulgárez cuando ya la gente que trabaja lleva seis horas de fatiga, ha comido y se dispone á trabajar de nuevo.

El primer pensamiento del marqués al despertarse fué que aún no había visitado á Eugenia. «Hoy he de ir, no hay más remedio, se dijo. El coronel no me ha concedido más que tres días de permiso y mañana he de estar en Alcalá. Me molesta mucho tener que hacer esa visita; pero, ¡qué diablo!, también me preocupa demasiado una tontería. ¿Tengo yo la culpa de que le haya dado á Fernández la mala ocurrencia de morirse? Desagradable es ir á notificar á una muchacha que se ha muerto su novio, pero también es necedad que yo me preocupe por ello tanto. Presenciaré una escena triste, y se acabó... ¿Será guapa la novia de Fernández? Muy guapa no será ó ha de tener muy mal gusto, porque la verdad es que el muerto no tenía nada de bonito ¡Pobre Fernández! ¡Pero qué feo, qué refeo era! ¡Qué cara aquella tan triste! ¡Qué cuerpecillo tan enclenque y raquítico, y qué color, color de cera sucia. La naturaleza le hizo feo, y para compensarle de su fealdad, le negó toda clase de gracias y todo género de atractivos. Aún recuerdo el primer día en que le vi; ¡qué efecto me causaron sus patitas tan torcidas y tan flacas! Cuando se ponía en pie parecía que iba á romperse. Su físico no podía ser más repulsivo, sobre todo por aquel cutis tan basto y tan grasiento, y por aquel pelo y aquella barba de un color negro tan sucio. Parece que le estoy viendo en el hospital. ¡Pobrecillo! La enfermedad no había logrado desfigurarle. A quien más quería en el regimiento era á mí, y por eso me llamó para hacerme albacea de su testamento de amor. Estaba ya muy malo, casi no podía hablar, quiso incorporarse, pero no pudo.

– Capitán, me dijo, enseñándome aquellos dientes que no eran negros ni amarillentos ni verduscos, pero que de todo tenían menos de blanco, usted sabe que le quiero y yo sé que usted me tiene algún afecto.

– Más que afecto, le respondí, sé lo que usted vale y le quiero y...

– Gracias, me interrumpió, con aquella vocecita que me recordaba el zumbido de un mosquito; no me he equivocado y estoy seguro de que cumplirá usted mi encargo.

– Lo prometo, dije, pida usted lo que quiera.

– Es muy fácil lo que voy á pedirle. En Madrid vive una mujer á quien quizá interese saber la noticia de mi muerte.

– No piense usted en eso, hombre; la muerte está lejos, le quedan á usted muchos años de vivir.

– De vivir bajo tres palmos de tierra, muchos; pero no se trata de eso. Si he de hacer más guardias, ya lo veremos; pero como temo mucho no verlo, quiero, ó por mejor decir, debo dar á usted un encargo. Cuando yo muera, vaya usted á Madrid; en la calle de la Farmacia, número 103, vive Eugenia Anterano, profesora de música: dígale usted que he hecho todo lo posible, pero que no ha podido ser, que se acuerde alguna vez de mí y que me perdone.

– Dése usted por perdonado, dije yo; usted no ha podido inferir ofensa á nadie.

– ¡Quién sabe, capitán! ¿Cumplirá usted mi encargo?

– Lo juro.

– Gracias, dijo, y me tendió su mano calenturienta y sudorosa, y tan escualida, que al estrecharla me pareció que apretaba un manojo de espárragos trigueros, sacados del fuego en el momento en que va á empezar á hervir el agua en que están metidos.

»Y nada más me dijo el desdichado Fernández y dos horas después murió. Y yo tres días hace que he podido cumplir su última voluntad y no la he cumplido. Soy un estúpido; pero dentro de dos horas habré dejado de serlo, ó por lo menos habré cumplido el encargo del pobre Fernández. ¡Arriba, perezoso, que temes ver llorar á una mujer! ¡Arriba y á vestirnos! Dentro de dos horas ya sabrá la señorita Eugenia que está viuda... vamos al decir, y yo mañana á estas horas estaré en Alcalá y el pobre Fernández en el cementerio, y quizá la que fué su novia recuerde el refrán que dice: «A rey muerto, rey puesto,» y sustituya al alférez muerto con un alférez vivo.»

Dió el marqués por terminado este soliloquio, se echó fuera de la cama, y comenzó á vestirse. Después;... pero lo que pasó después merece capítulo aparte.

II

Dió el capitán un paseo por las calles de Madrid antes de decidirse á ir á la calle de la Farmacia. Mientras paseaba iba pensando en la mejor manera de dar la triste nueva.

«¡Pobre muchacha!, pensaba, ¡cuán ajena estará de imaginar lo que la espera! ¿Cómo será? ¿Será guapa? No sé, porque se me figura que debe ser así... algo extravagante; una muchachilla pequeña, nerviosa, morena pálida, muy viva, peinada de cierto modo que la dé un aire de artista, sencilla y algo varonil en el vestir. Por fuerza ha de haber en ella algo raro: ¿cómo si no explicar que se enamorara de Fernández? Será algo romántica, y esto dificultará mi comisión. Comenzaré diciéndola que voy á visitarla en nombre de Fernández; se interesará mucho y me dirigirá preguntas:

– ¿Va á venir pronto?

– No; por ahora no podrá venir.

– ¿Acaso está enfermo?

– Sí; delicadillo se encuentra.

– ¡Ay, Dios mío! ¡Hable usted! ¿Es grave su enfermedad? Hable usted, ¡por la Virgen Santísima!

– Está grave, pero no...

– Dígame usted la verdad, toda la verdad.

– La verdad es que está bastante enfermo.

– ¿Qué tiene mi Rafael de mi alma?, gritará entonces con los ojos llenos de lágrimas y con voz ahogada por el dolor.

– No se sabe fijamente, pero los médicos temen que sea tifus.

– ¡Tifus! Y estará en una casa de huéspedes, mal cuidado... Quiero cuidarle yo misma, y diga el mundo lo que quiera; es mi obligación.

»Al decir esto se levantará, disponiéndose á venir conmigo á Alcalá, yo la detendré:

– Señorita, tranquilícese usted, Rafael está bien atendido y cuidado, todos sus compañeros le hemos asistido; y acentuaré el *hemos* para que...

– ¡Cuidado por hombres solos! Quiero, quiero ir á cuidarle yo.

– Repito á usted que...

– ¡Déjeme usted!, ¡déjeme usted!

– Pero si no necesita cuidados de nadie.

– ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

– Que está muy bien...

– No, no es eso lo que ha querido usted decir; mi Rafael, mi Rafael... ¿Calla usted?

»Yo inclinaré la cabeza, y comenzará entonces la parte más desgarradora de la escena. Llorará en silencio si le quiso bien, y dando gritos si su amor fué exaltado ó romántico; se calmará luego y querrá saber los detalles. Nuevos gritos al oir que ha muerto en el hospital, y muchas lágrimas y grandes suspiros cuando yo la diga lo que Fernández me encargó; repetiré sus mismas palabras: «Dígale usted que se acuerde alguna vez de mí, que ya ve que no pudo ser y que me perdone.» Esto dijo, bien lo recuerdo. Y ahora que caigo; no entiendo bien estas frases: «ya ve que no pudo ser, y que me perdone.» ¿De qué ofensas pediría perdón Fernández? ¿Si será esto alguna historia extraña?»

Distraído con estos pensamientos y forjando en su imaginación novelas que explicaran las palabras de Fernández, llegó el marqués al número 103 de la calle de la Farmacia. Preguntó en la portería si vivía allí Doña Eugenia Anterano y si sabía que estaba en casa. Dijéronle que sí y subió hasta el piso tercero, con entresuelo, primero, principal y segundo.

Salió á abrirle una mujer como de unos 40 años, á quien entregó su tarjeta, diciendo que deseaba ver á la señorita Eugenia.

Pasó á una habitación muy pequeña y amueblada muy modestamente.

Le rogó la criada que esperara un momento, porque la señorita estaba acabando de dar una lección de piano.

Mientras esperaba estuvo el marqués examinando la habitación. Un sofá de reps verde y cuatro sillas que presentaban señales de una edad muy respetable; velillos de puntilla muy blancos en los respaldos; al pie del sofá una alfombra de muchos colores, hecha de retazos; varios cromos en marcos de caña dorada, de fabricación casera como los velillos, la alfombra y los visillos del balcón; al lado de la puerta una mesa de nogal y sobre ella unos jarrones con flores de trapo, una caja hecha con conchas y caracoles y una urna que servía de casa á un San Antonio de Padua. Examinó el marqués la imagen del santo y no pudo menos de sonreirse. El escultor, llamémosle así, había hecho una herejía artística. El infeliz San Antonio tenía la cara tan lamida y tan blanquita, una boca tan grande, un cerquillo tan descomunal y en la parte superior de la cabeza un plumerillo de cabellos tan puntiagudo, que parecía habían adornado al pobre santo con una peluca de *clown*. El Niño Dios, sentado sobre la mano del santo y dándole la espalda hallábase colocado como sobre una banqueta. Estaba muy gordito y el color de sus carnes era tan arrebatado, que parecía que llevaba un traje de malla de esos que llevan las volatineras callejeras. Todo contribuía á que santo y niño recordaran á los artistas acróbatas, y para que nada faltara, parecía que el niño estuviera haciendo juegos malabares con la plateada bolita que representaba el mundo.

Tuvo Pulgárez que esperar un largo rato, oyendo una vocecita que solfeaba *fa, mi, sol, fa, mi, re.*

Al fin se abrió la puerta y salieron corriendo tres niñas que ni siquiera le vieron.

Entró la criada y le suplicó que pasara á la habitación de al lado.

Así lo hizo, y vió sentada en un taburete, colocado frente á un magnífico piano Erard, á una joven que supuso sería Eugenia Anterano.

– ¿Tengo el gusto de hablar con la señorita Eugenia?, preguntó el marqués.

– Tome usted asiento, caballero; yo soy la persona á quien usted busca.

El capitán pudo contemplar á Eugenia y vió que



LA ESTUDIANTINA ESPAÑOLA DE VALPARAÍSO. (De una fotografía remitida por D. Francisco Griñó.)

era muy distinta de como en su pensamiento quiso imaginársela.

Era una mujer hermosísima y arrogante y con un aire tan distinguido, que hubiera llamado la atención en los más aristocráticos salones; vestía con suma sencillez, pero sencillez correctísima y elegante.

El marqués quedóse asombrado y pensó: «¡Vaya una mujer! ¡Demonio y qué cosas sabía buscar Fernández! Es guapísima, guapísima. ¡Si hubiera alguna más expresión en sus ojos! Tiene la belleza de una estatua, pero también su frialdad.»

– Caballero, usted dirá á qué debo el honor...

– Deploro, señorita que un motivo triste...

– ¿Triste?, interrumpió Eugenia con gran tranquilidad.

– Creo, dijo el marqués, que bastará que pronuncie un nombre para que comience usted á explicarse el motivo de mi visita. ¿Conoce usted al Sr. D. Rafael Fernández?

Ni la más ligera sombra de alteración se pintó en el rostro austero de Eugenia, que contestó:

– Le conocí hace ya tiempo.

– Veo, continuó el marqués, que por dicha he encontrado en usted una señorita dotada de un carácter frío y nada curioso.

– ¿Lo cree usted así?, repuso Eugenia con cierto tono de delicada ironía. Agradezco á usted el juicio que de mí ha formado; pero prosiga usted, se lo suplico.

– Soy militar, capitán de caballería; en mi escuadrón *sirvió* el alférez Fernández. Recalcó la palabra *sirvió* para comenzar la triste nueva.

– ¿Sirvió?, dijo Eugenia. ¿Ha sido destinado á otro regimiento?

El marqués sintió deseos de decir: «ha muerto,» pues sin saber por qué le irritaba aquella frialdad, fingida ó cierta. Se contuvo y con gran gravedad continuó:

– Duéleme tener que anunciar á usted que Fernández está gravemente enfermo.

– Ha muerto.

– ¿Lo sabía usted ya?, exclamó el capitán, admirado ante aquella dura frialdad.

– No, contestó la joven, lo presumí desde el momento en que pronunció usted su nombre, y sólo por eso he soportado el insulto que me infiere una embajada como esta. Fernández se ha refugiado en la impunidad del sepulcro.

Dicho esto, sonrió de un modo extraño, y clavó sus ojos en los del capitán.

Este se encontró en una difícil situación, no sabía qué decir ni qué hacer y se sentía molesto al verse mirado de aquella manera. Después de unos momentos de silencio, dijo:

– Discúlpeme usted si no entiendo sus palabras. No sé en qué consiste el insulto. Cumplo la última voluntad de un muerto, y creo que merecía me hubiese usted recibido de otra manera, al menos por mí, que no hubiera aceptado la responsabilidad de un insulto inferido á una señora.

Eugenia escuchó imperturbable; no se movió ni un solo músculo de su cara, y haciendo caso omiso de la severa lección que le había dado el marqués, dijo:

– Refiérame usted detalles.

– Murió del tifus hace seis días. Poco antes de morir me llamó y me encargó viera á usted y le dijese: «que se acuerde usted alguna vez de él, que ya ve usted que no pudo ser y que le perdonara.» Creo haber cumplido mi comisión, y sólo me resta pedir á usted me dispense si la he molestado.

– ¿Molestarme? No. Pero hágame usted el favor de volver á sentarse; la conferencia no ha terminado. Usted á lo que parece era el amigo, el confidente de Fernández.

– No, contestó el marqués. Creo haber dicho á usted que le conocí en el servicio: fué primero sargento, y cuando ascendió á alferez vino á servir á mi escuadrón. Le tuve en gran estimación porque era un buen oficial.

– ¡Ah!, dijo Eugenia con una sonrisa burlona. Perdone usted si creí... Comprendo toda la diferencia que existía entre ustedes; mas como vino á cumplir una comisión que permitía suponer cierta intimidad...

Pronunció estas frases con tanta altanería y con un desdén tan irritante, que el capitán sintió que se le despertaba la cólera y necesitó un gran esfuerzo para contenerse.

– Supuse, continuó Eugenia, que si se había usted encargado de esta comisión, se debería á haber escuchado las confidencias de su amigo, de su compañero el alférez Fernández, y por eso creí que no desconocería las razones por las cuales Fernández me ha pedido perdón en su última hora.

– No, señorita, no sé qué causa ni qué ofensa, y permita que la diga...

– ¿Que no desea saberlas?, interrumpió Eugenia. Pero yo deseo que las sepa. En su pensamiento, si alguna vez se acuerda usted de Fernández y de mí, irán revueltos y confundidos ambos recuerdos, y no quiero que eso ocurra; tenga usted paciencia y escúcheme un instante; ha de oir usted parte de mi historia. Vivía yo en San Sebastián, dando lecciones de música, allí conocí á Fernández, que era sobrino de una señora muy rica. Se enamoró de mí y me solicitó de una manera insistente; yo no le amaba y no escuché sus ofrecimientos, por más que me ofreció hacerme su esposa. No desistió por eso en sus pretensiones; mis negativas y mis desdenes no sirvieron más que para irritar su amor. Para abreviar, suprimiré detalles y diré á usted que su amor irritado, ó mejor, lo canallesco de su alma, le llevaron á emplear la calumnia, para alcanzar lo que ni el oro ni otros ofrecimientos alcanzaron. Por una tercera persona me hizo acudir á una casa de la que salí deshonrada; deshonrada para las gentes, entiéndalo usted bien, honrada y pura para mí y para él. Yo estaba sola en el mundo; vivía de mi trabajo, y Fernández al quitarme la honra me arrancó también mi manera de vivir. La profesora de piano que antes era bien recibida en todas partes, de todas partes fué despedida. Vendí cuanto tenía y hubiera mendigado un pedazo de pan, cuando un día se presentó en mi casa Fernández y nuevamente solicitó mis favores. «Seré de usted, le contesté, cuando me haga su esposa.» Al fin me entregaba á aquel hombre odioso, pero el precio era mi honra. Prometió hacerlo, pero no cumplió su promesa. Su tía se opuso al matrimonio ame-



LA JUVENTUD DE SANSÓN, ...



nazando con desheredarle. No quiso Fernández contrariar y desobedecer á su tía, por más que yo le ofrecí trabajar para los dos. Le llamé cobarde, y él entonces gritó: «¡Cobarde no! Yo sabré crearme una posición, y mi tía cederá al cabo y cumpliré mi palabra, remediando el daño que te hice.» Sentó plaza, ascendió á alférez, hace poco me escribió diciendo que en el próximo mes de mayo nos casaríamos. Ya sabe V. lo demás. Por no cumplir su palabra se ha muerto.

Calló Eugenia, que había referido esta historia con una calma y una frialdad admirables

El capitán que había escuchado sin pestañear, dijo:

– No sé qué admirar más en usted, si el valor que tuvo, ó el que hubiera necesitado tener para casarse. Se hubiera usted casado...

– Para lavar mi deshonor de soltera y para vengarme.

– ¡Vengarse!

– Sí; ya casada hubiera devuelto á Fernández deshonor por deshonor. He concluído mi historia, añadió levantándose y haciendo con la cabeza un ligero saludo al marqués.

Saludó éste también y salió todo turbado.

Cuando la criada le abría la puerta de la casa, oyó que Eugenia tocaba en el piano un alegre vals de Offenbach.

Ricardo Revenga

SECCIÓN AMERICANA

ROPA APOLILLADA

I

UNA PARTIDA DE PALITROQUES

Gran jugador de bolos fué Alonso de Palomares, soldado que vino al Perú en la expedición de don Pedro de Alvarado, el del célebre salto en Méjico.

Es sabido que D. Francisco Pizarro tuvo pasión por este juego, y que junto con la fundación de Lima estableció en la vecindad del Martinete un boliche ó cancha de bochas, adonde iba todas las tardes á pasar dos horitas de solaz. Fuese adulación, ó que en realidad no hubiera quien lo aventajase, lo cierto es que su gloria como bochador no tenía eclipse.

Cuando llegaba el marqués, toda partida se suspendía para que él y sus amigos entrasen en posesión del boliche.

Habláronle una tarde de la destreza de Alonso de Palomares, y Pizarro quiso conocerlo y jugar con él

– Dícenme, señor soldado, le dijo, que vuesamerced es mucho hombre como jugador de palitroques, y si le place probaremos fuerzas en una partida.

– Hónrame su señoría con la propuesta, contestó Palomares. ¿Y á cómo ha de ser el *mingo* que interesemos?

– Fíjelo vuesamerced.

– Aunque pobre soldado, continuó el otro, no me faltan trescientos ducados de oro en la escarcela, y si á vuesaseñoría conviene interesaremos cinco ducados por partida, que ninguna honra recibe en ser adversario del señor gobernador no puede hacer juego roñoso.

– Sea, repuso lacónicamente el marqués, y comenzó la partida.

Jugaron aquella tarde mientras hubo luz. Partidas perdió el gobernador y partidas perdió el soldado; si bien éste, según el sentir de los inteligentes, hizo mañosamente algunas *pifias*, como para inspirar confianza á su contrario. Y sin embargo, le ganó veinte ducados al marqués.

Y siguieron durante un mes jugando todas las tardes, hasta que se convenció Pizarro de que en Palomares había encontrado maestro de quien recibir lecciones. Erale deudor de cien ducados de oro.

El marqués, siempre que perdía, se desahogaba denostando á su vencedor, el cual sonreía con mucha flema y continuaba dando bochadas que no dejaban palitroque en pie. ¡Jugadorazo el Palomares!

Entretanto pasó una semana, después de roto el compromiso de juego, sin que D. Francisco se acordase de pagar los cien ducados, hasta que un día tuvo el soldado la llaneza de recordárselo.

– No le pago al muy fullero, contestó con cólera Pizarro.

– Corriente, señor marqués, no pague usía si no quiere, que habré perdido mi dinero y ganado sus injurias.

Dice Garcilaso que la respuesta le cayó en gracia al gobernador, porque volviéndose al tesorero Riquelme, le dijo riendo:

– Págale á este mozo lo que reclama, y en buena hora sea, que de mi mano no volverá á ver moneda en el boliche.

Y es fama que tanto se sintió humillado en su amor propio de jugador, por haber encontrado maestro, que desde entonces nadie volvió á ver á D. Francisco Pizarro bocha en mano.

II

LOS QUE ESTÁN Á LA MIRA

Fué el licenciado Polo de Ondegardo, autor de una interesante crónica historial del Perú que, según Prescott, se conserva aún inédita, hombre de agudo ingenio y muy amigo de jugar con los vocablos. Pruébalo el que habiéndose querellado ante él dos individuos que se dieron de golpes, empleando el uno una vara de medir y el otro una pesa de cobre, díjoles el juez: «en este litigio no cabe sentencia, porque el asunto se ha ventilado ya con peso y medida.»

Cupo al *Demonio de los Andes* Francisco de Carvajal bautizar con el nombre de *tejedores* á los que en política se manejan con doblez y que bailan al son que tocan. En ese siglo de revueltas hubo no pocos que, huyendo de comprometerse en los bandos, esperaban á última hora para exhibirse como partidarios de la causa que entre cien contara con noventa y nueve probabilidades de éxito.

Polo de Ondegardo bautizó con el nombre de *los que están á la mira* á esos politiqueros de encrucijada que en nuestros días llamamos *oportunistas* ó amigos de la víspera, y que, de paso sea dicho, son los que se adueñan de las mejores tajadas, dando autoridad al refrán que dice: «nadie sabe para quién trabaja.»

Enviado Ondegardo á Charcas con el carácter de Gobernador por D. Pedro de Lagasca, se vió en el caso de investigar el comportamiento de los principales vecinos durante la ya vencida revolución de Gonzalo Pizarro, para premiar en ellos su lealtad y servicios á la causa del rey, ó bien para imponer castigo á los que resultasen contaminados con la lepra de la rebeldía. Si bien de estos últimos sólo encontró dos que enviar sin escrúpulo á la horca, en cambio tampoco halló á nadie digno de obtener mercedes, que era el licenciado juez muy exigente en esto de aquilatar el merecimiento ajeno. Para manga ancha las juntas calificadoras de nuestros tiempos, en que resultan hasta vencedores en un combate prójimos que se hallaban á cien leguas de distancia. Muy cómodo es hacer caridades á expensas del tesoro fiscal y no del propio.

Después de escuchar el alegato de méritos y servicios de cada vecino, Polo de Ondegardo, entre risueño y grave, formulaba objeciones, y como no le contestaban exhibiendo documentos que comprobasen no haber sido el sujeto tibio en la defensa de la bandera real, concluía el licenciado con estas frases:

«Está visto, mi amigo, que vuesamerced no ha arriesgado un cabello en favor del rey, y que ha militado entre *los que están á la mira.* No ha sido bobo vuesamerced; pero, para mí, más gracia merece el enemigo declarado, que quien está á la de viva quien venza. Lo pagará su bolsa, y así escarmentará, para en otra no estarse á la mira, sino comprometerse con San Miguel ó con el diablo.»

Y á todos los de la mira les impuso una multa para el tesoro de su majestad desde cien hasta mil ducados, según la posición y teneres de la persona.

Y fueron tantos los que resultaron pecadores de haber estado á la mira, que pasó de un millón de pesos la suma que Polo de Ondegardo remitió á España con destino á la real persona de su majestad don Felipe II.

Ricardo Palma

NUESTROS GRABADOS

Descanso, copia de una pintura de Mariano Fortuny. – Huelgan, siempre que de este malogrado pintor se trata, descripciones y encomios, pues unas y otros surgen naturalmente de la contemplación de sus prodigiosos lienzos. Estos se imponen porque son esencialmente bellos, como se imponen las tiernas melodías de Bellini ó las sublimes concepciones de Wagner. Y cuando tal acontece con una obra de arte, lo mejor que puede hacerse es cerrar el pico y dejar que cada cual saboree á su placer y sin que nada ni nadie le distraigan lo que tan dulcemente halaga sus sentidos y por modo tan maravilloso conmueve su alma.

Predicando, pues, con el ejemplo, hacemos punto final, consignando sólo que este cuadro es también conocido, según creemos, con el título de *Arabe fumando*, y que así lo designa el Sr. Ossorio y Bernard en su notable *Galería biográfica de artistas españoles del siglo* XIX.

***

En el puerto. - En el campo, cuadros de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)—Tal es el título de los dos lienzos que publicamos y que merecen conocerse entre los varios que expuso Meifrén en la Galería Parés, antes de abandonar nuestra ciudad para fijar su residencia en París, realizando un verdadero alarde de sus aptitudes pictóricas. Ofrecían sus obras todas las variaciones que es posible suponer en el género especial en que tanto se ha distinguido Meifrén, y acusaban todas ellas el completo dominio y perfecto conocimiento que posee de los varios matices que presentan el agua y el cielo, según sean sus movimientos y momento en que se la represente.

Agradablemente sorprendieron algunos de sus paisajes, quizás los primeros que ha expuesto Meifrén, ya que se descubría desde luego en ellos la brillante espontaneidad de su paleta y el espíritu observador del artista, que fiel intérprete de la naturaleza, trató de reproducirla aun en el aspecto por él menos estudiado.

***

La santera, acuarela de Joaquín Sorolla. (Exposición de acuarelas y pasteles celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid.) – Joaquín Sorolla es uno de esos distinguidos pintores que tanto han contribuído con su esfuerzo á enaltecer y perpetuar el buen nombre de la escuela valenciana. Sus cuadros titulados *El 2 de mayo de* 1808 y *El entierro de Cristo*, así como los varios lienzos que remitió desde Roma durante los cinco años de su pensionado y las recompensas alcanzadas en las Exposiciones nacionales, demuestran que Sorolla figura dignamente entre los buenos artistas españoles.

Dos aguadas y algunos pasteles y acuarelas remitió Sorolla á la Exposición que celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid, destacándose entre ellas y aun entre las que figuraron en aquel certamen, la que tituló *La santera*, bellísima por el concepto, por el color y por el dibujo. El asunto no podía ser más sencillo, y sin embargo atraía la atención de los inteligentes y aficionados. Una mujer joven y hermosa, perfecto tipo de las bellas hijas de las riberas del Turia, hállase ocupada en alimentar la lámpara del altar cuyo arreglo le está confiado. Su figura destácase sobre el severo fondo, que alumbrado débilmente por la mortecina luz de lámpara, hállase sumido en esa misteriosa obscuridad de nuestros templos, destacándose únicamente por obscuro las siluetas de los santos del retablo, sus doradas coronas y los abrillantados azulejos del arrimadero, en tanto que aparece en toda la belleza de sus líneas la *santera*, teniendo levantado uno de sus brazos, fino de color y de líneas, perfectamente armonizado con la general entonación.

***

La vuelta de la pesca, estatua en yeso de D. Dionisio Pastor Valsero. (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.) – Al notable escultor Sr. Pastor Valsero no puede aplicársele el conocido refrán de «al primer tapón...» Por el contrario, expone por primera vez en la última Exposición Nacional de Bellas Artes y por unanimidad le concede el Jurado una medalla de tercera clase. Y nadie dirá que tal distinción no fuese ganada en buena lid, pues *La vuelta de la pesca*, que le valió tal recompensa, es una figura elegante, modelada con tanto cariño como acierto, que rebosa naturalidad y expresión, y revela el cuidado y el provecho con que su autor ha estudiado á los grandes maestros en ese género tan simpático y no fácil, si se ha de conseguir, como el Sr. Pastor lo consigue plenamente, interesar al espectador con asuntos baladíes, si se quiere, pero que por lo mismo exigen mayores condiciones técnicas si han de producir el apetecido efecto.

***

La estudiantina española de Valparaíso. – Compuesta de jóvenes españoles establecidos en aquella ciudad chilena, en donde se dedican al comercio, la estudiantina del Círculo español de Valparaíso sostiene muy alto el buen nombre de la madre patria por su amor al trabajo, por sus aficiones artísticas, á las que consagra los ratos que sus ocupaciones le dejan libres, y por sus filantrópicos sentimientos, á impulsos de los cuales organiza fiestas á beneficio de los necesitados, y que le han valido el dictado de «ángel de la caridad.» La estudiantina consta de diez y seis individuos, los más de los cuales no saben solfeo y han de aprender, por ende, las piezas de memoria, y está dirigida por D. Gaspar Barroetabeña, joven de gran inteligencia y de no comunes conocimientos musicales.

***

Juventud de Sansón, cuadro de M. Bonnat (Salón de París de 1891.) – De la narración bíblica que nos presenta á Sansón en sus mocedades entretenido en romper á fuerza de brazos las mandíbulas de los leones, ha tomado asunto el pintor francés Bonnat para el hermoso cuadro que reproducimos. El león, medio derribado, forcejea en vano por desasirse de los brazos del hebreo, cuya actitud tranquila contrasta con los movimientos desesperados de aquél y revela la superioridad del hombre sobre la fiera.

La pintura de M. Bonnat es de composición valiente: la silueta del héroe es noble, y la musculatura está reproducida con pasmosa verdad, y en cuanto al león hay en él tanta fiereza, tanta expresión de dolor al sentirse vencido, que unánimemente lo han juzgado los críticos franceses como obra maestra en su género.



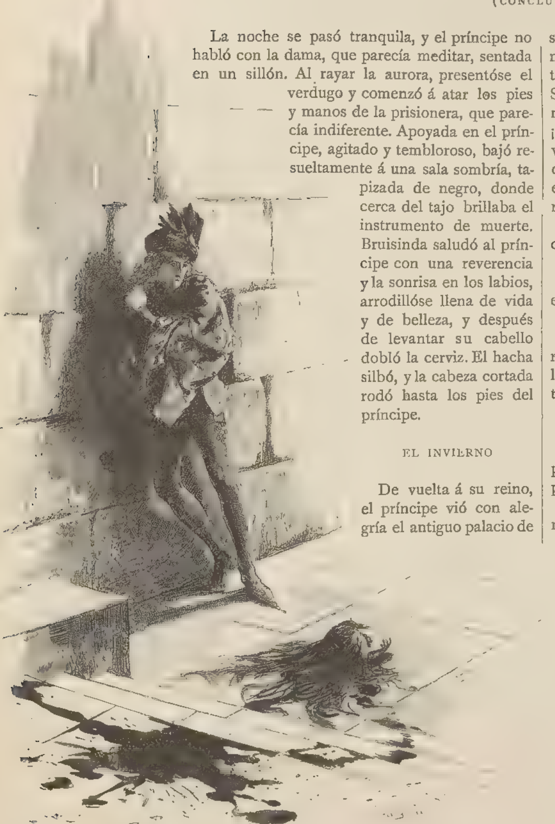
Vió, en vez de un viejo de cabeza calva, una joven...

CUENTO DE AMOR

POR PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

(CONCLUSIÓN)

La noche se pasó tranquila, y el príncipe no habló con la dama, que parecía meditar, sentada en un sillón. Al rayar la aurora, presentóse el verdugo y comenzó á atar los pies y manos de la prisionera, que parecía indiferente. Apoyada en el príncipe, agitado y tembloroso, bajó resueltamente á una sala sombría, tapizada de negro, donde cerca del tajo brillaba el instrumento de muerte. Bruisinda saludó al príncipe con una reverencia y la sonrisa en los labios, arrodillóse llena de vida y de belleza, y después de levantar su cabello dobló la cerviz. El hacha silbó, y la cabeza cortada rodó hasta los pies del príncipe.



Y la cabeza cortada rodó hasta los pies del príncipe

EL INVIERNO

De vuelta á su reino, el príncipe vió con alegría el antiguo palacio de su infancia, sus libros, su bufón Mite y sus gatos. Acogido como el hijo pródigo, mostróse afable con todos, y consintió, por deferencia al emperador, en consultar á un nuevo médico que hacía curas maravillosas: era un judío llamado Efrem Sabas. Hasta tuvo el capricho de ir á su casa, y una vez allí, no encontrando á nadie para recibirle, se entretuvo en recorrer una por una todas las habitaciones. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando en un laboratorio retirado vió, en vez de un viejo de cabeza calva, una joven cuya espaciosa frente indicaba la mujer pensadora, con ojos de sacerdotisa y ancho ropaje blanco! Era la hija de Efrem, que el padre ocultaba cuidadosamente; pero la joven, cual si conociese al príncipe, no se extrañó de verle.

– Trabajamos para vos, díjole, mostrando un frasco de líquido de color rojo como la sangre.

– ¿Para mí?, preguntó el príncipe admirado. ¿Pues qué secreto buscáis?

– La *vida*, contestó la joven. Mi padre y yo nos hemos propuesto buscar el elixir fluido, la divina panacea; la esperamos, y la muerte quedaría vencida.

– ¿Tan sabia sois?

– ¡Oh! Yo no conozco, repuso la hija del judío con modestia, más que el nombre de las plantas y de las estrellas, siete idiomas y los secretos de la cábala; sé leer el porvenir en la mano, y ver el presente, con los ojos cerrados, á través de los muros y de las distancias.

– ¿Y de qué os sirve esa ciencia?, preguntó el príncipe.

– De muy poco, replicó la joven.

Al decir esto, suspiró, inclinando la cabeza, y luego fijó los ojos, en los cuales parecía brillar la esperanza mística, en un crucifijo de marfil pendiente en la pared. Después, como oyese un ligero ruido, añadió vivamente:

– ¡Retiraos! Mi padre mataría á cualquier hombre, aunque fuese príncipe, que me hubiera visto y hablado en secreto.

– ¿Volveré á veros? ¡Yo lo quiero!

– Sea. Mañana iré á esas montañas cuya azulada cima se ve desde aquí. En la cumbre de la más alta está el observatorio de mi padre, y allí pasaré el invierno sola. Id á verme.

Hízolo así el príncipe todos los días: tenía con la joven dulces y agradables conversaciones; y maravillado por su encanto sobrenatural, su saber y la belleza de su alma, amóla muy pronto, pero de una manera inmaterial, porque en ella todo era pensamiento, todo espíritu sin cuerpo. Y cuanto decía era sabio, profundo, lleno de bondad y de justicia.

Una noche, después de haber examinado largo tiempo las estrellas, el príncipe dió á la joven, en prueba de amistad, un nombre de musa, el de Urania.

El día se pasaba conversando; trataban de las más graves cuestiones, las metempsicosis de la naturaleza y el problema del mal; discutían sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. La joven creía en esto, pero el príncipe no. Por la noche, completamente sola, fría y casta, estaba siempre en medio de las grandes llamas de los hornillos, observando los alambiques donde se volatilizaba el filtro.

El invierno cubría la montaña de nieve; el aire era helado: producíanse grandes fríos, y la escarcha crujía bajo los pies.

La hija de Efrem observaba con angustia que el príncipe enflaquecía por momentos, y que su lividez cada día mayor le hacía asemejar á un espectro; por eso se consumía para descubrir el supremo elixir, pues el invierno tocaba á su término, y calculó que á su amigo sólo le quedaban dos meses de vida.

Trece días transcurrieron sin dormir un solo instante ni tomar alimento; pero en la mañana del décimocuarto, presentóse al príncipe transfigurada.

– ¡Bebed!, le dijo, presentándole un frasco de extraña forma, lleno de un licor puro. Si no bebéis, mañana sois muerto.

El príncipe tomó el frasco; su mano temblaba de sorpresa.

– El milagro está hecho, dijo la hija de Efrem; la misión de vuestra servidora ha terminado ya, y yo me voy, monseñor...

– ¿Adónde?

– A un convento.

– ¡Qué decís! Mi trono, mis riquezas y el imperio están á vuestra disposición; compartid conmigo la vida que me ofrecéis. ¡Sed emperatriz y esposa mía á la vez!

Una sonrisa celestial entreabrió los labios de la hija de Efrem.

– ¡Bebed la vida!, dijo la joven; mi reino es de otro mundo.

Y señalando al crucifijo, añadió:

– Yo no puedo servir ya más que á un soberano.

– ¿Rehusáis?

La hija de Efrem movió la cabeza con expresión dolorosa.

Sin decir palabra, el príncipe arrojó el frasquito, que hizo pedazos.

III

EL MAL DEL PRINCIPE

En la noche del día siguiente, que era el último del invierno, el príncipe, sintiéndose desfallecer y teniendo á la derecha á su abuelo y á la izquierda á su hermano, pidióles perdón por las molestias que hubiera podido causarles. Recordaba su pasado, las estaciones que se desvanecieron y las mujeres que había amado. ¡Amor! ¿Podía considerarse como tal su deseo de Elsa, su libertinaje con Zafira, sus tristes relaciones con Bruisinda y el platónico afecto que profesaba á Urania. ¡Javiera, tan hermosa, según aseguraban, que había ido para agradarle, y á la cual rechazó sin haberla visto jamás! ¿Quién sabe si el amor consistía en ser amado y no amar?... En aquel momento oyóse resonar el toque de una campana fúnebre que atemorizó al emperador y á Mainrad; pero el príncipe sonrió diciendo:



– Es la campana que anuncia el fin del año.

Y estrechándoles la mano con fuerza, exhaló el postrer aliento.

Pablo Marguerite

BOCETOS

UNA DIABLURA

Cuéntase que el diablo un día llegó á verse tan desesperado, que se dió á sí mismo, por no poder darse á cosa peor.

Había *hecho caja*, como ahora se dice, ó lo que es igual, sacó sus cuentas de suma y resta, y quedó *desencajado* encontrándose con que sus negocios no andaban bien; los ingresos no le daban el beneficio que de sus planes y cálculos y de las gestiones de sus emisarios se prometía; y era cosa de gusto ver de qué modo se daba prisa devanando ideas en sus tostados sesos... suponiendo los tenga por la forma con que se le representa, y de qué manera tan inquieta coleaba... conviniendo también en que use rabo. El tuno, que lo es y de veras, se aplicó el refrán *á lo tuyo, tú;* y como quien dice, tomó el tren. No se sabe positivamente, que en esto las opiniones no están acordes, si saliendo de los profundos del centro de la tierra, como cada día miles de veces se dice y se repite, ó como lo describe Milton, lanzándose al espacio en busca del mundo, que parece lo más racional; pero fuese de abajo arriba, ó de arriba abajo, se nos coló. Y colocándose sobre uno de los más elevados picos que encontró á mano, tendió la vista, fijando su penetrante mirada sobre cuanto pasaba en la extensa superficie del planeta; dando un resoplido, repitió los versos de aquel desgraciado poeta, al que no faltó quien tildase de ser su compinche...

¡Bueno es el mundo, bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!

De pronto y á la vista de tanta algarabía no le fué fácil al aturrullado diablo hacerse perfecto cargo de lo que estaba contemplando. Solamente pudo deducir que todo andaba por el camino del más completo desconcierto y de la más enmarañada perturbación, cosa sumamente provechosa para sus intereses; en fin, bien preparado para hacer su agosto.

Descubiertos los indicios de ricos filones, en espera de bien entendida explotación, quedóse largo rato indeciso y perplejo, sin decidir por dónde empezar.

Pensativo y mordiéndose las uñas, como quien duda de atinar con lo de más fácil y pronto y mayor provecho, su torvo semblante dió de repente muestra inequívoca de la satisfacción, que mal puede disimularse y contenerse cuando se da en el *quid* ó donde duele. Y gozoso de la buena elección, no quiso perder tiempo en buscar cosa mejor.

Tomó por su cuenta, para coger mucho de una vez, la prensa periódica de cierto género, es decir, el periodismo reñidor, capaz dejándolo de sobra á transformar en cuestión batallona la más sencilla que se ofrezca. Y escrúpulos aparte, entre quienes patrocinan sistemas ó defienden principios, entre quienes proclaman utopias ó sostienen verdades, entre quienes con abnegación se sacrifican ó véndense por medro... todo lo apreció como muy aprovechable, todo le pareció excelente y de gran resultado sabiéndolo manejar.

Llamó á sí á una de sus más traviesas legiones, les instruyó convenientemente, y dándoles las órdenes más terminantes encaminadas al buen desempeño de su cometido, les dió un tremendo latigazo con el rabo, á modo de rúbrica en sus infernales decretos, y con esa credencial los despachó á su destino.

Metióse cada uno de ellos en el armario viviente de un periodista. Poco les importaba que los unos fuesen negros y los otros blancos, estos rojos y aquellos verdes, morados los de acá y amarillos los de allá; en todos se metían: la condición era lo necesario; siendo periodista de la índole que debe suponerse, reñidor, caían en él como miel sobre hojuelas; y empezó á funcionar la endemoniada máquina de una manera asombrosa.

Al poco tiempo hubo muchos de ellos tan aprovechados que podían darle treinta y raya al espíritu instructor, llegando á no poder averiguar con certeza si eran los diablos metidos en los periodistas ó los periodistas en los diablos. En términos que la tal legión apenas se entendía en lo embrollado de aquel embrollo, porque cuando uno cogía por su cuenta obscurecer la verdad en un asunto, se encontraba con otro que le había tomado la delantera para aclararlo, dejándolo más negro que la tinta; cuando uno iniciaba una idea subversiva, sembrando el germen de la duda, otro ya planteaba la doctrina de aquel error como principio inconcuso; cuando uno se esforzaba en intentar derribar algo, otros ya llevaban tan adelantada la demolición que revolvían sus cimientos.

El inventor y director de semejante diablura, en la que todos andamos ya metidos, quedó satisfecho de su obra; se asombraba de lo estupendo de su idea; ni por pienso pudo haber creído en tan completo resultado: como se dice, negocio redondo. ¡Cómo!, dicen que dijo, ¿cómo á mi antiguo y poderoso Señor, que sabe y puede más que yo, cuando el castigo del pueblo egipcio no se le ocurrió castigarlo con la plaga del periodismo y la libertad de imprenta? Viendo como veo sus efectos, juro por quien soy (y en vez de cruz trazó un diabólico signo con la punta del rabo) que no toleraré jamás en mis dominios tal calamidad, que nos pondría el infierno á punto de no entendernos tampoco. Mientras graves ocupaciones requieren mi presencia en otros planetas, ínterin acudo á ellos dejando en este, y para largo rato, armada la gran culebra.. señores, hasta la vista, y *ahí se queda eso...*

Juan O. Neille

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS HORMIGAS

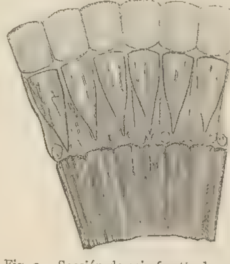
De los animales inferiores, ningún grupo, exceptuando el de las abejas, ha despertado entre los naturalistas, desde la más remota antigüedad, tanto interés como el de las hormigas. Aristóteles, Plinio y Plutarco describen minuciosamente algunas de las cualidades de estos insectos y refieren de ellos hechos que admiran. Los modernos han añadido á las de los antiguos nuevas observaciones, que sin embargo no arrojaban gran luz sobre la vida, costumbres y aptitudes de tan diminutos seres, hasta que recientemente algunos notables entomólogos han conseguido con sus estudios darnos á conocer muchos detalles respecto de las hormigas. Uno de los principales es el inglés sir Juan Lubbock, de cuyas investigaciones tomamos la mayor parte de los datos para el presente artículo.



Fig. 1. - *Oecodoma cephalotes.* - *a* Macho, *b* hembra, *c* obrera pequeña, *d* obrera grande. (Tamaño natural.)

Si examinamos cuidadosamente un hormiguero, lo primero que llama nuestra atención es la diferencia de tamaño de los distintos miembros de la comunidad. Generalmente se ven allí tres tipos. La inmensa mayoría de las hormigas son obreras, hembras pequeñas y sin alas; vienen luego las hembras ó reinas, siempre aladas, y los machos, con alas las más de las veces. En algunas especies, como la zamba sudamericana *(Oecodoma cephalotes)*, hay obreras de distintos tamaños, pequeñas unas y otras grandes y cabezudas (fig. 1): á las primeras se les llama obreras, á las segundas soldados, porque su misión es defender á las demás.

El apacible cuadro de prodigiosa actividad que comúnmente ofrece un hormiguero, varía de un modo muy notable cuando en el verano las larvas llegan á su desarrollo y aparecen los individuos completamente conformados. Los alados machos salen del nido y trepan por los tallos, por los trozos de madera y por los montículos de tierra que alrededor del hormiguero se alzan, dando muestras de extraordinaria agitación. De repente, en una calurosa tarde de agosto, todo el enjambre de insectos emprende ruidoso vuelo, remontándose á veces á gran altura y formando grandes nubes que al dejarse caer nuevamente al suelo cubren vastas extensiones de terreno. Estos regocijos, que bien pueden llamarse las bodas de las hormigas, sólo duran unas horas, pasadas las cuales los machos, que ya han cumplido la misión de su existencia, perecen en pocos días, mientras las hembras fecundadas pierden las alas y se preocupan de buscar albergue para sí y para sus huevos: la joven reina ó construye un nido para ella sola, ó se junta con algunas obreras y funda un nuevo reino, ó se vuelve á su mansión natal ó á otro cualquier nido y allí se establece. Hasta ahora no se sabe cómo procede la hembra en cada uno de estos casos, habiéndose demostrado tan sólo que entre algunas hormigas, la *Mirmita ruginodis*, por ejemplo, la joven reina, puede crearse por sí sola un nido y arrastrar consigo á todo un pueblo; pero el hecho de que muchos hormigueros subsistan por espacio de algunos años, demuestra que en ellos son admitidas las jóvenes reinas. De éstas, la que se naturaliza, por decirlo así, en un nido, ya no lo abandona y sólo se cuida de poner allí en seguro sus huevos; ofreciéndose en los hormigueros la particularidad de que, al revés que en las colmenas, pueden vivir en paz varias reinas juntas. También las obreras pueden poner huevos, sobre todo en los hormigueros donde no hay hembras; pero de ellos salen siempre machos, nunca hembras ni obreras. Lubbock ha probado que las hormigas viven mucho más que los otros insectos; algunas obreras que en su poder tenía vivieron siete años y de dos hembras de *Formica fusca* que cogió en 1874, una murió á los trece y otra á los catorce años, lo cual destruye la creencia general de que sólo vivían un verano ó un año á lo sumo.


Fig. 2. - Sección de seis facetas de un ojo de insecto (abeja). (Considerablemente aumentada.)

Las dimensiones, la forma y la estructura de los nidos varían según las especies de hormigas; pero todos ellos, así el de la hormiga de los bosques, que construye grandes montículos, como los de la hormiga amarilla vulgar, que vive debajo de una piedra, acusan gran habilidad y sentido práctico, y en todos reinan el orden, la limpieza y la actividad que se ha hecho proverbial, ejecutando cada hormiga un trabajo determinado. Los pequeñuelos pasan sus primeros días en el interior del nido ejercitándose en los quehaceres domésticos hasta que tienen la robustez necesaria para dedicarse á los trabajos del exterior. En éstos hay una verdadera división del trabajo, así en la *Formica fusca* ha demostrado Lubbok que sólo tres individuos cuidan de aportar al nido los víveres necesarios.

Las hormigas, como casi todos los insectos, tienen dos clases de ojos: uno grande, compuesto, y tres ocelas á cada lado del cuerpo. Estas son ojos como los nuestros, al paso que los compuestos constan de innumerables facetas, cada una de las cuales está situada al extremo de un tubo, en cuyo otro extremo aparece una fibra nerviosa (fig. 2). No pudiendo suponerse que cada faceta reproduzca una imagen completa, lo cual sería molesto é inútil para el animal, se cree con fundamento que cada faceta sólo recoge un haz luminoso, resultando del conjunto de éstos la imagen reproducida á modo de mosaico: de los rayos que llegan al ojo sólo llega al nervio óptico por cada faceta aquel que se encuentra en el eje longitudinal del globo de ésta, siendo los demás absorbidos por invisibles tabiques de dicho globo (fig. 3). Juan Muller fué el primero en sentar esta teoría de la visión. Por medio de las facetas se percibe una imagen directa, al revés de lo que con los ojos simples acontece.

Aunque no lo sabemos á punto fijo, es de suponer que los ojos simples de las hormigas les sirven para ver de cerca y en la obscuridad, y los compuestos para distinguir los objetos lejanos. Las hormigas, como todos los insectos, son muy cortas de vista, comparadas con nosotros. Ahora bien: ¿ven las hormigas como nosotros? Lubbock, con sus experimentos, ha comprobado que distinguen los colores y que el límite de su visión que en el lado rojo del espectro casi coincide con el nuestro, tiene más potencia que éste en el lado opuesto; de suerte que no sólo ven el color de violeta, sino también los rayos del ultravioleta que nuestros ojos no perciben en el espectro, y que ha de ser, por ende, para aquéllas un color del que nosotros no tenemos noción alguna. De suerte que no existiendo en la naturaleza apenas los colores puros, puesto que casi todos se componen de rayos de ondas de distintas dimensiones, y viendo las hormigas el ultravioleta que nosotros no percibimos, es más que probable que éstas lo vean todo de muy distinto color que nosotros.

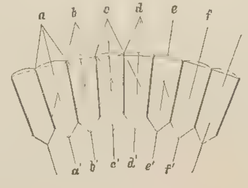


Fig. 3. - Representación esquemática de la absorción de los rayos lumínicos laterales en la visión por mosaico.

Los órganos auditivos de los insectos aparecen en distintas partes del cuerpo y no se limitan á una sola. En los extremos de las antenas de las hormigas hay órganos que pueden ser considerados como auditivos (fig. 4); pero en este punto no puede formularse una afirmación concreta, porque no ha podido demostrarse una acción de los sonidos sobre tales insectos. Esto no quiere decir que sean sordas; pues aun siéndolo para los sonidos que nosotros percibimos, podrían no serlo para otros que por el número de sus vibraciones no percibe nuestro oído. Landois ha descubierto en las hormigas para nosotros mudas aparatos de estridulación análogos á los de otros insectos que producen ruidos que nosotros oímos, y de ello deduce que las hormigas emiten sonidos por medio de los cuales se entienden entre sí, aunque nosotros no los oigamos, opinión si no probada, por lo menos probable.

Aunque cabe admitir que el olfato reside en distintas partes del cuerpo, es casi indudable que este sentido está principalmente en las antenas, provistas las más veces de un gran número de pelos ó celdillas olfativos. En las hormigas está comprobado que el olfato reside en las antenas y tiene un alto grado de desarrollo. Algunas hormigas quietas que no bastan á mover ruidos cercanos ni la aproximación de una punta de pluma hasta casi tocar sus antenas, recogen éstas ó se echan hacia atrás cuando la pluma que se les acerca tiene una gota de alguna substancia adorífera: además si se cuelga en su camino un pincelito empapado en una materia aromática, la hormiga al pasar por debajo de él se para; de lo contrario sigue su marcha sin detenerse, lo que prueba que huele el líquido.

En cuanto al gusto, innumerables experimentos han demostrado que las hormigas poseen este sentido y que en ellas lo constituyen unos órganos especialmente modificados en la boca ó muy cerca de ésta. El tacto reside en unos pelos de estructura especial distribuídos por todo el cuerpo.

Respecto de la estructura y funciones de estos órganos no podemos entrar en su estudio, pues además de que esto nos llevaría demasiado lejos, no se presentan muy claros los puntos á esa materia referentes.

Fig. 4. - Extremo de una antena de hormiga *(Myrmica ruginodis)*. (Aumentado 75 veces.)

Pasando al examen de las dotes intelectuales y de las aptitudes de las hormigas, la vida de éstas excita por más de un concepto nuestra admiración. Ya hemos hablado de la divisón del trabajo en todo estado de hormigas; pero más sorprendente que esto es el hecho de que cada individuo de un hormiguero conoce á todos los demás que á éste pertenecen, hecho prodigioso si se tiene en cuenta que hay nido que se compone de cuatrocientos ó quinientos mil miembros. Y sin embargo hase experimentado que cada hormiga no es personalmente conocida de sus hermanas, como también que cada nido no tiene un santo y seña especial ni desprende un olor propio, como hasta ahora se había creído. He aquí algunos de estos experimentos. Varias hormigas que Lubbock tuvo prisioneras varios meses, fueron reconocidas como amigas al ser devueltas á su hormiguero, incluso una cuya ausencia fué de cerca de dos años. Es más: tomó algunas larvas de un nido y las llevó á otro, y cuando al cabo de mucho tiempo las hormigas que de ellas salieron fueron llevadas al nido primitivo, viéronse reconocidas y tratadas como amigas por sus compañeras, que nunca las habían visto, al paso que

éstas atacaban con rabia y arrojaban de su hormiguero ó daban muerte á los individuos á éste extraños. El mismo observador emborrachó á varias hormigas de dos distintos nidos y las depositó luego cerca de uno de ellos: los habitantes de éste recogieron á sus hermanas y abandonaron ó arrojaron á un charco cercano á las del otro, que á la vista no se diferenciaban de las primeras, con la particularidad de que si alguna fué salvada por una obrera poco

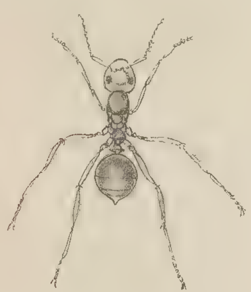


Fig. 5. – *Polyergus rufescens.* (Aumentada.)

experta, no tardaron las demás en notar la equivocación y en arrojar de su casa á la intrusa.

Sabido es que la hormiga que encuentra algo que llevar al nido, conduce á poco al sitio del hallazgo á algunas amigas que le ayuden en su faena: éstas siguen á aquélla guiadas, no por la vista, sino por el olfato, como lo demuestran los hechos siguientes. Si del camino que deben seguir las hormigas para buscar un objeto determinado se quita un trozo y se sustituye por otro, aquéllas se detienen al llegar á éste y echan á correr sin dirección fija de un lado á otro porque han perdido el antiguo rastro: si el trozo de camino que se quita, una tira de papel por ejemplo, se coloca al otro lado del sendero, casi todas las hormigas siguen esta falsa dirección, sucediendo lo propio cuando se pasa el dedo por el suelo y se hace desaparecer con ello el olor que éste despedía.

El hecho de que una hormiga acompañe en su nueva salida á la compañera que antes llegó al nido cargada con su botín, esperando encontrar á su vez algo, no presupone gran inteligencia; otra cosa es cuando una hormiga llega al nido con las manos vacías y parte en seguida acompañada de varias compañeras á apoderarse del botín por ella descubierto. En este caso se patentiza que ha notificado el hallazgo á sus compañeras, y esta notificación supone un grado elevado de inteligencia. Esta facultad de comunicarse va aún más allá. Lubbock colocó al extremo de dos largas tiras de papel dos tacitas conteniendo una tres ó cuatro larvas y otra algunos centenares de éstas: puestas sobre ambas pistas dos hormigas, la que se dirigió á la taza llena, llevóse una larva y regresó al poco tiempo acompañada de muchas compañeras, al paso que la que se encaminó á la otra taza, volvió á ella sola ó acompañada de muy pocas auxiliares. Cambiadas luego las tazas de sitio, la que encontró muchas larvas donde antes dejara pocas, fué á buscar gran número de compañeras, mientras que la otra, que encontró pocas donde había dejado muchas, á su nuevo viaje volvió sola ó con escaso acompañamiento. Esto, que multitud de experimentos han demostrado, prueba que las hormigas tienen inteligencia, pues el solo instinto no bastaría á hacerles comprender que no han de acompañar á la que halló pocas larvas y sí á la que descubrió muchas, lo cual supone medios de comunicación muy complicados y tal vez algo parecido al lenguaje.

Esta inteligencia, sin embargo, no es tanta como algunos exageradamente han supuesto, sino que está contenida dentro de ciertos límites, según ha comprobado Lubbock. He aquí el experimento de que se valió para ello. Clavó en el suelo una tabla de un metro de alto unida por arriba á otra que descendía hasta muy cerca de tierra: en el extremo de ésta colocó una taza llena de larvas, que no distaba de la entrada del hormiguero más de $^{2}/_{5}$ de pulgada, y en ella puso varias hormigas, las cuales cargaron cada una con una larva para llevarla al nido. Mas á pesar de que se asomaron al borde de la tabla mostrando grandes ganas de llegar de un salto al hormiguero, ninguna se atrevió á saltar ni siquiera pensó en dejar caer sencillamente la larva; antes por el contrario, dieron el gran rodeo por las dos tablas, y de esta suerte llevaron al nido centenares de larvas. Es más: á pesar de que la taza casi rozaba con el suelo hasta el punto de que las hormigas podían tocarla con sus antenas, y á pesar de haberse reunido debajo de ella gran número de aquéllas y de haber puesto el observador á su alcance pedacitos de tierra, á ninguna se le ocurrió amontonar éstos para abrir de esta suerte un camino más corto y fácil. Estos y otros experimentos demuestran que en algunos casos la inteligencia de esos animales es muy escasa. En cambio en otros sorprende; así, habiendo Lubbock una vez descubierto un lado de un hormiguero, las hormigas se apresuraron á construir un muro en toda regla, dejando en él sólo unos agujeritos para el ingreso.

Los individuos de un mismo hormiguero viven entre sí en buena amistad y armonía, aunque sin profesarse gran afecto, como algunos han dicho: los cuidados hacia las crías y los mutuos auxilios son cosas naturales en ellos, como en todos los animales sociables; pero no sienten cariños intensos. Encerradas en vasitos cubiertos de gasa hormigas procedentes de distintos nidos, y colocados los vasos delante de uno de éstos, las dueñas del mismo para nada se cuidaron de sus amigas prisioneras y ningún esfuerzo hicieron para salvarlas; en cambio no pararon hasta que rompiendo las gasas penetraron en los vasos que contenían á sus enemigas, sobre las cuales cayeron furiosas y les dieron muerte. El principio fundamental en un estado de hormigas es el bienestar público, único lazo de unión de los individuos; en cuanto á la amistad personal de éstos, ninguno se preocupa de ella.

Las hormigas, pacíficas para con las demás de su estado, conviértense en terribles enemigos de todos los demás animales, aun de los de su misma especie. Toda hormiga extranjera es atacada y muerta, y todo insecto destruído y llevado al hormiguero como botín. De esta suerte las hormigas exterminan una porción de insectos dañinos, con lo que se hacen á veces verdaderamente útiles: sabido es que los árboles á cuyo pie hay un hormiguero no son visitados por las orugas. Las grandes hormigas de la América del Sud salen á veces de sus nidos en numeroso ejército, destruyendo cuanto á su paso encuentran, no sólo larvas é insectos, sino hasta animales vertebrados, y penetrando á veces en las casas, donde acaban con los ratones y demás alimañas.

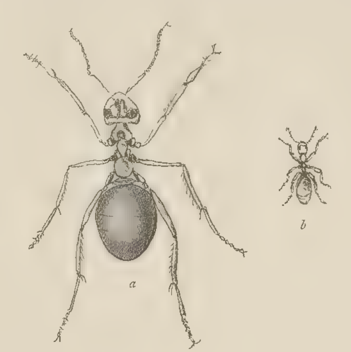


Fig. 6. – *a* Gran hormiga de los bosques *(Formica rufa)*
b. Stenamma Westwoodii. (Aumentada.)

Las hormigas suelen arrebatar de otros nidos larvas que llevan al suyo, donde luego utilizan á las que de ellos nacen como obreras; de modo que entre estos insectos existe la esclavitud. Huber, que descubrió esta cualidad entre las hormigas, describe una de estas correrías en los siguientes términos: «En un paseo que dí por los alrededores de Ginebra, vi una procesión de hormigas *rufescens*, que ocupaba un espacio de 8 á 10 pulgadas de largo por 3 ó 4 de ancho, y que con gran prisa atravesó el camino, cruzó un espeso seto de arbustos y se entró por un prado. Sin que la columna se rompiera, á pesar de los obstáculos que habían de salvar, acercáronse á un hormiguero poblado por hormigas de color ceniciento obscuro y situado á unos 20 pies del seto. Algunos de sus habitantes que vigilaban la entrada, apenas divisaron el ejército invasor lanzáronse sobre su vanguardia, y á poco sus compañeras, noticiosas de lo que ocurría, salieron en grandes pelotones de su nido. Las agresoras, el grueso de cuyo ejército distaba de éste sólo dos pasos, precipitaron su marcha, y en un momento el batallón entero se lanzó sobre las cenicientas que, tras breve y encarnizada lucha, se replegaron en el fondo de su vivienda. Entonces las vencedoras subieron al montículo, en cuya cima se reunieron en pelotones y ocuparon los caminos principales, en tanto que algunas de sus compañeras abrían con sus dientes en un lado del hormiguero un agujero por el cual penetraron todas, saliendo á los tres ó cuatro minutos llevando cada una en la boca una larva.» Esta clase de hormigas *(Polyergus rufescens)* (fig. 5) no puede existir sin esclavas: éstas construyen los nidos y buscan provisiones, y cuando el estado cambia de residencia, llevan á cuestas á sus señoras, las cuales hasta han olvidado el modo de comer, de suerte que sin aquéllas perecen de inanición, aun teniendo á su alcance víveres en abundancia.

Sin embargo, no todas las hormigas extranjeras que encontramos en un nido son esclavas, sino que algunas se conservan libres entre determinadas especies: así la *Stenamma Westwoodii* vive libre en los nidos de la *Formica rufa*, y las hormigas más diminutas acompañan siempre á las grandes hormigas silvestres (fig. 6). Otra especie, la *Solenopsis fugax*, abre su nido en las paredes de los nidos de otras especies más grandes, pero vive en perpetua hostilidad con éstas porque les roban las larvas para devorarlas. También otros insectos viven en los hormigueros; así las larvas del escarabajo dorado común habitan en los de las hormigas silvestres por razón de la madera podrida de que se alimentan, sin cuidarse de aquéllas. Algunos en cambio mantienen activas relaciones con las hormigas y son verdaderos amigos de éstas *(Myrmecófilos)*, unos por fuerza y otros de buen grado; entre los primeros, los más numerosos son los pulgones que las hormigas secuestran y retienen en sus nidos á fin chupar el jugo dulce y viscoso que segregan, para lo cual los ceban y cuidan extremadamente. En América hay unas hormigas que cubren con tierra ó con otras materias las colonias de pulgones establecidas cerca de su nido, y establecen por medio de una galería cubierta una comunicación entre su hormiguero y esta especie de establo de sus vacas, por lo que reciben el nombre de *alimentadoras de animales de establo*. Pero aún hacen más: en el otoño se apoderan de los huevos de los pulgones; durante el invierno los cuidan como á los suyos propios, y al llegar el verano ven recompensada su solicitud con buen número de *vacas de leche*. Este hecho comprobado demuestra un grado de inteligencia sorprendente, pues las hormigas cuidan durante el invierno cosas que les son completamente inútiles, porque saben que de éstas han de salir sus animales domésticos preferidos.

Al revés de los pulgones, retenidos en el hormiguero á la fuerza, algunos escarabajos viven siempre entre las hormigas voluntariamente; la familia de los estafilinos y otras afines producen muchos *myrmecófilos*, de los cuales el más conocido es el escarabajo claviforme (fig. 7), de 2 milímetros de tamaño, alado aunque sin poder volar, y ciego, que vive exclusivamente en los hormigueros, especialmente en los de las amarillas, famosas por sus terribles mordeduras, que suelen fundar sus colonias debajo de las piedras. Este escarabajo no puede buscar su sustento ni comerlo; las hormigas cuidan de él con especial cariño y solicitud, acariciándole y alimentándole cada vez que lo encuentran al paso: él, en cambio, como prueba de agradecimiento les ofrece la espalda, que aquéllas lamen con gusto porque segrega un líquido dulce.

El número de insectos mirmecófilos se calcula ser de 584.

Las hormigas, muy aficionadas á la miel, buscan con afán las flores que la segregan; pero han de renunciar muchas veces á tal placer, porque la naturaleza ha hecho difícil el acceso á esas flores, para las que aquellos insectos son perjudiciales. En cambio hay plantas útiles á las hormigas y que se amoldan al modo de ser de éstas: tal sucede con una especie de acacia americana que brinda á una clase de hormigas habitación cómoda en su copa y cuyas hojas segregan unos corpúsculos dulces que aquéllas devoran con fruición; las hormigas en recompensa de tales servicios la defienden de los ataques de otros insectos que á no ser por ellas acabarían con su follaje.



Fig. 7. – Escarabajo claviforme *(Claviger foveolatus)*. (Aumentado.)

En Oriente y en la Europa meridional hay hormigas que se alimentan de granos y que, por ende, cuidan en verano de hacer sus provisiones para el invierno. Otras hacen más, puesto que atienden al cultivo de las plantas, como sucede con la hormiga agricultora *(Myrmica molificans)* de Tejas. De ésta dice Darwin, entre otras cosas: «Esta hormiga después de haber construído su nido en forma de montículo, á veces de quince, veinte y más pulgadas de alto, quita todos los estorbos que alrededor de su vivienda encuentra y alisa el suelo

en una extensión de tres ó cuatro pies en círculo, sembrando en él un grano especial que cuida con esmero arrancando todas las demás hierbas que pudieran allí crecer. Cuando las plantas han llegado á su sazón, las hormigas proceden á la recolección de aquel grano, especie de arroz microscópico, y lo llevan con cáscara á sus graneros, en donde lo descascarillan. Cuando el agua invade los graneros, las hormigas aprovechan el primer día sereno para sacar sus granos al sol, y cuando están secos vuelven á almacenar los granos buenos, abandonando los que la humedad ha echado á perder.»

Por lo dicho vemos lo interesante de la vida de estos insectos y cuánta inteligencia despliegan para salir con bien de la lucha por la existencia. Cuando estudiamos un hormiguero habitado por millares de individuos siempre en actividad, donde unos construyen caminos, calles y habitaciones, otros aportan víveres, otros vigilan el nido y alimentan á los pequeñuelos ó cuidan de sus animales domésticos y todos cumplen su deber con el mayor orden, forzoso nos es admirar la aplicación é inteligencia de las hormigas.

L. STABY

(Del *Prometheus*)



ESTUDIO DEL PINTOR EDUARDO UNGER. (Véase el artículo en el número 487.)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Zaragoza artística, monumental é histórica, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Cada nuevo cuaderno que de esta interesantísima obra recibimos nos confirma más y más en la alta idea que de ella nos formamos desde un principio, y justifica nuestros elogios y recomendaciones. Los cuadernos 17 á 20, últimamente publicados, contienen, además del excelente texto, ocho fototipias, representando: una preciosa alegoría de Zaragoza del eminente pintor don Marcelino de Unceta, siete vasos ibéricos, el sepulcro de los Santos Mártires, una bandeja de plata del templo de la Seo, un mosaico romano, unos relieves del inmortal Tudelilla, un esmalte del siglo xvii y la verja gótica de la capilla de Ntra. Señora del del Pilar de la iglesia de San Pablo.

Suscríbese, al precio de una peseta el cuaderno, en casa de D. Manuel Tejero (Palomeque, 28, principal, Zaragoza), y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

Examen químico y bacteriológico de las aguas potables, *por A. E. Salazar y C. Newman.* – Quisiéramos poder disponer de mayor espacio para ocuparnos como se merece de esta importantísima obra, en donde se estudia con gran riqueza de datos, observaciones y experimentos, á cual más interesantes, uno de los problemas más trascendentales de la higiene. Aunque el libro trata solamente de las aguas potables de Valparaíso (Chile), y de los resultados del estudio higiénico de las mismas hecho en el laboratorio de dicha ciudad, bien puede decirse que su importancia es universal, porque universales son los principios científicos en que se funda y las observaciones y deducciones que de ellos se desprenden. Analizar, siquiera someramente, la obra de los señores Salazar y Newman es tarea imposible dentro de los límites de esta sección; tales son el caudal de conocimientos que supone y el cúmulo de experiencias que le sirven de base, y para las cuales han visitado y estudiado sus autores los siguientes laboratorios: el de Montrouris, el Microbiológico del Dr. Ferrán, de Barcelona, el del Instituto higiénico de Munich, el de Viena, el del Instituto higiénico de Budapest y el del Instituto higiénico de Berlín.

Contiene además la obra un capítulo del Dr. Blanchard sobre los animales parásitos introducidos por el agua en el organismo.

El libro, lujosamente editado por la casa Burns et Oates (28, Orchard Street. W), de Londres, está ilustrado con 127 grabados, 16 fotomicrografías y 5 fotogramas representando aparatos, instrumentos, cultivos, reproducciones de bacilos, etc., y forma un tomo de más de 500 páginas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 15 de junio de 1891 — Núm. 494

ADVERTENCIA. – Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal. Será éste el primero de «NERÓN,» por D. Emilio Castelar, ilustrado con profusión de grabados.

SUMARIO

LA EXPOSICION GENERAL
DE BELLAS ARTES

VII

LA SECCIÓN DE PINTURA EXTRANJERA

Ocurre en las Exposiciones que, conforme pasa el tiempo, se va depurando de tal modo la selección del público y la crítica, que al llegar el momento de la clausura, es difícil traer un factor nuevo al juicio. Como todo se ha dicho y repetido de sobra, quien lo intenta se expone á *descubrir el Mediterráneo* ó á extraviarse por laberínticas veredas con el anhelo de la novedad.

La Exposición está casi para cerrarse, y el parecer de todos, controvertido hasta el exceso y pasado por tamiz. En tal momento llego á la sección extranjera, la cual por otra parte no ofrece mucho en qué escoger, aunque lo poco bueno es óptimo y la calidad suple á la cantidad. A ciento treinta no llegarán las obras expuestas en aquella única sala. De ellas, si hemos de ser muy rigurosos en elegir, sólo quedará el recuerdo de unas cuarenta, caso que quepan en la lista. El público las conoce ya al dedillo, por lo menos las que á él le atañen más directamente; los artistas, las suyas. Aquel ha sido como un salón de descanso, donde todos nos aliviábamos del especial mareo y fatiga que causa en las exposiciones la búsqueda de lo excelente entre lo mediano. En la sección extranjera, nada de eso. Todos hemos llegado á saber el lugar preciso donde colgaba lo mejor, y el hábito dirigía á unos grupos en peregrinación constante hacia *L' heritier*, á otros hacia el *Mauvais jour* de Leandre ó los dibujos de Renouard, y á todos juntos á los cuadros de Van-den-Beers. Fallaba en este último caso aquel principio de que los artistas no se detienen nunca enfrente de la obra que admiran los profanos, sino en la del lado precisamente: observación maliciosa que tomada sin embargo en serio podría dar lugar, como defensa y alegato, á todo un curso de estética muy fundada y racional. Después de todo, lo mismo había de ocurrir en todo otro arte ó ciencia (la medicina ó la literatura, por ejemplo),



UN MÁRTIR, escultura de D. Agustín Querol

si sus invenciones se colgaran de los muros: el público siempre juzga desde un punto de vista muy diverso del que elige la gente del oficio, y lleva á su parecer una cantidad de razones extra-artísticas en un caso, ó extra-científicas en otro, que importan casi siempre muy poco á los competidores. Pero sea de esto lo que fuere, á Van-den-Beers le admiramos unos y otros. Bien es verdad, ahora que me acuerdo – para que se vea cuán cierto es lo indicado arriba; – bien es verdad que no iban muchos á contemplar aquellas pinturas, como pinturas, sino á cerciorarse de lo fundado de su mala reputación... moral, forjada en malhora y con harta precipitación... Fuera de esto, precisamente en la sección extranjera habían de separarse con más frecuencia los dos grandes grupos de espectadores, por cuanto si algún interés ofrecieron este año aquellos lienzos, ha sido el de traernos, aunque escasas, algunas notas de la pintura novísima que sólo á unos pocos podían interesar.

A Van-den-Beers le ha pasado aquí lo que en otras exposiciones. Se le ha discutido, analizado y comparado consigo mismo; se atribuyó su maravillosa factura á un artificio (la aplicación de la fotografía), con la misma falta de fundamento de siempre, y se ha discurrido sobre el raro é indefinible prestigio de sus figuras femeninas. Todo lo cual quiere decir, en suma, que le hemos admirado como una maravilla Resultado de tales discusiones: acaso no queda en la Exposición un solo pintor de quien se puedan resumir con más unánime acuerdo sus más visibles caracteres. Todos quedaron conformes en que su *Mouchoir de la Veronique* es un *truc*, y su retrato de Rochefort un asombro, una suerte de evocación mágica en el fondo de una cámara obscura; todos repiten que de sus demás cuadritos son los mejores su *Paresse*, *Insouciante* y *Sur le paravent (Pierrete noire)* que no pueden compararse ni remotamente á la *Bérgere Luis XV* ni á la *Femme aux echasses* ó la *Pecheuse*. El hechizo de aquellas tres figurillas, pintadas con la minuciosidad y nitidez de primorosas miniaturas en algunos fragmentos y con el descuido adrede en otros, es verdaderamente singular y á nada comparable. Tienen las tres cierta exquisita y refinada elegancia con más la intención provocativa y perturbadora lanzada como un reto á la curiosidad intelectual del espectador, como la que despiertan ciertas heroínas de la moderna novela psicológica francesa... cuando queda tiempo para tales minucias. Como pintura, los primores del modelado, la calidad y delicadeza de las carnaciones, la pureza de los contornos y escorzos, las gradaciones y velos sutiles é impalpables del claro-obscuro, son más notables sin duda alguna en la *Insouciante*, hecha un ovillo y sonriendo picaresca en la sombra, que en sus dos hermanas de rostros algo recortados, como incrustaciones de marfil. El conjunto, alumbrado por tibias luces de interior, deja una impresión de preciosidad y rareza más propia para guardar en rico estuche que para colgar en las paredes.

No siento la misma predilección común por *L' heritier* de Van-den-Bós, la nobilísima y majestuosa figura de reina viuda y enlutada, junto al joven príncipe heredero. Aunque ambos personajes respiran la dignidad y soberana distinción de la majestad real, severa, simple y atractiva, y el mismo dibujo firme y robusto y la entonación del cuadro concuerdan de un modo peculiarísimo con aquel sentimiento, las carnaciones, sin embargo, propenden á la sonrosada brillantez de la pintura de porcelana, como las de Van-den-Beers al marfil.

Tampoco Roll en su obra *Le travail* se halla á la misma altura que ocupa actualmente. Aquella composición, por sus extraordinarias dimensiones, el número de las figuras y el asunto elegido – grupos de obreros ocupados en vasta construcción, – recuerda por cierto uno de aquellos proyectos colosales de Claude Lantier de *L' Œuvre*, acosado por el anhelo de convertir en grandes composiciones decorativas los magníficos espectáculos de la industria moderna, á la manera que en lo antiguo esplendían en las bóvedas de los palacios las apoteosis de los héroes. La grandiosidad del escenario, junto á la realidad sorprendente de los actores, de tamaño del natural, atléticos y robustos, atrae de pronto las miradas como toda tentativa pujante; pero la composición total, de entonación apagada y fría, trae á la memoria el parecer de un crítico que precisamente refiriéndose á á aquellas fechas (pues el cuadro es de 1885 si no me equivoco), juzgaba así el primer período del insigne pintor: «Roll siente por la naturaleza ternura ardiente; contempló con toda franqueza los aspectos de la »vida contemporánea, sorprendió sus grandes rasgos »aunque no siempre los más característicos, y los tra»dujo con lealtad, en una lengua ruda, que parecía »brutal porque carecía de matices, é indecisa en rea»lidad porque le faltaba osadía... Vastos lienzos, don»de ni los ojos ni la mente se hallan atraídos hacia »un interés dominante; obras poco concentradas ó »demasiado borrosas, denunciaron la varonil bon»dad del artista, su natural y vigorosa elocuencia.» Seguramente *Le travail* figura en este número, bien inferior á su admirable *Femme au taureau* expuesta aquí en 1888.

Más interesantes me parecen, aunque de dimensiones modestas, los dos lienzos de Leandre, *Le banc d' œuvre* y *Mauvais jour*, particularmente este último, que es, á mi juicio, la más completa pintura de aquella sala; la que deja satisfechos los ojos y el ánimo con la nobleza de su única figura, de una postura naturalísima, el tinte severamente melancólico, sin incurrir en la que empieza ya á llamarse tristeza enfermiza, y la felicísima ejecución, de una verdad pasmosa dentro de una tonalidad obscura y velada de la última luz de un día brumoso en el estudio de un pintor. Sólo pueden ponerse para mí junto á este cuadro la magistral acuarela de Signorini, *La justice au Maroc*; los graciosos frisos decorativos de Hynais *Femmes et enfants*, y la rica colección de dibujos al carbón, á lápiz y á pluma, donde figuran entre otras obras admirables y sólidas, *La toilette du matin* de Lhermitte, dos *retratos* de Engel, los apuntes para ilustraciones de Renouard, magistrales en su género, algunos de los croquis á pluma de Vilette, y el elegante retrato de Mlle. Barety, por la Beaury-Saurel.

De intento dejé para terminar los pocos lienzos que traen á aquella sala la nota novísima de un impresionismo osado, como *A la Fenetre* de Zandomeneghi, en la que se descubre, sin embargo, el talento del colorista, ó la muestra de cierta pintura decorativa de casas consistoriales y juzgados, como *Le Jardinage* y *Le Rameur*, de Karbowsky. Por aquellas dos figuras fragmentarias sólo podemos cerciorarnos de la seguridad y admirable corrección del dibujo, pero no de la composición entera. Por el color, tenue y grisáceo, Karbowsky será uno de tantos secuaces é imitadores que ha suscitado Puvis de Chavannes, y que aplican el mismo procedimiento á una suerte de idealización de escenas tan prosaicas como el ejercicio del sufragio ó los procesos verbales, con que decorar las frías paredes de un colegio electoral ó una sala de vistas. No es posible confundir esta tentativa, ni con las grandes pinturas decorativas de aquel maestro, ni con la misma de Roll *Le travail*. Recientemente se mofa la crítica francesa de ese nuevo género, propio para satisfacer la cómica vanidad de Prudhomme en el ejercicio de sus antiestéticas funciones concejiles.

Fuera de éstas, las dos notas más curiosas por su novedad, son la de Thevenot, *Un repos*, de una fuerza luminosa extraordinaria, alcanzada con originalidad y valentía, y el célebre lienzo de Rochegrosse *Le chevalier Thannausser de Venusberg*, que, á pesar de la pretendida universalidad del color, como lengua para los ojos, vibra á los nuestros del modo que sonaría en los oídos un verso heroico en idioma totalmente ignorado. La Venus de la leyenda germánica de ondulantes y voluptuosas líneas, de cuerpo sonrosado y vaporoso, ciñe, recostada en el aire, el cuello del caballero Thannausser, tendido oblicuamente con rigidez hipnótica, los brazos en cruz y fija la mirada. Su larga veste, sus piernas que reviste la malla de acero, resaltan sobre un fondo clarísimo y risueño como las carmíneas tintas de la aurora, y en aquella atmósfera fluida y vaga, se prolongan, lo mismo que en un estanque las temblorosas ondulaciones del agua tras la caída de una piedra, los suaves contornos de la Vènus, repetidos una y otra vez hasta disiparse lentamente. Flores ideales brotan del suelo y abren sus corolas azuladas, ostentando en el centro, como puntos brillantes *reales y palpables* broches de metal ó vidrio, incrustados en el lienzo cual las piedras preciosas en una joya. La tonalidad general es grata, como todo color alegre que acaricia los ojos con suavidad; algunos fragmentos, las flores de aquel país de leyenda, están pintados con el desenfado y el espontáneo acierto que denuncian al gran artista; pero confieso ingenuamente mi perplejidad ante una pintura empeñada en recordar á su modo las emociones de la música como la poesía decadente. Lo único que cabe descubrir en aquella obra, es el impotente esfuerzo por hallar una fórmula novísima que late y se anuncia en todas las artes sin que hasta ahora se acierte con ella ni pueda conjeturarse cuál será.

J. YXART

8 junio 1891

LA EXPOSICIÓN

DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

La más importante de las exposiciones celebradas por esta sociedad, es sin duda alguna la actual. Figuran unas cuatrocientas obras pictóricas y escultóricas, y entre las primeras, las firmas de los más celebrados artistas españoles.

Pero – ¡no podía faltar esta truta! – lo mejorcito de lo expuesto pertenece á un muerto y á un loco, y pintado hace años. Los desnudos del malogrado pintor valenciano Cortina, cuya muerte, acaecida en una buhardilla de miserable casa de esta Corte, fué la primera noticia de que existiera un colorista que en algunas de sus obras alcanza la talla de Velázquez, son verdaderas joyas de esta exposición y lo serían asimismo de otra de mucha mayor importancia.

No constituyen cuadro ninguna de las producciones de Cortina, á excepción de la titulada *Descanso del modelo:* las demás son únicamente *estudios* y composiciones más ó menos concluídas, pero dominando en todas la nota sobria y hermosa de una paleta castiza y excepcional. El *Descanso del modelo* representa una mujer desnuda, en cuclillas, de espaldas al espectador y atizando el fuego de la estufa. Para describir la belleza plástica de este cuadro – quizás un tanto *realista*, según el criterio de gentes de cuyos nombres no quiero acordarme, – la pluma no es bastante, ni creo que con la descripción se pueda llegar á dar la más ligera idea. Lo mismo acontece con el resto de la obra de Cortina: es menester verla; y viéndola, admirarla.

Resiéntese, sin embargo, lo aquí expuesto del hoy celebrado muerto, del defecto de que adolecen los genios sin una educación del gusto muy delicada; así como plásticamente, es decir, dibujando y sobre todo pintando, subyuga; la elección de los motivos y la disposición de las figuras acusan el humildísimo abolengo del eximio artista. Fáltale á toda su obra delicadeza, *finura* – si me es permitida la palabra, buena educación. – Las mujeres de sus cuadros, como los hombres, son de baja esfera, de la clase ínfima *non sancta;* hay exceso de materia y carencia casi absoluta del sentimiento de dignidad, que emanando del espíritu, modifica costumbres y presta á la misma materia esa belleza psíquica que con tanto empeño debe buscar el artista para ennoblecer la obra del arte.

A Casimiro Sainz, hace ya dos ó tres años huésped de un manicomio, pertenece la otra parte del éxito total del certamen del Círculo de Bellas Artes. El insigne paisajista montañés está dignamente representado con cuatro primorosos cuadros pintados en fecha bastante lejana. Y á pesar de ser conocidos estos paisajes de gran parte del público aficionado al arte, no por eso dejan de ser la admiración de todos cuantos los examinan; muy al contrario, sirve tal examen para medir la distancia que separa de la verdad á los paisajistas cuerdos españoles. ¡Cuán pequeños, cuán falsos, cuán empalagosos por su misma mentira y falta de sinceridad resultan el resto de los paisajes expuestos!

Dos de las telas de Casimiro Sainz pueden considerarse panorámicas. Una representa la ribera del Manzanares. Vense metidas en sus cajones varias lavanderas, la ropa tendida, los tendederos hechos con esteras viejas para librarse de los rayos solares, los colgaderos, los árboles que sombrean ambas orillas del mezquino riachuelo; allá, destacándose luminosa, la silueta de una parte de la villa y corte, y á la derecha la cúpula de San Francisco el Grande. El cielo madrileño brillante; la luz del sol esplendorosa, bañando el paisaje, pintado de un modo magistral.

Sencillez, justedad de tonos, dibujo escrupuloso, buen gusto, tal es la obra del insigne paisajista, que así trazaba un árbol como una figura. De él nos quedan sus obras que solas brillan en medio de tanta mentira como constituye el género hoy prostituído por aficionados y osadas medianías, tan faltas de talento y disposición para el arte, como engreídas y huecas

Descartadas las sobresalientes notas de Cortina y Sainz, las demás ocupan un lugar secundario; y cuenta que figuran de José Jiménez Aranda, de Sala, de Domínguez, de Sorolla, etc., amén de dos cuadritos de Fortuny y Plasencia.

Cosa singular: lo mejor de este certamen, después de los cuadros de los dos primeros pintores, pertenece á otros dos artistas muertos también: Fortuny y Plasencia. Pero ahora antójaseme hablar de cuadros de autores vivos; y á fe que buena falta me hará el repuesto de las obras del hijo de Reus y del de Guadalajara, para cubrir, al final de la jornada, este ejército de soldaditos de plomo que en ringlera se presenta tan orgulloso de sus colorines, y del Jurado de admisión que le dió certificado de bueno.

Me apresuro á advertir á mis lectores, antes de entrar en materia, que no pretendo ocuparme de todas ni de la mitad de las obras expuestas en el Palacio de Cristal del Parque de Madrid.

El señor Jiménez Aranda exhibe un retrato malo, un dibujo no más que regular; unos fumadores (de



BARRENDERO (París), cuadro de D. Ignacio Zuloaga (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

casacón, por supuesto) regularcitos también; una media figura de señorita, pintada al aire libre, bien dibujada y modelada, y una pescadora de Villerville ó por allá, buena de dibujo, fría de color, pero construída y ejecutada á conciencia. Observo que el ilustre artista no pertenece á la familia de los gigantes del arte. Conténtase con hacer un pinito pintando alguna que otra media figura de tamaño natural, muy razonada, eso sí, pero fatigosa y fría de concepto y de paleta. Por lo demás, sus casacones (pinta muy bien las casacas y las chupas) son el eterno *ritornello* de una época ya de suyo empalagosa. Nuestros empelucados abuelos, según el ilustre pintor andaluz, eran unos insoportables derrochadores del tiempo. De la botillería á la tertulia, de la tertulia á la botillería; de la sala de juego á casa del escribano, adonde les lleva la necesidad de empeñar unos barbechos; de casa del escribano á la salita de juego, *et sic de cœteris*. Sabemos de memoria la vida y milagros de los súbditos de Carlos IV. ¡Piedad, señor Jiménez Aranda, piedad! Prefiero que pinte usted de nuevo la caída de un obrero, y sobre todo *La Visión de Fray Martín*, aun cuando sea á blanco y negro.

No sé por qué, me recuerdan estas variaciones sobre el tema *casacón*, aquel otro tema de marineros en ringla, marineros fumando, marineros meditando, marineros con las redes á cuestas, marineros en salsa, ó bien labriegos pastoreando, labriegos fumando, labriegos rezando, labriegos... ¡No parece sino que esos labriegos y esos marineros pasan toda la vida sin más afecciones, ni más cariños, ni más luchas ni más nada! Los obreros, la vida fabril é industrial, la lucha moderna de la vida, que reviste caracteres nacionales y regionales diversos, y que caracterizan el siglo en que vivimos, eso que constituye lo más saliente de la fisonomía política y social de esta centuria; eso, repito, que es gigantesco, nadie lo pinta. ¿Por qué? A propósito de esta exposición lo diré en el artículo siguiente.

R. BALSA DE LA VEGA

Mayo de 1891

¡YA VIENEN! ¡YA VIENEN!

Aquella mañana todo era júbilo y regocijo para los habitantes de la corte. Júbilo que anunciaban las campanas con su incesante y monótono clamoreo; regocijo que pregonaban clarines y tambores, mientras por las calles que desembocan en la Puerta del Sol brillaban las bayonetas de los infantes y las corazas de los jinetes, que á paso ligero iban, volvían y se mezclaban en ordenado tropel, para extenderse después en orden de parada por la carrera que habían de recorrer SS. MM.

Casábase Alfonso XII con su prima la infanta Mercedes; y era preciso cubrir *con carne de cañón*, haciendo así alarde de pompa y de grandeza, el trayecto que desde la estación del ferrocarril del Mediodía hasta la Basílica de Atocha y de éste á Palacio tenían que atravesar los regios y jóvenes esposos.

Mostróse el sol espléndido y brillante, como queriendo contribuir á tan fausto acontecimiento; y nuestras más descocadas y salerosas chulas, nuestros pilluelos más engranujados, nuestras exquisitas niñas cursis y cuantos constituyen, en fin, la abigarrada población de los Madriles, se habían lanzado desde temprano á la ventura, ansiosos de contemplar á la joven y española soberana, que según las coplas que se cantaban aquellos días por los barrios bajos, se casaba *por amor*, como una cualquiera.

Tal familia corría desalentada en busca del balcón, que había pagado á peso de oro y al que quería llegar antes que formaran las tropas.

Un papá complaciente era llevado á remolque por sus tres niñas casaderas, que habían de colocarse en la calle del Siete de Julio, donde estaba formado el batallón de que Carlitos formaba parte; Carlitos, aquel constante tertulio de la casa, disputado á mano armada por las tres hermanitas.

Carmen y Lola, con sus gruesos y flecudos mantones sobre los hombros y sus pañuelos de seda levantados sobre el pelo en forma de pico, pasaban y repasaban por entre las filas de los soldados, que abandonando por un momento la gravedad de la disciplina, lanzaban á las dos madrileñas de pura sangre los más atrevidos y pecaminosos requiebros. A medida que era más alta la graduación del militar que las requebraba, era más placentera la sonrisa de las chulas, y bueno es advertir que para ellas también formaba aquel día el elemento civil, á juzgar por las dos filas de curiosos de todas las clases sociales que se abrían á su paso.

En aquella fiesta, como en cuantas se verifican *gratis* y al aire libre, se confundían y mezclaban todas las categorías humanas, como se mezclan y confunden en un vaso el agua y el vino y en un bolsillo la plata y el cobre. Tras de la *vengadora* de alto porte y ricos botones de brillantes en las orejas, marcha el político de segunda filá, rodeado de su camarilla aduladora, dispuesta á reir á mandíbula batiente de la frase mordaz, dicha en voz alta por el primero, contra el jefe de su mismo partido. En pos de éste, y sin darse cuenta de su ridícula caricatura, pasea el aspirante á banderillero que, según él, ya había toreado en Chinchón y Valdemoro unos toros de desecho del Duque, y dió el quiebro de rodillas y el salto de la garrocha, y le echaron cigarros para seis años. Porque él vale mucho, eso sí, y no es porque él lo diga, sino que lo pueden atestiguar los que le acompañan, que forman también su camarilla y que lo mismo llevan el capote á un matador, que limpian un reloj al primer transeunte que se descuide.

¿Qué hombre, por poco que sea dentro de su carrera, empleo ó profesión, no tiene media docena de admiradores parásitos, que aturdiéndole con sus irreflexivos aplausos estudian á conciencia sus defectos para devorarle por el menor de ellos el día inevitable de la desgracia? Ved caminar al tahur de



EN LA FUENTE, cuadro de D. Ernesto Creci (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

oficio, al *grupier* de las casas de juego, con su camarilla de *puntos* á peseta y de *levanta-muertos*, que le alaban la célebre jugada de la noche anterior ó el rasgo del domingo. Camarilla lleva también el actorzuelo que gana diez pesetas en un teatro por horas, compuesta de un muchacho de buena familia que ha escrito una piececita y quiere ver si consigue *meterla* en el teatro; de un racionista meritorio, que no hace más méritos que estropear las tres palabras que de cuando en cuando le reparte algún autor que no le conoce; de dos estudiantes, amigos de la infancia, que quieren obtener á todo trance entrada libre en el escenario para mirar de cerca el escote de tal corista ó las formas de tal partiquina, y por último, de un aspirante á noticiero de cualquier periódico, que sólo desea dos butaquitas cada tres días para obsequiar al hijo de un redactor de un periódico quincenal, que es el que le ha prometido presentarle al regente de la imprenta de un diario para ver si éste puede presentarle á su vez á un amigo que conoce algo al director de una publicación de importancia, donde quizá puede obtener la plaza de crítico de teatros, que tanto ambiciona.

Camarilla lleva el coronel retirado, el de la cara de vinagre y bigote negro como la tinta, gracias al licor de Arrieta; camarilla compuesta de un capellán castrense, á quien expulsaron del regimiento por su conducta, menos correcta de lo que debía esperarse de un ministro del Altísimo; de un capitán que lleva veintisiete años en el empleo, y de ellos diez y nueve de reemplazo; de un primo de la coronela que entiende mucho de *milicia*, porque su abuelo fué guardia de Corps, y de dos ó tres alféreces descontentos con todas las situaciones políticas y todos los ministros de la guerra y todos los coroneles del ejército y todos los comandantes que han mandado, mandan y mandarán en los batallones donde sirven. Claro es que tanto este coronel como los que forman su camarilla son republicanos de Ruiz Zorrilla, y llevan siempre en el bolsillo la credencial de un nuevo empleo. . . . .

. . . .

– ¡Míralos, míralos! ¡Ya vienen! ¿No lo oyes?

– Sí, es verdad. ¡Y cómo corre la gente!... ¡Cómo invade la carrera!... ¡Cómo bajan por las calles transversales hasta colocarse entre los soldados!... ¡Cómo se apiña la gente en los balcones!... ¡Ya se acercan!.. Mira los penachos... ¡Y vienen á galope!... ¡Pero si no son ellos!...

– ¡Uf!... ¿Quién es ese señor de las plumas que pasa como una exhalación, seguido de tres oficiales... y detrás de ellos van seis soldados?... ¡Qué cascos tan feos!... ¡Son nuevos!.. ¡Parecen extranjeros!...

– ¡Es un general! Ese ya ha pasado cinco veces, siempre á galope y como si fuera á algo importante...

– ¡Mira: por el otro lado viene otro señor también á caballo! ¡Se saludan y siguen su camino sin detenerse!

– Parece que sólo pasan y repasan para lucir sus entorchados y cruces...

– Van de aquí para allá, yo creo que sin rumbo fijo.

– ¡Todas las miradas se fijan en ellos!... El más joven es guapo y pertenece al Estado Mayor... ¡Lleva sombrero de tres picos!... ¡El otro lleva casco!... Ya no se fija la gente en Carmen y Lola, porque hasta ellas mismas se fijan en los generales. ¡Para eso han ido! ¡Para lucirse primero, y para verlo todo después!

– ¡Y no están mal colocadas!.. El abanderado del regimiento de Covadonga, situado frente á la calle de Bordadores, las ha hecho un sitio entre el último soldado de una compañía y el sargento primero de la otra.

– ¡Están bien!... ¡Lo ven todo!... Incluso al teniente que no deja de bromear con ellas de vez en cuando, siempre que no pasa algún oficial general á quien haya de presentarle la bandera.

– ¡Y qué movimiento! ¡No para un minuto!

– ¡Ya está el asta en el suelo! ¡No! ¡Ya la levanta!

– Es que pasa un brigadier... y todos le saludan con la espada.

– No, no es al abanderado; es al trozo de seda roja y amarilla que simboliza á España.

– La verdad es que las miradas se reparten entre el brigadier y él.

– ¡Ya se va!... ¡Viene otro!... ¡Qué barullo!... ¡Qué mareo!...

– ¿Oyes esos clarines? Toque de atención.

– ¿Vendrá la comitiva?

– ¡No empuje usted, señora!... ¡Uf, qué calor!

– Me parece que vienen los guardias civiles. Sí, la gente de la carrera se retira. Pero ¡quia! En cuanto pasa la pareja de caballería vuelven á invadir el arroyo.

– ¡Anda, anda! Allí le han dado un sablazo á un caballero.

– ¡Cómo corre la gente!

– Echan los caballos encima de aquellas señoras.

– ¡Qué barbaridad! ¡Qué gritos! Se ha desmayado una señorita.

– ¡Atiza! Aquel señor la emprende á palos con el caballo del cabo. El cabo le da con el sable. ¿Quién es aquel que llega tan decidido? ¿Será el Gobernador?

– ¡Ca! Debe ser uno de la ronda secreta.

– Ya se lo llevan.

– ¡Pobre hombre!

– Pero la gente se va replegando.

– Aquí vienen. ¡Atrás, atrás!... ¡Que estos no se andan con chiquitas!

– No me pise usted, señora.

– Pues hágase usted atrás, caballero.

– ¡Si no puedo!

– Pues haga usted un poder.

– ¿Quiere usted que me embuta en la pared?

– ¡Esos niños! ¡Cuidado!

– ¡Vaya un gusto el de traer niños á estas apreturas!

– ¿Los voy á dejar solos?

– Quédese usted con ellos.

– No me da la gana.

– ¡Calla, Ramona!

– ¡No quiero! Si no trae hijos será porque no los tenga.

– Más que usted. Pero los dejo en la Inclusa para que no molesten al público.

– Cierre usted esa sombrilla.

– Voy á tomar una insolación.

– Va usted á saltarme un ojo.

– Severini los pone de cristal á los animalitos.

– ¡Ay, ay! ¡Qué bestialidad! ¡Qué bofetada me ha pegado! ¿Pero dónde está?

– Sí, échala un galgo; se ha perdido entre la gente.

– Ahora sí que va de veras. ¡Ya están ahí!

– No veo nada.

– Empínese usted. ¿Lo ve usted?

– No, señor.

– Ni yo tampoco.

– Vaya una gracia. ¡Ja, ja, ja!

– ¡Cómo se ha reído de mí el chiquillo!

– ¡Cuánto tardan! ¡Ya debe ser muy tarde!

– ¡Ay, Dios mío, me han quitado el reloj! El reloj y la cadena.

– ¡A ese, á ese!

– ¡Sí, sí; cómo corre! ¡Ca! No le pescan.

– ¡Tirirí!

– ¡Ya vienen, ya vienen! ¿Oyes la marcha real?

– ¡Otra vez el mismo general! ¡Y cómo suda el caballo!

– ¡Claro! ¡Lleva tres horas galopando desde la Cibeles á Palacio!...

– El abanderado no le ha visto; estaba hablando con las chulas.

– ¡Y qué mirada le ha echado el general!

– Ya vuelve.

– ¿Se le habrá olvidado algo?

– ¡Anda! Menuda silba pegan á aquellas dos señoras que atraviesan la calle corriendo.

– ¡Que bailen!

– ¡Fuera!

– ¡Qué azoradas van!

– Esta sí que es buena. Aquel sargento no las deja pasar.

– Dicen que van á aquella casa de enfrente.

– Que no; que no pasan.

– ¿Qué dice?

– Que den la vuelta por detrás de Palacio...

– Vuelven á cruzar.

– ¡Que bailen!

– ¡Fuera, fuera!

– ¿Qué dice aquel señor á voces desde el balcón?

– No le oigo.

– Cómo mueve los brazos.

– Se las está jurando al sargento.

– Dice que va á bajar.

– ¿A que no? ¿A que no?

– ¡Qué tipo!

– ¡Ahora, ahora va lo bueno! Ya están ahí.

– ¡No empujar, no empujar!

– ¡Eh! ¡No me dé usted con la culata!

– ¡Qué mal educados están los militares!

– Mira: abre la marcha un piquete de la guardia civil.

– ¡Cómo me gusta á mí la guardia civil!

– Ya lo creo.

– Sobre todo cuando la veo en el campo. ¡Cómo anima el tricornio!

– ¿Quiénes son esos tres que van á caballo?

– ¡Uf!

– El de en medio lleva unos serones.

– Son los timbales. Y los otros dos los clarines.

– ¡Clarines, timbales! ¿Pero va á salir el toro?

– ¡Qué bonitas jacas!

– Son los caballos de silla de las reales caballerizas.

– Fíjate. ¡Qué sillas más preciosas!

– Esas seis primeras llevan arreos orientales.

– ¡Aquellas de las sillas descubiertas sí que son bonitas!

– ¡Mira, mira! De terciopelo y oro es el caparazón de aquel caballo flor de romero.

– ¡Qué estampa tan preciosa! Es árabe sin duda

– ¿Pero me va usted á echar debajo de las patas de los caballos?

– Si es que me empujan.

– ¿Quiénes son esos?

– El picador mayor con dos ayudantes y un domador. Esos jovencitos son alumnos del picadero. Mira los palafreneros carreristas.

– ¡Anda! Ya empiezan los coches.

– ¡Qué bonitos! ¿Quiénes son esos cuatro señores que van dentro de ese *landeau*?

– Los reyes de armas.

– ¡Qué viejos son y qué feos!

– Calla, envidiosa

– Mira esos que van en esa carretela á la *dumón* con cuatro caballos y libreas á lo Napoleón.

– Son los gentileshombres de casa y boca.

– Puede que sean gentiles, pero lo de la casa y la boca cualquiera lo tiene.

– ¡No me da la gana! Aunque sea usted teniente ni tenienta, mientras no se corran los de atrás.

– ¡Pues está bueno!

– Bien podía usted usar mejores modos.

– ¿Ves?, con la discusión han pasado varios coches y no nos hemos enterado.

– Sí, mujer; son los mayordomos de semana los que van en uno, y en los otros la servidumbre de la infanta.

– El coche de caoba. ¿Ves? Lleva seis caballos blancos empenachados. ¡Qué orgullosos van! Parecen pavos reales. Mueven la cabeza á compás para lucir sus galas.

– Deben ser yeguas...

– ¿Por qué?

– ¡Por lo presumidas!... Dentro van los grandes de España cubiertos... y en ese lo mismo. Todos esos coches son de la servidumbre de Montpensier, del rey Francisco, de la princesa de Asturias .. y de los reyes...

– ¡Se marea una!

– Ese lleva correo de órdenes.

– Mira: esos son batidores de la Escolta Real.

– Ahora es la princesa... No .. es la infanta... ¡Pero qué lujo, chica!... ¿Cuánto dinero representa todo ese movimiento? ¡Es incalculable!

– Yo me contentaba con lo que han costado todos los uniformes grandes y chicos que se ven hoy en la calle.

– Yo con el valor de las joyas que lucen las damas

– Pues yo con el valor de los caballos de la Real Casa.

– Yo con menos. Con que me dé una peseta cada individuo que haya hoy en las calles de Madrid!

– ¡Pues no es nada!

– ¡Quinientas mil pesetas!

– Mucho más.

– Esos son los habitantes de Madrid

– ¿Pero y los forasteros?

– Váyase por los que no hayan salido á la calle.

– Dos batidores.

– Mira las infantas.

– ¡Qué guapa es la Pilar!

– ¡Ca! A mí me gusta más Eulalia.

– Es más simpática la infanta Paz.

– ¿No hay más opiniones?

– ¡Claro! ¡Como que no hay más infantas!

– ¡La marcha real, la marcha real!

– En ése coche de los dos mundos vienen los reyes. Traen ocho caballos.

– Mira á la Mercedes. ¡Qué guapa es!

– Ya lo creo.

– ¡Ole por las *barbianas!*

– ¡Viva la reina española!

– ¡Vivaaa!

– ¡Viva Alfonso XII!

– ¡Viva, vivaaa!

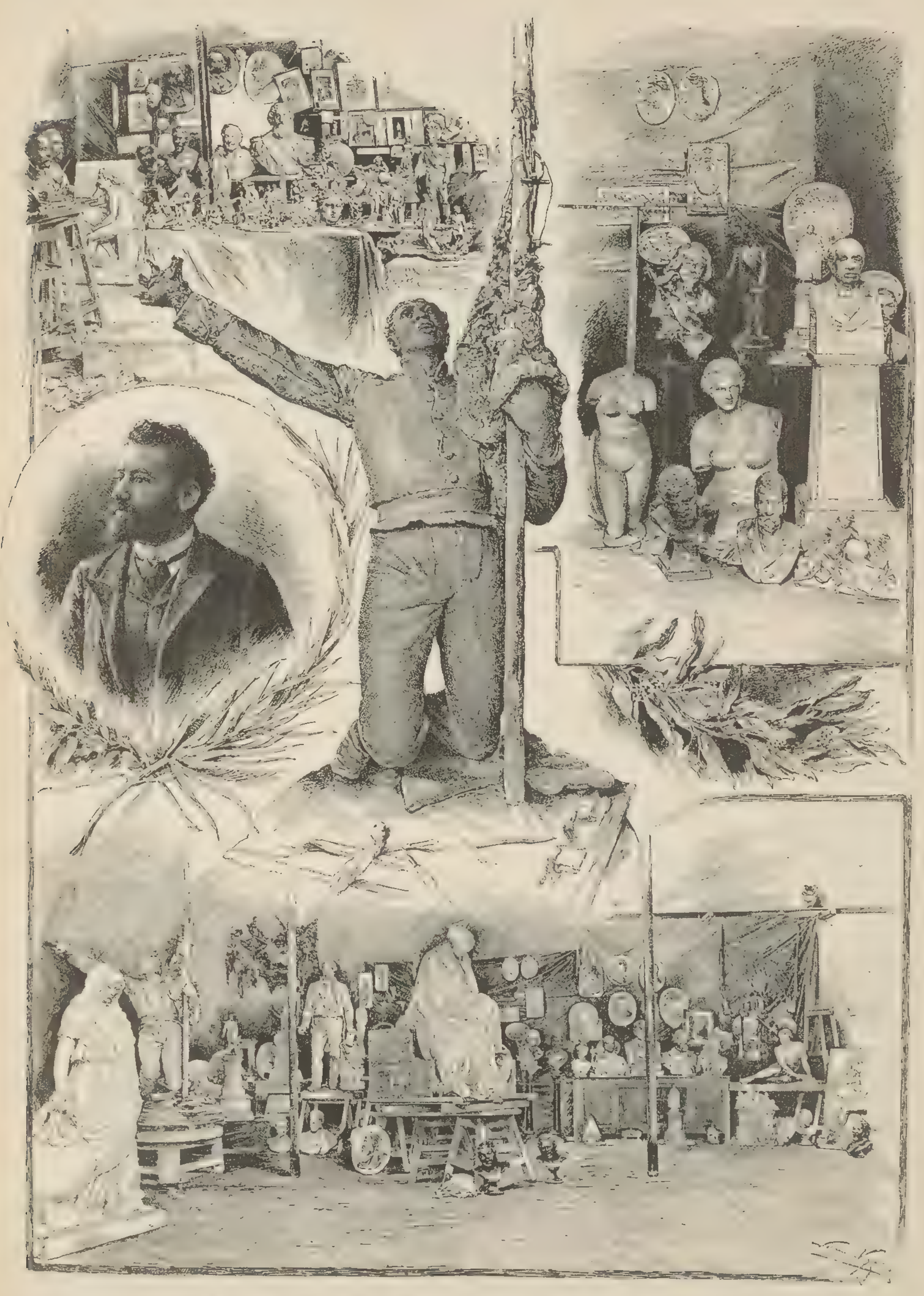
– ¡Señora, menudo pisotón!...

– Usted dispense, pero me he empinado...

– Pues no se vaya V. á la empinada... ¡Me ha deshecho un dedo!

– ¿Quiénes son esos que van á caballo y á los estribos?

– Al derecho el jefe de la escolta y á la izquierda el caballerizo de campo.



El escultor argentino Francisco Cafferata y algunas de sus principales obras, entre ellas la estatua para el monumento que la Municipalidad de Buenos Aires ha de levantar en honor del negro Falucho. En ésta estaba trabajando cuando se suicidó en noviembre de 1890.
(De fotografías remitidas por D. Arístides Maranga, de Buenos Aires.)

—¿El de detrás es el capitán general de Madrid con la plana mayor?

—No. Son todos los generales juntos.

—Ya está aquí la escolta real.

—¡Cuánto caballo! Ya viene la tropa de caballería.

—¡Corre, corre! Vámonos cortando á la plaza de Oriente.

Y empujando á unos, pisando á otros, atropellando á todos, Carmen y Lola cruzaron la calle Mayor y subieron á escape la calle del Luzón. ¡Qué ajenas estaban de pensar que de aquella subida iba á depender el porvenir de su vida entera!

LUIS M. DE LARRA

(De una novela inédita)

EXCELENTE CÓMICO

I

Allá en el fondo de la provincia, en un barrio extremo de la ciudad, vive ó vegeta, tal vez herido por dolorosos recuerdos ó en vías de arrepentimiento, olvidado de todos y desconocido de los vecinos que le ven salir al obscurecer, sin rumbo fijo, como cualquier pordiosero. Es un hombre que habrá cumplido treinta años, moreno y delgado, de ojos obscuros y vivaces que pueden prestar á su fisonomía la expresión de refinada malicia ó de candoroso afecto; una nariz gruesa y al parecer movible sirve como de acento á esta particular elocuencia de su rostro, sombreado por una gran barba negra. Su voz es recia y carraspeante como la del soldado que vuelve de la campaña atracado de pólvora y de aguardiente, y observándole de cerca creeríase también que su americana rota y su capa mugrienta y descosida acababan de prestarle los últimos servicios.

Llamaba la atención del vecindario la singular vida de este hombre, y se hacían diversos y entretenidos comentos, sobre todo los primeros días en que dejó ver más claramente su pelaje. Estos vecinos, en su mayor parte labriegos, madrugaban para ir á sus faenas, retirándose luego al descanso á la hora precisamente en que el desconocido salía de su tugurio. Había por lo tanto innumerables causas para despertar la curiosidad pública: primera, no tener oficio conocido; segunda, darse á ver sólo de noche; tercera, no tratarse con la gente del barrio; cuarta, habérsele guipado á la salida de una timba bastante desacreditada; y así por el estilo seguían otras muchas, más ó menos verosímiles y por las cuales se le tenía sobre ojo.

Esta soledad extraña en que vivía sufrió una leve variación al mes y medio: cierta mañana le vieron acompañado de otra persona de mejor vestimenta, aunque con el mismo aire de reserva y aun de despego para el vecindario. Su género de vida continuó como antes: salían casi siempre juntos, pero solían retirarse á distintas horas. Después de algún tiempo se supo que este amigote era un jugador de Madrid conocido por *Chinitas*.

—¡Vamos, dijo uno de los que concurrían á la cantina de enfrente, es el compadre que le hacía falta!

Durante dos semanas repararon los vecinos que *Chinitas* salía solo. La curiosidad se despertó de nuevo: ¿qué podría ocurrir? Luego vieron á un médico, y el asunto quedó explicado; el desconocido se hallaba enfermo. Otro de los concurrentes le dió una versión nueva hasta cierto punto:

—Eso debe ser una grandísima borrachera.

Pero la borrachera duraba demasiado y no prosperó tal versión.

En fin, empezaba ya á convalecer cuando la vecindad se vió sorprendida por un nuevo acontecimiento. Una tarde llegaron dos señoras jóvenes á la casa donde moraba el desconocido y preguntaron por D. Fernando Arenillas. Dióles las señas muy despacio la mujer interrogada, siguiéndolas con la vista mientras las jóvenes subían las escaleras, alegres y ligeras como dos pájaros. No eran mal parecidas, según confesó la mujer, en particular la más joven de ellas, á quien el deseo de sorprender al desconocido animaba su rostro con encantadora jovialidad. En este rostro, de diez y siete primaveras á lo sumo, notábanse tres cosas que complacerían al observador más descontentadizo: los dientes, que eran blanquísimos y bonitos, los ojos negros y dulces y las cejas grandes y arqueadas sobre las cuales la morena frente parecía más tersa y más graciosa. Ambas vestían con gusto, si bien sus faldas de medio color no podían ser más sencillas, lo mismo que sus sombreritos de viaje, que tal vez revelaban en su simple labor y adornos la mano práctica y hábil de la portadora. En el momento que llamaban á la puerta acababa nuestro desconocido de levantarse de la cama y vestirse á toda prisa. Creyó que sería *Chinitas* y abrió sin molestarse en preguntar, por lo cual su sorpresa fué muy grande.

—¡Fernando!, gritó la más joven de las viajeras arrojándose en sus brazos.

Luego sacó el pañuelo apresuradamente y se enjugó las lágrimas.

—Pero chiquilla, ¿qué significa esto?... ¿De dónde vienes? ¿Cómo has podido averiguar mi paradero?, preguntó á su vez el desconocido, aproximando dos desvencijadas sillas, las únicas disponibles que había, para que se sentaran las mujeres.

La de más edad no era bonita; pero en sus ojos vivos y pequeños, en sus labios delgados y descoloridos, en el óvalo casi perfecto de su rostro echábase de ver un cierto sello de gravedad y de inteligencia que cautivaba desde el primer momento. Cuando comprendió por su largo silencio el enternecimiento de su compañera, se dirigió á Fernando y le dijo:

—Tiene usted á su hermana muy enojada y con motivo. ¡Volver á España sin avisarle de su llegada! ¡Estar en Madrid y no preguntar siquiera por ella! ¡Recibir carta suya y no dignarse contestar! ¡Esto es atroz, caballero, permítame usted que se lo diga, pero muy atroz! Y la verdad, venimos únicamente para echarle una soberana peluca, una peluca de padre y señor mío... ¿No es eso, Lucía?

—Sí, señor, sí, afirmó la joven algo más tranquila. Su conducta de usted es incomprensible. ¡No corresponder á su hermana con una pequeña muestra de cariño! ¡No haberle puesto ni cuatro líneas después de tres años de separación, diciendo aquí vivo ó aquí muero!...

Al recuerdo de estos tres años de trabajo, de orfandad y de lucha tornó la pobre muchacha á entristecerse é inclinó la adorable cabecita para disimular su emoción. El hermano, que vió esto, se sentó á su lado, y acariciándola y estrechándole las manos le dijo:

—¡Por Dios, Lucía, ten en cuenta mi situación, que era desesperada! Había que ganar el pan de cada día en un país inhospitalario, desconocido para mí; había que apelar á todos los recursos imaginables para poder vivir, y si te contara lo que yo he sufrido... Dios solo sabe lo que trabajé allí para salir adelante, pero la fortuna me ha tratado siempre como la peor de las madrastras. De modo, hermana mía, que fuí más desgraciado que tú por lo que veo: tú has conquistado el cariño de una buena amiga; yo me encuentro más pobre que una rata y más solo que un estercolero que apesta.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?..., preguntó la compañera de Lucía. Será meterme en camisa de once varas, pero si le hablo así es por lo que me ha contado su hermana de usted y por lo de la peluca. Usted abandonó sin motivo alguno su carrera; usted no quiso tomar ningún oficio; llenó usted de penas y disgustos la vida de su difunto padre; se escapó usted de su casa con una pícara mujer y se marchó á Buenos Aires sin avisar siquiera á su madre y sin conocer que aquella fea acción y este incomprensible silencio podían agravar su enfermedad y llevarla al sepulcro. Repito, señor D. Fernando, que esto es atroz y que no sé lo que usted merecía... Merecía usted que no le quisiera su hermana tanto como le quiere.

—Eso sí que no, repuso nuestro hombre con viveza, á la vez que empequeñecía su nariz por medio de una contracción natural y ponía en su expresiva mirada levísima sombra de tristeza. Si me quiere es porque sabe lo muchísimo que me acuerdo de ella. ¿Verdad que me perdonas, Lucía mía? Yo me defendí como pude de mi eterna *mala sombra*... Cierto que en algunas ocasiones obré mal; pero obré como un insensato, sin darme cuenta del daño que causaba á mi alrededor. Pero ahora será otra cosa; yo te prometo por la memoria de nuestra madre no separarme de ti, vengarte de las injurias de la orfandad y hacerte tan dichosa que las pasadas desdichas te parezcan un mal sueño que se desvaneció para siempre.

—¡Cuántas noches, después de diez horas de trabajo, en casa de nuestros tíos me acordaba de ti, y me decía temblando de miedo y de frío: si Fernando estuviera á mi lado no pasaría hambre, ni tendría que arrastrarme por los suelos como la última de las criadas, ni sufriría lo que sufro con estos parientes que... pero no, no quiero contarte lo que allí pasé!

—Cuenta, mujer, cuenta, insistió su amiga, para que sepa este caballero lo que vale su hermana y el poco meollo que se necesita para no hacer caso de ella.

—Pues bien: se empeñaron en que tenía vocación de monja y había de entrar como novicia en el convento de las Mercenarias. Ya tú conoces aquella gente devota de Toledo, y es inútil añadir que todos cuantos venían á casa eran de la misma opinión. Fuimos, pues, al convento, me hicieron conocer á la madre priora y á D. Melquiades Romillo, capellán de las monjas, que me sermoneaba todas las noches y á quien yo no podía sufrir por lo mal que le olía la sotana. Así es que me acostaba con la cabeza hecha un bombo y amanecía casi siempre llorando y pensando en la vida monótona del convento y, sobre todo, en aquellas obscuridades siniestras que se veían desde el locutorio. Me faltaban las fuerzas para resistir. Algunas tardes se me presentaba de repente en mi cuarto el tío Tomás, con sus ojazos de loco, y me amenazaba con ponerme en la calle, concluyendo siempre con el mismo estribillo: «¡Desgraciada de ti si no sigues mi consejo! Algún día lo habías de llorar con lágrimas de sangre!» Las palabras dulzonas de su mujer me hacían aún más daño, porque me echaba en cara la comodidad y el desahogo que habíamos disfrutado en nuestra casa. «Eres muy señorita, hija mía, exclamaba á menudo. ¡Ah! Si tu pobre madre no hubiera tenido una cabeza tan destornillada, no pasaría lo que pasa. ¡Jesús, Dios mío, tanto lujo y tantos requilorios para acabar al fin y al cabo por tener que comer patatas!» Al mismo tiempo, cuando me miraba al espejo y me veía tan flaca y tan amarilla y tan fea, me ahogaba la corajina y la rabia que sentía contra todos ellos. Llegó por último una tarde en que creí volverme loca. Había bajado al huerto por verdura;... de pronto me escurrí á la calle, y andando andando me encontré en el puente. Al obscurecer entraba en la estación y vi el tren que iba á partir para Madrid. Me acerqué al despacho, pedí un billete de tercera,... afortunadamente los había y tomé uno. No quiero ponderarte las angustias de mi llegada y lo mucho que sufrí hasta que tropecé con Mercedes, mi amiga de colegio, que tenía un obrador de costura, esta buena amiga, á la que nunca pagaré lo que le debo. De mis tíos no volví á saber ni una palabra, por lo cual he llegado á sospechar que más bien les servía yo de estorbo que de otra cosa.

—De eso hablaremos más adelante, queridita, indicó la llamada Mercedes; bástele á usted saber, señor don Fernando, que trabajamos mucho y ahorramos poquísimo. De estos ahorros insignificantes ha salido nuestro viaje, hecho exclusivamente para sorprenderle en su retiro. Creo que bien podrá usted agradecérnoslo.

—Con el alma y la vida, contestó Fernando volviendo á su hermana. ¡Pobre Lucía mía! También mi historia es muy larga y muy dolorosa;... pero de todos modos, en América me acordaba tanto de ti..

—¡Vaya, ya se conoce!, repuso Mercedes.

—Es usted implacable, señorita. No quisiera que mi hermana fuese de una madera tan áspera como la suya. En cuanto usted me trate y me conozca á fondo me perdonará como Lucía y comprenderá usted que merezco por mi fatal estrella más compasión que vituperio.

—Ojalá me equivoque, señor don Fernando; pero temo que pese más en su cuerpo la carne de pícaro que la de hombre de bien.

—De todo hay en la viña del señor, aunque bien mirado yo no puedo querer á mi hermana más que con el corazón de un hombre bien. De lo demás no hagamos caso, ¿verdad, Lucía?

Continuaron así charlando largo rato hasta convenir por último en que al día siguiente por la noche tomarían el tren correo para tornar los tres juntos á la coronada villa

La desaparición del desconocido en compañía de las jóvenes causó profunda sorpresa al vecindario.

—¡Vaya, lo que yo digo es que un hombre tan raro no debía tener familia!, afirmó una de las comadres que solían sentarse á murmurar delante de cualquier portalillo á la mansa caída de la tarde. Y su afirmación fué para la memoria del desconocido un verdadero epitafio.

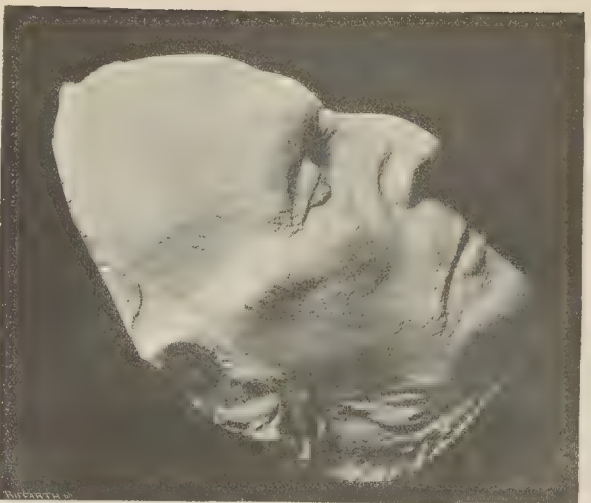
II

Tanto en el viaje como á la llegada mostróse Fernando tan complaciente, tan servicial y tan dispuesto á dejar su vida de aventuras, que la propia Mercedes acabó por creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Lucía estaba más contenta que nunca. Su modesto cuarto de la calle de Jesús y María contaba con un dormitorio de sobra destinado á los enseres y ropas de poco uso y allí colocarían á Fernando.

Quedábanles de su familia algunas antiguas relaciones que ambos hermanos trataron de buscar y de visitar por consejo de su amiga. Entre éstas había un deudor insolvente de los tiempos prósperos del padre, que les prometió su influencia ya que no podía cumplir con dinero, Al poco tiempo, un ligero cambio político, la entrada de dos ministros nuevos en el Gobierno, bastó en efecto para que el agradecido deudor hiciera valedera su promesa. Fernando reci-

bió una credencial y fué colocado con dos mil quinientas pesetas en el Ministerio de Fomento. ¡Con qué júbilo salieron á esperar al hermano aquella noche! La vuelta del hijo pródigo no debió festejarse con mayor alegría en la paterna casa. Verdad es que faltaba en su mesa el ternero cebón de que habla el Evangelio; pero en cambio había unos ricos filetes de ternera y una hermosa botella de Valdepeñas, reservada para estas grandes solemnidades.

En cuanto á Mercedes y Lucía, como no faltaba trabajo y eran ya dos maestras ó poco menos en la costura, podían ahorrar algunos realejos todas las semanas, preparándose así para lo porvenir. Si alguna cosa les preocupaba eran las distracciones del hermano, que solía retirarse siempre á la madrugada. Luego, como consecuencia, iba tarde á la oficina y el jefe de su Negociado le regañaba de vez en cuando. Otro día sucedió un percance que les afectó dolorosamente. Conservaba Mercedes en un rinconcito de su cómoda parte de un medio aderezo de oro que había sido el regalo de boda de su madre. Y lo que pasa en estos casos: una mañana que por casualidad ponía en orden estas vejeces y reliquias lo echó de menos. Lucía, que le acompañaba en la faena, tuvo idéntica sorpresa y hasta el mismo temor. Visitábalas de ordinario muy poca gente; las costureras y oficialas que acudían al obrador eran buenas muchachas; de los vecinos no había motivo para sospechar;... de modo que no había más remedio que pensar en alguien de la casa... ¿Sería el autor acaso?... ¡Qué bochorno para Lucía si como temían resultase Fernando el verdadero delincuente! Y no fué corta ni perezosa; á la mañana siguiente lo llamó á su cuarto y se lo espetó en crudo, porque así debía de obrarse, según la opinión de su amiga.



Mascarilla del general Moltke, obtenida por el profesor O. Lessing

–¡Cómo! ¿Seréis capaces de dudar de mí?, preguntó á su vez Fernando, con una santa indignación que se reflejaba en la fulgurante mirada y en el abultamiento de aquella gruesa nariz, cuyas rojas ventanillas parecían echar sangre. De Mercedes esperaba yo la natural sospecha, recriminaciones, acusación impremeditada, porque todavía no me conoce á fondo; ¿pero de ti? ¡nunca! ¿Y eres tú la que me acusas, mi propia hermana, mi Lucía, el único ser en quien he depositado todo mi cariño y toda mi confianza! ¡Oh! ¡Qué desengaños más crueles me reservaba la enemiga suerte! Si yo hubiera podido sospecharlo... En fin, yo... podré ser, hermana mía, un hombre de pasiones, un desdichado loco; nunca un ladrón doméstico, entiéndelo bien.

Después de expresarse de este modo le volvió la espalda y se fué tan compungido que la misma Mercedes, escondida en la alcoba del gabinete, tuvo por sinceros aquellos reprimidos sollozos. Abrazáronse entonces ambas amigas, mudas y pensativas, sin saber qué partido tomar en su infortunio. Al levantarse, algunas horas después, de la mesa, ofrecióse Fernando acompañar á Mercedes á todas las casas conocidas de préstamos sobre alhajas por ver si daban con el inapreciable aderezo. Sus pasos al fin resultaron bien inútiles y sólo el tiempo pudo calmar el dolor de semejante pérdida. Por otra parte, favorecíales la fortuna aumentando el crédito de su obrador y el número de las buenas parroquianas. Las dos amigas habían reunido sus ahorros, que ascendían á unos quince mil reales, reservándolos la primera para su dote, y la segunda, ó sea Mercedes, para abrir una tienda bien puesta en el centro, que era su sueño dorado. De Lucía se había enamorado un muchacho riojano, muy inteligente, que estaba encargado de la caja en una casa de comercio y pensaba en un día no lejano hacerse corredor ó emprender algunos negocios por su cuenta.

III

Así marchaban las cosas cuando una mañana, después del desayuno, supieron que Fernando no había vuelto á casa. A Mercedes le asaltaron tristes presentimientos, pero no quiso comunicárselos á Lucía. La conducta de su hermano no había variado ni un ápice desde los primeros días y bien podían ser infundadas las dudas que la martirizaban. Sentáronse á comer en silencio intranquilas y tristes, esperando el desenlace de tan extraña tardanza. Aquella misma tarde recibieron un volante del jefe de Negociado, que lo llamaba á su despacho. Media hora después se presentó un compañero suyo á reclamar veinticinco duros que hubo de prestarle días antes sin recibo ni papel alguno y fiando en la formalidad de su promesa, de la que nunca dudó. A este buen amigo le aseguraron al salir del Ministerio que Fernando Arenillas no estaba ya en Madrid, y tampoco quiso creerlo. En la misma semana hablaron los periódicos de la desaparición de una actriz francesa muy mediana, que trabajaba en la opereta cómica de la Alhambra, con un



CAMINO DE LAS TRIAS (OLOT), cuadro de D. José Armet. (De fotografía de Juan Martí.)



LAS CORTES DEL AMOR, c



D. Francisco Pradilla

empleadillo de Fomento. Las señas eran mortales, y sin embargo, aún dudaba de la verdad del hecho el acreedor de los veinticinco pesos.

Ocho días después de esta escapatoria tuvo Lucía carta de su hermano, una carta larga, minuciosa, patética, elocuente, que concluía de este modo: «Desengáñate, queridísima hermana, en este mundo no hay mal que por bien no venga; es esta la última locura, de la cual estoy bien arrepentido, pero algo he aprendido por ella. Dentro de quince ó veinte días volveré á tu lado, y así debes manifestarlo á nuestra querida Mercedes. Quiero sincerarme de esta gran falta, deseo ardientemente que me impongáis el correctivo que merezca, pues por grande que fuere yo lo aceptaré con gusto de vuestra mano. ¡Te pareceré tan despreciable y tan olvidadizo! Pero tú me verás, tú me oirás, tú comprenderás que no lo soy tanto como parezco. ¡Lucía mía, no me aborrezcas antes de verme; te lo suplico por la santa memoria de nuestra madre! En el ínterin, arreglad vuestros negocios y disponeos á venir conmigo á París. Aquí está vuestro porvenir. Yo os aseguro que al cabo de cinco años de trabajo os podréis retirar ricas, tan ricas como nunca lo habréis soñado en esos tristes *Madriles*. París es la verdadera América de las modistas. Vestiréis á las duquesas y os casaréis con un banquero. La chinela de una mujer bonita no tiene aquí precio, y más que en parte alguna del mundo hallaréis ocasión de tropezar con vuestra fortuna debajo de la cifra de un pañuelo blanco, primorosamente bordado, que hayáis dejado caer á los pies de un príncipe ruso. Y no digo más. Ya sabes cuánto te quiere tu mejor hermano – *Fernando*.

Al acabar la lectura de la carta, habíase quedado Lucía pensativa y como encantada ante aquellos horizontes desconocidos que le mostraba su hermano desde lejos. Mercedes meditaba: ¿era sincero aquel grito de un corazón arrepentido? ¿Eran creíbles aquellas protestas tan cariñosas, aquella nueva promesa de volver al buen camino y aquel vivo deseo de su felicidad?

Transcurridos quince días y no teniendo noticias de su venida, decidió Mercedes tomar una tienda vacante al final de la calle de Preciados. La casa era de las nuevas y la proposición del dueño aceptable. Lucía opinaba lo mismo. Una noche, antes de acostarse, buscaron en el doble cajoncito de la cómoda los quince mil reales de sus ahorros, porque al día siguiente habían quedado en firmar el contrato. Este doble cajoncito era un secreto; abriéronlo y ambas amigas se miraron como estupefactas: no estaba el dinero. En el mismo instante Lucía se puso blanca como la que acaba de morirse y cayó desvanecida en brazos de Mercedes. Idéntica sospecha había herido como un rayo la imaginación de las dos infelices: sólo Fernando conocía el secreto de la cómoda. Los esfuerzos de su laboriosidad, sus cinco años de trabajo, la esperanza de la dote, su porvenir asegurado, todo había desaparecido en las manos del burlador infame.

– ¿Pero es esto posible, Virgen santa?... – preguntaba Lucía con un acento de dolor indescriptible.

Mercedes no lloraba como su apenada amiga: sentía únicamente haber sido engañada lo mismo que los imbéciles y se vengaba con esta gran frase:

– ¡Oh! Tu hermano... tu hermano erró la vocación: hubiera hecho un cómico inmejorable, ¡un excelente cómico!

José M. Matheu

NUESTROS GRABADOS

Un mártir, escultura de D. Agustín Querol. – Que la escultura en nuestros días ha emprendido derroteros distintos de los hasta ahora seguidos, cosa es que en distintas ocasiones hemos repetido y que á la vista salta á cada nueva obra, salida del cincel de algunos de los más ilustres escultores contemporáneos. Los artistas españoles no han sido los últimos en aceptar esas tendencias nuevas y en afiliarse á la nueva escuela, y los nombres de Querol, Benlliure, Sussillo, Alcoverro y algunos más que citar podríamos son de ello elocuente prueba.

El sentimiento artístico de los modernos escultores, no se satisface ya simplemente con arrancar de la materia aquellas corrección de formas y pureza de líneas que aun hoy nos suspenden y admiran cuando contemplamos las obras de los antiguos clásicos y de los estatuarios del Renacimiento, sino que al par que atienden con cuidadoso esmero á la belleza externa preocúpanse en infundir en el cuerpo y en el rostro que modelan un alma en el estado que el artista quiere expresar y ver reproducido en su creación. De esta suerte la escultura ha dado un paso de gigante, y las obras por ella producidas, no sólo hablan á los sentidos, sino que impresionan el ánimo, haciendo muchas veces que el efecto en éste causado por el elemento inmaterial que se siente flotar en un mármol, en un barro ó en un bronce, se sobreponga al del elemento corpóreo que de aquél recibe expresión y vida.

Tal acontece con *Un mártir*, obra tan valientemente concebida como vigorosamente modelada de nuestro célebre compatriota D. Agustín Querol. Este busto nos trae á la memoria las obras del famoso escultor francés Rodin, de quien ha dicho uno de los más eximios críticos de Francia, Octavio Mirbeau, que «no sólo habrá sido el más grande estatuario de su tiempo, sino también uno de los pensadores mejor iniciados en los secretos del alma humana y en los misterios de la vida.» El autor de *San Juan Bautista predicando*, de la *Edad de bronce* y de *Los ciudadanos de Calais* no vacilaría, sin duda, en poner su firma en esa nueva obra del autor de *Tulia* y de *Sagunto*.

***

Un barrendero (París), cuadro de D. Ignacio Zuloaga (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – El apellido Zuloaga significa para los españoles un verdadero timbre artístico, ya que las notabilísimas obras de D. Plácido, esos admirables damasquinados, esas bellísimas piezas de hierro con delicadas incrustaciones de oro y plata son conocidas, no sólo en la península, sí que también en el extranjero, por todos los amantes de las manifestaciones artísticas. Hijo de este distinguido artífice es el joven pintor eibarrés, cuyo cuadro reproducimos.

Dedicado en sus primeros años á los trabajos de ornamentación, adquirió ya cierto gusto y conocimientos artísticos que después hanle servido de provechosa enseñanza.

Atraído por el equivocado concepto que algunos artistas tienen de la Ciudad Eterna, abandonó el hogar paterno para establecerse en Roma, de donde salió á los pocos meses convencido de su error, y desterrando de su paleta los tonos bituminosos y los ocres antipáticos, para fijar su residencia en la capital de la vecina República. Allí, saturado su espíritu del modernismo, hase convertido en decidido é inteligente campeón de la escuela naturalista, pero en su justo y verdadero concepto; habiendo logrado ya algunos triunfos, conforme lo acreditan los premios alcanzados en las Exposiciones de Madrid, Munich y Londres, y especialmente en la de París, en la que mereció recompensa el cuadro titulado *Dans la forge*.

El *barrendero*, que figura en nuestro certamen, es un buen estudio de esos tipos que tanto se prestan á la observación en los *trottoirs* parisienses, que revela cualidades recomendables en su autor, y especialmente un espíritu asimilador, que dentro del género que cultiva llegará á servirle de poderoso factor para producir alguna obra de verdadero aliento.

***

En la fuente, cuadro de Ernesto Creci (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Es Ernesto Creci uno de los artistas austriacos más discretos y uno de los pintores extranjeros que han demostrado sus simpatías por España, remitiendo alguna de sus obras á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Dedicado al estudio de la pintura desde temprana edad, ha llegado á adquirir justa reputación por el sello de verdad que imprime en todas sus obras, simples en los asuntos, pero bellas por el colorido. Atento observador de cuanto le rodea, hase limitado á reproducir los cuadros, escenas y costumbres que se presentan á su vista, resultando de ahí que es un digno representante de la pintura de género en el moderno concepto artístico. Prueba de ello, así como de sus cualidades, son los cuadros titulados *Andata e ritorno*, *Ancora un passo*, *Mercato*, *In lettura* y el que figura en nuestra Exposición, premiados respectivamente en las de Trieste, Budapest, Dresde, Viena y Praga.

En la fuente es un bonito cuadro de caballete que reproduce un rincón de Trieste, la ciudad nativa del Sr. Creci, en el que á pesar de su simplicidad ha dejado impresa el artista la simpática tonalidad de su paleta.

***

El escultor argentino Francisco Cafferata y algunas de sus principales obras. – Hace poco más de medio año, un triste suceso vino á llenar de duelo á los aficionados á las bellas artes y en general á toda la sociedad de Buenos Aires: el suicidio del célebre y agasajado escultor argentino Francisco Cafferata que, muy joven todavía, pues sólo contaba 29 años, habíase conquistado envidiable renombre.

Desde muy niño mostró Cafferata excepcionales aptitudes y afición desmedida al dibujo y á la escultura, y en el colegio en donde hizo sus primeros estudios, más que de las explicaciones del profesor de griego ó de latín, ocupábase en borrajear con su lápiz cuantos papeles ó libros á mano tenía y en trazar con dos ó tres rasgos ingenuos, pero gráficos, la caricatura del maestro ó de algún condiscípulo.

En 1877 marchó á Florencia, desde allí pasó á Roma, y recorrió luego Turín, Venecia, Milán, Nápoles y Bolonia, es decir, las ciudades artísticas por excelencia.

Regresó en 1886 á su patria; querido por todos y por todos admirado, halló cubierto de flores el camino de la vida que su mano, movida por impulsos desconocidos, había de regar, tempranamente y cuando todo le sonreía, con su propia sangre.

Tarea difícil y larga sería reproducir la lista de las obras producidas por el cincel de Cafferata. Mármoles, barros, *terracottas*, bustos, estatuas, monumentos, retratos, alegorías, copias de los más celebrados ejemplares de la estatuaria antigua, de todo y en número prodigioso produjo el famoso escultor argentino durante su breve existencia. Entre sus principales esculturas citaremos, sin embargo, los bustos de su padre y de los generales Mitre y Sarmiento y de Espronceda, las estatuas del general Lavalle, de Moreno y de Rivadavia, de Fausto, de Mefistófeles y del soldado argentino, el grupo alegórico para la *Tribuna Nacional*, un busto de D. Quijote, y las figuras que coronan los monumentos de Colombres, del almirante Brown, de Mariano Moreno y de Agrelo, y la del negro Falucho, el héroe de la independencia, que sirvió á las órdenes del general San Martino. En esta última, en la que estaba trabajando la mañana en que se suicidó, han quedado sin terminar la mano y la bandera, según puede verse en nuestra reproducción.

La mayor parte de las esculturas citadas aparecen reproducidas en nuestro grabado, composición y dibujo que nuestro distinguido colaborador D. Nicanor Vázquez ha hecho con presencia de fotografías remitidas desde Buenos Aires por don Arístides Maranga.

Para terminar estos breves apuntes, copiaremos el párrafo que en su artículo necrológico dedica *El Nacional* de Buenos Aires á estudiar la personalidad artística de Cafferata:

«Era un temperamento de artista. Lo dejaban entrever sus inclinaciones naturales, sus gustos, sus modales, hasta su manera de vestir, caprichosa y elegante, con ese descuido peculiar, no estudiado ni aprendido, propio de las naturalezas soñadoras, que se preocupan más del ideal que persiguen, que de las cosas terrenas. Amaba el arte por el arte. Para él, éste no era un medio, sino un fin. Buscaba por mil sendas distintas la perfección. Era un apasionado de la belleza eterna, según la definición de Goethe, un convencido que tenía fe en sus fuerzas, que conocía la estética y las reglas que la constituyen y poseía un cincel especial, un ojo penetrante y analítico, para descubrir los más ocultos secretos, y la intuición audaz, que llega donde la vista no alcanza.»

***

Mascarilla del mariscal Moltke, obtenida por el profesor O. Lessing. – No hemos de hablar de la personalidad del mariscal, de quien no hace mucho nos ocupamos extensamente y cuya muerte han lamentado y lamentan cuantos sienten admiración por esas grandes figuras de la historia que compendian, por decirlo así, toda una época. El último tributo que á la memoria de Moltke puede rendir La Ilustración Artística, es reproducir la mascarilla que de su rostro, á poco de fallecer, sacó el profesor alemán O. Lessing.

***

Camino de las Trías (Olot), cuadro de D. José Armet (de fotografía de D. J. Martí). – El Sr. Armet es uno de los distinguidos y entusiastas pintores que formaron la avanzada del renacimiento del arte español. Dotado de excelentes aptitudes como paisista, dedicóse á reproducir la naturaleza, copiando especialmente los bellísimos paisajes de nuestra tierra, que por sus contrastes, sus brillantes tonos ó su severa grandiosidad, ofrecíanle vasto campo en que poder manifestar la valentía, vigor, riqueza y exactitud de su ejecución.

Considerable es el número de cuadros que ha producido, notándose en todos ellos el resultado de sus observaciones y la fiel reproducción de la naturaleza, embellecida siempre con la grandiosidad de sus severas formas y la multiplicidad de sus tonos. Sin separarse del género que siempre ha cultivado, no ha permanecido estacionario, puesto que ha ido modificando su estilo de tal manera, que siendo del mismo carácter el cuadro que hoy reproducimos se separa de los anteriores. Este, recuerdo de su estancia veraniega en Olot, recomiéndase por su franca ejecución y por la pureza del color que produce contrastes que sorprenden y cautivan, tales como los bien entendidos reflejos de los árboles en el agua y la enmarañada red de ramas y hojas de la arboleda, que muy pocos logran interpretar con tanta galanura y fidelidad como Armet.

***

Cortes de amor, cuadro de D. Francisco Pradilla. – Para todos los artistas enamorados del color y de las bellezas que nuestra historia atesora, grandes atractivos ofrecen los siglos XIV y XV, así por los hechos que durante ellos ocurrieron, como por las figuras que sobresalieron en aquel período y por la indumentaria de aquel entonces, que tanto y tan bien se prestan á concepciones grandiosas y á notas brillantes. Don Francisco Pradilla ha sabido como pocos explotar ese venero de riqueza artística, y estudiando concienzudamente los acontecimientos, costumbres, lugares, personajes, trajes y armas de aquella época ha encontrado en ellos motivos de inspiración para sus composiciones que su pincel privilegiado avalora con las tintas más bellas y los más sorprendentes efectos.

Díganlo si no *La rendición de Granada* y *Doña Juana la Loca*, entre otros, y dígalo también el que hoy publicamos y que representa la corte de D. Juan II de Castilla, presenciando una de aquellas fiestas literarias á que tan aficionados se mostraron en la Edad media los príncipes castellanos y aragoneses.

En *Cortes de amor* se advierten, sin necesidad de profundizar mucho, todas las relevantes cualidades que tantas veces hemos ensalzado en el Sr. Pradilla y que unánimemente le han reconocido críticos y aficionados: conocimiento del asunto, disposición magistral de los elementos componentes del cuadro, corrección en el dibujo, firmeza en la pincelada, y sobre todo vigor y frescura en el colorido, que contrastan con la pobreza de matices y con el convencionalismo de ciertos artistas olvidadizos de las gloriosas tradiciones que la pintura tiene en nuestra patria.

***

Una bacanal, bajo relieve de D. Venancio Vallmitjana. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado en las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración por su vigoroso ingenio y por su maestría, por cuyo motivo nos limitaremos á consignar que, á pesar de los años de constante labor, no decaen las cualidades que posee, acrecentándose, si cabe, á medida que la nieve de los años blanquea su cabeza. Reciente está su último triunfo en la Exposición de Bellas Artes de Madrid, por su bien concebida obra *La tradición*, en la que se revela el esfuerzo de su potente genialidad.

En su taller hemos tenido ocasión de admirar, entre otras varias producciones, un precioso grupo representando la *Caridad*, otro de S. M. la Reina y su augusto hijo, algunos bocetos en los que el maestro modela sus impresiones y fantasías, y por último, el notabilísimo bajo relieve que reproducimos, una de sus mejores composiciones, que parece arrancada de los muros de alguna morada de un patricio romano, si bien embellecida por el concepto moderno.



¡Y si vuelvo á encontraros con esa tunanta, ya sabréis quién soy yo!

EL PADRE DANIEL

POR EDUARDO ROD. - ILUSTRACIONES DE VOGEL

Hace algunos años pasé mis vacaciones en un pueblecillo de Saboya: imaginaos en el fondo de uno de esos valles alpestres que se forman entre dos montañas á lo largo de un torrente unas cincuenta casas agrupadas alrededor de una iglesia y de un mesón y separadas unas de otras por varios jardinillos muy alegres y floridos, llenos de esas antiguas plantas que todos conocemos, es decir, de rosales, malvas rosas, tornasoles y balsaminas. Las pendientes cubiertas de hierba prolónganse por un lado hasta el arroyo que corre formando cascadas por entre espesuras de ulmarias, y por el otro elévanse hasta los pinabetes y las canteras que conducen á la montaña. Ese paisaje no es nada austero ni triste; cubierto de verdura, sus matices contrastan con el purísimo azul del cielo, y por poco que el sol le ilumine presenta un conjunto seductor. Hallándome solo y siendo desconocido en el pueblo, visitaba á diversas personas de la localidad, gente sencilla, sin astucia, hospitalaria, algo primitiva aún y muy honrada, aunque todos tenían un poco de contrabandistas y eran escépticos, sin que por esto dejaran de asistir asiduamente á la iglesia para oir los sermones de su párroco.

Este sacerdote era un hombre singular, especie de gigante de seis pies de estatura, de rudo aspecto, tez morena, facciones toscas, como esculpidas en madera vieja por un artista torpe, enormes manos de campesino y una viveza arrebatada que sus sesenta años no habían debilitado aún. «Es un buen hombre,» decía la gente; y en efecto, el cura jugaba á los bolos con sus feligreses y no rehusaba beber una copa cuando se la ofrecían. Careciendo en absoluto de unción eclesiástica, oíasele gritar mucho cuando anatematizaba los vicios; y ultramontano de antiguos principios, era el último saboyano que echaba de menos á Italia. Sobre este punto trababa frecuentes disputas, y más de una vez se quitó la sotana para darse de puñetazos con algún carretero republicano.

En un principio, el buen cura me miraba de reojo, creyéndome calvinista; pero cierto domingo, después de un sermón á que yo asistí, sermón dirigido contra los herejes y sobre los espantosos suplicios que se les reservan, tuvimos una explicación. Entonces le hice comprender que, nacido calvinista, había renunciado hacía largo tiempo á toda creencia positiva; pero que la religión romana me inspiraba gran respeto y viva simpatía. Desde aquel instante el cura no desconfió ya de mí y acabé por captarme la buena voluntad del santo varón, acudiendo nuevamente al templo á escuchar otros sermones. A decir verdad, no me desagradaba la ruda elocuencia montañesa del cura, en la que los vigorosos puñetazos servían para subrayar las palabras pintorescas, y los períodos mal combinados rebosaban energía, por más que aquel hombre honrado y tosco maltratase la retórica. Muy pronto se nos vió recorrer juntos los senderos y pescar truchas cual dos amigos inseparables

«¿Cómo ha hecho usted para domesticar á nuestro cura?» preguntábame la gente á menudo.

Cierto día paseábamos por las inmediaciones de un caserío que, situado á diez minutos del pueblo, forma todavía parte de la parroquia. El cura se dirigía hacia allí poco á poco para consolar con sus palabras á un viejo paralítico, que seguramente no le oiría, y yo iba á separarme ya de mi acompañante, no agradándome el espectáculo de las miserias que no pueden aliviarse, cuando al doblar un recodo del sendero tuvimos un encuentro inesperado. Era una joven parisiense, muy linda y elegante por cierto, á pesar del color chillón de su cabello teñido, de su traje exagerado y de su sombrilla roja. Rodeábanla cuatro ó cinco jóvenes campesinas, á juzgar por sus zuecos y delantales, y el pequeño grupo hablaba y reía con extremada animación. Me volví hacia el cura para que me explicase aquella extraña mezcla de montañesas y cortesana; pero noté que estaba muy pálido y que sus labios temblaban; de pronto vile apretar los puños, y mirando á la extranjera, que le contemplaba con tranquilo descaro, exclamó:

«¡Y se ha atrevido á volver esa perdida, se ha atrevido á volver!...»

Y me explicó en dos palabras sinónimas y algo crudas quién era aquella joven Después, plantóse delante del grupo, y dijo con tono imperioso:

- ¡Volved á casa al punto!... ¿No te avergüenzas, Josefita, tú que debes casarte muy pronto, de hablar con una mujer como esa?... ¿Y tú, Susana, tan buena y virtuosa?... ¿Y tú, Elisa, que tienes á tu madre enferma?... ¡Vamos, largo de aquí!... ¡Y si vuelvo á encontraros con esa tunanta, ya sabréis quién soy yo!...

Hubo un momento de vacilación; después, las jóvenes cambiaron algunas miradas entre sí, y muy confusas volvieron al fin la espalda y retiráronse poco á poco, dejando á la joven frente á frente con el cura. La forastera no había bajado los ojos, ni en sus facciones se notaba alteración alguna; tranquila é indiferente, arrostraba la cólera del sacerdote, que exasperado y rojo de indignación, levantaba la mano como para subrayar con el ademán las palabras que no acudían á su boca; pero al fin prorrumpió en una carcajada.

- Por mucho que haga usted, señor cura, dijo, no me aburriré aquí este verano... como tampoco me aburrí el último... ¡Descuide usted!...

Y pronunciadas estas palabras, prosiguió su marcha, fijando en mí una mirada de curiosidad.

Aquella breve escena, tan rápida y animada, que así venía á turbar la paz habitual del valle, me dejó en extremo sorprendido. En cuanto al cura, agitado y tembloroso, tenía la frente y las mejillas inundadas de sudor, y enjugándoselo con el dorso de la manga, díjome al fin:

- ¡Ha visto usted qué bribona!... ¡Si usted supiera!... ¡Es una enviada del diablo, y merecía ser devorada por los perros como la reina Jezabel!... ¡Atreverse á volver... después de lo que ha hecho!... ¡Ah, réproba!... ¡Por fuerza lleva en el cuerpo todos los demonios!... ¿Ha notado usted cómo se revela el vicio en sus ojos?...

- A fe mía, señor cura, contesté, no he visto más que una joven muy linda, y...

- ¡Cállese usted! No es ahora el momento más oportuno para echarla de libre pensador... Voy á referirle á usted su historia del año pasado... y le aseguro que solamente al recordar los detalles se me remueven las entrañas... Si después de lo que voy á decirle le es posible verla sin experimentar horror, creeré que no vale usted más que ella...

Y el cura me cogió del brazo, desvióse del camino y me condujo hacia los campos, aplastando sin escrúpulo el trébol y la florida alfalfa. Muy pronto llegamos á un bosquecillo de pinabetes, tan silencioso que parecía hallarse á mil leguas de todo movimiento humano; el cura eligió una piedra cubierta de musgo, sentóse, me invitó á imitarle, y después de una pausa dió principio al relato siguiente:

«El verano último hizo algunos meses que yo tenía por vicario á un sacerdote llamado el padre Daniel; era muy joven, de veintidós ó ventitrés años, alto, pálido, delgado y rubio, con unas manos y unos modales propios de señorita. Estaba dotado de gran

instrucción,... demasiado quizás, pues á veces hablaba de cosas que nada tienen que ver con la salud del alma; mas por fortuna, su ciencia no le impedía ser piadoso... ¡Cómo hablaba!... ¡Era preciso oirle!... Sus frases bien redondeadas parecían notas musicales, demasiado dulces para los patanes que las oían. ¡Y qué voz!... Una voz de ángel... También cantaba, y tocaba el órgano bastante bien. ¿Por qué casualidad había venido á encallar en nuestras montañas? Jamás lo supe, pues nunca hablaba de sí mismo y yo no me hubiera atrevido á preguntarle la menor cosa... Lo cierto es que no pertenecía á la misma clase que nosotros, ni nos asemejábamos á él en nada. Sin duda había nacido para vivir en lujosas habitaciones, en un palacio de obispo y no en un curato de pueblo...

»Todo esto no le impedía cumplir con su deber como el primero... Apenas llegado, preguntóme acerca de las necesidades de la parroquia, de los enfermos y pobres; y sin perder tiempo comenzó á recorrer el país, visitando las más míseras cabañas, y eso que no es la limpieza lo que más abunda entre nosotros, sobre todo en esos chiribitiles atestados de chiquillos... Sin embargo, nada le arredraba, ni la suciedad ni los miasmas infectos,... y cuando se declaró la viruela en la familia de los Sondas, esa buena gente que habita en la última casa del pueblo, él fué quien los curó á todos, como un médico, como una hermana de la Caridad, sin querer escuchar las advertencias que se le hacían, sin adoptar la menor precaución;... y jamás le oí proferir una queja. Tal vez crea usted que aquellos por quienes se desvelaba se lo agradecían,... quizá piense que muy pronto se le consideró como un santo en el país y que los andrajosos le besaban la sotana... ¡Ya ya!... ¡Usted no conoce nuestros campesinos!... En el fondo no son malos, si se quiere, mas pertenecen á una raza de incrédulos; desconfían de nosotros, y no nos toleran sino á condición de que seamos como ellos y que en caso necesario... (el cura completó su pensamiento descargando un puñetazo en el vacío). Aquel joven sacerdote, de aspecto débil, que les hablaba como un libro y cuyas blancas manos se movían con ademanes tan delicados, sabía mantener á todos á cierta distancia, sin quererlo quizás, hasta cuando les prodigaba sus cuidados... Forzozo es decir también... (el cura pareció vacilar un instante, y después prosiguió con expresión de franqueza). Ya sabe usted que los eclesiásticos somos ante todo hombres, y que los hay buenos y malos. Ahora bien: antes del padre Daniel tuvimos aquí un sacerdote indigno, que había hecho mucho mal en el pueblo, y cuyos escándalos no fueron conocidos hasta después de su marcha... El regente, que es volteriano, habíase aprovechado de ello para predicar sus malas ideas; y á consecuencia de esto, cuando se hablaba del joven vicario, la gente decía: «Con su aire de gran señor, ese hombre no valdrá tal vez más que el otro.» Por eso se comenzó por aborrecerle; cuando decía misa, burlábanse de él;... las muchachas le dirigían preguntas incongruentes, y los chiquillos que estudiaban la doctrina le hacían muecas. A veces se le demudaba el rostro, y entonces permitíame darle consejos. «Ríñalos usted mucho, le decía; recuérdeles que se condenarán, y cuando convenga no deje de aplicarles un correctivo.» Pero al oir esto sonreía tristemente y contestaba: «No puedo hacerlo.»

»No se imagine usted, sin embargo, prosiguió el cura, que hubiese nada grave en esas primeras dificultades; era la hostilidad natural entre seres de especies distintas y nada más, pues el padre Daniel no tenía positivamente enemigo alguno. Nadie le quería mal; y hasta creo que había un poco de candidez en las jugarretas que le hacían; queríasele demostrar que los demás eran tan ladinos como él, y á esto se reducía todo. Por otra parte, yo, que no le profesaba el menor rencor por la superioridad que sobre mí tenía, apoyábale cuanto me era posible, y él se utilizaba de la autoridad que no me costó mucho adquirir sobre estos semisalvajes, porque soy de la misma raza que ellos... Pero desgraciadamente, poco después de Pascua caí enfermo; de modo que el padre Daniel se encontró al frente de la parroquia... En mala hora había llegado el reumatismo que me aquejaba, y desde luego pensé que la cosa no marcharía ya bien, tanto menos, cuanto que teníamos algunas dificultades pendientes... ¿Conoce usted á los Gronlard?... Sí, de fijo los conoce usted. El padre Gronlard es aquel hombre gordo, entrecano, tan astuto para pescar truchas,...el dueño de todos los prados que hay más arriba del pueblo, á la izquierda, al subir... ¡Cáspita! Es un ricachón y amigo íntimo del regente... En cuanto á su maldita familia, si algún domingo encuentra usted una partida de borrachos, cuente por seguro que en ella se hallan sus hijos... Por lo que hace á sus hijas,... ya le hablaré de ellas... Toda esa gente es pagana,... todos ellos peores que los mahometanos en punto á religión; y á pesar de esto, quieren celebrar la Pascua como los buenos... Porque son ricos creen que todo lo pueden... «¡Tenga usted cuidado con esa gente, había dicho yo al padre Daniel, pues de lo contrario le darán algún disgusto.»

»Y así fué.

»Poco tiempo antes de caer enfermo, había yo creído conveniente anunciar que las jóvenes que bailaran al estilo del día no serían admitidas á la comunión de la Pascua... No me agradan esas diversiones, porque desmoralizan la juventud, demasiado aficionada ya de suyo á los placeres prohibidos. El día de la fiesta me detengo delante del mesón, dirijo una mirada á la sala de beber, y,.. ¿qué veo?... Margarita, la hija mayor de los Gronlard, bailando como una loca con todos los malas cabezas del pueblo, con los carreteros y los soldados. Estaba encarnada como una amapola, y seguramente había bebido hasta la saciedad jarabe, sidra y cerveza. La llamo al punto y le digo:

–»¿Sabes bien lo que te espera?

»Creo que si hubiera estado sola habría tenido miedo; pero hallábase allí su hermano segundo, Santiago, el peor de todos, y en aquel momento, completamente borracho, el cual me dijo:

–»¡Ya lo veremos, señor cura; mas por lo pronto no se cuide usted de lo que no le importa!

»Por fortuna teníale cerca de mí, y recibió un puñetazo de mano maestra, lo que me dispensó de contestarle... Crea usted que es el único argumento con que se acaba siempre por tener razón...

»De vuelta al curato, referí el caso al padre Daniel, y hasta tuvimos una ligera discusión; parecióle que yo era demasiado severo, y díjome que era preciso dejar á los jóvenes divertirse un poco, porque no se ofende á Dios con esto... Aquel hombre era demasiado bueno para creer en el mal, y jamás he visto mayor indulgencia unida á tanta santidad. Esto no impidió que me dejara en buen lugar, y al acercarse la Pascua, hallándome yo aún en el lecho del dolor, cuando la Margarita se presentó para confesarse díjole que no se la admitiría á la comunión... La cuestión fué seria, y el padre Daniel hubo de sufrir los ataques de todos los Gronlard: en primer lugar la madre, muy melosa, haciéndose de azúcar y miel, afligida, al parecer, y con lágrimas en los ojos; pero tan marcadamente hipócrita, que á pesar de su candidez, el vicario no se dejó engañar. Después presentóse el padre, que con sus miradas furiosas y sus ademanes de payaso trató de intimidarle, hablando de su influencia con el prefecto, y por último llegaron los tres hijos, armados de palos y látigos... Yo creo que estos ganapanes se proponían realmente pegar al sacerdote; pero no se atrevieron, pues á pesar de su debilidad, imponía á todos con su aspecto tranquilo y su mirada profunda... Si me hubiese pedido parecer, le habría aconsejado que cediera desde luego. De vez en cuando, yo puedo hacer uso de toda mi autoridad, yo, á quien conocen desde hace treinta años, que he echado algunas copitas con los padres de los jóvenes de hoy y que tengo puños para hacerme respetar; pero tratándose del joven vicario recién venido y tan diferente de los demás, la cosa varía de aspecto. Por desgracia el buen Daniel no me habló del asunto sino cuando ya era demasiado tarde para retroceder, y cuando todo el pueblo estaba revuelto... Solamente los pobres le defendían un poco; pero ¿quién escucha á los pobres? En contra de ellos estaban los gordos, los poderosos, que se agitaban como demonios; mientras que el regente, un canalla de radical, que presta malos libros á todo el mundo, peroraba en la taberna, proponiendo que se firmara una petición. Si el proyecto no se llevó á cabo, no fué por culpa de ese hombre, créalo usted; fué porque los montañeses se distinguen siempre por su prudencia y temen comprometerse... El padre Gronlard marchó á Chambery armando gran bulla y jurando que pronto se sabría quiénes eran él y su amigo el prefecto; pero aunque no era republicano, parece que el padre Daniel tenía también grandes protectores... de esos en quienes se puede confiar bajo todos los gobiernos. Gronlard volvió con las orejas gachas, y esto no sirvió sino para que sus partidarios se encolerizasen más, comenzando desde entonces una guerra sorda, en la cual se aprovechaban todas las ocasiones para hostigar al enemigo con un alfilerazo...

»No acabaría nunca si quisiera referir á usted todo cuanto imaginaron para atormentar al pobre Daniel; eran pequeñeces, pero en extremo enojosas; y como nuestro partido, que no es numeroso, trataba de sostenerle, la cuestión se envenenaba. Disputábanse unos con otros en el mesón, y todos venían á las manos los domingos; de modo que el pobre sacerdote, tan dulce y tan bueno, llegó á ser como una manzana de la discordia y comenzó á inspirar odio.

»Poco á poco, la oposición, sorda en un principio, hízose ruidosa, y el pueblo trató al sacerdote como una escuela que se insubordina contra un maestro malo. Se le escarneció por la menor cosa, enviáronle pescados podridos, paquetes vacíos; colocáronse petardos en los sitios por donde debía pasar y hasta osaron poner algunos en la iglesia... Cierto día ocurrióseles llevar al púlpito una culebra de grandes dimensiones, dejándola allí encerrada... Esto era ya intolerable, y aunque siempre conservaba su presencia de ánimo, observé que el infeliz vicario enflaquecía, y que su cuerpo arqueaba, como si le afectara el corazón aquel odio con que correspondían á sus bondades. Como era natural, semejante paciencia no desarmó á sus enemigos, los cuales, por el contrario, se envalentonaron acentuando más sus ataques: las muchachas se mofaban de él á su paso; los chiquillos, ocultos detrás de las cercas, arrojábanle manzanas verdes; y á todo esto nadie le defendía. Los que antes le apoyaban solían decir: «¡Es un simple!...» Seguramente no comprendían aquellos salvajes cuánto valor se necesita para conservar en semejante caso la frente serena para decir misa desde el principio hasta el fin, para llenar sus deberes religiosamente... Cierto domingo produjose una escena verdaderamente escandalosa; varios borrachos, entre los cuales iban los tres Gronlard, rodearon al clérigo y lleváronsele consigo, cantando unas coplas que el maestro de escuela había compuesto, y cuyo estribillo era:

Señor clérigo, no os gusta la danza...

»El pobre Daniel forcejeaba para librarse de las manos de aquellos perdidos; pero los dos más fuertes le arrastraban, y cualquiera hubiera dicho que el bueno del sacerdote estaba también ebrio. Por fortuna los encontré; los dos tunantes que sujetaban al abate recibieron cada cual de mi mano uno de esos reveses que yo sé aplicar tan bien... y los otros no esperaron su parte; mas al volver al curato, el pobre Daniel se echó á llorar amargamente... No puede usted imaginarse hasta qué punto llegaba la ferocidad de aquellos tunos, que parecían complacerse en el mal. Cierta noche, por ejemplo, un chico despierta al padre Daniel diciendo que el viejo Moltu está moribundo y desea verle. Este Moltu es un anciano que vive sin compañía alguna en aquella casita que vemos desde aquí. El bondadoso sacerdote emprende la marcha por un sendero muy peligroso, en medio de la obscuridad, exponiéndose á rodar diez veces por un precipicio; llega al punto designado, y encuentra á Moltu roncando, y que al ver que le despiertan agobia de injurias al sacerdote... Cuando volvía á casa rendido de fatiga y lleno de barro, todo el mundo le esperaba, cantando á voz en cuello el consabido estribillo.

»Todos los días esas gentes inventaban algo para martirizar á Daniel... Jamás hubiera creído que esos labriegos, apenas capaces de aprender á leer, pudieran ingeniarse tanto á impulsos del odio; y hasta los que antes no solían ser malos, hiciéronse peores que perros rabiosos. Todo esto sin motivo alguno; solamente porque el padre Daniel era un hombre de distinta especie que ellos... Lo mismo ocurre con las abejas cuando una extraña se introduce en su colmena...

»Así las cosas, á principios de verano llega la hija mayor de los Gronlards, Catalina. Hacía cuatro ó cinco años que había marchado para servir en París, sin que nadie oyese después hablar de ella, pues cuando se pedían noticias al padre Gronlard, contestaba siempre: «Va bien, va bien,» procurando cambiar de conversación. Alguien aseguraba á veces que se había echado á la mala vida, lo cual no extrañaba á nadie, y no se hablaba más del asunto. Para las jóvenes montañesas, la ciudad no vale nada, y en ella mueren de nostalgia ó se pierden... En cuanto á Catalina, era demasiado perversa para que la aquejase semejante enfermedad; ya valía poco cuando se fué; cuando volvió no valía nada... Sin embargo, presentábase con trajes de marquesa y el cabello teñido de rubio, ella que siempre se distinguió por sus espesas trenzas negras; acompañábala una doncella, y llevaba un falderillo blanco. Y por desgracia, la pícara era muy linda, con su rostro cubierto de polvos de arroz y su aire distinguido... Fué directamente á casa de su padre, que lo trastornó todo, como si se tratara de recibir á una reina, y que en vez de avergonzarse, se inflaba como un pavo cuando salía con ella. Muy pronto se supo que era rica, pero rica de veras; que tenía un palacio, coche, caballos y mucho dinero; en fin, toda la fortuna de un viejo que la instituyó su heredera... ¿Por qué volvía al pueblo, ella que no tenía ya nada de campesina, ni el tocado ni las manos ni el cabello? ¿Qué placer podía causarle ver

de nuevo los caminos que antes recorriera calzando zuecos, los campos donde robaba manzanas verdes y la escuela donde recibió tantos palmetazos por no saber la doctrina?... ¡Diantre, pues no volvía más que para deslumbrar á todos con su dinero! ¡Y á fe que lo consiguió!... Al principio mirábanla desde lejos, con un resto de desconfianza, y después, cuando se supo su historia, fué la niña mimada del pueblo; agasajábanla, hacíanle caricias, la convidaban á todas partes y tratábanla con cierto respeto: con su oro había trastornado todas las cabezas. Recuerdo haber oído á una madre decir á su hija: «¡Ahí tienes á una joven que ha sabido hacer carrera!...» Y el padre Daniel, muy indignado, propúsose pronunciar un sermón sobre los bienes mal adquiridos... Al día siguiente, Catalina se presentó, solicitando confesarse con él.

»Advertíle que desconfiara, que aquella joven no podía tener ningún sentimiento bueno, que se burlaría de él, y que seguramente habría en todo ello gato encerrado, alguna maquinación de los Gronlard... El vicario me escuchó con mucha atención, pero no quiso creer ni una palabra de cuanto le dije... ¡Pobre joven!... A decir verdad, era sincero, cándido, muy bueno, y pensaba que todos los hombres y las mujeres lo eran también. Por otra parte... ¿quién sabe? La serpiente de la vanidad se desliza á veces en las almas más puras, y el padre Daniel se inclinaba tal vez á creer que su elocuencia había hecho un milagro...



Paréceme estar viendo á Catalina llegar al confesonario...

»Paréceme estar viendo á Catalina llegar al confesonario; con su vestido negro y su largo velo, que la cubría en parte, cualquiera la habría tomado por una viuda afligida y devota; bajaba la vista con humildad, y su manera de presentarse habría parecido en un todo conforme si su doncella no la hubiese esperado delante de la iglesia con el falderillo en brazos, charlando y riendo á carcajadas con el mayor de los Gronlard... ¿Qué pasó? Lo ignoro; pero cuando el padre Daniel volvió á casa, notábase en él una marcada turbación, y al preguntarle por su penitente, limitóse á contestar:

—»¿Sabe uno nunca lo que pasa en el alma humana?... ¿No tenía Jesús una cortesana entre sus más fieles discípulos?...»

Al llegar aquí el buen cura se interrumpió y después de reflexionar un instante, prosiguió con una especie de elocuencia que me pareció casi conmovedora:

«¡Ah, la Magdalena! ¿Quién diría el mal que ha hecho? ¿Quién contará las almas y los cuerpos que su conversión ha perdido?... He respetado siempre todos los decretos de la iglesia; pero, francamente (al decir esto se persignó), creo que se cometió un error al canonizarla... Cualquiera pensaría,... casi temo decirlo, mas no puedo por menos;... cualquiera pensaría, repito, que esa joven no ha podido romper nunca del todo con su antiguo oficio... Tal vez ayude á salvar algunas otras pecadoras como ella, encenagadas en el mismo barrizal; pero ¡cuántas veces habrá servido también al Tentador para extraviar corazones nobles, poniéndoles por peligroso cebo la salvación de un alma y el perdón del Altísimo!... Y á decir verdad, ¿vale la pena hacer tantos esfuerzos y sacrificios por esas almas envilecidas que abdicaron de su dignidad para entregarse á la carne?... Sólo Nuestro Señor podía atraerlas á sí sin peligro ni debilidad, pues á los hombres no les sería posible hacerlo... La indulgencia, permitida al Hijo de Dios, debe prohibirse á sus ministros, porque es cosa muy superior á ellos... Yo no pensaba nada de cuanto ahora digo á usted cuando vi al padre Daniel interesarse por su penitente; no dudando de él, me contentaba con admirar su celo.. y sólo más tarde me dije y repetí todo esto...

»En la historia que ahora le refiero hay varios puntos que jamás pude esclarecer. Así, por ejemplo, ¿cómo explicarme que pareciese disminuir desde entonces la hostilidad del pueblo contra el padre Daniel? ¿Sería que sus enemigos confiaran su causa á Catalina Gronlard, y que ésta hubiese concertado su línea de conducta con aquella gente de insaciable rencor?; ó bien, ¿habría por parte de la joven algo de sinceridad, no quiero decir un deseo de volver al bien, pues no puedo admitirlo, pero sí una afección desinteresada hacia el joven sacerdote, y en este caso habría obtenido de los suyos una tregua, haciendo valer razones que yo no conozco? De todos modos, nada sé sobre esto; yo estaba entonces convaleciente, y pude ver los resultados de la intriga, pero no seguir su trama. Naturalmente, nadie me hizo confidencias, y como yo soy muy poco perspicaz... Todo cuanto puedo decir es que hubo como una correspondencia entre la campaña que los Gronlard habían emprendido hacía algunas semanas contra el padre Daniel y los manejos de su Catalina.

»Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que había mucha electricidad acumulada en el aire. Por lo pronto, la joven traía trastornado todo el pueblo; las muchachas no soñaban más que en hacer lo que ella, para volver con vestidos de seda... Las mujeres son como las cabras, que solamente piensan en ramonear, importándoles poco qué ni dónde; los jóvenes la acechaban y seguían por todas partes, atraídos tal vez por la tersura de su cutis, lavado con finos jabones, por el perfume de su cabello, por sus encajes y por su aire de gran señora.

»Cuando yo hablaba con los mozos, esforzábame para demostrarles que Catalina era una perdida, que no habría sido digna de descalzar siquiera á las criadas de su padre, las cuales podían ser por lo menos jóvenes honradas, y que era una vergüenza ver así á todo el pueblo á los pies de aquella intrusa.

»A todo esto me contestaban: «Qué quiere usted, señor cura, lo pasado pasado,.. y tal vez no haya hecho tanto como dicen... Además, ahora es juiciosa, y aun se vuelve devota.»

»En efecto, amable con los mozos más apuestos, parecía mantenerlos siempre á respetuosa distancia, y veíasela siempre rondando por el curato, ó dentro de un confesonario, como si no acabara nunca de limpiar su manchada conciencia...

»La súbita calma del pueblo me inquietó, tanto más, cuanto que creí notar que el padre Daniel era objeto de una observación constante, mezcla de desconfianza y de burla. ¿Por qué habían cedido en su enemiga los Gronlard? Evidentemente porque preparaban alguna cosa, ó porque se tramaba algo, que ellos adivinaban con el instinto de su odio... Creí de mi deber advertir una vez más al padre Daniel que le amenazaba un peligro; díjele que tuviese cuidado de los demás y de sí mismo; le recordé que el Tentador es hábil, hasta el punto de apoderarse á veces de nosotros por nuestros mejores sentimientos, y que sus adversarios parecían demasiado tranquilos para que no le amenazase un riesgo.

»El vicario me escuchó tranquilamente, fijando en mí con sus dulces ojos una mirada tan leal, tan valerosa y tan divina, que me avergoncé de pensar algo malo, quedando casi confundido.

—»Padre, me contestó Daniel, no temo nada de mis enemigos, porque son también los de Dios, y si á usted le parecen tranquilos, será sin duda porque lo están... ¿Por qué habían de seguir odiándome?... De todo lo demás, ningún cuidado tengo: no es por el deseo del bien por lo que el Tentador puede apoderarse de nosotros, y al Cielo le agrada demasiado perdonar para que sus ministros no sean clementes con los que pecaron...

»A decir verdad, yo no acababa de comprenderle, pero como ya le he dicho á usted, soy un hombre sencillo, un pobre cura de pueblo que nada sabe; y sin duda por esto la religión no me parece complicada. Perdonar á los buenos y condenar á los malos, he aquí mi regla; el cielo para los que han vivido bien, practicando la piedad, la virtud, y para los otros las penas eternas ó temporales. Lo demás son sutilezas.

»Yo hubiera debido insistir, pero no me atreví, porque el padre Daniel me causaba un poco de miedo...

»En este estado se encontraban las cosas, cuando sobrevino un incidente, una terrible lucha entre Santiago Gros, á quien ya conoce usted, y un tal Judas Lenthelme, que está en el servicio militar. Era un domingo por la tarde; los dos habían bebido bastante, y como Catalina acertase á pasar por delante del mesón, Judas dijo:

—»Apuesto á que le doy un beso delante de todo el mundo.

—»Pues yo no quiero que la beses, contesta Gros.

—»¡Pues vas á verlo!...

—»¡Ay de ti si te mueves!..

»Y trabándose así de palabras, precipítanse uno contra otro. Como los dos eran muy fornidos, nadie se atrevió á separarlos, y por otra parte la gente se complacía en contemplar aquella lucha, que duró más de media hora. Catalina se había detenido con los demás, y Judas le gritó, en el momento de recibir un puñetazo que le partió el labio:

—»¡Ya lo sabes, todo es por ti!

»Santiago Gros cayó al fin, y el otro se encarnizó con él de tal manera, que seguramente le habría hecho pedazos si yo no llego á tiempo para salvarle.

»En los días siguientes se vió á la Catalina paseándose del brazo del vencedor, y también se supo que le colmaba de presentes, habiéndole regalado un reloj, una cadena de oro y una sortija. Judas, que era muy holgazán, ya no trabajaba, lo cual no le impedía gastar en la taberna los duros que no le costaba trabajo alguno ganar. ¡Qué verguenza!.. Advierta usted que nadie quería ver nada, y hasta el padre Gronlard cerraba los ojos. Cierto día hablé de ello al alcalde, y me contestó:

—»¡Siempre ve usted el mal por todas partes, señor cura! ¿No es Catalina buena cristiana? ¿No está siempre en el confesonario? ¿Qué más se puede pedir?...

»¿Qué había de contestar?... Nada... ¿No es cierto?... Pero al día siguiente dije al padre Daniel:

—»Usted no sabe lo que pasa entre Judas Lenthelme y Catalina... No se ocultan, y todo el pueblo habla de sus intimidades... Voy á verme obligado á prohibir la entrada en la iglesia á esa mujer hasta que cambie de conducta. ¿Qué le parece á usted?...

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUILL

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESTUFA TERMO-ELÉCTRICA DEL DR. GIRAUD

Cuantas tentativas se han hecho para transformar directamente la energía térmica en energía eléctrica han fracasado por la producción menos que mediana de los aparatos de transformación, es decir, de las pilas termo-eléctricas: en las de gas más perfeccionadas el consumo no baja de 30 litros por watt-hora ó 30 metros cúbicos por kilowatt-hora, lo que daría un precio seis veces mayor que el que hoy se paga en las estaciones centrales de distribución. Treinta metros cúbicos de gas desprenden por su combustión 150.000 calorías, mientras que el kilowatt-hora sólo representa 850; de modo que apenas cinco milésimas de energía térmica se convierten en energía eléctrica disponible.

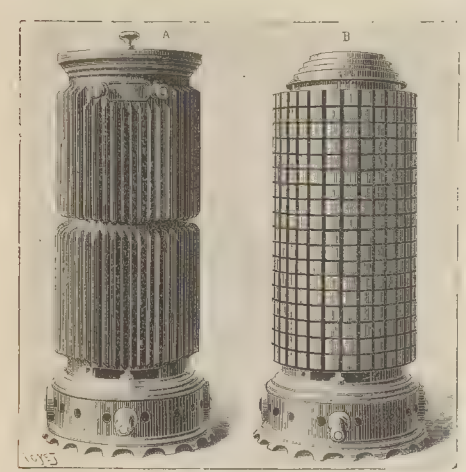
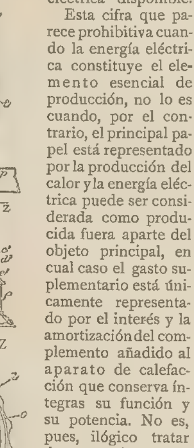


Fig. 1. – Estufas termo-eléctricas del Dr. Giraud
A. Modelo con envoltura y aletas. – B. Modelo con elementos al descubierto

Sección vertical de la estufa



Sección horizontal por YZ

Fig. 2. – Secciones longitudinal y horizontal de la estufa termo-eléctrica: *b c*, Ruedas; *e*, Hogar; *f*, Rejilla; *i*, Envoltura; *j*, Tapadera; *h*, Aletas refrigerantes; *l*, Espacio de ascensión de los gases; *o*, Descenso de los gases; *p*, Chimenea; *t*, Espacios vacíos para la circulación del aire; *n*, Tapadera agujereada para dar paso al aire caliente.

Esta cifra que parece prohibitiva cuando la energía eléctrica constituye el elemento esencial de producción, no lo es cuando, por el contrario, el principal papel está representado por la producción del calor y la energía eléctrica puede ser considerada como producida fuera aparte del objeto principal, en cual caso el gasto suplementario está únicamente representado por el interés y la amortización del complemento añadido al aparato de calefacción que conserva íntegras su función y su potencia. No es, pues, ilógico tratar de construir una estufa termo-eléctrica capaz de proporcionar calor á una habitación y á la vez una cantidad de energía eléctrica suficiente para el alumbrado normal de la misma.

Penetrado de esta idea, el Dr. Giraud, de Chantilly, viene haciendo, desde hace muchos años, estudios é investigaciones que hoy parecen coronadas por el éxito y cuyos resultados vamos á presentar someramente á nuestros lectores.

La estufa termo-eléctrica, representada en su altura por la fig. 1 y en sus secciones longitudinal y horizontal por la fig. 2, no difiere esencialmente en su aspecto exterior de los aparatos Choubersky.

Ambas estufas tienen como caracteres comunes la forma cilíndrica prolongada, el cargarse de combustible por la parte superior, cerrarse por juntura de arena y estar montadas sobre ruedas: las diferencias residen en el modo de circular los gases, en la regulación de la combustión por la mayor ó menor abertura del cenicero y sobre todo por la envoltura exterior de aletas que forman una vaina circular en donde están dispuestos los elementos de la pila termo-eléctrica. Uno de los aparatos que ha funcionado ya en París consta de 700 elementos dispuestos en 25 coronas horizontales que ocupan toda la circunferencia en toda la altura de la estufa, salvo en el punto reservado para el paso del tubo que lleva los productos de la combustión á la chimenea. Cada uno de estos elementos está constituído por una hoja de níquel ó de hoja de lata y por una aleación con base de antimonio y de cinc, adicionada con algunos otros metales añadidos en pequeñas proporciones con el objeto de dar á aquella aleación todas las cualidades de solidez, de resistencia mecánica y de duración de que hasta ahora carecían la mayor parte de los demás elementos termo-eléctricos. Los estudios de las mejores proporciones de esta aleación, los procedimientos de soldadura rápida y económica, y la montura de estos elementos constituyen los principales méritos de los trabajos que en este asunto ha realizado últimamente el Dr. Giraud.

Para aislar los elementos entre sí y evitar su contacto directo con las partes más calientes de la estufa, lo cual podría producir su fusión ó su deterioro rápido, la parte caliente de cada elemento está envuelta en una hoja de amianto y encerrada en una pequeña caja cuadrada de palastro. Todas estas cajas yuxtapuestas y sobrepuestas con el fondo aplicado á la cara cilíndrica de la estufa, forman una especie de tablero de ajedrez hueco en cuyas casillas se colocan los 700 elementos montados todos eléctricamente en tensión. La circulación del gas está combinada para evitar una explosión en las coronas inferiores y asegurar á las superiores una temperatura suficiente á igualar la fuerza electro-motriz de los elementos.

Una de las estufas, de planchas de níquel, produce una fuerza motriz de 40 volts y una intensidad de corriente en corto-circuito de 4 amperes, de modo que en las condiciones de potencia útil máxima pueden obtenerse 40 watts disponibles. Reduciendo el tiraje, se disminuye el consumo y la temperatura, y la producción puede descender á 35,30 y aun á 25 watts, con lo que podría alimentarse directamente una lámpara de 10 á 12 bujías. Para alimentar varias lámparas á la vez, gastar en pocas horas la producción de un día y aun hacer provisiones disponibles á voluntad podrá acudirse á los acumuladores, pudiendo entonces disponerse de 600 á 800 watts-hora para el alumbrado, cantidad de energía que corresponde á 20 ó 25 lámparas-hora de 10 bujías.

Las estufas termo-eléctricas consumen el mismo combustible que las ordinarias de igual potencia térmica, ó sea 20 á 28 kilogramos de cok al día.

En cuanto á la duración de los elementos, las pruebas hasta ahora practicadas permiten suponer que será la suficiente para compensar el mayor coste del aparato con la doble utilidad de calefacción y alumbrado que proporciona.

* * *

EL ANÁLISIS DE LOS VINOS

Determinación de la cantidad de cloruros en el vino
El clorurómetro

Durante mucho tiempo se ha empleado la sal para precipitar la clasificación del vino y evitar que se vuelva agrio; pero algunos vinicultores, abusando de este procedimiento inofensivo y á fin de aprovechar en toda su extensión el límite de riqueza alcohólica que algunas naciones han fijado, adicionan el vino con alcohol, y para restablecer en sus justas proporciones el extracto seco añaden á aquél glicerina, glucosa, algunos gramos de sal por litro etc.; otros, sabiendo que los vinos no enyesados son tenidos en mayor estima, los desenyesan con cloruro de bario, que obrando sobre el sulfato de potasa producido por el enyesado da origen al sulfato de barita insoluble, y aunque se quita éste por filtración, siempre queda el cloruro potásico, sal purgante y tóxica en el mismo grado que el sulfato potásico. Contra esta práctica ha tomado severas medidas el gobierno francés, y de aquí el interés que para los comerciantes y viticultores tiene determinar la cantidad de cloro que sus vinos contienen, lo cual pueden hacer por un procedimiento muy sencillo. En vez de la incineración del vino que se hace en los laboratorios, se procede al simple decoloramiento por el negro animal pulverizado, pues se ha probado que dejando en negro animal bien lavado soluciones que contengan 1, 2 ó 3 gramos de sal por litro, la riqueza de los licores en cloruros no se modifica sensiblemente. Es, sin embargo, condición esencial que el negro animal sea puro y haya sido lavado con agua destilada hasta que no contenga cloruros, lo cual se comprueba echando en algunas gotas del agua del lavado un poco de solución de nitrato de plata, que produce un precipitado de cloruro de plata, si hay todavía cloro en el agua, dejando en caso contrario completamente límpido el líquido.

Inspirándose en estos experimentos, M. Dujardin ha inventado un aparato para la determinación de los cloruros del vino, compuesto de dos vasos para precipitados, una probeta, un embudo, filtros, una medida para el negro animal, otra de 50 centímetros cúbicos para el vino que se ha de analizar, una pipeta de 10 centímetros cúbicos, papel de tornasol azul, una bureta de Gay Lusac y varios frascos con nitrato de plata, cromato de potasa, carbonato sódico y negro animal. En uno de los vasos se pone una medida de negro animal y otra de vino, se agita la mezcla algunos instantes y se echa en un embudo con filtro colocado en la probeta (fig. 1). Del líquido filtrado, que es incoloro, se toman con la pipeta 10 centímetros cúbicos que se echan en el segundo vaso y se les añade unas gotas de carbonato sódico hasta que una tira de papel tornasol azul sumergida en el líquido no se vuelva roja. Así se destruye la acidez del vino. Échanse en el vaso unos 10 centímetros cúbicos de agua destilada y se añaden tres ó cuatro gotas de cromato amarillo de potasa, con lo que el licor toma un tinte amarillo claro.



Fig. 1. – Decoloramiento de los vinos por el negro animal

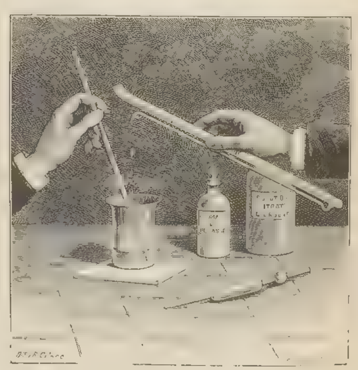


Fig. 2. – Determinación del cloro

Entonces se llena la bureta de Gay Lusac hasta la

línea o con la solución de nitrato de plata y se echa gota á gota en el vaso para precipitarlo (fig. 2). El licor se enturbia y vuelve lechoso por consecuencia de la formación del cloruro de plata que se precipita, y al final las gotas del nitrato dan una aureola encarnada que desaparece por la agitación. La operación se suspende en el momento en que el licor no produce ya el tinte amarillo: el líquido tiene entonces un color de ladrillo muy marcado, que indica el término de la operación, y que es debido á que no encontrando ya en el líquido cloro para formar cloruro de plata insoluble, el nitrato de plata reacciona sobre el cromato de potasa, produciendo cromato de plata de color rojo de ladrillo.

En la bureta graduada se lee la división correspondiente al nivel del líquido: la solución de nitrato de plata está calculada de tal manera que un centímetro cúbico representa un miligramo de cloruro de sodio para los 10 centímetros cúbicos de vino empleados en el experimento, ó sea un decigramo de cloruro de sodio por litro. El número de centímetros cúbicos de nitrato de plata añadidos corresponde, pues, á otros tantos decigramos de sal marina por litro de vino.

M. Dujardin ha construído también un clorurómetro de pequeño modelo, más sencillo, destinado á las compras en los viñedos, que está basado en las mismas reacciones que el que acabamos de describir y cuyo empleo es sumamente práctico.

A. HEBERT

(De *La Nature*)



UNA BACANAL, bajo relieve de D. Venancio Vallmitjana

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1891 — NÚM. 495

Con este número se reparte el tomo primero de la obra «NERÓN,» escrita por D. E. Castelar, correspondiente á nuestra Biblioteca Universal
El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor



PINTOR DE HISTORIA, cuadro de C. Rochegrosse

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

San Antonio bendito. – La iglesia de Padua y la Florida de Madrid. – Los éxtasis en Murillo y en Zurbarán. – El racionalismo de Goya. – San Antón y San Antonio. – Nuestra primavera. – Fríos en Europa y horrores en Africa. – Estado moral del mundo europeo. – Acusaciones al príncipe de Gales en Inglaterra. – El collar de la reina. – Tentativas de restaurar el teatro antiguo de Orange. – La tragedia y el actor Sully. – El «Dios» de Víctor Hugo. – Conclusión.

I

Seguramente ocupa un lugar en las devociones de todos los buenos católicos el joven y hermosísimo santo celestial conmemorado el día 13 de junio por la Iglesia, cuya festividad abre consuetudinarias verbenas de Madrid, celebradas por los primeros poetas con tanto estro y á nosotros venidas como vínculo tradicional de viejas costumbres, con su cortejo de aceites nada perfumados, de aguardientes nada dulces, de músicas y canciones populares. Mas ya que hablamos de poesía popular, diremos como hay una religión popular también, á la poesía parecida en que carece de reglas. Junto á las odas académicas, junto á las epopeyas clásicas, junto al teatro regulado por los códigos de tradicionales poéticas hay el romance vulgar, junto á los dogmas y á los cánones y á las liturgias hay las creencias populares. En mi tiempo celebraba la Iglesia con media fiesta el día de San Antonio; pero lo celebrábamos con fiesta entera nosotros los muchachuelos, yéndonos á los huertos cargados de albaricoques y cerezas ó trepando por los higuerales que ya negreaban á las primerizas brevas. Y celebrábamos el divino San Antonio, como le llamaba mi abuela, por los objetos perdidos y encontrados desde una á otra fiesta en el transcurso de todo un año. San José, patrono de los carpinteros; Santa Cecilia, de los músicos; Santiago, de nuestra España; San Jorge, de Inglaterra; San Pedro, de Roma; San Ildefonso, de Toledo, bien claramente dicen cómo los fieles, grandes y pequeños, individuales ó colectivos, han menester para las contingencias de su vida un apoyo entre los habitantes del Empíreo, naturales valedores con el Eterno. Y así, los que buscan por el hogar cualquier objeto perdido recurren al bendito San Antonio en oraciones litúrgicas hechas de versos, tanto malos en forma, cuanto buenos en espíritu é intención. Yo tuve una tía que se pareció mucho á su sobrino en el achaque de perder y extraviar los objetos domésticos. En cuanto con tal malaventura topaba, decía su oración á San Antonio; y apenas dicha, íbasele con prontitud lo buscado. El santo de Padua se parece mucho al santo de Asís. Este, San Francisco, prueba con sus fascinaciones á las avecillas cuál fuerza en sus senos el amor místico tiene, y aquél, San Antonio, consiguiendo que los peces le oigan atentos, cuál poder la elocuencia. En Padua y en sus iglesias, sobre todo en la particularmente consagrada por sus conciudadanos al patrono de la ciudad, comienza la pintura en su lógico desarrollo á divertir la vista del arcaico modelo bizantino para ponerla en el cuerpo humano radiante de calor y de vida. Pues si en estas iglesias empieza la pintura humana, en el San Antonio nuestro de la Florida, tan célebre, la pintura naturalista. Yo me río de Zola y los suyos en materia de naturalismo al compararlos con Goya. Los escritores franceses, á lo sumo, afearán adrede lo feo naturalmente y agravarán lo pervertido y lo perverso. Pero Goya introduce los seres vivos y reales más degenerados en el cielo, y les pone multicolores alas de ángel con místicos nimbos de santas á las más célebres Magdalenas de su Madrid, del Madrid de las manolas, chulos y chisperos. ¿Qué queréis? Nadie, ni el artista más eximio, puede sobreponerse á su tiempo. Así, parece imposible que medie un siglo poco más ó menos entre Murillo y Goya. No obstante haber escrito ya Pereira y Descartes, la teología predominaba sobre la ciencia, y sobre la razón el dogma en Zurbarán y en Murillo, que representaban los últimos españoles del régimen iniciado en Carlos V y concluído en Carlos II; no obstante reinar aún el absolutismo religioso y monárquico, la ciencia predominaba y la libertad también sobre las ideas y sobre las instituciones antiguas en Goya, que representaba los primeros españoles del régimen constitucional, aquellos españoles cuyos ánimos, de tan malas apariencias en lo externo, llegaron á escribir el código inmortal de Cádiz y á realizar la increíble guerra por nuestra independencia. Con sólo ver á Murillo, Zurbarán y Goya se ven tres fases del espíritu moderno: en el pintor de las Vírgenes un misticismo femenil y melodioso y efusivo á la manera del misticismo de Santa Teresa, y en el pintor de los frailes un ascetismo duro y austero como el de Chaide ó de Grada, y en el pintor de las manolas todo el siglo XVIII con toda su enciclopedia. Pero sea de esto lo que quiera, nuestro San Antonio bendito recuerda las flores de la primavera en el paseo de la Florida por el mes de junio, como recuerda el pobre San Antón de las tentaciones á cada enero por la calle de Hortaleza el riguroso invierno y el agradecimiento debido á los animales domésticos, desde los cerdos hasta los mulos, á causa de la cooperación al trabajo nuestro prestado y de la parte de casa que llevan sobre sus lomos. Luego nos extrañamos del culto natural ofrecido por los egipcios, dicha sea como ejemplo, al árbol y al bruto, que les acompañan en la vida y que les ayudan en el trabajo. Pues culto quiere decir también cuidado, cultivo, amor, y no poco debe consagrarse de tales afectos al gallo que os anuncia la mañana y al buey que os lleva el arado, y al mulo de carga, y al pobre paciente borrico, y al caballo de paseo, y al cerdo gruñón, que os prestan su indispensable auxilio y os ayudan en cosa de suyo tan difícil como el desarrollo y conservación de nuestra mísera vida, necesitada como ninguna otra bajo el cielo, de un ejército de cooperadores y copartícipes.

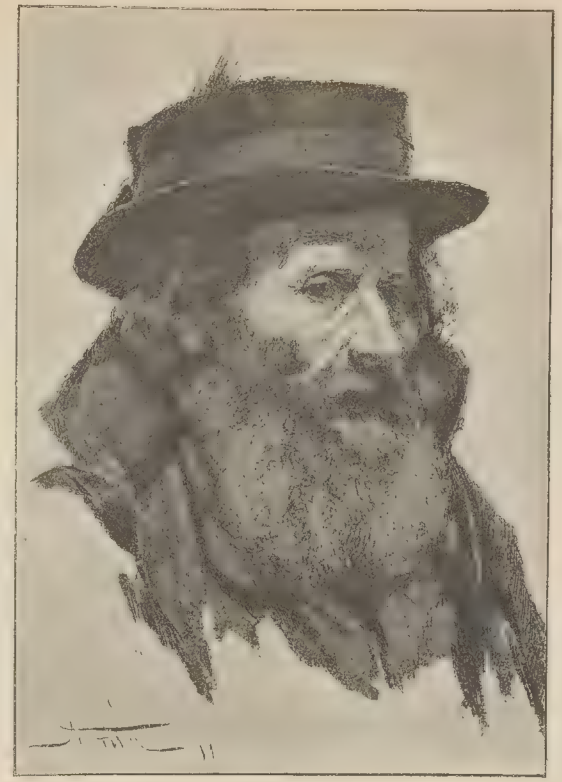
II

Las verbenas van enfriándose como el planeta. ¡Qué primavera! El frío más intenso en España é Italia y el trancazo más espantoso en Suecia é Inglaterra. Desde nuestro grande Gladstone hasta el heredero de la corona escandinava se han hallado mal y han tenido que hacer muchos días cama. El polo Norte va ganando en hielos al polo Sur, según dicen las hipótesis meteorológicas, y de tamaño desequilibrio proviene una probable inclinación del eje de nuestra tierra, que puede quizás explicarnos los terremotos de Andalucía, las catástrofes de Isquia, los horrores de Asia, las innumerables plagas caídas sobre nuestro viejo mundo en los dos últimos quinquenios. Europa tirita mientras arde Africa. Y este ardor de Africa trae horribles calamidades, como, por ejemplo, las nubes de langosta obscureciendo el sol y devastando el suelo. Cuando entran tales voraces insectos en cualquier oasis de Argelia, devoran una palmera cual pudiéramos nosotros comernos un rábano. Hace pocos días estaba en las arenas líbicas un sabio francés, llevado allí por el afán de observar y estudiar. Pues lo cogieron en un sesteo los feroces animales y lo mataron. No hay para qué decir cómo andará de perturbado el mundo material con todas estas cosazas. Anda más perturbado el mundo moral todavía. El suicidio de Madama Weill, que iba envenenando calmante á su esposo para fugarse con su querido; la prisión en Madrid de una duquesa, recluída en la cárcel de mujeres, por malos tratamientos y golpes dados á infeliz criatura; el arqueo de los tesoros del Vaticano, disminuídos en doce millones de pesetas por especulaciones desgraciadas de los cardenales; el proceso abierto en Inglaterra, que ha malherido moralmente al príncipe de Gales, resultan piedras tantas de verdadero escalo y en tanto número, que tenemos ya todo un empedrado. El matrimonio, la nobleza, el clero, la monarquía, todas estas instituciones por humanas deben á una sentirse á veces aquejadas de fatalísimos achaques, muy connaturales á nuestra misérrima especie. Pero hay la singularidad especialísima de que hayan sobrevenido todas en un día. Y entre todas aparece la más llamativa esa escandalosa cohorte de fulleros que acompaña en sus correrías y en sus veladas campestres al príncipe de Gales, comido por toda clase de gravosas deudas y enfrascado en todos los lodazales de causas y procesos aristocráticos. Hase demostrado, con escándalo universal, en la causa, que los amigos al príncipe más caros y del príncipe más entrañables manipulaban en el juego con tales trampas, que se metían contra los empeños y azares del acaso las libras esterlinas de los demás en sus amplios y vacíos bolsillos. El juego lleva consigo aparejados todos los vicios, y el jugador pierde toda noción de lo conveniente y de lo justo. Así, los periódicos ingleses han caído sobre su futuro monarca en tropel y lo han puesto como no digan dueñas. Hasta la historia del collar de María Antonieta sacaron á relucir con tan triste motivo, y al evocar esta historia terrible soltaron amenazas múltiples de cercano destronamiento y aun de fácil abdicación previa en el primogénito, ya de veinticuatro primaveras. ¡El collar de la reina! ¿Dónde diablos buscan periódicos tan leales á la monarquía como los periódicos ingleses tamaños ejemplos? Para conocer su importancia no hay sino despertar su recuerdo. Eran los tiempos de la erupción revolucionaria, por 1789, un poco antes de que la familia real francesa fuese trasladada por el pueblo desde Versalles á París. Tenía la corte de limosnero mayor al cardenal de Rohán, y este prelado, aquejadísimo de monomanías, como cualquier loco, requería de amores sin recato á la reina de Francia, que le mostraba un odio sin tregua. La demencia del cardenal llegó hasta comprar un collar muy codiciado por María Antonieta y muy caro, creyendo así obligarla más y más. Regateóse un poco; se suspendió algunos días la entrega por una cantidad de trescientos mil francos, y al fin quedó ajustado en la tasación de dos millones de francos pagaderos á plazos, inscritos en un pagaré, á cuyo pie había esta firma: «María Antonieta de Francia.» El cardenal, á quien la joya fuera entregada con bien pocas precauciones, la entregó á un simple camarero de la reina que pasó á recogerla. Desmontóse con sumo cuidado el collar, tomando María Antonieta las perlas y los brillantes más gruesos y expidiendo un amigo á Londres para que vendiese los no recogidos y guardados. Este trajo el importe cuantioso de tal venta; pero la mano del cardenal de Rohán era crisol en que todo dinero se derretía como un pedazo de hielo y se disipaba como un sorbo de éter. Así es que llegó el plazo primero y no pudo pagar. Rohán, prelado, cardenal, descendiente de los reyes de Bretaña, en cuya comparación parecían de ayer los monarcas reinantes; limosnero mayor de S. M., uno de los más altos personajes de la nobleza, uno de los más conspicuos dignatarios de la corte, uno de los mayores príncipes de la iglesia, veíase metido en trance bien amargo, como puesto en la picota guardada para los estafadores por la conciencia pública. Así es que, en plena corte, á mediados de agosto, el día de San Luis, cuando á la capilla se dirigía para celebrar los divinos oficios, revestido de sus trajes episcopales, ardiendo ya los cirios en el altar mayor y resonando las notas angélicas del órgano so las bóvedas sacras, reunida la corte, apercibido todo para la misa, otro cortesano, enemigo suyo, de los innumerables envidiosos que pululan por todos los palacios, dió entre tanto fausto y grandeza orden de arrestarlo por fuerza y conducirlo á presencia del monarca, supremo juez y jerarca. Dificilísimo encarecer el terror que produjo en el ánimo de Luis XVI ver al eclesiástico, de todas las insignias ornado, á la puerta del santuario con todo el clero á la espalda y toda la corte enfrente, aguardando á su rey para bendecirlo, arrestado como el último de los criminales. Cuando, tras el arresto, entrara en la regia cámara, encontró al monarca indignadísimo contra su persona sacra y á la reina deshecha en lágrimas. Y había de qué sublevarse y por qué llorar á tal escándalo. La primera palabra del rey fué una palabra de acerbísima reconvención al prelado, y la primera palabra del prelado una queja de verse malherido así en tanta solemnidad con una tal agravación de los escándalos que rayaba en verdadera crueldad. Durante todo el diálogo la reina se cubría el rostro con las manos y lloraba en una horrible aflicción á gritos. Y tenía razón; pues innumerables enemigos, suscitados por la pobre Antonieta, aseguraban que había convenido en dar cita burlesca de amor cierta noche al cardenal en los jardines; que había escrito carta de sus regias manos al cuitado eclesiástico; que había requerido á una triste aventurera de sangre real para que fuese intermediaria en estas increíbles locuras; que la tragedia, en cuyos incidentes había comprometido su nombre augusto, resultaba entretenimiento y deleite de sus ocios, el collar joya comprada para su ornato, la falta de pago culpa de sus dispendios, la impopularidad patente del rey consecuencia de sus ligerezas, la crisis del régimen monárquico

producto de sus caprichos y los vagidos de la revolución ecos de sus carcajadas. Si el príncipe de Gales alguna vez lee al gran historiador, su compatriota Carlyle, que ha descrito tales trágicas escenas magistralmente, cuál escalofrío debe darle por la espina dorsal y cuántos espectros terribles deben surgir en sus ensueños.

III

Pero dejemos todo esto que parece político, y vamos de nuevo, así á las bellas letras como á las bellas artes, más de la incumbencia del periódico donde trazamos estas líneas. Entre las muchas maravillas que atesora el Mediodía de Francia, existe una por todo extremo curiosa, el teatro de Orange, obra de los tiempos clásicos, y como las obras muy duraderas, embellecido por los esmaltes del tiempo y de la historia. Muy en ruinas al desgaste de los siglos, consérvase, sin embargo, con tal proporción y armonía, que allí mismo hase representado el Edipo rey en francés por actores contemporáneos, despertando los mismos afectos despertados por la tragedia griega en los antiguos pueblos. Esta permanencia del sentimiento y de la emoción proviene también de la perennidad casi eterna del tipo representado. Cuando veis en el teatro las dudas que taladran vuestras sienes, y los dolores que atenacean vuestro corazón, y los remordimientos que muerden vuestra conciencia, os interesáis en ello como en lo universal humano. Esa parte de la fatalidad, heredada por atavismo en vuestra fisiología, y hasta en la externa suerte de todo aquello cuanto os rodea, tiene tal verdad nativa, que, por una consecuencia inevitable, ha de interesar, y mucho, á los que nos sentimos como abrumados por la fatalidad. Y por la fatalidad, por algo superior á nuestras fuerzas y ajeno á nuestra voluntad, á pesar del innato albedrío nuestro, nos sentimos todos sin excepción aplastados. Así el actor Sully hame contado que al representar el Edipo rey, traducido de la inmortal obra de Sófocles, él mismo experimentó en sus nervios y sugirió á sus oyentes los escalofríos trágicos experimentados por todos aquellos que representaran ó vieran en otros siglos tan perfecta y acabada obra. Yo lo creo así en verdad, y por tanto, me huelgo al considerar la restauración proyectada como una prueba del concepto de solidaridad entre todas las generaciones en que, poco á poco, van entrando todos los pueblos. Y deben tanto más complacernos estas obras clásicas, cuanto que á diario surgen por todas partes maravillosas obras románticas. En el magnífico legado de maravillas póstumas transmitido por Víctor Hugo á la posteridad, acaba de salir á luz un poema cíclico, titulado sublimemente *Dios*, cuyas estancias están forjadas en fraguas de titanes y compuestas por rayos de Prometeo. Siempre desmedido Víctor Huyo, este profeta de lo sublime, al encontrarse frente á frente con lo eterno, rompe y sobrepuja la medida que se había puesto á sí mismo, como un océano salido de madre ó como un cielo incandescente por un cósmico incendio de soles. Todas las ideas de relación entre lo divino y lo humano toman estaturas tan gigantes y se visten de un sudario tan extraño, que penetráis en lo sobrenatural. Unas veces creéis oir las arpas de los querubines absortos y extáticos, mientras otras veces las trompetas apocalípticas de los ángeles exterminadores. Aquí presenciáis los primeros albores de la primer mañana del mundo, y allí los últimos crepúsculos de su tarde. Como uno de aquellos enviados de Jehová, como un Oriel, como un Gabriel, como un Rafael, diríais que ha llevado el poeta en



ESTUDIO, dibujo á la pluma de D. Manuel Felíu



L' ASCÓ DEL BARRI (EL ESCAÑO DEL BARRIO), cuadro de D. Manuel Felíu (de fotografía de D. J. Martí). – (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

sus labios por los espacios desiertos el Verbo creador y encendido con la lumbre de retina los astros en la eterna sombra. Desde las primeras octavas caéis y os hundís en el éter, teniendo ante vuestros ojos lo invisible, bajo vuestras plantas lo insondable, á uno y otro lado todos los enigmas y todos los misterios en una inconexión semejante á los abismos del caos. Pero cuando tal número de sucios escarabajos peloteros ruedan ante la boca del estómago las bolas hechas en los estiércoles y en los excrementos, dejemos á esa grande águila del Patmos de lo sublime traernos de lo infinito, donde sola ella sabe respirar, los soles y los mundos avivados por el huracán de su aliento. ¡Cuán grande hombre y cómo debemos agradecer á la Providencia que nos hiciera venir en su tiempo á la vida, para tener ahora un inefable privilegio y contarle á la posteridad como fué nuestro amigo!

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

VIII

DIBUJOS Y GRABADOS – CONCLUSIÓN

El arte del dibujo se ha transformado modernamente de una manera radical, en cuanto la aplicación de la fotografía al grabado trasladó al papel impreso la obra artística sin menoscabo de su integridad y con el mismo carácter peculiarísimo del procedimiento que empleó el autor. Las aguadas conservan sus negros mates y las húmedas manchas que se dilatan hasta el margen resbaladizas; los carbones, el polvillo borroso y granujiento; el papel-ton, su microscópica y finísima cuadrícula, donde pueden *revelarse* los blancos de yeso á punta de cuchillo; la pluma, sus delicados perfiles y contornos, y hasta del lápiz – porque también se dibuja con él todavía, como aún se hace vino... con uvas, – hasta del lápiz se reproduce exactamente su especial claro-obscuro, su pastosidad y brillantez. Tales procedimientos han dado al dibujo un valor singular y nuevas y múltiples aplicaciones. Estas, á su vez, modificaron y perfeccionaron la cincografía y la fototipia. La obra artística y su reproducción casi mecánica se han influído mutuamente. Una y otra, abreviando el tiempo y reduciendo el desembolso, se han convertido en diligentes y activos auxiliares de las publicaciones periódicas; han permitido el comentario gráfico al minuto, apéndice de la apresurada relación casi instantánea, y la *ilustración* dispuesta inmediatamente, ornato de la obra tirada en pocos días. Por aquí el croquis fugaz, el esbozo espontáneo, la impresión del natural, tomada de pie, pudieron presentarse con su atractivo propio: la frescura de inspiración, la facilidad, la genialidad del artista, una suerte de *déshabillé* del arte, que, aun en el caso de ser el resultado del estudio, le obliga á ser natural y vivo sin la resobada corrección del retardo y la espera, y á lanzar á la publicidad sus borrones como una confidencia íntima, calurosa, sin retoque aparente. Por otra parte, el dibujo, empleando tantos instrumentos y recursos á la vez, y en algunos casos todos á un tiempo, adquirió una suerte de colorido con las más imperceptibles gradaciones y efectos de la perspectiva aérea, reprodujo la calidad de los objetos, y salió de la monotonía y amaneramiento de las antiguas ilustraciones rectangulares para convertirse en simples notas puestas de improviso, al descuido, con gracia y elegancia, al margen de los libros.

Tantas ventajas no lo son para todos. Otros las creen compensadas por grandes inconvenientes. Hay quien sostiene que la misma brevedad y rapidez de tales improvisaciones periodísticas y á plazo fijo, tienen para el arte el mismo inconveniente que para las letras el periódico: se pierde en corrección y solidez lo que se gana en vivacidad y en fuego. Un nuevo amaneramiento sustituye al antiguo; los apuntes de cartera y las mismas siluetas, en fuerza de espontáneos y fáciles, caen en triviales hasta la insipidez Sobre todo, la economía relativa de los nuevos procedimientos de grabado dan un golpe mortal á las grandes y magníficas artes reproductivas: el agua-fuerte, el acero y el boj, en que un verdadero artista interpretaba á otro con talento y gloria independiente, como un buen actor á un dramaturgo. La mecánica, más ó menos hábil y atenta, sustituye con el trabajo manual la fiebre de la inspiración que, aun refleja, era artística al cabo; hiere á dos artistas á la vez: al viejo grabador, á quien suprime; al nuevo dibujante, á quien condena á una producción siempre apremiante y presurosa. No valen esas copiosas ilustraciones modernas lo que las raras estampas suntuosas de algunos libros viejos, de tal primor y finura, ó tan vigorosas y compuestas. – Esto dicen los enamorados de lo antiguo.

En esta materia, como en otras análogas, siempre que se trata de cotejar tiempos con tiempos y obras con obras, el error está para mí en el supuesto de que se parte. Un escritor moderno ha resumido todas las objeciones á los lamentos de los *antiguos* en un principio encerrado en una sola frase feliz: «Se olvida con frecuencia que el progreso no es *supresión*, ni siquiera *sustitución*, sino *acúmulo*.» «Nadie – viene á decir, aunque ahora no recuerdo sus propias palabras, – nadie piensa en suprimir ni sustituir el pan, á pesar de los adelantos culinarios. La vela no arrinconó el remo, ni el vapor arrió la vela, ni la electricidad mañana dará suelta al vapor: todo coexiste, y coexistirá.» Todo coexiste, menos lo realmente malo y de utilidad transitoria ó circunstancial, que es lo único que arrincona el verdadero progreso. En las artes del dibujo y su reproducción pasa una cosa análoga. Ni el agua-fuerte ni el grabado en acero ó al boj son sustituíbles ó mortales; por el contrario, reviven y se perfeccionan en todos los países, y han de revivir, porque sus bellezas propias no se alcanzan sin ellos: ni su fuerza, ni su delicadeza, ni su aterciopelada suavidad, ni cierto é indefinible atractivo de todo lo que sale directamente de la mano del hombre, con arte y vida. Pero ¿por qué ha de ser esto obstáculo á que se perfeccionen también la cincografía y la fototipia, que á tal punto adelantan y producen verdaderas maravillas? Ni por eso ha de negarse que estos procedimientos permiten la difusión del arte con sus rápidas y numerosas copias y fomentan la belleza y el gusto, poniéndolos al alcance de los más sin ningún perjuicio para los menos que todavía pueden dedicarse á coleccionar preciosos agua-fuertes y magníficas estampas, indudablemente incomparables. Si se coteja, no lo costoso de ayer con lo económico de hoy, sino lo análogo de distintas épocas, el progreso resulta innegable. Limitándome ahora á Barcelona, el número de ilustradores, algunos excelentes, se aumentó en progresión geométrica. De la reforma y depuración del gusto no hay qué hablar. Basta hojear una obra ilustrada ó semanario artístico, de treinta ó cuarenta años á estas fechas, para convencerse de que no hay cómo calificar ciertas litografías y grabados en madera de antaño, si se quiere prescindir de adjetivos demasiado crudos. De esto procuran guardar siempre el mayor silencio los pesimistas.

Sin embargo, en las *ilustraciones* no se ha logrado todo. Cada género tiene sus defectos propios, que no se perdonan cuando se ven todos los días, y que se olvidan cuando se habla de lo pasado. Tratándose particularmente de las novelas contemporáneas, se ve ahora que su inconveniente reside en cierta duplicidad de la imagen, literaria en el texto, gráfica en el intercalado, pero análogas en suma, compitiendo algunas veces, y dándose de puñetazos otras. La importancia extraordinaria concedida en la moderna literatura á lo plástico, á lo pintoresco, á lo descriptivo, trajo esta especie de competencia entre el autor y el artista, en mi sentir fatal á entrambos. Cuando la literatura era más narrativa, más subjetiva, más propensa á lo general, sin carecer de la insinuación de lo plástico; cuando el autor, ocupado en la acción, apenas hacía más que indicar lugares, figuras y accesorios, el artista tenía espacio libre donde moverse: imaginaba, realizaba, completaba de verdad la obra. Los detalles más nimios, los vivos y gráficos, eran, por su corte literario, una acotación antes que una construcción precisa y completa. La naturaleza muerta y la decoración apenas figuraban en el libro: cabalmente lo que constituye el fondo del dibujo. Todo lo contrario ha ocurrido con la literatura realista. Lejos de insinuar las cosas, el autor se empeña en evocarlas; no sólo no prescinde de lo plástico, sino que lucha por superar á la pintura y se anticipa al dibujante con todo el lujo de pormenores y con todo el esfuerzo de un estilo colorista y preciso que da los componentes de la imagen. Al artista no le toca sino repetirlos, traducirlos al pie de la letra en otra lengua: la línea. ¿Y qué ha sucedido? Que casi nunca coinciden la visión del autor con la del dibujante, ni ambas con la del lector: mutuamente se increpan con tanta más razón aparente, cuanto más clara les parece á todos. La mayoría de los dibujantes son incorregibles en lo que atañe á los detalles: la misma precisión descriptiva les obliga á una fidelidad penosa que excusan muchos con figurillas sueltas, porque no se tienen en un estudio como en almacén todos, absolutamente todos los medios, ó siquiera los apuntes para reconstruir una novela contemporánea que suele ser un verdadero microcosmos. Pero, aparte de esto, es imposible acordar lo que imagina el autor con lo que imagina el dibujante, porque la descripción literaria, por viva que sea, es siempre al fin y al cabo literaria; sugiere, pero no realiza; resulta, como diría Lessing, sucesiva y no simultánea; por lo cual toma en la imaginación tantas formas precisas cuantos son los que leen, es decir, los que la componen en su cerebro. De aquí que el más quejoso sea siempre el autor, porque es quien conoce su texto y su intención, línea por línea y letra por letra, con afectuosa memoria de padre. Sólo puede remediar este inconveniente mucho mayor estudio y mayor riqueza de recursos y conocimientos de los que emplea la mayoría de los dibujantes; sobre todo, importa dar á la ilustración, más que una fidelidad material, ó sobre ella, el carácter propio de la obra, aquella fisonomía de conjunto que realce y haga visible lo que el autor no pudo poner en él á pesar de su conocido y casi manifiesto empeño.

No todos los dibujos de la Exposición son ilustraciones. Armet tiene allí dos carbones que son dos cuadros; Galcerán, una preciosa marina; Marqués, un apunte de viaje; Pahissa, uno de sus paisajes típicos, de peculiar sentimiento, aunque el terreno aparece siempre inconsistente y descuidado. Otros hay regulares, medianos y menos que esto. Pero las composiciones para ilustración son las que abundan. Las más son de obras editadas en Barcelona, exceptuando tres admirables composiciones de Vierge, geniales como suyas. Fuera de ellas, García Ramos exhibe allí su riquísima colección de aquatintas y dibujos á pluma de la *Tierra de María Santísima*, preciosos cuadros en que resurgen, como más vivos y remozados los tipos andaluces castizos, tras tanta flamenquería de abanico y petaca. Todo es notable en ellos; el sentimiento, el dibujo, la misma habilidad manual del artista que saca efectos artísticos de una ejecución limpia ó singularmente robusta. Pellicer tiene en la misma galería varias colecciones donde se admira su solidez y su ciencia de la composición: particularmente algunas de las ilustraciones á las obras del Duque de Rivas y las cabeceras del *Quijote* son notables en este sentido, como las de los artículos de Larra por su concienzuda propiedad. De Mestres hay poco: cuatro originales de sus poemas *Los Sardinalers*, *Margaridó* y *Gaziel*, donde el autor tiene la fortuna de poder interpretarse á sí mismo. Otros dibujantes más jóvenes, Cabrinety, Eriz, Passos, Cuchy, Vázquez, etc., exhiben también varias colecciones, donde se nota la recomendable condición de una manera propia é individual en la factura, aunque en el modo de interpretar los asuntos incurran con frecuencia en la rutina y no pasen de las más sencillas composiciones: una pareja, un grupo, un retrato, una chuchería cualquiera. Con todo esto, no cabe confundirlos. Cabrinety se distingue por una fidelidad fotográfica esmeradísima, que realza á veces, no siempre, el sentimiento y el carácter de la composición total. Passos reproduce con minuciosidad y exactitud, con procedimientos bien suyos, las copias de monumentos arquitectónicos, la calidad de los objetos: sus vistas del taller de los Sres. Masriera, la colección de armaduras del Sr. Estruch, son primorosos ejemplares de aquella reproducción, de un relieve, de una calidad palpables. Otros, como Cuchy, manejan el aqua-tinta con soltura, y disimulan con la mancha espontánea y fácil muy visibles defectos de construcción. Otros se valen de la pluma, ya movida con vigor y á grandes trazos, como en algunos dibujos de Vázquez, de excelente perspectiva aérea y buena impresión, ya perfilando el contorno con elegancia y cierta fantasía, como Eriz en sus *Misterios de la locura*. Los demás dibujantes que recuerdo, no tienen allí lo mejor y no caben en la lista. Esta la cierran las orlas decorativas de Riquer, puestas al poema de Verdaguer *Jesús Infant*, tenues, delicadas, sobre fondo de oro, como las iluminaciones antiguas, y las grandes cabeceras y frisos ornamentales de Pascó que hay que distinguir en primera línea por su buen gusto, su erudición artística, la fecunda invención con que los enriquece y la exuberancia de motivos de que dispone con genial novedad.

La colección de agua-fuertes y grabados es escasa. Entre los aqua-fortistas españoles sólo recuerdo á Araujo Ruano, Canudas, Torner y Ríos. Las copias de cuadros extranjeros por Ríos se distinguen en primera línea. Baude y Forberg presentan también algunos ejemplares admirables. El último figura á la vez en la sección de grabados junto á Michelet, Malcher, Robert y Tilly, con sus celebradas cabeceras del *Quijote*, y compitiendo con los barceloneses Sadurní, Gómez Polo y Thomás, que exhiben menos de lo que debieran para juzgar cumplidamente sus últimas tentativas y valiosos progresos, en alguna obra totalmente nueva.

J. YXART

15 junio



UN ACCIDENTE, dibujo de Gunning King

PARIS

DOS SALONES DE BELLAS ARTES

La producción artística va tomando en Francia proporciones colosales. El número de cuadros que en París se exponen al público aumenta de año en año. Cuando surgió la disidencia entre los amigos de Meissonier y los de Bouguereau y el «Salón» tradicional se dividió en dos mitades, una que siguió en el Palacio de los Campos Elíseos y otra que cruzó el Sena, trasladándose al Palacio de Bellas Artes de la última Exposición Universal, todos creímos que no sería posible sostener en París dos «Salones.» Hoy ya no cabe duda, ambos tienen vida propia, ambos brillan á la vez, disputándose por igual la atención de parisienses y extranjeros. La muchedumbre acude al uno y al otro con el mismo afán por seguir de cerca los progresos del arte contemporáneo. ¿Cuál de los dos Salones es superior á su rival de la orilla opuesta del río? Difícil es contestar á esta pregunta. No hay en el del Campo de Marte una obra de la importancia de *La muerte de Babilonia*, de Rochegrosse, el grande éxito del Salón de los Campos Elíseos; mas faltan en el Palacio de la Industria obras risueñas, obras ligeras y graciosas, como las que en el Palacio de Bellas Artes abundan. En éste se echan de menos los cuadros grandes; en aquél búscanse inútilmente los cuadros pequeños. Por lo cual ambos Salones se completan.

Comencemos nuestra visita por el Salón de los Campos Elíseos y pasemos luego de éste al del Campo de Marte.

El tan discutido cuadro de Rochegrosse *La muerte de Babilonia* es una de las más vastas composiciones que la pintura ha producido en nuestro tiempo. Toca á su fin la última noche de la gran ciudad; el ejército persa, aprovechándose de la general embriaguez, apodérase del palacio de Baltasar y penetra en la sala de la orgía. La decoración es soberbia; diríase que se asiste á uno de esos finales de grande espectáculo con que ciertos empresarios fastuosos procuran asombrar á la multitud, llenando la escena de magníficos esplendores. Se ven por uno y otro lado los restos del festín; hay hombres y mujeres que duermen tendidos en desorden, sobre tapices y cojines, entre riquísimas telas. Algunos de ellos, al oir el ruido que acompaña á aquella irrupción brusca, incorpóranse perezosamente y vuelven á caer dormidos para no despertar más, pues pronto el invasor segará implacable sus cabezas. En el fondo, sobre una escalera monumental, guardada de arriba abajo por leones de bronce, está Baltasar, que mira con estupor la puerta que se abre, por la cual los bárbaros se precipitan y entra la primera luz del alba. Hay un atrevimiento y una energía poco comunes; ciertos detalles son de un naturalismo perfectamente caracterizado, y ¡cosa extraña! en medio de esos toques naturalistas, Rochegrosse da libre acceso en su cuadro á la pintura alegórica, haciéndonos ver por encima de la figura de Baltasar un enorme fantasma que proyecta su sombra sobre la escena. Es, pues, *La muerte de Babilonia* un cuadro de historia, hecho con tal libertad de procedimiento que en él se pasa del simbolismo al naturalismo sin transición alguna.

Después del célebre cuadro de Rochegrosse, los que más llaman la atención en el Salón de los Campos Elíseos son: la *Llorosa*, de Henner; *La bóveda de acero*, de J. P. Laurens, y el panorama de Renouf *El puente de Brooklyn*.

La *Llorosa* es una Magdalena que Henner nos pinta desnuda, echada en el suelo, en la penumbra vaga é indecisa. Es un estudio de primer orden, donde el grande artista alsaciano raya á la altura envidiable á que se ha elevado en este género de obras, que constituyen su especialidad. Nada más exquisito, ni más inspirado y perfecto que su *Llorosa*. El arte de Henner es el arte en toda su poesía y en toda su pureza.

La bóveda de acero, de J. P. Laurens, es un cuadro pintado para el Hotel de Ville de París y representa el instante en que Bailly, al pie de la escalera del Hotel de Ville, entrega á Luis XVI, que acaba de apearse de su carroza, la escarapela tricolor. Los *échevins*, ó sea, los miembros del consejo de la ciudad, desenvainan sus espadas y las cruzan en alto, formando con ellas una bóveda para que pase el rey. Dice Michelet que cuando Luis XVI oyó el ruido de las espadas y las vió brillar sintió un estremecimiento que no pudo reprimir. J. P. Laurens no traduce esa impresión que Michelet registra en las hermosas páginas de su historia. *La bóveda de acero* resulta una composición fría.

Tras el puente de Brooklyn traza Renouf de mano maestra el panorama de Nueva York. Un rayo del sol poniente ilumina el mar, en cuya superficie las fachadas de las casas se reflejan. Bajo el puente se cruzan los *steamers*, cuya enorme silueta se desliza cortando las aguas bañadas por aquel rayo de sol que llega del ocaso. Es realmente admirable el paisaje de Renouf; á pesar de hallarse colocado en la misma sala donde está expuesto el cuadro absorbente de Rochegrosse, el público se agolpa á contemplarlo, atraído por su gran belleza y por su efecto poderoso.

El pintor español Checa expone un cuadro muy notable, *Atila y los hunos*, donde continúa la serie de estudios que viene haciendo de caballos lanzados al galope; llamó ya nuestro compatriota la atención del público parisiense por un rapto mitológico en el que había rasgos felices; en el Salón de 1890 ocupó lugar muy honroso con unas *Carreras de carros romanos*. En *Atila y los hunos* continúa este año su marcha ascendente, y con verdadera satisfacción señalamos los progresos de nuestro inspirado compatriota.

Citemos entre los pintores que más se distinguen á Debat-Ponsan, cuyos *Bueyes jóvenes* no pueden ser más naturales; á Cormón, que ha traducido una divertida escena de las *Mil y una noches;* á Henri Martín, que ha ido á inspirarse en un poema de Baudelaire; á Benjamín Constant, que expone dos retratos muy superiores á los de Bonnat; á Vuillefroy, que nos lleva á los caminos de Aragón en un día de feria y obtiene notabilísimos efectos de luz bajo el resplandeciente sol de España; á Vibert, que nos pinta unos cardenales brindando por el cocinero al fin de una copiosa comida, cuadro ejecutado con maravillosa perfección; á Aimé Brouillet, cuya *Ambulancia del Teatro francés durante el sitio de París*, contiene los retratos de las más populares actrices de la comedia francesa, y á Bretón, cuyo cuadro *El estío* nos muestra á una adorable aldeana sentada al pie de unos trigos que la resguardan de los rayos ardientes del sol y posee un encanto indecible.

En el Salón del Campo de Marte sufre el público una verdadera decepción al ver *La barricada*, de Meissonier, que algunos, pecando de imperdonable ligereza, nos anunciaban como un prodigio; *La barricada* es una composición sin concluir, de muy exiguas dimensiones y algún tanto confusa; viene á ser un boceto más que un cuadro. Se ha hecho mal, en nuestro concepto, en exagerar su importancia, pues no tiene otra sino la que le da el nombre de su glorioso autor.

El cuadro que más vivo interés excita en el Salón del Campo de Marte es la *Magdalena*, de Béraud. Esta Magdalena es bien distinta de la de Henner; es una Magdalena *de actualidad*. Todos los personajes que á la escena asisten están vestidos á la moderna; la heroína es una parisiense á quien al terminar un festín se le aparece Jesucristo. La pecadora, al verlo, cae por tierra y se humilla á sus pies. Los hombres que toman parte, unos de levita y otros de frac, la miran con extrañeza arrojarse á los pies de Cristo, y sonríen y discuten, casi todos ellos con un gesto de escéptica incredulidad.

Binet pinta la vida moderna, haciéndonos ver el movimiento parisiense en la estación de Saint-Lazare. Cuadro esencialmente contemporáneo, contiene tipos que son reflejo fiel de esos que animan el diario espectáculo que París ofrece al observador.

Pero el grande éxito artístico del Salón del Campo de Marte es la obra magistral de Dagnan-Bouveret *Los conscriptos*. Unos quintos de aldea van conducidos por un viejo soldado y delante del grupo marcha un niño con la bandera francesa. Es una composición que hiere la fibra patriótica, lo cual contribuye mucho á su éxito. Mas aparte de esa favorable circunstancia encierra el cuadro cualidades excelentes que lo hacen digno del favor que lo dispensan el público y la crítica. Es, en nuestro juicio, la obra más importante de este Salón. Las gentes acuden ante la *Magdalena* de Béraud arrastradas por la curiosidad; el impulso que las lleva ante *Los conscriptos* de Dagnan-Bouveret es de otro género; mézclanse en él la admiración y el patriotismo. Es el de *Los conscriptos* un triunfo más legítimo y más duradero.

Debemos mencionar entre los mejores cuadros expuestos en el Palacio de Bellas Artes los hermosos paisajes meridionales de Montenard, entre ellos especialmente el de las ruinas del circo romano de Arles en una tarde de corrida de toros; los retratos magníficos de Carolus Durán, donde con intensidad tan profunda vibra la nota moderna, y la composición decorativa hecha por Puvis de Chavannes para el Hotel de Ville de Rouen, en la que aparecen, pobladas de esculturales figuras clásicas, las verdes orillas del Sena. Jamás Puvis de Chavannes se mostró tan cuidadoso del estilo y de la armonía. Friant y Zorn siguen á Carolus Durán en el retrato, ocupando ambos lugar muy distinguido.

Esto es, en resumen, lo más saliente que hay en los dos Salones parisienses de 1891.

Ernesto García Ladevese

EL ESPÍRITU DEL IMÁN

– Buenos días tenga usted, Sr. D. Feliciano.

– ¡Hola, Matías! Ven con Dios, hombre.

– ¿Qué tal le va á usted?

– Bien, ¿y á ti?

– Bien, gracias á Dios; ¿y por acá en casa?

– Todos buenos; ¿y allá por Villachica no tenéis novedad?

– Ninguna por ahora, á Dios gracias.

– Me alegro, hombre. Y ¿qué te trae por aquí?

– Pues yo quisiera..., porque ya sabe usted que nosotros siempre venimos aquí, lo mismo en vida de mi padre, que en paz descanse, que murió como usted recordará de un *costao*, hará unos trece años al San Miguel que viene, por no haberle *sangrao* á tiempo, según nos dijo después el señor cirujano, aquel cojo que se casó con la cuñada del tío Marcelino el que compró la viña aquella grande que había sido de Doña Tomasa, la administradora...; porque si, como le iba diciendo, siempre hemos venido á casa, lo mismo en vida de mi padre, Dios le tenga en gloria, que después cuando vivía mi hermano Celedonio, que, como usted recordará, era el mayor, porque las dos hermanas que hubo antes que él se murieron de pequeñas, una á los tres años y otra á los ocho...; y en fin, que ya viene uno con confianza á la casa; y por eso, como uno sabe que... vamos... en fin... que siempre encuentra uno buena acogida...; pues quería, si usted no tiene mayormente apuro, hablar con usted unas palabras á solas y con cierta reserva, porque es una cosa que...

– Bueno, hombre, bueno: vamos aquí á la rebotica y hablaremos todo lo que quieras.

Los sostenedores del precedente diálogo eran un boticario de aquellos antiguos, muy gordo, con muy poca química y mucha gramática parda, y un mocetón muy bruto de una aldea vecina á la histórica ciudad donde pasa la escena.

Cuando estuvieron solos los dos en la rebotica, repanchigado el obeso pucherólogo en un sillón de baqueta con clavos romanos, y mal sentado el mozo en el vivo de un taburete de negrillo, reanudó el primero la plática diciendo:

– Vamos á ver, hombre, ya estamos solos. ¿Qué es lo que te ocurre?

– Pues mire usted, Sr. D. Feliciano, yo venía...; pero el caso es que casi no me determino á decírselo, porque, por un lado no sabe uno..., y si acaso á usted le parece mal que yo tenga con usted una confianza...

– No, hombre, no; puedes tenerla: habla.

– Pues mire usted, Sr. D. Feliciano, ya sabe usted.., digo, puede que no lo sepa todavía, si acaso no ha venido por aquí ninguno del pueblo que se lo haya dicho, porque por allí muchos lo han conocido, aunque yo todavía no lo he dicho á nadie hasta la hora presente...

– Bueno, hombre, adelante ¿Qué es eso que no sabes si yo lo sabré ó no lo sabré? Vamos, habla.

– Pues mire usted: hay allí una muchacha en mi pueblo muy bien parecida, que además tiene sus cachitos de tierra, especialmente una linar que linda con otra mía y un prado cerrado con chopos que también está muy cerca de mi casa, de modo que como yo trato de acomodarme, aquella muchacha me conviene más que ninguna otra... Y no sólo eso, sino que hace tiempo que la tengo yo una miaja de idea...

– ¿Y ella te quiere?...

– ¡Ca, no, señor! Pues á eso iba; quiero decir que por eso venía á estar con usted...

– ¡Pero hombre, si yo no la conozco...! ¿Cómo se llama?

– Se llama Mónica; pero es lo mismo; porque verá usted... Ella ya parecía que se inclinaba algo á mí el año pasado; sino que después vino allí del servicio un hijo del tío *Bragao*, que fué cabo segundo del Regimiento de Gerona, y porque si trajo una chaqueta azul con los galones *encarnaos*, si trajo una gorrilla de cuartel con borla encarnada, y una cinta muy ancha de seda morada y verde para atar el cañuto de la licencia, y en fin que el mozo es jerolista, y la muchacha al verle tan peripuesto dicen que le corre buena cara, y á mí no me hace caso.

– Pues lo siento, hombre; pero repito lo que te dije antes: yo que ni siquiera la conozco, ¿qué te voy á hacer?

– ¡Ah! Mucho, Sr. D. Feliciano; usted puede hacer mucho, puede hacerlo todo, como quien dice. Si usted quisiera servirme...

Y diciendo esto echaba el mozo al boticario una mirada penetrante y escudriñadora, como si antes de formular por lo claro su pretensión quisiera averiguar si le había de ser concedida.

El boticario, observando con extrañeza la insisten-

te mirada del mozo, no acertaba á adivinar de qué manera podría él favorecer sus aspiraciones amorosas, ó qué sería lo que pretendía de él; así es que además de interrogarle con los ojos y con el gesto le dijo:

– Pero hombre, ¿cómo ó de qué manera te puedo yo servir? Habla de una vez, explícate.

– Ahora voy, D. Feliciano, repuso el mozo en voz baja y temblando de emoción. Mire usted; yo estoy convencido de que hoy por hoy la muchacha quiere más al licenciado que á mí; y como yo quiero á todo trance casarme con ella... vengo á que usted... ¡Por Dios, Sr. D. Feliciano! ¿Qué le cuesta á usted?... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen...

Aquí el boticario, cuyo semblante era todo curiosidad, vió claro, lo comprendió todo de un golpe, y disimulando perfectamente la tentación de risa, siguió mirando con atención al mozo; y según éste continuaba á tropezones su relación, iba él haciendo con la cabeza signos afirmativos, como para dar á entender que estaba al cabo de la calle.

El majadero del mozo continuaba diciendo:

– ...Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen á las personas... Yo quiero que usted, pagándole lo que sea, me dé un agua ó un espíritu de esos, á ver si le dejo al licenciado con una cuarta de narices..., que no crea usted que tiene mucho menos.

– Eso es muy difícil de preparar y cuesta mucho, dijo muy serio el marrullero del boticario, que hacía ya un rato que se estaba mordiendo el labio inferior como para significar lo difícil de la cosa.

– Crea usted, Sr. D. Feliciano, que estoy dispuesto á pagarle á usted muy bien, y como no sea una cantidad del todo desproporcionada con mi caudal, yo le prometo á usted que se la pago...; ¡y mire que como yo prometa una cosa!... Vamos, que mire usted, aunque me cueste el mejor prado que tengo...

– Tanto no será, replicó el boticario, echándoselas de generoso, porque á mí no me gusta ser tirano con nadie, y menos con un parroquiano antiguo...

– Eso sí, señor; bien puede usted decirlo; de toda la vida, y de antes, porque ya mi padre venía siempre aquí.

– Si ya lo sé; por eso te digo que no quiero cobrarte todo lo que cuestan esas medicinas; pero aun así temo yo que te parezca mucho...

La conversación duró todavía un buen rato, porque el nazcarejo del mozo era muy pesado y el boticario le daba cuerda; mas el resultado fué que el mozo firmó una obligación de pagar al boticario para después de la cosecha cincuenta duros, si la medicina producía efecto, y si no, veinticinco. Y el boticario comenzó en seguida con mucho aparato y mucho misterio á revolver frascos y botes para concluir por llenar de agua destilada con gotas de agua natural un frasquín del tamaño de un dedal, con su tapón esmerilado, y envolviéndole primero en un papel de seda color de rosa, le metió en una cajina de madera mulléndole con algodón en rama, envolvió después la caja de madera en otro papel azul, y lo metió todo en una caja de cartón, la ató con un cordón encarnado y la envolvió después en el penúltimo número de *El Heraldo*, porque el boticario era un moderadote de los peores.

Al entregarle el envoltorio al mozo le explicó la manera de usar la medicina diciéndole:

– Mira: cuado vayas á salir de casa, si crees que has de encontrar á la muchacha en alguna parte, untas la punta del dedo grande de la mano izquierda y procuras tocarla con él aunque sea en la ropa. Los domingos, por ejemplo, al ir á misa, nada te cuesta colocarte junto á la puerta de la iglesia, y según pasa la miras mucho y muy atentamente, y con disimulo la tocas con el dedo mojado. Si va al baile, vas tu también, procuras bailar con ella y al descuido ó con cuidado la tocas también aunque sea en la saya, y cuando ella se marche del baile te marchas también tú en seguida, como para darla á entender que todas las que quedan allí no te importan nada y que tú habías ido allí solamente por ella. Porque á la medicina, para que surta mejor y más rápido efecto, también hay que ayudarla. Además, siempre que la veas y lleves el dedo untado, procura mirarla con atención y fijeza, y al pasar, aunque no la puedas tocar en la ropa con el dedo, dala los buenos días ó las buenas tardes ó lo que sea, con amabilidad y agrado, y después que pase vuelves la cabeza á mirarla otra vez ú otras tres ó cuatro. Has de procurar también que el día que la hayas tocado con el dedo humedecido, alguna mujer amiga suya, de esas que hay así... muy habladoras y muy amigas de meterse en todo, la hable muy mal del licenciado, diciéndola que es un perdido, que tiene un genio de todos los demonios y que en el regimiento no le podían ver ni pintado, con otras cosas así por este estilo, como que jugó una mala partida á otra novia que tuvo antes; hablándola al mismo tiempo muy bien de ti y ponderándola tu caudal y tus procederes. También tú, cuando hables con algún pariente ó amigo de su padre, has de hablarle muy bien de ella, diciendo que es muy guapa, que es la única mujer que te agrada en el mundo y que por ella darías la vida, todo esto después de haberle tocado también con el dedo untado. Ten en cuenta que la mayor parte de las veces que las medicinas no producen resultado es por no usarlas bien; y si esto pasa con las medicinas comunes, figúrate lo que sucederá cuando son así delicadas como ésta. Conque fíjate bien en lo que te he dicho, que yo te aseguro que como sepas usar la medicina tienes novia...

El mozo le hizo repetir al boticario las instrucciones y no perdió ni una sola palabra de ellas, practicándolas todas *ad pedem literæ*.

Y es claro, como el tunante del empírico le mandó hacer, aparte de la mojadura del dedo, todo lo que más podía inclinar hacia él la voluntad de la muchacha, así como á hacerla aborrecer al licenciado, el resultado, no de la medicina, sino de las adjuntas instrucciones escrupulosamente practicadas, fué que, en efecto, la chica comenzó á inclinarse al bueno de Matías, al cual, poco más de medio año después, daba solemnemente el apetecido *sí* á la puerta de la iglesia.

Ponderar y encarecer en forma lo satisfecho que estaba Matías el día de la boda, no sería cosa fácil, aunque el hacerlo importara mucho al cuento. Baste decir que de gozo no cabía en los pantalones, y eso que el sastre se los había sacado muy anchos.

A cuantos parientes ó amigos se acercaban á darle la enhorabuena, contestaba sonriéndose con orgullo, y diciendo así, palabra arriba ó palabra abajo:

– Me parece que me llevo una buena muchacha... ¿eh? Lo mejorcito de Villachica y aun del contorno. Y no porque estuviera la carne en el plato por falta de gato..., como ya usted sabe... Pero en fin, yo he tenido la fortuna de salir triunfante... Ya ve usted... Estos son secretos que hay en el mundo... y que yo he sabido buscar...

Con estas palabras y otras parecidas dejaba salir el tonto de Matías la alegría que le rebosaba en el cuerpo y apuntaba la idea del secreto, y le faltaba poco para decir por lo claro que á un espíritu que le había

¡UN ÁNGEL MÁS!, aguaza de D. José Bermudo
(Exposición de pasteles y acuarelas del Círculo de Bellas Artes de Madrid)



RECUERDO DE OLOT, cuadro de D. José Armet (de fotografía de D. J. Martí)
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



PATIO DE LOS CONVALECIENTES EN LAS ESCALDAS, cuadro de D. Santiago Rusiñol (de fotografía de D. J. Martí)
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



LA BÓVEDA DE ACERO (17 de julio de 1789), cuadro de D. Juan Pablo Laurens

(Salón de París, 1891)



EL CID PRESENTANDO Á SU PADRE LA CABEZA DEL CONDE LOZANO, cuadro de D. Evaristo Barrio

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

dado D. Feliciano en un pomín por cincuenta duros debía el haber conquistado novia tan excelente.

Pasó la boda, que fué muy rumbosa y de mucho ruido, porque ni Matías ni el padre de Mónica habían economizado gastos: el primero por dar rabia al licenciado, y el segundo por lucirse y hacer que se luciera su hija.

Como que sobre ser los convidados cerca de ciento, todos los detalles respiraban lujo.

Por ejemplo, en otras bodas, las salvas las tiraban los mozos con escopetas de pistón y tal cual pistola antigua de chispa, y en ésta eran cohetes; porque Matías trajo de la ciudad cuatro docenas de ellos, algunos de dos bombas.

El padrino se excedió también en dar propina á los mozos para que tocaran el tambor con más aire y relincharan más; ¡como que no les dió menos de dos duros, el doble de la mayor propina de que en Villachica había memoria!

La tornaboda fué también muy alegre y muy festejada; pero el mismo día de la tornaboda por la tarde, el novio, que no podía olvidar que debía toda aquella felicidad á D. Feliciano, sin despedirse de la gente salió por la puerta trasera del corral, montado en una yegüecilla rabona, y en media hora se plantó en la ciudad, provisto de sus cincuenta duros, para pagar al boticario su buen servicio.

Llegó á la botica, llamó á D. Feliciano, y encerrándose con él en la rebotica, le dijo, dándole un abrazo tan apretado que le quitó la respiración por medio minuto:

—¡Me casé ayer, D. Feliciano, me casé ayer, y me ha faltado tiempo para venir á darle á usted los cincuenta duros y cincuenta millones de gracias, porque á usted es á quien debo yo el haber conseguido lo que pretendía! ¡Usted es mi padre!...

Y diciendo esto le daba otro abrazo, y le levantaba en alto á pesar de que pesaba ocho arrobas y media.

El boticario guardó sus cincuenta duros, y el majadero de Matías se volvió á su pueblo, loco de contento, á seguir disfrutando de la felicidad que él creía haber alcanzado exclusivamente con el espíritu encerrado en aquel pomo.

Tanto lo creía que, allá á medio invierno, no suponiendo todavía al boticario bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegua rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas muy repletas, y le llevó de regalo un jamón, tres vueltas de chorizos y un solomillo; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le recibió muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, Sr. D. Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto *atraía* á Mónica y que tan admirable resultado produjo?

—*El Espíritu del imán*, contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reir él solo á carcajadas.

Antonio de Valbuena

NUESTROS GRABADOS

Pintor de historia, cuadro de C. Rochegrosse. —Quien vea este cuadro y recuerde *El caballero Tanhauser de Venusberg* que tanto llama la atención en nuestra actual Exposición general de Bellas Artes, no podrá menos de asombrarse y aun de poner en duda si ambos lienzos han salido del pincel del mismo autor. Y no decimos esto porque haya relación de superioridad é inferioridad entre uno y otro, que si grandes bellezas atesora el que figura en nuestro certamen, no menores las contiene el que hoy reproducimos, sino por la diferencia de género y aun por el aparente antagonismo de tendencias. ¡Cómo imaginar que el pintor de la leyenda sea el mismo que con inimitable gracia fustiga en sátira amarga al pintor de historia!

No se diga que Rochegrosse no quiso hacer la crítica de la clase, sino simplemente pintar un tipo de esos artistas de brocha gorda que andan de ceca en meca, viendo en todo asuntos para grandes cuadros y en todos apropiados tipos para dar forma á sus concepciones. Quizás esta fué la intención del autor, pero en el fondo la crítica resulta; y resulta porque por desgracia abundan mucho, si es que no están en inmensa mayoría, los pintores de historia que entienden, como el del cuadro de Rochegrosse, que para pintar una figura histórica basta coger un casco, con más ó menos plumas, una coraza, escudo, lanza y demás cachibaches, armar con ellos al primer patán que se presente ó al maniquí que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, y cátate á Periquito hecho fraile; es decir, al *modelo* hecho un griego, un romano ó un guerrero de cualquier tiempo; bien así como el cómico de Larra ¡tenía sus recetas infalibles para transformarse en personaje de los más opuestos caracteres con sólo ahuecar la voz, no quitarse el sombrero, arquear las cejas, dar unos cuantos brincos, y hacer del tarato y decrépito, según que se tratara de representar á un magnate, á un juez, á un pícaro, á un calavera ó un anciano, y de las épocas más diversas simplemente con vestir á la romana, aunque el personaje fuera griego, á la antigua francesa ó española, ó levita de Utrilla, ó casacón y medias. Y así sale ello.

Pero volviendo al cuadro de Rochegrosse, hemos de decir que tan bello como en el fondo (si es que el fondo resulta tal como lo imaginamos) nos parece en la forma. El dibujante y el pintor, con una sobriedad que maravilla, ha sabido hacer una obra llena de vida, simpática por el asunto y el modo de tratarlo, dando á las figuras una expresión de naturalidad que pocos logran producir, y al paisaje unos tonos tan verdaderos y exentos de convencionalismo que á las claras demuestran cuánto se ha preocupado el autor de hacerse intérprete fiel de la realidad.

***

L' ascó del barri (El escaño del barrio), cuadro de D. Manuel Felíu (de fotografía de D. Juan Martí). —(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). —**Estudio, dibujo á la pluma de D. Manuel Felíu.** —Casi puede decirse que el nombre de Manuel Felíu aparece por primera vez en las Exposiciones de Bellas Artes, puesto que si bien es cierto que en el Salón Parés expuso algunas de sus obras, á su regreso de la capital de España, sólo pueden considerarse aquéllas como meros ensayos de novel artista. Hoy preséntase de manera que ha de merecer aplausos justos y sinceros plácemes. Impregnado su espíritu del verdadero sentimiento y robustecido con la sólida base del estudio de los grandes maestros españoles, ofrece al severo juicio de la crítica el producto de su laboriosidad, las primicias de su ingenio y la manifestación de su entusiasmo por el arte. *L' ascó del barri*, inspirado en el atrio de uno de nuestros templos, el de Santa María del Mar, en donde se hallan sentadas en el escaño que les ofrece la religión para implorar la caridad la desvalida huérfana, la decrépita y temblorosa anciana, la comadre del barrio y los diversos tipos que escogen los peldaños de la escalera del templo como recurso á sus necesidades ó lugar de ociosidad, es una bella composición, que pudiéramos titular realista, pero realista en el buen sentido, puesto que á pesar de ser perfectamente naturales los tipos y expresión de los personajes, nada existe en ellos, aun en sus andrajos y pobreza, que repugne ó haga experimentar desagradable impresión. Obsérvase, además, corrección en el dibujo, cualidad que por cierto no posee la generalidad de nuestros pintores, seguridad en los trazos y sobriedad en el color.

¿Será esta obra la aurora de un pintor genial, la brillante aparición que hace presentir lo porvenir, ó bien será un relámpago, una ráfaga pasajera de luz que se desprende de su inteligencia? El tiempo es el que únicamente puede resolver la duda, por más que creamos lícito esperar que no han de malograrse sus ya excepcionales aptitudes.

Su estancia en la capital de la vecina República, suponemos ha de ser tan provechosa para Felíu, como lo fué la de Madrid, en donde estudió con afán las obras de nuestros grandes maestros, especialmente las de Velázquez, por quien siente respetuosa admiración.

***

Un accidente, dibujo de Gunning King. —Salió la elegante pareja á dar un paseo por el campo, y una distracción, un objeto cualquiera que pudo espantar á la cabalgadura de la joven amazona, impulsaron al animal á emprender vertiginosa carrera durante la cual lanzó en tierra su preciosa carga que exánime yace en el suelo, mientras acude presuroso á socorrerla su compañero de excursión.

Dominio sin igual del lápiz y conocimiento de los más difíciles secretos del dibujo, acusa esa preciosa obra de Gunning King que reproducimos. La figura de la joven, presentada en atrevido escorzo, puede calificarse de magistral, y en el paisaje hay atmósfera, luz, en suma, verdad, no fácil de conseguir si no se dominan por completo los elementos de blanco y negro, que si son escasos, no dejan por ello de producir grandes efectos cuando se combinan con el acierto de que en *Un accidente* nos da elocuente prueba el notable dibujante inglés, en la que una composición bien entendida y perfectamente dispuesta aparece realzada por la firmeza y corrección de los trazos y por la riqueza de matices con rara habilidad graduados.

***

¡Un ángel más!, aguaza de D. José Bermudo (Exposición de Acuarelas y Pasteles del Círculo de Bellas Artes de Madrid). —Bermudo no es un artista novel; tiene ya sobrados méritos para que sea preciso determinar la importancia de sus obras y las cualidades que le enaltecen. Forma parte de esa pléyade de pintores en quienes se halla confundido en una sola personalidad la fantasía del artista y el sentimiento del poeta. Las más de las veces canta sentidas estrofas al dar forma con el pincel y los colores á sus bellas composiciones. Tal acontece con su bellísima aguaza que presentó en la Exposición de pasteles y acuarelas que últimamente celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid, al que delicadamente tituló *¡Un ángel más!* El asunto no podía ser más sentido. Representaba un hermoso niño muerto y arrodillada junto al lecho á su desolada madre, que embargada por el dolor y en demanda de clemencia ó consuelo dirige la mirada al cielo, en el que aparece un coro de ángeles que descienden para llevarse á su hijo á las regiones etéreas. Preciso es convenir que, dadas las corrientes que hoy imperan, tendrá, quizás, el cuadro sobra de sentimentalismo; pero aun así y considerado como obra pictórica, admíranse desde luego trozos acertadísimos de dibujo y de color, y paños y carnes modelados con valentía.

No en balde llamó esta obra la atención de los visitantes del certamen del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

***

Recuerdo de Olot, cuadro de D. José Armet (de fotografía de D. Juan Martí). —(Exposición general de Bellas Artes). —Varios paisajes, resultado de sus excursiones veraniegas, ha expuesto en el primer concurso de Bellas Artes celebrado en Barcelona José Armet que tiene adquirida ya de antiguo fama de distinguido paisista, destacándose entre ellos el que titula *Recuerdo de Olot* y dos notables dibujos al carbón. Todos los lienzos, sin embargo, causan agradable impresión por la frescura de los tonos y por los bien entendidos contrastes que Armet se complace en interpretar, cual si tuviera decidido empeño en poner de manifiesto las galas siempre espléndidas de la naturaleza, bella en su grandiosidad.

Sumamente laborioso, ofrece de continuo pruebas de sus repetidos estudios en el género que cultiva, no exento de dificultades cuando el artista trata de reproducir, como lo hace Armet, las bellezas que le rodean, las exuberancias primaverales ó bien la lozana, fresca y jugosa vegetación de algunas regiones catalanas.

***

Patio de los convalecientes en las Escaldas, cuadro de D. Santiago Rusiñol (de fotografía de don Juan Martí). —(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). —Cada nueva exposición de las obras de Santiago Rusiñol denuncia un nuevo progreso, más dominio en el arte y mayor facilidad en transportar al lienzo los asuntos en que se inspira. Sobrio en el color, exacto en los tonos y seguro en los trazos, consigue reproducir con tal fidelidad, que sus cuadros sorprenden y cautivan, aun á los mismos que no cultivan la escuela en que milita Rusiñol como decidido é inteligente campeón.

Si la fotografía hubiera resuelto el problema de reproducir los tonos de la naturaleza, diríamos que este aventajado pintor la transporta al lienzo con la poderosa fuerza de esta importantísima aplicación moderna.

Preciso es confesar que cuando el arte se siente é interpreta como lo concibe y cultiva Rusiñol, cuando cada obra acusa un adelanto, un progreso, desaparecen los antagonismos de escuela y olvídanse procedimientos, para admirar sus brillantes manifestaciones.

El laboratorio de la Galette, *El cementerio de Hix*, *Soledad* y el *Patio de los convalecientes en las Escaldas* son los títulos de las cuatro obras que ha remitido á nuestra Exposición. Todas representan géneros distintos, dentro del que lo es ya distintivo de este artista, y á pesar de ello, preciso es convenir que constituyen para él nuevos títulos. Felicitámosle por sus triunfos y especialmente por la distinción que acaba de merecer del Jurado calificador, que ha incluído en la propuesta de adquisiciones *El laboratorio de la Galette*.

***

La bóveda de acero (17 de julio de 1789), cuadro de D. Juan Pablo Laurens. (Salón de París, 1891). —En este mismo número habrán nuestros lectores leído con agrado la revista que de los Salones de París nos envía el distinguido escritor D. Ernesto García Ladevese. A ella nos remitimos, pues, para lo que á este cuadro se refiere, que nada hemos de añadir por nuestra cuenta á lo que de él dice tan reputado crítico y publicista, que además de sus excepcionales condiciones literario artísticas tiene en este caso la inapreciable ventaja de haber visto original la obra que nosotros sólo por el grabado conocemos.

***

El Cid presentando á su padre la cabeza del conde Lozano, cuadro de D. Evaristo Barrio (Exposión general de Bellas Artes de Barcelona).

«Ya os he vengado, señor,
que está la venganza cierta
cuando la razón ayuda
á aquel que se arma con ella.»

En este episodio de la vida del Cid, tan gallardamente descrito por el Romancero, hase inspirado el Sr. Barrio al pintar el interesante cuadro que ha remitido á la primera Exposición de Bellas Artes de Barcelona, que ha de servirle de boceto para ejecutar el gran lienzo destinado á decorar uno de los testeros del Salón de sesiones del Ayuntamiento de Burgos. No podía el Sr. Barrio haber escogido mejor asunto, ya que la personalidad de Rodrigo Díaz de Vivar sintetiza á Burgos, á Castilla, á España. Sus proezas, sus glorias, sus tribulaciones y su renombre, son las tribulaciones, las glorias y las proezas de la patria. Su figura descuella vigorosa y potente en el cuadro de los tiempos medios; su carácter simboliza el carácter nacional y compendia y resume un pueblo, siendo el ejemplo constante de todas las virtudes, con cuanto hubo en aquella edad de noble y generoso, de rudo y leal, de guerrero y piadoso, de mezquino y grande.

No debe sorprender que el Sr. Barrio, que considera á Burgos como su ciudad nativa, y en cuyo espíritu de artista queda aún hoy algo del entusiasmo guerrero que le condujo á Africa, haya buscado la fuente de su inspiración en un asunto que evoca el recuerdo de un héroe, que siéndolo de Burgos, lo es también de España, de nuestra querida patria, por la que el Sr. Barrio derramó su sangre y vióse obligado á trocar la espada por los pinceles.

Bien haya el que supo primero defenderla y el que después la enaltece con sus obras representándola en la personalidad gloriosa y simpatica del Cid Campeador.

***

Baco, escultura de D. Venancio Vallmitjana (de fotografía de D. Juan Martí). —A pesar de ser Vallmitjana el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro de esos jóvenes artistas que ya han sabido conquistarse merecido renombre, modela inspirándose en las corrientes modernas, cual si formara parte de la nueva generación, cual si él con la savia de su inteligencia no hubiera contribuído á crearla, produciendo desde la escultura clásica y correcta, á la escultura fina y caprichosa, propia para embellecer el *boudoir* de la dama aristocrática. Prueba de ello es la infantil y bella representación de Baco, en el que se halla impresa la genialidad de este distinguido escultor catalán, nacido para cultivar con provecho el arte de Praxiteles.



Y que un grupo de mozos y muchachas del pueblo los encontraron juntos (pág. 396)

EL PADRE DANIEL

POR EDUARDO ROD. - ILUSTRACIONES DE VOGEL

(CONCLUSIÓN)

»Balbució algunas palabras que no comprendí, y jamás olvidaré la expresión de angustia, de dolor y desesperación que vi pintada en su semblante. Esto me inquietó, y retiréme diciendo:

-»Convendrá reflexionar un poco, antes de adoptar una resolución.

»Llegada la noche, y como pasase por delante de su puerta, oí sollozos, detúveme para escuchar, y pude cerciorarme de que también lloraba... Parecía elevar una oración á la Virgen, y con palabras ardientes como el fuego y dulces como la miel, invocaba su protección en favor de la pecadora... En algunos momentos, la oración se convertía en confidencia, en la queja de un corazón demasiado lleno que se desborda; después volvía á ser tierna y cariñosa, y hubiérase dicho que se remontaba al cielo... ¡Jamás he oído nada tan hermoso, amigo mío!... Entonces me sobrecogió una profunda tristeza porque lo comprendí todo... ¡La amaba!... ¡Sí, él, un sacerdote, un santo, amaba á una perdida!... ¿Por qué camino habría llegado á penetrar este sentimiento en su corazón?... ¿Cómo pudo aquella mujer envilecida apoderarse de un alma tan pura? ¡Misterio!... Pero ahora, imagínese usted lo que debía sufrir, ó más bien lo que habría sufrido sin aquella santa esperanza de redención que purificaba su falta...

»¿Qué hacer?... Le consideraba tan superior á mí, hasta en su extravío, que no hubiera podido exhortarle ni advertirle. ¿Qué le diría sobre sus deberes que él no supiese ya? Por otra parte, yo estaba seguro, completamente seguro, de que no faltaría á ellos jamás. Sólo temía por él, no por nosotros; y me callé, sin tener valor para cumplir mi amenaza, prohibiendo á la miserable Catalina la entrada en la iglesia: la oración del justo me contuvo...

»Creo que la perversa joven conocía ya su triunfo. A decir verdad, el padre Daniel no se despojó ni un instante con ella de su severidad; cualesquiera que fuesen los impulsos que le arrastraban hacia ella, y bien proviniera su pasión del alma ó del cuerpo, nunca se la demostró en nada, y hasta el fin trató como penitente á la que adoraba en el santuario de su corazón. Pero esas mujeres que el diablo envía han recibido de éste el don de leer en las almas que extravían... Bastaba ver á Catalina para adivinar que estaba persuadida de que la amaban. Rebosaba de orgullo por todos los poros de su cuerpo, y envanecíase de su conquista, de tener al sacerdote como encadenado... ¿Comprendió, sospechó Catalina lo que pasaba en él? Evidentemente no. De seguro no pensaría sino en la gloria de perder al padre Daniel, y en nada más.

»Sin embargo, Judas Lenthelme hubo de marchar para reunirse con su regimiento, y entonces le sustituyó aquel á quien había vencido, Santiago Gros, que á su vez fué el favorito de Catalina; paseaba con ella, y recibió también relojes y alhajas. No obstante, como debía casarse en el otoño, la familia de su futura puso el grito en el cielo; mas el pueblo no fué tan indulgente, y mientras que los Gronlard y sus amigos seguían apoyando á Catalina, hubo por otra parte un principio de motín; preguntáronse unos á otros si aquella mujer se proponía conquistar á todos los mozos del pueblo, y se elevaron quejas contra ella. Este hubiera sido el momento más oportuno para expulsarla del pueblo; pero no osé dar semejante paso, porque la profunda tristeza del padre Daniel me espantaba.

»Cierto día, al volver de la montaña, donde hube de prestar auxilio á varios pobres, encontré á Catalina. ¿Qué hacía sola en aquel sendero perdido, á dos horas del pueblo? Lo ignoro. Halléla sentada á la sombra de un pinabete, sobre una roca, frente á un vallecito, y tenía un mal libro en la mano. Entonces ocurrióme una idea, y me dije: «Bien mirado, he conocido niña á esa joven; con frecuencia la hice saltar sobre mis rodillas, y le enseñé el catecismo. Quizás no sea tan mala como parece. ¿Por qué no he de tratar de hablarle? Tal vez Dios la pone en mi camino.»

»Me detengo y le hablo, demostrándole que su conducta es un escándalo por todo el pueblo; que siendo rica, debería casarse con un hombre honrado, dejar á los demás en paz, tener hijos y educarlos bien; y que era una profanación rondar la casa del Señor cuando se persistía en el pecado. Catalina se había puesto en pie, y como me escuchase al parecer con respeto, continué mi discurso, hablándole del padre Daniel; díjele que era un santo sacerdote; que si pensaba seducirle, perdería el tiempo; que Dios vela sobre sus servidores cuando son dignos, y que de todos los pecados que ella podía cometer, el más grave era tentar á un ministro del Señor... Al oir esto, Catalina se turba, sonrójase y comienza á llorar...

-»¡Ah!, señor cura, me dice, harto sé que soy una miserable;... pero le aseguro que no me es posible remediarlo... Siento el mal en mí,... me domina y me impulsa... y yo sigo adelante sin elegir mi camino... Es como si una mano me condujera y yo tuviese una venda en los ojos... Y crea usted que quisiera ser buena... Siempre lo quise, y nunca pude conseguirlo... ¡Mire usted! Cuando yo era pequeña, al salir de la clase de doctrina prometíame siempre ser juiciosa; pero al día siguiente comenzaba de nuevo á robar y mentir... Más tarde, en toda ocasión hacía lo contrario de lo que me había propuesto,... y cuando vine aquí, estaba muy resuelta á realizar lo que usted acaba de indicarme, es decir, á buscar un hombre honrado para unirme con él... Pero no,... me agradó Judas, y después Santiago Gros... No soy yo quien los quiso, pues no me pertenezco, señor cura... ¡Soy esclava de una fuerza que me domina,... se lo aseguro á usted, y me es forzoso obedecerla!...

»Decíame Catalina estas cosas con voz entrecortada, y creo que hablaba sinceramente; á medida que la escuchaba, aclarábanse todas mis dudas, y entonces comprendí que aquella mujer era la gran tentación que el diablo enviaba al padre Daniel, rodeándola con la atmósfera del pecado, haciendo flotar á su alrededor los efluvios del mal y sitiando su alma por el contagio. Seguramente, Catalina estaba poseída y harto reconocí la fuerza de que hablaba...

»Hallábame solo al borde del abismo; la roca, cortada á pico, á una altura de doscientos ó trescientos metros, desnuda, pelada, y tan árida, que ni un solo pinabete había podido prender sus raíces, descendía hasta el torrente que en el fondo se extendía; la naturaleza nos envolvía en su profundo silencio, el más propio para que los pensamientos germinen y se desarrollen libremente; y sentí el más vivo deseo de coger á aquella joven por la cintura ó los cabellos y arrojarla al torrente que murmuraba allí abajo, para que arrastrase en sus aguas aquella carne maldita... ¿Por qué no? Solo Dios nos hubiera visto, y Dios me habría absuelto... Estoy seguro de que su voz era la que me hablaba en el silencio... ¡Ah! ¿Por qué tuve la debilidad de no escucharla?...

»De regreso al curato, hablé de nuevo al padre Daniel; díle cuenta de mi conversación con su extraña penitente, y le demostré que aquella mujer era un receptáculo de los más repugnantes vicios. Añadí que

no había caridad ni perdón para abominaciones como las que aquella joven cometía á cada paso; que al rogar por ella agravaba el testimonio que la agobiaría, y que sus oraciones aumentaban el peso de los pecados, siempre nuevos, con que diariamente manchaba su cuerpo maldito. Pero como el padre alegara la misericordia infinita de Dios, repuse:

–»No, esa misericordia no es infinita, como usted piensa, pues tiene sus límites, ni se extiende tampoco á los que se han entregado en cuerpo y alma al Espíritu maligno. Es equitativa, sobre todo, y en ella no pueden influir las consideraciones que guían demasiado á menudo la piedad de los hombres. Examínese, hijo mío, con toda sinceridad. ¿Está usted seguro de que sus sentidos no tienen nada que ver con sus sentimientos caritativos? ¿Tendría usted igual deseo de salvar á esa mujer si fuese menos hermosa?

»El vicario palideció, y contestóme con una voz que revelaba su turbación:

–»Jamás me he dirigido tal pregunta, padre mío;... pero contestaré á ella,... le prometo que contestaré... Y si han germinado en mí pensamientos culpables á pesar mío... ¡oh! entonces suplicaré á usted que me ayude á desecharlos.

»Yo creo que mi funesta penetración le hizo ver claramente el mal, pues á partir de aquel día se notó en él un gran cambio. Sus mejillas enflaquecieron, empañáronse sus ojos, y en toda su persona se manifestaron las señales de una dolorosa lucha interior. Hasta entonces había estado seguro de sí; mas ahora dudaba. Tal vez mis imprudentes palabras habían removido el fango que se acumula en el fondo de las más nobles almas, ese cieno del mal que es el limo de nuestra naturaleza y que no se contiene siempre, por muchos esfuerzos que se hagan. Obligado á luchar, tal vez, contra sugestiones que hasta entonces pudo rechazar sin dificultad, porque las ignoraba, juzgábase culpable al oirlas, y á la angustia del remordimiento agregábase la que le producía su pasión, ahora reconocida. Sin duda desconfiaba de sí mismo, pues observé muy pronto que evitaba todo encuentro con Catalina.

»La joven, furiosa al ver que se le escapaba su presa, hacíase más agresiva, más provocativa y peligrosa, pues su decepción, que la irritaba, también le enternecía. Su devoción parecía casi sincera; mientras rezaba en la iglesia tuvo accesos de desesperación, en que los sollozos le producían violentas convulsiones; y varias veces, durante el oficio divino, la sorprendí con la vista fija en el padre Daniel; era como una oleada de lujuria que se arrojaba sobre él, que le llamaba y atraía. La sensación llegaría sin duda hasta él á través del incienso y de los cánticos, pues apartaba su mirada y fijábala con indecible angustia en el crucifijo; pero al fin no le era posible desviarla, y entonces producíase como un choque preñado de amenazas. A los ojos del pobre sacerdote, que revelaban la desesperación, por más que en ellos brillase la santa voluntad del bien, los de la joven, amantes y enemigos, impregnados de una mezcla de sensualidad y de rencor, parecían decirles claramente: «¿No quieres?... ¡Pues ten cuidado!... ¡Es el amor ó el odio!...»

»Sin embargo, la estación avanzaba; las primeras nieves habían cubierto ya las altas cumbres, y el aire comenzaba á refrescar. De repente circuló el rumor de que Catalina se marchaba del pueblo, porque era demasiado delicada para resistir el riguroso clima de nuestros Alpes. Mucho me costó creer que esta marcha era un hecho, pues parecíame imposible que una mujer tan evidentemente inspirada del diablo se fuese y renunciara al mal que podía hacer. O tal vez, pensé yo, reserva para el último instante su tentativa suprema; y preguntéme con inquietud cómo terminaría aquella lucha, pues el padre Daniel, abatido, casi enfermo, no parecía destinado á triunfar...

»En efecto, la víspera del día fijado para la marcha, el padre Daniel recibió una carta de Catalina; la joven le había escrito ya muchas desde que evitaba verla; pero el sacerdote las quemaba sin duda, pues no encontré entre sus papeles más que esta última. Decíale en ella que se marchaba á causa de él (sirviéndose de rebuscadas frases para pintarle la tristeza de su corazón lacerado); que no podía resignarse á dejarle para siempre sin darle el último adiós; que la única gracia que le pedía era verle una vez más; y por último, que puesto que no quería recibirla en la iglesia, que manchaba con su amor criminal, no podría negarle, cuando menos, la postrera entrevista. Al efecto le esperaría por la noche cerca de una granja abandonada, bien conocida en el país, y que usted ha visto ya, situada junto al manantial de agua sulfurosa.

»El padre Daniel no me dijo ni una palabra de esto, y cedió. ¿A qué sentimiento obedecía? ¿Era un irresistible impulso del amor que le dominaba? ¿Era compasión ó debilidad? ¿Tendría la seguridad de vencer, ó se abandonaba al fin á sus sentidos vencedores?... ¿Quién podía decirlo?...

»Lo cierto es que se hallaba en el lugar de la cita á la hora prefijada, y que un grupo de mozos y muchachas del pueblo, ya conducidos por la casualidad á tan solitario sitio, lo cual es muy probable, ó bien de acuerdo con Catalina, los encontraron juntos. El vicario estaba en pie, y la joven arrodillada á sus plantas; ésta suplicaba, pero él la rechazaba. Naturalmente, aquellos salvajes no pidieron explicación alguna: el vicario tenía el aspecto de un hombre á quien se coge en falta, y no se necesitaba más. Acto continuo formaron círculo alrededor de ellos y comenzaron á cantar:

Al padre Daniel no le gusta la danza...

»Apenas se puso en movimiento el corro, el sacerdote, que miraba con ojos extraviados á los que le rodeaban, cayó en tierra, inerte, como herido del rayo...

»Hablóse de neurisma, de congestión, de no sé qué;... pero con tan noble carácter no se necesitaba tanto: bastaba la vergüenza. En rigor, la cosa no podía concluir de otro modo.

»En cuanto á Catalina, no marchó al día siguiente; vistió luto, vióse la muy triste durante algunas semanas, y después volvió á París, donde hizo la misma vida de antes. Por eso me pregunto ahora qué la trae aquí y qué nueva desgracia ocasionará...»

El cura concluyó así su relato, y volvimos al pueblo lentamente sin hablar más. Por la noche, cuando estuve en la habitación donde me alojaba, complacíme en admirar las montañas negras, que se destacaban bajo el claro cielo de una noche de estío, y reflexioné detenidamente sobre la historia que había escuchado. En rigor, parecióme poco original; salvo la decoración, venía á ser lo que la *Joven de mármol*, lo que ha servido de asunto á una docena de novelitas y de piezas y á toda la literatura que versa sobre este misterio eterno de la lucha entre la materia y el espíritu. Mil veces había leído bajo distintas formas la misma historia, y habíala visto repetirse á mi alrededor. ¿Por qué, pues, me perturbaba el ánimo, cual si me abriese un nuevo horizonte sobre las cosas del alma?... Toda la noche pensé en aquello, y al día siguiente tuve la curiosidad de ir á visitar la tumba del padre Daniel, en el pacífico cementerio donde reposan, bajo cruces de madera y alegres flores, junto á la iglesia y en medio de un paisaje grandioso, quince generaciones de muertos de obscura condición.

Al acercarme á la pequeña losa en que estaba grabado el virtuoso nombre del sacerdote, una mujer que estaba arrodillada levantóse bruscamente y alejóse presurosa.

¡Era Catalina!

Había llevado toda una carga de esas flores odoríferas y magníficas que crecen en los pastos, y bajo ellas se disimulaba la tumba; allí confundían sus matices y sus perfumes, y aunque á punto de marchitarse, hubiérase dicho que todavía cantaban el poema de su soberbia libertad. Germinan, florecen, se ostentan en todo su brillo, y mueren en su tranquila inconsciencia, unidas por sus raíces á la tierra que las produjo y agitando sus perfumes en el aire que las absorberá. Pero nosotros abreviamos nuestra pobre vida por esa negra vegetación de ideas que nos separan de la naturaleza, comunicando á nuestra universal ignorancia especiosos pretextos para rechazar nuestros deseos y atormentarnos el espíritu.

Traducción de E. L. de Verneuill



Una mujer que estaba arrodillada levantóse bruscamente...

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ANÁLISIS DE LOS VINOS

DETERMINACIÓN DEL YESO.—LOS GIPSÓMETROS

En un anterior artículo (1) hemos indicado el procedimiento para determinar con exactitud la cantidad de yeso ó mejor de sulfato de potasa contenida en

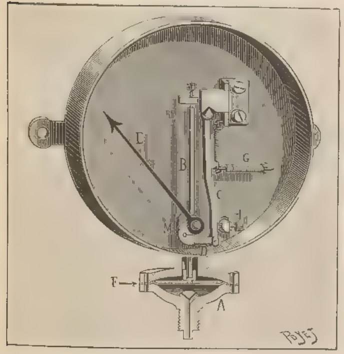


Gipsómetro de bolsillo de M. Dujardín

un vino. Pero como los comerciantes, á quienes tanto interesa conocer esto por la razón allí indicada, no disponen generalmente de los laboratorios que tal procedimiento exige ni tienen la práctica que tales manipulaciones requieren, se ha resuelto el problema construyendo los instrumentos llamados gipsómetros, entre los cuales merecen citarse los de M. Poggiale y de M. Sallerón.

Sin entrar en los detalles de estos aparatos cuyo manejo es algo complicado, vamos á describir un gipsómetro recientemente inventado por M. Dujardín, que si bien da indicaciones menos perfectas que los que acabamos de citar, reune, en cambio, las condiciones de sencillez, rapidez y baratura necesarias para generalizar su uso entre comerciantes y viticultores y permite afirmar con toda certeza si un vino contiene 1, 2, 3 ó 4 gramos de sulfato de potasa ó uno y medio, dos y medio, tres y medio aproximadamente, lo que es bastante en la mayoría de casos.

Este aparato destinado á las compras en los viñe-



Manómetro metálico de M. Mignot

dos, ocupa muy poco sitio y puede encerrarse en un estuche de bolsillo. Consta de un filtro puesto sobre tres pies (véase el grabado) provisto de una tela metálica destinada á sostener los papeles porosos que en él se colocan cuando se utiliza el instrumento. Este filtro lleva una tapadera sobre la cual puede ponerse una bureta de cristal, cilíndrica, graduada de un modo especial. Debajo del filtro puede adaptarse por medio de un tapón agujereado un tubo, que en nuestro grabado se ve entre los tres pies, destinado á recoger el líquido filtrado. El modo de operar es el siguiente: Después de haber destornillado el filtro, se colocan sobre la tela metálica dos discos de papel de filtrar Berzelius y encima una rodaja de cuero para lograr la juntura con la tapadera del filtro: cerrada ésta se monta el aparato sobre los tres pies y se coloca en su sitio el tubo inferior. Entonces se llena la bureta graduada del vino que se quiere analizar hasta la raya que dice *vino*, se añade licor gipsométrico (una solución de cloruro de bario) hasta la línea 2 gramos (2), por ejemplo, y después de agitarlo tapando con el pulgar la bureta, se coloca ésta sobre el filtro, notándose entonces la formación de un precipitado de sulfato de barita. Después de agitado el líquido, se abre á medias la espita de la bureta y se deja filtrar: el sulfato de barita se queda en el filtro y el líquido mana en el tubo inferior. Si este líquido vuelve á enturbiarse con la adición de algunas gotas de licor gipsométrico, es señal de que aún queda en él sulfato de potasa y de que el vino contiene más de 2 gramos de éste por litro. La bureta lleva las graduaciones 1, 2, 3, 4 gramos de tal modo que pueda comprobarse si el vino que se analiza contiene 1, 2, 3 ó 4 gramos por litro.

A cada operación debe limpiarse el tubo con un hisopo que va con el instrumento: la bureta ha de ser enjuagada, antes de cada análisis, con el vino que se ha de analizar.

Finalmente, la condición esencial para obtener resultados exactos es disponer de un licor de cloruro de bario bien preparado. Esta preparación es bastante delicada y difícil de ejecutar para quien no esté acostumbrado á las manipulaciones químicas. El autor del gipsómetro que acabamos de describir ha salvado este inconveniente entregando á los compradores un licor gipsométrico debidamente preparado para la operación.

A. HEBERT

***

MANÓMETRO METÁLICO DE M. MIGNOT

El número de manómetros metálicos actualmente conocido es ya considerable: multitud de principios diversos han sido aplicados en la construcción de los mismos, pudiendo censurarse en algunos sistemas la intervención de órganos delicados que fácilmente se descomponen.

El aparato de que nos ocupamos, debido á M. Mignot, no tiene esos inconvenientes á causa del pequeño número de organos que en su composición entran: consta esencialmente de un disco de acero templado, que se ve en el interior del recipiente A, de poco espesor y protegido contra el contacto directo del vapor por una hoja F muy delgada, de cobre rojo y que cierra herméticamente. La presión se ejerce sobre el disco, y determina una flexión en la parte central.

M. Mignot limita la flexión máxima á $^1/_{85}$ aproximadamente del diámetro del disco, y para evitar en el mismo centro de éste esfuerzos demasiado considerables á fin de obtener una flexión apreciable, hay en dicho centro una abertura igual á una décima del diámetro. El vapor acciona en A sobre el disco de acero; la barrita B, que descansa en éste, es levantada y transmite el movimiento á una palanca C, la cual á su vez acciona sobre una biela D que hace avanzar la aguja indicadora E. Un resorte G permite volver la palanca C á un tornillo H para la regulación á cero. La palanca C multiplica el recorrido inicial en la relación de 1 á 9 aproximadamente. Como se ve, este manómetro necesita muy pocos órganos y aun éstos están sujetos á pocos desarreglos y á roces insignificantes. Las indicaciones de este aparato son iguales en toda la extensión de la escala de graduación, ventaja debida á que la flexión del disco es sensiblemente proporcional á la presión á que se encuentra sometido. Es igualmente sensible para las altas y las bajas presiones. En los manómetros destinados á indicar presiones de 6 á 20 kilogramos por centímetro cuadrado varían los diámetros de 8 á 30 centímetros. M. Mignot construye también aparatos de este género para presiones elevadas, y á fin de obtener este resultado coloca unos sobre otros muchos discos, cada uno de los cuales se coloca independientemente, sumándose luego todas estas flexiones. Hay manómetros para medir presiones hasta de 2.000 kilogramos por centímetro cuadrado.

J. L.

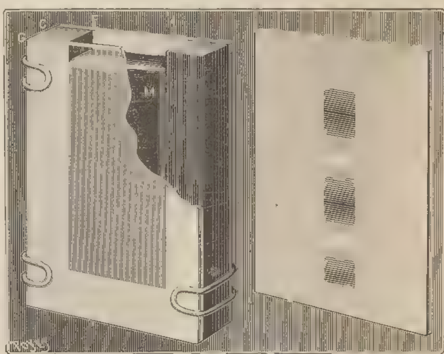
***

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

EXPERIMENTOS DE M. LIPPMANN

Uno de los físicos franceses más distinguidos, M. Gabriel Lippmann, miembro del Instituto y profesor de la facultad de Ciencias, ha conseguido verificar un notable experimento, el de la fotografía de los colores del espectro solar. En la sesión de la Academia de Ciencias celebrada el 2 de febrero último, M. Lippmann presentó á sus colegas varios clichés fotográficos del espectro solar, en los que todos los colores aparecen fijados en la placa sensible con su brillo y sus matices exactos. El sabio físico, para obtener tan notable resultado, no emplea ninguna substancia química especial susceptible de conservar ó reproducir el tinte de los objetos: apela simplemente á procedimientos físicos basados en consideraciones teóricas ingeniosísimas y del orden más elevado.

La fig. 1. representa el aparato empleado por M. Lippmann para obtener la fotografía de los colores. La placa sensibilizada G (fig. 1, núm. 1) está preparada de un modo particular, siendo preciso que su capa sensible, cuya naturaleza química puede ser cualquiera, gelatino-bromuro de plata (3), por ejemplo, sea sumamente delgada y transparente; es también de absoluta necesidad que no haya la menor discontinuidad en esta capa de substancia impresionable y que no se presente bajo forma de granos como en las emulsiones ordinarias (4): la capa sensible debe ser simplemente opalescente y no cremosa. El cristal así preparado se coloca contra una capa de mercurio, de modo que su cara sensibilizada esté en contacto con el metal líquido destinado á formar una capa reflectora. En nuestro grabado (fig. 1, núm. 1) la placa sensible está repesentada por G y se apoya contra una pieza de caucho C en forma de U; un cristal F cierra el sistema y permite encerrar el mercurio como en un vaso; los dos cristales (cliché fotográfico y cristal que cierra) están sostenidos por medio de unas pinzas á fin de que el mercurio no se desprenda.



La fotografía de los colores. — Fig. 1. Aparato de M. Lippmann para la fotografía de los colores. — 1. Placa sensibilizada puesta sobre una capa de mercurio. — 2. Muestra de un cliché en el que están reproducidos los colores del espectro. (Tamaño de ejecución.)

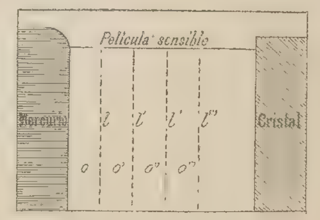


Fig. 2. — Esquema explicativo

Preparado así el sistema, proyéctase sobre la su-

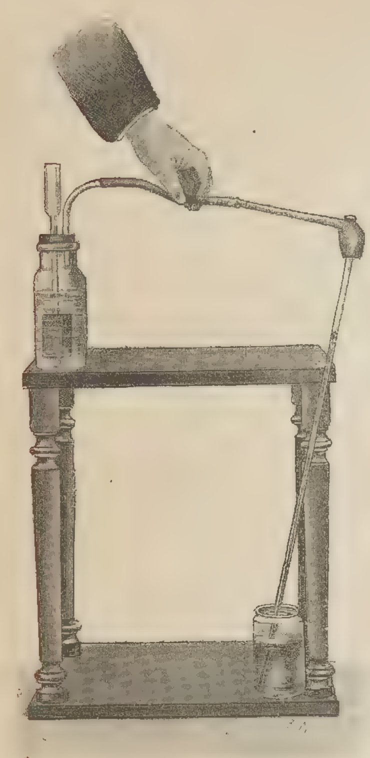
(1) Véase LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA núm. 494, p. 382.

(2) Es decir, que la cantidad de licor gipsométrico comprendida entre la raya *vino* y la línea 2 gramos corresponde á 2 gramos de sulfato de potasa por litro de vino.

(3) El ioduro y el bromuro de plata dan buenos resultados.

(4) Las emulsiones del comercio contienen bromuro de

perficie exterior de la placa sensibilizada una imagen del espectro solar, y después de una postura que varía desde 30 minutos á 2 horas, por lo menos, si se quiere que obre hasta el rojo, queda terminada la impresión. El desarrollo y la fijación se verifican por los procedimientos ordinarios y el cliché desarrollado y secado da el espectro solar con sus siete colores: violeta, índigo, azul, verde, amarillo, naranjado y rojo (fig. 1, núm. 2). Visto por transparencia, el cliché es negativo, es decir, cada color está reemplazado por su complementario, el verde por el rojo, etc.


Química recreativa. – La difusión de los gases

Como se ve, la operación es de una sencillez sorprendente. ¿Qué ha ocurrido en este experimento y cómo explicar su resultado? M. Lippmann ha encontrado la teoría de su método en el principio de las interferencias y en el hecho del coloramiento de las planchas delgadas.

El mercurio, que forma espejo delante de la película sensible, tiene por objeto rechazar los rayos luminosos sobre sí mismos, con lo cual se produce conflicto, ó hay, como dicen los físicos, *interferencia* entre el rayo incidente y el reflejado, resultando de ello en el interior de la capa sensible una serie de franjas de interferencias, es decir, de máximos luminosos y de mínimos obscuros. Sólo los máximos impresionan la capa, quedando marcado su sitio por un depósito de plata, de lo cual resulta que después de las operaciones fotográficas la capa sensible está subdividida por el depósito de plata en una serie de hojas delgadas cuyo espesor es precisamente el necesario para producir por reflexión el color incidente que las ha producido. Los colores producidos de este modo son, pues, de la misma naturaleza que las delgadas paredes de las burbujas de jabón, por ejemplo. El número de estas hojas delgadas varía según la naturaleza del rayo luminoso: admitiendo que la película sensible tenga un espesor de una vigésima de milímetro, la luz amarilla formará en ella 200 hojas delgadas; si se trata del violeta, el número de éstas será de 250; si del rojo, de 156, con valores intermedios para los colores intermedios (1).

El esquema reproducido en la fig. 2, en el que ampliamos notablemente la película sensible, nos permitirá señalar bien el fenómeno. Junto al mercurio, en la primera capa de la película sensible, hay destrucción de movimiento ú obscuridad, *o*; en *l*, por el contrario, los dos movimientos se suman, existiendo allí máximo de luz; más allá vuelve á haber destrucción de luz, obscuridad en *o'*; y más lejos, en *l'* nuevo máximo, y así sucesivamente.

En definitiva, la vibración luminosa ha marcado fotográficamente su huella en la película, se encuentra inscrita y después reproducida, como acontece con la vibración sonora en el fonógrafo.

Como se ve, en estos primeros experimentos de M. Lippmann se trata únicamente de la reproducción del espectro solar. El resultado obtenido es importante; pero con él no se ha llegado todavía, como en un principio se creyó, á reproducir los retratos. Débese esto á que las substancias impresionables de que disponemos son muy imperfectas y sólo realmente impresionables con los rayos luminosos violados; poco impresionables con el verde, son absolutamente insensibles á la acción de los rayos amarillos y sobre todo de los rojos. De aquí la necesidad de que sea muy larga la postura en la fotografía del espectro con sus colores. Este inconveniente es menos grande cuando se trata de objetos inmóviles, como paisajes ó cuadros. M. Lippmann no ha dirigido aún sus experimentos por este lado. Mas sea de ello lo que fuere, puede decirse que para precipitar la solución completa del problema se trata de encontrar substancias tan impresionables como el gelatino-bromuro de plata que lo sean igualmente bajo la influencia de todos los rayos luminosos.

La senda tan brillantemente abierta á los investigadores por M. Lippmann será fecunda y el nuevo descubrimiento asegura un gran porvenir al arte desde hoy creado de la fotografía de los colores, cuyos precedentes se remontan á principios de este siglo. Antes de 1810 Seebeck observó que el cloruro de plata toma aproximadamente el color de los rayos incidentes: Herschell repitió en 1841 el experimento de Seebeck, probando que la reproducción de los colores era poco fiel. En 1848 M. E. Becquerel sustituyó el cloruro de plata por el subcloruro de plata violeta extendido sobre una hoja de plaqué de plata y obtuvo una imagen colorada del espectro que sólo se conservaba en la obscuridad. Poitevin y Niepce de Saint Víctor lograron resultados análogos, sin que tampoco lograran fijar los colores. Los notables procedimientos de Ducos de Hauron y otros se basaban en métodos completamente distintos.

GASTÓN TISSANDIER

(De *La Nature*)

* * *

QUÍMICA RECREATIVA

LA DIFUSIÓN DE LOS GASES

La difusión es un fenómeno de observación diaria; por ella el olor del humo de un cigarro se mezcla al aire de una habitación; ella hace llegar á nuestra nariz los suaves perfumes que se desprenden de un jardín cubierto de rosales en flor; ella también, pues todo lo transporta con igual imparcialidad, nos hace sentir los abominables olores de ciertas fábricas sobrado numerosas en los alrededores de las grandes ciudades. Las corrientes aéreas desempeñan un papel importante en la propagación de esos gases olorosos, y según sea su dirección, el olor, bueno ó malo, llega más ó menos rápidamente: la densidad interviene asimismo en ello, lo propio que la desigualdad de temperatura en diversos puntos.

Pero aun suprimiendo todas las causas que favorecen la difusión, los gases se mezclan rápidamente: así lo ha demostrado Bertholet en un experimento célebre que data de principios de este siglo, y que vamos á reproducir, bien que sin tomar las precauciones que él y aunque no dispongamos de las cuevas del observatorio que le permitían operar á temperatura constante.

Tomemos dos frascos de igual tamaño y cuyos golletes puedan cerrarse con el mismo corcho agujereado de parte á parte en el centro: llenemos uno de hidrógeno, y teniéndolo vuelto hacia abajo cerrémoslo con un corcho preparado después de haber introducido previamente en él un pedacito de papel tornasol. Llenemos el otro de ácido carbónico y tapémoslo con el mismo corcho, manteniendo la abertura vuelta hacia arriba de modo que quede como cubierto por el frasco de hidrógeno. Al cabo de algunos instantes, el papel tornasol colocado en el frasco superior se enrojece, prueba evidente de que ha habido difusión. El gas carbónico á pesar de su gran densidad, veintidós veces mayor que la del hidrógeno, ha penetrado en el frasco de éste.

Esta difusión se llama sencilla, pues nada se opone al contacto de los dos gases. La difusión al través de los orificios hechos en una delgada lámina metálica ha sido estudiada por Graham, quien ha indicado la ley de la misma. Sin seguir exactamente esta ley, la difusión al través de los cuerpos que tengan poros sensibles, como el papel, tierra de pipa, etc., se verifica tanto más de prisa cuanto más ligeros son los gases.

La difusión estudiada por medio de una pipa. – Primer experimento. – Tómese una pipa de tierra de tamaño ordinario enteramente nueva y tápese fuertemente su fogón con un buen tapón de corcho atravesado por un agujero, por el cual pase, á roce duro, un tubo recto de cristal, de medio metro ó más de largo, sumergido en su extremo superior en un vaso lleno de agua colorada. El tubo de la pipa está unido por un tubo de caucho al aparato productor de hidrógeno (véase el grabado) ó simplemente á una toma de gas de alumbrado. Así dispuesto todo, hágase pasar la corriente de gas que empuja el aire por delante llenando la pipa y el tubo de cristal, y viene á sumergirse en el agua del vaso. Si de repente se interrumpe la corriente gaseosa apretando con los dedos el tubo de caucho lo más cerca posible del tubo de la pipa, se ve en seguida que el líquido sube en el tubo á una gran altura.

Este hecho se explica por la difusión: en el momento en que se corta el paso del gas, la pipa y el tubo están llenos de hidrógeno; éste, que es muy ligero, pasa fácilmente al través de los poros de la pipa y sale de ésta más de prisa que entra en ella el aire, produciéndose de esta suerte un vacío parcial que determina la ascensión del agua en el tubo. Para que el experimento salga bien, es preciso que la pipa esté muy bien tapada, siendo muy conveniente cubrir el tapón con una capa de cera.

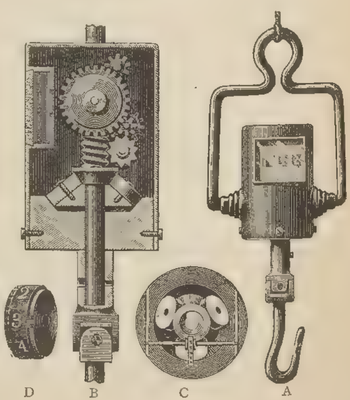
F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)

* * *

APARATO PARA MEDIR LA DISTANCIA RECORRIDA POR UN BARCO

La medición de la distancia recorrida por un barco es un problema cuya solución parece á muchos difícil é incomprensible: el aparato que reproduce nuestro grabado representa el mecanismo de una de las mejores y más modernas correderas. A representa el aspecto exterior del aparato completo que, como se ve, consta de una caja de latón que por medio de una cuerda se sujeta en la parte de popa ó mejor en una percha fijada en uno de los costados del buque; en el garfio que de ella cuelga y que por medio de una articulación gira en todas direcciones, se fija un cordel que se sumerge en el agua y que lleva en su extremo una pequeña hélice: ésta al ser arrastrada por el agua da vueltas sobre sí misma y por el cordel hace darlas también al garfio, el cual está en comunicación con un contador encerrado en la caja. Este contador indica exactamente el número de millas recorridas, número que puede leerse por la ventanita abierta en la caja. El hecho de que el aparato funcione lo mismo si es fuerte que si es débil el impulso



Aparato para medir la distancia recorrida por un barco

que recibe el cordel y por ende el garfio, es muy importante para la obtención de datos exactos. Para ello, en el interior de la caja el cilindro que se apoya en el garfio está colocado sobre pequeñas ruedas situadas en un espacio perforado cónicamente. Esta

---

plata en granos visibles al microscopio y de un diámetro de muchas milésimas de milímetro.

(1) El espesor de estas capas es de 0'00020 milímetros para el violeta, de 0'00025 para el amarillo y de 0'00030 para el rojo.

disposición se ve en las figuras B y C del grabado: en la B se ve también cómo el movimiento del cilindro se transmite al contador por medio de una hélice y de una rueda dentada. La fig. D representa una ruedecita del contador.

Este aparato ha sido inventado por el capitán Oscar Kustel, alemán residente en San Francisco, y su principal ventaja está en la aplicación de las tres ruedecitas de fricción que se mueven en el espacio cónico.

(Del *Prometheus*)

***

EL TRABAJO DE UNA SEMANA EN BIRMINGHAM

Gran sorpresa causa en verdad el examen de lo que en un tiempo dado pueden producir las fábricas, tales como están actualmente organizadas, gracias al progreso industrial, máxime comparando ésta producción con la que daban las fábricas análogas hace cincuenta años.

He aquí algunas cifras elocuentes sobre el trabajo de una semana en Birmingham, ciudad situada, como es sabido, en el centro de los distritos más industriales de la Gran Bretaña.

En el corto espacio de una semana, es decir, en seis días, acumúlanse en las fábricas los siguientes productos: en primer lugar 14 millones de plumas metálicas, ó sean más de 10.000 cajas llenas; luego 300 millones de clavos, un millón de botones de toda clase y 5 millones de piezas de madera labrada de toda especie. Las fábricas especiales producen 6.000 camas de hierro, es decir, en un año las suficientes para proporcionar cómodo descanso á unas 300.000 personas; 7.000 fusiles, 1.000 sillas de montar, y además 20.000 pares de anteojos, ó sea cerca de un millón al año. A esto hay que añadir 6 toneladas de objetos de cartón piedra, 5 de broches y pequeñas anillas, 500 de pernos, tuercas y anillos de hierro para toneleros, 40 de metal pulimentado, 40 de maillechort (metal imitación de plata), 800 de objetos de cobre sin contar con infinidad de artículos, como pianos, objetos de fundición, coches para niños, ruedas, ejes, cajas para guardar caudales, cerraduras etc., joyería por valor de 750.000 pesetas, 11.000 docenas de guardafuegos, 3.500 fuelles, 130.000 gruesas de tornillos de madera y 10 toneladas de alfileres (lo que representa 100 millones de alfileres por día ó 5 000 millones por año).

Para terminar consignaremos algunas cifras curiosas. Las fábricas de Birmingham fabrican semanalmente 563 kilómetros de torcidas especiales que sirven para la fabricación de fósforos-bujías, de modo que en un año han producido cerca de 30.000 kilómetros, es decir, las tres cuartas partes de la circunferencia de la tierra en el Ecuador. En cuanto á las manufacturas de alambre de hierro y de acero, producen de éstos 6.436 kilómetros por semana, lo que significa que al cabo del año han salido de ellas 350.000 kilómetros aproximadamente, casi lo suficiente para establecer una línea telegráfica de la tierra á la luna.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

MASINI. APUNTES PARA LA HISTORIA DE ESTE CANTANTE, *por don Enrique Sánchez Torres.* – Forma un folleto de 48 páginas que se leen con gusto por la amenidad con que está tratado el asunto y el conocimiento que del arte lírico demuestra poseer el autor.

Su precio una peseta.

* * *

EL ENANO NEGRO, NOVELA DE WALTER SCOTT, *traducción de Peregrín Mora.* – La BIBLIOTECA SELECTA, que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar, se ha aumentado con esta preciosa novela del insigne escritor escocés. Nada hemos de decir de ella, pues el nombre del autor es la mejor garantía del interés que despierta.

Esmeradamente traducida, forma un tomito de más de 200 páginas, que se vende en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales de España, á 2 reales.

* * *



BACO, escultura de D. Venancio Vallmitjana (de fotografía de D. Juan Martí)

AIRES DEL AMPURDÁ, POESÍAS CATALANAS PREMIADAS, *por D. Francisco Marull.* – Los premios en públicos certámenes obtenidos por las poesías que contiene ese libro son su mejor elogio; las hay de todos géneros y en todas se descubre inspiración, versificación fácil y correcta y elevados pensamientos.

Véndese al precio de 2 reales.

* * *

LA CAÍDA DE UN ÁNGEL, *novela por D. José Ferrel.* – El reputado escritor americano D. José Ferrel ha estudiado en esta novela el proceso del vicio del juego; y aunque el asunto no es nuevo, ha sabido darle una forma interesante, retratando el tipo del protagonista de una manera notable. El interés del libro no decrece un punto, antes bien aumenta progresivamente á cada capítulo: además está escrito en elegante estilo.

* * *

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, traducción de D Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 4.° de esta obra indispensable para quienes se dedican al estudio de esa rama de la ciencia; en otras ocasiones nos hemos ocupado de ella, por lo que omitiremos nuevos elogios.

Suscríbese en casa del editor D. Vicente Aguilar (calle de Caballeros, 1, Valencia), y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

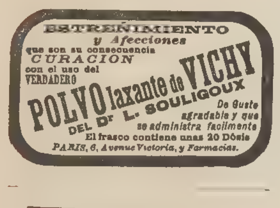
* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 21, 22 y 23 de esta interesante obra últimamente recibidos contienen, además del notable texto correspondiente, seis preciosas fototipias, que representan: el Santo Cristo de la Seo, el convento de Santa Lucía, la custodia de plata de la catedral de la Seo, la capilla de Santa María la Blanca en la propia catedral, una arquilla del Renacimiento, propiedad de la casa Rau de Viu, y una casulla de tisú de plata bordada en sedas del templo de la Seo. Hay además reproducidos en el texto dos facsímiles de otras páginas de códices árabes de los años 534, 891 de la Héjira y otro del siglo XVI de la Era cristiana, una página de un códice aljamiado.

* * *

INDEPENDENCIA DEL PODER JUDICIAL, *por D. Antonio Aguilar.* – El distinguido letrado Sr. Aguilar ha publicado las dos conferencias que con tanto aplauso dió en las noches del 15 y del 22 de abril último en el Ateneo de Madrid.

El folleto ha sido editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 1 peseta 50 céntimos.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 29 de junio de 1891 — Núm. 496



¡FUE UN ARTISTA!, cuadro de D. José García Ramos

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

LA SIMETRIA

POR JOSÉ ECHEGARAY

Yo creo firmemente que los hechos estéticos están sujetos á leyes, ni más ni menos que todos los fenómenos del orden moral y que todos los del orden físico: lo arbitrario, lo caprichoso, lo casual no existe para mí en ninguna esfera del cosmos; ni en sus grandes evoluciones ni en sus agitaciones mínimas: la ley y el orden reinan desde los espacios planetarios hasta el último y obscuro rinconcillo en que se despereza el más insignificante microbio; desde las cíclicas catástrofes de la historia hasta la salvaje pedrea de unos cuantos zagalejos de lugar.

Decir que algo *es*, equivale á decir que está sujeto á *ley;* y si tal es mi creencia invencible, claro es que no he de forjar absurdas excepciones para las mil y mil manifestaciones de la belleza.

De aquí resulta que existe la Estética, digan lo que quieran y piensen lo que pensaren los modernísimos defensores del caos universal.

Mas aún: para mí la Estética participa del doble carácter de casi todas las ciencias: es *experimental* y es *filosófica*; como la Física, arranca de los hechos; pero como la Física, necesita para forjar sus grandes síntesis al elemento *puro*, al método *à priori*, á la *metafísica futura*, si no le basta la tradicional; á la *hipótesis trascendente*, si no le basta, como no le bastará, con las *realidades positivas*.

Y entre uno y otro límite, entre el estudio práctico y minucioso de los hechos estéticos, lo mismo de los naturales que de las obras artísticas, y las grandes síntesis filosóficas desde Platón á Hegel, se escalonan como auxiliares y preparatorias las ciencias matemáticas, físicas y biológicas; no sólo como auxiliares de la parte técnica de este ó aquel arte, sino con mayores ambiciones y más amplias esferas ante sí: como factores ineludibles de la Estética futura.

Hoy todos estos trabajos son memorias sueltas, notas más ó menos extensas, monografías técnicas; pero en el fondo son rayos dispersos de luz, que iluminan parcialmente esta ó aquella fachada del misterioso templo, mientras llega el día en que todo él resplandezca con luz cenital.

Recordemos, para convencernos de esta verdad, la aplicación de la Geometría á las artes ornamentales; la misteriosa corriente de fuerza que la Mecánica hace circular por entre las masas de piedra, ladrillo y hierro en los grandes monumentos; las exigencias cada vez mayores de la pintura moderna en punto á perspectivas, comparadas éstas con aquellas perspectivas verdaderamente cándidas é infantiles de muchos maestros inmortales.

Recordemos aún los estudios matemáticos y físicomatemáticos de Helmholtz sobre la Acústica en sus aplicaciones á la Música. ¿No parece que casi está descubierto el misterio de las bellezas musicales? ¿No se diría al leer ciertas páginas del gran sabio alemán que ya se ha penetrado en las profundidades metafísicas de la armonía y de la melodía, sacándolas á luz convertidas en fórmulas matemáticas? ¿No está allí escrito el por qué se armonizan los sonidos ó el por qué luchan obscuramente unos con otros destruyendo en guerra microscópica sus tenues y aladas individualidades? ¿No se ve cuando las ondas sonoras llegan al tímpano y después al nervio acústico, cómo se acomodan ó no se acomodan sus vibraciones con los sistemas materiales que han de sacar del silencioso equilibrio en que se hallaban? Yo bien sé que todos estos admirables trabajos, por admirables que sean, no resuelven el problema por completo; pero sé también que son factores y datos de los cuales no podrá prescindir nadie en adelante al hablar de la Estética musical, sin caer en viejas y gastadas vulgaridades, unas absurdas, otras profundas, pero que seguirían siendo estériles sin el apoyo de los nuevos descubrimientos de la Física, de la Acústica y de las Matemáticas.

¿Se me permite un arranque que á muchos parecerá disparatado y aun brutal?; pues aunque no se me permita, allá va. Más luz da sobre el problema de *la belleza*, y aun sobre ciertas cuestiones metafísicas, la *fórmula de Fourier* sobre el desarrollo trigonométrico de las funciones periódicas, que volúmenes enteros de antiguas lucubraciones; admirables, si se tiene en cuenta la época en que se escribieron, pero deficientes cuando menos, y acaso infantiles, cuando con la ciencia moderna se comparan.

Es que hoy las ciencias se apoyan unas en otras como férreo armazón para trepar á las alturas, y que en este andamiaje de la experiencia y de la lógica, las matemáticas representan papel importantísimo; es que cada día se extiende más y más, no diré su poder, pero cuando menos su influencia. Yo creo que llegará un día en que saber matemáticas será hasta precepto de *buena educación*, y no me extrañará que cuando ese día llegue, se oiga decir que, por ejemplo, no se invitó á *D. Fulano de Tal* á una *soirée* ó á un banquete, por ser persona de educación muy descuidada: *¿qué quiere usted?, no sabe ni integrar una ecuación en diferenciales parciales*, se dirá quizá, como hoy pudiera acusársele de no usar frac y corbata blanca. Y permítaseme esta fantasía matemática.

Recordemos todavía los estudios biológicos ó de psico-física sobre el placer y el dolor. En la vieja filosofía ó en la literatura clásica, ¿qué es el dolor? ¿qué es el placer? ¿Cómo se explican estos misteriosos fenómenos? La verdad es que no se explican ni poco ni mucho. Palabras, frases, imágenes, declamaciones, arranques poéticos, lamentaciones líricas. Pues si no pueden explicarse ni el dolor físico, ni el placer de los sentidos, ¿cómo ha de explicarse la emoción estética, que es más profunda, más inexplicable todavía que el estremecimiento de los nervios ó la contracción del músculo?

En resumen, la Filosofía, la Metafísica, la Estética, todas las grandes síntesis del pensamiento humano necesitan hoy una base más sólida y más extensa que en los tiempos de Platón, ó de los escolásticos, ó que en la época de los espiritualistas de la escuela cartesiana.

El asunto es sobrado complejo para ser tratado en unas cuantas cuartillas; pero bien puedo, á fin de aclarar mi pensamiento, acudir á un ejemplo sencillísimo y grandemente simbólico. Ni más ni menos que el que sirve de epígrafe á este artículo: *La simetría*.

La simetría es un concepto geométrico, pero de todo punto vulgar.

Todo el mundo tiene idea más ó menos precisa, pero clara é inconfundible, de lo que esta palabra significa.

Un objeto cualquiera se presenta á un espejo; pues el objeto y su imagen *son simétricos*.

Un árbol inclina su ramaje sobre un río que corre lamiendo sus raíces; y bien: el árbol y su reflejo son *simétricos* de igual modo que en el ejemplo anterior.

Las dos manos de una persona, ni más ni menos que si una de ellas fuese la imagen de la otra, son dos objetos simétricos, como en todos los casos precedentes. En el lenguaje vulgar se dice *que las dos manos son iguales*, pero esta afirmación del sentido común es completamente falsa.

No: ni el objeto y su imagen, ni el árbol y su reflejo, ni las dos manos *son iguales:* son únicamente *simétricas*. La igualdad se prueba por la superposición ideal, y las dos manos, aun suponiendo que fuesen *penetrables*, no podrían *coincidir* superponiéndose.

Si el pulgar había de coincidir con el pulgar y cada dedo con el análogo, la palma de cada mano iría á parar al reverso de la otra. Y si quisiéramos, para realizar esta superposición imaginaria, que coincidiesen las palmas; los dedos cambiarían de posición y el pulgar de la una iría al dedo pequeño de la otra y viceversa.

No, los objetos *simétricos* no son *iguales*, son todo lo contrario que iguales: son opuestos.

Y sin embargo, parecen iguales á primera vista; todo lo que hay en el uno hay en el otro: las mismas partes, la misma forma, las mismas dimensiones: ¿hay nada más igual á un objeto que su imagen?

Esto dicen todos, y dicen un despropósito: debieran decir: ¿hay nada más opuesto á un objeto que su imagen? Se componen sí de los mismos elementos, pero ordenados de un modo inverso: la derecha es izquierda, la izquierda es derecha: la imagen de una persona en un espejo tiene el corazón á la derecha, ó lo tendría si tuviese corazón; pero ya se comprende mi pensamiento.

¡Y qué papel tan importante representa la simetría en la arquitectura! Tirad en un templo griego una vertical por el vértice del frontón y tendréis dividida la fachada en dos partes. En dos partes, dice el vulgo y el que no es vulgo, perfectamente *iguales;* en dos partes *simétricas* dice la *Geometría*.

El instinto de la simetría es primitivo; quizá arranca de profundas leyes abstractas del espíritu humano. Un edificio cuyo frente principal no es simétrico, parece que es incompleto, parece que se cae; hace daño á la vista, es una perturbación de esa idea del orden que lleva en sí todo cerebro. Sí, Hegel tiene razón: cada idea, cada ser, cada fenómeno, exige y provoca la idea opuesta, el ser negativo, el fenómeno contrario, ó como aquí podríamos decir, *cada parte pide la simétrica*.

Jugaba yo cuando niño á un juego muy curioso, muy instructivo y que encierra un gran problema estético y aun filosófico.

Tómese una hoja de papel: dóblese por la mitad, con lo cual se marcará un eje ó línea media, la del doblez. Y en seguida en uno de los lados ó mitades trácese cualquier figura, por caprichosa, por extravagante, por irregular que sea; y si no lo es, lo mismo da. Por ejemplo, el medio contorno de un jarrón, y sobre él unas cuantas líneas figurando flores, tallos, hojas, y al costado un asa.

Por último, antes de que la tinta se seque dóblese el papel y oprímase fuertemente una parte contra otra. Y con ello tendrá, el que esto lea, la receta para hacer un dibujo artístico, aunque el amable lector con toda su amabilidad no tenga nada de artista ni de dibujante siquiera.

Se consiguen de este modo dibujos muy curiosos, muy pintorescos, *casi bonitos*, y sobre todo de una regularidad perfecta y de una perfecta simetría.

Y agréguese á la simétrica lo inesperado de los caprichos que resultan al extenderse la tinta bajo la presión, en matices, filigranas y claro-obscuros deliciosos.

Horas y horas pasaba yo en este entretenimiento, consumiendo pliegos de papel, tinta y plumas, y realizando prodigios de simetría con sólo trazar líneas irregulares: ya eran jarrones, ó mejor dicho, semijarrones etruscos, pompeyanos, árabes ó egipcios, sin tener la menor idea del resultado, ni sospechar que existiesen todos estos riquísimos estilos; ya resultaban escudos más espléndidos que todos los de la Heráldica y que cuantos trajeron los cruzados; ya daba vida á animales fantásticos con muchas alas, muchas patas y muchas antenas; ya construía fachadas de edificios índicos, egipcios ó chinescos, totalmente imposibles, pero de irreprochable simetría.

Esto es un juego, un capricho infantil; y sin embargo, un gran problema palpita en el fondo.

La figura que yo trazaba, es decir, la media figura de lo que había de resultar, era absurda, desatinada, un soberano mamarracho: líneas sin continuidad ni belleza, contornos que no eran contornos de nada, borrones esparcidos, marañas confusas, lo imposible como dibujo, el caos de la ornamentación geométrica, el sueño de un espiritista trazando garrapatos; ni un átomo del más mínimo elemento estético ni siquiera de sentido común.

Y sin embargo, se doblaba el papel, se repetía en la otra hoja la maraña de líneas, y el dibujo se transformaba por encanto.

No quiero decir que resultase un primor de arte, un dibujo de Rafael, ni un cartón de Miguel Angel; pero digo y afirmo que el primitivo mamarracho se transformaba. Era una cosa fantástica, extraña, pero que por la primera impresión agradaba á la vista.

Antes, *ningún elemento estético;* después, cierta emoción estética, humilde, modesta, ínfima si se quiere, pero transparentando algo, así como el germen confuso de la belleza.

¿Por qué repitiendo *un mamarracho* resulta algo que ya no lo es? ¿Por qué la fealdad, cuando menos mejora multiplicándose? ¿Por qué aparece aquí la ley inversa que en la teoría de la luz?

En la Optica se dice: *luz* más *luz* á veces es *obscuridad;* y aquí resulta que *fealdad* agregada á *fealdad* hace brotar en mayor ó menor grado la *belleza*. ¿Por qué será esto?

Yo creo que la explicación será difícil, pero no im-



LA VENTA DEL SEVILLANO, cuadro de D. José Moreno Carbonero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890)

posible. Mas aún: existe una ley fundamental de la Estética, que puede servir para interpretar el extraño fenómeno que hemos señalado; ley vulgar y harto sabida, que todos los autores repiten y todos manosean, que ha venido á convertirse en uno de tantos lugares comunes, pero que con todo eso es profunda y verdadera. La *unidad en la variedad*, dicen metafísicos y estéticos, y los escritores de segundo y tercer orden lo repiten con la solemnidad con que se repiten las cosas que no se entienden bien, pero de las cuales se tienen ciertos atisbos. Pues la simetría es el símbolo geométrico de esta ley.

¿De qué manera? En otra ocasión lo diremos, en esta nos falta espacio y quizá nos faltaría la paciencia del lector.

EL GRAN POETA

(A MI QUERIDO AMIGO DON MIGUEL PEREYRA)

(Vox populi, vox Dei)

I

¡La Belleza! ¡Resplandor inextinguible de la radiante faz del Creador Supremo; astro refulgente y eterno que va alumbrando á la Verdad absoluta y al Bien infinito; propiedad inefable y esencial del Ser; luz y verbo y acento y armonía de la Naturaleza Universal; *fiat lux* sublime y misterioso, que al brotar de la palabra divina, llenó de sol el pensamiento humano, haciéndolo imagen del Eterno, y su querida, aunque remota, semejanza! ¡Nimbo de su invisible y luminosa frente, que alumbra y guía al hombre por la riesgosa senda que ha de recorrer, cubierto de sudor y de sangre, en su tristísima peregrinación, llevándolo al cumplimiento de su providencial destino, y generando así la más elevada y la más verdadera de las religiones, la que nos acerca más á Dios!

Y como el Ser eterno y absoluto no es cosa distinta del Bien y de la Verdad supremos ni de la Belleza infinita, y el Ser es todo y todas las cosas están en Él, todas reflejan, aunque pálidamente, la luz radiosa del divino rostro y de la celestial y olímpica mirada; y la Naturaleza entera, espiritual ó cósmica, se viste así de espléndida hermosura.

Mas ¡qué impotente la belleza sensible de los seres para elevarnos hasta el remedo de la divina semejanza! Encantados en el externo cosmos de la belleza material, y anulados ante la grandeza terrible y abrumadora de los mundos, acaso presintiéramos



LOS HUÉRFANOS, cuadro de D. Fernando Cabrera. Remitido por el Estado para la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona

al Ser inmortal, oculto y providente; pero ¡cuán lejos todos de su más limitado conocimiento, y cuán distantes de rendirle adoración en culto fervoroso!

Intangible sí, pero más grande la belleza del espíritu, nos acerca á la región suprasensible donde tiene su trono la del Ser que la *esencia* y constituye; mas si el que anima al hombre no tuviese sobre todos los seres finitos la propiedad augusta de realizar por sí mismo la belleza, haciendo atravesar las luces esplendentes, que en la Naturaleza Universal ella derrama, por el prisma misterioso de su adivinadora fantasía, ¿cómo recoger en la pantalla mágica de su pensamiento, allá en la cámara obscura de su conciencia, el espectro irisado y deslumbrante de la belleza soberana?

Ardiendo así en la llama sacratísima de la inspiración, puede el hombre, á quien Dios hizo libre, inteligente y poderoso, ordenar y sistematizar por su pensamiento racional su actividad externa; combinar elementos, ya palpitantes en la realidad; sentir, por medio del simbólico panorama de la belleza finita y objetiva, la suprasensible y absoluta, y ora robando á la materia el tesoro escondido de la forma plástica, ora sorprendiendo los secretos del tiempo y del espacio para informar allí sus creaciones, arrebatando colores á la luz, al sonido la nota y la palabra y al átomo la fuerza y el movimiento, puede asimismo pronunciar su *fiat* fecundador y prepotente, al encender el faro luminoso del Arte estético, por el que manifiesta la belleza suprasensible del Ser en forma simbólica y externa; del Arte, en fin, que como escala de Jacob, desde la tierra nos dirige al cielo.

Y así, con ser artista, es el hombre remota imagen, pero imagen, al fin, del Ser Omnipotente.

II

¡El Artista! Peregrino que va delante de los hombres guiándolos á la tierra prometida; fuente donde aplacar la sed de lo infinito, no saciada en los manantiales del pensamiento; cuerda de arpa mágica y celeste, rota por el sacudimiento de guerras y revoluciones, pero que lanza torrentes de armonía cuando los sonoros acentos del trabajo pronuncian la palabra redentora; sabio de quien sacamos grandes enseñanzas; sacerdote que ofrece á Dios nuestro propio corazón en holocausto; profeta que nos señala el rumbo de nuestros extravíos; despertador de la fe dormida y animador de la esperanza muerta; depositario fiel de nuestras lágrimas más ocultas, de nuestros más recónditos anhelos, de nuestras más secretas idolatrías; mártir perdurable de la forma, siempre vencida al fin, pero rebelde siempre, que si en la estatua sorprende nuestra humana naturaleza con admirable reproducción, en una idea, en un sentimiento, en una palpitación de nuestro ser, en el cuadro retrata con la luz el universo que abarca la mirada, prendiendo en rayos de sol la manifestación externa del espíritu; así como en la sinfonía llega á las profundidades del sentimiento, ya que no tenga poder bastante para encerrar en sí la inteligencia y el mundo material; como en el templo nos hace sentir y pensar y arrodillarnos y adorar á Dios, y así como en la plegaria y en el poema puede abarcar la creación entera, realizando la belleza más grande que plugo á Dios realizara el hombre.

Y así, hay uno más bueno, más bello y más sabio y más religioso y más semejante al Ser supremo que los otros hombres: el Artista.

Y así, hay un realizador de la belleza, del bien y de la verdad más grande y más hermoso y más cerca de Dios que los otros artistas: el Poeta.

III

¡El Poeta! Creador poderoso, sí, de la belleza más deslumbradora y suprasensible que el mortal puede concebir y realizar dentro de su finita condición humana; espejo fidelísimo que todo lo refleja, luz que todo lo ilumina con radiosas y celestiales fulguraciones; pintor de todos los cuadros; escultor de todas las formas; músico, que combinando todos los sonidos, los armoniza y reproduce con amorosa delectación; escudriñador de la conciencia, propagador de todas las ideas, creyente fervoroso de todos los cultos, apóstol de todas las gentes, redentor de todos los cautivos, agitador de todos los pueblos, latido y verbo de la vida entera.

Libre para realizar la belleza, como es libre el elemento de que se vale para conseguirlo, la palabra, no ha de esclavizar el poeta los mundos que al poder creador surgieron de su mente, ni aun sujetarlos al Bien ni á la Verdad como consecución del fin estético; únicamente realizar el mayor grado de belleza ha de proponerse, sin mirar á otro lado que á la resplandeciente faz que á Dios en la Natura y en el Espíritu le plugo presentarle; y Dios hará imposible que deje de realizar los fines de la Moral y de la Ciencia, y que reniegue de las leyes que el poder infinito impuso á su creación inmensa y perdurable.

Libérrimo también es el poeta para informar las suyas, ya arrancando á las cuerdas de su lira notas cadenciosas y rítmicas con la armonía sublime de los versos, ya dejando á los latidos de la palabra el ritmo natural y espontáneo de sus acentos.

Pero ¿qué sendas conducen á tan sublime artista para llegar á la realización de la belleza poética?

IV

Tal vez podrá el Poeta marcar sus obras, no sólo con el sello personal de su inspiración, sino con el del influjo soberano del progreso, siendo hijo de su época, de su nación y de su raza; interesar á sus contemporáneos, ser aprendido de memoria por ellos; y convertido en sacerdote de sus ideas, de sus luchas, de sus dolores, de todas las manifestaciones del espíritu de su edad, que él siente y que él refleja como espejo encantador y maravilloso, marchar delante de la humanidad extraviada y loca, señalándole el camino del porvenir incierto y en tinieblas, y alumbrándolo con los resplandores del astro que se encendió en su frente; podrá, en fin, ser Profeta: ó lejos del combate, y á un lado de la senda de su siglo, verá pasar las queridas generaciones hijas de su patria, cuyas glorias históricas y viejas tradiciones, cuyos vetustos monumentos, templos sacratísimos, culto, fervor, costumbres, alto ideal y leyes venerandas narra, pinta, glorifica y custodia, para aleccionar á su pueblo, con la entusiasta fe de sus mayores; podrá, en una palabra, no ser el Vate, y ser el Trovador.

Y si en la realización de sus artísticos propósitos hizo formal y sensible la belleza sin otra consideración de fin que el de realizarla, habrá señalado su obra con otra marca más indeleble aún, que hará inmortal su póstumo renombre.

Tal es el *épico*, ya versificador, ya novelista.

El Poeta tomará entonces cuerpo, mediante encarnaciones misteriosas.

Y animando una de sus formas en un ciego sublime, cantará al pueblo helénico, y será Homero.

Dará vida á un florentino, que en medio del ensangrentado páramo de la Edad media, levantará en su obra, para asombro de las futuras gentes, así como una catedral inmensa, cantando la religión del crucificado, y será Dante.

Tomará en la tierra más fecunda la forma del español más ingenioso de todos los siglos, que retratando el suyo á maravilla, maravilla será de las generaciones, al esculturar, eternizándolos, los dos aspectos de la vida humana en dos figuras de abrumadora y admirable belleza, y será Cervantes.

Inspirará su numen á un gran genio, con la más popular de las leyendas alemanas, la más trascendental manifestación filosófica, y será Goëthe.

V

Podrá también la augusta poesía, en lugar de seguir la corriente civilizadora, tomar por única morada el corazón de un hombre; y ajena á todo lo exterior y objetivo, camplacerse en cantar sus pesares y sus alegrías, sentir el torcedor de la duda y rebelarse contra su destino con acentos desesperados, para que en sus dolores y en sus placeres, en sus carcajadas y en sus lágrimas, halle la humanidad la fiel reproducción de las palpitaciones de su alma.

Tal es el *lírico*.

Entonces el Poeta lanzará los ayes más profundos y los acentos más terribles; y á los impulsos de la virtud más grande, de la sublime resignación, de la paciencia, por él hablará un hombre, y oiréis á Job.

Inflamará los ánimos para el combate, llamándose Tirteo.

Se retorcerá de dolor, morirá de angustia, y esclavo de mil raptos de desesperación, vendrá á la tierra para llamarse Leopardi.

Lanzará desde las nubes tempestuosas de su cerebro relámpagos que cieguen y que alumbren, y al pie de la *Leyenda de los siglos* firmará Víctor Hugo.

VI

Mas la sagrada inspiración poética, sin retratar directamente el espíritu de una época, sin recogerse tampoco en la morada de un corazón, abandonándose á llorar sus desdichas y aun las de su edad y de su pueblo, podrá protestar enérgica y valerosamente de la sociedad á que el elegido de las Musas pertenezca, fustigando aquí una institución, flagelando allá una costumbre, contundiendo en este lado á un vicio, lanzando una carcajada ó una queja y amenazando á su siglo degenerado con acentos apocalípticos.

De aquí la *sátira*, á veces subjetiva, á veces épica.

En tal momento, infundirá el Poeta su genio profético á un vaticinador, que adivinando por los extravíos del pueblo israelita la abyección predictora de su cautividad, derrama poesía á torrentes por aquella boca que come excrementos en la plaza pública, y será Ezequiel.

Restallará su látigo sobre la Roma de los emperadores, que uncida al carro de los triunfos, le dirige á la gloria, sudando sangre el azotado rostro y las flageladas espaldas, y llámase el poeta Juvenal.

Dibújase en sus labios sonrisa de amargura; y mientras los degenerados españoles de Felipe IV se divierten á maravilla con las gracias de aquella vena inagotable, aún sintiendo el escozor profundo de sus aguijones, encarnando otra vez, brota en Quevedo.

Y lanzando, por fin, la carcajada de sarcasmo más insultante que escandalizó á la humanidad, será engendrado Voltaire.

VII

La poesía, finalmente, sin dejar de reflejar la luz que arrojan los ojos de su siglo, los sentimientos, las aspiraciones y el ideal entero de su raza ó de su época, sin que deje su numen de ser individual y psicológico, podrá reproducir el mundo objetivo, arrojando el retrato bello y fidelísimo de la pasión humana, de todo lo que en el espíritu del hombre siempre fué de todas las edades, ó el de las costumbres de aquella en que el poeta vive y de la región en que habita, para que de estas escenas palpitantes de la vida resulten grandes enseñanzas, siempre deducción fatal y lógica de la emoción estética que ha de despertar en el público que le rodea y que le aclama.

Tal es el poeta *dramático*.

¿Queréis ver en él la lucha del hombre con la fatalidad representada por sus dioses? El poeta tomará la forma de Sófocles ó de Esquilo.

¿Pretendéis que satirice las costumbres, representándolas? Pues tomará la forma de Aristófanes.

¿Queréis verle combatiendo con sus semejantes y con sus propios sentimientos, por la libertad augusta de su albedrío, siendo retrato fiel del espíritu de su patria? Pues las nuevas manifestaciones humanas del artista de la palabra serán Lope de Vega y Calderón.

¿Queréisle ver en guerra con la monstruosa bestia de las pasiones, y asemejándose al hombre creado por el mismo Dios? Escudriñad una conciencia, y de entre sus sombras y á la mágica evocación del Poeta acudirá Shakespeare.

VIII

Pero hay un poeta más grande que Homero, más inspirado que Dante, más lleno de amarguras que Leopardi, más intencionado que Voltaire, más hermoso que Calderón, más fecundo que Lope, más arrebatador y genial que Víctor Hugo, con mayor profundidad que Cervantes, y más sublime, divino y creador que Shakespeare; poeta que, en suprema síntesis, canta y recuerda como el épico y legendario, llora y se conmueve y desespera como el lírico, flagela y punza, hiere y contunde y *carcajea* como el satírico, y que hace palpitar como el dramático á todas las escenas de la vida.

Tal es el Gran Poeta; el poeta de todas las edades y de todos los tiempos y de todas las pasiones y de todas las almas. Da á sus ideas infinitas formas, las que le depara su condición más admirable, la espontaneidad; trascendentales son sus pensamientos; alto es lo que concibe y hondo lo que siente y clarísimo lo que habla, sin artificio alguno, llevado como es siempre en alas de la más genial de las inspiraciones; inmensa su potencia creadora, no hay carácter ni latido de pasión, ni existen idea ni queja ni lágrima ni carcajada que él no sepa reproducir poética y asombrosamente. No aprendió en las aulas el idioma de que se sirve como de mágica paleta para pintar sus cuadros luminosos con el pincel de sus improvisaciones; despreciador ignorante de sus propios méritos, no las escribe para salvarlas del tiempo y de la distancia; sustituye el diccionario con su propio léxico; en vez de la ciencia, cuenta con la adivinación; á falta de la historia, con la leyenda; y en lugar de las cuerdas de una cítara, tiene las fibras de su corazón inspirador y palpitante.

Allá, en medio del atronador estrépito de los combates, entre el sordo estruendo de la civilización, el estallido de las revoluciones, la trepidación y el agitado movimiento de los talleres, la ternura de los afectos, el solaz de las fiestas, y en medio de sus penas, de sus alegrías, de sus fervores religiosos y aun



Exposición de plantas y flores que se celebra actualmente en los jardines del Parque de Barcelona, bajo los auspicios de la Sociedad Catalana de Horticultura.

Dibujo y composición de D. Nicanor Vázquez

de sus crímenes, escúchase su voz, que al repiqueteado compás de las castañuelas, al son de la dulzaina, al golpe y *sonajeo* de la pandereta y á los clásicos acordes de la guitarra, canta, entre ruido tanto, á Dios, al hombre y á la vida entera.

No esclavicéis al gran artista, porque se apagará la voz en su garganta, y ¡ay de la humanidad, que no tendrá quien la enseñe, la llore y la divierta, la guíe y la consuele!; porque entonces enmudecerán los otros poetas, todos inspirados y animados por él, á quien arrebatan sus espléndidas concepciones.

Escuchad sus quejas profundas, sus acentos proféticos. Oíd su voz, en fin, que como está más cerca de Dios, es la del cielo.

¿No adivináis quién es el gran poeta?

Es el pueblo; lo habéis adivinado.

ENRIQUE FÚNES

LA LETRA DE CAMBIO

I

Iba á partir el tren.

En el andén de la estación sólo quedaban: el jefe de ella, dispuesto á dar la señal; un factor que hacía veces de edecán; tres ó cuatro mozos que iban cerrando con estrépito las portezuelas, y diez ó doce personas que ya en pequeños grupos, ya aisladas, daban los últimos adioses á los viajeros á quien habían ido á despedir.

Era una de dichas personas un hombre alto, fornido, un poco obeso, de cabeza redonda, cara achatada, ojos pequeños, color tostado y afeitado cutis. A la legua se habría adivinado en él al lugareño acomodado, aunque el traje no hubiese revelado, como bien claramente revelaba, su condición de tal.

Con los ojos algo húmedos y la voz mal segura estaba hablando con un mozalbete que, asomado á la ventanilla con cara risueña y satisfecha, recibía distraído las paternales amonestaciones.

– Sobre todo, mucho ojo: mira que en Madrid hay mucho pillo, y en cuanto ven á un forastero con el bolsillo repleto, todos son á perseguirle y estafarle.

– Descuide usted, padre, que yo no me mamo el dedo y sé dónde me aprieta el zapato; y gracias á Dios, tengo buenos puños, por si fuesen menester: de modo que ni á buenas ni á malas nadie me la ha de pegar.

– Y lo que te he dicho respecto á mujeres; mira que son unas sirenas que...

Sonó el pito del jefe, luego la tres campanadas, por fin el silbato de la locomotora; y á los fogosos resoplidos de la máquina echó á andar el tren

Con un trajín de fiera encadenada.

Los que se iban y los que se quedaban prorrumpieron en un coro general de despedida, y mientras los primeros se apresuraban á ordenar en redes y asientos sus líos y maletas, los segundos permanecían como clavados al suelo, viendo alejarse rápidamente al tren que se llevaba algunos seres queridos, quizás algunos dolores y no pocas esperanzas.

Teodomiro iba por primera vez á la corte; había terminado su carrera de abogado en la universidad de Zaragoza, y como remate y coronamiento de sus estudios áulicos, habían considerado conveniente él y su padre que fuese á visitar la capital de España para adquirir un barniz cortesano, y conocer, aunque sólo fuese de vista, á los hombres más eminentes de la política, de las ciencias y de las artes.

El muchacho, sin ser un talento, había salido bastante listo para ir ganando cursos sin estudiar, pudiendo así dedicar todo su tiempo á las diversiones y entretenimientos que da de sí una población como Zaragoza. Concurría con más asiduidad al casino que á la cátedra; no faltaba á ningún baile de máscaras, cuando los daba el tiempo; frecuentaba el teatro, cuando lo había, y era el alma de cuatro ó cinco tertulias de confianza á que concurría *lo mejorcito de la ciudad*.

Todo esto lo supieron á la hora escasa de viaje los compañeros de departamento de Teodomiro, así como que era hijo único y que sus padres vivían en un pueblo de la montaña, en donde eran los primeros contribuyentes por territorial y pecuaria. Aunque él, por naturaleza expansivo, hablaba á todos en general, su oyente más inmediato y directo, su interlocutor más sostenido, digámoslo así, era el que ocupaba el asiento frente al suyo en uno de los testeros del coche. Era el tal un joven como de treinta años, de modales sueltos, aire despejado, presencia simpática y palabra chispeante. Llamábase Esquílez, y él y Teodomiro eran íntimos amigos cuando llegaron á Madrid.

Semejante encuentro hizo creer á este último que entraba con buen pie en la coronada villa, pues Esquílez era madrileño por todos los cuatro costados y tenía muy buenas relaciones *en su pueblo* y estaba dispuesto á servir de *cicerone* al provinciano.

Juntos recogieron sus equipajes, juntos tomaron un simón, y después de dejar á Esquílez en la calle del Tutor, hízose llevar nuestro aragonés á la de Jardines, donde estaba la casa de huéspedes que su padre le había designado por recomendación del médico del lugar, que contaba maravillas de la amabilidad de las patronas.

Teodomiro no consintió de ningún modo que Esquílez pagase al cochero, y cuando éste, después de haber descargado el equipaje de aquél, preguntó al forastero adónde había que ir, Teodomiro, recordando fielmente las señas que le había dado su padre, contestó sin titubear:

– Calle de Jardines, 10, 3.° derecha.

– Señoritu, aquí los coches non suben á las habitaciones.

Y soltando una insolente carcajada, arreó á su jaco.

Rojo de vergüenza, escondióse cuanto pudo Teodomiro en el fondo del desvencijado carruaje, que iba atronando el espacio con su pesado rodar; pero bien pronto la curiosidad le asomó á la ventanilla para contemplar la casi interminable serie de edificios, grandiosos los más, que se ofrecían á su admirada vista.

Llegaron á la calle de Jardines y el coche se detuvo ante una casa de mediano aspecto. Como el joven no conocía el sitio y habían hecho, desde la calle del Tutor, seis ó siete paradas por diversas causas, no se movió demasiado, hasta que el cochero, golpeando en el vidrio, le gritó:

– ¡Que ya hemus llegado!

Al oirlo, Teodomiro saltó como por un resorte movido, y con extremado aturdimiento se precipitó fuera del carruaje y se metió en el portal, llevando en una mano la sombrerera y la manta, y la maleta en la otra.

– ¡Eh, señoritu!, ¿qué non me paga?

– ¡Ah! Sí; tome usted.

– ¿Qué me da usted aquí?

– Una peseta: ¿no es eso?

– ¡Ah! No, señor, no es esu; son dos carreras, é los bultos además; y ya ve usted, de la estación del Mediodía á la calle del Tutor, é de la calle del Tutor acá...

– Bueno, bueno, exclamó Teodomiro que veía detenerse algunos curiosos á presenciar la escena. Tome usted y cóbrese.

Y le alargó un duro.

El cochero lo miró y remiró con mucha flema, luego lo sonó; luego se lo metió en el bolsillo, y luego, diciendo «Está bien,» dió un latigazo al jaco y partió á todo corer. Quedóse el forastero con tanta boca abierta, y la gente que le rodeaba regocijada, epigramática y burlona comentando el chasco. Lleno de confusión, recogió sus bártulos y metióse portal adentro, y luego escalera arriba hasta llegar al piso tercero, en donde, según las señas, vivía Doña Robustiana, la patrona que le fué tan recomendada.

Diéronle un gabinete con vistas á la calle; y aunque la cama no era muy blanda, ni era la casa muy limpia, ni la comida muy abundante, Teodomiro no pensó en mudar de alojamiento, porque desde los primeros instantes pudo observar que la hija de la patrona era tan amable, tan sumamente amable y complaciente, que nada dejaba que desear.

II

Esquílez demostró que efectivamente conocía bien Madrid. El acompañó á Teodomiro á todos los museos, á todos los teatros, á todos los paseos; llevólo al Congreso, al Senado, á la Universidad, á la Bolsa, al Hipódromo, á la Plaza de toros, á los Viveros, á las Ventas; en una palabra, á todas partes.

Excusado es decir que en todas ellas hacía el gasto el forastero, y que él pagaba el coche, él las localidades, él los cafés, él las cenas en Fornos ó en el Inglés. La intimidad entre los jóvenes llegó á ser tan grande, que Esquílez no tuvo reparo en aceptar de Teodomiro el favor de que recogiese ciertas cuentas de ropa y calzado que le daban, según su expresión, mucha jaqueca.

Casi todas las noches iban á Viena, y algunas no volvían á casa hasta la mañana siguiente. A los quince días de estancia en la Corte, Teodomiro no conocía ni de vista á ninguna de las notabilidades de la política, las ciencias y las artes, pero conocía perfectamente y de trato á todas las horizontales de moda.

Mas como no hay salto sin quebranto, vínole á resultar que la bolsa que salió bien repleta de la casa paterna, había ido enflaqueciendo de manera que daba lástima. El muchacho sintió vértigos cuando una mañana antes de salir de casa y al pretender reponer su bolsillo para la fatiga del día, se encontró con que sólo le quedaban quince duros.

Y precisamente le acababa de pedir doce á cuenta la patrona, y para aquella noche tenían concertada una cena en el café de Madrid él y Esquílez con dos muchachas *decentes* á las cuales no era posible dejar burladas. Por primera vez, desde su llegada á la corte, se sintió el joven triste y sobrecogido.

¿Qué hacer?

– ¡Si Esquílez ya que no tenga dinero conociese á alguien que me lo quisiera dar!...

¡Oh fortuna! Esquílez sabía de un señor que hacía favores de esta clase, pero sólo á empleados, clases pasivas y militares sin retención ó á personas de garantía. Aunque Teodomiro tuviese esta última cualidad, de nada le servía, puesto que no era conocido en la *plaza*; pero gracias á la intervención de Esquílez, el caballero prestamista daría, por excepción, el dinero sobre algunas alhajas de valor.

Aceptó gozoso el provinciano y dió en prenda su magnífico remontoir de oro, una sortija con un solitario y un alfiler de corbata de oro y brillantes. Además firmó un pagaré de mil quinientas pesetas, y en cambio recibió... ¡cien duros!

Las damiselas del café de Madrid no tuvieron, pues, motivo para quejarse ni de la formalidad ni de la galantería de los dos jóvenes, ni ellos tampoco de la jovial amabilidad y carácter franco y abierto de las niñas.

Cuando á las diez de la mañana siguiente volvía á su casa solo, fatigado y soñoliento el buen Teodomiro, la misma nube de tristeza que la víspera había sombreado por un momento su irreflexiva felicidad, volvió á obscurecer más densamente su espíritu, y un peso así como de remordimiento le oprimió el corazón por unos instantes. Entró en su casa, se acostó y durmió desasosegadamente algunas horas.

Cuando le llamaron á almorzar no quiso salir; no tenía gana. Siguió echado, pero sin poder coger otra vez el sueño. Su mente excitada púsose á considerar su situación, é insensiblemente aquellas reflexiones pararon en un formal examen de conciencia.

– ¡Qué disparate había hecho el día antes! ¡Comprometerse á pagar seis mil reales no habiendo recibido más que dos mil! ¡Garantizar esta atrocidad con prendas que valían muy cerca de quinientos duros! Y ¿quién le había metido en aquel lío? Su amigo Esquílez. ¡Su amigo! ¿Lo era acaso?

Teodomiro empezaba á dudarlo. La mitad, quizá más, del dinero gastado, habíalo consumido Esquílez. El se hacía siempre la parte del león en todos los goces y placeres de que ambos disfrutaban, pero que sólo pagaba el aragonés.

Teodomiro había traído el propósito de permanecer un mes en la corte; pero ¿cómo continuar en ella, si sólo en una quincena había derrochado las doce onzas que su padre le dió y las otras tres que á escondidas le diera su madre, y por añadidura se había empeñado en trescientos duros, y de los dos mil reales que había recibido prestados ya había gastado más de la mitad?

Tentaciones le daban de tomar el tren y volverse á su casa; pero ¿cómo presentarse á sus padres tan de improviso y tan en derrota? No; él no se sentía con valor para confesar sus faltas: le parecían muy graves.

– ¡Si hubiese algún medio!...

Y le hubo: ¡claro que le hubo! Como que los cuarenta y siete duros que le restaban á Teodomiro se quedaron sobre el tapete verde de cierta casa de juego donde tenía muchos amigos Esquílez!

– La suerte nos ha sido contraria, dijo éste al salir de aquel garito.

– Y ahora, ¿qué hacemos?

– ¿Qué quieres que te diga?

– Tú que tienes recursos para todo...

– ¡Pues si yo tuviera *recursos!*... Pero hace tiempo que me quedé sin ellos.

– ¿No encontraríamos quien nos dejase?...

– ¿Te queda algo que empeñar?

– No.

– Entonces... ¡filosofemos!

No hubo remedio; Teodomiro tuvo que escribir á su casa, pero no atreviéndose á arrastrar las iras de su padre, dirigió la carta á su madre. No le dijo ni la cuarta parte de la verdad, pero sí lo bastante para dejarle adivinar lo omitido y lo tergiversado. La buena mujer cometió la *indiscreción* de entregarle la carta á su marido, y éste tuvo la *debilidad* de dejarse convencer, y darle á su mujer para que, *sin saberlo él*, se la enviase al *chico* una letra de dos mil pesetas contra el Banco de España.

JACOBO SALES

(Concluirá)



LIMA. - LA CATEDRAL, de fotografía remitida por D. Salvador Teix

SECCIÓN AMERICANA

LIMA

La ciudad que con el nombre de *Ciudad de los Reyes* fundara Francisco Pizarro en 1535 para hacer de ella la capital del vicerreinato del Perú, es actualmente una de las poblaciones más bellas de la América meridional. Hállase situada en la orilla del Rimac, río que la atraviesa diez kilómetros antes de desembocar en el Pacífico y sobre el cual álzanse tres puentes, el Balta, el de Piedra y el de Arana, que ponen en comunicación las dos mitades en que Lima se halla dividida por aquella corriente.



D. JOSÉ PAYÁN, gerente del Banco del Callao en Lima

La antigua ciudad, que estaba cercada por una muralla de adobes construída en 1683, ocupaba una superficie de 932 hectáreas, de las cuales 565 eran destinadas á jardines, plazas, conventos é iglesias; pero derruídos los muros en 1870, hiciéronse en su lugar hermosos paseos y la parte edificada se extendió considerablemente, formando en conjunto la población un triángulo de más de 1.200 hectáreas.

El clima de Lima es benigno por lo que hace á la temperatura, puesto que en invierno (junio á noviembre) no baja nunca de 12 grados centígrados ni sube á más de 28 en verano (diciembre á mayo); pero en cambio la humedad y sobre todo las nieblas de tal modo perturban el estado atmosférico, que á pesar de la bondad de temperatura, la capital peruana no es de las poblaciones más sanas de la América del Sur.

Las calles de Lima se cortan casi todas en ángulo recto y están orientadas en dirección de SE. á NO. y de SO. á NE. á fin de que en verano haya siempre un lado á la sombra; las casas, construídas en su mayoría de adobes, generalmente son de dos pisos y tienen alegres miradores. Las plazas principales son la Mayor y la de Bolivar ó la de la Independencia, antes de la Inquisición, en las que se alzan respectivamente la catedral y la estatua ecuestre del libertador del Perú. Entre los mejores paseos pueden citarse la Alameda de Acho, que se extiende á lo largo de la orilla del Rimac y conduce á la plaza de toros; el paseo de la Exposición y el de los Descalzos, cuyas encantadoras avenidas están profusamente adornadas de estatuas, y una hermosa Alameda que une la ciudad con su puerto en el Pacífico y á cuya entrada se levanta el monumento del Dos de Mayo, en conmemoración del combate del Callao contra la escuadra española.

De los varios monumentos que en la ciudad existen pueden considerarse como los más notables el que en el paseo de la Exposición recuerda el descubrimiento de América y el dedicado á Simón Bolivar. El primero es un grupo de mármol con la figura de Colón posando su mano derecha sobre la cabeza de una joven india que permanece arrodillada á sus pies. La erección del segundo fué acordada por decreto legislativo del Congreso Constituyente del Perú en 17 de febrero de 1825, pero el proyecto quedó en suspenso hasta 1853 en que el general Rufino comisionó al Dr. D. Bartolomé Herrera, ministro plenipotenciario cerca de la corte romana, para que convocase un concurso de artistas y obtuviese por este medio el mejor plano y modelo de la obra, venciendo en este certamen á sus competidores el célebre escultor Adán Adolini. El pedestal del monumento, que es de mármol blanco, mide en su base 2'60 por 5'20 metros y su altura es de 3'47: la estatua, que fué fundida en Munich, lo mismo que los relieves, tiene 3'47 metros de alto, desde el pie del caballo á la cabeza del jinete; representa á Bolivar sobre un caballo encabritado que se sostiene sobre las patas traseras y la cola: Bolivar saluda al pueblo con el tricornio en la mano, y por entre la capa que cubre su cuerpo asoma el uniforme militar. Los relieves del pedestal representan la batalla de Ayacucho y la de Junin y en los otros dos lados de aquél hay el escudo nacional y una inscripción que dice: *A Simón Bolivar libertador. La nación peruana.* MDCCCLVIII.

Posee Lima unos ochenta templos y capillas próximamente, cuyas torres y cúpulas dan á la ciudad un carácter oriental porque recuerdan los altos alminares de las poblaciones moriscas. Entre ellos destacan la Merced, fundada en 1534 por Hernando Pizarro, con una hermosa fachada de estilo del Renacimiento; San Francisco, templo contemporáneo de la ciudad, en el que se halla el célebre claustro de los Jazmines con sus elegantes columnas adornadas con *faiences* azules y con notables frescos; San Pedro, antigua iglesia de los jesuítas, orgullo de ebanistas y arquitectos; Santo Domingo, tumba de Santa Rosa y cuya antigua torre, destruída por un incendio, era la más elevada de la ciudad, y por último la catedral que reproduce nuestro grabado. Fué fundada ésta por Francisco Pizarro, que halló en ella tranquila y honrosa sepultura cuando en 1541 sucumbió á los golpes de las gentes mandadas por Almagro. Los historiadores no están conformes acerca del sitio en que fué enterrado el conquistador del Perú, pues mientras Prescott dice que lo sepultaron en el lugar más obscuro del templo; Palma, el eximio literato y erudito explorador de crónicas, asegura que su tumba se abrió en un patio del mismo, llamado de los Naranjos. En la arquitectura de la catedral predomina el arte árabe-español, degenerado por los engendros de Ribera y Churriguera, como lo atestiguan los frontisficios de piedra, los calados, los arabescos, los ángeles, los demonios, las frutas y las flores que en revuelta confusión constituyen sus adornos. Posee la catedral hermosos cuadros, entre ellos una preciosa *Verónica* de Murillo.

En el ramo de Beneficencia merecen citarse varios hospitales, entre ellos el de Santa Ana, el del Dos de Mayo, el de San Bartolomé ó militar, el francés y los italianos (viejo y nuevo), y hasta trece hospicios.

Para terminar estos breves apuntes diremos algo de la situación mercantil de la capital del Perú. La plaza comercial de Lima, que había sido la más fuerte de la América del Sur y el emporio del lujo y de la elegancia, sufrió una transacción brusca desde 1873 y su postración mercantil llegó á su máximo después de la guerra de Chile. Hoy, sin embargo, hállase en gran parte repuesta de sus pasados desastres, y buena prueba de ello es el Banco del Callao cuya prosperidad sorprende tanto más, teniendo en cuenta el esta-



EN ORACIÓN, cuadro de Carlos Ulrich



UN VIEJO MONJE, cuadro de Velázquez, grabado por Margarita Jacob

(Existente en el Hermitage de San Petersburgo)

do en que se encuentran hoy en día las repúblicas sudamericanas.

Recordando las desgracias por que ha pasado no hace mucho el Perú y entre ellas la gran crisis bancaria de 1876 á 1880 que trajo consigo la liquidación de todas las instituciones nacionales de crédito, no se comprende sino por un gran esfuerzo de inteligencia y de perseverancia que una de ellas, la menos poderosa en su origen, el Banco del Callao, haya resucitado con tanto vigor hasta colocarse en el más alto nivel financiero. Débese en gran parte, si no del todo, este éxito al gerente de ese Banco, D. José Payán, cuyo retrato publicamos. Nació dicho señor en la isla de Cuba, y tras varias vicisitudes políticas abandonó su patria para establecerse, después de recorrer muchos puntos de América, en la capital del Perú, en donde al poco tiempo fué llamado al elevado puesto que hoy ocupa y desde el cual no sólo ha dado elocuentes pruebas de su ilustración y talento mercantil, sino que ha prestado importantes servicios al país que lo hospeda, contribuyendo á solucionar favorablemente sus más difíciles cuestiones, y entre otras la vuelta á los cambios metálicos y el renacimiento del crédito hipotecario, salvando la propiedad inmueble de las garras de la usura. – A.

BOCETOS

LAS OLAS

– ¿Hacia dónde vas, amiga y compañera?

– ¡Lo ignoro! Te sigo por el movimiento que marcas tú que me precedes; otra sigue el mío, y sucesivamente otras y otras, como si procurásemos alcanzarnos, sin poder acortar la breve distancia que nos separa: ¿puedes tú decírmelo?

– ¡Yo también lo ignoro! La que me traza el rumbo no ha podido decirme más sino que sigue á otra y otras.

– Veo que todas, como movidas por la misma curiosidad, procuramos encresparnos para tender la vista y ver si se descubre algo como término de nuestro viaje.

– Nada: ahora mismo, como habrás podido verlo, acabo de romperme transformada en espuma, y mi esfuerzo ha dado en el vacío: ¡un cielo azul, sin fin, sobre nosotras! ¡Una profundidad debajo, tan inmensa como tranquila!

– Ya lo veo, apenas puede fijarse la línea que nos une y separa de la masa de ese líquido abismo: no percibo dónde empiezo, dónde se forma mi ser.

– No sé ni comprendo á qué obedece ese extraño movimiento; siempre siendo la misma y siempre notando que no lo es el agua en que me agito.

– Mira; húndete cuanto puedas, y así yo podré hacer un esfuerzo para levantarme lo más posible y quizá descubrir el término hacia el que se nos impulsa.

Y por un movimiento, que si no carece de nombre no sé ahora dar con él, aquella ola hizo como que se replegase formando una profunda hondonada; y su compañera levantóse sobre todas las demás, coronándose de blanquísima espuma, brillante como una colosal pepita de plata.

– ¿Qué has visto?

– ¡Nada! ¡Un horizonte de agua y cielo!

– ¡No deja de ser extraño que así nos agitemos, sin saber por qué ni para qué! No puedo darme razón del impulso que nos mueve contra nuestra voluntad. Allá lejos, muy lejos, estábamos todas confundidas en compacta masa; formaba nuestra superficie tranquila á modo de bruñida plancha ó límpido cristal, un espejo de cuya magnitud no puede tener idea quien no haya tendido su mirada sobre el mar; de repente una brisa suavísima, rafagueando juguetona, nos acariciaba como temerosa de agitarnos; la brisa tomó fuerza, fué viento al poco tiempo, huracán luego. ¡No sé lo que pasó! De la tranquilidad al movimiento, de éste á la agitación, al vértigo, ¡quién sabe adónde vamos!

– Detente...

– No puedo; la que va delante me atrae, me obliga á seguirla; tú que me sigues me empujas.

– Comprendo... Mientras todas á la vez no hagamos un supremo esfuerzo en detenernos, será inútil.

– Entonces sigamos; dejémonos llevar.

– ¿Dejémonos llevar... has dicho?

– Sí, eso dije.

– ¡Qué recuerdo! Ayer cruzaba á lo largo sobre nosotras destrozándonos desapiadamente una de esas grandes moles de hierro, parecidas á un monstruo de aliento negro y fétido, revolviendo con espantosa rapidez las palas que le impulsan; al pasar sobre mí, pude entender unas voces extrañas; una decía: «Dejarse llevar... como las olas.» «No,... replicaba otra, que al fin dan en la costa.» ¿Sabes qué cosa es esa?

– No: frases sin trascendencia, cualquier cosa; tal vez la tranquilidad perdida, y volver á nuestra calma después de habernos agitado sin objeto y sin resultado.

– ¿Reparaste aquello que aparece en el horizonte?

– Se me figuran unas nubes.

– Pero su forma es diferente.

– Tienes razón: pero ¡toman formas tan extrañas! Ya verás; al acercarnos pasarán á mucha altura sobre nosotras.

– Por momentos se descubren mejor definidas; su línea es muy marcada, su color es distinto; yo no sé lo que es aquello... pero nubes no son.

– ¡No seas miedosa! ¿Qué ha de ser? ¿Comprendes tú otra cosa que no sea agua, cielo y nubes?

– Sólo sé lo que el instinto me dice: que eso es ¡un peligro!

– Anda, corre, sígueme; ya veremos lo que es; dejémonos llevar.

– Esa frase me acobarda: recuerdo las voces que salían de aquel monstruo: no son nubes: ¿oyes ese rumor?

– ¡Parecen lamentos!

– ¡Se me figura oir quejidos!

– Las que nos preceden se encrespan más.

– Te digo que allí sucede algo desastroso. ¿Oyes? ¡Gritan que retrocedamos!

– ¡Imposible! Me siento impulsada por una fuerza mayor como si desde el fondo me levantaran... ¡Imposible permanecer tranquila! ¡Ni nos oyen ni nos escuchan las que nos atraen y arrastran ni las que nos empujan!

– ¡¡La costa!!...

Y sin poder retroceder, ni traspasar el marcado límite, en desesperado intento una tras otra asaltan los quebrados peñascos, desapareciendo en el instante mismo de su agonizante rugido, como envueltas en un sudario de efímera espuma.

Juan O. Neille

NUESTROS GRABADOS

¡Fué un artista!, cuadro de D. José García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Natural de Sevilla y discípulo de D. José Jiménez Aranda, es García Ramos digno representante de la moderna escuela sevillana, y por ende, inteligente mantenedor de sus tradiciones artísticas. En 1872 trasladóse á Roma, en la creencia de que en la ciudad de los césares y de los papas hallaría campo abierto para su fantasía; mas las ruinas clásicas y los restos de aquellas pasadas grandezas debieron despertar en el artista andaluz el deseo de recibir las inspiraciones de su país natal, en donde por la pureza de su cielo todo brilla y sonríe y la naturaleza osténtase bella y lozana, cuando al poco tiempo, y después de haber pintado, entre otros lienzos, el ya conocido y celebrado *El rosario de la aurora*, trasladóse á Sevilla, en donde fijó definitivamente su residencia. Allí, rodeado de los restos del arte árabe sirviéndole de complemento de sus cuadros ó dibujos, los alicatados moriscos, los esmaltados azulejos, los jaeces cordobeses, los pañolones de espuma, pinta representando escenas y tipos genuinamente andaluces, como *La despedida del contratista*, ó dibuja costumbres del país para ilustrar obras de tanto interés como la de Mas y Prat, titulada *La tierra de María Santísima*.

Cuanto al cuadro *¡Fué un artista!*, que ha remitido á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona y que ya figuró en la de Madrid de 1890, debe considerarse como una muestra de lo que vale García Ramos, como ejecutante, ya que es un estudio altamente recomendable.

La venta del sevillano, cuadro de D. José Moreno Carbonero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890). – En la colección de siluetas de artistas que en *El Liberal* de Madrid ha publicado el ilustrado crítico, nuestro querido colaborador señor Balsa de la Vega, y en la dedicada á Moreno Carbonero dice: «Cuando admiro á los viandantes que se paran en la venta á refrescar el garguero y á darles á las cansadas caballerías un holgar momentáneo, mientras desarrapados chiquillos juegan entre las patas de los nobles cuadrúpedos, entonces reconozco de buen grado que aún podemos contar en España con pintores dignos de llamarse herederos de los Velázquez, Goyas y Rosales.»

No cabe hacer más acertada descripción del cuadro ni mejor elogio de su autor, por lo que suprimiremos toda explicación y consideración por nuestra parte, y nos limitaremos á consignar que esta obra, del autor del *Carro de las Cortes de la muerte*, del *Príncipe de Viana* (que fué adquirido por el Estado y actualmente figura en nuestro Museo), de *Roger de Flor*, de *La conversión del duque de Gandía*, de *Con la música á otra parte* y de tantos otros, es propiedad del Excmo. Sr. Duque de Fernán-Núñez, que lo adquirió cuando se expuso en el último certamen nacional de Bellas Artes de Madrid.

Los huérfanos, cuadro de D. Fernando Cabrera Cantó (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Fernando Cabrera, sin transición, sin pasar por ese período de prueba en que se aquilata el pintor, ha logrado lo que la generalidad no puede alcanzar á costa de años y de estudios. De artista novel hase convertido en laureado artista. La muerte de Plasencia, su cariñoso maestro, casi coincide con su primer triunfo, sintetizado por su cuadro *Los huérfanos*, premiado en la Exposición de Bellas Artes de 1890 y adquirido por el Estado, – que lo ha remitido á la de Barcelona, – en la que su precioso lienzo, titulado *En el coro*, ha proporcionado otro lauro al joven pintor alcoyano. Ambos lienzos, las dos composiciones, dan á conocer la naciente genialidad de Cabrera, y demuestran que no en balde recibió las lecciones del que fué, quizás, el más genial de nuestros artistas contemporáneos y maestro entre los maestros.

El cuadro *Los huérfanos* podrá adolecer de algunas incorrecciones; pero aun así, es un lienzo que acusa al artista que dentro del concepto moderno del arte y sin olvidar las tradiciones pictóricas de nuestra patria, siente y piensa, olvidándose por completo de los efectismos de los coloristas para representar una escena sentidísima, un asunto conmovedor, esencialmente realista, que impresiona é interesa.

Cabrera, que apenas cuenta veinticuatro años, ha recorrido velozmente las ásperas sendas que conducen al templo de la gloria. Nosotros hacemos fervientes votos para que no se malogren sus juveniles disposiciones, y que por lo tanto, lo que es hoy grata y halagadora esperanza, pueda trocarse en realidad.

Exposición de plantas y flores que actualmente se celebra en el Parque de Barcelona. Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez. – Hoy, como el día que publicamos otra composición de nuestro distinguido colaborador Sr. Vázquez, á propósito de la actual Exposición general de Bellas Artes, hemos de suplicar á nuestros lectores que nos dispensen de no ocuparnos en esta sección del tema que motiva el bellísimo dibujo que reproducimos. Acudan á las crónicas de *El Salón de la Moda* y en ellas encontrarán cuanto nosotros pudiéramos decir y mucho más, y mejor dicho que nosotros podríamos hacerlo.

En oración, cuadro de Carlos Ulrich. – Hay en el arte, como en la literatura, asuntos que por mucho que se traten siempre ofrecen nuevo motivo de inspiración á los verdaderos poetas y artistas. ¡Cuántas veces hemos visto reproducida en lienzos, con más ó menos variantes, la escena que representa el cuadro de Ulrich! Y sin embargo de que el tema del dolor implorando consuelo al Dios de bondad y de misericordia no es nuevo ni mucho menos, ¿quién no se sentirá conmovido ante aquel hermoso grupo de las dos jóvenes, elevando al cielo sus plegarias para suplicar fervorosamente á la piedad divina que endulce sus sufrimientos en la tierra? Y es que cuando el artista siente y expresa con verdad, su genio imprime en su obra los más tenues matices, así del sentimiento como de la forma, que la realidad le ofrece, y con ello logra la diferenciación que hace aparecer con nuevos caracteres lo que en globo considerado parece á primera vista falto de novedad. Mas aun prescindiendo de estas consideraciones, toda manifestación artística que reproduzca de una manera acabada cualquiera de los múltiples aspectos de la belleza, será buena y cautivará á cuantos la vean, por muy gastado que sea el asunto que en ella se trate.

Tal acontece con el cuadro de Carlos Ulrich, que estuvo expuesto el año último en la *Royal Academy* de Londres. Sus dos figuras están arrancadas de la realidad, el dolor que sus rostros y sus actitudes expresan es de los que desgarran el corazón, y nadie al contemplarlas rezando abrazadas dudará de que el pintor quiso hacer algo más que pintar el acto de la oración, quiso trazar todo un drama, sintetizándolo en una situación culminante.

Un viejo monje, cuadro de Velázquez, grabado por Margarita Jacob (Existente en el Hermitage de San Petersburgo). – Cuantas más obras se contemplan de nuestros grandes maestros, esos genios colosales que como Velázquez, no sólo forman por sí solos una época y una escuela, sino que aparecen en el mundo como astros de primera magnitud, cuyo brillo, por ningún otro igualado, resplandece cada vez con más intensidad á medida que van transcurriendo siglos, tanto más apena el ánimo la consideración de que nuestro tiempo, que es el tiempo de las grandezas y de los gigantes, esté en punto á materia artística á un nivel igual al que, comparadas con la presente, estuvieron otras edades en varias manifestaciones del saber humano. Más de dos siglos han pasado desde que en el mundo del arte surgió la colosal figura del pintor sevillano, y ¿quién de entonces acá ha logrado acercarse siquiera al autor de *La rendición de Breda*, de *Los borrachos*, de *Las meninas* y de tantas otras maravillas que como joyas de inapreciable valor ostentan con orgullo los mejores museos y los más poderosos magnates?

En el Hermitage de San Petersburgo existe el original del magnífico cuadro que reproducimos y de que tan acabada idea nos da el precioso grabado de Margarita Jacob: mírese con atención la cabeza del anciano monje, estúdiese detenidamente su actitud, examínense en sus menores detalles las rugosas manos y el obscuro hábito, y dígase si se puede concebir mayor naturalidad, corrección en el dibujo, vigor en el claro-obscuro y conocimiento interno del ser humano, esta cualidad que tan pocos poseen y que tan indispensable es si no se quiere que la pintura sea reproducción de lo falso, de lo convencional, cosas ambas reñidas con el verdadero concepto del arte y que afean la inmensa mayoría de las obras pictóricas.

En la playa, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní. – No hace mucho tiempo, y á propósito del cuadro titulado *Una partida de campo*, dedicamos á nuestro distinguido paisano el Sr. Miralles los elogios que bien ganados tiene quien en París, en ese emporio de las bellas artes y en medio de la pléyade de los más ilustres artistas modernos, ha sabido conquistarse un puesto envidiable. Tiene el Sr. Miralles un modo especial de pintar que cautiva; sus obras rebosan gracia y elegancia, y en ellas la finura del asunto compite con la delicadeza de la ejecución. También él es adepto á la escuela realista; no hay en sus cuadros nada que no esté tomado de la vida real y con maravillosa naturalidad reproducido; pero ¡cuánta distancia de ese realismo que tiene por objeto trasladar al lienzo lo bello, á esa otra tendencia que con tal de copiar no se para en otras consideraciones más atendibles que la de imitar servilmente la naturaleza, y aun parece animada del prurito de buscar en ésta sólo lo feo, como si no hubiese en ella más que fealdad, y como si la belleza, que tan hermosas concepciones ha inspirado, fuese un mito indigno de llamar la atención de los seudoartistas!

Siga el señor Miralles la senda por donde con empeño y gloria camina: no se contente con ser únicamente pintor; continúe queriendo ser ante todo y sobre todo artista.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

I

Gilberto estaba cansado de luchar consigo mismo; con la carta de Pedro recibía el último golpe, y su heroísmo comenzaba á desfallecer, precisamente en el momento en que más necesario le era para rehusar la invitación que se le hacía.

Observó un cambio en la letra de su amigo difícil de reconocer y escrita al parecer con mano temblorosa; pero fijó poco en esto su atención. Las instancias que Blanca de Cabrol unía á las de su esposo, aquellas líneas trazadas con descuido en la posdata, las primeras que le dirigía, pero tan triviales por la expresión convencional y cortés de los sentimientos, tan impersonales y frías en su correcta elegancia inglesa, penetraron en su corazón como ardiente llama, y besó el sitio donde ella debió apoyar su mano.


Al presentarse se quitó el sombrero de paja...

¿Tan poderosa es la fuerza del amor, que pueda quebrantar las resoluciones más firmes y con más paciencia mantenidas? En un momento daba al olvido tres años de calma, ocupados asiduamente en las bibliotecas, en el silencio de la Ciudad Eterna; y aquellos venerables archivos del Vaticano, aquellos documentos preciosos, que en su fervor de joven erudito no podía tocar sin estremecerse, bajo la impresión de un sentimiento religioso, perdían todo su interés y encanto ante una mísera carta escrita el día antes por la mano de una mujer. La distancia de mil leguas no había parecido suficiente barrera entre ella y él para olvidarla, para no ceder á la tentación de manifestarle su amor, quebrantando así el pacto de la amistad más santa que le ligaba con el esposo. Y ahora, la distancia enorme, la lentitud de los trenes, la inmensidad azul del mar que debía salvarse desde Liorna á Marsella... ¡cuántos obstáculos acumulados ante el deseo del que hubiera querido volar en busca de la mujer adorada!

Tocaba al fin el período de tres años que Gilberto Maujeán debía pasar en la Escuela de Roma. Pedro lo sabía, y rogábale que, al regresar á París, se detuviera en el castillo de Mareuil, donde su esposa y él tendrían el mayor gusto en recibirle. Hacía unos dos años que Pedro, á consecuencia de pérdidas pecuniarias, cuya causa sospechaba su amigo sin temor de engañarse, había abandonado su casa de París para sepultarse en la provincia, en los mismos lugares donde ambos se criaron y conocieron.

Este nombre de Mareuil despertaba en Gilberto mil sensaciones diversas. Parecíale ver otra vez el risueño valle, los cerros coronados de pinos, los sauces inclinándose sobre las orillas del Herblette, y más allá de las últimas ondulaciones de las colinas el azulado panorama de los montes Saint-Genix, destacando en el cielo sereno sus denticulados picos. Su corazón se dilataba ante este paisaje, cuyo recuerdo había evocado sin duda el papel que tenía en la mano.

Una vez adoptada su resolución, ya no pensó sino en apresurar la marcha; había contraído pocas relaciones, y pronto hizo las visitas de despedida.

No descuidó, sin embargo, ir á dar gracias al cardenal Pazzi, guardián de las riquezas vaticanas, á quien le había recomendado la anciana marquesa de la Fonfreyde, cuyo marido ejerció el mando en Roma durante la ocupación francesa. El ilustre monseñor le había cobrado cariño, y sus luces y consejos guiaron á Gilberto en todas sus sabias investigaciones.

– ¡Se va usted!, exclamó. ¿Cómo han podido cambiar sus ideas, cuando parecía dispuesto á no separarse nunca de nosotros?... *¡Per Bacco!* no desespero de volver á verle por aquí algún día.

Al pronunciar estas palabras sonrió, y con amistoso ademán puso la mano sobre la frente de Gilberto.

– Por su propio bienestar, hijo mío, y para gloria de la ciencia, procure conservar siempre esa buena cabeza fría, *questa mente fredda che non si lascia ingannare dalle donne...*

Era un cumplido que habría sido aventurado hacer al cardenal, cuyo bello perfil de medalla antigua no podía librarle lo suficiente de las emboscadas femeninas. Por viejo que fuera, interesábanle aún las cosas de amor; complacíale que le refirieran las pequeñas intrigas de los jóvenes de villa Farnesio, y la precoz sabiduría de Gilberto habíale causado alguna admiración.

– Bese usted la mano á la marquesa, dijo al despedirse, con esa gracia que en él relacionaba tan bien al eclesiástico con el gran señor, y en la cual reconocíase la influencia de esa hermosa religión romana que se amolda á todos los compromisos mundanos.

Por la noche, ya en el tren, conducido lejos de Roma, Gilberto dejó desvanecerse tras sí todas las impresiones de su permanencia en la capital del orbe católico. A medida que avanzaba, el viento, agitando la portezuela, parecía llevarle, con ráfagas del aire natal, todos los recuerdos que durante tan largo tiempo rechazara y que él creía perdidos para siempre. Ahora agolpábanse á su imaginación más vivos que nunca, con los más remotos detalles que se precisaban, tomando colorido. En las horas ociosas del viaje, en medio del aburrimiento que le ocasionaba la travesía, y hasta en aquel punto de la línea de París donde le era forzoso detenerse para ir á Mareuil, entretúvose en clasificarlos en su memoria, rehaciendo así todas las etapas recorridas desde uno á otro incidente, desde su precipitada fuga de París hasta el casamiento de Pedro de Cabrol y su primer encuentro con él.

Este encuentro databa de larga fecha, del tiempo en que Gilberto apenas contaba más de doce años: era la época en que por primera vez iba á pasar las vacaciones en Chatillón cerca de su madre, al salir del Liceo, donde ingresó á la muerte de su padre y donde diez largos meses de reclusión habían desarrollado en él una afición inmoderada á las correrías y á la ociosidad.

– Puesto que tanto te gusta correr, díjole un día su madre, yo te acompañaré. Iremos á ver á mi amiga la condesa de Cabrol, que vive cerca de aquí, según acabo de saber, por lo cual no es necesario tomar coche. Esa buena Laura... Desde su salida del convento no la he visto, y ahora le daré una sorpresa... Se llamaba Laura de Sableuse... ¡Oye tú, Gilberto, añadió, procura arreglarte un poco para hacerme quedar bien!

Ella misma le ayudó; y mientras peinada el rubio cabello del muchacho, dictóle su regla de conducta.

– Cuando te sientes, le dijo, no has de cruzar las piernas; ten los ojos levantados, pero sin descaro... Esos ojos de tu padre, que eran tan grandes y de un azul tan intenso... Ya comprenderás que no se puede ver todos los días á una condesa de Cabrol.

La señora de Maujeán tenía una debilidad que comienza á ser rara: la superstición de la nobleza. Los nombres con partícula y los títulos la imponían, y agradábale pronunciarlos. Hija de una familia de menestrales, y educada en el Sagrado Corazón de Grenoble, en sus sueños de colegiala no preveía que su futuro esposo, si se casaba, pudiera ser menos que barón; pero en el primer baile á que asistió, después de su salida del convento, dejóse robar el corazón por un joven magistrado. Llamábase Maujeán y no era barón, lo cual no impidió que se uniera con él y disfrutara durante diez años de completa felicidad, sin notar en su esposo más defecto que su poca ambición, lo cual fué causa de que solamente se elevara al cargo de presidente, cuyas funciones desempeñaba en el tribunal de Chatillón cuando le sorprendió la muerte.

La señora de Maujeán y su hijo emprendieron la marcha en la tarde de un


... y vertíanla lentamente en los hormigueros...

calurosa día de agosto. Con su quepis encasquetado y bien abotonada la levita, Gilberto seguía á su madre, que, quitasol en mano, utilizábase de la sombra de los árboles alineados á lo largo del camino. Y entretanto, para matar el tiempo, enumeraba á su hijo las personas á quienes iban á ver.

– Los Cabrol son ilustres, decía, es una familia histórica... Uno de ellos fué escudero de Luis XI cuando éste no era más que Delfín, por lo cual comprenderás que su origen es muy remoto. ¡Nobleza de espada!... Los Sableuse no valen tanto, pues son gente de sotana. Sus antecesores formaron parte del Parlamento de Grenoble, y su nombre es Cruchón... ¿Te ríes?... ¡Qué muchacho éste!... Pero has de saber que el presidente Cruchón dejó un gran recuerdo en la magistratura... Cuando fué vendida la herencia de la duquesa de Valentinois, adquirieron la tierra de Sableuse, cuyo nombre y título tomaron. Estaban en su derecho; Laura me lo ha explicado todo... Cuando volvamos á casa te enseñaré la esquela mortuoria de su esposo, que conservo aún, pues has de saber que ella también es viuda... Ya verás qué carta de apellidos nobles: duques, marqueses y hasta príncipes. ¡Los Bagrassand, los Selligny, toda la nobleza de los alrededores!... Sí, viuda con dos hijos, de los cuales el más joven debe tener tu edad.

La señora de Maujeán se interrumpía de vez en cuando para mirar á su hijo de pies á cabeza.

– ¡Pero Gilberto, átate los zapatos! Al fin me avergonzarás, pobre hijo mío...

Y después de esta dulce reprensión y de otras por el estilo, la buena señora volvió á ocuparse de la condesa de Cabrol, que solamente pasaba dos meses, el tiempo de las vacaciones, en su castillo, permaneciendo el resto del año en París. El conde había muerto al principio de la guerra franco-alemana á la cabeza de un batallón de guardias móviles de la región donde ejercía el mando; y este fin heroico devolvió algo de su lustre á la antigua familia, cuyo prestigio é importancia iban decayendo con el recuerdo de los antecesores.

– ¡He ahí el castillo!, exclamó la señora de Maujeán.

Al oir estas palabras, el corazón del muchacho latió más apresuradamente, porque en las imaginaciones jóvenes, esa palabra supone toda una fantasmagoría de torrecillas.

Pero muy pronto se desengañó: el tal castillo reducíase á una gran casa cuadrada, aunque de lujoso aspecto, que se alzaba al extremo de una avenida; los vastos espacios cubiertos de sombra, la grandiosidad de las dependencias, el buen orden, y el estado próspero de los cultivos que se extendían á lo lejos; todo indicaba una rica explotación agrícola; mas no podía representar á sus ojos una morada señorial cual había imaginado.



Pedro sacudió un ciruelo cuyos frutos cayeron en tierra como lluvia de balas...

Se les hizo esperar algún tiempo en el salón donde un criado los introdujo. Aquí, el severo orden del mobiliario, los cortinajes que llegaban hasta el techo trazando grandes curvas, el silencio profundo y la semiobscuridad de la estancia, donde se veían fulgurar átomos dorados en una faja de luz, comenzaban á impresionar vivamente á la madre y al hijo cuando se presentó la condesa.

Era una mujer de treinta y cinco años, hermosa aún, de cabello castaño, y que bajo una extremada sencillez ocultaba mucha distinción y finura.

La expansión fué bastante cordial entre las dos amigas, que volvían á verse después de quince años de separación; pero hubiera podido observarse cierta reserva en la condesa. Hablaba poco, escuchaba atentamente, miraba con una curiosidad reflexiva á la que se presentaba tan de improviso ante ella; pero no se deduzca de esto que fuese orgullosa ni tuviera ya seco el corazón. Aquello no era más que el escrúpulo y la reserva de la persona bien educada que quiere conocer á aquellos á quienes trata y prever todos los resultados de una nueva amistad. ¡Son tantos los cambios que pueden traer consigo quince años, tantas las disparidades que pueden producir entre dos amigas de colegio, cuyo matrimonio, como para todas las mujeres en suma, determina el rango social y es susceptible de desviar en sentidos opuestos la primitiva similitud de educación!

La señora de Maujeán, sin echar de ver estos imperceptibles puntos de frialdad, habíase dado á conocer desde las primeras palabras tal como era, hablando ingenuamente y entregándose á la alegría que le ocasionaba aquella amistad nuevamente anudada. El encanto de la franqueza, la candidez que se revelaba en su primer impulso y su gracia produjeron el efecto de costumbre, excitando la simpatía de la condesa, que ya no conservó mucho tiempo su aire aristocrático. Había juzgado ya á su amiga, y ésta triunfaba; la gran señora sonrió con aparente satisfacción interior.

Después tomó la palabra á su vez, y para contestar á las preguntas que se le dirigían, entró en algunos detalles sobre sus niños, fijando á la vez en Gilberto esa mirada de madre, perspicaz y envidiosa, que al punto busca puntos de comparación con sus hijos en los hijos de los otros.

– No verás á Juan, dijo la condesa, pues se ha quedado en París. ¡Oh! Ha crecido mucho... Cierto que tiene tres años más que su hermano. Le dejé con su tío de Cabrol, que vuelve de Viena en uso licencia por algunos meses y que se le llevará á sus posesiones. Como él es quien debe encargarse de su carrera, quiere conocerle y observarle de cerca, lo cual se comprende... Yo estoy sola aquí con Pedro, que es un aturdido, un verdadero caballo desbocado... ¡Ah! Ya le oigo, ya viene... ¡Dios mío, añadió al verle entrar, parece un bandido!

En el mismo instante presentóse un muchacho bastante alto, de tez morena, ojos negros, cabello cortado tan al rape, que se hubieran podido contar las menores protuberancias del cráneo, y labios rojos y gruesos. Su chaqueta de cutí, con los botones arrancados, estaba agujereada en los codos y tenía más de un girón. Al presentarse se quitó el sombrero de paja, dejando ver en el fondo un orificio por donde se escapaban algunas briznas.

Gilberto sonrió al pensar en el minucioso arreglo de su traje, pero no admiró menos la desenvoltura del saludo, breve, rápido y hecho sin timidez ni vacilación, en aquella sala donde Pedro no esperaba encontrar á nadie, y envidió aquel aplomo tan natural. La condesa había empujado á su hijo suavemente hacia Gilberto para que le diera la mano; después el chico fué á sentarse cerca de ella, grave y sin decir nada, y ya no se movió.

Entretanto la condesa continuó la conversación, sin perder de vista al joven Maujeán, como si prosiguiera su examen, aunque fijándose ahora en las cualidades morales, y tratando con maternal solicitud la cuestión de saber qué podría resultar para su hijo de aquella nueva amistad. El examen fué favorable sin duda, pues al cabo de un instante, y como se abordaran ciertos asuntos íntimos, la condesa dijo á los muchachos que fuesen á distraerse al jardín.

Los dos obedecieron al punto, y un momento después hallábanse en el huerto donde en las ramas escuálidas de los árboles brillaban los rayos del sol que doraban las ciruelas claudias, cuya amarillenta piel se había agrietado y presentaba jugosas heridas, por donde se escapaba el sabroso zumo que se disfrutaban enjambres de moscas. Pedro sacudió un ciruelo, cuyos frutos cayeron en tierra como lluvia de balas, é invitó á Gilberto á comer de ellas, dándole él ejemplo.

– ¿Quieres que ahoguemos ahora las hormigas?, dijo á su compañero después que ambos se hubieron hartado de fruta. Ya verás; es muy divertido.

Aceptada la proposición, los dos chicos, con esa crueldad inconsciente y propia de todos los de su edad, entregáronse á una diversión bárbara: iban al estanque á llenar de agua grandes regaderas, y vertíanla después lentamente en los hormigueros, cuyos habitantes, grandes hormigas de cuerpo rojizo, huían en desorden llevándose sus huevos. A veces las dos regaderas se vaciaban sin que el agua, perdiéndose en las galerías subterráneas, hubiese refluído por el orificio.

– He aquí un hormiguero bien hondo que aún no se ha llenado de agua, exclamó Pedro, riendo á más y mejor.

Al decir esto saltaba de alegría, y sus carcajadas confundíanse con el zumbido de los insectos. Después se entretuvo en el estanque, pescando con las puntas de sus dedos los renacuajos que retozaban en las orillas, para arrojarlos á larga distancia en el agua. El calor, produciendo su efecto en aquella tierra húmeda, parecía incubar á la sombra y hacer fermentar la vida; de modo que allí pululaban los seres microscópicos, las larvas apareadas, las lombrices que se retorcían en el fango y legiones de ligeros insectos de cuatro patas que se deslizaban rápidamente sobre la tersa superficie líquida. Gilberto debía conservar largos años, con el recuerdo de aquellas minuciosas visiones, la impresión de frescura que sentía cuando esquivándose de los rayos del sol franqueaba los escalones inseguros del estanque... Tampoco olvidaría la sorpresa que le causó la rusticidad de los pasatiempos á que se entregaba el joven Pedro de Cabrol.

Sin embargo, cuando las cigarras se callaban, siguiéndose el silencio, oíase un ruido sordo y cadencioso que golpeaba la tierra; procedía de la granja que se divisaba á doscientos metros, á través de las moreras y de las vides, y en la que se verificaba la operación de la trilla: á ella enderezaron sus pasos los dos muchachos.

Cada cual se apoderó al punto de una horquilla; pero cansados muy pronto, fueron á echarse á la sombra de una muela; y mientras que la paja se aplastaba bajo el peso de sus cuerpos, distrajéronse mirando cómo daban vuelta los caballos y el cilindro se deslizaba sobre los haces á la vez que los trilladores levantaban y bajaban los brazos á compás. Algunas veces, al pasar cerca de los muchachos, los campesinos les dirigían algunas bromas, motejándolos por su pereza, y proponían al «señor Pedro» trocar el puesto que ellos ocupaban por el suyo, al oir lo cual Pedro sonreía sin contestar. Bien se adivinaba que era querido de todos.

El calor que la muela despedía, y una especie de sofocación ocasionada por el fino polvo que se elevaba en el aire, producían en los dos chicos una especie de sopor, contra el cual se resistía más el joven Cabrol, que aprovechándose del cansancio de su compañero, comenzó á molestarle sirviéndose de una larga paja para hacerle cosquillas en el oído. Gilberto la separó varias veces, desviándola con dulzura; pero cansado al fin, cogió el brazo de su nuevo amigo. Precisamente lo que Pedro quería era un pretexto para desplegar su fuerza, pues se precipitó sobre Gilberto, y los dos comenzaron á rodar uno sobre otro, enlazados como dos serpientes y forcejeando tan pronto encima como debajo. Cuan-

do Pedro llevaba la ventaja, sujetaba vigorosamente las muñecas de Gilberto, se sentaba en su pecho é inclinábase sobre su compañero con una sonrisa nerviosa de triunfo. Gilberto veía entonces junto á su rostro los grandes ojos negros de su vencedor, que le miraban fijamente, los gruesos labios sensuales y la tonsura delgada y pálida que el cabello recientemente cortado había dejado entre éste y el color moreno de la piel.

El joven Maujeán experimentaba cierta satisfacción secreta por aquellas familiaridades de un muchacho á quien reconocía como de una clase superior á la suya; en la rudeza de aquellos juegos, que ponían sus cuerpos en contacto, en la estrecha unión de sus manos entrelazadas por la lucha, sentía la sensación de un nuevo placer que halagaba su orgullo. Despertábase en él un profundo cariño con la idea de una vaga y voluntaria aceptación de inferioridad, y presentíale también en Pedro al mismo tiempo con una prontitud que le encantaba. Entonces le conoció tal como debía ser siempre andando el tiempo, es decir, buen muchacho, sin altivez ni pretensiones, á pesar de su elevada posición.

Cuando estuvieron cansados de luchar hablaron tranquilamente de sus estudios, de sus profesores y de todo cuanto interesa en esa edad... Pedro se proponía entrar en Saint-Cyr; mientras su compañero ignoraba aún lo que haría.

– ¡Bah! Al fin harás como yo, exclamó Gilberto.

Ya hablaban de no separarse nunca. Aunque el sol declinaba, no tenían en cuenta la hora que era, cuando oyeron que les llamaban: «¡Pedro... Gilberto!...» Al volver á la casa, Pedro se puso el quepis de su amigo, y éste se encasquetó el sombrero de paja, y abrazados avanzaron marcando el paso. La condesa y la señora Maujeán, de pie en el pórtico, los miraban sonriendo.

La buena inteligencia entre ellas era también completa. La condesa había prometido á su amiga devolverle la visita, rogándole que permitiese á su hijo ir á jugar con Pedro. La distancia que debía recorrer para trasladarse al castillo era muy corta y el camino tan frecuentado, que nada había que temer.

– Vamos, ¿qué te ha dicho el vizconde?, preguntó la señora de Maujeán á su hijo cuando se vieron solos.

El muchacho habló de sus juegos con Pedro y la madre hizo á su vez el elogio de la condesa, sin cansarse de alabarla. Aquella visita había bastado para transformar á los dos; sentíanse grandes y estaban orgullosos. Sus pensamientos flotaban en una delicada embriaguez difícil de analizar, de la cual no disfrutan, según parece, sino las personas elegidas y poco envidiosas, á quienes las superioridades sociales no resienten, y que se adaptan á ellas y saben obtener de las mismas el mayor encanto para las relaciones de la vida. En fin, eran completamente felices, porque acababan de hacer su entrada en el mundo de la nobleza.



... y abrazados avanzaron marcando el paso

II

A partir de aquel día, Pedro de Cabrol y Gilberto volvieron á verse con frecuencia, y en las vacaciones siguientes pasaron todo el tiempo juntos. Gilberto había comunicado sus gustos á su amigo y le arrastraba en sus correrías por los cerros; iban á bañarse al río y á pescar en los remansos, volviendo por la tarde sin más botín que algún tabardillo y la ropa hecha girones.

Gilberto iba á buscar á su amigo á primera hora de la mañana, subía á su habitación, y despertábale de su profundo sueño, no sin que fuera necesario sacudirle repetidas veces. Al fin decidíase á sentarse en el borde de su pequeña cama de hierro, con las piernas colgando; su camisa arrugada dejaba descubiertas las rodillas y permitía ver el pecho; pasaba un rato estirándose y bostezando, y después daba algunas vueltas por la habitación con los pies descalzos, mostrando á su amigo diversos objetos, hasta que apremiado por Gilberto, consentía en vestirse. Después bajaba á la cocina, donde á tan temprana hora todo estaba cerrado aún, cortaba un pedazo del pan moreno de los criados, clavando en él los dientes con el mejor apetito, y poníase en marcha con su amigo para emprender una nueva expedición.

Un año, Pedro no fué á pasar sus vacaciones en Chatillón, por haber tenido que acompañar á su hermano á casa de su tío de Cabrol. Su ausencia privaba á Gilberto del gusto de entregarse á sus distracciones acostumbradas, y entonces fué cuando, no sabiendo en qué ocuparse, resolvió ensanchar el campo de sus exploraciones, visitando los montes Saint-Genix, cuyas lejanas cimas divisaba en todos sus paseos, atrayéndole irresistiblemente. ¿Qué iba á buscar en aquellas cumbres, en aquella región silenciosa, á costa de tantas fatigas? Lo ignoraba... Alguna cosa que no halló, y que seguramente no debía encontrarse allí; alguna cosa que á los diez y seis años, su edad entonces, le hubiera ayudado á llenar el inquieto vacío que sentía en el corazón.

Pedro volvió al año siguiente, y entonces fué cuando, gracias á él, entró en relaciones con la familia de la Fonfreyde.

– Voy á llevarte á Mareuil, le dijo; allí verás á la anciana marquesa.

Gilberto no conocía el pueblo de este nombre, en el cual no se había fijado durante sus excursiones, pues se oculta en un repliegue de cerros casi al pie de los montes Saint-Genix. Para ir á él se ha de seguir el camino de Batigny hasta el punto donde el río le corta deslizándose bajo un puente de piedra, á corta distancia del caserío de la Frensay, y después se remonta el torrente por el camino arenoso que le flanquea, sombreado por las acacias y los álamos.

Cuando hubieron llegado á este punto, Pedro se precipitó hacia una cuesta.

– Subamos por los cerros, dijo, y así llegaremos antes.

El itinerario parecía serle familiar, pues no vaciló nunca entre los senderos que se cruzaban. Cuando llegaron á la cima del montecillo que domina la carretera, detuviéronse para tomar aliento, y Pedro señaló á lo lejos el castillo de la Rivoironne, donde habitaba la familia de Bagrassand.

– Son primos de la marquesa, dijo Pedro, que también pertenece á los Bagrassand... ¡Oh! Son muy ricos... No sé cuántas granjas poseen en el país, y también canteras, fábricas y altos hornos...

Los dos muchachos prosiguieron su marcha por la senda que conducía á la cima de los cerros: los grajos huían á su paso refugiándose en los enebros para remontar después á la copa de los pinos; mientras Pedro y su amigo avanzaban rápidamente, aplastando bajo sus pies los terrones margosos desprendidos á su paso, con los pechos dilatados, aspirando con ansia los penetrantes olores resinosos emanados por la fuerza del calor del sol. En el cielo azul y sin nubes, Gilberto sentía flotar una alegría que se apoderaba de él como si fuese en busca de alguna sorpresa agradable, y cual si tuviese el presentimiento de que aquel día hubiese de ser memorable en su existencia.

Sin embargo, sentíase poseído de cierta emoción al acercarse á Mareuil, pues se acordaba mucho del anciano general Fonfreyde, que algún tiempo antes había muerto en el distrito donde ejercía el mando y cuyos funerales fueron un acontecimiento en la comarca. El nombre de Fonfreyde bastaba por sí solo para impresionarle de una manera singular: era el de uno de los caseríos que él había atravesado al recorrer en otro tiempo el monte. Del antiguo castillo no quedaban más que algunos lienzos de muralla ruinosos, pues habían pasado muchos años, muchas generaciones desde que los Heurtard de la Fonfreyde fueron á establecerse en Mareuil, y el joven experimentaba un sentimiento de respeto y admiración hacia la familia cuyo nombre se perpetuaba en el de un pueblo y cuya gloria databa de tan antiguo.

Y sin embargo, solamente iba á ver á la viuda del general, la anciana marquesa de la Fonfreyde. Su hijo único había muerto en Argel siendo capitán de spahis, al practicar un reconocimiento en los límites del desierto, y su esposa no le había sobrevivido mucho tiempo, dejando por única sucesión una niña de diez á doce años, esa misma Blanca de Fonfreyde que habitaba en París durante el invierno con su abuela é iba á pasar el verano en el castillo de Mareuil. Pedro fué quien le refirió todos estos detalles en el camino.

Las colinas se sucedían, y los jóvenes continuaban siempre su marcha por la arista, subiendo y bajando según los accidentes del terreno; los bosques que atravesaban, inundándoles de sombra, impedíanle á veces ver el horizonte; pero de improviso, al salir de un encinar que se prolongaba por una pendiente, divisaron el bonito valle que delante de ellos se extendía, y á cierta distancia el castillo de Mareuil, asentado sobre sus altos bancales.

En aquel punto los cerros se desviaban como para presentar una perspectiva, y todas las rampas estaban cubiertas de bosque, excepto algunas raras vertientes, donde se veían campos ya segados. En aquel momento, varios bueyes arrastraban el arado, y la sombra que proyectaban parecía subir lentamente á lo largo de la colina, al paso que se oían resonar en el aire sereno el rechinamiento de los ejes de las ruedas y las excitaciones de los labradores. Las casitas bajas de la aldea amontonábanse todas en el fondo del valle alrededor de un campanario antiguo, en lo alto del cual se veía un gallo, y se agrupaban en las dos orillas del Herblette, que llega allí por diversos puntos, filtrándose desde las alturas vecinas. Los bosques, formando las dependencias del parque y prolongándose en un espacio que se perdía de vista, presentaban otra vez más allá del pueblo extensos claros, verdes praderas y estanques cuyas aguas brillaban á los rayos del sol.

El castillo, que databa de varias épocas, era un mundo de piedras; aún subsistían algunos fragmentos, cuyas puertas y ventanas ojivales indicaban su antigüedad; pero habían sido englobadas en construcciones sucesivas, que ocultaban las torrecillas cubiertas entonces de tejados planos. La puerta principal no databa más que del último siglo; pero la elegancia imponente de aquella fachada, las altas chimeneas, el campanario destacándose sobre una construcción en forma de capilla, los vastos cobertizos que rodeaban el edificio como una línea de bastiones, enlazados por altos muros, y la soledad de los bosques que se extendían en los alrededores; todo esto sedujo á Gilberto, quien comprendió que la vida de los que habitaban allí no podía ser como la de los que residen en la ciudad.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA

LA DIFUSIÓN DE LOS GASES

En nuestro anterior artículo explicamos algunos experimentos que demuestran la difusión de los gases; de los otros muchos que nos conducirían al mismo objeto, escogemos para ofrecerlos á la atención de nuestros lectores los dos siguientes:

Tómese una pipa y ciérrese herméticamente su fogón con un tapón macizo y adáptese á su tubo por medio de un trozo de caucho un pequeño tubo de cristal encorvado, que contenga una gota de líquido colorado que servirá de índice. Colóquese la pipa sobre un mechero de gas abierto ó cúbrasela con un vaso lleno de hidrógeno ó de gas del alumbrado (fig. 1) y se verá que el líquido colorado sube en la rama libre del tubo en que está contenido, lo cual indica un aumento de presión debido al hidrógeno que ha penetrado al través de los poros de la pipa y que ha venido á aumentar la presión del aire.

Para llenar de hidrógeno, sin tocarlo, un pequeño frasco lleno de agua, introdúzcase en ésta por el gollete de aquél un tubo de caucho unido al tubo de la pipa que nos ha servido para los anteriores experimentos: cúbrase la pipa, como en el experimento anterior, con un vaso lleno de hidrógeno, y se verá subir á la superficie del agua contenida en el frasco pequeñas burbujas gaseosas, que en un principio no son más que el aire desalojado por el gas que penetra allí y después este mismo gas. Repitiendo varias veces esta operación, acaba por llenarse el frasco, de suerte que al aproximarlo á una llama, arde con una ligera detonación.

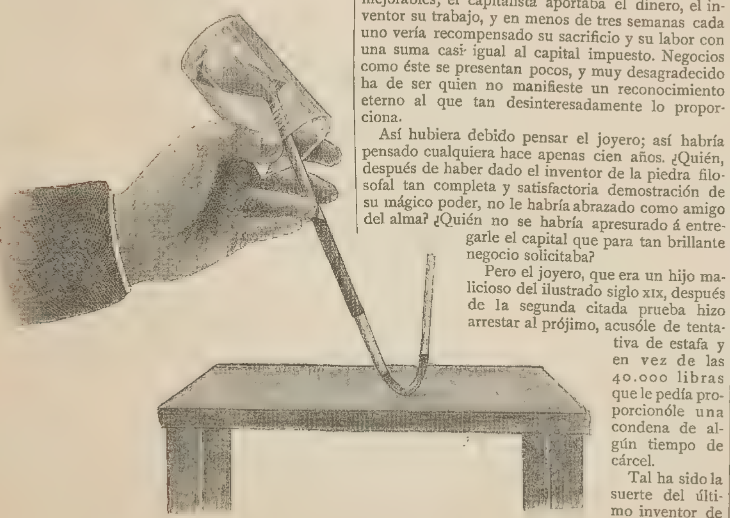
La fuente maravillosa. – Tómese un frasco de ancho gollete, llénesele casi completamente de agua colorada y ciérrese con un buen tapón en el que previamente se hayan hecho dos agujeros: en uno de éstos se introduce apenas el tubo de la pipa preparada como en el experimento anterior, es decir, cuyo fogón esté cerrado por un tapón macizo, bastante delgado y untado de cera, y en el otro hácese entrar un tubo de cristal de modo que casi llegue hasta el fondo; este tubo ha de ser encorvado y terminado en punta en su parte exterior.

Cubriendo la pipa con un vaso lleno de hidrógeno ó de gas del alumbrado, podrá hacerse manar á voluntad esa fuente; el gas penetra al través de los poros de la pipa y aumenta la presión sobre la superficie del líquido, que al poco rato sale al exterior, cesando éste de manar en cuanto se retira el vaso; entonces el aire penetra en el agua del frasco en grandes burbujas á causa de la salida fácil del gas, al paso que el aire entra difícilmente.

Si la rama exterior del tubo fuese un poco más larga que la parte de éste introducida en el frasco, el aparato sería un sifón que funcionaría en cuanto se hubiese cubierto la pipa con el vaso lleno de gas. Este es un nuevo sistema de hacer el vacío.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)



Química recreativa. – Fig. 1. La difusión de los gases al través de las paredes de una pipa de tierra

ALGO SOBRE EL ORO

No hace muchas semanas presentóse á un joyero de Londres un extranjero con la asombrosa noticia de que había encontrado la piedra filosofal, ofreciéndose á probar lo que decía, como en efecto lo demostró al día siguiente. De un frasco sacó una moneda de oro que colocó en un crisol, cubrióla con un líquido en el que echó un polvo negro y fundió aquella mezcla por espacio de una hora, transcurrida la cual rompió el crisol, retirando de él una bola de oro puro, cuyo peso era tres veces mayor que el de la moneda de que para el experimento se había servido.

Química recreativa. – Fig. 2. La fuente maravillosa

El joyero quiso ver repetido el experimento en su propio laboratorio, y allí pudo comprobar por sus propios ojos cómo veinte monedas de oro se convertían al poco rato en una masa del precioso metal de un peso igual por lo menos á cincuenta de aquéllas.

El descubrimiento de la piedra filosofal era, pues, un hecho, y el afortunado inventor de la misma propuso al joyero que le entregara 40.000 monedas que él, con su procedimiento de fundición, convertiría en 100.000 á los diez y ocho días de tenerlas sumergidas en su misterioso ácido. La ganancia que de tal operación resultara se repartiría en partes iguales entre los dos, de suerte que cada socio se embolsaría 30.000 libras esterlinas.

Preciso es confesar que las condiciones eran inmejorables; el capitalista aportaba el dinero, el inventor su trabajo, y en menos de tres semanas cada uno vería recompensado su sacrificio y su labor con una suma casi igual al capital impuesto. Negocios como éste se presentan pocos, y muy desagradecido ha de ser quien no manifieste un reconocimiento eterno al que tan desinteresadamente lo proporciona.

Así hubiera debido pensar el joyero; así habría pensado cualquiera hace apenas cien años. ¿Quién, después de haber dado el inventor de la piedra filosofal tan completa y satisfactoria demostración de su mágico poder, no le habría abrazado como amigo del alma? ¿Quién no se habría apresurado á entregarle el capital que para tan brillante negocio solicitaba?

Pero el joyero, que era un hijo malicioso del ilustrado siglo XIX, después de la segunda citada prueba hizo arrestar al prójimo, acusóle de tentativa de estafa y en vez de las 40.000 libras que le pedía proporcionóle una condena de algún tiempo de cárcel.

Tal ha sido la suerte del último inventor de la piedra filosofal, que de haber vivido hace dos siglos, quizás hubiera llegado á ser un grande hombre, pues de fijo que entonces nadie habría dado crédito al joyero, si éste hubiese afirmado que el polvo negro de que aquél se servía era ni más ni menos que oro que en el crisol se fundía con la moneda, y todos hubieran rechazado con indignación la sospecha de que el tal sujeto pedía las 40.000 monedas, no para echarlas en un crisol, sino para esconderlas en una maleta y largarse con el dinero á otra parte.

Vivimos en una época mala, escéptica, que no estima el mérito en lo que vale. Nuestra pasión por el brillante rey de los metales es mayor que nunca, y si se presenta alguien que dice haberle vencido y dominado, no damos crédito á sus palabras.

Pero aun cuando todos los alquimistas habidos y por haber, aun los más modernos, hubiesen sido la gente más noble y leal del mundo y hubiesen fabricado todo el oro que fabricar pretendieron, ¡qué significaría cuanto ellos hubiesen hecho al lado del hombre de quien nos dicen, desde Inglaterra, que ha descubierto nada menos que un tesoro de oro verdadero, natural, metálico, cuya magnitud excede á todo cuanto en punto á riqueza puede nuestra mente concebir! ¡Un tesoro de más de 100 millones de libras de oro, lo que reducido á nuestra moneda representa 2.500 millones de pesetas! Comparada con esta suma la fortuna del mismo Rothschild resulta poco más que una miseria. Y este tesoro no está enterrado, sino que existe en la superficie del suelo de la colosal ciudad de Londres y en las rocas cretáceas de las costas inglesas.

Suplicamos á nuestros lectores que no vayan á figurarse que tratamos de darles un bromazo: nos merecen demasiado respeto para que nunca nos creamos autorizados á ello. Referimos un hecho cierto, y sólo debemos añadir que por desgracia nadie está en condiciones de poder hacerse con ese tesoro inaudito, pues aun cuando se halla poco menos que á la vista, está demasiado bien enterrado.

El descubridor de tamañas riquezas es el profesor Logan Lobley, geólogo inglés tan sensato como fidedigno, que ha dado á conocer su descubrimiento en la memoria de la *British Association*, correspondiente al año pasado, que acaba de publicarse. En cuanto al tesoro, he aquí en qué consiste:

Desde hace mucho tiempo es sabido que casi todas las piritas contienen oro; en efecto, de los desechos de las piritas que se usan en las fábricas de ácido sulfúrico se extrae regularmente una cantidad de oro no despreciable. Pues bien: la pirita abunda en muchos puntos de la tierra; diseminada en forma de cristalitos se la encuentra en la mayor parte de los esquistos arcillosos y en otras concreciones marinas; entre ellas en el suelo arcilloso de Londres y en las rocas cretáceas de las costas de Inglaterra. Y como es conocido el volumen de estos yacimientos, fácilmente ha podido Lobley calcular la cantidad de pirita existente en ellos, llevándole naturalmente este cálculo al conocimiento de la cantidad de oro que tales piritas contienen y cuyo valor alcanza á la enorme cifra antes indicada.

Pero no terminan aquí las noticias notables acerca del oro. Sonstadt, un metalúrgico sueco que reside en Inglaterra y cuyos excelentes trabajos le han conquistado general renombre, ha hecho á fuerza de delicadas investigaciones un descubrimiento mucho más sorprendente que el anterior: el de que el agua de mar contiene oro en disolución. En efecto, en el agua del Atlántico ha encontrado una cantidad del precioso metal, que está en relación de un gramo por 20.000 litros, ó sea en una proporción de una vigésima millonésima parte del agua.

Ahora bien; cubíquese el agua de todos los mares de nuestro planeta, calcúlese la cantidad de oro en ella disuelta, aun suponiendo que Sonstadt se haya equivocado en un decimal, es decir, que aquélla contenga diez veces menos de metal que el supuesto, y todo el oro que desde que el mundo es mundo se ha extraído de la tierra sería nada comparado con la cantidad que aquel cálculo daría como resultado.

Pero todos estos cálculos serían inútiles y de ningún valor si con ellos no se relacionara una nueva é interesante teoría acerca del origen del oro en la tierra. Hasta ahora se ha creído que el oro es de origen plutónico, y se ha considerado como yacimiento primario del oro la roca primitiva en donde se encuentra diseminado: Lobley se opone á esta teoría y combate á los que sostienen que en el interior de la tierra existe un tesoro aurífero del cual las piedras volcánicas sólo han hecho llegar á nuestras manos una mínima parte. De ser esto cierto, dice, los escombros que arrojan los volcanes deberían contener oro, cosa

que casi nunca acontece. El yacimiento primitivo del oro, según Lobley, es el mar, en cuya agua está este metal disuelto en forma de clórido; los sedimentos que del mar se separan arrastran consigo el oro, y dondequiera que en tales sedimentos se forman concreciones metálicas, penetra el oro en éstas. Las venas auríferas que se encuentran en las hendiduras de las rocas plutónicas han penetrado en ellas por la infiltración de agua de mar en las piedras todavía en estado de ignición, disolviéndose en la masa ígneo-líquida de las rocas las partes innobles del agua y permaneciendo en ellas indisoluble el precioso metal.

¿Quién decidirá si esta nueva teoría es la verdadera?

Lo único cierto que de todo ello se desprende es: que el oro es uno de los elementos más abundantes y extendidos, bien que en cantidades tan pequeñas que sólo podemos apropiárnoslo y utilizarlo cuando en virtud de un proceso gradual ha llegado hasta la corteza terrestre.

¡Y decir que vemos á los hombres afanarse y aun cometer actos ilícitos por procurarse un producto natural que en cantidad incalculable les rodea por todos lados! A cada paso nuestros pies pisan el precioso metal; como el rey Midas, envuélvennos el oro líquido cuando nos sumergimos en las aguas marinas, y sin embargo, no podemos apoderarnos de él y seguimos consumiéndonos en nuestro ardiente deseo de poseerlo.

(Del *Prometheus*)

* * *

EL COFERDÁN DE AMIANTO

El coferdán de celulosa empleado en los buques de guerra no ha dado los buenos resultados que se creía: después del paso de un proyectil puede formarse una vía de agua, y si se trata de un obús la celulosa se enciende. M. J. T. Luciani, de Bastia, propietario de unas minas de amianto en Córcega, propone sustituir en los citados buques la celulosa con el amianto: éste, al parecer, está dotado de tal elasticidad que atravesado por un proyectil ó agujereado por el choque contra el pico de una roca, se cierra espontáneamente, y al contacto del agua aumenta de volúmen formando una especie de almástiga impermeable: su incombustibilidad ofrece además en esta aplicación grandes ventajas. Pero en cambio presenta el inconveniente del exceso de carga. El peso específico del amianto es de 2'1 á 2'8; es decir, que pesa de 16 á 55 por 100 más que la celulosa: para reducir ese exceso y por consiguiente el aumento de calado, se ha pensado en reducir en proporción inversa de los pesos específicos el espesor del cinturón protector. Este espesor reducido ¿sería aún suficiente para que la obturación espontánea conservase su eficacia? La respuesta es dudosa, porque el amianto, *menos* elástico que la celulosa, parece exigir mayor espesor que ésta en el coferdán, á menos de que el aumento de volumen por el contacto del agua no compense esta deficiencia. Pero hay que tener en cuenta que el amianto en fibra es impenetrable al agua é insoluble en este líquido.

De todos modos, merece ser atendida la proposición de M. Luciani por su gran importancia.

(De *La Nature*)



EN LA PLAYA, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 6 DE JULIO DE 1891 — NÚM. 497



PIERRETA INCROYABLE, cuadro al pastel de la señorita Ethel Wright

SUMARIO

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

¿Os habéis parado alguna vez á reflexionar en el procedimiento que empleáis cuando, conocido el nombre de un ser, el *león*, por ejemplo, os encontráis con la hembra de ese ser y la llamáis *leona*? ¿Habéis parado mientes en la sencillez de ese procedimiento y habéis indagado por ventura si empleáis á veces otros para obtener el mismo resultado? ¿Habéis tenido la curiosidad de averiguar el origen de esa *a* que caracteriza en nuestra lengua á los seres del sexo femenino, metamorfoseando como por arte de magia los machos en hembras? Pues he aquí los misterios que os quiero revelar.

Dado que el lenguaje, en su sentido estricto de lenguaje articulado, no es otra cosa que la expresión, por medio de la palabra, de las sensaciones, ideas y voliciones del hombre, el espejo en que se refleja la naturaleza animada y la inanimada, con todas sus evoluciones, con todos sus matices, con toda su vida, nada más natural que el hombre, dotado de instrumento tan maravilloso, le haya utilizado desde un principio, con más ó menos reflexión, para darse cuenta á sí propio de todos los fenómenos del mundo exterior que herían su impresionable imaginación, dejando en ella, según su importancia aparente ó real, más ó menos profunda huella, tansportada en el acto, por misteriosas vías, al lenguaje.

En época imposible de determinar, pero que seguramente tuvo que coincidir con los albores de la humanidad, observó el hombre la diferencia existente entre los seres animados con relación al sexo, y llevado intuitivamente del natural deseo de traducir en su lenguaje la diversa impresión que en su espíritu hacían estos seres, excogitó un procedimiento adecuado para expresarla, procedimiento que varía según las lenguas, mostrando en su variedad la riqueza de medios de que la naturaleza dispone para producir idénticos efectos; estos variados procedimientos, estudiados en épocas muy posteriores por los gramáticos, son los que forman el contenido, en todas las gramáticas de las lenguas cultas, del capítulo consagrado á la exposición del *género* en los nombres.

¿Qué es *genero* gramatical? «Cierta cantidad de nombres reunidos bajo un punto de vista común que les es exclusivamente propio.» Esta definición dada por el ilustre redactor de los artículos gramaticales de la famosa *Enciclopedia*, Mr. Beauzée, es de todo punto inadmisible; porque aun aceptando – como en cierto sentido podría aceptarse – que el *género* esté constituído por «cierta cantidad de nombres,» ¿cuál es el «punto de vista común» que ha de presidir á su agrupación? Ni siquiera puede aplicarse esta definición al *género* como término de división superior á la *especie*, por adolecer del mismo vicio de falta de precisión. El género gramatical podría definirse, como lo hace la Academia francesa: «la relación de los nombres con lo que es macho ó hembra, ó considerado abusivamente como tal;» pero aun esta definición es defectuosa porque el género no es precisamente una relación, sino la expresión de esa relación; la propiedad que tiene el nombre de expresar la relación de sesualidad en que se encuentra, ó que encierra en sí mismo, mejor dicho.

El *sexo*. en los seres animados y el *género* en las palabras que los representan, se corresponden mutuamente; á tal sexo tal género, como á tal género tal sexo. Si la palabra *perro* significa un ser de determinada especie, pero de sexo macho, y la palabra *perra* expresa ese mismo ser, pero de sexo hembra, es porque esa palabra es susceptible de expresar la relación de sexualidad en que ese ser se encuentra, marcando concretamente, en virtud del sencillísimo procedimiento de la permutación de su vocal final, si el ser en cuestión es macho ó es hembra. «La propiedad, pues, que tienen los nombres de expresar el sexo de los seres que representan,» esa y no otra es la definición del género gramatical. El género es al nombre lo que el sexo al ser.

El gramático Duclós en sus comentarios á la famosa Gramática de los PP. de Port-Royal afirma que «la institución ó distinción de los géneros es cosa puramente arbitraria, que no se funda en razón alguna, que no tiene la menor ventaja y que tiene muchos inconvenientes.»

Nada más fácil que refutar tan infundadas aseveraciones. ¿Cómo en efecto ha de ser la distinción de los géneros cosa puramente arbitraria? Podrá ser más ó menos arbitrario el procedimiento adoptado para hacer esa distinción; pero la distinción – aunque en muchas ocasiones no nos cuidemos de hacerla, cuando tratamos de seres insignificantes, ó cuando por cualquier concepto no tengamos interés ó necesidad de expresar su sexo, – la distinción, decimos, está por encima de toda arbitrariedad. ¿Cómo sostener que no tiene ningún fundamento esa distinción? Pues qué, ¿no reconoce por base la existencia incuestionable de la oposición de los sexos en la naturaleza? Si el lenguaje ha de ser la expresión fiel de la realidad, y en la realidad encontramos la existencia de los seres, ¿qué fundamento más sólido hemos de buscar para cimentar la existencia del *género* en las palabras? En cuanto á que la distinción de los géneros no tiene la menor ventaja y sí en cambio muchos inconvenientes, no acertamos á comprender cómo puede sostenerse en serio semejante tesis. ¿No es altamente ventajoso para una lengua cualquiera el poder expresar con la mayor fidelidad la mayor suma de seres con la mayor suma de caracteres diferenciales? ¿Es que para Duclós es un inconveniente en las lenguas la riqueza de su vocabulario ó la mayor facilidad que tengan las palabras para plegarse á todas las exigencias del pensamiento? ¿Son para Duclós más ventajosas las lenguas que dejan vagar sus expresiones en las nebulosidades de la indeterminación que las lenguas que aciertan á transmitir el pensamiento con la mayor fidelidad y determinación posibles? Entre la inflexible rigidez del nombre en las lenguas monosilábicas y la notable riqueza flexional de las lenguas indo-europeas, ¿cree Duclós más ventajosas las primeras que las segundas? ¿No es el ideal del lenguaje la expresión de toda la realidad sensible y suprasensible, con todas sus transformaciones y vicisitudes? Pues si una de esas distinciones existentes en la naturaleza consiste en la diferenciación de los sexos, ¿cómo ha de ser desventajosa la expresión en el lenguaje de esa diferenciación? ¿No es la aspiración más natural y legítima de todo el que habla el transmitir fielmente su pensamiento sin que haya lugar á equívocos ni dudas? Pues si yo quiero hablar de una *leona* y carezco de medios para hacer comprender mi deseo, y por efecto de esa carencia de medios se duda si me he referido á una leona ó á un león, ¿no será defectuosa mi expresión? Es verdad que por medio de circunlocuciones podría siempre dar á entender mi pensamiento; pero ¿no es más fácil, más natural y más ventajoso por lo tanto tener á mi disposición una palabra que exprese directamente lo que me propongo, que tener que apelar á perífrasis y circunlocuciones que revelan la pobreza de la lengua y la falta de precisión de sus vocablos?

Nuestro famoso Hermosilla, inspirándose sin duda en las afirmaciones de Duclós, asegura á su vez que «esta variación en los nombres (la del género) no es absolutamente necesaria, porque raras veces es indispensable expresar si el animal de que se trata es macho ó es hembra; y cuando sea conveniente, puede añadirse una palabra ó frase que le dé á conocer.» Hay en estas indicaciones parte de verdad y parte de error.

Por de pronto arranca Hermosilla de un concepto del género que tiene poquísima exactitud, en cuanto que identifica uno de los procedimientos empleados para la expresión del género (el de la variación desinencial en los nombres) con el género mismo. Claro que no es *absolutamente necesario* variar la terminación de los nombres en las lenguas, por cuanto que empleando otros procedimientos se consigue el mismo resultado; pero ¿es esto solo lo que Hermosilla quiere decir? No, seguramente. Como Hermosilla identifica el género gramatical con el medio que se emplea ordinariamente para expresarle en nuestras lenguas, resulta que viene á decir como Duclos, que la distinción léxica del género no es absolutamente necesaria, incurriendo por lo tanto, más ó menos conscientemente, en los mismos errores que Duclós, en cuya refutación, cumplidamente hecha, no hemos de insistir.

«La distinción de los nombres en dos géneros, *masculino* uno y *femenino* otro, conforme á los dos sexos – dice Bescherelle – está inspirada en la naturaleza; se haría mal en creer, con Duclós y otros gramáticos, que es arbitraria y de pura fantasía. Hubiera sido absurdo designar á todos los seres animados, aunque de sexo diferente, por el mismo nombre sin distinción de sexo, porque el lenguaje entonces no habría estado en armonía con los hechos, y porque nos hubiéramos visto siempre perplejos para saber de cuál de ambos sexos se hablaba, mientras no se hubiera establecido diferencia alguna entre su nombre común.

»En la gran clase de los seres animados – dice también Bescherelle – la naturaleza ha establecido dos divisiones que se ofrecen á nuestros ojos bajo el aspecto más patético. En todas las partes del universo se contemplan reunidos sin cesar al hombre y á la mujer bajo el mismo techo, al león y á la leona en la misma caverna, al ruiseñor y á su compañera en el mismo nido; doquiera tropezamos con una familia que la madre sustenta y el padre protege. Esta admirable distinción de seres que alimentan y seres que protegen impresiona vivamente el espíritu del hombre, sirviéndole de guía para determinar la clase de seres *masculinos* y la de seres *femeninos*. En la primera reune todos esos seres que la naturaleza creó poderosos y fuertes para que defendiesen de todo peligro á su cara familia, y á la más cara aún que le sustenta; en la segunda agrupó después todos esos seres débiles y buenos, cuya debilidad reclama constante protección y cuya bondad se encarga de alimentar y criar á los queridos seres á quienes ha dado vida.»

Reconocida la necesidad de la existencia del *género* gramatical, si el lenguaje ha de responder á la elevada misión que le está asignada, ¿cuántos y cuáles son los géneros gramaticales? Pregunta es esta que después de todo lo dicho no puede parecer más ociosa; y lo sería seguramente si el prurito de alambicar las cosas y de hacer distinciones arbitrarias no hubiera convertido esta sencillísima cuestión en materia de inacabables discusiones entre los gramáticos. ¿No se funda el género gramatical de las palabras en el sexo de los seres animados? Pues si los sexos son dos, macho y hembra, dos deben ser los géneros, masculino y femenino; si el género es á las palabras lo que el sexo á los seres, podemos establecer sin controversia alguna que el género masculino es al sexo macho lo que el género femenino es al sexo hembra, fijando así la perfecta correlación que debe existir y que existe positivamente entre la realidad observable y las palabras que la representan. Como de esta manera vendrían á quedar fuera del cuadro de la división de los géneros todas las palabras que no expresaran seres animados susceptibles de tener sexo, todo lo más que podría admitirse sería un tercer término en la división del género, término que marcaría la carencia de sexo en los seres; no era sin duda muy propia esta división tripartita, por cuanto que ese tercer término había de ser la negación del género, no cabiendo por lo tanto dentro de la división; pero como esta división no ha de ser solamente considerada en sí misma, sino con relación á las palabras, expresivas de seres, y todas estas palabras (llamadas *nombres*) pueden clasificarse con relación al género en nombres que significan seres machos, nombres que expresan seres hembras y nombres que indican seres que carecen de sexo, que no son ni hembras ni machos, ni lo uno ni lo otro, de aquí el que sin violentar demasiado las cosas, pueda admitirse en términos generales la división de los géneros en tres grandes grupos que abarcan toda la realidad: masculinos, femeninos y neutros.

Esto es sencillísimo y perfectamente armónico con la realidad; pero los gramáticos lo han entendido de otro modo, y en su afán de hacer arbitrarias distinciones, han complicado esta facilísima nomenclatura, añadiéndola otros tres términos, y creando así la revesada teoría de los seis géneros, tormento de las memorias infantiles obligadas á retener doctrina tan falsa como inútil. ¿Qué más géneros que los dos primitivos, *masculino* y *femenino*, con el neutro por añadidura, que en realidad no es género, sino ausencia de género, como Salvá dice, podía reconocer ni exigir el más delicado y minucioso análisis? ¿De dónde han podido sacar los gramáticos otros tres géneros más, bautizados con los nombres de *epiceno*, *común* y *ambiguo*? De la más lamentable confusión de la identificación del género gramatical con los procedimientos lingüísticos empleados para expresar-

le, fuente, como ya hemos tenido ocasión de notar, de errores no menos crasos.

¿Qué es, en efecto, el llamado género *epiceno*, voz exótica que aparece cual indescifrable jeroglífico en la tierna imaginación de los niños de la escuela, obligados á perder lastimosamente el tiempo en cargar su entendimiento con el bagaje de conocimientos tan indigestos como inútiles? Pues el género *epiceno* es sencillamente el que tienen los animales designados con el mismo nombre para el macho que para la hembra, como *el águila, la liebre, la perdiz.* ¿Qué es el género *común*? El de los nombres que se aplican á ambos sexos, pero que se diferencian por el artículo que les precede, como *el testigo, la testigo, el mártir, la mártir.* ¿Qué es en fin el género *ambiguo*? El de los nombres que, según la acepción en que se toman, son masculinos unas veces y femeninos otras, como *el orden, la orden, el frente, la frente.* ¿Hay nada más pueril que todo esto? ¿Qué razón hay para hacer un género del procedimiento que se emplea para distinguir el sexo de los seres de la especie humana diciendo *hombre, mujer*; otro género del procedimiento que se usa para distinguir el de la *perdiz* diciendo *perdiz macho, perdiz hembra*, y otro género, en fin, de un tercer procedimiento empleado para diferenciar *el mártir* de *la mártir*? ¿Por ventura el género de la *perdiz* deja de ser femenino, mientras yo no especifique si hablo del macho ó de la hembra, ni el de *el tigre* masculino, mientras yo no determine si me refiero á la hembra ó al macho? Dígase enhorabuena que hay nombres que sirven para designar sin variación alguna á machos y á hembras, siendo preciso para distinguirlos agregarles el aditamento de su sexo, pero no se hable de géneros epicenos; adviértase desde luego que existen otros nombres sin variación genérica, que deben distinguirse por el artículo que les precede, pero no se hable de géneros comunes; semejantes hermafroditismos no tienen fundamento alguno. Por lo que hace al supuesto género ambiguo, ¿dejará *el orden* de significar una cosa y *la orden* otra, de todo punto distintas? ¿Dónde está la ambigüedad aquí? ¿Está en el género? No, supuesto que *el orden* es masculino y *la orden* femenino. ¿Está en la significación de esas voces? No, porque *el orden* representa una cosa y *la orden* otra, de imposible confusión. La ambigüedad está en la palabra misma, que reviste idéntica forma en ambos casos, *orden*, distinguiéndose únicamente por el artículo que la precede; pero si es así, ¿en qué se diferencia el género ambiguo del género común? En que el artículo que precede al nombre común determina simplemente el sexo del ser que representa, mientras que el que precede al nombre ambiguo determina la diversa acepción en que se toma la palabra. ¿Es este matiz base bastante para establecer distinción tan radical como la que debe separar un género de otro?

No hay género epiceno, sino procedimientos especiales para determinar el sexo de los seres designados con el mismo nombre para uno y otro sexo, como *la liebre macho, la liebre hembra*; no hay género común, sino procedimientos particulares para especificar el género de los nombres que pueden aplicarse á los dos sexos, mediante la anteposición del artículo, como *el mártir, la mártir*; no hay en fin, género ambiguo, sino palabras de múltiples acepciones que cambian de género según la acepción en que se toman, como *el orden, la orden.* No hay más que dos géneros verdaderos, *masculino* y *femenino*, como no hay más que dos sexos, macho y hembra, pudiéndose



¿DEVOCIÓN?, cuadro de D. Manuel Cusi (de fotografía de D. J. Martí)
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



LA VUELTA AL HATO, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

englobar las palabras que representan todos los objetos que carecen de sexo, en lo que sólo por analogía y no sin cierta impropiedad podemos llamar género *neutro*, es decir, falta de género; género que no es género, porque no es ni masculino ni femenino. En todo rigor, deberían clasificarse las palabras en dos grandes grupos: *genéricas* ó susceptibles de *género*, é *ingenéricas* ó *agéneres*, faltas de género; éstas no admitirían subdivisión y las genéricas se dividirían en *masculinas* y *femeninas*, según que se refiriesen á los seres machos ó á los seres hembras.

No se crea, sin embargo, que descendiendo de estas consideraciones generales de filosofía gramatical al pormenor de la realidad de los hechos en las diversas lenguas, hayamos de encontrar exacta correspondencia entre los principios establecidos y los fenómenos lingüísticos observados; las infracciones son numerosas, aunque sólo como excepciones puedan figurar. Así encontramos lenguas como el mandchú, por ejemplo, del grupo tunguso de las aglutinantes, cuyos nombres carecen, al decir de los que han estudiado dicho idioma, de la expresión de género, sucediendo otro tanto con las australianas y las dravidias en su origen, y aun con las americanas, afirmaciones que sólo aceptamos con reserva y bajo la fe de las autoridades lingüísticas que las sustentan, creyendo más bien que en esta apreciación hay un error de concepto, y que probablemente sucede con el mandchú lo que pasa con el tibetano ó el annamita y con la mayor parte de las lenguas aglutinantes como con todas las monosilábicas, es decir, que emplean un procedimiento especial para la expresión del género, que no será ni el de la variación de la terminación ni el del uso de nombres distintos para designar el macho ó la hembra, sino el empleo de un nombre, común á ambos géneros, lo cual no quiere decir que el mandchú y las demás lenguas citadas estén incapacitadas para la expresión del género, sino que agregarán al nombre común significativo de la especie otra palabra significativa del sexo, cuando importe ó convenga determinar el sentido genérico de la palabra, medio harto conocido y frecuente, no sólo en las lenguas indicadas, sino hasta en nuestros cultos idiomas de Occidente. Se nos resiste, en efecto, creer que pueda haber ni una sola lengua que, ya directamente, ya por medios perifrásticos, esté imposibilitada para la expresión del género, lo que equivaldría á establecer que el pueblo que usase dicha lengua era tan ignorante que ni siquiera había observado en la naturaleza la oposición de los sexos, cuando no había sentido la necesidad de expresar esa oposición en su lenguaje.

Algo más positivo que este hecho es el de la existencia en el centro de Africa de una lengua, la lengua *pul*, clasificada entre las de la dilatada serie de las aglutinantes, en la cual la división de los géneros se aparta de la generalmente reconocida en todas las lenguas, pues á juzgar por las observaciones de Faidherbe, que ha hecho de la misma detenido estudio, divide todos los seres en dos grandes grupos; en el primero incluye sin distinción alguna á todos los seres humanos, hombres y mujeres; y en el segundo, á todos los demás, animados é inanimados. Esta singular distinción, perfectamente marcada, ha hecho que Faidherbe admitiese para la lengua *pul* dos géneros especiales, bautizados con los nombres de *hominino* y *bruto*.

Otras lenguas, también aglutinantes, como el algonquín y el iroqués, ofrecen la particularidad de agrupar todos los seres en dos grandes divisiones, incluyendo en la primera la generalidad de los seres animados y en la segunda todos los inanimados, con la singularidad de que las mujeres y los niños pertenecen al segundo grupo. De aquí el que los autores que se han dedicado al estudio de estas lenguas hayan tenido que admitir una especialísima división del género gramatical de las mismas en género *animado* é *inanimado*.

Fernando Araujo

(Continuará)



TRIBULET, busto en bronce de Joseph Willems (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

UNA BODA JUDIA EN VALENCIA

Á MEDIADOS DEL SIGLO XIV

Natham Creença, mancebo judío, de poco más de veinte años, huérfano y *flaquer*, dueño de una expendeduría de pan, situada no lejos de la puerta de En Esplugues en el barrio que habitan en Valencia los descendientes de Judhá, piensa, siguiendo las costumbres de su raza, que no puede permanecer más tiempo soltero sin acarrearse la burla y el desprecio de sus correligionarios. El mozo calcula además que con la cooperación de su mujer y el auxilio de su dote podrá ensanchar el círculo de su negocio, y como en 1350 y entre judíos no está en uso generalmente el galanteo, un día llama al agente matrimonial, ó *schadchem*, que aparte de este fructuoso oficio, desempeña también el de maestro ambulante de la aljama, y encerrándose con él le manifiesta sus honrados propósitos.

Le oye tranquilamente el viejo Samuel, como hombre muy acostumbrado á semejantes confidencias, y después de celebrar su prudente determinación, trata de inquirir hasta qué punto llegan sus exigencias respecto á la dote, circunstancias del mayor interés entre la gente hebrea. Señala nuestro hombre la suma, modérala el viejo, y después de muchos regateos llega á fijarse en definitiva. Además, no se olvida Samuel de recordar al pretendiente que sus derechos montan al cuatro por ciento de aquella cantidad, á cuyo abono no se opone el mozo, pues tal es la costumbre.

El schadchem sale á campaña desde luego, y como tiene en la uña todas las jóvenes casaderas de la aljama, pronto halla la que al buen Natham conviene. Llámase Anna. Apenas cuenta quince años. Su rostro de una palidez mate se encuadra bajo una toquilla que apenas encubre sus negros cabellos, como disponen las prescripciones thalmúdicas, y sus flexibles contornos se adivinan bajo el brial de modesta lana. Es humilde, laboriosa y adiestrada por su madre en los secretos de la economía doméstica, arte que ha llegado á la perfección en la familia hebrea. Con la aquiescencia de Natham, el casamentero entabla sus gestiones, y resultado de ellas es que el padre de Anna, acaudalado ropavejero, *peller*, acepta al novio por yerno y señala el día del convite en que debe hacerse la petición de la doncella.

Para este caso se ha dispuesto en la casa de Anna, sita en la calle de Abraham el Soñador, donde corriendo años habrá de levantarse la Universidad, un sobervio *khasmal*, convite de los desposorios. A él concurre el *hösen*, desposador, vistiendo su mejor sayo fruncido, en compañía de algunos parientes y concluye con el padre de la *kelé*, la desposada, las condiciones del contrato de boda. Se come y se bebe á discreción, y cuando el novio ha prendido al cuello de su amada un rico jazerán de oro, joya que la muchacha contempla pasmada de alegría, su padre se levanta y se coloca de pie en medio del aposento. Lleva en las manos un pedazo de yeso y una copa de vidrio. Con el yeso traza un ancho círculo en el suelo, dentro del cual van entrando los convidados para tocar una parte de su hopalanda. En seguida arroja la copa al suelo, de modo que se haga pedazos, gritando *masel tof* (que todo sea para bien). Los convidados recogen aquellos pedazos y repiten las mismas palabras, con lo que y con las diversas plegarias al Eterno, que se recitan en todos estos actos, queda terminada la ceremonia de los desposorios.

Corren luego algunos días, y la última semana, antes de la ceremonia nupcial, el *hösen* y la *kelé* se despiden de sus amigos y amigas, solteros y solteras,

con otro khasmal, que es como un adiós al celibato.

***

Llega por fin el día de la boda. El barrio judío se conmueve, y todos, parientes, amigos y curiosos, inclusos los pocos cristianos que habitan estas calles, ó mejor dicho, callejas, se disponen á celebrar el fausto acontecimiento. Los descendientes de Judhá circulan por todas partes, pero sin endomingarse, como los hijos de la iglesia acostumbran hacerlo en semejantes ocasiones. Sus vestidos son los ordinarios, y bien se conoce en la grasa de que están cubiertos y en el repugnante tufillo que despiden. La mayoría ni aun han tenido la humorada de lavarse las manos ni el rostro.

La casa de la novia se distingue de las demás por algunos tapices de *verdura* que adornan su puerta. La calle está enarenada de reciente y *enramada* con arrayán y hojas de naranjo. A entrambos lados del umbral siete ú ocho músicos llenos de harapos tañen como pueden varios instrumentos, cuyas extrañas formas dicen que ya se usaron en tiempo del rey David.

En esta casa hay un vasto aposento, sin más muebles que algunos escabeles y bancos, un arcón y una mesa, sobre la cual se ostenta, brillante y limpio, el candelabro de latón de siete mecheros, que únicamente se enciende los sábados.

En derredor de la mesa se hallan sentados los novios, sus padres, los funcionarios de la Sinagoga y los numerosos amigos de entrambas familias. Acerquémonos también, lector amigo, porque se trata de entregar la dote, y cuando entre judíos se da y se recibe dinero no hay detalle perdido. El padre de Anna, con semblante entristecido y tardos pasos, como si le aconteciera una desgracia, saca del arcón algunos sacos de monedas y los pone sobre la mesa, diciendo: «Este es el dote de mi hija.» A estas palabras, Natham, sin poder ocultar su impaciencia, se levanta, desanuda los cordeles de los sacos y cuenta con lentitud su contenido, examinando y haciendo sonar cada pieza. Cuando se ha convencido de que su suegro sabe contar bien, como él, recoge su tesoro en otro saco, y sin mirar siquiera á su desposada, que ha presenciado con interés la maniobra de su futuro esposo, se dispone á salir. En este momento Samuel, el casamentero, le toca en el hombro. Natham le mira y palidece. Unde la mano en el saco, cuenta algunas monedas, se las entrega al viejo y desaparecen, mientras la concurrencia grita: «Jehn (el padre de Anna) ha cumplido con honra.»

Luego llegan los regalos. Sábanas, tapices, escabeles, copas de vidrio y de metal, vasos culinarios y cuantos objetos de menaje pueden necesitarse para amueblar una casa judía se ofrecen por los amigos de los novios.

El *hazzan*, chantre de la Sinagoga, forma el correspondiente inventario. Terminado éste se citan todos para el día siguiente, en que ha de celebrarse la ceremonia.



ALTIVEZ, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

***

Sobre la misma área, poco más ó menos, en que andando el tiempo ha de levantarse el monasterio de religiosas canongesas de San Cristóbal, existía en 1350 la Sinagoga mayor de la Judería de Valencia.

Robustos muros de hormigón, reforzados con algunos pilares de sillería, cierran un espacioso recinto, cuadrilatero, y sirven de apoyo á la techumbre, de madera de cedros del Líbano, según dicen los judíos, policromiada y con golpes de oro. La cubren preciosas tejas bronceadas construídas en Manises.

Su ingreso, precedido de una plazoleta, que sombrean algunos frondosos álamos, se abre al Occidente, en dirección á la plaza de la Figuera, no muy distante. Cruzando el umbral de la puerta, forrada de repujado y limpio bronce y pasando bajo su redondo y sencillo arco, se entra en el vestíbulo. En este lugar existen la escalera de la tribuna de las mujeres, que ocupa como la cuarta parte del sagrado recinto á los pies del edificio, una ancha puerta velada por un grueso tapiz de lino y la pila ó depósito de agua de las Purificaciones.

Sobre las desnudas paredes del templo israelita, cuidadosamente estucadas, resplandecen los dorados caracteres de algunas sentencias, tomadas de los libros mosaicos ó del Thalmud. La esplendorosa luz de los países meridionales, que penetra sin obstáculos por las ventanillas de medio punto abiertas cerca de la techumbre, convierte la Sinanoga en un aposento casi alegre y poco en armonía con el recogimiento que parece inherente al sentimiento religioso.

A entrambos lados de lo que puede llamarse nave, se extiende una triple serie de asientos de nogal bruñido. En la pared del fondo, de espaldas á Oriente, se halla una especie de armario, adornado con guirnaldas de vides y flores de granado, talladas con primorosa delicadeza, y cubierto por anchurosos cortinajes de velludo color de jacinto, sembrados de inscripciones hebraicas bordadas con oro. Este mueble, que recuerda el Arca Santa, y al cual los judíos llaman *Sépher*, contiene varios escritos sagrados, la ley ó Thora, los libros de Moisés, el de Esther, las Profecías, etcétera.

A poca distancia del Sépher se levanta la plataforma donde el hazzan y sus ayundantes se colocan durante los oficios para entonar sus cánticos al Eterno. Es su altura algo mayor que la de un púlpito cristiano, se sube á ella por dos escalerillas y se la adorna también con cortinajes y cordones de oro.

Aunque la claridad del templo hace innecesaria la iluminación artificial, penden del artesón varias lucernas de brazos en las cuales arden los cirios, que el ritual dispone se enciendan en las diversas festividades del culto judaico.

Desde el amanecer varias niñas han recorrido la judería convocando á sus habitantes con el grito acostumbrado para la celebración del matrimonio en la Sinagoga. A mediodía un grupo de hombres, entre los cuales se halla Natham, invade y ocupa el vestíbulo del templo. A poco suena una discordante música, compuesta de kinores, címbalos, vihuelas y sistros, y aparece en el estremo de la calle el cortejo nupcial. Precédenle una orquesta de ocho andrajosos músicos, á los que sigue la ruborosa desposada, en medio del círculo que forman su madre y otras mañonas judías, engalanadas con el traje del sábado. El de Anna, aunque no de una excesiva riqueza, descubre la buena posición de su familia. Viste la niña una holgada gonela de seda blanca, perfilada de pennas, pieles, larga de manos y aun más larga de cola, que le arrastra cuatro ó cinco palmos por el suelo. Una corta saboyana, hermana

de la gonela, pretende guardar su talle de las miradas indiscretas que se detienen examinando la cinta de aljófar que le ciñe, tan alto como permite el lindo *tirapits* de plata, obra morisca que adorna y cubre la parte superior del jubón. Una crespina, ó red de perlas, asegurada con una estrecha gandaya de oro, aprisiona sus negros cabellos, que apenas se distinguen entre la balumba de pliegues y repliegues que forma el prendedero de finísimo cendal que rodea su cabeza. Mitones entretallados de piel dorada cubren sus manos y parte de los brazos, y alkorques ó chapines de seda aumentan su estatura en mayor proporción que permite el uso. Por lo demás, ni un signo que revele la condición de la hebrea, según ordenan los fueros valencianos, caídos en desuso, mas no abolidos.

A la desposada sigue el rabbi con el padre y una confusa turba de gente de toda edad, sexo y clase.

Al atravesar el umbral se detiene Anna, á la que en seguida se reune Natham. Dos mujeres extienden sobre sus cabezas una faja de blanquísima lana con franjas de colores, *el thalet;* la multitud murmura una plegaria y llueve sobre los futuros esposos una lluvia de granos de centeno, expresión del deseo que abrigan sus amigos de que Janvhé fecunde aquella unión como lo hace con el grano de trigo en el seno de la tierra.

Entretanto el rabbi, que se ha adelantado, de espaldas al Arca Santa y frente á su reclinatorio espera á los novios. El hazzan y sus ayudantes suben á la tribuna y el *schamés*, sacristán, que ha dispuesto dos escabeles delante del rabbi, se esfuerza, aunque en vano, por establecer algún orden entre la turba masculina, que sin respeto alguno invade la triple fila de asientos.

Por fin se levanta el tapiz de lino y aparecen los dosposados. Crecen la confusión y el bullicio, los *sonadores* esfuerzan el tono de sus instrumentos, el hazzan y sus acólitos entonan á voz en grito sus salmos, y en medio de aquel alboroto Natham conduce á Anna, siempre entre su madre y las matronas judías, á tomar asiento delante del rabbi en los escabeles preparados al efecto.

De improviso á la anterior batahola sucede el más profundo silencio. El rabbi va á hablar. De pie comienza un corto discurso conforme á las circunstancias. Después de elogiar cumplidamente las virtudes domésticas de los venerables ascendientes de los desposados y la piedad de éstos, de excitarles á cumplir sus respectivos deberes y de encargarles la estricta observancia de las prescripciones religiosas, amenazándoles en otro caso con el castigo del Eterno, concluye deseándoles inacabable felicidad y numerosa prole que perpetúe su nombre y el de Israel. A seguida el ministro y los desposados se colocan bajo el *houppé*, dosel nupcial de velludo grana y oro, semejante á un pequeño palio católico, y mientras el hazzan y los cantores entonan nuevos salmos comienza el acto principal del casamiento.

Natham, que como todos sus correligionarios conserva cubierta la cabeza con su birrete empellejado, extiende sobre ella y la de Anna el ya descrito thalet. El rabbi recita algunas oraciones y presenta al desposado una hoja de pergamino en la que éste lee con profunda atención algunos preceptos del Talmud. Toma luego una copa de plata llena de vino que le trae el schamés, la bendice y la entrega á Natham, que aproxima los labios á sus bordes, y la pasa á la doncella, que hace lo mismo. Después el dichoso mancebo ofrece á su esposa un rico anillo nupcial, que ella coloca con alguna turbación en uno de sus dedos, y el rabbi termina el acto extendiendo sus manos sobre los esposos para bendecirlos.

Aún no ha concluído, sin embargo, la ceremonia. El schamés trae con grotesca gravedad sobre un disco de metal una ampollita llena de vino que Natham y su mujer llevan también á los labios, y cuando radiantes de ventura cruzan de nuevo al salir el umbral de la puerta de la Sinagoga, rodeados de la multitud que les aclama y felicita, oyen, no sin emoción, que el dependiente del templo estrella el frágil vidrio sobre la inscripción «masel tof,» esculpida para el caso en un extremo del vestíbulo. Así pretende recordar á la feliz pareja la fragilidad de las cosas humanas y la indisolubilidad del matrimonio, tan difícil de quebrantar como es difícil de rehacer la botella con sus pedazos.

* * *

La última parte del cuadro que se describe tiene lugar en un almacén propiedad del padre de Anna, que se ha desocupado y dispuesto para el khasmal. Innumerables grandes mesas y bancos se extienden de uno á otro extremo, notándose una pequeña, separada de las otras. Pronto ocupan aquéllas parientes y amigos y ésta ambos esposos.

Comienza el festín, compuesto especialmente de carnes, pescados y aves, no prohibidas por la ley, y dispuestas, después de sacrificadas según el rito judaico, con abundancia de miel y de condimentos aromáticos. También es grande, inmenso, el número de pasteles, frutas secas y tiernas, y no escasean los vinos tintos cocidos y claretes, sobresaliendo los del llano de Cuarte. Los comensales de la boda apenas toman asiento, sin guardar atención alguna, se apoderan de los manjares que apilan en sus platos y escudillas de Manises con reflejos dorados, y cada quisque se acerca un bernegal, ó pichel, para tener más cerca abundante licor de Baco con que facilitar la tragantona. Todos comen apresuradamente con los dedos y á dos carrillos, sin cuidarse de lo que les cae en las hopalandas y tabardos, cuyas manchas hacen comprender la poca delicadeza y el desaliño de sus dueños. Las sobras no vuelven á la cocina, sino que desaparecen, á puñados, en las inmensas escarcelas de cuero de los comensales. Entretanto los músicos no cesan en su infernal algarabía, el vino produce la expansión en los sombríos hijos de Judhá, que gritan, cantan, y gesticulan, interrumpiéndose alguna que otra vez para oir los cánticos que salmodia el hazzan ó depositar alguna moneda en el plato que va éste pasando de uno á otro convidado. Inútil es decir que la colecta forma uno de los derechos del chantre israelita.

Con esto llega la tarde, se apartan mesas y bancos, que se transforman en estrado, se abren las puertas y penetra en el almacén una porción de gente que no ha sido invitada á la comida. El recinto se ilumina á media luz con alimaras ó *velones* de varios mecheros, y comienzan las danzas. No hay pluma que describa aquel *pandemonium*, donde una turba excitada por los vapores del vino se agita, ondula y confunde en frenética rapidez. Es una mezcla abigarrada de trajes, ya ricos, ya andrajosos, de colores agrios é indefinibles, en cuya oleada sobresalen cabezas típicas con barbas grises ó negras, cubiertas con capuces, capirotes, chapeletes, ó papahigos, que alternan con rostros mujeriles, medio envueltos en tocas, prendederos, tocadores, y otras *liguarduras*. El ruido ensordece, sube la temperatura y casi falta el aire respirable.

En medio de esta agitación los hermanos de la desposada no pierden su tiempo, y aun á costa de empujones y codazos consiguen dar tres vueltas al baile, tendiendo una escudilla de metal en la que cada concurrente arroja su óbolo. Con el producto de la cuestación se paga á los infatigables sonadores, y el resto pasa sin escrúpulo á su bolsa.

Pero todo tiene término. Concluyen las danzas después de media noche, y los esposos con los íntimos regresan al domicilio conyugal. Allí se les sirve una nueva comilona que dura hasta el amanecer, y durante ella Natham y Anna son conducidos por fin á la cámara nupcial, cuya puerta se cierra con estrépito.

* * *

Al día siguiente todo ha entrado en caja. Cada cual vuelve á sus quehaceres de la vida ordinaria, solamente la aljama judía de Valencia cuenta con un candidato más que puede optar á sus cargos.

Jehová le bendiga.

A. DANVILA JALDERO

LA LETRA DE CAMBIO

(Conclusión)

III

¡Qué alegría la de Teodomiro al recibir la carta! Iba llena de amonestaciones y buenos consejos, pero nada pareció al joven más elocuente ni más conmovedor que el contenido de aquel papel sedoso, timbrado, de forma prolongada, que constituía la llave de su situación!

Poco le faltó para llorar, y si no lloró, bendijo en su interior una y mil veces á los bondadosos autores de sus días; y lleno de amor y veneración hacia ellos, besó la carta y la letra; sí, unas veces la letra y otras la carta.

Aquélla era á cuatro días vista, y deseoso Teodomiro de ganar tiempo, se vistió apresuradamente y corrió al Banco á hacer la presentación. No sin haber tenido que preguntar á tres ó cuatro porteros pudo acertar con la caja correspondiente, y acercándose al ventanillo que dice: «Letras y pagarés,» exhibió la suya.

Tomóla uno de los empleados que á la otra parte de la reja estaban, leyóla por delante y por detrás, por arriba y por abajo, y devolviéndosela al joven, dijo:

– Pasado mañana á cobrar.

– ¿No me la podrían hacer efectiva hoy? Se atrevió á decir, aunque con timidez, Teodomiro.

– Pasado mañana, repitió el cajero.

Nuestro aragonés bajó la cabeza, y algo contrariado salió de allí, guardando cuidadosamente en su cartera la preciosa letra.

Con febril impaciencia esperó la llegada del día venturoso en que debía realizar el cobro, y muy temprano todavía se levantó, se desayunó, acicalóse y se echó á la calle. No eran más que las diez, y en el Banco no había nadie; para hacer tiempo se fué á dar vueltas por los soportales de la plaza Mayor.

Dieron las once; el joven tomó casi al trote el camino del Banco y se fué derecho al ventanillo de marras. El mismo empleado de la antevíspera le dijo al recibir la letra:

– Tome usted turno.

Teodomiro observó entonces que había muchas personas sentadas en un largo banco adosado á la pared, y otras de pie, y que los pagadores iban llamando en voz alta á los que habían de despachar, según el orden de presentación de los documentos. Acomodóse, pues, junto á una ventana y esperó.

Media hora habría pasado cuando oyó pronunciar su nombre, é inmediatamente se acercó al despacho:

– Aquí falta firmar el recibí.

– ¡Ay! Es verdad. Haga usted el favor de una pluma.

Diéronsela, y el joven firmó.

– ¿Tiene usted cuenta corriente en el Banco?, le preguntó el empleado después de leer la firma.

– No, señor.

– Pues es necesario que le firmen á usted el conocimiento.

– ¿Quién?

– Alguien que tenga cuenta corriente en la casa, ó sea comerciante de los acreditados de ella.

– Si soy forastero y no conozco á nadie... Traigo la cédula... Mire usted.

– ¡José Batalla!, gritó el empleado.

Teodomiro recogió su letra, la dobló lentamente, y rojo de coraje, con los ojos hinchados, casi á punto de llorar, salió del establecimiento.

¡Qué decepción! ¡Él que creía que cobrar una letra de cambio era cosa tan fácil!

Completamente descorazonado se volvió á casa.

– Doña Robustiana: ¿conoce usted á alguien que tenga cuenta corriente en el Banco?

– ¿Yo? No, señor.

– ¿Y á algún comerciante de esta plaza que esté allí acreditado?

– ¡Oh! Eso sí: el de los ultramarinos, el carbonero, el de la tahona; todos están muy acreditados. ¿Qué quiere usted?

– Que me firmen el conocimiento en esta letra.

– No sé si querrán.

– ¿Por qué?

– Porque no le conocen á usted.

– Pero usted bien me conoce.

– Yo sí, pero ellos no.

– Nada se pierde en probar.

– Bien: probemos.

Y doña Robustiana se puso la mantilla, y acompañada de Teodomiro se fué á buscar la apetecida firma.

En la lonja de ultramarinos les dijeron que el encargado de la tienda no tenía poderes para firmar, pues esta facultad, así como el sello de la casa, se los había reservado el dueño que estaba al frente de otro establecimiento de la misma clase en la calle Ancha.

El carbonero no sabía leer ni escribir; y en cuanto al dueño de la tahona, dijo lisa y llanamente que no le daba la gana de firmar, pues ni conocía á Teodomiro ni á Doña Robustiana.

Esta, un poco picada, y el joven más que un poco cariacontecido, volviéronse á casa, donde, en unión de la hija de la patrona y otros dos huéspedes, comentaron prolijamente el suceso, lamentándose de que un establecimiento oficial de giro hiciera punto menos que imposible el cambio mercantil.

IV

Desde que Teodomiro se había quedado sin dinero, Esquílez no iba á buscarle; aquél por su parte no había hecho nada por verle, así que el madrileño ignoraba que su amigo hubiese escrito á su madre, y por consiguiente, la contestación que ésta le había dado.

Falto de su habitual compañía, y sobre todo de dinero, Teodomiro se veía reducido á comer el poco sustancioso cocido y la desabrida y pasada merluza frita que constituían la base invariable de la alimen-

tación en casa de doña Robustiana. Mas ya no podía frecuentar teatros ni cafés, mataba su aburrimiento paseando desde que acababa de almorzar hasta la hora de comer y desde que terminaba la comida hasta que el sueño y el cansancio le obligaban á buscar la cama.

La falta de dinero es una pena, pero la juventud es una riqueza, sobre todo en materia de amores. Teodomiro, en medio de su transitoria penuria, tuvo algunas *buenas fortunas.*

Una de sus amigas de Viena le encontró una noche en la calle de Cedaceros.

– No se te ve por ninguna parte.

– Salgo poco de casa.

– ¿Estás enamorado?

– De ti.

– Ven esta noche á cenar conmigo.

– No puede ser.

– Te convido. Precisamente nos reunimos en casa de Azela y va á haber un puesto vacío, porque el vizconde del Salmón, que ha sufrido una caída, tiene un pie dislocado y no podrá venir.

– Ni yo tampoco. No me gusta el papel de suplente.

– No seas animal: ya sabes que Azela te aprecia; y aunque así no fuera, bastaría que vinieses conmigo.

Tanto dijo, que al fin logró disipar los escrúpulos de Teodomiro y llevarle consigo.

La cena fué alegre: abundaron el Burdeos, el Jerez y el Champagne. Todos los comensales acabaron por *ver doble.* Después de la comida se jugó un poco, *naturalmente,* al monte. Teodomiro, que al principio se hizo el distraído, no pudo resistir á las repetidas instancias de la *señora de la casa,* y por no aparecer tacaño, hubo de apuntar, si bien *de pico.* En justificación suya contó la historia de la letra, y aun la sacó y la enseñó á *la sociedad.* El documento de giro pasó de mano y volvió muy plegadito á la de Teodomiro, quien lo volvió á guardar en su bolsillo.

Llegó la hora de retirarse, y Teodomiro, aunque se sentía poco firme, ofreció galantemente el brazo á su compañera, que apenas podía tenerse en pie. Salieron ambos á la calle y el fresco de la noche los acabó de marear.



LA CRUZ DE MI MADRE, estatua en yeso de D. José Berga y Boada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

La muchacha no podía seguir adelante, y Teodomiro, incapaz de llevarla, resolvió esperar á que pasara un coche. Ella se había sentado en un guardarruedas, y se oprimía las sienes con las manos; él estaba apoyado de espaldas contra la pared, con el sombrero echado atrás y el traje medio desabrochado.

En esto pasó Esquílez, que al fijarse en aquel extraño grupo reconoció á su amigo y á la que le acompañaba.

– ¿Qué hacéis aquí? ¿Se os han declarado en huelga las piernas?

– Noo... no, contestó con lengua estropajosa el interpelado. Estamos es...perand... un... coche pa que se lle...lleve á casa á esta dama.

– Déjala: ya se arreglará ella.

– ¡Indino! ¡Arrastrao! Y á ti ¿quién te da vela en este entierro?, prorrumpió la *dama* al oir las palabras de Esquílez. ¡Miren el gorrista! ¡hambrón! Sigue tu camino y déjanos en paz.

– Tie...ene razón: no es digggno de caaaballeros abandonar así á... un...a mu...mujer.

Afortunadamente en esto llegó un coche, al tardo paso de un jamelgo desmayado á quien deja en libertad su automedonte dormido. La muchacha se acomodó en el vehículo, y éste partió, quedando solos ambos jóvenes.

Sospechando Esquílez, por las circunstancias y la situación en que le había hallado, que el aragonesito tendría dinero fresco, le interrogó hábilmente, consiguiendo, sin gran esfuerzo, que le relatara la historia de la letra.

Esquílez tuvo que sostener más de una vez á Teodomiro, y que recogerle más de dos el sobretodo que le cayó al suelo. En uno de tantos traspiés, deslizáronse del bolsillo del desabrochado *smoking* de Teodomiro la cartera y algunos papeles, que Esquílez recogió y examinó con minucioso cuidado, mientras el otro, haciendo maravillas de equilibrio echaba una incoherente relación.

Al siguiente día por la mañana, no muy temprano, pues el mal humor retuvo en cama á Teodomiro hasta mucho después de haberle abandonado el sueño, se levantó el joven, y sentándose frente á una mesa púsose á cavilar sobre su extraña situación.

Como para materializar sus reflexiones, quiso contemplar la letra, objeto á la vez de sus contrarieda-



¿DÓNDE ESTÁ EL RATÓN?, cuadro de Luis Gasparini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



RECUERDO DE GALICIA. LA VUELTA DEL CAMPO, cuadro de D. Baldomero Galofre existente en el Círculo de Reus



EL HEREDERO, cuadro de Jorge Van Den Bos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

des y sus esperanzas, y ¡oh sorpresa! El documento no estaba en la cartera.

En vano registró todas las bolsas y escondrijos de ésta; en balde vació todos los bolsillos del *smoking*, del sobretodo, del pantalón y hasta del chaleco: la letra no pareció.

El pobre se volvía loco.

– Pero ¿qué se había hecho la condenada?

Procuraba recordar. La noche antes la había sacado en casa de Azela, pero la había vuelto á guardar. Luego... luego no tenía idea exacta de lo que había hecho, pero no recordaba haberla vuelto á sacar. Juraría que no. Y sin embargo, la letra no estaba allí.

Corrió á casa de Azela, buscó á Esquílez; vió á la amiga con quien había ido la noche antes á la cena. Nadie le supo dar razón; pero Esquílez le iluminó.

– Pide una segunda.

– ¡Es verdad! ¡Qué bruto soy! No me había ocurrido.

Y sin perder momento, fuése al telégrafo, y expidió un despacho á su padre pidiéndole una segunda de cambio y recomendación para algún comerciante banquero que garantizara su personalidad.

Tres días después recibía Teodomiro un pliego conteniendo el duplicado de la letra y una carta de presentación dirigida por un banquero de Zaragoza á otro de Madrid.

Creyendo llegado el término de sus angustias, y firme y resuelto á tomar la vuelta de su tierra en cuanto cobrase el dinero y recogiese el pagaré y los efectos empeñados, se trasladó nuestro joven á casa del banquero que le había de garantizar, y obtenido este favor, pasó al Banco de España.

Presentó su letra, que dejó en manos del empleado pagador, y se sentó en el banquillo á esperar su vez

Después de haber pronunciado los dependientes de la caja media docena de nombres y de haber desfilado otros tantos individuos contando el dinero ó examinando los billetes que les habían dado en pago, hubo un momento de silencio.

Teodomiro, que no quitaba ojo al ventanillo, acechando el instante en que le llamasen, observó que los dos empleados, con una letra en la mano, se consultaban en voz baja y le miraban. Luego uno de ellos tocó un timbre eléctrico y dió una orden al criado, que acudió al llamamiento y que se colocó después junto al ventanillo. En seguida oyó lo que con tanta ansia esperaba.

– Todomiro Cornichon.

– Servidor.

– ¿Es usted quien ha traído esta letra?

– El mismo.

– Hace tres días que se pagó, y como la nueva presentación al cobro tiene caracteres de una tentativa de estafa, se servirá usted ir con el señor (señalando al criado) á la Dirección.

Anonadado y confundido al verse imputado de estafador, el aragonesito fué llevado á presencia del director. Allí, sollozando casi, pudo sincerarse y demostrar que la víctima, no ya de la estafa sino del hurto, había sido él; pero como la letra primera que le exhibieron llevaba su verdadera firma y la fe de conocimiento de un comerciante de los *acreditados*, Teodomiro tuvo que resignarse á perder las dos mil pesetas, no sin admirar las ventajas del cambio traslaticio y la prudencia de los establecimientos de giro, cuyas precauciones para no pagar indebidamente pueden dar lugar á sucesos como el que le acababa de ocurrir.

JACOBO SALES

NUESTROS GRABADOS

Pierreta incroyable, cuadro al pastel de la señorita Ethel Wright. – La pintura al pastel, un tiempo muy en boga y más tarde punto menos que por completo olvidada, vuelve hoy á estar de moda, gracias principalmente á los esfuerzos de algunos eminentes pintores parisienses. También en España ha tomado gran vuelo este género, como lo prueba la Exposición celebrada el año pasado en Madrid, algunos de cuyos principales cuadros hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El pastel que en el presente número publicamos es obra de una artista inglesa, pero el asunto, el título y la factura misma son esencialmente franceses, lo que demuestra la influencia que en este punto, como en tantos otros, van adquiriendo en todas partes los pintores de allende los Pirineos.

Pierreta incroyable constituye un cuadro encantador; el busto de la joven caprichosamente disfrazada es gracioso y simpático y está trazado con irreprochable corrección, y en el modo de estar pintado se adivinan, por lo que el grabado permite apreciar, la pastosidad, la suavidad de tonos, la infinita variedad de matices á que tan bien se presta ese género de pintura, en la que la señorita Ethel Wright demuestra ser maestra consumada.

***

¿Devoción?, cuadro de D. Manuel Cusi (de fotografía de D. J. Martí). – (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). — Aunque joven, hase dado á conocer Cusi por sus bonitos cuadros de caballete, de simpáticos tonos y agradable asunto, representando lindas cabecitas de mujer ó graciosas *flamencas*, constante representación, en diversas formas, del tipo nacional. En todos ellos imprime los caracteres distintivos de la mujer de nuestros países meridionales, retratando en su fisonomía y actitudes ese conjunto de sencillez y malicia, de delicadeza y desenfado, de bondad y abandono. Las obras de Cusi se recomiendan por la brillantez de su colorido, ya que para sus cuadros sírvenle de modelo algunas de las que arrancan con su *cante* frenéticos aplausos de los aficionados al *flamenquismo*.

Y téngase en cuenta que si bien este joven pintor dedícase preferentemente á esta clase de asuntos, cultiva con éxito otros géneros, según lo demuestra el notable lienzo que expuso en la Exposición Universal de Barcelona, justamente premiado por el Jurado calificador. En la general de Bellas Artes figuran cinco lienzos recomendables, y entre ellos el que reproducimos, notable por la buena disposición del asunto, por la corrección de líneas y por su armónica entonación, que determina la calidad de las estofas y de los accesorios.

***

La vuelta al hato, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Al citar el nombre de Bilbao asalta á la imaginación el recuerdo de sus preciosas tablas de asuntos marroquíes, brillantes, preñadas de luz y vida, en las que á la par que representación de la fantasía oriental, manifiéstase la del artista sevillano, genuinamente español, que vierte en el lienzo la inagotable gama de su paleta. A este género especial debe Bilbao gran parte de la reputación de que goza, por más que ha podido dar muestras de sus aptitudes en otra clase de obras, tales como *Dafnis y Cloe*, *La vuelta al aprisco* y la que reproducimos, premiadas en las Exposiciones Nacionales.

La vuelta al hato es un lienzo de relevante mérito, y que hallándose la escena representada al aire libre, ofrece dificultades, vencidas por el artista, que ha podido pintar las figuras en plena luz, sin descuidar la entonación ni los detalles. La escena es harto sencilla, pero real y perfectamente dispuesta, sin que se observen incorrecciones en los trazos ni decaimiento en la tonalidad, perfectamente sostenida y armonizada.

Réstanos hacer observar que Bilbao, á pesar de la importancia de sus obras, es un artista relativamente novel, puesto que hace pocos años, é impulsado únicamente por su entusiasmo artístico, trocó su bufete de abogado por el estudio del pintor. D. Pedro Vega fué su primer maestro, recibiendo después utilísimas lecciones de Palmaroli y Villegas, durante su permanencia en Roma y Venecia, en donde pintó sus celebrados cuadros *Esclavas en la terraza* y *El Santón Hamacha*.

***

Tribulet, busto en bronce de Joseph Willems (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La obra del escultor belga M. Willems es una de las que más han llamado la atención de los aficionados é inteligentes en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Inspirada en el drama de Víctor Hugo *Le roi s'amuse*, ha logrado el artista crear en un busto el tipo del desgraciado bufón de aquel rey, á quien la historia califica como excesivamente galante. Ejecutada en bronce, por el procedimiento de la cera perdida, ha podido el escultor modelarla de modo admirable, dándole la expresión y carácter del personaje.

El Sr. Willems, profesor de escultura en la Escuela de Bellas Artes de Malinas, es uno de los artistas más distinguidos de aquel pueblo, que fué uno de los más preciados florones de la Corona de Castilla, patria de tan ilustres artistas. Discípulo del célebre Vander Linden y campañero de Cuypers y De Vigne, es Willems uno de los escultores que más honran á su patria. Sus obras principales, como el *Sueño del sátiro*, la estatua del general Dufoud, del poeta flamenco Tony Bergmann, del senador Carjeci, de la Justicia, etc., etc., figuran en los museos ó constituyen monumentos erigidos en Ginebra, Bruselas, Malinas, Tomnai, Sofía, etc , siendo considerable el número de las recompensas que ha alcanzado en las Exposiciones. En la de Barcelona creemos que también el Jurado habrá tenido en cuenta la valía del artista y la belleza de su obra.

***

Altivez, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Varias obras escultóricas, fundidas en bronce, ha expuesto José Reynés en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, destacándose entre todas ellas la que hoy reproducimos, quizás la más importante. En ella ha podido Reynés dar muestra de sus aptitudes, imprimiendo un algo de esa genialidad que tanto le distingue y que se observa en todas sus obras.

Actualmente hállase ocupado en ejecutar un gran jarrón decorativo, por encargo del Ayuntamiento de Barcelona, destinado á embellecer uno de los parterres del Parque.

***

La cruz de mi madre, estatua en yeso de don José Berga y Boada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Hijo y discípulo del profesor de la Escuela de Bellas Artes de Olot, es este joven escultor, que apenas cuenta diecinueve años, una gloria para su pueblo natal y una esperanza para el arte patrio. Basta examinar su tan sentida como bien modelada obra, para convencerse desde luego de que el joven Berga comprende y siente el difícil arte que ha emprendido. El barro ha adquirido forma entre sus dedos, pero forma bella en su realidad, cual exige el modernismo, avalorada por ese sello que ha sabido imprimirle, que lo es de la genialidad del artista.

Felicitamos al Sr. Berga por su obra y por los elogios que ha merecido de la mayoría de los visitantes de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

***

¿Dónde está el ratón?, cuadro de Luis Gasparini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Venecia, la ciudad que guarda tan importantes obras artísticas y conserva tan gloriosas tradiciones, ha tenido en Gasparini un digno representante en la sección extranjera de nuestra Exposición. Dos cuadros ha remitido este aprovechado artista, ambos de asunto y carácter puramente nacional, notándose en ellos el buen gusto y la maestría de su autor. *¿Dovexelo sto sorse?*, titula en su dialecto el lienzo que reproducimos, que si bien de asunto asaz trivial y sencillo, le ha servido para hacer gala de sus aptitudes pictóricas. Las actitudes de las jóvenes acusan desde luego su situación, así como la de la airada anciana, que empuñando la escoba desea esgrimirla cual mortífero mandoble contra el atrevido roedor, causa de la zozobra y del desorden que reina en la habitación en donde se ha introducido, suspendiendo la labor de las asustadizas doncellas.

***

Recuerdo de Galicia. – La vuelta del campo, cuadro de D. Baldomero Galofre, existente en el Círculo de Reus. – No es el cuadro del Sr. Galofre una obra más lanzada al público, obra de esas que nada significan á no ser mayor ó menor destreza en el manejo del pincel; no, la producción que ha venido á aumentar el largo catálogo de las del autor, creemos que está destinada á dejar huellas en la brillante carrera artística de éste, por ser una protesta, así contra ese realismo que se hace esclavo de la verdad, aunque la verdad sea fea y antiartística, como de ese idealismo cursi que rinde parias á lo bello, aunque lo bello resulte rematadamente convencional y falso. Entre estos dos extremos hay un término medio, y éste, en nuestro sentir, es el verdadero objetivo del arte: pintar la belleza verdadera ó la verdad bella, tal es el fin á que debe aspirar el artista.

Así lo ha entendido siempre nuestro distinguido colaborador, y cada una de sus producciones es nueva y elocuente protesta de adhesión á esa escuela, única que resiste á la acción de los tiempos y á los caprichos de la moda.

En *La vuelta del campo* vive la naturalera y alienta Galicia; todo allí es robusto, todo trasciende á la vida campestre y libre. ¡Cuánta verdad y poesía en el paisaje ejecutado con pincelada segura y amplia, sin menoscabo del detalle que no llega nunca á ser fatigoso ni tampoco inventario de minucias! ¡Qué grandiosidad en la factura y en el sentimiento, cuánto arte en la disposición general!

Esta obra, que no vacilamos en incluir entre las mejores de Galofre, constituye sin disputa uno de los más preciados adornos de los espléndidos salones del Círculo de Reus, sociedad que apartándose del camino generalmente seguido por sus afines, consagra verdadero culto al arte y rinde el debido tributo de admiración á aquellos de sus paisanos que como Fortuny, Galofre y Llovera son otras tantas glorias artísticas de su patria.

***

El heredero, cuadro de Jorge Van Den Bos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – *El heredero* de Van Den Bos ha sido uno de los lienzos que más han atraído la atención de los visitantes en la Exposición general de Bellas Artes y quizás la obra de mayor importancia entre las expuestas en la sección extranjera. Y preciso es convenir que ha sido muy justa la admiración del público, ya que es preciso inclinarse ante la gráfica manifestación del ingenio del artista flamenco, que con tanto acierto y delicadeza ha sabido representar á la reina viuda y á su augusto hijo. Sin recurrir á los efectismos, sin alardear de colorista, con una sobriedad de tonos admirable ha logrado Van Den Bos ajustar su composición al concepto que se propuso de una manera tan acabada, que todo respira en ella nobleza. Noble es la actitud de la dama que en pie y ostentando la regia corona ampara á su hermoso hijo, al heredero del trono, con el doble cariño de la madre y de la reina.

Las actitudes, la simpática expresión de sus parecidos semblantes, tanto la triste y pensadora de la reina como la indiferente del niño, los accesorios y la tonalidad y correctísimo dibujo acusan en Van Den Bos al verdadero artista, que subordina su habilidad pictórica al concepto y al sentimiento. Su nombre significa ya una representación. Sus cuadros *Scene de brigandage*, *Dans les roses*, *Charité*, *La parisienne noire*, y otros más, premiados en París, Gante y otras Exposiciones, son otras tantas glorias de este artista.

Réstanos hacer constar que *El heredero* quedará en España, pues ha sido adquirido por D. Fernando Miró, uno de los *amateurs* más inteligentes de Barcelona.

***

¡Sin pájaro! ¡Pobrecillo!, estatua en bronce de D. Torcuato Tasso, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Lucha empeñada trabóse hace algunos años, entre varios aprovechados jóvenes dedicados al cultivo del noble arte de la escultura, para alcanzar una plaza de pensionado en Roma. Todos y cada uno de los que formaban aquella brillante pléyade reunían valiosos títulos para hacerse acreedores al premio disputado. Júzguese, pues, cuál sería la importancia de las obras presentadas y cuántas perfecciones debió reunir la que distinguió el Jurado. El tema que desenvolvió el artista premiado, la estatua de *Narciso mirándose en la fuente*, mereció por parte de éste interpretación tan acabada, que inclinó á su favor el peso de la balanza, siendo proclamado vencedor en aquel noble palenque. Ya en Roma, dió pruebas D. Torcuato Tasso de cuán merecedor era de la distinción de que había sido objeto, modelando, entre otras esculturas de verdadero aliento, la colosal estatua de Velázquez, destinada á coronar el monumento que en Madrid debió erigirse á aquel célebre maestro.

De regreso á Barcelona ha continuado la senda tan brillantemente emprendida, produciendo obras tan recomendables como las que decoran el Arco de triunfo, ó bien otras de género distinto, pero perfectamente modeladas y rebosando genialidad, como la que reproducimos, que en unión de un notabilísimo retrato y algunas figuras, de no escaso mérito, figuran en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



... pasaba un rato estirándose y bostezando (pág. 413)

La existencia de estos últimos es demasiado conocida y rutinaria para dar pasto á la imaginación y al ensueño; la de los otros, por el contrario, encerrados tras una barrera impenetrable, donde sus sentimientos y preocupaciones pueden preservarse intactos y donde observan libremente sus nobles costumbres, utilízanse del misterio de la grandiosidad de que se rodean.

Pedro y su compañero llegaron en cuatro saltos al camino de que antes se desviaron para cruzar los cerros, y que les condujo directamente á la verja; encontráronla entreabierta, y bastóles empujarla para penetrar en el patio donde estaba el pórtico. Pedro levantó el pesado aldabón, y el ruido del golpe fué á perderse en los corredores del castillo.

Un momento después abrióse la puerta lentamente, y en el umbral apareció una anciana sirvienta; sonrió con dulzura al reconocer á Pedro de Cabrol, y sin decir nada apartóse para dejarle paso; pero en el mismo instante, saliendo de entre las faldas que la ocultaban y ocupando el espacio libre, apareció una niña que llevaba en brazos un pollo.

–¡Ah! Pedro... exclamó.

Y ofrecióle la mano, fijó una rápida mirada en Gilberto, y alejóse gritando:

–¡Aquí está Pedro!

Los dos jóvenes franquearon el vestíbulo, penetrando después en un salón de proporciones colosales, cuyas cuatro puertas-ventanas gigantescas debían dar al terrado. Los postigos no estaban abiertos, y solamente una débil luz se filtraba por las impostas como un rayo de sol en la semi obscuridad de una catedral. Aunque un poco cegados por la brusca transición al penetrar en aquella sala sumida casi en las tinieblas, vieron á la marquesa de la Fonfreyde.

Estaba sentada en el fondo de la habitación entre dos ventanas; al oir ruido de pasos, quitóse las gafas, púsolas con el diario que leía sobre un velador que tenía á su lado, y levantóse, mostrando una figura arrogante aunque algo encorvada por la edad.

Pedro adelantóse para saludarla, y después presentó á su amigo.

–Sí, ya se... dijo la marquesa con acento benévolo y voz algo ronca.

Al mismo tiempo invitaba á los jóvenes á sentarse, mientras Gilberto se extrañaba interiormente de ser conocido de la marquesa.

Los dos tomaron asiento, cada cual á un lado de la dama, y Blanca se colocó enfrente, en una sillita, oprimiendo aún contra su pecho el pollo, que á veces agitaba las alas esforzándose para escapar.

La marquesa explicó á Gilberto que había visto al señor Maujeán con motivo de un pleito; había ido á exponer sus razones ante sus jueces, y quedó muy complacida de ellos, sobre todo del presidente. Después, dirigiendo la palabra á Pedro, preguntóle por su madre y su hermano, refiriéndose después á todas sus relaciones... Como esta conversación no interesase á Gilberto, éste se aprovechó para examinar á la niña, cuya fisonomía le llamaba ya la atención.

Sus ojos, negros y brillantes, tenían una expresión picaresca; el rostro era redondeado, la tez blanca; la cabeza no presentaba aún todo su carácter, no era sino el bosquejo de lo que debía ser más tarde, pero por esto mismo parecía más encantadora, como esos ligeros croquis de artistas, cuyo atractivo está precisamente en que no están concluídos. La nariz, algo corta, pero recta y firme, parecía predestinada á no deformarse nunca, y su perfil se marcaba claramente sobre un labio arqueado, que permitía ver los blancos dientes. Uno de éstos, el incisivo superior, estaba ligeramente puesto sobre el inmediato, particularidad extraña, especie de protesta contra lo trivial de una belleza demasiado regular, que debía comunicar á la suya un carácter original para que se grabase en la memoria por un rasgo distintivo é inolvidable.

El cabello, corto por delante, diseminábase sobre la frente á manera de cola de golondrina, y detrás flotaba suelto sobre su cuello, en el que brillaba la cadenilla de una medalla.

El vestido, listado de rayas de vivos colores, dejaba descubiertos sus hombros de adolescente, un poco delgados aún, en los cuales se veía ondular á cada movimiento las ligeras prominencias de los huesos. Alegraba los ojos contemplar aquel cutis tan fino y de tan delicados colores, pasear la mirada por los frágiles brazos y fijarla después en el ligero rasguño que tenía en el codo, y que era muestra clara de su edad y de la turbulencia y el aturdimiento de sus juegos. Tampoco estaba bien formada la mano todavía; los dedos eran largos y delgados, con las uñas algo mordidas y circuídas de ligeros rasguños que teñían de un color sonrosado el extremo de las mismas. Y con esa mano la niña acariciaba al pollo, que á cada momento levantaba la cabeza vivamente y al parecer irritado, con ojos de cólera.

–Hija mía, díjole su abuela, nunca dejarás ese feo animal. Al fin te llenará de piojos.

–¿Tienen los pollos piojos?, preguntó la niña sonriendo.

Esta palabra, pronunciada por sus labios, tenía una gracia á que comunicaba mayor encanto la inocencia de la sonrisa. Blanca siguió, á pesar de todo, acariciando al pollo: habíase éste roto una pata, y la niña la estiraba hacia adelante para mostrar como una curiosidad las cañitas y los hilos que la sujetaban.

–El hospital sigue llenándose, dijo la marquesa; pronto veréis también un gato joven... Yo no sé hasta dónde llegará esto.

Pero aunque se burlase, veíase que se complacía en hacer valer á los ojos de Pedro la bondad de corazón de su nieta y la compasión que le inspiraban todas las desgracias. Desde aquel mismo instante Gilberto sospechó la buena inteligencia de las dos familias para casar más tarde á Pedro con la niña. La edad, la fortuna, la posición social; todo convendría á la vuelta de algunos años. Y al mirar á Blanca de nuevo, causóle pena lo que acababa de descubrir.

Sus ojos, acostumbrados ya á la sombra, distinguían ahora mejor á la marquesa, sentada de espaldas á la luz. Su cabello blanco ocultábase en parte bajo una gorrita de hilo cuyas cintas se unían en la parte superior de la cabeza, formando un lazo; su rostro tenía esa palidez que parece indicar el paso de las lágrimas; y en sus facciones surcadas de arrugas, en su sonrisa de resignación, en aquellos ojos negros, que revelaban la perpetua ternura, podíanse reconocer las señales del pesar que le había causado la muerte de su hijo, el oficial de Africa, la de su esposo, y tal vez, en fin, las penas que este último le causara en vida, pues el general, á juzgar por lo que de público se decía, había sido un calavera, y siguió siéndolo hasta muy entrado en años. Todos sus modales, sumamente sencillos, indicaban la completa renuncia á toda pretensión; pero la altivez de su carácter se reconocía aún en el movimiento de la cabeza, en



.... apareció una niña que llevaba en brazos un pollo



... divisaron el bonito valle que delante de ellos se extendía y á cierta distancia el castillo de Mareuil (pág. 413)

la curva imperiosa de la nariz y en la decisión del ademán. Vestía un ligero traje blanco de mañana, de falda recta y mangas largas, notándose en todo el conjunto el más escrupuloso aseo, que es la coquetería de las viejas. La marquesa tenía ya cerca de setenta años.

– Será preciso enseñar las gacelas al señor Maujeán, dijo de pronto.

El oficial de spahis había enviado en otro tiempo una pareja de estos graciosos animales, que se guardaban en un ángulo del parque. La marquesa, al expresarse así, se dirigía á su nieta, que comprendiéndola al punto se levantó: era una manera de indicar que la conversación había durado bastante.

La marquesa, apoyándose en su bastón, condujo á sus visitantes hasta la puerta.

– No acompaño á ustedes, les dijo, porque temo el sol y no suelo alejarme de mi rincón.

La anciana volvió al sitio que antes ocupaba, calóse las gafas y continuó su lectura.

Blanca subió ante todo al primer piso, para entrar en la habitación donde habían instalado su hospital, como decía la marquesa; dejó en el suelo su pollo, que dió algunos pasos cojeando y después comenzó á picar los granos de trigo allí diseminados.

En aquella estancia veíase un conejo herido, que roía hojas de col: el pobre animal se había refugiado entre las piernas de la niña cierto día que el cocinero iba á fusilarle en la conejera, y merced á esto obtuvo gracia: acurrucado en un rincón como avergonzado y mirando con ojos inquietos había también un gato de pelaje amarillo, cuyo cuello había engalanado Blanca con una cinta A pesar de este adorno, conservaba su aire rústico de gato del campo, y cuando la niña le puso entre sus brazos para acariciarle, Pedro no pudo menos de sonreirse. La diferencia entre la naturaleza de la niña y la suya se manifestaba en esto: él, muchacho cruel que ahogaba las hormigas, no se habría cuidado á buen seguro de los gatos perdidos ni de los pollos enfermos.

En la cuadra, que fué visitada después para que los jóvenes vieran el borriquito de Blanca, promovieron un altercado, porque Pedro quiso montar en el cuadrúpedo que la niña defendió intrépidamente.

Luego, al pasar de nuevo por el vestíbulo, Blanca se cubrió la cabeza con un gran sombrero, y precediendo á los dos muchachos, dejando oir al andar el grato roce de su vestido de seda y ver sus hombros desnudos que el sol besaba y su rasguño en el codo, en el cual no cesaba de fijarse la atención de Gilberto, hízoles dar la vuelta al castillo para penetrar en el jardín.

Iban recorriendo todas las espesuras sin ver las gacelas, y al fin detuviéronse en el gran estanque donde los cisnes nadaban.

Blanca los llamó desde la orilla: en aquel momento, su figura inundada de luz era encantadora; con los brazos extendidos, moviendo los dedos como si desmigajara pan, é inclinándose sobre el agua con un movimiento que ahuecaba su corta falda de seda, dejando ver la bien contorneada pierna, estaba verdaderamente seductora. El aire de importancia que se daba, aquel sombrero de paja de forma extravagante, adornado con un enorme ramo de flores; todo la engrandecía y realzaba, haciéndola parecer de más edad. Estos encantos perturbaban á Gilberto, cuyo corazón virgen no deseaba más que enamorarse, y cuyos primeros entusiasmos, como en todas las almas inocentes, debían convertirse desde luego en culto.

Pero no era sólo él quien se sentía hechizado; también Pedro parecía fascinado; y en aquel hermoso día iluminado por un sol espléndido, tal vez en su ser se despertaron los sentidos menos inocentemente que en Gilberto. No era bastante hábil para disimular su secreta inquietud, y mostrábase atrevido con Blanca, tocando continuamente con las puntas de los dedos la cadenilla que la niña llevaba al cuello, y estirándola por detrás como por diversión, sin cuidarse de Gilberto, ante el cual hacía gala de aquella franqueza que se suele manifestar á un subalterno. El joven por su parte apartaba la vista, admirado de lo que veía y algo resentido de las familiaridades de su compañero. En cuanto á Blanca, muy entretenida con sus cisnes, apenas hacía caso de todo esto.

De repente deslizáronse en el fondo de una avenida rápidas como dos flechas las siluetas de dos gacelas, con la cabeza levantada y las patas extendidas; pero aquella aparición fué rápida, impalpable, como la sombra de una nube que pasa tocando el suelo. Los chicos se lanzaron en su persecución, pero inútilmente, pues no dieron alcance á los animales ni volvieron á verlos.

En estas distracciones se pasó el tiempo hasta la tarde: al despedirse los visitantes, Blanca ofreció la mano á Pedro, y estrechó también la de Gilberto, pero como para cumplir con un deber de cortesía; comprendíase bien que el nuevo amigo no le interesaba gran cosa.

De vuelta á su casa, Gilberto comenzó á interrogar á su madre con una curiosidad inusitada respecto á su familia y su más lejano parentesco, remontándose de edad en edad y de abuelo á bisabuelo. Tal vez pensaba encontrar por lo menos en los matrimonios de sus antepasados algún vestigio glorioso, un nombre con partícula, un átomo de nobleza que pudiera satisfacer su ambición y que le habría realzado á sus propios ojos.

Por lo que hacía á la línea materna no pudo abrigar la menor duda: sólo había en ella gente de negocios y nombres del todo plebeyos. Después pasaron á la ascendencia paterna; pero en este punto las noticias de la señora Maujeán eran menos detalladas.

– Si quieres datos, dijo á Gilberto, busca en el granero el cofre grande, y tal vez encuentres allí lo que necesitas.

El enorme baúl contenía todos los antiguos documentos de familia, actas de venta, contratos matrimoniales, etc... El corazón del muchacho latía de esperanza cuando sus manos temblorosas desdoblaban los papeles cubiertos de polvo, pues no creía posible que en ellos se hubiera podido escribir otra cosa sino aquello que debía ilustrar á sus abuelos. Sin embargo, no encontró más que la certidumbre de su humilde origen.

Su abuelo, padre del presidente de tribunal, era hombre de negocios, corredor de fincas, y también había sido intendente de una familia noble de los alrededores, ya extinguida. ¿Nacían de él mismo y del ingenuo entusiasmo de su madre aquellas aspiraciones aristocráticas, aquella afición singular que le atraía hacia una casta á la que él no pertenecía? Vió que el nombre de su abuelo, por deberes de su cargo, andaba mezclado en todos aquellos papelotes con muchos títulos, y esto le lisonjeaba un poco; pero el tatarabuelo de Gilberto no era más que un insignificante hortelano de la llanura de Chatillón, propietario de una reducida tierra que compró con los ahorros obtenidos de su trabajo. Había nacido en el mismo Fonfreyde, aquel caserío perdido en las últimas mesetas de la montaña; de modo que no era imposible que él ó sus antecesores hubieran sido siervos de aquel señorío, que debía englobarlos en su vasallaje. Este ascendiente paterno fué un verdadero campesino, un trabajador de manos callosas. Careciendo de instrucción, firmaba su nombre de Maujeán con un garabato, y no sabía leer. Gilberto se dió al fin por satisfecho de sus investigaciones geológicas.

Con frecuencia hablaba á Pedro de su visita á Mareuil, proponiéndole repetirla; pero el muchacho encontraba siempre pretextos para rehusar; y al fin adivinó que la condesa no llevaba á bien que fuesen allí juntos. La unión de Pedro con Blanca no era más que un proyecto, una especie de sueño de las dos familias en el dominio de las cosas realizables, pero del cual no se había hablado nunca por una ni otra parte. Inútil era despertar sobre este punto las sospechas de un extraño, exponiéndose á que la noticia circulara antes de lo conveniente.

Pedro rehusaba acompañarle; mas Gilberto no pudo resistir. Sus pasos le conducían maquinalmente en dirección á Mareuil; vagaba solo por los cerros y no se detenía hasta que divisaba en lontananza los tejados del castillo; entonces dejábase caer sobre el césped y pasaba allí largas horas, con los ojos fijos en el terrado, investigando las ventanas, esforzándose para ver quién se hallaba en los patios, y siempre con la esperanza de que Blanca pareciese de improviso. ¡Ah! ¡Cuánta distancia mediaba entre los dos! ¡Estaba separado, perdido para ella, más aún por la barrera que el mundo elevaba entre ellos que por los altos muros y el parque ilimitado del castillo! ¡Qué importancia adquiría á sus ojos aquella hija de noble raza, aquella débil



La marquesa, apoyándose en su bastón, condujo á sus visitantes hasta la puerta

heredera de un nombre ilustre y de una fortuna inmensa, que vivía allá en otra esfera distinta de la suya!

Gilberto había leído algunas novelas, y sabía que estas desigualdades de clase constituyen el resorte de muchas intrigas. El amante, á pesar de la humildad de su nacimiento, acaba siempre por triunfar con el auxilio de sus bellas cualidades y una excepcional grandeza de carácter; pero también comprendía que las cosas no pasan así en la realidad. No obstante, sin quererlo, llegaba á transformarse poco á poco en uno de esos héroes, y en el nuevo personaje su imaginación trabajaba sin que pudiese contenerla, asociando á Blanca con su porvenir y mezclándola con no sé qué futuro novelesco, cuyo desenlace no le era posible prever.

Y cada vez se mostraba más meditabundo, amante de la soledad é inclinado al ocio. No se alejaba nunca de los alrededores de Mareuil; su corazón vivía allí, y contaba con la casualidad de algún encuentro, aunque por otra parte le temía. No ignoraba que la niña salía algunas veces con su aya para pasear fuera del parque, en los senderos de las colinas, y buscaba en la arena de éstos la huella de sus pequeños pies; pero solamente veía las señales de los grandes zapatos de los campesinos.



En aquella estancia veíase un conejo herido... (pág. 428)

Sin embargo, cierto día que caminaba por las orillas del Herblette, oculto entre las cañas y el ramaje de los arbustos, vióla pasar en su coche, del que tiraba el borriquito; la niña iba con su aya y fustigaba alegremente al animal, que corría por la pendiente arenosa, produciendo sonidos argentinos con su bonito collar de cascabeles. Blanca no vió al joven y desapareció á lo lejos, extinguiéndose con la distancia el ruido alegre de las campanillas. Entonces Gilberto probó por primera vez la amargura que más tarde había de experimentar cuando, perdido entre la multitud, la vería dirigirse al Bosque en el aislamiento orgulloso de su coche.

Poco á poco se envalentonó hasta el punto de acercarse á los jardines, y muy pronto estuvo en la parte más alta del talud, á corta distancia de la empalizada y frente á un claro que le permitía observar á través de la espesura. Vióla pasar una vez llevando en la mano una redecilla dentro de la que bailaban algunas cortezas de pan, y dirigirse hacia el estanque, sin duda para dar de comer á los cisnes. Gilberto llevaba un ramo de flores silvestres cogidas en los cerros y lo arrojó con toda su fuerza, yendo á caer á los pies de la niña, que profiriendo un grito huyó sin volver la cabeza. El joven permaneció un momento inmóvil y palpitante por su atrevimiento, á la vez que algo temeroso del resultado. Pocos momentos después vió de nuevo á la niña que volvía con su aya, y reparando que ambas miraban con precaución en lo hondo de los taludes, comenzó á correr para no ser visto.

Esto no le impidió volver, en otras ocasiones, pero habríase muerto de vergüenza y de confusión si le hubiesen sorprendido á la orilla de aquel sendero que flanqueaba la espesura, en aquellos matorrales de espinos y de eglantinas silvestres, entre los cuales se ocultaba. Estaba siempre con el oído atento y fija la vista á lo lejos para evitar toda sorpresa; pero no le valieron estas precauciones.

Cierto día vió á Pedro surgir de repente ante él; sonrojóse al mirarle y permaneció sentado en la hierba; su corazón latía apresuradamente y observaba con inquietud á su amigo. Pedro soltó la carcajada.

–¿Venías á ver las gacelas?, le preguntó.

Su compañero mismo le facilitaba la mentira que no le ocurría á Gilberto.

–Sí, contestó.

–Pues no las verás, porque las han encerrado en su establo de invierno... Acabo de hacer mi visita de despedida á la marquesa y á Blanca, que se marchan mañana á París, y yo iré á reunirme con ellas dentro de algunos días.

Los dos jóvenes emprendieron juntos y charlando el regreso á sus casas; pero Gilberto estaba triste, y habló poco.

III

Cuatro años transcurrieron sin que volvieran á verse, pero se escribían. Pedro se preparaba para sufrir los exámenes en Saint-Cyr, donde al fin fué admitido.

Gilberto había cumplido ya veinte años, y proponíase estudiar Derecho; un atractivo irresistible, en el que se mezclaban la amistad de Pedro y el recuerdo de Blanca de la Fonfreyde, llamábale á París. Su madre consintió en dejarle ir á la capital, acompañóle allí y fuése á vivir con él.

Entonces se reanudaron sus relaciones con Pedro. Cada vez que éste salía de Saint-Cyr consagrábale todo su día de asueto, y en tales ocasiones no era raro que la Condesa de Cabrol le invitase á comer.

También se dispensaba á su madre esta atención: la condesa había acabado por conocer á fondo á su amiga, comprendiendo que, gracias á una discreción innata en ella, no sería nunca molesta ni comprometedora. Por eso le concedía en su intimidad todo el lugar que la señora de Maujeán parecía rehusar, procurando por el contrario no traspasar nunca los límites que se había propuesto, y esta intimidad se agrandaba tanto más cuanto más quería empequeñecerse la madre de Gilberto. Sin embargo, la condesa quería que la acompañase todos los días de recepción.

La señora de Maujeán escuchaba y miraba, y su presencia no parecía extrañar ya á los visitantes, que veían en ella á una persona familiar en la casa. Después de retirarse la última visita, la condesa se acercaba á su amiga, y poco á poco la conversación se refería á Blanca y Pedro, manifestando la madre de éste esperanzas de verlos unidos á la vuelta de pocos años.

Al volver Gilberto á su casa, recibía el peso de todas estas confidencias, y experimentaba indecible amargura, como si se hubiese dispuesto de alguna cosa que le pertenecía. Aunque no habían vuelto á ver á Blanca, la impresión que ésta produjo en su ánimo no se había borrado nunca; parecíale que un pacto secreto, cuando menos de su parte, le unía á ella, y que se tejía una trama invisible y misteriosa para enlazarle con él cada vez más. En aquel momento mismo, hallándose en París, y siendo bastante dueño de sus acciones, el recuerdo de Blanca tal vez le libraba de alguna de esas cadenas con que tan fácilmente se dejan sujetar á los veinte años los caracteres débiles y amantes. Este recuerdo no le preservó de toda curiosidad, pero levantábase muy pronto en aquellas caídas pasajeras, más avergonzado de sí mismo y con un impulso más irresistible hacia el puro ideal de ternura que Blanca representaba á sus ojos.



Blanca los llamó desde la orilla pág. 428)

No había, pues, nada que temer de la divulgación de un proyecto definitivamente acordado, y Pedro no tuvo ninguna dificultad en conducir á Gilberto á casa de la marquesa de Fonfreyde.

Vivía ésta en la calle de Babilonia, en un antiguo palacio, cuya parte principal ocupaba; en el salón del piso bajo, frente á las altas ventanas que daban al jardín, hallábase instalada poco más ó menos como en el gran salón de Mareuil, de espaldas á la calle, lejos del ruido y del movimiento y sin participar de la agitación parisiense más de lo que hasta ella podía llegar por conducto de Blanca, que había cumplido ya diez y seis años.

Cuando los dos jóvenes se presentaron, la niña había salido; la marquesa los recibió con su acostumbrada bondad, habló de un baile de tarde ideado por Blanca, que invitaría á todas sus amigas, y rogó á Pedro y á su amigo que asistieran á la fiesta.

Gilberto se consumió en impaciencia durante toda la semana. ¡El domingo siguiente iba á ver de nuevo á Blanca de la Fonfreyde, y asistiría por primera vez á una fiesta del arrabal San Germán! Uno solo de estos acontecimientos hubiera bastado para trastornarle; temblaba ante la idea de parecer un intruso y ser como una mancha en aquel baile de señoritas, é imaginábase que estaría torpe y fuera de su centro. Lo que más temía eran las sonrisas irónicas de los jóvenes y de las señoritas, ejercitadas ya en todas las dificultades de la etiqueta, y conocedores de los preciosos secretos del saber mundano. Por eso se ensayaba ya en las actitudes, buscando las frases más propias al hacer su entrada, y prometíase ser sencillo, sin afectación de ningún género, para no caer en ridículo ante tan distinguida concurrencia.

(Continuará)



Vista de Vuhu, donde han estallado recientemente los desórdenes contra los cristianos en China

REBELIÓN ANTI-CRISTIANA EN CHINA

Nuevamente el telégrafo acaba de poner en conmoción á las cancillerías europeas. Del Extremo Oriente llegan noticias de carácter gravísimo, más acentuado por el laconismo de los despachos, asegurando que otra vez arde en rebelión el centro del imperio chino, levantado en fanática cruzada contra los misioneros europeos. Las tranquilas márgenes del río Yangtsee, el *Hijo del Océano* como le llaman los poetas chinos, son el centro de la nueva agitación, que merece ser estudiada, no sólo por la indudable importancia que para todos tiene, sino también porque hay allí ciudadanos españoles, hijos de nuestras órdenes monásticas, por cuya seguridad se abrigan actualmente muy serios temores.

Los movimientos anti-cristianos no son raros en el Celeste Imperio: datan de la época de la primera aparición en los puertos de comercio de los misioneros apostólicos, y se reproducen con insistencia periódica, sin que basten á evitarlos los tratados europeos y los edictos de las autoridades del país. Aquella sociedad, fanática más que religiosa, entregada á las supersticiosas prácticas de un budhismo formalista y grosero, sin fe en el alma ni convicciones en el cerebro, muévese fácilmente cuando piensa entrever una ingerencia extraña en sus usos, sus dogmas ó sus cultos. Y sus movimientos son tan irreflexivos como impetuosos: el torrente que desborda, la avalancha que rueda por los flancos de la montaña, el huracán que da alas al fuego, no causan los desastres de una conmoción popular china en una mañana de motín.

Los que hemos vivido largos años en el Celeste Imperio recordamos con frecuencia hechos de este género ocurridos en los últimos veinte años. Un día, en 1870, se levantó el pueblo de Tientsín contra los misioneros católicos. Estos, franceses de origen y de nacionalidad, se habían naturalmente amparado bajo la bandera de su cónsul; pero este acto, que en cualquier otro país hubiera impuesto respeto á las turbas, allá sólo sirvió para desenfrenar con mayor furia los odios de los revoltosos. El desastre fué terrible. Ardieron las casas de la misión; ardió el consulado de Francia, y tras éstos fueron invadidos, violados y destruídos casi todos los edificios europeos de aquel puerto. La bestia popular atacó á las personas, y no perdonó á una sola de las que pudo dar alcance. El cónsul, los frailes, once hermanas de la Caridad, tres ó cuatro extranjeros más, fueron las víctimas sacrificadas en un día de orgía. Y ¡detalle horroroso! entre estas víctimas se hallaban dos jóvenes recién casados que acababan de llegar de Francia en la mañana de aquel día, y debían salir al siguiente para Pekín, donde el marido ejercía el cargo de secretario de Legación: con ellos se cebaron de una manera encarnizada.

Diez años más tarde ocurrían desórdenes análogos en la provincia del Hunán, en cuya parte septentrional hay un vicariato español de frailes agustinos. Esta misión es de muy reciente origen, pues sólo data de 1878. En esta época se presentaron por vez primera en aquel remoto lugar nuestros regulares del Escorial, llamados por un venerable prelado español, á quien habían desterrado de la patria las revoluciones políticas sucedidas en el primer tercio del presente siglo. Monseñor Navarro, que así se llamaba el vicario apostólico, había abandonado en 1836 el incendiado convento de su lugar para refugiarse en Italia, de donde salía más tarde como simple misionero para evangelizar á los incultos habitantes del centro de la China. Con grandes esfuerzos consiguió crear una misión que dependía de Italia; pero al llegar al final de su jornada, sintiendo extinguirse con la juventud los ardores del entusiasmo, y convencido de que por falta de personal no progresaban sus cristiandades, volvió los ojos á España, pidiendo el auxilio de los padres agustinos, á los cuales ofrecía dividir su misión. Así obtuvieron éstos la parte septentrional de la provincia del Hunán, y aunque no tardaron mucho tiempo en presentarse en el nuevo campo de su actividad y de sus labores, tuvieron al llegar el primer desconsuelo de saber que el obispo Navarro acababa de morir.

Y empezó entonces el martirio de nuestros misioneros: lento y oculto primero, á la luz del día después, provocado por las intransigencias y los odios de los literatos y mandarines del distrito, que comenzaron por negarles la sal y el agua, por hacer el vacío en torno suyo, por prender y ocultar á los cristianos que les servían, y concluyeron por levantar en insurrección al pueblo de Yuen-chiang Shien contra la casa-iglesia y contra los frailes españoles. Fué invadida y saqueada la primera: éstos tuvieron que pedir á la obscuridad de la noche auxilio para la fuga, efectuada entre mil azares y peligros.

El gobierno español se preocupó muy seriamente por aquel atropello, que vulneraba los derechos consignados en nuestros convenios con la China, y decidió obrar con energía enviando á los sitios más próximos del lugar donde ocurrió un buque de guerra de la nación y un delegado especial que exigiera la reparación debida. Obtúvose ésta después de largas y pesadas negociaciones: lo que no se ha conseguido luego es asegurar la paz y la tranquilidad de aquella misión, muy combatida por múltiples circunstancias que no son del caso, y también alguna vez perjudicada por la inexperiencia de los mismos religiosos.

Estos odios de los chinos contra los misioneros católicos se han extendido ahora á toda la cuenca del río Yangtsee. Ignoramos aún el motivo de su explosión; pero es seguro que al ser conocido evidenciará una vez más la barbarie y la crueldad de aquellas razas asiáticas, mal encubiertas por el barniz de su antigua civilización. El movimiento de Tientsín en 1870 fué provocado por el rumor popular que propalaba la noticia de que en el asilo de huérfanos de las hermanas de la Caridad se mataba á los niños para sacarles los ojos y el corazón y hacer medicinas con estos órganos humanos. En 1880, en Yuen-chiang se aseguraba que los españoles eran monstruos con cabeza de acero, que comían arena, vivían en la mayor miseria y destrozaban los cuerpos de los moribundos para abonar los bosques de bananeros. Otra invención de este jaez habrá provocado ahora en todas las riberas del Yangtsee el movimiento, más grave porque comprende un sinnúmero de misiones, alejadas de los puertos de comercio y por lo tanto sin la efectiva protección que podrían dispensarlos las escuadras extranjeras.

La cuenca de Yangtsee tiene un número respetable de vicariatos apostólicos, servidos muchos de ellos por regulares lazaristas franceses: otros por frailes franciscanos italianos: uno por padres agustinos españoles y otro por regulares belgas é irlandeses. Cada vicariato abraza media provincia china, ya que ordinariamente éstas se hallan divididas en dos misiones; y hay que tener en cuenta que las 18 provincias de la llamada China propia, que ahora nos ocupa, tiene cada una de ellas la extensión y la población de nuestra vecina Francia. Puede así calcularse mejor que citando datos aritméticos la inmensidad del territorio de aquella región, en el cual vagan como perdidos esos misioneros que tan á duras penas consiguen agrupar en torno suyo pequeñas congregaciones de creyentes. Fijándonos sólo en la misión española, podemos afirmar que constando de un distrito mayor que la mitad de España, tiene sólo un personal de siete ú ocho misioneros, cinco ó seis capillas y unos quinientos neófitos.

Allí todo es pobre y miserable. El misionero debe renunciar á las mayores exigencias de la vida europea y resignarse á vivir como un indígena, con la pequeña retribución que recibe de su patria. Debe, además, socorrer á sus cristianos, muchas veces para que no le abandonen: cuidar del culto, satisfacer sus gastos, y obligar con presentes á los mandarines para que no le hostilicen. La abnegación y el sacrificio de aquellos pobres frailes no tienen límite: hay que verlos en la obra y pasar á su lado por todas las miserias é inconvenientes de su vida para comprender lo que ésta encierra de grande y heroico.

Pero su labor es estéril, y lo será mientras no cambien radicalmente las condiciones del pueblo chino. Allí nadie es capaz de moverse por ideales, ni de sentir la necesidad de una vida moral mejor, que tampoco se aviene con su constitución presente. Pueblo polígamo, como todos los del continente asiático, es inútil pedirle la restricción de sus goces materiales ni cantarle las excelencias de una familia, una mujer y un hogar. Es música que no entiende, y conducta que jamás practicará mientras tenga medios materiales de seguir otra contraria.

Así lo sienten los mismos misioneros cristianos, y en general se resignan á conservar los pequeños rebaños de sus comunidades, reuniéndolos los domingos en las pequeñas iglesias de los pueblos. Estas son edificios chinos sin ningún signo exterior que indique su destino: no se alza la cruz sobre la fachada, ni suena al lado la campana para congregar á los creyentes. Tan sólo en los sitios donde se disfruta de relativa tranquilidad se ve colgado junto á la puerta un gran tablero de madera negra con una inscripción en caracteres dorados que dice *Iesu Tang*, templo de Jesús.

En los campos abundan también las capillas cristianas. Los misioneros católicos han seguido la corriente poética que mueve á los naturales del imperio chino á admirar y cultivar las bellezas de la naturaleza. Allí donde los pueblos y ciudades son infectos depósitos de suciedad y porquería, los campos ofrecen en cambio el singular contraste de su hermosa vegetación, de sus tierras fertilizadas por las aguas

que nunca faltan y por el clima suave y dulce de las regiones templadas. Los labradores son muy aficionados á vivir agrupados en pequeñas aldeas ó caseríos junto á sus campos de cultivo, entre bosques de bambúes y de gigantescos sicomoros y acacias.

El suelo es llano, pudiéndose viajar días enteros por las provincias del centro sin ver una montaña en el horizonte. Esto ocurre porque todo aquel terreno está formado por los aluviones de los grandes ríos del Asia central en el transcurso de muchos siglos. Pero donde antes hubo una isla, que ahora es montaña ó cordillera unida al continente, el genio de los chinos se ha apresurado á levantar en ella templos y monasterios, consagrados á la religión nacional. Y más que en parte alguna, tal ocurre en la cuenca del Yangtsee, en donde se ven los famosos templos de la Isla de Oro, los de los Dos Hermanos y tantos otros situados en sitios pintorescos como quizá no se encuentren en Europa.

Los católicos han seguido el mismo sistema, edificando iglesias y capillas en los montes, que la idea popular rodea de cierta natural veneración. Recuerdo que durante los últimos tiempos de mi permanencia en China, presa de fuertes calenturas que no acertaba á curar, fuí aconsejado que pasara una temporada en las alturas de una montaña para ver si el cambio de aires modificaba mi dolencia. Un buen fraile lazarista me ofreció el asilo de su misión en la cima de una sierra vecina á Kiukiang, y allá fuí para disfrutar durante quince días el espectáculo más hermoso que la naturaleza puede ofrecer con sus naturales bellezas. Pobres y humildes eran los edificios chinos que se agrupaban en torno del templo; pero el inmenso bosque, los árboles seculares, el arroyo que se deslizaba al pie de la casa, la poesía del estío, su amenidad y su frescura, se grabaron en mi mente en indeleble recuerdo, avivado ahora por la triste noticia de que este pintoresco sitio ha sido uno de los primeros que la reciente rebelión ha destruído é incendiado.

El motín estalló en Vuhu, en los primeros días del último mes de junio. Este puerto es uno de los más importantes dentro del río Yangtsee, por estar situado cerca de los distritos productores de te, cáñamo y arroz. Es además ciudad industrial, pues en ella se fabrican las cuerdas rojas usadas en todo el imperio, cuchillos y objetos de acero de inferior calidad, y en sus inmediaciones se hallan las fábricas que producen el mejor papel chino para escribir y dibujar, hecho con la corteza de los árboles de sebo y morera y con paja de arroz. La ciudad tiene aspecto muy especial vista desde el río, porque domina la línea baja de sus monótonas construcciones una antigua pagoda budhista, desmantelada por las pasadas guerras civiles del imperio. En su recinto se albergan los literatos más fanáticos, y ellos han sido, con sus predicaciones por las calles y sus proclamas fijadas en los muros, quienes han iniciado el movimiento popular contra los cristianos, que con la rapidez del rayo se ha extendido por el Sur á la región del lago Poyang, y por el Oeste á las provincias de Nganvuei, Hunán, Hupéh y quizás Kueitcheu.

Ha ocurrido lo de siempre: asaltos, incendios, destrucciones de edificios y asesinatos. Hasta ahora se ignoran el número y la calidad de las víctimas, porque hasta los puertos exteriores del río sólo ha llegado el rumor de los sucesos, sin poderse precisar aún sus efectos. Pero el hecho es más grave ahora, porque no sólo los mandarines y autoridades han hecho causa común con el pueblo sublevado, sino que se han unido á los revoltosos las tropas imperiales enviadas para castigarlos. La alarma provocada por esta noticia ha hecho concentrar en los mares de la China todas las naves de guerra extranjeras que se hallaban en la costa occidental del mar Pacífico; y nosotros, que también en esta ocasión hemos procedido con gran actividad, tenemos en las aguas del Yangtsee un crucero nacional, que á la hora presente debe hallarse junto á la misión española en el puerto de Hongkeu, y no de Hongkong como han escrito equivocadamente todos los periódicos.

Y de esta misión española no se tienen aún noticias concretas. Se sabe que ha estallado también la insurrección en su distrito, pero se ignora si entre los frailes agustinos ha habido alguna víctima. ¡Quiera Dios que nuestros marinos hayan llegado á tiempo de salvarlos!

Eduardo Toda

NOTICIAS VARIAS

EL PORTE DE LAS CARTAS EN EL JAPÓN. – Cuando comparamos lo que cuestan actualmente los portes de las cartas con lo que costaban no hace mucho tiempo, sorprende en verdad la baratura que en este servicio se ha logrado. Tenemos, por ejemplo, la tarjeta postal que por diez céntimos nos permite comunicar con comarcas situadas á centenares de leguas. Y aun en el interior de Inglaterra la tarjeta postal cuesta solamenre medio penique, ó sean aproximadamente cinco céntimos.

Pero en donde los portes postales alcanzan una baratura superior á cuanto podamos imaginar es en el Japón: en efecto, una carta puede atravesar todo aquel imperio mediante dos *sen*, suma equivalente á algo más de medio céntimo, y esto es tanto más asombroso cuanto que el Japón es un país sumamente montañoso, dotado de pocas vías férreas y en donde por los caminos ordinarios no pueden á menudo pasar vehículos de ninguna clase. El servicio de correos está generalmente confiado á peatones muy diligentes que ganan un jornal muy mezquino, como todos los japoneses, cuya sobriedad es proverbial.

* * *

UNA SONDEADURA INTERESANTE. – Una compañía americana que se dedica á la explotación de la nafta posee un pozo de un kilómetro de profundidad y 18 centímetros de diámetro que ha atravesado ya espesas capas de hulla, de cuarzo aurífero, de hierro y de otros metales. Cuando este pozo habrá alcanzado una profundidad de 1.500 metros, será explotado, según se dice, por las autoridades americanas que acometerán la empresa de hacer la sondeadura más profunda de cuantas hasta el presente se han llevado á cabo y seguirán profundizando hasta que se haga imposible continuar la operación.

Este experimento se realizará con un fin científico y durante él se anotarán los hechos interesantes, se recogerán muestras de todas las capas atravesadas desde que se comenzó á abrir el pozo para reconstituir la superposición de las capas geológicas: con los resultados obtenidos, las muestras recogidas y las observaciones hechas, se organizará en 1893 una exposición especial en Chicago.

* * *

LA CREMACIÓN DE LOS CADÁVERES EN PARÍS – En el cementerio del Este de la capital de Francia se ha instalado recientemente una nueva estufa que funciona de continuo, de modo que puede ponerse en actividad al momento de llegar un cadáver: además está dispuesta de modo que pueden ser incinerados tres cadáveres á la vez. Consiste la estufa en una cámara abovedada en donde se verifica la cremación; en un mecanismo para aprovechar el calor de las evaporaciones y en un horno para producir el gas generador necesario á la cremación. Este, al arder, pone las paredes de la cámara á una temperatura de 700 á 800 grados, merced á la cual la incineración del cadáver se realiza en muy poco tiempo.

Esta estufa consume unos 720 kilogramos de cok cada 24 horas: para una incineración bastan de 35 á 40 kilogramos. Entre una incineración y otra de cadáver utilízase la estufa para la cremación de los restos humanos procedentes de las salas de disección de París.



¡SIN PÁJARO! ¡POBRECILLO!, estatua en bronce de D. Torcuato Tasso, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 13 de julio de 1891 — Núm. 498

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA HAMACA, cuadro de Van Den Bos

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La emperatriz Eugenia. – Trágicos y terribles contrastes. – La Providencia y la Historia. – Un libro de la duquesa de Alba. – Grandezas militares. – Muerte de María Buchental. – Carácter de esta eximia señora. – Las Academias nacionales y las damas españolas. – Propósitos de presentar á Carolina Coronado y á Emilia Pardo Bazán en la Española. – Una comedia de Aristófanes como advertencia y recuerdo á los varones académicos. – El realista Zola converso al idealismo y del idealismo catecúmeno. – Su ópera *El ensueño*. – Santa Isabel de Hungría desvestida en cuadro religioso. – Escándalos. – Reflexiones – Conclusión.

I

Una especie de aparición ha discurrido estos días últimos por la capital de Francia, despertando trágicas memorias. Me refiero á la emperatriz Eugenia. París acaba de verla envuelta en sus lutos como en el respectivo sudario un cadáver; á los años y á los desengaños encanecida; con su muleta en la mano, apoyando un cuerpo decrépito y temblón; la faz arrugada, la frente nubladísima, encorvado el esternón, desfigurada la cintura, perdido el antiguo aire de arrogancia castellana, semejante á las almas en pena de los cuentos campestres, venidas del otro mundo al tañido del bronce litúrgico que pide rezos para los muertos en las largas noches invernales. Ella, destronada y solitaria, sin esperanza ninguna de restaurar el trono deshecho por las tormentas populares ni de rever la dinastía dispersa por un hado enemigo, recorre los espacios de donde ha descuajado la cólera revolucionaria los templos de su fortuna, y pasa por los sitios donde su hijo malogrado jugueteaba con una corona y un cetro, cuyos vislumbres cegaban los ojos de la madre y de la emperatriz con promesas de poder en una perdurable regencia. Cuando haya visto las Tullerías desvanecidas á manera de fugaz decoración teatal, cómo habrá comparado su desvanecimiento á la pérdida y ruina de tantas y tantas ilusiones cual fueran en días ya devorados por la eternidad á regalar sus oídos y endulzar sus labios. La iglesia de Nuestra Señora le habrá recordado sus nupcias, que traían á las mientes los festejos aparatosos y las curias cortesanas del primer César; aquel Teatro de la Opera, los espectáculos y representaciones que allí apercibían á Europa entera sus pomposos ensueños; el Campo de Marte, cuando iba seguida por una cohorte de soberanos reinantes, quién á las orillas del Bósforo, quién á las orillas del Neva, en una procesión casi fantástica, repartiendo los lauros verdes é incruentos del debido premio á los esfuerzos gigantes de la industria y del trabajo universal. Aquellos regocijos y estos lutos, la púrpura de ayer y la estameña de hoy, los brillantes que relucían en sus trenzas y las lágrimas que ruedan por las mejillas, tanta corte compuesta de reyes y esta posada solitaria por cuyos ámbitos aparece algún amigo como evocado de otro mundo, las frentes que se inclinaban sumisas y los ojos que relampaguean iras terribles, concluyen por componer contrastes cuya contemplación enseña la perennidad nunca interrumpida del dolor trágico en nuestra especie. Y francamente, aseveramos del viaje de la napoleonida emperatriz á Francia lo mismo que aseverábamos del viaje á Francia de la emperatriz Victoria, pues en tanto que recuerda la una el imperio vencedor al empuje de la guerra sobre Francia, la otra recuerda el imperio que rindió al extranjero Francia por irreflexiva traición ó por imperdonable cobardía. Incomprensible para mí que señoras de una delicadísima epidermis, de una sensibilidad tierna, susceptibles de toda clase de impresiones, con cierta nerviosa irritación á su educación y á su sexo casi congénita, muy adivinadoras por tiernas y delicadas, olviden los recuerdos que levantan en París con su presencia y no escuchen las voces de maldición y los sollozos de llanto despedidos por la tierra que sus pies huellan sembrada de innumerables humanas víctimas, á cuya reconvención silenciosa debían estremecerse todas sus entrañas. Pero ¿qué remedio? Eugenia no pudo nunca resignarse á lo vulgar y ordinario en la vida. Gustábale, como al águila el picacho eminente y aislado, á ella la singularidad maravillosa. Imposible recorrer un monumento, una montaña por la emperatriz también recorridos, que no guarden algún recuerdo patente de que llegó á la cúspide más elevada y al sitio más peligroso. Una de sus más brillantes cualidades fué, sin duda, el valor, y el valor temerario. Ascender, ascender siempre, á la continua, casi era en su complexión como el vuelo en las aves. Otras almas de mujer piden alas de ángel á la oración y entran en los místicos cielos de la viva fe. Eugenia, más de su tiempo, no quería volar, sino subir el repecho de la fortuna con esfuerzo, con anhelo, hasta con violencia. ¿Cuál era por 1852 el sitio más elevado de nuestra Europa? El trono de Napoleón III. Pues en cuanto se acercó al escalón primero de tal eminencia, y vió su altura, propúsose con resolución inquebrantable subir á la cima. Napoleón, inclinado á las idealidades vagas, á los ensueños inverosímiles, á los planes fantásticos, á mil descabelladas propensiones, acrecentadísimas en los ejercicios del poder supremo y absoluto, había menester una esposa capaz de combatir sus tendencias á lo milagroso, casera y económica, de poca poesía en el magín y de mucha previsión en el sentimiento; una esposa que lo apaciguase mucho en vez de impelerlo á todo; que le atajase las ambulaciones erráticas por los fantaseos continuos, atándolo á la piedra del hogar, donde hubiese aprendido la vida y la política reales; que le presentase los hijos como lastre á sus ambiciones y lo divirtiera de aventuras, en todas partes dañosas, pero más en las cumbres guardadoras de la suerte de los pueblos y por lo mismo erizadas de tremendas responsabilidades históricas. Una mujer de su casa necesitó Napoleón III. Pero esa hija de Andalucía, hermana de las huríes orientales, con la sangre de una Ofelia en sus venas y el fuego de las Alpujarras en su fantasía, nacida en tierras donde la naturaleza parece un poema vivo y criada en la nación de los espejismos del alma y de las aventuras increíbles engendradas por excesos casi de no imaginadas heroicidades, en vez de calmar el genio y el carácter inquietos de Napoleón III, debía poner en sus ensueños del Norte y en sus vagas nebulosidades germánicas y en su idealismo puro y abstracto el relieve de nuestras formas plásticas, el toque muy encendido de nuestra luz meridional, el hueso y la carne y los músculos y la caldeada sangre de nuestra complexión heleno-semítica, la cual apenas ha concebido una idea en la pura inteligencia ¡oh! se atreve á encarnarla en la impura y viciosa realidad. Por ende la ocupación de Roma, por ende la guerra prusiana. Respetemos el dolor y recojámonos con religioso miedo ante los designios de la Providencia y los juicios de la Historia.

II

Dos nombres del sistema solar de la emperatriz Eugenia en estos días han brillado; el uno por los crepúsculos matutinos de la juventud y de las letras, mientras el otro al anochecer de la vida, es decir, en el último y supremo crepúsculo que precede á las eternas sombras. Hablo de Rosario Alba y de María Buchental, como sus amigos y devotos las llamaremos siempre. Hija de una Cervellón, Rosario me recuerda, cuanto voy á la ilustre casa de mis amados amigos, sus padres, la torre señorial de sus abuelos, la torre de aquella Elda incomparable, á cuya sombra pasó mi lejana infancia, en territorio de ciudadanos libres hoy, ayer terruño de vendidos siervos. Y á esta nobleza de su madre une por su padre la célebre de los Moras, que tanto poder tuvieron en tiempo de Carlos V y de Felipe II, así como por su marido la encumbradísima de los Alba junta, merced el Ducado de Berwich y el apellido de Estuardo, con derechos históricos, que fueran privilegios respetados en otros tiempos, al trono de Inglaterra, muy análogos con los que tiene la noble familia de los Lacerdas al trono de nuestra España. Y digo todo esto, y todo esto recuerdo, magüer mis ideas republicanas y democráticas, para loar y encarecer el sobresaliente mérito patentizado por la consagración desde tales alturas al trabajo porfiadísimo de los historiadores y de los cronistas. Por manera que Rosario, no solamente caza como Diana en sus bosques, y danza como las Muzas en sus palacios, y tañe su piano como las reinas medioevales del amor y de la poesía pudieran tañer guzlas y vihuelas con áureo plectro; entra en los hondos archivos en que guarda los timbres más preciosos del viejo tiempo histórico, escribiendo prólogos de verdadera maestría histórica al frente de curiosos papeles escogidos y recopilados por ella con sumo arte y con exquisito gusto. El encanto supremo de todos estos papeles históricos proviene del contraste brusco entre lo magno de tales sucesos y lo pequeño de las minuciosidades á que nos condena la vida vulgar y diaria. El sitio de Granada, el encuentro ciclópeo de Mulberga, la muerte de María Estuardo, los reinados trascendentes al mundo entero de María é Isabel Tudor en Inglaterra, la campaña de Flandes, los litigios entre nuestro imperio español y el pontificado ejercido por adversarios nuestros tan implacables como Caraffa, ó sea Paulo IV; la educación del fantaseado príncipe D. Carlos y de aquel otro príncipe que triunfara en las aguas de Lepanto, la muerte y desaparición del rey don Sebastián en las arenas líbicas, el restablecimiento de nuestro Estado en Portugal y la invención de América; tantas grandezas, vistas en particularidades casi domésticas de comunicaciones casi privadas, toman algo del carácter que tienen las multicolores miniaturas en los viejos cartularios y en los libros litúrgicos. No puede nunca loarse cual merece la devoción de Rosario Alba por antepasados suyos, que tuvieron la estatura de titanes y modelaron á sus plantas el viejo y el nuevo mundo. Su delicada mano de mujer, colocando estas armaduras y estas lanzas y estos machetes de las guerras entre los hombres en volúmenes de Historia, principalmente militar, pone sobre todos ellos algo de las exquisitas cinceladuras con que repujaron y hermosearon el acero los dedos mágicos de Arfe, Guiberti ó Benvenuto. La elegancia suprema, la distinción verdaderamente aristocrática, el gusto de una gran dama española, se revelan desde la encuadernación y la portada que huelen á miñonísimo tocador, sin detrimento ni mengua de la ciencia. Joven Rosario, como es un ornato inapreciable hoy de nuestra sociedad, puede ser mañana una maestra en la patria historia. Y bien hemos de tan preciosos ornatos menester, cuando á diario nos los arrebata la muerte, que todos los días aniquila ó una simiente ó una flor ó un fruto. ¡Cómo nos ha cruelmente á todos herido hiriendo á María Buchental, tan amada por sus amigos! Aquel sano regocijo suyo, aquella conversación interesantísima, el eco de su voz melodiosa, la prestancia de su figura escultórica, el arte sumo con que se vestía en sus buenos tiempos obedeciendo á sentimientos estéticos, la presidencia de honor que le daban todos en sus literarias tertulias, el consuelo que cada cual recogía en las penas y el estímulo en las tareas diarias dábanle prestigios y privilegios sociales de los más altos y de los más sólidos, fundados sobre los propios méritos y el universal reconocimiento de ellos y no sobre ficticias y convencionales alcurnias. Lástima grande que María, la tolerancia y la discreción y la inteligencia en persona, incapaz de malherir á nadie ni de atizar pasiones políticas, hubiera en los últimos días de su vida exaltádose por la revolución imposible y utópica, en términos que dominaron su salón los insufribles sectarios á cuyas intransigencias ahuyentáronse de allí sus mejores y más devotos amigos. ¡Descanse tan excelente señora en la paz de Dios!

III

El ejemplo de Rosario Alba será seguido por Carmen Guaqui, así como por otras muchas de nuestras primeras damas, bajo cuyas múltiples llaves domésticas enciérranse hoy cien secretos históricos. Y al ver esto, ha comenzado un movimiento de opinión favorable al ingreso de las señoras en los institutos literarios y científicos de primer orden. Hay quien propone á las supradichas para tan útil Academia como la que vigila nuestra Historia, y hay quien propone otras para la que lleva el título más moderno y prosaico de Academia de Ciencias Morales y Políticas. Nunca olvidaré, nunca, el ruido que se armó cuando yo propuse la reparación de una grande ingratitud cometida con poetisa tan dulce y melodiosa como Carolina Coronado, cuyos versos hicieran la lengua nuestra tan música, nombrándola desde luego y uniéndo á este nombramiento el de una escritora que posee vocabulario tan copioso y estilo tan bello como la brillantísima Emilia Pardo Bazán, cuyas obras constituyen hoy una especie de literatura entera por lo diversas y por lo importantes. Creedlo: las lenguas, como las letras, tienen su lado femenino, del cual no

pueden separarse por sistema sin dejar incompleto su carácter. ¿Quién duda que la mujer, como madre, sabe decir á los niños, por ejemplo, palabras cariñosas en diminutivos casi gorjeados por su canora garganta y esmaltados por sus dulces labios, las cuales palabras cariñosas no se le ocurrenán un hombre jamás, aunque las rebusque con la paciencia de un benedictino en todos los léxicos del mundo? La resistencia de muchos á incorporar las señoras ilustres en los cuerpos literarios me recuerda una célebre comedia de Aristófanes, que lleva por título Lysistrata, y cuya evocación encaja en este asunto como anillo al dedo. Lysistrata personifica el dolor sentido por Atenas allá en su interior, viendo la despoblación de sus ciudades, la triste aspereza de sus campos, la mengua de su nombre, la viudez de sus hijas, por causa de guerra nutrida de las pasiones populares. Y cansada de su hogar vacío, de su lecho solitario, de su mesa destituída del goce superior entre todos los goces domésticos, de la conversación y coloquio con los seres amados, recuerda la importancia suya, así en lo político cual en lo particular, y se propone aprovecharla en pro de su Atica triste y yerma. Lysistrata quiere decir licenciamiento de tropas. Y puesto que los hombres abrazan el estado belicoso, abraza ella el estado pacífico. Con este fin propio, con el fin de procurar la paz, expide su convocatoria correspondiente para entenderse contra los hombres á todas las mujeres. Por espacio de algún tiempo nadie la oye. Si á una fiesta de Pan citara llena de festines y á una fiesta de Baco llena de borracheras y á una fiesta de Venus llena de crápulas, todas marcharan solícitas en requerimiento y busca de múltiples emociones; pero como las cita y llama en bien de la patria, no acude ninguna. Al cabo, la primera en acudir oye las invectivas de Lysistrata por su retraso, y procura desvanecerlas, diciéndole cómo las mujeres no pueden acudir á las citas con aquella facilidad que los hombres, ocupadas en despertar el esclavo remolón, en vestir al niño lloroso, arreglar las cuentas del día, barrer las estancias empolvadas, lavar los rostros sucios: largas é inevitables futilezas. Pues he ahí lo que trata Lysistrata de impedir; el empleo de la mujer en oficios vulgares, cuando reunidas pueden evitar á Grecia la mayor entre todas las plagas imaginables, la plaga de una guerra. Nada ya de recluirse dentro de casa, perfumarse con pastillas orientales, vestirse de amarillo, calzarse peribarides, adobarse con mixturas el rostro y la piel con pomadas; todo esto debe ceder al deseo de servir á una patria tan hermosa como Grecia y sacarla de su terrible cruenta lucha. Por fin las mujeres oyen tales reclamos y se aperciben á congregarse un día dado, yendo de todos los puntos del territorio griego á la madre Atenas. Aunque despiertas muy de mañana y metidas en sus barcos para surcar el corto estrecho de Salamina, las salaminesas no llegaban. Tampoco las sacarnienses, la mujer de Theógenes, que se hallaría consultando á Hécate, ni las beocias ni las peloponesas. Por fin, tras tanto aguardar, llega Lampito, que representa y personifica á Esparta, el país de las mujeres hombrunas. Y con mucho donaire se mofa Lysistrata de estas sus camaradas las lacedemonias, curtidas en los ejercicios espartanos y les dice tras un elogio á sus fornidos cuerpos y á sus colores purpúreos, que podrían desjarretar un toro con sus puños. Y no solamente se mofa de su complexión harto fuerte para mujer, sino del ejercicio continuo en gimnasia que les da tanto vigor y de los saltos en los cuales se golpean con los talones las nalgas. Así va pasando en revistas y más revistas las mujeres de Beocia que huelen á poleo, las mujeres de Corinto que cojean siempre y todas cuantas pudo haber á mano. Ellas en las revistas y fuera de las revistas no hacen más que plañerse. Esta se duele de tener en Tracia su esposo, la otra de tenerlo en Pilos vigilando siempre, quién de verlo entrar por las puertas únicamente para ceñirse su escudo y largarse, quién de no quedarle ni un milesio para consuelo de su vejez ni un escudo para granjearse pobre copa de vino. En cuanto las lamentaciones han acabado, anuncia Lysistrata medio fácil y pronto, el cual conduce á extirpar todos estos males de raíz, impidiendo su reproducción y renacimiento. Con su natural curiosidad alargan las mujeres el cuello á guisa de cisnes arrullados ó de yeguas piafadoras y abren los oídos á recoger la fórmula de tan saludable receta. Los aires de Pitonisa en el momento de bajar la inspiración al seno y transmitirla con frases incoherentes y entre amarguísimos espumarajos toma Lysistrata para decir su recatado secreto. Mas en cuanto lo dice, promueve una sublevación total. ¿Pues no propone á las mujeres abstenerse y

Estatua yacente del frontispicio oriental del templo de Júpiter en Olimpia
(Véase la descripción)



Cabeza de Mercurio descubierta en las ruinas de Olimpia



RUINAS DEL TEMPLO DE JUNO EN OLIMPIA - VISTA TOMADA DESDE EL OESTE

separarse de los hombres? Al oir tal despropósito vuelven todas la espalda. Y así, unas mueven la cabeza, otras mudan el color, éstas se muerden los labios, aquéllas derraman copiosas lágrimas, y las más convienen airadas en que perdure la guerra. Lysistrata llega, viendo esto, á enfurecerse y les dice como, aquejadas de tal incurable lascivia, no deben dolerse de modo alguno si las ofenden y denuestan en el teatro. Avergonzadas de la debilidad con que les dan en rostro, todas, por último, ceden y se disponen á la extraña huelga. Recluiránse, como las diosas en sus respectivos santuarios, ellas en su alcoba; pintarán de iris las uñas para más hermosearse; vestirán transparente túnica de Amotgos; y resueltas á no caer en brazos de sus parejas, excitaránles todos los deseos sin satisfacerlos hasta tanto que hayan desistido de sus guerras y entrado en el seno de segura blanda paz. Tras tales propósitos sucede lo que naturalmente trae consigo aparejada la costumbre de los antiguos tiempos: un verdadero juramento religioso, con todas las ordenanzas ritualescas ofrecido y prestado. Arde la pira del holocausto, corre la sangre del cordero, robosa el vino de Tasios en la copa de oro, suenan los versos armoniosos á la soberana persuasión; y después de haber visto el rojo color del hirviente líquido y haber abierto las narices para olerlo y aspirarlo, juran todas no rendirse á hombre ninguno mientras se hallen metidos y enfrascados en la guerra. Mas no basta con tal juramento, que aun después de concluído y observado por ellas, quizás en ellos no ejerza ningún influjo; se necesita cerrarles todos los caminos, cortar todos los recursos guerreros, detener provisiones, impedir levas y reclutamientos, acaparar el Estado, ejercer el gobierno. Una vez resueltas por tales extremos, no se detienen las insurrectas en barras. Hay en la fortaleza de Atenas, en la inmortal Acrópolis, un tesoro guardado por Minerva, del cual sacan los guerreros aquellos recursos indispensables á la sustentación y alimento de sus combates. Mientras de tal resina se nutra, no podrá extinguirse nunca el tizón de la discordia. Dicho y hecho; las mujeres en pelotón corren al castillo, atraviesan las puertas por sorpresa, invaden sus senos; y declarándose propietarias de aquel elevado seguro, dispónense á una redonda negativa de todo recurso para ver si, atribulados los hombres en la penuria de medios, ceden al cabo y firman la paz pública. Imaginaos el espanto de todos, pero con especialidad muy particular de los ancianos, viendo cosa nunca vista, la primer forma social helénica, el matriarcado reascendido tras tantos siglos á las alturas sociales, y las amazonas, vencidas por Teseo y por Aquiles, entrando rehechas en el sacro fuerte de Atenas para restablecer su dominación secular destruída por un esfuerzo doble de los hombres y de los siglos Frotaban sus ojos, abrían sus oídos, interrogábanse unos á otros, convertían las miradas y alzaban los brazos al cielo sin dar asenso á todo cuanto sucedía, cual si presa de un sueño, todos á una sufrieran irremediable pesadilla. Pero las mujeres, gracias á Lysistrata, quedan poseedoras de su invencible fortaleza. Ignoro si los señores académicos resistentes al ingreso de las señoras en sus respectivas Academias habrán meditado alguna vez acerca del asedio y rendición de la noble fortaleza griega por las enfurecidas y sublevadas mujeres. Guardaos de las iras de Minerva.



LECCIÓN DE CROCHET,
cuadro de D. Gastón Pujol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IV

Dejemos las letras académicas y vamos á las letras realistas. Este género de literatura se inflige un verdadero mentís hoy á sí mismo. Empecatado en que solamente hay verdad real y no verdad ideal, suele desdeñar del arte aquello que juzga inverosímil, olvidando como hay géneros de arte; por ejemplo, el teatro, donde la inverosimilitud está en todo y la ilusión es todo. No gozará de la escena quien vea lienzos azules en los cielos teatrales, personas de hoy en los personajes de Babilonia ó Jerusalén, faroles de gas ó electricidad en las blancas lunas bendecidas por los arpegios de Norma, ó lenguaje corriente y vulgar en los hexámetros de Sófocles y en las décimas de Calderón. El mayor tributo que puede pagar al imperio de lo ideal un realista como Zola, está en tolerar que tallen de sus novelas dramas y de estos dramas libretos. ¿Cómo? Puédese llevar la ficción hasta convenir en que personas de carne y hueso digan cuanto se les ocurra cantando y acompañadas por una orquesta, con las candilejas y la concha del apuntador delante, á los sendos lados los bastidores, detrás el mentido telón de foro, sobre la cabeza el cielo de algodón y bajo los pies una tierra de tablas; puédese llevar la ficción á un extremo tan grande, y habrá que rechazar otras convenciones menos embusteras para congraciarse con quienes piden la verdad ante todo y no creen hallarla sino dejando al aire libre abiertos los pestíferos pozos sucios, por cuyos hediondos senos corren los detritus del excremento social. Zola se ha decidido á que un dramaturgo le ponga en diálogos y actos las novelas, y este dramaturgo á que un músico ponga su drama en solfa. Cuando se hacen todos estos reconocimientos oficiales del poder que tiene la mentira en el arte, no hay para qué sublevarse contra la verdad contenida en todo lo ideal. El trasmutado libro de Zola se denomina *El ensueño*, y hay en él arcos góticos, altares sacros, ojivas é incensarios, cánticos gregorianos, procesiones meridionales, efigies y simulacros litúrgicos, un derroche de idealismo, como el que pudiera dispendiar poeta entregado á la imitación de Lamartine ó de Manzoni. La protagonista está enamorada, mas no conoce bien el objeto de su amor, ignorante allá en sus alucinaciones y fantaseos si le inspira tal pasión un santo de las vidrieras multicolores que los rayos del sol poniente avivan, un ángel descendido con su ramo de azucenas á visitarla en sueños desde las alturas del Empíreo, un sacristán que se bebe las vinajeras como puede beberse las lámparas cualquier lechuza, un pillo de playa; y en estas incertidumbres muere de amor sobre su lecho virginal como cualquier aparecida de una leyenda ideal y recibe un sacramento como la Extremaunción en escena. Y puesto que hablamos de las crudezas del realismo y vemos cómo les ha faltado en la práctica un hombre cual Zola, digamos algo de cierto cuadro del pintor Calderón,



VISITA, cuadro de D. Joaquín Agrassot



GRAN KERMESSE CELEBRADA EN LOS JARDINES DEL PARQUE DE BARCELONA EL DÍA 23 DE JUNIO, dibujo y composición de D. Nicanor Vázquez

1. Baile inglés. – 2. Teatro Guignol. – 3. Kiosco destinado á la venta de dulces, flores, etc., para la beneficencia – 4. Gran tómbola á beneficio de los pobres. – 5. Paseos en burros
6. Circo ecuestre y gimnástico. – 7. Gran baile mitológico

consagrado á Santa Isabel de Hungría en las Exposiciones londinenses. ¡Ah! Siempre que tal asunto se trate, surgirá en la memoria de todos aquella obra del mago de los colores, inscrito en el calendario de los inmortales con el nombre de Murillo. Repúgname á mí, lo declaro, la sobrada verdad con que allí están vivos los pobres leprosos. La tiña hiede casi. El muchacho que se rasca os echa las capicies encima, os envía sus microbios y hasta os pega sus picores. La vieja sentada espera que le digan, como á Lázaro, levanta y anda, pues lleva en sí la vida. Pero tales llagas y úlceras francamente, por lo mismo que se hallan reproducidas con tal verdad, os levantan el estómago, y harían el cuadro intolerable, si aquella luz de Sevilla y aquel patio de mármol y los lejos venecianos y las hermosuras juveniles y la santa en sus obras de caridad no pusiesen los iris de todas las esperanzas sobre los aquejados de todas las porquerías. El cuadro de que ahora se trata nos ofrece á Santa Isabel en el acto de vestir el traje monástico. Mas como para vestirse cualquier traje nuevo haya que desnudarse del antiguo, Calderón ha presentado la santa en cueros al pie del altar circuído por la corte y por la clerecía. De aquí la emoción despertada por tal obra, puesta en escandaloso consejo ante todo el mundo, criticándola de sucia los más, y los menos defendiéndola por su inocencia y por su verdad; y cual verdad, exclaman los opositores, el desconocimiento completo de lo que repugnaban las desnudeces á un siglo tan de suyo monástico y religioso como el siglo de Santa Isabel, siglo también de San Francisco, de San Buenaventura, de Santo Tomás, del Dante. Será la edad aquella todo cuanto quieran los que impugnan el cuadro; pero las desnudeces andaban por tal manera sueltas, que Leda recibía en carnes vivas el descenso de Júpiter sobre la silla episcopal de Burgos, y el primer beso de nuestros primeros padres cincelado se halla en toda su realidad sobre las paredes sacratísimas de nuestra iglesia primada. Nunca olvidaré una particularidad extraña del increíble coro de Plasencia: la caricatura indecente y hasta cochina en lo bajo, de todo aquello que se consagra y se deifica en lo alto. No estaban de modo alguno tan reñidos con las desnudeces nuestros progenitores de la Edad media como supone la falsa pudibundez jesuítica de nuestros días. Y hay más, la presentación del desnudo no empece á la castidad y á la pureza en una obra de arte. Pero el pintor ha faltado en este punto concreto á la verdad histórica. Imposible que una mujer como Santa Isabel se presentase desnuda en una iglesia de su tiempo. El *nudavit* puesto en el cronicón de donde se ha tomado ese verbo, quiere decir que Santa Isabel se desvistió de todos sus trajes y ornamentos regios para vestirse, triste y viuda en su juventud, el hábito de las ascetas. Disputen cuanto quieran los sabios ingleses; no hay derecho en artista ninguno para confundir los tiempos de Santa Isabel de Hungría con los tiempos de Aspasia ó Safo de Mileto. Basta por hoy.

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

(Continuación)

Más que estos hechos, sin embargo, cuyo apartamiento de la doctrina general es, como vemos, sólo aparente, se hallan en oposición con la teoría del género multitud de hechos aislados y sobre todo el hecho capital de la atribución del género á seres inanimados incapaces de tomar sexo. En cuanto á los primeros, nos limitaremos á citar lo que pasa en alemán con ciertos nombres como *das Weib*, la mujer, que á pesar de que por su significación debiera pertenecer al género femenino, y hasta ser el tipo de los nombres de este género, corresponde al neutro; del mismo modo observamos la inclusión de *das Kind*, el niño, entre los nombres neutros, no obstante deber figurar por su significado entre los masculinos; siendo todavía más notable el cambio de género sufrido por toda clase de sustantivos, masculinos ó femeninos, al tomar la desinencia típica de los diminutivos: en este caso, en efecto, apenas el nombre ha revestido la forma diminutiva parece como que pierde su naturaleza y se despoja de su sexo, convirtiéndose sin excepción alguna en neutro: así vemos el sustantivo masculino *der Mann*, el hombre, transformado en neutro al pasar al diminutivo *das Mannchen*, el hombrecito, como vemos el sustantivo femenino *die Fran*, la señora, metamorfoseado en neutro, apenas reviste la forma diminutiva *das Fränlein*, la señorita. La influencia de las terminaciones diminutivas *chen* y *lein* es tal, que llega á sobreponerse á la significación misma de los sustantivos, que parece debiera servir siempre de norma para la determinación del género.

Por lo que hace á la atribución del género á los nombres de seres inanimados, es hecho de no escaso alcance por su generalidad, que merece fijar más especialmente nuestra atención. Estos seres, en efecto, incapaces de tener sexo no debieran tampoco ser susceptibles de género; todos ellos debían constituir el importante grupo de los seres neutros, ni masculinos ni femeninos. Lejos, sin embargo, de ser así, tenemos en castellano nombres masculinos, como *el árbol*, *el monte*, *el sol*, y femeninos, como *la planta*, *la montaña*, *la luna*, y lo que ocurre en nuestra lengua ocurre en todas las demás, sin que puedan citarse en contrario más que las lenguas inglesa y china, y aun eso no en absoluto. ¿Cuál es la causa de esta atribución del género á nombres de cosas sin sexo, y qué razón puede haber para incluir á tales ó cuales nombres en el grupo de los masculinos, y á tales ó cuales otros en el de los femeninos? ¿Es puramente arbitraria esta atribución, ú obedece á alguna ley conocida?

Dice Bernardino de Saint-Pierre que es digno de observación que la mayor parte de los nombres de la naturaleza, de la moral y de la metafísica son femeninos, sobre todo en la lengua francesa. A esto añade Bescherelle en su celebrada *Gramática nacional*: «Sería bastante curioso investigar si los nombres masculinos han sido dados por las mujeres y los femeninos por los hombres á las cosas que sirven más particularmente para los usos de cada sexo, y si los primeros se han hecho del género masculino porque presentan caracteres de fuerza y poder, y los segundos del femenino porque ofrecían caracteres de gracia y adorno.» La primera de estas investigaciones, la relativa á saber si los hombres han inventado los nombres femeninos y las mujeres los masculinos, sobre ser de todo punto imposible (¡quién puede practicar semejantes averiguaciones!), revela en quien la propone excesiva puerilidad de espíritu; suponer en efecto que, en los albores de la humanidad, hombres y mujeres se ocupaban de semejantes lindezas, dignas tan sólo de épocas de refinadísimas costumbres, es suponer que las edades primitivas eran la copia fiel del siglo de Luis XIV ó de los tiempos de la Regencia, y que nuestros primeros padres, en lugar de consagrarse á buscar medios de sustento y de defensa, se dedicaban á juegos de ingenio y á ejercicios de alambicada galantería. La segunda de las investigaciones propuestas por Bescherelle, la concerniente á la relación entre el género atribuído á los nombres y á los caracteres, ora de fuerza y poder, ora de gracia y atractivos de los seres correspondientes, parece tener algún mayor fundamento filosófico, y ser hipótesis menos arbitraria y caprichosa; pero los hechos la contradicen de tal modo que, á pesar de los increíbles y entusiastas esfuerzos que Bescherelle hace para sostenerla, cae por su base, falta de verdadera solidez.

«El hombre, como es sabido – dice á este propósito para probar su tesis, – se asimila en la naturaleza todo lo que es fuerte, se lo apropia, lo convierte en dominio suyo. Pero no basta al francés apoderarse de la fuerza dondequiera que aparece; por medio del trabajo extraño, pero real, de su imaginación, quiere que todo ser *fuerte* se le parezca y sea *masculino* como él.» Cita con este motivo unos versos de la *Henriada* de Volaire en que dominan los términos masculinos y que concluyen, dirigiéndose á la reina Isabel, con estas palabras:

«Et l'Europe vous compte an rang des plus grands hommes»

«Este último verso – añade Bescherelle lleno de entusiasmo y con el tono de la más profunda convicción – pinta mejor que todo razonamiento que la masculinidad acompaña á la inclinación del hombre á apropiarse todo cuanto anuncia grandeza, fuerza, superioridad.» Parécenos, aun reducida la teoría á los estrechísimos límites de una sola lengua, la lengua francesa, que la prueba única aducida es sobrado fútil para demostrar la relación existente entre el género masculino de los nombres y los caracteres de fuerza y de poder de las cosas por ellos representadas; hay en el modo de presentar esa prueba más aparato que verdad, más entusiasmo que solidez. Si todas las palabras ó la generalidad de las mismas, por lo menos, que indican fuerza y grandeza debieran ser masculinas, en la lengua francesa siquiera, ¿cómo explicar que sean femeninas palabras como *la roche*, la roca, *la montagna*, la montaña, *la ville*, la ciudad, *la terre*, la tierra, *la mer*, el mar, *la foudre*, el rayo y tantas y tantas otras? ¿Dirá Bescherelle que hay palabras que revelen mejor la fuerza y la grandeza que las montañas, el mar y el rayo? Pues todas ellas son femeninas en francés.

No sale mejor librada la segunda parte de la doctrina: la referente á los caracteres de gracia y sentimiento de las palabras y á su relación necesaria con el género femenino. «El ejemplo siguiente – dice Bescherelle – nos probará que la femineidad expresa á su vez esa dulzura, esa gracia, esa bondad, esa conmovedora debilidad que hacen tan interesante á la mujer: Chateaubriand, en el *Genio del Cristianismo*, ha »dicho: «*Il n' appartient qu' à la religión chrétienne* »*d' avoir fait deux sœurs de l' innocence et du repentir*.» Este hermoso ejemplo, nunca citado, hace evidente la verdad que tratamos de exponer. ¡Aquí brilla en su mayor esplendor! *¡El arrepentimiento* HERMANA *de la inocencia!* ¡Conmovedora verdad! Admirable belleza, pero que hubiera aplastado, sin embargo, á nuestros gramáticos materialistas, si se hubieran atrevido á atacarla. ¡La solución de semejantes dificultades no se encuentra en fríos análisis, ni en helados razonamientos! ¡El corazón del hombre es su única fuente!» Muy brillante es este párrafo, caldeado por el más ardiente deseo de convencer; pero no es calor lo que en la demostración se necesita, sino verdad y solidez. El ejemplo citado sería harto insuficiente para probar la tesis general establecida; pero ni aun despojado de toda pretensión, prueba realmente nada. ¿Qué hay, en efecto, en la frase de Chateaubriand? Un fenómeno sencillísimo: la atracción ejercida por la palabra *inocencia* que ha producido el efecto de dar á su inmediata anterior el género femenino: «Sólo á la religión cristiana corresponde haber hecho dos *hermanas* de la *inocencia* y del *arrepentimiento*.» Cambiemos el orden de esas dos palabras, poniendo primero al arrepentimiento, y con toda seguridad que, por el mismo efecto de la atracción, Chateaubriand habría dicho: «Sólo á la religión cristiana corresponde haber hecho dos hermanos del arrepentimiento y de la inocencia.» Véase, pues, á qué queda reducido todo el razonamiento de Bescherelle: á una aparatosa declamación, impropia de la verdadera ciencia. Y aun sin este principio de atracción, que por sí solo explica el giro empleado por Chateaubriand, bastaría también para explicarle, sin necesidad de acudir á las altisonantes teorías de Bescherelle, que pueden deslumbrar por su brillante exposición, pero que no pueden resistir á la menor crítica, la circunstancia de ser femeninos en francés, por regla general, los nombres de cualidades, y siendo cualidades la inocencia y el arrepentimiento, nada más natural que en el espíritu de Chateaubriand dominara al escribir su frase el pensamiento de la femineidad, haciéndole emplear la palabra *hermanas* en vez de *hermanos*. Por otra parte, ¿qué diría Bescherelle si frente á la cita de Chateaubriand se encontrara con esta otra: *le cœur doit être soumis à la tête*, el corazón debe someterse á la cabeza? *¡El corazón*, asiento *del* sentimiento, cualidad distintiva de la mujer, masculino, y *la cabeza*, asilo de la inteligencia, cualidad distintiva del hombre, femenino, lo mismo en francés que en castellano!

FERNANDO ARAUJO

(Concluirá)

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA (1)

X

GRECIA

La insurrección de las provincias griegas contra la dominación turca, comenzada en 1820 por la sublevación de los suliotas, propagóse con rapidez al año siguiente, y el 7 de junio de 1821 *el Senado del Peloponeso* elegía un gobernador provisional. El 13 de junio de 1822, una asamblea nacional, reunida en Epidauro, elaboró la *Constitución de Epidauro*, que revisada un año después por otra asamblea convocada en Astros, llegó á ser la *Constitución de Astros* (25 abril 1823) la cual á su vez debía modificarse también algunos años más tarde, con el nombre de *Constitución de Trezene*, por una tercera asamblea constituyente, reunida en la ciudad de este nombre (1827).

Esas constituciones establecían en principio una forma de gobierno republicano; pero Capodistria, nombrado presidente por siete años en 1827, se abstuvo de convocar la representación nacional durante dos y no la reunió en Argos en 1829 sino para que se le confiriera un poder absoluto. Después de su muerte (9 octubre 1831) la más completa anarquía reinó en el país.

Reconocida como monarquía independiente el 3 de febrero de 1830 en virtud de la conferencia de Londres, Grecia aceptó por rey, según el tratado de 7 de mayo de 1832, al príncipe Otón de Baviera, que bajo el nombre de Otón I gobernó por lo pronto once años sin Constitución. Después de la revolución militar del 15 de septiembre de 1843, vióse obligado á

(1) Véanse los números 468 á 474, 476 y 483.



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA.—PALACIO DEL PARLAMENTO DE ATENAS

jurar una Constitución semejante á la Carta francesa de 1830, admitiendo el sistema de la dualidad de las Cámaras.

Pero la Constitución actualmente en vigor fué elaborada por la asamblea nacional convocada en Atenas, dos meses después de haber sido destituído el rey Otón. Esta asamblea abolió el Senado, resolviendo que el poder legislativo se ejerciese por una sola Cámara. La Constitución se votó el 17 de octubre de 1864, y al cabo de un mes el rey Jorge prestaba juramento, sin haberse introducido en aquélla más que una modificación posterior relativa al Consejo de Estado, que también se abolió, como se había abolido el Senado.

He aquí ahora las principales disposiciones de la Constitución griega, en cuanto concierne á la Cámara de los diputados.

El derecho de proponer nuevas leyes corresponde á la Cámara y al rey, que hace uso de este derecho por mediación de sus ministros.

Si la Cámara desecha una proposición de ley, no puede ser presentada de nuevo en el curso de la misma legislatura.

Sin una ley especial no se puede hacer ninguna cesión ó cambio de territorio.

El rey ratifica y promulga las leyes: todo proyecto de ley votado por la Cámara, y que el rey no ratifique dos meses después de cerrarse las Cortes, se considera como nulo y sin ningún valor ni efecto. El rey convoca regularmente la Cámara una vez al año y extraordinariamente cuando lo juzga oportuno. También tiene derecho para disolverla; pero en este caso, el decreto de disolución debe ordenar la convocación de los electores en el espacio de dos meses, á contar desde la fecha de la disolución, debiéndose convocar la Cámara dentro de tres.

La Cámara se reune de oficio todos los años el 1.º de noviembre, á menos que el rey no la convoque antes de esta fecha. La duración de cada legislatura ha de ser de tres meses por lo menos y de seis cuando más.

Las sesiones de la Cámara son públicas; pero á petición de diez individuos pueden ser secretas y á puerta cerrada.

Para que la Cámara pueda deliberar y votar es preciso que se hallen presentes la mitad más uno de sus individuos, y las votaciones se resuelven por mayoría absoluta.

Todos los años la Cámara vota el contingente del ejército y armada y el presupuesto.

Los diputados prestan juramento en sesión pública en la Cámara; los que no son cristianos juran según la fórmula y los mandamientos de su religión.

El número total de diputados no debe de bajar de 150. La duración del período parlamentario es de cuatro años, y por cada legislatura el diputado percibe una indemnización de 2.000 dracmas (2.000 pesetas). En el caso de sesiones extraordinarias, sólo tiene derecho á los gastos del viaje (ida y vuelta).

La Cámara está autorizada para acusar y juzgar á los ministros ante un tribunal nombrado al efecto y presidido por el presidente del tribunal de casación. El rey puede otorgar gracia al ministro condenado por este tribunal; mas para esto se necesita el asentimiento de la Cámara.

Los diputados se eligen por sufragio universal; y las elecciones se hacen al mismo tiempo en todo el reino.

Es elector todo *demota* (habitante de un distrito) de veintiún años de edad.

Es elegible todo ciudadano heleno de treinta años que esté ejerciendo desde hace dos sus derechos civiles y políticos, y que cuente al menos otro tanto tiempo de residencia en la circunscripción electoral en que se presenta su candidatura. Los alcaldes y funcionarios públicos que cobran sueldo no pueden ser elegidos diputados, á menos de dimitir cuarenta días antes de la elección. Los oficiales en servicio activo pueden ser elegidos; pero en este caso se les pone en disponibilidad durante todo el período parlamentario.

La elección sólo dura un día, que debe ser un domingo, desde la salida á la puesta del sol. Los resultados se proclaman por el tribunal de primera instancia; y si dos ó más candidatos han obtenido igual número de votos, se echan suertes. Los individuos del clero no pueden votar ni ser elegidos.

A pesar de la anexión del Epiro y de la Tesalia, el número de diputados se ha mantenido fijo en el de ciento cincuenta.

La población de cada distrito electoral se calcula, no por el número de habitantes, sino por el de electores, y las elecciones se hacen por escrutinio de lista.

***

En la apertura de las sesiones parlamentarias, la presidencia se otorga provisionalmente al decano, y se nombra secretarios á los cuatro diputados más jóvenes. Para comprobar los poderes la Cámara se divide en ocho secciones: la validez de las elecciones se discute siguiendo el orden alfabético de las circunscripciones electorales.

La Cámara elige entonces, al comenzar cada legislatura, por mayoría absoluta de votos y escrutinio secreto, un presidente, tres vicepresidentes y cuatro secretarios. El presidente así nombrado se presenta al rey con toda la mesa.

Después de constituirse la mesa definitiva, la Cámara nombra doce comisiones especiales: presupuesto, asuntos interiores, negocios extranjeros, ejército, marina, etc. La comisión de presupuestos se compone de veintiún individuos y cada una de las otras no cuenta más que nueve. Estas comisiones conservan sus poderes durante toda la legislatura, y el mismo diputado no puede ser individuo de tres comisiones á la vez.

Según se ve, Grecia es el país parlamentario por excelencia, y su parlamento no carece de buenos oradores.

Digamos ahora algunas palabras sobre los dos personajes más notables, que son M. Carilaos Tricupis y el jefe de la oposición, Teodoro Delyanni.

El primero es hombre de unos cincuenta y ocho años y ha estudiado en Atenas y en París. Después de ser secretario de la legación de Grecia en Londres, regresó en 1852, y desde 1863 no ha cesado de tomar una parte activa en la política de su país. Fué dos veces ministro de Estado y presidente del Consejo en 1875, 1880 y 1882; de modo que representa el gobierno con una autoridad incontestable.

Hombre de rara inteligencia y de sorprendente actividad, hasta sus adversarios le reconocen las más elevadas cualidades. Su larga permanencia en Inglaterra ha influído mucho en su carácter, sus costumbres, su lenguaje y hasta en su acento, así es que este ministro tiene todo el aspecto de un *gentleman*. Como orador, su voz es sonora y vibrante, pero su elocuencia algo seca y su mímica bastante pobre. El único punto débil de M. Tricupis consiste en no ser economista; no ha estudiado á fondo esta ciencia, y cuantas veces sube al poder propone nuevas leyes que trastornan el sistema fiscal y económico del país. A pesar de esto, es un adversario temible, así en el terreno parlamentario como en el político.

Teodoro Delyanni ofrece un contraste notable con Tricupis, y su primer mérito se reduce á ser hijo del país, que ha estudiado y conoce muy á fondo. Hombre de sesenta y tres años, aunque no los representa, era muy joven aún cuando entró á servir en el ministerio del Interior hasta 1862, ascendiendo siempre. En 1860 fué enviado á París con encargo de estudiar el servicio de las administraciones general y municipal, los establecimientos penales y los de Beneficencia. De regreso á Grecia figuró en la asamblea convocada después de la destitución del rey Otón, y allí se distinguió por su elocuencia y sus conocimientos sobre el derecho constitucional y el parlamentario. Formó parte de la comisión encargada de elaborar la Constitución general de Grecia; en 1866 había sido ya cuatro veces ministro y consejero de Estado y embajador en París. En 1878 representó á Grecia en el congreso de Berlín, y después de la muerte de Commoundouros reconociósele como jefe autorizado de la oposición. Cuando en 1885 le encargó el rey la formación de gabinete, desplegó la mayor actividad para poner á Grecia en Estado de sostener contra Turquía una lucha que



¡BUENA PIPA!, dibujo de D. Antonio Fabrés



UNA TAZA DE TE, pintura al pastel de Clemente de Pausinger

entonces parecía inevitable. Delyanni es un cumplido orador; se distingue por la moderación de su lenguaje y su conducta, moderación que más de una vez ha aconsejado á sus partidarios. Lejos de tener la rigidez de Tricupis, muéstrase afable con todo el mundo.

***

Hemos dado á conocer rápidamente los dos jefes del parlamentarismo griego, pero junto á ellos figuran algunos personajes que valen mucho; entre otros M. Simopulos, economista distinguido y orador cuyos discursos gustan más leídos que oídos.

Entre los buenos oradores parlamentarios debemos citar á MM. Ralli y Hazzopulos, notables por su erudición y su espíritu de verdad.

Otros diputados son, por decirlo así, especialidades reconocidas. Así, por ejemplo, M. Carapanos es la autoridad que se consulta en las cuestiones relativas á Turquía, país que conoce muy bien por haber estado largo tiempo en Constantinopla, donde hizo su fortuna. M. Typaldos Cozakis es muy entendido en la política exterior; mientras que las cuestiones económicas y fiscales son más bien de la competencia de M. Sotiropulos, que fué varias veces ministro de Hacienda.

Por último, debemos citar á un hombre, joven aún, que algún día será un orador de primer orden: es el hijo de Alejandro de Commoundouros, el eminente diplomático que murió hace algunos años.

***

En Grecia no hay partidos políticos propiamente dichos; no hay monárquicos, ni imperialistas, ni conservadores, ni republicanos, ni anarquistas, ni socialistas; los diversos matices políticos ó hasta sociales que distinguen á los partidos en Francia y en los demás países son casi desconocidos en Grecia, ó por lo menos no tienen partidarios oficiales y declarados. Todos los griegos son más ó menos republicanos y hasta demócratas, y en esto pueden considerarse como verdaderos descendientes de los antiguos, pero saben conciliar sus tendencias y opiniones con la existencia de un rey y una corte, y jamás pensaron en sustituirle con un gobierno republicano, y así son en cierto modo monárquicos republicanos. Aman á su soberano actual, Jorge I, y más aún á su reina Olga; pero sobre todo al príncipe heredero Constantino. A decir verdad hay algunos republicanos puros en el reino, mas no proclaman abiertamente su ideal político.

No hace mucho contábanse en Grecia cinco partidos políticos con sus jefes; mas habiendo muerto tres de éstos, ningún otro osó recoger su herencia, y solamente quedaron Tricupis y Delyanni, que agruparon á su alrededor, el primero los gubernamentales, y el segundo los de la oposición. De este modo la Grecia actual está dividida en dos campos, tricupistas y delyannistas; sus opiniones políticas son casi iguales, pero difieren un poco en su aplicación. El partido de Tricupis es algo conservador, y el de Delyanni más liberal; pero esta distinción no es más que aparente, y en el fondo son una misma cosa, la misma agua teñida de dos colores.

X

NUESTROS GRABADOS

La hamaca, cuadro de Van Den Bos. – Del mismo autor que *El heredero*, publicado en el número anterior á éste, es el bellísimo lienzo que hoy reproducimos, y aunque de géneros muy distintos uno y otro, nótase desde luego en *La hamaca* cierta analogía con el cuadro que tanto ha llamado la atención en nuestra Exposición general de Bellas Artes. Sobre todo el niño recostado en el columpio, con su traje negro y su cabecita de rubia cabellera que en ondulosos mechones cae sobre sus espaldas, nos trae á la memoria involuntariamente la figura del príncipe huérfano de la antes referida obra.

Como en ésta, en *La hamaca*, el asunto se reduce á presentar agrupadas las dos figuras de una madre y su hijo; pero á la majestuosa seriedad de *El heredero* sustituye en el que hoy reproducimos una placidez que se apodera del ánimo del espectador, quien al par de las bellezas de composición y factura admira y se deleita en la atmósfera de felicidad, de calma, de alegría, que inunda la pintura y que tan bien ha sabido expresar el autor, así en el conjunto como en los menores detalles.

De aquí que en medio de las analogías expresadas, existe una gran diferencia entre ambas obras, diferencia que reside en el fondo, así como en la forma está la analogía.

Contemplando á la regia viuda, leyendo en su severa belleza los cuidados que en su mente y en su corazón se agitan, todo el mundo exclamará ¡pobre madre! En presencia de la elegante dama, en cuyo rostro se refleja la felicidad más pura y por nada turbada, no habrá quien no diga ¡madre venturosa!

***

Olimpia. Estatua yacente del frontispicio oriental del templo de Júpiter. Cabeza de Mercurio. Ruinas del templo de Juno. – En Olimpia la belleza del pasado llama la atención más que la del presente, aunque no queda mucho de la riqueza artística que en aquel lugar se acumuló cuando las grandes fiestas atraían allí á los hombres de todos los puntos de Grecia y hasta al mundo romano. Lo que aún existe, débese á la benéfica intervención de la tierra y del agua, que lo sepultaron y preservaron hasta que el celo de los alemanes lo sacó á la luz del día. Figura entre ello el Mercurio de Praxiteles, que se descubrió en 1877; hallósele boca abajo en el fondo de una de las zanjas que los trabajadores abrían á través del recinto del templo de Juno. El descubrimiento de esta obra, la más perfecta del cincel griego, compensa por sí sola con creces todos los gastos de las excavaciones practicadas. Cuando se ve la gran estatua, muy bien colocada hoy en el nuevo museo de Olimpia, se puede sentir lo que debió inspirar al artista en su noble concepción; tan verdaderamente divina es la belleza de la cara, la dignidad de la actitud y perfección de la obra.

De los demás contenidos del museo, en alto grado interesantes y que ilustran casi todos los períodos de la escultura griega, tan sólo haré mención de los grupos del gran Templo de Júpiter. El dibujo, si no la obra, eran de Alcamenes y Peonio, escultores que figuraron en primer término después de Fidias. A pesar de ser algo tosca la ejecución y de haberse perdido algunos fragmentos, el efecto general de estos grupos, tal como están dispuestos ahora, es muy notable. Para dar una idea del estilo, reproducimos aquí parte de una figura yacente que se ve en uno de aquéllos.

En el museo se encuentran las principales obras maestras de arte descubiertas en Olimpia; pero no interesa menos ver la situación actual de los antiguos templos y otras construcciones. Por desgracia, todas se hallan en estado de absoluta ruina; mas aun así, es posible reconstruirlo todo mentalmente tal como debió existir cuando era perfecto. El Gimnasio, la palestra, el templo, la cámara del tesoro, el pórtico y el estadio hallábanse reunidos en un terreno comparativamente limitado, y todo el espacio libre, según nos dice Pausanias, presentaba interminables líneas de estatuas. El período de las construcciones que se prolongaban desde el templo de Juno, el más antiguo de Grecia, según dicen, hasta el palacio de Nerón, nos recuerda uno de los siglos en que más famosos fueron los juegos olímpicos.

***

Lección de crochet, cuadro de D. Gastón Pujol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – No en balde ha recibido Pujol en París las primeras enseñanzas del arte que cultiva, y no en vano corre por sus venas sangre de un artista distinguido. Hijo del célebre pianista y compositor D. Juan B. Pujol, demostró ya desde sus primeros años significada inclinación por la pintura, empezando sus estudios bajo la dirección de los maestros Lamy y Cormou. En la capital de la vecina República ha permanecido algunos años, dedicado exclusivamente al dibujo y á la pintura, no tomando parte en más concursos que en los reglamentarios de las Academias. La Exposición de Barcelona es, pues, el primer certamen en que figura el nombre de este joven artista, y justo es consignar que los seis cuadros que en ella figuran denuncian cualidades que á no malograrse pueden reportar á Pujol gloria y no escaso provecho.

***

Visita, cuadro de D. Joaquín Agrassot.—Retirado Agrassot en Valencia, después de haber figurado en primera línea entre los españoles que sostuvieron en el extranjero las tradiciones artísticas de nuestra patria, continúa dando muestras de su laboriosidad y produciendo obras que recuerdan las distintas fases que ha ofrecido la pintura en el período de tiempo en que Agrassot residió en Roma, París y Madrid. Los distintos géneros que ha cultivado determinan una personalidad, tan respetable para la región valenciana, cual lo es la de Jiménez Aranda para Madrid y la de Román Ribera para Cataluña. Todos sintiéronse arrastrados por la corriente que informaba la pintura nacional hace veinte años, y los tres recurrieron, si bien distinguiéndose, á los efectismos que pudieran obtener, aun en la pintura de género, con las tonalidades de las basquiñas, los casacones ó las trusas. Unos y otros, á medida que el arte pictórico ha exigido del artista el abandono de determinados moldes, han procurado ajustarse al concepto moderno, desechando los recursos del colorista para fijarse en las leyes de la novísima escuela. Román Ribera y Joaquín Agrassot figuran desde luego en el número de sus más distinguidos prosélitos, y en *Las salidas de baile* el primero y los cuadros de *Costumbres valencianas* el segundo sostienen honrosamente el buen nombre de sus respectivas regiones. Sólo Jiménez Aranda parece sugestionado por el efectismo de los matices, y si bien produce una admirable obra, de concepto completamente moderno, cual es *El accidente*, no por eso destierra de su paleta los vivos colores que producen la seda de las bordadas chupas y de los chillones casacones.

Visita evoca el recuerdo de uno de los períodos de la vida artística de Agrassot, por más que aquél lo haya pintado recientemente, y aunque es un lienzo recomendable como lo son todos los suyos, creemos que Agrassot se halla más en lo firme cuando produce *La montañesa de León*, ó los cuadros de *Costumbres valencianas*, que tan admirablemente retratan el modo de ser de sus paisanos.

***

Gran kermesse celebrada en los jardines del Parque de Barcelona el día 23 de junio último. – La extensa reseña publicada en el número 196 de *El Salón de la Moda* nos releva de entrar en detalles respecto de esta grandiosa fiesta, que para fines de beneficencia improvisaron – esta es la verdadera palabra – los organizadores de la primera Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Mucho podía esperarse de la inteligencia, ingenio, buen gusto y actividad de los artistas y demás individuos que en un momento de alegre expansión acordaron acometer una empresa cuya magnitud, dado el tiempo y los recursos de que disponían, quizás no calcularon al aceptar el pensamiento; pero la realidad fué superior á las más optimistas esperanzas, y vino á demostrar que en esta tierra la palabra imposible casi debiera borrarse del diccionario. El triunfo de los organizadores fué, pues, tanto más grande y merecido cuanto mayores los esfuerzos que hubieron de emplear, que no fueron pocos, y las dificultades que tuvieron que vencer, que no fueron pequeñas. Sólo el que algunas horas antes de empezar la fiesta hubiera recorrido los hermosos jardines de nuestro Parque y vuelto á ellos cuando la *kermesse* estaba en su apogeo, habría podido comprender las unas y admirarse de los otros. Parecía como si una hechicera con su varita hubiese hecho surgir de repente alguna de esas maravillas que tanto deleitan en las comedias de magia.

La *kermesse* comenzó y el programa se realizó en todas sus partes sin confusión, sin tropiezo alguno, antes al contrario, ordenadamente y tal como se había anunciado. Y al llegar á este punto, nos acogemos á la referencia antes indicada para que los lectores que quieran enterarse de los festejos y espectáculos acudan á *El Salón de la Moda* correspondiente al día 29 del mes pasado.

La bellísima composición del Sr. Vázquez reproduce con tanta verdad como arte los principales de estos espectáculos y festejos; en ella se ve la representación de un baile inglés; el teatro Guignol, donde se confundieron las ruidosas carcajadas de niños y personas mayores; el kiosco en donde lindas señoritas ofrecían á los del sexo feo flores, dulces, cigarros, vinos, etcétera, á cambio del óbolo que por tan bellas manos habían de recibir los pobres; los pacientes animales que por unas horas llevaron en sus lomos los más gentiles cuerpos; el circo ecuestre y gimnástico, cuyos ejercicios tantos aficionados cuentan, y el precioso baile mitológico, que produjo un efecto indescriptible.

Al hacer punto final en esta rápida descripción, no podemos menos de felicitar á cuantos tomaron parte en la organización y á cuantos contribuyeron al mayor esplendor de esta fiesta que tan gratos recuerdos ha dejado en el ánimo de todos los que la presenciaron.

***

¡Buena pipa!, dibujo de D. Antonio Fabrés. – Es Fabrés uno de los artistas que más honran á España y tal vez el único que ofrece un doble aspecto, ya que habiéndose dedicado en sus primeros años de vida artística al estudio de la escultura y logrado por sus obras una plaza de pensionado en Roma, sirvióle el apoyo oficial para emprender el estudio de la pintura, que desde entonces ha continuado cultivando con tan felices resultados, que sus lienzos son justamente apreciados en el extranjero, en cuyas capitales los coleccionistas los adquieren á crecidos precios.

Fabrés modela y pinta con igual facilidad y con igual resultado. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han tenido ocasión de apreciar, por las copias de los cuadros que hemos publicado, la genialidad y el temperamento artístico de este pintor, que siente y vive consagrado exclusivamente al arte, al que dedica todo su entusiasmo y la suma de todas sus actividades.

El dibujo que publicamos, vigoroso y correcto, como todos los suyos, es tal vez uno de los estudios que le han servido para la composición de alguno de los cuadros recientemente adquiridos por uno de los más distinguidos coleccionistas de Londres.

***

Una taza de te, pintura al pastel de Clemente de Pausinger. – Para saber si ha estado acertado el pintor alemán Pausinger en la reproducción del tipo y de las vestiduras de la japonesa de su cuadro, basta consultar cualquiera de las muchas descripciones que los viajeros nos dan del traje y de la gente de aquel país asiático, y se verá que no falta en la figura de *Una taza de te* el menor detalle de cuantos forman el vestido de una hija del Japón. El pintor nada ha descuidado y se ha mostrado artista de exquisito gusto en la elección y combinación de tonos y dibujos. Esto en cuanto á la parte externa del cuadro; por lo que hace á la que pudiéramos llamar interna, no se necesita ser muy entendido en materia de arte para apreciar los encantos, el sello de simpática coquetería de aquella figura, la gracia de la cabeza, el interesante perfil del rostro y la mirada expresiva, y en suma, el conjunto lleno de atractivos.

Esta obra fué muy celebrada en la segunda Exposición Internacional de pasteles, acuarelas y dibujos, celebrada en Dresde el año pasado.

***

Desamparados, escultura de D. José Montserrat (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Tan modesto como laborioso, tan inteligente artista como hábil escultor, no le han servido á Montserrat estas cualidades para verse favorecido por la suerte, ni para disfrutar la protección y el apoyo que necesitan todos los artistas al comienzo de su carrera. Cuanto es, débelo á su propio esfuerzo, sin que hasta ahora haya logrado otra recompensa que la que el Jurado de la Exposición general de Bellas Artes acaba de otorgarle. Y cuenta que Montserrat ha producido obras tan dignas de encomio como la estatua del pintor Viladomat y el busto del *Avi*, notable estudio de uno de los tipos de nuestra región. La Exposición de Barcelona estaba significada para este distinguido escultor el primero de sus triunfos, pues aparte del que determina la adquisición por el Ayuntamiento, con destino al Museo Municipal, del tan bien modelado como sentido grupo *¡Desamparados!*, ha debido servir de compensación á sus pasadas amarguras el general aplauso del público, que desde los primeros momentos ha estimado la obra entre las más notables de la sección de escultura. Modelada con tanta facilidad como delicadeza, correcta en sus líneas y real en el asunto, es la obra de Montserrat una brillante manifestación del arte moderno, la continuación de las tradiciones artísticas catalanas que tanto enaltecieron, con sus producciones, los Amadéu y los Campeny primero, los Vallmitjanas después, y actualmente esa pléyade de jóvenes escultores que en Roma, Madrid, París y Barcelona honran á España y á Cataluña.



La joven, sin darle tiempo para arrodillarse sobre el cojín, tomó su brazo... (pág. 444)

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

A su terror anteponíase, sin embargo, una viva curiosidad y la dicha de ver otra vez á Blanca; además confiaba en su amigo Pedro, quien sabía muy bien cómo conducirse en sociedad. Gilberto se deslizaba en ésta bajo su égida, y le bastaría con imitarle.

Pedro de Cabrol era ya un gallardo mancebo de veintiún años, siempre con su espeso cabello cortado al rape, tez muy morena, y la boca sombreada de un fino bigote, cuyas cortas puntas retorcía con mucho cuidado. Sus labios rojos se destacaban más que nunca en este conjunto, y en sus ojos revelábase un fuego sombrío. Todo su aspecto indicaba la impetuosidad con que hubiera querido apurar de una vez los placeres de que apenas le permitían disfrutar superficialmente sus salidas periódicas de Saint-Cyr. Bastaba observar en tales días su paso nervioso al recorrer las calles de París, haciendo resonar los tacones en el asfalto; bastaba examinar su frente pensativa y sus inquietas miradas, para que se fijase en él la atención.

Gilberto tenía costumbre de ir á esperarle á la llegada del tren, y como de ordinario, también fué el día en que debían ir á casa de la marquesa de la Fonfreyde.

Era demasiado temprano todavía, y mientras se paseaba de un lado á otro, esperando la hora de ir al encuentro de su amigo, observó un coche de alquiler parado á corta distancia; la cortinilla corrida elevábase de vez en cuando agitada por mano febril; dejábase ver entonces un rostro redondo, con la cabeza coronada de dorados bucles y la nariz cubierta de polvos de arroz, y unos ojos brillantes dirigían vivas miradas hacia la puerta de salida de la estación. No era necesario ser gran adivino para comprender que la impaciencia de una cita había conducido allí á una dama para salir á recibir á su amante; y aunque muy preocupado por el baile á que debía asistir, Gilberto no pudo menos de reflexionar en qué mundos tan diferentes vivían aquella dama y las cándidas niñas, blanco y casto enjambre, que él iba á ver muy pronto.

Ya estaba lejos cuando comenzó á salir la oleada de colegiales de Saint-Cyr, y ya volvía precipitadamente cuando vió á Pedro saltar en el coche, cuya portezuela se cerró, mientras se alejaba rápidamente.

Gilberto quedó como clavado en el sitio. ¿Cómo irían á la reunión de la marquesa?... ¿Y Blanca?... ¡Pedro la olvidaba!... Y al pensar esto, el joven se sintió resentido de aquella infidelidad anticipada.

Sin embargo, era preciso adoptar un partido ú otro; no debía pensar en presentarse solo en casa de la marquesa, pues faltábale valor para ello; y por otra parte, aún no era llegada la hora de ir. En su consecuencia, dirigióse meditabundo á su casa.

No hubo de esperar largo tiempo; dos horas después llegó Pedro.

– ¿Estás ya dispuesto?, preguntó. Nos hemos retardado, pero á la puerta nos espera el coche...

– He ido á la estación, díjole Gilberto.

Pedro le miró con aire interrogador, y comprendiendo la indirecta, dejó escapar una carcajada que parecía reclamar indulgencia.

– ¡A fe mía, exclamó, te había olvidado! Dispénsame...; pero despachémonos pronto, pronto.

Y con aquel ardimiento que mostraba en todo, hizo bajar á su amigo la escalera precipitadamente, empujóle hacia el coche, y éste se dirigió á la calle de Babilonia.

La multitud era ya numerosa cuando llegaron: desde el vestíbulo oíase la música, el ruido de los pasos y el rumor de las conversaciones. En el salón, bajo el resplandor de las arañas, en medio del círculo de los padres sentados ó de pie á lo largo de las paredes, veíase un gracioso conjunto de elegantes tocados y numerosos jóvenes que bailaban con niñas de todas edades.

Pedro cruzó entre la multitud y dirigióse directamente hacia la marquesa, seguido de Gilberto; en aquel instante terminaba el baile, y Blanca corrió en busca de su abuela.

– ¿Y eras tú quien debía dar principio al baile?, preguntó la marquesa de Fonfreyde al colegial de Saint-Cyr.

Pedro bulbució una excusa, ofreciendo después el brazo á Blanca, y ya se alejaban los dos, cuando la marquesa hizo una señal á su nieta para que volviese. Blanca miró á Gilberto, pareció esforzarse para recordar su fisonomía, y después ofrecióle la mano.

– ¡Buenos días, señor de Maujeán!, dijo.

Y alejóse rápidamente con su pareja.

Gilberto comprendió que la joven no le había reconocido al pronto; pero á decir verdad, á él mismo le costó ver en Blanca la niña que admiró en Mareuil. Había crecido bastante, y su belleza había aumentado; no se notaba ya en ella la petulancia, la desenvoltura y la libertad en los modales de otro tiempo; sus lindos ojos no miraban ya con la misma osadía, y su labio arqueado sonreía discretamente. Con su traje de baile, de color azul pálido, aunque más escotado tal vez que el que antes llevaba, parecía, sin embargo, más modesta. Hallábase en la edad en que la joven parece concentrarse en sí misma y disimula su carácter ó sus defectos, rodeándolo de misterio. Hay en ese período de la vida como un compás de espera hasta que se encuentra el esposo, y entonces la mujer hace como la crisálida, que abre sus alas y se descubre tal como será.

Gilberto había seguido á Blanca á través de la multitud, y contemplábala desde lejos. Inclinada la cabeza y la vista baja, parecía escuchar con ávida curiosidad las palabras de Pedro, que fijaba en ella sus ojos brillantes, sin obtener más respuesta que ligeras sonrisas. ¿Qué podría decirle? ¡Pedro estaba bien preparado para semejante conversación!... ¡Y Gilberto, él, que hacía ocho días soñaba en ella, que no había tenido más que pensamientos virginales y le llevaba un corazón lleno de mística adoración; él debía mantenerse apartado de Blanca, limitándose á contemplar sus encantos!

Al fin la perdió de vista en el torbellino del baile, y comenzó á vagar por los salones entre los convidados, bastante sorprendido de la facilidad con que se había introducido entre aquella sociedad de gran tono y del poco efecto que su presencia producía. Había temido ser una nota discordante en aquella reunión, y ahora se resentía casi de que nadie fijara en él sus miradas. Su paseo le volvió á conducir cerca de la marquesa, que le tocó en el brazo con la punta del abanico.

– Puesto que no baila usted, señor de Maujeán, le dijo, siéntese á mi lado y hablaremos.

La anciana se informó sobre sus ocupaciones, interesóse, al parecer, en sus estudios, y después preguntóle si conocía á alguna de las personas que estaban allí.

– Absolutamente á ninguna, contestó el joven.

Entonces la marquesa tuvo la bondad de presentarle, y Gilberto hubo de saludar al conde de Bagrassand, joven alto y moreno, recién casado, pero cuya esposa no había ido al baile por estar enferma; al vizconde de Charnasón, que estudiaba Derecho como él y que iba á dirigir el cotillón, y otros varios... Todos le acogieron cordialmente en calidad de compatriota, cruzando con él algunas palabras obsequiosas.

Poco á poco apoderóse de Gilberto una especie de embriaguez al verse mezclado con aquella escogida sociedad y codeándose con la nobleza de su país.

Blanca junto á sí, rodeando con el brazo su esbelto talle y sintiendo en su mano el dulce calor de la de su pareja, cubierta de perfumado guante! ¿Cómo pudo bailar sin tropiezo y sin equivocar el paso, dada la emoción que le agitaba? ¡Qué apresuradamente latía su corazón! Hubiera querido hablarla, evocar algún recuerdo de Mareuil que renovase la antigua amistad; pero no se le ocurrió nada; y olvidábase de sí mismo, prolongando el baile...

Blanca fué quien se detuvo, frente á su asiento, dando después las gracias al joven.

Gilberto volvió á perderse entre la multitud, pero ahora le complacía el baile mucho más de lo que él hubiera podido imaginar.

Después pasaron los convidados al comedor, y allí Gilberto trabó mas amplio conocimiento con el joven Charnasón, que sobrexcitado por el entusiasmo con que había dirigido el cotillón, demostraba ruidosamente su alegría. También habló largo rato con el conde de Bagrassand, que solamente se hallaba en París de paso y debía regresar á la Rivoironne.

Gilberto buscaba asimismo á Blanca con los ojos, y hubiera querido que sus miradas expresasen una vez más su agradecimiento hacia ella; pero la joven hallábase en el otro extremo de la mesa, muy entretenida con Pedro. Lo que había sido un gran acontecimiento para él, es decir, aquella vuelta de vals, era cosa insignificante para Blanca, y no había dejado en ella ni un recuerdo. Por la noche, al retirarse á su casa, comprendió Gilberto que si Blanca llegaba á fijar en él su atención, no sería antes de que pasara mucho tiempo.

No obstante, debía adoptar un partido; el matrimonio era cosa decidida; el tiempo volaba rápido, y el joven, con el corazón entristecido, veía próximo ese desenlace, sin que le fuera dado intervenir, desviar la fatalidad, ni hacer otra cosa sino renegar de la injusticia del destino.

Transcurrieron dos años. Pedro era ya subteniente en Versailles, y pertenecía á un regimiento de dragones. Hallándose á dos pasos de París, podía disfrutar de todos los placeres que esta ciudad ofrece, y no dejaba de hacerlo. Más á menudo estaba en el bulevar que con su regimiento; el coronel, antiguo amigo de su padre, hacía la vista gorda, y Pedro, acostumbrado á esta indulgencia, abusaba de ella.

En aquel nuevo género de vida, Gilberto no podía seguirle como antes, y solamente le veía de tarde en tarde, algunas veces por la mañana, después de una noche pasada en el juego, en el que la suerte no le había sido favorable. Pedro iba á pedir consuelo á su amigo, y solía proponerle que le acompañase á Versailles, pero los trabajos de Gilberto no se lo permitían siempre.

Al terminar su carrera de leyes, Maujeán había ingresado en la Escuela de Archivos. Su afición á las cosas antiguas, una invencible repugnancia á la vida activa, nada conforme con su carácter soñador, la necesidad de ocuparse en un asunto determinado y bien circunscrito de antemano, que no hubiera podido encontrar en una carrera puramente artística, á la que le impulsaban con preferencia sus disposiciones; todo esto le indujo á estudiar Derecho. Su elección le permitía encerrarse en los libros, entre los cuales trataría de olvidar las decepciones de su corazón.

Pero su ensueño no se dejaba dominar sin resistencia, y muchas veces acosábale su antigua quimera. La invitación de la marquesa de la Fonfreyde dábale entrada en su casa, y aprovechóla para hacer algunas visitas, esperando encontrar en ella á Blanca, mas no la vió nunca.


Avanzaba con paso seguro, alta la cabeza, luciendo su uniforme de dragón (pág. 445)

Y al mismo tiempo, recordando las épocas pasadas, reflexionaba sobre cuál hubiera sido la sorpresa del tatarabuelo Maujeán, aquel que no sabía leer, el destripaterrones del caserío de la Fonfreyde, si hubiese podido prever que su tataranieto se hallaría alguna vez en el mismo salón, y casi bajo un pie de igualdad con los descendientes de sus antiguos amos.

El baile cansaba á Pedro, que había ido á descansar con Blanca junto á la marquesa; como estaba muy acalorado, sacó el pañuelo para enjugarse la frente, y en el momento de hacerlo, difundióse á su alrededor un perfume muy penetrante.

– ¡Dios mío!, amigo Pedro, exclamó la marquesa, ¿dónde compra usted esos perfumes?

Pedro se sonrojó mientras guardaba rápidamente el pañuelo en su bolsillo; pero Blanca, con la nariz dilatada, y dejándose llevar de un rápido impulso, inclinóse hacia el joven, protestando.

– ¡Pero, abuelita!, dijo, yo creo, por el contrario, que huele muy bien, y quisiera...

Su candor infundía lástima: Gilberto, que presenciaba aquella escena, se avergonzó de la poca delicadeza de su amigo, que llevaba hasta su prometida los recuerdos de otra mujer, obligándola en cierto modo á respirar sus emanaciones; y el fin del baile fué algo triste para él.

Sin embargo, el cotillón había comenzado ya: Gilberto, que permaneció confundido entre la multitud que rodeaba á los bailarines, vió en un momento dado á Pedro conducir á Blanca al sillón colocado en el centro del salón para los que quisieran reposar un momento, é invitarla á sentarse para comenzar la figura conocida con el nombre de *la almohada*. Después díjole algunas palabras al oído, y fué á buscar algunos jóvenes por si uno de ellos era la pareja escogida por Blanca, pero ésta los recibió con signos negativos, en vista de lo cual corrió hacia Gilberto sonriendo y condújole á presencia de su futura. La joven, sin darle tiempo para arrodillarse sobre el cojín, tomó su brazo sin vacilar.

Gilberto dió una vuelta de vals. ¡Oh, qué embriaguez fué para él tener á

Entonces, lo mismo que en otro tiempo, cuando vagaba alrededor de Mareuil, comenzó á recorrer asiduamente la calle de Babilonia, deteniéndose de continuo largos ratos delante de la casa y junto á la iglesia adonde Blanca iba á oir misa. Vióla dos ó tres veces, pero siempre pasó sin fijar la atención en él ó sin querer reconocerle.

Su aire era siempre muy modesto; concentrada en sí misma, miraba vagamente á su alrededor, bajando muy pronto la vista; su andar era discreto, no hacía ostentación de su belleza, y hubiérase dicho que se cubría cada vez más con los velos del misterio. Sin embargo, parecía que con la edad se acrecentaba su importancia, y que sus diez y ocho años ponían más en evidencia el gran nombre que llevaba, la inmensa fortuna que debía heredar y la brillante posición que la esperaba en el mundo. Blanca seguía con paso tranquilo esa vía ascendente que, poco á poco, conducíala á todos los esplendores de su existencia; mientras que Gilberto se quedaba atrás, muy inferior á ella, perdido en su obscuridad y viendo cómo se hacía cada vez más profundo el abismo abierto entre los dos.

A medida que se aproximaba el día de su enlace, Pedro menudeaba más que nunca sus visitas á su futura, y como era natural, olvidábase de su amigo; pero Gilberto le vió lo suficiente para hallarse obligado á pesar suyo á escuchar sus confidencias: su alegría era indecible. Pedro amaba á Blanca desde la niñez, y jamás había dejado de quererla: animado de las más nobles resoluciones, proponíase reformar su conducta y poner término á sus locuras de joven, porque aspiraba al reposo, á la tranquila felicidad del hogar.

– Con una mujer como Blanca y un amigo cual tú, decíale, ¿cómo no he de ser feliz?... Tú vendrás á vernos; Blanca no te conoce aún, y es preciso que te aprecie...

Por fin llegó el día cruel, Gilberto fué invitado con su madre á la ceremonia religiosa, que se efectuó en San Francisco Javier.



La niña iba con su aya y fustigaba alegremente al animal (pág. 429)

Allí se apiñaba toda la nobleza del Delfinado, todos los parientes de ambas familias, muchos amigos y conocidos, oficiales del regimiento de Pedro y la flor del noble arrabal.

La condesa de Cabrol estaba radiante de alegría; su hijo le inspiraba temores hacía algún tiempo, y aquel matrimonio ponía término, á su modo de ver, al período de los extravíos de Pedro. Todo el mundo participaba de sus esperanzas, todos sonreían al contemplar aquella joven pareja, en la cual se enlazaban tantos ilustres recuerdos y se unían tantas antiguas glorias, honor de las dos familias, que debían reproducirse y perpetuarse á través de las edades.

Al salir de la iglesia, cuando Pedro de Cabrol, conduciendo á su esposa del brazo, franqueó la nave para dirigirse al coche, prodújose un murmullo de admiración. Avanzaba con paso seguro, alta la cabeza, luciendo su uniforme de dragón, apoyando en el pecho su brillante casco de acero de larga crin, y mirando á todas partes con sus negros ojos, que parecían expresar el colmo de la dicha. Y la joven vizcondesa de Cabrol (era vizcondesa de este nombre desde aquel momento), perdida en sus largos velos, apoyábase confiadamente en su esposo. También ella era feliz: comprendíase que aquello era para la joven la realización de un sueño de la infancia, una promesa del destino fielmente cumplida; que aquel día, en su concepto, llegaba naturalmente, y que no podía menos de ser así, puesto que en todo tiempo se la destinó para Pedro, como éste estaba predestinado á ser de ella. Con el corazón oprimido, Gilberto lo comprendió así é inclinó la cabeza resignado.

Durante el refresco que se ofreció en el palacio de la marquesa, las conversaciones se animaron, manifestóse la alegría reprimida hasta entonces, y en los grupos de jóvenes se desbordó del todo. Charnasón, que hacía las veces de caballero de honor del novio, estaba más contento que todos, y hubiérase dicho que él era quien se casaba.

Gilberto vió por primera vez al hermano mayor de Pedro, el conde Juan de Cabrol. No era tan alto como aquél, pero compensaba esta falta con su ademán altivo, su rigidez y el aspecto severo de toda su persona, que parecía engrandecerle. Veíase que afectaba para su hermano indulgencia protectora y cierta superioridad, que Pedro aceptaba sin reflexión, correspondiéndole con una amistad ciega. El conde de Cabrol, en su calidad de aspirante á diplomático, acentuaba con una ligera sonrisa cuanto decía, y con el cuello aprisionado en su corbata blanca, movía la cabeza á intervalos como si saborease sus palabras; era un hombre, en fin, desesperante por su misma corrección. Agregado de embajada, había pedido licencia para asistir al matrimonio de su hermano, é iba á marchar inmediatamente. Al retirarse hizo á la anciana marquesa de la Fonfreyde una de esas reverencias con que acostumbraba á saludar á las Altezas, midiendo el tiempo y la distancia de modo que todas las miradas se fijaran en él. Con este homenaje parecía realzar á la vez á la persona que le recibía y á la que le tributaba.

Gilberto no volvió á ver á Blanca de Cabrol, que había subido á sus habitaciones para despojarse de su traje blanco y que debía emprender por la noche su viaje de boda.

En su consecuencia, retiróse con su madre, que durante todo el trayecto, exaltada por la sociedad aristocrática con que se había rozado, hablaba con viveza, repasando en su memoria todos los nombres. Hasta llegar á su casa no echó de ver el silencio y la tristeza de su hijo.

—¿Qué tienes?, preguntóle. ¡Estar así en un día como hoy en que tu amigo es tan feliz!...

La señora de Maujeán se interrumpió al notar la expresión melancólica con que Gilberto la miraba, y sin duda adivinó lo que pasaba en su interior. Al principio no supo qué decir para consolarle.

—¡Bah! No será el único feliz, ni tampoco se ha casado con todas las jóvenes. Ya te encontraré una... no como la señorita de la Fonfreyde seguramente... tampoco tan noble como ella... ¡Vamos! ¿Creerás por ventura que la nobleza asegura la felicidad?...

Gilberto sonrió ante aquella abjuración de todos los principios de la buena señora; retiróse á su cuarto, y allí, solo, sin otros testigos que su pensamiento consagrado por completo á la nueva vizcondesa de Cabrol, pudo desahogar su corazón.



A medida que se aproximaba el día de su enlace, Pedro menudeaba más que nunca sus visitas á su futura (pág. 444)

IV

Vivían ahora en Versailles, muy retirados, salían poco y apenas recibían visitas. La luna de miel brillaba en su cielo, iluminando aquella pareja completamente feliz.

Gilberto iba á verlos algunas veces, invitado en las grandes circunstancias: una de éstas fué el nacimiento de Juana de Cabrol, ocurrido al año siguiente del de Guy.

El bautismo de este último, que en su calidad de heredero del nombre colmaba las justas aspiraciones de la familia, fué motivo de magníficas fiestas, y casi en la misma época Pedro ascendió á teniente. Así, pues, todo le sonreía, y atendido su género de vida, tranquila, formal y consagrada toda ella á su esposa, parecía digno de tal felicidad. Había cumplido su promesa, reformando su conducta.

Pero ¿no estaría solamente en la superficie la placidez de este interior? ¿No se violentaba Pedro para amoldarse á este nuevo género de existencia, tan poco parecido á la antigua? ¿No se rebelaba sordamente en sus adentros?

(Continuará)



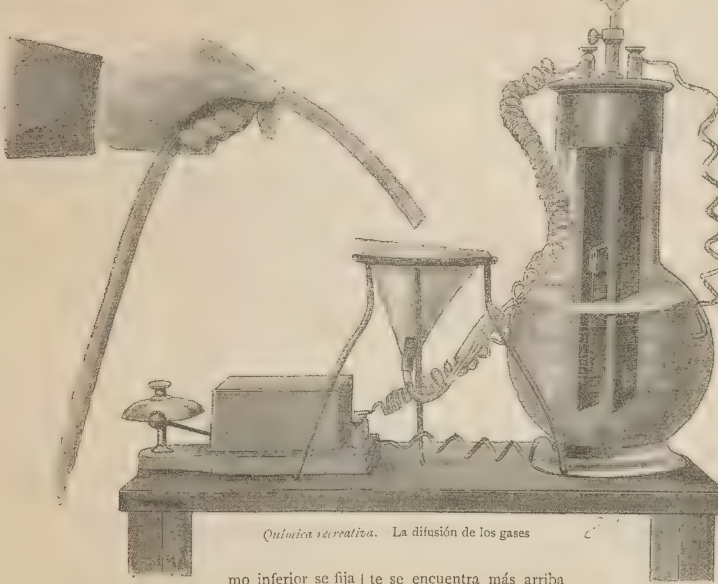
Anticipándose al porvenir, los jóvenes esposos ormaban ya proyectos sobre aquellos niños

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA

LA DIFUSIÓN DE LOS GASES

Un buscafugas de fácil construcción. – Tómese una plancha porosa, que se puede obtener aserrando el fondo de un vaso de pila, y ajústese con un poco de cera á un embudo de cristal sin tubo en cuyo extremo inferior se fija un tubo encorvado y algo más ancho en su parte superior. En este tubo se introduce un poco de mercurio y se colocan dos hilos de platino que no deben estar en contacto y de los cuales uno se sumerge en el mercurio, quedando el otro un poco más arriba de la superficie de éste. Estos dos hilos están en comunicación por medio de conductores ordinarios, el uno con uno de los polos de una pila al bicromato y el otro con una de las bornas de un timbre: otro conductor une la segunda borna de éste con el otro polo de la pila.



Química recreativa. La difusión de los gases

En estas condiciones el timbre no suena, pues el circuito está interrumpido porque los dos hilos de platino no están en contacto; pero si este pequeño aparato se coloca en un sitio en donde haya una fuga de gas, éste, al atravesar la plancha porosa, aumenta la presión, el mercurio sube y toca el segundo hilo, quedando cerrado entonces el circuito, por ser el mercurio conductor, y funcionando el timbre sin interrupción.

Palpablemente puede demostrarse esto aplicando un chorro de gas del alumbrado sobre la plancha por medio de un tubo de caucho, como se puede ver en nuestro grabado.

En algunas minas se han colocado aparatos para advertir la presencia del grisú fundados en ese principio.

Construcción de un pequeño motor de difusión. – Hace algunos años, Woodward presentó á la Sociedad de física, de Londres, un pequeño motor original basado en la difusión. He aquí una modificación de este aparato, que aun cuando no ofrece utilidad, no por esto deja de ser curioso.

Debajo del platillo de una balanza muy sensible se coloca una pipa de tierra cuyo fogón se cierra con un tapón de corcho no agujereado y á cuyo tubo se ajusta por medio de un enlace de caucho un tubo recto de cristal que se sumerge en un vaso que contenga un líquido colorado. Hácese luego el equilibrio colocando pesos en el otro platillo y se colocan dos tubos por donde circula hidrógeno ó gas del alumbrado á la altura del fogón de la pipa, lo más cerca posible de él. El hidrógeno penetra en la pipa, expulsa una parte del aire en el tubo contenido, el peso del aparato disminuye y la balanza se inclina del lado de los pesos, con lo que sube el fogón de la pipa, que de esta suerte se encuentra más arriba de los chorros de hidrógeno. Este gas sale entonces de la pipa mucho más de prisa que entra el aire, produciendo un vacío parcial, y el líquido colorado sube por el tubo de cristal aumentando el peso del conjunto del aparato, que por consiguiente desciende. Entonces el fogón vuelve á encontrarse delante de los tubos que conducen el hidrógeno y á expulsar el agua del todo de la pipa y así sucesivamente, obteniéndose de esta suerte un movimiento continuo mantenido por los cambios de presión gaseosa en el interior de la pipa. Este aparato no puede, sin embargo, ser de ninguna utilidad porque en su funcionamiento se producen muchos roces y hay muchas pérdidas de energía, proporcionando muy poco trabajo para la fuerza que lo produce.

Modo de conocer si una tela es impermeable. – Si se hincha con gas carbónico ó con hidrógeno uno de esos globos de goma que tanto entretienen á los niños y se le suelta al aire, no tarda en deshincharse, pues el gas de que está lleno atraviesa fácilmente sus paredes; y ¡cosa extraña! el gas carbónico, que es mucho más denso que el hidrógeno, atraviesa con más facilidad que éste el caucho, contra lo que sienta la ley de Graham. La difusión al través de las substancias colóideas obedece, en efecto, á una ley especial, habiéndose fundado en este hecho un procedimiento de análisis de las mezclas gaseosas, que lleva el nombre de *atmolisis*. El oxígeno pasa dos veces más de prisa que el ázoe al través del caucho. Si se hace pasar aire atmosférico á través de una gran cámara cuyas paredes sean de caucho y en cuyo interior se haya hecho parcialmente el vacío, obtiénese un gas que contiene cerca de 41 por 100 de oxígeno y que puede ser ventajosamente empleado en la metalurgia.

Esta fácil difusión de los gases al través del caucho permite también reconocer si una tela es impermeable: para ello se toma un tubo de lámpara que se cierra sólidamente en su extremidad ancha con la tela que se quiere probar: hecho esto, se le llena de hidrógeno por desplazamiento de agua y se le coloca en un vaso que contenga un líquido colorado: si el hidrógeno pasa al través de la tela, el líquido sube por el tubo tanto más rápidamente y hasta tanto más arriba cuanto menos impermeable es la tela.

F. Faideau

(De *La Science Illustrée*)

***

ARTIFICIOS DEL TEATRO

ESCAMOTEO DE UNA MUJER. – LAS TELAS LUMINOSAS

El artificio llamado el *Palanquín* produce toda la ilusión de un juego de manos: una de las heroínas de la comedia se presentaba en una litera conducida por cuatro esclavos (fig. 1) y cuyas cortinas se cerraban en un momento dado, y al descorrerse de nuevo, la actriz había desaparecido, á pesar de que el vehículo estaba completamente aislado sobre las espaldas de los que lo llevaban.

He aquí cómo se realizaba el escamoteo: las cuatro columnas dispuestas en los cuatro ángulos del aparato eran huecas y llevaban en su extremo superior una polea por la que pasaba una cuerda. Las cuatro cuerdas estaban atadas por un extremo á los cuatro ángulos de un doble fondo que cubría el suelo de la litera y por el otro á un contrapeso disimulado en el techo. Cuando se descorrían las cortinas, los que llevaban el palanquín soltaban los contrapesos, que deslizándose por el interior de las columnas hacían subir el doble fondo que con la actriz quedaba oculto en la bóveda del techo: acentuando por medio de la pintura las sombras de las molduras de las columnas y de la bóveda, el aparato tomaba un aspecto de ligereza que engañaba al más desconfiado espectador.

Otro artificio se emplea en *Piel de asno* para producir las telas color de sol, color de luna y color de tiempo: varios comparsas aparecen dejando en el suelo tres cofres cuyas tapas al abrirse descubren las telas de los colores indicados.

El fondo de cada cofre B (fig. 2) puede abrirse sobre un escotillón A, y por medio de una caja de luz eléctrica C se dirige un potente foco sobre la tela ligera y transparente que la inunda de color, la envuelve y forma cuerpo con ella. Para el color de sol se emplea una luz amarilla muy viva; para el de luna una luz blanca y una tela blanca ligeramente azulada, y para el del tiempo luz azul y una tela de tarlatana azul celeste.

Cuando se cierra el cofre por arriba, queda también cerrado por debajo, el escotillón se cierra á su vez y el foco luminoso se extingue.

(De *La Nature*)

LOS ARTIFICIOS DEL TEATRO

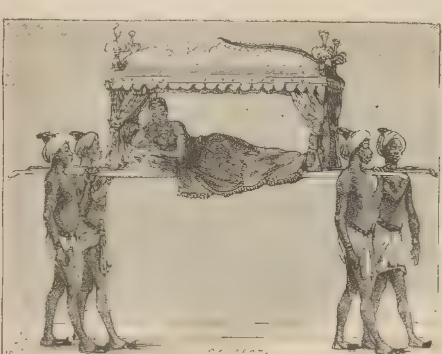


Fig. 1. El palanquín mágico

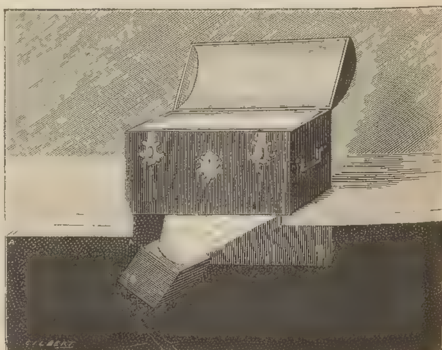


Fig. 2. – Las telas luminosas



PERFUMERIA-ORIZA
Perfumes líquidos ó solidificados
DE L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
Paris
ÚLTIMA NOVEDAD
Oriza Perfumes Solidificados
12 olores muy finos
bajo la forma de lápices.
JOCKEY-CLUB BOUQUET
Basta frotar con el lápiz los objetos que se desean perfumar
Al por mayor en Casa de
JAIME FORTEZA
34, Escudillers, Barcelona

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

CLAMORES DEL OCCIDENTE, *por D. Numa P. Lloma.* – Con este título ha publicado el distinguido poeta ecuatoriano Sr. Lloma, de Lima, cuatro voluminosos tomos de poesías, que son otras tantas series de los *Clamores de Occidente.* Titúlanse éstas «Cien sonetos nuevos,» «Interrogaciones.—Poemas filosóficos,» «Himnos, dianas y elegías. –Poemas patrióticos y religiosos» y «De la penumbra á la luz.–Poesías amatorias y diversas.» Sentimos que los límites reducidos de esta sección no nos permitan extendernos sobre lo mucho bueno que contienen las obras del Sr. Lloma, las cuales, como sus respectivos títulos indican, abrazan los distintos géneros que admite la poesía, tratados todos en armoniosos é inspiradísimos versos, que son poderosísimo argumento contra los que en mal hora abogan por la desaparición de la forma poética. Sólo diremos que el Sr. Lloma, miembro correspondiente de la Real Academia Española, ha merecido entusiastas plácemes de los primeros poetas españoles, como D. Gaspar Núñez de Arce, D. Manuel Tamayo y Baus y otros de los más ilustres vates y escritores americanos: á estos votos de calidad unimos nuestras sinceras, aunque humildes felicitaciones.

***

COLECCIÓN DE LIBROS QUE TRATAN DE AMÉRICA RAROS Ó CURIOSOS.—Dos tomos lleva publicados la empresa que en Madrid ha tenido la feliz idea de reimprimir las obras de los autores españoles de los siglos XVI y XVII referentes á América, cuyas primitivas ediciones pueden considerarse como perdidas por lo raros que han llegado á ser sus ejemplares. Son dichos tomos: la «Verdadera relación de la conquista del Perú,» por Francisco de Xerez, y el «Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas,» por el P. Cristóbal de Acuña, y ambos están reimpresos según las ediciones originales de Sevilla (1534) y Madrid (1641) respectivamente.

A éstas seguirán otras obras no menos raras é interesantes.

***

LAS ENFERMEDADES DE LA VID, *por Pedro Viala; traducción de don Rafael Janini.* – Interesantísima por muchos conceptos es la cuestión que con su reconocida competencia estudia en esta obra el ilustre profesor de viticultura del Instituto agronómico de Francia M. Viala. Comprendiéndolo así y considerando la gran importancia que para nuestro país especialmente tiene cuanto con la producción vinícola se relaciona, el conocido editor de Valencia Sr. Aguilar ha publicado una excelente traducción del libro, hecha por D. Rafael Janini, distinguido ingeniero agrónomo y director de la estación de Ampelografía americana de Valencia, quien no se ha limitado á verter al castellano esa obra, sino que la ha enriquecido con multitud de interesantes notas y completado con las enfermedades producidas por insectos. Además, el libro contiene un notable estudio de los aparatos de tratamiento de la vid por Pablo Ferrouillat, profesor de Mecánica agrícola de la Escuela nacional de Agricultura de Grignón.

Esta obra, sin duda la más completa de cuantas hasta ahora sobre esta materia se han publicado, forma un tomo de 580 páginas y contiene más de 226 grabados y 9 preciosas cromolitografías. Véndese al precio de 10 pesetas en casa del editor, calle de Caballeros, 1, Valencia, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



¡DESAMPARADOS!, escultura de D. José Montserrat (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

***

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno quinto de esta importantísima obra que edita D. Pascual Aguilar, de Valencia. Lo que de ésta hemos dicho en anteriores números nos releva de hacer de ella nuevos elogios.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor, calle de caballeros, 1, Valencia y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 24 y 25 de esta interesantísima obra últimamente publicados contienen, además del correspondiente texto, cuatro hermosas fototipias que representan: la bóveda del atrio de la Pabostría (catedral de La Seo), la portada del palacio de los Lunas, el relicario de la catedral de La Seo, y Hércules vencedor de Neso (grupo romano en bronce, propiedad de D. Pablo Gil y Gil).

Suscríbese en Zaragoza, Contamina, 25, 3.° y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

NUEVE MÚSICOS CLÁSICOS Y SEIS ARTISTAS ESPAÑOLES, *por D. Enrique Sánchez Torres.* – Del mismo autor del folleto «Massini,» de que nos ocupamos en un número anterior, es este nuevo estudio, en que con tanta competencia como amenidad de forma se trata en breves pero substanciosos capítulos de las siguientes celebridades artístico-musicales: Beethoven, Mozart, Haydn, Wagner, Chopin, Mendelssohn, Schumann, Gluck, Gayarre, la Cepeda, Matéu (Uetam), Labán, Goula y Sarasate.

El librito merece leerse y proporciona grata distracción y enseñanza por los curiosos datos que contiene y los juicios que en él se emiten.

Este folleto, editado por la Biblioteca Universal del filarmónico, se vende en las principales librerías y establecimientos de música.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 20 de julio de 1891 — Núm. 499

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



DON ENRIQUE SERRA, retrato copia del medallón en bronce esculpido por el profesor Kopf

Dibujado por Julio Morelli

SUMARIO

ENRIQUE SERRA

Algunos años han transcurrido desde que tuve ocasión de conocer y tratar á Enrique Serra. Había venido de Roma gravemente enfermo, herido por una de esas terribles perniciosas que destruyeron la preciosa vida de Fortuny. No he olvidado todavía aquel rostro demacrado, aquellos ojos hundidos, aquel color terroso; en una palabra, la juventud y el genio en lucha implacable con la muerte. En su mirada brillaba el ansia de la vida, mezclada con los fervientes anhelos del arte; las manos pálidas y descarnadas mostraban el inútil gesto de asir los pinceles; sus labios amoratados lucían grata sonrisa en la que se vislumbraban los bellos horizontes que abarcaba el artista con su fantasía soñadora mientras tenía el cementerio delante de sus ojos.



Estudio: dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

No había cumplido Serra veinte años y nadie creía que llegase á cumplirlos.

Tenía un ángel á su lado, una criatura, prodigio de belleza y cariño, que no se movía de la cabecera de su cama, atenta á sus menores deseos, llevando con sus miradas y sus sonrisas ráfagas de alegría al moribundo. Aquella niña fué más tarde la amante compañera del artista, quien en todas sus obras ha desparramado rasgos de su hermoso rostro y vislumbres de su cariñosa expresión.

La fiebre fué vencida y la juventud derrotó á la muerte. Desde las negras sombras infinitas donde comenzaba á hundirse su alma, volvió Serra á la luz, rechazando á la *malaria*, que desde entonces, como enemigo prisionero, amarró á su carro de triunfo. Aquella *aurea mephitica* de la campiña romana, emanación brillante y ponzoñosa de las paludes pontinas, donde flota el espíritu de la muerte, se convirtió de contrario terrible en amigo cariñoso; la causa de dolor y aniquilamiento se trocó en manantial de vida y de gloria. No pudo tomar el artista mejor venganza de aquel invisible y traidor enemigo después de la ruda batalla, erigiéndole en ídolo de su pincel, como hacen esos pueblos que adoran á los monstruos temidos para desarmarlos de sus iras y crueldades.

Parece como que Serra, una vez libre de los gérmenes destructores que minaban su existencia, conservó viva é indeleble la impresión de esa siniestra hermosura con que disfraza su mortal fiereza el dorado ambiente de la campiña romana. Desde «El Arbol Sagrado» al «Hermes» y al «Latium,» tres grandes creaciones de este artista, doquiera asoma el falaz brillo de esa atmósfera que se cierne sobre los terrenos de Lacio como nube putrefacta sobre el desierto campo de batalla, esos vapores que llevan en su seno vestigios de la sangre que fertilizara aquel limo, polvo de las ruinas que atestiguan el pasado poderío, átomos de las aras derrocadas y de las estatuas sepultas.

Enrique Serra, nacido en pobre hogar, hijo del pueblo, ha tenido dos grandes acicates en su vida: la necesidad y el talento; aquélla obligándole á trabajar, éste forzándole á producir. ¡Cuántos genios se han esterilizado en el sensualismo del bienestar!

Su talento, sin cesar estimulado por el arte, aguijoneó su ansia de saber. Lleno de intuición, pero falto de estudios, llegó á Roma. Hoy es, más que un hombre ilustrado, un erudito, gracias á sus solos esfuerzos, y en verdad asombran los conocimientos que ha llegado á adquirir con su perseverancia incesante, puesto al servicio de su cariño profundo á la gran ciudad donde ha encontrado segunda patria. Lo que le enseñaron las ruinas, sumado á lo que ha aprendido en los libros, llevaron á su entendimiento clara idea de toda la grandeza histórica de Roma; y de esa percepción íntima de todas las civilizaciones que han tenido asiento en la ciudad de los Césares y de los Papas, brotó su profunda admiración, en la cual se confunden el amor al paganismo con la devoción del cristiano.

Nuestro artista se ha encariñado con Roma de modo tal, que no encuentra lugar alguno que le aventaje. Ha comprendido su espíritu y se siente penetrado del soplo artístico que escapa de su tierra. Los recuerdos que en todas partes surgen y las grandes obras que doquiera se admiran, el predominio dos veces ejercido sobre todo el mundo, la primera vez con la fuerza, la segunda con la idea, llenan de asombro la mente del artista que se deleita en la contemplación de sus grandes obras y de sus gigantescas ruinas.

Enrique Serra, influído por ese medio-ambiente, propende, como es natural, á las concepciones idealistas, á la expansión de la fantasía, á la espiritualización de la materia, tomando tan sólo pie de la realidad para remontarse á esos espacios luminosos donde vagan las imágenes indecisas de los recuerdos y de los ensueños.

Es imposible contemplar los insignificantes restos de un muro, un fragmento de antiguo ídolo, los pedazos mohosos de un acueducto sin que la imaginación pierda de vista la realidad para evocar las fantásticas imágenes que el sentimiento de la pasada grandeza resucita, sin que ese espíritu de lo que fué, que parece errar entre las ruinas, anime todos los objetos y les infunda ese carácter poético y melancólico, donde se refleja el temperamento soñador excitado por los recuerdos que emanan del cerebro. Por esto Serra, que conoce á conciencia la historia romana y que sabe sentir, no puede ceñirse á la mera copia de la realidad que, en su miseria viviente, habla al artista con misteriosas voces y se le aparece llena de matices y vibraciones que nunca el indiferente pudo vislumbrar.

Como antes insinuamos, Enrique Serra pinta á la vez esos recuerdos animados de la Roma antigua y las formas ideales del arte cristiano. En sus ruinas y campos desolados y cenagosos, resto de la grandeza caída, derrama la tristeza de la muerte, la florescencia de la putridez, la expresión extática y suave de la realidad velada. En sus cuadros religiosos, como en las obras de los artistas del Renacimiento, hay el influjo de lo clásico, una adoración á lo plástico que envuelve lo espiritual, como de quien gusta tanto del búcaro como de la esencia. Cuando traslada al lienzo las imágenes del antiguo paganismo, infiltra en ellas algo de su temperamento espiritualista, y en sus cuadros religiosos se deja ver el enamorado del arte clásico que no sabe mirar con desprecio la forma y procura enlazar la gracia pagana con el espíritu cristiano.

Enrique Serra es infatigable en su labor, fácil siempre y variada. Ora nos ofrece larga y pastosa pincelada en sus paisajes, ora sutil y prolija minuciosidad de miniaturista en sus tablitas, verdaderas obras de orfebrería; desde la seriedad del asunto religioso va á parar al cómico tema del cuadro de género, siempre esclavo de la factura elegante y haciendo gala de sus brillantes cualidades de colorista.

Serra tiene hoy treinta y un años. Nació en Barcelona el día 7 de enero de 1859. A los catorce años, después de una infancia de privaciones y trabajos, reveló su talento en la Escuela Provincial de Bellas Artes de esta ciudad. Todavía recuerda con fruición la carta que recibió del director de *La Ilustración Española*, remitiéndole una cantidad por unos apuntes que le envió sin que se los pidieran del aspecto del patio del Hospital de Santa Cruz, en el aciago día de la voladura del Exprés, invitándole á continuar dibujando para dicha publicación ilustrada. Era el primer dinero que ganaba como artista, porque había ganado ya mísero jornal como obrero, siendo niño, y aquello le supo á grande triunfo.

Diez y nueve años tenía cuando Talarn, el primer protector de Fortuny, adivinando en Serra un gran artista, consiguió por medio de una suscripción que encabezó facilitar al artista una humilde pensión que le permitiera perfeccionar sus estudios en Roma, realizando el ansiado sueño del joven pintor. Entre aquellos primeros protectores de Serra figuraban los hermanos Masriera, los Torruellas, el marqués de Castellbell...

Llegó nuestro artista á Roma en el preciso momento en que Fortuny, en el cenit de su gloria, impulsaba la corriente artística. No pudo sustraerse Serra al imperio de aquel artista genial y fué en sus principios fortuniano hasta la medula de los huesos. De aquella época datan su *Odalisca muerta*, el *Botín de Guerra*, *La danza de la Almea*, saturados del orientalismo entonces en boga, exuberantes de fantasía y marcados ya con el sello de propia personalidad. Estos cuadros dieron gran reputación á Serra y le valieron ser llamado el heredero de Fortuny.

Su *Arbol sagrado* inicia la época romana de su arte y es el punto de partida de una serie inimitable de pinturas, inspiradas en aquella campiña romana, anegada por el agua de los acueductos que destrozaron los bárbaros y que fluyó como la sangre de abiertas arterias, reflejando en todos estos lienzos la tristeza contemplativa del artista enamorado de aquel mundo deshecho en ruinas.

En su *Virgen de Montserrat*, en su *Virgen de los náufragos*, en sus *Hijas de María*, en la *Madonna de Ripoll* y en su *Jesús y los niños* se manifiesta el pintor cristiano, apartado del sombrío estilo de la escuela española, alejado del ascetismo, tendiendo á ese risueño cristianismo del siglo XVI, amigo de la luz, devoto de las formas armónicas y reposadas del arte clásico.

El *Artículo de fondo*, *El intermezzo*, *E pur si muove*, *Vendedoras romanas*, son otros tantos cuadros de géneros, muestra de su inventiva, en los cuales se aproxima á la realidad y se ciñe bastante al natural, sin que peque nunca de vulgar ni de trivial en sus asuntos. Su último cuadro *La Venus del Tiber*, adquirido por Guillermo II, es su obra maestra en esta especialidad, pudiendo asegurar que se acerca tanto á la verdad que satisfará de fijo á los más exigentes partidarios del realismo.

Pocos estudios hay en Roma tan visitados como el de Enrique Serra. Es la academia de los pintores jóvenes y que van por vez primera á Roma, á quienes presta el maestro las luces de su experiencia y buen gusto. El domingo por la mañana, en su hermoso taller, se dan cita buen número de artistas y literatos, con la seguridad de admirar siempre algo nuevo y de oir buenas cosas sobre arte y literatura en la conversación que se arma entre aquellas *pobres gentes* que todavía se preocupan con estas tonterías.

Serra tiene ya imitadores y aun la *fortuna* de que haya quien falsifique sus lienzos. Esta es la mejor prueba de su potencia y originalidad. Sólo los astros de cierta magnitud pueden permitirse el lujo de tener satélites.

Su fama ha traspasado las fronteras de la patria, y en todos los grandes mercados de arte se solicitan sus obras, á pesar de su alejamiento de la realidad próxima y presente.

Hebert Spencer le da la razón en este punto. «Lo útil, dice, se convierte en bello cuando ha dejado de ser útil; lo que un tiempo fué práctico se trueca en decorativo. A medida que la sociedad se organiza y dejamos atrás las costumbres, las maneras, los productos físicos y morales de una época que desaparece; á medida que el alejamiento aumenta entre las cosas de otros tiempos y las cosas análogas que nos son familiares, aquéllas adquieren mayor carácter poético.» En consecuencia: las cosas y los sucesos demasiado próximos y que nos despiertan ideas poco diversas de nuestras ideas ordinarias no son de utilidad alguna para el artista.

FEDERICO RAHOLA

LA EXPOSICION

CIRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

II

Habíamos quedado en que la Exposición del Círculo, excepción hecha de los lienzos de Cortina y Casimiro Sainz – verdaderas obras maestras que honrarían cualquiera Exposición Universal, – nada de nuevo ofrecía al estudio lo allí exhibido, á pesar de las firmas de Jiménez Aranda, Sala, Domínguez, Domingo, Rico, etc.; y que examinadas las obras plásticamente, eran tan insignificantes unas y otras tan defectuosas, como defectuosas é insignificantes de concepto.

Discúlpanse los organizadores del certamen con lo de que no se ha querido hacer una Exposición de pretensiones: y yo replico que para ese viaje (viaje deplorable), no se necesitaban las alforjas del Jurado de admisión. Y además, replico y afirmo por centésima vez, que con ó sin pretensiones, nuestros certámenes de Bellas Artes serán por algunos años ecos, reflejos no más en el fondo y en la forma, de las extravagancias, equivocaciones, vacilaciones y congojas de la escuela parisiense; mejor dicho, de la creada por talentos llenos de *sprit* y por marchantes de suficiente ingenio para dictar modas al gusto y al arte.

¿Qué concepto, qué idea, qué motivo de mediana importancia llevaron al lienzo los pintores que en esta Exposición figuran, alguno con cinco y seis cuadros? Por allí se ve una *pescadora* con el capacho á cuestas; más allá, varios *petimetres* de principios del siglo, fumando; por el otro lado, un *soldadito flamenco*, borracho; junto á cierta figurilla de *labriega*, en *pose*, algunos patos bañándose en una acequia; más lejos, una joven contemplando el paisaje que se desarrolla ante sus ojos. Todo es lánguido, todo acusa desfallecimiento del ingenio, ausencia de imaginación, de estudio, de observación psicológica. El medio social, sea cual fuere, lo desconocen nuestros artistas; y sin estudiar, sin comprender el valor de ese ambiente que *hace* al individuo, es imposible representar gráficamente ninguno de los aspectos de la vida humana.

Nada nuevo, mejor dicho, nada que sea original, propio, que acuse una personalidad, hay en el Palacio del Retiro. Aranda es un concienzudo dibujante, un anatómico, pero un colorista falso, y sobre todo, un sectario de escuela agonizante – la servilista. – Domingo exhibe una testa microscópica y amanerada de color y de factura; Sala mandó una media figura de mujer, una elegante de principios del siglo, si buena de color y delicada de traza, en cambio vulgar y vista hasta la saciedad. ¿Qué pintor no habrá pintado una de esas *incroyables*? Nada nuevo, repito, puede admirarse; por el contrario, creo que nos estamos afeminando; creo que lo que se observa son dos tendencias acentuadamente transpirenaicas; la frivolidad en el asunto, tomando por modelo *cocottes* ó labriegos *pour rire*, y la deformidad y convencionalismo en el color y en la línea.

No hablemos del paisaje ni de las marinas. Sainz y Juste fueron los maestros; los cuadros que quedan son liliputienses é imitadores de todo menos de la verdad. Y cuenta que pintores de mérito, entre los que figura el autor de la *Batalla de Otumba*, se dedican hace tiempo al estudio del paisaje. Pero de sus cuadros puede decirse que están inspirados por los bucólicos del siglo pasado. No se ve en ellos – en los cuadros – la más ligera tendencia á impresionar con la ruda sencillez de la naturaleza, tal y como se presenta á nuestra alma – no á nuestros ojos solamente. – La severidad de la montañosa región del Guadarrama, lugar adonde suelen ir de cuando en cuando nuestros paisajistas de aquí en busca de *motivos* para arreglarlos y guisarlos después dentro de las cuatro paredes del taller, es demasiado austera, demasiado grande para que puedan sentirla é interpretarla fielmente. Por otro lado, acostumbrados público y artistas á *idilios forestales*, un paisaje abrupto, salvaje, un lugar donde no se vea la mano destructora del hombre, empeñada en hacer á su imagen y semejanza árboles enanos y regimientos uniformes de arbustos geométricamente alineados y recortados y anémicos, no les satisface. Es menester que haya rosales entre cañas y álamos blancos, recién pintaditos por la mano de una naturaleza coquetona, *sui géneris*, y cipreses y pinos muy iguales, muy compuestos, y casitas blancas al lado de arroyos cuyas orillas están bordadas de flores...



SAN IGNACIO DE LOYOLA, cuadro de D. Enrique Serra (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

La marina... He dicho en otra ocasión que tenemos buenos marinos; hoy sigo pensando y diciendo lo mismo.

Sigo pensando y diciendo lo mismo, porque este género de pintura se ha tomado á beneficio de inventario entre nosotros, quedando relegado á los aficionados y á los pintores que, sin condiciones para producir una obra de arte, para interpretar un motivo cualquiera de la vida social, de la historia, escogieron este oficio como pudieron haber escogido cualquiera otro, aprendiendo únicamente el mecanismo, la parte del oficio al alcance de sus talentos y disposiciones artísticas.

Cuatro buenos paisajistas cuenta al presente la escuela española, repartidos en Italia, Francia y España, además de Casimiro, y tres marinistas, incluyendo el pobre Juste. Y sin embargo de no contar más que con siete ú ocho pintores del género, la abundancia de paisajes y marinas es tal, que pasma. Así como el número de poetas buenos era más escaso que nunca hace un siglo, y á pesar de eso, los pentacrósticos y las anacreónticas invadían hasta los hogares más prosaicos, para flechar algún corazón ó felicitar al severo papá en el día de su santo, siendo este género de poesía el refugio de todos los rimadores chirles, así también hoy que tan escasos andamos de verdaderos intérpretes de la naturaleza en sus manifestaciones más grandiosas, el paisaje y la marina, al igual de los pentacrósticos citados, son el refugio de todos los que quieren figurar de vez en cuando en letras de molde, siquiera sea en los catálogos de Exposiciones, como esta de que me ocupo; pues de no *empuñar* los pinceles, pasarían por este valle de lágrimas sin que de sus personas se enterase nadie.

Decía mi querido amigo Picón en reciente artículo, que no debería rechazarse ninguna pintura ó escultura por mala que fuese; estoy de acuerdo, pero creo que deberían pagar un tanto alzado por cada cuadro los paisistas y marinistas españoles.

Benlliure remitió desde Roma el busto en bronce, gran tamaño, del inolvidable maestro Plasencia. Esculpido para ser colocado al aire libre, sobre el sepulcro del autor de *El mentidero*, el trazo y la ejecución revelan la mano de un artista de primer orden. Por cierto que este busto, gratuitamente modelado por Benlliure, trae á mi memoria un diálogo sostenido por el pintor y el estatuario poco tiempo antes de que mi ilustre maestro abandonase este mundo.

– Oye, galán, dijo una tarde Plasencia, quiero que me hagas el busto en bronce para colocarlo en mi taller.

– Con una condición, contestó el autor de *don Diego López de Haro*, que tú hagas otro estudio al óleo de mi cabeza, para colocarlo también en mi taller en Roma.

– Aceptado.



ESTUDIO DE MUJER SENTADA, dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

–Cuando regrese de Roma, que será dentro de un par de meses, pondré manos á la obra, dijo Mariano.

En efecto. Benlliure cumplió su palabra; pero si se descuida unos días, ni la mascarilla del eximio pintor puede modelar.

Llegó á tiempo de verlo rodeado de flores y metido en su ataúd de hierro.

Gandarias exhibe, además de un busto en mármol, cuatro estatuitas representando los cuatro elementos. Realmente el notable escultor no está á la altura de su talento. Fáltale originalidad, y aun cuando están bien modeladas, no brillan por condición saliente alguna.

Alcoverro se presenta bajo un aspecto nuevo, y justo es confesar que en esta fase de sus condiciones de artista se revela como escultor de *sprit*. Además del grupo en bronce, reproducción del que estuvo expuesto en esa Exposición, titulado *Dúo*, presentó un barro cocido admirable de hechura y lleno de gracia. Representa un artista que apura una colilla y viste pobremente. Va con la caja de los colores *Camino del Pardo*.

Un discípulo de Suñol exhibe un hermoso busto, y el Sr. Galán, que asiste por vez primera á un certamen público, muéstrase buen dibujante y conocedor del manejo del palillo, prometiendo llegar, de seguir por el buen camino que ha emprendido, adonde llegaron los buenos estatuarios.

Esto es lo más saliente de lo expuesto en la sección de escultura.

R. BALSA DE LA VEGA

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

(Conclusión)

No existe, como se ve, esa pretendida relación entre el género de los nombres y los caracteres de fuerza ó de gracia del significado de las palabras. Si aun reducida nuestra investigación al estrecho campo de una sola lengua, la francesa, por ser en ella donde principalmente intentaba Bescherelle apoyar su teoría, encontramos desmentidas á cada paso por los hechos sus seductoras elucubraciones, ¿qué sucedería si extendiéramos nuestras investigaciones á las demás lenguas? Tropezaríamos con que *el sol*, por ejemplo, masculino en las lenguas novo-latinas, es femenino en las germánicas *(die Sonne)*, mientras que *la luna*, femenino en aquéllas, es masculino en éstas *(der Mond)*; nos encontraríamos con que en castellano *el ratón* es masculino y *la rata* femenino, mientras en francés sucede lo contrario, siendo femenino *la souris*, el ratón, y masculino *le rat*, la rata; veríamos que el agua, *aqua*, femenino en latín, en castellano y en francés, *l'eau*, es neutro en alemán, *das Wasser*, y en griego, το ὕδορ, mientras que el tiempo, *le temps*, es masculino en castellano y en francés, femenino en alemán, *die Zeit*, y neutro en latín, *tempus*; como *caput*, la cabeza, neutro en latín, es femenino en griego, κεφαλη, y masculino en alemán, *der Kopf*. ¿Qué deducir de este cúmulo de hechos? Que no existe relación alguna necesaria y general entre el significado y el género de las palabras.

¿Sostendremos entonces que la atribución del género á nombres de cosas sin sexo es meramente arbitraria? ¿Renunciaremos á averiguar cuál es la causa de esa atribución? Nada de eso. La atribución del género á nombres de cosas sin sexo obedece á una ley, pero esa ley es de todo punto independiente del significado de tales nombres y se refiere tan sólo á su estructura material; es la ley de *la analogía fonética de las terminaciones*. Para mejor hacer comprender esta ley, la haremos sensible ante todo refiriéndonos á lo que ocurre en castellano. Cuando en castellano queremos expresar la femineidad transformando una palabra de masculina en femenina, nos valemos de la terminación *a*, y así hacemos de *perro perrA*, de *gato gatA*, de *Luis LuisA*, de *Ricardo RicardA*, de *maestro maestrA*, de *pintor pintorA*; la costumbre de ver en esta *a* la característica del femenino en los nombres de seres susceptibles de sexo, hace que cuando la encontramos también en palabras expresivas de cosas sin sexo las atribuyamos, por la analogía puramente fonética que entre unas y otras existe, el género femenino: así hacemos femenina *la casa*, *la cocina*, *la vajilla*, *la vela*, *la estopa*, *la esperanza*, etc., mientras hacemos masculinas las palabras *el tiempo*, *el espacio*, *el miedo*, *el sombrero*, *el vestido*, etcétera., etc., porque la *o* es la terminación más usual de los nombres de seres masculinos. Lo mismo pasa en francés, sólo que en lugar de la *a* es la *e* muda final la que caracteriza el femenino, por cuya razón se hacen de este género *la table*, la mesa; *la plume*, la pluma; *la chaise*, la silla; *la tête*, la cabeza, etc., etcétera. De tal modo se hace sentir esta ley en la analogía fonética desinencial que, á pesar del extraordinario influjo que en las lenguas ejerce la derivación, imponiendo á las palabras de las lenguas derivadas el género que tienen en la lengua madre, hay ocasiones en que la analogía fonética se sobrepone á todo, vaciando las antiguas palabras en el nuevo molde y haciéndolas salir del mismo con el sexo metamorfoseado: así, por ejemplo, la palabra *folium* al pasar del latín al castellano y al francés, no en su forma singular sino en plural *folia*, se transformó en castellano en *hoja* (foja) y en francés en *feuille*, adoptando en ambas lenguas el género femenino, en virtud de la analogía fonética, en lugar del neutro que tenía en latín: así salió de un plural neutro latino un singular femenino en francés y en castellano, como en italiano y en portugués.

Claro es que esta ley, como todas las demás leyes, mucho más en materia de lenguaje, es no pocas veces infringida; pero la generalidad de estas infrac-



ESTUDIO DE MUJER DE PALESTINA, dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

ciones tiene fácil explicación, ya en la derivación, ya en la paralización de la vida de las palabras en determinados momentos de su desarrollo, ya en la influencia de la lengua erudita, ya en otras muchas causas que sería prolijo enumerar. Así, por ejemplo, la influencia de la derivación explica que las palabras francesas *collège*, *miracle* sean masculinas, á pesar de terminar en *e* muda, por derivarse de las latinas neutras *collegium*, *miraculum;* así el influjo de los eruditos del Renacimiento explica el género masculino de las voces *labeur*, *honneur*, en contra del movimiento de la lengua popular que tendía á hacer femeninas todas las palabras terminadas en *eur* como *la douleur*, *la peur*, *la terreur;* así las exigencias etimológicas explican que la palabra francesa *bonheur*, dicha, se aparte del género femenino de esas mismas voces en *eur* por venir del latín *bonum augurium;* así las leyes que rigen la composición de los sustantivos en alemán, dotando á las voces compuestas del género que tiene el último de sus términos componentes, explica que la palabra *der Hausherr*, el amo (de casa), sea masculina; *die Hausfrau*, el ama (de casa), femenina, y *das Rathaus*, la casa de Ayuntamiento, neutra; así, en fin, otras diferentes causas explican en cada lengua el porqué de cada caso excepcional que ocurre. Lejos de invalidar todas estas infracciones la ley general, vienen á confirmarla; siendo evidente que la analogía fonética desinencial es el único principio capaz de explicar la atribución de género á voces expresivas de seres sin sexo.

Dada la necesidad de expresar el género de los nombres, ¿qué medios ha discurrido el ingenio humano para satisfacer esa necesidad? ¿Cuáles son los procedimientos empleados por las lenguas para hacer sensible por medio de la palabra las diversas impresiones recibidas por el espíritu de los seres de distinto sexo? He aquí otra nueva fase del estudio de la sexualidad en el lenguaje tan interesante como curiosa. El campo es vasto y el terreno casi virgen, lo mismo que el que acabamos de recorrer. No hay gramático, lingüístico ni filólogo que no haya tenido, poco ó mucho, que tocar estas cuestiones; pero nadie que sepamos hasta ahora ha acometido el estudio de conjunto de la teoría general, cabiéndonos la satisfacción de ser los primeros en presentar la importante doctrina objeto de estas páginas en toda su integridad, recogiendo á la par las enseñanzas de la filosofía del lenguaje, los hechos descubiertos por los lingüistas y las leyes formuladas por los filólogos, de cuya triple confrontación ha de brotar, como ha brotado en lo que precede, la clarísima luz que ha de guiar nos en nuestra exposición.

EN LA IGLESIA, cuadro de D. Enrique Serra adquirido por S. A. R. la princesa Mecklenburgo
Reproducción del mismo tamaño que el original

El procedimiento más natural y el que seguramente empleó el hombre para marcar en el lenguaje la distinción sexual de los seres fué el de servirse de una serie de palabras para designar los machos y de otra enteramente distinta para designar las hembras; este procedimiento es el que usamos en castellano para distinguir el *hombre* de la *mujer*, el *toro* de la *vaca*, el *caballo* de la *yegua*, como en francés se distingue *l' homme* de la *femme*, le *taureau* de la *vache*, le *cheval* de la *jument*, etc., etc. El gramático Estarac ha hecho la observación, tan atinada como exacta, de que frecuentemente los machos, las hembras y hasta las crías de los animales que más utilidad y placer proporcionan al hombre llevan nombres distintos: *el gallo*, *la gallina*, *los pollos; el toro*, *la vaca*, *la ternera; el caballo*, *la yegua*, *el potro*, etc. Nada más natural que este fenómeno. Así como al tratarse de nuestros semejantes, no estamos conformes si no les designamos individualmente con su nombre propio, *Luis Pérez*, *Jacinto Sánchez*, *José Rodríguez*, obligándonos las necesidades de la vida y del trato social á marcar á cada individuo con su nombre y á inventar con tal motivo los nombres propios, apellidos y apodos, para determinar perfectamente las personas á que nos referimos, así también cuando queremos hablar de animales domésticos, nos vemos en la precisión, por la frecuencia con que tenemos que designarlos, de distinguirlos con nombres diferentes; por eso, además de la palabra *perro*, que designa á toda una especie de esos animales, usamos las voces *faldero*, *galgo*, *mastín*, *poden-*



LA VÍA APIA, cuadro de D. Enrique Serra

co, *terranova*, etc., y aun siendo insuficientes estas palabras, expresivas de ciertas variedades de la especie, llamamos á los perros de nuestras casas ó á los de nuestros amigos con los nombres propios, *Sultán*, *León*, *Baliente*, etc.; otro tanto sucede con la especie



CABEZA DE NIÑO, estudio; dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

caballar, cuyas variedades reciben, según los casos, los nombres de *caballo*, *yegua*, *potro*, *jaca*, *corcel*, *jamelgo*, *hacanea*, etc., llevando además cada individuo un nombre propio dado por sus dueños, como puede verse en las listas de las carreras de caballos; por la misma necesidad de precisión en el lenguaje, exigida por las circunstancias en que se halla, no se conforma el labrador para designar á los animales de la especie bobina que posee con los nombres de *buey*, *toro*, *vaca*, *cabestro*, *ternera*, sino que llama á cada uno de ellos un nombre propio, ya tomado del color de la piel, ya de cualquiera otra circunstancia, ya de puro capricho, como el *Negro*, el *Manchado*, el *Rabón*, el *Pintorro*, el *Boyante*, etc. ¿Qué labradora no distingue perfectamente con sus nombres los perros que guardan sus rebaños, las reses que labran sus heredades, las gallinas que las surten de huevos y los asnos que llevan al mercado el excedente de sus frutos? A esta necesidad de distinguir con la mayor precisión los seres de la misma especie debe su origen el procedimiento empleado para la determinación del género consistente en usar palabras distintas para designar cada ser de sexo diferente, y á la misma necesidad es debida la invención de los nombres propios con su séquito de apellidos y el empleo de palabras distintas para designar al mismo individuo según las relaciones de parentesco en que se encuentre; así, para no citar más que esta última serie de vocablos, tenemos que el mismo individuo, según los casos, es designado con los nombres de *padre*, *hijo*, *hermano*, *tío*, *sobrino*, *abuelo*, *nieto* y *primo* en castellano, como lo es en francés con los de *père*, *fils*, *frère*, *oncle*, *neveu*, *cousin*, y en latín con los de *pater*, *filius*, *frater*, *avunculus*, *nepos*, y en alemán, con los de *Vater*, *Sohn*, *Bruder*; *Oheim*, etc., etc., y si de la serie masculina pasamos á la femenina, tendremos en castellano las voces *madre*, *hija*, *hermana*, *tía*, *sobrina*, *abuela*, *nieta*, como en francés *mère*, *fille*, *sœreur*, *tante*, como en latín *mater*, *filia*, *soror*, y como en alemán *Mutter*, *Tocher*, *Schwester*. Véase al mismo individuo recibiendo por sus relaciones de parentesco los nombres más diferentes, como recibe por su profesión otros distintos, apareciendo así en la vida social bajo mil diversas formas según el punto de vista en que se le considere.

No es este procedimiento, sin embargo, el único empleado por el hombre para expresar la diferencia sesual de los seres. Utilísimo y de general aplicación en todas las lenguas cuando se trata del hombre ó de ciertos animales domésticos que constantemente se están nombrando en la vida ordinaria, es de menos aplicación para designar aquellos otros seres que, ya por su alejamiento de nosotros, ya por la escasa utilidad que para la satisfacción de nuestros gustos ó necesidades tienen, ya por sus rarezas, nos son poco conocidos, no habiendo gran interés en determinar su género; el vocabulario de seres animados, rico en expresiones cuando se trata de aquellas especies, aparece pobre en demasía al tratarse de éstas, y generalmente no poseen las lenguas, en este último caso, más que una sola palabra para designar al macho y á la hembra lo mismo que á sus crías con todas sus variedades de tamaño, color y formas. Esto ocurre hasta en los idiomas más ricos, siendo más frecuente en los idiomas pobres. Así en castellano tenemos *el águila*, *el buitre*, *la perdiz*, *el tigre*, como en francés tienen *la colombe*, la paloma, *le serpent*, la serpiente, *la taupe*, el topo, *le merle*, el mirlo. A veces también esta designación común para ambos sexos obedece á razones eufónicas y en ocasiones á la dificultad de distinguir el sexo de los animales, como sucede por ejemplo en *la perdiz*. ¿Qué hacer en todos estos casos cuando por cualquier circunstancia queremos determinar el género del animal de que hablamos? ¿Qué procedimiento emplear, á qué medio acudir si no tenemos más que una sola palabra para indicar ambos sexos? Nada más sencillo ni rudimentario: se toma la palabra significativa del sexo, se une al nombre del ser y está resuelto el problema. Así en castellano mediante las voces *macho*, *hembra*, unidas á los nombres indicados, formamos las expresiones *perdiz macho*, *perdiz hembra*, como en francés con los términos *mâle*, *femelle*, se obtiene en casos análogos el mismo resultado, diciendo *perdrix mâle*, *perdrix femelle*. Este procedimiento, que en nuestras lenguas de Occidente constituye la excepción, siendo bastante reducidos los casos en que tenemos que acudir á él, viene á ser la regla general en las lenguas monosilábicas, como el chino, annamita, siamés, tibetano y birmán, así como en la mayor parte de las aglutinativas, tales como el wolof, hausa, taitiano, vitiano, soninké, etc. Así el chino, por ejemplo, de la palabra *tse*, que significa *hijo* en sentido general, en



MATER DOLOROSA, cuadro de D. Enrique Serra

francés *enfant*, forma las voces *nan-tsé*, hijo, *fils*, y *niú-tsé*, hija, *fille*; así el soninké para designar al buey dice *na* y para designar la vaca *naiakare*; así el malinké y el baubara para nombrar esos mismos animales dicen *misi*, buey, y *misi-muso*, vaca. Como se ve por los ejemplos citados, este procedimiento rudimentario reviste tres formas: 1.ª Empleo de las voces significativas del sexo después del sustantivo, como en castellano: *perdiz macho*, *perdiz hembra*. 2.ª Empleo de esas mismas voces antes del sustantivo, como en chino: *nan-tsé*, *niú-tsé*. 3.ª Empleo del sustantivo sin aditamento alguno para significar el masculino y agregación de la palabra equivalente á *hembra* para el femenino, como en malinké: *misi*, *misi-muso*. Desde que los estudios botánicos de los *Vaillant*, *Kœltenter*, *Jussieu* y tantos otros han hecho evidente la existencia de sexos en las plantas, el procedimiento empleado para marcar las diferencias sexuales de las mismas es el que acabamos de estudiar; siendo harto frecuente tropezar, en obras técnicas, con expresiones como *la palmera macho*, *la palmera hembra*, *el pino macho*, *el pino hembra*, *flores machos flores hembras*.

Esta repetición de las palabras *macho*, *hembra* era demasiado monótona, produciendo su uso harto desagradable martilleo, para que el hombre no procurase evitarlo echando mano de otros recursos en determinados casos. Las lenguas que tienen, como la castellana, por ejemplo, una especie de palabras llamadas artículos, cuya misión consiste en determinar la significación de los sustantivos, tomando al efecto la librea sexual de los mismos revistiendo formas distintas según el género de los nombres á que se agregan, podían apelar á este medio para señalar el género de estos nombres. Si en castellano tenemos, por ejemplo, la palabra *testigo*, que por los caprichos del uso no tiene variación genérica, y llega el caso de necesitarse precisar el sexo, ¿no obtendremos el mismo resultado diciendo *el testigo*, *la testigo*, que diciendo *testigo macho*, *testigo hembra*? He aquí, pues, un tercer procedimiento, consistente, como se ve, en determinar el género de los nombres mediante el artículo. Las lenguas que posponen el artículo al nombre, como sucede con el rumano, que para decir hombre dice *omu-l*, y con el dialecto franco-criollo de la isla de la Trinidad, que para decir el caballo dice *chouval-la*, se valen para determinar el género en ciertas ocasiones de la posposición del sustantivo al artículo; las que como el sanscrito, el zend, el alemán, el francés y el castellano colocan el artículo antes del sustantivo, determinan el género, en algunos casos, mediante la anteposición del artículo al nombre: *el mártir*, *la mártir*, *der Dentsche*, *die Dentsche*. Este procedimiento es el más limitado de todos, estando en general reducido á ciertos adjetivos sustantivados que carecen por diversas causas de expresión genérica propia.

Entre el empleo de palabras diferentes para cada ser de diferente sexo y el empleo del mismo vocablo para ambos sexos, cabe un término medio: introducir en el nombre típico una pequeña modificación que sin alterar radicalmente su estructura indique la variación del sexo. Este cuarto y último procedimiento es el más ventajoso de todos y el más comúnmente empleado en la casi totalidad de las lenguas conocidas. Marca perfectamente la distinción sexual por sí mismo de un modo directo, aventajando en eso á los procedimientos que necesitan acudir, ora al empleo de palabras significativas del sexo que hacen monótono el discurso y embarazosa la expresión del pensamiento, ora al uso de los artículos, medio supletorio y extraño al sustantivo mismo; no exige por otra parte la invención de nuevos términos, y aventaja por este concepto al procedimiento que requiere toda una serie de palabras para designar los seres machos, *hombre*, *caballo*, *toro* y toda otra serie enteramente distinta para designar los seres hembras, *mujer*, *yegua*, *vaca*. Diferenciación sexual hecha directamente sin alteración radical de la palabra; tal es el resultado de este delicado procedimiento de tan sencillo mecanismo como el que más. La modificación que en la estructura del sustantivo introduce este procedimiento no se hace sin embargo del mismo modo en todos los idiomas; unas lenguas se valen al efecto de prefijos y otras de sufijos, unas modifican el principio y otras el fin de las palabras. Entre las que emplean prefijos se encuentran las aglutinantes del sistema bantú y el japonés; así, por ejemplo, en esta última lengua *el gato*, como voz indeterminaba sin acepción de género, se llama *neko*; cuando se quiere designar el gato macho se dice O*neko*, y cuando se desea hablar de la gata se dice ME*neko*. Entre las que emplean sufijos se hallan las lenguas indo-europeas, y en general todas las lenguas de inflexión; así decimos en castellano *perro*, *perra*, *gato*, *gata*; como se dice en francés *lapin*, *la-*



CABEZA DE NIÑA, estudio; dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

pine, conejo, coneja, y en alemán *Hirt*, *Hirtin*, pastor, pastora. Estas desinencias son, como se ve, variadísimas, teniendo las de cada lengua especial explicación y origen. Así en castellano la terminación típica del femenino es una *a*, que procede en general

del latín; multitud de nombres femeninos acababan, en efecto, en latín en *a*, *musa*, *porta*, *fábula*, *mensa*, *finistra*, siendo además la *a* característica del femenino en los adjetivos de tres terminaciones genéricas, *bonus*, *bona*, *bonum*, *niger*, *nigra*, *nigrum*, y de aquí que al pasar todas estas palabras al castellano, dominando la terminación *a* en el artículo femenino *la* (del *illa* latino); en los demostrativos, *esta (ista, eccista)*, aquella *(eccilla)*; en la generalidad de los adjetivos, *buena*, *mala*, *blanca*, *negra*, y en gran número de sustantivos, *puerta*, *tabla*, *mesa*, resultó que esta terminación quedó asignada para caracterizar el femenino, como la *o* sirvió para marcar el masculino en virtud de la evolución fonética de los acusativos latinos en *um*, cuya *m* final desapareció en el castellana y cuya *u* se convirtió en *o: librum*, libro; *bonum*, bueno.

A estos cuatro procedimientos que acabamos de enumerar, empleo de palabras distintas, oposición á los sustantivos de las palabras expresivas del sexo, uso del artículo y modificación de la estructura del nombre con sus correspondientes variantes, vienen á quedar reducidos todos los medios hasta ahora conocidos, empleados por el hombre para expresar en su lenguaje la diferencia de los sexos en la naturaleza; con su estudio damos por terminado nuestro trabajo, no siendo nuestro objeto seguir en cada lengua el desarrollo de tales procedimientos ni menos descender al pormenor de las particularidades que cada idioma ofrece en este respecto, lo cual sería impertinente en este trabajo por corresponder á la Gramática particular de cada lengua.

FERNANDO ARAUJO

EL LLANTO DE PERLAS

I

Estaba Currito una tarde sentado en un peñón de una cañada de la falda de Sierra Morena, hacia el lado de la Mancha. Se había sentado allí á la sombra de otro peñón muy grande, situado en una eminencia, porque aunque ya el sol tenía menos fuerza, como el laborioso muchacho había empezado temprano su tarea cortando en el plantío vecino la madera necesaria para su oficio; hallábase sudoroso y acalorado.

Pero probablemente no sabrán ustedes quién era Currito y voy á decirlo en las menos palabras posibles.

Habrán ustedes leído ú oído decir que el rey Carlos III, de feliz memoria, trató de colonizar las despobladas vertientes de Sierra Morena y sus alrededores; por eso hay allí las poblaciones de la Carolina y la Carlota. Para poblar aquellos lugares y además para vigorizar la sangre andaluza y manchega (un tanto flojas) por medio del cruzamiento de razas, el celoso monarca hizo venir numerosas familias de Alemania y el Tirol, halagándolas con el reparto de terrenos, donación de utensilios campestres y otras ventajas. Supuso el bueno del rey que aquellas razas del Norte, vigorosas y trabajadoras, transformarían aquel suelo inculto en comarcas productivas; pero ¡ca! no había contado con la influencia del clima y de las costumbres meridionales: á la segunda generación la sangre española habíase sobrepuesto á la extranjera, y los descendientes de los primeros colonizadores son tan españoles como todos los que tenemos el gusto de serlo. Sin embargo, todavía hay chispazos de transmisión de raza, y Currito era un ejemplar. Descendía de una familia tirolesa y por eso tenía los ojos azules como los acianos y el cabello rubio como la espiga madura. Fuera de esto, era completamete andaluz. De mediana estatura, esbelto, airoso de movimientos y apostura y muy decidor, hacíase querer de las pocas personas con quienes se trataba. Porque Currito era un tanto retraído y trabajador de suyo, y para ganarse la subsistencia aprovechaba una habilidad que le había transmitido su familia. Bien así como los campesinos de Tirol, tallaba en pedazos de madera figuritas, carricoches y otros juguetes que vendía en los pueblos ricos de la Mancha y en Linares y que enviaba á Córdoba y Sevilla. Aun casi me atreveré á asegurar que las tallas de Currito llegaban á algunos anaqueles de tiroleses de Madrid. Era huérfano y sin familia, vivía de huésped con una vieja que tenía una cantina cerca de la venta de Cárdenas, y se pasaba casi todo el día en el campo, cortando madera y dedicado á sus trabajos de talla.

Estaba, pues, Currito, como ya se ha dicho, sentado en la cañada á la sombra de un peñón, ocupado en su faena.

Tenía á su lado algunos pedazos de madera y uno en la mano, en el que trabajaba con un cuchillo, y dos serones gemelos, en los que metía sus utensilios de trabajo para volver á su casa, cargándolos al lomo de una jaquita gallega, que pastaba alrededor de aquel sitio en completa libertad. Currito, que era muy enamorado y algo poeta, suspendía á veces su obra para admirar la postura del sol, que iba sombreando la cañada, matizando aquellos agrestes lugares con efectos de luz sorprendentes. Tal vez pensaba á su modo en lo que pensó Espronceda al escribir los siguientes versos:

¡Una mujer!
Del sol poniente al lánguido desmayo
lejos entre las nubes se evapora.

Y en efecto, corría entonces el mes de mayo, y había nubes al Poniente teñidas de la púrpura de la tarde, y Currito vió, no á una mujer que se evaporaba, sino que venía por la senda cerca de la que estaba sentado. Chocóle mucho vista de lejos, porque su contorno no se parecía al de los campesinos habitantes de aquellos lugares, y conforme se iba aproximando aumentaba la sorpresa del muchacho.

Y tenía razón para sorprenderse.

II

Figúrense ustedes una mujer alta, esbelta, que tenía las exquisitas líneas de la estatua griega y el majestuoso aspecto de la estatua romana, con una cara de cielo, unos ojos de diamantes verdes y una mata de pelo que no había más que ver. Pero no fué esto lo que más admiró á Currito, pues al fin y al cabo mujeres admirablemente hermosas las hay en todas partes, aunque no muchas, sino el traje que vestía aquella rara beldad, y no por lo complicado, sino por lo extraño y pintoresco. Llevaba una clámide y un faldellín de joyante y amarilla seda, unas sandalias del mismo color, y pare usted de contar, si no se cuentan las innumerables y gruesas perlas que brillaban en su cabello negro y suelto, como lunas en un cielo obscuro, y como lunas desvanecidas por la claridad de un crepúsculo matinal sobre el vivo color de la clámide y del faldellín.

Currito al verla llegar, embobado, se puso en pie con inconsciente respeto, y aquella mujer (pues al menos por su forma lo era), no bien se aproximó al muchacho quedósele mirando atentamente, así como también á la obra, ya casi acabada, que aquél traía entre manos, que era la figura de una pastora que tenía entre sus brazos un recental.

– ¿Te ocupas en eso?, preguntó la desconocida á Currito.

– Sí, señora, contestó éste algo turbado.

– Pues mira, no te das mala maña; hay escultores que no harían tanto.

Y como viese pintada la admiración en los ojos de Currito, prosiguió diciendo:

– ¿Supongo que no me conoces?

– No... señora.

– ¿Has oído hablar de las hadas?

– ¿Las hadas? Ya lo creo, mi abuelo era natural de un país donde dicen que hay muchas.

– Pues yo soy la hada Melusina.

– Para servir á usted.

– He tenido curiosidad de ver estas regiones meridionales, que aunque son pintorescas y de buen sol, francamente, no valen lo que mis bosques y mis ríos de Germania.

– Lo mismo decía mi abuelo.

– Pero en fin, en todas partes hay desgraciados á quienes ayudar y malvados que confundir.

– Ya lo creo, aquí encontrará usted muchos de una y otra clase; muchos pobres y muchos ladrones. Y mientras decía esto, Currito miró por casualidad los pies de la hada, y añadió:

– Tiene usted desatada una sandalia, ¿quiere usted que se la ate?

La hada alargó un pie y alzóse un poco el faldellín. ¡Vaya un pie y un tobillo que vió el muchacho al atarle la cinta (no correa) de la sandalia! De fijo supondrán ustedes que Currito íbase enamorando de Melusina; pues nada de eso, ningún mortal que no esté loco aspira á coger una estrella.

– Eres muy guapo y muy servicial y quiero recompensarte, dijo la hada. Es de creer que tendrás un deseo culminante: dímele y trataré de realizarle.

El muchacho titubeaba, pero alentado por la bondadosa mirada de Melusina prorrumpió con cierta vehemencia en las siguientes palabras:

– Pues bien, buena señora, abrigo un deseo constante, tenaz, único tal vez, que no me deja sosegar, y es el de querer y que me quiera una mucha hermosa, buena y fiel. Estoy solo en el mundo y me abruma mi soledad, ¿no la parece á usted que tengo razón?

– Ya lo creo. Ese anhelo es propio de tu edad. Pero ¿cómo siendo guapo y trabajador no has enoontrado lo que deseas?

– No es tan fácil.

– Veamos, repuso la hada.

Sacó del seno un espejito muy mono, le puso frente al corazón de Currito y clavó los ojos en él.

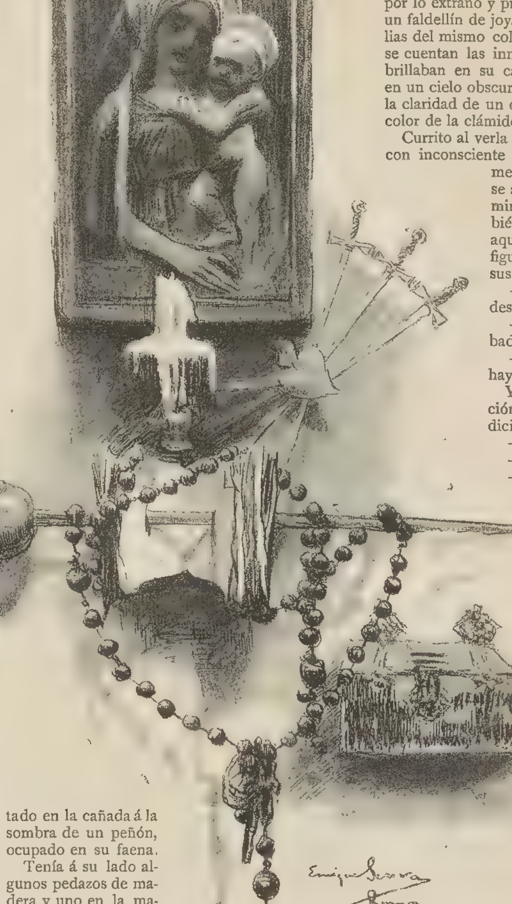
– ¡Hola, hola!, exclamó después de algunos minutos de observación, aquí veo un pecadillo tuyo.

El muchacho se puso encarnado hasta las orejas.

– Has engañado y abandonado á una joven...

– ¿A quién, á Nieves?, interrumpió Currito. Era

EX-VOTO.



Dibujo de D. Enrique Serra



EL ANILLO DE DESPOSADA cuadro de D. Enrique Serra (Exposición genera de Bellas Artes de Barcelona)



LAGUNAS PONTINAS, cuadro de D. Enrique Serra

tan fría como su nombre, tan tonta como un topo y tan holgazana como un sapo. Yo quiero una mujer que sienta y que sepa expresarme lo que siente; que trabaje, no por codicia, sino como seguridad de que la labor ahuyenta los malos pensamientos.

– ¿Y te contentarás con eso?

– ¡Pues ya lo creo! Y seré muy feliz. Vuelvo á decir á usted que tengo ansia de cariño.

– ¿Nada más que de cariño?

– Nada más.

– Pues bien: vas á lograr tu deseo. Mientras te limites á éste serás dichoso; pero ten en cuenta que si no vences los malos deseos que puedan asaltarte, acabarás mal.

– ¡Oh! No tengo ningún cuidado. Con una mujercita y ganando como gano para comer, me basta y me sobra.

– Allá veremos. Oye lo que tienes que hacer.

– Soy todo oídos.

– Mañana temprano te vistes y te aseas bien, pues debes saber que el amor y la gala andan un mismo camino. Tomas esta senda por donde yo he venido, cuando la acabes verás un molino en un cerro…

– Ya le he visto, pero nunca he estado en él.

– Pues vas al molino, preguntas por Mari-Paz y le dices que te envío yo.

– Mari-Paz, Mari-Paz, no se me olvidará. Bueno, ¿y qué?

– Que ya verás.

III

Desde que Currito se había casado con Mari-Paz era el hombre más feliz que existía bajo la capa del cielo. ¡Vaya una moza que se había llevado el muy tunante! ¡Qué trenza de pelo, qué ojos de serrana, qué tez que parecía una granada madura! Y no era esto lo mejor, sino su genio y sus cualidades. Como mujer casera todo se lo hallaba hecho, y como compañera no la había más tierna y alegre; siempre estaba risueña y cantadora, y á veces hacía que Currito suspendiese su faena para bailar con ella un vito hasta allá. Así es que él estaba embelesado y como entontecido de felicidad. Siempre andaban juntos como los gemelos de Siam. O él se quedaba en casa ó ella le acompañaba al campo: en fin, que eran dos tórtolos enamorados. No pasaba día sin que se acordaran de la buena hada Melusina á quien debían tanta dicha y que no parecía por parte alguna.

Pero vean ustedes por dónde enreda el diablo las cosas. Currito tuvo que ir á Linares á llevar unos muñecos que le habían encargado, y no se sabe lo que le pasó en aquel pueblo rico y bullanguero; pero lo cierto es que volvió á su casa muy peneque, y en vez de abrazar á su mujercita, como tenía de costumbre, entró dando gritos y porrazos y pidiendo la cena. No estaba ésta aviada porque no era hora, y con este motivo puso á Mari-Paz de oro y azul, llamándola descuidada, holgazana y poco mujer de su casa.

La pobre mujer, que estaba sentada á una mesita colocando sobre un papel unas madejas de hilo, viendo llegar á su marido en aquel estado y oyéndose tratar de aquel modo, no tuvo fuerzas para levantarse y prorrumpió á llorar amargamente. Por fin se puso en pie, hizo la cena de prisa y corriendo, que tomó Currito solo, prosiguiendo en sus golpes y vociferaciones hasta que se cansó y se fué á dormir la mona.

Aquella noche fué la primera que la pobre Mari-Paz no durmió con su marido. Pasóla muy afligida, se levantó temprano y fuese á la venta de Cárdenas á buscar provisiones. Poco después se despertó Currito con mucha sed, se tiró de la cama, buscó á su mujer, pero sólo encontró á la vieja en cuya casa vivían, que estaba muy escandalizada de la escena de la noche anterior. Currito tenía una vaga idea de ésta y se paseaba algo preocupado por todas las piezas. En uno de sus paseos se paró delante de la mesita á la que estuvo sentada Mari-Paz, y vió sobre el papel en que ésta había colocado los ovillos de hilo veintitantos granos blancos tirando á rubio del tamaño de una avellana pequeña. Quedóse muy sorprendido. ¿Qué sería aquello? En este momento volvió Mari-Paz de su compra, y Currito la preguntó, así como también á la vieja, dueña de la casa, si alguna de ellas tomaba píldoras para alguna dolencia, pues seguramente aquellos granos parecíanse á píldoras de cristal azogado. Las dos mujeres, muy sorprendidas de la pregunta, contestaron negativamente. Currito envolvió los misteriosos granos en un papel y los guardó en una alacena.

Como á pesar de aquel primer desmán, quería entrañablemente á su mujer, consiguió que ésta le perdonara á fuerza de mimos y halagos; pues Mari-Paz desde la escena de la chispa, había perdido su alegre aplomo; así es que vió con inquietud una nueva expedición de su marido á Linares, á pesar de que éste la dijo al marcharse:

«No tengas cuidado, monona, esas barbaridades no se cometen dos veces.»

Currito llegó á Linares, en donde conocía á mucha gente. Después de colocar sus juguetes, fué por curiosidad á casa de un farmacéutico y le enseñó los granos encontrados en la suya, que había llevado consigo, preguntándole si eran cosa de botica. Examinólos detenidamente el boticario y le contestó negativamente, añadiendo:

– Pero si esto parecen perlas, finas ó falsas.

– ¡Perlas!, exclamó Currito muy admirado.

– Seguramente. Enséñaselos á D. Cosme el platero.

IV

Currito fué á casa de éste, á quien conocía, y el lapidario, previo un somero examen, quedóse mirando á aquél y le preguntó:

– ¿Pero muchacho, de dónde has sacado estas perlas?

– ¿Conque son perlas?

– Y morrocotudas. Pocas he visto iguales.

– Pues mire usted, dijo Currito poniéndose muy colorado porque iba á mentir, están en mi casa desde antes de la muerte de mi padre. Yo creí que no valían nada.

– Pues valen mucho.

– ¿Y usted me las compraría?

– Ante todo soy hombre honrado, y voy á decirte lo que te conviene. Podría comprarte cinco ó seis, pero te aconsejo que las vendas juntas, pues así valen más. En Córdoba quizá tampoco haya quien te las compre; ve á Sevilla á casa de Scroop, calle de Génova, y allí te las tomarán en su debido precio.

– ¿Y en cuánto las tasa usted?

– En unos doce ó catorce mil reales.

Currito salió atontado de casa del platero.

V

Vendió las perlas en Sevilla, y viéndose poseedor de trece mil reales creyó que esta cantidad era inacabable y se le subió el humo á la cabeza. Antes de volver á su casa se detuvo en Linares, alquiló una y mandó amueblarla: ya no se avenía á vivir en el campo. En medio del aturdimiento que le producía su nueva fortuna, no cesaba de cavilar en la procedencia de las perlas, y después de revolver su imaginación se la achacó á la hada Melusina, que parecía querer bien á Mari-Paz. Volvió Currito á su casa y anunció á su mujer y á la vieja patrona el cambio de domicilio, noticia que ambas recibieron con notoria contrariedad. Mari-Paz no dijo nada; desde la noche de la borrachera de su marido no era expansiva con él. La vieja se limitó á decir:

«Muchacho, haces mal en marcharte. En todas partes hay vicios, pero en el campo son menos.»

Ya establecido en Linares, Currito hizo una vida morigerada, pero perdió el gusto al trabajo, y confiado en que Melusina le haría un nuevo regalo triunfó y gastó de lo lindo. Ibanséle acabando los fondos. La hada no daba señales de vida, y esto le tenía inquieto. Una noche, con motivo de haberse retirado muy tarde y mal humorado á consecuencia de haber perdido jugando, ambos cónyuges tuvieron una reyerta que hizo llorar á Mari-Paz. Entonces Currito notó una cosa extraña: estaban cenando y las lágrimas que vertía aquélla caían sobre la mesa é instantáneamente se convertían en perlas como las que había vendido en Sevilla, aunque algo más pequeñas. Quedóse Currito estupefacto. ¡Su mujer lloraba perlas! Desde aquel día tuvo que sostener una lucha constante entre su amor y su avaricia. Quería mucho á Mari-Paz, sentía afligirla; pero cuando se veía sin dinero, aunque remordiéndole la conciencia, buscaba pretextos de riña y escándalo para hacer llorar á aquélla. Cada vez las lágrimas convertidas en perlas iban siendo más pequeñas y por consiguiente tenían menos valor, lo cual era causa de que Currito redoblara sus desmanes con su mujer. La pobre Mari-Paz estaba cada día más triste y una mañana amaneció ciega. No sólo no veía sino que no podía llorar, sus ojos estaban secos.

VI

Currito no pudiendo ya proporcionarse recursos con el llanto de su mujer, echó un genio endiablado y se dedicó al juego y á la bebida para distraerse; y con esto y con no tener ya ganas de trabajar la casa fué de capa caída. Vendió en poco tiempo cuanto poseía: primero las alhajillas, luego la mayor parte de los muebles, después las ropas, y por último quedóse el matrimonio casi, casi con sólo lo puesto. Inútil es decir que todos los días andaba en aquel desvencijado hogar la marimorena. Currito tenía intervalos de compasión hacia su mujer al verla triste y ciega, é intervalos de aversión al considerar que no le servía para nada; pues hasta su corazón había perdido. Llegó la ruina total; el vicioso muchacho dejó á Linares, en donde se había creado muchas enemistades, y fué á refugiarse con su mujer á casa de la buena vieja de Despeñaperros, en donde anteriormente había estado, resuelto á emprender de nuevo su oficio. Pero ¡ca! faltábale el estímulo, y además con la bebida y los disgustos tenía el pulso tan temblón que sólo hacía mamarrachos.

Una tarde estaba el desgraciado matrimonio sentado debajo del peñón de la cañada. Currito trabajaba poco y mal, y Mari-Paz, con la cabeza baja, ¡Dios sabe en lo que estaría pensando! De súbito oyeron ruido, y aquél vió venir por la senda una figura sorprendente. Era la hada Melusina, toda cuajada de diamantes, que venía en un carricoche de cristal, tirado por dos gacelas muy pulidas. Currito quedóse extático y avergonzado.

La hada se detuvo al llegar frente á la triste pareja, y mirando al muchacho, dijo con acento severo:

«Te he dado la felicidad que deseabas y la has destruído. No supiste dominar tus pasiones y la Providencia te castiga por mi mano. Abandonaste injustamente á Nieves y no consiento que haya una segunda víctima de tu intemperancia. Mari-Paz recobrará la vista y será feliz.»

Y mientras profería las últimas palabras, Melusina asió con un movimiento rápido á la joven ciega, sentóla á su lado en el carricoche, dió un grito, y antes de que Currito pudiera oponerse, las gacelas partieron como si tuvieran alas, y la mágica visión se desvaneció entre las sombras del crepúsculo que ya invadían la cañada.

Currito aún vive de limosna y cometiendo necedades. En las poblaciones de uno y otro lado de Sierra Morena le llaman *Currito el bobo.*

Floro

NUESTROS GRABADOS

El conde de Urgel en poder de la gente de D. Fernando de Antequera, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – «… y padeció en este viaje (el viaje á Castilla) muchas injurias y pesadumbres, porque los que le llevaban eran muy descomedidos é inhumanos, y hacían escarnio y mofa de él, llevándole atado de pies y manos, y en los mesones y posadas le enseñaban á la gente como si llevaran un hombre vil ó un ladrón público, y le daban de pescozones, burlándose de él que hubiera tenido á gozar de pretender el reino en competencia del infante de Castilla, y de este modo lo afligían sin rastro de piedad alguna y le daban mayor aflicción.»

Aunque Monfar en su crónica explica así la situación que el artista ha tratado de representar, la crítica ha creído hallar en el lienzo de Tamburini pequeños lunares que no ha logrado explicar satisfactoriamente. Si el conde de Urgel era, en su físico, varonil ó afeminado, difícil es comprobarlo, y si durante su calvario decayó su espíritu á la par que su organismo, puede presumirse, pero no afirmarse. Sea cual fuere la verdad, lo cierto é indudable es que el autor del cuadro que reproducimos, pintado expresamente para figurar en la primera Exposición general de Bellas Artes que se ha celebrado en Barcelona, ha hecho lo que no han intentado la mayoría de sus compañeros, esto es, tomarse el trabajo en pensar y discurrir, estudiando una época y un asunto por demás simpático y de capital interés en nuestra historia regional. El cuadro acusa en Tamburini cualidades no comunes, ya que además de ajustarse por su indumentaria á la época que ha tratado de representar, obsérvanse en él bellezas muy dignas de tenerse en cuenta.

Cinco cuadros ha presentado Tamburini en nuestra Exposición, uno de ellos, el que publicamos, de grandes dimensiones. *Rosa mística*, que resulta una composición sumamente simpática y en la que el autor ha tratado de hacer alarde de su habilidad, venciendo las dificultades que le ofrecía la tonalidad; *Ocaso* y *Una máscara*, dos bellos estudios que ofrecen un verdadero contraste y *Un voto* que sintetiza la conjunción de sentimiento y creencias, de cariño y fe religiosa que se anida en el corazón de la madre cristiana, que reconocida á las bondades de la Providencia, muéstrase humilde y reverente murmurando una plegaria por haberse salvado su hijo querido de la dolencia que le aquejaba, en tanto que su esposo, destacándose de la penumbra del templo, lleva en sus brazos al ser querido. Aquí recomiéndase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento, ya que canta los más dulces afectos, aquellos que elevan y enaltecen al hombre.

Por nuestra parte y aun á riesgo de que pueda motejarse nuestra apreciación, creemos que este lienzo, tanto por el asunto como por su valor pictórico, debiera figurar en el número de los escogidos para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes.



Por la mañana iba al Bosque para verla pasar á caballo y cruzarse con Charnasón que la saludaba (pág. 461)

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Gilberto no observó nada: la atmósfera de calma que se respiraba allí acabó por tranquilizarle á él mismo y su pasión hubo de inclinarse ante aquellos dos seres que tanto se querían. El amor, por más que se diga en contrario, no sobrevive á la esperanza; y Pedro tomaba al parecer tan por lo serio su misión de esposo, que esta actitud impuso á su amigo y le inspiró respeto.

Lo que contribuía á que su pasión se calmase era la nueva mujer que Gilberto veía en la vizcondesa de Cabrol. Nada tan conmovedor como aquella joven madre, niña aún, cuya juventud contrastaba con la seriedad de semejante situación, y que se revelaba de pronto como mujer vulgar, ocupándose en detalles ínfimos que Gilberto hubiera juzgado impropios de su condición. La joven esposa criaba á su hijo, mostrando el gracioso abandono de su estado, el olvido de toda coquetería, la indiferencia de la mujer que, ocupada tan sólo de cuidar á su hijo, no se imagina que las miradas de los demás puedan fijarse sino en ellos. Su belleza tenía ahora algo de lánguida, de inocente confianza y no sé qué de casto que la ponía al abrigo de todo deseo impuro. Veíase que su alma no le pertenecía ya, que la había transmitido toda entera á las de Juana y de Guy.

Anticipándose al porvenir, los jóvenes esposos formaban ya proyectos sobre aquellos niños. Blanca había resuelto enseñarles ella misma á leer; Pedro se encargó particularmente de Guy, y proponíase hacerle adelantar en el latín. Cierto día Blanca le recordó la promesa en presencia de Gilberto.

–¡Tiempo hay para ello!, exclamó Pedro, y además, se me ha olvidado un poco... Dirígete á Gilberto, que es un sabio.

Por primera vez, Blanca miró al joven detenidamente, fijando los ojos con admiración en su cabeza, cual si hubiera querido extraer de ella cuanto suponía que encerraba para hacerlo pasar á la de su hijo.

Pero prescindiendo de esta circunstancia, era un problema averiguar si Gilberto existía para Blanca y si ésta hacía aprecio de su presencia. Apenas llegaba él, ú otro cualquiera, separábase de su esposo para dirigirse á sus habitaciones y reunirse con sus hijos.

La madre de Pedro, la condesa de Cabrol, estaba ya tranquilizada sobre su porvenir, y fué para ella una gracia de la Providencia pasar al otro mundo sin sufrir una decepción. Murió de repente, cuando aún no se habían cumplido dos años del casamiento de Pedro. Sus ojos se cerraron ante el risueño cuadro que le representaba un lugar feliz animado por dos hermosos niños.

Hubiérase dicho que sólo ella era quien con su presencia mantenía la dignidad de aquella existencia y la armonía que de ella resultaba, pues apenas dejó de existir, y á pesar del dolor profundo que Pedro experimentó por su pérdida, todo cambió insensiblemente.

En primer lugar, suscitáronse cuestiones entre Pedro y su hermano con motivo de la herencia, pues Juan de Cabrol contaba, como primogénito, con beneficios que no encontró. No supo ocultar su despecho, mostróse muy violento y acabó por resentir el amor propio de su hermano. No obstante, al fin hubo avenencia, y el castillo de los alrededores de Chatillón, causa de la disputa, quedó para Pedro. Sin embargo, algún tiempo después, y á consecuencia de una grave decisión que Pedro adoptó sin consultarle, Juan tuvo un pretexto para romper con él definitivamente.

Tratábase de pedir su retiro como oficial: el conde veía en esta determinación el origen de faltas de conducta que podían perjudicar á uno y á otro, y por desgracia sus temores eran harto fundados. Desde que era dueño de una gran fortuna, Pedro no podía sufrir ninguna autoridad, y por esto disgustábale la vida militar. No quiso escuchar á su hermano, y se indispuso con él; poco le costó obtener el consentimiento de la vizcondesa, que no veía aún más que por sus ojos, y salieron de Versailles para establecerse en París.

La marquesa de la Fonfreyde les había cedido su palacio de la calle de Babilonia, y allí se instalaron; mientras que la anciana volvió á Mareuil, donde vivió en adelante, ocupada en la explotación de las numerosas granjas dependientes del castillo. Hacia el fin de su vida, esta noble dama se dejó dominar completamente por un vicio que había ocultado hasta entonces: asegurábase que era avara. El hecho de haber despedido un intendente que la robaba, la circunstancia de haberse encargado ella misma de la dirección de todos los asuntos, sus exigencias y discusiones con los colonos de la finca, su empeño de no renunciar al menor de los beneficios y la parsimonia con que vivía dieron origen á tal rumor.

El palacio de la calle de Babilonia quedó transformado al gusto del día, y entonces dieron principio las recepciones. Poco á poco, la vida de Pedro y la de Blanca, tan recogida en otro tiempo, perdió su carácter íntimo para hacerse más pública.

Gilberto los perdió de vista algún tiempo, pues alternaban con aquella sociedad con la que él no tenía relaciones y de la cual le separaba su vida estudiosa; pero previó que la vizcondesa, la joven madre formal que había conocido, iba á transformarse, dejándose arrastrar por el ejemplo de su esposo.

Las pocas veces que al hacer una visita por la tarde los encontró en casa, no estaban solos; siempre había allí parientas de provincia, las condesas de Chalieu y de Preville, tías de Blanca, y la baronesa de Tertre, que lo era de Pedro.

No disfrutando de gran fortuna estas señoras sólo iban durante las primaveras á pasar algunas semanas en París y alojábanse en el palacio de la calle de Babilonia, hallando así, á pesar de sus escasas rentas, el medio de satisfacer las exigencias del gran mundo para el cual habían nacido. Llevaban las noticias de su país sobre matrimonios, nacimientos y chismes; conocían al dedillo la genealogía de todas las familias delfinesas, y sus detalles no se agotaban nunca. Eran mujeres de costumbres aristocráticas, fieles guardianas de las tradiciones, sumamente devotas, muy delicadas en la elección de manjares; no faltaban nunca á las grandes ceremonias religiosas, y eran muy aficionadas á oir los sermones de

predicadores notables; revolvíanlo todo en el palacio, é imponían sus preferencias al cocinero. En cambio mostrábanse muy atentas con Pedro de Cabrol, que durante sus ausencias encargábales que distrajesen á su esposa.

Pedro, en efecto, salía mucho: al cabo de dos años de matrimonio adoptaba otra vez su vida de soltero en el punto mismo en que había renunciado á ella; pero esta vez con todo lo que podían agregar á sus aficiones la libre disposición de bienes inmensos, la independencia de una vida ociosa y la falta de ese ascendiente maternal que hasta entonces había moderado su conducta.

Gilberto supo muy pronto á qué atenerse sobre el particular. En algunas comidas á que fué invitado, después de los postres y en la intimidad de las confidencias de unos y otros, las indiscreciones de Charnasón y de varios amigos le pusieron al corriente de las locuras de Pedro. Un nombre sobre todo sonaba con frecuencia, el de miss Bagatel, que no se pronunciaba nunca sin que se cruzaran sonrisas y alguna guiñada maliciosa.

¿Sospechaba algo la vizcondesa? Difícil hubiera sido saberlo, porque en aquella época hallábase ya demasiado atareada por las continuas ocupaciones propias de una mujer del gran mundo para que tuviese tiempo de vigilar á su esposo ni siquiera de pensar en él.

Apenas le quedaba un momento para ver á sus hijos: éstos eran llevados á su presencia á una hora fija, los abrazaba, asegurábase de que disfrutaban de buena salud, confiábalos después al aya, y asunto concluído para todo el día. Su coche la esperaba: las carreras, las visitas, las ventas para la Beneficiencia, las consultas con la modista, el tocador; todas estas ocupaciones diarias exigían mucho tiempo, y la vizcondesa ya no se pertenecía.

En poco tiempo, pues, verificóse una transformación completa, y Gilberto pudo persuadirse de que la mujer es lo que quiere el marido, frívola ó formal, según sea el carácter de éste. Blanca había aceptado como cosa natural la primera existencia aplicada y grave que se la impuso; y ahora, con la misma naturalidad, lanzábase en aquella vida agitada, sin faltar á ninguna de las reuniones donde debía encontrar á las personas que hacían la misma vida que ella.

Y ante todos estos cambios, Gilberto sentía que él también se transformaba.

Aquel amor que él había procurado dominar, su pasión calmada, todo parecía despertarse bruscamente y con más energía que nunca. Si Blanca de Cabrol abandonaba su hogar y se lanzaba á los placeres, si su esposo no sentía ya amor hacia ella, si el lazo que los unía no era el vínculo tres veces sagrado que él había creído, ¿por qué imponerse el sacrificio de no amarla?

¿Qué deseaba, sin embargo?... ¿Declararle su amor? ¡Bien sabía que esto era imposible, porque no podía hacer traición á Pedro! ¡La esposa de su amigo era para él sagrada!... No, no era esto lo que deseaba; pero quería sí seguirla, vivir al menos como ella y tomar parte en sus placeres. No necesitaba jurar que ella no conocería nunca sus sentimientos; pero á pesar de ello se hizo á sí mismo este juramento.

Y desde entonces, á fin de verla más á menudo, comenzó á buscar las invitaciones con tanto empeño como el que antes puso en evitarlas, y frecuentó todas las reuniones á que Blanca asistía. No le fué difícil conseguirlo, pues aquella no era la sociedad quisquillosa y un poco austera que conoció en casa de la marquesa de la Fonfreyde y de la condesa de Cabrol, sino gente más acomodaticia; distinguida, eso sí, pero ante todo amiga de los placeres. Por eso Gilberto pudo deslizarse en ella inadvertido y perderse en aquella brillante multitud, de la que formaban parte las principales bellezas, las reinas de la moda, cuyos nombres y la descripción de cuyos tocados llenaban al día siguiente de cada baile las columnas de las crónicas periodísticas. El nombre de la vizcondesa de Cabrol, citado sin cesar, era uno de los que naturalmente, casi diremos por derecho propio, acudía á la pluma del periodista. La entrada de Blanca en los salones producía siempre sensación.

La primera vez que Gilberto volvió á verla en una de aquellas reuniones, adelantándose orgullosa con sus galas y sus hombros desnudos, experimentó cierto asombro: su juventud se había desarrollado, y todas las gracias, todo el fuego de la vida revelábanse en sus ojos y en su sonrisa.

Andaba majestuosamente y llevaba erguida la cabeza que una magnífica y sinuosa línea de la nuca, perdida entre la mata de su hermoso pelo negro, destacaba sobre sus esculturales espaldas. Aquella cabeza, siempre pequeña resultaba de este modo mejor asentada para realzar el perfecto dibujo de las facciones, el suave óvalo del rostro, el delicado carmín de las mejillas, y aquella frente estrecha y lisa coronada de espesas trenzas en las que parecían agitarse las aguas de los diamantes. La amplitud de sus bellos ademanes deslizábase á lo largo de sus brazos blancos como el marfil y correctamente redondeados en el codo, en los cuales buscaba Gilberto cándidamente el rasguño que en otro tiempo viera en ellos: ya no le vió; había desaparecido, sin duda con la misma facilidad con que se borró en la memoria de la hermosa el recuerdo de aquel día de su infancia. Su talle, algo más grueso y firme, era el talle de mujer honrada, no de aquellos que, redondos y flexibles como una caña, parecen prestar su curvatura á la opresión de ajenos brazos. En este conjunto, Gilberto adivinó todas las dificultades é imposibilidades de una victoria, la dureza de una armadura impenetrable. Las miradas del joven fijábanse con admiración en las ondulaciones del corsé, y en las blancuras satinadas que el escote del vestido dejaba ver en parte, y que eran indicio de una salud robusta y sana. En este punto, Gilberto experimentó una impresión dolorosa: el mundo tiene sus convenciones, y da poca importancia á la multiplicidad de los tesoros que se ostentan; pero él, que no pertenecía á la misma sociedad, que no veía sino á Blanca, sin hacer aprecio de las demás mujeres, y que la había elevado á tanta altura en su pensamiento fuera de toda comparación, no podía ver aquello sin pesar. Y por muchas veces que la viera después, mostrando aquellos brazos y hombros desnudos, no le fué posible hablarla sin sentir emoción y angustia, ni persuadirse de que fuera una mujer como las demás, modelada en el mismo limo.

Blanca bailaba poco, y hallábase continuamente rodeada de sus amigos, distinguiéndose entre ellos Charnasón, que la seguía por todas partes, y aunque á veces se distraía aquí y allí acababa por volver siempre á su lado.

Charnasón abusaba de un vago parentesco y de su antigua amistad con Pedro para mostrarse muy familiar; y la vizcondesa, sin ofenderse por ello, sonreía al ver las excentricidades á que le llevaba su tolerancia. En cuanto á Pedro, no veía mal en nada... Aburríase en aquellos bailes, y desaparecía á veces para no volver hasta que tocaban á su término.

– Blanquita no se divierte, decía á cualquiera de sus amigos íntimos: déle usted un poco de conversación mientras yo me escabullo...

Y en efecto se iba. El casino, el juego y miss Bagatel le esperaban.

Cierto día, en que por casualidad rara ningún adorador asediaba á Blanca, Gilberto se halló solo á su lado.

– Supongo que no olvidará usted mi invitación, señor Maujeán, díjole la vizcondesa; mi baile será muy lucido y cuento con mucha gente...

Al decir esto, Blanca se abanicaba, y del aire que producía desprendíanse las emanaciones de un ligero perfume que sin duda embriagó á Gilberto, pues olvidóse de sí mismo. Se había prometido no revelar nunca su amor; pero tal vez no le había disgustado que ella adivinase sus sentimientos. Por eso contestó con un tono cariñoso, que velaba la seriedad de sus palabras:

– ¿Cómo olvidarlo?... Yo no olvido nada de cuanto á usted se refiere.

Blanca se volvió al oir esto para mirar con atención al joven.

– ¡Ah!, exclamó, ¿también usted gasta cumplidos?... Le creía á usted más formal.

La respuesta no inmutó á Gilberto, quien se consideraba feliz por tener aquella oportunidad de explicarse.

– Pues bien, repuso, se ha engañado usted. Yo soy muy frívolo, muy ligero, casi un niño, tanto que me complazco en evocar los recuerdos de mi infancia. ¡Ah! Ahora me acude uno á mi memoria... ¿Tiene usted presente el día en que la vi por primera vez?

– Ciertamente.

– Fué en...

– En Mareuil.

– ¿Qué sucedió aquel día?

Blanca no pudo recordarlo, y entonces Gilberto se lo refirió punto por punto, tratando de hacerle comprender, por el interés que daba á todos sus detalles, la dulce impresión que produjo en lo más hondo de su alma. Lo que hacía era infame, y de ello se reprendía interiormente; pero el castigo no tardó en llegar.

– ¡Qué memoria!, exclamó la vizcondesa; pero no es de extrañar en un sabio... Las gacelas murieron el invierno pasado. Ha sido lástima... ¿Ha elegido usted traje? Le advierto que no admito el de sociedad.

Blanca, pues, no había afortunadamente comprendido el sentido de las palabras pronunciadas por el joven: la conversación tomaba otro giro, y Gilberto no la cambió, declarando que no se había ocupado aún de su disfraz.

– Pues yo estoy en duda, repuso Blanca. Charnasón me dice que debo vestir á la española... ya sabe usted, con media calada y falda corta... Estaré muy bien.

La vizcondesa quiso también aconsejar á Gilberto.

– Usted es rubio... el negro le sentará á usted perfectamente... Vestido de terciopelo de este color parecerá un señor veneciano... Créame usted.

La multitud volvía hacia ellos, y Charnasón se adelantó presuroso.

– ¡Cómo... sola!, exclamó. Si yo hubiese sabido...

– Sola no... replicó la vizcondesa; hablaba con el señor Maujeán... ¡Oh... y de cosas muy graves!...

Y así diciendo desapareció del brazo del recién llegado.

A pesar de la impertinencia del vizconde, que al parecer no hacía aprecio de él, Gilberto continuó siguiendo á la vizcondesa en las reuniones; y buena paciencia necesitaba para escuchar lo que se veía obligado á oir. En cuanto á Pedro, se mantenía impasible y por nada se indignaba; observaba sin el menor enojo la asiduidad comprometedora y las extravagancias de Charnasón y las declaraciones embozadas que hacían á su esposa los aduladores que continuamente giraban á su alrededor. Por más que no manifestase preferencia á ninguno, Gilberto comprendía que estaba menos adelantado que los demás; inútil era que se mezclase entre ellos, haciendo lo que hacían, pues era evidente que Blanca rehusaba aceptarle bajo el mismo pie, dejándose llevar, tal vez sin darse cuenta de ello, de no sé qué preocupación de inferioridad social. Hasta hubiérase dicho que le causaba extrañeza ver entre aquella sociedad, amante de los placeres, un hombre estudioso. El mismo carácter formal de su Gilberto la molestaba, y no comprendía que el joven deseara aturdirse como ella, cediendo á la embriaguez de la juventud, confundiéndose con todos aquellos jóvenes locos que le hacían la corte.

– Está usted alegre, díjole una noche la vizcondesa; supongo que se divierte...

Y tomando una expresión más grave, añadió:

– Sin duda me compadece usted, no comprendiendo nuestras locuras.

– ¿Por qué?

– Porque es usted superior á ellas.

Gilberto declaró que le agradaba mucho la sociedad, y que le parecía natural que todos se divirtieran en ella.

– Pues entonces, repuso Blanca, no es usted como yo, que me aburro siempre.

– Pues ¿por qué no se queda usted en su casa?, preguntó Gilberto.

– ¿Es acaso posible? ¿No he de hacer como todo el mundo? ¿No he de seguir á Pedro?

– Si yo fuera de éste...

Gilberto se interrumpió, atemorizado de lo que iba á decir; pero la vizcondesa le animó.

– ¿Si usted fuera de él?

– Sí; en su lugar, yo saldría poco. Cuando se ama, los días son demasiado breves y no queda tiempo para aburrirse; y cuando aquella á quien se ama es una mujer como usted...

Gilberto se detuvo, temiendo ofender á Blanca. ¿Con qué derecho penetraba así en su intimidad, sustituyéndose en cierto modo á su marido?... Pero hay que creer que ya estaba acostumbrada á semejantes atrevimientos; poco á poco perdía esa reserva de la mujer que no tolera que se traten delante de ella las cuestiones de amor, y que se guarda de dar su parecer sobre asunto tan delicado; y después de permanecer un instante silenciosa, con la vista baja, contestó al fin:

– Veo, dijo, que usted sueña novelas entre Pedro y yo; pero debe advertir que nos conocemos desde la infancia. Eso de que usted habla, esa ternura apasionada no podía existir entre nosotros; y tal vez no debía nadie casarse en tales condiciones... No... ¡Oh! No me quejo, pues Pedro tiene un corazón generoso, aunque su carácter es algo débil tal vez... En todo cuanto hace, su intención no es afligirme... y yo le perdono. Somos buenos amigos, muy indulgentes uno con otro... y hasta creo que jamás fuimos otra cosa.

Aquí se interrumpió para reirse.

– ¡Sin echarlo de ver, prosiguió, estoy contándoselo á usted todo, señor Maujeán!, y yo misma me admiro de ello... Será sin duda porque no se parece á los otros y es más formal... Por otra parte, le considero como el mejor amigo de Pedro, un amigo leal... de lo contrario...

Y haciendo un pequeño ademán de amenaza cómica, se alejó.

Gilberto sabía ya para lo sucesivo más de lo que hubiera deseado. Era evidente que no se amaban, y tal vez no se habían amado nunca. Blanca conocía ya, al menos en parte, la conducta de su esposo; más aún, le perdonaba. La moral fácil de aquel mundo de placeres en que la vizcondesa vivía, inspirábale esa tolerancia, impidiendo que se escandalizase; y por su parte, creíase libre, ó por lo menos, así se deducía de lo que había dicho. Algún día nacería una inclinación si no había nacido ya; una inclinación más viva que la que parecía arrastrar á Blanca en aquel momento hacia el vizconde de Charnasón, hombre desagradable y nulo. ¿Tendría la vizcondesa bastante dominio sobre sí, en la continua embriaguez de aquellas fiestas, para resistir siempre? ¡Y Gilberto vería



Apenas le quedaba un momento para ver á sus hijos (pág. 460)

aquel desliz, él, que la adoraba hacía tanto tiempo, y que la amaba como ella se lo merecía! ¡Ah! Era cosa de volverse loco.

Pero se preguntará una vez más: ¿qué deseaba, qué pretendía, puesto que le estaba vedado declararse y no le era posible hacer traición á un amigo?... Pues bien: ¡quería salvarla... sí, salvarla á ella misma... impedir que perteneciese á otro, puesto que no debía ser para él! Esta conducta le parecía muy generosa, y al pensar así era evidente que su razón desvariaba, como la de todos aquellos cuya situación es inextricable.

Las aficiones de Gilberto cambiaron cada vez más: el estudio, los libros, su despacho y el trabajo llegaron á ser para él odiosos; en su cabeza hacíase el vacío, ocupándola tan sólo un pensamiento: la preocupación constante, á todas horas del día, de saber dónde estaba Blanca de Cabrol, qué hacía y con quién se hallaba. Por la mañana iba al bosque para verla pasar á caballo y cruzarse con Charnasón, que la saludaba; y por la noche, siempre veía en su palco la figura insulsa del vizconde, con su aspecto de suficiencia. Por más alardes que éste hacía, harto adivinaba Gilberto que aún no había obtenido ningún favor: esto se lee en la mirada, que no tiene la misma expresión para el que espera que para el agradecido; pero Maujeán presentía al mismo tiempo que en aquella vida de fiebre y de continuas excitaciones, sin que ella pudiese preverlo, sin quererlo tampoco, una casualidad, cualquiera circunstancia inesperada ó una imprudencia podía perderla para siempre.

Y su pasión se acrecentaba con esta tortura, tomando fuerzas en el pensamiento mismo de aquella caída, que presentía siempre. Esto ponía ante sus ojos imágenes fantásticas, y sus celos inventaban delicias que venían á profanar la pureza de su ternura hacia Blanca, enardeciendo sus sentidos. Su odio á Charnasón redoblaba; ya no podía verle ni encontrarse frente á frente con él sin que le fuera preciso dominarse, esforzándose para contener su cólera, siempre á punto de estallar.

Y al fin estalló en el baile á que la vizcondesa le había invitado, y que aplazado de semana en semana, acabó por tener en las preocupaciones públicas una importancia excepcional. No se hablaba más que de aquella fiesta; los diarios se hacían eco de todos los rumores sobre el asunto, y no era uno de los menores enojos de Gilberto ver cómo el gran nombre de Cabrol servía de asunto para las gacetillas, mezclándose en la promiscuidad de los escándalos con otros nombres de mala nota. Todo cuanto él estaba acostumbrado á respetar y á mirar degradábase sin el menor reparo.

Blanca estaba encantadora con su basquiña de seda amarilla adornada de blonda negra; una rosa encarnada, único adorno de su cabello, realzaba el gracioso peinado, y el conjunto del traje parecía rejuvenecer á Blanca, comunicándole más encantos y mayor vivacidad. Como ama de casa, obligada á sembrar la animación á su alrededor, iba de unos á otros, risueña, provocativa y un poco locuaz.

Gilberto se aturdía al ver esto, y entristecíase á la vez ante aquella alegría sin freno. Jamás había visto á Blanca tan hermosa, y obtuvo una parte de sus sonrisas. La vizcondesa le vió en un ángulo del salón y dirigióse á él.

– ¡Alégrese usted, le dijo, señor de Maujeán!

Y haciendo alusión á su traje, añadió:

– Esta noche se halla usted en la Venecia de las fiestas... Creeríase que pertenece usted al consejo de los Diez. ¿Piensa usted condenar á alguno á muerte?

Y cogióle del brazo para dar una vuelta con él.

Un momento después acercáronse al conde de Bagrassand, y Blanca le censuró por la sencillez de su dominó negro, que era como una mancha en el alegre conjunto de los demás disfraces.

– No se le ha de vituperar por eso, dijo la vizcondesa cuando se alejaba, pues apenas ha terminado el luto... y hasta me extraña que haya venido.

– ¿Por quién vestía luto?

– ¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Su joven esposa murió, y ha quedado solo con una niña.

A poco vieron á Charnasón, vestido de arlequín, con su espadón de palo y haciendo piruetas en medio de un grupo que admiraba sus cabriolas. Blanca obligó á Gilberto á detenerse, y mantúvose á cierta distancia, muy divertida al parecer, é interesada en el espectáculo, que contemplaba con la sonrisa en los labios. Gilberto volvió á ver aquel diente que se encorvaba de una manera singular y parecía alterar la hermosura sin tacha de la vizcondesa, é irritado por la atención que ésta fijaba en otro, deducía de aquel defecto no sé qué pronósticos é inducciones, como de una inclinación perniciosa, una mancha original y secreta, fácil de manifestarse é inclinar á Blanca hacia el mal. Aquel diente que había crecido de través, parecíale entonces una señal fatídica.

– ¡Qué loco es ese Charnasón!, exclamó Blanca.

Pronunció estas palabras sonriéndose, con ese tono de indulgencia que se tiene para aquellos á quienes se está dispuesto á dispensarlo todo.

Entonces Gilberto no pudo contenerse más, y olvidó sus propósitos; sin recordar ya el juramento que se había hecho de callar siempre y respetar á la mujer de Pedro, dijo con acento triste y mirando fijamente á la vizcondesa:

– ¡Cuánto le invidió!

Blanca, un momento turbada y entristecida también, observó á Gilberto silenciosamente.

– ¡Ah!, exclamó al fin, también usted pierde la cabeza... ¡Usted, tan formal y tan juicioso!... Será cosa de renunciar á la razón.

La vizcondesa se alejó con Gilberto; parecía reflexionar, y hubiérase dicho que deseaba decirle algo; pero casi en el mismo instante, varios convidados los detuvieron, dando broma á Gilberto sobre su egoísmo al acaparar así á la vizcondesa, y entonces Blanca dejó su brazo.

Maujeán volvió á su sitio, descontento de sí, y furioso por aquella explosión de celos, que equivalía á todas las declaraciones.

Precisamente llegó allí cuando Charnasón se vanagloriaba de que la vizcondesa vistiese el traje que él le indicara, y llamaba la atención de los que le oían



Y alegre como si nada hubiese ocurrido, entregado al placer perdióse en la multitud.

sobre la gracia con que le llevaba y el donaire de sus movimientos, que hacían ondular la falda. Y el vizconde no se valía de reticencias, sino que llamaba las cosas por su nombre.

– ¡Pero miren ustedes á Blanquita! ¡No se puede ser más española!...

Charnasón daba á Blanca el mismo nombre cariñoso con que la nombraba su esposo en su trato íntimo; á cada momento, Blanquita por aquí, Blanquita por allá; todos se reían á su alrededor, y así comprometía á la vizcondesa á su antojo.

– ¡Imbécil!, exclamó Gilberto.

La palabra se le escapó; mas apenas la hubo pronunciado, vió el estupor que producía en todos los que allí estaban.

– ¡Está bien, señor Maujeán!... Ya nos veremos, dijo Charnasón.

Y alegre como si nada hubiese ocurrido, entregado al placer, perdióse en la multitud.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCURSO DE CONTADORES ELÉCTRICOS

LOS APARATOS PREMIADOS

A consecuencia del desarrollo adquirido por las estaciones centrales de distribución de energía eléctrica y de la necesidad cada día más urgente de un contador práctico destinado á medir la energía facilitada á los consumidores, la ciudad de París abrió un con-

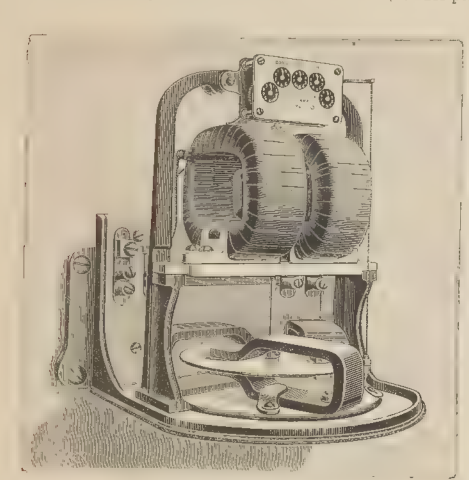


Fig. 1. – Contador de energía eléctrica del profesor Elihu Thomson

curso poniendo á la disposición de la comisión técnica encargada de juzgar los aparatos que se presentaran la cantidad de 20.000 pesetas que habrían de distribuirse entre los expositores. Al primer concurso no se presentó aparato alguno que satisficiera todas las condiciones del programa, por lo que la comisión sólo pudo distribuir 7.000 pesetas á modo de estímulo, reservando las restantes 13.000 para un segundo concurso, el cual ha terminado hace poco y cuyos resultados han sido por demás notables.

De los aparatos que han merecido ser premiados, vamos á describir los dos contadores que se han repartido *ex equo* y por orden alfabético el premio de 10.000 pesetas concedido, según rezaba el programa, al inventor que presentase un contador que nada dejara que desear y que fuese aplicable á las corrientes alternativas lo mismo que á las continuas: tales son los contadores de energía eléctrica de M. Aron, de Berlín, y de M. Elihu Thomson de Lynn (Massacusets). Otros aparatos, los de M. Frager y el de M. Marés, han valido á sus inventores los tres premios de 1.000 pesetas que completaban las 13.000 de que la comisión disponía.

Contador Aron. – El aparato de M. Aron es un contador de energía eléctrica á integración continua fundada en la diferencia de marcha de dos péndulos, aparato ya conocido y del que, por lo tanto, sólo nos

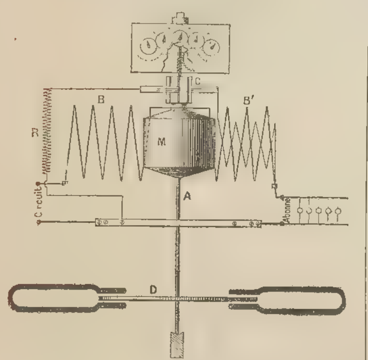


Fig. 2. – Diagrama del contador. – A. Arbol. – M. Carrete inducido. – B, B' Carretes formando campo. – C. Conmutador del carrete inducido. – D. Disco de cobre formando freno electromagnético. – R. Resistencia adicional.

ocuparemos en un punto especial que constituye un perfeccionamiento importante introducido en el anteriormente conocido. En el de M. Aron la principal dificultad que hubo de vencerse estaba en la falta de un sincronismo perfecto de los dos péndulos que daba un registro positivo ó negativo aun cuando el abonado no consumiera energía alguna. En el aparato presentado al concurso referido, este inconveniente realmente grave ha sido hábilmente salvado por medio de un ingenioso artificio, que consiste en unir los dos péndulos oscilantes por medio de un hilo no en tensión que sostiene en su centro un pequeño peso de un gramo. En tales condiciones el sincronismo de los péndulos se mantiene indefinidamente de una manera absoluta con tal de que haya sido una vez regulado de una manera suficiente por un ajuste previo de la longitud de aquéllos.

Es indudable que el sincronismo así obtenido se mantiene aun cuando sea muy débil la potencia eléctrica proporcionada al circuito y que el contador nada integra por ese débil gasto; pero la experiencia ha demostrado que la acción perturbadora del pequeño peso sincronizador no ejerce influencia sensible sobre la constante del aparato cuando la potencia eléctrica á integrar alcanza una doscientava parte de la potencia máxima del contador, es decir, 10 wats, por ejemplo, para un contador de 2.000.

Contador Thomson. – El aparato del profesor Elihu Thomson pertenece á la clase de los contadores-motores: consiste, en principio, en un motor eléctrico cuya velocidad angular es en cada instante proporcional á la potencia suministrada al circuito que sirve.

En estas condiciones un simple contador de vueltas arrastrado por el árbol del motor eléctrico integra la energía eléctrica suministrada y permite determinarla en cada momento entre dos épocas dadas por diferencia de las lecturas hechas en los cuadrantes en las dos referidas épocas. Aunque esta idea haya sido á menudo emitida y hasta varias veces haya recibido un principio de realización práctica, esta es la primera vez en que el problema se ha resuelto por medios tan sencillos, aliando de una manera tan completa las indicaciones de la teoría con las exigencias de la práctica.

El aparato representado en altura en la fig. 1 y esquemáticamente en la fig. 2, consta de tres partes esenciales: un motor electro-dinámico, un freno electro-magnético y un contador del número de vueltas efectuadas por el árbol que lleva el motor y el freno.

El motor está constituído por un sistema inductor por el cual pasa la corriente principal, y un inducido de hilo fino montado en derivación sobre las bornas de la canalización, pero intercalando en él una resistencia apropiada al potencial de distribución, de tal suerte que la intensidad de la corriente que atraviesa esta derivación no pase de una décima de ampere. En estas condiciones de montaje, si llamamos I la intensidad de la corriente que atraviesa los inductores y *e* la diferencia de potencial mantenida entre las bornas del hilo fino, ejércese entre el carrete móvil y los inductores fijos un par motor proporcional á *e* I, es decir, proporcional á la potencia eléctrica á integrar en función del tiempo. El par resistente está producido por la rotación de un disco plano D dispuesto en la parte inferior del árbol motor entre tres imanes. La rotación del disco desarrolla en éste corrientes de inducción y lo convierten en una especie de generador eléctrico que trabaja sobre sí mismo á modo de circuito cerrado y que obra como freno. Siendo la potencia así absorbida proporcional á la velocidad angular del disco, habrá equilibrio dinámico cuando el par motor será igual al par de resistencia, es decir, cuando la velocidad angular del disco será proporcional al par motor y por ende á la potencia *e* I.

El contador de vueltas, que nada de particular ofrece, está directamente gobernado por un tornillo sin fin colocado en su parte superior.

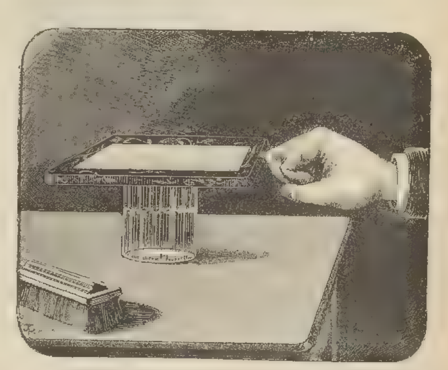
Gracias á la supresión del hierro en el inducido y en los inductores del motor, el aparato es igualmente aplicable á las corrientes continuas y á las alternativas, sin ningún cambio en la constancia del aparato.

Para evitar el error que produciría en la medida la fuerza contra-electromotriz desarrollada por la rotación del inducido, se le ha dado, de propósito, una velocidad angular débil que no exceda de una vuelta por segundo á carga máxima, lo cual aumenta la duración de los ejes de la única pieza móvil del contador.

Para vencer los rozamientos en los desamarres, los inductores van provistos de un rollo de hilo fino montado en el mismo circuito que el inducido y que la resistencia adicional R. En el potencial normal, este rollo produce un par motor constante sensiblemente igual al par resistente de desamarre, de modo que basta la más débil corriente para que el aparato se dispare. Este rollo de hilo fino está representado en B' en la fig. 2. Las variaciones de la presión atmosférica no ejercen influencia en la exactitud del contador porque los roces en el aire son muy pequeños á consecuencia de la escasa velocidad angular y de la forma del motor.

La influencia de las variaciones de la temperatura ambiente está prevista en la construcción de un modo muy sencillo. Las resistencias puestas en serie con el inducido son de cobre de la misma calidad que el del inducido y que el del disco que forma freno. Así, cuando por consecuencia del aumento de temperatura y por ende de la resistencia eléctrica del sistema el par motor disminuye, el par resistente disminuye en las mismas proporciones, porque la resistencia eléctrica del disco aumenta y este aumento de resistencia disminuye la intensidad de las corrientes inducidas en el disco.

Para contrastar el contador puede hacerse variar la resistencia R en serie con el inducido ó la posición de uno de los imanes que forman los inductores del freno. Aproximando los polos de los imanes al eje de rotación, se disminuye el amortecimiento. La contrastación se hace de modo que la primera aguja



Una máquina eléctrica gratis

del contador de vueltas dé una vuelta completa por cada 1.000 del inducido, y como el contador se regula de manera que cada vuelta del inducido represente un wat-hora, el primer cuadrante indica 1.000 wats-hora, cada división de este primer cuadrante un hecto-wat-hora y cada cuadrante siguiente marca una proporción de 10 á 1. Las lecturas se hacen, pues, como en los contadores ordinarios de gas.

La contrastación es sumamente fácil y rápida: basta hacer una señal en el disco y contar el número de veces que pasa por delante de una marca en un tiempo dado. Asimismo se puede con facilidad comprobar en cualquier momento cada aparato y asegurarse de su exactitud, y bajo este concepto sería bueno que el contador estuviese encerrado, no en una caja opaca de hoja de latón, como lo está el modelo sometido á la comisión, sino en una caja que tuviese por lo menos una cara de cristal, de modo que se viera bien la sencillez del aparato, como también una propiedad preciosa que posee desde el punto de vista de la satisfacción del consumidor, cual es la de permanecer completamente inmóvil cuando el consumo es nulo.

Cuando se cambia el sentido de la corriente que atraviesa el aparato, el contador gira en sentido inverso y descuenta con la misma exactitud, lo cual puede ser de gran utilidad en algunas instalaciones, las que llevan acumuladores, por ejemplo. Digamos finalmente que el contador es absolutamente silencioso y que su exactitud es prácticamente perfecta en toda la escala de su suministro. Este conjunto de cualidades y las que hemos hecho notar antes á propósito del contador Aron, justifican las conclusiones de

la comisión al dividir el premio de 10.000 pesetas entre dos aparatos igualmente excelentes y que resuelven por completo el problema de la medición práctica de la energía eléctrica suministrada por las fábricas centrales de distribución.

E. HOSPITALIER

(De *La Nature*)

***

UNA MÁQUINA ELÉCTRICA GRATIS

Tómese un vaso, póngasele al fuego para que se seque por completo y colóquesele luego boca abajo sobre una mesa. Cójase después una bandeja perfectamente seca y colóquese sobre el vaso de modo que se mantenga en equilibrio. Tómese finalmente una hoja de papel algo más pequeña que la bandeja, caliéntese y frótese rápidamente con un cepillo: pronto se electrizará y entonces póngasela sobre la bandeja.

De este modo, sin gasto alguno, se habrá construído una máquina eléctrica: si se aproxima un dedo á la bandeja brotará de ésta una chispa, tanto más viva – y tanto más larga también la serie de ellas que podrá obtenerse – cuanto más secos estén el vaso y la bandeja.

Si mientras se hacen saltar chispas de la bandeja se deja la habitación completamente á obscuras, aquéllas aparecerán sumamente brillantes.

(De *La Science Illustrée*)

***

EL PUERTO CHINO DE WEI-HAI-WEI

El *Sanghaï Mercury* publica algunas noticias en extremo interesantes respecto de un nuevo puerto chino, que por su excepcional situación está llamado á ser dentro de breve plazo el Portsmouth del extremo Oriente. Wei-hai-wei está situado á veinticinco millas Oeste de la isla de Alceste, siendo el fondeadero más oriental que existe en la costa Norte de la península Shantung. La entrada es sumamente fácil para los buques de poco calado, no así para los de gran porte, á causa de su limitada profundidad.

Esto no obstante, Wei-hai-wei será un excelente puerto de refugio muy superior á Yen-Sai y á Cheefo, con la doble ventaja de hallarse situado en uno de los puntos más saludables del Celeste Imperio. Hace apenas ocho años que el gobierno chino concibió el proyecto de crear una estación naval, escogiendo al efecto el nuevo puerto, que ha recibido ya en sus aguas la división de Peiyang. Hay que advertir que se halla defendido por importantísimas obras de fortificación, siendo las más principales los fuertes emplazados en Channel-Island, que protege el paso Este, y en el Observatory Island, frente á la punta de Sen-Kung-Tang. Varias piezas de gran calibre asoman ya sus bocas por las troneras de las murallas, habiéndose encargado á la casa Krupp el artillado completo de la plaza.

Trátase actualmente de unir, por medio de un gran dique, el puerto de Observatory-Island con el de la punta de Sen-Kung-Tang y éste con el de Channel-Island, por un rompeolas. Si este proyecto llega á realizarse será, sin duda, una de las obras más importantes y atrevidas que se habrán llevado á cabo por la ciencia moderna, ya que la distancia que separa los fuertes entre sí excede de una milla, variando la profundidad entre cinco y siete brazas. Ha empezado la construcción de un gran muelle de hierro destinado á los buques de guerra, así como un desembarcadero para las lanchas. Los talleres y almacenes ocupan casi por completo la isla, en la que existe también la Escuela naval y un campo de maniobras, para que las tripulaciones puedan simular desembarcos y recibir la instrucción práctica que necesitan los cabos de mar y la infantería de marina, ya que dada la táctica moderna naval, el marino debe conocer asimismo la que posee el soldado terrestre.



EL CONDE DE URGEL EN PODER DE LA GENTE DE D. FERNANDO DE ANTEQUERA, cuadro de D. José M. Tamburini

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 27 DE JULIO DE 1891 — NÚM. 500

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Viaje del emperador Guillermo á Inglaterra. – Sitios principales por él recorridos. – Su presencia en Windsor. – Banquete de gala en Guildhall. – Paseos é impresiones. – Unos regios amores. – Luchas entre dobles y encontrados afectos. – Victorias del corazón. – Una Helena inglesa. – Cuestiones diplomáticas evocadas por su rapto. – Luchas entre kurdos y persas por tal cautiva. – El Vesubio. – Muerte de Silva en las erupciones y vorágines volcánicas. – Botadura del *Sicilia* en Venecia. – Conclusión.

I

El emperador Guillermo no puede darse punto de reposo. Así que comienza el estío, comienzan las peregrinaciones continuas con él, tan indispensables á la inquietud y movilidad propias del coronado joven, como la emigración inevitable á los pájaros viajeros. En Inglaterra, por ejemplo, había Guillermo visto únicamente otros años la corte; visita en este año á la Nación. Su reinteligencia más ó menos franca y sincera con la madre y sus propensiones más ó menos voluntarias á la democracia, le van ganando poco á poco la voluntad íntima de un pueblo liberal y monárquico, cual ese pueblo inglés, quien suele tomar los asuntos de sus reyes como si fueran asuntos de la propia familia y de la propia responsabilidad. A fuer de César, empezó el viajero visitando á la reina para concluir visitando á la municipalidad. Vestido por modo teatral de almirante inglés, mientras aquellos ingleses que le aguardaban vestían uniformes alemanes, entró en el castillo de Windsor, maravillosa residencia de los reyes ingleses desde la Edad media. Los árboles gigantescos recordando con sus copas y ramajes aquella vegetación colosal de los períodos que la Geología llama carboníferos; las praderas de un verde muy claro que sirven como de marco á lagos artificiales muy extensos y como cauce á parleros arroyos, muy cerca por sus caudales de llegar á ríos; las torres del homenaje sobrepuestas á las ladroneras feudales y á las cresterías góticas, torres en competencia, por su elevación y por su ligereza, con las agujas de los viejos santuarios y capillas; aquel palacio real enorme, cuyo volumen, por sus fosos y sus puentes y sus muros, remeda incontrastable fortaleza medioeval; aquellas terrazas desde las cuales os holgáis con la contemplación de panoramas un poco indecisos entre la



REPOSO, cuadro de D. Arcadio Más y Fontdevila

Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital

niebla, y aquellas galerías en que los cuadros de Van-Dyk alternan con los escudos de Benvenuto; el arcaico aspecto de toda la corte y servidumbre vestidas con arreos arqueológicos y anacrónicos, dan al primero y más bello de los sitios reales ingleses algo de castillo, iglesia, teatro, museo, alcázar, pertenecientes á sociedades pretéritas, olvidados por las edades en su curso destructor y subsistentes hoy en medio de nosotros, ya porque los ha perdonado el tiempo voraz, ya porque han venido nuevamente al conjuro de la resurrección universal. Este Guillermo, tan dado á las evocaciones históricas, ceñido con coraza nielada, calzado con botas de reluciente acero, cubierto con casco de precioso metal y rico plumaje, concuerda con Windsor por parecer uno de los héroes ideados en la epopeya germánica medioeval y redivivo al conjuro de la música de Wagner, como las góticas sombras errantes por los palacios reales ingleses. Pero su entrada en Guildhall, el Municipio londinense, habrále llamado á la realidad muy pronto y díchole como no hay en Inglaterra tan sólo monarquía y nobleza de glorioso abolengo, sino también una democracia liberal y progresiva, cuyos timbres capitalísimos no están en el blasón y en las armas, están en el ahorro y en el trabajo. Por una de las combinaciones que acercan y aun juntan en el pueblo inglés los factores más contrarios, aquellos continuadores de los patricios normandos que impusieron á Juan Sin Tierra en Carta Magna y echaron las bases del Parlamento británico, van todos los años á decir su política y á dar cuenta de sus actos ante corporaciones de sastres, pescaderos y merceros, ó sean industriales y mercaderes de todas clases, mostrando así que de lo profundo brota la grandeza toda británica, hondamente arraigada en los gobiernos locales y en la vida municipal. No hubiese visitado á Inglaterra el emperador de no visitar la ciudad metropolitana; y no hubiese visitado la ciudad metropolitana de no visitar á su lord alcalde. Allí, en aquel palacio, donde todo trasciende al trabajo vivificador moderno, Guillermo había de pronunciar á la fuerza palabras liberales y pacíficas en correspondencia con la recepción municipal, y las pronunció. El taller se sobrepuso en aquel momento á los cuarteles; brilló más que un cetro áureo la tosca lanzadera donde se agarra el algodón, y los telares que urden la trama del trabajo se levantaron erguidos á una sobre todos los palacios y todas las fortalezas que guardan los viejos gastados privilegios. El emperador, hipnotizado por las hadas del taller y del cambio, pues todo tiene su hada respectiva en el mundo germánico, pronunció un discurso enteramente consagrado á la paz, condición precisa de todos los esfuerzos creadores del trabajo moderno y base robusta sobre la cual habrá de levantarse por fuerza toda la industria. Pero hubo en la Gran Bretaña diputado capaz de no dar á sus oídos asenso y de decir desde aquella libre tribuna sus recelos de ver otra vez reanudada y rehecha la coalición de los reyes contra Francia, quien, herida, paseó de victoria en victoria por todas las capitales europeas el ejército suyo, quien ora dirigido por jefes republicanos, ora por generales cesaristas, difundía en todas partes el verbo y el pensamiento de la revolución bien ó mal de su grado al son de su Marsellesa. La palabra fría y seca del ministro Smith contestó á tales temores; y el emperador ha seguido su visita suscitando encontrados afectos, patentes por contradictorias manifestaciones propias de aquella sociedad complejísima, donde al aire y al resplandor de las libertades tradicionales todo se descubre y revela.

II

¡Cuán difícil desconocer el principio de la igualdad humana cuando aparece por todas partes, dando en rostro á los privilegiados con su ineluctable verdad! Al separarse de Turquía los principados del Danubio constituyeron estados monárquicos por no disgustar á la diplomacia europea; y al constituir estados monárquicos, tuvieron algunos que seguir el ejemplo de la Grecia contemporánea y buscar sus reyes por ajenos y apartados reinos. Un príncipe Milano de Serbia ó un príncipe Nicolás de Montenegro, indígenas ambos, estaban compensados en aquella península de los Balkanes por dos dinastías germánicas, la semi-austriaca, que representa un Coburgo, y la semi-prusiana, que representa un Hohenzollern. El semi-austriaco en Bulgaria sucede á un príncipe de prosapia extraña, un Battemberg, y en Rumania el semi-prusiano sucede á un príncipe de prosapia nacional, un Couza. Pero esta dinastía de los Brandeburgos, trasplantada desde los territorios germánicos á las riberas danubianas, carece de sucesión, y no puede transmitir, por tanto, sus privilegios hereditarios á sucesor directo; desgracia que la obliga y constriñe á elegirlo entre los hermanos del rey. A recoger y aceptar la sucesión va uno de éstos, cuando, llegado apenas, le asalta de súbito un ardiente amor á cierta joven, dama de la reina, y sin sospechas de oposición y contrariedad ninguna la convida para que acepte su mano y comparta su diadema. Herida en el corazón la joven por las pruebas de amor que le diera el príncipe, le corresponde y se apercibe á representar el papel de princesa de la corona. Sostiene y alienta en su empeño á los dos enamorados la reina, poetisa que ilustra y embellece aquella corte con inspiraciones hermosas, expresadas en versos armoniosísimos, publicados á la continua por ella so el seudónimo de Carmen Sylva. La poesía le hace creer á la reina que puede amar un príncipe como esplende una estrella, como canta un ave, como huele una flor, con la espontaneidad propia de una irradiación espiritual, curándose de una cosa tan sólo, de hallar la deseada correspondencia en el ser preferido y amado. Pero no participan de tal entusiasmo poético el patriciado y aun el ministerio de Rumania; todo lo opuesto: cuentan entre los deberes penosísimos de los reyes y príncipes herederos como el mayor y más penoso, la necesidad imprescindible del matrimonio sugerido por la razón de estado y no por la propia y espontánea inclinación individual. También el férreo y viejo emperador Guillermo I de Alemania se prendó en sus mocedades un día de cierta preciosa joven que habitaba en las cortes de su padre, y tuvo que sacrificarse, amargando toda su vida entera, por ocupar el trono y servir desde tan ásperas alturas á la patria. Para tener una reina rumana las gentes aquellas hubieran guardado su rey natural de Rumania. Quieren monarca extranjero para que no tenga parientes próximos en la monarquía. Y llevados por estas razones declaran que debe optar el príncipe ahora mismo entre un tálamo de amor y una corona de rey. Puesto en tan cruel alternativa, el mozo Hohenzollern acaba de optar por el amor, dando así al propio corazón grandes satisfacciones por toda la vida y á la reina Carmen precioso argumento para novela ó drama de altos literarios vuelos.

III

¿Os acordáis del rapto de Helena? Los bajos relieves antiguos guardan hoy el clásico drama según lo comprendiera Grecia. Hermosísima nave de maderas preciosas, compuesta y chapeada brillantemente de metales varios, aguarda el arribo de la robada reina, prontos ya los remos á moverse, y el piloto, sentado en su respectivo sitio, pronto á dirigir la navegación. Frigio el navío, ciñe la tripulación los gorros caracterizados en todos los posteriores tiempos con el nombre de Frigia. Dos troyanos custodian á Helena que, sostenida por el amor, desgarra los velos en que antes la envolviera su castidad intacta y muestra de grado al voluptuoso joven, á su raptor, á Paris, los más ocultos hechizos. Alzada Venus entre los dos amantes, enciende voraz antorcha, mientras Paris, sentado en silla de las destinadas entonces á los más altos personajes, como si no pudiera tenerse de pie por el peso abrumador de sus emociones, contempla en una especie de absorción enajenadora, con toda su alma, con todo su ser, ofreciéndole toda su vida, el rostro y el cuerpo entero de la gentil robada. Los horóscopos no mintieron. Aquella tea, vista por la madre de Paris en los angustiosos ensueños de su preñez, arde ya, y prende con su voraz llama fuego á todo un imperio. ¡El destino pesa con su incontrastable pesadumbre sobre todos los mortales, y Helena es juguete del destino. Perpetrado tal robo y separada Helena de su hogar por la traición y la violencia, el esposo burlado, el viejo Menelao, requiere de los reyes griegos el debido auxilio para redimir del poder enemigo la cautiva y tomar del rapto y del raptor su desquite. En efecto, de aquí proviene la troyana guerra. ¿Creeríais que un caso así no podría darse jamás en la civilización europea? Pues nos hallamos próximos á una guerra entre Turquía y Persia; la cual guerra entre Turquía y Persia puede á su vez engendrar otra entre Persia é Inglaterra; la cual guerra entre Persia é Inglaterra puede á su vez engendrar otra entre Inglaterra y Rusia; la cual guerra entre Inglaterra y Rusia puede á su vez engendrar otra entre todos los continentes por una Helena inglesa, por una turista, que anduvo trotando, no diremos conventos, pero sí aduares, por Armenia, y no sabemos á ciencia cierta si después ó antes de lo que conocemos aquí en el caló nuestro con la denominación de *curda*, cayó en manos de los kurdos, esos semi-salvajes montañeses, capaces de alzarse con todo cuanto encuentren, á fuer de prehistóricos secuestradores, entre carcajadas semejantes á rugidos de leones y pistoletazos semejantes á tiros de cañón. Se han escrito más notas acerca de la dichosa señorita nómada que acerca de la triple alianza central. Y no hemos podido averiguar si los kurdos se la llevaron, como parece presumible y verosímil, en rapto violento y cruel, ó si la señorita primero abrazó de propio arbitrio el islamismo para después abrazar con más amplitud y legitimidad á los kurdos. Y lo cierto es que ahí andamos; y todos los diplomáticos orientales corren desalentados á descifrar este misterio. ¿La robaron ellos, ó ella se marchó?

IV

¡Cómo se parece á las perturbaciones del alma y á los arrebatos del sentimiento una erupción volcánica! Y ¡cuán hermosa la que ha estallado en el Vesubio, pero cuán voraz también! Quien haya estado por allí en las encendidas noches de los estallidos gigantescos, cuando la nube tonante de aquellas espirales rojizas, entre los estampidos enormes del trueno y los ciclópeos resuellos del volcán, incendia los cielos y los mares parecidos á las paredes candentes de un horno donde hierve alta fusión de metales al rojo cereza, cree ó bien asistir al día último del planeta, como Plinio en la erupción que destruyó Herculano y Pompeya, ó bien á las primeras edades genésicas, que daban á la materia terráquea el aspecto cometario parecido á una tempestad infinita. Las llamas purpúreas destacadas en el humo violáceo; las piedras pómez encendidas que vuelan en todas direcciones como aerolitos cerúleos; las varias figuras de la montaña que cambia de aspecto como su erupción de colores y matices; el sacudimiento epiléptico de la tierra casi derretida; los torrentes de lavas que serpentean como ríos infernales; el áureo tamizado de cenizas análogas con el chispear de las centellas tormentosas; los reflejos en mares y en cielos de todo aquel fuego, dan á los nervios un sacudimiento eléctrico y á la fantasía un vuelo rápido que no reconocéis después jamás en espectáculo análogo del universo y en recuerdo ninguno de la vida. Y la montaña os atrae y os abrasa y os derrite y os funde y os liquida y os evapora en su seno. Esta especie de sugestión hipnótica sintiera el malogrado escritor brasileño Silva, cuando corrió á la erupción, como á la reverberación del quinqué las engañadas mariposas y como á las fauces del culebrón fascinador las infelices avecillas. La humareda, que sube á tres mil metros, cual una montaña, capaz de cambiar las nieves por los fuegos perpetuos; la tierra, que se desgarra y se abre por abajo, en vorágines y solfataras inmensas, mientras la tempestad truena por arriba en relampagueos y detonaciones incesantes; el sulfuroso gas desprendido de la inmensa combinación química, que parece cósmica; las aguas hirvientes, en estado casi de colosal evaporación, formando nubes multicolores á guisa de fraguas errantes; las lavas que creeríais el plomo derretido de las leyendas diabólicas, alcanzaron á enajenar de sí al artista en términos de que por acercarse á la hoguera encontró la muerte. ¡Cuál fenómeno psicológico! Todos los testigos están sin excepción á una contestes en que recordó la catástrofe de Plinio al partirse para el monte, y que nombrando á Plinia cayó en el surco infernal, cuyas bocas no podrán jamás devolverlo como el mar devuelve los cadáveres. Los dos escritores, el brasileño y el romano, murieron en la montaña Pero Plinio, según todas las probabilidades, murió por haberse acostado sobre las cenizas donde le ahogó un escape de gas carbónico, y Silva fue tragado por un bostezo de la convulsa tierra.

V

Y puesto que, poco á poco, nuestra imaginación ha llegado hasta la bahía partenopea, encendida en múltiples llamaradas, volvamos los ojos al Adriático, sobre cuyas aguas acaba de celebrarse un espectáculo muy bueno para la estética y muy deplorable para la economía y para la política general. Me refiero á la botadura del acorazado *Sicilia*, verificada en Venecia. El gobierno italiano ha querido, siempre artista, evocar plásticamente los desposorios antiguos del Dux con la mar. Imaginaos lo que serían estos desposorios en sus clásicos tiempos. Las torres cantan á una con sus lenguas de metales. Los gallardetes ondean por las pirámides, por las agujas, por los botareles, por las cúspides, al beso continuo de las brisas. Los balcones y ventanas lucen colgaduras de mil matices orladas con flecos de plata y oro. Una lluvia de flores cae desde las alturas y cubre canales y lagos de pétalos que aroman los aires y tiemblan sobre aquellas azules jaspeadas líneas como sobre un rosal celeste. Las músicas conciertan con el repique de las campanas y el grito de las muchedumbres.

Todas las naves que hay en el muelle de los Esclavones se balancean al viento y al remo para unirse con el ducal cortejo. Las velas blancas ó amarillas, las banderolas de tan varios tonos, los mástiles ornados de guirnaldas, las tripulaciones vestidas con sus más brillantes trajes, la muchedumbre de gentes adornadas con sus mejores preseas que á bordo se aglomeran deseosas de presenciar la fiesta, dan á todo aquellas tablas flotantes el aspecto de movibles florestas. Y si tal aspecto muestran las naves de comercio, nada os digo de las naves de placer. Son muy negras; pero su lustre de azabache resalta sobre la claridad celestial del agua. Y llevan, ya una pareja enamorada que centellea pasión y amor de sus ojos, ya una compañía de jóvenes que recitan epitalámicos versos, ya un coro de muchachas más hermosas que las fingidas sirenas, ya una orquesta que produce acordes suavísimos, ya una especie de orgía donde los vasos parecidos á piedras preciosas suenan en choques continuos y corren por doquier los vinos de Chipre, ya grupos de damas cuyas mangas de brocado casi rozan con el mar y cuyas cabelleras cuajadas de perlas y zafiros y diamantes descomponen los rayos del sol en chispas innumerables embellecidas y aumentadas por la reverberación del día en los cristales del agua. Unid á esto el uniforme vistoso de los gondoleros, los colores muy altos del traje de los marinos, el contraste de las túnicas de grana y púrpura con las túnicas de raso y terciopelo negro, las guirnaldas puestas por las campesinas y la pedrería puesta por las nobles en sus trenzas, el brillo de los ramajes áureos y argénteos sobre las vestes multicolores, los iris formados al beso de las brisas por el bosque de tantas plumas, la reverberación del sol en los petos y morriones y alabardas de los soldados, así como en los collares y diademas de las damas, y decidme luego con cuán fundada razón se ha llamado á Venecia y á su escuela en pintura las diosas de los colores. Y en medio de todo este brillo, que deslumbra la vista, resalta el Bucentauro, dorado, esculpido, cubierto de tapices, con el Dux á su proa, que semeja un viejo Neptuno vestido á la usanza veneciana y coronado con el gorro frigio. Diríase al ver todo aquel singularísimo espectáculo, que las antiguas divinidades marinas, aquellas encerradas en los cristales del mar, blancas como las espumas, palpitantes como las ondas, tendidas en el nácar de las madreperlas, habitadoras de las grutas de corales, envueltas en las azuladas túnicas de estelas, conducidas á través de los líquidos espacios por los juguetones delfines, habían surgido de los abismos, y tomando súbitamente otras formas, ceñídose los trajes y los signos cristianos para continuar, merced á esta transformación, su antiguo imperio sobre las ondas y sobre los vientos. Así, mientras el cortejo, compuesto de tantos deslumbradores grupos, se ausenta, saludado por la parte de la población que queda en las ventanas y azoteas, todas cubiertas de orientales tapices, ó en los muelles é islotes, todos henchidos de gentes, dos procesiones, formadas por los cleros y las órdenes religiosas, se dirigen, una por la piazzetta de San Marcos, otra por el muelle de los Esclavones á San Zacarías, á fin de depositar las reliquias de ambos santos. Y la magnífica procesión marítima se despide de las procesiones terrestres, y toma rumbo hacia el Lido, donde el mar se besa con la laguna. Y una vez llegado al Lido, el áureo palacio flotante se detiene, circuído por los cincuenta busones, ó sean góndolas de respeto, tripuladas por coros y orquestas. Las demás particulares que, siendo de espectadores, aumentan y embellecen el espectáculo, se detienen á larga distancia, como las naves de alto bordo. Todo el mundo se pone de pie y se descubre, menos los sumos dignatarios. El Patriarca bendice el anillo nupcial, en cuya piedra está grabado el león de San Marcos, y se lo entrega seguidamente al Dux. Un coadjutor vierte de rico vaso áureo agua bendita al mar, y en el centro de los círculos que esta agua forma al chocar con la superficie celeste, arroja el Dux su anillo en demostración de eterno dominio. Y en efecto, Venecia por aquel tiempo, rodeada de sus escuadras como de sus dioses menores, soberana de tantas islas griegas, señora del comercio oriental, bien puede creerse y llamarse la omnipotente diosa de todo el Mediterráneo. La reina Margarita se ha desposado con el mar como antes la señoría veneciana. Un colosal anillo de bronce dorado á fuego, con grandísima esmeralda hecha en la cristalería principal de Murano, fué la señal de boda en estas nupcias. Nos entristece, no obstante, una horrible consideración: pensar que servirá el barco á la guerra entre los hombres, y no á su libertad y á su paz.



UNA MÁSCARA, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

CERÁMICA

HISPANO-ÁRABE

La cerámica de reflejos metálicos, ó sea la conocida bajo la denominación de hispano-árabe ó hispano-morisca, es una de las manifestaciones más originales del arte peninsular, quizás la que ha logrado más justificada reputación y la que ha revestido mayor importancia. Inútil es buscar precedentes en la industria indígena, puesto que si bien es cierto que los celtíberos alcanzaron cierta perfección, conforme lo atestiguan los bellos ejemplares existentes en nuestros museos, y que los romanos desarrolláronla de modo notable, no lo es menos que no sufrió la menor alteración en el estilo ni en la forma durante la dominación visigoda. La invasión árabe, que como potente huracán transformó á la nación española desde el Mediterráneo al Cantábrico y desde el Tajo al Ebro, al transformar á aquella sociedad, al conmover hondamente el modo de ser de aquel pueblo, varió por completo sus manifestaciones artísticas é industriales.

La irrupción sarracénica conmovió violentamente á aquel pueblo hetereogéneo, degenerado y corrompido, cual lo estaba la monarquía goda al hundirse en las aguas del Guadalete, y á la par que los ejércitos invasores extendían los dominios de la media luna, el arte árabe desenvolvíase independientemente de las tradiciones filosóficas helénicas importadas, ya que para aquel pueblo, esencialmente epicúreo, no podían germinar las ideas platónicas y aristotélicas, cultivadas únicamente por los admiradores de los Tofail y los Averroes.

De ahí que la poesía y la arquitectura fueran las manifestaciones de aquel pueblo. El poeta árabe expresaba los sentimientos eróticos ó guerreros, y el alarife proyectaba y construía esos afiligranados edificios, en los que se halla compendiado el modo de ser de aquel pueblo, que sin exceso de afeminación supo limitar sus necesidades y caprichos, encontrando la forma más práctica y bella de satisfacerlos. Los preceptos del Alcorán, enlazados con labores y dibujos caprichosos, demuestran el dualismo de sus aspiraciones, y sus innumerables combinaciones geométricas su inagotable fantasía. Realista por su educación, impresionábase sólo por lo que ofrecía un aspecto tangible, ya que el ideal de la vida pedíale otra clase de satisfacciones que las que perseguía el pueblo cristiano. De ahí que después de haber enriquecido la mezquita de Córdoba con admirables aplicaciones cerámicas, emprendiera Mohamed-ben-Alhamar, hacia el año de 1273, la construcción de ese encantador palacio, la Alhambra, exornado de primorosos encajes, verdadera maravilla de la fantasía oriental. La contemplación de aquella portentosa creación del ingenio de los alarifes árabes despertó el espíritu del pueblo morisco, y á la par que la arquitectura creaba atrevidos y alicatados arcos con dobles curvaturas excéntricas y con estrías de media concha sustentadas por delgadas columnas, primorosos aljamíes y misteriosas estancias con techos estalactíticos, pintados de brillante azul, el arte hallaba medio de em-

bellecerlas con arabescos enlazados con relieves de cintas, con letras kermáticas, con repetidos blasones que ostentaban la fatídica leyenda de *No hay más vencedor que Dios*, y con esos ricos azulejos que ostentan la variada tonalidad del calidoscopio, ó en los soberbios jarrones en donde se condensan los vivos tonos del azul, del rojo y del oro, y cuyas formas superan por su elegancia y originalidad á las ánforas clásicas y á las creaciones de la China, del Japón y de la India.

No cabe imaginar nada más elegante y esbelto que esos vasos, que la tradición supone sirvieron de digna arca para guardar tesoros y cuyas dimensiones por sí solas ofrecían ya grandes dificultades al alfarero para lograr la perfecta armonía de todas sus partes. La incuria y el abandono fueron la causa de la casi total desaparición de esas que deben considerarse como verdaderas joyas de arte; y tal es así, que de los dos únicos ejemplares existentes en 1785, citados por P. Lozano en su libro titulado «Las antigüedades árabes,» entre los que decoraban el palacio de los monarcas nazaritas, sólo se conserva el que figura en el Museo Arqueológico Nacional, de 1'36 metros de alto por 2'26 metros de circunferencia, entre cuyos motivos de caprichosa decoración descuellan las dos gacelas, á las que debe su nombre y celebridad. Si se examina y estudia este admirable ejemplar, nótase desde luego la influencia que ejerció la forma, ya que la vemos perpetuada y reproducida en nuestra península, aun después de la expulsión de los moriscos, en los vasos de nacarados reflejos de Mallorca, en los dorados jarros valencianos, en las botellas de metálicos tonos de Manises y en las alcarrazas andaluzas.

Si tenemos en cuenta las descripciones de Abd-Allah-El-Lawati, que se hizo célebre con el nombre de Ibn-Batuta, resulta indudable que Málaga fué la cuna de la cerámica de reflejos metálicos, y que sus talleres surtían no sólo á Granada, sí que también á las demás ciudades peninsulares y aun á las de otros Estados. Así parece confirmarlo el citado viajero, quien escribía en 1350 que *en Málaga fabricábanse bellísimos ejemplares de alfarería dorada, que se exportaban á las más apartadas regiones*, siendo por lo tanto el centro del comercio cerámico de España.

Los primitivos ejemplares malagueños distínguense por ostentar los motivos de ornamentación árabe con las combinaciones geométricas, follajes y los caprichosos caracteres de su escritura cúfica ú oriental, siendo muy raras las piezas que ostentan animales en su decoración, efecto, sin duda, de las prescripciones alcoránicas. Existen, sin embargo, algunas excepciones, entre las que merece citarse el referido jarrón de la Alhambra, en el que se hallan representadas dos gacelas, circunstancia que aumenta considerablemente su valor. El azul puro, oro un tanto pálido y el blanco amarillento ó de carne y aun el rojo más ó menos vivo son los colores decorativos de los modelos de Málaga, cuya analogía con los de la Alhambra es tan notable, que según afirma el barón de Davillier, preciso es convenir en la identidad de su origen. Las tres grandes *jofainas* que posee el Museo de Cluny, exornadas con reflejos metálicos y azulados esmaltes, y las varias piezas de menor importancia que figuran en el Museo de Kensington, de Londres, son los modelos tipos del primer y más interesante período de las manufacturas malagueñas. Esta semejanza de estilo, denunciadora de su procedencia, continuó siendo distintiva aun después de la conquista de Granada; mas á partir del primer tercio del siglo XVI fué alterándose poco á poco la decoración bajo la influencia del estilo mudéjar, siendo tan sensible, que desde luego se nota el poder absorbente del pueblo vencedor. La ornamentación no responde á la idea; á las inscripciones que sirvieron de motivos de decoración á los artífices árabes á la vez que de manifestación de creencias, suceden los mal trazados caracteres de los nuevos alfareros, que utilizan los signos como fantásticas grecas, no como aljamía, por desconocer su significación. Desaparecen la finura y delicadeza de los trazos, y en el sitio en donde figuraron los blasones kermáticos fijáronse los escudos de armas de los magnates cristianos, pudiendo juzgarse de la transformación política que sufrió España en aquella época por la que á su vez experimentó esta industria, que fué á no dudar una de las más prósperas y florecientes.

Si bien es cierto que durante los siglos XIV y XV extremáronse de tal modo las ideas religiosas que tanto los moros como los cristianos extermínábanse en nombre de sus respectivas creencias, no es menos evidente que el relativo progreso de las ciencias y las artes templó, especialmente durante algunos períodos, su encarnizamiento, traduciéndose el pasado encono en recíproca tolerancia. Y tal es así, que en Asturias, León y Cataluña las artes y oficios estuvieron por mucho tiempo en manos de moros y judíos, que arquitectos cristianos contribuyeron á levantar mezquitas muslímicas y que afamados alarifes andaluces construyeron templos bajo plano de antiguas basílicas.

Esta fusión puede observarse no sólo en las creaciones de Málaga y Granada, sí que también en las de toda la península, y persistió hasta que con el Cardenal Cisneros inicióse, en 1506, el reinado de la intolerancia. El afán de cristianizar, olvidando compromisos contraídos por los monarcas con el pueblo vencido, dió origen á la publicación de pragmáticas tan injustas como aquellas en que se prohibía á un pueblo, que confiado en la hidalguía del vencedor continuaba aferrado al terruño de sus antepasados, á leer y escribir en su propio idioma y hasta á bailar leilas y zambras y tocar instrumentos orientales, llegando al extremo de impedir el uso de sus trajes y que se cultivaran las artes en el estilo morisco. Así, pues, lo que fué belleza convirtióse en mero recuerdo, ya que desaparecieron los factores que la servían de complemento.

A vivir en esta época Lucio Marineo, el cronista de los Reyes Católicos, no habría podido consignar, como lo hizo, que en Granada y Málaga fabricábanse bellísimas piezas de cerámica.

A Felipe III debe imputarse la desaparición completa de las artes que florecían en manos del pueblo árabe. El decreto de expulsión (1610) de los *seiscientos mil moriscos* significa el comienzo de un triste período decadente para nuestra patria.

Las fábricas de Málaga fueron paulatinamente desapareciendo y si bien Valencia heredó en cierto modo sus tradiciones, diferéncianse y distínguense las producciones de los moriscos de las mudéjares, no sólo del reino valenciano sino del resto de España, en que estas últimas ostentan tonos más vivos, trocándose los pálidos reflejos del oro por los más vivos del cobre, desapareciendo la finura y distinción de líneas, colores y motivos de la cerámica árabe, ya que las nuevas producciones destinábanse á un pueblo menos culto y de inferior gusto artístico. Y tal es así, que – según dice el Sr. Giner de los Ríos – «los arabescos de Valencia son también degradados, y las armas y blasones que se pintan en sus platos no siempre se trabajan con delicadeza.» Esto no obstante, preciso es confesar que la historia de la cerámica valenciana tiene páginas gloriosas y que ocupa preferente lugar esta industria entre las demás ramas productivas de nuestra patria. Basta para ello recordar los barros cocidos de Sagunto, tan elogiados por Plinio, las fábricas de Paterna, Cuarte, Villalonga y Alaquaz, ya florecientes en el siglo VIII y las de Alcora y Manises, para tener en cuenta la importancia de esta industria, que abrazó extensamente todas sus ramas, desde la porcelana á la loza y á los azulejos.

Y que las manufacturas valencianas tenían un glorioso abolengo demuéstralo la carta especial que don Jaime I el Conquistador otorgó en 1239 á los alfareros de Játiva, relevándoles de toda clase de servidumbres y tributos para que pudieran continuar la fabricación de vasos, vajillas, tejas y *rajolas* (azulejos), imponiéndoles únicamente por cada horno la contribución de un besante anual. Por otra parte, Marineo Sículo escribía en 1517 que si bien en toda España fabricábanse excelentes ejemplares cerámicos, eran más estimados los de Valencia por su mejor ejecución y por estar *mejor dorados*. Hay que advertir que las piezas más interesantes, ó sean las distintivas por la palidez de los reflejos y tonos, anteriores al siglo XV, distínguense también por ostentar la inscripción ó leyenda *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum*, ó bien el águila del evangelista, por ser grande la devoción á San Juan, ó el águila aragonesa, emblema de la casa real. Esto en cuanto se refiere á las producciones de los artífices cristianos, ya que respecto de los tipos del período árabe preciso es atenerse á sus distintivos caracteres ó entregarse á deducciones. Unos y otros son justamente apreciados, y tanto los emblemas cristianos como los moriscos, cuando se hallan embellecidos por los reflejos de oro pajizo, son muestra evidente de su mayor mérito y antigüedad. Algunos de estos platos, á pesar de no haberse podido clasificar entre los mejores, han sido tasados y vendidos en 5.000 pesetas. Bueno es consignar que algunas de las piezas que guardan algunos museos como productos de las fábricas de Málaga, son de procedencia valenciana. Tal acontece con un plato del British Museum, catalogado como ejemplar malagueño, en el que se halla inscrita alrededor de una gacela, en caracteres góticos, la invocación *Santa Catalina guárdanos*, cuya leyenda ostentan al pie ó alrededor de la imagen de la santa algunos platos valencianos de la misma época.

Manises y Alcora tienen también en la historia del arte cerámico peninsular un período de florecimiento digno de estudio. Ambos pueblos asumieron para el reino valenciano la gloria reportada por sus industrias y cada uno de ellos la del género especial en que tanto se distinguieron.

Los modelos de Manises adquirieron ya un carácter particular y distintivo á partir del siglo XVI, de tal manera que, según decía Escolano, expedíanse á Italia cargamentos completos «*esas faenzas tan bellas como elegantes*,» y añade Diago «*que las piezas doróbanse y pintábanse con tal arte y perfección, que tanto el papa como los cardenales y príncipes formulaban grandes pedidos, sorprendiendo á todos que con la arcilla pudieran fabricarse piezas tan admirables*.» Llegó también para Manises el período de decadencia: la belleza de las formas conservóse algún tiempo; mas la decoración fué recargándose de tal manera, que á juzgar por los tipos conservados, los decoradores no tenían ya noción de estilo, demostrando la ausencia de gusto y la falta de educación y sentimiento artísticos. Hoy sólo restan los ejemplares conservados en los museos y en las colecciones particulares; y como representante de aquellas manufacturas célebres en la historia de la cerámica española, existe un mal taller dirigido por un posadero que ejerce su doble industria sin tener siquiera noción de lo que para su patria significa el nombre del pueblo en que reside.

En la vertiente de la sierra y entre incultas breñas hállase situado Alcora, en donde toscos y rudos montañeses elaboraron las elegantísimas y primorosas porcelanas y faenzas cuya posesión dispútanse los coleccionistas pagándolas á elevados precios. Dedicados ya de antiguo los de Alcora á esta industria, en la que habían dado siempre muestra de su habilidad, y poseyendo arcillas de excelente calidad, hallábanse en condiciones de mejorar la fabricación, cuando el conde de Aranda, saturado del espíritu innovador que tanto distingue al siglo XVIII, proyectó establecer en aquellos riscos, en aquel rincón del Maestrazgo, que formaba parte de su señorío, una fábrica de loza que compitiera con sus similares de la vecina nación. En 1726 levantóse en uno de los arrabales de la villa un vasto y bien distribuído edificio, del que salieron ya al siguiente año de 1727 preciosas piezas cerámicas á modo de las que producían las fábricas de Sajonia, Holanda y Francia. De esta última nación, con cuyos productos propúsose competir el conde de Aranda, trajo inteligentes artistas y artífices, con cuyo valioso concurso fué posible á los pocos años igualar las obras de la nueva manufactura, por su buen gusto y perfecta elaboración, con las de Ruen y Monstiers.

Joaquín Josef de Sayas, Josef Ollery, Miguel Soliva, Cristóbal Cros, Francisco Grangel, Miguel Vilar, Cristóbal Rocafort, Vicente Serania y Josef Pastor fueron los pintores que decoraron la afamada cerámica alcorense, que ya en forma de cornucopias y medallones, jarros y fuentes, sostenían la comparación con sus similares del extranjero. Para apreciar en su justo valor la importancia y alcance de la industria alcorense y la inteligencia y habilidad de aquellos artífices, basta leer las comunicaciones que mediaron entre el Tribunal de Comercio y el conde de Aranda. En ellos se consigna, entre otros extremos, «que desde el principio de la manufactura se fabricaron pirámides con figuras de niños que sostenían sobre sus cabezas guirnaldas de flores y cestos de frutas, ejecutadas con rara perfección, así como también centros de mesa y objetos de gran tamaño, puesto que llegaron á medir cinco pies de altura, cornucopias, estatuas de diferentes clases y animales diversos y de distintos tamaños. Llevóse allí también á cabo la decoración entera de un cuento, con trabajo en todo tan perfecto, que nada le iguala en mérito en España, Francia, Italia ni Holanda.» Posteriormente, ó sea por los años de 1750, introdújose la fabricación de porcelana, contratándose al efecto al alemán Juan Cristián Knipfer, «para elaborar piezas semejantes á las que se hacían en Dresde.»

Hasta 1748 no figura en los ejemplares alcorenses la marca del conde de Aranda, ostentando únicamente los más notables la firma del pintor que los había decorado. Mas á partir de aquella fecha, y con el objeto de distinguir aquellos productos de las imitaciones que empezaban entonces á elaborarse en Onda y Rivesaltes, empleóse como marca la letra A, de oro ó colores.

Al desaparecer el conde de Aranda, aquel magnate de tanta iniciativa, decayó la fabricación, falta del poderoso impulso que le dió vida. En 1800, al heredar el condado el duque de Híjar, todavía producía la fábrica quince mil piezas de porcelana, quinientas mil de la loza llamada de pedernal y un millón de loza común; hallando constante ocupación siete maestros, ciento treinta y seis oficiales, cincuenta y cinco aprendices y doscientos jornaleros; pero á me-



MAHÓN.-RECUERDOS DE LA FORTALEZA DE ISABEL II (LA MOLA), apuntes de D. A. Rodríguez Tejero



Una expositora aristocrática

diados de siglo hallábase ya la industria limitada á las necesidades comunes del consumo, no quedando de aquellos primores artísticos, tan justamente celebrados, más que la alfarería vulgar, que aun hoy surte á la mayor parte de España de vajilla limpia y económica.

La cerámica de las islas Baleares figura en segundo término entre las manifestaciones de la industria peninsular. Suponen algunos distinguidos arqueólogos que ya en el siglo XII producíanse en Malema finísimas lozas, livianas y bien coloreadas, quedando libre de toda discusión que la famosa *Majólica* italiana procede ó se deriva de Mallorca, con la alteración de algunas letras, declarándolo así el diccionario italiano de la Crusca. De Ibiza y de Inca proceden los ejemplares más antiguos, que según el testimonio de algunos autores, entre ellos Giovanni di Bernardi da Uzzano, eran objeto de grandes transacciones comerciales con Levante, Sicilia é Italia, siendo lícito suponer que los tipos mallorquines sirvieran tal vez de modelo á las manufacturas de Urbino, Bubbio, Pésaro y Chaffagiolo.

A juzgar por el movimiento de buques en los puertos de las Baleares, esta industria debió alcanzar considerable desarrollo y grandísima importancia. Novecientas embarcaciones, algunas de ellas de 400 toneladas, sostenían el comercio insular durante el siglo XIV, y que la mayor parte de ellas servían de medio de transporte de las lozas mallorquinas, parece demostrarlo Vargas, cuando en 1787 decía que era «verdaderamente lamentable que las fábricas de Ibiza no fabricaran ya aquellos famosos vasos de fayenza destinados no sólo á ser exportados sí que también á alimentar las necesidades de la localidad.»

El tipo oriental, más puro, más sobrio que el estilo granadino y con tonos obscuros, en acero ó en nácar – dice el Sr. Giner de los Ríos, – se perpetúa en Mallorca, y se distinguen sus piezas de las valencianas y andaluzas por esta fijeza permanente de dibujo y de color, hasta en los reflejos metálicos y dorados. Como tipo característico puede citarse, entre otros, el gran vaso existente en el Museo de Cluny, obra del siglo XV, cuya decoración es una mezcla de caracteres góticos y árabes, ostentando en el centro las armas de Inca, iluminadas con rojos reflejos.

Cuanto á Cataluña, consta que por el año de 1237 existían varios establecimientos cerámicos y el gremio apellidado de los «Olleros,» cuyos productos alcanzaron grande renombre y estima. Barreiros en su «Corografía,» editada en 1546, cita la cerámica barcelonesa como muy superior á la valenciana. Y que esta industria debió revestir gran importancia, parece indicarlo el testimonio de Martín Veciana, quien consigna que en el año de 1564 existían catorce fábricas en un solo pueblo y veintitrés en otro. Los grandes platos y vasos de reflejos metálicos, que se conservan en algunas colecciones, en cuyo centro figuran las armas de Montserrat ó las de Barcelona, vienen á robustecer la opinión de que en Cataluña se produjeron ejemplares tan importantes como los que han reportado celebridad á las fábricas de otras regiones.

A Carlos III debió España un nuevo período de renacimiento para la industria cerámica. A su llegada á España, recordando quizás los bellos y primorosos tipos de porcelana producidos en la fábrica napolitana «Capo di Monte,» dedicóse con afán á la creación de un establecimiento análogo en el Buen Retiro, dotando á la nueva fábrica de todos los artefactos necesarios, á semejanza de la de Nápoles, y poniendo al frente de los talleres á varios maestros de su antiguo reino, retribuídos espléndidamente. Inaugurados los trabajos en 1760, pronto llamaron poderosamente la atención, á pesar de destinarse los productos en los primeros años para uso exclusivo del monarca y de la real familia. En 1803, época en que había llegado á su completo desarrollo, producía la fábrica del Buen Retiro las mejores porcelanas de Europa, no quedando de tanta gloria más que el recuerdo de su valer y el baldón sobre aquel ejército inglés, que titulándose aliado arrasó aquella manufactura en 1808, después de haber incendiado y pillado á San Sebastián, cual no lo hicieron las huestes napoleónicas.

Así como la cerámica árabe vióse perpetuada en Valencia, Mallorca y Cataluña, Toledo, Puente del Arzobispo, Segovia y Zamora imitaron después el ejemplo de Talavera, Alcora y Sevilla, sucumbiendo posteriormente Talavera y Sevilla á la influencia italiana, ajustándose más tarde Alcora y el Buen Retiro en la forma y ornamentación á los modelos franceses.

España puede justamente envanecerse de haber poseído importantes manufacturas de cerámica artística en épocas en que los demás pueblos europeos apenas tenían nociones de esta industria, tal como se producía en nuestra patria, que hoy por fortuna vuelve á reproducirse, especialmente en Valencia, gracias á la iniciativa particular.

Los notales ejemplares exornados con reflejos metálicos, elaborados ó hallados en diversas provincias, pertenecientes ó posteriores á la época de la dominación árabe, hacen suponer, por su tipo especial, que esta industria, es decir, esta variedad, fué importada por la raza conquistadora, estableciéndose fábricas y talleres posteriormente, que conforme hemos demostrado lograron excepcional desarrollo en los tiempos medios.

A. GARCÍA LLANSÓ



La inscripción



Rechazado

CONCURSO DE PERROS DE LUJO

EXPOSICIÓN CANINA DE 1891

SEÑORA: *tengo el honor de participar á V. que el Comité de esta Sociedad celebrará un concurso de perritos de lujo el día 25 de mayo próximo, de dos á cuatro de la tarde, á condición de que sean presentados por señoras.*

Los opositores no deberán ingresar en el local de la Exposición hasta el momento en que se verifique el concurso, bastando inscribirlos en la Secretaría antes del 24 de mayo.

Mucho agradeceré á V., señora, se interese en favor de este concurso, inscribiendo los ejemplares que V. posea.

Con este motivo, etc.

Tal es el texto de la carta circular que á un crecido número de bellas y elegantes parisienses, dirigió la Sociedad central del fomento de la raza canina. La idea de un concurso de perros, presentados por sus mismas dueñas, era tan original, que prometía un éxito ruidoso. Efectivamente: el perro, al que se le da con razón el título de compañero inseparable del hombre, lo es mucho más de la mujer, ya que de ella recibe mayor número de cuidados y atenciones. De ahí que la víspera del concurso publicaran los periódicos una gacetilla anunciando que ascendía á un centenar el número de expositoras de la alta socie-

dad que habían ya inscrito á sus perritos, y que por lo tanto, serían disputados con empeño los preciosos lazos ofrecidos como premio.

El anuncio era verdaderamente tentador, redactado en tales términos, que denunciaba un perfecto conocimiento del carácter femenino ¡Cómo resistirse al deseo de hacer admirar á su favorito y al mismo



Admitido

tiempo á su elegante y simpática personita, por un centenar de aristocráticas damas, disputándoles el premio en cuestión, cuya recompensa suena agradablemente en el oído de una coqueta!

Así, pues, no debe sorprender que el ángulo de las Tullerías ofreciese el 25 de mayo un cuadro de género exclusivamente parisiense, en cuyo relato hallarán nuestros lectores algunos episodios humorísticos.

En el centro del salón donde había de tener lugar el concurso destacábase una de esas perritas habaneras, ídolo habitual de algunas damas (que no siempre lo son de la buena sociedad), precioso animalito con el pelo erizado, cubriéndole el cuarto delantero á modo de león en miniatura, que excitaba el más vivo interés entre los gosquecillos de todas las castas que la rodeaban, y que á pesar del cordón que los retenía, pugnaban por acercarse y trabar conocimiento. Era



Una intrusa

una escena de *flirt* en toda regla. El sexo fuerte tenía en todos ellos su representación ó indiscutible parecido, notándose, por ejemplo, en una delicada galguita (sin mantilla que cubriera sus aristocráticas formas) gran semejanza con el pollo á la moda, el artista, pintor ó pianista de salón, que en su aparente descuido acusa al hombre presuntuoso y afeminado, ó bien entre los *griffons*, *King's charles*, etc., el tripudo pachón, de piernas cortas y robustas, aspecto beatífico y bonachón como el de algunos de nuestros hombres de negocios.

Cuanto á la oficina de inscripción, desfilaban las damas por delante del ventanillo del despacho indicando al empleado sus nombres, títulos y cualidades, así como las de los opositores, que ellas levantaban hasta cierta altura para que pudiera comprobarse *de visu* la exactitud de sus informes. En la parte exterior del despacho permanecía en pie un criado de la Exposición, de grave y correcto aspecto, luciendo un flamante uniforme, quien contemplaba con marcada satisfacción la prolongada línea de graciosas siluetas femeninas enfundadas en sus angostos vestidos, conduciendo cada una de ellas á su perro favorito. Algunas, sin embargo, no se sujetaban á las condiciones impuestas para la presentación, por considerar asaz vulgar y depresivo el cometido que se había tratado de imponerles. Si ellas debían conducir á los opositores, ¿de qué les servirían las ventajas de su posición ó su fortuna? Si tenían criados ó sirvientes á quienes confiar el cuidado de sus respectivos perrillos, ¿por qué prescindir de ellos en el acto material de la presentación? Así debió raciocinar la joven y bella baronesa de K..., que penetró en el recinto de la Exposición, erguida, con la cabeza levantada y seguida de un rubicundo lacayo, de robusto torso, que no podía ceñir la ajustada librea, y de musculosas piernas cubiertas por el blanco calzón de punto y la bota acampanada, es decir, con el aire de un criado de casa grande, dispuesto á ser, con igual facilidad y según los casos, obsequioso ó insolente. Con sus enguantadas manos sostenía un pequeño almohadón de seda, sobre el que reposaba un microscópico perrito habanero del tamaño de una ardilla y tan gruñón como un *bull-dog*.

Como reverso de la medalla, debemos citar un tipo completamente opuesto al anterior, ó sea el de la expositora elevada á la quinta ó sexta potencia. Hallábamonos en el local de la Exposición cuando tuvo lugar la entrada, y preciso es consignar que produjo viva sensación entre la concurrencia femenina allí congregada. Todo en su persona guardaba relación sin duda con su carácter é inclinaciones. Su voluminosa silueta destacábase á través de los salones como una gran masa que apenas podían contener las valiosas telas de su caprichoso y rico traje, adornado con gran copia de aplicaciones de pasamanería y bordados que á cierta distancia asemejábanse á grandes y repetidas interrogaciones. Llevaba dos animalitos bajo cada brazo y otros cuatro sujetos por cordones de encarnada seda que retenía en cada mano y que en su desordenada marcha, con sus frecuentes vueltas y revueltas dificultaban la de su filantrópica dueña, á la que algunas veces ponían en peligro de perder el equilibrio á pesar de la robustez de las columnas que sustentaban aquel edificio. Sufría la gruesa señora las impertinencias de sus protegidos con paciente resignación digna de mejor causa, prefiriendo, sin duda, los peligros á que la exponía la conducción á través de las calles y avenidas de su numerosa familia canina, á confiar al cuidado de uno ó varios sirvientes todos aquellos seres para ella tan queridos y tan necesitados de sus prolijas atenciones. Obrar de otra manera hubiera sido prueba evidente de no albergar en su corazón delicados sentimientos, y aquella señora, ángel protector de sus canes liliputienses, era excesivamente sensible y extremada en sus afecciones. Sin embargo, así como no todas las acciones loables hallan en el mundo merecida recompensa, la filantropía de aquellas señoras y la protección á aquellas desvalidas criaturas no eran apreciadas en su justo valor por los empleados del concurso, quienes prescindían de las cualidades enumeradas por sus dueñas, fijándose únicamente en los caracteres de raza del animalito, en su forma plástica ó en otros pormenores consignados en el reglamento de la Exposición, pero que no se habían tenido en cuenta por aquellas sensibles damas. Las resoluciones de la secretaría en el acto de la presentación producían acerbas amarguras, ruidosas protestas ó grandes satisfacciones. La expositora que al presentar á su enteco galguito oía pronunciar al empleado la palabra *admitido*, atravesaba sonriente y satisfecha por entre sus compañeras, cubriendo con su manteleta al animalito que, ajeno á la importancia del papel que le estaba confiado, procuraba hacerse un ovillo y recogía el calor que le brindaba el cuerpo y el abrigo de su dueña.

En cambio, aquella á quien se dirigía la fatídica palabra de *rechazado* experimentaba un profundísimo disgusto, cuyas consecuencias difícilmente podían apreciarse. ¡Ahí es nada rechazar á una *Linda* ó á una *Lady!* No cabía duda: allí, como en todas partes, jugaban las influencias; y los empleados y los miembros del Jurado obraban impulsados por mezquinos intereses, teniendo en cuenta hasta la diferencia de edad y de posición de las dueñas de los animalitos. Tales eran las consideraciones que cual desbordado torrente salían de los labios de las damas desairadas que, heridas en lo más hondo de sus sentimientos y molestadas en su amor propio, abandonaban el local, lanzando venablos contra los iniciadores del concurso.

Abandonemos á las damas desairadas entregadas á su disgusto, y penetremos con las favorecidas en el local destinado al concurso Consistía éste en un gran salón improvisado en el centro de un jardín, y á cuyos lados, en toda su longitud, iban tomando asiento las expositoras, que tenían delante de sí, retenidos por el consabido cordón, á sus perros favoritos. Los miembros del Jurado figuraban en segunda línea, quienes aparentando fijarse en los animalitos, aprovechaban la ocasión para admirar á las damas allí reunidas. El Jurado invirtió una hora en ponerse de acuerdo y emitir su veredicto. Durante este tiempo todas las expositoras permanecieron silenciosas, procurando no variar la posición que habían estudiado para aparecer más simpáticas y distinguidas.

Por fin los jurados dieron á conocer el fallo, colocando en el cuello del perrito distinguido el lazo ofrecido, que debía proclamar su mérito.

Después las concurrentes, satisfechas ó descontentas, fueron abandonando paulatinamente el local, dirigiendo al paso sus miradas á las vastas perreras



Una expositora por partida doble

en las que se hallaban encerrados los canes destinados á la caza, que más infelices que sus congéneres, despedíanlos con sus lastimosos ladridos, llorando su perdida libertad.

A

VIENA

«No hay otra ciudad imperial en todo el mundo,» dice el vienés respecto á su querida Viena, y lo pregonan vientos y aves por villa y corte, por llano y sierra; lo cantan las ondas del caudaloso Danubio, que fué el teatro de la mayor parte de nuestra epopeya Los Vivelungos; lo dirán José Castro y Serrano, Francisco María Tubino y Ramón Torres Muñoz de Luna, que con motivo de la Exposición Universal de 1883 conocieron la bellísima ciudad del Danubio azul, y lo saben los escritores franceses que estuvieron en ella juntos con los poetas alemanes en el Congreso de 1881, diciendo que los *Ringstrassen* de Viena son más hermosos que los bulevares de París. España tiene su imperial Toledo; pero ésta es la ciudad del pasado, y Viena es la del presente, el templo de la alegría, un *vals* continuo, una hada risueña rodeada de todos los encantos de la naturaleza y de todas las maravillas del arte.

Con su catedral de San Esteban, llamando la atención por sus agujas, estribos, arcos y botareles, Viena es la hermana de Colonia, Ulm, Strasburgo, Friburgo en Alemania y la de Sevilla, Toledo, Burgos y León.

«Ha de brotar de Viena un mar de luz,» decía el príncipe Rodolfo, y tenía razón.

El año 1891 es para la ciudad imperial la aurora de una vida nueva, habiendo la Dieta del Austria Baja aprobado y sancionado el emperador un proyec-



UN DISCÍPULO DE HOMERO cuadro de S. Glucklich



TROVADOR IMPROVISADO, cuadro de Enrique Weber

to de ley incorporando á la ciudad una porción de arrabales y pueblos suburbanos de los alrededores de esta capital. Aquel proyecto celebrado con júbilo indescriptible por el respetable caballero Antonio de Schmerling, por los estadistas austriacos, por los burgomaestres de la ciudad, por las notabilidades científicas, artísticas y literarias y por la flor y nata de los ciudadanos que expresaban su profunda gratitud al emperador, á quien se atribuye principalmente la idea de ensanche de la ciudad; aquel proyecto, decimos, hará cambiar la faz de Viena, permitiéndole un desarrollo inmenso. La población aumentará de 800.000 almas que hoy cuenta á 1.400.000.

Como nuestra Colonia y como todas las grandes capitales, Viena tendía á ensanchar cada vez más sus límites, absorbiendo y englobando los pueblos de los alrededores. Hace 30 años el emperador Francisco José quitó el cinturón de muros que había ahogado á Viena, esos gruesos paredones que impedían la libre circulación del aire; derribó aquellos muros y baluartes que dos siglos ha fueron testigos del valor con que los vieneses defendieron su patria oponiendo sus pechos á los invasores turcos. Entonces nació una Viena magnífica y soberbia, admirada por propios y extraños, una ciudad de calles lucidas y anchas y de palacios brillantes. Viena se presentaba remozada y refrescada; nacieron, gracias á la generosidad del emperador Francisco José, como por encanto teatros y museos, la Opera debida á los arquitectos Van Der Nüll y Siccardsburg, la Universidad que pregona el nombre de Ferstel, y la gótica iglesia de la Salud; y los ciudadanos de Viena erigieron bajo los auspicios del gran arquitecto Federico Schmidt las más hermosas Casas Consistoriales, tan firmes como su amor á la estirpe imperial y á la unidad de Viena.

La ordenanza para el aumento de la extensión urbana de Viena es el regalo de reyes para los vieneses en 1891, es la reforma más benéfica, el más poderoso acicate del comercio.

¿Quién no ama á Viena? La populosa y bullidora ciudad de Berlín es para los alemanes el centro de sus glorias, la cuna de su grandeza; pero Viena es el imán del corazón, la hermosa ciudad á la que debemos el colorido de las ideas, la viveza de la imaginación, la sangre y el calor del corazón, la simpatía á lo bello en que insensiblemente nos empapamos con sólo vivir en la ciudad de las divinas mujeres que inspiraron á Makart.

Cuando un hombre dice «voy á Viena,» excita los celos de su esposa, la envidia de los hombres y promueve la sonrisa de sus amigos pensando en el goce de vivir que en aquella ciudad tan hospitalaria se respira con delicia, en el mundo elegante que se pasea en los bulevares, en el encantador Stadpark; en el Prater, que por sí solo merece un himno, y en el parque del histórico Schonbrunn; en las estrellas de los teatros; en tantas divas de la opera, princesas de la opereta y reinas de la comedia; en los bailes dirigidos por el maestro Eduardo Strauss; en los reyes de la opereta Juan Stranos y Millocker, cuyas composiciones tienen algo del vino de la alegría por excelencia, el Champagne; en los populares bailes de lindísimas lavanderas, de cocheros y de campesinos; en los cantantes populares; en la vida en los suntuosos cafés, donde ofrecen el néctar más delicioso y el pan más sabroso; en el culto á Baco, que tiene sus altares en Nussdorf, Voslau, Gumpoldskirchen y Klosterneuburg, y á la cerveza que brindan Kleinschwechat, Pilsen, Liesing y Huttelsdorf; en la bodega de Exterhazy, donde se bebe el manzanilla húngaro, y en las fiestas de flores que se celebran en el Prater el 1.° de mayo, haciendo de Viena otra Valencia, en que el aire suspende en sus alas vagorosas esencias y que á cada primavera resucita la creación de un ideal paraíso.

Sin orgullo ni vanidad puede decir el vienés que no hay otra en Austria ni en Alemania más alegre, siendo el tipo más acabado del vienés el actor Girardi, ese Mariano Fernández de los vieneses, que tiene una fuerza cómica muy subida, haciendo desternillar de risa al público que admira su magistral talento y su intuición verdaderamente extraordinaria del arte de la caricatura.

De los habitantes de esa capital que el danés Jorge Brandes llama la ciudad privilegiada de la libertad y del donaire, y cuyos genuinos hijos son los escritores humorísticos é ingeniosos Federico Schlogl, Vicente Chiavacci y Fernando Gross, decía ya en 1836 Adolfo Glassbrenner: «los vieneses no son pedantes.»

Viena tiene el culto de sus grandes hombres, de sus bienhechores y patronos. Admiramos el monumento colosal debido á Zumbusch y levantado en honor de María Teresa, la que fué la madre de su pueblo y que vive, así en la historia como en la tradición y en el corazón agradecido de cada buen austriaco, y admiramos también la estatua ecuestre de aquel filántropo sentado en el trono que se llamaba José II, la estatua de Tegettkoff, el insigne marino; los monumentos erigidos á Beethoven, Mozart y Grillparzer, y el monumento á Schubert, que se debe á Kundmann.

Nadie está rodeado de una aureola más esplendorosa que el emperador José II, cuyo nombre acabamos de pronunciar con el respeto más profundo. A aquella figura tan simpática se refiere la siguiente anécdota: El afamado escritor de Estiria Pablo Rosegger creía cuando joven que viviese aún aquel emperador de quien le habían contado cosas tan extraordinarias. Con los pocos cuartos que había ahorrado como cabrero, salió para Viena con el único fin de conocer personalmente al gran emperador. Efectivamente, entró en el imperial alcázar y logró penetrar en un magnífico salón donde un caballero de la corte le preguntaba qué quería. «Presentar mis respetos á su majestad el emperador José II,» balbució el muchacho. «Entonces debes bajar al Panteón de Capuchinos, pues allí está,» contestó el caballero.

En Viena vive también la memoria de Raimund, que creó la poética comedia popular, cuya más inspirada sacerdotisa era la inolvidable Teresa Krones, mientras Anzengrerber es el padre del vigoroso drama popular; pero la adversa suerte que corre por las venas de la gloriosa historia de nuestras letras cortó en 1890 el estambre de la vida á aquel famoso dramaturgo, arrebatándonos en el mismo año también al anciano Bacrevnfeld, que con tantas obras ha deleitado el espíritu del público, mientras el popular sainetero Nestroy, que tuve el gusto de ver, ya cuando estudiante, en el Teatro de Carlos, los encantaba todos con su vena humorística.

Sería ingratitud no querer, no estimar cada vez más á esa hermosa ciudad donde West, Halm y Wilbrandt cultivaron el clásico drama español y el eminente filólogo Fernando Wolff se consagraba á sus estudios españoles. En el Teresiano se educó Alfonso XII para ser rey de España, y Viena llama hija suya á la madre del tierno D. Alfonso XIII, la noble reina regente María Cristina.

¡Gloria á la antigua *Vindobona* cuya primera edad se pierde en las tinieblas, en las nieblas de la leyenda, y que fué la residencia del genial y generoso Marco Aurelio y del emperador Probo, que trasplantó la vida de la Grecia á las orillas del Danubio! ¡Gloria también á la Viena de la Edad media, que se hizo la ciudad de Carlomagno, la ciudad de los ilustres margraves de Austria, los Babenberg, entre los cuales se distinguieron Enrique I Jasomirgott y Leopoldo VI el Glorioso, y la unidad de Rodolfo de Habsburgo, de los Alberto I, Alberto II, Alberto III, Rodolfo IV y Alberto V! ¡Gloria á la ciudad del último caballero Maximiliano I y á la que fué baluarte contra los turcos! ¡Gloria eterna á la patria de María Teresa y de José II! De este último dijo Anastasio Grün: «Fuiste un tirano, sí; pero un tirano como la primavera, que sin piedad rechaza la nieve y el frío y con sus guirnaldas adorna hasta el más pobre arbusto.»

Gloria también á la ciudad de Francisco José, que en unión de Berlín y de Munich es el centro del saber y del arte alemanes.

Juan Fastenrath

NUESTROS GRABADOS

Reposo, cuadro de D. Arcadio Más y Fontdevila (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento). – No en balde se ha dicho de este distinguido pintor que es tan simpático de presencia como de estilo. Todas sus obras ostentan el sello especial que constituye su carácter, y acusan, desde luego, corrección en el dibujo, seguridad en los trazos, frescura en el color, elegancia en los tonos y siempre inspirada composición. Severo y exigente consigo mismo, conviértese Más y Fontdevila en crítico de sus propias obras, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer dificultades que él mismo se ha impuesto.

Estudioso y devoto ferviente del arte que con tanto provecho cultiva, procura siempre que sus obras determinen un progreso, una victoria para él, gozándose en lograr producir los contrastes no sentidos ó los maravillosos efectos del color ó del trazo. En Italia pasó los primeros años de su vida artística, impregnándose su espíritu del purísimo ambiente que el arte produce en la Ciudad Eterna, y honrando á España por medio de sus obras, en unión de otros pintores cuyo solo nombre significa una gloria para la patria. Más, atraído por su suelo natal, abandonó Roma para fijar su residencia en nuestra ciudad, en donde ha producido obras tan notables como el cuadro que reproducimos, que adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, figurará en el naciente Museo Municipal de Bellas Artes, como bella y sentida manifestación del arte pictórico contemporáneo.

***

Una máscara, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Este bonito cuadro de caballete, al igual de todas las obras que produce este artista, lleva impreso el sello especial que caracteriza á sus composiciones por la elegancia de líneas y la delicada armonía de tonos, que las hace simpáticas y agradables, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan el concepto artístico.

Otras varias notas, no menos recomendables, hemos tenido ocasión de admirar en el estudio de Tamburini, que, como la que reproducimos, han de acoger favorablemente el público y los amantes del verdadero arte.

***

Mahón. Recuerdos de la fortaleza de Isabel II (La Mola), apuntes de D. A. Rodríguez Tejero. – La fortaleza de Isabel II, conocida vulgarmente con el nombre de La Mola, es una de las plazas de guerra de más importancia militar que poseemos. Situada en una pequeña península al Este de la isla de Menorca, defiende la entrada del puerto de Mahón, uno de los mejores del Mediterráneo.

La guarnición que la ocupa, más los operarios ocupados en obras de fortificación, forman una numerosa colonia militar donde abundan tipos y escenas dignas de gráfica reproducción. Una de las más originales y animadas es la llegada de la lancha de provisiones al muelle de la fortaleza. Este pequeño barco parte al ser de día para Mahón, distante tres millas, conduciendo á los asistentes, que regresan á las tres horas con su compra en la cesta ó en su saco, y en el estómago alguna copa de aguardiente cuyos vapores se deshacen en canciones y epigramas propios de gente alegre.

El personal de la colonia está llamado á aumentarse con la creación de la primera Penitenciaría militar, decretada en 10 de abril del corriente año. En ella tendrán ingreso los individuos de tropa condenados á prisión correccional militar que no exceda de tres años. De este modo se evita que infelices á quienes el código militar impone estas penas por delitos relativamente leves vayan á confundirse en los presidios con verdaderos criminales.

A la galantería de D. A. Rodríguez Tejero debemos la colección de apuntes.

***

Un discípulo de Homero, cuadro de S. Glucklich. – La religión griega sustituyó los dioses de Oriente por seres morales y personales, cuya transformación sirvió para abrir paso á la poesía, surgiendo naturalmente la epopeya. Esmirna y Chios pretenden haber sido la patria de Homero, el cantor de Aquiles, al que sucedieron los cíclicos, así llamados porque sus poemas formaban como una colección completa de las tradiciones de la edad heroica. A éstos siguieron los poetas épicos y después los elegíacos y los líricos. Terpandio, Arión, Estesícoro y Safo y otros más, cuyos nombres han pasado á la posteridad, patentizan por medio de sus obras el adelantamiento de aquel pueblo, que en la tenebrosa obscuridad que rodea á aquellas edades, es símbolo de progreso, brillante antorcha que ilumina las negruras de la barbarie. Sus poetas, sus artistas, sus hombres de Estado, lograron lo que tal vez no pueda lograr la presente generación: transmitir sus obras como modelos á las sociedades que viven veinticinco siglos después de haberse producido.

El grabado que publicamos, copia del cuadro de S. Glücklich, representa á un poeta griego en el momento en que dando rienda suelta á sus inspiraciones, brotan de sus labios esos hermosísimos versos que, al cabo de dos mil años, nos embelesan y cautivan por su elevado concepto.

***

Trovador improvisado, cuadro de Enrique Weber. – Antiguamente era muy común entre los obreros alemanes la costumbre de recorrer á pie y en cuadrilla extensas comarcas en solicitud de trabajo, ó bien con el objeto de perfeccionarse en la profesión á que se dedicaban. Al objeto iban de pueblo en pueblo y de hostería en hostería, y no era extraño que en cualquiera de las últimas, ante las gracias de las hijas, hermanas ó sirvientas del hostelero, apareciese un joven y alegre trovador que, tañendo la legendaria guitarra, hiciese las delicias de las hembras cantando á su oído, con voz conmovida, una de esas coplas amatorias conocidas por el nombre de suspirillos alemanes, ó bien cualquiera canción expresiva y picaresca. Hoy que esta costumbre tiende á desaparecer, no es extraño que Enrique Weber, recordando los tiempos en que, pobre pintor de brocha gorda, quizá formó parte de una de estas cuadrillas de trabajadores, haya pretendido perpetuar el recuerdo de aquellos tiempos llevando al lienzo una de esas poéticas escenas. Si lo ha conseguido se comprende con sólo fijarse en nuestro grabado, reproducción del cuadro, donde todo, desde las actitudes hasta la expresión de la fisonomía de cada personaje, revelan uno de esos momentos en que todos los ánimos se hallan bajo la acción del rey poeta, del cantor de todos los tiempos, del trovador popular.

***

La hormiga, estatua de D. José Campeny (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ventajosamente conocido este artista, por sus recomendables obras, por sus triunfos en varios concursos y por su constante labor, nos complacemos en reproducir la más bella y más importante entre las seis esculturas que ha presentado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, en donde, á nuestro juicio, no ha tenido la recompensa que tenía derecho á esperar. *La hormiga* es una bellísima escultura, de concepto completamente moderno, que denuncia los alientos de este distinguido escultor y sus estimables cualidades artísticas.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Para olvidar su amor habíase entregado á las más arduas investigaciones históricas

El conde de Bagrassand se había acercado vivamente á Gilberto.

– Si necesita usted de alguien... díjole.

Hubiérase dicho que, tan exasperado como Gilberto, alegrábase de lo que acababa de ocurrir.

Fué uno de los testigos en el encuentro que tuvo lugar al día siguiente. Poco le costó á Charnasón triunfar de su adversario, más hábil en manejar la pluma que el acero, clavándole la punta de su espada en un costado.

Gilberto curó; pero la vida no era ya tolerable para él en París. Aunque el incidente no hizo mucho ruido, y por más que pudiera creerse que si la vizcondesa conocía el hecho, ignoraba el verdadero motivo del mismo, Gilberto comprendió que más pronto ó más tarde cometería la misma necedad ú otra cualquiera. El era ahora quien la comprometería, pues aquel amor que había querido sofocar, y que avivaba á cada instante con su persecución, convertíase poco á poco en frenesí. Era preciso huir de aquella locura peligrosa.

Tenía medios para conseguir que se le enviase á Roma, y allí marchó con el corazón lacerado. Los tres años que pasó en aquella ciudad no debían formar época en su vida; para olvidar su amor habíase entregado desesperadamente á las más arduas investigaciones históricas, á inmensos trabajos eruditos. Un golpe terrible vino á turbar aquella calma momentánea.

Su madre le había visto partir con pena; pero la conducta que su hijo seguía hacía algún tiempo, acabó por hacerle comprender lo que ocurría, persuadiéndose de que aquel viaje era necesario. Gilberto no debía volver á verla más, pues la buena señora, que había regresado á Chatillón, murió durante la ausencia de su hijo, yendo á reunirse con su amiga la marquesa de Cabrol poco después del fallecimiento de ésta.

El pesar que le ocasionó esta pérdida contribuyó sin duda al olvido de su amor, y pudo persuadirse un momento de que ya no quedaba de él ningún vestigio, pero se engañaba.

Reconoció por primera vez la persistencia de su pasión al recibir noticia de los acontecimientos sobrevenidos después de su marcha. La fortuna de Pedro, muy mermada ya, se había perdido completamente en desgraciadas especulaciones; y el desastre ocurría precisamente en aquella época. Su pensamiento voló desde luego á Blanca, y afligido por ella, reflexionó con dolor en la nueva existencia á que se vería reducida, después de las comodidades y del lujo á que siempre estuvo acostumbrada.

Por último llegó la carta de Pedro, aquella carta en que la mano amada había trazado algunas líneas, que fué como la chispa que reanima todos los fuegos mal apagados, y que determinó su pronto regreso.

V

No es posible volver á ver sin melancolía los lugares donde se desarrollaron la infancia y la juventud; si el pasado risueño, los primeros proyectos y las frescas ilusiones de otra época se recuerdan aún al acercarse á los sitios, con más razón se siente la amargura de las decepciones. A esto se agrega el sentimiento que produce el recuerdo de aquellos que allí existieron y á quienes no se volverá á ver jamás.

No se libró Gilberto de esta tristeza al llegar á Chatillón, pues pensó en su madre... pero no tuvo tiempo de entregarse á sus recuerdos, porque Pedro le esperaba en la estación. Los dos se abrazaron estrechamente, ocuparon después un breack, sentándose ambos en el pescante, y dirigiéronse por el camino de Mareuil.

Durante el trayecto hablaron de los acontecimientos sobrevenidos en aquellos tres años de separación: poco inclinado á lo patético, Pedro expuso alegremente el estado en que se hallaba, y que en su opinión no era para desesperarse. Trabajaba en rehacer su fortuna, lo cual le ocupaba mucho, y no había sido nunca tan feliz como entonces.

– Ya lo ves, dijo á Gilberto, yo había nacido para vivir en el campo entre mi mujer y mis hijos. ¿Por qué le abandoné? Hubiera sido mejor por todos conceptos que en él me quedara... Debo haber envejecido mucho: ¿no te parece así?

– No, contestó Gilberto.

Pero se encogió de hombros con expresión de duda.

– En cuanto á ti, añadió, no has cambiado... Siempre guapo, con los ojos brillantes y vivos, con el cabello de un rubio... ¿No me dirás lo que pensaban de ti las bellas romanas?

Y como Gilberto se descubriese para enjugar su frente, Pedro añadió sonriendo.

– ¡Ah! No todo el cabello se ha conservado... pero no importa, así estás bien, porque tienes frente de hombre pensador... ¿Y no te casas? ¿No?... Pues haces mal. En resumen, tenemos la misma edad; estás cerca de los treinta, y es el momento oportuno; yo, en tu lugar, con tus aficiones y tu fortuna... A propósito, ¿á cuánto asciende tu renta?

Esta pregunta, hecha de improviso, inquietó á Gilberto, quien acabó por confesar que su renta era de unas veinte mil pesetas.

– Pues bien: ya es suficiente para dos, dijo Pedro, castigando á su caballo... Por supuesto, sin hacer locuras. ¡Ahora me parecen estúpidas!

Pedro era siempre el mismo: el hombre de acertadas resoluciones. Mientras hablaba, Gilberto le examinó furtivamente, y á pesar de lo que antes dijera, parecióle que, en efecto, había envejecido un poco. Su cabello siempre espeso, encanecía ya por las puntas; sus facciones parecían ligeramente abotagadas, y á causa de su nuevo género de vida al aire libre, hallábanse cubiertas de una capa uniforme de carmín que no tenía nada desagradable. Conservaba su vivaz alegría, pero en momentos dados ésta era algo forzada. Por último, había engordado, y aquel hermoso tipo del caballero elegante comenzaba á desvanecerse.

El coche corría por el camino cubierto de sombra que costea el Herblette, y muy pronto los jóvenes divisaron en lontananza el castillo que, como siempre, presentaba en el fondo del valle, sobre el asiento de sus terrazos, la blancura de su fachada inmensa, sus dobles pabellones con tejado de pizarra y la silueta aérea del pequeño campanario. Esta vez también, á medida que se acercaba, Gilberto pensó encontrar algún feliz desenlace reservado para él, pero como se había engañado la primera vez, no se dejó dominar por aquella impresión con la misma confianza.

Muy por el contrario, estaba inquieto y arrepentíase de su imprudencia. ¿Qué haría allí sino encadenarse de nuevo, hacer más mísera su existencia y someterse otra vez á la misma tortura que ya había sufrido? Deseaba ardientemente ver á Blanca de Cabrol, pero esta idea bastaba para hacerle temblar; hubiera preferido verla y volver á partir al punto. ¡Ah! Si hubiera estado solo, si hubie-



Allí estaba la marquesa de la Fonfreyde hablando con el cura de Mareuil

se podido reflexionar aún... pero el breack seguía corriendo; habían cruzado ya el pueblo, y ahora costeaban la arboleda; después, latiéndole el corazón, Gilberto vió que franqueaban la verja, y que el coche daba la vuelta: habían llegado frente al pórtico.

Allí estaba la vizcondesa, que acudió presurosa y sonriente al oir el ruido del coche, para dar la bienvenida á los dos amigos.

– Es usted muy amable, dijo, muy amable por haber venido...

Al mismo tiempo adelantó un paso y ofreció su mano á Gilberto: sus ojos brillaban como en otro tiempo, su sonrisa hechicera era algo más simpática para él esta vez, y notábase en ella cierta expresión de intimidad que Gilberto no había notado nunca.

Pero este examen no duró mucho tiempo, pues muy pronto pasaron al vestíbulo, donde el ayuda de cámara esperaba á Gilberto para acompañarle á su habitación.

– Bajará usted cuando oiga tocar la campana, dijo la vizcondesa; le esperaremos á usted en el salón.

Gilberto subió al primer piso, y una vez solo, cuando pudo coordinar sus ideas, reflexionando que estaba bajo el mismo techo que Blanca, cerca de ella, que acababa de verla y que ella misma le recibía en aquel castillo inabordable para él en otro tiempo, su corazón se dilató con una alegría desconocida, un sentimiento de orgullo que nunca había experimentado.

El día tocaba á su fin: por la ventana entreabierta, desde donde podía ver el extenso jardín y los cisnes nadando en el estanque, contemplaba en aquel momento, detrás de la cortina de los árboles del parque, el sol enrojecido que lanzaba sus últimos rayos desde un cielo cubierto de vapores purpúreos. En aquella hora tranquila reinaba un silencio profundo alrededor de Gilberto, y mientras se disponía á vestirse, parecíale que la calma de la naturaleza se apoderaba de él; los pensamientos que entonces agitaban su alma eran alegres y sentíase invadido por risueñas sensaciones.

Al fin resonó la campana; bajó presuroso, cruzó por el patio desierto y encaminóse al salón.

Allí estaba la anciana marquesa de la Fonfreyde hablando con el cura de Mareuil. Desde la última vez que la vió no había cambiado mucho; apenas eran más pronunciadas las arrugas que surcaban su rostro pálido, y en sus ojos se notaba una languidez más tierna. Por el ademán familiar con que le ofreció la mano y por las primeras palabras que le dirigió, pudo comprender su intención de hacer ver al sacerdote que eran antiguos amigos. Estas demostraciones lisonjeras le conmovieron, y pensó que en la anciana tendría un apoyo.

– ¿No viene la señorita de Sainte-Severe?, preguntó la marquesa á Blanca que se había sentado con su esposo á un extremo del salón.

La señorita Albania de Sainte-Severe, que hacía las veces de lectora para la marquesa, entró un momento después, llevando á Guy y á Juana de la mano. La vizcondesa se dirigió hacia los niños y presentóles á Gilberto, que los levantó en sus brazos. Guy, próximo á cumplir los cuatro años, parecíase mucho á su madre, y en Juana se reproducían los ojos y las facciones del padre. Sobre las semejanzas y diferencias cruzáronse algunas palabras; después se siguió una pausa, y entonces la vizcondesa miró á Gilberto sonriéndose.

– Es necesario, dijo, que le presente á usted á nuestra amiga, la señorita de Sainte-Severe... El señor Maujeán, añadió, mientras éste se inclinaba.

Pedro, de pie á corta distancia y hojeando un álbum, fijó en su amigo una mirada curiosa durante la presentación, y apenas ésta hubo terminado, cerró bruscamente el libro y arrojólo sobre la mesa. Esta mímica era muy expresiva, y parecía querer decir: «Ya está hecho.»

Un criado anunció que la marquesa estaba servida, y entonces la anciana señora fué á cogerse del brazo de Gilberto; apoyada además en el bastón, algo encorvada ya, pero demostrando la enérgica voluntad de dominar la debilidad del cuerpo, se dirigió al comedor. El padre Souchón había ofrecido su brazo á la vizcondesa, y Pedro á la señorita de Sainte-Severe, á quien seguían los dos niños.

Gilberto vió con gusto que la marquesa conservaba excelente apetito; Pedro comía poco, pero bebía mucho. Entablada la conversación, el cura, que apenas había salido nunca de su distrito, interrogó al recién venido sobre las curiosidades de Roma. Gilberto no se hizo rogar, y mientras hablaba, pudo ver la atención con que la señorita de Sainte-Severe le oía, y sorprender varias veces las miradas de la joven fijas en él con interés.

La velada fué corta; todos tuvieron en consideración las fatigas del largo viaje y retiráronse á sus habitaciones. Gilberto, con el espíritu muy agitado por la novedad de la situación, no pensaba entregarse al descanso tan pronto; mas apenas se acostó, quedó profundamente dormido.

Al día siguiente, la vida que se observaba en el castillo prosiguió su marcha regular; su llegada no la perturbó en lo más mínimo y participó de ella sin que al parecer se notase que había un huésped más. Cada cual tenía sus ocupaciones, á las cuales se entregaba durante el día. Solamente se reunían todos á las horas de comer, y por la noche, asistiendo siempre á la velada el cura de Mareuil, que iba á jugar un rato con la marquesa.

Gilberto creyó deber suyo oponer algunas objeciones contra una larga permanencia en el castillo, y habló de su próxima marcha; mas al oir esta palabra, observó que una sombra de tristeza velaba la frente de la vizcondesa de Cabrol.

Pedro había sonreído.

– ¡Bah!, exclamó, ¿quién sabe cuándo te irás, ó si te quedarás para siempre.

Y cogiéndole del brazo, condújole á visitar las cuadras, donde tenía numerosos caballos y donde pasaba largas horas hablando con sus palafreneros, cuando no iba á Blatigny para evacuar sus asuntos.

Gilberto se había dejado convencer fácilmente; era demasiado feliz en Mareuil para empeñarse en marchar tan pronto.

Sorprendíale en particular la calma que reinaba en su interior; no experimentaba ninguno de esos sufrimientos que tanto temiera antes, y ya no le era necesario reprimir ninguno de aquellos arranques de celos, de aquellas imprudencias que tanto le costaba dominar en otro tiempo. ¿Era que la edad hacía un poco más reflexivo á Gilberto, permitiéndole mitigar la loca pasión que antes le dominara? ¿Era la uniformidad monótona de la vida en Mareuil, la tranquilidad indiferente de la naturaleza, el silencio de los grandes bosques inmediatos, el recogimiento en el castillo y sus alrededores; eran todas estas cosas las que producían en él la calma y la tranquilidad? No hubiera podido decirlo Satisfecho solamente con el placer de vivir cerca de Blanca, de verla todos los días y de hablar con ella, su amor atravesaba una fase de bienestar y de contento sin exigencias, y no deseaba otra cosa sino continuar así. Aquella situación moral en que las ligeras satisfacciones y los discretos placeres de cada día en sus entrevistas con la vizcondesa de Cabrol bastaban para contentarle, debía durar algún tiempo todavía sin que Gilberto manifestase ninguna impaciencia.

Había creído antes de llegar que las cosas irían más de prisa; que á pesar de su juramento de mostrarse respetuoso con la esposa de su amigo, juramento á que no faltó nunca, no sería dueño de sí, y que á pesar suyo se manifestaría su pasión; mas ahora parecíale que era suficiente poder contemplar á Blanca, investigar si hacía algunos progresos en su cariño y ver qué lugar ocupaba en el corazón de aquella mujer, que llenaba el suyo por completo, ó bien si no ocupaba ninguno. Lejos de ella, sus ensueños vagaban en aquel sentido y en ellos perdíase con delicia. Gilberto probaba entonces las mejores y más delicadamente sensuales dulzuras del amor cuando éste vive aún en el temor, la incertidumbre y la esperanza.

Bastante raras eran las ocasiones en que podía encontrarse solo con Blanca; y por eso, apenas se convino en que prolongara su permanencia en Mareuil, pensó en buscar una ocupación para distraer sus ratos de soledad. Había sacado sus cartones de la maleta para trabajar un poco; pero no adelantaba gran cosa, porque se distraía continuamente.

Sin embargo, madrugaba mucho, y antes de sentarse á su mesa solía dar un paseo por los jardines. Al cruzar el patio, veía á la marquesa ante su velador, en compañía de la señorita de Sainte-Severe, ocupadas las dos en arreglar las cuentas de la víspera. El tren del castillo era considerable y la hospitalidad muy generosa. El mismo día en que Gilberto llegó, los señores de Chalien y de Preville habían marchado después de haber estado allí cuatro semanas, precediéndolas la baronesa de Tertre. Esto suponía grandes gastos, de los cuales se enteraba minuciosamente la marquesa.

Cada vez que Gilberto se encontraba con la anciana, ésta sonreía dulcemente.

– ¡Buen paseo, señor de Maujeán!, decíale. Es usted muy madrugador...

Y la señorita de Sainte-Severe, con sus libros de cuentas en la mano, levantaba también la cabeza y mirábale sin decir nada.

En aquellos días de otoño las mañanas eran frescas y había siempre una ligera bruma que el sol levante atravesaba con sus rayos sonrosados. Los paseos del jardín, que al acercarse el invierno se dejaban abandonados, cubríanse de hierbas y de flores silvestres; las hojas de la hierba-buena tomaban un color violáceo, y los discos amarillos del diente de león salpicaban acá y allá el césped. El año antes de morir ostentaba sus pobres y últimas galas. Gilberto seguía siempre la línea de ojaranzos, removiendo con sus pies las hojas caídas y seguro de no encontrar á nadie á semejante hora; mas á pesar de esto, dirigía continuas miradas á su alrededor y á cada vuelta del paseo fijábalas en las ventanas de la vizcondesa para ver si los postizos estaban entornados. He aquí por qué, á pesar de no esperarla, no le causó la menor sorpresa ver una mañana en el extremo de la avenida á la vizcondesa de Cabrol, que se dirigía hacia él con ligero paso.

Acercóse sonriendo, le felicitó por su costumbre de madrugar y díjole que se proponía imitarle. Los dos continuaron un rato el paseo, y la conversación recayó al fin sobre la señorita de Sainte-Severe, preguntando Blanca qué le parecía.

– Muy bien, contestó Gilberto; tiene un aire muy distinguido...

Contestaba sin reflexionar, con el único objeto de conformarse con la opinión de Blanca, que en su concepto era favorable á la joven.

– Sí, repuso la vizcondesa, es señorita muy aceptable, perfectamente educada... y de familia muy antigua... Bien debe usted saber que los Sainte-Severe tuvieron mucha importancia en la guerra de los Cien años... Su padre era amigo del general de la Fonfreyde y por eso la tenemos aquí... Sin embargo, su situación actual no debe hacerla desmerecer á los ojos de usted, porque su infortunio reconoce causas muy honrosas... El coronel de Sainte-Severe había renunciado á toda la parte de los bienes que podían corresponderle con el fin de dotar á sus hermanas, en una época en que se proponía permanecer soltero. La muerte decidió otra cosa, pues el coronel, casándose tarde, no dejó nada á Albania al morir. No obstante, el día que encuentre un hombre digno de ella, ya verá usted cómo adquiere la importancia que le corresponde.

Mientras hablaba así, la vizcondesa dirigía furtivas miradas á Gilberto, como para juzgar del efecto de sus palabras, y en ellas se revelaba una viva curiosidad, cual si hubiese querido penetrar hasta el fondo de su corazón. En cuanto á Gilberto, sin contestar nada y con la cabeza baja, parecía reflexionar. Sin duda estaba á punto de relacionar lo que oía con las preguntas que Pedro le hizo cuando se dirigían á Mareuil, y de repente asaltóle una sospecha: pensó que Blanca y su esposo conspiraban para que se casase con la señorita de Sainte-Severe.

– Confiese usted, repuso al fin, que cuando Pedro me escribió, insistiendo usted también...

– No... Tenía otras razones para escribir... Ya las sabrá usted más tarde.

– ¿Por qué no ahora?... Esto me hace cavilar...

– No importa que esto le dé á usted qué pensar, replicó Blanca sonriendo. En cuanto á la señorita de Sainte-Severe, le aseguro que no se nos ocurrió la idea hasta después de escrita la carta...

– Entonces, confiesa usted haberla tenido.

– ¡Dios mío! Sí... ¿Por qué ocultarlo? Inútil me parece añadir que es un secreto entre Pedro y yo, y que esa señorita no sabe nada, pues jamás le hemos hablado de usted. Sin embargo, desde que le tenemos aquí, no creo engañarme... En fin, conozco sus ideas y me parece que usted tiene todas las cualidades que pueden agradarle. ¿Qué me contesta el señor de Maujeán?

Gilberto guardó silencio un instante; sentía frío en el corazón, como si la sombra de la señorita de Sainte-Severe, interponiéndose entre ellos, le ocultase la imagen de Blanca y viese á ésta alejarse, perderse. Sin embargo, su impresión fué fugitiva. Bien mirado, ¿qué importaba que hubiese concebido tales ideas matrimoniales? Esto probaba, no obstante, cosa que él sospechaba ya: que la vizcondesa no experimentó nunca la menor inclinación amorosa por él, puesto que proyectaba destinarle á otra. Pero ¿podía esto impedir que él la amase?... Hasta pensó, reflexionando sobre ello, que debía felicitarse de la intervención de aquella joven, que establecería cierta relación entre la vizcondesa y él. ¿No significaba adelantar un paso más en su intimidad el dejar que se ocupase de sus asuntos?



Allí estaba la vizcondesa que acudió presurosa...

–Reflexionaré... contestó al fin sonriendo.

La vizcondesa fijó en Gilberto la misma mirada penetrante con que parecía querer penetrar en su interior, y repuso con viveza:

–Sí, reflexione usted y muy detenidamente... Estudie á la señorita de Sainte-Severe y acabará por reconocer que no es una advenediza, y que al proponérsela por esposa, como yo lo hago...

Blanca habló algo más sobre el mismo asunto, y después detúvose bruscamente.

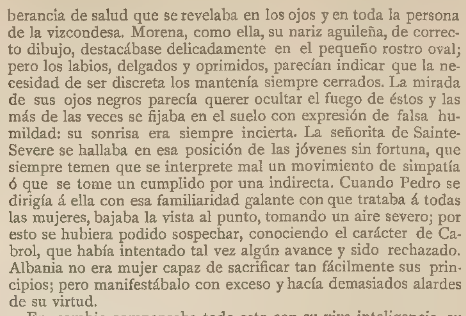
–¡Ah! Ahora recuerdo que usted trabaja y sin duda estoy molestándole... No quiero hacerle perder más tiempo... A propósito: ¿qué obra es esa en que ahora se ocupa usted?

–No es precisamente una obra... es la recopilación de las bulas de Inocencio III... en latín... Solamente la introducción y las notas serán mías.

–¡Ah!, exclamó Blanca con tono de sorpresa... ¡Perfectamente! He aquí una cosa muy interesante para el padre Souchón.

Habían, á todo esto, llegado al último bancal; y una vez allí, se pararon.

A partir de aquel día y sin mostrar más que una atención desinteresada, Gilberto se ocupó un poco de la señorita de Sainte-Severe. Reconoció que, efectivamente, era encantadora; aunque un poco delgada y morena, hacíanse notar en ella unas manos blancas de afilados dedos y uñas bien cortadas, el gracioso contorno de su cuello y la flexibilidad serpentina de su talle redondo y de elegante forma. Tenía poco más ó menos la misma edad que Blanca de Cabrol, es decir, de veinticinco á veintiséis años, pero no su noble aspecto ni esa exu-



berancia de salud que se revelaba en los ojos y en toda la persona de la vizcondesa. Morena, como ella, su nariz aguileña, de correcto dibujo, destacábase delicadamente en el pequeño rostro oval; pero los labios, delgados y oprimidos, parecían indicar que la necesidad de ser discreta los mantenía siempre cerrados. La mirada de sus ojos negros parecía querer ocultar el fuego de éstos y las más de las veces se fijaba en el suelo con expresión de falsa humildad: su sonrisa era siempre incierta. La señorita de Sainte-Severe se hallaba en esa posición de las jóvenes sin fortuna, que siempre temen que se interprete mal un movimiento de simpatía ó que se tome un cumplido por una indirecta. Cuando Pedro se dirigía á ella con esa familiaridad galante con que trataba á todas las mujeres, bajaba la vista al punto, tomando un aire severo; por esto se hubiera podido sospechar, conociendo el carácter de Cabrol, que había intentado tal vez algún avance y sido rechazado. Albania no era mujer capaz de sacrificar tan fácilmente sus principios; pero manifestábalo con exceso y hacía demasiados alardes de su virtud.

En cambio compensaba todo esto con su viva inteligencia, su instrucción y sus profundos conocimientos; conocíase que había leído mucho, y en la conversación, cuando se dejaba llevar de su impulso, sorprendían á todos sus recursos disimulados y sus ingeniosas reflexiones que revelaban talento. Entonces era verdaderamente hermosa; su color parecía animarse, y sus ojos chispeaban de malicia; pero á Gilberto le agradaba más el talento mundano y la encantadora ignorancia de la vizcondesa, cuya sola presencia le arrebataba.

Sin embargo, en la señorita de Sainte-Severe podía encontrar todo cuanto le había seducido en otro tiempo: familia antigua,



La señorita de Sainte-Severe

gran nombre, una y otro más antiguos quizás que los de la Fonfreyde y de Cabrol; y también la educación esmerada, el exquisito conocimiento del mundo y en cierto modo la belleza. ¿En qué consistía, pues, que no sintiese nada por ella y que no le produjese impresión alguna?

¿Sería aquel cargo de lectora y casi también de aya de los niños, aunque disimulado con el título de señorita de honor, lo que la rebajaba á sus ojos? ¿Era que sus ideas, modificadas ya, no le inspiraban ahora su primer entusiasmo por las vanas distinciones? ¿Era que, sin sospecharlo, había asociado siempre en su imaginación la fortuna con los títulos, hasta el punto de no comprender los grandes nombres sin extensas tierras y un tren fastuoso?

Tal vez todas estas razones reunidas, cuyo valor respectivo le hubiera sido difícil discernir, influyeron en Gilberto; pero como quiera que sea, la señorita de Sainte-Severe, á pesar de su noble estirpe, no había producido en él la impresión que sintió en otro tiempo al acercarse á la niña Blanca de la Fonfreyde, y seguramente no se la produciría jamás.

–¡Vamos! ¿se ha decidido usted ya?, preguntóle la vizcondesa algunos días después en ocasión de encontrarle en los jardines.

–Sí, contestó Gilberto, he reflexionado y... rehuso.

–¿Por qué?

Maujeán concretó todas sus razones en su amor á la independencia y en su resolución de mantenerse soltero... Y á medida que hablaba, parecíale reconocer en las facciones de Blanca cierta satisfacción, como si se hubiese realizado lo que ella esperaba.

–¡Tanto peor!, exclamó. No hablaremos más del asunto, y la señorita de Sainte-Severe no sabrá nunca que se ha tratado de esto. Siento por ella la determinación de usted...

Siguióse un instante de silencio, casi de malestar, cual si no tuvieran ya nada que decirse, ó como si sus pensamientos fuesen demasiado delicados para ser abordados.

(Continuará)



No importa que esto le dé á V. qué pensar, replicó Blanca sonriendo

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSMISIÓN DE FUERZA ELÉCTRICA POR MEDIO DE CORRIENTES ALTERNATIVAS DE 3.000 VOLTS

Un experimento tan curioso como interesante se ha ejecutado hace algunos meses por la Sociedad de construcción de máquinas de Oerlikón, cerca de Zurich, en Suiza. Esta sociedad debe realizar para la Exposición de electricidad de Francfort, con el concurso de la Sociedad general de electricidad de Berlín, *Allgemeine Elektricitäts Gesellschaft*, una transmisión eléctrica de 300 caballos, desde una fábrica de Lauffen al palacio de la Exposición. En las instalaciones de esta índole habíanse empleado hasta ahora potencias equivalentes á 2.000, 4.000 y 6.000 volts, llegando únicamente la sociedad London Supply y C.°, de Londres, á desarrollar en la distribución de fuerzas en la fábrica de Deptford una potencia de 10 000 volts, sin que exista el precedente de haberse excedido de este último tipo. Mas para la transmisión en que nos ocupamos se ha decidido emplear 30 000 volts, ó sea el triple del máximum conocido. Compréndense fácilmente los múltiples peligros que ofrecen las corrientes alternativas de alta tensión, y no pueden ocultarse los que ofrecerán las que determinan, en su límite, fuerzas tan considerables, como lo son las representadas por 20.000 ó 30.000 volts. Concíbese, pues, la necesidad de adoptar minuciosas precauciones para evitar desagradables accidentes, y las medidas que será preciso tomar para que éstos no ocurran en la línea de Lauffen á Francfort.

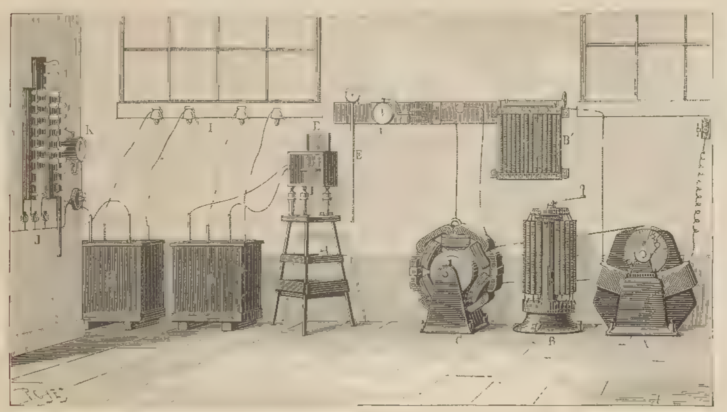


Fig. 1. Vista general de la sala de experimentos. – A. Motor de corrientes continuas. – B. Reostato del motor. – B'. Reostato de excitación de la máquina de corrientes alternativas. – C. Máquina de corrientes alternativas. – D. Amperómetro. – E. Voltámetro Cardew. – F. Voltámetro electrostático Thomson. – G. Transformador de partida. – H. Transformador de llegada. – I. Origen de línea. – J. Lámparas. – K. Amperómetro.

Fig. 2. Experimento de transmisión de fuerza eléctrica
Esquema de la distribución

Antes de poner en práctica el proyecto, la sociedad de Oerlikón verificó el 24 de enero último varios ensayos en líneas locales, obteniendo en las pruebas satisfactorios resultados, que pudieron apreciar las comisiones invitadas, representadas por la delegación de comunicaciones, algunos funcionarios de Wurtemberg y varios miembros del comité de la Exposición de Francfort.

De la revista profesional *Electrotechnische Zeitschrift* reproducimos los siguientes detalles que servirán para que nuestros lectores puedan apreciar la importancia y alcance de esta nueva aplicación de la electricidad.

Los grabados núms. 1 y 2 permiten estudiar el conjunto de los aparatos El primero reproduce la vista interior del laboratorio y el n.° 2 el esquema de la distribución. La letra A del grabado n.° 2 representa una máquina de corrientes alternativas que producen 120 volts, poniéndose en movimiento por medio de una correa impulsada por un motor de corriente continua. Esta disposición permite variar muy fácilmente la velocidad angular de la máquina por una sencilla introducción de resistencias. En la letra B represéntase un corta-circuito, en C un conmutador bipolar con dos corta-circuitos de plomo, en D un amperómetro y en E un voltámetro Cardew. Al llegar al transformador F, preciso es consignar que el coeficiente de transformación es igual á 300; es decir, que si se producen 100 volts en el primero obtiénense 30.000 en el segundo, permitiendo medir la intensidad de la tensión el voltámetro electrostático G. de Thomson. En el punto de salida del transformador existe un alambre de cobre de cuatro milímetros de diámetro, que termina en los aisladores líquidos de que nos ocuparemos. Esta línea, cuya longitud total es de 8 kilómetros, está sostenida por aisladores colocados á 25 metros de distancia unos de otros. Efectúa el recorrido indicado en el esquema, y vuelve, en el punto de partida, á un segundo transformador I, en sentido inverso del primero, ya que de los 30.000 volts aprovecha la diferencia potencial de 100 volts. Un amperómetro K y un voltámetro Cardew L permiten medir la intensidad y el volta-metraje en el tercer circuito. Las resistencias de carga están constituídas en este mismo circuito por tres series de lámparas, O_1, O_2, O_3, de 50, 65 y 100 volts respectivamente. En la línea de distribución hállase intercalada en una forma dosimétrica una línea P telefónica, que sirve para variadas aplicaciones.

Después de lo expuesto, precisa examinar los dos puntos esenciales que deben observarse en estos ensayos, cuales son: el aislamiento de los transformadores y la canalización. La forma adoptada para los transformadores no ofrece particularidad alguna digna de notarse, siendo preciso únicamente para lograr un completo aislamiento entre la primera y segunda sección someter los aparatos á un baño de aceite. Los números 5, 6 y 7 del grabado n.° 3 permiten estudiar las disposiciones adoptadas. Los carretes de alambre afectan la forma cilíndrica y el centro de hierro está formado por una serie de placas superpuestas, cortadas en secciones rectangulares. Cuanto á la canalización, ha sido preciso abrir algunos pozos á iguales distancias que los aisladores. Los dos alambres, de partida y de regreso, hállanse separados unos treinta centímetros uno de otro. Los aisladores empleados, representados por el n.° 1 del grabado n.° 3, son de porcelana, sostenidos por soportes de hierro, habiendo dado satisfactorios resultados, ya que, colocados cien de ellos en el mes de noviembre de 1890, han soportado la carga de la línea representada por 40 000 volts, sin haberse producido el menor accidente, á pesar de haber funcionado en días tempestuosos. El n.° 2 del grabado n.° 3 representa un doble aislador, con campana de fundición y doble aislador de aceite; el n.° 3 es un aislador triple con tapadera también de fundición y vidrio, y el n.° 4, un aislador de porcelana, con triple aislador líquido.

Con el auxilio de esta instalación, M. Brown ha podido realizar un buen número de experimentos, que trataremos de resumir en las siguientes líneas.

La máquina de corrientes alternativas preparóse de manera que la diferencia potencial del circuito primario alcanzase 50 volts, en cuyo límite el circuito secundario del transformador podía desarrollar 10.000 volts y 50 volts el circuito terciario en las lámparas incandescentes. Aumentóse en seguida paulatinamente la diferencia potencial hasta 65, 100 y 110 volts en las lámparas de incandescencia, aumentando asimismo, en igual gradación, el voltámetro Cardew del primer circuito. Este experimento permitió conocer la completa ausencia en la línea del menor corta-circuito.

En la segunda serie de experimentos aproximáronse los alambres de partida y regreso á una distancia de 18 á 22 centímetros, en el sitio que precede á su ingreso en el segundo transformador. Al llegar á 18.000 volts prodújose una chispa entre los conductores, fundiéronse los corta-circuitos fusibles del primer circuito é interrumpióse la corriente en la línea. Estos experimentos, repetidos muchas veces, dieron siempre los mismos resultados, conociéndose por este medio la distancia que debía existir entre los dos alambres.

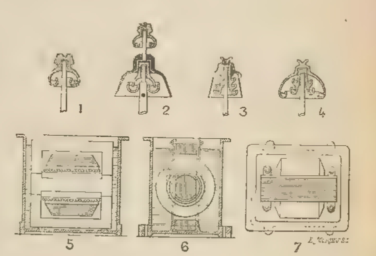


Fig. 3. Detalles de instalación

Para la tercera prueba colocáronse corta-circuitos en los alambres, fundiéndose igualmente, bastando para ello establecer una corriente de comunicación entre los dos alambres, utilizando al efecto una varilla de madera seca, como mal conductor.

El cuarto ensayo consistió en unir á la tierra uno de los dos circuitos, no indicando entonces el voltámetro ninguna de las variaciones que podían observarse en el total de la mal aislada instalación.

Por último, dirigiéronse algunos chorros de agua á los cuatro cables, á los aisladores y á los soportes comunes. Acto seguido, el amperómetro del primer circuito indicó once amperes en vez de diez que acusaba anteriormente, resultando de este experimento que las lluvias no podían disminuir ó aminorar el aislamiento, comprobándose también las influencias de la línea en los circuitos telefónicos. Estas influencias manifestáronse claramente, siendo preciso notar, sin embargo, que los sonidos obtenidos eran menos desagradables que los producidos por la inducción en los próximos circuitos telegráficos. Estos experimentos, interesantes desde todos los puntos de vista, prueban incontestablemente la posibilidad de obtener completos aislamientos por efecto de tensiones de 30.000 volts de corrientes alternadas, no dejando la menor duda el éxito que ha de obtener la transmisión eléctrica de Lauffen á Francfort, cuya instalación se está llevando á cabo actualmente para que pueda funcionar á mediados del próximo mes de agosto. Esto no obstante, si bien dudamos que tan altas tensiones puedan utilizarse para la aplicación distributiva de la fuerza eléctrica á domicilio en las grandes

capitales, creemos que estos ensayos permitirán resolver el difícil problema de la transmisión de la fuerza eléctrica á grandes distancias, pudiéndose después modificar aquélla en sus elementos constitutivos de manera que pueda efectuarse la distribución.

F. LAFFARGUE

***

LOS FERROCARRILES Y TRANVÍAS ELÉCTRICOS

Si bien es cierto que en el año de 1879 se verificaron los primeros ensayos ó pruebas del ferrocarril eléctrico, no lo es menos que hace apenas cinco años que esta nueva conquista de la ciencia moderna ha podido ser utilizada por la industria en sus aplicaciones á los ferrocarriles y tranvías. Grandes é importantes han sido los progresos realizados en este período de tiempo relativamente corto, según se desprende de la memoria publicada por M. Spragne, constructor de tranvías en Nueva York, de la que entresacamos las siguientes curiosas noticias.

Existen actualmente en explotación ó construcción en los Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania, Italia, Australia y el Japón 325 líneas de tranvías ó ferrocarriles eléctricos, que emplean para el servicio 4.000 carruajes y 7.000 motores, efectuando diariamente un recorrido de 640.000 kilómetros. El número de viajeros que circulan por las líneas, cuya extensión total es de 4.160 kilómetros, asciende á la respetable suma de 700 millones. Las mayores pendientes alcanzan á un 13 ó 14 por 100, hallándose á seis millas de las estaciones centrales de producción de fuerza eléctrica los puntos más distantes de la línea que han de recorrer los trenes. Por último, el personal empleado en los distintos servicios de la explotación llega á 10.000 hombres, y los productos varían anualmente entre cuarenta y cincuenta millones de pesetas.

En vista de tales antecedentes y resultados, puede presagiarse cuál será dentro de breves años el desenvolvimiento de los ferrocarriles eléctricos, llamados ya á desterrar los sistemas de tracción por el vapor.

***

AGUAS MINERALES JAPONESAS

El doctor Baret, en una memoria dirigida á la *Société française d' hygiéne*, ocúpase extensamente de las aguas minerales del Japón, que según afirma, son tan ricas como abundantes. Divídelas en cuatro grupos: sulfurosas, salinas, alcalinas y ácidas, siendo las primeras las más numerosas, ya que existen manantiales en todas las provincias del imperio. El agente mineral más distintivo es el hidrógeno sulfurado y algunas veces el sulfuro de sodio. La temperatura varía, si bien en algunos manantiales, como el de Oureschino, alcanza hasta 92° centígrados. El doctor Baret ocúpase especialmente en su interesante trabajo del manantial de Arima, por constituir el tipo de un balneario japonés. El agua sale verticalmente de un pozo de algunos metros de profundidad, es gaseosa, salina y muy fangosa, utilizándose exclusivamente como bebida.

Existen en Arima otros tres manantiales de agua caliente que se utilizan para baños en grandes piscinas.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Tiranías del corazón. *Cuento alemán, por Catherine Brabber, versión castellana, por D. Arturo Lliberós.* Valencia. — Pertenece esta obra á la *Biblioteca Selecta* que publica el activo editor D. Pascual Aguilar, y forma el volumen 50 de la colección.

Tiranías del corazón es un precioso cuento alemán que por primera vez se vierte al idioma castellano por D. Arturo Lliberós, muy competente en el idioma alemán y persona de depurado gusto literario.

El Sr. Lliberós ha prestado un buen servicio dando á conocer en correcto castellano una novelita tan interesante y moral como *Tiranías del corazón*. La autora, Catherine Brabber, describe con delicada pluma, exquisito sentimiento y gran estudio de las pasiones humanas la historia desgraciada de algunos seres que, siguiendo con ceguedad irreflexiva los impulsos de su corazón, causan su propia desventura y amargan la existencia de cuantos los rodean.

Este libro es un espejo fiel de costumbres familiares alemanas; los caracteres están trazados con mucho vigor; las situaciones son naturales, preparadas con mano maestra, y tan pronto despiertan en el lector las emociones más tiernas y delicadas, como le afectan con las catástrofes más inesperadas.

Aumentan el interés de esta obra la rapidez de la acción, la originalidad, tanto de forma como de fondo, y muy especialmente la exquisita cultura, esmerada distinción y el gran respeto á la pureza de las costumbres, á la dignidad del lector y á la más estricta moralidad. Las personas más exigentes podrán confiar á sus familias la lectura de esta interesante novelita.

Hoy, que son tan contadas las novelas que se puedan recomendar sin escrúpulos, nos es muy grato poderlo hacer sin temores, de *Tiranías del corazón*, gracias á la correcta traducción del Sr. Lliberós.

Como todos los volúmenes de la *Biblioteca Selecta*, sólo cuesta 50 céntimos de peseta, y puede adquirirse en la librería del editor, Caballeros, 1, Valencia, y en Barcelona, librería de D. Arturo Simón y Font, Rambla de Canaletas, 5.

Manolin, *por Eva Canel.* — Tal es el título de la bonita novela que acaba de publicar en la Habana la eximia escritora española Eva Canel, cuyos cuadros de costumbres americanas han podido leer nuestros abonados en las columnas de La Ilustración.



LA HORMIGA, estatua de D. José Campeny (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

Manolin es una novela que pudiera llamarse regional, con ese sabor peculiar de la tierra asturiana, patria de la autora, en cuyas montañas, si bien aspírase el aroma del tomillo, percíbese también el de la retama. En la simplicidad de costumbres de aquellos habitantes fórjanse asimismo, de vez en cuando, dramas tan vivos y latentes como los que se desarrollan en las grandes capitales.

La novela encierra un problema de dificilísima resolución. El lenguaje es elegante y correcto y los personajes están perfectamente presentados.

No se detiene la autora á examinar con detención ningún carácter, escena ó personaje; mas en cambio relata y describe con exactitud. Eva Canel persigue en su obra la verdad. El defecto, si tal puede llamarse, reside en su educación literaria, que la conduce á ciertas crudezas en el ambiente, tal vez, que respira, en la idiosincrasia americana, en el contagio realista transpirenaico que agita su imaginación, y fantasea sin tener en cuenta la significación y resonancia de algunas escenas ó cuadros, que si bien verosímiles, representan un esfuerzo de concepción.

El desenlace se impone. Efecto del fatalismo no es violento, ya que los hechos lo conducen naturalmente. Es una novela que impresiona profundamente, y en ella ha demostrado Eva Canel cuanto vale y lo que su nombre merece significar en la república de las letras.

Manolin es obra digna de ser leída por todos aquellos á quienes interese el conocimiento de ciertos problemas sociales y lo que puede lograr el esfuerzo de una imaginación tan privilegiada como la que posee Eva Canel.

Sonrisas y suspiros, *por Antonio Ambroa.* — Es una bonita colección de artículos, baladas y poesías que, precedidas de un bien escrito prólogo de Lorenzo González Valdés, acaba de publicar en Toledo, en la tipografía de Menor Hermanos, el Sr. Ambroa, formando un elegante volumen. Acerca de su mérito literario basta consignar que el nombre del autor es ya ventajosamente conocido y que la mayor parte de los trabajos á que nos referimos han figurado anteriormente en las columnas de varias importantes publicaciones.

Salvador Rueda y sus obras. — Bajo este título ha publicado en Madrid, en la tipografía de Manuel Hernández, D. Gabriel Ruiz de Almodóvar, un interesante estudio acerca del genial escritor andaluz, cuya fantasía verdaderamente meridional y esas filigranas de lenguaje que tan gallardamente campean en sus cuadros de costumbres llaman con justicia la atención de los amantes de nuestra literatura.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 3 de agosto de 1891 — Núm. 501

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AYUDANTE DE CAMPO, cuadro de D. José Cusachs

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

JOSÉ CUSACHS

Y LA PINTURA MILITAR EN ESPAÑA

Rama especialísima del arte contemporáneo es la pintura militar, que como derivada de la de género, ocupa tan señalado lugar y ha cobrado tal importancia, que no se celebra exposición ó concurso sin que deje de tener en ellos digna representación. A la de tipos ó asuntos militares deben distintos artistas su justa celebridad, y probablemente Vernet, Gerard, Meissonier y otros más no hubieran logrado la respetuosa admiración de sus paisanos, si alentados por su patriotismo no hubiesen intentado representar, con el auxilio de su prodigiosa paleta, las glorias de su patria.

El pintor que pinta su tiempo aporta antecedentes para la historia, dice Stewens, y dentro del concepto de esa pintura, que si bien de género moderno, tiene antecedentes tan completos como lo son las obras de Velázquez y de Goya que retratan su época, grato es consignar para los que somos amantes de las glorias y tradiciones artísticas de nuestra patria que el famoso lienzo en el que el pintor sevillano supo representar un episodio, un triunfo de las armas españolas, cual es *La rendición de Breda*, no tiene precedente en los demás países, por cuyo motivo y aunque con posterioridad, Francia, Inglaterra, Alemania é Italia contaron con artistas distinguidos que, como David, Gerard, Vernet, Butler, Maclise, Adam, Crofts, Rosi-Escoti y Fatori, que dedicaron su habilidad é inteligencia á reproducir en sus cuadros las victorias de sus ejércitos, por hallarse en ellos condensadas las transformaciones políticas de sus respectivos pueblos, cabe á España la de haber sido la primera que dedicó á la pintura militar, por medio del primero de sus artistas, la preferente atención que merece la existencia de una clase que tiene á su cargo la honrosa misión de defender el territorio de la nación.

Cierto es que mientras en España hundíanse las artes con la riqueza pública, la revolución francesa en el encontrado choque producido por las nuevas ideas engendraba literatos y artistas que describían ó pintaban sus conquistas y que, cual si fueran savia regeneradora para el país, cobraron fuerza y desarrollo tan sorprendente que admira el número de ingenios que brotaron al calor de aquellas conmociones, que al repercutir en todos los pueblos de Europa fueron cambiando el modo de ser de aquellas sociedades. Los episodios más trascendentales de la revolución, como el *Juramento del juego de pelota* primero, *La muerte de Marat* después, y por último *El paso de los Alpes*, hallaron inteligentes intérpretes. Estas obras sirvieron de base para formar una nueva escuela, un nuevo género, una especialidad en la pintura, y á partir de aquella época, los pintores franceses han pintado las brillantes páginas de la historia militar de Francia desde Walmy á Malakoff, desde Solferino á Saint-Privat, desde Sebastopol á Gravelotte.

En tanto en España, y tras laboriosas y fructíferas etapas, fué iniciándose el renacimiento artístico patrio, y ora en el paisaje, en la pintura religiosa ó histórica y en la de género han ido alcanzando nuestros artistas señalados adelantos y logrando no escasos triunfos. A los Villaamil y Atienza suceden los Mercadé y Manzano, y unos rompiendo las duras trabas del convencionalismo extranjero ó dando los primeros pasos en el terreno del naturalismo, imprimen en el lienzo el vigor de la buena escuela española. Llega, por fin, la que pudiéramos llamar la edad de oro de la pintura en nuestro siglo; opérase en ella la revolución llevada á cabo por el malogrado Rosales, confirmada por la personalidad de Fortuny, y estos dos atletas del arte inician nuevos derroteros, destierran resabios y convencionalismos los esmaltes de la paleta, y señalan con la portentosa fuerza de su ingenio los nuevos conceptos del arte moderno. La prematura muerte de estos dos artistas, cuyos nombres significan dos glorias nacionales, produjo un período de vacilación; pero la savia creadora aportó sus fuerzas para el renacimiento del arte. Nuestros artistas, inspirándose en los ideales modernos, han llegado á comprender la necesidad de apoyarse en la filosofía y psicología social, que además de cultivar su espíritu, les conduce á la concepción de grandes ideas y al análisis de los grandes problemas, de esos dramas íntimos, nuevos y complicadísimos, que se esconden y desarrollan en los pueblos modernos.

De ahí que sin olvidar la senda trazada por Fortuny ni su admirable escuela, algunos de nuestros más distinguidos pintores hayan logrado verdaderos triunfos en la pintura de género y costumbres, únicos, tratándose de cuadros animados, que se hallan en armonía con los ideales estéticos de este siglo, pues es innegable que hay cuadro que dentro de la nota juguetona de nuestro carácter meridional – según atinadamente observa nuestro querido compañero Balsa de la Vega, – significa lo que un chiste de Quevedo ó una comedia del ático fraile de la Merced, Tirso.

La nueva subdivisión que en la pintura moderna representa la militar, inicióse en España por medio de lienzos aislados. Artistas tan distinguidos como Casado, Fortuny, Sans, Castellanos, Benlliure, Palmaroli, Sorolla, Barrau, Tusquets, Moreno Carbonero, Ferrán, Luna y Alvarez, no desdeñaron reproducir en sus cuadros escenas, tipos ó hechos en los que se representaban el modo de ser ó la acción de nuestro ejército, y algunos de ellos, como Balaca y Pellicer, dejaron con sus apuntes perenne recuerdo de las largas y penosas campañas del Norte y de Oriente, á las que asistieron como corresponsales de publicaciones ilustradas, siendo sus dibujos interesantes antecedentes para la historia contemporánea.

Sólo Marcelino Unceta asumió durante un largo período de tiempo el carácter de pintor de asuntos militares, ya que todos sus cuadros y dibujos hállanse inspirados en la historia de nuestro ejército durante la primera mitad de este siglo. Algún otro discreto artista ha seguido las huellas de Unceta, sin acometer, sin embargo, asuntos de gran composición: únicamente José Cusachs, en el que se hallan felizmente reunidas las aptitudes del artista y los conocimientos que deben poseer nuestros oficiales, ha logrado asumir la verdadera representación, tal cual se concibe en otros países, de la pintura militar. Y preciso es convenir que para imprimir ese sello de verdad que exige el arte moderno y que debe descollar en los cuadros de este género, es necesaria la posesión de cierta clase de conocimientos que han de ser desconocidos para los que no han profesado la carrera de las armas. De ahí que la mayor parte de los pintores no se atrevan á acometer asuntos complejos, que á pesar de ser bien concebidos, no podrían representar por carecer de antecedentes. Cusachs, á quién fué preciso renunciar á las ventajas que podía ofrecerle su carrera para dedicarse por completo á la vida artística, ha recogido ya verdaderos lauros y logrado, sólo con su esfuerzo y con su laboriosidad, notoria reputación, distinguiéndose en el género que cultiva. Y entiéndase que Cusachs emprendió tarde ya su nueva carrera, pues frisaba en los treinta años cuando en 1880 empezó á dedicarse seriamente al estudio del dibujo y la pintura, en la que realizó notables progresos. Hay que advertir que durante la época de sus estudios en el colegio de artillería de Segovia y después durante las campañas del Norte y Cataluña, como oficial ó al frente de su batería, hallaba medio, siguiendo su natural inclinación, para trasladar á las hojas de su álbum tipos y escenas, perspectivas de los campos de batalla, grupos de combatientes y curiosos apuntes que pudieron servirle para ejercitar sus facultades artísticas y sentar la base de ese género de pintura especial en que ha logrado distinguirse y singularizarse. Al terminar la campaña prosiguió sus estudios, aprovechando al efecto los intervalos del servicio de guarnición. Concurrió breve tiempo al taller del malogrado pintor Gómez y después al del célebre Detaille con motivo de su estancia en París, adonde pasó en uso de licencia. Las enseñanzas del pintor francés influyeron poderosamente en Cusachs, que sin descansar un momento y sin perder de vista el modelo, adelantó rápidamente, hasta el extremo de ser tan sensibles sus progresos que basta comparar sus obras para apreciar la rapidez de sus adelantos.

A su regreso de París emprendió el estudio del paisaje, no descuidando por eso la reproducción del caballo, elemento tan importante de la pintura militar, ni la del modelo, dibujando al lápiz ó á la pluma tipos de nuestros soldados, que reproducían con aplauso para el novel artista las publicaciones ilustradas. Por esta época, ó sea en el año de 1882, obtuvo el retiro de capitán de artillería, pasando al extranjero para continuar sus observaciones y estudios, después de haber pintado varios retratos de personas conocidas en la banca, la aristocracia y las artes. A su regreso y aquilatadas ya sus facultades, recibió el encargo de la casa editorial Sucesores de N. Ramírez y C.ª de componer una obra de índole militar, terminando su cometido veinte meses después. Veinte grandes cuadros y variados apuntes para intercalar en la obra fueron el resultado de su trabajo, que exigió del artista grandes alientos, penosos estudios y fecunda imaginación. La prueba fué ruda, difícil la ejecución, pero el resultado ha sido tan satisfactorio que no titubeamos en afirmar que *La vida Militar*, tal es el título de la obra, es un verdadero testimonio que honra al arte y á la literatura españolas, representados por dos distinguidos oficiales, Cusachs y Barado.

Difícil empresa sería para nosotros hacer mención de las bellezas que la obra encierra. Tal propósito exigiría mayor espacio del que podemos disponer. Bastará decir que todas las composiciones son verdaderos cuadros, en los que se revela la genialidad de Cusachs y su carácter asimilador, hallándose en ellas fielmente señaladas esas escenas y tipos militares de nuestro país, á los que el artista ha logrado dar vida y animación, cual si fueran arrancados de la realidad.

La estima en que se tienen sus obras demuéstranlo claramente los hechos, ya que algunos de sus cuadros han sido encargados expresamente y adquiridos, no sólo por los *amateurs* é inteligentes, si que también por monarcas tan ilustrados como el rey don Luis de Portugal y S. M. la reina regente, que adquirió el notable lienzo representando á *D. Alfonso XII y su Estado mayor*.

De carácter franco y abierto, cariñoso hijo y amante esposo, cuenta Cusachs muchas simpatías y numerosos amigos, que admiran en él al artista y al hombre de corazón. Robusto, de amplio torso, morena la color, cabello y barba negros, tiene en su aspecto un algo, que sin que puedan establecerse semejanzas, recuerda la rudeza, la leal expansión del Plasencia, de aquel gigante del arte. Nosotros, que nos honramos con su amistad, terminamos este sincero estudio felicitando al amigo y al artista por el triunfo que acaba de obtener en la Exposición de Berlín, en donde ha sido premiado con medalla de oro su gran lienzo titulado *Maniobras de división*, haciendo votos para que continúe produciendo obras de tal importancia, que al honrar al artista, honren el arte patrio.

A. GARCIA LLANSÓ

LA CADENA INVISIBLE

NOVELA ORIGINAL

Hubo una época, allá en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, en que estuvo muy á la moda un restaurant elegante, medio escondido tras de un pequeño jardín, entre el Arco de la Estrella y la puerta del Bosque de Bolonia. Era aquel restaurant, que tenía el nombre de *Pavillon Royal*, punto de cita de la juventud dorada, después del paseo del Bosque, y algunas de las memorables fiestas que los salones del *Pavillon Royal* presenciaron fueron interrumpidas por la luz de la aurora que iluminaba el verde mar de follaje del Bosque frondoso, confundido á simple vista con el de Meudón, por encima del ancho Sena.

Una tarde del mes de Abril, los habituales concurrentes al *Pavillon Royal* fueron sorprendidos por la presencia en aquellos salones de una hermosura muy celebrada, de la que venía ocupándose todo el París que se divierte y que jamás había puesto sus pies en aquel sitio. Era una joven de belleza extraña, á quien rodeaba el más impenetrable misterio. El nombre que solía dársele era ya misterioso; se la llamaba *Resignación*.

Tendría próximamente vientidós años; su abun-

dante cabellera y sus grandes ojos aterciopelados eran más negros que una noche sin luna ni estrellas; había en su cuerpo una elegancia natural indescriptible y una gallardía como la que distingue á esas airosas figuras de mujer con que el pincel de Feyen-Perrin ha poblado las rocas coronadas de espuma de la bahía de Cancale. Hacía poco más de un año que se la había visto por primera vez en el Bosque de Bolonia, en un carruaje descubierto, tirado por dos magníficos caballos blancos, y su llegada al paseo favorito de los parisienses despertó desde el primer instante vivísimo interés.

Nadie supo nunca quién era aquella mujer, ni de dónde venía aquel carruaje descubierto, tirado por dos caballos blancos, que desde su entrada en el Bosque producía diariamente tal sensación.

No se sabía más sino que la joven misteriosa había servido algunos días de modelo á un célebre pintor para un cuadro cuyo asunto era un verdadero enigma. El cuadro llevaba al pie este título: *Resignación*. La heroína tenía delante el mundo bañado por los rayos del sol, y en una especie de vaga neblina se mezclaban praderas, ríos, montañas, valles, jardines, perdiéndose todo este simbólico conjunto en un cielo luminoso. Detrás de la heroína estaba la sombra, sombra en primer término un tanto indecisa, pero densa é impenetrable en el fondo. El rostro bellísimo de la joven resaltaba en la penumbra con un brillo encantador, y su mirada fascinadora, dirigida hacia el panorama bañado en luz que tenía delante, parecía perderse en las ligeras brumas de un sueño.

D. JOSÉ CUSACHS, pintor de asuntos militares. (De fotografía de A. y E. Fernández de Napoleón.)

Detrás de la figura, muy cerca de ella, donde la obscuridad era menos espesa, creían algunos adivinar una cadena invisible, cadena que aprisionaba á la heroína, manteniéndola sujeta á aquel fondo de sombra. El éxito del cuadro fué grandísimo entre cuantos tuvieron la fortuna de verlo. Se conocía que el artista lo había pintado con verdadera pasión. Naturalmente, en la esbelta figura de la protagonista reconcentrábase todo el encanto de la obra; sus formas prodigiosas tenían toda la pureza de la hermosura griega; había en su rostro una expresión de originalidad indefinible que hacía el efecto de una sonrisa, expresión que contrastaba con la profunda negrura de aquellos ojos que, bajo la sombra de largas y sedosas pestañas, ejercían la atracción del abismo.

Como es de suponer, los fervientes adoradores de *Resignación*, que sin haber logrado hablarla nunca ni haber obtenido de ella la menor esperanza soñaban con poseerla, acudieron donde el artista que había gozado la dicha de tener en su estudio á aquella mujer tan deseada. ¿Quién es? ¿De dónde ha llegado? ¿Dónde vive? ¿Es casada? ¿Es soltera? ¿Cómo se llama? El artista, asediado por tantas preguntas, no podía contestar á ninguna de ellas. El mismo ignoraba quién era aquella mujer y de dónde había venido. Lo único que sabía era que se presentó una mañana en su estudio sin revelar su nombre; que ella misma le explicó la composición del cuadro que deseaba,



ESTUDIO DEL PINTOR MILITAR D. JOSÉ CUSACHS

para el cual quería servir de modelo; que se lo pagó con largueza sin hacerle la menor observación sobre el precio exigido por el artista, y que le prohibió en absoluto exhibirlo en ninguna exposición pública y sacar de él ninguna copia. Cuando la obra estuvo acabada, la joven misteriosa fué á recogerla y se la llevó, ocultando al pintor cuál era su destino. El artista, enamorado de su obra y temiendo no volver á verla jamás, había hecho pasar por su estudio á todos sus amigos, que eran innumerables, y por eso el cuadro encargado con la expresa condición de que nunca figurase en ninguna exposición pública era conocido de mucha gente. Casi todo el París á la moda había pasado por el estudio del pintor; no entraba ningún día en el Bosque de Bolonia el carruaje de los caballos blancos sin que acudiera á todos los labios este nombre *Resignación*, bajo el cual la joven fué ya en adelante conocida.

En vano al acabar el paseo los amantes de aventuras la seguían al galope; ella, reclinada en los almohadones de su carruaje, mostrábase indiferente y extraña al vivo interés de que era objeto. Sin sentirse, en apariencia por lo menos, ni contrariada ni envanecida, burlaba hábilmente todas las maniobras puestas en juego por los más resueltos galanes. El carruaje de los caballos blancos perdíase á través de la ciudad, y si alguno, con incansable obstinación, lo vió, por fin, detenerse, sólo pudo observar que la joven desaparecía por algún pasaje ó por algún establecimiento de doble entrada de los que hay tantos en la gran capital; el carruaje se iba y la luminosa aparición devanecíase sin dejar la menor huella de su paso.

Cierto día, uno de los banqueros más poderosos de París, hombre muy experto en toda clase de aventuras, el cual tenía fama de no haber hallado jamás obstáculos que se opusieran á sus deseos ó á sus caprichos, por lo que se le daba el sobrenombre de *Llave de Oro*, dijo al cochero á quemarropa, cuando *Resignación* acababa de salir del carruaje sin dirigirle una mirada:

– Cinco mil francos por las señas de su casa, y *Llave de Oro* al decir esto, clavando en el cochero sus ojos, llevó la mano al bolsillo interior de su levita.

El cochero, inmóvil, miró á *Llave de Oro* con una frialdad tan desdeñosa que hubiese desconcertado al hombre más decidido. Pero el banquero era ya viejo en estas lides, y dominando el despecho que el silencio y la mirada del cochero le producían, añadió con rapidez:

– ¡Diez mil francos y vengan sus señas!

El cochero entonces dijo sin inmutarse y permaneciendo en la misma inmovilidad desdeñosa:

– Si fuerais el rey, os diría que no perdieseis el tiempo; mas como no sois el rey, ni siquiera he de tomarme el trabajo de contestaros.

El banquero esta vez salió vencido, humillado y poseído al mismo tiempo de una impresión de asombro. Al retirarse en medio de su derrota murmuraba:

– ¿Quién podrá ser que hasta el mismo rey perdería el tiempo siguiéndola?

Luego, para consolarse se decía:

– ¡Quizás sea alguna provinciana insubstancial ó alguna loca!

A pesar de su reputación de hombre tenaz é invencible, *Llave de Oro* se consideró definitivamente derrotado y decidióse á abandonar la aventura. La fría mirada y la profunda indiferencia del cochero infundieron en su espíritu un desaliento mezclado de terror. *Llave de Oro* creyó adivinar en el rostro de aquel hombre una expresión irónica y siniestra.

Cuando *Resignación* hizo su entrada en el *Pavillon Royal*, una tarde del mes de Abril, al volver del Bosque de Bolonia, llegó en compañía de Gaultier, á quien solía llamársele «el gascón de las buenas conquistas.» Gaultier era hijo de una noble familia arruinada de las proximidades de Burdeos. Había vuelto á París hacía próximamente dos meses después de una larga ausencia muy comentada en el mundo parisiense y explicada de las más distintas maneras. Según unos, la larga ausencia de Gaultier había obedecido á un duelo funesto en el que el joven gascón dió muerte á su adversario. Según otros, la ausencia había sido motivada por deudas enormes. Aún circulaba una tercera versión: Gaultier había huído de la capital temiendo la venganza de un marido por él burlado en plena luna de miel. Como estos tres hechos eran ciertos, quizás todos ellos habían contribuído á determinar la huída de Gaultier. Al reaparecer éste en el Bosque, las grandes damas del *faubourg* Saint-Germain disputábanse sus saludos. Gaultier era alto, moreno, airoso, de nariz aguileña y mirada fija y penetrante; nadie más diestro que él en el manejo de las armas, nadie más resuelto en un lance de honor. Hasta su reputación moral detestable servíale de recomendación entre ciertas grandes damas del grande *faubourg*. Y su reputación era detestable hasta el extremo de atribuírsele hechos de los más vergonzosos é ilícitos; pues Gaultier, tan arrogante y tan altivo en actos donde el honor ó el amor propio estaban públicamente en juego, mostrábase insensible á todo sentimiento elevado siempre que las necesidades de su vida de disipación y de vicio obligábanle á buscar los recursos de que carecía para sostener aquella costosa existencia. La vanidad hacíale disimular en público lo que la constante necesidad de dinero le obligaba á confesar en privado. Contábase de él, entre otras muchas cosas, que habiendo sido amante de la mujer de un millonario y teniendo en su poder varias cartas por ella escritas donde se probaba el adulterio, fué en un momento de apuro á vendérselas al marido.

Tal era el galán á quien envidiaron todos los que se hallaban en el famoso establecimiento próximo al Bosque en el instante en que Gaultier entró con su nueva y valiosa conquista.

La noticia de esta aventura circuló por todo París con la rapidez del rayo, y su efecto fué mucho mayor cuando en los días que siguieron al de la entrada de la joven misteriosa en el *Pavillon Royal* observaron los concurrentes del Bosque de Bolonia que *Resignación* había desaparecido por completo. Nadie volvió á verla por aquellos parajes. Los días pasaban; más de una semana había transcurrido y en vano se aguardaba en el Bosque la llegada del carruaje de los caballos blancos. «El gascón la guarda bien,» murmuraban todos viendo á Gaultier aparecer un instante á caballo, sonriente, orgulloso y envanecido de su triunfo.

¿Cómo Gaultier había conseguido la ambicionada victoria á que tantos aspiraban?

El resuelto gascón triunfó murmurando al oído de la joven una sola frase al poner en sus manos, pasando á galope junto al coche misterioso, una pequeña rama florida que *Resignación* había intentado en vano coger. Gaultier, al entregársela, dijo con voz cautelosa, que el cochero no pudo oir:

– ¡*Resignación*, rompe tu cadena!

La emoción que estas palabras causaron en la joven fué inmensa. Su rostro turbóse visiblemente. Perdió su mirada aquella vaga indiferencia que venía siendo el tormento y la desesperación de sus adoradores.

Gaultier se dió cuenta exacta del efecto enorme que sus palabras habían producido, y al vislumbrar la anhelada victoria, sus ánimos crecieron, la esperanza le dió nuevo aliento; siguió varias tardes el coche de cerca, con sus ojos clavados en aquella hermosura peregrina que se turbaba bajo la mirada ardiente y audaz del gascón, y por fin, una tarde, á los pocos días de haber murmurado al oído de la fascinadora beldad aquella frase mágica de tan singular poder, vió Gaultier detenerse al pie de los altos árboles de la avenida de la reina Margarita al coche de los caballos blancos y bajar de él por primera vez á *Resignación*, que lanzó al obstinado jinete una mirada furtiva. La joven se apartó algunos pasos de la grande avenida, penetrando por un camino donde el aire se impregnaba en el aroma de las lilas y de las flores de almendro, y su adorador, con suma destreza, precipitóse á su encuentro por un camino transversal,



Apunte al lápiz de D. José Cusachs



Apunte al lápiz de D. José Cusachs



UNA PÁGINA DEL ÁLBUM DE D. JOSÉ CUSACHS

se apeó del caballo, se aproximó decidido á la joven estrechando su mano temblorosa y volvió á repetir la afortunada frase:

—*¡Resignación*, rompe tu cadena!

Ella, toda desconcertada, creyendo descubierto el secreto que la encadenaba á la sombra y sin sospechar siquiera que el que murmuraba aquella frase hubiera podido ver el cuadro hecho por encargo suyo y enviado con dirección desconocida, rindiéndose, no sólo al desfallecimiento moral producido por la sorpresa de su secreto, sino algo también á la influencia de aquellos embriagadores efluvios que despedía la tierra, estableciendo poderosa corriente con la de su sangre juvenil, cayó sin murmurar una sola palabra en brazos de Gaultier, lanzando al aire un hondo suspiro.

Pasada la emoción primera, Gaultier juró á *Resignación* que aquella cadena invisible quedaría rota inmediatamente, aunque él tuviese que perder la cabeza, y que no reconocía á nadie poder sobre el mundo para separarla ya nunca de él ni un solo momento

Ansioso por proclamar su gloriosa conquista ante sus rivales del París que ríe y goza, llevaba Gaultier á *Resignación* á los pocos instantes al *Pavillon Royal*, mientras el coche de los caballos blancos la aguardaba pacientemente en la avenida de la Reina Margarita, donde lo sorprendió la noche con verdadero asombro del cochero.

Caultier en su corto viaje de las inmediaciones de la avenida de la Reina Margarita hasta el *Pavillon Royal* hizo ver á *Resignación* el nuevo mundo de grías, de goces y de venturas sin cuento donde ba, y antes de llegar al famoso punto de

juventud dorada de aquel tiempo, una vez ya vencidos los temores, las dudas y hasta el espanto con que la joven luchaba al aceptar aquel cambio brusco de existencia, oyó jurar á *Resignación* que nunca más volvería sus ojos hacia las negras tinieblas que dejaba á su espalda, y que desde entonces seguiría el camino de la existencia mirando siempre adelante en compañía de su libertador.

Para que la felicidad de Gaultier fuese más completa no se le veía á éste enriquecido sólo por el amor, sino que también otorgábale sus favores la fortuna. Desde el día siguiente á aquel en que el gascón llevó al *Pavillon Royal* á la joven codiciada, diríase que Gaultier nadaba en la opulencia. Despilfarraba el dinero, compraba joyas de gran valor y lucía lujosos trenes. Lo único que ocultaba era su conquista, cual si temiera que al exhibirla fuese á perderla. Ninguno sabía dónde Gaultier tenía oculta á *Resignación*, excepto un amigo íntimo suyo, el único quizás á quien el gascón quería y respetaba. Este amigo era el joven conde de Etruria, antiguo compañero de colegio de Gaultier. El conde era de naturaleza enfermiza y melancólica. Diríase que le consumía una fiebre interior y secreta. Sus ojos, bañados de poética tristeza, miraban con frecuencia lánguidamente al infinito cual si persiguiesen un ideal imposible.

Gaultier conocía la causa de la tristeza del conde de Etruria; era éste el último vástago de una familia que se extinguía, familia opulenta en otro tiempo y en otro país, que había tenido á sus pies á todo un pueblo. Aquel pueblo vió arrebatada su nacionalidad, y la familia del conde había venido á perderse en el torbellino de la vida parisiense. Pasados los primeros años, los años de las ilusiones, una vez desvanecido el sueño de que aquel pueblo conquistado iba á recuperar en breve su independencia llamando de nuevo á los reyes proscritos, éstos, después de agotados sus últimos recursos, tuvieron que irse á vivir á una pequeña *villa* de los alrededores de la capital, colocando en modestísimas pensiones á sus dos hijos, un niño y una niña de pocos años; la niña, menor que su hermano, se llamaba Estela. La penuria llegó á tal extremo, que ni aun en aquella morada humilde pudo la caduca familia errante continuar viviendo. Antes de abandonarla, la reina de Etruria murió, vencida por el dolor; vendió el rey las alhajas que le quedaban de sus antepasados y no volvió á saberse nada de él en París. Los años transcurrieron; los pobres niños, cada uno en su pensión, que el padre pagaba con grandes dificultades y enorme retraso, crecían haciendo esa vida triste del colegial interno sin familia ni hogar. Un día el conde, cuando ya era mozo, recibió la noticia de que su padre y Estela embarcábanse para América, donde un antiguo y leal súbdito que hizo en el Nuevo Mundo una gran fortuna legó al morir á la familia real proscrita inmensas propiedades. El viaje fué tan precipitado que ni hubo tiempo para que el joven pudiera despedirse de su padre y de su hermana, á la que ya apenas hubiera conocido después de tantos años de separación.

No volvió el conde de Etruria á recibir más noticias de su padre y de su hermana hasta que pasados varios meses, durante los cuales estuvo en la mayor incertidumbre, recibió una carta en que se le decía que su padre y Estela habían perecido en un naufragio. El firmante de la carta, *Jorge Enric*, que se salvó del naufragio milagrosamente, les había visto morir entre las olas después de intentar en vano prestarles socorro. Dentro de la carta, que le fué dirigida al conde por conducto del director del colegio donde se hallaba, iba una suma suficiente para pagar todos los gastos que hiciera en el colegio hasta la terminación de sus estudios.

El conde de Etruria y Gaultier eran dos caracteres completamente distintos; la ley de los contrastes los había acercado el uno al otro; Gaultier, que á nadie tuvo respeto jamás, sentía por su amigo verdadera veneración; oíale á lo mejor formular los juicios más duros sobre algunas de sus calaveradas, y el gascón las soportaba dando la razón con frecuencia á su severo juez. El conde en cambio sentía por Gaultier vivo afecto; halagábale su amor propio la humildad con que le distinguía quien tan indómito y tan insolente solía mostrarse con los demás. Cada uno de los dos amigos tenía lo que le faltaba al otro: al conde le faltaba arrojo, acción y algo de eso que suele llamarse el sentimiento de la realidad; á Gaultier faltábale sentido moral, cierta madurez de juicio y una noción exacta del honor.

Desde algún tiempo antes que en París ocurriesen los hechos que referimos, venía operándose una profunda transformación en el carácter del conde de Etruria. Este era cada vez con Gaultier más indulgente y ya no reprobaba ciertos actos suyos que algunos años atrás hubiera juzgado con la mayor dureza. El conde iba haciéndose un tanto escéptico. Al verse, cuando terminó sus estudios, heredero de un gran nombre y condenado á la pobreza más absoluta, contrajo un matrimonio de esos á que se da el nombre de matrimonios de conveniencia. Tenía una mujer frívola y vulgar á la que no amaba ni había amado nunca. El conde halló en aquel matrimonio la satisfacción de las necesidades cuotidianas de una existencia desahogada y brillante; pero aquella honda melancolía en que se impregnó siempre su espíritu seguía dominándole y abrasábale el corazón una sed inextinguible y devoradora.

Gaultier, á los pocos días de aquella victoria de amor en París tan celebrada, llevó á su amigo al sitio oculto donde guardaba á *Resignación*. Era un pequeño hotel rodeado de frondosos árboles que casi se escondían por completo, próximo al Bosque de Bolonia por el lado de Neuilly. Antes de entrar y al ver el hermoso jardín que rodeaba el hotel, dijo el conde de Etruria á Gaultier:

– Veo que estás en fondos. Esto debe costarte caro.

– Las dichas, como las desdichas, vienen siempre juntas, contestó Gaultier. A las pocas horas de ser mía *Resignación* gané en el círculo cuarenta mil francos. No lo divulgues, porque entonces una nube de acreedores se me echará encima, y con cuarenta mil francos no tengo ni para empezar á pagar cuentas atrasadas... Mas apartemos la mirada de las miserias de la vida; entra conmigo; vas á ver qué feliz soy.

Y Gaultier, empujando la puerta del hotel, la abrió y condujo á su amigo á un saloncito inmediato á la entrada donde *Resignación* aguardaba á su amante.

Al conde le pareció la joven misteriosa cien veces más bella que cuando en el Bosque la veía de lejos pasar rápida y fugitiva en su coche al trote de los caballos. Si Gaultier no hubiera estado tan conmovido por la emoción que sentía y tan dominado por aquella satisfacción inmensa que embargaba su espíritu, en la que se mezclaban el amor y el orgullo, hubiese notado en la mirada del conde algo que podía inspirarle celos.

Cuando Gaultier dijo á su amada: *Este es mi amigo más leal, este es mi único amigo*, el joven conde sintió un estremecimiento indescriptible al estrechar en su mano la mano finísima de aquella mujer fascinadora cuya hermosura había admirado de lejos tantas veces, y le recordaba la clásica belleza de las mujeres del país donde nació, al cual quizás no volvería nunca.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

(Continuará)

LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

LEYENDA MUSICAL DEL MAESTRO CHAPÍ

Cuando la poderosa imaginación del gran poeta congregaba en el recinto de la Alhambra todos los seres de las antiguas mitologías para que celebrasen sus danzas enloquecedoras en los bosques de naranjos, alegrasen con su canto las salas desiertas y vivificasen con las explosiones de su amor el ambiente reposado y frío del alcázar árabe, creaba el plan vasto y admirable de una obra musical. Los fantasmas evocados producían en su marcha murmullos misteriosos; sus voces guturales entonaban canciones jamás oídas y se unían en himnos de glorificación y alabanza; la quimérica orgía llenaba los ámbitos de alegría y de ruido hasta que la aurora aparecía en Oriente y con su luz devolvía la calma y el silencio al regio palacio cuyos moradores nocturnos huían ante los primeros rayos del sol naciente.

La música palpitaba en el poema y sólo faltaba el genio revelador que le diese forma, traduciendo en notas los rumores, las canciones en ritmos, en acentos melódicos el lenguaje de los silfos y las ondinas y sujetando á entonación y medida la confusión bulliciosa descrita por el poeta. Mas para acometer esta empresa, cuya mayor gloria estaba en la fidelidad de la interpretación, se necesitaban cualidades que pocos compositores, acaso ninguno en la época presente, reunen con la ponderación precisa para darle el feliz término alcanzado por el más ilustre representante de la moderna escuela española: por Ruperto Chapí.

Su fantasía de meridional criado entre los granados y palmeras de nuestras regiones de Levante podía dar á su composición el sabor marcadamente oriental que convenía á una obra cuya acción se desarrollaba en el palacio de los antiguos dominadores árabes; la delicadeza de su organización poética le permitía encontrar medios de describir los seres sutiles é incorpóreos de las mitologías septentrionales; la riqueza y profundidad de sus medios técnicos vestirían sus ideas con el soberbio ropaje de una obra maestra. En el poema *Los Gnomos de la Alhambra* nada, pues, contrariaba su manera de sentir el arte, á la que, por el contrario, se acomodaba con feliz coincidencia, y para dar forma á su leyenda musical sólo tenía que dejar correr la pluma traduciendo fielmente las concepciones que le acudían sin esfuerzo, dándole el tono justo de lo que había de ser una obra que interpretase el poema de Zorrilla.

Sólo con esta rara conformidad y coincidencia se comprende que en los seis días transcurridos del 10 al 16 de mayo de 1889 pudieran ser compuestas y escritas las cincuenta páginas que ocupa la partitura en los borradores que tengo á la vista al trazar estas líneas. El tiempo que ya aparece escaso para llenar de notas menudas y compactas como granos de arena los veinte pentagramas de cada página, fué suficiente para que la obra de Chapí tuviese vida, pasando, al calor de un rapto genial de fiebre creadora, desde el no ser hasta la plenitud del más completo desarrollo.

Porque, cosa extraña y acaso sin precedente en obras de la magnitud de *Los Gnomos de la Alhambra*: los borradores no son guiones donde la idea musical está rápidamente trazada con ligeras indicaciones de la armonía para abarcar en pocos instantes el conjunto de la composición que después habrá de ser instrumentada, ni instrumentación hecha sobre un plan indicador ya escrito. Los borradores abarcan la composición y la instrumentación, la idea y el desarrollo, el alma y el cuerpo. Para comprender el inmenso esfuerzo intelectual y la admirable seguridad que esto representa, basta recordar que en un álbum publicado en honor de Wagner se ven tres autógrafos del gran músico contemporáneo correspondientes á un mismo pasaje del *Siegfried*. El primero contiene trazado con lápiz el germen de la idea, acompañado de un bajo cifrado en los sitios donde la armonía pudiera ofrecerse dudosa ó extraña; el segundo, la misma idea armonizada y con algunos diseños contrapuntísticos de los giros principales que han de llevar los instrumentos, anotados con letra menudísima en las márgenes del papel; y el tercero, la instrumentación detallada y definitiva. Este sistema, el ordinariamente seguido en composiciones algo extensas por todos los compositores, aun los más expertos, no podía servir al ilustre maestro español en el caso de *Los Gnomos de la Alhambra* por la escasez de tiempo que tenía para que su obra empezada en Barcelona el 10 de mayo estuviese en Granada el día 20, límite fijado para la admisión en el concurso abierto con motivo de la coronación de Zorrilla. No había otro medio que renunciar al boceto y aun al dibujo, empezando desde luego á trazar pinceladas de color, vertiendo con mano segura las líneas, las manchas y el claro-obscuro.

El examen atento de los borradores no deja lugar á duda alguna de que este es el procedimiento seguido; advirtiéndose no sólo las variaciones de color instrumental de algunos pasajes, sino los arrepentimientos elocuentísimos, aunque en número escaso, en que varían, ya la frase, ya la marcha de su desarrollo. En el primer tiempo, por ejemplo, se encuentra una contestación al motivo, desechada con mano nerviosa que la cubrió de rayas y tachaduras, y á continuación de la cual está escrita la contestación definitiva. En el comienzo del segundo tiempo la variación es más importante, pues no sólo la versión primitiva no contiene el acorde inicial, sino que está escrita en *re menor*, y sólo después de veinte compases no aprovechados empieza en el mismo pliego y en tono de *si menor* un nuevo *Conjuro* con las notas límpidas del arpa.

Como se ve, los emborronados papeles nos cuentan en lenguaje, aunque mudo, expresivo é indubitable, la historia de las vacilaciones y las incertidumbres del compositor, de los momentos en que no acierta á traducir sus pensamientos y aquellos otros de divina lucidez en que la pluma marcha segura sin arrepentimientos páginas y páginas, hasta que el cansancio vuelve á levantar diques ante la imaginación creadora del artista.

Una obra escrita en condiciones tales que lo repentizado había de ser definitivo, corría el peligro de seguir el camino trillado y no separarse de lo vulgar y sin trascendencia; pero el talento colosal del maestro Chapí no puede producir lo vulgar y trillado, siendo su obra una de las más originales y audaces que pueden concebirse.

Porque audacia, seguridad de matices é inspiración que arraigue en lo más hondo se necesita para escribir la *Ronda de los Gnomos*, donde toda la extensión del fragmento se escucha constantemente el mismo diseño melódico, revestido de una sonoridad siempre obscura por mantenerse en la región grave, pero siempre bella y característica, contribuyendo cada instru-



CABALLERÍA LIGERA, cuadro de D. José Cusachs. (Salón Parés.)

mento al conjunto sin fundirse con los demás y haciendo valer su matiz propio. Sólo el genio de Chapí y su admirable sentimiento de la proporción musical pueden describir de una manera tan pintoresca y exacta la naturaleza de esos seres disformes y raquíticos que habitan el interior de la tierra. Su ronda se anuncia como un murmullo, y como un murmullo se aleja y desaparece, después de haber dado en su proximidad la sensación de una multitud que se agita en un sitio profundo y cuyas voces llegan á nuestros oídos sordas y veladas á través de la corteza terrestre.

Forma contraste con este número de tan extraño carácter, gracioso y ligero, el *Conjuro* que sigue, en que el rey de los gnomos convoca á los seres ideales de los viejos mitos para que reunidos en zambra incomparable agasajen á los reyes de los fantasmas aéreos. Su voz dulce y soñadora en el corno cuando ordena á los silfos que traigan de la selva ruiseñores que alegren la fiesta con sus cantos, adquiere en los violoncelos apasionados acentos cuando se dirige á las huríes de belleza inmaculada y virginidad eterna, y se torna amenazadora y potente en el metal cuando evoca los pérfidos y chupadores vampiros, los monstruosos vestiglos y los endriagos de formas horrendas. Cada aparición se anuncia por el grito de ¡Gloria á la Alhambra!; y cuando la multitud congregada escucha la arenga que, en la sonoridad compacta de la cuerda, tiene persuasivas inflexiones, prorrumpe en una explosión de entusiasmo donde todas las voces de la orquesta entonan el grito triunfador.

Entonces surgen en medio del silencio los dulces sonidos de las flautas y las arpas, acompañados de sutiles pizzicatos de los violoncelos, anunciando el *Cortejo de Titania y Oberón*. Aquel conjunto de sonoridades delicadísimas á que dan incorporeidad y ligereza las notas cristalinas del triángulo retrata fielmente á la reina de las sílfides, que ama la danza y la música, que marcha sobre la hierba sin hollarla y en lecho de flores sueña con la belleza y la poesía, gozando el amor inmortal de Oberón, el bienhechor de los enamorados. En este trozo musical, que fascina y encanta como la aparición de Oberón en el poe-



AVANZADAS DE CABALLERÍA, cuadro de D. José Cusachs



MANIOBRAS DE DIVISIÓN, cuadro de D. José Cusachs. (Premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.)



ABREVANDO EL GANADO, cuadro de D. José Cusachs

ma de Wieland, surge un tema español de ritmo originalísimo en que la Alhambra se manifiesta rodeada de los misteriosos ruidos de sus bosques de álamos y naranjos.

La fiesta de los espíritus está formada por un scherzo en que á los sonidos del cuerno de Oberón todos los seres se sienten poseídos de desenfrenada alegría y se entregan á todos los placeres, recorriendo en danzas vertiginosas los vastos salones y los jardines del alcázar. Cuando la laxitud del placer y la fatiga de la carrera los detiene, se escuchan nuevamente los alegres toques del cuerno de marfil, y todos vuelven á sentir la fiebre del placer y del movimiento. Pero una línea blanquecina se marca en Oriente. Oberón agita su rama de lirios y la danza cesa; los quiméricos seres se dispersan ante la luz y la melodía baja de una manera rápida é impensada como los gnomos á sus antros, mientras las escalas ascendentes de las flautas nos pintan la desaparición de Oberón y Titania, que con su séquito de silfos caminan hacia la India atravesando los mares en tropel fantástico.

La Alhambra queda inhabitada y silenciosa. Una frase llena de tranquilidad y frescura que pasa del oboe á la trompa y á los violines en una modulación admirablemente sentida, da noción de la luz y la belleza matinal, y entonces ante los esplendorosos rayos del sol se oye resonar por última vez el grito triunfal y glorificador.

La leyenda musical *Los Gnomos de la Alhambra*, improvisación genial donde Ruperto Chapí ha sabido encontrar las bellezas que aun después de profunda meditación pocos compositores alcanzan, es algo más que una concepción musical admirable. Es la prueba del misterioso encadenamiento y del indestructible engranaje con que están unidas la poesía y la música, merced á la cual se verifica la transmigración del espíritu que late en los versos de Zorrilla á las notas de Chapí, como si el poeta de las leyendas fantásticas legase el cetro de la poesía en manos de un artista más joven y de un arte cuyo poder empieza donde acaba el pensamiento y la palabra.

MANUEL MANRIQUE DE LARA

SECCIÓN AMERICANA

EL MANTÓN DE LA CONDESA

Vaya que puede ser cierto, y mucho que lo creo, porque hay en América hembras capaces de hacerlo, y tocándoles el amor propio digo, y me atengo á varios ejemplos, que son capaces de inventar en casa del diablo lo que á un hombre jamás se le hubiera ocurrido.

Pinchen á una mujer americana en la negra honrilla y verán lo que salta: un ramalazo lleno de sal y pimienta que deja más pasado á quien lo recibe que si le fuesen taladrando el cuerpo con una aguja de enjalmar.

Antes de hablar de la condesa que reza el título, referiré un caso que por haber ocurrido en país distinto y entre mujeres de diferente carácter, prueba que para ciertas cosas todas las americanas tienen el propio temple y calzan los mismos puntos.

Cuando en el Perú no había aquellas hermosas líneas de ferrocarriles, aunque sí muchísimo más dinero del que hay ahora, iban las señoras desde la capital á los cercanos puntos de recreo y aun á los grandes viajes caballeras en sus magníficos caballos.

Chorrillos, que era para Lima el Baden, el Biarritz, el San Sebastián y la Granja, recibía en su seno á las hermosísimas mujeres que habían hecho de un pobre puertecito de pescadores la más elegante y fastuosa residencia veraniega que hubo en el mundo de Colón y que podía competir con las más famosas del continente viejo.

Entre las beldades que paseaban su lujo por Chorrillos había una que no gozaba fama de sobrado pulcra para su honra, y aunque de buena familia y mujer derrochadora, motivo más que suficiente para ser admirada, mostrábanse rehacias las señoras en tratarla, siquiera fuese porque en casa de la tal pasaban alegremente el rato sus maridos y sus amantes. Salió de Lima la hermosa, á quien llamaremos Isabel por llamarle algo, y jinete en un corcel que valía mil pesos, con más oro y más plata en estribo, freno y montura que la que hace falta para comer un año en casa de un pobre, encaminóse á su *rancho* del aristocrático Chorrillos, seguida de un *cholo*, buen mozo, sirviente montado á guisa de vieja castellana que lleva criado de confianza á retaguardia.

Llegó Isabel al Barranco y echó pie á tierra en un sitio que parecía obligado apeadero de mujeres hermosas, á tiempo que una dama muy principal y de las que más volvían la cara cuando la tropezaba de frente ajustaba con una india una cesta de magníficas uvas. Eran las primeras del año y la india pedía dos pesos por la cestada.

– Te doy uno, dijo la dama.

– No puede ser *mamai*, respondió la vendedora.

– Pues son muy caras y no las quiero, repuso la dama disponiéndose á volver á montar ayudada por su criado.

Isabel, que había oído el regateo, adelantóse con gran empaque, y dirigiendo una desdeñosa mirada á la señora regatona, dijo con orgulloso tono:

– Trae, *chola*, yo te daré tres pesos, porque á mi caballo le gustan mucho las uvas y quiero que las pruebe antes que nadie.

Y conforme lo dijo lo hizo: mandó quitar el freno al animal y ordenó que se le pusiese la cesta delante para que comiese ó destrozase los dorados racimos.

Júzguese del *pisto* que llevaría la señora desairada, que una vez sentada en la silla salió de estampía, sin aguardar á que su criado le diese la última mano.

Saltemos, una vez dicho esto, á la tierra chilena, en donde las mujeres no gozan la fama que á las limeñas sobra de saladas y retegraciosas; mas aunque así sea, tienen su pedazo de cielo metido en el cuerpo, y en cuanto á soberbia, váyales usted con desplantes y saldrá con razón y justicia más trasquiladito que aquel *pelambrera* que se fué por lana.

Dejó la colonia allá por Chile un tantico de apego á las vejeces españolas, y aunque, como otras veces he dicho, van los hombres delante de muchos pueblos en punto á leyes sabias y redentoras, quédanse las damas un poco rezagadas, ya por innato orgullo de la sangre altiva, ya por severidad de indómito carácter.

Es el caso que allí y también en el Perú, valgan verdades, hay familias que á pesar de todo estiman en muchísimo los rancios pergaminos de sus antepasados los viejos *chapetones*.

Entre las aristocráticas familias de Santiago de Chile descollaba la condesa del Parral por el sostén de su empingorotada alcurnia, por la servidumbre de peluca empolvada y calzón corto y por los estiramientos con que solía pasar por delante de las otras damas santiaguinas.

Era el conde un señor llano y conforme con el nuevo orden de cosas, tanto que de buena fe se había metido de lleno en la patria nueva, sin que por esto dejase de rendir el culto de los recuerdos á la época feliz en que á su ilustre padre le llamaban excelencia.

De puertas afuera tampoco dejaba la del Parral de cantar alabanzas á la independencia, pero no se avenía de grado con que ni la república le respetase el tratamiento ni las gentes le llamasen señora condesa.

Desquitábase con la servidumbre, y allí sí que andaba todo el mundo derecho como los husos.

Era el señor del Parral senador respetable por su hombría de bien, y aunque no gozaba fama salomónica en la cámara alta, no dejaban de tenerle en mucho porque votaba siempre con arreglo á conciencia y rompía su inveterado mutismo solamente para bien del prójimo ó en provecho de la patria.

Llevábase lo mejor del mundo con otro senador bonachón como él y como él casado con mujer que había sabido amarrarse bien amarradita una prenda masculina que denota carácter y viril energía, cosa más que rara en donde el hombre tiene la malísima costumbre del español, de gallear por su cuenta y erigirse en dueño sin consentir en ser esclavo siquiera sea de femeniles tiranías.

¡Pícaros, más que pícaros!

Grandes fatigas pasaba el del Parral para que su señora consintiese en hacer amistades con la esposa de su amigo, y éste á su vez interponía cuanta influencia casera poseía para que su conjunta persona estrechase distancias con la condesa.

La *senadora* era hija de un prócer de la independencia, y tenía bien sabido que la del Parral había llamado hambrientos y gentuza á los grandes hombres que acometieran la inmortal empresa de regenerar la patria.

– Que venga ella, decía.

– Pero hijita, si sabes que es así: al fin y al cabo desciende de...

– ¿De quién?, gritaba furiosa la patriota. Yo sí que desciendo de personas: ella de tontos. Pues qué, ¿no saben hasta los chicos de la calle las necedades que hacía su padre? Déjeme de tonterías, amigo, y bien está cada cual con su orgullo.

Pero es el caso que cuando mucho se machaca no puede menos de modelarse el hierro, y convinieron los maridos respectivos que el día del santo de la condesa le enviarían un presente el senador y su señora, á cuya fineza contestaría la del Parral con una galantísima invitación para el baile de la noche.

Admitieron el tratado las beligerantes, haciendo cada marido la entusiasta apología de la mujer del compañero. Pero la verdad es que aunque á la del senador no la disgustaba recibir invitación especial de la condesa, no le hacía á ésta maldita la gracia que hollase los tapices de sus regios salones aquella advenediza que tan altaneramente pasaba por su lado.

Llegó la mañana del día señalado, y ya en casa del senador había dispuestos una docena de azafates de plata llenos de mixtura de flores, encajes, cristales de Bohemia, joyas y sabe Dios cuántos objetos de valor extraordinario. El senador veía lleno de gozo aquel despilfarro de su mujer, y ésta gastaba sin tasa con tal de sorprender á la condesa con un presente que no podía menos de asombrarla. Estaba ella muy segura que con semejante introducción todos los agasajos de la noche habían de ser para su espléndida persona.

Había señalado la *senadora* la una de la tarde para enviar sus regalos, y á las diez de la mañana salió á misa como de costumbre, entrando á la vuelta en la tienda de más lujo que por entonces había en Santiago. Apenas estaba dentro apareció también la condesa tan empingorotada y erguida como siempre: bien observó la del senador que con el rabillo del ojo la mirara la del Parral y también se le ocurrió que podía haberla saludado con una inclinación de cabeza, ya que faltaban pocas horas para que según deseo de los respectivos maridos se convirtieran en amigas.

Había encargado la condesa un mantón de Manila al comerciante, y éste, creyendo hacer con tales prendas un buen negocio, pidiera una docena, suponiendo que cosa llevada en Santiago por la del Parral no podía menos de ser imitada con furor.

Escogió la condesa el que le gustó más, pero mostróse asombrada de su precio: costaba doce onzas de oro, cantidad que le pareció excesiva. Ni con razones ni sin ellas fué fácil de convencer, y salió de la tienda diciendo que podían vender el mantón. Pero salió tan tiesa como había entrado sin inclinar la cabeza para saludar á la del senador, que de propio intento no había querido marcharse y descaradamente la miró cuando salía.

– Esta necia no quiere saludarme hasta no recibir el regalo, para no ser la primera, pensó la *senadora;* pues yo te daré saludo.

Levantóse de donde estaba y se acercó al dueño de la tienda, que lamentaba el percance; miró los pañolones y ordenó que se los enviasen todos, pues era una colección que le gustaba, y no se ocupó de rebajar ni un peso de las 144 onzas que los pañuelos importaban.

A la una en punto salían de la casa del senador doce criadas ricamente vestidas y envueltas cada una en su respectivo mantón de Manila, y serias, graves, como convenía á los espléndidos regalos que cada cual en su azafate llevaba, se pusieron en fila obedeciendo órdenes recibidas, y así llegaron al palacio de la condesa, que poco le faltó para caerse muerta de coraje al comprender la muchísima altivez con que era tratada.

No se le ocultó á la del Parral que picada la del senador por su tiesura de la mañana había querido avergonzarla, pero comprendió también que si tomaba la cosa por el lado que abrasaba acabaría por perder la partida: ella tenía muchos pergaminos y más orgullo que papelotes todavía; pero la otra... la otra pesaba las onzas de oro para no entretenerse en contarlas.

La condesa del Parral tuvo que bajarse de la parra y deshacerse en finezas con su enemiga.

EVA CANEL

NUESTROS GRABADOS

Las doradoras, cuadro de D. Manuel Cusi, adquirido por el Ayuntamiento de Barcelona. – Bello es el cuadro que bajo el título de *Las doradoras* ha expuesto Manuel Cusi en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, al que ha cabido la distinción de ser premiado por el Jurado calificador y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento para figurar en el naciente Museo municipal. Hemos tenido ocasión de celebrar varias veces sus bellas cabecitas de mujer y las graciosas figurillas de *flamencas* pintadas con gracioso donaire y verdad de tonos simpáticos y agradables; pero su último lienzo excede en mérito á todos los que hasta ahora ha producido su brillante paleta. Acusa desde luego un adelanto, un progreso sensible y una victoria alcanzada por el artista, tanto en la composición como en la interpretación de la tonalidad.



La estación de la caza había comenzado

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Gilberto rompió el silencio al fin con tono jovial.

–¿Y me revelará usted ahora, preguntó, el gran secreto?

–¿Qué secreto?

–Usted tenía otras razones para inducirme á venir...

La vizcondesa dió algunos pasos con la cabeza inclinada, como si vacilase en hacer la confidencia; pero después se decidió.

–Se trata de Pedro, dijo. Hace algún tiempo que me inquieta, y cuando me habló de escribir á usted, le recomendé mucho que lo hiciera, porque veía todo el buen efecto que en él produciría la llegada de usted y su influencia...

–¿Mi influencia?... Ninguna tengo sobre él.

–¡Sí!, la tiene usted... y es preciso que la tenga... ¿No es usted por ventura su más fiel y antiguo amigo?... Por otra parte, usted es ahora hombre de reflexión, una persona formal; mientras que él no ha dejado de ser un niño. El infeliz quisiera rehacer su fortuna; tiene amor propio y se mueve mucho... pero dudo de que lo consiga. Sin embargo, no es esto lo más terrible; sus ocupaciones le matan, padece sofocaciones, se queja del corazón, y no quiere consultar al médico, sin duda porque se cree muy robusto. Le confieso á usted que en los momentos de crisis me espanta... Este género de vida y sus quebraderos de cabeza son la causa de todo. En las correrías que se ve obligado á hacer por los alrededores se gasta, se fatiga y se entrega á excesos... no por su gusto, segura estoy de ello, sino por necesidad, en el trato de las personas con quienes ha de mezclarse por cuestión de sus asuntos... Tal vez quisiera aturdirse, olvidar su situación, la ruina de sus hijos, la pérdida de toda nuestra fortuna...

–¿No le queda, pues, nada?, repuso Gilberto. Yo creía zanjadas sus deudas... Dispénseme usted; le aseguro á usted que solamente el interés que me inspira...

–Ya lo sé... Por eso no le oculto á usted nada. Apenas nos quedan algunos centenares de miles de pesetas... esta finca de Chatillón, que hemos arrendado tierras y castillo, y de cuyo producto vivimos ahora; y aun la mejor parte se va en las negociaciones de Pedro. El palacio de la calle de Babilonia, que formaba parte de mi dote, ha sido vendido; con él se han pagado algunas de nuestras deudas...

–Pero cuando menos heredarán ustedes el patrimonio de Mareuil, repuso Gilberto, y esto representa todavía una fortuna...

–Mareuil no será ya para nosotros. Al afectuarse mi enlace, la marquesa nos cedió la nuda propiedad de esta finca, pero reservándose el usufructo durante su vida, y Pedro la ha hipotecado... cierto que por menos de su valor, pues esas extensas tierras son difíciles de vender: apenas se cuentan por nada las construcciones, y el día que se trate de ajustar cuentas, será forzoso darlas á muy bajo precio... Ya comprenderá usted cuánto tiene de aterradora semejante perspectiva y que el porvenir de nuestros hijos está comprometido... y no se le ocultará tampoco que semejantes reflexiones, siempre en el pensamiento, deben causar estragos en el ánimo de Pedro, angustiándole el corazón... Pues bien: usted, que es su amigo, puede salvarle: viva con él y no le abandone, porque viéndole ocupado en cosas formales, tal vez renuncie á su actual género de vida. ¡Hágalo usted por mí y le quedaré muy agradecida!...

Blanca se detuvo y miró á Gilberto con triste sonrisa. Había tanta gracia conmovedora en aquella súplica, que aquél se sintió enternecido; una fiebre de abnegación invadió su alma y prometió todo cuanto ella quiso.

–¡Gracias!, exclamó Blanca. ¡Qué bueno es usted! Ya sabía yo que lo era...

Los dos estaban muy conmovidos y dieron fin á su paseo sin que entre ellos se cruzasen más palabras.

Una vez en su cuarto, Gilberto reflexionó sobre lo que acababa de oir y sintió profunda compasión hacia aquella mujer que había conocido tan envidiada de todos y ahora víctima de la desgracia. Su sufrimiento aumentaba al pensar que el hombre á quien más quería en el mundo, Pedro de Cabrol, era causante de aquella ruina. Su corazón estaba penosamente oprimido, desgarrado por todos los motivos de queja que contra él tenía, sin que estos motivos pudieran debilitar una amistad tan antigua, y condolíale sobre todo que la víctima fuese precisamente la mujer á quien hubiera querido ver feliz.

Todo esto no disminuía la admiración que le inspiraba Blanca; y el patrimonio de Chatillón y el castillo de Mareuil, aunque sobrecargados de hipotecas, conservaban en sus recuerdos todo su prestigio, que se reflejaba en la vizcondesa de Cabrol. Aquel magnífico marco cuadraba bien á semejante mujer, y Gilberto no podía pensar sin dolor que fuese posible arrebatárselo.

Sin embargo, en medio de su pesar, producíale una alegría secreta ser confidente de Blanca y asociarse á ella en beneficio de Pedro; pero desconfiaba del resultado, y sin esperanza de conseguir el fin resolvió seguir la línea de conducta trazada por la vizcondesa. Al resignarse á un género de vida tan poco conforme con sus gustos, renunciaba por algún tiempo á las ilusiones amorosas que le habían atraído á Mareuil; pero comprendía que este mismo rodeo le conduciría de nuevo muy pronto hacia Blanca, y más digno de ella, puesto que obraba así solamente por complacerla. De este modo los elementos de mutua inteligencia entre los dos aumentarían considerablemente.

VI

Gilberto, pues, comenzó á seguir á Pedro en sus correrías por los alrededores. La estación de la caza había comenzado ya, por lo cual visitaron á los Selligny y al conde de Bagrassand, en cuya casa eran las reuniones más numerosas.

Gilberto vió allí lo que valía una gran fortuna noblemente gastada. El conde, aunque viudo, recibía mucha gente y el castillo de la Rivoironne estaba entonces bajo el mismo pie en que le puso desde los primeros días de su matrimonio. Sin embargo, allí no se derrochaba el dinero ni se hacía ostentación de mal gusto; pero las rentas del conde eran suficientes para todo, y éste no escatimaba lo mas mínimo en lo que podía contribuir al recreo de sus huéspedes. Sus tierras

de caza extendíanse por los cerros inmediatos y la llanura hasta lo infinito; sus fincas no podían contarse, pues cubrían todo el distrito y decíase que sus rentas subían á algunos millones. A pesar de esta fortuna inmensa, habíase conservado modesto y muy sencillo, sin enorgullecerse por los honores que sin pretenderlos se le ofrecían: presidente de la Sociedad de carreras que acababa de fundarse en el distrito, de los Sindicatos agrícolas, etc., habíanle ofrecido la diputación; mas no quiso aceptarla. Aquel hombre de mundo, no obstante, era político y orador; pero manteníase obscuro, y la gloria parlamentaria no le tentó nunca. Siéndole tan fácil residir en París, prefería permanecer en su casa y en sus tierras como un barón feudal de los antiguos tiempos.

Laura de Bagrassand, niña de diez años, circulaba entre los grugos, dándose la importancia de ama de casa, festejada por cuantos la veían y mimada por su padre.

El conde tenía las mayores atenciones con Pedro, á quien hacía sentar á su lado; agradábale su locuacidad y se lo dispensaba todo; tampoco se olvidaba de Gilberto, pues recordaba las relaciones que habían tenido en París en una circunstancia delicada y el servicio que entonces le prestó.

Por eso quería hacerle valer, empujarle; pero el joven sabio no brillaba en sus reuniones. Comprendía que era necesario haber nacido entre aquella sociedad, que desconocía en absoluto hasta en su lenguaje, para disfrutar de sus costumbres, de su conversación y de sus distracciones.

No teniendo, como Pedro, el recurso de beber mucho é impunemente ni la gloria de ser el mejor tirador, se aburría; así es que vió con gusto el término de esa enojosa serie de invitaciones

Estos placeres no impedían al vizconde de Cabrol ocuparse de sus asuntos: marchaba con regularidad los lunes al mercado de Blatigny, y á veces prolongábase su ausencia algunos días, porque iba á recorrer otras ferias y mercados.

En la primera ocasión que Gilberto le acompañó, tuvo la clave de lo que Pedro llamaba sus negocios: cierto que trataba de hacer su fortuna, poniendo en tal empeño ese ardimiento exasperado de los hombres á quienes la pasión del lucro excita tardíamente; pero por desgracia no había elegido el medio más seguro ni el menos expuesto á pérdidas. Adoptó el que estaba á su alcance y el que mejor entendía: aficionado á los caballos é inteligente en esta materia vió en esto un negocio de grandes ganancias. Por lo demás, practicaba muy noblemente el oficio de chalán procediendo de modo que no apareciese con el carácter de tal.

Se comía alegremente en Blatigny, en el hotel principal, lleno en aquellos días de propietarios campesinos; Pedro, conocido de todos, distribuía apretones de manos á diestro y siniestro, y después seguíanse los interminables paseos por el campo de la feria y las prolongadas estaciones en los cafés, en medio del barullo de las discusiones y entre oleadas de cerveza.

Gilberto, obligado á seguirle y á beber, admiraba que en semejante centro no perdiese su amigo nada de su distinción No difería apenas de los demás por el traje; llevaba el hongo de castor blando, y expresábase en el mismo lenguaje de aquella gente; bebía como los otros y pagaba más generosamente. Sin embargo, distinguíase entre todos por no sé qué de caballeresco que se notaba en sus maneras y conservaba su ascendiente entre aquellos hombres, que le trataban de vizconde sin la menor expresión irónica. De vez en cuando salía para ir á dar una vuelta por el mercado.

Cierto día que Gilberto seguía sus pasos, vióle bajo los árboles que flanqueaban la plaza en el momento en que parecía estar á punto de hablar con una joven. Era una rubia de facciones finas y delicadas, y al notar que se fijaban en ella, dirigió una mirada á Gilberto con esa desenvoltura provocativa propia de una mujer de fácil conquista. Pedro siguió la dirección de sus miradas y disgustóle al parecer que se le viera en compañía de la joven. Sin embargo, no se trató del incidente entre los dos amigos, pues Gilberto no pensaba que sus compromisos con la vizcondesa le obligaran á molestar á Pedro en semejante asunto.

Regresaban tarde por la noche, y Pedro, muy animado, hostigaba alegremente á los caballos.

¡Ya ves con qué gente se ha de tratar!, exclamó de pronto; pero desde el momento en que se gana dinero, es preciso no quejarse... y yo le gano.

Gilberto temía que las numerosas libaciones fuesen causa de que su amigo viese las cosas al través de un prisma tan agradable.

– ¿No habría medio, insinuó Gilberto dulcemente, de beber menos y de hacer igualmente buenos negocios?

– ¡Bah! Esto no puede ser... Así se procede en provincia, y no se trata nada sino con el vaso en la mano.

– ¿Y no temes que te haga daño la bebida?

– ¿Daño? ¡Vaya una ocurrencia!

Gilberto procuraba así, tímidamente, conformarse con las indicaciones de Blanca de Cabrol; pero sus tentativas de conversación no pasaron de esto. No ejercía influencia alguna en el ánimo de Pedro, al que había subordinado en cierto modo el suyo en la superstición de su juventud. Desde aquel tiempo lejano en que no tenían más que un corazón y un pensamiento, uno y otro siguieron tan diferente camino, que ya no existía entre ellos la menor comunidad de ideas. El estudio, las reflexiones, las continuas lecturas, separaron más á Gilberto de su amigo, estableciéndose entre los dos un divorcio intelectual; comprendíanlo instintivamente, y sus conversaciones no eran nunca largas.

Al día siguiente de sus visitas al mercado, Pedro se quejaba de sofocación; su corazón latía apresuradamente, y érale preciso guardar cama; pero levantábase curado, más alegre y fuerte que nunca, dispuesto á comenzar otra vez y con entera confianza en el vigor de su constitución.

La vizcondesa acabó por notar la repugnancia de Gilberto á continuar semejante género de vida, y dispensóle del servicio de acompañar á su esposo. Por lo demás, Blanca era feliz entonces; en sus últimas excursiones de fin de otoño, Pedro había ganado una suma importante y, como para la mayor parte de las mujeres, el buen éxito era para ella un argumento sin réplica. Su esposo, pues, no hacía mal en agitarse tanto, ocupándose solamente de caballos, puesto que ofrecían la probabilidad de obtener semejantes ganancias. Al fin llegó el invierno y las ausencias del vizconde dejaron de ser tan frecuentes.

La vida en el castillo fué entonces muy retirada; la familia se reunía para distraerse en las largas veladas, y deslizábanse las horas en más estrecha intimidad. La buena inteligencia para conseguir un fin dado y el mismo pensamiento dominante en la vizcondesa y en Gilberto para arrancar á Pedro de sus desórdenes establecían entre los dos, durante aquellas noches, dulces y misteriosas relaciones. Blanca y Gilberto se comprendían con una mirada, y la menor frase tenía para ellos significaciones que pasaban inadvertidas para los demás.

La vizcondesa se ocupaba con la señorita de Sainte-Severe en labores de aguja; mientras que los niños se revolcaban en la alfombra á su alrededor. El padre Souchón iba todas las noches á jugar su partida con la marquesa, y una vez terminada, la anciana, que seguía madrugando, comenzaba á dormitar junto á la chimenea, sin que la molestasen los gritos de los niños ni el rumor de las conversaciones. Entonces comenzaba la discusión entre el cura y Gilberto sobre asuntos teológicos.

El sacerdote, grueso y de pequeña estatura, distinguíase por su expresión inteligente y sus sencillas costumbres casi humildes, y salvo la glotonería, reconocíanse en él todas las virtudes de su estado; tenía un carácter muy benévolo y habíanle dado el sobrenombre de «vicario de la marquesa.» Esta última era en rigor el verdadero párroco, pues resolvía soberanamente sobre los asuntos de la parroquia. Habíale conocido de niño en una de sus granjas, observó en el chico felices disposiciones, interesóse por él, é inclinóle á seguir la carrera del sacerdocio. Más tarde le reclamó al obispo para el curato de Mareuil, al morir su predecesor; y puesto así en contacto con el mundo, aquel hijo de aldeanos se pulimentó, pero sin que se desarrollara su inteligencia, pues fuera de su catecismo no tenía noción de muchas cosas. Cuando supo que Gilberto se ocupaba de la historia de los papas, creyó que era alguna apología y no dudó de su celo piadoso; pero mejor informado después, la tibieza del panegirista le extrañó un poco. Por esto entablaba á menudo discusión sobre materias de fe y de filosofía.

– ¿Pero cómo explica usted, dijo una vez, que el mundo se haya hecho por sí solo?

Advierta que yo no explico nada, señor cura...

Gilberto se guardaba de atacarle de frente delante de las personas que les oían, pues había reconocido muy pronto que en nuestro tiempo la alta sociedad y la nobleza hacen de la religión causa propia, y que atacar el dogma es como perjudicarlos en sus intereses y atentar contra sus bienes. Sin embargo, á pesar suyo, algunas veces iba demasiado lejos y entonces empeñábanse interesantes debates, en los que la señorita de Sainte-Severe y hasta Blanca de Cabrol acudían en socorro del pobre cura casi derrotado.

Pedro, sin tomar parte alguna en la discusión, de pie en medio de la sala, con las manos en los bolsillos del pantalón, limitábase á estimular á Gilberto con una sonrisa. fijando en él sus ojos brillantes y muy satisfecho de sus contestaciones. Había dejado poco á poco en Saint-Cyr y en el regimiento, así como en el período en que hacía ostentación de su fortuna, toda la provisión de buenos preceptos que le habían inculcado los padres de Estanislao, y tenía afligidas á aquellas señoras con su completo descuido de las prácticas religiosas. Esquivábase siempre de ellas cuando iban el domingo á la iglesia de Mareuil á oir misa, acompañadas de la anciana marquesa, que se hacía llevar en coche. En tales días, Pedro se despertaba tarde, y excusábase diciendo que tenía jaqueca.

En ciertas ocasiones el rumor de las voces aumentaba de tal modo, que la marquesa se despertaba, y entonces, á fin de cortar la palabra á Gilberto, Blanca, que había echado de ver las consideraciones que á su abuela guardaba para conservar sus simpatías, exclamaba á manera de conclusión:

– ¡En resumen, el señor de Maujeán es un incrédulo!

– No lo creo, decía la marquesa, que no había oído ni una sola frase de la discusión. ¡Es demasiado buen muchacho para eso!

Algunas noches, hallándose todos reunidos, cuando el viento silbaba sordamente, introduciéndose por el cañón de la chimenea, y cuando la nieve se arremolinaba fuera del castillo, oíase de repente á los perros ladrar, la verja giraba sobre sus goznes y percibíase el rumor de pisadas de caballos en el pavimento del patio.

– ¡Ahí está Bagrassand', exclamaba Pedro. Sólo él es capaz de venir á tales horas y con semejante tiempo...

Gilberto y él se precipitaban hacia el vestíbulo y entreabrían la puerta del patio: era, en efecto, el conde de Bagrassand, seguido de dos picadores, cuyos caballos relinchaban impacientes á la luz de las linternas.

El conde entraba riéndose de su escapatoria, con el rostro hinchado á causa del frío, y su espesa barba negra moteada de partículas de nieve; sentábase un momento en el vestíbulo, mientras que el ayuda de cámara le quitaba la pelliza y las polainas forradas de piel, y después de preguntar dónde estaban las señoras, presentábase á ellas con su irreprochable levita que tan bien sentaba á su arrogante y hermosa figura. Al verle aparecer, todas le saludaban con exclamaciones de sorpresa y alegría. Tal vez le hubiera agradado más que nada permanecer en el salón, hablando con la marquesa, con Blanca de Cabrol y con la señorita de Sainte-Severe; mas Pedro le conducía pronto á otra pieza donde había siempre una inmensa estufa encendida, y allí hablaban de caballos, carreras, apuestas, etc., fumando y bebiendo. Gilberto, obligado á permanecer en su compañía, procuraba reprimir sus bostezos, esperando con impaciencia á que se decidiesen á volver al salón

Si la tempestad redoblaba, invitaban al conde á dormir en el castillo; hacíase de rogar un poco; pero al fin consentía, quedándose también el padre Souchón.

Cuando volvió la primavera, las salidas de Pedro comenzaron de nuevo y la vida en el castillo fué menos retirada.

Gilberto saludó alegremente la vuelta de los días largos, como si con cada sol sintiera renacer sus esperanzas; y la vizcondesa parecía experimentar análoga impresión. Habíala visto triste durante el invierno, con el brillo de sus ojos velado algunas veces, la mirada distraída y con cierta dejadez que parecía enervarla. Ahora, la sonrisa entreabría de nuevo sus labios; sus ojos, al fijarse en Gilberto, brillaban con expresión misteriosa; parecía más enérgica y más joven y como atormentada por el deseo de sacudir el exceso de vida que había en ella.

Salían juntos é iban á pasear por los alrededores, conquistando así día por día, casi sin darse cuenta de ello y sin que á nadie pudiera chocarle, por lo mismo que se hacía insensiblemente, la mutua libertad con que se trataban Pedro hubiera sido el último en extrañarse de ello y el único también que habría tenido derecho para mostrarse sorprendido; mas, por otra parte, casi siempre estaba ausente.

La vizcondesa de Cabrol comprendía que nada debía temer. Si sospechaba el amor de Gilberto – estas cosas no escapan apenas á la penetración femenina, y él había cometido suficientes imprudencias para descubrirse, – también tenía como una intuición de que este amor se había calmado y de que Gilberto



Aficionado Pedro á los caballos, é inteligente en esta materia, vió en ello un negocio de grandes ganancias

se contentaba con vivir constantemente cerca de ella. Por eso mostraba la mayor confianza durante aquellos paseos, en los cuales Gilberto no se propasó nunca á decir ni hacer nada que pudiese desvanecer aquella idea de seguridad.

Poco á poco, sin embargo, comenzaron á ser más atrevidos, y sus excursiones se prolongaban á mayor distancia: en el camino por donde iban había una granja inhabitada, una especie de cobertizo abierto, donde se detenían cuando les sorprendía el mal tiempo, y que habían bautizado con el nombre de «estación del descanso;» algunos troncos de árboles derribados servían de asiento, y aquel lugar era el término de su excursión cuando no se proponían ir muy lejos.

Cierto día dejaron muy atrás la granja abandonada, y después de dar la vuelta á varias colinas, franquearon la última, que dominaba todo el país; sentáronse sobre el césped, y mientras tomaban aliento dejaron vagar sus miradas por los alrededores. Las montañas que al Norte interceptaban el horizonte, entreabríanse frente á ellos, y desde el sitio donde se hallaban podían ver alguno de los vallecitos que entre los montes se abrían y los picos que sobre los mismos se elevaban. En uno de éstos, en el más alto, distinguíase vagamente, contrastando por su blancura con el fondo negro de la roca, una construcción cuadrada.

Gilberto, orientándose poco á poco, acabó por reconocer el campanario de la Fonfreyde, aquel pueblecillo perdido en las últimas cumbres, donde había vivido su abuelo. Era preciso que desde aquel momento estuviese bien seguro de que nada le rebajaría ya á los ojos de la vizcondesa de Cabrol, pues al señalarle desde lejos la aldea, no vaciló en hablarle del compadre Maujeán, aquel que no sabía leer.

Entonces la vizondesa le pidió informes sobre su familia, cosa que no había hecho nunca. Gilberto se extendió en muchos detalles, refiriéndose al matrimonio de su madre, aquella mujer tan bondadosa, que después de soñar con la nobleza, se casó con el sustituto Maujeán; también habló del padre de este último, que era intendente; y así llegaron á descubrir que aquella familia extinguida, en cuyos negocios entendió este último, estaba emparentada con la vizcondesa. Refirióse igualmente al propietario de la granja de la llanura de Chatillón, que fué el primero en tomar posesión de aquel suelo y que en un principio habitaba allí removiendo la tierra con sus manos.

La vizcondesa escuchaba con el interés que se presta á la lectura de una novela, y en aquel instante parecíale á Gilberto que era para ella uno de esos héroes que borran con el prestigio de sus aventuras la vulgaridad de su origen. Sentía renacer en él la fuerza de todos aquellos hombres que le habían precedido, legándole con su sangre su sana inteligencia, el equilibrio de su salud física y moral, y en aquella sangre había en aquel instante tal ardimiento por el sacrificio, tanta sed de abnegación, que no le costaba nada humillarse ante la descendiente de los antiguos señores de la Fonfreyde, él, nieto de uno de sus siervos.

Las miradas de la vizcondesa se habían fijado en el lejano campanario, y durante un minuto observóle con expresión meditabunda.

—Será preciso que vaya á visitar ese lugar, dijo al fin levantándose.

—¿Qué... no conoce usted ese caserío cuyo nombre lleva?, preguntó Gilberto. ¿No ha estado usted allí nunca?

—Jamás.

Con esto volvieron á tomar el camino del castillo. Hubiérase dicho que entonces, conociendo ya los secretos de Gilberto y juzgándole mejor, su intimidad se acrecentaba. Estas confidencias habían excitado en ella el deseo de hacer otras semejantes, y habló largamente de todo su parentesco. Hizo mención de algunas alianzas desiguales y recordó varios lunares, como para igualarse con Gilberto, impulsada por un sentimiento generoso, suponiendo tal vez que con tales confesiones suprimía las distancias, aproximándole más á ella.

De este modo, Gilberto hacía diariamente nuevos progresos en su trato con la vizcondesa, señalándose para él cada hora con una nueva felicidad. La vida era dulce para él, fácil de sobrellevar y sentíala deslizarse sin sacudida en una embriaguez uniforme. Si el amor ideal existe, si es una pasión pura, despojada de la fiebre de los sentidos, éralo el sentimiento que entonces experimentaba. Y hubiera pasado su vida cerca de la vizcondesa contemplándola y oyéndola, complaciéndose en su sonrisa sin pedirle nada; pero las cosas no debían quedar así.



...presentábase á ellas el conde con su irreprochable levita

Cierta tarde habían salido como de costumbre, y siguiendo la línea de los cerros llegaron al punto que domina el camino de Blatigny, cortando el puente del Herblette. Sentados sobre la hierba, al abrigo de un grupo de encinas que coronaban aquella cumbre, veían la inmensa llanura que se desarrollaba á sus pies, con sus grandes cuadros de tierra rojiza unos, que el arado acababa de surcar, y teñidos de verde otros, en los cuales ondulaban las espigas de trigo. También atraían sus miradas las prolongadas líneas de álamos que flanqueaban las corrientes de agua. Más cerca de ellos, en el camino de ordinario desierto, veíanse algunos aldeanos que iban ó venían del mercado que se celebraba todos los lunes; hacía un día hermoso, y la atmósfera estaba serena, aunque algo caldeada por uno de esos soles de abril cuyos rayos se deslizan suaves como la seda y acarician con su tibio calor. Blanca, con el rostro animado por la agitación del paseo y regocijada sin duda al observar tanta alegría á su alrededor, hablaba mucho, sin fijarse al parecer en el éxtasis que su vista producía en Gilberto. Apoyado en un árbol, á un paso de ella, contemplábala en silencio; jamás la había visto tan hermosa ni tan de cerca, en plena luz y hasta hubiera podido contar los granitos de su piel.

De repente, Blanca se interrumpió para escuchar el ruido de un carruaje que bajaba por el camino de Mareuil y que no tardó en aparecer. Entonces reconocieron á Pedro en su cabriolé inglés, aquel vehículo de dos grandes ruedas, sin capota ni alero, que él mismo conducía cuando iba solo á Blatigny.

Su presencia no les sorprendió, pues habíanle dejado en el castillo, donde se quedó aquel día contra lo que acostumbraba, y ya se disponían á llamarle agitando alegremente sus pañuelos cuando pasara cerca; pero llegado á un cruce del camino, en vez de dirigirse hacia Blatigny, lanzó su caballo por la derecha.

(Continuará)



El conde entraba riéndose de su escapatoria con el rostro hinchado por el frío...

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS MICROBIOS DE LA TIERRA

El doctor Cartaz ha publicado recientemente en *La Nature* un artículo acerca de los microbios, dando á conocer á esos pequeñísimos seres que pululan en el aire y en el agua. Por nuestra parte, y como complemento de los estudios llevados á cabo por tan distinguido microbiólogo, nos proponemos consignar algunas observaciones respecto de otros organismos que pueblan otro elemento no menos importante, cual es la tierra.

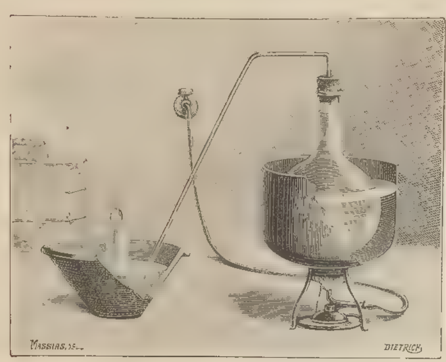


Fig. 1. Experimento de MM. Dehérain y Maquenne para demostrar la presencia del fermento butírico en la superficie terrestre

Ante todo, preciso es preguntar si es cierto que la superficie de la tierra contiene microorganismos. No es dudosa la contestación, ya que para formularla sin reparo basta diluir en un vaso de agua una pequeña partícula de tierra, observándose entonces con el auxilio del microscopio y entre los residuos orgánicos y minerales una multitud de seres más ó menos complejos que se mueven con mayor ó menor rapidez. Un autor alemán, M. Reimers, ha calculado que cada centímetro cúbico de tierra puede contener muchos millones de gérmenes. Y si bien es cierto que algunos de ellos no han sido estudiados todavía, siéndonos desconocido el cometido que desempeñan, en cambio hállanse perfectamente determinadas las funciones de otros. Un procedimiento muy sencillo, cual es la reproducción del experimento de MM. Dehérain y Maquenne, bastará para demostrar la presencia del fermento butírico en la tierra.

En una gran retorta cuya capacidad sea aproximadamente de 3 litros (fig. 1) introdúcense 100 gramos de azúcar de caña, 100 de creta en polvo y otros 100 de tierra de jardín, llenándose de agua por completo. Tápase herméticamente con un tapón provisto de un agujero, por el que pasa un tubo abductor que termina en una cubeta llena de agua. Hay que tener en cuenta que el tubo no debe pasar de la línea que el tapón marca en el cuello de la retorta. Dispuesto así el aparato, sométese la retorta á un baño-maría, procurando sostener la temperatura de 35 á 40 grados por medio de una lamparilla de espíritu de vino colocada debajo del recipiente destinado al baño, ya que dicha temperatura es la más á propósito para el desarrollo de las bacterias butíricas.

A las treinta horas empieza la fermentación, hierve el líquido de la retorta hasta que al cabo de algunos días calma la efervescencia. Entonces los gases recogidos en la cubeta de agua por el método comúnmente empleado en los laboratorios, compónense de una gran cantidad de hidrógeno mezclado en pequeña proporción de ácido carbónico. Para demostrar la exactitud del experimento basta introducir dentro de una de las campanas que contienen gas un pedacito de potasa cáustica, agitando después la probeta, que deberá taparse con la mano en su extremo libre. Al descubrir la campana dentro del agua, podrá observarse desde luego que aquélla asciende sólo hasta cierta altura, resultando, si se repite dos ó tres veces el experimento, que el ácido carbónico contenido en la campana ha sido absorbido por la potasa. Si entonces se aproxima la probeta á una llama cualquiera, inflámase el gas que queda, produciéndose una llama de tono pajizo, característica de la existencia del hidrógeno.

Examinado con el auxilio de un poderoso microscopio el líquido contenido en la retorta, percíbense distintamente las bacterias que afectan la forma representada en el grabado n.º 2, que constituyen el fermento butírico. Abandonado el experimento durante algunos días, podrá notarse al cabo de ellos la completa desaparición del azúcar y la presencia en cantidades ya considerables de ácido acético y ácido butírico.

Además de estos microbios engendradores de esta clase de fermentaciones existen en la tierra microbios patogénicos verdaderamente terribles en ciertas y determinadas circunstancias. Figuran en primera línea en el número de esos seres tan microscópicos como peligrosos los que sirven de germen al carbunclo, la septicemia, el tétanos y la fiebre tifoidea.

El carbunclo, cuya etiología ha sido tan inteligentemente estudiada por M. Pasteur y sus colaboradores Chamberland y Rous, es una de las enfermedades más terribles que pueden aquejar á los animales y aun al hombre. Hoy por fortuna, y gracias á los estudios de los sabios que acabamos de citar, ha llegado á ser rara la dolencia, pudiendo esperarse su completa desaparición. Conocíase desde larga fecha que la propagación del carbunclo debíase á la existencia de un microbio especial, pero ignorábase el modo ó forma como se propagaba. M. Pasteur ha demostrado que la causa de la propagación se debía principalísimamente á la longevidad de los gérmenes. Y tal es así, según afirma el ilustre doctor, que si se entierra un animal muerto á consecuencia del carbunclo en una hoya de uno á dos metros de profundidad, cubriéndola después de tierra, se hallarán á su alrededor durante un período de muchos años bacterias carbunclosas, comprendiéndose sin esfuerzo que los animales que pasten en terrenos así abonados pueden contraer igual dolencia. Por eso, cuando se desconocía la causa productora de semejante azote, designaban los campesinos á determinados lugares con el nombre de *campos malditos*.

Sorprenderá quizás que siendo la tierra un poderoso filtro, permita que los gérmenes suban á la superficie. M. Pasteur ha demostrado que esta acción débese á los gusanos de tierra, que son en cierto modo los vehículos del fermento carbuncloso. Hállanse, en efecto, las bacterias del carbunclo en los pequeños cilindros de tierra fina que los gusanos arrastran á la superficie y que las lluvias disuelven. Precisa, pues, evitar el enterramiento de los animales muertos á consecuencia del carbunclo en terrenos destinados á pastos para ganado lanar ó bien para forrajes. Para evitar la propagación de los gérmenes bastará enterrar á los animales carbunclosos en una tierra arenisca ó calcárea, poco húmeda é impropia para la vida de los gusanos de tierra, ó bien, conforme aconseja M. Aimé Girard, tratar el cuerpo del animal por el ácido sulfúrico, que ofrece la ventaja de transformarlo al cabo de algún tiempo en verdadera masa informe, á modo de negra papilla, que puede combinarse con los abonos, entre ellos los fosfatos, á propósito para extenderlos por la superficie.

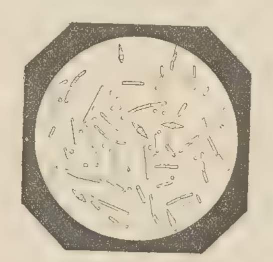


Fig. 2. Fermento butírico visto con el microscopio

La tierra cultivada encierra, como hemos ya dicho, la bacteria de la septicemia de M. Pasteur y el bacillus del tétanos de M. Nicolaier. M. Verneuil ha demostrado que en los animales inoculados con esta tierra virulenta desarróllanse de un modo terrible la septicemia gangrenosa y el tétanos, y M. Macé ha demostrado á su vez que la tierra contenía bacillus tífico.

La circunstancia de contener la tierra microbios patogénicos, ha sido aprovechada por los salvajes de las Nuevas Hébridas (Oceanía) para envenenar sus flechas.

Por lo expuesto se desprende que la tierra encierra multitud de seres microscópicos, algunos de los cuales son verdaderamente peligrosos y la mayor parte de ellos poco conocidos. Así, pues, cuando se halla seca la tierra y el viento levanta nubes de polvo, precisa preguntarse si entre esos millares de partículas suspendidas en la atmósfera hállanse gérmenes bastante poderosos para producir enfermedades como las que acabamos de mencionar. Aunque la cuestión no ha sido todavía bien estudiada, ha de sernos permitido suponer, en vista de la multiplicidad de ejemplos, que dichos gérmenes en tal estado tórnanse inofensivos.

Y tal es así, que actualmente viértese en la que pudiéramos llamar isla de Geunevilliers una gran parte de las aguas sucias y albañales de París, á cuya circunstancia debe sin duda su transformación en fertilísimo jardín, y aquellas aguas contienen un número incalculable de microbios, cuya mayor parte son el germen de enfermedades tan peligrosas como el cólera, tifus, etc. Viértense en la isla unos 50.000 metros cúbicos de aguas sucias por hectárea de terreno, y por esta cifra puede calcularse la enorme cantidad de microorganismos que quedan en la superficie de la tierra.

Si se realizaran los peligros que pueden temerse por la propagación de las enfermedades, habríase observado un aumento de mortalidad en los habitantes de Geunevilliers; mas por fortuna, y á pesar de que hace veinte años que reciben esta semi-inundación, no ha aumentado el número de las defunciones. Esto no obstante, y aunque tal cuestión no ha sido resuelta todavía, puede afirmarse que los microbios que después de haber sido depositados en la superficie de la tierra han sido secados por los vientos, no son en manera alguna peligrosos para la salud.

Por último, además de los seres que hemos citado, contiene la tierra otros fermentos ó bacterias que funcionan de distinta manera y que desempeñan un papel importante desde el punto de vista de la fisiología vegetal. M. Berthelot ha probado por medio de acertados experimentos que la tierra podía retener el ázoe atmosférico por la intermediación de determinados microorganismos. M. Breal publicó en esta revista un estudio acerca de las bacterias de las leguminosas que, como es sabido, tienen la propiedad de asimilar el ázoe del aire atmosférico. En conclusión, la tierra encierra igualmente el fermento nitrificador, á propósito del cual nuevos é interesantes experimentos acaban de llevarse á cabo.

A. HEBERT

(De *La Nature*)

***

INFLUENCIA DE LA LUZ EN LOS FENÓMENOS DE LA VEGETACIÓN

La influencia que ejerce la luz sobre los vegetales es tan manifiesta, que merece lamentarse no se tengan en cuenta sus efectos las más de las veces y sí únicamente aquellos que se producen por el calor. La decoloración de las plantas colocadas en sitios ó lugares obscuros ha sido demostrada por la ciencia, y preciso es tener en cuenta que este fenómeno es absolutamente independiente del calórico. En las plantas que exigen mucho cultivo la acción lumínica no es menos evidente que en las demás, según se desprende de los interesantes trabajos practicados por Sanssure, Boussingault, Dehérain, Grandeau, Aimé Girard, etc. Despréndese de dichos experimentos que los efectos de la luz determinan mayores resultados en la calidad que en la cantidad de los productos. Tal es así, que en los veranos en que el sol no lanza sus abrasadores rayos con la intensidad propia de la estación, las remolachas distínguense por sus menores condiciones sacarinas y las patatas producen menos fécula.

M. Pagnoul, director de la estación agronómica de Arras, ha hecho últimamente interesantes estudios, dignos de ser conocidos. Después de haber demostrado que basta una semiobscuridad para contener el desarrollo de la remolacha y de la patata, dificultando la extracción del azúcar y de la fécula, emprendió sus ensayos con el trébol y otros vegetales. Este último, plantado el 18 de abril último en cuatro vasos de asperón, conteniendo cada uno de ellos veinticinco kilogramos de tierra homogénea, pesaba cada ejemplar el 22 de mayo siguiente de sesenta á ochenta miligramos.

Los tres primeros vasos cubriéronse con campanas de cristal de diferentes tonos. La primera incolora, violada la segunda y negra la tercera, quedando al descubierto el trébol del cuarto vaso. Colocáron-

se las campanas ó fanales, de manera que suspendidas á cierta altura, permitían la libre circulación del aire por debajo de cada una de ellas, así es que la obscuridad no era completa ni aun en la campana negra. Durante el experimento se procuró obtener una temperatura igual.

El 11 de junio las plantas fueron pesadas y cortadas, dando el siguiente resultado: al aire libre, 228 gramos; bajo la campana incolora, 135; bajo la violada 80, y bajo la negra, 24.

El ázoe nítrico fué calculado en dichas plantas con la difenilamina y la cantidad de ázoe total por el método ordinario, obteniéndose por cada millar no desecadas:

	ÁZOE		
	Total.	*Nítrico.*	*Orgánico.*
Al aire libre.	0'310	0'000	0'310
Bajo la campana incolora.	0'321	0'004	0'317
Id. íd. violada.	0'372	0'140	0'232
Id. íd. negra. .	0'417	0'130	0'278

Así, pues, en las plantas expuestas á la completa acción de la luz resulta casi nula la proporción del ázoe nítrico, siendo considerable en aquellas que no gozaron de igual ventaja. Para el ázoe orgánico fueron inversos los resultados. Tórnanse enormes estas diferencias si se calcula, teniendo en cuenta el peso total de las plantas recolectadas, la cantidad total de este ázoe orgánico, ó sea del ázoe que debe abandonar la forma nítrica para adoptar la forma protaica, es decir, penetrar en los tejidos vivientes del vegetal.

Al aire libre, 0'697; bajo la campana incolora, 0'428; bajo la violada, 0'185, y bajo la negra, 69.

Igual experimento llevóse á cabo con las remolachas, después de haber sido rociadas con una disolución de nitrato de soda, dejándose algunas de ellas bajo la acción directa de la luz, otras colocáronse bajo un cobertizo y otras cubriéronse con campanas ó fanales de cristal negro.

El 6 de agosto procedióse á la extracción del ácido nítrico, que produjo la cantidad en miligramos consignada á continuación:

	En las raíces.	*En las hojas.*
A plena luz.	10	0
Bajo el cobertizo. . . .	140	200
Bajo la campana negra. .	175	200

Así obtuvo M. Pagnoul por la acción de la luz los nitratos arrastrados en las hojas por el movimiento ascendente de la savia, que se transformaron seguidamente. Estas sales en la obscuridad acumúlanse en las hojas y en las raíces, conteniendo su transformación, resultando de ahí un alto en el desarrollo de la planta y por ende en la producción de las materias que aquélla debe producir, constituídas por el azúcar en el precedente experimento y por la fécula en la patata.

ALBERTO LARBALÉTRIER
Profesor de la Escuela de Agricultura de Pas-de-Calais

(De *La Nature*)

EL CUADRO DE LA «SANTA ISABEL»

DE MURILLO

Hace algunos meses que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla reclamó del Estado la entrega del cuadro de la *Santa Isabel* de Murillo, apoyándose en cierta clase de consideraciones que se estimaron inatendibles en el informe emitido por la ilustre Academia de San Fernando, á instancia del señor ministro de Fomento.

Hay que tener en cuenta que desde hace algún tiempo se repiten las reclamaciones con sobrada frecuencia. Unas veces se trata de ciertos tapices á los que se cree con derecho determinada comunidad de religiosas, ó bien el *Cristo* de Velázquez, el *Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga*; y á este paso, si se atendieran, ó quedarían vacíos nuestros Museos ó las rentas de la Nación deberían destinarse, durante algún tiempo, al pago de obras que se suponía que á ella pertenecían.

Parece ser que el celebrado cuadro de Murillo fué regalado al mariscal Soult por la susodicha Hermandad durante el período de la guerra de la Independecia, yendo á parar á Francia, de donde fué devuelto á la caída de Napoleón, en unión de algunas, no todas, de las obras de arte que nos arrebataron los soldados del emperador.

Con motivo del informe de la Academia, suscrito por D. Pedro Madrazo, el que lo es correspondiente Sr. Gómez Imaz ha tomado la defensa de la Hermandad, viéndose obligado el Sr. Madrazo á publicar una carta en las columnas de *El Heraldo*, dirigida al director del periódico madrileño, de la que nos permitimos reproducir los siguientes párrafos:

«Me brinda V. con las columnas de su acreditado periódico, como campo de honor donde pueda yo esgrimir mis armas. Agradezco su galantería, y acaso la aprovecharé si, bajo la hermosa divisa de *La Caridad*, no descubro alguna pasioncilla ajena á la santa casa que se supone comprometida. El estilo del paladín oculto me hará ver su cara, y si se confirma mi sospecha, no me molestaré trabando con él un combate estéril para *La Caridad* y para el Arte. Tómelo como quiera: el amigo desleal é ingrato que se disfraza para herirme, sólo me inspira desprecio.

»...Por ahora, y hasta que vea el lujoso folleto de la Hermandad de Sevilla, de afectadito sabor arqueológico en su forma, con su colofón en punta, según me lo pinta el señor Araujo, no puedo juzgar del alcance de las razones que en el terreno de nuestra falta de derecho para seguir poseyendo el cuadro de *Santa Isabel* alega mi impugnador, en contra de unas aseveraciones como las mías, deducidas de documentos oficiales y auténticos, y por lo mismo, de fuerza probatoria incontrastable y contundente.

»...Paréceme, por de pronto, que aun dando de barato que ese bellísimo cuadro, hoy manzana de nuestra discordia, no hubiese sido nunca donado por la Hermandad de Sevilla al mariscal Soult, ha de mirarse mucho el Gobierno antes de alterar el actual estado posesorio y de dar al traste con el respetabilísimo derecho que engendra la prescripción, no sin causa llamada por los antiguos *patrona generis humani* y *finis sollicitudinum*, para adjudicar el hijo á la desnaturalizada madre que le maltrató, arrancándolo de los brazos de la mujer amante y solícita que lo acogió, lo crió á sus pechos y lo enalteció hasta despertar la envidia de la madre criminal. Cualquier gobierno prudente y previsor que pare mientes en la lamentable historia de esos preciosos cuadros de *La Caridad*, y tenga presente el miserable estado en que vinieron á Madrid en tiempo del rey intruso los otros lienzos del mismo hospital *El agua de la peña* y *El milagro de pan y peces*, comprenderá, por el trato que de la Hermandad de Sevilla recibieron estos hermanos de la *Santa Isabel curando á los enfermos pobres*, cuál hubiera sido la suerte de esta joya, hoy tan extemporáneamente disputada, á no haber sido encomendada su conservación, al regresar del Museo del Louvre, al inteligente celo de la Real Academia de San Fernando.»

Veremos al fin cómo se resuelve este asunto, que entraña verdadera importancia, ya que se trata de la conservación de obras de nuestros primeros maestros.



DORADORAS, cuadro de D. Manuel Cusi. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1891 — NÚM. 502

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



OTRO BESO, cuadro de Italo Nunes-Vais

SUMARIO

BOCETOS MARÍTIMOS

LAS DEFENSAS DE UN BUQUE DE GUERRA

Bien dice Enrique Heine en uno de sus pensamientos póstumos, publicados recientemente en París: «El hombre que toma esposa, imita al dux que se casaba con el Adriático; no sabe con quién se une: ¡perlas, tesoros, monstruos, lo desconocido!...»

Y dice bien, porque eso está perfectamente expresado, dentro de la gramática, y hasta si se quiere dentro de la bella literatura: constituye su frase un bonito pensamiento, por lo cual me lo apropio; pero dentro de la exactitud matemática, aun sin apelar á cortapisas que la galantería impone en la emisión de las ideas, ahí sí que no está, porque vamos á ver: ¿dónde están en la mujer los monstruos y las tempestades y lo desconocido, ni qué me importa á mí desconocerlo, si de antemano sé que cada novedad que descubra y comprenda en ella va á ser otro atributo de ángel que iré agregando, encantado y satisfecho, á su conjunto angelical? ¡Monstruos en la mujer y tempestades! ¡Qué desacato! Ya sabemos que «el mayor monstruo los celos,» como dijo el clásico, y que la mujer puede ser celosa; pero lo es con tanta suavidad, con tanto mimo, que los celos en ella constituyen un atractivo más, excepción hecha del vitriolo y de algún otro inofensivo aditamento que emplea en ciertos contados casos. Pues ¿y las tempestades? Llamar tempestades á esos levísimos raptos de entusiasmo que tanto favorecen á la mujer, que son como el taponazo en el *champagne*, un ruido armonioso, precursor del néctar embalsamado y chispeante entre vivaces espumas; llamar tempestad á esa monería, únicas rebeliones de que es capaz la mujer, es llegar al colmo de la exageración y al *acabóse* del atrevimiento, con perdón sea dicho del gran Heine y de sus herederos.

Perlas y tesoros, sí; en eso sí que puede compararse á la mujer con el mar, porque si éste oculta en su seno ignoto la perla de maravilloso oriente y los tesoros que algún naufragio acostó en hondo lecho de arenas, la mujer tiene perlas por dientes, y rubíes en los labios, partidos, naturalmente, en dos; y esmeraldas en los ojos verdes, ó zafiros en los azules, ó carbuncios en los negros «de las huríes del Profeta,» que también, á lo mejor, los tienen verdes, según Becquer; y de tesoros escondidos, ¡oh! de eso no hablemos; baste saber que en ella todos los infinitos naufragios de la vida dan lugar á tesoros: las ofensas recibidas, al perdón bendito; la desgracia ajena, á la misericordia; el engaño sufrido, á la abnegación que olvida, y así sucesivamente hasta el sacrificio y el martirio.

Cierto es que estas piedras preciosas y estos tesoros femeninos no tienen valor efectivo en plaza, aunque muchas los hagan valer en plazas y calles; pero pedir que la humanidad sea perfecta en algo, es como pedir cotufas en el golfo. ¡Ah! Si tales riquezas se cotizaran en Bolsa... podíamos despedirnos de la paz del hogar.

Todo lo dicho cabe muy bien en este artículo, pues ello, al fin y al cabo, es una *defensa*, y aunque no pertenezca precisamente á los buques de guerra, en el ataque ó símil marítimo origen de todo figura el Adriático, y un hombre de mar, como lo soy yo oficialmente, debe intervenir en el asunto, aunque no sea más que para burlarse, como lo verifico yo disimuladamente, de este género de defensas de abogado á tanto por hora ó á cuanto por pliego. Eso sin contar con «la proverbial galantería de nuestros marinos.»

En el mar, donde todo es serio y grave, como que va en ello con una facilidad aterradora esa pequeñez que vulgarmente se llama *el pellejo*, ha de serlo también todo lo referente á defensas, ya que los enemigos con quienes se va á luchar son tantos, tan poderosos y tan constantes; aun estando el buque en puerto y «fondeado en cuatro,» es decir, sujeto por cuatro anclas que hacen de un barco una especie de pirámide de Egipto por lo fijo y lo seguro, aun así, hay agentes flotantes, ó disueltos en el agua, que atacan y destruyen los fondos del bajel hasta ponerlo en un estado lamentable y próximo á la invalidez si no se vigila mucho; cuando el buque navega, sus propios indispensables movimientos son otros tantos ataques á la integridad de su fábrica, que algo se quebranta y sufre con los vaivenes; cuando lo hace en tiempo de guerra «ni que decir tiene» – como suelen ponderar los madrileños finos, – entonces todo se junta: desde las consecuencias perjudiciales del esfuerzo propio, hasta las que con el suyo cause el enemigo, pasando por las *caricias* que el mar reserva á los navegantes.

Si yo no fuera tan insignificante y no estuviera además convencido de que lo soy, que es lo que me detiene y salva á ustedes, ahora mismo *iba* y trazaba un cuadro sinóptico policrómico, así, de muchos colores, expresando los enemigos intrínsecos y extrínsecos de un buque por una parte, y por otra los medios que en el buque existen para vencerlos ó neutralizarlos. La boca se me hace agua pensando en el cuadrito con sus colores variados, sus diferentes líneas que se procura combinar de modo que den un bonito dibujo, sus números árabes y romanos; en fin, con todo el aparato que requiere el argumento de un cuadro de esos que tan de moda están, y que así figuran en las obras de estadística, donde los encuentro muy en su lugar si están bien hechos y demuestran algo, como en las de cocina y en otras, donde encajan como la estopa en las costuras: á martillazos. Nada, que por hoy renuncio al cuadro sinóptico, gráfico y policrómico.

Pero el caso es que son tantos los enemigos de que ha de defenderse un buque de guerra, que para dar una idea de ellos precisa clasificarlos de alguna manera, y á eso vamos sin meternos en honduras ni en cuadros de once varas. Tiene enemigos en sí mismo; en su máquina poderosa, que es preciso forzar á menudo y que hace saltar al barco como un triquitraque; en su cargamento, compuesto casi todo de explosivos tremendos, cada día más peligrosos y estupendos; los tiene en su habitual medio ambiente, en ese mar que en las novelas, y ahí me las den todas, se encrespa (!) y ruge (?), pero que en la realidad, siempre más respetable, lo mismo devora un acorazado de primera clase con sus 800 hombres de tripulación, como le acaeció al *Captain* hace unos años en Finisterre, que se engulle un crucero con sus 150 hombres, como le pasó hace poco al *Serpent* en Camariñas; y á estas aventuras, ó desventuras, mejor dicho, está más expuesto el buque de guerra, que investiga y descubre, que el mercante, que va á cosa hecha con derrotero conocido; y los tiene, por último, en la costa y en el buque del adversario beligerante.

Pues contra esas tres clases de enemigos tiene defensas el buque de guerra, y en el orden en que los hemos citado á ellos, dividiéndolas también convencionalmente y para mayor claridad, por más que cuando llega el caso todas se unen y combinan, vamos á estudiarlas, si estudiar puede llamarse á lo que hacemos en estos bocetillos ¡ay! de tres al cuarto.

Hay quien cree, y apoya en muy buenas razones su creencia, que la velocidad en la marcha constituye un arma poderosa en el moderno buque de combate, pues ella le permite alcanzar al enemigo débil y librarse del fuerte por la huída, constituyendo en ambos casos un importante factor de éxito; y de ahí nace la idea de encerrar en el barco una potentísima máquina, con tiro forzado y cuantos auxiliares pueden aumentar su eficacia en determinados casos; esto naturalmente aumenta también los peligros; pero contra ellos hay: un personal de primera, pues pocos cuerpos existen en nuestro país tan competentes y útiles como el de maquinistas de la Armada, y un material con todas las garantías de procedencia y pruebas que pudiera desear el crítico más exigente. Que á pesar de eso hay que lamentar averías y desgracias, quiere decir que sin eso las averías y desgracias ocurrirían en mayor número. Respecto á las precauciones que se toman á bordo para con los explosivos y otras substancias de difícil manejo, sólo enumerarlas daría materia para un artículo, y mientras me decido á escribirlo adelantaré la tranquilizadora y para mí gratísima noticia de que rara vez esos enemigos causan víctimas entre los esforzados hijos de Neptuno.

Los enemigos que el mar arma contra un buque son de dos categorías: los procedentes del mar en calma, infusorios, reacciones químicas y destructoras de sus elementos con los del buque, etc., y los procedentes del mar en activo, digámoslo así, que varían desde el suave bandazo hasta la voltereta inclusive, pasando por la marejada, la marejadilla (que hace «echar la papilla»), la mar tendida, la de fondo y otras mares más ó menos saladas. Contra todo esto también hay defensa: para la primera categoría mucha imprimación, mucha pintura y entrar en dique á menudo con el objeto de recorrer los fondos; para la segunda una construcción bien calculada y cumplida, una buena distribución de los pesos para que el casco goce de un perfecto equilibrio y se mantenga nivelado, alguna que otra quilla suplementaria ó de balance para aguantar éste y navegar, siempre que se pueda, con sujeción á las reglas que hay dictadas para evitar los efectos de todos esos jugueteos del mar que casi siempre suelen acabar en que se «sube el vino,» ó lo que es lo mismo, en que el barco y sus tripulantes lo pagan.

Pero donde el buque de guerra extrema sus defensas es en el capítulo tercero, en las dedicadas á los enemigos de la costa y buque del adversario beligerante. En eso sí que se echa el resto. Sobre los compartimientos celulares, estancos, numerosos é independientes, la cubierta blindada en forma de caparazón de tortuga, que descompone y mata los choques de los proyectiles; la coraza de acero níquel, el más resistente que se conoce hoy, sobre almohadillados de celulosa, caucho y otras materias esponjosas que al mojarse se hinchan y obturan herméticamente el agujero hecho; sobre esto la red de mallas de acero, que enreda y detiene los torpedos; haciéndolos estallar á dos metros del costado; sobre todo esto los proyectores fotoeléctricos, que descubren y desarman al agresor cuando está distante aún; y sobre todo y por encima de todo la pericia de un buen comandante, que es el alma de un buque y que hace más con su valor y su serenidad, ayudados por la disciplina de la gente y el buen estado del material, que cuantos mecanismos puedan inventar la prudencia humana y el espíritu de la propia conservación llevado hasta el delirio.

Lo que es por haber, como se ve, hay defensa contra todo; la hay hasta contra el mareo, que es uno de los mayores enemigos de la navegación; para evitarlo unos toman potingues, otros hacen acopio de paciencia hasta que se van *jasiendo*, otros se van al Retiro y algunos lo solicitan y lo obtienen, aunque con *r* minúscula; pero si vale decir la verdad, y sin perder de vista el lado práctico de las cosas, sin olvidar que el mimísimo Don Quijote, el español más célebre que ha nacido, llevaba junto á sí á Sancho Panza que de buenas le libró; á decir verdad, yo creo que la mejor defensa que el buque de guerra ofrece al hombre está en que éste aproveche el derecho que asiste á todos de... quedarse en tierra.

Esa es la única defensa positiva; todas las demás pueden marrar y marran cuando menos lo espera uno.

FEDERICO MONTALDO

LA CADENA INVISIBLE

NOVELA ORIGINAL

(Conclusión)

Gaultier había presentado al conde á su amada bajo un nombre de amistad, sin revelar su nombre verdadero, como se acostumbra en tales casos, especialmente cuando aquel á quien se presenta es casado y lleva un noble apellido. Esforzóse el conde de Etruria por disimular la impresión que la joven le causaba, y viendo á Gaultier dar á *Resignación* un beso ardiente, apresuróse á salir de allí despidiéndose en breves palabras afectuosas que ocultaban una emoción profunda.

En la noche de aquel mismo día circuló por París el rumor de que Gaultier acababa de ser preso. El banquero *Llave de Oro*, de quien hemos hablado ya, había sido asesinado en circunstancias inexplicables, y una mano desconocida escribió al jefe de la policía parisiense denunciando á Gaultier como presunto autor del crimen.

– ¡Ya cayó el gascón de las buenas conquistas!, exclamaron por todas partes, en los teatros, en los círculos y en los cafés á la moda los enemigos y los rivales del audaz aventurero.

¿Qué relaciones mediaban entre *Llave de Oro* y Gaultier? Se sabía que el gascón había pedido varias veces dinero prestado á *Llave de Oro* y que éste se negó siempre á darle cantidad alguna. Gaultier detestaba al banquero y solía llamarlo *el Judío*. En



Dibujo de Guillermo Kuhnert

efecto, *Llave de Oro* pertenecía á la religión israelita. Sabíase también que la pasión dominante del banquero era la de las mujeres. Al salir Gaultier del *Pavillon Royal* con *Resignación* cruzáronse en la puerta misma con el banquero que entraba. Se le había visto á *Llave de Oro* hablar breves instantes con Gaultier mientras la joven subía al coche que los aguardaba á la puerta. Según testigos oculares, del gesto de *Llave de Oro* al hablar á Gaultier parecía desprenderse que el banquero le felicitaba al gascón por su buena fortuna.

Llave de Oro había sido extrangulado en una casita de campo que poseía en Saint-Cloud. Su desaparición causaba grande inquietud en las oficinas y en su domicilio, y por fin fué hallado muerto en la casita de campo sin que se pudiera precisar exactamente el momento del crimen. Mas todo hacía creer que el asesinato fué cometido la misma noche del



Dibujo de Guillermo Kuhnert

día en que *Resignación* fué vista con Gaultier en el *Pavillon Royal*. El móvil de aquel crimen había sido evidentemente el robo. Los empleados del banquero israelita declararon que éste, contra su costumbre, al volver del Bosque de Bolonia el último día que se le vió, fué á la caja, tomó de ella cuarenta mil francos en billetes y los puso en su cartera. La cartera de *Llave de Oro* fué hallada completamente vacía en la casita de Saint-Cloud. Los médicos que reconocieron el cadáver certificaron que el crimen había sido cometido por un hombre de fuerte musculatura, sin instrumento alguno ni otro auxilio que el de sus propias manos.

Figuraos la brusca sorpresa del conde de Etruria cuando á eso de las nueve de la noche llegó á sus oídos la noticia de la prisión de Gaultier, á quien había dejado en brazos de *Resignación* Circulaban rumores de que la policía buscaba con empeño á la joven misteriosa cuya posesión tantos á Gaultier le envidiaban. Añadíase que los agentes de la seguri-



Dibujo de Guillermo Kuhnert

dad pública estaban ya sobre la pista del nido de amor donde el gascón tenía oculta á la joven y que ésta iba á caer en manos de la policía de un momento á otro.

El conde fué inmediatamente asaltado por la idea de poner en salvo á *Resignación*, si de ello era tiempo aún. Nadie más que él conocía el sitio donde la joven se hallaba. Para poner en práctica su plan debía obrar rápidamente; la policía tiene medios muy eficaces para descubrir en pocas horas el paradero de una mujer hermosa que se oculta. No quedaba un instante que perder; el conde lo comprendió así, y pensando más en *Resignación* que en Gaultier resolvió ir aquella misma noche al misterioso hotel inmediato al Bosque de Bolonia, prevenir á *Resignación* de lo que pasaba y sacarla de allí si era posible, pues los agentes de la seguridad no habrían dejado de enterarse de la presencia de Gaultier por aquellos sitios.

Tomando grandes precauciones para no ser segui-



Dibujo de Guillermo Kuhnert

do, el conde de Etruria, después de algunos rodeos por los barrios próximos al arco de la Estrella y al Bosque de Bolonia, se decidió á llegar hasta las cercanías del hotel de *Resignación*. Nada observó allí de anormal, ni había vigilancia de ninguna especie en la calle que daba entrada al hotel, ni nadie iba siguiéndole.

Al cabo se aventuró á llamar. La puerta del hotel se abrió y la misma *Resignación* corrió á abrir la verja. La prontitud con que salió la joven apenas el conde hubo llamado, revelaba bien la impaciencia con que *Resignación* aguardaba á Gaultier.

Esta se quedó vivamente sorprendida cuando vió ante sus ojos al conde. Al abrir la verja del jardín y buscando en vano con la mirada á su amante, exclamó llena de extrañeza:

–¿Y vuestro amigo? ¿No viene? ¿Qué es lo que ocurre?

La joven tuvo el presentimiento de que algo extraordinario sucedía.

Al penetrar el conde de Etruria en el saloncito donde dejó á Gaultier entregado á su envidiable felicidad y al encontrarse con *Resignación* á solas, la nobleza de su carácter reprimió en él toda tentación de infidelidad á su amigo: el conde era demasiado orgulloso para intentar aprovecharse de la situación en que Gaultier se hallaba. Además, la impresión que la encantadora beldad le producía, con ser tan viva y tan honda, no era una de esas emociones que se traducen por el deseo, sino más bien la que causa un hechizo prestigioso que absorbe dulcemente el espíritu, algo superior á la idea de la posesión, que por su misma pureza seduce y embriaga.

La situación del conde era muy difícil, pues comprendía que la joven estaba en la más absoluta ignorancia de lo que ocurría. ¿Cómo dar á *Resignación* una noticia semejante? ¿Cómo decirle que aquel á quien amaba había sido preso, acusado de un asesinato y de un robo? Mas no había otro remedio; á eso precisamente había ido al ignorado hotel. ¿Cuál iba á ser la situación de aquella pobre muchacha, al verse en el mundo sola y perseguida cuando acababa de romper su cadena? No era, pues, únicamente la situación de Gaultier lo que tenía el conde que explicar á *Resignación*, sino la situación crítica que á esta misma se le había creado, acusada de tan monstruosa complicidad.

Por fin, después de algunos instantes de vacilación y de angustia, el conde enteró á la joven de lo que pasaba. La impresión que en ella produjo la noticia convencióle al conde de Etruria de que *Resignación* amaba á Gaultier; Gaultier había roto una cadena invisible que la aprisionaba; Gaultier era el primero que la había hecho sentir las sensaciones del amor. La joven mostrábase aún más bella en su desesperación, y la franca ingenuidad con que en su amargura expresaba aquel amor ardiente, aumentó el prestigio misterioso en que *Resignación* aparecía envuelta á los ojos del conde.

De buena gana le hubiera éste preguntado qué cadena era la que Gaultier había roto y cuál era el secreto que la rodeaba antes de que el gascón la hiciese suya. Mas el respeto que ella le inspiraba en su desdicha impidióle formular una pregunta tan indiscreta.

Si las explicaciones que el conde acababa de dar á *Resignación* eran ya por sí mismas en extremo embarazosas, más embarazosa aún era la situación en que se veía el conde; ante todo era preciso evitar que *Resignación* cayese en manos de la justicia. Hay quien de entre las manos de la justicia sale libre, pero no hay quien no salga manchado.

Pasada la primera impresión y en cuanto la emoción de la sorpresa quedó vencida, hubo que discurrir sobre el partido que *Resignación* debía tomar. La primera idea de la joven había sido la de presentarse al juez y probar la inocencia de Gaultier, pues éste para *Resignación* era de todo punto inocente; no consideraba posible que el hombre á quien amaba fuese capaz de un asesinato y de un robo. El conde, aunque nada comunicó á la joven de ciertas sospechas que le asaltaron, no estaba tan seguro de la inocencia de Gaultier; hizo pasar ante los ojos de *Resignación* todo el tormento de la instrucción judicial, de los interrogatorios y de los careos; le pintó los horrores de la prisión preventiva y el continuo asalto de que su hermosura sería objeto durante el curso del proceso por cuantos á ella tuvieran que aproximarse; trazó ante ella con vivos colores el cuadro de la audiencia pública; y recordó una multitud de errores judiciales descubiertos cuando ya no quedaba reparación alguna posible en favor de los inocentes; y antes de que el conde de Etruria acabara de desarrollar su tema, *Resignación*, convulsa, con las manos crispadas y destrenzado el cabello, clavados los ojos en un punto fijo, como si percibiera una visión terrible, exclamó, dando un grito, en la más sublime actitud trágica:

–¡Ah! ¡No! ¿Yo entregarme á la justicia? ¡Jamás!

. . . .

Poco tiempo después de estos sucesos, en las primeras horas de una madrugada lluviosa y desapacible, iba á funcionar en París la guillotina. Todo ese público de hombres estragados á quienes gusta lo repugnante y de viles rameras que suele acudir á las ejecuciones, agolpábase en las cercanías de la plaza fatídica donde el verdugo debía cumplir su misión.

El reo á quien se iba á ejecutar era Gaultier. El crimen de que se le acusaba había sido plenamente probado. Los cuarenta mil francos que el gascón decía haber ganado al juego eran los mismos cuarenta mil francos que *Llave de Oro* tomó de su caja pocas horas antes de salir para Saint-Cloud. El banquero que esperaba allí la dicha, halló la muerte; fué á caer en el lazo que Gaultier le había tendido. Creyó de buena fe que el audaz aventurero no era capaz de ilusionarse más que por un puñado de oro, y pagó con la vida su funesto error.

Como de costumbre, en las noches en que la guillotina funciona, todas las tabernas próximas al lugar siniestro estaban ocupadas desde antes de media noche por un gentío ruidoso y procaz que entonaba las más insolentes y groseras canciones con voz enronquecida por el vino. En el entresuelo de una de aquellas tabernas, de cuyo balcón se veía la plaza, y en un cuarto reservado que el conde de Etruria pudo conseguir mediante un precio elevadísimo, hallábase el conde y *Resignación* esperando con ansiedad el fatal instante.

Resignación estaba enlutada. Notábase en su rostro una palidez marmórea. Quería ver á su amante por última vez, aunque fuese de lejos.

Había logrado el conde evitar que la joven cayese en poder de la justicia, escondiéndola en un sitio donde la policía, á pesar de su empeño de apoderarse de una mujer tan hermosa, no consiguió dar con ella. Los agentes de la seguridad sospechando que el conde la ocultaba habíanle seguido durante el proceso; mas resuelto aquél á salvarla á todo trance, se limitó á ir á verla á su escondite dos ó tres veces apenas, adoptando para ello las más exageradas precauciones. Su respeto hacia *Resignación* aumentaba cada vez que de nuevo la veía. La gravedad de la situación y su natural altivez formaban barrerra insuperable que le hubiese detenido ante toda idea liviana. Abusar de las circunstancias que rodeaban á la joven hubiera sido un acto de villana cobardía.

Resignación, conmovida por un profundo sentimiento de gratitud, había dicho una vez al conde:

–¿Cómo podré pagar á mi generoso protector tantas bondades?

El conde de Etruria pidió á la joven como única recompensa de su protección y de sus desvelos que le confiase el secreto de aquella cadena invisible que Gaultier había cortado. *Resignación* tuvo un momento de duda; mas al cabo, estrechando fuertemente la mano del conde, prometióle revelarle el secreto.

No accedió fácilmente el conde de Etruria al vivo deseo que la joven sentía de ir á ver á Gaultier en el decisivo trance. Aquello le parecía horrible; habíase esforzado por disuadirla de semejante propósito. Mas cedió, oyendo á *Resignación* invocar el primer latido de amor que había sentido en su existencia.

Mientras aguardaban que el momento cruel llegase, la joven, casi enloquecida por el dolor, empezó á contar al conde el secreto cuya revelación le había prometido.

–Oídme, le dijo, lo que ni al mismo Gaultier le he contado en los breves días de nuestra felicidad. El secreto de mi vida es un secreto aterrador. Me había jurado á mí misma no revelárselo á nadie; sólo á vos os lo confío. Sacrifiqué mi existencia y hasta mi propio honor al honor de mi familia; refrené los impulsos de mi corazón, renuncié á las alegrías de la juventud por salvar del oprobio un nombre ilustre, un nombre que fué la gloria de un pueblo. ¡Yo soy descendiente de reyes!...

Al escuchar estas palabras el conde se estremeció y brilló en sus ojos un fulgor extraño.

–Sí, soy descendiente de reyes, continuó *Resignación*, casi ahogándose en sollozos. Un día, cuando yo era muy pequeña, un hombre vino á buscarme á la humilde pensión donde yo me educaba. Me anunció que mi padre, que era un rey proscrito, acababa de emprender un largo viaje sin poder despedirse de mí; pero me traía él su despedida y me dijo que él de mí quedaba encargado mientras la ausencia de mi padre durase. La despedida venía escrita con mano temblorosa... Más tarde me hizo saber que mi padre había perecido en un naufragio...

Al llegar á este punto parecíale al conde de Etruria que soñaba; su frente ardía.

–Por fin, algún tiempo después supe toda la espantosa verdad; aquel hombre me reveló que mi padre había sido ejecutado como autor de un crimen en el cual no había tenido parte alguna, pero cuyas circunstancias lo condenaban. Obligado á vivir en la mayor pobreza, ocultábase bajo un nombre supuesto para sustraerse á la vergüenza y al ridículo en que lo colocaba su falta de recursos. Se obstinó durante el proceso en no declarar su verdadero nombre; como ciertas coincidencias lo perdían, previendo que una pena infamante iba á caer sobre él, prefirió dejar su nombre en el misterio á cubrirlo de ignominia para siempre!... Mas antes de morir le dijo al verdugo, la única persona á quien se confió: «Soy el destronado rey de Etruria. Tengo dos hijos, un niño y una niña. Te entrego las señas de las pensiones donde se educan. Ahí va por escrito mi despedida para que la hagas llegar á mis hijos. Anúnciales al enviársela que he muerto en un naufragio.»

El conde, perdida la razón, estrechando á *Resignación* entre sus brazos, sin fuerzas casi para seguir oyéndola y luchando horriblemente entre el impulso natural que le inclinaba á gritar «¡Estela, hermana mía!» y su ansiedad por medir aquel profundo y negro abismo entre cuyas sombras su pobre hermana había rodado y se había hundido el honor de toda su familia, aún sacó fuerzas de su desesperación para sobreponerse al dolor enorme que en él produjo aquel golpe tremendo, y cubriéndose el rostro, excitó á Estela á que siguiera hablando.

–¿De modo que aquel hombre que fué á buscaros á vuestra pensión era el verdugo?, preguntó el conde con honda inquietud.

–No, exclamó ella, no era el verdugo. Yo me hubiera dado cien veces la muerte antes que entregarme al hombre que arrancó á mi padre la vida. El verdugo confió el encargo que de mi padre había recibido á un hombre rico y sin familia que vivía aislado y cuya fortuna le permitía ponerme al abrigo de las necesidades de la existencia. Yo al principio no me mostré ingrata á la viva solicitud de que fuí objeto por parte de aquel protector generoso... Pero un día, ¡ah! un día abusó cobardemente de mí, y cuando iba á abandonarlo para ir á ocultar lejos de él mi vergüenza, me amenazó con hacer pública la ejecución de mi padre, ¡y la idea de que el nombre glorioso de los reyes de Etruria fuese á caer para siempre en la más atroz deshonra me volvió loca, me hizo sucumbir bajo las caricias malditas de aquel infame!... Mi desfallecimiento en aquella lucha desigual fué tan completo que acabé por aceptar el sacrificio resignada... Esforzábase aquel hombre inútilmente por distraerme, por hacerme olvidar la repugnancia que su acto innoble me había inspirado; cubríame de lujosos vestidos y de ricas joyas, puso á mi disposición un magnífico carruaje para que fuese á respirar el aire del Bosque; pero me hacía vivir en el aislamiento, tenía miedo de que fuese á romper la misteriosa cadena con que á él me sujetaba, y una que otra vez, cuando le atormentaban los celos, recordábame el fin ignominioso y secreto de los reyes de Etruria... Una tarde de abril el amor murmuró á mi oído algunas frases seductoras, despertóse mi corazón á un sentimiento nuevo é indefinible que me embriagaba; amé á Gaultier, á vuestro amigo; en busca de la felicidad que él me prometía rompí mi cadena, y temo que el hombre que me tuvo cautiva cumpla su amenaza y deshonre públicamente por causa mía la dinastía de los reyes de Etruria.

Cuando el conde, sin fuerzas, sin voz, sin aliento, iba á desplomarse bajo el peso invencible de aquellas revelaciones abrumadoras resonó en la calle un vocerío infernal; oíanse gritos descompasados de hombres y de mujeres y agudos silbidos; las gentes corrían atropellándose en revuelta confusión; un ruido lejano que avanzaba, haciéndose más perceptible á cada segundo, mezclábase con el vocerío que aturdía la calle.

El conde y Estela pusiéronse de pie, saliendo de su postración. La joven se acercó á los cristales, miró hacia afuera y puso el oído atento. Vió á las gentes correr y oyó gritar: «¡La guillotina! ¡La guillotina!»

–¡Ah! ¡Gaultier va á morir!, exclamó, manteniéndose en pie con dificultad.

Hubo un instante en que el ruido subió de punto; la máquina fatal iba á pasar por delante de la taberna. La joven abrió el balcón, fué á asomarse y el conde la retuvo. Pero ella, cual si una vigorosa corriente eléctrica la hubiera agitado, desprendióse de la mano del conde que la retenía, se acercó al balcón resueltamente, clavó sus ojos en el siniestro vehículo y gritó, cogiendo al conde de un brazo y haciéndole mirar fijamente los caballos que tiraban de la guillotina!

–¡Oh! ¡Mirad! ¡Son mis caballos blancos!



UNA EJECUCIÓN DE PIRATAS EN CHINA. (De una fotografía.)



UNA EJECUCIÓN DE PIRATAS EN CHINA.—DESPUÉS DEL SUPLICIO. (De una fotografía.)

El conde reconoció los caballos que en el Bosque de Bolonia tiraban del coche de *Resignación.* ¡Eran los caballos de la guillotina!

– ¡Oh! ¡Mirad aún!, añadió la desdichada, señalando al verdugo. ¡Ese, ese mismo es el hombre que se apoderó de mí y que ultrajó mi honor!

El conde vió á Samsón, el verdugo famoso por sus aventuras galantes, el mismo que había ejecutado al último rey de Etruria.

La guillotina pasó; el gentío se fué tras ella, riendo y cantando; el conde, horrorizado, arrancó del balcón á su hermana; figurábasele que todos los que iban por la calles miraban hacia allí y la reconocían. La llevó al extremo opuesto del cuarto y mirándola inmóvil, como si empezara á tener dudas de si aquello que veía era una realidad ó un sueño, exclamó, dominando la emoción que le embargaba:

– ¡Estela!

Al oir este nombre, la joven miró al conde con una expresión de incredulidad mezclada de angustia suprema. Diríase que había quedado petrificada.

El abrió sus brazos, ella abrió también los suyos y cuando los dos hermanos iban ya á confundirse en un abrazo estrechísimo, Estela retrocedió, se cubrió con una mano el rostro, empujó con la otra rápidamente la puerta y desapareció de allí. En vano el conde corrió á detenerla; su desaparición fué instantánea.

En la tarde del siguiente día fueron llevados al domicilio del conde de Etruria algunos objetos procedentes del país donde sus padres habían reinado, varios recuerdos de familia y un cuadro de grandes dimensiones que ni siquiera quiso descubrir. Hasta tal extremo le dominaban las emociones que algunas horas antes había sufrido. Mas leyendo maquinalmente la carta del viejo y fiel servidor que desde el país de Etruria le enviaba aquellos recuerdos antes que se perdieran entre las ruinas del castillo señorial de sus antepasados, que estaba ya derrumbándose, halló el conde esta frase que le hizo salir de su abatimiento prestando á su rostro animación extraordinaria: «El cuadro que recibirá Su Alteza con los objetos que en el castillo señorial se conservaban llegó aquí hace muy pocos meses con esta inscripción: *Cautividad de una princesa de Etruria.* Aún no he logrado saber quién ha hecho ese don al castillo»

El conde descubrió el cuadro precipitadamente; era la inspirada obra de arte que representaba á *Resignación* sujeta por la cadena oculta.

A los pocos días; el verdugo de París, Samsón, fué destituído. Explicóse su destitución de mil maneras: decían unos que había sido motivada por su vida licenciosa; en efecto, Samsón, que recibió de sus padres una cuantiosa herencia, hacía una vida de lujo y de placeres. Otros dijeron que Luis Felipe no quería tener por servidor al descendiente del que ejecutó á uno de sus antecesores. Los mejor informados aseguraban que la destitución de Samsón había sido resuelta después de leída por el rey una relación de la policía secreta de París, donde constaba que el verdugo había abusado de un secreto recogido al pie de la guillotina, merced al cual sedujo á una princesa extranjera.

Aunque al ser relevado en sus funciones había ya perdido casi toda su fortuna, conservó por algunos años los caballos blancos de la guillotina, que eran de su propiedad. Los habituales concurrentes del Bosque de Bolonia veían muchas tardes llegar el coche y los mismos caballos que antes conducían á la joven misteriosa; pero en lugar de aquella fascinadora hermosura iba Samsón, proclamando cínicamente su triunfo ante aquellos innumerables adoradores que á *Resignación* siguieron y que se hubieran sentido felices sólo con una de sus miradas.

Ernesto García Ladevese

LA AUTOPSIA

I

¡Vaya si era bonita Magdalena!, la hija del señor Policarpo, el carpintero de la Cava Baja. Tenía una mata de pelo que Dios se la había bendito, y como era hija de sevillana, se ponía en la cabeza una azucena (cuando las había) que no había más que ver con el contraste de lo blanco sobre lo negro. Pues ¿y los ojos? ¡Oh! Los ojos eran madrileños: intencionados y antojadizos; lo cual hacía que algunos creyeran que era fácil posesionarse de aquellos luceros. Pero ¡ca!, á buena parte iban; á poco que la incomodasen ella los ponía en blanco y soltaba una *mascá* al lucero del alba. Desde San Francisco el Grande hasta la plaza Mayor tenía Magdalena fama de arisca, y como muchos la hacían cucamonas y ella ni los miraba siquiera, sus amigas y vecinas de la calle apodábanla *la Cibeles*, suponiéndola tan dura de corazón como es dura la diosa que campea en la fuente del Prado.

Pero al que más mella le hacía esta adustez de la muchacha era á Manuel, el estudiante de medicina y practicante del hospital general, pues si algún otro podía estar encaprichado por Magdalena, el pobre Manuel sentía por ella una verdadera pasión. Y lo que más desesperaba á todos es que la hermosa carpinterita sólo era despegada para sus galanes, pues por lo demás y para los demás tenía un trato tan afable y un carácter tan alegre que cautivaba.

Manuel estaba *derretido*, como vulgarmente se dice, y se pasaba todo el tiempo que sus estudios y ocupaciones le permitían rondando por los alrededores de la Cava Baja y acechando la tienda en donde habitaba su adorado tormento

Cuando Magdalena le veía, que era casi siempre que salía ó que se asomaba á su puerta, parecía no fijarse en él, aunque no sé si le miraría con el rabillo del ojo, que es como suelen mirar las mujeres; y esta indiferencia hacía que él estuviera tímido y cortado. No se atrevía á hablar á su ídolo. Sólo en una ocasión, con motivo de la Minerva de San Andrés, entre la multitud de gente, hallándose cerca de la muchacha atrevióse á decirla esta frase, banal como las de todos los grandes enamorados, á quienes la emoción priva de la elocuencia:

– Magdalena, ¡por Dios!

Ella le miró un momento, no contestó y no volvió á mirarle.

Y ciertamente Manuel no merecía este despego. Era un guapo muchacho, honrado, inteligente, estudioso, que tenía un buen porvenir cuando terminara su carrera con la brillantez que era de esperar, y con el apoyo de su padre, notario en Burgos, á quien se le suponían cuantiosos ahorros.

Las amigas y vecinas de Magdalena dábanla broma con el amartelado estudiante, eterno rondador de la Cava Baja, y su padre, el señor Policarpo, soltábala algunas cuchufletas; pero ella solía contestar:

– Déjenle ustedes que pierda su tiempo como los demás.

II

Magdalena era huérfana de madre y tenía un hermanito de cinco años de edad, de suerte que ella se ocupaba en todas las faenas de la casa, que desempeñaba á las mil maravillas. Un día, en plena primavera, amaneció con un tiempo nubloso y casi glacial, y su padre, al irse á misa, pues era día festivo, encargóle que *echase brasero.* Observen ustedes las añagazas de que se vale el enemigo malo para tejer malamente los destinos humanos: aquel día se valió de uno de esos extemporáneos fríos que suele hacer en Madrid. Estaba Magdalena encendiendo el brasero en el quicio de la puerta de la tienda, de cara á la calle, y su hermano Antoñito jugueteaba en aquélla y en la trastienda. El niño había cogido de no se sabe dónde una caja de fósforos, encendió uno sin ruido, y viendo un montoncito de virutas cerca de la salida de la tienda, al lado de su hermana, ocupada en su faena, parecióle conveniente y divertido prenderle fuego. Ardieron las virutas sin advertirlo la muchacha; ésta, que estaba inclinada aventando el brasero, incorporóse un instante para descansar; el movimiento hízola retroceder hasta llegar junto á la hoguerita encendida por su hermano, el fuego prendió en la falda, y casi instantáneamente Magdalena hallóse envuelta en llamas. Se aturdió, como en tales casos suele suceder, y salió á la calle corriendo y gritando. El primero que la vió fué el estudiante de medicina que, como siempre, andaba como alma en pena por aquellos alrededores, y abalanzándose á ella la estrechó entre sus brazos, no por abrazarla, sino para apagar el fuego. Afortunadamente, como la mañana estaba fría, Manuel llevaba un sobretodo de entretiempo, y envolviéndola en él consiguió extinguir la llama.

En este momento volvía de misa el señor Policarpo, que acudió en auxilio de su hija, desmayada de susto, y después que ésta volvió en sí, notó el maestro carpintero que Manuel tenía quemada la mano izquierda. Sobresaltóse y le acompañó á una botica próxima, donde le pusieron un calmante y un vendaje, y ambos se despidieron ofreciéndose mutuamente la casa.

Aunque Magdalena salió completamente ilesa de aquel incidente, durante todo el día se habló del suceso en toda la calle, alabando los vecinos, por unanimidad casi, el arrojo y oportunidad con que el joven estudiante acudió en socorro de la carpinterita, que era la niña mimada del barrio. Magdalena oía los comentarios y se ponía pálida ó colorada, según la daban bromas con el *osito*, que así apodaban á Manuel, ó conforme su padre la recordaba la lesión que el joven había sufrido en la mano. Durante todo el siguiente día nadie vió pasar por la calle al amartelado practicante, y eso que Magdalena se asomó á la puerta de la tienda con más frecuencia que de costumbre. Al otro día sucedió lo mismo, tanto, que el señor Policarpo preguntó á su hija cuando se sentaron á la mesa para comer:

– ¿No has visto pasar á tu *osito?* El carpintero también le llamaba así.

– No, padre, contestó Magdalena, balbuciendo.

– Es extraño. ¿Estará indispuesto de resultas de la quemadura?

– Puede que sí.

– Debería ir á verle, que bien lo merece, pero se me han olvidado las señas que me dió. Sólo recuerdo que dijo calle de Santa Isabel.

– En el hospital ó en el colegio de San Carlos le darán á usted razón.

– ¿Cómo se llama? ¿Lo sabes tú?

– No estoy segura, pero me parece que es Manuel Almazán.

III

En efecto, como al día siguiente tampoco el joven se dejara ver, el bueno del carpintero, previo informe en el hospital, se presentó en casa de aquél, á quien halló en cama, y á su lado un médico que le colocaba un apósito en la mano quemada. Las quemaduras habían producido llagas, y sabido es que éstas suelen tener peores resultados en la primavera. Manuel tenía fiebre bastante alta desde hacía dos días, y cuando el médico salió en compañía del señor Policarpo, expresó á éste sus temores de que el joven perdiera la mano. Con estas noticias llegó el carpintero á su casa, y padre é hija lamentaron de todo corazón aquella desgracia originada por causa suya. El carpintero fué la mayor parte de las noches á ver al enfermo, y Magdalena estuvo aquellos días inquieta y desasosegada, si no por amor, que no me atrevo á asegurarlo, por lo menos por lástima y agradecimiento. Una mañana recibió una carta por el correo interior: era de Manuel y decía poco más ó menos así:

«Mi... estimada Magdalena: sólo en un caso especial como en el que me hallo, me atrevería á escribir á usted sin su permiso. Mi médico cree necesario cortarme la mano para salvarme el brazo; y como sin esta contingencia no he tenido la suprema felicidad de llegar al corazón de usted, con mayor razón debo perder toda esperanza cuando me halle mutilado. Permítame usted, pues, esta expansión y tenga entendido que nadie la habrá querido ni la querrá como este disdichado que sólo halla lenitivo á su pena pensando que sufre por usted y que ha podido servirla en algo...»

Esta carta, sentida y sencilla al mismo tiempo, conmovió profundamente á Magdalena que, como buena hija de Madrid, tenía fino el corazón, y en lo tocante al señor Policarpo, á quien su hija enseñó la carta, sintió aumentarse su simpatía hacia el joven estudiante y aquella misma noche fué á verle, encontrándose con una fausta novedad. Era que habiendo regresado de Andalucía el célebre operador Toca, del que era protegido Manuel, y sabiendo el estado en que se hallaba, le reconoció la mano, y después de llamar animales (según costumbre) á los dos cirujanos que le asistían, casi aseguró al enfermo que le sacaría adelante sin necesidad de operación alguna.

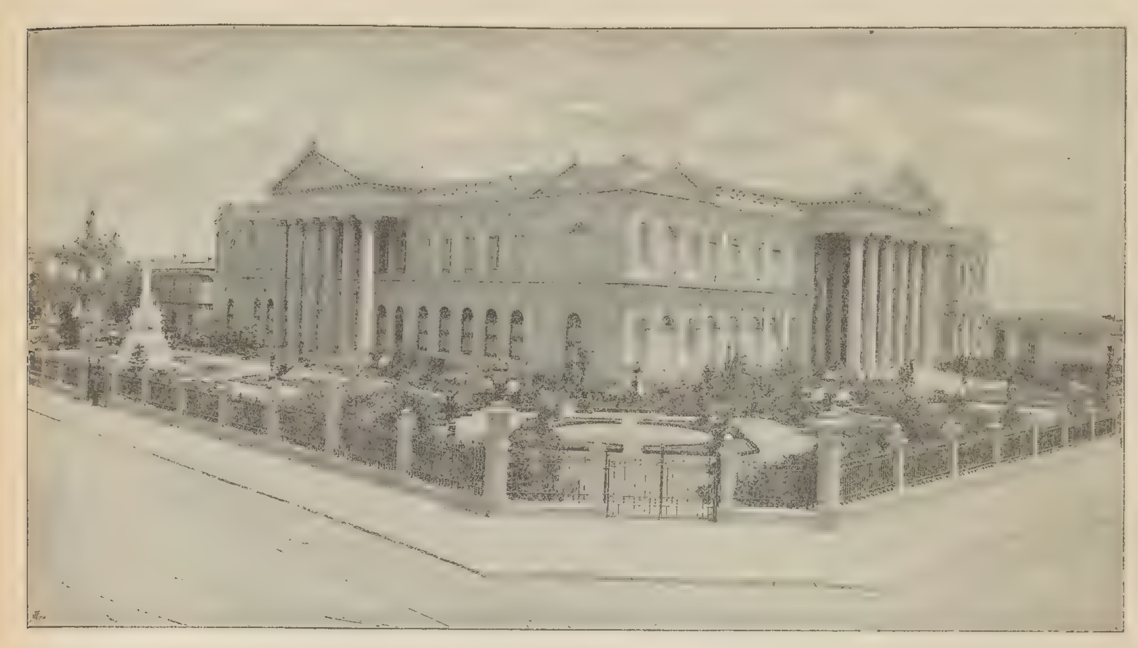
Y en efecto, cumplió su promesa. En quince ó veinte días el joven hallóse restablecido por completo, quedándole sólo en la mano la señal de las quemaduras. El primer día que pasó por la Cava Baja, Magdalena estaba por casualidad asomada á la puerta de la tienda, y tuvo que apoyarse en el quicio, porque se tambaleaba de emoción. Avisó á su padre, que estaba trabajando, y el buen hombre, atravesando la calle, salió al encuentro de Manuel, y dándole la enhorabuena, hízole entrar en la tienda. Los dos jóvenes, á quienes sin abusar podemos ya llamar amantes, balbucieron algunas palabras, y el señor Policarpo mandó á Magdalena sacar una botella de vinillo blanco de Rueda, que reservaba para los días que repican tieso; botella que desocuparon todos los presentes, que eran seis, contando al niño Antoñito y al oficial y aprendiz que trabajaban en la carpintería.

Los vecinos más próximos observaron todo esto, y cuando Magdalena pasó al anochecer, según costumbre, á la latonería de enfrente á ver á su amiguita Rosa, la dijo ésta:

– «Vaya, Magdalena, me parece que las cosas van por buen camino. Supongo que de hoy en adelante ya no te llamarán *la Cibeles.*»

F. Moreno Godino

(Concluirá)



SANTIAGO DE CHILE. - PALACIO DEL CONGRESO. (De una fotografía remitida por D. José Mariscal, gerente de «La Joya Literaria.»)

SECCIÓN AMERICANA

SANTIAGO DE CHILE

Santiago de Chile, capital del departamento y provincia de su nombre y de la República chilena, es una de las ciudades más importantes de la América del Sur por la magnificencia de sus edificios públicos y particulares, por la belleza de sus paseos, por sus monumentos, comercio, población y grado de cultura de sus habitantes. Ocupa una situación sumamente pintoresca en medio de una vasta y fértil llanura, entre los pequeños cerros de Navia, Blanco, San Cristóbal y Apoquindo y atraviésala de Oriente á Poniente el río Mapocho. Sus calles córtanse en ángulo recto, formando manzanas de 125 metros de lado, y las casas antiguamente construídas de adobes y con sólo planta baja son hoy en su casi totalidad elegantes edificios de cal y ladrillo y constan de dos pisos, altura que los frecuentes terremotos no permiten sobrepujar. Varios puentes ponen en comunicación la ciudad propiamente dicha con el arrabal de La Chicha, emplazado al Norte del Mapocho. Entre las principales plazas merece especial mención la Plaza de Armas, en cuyo centro se eleva una hermosa fuente de bronce y á cuyos lados se alzan la catedral, el palacio arzobispal, el del Gobierno, el Gran Hotel y otra porción de edificios suntuosos.

Muchos son los edificios públicos notables que posee Santiago de Chile, distinguiéndose entre ellos la Casa de la Moneda, bella construcción dórica donde tienen su residencia el presidente de la República y sus despachos los ministros; el edificio de los Tribunales, ocupado por la Corte Suprema de Justicia, las de Apelaciones y los juzgados civiles y otras oficinas; el Teatro municipal, uno de los más suntuosos de América; el palacio de la Exposición, en que se encuentra un Museo que contiene diversas secciones de historia natural, etnografía, mineralogía, etc., y entre otros objetos curiosos é históricos, banderas, estandartes y trofeos; el palacio arzobispal, la Universidad, el elegante edificio de la Dirección y Administración de Correos, la estación central de los ferrocarriles del Estado, el Mercado central, el edificio de la Intendencia y de la Municipalidad, el cuartel de Artillería, etc. En cuanto á los edificios particulares, cuenta Santiago con un sinnúmero de costosas y elegantes casas de variada arquitectura, figurando también entre las propiedades particulares los pasajes de Matte y de San Carlos, los portales Fernández Concha y Mac Clure que, aunque ocupados por el comercio, sirven de paseos públicos.

Pero por encima de todas las construcciones de Santiago de Chile está indudablemente el palacio del Congreso, que por su grandiosidad y belleza arquitectónicas merece le consagremos algunas líneas más de las que á los otros edificios hemos dedicado. Este hermoso palacio, que es sin disputa el primero de su clase de la América latina, es uno de los monumentos que más llaman la atención en la capital chilena. En sus planos han intervenido sucesivamente los arquitectos franceses Debain y Henaul y el chileno D. Manuel Aldunate, á quien ha cabido la suerte de dar cima á tan importante obra; ésta fué comenzada en 1857, quedó en suspenso en 1860, se continuó diez años más tarde, y en 1876 ya pudieron celebrar las Cámaras sus sesiones en el palacio. El cuerpo del edificio ocupa un rectángulo de 76 metros de ancho por 78 de fondo. Las dos fachadas que se ven en el grabado que publicamos dan acceso á la Cámara de diputados por el Oriente y al salón del Congreso; de los otros dos lados del edificio, el que da á Poniente corresponde á la Cámara de Senadores y el del Sur forma la entrada de diversas oficinas que existen en la parte superior del edificio. El bello jardín que últimamente se ha construído frente á los costados del Norte y Este contribuye no poco á dar realce al palacio.

Varios y hermosos en alto grado son los paseos públicos que posee Santiago. Citaremos entre ellos: la extensa Alameda de las Delicias que recorre la ciudad de Este á Oeste en un espacio de 4.000 metros de largo por 100 de ancho y que surcan multitud de acequias que dan frondosidad á varias filas de árboles que dividen en calles el paseo; el Parque Cousiño, quizás el más bello de las ciudades sudamericanas, poblado de frondosas arboledas, amenos jardines y accidentados senderos; y la Quinta Normal, precioso verjel cubierto de árboles de todas clases y formas para favorecer el gusto y fomentar el estudio de las ciencias agronómicas.

El cerro de Santa Lucía, que se eleva en el centro de la ciudad, merece párrafo aparte por ser una de las principales bellezas y por su originalidad tal vez la primera de la capital chilena, y aunque nuestros lectores recordarán sin duda que en el número 479 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la bien cortada pluma de la ilustre americanista Eva Canel escribió sobre este asunto uno de sus más interesantes artículos, esto no obstante, nos permitiremos añadir por nuestra cuenta algunos datos que completarán el trabajo de tan distinguida escritora. El cerro que, como hemos dicho, se alza en el centro de Santiago, ostenta una vegetación exuberante: mil caprichosos senderos lo cruzan en todas direcciones, infinidad de estatuas pueblan sus espesas alamedas, y desde los innumerables puntos de vista que en él se ofrecen admíranse los más sorprendentes panoramas. Una inscripción que recuerda la inauguración del paseo dice: «Obra de Dios, el pueblo con sus ofrendas la hizo suya.» Y así es la verdad; pues aunque el Santa Lucía no es una construcción artificial, sino obra geológica de las más resistentes á la acción del tiempo, la mano del hombre á fuerza de ímprobos trabajos ha convertido aquella antes árida peña en verjel delicioso que constituye hoy el encanto de cuantos visitan Santiago de Chile; este prodigio se realizó gracias á la iniciativa del que sus conciudadanos llaman *el rey de los intendentes*, el distinguido hombre público, el popular y fecundísimo escritor D. Benjamín Vicuña Makenna, que ideó, propuso, llevó á cabo y en gran parte costeó de su propio peculio tan atrevida empresa. Este paseo, cuya área total es de 37.607 metros cuadrados, que cuenta 102 jardines, 416 jarrones de diversas clases y 31 estatuas, fué comenzado en 2 de junio de 1862 y terminado en 17 de septiembre de 1874, habiendo costado su construcción 220.000 pesos en dinero ó materiales, además del trabajo gratis que en ella se utilizó y fué estimado en 90.000 pesos.

Entre los templos que embellecen la ciudad distínguense por su magnificencia, solidez y comodidad la catedral, Santo Domingo, San Agustín, San Ignacio, la Merced, la Recoleta Francisca, la iglesia de los padres Capuchinos y la suntuosa fábrica de la Recoleta Dominica, sin rival en la América del Sur. Notable era también el templo de los jesuítas que un horroroso incendio destruyó el día 8 de diciembre de 1863: celebrábase en él la fiesta de la Purísima Concepción y en sus amplias naves congregábanse más de tres mil mujeres y algunos centenares de hombres. La iluminación era espléndida: de repente surge una llama que invade los ornamentos, y las flores del altar mayor y el incendio se propaga por las bóvedas, que eran de madera pintada al óleo, y en un instante el fuego se apodera del coro. La multitud, presa de terror, precipítase hacia las puertas, pero éstas resultan insuficientes para dar cabida á aquel torrente de carne humana. Entonces comenzó la más espantosa escena, en medio de los progresos aterradores del incendio y de los gritos de la muchedumbre sobre la cual caían los hachones encendidos y el plomo derretido de las lámparas: aquella informe masa humana ardía luchando con la agonía más terrible. En vano se intentó el salvamento: pocos fueron los que se salvaron, y el número de las víctimas se elevó á dos mil quinientas. Actualmente en el lugar en que estuvo emplazado el templo álzase un monumento que la Compañía de Jesús elevó en homenaje á los infortunados que perecieron en tan horrorosa catástrofe.

Cuenta Santiago una porción de monumentos eri-

gidos en honor de los héroes de su independencia O'Higgins, San Martín, Carrera y Freire; de los escritores que han narrado esta guerra Henríquez, Salas, Gandarillas é Infante; de los preclaros estadistas Portales, Tocornal, Sanfuentes, Benavente y García Reyes, y de otros preclaros chilenos, como el historiador y naturalista Molina, el ilustre sabio Andrés Bello, venerable pastor Vicuña y el fundador de Santiago Pedro de Valdivia.



SANTIAGO DE CHILE

Alameda. – Cerro de Santa Lucía. – Salón de honor del Congreso. – Palacio arzobispal y Catedral. – Teatro municipal. – Portal San Carlos. – Puente Calicante. Quinta Normal. – Plaza de Armas. – Palacio de la Moneda.

La instrucción se encuentra en Santiago de Chile en un estado muy floreciente, debido esto al gran número de establecimientos científicos, literarios y artísticos con que cuenta, como la Universidad, la Escuela especial de Medicina, el Instituto Nacional, el Instituto Agrícola, el Conservatorio de Música, las Escuelas de Pintura, de Escultura, de Agricultura, Normal de maestros y maestras, de artes y oficios, de sordos-mudos, la profesional de niñas y otros varios establecimientos públicos y particulares, con más los sostenidos por sociedades formadas de personas amantes de la instrucción del pueblo. Contribuyen á fomentar el desarrollo de la instrucción establecimientos como el Observatorio Astronómico, el Museo Nacional, el Jardín Geológico y la Biblioteca Nacional.

En punto á beneficencia cuenta Santiago con varios establecimientos públicos que están á cargo de una Junta directiva, nombrada por el Gobierno, figu-



ADORADORES DE BACO, cuadro de D. Luis Graner



EL CUARTO ESTADO, cuadro de D. Luis Graner

rando entre ellos tres hospitales, un hospicio de inválidos, otro para locos, una casa para niños expósitos, lazaretos, etc., etc. Depende también de la expresada junta el cementerio general, que es uno de los más notables de la América del Sur por la magnificencia artística de sus numerosos mausoleos. Hay además otra porción de establecimientos de distintos géneros, sostenidos por corporaciones y sociedades particulares, que dan albergue á personas de diferentes condiciones, contando algunos con talleres para el aprendizaje.

Como capital de la República, Santiago es la residencia de todas las autoridades y corporaciones generales del Gobierno; pero además de esta importancia política tiene la ciudad de que nos ocupamos gran importancia mercantil, gracias á los varios Bancos y otros establecimientos de comercio é industriales.

Larga y accidentada es la historia de Santiago de Chile desde que la fundara en 1541 el conquistador D. Pedro Valdivia; pero como de ella algo y muy curioso relató en el antes citado artículo la señora Canel, y como el presente trabajo es puramente descriptivo y rebosa ya los límites que á los de esta índole suele conceder La Ilustración Artística, hacemos punto final, formulando nuestros fervientes deseos porque la situación anómala por que actualmente está atravesando la floreciente República chilena cese cuanto antes y pueda recuperar en breve la tranquilidad y el bienestar que han hecho de ella una de las más florecientes de la América española.

A

BOCETOS

LA CHISPA ELÉCTRICA

– ¡Vaya con la triste vida que llevas!

– Pues mira, no me encuentro mal; voy tirando con ella muy á gusto.

– Sí: como tira con la suya el pájaro nacido en una jaula, en la cual todo puede tenerlo de sobra, y sin embargo desconoce la libertad.

– ¡No entiendo!...

– Parece imposible tu resignación, que no quiero calificar de estupidez, porque al fin somos hermanas, y como tal te quiero y por eso me das lástima y te compadezco.

– Pero, dime: ¿por qué me compadeces?

– ¿Por qué te compadezco? ¿Y eso me preguntas? ¡No lo conoces! Porque estás sumisa al capricho ajeno; porque no te lanzas al impulso de tu voluntad; porque vives en la esclavitud, y en tu estado no puedes apreciar cuánta diferencia media de ser esclava á ser libre.

– Aunque no comprendo bien todo el alcance de lo que tus palabras significan, ellas, sin embargo, han hecho nacer en mí como un vago deseo de esa cosa que no sé explicarme bien y que deseo conocer.

– Pues has de saber que desde el momento que empiezas á sentirlo, empezarás á entenderlo, desapareciendo la línea que lo separaba del anhelarlo, encontrándote con el esfuerzo para obtenerlo.

– Obscuras me son tus palabras; pero en esa obscuridad brilla como una chispa de nuestra propia luz.

– Veo que al fin vas entrando en razón. Me entenderás.

– En mi ser penetra un extraño inexplicable espíritu que me agita. Tus palabras se introducen de un modo que me conmueven, como dardos candentes.

– ¡Es claro! Así como un rayo de luz disipa la más densa sombra, así la indicación de un bien desconocido mueve por lo menos á sublevarnos contra la desgracia que nos martiriza.

– Efectivamente; desde que fijo la atención en lo que me dices, cosa que yo ignoraba, paréceme que siento en mí como una fuerza nueva.

– No; nueva no es: sientes lo que residía en ti, pero que por ignorar su fuerza no le dabas importancia alguna, como el imbécil con un tesoro en la mano. En la caja de fósforos existe el fuego... es decir, lo necesario para producir la llama con una ligera frotación, y del brillo de ésta al incendio apenas media tiempo.

– Creo que tienes razón: no quiero vivir sumisa y dócil, sujeta y esclavizada de este modo, siempre al capricho de ajena voluntad.

– ¡Bien! ¡Así me gusta verte! Desde este momento puedes considerarte libre... Querer es poder. Rompe ese encierro, despréndete de esas cadenas de metal que te sujetan, lánzate al espacio. ¡Mírame! Desde el seno de la nube broto brillante y deslumbradora, cruzo la atmósfera; hiero la punta de un peñasco, atravieso el muro; abro y desgajo el robusto tronco del árbol secular; penetro en los valles; alcanzo las llanuras; me deslizo sobre el mar; casi cegando ilumino con vivísima claridad... el retumbante ronco rugido del trueno es la armonía que acompaña el estridente chillido que mi velocidad produce... ¿Comprendes ahora la belleza, la delicia de mi libertad?...

La pobre chispa elétrica llegó á punto de romper las vasijas de la pila de Volta, y desprendiéndose de los conductores, echarse fuera por donde pudiese, para lanzarse al espacio, como la centella que la seducía.

. . . .

Pero volviéndose á su seductora hermana le pregunta:

– Veo ya muy claro; mas antes deseo me expliques bien si además de eso sabes ó puedes hacer alguna otra cosa.

– ¿Y te parece poco? Yo cumplo con ello una misión que, á serte ingenua, no comprendo bien; pero estoy cierta de ello.

– Quería yo decir si además de eso sabes ó puedes hacer una cosa distinta, algo más útil que el espanto y estrago y destrozo que produces. ¡Ah! Pues mira, la cosa cambia por completo de aspecto. Me parece que tu libertad es ilusoria, y cumpliendo, como dices, una misión, también obedeces á otra voluntad. Si tú no sabes convertir tu libertad en algo provechoso, si tu libertad sin restricción alguna hiere, destroza, espanta y ciega... ¿á qué conduce? ¿de qué sirve? ¡Pobre hermana! Yo, es verdad, me formo dentro de esas vasijas colocadas en la obscuridad de una caja; sigo esos conductores, que lejos de mirar como duras cadenas considero como suavísimos lazos que me unen á la humanidad, y con ella me identifican formando parte de su vida; estrecho sus relaciones de sentimiento y de interés, uno los pueblos, mitigo las penas de la separación de las familias, y el mundo entero me bendice. Sin una sabiduría que supo darme vida, sin una inteligencia que me impulsara, sin un aparato que me dirigiese y me contuviera... para cosa alguna serviría. Tú con esa libertad sin freno atemorizas, espantas y destrozas, y te maldicen. Yo con mi dulce y provechosa esclavitud soy querida y bendecida. ¡Déjame en paz con ella! ¡Deja que me bendigan!

Juan O. Neille

NUESTROS GRABADOS

Otro beso, cuadro de Italo ¡Nunes-Vais. – La escena que representa este cuadro, obra del celebrado pintor tunecino Nunes-Vais, premiada en la reciente Exposición de Brera, no puede ser más real ni más sentida, y de ello darán fe cuantos hayan sido actores ó testigos de situaciones análogas. En este lienzo, cuya descripción no hemos de hacer porque por sí sola se hace, predomina de tal suerte la nota del sentimiento y está ésta tan maravillosamente expresada, que á pesar de que la composición carece de los principales elementos estéticos, á pesar de la monotonía del fondo, de la falta de horizonte, de la ausencia absoluta de los recursos que para producir la belleza tiene el arte pictórico, el cuadro es de los que, sin dejar de halagar los sentidos, impresionan directamente el alma y causan cierta sensación inefable de bienestar en quien los contempla.

¡Es tan simpático el asunto en que está inspirado *Otro beso!* ¡Hay tanta pasión en ese ósculo que junta los labios de la madre y de la hija!

***

Dibujos de Guillermo Kuhnert. – En la pintura de todos los países, la reproducción de los animales ocupa lugar muy importante, lo cual se explica de una parte por las estrechas relaciones que entre aquéllos y el hombre existen y de otra por los atractivos que al artista ofrece la representación de unos seres, que bellos ya por sí, vienen además á ser el símbolo de determinadas ideas. El arte moderno ha extendido considerablemente el campo dentro del cual se movía este género pictórico, y la afluencia de elementos cosmopolitas á los centros artísticos, así como la facilidad de emprender largos viajes, han dado carta de naturaleza en el arte á una porción de animales que hasta hace poco no existieron para los pintores. El desarrollo de los jardines zoológicos ha ejercido también en este punto considerable influencia, puesto que en ellos se ha podido estudiar cómodamente y sin peligros la vida de los fieros habitantes del desierto.

Como en todas las manifestaciones de la creación artística, prevalece hoy en la pintura de animales la tendencia á reproducir el elemento psicológico, individual de los mismos; ya no se pinta el león, sino un león, y los bueyes, por ejemplo, aparecen caracterizados como si fuesen animales racionales. Esto ha traído consigo, como en los demás géneros de pintura, las especialidades, pues para pintar con toda perfección la característica de un animal, precisa que el artista se halle preparado con profundos y generales estudios, que conozca á fondo la especie á que pertenece el ejemplar cuya imagen intenta trasladar al lienzo. De aquí que casi todos los pintores de animales se muevan dentro de un círculo especial; así, por ejemplo, Meyerheim es el pintor de los leones y de los monos, Braith el de los bueyes, Zugél y Gebler los de las ovejas, Jutz consagra su talento á la reproducción de las aves, Kroner ha alcanzado gran renombre con sus ciervos, Guido de Maffei se recrea pintando cerdos, zorras y tejones, la señora Biedermann-Arendts muestra gran predilección por los perros y Julio Adam logra lauros sin cuento con sus gatos. Como éstos pudiéramos citar otros cien, aun sin contar con los que llenan sus paisajes con animales domésticos ó salvajes.

En cuanto á los motivos ó asuntos de tales cuadros, nótase la particularidad de que los animales domésticos inspiran composiciones idílicas, mientras que los fieros dan origen á lienzos verdaderamente dramáticos.

Hemos citado á Meyerheim como pintor de leones, y recientemente han aparecido dos nuevos talentos, Reinardo Friese y Guillermo Kuhnert, que también dedican su interés al rey del desierto. Kuhnert, de quien reproducimos hoy algunos estudios, ha llamado la atención de los inteligentes con las obras que en estos últimos años ha enviado á las exposiciones alemanas y entre los cuales merecen especial mención una *Lucha entre un rinoceronte y un león* y varios cuadros que representan leones y tigres. Pero este pintor se distingue también en la figura, como lo prueba su celebrado lienzo titulado *Espías árabes descubriendo las huellas de una caravana.*

Las obras de este artista, y de ello puede juzgarse por los estudios que de él publicamos, acusan en su autor gran facilidad al propio tiempo que gran seguridad de ejecución, reflejo de una observación atenta y de un estudio concienzudo.

Kuhnert es uno de los jóvenes más distinguidos que han salido de la escuela berlinesa, y su aplicación le tiene reservado un hermoso porvenir.

***

Ejecución de piratas chinos. – El día 10 de mayo último tuvo lugar en la ciudad de Kow-Loon, situada en el litoral chino, frente á la isla de Hong-Kong, la ejecución de diez piratas chinos. Su crimen, ó mejor dicho, su criminal tentativa merece ser conocida.

En el mes de noviembre del año último salió de Hong-Kong con rumbo á los puntos del Norte el *Steamer Namoa*, de la compañía Douglas-Laprack, conduciendo además de un buen cargamento de opio una respetable cantidad en piastras. Figuraban entre los pasajeros diez bonzos, que se distinguían no sólo por el traje sino también por su aspecto sencillo y bondadoso.

Durante la primera noche de navegación y cuando el *Namoa* se hallaba costeando y la tripulación y pasaje entregábanse al descanso, convirtiéronse de pronto los religiosos en vandidos. Precipitáronse sobre el timonel y el oficial de guardia, cosiéndolos á puñaladas, entregándose en seguida al pillaje del buque, aprovechando los primeros momentos de confusión que produjo su inesperado ataque, favorecidos por una noche sin luna. Esto no obstante y organizada la defensa, fueron acorralados los piratas, quienes para no caer en poder de la indignada tripulación arrojáronse audazmente al mar, logrando ganar á nado la próxima playa. Mas por desgracia para ellos fueron prendidos y juzgados inmediatamente por las autoridades chinas, que se propusieron hacer un escarmiento ejemplar.

Sentenciados á muerte y publicado el fallo en todas las ciudades del Celeste Imperio, fueron decapitados en el mismo lugar en donde abordaron la noche de la comisión del crimen. Arrodillados á dos metros de distancia unos de otros, esperaron con estoica tranquilidad el momento fatal, sin dar la menor muestra de debilidad ó cobardía, notándose en ellos ese desprecio de la vida que poseen hombres de ciertas razas para quienes la muerte nada significa.

Los dos grabados que reproducimos, tomados de fotografía, representan el momento antes de la ejecución y el en que el verdugo había cumplido su repugnante cometido.

***

Adoradores de Baco, cuadro de D. Luis Graner. – El cuarto estado, cuadro de D. Luis Graner. – Es el joven pintor Sr. Graner un artista de indiscutible mérito. Cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los violentos contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de prolijos estudios, y se admire en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone basar su reputación á costa de prolija labor y del constante estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista puede hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se hallan reunidos lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, sirven de asunto á Graner para sus composiciones, que llevan marcado en sí el sello de su noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

Varios cuadros de estudio y un gran lienzo que representa el interior de una taberna, iluminada por débiles candilejas, ha remitido á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. En todos pone Graner de manifiesto sus cualidades y en todos se revelan las condiciones que residen en este joven y aprovechado artista. Si sabe conservarlas y persiste en proseguir por tal senda, aseguramos que ha de lograr en breve plazo honra y provecho.

***

Maja, cuadro de D. Manuel Cusi. – Preciosa es la *Maja* de Manuel Cusi, adquirida recientemente por un opulento bávaro para servir de preciado adorno en su aristocrático salón de Munich. Hemos tenido ocasión de celebrar en distintas ocasiones sus bellas cabecitas de mujer y las graciosas figurillas de *flamencas*, pintadas con gracia, donaire y verdad, de tonos simpáticos y agradables; pero su último lienzo excede en mérito á todos los que hasta ahora ha producido su brillante paleta. Acusa desde luego un adelanto, un progreso sensible y una victoria alcanzada por el artista, tanto en la composición como en la fidelísima y espléndida interpretación de las telas y tapices. Bella es la figura de la maja, graciosa su actitud, que no da lugar á confundirla con la descocada y vulgar flamenca, y admirable la ejecución del raso de su vestido, de la mantilla y del delicado tapiz que constituye el fondo, sobre el que se destaca elegante, risueña y simpática como el rosado tono de su falda ó el blanco encaje de su tocado nacional.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Salían juntos é iban á pasear por los alrededores

– ¿Qué significa?... comenzó á decir Gilberto.

Pero se interrumpió, al notar que el semblante de Blanca había cambiado y que sus colores desaparecían.

– ¿Qué tiene usted?, preguntó.

– Nada... sin duda el calor... no haga usted caso.

Y siguió con la vista el vehículo que se alejaba en dirección á la Fresnage. Gilberto comprendió que no quería confesar su turbación, y viendo que se callaba, deseoso de poner término á ese silencio embarazoso para ella, reanudó la conversación.

Así transcurrió un cuarto de hora, y ya se había obviado el incidente, cuando vieron á Pedro que volvía; pero esta vez no iba solo, y Gilberto vió á su lado á la joven de Blatigny, la misma con quien hablara algunos días antes en la feria. El cabriolé, arrastrado por el caballo que iba á galope y en el cual se destacaba claramente la silueta de los dos viajeros, pasó á cincuenta metros debajo del sitio donde estaban Gilberto y la vizcondesa, sin que éstos fuesen vistos; Blanca permanecía inmóvil, con la mirada fija en el recodo del camino por donde el cabriolé había desaparecido y en aquel instante estaba espantosamente pálida.

Gilberto quiso defender á su amigo.

– Habrá encontrado á esa joven, dijo, y le habrá ofrecido conducirla... Seguramente no la conoce.

Blanca miró á su acompañante, sonriendo con tristeza.

– Trata usted de excusarle, y veo que es demasiado bueno... Conozco á esa joven, pues servía de costurera en el castillo y fué preciso despedirla... Sus padres son de la Fresnage... Ya ve usted que estoy bien informada... Pero ese Pedro me había prometido... ¡Oh! Eso es indigno... ¡A dos pasos de Mareuil y á la vista de todo el mundo; delante de esos campesinos que le conocen y á quienes encuentra á cada paso!... ¡No tiene vergüenza... ni respeto alguno para sí propio, para nosotros, para sus hijos, para su hija!...

Su voz temblaba de cólera; después las lágrimas brotaron de sus ojos y ocultó su rostro entre las manos.

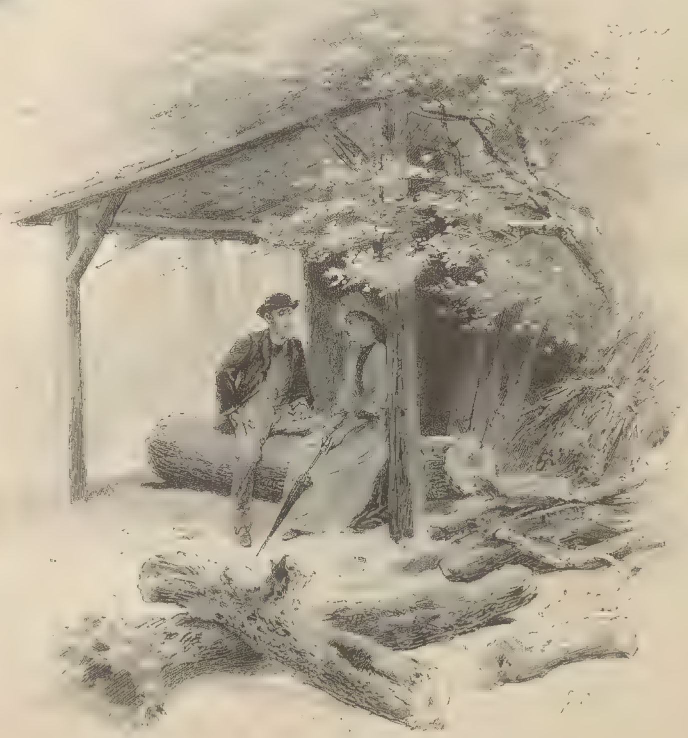
Gilberto quiso consolarla, prometiendo hablar á Pedro para hacerle comprender todo cuanto su conducta tenía de odioso; pero la vizcondesa le interrumpió.

– ¿Le parece á usted, dijo, que las palabras pueden servir de algo?... Es un niño; ya se lo he dicho á usted... Obra sin reflexión... ¡Ah! ¡Si usted supiera cuánto me ha hecho sufrir!... ¿Piensa usted que yo lo ignoraba todo allá en París... ó que yo perdonaba?... ¿Es acaso posible? ¿Puede una mujer por ventura ver esas cosas sin sentir lacerado el corazón y sin quejarse?... Han mediado escenas violentas, lágrimas... juramentos que no ha cumplido; pero nadie supo nada... Y usted me creyó feliz, indiferente... Recuerdo que usted me interrogaba y que yo hice lo posible por engañarle y engañarme á mí misma... Porque hubiera querido olvidar, aturdirme, hacer como él; pero no podía... no es fácil cambiar... ya lo ve usted por lo que hace á él... Y yo lloro... pero ¿de qué sirve llorar?... Sólo para echar á perder este hermoso día...

La vizcondesa trataba de sonreir, movía la cabeza, enjugábase las lágrimas y hacía un esfuerzo para reponerse.

– Hace un día magnífico, prosiguió, y esto vale más que París... más que una de aquellas reuniones en un salón donde uno se asfixia... Convenga usted en ello... ¡Qué ridícula era yo allí!... ¡Y aquel Charnasón, que no me dejaba nunca y que se creía con derechos!... Ahora es subprefecto, no sé dónde, en alguna provincia del Norte.

Blanca hablaba de cosas que no se habían tratado nunca entre los dos. Desde



Aquel lugar era el término de la excursión cuando no se proponían ir muy lejos



Gilberto vió á su lado á la joven de Blatigny

la llegada de Gilberto, jamás había hecho alusión alguna la vizcondesa á las relaciones que habían mediado entre ellos en París; pero del trastorno que acababa de sufrir quedábale una especie de fiebre que precipitaba las palabras en sus labios. Era uno de esos momentos en que, bajo la presión de las circunstancias, el alma sensible de una mujer se descubre con toda sinceridad, revelando lo que las conveniencias la obligaban á disimular hasta entonces. Gilberto, escuchándola con sorpresa, no dudó que se hallaba en uno de esos momentos de crisis y que esto redundaría en beneficio de su amor, despejándose su situación y produciéndose un cambio en ella.

La vizcondesa volvía á estar alegre; las lágrimas habían avivado el brillo de sus ojos, tiñendo sus mejillas de un suave color sonrosado; su cabeza se doblegaba suavemente bajo la especie de postración y desfallecimiento que sigue á las sacudidas morales, y en aquella postura, con el cuello y los hombros desnudos, Gilberto la contemplaba embriagado, un poco pálido y poseído de un malestar que le oprimía. Blanca notaba aquella emoción, pero no se inquietó por ella y hasta parecía agradarle en aquel momento, pues lejos de hacer cosa alguna para desvanecerla, aumentábala con la persistencia de sus miradas, sin apartar sus ojos de Gilberto. Y seguía hablando, refiriéndose á las cosas pasadas, evocando el recuerdo de sus triunfos de otro tiempo, como para olvidar el espectáculo que se había ofrecido poco antes á sus ojos, ó acaso impulsada á pesar suyo por un instinto de represalias, por la necesidad de tomar venganza de Pedro, asociando en ella á Gilberto y mezclando en seguida su nombre entre sus frases. En el colmo de su irritación, parecía que necesitaba desahogarse.

—Yo tenía entonces mi corte, dijo, una corte de adoradores que suspiraban á mi alrededor... Y también usted se hallaba entre ellos... sí, usted mismo... ¡y hasta diré que le hirieron á usted por haber salido en mi defensa!

—¡Cómo! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

—¡Qué!, ¿por ventura cree usted que Charnasón no se apresuró á vanagloriarse de ello!... Pero no ha obtenido ninguna recompensa, pues desde aquel día no he vuelto á verle. Entonces comprendí muy bien que aquel lance fué lo que le indujo á usted á marcharse... y en cuanto á mí, el incidente me obligó á concentrarme en mí misma, al ver que podía ser causa de otras desgracias. Mi género de vida cambió... y ya lo ve usted, aun desde lejos me hallaba sometida á su influencia...

Era necesario que se le solicitase, que la casualidad interviniera y que aquella mujer, fuera de sí, diera el primer paso, para que Gilberto abriera su corazón, pues jamás hubiera osado hacerlo de por sí.

—¡Sabe usted, pues, que la amo, exclamó, que la he amado siempre!...

Al decir esto, cogió la mano de Blanca, sin que ésta la retirase; le miraba sonriendo, con ojos indulgentes, llenos de ternura y de fuego y como orgullosa también de la declaración que acababa de oir.

Entonces Gilberto quiso inclinarse sobre aquella mano, que aún tenía cogida; pero Blanca la retiró y levantóse al punto.

—No... dijo. Volvamos al castillo.

—¡Una sola palabra por favor!... ¿Me permitirá usted que la ame? ¡Usted lo sabe ya y no se ofende!

La vizcondesa no contestó; avanzaba por el camino con paso ligero, y de vez en cuando volvía la cabeza y sonreía con expresión de felicidad sin pronunciar una palabra Gilberto seguía á Blanca, dichoso también, con el corazón aliviado de un gran peso, porque al fin había hablado.

Vió á sus pies algunas flores silvestres que crecían entre las arenas del cerro, cogiólas y se las ofreció á la vizcondesa.

—Gracias, dijo, aceptándolas sin vacilar.

—¿No le recuerdan á usted nada?, preguntó Gilberto. Aún era usted una niña...

Blanca miró á su interlocutor con aire de sorpresa, sin comprender el sentido de sus palabras.

—Yo tenía entonces quince años, dijo Gilberto, y acababa de ver á usted por primera vez; rondaba el castillo sin atreverme á entrar y ocultábame en la espesura para ver á usted cuando pasase...

Blanca se detuvo bruscamente

—Lo recuerdo... dijo. ¡Cómo! ¿Era usted?...

La vizcondesa continuó su marcha con la cabeza inclinada, como si reflexionase, y siempre con la sonrisa en los labios. Entonces evocó todos los recuerdos de Gilberto, todas sus emociones de niño, y éste la refirió todo cuanto había experimentado por ella desde el primer día, y cómo al cabo de tantos años, aquel amor había sido cada vez más vehemente, atormentado por la pasión de los celos... Blanca le escuchaba con interés, dejándole decir todo cuanto sentía.

Al fin llegaron cerca del declive desde donde Gilberto había arrojado el ramo.

—¡Mire usted, dijo, es allí!

Blanca miró aquel sitio sonriendo, pero sin acortar el paso y diciendo:

—Vamos, vamos á casa...

Mas al llegar á la última arboleda que precedía á la verja, Gilberto obligó á Blanca á detenerse.

—¿Me ama usted, me ama usted? ¡Por favor le pido la contestación!

La vizcondesa le miró con expresión más cariñosa que nunca; hubiérase dicho que su corazón se dilataba, agradecida á las confidencias que Gilberto acababa de hacerle, y sobre todo á una adoración tan constante y discreta. Blanca le tendió su mano, y le permitió estampar en ella un beso.

Y después, alejándose rápidamente, franqueó la verja.

VII

¡Sí, Blanca le amaba! Gilberto no podía dudarlo; y aunque ella no lo confesase aún, en todo lo revelaba á su pesar: sus miradas, sus menores frases y hasta su silencio, que era embarazoso cuando se encontraban por casualidad ó cuando la tercera persona que la vizcondesa tenía siempre cuidado de mezclar en las entrevistas se ausentaba.

Y todo tomaba un nuevo giro, sin que subsistiese ya nada obscuro en la conducta que la vizcondesa había observado con Gilberto hasta entonces. ¡Blanca le amaba hacía largo tiempo, tal vez desde su marcha á París! Y hasta aquel proyecto de casarle con la señorita de Sainte-Severe era un indicio, sin duda una prueba á que quiso someterle para asegurarse de sus sentimientos, ó bien la conveniencia de sacrificarse ella misma, entregándole á otra, á fin de preservarse de toda debilidad. Si esta última hipótesis era cierta, traducía un sentimiento de mujer honrada.



Gilberto comprendía que la vizcondesa era una mujer virtuosa, y no se le ocultaba que entre la certidumbre de ser amado y la idea de que ella cediese mediaba un abismo. Por eso, lejos de abrigar semejante pensamiento, rechazábale como una mancha de que no era merecedora.

¡Ya era bastante que le permitiese amarla! Los dos iban á vivir felices; el



Blanca le tendió su mano y le permitió estampar en ella un beso

más ligero incidente, un encuentro inopinado, una palabra, tomarían las proporciones de un acontecimiento. ¡En aquella mutua inteligencia, en aquel misterio, sin cesar ocupados uno de otro, adivinándose por las menores señales, pero mostrándose á la vista de todos extraños é indiferentes, había bastante felicidad!

Por eso se abandonó algún tiempo al encanto de aquella situación. La idea de ser amado de la vizcondesa de Cabrol era algo tan extraño para él y tan prodigioso, que no le parecía posible acostumbrarse á ella ni ver el término de su embriaguez.

Sin embargo, ésta acabó por desvanecerse, y su nueva situación le pareció más cruel que nunca.

Su amor se había acrecentado con su declaración, y este amor, sin esperanza como antes, hacíase más exigente. Entonces comenzó á sufrir los primeros tormentos que había presentido al dirigirse á Mareuil, pero más complicados y con un refinamiento de barbarie que no sospechó.

¿Mas por qué no se marchaba? Habían transcurrido ya seis largos meses desde su llegada, y era el momento más oportuno para despedirse.

Sin embargo, al oir la primera indicación sobre este punto, Blanca se contristó otra vez, y Pedro le había dicho con ese tono brusco y alegre, peculiar en él: «¡Te lo prohibo!» En cuanto á la anciana marquesa, le profesaba tanto cariño, que no podría prescindir de él; Gilberto hubo, pues, de quedarse.

Por otra parte, al acercarse el verano el castillo se reanimó de nuevo por la llegada de varios huéspedes. La condesa de Chalieu y su hermana se presentaron muy pronto seguidas de la baronesa de Tertre. Estas señoras atrajeron á varias amigas suyas de los alrededores con sus esposos, y toda aquella gente iba á pasar el día en Mareuil, distrayendo á los demás con su inagotable conversación durante las largas tardes en la sala de reuniones y en las prolongadas noches en el terrado.

Blanca de Cabrol y Gilberto podían evitar así mejor la vigilancia, aunque no trataban de aislarse; pero perdiéndose en los grupos y entre las atenciones distraídas, érales más fácil, bajo la excusa de los cumplidos de costumbre, darse mil pruebas preciosas de su mutua ternura.

En aquella sociedad, la condesa de Chalieu era quien parecía dirigirlo todo. Bien conservada, á pesar de sus sesenta años, y todavía con restos de belleza, muy distinguida y conocedora de los menores detalles de la vida en sociedad, era resuelta en sus apreciaciones y juzgaba de todo sin apelación; de modo que los demás, aceptando su autoridad, no obraban sin su parecer, fijas siempre las miradas en ella como para tomar la consigna.

Al ver á Gilberto instalado en Mareuil, observóle detenidamente, notó con mucha atención su actitud respecto á la vizcondesa, las consideraciones que ésta le dispensaba, y muy pronto formó su opinión.

Tal vez le supuso más adelantado de lo que en realidad estaba; pero como quiera que sea, muy pronto pasó de la más prudente reserva á la mayor amabilidad; esto era más que suficiente y con ello se dió la señal. La condesa de Preville siguió su ejemplo, y apenas llegada la baronesa de Tertre, á quien se puso al corriente de todo en dos palabras, manifestó la más lisonjera curiosidad respecto al señor de Maujeán y tuvo para él la más indulgente sonrisa. Desde entonces, el grupo de aquellas señoras se entreabrió para recibirle; todo cuanto decía estaba bien dicho, y cuanto hacía merecía la aprobación general.

Con la señorita de Sainte-Severe sucedía en cambio todo lo contrario: sus relaciones con Gilberto eran sumamente frías. ¿Sería por efecto de las mismas suposiciones? Lo cierto es que desde el día en que comenzaron sus paseos solitarios con la vizcondesa, hubiérase dicho que le miraba con enojo.

Habíale hecho comprender durante el invierno que su altivez estaba muy por encima del homenaje que él le rehusaba; parecía haberse concentrado en sí misma, no se fijaba nunca en él y aparentaba estar distraída cuando él la hablaba; pero desde hacía algún tiempo, hubiérase dicho que aquella indiferencia se convertía en una animosidad que Gilberto sospechaba.

Cierto día la encontró en el jardín sentada, con un libro en la mano y fija su atención en los niños, que jugaban allí cerca. No podía pasar sin dirigirle la palabra y decidió afrontar la situación.

– Tenga usted cuidado, señorita, dijo; ha elegido mal sitio, pues muy pronto le dará el sol de lleno y hoy calienta mucho...

La señorita de Sainte-Severe cerró el libro y miró á Gilberto, más bien con expresión de asombro que agresiva. Sin duda reflexionaba.

– Verdad es que la sombra me convendría mejor, repuso, pronunciando estas palabras con tono de amargura.

– ¡Ah!, ¿desea usted un cumplido?... Pues lo tendrá... No, no es la sombra lo que á usted...

– Es demasiada amabilidad y yo le doy las gracias, interrumpió la señorita de Sainte-Severe.

Y casi seguidamente añadió:

– Ahora debe usted ser feliz, señor Maujeán.

Gilberto creyó que su interlocutora aludía á sus últimos paseos con la vizcondesa de Cabrol y frunció el ceño.

– ¿Por qué soy feliz, señorita?

– ¿No nos había dicho usted que le agradaba mucho la nobleza?... Pues bien: me parece que ya tiene bastante para estar satisfecho... Toda la aristocracia del país afluye aquí; la condesa de Chalieu ha dado la señal... la señora de Preville y la baronesa de Tertre se han unido á ella; y también tenemos los Seligny, el conde de Bagrassand... en fin, no veo aquí más persona vulgar que el abate Souchón; pero en cambio es sacerdote... y sabio. Ahora se ocupa en reseñar las inscripciones sepulcrales de Mareuil y resulta que todos los muertos eran nobles y muy ilustres... por lo cual su corazón se dilata de orgullo. A fuerza de rozarse con la nobleza, se acaba por creer... Sí, debe usted estar muy contento.

– Así es, efectivamente, señorita; mas por otros motivos de los que usted supone. Sea cual fuere el origen de una persona, no se le puede negar el derecho de gustar de la cortesía y de las consideraciones en el trato de la vida. Yo encuentro esto en las señoras de Chalieu y de Preville... Esas damas que no tienen nada que envidiar de los de arriba, se muestran benévolas con los de abajo. ¿Qué le he de hacer si esto me sucede?

– ¿Tan buenas cree usted á esas señoras?, repuso la institutriz, fijando en Gilberto una mirada penetrante é irónica.

– Nada me hace suponer lo contrario.

(Continuará)

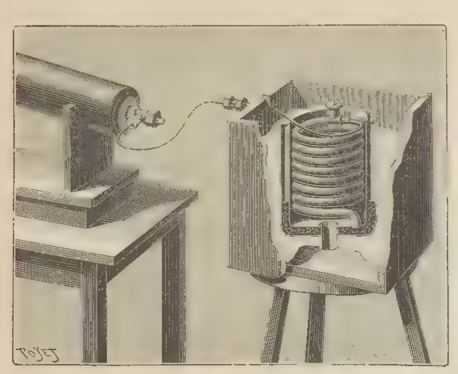


Y entonces podía deslizar una mirada furtiva hasta el interior de la habitación

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CRIÓGENO DE M. CAILLETET

La producción de elevadas temperaturas ha suministrado á los químicos, físicos é industriales recursos importantísimos, que han contribuído á la fabricación de productos de reconocida utilidad ó bien á la ejecución de instructivos experimentos, no ofreciendo menor interés la producción del frío ó de bajas temperaturas. Un aparato que permita producir con facilidad un frío intenso, podrá considerarse como un instrumento de nueva utilidad en los laboratorios ó para la industria. Un aparato de este género es el que recientemente ha inventado el sabio académico M. L. Cailletet, dándole el nombre de criógeno.



El criógeno de M. Cailletet

A este propósito creemos oportuno recordar los principales métodos usados para obtener bajas temperaturas. Los más antiguos estriban en el empleo de hielo desmenuzado y sal marina, sulfato de sosa y ácido clorhídrico, nitrato de amoníaco y agua, etc. Después utilizáronse también substancias volátiles producidas por la cooperación del gas, tales como el amoníaco líquido, el ácido sulfuroso líquido y el cloruro de metilo; el ethileno y el formeno líquidos han sido utilizados asimismo para la licuación del oxígeno y del aire.

M. Cailletet sírvese en su nuevo aparato del ácido carbónico líquido, tal como hoy lo produce la industria, obteniendo rápidamente en su criógeno una baja temperatura por la dilatación del gas licuado.

El aparato cuyo dibujo reproducimos ha sido construído por M. Ducretet, y consta de dos vasos concéntricos de cobre niquelado, quedando entre ellos un espacio circular de algunos centímetros. Un serpentín igualmente de cobre hállase colocado en el vaso interior, siendo sus dimensiones aproximadas cuatro metros de longitud por quince milímetros de diámetro; está provisto en su punto de entrada de una espita, y á su salida va á parar al espacio circular comprendido entre los dos vasos.

Cuando se desea operar llénase de alcohol (3 litros aproximadamente) el vaso interior, que sirve de baño refrigerante para los experimentos que deban hacerse, poniéndose en comunicación el serpentín con una botella de ácido carbónico líquido, según se representa en el grabado. Abierta la espita de la botella permite que el líquido llegue hasta la del serpentín, y el descenso del ácido carbónico determina la congelación en nieve. Los copos de ésta, al ponerse en contacto con las paredes del serpentín, transfórmanse rápidamente en estado gaseoso, produciéndose el frío. Hay que advertir que en el espacio circular colócanse fragmentos de esponja empapados de alcohol. La nieve que haya podido atravesar el serpentín sin evaporarse se disuelve en el alcohol, y la refrigeración que de ello resulta completa el descenso de la temperatura.

El aparato hállase colocado dentro de una caja almohadillada y provisto de su correspondiente tapa guarnecida de lana para protegerlo del calor, existiendo en ella varios orificios que permiten el paso del termómetro, del agitador, etc. Con el criógeno pueden obtenerse, en muy corto espacio de tiempo, setenta grados de baja temperarura.

Cuando se interrumpe la circulación del gas ácido carbónico el aparato se calienta muy lentamente, gracias á sus envolturas protectoras. En un experimento llevado á cabo con todo el cuidado y precauciones necesarias, pudo notarse que hasta al cabo de nueve horas la temperatura del alcohol no ascendió de 70° á 22°. De esta suerte se comprende que inyectando por los ensayadores y á pequeños intervalos una pequeña cantidad de ácido carbónico líquido, se llega á sostener indefinidamente una temperatura constante y baja.

En muchos experimentos ha podido comprobarse que para conseguir que el aparato con tres litros de alcohol llegue á los 70° basta emplear de 2 á 2 y medio kilogramos de ácido carbónico líquido.

El criógeno de M. Cailletet, que acabamos de describir, puede considerarse que realiza respecto del frío lo que el hornillo de gas del laboratorio respecto del calor. Es, pues, indudable que este aparato está llamado á prestar grandes y útiles servicios.

G. T.

***

LA NUEVA PILA DE ÓXIDO DE COBRE DE M. DE LALANDE

Todos los electricistas dedícanse desde hace mucho tiempo al descubrimiento de una pila que á pesar de su excepcional energía presente poco volumen y sea de fácil y económico entretenimiento. Las investigaciones y ensayos que á este fin se han practicado han sido numerosos, sin que nos haya sido posible citar hasta ahora un aparato verdaderamente práctico y de resultados completamente satisfactorios. Sin embargo, entre todos los elementos de pila inventados hasta hoy, preciso es fijarse en la pila de óxido de cobre y de potasa de MM. Lalande y Chaperón, ya que presenta ventajas por su constancia, fuerza y economía. Por otra parte, M. Lalande acaba de aportar á esta pila, ya de antiguo conocida, una serie de mejoras que permiten apreciar más y más las ventajas que ofrece.

En los primeros modelos, el cinc estaba dispuesto horizontalmente y debajo de él había un lecho de óxido de cobre, todo ello bañado por una solución de potasa. Esta disposición presentaba numerosos inconvenientes, puesto que el montaje y desmontaje de la pila exigía detenidas operaciones que se hacían difíciles por la presencia de la potasa. En el nuevo modelo de pila existen dos electrodos verticales, dispuestos convenientemente sobre las espigas-soportes, permitiendo sumergirlos ó elevarlos á voluntad. En un vaso cilíndrico de medida ordinaria mantiénense los electrodos en la parte superior, en la solución de potasa, descendiendo al fondo por su mayor densidad el cincato de potasa.

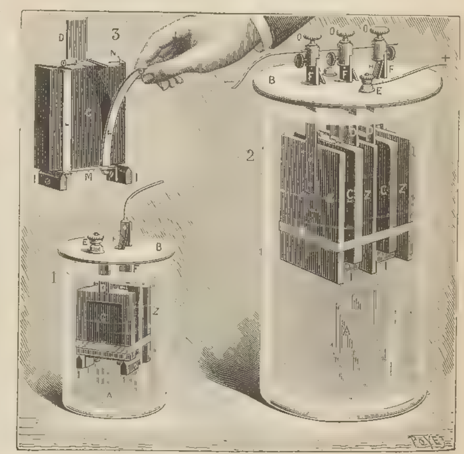
Para lograr este resultado es preciso vencer la dificultad que ofrece la preparación de un electrodo positivo con todas las propiedades del óxido de cobre granulado, emplazarlo verticalmente; en una palabra, formar un aglomerado. Al cabo de una serie de ensayos M. de Lalande ha resuelto el problema de la siguiente manera:

Sométese á la acción de una prensa hidráulica una mezcla de residuos de cobre y de 4 á 5 por 100 de arcilla, un tanto humedecida, resultando de ahí una masa que resiste dentro de un horno una temperatura de 600 á 700 grados y obteniéndose de este modo una sólida placa de suma utilidad. Lógrase el mismo resultado agregando al cobre un 6 ú 8 por 100 de alquitrán, que se somete también á la acción de un horno. Con estos procedimientos prepáranse las placas aglomeradas que constituyen los electrodos positivos de las pilas; siendo poco conductible el óxido de cobre, la depolarización se efectúa en mínimas proporciones; mas á medida que la reacción se opera, el óxido de cobre redúcese también bajo la influencia del hidrógeno y el electrodo conviértese en mejor conductor. Para alcanzar seguidamente el mismo efecto, basta sumergir la placa porosa dentro de un vaso lleno de agua con polvos de cinc en suspensión y después en agua acidulada. Fórmase así una serie de pares de pila locales que reducen el óxido de cobre al estado de cobre metálico. Este cobre obtenido por dicho procedimiento es esencialmente poroso y se reoxida casi en seguida; por este motivo es conveniente antes de utilizarlo cubrirlo de una capa continua de cobre galvanoplástico, sometiendo la placa á un depósito de cobre ordinario. Para efectuar esta operación recomienda M. de Lalande que se haga uso de una gran densidad de corriente de dos á tres amperes por decímetro cuadrado. Así se obtiene un aglomerado que no se halla expuesto á reoxidarse y que posee toda la solidez deseable.

Los aglomerados móntanse en un soporte especial formado por una placa de palastro de cobre cortada, dentro de la que se hallan sujetos por medio de los muelles L. Nuestro grabado reproduce los detalles del montaje de los aglomerados, así como la disposición de los cincs en la pila. Las láminas de cinc hállanse sostenidas por láminas metálicas que van á parar á la parte superior. Pequeños aisladores de ebonita I mantienen los cincs á distancias convenientes de los electrodos positivos, y el conjunto de electrodos positivos y negativos hállase á su vez retenido por un caucho K, de manera que permita retirarlos con facilidad.

Tales son las nuevas disposiciones que M. de Lalande ha adoptado para los tres nuevos modelos de pilas que acaba de construir. Por nuestra parte, tratamos de exponer desde el punto de vista eléctrico las cualidades que caracterizan á cada uno de dichos modelos.

El modelo pequeño contiene un aglomerado de ocho centímetros de lado y de 150 gramos de peso, siendo su resistencia inicial de 0'18 ohms y de 0'39 al finalizar la descarga. Este elemento tiene una fuerza electromotriz de 0'8 volts, que bajo el régimen de 1'1 ampere, determina una diferencia potencial útil de 0'55 volts, y una energía de 0'605 wats, pudiendo facilitar 75 amperes hora y 45 wats hora. En el modelo medio el aglomerado tiene 11 centímetros de lado y un peso de 450 gramos. Las láminas de cinc son dos, que se hallan colocadas á cada lado del aglomerado. Bajo el régimen de 3 amperes la diferencia potencial es de 0'6 volts, la fuerza de 1'8 vats, la cantidad de electridad de 300 amperes hora y la energía de 180 vats hora. La resistencia interior varía de 0'05 á 0'10 ohms. El gran modelo encierra dos aglomerados y tres láminas de cinc intercaladas. Cada aglomerado tiene 11 centímetros de lado y pesa 450 gramos. Este elemento determina 6 amperes, da 0'6 volts, ó sea 3'6 wats, pudiendo producir 600 amperes hora y 360 vats hora. La resistencia interior es de 0'051 ohms al fin de la descarga en vez de 0'025 que indica al principio. Importa asimismo conocer las variaciones de intensidad en una misma descarga. M. de Lalande ha presentado á este propósito, en la sesión celebrada el 3 de junio último por la *Société internationale des electriciens*, una serie de curvas en extremo interesantes. En el pequeño modelo, la intensidad que al principio era de 1'18 amperes convertíase en 1'1 á las dieciocho horas, de 1 á las cuarenta y ocho y de 0'8 al final de la descarga, ó sea á las setenta horas. En el modelo intermedio la intensidad alcanzó 3'25 amperes al principio, 3 á las veintisiete horas y 2'75 á las setenta y dos. Cuanto al gran modelo, varió la intensidad de 6'4 amperes al principio por 6 amperes á las veintiuna horas de marcha y 5 amperes á las setenta y dos.



La nueva pila de óxido de cobre de M. de Lalande

Los guarismos que preceden demuestran la importancia de la nueva pila de M. de Lalande: ésta puede constituir un generador práctico y sencillo de energía eléctrica, con la doble ventaja de poderse disponer de manera que se convierta en un verdadero manantial de continua producción de energía eléctrica. Esta disposición sería muy sencilla de practicar, atendido que el cincato de potasa en razón de su densidad desciende á la parte inferior del vaso.

J. LAFFARGUE

(De *La Nature*)

***

PRESERVACIÓN DE LOS CABLES METÁLICOS

La oxidación es el gran enemigo de los cables metálicos; por esto nos parece útil dar á conocer algunos métodos de preservación empleados en Alemania que al parecer han dado buenos resultados. Uno de ellos consiste en hacer hervir una mezcla de grafito pulverizado y sebo, y cuando ha adquirido la consistencia de la manteca, aplicarla al cable por medio de un cepillo, y aún mejor, hacer pasar el cable por un vaso en forma de cuerno lleno de esta substancia. Este procedimiento, que es conveniente repetir cada mes, preserva á los cables del orín é impide su desgaste por su contacto con los cuerpos duros. Esta grasa además facilita el cambio de posición de unos hilos respecto de otros, porque penetra en los menores intersticios y aumenta de esta suerte la flexibilidad de los cables. Los cables de hierro no pueden apilarse como las cuerdas de cáñamo, sino que hay que arrollarlos en el suelo en círculos del mayor diámetro posible.

Otro procedimiento es el siguiente: mezclar aceite de lino con brea vegetal y aplicar la substancia así obtenida sobre el cable, con lo cual se consigue una capa protectora muy eficaz. Los cables sumergidos en el agua deben estar cubiertos de una capa formada por la mezcla de 35 litros de cal apagada con 50 ó 60 de brea vegetal ó mineral: esta mezcla debe hervirse y aplicarse en caliente. Los cables galvanizados no pueden emplearse para las transmisiones, pues á las pocas horas de servicio ha desaparecido enteramente la capa de cinc y los alambres se oxidan rápidamente.

En las transmisiones por cables hay que tener gran cuidado con las poleas, cuyas gargantas deben estar muy limpias, siendo preciso que las materias de que se las guarnece, como madera, cuero, caucho ó metal dulce, han de ser de la mejor calidad posible y han de estar colocadas con muchas precauciones para evitar el desgaste rápido de los cables y aumentar la adherencia de éstos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Su único hijo. *Novela por D. Leopoldo Alas.* – Tratándose de un libro del ilustrado catedrático de la Universidad de Oviedo que tantos lauros lleva conseguidos en la prensa con el seudónimo de Clarín, casi huelgan los elogios, pues el nombre del autor y la fama por él tan justamente conquistada en sus campañas literarias abonan la bondad de la producción de su ingenio, harto mejor que pudieran hacerlo los sueltos periodísticos más encomiásticos.

En la imposibilidad de hacer de esta obra un juicio detenido y de señalar minuciosamente las bellezas que contiene, séanos permitido sintetizar la impresión que su lectura nos ha producido, diciendo que en nuestro sentir reune todas las condiciones que en la moderna novela se exigen: interés siempre creciente en la acción, estudio profundo y concienzudo de los personajes, verosimilitud en los caracteres, naturalidad en los actos y verdad en los sucesos. Tiene además *Su único hijo* una novedad en el asunto y en el modo de desarrollarlo que aumenta considerablemente su valía; el elemento externo aparece en la novela relegado al segundo término, concediéndose en ella lugar principalísimo al elemento interno ó psicológico; los personajes, apenas bosquejados en su físico, están detalladamente descritos en su manera de ser moral, y este procedimiento que en otros casos pudiera ser causa de cierta fatiga para el lector, generalmente poco amante de disquisiciones éticas, empleado por D. Leopoldo Alas resulta fuente abundante de hermosos atractivos y hace que los capítulos del libro se lean con avidez y deleite y que al llegar al final se desee la aparición pronta de *Una medianía* que como una continuación de *Su único hijo* anuncia como próxima á publicarse su autor al fin del tomo.

Esta novela, editada por D. Fernando Fe, de Madrid, véndese en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 4 pesetas.

* * *

Cuadros vivos. A pluma y al pelo, *por D. Eduardo de Palacio.* – No menos deseada que la de los artículos de Cavia, Taboada y Sobaquillo era la publicación de una colección de artículos del fecundo cuanto ingenioso escritor D. Eduardo de Palacio: D. Fernando Fe, dando satisfacción á esos deseos del público, acaba de editar algunos de aquéllos, en los cuales se admira la inimitable gracia del que durante su larga vida literaria ha visto sus chispeantes trabajos solicitados con afán por los principales periódicos de España y América.



MAJA, cuadro de Manuel Cusi. (Galería Parés.)

Nada hemos de decir de la índole de esos artículos, pues harto universalmente es conocida; el chiste culto en todas sus múltiples formas es su característica. Eduardo de Palacio ha creado un género que como él nadie ha sabido cultivar, género dificilísimo cuando se prodiga como lo ha prodigado el autor del libro que nos ocupa, quien lleva escritos millares de artículos, todos ellos igualmente entretenidos, jamás pesados y siempre nuevos.

Lean *Cuadros vivos* los que quieran pasar un buen rato; en él encontrarán además de los atractivos indicados el no menos estimable de las ilustraciones debidas al lápiz del célebre caricaturista Angel Pons.

Véndese el libro en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 3'50 pesetas.

* * *

Elena, *por D. Emilio García de Tejada.* – Es este el primer libro que sale de la pluma del distinguido oficial del cuerpo administrativo del ejército Sr. García de Tejada, y á juzgar por él la novela española contemporánea cuenta desde hoy con una nueva firma que no tardará en abrirse paso si, como es de esperar, las sucesivas obras corresponden á la bondad de esta que nos ocupa. *Elena* pertenece al género de la novela novelesca, como actualmente se dice, apartándose, así de la tendenciosa como de la puramente naturalista. Sus puntas y ribetes tiene de romántica; pero esto ni es defecto en absoluto ni lo es en la obra del Sr. García de Tejada, que no pasa, dentro del idealismo, de los límites que los grandes maestros de esta escuela han trazado á la verosimilitud. Es además en extremo interesante y está bien escrita, cualidades todas que hacen de este libro una obra de agradabilísima lectura. De sus irreprochables tendencias morales puede juzgarse por las sabias máximas de Platón con que el autor encabeza el primer capítulo y el epílogo de la novela.

Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

Zaragoza artística, monumental é histórica, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 28 y 29 de esta interesantísima obra comprenden, además del texto correspondiente, cuatro hermosas fototipias que representan: un fragmento del trascoro de la Seo; la nave izquierda de la iglesia de San Pablo; una casulla de terciopelo negro recamada de pedrería (del templo de la Seo) y un puente sobre el Ebro.

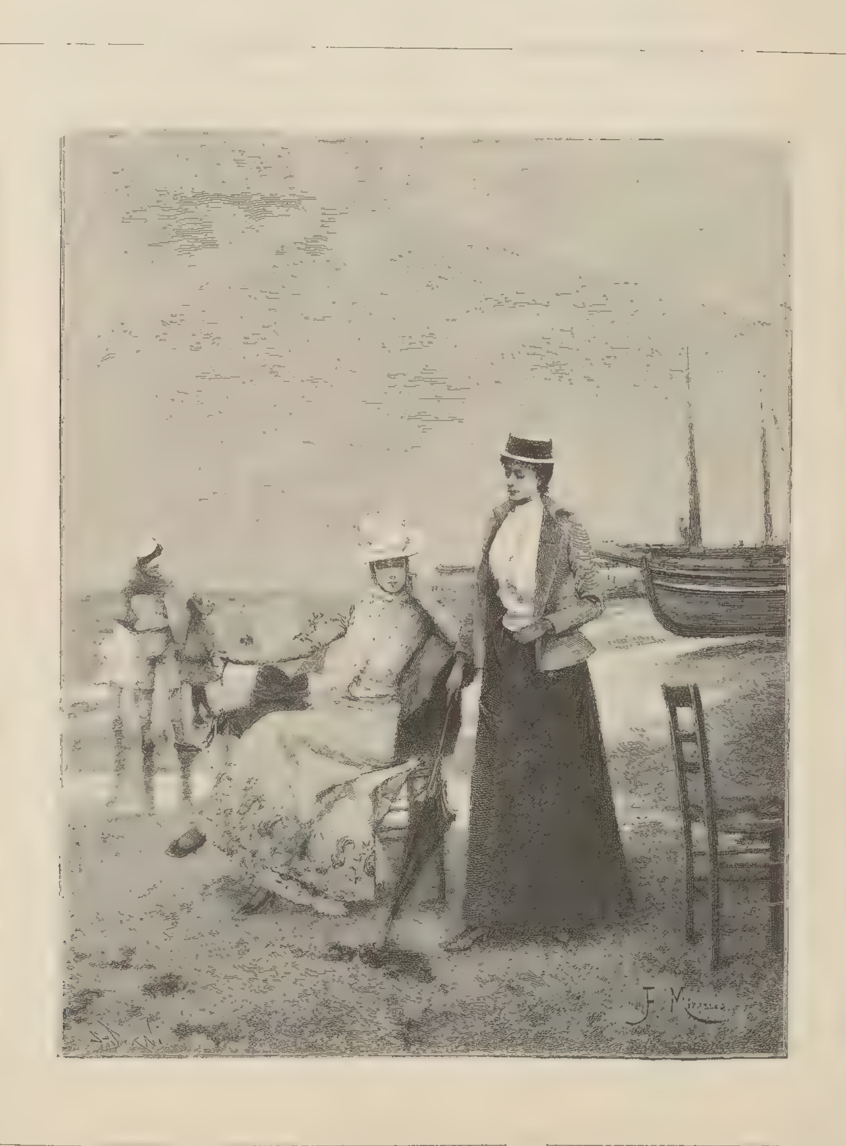
Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en Zaragoza en casa de los autores, Contamina, 25, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 17 de agosto de 1891 — Núm. 503

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA PLAYA, cuadro de D. F. Miralles

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Tristezas y muertes. – Pedro Antonio de Alarcón. – Su orientalismo. – Los moros en su *Guerra de Africa*. – Los moros en la realidad de sus caracteres. – Crisis portuguesa. – Literatura política lusitana. – Latino Coelho y Oliveira Martins. – La escuadra francesa en Rusia. – El cardenal Lavigerie y los Padres Blancos del desierto de Sahara. – Conclusión.

I

No fuéramos si no muriésemos. Más revela nuestra vida el sepulcro eterno, donde habremos eternamente de dormir, que la cuna, dejada en los caminos del mundo, como dejan las avecillas sus cascarones y sus nidos. ¿Nacer? Una casualidad. ¿Morir? Una necesidad. Pudisteis no haber nacido. Imposible, naciendo, dejar de morir. Por eso no iba tan descaminado el ascetismo religioso al proponernos que reconcentráramos todos nuestros pensamientos en el supremo de la muerte y empleáramos todos los días como si hubiésemos de morir al día siguiente. ¡Cuál voracidad esta del tiempo! No hay sino pertenecer á una compañía cualquiera, para enterarse de cómo van los compañeros cayendo uno á uno en la catarata del eterno mudar, donde se transmuta y metamorfosea todo. ¿Para qué vivir, si ha de concluir nuestra vida en la muerte? ¿Para qué afanarse por el renombre y la fama, si ha de perecer la tierra misma y ha de olvidarse y perderse la humana historia? ¡Cuánto se desviven muchos por granjearse la honra de un sillón en el Olimpo de los inmortales, ó sea en la Española, como solemos llamar á nuestra Real Academia de la Lengua! Pues apenas habéis entrado por esa puerta de la gloria, salís por la del sepulcro. Según van muriendo hasta los académicos jóvenes, parece reinar con mayor imperio que en parte alguna la muerte. ¡Pobre Alarcón! Parece imposible que habiendo sabido pintar la vida con todos los colores prestados por el prisma de una rica fantasía y sentirla con todo el calor de la pasión, ¡ay! no le haya perdonado la muerte. Aquellos deslumbradores joyeles de su estilo debieron guarecerle contra el dolor y contra la desgracia como un talismán precioso, pues pocos recibieron el soberano arte de manifestar con frases propias y claras y castizas los sentimientos varios despertados en las almas sensibles por el Universo material. Y éste no le ha pagado su afecto, ¡el implacable!, reservándole un arroyuelo recatado y umbroso de larga feliz vida. Cuando leéis las admirables *Alpujarras* de Alarcón descubrís la Sierra Nevada, de matices brillantes rayadísima en sus faldas, compuestas por unas reverberaciones que tiran del amatista más violáceo al coral más rojo y al zafiro más azul, así como coronada de ópalos por sus nieves perpetuas, casi astrales y etéreas, bien al revés de las helvecias, al resplandor prestado á sus aristas de brillantes por el sol casi africano desprendido del cielo de Andalucía. Si añadís á esta maestría en pintar la Naturaleza un sentimiento estético muy avivado para comprender el arte, con especialidad la música, y una gracia muy ligera para fijar las populares costumbres, tendréis aproximada idea del excelso escritor que lloramos y del duelo con que lo habremos acompañado al eterno descanso los compañeros y los admiradores suyos de toda la vida.

II

Ahora, en verdad, helo recordado mucho con motivo de la embajada marroquí, hoy en boga, cuyos blancos alquiceles, tan parecidos al ropaje de las antiguas estatuas, me atraen y emboban como á cualquier ganapán de las calles madrileñas. Nadie ha pintado cual Alarcón los pintaba en su pintoresca *Guerra de Africa* los inmóviles santones de Tetuán, asentados sobre las piedras como sobre los pedestales las estatuas, que no convertían los ojos á mirar nuestros soldados en las vistosas revistas, ni aplicaban los oídos á escuchar nuestras músicas en sus armoniosas marchas. La idea de Dios inunda sus almas, y en esa inundación, todo aquello que no sea Dios desaparece. Así no hay santos en su religión uniforme. Si acaso algún personaje entra en el cielo suyo, es un profeta capaz de entrever al Criador con más claridad que el resto de los mortales y de anunciarlo al mundo con mayor poesía y elocuencia. No les mostréis, pues, cosas bellas con ánimo de conmoverlos, porque en su interior compararán nuestras frágiles creaciones con la hermosura eterna; ni cosas grandes ó poderosísimas con ánimo de asombrarlos, porque para ellos no puede haber poderío como la virtud creadora, que colgara en los espacios la tienda azul de los cielos y suspendiera en lo infinito por cadenas invisibles las áureas lámparas de los luminosos astros: toda sabiduría humana se deslustra y eclipsa para ellos ante la omnisciencia divina y no merece ni la pena de una velada; toda voluntad, por avasalladora, por incontrastable que sea, se somete á otra voluntad más impetuosa que los huracanes juntos y más fuerte que las fuerzas cósmicas, á la omnipotente voluntad del Eterno. Delante de ese ideal nuestras obras artísticas son cadáveres, sombras nuestras ideas, juego nuestra mecánica, caprichos de mozos nuestros derechos de ciudadanos. Contábame gracioso andaluz el viaje que emprendió por España con cierto rico moro de Tánger. Mostrábale al mahometano el surtidor de la Puerta del Sol, y respondía: Dios es más alto. Medíale las dimensiones del Escorial, y exclamaba: Dios es más grande. Llevábalo por las alamedas de Aranjuez, y añadía: Dios es más hermoso. Conducíalo al Museo de Pinturas, y pasaba como inerte ante los cuadros, pensando en la ciega idolatría que á Dios usurpa su facultad creadora de animar los seres. Desde los teatros á los Congresos todo transcurrió ante sus ojos, no sólo sin conmoverlo, sin siquiera impresionarlo, como si no pasase. Sólo un día su sentimiento rayó en delirio. Llegaron á Granada. La frondosa vega, el marco de montañas, la confluencia de los ríos, las colinas coronadas de pinos, los cortes volcánicos de Sierra Elvira esmaltados por nuestra luz meridional, los cristales casi venecianos por sus matices brillantes de Sierra Nevada que toma tantos reflejos en las titánicas facetas de sus nieves eternas, los contrastes de color en aquellos iris continuos y las manifestaciones de vida en aquella creación abreviada no llegaron hasta su alma, fría, indiferente, serena, como absorto en su absorbente misticismo. Subieron al cerro de nuestra increíble Alhambra. Pasaron las umbrosas alamedas, bajo cuyas ramas serpentean susurrando los claros arroyuelos. Detuvieron un momento los ojos en las torres bermejas, doradas por el sol, en los mármoles del interrumpido palacio imperial, en los alminares del Generalife que se destacan sobre los cielos azules entre adelfas, cipreses y azahares. Por fin atravesaron la puerta del árabe alcázar y dieron á una con el patio de los Arrayanes. La fisonomía del árabe se contrajo; sus ojos se obscurecieron, y sólo se aumentó su profundo silencio. De las albercas ceñidas por mirtos, de los patios cuyos ajimeces parecían bordados encajes, de las galerías ligeras y aéreas, de los aleros incrustados en oro y marfil, de los frisos de azulejos, de los pavimentos de jaspes tan brillantes como ágatas, pasaron al patio de los Leones, al bosque de ligeras columnas que sostienen arcos prontos á doblarse como si fueran de ramajes al menor aire que sopla y juguetea entre los intersticios de las alharacas compuestos por su gracioso y transparente alicatado. El árabe, pálido como la muerte al pisar semejante sitio, se apoyó en airosa columna, pues creía imposible que los vértigos experimentados por su cabeza le permitieran continuar en aquella visita. Por fin, más arrastrado por sus compañeros que por su propio impulso, penetró en las estancias, y luego que alzó los ojos á las bóvedas formadas por estalactitas de brillantísimos colores leyó las leyendas místicas ó guerreras que las abrillantan y las hacen parecidas á visiones de cuentos orientales; entró en aquel camarón de Lindaraja casi etéreo, donde parecen las estrellas del cielo zumbar como en sus colmenas las abejas; percibió tras las celosías el aroma de azahar y oyó el rumor de la vega, su emoción, rompiendo los límites de toda conveniencia, se mostró intensísima en las sacudidas múltiples del cuerpo, semejante á los espasmos de la epilepsia. Ya en el salón de Embajadores, con el Darro á un frente y al otro el patio de los Arrayanes; las paredes de mil matices adornadas con el escudo de los Alhamares; los ajimeces bordados con todos los prodigios de la fantasía oriental; las puertas, recuerdos de los siglos de tanto esplendor y de tanta fortuna, cuando desde las tierras más remotas iban allí unos á recibir la luz de tanta ciencia y otros los placeres de tantos hechizos como tenía Granada en sus artes; las bóvedas de alerce con estrellas de marfil y oro; las letras, semejantes á las grecas de una tapicería persa, repitiendo entre las hojas de parra y de mirto y de acanto cinceladas los nombres de Dios, el corazón se le rompía en pedazos, y un tormentosísimo lloro, que recordaba la alegría de los abdilitas al perder á Andalucía en sus desgarradores sollozos, ó á las lamentaciones de los profetas hebreos bajo los sauces de Babilonia y Nínive al perder á Jerusalén, llenó aquellos abandonados espacios con el dolor de su triste y destronada gente. Nada fuera de su propia historia y de su propia religión interesa con verdadero interés á estas razas orientales. Así cosa cómica la extrañeza con que los demás ven su falta de maravilla y extrañeza. El conocimiento necesita de la emoción para penetrar en las entrañas del espíritu. Quien ignora el arte de admirar, ignora el arte de mirar intelectualmente. Los incultos en todas las naciones cultas reciben la consigna de no extrañar cosa ninguna. Yo he visto muchos patanes medir con los pies la Basílica de San Pedro para demostrar la pequeñez de tal coloso junto á su parroquia. Cuando subía el embajador las escaleras del ayuntamiento de San Sebastián aseguraba dolerle sobre su fiebre aguda cuartana, enardecida por una indigestión, los estruendos de las músicas. El fatalismo los ha hecho seres mecánicos, obedientes á la consigna imperial y ajenos á todo cuanto no sea su Alá, su profeta y su califa. El cuerpo escultórico se ha petrificado como el cuerpo de las estatuas yacentes sobre las losas de sus sepulcros, y el alma se les ha estancado como las albercas de sus harenes. Ninguna demostración tan viva del poder de la libertad como considerar adónde han subido los normandos, los últimos llegados al escenario de la Historia, por el sentimiento de su individualidad, y adónde han bajado los árabes por la irremediable servidumbre de sus nobles almas.

III

Pero ¿nos extrañaremos de todo esto en razas estacionarias cuando adolecen de idénticos achaques las razas progresivas y cultas? Mirad lo que pasa en Portugal. Un clamor unánime dice que la nación se muere. Y sin embargo no hay entre tantos portugueses ilustres quien sea osado á decir la causa de su muerte. Mi excelso amigo Latino Coelho, publicista clásico de una elocuencia ciceroniana verdaderamente admirable, quiere curar á su patria por una revolución, lo cual equivale á querer curar á un anémico por una fiebre. Si á la crisis colonial que mengua sus territorios africanos y á la crisis mercantil que postra su cuerpo todo añadís los males propios del tránsito desde un estado á otro estado social, tened por segura la muerte. Con fórmulas externas no se desarraigan los males políticos, cual no se desarraigan los males fisiológicos nunca con sortilégicos fantaseados conjuros. Digámoslo en plata con el fin de que aprenda tanto separatista como pulula por nuestras regiones peninsulares. Un pueblo chico empeñado en tener una corte y un ministerio y una cámara y una marina y un ejército para sí aparte, necesita compensar la deficiencia de su extensión y la escasez de sus recursos con el trabajo y la industria que han enriquecido á Helvecia, Bélgica y Holanda. Los pequeños ducados germánicos, muy superiores á Portugal en devoción á la particular independencia y autonomía suyas, hanse visto en la necesidad imprescindible de mediatirse á medias primero y suprimirse luego definitivamente para engrandecer á su madre patria Germania. Tantas colonias como Portugal tiene y tantas grandezas como Portugal invoca piden gastos de representación únicamente permitidos á las grandes potencias y fuerzas capaces de imponer el debido respeto á los codiciosos competidores y émulos. En Portugal todo el mundo cree esto, como lo creo yo; pero nadie lo dice. La epístola publicada por el insigne Oliveira Martins y traducida en todos los periódicos españoles respecto de Portugal paréceme obra maestra en la crítica de los males presentes, pero débil obra en la proposición y cuenta de los remedios aplicables á la horrorosa enfermedad. Pasóle á Portugal exactamente lo mismo que le pasó á Rom



UN CHAPUZÓN, busto en barro cocido de D. Eusebio Arnáu

con la conquista del viejo mundo y á España con la invención del nuevo: fué mártir de su grandeza desmedida y de su difusión humanitaria por lo infinitos del mar y del cielo en sus maravillosas navegaciones. Tenían verdadero instinto de conservación aquellos de sus monarcas y príncipes que pretendían recluirlo dentro de su territorio y consagrarlo al cultivo de sus campos contra los que le dilataban y extendían por el mar inmenso, rodeados de islas recién surgidas en el espacio semejantes á las ninfas y sirenas que acompañaban el carro de Neptuno, su concha de nácares y madreperlas, por las etéreas aguas de la hermosa y luminosísima Grecia. Confesemos la superioridad indudable de Alfonso V, de Juan II, de D. Manuel, llamado por excelencia grande sobre nuestros demócratas contemporáneos, cuando por los medios propios de la institución que representaban, por los casamientos regios, de unos con la Beltraneja, de otros con infantas castellanas, del heredero de nuestra tierra española con la heredera del territorio portugués, requerían, buscaban, mejor dicho, encontraban la unidad interior de la península y de su espíritu, más asequible ahora que nunca, no por federaciones debilitantes para el uno y para el otro pueblo, por la unión de sus dos almas en el seno de un solo Estado, que bien pudiera ser entonces, para evitar predominios dinásticos, una grande República, semejante á la que hoy constituye la gloria y el poder de Francia. Pero, so pretexto de apreciar los dobles trabajos científicos de Latino Coelho y Oliveira Martins respecto á Portugal, me había enfrascado en ciertas consideraciones, á las cuales pongo aquí punto para convertir los ojos á otros hechos de no menos importancia, como las visitas de los marinos franceses á las costas de Rusia y los proyectos del Arzobispo Lavigerie respecto de Africa.

IV

Y puesto que hablamos de mares, cosa maravillosísima oir cómo la Marsellesa retumba en los mares bálticos y en las orejas del czar. Hace más de diez lustros que no había un buque de guerra francés aparecido por las costas del imperio ruso. Imaginaos el efecto causado en todos los ánimos por el ondeo de la insignia tricolor y por los estruendos del himno revolucionario, á cuyos matices y á cuyas cadencias huyeron en tropel espantados no hace un siglo todavía los viejos reyes absolutos de nuestra entonces oprimida y esclavizada Europa. Los que niegan el progreso, desconociendo la transformación operada en el mundo porque no surge circuída por las irradiaciones del relámpago revolucionario, habrán de persuadirse á creer que un autócrata, pontífice y monarca, saliendo del encierro donde lo recluye un sitio en regla que le tiene puesto el nihilismo, para visitar una escuadra puramente nacional, entre los colores y los himnos de la revolución, bajo una tan clara y terminante advocación como el nombre de República, seméjase mucho al romano emperador, vencido por la evidencia del Cristianismo, que gritaba con todas sus fuerzas: «¡Venciste, Galileo!» Bien es verdad que otro día el cardenal francés Lavigerie, una especie de Papa *in fieri*, mandó, con ocasión de sentar á su mesa los marinos franceses, á la orquesta de los Padres Blancos del desierto, especie de templarios nuevos, tocar la Marsellesa. Y con este motivo le asaltaron tal número de dardos piadosos, que se halló á punto de morir, y seguramente muriera en el trance de no haberle acorrido primeramente la protección del Eterno y luego la protección del Papa. Mas no habiendo podido cortar el hilo de su vida los implacables enemigos, hanle cortado la tierra bajo sus pies, negándole aquellos cuantiosos recursos destinados por el receptor á la evangelización del Africa y por los donantes ofrecidos en realidad á la reacción europea. Pocos ejemplares ofrece la historia contemporánea de un prelado como el arzobispo de Cartago. Poseedor de la sede ilustrada por el ardiente verbo de San Agustín, parece haber hallado en el campo de su acción el furor africano que mostrara en el pensamiento y en la pluma el primer padre de la Iglesia latina. Y así ha creído poder fundar unos templarios modernos, encargados de bautizar al Africa, de idéntico modo y guisa que los templarios antiguos se encargaron de bautizar al Asia. Confesad que nunca como ahora pudo con tanta razón decirse: la Humanidad se mueve y Dios la guía.



NIEVES, busto en barro cocido de D. Eusebio Arnáu

LA AUTOPSIA

(Conclusión)

IV

Y así fué la verdad, y eso suele suceder con las ariscas, que cuando se rinden, se rinden de veras. Pronto comprendió el señor Policarpo que los dos jóvenes estaban atortolados, y una tarde, cerca ya del anochecer, se llevó á Manuel de paseo hacia las Vistillas, y le dijo de esta manera:

– He notao, digo, lo ha notao todo el barrio, que usted se inclina á mi hija Magdalena. ¿No es así?

– Señor Policarpo,... contestó el joven bastante emocionado.

– Lo digo al tanto de que usted es listo y comprenderá lo que le voy á decir.

– ¡Por Dios, señor Policarpo!, interrumpió el joven con apresuramiento, que no sea lo que yo no me merezco. Hace dos meses que no vivo ni sosiego por su hija de usted; no vaya usted á entristecerme ahora que iba ya por el buen camino.

– Bueno, amiguito; pero por ese camino, que ha de ser muy breve, no se entra sino para llegar al camino real.

– Comprendo lo que quiere usted darme á entender, y no dude de que mis intenciones son rectas...

– Ahí me duele y á eso vamos. Me he informao de usted y he sabido que es usted un buen muchacho, pero que tiene familia.

– Sí, señor.

– Y que esa familia, por *mor* de clase, y por ser usted el único hijo varón, tienen, ¿cómo diré?, *ínfulas* respective á usted, y como mi hija no es más que hija de un carpintero...

– ¿Adónde va usted á parar?

– Adonde me plante en firme, amiguito, y como



AVE MARÍA, escultura de D. Eusebio Arnáu
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

estoy chapao á la antigua y como tengo tanta honra como su padre de usted, más que sea notario y rico, y como para mí Magdalena vale tanto como la princesa de Asturias, y como ya toa la vecindá se ha fijao en ella y usted, y como no me gustan amoríos de puerta de calle, ni menos dentro de casa, donde yo no puedo estar siempre pegao á mi hija, le pregunto á usted formalmente si piensa casarse con ella.

– Siempre ha sido esa mi intención...

– Norabuena. Pero es que yo también tengo mi aquel á mi modo, y no quiero trapatiestas de familia...

– No comprendo...

– Pues es bien claro. Tendré gusto en que usted se case con Magdalena, porque me parece que usted la quiere bien, y ella á usted, y ambos á dos le estamos agradecíos, pero esto ha de ser con consentimiento de su padre de usted. ¿Entiende usted?

– Sí, señor, y no dudo que me le otorgue.

– Según y conforme. Pue ser que ese buen señor se fije en la diferiencia de clase y se olvide de que el Señor fué hijo de carpintero.

– Espero que no, señor Policarpo.

– Pues bueno, amiguito, las cosas claras y á verlo vamos. Inmediatamente se larga usted á su casa, pide permiso para la boda, vuelve usted, y de lo demás yo me encargo, que aunque pobre, no estoy tan desbalijado, y el que se case con mi hija no se llevará una zurrapastrosa. ¿Ha entendido usted?

– Sí, señor Policarpo.

– ¿De suerte que va usted á ver á su familia?

– En cuanto termine el curso, que es á fin de mes.

– Pues hasta entonces mucho ojo, amiguito. No ande usted rondando por el barrio, vaya á casa á la hora en que yo esté en ella. Por lo demás, no pasará de la tienda. ¿Entiende usted?

– Bien, señor Policarpo. Con tal de ver á Magdalena...

– Y demasiao que la verá usted. Ya saben las mujeres el modo de dejarse ver. ¿Estamos conformes?

– Lo dicho, dicho...

– Y la boda á la puerta.

V

Al señor Policarpo le gustaba la línea recta, pero los amantes suelen preferir las curvas. El bueno del carpintero no tuvo queja de la conducta de los jóvenes, y algunos días les proporcionó un rato de expansión, acompañándoles al Retiro por la mañanita temprano antes de abrir la tienda. Esto solía suceder en días de trabajo, pues todos los sábados por la noche el honrado menestral iba al café de San Millán á echar una cana al aire hasta algo entrada la noche, y por consecuencia los domingos acostumbraba á levantarse tarde. Y como los enamorados son tan ingeniosos para buscar ocasiones, Magdalena aprovechaba esta pereza de su padre y el pretexto de ir á la compra para reunirse con Manuel y marcharse con él, no á los cerros de Ubeda, porque están lejos de Madrid, pero sí alguna vez á los de San Isidro del Campo ú á otros parajes solitarios. Entretanto iba pasando el tiempo sin sentir y llegó el fin del curso del joven estudiante, el cual algunos días después recibió carta de su padre, mandándole que pidiese licencia en el hospital y fuese á Burgos, pues su madre, que se hallaba algo enferma, quería verle. Hízolo así Manuel: se despidió de Magdalena no sé cómo, del señor Policarpo con un expresivo apretón de manos, y á las pocas horas hallóse en Burgos, en su casa, al lado de la cama de su madre, á la que encontró postrada con una fiebre tifoidea. Con este motivo no creyó oportuno hablar á su padre ni á sus dos hermanas de Magdalena, como era su intención, y dedicóse como toda la familia al cuidado de la enferma. Agravóse ésta, y todos alternaban en asistirla día y noche, no sólo los de la casa, sino también una vecinita hija de un hacendado, antiguo amigo de la familia. La vecinita llamábase Carmen, tenía diez y siete años, y era todo lo linda que son las rubias, cuando lo son. En los últimos tres años Manuel sólo había pasado una corta temporada al lado de la familia, dando la casualidad de que por entonces Carmen se hallara en Alcalá de Henares en casa de una tía suya, y con este motivo el joven estudiante no la había visto desde que tenía catorce años de edad. Entonces era una chicuela flacucha y deformada, y por eso Manuel se sorprendió de verla hecha una jovencita fina y preciosamente desarrollada. Hay amantes que son aficionados á las comparaciones: aquél era uno de ellos, y aunque preocupado siempre con el recuerdo de Magdalena, como con motivo de cuidar á la enferma pasábase largos ratos *vis a vis* de Carmen, no podía menos de cotejarla con la carpinterita de Madrid. Ambas eran tipos distintos, pero igualmente apetitosos: una por su morena y arrogante hermosura, la otra por su delicada y expresiva beldad

En esto de mujeres, la mayor parte de los hombres son iguales: aunque tengan predilección por un tipo especial, suelen gustarles todos.

Manuel recibió una lárga carta de Magdalena á la que contestó con una algo más breve, y espoleado por la amorosa misiva de su amada, aprovechó un intervalo de mejoría de su madre para hablar á su padre de sus proyectos respecto á la carpinterita. Don Diego Almazán, que así se llamaba el padre de Manuel, era un notario brusco, vivo de genio, breve de palabras y conciso de razonamientos. Apenas inició su hijo su pensamiento, le atajó con el siguiente contundente período:

– Mira, muchacho, tú puedes casarte con quien quieras, pues eres ciudadano español y libre; pero con mi consentimiento nunca lo harás con esa carpintera que será tan ruda como las tablas que sierra su padre.

– Pero...

– Nada, nada. Si ya te escarabajea el deseo de casarte, busca por aquí cerca, si no eres topo, lo que mejor te conviene.

Y dicho esto, se fué, dejando á su hijo con la palabra en la boca.

Manuel comprendió que su padre aludía á la rubia Carmencita, y con este motivo se fijó más en ella durante las veladas en que la caritativa joven le ayudaba á asistir á la enferma, descubriendo nuevos horizontes de encantos y de miradas intencionadas por parte de aquélla.

Desde entonces me figuro que se libró un combate de incertidumbre en el ánimo del estudiante. Le inquietaba el recuerdo de Magdalena, y además, como era bueno y honrado, otra causa que supo por las últimas cartas que ésta le escribió. Andaba melancólico y preocupado como el que no está satisfecho de sí mismo, y sólo una pena más grande le distrajo durante unos días de sus cavilosidades. Fué esta pena la de la muerte de su madre.

Pasó un par de meses verdaderamente afligido, si bien es cierto que las atenciones y expresivas miradas de Carmencita sirviéranle de algún lenitivo en su dolor. Acabósele la licencia que le habían dado en el hospital, y como además faltaba poco para abrirse el curso, regresó Manuel á Madrid, muy intranquilo porque hacía dos meses que no sabía de Magdalena. Aunque llegó á la villa y corte bien de día y aunque le espoleaba el deseo, ó mejor dicho, la conciencia, no se atrevió á pasar por la Cava Baja hasta bien entrada la noche. No quería que le viesen los vecinos que le conocían, y él sabía el porqué. Por fin á las diez entró por Puerta Cerrada en la susodicha calle, inquieto y receloso.

La mayor parte de las tiendas y posadas estaban ya cerradas. El joven estudiante se encaminó hacia la carpintería por la acera de enfrente. Llegó, vió que estaba cerrada, lo cual nada tenía de particular; pero al fijarse en la muestra, en lugar del rótulo que antes decía *Carpintería de Arenales*, leyó la lacónica palabra *Frutería*: Quedóse consternado, porque sabía el apego que el señor Policarpo tenía á su tienda y receló una desgracia. La puerta de la casa estaba cerrada, pero enfrente había abierta una tienda de comestibles. Estuvo á punto de entrar en ella á informarse; pero cuando atravesaba la calle para hacerlo, vió á la puerta de una barbería contigua á un joven condiscípulo suyo.

– ¡Hola, Berzosa! ¿Está usted ahora aquí?

– ¿Qué remedio? Es preciso buscarse la vida para concluir la carrera. Hace dos meses que me dedico al peliagudo oficio de rascar la cara del prójimo.

– ¿Ha conocido usted á un carpintero que vivía ahí enfrente?

– ¿Al señor Policarpo? Sí.

– ¿Y á su hija?

– También, aunque poco tiempo.

– ¿Se han mudado?

– Él, al otro barrio, quiero decir al cementerio de la Patriarcal.

– ¡Ha muerto! ¿Y ella?

– ¿Quién, la hija?...

En este momento una voz llamó al joven Berzosa desde dentro y este dijo á Manuel:

– Dispense usted, me llaman, vamos á cerrar la tienda.

– ¿Tiene usted algo que hacer?

– Nada.

– ¿Va usted á salir?

– Ahora mismo, en cuanto cierre aquí.

– ¿Me hace usted el favor de ir al café de Puerta de Moros, donde le aguardaré?

– Con mucho gusto.

– ¡Pues hasta ahora!

– Hasta ahora.

VI

Instalados ya en una mesa del café de Puerta de Moros tomando una grande de cerveza con limón, Berzosa, el oficial de barbero, dijo á su condiscípulo Manuel, que le acosaba á preguntas respecto á Magdalena y su padre:

– Si quiere usted que le diga lo poco que sé y he podido observar, óigame con paciencia y no me interrumpa, para que no sea el cuento de no acabar.

– Escucho á usted y callaré como un muerto.

– Pues bueno, sepa usted que cuando yo tomé plaza en la barbería se hablaba mucho de Magdalena y de su padre el señor Policarpo entre todos los vecinos del barrio.

– Ya lo creo...

– No me interrumpa usted... Se hablaba mucho de Magdalena, pero con tales reticencias y comentarios, que picada mi curiosidad traté de ponerme al tanto respecto á la familia del carpintero.

– Pero ¿qué decían?

– Decían que la carpintera tenía ó había tenido un novio estudiante de medicina... Pero ¡calle! ¿qué apostamos á que ese novio es usted?

– Pues bien: sí, amigo Berzosa, soy yo, y ahora comprenderá usted mi interés y mi impaciencia. Siga usted.

– Es que ya no sé cómo hacerlo, dijo el barbero bebiendo un sorbo de cerveza, porque lo que se decía de Magdalena, y especialmente de usted, tiene su intríngulis.

– Sea usted franco y no me oculte nada. ¿Qué decían de mí?

– Pues sencillamente que era usted un pillo, que había engañado á la muchacha dándola palabra de casamiento, y que cuando se salió con la suya hizo la procesión del niño perdido.

– ¡Ah!

– La tendera de comestibles de la esquina y Rosa, la hija del latonero de enfrente, estaban al pelo de lo que pasaba en la carpintería, que según ellas era una continua desazón entre padre é hija. Magdalena no se dejaba ver, pero las buenas vecinas ya habían husmeado el motivo, pregonándolo por el barrio... Pero ¿qué tiene usted, se pone usted malo?

– No, nada; siga usted.

– Ya poco me falta que decir. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez, como dicen las novelas por entregas. El señor Policarpo, que antes sólo iba al café los sábados, dió en ir todas las noches á la taberna, cesó el trabajo en la carpintería, pocos días después vimos un papel pegado á la pared, que decía: *Se traspasa esta tienda*, y á las pocas noches supimos que el carpintero había muerto de un colapso cardíaco.

– Pero ¿y su hija Magdalena?

– Nadie del barrio ha vuelto á verla. Una mañana apareció la carpintería transformada como por encanto en frutería, y ni la tendera ni Rosa, que todo lo saben, ni el mismo alcalde de barrio han podido averiguar lo que ha sido desde entonces de la hija del carpintero...

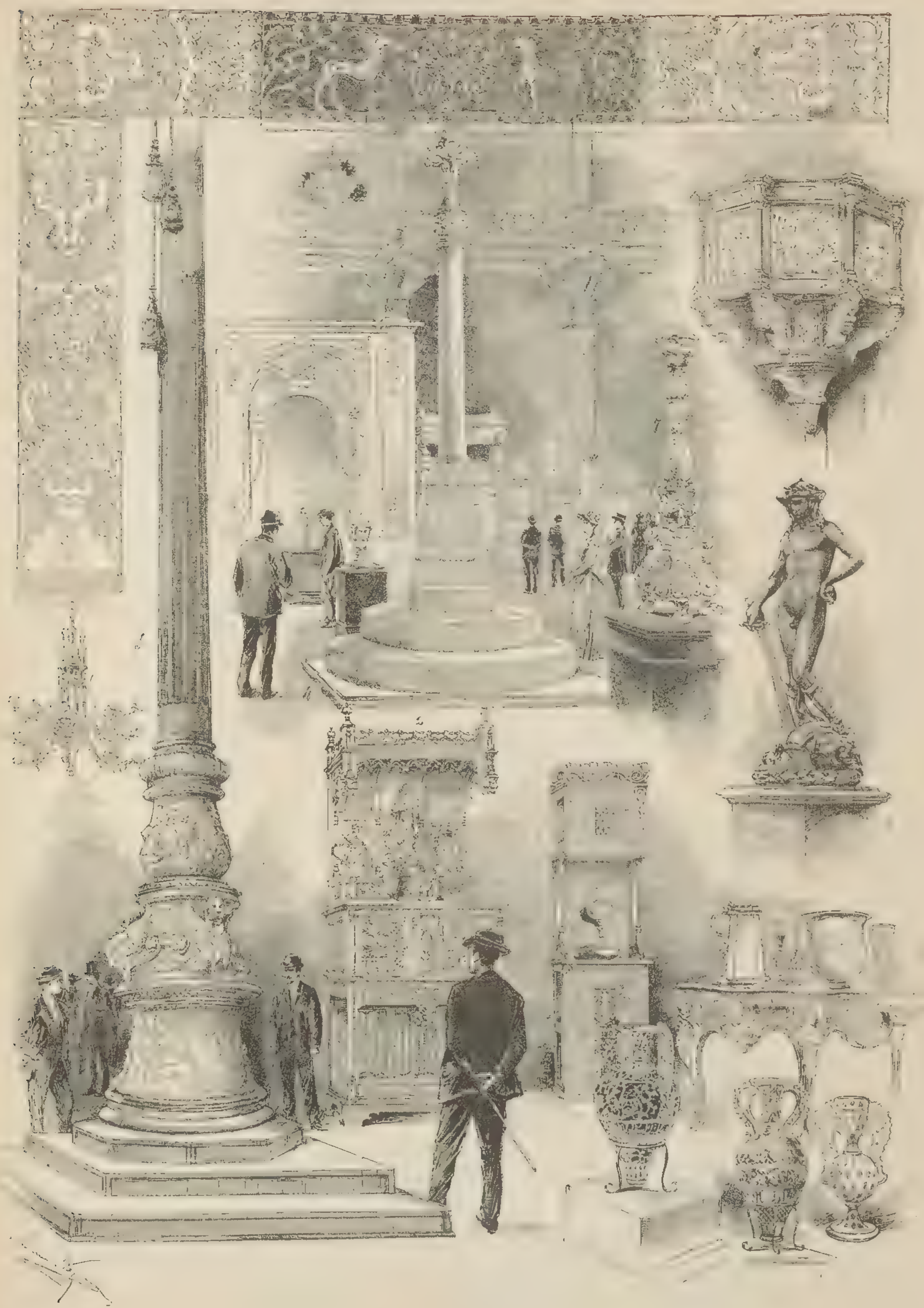
VII

Este breve y destartalado relato del oficial de barbero bastó á Manuel para reconstruir por inducción el drama íntimo de la carpintería del señor Policarpo, las gradaciones psicológicas por las que el honrado y trabajador menestral había llegado á la pereza y embriaguez, la vergüenza de Magdalena viéndose deshonrada y desatendida, y la fierza madrileña que sólo permitió á ésta escribir tres cartas á su ingrato seductor. La rápida catástrofe de aquella familia había sido obra suya, y el joven estudiante, que tenía conciencia y corazón, lo reconocía así.

Pero ¿qué había sido de Magdalena y de su hermano? Era preciso averiguarlo á toda costa. El la amaba, no había amado más que á ella, á pesar del pasajero devaneo por la rubia burgalesa. El buscaría á la infeliz á quien había perdido, y la ofrecería, á pesar de su padre y de todo el mundo, la única reparación posible de su falta.

Y con efecto, Manuel no omitió medio para conseguir su propósito.

Fué á ver al alcalde de barrio, dió aviso en el Gobierno civil, se informó por segunda mano de los vecinos de la Cava Baja, incluso el frutero, que á la sazón ocupaba el que fué obrador de carpintería, puso anuncios en *La Correspondencia* y otros periódicos, se personó en el pueblo de Navalcarnero, de donde fué natural el señor Policarpo... Nada, sus gestiones fueron inútiles, nadie le proporcionó ni el más leve indicio; parecía que la tierra se había tragado á Magdalena.



MUSEO MUNICIPAL DE REPRODUCCIONES ARTISTICAS DE BARCELONA

1. Mástil ó portabandera de San Marcos de Venecia. - 2. Credencia gótica. - 3. Armario gótico con aguamanil. - 4. Cruz de término de San Martín de Provensals
5. Púlpito de Santa Croce, Florencia, obra de Maiano Benedetto. - 6. Estatua en bronce, David, obra de Donatello
7. Candelabro de la capilla de San Lorenzo, obra de Miguel Angel. - 8. Jarrón árabe, de la colección del Barón de Rothschild - 9. Mesa estilo regencia, exornada con bronces cincelados, reproducción de la existente en el ministerio de Marina de Francia

¿Sería así? ¿Habría muerto? Manuel rechazaba con horror esta idea, y acariciaba como más probable la de que Magdalena se habría ausentado de Madrid.

Pero ¿dónde habría ido?

Si ciertas faltas pudiesen purgarse, Manuel purgaba bien la suya. Su conciencia le reprochaba cada día más.

Después de pesquisas que duraron tres meses, llegó por fin á desanimarse y no insistir. Se resignó, con esa resignación á que alude Espronceda al decir:

¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?...

Una mañana él y otros condiscípulos del último año acompañaron á su catedrático á la sala de autopsias del colegio de San Carlos, en donde había tres cadáveres, uno de mujer y dos de hombre.

El de ésta estaba tapado con un lienzo de harpillera.

– Demos la preferencia al bello sexo, dijo el profesor, que era algo bromista. A ver, Almazán, reconozca usted á esa individua, y díganos, si puede, de qué mal ha muerto.

Adelantóse Manuel, tiró de una de las puntas del lienzo que cubría el cadáver, miró, y cayó al suelo retorciéndose con las convulsiones de un síncope nervioso.

Acudieron en su auxilio, pero viendo que tardaba en volver en sí, el catedrático dijo con la mayor indiferencia:

– Que le lleven á la enfermería. Usted, Rodríguez, que está el segundo en lista, extirpe el tumor en el corazón de que probablemente ha muerto esa mujer.

Y mientras acudían los mozos y se llevaban á Manuel vió éste, por extraña lucidez de su delirio, el bisturí rasgando el pecho de la infeliz Magdalena.

. . . .

Si en Burgos se toman informes respecto al doctor Almazán, todos contestan con estas ó parecidas palabras:

– «¡Oh! D. Manuel Almazán es uno de los mejores médicos y el primer cirujano de España; pero al mismo tiempo es el hombre más raro que existe bajo la capa del cielo. Nunca ha querido casarse. Fuera de sus deberes profesionales, no se trata con nadie, ni casi con su padre y hermanas. Vive solo como un buho en su agujero. Apenas se le oye el metal de la voz. Su porvenir está en la Cartuja.»

F. Moreno Godino

SECCIÓN AMERICANA

EL VALLE DE LAS TRES COLINAS

POR N. HAWTHORNE

Entonces, cuando los sucesos más naturales y corrientes de la vida se confundían por modo singularísimo con lo extraordinario y fantástico, encontráronse al obscurecer de cierto día dos mujeres en el Valle de las Tres Colinas, sitio convenido por ellas de antemano. Era una de las encontradizas joven y hermosa en extremo; pero en su rostro, aunque agraciado y seductor, luego se advertía cierto malestar indefinible, producido acaso de secreto remordimiento y acaso también de cruel é irremediable dolencia. Era vieja la otra y estaba vestida de harapos, y tan enjuta, rugosa y consumida, que más parecía imagen de la muerte ó insepulto cadáver de la decrepitud, rebujado en jirones de mortaja.

Y tal y tan recóndito era el lugar donde se hallaron las dos mujeres, que nadie habría podido sorprenderlas en él. Tres colinas, no muy empinadas, formando triángulo, cerraban casi geométricamente un espacio de hasta dos ó trescientos pies de diámetro, desde donde apenas podía divisarse la copa de un empinado cedro que se alzaba gallardo en la cumbre de una de ellas: estaban las tres pobladas de pinos bajos y desmedrados por la vertiente interior del valle, cuyo fondo cubría una mullida alfombra de larga y espesa hierba seca y amarillenta del sol: troncos de árboles yacían en el suelo casi envueltos en musgo, y uno, en otro tiempo robusta encina y á la sazón despojo carcomido del tiempo, extendía su cuerpo gigantesco cerca de un charco de agua llovediza y estancada. Así era el teatro donde se representó el drama que voy á referir en pocas palabras.

Si he de dar crédito á la tradición, este lugar tan lúgubre y medroso lo frecuentaban otro tiempo malos espíritus, los cuales, al mediar la noche y á las veces á la hora del crepúsculo, acudían á él para celebrar sus tenebrosas reuniones alrededor de la charca, enturbiando sus aguas, nada cristalinas, con las inmundas ceremonias que hacían.

Allí, pues, y á la puesta del sol de una tarde no muy apacible del otoño, y cuando los últimos rayos del luminar del día esparcían sus reflejos por las crestas de los cerros vecinos, mientras que por los flancos iba descendiendo al valle densa obscuridad, dijo la vieja con voz cascada y balbuciente: «Heme aquí, exacta y fiel á la cita que me diste. Ahora di presto y sin empacho qué me quieres, porque sólo tenemos una hora de tiempo.»

Al oir hablar á la vieja, que por cierto era horrible, se dibujó en los labios de la joven una sonrisa vaga y triste, como la luz vacilante de una lámpara sepulcral; y temblando y con los ojos fijos en la orilla de la charca, dudó de poner en ejecución el designio proyectado; pero la fatalidad lo dispuso de otra suerte.

– Soy extranjera, prorrumpió, haciendo un esfuerzo para hablar; poco importa que diga de dónde vengo; pero como he dejado lejos de aquí aquellos á quienes se halla ligado mi destino y de quienes me veo separada para siempre, siento el corazón oprimido de un peso insoportable y quiero saber de todos ellos.

– ¿Quién puede, hija mía, en este lugar desierto darte nuevas de lo que sucede al otro extremo de la tierra?, exclamó la vieja considerándola fijamente. No serán por cierto labios humanos los que satisfagan tu deseo; mas si tienes corazón, antes que la luz haya desaparecido de la cresta de esas colinas, lo habrás logrado.

– Aunque muera por ello, quiero saber de los míos, dijo la extranjera con desesperación.

La vieja entonces tomó asiento en el tronco carcomido de la encina, y echando hacia atrás la capucha, dejó al descubierto y flotar libres á merced del viento los mechones grises de su despoblada cabellera. Después hizo seña á la joven para que se acercase.

– Ponte de rodillas, la dijo, y descansa en mi falda la frente.

Vaciló un momento la interpelada; pero cediendo al fin á la curiosidad, obedeció á la bruja con un movimiento tan rápido, que la orilla de su vestido quedó dentro de la charca. Hecho esto, la vieja cubrió con su capa la cabeza de la joven, y comenzó á murmurar las palabras de la invocación, al oir las cuales, quiso levantarse llena de terror aquella por quien se decían, y exclamó:

– Deja que huya y que me oculte á sus ojos y vaya donde nadie me vea.

Mas luego cedió de nuevo á su invencible afán, y pálida como una muerta calló y quedó inmóvil escuchando.

Y en efecto, le pareció entonces que percibía de una manera confusa y vaga primero, y clara y distinta después, aunque mezcladas con la de la bruja, voces que conocía desde la infancia, y cuyo acento no se había borrado nunca de su memoria en medio de los azares de su vida errante y aventurera y de todas las vicisitudes prósperas y adversas de su corazón y de su fortuna. Y cuando las voces se hicieron más perceptibles, no fué porque se acercaran, sino porque su atención subía de punto y se abstraía por completo, queriendo entender lo que decían, como quien se afana por leer los renglones confusos de un libro á la postrera y velada luz del crepúsculo de la tarde.

Cesó la invocación, y la extranjera, que continuaba en la misma postura, oyó hablar á dos personas ancianas, hombre y mujer, y sus voces parecían elevarse, no á su lado, en aquella soledad, sino en una vivienda cuyos muros enviaran el eco de las palabras, y percibía el mugido del viento que azotaba los cristales, la oscilación de la péndola del reloj, el ruido que hacían los pedazos de cok ardiendo al caer de su peso en el cenicero del hogar y cuanto podía ser parte á dar apariencia de realidad á la escena cuyo cuadro se desarrollaba en su imaginación con el auxilio del oído.

Los dos ancianos se habían sentado delante de la chimenea: el hombre, poseído de muda desesperación; la mujer, sollozando y con el rostro inundado de lágrimas. ¡Qué palabras tan tristes se decían! Hablaban de una hija errante no sabían dónde, abrumada bajo el peso de la deshonra, y que había fiado al dolor y á la vergüeza la obligación de llevar á sus padres al sepulcro. Hablaban también de otra desgracia más reciente; pero su plática se confundió con un rumor de hojas secas barridas del viento, y cuando la extranjera levantó la cabeza y miró á la bruja, le dijo ésta:

– Los pobres viejos pasan muy tristes los últimos días de su vida, ¿no es verdad?

– ¿Los oíste?, preguntó la joven llena de temor.

– Sí, por cierto; mas aún nos quedan otras cosas que oir, replicó la vieja; deja que te cubra la cabeza.

De nuevo se alzó la monótona voz de la hechicera, que pronunciaba palabras dirigidas al espíritu del mal, y apenas comenzada, fué acepta esta vez la misteriosa invocación, pues muy luego, en medio de una pausa, se hizo perceptible un ruido extraño que, subiendo rápidamente, acabó por dominar los cascados acentos de la temerosa plegaria. Eran gritos desgarradores los que se oían, y como si brotaran de las entrañas de la tierra; después una salmodia lenta, suave y acompasada que cantaba un coro de mujeres; después carcajadas, á seguida gemidos y sollozos, mezcla todo ello incoherente y confusa de terror, de aflicción y de alegría; más luego, ruido de cadenas, palabras injuriosas, invectivas, amenazas, crujir de látigos, alaridos de dolor, maldiciones, rumor de gentes fugitivas que huían en tropel, y á poco de quedar todo en silencio, los acordes de un laúd y una canción amorosa, interrumpida, no bien comenzada, con los fúnebres tañidos de una campana.

Convulsa y casi desfallecida de miedo, con el espectáculo que ofrecía el torbellino espantable de aquella muchedumbre de pasiones desenfrenadas, estaba la joven, cuando de nuevo se hizo un silencio sepulcral y pudo percibir clara y distinta la voz de un hombre, sonora y grave, y acaso en otro tiempo melodiosa y potente, que después de pronunciar algunas pocas palabras se alejó. La madera del pavimento crujía oprimida bajo los pies del aparecido, que andaba sin dirección fija de una manera febril y descompuesta. En medio de una orgía iba buscando á quien confiar sus dolores; y cuando hallaba oyente, le refería la historia de una perfidia de mujer, pero de la mujer propia que faltó á todos sus deberes y rompió cuantos juramentos hizo, de un corazón herido y quebrantado, de un hogar desierto y de una familia desolada; mas sus quejas se perdían entre gritos, carcajadas y sollozos que resonaban alrededor suyo é iban subiendo en infernal *crescendo*, para bajar insensiblemente hasta el punto de confundirse y hacer una cosa misma con el rumor del viento que gemía entre los pinos de las tres colinas.

Al levantar los ojos vió la extranjera fijos en ella los de la vieja.

– ¡Cuán cierto es, dijo la joven para sí, que la risa vence al llanto!

– ¿Quieres saber algo más?, le preguntó la bruja.

– Quisiera oir una voz que me importa mucho.

– Sea presto; que se hace tarde.

La luz del crepúsculo bañaba todavía las cumbres; pero el fondo del valle parecía envuelto en densa veladura de sombras, que iban elevándose lentamente por las laderas como un vapor y cual si aquel fuera el lugar de donde salieran las tinieblas para extenderse por el mundo.

La repugnante vieja comenzó por tercera vez la invocación; y al cabo de un espacio de silencio, rasgó el aire el son de una campana que parecía salir de alguna torre añosa y cubierta de hiedra para dar noticia de la muerte á los ecos vecinos, y avisar á la cabaña y al castillo, al pastor solitario y al magnate que vive rodeado de servidores, que todos deben preocuparse del fin que les aguarda. Luego se oyeron los pasos uniformes de cuatro niños, y á juzgar de la mesura con que caminaban, sin verlos se comprendía que traían un ataúd. Delante iba un sacerdote, recitando algunas oraciones, mientras el viento agitaba las hojas de su libro de rezo. Después muchos hombres y mujeres, y al pasar oyó la extranjera que proferían maldiciones y anatemas contra la hija que afrentó las canas de sus padres; contra la esposa que hizo traición á la confianza y al amor del esposo, y contra la madre desnaturalizada que dejó morir olvidado á su hijo.

El fúnebre cortejo se desvaneció en lontananza como tenue vapor, y el aire que acababa de acariciar el blanco lienzo en que reposaba el cadáver del niño pareció suspirar por allí cerca entre los pinos de las tres colinas.

La vieja empujó entonces suavemente á la joven; pero la infeliz no se movió.

¡Estaba muerta!

Traducido por M. Juderias Bénder

MUSEO MUNICIPAL

DE REPRODUCCIONES ARTÍSTICAS DE BARCELONA

Intima es la conexión que existe entre todas las reproducciones, lo mismo las que responden á elevados fines, en armonía con su destino, como las que utiliza el hombre para destruir lo que con él fué creado. La sola agrupación de una rama, la reunión de objetos similares, destinados á iguales usos y semejantes aplicaciones, desde los primeros siglos á la época presente, basta para estudiar los progresos y evoluciones de la humanidad. Cada ejemplar comparado con el que le antecede acusa desde luego un

avance, un intento noble del hombre para perfeccionar su primera obra; empeño que persigue durante el transcurso de los siglos, cual si este deseo se acrecentara á la vez que se desenvuelve su inteligencia y se desarrollan los medios de su acción. Por eso sus manifestaciones continuadas representan, en su no interrumpida reproducción, al través de las edades, las costumbres, las tendencias y la historia de las sociedades y de los pueblos.

A estas consideraciones obedece la creación de los Museos. Su formación representa siempre prolijas investigaciones, y exige una inteligente y experta dirección, ya que sin poseer especialísimos y vastos conocimientos, como reclama el complicado estudio de la íntima existencia de los pueblos, no es posible su ordenada clasificación. Las dificultades crecen cuando se trata de complexas manifestaciones, en las que han debido intervenir diversos artistas y artífices, pues entonces precisa conocer el proceso que informa la unión de cada rama. Tal sucede con las derivaciones arqueológicas, que representan en cada época el producto del ingenio del hombre y el progreso realizado en las artes y las ciencias.

Cierto es que la naturaleza es hoy la misma que ayer, que el artífice vacia sus modelos en semejantes moldes, y que el artista persigue idénticos ideales, buscando antaño como hogaño la forma de la belleza; pero no es menos indudable que han variado los medios de obtenerla y representarla. No en todas las épocas han tenido los hombres la misma inspiración, ni han apreciado el arte de igual manera; derivándose, por ende, de tales diferencias la diversidad de escuelas, motivos y asuntos, sin que por ello hayan dejado unos y otros de perseguir siempre la belleza.



MEDITACIÓN, cuadro de D. Emilio Sala

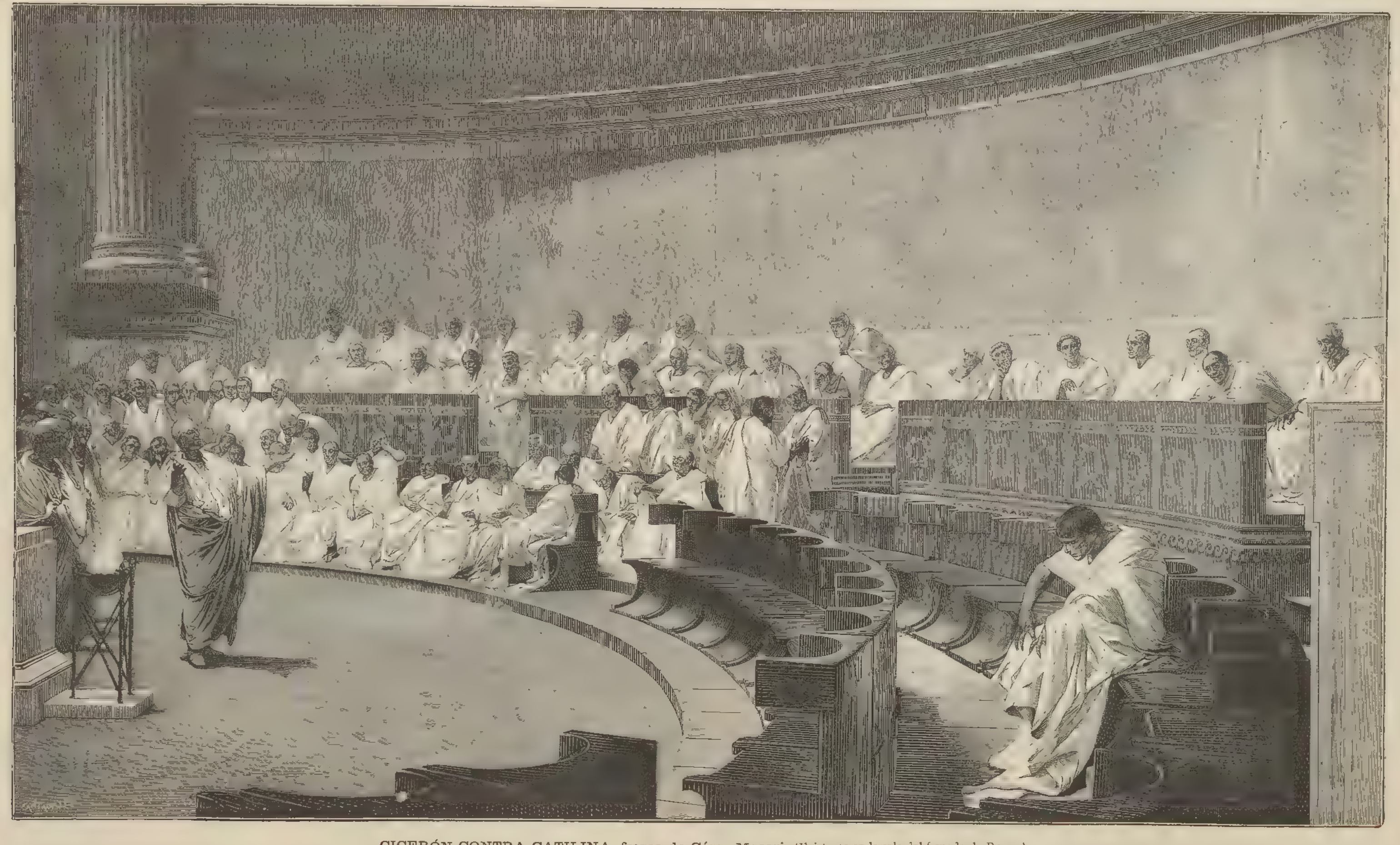
España, que conserva tantos recuerdos de su cultura y grandeza, no cuenta, por más que sea doloroso confesarlo, con el número de Museos y colecciones que poseen otros países más afortunados, en donde el hombre de ciencia, el artista y el industrial puedan comparar, aprender y estudiar los antiguos moldes y analizar las producciones de los pasados tiempos. Empeñada España primero en las luchas que habían de determinar su nacionalidad, entregada después á sus atrevidas empresas de engrandecimiento y poderío, y por último, quebrantada por las guerras y contiendas civiles, no pudo disfrutar durante un largo período de tiempo de los beneficios de la paz y obtener de ella las ventajas que proporciona. Las iglesias, los conventos y los palacios de los magnates guardaban las obras más notables de los artistas y artífices, los libros de los sabios y escritores; viniendo á ser, por lo tanto, los únicos Museos y bibliotecas que existían en nuestra patria. A la ilustrada iniciativa de algunos monarcas, entre ellos Carlos III, de gloriosa memoria, debióse la fundación de los primeros Museos, enriquecidos después por el interés y desvelo de sus sucesores. Pero aun así, sólo en la corte y en las capitales de algunas provincias existen colecciones especiales, con carácter oficial, que pueden ser visitadas libremente por el público, ya que si bien es cierto que existen muchos Museos particulares que abrazan una sola rama de la arqueología ó de las Bellas Artes y que pueden ser visitados con fruto por las enseñanzas que de ellos se derivan, no ha tenido todavía imitadores la costumbre generalizada en otros países de que tales preciosos depósitos de objetos, que con grandísima dificultad se logra adquirir y organizar, formando un selecto conjunto, se pongan á disposición de la generalidad, invitándola á su estudio con el ánimo de que de él ha de reportarse grandísima utilidad para el mejoramiento de las industrias y de la pública ilustración.

Barcelona, iniciadora del renacimiento artístico é industrial de España, con sobrados títulos, con medios y elementos para poseer quizás los mejores Museos peninsulares, no ha podido envanecerse hasta hace poco con esta clase de manifestaciones de cultura con que cuentan otras ciudades españolas de menos importancia.

Cierto es que las colecciones particulares son numerosas y de inestimable valor, pero éstas no bastan ni responden á las necesidades y aspiraciones que distinguen á la segunda capital de España. Las varias secciones y grupos que figuraron en la Exposición Universal demuestran el grado de adelanto y la vitalidad de las provincias catalanas. El movimiento evolutivo que se inició hace veinte años, mostróse entonces en brillantes formas, potente y vigoroso, dando muestras de esa virilidad iniciadora de las grandes creaciones. Gracias á la iniciativa particular, se ha constituído un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo período de triunfo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación: la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí que exista platería y mueblaje artístico en todas sus formas y apli-



HÉROES ANÓNIMOS, cuadro de D. Juan Luna. (Salón del Campo de Marte, París, 1891.)



CICERÓN CONTRA CATILINA, fresco de César Macari. (Existente en la sala del Senado de Roma.)



«¡Y SIN EMBARGO SE MUEVE!,» cuadro del profesor Barabino. (Existente en el palacio Orsini de Génova.)

ciones, vidriería de color á la usanza de los tiempos medios, tapicería, bronces de arte, fundición artística, cincelado, batido y repujado en varias clases de metales, y por último, la pintura y la escultura. Parece como que Barcelona haya tratado de asumir la representación artística de España.

Atento el Municipio á cuanto tienda á mejorar y desarrollar las fuerzas activas que se hallan reunidas en nuestra ciudad, que determinan como inmediata consecuencia la cultura y la ilustración, cundió la celebración periódica de Exposiciones, para que los artistas y artífices pudieran contender en noble palenque, dando muestras de su habilidad y adelanto, y con mejor acuerdo, la creación de Museos, para que con ellos pudieran recoger provechosas enseñanzas. En 4 de septiembre del año último acordóse la del Museo municipal de reproducciones artísticas, de indiscutible utilidad, cuando se trata de un pueblo que como el de Barcelona figura en primera línea por sus manifestaciones artísticas é industriales. Confióse á una comisión compuesta de arquitectos, críticos y artistas el estudio y plan de la formación del Museo, y preciso es hacer constar que el informe emitido responde desde luego á las aspiraciones y necesidades de nuestra ciudad. Difícil era la empresa, pero en el plan cuidadosamente estudiado tuviéronse en cuenta todas las ramas, todos los factores que pueden servir de utilidad para las creaciones de esta privilegiada región. Escogióse al efecto, la gran nave que cobijó en su recinto la sección oficial de la primera Exposición Universal Española, en cuyo vastísimo salón de 100 metros de longitud por 25 de anchura podían emplazarse cómodamente las múltiples secciones que habían de constituir el Museo. En él tienen ya representación bellísimas obras de arquitectura, escultura, talla ó escultura decorativa, cerámica, vidriería, mosaicos, esmaltes, joyería, cerrajería, mobiliario, tejidos, bordados, encajes, indumentaria, bronces, gálvanos, etc., etc. Pueden ya admirarse las reproducciones de las obras más notables de la antigüedad, de los tiempos medios ó modernos, ya en forma de vaciados ó ejecutadas en la misma materia que los originales. La base constitúyenla las manifestaciones artísticas principales de todas las épocas y todos los pueblos, proponiéndose la comisión completar la ya rica colección con las valiosas producciones peninsulares, con las obras maestras que poseemos, dando preferente lugar á las de esta región, ó sea aquellas que por fortuna se conservan en Aragón, Valencia, Cataluña, las Baleares, el Rosellón y Provenza. Y entiéndase que esta prioridad no puede significar exclusivismo, ya que responde, á nuestro modo de ver, al propósito de ofrecer á nuestros artistas y artífices modelos y ejemplos determinados de nuestras tradiciones, propios de nuestra naturaleza y adoptados á las condiciones de nuestra raza.

En 29 de junio último inauguróse solemnemente por el entonces Alcalde Excmo. Sr. D. Juan Coll y Pujol la que pudiéramos llamar primera sección, la base del Museo, y á pesar del breve período de tiempo transcurrido nos es grato consignar que se ha ampliado notablemente, gracias al interés que merece al actual Alcalde Excmo. Sr. D. Manuel Porcar y Tió y á la ilustrada comisión que preside, á quienes cabe sin duda la gloria de haber desarrollado y completado la obra iniciada por sus antecesores de manera que responda cumplidamente al objeto y fin de la fundación del Museo.

Y tal es así, que aparte de las importantes obras con que se ha enriquecido, hállase casi terminada la reproducción, dirigida por el Director del Museo el distinguido artista D. José Luis Pellicer, de un ala del claustro del célebre cenobio del San Cugat del Vallés, á la que seguirán, según acuerdos adoptados por la comisión, la de otras no menos importantes, como son los panteones reales de Santas Creus, conjuntos de la catedral de Tarragona, detalles de Poblet, etc., etc.

La decoración interior del Museo la constituirán las obras reproducidas, aprovechándose las condiciones del edificio para la colocación de arcos formeros, aleros, pretiles, pináculos, gárgolas, cornisamentos, artesonados, etc.

Hacer patente la importancia de esta institución, á cuyo establecimiento tan poderosamente contribuye nuestro Municipio, creemos inútil hacerlo constar, puesto que está en el ánimo de todos. Las primeras naciones deben el lisonjero estado de sus artes é industrias á la posesión de sus grandes Museos, y no dudamos que Barcelona, que ya figura por sus poderosas iniciativas á la cabeza del movimiento peninsular, podrá alcanzar la meta que desean todos los amantes de la grandeza de nuestra patria.

Barcelona, los artistas, los industriales, los obreros y cuantos dedican al trabajo la suma de sus actividades deben gratitud á la corporación municipal, que al instituir este Museo les ha ofrecido medios para lograr la enseñanza que ha de conducirles al perfeccionamiento.

A. GARCIA LLANSÓ

NUESTROS GRABADOS

En la playa, cuadro de D. F. Miralles.—Lo que tantas veces hemos dicho de nuestro distinguido compatriota, fuerza es repetirlo á propósito del cuadro suyo que hoy publicamos. Ora reproduzca en sus lienzos el campo con los dulces atractivos que los poéticos alrededores de París ofrecen, ora pinte las hermosas playas tan frecuentadas durante el verano por sociedad escogidísima; ya busque asuntos para sus composiciones en las costumbres parisienes, ya llene sus cuadros con algún retrato, la característica de Miralles es la elegancia, el *chic*, que como nadie saben expresar los que en París viven y respiran entre las altas clases sociales de aquella ciudad, esa atmósfera de buen tono que en medio de sus excesos ha conservado siempre la capital de Francia. Saturado de ella, el autor de *En la playa* no pierde ocasión para demostrar cuán refinado es su gusto y cuán bien ha sabido identificarse con el medio en que trabaja; no haya miedo que se deje seducir por los halagos del naturalismo crudo que junto á él crece y se desarrolla, mas tampoco se crea que llevado de sus aficiones se lanza á espacios imaginarios en busca de trasnochados idealismos. Miralles no quiere más modelos que aquellos con que la naturaleza ó la realidad de la vida le brindan; pero su delicado sentimiento artístico, sus tendencias aristocráticas, por decirlo así, dentro del arte le impulsan á no fijar su atención más que en las notas de graciosa belleza que, sin entrar en el campo de lo convencional, acusan un trabajo de selección de los mil motivos, no todos bellos, aunque todos igualmente verdaderos, que el pintor sin salirse de lo real encuentra á cada paso. Miralles sabe escoger, y en bellas artes el que bien escoge tiene andado buen trecho del camino para llegar á una buena ejecución del asunto elegido.

***

Un chapuzón, busto de D. Eusebio Arnáu.—Nieves, busto de D. Eusebio Arnáu—Ave-María, escultura de D. Eusebio Arnáu (premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Tan inteligente como modesto, tan sencillo como discreto, es Eusebio Arnáu uno de los desheredados de la suerte, que sin otros elementos que su aplicación y sus propios méritos ha debido luchar con obstáculos y contrariedades para poderse dedicar al estudio del arte, por el que desde temprana edad sentía irresistible inclinación. Su perseverancia y laboriosidad hanle conducido por fin á la suerte que con tanto afán perseguía, y sus méritos é inteligencia han tenido á la postre la recompensa que tenía derecho á esperar. La Exposición general de Bellas Artes de Barcelona significa para Arnáu su primero y señalado triunfo, ya que en ella, por medio de su admirable grupo *Ave-María*, ha podido dar gallarda muestra de sus aptitudes y de su valer. Su obra, perfectamente sentida, ha sido unánimemente admirada, y el Jurado calificador concedióle el premio merecido, consistente en su adquisición para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes. Artista de temperamento, ha logrado dar á las figuras de los dos monaguillos, de los dos infantiles cantores, esa expresión singularísima que constituye el encanto de la obra. No menos recomendables son los dos estudios que también reproducimos.

Reciba Arnáu nuestros sinceros plácemes por su reciente triunfo y nuestros votos para que su nombre llegue á figurar entre los de los escultores que honran á nuestra patria.

***

Meditación, cuadro de D. Emilio Sala.—En la silueta que de Sala tiene trazada el distinguido crítico y querido colaborador nuestro Sr. Balsa de la Vega, leemos entre otras cosas las siguientes: «Pocos, tan pocos que estoy por decir que no hay dos, son los pintores españoles que estudien con el pincel y en el libro tanto como Sala... No satisfecho nunca de lo que hace, lleva sus estudios plásticos hasta el análisis, y colorista, hoy el primero de los españoles, estudia la luz y el color de tantas cuantas maneras es dable estudiarlo, buscando siempre aquellos problemas de más intrincada resolución... La originalidad es en Sala una obsesión, no una obsesión adquirida por el empeño de distinguirse, sí porque le seduce el contraste de los colores y los efectos de la luz...»

¿A qué seguir? Con lo dicho creemos que bastará para convencer á nuestros lectores de cuánto vale el insigne maestro español, y contemplando el cuadro suyo que hoy reproducimos se verá que tantos elogios son, tratándose de D. Emilio Sala, justicia estricta.

***

Héroes anónimos, cuadro de D. Juan Luna (Salón del Campo de Marte, París, 1891).—El autor del *Spoliarium*, que con tan buen acierto adquirió nuestra Diputación Provincial; de la *Batalla de Lepanto*, que adorna uno de los salones del palacio del Senado en Madrid del lienzo decorativo que fué premiado con medalla de plata en nuestra Exposición Universal de 1888 y de muchísimas otras composiciones no menos celebradas que éstas, ha abandonado en el cuadro que hoy reproducimos los asuntos grandiosos, que para aquellas obras le sirvieron de tema, y ha dedicado sus excepcionales aptitudes artísticas á un motivo de menos alto vuelo, en apariencia, pero en el fondo más interesante, porque es más humano, más sentido y más de nuestros tiempos.

¡Pobres héroes anónimos! Tras una vida de trabajos, de penalidadades, de sacrificios, una muerte, trágica quizás, aunque sin gloria, si la gloria consiste en ese aparato externo en que aparece envuelto el recuerdo de ciertas existencias; como recompensa de una historia conmovedora, rica en deberes cumplidos cuanto pobre en goces disfrutados, un nombre ignorado, que sólo los más allegados pronuncian con amor y con respeto. ¡A cuán tristes reflexiones se presta ese modesto entierro del infeliz mártir del trabajo! ¡Qué tesoros de sentimiento encierra esta página, indudablemente una de las más hermosas que el pincel del famoso pintor español ha producido! Ese fúnebre cortejo que en desordenada fila se dirige al campo santo; esas figuras cuya expresión tan perfectamente traduce el dolor de la esposa, del hijo, del amigo; ese pobre ataúd sobre el cual el cariño ó la amistad han depositado humildes flores; ese cielo plomizo que parece asociarse á la luctuosa escena, esos árboles que el cierzo otoñal ha despojado de su verde follaje, forman un conjunto que llega al alma, invadiéndola de dolorosa melancolía.

Luna, que hasta ahora había demostrado ser un gran pintor, se nos revela en *Héroes anónimos* como gran poeta. Felices los que, como él, después de resucitar con su genio las grandezas pasadas, saben con su corazón hacer sentir las miserias presentes.

***

Cicerón contra Catilina, fresco de César Macari (existente en el salón del Senado de Roma).—Elevado Cicerón por aclamación popular al más alto cargo de la república romana, Catilina, que había sido su contrincante en aquella elección y que aspiraba á triunfar en la del año siguiente, urdió una conspiración que debía asegurarle esta esperada victoria. Levantaban los conjurados tropas en las provincias, y en Roma no ocultaban sus proyectos, haciendo públicamente los preparativos para realizarlos, por lo que el nuevo cónsul, investido por el Senado de un poder dictatorial, puso á la ciudad en estado de defensa é hizo excluir á Catilina de aquel alto cuerpo. Exasperados los conspiradores, organizaron una revolución sangrienta; pero advertido Cicerón por Fulvia, amante de uno de los conjurados, del plan meditado, de los medios excogitados y del momento elegido, reunió al Senado en el templo de Júpiter Stator. Refiriendo estaba cuanto á su noticia acababa de llegar, cuando Catilina, ignorante de la traición de que él y los suyos habían sido víctimas, se presentó en la Asamblea de senadores; y en vista de tanta audacia, el cónsul, interrumpiendo su relato, encaróse con el jefe de la conjuración y lanzóle al rostro aquella hermosa improvisación, aquel tremendo apóstrofe que constituye sin duda una de sus más brillantes oraciones y que empieza con las conocidas palabras: *¿Quousque tandem, Catalina, abutere patientia nostra?* ¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia?

Este es el momento escogido por César Macari para uno de sus bellísimos frescos, el mejor acaso, que adornan el salón del Senado en Roma. El ilustre pintor ilaliano ha sabido dar á sus figuras su verdadero carácter, lo cual revela profundo estudio de los personajes y de los sucesos origen de la escena, y expresar con maravilloso acierto la situación de la asamblea romana en aquel instante de prueba para la vida de la república: hay en cada una de aquéllas el fuego de la pasión que en aquel difícil trance debió animarlas, y respírase en ésta el ambiente saturado de electricidad propio de las sesiones excepcionalmente solemnes de una asamblea como el Senado romano.

Al contemplar la composición de Macari, se exclama involuntariamente: Catilina está perdido. Y este es el mejor elogio que de la obra puede hacerse.

***

«¡Y sin embargo se mueve!,» cuadro del profesor Barabino (existente en el palacio Orsini de Génova).—Pocas frases han hecho la fortuna que la pronunciada por el ilustre profesor de la universidad de Pisa y que sirve de título al interesante cuadro del afamado pintor italiano Nicolás Barabino; pocas como ella encierran más profunda enseñanza en menos y más sencillas palabras. Cuando en el número 387 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de otro cuadro del mismo autor, titulado *La muerte de Galileo*, expusimos á grandes rasgos algo sobre la vida de este sabio, y algo dijimos acerca del episodio que ha servido de tema á Barabino para el que hoy publicamos; con este lienzo ha creado el notable pintor italiano una composición de excepcional belleza, en la que la atención del espectador se siente atraída con igual fuerza por la figura del anciano, en cuyo rostro se leen los estragos del estudio y de los padecimientos físicos y morales, que por el grupo de religiosos, en cuyos semblantes se revelan el desprecio y el odio hacia aquél, que aun después de hecha formal abjuración, no pudo menos de exclamar con acento convencido: *¡E pur si muove!*

***

La muerte de Medea, estatua de D. Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Rafael Atché es uno de los artistas que descuellan entre la ya numerosa pléyade de escultores catalanes. Joven y en un breve período de tiempo ha logrado tan señalados triunfos y dado tan gallardas muestras de sus aptitudes y genialidad, que su nombre figura dignamente confundido con el de los artistas que honran á España y á Cataluña. De hermosa fantasía, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo de bello y grande que acusa su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo, y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera, produciendo obras tan geniales como *La muerte de Medea*, en la que Atché con su poderosa é inagotable fantasía ha representado el dolor físico y moral de aquella desnaturalizada madre, las torturas de la materia y de la ira.

Hay que advertir que la obra de Atché es el producto de su primera inspiración, es simplemente un boceto ampliado, sin que por la premura del tiempo le haya sido posible madurar la concepción y por lo tanto mejorarla; pero aun así sorprende por la grandiosidad de la ejecución. La violenta actitud de la figura, la angustiosa expresión de su semblante, los bien estudiados pliegues, los pormenores todos contribuyen á dar á la obra el carácter especial que debe descollar en esta clase de producciones.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAVARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto hubo de sostenerla porque desfallecía

– Será tal vez porque jamás ha contrariado usted sus ideas... ó sus intereses, replicó la señorita de Sainte Severe.

– No puede usted hablar mal de la nobleza, señorita, sin calumniarse á sí propia, puesto que usted pertenece á ella. ¿Y de ello no se felicita usted? ¿No es por ventura grato haber nacido Sainte-Severe?

– En eso se engaña usted, porque no tengo apego alguno á ese nombre, y hasta ha sido para mí una carga, por no decir que á él debo tal vez mi desgracia. Mejor hubiera preferido uno que me permitiera otro género de existencia, una situación independiente...

La institutriz hablaba de la mejor buena fe y comprendiéndolo así Gilberto, no supo qué contestar, pues tratábase una cuestión muy delicada, es decir, de la triste necesidad en que la institutriz se había visto de aceptar un cargo remunerado de la anciana marquesa. Por otra parte, extrañaba que aquella joven no se envaneciera de su nombre, cuando tantas otras, en su lugar, le habrían hecho sonar muy alto, sobre todo no quedándoles otra cosa.

Para disimular, cogió el pequeño volumen que la institutriz tenía á su lado, y en cuya encuadernación de piel, ya vieja, veíase el sello de la casa de Fonfreyde

– Muy pronto agotará usted la biblioteca, señorita, dijo Gilberto. Con su permiso miraré este libro.

Y le abrió.

– ¡Ah! ¿Leía usted la «Servidumbre voluntaria...» Es cosa muy seria para una joven.

– No he hallado en esta obra lo que buscaba...

– Presumo cuál es el enigma que usted trata de penetrar... lo bien ó mal fundado de las jerarquías, ¿no es así?... No lo encontrará usted aquí, porque esas ideas no existían en tiempo de la Boétie, pues datan solamente del siglo pasado. Entonces se quería volver al estado primitivo de la humanidad, y se imaginaba que la igualdad había existido en el origen. En esto se engañaban... Lea usted Rousseau, señorita; seguramente la agradará.

– Ya lo conozco.

– Pues bien: si le ha leído usted, confesará que incurrió en un error... En todas las clases de la sociedad manifiéstase el deseo de elevarse; es un instinto natural. La clase superior acaba por dominar; sus individuos se eligen y se cuentan. Tal es el origen de las clases que existen y han existido siempre y en todas partes... ¡Es cosa tan difícil y tan lenta fundar un nombre y una familia! Reflexione usted sobre ello: se necesita la educación, una herencia de tradiciones, todo aquello que no se adquiere con el dinero... El hombre enriquecido ayer, el hijo de aldeanos propietarios de un gran patrimonio, el industrial millonario, no son aún más que la simiente de la nobleza; pero pierda usted cuidado, que ya germinará en sus hijos... En otro tiempo adquiríase la nobleza por la compra de un terreno, por decreto real... Hoy se alcanza más comúnmente por usurpación; mas el procedimiento no deja de ser bueno. Llegada la tercera generación, ya no se discute; entonces, las ideas, el modo de conducirse y las preocupaciones mismas van con el título; y por eso comprendo que enorgullezca formar parte de la clase escogida.

– ¿Nos engreímos por ventura de ello?... repuso la institutriz. No hablo por mí... pero vea usted el vizconde de Cabrol; á juzgar por las personas con quienes trata y los apretones de manos que reparte, cualquiera diría que tiene en muy poco su título.

– Pues hace mal... Pero después de todo, una vez aquí, en su casa, puede hacerse valer por lo que es y tratar con las personas de su clase. Es el rey en su dominio, en ese hermoso castillo de Mareuil, añadió Gilberto, señalando la fachada.

—¿Le parece á usted hermoso?, repuso la señorita de Sainte-Severe, fijando su mirada en el edificio como si le viese por primera vez. Cierto que es muy grande, añadió, levantándose al mismo tiempo; pero yo preferiría una buhardilla donde pudiese vivir sola... Sí, completamente sola y libre hasta de mí misma... ¡Guy, Juana! ¿Dónde estáis?

La señorita de Sainte-Severe llamaba á los niños, que corrían por la alameda.

– Hasta la vista, señor Maujeán; no me conserve usted rencor porque no participo de sus ideas. Diríase que ni uno ni otro tenemos las que nos convendrían; el destino tiene cosas bien extrañas.

Gilberto la miró cuando se alejaba, y contristóle reflexionar sobre las injustas recriminaciones que la joven hacía por efecto de su falsa posición. ¿No era realmente digna de compasión?

Pero harto tenía que hacer en aquel instante Gilberto con sus propias tribulaciones. Precisamente entonces acababa de ver á Blanca de Cabrol hablando con Pedro en el pórtico y se dirigió hacia ellos.

Aquel día Pedro acababa de salir de una de sus crisis. Aún emprendía sus excursiones á Blatigny, pero con intermitencias de enfermedad, que se prolongaban, obligándole á guardar cama semanas enteras, lo cual olvidaba apenas le era posible ponerse en pie. Desde que la señora de Chalieu y su cohorte habían invadido el castillo, ausentábase de Mareuil tan á menudo como en otro tiempo; mas cuando estaba en su casa complacíase en el trato de aquellas damas que con ello se sentían halagadas.

La indiferencia que manifestaba respecto á sus manías, sin lisonjearlas nunca, sin asociarse á sus supersticiones de casta ni á sus prácticas devotas; sus arranques irreverentes sobre este punto, en boca de un hombre de la alta sociedad, divertían á las huéspedas, sin causarles ninguna extrañeza. En Pedro eran naturales aquella ingenuidad y desenvoltura de buen tono, que hacen que todo le sea perdonado al que las posee; pero lo que más divertía era su conducta con la marquesa de la Fonfreyde, asunto de broma para todos.

Pedro se mostraba en extremo amable con la abuela de su esposa, y la anciana, por bondad natural y también por consideración á las atenciones de que era objeto, tenía para él tesoros de indulgencia. Tal vez su tolerancia era fruto de una amarga experiencia de la vida, pues el general no había sido modelo de esposos; su mismo hijo, antes de casarse, le ocasionó más de un pesar, y ahora el marido de su nieta hacía como ellos. Esto no le extrañaba, y siguiéndole con los ojos, tenía para él esas sonrisas reservadas tan sólo para los calaveras á quienes se quiere, y no le guardaba rencor alguno, pues no sospechaba que Blanca sufriese con su conducta.

La vizcondesa, que había aprendido desde un principio á perdonar, seguía perdonando aún, y mientras, Gilberto la veía aceptar de buen grado ante los huéspedes del castillo las galanterías de Pedro, quien se proponía sin duda dejar bien sentado á los ojos de todos que sus relaciones eran siempre afectuosas. Y Blanca se prestaba á este juego; cualquiera otra mujer en su situación habría dado á su esposo contestaciones frías, mostrando esa expresión irónica que obliga al esposo culpable á mantenerse en su lugar y poner término á la comedia; pero la vizcondesa no quería proceder así. Sin embargo, hasta en sus momentos de abandono manteníase en cierta reserva, como si se preparase á la defensa. Presentíase que una parte de ella misma, un lugar de su corazón, habíase cerrado para Pedro y que por cariñosas que fuesen sus palabras en público no podían repetirse en otra parte, quedando siempre un límite infranqueable. Gilberto era tal vez el único que observaba estos detalles para los demás inapreciables.

En el primer piso, en el fondo del vestíbulo, había una puerta ante la cual Gilberto no pasaba nunca sin detenerse un instante para escuchar los latidos de su corazón: algunas veces encontrábala abierta cuando la doncella estaba en el aposento, y entonces podía deslizar una mirada furtiva hasta el interior de la habitación. Por las altas ventanas entornadas, á través de las cortinas de seda blanca que ondulaban impelidas por la brisa, penetraban raudales de luz haciendo brillar el pavimiento de madera de castaño, que parecía recortado en marfil. Los rayos solares iluminaban las gasas que cubrían el espejo del tocador, la pálida tapicería de los sitiales, las líneas delicadas de los pequeños muebles de palo de rosa, el gran lecho con columnas torneadas y hacían desaparecer de los últimos rincones todo misterio y toda sombra sospechosa. De todas aquellas blancuras que la luz inundaba parecía emanar un no sé qué de casta pureza. Era la habitación de Blanca de Cabrol. Aunque más grande y mejor adornado, parecía el cuarto de una niña, el santuario de sus sueños inocentes.

Cierto día atrevióse á dar algunos pasos en la habitación, al notar que podía hacerlo sin ser visto. Hallábase el aposento en el desorden que se produce después de un despertar perezoso; las sábanas del lecho tiradas á un lado, el cubrepiés caído y los mil objetos de tocador diseminados. Gilberto permaneció inmóvil en medio de la estancia, embriagándose en la contemplación de todos

aquellos mudos testigos que le revelaban el secreto de las noches solitarias, penetrado de compasión por aquella mujer sacrificada en su juventud, protestando con sus ademanes de su amor y respeto y sintiendo latir su corazón tan apresuradamente, que parecía saltársele del pecho. Después, como si la emoción le ahogara, salió de allí para no prorrumpir en sollozos.

¡Mas no era de aquella habitación de donde debía huir, sino del castillo y hasta de Mareuil! ¡Sí, debía ir lejos, muy lejos de aquellos lugares, donde el suplicio era para él cada vez más terrible y todo por culpa de la vizcondesa!

Veía, en efecto, que las confesiones que ella le había permitido eran para Blanca, lo mismo que para él, un fermento depositado en el corazón y que este fermento se desarrollaba en la vizcondesa. Podía reconocer diariamente, con terrores mezclados de indecible embriaguez, aquel rápido progreso: la franqueza misma de Blanca, su abstención de toda coquetería y el placer que manifestaba al mostrarse generosa, no permitían engañarse sobre este punto. En fin, hasta su juventud, su ardimiento, su sana constitución, que no conocía la enfermedad; todo se ligaba para impelerla hacia él y someter á los dos á terribles pruebas.

No podían ya verse sin una penosa reserva; no podían permanecer solos sin palidecer al punto; su voz temblaba, y en las palabras más insignificantes disimulábase mal su continua preocupación. No osaban casi levantar los ojos, persuadidos de que un ademán, una frase demasiado dulce, la perturbación de sus sentidos les hubiera arrojado en brazos uno de otro. Por eso bendecían á la persona que acertaba á llegar, considerándola como un salvador; y sin embargo, un imán irresistible los atraía mutuamente sin cesar y sólo eran felices cuando estaban juntos.

Tal vez Blanca hacía como él; tal vez cuando estaban alejados uno de otro meditaban audacias para el momento en que volvieran á encontrarse; pero llegado éste, tenían miedo y á nada se atrevían. ¡Ah! Ahora no hubieran ido á correr por las colinas y á perderse en los senderos bajo la espesura de los pinos y la sombra de las encinas, para ir á reposar después en la «estación del descanso.»

Gilberto lo propuso tímidamente... Blanca sonrió y movió la cabeza sin contestar.

A medida que iban transcurriendo los días, más aumentaba su inquietud; estaban poseídos de una verdadera fiebre.

Algunas veces encontrábanse en los largos corredores del castillo. Blanca se detenía al punto, con los ojos bajos y el rostro pálido, cual si hubiese sentido una súbita sacudida en el corazón; pero él no era más valeroso; manteníase también á cierta distancia, temeroso como ella, aunque más desgraciado, y apelando á su lealtad para reprimir los impulsos que le impelían hacia la vizcondesa. Aquellos dos deseos, sin cesar frente á frente y que luchaban para no unirse, tenían algo de un heroísmo sobrehumano que imponía admiración y piedad.

Gilberto no se mantenía siempre en esta reserva; su pasión le arrebataba á veces, y entonces no podía ver á Blanca sin coger sus manos con verdadero



Inclinóse hacia Gilberto con avida curiosidad y preguntóle

frenesí y estampar en ellas delirantes besos. La vizcondesa se defendía, pero cada vez con menos vigor, dejándose dominar de languideces repentinas, y Gilberto cada vez ganaba más terreno, comprendiendo la turbación y debilidad de Blanca, adivinando que también ella era presa de esos vértigos en que la razón la abandonaba y hacía vacilar su voluntad. El valor de ambos se gastaba en aquellas luchas.

Una tarde, al cruzar Gilberto por el vestíbulo, vió abierta la puerta de la habitación de Blanca; el calor había alejado del castillo á todos sus habitantes, que siempre iban á buscar la sombra en la espesura del jardín; oíase el rumor de voces á lo lejos y los gritos de los niños que jugaban, y Gilberto pensó que Blanca se hallaba con ellos.

Lo mismo suponía de él la vizcondesa, pues cuando pasó por el corredor dirigió una mirada á la puerta para ver quién era. Al reconocerle, sus mejillas palidecieron y sonrió sin poder ocultar su turbación.

Gilberto vaciló también, después dió un paso hacia ella, y al fin entró.

Blanca se acercó vivamente á la ventana como para que la viesen desde fuera.

– ¿No está usted en el jardín?... preguntó con acento breve.

– No..., y yo creí que usted misma...

Los dos guardaron silencio, y para no ser visto desde el exterior, Gilberto se había retirado algunos pasos hasta el ángulo del lecho, en el cual permanecía apoyado, sintiendo que las piernas le flaqueaban.

Blanca estaba vuelta de espaldas, distrayéndose en la contemplación del jardín; pero sabía dónde se hallaba Gilberto, y en este pensamiento había una especie de fascinación que según presumió Blanca la obligaría á volverse á pesar suyo. Así lo hizo, en efecto, un minuto después.

Entonces Gilberto vió un rostro tan pálido que apenas pudo reconocerle, con ojos desmesuradamente abiertos y una sonrisa como de dolorosa angustia.

– ¡Oh, Blanca!... exclamó fuera de sí.

La vizcondesa dió algunos pasos para dirigirse hacia la puerta, mas al pasar junto á Gilberto dejóse caer de pronto, como si las fuerzas la abandonaran por completo.

Gilberto hubo de sostenerla porque desfallecía; el peso de su cuerpo era tal que le arrastraba; teníala suspendida en sus brazos con la cabeza echada hacia atrás y la boca húmeda y entreabierta. Inclinándose lentamente hacia ella, Gilberto vió palpitar sus párpados, su leve sonrisa, que parecía pedirle gracia en medio de la angustia y de la vergüenza de la aquiescencia. Sus labios iban á unirse...

Pues bien: aun en aquel instante mismo, en el delirio de la pasión – tan arraigadas estaban en él sus impresiones de niño, – Gilberto pensó en la distancia que les había separado tanto tiempo y que no creía borrada aún; conmovióse y se asustó del inmenso sacrificio que ella le hacía y de la inmensidad de la caída...

La vizcondesa tuvo tiempo de reponerse y de huir poseída de espanto.

Por la noche mostróse muy alegre; tuvo las más delicadas atenciones para Gilberto, y parecía deseosa de hacerle comprender que le daba gracias por no haber abusado de su debilidad, ó tal vez atribuíase el mérito de la resistencia ó de haber vuelto á la razón, aunque algo tardíamente.

El peligro, pues, por esta vez había pasado, pero se reproduciría al día siguiente y en los sucesivos, y llegaría un momento en que no lo evitarían. Los dos pensaban en esto con terror, juzgándose condenados de antemano, quebrantados, desfallecidos, débiles como niños. Casi deseaban la derrota para salir de aquella incertidumbre y comenzar una vida nueva en la realidad de un desastre.

Y entonces fué cuando la más terrible de las desgracias les afligió de improviso, salvándolos de sí propios.

VIII

Pedro guardaba cama, y las semanas transcurrían sin producirse ninguna mejoría; el vizconde no solía inquietarse por eso; pero los temores iban en aumento á medida que la enfermedad se prolongaba.

Gilberto veía al doctor inquieto y pensativo: era éste un cirujano de Chatillón que iba todos los días á Mareuil y á quien aquél solía acompañar hasta el coche después de cada visita.

– La cosa es grave, contestaba á las preguntas que Gilberto le dirigía, y no veo ninguna mejora sensible...

Las respuestas eran transmitidas por Gilberto á Blanca, que no quería ya separarse de la cabecera del lecho de su esposo.

Poco á poco se acostumbra uno á las peores situaciones, y por más que el parecer del doctor debiese prepararles á temerlo todo, no desesperaban, ni podían fijarse tampoco en la idea de una catástrofe. Gilberto la rechazaba como pensamiento odioso y culpable.

Por eso el día en que el doctor le anunció que no había remedio para su amigo, la noticia le produjo un efecto terrible como si se tratase de algo inesperado.

Su pensamiento flotó indeciso, luchando entre mil impresiones contrarias, en una confusión en que se bosquejaba vagamente la nueva situación en que iba á encontrarse respecto á Blanca. La mayor felicidad que había soñado, los obstáculos que se acumulaban ante su amor, desvanecíanse de repente, y todo parecía venir á través de los lúgubres velos y las espantosas angustias de aquella muerte. ¡Pedro iba á sucumbir, y era preciso que muriese para que él fuera dichoso!...

Pálido, sin voz y con la mirada fija permanecía inmóvil; mientras que el doctor le examinaba silenciosamente con ojos acostumbrados á leer en las fisonomías el efecto de estos terribles pronósticos.

– Sí, está perdido, repitió... Sería conveniente avisar á la señora vizcondesa, por si se han de tomar algunas disposiciones... Pero los hombres no sirven para esto; mejor sería una mujer.

Gilberto pensó en la señora de Chalieu.

– ¿La señora de Chalieu?, repitió el doctor... Está bien... Mañana hablaré con ella.

Y subiendo á su coche, arreó el caballo, mirando hacia adelante, como si pensara ya en las otras aflicciones de que iba á ser testigo.

Gilberto volvió á la habitación de Pedro, situada en una de las alas del castillo, que se unía con las cuadras. Varias panoplias y trofeos pendientes de las paredes constituían todo su adorno; de modo que aquello parecía una habitación provisional, una especie de pabellón arreglado de improviso. A la verdad, el vizconde habitaba poco aquella estancia... y ahora ya no debía salir de ella vivo.

Hallóle sentado en la cama, con la pechera de la camisa entreabierta y la colcha arrollada sobre las rodillas. Parecía esperar ansioso la vuelta de su amigo, tal vez porque la prolongada auscultación á que el doctor acababa de someterle habíale inspirado inquietud, ó bien por haber creído ver una sombra de tristeza en el rostro de Gilberto. Inclinóse hacia él con ávida curiosidad y preguntóle:

– ¡Vamos! ¿qué opina el doctor? ¿Es grave?...

– No... ya estás mejor...

– ¿No me engañas?, repuso Pedro con la mirada siempre fija en su amigo.

Y añadió después de una pausa, tratando de sonreír:

– ¡Es que no quisiera todavía abandonar este mundo!

Gilberto se estremeció al oir estas palabras, que revelaban ardiente amor á la vida; mas contestó con tono alegre y una especie de brusca solicitud:

—¡Pero hombre, échate!... ¡Cuando te digo que no será nada!... Sin embargo, es preciso cuidarse... ¡Vamos, tápate y ten juicio!...

Mientras Gilberto se esforzaba para tranquilizar á su amigo, éste le miraba con tenaz fijeza, como si hubiera querido leer en sus ojos qué suerte le esperaba, y al fin acabó por creer lo que se le decía; entonces serenóse su fisonomía, é ideó mil proyectos para cuando se restableciera. Esta excitación que Gilberto no pudo calmar, devolvióle en un instante toda una apariencia de salud, y Blanca que en aquel momento entró en la estancia admiróse de ello: érale tan doloroso renunciar á la esperanza, que le bastaba un pretexto para tranquilizarse. Así es que con acento de alegría exclamó:

—¡Qué notable mejoría! ¡Si parece que no tiene ya nada!

—¿Quién lo duda?, repuso Gilberto.

Y sin que Pedro lo notase, dirigió una triste mirada á Blanca, que ésta no comprendió.

Al día siguiente, la señora de Chalieu comunicó á la vizcondesa lo que el doctor había dicho.

Pocos instantes después, Gilberto la encontró cuando iba á la habitación de su esposo; la vizcondesa se detuvo al verle y comenzó á llorar.

—¡Dios nos castiga!, exclamó.

—¿Y por qué?... ¿Qué motivo hay para ser castigados?

—Es verdad..., replicó Blanca. No hemos hecho nada malo... Hemos sufrido y nada más... pero no puedo creer en tal desgracia. ¡Yo le salvaré! ¡Le salvaremos!... Debemos hacerlo...

Y tendiéndole la mano como si apelara á su abnegación, enjugó sus lágrimas, sonrió como lo hacía siempre al presentarse á su esposo y separóse de Gilberto.

Este último, al verla alejarse y reflexionando sobre el golpe imprevisto que la suerte les deparaba, como para acercarlos más y legitimar votos que antes eran criminales, no pudo menos de preguntarse si Blanca, lo mismo que él, habría fijado su pensamiento en las consecuencias de lo que iba á suceder. Era probable que en medio de las angustias en que ahora vivía, su amor se hubiese concentrado en lo más recóndito de su corazón y solamente quedara un sentimiento dolorido, en cierto modo purificado. Blanca pensaría sólo sin duda en sus dolores presentes, sin que le fuera posible ver más allá ni proyectar cosa alguna. La suerte iba á decidir por ella.



Pedro abrazó repetidas veces á Guy y á Juana

Sin embargo, ante el acontecimiento que se acercaba, la señora de Chalieu y demás amigas habían manifestado su intención de partir; pero se las invitó á quedarse, pues mejor era que el castillo conservara su aspecto acostumbrado y estuviese animado con su presencia: el silencio y el súbito vacío podrían impresionar tristemente al enfermo, y ante tal consideración, consintieron en permanecer con la familia, ofreciéndose á prestar su auxilio á Blanca para cuidar á Pedro.

El vizconde se debilitaba cada vez más, sin que pudiese creer que se hallaba tan cerca de su fin; y muy por el contrario, imaginábase que su enfermedad atravesaba una fase aguda á la cual seguiría el restablecimiento. A medida que el tiempo corría, Gilberto pudo notar que una vaga inquietud atormentaba á la señora de Chalieu.

En el salón se celebraban secretos conciliábulos, presididos por el abate Souchón y á los que él también asistía.

Discutíase en ellos sobre el estado de Pedro, calculándose los días y horas que le quedaban de vida... y entonces fué cuando se realizó la predicción de la señorita de Sainte-Severe cuando pretendía que las ideas de Gilberto no se conciliaban exactamente con las de aquellas señoras.

—¡Veamos!, dijo una tarde la condesa de Chalieu al abate, este es el momento oportuno, señor cura... No podemos dejarle morir de ese modo, sin que se ponga bien con Dios... Nos remordería la conciencia. ¿Qué espera usted para hablarle?

El abate Souchón no esperaba más que una palabra, una señal; hallábase dispuesto á cumplir con su deber.

—¡Muy bien!, dijo la condesa; pues que sea mañana... El pobre muchacho no debe esperar ya sino en Dios. ¡Que le haga el sacrificio de su vida!... Sí, mañana. ¿No opina usted como yo, señor Maujeán?

Gilberto hubiera preferido callarse, pues comprendía por primera vez que en aquella sociedad en que se había mezclado regían ciertas conveniencias é ideas con las cuales no podía transigir. No se había penetrado de ellas hasta entonces, y en el mismo instante en que se le revelaban no hubiera querido lastimarlas; pero la compasión que Pedro le inspiraba se antepuso á todo.

—Pues bien, señora, dijo: ya que me pregunta usted cuál es mi opinión, la expondré francamente. Pedro no sospecha en modo alguno que se halle en tan grave estado, y lejos de ello, cree que no hay peligro para él. Temo que mi amigo sufra una conmoción espantosa, el más horrible de los tormentos morales, cuando se le diga que debe resignarse á morir...

A medida que hablaba veía pintarse la sorpresa y el disgusto en el semblante de los que le oían; mas no por eso renunció á expresar todo su pensamiento.

—Pedro, añadió, no es un filósofo que haya reflexionado fríamente sobre este momento. Siempre vivió como si no debiese morir nunca, y dada su indiferencia en materia de fe, sería una crueldad inútil...

La señora de Chalieu le interrumpió, fijando en él una mirada de enojo:

—¡Inútil, exclamó, cuando se trata de la salvación de su alma! ¡No reflexiona usted sobre ello, señor Maujeán!... ¡Cómo! ¿El desgraciado no se cree en peligro y ¡nada hemos de decirle!... No, no; morirá como cristiano... ¿Cree usted por ventura que le faltará valor? ¡No sería propio de un Cabrol!.. Yo, en su lugar, nunca perdonaría á los que no me advirtieran y no me dejaran tiempo para prepararme. ¿Sería justo que todo el mundo supiera que voy á morir y lo ignorase yo solamente? ¡Esto fuera ridículo!... El señor abate sonríe y aprueba lo que digo... Dios espera á Pedro allá arriba,... y cuando nuestro amigo esté en el cielo nos bendecirá por no haberle privado de su parte del paraíso... ¡No se ha de pensar tan sólo en el presente, señor Maujeán, sino en el otro mundo también!

El abate Souchón tomó á su vez la palabra:

—Veo, dijo, que el señor Maujeán tiene falsas ideas respecto á mi intervención. Iré á ver al señor vizconde como amigo, y me guardaré bien de atemorizarle; sólo incidentalmente le hablaré de reconciliarse con Dios, diciéndole que no está en peligro de muerte, pero que siendo todos mortales, mejor es...

—¡Muy bien!, exclamó la señora de Chalieu.

Y añadió como para concluir:

—De todos modos consultaremos á Blanca y esto es suficiente.

En efecto, aquella misma noche habló á la vizcondesa, que anegada en lágrimas no tenía ya voluntad y consintió en todo.

La condesa de Chalieu, por lo demás, procedió con muy buen tacto al día siguiente, cuando se hallaba en la habitación de Pedro.

—Ahí está el abate Souchón, dijo, que viene á informarse sobre la salud de usted. ¿Quiere usted verle?

Pedro fijó en la condesa una mirada de terror, pero se contuvo.

—¡Ya lo creo!, contestó; que entre...

La señora de Chalieu, encantada al oir esta contestación, corrió hacia la puerta, y al abrirla cruzó con el abate una sonrisa de satisfacción celestial.

El sacerdote y el enfermo quedaron solos.

Una hora después, cuando Gilberto entró otra vez en la habitación de Pedro, causóle espanto ver á su amigo: éste había envejecido bruscamente; en sus mejillas socavadas, en sus ojos hundidos, en aquel rostro en que se había impreso repentinamente el sello senil, leíase el pesar de abandonarlo todo. Apoyándose sobre un costado, con una mano fuera del lecho, mano que el abate acababa de estrechar al retirarse, permanecía inmóvil en actitud de abatimiento profundo.

—¿Conque estoy perdido?, exclamó.

—¡Vaya una ocurrencia!, repuso Gilberto. ¿Piensas que esa visita del abate?... No ha sido más que para verte.

El enfermo sonrió con expresión desesperada.

—Me ha hablado de confesión... Todo lo he comprendido. ¡Si creerá engañarme!... Por lo demás, me ha dicho cosas muy buenas. En fin, tal vez tenga razón, añadió Pedro fijando en su amigo una tímida mirada; no se puede morir así; es preciso arrepentirse, hacer examen de conciencia...

Gilberto adivinó su falsa vergüenza, y apresuróse á tranquilizarle.

—¡Bueno! Confiésate si quieres... ¿Quién sabe?... Pero, por Dios, no te asustes...

Pedro estaba aterrado, y en sus facciones revelábase una lenta descomposición.

—¡Morir!... ¡Es preciso morir!, decía.

Y agitándose bruscamente, exclamó con tono resuelto:

—¡No, yo no quiero!... ¡No moriré... aún no!

Y con ademanes violentos repetía las mismas palabras; después enmudeció, fija la mirada en el pensamiento y como desfallecido.

Aquella postración duró un rato, y al fin Pedro se incorporó, haciendo un esfuerzo enérgico; sus ojos se reanimaron cual si hubiese recobrado todo su valor, y dijo á Gilberto con triste sonrisa:

—¡Me creía más fuerte... pero no tengas cuidado! Esto pasará, y quedarás contento de mí.

En aquel momento entraba una sirvienta; Pedro le ordenó que fuera á buscar á la vizcondesa y que trajese á los niños.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL DEL HIDRÓGENO Y DEL OXÍGENO POR LA ELECTROLISIS DEL AGUA

Cuando no se disponía de los medios necesarios para el transporte de los cuerpos gaseosos en un pequeño volumen, era inútil la preparación industrial de éstos; pero desde el momento en que sin peligro alguno se almacena hoy un gas en un cilindro á una presión hasta de 200 atmósferas, la producción industrial del mismo ha podido ser atacada de frente, y así vemos entregados al comercio el ácido sulfúrico, el cloruro de metilo y el ácido carbónico licuados, lo propio que el oxígeno y el ázoe preparados por un procedimiento químico, y en la actualidad la electrolisis del agua va á permitir entregar en igual forma oxígeno é hidrógeno puros y baratos.

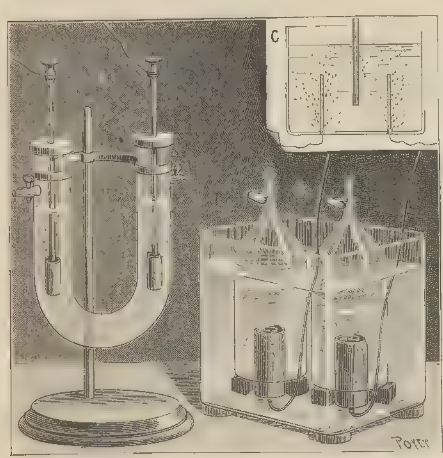


Fig. 1. Voltámetros. – A y B. Formas más usuales de los voltámetros de laboratorio. – C. Diagrama de la ascención de las burbujas de un voltámetro.

¿Y para qué sirven estos gases? preguntará alguno. En cuanto al hidrógeno puro, una de sus principales aplicaciones es para llenar los globos aerostáticos con gran ventaja sobre el gas del alumbrado, pues siendo menos denso que éste permite disminuir la superficie del globo, lo que es muy importante tratándose de globos dirigibles. Además, el hidrógeno ligeramente carburado es superior al gas de hulla para la calefacción y el alumbrado, y finalmente el soplete oxhídrico, indispensable en el tratamiento de los metales muy refractarios, consume grandes cantidades de oxígeno y de hidrógeno.

Por lo que respecta al oxígeno, hace muchos años que se le emplea en terapéutica para procurar un alivio á los que padecen de asma y para combatir la albuminuria, y, en sentir de algunos médicos, también la anemia.

Locura hubiera sido hace quince años querer obtener resultados remuneradores por la electrolisis del agua, pues tal investigación hallábase subordinada á la producción industrial de la energía eléctrica.

No hemos de afirmar la prioridad de ensayos y descubrimientos: la cuestión estaba en el aire y ha sido casi simultáneamente abordada por tres hábiles experimentadores: un físico ruso, M. Latchinof, profesor en San Petersburgo; el doctor d'Arsonval, sabio profesor del colegio de Francia, y el comandante Renard, director del establecimiento de aerostación de Chalais. M. d'Arsonval recogía el oxígeno para los experimentos de fisiología al paso que M. Renard atendía á la producción del oxígeno puro. Las soluciones, aunque en principio parecidas, han sido obtenidas por medios diferentes; siendo, en nuestro sentir, la del último la más completa desde el punto de vista industrial. De ella vamos á dar cuenta tomando los datos de la comunicación que el eminente ingeniero militar dirigió hace algún tiempo á la Sociedad francesa de Física.

Transformaciones del voltámetro. – En un laboratorio es indiferente que un litro de hidrógeno cueste un céntimo ó una peseta: la resistencia interior de un voltámetro y el precio de los electrodos de platino de algunos gramos no han de detener á un físico ante un experimento; pero tratándose de una producción en gran escala, es preciso rebajar lo más posible la resistencia de la columna líquida, es decir, aumentar su sección y disminuir su espesor: la primera condición lleva á suprimir el platino y la segunda obliga á emplear en la construción del voltámetro principios nuevos. Un voltámetro de laboratorio se compone, sea de un tubo en U, sea de una vasija en la cual los electrodos están cubiertos por campanas (fig. 1, A y B); pero de todos modos la corriente eléctrica debe seguir un camino tortuoso y estrecho para pasar de un electrodo á otro, mientras que si se deja los electrodos enteramente libres en el baño, los gases, subiendo en abanico, se mezclan al llegar á cierta altura, siendo necesario separarlos por medio de un tabique (figura 1, C). Si éste es aislador é impermeable no importa elevar los electrodos sensiblemente sobre su borde inferior: ahora bien, cuanto más aproximados están los electrodos más se ha de bajar el tabique. La extensión y aproximación de los electrodos es el punto capital de la cuestión como lo demostrará el siguiente sencillo cálculo.

La electrolisis visible del agua empieza con una fuerza electromotriz de 1'7 v. aproximadamente; si se aumenta dicha fuerza en las bornas del voltámetro, la corriente y por ende la producción de gas aumenta en proporción al exceso de su valor sobre 1'7 v., pero al mismo tiempo la corriente calienta el circuito, es decir, produce un trabajo parásito, de lo cual resulta pérdida. Con 1'7 v. la producción alcanza su máximo, pero el efecto útil es nulo; para hacer buen uso de los instrumentos es preciso admitir cierta pérdida de energía, tanto menor cuanto menos costosos son los voltámetros y cuanto que la economía más debe ser en la corriente que en los aparatos, pudiendo admitirse como buena proporción el empleo de 3 volts, es decir, una pérdida de algo menos de la mitad de la energía disponible. En estas condiciones un voltámetro cuya resistencia interior sea de 1 ohm produce 0'65 litros de hidrógeno por hora, al paso que desprende 6 500 si su resistencia es sólo de una diezmilésima de ohm, á bien que en este caso la corriente se acercaría á 15.000 amperes.

Los principios nuevos que permiten la construcción de voltámetros para la producción en grande, son los siguientes: sustitución de una solución alcalina á la solución ácida, lo que hace posible el empleo de electrodos de hierro é introducción de un tabique poroso entre éstos para separar los gases.

Líquido electrolítico. – M. Renard en sus ensayos ha empleado una solución de soda cáustica al 15 por 100, proporciones que dan el máximo de conductibilidad.

Tabique poroso. – Dado que la *conductencia* (lo contrario de resistencia) de los canales practicados en el tabique perpendiculares á la dirección de éste que deben conducir la electricidad, es proporcional á su sección total á la vez que inversamente proporcional á su longitud común, es conveniente emplear tabiques con el mayor número de canales posible. El efecto separador de estos tabiques se debe á los fenómenos capilares, y en su estudio ha de atenderse al efecto separador de los gases y á su resistencia eléctrica: para estudiar la primera de estas propiedades, se sumerge en agua el tabique poroso, fijado por una juntura hermética á un tubo de cristal (fig. 2) y se ejerce una presión creciente hasta que se observa el paso de las burbujas: la presión que acusa entonces el manómetro indica, transformada en altura de la solución electrolítica, las desnivelaciones que puede soportar el baño.

Desde el punto de vista eléctrico los tabiques son de calidad desigual, resultando de todos los experimentos realizados que los mejores son los de tela de amianto; pero como ésta no separa enteramente los gases más que con una presión que no exceda de algunos centímetros de agua, hacíase preciso llevar siempre la variación del nivel á estos estrechos límites por medio de un dispositivo especial: en efecto, no cabe esperar que toda la canalización esté siempre en condiciones tales que no pueda producirse ninguna diferencia de presión. Para igualar los niveles en los límites útiles se interpone entre el voltámetro y la canalización un compensador que en realidad no es otra cosa que un doble frasco de Mariotte: cuando se quiere obtener gases puros se introduce en el compensador una solución de ácico tártrico que retiene las particulas de álcalis arrastradas por la corriente de gas.

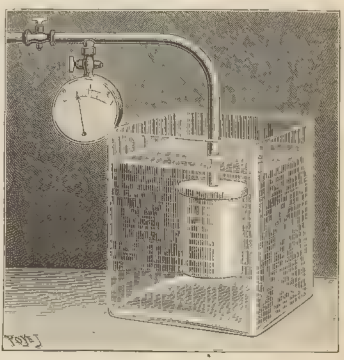


Fig. 2. Dispositivo para el estudio de la reacción capilar en las membranas ó vasos porosos.

El estudio del laboratorio ha suministrado, pues, todos los elementos de un problema que desde ahora puede entrar en el dominio de la industria.

Aparatos industriales. – El voltámetro industrial de M. Renard se compone de un gran cilindro de hierro: una batería de estos voltámetros está representada á la izquierda de la fig. 3. El electrodo inte-

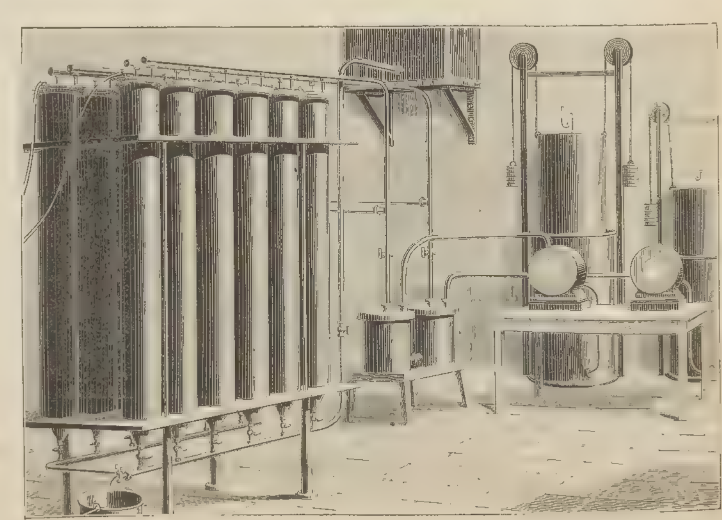


Fig. 3. Vista en conjunto de una instalación para la electrolisis industrial del agua

rior va metido en un saco de tela de amianto cerrado por debajo y ligado por arriba, con agujeros que permiten la ascensión de los gases en el interior del cilindro. El aparato está herméticamente cerrado en su parte superior, y los dos electrodos permanecen aislados por una lámina de caucho; sobre el nivel del líquido el electrodo es continuo y forma canal para el gas. El hidrógeno y el oxígeno, al salir por los orificios superiores, van á parar al compensador.

Las constantes del voltámetro establecido por el comandante Renard son las siguientes: altura del electrodo exterior, 3'405 metros; del interior, 3'290; diámetro del electrodo exterior, 0'300 metros; del interior, 0'174.

El hierro empleado tiene un espesor de 2 milímetros. La resistencia eléctrica es de unos 0'0075 ohms, produce 365 amperes con 2'7 volts, y consume por consiguiente cerca de un kilovat: su producción de hidrógeno es de 158 litros por hora. La fig. 3 da una idea de una fábrica para la electrolisis del agua.

Réstanos ahora decir algo acerca del precio á que resultan el hidrógeno y el oxígeno obtenidos por los procedimientos descritos: un voltámetro vale unas 100 pesetas, y como funciona con muy poco desgaste, la amortización puede calcularse á lo sumo en un 10 por 100, y como en marcha continua produciría más de 1.500 metros cúbicos de gas al año, resultaría algo menos de un céntimo por metro cúbico. La soda cáustica se recupera constantemente, y por lo tanto lo único que se pierde es el agua destilada; pero como un metro cúbico produce más de 2.000 metros cúbicos de gas, el gasto de agua apenas significa un céntimo por metro cúbico.

En el caso de que la energía eléctrica deba ser tomada de una máquina de vapor, y suponiendo pérdidas muy pequeñas en la dinamo y en la canalización, podrá contarse con una producción de un metro cúbico de hidrógeno y 500 decímetros cúbicos de oxígeno por diez caballos-hora, ó sea un gasto de 10 kilogramos de carbón ó de unos 25 céntimos de peseta.

De suerte que fijando en 50 céntimos el precio del metro cúbico de gas, el cálculo resulta más que prudencial, y aun hay que tener en cuenta que en las localidades en donde se dispone de una fuerza motriz natural todavía el precio será más bajo.

(De *La Nature*)



MUERTE DE MEDEA, escultura en yeso de D. Rafael Atché. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Imp de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 24 DE AGOSTO DE 1891 — NÚM. 504

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores de la Biblioteca Universal el tercer tomo de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS
Los suscriptores que lo son desde 1.° de enero recibirán en vez de éste el VIAJE AL NILO



CATEDRAL DE LEÓN.—Estatua de NUESTRA SEÑORA LA BLANCA de la portada principal

LAS CATACUMBAS ROMANAS

DOCTRINA Y ARTE

Los que vayáis á Roma movidos por fervoroso sentimiento cristiano, y deseéis fortalecer la fe entibiada en los azares de la moderna vida ó quizás perdida en las luchas actuales entre la razón y el dogma, prescindid un momento de la grandeza que os rodea, de los monumentos que os maravillan, de los recuerdos históricos que á cada paso asaltan vuestra mente, é id á evocar la paz de la religión en las lóbregas criptas donde reposaron las cenizas de los primeros mártires.

Felices si en aquellos lugares se reaniman vuestras creencias; no seáis allí artistas ni arqueólogos ni siquiera viajeros: entrad en las obscuras galerías sólo con el pensamiento en Dios, y quizás caeréis de rodillas sobre la arena bendecida por tantos creyentes y las olvidadas preces de la niñez volverán á vuestros labios. Porque para orar con el aislamiento y la calma que requiere la plegaria, en Roma sólo existe un lugar, las Catacumbas.

Son importantes las que existen en la Ciudad Eterna, descubiertas y excavadas unas, en ruina y sin guarda otras, cerradas las más por falta de medios para conservarlas. Las descubiertas actualmente forman un conjunto de cuarenta y dos cementerios. Clasificándolas por su situación, pueden señalarse como principales las de San Calixto, Pretextat y San Sebastián en la vía Apia; de Domicila, Santa Petronila, San Nereo, San Aquileo y San Dámaso en la vía Ardeatina; San Ponciano, Lucinia y Calépodo en la vía Aurelia; Ciriaco, San Hipólito y San Lorenzo en la vía Tiburtina; San Pedro y San Marcelino en la vía Labicana; San Gordiano en la vía Latina, y San Pablo, Timoteo, Santa Inés y San Nicomedes. Visítanse de preferencia las que se encuentran fuera de murallas, en buen estado de conservación, es decir, las de San Calixto, Santa Priscila, San Pretextat, San Ponciano, San Alejandro y algunas otras.

Esas Catacumbas son largas y estrechas galerías excavadas bajo el suelo á diferentes profundidades, sobrepuestas unas á otras, y trazadas en una extensión de terreno considerable. Las de San Calixto, por ejemplo, casi llegan á tener dos millones y medio de metros cuadrados. En los muros de las galerías hay nichos dispuestos para recibir á los cadáveres, y de distancia en distancia hállanse salas ó plazoletas que también contienen tumbas y que en rigor sólo pueden tomarse como cámaras sepulcrales.

Los monumentos encontrados en esos lugares nos permiten precisar con toda exactitud la fecha de su construcción, que va desde el siglo I hasta el V de la era cristiana, y nos dan á conocer el objeto á que fueron destinados, ó sea á cementerios. Hasta hace poco tiempo habíase creído que eran canteras ó minas de *puzolana*, tierra arenisca que se utilizó mucho en las construcciones romanas; pero el estudio detenido de las Catacumbas ha demostrado no existir tal tierra en el suelo que ocupan. Supúsose también que en los primeros siglos de la Iglesia los creyentes en la nueva fe vivieron en su recinto: no es tampoco exacta tal afirmación, pues ningún descubrimiento induce á creer que seres humanos pudiesen habitar largo tiempo en lugares húmedos, malsanos, privados de aire y de luz y muchas veces interrumpida su comunicación con el exterior. Quizás en los momentos de furor de las grandes persecuciones religiosas algunos cristianos utilizaran como momentáneo refugio la olvidada galería de alguna cripta; pero no puede aceptarse que masas de creyentes, que familias enteras fuesen á albergarse en lugares conocidos de los Césares y sin posible retirada. Las mismas entradas de las Catacumbas, aparentes á la vista y nunca ocultas, prueban que al construirlas no se pensó en disimular su existencia ó hacerlas lugar de reparo: díjose desde luego que servirían para necrópolis, y tal destino tuvieron y en tal concepto fueron respetadas por aquellos emperadores paganos que en alguna ocasión pudieron firmar decretos de exterminio contra los vivos, pero que jamás se ensañaron con los muertos, ni para violar sus cuerpos ni para insultar su memoria.

Sin embargo, ese respeto que los antiguos, desde los egipcios hasta los romanos, tuvieron por las sepulturas, desaparece en los tristes días de las invasiones del Norte, cuando lombardos y godos entran á saco la capital del mundo y no olvidan de robar las Catacumbas. Bajaron á ellas, ¡quién lo diría!, para pillar los huesos que luego vendían como reliquias. Y téngase en cuenta que no eran sólo mártires los enterrados en las galerías: todos los cristianos cavaban en ellas su sepulcro, tenían allí sus panteones de familia; pero todos fueron mezclados y revueltos en las tinieblas de su última morada, para luego sacarlos al mercado y de allí hacerlos venerar en los templos como restos de vírgenes y santos.

Y es curioso hallar este criterio de los bárbaros aceptado por la Iglesia, cuando desde Bonifacio IV, en el siglo VII, hasta el último siglo, los papas han explotado las Catacumbas como minas de reliquias. Así en 609 se llevaron nada menos que veintiocho carros cargados de huesos á los altares del Panteón, entonces consagrado al culto católico. En 817 se exhumaron dos mil trescientos cadáveres para enterrarlos en la iglesia de Santa Práxedes. A este paso pronto se agotaron aquellos subterráneos, en términos que el hallazgo de un cadáver constituye ahora un verdadero descubrimiento.

Y tras los esqueletos se llevaron las piedras. La piedad de los primeros cristianos había sellado las puertas de los sepulcros con lápidas de mármol, conteniendo epitafios redactados en griego ó en latín. Unas veces consistían éstos en pomposos elogios de las virtudes de los difuntos, otras en el solo nombre del ocupante de la tumba. Arrancáronse esas losas para destinarlas á cualquier objeto; con ellas se decoraron los pórticos de la iglesia de Santa María in Trastevere. Por fortuna recientemente se recogieron numerosos fragmentos por el ámbito de Roma esparcidos, formando con ellos tres salas del Museo de San Juan de Letrán y una parte de galería en el Vaticano.

También fué robado de las Catacumbas romanas el ajuar funerario de los difuntos. A la aparición del cristianismo luchaban en el mundo dos doctrinas acerca el fin de la vida y el destino del cuerpo humano. La idea del alma había sufrido inevitable serie de metamorfosis, por las cuales quedaba determinada su condición á la hora suprema de la muerte. Si en la tierra fué buena, oró mucho, practicó todos los deberes religiosos, pagó á Dios su tributo moral y á los sacerdotes sus derechos fiscales y al templo sus primicias, santificada por su vida subía al cielo á recibir el premio de sus afanes y sentarse entre los justos á los pies del trono del Señor. Pero si en su existencia terrena olvidó el alma sus deberes, si fué mala y no rezó, ni jamás elevó la vista al cielo, ni pisó los umbrales de los templos, ni hizo ricas ofrendas á sus ministros, ni con sus donaciones alimentó el fuego del ara, entonces eterna cadena de tormentos iba á ligarla por toda la eternidad en las profundas cuevas del averno.

Mas el cuerpo, este frágil marco de nuestra vida, este receptáculo de todos los dolores y de todas las enfermedades, expuesto á sufrir por el frío y el calor, y como la arcilla de que está hecho á descomponerse en polvo cuando deja de alentarlo el soplo del alma, ¿dónde iba á parar en el día supremo de la muerte? ¿Debía ser su destrucción completa? ¿Era natural, era humano verlo desaparecer en lúgubre festín de asquerosos gusanos? Las creencias estaban casi tan divididas como los pueblos. Allá en las serenas márgenes del Nilo, bajo aquel cielo purísimo de Egipto jamás empañado por una nube, vivía una raza que llevó á la realidad de la práctica la idea de la eterna conservación del cuerpo como necesario complemento de la inmortal existencia del alma, y por seguro y costoso procedimiento momificó á los cadáveres y los bajó al antro de los sepulcros, donde misteriosas ceremonias sacerdotales debían devolverles la vida por los siglos de los siglos. Esta concepción material de la existencia en el cielo estaba tan arraigada en la mente de los egipcios, que no les permitía abandonar sus muertos sin proveerles de cuantos útiles, objetos y alimento son necesarios en la tierra, y así depositaban en sus tumbas panes, vino, frutas, carnes, muebles, vestidos, hasta novelas escritas en páginas de piedra y juegos de recreo.

A su vez los pueblos de Grecia y Roma desligaron enteramente el alma del cuerpo el día en que ésta era llamada á los juicios de Dios. Lloraron á sus muertos en la eterna separación de la tierra, y mientras creyeron que únicamente al espíritu le era dado atravesar las aéreas regiones del infinito azul que conduce al cielo, sólo tomaron el cuerpo como piadosa reliquia de una existencia pasada, y lo entregaron al fuego para guardar sus restos en las urnas cinerarias. Tan sólo, quizás como reminiscencia materialista injertada en esta pura doctrina espiritual, aceptan los paganos la necesidad de dar algún dinero al muerto, pues creen que Caronte no pasa las almas por la laguna Estigia si no es pagado en buena moneda de cuño del emperador.

Los cristianos encontraron vivas estas dos tradiciones, entre las cuales les fué fácil adoptar el justo medio de entregar sus muertos á la tierra, y más considerando que tal sistema era practicado por el pueblo judío, cuyas leyes y doctrina copiaban. Volver al polvo lo que del polvo ha salido, bella máxima del Evangelio, que sin embargo no fué aceptada en los primeros siglos de la Iglesia, pues sus creyentes se aferran al dogma de la resurrección de la carne para consolarse de la muerte con la idea de que llegará para los cuerpos un día en que volverán á unirse sus moléculas, juntarse sus miembros, arder sus venas y latir su pecho, día del triunfo de la materia porque le será permitido subir al cielo y acercarse á Dios. Merced á tan viva creencia, no se dejó á los muertos en el sepulcro con el solo bagaje de su convoy funerario, es decir, con su mortaja y su féretro: depositáronse á su lado, como en Egipto, los útiles que usaran los difuntos en vida, ofrendas para alimentarse luego, lámparas con que alumbrar el fúnebre recinto á la hora de la resurrección. Si las Catacumbas de Roma no hubiesen sido tan devastadas, se recogerían en ellas innumerables objetos de uso diario entre los primeros cristianos, igualmente que se encuentran en las necrópolis de Akmín y Deiz el Medineh los que sirvieron á los súbditos de los Ptolomeos y Faraones.

Estas ideas, llevadas de tal manera á la realidad de la práctica, hallaron su sanción en la doctrina de los primeros pensadores y filósofos del cristianismo. Mejor que nadie, Tertuliano puso de relieve la importancia del cuerpo humano, la inmortalidad de la carne, que como hecha por Dios á su imagen y semejanza no podía creerse igual al vil barro de la tierra. Sus palabras, escritas en los tratados sobre Cristo y la resurrección, lo dicen claramente, y el texto es harto curioso para que deje de reproducirlo. Es como sigue:

«Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza, dijo el Padre al Hijo, y Dios hizo el hombre á imagen de Dios, es decir, de Cristo. Así, este limo que recibía desde entonces la imagen del Cristo futuro era no sólo la imagen de Dios, sino su garantía. Únicamente es tierra, me dices. Pero el oro también es tierra, porque viene de ella, y sin embargo es oro. Además Dios ha unido el alma á la carne de manera tan íntima, que se ignora si la carne lleva al alma ó el alma lleva á la carne.»

Nosotros hemos perdido esta fe en el porvenir de la materia, que animó á generaciones, obscurecidas por el polvo de los siglos. Cada día aumenta nuestro terror hacia la muerte, y cada día se arraigan más las fatales creencias en el verdadero significado de ésta, la nada. El atomismo ha venido á explicarnos cómo se descomponen las moléculas humanas y vuelven los gases al aire, la arcilla al suelo y el mineral al fondo de la tierra, cómo otros seres orgánicos se asimilan nuestros miasmas, cómo en fin venimos á ser un elemento substancial del planeta que tanto nos deleita. Mas contra esa fría ciencia la razón se rebela y por ella el espíritu se acobarda: tales transformaciones no nos satisfacen, y sintiéndonos impotentes para combatirlas, preferimos olvidar la muerte. El sistema es cómodo, y hasta en su justificación hemos inventado la higiene municipal. Ahora, lejanos los cementerios, revueltos los cadáveres en las fosas ó apilados en las criptas, sin otro ajuar que frágil caja de pino, ¿por qué habrían de perturbar nuestra mente las sombras de la eternidad y el destino de la materia? Mas si un milagro de Dios hace mejores á los hombres de futuras generaciones, ¡qué tristísimo espectáculo contemplarán el día que excaven uno de nuestros cementerios!

***

Sería inútil descender á las Catacumbas romanas en busca de algún nuevo ideal del arte, de una fase

distinta en el desarrollo de las facultades humanas que se aplican al cultivo de lo bello. El cristianismo, en los primeros siglos de su existencia, no creó nada. Por lo tanto, esas necrópolis carecen hasta del alto interés histórico que tienen las de Memphis y Tebas, cada uno de cuyos sepulcros nos da la genealogía de una familia, las costumbres de una época y la serie de objetos usados para satisfacción de las ordinarias necesidades de la vida. Entre ambos pueblos, la distancia es aún mayor desde el punto de vista de la ejecución del arte, pues nada, absolutamente nada, en la primitiva Roma cristiana puede compararse con los soberbios relieves del sepulcro de Ptah Hotep ó con las admirables pinturas del hipogeo de Son Notém. Sin embargo, siempre tendrán las Catacumbas cierto valor histórico y apologético, por servirnos para estudiar la importante mutación que la sociedad romana sufre en los siglos que preceden la caída del imperio.

Los cristianos sienten también esa suprema necesidad moral de todos los pueblos, que les exige el embellecimiento de nuestra última morada, y decoran las Catacumbas con pinturas y esculturas. Verdad es que las estrechas galerías de los subterráneos se prestaban poco á recibir otros adornos que el sencillo fresco pintado sobre la cal ó el estuco del muro; pero ya he dicho antes que espaciadas á distancia había varias cámaras sepulcrales, en cuyo recinto pudo mejor extender su inventiva, si no el genio del artista, el trabajo del decorador. Por lo que á las pinturas se refiere, su ejecución es grosera é imperfecta, aunque debe notarse que las más antiguas, es decir, las hechas en tiempo de los Flavios y de los Antoninos, son más correctas y están mejor dibujadas. La decadencia que en el foro y en la plaza se había apoderado del pueblo romano invadió también las criptas de los cementerios, señalando en todas partes los siglos III y IV como épocas de atraso y de barbarie.

Y antes que esto sucediera, es decir, en los primeros tiempos de la Iglesia, el arte cristiano es un arte esencialmente pagano. Tomemos por ejemplo el cementerio de San Calixto, decorado por orden del papa de este nombre en tiempo de Alejandro Severo. Sus cámaras sepulcrales rematan en cúpula, partida por arcos rotos en cuatro nichos correspondientes á los cuatro muros. Dividen estos nichos arabescos de variada forma pequeños genios desnudos sosteniendo guirnaldas de flores, imágenes aladas de la Victoria, cuerpos de mujer terminados en ramo de hojas, cabezas de Medusa con la doble serpiente enroscada en los cabellos. La influencia pagana no puede ser más manifiesta, y sin embargo se evidencia aún en mayor grado en la distribución y composición de los cuadros, en la acción de las figuras, en los tipos y en los trajes. En tres sitios distintos vese el cuadro de Orfeo, vestido á la griega con la túnica larga y el gorro frigio, tocando la lira rodeado de animales. Hállase con frecuencia el Buen Pastor, ese hermoso tipo humano de la divinidad de Cristo, que ha bajado á la tierra para volver al redil las ovejas descarriadas: todos lo conocemos, porque lo conservó la tradición cristiana, ha llegado hasta nosotros y es venerado en nuestros altares. ¿Pues sabéis á quién representa este Buen Pastor? Rodéanlo las ovejas, lleva una á cuestas, el cayado en una mano y la flauta en otra: es el dios Pan del panteón gentil.

Las mismas costumbres domésticas de los romanos, no abandonadas tan pronto como se supone por los primeros creyentes en la nueva fe, tienen su representación en las Catacumbas con las pinturas de los ágapes, comidas solemnes con que se festejaban los nacimientos, las bodas y aun los entierros. Y nada puede concebirse más esencialmente pagano que los banquetes funerarios: brindaron ya con ellos á sus acompañantes las momias egipcias que fueron sepultadas hacía cinco mil años en los arenales de la necrópolis memphista.

Monumento elevado en Avignón, conmemorativo de la anexión del condado de Venaissin á Francia en 1791, obra del escultor M. Charpentier

Los símbolos tienen también gran importancia en el nacimiento del arte cristiano. Reprodúcense los barcos, faros, liras, áncoras, corderos, ciervos, pavos reales, aves fénix, caballos y serpientes, dándoles igual significación que antes tenían. La imagen del pez se convirtió en símbolo monográfico del Salvador, en razón de las letras que forman la palabra griega ἰχθὺς, pescado, por ser las iniciales Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱός Σωτήρ Jesu Cristo, hijo de Dios, Salvador. El fénix fué representado en los sarcófagos como símbolo de la resurrección, pues Santa Cecilia hizo grabar uno en el sepulcro de San Máximo. La palma y la corona, que simbolizaban entre los romanos la gloria y el honor, fueron tomadas por los cristianos como señal del martirio, acompañándolas con una línea de sangre. Finalmente los artistas de las Catacumbas solían grabar figuras que significaban las profesiones ó los nombres mismos de las personas enterradas. En la piedra sepulcral de un cristiano llamado Dracontio se ve la imagen de un dragón; en la de Onager, un asno; en la de la Marítima, una áncora y varios pescados; en la de Porcella, un cerdo. Abundan también los símbolos de los oficios, como martillos, hachas, puntas de lanza, tenazas, niveles y azadones.

Claro está que en medio de esta invasión pagana han de sobresalir de vez en cuando las ideas recibidas ó creadas por la nueva fe: así encontramos con frecuencia en las Catacumbras cuadros representando escenas de los dos Testamentos, y en particular de la Vieja Ley, como Adán y Eva, el diluvio, el sacrificio de Abraham, Moisés haciendo brotar agua de la roca en el desierto, la entrega de las Tablas de la ley, David con su honda, Daniel en la cueva de los leones, Elías subiendo al cielo, Jacob en el sueño de la escalera, Tobías con el pescado y la historia de Jonás y la ballena. El Nuevo Testamento está representado por escenas de la vida de Jesús, hallándose en brazos de la Virgen, ó en su bautismo, ó en medio de sus discípulos, ó haciendo milagros. Mas fijaos en estos cuadros, especialmente en los de la primera época de las Catacumbas: su composición en nada altera el antiguo canon del arte; las figuras sin nimbo en la cabeza, sin atributos celestes, pueden lo mismo ser ciudadanos de Roma que santos ó profetas ó elegidos del Señor.

Lo mismo ocurre con las esculturas, de las que he de decir dos palabras. En muchos pueblos de la antigüedad dióse con frecuencia el caso de robarse las sepulturas con objeto de utilizar los féretros. Estos solían ser de piedra ó madera tallada; y si costaban caros cuando eran nuevos, hallábanse á mejor precio si procedían de alguna tumba violada y habían ya servido. Los primeros cristianos no desdeñaron este procedimiento, y aun puedo añadir que en el fondo lo practicaron hasta cierto punto aquellos devotos creyentes de la Edad media que han llenado los claustros de las abadías y los muros de las iglesias de sarcófagos antiguos donde hicieron depositar sus cadáveres. A las Catacumbas bajaron muchos féretros romanos; y allí los hemos encontrado, tales como se fabricaron unas veces, y otras habiéndoseles añadido el nombre del último ocupante. Además hubo muchos cristianos que se construyeron sus propios sarcófagos, adornándolos con atributos de la nueva religión; pero la influencia antigua pesa también sobre ellos y viene á probar una vez más cómo el genio del paganismo estaba injertado en la sangre de aquellas gentes. En una piedra sepulcral del cementerio de Santa Elena, un escultor cristiano, Eutropos, está representado esculpiendo un sepulcro que adorna con monstruos y delfines.

Era natural que esto sucediera; porque después de todo, ¿quiénes fueron los artistas que decoraron las Catacumbas y las llenaron con sus obras? O cristianos de la víspera, educados en las ideas gentiles de sus maestros, ó quizás paganos mismos. Unos y otros bajaban á las criptas á pintar ó labrar en sus muros obras religiosas, y luego salían á la calle y entraban en su taller para hacer esos ídolos de la decadencia que nos son tan familiares por lo abundantes y esas figuras obscenas hoy guardadas bajo llave en todos los museos. Que tal sucedía, pruébalo el santo furor que poseía á Tertuliano cuando declamaba contra los artistas, diciendo que «eran indignos de pintar el cuerpo del Señor las manos que hicieron cuerpos para los demonios.»

Ya vendrá más tarde el arte cristiano con sus creaciones nuevas, con los vívidos destellos de la luz que iluminará el mundo. Pero antes le será preciso á la humanidad liquidar sus cuentas con la sociedad antigua, destruir los organismos políticos del Imperio y aguantar las avalanchas invasoras de bárbaros del Norte y de Oriente, que tomarán los campos de Italia como teatro de sus hazañas y las ciudades para botín de sus ejércitos. Pasarán cuatro ó cinco siglos antes de realizarse la gran transformación; mas al hacerse, su corriente envolverá á las mismas primitivas ideas cristianas, sujetas como todo lo humano á esa eterna ley de cambio que perdura en nuestra naturaleza. Entonces se olvidarán las Catacumbas y se elevarán las Basílicas, porque la nueva fe no podrá vivir encerrada en las lóbregas galerías de los subterráneos romanos: desaparecerá la antigua sencillez de la doctrina y del culto enaltecido por sus ritos, sus conmemoraciones, sus creyentes, sus apóstoles y sus mártires, y vendrán leyes canónicas decretadas por los poderes del Estado á crear otra religión oficial que tendrá príncipes, magnates, vasallos y rebeldes. Sólo entonces habrá muerto el paganismo, sin esperanza de resurrección.

Grandes recuerdos pueden evocarse en las Catacumbas romanas, ejemplo histórico de la fe con que los pueblos antiguos creían en la inmortalidad. Al examinar las pinturas de los muros, prescindid de si el arte es ortodoxo, no critiquéis la ejecución, ved tan sólo la idea que palpita y vive entre las groseras líneas del dibujo. Aquellos antros de la muerte están adornados como si servir debieran al aumento de los goces de la vida: sus cuadros encierran asuntos alegóricos para alegrar el alma: por todas partes vistosas flores y maduros frutos y gallardas palmas entretejen coronas y guirnaldas. El dolor no entró allí, la penitencia no existe, el martirio no se representa. Harto sufrieron en la tierra aquellos creyentes, para renovar después su expiación en el sepulcro. Para ellos, las ideas lúgubres acabaron al salir de esta vida; todo es dicha y alegría al pisar los umbrales de la muerte, que conduce el cuerpo á la resurrección en la plenitud de su fuerza y eleva el alma al Cielo entre los elegidos del Señor.

Eduardo Toda

EL COLLAR DE ÁMBAR

CAUSA CRIMINAL

... Cuando terminé mis estudios de segunda enseñanza, alcanzando notas de sobresaliente en todas las asignaturas, la situación de mi familia había variado por completo. Mis padres habían muerto, dos de mis hermanos servían en el ejército por haberles tocado la suerte de soldados, otros dos buscaban fortuna en América en una casa de comercio, mi hermana casada vivía en Badajoz y mi hermano pequeño acababa de abrir una librería en Valladolid. Me encontraba absolutamente solo, teniendo por todo capital mis veinte años, acabados de cumplir, mi título de bachiller en filosofía, como se decía entonces, mi carácter dulce y tímido, mi alta y desgarbada estatura y unos doce mil reales escasos de capital á que había ascendido mi legítima en la herencia de mis padres. No por eso me creía desgraciado; nunca me han asustado las privaciones, y siendo escasas mis necesidades nada me costaba llevar una vida económica y metódica. Me admitieron de pasante en un colegio de primera enseñanza; daba algunas lecciones particulares fuera de él, y continuando mis estudios clásicos, pues mi ambición era llegar á ser catedrático de la Universidad, puedo confesar que mi existencia era bastante agradable.

Por aquella época fuí héroe de una aventura que hizo mucho ruido y que en vez de perjudicarme, como era de temer, me fué sumamente útil.

Estábamos en el año 1840, y las corrientes liberales acababan de librar en las calles de Madrid una de sus batallas, conquistando el poder en la vía pública, según costumbre. Una de las primeras medidas del gobierno fué alejar de Madrid, repartiéndolos por los cantones, á los regimientos de la guardia real, herederos de aquellos célebres y derrotados guardias de Corps del famoso 7 de julio.

Llegó á Alcalá un batallón, y desde los primeros días debo decir que la conducta agresiva de los oficiales produjo entre ellos y los estudiantes disputas y reyertas desagradables. La policía se mezclaba en todo, y las palabras más inofensivas eran tomadas por provocaciones que daban por resultado peleas y desafíos, ventilados en las afueras de la ciudad complutense. Las autoridades cerraban los ojos, porque, en efecto, ¿qué podían ellas contra los oficiales, pertenecientes en su mayor parte á las primeras familias de España? La irritación era extrema entre paisanos y militares; insensiblemente la ciudad se dividió en dos bandos y el alcalde se veía apuradísimo para calmar los ánimos.

Yo permanecía naturalmente extraño á tan deplorables disputas; mi carácter dulce y hasta apocado me apartaba de toda política militante y me hacía vivir encerrado en mi trabajo, ocupándome mucho más de *Silius Italicus* y de *Paterculus* que de los discursos liberales ó retrógrados que en aquella, como en todas las épocas, apasionaban al país. Una inexplicable fatalidad que parece pesar sobre mi vida me hizo desempeñar un papel tan importante como inesperado en aquellos acontecimientos.

Estaba yo una noche en el café de la plaza, donde acostumbrábamos á reunirnos los estudiantes, sentado en un taburete, y confieso que sin mala intención mis piernas larguiruchas ocupaban parte del espacio que quedaba entre las mesas para la libre circulación de los transeuntes. En aquel momento entró un oficial con el chacó sobre la oreja, la mirada provocativa y los bigotes puntiagudos; yo le miraba, embebecido con sus movimientos marciales, cuando al pasar á mi lado tropezó en mis piernas y cayó al suelo como una rana. ¡Dios del cielo! Fué de ver, ó mejor dicho, de oir el alboroto que produjo su caída. *Cara*, decían unos; *Cruz*, añadían otros; *Apaga la luz, que el señorito ya se ha acostado*, exclamó un chusco estudiante de medicina: aquello fué un concierto discordante de dicharachos y ocurrencias.

El oficial se levantó rojo de cólera, y cuando yo, de pie, me acerqué á él para darle mi disculpa, levantó su poderosa diestra y me cruzó la cara de un bofetón mayúsculo. A pesar del tambaleo que me produjo tan brutal acometida, le indiqué que hacía mal en responder con un acto deliberado de bestialidad á mi torpeza involuntaria. Me replicó que yo lo había hecho ex profeso; que se alegraba de haber castigado á un pillete liberal, y que si no me bastaba la lección recibida, estaba dispuesto á cortarme las orejas, para lo cual me entregaba su tarjeta, y me la tiró en efecto á la cara, saliendo del café como un huracán. Confieso que me conceptué humillado al verme abofeteado en público, y con más razón cuanto que todos me rodearon gritándome: «¡Es preciso que te batas!» «¡Nosotros seremos tus padrinos!» «¡No puedes sufrir sin venganza una afrenta parecida!» Tantos gritos me aturdieron, y salí del café sin saber á qué santo encomendarme.

Entré en mi casa perplejo y pasé muy mala noche, presa de mis pesadillas disparatadas. Me levanté muy decidido á no batirme. ¡Ya lo creo! Yo no había jamás manejado un arma, por tener siempre una instintiva repulsión para todos esos útiles homicidas; la sangre vertida me espantaba; detestaba la guerra, y hubiera escrito de buena gana en las paredes de mi habitación aquella sentencia que un memorialista de Zaragoza escribió en su puesto: *Una pluma de ganso vale más que cien espadas*. Apenas había amanecido, y me dispuse á ir á ver al alcalde y al rector de la Universidad y al juez de primera instancia y á todas las posibles autoridades civiles para quejarme del poder militar, cuando una turba de los compañeros que habían presenciado la escena anterior entraron en mi alcoba.

– *Vamos, ¿estás ya listo?*, me dijeron.

– ¿Listo para qué?

– Para batirte. Tu adversario está ya dispuesto: las condiciones están arregladas; os batís á pistola á veinte pasos. Vamos, pronto; despáchate. En un desafío la exactitud es tan importante como el valor.

Yo quise protestar, pero no me escucharon y me sacaron de mi cuarto casi en volandas. Con el pretexto de que no debía uno batirse en ayunas, me hicieron beber una porción de copas de ron y de coñac, que me aturdieron, y marché al lugar de la cita con la persuasión de que me llevaban al suplicio.

Llegamos; me pusieron una pistola en la mano, explicándome cómo había de hacer uso de ella, cosa que yo no entendí porque estaba muerto de miedo. Desde aquel instante ya no me dí cuenta de nada. Sólo sé que al oir tres palmadas hice fuego, que oí un grito y que al abrir los ojos, porque los había cerrado al disparar, vi al pobre oficial tendido en el suelo, boca arriba y con un balazo en la frente que le había destrozado el cráneo.

Me eché á llorar como un niño, mientras mis amigos, á pesar de mis sollozos y de mis protestas, me llevaron en triunfo al café y me hicieron beber *á mi salud* copas y más copas hasta el punto de hacerme perder el conocimiento. Es la única vez en mi vida que me he emborrachado, y todavía la recuerdo con rubor. Dicho se está que fuí el héroe de Alcalá; que me hicieron y me cantaron coplas políticas, y que coincidiendo mi triunfo con la extinción de la guardia real, los liberales de la localidad consiguieron para mí del Gobierno la cátedra de primer año de latín, lo que había yo visto en lontananza en mis sueños más ambiciosos y lo que conseguí *por mi valor* y no hubiera jamás logrado por mi suficiencia.

¿Fuí yo feliz al ver logradas mis aspiraciones y al contar con un porvenir modesto, pero seguro? Ni por pienso; en medio de mi dicha sentí que en las profundidades de mi alma se agitaba un drama terrible que no me dejaba un instante de reposo. Acababa de hacer en mí mismo un descubrimiento psicológico extremadamente grave y seguía con ansiedad sus resultados. Se ha creído hasta el día que los muertos no existen sino por el recuerdo que de ellos conservamos y por la sagrada memoria que nos inspiran. Ese es un error capital de muchos ignorantes filósofos. Yo descubrí que ciertos muertos viven siempre; que su alma no desaparece como su cuerpo, sino que por el contrario se mezcla con el alma de los vivos, para aterrarla, para dirigirla, para guiarla, según sus propias tendencias, al bien ó al mal. Aquel joven oficial, á quien yo había asesinado, á quien había visto ensangrentado y muerto á mis pies, á quien había visto enterrar y cuya tumba yo mismo había tenido el valor de visitar, no había muerto, vivía en mí, visible, casi palpable, burlándose unas veces, increpándome otras, turbando continuamente mi inteligencia y combatiendo mis ideas con las suyas.

Un indecible terror me dominaba; sudores fríos de angustia humedecían mis sienes: todo el edificio científico que á fuerza de constantes estudios é ímprobo trabajo construía para mis discípulos, se desplomaba sobre mí, dejándome presa del vértigo, fascinado, sin fuerza y sin voluntad para rechazar aquel fantasma, que se evocaba á sí mismo dentro de mi alma. Ni aquello era una alucinación ni yo estaba loco: lo conocía en la lógica con que conducía mis razonamientos; tampoco estaba enfermo, ni presa por lo tanto de una excitación del sistema nervioso; yo no estaba más que *habitado* por aquel muerto y era su víctima. Todos los consejos que me daba eran perniciosos, y con ellos pretendía sustituir en mí á mi carácter dulce, tolerante y pacífico hasta el exceso el suyo violento, pendencioso, hábil en disculpar el mal y dispuesto á todo género de placeres y de vicios; sin duda había venido á refugiarse en mi alma, después de su muerte, para vengarse del asesinato que yo había casi inocentemente cometido en su cuerpo. Me decidí, pues, á luchar contra él sin descanso hasta conseguir una victoria tan completa que me pusiera en absoluta posesión de mi ser real y primitivo. Aquella lucha entre dos criaturas que no formaban más que una, entre dos seres que se confundían en un mismo ser, entre dos tendencias unidas que se contrariaban sin descanso, fué larga, encarnizada, llena de peripecias extrañas que cansaron mi valor, pero que no me anonadaron. Vencí, y desde aquel día el oficial vivió en paz dentro de mí, dejándome volver á la existencia estudiosa y tranquila, que fué siempre mi verdadera vocación.

He contado, demasiado minuciosamente quizás, aquella aventura y las consecuencias psicológicas que tuvo para mí; pero necesitaba explicar los curiosos fenómenos que en mí se desarrollaron, para que se pueda comprender cómo he podido yo, sin participación moral, cometer un crimen inexplicable.

¿Cómo me enamoré yo de Julia? De la manera más sencilla y natural. Viéndola tres ó cuatro veces en la escalera de mi casa. Sonriéndome ella, saludándola yo; hablando de la lluvia un día, de sus lindos ojos otro; de mi soledad una mañana, de mi cátedra una tarde. Su padre, que era el inquilino del piso principal, me ofreció su casa y yo la frecuenté, haciendo la tertulia nocturna al padre y á la hija; con el padre jugaba al dominó, á la hija la tenía alguna vez las madejas para devanar. No eran ricos, pero tampoco pobres. Poseían algunas haciendas en la Mancha y vivían con holgura. Yo me armé de valor, y un día, sin saber cómo, salió de mis labios mi confesión amorosa. Debí estar elocuentísimo; ello



DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS, estatua en bronce recientemente inaugurada en Gijón

Obra de D. Manuel Fuxá, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona

es que Julia se puso muy encarnada, que el padre me dió una palmadita en el hombro y que tres meses después estábamos casados. No diré nada de mi felicidad, porque no hay labios humanos que puedan, no solamente contarla, sino dar de ella la menor idea. Mi mujer era preciosa y yo la adoraba; la modesta dote que había aportado al matrimonio, la herencia de su padre, que murió á poco de nuestro casamiento, y mi sueldo de catedrático, unido á la renta de mis economías, nos daban una posición desahogada. Como nuestros gustos eran sencillos, con los veinticuatro mil reales de renta que reuníamos satisfacíamos con ahorros todas nuestras necesidades.

Ya he dicho que yo adoraba á mi mujer; pero no basta amar, es preciso saber amar, y esa es sin duda la más difícil de todas la ciencias. Yo la ignoraba por completo, y como todos los deseos de Julia eran sagrados para mí, me esforzaba en cumplirlos, dándome la alegría egoísta de agradar á la que yo idolatraba más que á nada ni á nadie en el mundo. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio quise perfeccionar su educación, que respecto á las bellas letras y á la Historia era bastante incompleta; pero no pude conseguirlo. Cuando queriendo darla una idea de la hermosura de la lengua latina, trataba de hacerla comprender las bellezas del *procumbit humi bos*, de Virgilio, ó las dificultades del *devium scortum* de la oda de Horacio á Quintio Hirpino, movía la cabeza con una gracia peculiar suya, y devanando un ovillo con rapidez vertiginosa me preguntaba: «¿Cómo se dice *me cargas* en latín?» Yo me echaba á reir, la abrazaba y se concluía la lección. Algunas noches la leía la «Historia de los emperadores romanos,» y no sin sorpresa la veía preferir á estas obras serias y escritas en lenguaje correcto las noveluchas ridículas impregnadas en aquella época de desatinos románticos. De todo lo que precede y de los esfuerzos que yo hacía para agradar á mi Julia me han acusado de *débil*, y hasta han dicho que me dejaba pegar por mi mujer. Eso es una calumnia; yo quería que fuese feliz y me arreglaba para estar de acuerdo con ella; y ella no era ni exigente ni tiránica ni siquiera dominante. Tenía la sangre viva, era joven y un poco celosa, pero nada más. Cierto que me atarazaba á pellizos cuando yo miraba á otra mujer; y que de resultas de haber yo dado dos ó tres veces la mano á una amiga suya llamada Enriqueta, que nos visitaba á menudo, la cobró un odio mortal; pero eso era muy natural y no tenía nada de extraño.

Por cierto que la tal Enriqueta era una joven muy amable, rubia, blanca, tímida; y su marido era un buen hombre, bajito, calvo, gordiflón, empleado en el Ayuntamiento. Enriqueta y mi mujer se querían mucho *antes*, aunque no hubiese punto de semejanza entre ellas, pues tanto la una era dulce y tranquila, cuanto la otra era viva é impetuosa. Teniendo en cuenta el distinto color de sus cabellos y la diferencia más marcada de sus caracteres, yo las llamaba «el día y la noche.» Alguna vez quise hacer á mi Julia algunas observaciones sobre la manera un poco dura con que trataba á su amiga, pero mi mujer me respondió que yo defendía á Enriqueta porque le hacía la corte. ¡Qué atrocidad! Verdad es que yo tenía con ésta alguna de esas familiaridades sin importancia, como chillarla al oído cuando estaba distraída, taparla los ojos para preguntarla ¿quién soy?, cosas todas que no pasaban los límites de lo lícito. Pero mi mujer ponía el grito en los cielos y me zarandeaba de lo lindo. ¡Pobrecita! Siempre la sucedía lo mismo cuando se la contrariaba. Antes la daban ataques de nervios atroces. En fin, á pesar de mis loables explicaciones y de todas mis disculpas para destruir sus sospechas, que nada justificaban, veía á Enriqueta con disgusto. La había tomado *tirria*, como ella decía.

Una escena insignificante en apariencia, y que ejerció en mi vida influencia extraordinaria, vino á romper las amistosas relaciones con nuestros dos amigos. Era el tiempo de la feria, y hacía aquel año un otoño magnífico. Una tarde, habíamos ido los cuatro, mezclándonos con el *prophanus vulgus*, á ver todos los puestos de cachivaches y baratijas. Julia y Enriqueta, que iban elegantemente vestidas y que se habían hecho mil elogios mutuos, demasiado exagerados para ser sinceros, se detuvieron ante un puesto donde se exhibían juguetes, cintas, jabones y otras chucherías. Enriqueta cogió un collar de cuentas de ámbar transparente, que descansaba en una cajita sobre una capa de algodón en rama, y preguntó su importe. La pidieron tres ó cuatro duros, no recuerdo fijamente, y mi amigo trató de convencer á su esposa de que el precio era exorbitante y no debía pensar en comprar tal bagatela. Devolvió Enriqueta el collar entre dos suspiros, y continuamos el paseo, ella triste, su marido contrariado por no habérsele comprado, mi mujer diciendo con sonrisa irónica: «El ámbar no sienta bien á las rubias; tu marido ha dado un prueba de buen gusto no comprándote el collar.»

Con este motivo las dos amigas disputaron acaloradamente, Julia con su vivacidad habitual, y Enriqueta con una acritud que yo no la conocía y que probaba la humillación que había sufrido al no lograr de su marido aquel regalo. El pobre empleado del Ayuntamiento intervino en la discusión, y al llegar á la puerta de su casa y cuando nos despedíamos, dijo á su esposa:

– Vamos, caprichosilla, cálmate; mañana por la tarde volveremos juntos á comprar el collar de ámbar que te gustó.

Enriqueta dió un grito de alegría y abrazó á su marido en medio de la calle y en nuestras barbas.

Todo el resto de la noche Julia estuvo de muy mal humor.

– Esa Enriqueta, me dijo, es una coquetuela, á pesar de sus hipocresías, y su marido es un Juan Lanas, que no sabe mandar en su casa.

Yo me atreví á hacerla alguna tímida observación, y me acosté sin haber podido calmar su implacable agitación nerviosa.

Al día siguiente, cuando yo volví de mi cátedra universitaria, Julia no estaba en casa, pues entró á poco enseñándome, por vía de saludo, el collar de ámbar.

– ¡Ah! Amable, dulce y buena criatura, exclamé yo abrazándola, ¡qué bien sabes hacerte perdonar tus arrebatos! Vamos pronto á llevar á Enriqueta el collar, que te agradecerá doblemente, no sólo por ser obsequio tuyo, sino porque así la pides perdón de tus injusticias de anoche.

– Te equivocas, me contestó mi mujer desasiéndose de mis brazos; el collar me gustó ayer y por eso le he comprado y por eso le conservo. Además, le sentaría muy mal á Enriqueta que es rubia y sosa, y me sienta muy bien á mí que soy morena y tengo la fisonomía animada.

Se le sujetó á la garganta, y queriendo yo hacerla entrar en razón, me respondió con muy mal modo:

– Si no la hicieras el amor, no la defenderías siempre delante de mí: que se fastidie; y si se incomoda de veras, tanto mejor; que deje de visitarnos y todos ganaremos con su ausencia.

Por la noche nuestros amigos vinieron á visitarnos. Enriqueta con semblante triste, como de persona que ha sufrido una contrariedad; su marido, riéndose como siempre.

– La suerte nos ha obligado á ser económicos, á pesar nuestro, me dijo; el collar ya no estaba en el puesto y mi mujer se quedó sin él.

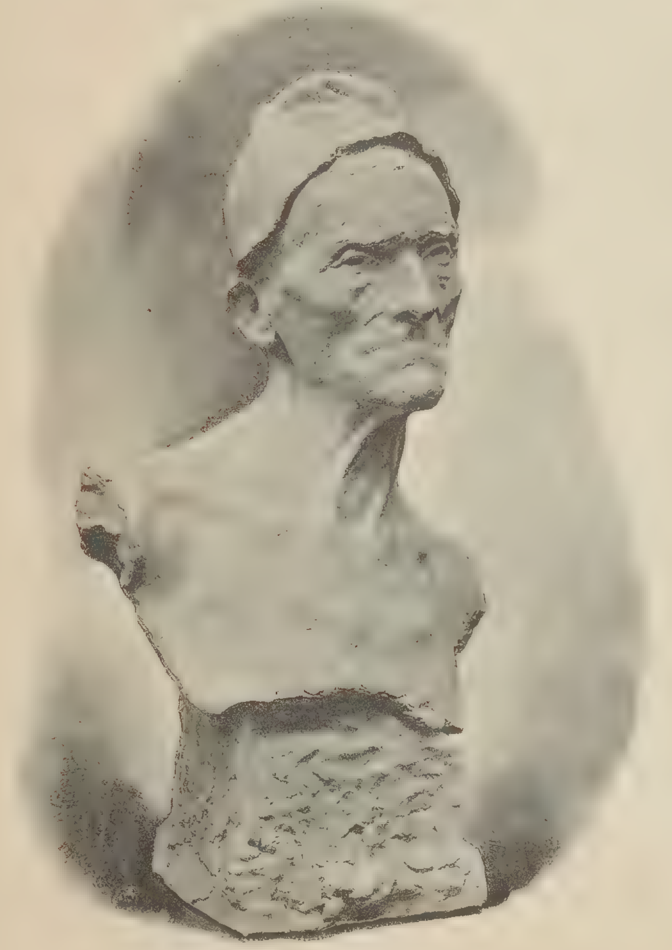
Yo me turbé al oirles, porque cuanto más había reflexionado sobre el asunto, tanto más había encontrado la conducta de Julia agresiva y desconsiderada.

Al levantar los ojos Enriqueta vió el collar, cuyas cuentas, alumbradas por la luz de la lámpara, brillaban como gotas de oro líquido en el cuello de Julia, y dando un grito que no pudo contener, exclamó:

– ¡Ah! ¿Eres tú quien le ha comprado?

– ¿Y por qué no le había de comprar? Mi marido no me niega nada nunca, y á Dios gracias, somos ricos para comprar lo que se nos antoje.

Comenzada en este tono la conversación, degeneró pronto en disputa, y mientras mi amigo y yo nos mirábamos sin hablar, las dos mujeres, rojas de ira, gritando á la vez se llenaban de improperios, hasta que Enriqueta, ahogada por las lágrimas, cogió del brazo á su marido y arrastrándole fuera de la habitación, sin despedirse de nosotros, le dijo:



DE MI PUEBLO, escultura de D. Miguel Blay
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



TALLER DE TAPICES, cuadro al óleo de D. José Miralles Darmanin. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

—Salgamos de aquí y no volvamos á poner los pies en esta casa.

Presa de un dolor sincero al verles alejarse, porque aquella amistad era agradable para nosotros y no había razón para romperla, quise decir algo á Julia, pero ella fuera de sí me respondió:

—Si los quieres más que á mí, puedes irte con ellos, no seré yo quien te lo impida.

Se hubiera dicho que esta escena y la ruptura, que fué su resultado, habían despertado en Julia sentimientos de coquetería que yo no sospechaba en ella, á juzgar por lo que se esmeraba en adornarse y por su tenaz empeño en no quitarse nunca el collar de ámbar. Le limpiaba sin cesar, admiraba los rayos del sol á través de sus cuentas, le usaba algunos días como brazalete, y hasta saltó de alegría oyéndome decir que los antiguos creían ver en las cuentas de ámbar las lágrimas cristalizadas de las hermanas de Phaeton.

Una noche en que Julia jugaba con su collar, mientras yo leía, rompió el cordón, y todas las cuentas, despedidas violentamente, rodaron por el suelo: se buscaron, se recogieron una á una, y Julia me dió el encargo, reuniéndolas en una cajita, de ir al día siguiente á una platería para que me las engarzasen en un hilo que no pudiera romperse. No olvidaré nunca que al devolverme el platero el collar compuesto me dijo:

—He reemplazado el cordón roto por una cuerdecita de violín, que desafío á usted á que la rompa; tan sólida es, amigo mío, que podría usted estrangular á su mujer con ella.

Todavía me estremezco al recordar aquellas siniestras palabras, que no eran más que una chanza de mal gusto.

Muchas veces me esforcé en conseguir de Julia que visitara á Enriqueta y la pidiera perdón por lo pasado; pero me fué imposible vencer su resistencia. Por efecto de la exageración con que las mujeres juzgan hasta las cosas más sencillas, Julia se había llegado á convencer de que la falta había sido de Enriqueta por haberse querido apropiar un adorno que deseaba tener su amiga. Sensible me fué no ver más á mis amigos; pero era yo tan feliz en mi hogar doméstico, que acabé por olvidarlos, y no habría vuelto á verlos sin la horrible catástrofe que concluyó con mi dicha.

Julia cayó enferma, y su indisposición, que al principio parecía carecer de gravedad, tomó de repente tal incremento, que yo abandoné mi cátedra, me constituí en enfermero continuo y llamé á todos los médicos de la ciudad. No economicé gastos, ni sacrificios ni cuidados, pero todo fué en vano: la sentencia de muerte estaba dictada, y el destino tirano iba á cumplirla. Cada noche, á la débil claridad de la lámpara de nuestra alcoba, seguía yo con espanto las huellas que la enfermedad iba dejando en su hechicero rostro; sus dulces ojos se abrían desmesuradamente; se contraía y desfiguraba su linda boca, y sus manos adelgazadas y transparentes erraban maquinalmente sobre la sábana como buscando algo indeciso. ¡Ah! ¡Qué noches! ¡Qué horrible silencio el de aquellas interminables horas, interrumpido sólo por los quejidos de la moribunda, por los latidos de mi corazón y por la péndola del reloj antiguo de pared que había señalado todas mis horas de felicidad!

Julia conocía que sus horas estaban contadas y soportaba con valor sus sufrimientos para calmar mi dolor. Al oirla prorrumpía yo en sollozos, corrían mis lágrimas sobre su almohada, y la pobre mujer posaba sus manos frías sobre mi frente, como una caricia de nieve.

—Valor, me decía, no llores y conserva mi recuerdo.

De repente su razón se obscurecía y hablaba de unos pájaros grandes que la azotaban el rostro con sus alas negras. El acceso de dolor pasaba, y recobrando su serena resignación, me cogía una mano y se dormía mientras yo no dejaba un instante de mirarla.

Una vez se despertó repentinamente: era una de las horas solemnes que preceden á la última.

—Mira: prométeme, me dijo, que cuando todo haya concluído dejarás en mi garganta mi collar de ámbar, é impedirás á Enriqueta que vaya á robártele á mi sepultura.

Yo no sólo se lo prometí, ¡se lo juré mil veces!

—¡Pero tú no morirás!, añadí.

—¡Calla, tonto!, me contestó; piensa en tu juramento... no hables, déjame... estoy tranquila... mi alma sonríe... y yo no sufro ya...

¡Murió! No puedo decir lo que pasó por mí. Mis compasivos vecinos me arrancaron de su lado. En aquellos instantes en que mi alma caía en un abismo sin fondo, vi aparecer en mí al que la había habitado tanto tiempo: ¡al maldito oficial! ¡Oh, fantasma terrible!, ¿qué me quieres? ¿Por qué no me mataste en los días de mi juventud para no haber conocido la felicidad que ahora me quitan? Todos los que me rodeaban me creyeron loco. «El dolor le transtornó,» dijeron. Y me mojaban las sienes, me hacían aspirar vinagre y pronunciaban frases convencionales cuya vulgaridad exasperaba mi dolor en vez de calmarle.

Llegó la hora del entierro, y seguí á pie á los sepultureros, á pesar de todas las observaciones que me hicieron. «Eso no se acostumbra; no es conveniente; no hacen eso las personas bien acomodadas.» «¿A mí qué me importa? ¿Es que yo pertenezco á tal ó cual categoría en la sociedad?»

A pesar de todos los esfuerzos conjurados contra mí, yo iba donde mi corazón me llevaba; con la cabeza descubierta, aniquilado, sacudido por mi dolor, como un árbol por la tempestad, sosteníanme mis amigos, y yo los miraba absorto sollozando y buscando en sus miradas conmiseración por mi infortunio, que por ser tan grande me parecía digno de conmover á toda la humanidad.

Cuando en el cementerio oí caer la última espuerta de tierra sobre el féretro y escuché de los labios del sacerdcte el último *Requiescat in pace*, me sentí de repente iluminado por una luz interior que invadía todo mi ser, y allá en el rincón obscuro de mi corazón despedazado vi surgir, semejante á un ángel resplandeciente... á Julia... á aquella dulce compañera de quien lloraba la muerte y cuyos despojos había acompañado á la última morada.

—Aquí estoy, me dijo, con una sonrisa que hacía más interesante su intensa palidez; heme aquí contigo... para ti... y para siempre...

Yo me levanté gritando:

—¡Vive!... ¡Vive!... ¡Mi mujer no ha muerto!

Todo el mundo me rodeó, el sacerdote volvió al hoyo relleno de tierra...

—¿Dónde?, me decían, ¿habéis oído algún ruido en el féretro?

—¡La he visto! ¡la he visto!, respondí, levantando al cielo mis ojos agradecidos.

—Pero ¿dónde?, me preguntaron de nuevo.

—Aquí... en mi corazón, respondía yo golpeándome el pecho.

—¡Pobre hombre!, dijeron por fin los testigos de aquella escena fúnebre, mirándose unos á otros y alzando sus hombros en señal de compasiva indiferencia. ¡Está loco!



SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, CURANDO Á LOS LEPROSOS, cuadro de Murillo

(Existente en la Real Academia de San Fernando de Madrid.)



LA MUERTE DE LA MONJA, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

No; yo no estaba loco, ni lo he estado nunca, ni lo estoy aún. ¿Por qué culpar y calumniar á mi razón si yo experimento fenómenos desconocidos á la mayor parte de los hombres?

Cuando me trajeron desmayado á mi casa y me dejaron solo, al volver en mí, recorrí mi cuarto como si buscara al huésped querido que le había abandonado y toqué con una especie de recogimiento religioso todos los objetos que habían pertenecido á Julia, que se sonreía en mi corazón, mirándome con lástima. Corrían las lágrimas por mis mejillas. ¡Qué tristeza en derredor mío! Los jilgueros permanecían mudos en un rincón de su jaula; las plantas que nadie habíase cuidado de regar durante los últimos crueles días, dejaban caer sus flores marchitas; la habitación que parecía haberse agrandado, estaba llena de un silencio espantoso; alguna cosa nueva había entrado en ella... la soledad que por tantos años habíamos arrojado de allí con nuestra dicha.

Continuando mi lúgubre inspección, reuní todos los objetos femeninos por allí diseminados; el dedal, las agujas, la labor que la muerte había interrumpido. Acababa de coger su libro de misa, cuando alzando los ojos sobre la cómoda vi... el *collar de ámbar*. ¡Miserable de mí! Presa del dolor que me había afligido desde la muerte de Julia, había olvidado su última recomendación, y las vecinas que la habían amortajado creyeron acertar quitando de su garganta aquel adorno con que quería ser enterrada. ¿Qué hacer? Por más que torturaba mi imaginación, no encontraba medio de reparar aquel lamentable olvido que me hacía no cumplir el deber sagrado de una moribunda. Miré á Julia: su rostro severo me entristecía.

– Yo te juro que te conservaré siempre como un sagrado depósito, la dije estrechando el collar contra mi pecho.

Julia movió su cabeza tristemente y se echó á llorar.

Yo reuní bajo un fanal el *bouquet* que había llevado á la iglesia el día de nuestra boda, la corona de azahar, añadí á estos objetos el collar de ámbar y deposité aquellas reliquias en mi mesa de escritorio, enfrente de mí para tenerlas siempre ante mis ojos.

Se creerá que reunido indisolublemente, por decirlo así, dentro de mi corazón con la que yo amaba, y que muerta para el mundo entero, vivía sólo para mí, era yo dichoso. Se engaña quien lo crea. Yo era el más infortunado de los hombres. Por no alejarme de los sitios donde había vivido con Julia y poder contemplar continuamente los muchos testigos de mi perdida ventura, conservé nuestra casa, que era para mí como un templo. ¡Debilidad humana! ¡Allí fué, sin embargo, donde cometí el crimen, mi verdadero crimen, el de haber hecho traición á mis queridos recuerdos, más digno aún de castigo que el accidente fatal que fué su consecuencia!

Transcurrí un año en esta pena constante, que se exacerbaba á menudo convirtiéndose en dolor agudo. Para todos los que me conocían yo no era más que un pobre hombre víctima de una desgracia, á la que el tiempo debía traer su infalible remedio; pero para mí, que sabía de mis dolores todo lo que no quería decir, yo era un miserable, tanto más digno de lástima, cuanto que la presencia interior de Julia me hacía más insoportable su ausencia real. Una tarde que al anochecer paseaba mi hipocondría por las orillas del Henares, me encontré de manos á boca con mi antiguo amigo el marido de Enriqueta. Se acercó á mí, me estrechó entre sus brazos compartió mis sollozos y me consoló diciéndome:

– Ven á vernos; todas nuestras quejas antiguas están olvidadas: Enriqueta ha llorado á su amiga; me habla de ti sin cesar, y en nuestra casa encontrarás el consuelo de una amistad que no debió romperse nunca.

Hacía tanto tiempo que yo amontonaba mis lágrimas en mi pecho, sin la menor expansión, que seguí á mi amigo inconscientemente, no sin notar que Julia parecía contenta por reconciliarse en mí y por mí con la amiga á quien había ofendido en vida injustamente. Enriqueta me recibió con cariñoso afecto; la encontré poco cambiada, un poco más gruesa quizá, pero siempre bonita y conservando en sus ojos aquella mirada bondadosa y dulce, que era su mayor encanto. No necesito decir que toda mi larga visita se empleó en hablar de Julia.

– Ya sabe usted, me dijo Enriqueta, que yo estoy casi siempre sola. Esteban pasa el día en el Ayuntamiento y la tarde en el café; venga usted algunas veces á hacerme compañía; hablaremos de Julia, y por lo menos no vivirá usted como un oso, encerrado en su pena y en su soledad.

Aquella visita, que disminuyó el peso que me oprimía, lejos de disgustar á Julia pareció serle agradable. En efecto, cuando me quedé á solas con mi querida aparición, la interrogué y no vi en ella ninguna señal de cólera; sonreía dulcemente cuando la hice el elogio de Enriqueta, y aprobaba mi conducta, animándome á buscar en aquella intimidad, no el olvido, sino un lenitivo á mi dolor. Todos aquellos mezquinos celos que la habían separado de su amiga parecían haber desaparecido; y por la primera vez, después de un año, pude dormir con el corazón menos oprimido.

Todas las noches, en lugar de encerrarme en mi casa ó de pasear solo por las calles, fuí desde entonces á pasar una hora con Esteban y su mujer.

LUIS MARIANO DE LARRA

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Catedral de León. – Estatua de Nuestra Señora la Blanca, de la portada principal. – Nuestra Señora del Foro y oferta de la Regla. – Hablando de este precioso monumento del arte cristiano español, que muchos han considerado más acabado y elegante que la tan justamente celebrada catedral de Milán, dice un escritor ilustre y de indiscutible autoridad en punto á historia y antigüedades arquitectónicas de nuestra patria, D. José M.ª Quadrado: «Al desembocar por la angosta calle de la Victoria en la vasta plaza de la catedral, ofrécese á los ojos el más gentil espectáculo que pudo combinar el arte y crear la fantasía. Descubierto por el frente y por el flanco, dominado por las agujas de crestería de dos altas y robustas torres, erizado de pináculos y botareles de varias formas, reforzado por contrafuertes y arbotantes, ceñido de andenes y calados antepechos, perforados de arriba abajo sus muros por dos órdenes de ventanas ojivales, presentando triple portada al Occidente y triple portada al Mediodía, cuajadas de primorosas esculturas, tiéndese cuan largo es y elévase á su mayor altura el grandioso monumento, permitiendo abarcar en una sola mirada su incomparable armonía.»

Tal es, considerada en conjunto, la catedral de León, de donde son los dos fragmentos que reproducimos. De éstos el primero representa la hermosa imagen conocida con el nombre de Nuestra Señora la Blanca, que está arrimada al poste que corta en dos el portal del centro del precioso pórtico, ingreso principal de la iglesia. Esta bellísima escultura, objeto de gran veneración por parte de los leoneses, se encuentra encerrada entre cristales y ostenta á su lado una inscripción recordando las indulgencias desde 1456 concedidas á los que la invocaren. El otro es uno de los muchos detalles valiosos del claustro, y representa á Nuestra Señora del Foro ó de *la Regla*: el relieve, que simboliza la vida monástica en que vivió aquel cabildo desde el siglo once al doce, por medio de la figura de un canónigo ofreciendo la catedral al niño Jesús, está colocado en una hornacina á la izquierda de la entrada, y hasta hace muy poco tiempo todos los años acudía la ciudad en procesión á deponer su ofrenda ante la imagen de la Virgen el día 17 de agosto en conmemoración de la batalla de Clavijo.

***

Monumento elevado en Avignón, conmemorativo de la anexión del condado del Venaissin á Francia en 1791, obra del escultor M. Charpentier. – Para conmemorar el centenario de este suceso importantísimo de la historia francesa se ha inaugurado recientemente en Avignón el monumento que reproducimos y que es obra del notable escultor M. Charpentier.

El monumento, cuya altura es de doce metros, está coronado por la estatua de la Francia, que con el brazo izquierdo sostiene el asta de la bandera tricolor, cuyos pliegues se confunden con los del amplio ropaje, mientras el derecho aparece tendido en ademán de paz y protección. Alrededor del pilar donde se levanta esta figura se colocarán (pues la obra no está enteramente terminada) varios grupos en uno de los cuales, el único concluído, se ve á una joven agitando con una mano una rama de laurel y con la otra presentando á la nueva patria á su hijo, que su esposo sostiene entre sus brazos.

El conjunto de este monumento es armonioso y elegante y en todo él se revela el talento del escultor que obtuvo el premio de honor en el Salón de París de 1890.

***

D. Gaspar Melchor de Jovellanos, estatua en bronce de D. Manuel Fuxá, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona. – La industriosa villa de Gijón hizo patente el día 6 del actual su inmensa gratitud hacia el más ilustre de sus hijos, al descubrir la estatua que ha levantado para honrar la memoria del insigne don Gaspar Melchor de Jovellanos.

A tan solemne acto asocióse España, puesto que no se trata de un hombre á quien Gijón debe beneficios, sino de una gloria nacional, de un insigne patricio, de un español ilustre, que por sus virtudes, por su talento, por sus acciones y por sus escritos se hizo acreedor á eterna gratitud.

Solemne fué el acto de descubrir la estatua, al que concurrió en representación de S. M. la reina el Conde de Revillagigedo y las autoridades, así como un representante de la familia del ilustre prócer.

La estatua que corona el monumento erigido á aquel patricio insigne, ha sido modelada por el escultor D. Manuel Fuxá, previo concurso en el que obtuvo el primer premio, debiendo considerarse como una de las mejores obras que ha producido este distinguido artista, ya que ha sabido interpretar con notable acierto el carácter del personaje. Jovellanos viste la toga del magistrado y sostiene en su mano izquierda el famoso «Informe sobre la ley agraria,» siendo de notar su naturalidad y la nobleza de su actitud, así como el modelado en todas sus partes, que producen un conjunto grandioso y admirable. De doble dimensión del natural, ha sido fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía, de Barcelona, notable establecimiento, en el que al visitar la sección de fundición, tan completa y perfectamente organizada como las de cerrajería artística, muebles suntuarios, etc., etc., hemos tenido ocasión de admirar otros trabajos en bronce, ejecutados en modelos de excelente carácter escultórico, de Nobas, Venancio y Agapito Vallmitjana, Reynés, Llimona, Montserrat, etc.

Réstanos agregar que actualmente se están preparando los moldes de la estatua ecuestre del héroe de los Castillejos, obra del escultor Sr. Puiggener, que debe erigirse en una de las plazas de Reus.

***

De mi pueblo, escultura de D. Miguel Blay (premiada por la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Discípulo del Sr. Berga, profesor de la Academia de Bellas Artes de Olot, representa ya este joven artista una grata esperanza para la escultura española. Pensionado en París por la Excma. Diputación Provincial de Gerona, ha logrado demostrar sus aptitudes y dar muestras de su inteligencia y habilidad. La Exposición general de Bellas Artes de Barcelona significa un doble triunfo para Miguel Blay, ya que las dos obras que ha expuesto, la que reproducimos y la titulada *Remordimiento*, han sido adquiridas para figurar en Museos: la primera por el Excmo. Ayuntamiento, la segunda por la Excelentísima Diputación provincial. Ambas reproducciones acusan el mérito del escultor, las dos demuestran su genialidad. Felicitámosle sinceramente y no titubeamos en augurarle lisongero porvenir.

***

Taller de tapices, cuadro al óleo de D. José Mirralles Darmanin (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – José Miralles Darmanin es uno de esos artistas valencianos que, continuadores de la buena escuela, tan alto han logrado poner el buen nombre y las tradiciones artísticas de su patria. Residente en Orgerus (Francia) desde hace algunos años, adonde le llevó el deseo de estudiar las corrientes que informan la pintura moderna, ha sabido armonizar perfectamente la nueva escuela con el especialísimo colorido de la tradicional escuela española. De ahí que en sus cuadros de género se observe, además de la elegancia en las líneas, esa sobria á la par que vigorosa entonación que evoca el recuerdo de las obras maestras de Velázquez, de cuyo estudio ha recogido Miralles provechosas enseñanzas. Su *Taller de tapices* es una obra notabilísima, especialmente por el colorido, digna de figurar, conforme figurará, en el Museo municipal de Bellas Artes de Barcelona, ya que con tal objeto ha sido adquirida por el Excmo. Ayuntamiento.

***

Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos, cuadro de Murillo (existente en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando). – Este es uno de los cuadros del inmortal pintor sevillano que tienen más accidentada historia. Pintado en la época en que Murillo se ostentaba en la plenitud de su portentoso genio, fué adorno valiosísimo de uno de los templos de Sevilla hasta que en la época de la invasión napoleónica en España fué robado por los franceses y llevado á París por orden del emperador, junto con otras preciadas joyas del mismo artista, entre ellas los célebres *Medios puntos* que representan la leyenda del *Milagro del caballero romano*. Del Louvre, donde fué colocado como precioso botín de guerra, volvió al cabo de algún tiempo á España para formar parte del museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, á la que actualmente lo reclama con insistencia, y dispuesta á llevar la cuestión á los tribunales, la cofradía sevillana, que se cree con derechos indiscutibles sobre el tan codiciado lienzo.

A la verdad, compréndese que este cuadro despierte tales ambiciones y tales reclamaciones origine, pues contemplándolo se ve que si sólo por ser de Murillo merece el dictado de obra maestra, el mérito que esto supone sube de punto cuando con razón puede calificarse el *Santa Isabel* de una de las mejores creaciones del artista incomparable.

***

La muerte de la monja, dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés. – Todos cuantos elogios, y á fe que no son pocos, hemos prodigado á nuestro asiduo y distinguido colaborador, resultan deficientes tratándose de esta obra sorprendente, que es, en nuestro concepto, la mejor creación producida por su autor en este género, que como poquísimos ha llegado á dominar. Los calificativos más encomiásticos, las frases más laudatorias parecen pálidas alabanzas cuando se aplican á una obra como la que hoy reproducimos del Sr. Fabrés. Mírese ésta como se quiera, examínela el más lego en materia artística, analícela el más exigente en achaques de arte con el propósito de descubrir en ella algún defecto, un pequeño desliz; en último resultado el aficionado, el crítico, el artista habrán de rendirse ante esa revelación del genio y de proclamar que *La muerte de la monja* es un portento de sentimiento y de ejecución, en el que la pluma ha obrado maravillas hasta el punto de hacer olvidar la ausencia del colorido. En su conjunto impresiona profundamente: imposible hallar mejor expresión á esa muerte sin sufrimiento, que apenas deja huella en los que, no ya con resignación, con ansia esperan el feliz momento de abandonar la tierra y tender el vuelo hacia el Dios de sus purísimos amores; imposible componer con el color una palidez de la carnaciones tan exacta como la que el Sr. Fabrés sólo con blanco y negro ha conseguido. En cuanto á los detalles del dibujo, mejor es abandonar la tarea de llamar la atención sobre ellos: ¿quién es capaz de enumerar la infinidad de bellezas que la mano y el genio del artista han prodigado en esta obra? Cualquiera las ve y las siente, pero nadie osará precisarlas, y si alguien á tal se aventurara á buen seguro que más que las señaladas serían las involuntariamente por él omitidas.

La muerte de la monja obtuvo un triunfo en la Exposición Internacional de Munich de 1890, en donde el cuadro no fué colgado en la pared, sino colocado por excepción honrosa en un caballete en el centro de un salón, y si no obtuvo la mayor recompensa que en esas exposiciones anuales se concede, fué porque el reglamento no permite otorgar más que una sola medalla de oro á un artista y Fabrés la había ya conquistado en un anterior certamen.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto se inclinó, y dejando correr sus lágrimas estampó un prolongado beso en la frente de su amigo

Cuando Blanca se presentó, precipitóse en los brazos de su esposo, y hubo una escena desgarradora. Pedro abrazó repetidas veces á Guy y Juana, mandó después que se los llevasen, y quedaron solos Gilberto, la vizcondesa y él.

El enfermo había cogido la mano de su esposa.

– Blanca, dijo, debes perdonarme... ¡Cuánto te he hecho sufrir!... Pláceme que Gilberto esté aquí, porque es nuestro mejor amigo y sabe cuál ha sido mi proceder, mi mala conducta... Si hubiese vivido más tiempo, tal vez habría yo reparado todo esto. Ahora escúchame atenta: de todos nuestros bienes apenas nos queda nada, pero es indispensable que nuestros hijos vivan... No me inquieto por Guy, pues irá á Saint-Cyr ó entrará en el servicio, y siguiendo la carrera de las armas no necesita fortuna... ¡Y que no pida el retiro, como yo, que no renuncie á su empleo! Si fuera preciso, tú se lo impedirás... En cuanto á Juana, se le formará un humilde dote con lo que nos queda, y sin duda encontrará algún hombre honrado... Educa á los dos bajo la idea de que están destinados á una posición modesta, y así podrán ser felices... más que nosotros... ¿Me lo prometes?...

Blanca, arrodillada é inundando con sus lágrimas la mano de Pedro, no podía contestar.

– En cuanto á ti, Gilberto, te ocuparás de ellos, ¿verdad?... también te los confío... os los confío á los dos... Siempre te quise mucho, aunque tal vez no te lo haya manifestado bastante... Tú eres el único verdadero amigo que jamás tuve, y acaso aquel con quien menos he hablado; pero no me has de guardar por ello rencor... Comprendía que tu alma estaba muy por encima de la mía, y sin manifestártelo te admiraba y apreciaba en lo que vales... Blanca lo sabe, porque se lo he dicho muy á menudo... Cuando Guy se vaya haciendo hombre le hablarás de mí, diciéndole lo que éramos uno para otro y que al seguir tus consejos cumplirá con mi propia voluntad... ¡Dios mío, yo hubiera querido sin embargo verle más crecido, y me separo de él cuando apenas cuenta cinco años... cuando tan poco me conoce!...

Pedro se entregó otra vez á sus tristes pensamientos, como si el esfuerzo que acababa de hacer para expresar su voluntad hubiese sido el último de que era capaz. Desde aquel instante sus ideas se confundieron; repetía las mismas frases, las mismas palabras... y fué preciso conducir á la vizcondesa á su habitación para que no presenciara aquel espectáculo.

Por la noche sobrevino el delirio, y entonces ya no reconoció á nadie; algunos criados le velaron; durante aquellas largas horas saltó algunas veces del lecho; quería salir, marcharse, y suplicaba con voz doliente que se lo permitieran. Costó mucho contenerle; pero al amanecer tranquilizóse un poco y se adormeció.

El cura de Mareuil, á quien se había llamado á toda prisa, llegó con los santos óleos, y al punto se llenó de gente la habitación de Pedro. ¿Tendría éste conciencia de lo que pasaba? Sus contestaciones á las preguntas que le hacía el abate Souchón eran confusas, como murmuradas entre sueños. «¿Me reconoce usted?... He rogado á Dios por su alma...» decía con voz robusta el cura, que parecía disgustado porque no se le había avisado antes y que vaciló algún tiempo antes de dar principio á la ceremonia. Al fin se decidió á ello en vista de la afirmación de la señora de Chalieu, que aseguraba que el enfermo conservaba todo su conocimiento.

Pedro, trastornado por el ruido que se producía en su habitación, acababa de incorporarse á medias, y apoyado en el borde del lecho, con la mirada fija en la ventana, parecía contemplar tristemente la luz pálida del nuevo día, aquella aurora que no volvería á ver más, con el pensamiento sumido en las profundidades ilimitadas del ensueño. Todo su cuerpo se estremecía ligeramente de continuo, y en sus mandíbulas producíase un movimiento convulsivo mientras que le aplicaban las unciones: los presentes respondían en alta voz á las preces del sacerdote. De pronto el enfermo hizo un brusco esfuerzo como para escapar del lecho; pero la condesa de Chalieu, que estaba junto á él, apoyóle una mano en el hombro y sujetóle con fuerza. Al fin terminó la ceremonia y el abate se retiró.

Algunas horas después comenzó el estertor, que se oía en todo el castillo; y era cosa terrible ver cómo aquella vida tenaz, aquel cuerpo robusto y lleno de juventud luchaba bajo las garras de la muerte. Blanca no presenció aquella espantosa y última lucha, pues la guardaban en su habitación, donde las señoras hacían lo posible para consolarla.

Al declinar el día, Gilberto se encargó de los niños, de los que ya no podía ocuparse la señorita de Sainte-Severe, pues érale preciso permanecer junto á la marquesa, que hacía algunos días, presa del mayor abatimiento, no salía de su cuarto.

Gilberto cogió de la mano á Juana y á Guy y condújolos al fondo del jardín. Aquellos dos huérfanos, que adoptaba ya con el pensamiento, inspirábanle sincero cariño... Sí; cuidaría de Guy para hacer de él un hombre, según el deseo de su padre... Y Juana... ¡Qué encantadora era aquella niña, cuyas gracias infantiles había admirado antes en la madre!... También podría contar con él; todo cuanto él tenía sería de ellos. Y los niños y Blanca y él no formarían más que una familia.

Juana y Guy, impresionados por la tristeza general, habían estado al principio quietos; pero con la inmovilidad propia de sus años, acabaron por sacudir aquel malestar, y ahora corrían y jugaban, olvidando el drama que tan cerca de ellos se desarrollaba.

De vez en cuando Gilberto, haciendo un ademán paternal, aplicábase un dedo á la boca y señalábales el castillo para que moderasen sus juegos. Los niños, comprendiendo al punto, se callaban, y Gilberto entregábase de nuevo á sus reflexiones, con los ojos fijos en la inmensa fachada, que tan cambiada le parecía. El edificio señorial no tenía ya aquel aspecto de orgullosa alegría que observó en él en otro tiempo al divisarle con Pedro desde la cumbre de las inmediatas colinas: las miserias que ahora encerraba, aquella muerte, aquellas lágrimas, aquellos padecimientos, parecían contristar su exterior, y á Gilberto agradábale que simpatizara con su propio pesar.

Cuando entró en el castillo, al ponerse el sol, reinaba un silencio profundo, espantoso, en el vestíbulo y los corredores. Dejó á los niños para que se los llevaran á su madre y se dirigió á la habitación del vizconde.

Dos bujías ardían junto al lecho en una mesa con tapete blanco, á cada lado de un crucifijo y de una pila de agua bendita con una rama de boj. Pedro estaba inmóvil, extendido bajo las sábanas, con la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada, notándose en su rostro esa palidez sin reflejo, esa serenidad que sólo la muerte comunica.



... cogiéndole cada cual de una mano, le condujeron adonde estaba su madre

Todo había concluído; ya no padecía ni se agitaba, él, que tanto se había agitado durante su vida y que aun en sus últimos días proyectaba tan hermosos



El cura de Mareuil, á quien se había llamado á toda prisa, llegó con los santos óleos

planes. Habíase lanzado en el mundo con el vivo deseo de apurar todos sus goces, creyendo que todo sería inagotable, salud, fortuna y actividad, los dones que había recibido al nacer; mas ahora deteníase en medio de su carrera, herido de muerte y después de haber derrochado su patrimonio... Gilberto se inclinó, y dejando correr sus lágrimas estampó un prolongado beso en la frente de su amigo.

Cuando salió de aquella estancia, dejando al difunto sólo con las mujeres encargadas de velarle, parecióle que se abría un gran vacío á su alrededor, cual si todos los que habitaban en Mareuil, sus huéspedes ordinarios, se alejaran de él y huyesen al sentirle aproximarse. El profundo silencio aumentaba aquella sensación de aislamiento; hubiérase dicho que la muerte de Pedro acababa de romper algún misterioso lazo, el débil vínculo que le unía á una sociedad de que no formaba parte... Cuando vagaba por los desiertos corredores encontró á la señorita de Sainte-Severe, quien le hizo una seña para que entrase en la habitación de la marquesa.

La anciana estaba sentada en un gran sillón y tenía en la mano un pañuelo humedecido con sus lágrimas.

-¡Qué desgracia!, exclamó, ¡qué desgracia, señor Maujeán!

Y mirábale con su habitual expresión resignada y angustiosa; mientras Gilberto, sin poder hablar, sollozaba amargamente. La anciana le cogió de la mano.

-Sí, dijo la marquesa, usted le quería mucho... ¡Tiene usted tan buen corazón!...

La noche había cerrado del todo cuando Gilberto se retiró. Para volver á su cuarto debía pasar por delante del aposento de la vizcondesa; la puerta estaba entornada, y un rayo de luz, filtrándose á través de la abertura, cortaba las tinieblas del corredor. Gilberto oyó lamentos sofocados en el interior de la estancia.

Al ruido de sus pasos entreabrióse la puerta un poco más, y vió á los niños Guy y Juana, que se adelantaron silenciosamente hacia él como impelidos por un movimiento instintivo y que sin pronunciar palabra, cogiéndole cada cual de una mano, le condujeron adonde estaba su madre.

Blanca estaba sola; apoyados los codos en su mesita de escribir, ocultaba en parte su rostro; pero vió á Gilberto, levantóse, y sin cuidarse de la presencia de los niños, que lloraban de nuevo, precipitóse en sus brazos y apoyó la cabeza en el pecho de Gilberto sollozando angustiosamente. Maujeán, señalando á Guy y Juana, dijo á Blanca que era preciso vivir para sus hijos, á quienes se debía, y para los que la amaban...

-¡Sí, usted!..., balbució en su aturdimiento. ¡Sí, para usted, para usted!...

Y seguía abrazada á Gilberto en medio de los espasmos que la estremecían, como si fuese su único apoyo en aquella hora de tristeza. Al tenerla así entre sus brazos, Gilberto experimentó una extraña sensación de doloroso placer y de profundo pesar; compadecíala verdaderamente al verla tan desdichada, contando sólo con su apoyo, abandonándose y uniéndose á él para siempre...

De pronto oyóse ruido, separáronse al punto, y como vieran que se acercaba la señorita de Sainte-Severe, Gilberto se retiró.

Un momento después salía del castillo sin dirección fija, y bajando á la primera terraza, dejóse caer en un asiento con que tropezó en la obscuridad. Allí, oculto entre las tinieblas y con la cabeza entre las manos, entregábase á una fúnebre meditación y concentraba sus pensamientos, adoptando resoluciones para el porvenir... Al día siguiente de celebrarse las últimas ceremonias partiría de Mareuil... Iría á establecerse en Chatillón, pues ya no le era dado permanecer más tiempo en el castillo; pero no estaría lejos de Blanca...

De repente parecióle oir murmullo de voces más arriba del sitio donde estaba: eran la señora de Chalieu y sus amigas, que habían ido á sentarse en la terraza.

-¿Y qué será de esa pobre Blanca?, preguntó de pronto la baronesa de Tertre?

Después de un minuto de silencio, oyóse la voz de la señora de Chalieu, que contestaba:

-¡Bah! Se casará con el conde de Bagrassand. Es lo mejor que puede hacer...

IX

Gilberto había realizado su proyecto instalándose en Chatillón, á la entrada de la ciudad, en una casita con jardín que él solo ocupaba. Algunos árboles ocultaban en parte la fachada del edificio: allí, escondido tras la discreta sombra, sin recibir visita alguna ni tener más distracción que las pocas personas que por allí pasaban, vivía Gilberto muy tranquilo, pero acosado por la fiebre del que espera.

En efecto, nada podía resolverse entre la vizcondesa y él antes de que transcurriera el año de luto.

¡Pero qué importaba el tiempo! Su felicidad estaba asegurada ya, puesto que descansaba en su confianza en la vizcondesa. Esta confianza era tan absoluta, que cierto incidente ocurrido á los pocos días de la muerte de Pedro, incidente que habría debido chocarle después de las palabras que de boca de la señora de Chalieu había oído, pasó casi inadvertido para él.

Tratábase de las formalidades necesarias respecto á la menor edad de los hijos, y habíase pensado para el cargo de tutor en el hermano de Pedro, el conde Juan de Cabrol. Este, á quien se había escrito en el momento en que la catástrofe era inminente, no llegó á tiempo más que para presidir el cortejo fúnebre, y con este motivo se renovó la intimidad entre las dos familias; pero cuando se le propuso la tutoría, rehusó el cargo, pretextando su alejamiento y la escasa probabilidad de volver pronto á Francia. Tal vez creyó que relaciones demasiado frecuentes le crearan obligaciones respecto á su cuñada y sobrinos; por otra parte, en la sucesión había mucho embrollo, y aquel diplomático no quería intervenir sino en asuntos bien despejados. A falta de Juan de Cabrol, se pensó en Bagrassand, que era el más próximo pariente de Guy y de Juana, y el conde aceptó.

Blanca, por su parte, vivía en Mareuil muy retirada en el aislamiento y el silencio que le imponían las conveniencias sociales; respetándolas también Gilberto no la visitaba sino de vez en cuando, y aun así nunca la encontraba sola. Cuando no estaba allí la anciana marquesa, la señorita de Sainte-Severe no faltaba para tomar parte en la conversación.

Indudablemente, Blanca temía una conferencia á solas, y Gilberto, comprendiéndolo así, excusaba el sentimiento que la inducía á proceder de este modo. En la situación en que se hallaban, en efecto ¿qué hubieran podido decirse que no les hubiera inclinado á estrecharse en cariñoso abrazo si llegaban á estar solos? Seguros de sí mismos, mejor era esperar, no precipitar nada, respetar las tiranías de la costumbre, esa obligación moral que prohibe manifestar alegría demasiado pronto después del duelo y buscar la felicidad en una muerte. De este modo, el mundo y su propia conciencia no tendrían nada que censurarles.

Por otra parte, aunque Blanca no confesase lo que sentía, su actitud le hacía traición. Cuando Gilberto llegaba, apresurábase á dispensarle la más favorable acogida, y después de sentarse no separaba de él la vista un momento. Examinaba cada vez con atenta curiosidad todos los detalles de su persona, como si no le conociese aún, y parecía juzgarle, estudiarle de nuevo, felicitarse de su elección é impregnarse de su imagen para el tiempo que no le viera.

Es probable que hasta entonces no se hubiese ocupado apenas del personaje físico, fijándose solamente en el hombre intelectual y moral. En esto último era en lo que Gilberto destacaba del medio en que Blanca vivía, y sin duda esta era también la razón que la indujo á no hacer caso de Gilberto al principio. Más tarde, acostumbrándose demasiado á verle, quedó prendada de él, y día por día el amor deslizó un velo sobre sus ojos para que no vieran con tanta claridad. Este velo embellecía tal vez al señor de Maujeán; mas ahora que vivían separados, y que la muerte de Pedro, trastornando su corazón, había si no modificado en el fondo por lo menos desviado los deberes, convirtiendo en simpatía lícita y natural una inclinación hasta entonces culpable, ya no era así. Con sus hermosos ojos de viuda podía fijar en Gilberto y en la existencia que se renovaba para ella una mirada más lúcida y más penetrante, descartando de ella prestigios ilusorios y prevenciones favorables ó no.

Sentado Gilberto delante de Blanca, ésta le veía tal como era, en una actitud de modestia y de plácida humildad, en que se revelaban el perfecto conoci-



Cuando Gilberto se levantaba para despedirse...

miento de las condescendencias debidas á los demás, de su propio mérito y de lo que á él mismo se le debía. Todo cuanto Blanca trataba de representarse en su ausencia, cuando á veces su meditación llegaba hasta él, y siempre que se proponía precisar un detalle ó una particularidad, recordábalo al punto, persuadiéndose de ello después con viva satisfacción... ¡Ah! Sí, tenía la mano blanca, pequeña y bien hecha, los dedos afilados... y esta mano comunicaba gracia y algo de artístico á cuanto decía, aunque fuese muy sobrio de ademanes... Y las facciones no eran comunes; la nariz trazaba una curva aguileña sobre una boca fina, cuyos labios describían graciosas sinuosidades sobre una barba algo pequeña y sin marcado carácter. Las mejillas, de color sano, estaban á veces un poco pálidas, como las de aquellos que durante largas horas se inclinan sobre los libros, y en los párpados notábase un ligero tinte rojizo, efecto de fatigosas vigilias. De sus ojos azules parecía emanar una irradiación límpida é intensa, como si tomase su llama de un foco siempre abundante, y al fijarse su mirada en los seres ó en los objetos hubiérase dicho que lo escudriñaba todo hasta en sus más recónditos repliegues: nada hubiera podido pasar inadvertido para ella. La línea de la frente, graciosa y recta, perdíase en las sienes, algo desnudas, en las cuales no se veían más que algunos ligeros cabellos rubios, semejantes por su finura á los rizos de un niño. El pensamiento y la reflexión habían impreso allí su noble sello, no sin dejar la huella de los estragos que ocasionan. La estatura no pasaba de regular, y sin embargo parecía más alto por la esbeltez de todo el cuerpo y por la anchura del busto, bien asentado sobre las caderas y que se erguía sin ostentación, así como la cabeza sin altivez ni aire pedantesco. El pecho y los hombros caracterizábanse por su perfecto desarrollo. En este conjunto debía hallarse algo de la estructura del padre Maujeán; pero con un aspecto de fuerza y robustez que tenía algo de distinguido, sobre todo si se reflexionaba que aquel vigor se había empleado en trabajos mentales, permitiendo tal vez profundizarlos más que otros hombres. Adivinábase que en todas partes, en todos los lugares, en toda sociedad, hubiera podido dominar é imponerse. Manteníase obscuro por efecto de su buena educación, persuadido de que todo el secreto de las costumbres corteses y de la dulzura de las relaciones está en el olvido de sí propio, para no eclipsar el mérito de los demás, dejando á los más moderados y más discretos la oportunidad de darse á conocer. Cuando Gilberto se levantaba para despedirse, Blanca permanecía sentada un minuto, contemplando silenciosamente su traje correcto, sin afectación, del cual no parecía ocuparse, su conjunto elegante y lleno de atractivo, el encanto particular que comunicaban á Gilberto aquella mezcla de gravedad juvenil y de madurez intelectual y también su expresión alegre, en la que aún quedaba algo del niño. Al observar todo esto, Blanca no se cansaba de admirar y acaso también se interrogaba.

La vizcondesa, sin notarlo seguramente, era á su vez objeto del atento examen de Maujeán, para quien tenía un atractivo más la tristeza de su situación y su traje de luto. Observábase en ella la graciosa sonrisa de las viudas que aún están destinadas á figurar en el mundo, una sonrisa discreta, velada, aún impregnada de lágrimas, pero llena de esperanzas. Su belleza resaltaba más ahora en medio del cuadro sombrío que la rodeaba. ¡Con qué lánguida gracia se destacaban sus lindas manos de las largas mangas bien ajustadas á la muñeca! ¡Qué bien contrastaban su graciosa cabeza y rostro pálido con el esbelto y ajustado cuerpo, que marcaba la perfecta forma del talle, y con el cuello alto, que mantenía levantada su barba!

Gilberto pensaba en la hora feliz en que desaparecería aquel vestido negro, aquella librea de la desgracia; en el día en que, luciendo las vistosas galas de otras veces, la conduciría del brazo. En fin, hasta en las frases sin importancia que entre ellos se cruzaban había palabras de doble sentido, de secreta inteligencia, que agitaban suavemente su corazón. Y cuando al salir le acompañaba hasta la puerta, la presión de su mano, larga y prolongada, decía claramente: ¡Cuando llegue el momento, cuente usted conmigo!...

Así se pasó el invierno y una parte de la primavera: el fin del luto se aproximaba.

Sin embargo, Gilberto veía rara vez á la vizcondesa, si bien recibía á menudo noticias de ella. Frente á la casa que él habitaba, á la entrada del arrabal, hallábase precisamente la posada en que se cambiaba el tiro de caballos de la marquesa cuando los criados debían ir á Chatillón para hacer compras ó desempeñar diversas comisiones. De pie, detrás de los cristales, Gilberto veía á la doncella, al lacayo y algunas veces á la señorita de Sainte-Severe dirigirse á la ciudad y volver algunas horas después con las manos cargadas de paquetes.

Entonces salía, y mientras se enganchaban los caballos cruzaba algunas palabras con todos aquellos á quienes conocía.

Ya se comprenderá que cuando la señorita de Sainte-Severe estaba allí, á ella era á quien con preferencia dirigía la palabra. La institutriz no tenía al parecer ningún temor de comprometerse con él y prolongaba como por gusto la conversación, paseando por el camino de un lado á otro. Al fin acabó por introducirse en el jardín, y una vez allí, dando la vuelta por los caminales, dirigía la mirada al interior de la casa, al piso bajo, á la ventana entreabierta y al despacho de Gilberto, donde se veían sus libros sobre una mesa. Era la habitación donde solía estar siempre, la única que quiso adornar con algún cuidado, poniendo un diván y algunas colgaduras.

Como la institutriz estaba en relaciones diarias con la vizcondesa, de ella era de quien Gilberto podía obtener los detalles que más le interesaban; y la señorita de Sainte-Severe adivinaba que esto era lo único á que debía las atenciones de Maujeán. He aquí por qué cada vez que le veía adelantarse hacia ella costábale un poco reprimir la expresión de ironía y resentimiento de su sonrisa. Poco á poco, sin embargo, acostumbróse á ello y no se privó del placer de alarmar la ternura de Gilberto, sugiriéndole dudas sobre la seguridad en que su corazón se adormecía.

Insensiblemente, y sin que se hubieran necesitado declaraciones, acabaron por hablar de la vizcondesa, dándose por entendidos uno y otro, como de un hecho que no exige explicaciones, sobre la situación de Gilberto respecto á Blanca. Esta situación parecía tan bien determinada para él, que consideraba muy natural que no fuese un misterio para nadie y que sus palabras aludiesen á ella. No hubiera podido decir cómo comenzó la cosa y no reflexionaba sobre lo que podía tener de anormal. La señorita de Sainte-Severe debió prestarse ella misma á este papel de confidente dando los primeros pasos; y Gilberto que en la soledad en que vivía no tenía sino esta ocasión de hablar de aquella en quien se fijaban todos sus pensamientos, no rechazó tan útil servicio, tanto más, cuanto que siempre conservaba la impresión de que la señorita Albania ejercía un cargo subalterno. A causa de esto no pensaba sin duda en la humillación á que la sometía, mezclándola así de una manera secundaria en sus asuntos de



.. mientras la señorita de Sainte-Severe y Gilberto paseaban por el camino central

amor. Sin embargo, es probable que la señorita de Sainte-Severe se diera cuenta de tal humillación y que si disimulaba el pesar y la vergüenza que le causaba era porque tenía esperanzas de obtener alguna ventaja para sí propia.

Cierto día, á principios del verano y como el cochero tardase en llegar, la conversación se prolongó más que de ordinario; Guy y Juana, á quienes se había llevado á Chatillón, se cogieron del brazo de su buen amigo apenas le vieron, y después comenzaron á correr por el jardín, saltando sobre las plantas y persiguiéndose entre los árboles, mientras la señorita de Sainte-Severe y Gilberto paseaban por el camino central.

– ¿Por qué no ha venido ella también?, preguntó Gilberto. Puesto que los niños venían, habría podido acompañarlos... Ha transcurrido ya tiempo desde la muerte de Pedro; el año de luto toca á su fin y esa reclusión no puede durar siempre.

La señorita de Sainte-Severe reflexionó un momento, dejando vagar en sus labios una sonrisa que le inquietó

– Verdad es que ha pasado tiempo... repuso la joven. Tal vez ahora Chatillón le inspire á la vizcondesa algún temor...

La institutriz se detuvo para mirar á su interlocutor.

– ¡Temor!... repuso Gilberto. ¿Y por qué?

Sin contestar á la pregunta, la señorita de Sainte-Severe siguió andando.

– En rigor, replicó después de una pausa, no podemos decir que no salga... Muy lejos de ello, salimos mucho desde que ha vuelto el buen tiempo. Vamos todos los días á la «estación del descanso» y allí pasamos la tarde... La llegada de las señoras de Chalieu y de Preville no ha bastado para interrumpir nuestras excursiones.

– ¡Ah! ¿Ya están de vuelta esas damas?

– ¡Vaya! Hace ya un mes... y la señora de Tertre también. ¿Cómo había de faltar? Y á propósito, señor Maujeán, no sé si debo confesarle una cosa...

– ¿Cuál?



Y se les vió pasear largo rato solos por las alamedas

– Que usted ha desmerecido mucho en el aprecio de esas damas; y quiero advertirle que ya no tiene más defensor que la marquesa, la cual se declara valerosamente en favor de usted... Sin embargo, ha envejecido; ya no sale de su habitación, y al ver cómo defiende á su amigo, se inclinan algunos á creer que la edad... No obstante, yo que la cuido sé muy bien lo contrario; pero es curioso ver cómo la señora de Chalieu se da golpecitos en la frente cuando se trata de la anciana.

– ¿Y en qué he podido desmerecer?, preguntó Gilberto.

– ¿En qué?... No faltan razones, y por lo pronto tiene usted el defecto de ser un poco demasiado franco, señor Maujeán. Se ha perjudicado usted mucho en los últimos momentos del vizconde... ¿Qué necesidad había de contrariar el celo piadoso de esas damas?... Ahora ya no reparan en tratar á usted de hombre irreligioso y de librepensador, sobre todo delante de la vizcondesa.

– ¿Y qué dice la señora de Cabrol?

– No dice nada. ¿Qué quiere usted que diga? No es posible defender á un hombre sin religión. ¡Ah! Mejor hubiera sido callarse... Lo mismo que cuando habló usted de su padre, del hombre campesino de la Fonfreyde. ¿Por qué hizo usted mención de él?... Ahora les divierte mucho el asunto, y no se habla de otra cosa. Sin duda es hermoso no tener que avergonzarse de su nacimiento, pero se han de prever las consecuencias. En cuanto á mí, ya conoce usted mis ideas; eso no disminuye en nada el concepto que de usted tengo, mas para esas señoras... No pueden hablar del señor Gilberto sin referirse á su buen abuelo; esto les hace reir, y acabarán por confundirle á usted con él... Sí; creen verle con el cuerpo encorvado, la chaqueta de campesino y cavando la tierra en La Fonfreyde.

A pesar suyo, Gilberto se resintió, y dijo algo vivamente:

– Dudo que la señora de Cabrol se divierta con estas pequeñeces.

– Pues bien: en eso se engaña usted, porque la vizcondesa se ríe también.

Y añadió con expresión inocente:

– Diríase en verdad que esas señoras tienen algún interés en ponerle á usted en ridículo...

Siguióse una pausa, y después de dar algunos pasos, la institutriz prosiguió:

– Por lo demás, si ya no es usted el favorito de esas damas, por lo menos le han encontrado un sustituto.

– ¿Quién es?

– ¿No lo adivina usted?... ¡El conde de Bagrassand!

– ¡Ah! ¿Visita el castillo?

– ¡Cómo que si le visita!... ¿No es acaso tutor de los niños? Ha tomado muy en serio el cumplimiento de sus deberes... Ha ido durante todo el invierno con la mayor regularidad, una vez á la semana y á hora fija... Es un hombre metódico, algo frío superficialmente; pero esto parece constituir parte de su distinción, aunque nada se puede asegurar de su interior. Desde que esas señoras están en el castillo multiplica sus visitas, y para él son ahora hasta las más insignificantes atenciones, para él las alabanzas como las que se le tributaban á usted en otro tiempo. Un hombre que tiene tantos millones y tan gallarda presencia siempre es bien recibido en todas partes, como ya comprenderá usted. En cuanto al conde, parece estar muy á gusto en Mareuil, adonde va muy á menudo y de donde no sale sin sentimiento... Y bien, señor de Maujeán, ¿cómo es que no me pregunta usted ahora, según su costumbre, qué dice de ello la señora de Cabrol?

– Sí, repuso Gilberto. ¿Qué piensa sobre este particular?

– No lo sé; su confianza en mí no llega á tal punto, aunque me trate algo como amiga; pero en cuanto me es permitido suponer, paréceme que no le desagrada que le hagan la corte. Sí, la corte... pues por ella va el conde á Mareuil y la vizcondesa no abriga de ello la menor duda. ¡Oh! Una corte muy digna, muy conveniente, sin lirismo ni afecciones novelescas; en fin, una corte de buen tono... Sin embargo, hace ocho días... preciso es que lo sepa usted todo, puesto que estas cosas le interesan, al parecer... sí, hace ocho días, y precisamente en aquel en que terminaba el luto de la vizcondesa, los dos se emanciparon... Y se les vió pasear largo rato solos por las alamedas. Si al cabo de todo esto resultara una boda, no debería extrañarse. Son personas de la misma sociedad... y ya comprenderá usted la importancia de esta palabra, señor Maujeán, sabiendo que hay una clase superior, que se elige y que cuenta sus individuos, como usted me dijo... El conde y la vizcondesa pertenecen á la misma sociedad, son parientes, un poco primos, según creo, y viudos los dos... Ese casamiento no cambiará la posición de la señora de Cabrol desde el punto de vista social, primera ventaja... y además, bajo el concepto material mejorará su estado, realzándola singularmente. Usted no ignora cómo están los asuntos de la casa. Yo creo que el vizconde ha dejado más deudas que bienes... ¡Reflexione usted lo que sería para la señora de Cabrol casarse con un hombre diez ó doce veces millonario! ¿Es posible resistir á semejante fortuna?... Por lo pronto se evitaría la venta de Mareuil, que usted admira tanto. ¡Vamos, preciso es convenir en que sería lástima, y por parte de la vizcondesa una locura!...

Gilberto la interrumpió con tono brusco y de despecho.

– ¿Le ha encargado á usted la señora de Cabrol, replicó, que me diga todo eso?

– No, caballero, la vizcondesa no me encarga de tales comisiones.

Gilberto se arrepintió de aquel impulso de colera.

– Ruego á usted que me dispense, señorita, repuso; no era mi ánimo ofenderla, y muy por el contrario, debo dar gracias...

Y añadió, como hablando consigo mismo:

– Solamente me pregunto si la señora de Cabrol sabe que estoy al corriente de todo cuanto pasa en Mareuil...

La señorita de Sainte Severe se había dulcificado, y observaba que un horrible padecimiento contraía las facciones de Maujeán.

– ¡Dios mio!, exclamó. La vizcondesa no ignora que yo le veo á usted cuando vengo aquí, y debe suponer que me interesa. Por otra parte, hace ya algún tiempo que no se oculta del conde, y aunque yo no le doy cuenta de nuestras conversaciones bien debe suponer de qué hablamos en ellas...

Aun después de éstas explicaciones, notábase cuán violenta era la situación en que Gilberto y la institutriz se encontraban y de la que oportunamente vino á sacarles el cochero avisando que el coche estaba dispuesto.

La señorita de Sainte-Severe llamó á los niños, pero antes de alejarse dirigió una última mirada hacia el despacho de Gilberto. Hubiérase dicho que deseaba hacerle olvidar la triste impresión producida por lo que habían hablado y distraerle de sus pensamientos.

– ¿Adelanta mucho su obra, señor Maujeán?, preguntó.

Gilberto hizo un esfuerzo para interrumpir sus reflexiones

– No, señorita, contestó; carezco de documentos y necesitaría ir á Roma.

La señorita de Sainte-Severe le miró con cierto aire compasivo.

– Pues bien, repuso, ¿qué quiere usted?... Es preciso aceptar lo que no puede evitarse. Si necesita usted ir á Roma, vaya... ¡Es un viaje que yo también quisiera hacer, pues mis excursiones más largas se han reducido á ir hasta la «estación del descanso»...

Mientras se dirigían al coche, la institutriz habló otra vez de sus paseos cotidianos á dicha estación, cual si hubiera querido grabar esta palabra en la mente de Gilberto.

(Continuará)



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL, *por D. León Bonel y Sánchez.* – Se ha publicado el tomo cuarto de esta obra importantísima que con tanto éxito publica el dignísimo magistrado de esta Audiencia. Comprende el libro IV del Código, que se ocupa de los contratos y obligaciones, y en esta como en todas las anteriores secciones demuestra el Sr. Bonel, sus vastos conocimientos de la legislación general y de las leyes forales y extranjeras, y en sus notabilísimos comentarios acredítase de jurisconsulto peritísimo y de conocedor profundo de la ciencia jurídica, así en su parte filosófica como en la práctica.

Con este tomo termina la obra del Sr. Bonel que, como en otras ocasiones hemos dicho, es indispensable á todos los que con la administración de justicia tienen alguna relación y que constituye un monumento jurídico, honra de nuestra patria y de la magistratura española.

MEMORIA QUE LA SECRETARÍA DE ESTADO EN EL DESPACHO DE FOMENTO PRESENTA Á LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA EN SUS SESIONES ORDINARIAS DE 1891. – Coleccionados en un voluminoso tomo ha publicado el referido centro oficial de la república de Guatemala interesantísimos datos sobre acuerdos gubernativos, contratos, obras públicas, correos, telégrafos, vapores, ferrocarriles, agricultura, industria y comercio, etc., etc., correspondientes al período mediado desde 1.º de marzo de 1890 á 28 de febrero de 1891.

EL DRAMA UNIVERSAL, *por D. Ramón de Campoamor.* – Formando parte de la *Biblioteca selecta* que publica D. Pascual Aguilar en Valencia, hemos recibido esta bellísima obra del gran poeta de las *Doloras*, cuyo mejor elogio lo constituyen las numerosísimas ediciones que de ella se han hecho, agotadas apenas han salido á luz. Los dos tomitos de que consta se venden al precio de dos reales cada uno en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

CHATEAUBRIAND. BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO, *por E Zola.* – La *Biblioteca de extranjeros ilustres* que publica en Madrid la casa editorial de Sáenz de Jubera hermanos, se ha enriquecido con la biografía del ilustre autor de *Los mártires*, escrita, como las anteriores, por Emilio Zola, es uno de los libros más interesantes salidos de la pluma del gran novelista francés.

Véndese este tomo, que es el octavo de la serie, en las principales librerías á una peseta el ejemplar.

MIS MUJERES. NOTAS ÍNTIMAS, *por S. Gomila. Ilustraciones de Carrasco.* – El conocido editor de esta ciudad D. Inocente López acaba de publicar una colección de interesantes narraciones del celebrado escritor Sr. Gomila, que se leen con verdadero gusto, así por el fondo de enseñanza que todas ellas entrañan como por la correcta y galana forma en que están escritas.

El libro, que lleva bonitas ilustraciones de Carrasco, se vende en casa del editor, Rambla del Centro, 20, y en las principales librerías, al precio de 2 pesetas.



CATEDRAL DE LEÓN. NUESTRA SEÑORA DEL FORO Y OFERTA DE REGLA, EN EL CLAUSTRO

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 31 de agosto de 1891 — Núm. 505

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores de la Biblioteca Universal el tercer tomo de la HISTORIA DE LOS GRIEGOS
Los suscriptores que lo son desde 1.° de enero recibirán en vez de éste el VIAJE AL NILO



ESTUDIO, cuadro de D. Daniel Hernández. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Las viñas en agosto. – Madurez de los racimos. – Recuerdos lemosines. – La fiesta en Gijón á D. Melchor Gaspar de Jovellanos. – Juicio de Asturias y de sus pobladores. – Jovellanos y la coronación. – Improcedencia de tal método en su época. – Paralelo entre Turgot y Jovellanos. – Necesidad en aquella sazón de las sendas revoluciones en España y Francia. – Litigios cortesanos. – Elena Sanz. – Sus destinos. – Sus ensueños. – Sus alucinaciones. – Recuerdos de sus óperas y de sus conciertos. – Reflexiones históricas. – Conclusión.

I

Los racimos poco á poco maduran en las parras y cepas. Esta madurez va cerrando las puertas del estío y abriendo las puertas del otoño. Dios ha dado en su próvida creación dos frutos inapreciables á nuestras campiñas: la uva y el trigo. Cuando las mieses acaban de caer dobladas por el peso de sus robustas espigas, transparéntanse los racimos, cual si fueran de cristales y encerraran dentro de sus películas y entre sus orujos luz misteriosa. Yo no conozco nada que active la respiración, impulse la sangre, adobe las fibras, acere los músculos, como el baño de nuestro cuerpo en los efluvios campestres. El polen de las plantas os centuplica el calor vital, y os remonta los nervios, y os colora la sangre. Pero entre los polvillos campestres no conozco ninguno comparable al del pámpano en la estación corriente. ¡Cuán bien hacían los antiguos coronándose de tal fronda! En guirnalda ninguna late como en esos tejidos de la viña, en ninguna, la savia esencial. Yo recuerdo cómo nos regocijaba en agosto, por las tierras levantinas, esta dulce madurez de la uva. Todos los años ofrecíamos á la Virgen María en su Asunción beata sarmientos cargados con promesas y anuncios de rico embriagador mosto. Y en la novena de su fiesta íbamos á devorar los granos, antes agraces, ya endulzados, todos crujientes, y á recorrer el viñedo, antes verde, ya rosáceo, que sonreía con estival ardiente sonrisa. Estas frutas primeras parecen al paladar como las auroras y las alboradas á los ojos. En mis tierras patrias reinan afectos de mancomunidad por tal manera profundos, que producen la virtud eficacísima suya, cierta especie de comunismo inconsciente. Así las brevas no conocen dueño allí. Con tal que respetéis lo sembrado y plantado en el suelo, sin hollarlo y perderlo, en vuestro derecho estáis al coger los melifluos frutos pendientes de las higueras, los cuales frutos saben y huelen á gloria; ¡como que destilan mieles y los creeríais flores! Pues casi lo mismo pasa con las uvas. Estas no podéis llevároslas como podéis llevaros las brevas; pero en cambio, la costumbre os faculta con sus decretos á comer en la viña y junto á la cepa todas las que os desee y pida vuestra gana. ¡Cuán hermosa la cesta de mimbres cubierta de sarmientos recién cortados y henchida de racimos recién maduros! Aquellos huelen como cañas de canela, y los granos translúcidos tiran desde aterciopelado negro á violáceo amatista y desde violáceo amatista ó azul zafiro á esmeralda transparente. ¡Cuán próvida naturaleza en los climas y en los pueblos meridionales! ¡Cómo parece que allí está el alimento necesario á la vida en los aires diluído, y como que se logra la nutrición apropiándose los áureos átomos del éter vivificante! No recuerdo manjar que me haya sabido, en las copiosas mesas donde mi suerte y mi posición me han sentado, al sabor de aquel pan y uvas comido á la hora del crepúsculo, bajo la parra, cuando al son del *Ave María* se iban durmiendo las golondrinas en la cabaña y en la floresta despertándose los galanes de noche. Así alcanzó tanta importancia la invención del vino en los santorales históricos del trabajo industrial; así han cuajado copioso número de leyendas los pueblos agradecidos en torno de los Noés bíblicos y caldeos que plantaran los sarmientos prehistóricos; así la presencia de Baco en el Olimpo griego trastornó toda la vieja liturgia y conmovió á todos los dioses helenos; así el Evohé de la bacante significó el exceso vital de las antiguas divinidades paganas y el abril de nuestro planeta ebrio; así pidieron todas las generaciones calor para sus venas y fuerza para su sangre al mosto destilado de los racimos, que corre purpúreo por los lagares y derrama una especie de alegría casi demente de suyo y enloquecedora en el ánimo con un poder no concedido á fruto alguno por la Naturaleza. Cantemos, pues, y exaltemos á la vid próvida y fecunda; cantemos y exaltemos las uvas en su reciente madurez.

II

Una fiesta muy principal de agosto ha sido la consagrada por Asturias al claro hijo suyo D. Melchor Gaspar de Jovellanos. ¡Cuán rica esa región en hombres de primer orden! Los cántabros y los astures, pintados por el diligente recolector de noticias conocido con el nombre de Estrabón, resaltan en su larga historia, no solamente cual animosos montañeses capaces de inmolarse gustosísimos en las aras patrias por su dignidad y por su independencia, sino cual hombres de un entendimiento extraordinario en la suma total de sus calidades colectivas. No lucirán jamás como lucen los entendimientos meridionales en su brillo deslumbrador; pero entrarán todos ellos con su penetración aguda y sagaz en las entrañas, así de los objetos como de los pensamientos. Cosa indudable á todos cuantos conocen las letras españolas el esplendor con que han brillado y el poder que han ejercido en la ciencia y en la política contemporánea los cántabros y sobre todo los astures. Cuando predominaban la teología y la metafísica en los conocimientos humanos y la estética en el estilo, predominaban también los pueblos meridionales de la península. Mas desde que apareció el siglo último, en cuyo seno imperaban la crítica y la lógica, con las cuales concuerda el estilo severo, Cantabria y Asturias nos dieron hombres de primer orden, y prosperaron como ninguna otra región las ideas de cuya savia todavía vivimos. Campomanes con su Derecho, Estrada con su Economía, Toreno con su Historia, con su elocuencia el divino Argüelles, con su literatura Meléndez, Jovellanos con todas las ciencias, han dejado por los senos del alma española estelas inextinguibles de creadoras ideas. Y sólo cito á los muertos. Un ciclo verdadero componen estos hombres á todas luces extraordinarios. Y á la cabeza de todos ellos estará Jovellanos para siempre. Su estilo contrastó la triste anemia, por la imitación de todo lo francés á nuestros primeros escritores del siglo último pegada, y evocó el ritmo y el numen y el vigor en prosa, que parecían concluídos con Hurtado y con Granada. Los múltiples conocimientos suyos mostraron la utilidad, tan contestada, de aquella Enciclopedia, que si destruyó mucho nuestra vegetación antigua con la punta de su arado, tan parecida de suyo á la punta de una espada, también sembró mucha vegetación próvida y nueva, de cuyos frutos nos regalamos y nos mantenemos ahora. Injusticia notoria sería disputarle una saludable aplicación práctica de los principios enciclopédicos á las cuestiones económicas y sociales. Pero Jovellanos, tan poderoso en la ciencia, no ejerció igual poder en la política. Su diligente celo por las ideas progresivas le desarrimó de los reyes, y su moderación sistemática le desarrimó de los progresistas y de los revolucionarios. Contado entre los primeros pensadores y tenido por el primer prosista de su época, no le contamos ni entre los primeros patriotas ni entre los primeros gobernantes. En la guerra con el extranjero le faltó el ardor, que ha inmortalizado á Quintana y le ha puesto á la cabeza de nuestro siglo por la poesía patriótica suya; y en la política interior le faltaron arranques de voluntad correlativos con el ideal de su inteligencia y de su saber. Como hay tantos que ahora yerran tomando nuestra época de sabia y lenta evolución por una época de revoluciones, erraba entonces él tomando una época de súbitas revoluciones por una época de lenta evolución. Parecíase á Turgot en lo profundísimo de su ciencia sin obscuridades, en lo continuado de su moderación sin desfallecimientos, en lo conocedor de las reformas alejadas de toda utopia y propias á una saludable transformación sin sacudidas, en lo sereno ante todos los peligros y en lo sufrido bajo todas las desgracias, en el empeño imposible de someter los reyes tradicionales á las nuevas ideas é injertar la revolución política y social con el menor daño posible de todo lo antiguo y el riesgo menor de hondos desórdenes en la vieja encina de una historia casi toda ella teocrática, feudal y absolutista. Lo único que podemos decir, es cuán providencial é inevitable sería la revolución cuando no consiguieron impedirla en España hombres como Jovellanos y en Francia hombres como Turgot. Este vió pagados sus servicios y retribuídas sus obras con soberano desprecio, y aquél con calabozos y tormentos. Luis XV y Carlos II, Fernando VII y Luis XVI, María Luisa de Borbón y María Antonieta de Austria se habían producido y criado en la sociedad nuestra para llamar y atraer las tempestades. En vano querían disuadirles hombres tan superiores como Turgot y Jovellanos; los reyes, con una especie de suicida instinto, provocaban y sostenían la misma revolución que debió á la postre derribar su absolutismo. ¿Y cómo de aquel monstruo y de la suciedad por aquel monstruo dejada en nuestro suelo limpiarse sin los trabajos del Hércules revolucionario? Cadenas del esclavo, potros del tormento, calabozos y braseros del inquisidor, feudalismo del magnate, amortización del suelo, servidumbre del trabajo, parálisis del pensamiento, demandaban el hierro y el fuego, único medio de combatir aquella honda y gangrenosa canceración social. Por no haberlo comprendido así Jovellanos, le pasaron delante hombres menores, pero heroicos, incapaces de sus distingos, y resueltos, no á una resignación casi monástica en Valldemosa y en Bellver, al esfuerzo y al combate. Lo que ahora, libre la palabra, libre la universal actividad, libre la ciencia y la industria, desamortizado el suelo, desvinculada la propiedad antes feudal, seguros los derechos de todos, en ejercicio continuo el Parlamento y el Jurado, soberana en suma la Nación; lo que ahora sería ridículo, un espíritu revolucionario permanente, incongruentísimo de suyo con todo cuanto en torno nuestro pasa, entonces era sublime, asaz necesario. Pero esta falta de sentido práctico no puede quitar á Jovellanos la gloria que le pertenece como primer prosista y primer pensador de su tiempo. Justísimo por cierto el homenaje á su nombre tributado, y merecida la estatua con que, al honrarlo, hase á sí misma enaltecido y honrado esta generación.

III

Con suma delicadeza debemos tratar de otro asunto, no tan glorioso en verdad, pero manifiesta demostración de los contrastes que reinan en la naturaleza y de las contradicciones que reinan en el espíritu. Necesítase para departir de todo esto suma delicadeza, por tratarse de dos damas, las cuales llevan dos coronas, la una de reina, la otra de artista. No rompemos ningún secreto muy guardado y recatadísimo diciendo que un día empeñaron callados pleitos más ó menos jurídicos é hicieron parciales componendas más ó menos privadas la reina Cristina de Hapsburgo y la contralto Elena Sanz, de Andalucía. El objeto á que tales tratos se referían eran dos niños criados en casa de la cantante y que llevan sendos nombres de regios almanaques: Alfonso y Fernando. Poco se había escrito de ambos en los últimos tiempos, cuando rompe la semana pasada Elena Sanz á hablar en coloquio con un redactor de periódico francés, delatando al público porfiadas persecuciones y repetidas exigencias, todas ellas imperdonables, por tratarse de dos criaturas puestas bajo sus alas de artista y educadas en su mansión de notas y de arpegios. ¡Oh! Quien haya visto en su vida una vez á Elena Sanz no podrá olvidarla nunca. La color morena, los labios rojos, la dentadura blanca, la cabellera negra y reluciente como de azabache, la nariz remangada y abierta con una voluptuosidad infinita, el cuello carnoso y torneado á maravilla, la frente amplia como de una divinidad egipcia, los ojos negros é insondables cual dos abismos que llaman á la muerte y al amor, hácenla una de aquellas mujeres meridionales, por cuya belleza perece Antonio, de Roma olvidado, en la embriaguez del placer, y como decimos vulgarmente, arde Troya. Recuerdo yo una velada en que dió delicioso concierto, á cual yo asistí hora tras hora contemplándola y oyéndola con verdadero arrobamiento, pues cantaba mi predilecta música, la sublime canturia entre griega y semita que llamamos saetas, playeras, rondeñas, de las cuales el siciliano, quiero decir, el semi-helénico Bellini, extrajera sus melodías de *Norma* y de *Sonámbula*, destinadas á vivir mientras lata el corazón en el pecho y el amor en el corazón. Acabada la fiesta, Elena me trajo un abanico para que pusiese alguna ocurrencia del mo-

mento y se me ocurrió esto: «Parece imposible que quien tiene tanto que oir tenga tanto que ver.» En mi libro de memorias consta la representación primera dada por tan eximia contralto hace ya lustros en el Teatro Real. ¡Qué horóscopos del destino! Elena cantaba la *Favorita*. Su hermosura increíble resaltaba en el marco de la escena mucho, pues lo escultórico de aquellas facciones, á la verdad estatuarias, permiten apreciarla en su maravilloso conjunto. ¿No creeríais leer, sabiendo cómo cantó para su estreno en Madrid la *Favorita*, una biografía de historiadores ó una tragedia de poetas antiguos, donde oráculos más ó menos sinceros en fórmulas más ó menos claras presagian y aprecian la suerte del protagonista? Comprendamos la naturaleza humana, y miremos filosóficamente las consecuencias de institución tan absurda como el matrimonio, que sólo debe tener por fundamento las afinidades mutuas del amor, convenido entre diplómatas y embajadores por meras razones de Estado. Nada prueba la igualdad fundamental de los hombres como el amor, salvando las distancias artificiales puestas por los privilegios entre las clases y uniendo sangres azules y rojas en muy natural confusión, obediente á la madre naturaleza, quien á todos nos identifica é iguala en las condiciones universales al género y especie, muy particularmente á la especie humana, revestida de inalienables derechos. Debe, pues, tenderse á constituir instituciones armónicas con el primer principio de justicia conocido, con la fundamental igualdad y consanguineidad dinástica de los cónyuges; conocida la costumbre de festejarse los novios regios por medio de cartas y retratos sin conocerse, como de unirse la desposada regia por medio de procurador sin tratarse, no debe, no, maravillarnos que junto á D. Pedro de Castilla esté D. Enrique de Trastamara; que junto á D. Fernando el Católico de Aragón esté D. Juan de Aragón; que junto á D. Felipe II esté el primero y grande D. Juan de Austria, y junto á D. Carlos II el D. Juan de Austria último y pequeño; que la reina Doña María Cristina de Borbón salte por todo y se una en matrimonio con misérrimo estanquero de Cuenca; pues la naturaleza recobra siempre sus derechos y el amor sella con su igualdad humana la frente de los monarcas. ¡Ah! Lo que piden á una esa misma naturaleza y la sociedad, reflejo suyo, en el rigor de sus leyes sabidas, es que no existan instituciones de casta incompatibles con los principios y fundamentos de toda justicia. Pero dadas esas instituciones, ¡oh! no debemos extrañarnos de que, continuando en la realidad palpitante y viva ensueños fáciles de tener en las incidencias de una ópera y de un teatro, hayan ciertas actrices creído cosa fácil obtener para prendas de su corazón alguna cosa más sólida y menos humillante que misérrimas pensiones. ¿No hay monarquías históricas, como la de Portugal, por ejemplo, y dinastías gloriosas, como las que dieron una Isabel I y un D. Manuel el Grande, fundadas por bastardos? Pues qué, si el hijo de Alfonso VI y la princesa mora sevillana perteneciente á la familia de los Abdilitas no muere de una desgracia fortuita, ¿quién duda que la sangre de los mahometanos correría por las venas de los monarcas españoles y católicos? Pues qué, ¿la corona portuguesa no fué á dar, tras guerras como las mantenidas entre lusitanos y españoles, en la frente de un monarca español por muerte del rey D. Sebastián? Pues qué, ¿la corona de Luis XVI no fué á dar en la frente de aquellos que le habían arrancado su cabeza, en la frente de los regicidas? Pues qué, ¿no dejaron los Austrias de España, tras una guerra de trescientos años consecutivos, el trono español á la dinastía de Francia, con la cual tuvieron batallas tales como la de Pavía, San Quintín y Rocroi? No debe maravillarnos ensueño ninguno, pretensión ninguna, delirios de tal ó cual clase, no, siempre que recordemos las casualidades múltiples del nacimiento, los saltos atrás que dan las herencias, el atavismo inevitable de las dinastías. ¡Misterios, insondables misterios!



¡SOY YO!, estatua en bronce, de D. Félix P. de Tavera
(Premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

EL COLLAR DE AMBAR

CAUSA CRIMINAL

(Conclusión)

Algunas veces, durante el día, solía visitar á Enriqueta, y tanto se renovaron insensiblemente estas entrevistas, que llegaron á hacerse cotidianas. Yo me sentaba, y mientras ella se dedicaba á sus quehaceres domésticos ó á sus labores de aguja, en los que era notable, la escuchaba embebecido; así pude conocer su vida en todos sus detalles. La pobre mujer no era dichosa: no se quejaba nunca, pero no por eso sufría menos. Su marido la abandonaba: estaba en relaciones con una costurera vecina, y no sólo pasaba con ella casi todo su tiempo, sino que se gastaba con ella cuanto dinero podía sobrarle de lo estrictamente indispensable que daba á su mujer para comer. La pobre Enriqueta, sin hijos, sola y siempre trabajando mientras su marido se olvidaba de ella en otros brazos, agradecía mis visitas y solía decirme:

– ¡Un marido como usted es lo que hubiera necesitado para ser feliz! Juicioso, amante, instruído, constante.

– ¿No la hubiera á usted desagradado, la respondí yo, mi rostro vulgar y mi figura desgarbada?

Me miró con sus dulces y hechiceros ojos, y después de un momento me dijo:

– En el hombre á quien se llega á amar, todo nos gusta.

Muy turbado me separé yo de ella aquel día, y una sensación nueva que se parecía á una esperanza indecisa agitaba todo mi ser. En mi corazón Julia se estremecía inquieta.

– ¿Qué tienes?, la pregunté yo.

– ¡Ah!, me dijo, tú vas á amarla. No me quejo de ti, porque sé que no has de vivir eternamente solo porque yo haya muerto; Enriqueta es buena y cariñosa, y ambos sois desgraciados: ámala, pues, pero no olvides sin embargo á tu pobre Julia.

Una casualidad, ¿fué una casualidad?, aceleró mi crimen. Una noche que me quejaba yo delante de Enriqueta del desorden que reinaba en mi casa desde la muerte de mi mujer, ella me dijo:

– Los hombres no entienden nada de arreglos domésticos: mañana, si está usted conforme, yo iré á visitar sus armarios, registrar su ropa blanca y ordenarlo todo.

Yo acepté con gratitud su ofrecimiento, me retiré, dormí muy mal, me paseé durante la mañana siguiente por los arrabales de Alcalá, y cuando llegué á la puerta de mi casa me estaba esperando ya en ella Enriqueta. Subimos la escalera sin hablar, y apenas entramos en mi cuarto Julia me envolvió, por decirlo así, en su recuerdo, y no pude pensar más que en ella.

– Aquí se sentaba para coser, dije yo á Enriqueta; desde aquí me escuchaba cuando yo leía; de este modo hablaba ella á sus pájaros... ¡Qué desgraciado soy!

Enriqueta cogió mi mano, y mirándome de un modo tan dulce que conmovió hasta el fondo de mi alma, me dijo:

– ¡Pobre amigo mío!

Dejé caer mi cabeza sobre su hombro y rompí á llorar. Ella me acariciaba el rostro con su mano suave, como se hace con los niños.

– ¡Ah!, continué yo, ¿quién reemplazará, amiga Enriqueta, á la que he perdido?

Me parece que su boca murmuró á mi oído: «Yo.»

Alcé la frente, nuestros labios se encontraron, y antes de que pudiera yo combatir mi emoción, éramos ya el uno de otro.

Fuimos culpables, si es ser culpable obedecer á los impulsos fatales de la naturaleza: hice traición á un recuerdo sagrado, y cuando me quedé solo, después de aquella crisis, permanecí mucho tiempo presa de un aturdimiento doloroso. Mi turbación interior se reflejó desde entonces en mi vida de una manera deplorable. Cuando yo estaba solo, Julia, amable y cariñosa, aunque triste, me hablaba sin cólera de Enriqueta; pero cuando ésta acudía á nuestras citas, Julia se volvía loca, agitándose en mi corazón como si hubiera querido destrozar á su rival. Por el más ligero motivo, aprovechando cualquier pretexto insensato, yo obedeciendo á Julia maltrataba á la pobre Enriqueta, que soportaba mi crueldad sin poder adivinar la causa. «¿Qué te he hecho yo?, me preguntaba. ¿Por qué me tratas tan mal, cuando yo te creía tan bueno?» Estas palabras me afligían; y haciendo un esfuerzo desesperado reducía á Julia al silencio, y besando las manos de Enriqueta, que lloraba, la decía conmovido: «¡Te amo tanto y soy tan bueno cuando no estás á mi lado!» Aquella lucha en mí era horrible... Pero continuemos.

Yo había entregado á mi amante una llave de mi habitación á fin de que pudiera entrar durante mi ausencia y esperarme. Entraba, arreglaba mi despacho, ponía en orden mi ropa y mis libros, ponía mi casa, según yo decía, como una tacita de plata, y cuando yo entraba me decía abrazándome: «No me riñas hoy, vida mía.» Yo se lo juraba dándole un beso, y era completamente feliz cuando la cumplía mi juramento.

– Tengo que pedirte una cosa, me dijo un día.

– Dímelo pronto, para que yo tenga la alegría de dártela en seguida, la contesté.

– Ese collar de ámbar que yo deseaba tanto, y que no es hoy para ti más que un recuerdo insignificante.

A estas palabras Julia se estremeció en mi corazón.

– ¡Jamás te daré ese collar!, dije yo gravemente á Enriqueta; te prohibo volver á hablarme de él, y si quieres evitar una desgracia, líbrete Dios de tocarle jamás.

Enriqueta quiso insistir, pero yo me puse furioso, y se marchó diciéndome:

– ¡Jamás creí que pudieras ser tan cruel conmigo!

– ¿Por qué no quieres darla tu collar?, pregunté yo á Julia, cuando al quedarme solo pude interrogarla.

– Me habías prometido que me enterrarías con él: bastante he hecho con haberte perdonado tu descuido. Pero el collar es mío, no debe pertenecer á nadie, y si esa mujer le toca, la ahogo con mis propias manos.

Llegaron los primeros días de agosto. Un calor sofocante se desprendía de un cielo de plomo; los pájaros permanecían silenciosos entre las inmóviles hojas; su aire espeso y carbónico se extendía por los campos secos como por encima de un terreno sulfuroso. Se oía á lo lejos el sordo rumor del trueno. Yo volvía de la Universidad casi tambaleándome, sin

tiendo un círculo de hierro que oprimía mis sienes: mis ideas extrañas y como dislocadas se agitaban en mi cabeza sin poder coordinarse, y aunque ardía mi piel, una especie de frío glacial circulaba por mis venas y se escondía en mis huesos; los objetos danzaban ante mis ojos y tomaban formas extrañas; un ruido sordo monótono aturdía mis oídos: estaba como ebrio y vacilaba á cada paso.

Enriqueta estaba en mi habitación cuando entré. Al verme dió un grito de espanto de que me he acordado después, pero que no advertí en aquel momento. Tal era mi fatiga que sin ver nada me dejé caer en una silla con la frente entre mis manos.

– ¿Qué tienes?, me dijo Enriqueta. ¿Estás malo?

– Sufro mucho, la dije; este calor me asfixia.

Me humedeció las sienes con agua fría, y al levantar yo los ojos hacia ella para darle gracias, vi el collar de ámbar que brillaba en su cuello como un rosario de fuego. La desgraciada se había aprovechado de mi ausencia para probársele, y mi llegada la había sorprendido antes de que pudiera quitársele. A mi vista Julia se levantó en mí como una furia; yo la oía materialmente que gritaba sin cesar dentro de mi corazón:

– ¡Mi collar! ¡Mi collar!

Una rabia ciega se apoderó de mí; una nube de sangre turbó mi vista, y como la que se agitaba en mí comencé á gritar:

– ¡Mi collar! ¡Mi collar!

– ¡Aquí está, aquí está!, respondía Enriqueta aterrada, corriendo por el cuarto pálida de espanto y no pudiendo desatar el lazo que le sujetaba á su cuello.

Yo la perseguía repitiendo siempre: «¡Mi collar! ¡Mi collar!,» sin conciencia de mis palabras ni de mis actos, ebrio, loco quizás, idiota de seguro.

Enriqueta se había echado en mi cama huyendo y estaba acurrucada junto á la pared, tiritando de espanto.

– ¡Yo no quería llevármelo! ¡Era jugando!... ¡Perdón... perdón... no volveré á tocarle!...

Yo no escuchaba, ó mejor dicho, no oía nada. Una fuerza invencible me arrastraba.

– ¡Mi collar!, grité. ¡Miserable, me has quitado el collar!

Alargué el brazo, cogí el collar con ambas manos y tiré hacia mí gritando:

– ¡Tráelo, devuélvemelo!

Una voz ahogada respondió algo que yo no oí... Tiré más... mucho más, y como el cordón no cedía, empecé á retorcerle cerrando mis ojos y no viendo en la habitación más que á Julia de pie furiosa. ¿Cuánto duró aquella horrible escena? No lo sé. Una eternidad sin duda, porque el tiempo me pareció larguísimo. Oí una especie de ronquido ahogado, sentí sobre mis brazos unas manos que golpeaban sin concierto y abrí mis párpados. Tardé mucho tiempo en ver, pero lo que vi fué horrible. Enriqueta, atravesada en mi cama, tenía la cara como la cera, pero con manchas violáceas; sus ojos abiertos desmesuradamente no enseñaban más que su órbita blanca atravesada por hilos sanguíneos; su lengua tumefacta aparecía lívida en el borde de sus labios cardenos; mi mano, mi mano nervuda apretaba todavía el collar, del que algunas cuentas rotas rodaban sobre la colcha blanca. Separé lentamente mis dedos con un espanto tranquilo; una línea encarnada dibujaba alrededor del cuello un círculo sangriento; ni el más leve soplo levantaba aquel pecho inmóvil. Puse la mano sobre el corazón... ¡No latía!... ¡La pobre, la bondadosa Enriqueta, estaba muerta!

Caí aplanado de rodillas, con la frente apoyada en el lecho donde yacía la pobre criatura, sin comprender nada del crimen que acababa de cometer, presa de un aturdimiento que me hacía dudar de mi razón, con un ruido de campanas que me ensordecía y sin atreverme á levantar los ojos para no ver aquel horrible cuadro.

– Vamos, me dije después de un largo rato, ha sido una irremediable desgracia; soy el instrumento de un asesinato, más que el asesino; debo entregarme lealmente á la justicia y decir la verdad.

En el momento de salir pensé en mi amigo Esteban y prorrumpí en sollozos. Cuanto me serené un poco abrí mi puerta con mil precauciones, bajé de puntillas la escalera y me dirigí á casa del juez, que era uno de mis mejores amigos.

– ¿Qué le trae á V. por aquí, con este sol abrasador?, me dijo.

– Vengo á decir á usted que acabo de matar á una mujer.

– ¿Usted? ¡Vaya una broma!

– No bromeo, le respondí llorando; la desgracia que vengo á anunciarle es una triste verdad. He cometido un crimen.

El juez estaba absorto y no quería darme crédito. Yo insistí y él me dijo:

– Pero ¿cómo la ha matado usted? ¿De un tiro? ¿Con un arma cualquiera?

– ¡Con el collar!

– ¿Con el collar? ¿La ha estrangulado usted? ¡En marcha! ¡Corramos!

Llamó al escribano y á dos alguaciles, entre los cuales me colocó, y nos dirigimos á mi casa. La vergüenza me ahogaba; hubiera querido que me tragase la tierra.

Penetramos en el cuarto: al ver sobre la cama á Enriqueta muerta y crispada aún por las últimas convulsiones, el juez gritó:

– ¡Era cierto!

Después, acercándose á ella, quiso quitarla el collar, diciendo:

– Este es el instrumento del delito.

Un nuevo acceso se apoderó de mí y me precipité sobre el juez gritando:

– ¡No le toque usted!

Los alguaciles me sujetaron, me ataron las manos y me hicieron sentar en un taburete. El juez me interrogaba, y cuando yo le respondía, alzaba los hombros y decía:

– ¿A quién quiere usted hacer creer esas necedades?

Yo no intentaba nada sin embargo, y Julia, que se desesperaba en mi corazón, estaba allí para afirmar que yo no mentía. Cuando salimos, todos los vecinos llenaban la calle; con dificultad y defendido por los alguaciles pude atravesar la calle. Todos querían verme; unos me compadecían, otros me insultaban.

– «Si está loco desde la muerte de su mujer.»

– «¡Bah! Es un viejo hipócrita. Ya mató á un hombre en duelo hace años.»

Yo bajé la cabeza no atreviéndome á mirar á nadie.

Me llevaron á la cárcel, donde me encerraron en una especie de celda, solo, en presencia de un crucifijo de madera negra clavado en la pared. Yo me eché vestido sobre un catre y dormí mucho tiempo, con un sueño de plomo, como se debe dormir en la tumba. Cuando desperté quise recordar los acontecimientos de aquel día maldito, y temblé á la idea de que Enriqueta se apareciera en mí, como lo había hecho el capitán y lo hacía aún Julia; pero ésta, guardián vigilante de mi corazón, donde había reinado en vida y donde quería reinar después de su muerte, no permitió la entrada en él de su rival.

Vino un médico; me tocó la frente; me hizo hablar mucho tiempo sobre diversos asuntos, y se fué moviendo la cabeza; también vino un sacerdote, que me habló mucho del fuego de las pasiones. Estoy solo, siempre solo... y me ahoga el remordimiento. Apenas me atrevo á hablar á Julia; y cuando la dirijo la palabra se echa á llorar y no puede responderme más que estas palabras:

– ¡Perdóname, perdóname!

Dicen que se verá pronto mi causa. Yo me pierdo en este dédalo, donde ningún hilo me guía, y sin embargo yo diré con toda sinceridad:

– He perpetrado el crimen, pero no lo he premeditado; soy inocente de tal delito, como es inconsciente el cuchillo del asesino que se sirve de él para su infamia. ¡Que Dios me perdone si pronuncio una blasfemia, pero afirmo con toda mi alma que soy inocente!

***

Yo le vi muchas veces en el manicomio de Leganés. Era un hombre alto, desgarbado, de unos cincuenta años de edad, pálido y delgado. Generalmente estaba silencioso y solitario; tranquilo y amable durante meses enteros, y presa de inexplicables furores, que explicaba, pasado el acceso, diciendo:

– ¡No soy yo; es mi mujer!

No se quejaba. Aceptaba su suerte con humildad, persuadido de que no era á él mismo, sino á Julia, á quien se tenía en prisión por haber asesinado á su amiga. Leía mucho y escribía durante horas enteras, en pliegos grandes, con una letra microscópica y llenando con doscientos ó trescientos renglones aquellas páginas incomprensibles, de las que aún conservo algunas.

En ciertas épocas del año, sobre todo en los días caniculares, se turbaba, abandonaba sus tranquilas ocupaciones, injuriaba á los enfermeros y parecía prever sus accesos furiosos.

Al envejecer, su salud se alteró visiblemente, pero no por eso dejó de aprovechar todas sus horas de reposo para escribir.

Se descubrió después de su muerte, bajo el colchón, un enorme manuscrito; era el famoso tratado que había compuesto en el manicomio y que se titulaba así:

De la resurrección de los muertos en los vivos, y de



OCASO, cuadro de D. Modesto Urgell. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

las modificaciones que este importante descubrimiento debe producir en las leyes morales, filosóficas y políticas vigentes.

Se conserva este manuscrito en el manicomio de Leganés, y se enseña á los curiosos notables que visiten el establecimiento.

LUIS M. DE LARRA

EN EL LAGO DE HAMMERFEST

—¡Diablo!, exclamó súbito Mr. Ferguson quien, sentado en su gabinete de estudio de Queen Street, en Londres, leía *The Times*. ¡Diablo!, repitió en vivo soliloquio. No se me había ocurrido tal cosa. Decididamente he sido por esta vez un imbécil; pero aún puedo reparar la falta.

Y así discurriendo, tocó el timbre colocado sobre la mesa y casi en el mismo instante decía al ayuda de cámara que penetraba en el despacho:

—Dispón mi equipaje; toma un billete hasta París y que la berlina esté enganchada para llevarme al muelle, á la salida del vapor.

—Bien, limitóse á responder el interpelado, sin duda práctico en la manera de ser de su señor.

Este dobló el periódico, hizo varios apuntes, sacó de la mesa una cartera con valores, dió algunas órdenes y esperó tranquilo fumando, inmóvil como una estatua.

Poco después el ayuda de cámara, previo el oportuno permiso, entraba de nuevo en la estancia.

—Todo se halla dispuesto, dijo.

—En marcha, repuso Mr. Ferguson con laconismo británico. Salió y una hora más tarde quedaba instalado en el vapor que luego navegaba con rumbo á la costa de Francia.



EL TRAJE NUEVO, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda

***

¿Quién era Mr. Ferguson?

Sencillamente un millonario caprichoso. Contaba treinta y seis años, estaba viudo, y la pérdida de su esposa, que lo dejó solo, lo puso en la tremenda disyuntiva de suicidarse ó de aceptar la situación con todas sus consecuencias. Nuestro hombre concedía poco espacio á la adopción de un camino, y en pos de discurrir cinco minutos hubo de comprender que debía resignarse, y se resignó; pero como poseía elementos para mitigar, dentro de lo relativo, las amarguras de su alma, procedía en términos de luchar contra el aburrimiento y aniquilarlo en cada uno de sus embates.

Mr. Ferguson iba á Hammerfest, el mar Glacial, con la propia indiferencia que si fuese de una calle á otra de la City. Había leído en *The Times* que aquella capital era entonces el punto de reunión de los aficionados á patinar, ó sea su recreo favorito, y resolvió distraer su ánimo y abrir un paréntesis á la tristeza de todos los días.

Ferguson se embarcó en Hamburgo á bordo de uno de los vapores de la compañía de Bergen que desde aquel puerto recorren las costas de Noruega, doblan el cabo Norte y llegan á Vadso, después de una travesía de setecientas leguas.

Entre los compañeros de pasaje figuraba un alemán que se dirigía á Hammerfest para adquirir pieles y establecer con aquella plaza y la de Berlín relaciones mercantiles. No tardaron en tratarse Ferguson y el alemán, y conocido el móvil de sus respectivos viajes, surgió, como resultado del amor propio, una singular apuesta. Ferguson se consideraba patinador privilegiado; el alemán juzgábase invencible en tal ejercicio, y de ahí el reto y el propósito de dirimir el debate en el lago de Hammerfest.

Un inglés, partidario de Ferguson por el sentimiento nacional, terció en las amistosas discusiones, pero dió al hijo melancólico de Londres un mal rato, aunque sin deliberada intención.

—Compañero, le dijo, no me cautiva el recreo de patinar.

—En ese caso, advirtió Ferguson, alguna otra será la distracción predilecta de usted.

—Sin duda.

—¿Y es indiscreción preguntar en qué consiste?

—De ningún modo.

—Gracias.

—Me gusta la soledad, y dando vueltas en mi imaginación al medio de satisfacer mis aspiraciones, encontré lo que buscaba, simplemente con alquilar en Namsos una pequeña isla para dedicarme á la caza y la pesca.

—¡Diantre! Ese rasgo aventaja al mío, pensó Ferguson.

—Es un solaz como pocos.

—Lo creo.

—Pronto inauguraré mis expediciones, pero antes deseo visitar Hammerfest.

—Me felicito de tener tan respetable compañero de navegación.

—¡Caballero!... Y ¿conoce usted el país?

—No, señor.

—Lástima, porque abunda en bellezas naturales de primer orden.

—He aquí, precisamente, una de las razones que me han impulsado á emprender el viaje.

—Prescindiendo de lo esencial.

—Justo. Mas creo, aparte de mi capricho, que la descripción de un paraje ó una comarca resulta incompleta, porque la impresión individual es la que le presta su tono característico. En otros términos; el mejor libro de viaje es el viaje mismo.

—Estamos de acuerdo.

—¿Qué barca es esa que se aproxima al vapor?

—La que trae al piloto.

—¡Cómo!...

—No es posible penetrar en Noruega sin un piloto del país, aunque en muchos casos el hecho sólo significa una de tantas formalidades.

***

La travesía careció de accidentes interesantes. La breve escala en Bergen dió á Mr. Ferguson idea del frío que debía sufrir antes de calzar los patines en el lago de Hammerfest.

Dos días después de la llegada á Bergen fondeaba el vapor en Throndhjem, no sin que los pasajeros admirasen las imponentes montañas de la costa, fecunda en lagos, ríos y canales, debidos á la acción del mar en las tierras vecinas.

Christiansund, otro punto de escala, está edificado en un árido suelo. En cambio, la naturaleza toma aquí un aspecto alegre y risueño, peculiar de todo este país de Throndhjem, nombre de la antigua capital de Noruega, población que brinda en sus alrededores una curiosa excursión á las caídas de Leerfoss, originadas por el Nid, el Nida ó el Nidar, impetuoso río, especie de torrente que fertiliza los campos.

Quince días después de partir de Throndhjem tocó el vapor en Namsos, y allí el aficionado á la pesca y la caza ofreció á Ferguson el islote de que le había hablado y que aparecía como una mancha cenicienta en el horizonte, cerca de la desembocadura del río Namselo.

Dormía á poco profundamente Ferguson, cuando su amigo el inglés lo despertó. Incorporóse aquél en la litera, y ante las exclamaciones de su compatriota, dijo:

—¿Qué sucede?

—Quiero que vea usted una de las maravillas del mundo, contestó su compañero.

—¡Ah!

—Suba usted al puente, amigo mío.

—Vamos en buen hora.

—Observe usted esa montaña en medio del mar.

—La observo.

—Pues es el Torghatan, roca de más de mil pies de elevación. Repare usted su remate.

—Parece el sombrero de un marinero.

—Exactamente; y por eso se llama *Sombrero de la isla*.

—Creo notar una caverna ó túnel que atraviesa la montaña de parte á parte en el fingido sombrero.

—Tiene usted razón. Esa galería se extiende en una longitud de trescientos metros, y en determinada hora del día el sol ilumina la cavidad produciendo un fantástico efecto.

Ferguson guardó silencio mientras contemplaba extasiado la severa roca; y es que la admiración toma en ocasiones, para manifestarse, el aspecto de la indiferencia, confirmando el adagio de que los extremos se tocan. Por lo común, percibimos lo sublime, pero no acertamos á expresar la impresión que nos

causa, acaso por la gran distancia que media entre lo convencional del idioma y lo absoluto del sentimiento.

El último punto de la *Zona templada* es Vüghol-men, montaña que tiene en su base un puñado de casas de madera.

Pasadas las islas de Thrænen, cruzó el vapor el Círculo polar ártico, pero Ferguson no se preocupó del particular, ya por su idea fiija, ya porque los sitios más remotos de nuestro planeta perdieron su importancia á influjos de la facilidad de las comunicaciones, que han colocado en la misma categoría un paseo al Rhin y al Danubio que una expedición á Laponia, destruyendo con implacable saña lo romántico, puesto que hoy cualquier turista bebe en la cumbre del cabo Norte la tradicional copa de Champagne, como podía beberla en un hotel de París ó Viena.

Llegado el buque al Círculo polar fué el alemán objeto de bromas, porque esperaba la ceremonia del bautismo con que es costumbre obsequiar á los pasajeros que por primera vez lo visitan.

– Esto es una informalidad, exclamaba el comerciante, y en vista de su actitud reía la tripulación.

El capitán tuvo que intervenir, manifestando que, dado el frío, sería peligrosa y propensa á una pulmonía aquella práctica, y al fin resignóse el testarudo germano.

El Círculo polar, apartado del Polo veintitrés grados y medio, representa el límite matemático que separa los climas de hora de los climas de meses, y allí se deja de ser *heteroscio* para ser *periscio;* en otros términos, nuestra sombra gira á nuestro alrededor en el espacio de un día.

Traspuesto Bodo, capital y ciudad única del Nordland, sigue el grupo de las islas Loffoden, situado en el extremo Norte de Europa, con una superficie mayor de cincuenta leguas á lo largo de las costas de Noruega.

Luego vese la provincia de Finmark, la más septentrional de aquella nación y del continente europeo, que cuenta por capital á Tromso, donde todos los edificios son de madera.

A seguida encuéntrase Loppen y por último el vapor echa el ancla en el puerto de Hammerfest, ciudad que ocupa el fondo de una bahía en la *Isla de la ballena,* próxima al pequeño río Kemi y distante del cabo Norte treinta leguas.

***

Parece inútil decir que el primer cuidado de Ferguson, tan pronto llegó á Hammerfest se encaminó á buscar el lago famoso y no paró mientes en la modesta fonda de la localidad ni en las curiosidades de ésta.

El lago carece de nombre y las indicaciones recogidas en el hotel dieron poca luz al viajero. En cambio la paciencia hizo su oficio, y en la comida de la mesa redonda procuró Ferguson investigar con insistencia.

El comerciante de Berlín estuvo comunicativo, y una preciosa inglesa que viajaba con su institutriz tomó parte en la conversación, riendo ingenuamente, pero sin dar opinión alguna, al conocer el pensamiento á que obedecía el viaje de Ferguson. Este parecía contrariado y acabó por temer que había cometido una simpleza al ir al extremo de Europa en demanda de un frívolo placer. Consolábase no obstante con la presencia de Ester (así se llamaba la inglesa), y de este modo las primeras horas transcurrieron agradables.

A la mañana siguiente salió Ferguson de la ciudad, y andando á la aventura, ganoso de encontrar el lago, internóse en un laberinto de bloques gigantescos, trepó á una montaña sin hallar alma viviente, y por el opuesto lado descendió á una playa tranquila y silenciosa.

Dos gritos lanzados al mismo tiempo llamaron su atención. Ester se bañaba en aquellas aguas glaciales y la institutriz esperaba en la orilla.

El inglés, prudente y comedido, volvió á la montaña, fustigado por el viento rudo y frío.

– ¿Adónde voy?, pensaba. El punto de cita de los patinadores no parece. Busquemos, busquemos.

Y hablando de esta suerte, andaba sin dedicar una mirada al espectáculo grandioso que lo rodeaba. Destacábase hacia Poniente una sucesión de cumbres de rojizo color; las aguas que bañan la ciudad, oculta por un tajo, aparecían inmóviles; al Este emergían las alturas de la isla Soro, coronadas por ventisqueros magníficos, y al Sur se dibujaban otras muchas cimas.

Ferguson descendió de su belvedero y descubrió un pequeño lago. Siguió adelante y al pie de la montaña reanimó su esperanza otro lago, hermoso y adecuado á sus gustos, pues se dilataba en una extensión de tres ó cuatro hectáreas.

– Aquí, exclamó en un arranque de orgullo, venceré al alemán, y es indudable que los periódicos de Inglaterra dedicarán á mi triunfo minuciosos detalles.

Llegó á la orilla; pero ¡oh dolor! el lago no estaba helado; antes bien, sus ondas se levantaban en débiles volutas y se rompían fingiendo copos de nieve.

Ferguson palideció, y sacando del bolsillo el número de *The Times*, que no lo abandonaba, leyó por centésima vez el suelto inspirador de su constante pesadilla. El periódico apuntaba con claridad cuanto se refería al lago, sin omitir que sus aguas se encuentran al mismo nivel del Océano Glacial y ofrece la rara circunstancia de helarse en el invierno en tanto que no se hiela el cercano mar.

¿Por qué no estaba en congelación el lago? ¿Era el caso culpa de la masa de agua, ó del diario de Londres?

El problema carecía de solución, y el inglés, desolado, entró en Hammerfest con el firme propósito de tornar sin pérdida de tiempo á su casa de Queen Street.

***

Al empezar el almuerzo al día siguiente, advirtió Ferguson que Ester se sonrojaba, recordando la presencia del hombre que inadvertidamente había sorprendido sus abluciones. El alemán, enterado del desengaño de su competidor, habló del asunto con alguna ironía, porque en el fondo le interesaba el negocio de pieles mucho más que las impresiones de patinar.

El diálogo chispeante y epigramático se animaba por momentos, pero Ester le dió un giro particular con estas palabras:

– No encuentro atractivo en correr, calzada de patines, por la superficie helada de un lago.

Mr. Ferguson contestó:

– Con permiso de mi honorable compatriota, he de discurrir de distinto modo.

– Lo comprendo, interrumpió el alemán. Sobre todo si se tiene en cuenta la novedad que supone un viaje hasta Hammerfest expresamente para cruzar el lago.

– Cierto que sí, repuso la inglesa; y antes que Ferguson hubiera podido gozar de su triunfo, la joven cortó sus ilusiones con estas palabras:

– Yo soy partidaria de las novedades, y por eso todos los años vengo á bañarme en el mar Glacial.

Un aplauso de los comensales acogió la extravagancia de Ester. Sólo Ferguson incurrió en la descortesía de no aplaudir, y juzgándose vencido, renegó de sus millones y pensó escribir á *The Times* una violenta carta, para expresar que nada vale un periódico donde se prescinde de hacer mención de una inglesa que se baña en el mar Glacial.

La reacción vino á poco, y el viudo, en un arranque de entusiasmo, dirigió á Ester estas palabras:

– Señorita, si usted acepta mi mano me consideraré feliz.

– Mr. Ferguson, respondió imperturbable la viajera, me consta que es usted un cumplido caballero y no tengo inconveniente en admitirlo por esposo.

– ¡Hurra!, gritaron los espectadores de aquella escena, y el regocijo se prolongó largo tiempo.

La viudez se borraba en las lejanías de los recuerdos. La institutriz iría á solicitar otra plaza, y en resumen, de dos viajes informados por la fantasía brotaba una realidad de la vida.

Mr. Ferguson, preguntó el alemán, ¿subsiste nuestra apuesta?

– ¿Quién lo duda?, respondió el inglés.

– Yo propongo una variante, añadió Ester. Que en vez de cruzar el lago con patines lo recorran en velocípedo ambos señores.

– ¡Aceptado!, respondieron Ferguson y el comerciante.

***

Moral de este episodio:

No debemos condenar en absoluto los caprichos. Para proceder así hay precisión de conocer las condiciones intelectuales y fisiológicas de cada individuo. Lo que suele parecernos ridícula forma de la frivolidad, es muchas veces una de tantas necesidades de quien le rinde culto.

Augusto Jerez Perchet

SECCIÓN AMERICANA

EL PRESIDIO DE LA HABANA

– Es necesario que vaya usted á presidio, me dijo el contador del mismo, mi amigo Federico Aranaz.

– ¡Caracoles!, repliqué asustada.

– Nada de caracoles ni de interpretaciones dobles: quiero que vea usted *nuestra casa*, para que se convenza de que en la capital de la isla de Cuba se hace algo más de lo que... de lo que yo sé y usted no ignora.

– Está bien: veremos eso; ¡pero si no me entusiasmo, pobre de usted, le desuello!

– Acepto.

Al día siguiente nos encaminamos mi hijo y yo al tranvía de vapor que nos había de conducir á la capital desde el Vedado, delicioso pueblo de campo, que es á la Habana lo que son á Barcelona San Gervasio y Sarriá.

Nos metimos en un coche largo, muy largo, con sus cuarenta asientos, estrechitos por cierto, con brazos de hierro, bajos y molestos, que es una bendición de Dios. El pasaje á que conducen estos coches es de lo más heterogéneo. Negros, chinos, mulatos, trabajadores blancos, señoritos verdinegros, caballeros que soplan de calor, señoras ligeramente vestidas, negritas que parecen moscas en leche con sus almidonados trajes alabastrinos, llenos de faralaes y puntillas; todo, en fin, lo que constituye la mezcla de raza y el cruzamiento animal que produce degeneración ó perfeccionamiento, no lo sé y allá se las compongan los naturalistas. Veinte centavos billete cuesta cada pasaje, que resulta dos realitos en plata de los que en España *se estilan:* me parece bastante para treinta minutos escasos de viaje.

Los cobradores de estos tranvías ni llevan bolsas ni talonario: los billetes fraccionarios se meten en un bolsillo, los de á peso en otro y los de tres pesos, máximum de lo que obligación de cambiar tienen, se divorcian también para no dar lugar á confusiones.

¿Que si no irregularizan algunos empleados? *¡Ni por dónde!* Los coches tienen en ambas bandas dos barillas de hierro esquinadas que terminan en un indicador. El cobrador hace medio girar la barilla con una llave tornilladora, y por cada billete que cobra suena una vez el timbre pasando el guarismo que indica el número de asientos. Llegado al punto de parada, se da cuerda al reloj indicador que marca el viaje y vuelve á los dos ceros para comenzar de nuevo la tarea.

Con este sistema, ni se molesta al público con papelitos y revisiones, ni se necesita tanto personal, ni se pierde otro tiempo en las oficinas que el de la confrontación de relojes y recuento de papeles mugrientos, que tal es la moneda corriente en esta tierra legendaria del oro, por activa y pasiva.

Hemos llegado á la punta, explanada en donde termina el ferrocarril de vapor (cuya empresa no ha logrado permiso para introducir sus maquinitas en el centro de la ciudad) y en donde el presidio se halla enclavado.

Al trasponer el muy elegante y alegre zaguanete de la entrada principal me puse trémula; el espectáculo de la desgracia me conmueve desde que lo presiento. He visitado otros presidios, aun los que pasan por modelo penitenciario, y en todos me ha herido el sentimiento, la compasión, la piedad, la idea humanitaria sobreponiéndose á la culpa y compadeciendo al culpable. En todos los edificios penitenciarios que he visitado hubiera adivinado sin esfuerzo el porqué allí vivían tantos hombres en comunidad odiosa; en el presidio de la Habana me fué preciso recurrir á la reflexión para persuadirme de que aquellos hombres eran criminales.

Del despacho del comandante, el amabilísimo caballero catalán señor Calvetó, persona de antiguo conocida y apreciada en Barcelona, pasamos á las oficinas, en cuyas mesas hacían el oficio de escribientes algunos penados, limpios, aseadísimos, con trajes blancos y corrección de personas bien educadas. Aquellas oficinas me parecieron modelo de pulcritud estadística: más que difícil creo imposible llevar á mayor grado la escrupulosidad administrativa. Recorrimos el edificio, que es malo y deficiente, pero tan limpio, tan limpio, que ni una ráfaga de olor desagradable se advierte en ninguno de los departamentos.

Las salas dormitorios de los blancos son distintas, aunque iguales entre sí, de las que albergan á los hombres de color, y éstos á su vez también están apartados de los asiáticos. La separación de razas se hace necesaria para evitar guerras intestinas y antagonismos inevitables en el rozamiento de seres que



UNA TARDE DE OTOÑO EN EL BOULEVARD SAINT-MICHEL, cuadro de Leroy Saint-Hubert. (Salón de París de 1891.)

son considerados inferiores á pesar de la humanidad y de la manumisión redentora.

Recorriendo las salas mal ventiladas y peor avenidas con lo que el resto del establecimiento presenta, llegué á olvidarme de que aquellos hombres estaban presos por delitos comunes; parecían soldados de un ejército mimado y atendido con extraordinario cariño; las camas se recogen de día y el suelo se ve limpio sin exageración; ni el más pequeño residuo de cigarro se advertía, y eso que aquellos hombres fuman. Todas las salas están provistas de los correspondientes receptáculos para las colillas. Ni un penado falta á la ordenanza; se habitúa, por el contrario, á costumbres de decencia y educación que jamás ha tenido.

El taller de tabaquería que uno de los grabados representa, es de lo más curioso que he visto. Jamás supe cómo se envolvían los puros que deleitan al vicioso, saturándolo del aroma que tanto aprecia aquel que pospone todas las felicidades á las delicias de un buen habano. Unos escogen la vitola, otros la envuelven con esmero, y de aquellas hojas secas y esparramadas surgen de pronto las *conchitas*, los *trabuquitos*, las *brevas* y cuantos nombres se conocen en el tecnicismo de la tabaquería. El taller de cigarrillos está completamente separado, pues aquí la cigarrería es completamente distinta de la tabaquería.

Pasamos al archivo y á las habitaciones destinadas á cuerpo de guardia.

El archivo es en su clase lo que vulgarmente pudiéramos decir que no se ha visto. Pusimos á prueba la bondad del señor Calvetó pidiendo antecedentes de penados, muy antiguos unos, más modernos otros y variadísimos todos; le dimos dos minutos reloj en mano para buscarlos, y antes de los dos minutos teníamos en la nuestra la carpeta cuidadosamente conservada, con los datos y expedientes que pedíamos. Si el director, que por lo mismo de serlo está exento de esos trabajos, encuentra datos recónditos tan á la *minuta*, ¿qué harán los empleados á cuyo cargo corre el archivo?

Las habitaciones de guardia están con toda la comodidad apetecible. Despacho, dormitorio, tocador elegante, cuarto de baño con su ducha correspondiente, y todo respirando alegría, limpieza, buen gusto... ¡Qué largos se les pondrán los dientes leyendo esto á los empleados de los presidios de la península!

Fuimos á misa, y la fotografía correspondiente podrá dar una idea del acto. Propiamente dicho no hay capilla, pero hubo buena voluntad y se aprovechó un pasillo cómodo para levantar un altar, que se cuida con pulcritud, dándole aspecto de oratorio particular de dama religiosa.

Después de mi visita subí á las habitaciones del director, en donde una elegante y distinguida señora, la de Calvetó, me aguardaba para ofrecerme un asiento en la mesa de familia.

Aranaz estaba de guardia, y el señor Calvetó sienta diariamente á su mesa al oficial de servicio.

Conversamos mucho: hablamos de la patria, de Barcelona sobre todo, y excuso decir que siendo el comandante del presidio hijo de Cataluña y yo apasionadísima por la ciudad condal, fué durante el almuerzo cantado el himno más entusiasta al pueblo de nuestros amores y de nuestros recuerdos. Parajes, personas, edificios... todo lo recorrimos conmovidos, ¡hasta los niños ayudaban á nuestra memoria con sus tiernos recuerdos!

El señor Calvetó, con una sinceridad que le honra, me dijo que á su antecesor, el señor Buitrago, se debían todas las reformas, que él continuaba con entusiasmo procurando conservar y proseguir la obra por aquél iniciada.

La banda de música tocó algunas piezas admirablemente, sin que se pudiese pedir más, dados los instrumentos de que se servían, viejos y deteriorados.

Federico Aranaz, que considera hechura suya la música penitenciaria, no cabía en sí de gozo. «Todos esos tendrán un oficio digno mañana que cumplan,» decía, y decía bien.

El señor Calvetó se ocupa en estos momentos de la escuela, que pronto será un hecho, para la educación completa de los penados.

El calor era sofocante y no quisieron que aquel día visitase yo el hospital. «Venga usted una mañanita,» me dijeron; y con efecto, á los dos ó tres días me apeaba de nuevo á la puerta del presidio.

La enfermería está muy próxima al edificio principal, dándosele acceso por una verja adornada con enredaderas y grandes macetas. Un jardín cuidado con esmero sirve de unión á las distintas dependencias, separadas las unas de las otras, pero en tal aseo todas ellas, que cuesta trabajo convencerse de que formen parte de un hospital penitenciario.

El practicante interno, cuyo nombre siento no recordar, será muy pronto una joya de la facultad habanera.

La botica, á cargo de inteligente y joven farmacéutico, las cocinas, los almacenes de ropa toda nueva y de hilo, el taller de herrería y carpintería, las cuadras, las cocheras, la mayordomía, el kiosco del jardinero, las salas de enfermos, baños, fotografía y todo el conjunto, en fin, que se conoce con el nombre de *fosos* admira por su belleza risueña y por la limpieza que se advierte, sobrepujando á cuanto en España tengamos por mejor en la clase.

El servicio se hace con penados y no hay una sola mujer en el hospital.

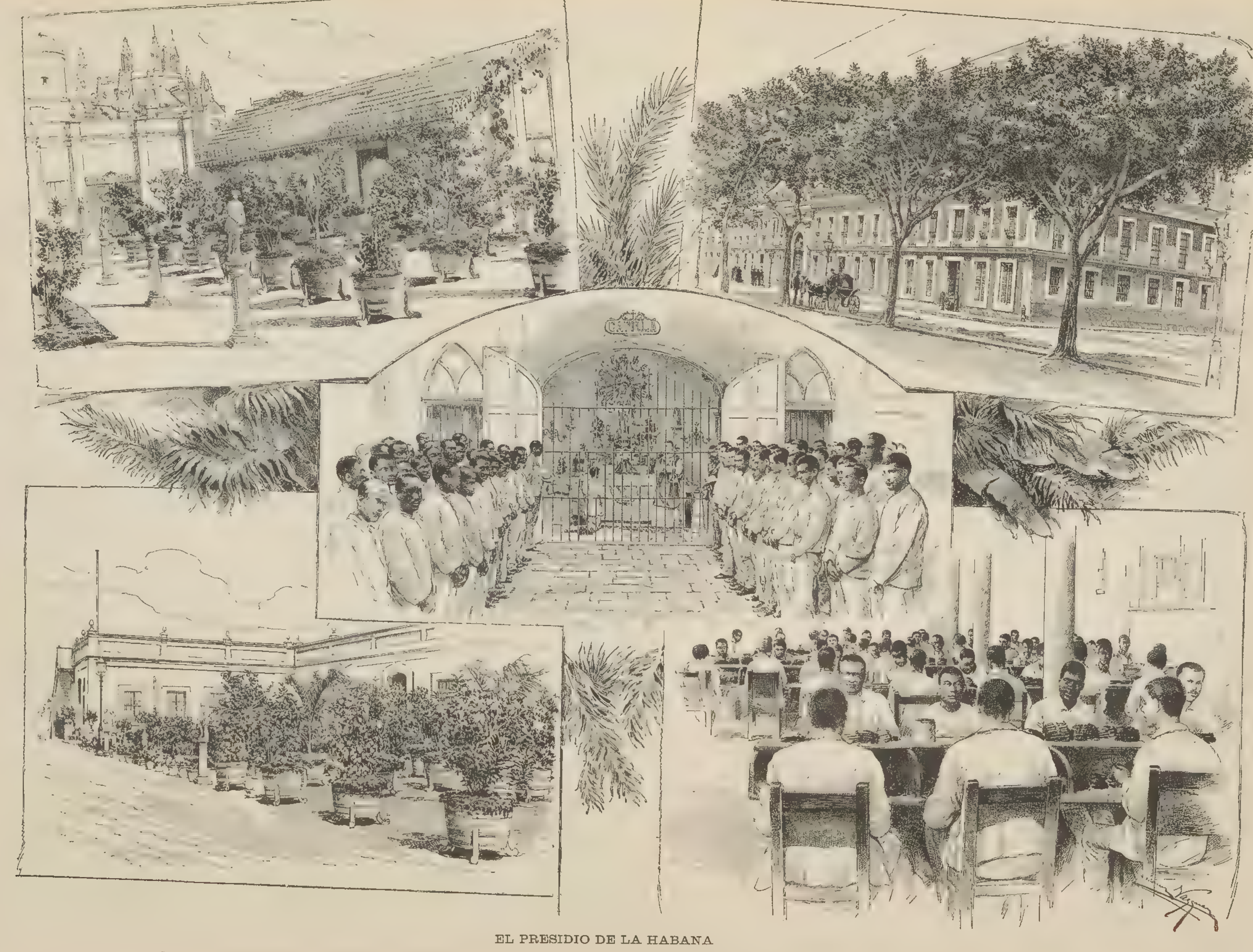
Las vistas del exterior de la enfermería, baños y taller de fotografía darán idea de que no exagero en mis elogios.

Me retrataron: un penado, joven también y principiante por más señas, sacó los retratos de mi hijo y mío con un parecido admirable.

Haré constar que sin sobarnos la cabeza, ni ponernos la manita así, ni la barbilla levantada, ni el cuerpo inclinado, ni cosa que amanere y fastidie al que pretende reproducir su efigie.

– Este también tendrá oficio cuando cumpla, me dijo Aranaz.

El fotógrafo es de Burgos, cumple condena por una firma echada sin suerte, y digo sin suerte porque otros hacen lo mismo y se pasean libres.



EL PRESIDIO DE LA HABANA

Baño de la enfermería y taller de fotografía. – Vista exterior del presidio. – Capilla. – Vista exterior de la enfermería. – Taller de tabaquería. (De fotografías remitidas por Doña Eva Canel.)



LECTURA, cuadro de D. Juan Llimona
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes Barcelona.)



PASTOR DEL PIRINEO, cuadro de D. Dionisio Baixeras
(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.



RECUERDO DE LLAVANERAS, cuadro de D. José Masriera. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Como todos los individuos del presidio, vestía de blanco, esmeradamente limpio y revela buena educación. En medio de su desgracia resulta afortunado: vive entre flores en un jardín fragancioso y es visitado por cuantas personas recorren los *fosos*, que son muchas. Los yankees han dado en la manía, que Dios les conserve, de pasar durante el invierno grandes temporadas en la Habana, y ninguno se vuelve al Norte sin hacer al presidio y á la enfermería la visita obligada

El coche celular es magnífico y adecuado á las exigencias del clima.

Nos dieron café con leche; ¡pero qué leche y qué café! No se crea que especial, nada de eso, del mismo que toman los reclusos enfermos.

También probé el rancho y el pan.

Desde que todo el mundo sabe aquí que yo ponía el *visto bueno* al rancho que se daba á los soldados á bordo del *Alfonso VII*, no puedo entrar en un establecimiento en donde haya potaje sin que me lo den á probar. El del presidio era riquísimo, así como el pan, blanco, esponjoso y tierno como el mejor.

Para terminar con la organización y servicio de un penal que ahora y siempre será honra, quizás la única desgraciadamente, de nuestra administración antillana, diré que se persigue el objeto santo de formar al recluso un capital con el que pueda atender á sus necesidades durante los primeros meses que vuelve al mundo. El penado tropieza siempre al salir de presidio con los inconvenientes de su procedencia para encontrar trabajo: teniendo medios para vivir una temporada, puede regenerarse más fácilmente que careciendo de consideración y de dinero.

Pero lo que más admirarían los penados de la península, si este artículo llegase á sus manos, sería el que no se da un caso de insubordinación ni de castigos, y pocos, poquísimos de fuga en los trabajadores de las cuadrillas que prestan servicio municipal. Esto es más elocuente mil veces que todos los elogios.

Y gracias á Dios que una española puede hablar bien de cosas de España, aunque sean pasadas sus aguas.

Eva Canel

Habana, 1891

NUESTROS GRABADOS

Estudio, cuadro de D. Daniel Hernández (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).—Estudio tituló modestamente al bellísimo cuadro que remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y que reproducimos en la primera página, el distinguido pintor peruano Daniel Hernández. Establecido en París desde hace algunos años, después de haber permanecido en la Ciudad Eterna, parece como que ha recogido la elegancia de tonos y de líneas que tanto ha distinguido las producciones de algunos artistas parisienses. Al estudiar los cuadros de Hernández vese que en ellos hállanse armónicamente reunidas las dotes del artista y la habilidad del pintor. Sus lienzos cautivan, no sólo por la riqueza de sus pormenores, sino también por la belleza y elegancia de líneas, sorprendiendo por la encantadora plasticidad y suavidez y finura de las carnes, que tan hábilmente sabe interpretar. Si de algo pudiera motejarse á Hernández, sería, quizás, por extremar algo la belleza, cual si en ella se cifrase el *summum* del arte. Pero aun así y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resultaría siempre que descuella en sus obras por su maestría, tanto en el esbozo como en el colorido, elegante en las líneas, de suavísimos y delicados tonos, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica para reproducir fielmente la naturaleza, sino al hombre que sintiendo el arte, embellece cuanto transporta al lienzo, dejando en él indelebles huellas de su inteligencia.

***

¡Soy yo!, estatua en bronce de D. Félix P. de Tavera (premiada en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ha llamado simultáneamente la atención de los aficionados é inteligentes en las Exposiciones de Bellas Artes de París y Barcelona una preciosa estatuita en bronce, representando un rapazuelo parisiense que, con las manos metidas en los bolsillos y con aire de maliciosa sencillez, parecía decir á los que se fijaban en su pequeñez «¡Soy yo!» Y preciso es convenir que el infantil personaje tenía sobrados motivos para llamar hacia sí la atención de los visitantes, puesto que el escultor que tan bien supo retratarlo no pudo sospechar seguramente que llegara á asimilar de manera tan completa ni á poder conseguir animar su modelo hasta el extremo de constituir una feliz creación. Pocos centímetros tiene la estatua, y á pesar de sus reducidas dimensiones, cabe consignar que ha sido la obra escultórica que más ha llamado la atención del público en la Exposición de Barcelona, habiendo dado lugar en la de París á que fuese objeto de una sustracción por algún aficionado poco escrupuloso. Félix P. de Tavera, que tal es el nombre del autor, ha dado gallarda muestra, por medio de esta obra, de que es un escultor de verdadero temperamento artístico. Filipino, como lo es Luna, y hermano político del autor del *Spoliarium*, empieza, pues apenas hace cuatro años que dedica á la escultura sus ratos de ocio, dando pruebas de raro ingenio y notoria habilidad. Sin profesores que cultivaran sus aptitudes, ha logrado, sólo por el esfuerzo de su inteligencia, colocarse en el número de los jóvenes escultores que prometen ser una gloria para el arte español, siendo más dignos de notarse los resultados si se tiene en cuenta que Tavera posee el título de doctor en Medicina y que sólo modela cuando se lo permiten sus enfermos y sus deberes profesionales.

Su primer trabajo obtuvo una recompensa en la Exposición Filipina celebrada en Madrid, alcanzando también otro premio su segunda obra en la Exposición Universal de París, y la última, ó sea la en que nos ocupamos, la acaba de obtener simultáneamente en la de París y en la de Barcelona.

Plácemes merece la última producción de Tavera, y aunque la humanidad doliente reclame los cuidados del hombre de ciencia, nosotros deseamos que el artista prosiga su camino, para el que indudablemente ha sido llamado, convencidos de que ha de lograr señalados triunfos.

***

Ocaso, cuadro de D. Modesto Urgell (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Curiosa es en extremo la personalidad de este distinguido y laborioso artista catalán. Quien le vea por primera vez no podrá adivinar que aquella cabeza de facciones inteligentes, rodeada á modo de elegante marco de abundosos y blancos cabellos, con los que hacen contraste unos ojos de fuego, vivos y retozones, conciba composiciones apacibles y melancólicas, avaloradas por el dulce encanto que les presta la poesía. Comparado el pintor con el género especialísimo de sus obras, ofrece contrastes y produce sorpresas. De carácter jovial y hasta expansivo, deléitase y entretiene sus ocios en el teatro, siendo el obligado espectador de los coliseos en donde se rinde culto al drama y á la tragedia. Muchos admiran á Urgell como amigo sincero y bondadoso maestro, habiendo logrado como pocos ser respetado por sus bellas cualidades y por la valía de sus obras.

Pinta sólo paisajes, pero paisajes solitarios y tristes que, á pesar de su sencillísima composición, acusan dominio y maestría en quien los ejecuta. En todos sus lienzos obsérvase la media tinta suave y delicada que en los cielos y verdes frondas determinan una placidez y melancolía que les hace simpáticos y agradables hasta el extremo de producir cierto encanto rayano con la poesía.

Difícil sería recordar sus composiciones, tan considerable es su número. En todas ellas hállase impreso el mismo carácter, y todas, al igual de la que reproducimos, denuncian el sentimiento del artista y justifican la fama que éste ha adquirido camo paisista español.

***

El traje nuevo, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda. – Otro cuadro, bello como todas sus producciones, ha pintado recientemente Luis Jiménez por encargo especial de un acaudalado yankee. *El traje nuevo*, que tal es el título del lienzo, recuerda el género especial cultivado por nuestros artistas durante el período de evolución y que significa la segunda fase de la vida artística de Jiménez. Con mejor acierto que su hermano José, abandonó las chupas y los casacones para emprender denodadamente la nueva escuela y los conceptos del modernismo, que reclaman mayor suma de estudio y espíritu de observación. Su gran lienzo *La visita de una sala del hospital*, que tan discutido fué por aficionados é inteligentes, acaba de ser premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín con un gran diploma de honor, sancionando en cierto modo la primera recompensa conferida por el Jurado en la Exposición Universal de París. Si justo fué el primer acuerdo, no lo es menos el del Jurado alemán, ya que á pesar de los juicios apasionados de los representantes de los antiguos moldes, el cuadro de Luis Jiménez es una brillante manifestación del modernismo. Este, al igual de los que caminan por la misma senda, inspírase en los ideales artísticos de este siglo, convencido de que al pintar la sociedad actual, los dramas vivos, internos, que en ella se desenvuelven, escribe con el pincel la historia de su tiempo.

***

Una tarde de otoño en el Boulevard Saint-Michel, cuadro de Leroy Saint-Hubert (Salón de París de 1891). – A la par de los asuntos tomados de la historia antigua y de la mitología, han servido en todo tiempo de tema á los pintores aquellos tipos y costumbres que más de cerca han podido observar y estudiar; pero indudablemente en la época moderna, casi en la actual, ha alcanzado este género de pintura su apogeo.

No ha faltado quien considerara este hecho como síntoma de decadencia en el arte, quien achacara ese afán de no preocuparse más que de lo que se ve á ineptitud ó pereza para el estudio de las materias cuyo conocimiento se consideraba antes indispensable en el artista.

Sin negar que, en ciertos casos, pueda haber un fondo de razón en tales censuras, parécenos que los que así arguyen, y olvidan que las leyes del progreso se imponen en el arte, como en todas las manifestaciones del saber humano, que el método experimental, al que la ciencia debe sus más preciosas conquistas, había de influir necesariamente en el campo artístico y de promover una verdadera revolución en los procedimientos, resucitando la escuela naturalista, no tan moderna como algunos suponen. Olvidan también que el pintor no pinta sólo para la generación en que vive, que sus obras se conservarán á través de los siglos y que cada cuadro es una frase escrita en el libro de la historia del arte, donde las futuras generaciones estudiarán, no sólo el modo de ser de las manifestaciones artísticas de una época, sino los caracteres sociales de un período y de un lugar determinados.

Sugiérenos las anteriores reflexiones el cuadro de M. Leroy Saint-Hubert que reproducimos. A buen seguro que algún anticuado doctrinario no le concederá más importancia que la que diera á una fotografía, más ó menos bien iluminada; pero esto mismo, más que una censura vendría á ser en el fondo un elogio, pues demostraría que el dibujo de la obra del distinguido pintor francés es correctísimo hasta el punto de confundirse con la impresión fotográfica, y no está el arte pictórico tan sobrado de buenos dibujantes que merezca censura quien con tanto cuidado atiende á esta condición indispensable en pintura.

Por otra parte, en la *Tarde de otoño* hay algo, y aun algos, más que la fidelidad en la reproducción: la impresión general que el cuadro produce es agradable, la composición está bien estudiada en su conjunto y en sus detalles y la tonalidad resulta sumamente simpática. Y reuniendo todos estos elementos, ¡cómo no han de merecer alabanzas la obra, el autor y la escuela en que aquélla debe clasificarse!

***

Lectura, cuadro de D. Juan Llimona (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Juan Llimona representa por medio de sus obras la armónica conexión que existe entre el arte y la poesía, porque en todos sus cuadros represéntanse los sentimientos que enaltecen al hombre, que le conmueven y constituyen la síntesis de los afectos más puros y delicados. Todas las manifestaciones sencillas, pero tiernas, que puede el artista representar y concebir el poeta, transpórtalas Llimona al lienzo, y con el caudal de sentimiento que rebosa en sus cuadros, canta, compone y rinde un respetuoso tributo, logrando interesar al que admira sus sentidas composiciones, al purísimo cariño de la madre, al afecto íntimo del hijo, del abuelo, del hermano, agrupándolo en el hogar, en el santuario de la familia.

Mas, según indicamos, la poesía de Llimona es sencilla, modesta y genuinamente regional, ya que en ese conjunto de creencias y aspiraciones, en esa unión de afectos y sentimientos que constituyen su modo de ser y la nota distintiva de su carácter, se halla comprendido, amalgamado, el amor que consagra á Cataluña, la tierra que le vió nacer.

En las apacibles y conmovedoras escenas que retratan la vida y en todo lo que á ella se refiere, recordándonos el hogar y la familia, halla este aventajado artista inagotable manantial de su inspiración. Todos los asuntos que desenvuelve, dándoles forma, animación y vida, llevan en sí el sello de un sentimiento delicado, que hace vibrar las fibras del corazón.

***

Pastor del Pirineo, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había aún cumplido los diecisiete años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. Durante su primera época cultivó el género histórico y religioso; mas hoy apenas existen en su paleta otros tonos que los pardos del tejido burdo de los hombres de mar ó del obrero, avalorados y enriquecidos por sus aptitudes artísticas. El *Pastor del Pirineo*, que tal es el título y representa el gran lienzo que reproducimos, premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, es una bella y sentida composición. En la cima de uno de los picachos de la cordillera pirenaica, rodeado por la acuosa neblina, destácase por obscuro la silueta del pastor que al oir el esquilón de la iglesia de la próxima aldea, hacia la que conduce el rebaño que transpone la inmediata loma, descúbrese reverentemente, sintiendo en su rusticidad la grandeza de cuanto le rodea, rindiendo al murmurar una sencilla plegaria un homenaje á la Divinidad. Pintado con maestría, es el cuadro de Baixeras una manifestación de la escuela en la que tantos lauros han logrado Bretón y otros artistas franceses. En ella se ha inspirado Baixeras y á ella se amolda y acomoda su temperamento artístico, de tal manera que en las Exposiciones á que concurre se le ha llegado á considerar como un artista del Norte.

***

Recuerdo de Llavaneras, cuadro de D. José Masriera (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Después de períodos de prueba, en los cuales en vez de muestras de fijeza hemos observado señales de profundo desvarío, grato es para los amantes del arte ver gallardas manifestaciones del ingenio de nuestros pintores y alimentar la esperanza de ver llegar días serenos, de esplendida luz, que iluminen por igual todas las inteligencias. José Masriera figura dignamente entre nuestros paisistas, ya que aparte de sus apreciabilísimas cualidades, distínguese porque todas sus obras revelan al artista que cultiva la pintura con fervoroso culto; resultando de ahí que sus composiciones sean la genuina manifestación del verdadero arte. Amante del país que le vió nacer, busca en nuestras encantadoras campiñas, en las abruptas montañas, en las poéticas frondas, en donde la naturaleza se presenta embellecida con sus más ricos atavíos, ancho campo á su observación y medios con que manifestar su inteligencia. La corrección, la exactitud y la belleza son las notas características de sus paisajes.

El cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión veraniega, ha sido premiado por el Jurado calificador de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes.

***

Barcelona. – Plaza de Antonio López, cuadro al óleo de D. Modesto Texidor (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Hijo y discípulo Modesto Texidor de quien ha logrado ostentar un nombre respetado en en el mundo del arte, continúa este artista las tradiciones de su familia. Laborioso y entusiasta por el arte, que con provecho cultiva, es quizás demasiado exigente para consigo mismo, ya que demuestra especial empeño en vencer dificultades y no exhibe ó enajena sus obras hasta que, si no complacido de su labor, hállase satisfecha su severidad artística.

Joven todavía, ha sabido ya distinguirse así en la pintura de paisaje como en la de figura, y cuenta en su carrera artística algunos triunfos logrados en los certámenes y exposiciones.

El cuadro que reproducimos es un lienzo de mérito, que ha llamado la atención entre los cinco que ha presentado este artista en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.



Gilberto la había seguido y la contemplaba mientras se quitaba los largos guantes

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Una vez instalada en el vehículo, añadió:

– Por todo lo que acabo de manifestar á usted no debe formar mala opinión de mí, señor Maujeán. Si digo cosas desagradables, y si las digo como en broma, es porque tal vez no sabría exponerlas de otro modo, siendo necesario darlas á conocer. El destino, el injusto destino, es el que ha hecho de mí lo que soy; pero en el fondo no soy mala... Considéreme usted como una amiga.

Así diciendo, ofrecióle la mano; y cuando el coche se alejaba, miró á Gilberto otra vez con una sonrisa de interés compasivo, sonrisa triste que no le era habitual.

Elocuente era aquella sonrisa, que parecía decir: ¿Por qué se obstina usted en amar á una mujer que no nació para usted? ¿Por qué me rechaza á mí, que le aprecio verdaderamente; á mí, que no soy ambiciosa y que me consideraría feliz al darle el nombre de esposo?... Pero Gilberto no comprendió; no pensaba más que en Blanca de Cabrol, y pensando en ella padecía.

Al día siguiente, por la tarde, Gilberto marchó á pie á Mareuil, siguiendo la cumbre de los cerros; así volvía á pasar por aquel camino que tantas veces recorrió en su infancia, cuando iba á observar á la pequeña Blanca de la Fonfreyde, ocultándose entre los matorrales. Detúvose largo rato en la vertiente que dominaba el camino de Blatigny, en el mismo sitio en que abrió su corazón, dejando escapar el secreto de su amor. ¿Era posible que tantas esperanzas, tantos dulces ensueños y tan hermosas quimeras se desvanecieran en un minuto?

Gilberto prosiguió rápidamente su marcha, porque una horrible inquietud le impelía hacia adelante. ¡Pobre Gilberto! ¡Mientras que él dejaba transcurrir los días, deseando que pasasen pronto, á fin de que se realizara su dicha, otros trabajaban para robársela!

La señora de Chalieu y sus amigas esforzábanse sin duda en rebajarle á los ojos de la vizcondesa.

Tampoco se tranquilizaba al pensar en el conde de Bagrassand. Su actitud respecto á Blanca había sido siempre atenta y discreta; era hombre que no se prodigaba; pero Gilberto recordó ciertas circunstancias del pasado que no le llamaron entonces la atención: su brusca y apasionada intervención en el lance con Charnasón; la sorpresa que producían sus llegadas á Mareuil en las noches de invierno, y otras cosas más. En todo esto parecíale ver los indicios de un amor oculto que databa de muy lejos.

Por otra parte, era muy natural que le hubiese ocurrido la idea de semejante matrimonio después de la muerte de Pedro y la ruina completa de la vizcondesa de Cabrol. Para Laura de Bagrassand, para su hija, que crecía é iba á resentirse pronto sin duda de la educación dada por un hombre, era una delicada atención confiarla á los cuidados de aquella joven madre, formando con los hijos de Blanca y de Laura una sola y misma familia.

Pero si, pensando en él, solamente veía motivos para temer, tenía otros para tranquilizarse, evocando la imagen de la vizcondesa. ¡Blanca le amaba! Y ese amor ¿no era nada? ¿no lo era todo, por ventura? No olvidaría ella sin duda hasta qué punto se había comprometido, y que á Gilberto se debía que no estuvieran unidos para siempre. ¡La vizcondesa no podía recompensarle con semejante traición!

La «estación del descanso» le pareció lúgubre por el deterioro que en ella habían ocasionado las tempestades del último invierno; una parte del techo se había hundido y las paredes se hallaban cuarteadas. El aspecto de aquel sitio produjo en él una impresión dolorosa que le oprimió el corazón, como si viera en él la imagen simbólica de su desgracia. Sin embargo, habíase arreglado un poco aquel cobertizo colocando en él una rústica mesa y algunas sillas.

No esperó allí largo tiempo; después de dirigir una mirada al interior, y cuando volvía al terraplén cubierto de césped que precedía á la casita, divisó al pie del cerro un pequeño grupo de paseantes que se dirigían hacia él. Al divisarle la señorita de Sainte-Severe no manifestó la menor sorpresa, y hubiérase dicho que esperaba verle allí. Blanca se detuvo como si no osase avanzar.

Sin embargo, poco después continuó su marcha, y de vez en cuando miraba á Gilberto sonriendo, al paso que un poco sofocada y casi falta de aliento franqueaba la empinada senda.

X

Gilberto se apresuró á ir á su encuentro; pero antes de que llegase Guy y Juana, que precedían á su madre, muy contentos de ver otra vez á su amigo, hiciéronle las mismas caricias de la víspera, abrazándole cariñosamente.

La señora de Cabrol había llegado por fin al terraplén y seguía dirigiéndose hacia la granja; pero antes de entrar se detuvo, volvióse y tomó al parecer una solución repentina.

– Lleve usted los niños al cerro grande, dijo á la señorita de Sainte-Severe; ellos pueden andar aún, pero yo estoy cansada... Que tomen allí algo, y vuelva usted dentro de una hora...

Blanca entró entonces en el cobertizo, donde puso en una silla el quitasol y el sombrero. Gilberto la había seguido, y la contemplaba mientras se quitaba los largos guantes. Por su mutismo, mientras la examinaba furtivamente, siempre con la misma sonrisa, comprendió que se preparaba una explicación....

De repente arrolló los guantes, arrojólos sobre la mesa, y sin decir nada ofre-

ció su mano desnuda á Gilberto fijando en él á la vez una mirada que parecía decir: «Seremos amigos aunque...»

Tanto necesitaba Gilberto conservar la esperanza, que este ademán le engañó, y desvaneciéndose todos sus temores, precipitóse sobre aquella mano; pero cuando quiso besarla, Blanca la retiró suavemente.

Entonces lo comprendió todo; sus facciones revelaron su decepción; y hasta la sonrisa de Blanca desapareció para dar lugar á una mirada compasiva. Hubiérase dicho que alguna cosa acababa de romperse entre ellos, y que ambos lo comprendían así.

– Escúcheme usted, dijo la vizcondesa con tono suplicante; pero ante todo siéntese... Yo quisiera descansar también, mas la inquietud no me lo permite.

Al pronunciar estas palabras, la vizcondesa palidecía y estaba al parecer tan impresionada como él. Su vestido debía sofocarla, pues diminutas gotas de sudor se deslizaban por sus sienes, y parecía que sus ojos se velaban de lágrimas. Al fin se dejó caer en una silla, y apoyando los codos en la mesa y el rostro en la mano, con la mirada fija en tierra, reflexionó un momento. Su manga corta, con los encajes caídos, dejaba ver su blanco brazo que sostenía la cabeza. Blanca, hermosa en su dolor, estaba en aquel momento seductora en su abandono.

– ¡Oh!, exclamó, dando un paso hacia Blanca, ¿llora usted?

Y él, angustiado por aquel pesar, á la vez que le embriagaba contemplar tanta belleza, tenía lacerado el corazón, comprendiendo que era la causa de aquel padecimiento y que le bastaba decir una palabra para remediarlo al punto. También sabía que pronunciarla era sacrificar lo que más quería en el mundo, y que sin embargo, no habría otro recurso.

– ¡Por favor, dijo al fin, hable usted!

Blanca levantando un poco la cabeza, fijó en Gilberto una larga mirada, é hizo al parecer un esfuerzo para reponerse.

– Esperaba casi, dijo, encontrar á usted aquí... Sí, ayer, cuando la señorita de Sainte-Severe volvió al castillo tuve la curiosidad de preguntarla si le había visto; insistí para que me repitiera la conversación de ustedes, y deduje que le hallaría hoy en este sitio... Sin embargo, no he venido sin profunda inquietud; pero era indispensable... Yo tenía pensado lo que debía decir... ahora no me acuerdo ya... Ayúdeme usted, añadió con dulce acento y una humilde sonrisa, suficiente para desarmar la cólera de Gilberto.

Este estaba preparado á todo ya y contestó tranquilamente:

– Puede usted hablar... Yo no tengo ya derecho...

– ¡Cómo que no!, interrumpió la vizcondesa vivamente. Muy por el contrario, yo venía á decir á usted... ¡Dios mío! Sin duda sabrá ya lo que me sucede... Pues bien: yo venía á decirle que me consideraba como comprometida con usted.

Gilberto no pudo reprimir una sonrisa de amargura.

– ¡Comprometida!... ¿Por qué?... No, no; usted no lo está... ¿Cómo había de estarlo?

Blanca fijó en Gilberto una mirada penetrante, como si quisiera estudiar el tono con que acababa de pronunciar aquellas palabras, en las cuales creía adivinar una queja; pero también comprendió que la renuncia de Gilberto sería menos difícil de obtener de lo que ella pensaba y que había ganado su causa de antemano.

Sus ojos brillaron entonces por la satisfacción que sentía, y añadió con dulzura:

– ¿No había usted soñado lo mismo que yo?

– Verdad es, repuso Gilberto; me creía seguro de mi felicidad... tan seguro, que no desconfiaba...

– Bien ve usted...

Blanca quería, al interrumpirle, contener las recriminaciones en sus labios, y añadió al punto:

– ¡También yo creía en esa felicidad! Pero he debido reflexionar... ¿Recuerda usted las inquietudes de mi esposo en sus últimos momentos, y cuánto le preocupaba el porvenir de Guy y de Juana?... Mis hijos carecen de fortuna, y se presenta una ocasión... ¿Qué hacer? Yo sería mala madre... mientras que, sacrificándome, estoy segura de que se cumplirán todas las voluntades de nuestro amigo, segura de dar á Guy una buena educación y de casar á Juana...

Gilberto no podía menos de admirar cómo las recomendaciones de Pedro, que al parecer debían unirle con la vizcondesa para siempre, servían ahora para separarle de ella. Aquella lógica de mujer le desconcertaba, produciéndole el más cruel padecimiento; y en el esfuerzo que hizo para no enternecerse, replicó bruscamente:

– ¿Ha pedido ya la mano de usted?

Blanca sintió como un golpe en el corazón al oir esta pregunta, y miró á Gilberto con desconfianza, pero repúsose muy pronto. La debilidad misma del hombre revelábase en la rudeza del tono. Era el momento de dar el último golpe para no perder la ventaja.

– Sí, contestó, hace una semana que pidió mi mano... Yo no pensaba apenas en el conde, pues mi intención era casarme con usted...

– ¿Y qué respuesta le dió usted?

– Yo no dije nada; no podía contestar... ¿No he dicho antes que me consideraba comprometida con usted? No me era posible disponer de una palabra que me parecía haberle dado..

– Nada nos hemos prometido, replicó Gilberto; pero tal vez mediaba entre nosotros un compromiso moral, una palabra que no nos dimos, porque lo creíamos inútil.

– Sí, sí; eso es... La palabra existe.

Gilberto comprendió que Blanca apelaba á su generosidad, que deseaba obtener una renuncia terminante, y que de nada serviría retardar su triunfo. Tanto daba sacrificarse desde luego; y por otra parte su corazón se helaba poco á poco. Al mirarla, al escucharla, no la conocía ya; siempre la creyó franca, modelo de rectitud y desinterés... mas ahora veía en ella fingimiento y artificio.

– Pues bien, repuso, exista ó no esa palabra, yo se la devuelvo á usted como la prenda más preciosa que he tenido... pero no piense usted en mí, sino en usted solamente...

– Querrá usted decir en mis hijos... Por ellos lo hago todo, por ellos me sacrifico y doy este paso. ¡Ah, si se hallaran en otra situación! Pero siendo ahora pobres, si continuaran siéndolo por culpa nuestra, tendríamos un remordimiento... ¡Si usted supiera cuántos son los apuros en que vivo desde hace un año!

Y no satisfecha aún de una renuncia que hubiera querido más espontánea, menos mezclada con quejas y vacilaciones, Blanca quiso inspirar compasión á Gilberto, y pintóle las miserias que hubo de sufrir desde la muerte de Pedro, á causa de las exigencias de los acreedores. Y por un tránsito bastante natural, y aparentando en cierto modo pedirle consejo, hablóle de las ventajas que reportaría el contrato matrimonial: dos millones de dote, es decir, uno para cada uno de mis hijos.

– ¡Pues bien, contestó Gilberto, acepte usted!...

Mas al pronunciar estas palabras, hizo un ademán violento, golpeándose la frente, como exasperado por la injusticia de su suerte, que no le había concedido la fortuna del conde de Bagrassand. Después, apoyado el codo en una rodilla, con los dedos crispados sobre la boca y reteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, dejó escapar su cólera.

– ¡Que no tenga yo millones también!, exclamó. Yo los hubiera puesto á los pies de usted... y tal vez entonces... ¡Pero no!... Hablemos con franqueza... No podríamos casarnos, porque yo no soy el conde Bagrassand...

Blanca le interrumpió.

– ¡No diga usted eso, señor Maujeán! ¿Me crié por ventura altiva y orgullosa?... Diríase que aún no me conoce bastante... ¡Yo me habría casado con usted pobre, y habría sido dichosa teniéndole por esposo!... Pero Guy y Juana... ¡No puedo sacrificarlos!

¿Hablaba la vizcondesa con sinceridad? Tal vez lo creyera así; quizás estaba persuadida de que obraba á pesar suyo, sacrificándose por sus hijos al carácter del conde y rompiendo con todas sus afecciones amorosas.

Pero Gilberto veía más claro; comprendió que Blanca presentía, sin darse cuenta de ello, que aquel matrimonio iba á restablecerla en la brillante posición que antes ocupaba y de que tan digna era, y que esto pesaba grandemente en su ánimo.

Al reflexionar sobre aquella nueva existencia y sobre lo que con ella podría volver á adquirir, y comparando esto con lo poco que él podía dar, comprendió bien la necesidad de su sacrificio. Entonces consintió en atender á razones, y habló con tranquilidad.

– Sí, dijo, tiene usted razón... cásese en buen hora con el conde de Bagrassand... y hágalo por sus hijos y por usted misma. No podría encontrar hombre más conveniente... se lo digo con sinceridad, sin ironía, tal como lo pienso... ¿Qué podía ofrecer yo? ¡Ni siquiera se me había ocurrido! No pensaba más que en la dicha de vivir los dos bajo el mismo techo. Hubiera sido una vida muy retirada, una vida de estudio y de trabajo para mí, lo mismo que para usted.


El sacerdote Souchón prepara su discurso

¡Qué diferencia con la que ha tenido hasta aquí y la que debe disfrutar en adelante! En ese París, adonde hubiéramos vuelto, ya no habría habido para nosotros ni los mismos pasatiempos ni las mismas relaciones. Un sabio puede elevarse y un artista llegar á ser ilustre; pero no se avienen mucho con los placeres mundanos.

Gilberto hablaba tranquilo, razonando fríamente, y Blanca le veía en ese punto de resignación á que deseaba conducirle. En suma, hubiera podido prescindir de aquella entrevista, y era casi una condescendencia heroica por su parte haberse empeñado en obtener su asentimiento verbal. Conseguido ya, y hechas todas las concesiones, más ó menos de buen grado, la conferencia no podía ser sino lo que había sido, un poco violenta, mal conducida y enojosa para uno y otro. Era necesario resolverse y no prolongar más aquella escena.

– Pues bien, dijo Blanca levantándose, esa existencia es la que me seducía; precisamente es lo que me tentaba y lo que sobre todo echaré de menos.

Siguióse un minuto de silencio. ¿Había concluído, pues, todo entre ellos?... Blanca alargaba ya la mano hacia su sombrilla y sus guantes; pero de repente miró á Gilberto, como si le remordiera la conciencia no pensar más que en sí misma.

– ¿Y qué hará usted ahora?, le preguntó.

– No sé... Volveré á Roma...

– ¡Marchar!... ¿Se propone usted marchar?... ¿Y por qué?

– Puedo consentir en que sea usted de otro, balbució; ¡pero verlo con mis ojos!...

Su voz temblaba; por primera vez veía claramente la realidad de su infortunio, y su corazón se trastornó. Esta emoción, que no podía ocultar, comunicóse á Blanca, y en sus ojos brilló una fugitiva lágrima.

Gilberto hubiera podido dudar de la ternura de la vizcondesa, asombrarse de su sangre fría en la terrible crisis que atravesaban; mas al ver aquella lágrima, reconoció de nuevo á la mujer á quien amaba tanto.

– ¡Oh!, exclamó, dando un paso hacia Blanca, ¿llora usted?

La vicondesa se cubrió el rostro con las manos, y dejándose llevar de un impulso irresistible, echóse en brazos de Gilberto.

– ¡Oh!, murmuró, ¡quédese usted!... yo se lo ruego.

– ¿Me ama usted, pues, aún?... ¿Me ama usted verdaderamente?...

Blanca sollozaba, con la cabeza apoyada en el pecho de Gilberto, y repetía á través de sus lágrimas:

– ¡Quédese usted, quédese usted!...

– Pues bien: ¡renuncie usted... sí, renuncie á ese casamiento y me quedaré!

– Guy y Juana me maldecirán... ¡No puedo; quédese usted!...

– Harto debe comprender que no es posible... ¡Sufriría demasiado!

Pero la vizcondesa repetía siempre las mismas palabras sin cambiar de posición. Gilberto la tenía palpitante entre sus brazos; jamás la había visto tan encariñada con él, y esto sucedía precisamente en el momento en que iba á perderla. Entonces, sin poder reprimir su impulso, se inclinó, y en el cabello sedoso de Blanca, entre sus trenzas perfumadas, sepultó los labios, y abrasó aquella frente con sus ardientes besos.

– ¡Gilberto, por piedad!...

Era la primera vez que le daba este nombre, y hacíalo para implorar, para pedir gracias; pero este nombre pronunciado por ella, tenía una dulzura y un encanto que le embriagaban...

De repente oyéronse las voces de los niños; Blanca se arrancó entonces de los brazos de Gilberto, volvióle la espalda, y comenzó á enjugarse las lágrimas, alisándose á la vez el cabello. Un momento después había desaparecido la señal del llanto, aunque los ojos estaban aún enrojecidos y brillantes, y Gilberto pudo ver de nuevo en sus labios la sonrisa que al comienzo de la entrevista los entreabriera.

Juana y Guy entraron, conducidos de la mano por la señorita de Sainte-Severe, como si ésta quisiera reprimir su ternura demasiado expansiva. ¿Acababa de enseñarles la lección? ¿Les habría dicho alguna cosa? El caso es que miraban ahora á Gilberto con una especie de curiosidad tímida, como la que inspiran á los niños las personas á quienes conocen poco. También se notaba en ellos un cambio; y la señorita de Sainte-Severe tenía el aspecto serio y severo de aquel que asiste á una operación penosa, pero necesaria.

– Todos juntos comenzaron á bajar la colina; la vizcondesa, evitando las miradas de Gilberto y toda conversación directa con él, avanzaba con paso ligero, como aliviada de un grave peso que había creído necesario imponerse.

Gilberto quiso acompañarla hasta que se hallasen á la vista de Mareuil; pero Blanca se detuvo.

– No se moleste usted más, señor Maujeán, dijo, pues ya es tarde, y para volver á Chatillón...

Gilberto le rogó que ofreciese sus respetos á la marquesa de la Fonfreyde, y Blanca se alegró mucho de tener una oportunidad, en el momento crítico de la despedida, para hablar de la anciana, como si la salud de ésta fuese lo que más debía interesarla en aquel momento. Después dijo á los niños que abrazaran á Gilberto, estrechó rápidamente la mano de éste, cruzándose entre los dos una mirada estoica, y alejóse.

Maujeán quedó inmóvil en el mismo sitio; Blanca, sonriendo, volvía la cabeza de vez en cuando para mirarle, y no hubo más; todo había concluído; Gilberto la perdía para siempre.

Sin embargo, aún permaneció allí algún tiempo, contemplando el castillo, cual si quisiera grabar en la imaginación todos sus detalles. Veía de nuevo la ventana del cuarto de la vicondesa, los cortinajes de seda blanca, y recorría con la mirada los vastos jardines, las espesuras, entre las cuales paseó tan á menudo con ella... ¿Cómo pudo ser bastante loco para imaginar que él, Maujeán, llegaría á casarse con la vizcondesa de Cabrol, la castellana de Mareuil? Y pensando en esto recordaba cuán pronto había Blanca vuelto á ser la gran señora de antes y con qué sencillez y desenvoltura recobraba su tono aristocrático. Parecíale por otra parte que semejante escena no hubiera debido pasar sin arrebatos, sin recriminaciones, sin amagos inventivos, y arrepentíase ahora de haber sido demasiado bueno y conciliador, de haber manifestado tan excesiva credulidad y de no haber hecho comprender que los millones del conde de Bagrassand, que Blanca pretendía no envidiar sino para sus hijos, la fascinaban á ella misma. ¡Ya no era tiempo!

Gilberto se alejó al fin de aquel sitio en dirección á los cerros. ¡Qué tristeza reinaba en su alrededor! Los bosques, tan risueños en otra época, aquellos pinos que vivificaban los senderos cubriéndolos de fresca sombra, parecíanle los cipreses de un cementerio. Y se sintió humillado; estaba como hombre á quien se acaba de robar y que ha ayudado al mismo que le robaba, haciéndose cómplice del ladrón. Poseído de cólera, aplastaba con el pie las plantas silvestres que encontraba á su paso...

Al ver la llanura se detuvo: la noche se acercaba, extendiendo sus sombras sobre los campos, las casas, los árboles y la línea brillante de las corrientes de agua; solamente un punto blanco se destacaba aún claramente por la parte de Chatillón en medio de la sombra invasora: era un elevado muro, fuera de la ciudad, que cerraba un recinto en la pendiente de la colina... Allí reposaba su madre. ¡Pobre madre, á quien la nobleza entusiasmaba, si hubiera podido verle en aquel momento! Y extendió los brazos como para invocarla á través del espacio... Después continuó su marcha, y durante todo el trayecto, sus lágrimas no dejaron de correr un instante.

Desde entonces los sucesos se precipitaron: los preparativos del casamiento exigían frecuentes expediciones desde Mareuil á Chatillón, y por la señorita de Sainte-Severe Gilberto sabía cuanto pasaba en el castillo.

Su situación volvía á ser, al cabo de algunos años de intervalo, lo que fué cuando se efectuó el matrimonio de Blanca con Pedro; pero entonces solamente había tenido vagos ensueños, pueriles ilusiones que se desvanecían, mientras que hoy veía abismarse á sus ojos la dicha con que había creído poder contar. Y esta vez también dejaba que se hiciese todo, sin serle imposible impedirlo.

(Continuará)


... y blandía un puñal ó un frasquito de veneno

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS AUTÓMATAS

Con el nombre de autómata se designa generalmente una máquina que representa un ser animado cuyos movimientos imita merced á ciertas com-

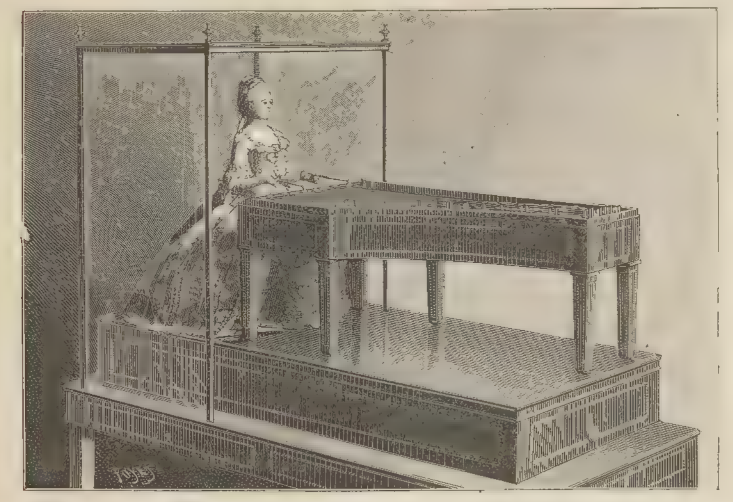


Fig. 1. Concertista mecánica de tímpano, obra de Hintzen y Kintzen (siglo XVIII), existente en el Conservatorio de Artes y Oficios de París

binaciones. Los autómatas son verdaderas curiosidades y á menudo maravillas de paciencia y de ingenio.

Los historiadores hablan á veces de autómatas prodigiosos; pero estos aparatos extraordinarios por ellos descritos no han existido probablemente más que en la imaginación de los narradores, que al transmitirse verbalmente y de generación en generación los relatos han acabado por dar á los hechos proporciones exageradas y completamente distantes de la primitiva verdad.

Entre los autómatas citados por los antiguos, pero de cuya existencia no hay prueba real alguna, háblase de una paloma de madera que se supone construída 400 años antes de Jesucristo y de una mosca de hierro ofrecida, según nos dicen, á Carlos V, que después de describir volando un círculo en el aire volvía á la mano de su autor. Cuéntase también que en el siglo XI un obispo de Nápoles fabricó una mosca de bronce que impedía á todas las moscas verdaderas que entraran en la ciudad Otra narración no más digna de crédito que las anteriores menciona un águila de bronce que se puso á volar delante del emperador Maximiliano. Citemos finalmente los hombres del mismo metal construídos según unos por Rogerio Bacón y según otros por Alberto el Grande ó por Reysolius.

Por los ejemplos citados y otros mil que consignar podríamos se ve que los escritores de la Edad media, muy aficionados á lo maravilloso, fácilmente comulgaban ó querían hacer comulgar á los demás con ruedas de molino.

A partir del siglo pasado se encuentran ya datos formales acerca de autómatas realmente fabricados. Cuéntase, atribuyendo la invención á distintos sabios, que se construyó un ingenioso autómata para «demostrar que los animales no tienen alma.» Esta máquina, á la que su autor dió el nombre de *Francine*, representaba una joven, y en una travesía que hubo de efectuar alguien tuvo la curiosidad de abrir la caja que la encerraba: el capitán del barco quedó tan sorprendido al ver que esta figura se movía como si tuviese vida, que mandó arrojarla al mar, pues no quiso conservar en su embarcación un instrumento de magia.

En el mismo siglo décimoctavo, los hermanos Droz, en Suiza, construyeron varios autómatas, respecto de los cuales carecemos de datos precisos y sólo sabemos de ellos que eran muy curiosos. En aquella época veíase con frecuencia en las capillas, en los locutorios de los conventos y aun en las grutas de algunos jardines un monje que, al abrirse la puerta, salía á recibir á los visitantes y se retiraba en seguida. Estos autómatas no eran, propiamente hablando, otra cosa que maniquíes sin movimiento, montados sobre ruedas. En un seminario de Francia los que visitan la casa son recibidos por un esqueleto que se golpea una contra otra sus descarnadas falanges.

Sabido es que en 1810 exhibíase en Londres una araña de regular tamaño que ejecutaba distintos movimientos, andaba y al ser cogida agitaba sus patas, gracias á un mecanismo compuesto de 115 ruedas, número de cuya exactitud nos es permitido dudar dadas las dimensiones que el tal objeto tenía. Al mismo tiempo que la araña podía admirarse un cisne que nadaba en un estanque entre peces, de los cuales, de cuando en cuando, cogía uno, se lo tragaba y luego batía las alas.

Algunos años después, en 1817, enseñábase en la misma ciudad un pajarito de oro puesto en una tabaquera que, al abrirse ésta, salía de su encierro, movía el pico, abría sus alas y se ponía á cantar.

Después de este resumen preliminar, vamos á describir los autómatas modernos cuyos efectos son conocidos y de cuya existencia no cabe la menor duda.

Comencemos por uno muy conocido de los parisienses, que sirve de reclamo á un industrial: es un cuadro automático formado por cuatro personajes, dos de los cuales figuran moler continuamente en un mortero, mientras el tercero, armado de un raspador, corta sin cesar, á distancia de un centímetro del pie, un callo á una señora que expresa su satisfacción moviendo la cabeza á intervalos regulares.

En el número de los mejores autómatas figuran los de Vaucansón, entre los cuales mencionaremos en primer término el flautista construído en 1730, que se conserva actualmente en Viena y toca doce piezas, y el tamborilero que armado de tamboril y flageolé tocaba viente piezas distintas. Estos dos personajes, de tamaño natural, funcionaban por medio de un poderoso resorte que ponía en movimiento una porción de fuelles que llenaban de aire varios depósitos, los cuales vaciábanse á voluntad, merced á un juego de muelles, y producían sonidos. El mismo inventor construyó otras dos piezas notables: en primer lugar su áspid que se enroscaba, sacaba y movía la lengua y silbaba, y fué construído para figurar en la tragedia de Marmontel titulada *Cleopatra;* en segundo, el celebre pato, fabricado en 1738, que meneaba la cabeza para buscar su comida y tragaba y *digería* los alimentos. Su celebridad era todavía grande cuando en 1844 un mecánico llamado Tiets lo exhibió en París, donde causó la admiración de cuantos lo vieron. Durante su exhibición se le rompió un ala, y Roberto Houdín, encargado de reparar el autómata, descubrió el secreto de la supuesta digestión. Sin entrar en los detalles técnicos, diremos que el pato tragaba, que los alimentos eran retirados de su estómago durante el intermedio de dos funciones y que la digestión se figuraba por medio de una papilla verdosa expulsada por un pistón. De modo que este famoso autómata era un eccesorio de escamoteo.

A propósito de Roberto Houdín, debemos recordar que le fué confiada la reparación de otras piezas mucho más difíciles, entre ellas el Componium, que era un órgano mecánico llevado en 1829 á París por su inventor, un alemán. Todas las piezas de este instrumento que improvisaba variaciones siempre diferentes, estaban desmontadas sin marca alguna que indicara cómo debían colocarse y encerradas en cajas. Houdín consiguió orientarse en medio de los millares de piezas que constituían este órgano y ponerlo de nuevo en estado de funcionar. Ignórase qué fué después de este aparato.

Roberto Houdín reparó también en 1859 una tocadora de bandola atribuída á Vaucansón y que actualmente se guarda en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, y una concertista de tímpano, obra de Hintzen y Kintzen, que puede verse en el mismo Museo, al que fué regalada por la Academia de Ciencias (fig. 2 y 1).

El Conservatorio de Artes y Oficios encierra también pájaros cantores y una pieza mecánica que imita el canto del ruiseñor, legados en 1885 por M. Julio Andeoud.

Tales son los principales autómatas curiosos. En estos últimos años, la industria ha fabricado otras piezas interesantes de este género que merecen capítulo aparte.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

* * *

FABRICACIÓN DE LAS LÁMPARAS DE INCANDESCENCIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El proceso de las lámparas incandescentes que actualmente preocupa en alto grado á los círculos eléctricos de América, ha hecho que naturalmente se fijara la atención en la fabricación diaria de dichas lámparas en los Estados Unidos.

Las fábricas de lámparas son muchas en número y de muy diversa importancia. Una reciente estadística, hecha por el presidente de una de las compañías de fabricación, establece que la producción total alcanza la cifra de 50.000 lámparas por día, ó sean 300.000 por semana ó 15 millones al año, contando en éste trescientos días laborables.

Como cada lámpara incandescente se renueva unas tres veces al año, las cifras de producción permiten calcular en 5 millones las lámparas instaladas; pero teniendo en cuenta las existencias de cada fábrica y las lámparas que han servido para montar las nuevas instalaciones, puede afirmarse que el número de lámparas instaladas excede positivamente de 4 millones.

Y adviértase que se trata de lámparas que consumen de 3 á 4 vats por bujía. ¿Qué sería, pues, si llega á descubrirse, como es muy posible y aun probable, un nuevo filamento con que puedan construirse



Fig. 2. Tocadora de bandolín, aparato mecánico atribuído á Vaucansón, existente en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

lámparas que no consuman por bujía más de 1 ó aun 2 vats?

Puede afirmarse que el día en que esto suceda el alumbrado por gas habrá muerto. Tarde ó temprano los progresos del alumbrado eléctrico por incandes-

cencia traerán consigo esta muerte natural del alumbrado por gas, lo cual no quiere decir, sin embargo, que de ello resulte necesariamente la desaparición de las fábricas y distribuciones de este fluido, que podrá servir entonces para la cocina y la calefacción y quizás también para hacer funcionar las fábricas eléctricas de los distritos que recibirán el gas de las grandes fábricas periféricas, y transformarán su energía térmica en energía eléctrica para su distribución á los cosumidores.

Las cifras recientemente presentadas por M. Witz en la Academia de París, hacen esta hipótesis muy probable y de un porvenir casi inmediato.

(De *La Nature*)



BARCELONA. – PLAZA DE ANTONIO LÓPEZ, cuadro al óleo de D. Modesto Texidor. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 7 de septiembre de 1891 — Núm. 506

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MONUMENTO DE LA FONTAINE

Inaugurado en Auteuil el día 26 de julio de 1891: obra de Dumilatre, estatuario; Ducrost, escultor decorador, y Frantz Jourdain, arquitecto.

SUMARIO

PENSIONES Y BOLSAS DE VIAJE

(CAPÍTULO DE UN LIBRO)

Reconozco mi equivocación: era yo muy entusiasta á favor de las *Pensiones* y *Bolsas de viaje*. Pero pasando de la teoría á lo práctico, caso de no ser en absoluto dificientes los resultados, ofrecen graves contras. En punto á Bellas Artes el acierto en la legislación es sumamente difícil; y hasta lo mejor preconcebido puede aparecer distinto de lo calculado. Sea por la condición especial del arte, sea por el estado de la sociedad, sea por complejas circunstancias, que en la vida de la inteligencia, del sentimiento y de las necesidades se agitan, impulsan y promueven los esfuerzos de la actividad, la cosa puede tomar el sesgo que menos se esperase, acabando en mal lo que se presumió en bien, ó acabar en bien lo que se suponía que acabase en mal.

Me decía un amigo desde el elevado puesto que ocupaba en un cuerpo artístico: «Puede no ser conveniente ese sistema, ese inmoderado abuso facilitando el camino de las Bellas Artes. Demasiadas pensiones; no tanta creación de artistas... (permítase la frase). Se debe empezar por crear atmósfera: mucha escuela y enseñanza de dibujo de aplicación á la industria, más artífices y menos artistas (aunque sin abandonar ni descuidar lo bello y propio de los artistas); los que tales sean brotarán casi por sí solos, y á esos, después de conocido su valer, es á quienes debe tenderse la mano... Vale más menos y mejores, pocos y buenos: más acertado sería recompensar y remunerar á los que lo merezcan que perder tiempo y dinero en tentativas que pueden resultar inútiles, ó en un aumento de productores de obras de arte, para los cuales pudiera no haber medios ni arbitrios suficientes para remunerarlos.»

Yo tenía por exagerada esa idea; y hasta me atrevía á combatirla, porque entonces me encontraba con la imaginación repleta de ilusiones y totalmente vacío el almacén de los desencantos y desengaños.

. . . .

Creo que efectivamente andamos en este punto muy equivocados, persiguiendo ese ideal de una manera rutinaria, con vicios inveterados y sin fijar detenidamente la atención en un asunto tan importante. Y así, de vicio en vicio y de error en error, siempre sin escarmiento, procedemos del mismo modo, sin ocuparnos en parangonar el pro y el contra, ni siquiera en pensar que otro medio, que otro sistema pudiera ser más favorable al pensamiento, y cuyos beneficios pudieran ser á todas luces más tangibles, más seguros y quizá más económicos... aunque esto último no liga bien con el valor y precio del verdadero arte.

Plantéese la cuestión en esta forma:

¿Qué conviene más, gastar en pruebas y esfuerzos á lo que salga... ó gastar en recompensas y remuneraciones en lo que se conoce?

¿Qué es más racional, premiar una aplicación constante, un trabajo ó una obra de mérito, un éxito debido al estudio y al genio... ó derrochar dinero para una aplicación intermitente, un talento de llamarada, un estudio de plazo y compromiso, una obra de condición contradictoria y un éxito de relumbrón preparado con bombo y platillos? La respuesta no podrá ser embarazosa.

Sin embargo, toda regla general tiene sus excepciones: el *quid* está en saber distinguir bien los casos y circunstancias en que pueda y deba seguirse una cosa ó adoptarse otra; porque según sean pueden aconsejar prudente, convenientísima y necesaria la excepción, no por favor, sino en debida justicia, *pensionando* ó entregando una *bolsa de viaje*, tendiendo protectora mano al individuo necesitado de aquel auxilio, en orden del arte, de la ciencia, de la industria, de la agricultura y demás útiles á la localidad, á la región ó al Estado. Eso sería el principio preparatorio á la recompensa y remuneración.

Pueden los grandes centros, cabeza ó corazón de las naciones, continuar con el sistema adoptado, sosteniendo sus pensionados y concediendo de continuo las bolsas de viaje á fin de atraer á ellos cuanto en todo orden y ramos del saber y en crecido número pueda sostenerse allí y desarrollarse, procurándose así lo mejor, aun á riesgo de las mermas que resulten por lo poco culminante que pueda obtenerse.

Pero en las provincias y poblaciones de segunda, tercera y menor importancia, el resultado siempre será negativo, el sacrificio impuesto inútil, el dinero así gastado completamente inútil. Porque desde el momento en que se intente formar ó reunir artistas, sabios, industriales, artífices, agricultores y cuanto más pueda caber en tan laudable anhelo, al mismo tiempo se ha de preparar y formar la atmósfera indispensablemente necesaria para que esos hombres puedan respirar en ella, se les han de proporcionar medios para que ellos puedan vivir: trabajo, sí, pero pago por lo que trabajen. ¿Qué han de hacer esos hombres al volver á su país, qué pueden hacer, si en él no encuentran medios ni recursos para la aplicación y explotación de su saber? ¿Qué podrán hacer asfixiándose en el vacío? Se verán obligados á huir de allí para buscar en otra parte lo que la localidad ni les da ni puede darles. ¿Qué se habrá logrado con eso? Haber creado, ciertamente, si así se quiere, un hombre de mérito, pero cuyo valor y fruto se apreciará y recogerá en otra parte. Beneficio para la localidad que costeó su enseñanza, ninguno.

. . . .

Aquí no se ha de suponer cosa alguna: basta recordar ejemplos.

¿Cuántos artistas de merecidísimo renombre volvieron á la nación, provincia ó localidad que costeó su pensión... cuántos regresaron á ella con fruto del arte, de la ciencia y de su aplicación y aprovechamiento, devolviendo de este modo beneficio por beneficio? ¡A la primera, muy contados; á la segunda, menos; á la tercera, casi ninguno!

Son tan rarísimos los ejemplos en contrario, que sería cosa fácil enumerarlos si permitido fuese nombrarlos ó indicarlos, y tantos los artistas que en vez de volver á su patria se establecieron ó pasaron la mejor parte de su vida en la extraña, que ese número sería suficiente y de sobra para pensar en un cambio de sistema menos deficiente, dejándonos de palabras altisonantes, frases ampulosas y discursos ó disertaciones de sensación pasajera, que dura sólo el tiempo de escucharse, en actos revestidos de la solemnidad propia del caso, por lo que parece se coloca la primera piedra de un monumental edificio... pero á vuelta de algún tiempo resulta levantado sobre ella un simple barracón... *¡Celá a fait son tour!* Preciso es, porque la experiencia lo enseña, dejarnos de esas teorías ilusorias, cuando menos, y estudiar, intentar y plantear medios que conduzcan á más prácticos resultados, y sobre todo más provechosos á las localidades, empleando mejor el dinero que en esto se quiera ó se pueda invertir; pudiendo añadirse y que se debe invertir.

. . . .

Media una distancia inmensa entre tomar al pie de la letra el axioma de que para despertar y avivar el sentimiento y solidificar, dígase así, la educación artística, sea indispensablemente preciso vivir mucho tiempo en esos grandes centros del arte y ante las obras de los primeros maestros, y para ello, de consecuencia lógica la falsa rutina de las pensiones, el sostenimiento de escuelas en el extranjero con mayores ó menores pomposos títulos académicos... De esta idea, á la de negar y rechazar la necesidad de ver, de impresionarse, de estudiar las obras de los grandes maestros, habría la distancia que separa el uso del abuso. No se rechaza la idea de la necesidad de ver, de conocer y conocerse; no se niega esa necesidad, antes muy al contrario, lo que se ha de combatir es el sistema considerado infalible, el abuso en que se incurre, el error que se comete y en el cual se persiste.

Las disposiciones, los talentos y sobre todo los genios brotan por su propia fuerza: estos últimos producen destellos; pero luz fija y esplendente, sólo por el estudio, la enseñanza, la educación, el estímulo y cuanto conveniente sea á su depuración... esto es difícil puedan lograrlo por sí solos: un Rembrandt es excepción de regla; á Murillo le fué suficiente lo que vió en Sevilla y Madrid; Zurbarán no estuvo en Italia; Cano no salió de España; Velázquez, ya muy hombre y consumado artista, pasó á Italia, y si de una parte recibió impresiones, que supo aprovechar, de otra asombró con sus obras á los de allá... A este eximio maestro le bastó ver cómo pintaba Andrés Sacchi para cambiar su estilo primitivo; Antonio Allegri, ante un cuadro de Rafael, exclamó: «*Anch' io sou pittore.*» Sin embargo, á otros temperamentos les fué preciso ir á estudiar y á impresionarse fuera de su patria: si Ponssin y Claudio Geleé no hubiesen salido de Francia, fijando su residencia en la península italiana y en Roma, á buen seguro que al primero no se le hubiera dado el título de *Rafael Francés*, ni el segundo habría conquistado la fama de que gozó.

Estos y otros ejemplos pueden probar poco en pro ó en contra; pero prueban mucho con respecto á que ni una ni otra cosa puede considerarse como axiomática, pues muchos ni á la vista de tales obras ni por largo tiempo les sacan el jugo. En resumen, según los casos y circunstancias se ha de adoptar lo que se crea conveniente: ni abrir de par en par la puerta á todos, ni cerrarla y atrancarla.

. . . .

Supóngase que por el presupuesto del Estado, provincia, municipio, corporación ó sociedad artística se costea una pensión de dos, tres, cuatro ó cinco mil pesetas por cierto número de años, que por lo regular no son menos de tres. Como es natural, se presentan al concurso á pescar la plaza noveles artistas, y no hemos de suponer aquí si nuevos Icaros con alas de cera ó azuzados y protegidos por elevadas influencias, cuyas insinuaciones pueden ejercer poderosa presión hasta el extremo de poder sospecharse quién será el favorecido antes de practicarse los ejercicios... Nada de eso, sino simplemente que esos jóvenes sean de aquellos que se conocen con el nombre de *ratas viejas de clase*, y como tales se lucen en el examen, echando fuera y de una vez todo lo que saben superficialmente; pero por la brillantez de las pruebas y con la más rigurosa justicia se les concede la plaza; remiten los trabajos obligatorios, y por ellos se alienta una esperanza... ó se evidencia una decepción.

En el primer caso, el más completo y satisfactorio, el final puede saberse *à priori:* ó una individualidad sacrificada á morirse de hambre, si no toma refugio en otra profesión que le proporcione lo necesario para vivir, ó como artista de mérito, imperiosamente obligado á ir donde el arte le dé lo suficiente para su existencia.

Ya en uno como en otro de los dos casos, si en la localidad falta atmósfera, el artista huye de ella; si el artista, por valer poco, no la necesita, en ella se queda y de nada sirve. Y siempre tendremos por residuo que, si no es un gran centro que dé de sí, el gasto resulta inútil para aquellos que lo satisficieron.

. . . .

Parece que sería muy racional y lógico que, meditando eso, se tratase de abandonar el adoptado sistema, estudiando y ensayando el planteamiento de algún otro de mejores resultados. Una pensión limitada á los tres indispensables años de estudio y en cantidad suficiente para que el pensionado pueda vivir y trabajar con algún desahogo, no se podrá conceder por menos de seis, ocho ó diez mil pesetas.

Se trata de un pintor, de un estatuario, de un arquitecto, de un músico, de un artífice, de un industrial, etc., etc., ¿por qué, pues, con esa cantidad no recompensar y remunerar, encargando á un artista, compositor, artífice ó industrial de reconocido mérito, y por concurso si se quiere, una pintura, una estatua, un proyecto, una composición, una joya, un mueble ó un artefacto? Así se andaría sobre más seguro, siempre y cuando se recompensase el positivo y probado mérito, y se ganaría tener una obra de arte. Los artistas y los artífices aparecerán si cuentan con recompensa y remuneración por sus obras... ¡Cómo no, si aun á pesar de ese mal sistema y luchando y padeciendo, aparecen y se imponen! ¿Acaso únicamente los pensionados han sido los artistas de más sobresaliente mérito y mayor renombre? Los artistas acudirán y vivirán en la localidad que les ofrezca medios para subsistir; los artistas desarrollarán su talento y su genio si hallan atmósfera, y sobre todo aprecio, justo premio á sus esfuerzos.

¿No viven en los centros de la fabricación y de la industria los industriales? ¿No acuden al tráfico los comerciantes? ¿No se instalan los banqueros donde hay juego de bolsa... ó los jugadores de otro género donde haya la *roulette*? ¿No se establecen sociedades de crédito allí donde pueden atraer y absorber capitales?... Dése á los artistas lo suyo y ellos aparecerán y enriquecerán el país que los quiera.

Reconozcamos que así como se sigue vamos á un desequilibrio; quizá estamos en él: andamos equivo-



RECUERDO DE MARRUECOS, cuadro de D. Gonzalo Bilbao. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)

cados: no nos avergoncemos de confesar el error; que en en esto honra más la enmienda que la tenacidad.

. . . .

Entonces *¡qué hacer!* Muy sencillo: haciendo bien lo que se hace mal; al revés de lo que se hace si el resultado no es bueno.

Puede decirse que eso viene indicándose tan de lejos, que no hay más que tender la vista sobre la historia del arte monumental ó sobre la de la sociedad, que es lo mismo. Dejémonos de revistas frívolas, de juicios de impresión, de equilibrios eruditos para presentar lo blanco negro y lo negro blanco y demás menudencias repugnantes, y acudamos á las firmes bases sobre las cuales únicamente puede sostenerse la mole de la grandiosa fábrica. Existen los documentos históricos reflejando la vida del sentimiento y de la civilización, ¡pues no han de existir!, escritos sobre lienzo y tablas, trazados en piedra y bronce: existen muchos y buenos libros que apenas se leen. Hágase otra cosa de lo que se hace, y los artistas de primera fuerza aparecerán y entonces podremos exclamar: *¡Esto es!* Pues si brota y se desarrolla lo malo y lo repugnante á los repetidos y continuos esfuerzos para lograrlo, ¿podrá dejar de aparecer y de prevalecer lo simpático, lo agradable y lo bueno, con menor empeño para obtenerlo? Es indudable.

«¿Qué se ha de hacer?»

Yo tal vez diría... pero, no: mejor será ceder la palabra á quien supo decir bien y hacer mejor; cédase al insigne Pericles, que dió su nombre á su siglo, reproduciendo de un discurso suyo el trozo siguiente:

«Vosotros, los que esperáis que yo emprenda grandes trabajos, preparaos con ardor y no acariciéis una confianza inactiva. Las guerras, sembradas por las guerras, tocan á su fin: ¡quieran los dioses favorecernos con una paz que será más gloriosa para nuestra patria que las victorias sangrientas! Los que de entre vosotros sean considerados capaces para construir ó edificar, esculpir ó pintar obras dignas de admiración, gozarán de una existencia asegurada y de ganancias considerables. Pero aquellos cuya mano sea poco experimentada y á quienes Minerva no haya sonreído en verdad, mejor harán en dedicarse á cultivar la tierra ó meterse á alfareros. Jamás tomarán parte en los trabajos; jamás ¡por Júpiter! les entregaré para que los destruyan los mármoles del Pentélico y las materias preciosas que hago traer de todos los países para adornar la ciudad; no, aun cuando me una á ellos el más próximo parentesco, aun cuando el gran sacerdote de Neptuno Erectheo los protegiese, aun cuando Aspasia suplicante tendiese hacia mí sus hermosos brazos. Un general no coloca nunca en los puestos peligrosos á un soldado cobarde y débil; yo, por igual motivo, sería con razón criticado si confiase las riquezas y el renombre de nuestra patria á unos artistas sin habilidad. Los lacedemonios arrojaban á una sima á los niños deformes, á fin de no haber de alimentar á ciudadanos inútiles: así quiero quitar la esperanza á los arquitectos, escultores y pintores que carezcan del sentido de lo que es bello, porque si el Estado los emplease no harían más que causar perjuicio y estrago No es justo que el interés de uno solo sea preferido á la gloria de todos. ¿Qué dirían los atenienses á los otros griegos, que prontamente vendrán á contemplar su ciudad adornada con mil obras de mérito, si fuese preciso mostrarles al mismo tiempo lunares vergonzosos y edificios que más valdría no haber nunca acabado? Esforzaos, pues, en producir únicamente obras nobles, irreprochables y de una belleza que nunca pueda envejecer.»

. . . .

Mientras se digiere bien ese retazo, puede pensarse en *lo que se ha de hacer.*

JUAN O. NEILLE

NEUROSIA

No conozco á los hombres más que de vista; de ahí nace, sin duda, que ellos no me conozcan á mí.

Eso de investigar las relaciones que nos unen con el sexo llamado fuerte, me parece acto de debilidad impropio del ser superior.

Ha llegado el momento decisivo: no cabe ya discusión en este punto; las sociedades lo reconocen, la ciencia universal lo proclama.

La mujer lo es todo; el hombre (macho) un cero á la izquierda.

Hasta ahora el hombre se había erigido un pedestal de arenillas de salvadera con esta inscripción:

«Dueño del universo.»

El frágil muro ha caído; el hombre estatua rueda: ya no es dueño ni de sí mismo. Ya no interviene en el desarrollo de la actividad humana.

Lo más que hace es dejarse dominar por la mujer, por su suegra.

Esta página del día pertenece á mis «Memorias autobiográficas» en que consigno impresiones de mi vida que para todas las mujeres son hoy fatalistas, pesimistas, respecto al porvenir y destinos futuros del hombre.

De tal suerte se ha afeminado que no no le queda otro recurso que la plancha: las faldas.

Los pantalones pertenecen ya de hecho y de derecho á nuestro guardarropa.

De su cerebro nos hemos hecho nosotras el gorro de dormir. Su carácter no alcanza al tacón de nuestro zapato.

¿Pero en qué estriba esta digresión de mi espíritu sobre el hombre? ¿A qué viene este aparte indigesto? ¿Por qué este disparo con pólvora sorda?

¿Por qué?... Sabedlo.

Ha habido un necio, un osado, capaz de pretenderme. Un atrevido solicita mi mano. ¡Horror!

Ya veis para lo que sirven los hombres.

Contesté á su carta. ¡Oh, sí, al momento y de buena tinta! Robé unos minutos á mis delectaciones intelectuales, á mis ideas inspiradas en el modernismo más correcto. Me aparté de mis especulaciones científicas. Dejé en suspenso los hilos sutiles de mi depurada filosofía. El *yo* evolucionó al *él.*

Oíd mi contundente respuesta:

«*Sr. D. Juan Pérez.*

»Se necesita llamarse así para proponerme la mayor de las vulgaridades.

»Se necesita no tener ojos para haberlos puesto en mí.

»¿Por quién me ha tomado usted, ó mejor dicho, por quién me quiere tomar?

»Gracias que hoy estaba de humor para distraerme y me he fijado en la correspondencia epistolar á que nunca contesto; la considero el uso peor que puede hacerse de saber mal escribir.

»¿Cómo ha de leer cartas quien no vive en el mundo físico, quien no tiene nada de sensible, quien sólo pertenece al ideal?

»¿Usted sabe lo que es ideal? Lo dudo.

»Yo también le creí una ilusión introspectiva, pero al fin rindo culto á la idea de que lo ideal es lo real.

»¿Entiende usted de metafísica? Me parece que no.


Grupo escultórico en el puente de Anichkof, San Petersburgo, obra del barón Klodt

»Yo hubiera escrito una novela cada dos meses, observando los documentos humanos de Zola, ó un drama semi-romántico cada ocho días, como ahora se usa; pero esos medios de expresión están gastados y poco conformes con la omnisciología ó verbo del porvenir.

»¿Podemos entendernos usted y yo?; ó dicho sea con perdón, ¿cabe que usted espume el puchero? Cabe: la cocina se ha hecho para el hombre; la mesa para la mujer.

»Tendría usted, señor Pérez, que ir á la compra, barrer, limpiarme las botas y las cazcarrias del vestido; ejercer los oficios mecánicos reservados á su sexo, mientras yo me entrego á la más grata y trascendental de las ocupaciones: la de pensar.

»¿Comprende usted ahora la evolución? ¿Aceptaría usted por vivir á mi lado ese papel? No lo creo, aunque estoy persuadida de que en término no lejano se cumplirán los destinos de la humanidad.

»La mujer que va convidada á los Ateneos, pertenecerá de derecho pronto á ellos.

»La dama que asiste á la tribuna de orden del Congreso, tomará asiento en los escaños como miembro por derecho propio de la representación nacional.

»El sufragio no podrá llamarse universal hasta que nos convierta más que en electoras en elegibles.

»¿Cómo pueden ustedes creer, en el siglo de las máquinas Singer, que hemos nacido para coser?

»Ya allá por el siglo VII se prohibió á las mujeres coser vestidos, cardar lana y esquilar carneros el domingo.

»La Edad media fué un incensario que envolvió á la mujer en olor de santidad para perderla.

»Ahora no queremos ni lo uno ni lo otro. Ni el yugo de los tiempos paganos ni las flores de trapo en las empalagosas Cortes del Amor.

»¿Podría usted admitir discusión sobre la razón pura y la razón práctica?

»¿Concibe usted el *yo* y el *no yo* de Schelling?

»¿Ha penetrado usted en la ontología? ¿Sabe usted cuál es el ente?... Mírese al espejo.

¿Cómo podría usted alternar con quien sumida en sus abstracciones, sujetivizada, ha evolucionado desde el espíritu á la materia, desde la nebulosa á la última capa geológica, desde las estrellas á los miriápodos?

»Imposible, señor mío ó señor de otra; usted no es capaz de empaparse como yo en la interpretación, en la dilución psíquica de los varios, sorprendentes y complicadísimos sistemas que rigen el universo.

»Yo, siguiendo el impulso de mi tiempo que concede á la mujer aptitudes supranaturales, estudio las teogonías indias y egipcias. (Todo lo indio es hoy muy interesante.)

»Investigo las ventajas que pudo traernos la unidad moral en contraposición de la de la antigüedad pagana.

»He recorrido á Descartes, Locke, Hume, Kant, deteniéndome en el examen del criticismo que separa la razón especulativa de lo absoluto, explicándome los conflictos del altruismo...

»Por fin he llegado á reirme del pesimismo de Schopenhauer (no vaya usted á creer que esto quiere decir sopas en agua) y del optimismo de Krause, filósofo á quien seguramente habrá oído nombrar, pues no hay hombre moderno por corto de alcances que sea que no le haya citado hasta que pasó de moda.

»¡Cuál no será el asombro de usted cuando sepa que además de esto, además del estudio psicológico, yo me ocupo de todo aquello que denota un paso adelante en la lucha de la existencia, en la perenne batalla intelectual!

»Desde los misterios cósmicos hasta la poesía, sin versos, por supuesto, me recreo de igual modo con la filosofía y la matemática, la hidrología y la lingüística, la farmacopea y la sociología, la estética y la metalurgia, y en cuanto á la química, mi ciencia predilecta, preparo una disertación sobre las substancias venenosas, leucomainas y plomainas, etc., etc.

»En medicina asisto al laboratorio para conocer los cultivos ó bacilos, el vírgula.

»En ciencias naturales tengo inédito un estudio sobre el *Vespertilio pipitrellus* (murciélago), al cual concedo dotes de inteligencia superiores al ruiseñor (Filomena).

»La crematística no me preocupa; tengo poco que conservar. En arte detesto la arqueología prehistórica tanto como me encanta el renacimiento.


Monumento de Nicolás I en la plaza de Isaac, San Petersburgo

»La mujer del presente momento histórico desprecia por igual la aguja y la espada.

»La unión es la fuerza, escribe en su lema; coge la pluma y barre el limo que por sus sendas va dejando el hombre. Este es el único modo de barrer á la moderna.

»En esto vamos estando conformes todas las mujeres del club, desde la Michel á una servidora de usted.

»La hipnotización de la mujer por las mujeres es ya un credo y pronto será un hecho universal.

»Yo pertenezco entre otras asociaciones á la *Liga terrenina*, al *Círculo de la vestal*, al *Sindicato de las obreras de la inteligencia* y estoy corrigiendo las pruebas de las Estatutos de la grande obra titulada: *La perfecta soltera*.

»Fuí invitada para presidir el *Patronato del divorcio*, que suma ya miles de adictas, pero no he aceptado ese honor.

»En esta materia no soy tan radical. Para evitar la propagación del divorcio hay un medio: basta con suprimir el matrimonio. ¿Cómo?

»Declarando la guerra al hombre en todos los terrenos. Demostrando su incapacidad para hacer feliz á la mujer.

»Si yo tuviera el mal gusto de casarme, ¡qué desgracia la de tener hijos para lacayos ó zapateros de las damas! ¡Cuánto sufriría de tener hijas que no pensaran como yo!

»Me pasa, señor de Pérez, lo que al anatómico. De tanto profundizar mi escalpelo, el cadáver del hombre le considero ya como un pedazo de materia, Carne putrefacta.

»Dispense usted la franqueza con que le hablo, y si alguna vez cae en la tentación, poco frecuente en los sabios de ahora, de abrir un libro y leerle; si de manos á boca tropieza usted con esta carta en letras de molde, no me eche usted la culpa.

»Si el hombre no quiere que le pintemos tal cual es, que deje de ser un ente infinitesimal; un microcosmos.

»Suelto la pluma: los nervios no me dejan continuar. Vale.»

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

EL ABANICO

ARTICULO DE VERANO

Difícil es determinar la época en que se inventó el abanico, ese pedazo de papel ó de tela pegado á unas varillas de madera, marfil ú otra materia más ó menos rica, que manejada por la dura mano del hombre sólo produce aire y en la delicada de la mujer conviértese en peligroso instrumento, tan bello, espiritual y agradable como ridículo y pesado en la del sexo fuerte. Créese, sin embargo, que nuestros padres después de su expulsión del Paraíso y con posterioridad los pueblos primitivos debieron emplear las hojas de algunos vegetales para producir, puestas en movimiento, corrientes de aire con que refrescar su abrasada epidermis en los períodos caniculares.

La fabricación más ó menos basta de los tejidos debió ser un gran paso dado por la industria primitiva para el perfeccionamiento de este objeto verdaderamente *aéreo*.

De las investigaciones hasta ahora practicadas resulta que en el siglo XII ya se conocían en Francia los abanicos, y que en 1316 la condesa de Artois poseía uno con el mango de plata maciza. Y debe de ser así, pues en los retablos y miniaturas de los siglos XIII y XIV represéntase á las dámas teniendo en las manos grandes abanicos muy semejantes á los que hoy se usan en Argel y Túnez. Asimismo consta entre los objetos anotados en el inventario del rey Carlos V de Francia «un abanico redondo con el mango de marfil,» y en la lista de su real servidumbre figuran dos *abanicadoras* para orear á S. M. durante las comidas.

La forma de los primeros abanicos debió ser redonda, careciendo de la elegancia y comodidad que proporciona su plegado. Por eso, Rabelais en una de sus obras se refiere á los «abanicos redondos, de pluma, papel y tela.» Supónese que los cerrados ó

plegados tal cual hoy los conocemos, tienen su origen en el Japón, de donde los importaron los portugueses en el siglo XVI, extendiéndose su uso desde que la famosa Catalina de Médicis lo adoptó en las grandes recepciones y actos palaciegos, alternando el abanico plegado con el circular de plumas y el que se asemejaba á una bandera, que es el que todavía se usa por algunos vetustos menestrales de Cataluña como obligado adorno en las procesiones del *Corpus Christi*.

Desconocemos la época en que se introdujo su uso en España, aunque suponemos que, dada la maestría y gracia con que lo manejan nuestras compatriotas, especialmente las de las provincias meridionales, debió ser la primera en adoptarlo.

Para probar nuestro aserto, basta fijarse en la circunstancia de que el abanico más precioso y rico, de artístico y trabajado varillaje, en manos de una inglesa, por ejemplo, es un objeto frío, sin expresión, impropio, vulgar y hasta ridículo. Sus movimientos son pesados, sin gracia, rígidos y mudos. En cambio, manejado por una española cobra expresión, adquiere fuerzas, vigor y vida, imprime tonos y forma el complemento de ese conjunto de gracia, sencillez, malicia, travesura y sentimiento que expresan unos ojos negros, velados por sedosas pestañas, de los que brotan el fuego de la pasión ó el desdén más completo. De objeto inútil conviértese en aditamento de gracia y arma de encantadora coquetería, peligrosa siempre para el hombre enamorado que deja su corazón prisionero entre sus dobleces.

Cuentan, sin embargo, empolvados y mugrientos cronicones que en el ya citado siglo XVI existía en la corte de las Españas una ilustre dama, Doña Inés de Mendoza, que lo manejaba admirablemente; que la caprichosa Catalina de Médicis comisionó á una de sus camaristas para estudiar y aprender los movimientos que aquélla imprimía al abanico, resultando del informe emitido que se elevaban á noventa y nueve distintas posiciones las que podían aplicársele, que eran las que usaba nuestra graciosa paisana.

Existen abanicos para teatro, calle, paseo, visitas, tertulias y bailes; de verano é invierno, para la ciudad y para el campo. Los hay chillones y severos, tristes y alegres, castos y complacientes, risibles y serios, incitantes y virtuosos, así como de distintas clases y materias; de oro, nácar, marfil, ébano y sándalo, vestidos de papel chino, tafetán ó raso, y adornados con perlas, diamantes y preciosas miniaturas. Sobre la tela han corrido los pinceles de Rubens, Bouchery, Watteau y otros renombrados pintores, representando sumas importantes la colección de los que poseen algunas de nuestras elegantes.

En el siglo pasado fué tanto lo que se extremó su lujo y riqueza, que según un cálculo que se hizo en 1745 por un distinguido estadista, existían en París abanicos cuyo valor ascendía á ocho millones de francos.

Debemos convenir, sin embargo, que aunque su uso se ha generalizado extraordinariamente en estos tiempos, no ha llegado á alcanzar todavía la importancia de que goza en China y en el Japón, países en donde es tan indispensable, que puede decirse, sin pecar de exagerados, que forma parte integrante del individuo, sea cual fuere la clase ó sexo á que pertenezca.

Con él guarécese la mujer china de los rayos del sol, y sobre él á guisa de bandeja coloca la japonesa los dulces con que obsequia á sus amigos. El mendigo lo abre y extiende para recibir la limosna, y el elegante lo maneja cual si fuera un ligero junquillo. En manos del atrabiliario dómine conviértese en peligrosa férula, y en libro de rezo para el bonzo que, conservándolo abierto, lee en él las plegarias escritas en raros y extravagantes caracteres.



Grupo escultórico en el puente de Anichkof, obra del barón Klodt

En la vieja Europa danse distintas y diversas aplicaciones al abanico. Existen abanicos anuncios de determinadas industrias y abanicos-guías en los que se halla impreso un mapa y todas cuantas noticias puedan ilustrar al viajero para recorrer el país que desea visitar, sin el dispendioso conocimiento del cicerone.

Muchas mujeres deben la fama de que gozan á la gracia con que manejan ese precioso instrumento de coquetería, y varios le son deudores de su fortuna y encumbramiento, no faltando en nuestra patria quien debe á un paisaje chino y á unas varillas hábilmente talladas el título que ennoblece su apellido.

Con el abanico ha llegado á establecerse un sistema de signos convencionales, tan exactos como los que se indicaban en las torres ópticas en la infancia de la telegrafía; existiendo también un lenguaje especial, que nada tiene que envidiar al que expresan las flores en sus atinadas combinaciones.

Si importante es para la mujer en general saber manejar el abanico, mucho más trascendental es para la actriz. En manos de ésta puede ser ó dejar de ser. Lo mismo puede significar para el espectador un puñal que el cetro de una reina. Con él se eleva ó vulgariza la artista. Movido inteligentemente da fuerza á sus palabras, pide protección, hace concebir una esperanza, acaricia ó rechaza, amenaza ó perdona, amina, se incomoda, llora, ríe, sirve de defensa ó de instrumento de castigo, y por último encubre y defiende.



Monumento de Catalina II que se alza enfrente del teatro Alejandra, San Petersburgo

¡Cuántas veces la tela de un abanico, abierto oportunamente, oculta el rubor de la verguenza, y cuántas ha sofocado intencionadas palabras, pronunciadas con el solo objeto de engendrar la duda, los celos ó la desesperación!

Y sin embargo, no es posible concebir una mujer hermosa sin el adorno que le presta el abanico, ni con él puede existir alguna que se la considere como verdaderamente fea. Todo consiste y depende de ese bello instrumento, de ese precioso juguete.

Creemos ocioso indicar los nombres de algunas españolas que se han distinguido por su donaire en el manejo del abanico, ya que es indudable que el abanico y la mantilla se inventaron exclusivamente para aumentar la gracia de las hijas de esta que podría ser la nación más venturosa de la tierra.

Mucho más podría decirse respecto del abanico, pero aunque así lo comprendemos, no contamos con más fuerzas en este período canicular que para coger el que se halla al alcance de nuestra mano, abrirlo y darnos... *aire*.

A. GARCIA LLANSÓ

BIEN VENGAS MAL

I

INTERIOR DE UNA TIENDA

Suplico á mis carísimos lectores que me den una prueba más de la docilidad que muestran hacia el atrevido novelista, que en aras de su empeño emprende la peregrinación para penetrar en los más recónditos y misteriosos pliegues de lo vedado, y acompañen mi humilde personalidad en busca de asunto para esta mal llamada novela.

Todos ustedes conocen sin duda lo que es una tienda de comestibles; no habrá ninguno seguramente que no haya contemplado las instalaciones más ó menos agradables y apetitosas de un almacén de coloniales; pero me atrevo á asegurar *à priori* que pocos conocerán el recinto llamado generalmente trastienda.

En ese local, poco ó nada alumbrado, húmedo las más de las veces y saturado de emanaciones confundidas del pez de Escocia, del queso de Gruyere y de los exóticos embutidos, veréis inclinado hasta tocar con la vista el libro al sujeto encargado de llevar la contabilidad del establecimiento.

La tienda de ultramarinos de D. Cosme Trompeta, que ocupaba toda la planta baja de la casa número 8 de la calle del Cuerno del Oro, pertenecía al género que acabamos de describir. Dos escaparates con vidrios semitransparentes, en cuyo interior se albergaban en revuelto montón esas mil manifestaciones de la industria alimenticia, y que son otro suplicio de Tántalo para los desheredados, eran el prisma á través del cual podría calcularse la fortuna de nuestro D. Cosme.

Este era uno de tantos provincianos que comienzan su carrera desde las penosas y serviles tareas del mancebo, y á fuerza de perseverancia y de economías se establecen por cuenta propia en el ocaso de su vida.

Inteligente en su profesión, lo demostraba la numerosa clientela que afluía á su tienda, y su patente de hombre de conciencia la acreditaba la opinión pública, único juez en la materia.

Poco ó nada nos importa para el objeto de esta novela, ni el conocimiento exacto del físico ni los antecedentes y detalles relativos á la esposa de don Cosme, un ser vulgar, sin iniciativa y acostumbrada á obedecer ciegamente á su media naranja Tampoco pararemos mientes en los dos mancebos que para las necesidades del despacho poseía el establecimiento; únicamente dedicaremos párrafo aparte al tenedor de libros.

II

UN BUEN MUCHACHO

Lo era ciertamente Serafín Cazpitilla, joven alcarreño, en quien D. Cosme tenía depositada su confianza mercantil El chico de la Alcarria era poseedor de una hoja de servicios algún tanto borrascosa, accidente propio de la inexperiencia de unos diez años pasados en la peligrosa atmósfera de Madrid.

De los bienaventurados y apacibles lares paternos marchóse á los quince años al abismo cortesano, sin más bienes y títulos que el de bachiller y una recomendación de sus papás para un su tío, portero mayor del Congreso.

Creían cándidamente los rústicos padres de Serafín que la tal recomendación era el *régium exequátur* que le abriría á su tierno vástago las doradas puertas de la fortuna.

Allá en su primitiva imaginación figurábanse al portero omnímodo personaje, á cuya protectora sombra encontraría su hijo la piedra filosofal.

Bien pronto se desvanecieron las esperanzas de los unos y la ilusión del otro. El portero recibió á su sobrino con verdadero cariño; le explicó con franqueza su situación harto estrecha y mezquina, y á guisa de preámbulo y con el fin de que el joven alcarreño Cazpitilla, conociera prácticamente la comedia del *gran mundo*, lo colocó durante varias sesiones en la tribuna del público del Congreso.

Pocas lecciones bastaron para que la inteligencia del alcarreño se diera cuenta exacta de la situación.

Con el diploma de bachiller se creyó en condiciones más que suficientes para aspirar á la conquista de un puesto entre aquella pléyade de señores de adusto semblante que ocupaban los escaños de aquel templo de la política, aspiración tanto más arraigada cuanto su solícito pariente había desempeñado á conciencia el papel de *cicerone*, explicándole muchas lindezas de todos y cada uno de los representantes de aquella augusta asamblea.

Elaborado el plan, dedicóse con empeño á ponerlo en vías de hecho.

En primer lugar frecuentó un café donde se reunían ciertos sujetos que se llamaban literatos y en cuya compañía aprendió á conocer lo que son los fallos del público, con los productos de cerebros más ó menos calibrados.

Pecó como los demás, y su juguete en un acto *La risa de Sesostris* le valió una severa lección y un desengaño.

Como quiera que los fiascos eran moneda corriente en aquel grupo, pronto se hizo el vacío, desfilando uno á uno en busca de escenas más hospitalarias, no tardando Cazpitilla en verse solo como una de tantas víctimas de aquel naufragio.

Las columnas de un noticiero con grabados se honraron recibiendo en su seno algunos artículos de fondo y poesías del de Alcarria, que hicieron bajar el papel (como diría un bolsista); es decir, que para el director y propietario del periódico se tradujeron en bajas en la suscripción.

No seguiremos al equivocado chico en su azarosa peregrinación hasta hallarlo con el entretenido empleo de llevar los libros en la tienda de D. Cosme; pero haremos constar de pasada que en el actual momento histórico creía firmemente haber encontrado el reposo físico y moral que ha tiempo necesitaba.

No obstante los elocuentes desengaños, no había perdido la costumbre de improvisar algún que otro soneto que distraído enviaba á un comprador en lugar de una factura de pimiento molido Se citaba también el caso de haber sentado en varios folios del Mayor una escena íntegra de *La risa de Sesostris*; distracción que le valió una severa reprimenda de su principal y los sabrosos comentarios de cuantas personas se enteraron del suceso.

III

LOS AMORES DE SERAFÍN

Ocupado con algunos documentos se encontraba nuestro héroe en la trastienda del almacén de Trompeta, y entre el revoltillo de papeles que delante de sí tenía, confundidas con los talones, órdenes, recibos y otros documentos, veíanse varias cuartillas de una comedia recién comenzada y que era una prueba evidente de que Cazpitilla no había perdido aún por completo el cariño á las Musas.

El monólogo ha sido y será siempre el género más cultivado entre los mortales; así es que el joven tenedor de libros no podía sustraerse á la implacable ley, é intercalaba entre una y otra plumada las siguientes frases:

–¡Está visto! Doña Milagros es inexorable en sus propósitos. No me otorgará la mano de mi Luisita sino á trueque de perder mi tranquilidad. No le parece suficiente el éxito de *La risa de Sesostris* y quiere lanzarme al insondable abismo del fracaso. ¡Dios no me ha llamado por ese camino, y esto no obstante, Doña Milagros, cual otra tentadora Eva, me tiende la apetitosa manzana; quiero decir, no permite que me case con su hija sino *sub conditione* de crearme un nombre en la literatura dramática.

Bastan estas frases sueltas para que mis lectores comprendan que nuestro hombre se hallaba perdidamente enamorado de Luisa, de quien Doña Milagros era tan exigente mamá.

El origen de estos amores se puede explicar en dos palabras:

Era una mañana del mes de junio: hallábase Serafín en la época de transición de su vida; es decir, encontrábase en vísperas de alcanzar la colocación en casa de D. Cosme.

Paseábase por una de las avenidas del Retiro, cuando de repente hirió sus oídos una voz varonil, que recitaba los espirituales versos de *La vida es sueño*, de Calderón.

Sorprendióse algún tanto, y buscando la persona que eligiera tal hora y sitio para lanzar al aire aquellas armoniosas décimas, no tardó en hallar la causa, pues al doblar un vallado de verdura descubrió sentadas en un banco dos señoras: una de ellas tenía un libro en la mano y era la que con voz de contralto leía las páginas de la citada obra.

Escuchaba la otra con gran atención, y en sus hermosos ojos negros retratábase la admiración que en su alma producían los inspirados versos.

Serafín comprendió al primer golpe de vista que se trataba de madre é hija por el parecido y la desproporción de edades que entre ambas existía.

La joven representaba tener de diez y ocho á veinte años, y su tez morena, ojos rasgados y expresivos y talle de exquisita elegancia denunciaban en ella á una hija del Mediodía de España.

Absorto quedó Cazpitilla ante tal aparición, y como la señora mayor advirtiera la presencia de aquél, suspendió la lectura, posando una impertinente y escudriñadora mirada en el intruso.

Serafín comprendió que estaba estorbando, y se disponía á tocar retirada con harto sentimiento suyo, cuando la mamá se lo impidió con la siguiente pregunta:

–¿Caballero, le gusta á usted la poesía?

En un momento acudieron en vertiginoso tropel al cerebro de Serafín sus pasadas empresas literarias; sintió estremecerse su dormida fibra; la multitud de artículos en prosa y verso que habían labrado su desdicha, y á los cuales, no obstante, quería como un padre quiere á los hijos que ha engendrado, desfilaron velozmente en su imaginación, y dominado por la electricidad de aquellos efluvios respondió sin titubear:

–¡Con delirio, señora!

Esta respuesta fué, por decirlo así, el talismán que abrió las puertas de la simpatía en los románticos corazones de las dos mujeres; y excusado es decir que aquella mañana se terminó la lectura del drama en compañía de Serafín, que recitó por su parte algunas escenas.

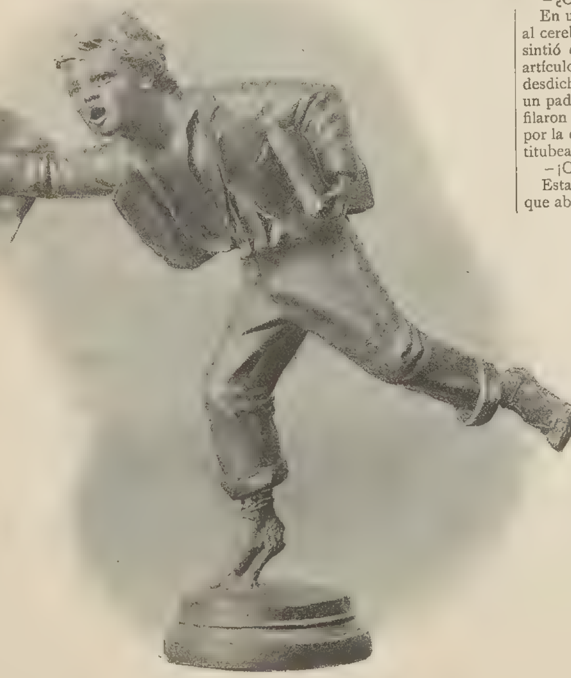
Todo aquel verano, hasta que el helado cierzo del Guadarrama anunció la proximidad del invierno, se reunían en el mismo sitio nuestros personajes para saborear las bellezas literarias de las obras de Calderón, Lope y otros autores del teatro español antiguo y moderno.

Como consecuencia de esta proximidad tan familiar, los corazones de Luisa y Serafín se comprendieron, y empezó para ellos el tiránico reinado del amor, sancionado con el visto bueno de Doña Milagros.

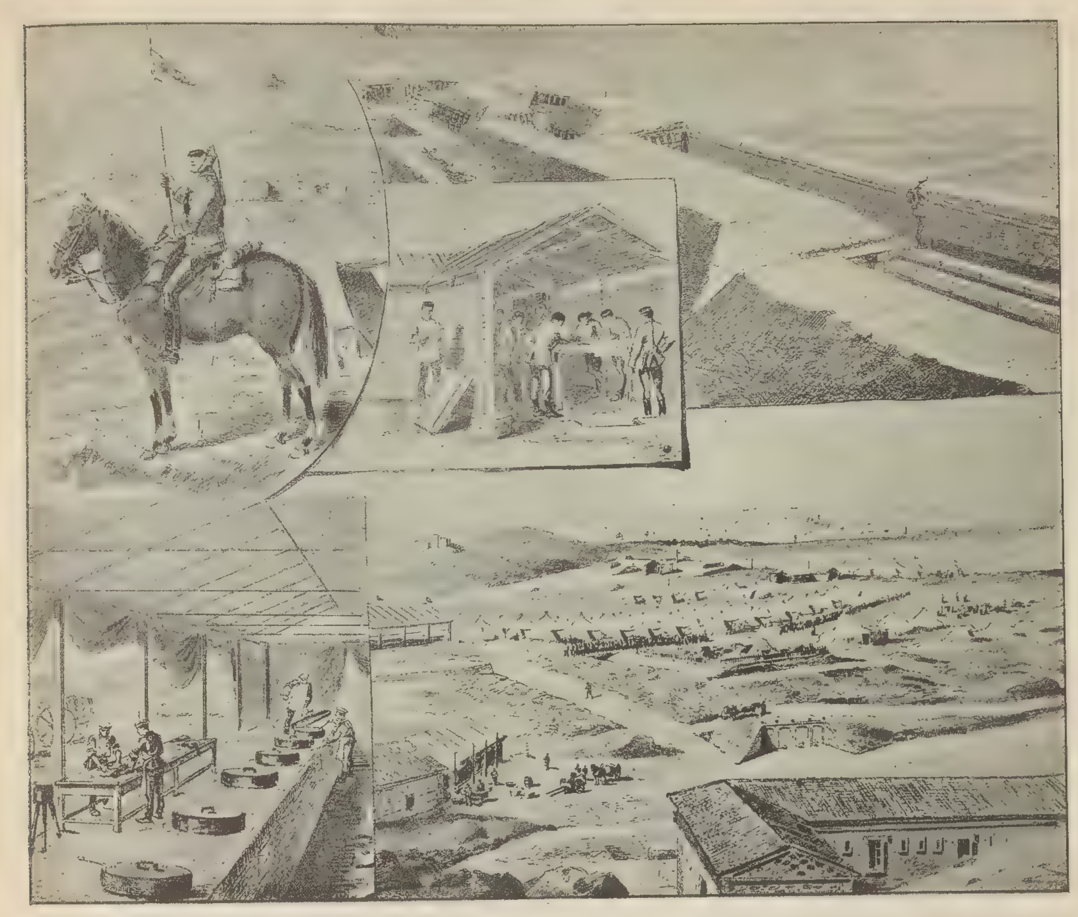
IV

UNA PROPOSICIÓN ORIGINAL

Por mucho platonismo y poesía que saturen unas relaciones amorosas, llega el momento crítico en que cae vaporoso velo que sirve de venda al romanticismo, y la realidad (llámese suegra) hace su aparición con los amenazadores preludios para el porvenir de los amantes.



¡ÚLTIMA HORA!, estatua en bronce de D José Campeny, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)



PRÁCTICAS DE LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR DE TOLEDO (mayo, 1891), dibujos del natural de D. Nemesio Lagarde, profesor de la Academia.

1. Alumno de la sección de caballería. – 2. Barraca destinada á trabajos de gabinete. – 3. Vista del reducto número 1. – 4. Cocina. – 5. Vista general del campamento de los Alijares, donde se ejecutaron las prácticas

Esto ocurrió precisamente á la enamorada pareja, que en medio de su abstracción y arrobamiento habíase olvidado por completo de las exigentes leyes de este pícaro mundo.

Doña Milagros se encargó de refrescarles la memoria acometiendo á Serafín de la manera que saben hacerlo las implacables autócratas del hogar doméstico.

Acorralado en sus últimas trincheras, decidióse nuestro héroe á dar el supremo paso; y al efecto, un día presentóse inopinadamente en el domicilio de su tío, y sin contestar apenas á las múltiples preguntas que éste, extrañando su visita, le hiciera, exclamó:

– ¡Tío, me caso!

Al oir esta frase dió un salto sobre la silla en que estaba sentado, y poniéndose repentinamente de pie repuso en tono semiserio, semicariñoso:

– ¿Chico, estás loco? ¿Con qué cuentas para ello?

Estas y otra multitud de reflexiones que á manera de avalancha profirió el sorprendido pariente, fueron contestadas con la valentía é impremeditación que en tales casos son las notas culminantes del estado de ánimo de quien aspira á crearse una familia.

– En resumidas cuentas, replicó D. Torcuato (así llamaremos al tío), ¿deseas que vaya á pedir la mano de Luisa á su madre? ¿No es eso?

– Efectivamente, contestó el sobrino.

– ¿Pero no consideras, mentecato, que los cinco mil reales con que cuentas en casa de D. Cosme no te bastan ni para empezar? ¡Creeme, sigue mi ejemplo, no te cases!

Pero Serafín Cazpitilla estaba lo suficiente enamorado para no oir consejos y sentencias, y sobre todo, ferviente partidario del conocido proverbio *contigo pan y cebolla*, estaba decidido á arrostrar todas las consecuencias que trae consigo el matrimonio, y por tanto excitó á su pariente para que sin perder momento fuera á hacer la demanda matrimonial. Aderezóse el complaciente D. Torcuato, y luego que hubo escuchado las últimas recomendaciones de su sobrino, se apresuró á ganar la calle tomando la dirección del domicilio de Doña Milagros, cuyas señas le había dado Serafín. Este, entretanto, se dispuso á esperar el regreso de su emisario.

No habían transcurrido apenas dos horas de la salida de D. Torcuato, cuando un fuerte campanillazo sacó bruscamente de sus reflexiones al que esperaba.

Apresuróse á abrir, y el físico sonriente de su tío le dió á entender, antes de que aquél profiriese palabra, el buen resultado de sus gestiones.

– Y bien: qué, ¿es cosa resuelta?

– ¡Poco á poco!, respondióle D. Torcuato al mismo tiempo que limpiaba con un interminable pañuelo de hierbas el sudor que abundante corría por su frente, y añadió:

– No es oro todo lo que reluce, ya juzgarás cuando te haya contado el resultado de mi visita.

Serafín comenzó á alarmarse al oir tan vaga especie, que parecía augurar algo desagradable, por lo que apremió á tu tío para que sin rodeos ni ambages lo sacase pronto de dudas.

Este comenzó diciendo:

– Aparte de la buena acogida que me hizo Doña Milagros y expuesto que hube el objeto de mi visita, contestóme que conocía las relaciones entre su hija y tú; que no se oponía en modo alguno á vuestra unión, por más que creía un deber de madre previsora y admiradora de las bellas letras, imponer una cláusula al contrato, una condición sin la cual era inútil que pensaras en unirte á Luisa.

– ¿Y esa condición?...

– Es tan original, que no te habrá pasado por la cabeza que cerebro humano haya fraguado otra semejante. Figúrate que á Doña Milagros se le ha metido en la mollera que para que te llames su yerno necesitas que de la noche á la mañana te conquistes un puesto entre los más aplaudidos autores dramáticos contemporáneos, ó lo que es lo mismo, que escribas y pongas en escena una obra que obtenga un éxito tal, que constituya para ti un timbre de gloria y la base de tu vida en el Parnaso español.

Al oir esta salida, que estaba tan lejos de esperar, Cazpitilla se puso densamente pálido.

El caso no era para menos.

Escribir un drama, una comedia, un sainete, cualquiera que tenga cierta dosis de osadía lo hace; mas luego entra la segunda parte, que no es otra que haya empresa que admita la producción y un público que la reciba con agrado, condiciones éstas que no se encuentran todos los días. Además Serafín no podía acordarse sin experimentar escalofríos de *La risa de Sesostris*, estrepitosamente silbada, y de sus compañeros víctimas como él de la implacable masa de la opinión pública, y cada vez que se entregaba á estos recuerdos, le parecían más monstruosas las condiciones de aquella mujer, fanática adoradora de la literatura.

Pero como para los enamorados hay también Providencia, no tardó Cazpitilla, cuando la calma hubo tomado posesión de su turbado cerebro, en adoptar un partido.

V

EL ÚLTIMO CARTUCHO

Completamente decidido á jugar el todo por el todo, se dijo para sí: los malos ratos mientras más pronto se pasen mejor, y eligiendo el pupitre de



VAQUEROS, cuadro de D. Baldomero Galofre. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)



RECUERDOS, cuadro de D. Dionisio Baixeras. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)



ANTES DE LAS REGATAS, dibujo de Percy Tarrant

casa de D. Cosme como cuartel general de sus elucubraciones literarias, dió principio á una comedia en tres actos, alternando entre cuartilla y cuartilla los asientos del Mayor.

Engolfado hallábase un día nuestro hombre en las últimas escenas de su obra, cuando cátate que entra el amo de los coloniales agitando en su mano un rollo de papeles y seguido á cierta distancia de un famélico personaje, cuyo demacrado semblante apenas adivinar dejaba la edad de su dueño.

D. Cosme con la voz balbuciente por la ira y antes que Cazpitilla pudiera dirigirle la menor frase, exclamó:

– ¡Sr. de Cazpitilla, está usted demás en mi casa; he aquí á su sucesor! Y al decir esto señalaba al enquencle sujeto, que parecía aspirar con delicia las emanaciones de aquel recinto.

Confuso y aturdido quedó Serafín ante aquel brusco é inesperado *exabrupto*. ¿Qué delito había cometido para que su principal lo arrojara de aquella manera de su casa?

Sus dudas no tardaron en disiparse, cuando Trompeta, colocando los papeles que traía ante la sorprendida mirada de Serafín, le preguntó con voz tonante:

– ¿Conoce usted estos papeluchos?

– ¡Mis escenas!, exclamó gozoso Serafín, arrebatando las cuartillas de manos de D. Cosme.

– Ha tenido usted, añadió éste, el valor de remitirlas á Santander en lugar de una factura de garbanzos. Ya le advertí en otra ocasión que si esto volvía á suceder saldría usted de aquí. No se puede ser al mismo tiempo tenedor de libros y poeta.

En vano procuró excusarse nuestro joven; D. Cosme se mostró inexorable con el reincidente, el cual no tuvo más remedio que dejar el puesto á su sucesor.

Satisfecho en parte por el hallazgo de las perdidas cuartillas y preocupado por otra con el porvenir que se le presentaba, salió Cazpitilla del establecimiento, viendo en todo esto un preludio de las desventuras que sembrarían el camino que la caprichosa y extravagante manía de su novia le trazara.

VI

BIEN VENGAS MAL...

Quince días después de estos sucesos podía leerse en la sección de espectáculos de algunos diarios de la corte el siguiente suelto:

«Esta noche tendrá lugar en el favorecido teatro de X... el estreno de una comedia en tres actos, que lleva por título el conocido proverbio *Bien vengas mal, etc.*, debido á la bien cortada pluma de un joven literato, cuyas obras son muy aplaudidas y celebradas en el mundo de la literatura.»

El joven y aplaudido escritor era nuestro héroe Cazpitilla, que había tenido buen cuidado en preparar previamente la opinión pública con las precedentes líneas.

La noche de la función presentaba un animado aspecto el teatro de X... Veíase en las primeras filas de butacas á todos ó casi todos los antiguos compañeros de penas y fatigas de Serafín, á quienes éste no había olvidado en el reparto de localidades.

En un palco se encontraban desde muy temprano la enorme personalidad de Doña Milagros y su interesante hija.

Doña Milagros no cesaba de charlar con una íntima amiga que la acompañaba, alzando la voz con el objeto de que los espectadores que á sus inmediaciones se encontraban supiesen que el autor de la comedia que aquella noche se estrenaba era nada menos que el futuro de su hija.

Y nuestro protagonista, ¿dónde se encontraba en aquel momento solemne en que su suerte iba á decidirse?

En el último rincón del escenario, en el hueco que formaban un bastidor de selva y un sillón de castillo feudal, alejado del bullicio de la sala y con las de Caín hallábase el autor esperando la sentencia de su auditorio

A su lado y prestándole los auxilios espirituales, se encontraba uno de esos amigos oficiosos que nunca faltan en las grandes ocasiones de nuestra vida, máxime si pueden sacar alguna utilidad.

Empezó la representación: cada ruido que llegaba á los asustados oídos de Serafín le parecían otras tantas amenazas de muerte.

Su amigo no vacilaba en adelantarse á los primeros bastidores y volvía presto con la tranquilizadora frase: ¡La cosa marcha, chico! ¡El público ríe!... La Martínez está asombrosa en su papel de sonámbula.

Se escucha de nuevo un ruido sordo y Serafín no puede contenerse y exclama:

– ¡Estoy perdido!... ¡Patean!

Nueva salida del amigo, que no tarda en volver con la halagüeña noticia de que el ruido que tanto le atemorizó es la tormenta del acto segundo.

Narrar una por una las mil sensaciones que aquella noche experimentó nuestro héroe, sería cosa de nunca acabar; sólo diremos que contra los vaticinios de los amigos la obra obtuvo un éxito estraordinario, que á Cazpitilla lo sacaron más muerto que vivo hasta diez veces al palco escénico, y que Doña Milagros en su entusiasmo de suegra arrojó á su yerno una corona que había pertenecido á su difunto esposo, artista de zarzuela, y que presintiendo el *succès* llevó recatadamente al teatro.

Después llegaron los mil plácemes, los banquetes, los ofrecimientos de empresas, todo ese conjunto necesario é indispensable del triunfo y á los que Cazpitilla no pudo sustraerse.

EPILOGO

Cuatro meses después se celebraba la boda de los dos jóvenes, siendo padrinos el portero mayor, algo más reconciliado con el séptimo sacramento una vez que, contempló á su hermosa sobrina y la romántica Doña Milagros, que se proclamaba orgullosamente autora de aquel monumento.

Nuestro hombre labróse un nombre en la literatura dramática, y aquella obra, cuyo argumento era la reproducción fiel de su accidentada vida, tuvo un lugar preferente en su biblioteca.

Alejandro Barba

NUESTROS GRABADOS

El monumento de La Fontaine, inaugurado en Auteuil el 26 de julio último: obra de Dumilatre, estatuario; Ducrost, escultor decorador, y Frantz Jourdain, arquitecto. – Después de ocho años de perseverancia y esfuerzos, el comité que preside M. Sully-Prudhomme ha logrado elevar al inmortal fabulista un monumento digno de su genio. Sobre una columna de bronce de 4 metros y medio descansa el busto de La Fontaine; la gloria le corona y á su lado tiende su vuelo el genio de la sátira. En la cornisa de la columna está el cuervo teniendo en su pico el queso que la zorra astuta codicia; en la escalinata las dos palomas y el león que recuerda las más célebres fábulas; detrás la alondra escondida entre los trigos da sabios consejos á sus pequeñuelos.

El conjunto del monumento, al que con gran acierto ha dado el arquitecto el estilo de la época de Luis XIV, es armonioso y el lugar en que está emplazado poético como pocos.

***

Recuerdo de Marruecos, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Digna representación ha tenido Gonzalo Bilbao, por medio de sus obras, en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Dos géneros completamente distintos por el asunto y el procedimiento representaban su gran lienzo titulado *La vuelta al hato*, que ya hemos dado á conocer á nuestros lectores, y las cinco preciosas tablas en las que el artista reprodujo, como resultado de un viaje á Marruecos, tipos y costumbres de aquel pueblo tan digno de estudio y tan á propósito para que el pintor pueda dar muestra de hábil colorista. Torrentes de luz, viveza de tonos, líneas elegantes, pormenores delicadísimos y el sello de la variedad obsérvanse en los cinco preciosos estudios á que nos referimos. Justa estimamos la recompensa que ha merecido el que reproducimos y acertada la resolución del Ayuntamiento en adquirirlo con destino al ya importante Museo municipal de Bellas Artes.

***

Vistas de San Petersburgo. – El Almirantazgo, centro de la capital rusa, es el punto de partida de las tres principales vías de San Petersburgo, que son: *Nevski Prospect*, la *Gorojovaya* y la *Vosnesenski*.

En la primera se encuentra la plaza de Catalina, en donde se alzan entre otros magníficos edificios la Biblioteca pública, el teatro Alejandra y el palacio Anichkof, residencia del emperador, y en cuyo centro se ostenta el monumento de Catalina II, construído en 1873 según el proyecto de Mikieshin.

Contiguo al palacio de Anichkof hay el puente del mismo nombre sobre el canal Fontanka, en donde se admiran los cuatro grupos en bronce modelados por el barón Klodt von Jurgensburg, dos de los cuales reproducimos.

Del mismo escultor es la estatua ecuestre del emperador Nicolás que corona el monumento elevado en la plaza de Isaac, en el paseo de la Ascensión; este monumento, obra del arquitecto Monferrant, constructor de la iglesia de Isaac, es un verdadero *tour de force*, pues el caballo, lanzado al galope, se mantiene en equilibrio sobre los pies traseros sin ningún otro apoyo en el pedestal.

***

¡Última hora!, estatua en bronce de D. José Campeny, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La bonita escultura que reproducimos pertenece á ese variadísimo género de obras que Campeny produce, en las que se manifiesta su genialidad y buen gusto. De entre sus dedos y con los palillos, el barro adquiere forma para convertirse en un estudio académico, sentido ó inspirado, ó bien en esas figuritas donosas y elegantes, que parece pugnan algunas veces con la materia de que están formadas. Este empeño de Campeny obsérvase en muchas de sus obras, cual si el escultor tratara de hacer olvidar por un momento la grosera pesadez del barro ó del bronce. El precioso grupo de chiquillos jugando á *salta cabrillas*, que tantos elogios mereció de los inteligentes, el de mayor importancia titulado *El escándalo* y el que reproducimos, representando á un muchacho corriendo y voceando *La última hora*, en busca de compradores, demuestran el empeño de este discreto escultor, cuyas obras revelan siempre cualidades y especiales aptitudes para cultivar un arte, que lo es por excelencia entre los que persiguen la belleza.

***

Prácticas de los alumnos de la Academia general militar de Toledo (mayo, 1891). **Dibujos del natural de D. Nemesio Lagarde, profesor de la Academia.** – A la galantería del Sr. Lagarde, distinguido profesor de la Academia de Toledo, debemos los dibujos que reproducimos y que representan varios detalles de las prácticas que los alumnos de aquélla verificaron en el campamento de la dehesa de los Alijares. Consistieron éstas en levantamiento de planos, reconocimientos, construcción de obras de campaña, establecimiento de líneas telegráficas, etc.; trabajos que llevaron á cabo los alumnos con aplicación, disciplina y entusiasmo, y que presenciaron el ministro de la Guerra y numerosos generales, jefes y oficiales de todas las armas é institutos.

Del buen resultado de tales prácticas es prueba la Real orden á raíz de las mismas publicada en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, concebida en términos encomiásticos y altamente honrosos para el director, jefes, profesores y alumnos de la Academia.

El día 23 se levantó el campamento, emprendiéndose la marcha por Almonacid, Villasequilla, Yepes, Ocaña y Aranjuez, donde S. M. la reina regente obsequió con un almuerzo á los expedicionarios, los cuales regresaron el 31 á Toledo para continuar los interrumpidos estudios.

***

Vaqueros. Regreso de la ganadería, cuadro de D. Baldomero Galofre (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Galofre, aunque pintor de la que pudiéramos llamar escuela moderna, y á mayor abundamiento determinadamente español, es apasionado de la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio.

Al igual de todos los que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, ha procurado tener carácter propio, y buscando en su patria y en cuanto le rodea, vive y se agita el medio de su acción, produce admirables cuadros de costumbres y tipos nacionales, que vienen á ser por su constante labor y no interrumpida producción la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria.

A este género pertenece su lienzo *Los vaqueros*, expuesto y premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y si bien no es la obra más genial de Galofre, contiene bellezas y detalles muy dignos de elogio.

***

Recuerdos, cuadro de D. Dionisio Baixeras (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Podrá no ser Baixeras representante, como artista, de la moderna escuela catalana; pero en cambio todas sus obras, á pesar del contagio transpirenaico que en ellas se observa, acusan mérito indiscutible y cualidades no comunes.

El cuadro titulado *Recuerdos* es uno de los que más honran á este joven pintor. La composición, la tonalidad, la hora y los pormenores todos se hallan perfectamente interpretados. El grupo de marineros recordando hechos y acontecimientos de su azarosa vida, sus trajes en los que las telas tienen calidad y las anclas que les sirven de banco están reproducidos con exactitud. No en balde ha sido escogido este lienzo para figurar en el naciente Museo municipal de Bellas Artes, y no en balde distingue el público inteligente á este joven artista, que en un período de tiempo relativamente breve ha logrado señalados triunfos por su laboriosidad é inteligencia.

***

Antes de las regatas, dibujo de Percy Tarrant. – El *sport* náutico puede decirse que ha alcanzado su apogeo, pues las regatas constituyen una de las principales y más aristocráticas diversiones de toda ciudad ó villa situada junto al mar ó que posea en sus inmediaciones algún río ó lago propio para la navegación de las pequeñas embarcaciones. El arte por otro lado ha venido á darles su sanción aprovechando como tema para elegantes composiciones tan interesante espectáculo.

De los ejercicios que una tripulación practica en su esquife ensayándose para las próximas regatas ha tomado asunto Percy Tarrant para el bellísimo dibujo que reproducimos, y aunque el *sport*, propiamente dicho, figura en éste como elemento secundario, el solo grupo de jóvenes, que ocultas en la enramada contemplan el ensayo, basta para hacer simpática la composición del notable artista.

***

Barcelona. – Plaza de la Paz, cuadro de don Juan Roig Soler (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ventajosamente conocido por sus producciones, goza ya Roig Soler de merecida reputación. Grato recuerdo conservamos de sus bonitas marinas y de los numerosos estudios que ha pintado, recuerdo de sus frecuentes excursiones por los pueblos de nuestro litoral. La playa de Sitjes y el barrio de pescadores de Villanueva hanle servido de motivo para producir bellísimos cuadros.

Su cuadro *Plaza de la Paz*, adquirido por nuestro Ayuntamiento para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes, es un acabado y concienzudo estudio, que demuestra las cualidades asimilativas del Sr. Roig Soler, así como la brillantísima gama de su paleta, propia y exclusiva de este artista, cuyas obras no pueden nunca confundirse por el sello especial que las distingue.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Gilberto abrió presuroso... Una mujer cayó desfallecida en sus brazos...

Las noticias de la señorita de Sainte-Severe eran muy exactas: cierto día anunció que el conde de Bagrassand, rompiendo con sus antiguas costumbres, consentía en ir á establecerse en París, lo cual juzgaba necesario para la instrucción de los niños; y pocos días después, Gilberto supo que se le había inducido á comprar de nuevo el palacio de la calle de Babilonia, cualquiera que fuese su precio, pues nada era imposible para aquella fortuna enorme que vencía todos los obstáculos. Bastaba que la vizcondesa indicase un deseo para que se realizara al punto, y todos sus caprichos quedaban satisfechos. Por último, habíase procedido á la redacción del contrato, en virtud del cual el conde doblaba las anteriores ventajas, cediendo ahora cuatro millones á la vizcondesa de Cabrol. Ante estas confidencias, Gilberto se sintió agobiado por el sentimiento de su impotencia, bajo el peso de aquella fortuna que aniquilaba sus últimas esperanzas

La señorita de Sainte-Severe parecía mostrarse indiferente á tan deslumbradora riqueza y hablaba de los millones con la mayor naturalidad sin manifestar envidia. No era esta fortuna lo que ella deseaba, sino el bienestar que permitía á Gilberto vivir independiente; y sin decírselo á él, dábalo á entender bastante. Mientras se paseaba con Maujeán en su jardín, elogiando su pequeña casa, dirigía á todos los objetos miradas codiciosas, pronunciando frases entusiastas en que se revelaba su pensamiento íntimo.

Gilberto vió á la institutriz la víspera misma del día en que debía celebrarse el casamiento Había resuelto alejarse, volver á Roma; pero quiso aguardar hasta lo último, aunque decidido á marchar, no pudiendo resolverse de una vez, como si aún esperase un imposible.

— Todo está preparado, díjole la señorita de Sainte-Severe; la ceremonia se celebrará en el castillo de Mareuil, en el gran salón, y la marquesa confía en poder bajar á presenciarla. El alcalde, que es uño de sus colonos, no puede rehusarle nada, y el notario se ha trasladado á Mareuil para la firma del contrato. Ha ocurrido una cosa que yo no comprendo, y es que el castillo, del cual se tenía solamente el usufructo, no perteneciendo ya á la familia á causa de estar sobrecargado de hipotecas á la muerte del vizconde, figura de nuevo en el contrato como donativo de la marquesa... En fin, volviendo á lo que decía, la ceremonia se verificará en el salón y en seguida irán á la iglesia... El sacerdote Souchón prepara su discurso. ¡Calcule usted si estarán de enhorabuena las genealogías de las dos familias! ¡Ah!, exclamó deteniéndose de pronto. ¿Ha comenzado usted ya sus preparativos de marcha?

Al hacer esta pregunta, la señorita de Sainte-Severe fijaba sus miradas en el gabinete de Gilberto, donde se veían cofres entreabiertos, llenos de ropas y de libros. Después de un rato de contemplarlos en silencio, exclamó con triste sonrisa:

— ¡Cuánto los envidio!...

Y diciendo esto se encaminó al sitio donde la esperaba el coche.

— ¡Vamos, buen viaje, señor Maujeán!... Tal vez nos volveremos á ver en el gran mundo.

Y ofrecióle de nuevo la mano, fijando en él la misma mirada compasiva; pero Gilberto no quería, no podía comprenderla.

Un momento después vió desaparecer el coche que conducía á la señorita de Sainte-Severe, atestado de las provisiones que habían ido á buscar á la ciudad para el festín, para el gran banquete de boda del día siguiente. La materialidad misma de aquellos objetos le convenció de que ya sería inútil esperar; era forzoso adoptar un partido, alejarse de Chatillón.

XI

La noche comenzaba á cerrar, y Gilberto entró en su casa para hacer los preparativos de viaje. Apenas tocó la comida, que como de costumbre le habían llevado de la posada inmediata, y empujó hasta un rincón la mesa tal como estaba servida.

Después paseó de un lado á otro, entregado á sus reflexiones; de vez en cuando dejábase caer en el sofá y volvía á levantarse casi al punto, poseído de una agitación febril que no le permitía el reposo. Y el tiempo pasaba; las bujías lucían en sus candelabros con llama vacilante. ¡Qué noche! Parecíale que en aquellas pocas horas se había concentrado toda su vida de los años transcurridos; y aleccionado por su propia experiencia, imaginóse que al fin iba á resolver un enigma, un problema de psicología social, la razón de ser, la legitimidad de las castas.

¡Ah! ¡Cómo defendían su posición aquellos á quienes él había creído tan bien dispuestos á recibirle en su seno! Y una vez en la ciudadela, ¡cómo rechazaban la escala con el pie, y qué compactos se mantenían, celosos de sus privilegios, de sus títulos y de esas partículas que ya á nada conducían...

¡A nada! ¿Era efectivamente así?... ¿No sería la falta de un nombre con título lo que á pesar de las protestas de Blanca había sido el principal obstáculo para que ésta le aceptara? No cabía, pues, decir que esto no conducía á nada... Los menos afortunados de esos elegidos, aquellos á quienes su situación debiera vendar los ojos, lo comprendían tan bien, que se mostraban los más intratables. La condesa de Chalieu, aun siendo tan pobre como era, considerábase muy superior á él, que no parecía existir siquiera para las señoras de Preville y de Tertre. Por otra parte, ¿no se había separado de su sociedad al no participar de sus preocupaciones? Es preciso aceptarlo todo del partido á que uno pertenece; pero él hacía sus reservas... ¡Cómo se habían aprovechado de esto! ¡Aquellas santas mujeres que le admitieron benévolas como amante de la vizcondesa, cuando se creyeron autorizadas á ello por las apariencias, no habían podido tolerar la idea de que llegase á ser esposo legítimo de Blanca de Cabrol!

Olvidaba, á decir verdad, á la señorita de Sainte Severe, ajena á tales supersticiones; pero ésta era una tránsfuga que había desertado de los suyos. De modo que también se contaban excepciones, pues lo mismo podía decirse de la anciana marquesa de la Fonfreyde... Llegada á cierta edad, prescindía de todas esas fútiles distinciones; sólo ella era razonable, y por eso la tachaban de loca.

Reflexionando así, recordó particularidades en que no se fijara en otro tiempo. En la sociedad en que tan bien se le recibía, tratábasele, á su modo de ver, con cierta cortesía exagerada, dispensándosele consideraciones demasiado atentas, jamás solicitadas por él; y esto se hacía sin duda para trazar una línea divisoria é impedir la familiaridad. Gilberto pensaba en el conde de Bagrassand, que á pesar de haberse mostrado tan amigo y tan amable, siempre observó con él formas de la más refinada cortesía, tanto que con frecuencia pensó decirle: «¡Cuánto le agradecería, señor conde, que no fuese usted tan atento conmigo!... No lo era tanto con Pedro y los otros.»

Pedro de Cabrol, sin embargo, ¿no había sido para él un verdadero amigo, entusiasta, cariñoso y sin altivez, siempre leal y generoso?... Esta era otra excepción, que le prohibía englobar á todos en la misma censura de insoportable orgullo.

¿Qué tenían para justificar tal pretensión?... ¿Sus tradiciones? Estas podían perderse, pues los que abandonan la familia y caen en la miseria no las conservan... ¿Su educación, su tono de buena sociedad? ¡Bah! Esto se adquiere, y á Gilberto le parecía haberlo adquirido. Sin embargo, le rechazaban, á él, su defensor, que pensaba como ellos...

Así, poco á poco, una sorda cólera invadía su corazón. La sangre de los Maujeán, aquella sangre plebeya y celosa de la igualdad, hervía en sus venas y se rebelaba. No obstante, á pesar de indignarse contra ellos, no tenía en su interior ninguna censura contra la mujer á quien hubiera debido agobiar con su cólera. Blanca era la que le abandonaba, la que más cruelmente le había arrojado á la humildad de su cuna, y sin embargo no tenía fuerza para encolerizarse con ella. Parecíale tan natural que quisiese conservar su categoría en la sociedad, y de tal modo veía en la vizcondesa la expresión y el tipo de aquélla, que su abandono se convertía en una especie de virtud de estado y en un mérito.



Entonces, arrodillado delante de ella y fija su ardiente mirada en aquel rostro que recobraba poco á poco sus colores...

El corazón de Maujeán se irritaba contra tal felonía y á cada instante avivábase más su dolorosa llaga; pero todo en vano. Blanca era para él como esos niños irresponsables y con exceso queridos, á quienes no se puede menos de perdonar el daño que hacen.

Solamente el amor, ese salvaje instinto de la naturaleza, rompía algunas veces los cuadros de la sociedad escogida de que la vizcondesa formaba parte; elevaba á los unos y precipitaba á los otros; pero el amor de Blanca no había llegado á este punto y era excusable. Las grandes pasiones no se producen tal vez en esas altas esferas, ó por lo menos son raras, considerándose como un indicio de innoble cuna, como señal de ordinaria y baja estirpe, en la que reaparece la primitiva impetuosidad. La vizcondesa era de una raza escogida, refinada, algo fría y que no conoce esos arrebatos. Siempre fué para él, á pesar de su ternura, la vizcondesa de Cabrol; ahora era, ó sería dentro de algunas horas, la condesa de Bagrassand. Entretanto, él partiría para volver á la obscuridad, para que nada perturbase, empañara ni disminuyese la felicidad de que iba á disfrutar, la brillante restauración que el conde le preparaba.

Y cuando pensaba en ellos, representándoselos cogidos del brazo, horribles visiones cruzaban por su mente y parecíale que el aguijón de los celos le desgarraba el corazón. ¡Sin embargo, si él hubiese querido!... De repente se levantó y comenzó á dar vueltas por su habitación con ademanes furiosos.

¡Sí, si él hubiese querido, si no la hubiera respetado aquel día en su aposento, cuando perdían la razón!... Habría quedado unida con él para siempre, sin posibilidad de remediar lo hecho... ¡Para siempre! ¿Quién sabe?... Tal vez tendría sobre este punto los mismos escrúpulos que la señora de Chalieu y las otras; tal vez considerándole suficiente como amante, no le habría creído, ni aun después de su falta, bastante elevado para ser su esposo.

En medio de estas reflexiones, extrañas ideas se agolpaban á su pensamiento, ideas novelescas de una imaginación infantil, que no podía rechazar y que se complacía en seguir ingenuamente, dejándolas desarrollarse como para buscar consuelo á su desgracia. Parecíale ver á Blanca al día siguiente en el salón de Mareuil, frente al señor alcalde, cuando éste hiciera la pregunta sacramental: «¿Consiente usted en tomar por esposo...?» Veíala levantarse pálida, resuelta y contestar con un enérgico «¡no!» Seguíase á esta escena profundo silencio y el asombro de los convidados, que se miraban entre sí... O bien por la noche en su habitación, cuando el conde se arrodillara ante ella, decirle con tono resuelto: «No se acerque usted á mí, caballero, ó de lo contrario me daré muerte...» Y blandía un puñal, ó un frasquito de veneno... ¡En fin, locuras!

Muchas horas hacía que Gilberto se entregaba á estos pensamientos; el reloj señalaba las dos; las bujías de los candelabros estaban medio consumidas, y á su alrededor, en aquella casa deshabitada y en aquel camino desierto, reinaba un silencio profundo, la tranquilidad de las cosas que dormitan. Al mirar por la ventana, creyó al pronto que comenzaba á rayar el día, pero eran los rayos de la luna que blanqueaban en aquel instante los macizos de árboles del jardín. Sintiéndose rendido de fatiga, volvió á sentarse en el canapé, en demanda de descanso.

¿Se había dormido? De improviso, en medio de aquel triste silencio, la puerta del jardín, que él no cerraba nunca, abrióse bruscamente, y en seguida se oyó como el paso rápido de una persona que cruzase los caminales. ¿Quién venía? La idea de una desgracia cruzó por su mente; pero en el mismo instante experimentó una alegría inmensa, en la cual no podía creer, y que era como la continuación de sus sueños novelescos de antes. Corrió al vestíbulo y pudo oir entonces un ligero ruido, como el que produce una mano que busca á tientas la campanilla ó la aldaba de la puerta.

Gilberto abrió presuroso... Una mujer cayó desfallecida en sus brazos, dejando escapar sollozos que ahogaban su voz.

– ¡Blanca!, exclamó... ¿Es posible? ¿Es usted realmente?

La vizcondesa no podía contestar; su cabeza se inclinaba tan pronto á un lado como á otro, porque perdía el conocimiento. Gilberto la sostuvo en sus brazos, condújola al canapé, y allí permaneció la vizcondesa inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo, con los ojos medio cerrados y muy pálida.

– ¡Dios mío!, exclamó Gilberto. ¿Qué tiene usted, qué ocurre?

Blanca halló en su dolor fuerzas para sonreirse, é hizo con la mano una señal indicando á Gilberto que esperase hasta que pasara aquella debilidad para explicarse.

Entonces, arrodillado delante de ella y fija su ardiente mirada en aquel rostro que recobraba poco á poco sus colores, comenzó á meditar cómo era posible que la vizcondesa se hallase allí; que aquella mujer cuyo casamiento debía efectuarse dentro de pocas horas, estuviera en su casa, bajo su mismo techo y en sus brazos. Gilberto preguntaba con dulzura, temiendo que hubiese ocurrido algún drama en Mareuil ó en la Rivoironne, ó que algo terrible la hubiera obligado á marchar. Blanca sonreía, moviendo la cabeza. No, nada de esto había sucedido.

Por fin se incorporó, mirando á su alrededor con curiosidad.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Ya tiene usted preparado su equipaje? ¿Decididamente se marcha? ¡Pues bien: haremos el viaje juntos!

Gilberto se puso en pie al oir estas palabras.

– ¡Oh, Blanca, Blanca!, exclamó. ¿Qué dice usted? ¡Marchar juntos!... ¿He oído bien? ¿No es la fiebre ó el delirio lo que la induce á decir eso?

– No, contestó la vizcondesa; no estoy loca... Tal vez lo estaba hace un mes, cuando me engañé á mí misma... ¡Cálmese usted, siéntese junto á mí y lo sabrá todo!

Hízolo así Gilberto, con el corazón palpitante, y volvió á interrogar á Blanca.

– ¿Ha huído usted, pues, de Mareuil?

– Sí.

– ¿Sola, á pie... de noche?

– ¡Sola, sí, á pie, de noche!...

– ¿Y sin decir nada, sin avisar á nadie?

– ¡Sin advertirlo á nadie! He querido dar un paso decisivo... cortarme la retirada, y ya está hecho...

Gilberto se arrodilló de nuevo, y cogiendo las manos de la condesa, besólas apasionadamente.

– ¡Hable usted, dijo; yo la adoro con locura! ¡Jamás la he amado tanto como en estos felices momentos!

– Ya lo sé, contestó Blanca; estoy segura de ello... ¿Qué desea usted saber? Vamos á marchar, á poner la frontera entre Mareuil y nosotros. Nos casaremos en el extranjero... ¿No le digo á usted bastante con esto?

Su ánimo, fijo en esta resolución, no parecía poder ocuparse de otra cosa; todo lo demás tenía poca importancia para ella. Recomendaba á Gilberto la calma, y sentíala ella misma, en la exaltación de sus pensamientos, con los nervios sobrexcitados.

– No se inquiete usted por nada, dijo, pues todo lo he previsto. Mi equipaje estará aquí muy pronto, apenas raye el día, pues ya lo tenía preparado para el viaje de boda, y solamente me faltaba cerrar los cofres. También traerán á los niños... Ya comprenderá usted que no podía abandonar á Guy y Juana... No careceremos de cosa alguna; yo no necesito nada...

Y añadió con una sonrisa:

– Los millones del conde me han infundido temor...

Poco á poco, la vizcondesa se tranquilizaba, expresábase con más calma, y consintió en dar las explicaciones que se le pedían.

– ¿No comprende usted, dijo, lo que ha pasado en mí? Hasta el último instante vacilé, luché... y vacilaba aún cuando le vi á usted en la «estación del descanso.» Todas las razones, las malas razones que le dí á usted, me habían convencido al fin... ¡Me opuso usted tan pocas objeciones!... Y los días pasaban, y yo dejé que las cosas siguieran su curso... Pero hoy, esta tarde, esta noche, cuando vi que todo había concluído... que todo estaba dispuesto... el salón arreglado para la ceremonia de mañana... no sé lo que sentí... Acababa



... y en su consecuencia, introdujo una carta por debajo de la puerta.



... y sirvió él mismo á Blanca, que devoró, sonriendo, cuanto le ponía delante

de entrar en mi habitación, hallábame sola, no me había acostado, y en aquel silencio profundo comencé á pensar... ¡Sí, á pensar en usted, á quien iba á perder para siempre!... ¡Ah! ¡Con qué fuerza estaba arraigado en mí este amor que nos enlaza! ¡Cómo se infiltraba en mi corazón por todas las fibras! Jamás le dije á usted nada; mas ahora le confieso que ya en París le sentí nacer... su marcha me lo descubrió todo: que usted me amaba y que yo estaba dispuesta á corresponderle. . Después... aquí, cuando fué preciso volver á Mareuil, en mis horas de ocio, aún pensaba en usted y acabé por no pensar en otra cosa... ¡Al fin volví á verle!... Entonces pude conocerle mejor, apreciar bien hasta qué punto se diferenciaba de otros y comprender el carácter de usted que me domina por el talento, y que en la larga intimidad de un año me ha revelado usted todo un mundo para mí hasta entonces desconocido. ¡Yo, que le amo y admiro, iba á perderle para siempre y en muy pocas horas!... A medida que el tiempo pasaba invadíame un terror invencible y llegué á temer al conde. Veíale entrar al día siguiente en Mareuil y después en mi aposento... parecía que las paredes del castillo, desplomándose sobre mí, me sofocaban, y pensé que mientras sintiera su peso no tendría valor para contestar con un no... No temía ya la pobreza para mí ni para mis hijos. ¡Pobres digo!... No lo serán, gracias á la marquesa, que ha rehecho nuestra fortuna. La propiedad de Mareuil nos ha sido restituída libre de toda carga, y por lo tanto sin molestar á nadie podía seguir mi inclinación, vivir con usted de la manera que yo he soñado... Al pensar esto, quise acabar de una vez, huir de allí al punto, correr en busca de usted... Si hubiese esperado la aurora, seguramente no habría partido... habría sido cobarde... y por eso emprendí la fuga.

– Pero ¿por qué prodigio ha podido usted salir de allí?

– Verdaderamente se puede llamar prodigio, pues cuando salí de mi habitación era tarde, muy tarde... En medio de la fiebre que me abrasaba, conservé sin embargo bastante lucidez de espíritu para pensar en todos los detalles y hallábame poseída de cierta exaltación. No me era posible dar orden para que enganchasen, ni tampoco llevarme los niños que estaban acostados, pues la señorita de Sainte-Severe dormía en el aposento inmediato y no quería confiarle mis proyectos; pero podía servirme sin conocerlos...

Blanca entró aquí en algunos detalles para explicar á Gilberto lo que había imaginado á fin de que Guy y Juana pudieran reunirse con ella. Tenía costumbre de no despertar á la señorita de Sainte-Severe después de retirarse ésta á su habitación y de comunicarle sus órdenes por escrito, y en su consecuencia introdujo una carta por debajo de la puerta. En pocas palabras rogaba á la institutriz que apenas amaneciera enviara su equipaje á la estación de Chatillón, dando orden para que el coche se detuviera delante de la casa de Gilberto, para un encargo que le había confiado. Añadíale que todo esto había sido convenido ya con el conde para facilitar la marcha al día siguiente, y recomendábale también que con el coche fueran Guy y Blanca, distracción que les agrababa mucho y de la cual no sé atrevería á privarles la institutriz. Los cofres estaban en el vestíbulo y se los llevarían sin entrar en su cuarto, donde nadie penetraba mientras Blanca no llamase. Cuando la señorita de Sainte-Severe marchase con los niños, creería que la vizcondesa no estaba levantada aún.

– Dispuesto así todo, continuó Blanca, me encaminé á obscuras hacia la escalera grande, atravesando los corredores, y llegué al pórtico... En el patio, los perros gruñeron, pero calláronse al reconocerme... La verja estaba cerrada y me fué preciso dar la vuelta al castillo y atravesar el jardín... Recordé que en un sitio la cerca se había derrumbado en parte y al fin lo encontré... No hubo más remedio que arrastrarme sobre la hierba y mi vestido se desgarró entre los matorrales en el momento de salir fuera. Una vez en el camino, emprendí la marcha apresuradamente... ¡Ah! ¡Qué largo me pareció este camino que había recorrido con tanta frecuencia! Se me figuraba oir rumor de pasos que me perseguían, ver personas apostadas en cada matorral, y cuando al fin divisé las luces de la ciudad y reconocí la puerta de la casa de usted, consideréme feliz, libre, salvada; pero entonces me estremecí al pensar que tal vez se habría marchado ya... Y al verle, sobrecogióme el desfallecimiento. Ahora es preciso huir, y esto cuanto antes... No quiero ver más al conde...

– Pero, repuso Gilberto, cuando noten la ausencia de usted, creerán que ha ocurrido alguna desgracia, y la marquesa...

– Ya he pensado en ello y por eso he dejado una esquelita sobre mi velador... ¡No hay cuidado; no me guardará rencor por eso! En mi carta le suplico que me excuse con el conde y ella sabrá arreglarlo todo. Además le prometo que apenas sea posible volveremos á reunirnos con ella...

– ¿Y ha hecho usted todo eso por mí?, preguntó Gilberto.

Y arrodillado aún ante Blanca, comenzó á besar de nuevo sus manos; mientras ella, cogiendo su cabeza en el impulso de su pasión, apoyóla sobre su seno; Gilberto levantó un poco la frente y sus labios se tocaron y unieron.

¡Bien podía ahora oprimir contra su corazón, estrechar y acariciar á la mujer tan ardientemente deseada desde hacía tanto tiempo! El amor que Blanca acababa de confesar, más grande de lo que él podía haber soñado, centuplicaba su propia ternura. En aquel momento sentíase capaz de hacerla olvidar cuanto abandonaba por él, los millones, el título y su sociedad, y así se lo decía. Blanca le había comunicado su ardimiento; aceptaba la idea de aquella fuga, semejante á un rapto, y hallábase dispuesto á seguirla. Seducíala sobre todo aquella calaverada, aquel capricho de mujer, que defraudando todas las esperanzas del conde en el último instante, cuando todo estaba preparado para su casamiento, huía á pie, de noche, sin llevarse nada. Y contemplaba las manchas que la hierba había dejado en su vestido, los rasguños que las espinas habían inferido en sus manos delicadas al cruzar la cerca... ¡Blanca, la vizcondesa de Cabrol, había sufrido todo esto para ir á decirle que le amaba, que no amaba á nadie sino á él y que iban á marchar juntos para casarse!... ¡Al fin sería su esposo!

Los dos seguían abrazados, poseídos de la misma embriaguez, dejando volar su pensamiento en esos mil sueños de sensaciones felices de que en breve podrían disfrutar. Seguros de una felicidad á que ya tocaban y que solamente de ellos dependía, ni aun pensaron en la solicitación de sus sentidos, que por su misma embriaguez sumíales en un letargo delicioso y enervante que aniquilaba la energía de sus almas. Con las manos convulsivamente cogidas, permanecían silenciosos, contemplando á través de los vidrios la pálida luz de la aurora naciente, que les llevaba la felicidad.

Muy pronto penetró en la habitación la luz alegre del día, y hubiérase dicho que con las últimas sombras desvanecíanse la pesadilla, las malas inteligencias que durante tan largo tiempo les tuvieron separados; sus esperanzas juveniles despertábanse con los tenues albores matutinos y la alegría dilataba sus corazones.

– Los niños no pueden tardar... dijo Blanca.

Y fué á mirar por la ventana. Después, para distraer su impaciencia, comenzó á pasear por la habitación, cruzando entre los cofres y muebles y hablando sin ilación sobre las últimas medidas que se debían adoptar para el viaje... Al fin se detuvo ante la mesa aún servida y contemplóla sonriendo.

– ¡Qué vergüenza, exclamó, debo confesar que tengo hambre!... No he comido nada en todo el día de ayer...

Gilberto adelantó una silla presuroso y sirvió él mismo á Blanca, que devoró, sonriendo, cuanto le ponía delante. No dejaba de ser curioso aquel apetito en medio de las zozobras que debían inquietarla.

Cuando hubo concluído, volvió á pasearse por la estancia con paso febril, dirigiéndose á menudo á la ventana para escuchar los más leves rumores y muy pronto dió señales de impaciencia. Gilberto se esforzó para tranquilizarla, pero él mismo estaba inquieto. De repente oyóse el ruido de un carruaje; los dos se precipitaron hacia la puerta y divisaron el landó de la marquesa; mas llegados al camino, solamente vieron en él á la señorita de Sainte-Severe, que acababa de apearse.

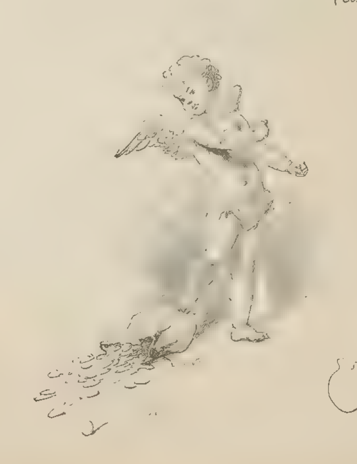
– ¿Y Guy y Juana?... preguntó Blanca.

– Se han quedado en el castillo; el conde de Bagrassand no ha permitido que vengan.

– ¡El conde de Bagrassand! ¿Con qué derecho?

– ¡Dios mío, señora, se ha de tener en cuenta que es su tutor y que tiene alguna autoridad sobre ellos!... En tales condiciones, he creído de mi deber obedecerle.

(Continuará)



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL HERRERO EN 1791

Nuestra época ha presenciado en el transcurso de los últimos cincuenta años una serie de transformaciones que han afectado profundamente á las grandes



Fig. 1. Instalación de una fragua catalana

industrias. Los procedimientos de fabricación, hasta entonces poco menos que estacionarios, han sufrido una modificación completa cuando á ellos se han aplicado los datos resultantes de los recientes descubrimientos científicos y de los progresos de toda especie de que éstos han sido punto de partida. El material empleado se ha transformado también rápidamente cuando la industria ha podido disponer de máquinas poderosas muy superiores á las anteriormente conocidas y capaces de ejecutar á menudo de una manera automática labores delicadas y de gran precisión que parecían exclusivamente reservadas á la mano del hombre.

Esta transformación casi súbita y sin embargo tan importante, que imprime á nuestra época su carácter especial es sensible sobre todo en las grandes industrias primordiales, como la agricultura y la metalurgia, cuyos materiales y procedimientos habíanse conservado casi sin alteración alguna al través de los siglos.

Fig. 2. Alto horno antiguo para carbón vegetal

El arado de los romanos, *aratrum*, en cierto modo asociado á la historia de este pueblo agrícola y guerrero, la hoz y el mayal que encontramos también en las leyendas y ceremonias religiosas de la mayoría de los pueblos, casi todos los útiles de agricultura, en una palabra, han llegado á nosotros tales como nuestros remotos antepasados los conocieran y sólo en nuestros días el antiguo arado se transforma para dar paso á instrumentos de tipo distinto que, por decirlo así, no tienen de común con él otra cosa que el nombre. Del mismo modo la hoz se va perfeccionando hasta llegar á la máquina segadora que, si es preciso, se encarga de atar en gavillas las cañas y las espigas que su cuchilla derriba; el mayal, por su parte, cede su puesto á las trilladoras mecánicas de diversos tipos, movidas por caballos ó por el vapor y de una potencia infinitamente superior á la de aquél.

Los mismos cambios encontramos en la metalurgia, pues no cabe establecer una comparación, por ejemplo, entre los pequeños hornos alimentados por las corrientes de aire naturales y á veces por fuelles de cuero, y estos grandes hornos de la industria moderna cuya altura excede en algunos de 15 metros, que están provistos de sopladores potentes y de aparatos regeneradores de calor y que pueden producir diariamente de 2 á 300 toneladas de metal, sobrepujando de esta suerte en un día lo que los antiguos hornos producían en muchos años.

La transformación es tan completa, que con ser casi contemporáneos nuestros aquellos procedimientos, se nos presentan hoy ya como una evocación de tiempos remotos y apenas podemos convencernos de que nuestros antepasados hayan podido contentarse con ellos sólo algunas generaciones antes de nosotros.

Pero sea de ello lo que fuere, esa comparación de procedimientos de fabricación de la metalurgia á un siglo de distancia presenta un interés excepcional. Un distinguido ingeniero francés, M. Hallopeau, hizo de este asunto, cuando la última Exposición universal de París, tema para una conferencia notable y justamente aplaudida. Esta conferencia, en la que comparó la situación, el material y los procedimientos del herrero en 1789 y en 1889, acaba de ver la luz acompañada de grabados altamente curiosos que el autor ha reproducido tomándolos de los tratados de metalurgia del siglo pasado, especialmente de la obra del marqués de Courtivron y de M. Bouchu, editada en 1768 con el título de *Arte de forja*, y de los estudios sobre el arte de fabricar el hierro publicados en 1775 por Mauricio Grignon, sabio herrero de la Champaña. Creemos que interesará á nuestros lectores la reproducción de algunos de esos grabados que les permitirán hacer por sí mismos esa sorprendente comparación sobre la transformación capital que las herramientas de herrería han sufrido en el transcurso de un siglo.

La fig. 1 representa la instalación de conjunto de una fragua catalana: á la derecha se ve el martinete que servía para forjar la masa de hierro sin colar que se extraía del bajo hogar: este martinete funcionaba movido por una rueda hidráulica cuyo eje llevaba unas aletas que alternativamente levantaban y dejaban caer el martillo, apoyando sobre el brazo opuesto de la palanca. En el centro se ve el hogar propiamente dicho, cuya cara posterior estaba formada por un pequeño tabique que protegía el fuelle, constituído por un aparato de los más primitivos, llamado trompa, cuya invención, realizada en Italia, no remonta más allá de 1650: era una especie de cubo colocado boca abajo, al que se hacía llegar una corriente mixta de aire y de agua conducida por un tubo hueco formado generalmente por un simple tronco de árbol con unos agujeritos en su corteza, por los cuales se atraía el aire arrastrado por la corriente de agua tomada de un arroyo vecino. El aire se acumulaba en el depósito inferior y desembocaba en el bajo hogar por dos conductos llamados toberas. Con tan sencilla instalación sabido es que se obtenía el hierro directamente, sin pasar por el intermediario la fundición, pero era á costa de un trabajo largo y dispendioso en el que se consumía un peso de combustible más de tres veces mayor que del hierro obtenido. Como los productos así preparados eran por regla general de calidad superior, ha podido conservarse este procedimiento hasta nuestros días en los países montañosos, como los Pirineos, para el tratamiento de los minerales muy puros que en ellos se encuentran; pero poco á poco estos hornos se han ido extinguiendo y hoy difícilmente se encontraría uno en Francia. En efecto, M. Hallopeau participa que la última herrería de este género establecida en los Pirineos y que visitó en 1882 ha sido recientemente cerrada.

La fig. 2 representa la instalación de un alto horno para carbón vegetal del siglo pasado. Aquí se trata ya de una metalurgia más complicada que la de la fragua catalana, pues este horno da un producto intermediario, el hierro fundido que, refinado luego, se transformará en hierro soldado. La elevación del alto horno no excede de 5 metros y las materias depositadas en el nivel superior son arrojadas al cañón á fuerza de brazos: en la parte inferior se ve el agujero por donde salen las escorias. Este horno recibe el viento por dos fuelles movidos por una rueda hidráulica, y las aletas puestas en el árbol de la misma comprimen alternativamente los dos fuelles poniendo en tensión dos perchas flexibles que forman resortes, los cuales, al cesar la acción de la aleta, se alzan arrastrando los referidos fuelles. Los galápagos fundidos así obtenidos, que son enviados después á la fragua para su refinación, se pesan en la ingeniosa báscula que se ve en el centro del grabado.

Como espécimen de las industrias anexas á la herrería reproducimos en la fig. 3 la vista de la instalación de un tren de fundición del siglo último: en ella aparecen los dos laminadores movidos por engranajes de madera regidos por dos ruedas hidráulicas. El hierro, adelgazado á mano, se calienta en el horno que se ve á la izquierda y empieza por pasar por entre los dos cilindros planos del primer laminador, de donde sale en forma de plancha, y pasa al segundo, cuyos cilindros provistos de puntas salientes

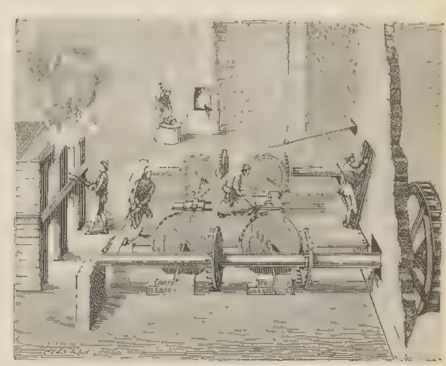


Fig. 3. Instalación antigua de fundición

lo cortan longitudinalmente en trozos que un obrero va colocando en la pared. Para evitar que los laminadores se calienten dirígese hacia éstos una corriente continua de agua.

La fig. 4 representa la instalación del hogar desmontable de los herreros ambulantes que recorrían las poblaciones rurales para reparar los yunques: en ella se ve la fragua con los dos fuelles protegidos por el pequeño muro. Estos fuelles, que no tenían menos de 7 pies de longitud por 2 y medio de anchura, eran movidos, á falta de fuerza hidráulica, por cuatro hombres que los aplastaban con los pies apoyándose alternativamente en uno y otro, recobrando aquéllos su posición normal merced á la reacción de perchas flexibles. Cuando el hierro del yunque que había que reparar estaba caliente, esos mismos hombres abandonaban sus puestos y acudían á batir la masa con sus martillos, después de lo cual el yunque era sumergido en un depósito de agua fría para de este mo-

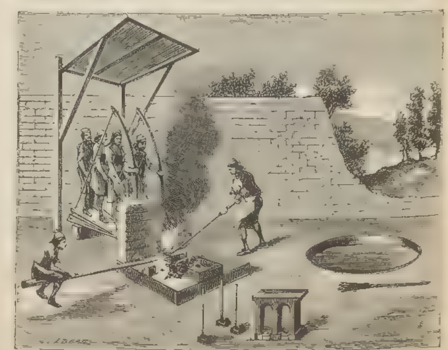


Fig. 4. Hogar desmontable de herreros ambulantes

do endurecer prontamente el poste que lo sostenía y que era de acero.

El estado rudimentario de las herramientas de herrería en el siglo pasado demuestra cuál era la rutina de los procedimientos empleados, y la obra de M. Grignon antes citada prueba, en efecto, el atraso en que se encontraban, así la teoría como la práctica. En esta obra, el autor, después de explicar cómo ha hecho el estudio de los procedimientos metalúrgicos, expone las investigaciones por él realizadas para encontrar la razón de las diversas operaciones metalúrgicas que en la misma describe; sin embargo, M. Grignon no pudo comprender las reacciones químicas, pues no tenía noción del oxígeno y de la importancia capital de las pesadas que algunos años después (1778) debía revelar Lavoisier.

Merece también recordarse el trabajo de Vandermonde, Monge y Bartholet sobre la fabricación del acero, publicado en 1793 por orden del comité de Salud pública: en él se consignan los principios exactos en que tal fabricación se funda, pero en cambio contiene nociones químicas erróneas por lo que á la fundición se refiere.

Los problemas de la constitución de los fundidos, de los hierros y de los aceros eran, por lo demás, de difícil estudio, porque los análisis se hacen en proporciones de materias infinitesimales; no siendo, pues, de extrañar que á pesar de los trabajos de los más renombrados químicos de nuestro siglo, no aparezcan, aun hoy en día, completamente dilucidados en todos los casos. Sin embargo, la ingeniosa teoría celular debida á los señores Osmond y Werth, desarrollada por el primero de una manera tan notable, parece llamada á arrojar nueva luz sobre la constitución íntima de estos cuerpos.

(De *La Nature*)



BARCELONA. – PLAZA DE LA PAZ, cuadro de D. Juan Roig y Soler. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido los cuadernos 30, 31, 32 y 33 de esta interesante publicación, que contienen, además del notable texto, ocho bellísimas láminas, entre ellas varias fototipias, que representan: el patio de la antigua casa de Torrellas, hoy derruído; un detalle de lacería árabe del castillo de la Aljafería; una ventana de la calle de Boggiero; una vista de la iglesia de San Miguel de los Navarros; varios capiteles árabes del castillo de la Aljafería (de la notable colección del Museo provincial de Zaragoza); un facsímile de una página del códice número 47 de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil, de Zaragoza (copia del siglo XVI de la era cristiana); un detalle interior de la Mezquita, Palacio de la Aljafería y la torre de la iglesia de San Juan y San Pedro.

Con el cuaderno 30 termina el primer tomo, para cuya encuadernación se han confeccionado unas elegantes tapas que se ofrecen á los suscriptores de esta obra al precio de 3 pesetas.

El primer tomo completo, que forma un volumen de 220 páginas con 60 láminas sueltas y varios grabados intercalados en el texto, se vende al precio de 33 pesetas en rústica y 35 encuadernado.

El precio de suscripción de esta obra es el de una peseta el cuaderno, y los pedidos, así de suscripciones como del tomo completo, pueden hacerse directamente á los autores propietarios, Contamina, 21, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 14 de septiembre de 1891 — Núm. 507

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROSA MÍSTICA, cuadro de D. José María Tamburini. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Congreso internacionalista de trabajadores en Bruselas. – Empeños vanos. – Utopias constantes. – Pelea entre los diputados de las diversas naciones. – Imposibilidad de la solidaridad de intereses y de la igualdad de salarios. – La realidad y el sofisma. – Progresos inevitables. – Conclusión.

I

Uno de los fenómenos más curiosos que pueden hoy estudiarse con mayor provecho, es la reunión de trabajadores, periódicamente congregada en diversas ciudades, para discutir asuntos relativos á la organización del trabajo, en las cuales reuniones pláñense, con verdadero fundamento, de sus dolores, y formulan, con mayor ó menor acierto, los consuelos á estos dolores aplicables por las legislaciones futuras, aquellos que llevan la mayor y más pesada carga en todas las sociedades, el trabajo manual diario, y perciben por toda retribución y premio un mísero jornal. Yo los estudio y los compadezco. Ellos creen, sin embargo, que, por llamarnos individualistas los enemigos del sistema social suyo, no llegan hasta nuestros corazones las quejas de los que trabajan y sufren, ó no embargan el entendimiento nuestro los remedios á buscar para tantos males, engañándose así con verdadero engaño. Los que una parte considerable de nuestra vida pasamos en el empeño de acabar con la esclavitud de los negros, y no tuvimos punto de reposo hasta conseguirlo, difícilmente habíamos de mirar con indiferencia los restos de servidumbre dejados sobre la espalda de nuestros hermanos blancos por un trabajo casi forzoso y un salario casi miserable. Hace pocos días, paseándome yo por los maravillosos muelles y viendo el increíble laberinto de canales que á orillas del Escalda ostenta la ciudad mercantil por excelencia de Bélgica, la grande Amberes, topé con una familia, madre y tres hijos, echada en busca de trapos y otros desechos semejantes sobre unos restos de hulla, como pudieran echarse perros vagabundos y sin dueño sobre mondados y fríos huesos. Aquel afán de hallar algo con cuyo precario auxilio sostener una existencia, peor cien veces que la muerte misma, en residuos de residuos, me dió terrible puñalada de dolor en el pecho y me trajo las lágrimas á los ojos, pasando ante mi vista conturbada los dolores de todos, con especialidad aquellos más penetrantes en el corazón de uno: los dolores de las madres. Un rápido examen de conciencia bastó á decirme que yo había hecho en la vida, dentro del radio de mi posibilidad y con mis escasas facultades, todo cuanto había podido por las clases pobres. Pero no puede uno reformar primeramente la naturaleza fundamental humana, cuyas condiciones en modo alguno dependen de la voluntad individual y colectiva, sino del universo entero, de sus leyes eternas; y no puede uno tampoco, ni aun aquello á primera vista más facil, alterar todo cuanto en las instituciones políticas responde á las contingencias y limitaciones de nuestro ser, acompañadas por la sombra siempre de un mal necesario. Una ciencia médica que se propusiera extirpar la muerte caería por su base, y á toda ciencia social que se proponga extirpar en absoluto la miseria le sucederá lo mismo; falta de fundamentos reales, se disipará en sueños y en utopias. ¡Cuántas desgracias, en crueldad mayores que la pobreza, van en la sangre y se reciben del nacimiento por herencia, sin que tengan remedio posible aquí en la tierra! ¡Cuántos heredan con una corona una tisis! ¡Cuántos pasan la vida en el dolor porque la pasaron sus abuelos en el placer! «Nuestros padres, dice la Biblia, comieron agraces, y nosotros tuvimos dentera.» Disminuir el mal es cosa de suyo facilísima; extirpar el mal es cosa de suyo imposible. Pues á extirpar el mal tiran los comunistas, y empeñados en esta empresa utópica marran siempre, y únicamente consiguen la perturbación social en vez del mejoramiento progresivo. Y por extirpar el mal extirpan muchos bienes también, como el Estado, como la propiedad, y, parece imposible, como las libertades modernas, asemejándose así á quien, para quitar una mortífera peste, quitara el aire atmosférico. Cuanto más reflexionamos acerca del socialismo lo entendemos menos. Y sugiéreme tales pensamientos un Congreso internacional de trabajadores que ha coincidido con mi estancia en Bruselas y ocupado con sus sesiones la prensa europea durante dos consecutivas semanas. Inútil ocultarlo: en este Congreso, como en todos los Congresos comunistas, hase tendido por sus individuos al colectivismo, la palabra en sentir mío más comprensiva del nuevo partido social. Pasan los tiempos y permanecen las ideas. Aquello mismo propuesto por los demagogos y por algunos patricios pérfidos al pueblo rey para perder la causa de los Gracos y aniquilar á éstos, hoy se reproduce por los colectivistas y su aliado natural, el pesimismo reaccionario, para perder la causa de nuestra democracia y de nuestra libertad en Europa. Ya se hable de la posesión en común del suelo considerado como un instrumento de trabajo y propuesto para la colectividad como el aire y como el agua, ó ya de nacionalizar la tierra se hable, no queda en el substratum último de tales aspiraciones otro principio más que un principio comunista. Y lo dije mil veces, y lo repito ahora: el comunismo queda siempre á nuestras espaldas en el montón de inútiles y tristísimas escorias dejadas por la humanidad sobre lo pasado, y no puede servir al humano progreso de manera ninguna. Todo cuanto la civilización moderna en materia legislativa por el trabajador hiciera: la caja de retiros en Alemania, los sindicatos oficiales en Francia, los seguros burocráticos en Inglaterra, no sólo perturban las leyes económicas, oponiéndose á su natural espontaneidad, aumentan los tributos al Estado del trabajador y mantienen ó agravan su dependencia del Estado. En otro tiempo el socialismo callaba esta mácula con profundo silencio; mas hoy la expone y la exhibe con verdadero escándalo. Uno de los primeros votos emitidos por los representantes del partido socialista de Bruselas quita la máscara con que solía encubrirse la doctrina, y declara necesitar, para el tránsito de un Estado individualista puro, al puro Estado colectivista de los Estados modernos. Pero los Estados modernos podrían y deberían responderles que, mientras reduzcan su ministerio á mantener el derecho de cada uno y á practicar por delegaciones parlamentarias el gobierno de todos, podrán Estados modernos llamarse con razón; pero que si necesitan proveer á todo, como en los antiguos tiempos, que regulaban por medio de rescriptos reales desde los trajes hasta las comidas, tendrán qne apoderarse de todos cual se apoderaban los antiguos Imperios asiáticos. Las horas de trabajo gubernativamente señaladas, los productos por igual repartidos, la diversidad varia de aptitudes concluída, la emulación y la concurrencia completamente anuladas, el suelo en común y en común todos los instrumentos con todos los artefactos y todos los medios de la humana industria, lógicamente generarán una sociedad comunista, como las mil veces encontradas en la historia universal de todos los tiempos, sociedad que se coronará y se dirigirá por Estados y gobiernos completamente despóticos. Da el mismo rancho á todos los soldados y con igual uniforme los viste, fuerza de suyo tan poco espontánea y liberal como la disciplina sancionada por las penas más horribles, sin las cuales no podría existir colectividad tan restricta como el ejército, pues de todo se necesita para impeler un individuo libre á la vida en común. Querer ejército sin obediencia pasiva y sin pena de muerte continua, es como pedir cotufas en el golfo. Pedir el comunismo sin un Estado fuerte, sin una ley represixa, sin una disciplina severa, sin el sacrificio de todo lo espontáneo é individual á todo lo común y colectivo, es pedir lo imposible; pues para matar en el individuo la individualidad, para someterlo al paso de los demás iudividuos, para concluir en él sus espontaneidades nativas, para contrastar la vocación propia y obligarle á la práctica de principio tan imposible de suyo en el mundo como la igualdad completa de retribuciones y premios á la desigualdad completa de aptitudes naturales, necesítase un gobierno tan contrario á la naturaleza como el despotismo.

II

El fundamento indudable de mis reflexiones hanlo puesto ellos mismos en evidencia, muy contra su voluntad y deseo. Así, cuando los anarquistas han aparecido en su seno demandando participación en la ruina de principios como el principio de propiedad y de individualidad por medio de la negación y de la carencia de todo gobierno, indignados los socialistas ortodoxos hanlos cogido bonitamente del brazo y puéstolos en la calle, sin experimentar escrúpulo de ningún género al pedir el auxilio de los agentes del gobierno á una obra tan burguesa como la proscripción del enemigo y del extraño. Y se han asustado, al proceder así, de ellos mismos, proscribiendo las consecuencias últimas de sus teorías y expulsando su izquierda, como cualquier otro partido, en prueba de que nada puede fundarse, ni hacerse, no ya contra las leyes de la sociedad, olvidándolas en algún sentido, pues llegan á rebelarse y á imponerse, por una serie de fenómenos incostrastables, á los mismos que las niegan y que las desconocen. Así, no pueden extrañarse que huya la sociedad moderna de ellos como huyen ellos de los anarquistas, sombras de sus cuerpos. Mas no sólo acaban de mostrar en esto la sujeción á códigos por sus teorías negados; el principio de su nacionalidad y hasta el principio religioso han surgido en secta de creencias tan humanitarias y universales, como la secta, que acabaría de un golpe con todas las naciones, focos de particularismo, raíces de la odiada individualidad. Por ejemplo, los oradores franceses, los oradores belgas, los oradores suizos, dueños de absoluta libertad, han proclamado el procedimiento revolucionario y dicho que no podrían jamás las clases inferiores destruir la sociedad burguesa contemporánea sin aplicar á sus cimientos la dinamita de una revolución. Y en seguida los oradores alemanes han opuesto á esa declaración dos reflexiones de igual importancia: primera, que todo cuanto han ellos conseguido lo consiguieron por las evoluciones; y segunda, que no podrían volver á su patria si proclamaban cosa tan opuesta y contradictoria con sus leyes como la revolución. Y no para en esto la imposición soberana del principio de variedad al colectivismo unificador: hay otras revelaciones no menos claras, y otras imposiciones no menos imperiosas, de la naturaleza universal. Un francés, amigo de novedades por temperamento, y cansado de su régimen parlamentario, un poco excesivo, declara, en guisa de los pedantes de nuestra prensa ó de los Boulangeres en canuto de nuestras Cortes, guerra cruel al parlamentarismo; y salen los germanos de estampía diciéndoles que Alemania se muere y expira por falta de Parlamento. Y lo sucedido con el principio de las nacionalidades también sucede con el principio religioso. Algunos trabajadores muy cristianos atribuyen al judío, acaparador del capital contemporáneo, todos los males anejos al trabajo, así como todas las prerrogativas y privilegios congénitos á la riqueza, y en medio de una sociedad tan progresiva como un Congreso del socialismo contemporáneo, intenta encender las ideas y las pasiones antisemitas. Y hete aquí el principio religioso apareciendo como un fantasma entre aquellos materialistas sistemáticos. Y precisa decirle al comunero inconsciente que la humanidad caería de nuevo en la barbarie si los pueblos cultos renegasen del principio entre los principios humanos, de la libertad religiosa. Y aún hubieran podido añadir los hombres de sentido común algo más aún hubieran podido añadir que la riqueza excesiva de los judíos se debe á una causa muy rara, es decir, á una violación del principio de justicia derivada de la intolerancia religiosa. Como les prohiben poseer bienes muebles, hállanse obligados á la indispensable adquisición de bienes inmuebles; y como los bienes inmuebles, bien manejados, reportan más y rinden mayores intereses que los bienes muebles, de aquí la riqueza judía. Y no paran en esto las imposiciones de la realidad al sectario abstraído por completo de todo cuanto le rodea. Un hecho de mayor enseñanza é ilustración ha sobrevenido y pasado. Los ingleses, gente de suyo experta por esa larguísima educación parlamentaria y liberal, tan denostada por sus congéneres de Francia en el Congreso, invitaron á éstos, con toda sencillez y candor, nada menos que á una visita, verdaderamente reveladora de haberse concluído las supersticiones patrióticas entre los trabajadores socialistas: á la visita, muy usada en los viajes por Flandes y Brabante, á la visita del campo de Waterloo. El ejemplo no podía estar mejor escogido, y el caso no podía ser más curioso. En el Congreso tronaban los restos de la Comunidad parisién. Esta comunidad, durante los meses infernales de su gobierno revolucionario, decretó y cumplió la demolición de un monumento como la colum-



ZARAGOZA. – EL DIOS DE LAS AGUAS, cuadro de D. Joaquín Pallarés. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

na Vendome, á los triunfos napoleónicos erigida por Francia. Consecuentes con aquella demostración de cosmopolitismo y con aquel rasgo de horror á las glorias nacionales, debían ir los comuneros franceses, en buena lógica y en justa observancia de sus principios, á celebrar sobre un campo de batalla nefasto á Francia la rota de Napoleón y de los franceses. Con ejemplo ninguno como con este revelador ejemplo podrían demostrar la muerte del patriotismo tan excomulgado por la secta y el reinado de los principios colectivistas. Dada la insania de sus temperamentos y la demencia de sus espíritus, un hecho concorde con la demolición de su columna era la celebración por franceses en pleno Waterloo de su propia derrota. ¿Creéis, sin embargo, que fueron? Pues no fueron, rindiendo á la patria historia este natural homenaje, aunque antipatriotas, y demostrando con aquel acto cómo el sofisma, pensado arbitrariamente por una inteligencia devariada, se deshace y se desvanece de suyo en la realidad y en la vida. Si los franceses del Congreso hubieran estado en compañía de los vencedores á celebrar la derrota de sus padres allí vencidos, nunca osaran presentarse ante los mismos correligionarios suyos, que niegan la patria y consideran como una superstición de antaño la primer virtud política, el patriotismo. Escupís al cielo, y os mancháis la cara. Negáis el arte, negáis la ciencia, negáis la religión y la patria; pero en seguida, tras estas negaciones, el corazón traiciona la inteligencia, desmiente vuestra teoría la vida toda, y concluís por cumplir con vuestros actos, demostrando su poder así, aquello mismo que negáis con vuestras teorías. No, como ningún francés cosmopolita puede asistir, á pesar de su cosmopolitismo, á Waterloo en son de regocijo por la victoria de los ingleses, ninguno puede renunciar á Metz y Estrasburgo por complacencias con sus correligionarios alemanes. Y será la humanidad todo lo demente que quieran estos humanitarios, los cuales, so pretexto de servirla, no hacen más que abandonarla: Waterloo, Sedán, Alsacia, Lorena, predominarán en la especie nuestra, lo mismo entre capitalistas que entre jornaleros, sobre las horas de jornada y sobre los céntimos de salario; como que por la patria, por esa entidad ideal, dan de grado todos sus hijos la vida, creyendo un presente del cielo y un don divino la muerte por ella en los desfiladeros de las Termópilas, en los campos de Platea, en los escombros de Zaragoza. Así, por más que los alemanes y los franceses han querido confraternizar en este concilio de la revolución social, y sobreponerse á los sendos odios dispertados por los mutuos combates recientes, otra les quedaba dentro, que alguna vez, contra su voluntad y grado, subía de rondón á los labios y estallaba en quejas, tanto más hondas cuanto menos premeditadas y queridas.

III

Pero no solamente saltaban divisiones entre los individuos de nacionalidades opuestas, saltaban entre los individuos de una misma nación, cosa grave para quien mantiene la solidaridad de los jornaleros y la uniformidad de los jornales desde Madrid hasta Moscou. Los franceses nunca pudieron ponerse de acuerdo para votar unánimes en todos los asuntos. Disentían hasta en lo fundamental con frecuencia, y votaban unos contra otros. Respecto de los alemanes ¡ah! no hay que hablar. Tres corifeos tenían en el Congreso: Bebel, Singer, Liebknecht, y cada cual tira por su lado bajo apariencias engañosas de fraternal concordia. Liebknecht resulta en el fondo uno de aquellos pensadores alemanes que se pasa la vida mirándose la conciencia, como los goghis indios se pasan la vida mirándose el ombligo. Pensador, idealista, filósofo, cree, como toda la gente de su oficio y complexión, en el poder de las ideas, y no se impacienta gran cosa por un triunfo que deben traer tarde ó temprano los hechos y los principios en su doble pero armonioso y congruente curso. Todo lo que es racional es real. Muy al revés Bebel. La contemplación le aburre. Esas meditaciones en lo interior é íntimo parécenle á él ataxias ó paralizaciones de la voluntad. Querer y pelear: he ahí su divisa. Con tan contradictorios temperamentos, las mismas ideas llegan á contradecirse por necesidad en la vida, siquier aparezcan identificadas en las inteligencias. Colectivistas los dos, el colectivismo de uno tomará el azul celeste de su mística paciencia, mientras el colectivismo del otro los furores de su interno ardor, diferenciándose ambos entre sí más que si profesaran dos opuestas y contradictorias doctrinas. Como hay amigos en todas partes, no ha faltado quien me haya dicho que se detestan á muerte, y que allá en las conversaciones privadas se imputan las derrotas del socialismo alemán uno á otro como uno y otro se arrogan las victorias. Pero tienen un mediador plástico que los reconcilia entre sí, mal del grado de los dos, tienen á Singer. ¿Y quién es el tal Singer? De seguro no habéis leído nunca su nombre que traspasa con dificultad la línea del Rhin. Y sin embargo, bien podéis creerlo, la hipóstasis que hace una persona de la trinidad comunera germánica. Los dos pensadores jefes del movimiento socialista no se mantendrían en paz un minuto sin la intervención perdurable de Singer, que los recompone y rehace así que se descomponen y se desavienen ellos. ¿Quién es tan omnipotente sujeto? preguntará el curioso lector. Pues nada menos que un capitalista. Como el pensamiento de Bebel es indecible, como la grande actividad de Liebknecht es incontrastable, ¡oh! hanme dicho los interesados en la secta, conocedores de sus intimidades y secretos, que por su parte y á su vez el bolsillo de Singer es inagotable. Y he aquí por cuál serie de contradicciones patentes y escandalosas el capital se impone á los que se hallan juramentados para desarraigarlo del planeta. Pues aún ha sido más curioso lo que ha pasado con los ingleses. Asistentes á un Congreso de socialistas, no ha querido la mayor parte cargar con un apellido muy odioso al individualismo sajón. Así, han propuesto y obtenido que le diferenciaran los representantes en obreros puros y obreros socialistas. Diputados al Congreso por las asociaciones más formidables y más poderosas de trabajadores que hay en el mundo, hanse reído mucho de tanta y tanta superstición como embarga la voluntad y la inteligencia de los jornaleros continentales. Ellos, idos allí para mantener un dogma como la solidaridad obrera, se han hecho una piña, sí, para combatir á todos. Acostumbradísimos al sol de la libertad ¡cuánto no han reído en su ciencia práctica y en su experiencia consumada del antisemitismo apuntado por éstos, del odio al Parlamento sentido por aquéllos, de la revolución sistemática predicada por todos! Pero lo que muy especialmente les ha extrañado en su liberalismo tradicional ha sido esa elevación á dogma de principio tan contradictorio con sus hábitos y con sus ideas como la intervención indispensable del Estado en las cuestiones de los jornaleros. Principio esencial éste de la escuela germánica, su realización trae aparejado un cesarismo colosal. Sólo un césar, disponiendo de todos, puede alimentar á todos. En el fondo, esa intervención del Estado en aquello que más de su jurisdicción debía exentarse, resucita el gobierno-Dios, y pide un césar, como Dios infalible, todopoderoso y omnisciente. Pero ¿á qué pararnos en tantas contradicciones? El socialismo internacional demuestra que ni olvida ni aprende. Contra todas las lecciones de la historia y contra todos los dictados de la razón, proclama una especie de unidad jornalera semejante á la que intentaron, y no pudieron cumplir, Alejandro, César, Carlomagno, Carlos V y Napoleón. Desconociendo la naturaleza humana, decreta igual tiempo de trabajo á todas las activida-

des é igual suma de retribuciones á todas las aptitudes. Después de haber expulsado al anarquista del Congreso y maldecídole con toda suerte de anatemas, proclama como doctrina corriente y aceptada el nihilismo, puesto que le consagra un hurra en el discurso de clausura. Niveladas las naciones, niveladas la aptitudes, niveladas las horas de trabajo, nivelados los salarios, únicamente le quedaba por nivelar los sexos. Y también los ha nivelado. Igualdad política y civil de las mujeres con los hombres: han dicho. Y preguntó yo: ¿por qué no también la igualdad natural? Y proclamada la igualdad natural hay que hacer un reglamento á fin de que puedan afeitarse las mujeres, y tener la gracia y hermosura de éstas los hombres. Cuanto más el socialismo se desarrolla más se manifiesta como una secta estrafalaria parecida por completo á las que han llenado de sinrazones las páginas gloriosas del desenvolvimiento intelectual humano. Pero en medio de sus delirios no deja de ofrecer alguna ventaja. La primera es que la libertad se halla entre nosotros de tal modo fuerte y arraigadísima, que á nadie se le ocurre limitar el derecho al disparate de los socialistas, y todo el mundo cree sus amenazas á la propiedad tan fútiles como si amenazasen al sol y al océano. La segunda es que, poco á poco, á pesar de sus exageraciones en la conducta y de sus utopias en la idea, van haciendo penetrar los socialistas en la vida un afecto instintivo al régimen de trabajo contradictorio en todo con el régimen de guerra y de combate. La tercera es que la legislación y los legisladores miran más por el pobre y por el desvalido que miraban en otro tiempo. Así cumplimos las metamorfosis del progreso. Cual los detritus y los estiércoles puestos al pie del árbol se truecan, por absorciones de las raíces y de las cortezas, en gomas, en mieles, en perfumes, en flores, en frutas, el error puesto al pie de las sociedades humanas, como nunca puede ser absoluto y siempre ha de llevar sus correspondientes partículas de ideas verdaderas, se transforma por el espíritu colectivo en continuos progresos. Dicho cuanto ha pasado en esta quincena de más importancia, despídese de vosotros hasta la próxima.

NARRACIONES

VELO Y SUDARIO

En las interminables veladas de invierno, cuando los colonos de la granja se han puesto bien con Dios y con su estómago, mediante rosario y cena, se agrupan en torno del hogar y suelen poner á contribución la facundia de algún viejo narrador de cuentos. Todos escuchan con la boca abierta y siguen el hilo del relato con muda atención, que no logran distraer los chisporroteos de la llama ni el crujir del cáñamo que alguna mano setentona hace pasar de la rueca al huso.

En una de estas reuniones oí contar no hace mucho la verídica historia que hoy traslado á mis lectores. Si algo pierde de su interés, cúlpese á mi pluma, cuyo pretencioso estilo distará mucho de valer la sabrosa sencillez de la primitiva forma. Entonces conmovió profundamente á los labriegos que la escucharon al amor de la lumbre. Ahora, á buen seguro, no será indiferente á todos los que la lean; porque si hay escépticos para quienes el amor es, cuando más, una ilusión pasajera, indigna de ser tomada en serio, no faltan almas sensibles, que vibran de emoción al encontrar algo que despierte en ellas el recuerdo de los amores juveniles.

***

Vivía en cierto cortijo una joven cuyo nombre se armonizaba admirablemente con la frescura y belleza de su persona.

¿Habéis visto alguna vez, en ensueños, uno de esos seres angelicales que los poetas hacen vagar por etéreos espacios tachonados de diamantes? ¿Habéis imaginado alguno de esos genios propicios que la fantasía adorna con flotantes vestiduras de gasa azul y con alas de oro resplandecientes de luz? ¿Habéis admirado, en algún museo de pinturas, esas delicadas y poéticas creaciones de Greuse, que son el tipo ideal de los ángeles de la tierra, ó esas rubias vírgenes con que la escuela italiana del Renacimiento representa á la mujer celeste?

Sólo así podréis formaros una idea aproximada de aquella adorable joven que tuvo Rosa por nombre y en presencia de la cual se detenía la gente, admirada de que tanta perfección cupiese en humana criatura.

Más que mujer, parecía una ondina, de esas que, en los cuentos de hadas, aparecen en las riberas de los lagos, destrenzando con peine de oro su flotante caballera á los plateados rayos de la luna.

En los salones de la ciudad, Rosa hubiera transformado el juicio á los hombres. Sus pretendientes y adoradores hubieran formado una legión. Pero en el campo, en aquella aldea, perdida en el fondo de un bosque de seculares encinas, nadie se atrevía á declararle los sentimientos que inspiraba. Era demasiado bonita y primorosa para que los zagales del lugar esperasen obtener jamás tan preciado tesoro.

Sin embargo, encontró un día á un mancebo que osó requerirla de amores.

Ella contaba entonces diez y seis primaveras: hermosa edad en que el corazón rebosa de ardorosos sentimientos y el alma se entrega ciegamente, sin reflexión ni cautela.

Como crisálida que por primera vez siente el ansia de volar y tiende aturdida sus alas al espacio desconocido, Rosa, sorprendida por el instintivo deseo de amar que despertó de pronto en su ser, entregó locamente su alma al primer hombre que, imán viviente, la atrajo con una mirada de amor.

Y no fué ningún príncipe de arrogante figura, como los héroes de los cuentos maravillosos que á su vez oyera referir en las veladas del cortijo. No le conoció en ninguno de esos magníficos torneos en que bizarros paladines arriesgaban la vida por su Dios y por su dama. Los tiempos han cambiado por completo en el transcurso de los siglos, y de aquellas heroicas proezas no quedan ya vestigios en nuestros afeminados días.

Fué en un baile campestre, entre dos contradanzas, cuando Antonio, hijo del albéitar, declaró su amor á Rosa y supo que era correspondido. Aquella declaración ¿fué ó no sincera? Sábelo Dios. Yo no me atrevería á asegurarlo. Lo cierto es que el amor propio del joven aldeano quedó altamente satisfecho con la conquista de la muchacha más bonita de la comarca, y esto le bastó para persuadirse de que la quería de veras.

Desde entonces Rosa no pensó más que en Antonio, ni vivió más que para él. Sólo era feliz cuando él pasaba la velada en la granja; cuando iba con él los domingos, por la mañana á misa y por la tarde á paseo; cuando en los días que repicaban gordo la hacía brillar como reina de la fiesta.

Pero quedó una vez más probado cuán efímeras son las dichas de este mundo.

Pocos meses después de haber comenzado aquel idilio, Antonio entró en quintas.

El día del sorteo, Rosa le esperaba con impaciencia á una legua de su casa.

– ¿Qué número?, le preguntó temblando, al verle llegar mohino.

– El tres, contestó él, procurando disimular su mal humor.

– ¿Soldado?

– Por cinco años nada más.

– ¡Cinco años!... ¡Ah! ¡Dios mío!

– Vamos, no tiembles. Si es mi destino, ¿qué le hemos de hacer?

– Pero ¡tanto tiempo!...

– ¡Bah! Cinco años se pasan pronto. Sin darte cuenta me verás volver y entonces nos casaremos. Nuestra felicidad será mayor después de haberla deseado todo el tiempo que dure nuestra separación.

– Te esperaré contando los días.

– ¿No me olvidarás?

– ¿Olvidarte yo? ¡Ay, Antonio! Tuyos serán mis pensamientos, y mi corazón y mi alma serán tuyos hasta la muerte. ¿Y tú?...

– ¿No te lo he dicho mil veces? ¿Puedo yo amar nunca á otra mujer que tú?

La cándida joven creyólo así y esperó resignada.

***

¡Cuán lentamente fueron pasando para Rosa los días, los meses y los años!

Antonio, que servía en la infantería de marina, había sido destinado á Cuba, donde la vida de los sentidos, á que se entregó sin freno, gasta pronto y enerva, como en todos los países tropicales.

Al principio escribió con bastante regularidad á la que él llamaba su ángel custodio. Mas luego se emancipó de aquella espiritual tutela, y dejando en fáciles aventuras sus juveniles ilusiones, se fueron borrando en su corazón hasta las huellas de su amor primero.

Sus cartas se hicieron cada vez menos frecuentes, y acabó por no contestar á las de Rosa.

La pobrecita se lamentaba, procurando convencerse de que la culpa de aquellos retrasos en la correspondencia la tenía la administración de correos. También se decía á veces que el pobre soldado podía estar enfermo, y más de una vez soñó que le veía tendido en el campo de batalla, sin que sus cuidados pudiesen devolverle la vida que por ancha herida se le escapaba en borbotones de sangre. ¡Qué angustias tan inmensas! ¡qué pesadillas tan horribles las suyas!

Y mientras tanto, como la creían desligada de su antiguo compromiso, los pretendientes que hasta entonces habían disimulado sus aspiraciones, las fueron declarando á porfía.

– Agradezco el favor, pero quiero permanecer soltera, contestaba Rosa invariablemente á todos ellos.

Para expresar del todo su pensamiento, hubiera debido añadir lo que ya no se atrevía á manifestar; esto es, que su mano y su corazón pertenecían al ausente.

En una hoja de un calendario americano, incluída por Antonio en una de sus primeras cartas, Rosa se había aprendido de memoria la siguiente balada, con que hubiera querido contestar á cada uno de sus pretendientes:

I

– Pastora, linda pastora,
tu desdén dobla mi afán.
Doyte este collar de perlas.
Hermosa, ¿qué quieres más?
– Guarde para alguna dama
esa joya el buen galán,
que mi amor tiene más precio.
Caballero, vaya en paz.

II

—Doyte espléndido palacio
y una corte en que brillar
como reina de hermosura.
Pastora, ¿qué quieres más?
– Guarde faustos y riquezas
para quien las quiera usar,
que mi amor tiene más precio.
Caballero, vaya en paz.

III

– Pues que tu pecho no ablandan
dones de esta calidad,
doyte mi mano de esposo.
Pastora, ¿qué quieres más?
– ¡Ay! mi amor, por solo precio
tiene el amor de un zagal
que partió para la guerra.
– Pues que Dios os una en paz.

Llegó un día en que el albéitar anunció á sus vecinos que su hijo iba á volver con licencia absoluta. La noticia llegó en seguida á conocimiento de Rosa.

– ¡Ah! exclamó ésta; por fin sabré en qué ha consistido tan largo silencio.

Un mes después, llegó Antonio á la aldea. Pero ¡ay! dos ó tres veces pasó por delante de la casa de Rosa sin entrar ni detenerse. La infeliz no se atrevió á salir del cortijo.

– El domingo próximo es la fiesta del pueblo. Antonio no faltará. Iré yo también y sabré si me ama todavía.

Llegó el domingo, y Rosa fué del brazo de su madre al baile del pueblo vecino. Aún no había llegado Antonio. Los jóvenes fueron, uno tras otro, á invitarla á bailar.

– Gracias, les decía; estoy muy cansada y no bailaré hasta más tarde.

Por fin apareció Antonio acompañando á la hija del notario. El corazón de Rosa estuvo á punto de estallar. Su madre, que la sintió desfallecer, la sostuvo para que no se cayese. Sin embargo, aún esperó. Le costaba mucho rendirse á la evidencia. Pero se sucedieron las danzas, y su prometido pareció olvidar que ella estuviese allí.

– Vamos, madre; no me siento bien, dijo al fin la desdichada.

Y madre é hija regresaron al cortijo.

Cuando se encontró sola en su modesto cuarto, Rosa se dejó caer en una silla y rompió á llorar.

Cual triste fantasmagoría, fueron pasando por su mente sus recuerdos juveniles. Y diríase que su memoria, al evocar su pasado amoroso, se complacía en torturarla.

– ¿Cómo es posible, Dios mío, que todas mis ilusiones y todas mis esperanzas se hayan convertido en estas lágrimas que me abrasan los ojos? ¿Qué ha sido de sus juramentos de fidelidad y amor eternos? ¿Y qué va á ser de mí, perdida la fe, destrozada el alma, sin luz que ilumine las tinieblas que envuelven mi razón?

Y añadía considerando la conducta de Antonio:

– Sus juramentos eran falsos; sus protestas de amor eran mentira. Ese hombre por quien yo hubiera dado gustosa hasta la última gota de mi sangre, me engañaba vilmente: ¡amaba á otra! ¿Y qué tiene más que yo la hija del notario? ¿Qué cualidades que yo no posea reune esa mujer que todos encuentran vulgar y estúpida? ¡Ah! Ya comprendo. ¡Balbina es rica, la más rica de estos contornos, y yo soy pobre!

Recuerdos de Ripoll

FACHADA DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA

IGLESIA DE SAN PEDRO (Salida de misa de once.)

CLAUSTROS DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA

HOSPITAL MUNICIPAL



PLAZA-MERCADO



IGLESIA DE SAN PEDRO. (Vista tomada de lado.)

Fotografías instantáneas facilitadas por D. A. Atmetller

Cuanto más ahondaba en sus reflexiones, más intensa era su amargura. Sin fraseología con que traducir en palabras sus pensamientos, adivinaba el repugnante egoísmo y la ingratitud que forman la podredumbre del corazón humano. Comprendía por primera vez que en nuestro siglo el amor se vende como vil mercancía, y que la virtud se tasa según el oro que la realza.

La humanidad le pareció un monstruoso engendro de vicios y pasiones. Huyó el trato de las gentes como de peste mortífera, y se refugió en el amor de su madre, como en un santuario donde no penetraba el corrompido ambiente de la sociedad. Pero la muerte vino pronto á romper aquel último lazo que la unía al mundo.

Su delicada constitución salió tan quebrantada de aquella prueba, que á los rosados tintes de su rostro sucedió la blancura del lirio, y su débil cuerpo se doblegó á la fiebre que le consumía, como el tallo de una flor abrasada por los rayos del sol.

Mientras tuvo fuerzas, fué cada día al cementerio, á rendir un piadoso tributo á la memoria de su madre. Cuando le faltó el consuelo de aquellas cuotidianas peregrinaciones, su espíritu se sintió tan desligado de la tierra, que empezó á considerar el cuerpo como una cárcel de que sólo la muerte podía libertarlo; y Rosa suspiró desde aquel instante por otro mundo donde el amor y la virtud no fuesen pagados con traiciones y amarguras.

Vencía el plazo señalado para la boda de Antonio con Balbina, y Rosa sentía escapársele la vida por momentos.

Llegó el día del enlace. La infeliz abandonada hizo un supremo esfuerzo para adornarse con el traje de boda que su madre le había arreglado en previsión de su proyectado casamiento con Antonio.

Al verse en el espejo, con su mortal palidez, acentuada por la blancura del velo y del vestido, contrajo sus labios en amarga sonrisa y volvió los ojos hacia la ventana por donde se divisaba la torre de la iglesia.

En aquel instante, un alegre repique de campanas anuncióle que Antonio y Balbina se unían para siempre al pie de los altares.

Rosa exhaló un profundo suspiro, cerró los ojos y cayó desplomada al suelo.

El velo de novia le servía de sudario.

Juan B. Enseñat

LA OPORTUNIDAD

Entre los dioses y las diosas á quienes los mortales no iluminados por la luz del Evangelio se encomendaban de todo corazón para que les ayudaran en sus empresas, echamos de menos una divinidad de primera magnitud, cual debiera ser la diosa *Oportunidad*, que es prenda segura y buena recomendación para el dios Éxito, á quien antiguos y modernos rendimos ferviente culto.

Los beodos contaban con la protección de Baco.

Los quimeristas con la de Marte.

Los ladrones con la de Mercurio.

Los enamorados más expansivos y hasta rabiosos con Venus.

Los navegantes tenían á Neptuno.

Los herreros, los fundidores y aun los cerrajeros á Vulcano.

Y hasta los que estaban dejados de la mano de todos aquellos dioses, hoy cesantes sin clasificación ni sueldo, se daban á Plutón, soberano absoluto de las regiones infernales.

En cuanto á Minerva, Apolo y las musas, á quienes siguen invocando los sabios y los poetas con gran fervor, pero con poco resultado la mayor parte de las veces, son divinidades bonachonas, de las que poco hay que temer y mucho menos que esperar.

Pero de la diosa *Oportunidad* ningún *mitólogo* dice una palabra. «Y sin embargo llovía.» Es decir, que la *Oportunidad* juega un papel muy principal en la sociedad, en la vida y en el cumplimiento de nuestras aspiraciones.

El hombre que no es oportuno en sus acciones y palabras pasará una vida de perros. La mujer que pierde la oportunidad cae redonda en el hastío, en el remordimiento, y á veces en la desesperación.

El *sexto sentido*, que consiste en hacerse cargo, escasea muchísimo.

Conocemos pretendientes á destinos públicos que sin un par de cientos de votos por delante se atreven á presentarse al ministro para que les coloque porque sí: por su buen empaque; porque saben leer de corrido, escribir en suelto y contar por los dedos, ó por servicios que ya pasaron y de los que S. E. no se acuerda, porque S. E. no ha de estar en todo. El ministro, sea de la derecha, de la izquierda ó del centro, echado para adelante ó para atrás, es lo mismo, le estampa un *visto* al margen de la instancia, y, en cuanto á colocación, que aguarde el solicitante á la que le designen en el cementerio.

Cuando un jugador de lotería consigue el premio grande en una localidad cualquiera, ya se sabe, todo el mundo se apresura á jugar en la administración favorecida. La fortuna es por lo común versátil; vuela de un extremo á otro de la península, sin olvidar sus islas adyacentes, y es tiempo perdido recorrer la lista de *La Correspondencia de España* ni la lista oficial. Lo oportuno hubiera sido jugar antes en la administración agraciada, que lo que es después es cándido, porque está en oposición con la teoría de las probabilidades de que nos habla Vallejo y otros insignes matemáticos.

Los aficionados al visiteo ó al abuso del derecho de visita, vicio feo si los hay, incurren con frecuencia en pecado de inoportunidad. Acuden á una casa en el momento en que después del almuerzo se están tirando los platos á la cabeza el marido y la mujer, ó bien cuando duermen la siesta los individuos de aquella apreciable familia: las chicas destrenzadas, la señora con el peinador arrugado, y el dueño de la casa en mangas de camisa ó mucho peor. La sirvienta no sabe cómo decir que los señores no están en casa, por el estrépito que se siente dentro desde que sonó la campanilla, y porque el portero ha delatado la presencia de los dueños anticipadamente. El único recurso es decir que los señores no reciben, especie de *ukase*, muy aristocrático por cierto, contra el cual no hay apelación, porque, efectivamente, los señores no están para recibir.

Las inoportunidades en el teatro son infinitas: entrar taconeando el pavimento cuando la tiple está en lo mejorcito del rondó; abrir con estrépito un palco y dar lugar á los siseos y á las miradas iracundas del público; seguir la batuta del maestro con la contera del bastón sobre el suelo; volver la espalda al escenario donde se canta ó recita, para flechar los gemelos á las modistas y costureras del paraíso, le dan á cualquiera la encomienda de tonto de número, libre de gastos.

Si el acudir al paseo como á las cinco de la tarde en el invierno, desaprovechando el sol del mediodía y de las tres primeras horas que le siguen, muy compuestas y atildadas las señoras, muy apuestos, pero con poco abrigo, los caballeros, es costumbre perjudicial é inoportuna, díganlo las pulmonías que se cosechan, cuya estadística anual horroriza cuando se examinan los estados demográficos del Registro civil.

Sabemos de algún señor muy pacífico y muy metódico que se hizo republicano la víspera de la restauración, y de varios que, aficionados á la música, no sabían tocar otra pieza, en tiempo de la revolución, que la marcha real.

Pero el colmo de la inoportunidad con que hacemos por lo común todas las cosas, está sobre el tapete: es decir, á la orden del día.

Por algo se dice de nuestro país: «Llegó, como el socorro de España, diez años después que se acabó la guerra.»

Hacíamos carreteras á toda prisa en las líneas generales, cuando eran ya cosa corriente los caminos de hierro.

Alzábamos de cerro en cerro torres telegráficas ópticas, donde hoy las lechuzas anidan á sus anchas, cuando en todas partes, y aun en nuestra patria, se tendían los alambres, que por medio de la electricidad llevan á todo el mundo, en signos convencionales, la palabra y el pensamiento humanos.

Después de todo, el que estemos ó, mejor dicho, hayamos estado, atrasadísimos en las aplicaciones de la ciencia respecto á otros países, nada tiene de particular, y pudiera perdonársenos en gracia de nuestra relativa pobreza; en la de los muchos años de revoluciones y guerras civiles que hemos padecido; en la especie de atrofia que nos dejó la ignorancia de siglos anteriores, ó en nuestro carácter nacional poco especulativo y menos práctico, y refractario por esencia, presencia y potencia á todo género de novedades y adelantos.

Pero en lo de hacer siempre las cosas muy á posteriori no tenemos disculpa, y aquí entra lo gordo.

No más que ochenta y tres años hemos necesitado para caer en la cuenta de que el teniente de infantería Sr. Ruiz, uno de los primeros héroes del glorioso alzamiento del 2 de mayo de 1808, tenía derecho indisputable á una estatua, y se le ha consagrado: ya era tiempo.

Para honrar debidamente á Calderón de la Barca, el inmortal autor de *La vida es sueño* y de *El Alcalde de Zalamea*, esperamos á que se cumplieran los doscientos años cabales de su muerte.

Ahora... lo que es ahora estamos aguardando con una longanimidad inapreciable, y la vista fija en las agujas del reloj, á que señalen éstas el amanecer del 12 de octubre de 1892, para que nuestro entusiasmo se desborde en favor y prez de Cristóbal Colón, el gran cosmógrafo, el descubridor de América, el que duplicó el mundo y nos puso de manifiesto tantas verdades geográficas, escapadas á los sabios de miles de generaciones que le precedieron. Y el suceso en cuestión no data más que de cuatro siglos.

¡Cuatrocientos años! ¿Y qué son cuatrocientos años comparados con la eternidad? una bicoca.

En 1492 tuvo lugar el gran descubrimiento. ¿Y qué se hizo entonces? Nada. Festejarlo en Barcelona á la vuelta de su primer viaje, y después traerlo á España, en otro posterior, cargado de cadenas.

En 1592 habían transcurrido cien años. La cosa no tenía importancia todavía para alcanzar el derecho á la inmortalidad. Las hazañas tienen algo de semejante con el vino de Jerez: cuanto más añejo es mejor. El famoso descubrimiento de 1492 era vino de la *hoja*, es decir, de la última cosecha.

En 1692 ya nos escarbaba la conciencia y nos punzaba el remordimiento de tan injusta preterición; pero nada más.

En 1792 estábamos los españoles muy preocupados con el deshecho temporal político y social que se había desencadenado en Francia.

Pero en 1892 será otra cosa, y estaremos en lo firme

Allá va el capital con réditos y todo.

Un sepulcro monumental en la Habana; una restauración completa del convento de franciscanos en Santa María de la Rábida, sobre el promontorio de su nombre y en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel; un muelle en Palos de Moguer, de donde partieron los modernos argonautas. Otro ídem al pie de la Rábida que sustituya al de madera que ahora existe. Un monumento alegórico en la explanada que se abre ante las portadas del convento. Una estatua. Certámenes; congresos hispano-americanos; otros de carácter cosmopolita. Fundación de establecimientos benéficos. Músicas, bailes, recepciones, salvas, iluminaciones, dianas, retretas y otros excesos, todo en honor del gran almirante de las Indias.

Y además la declaración de Santo que se espera de Roma.

Nosotros nos asociamos con toda el alma á la función de desagravios que se le prepara á Colón. Más vale tarde que nunca, según reza uno de nuestros más antiguos y acreditados refranes. Todo es poco ante la gigantesca figura histórica de Colón, porque asombran los tesoros de ciencia, de religión, de magnanimidad, de valor, de constancia y de prudencia que se encerraban en la mente y en el corazón de aquel ilustre marino, y muy justo es que, tanto la ciudad de Génova donde nació, como España, su patria adoptiva, como el mundo entero, ensalcen la memoria de aquel que supo romper el espeso velo de brumas y de errores que ocultó por tantos siglos la América á la investigación de todas las demás naciones de la tierra, y á las más adelantadas en el camino de la civilización.

Al llegar á este punto una digresión nos sale al paso: pero es de tal *oportunidad* que no vacilamos en darle cabida.

En España, y por desdicha nuestra, si para honrar la memoria de nuestros héroes y nuestros insignes poetas y escritores hemos sido asaz lentos y premiosos, para recompensarlos debidamente hemos sido ingratos, lo cual es mucho peor.

Cervantes, que vivió, y se le dejó morir, en la miseria; Colón aherrojado dando la vuelta á España; Martín Alonso Pinzón, olvidado en Palos; Hernán Cortés, muerto de misantropía en Castillejo de la Cuesta, después de haber conquistado para su patria el vasto y riquísimo Imperio de los aztecas; Santa Teresa de Jesús, teniendo que habérselas con muchos poderosos enemigos que la denunciaron á la Inquisición; y Fray Juan Pérez de Marchena sin haber llegado á obispo, son tristes ejemplos que exponemos á la consideración de nuestros lectores, sin mentar otros muchos que se quedan en el tintero, con cuya reseña habría para llenar un libro, libro acusador que nos habría de estigmatizar con la nota de ingratitud que, aunque se pretenda negar, pesa sobre nosotros.

Aquí del cuadro de las tres cucañas.

Sube un inglés por la primera: sus compatriotas le animan con voces y lo elevan hasta donde alcanzan sus manos.

Un francés trepa por la segunda: los franceses que le rodean le aclaman, gritándole: «¡adelante! ¡adelante!»

Un grumete español asciende por la tercera: es listo y valiente; se alza con facilidad por la percha



TITIRITERO ÁRABE, cuadro de Francisco Eisenhut

ensebada. Sus amigos, sus compatriotas los españoles, se le acercan, sí, pero no para ayudarle, sino para... tirarle de los pies.

Si todo esto no es patriotismo puro, venga Dios y véalo.

Para corroborar nuestra tesis sobre la *oportunidad*, terminaremos con afirmar que, en nuestro sentir, es inoportuno, y hasta peligroso, fumar en la cama; creer en la palabra de honor y hasta en los juramentos de un hombre político, si de política se trata, y dar oído á los que reclutan gentes para Buenos Aires.

Nada: que el hacerse cargo es una gran cosa, y la *oportunidad* es casi siempre prenda segura del acierto.

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

BOCETOS

EL AVE DEL PARAÍSO

No conoció más mundo que la virgen tierra de la feraz Oceanía, la frondosidad de sus inmensos y enmarañados bosques, la asombrosa vegetación de sus extensas llanuras, el espejo de sus lagos, el brillo de sus ríos, los vivísimos colores de sus flores, el embalsamado aroma de sus plantas, la azulada superficie de aquel mar inmenso, y el etéreo zafir de aquella tropical atmósfera; nada turbaba su completa felicidad: jamás había oído retumbar el disparo de una arma de fuego: el plomo mortífero, impulsado por una dilatación de gases en ese mecanismo perfeccionado por la civilización, nunca había herido allí á ninguno de sus habitantes. Nuestra ave del paraíso oyó por vez primera ese ruido extraño, y remontando su vuelo colocóse oculta en la espesa copa de un eucalipto gigantesco: atisbó desde allí y descubrió otro ser para ella tan extraño como el ruido que la asustó un momento antes. ¡Hola!, dijo para sí misma, eso me parece un enemigo: yo no conozco esa clase de fiera; obremos con cautela, no le será fácil subir hasta donde yo estoy, y si lo intentara podría escaparme volando: examinémosle.

La imprudente curiosidad la hizo saltar de rama en rama; al ruido del follaje volvió su cabeza el cazador indio y al descubrir el ave de cabeza y gorguera de brillante esmeralda, dorado cuello, violado vientre y finísimas plumas de sus alas, con un movimiento imperceptible apuntó su arma... brilló una chispa: el ave no tuvo tiempo para tender sus alas, antes de oir la explosión sintió un agudísimo dolor y cayó junto al hombre aquel, que la recogió con avidez y después de cortarle las patas, colocándola cuidadosamente junto á otras del mismo género, prosiguió su marcha en busca de nuevas víctimas.

. . . .

Como desecho de tocador vino á mi poder la referida ave, ya algo ajada, pero con indicios de haber sido cuidadosamente disecada conservando su fino y delicado plumaje. Por un efecto incomprensible, como una especie de espiritismo perfeccionado, conservó, además de su sensibilidad, medios para poder referir todas las peripecias de las distintas posiciones sociales en que se había visto.

Refirióme que le habían cortado las patas para que se continuase en la creencia que habitaba en el paraíso de Mahoma alimentándose de vapor y de rocío, sin necesidad de posarse en parte alguna; que le sacaron las tripas como demostración de que solamente vivían para ostentar el brillo y colores de sus finísimas plumas... todo lo cual se cree á puño cerrado en aquellos pueblos que fueron cuna de la civilización primitiva.

Su entrada en el gran mundo, como ahora se dice, fué servir de adorno en el puño del yatagán de un rajah, cuyo príncipe, en celebración de un suceso más ó menos extraordinario, cortó la cabeza á varios de sus semejantes. Esta primera impresión



LAVANDERAS EN EL RÍO GUADAIRA, cuadro de D. Juan García Ramos. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



AL AIRE LIBRE, cuadro de Ramón Casas. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



BELDADES LONDONENSES

(De fotografías de A. Bassano, reproducidas en la revista inglesa *Black and White.*)

fué muy tremenda, siendo para ella incomprensible que seres de un mismo género, especie y familia, pudiesen así matarse.

Del yatagán del rajah pasó á ocupar un distinguido puesto sobre el turbante de un sultán, cuyo revuelto y finísimo lienzo estaba cuajado de perlas y rica pedrería. Desde allí presenció millares de individuos respetuosamente inclinados ante aquel hombre, llevado en rico palanquín. Penetró en un inmenso palacio, cerráronse las riquísimas puertas y la turba popular que lo contempló, reverenció y casi adoró, quedóse afuera y con la boca abierta; y mientras esperaba trasladarse el ave, como decirse suele, de allí al cielo, con no menos asombro vió al gran sultán despojarse de todos sus adornos y atavíos, quedándose como otro mortal cualquiera, juguete, como todos, de las mismas flaquezas y miserias humanas.

Después de haber recorrido en todas sus fases el lujo asiático, y objeto de avidez de la coquetería europea, colocado en un elegante mostrador profusamente iluminado por medio del gas, fué adquirido por una señora mayor, la cual llevaba algunos años de antiguedad en el grado de jamona. Al abrir un portamonedas de piel de Rusia, el ave contempló con nuevo asombro que entregaba á cambio de ella un pedazo de papel lleno de signos, dibujos, sellos y firmas... Creyó de pronto que carecía ya de valor, pero modificó su creencia al ver que juntamente con ella, devolvían á la señora aquella varias monedas de oro y plata; sin embargo, no pudo dar con el *quid* de aquel enigma, por más que se devanase los pocos sesos que dejaron en su cabeza al disecarla.

Depositada en el tocador de la nueva dueña, á las pocas noches presentóse la respetable señora en su estado natural, es decir, tal cual era y tal como debiera presentarse, color sano, tirando á un moreno bastante acentuado, cabello negro con alguna imprudente cana, robusta de carnes con indicios de la formación de alguna que otra arruga... Sentóse en un elegante puf, punto convergente del triángulo formado por las superficies de tres grandes y tersos espejos; presentáronse tres individuas, al parecer doncellas, que debían emprender la restauración de aquella mole, empezando por apretar su cintura con un envoltorio de fajas de seda, tiras de gutapercha y planchas de acero, acomodando como mejor se pudo la fofa carne; con una porción de ingredientes titulados en junto «canastillo de belleza,» embadurnaron y estucaron la superficie cutánea de aquel fragmento del sexo débil, y aditando á su lacio y mortificado cabello una porción espantosa de trenzas y rizos, dejaron compuesto sobre aquel desalojado piso superior un monumento parecido á una pagoda; las operarias no se dieron aún por satisfechas, transformando aquel acentuado moreno en transparente rosa de cera y el negro de sus cabellos en un rubio finísimo, como pudiera ostentarlo la más inocente campesina noruega. Un riquísimo vestido de seda color tórtola, símbolo de su tendencia á atortolarse, con sobra de tela en sus faldas y escasez en su cuerpo, recargado de encajes, con dos grandes solitarios colgados de sus orejas y un hilo de gruesas perlas rodeando su cuello, hizo que se contemplase como satisfecha; y dando de remate fin á tamaña empresa colocóse el ave del paraíso en la parte izquierda de su peinado, sujetándola con un broche de brillantes.

En aquella atmósfera de refinados aromas el ave se asfixiaba; el alcohol de la Florida, Colonia y demás esencias, convertían aquello más que en delicioso jardín, en laboratorio químico; el cok de la estufa, más que el calor del sol del trópico, despedía un ardor de fábrica; la luz de las bujías de transparente esperma, por más que abundante, era débil y pálida. El arte y la industria no daban más de sí... el ave comparaba con todo aquello la espléndida y majestuosa naturaleza de su patria, y los esfuerzos de la vieja Europa quedaban desacreditados.

Al ponerse en marcha, cubrieron sus desnudos hombros con un abrigo de pieles de armiño, ¡otras víctimas inmoladas al fausto y la riqueza de aquel lujo! Entró en un elegante carruaje, en cuyas portezuelas y testero brillaban gruesos cristales, y muellemente reclinada en su acolchado forro, puestos sus pies sobre una rica y doble alfombra, cubriendo un calorífero, trasladóse al baile.

Aparentando una ligereza de piernas de pretérito, y una agilidad de movimientos que economizaba para casos extremos, subió la escalera, y penetró en el salón asida del brazo de un gomoso y almibarado pollo, perteneciente al indigesto género de los que como por tradición conocen la existencia del sol. El ave escuchó al paso varias palabras incoherentes cuyo significado no podía comprender, y cuya interpretación se le hacía más difícil porque eran cogidas, como las letras de una caja de imprenta, una de acá, otra de allá, entre las diversas lenguas de todas las naciones.

Estas se repitieron en confuso murmullo durante las horas de duración de aquel sarao, prolongado desde las doce de la noche hasta los albores del día; caso de inversión del orden natural de las cosas, lo que también sorprendió mucho al disecado animal.

Allí presenció el gavilán á caza de inocentes palomas, la culebra atrayendo al pajarillo incauto; repertorio de frases vacías de sentido, necedades mayúsculas y groserías admitidas como chistes, picarescas invectivas á cuya sola indicación quedaba rasgada sin soldadura posible la fama y el buen nombre de alguna persona; forzados ofrecimientos, mentidas sinceridades, nada faltaba allí para constituir en su parte material y moral una asquerosa entrega de la obra que la misma sociedad redacta y publica, titulada: *Gran tono*.

El ave del paraíso no pudo referirme en detalle cuanto allí vió y escuchó.

Aseguróme únicamente que aquello sólo podía compararse á una especie de complicado y gran fiambre en cuya composición entró mucha cantidad de comestible averiado, que fué preciso revestir de mucho adorno para presentarlo admisible, y aun así despedía cierto tufo que el estómago menos delicado no resistiría. Y que allí, más que en parte alguna, echó de menos la virgen tierra de la feraz Oceanía.

Juan O. Neille

NUESTROS GRABADOS

Rosa Mística, cuadro de D. José María Tamburini (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - Convencido Tamburini de que el arte no tiene límites trazados y que no se halla circunscripto sólo á la buena ejecución, ha empapado su inteligencia en las fuentes inagotables de los humanos conocimientos é impregnado su corazón en la poesía y el sentimiento. Por eso la preciosa rima de Víctor Hugo, *Comme au bout d' une branche on voit étinceler*, inspiróle el lienzo que tan admirado fué en una de las últimas Exposiciones; la sentida dolora de Campoamor *¡Quién supiera escribir!*, el precioso grupo del bondadoso párroco y la enamorada doncella, ó bien el que titula *Esperando*, perteneciente al género en que tanto se distinguen Coomans y Alma Tadema, que demuestra su aliento y brillante ejecución.

En el lienzo que reproducimos, *Rosa Mística*, adquirido por el Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes, una sola figura ha bastado al pintor para significar su pensamiento y dar á conocer su valía. La actitud, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada, y sus tonos claros resaltando sobre un fondo claro también, acusan cualidades é inteligencia. El bello á la par que severo rostro de la figura, la tonalidad del manto, verdadero derroche de ejecución justifican el veredicto del Jurado y el acuerdo del Ayuntamiento.

Sepárase esta representación de la augusta Madre de Jesús del convencionalismo casi litúrgico, del molde de las composiciones análogas, y sin embargo inspira respeto, porque en el delicado realismo que anima la obra distínguese la inspiración del creyente.

***

Zaragoza. - El dios de las aguas, cuadro de Joaquín Pallarés (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. - Aunque joven, no es Joaquín Pallarés un artista novel, ni ha sido la Exposición de Bellas Artes de Barcelona el primer palenque artístico á que ha concurrido recogiendo triunfos y aplausos. El cuadro que reproducimos, premiado por el Jurado calificador y adquirido por el Excelentísimo Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes, es un excelente estudio, copia exacta de una de las vías más concurridas de la capital aragonesa. Composición, dibujo y colorido son verdaderamente notables, así como los tipos reproducidos, por serlo exactamente de los de aquella región.

El Sr. Pallarés desempeña el honroso cargo de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza.

***

Recuerdos de Ripoll (de fotografías instantáneas facilitadas por D. A. Atmetller). - Inmensos son los progresos realizados por el arte fotográfico de algún tiempo á esta parte; si á los que no hace muchos años habían de permanecer inmóviles y en postura incómoda fracciones de minuto que parecían siglos, les hubiesen dicho que llegaría un día en que las más perfectas imágenes se obtendrían tan rápidamente que ni cuenta daríase de ello la persona retratada, hubieran dejado ver aquella sonrisa de incredulidad con que nuestros padres saludaban las primeras noticias de cada nuevo invento, y que rara vez asoma ya á los labios de nuestra generación, acostumbrada á las más grandes invenciones y apercibida para las mayores sorpresas que vislumbra en lo futuro.

Hoy, gracias á esos adelantos y á los procedimientos y materiales con que se han facilitado y en parte suprimido las enojosas operaciones de antaño, pueden dedicarse á la fotografía personas completamente ajenas, si no al arte, á la profesión del fotógrafo, y así vemos propagarse la afición á ese *sport* entre gentes que buscan en él agradable pasatiempo y distracción instructiva.

Muchos son los que por recreo á la fotografía se dedican y no pocos los que han logrado en ella éxitos admirables, distinguiéndose en esta ciudad entre los primeros nuestro amigo señor Atmetller, cuyas son las pruebas fotográficas instantáneas que reproducimos. Nada diremos de ellas ni de los monumentos y escenas que reproducen: de aquéllas porque su perfección es evidente, sea cual fuere el punto de vista desde el que se miren; de éstas porque siendo varias y de gran importancia algunas, faltaríanos espacio si habíamos de describirlas como se merecen ó incurriríamos de fijo en lamentables omisiones si quisiéramos encerrar dentro de los límites propios de esta sección lo que para ser conocido ligeramente necesita más de un artículo exclusivamente á ello consagrado.

***

Titiritero árabe, cuadro de Francisco Eisenhut. - De notoria cuanto justa celebridad como pintor de asuntos orientales goza el autor del cuadro que reproducimos, y que representa á uno de esos tipos tan comunes en Oriente que con sus juegos de destreza, algunos de ellos tan atrevidos y raros que ningún europeo ha podido explicárselos, entretienen á un público entusiasta por esta clase de diversiones, que ve en ellas algo de magia ó sortilegio y á veces también de poder sobrenatural directamente recibido de la divinidad.

Eisenhut, de quien es también la *Muerte de Gul-Babá*, que publicamos en el núm. 453 de La Ilustración Artística, demuestra en su *Titiritero árabe* haber hecho un estudio detenido y provechoso de los lugares, costumbres y tipos del continente africano, y poseer en alto grado las cualidades técnicas que le permiten trasladar tan brillantemente al lienzo las impresiones recibidas y las observaciones hechas.

***

Bellezas londonenses (de fotografías de A. Bassano). —La acreditada ilustración inglesa *Black and White* ha publicado recientemente este precioso ramillete de mujeres hermosas de la capital del reino unido. La excepcional belleza de los tipos reproducidos y la elegancia en el modo de combinarlos en artístico grupo, nos parecieron motivos suficientes para insertar el grabado en nuestra Ilustración, seguros de que nuestros lectores nos han de agradecer que, cediendo al deseo que siempre hemos mostrado por darles á conocer lo bello en sus múltiples manifestaciones, publiquemos una página bajo todos conceptos merecedora del calificativo de artística.

***

Lavanderas en el río Guadaira, cuadro de Juan García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - Juan García Ramos forma parte de esa pléyade de artistas sevillanos que reivindican en el glorioso período del renacimiento artístico peninsular el buen nombre de aquella escuela y sus excelentes tradiciones. Si las obras que ha producido no bastaran para atestiguar sus aptitudes para el arte que cultiva, demostraríanlas desde luego los premios y recompensas alcanzados en varios concursos. A semejanza de las obras de sus paisanos, distínguense sus cuadros por su carácter marcadamente andaluz, ya que sus asuntos son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales. Aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase en ellos la brillantez siempre agradable de tonos que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y sus interesantes tradiciones. De ahí que García Ramos, saturado su espíritu por el dulce ambiente de los cármenes y de los añosos bosques, arranca de su paleta esas combinaciones de color, de que tan gallarda muestra ha dado en el lienzo que reproducimos, y que sólo pueden concebir los que, como él, cultivan el arte con entusiasmo y escogen é imitan el país que les ofrece inagotables asuntos para trasladar al lienzo.

***

Al aire libre, cuadro de Ramón Casas (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - Los que conocen á Ramón Casas notan en él cualidades de pintor de temperamento y dotes no comunes para reproducir la naturaleza, lamentando, en cambio, que en su empeño de determinar originalidad en sus obras, sea algunas veces poco feliz en la elección de asuntos. Y téngase en cuenta que Casas es un pintor de talento, tan modesto como laborioso, en cuyas obras se descubren siempre condiciones estimables, tan lejanas de lo vulgar que interesan al crítico y llaman la atención del observador. El afán de lo inédito, que quizás, y sin darse de ello cuenta, condúcele antes á extremar sus estudios del natural, se ha moderado notablemente. De ahí que se note en sus obras más facilidad y solidez en los esbozos y mayor gallardía en la ejecución.

Tres cuadros, resultado de su temporal residencia en la capital de la vecina República, remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Un *Interior*, constituye un notable estudio en el que el pintor ha logrado vencer tantas dificultades como las que ofrece *Al aire libre*, que reproducimos, y *Orando*, de perfecto realismo, que tanto por el asunto como por su factura calificaría como místico un distinguido crítico.

En unión de su amigo y compañero Santiago Rusiñol, prepárase actualmente para formar una exposición de sus obras en el Salón Parés, recuerdo de sus excursiones veraniegas y de su invernada en París, que suponemos ha de llamar la atención de los inteligentes, con mayor motivo cuando los premios que acaban de concedérsele en la Exposición de Berlín y en el Salón de París atestiguan el mérito de este artista, á quien lo porvenir reserva merecida fama si continúa conduciendo la nave de su fantasía por seguros derroteros.

***

Campo de amapolas, cuadro de Antonio Fabrés (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - Falto de tiempo, no pudo remitir Fabrés á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona alguna obra de empeño de esas en que se hallase impreso el sello de su genialidad, limitándose á exponer tres lienzos, que si bien acusan, como todos los suyos, buen gusto y maestría, no es posible juzgar por ellos al artista. Nuestros lectores han podido admirar recientemente un precioso y notable dibujo á la pluma en el que se retrata la genialidad de Fabrés y su temperamento artístico.

Campo de amapolas, que reproducimos, así como *Flor campestre* y *Mediodía*, que son los tres lienzos que aportó al último concurso, son otros tantos estudios, recuerdos de su estancia en Roma y de sus excursiones por el Lacio, á las que debe Fabrés la revelación de sus aptitudes pictóricas y la resolución de cambiar los palillos por los pinceles.



Allí los dejaremos entregados á su amor

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

– ¿Pero qué hacía el conde en Mareuil en vez de estar en la Rivoironne? ¡Tan de mañana... es incomprensible!... Sin duda alguien le ha dado aviso...

Y fijó en la señorita de Sainte-Severe una mirada fulminante.

– ¡Sin duda usted misma!, añadió Blanca.

La joven sostuvo atrevidamente aquella mirada, y en vez de contestar limitóse á sonreir.

– Está bien, señorita, dijo la vizcondesa, lo tendré presente.

Y se dirigió hacia el vehículo, del cual descargaba el cochero el equipaje en aquel momento.

– ¡Pero estos no son mis cofres!, exclamó Blanca.

– Son los míos, repuso la señorita de Sainte Severe.

– ¡Ah! Es decir, que toma usted la delantera y nos abanbona!... Está muy bien, está muy bien.

Y dirigiéndose al cochero, añadió:

– ¡Al castillo, y lo más pronto posible!... Sr. de Maujeán, sírvase usted esperarme aquí. Voy á ver quién manda, si el conde de Bagrassand ó yo.

Y subió al coche, que se puso en marcha al punto; mientras Gilberto, inmóvil en el mismo sitio, veíala alejarse. ¿Sería posible que en el momento en que todo se arreglaba y en que la vizcondesa le pertenecía, la perdiese otra vez definitivamente? Hubiérase dicho que estaba petrificado; ni siquiera veía á la señorita de Sainte Severe, que le contemplaba con aire misterioso y que cansada al fin, fué la primera en romper el silencio.

– ¡Vamos! Despierte usted, Sr. de Maujeán, dijo. La vizcondesa de Cabrol está enojada contra mí en este momento, pero dentro de una hora me dará las gracias... ¿Y no me las dará usted también? No me pida explicaciones, pues ya lo sabrá todo esta noche ó mañana... Por lo pronto voy á pedirle un favor; el equipaje me estorba mucho y necesitaría un coche para conducirlo á la Rivoironne. ¿Cree usted que encontraré uno en la posada antigua?

Gilberto miraba con asombro á la institutriz sin contestar.

– ¡Vamos!, dijo la joven, veo que aún está usted sorprendido... ¡Pues bien, sí, voy á la Rivoironne, á casa del conde de Bagrassand, porque desde hace una hora soy aya de honor de la señorita Laura!... Los puestos cambian, ya lo ve usted, pero la posición siempre es la misma. Así he andado toda la vida de ceca en meca, y ya comienzo á estar acostumbrada á ello. ¡Cómo ha de ser... la suerte hace de nosotros lo que se le antoja! Si decididamente va usted á Roma, señor de Maujeán, podríamos encontrarnos allí, pues el conde se propone viajar con su hija.

– Pero si el conde se casa...

La sonrisa irónica de la joven cortó la frase de Gilberto.

– ¿Aún cree usted, Sr. de Maujeán, repuso, que es fácil casarse con una mujer á pesar suyo?... Que una mujer se una con un hombre á pesar de éste, es cosa que se ve... aunque no siempre, preciso es convenir en ello.

Y la señorita de Sainte-Severe fijó en Gilberto una mirada penetrante que parecía querer explorar el fondo de su corazón para descubrir lo que tan á menudo había en él buscado; mas no encontró esta vez, como tampoco en otras ocasiones, lo que deseaba; y sin decir más, alejóse.

XII

El coche que conducía á la vizcondesa avanzaba rápidamente hacia Mareuil, sin dar tiempo á que se calmase la cólera de Blanca. Hubiera podido experimentar cierta inquietud y vacilación ante la idea de ver al conde después de aquella noche pasada en compañía de Gilberto; pero no pensó en tal cosa.

Preocupábala solamente la indigna conducta del conde; y el hecho de que se hubiera quedado con sus hijos como rehenes para obligarla á volver, la irritaba.

Apenas hubo llegado, dirigióse hacia el salón; allí estaba ya el conde de Bagrassand, sentado, con la frente apoyada en la mano, la mirada fija y pálido el rostro, que lo parecía más aún por el contraste con su barba negra. Al entrar Blanca, levantóse el conde y miróla atentamente; la exaltación en que la veía, el desorden de su tocado, la cólera que hacía temblar sus labios, indicáronle que debía renunciar á sus proyectos, y volvió la cabeza con expresión de dolor.

– Caballero, comenzó á decir la vizcondesa, va usted á devolverme...

Pero el conde la interrumpió con un ademán.

– Señora, repuso, sus hijos están ahí, en su habitación... todavía duermen y no saben nada... No se ha de inquietar por ellos; usted es su madre y no pretendo guardarlos. Si me he permitido retenerlos, impedirles que se reunieran con usted, es porque deseaba volver á verla á toda costa y yo no podía ir... donde usted se hallaba. Mi objeto era pedirle una explicación...

Y añadió, cambiando de tono y con emoción profunda.

– Y también darle una queja.

– ¿Cuál?, preguntó Blanca con altivez.

Mas á pesar de la tranquilidad que trataba de afectar, Blanca comprendió que en aquella escena no estaría la ventaja de su parte; desvanecióse su resentimiento y su cólera se aplacó. Tal vez era necesario tener una explicación con aquel cumplido caballero para volver á la realidad, para que algunas palabras de buen sentido la hicieran salir de aquella atmósfera de locura que respiraba desde que huyera de Mareuil y que la embriagó junto á Gilberto. Era preciso que volviese á la razón... El dolor del conde comenzaba á conmoverla ya y preveía que aquella explicación con él no iba á ser violenta, pero sí más delicada y penosa de lo que había creído.

El conde continuó:

– Me quejo, señora, de que no haya tenido suficiente confianza en mí para decirme que llegaba demasiado tarde, que tenía usted compromisos que su conciencia no le permitía romper... Apenas hace una hora que tengo conocimiento de ello, por conducto de persona de quien usted sospecha ya, á la cual estaré eternamente agradecido por el favor que me ha dispensado... Sus palabras me han abierto los ojos; sus justas apreciaciones y su sentido práctico han disipado todas mis dudas... y sin embargo aún me resisto á creer y no puedo renunciar... Solamente espero una palabra de boca de usted para convencerme de mi desgracia. ¡Pronúnciela, y me resignaré!

Blanca había inclinado la cabeza y no contestaba. El conde hizo un movimiento de impaciencia y continuó:

– Yo había notado ya que usted vacilaba, que se consultaba detenidamente,



¡Cuán buena es usted, dijo, cuán buena!

extrañándole al parecer que yo hubiese pedido su mano... ¡Escúcheme usted, Blanca!... ¡Sin duda creyó que entre nosotros se trataba de un casamiento de conveniencia!... Por parte de usted, es posible... mas no por la mía... y bien puedo decirlo ahora, porque sufro demasiado para callarme... ¡Yo amo á usted, Blanca... y desde hace mucho tiempo!... La amo de tal modo, que si usted quisiera olvidaría todo cuanto acaba de pasar y volveríamos á poner las cosas como estaban... ¡Vuelvo á pedir su mano, Blanca! ¿Me la otorga usted?

La señora de Cabrol levantó lentamente la cabeza y miró al conde; en sus ojos revelábase un poco de sorpresa mezclada de compasión.

– Olvida usted, caballero, dijo, que vengo de la casa del Sr. de Maujeán, y que por lo tanto no puedo ya ser su esposa.

Bagrassand contestó con nobleza:

– ¡Puede usted serlo y jamás la creeré indigna de ello, si acepta! ¿Consiente usted?

Blanca bajó la vista otra vez y guardó silencio, mientras que el conde, después de mirarla con dolorosa ansiedad, dió algunas vueltas por el salón y detúvose de nuevo ante ella.

– ¿Y por qué huir, dijo, con un tono brusco, harto excusable por su dolor, por qué ir á buscar al Sr. de Maujeán?... Sí, ¿qué necesidad había de escapar? ¿No es usted la dueña aquí? ¿Tengo yo algún derecho sobre usted?

Y como Blanca no contestase, añadió:

– Si se casa usted con el Sr. de Maujeán, debe hacerlo aquí mismo, en su casa, en Mareuil, con el consentimiento de su abuela y delante de todos. Una vizcondesa de Cabrol no se casa de otra manera... Pero ¿cree usted que no habrá oposición por parte de la marquesa?

Blanca miró al conde, muda de asombro, sin contestar nada, reconociendo más claramente los peligros de la resolución que había tomado. La necesidad de explicarse con la marquesa para manifestarle su proyectado enlace con Gilberto era una dificultad que había previsto, pero alejando siempre de ella el pensamiento, y que, por lo demás, creía haber zanjado al fugarse del castillo.

El conde había comenzado de nuevo á dar vueltas por la habitación y reflexionaba; pero de pronto se detuvo ante Blanca.

– Pues bien, dijo, si usted quiere iremos juntos á ver á la marquesa para hablarle, pues en mi concepto debe usted preferir que yo mismo le anuncie que desisto... Es forzoso explicarle por qué la ceremonia de hoy no puede celebrarse... Y además, considero también indispensable que, si se casa usted con otro, pida antes su beneplácito.

Blanca, vencida por tanta generosidad, miró al conde con una sonrisa confusa y ofrecióle la mano.

– Dispénseme usted, señor de Bagrassand, repuso, me reconozco culpable... no he sido franca...

El conde estrechó la mano de la vizcondesa, pero no la retuvo en la suya; y como exaltado por su propio heroísmo, añadió:

– No debemos permanecer más tiempo aquí... Vamos á buscar á la marquesa. ¡Yo mismo abogaré por la causa de usted si fuere necesario!

Blanca se dirigió hasta la puerta, como bajo la influencia de un sueño, como si la moviera una voluntad que no fuese la suya, y obedeciendo sumisa al conde; pero como todo ello no le hacía olvidar lo que realmente la interesaba, no le pesó en el fondo la intervención de Bagrassand, que llegaba á tiempo para allanar las enojosas dificultades que en su concepto ofrecía una explicación con la marquesa. Aunque conocía los sentimientos de la anciana y su simpatía por Gilberto, ignoraba aún qué giro tomaría el asunto. Podía haber alguna escena teatral, una reacción repentina y una cólera indignada, cuando la marquesa, tan buena y tan benévola para el Sr. de Maujeán, supiera de pronto que osaba aspirar á la mano de su nieta, á una descendiente de la Fonfreide.

Encontráronla en su aposento, descansando en el sillón del que nunca se movía. Al ver entrar á los dos, á Blanca como víctima, resignada y algo confusa, y al conde muy grave, con expresión sombría y fruncido el ceño, sonrióse y los miró de reojo. Desde el amanecer había estado muy preocupada á causa de las idas y venidas insólitas que oía en el castillo y de las conversaciones animadas que se escuchaban en el salón, no siendo la menor de sus sospechas ver una hora antes á la señorita de Sainte-Severe presentarse para anunciar que se marchaba, sin alegar razón alguna.

– ¡Vamos! Aquí ocurre algo extraordinario, dijo. ¡Hablad, hijos míos! Comience usted, Sr. de Bagrassand, que parece el más enojado.

– Querida tía, repuso el conde, vengo, efectivamente para comunicar una noticia que tal vez la sorprenda... La vizcondesa de Cabrol ha tenido escrúpulos...

– ¿No se casa ya con usted?

– Ha creído comprender que desde hace mucho tiempo el Sr de Maujeán le profesaba el más profundo cariño...

– ¡Ah!, exclamó la marquesa.

Y miró alternativamente á Blanca y al conde sin que su fisonomía cambiase, sin que desapareciera su sonrisa burlona, y limitóse á contestar simplemente:

– ¡Bah! Siempre lo sospeché.

– Sus derechos son anteriores á los míos... Si la vizcondesa ha esperado tanto tiempo para confesárselo á usted, si me ha permitido adelantarme para ofrecerle mi mano, es porque temía alguna resistencia de parte de usted...

– ¡Qué locura!, contestó la anciana volviéndose hacia su nieta. Al fin y al cabo ella es la principal interesada.

Blanca se sintió conmovida hasta el fondo del corazón y dió un paso para precipitarse en brazos de su abuela; pero el conde prosiguió:

– En tales condiciones, réstame sólo retirarme, dejando el puesto libre para el Sr. de Maujeán...

– ¡Espere usted!, replicó la marquesa. Permítame decirle, sobrino mío, que la cosa toma un giro favorable para usted, porque los matrimonios entre parientes no valieron nunca nada Blanca es prima de usted y yo no veía con mucho agrado semejante unión. Sería deplorable que una raza tan hermosa como la de usted degenerase... Ya encontrará de sobra otra mujer con quien no tenga parentesco y con ella podrá formar un buen tronco de nobles Bagrasands.



Blanca había inclinado la cabeza y no contestaba

– No me casaré, dijo el conde.

Tal vez le enojaba un poco el tono bonachón y cómico con que la anciana contestaba á su renuncia, despojándole de algo de esa grandeza caballeresca que él quería comunicarle.

Y saludando con frialdad, salió de la estancia.

Blanca permanecía en pie con el corazón sobresaltado de alegría, y cuando oyó que los pasos del conde se alejaban, parecíale que todas las penas, todos los enojos y las dudas que la inquietaron antes se desvanecían para siempre. Entonces consideróse feliz... ¡Qué pronto se había realizado todo! ¡Con qué

bondad y cuán fácilmente se había anticipado la marquesa á sus deseos! Y volviéndose hacia la anciana con una sonrisa, dejóse caer de rodillas.

–¡Cuán buena es usted, dijo, cuán buena!... ¿Cómo decirle...

La marquesa acariciaba á Blanca tiernamente.

–Sí, repuso, ábreme tu corazón, hija mía, dímelo todo... Ya comprendo que algo grave habrá mediado, pues desde esta mañana noto en esta casa mucho trastorno... En resumen, hija mía, al renunciar á él, sacrificas grandes ventajas; pero no eres tan digna de lástima como alguien pudiera creer... Hace algunos años, á fuerza de economías he podido cancelar todas las hipotecas que pesaban sobre Mareuil... y Mareuil vale un millón. Con esto y con lo que te dejaré después de mi muerte se puede vivir sin más que imitar mi conducta...

Blanca quiso interrumpir á la marquesa con un ademán de cariño.

–Sí, continuó la anciana sonriendo y cogiéndose con fuerza al brazo de su sillón, me defiendo; pero algún dia será forzoso...

La marquesa se interrumpió y sonrióse como si le ocurriera alguna idea agradable.

–Lo que más me agrada en todo esto, dijo, es ver cómo se han frustrado los planes de la condesa de Chalieu, y seguramente me harán reir los aspavientos de las señoras de Preville y de Tertre, que sin duda hacen ya sus preparativos... De aquí á un momento, cuando sepan que todo ha cambiado, ya verás cómo te felicitan por tu elección... ¡y también al mismo Sr. de Maujeán!... Sin embargo, hija mía, reflexiona aún, porque con tu proceder impones una enorme deuda de gratitud á ese Sr. de Maujeán, y será preciso que éste tenga el alma muy elevada y el corazón intrépido para no flaquear... Por él renuncias á algunos millones, á un gran nombre y á un hermoso título... en fin, te creas una posición excepcional. ¿No te arrepentirás nunca de lo que haces?

–¡Jamás, abuelita mía, jamás!

–¡Pues bien: te casarás con él si le amas!... Bien mirado, siempre habrá un Guy y una Juana de Cabrol... Y yo también quiero á ese Maujeán, porque es un buen muchacho... En mi larga vida he visto muchas cosas y tenido tiempo para reflexionar... Quiero decirte ahora lo que me ha enseñado mi antigua experiencia...

Y bajando la voz, acercóse á su nieta, como si fuese á revelarla un secreto de su casta y no quisiera que nadie oyese la confidencia más que Blanca.

–Sí, dijo, un gran nombre, un título nobiliario es muy apreciable cuando se sabe llevar bien; mas por desgracia, no todos tienen bastante talla para esto; algunos lo consideran como un peso que les agobia; mientras que otros olvidan su clase... Nuestras filas se merman mucho, y si no las renovamos, acabaremos por desaparecer. Es preciso, pues, permitir que otros ingresen en ellas, pero hay que elegirles con prudencia, con discreción... Los chapados á la antigua se contristan al ver esto, como si no hubiera sido siempre así; y aun hoy día hacen comprender á esos intrusos, durante algún tiempo, que no son de noble estirpe... Después lo olvidan y acaban por conformarse con todo. No hay más remedio, puesto que es necesario... Cuando me dicen que vivimos en el tiempo de la democracia y que esas cosas no tienen importancia ya, no puedo menos de reirme. Desde que los franceses son todos iguales, jamás se necesitaron tanto las distinciones; y esto no debe desanimar á nadie, puesto que cada cual, él ó sus hijos, puede llegar al puesto que nosotros ocupamos... Pues bien: el Sr. de Maujeán me parece uno de esos hombres; era casi uno de los nuestros, y lo será del todo, gracias á ti. Esto es lo que yo quería decirte.

Y la marquesa levantó la voz como si ya hubiese terminado su confidencia.

–Ahora, continuó, puedes hablar, hija mía, confiésamelo todo... ¿Qué has hecho desde esta mañana, ó, mejor dicho, desde anoche, cuando estabas tan pensativa? Pero siéntate; ya has permanecido bastante tiempo de rodillas.

Blanca se levantó con ligereza, y siempre graciosa y risueña fué á sentarse junto á la anciana. Después, como si tratase con una amiga en quien se tiene plena cofianza, sin ocultar nada, sin omitir casi el menor detalle, dióle cuenta de su fuga y de su llegada á casa del Sr. de Maujeán... añadiendo que éste la estaba ahora esperando allí, poseído tal vez de angustia é incertidumbre.

–¡Pues es preciso mandar á buscarle en seguida!

El coche volvió á salir para Chatillón; pocas horas después Gilberto llegó, y conducido de la mano por Blanca, presentóse á su vez á la marquesa.

–Abráceme usted, Sr. de Maujeán, díjole la anciana. Si para usted es un honor, como yo creo, casarse con mi nieta, crea que para mí es una dicha concedérsela.

El matrimonio se efectuó tres semanas después, y según lo había previsto la marquesa, la señora de Chalieu y sus amigas, que quisieron quedarse para realzar la ceremonia con su presencia, apresuráronse á cumplimentar á Gilberto.

En cuanto al conde, había emprendido un largo viaje con su hija, acompañada de la señorita de Sainte-Severe, á quien estaba profundamente agradecido por haberle avisado á tiempo, librándole así del peligro que le amenazaba, el ridículo del hombre abandonado por su esposa el mismo día de su matrimonio... ¿Será necesario decir que al encontrar la institutriz bajo la puerta de su habitación la misiva de la vizcondesa, y reconociendo hacía largo tiempo las luchas interiores de su señora, adivinó sus proyectos de fuga, comprendiendo que quería que ella le ayudase? Al primer golpe de vista dióse cuenta de la situación y consideró cuáles eran las probabilidades más favorables para Blanca; aseguróse de que no había nadie en su aposento y dispuso que la condujeran á la Rivoironne.

Al escuchar á la señorita de Sainte-Severe, el conde admiró el buen sentido, recto y práctico de la joven, y conmovióle la bondadosa prontitud con que había ido á proporcionarle el medio de salir de aquel paso difícil sin menoscabo de su honor, á la vez que una oportunidad de mostrarse magnánimo. No se olvidan semejantes servicios, y el conde de Bagrassand aprovechó al punto la circunstancia que se le ofrecía de ser útil á la señorita de Sainte-Severe: como con el paso que acababa de dar se había cerrado las puertas de Mareuil, admitióla en su casa como institutriz de su hija. En lo sucesivo sólo de él dependía recompensar mejor á la joven. El conde, con esa fortaleza de alma que le había permitido ocultar tanto tiempo su amor á la vizcondesa sin que nunca se trasluciese en lo más mínimo este afecto, se resignaría también con igual estoicismo á su pérdida; y si, por otra parte, la señorita de Sainte-Severe maniobraba respecto á él como lo hizo con Gilberto, tal vez alcanzaría alguna recompensa mayor. No deja de ser este el principal objeto de todas las llamadas señoritas de compañía, y nada tiene de particular que lo alcancen. Sin embargo, podría parecer extraño que un día ú otro aquella joven fuese llamada á compartir los millones del conde, si bien no era de esperar semejante cosa por el pronto. Harto tiempo les quedaba á uno y otro para meditar durante sus conversaciones en aquellos largos paseos que les condujeran de Florencia á Roma y de Roma á Nápoles...

Sin duda para evitar un encuentro con el conde, el Sr. de Maujeán y su esposa resolvieron emprender su viaje de boda en otra dirección y marchar desde luego á Escocia. Allí los dejaremos entregados á su amor y discurriendo por las orillas de los grandes lagos solitarios entre los altos brezos floridos. Habían vivido en la intimidad, ocultando su pasión, y ahora necesitaban explayarse, hacerse la mutua confesión de lo que sentían el uno por el otro. La historia de sus corazones ha terminado. Esa pareja feliz desaparece entre las brumas risueñas detrás de las blancuras nupciales de las nubes que la ocultan. Dejémosla perderse en ellas y disfrutar de la dicha que justamente merecía.

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. DE VERNEUILL



SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

CONDICIONES QUE DEBE REUNIR UN BUEN APARATO SIN PIE

Los aparatos fotográficos portátiles que no necesitan pie que los sostenga, permiten tomar vistas tan originales como inesperadas, siendo prueba de la importancia que tienen el gran número que de ellos se han inventado. Ahora bien: ¿qué condiciones debe tener un aparato de éstos? En primer lugar debe ser portátil, y por ende del menor volumen y peso posibles; en segundo es indispensable que las imágenes resulten irreprochables desde el punto de vista de la limpieza, pues una prueba de pequeño tamaño sólo puede tolerarse cuando es perfecta; y por último, es preciso que el fotógrafo esté siempre á punto de operar; pues como la ventaja del aparato está en proporcionar vistas ó retratos que de otro modo no podrían obtenerse, hay que servirse de él como de un fusil, es decir, apuntando y disparando instantáneamente. Pero no es esto todo: muchos quieren que el aparato no sea visible, para no llamar la atención de sus modelos involuntarios, y de aquí la multiplicidad de pequeños aparatos, que se colocan debajo del chaleco, en el sombrero, etc.

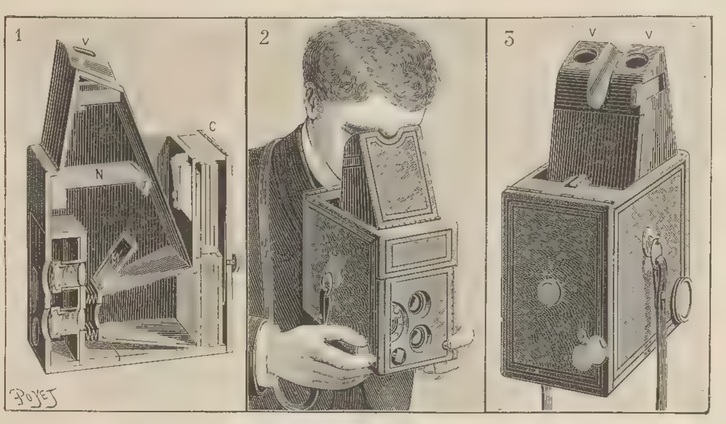
A priori se ve que muchas de estas cualidades son incompatibles; así, para disponer de un aparato poco voluminoso, es preciso disimularlo ó plegarlo, pero entonces ya no está siempre dispuesto para funcionar: hay, pues, que prescindir de una y otra condición, creyendo nosotros preferible adoptar la segunda, es decir, tener un instrumento siempre preparado.

Por lo que toca al peso, una buena elección de los materiales y preparaciones empleados permitirá conciliar un máximo de solidez con un peso mínimo; esta reducción no debe, sin embargo, ser excesiva, porque cuanto más ligero es el aparato menos limpia resulta la imagen á causa de la acción del dedo sobre el muelle y del movimiento que, al ser soltado, produce el obturador. En lo que respecta á las preparaciones sensibles, las películas ofrecen ventajas sobre las placas, pero como la fabricación de las primeras no ha alcanzado todavía la perfección que la de las segundas, es preferible por ahora servirse de éstas.

La cuestión de la limpieza es muy compleja y entraña grandes dificultades. Sabido es que para obtener la limpieza más completa es preciso que los objetos que se reproducen presenten su imagen en un plano, que varía según su distancia del aparato, por la ley de los focos conjugados. Sin embargo, más allá de cierta distancia las prolongaciones de la focal llegan á ser prácticamente nulas; esta distancia es igual á cien veces la longitud focal del objetivo.

En su consecuencia, más allá de esta distancia todos los objetos serán igualmente limpios y no habrá necesidad de poner á foco, resultando el instrumento automático. Esta obligación de no operar sino más allá de 100 focos, demuestra desde luego que con tales aparatos no podrán abordarse los estudios de los primeros planos: cierto que con la interposición de diafragmas más pequeños puede disminuirse esta distancia, pero entonces se suprime luz; y como el aparato sólo opera con posturas rápidas, en algunos casos la existencia misma de la imagen podrá ser muy problemática. Nos encontramos, pues, en presencia de dos sistemas: uno sencillísimo, que consiste en no operar sino á más de 100 focos, pero que limita de una manera estricta los estudios que puedan hacerse, y otro en emplear un dispositivo que permita realizar lo que la teoría indica, es decir, poner á foco los objetos, sea cual fuere la distancia á que se encuentren.

Esta solución es más complicada, pero nos parece muy superior á la primera, porque en ningún caso el operador se verá desarmado como en la otra acontece. Entre los dispositivos más frecuentemente indicados para obtener el enfocamiento de los diferentes planos, hay el que consiste en graduar experimentalmente el carro de la cámara ó el tubo del objetivo para determinadas distancias; de modo, que conociendo la distancia, el buen resultado es seguro. En principio parece esto muy sencillo, pero no lo es en la práctica; pues basándose en el conocimiento de la distancia, y siendo ésta en muchos casos desconocida, habrá que apreciarla, y sabido es de cuántos errores son ocasión estas apreciaciones.



Figs. 1, 2 y 3. Aparato de fotografía instantánea de los señores Londe y Dessoudeix

Se hace, pues, necesario operar de distinto modo. En todo aparato portátil se hace uso de miras que sirven para poner el objeto en placa y darse cuenta de la imagen obtenida; estas miras, formadas por una diminuta cámara con objetivo de muy corto foco, dan una imagen sensiblemente limpia, porque el infinito comienza para tal objetivo á una distancia sumamente pequeña, pero no dan indicación alguna sobre la limpieza de la imagen que se fotografía, y pueden por esta razón inducir á error.

Los precedentes hechos y consideraciones nos han inducido á combinar con M. C. Dessoudeix un dispositivo de cámara portátil cuya descripción vamos á dar.

Constituye el aparato una caja cubierta de estuche, que contiene todos los órganos, los objetivos, la mira, la cámara obscura, el obturador y el depósito de placas. En un tabique interior hay los dos objetivos de igual foco: uno, el inferior, destinado á reproducir la imagen que se fotografía; otro para apuntar y comprobar el enfocamiento. A este efecto, la imagen dada por este último objetivo es enviada por el espejo M al cristal opaco N (fig. 1) pudiendo examinarse por un bonete especial V, V (fig. 3), que durante el transporte va plegada y se desarrolla con sólo apretar un muelle, y cuyas dos aberturas practicadas á la distancia de los ojos (fig. 2) permiten ese examen. El tabique de los objetivos puede avanzar ó retroceder por medio de una cremallera que se hace funcionar por medio de un botón exterior colocado á la derecha del aparato. Como el aparato está regulado de modo que la imagen recibida en la placa y la que se ve en el cristal opaco sean igualmente limpias, toda variación de la distancia focal será la misma en uno que en otro lado, y por consiguiente bastará poner á foco la imagen en el cristal opaco N para tener la seguridad de que también lo está en la placa sensible, con lo cual no caben equivocaciones. La figura 2 representa exactamente la posición del operador en el momento de la operación: mira el objeto y le sigue sobre el cristal opaco; su mano derecha acciona sobre la cremallera, si es necesario, y cuando el objeto está á foco y se presenta limpio suelta el obturador con el índice de la mano izquierda, de modo que no se pierde tiempo entre el momento de la postura á foco y el de la operación. Este dispositivo, combinado con la movilidad del tabique portaobjetivos, permite operar desde el infinito (100 focos), que en los objetivos en este aparato empleados corresponde á 10 metros, hasta 50 centímetros, lo que en caso de necesidad permite hacer retratos ó primeros planos en grande escala.

No habiendo hasta el presente encontrado películas de uso tan seguro como las placas, continuamos sirviéndonos de éstas. El aparato contiene once, colocadas en un depósito á doble compartimiento, idéntico al empleado por M. Fol en su fusil fotográfico. Este sistema, además de ser de los más sencillos, es de los menos voluminosos, puesto que el sitio perdido no es más que una dozava parte del volumen total, cuando en los otros aparatos es á veces de 50 por 100. La única precaución que debe tomarse es que los cuadros que contienen la placas sean fabricados con gran precisión, porque han de sustituirse unos á otros para reemplazar una placa expuesta por la siguiente. Es, además, indispensable que las placas, en cada cuadro, estén exactamente aplicadas sobre la hoja anterior, y que la pila de cuadros que está enfrente del objetivo se apoye perfectamente en la parte posterior de la cámara.

M. Dessondeise ha realizado estos diversos desiderata por medio de dispositivos muy ingeniosos: los cuadros llevan al dorso una numeración de combinación doble, que permite, de una parte comprobar el cambio de las placas, y de otra encontrar fácilmente tal ó cual placa para desarrollarla. La inspección de los números se hace al través de una abertura practicada en la parte posterior de la cámara y cerrada con un cristal encarnado.

Para efectuar el cambio de placas basta aflojar el botón colocado en el centro de la pared posterior, y cuyo papel consiste en inmovilizar las placas durante el transporte; y operando entonces una rotación completa del aparato, de atrás hacia adelante, la placa encuéntrase en un instante cambiada de sitio y se puede operar de nuevo en seguida. De suerte que este almacén presenta constantemente una placa en el foco del objetivo, siendo preciso, para evitar los velos, tener un obturador que pueda ser armado sin que la luz penetre en la cámara, resultado que se obtiene por un mecanismo cuya descripción nos llevaría muy lejos.

Al obturador puede dársele naturalmente velocidades variables, según las hipótesis, y puede modificarse, según los casos, la abertura de los diafragmas.

Tal es el aparato de que hace muchos años nos servimos; y sin pretender que sea el *non plus ultra*, que nos parece de problemática realización, reune, á nuestro modo de ver, las siguientes ventajas: disponibilidad inmediata, fácil colocación de la placa, enfocamiento exacto y posibilidad de operar á cualquier distancia. De ello resulta que, puesto en manos de personas prácticas, puede con este aparato llegarse á una producción mucho más considerable que con los demás. Algunos pretenden juzgar del valor de un aparato de mano sólo por algunas pruebas; pero proceden equivocadamente los que tal hacen, porque con instrumentos medianos se obtienen á veces clisés excelentes. El verdadero criterio es el tanto por ciento de las pruebas que hayan salido bien: únicamente por esto debiera guiarse el operador, con lo que se evitaría muchos fracasos.


Fig. 4. Muestra de una fotografía obtenida con el aparato de Londe y Dessoudeix

Alberto Londe

(De *La Nature*)



CAMPO DE AMAPOLAS, cuadro de D. Antonio Fabrés. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 21 de septiembre de 1891 — Núm. 508

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SUEÑO DE UN ÁNGEL, cuadro de Vianelli

SUMARIO

Texto. – *Las Misiones de la alta California*, por Juan T. Doyle, traducido por Enrique L. Verneuill. – *Pasionaria*, por Alejandro Larrubiera. – *Comunicación con los planetas*, por Amadeo Guillemin. – *Nuestros grabados.* – *Un drama en el mar*, por W. Clark Russell, traducido por E. L. Verneuill. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores: *Tagedias*, por D. Víctor Balaguer; *Por nuestra música*, por D. Felipe Pedrell; Varias obras de D. Melchor Gaspar de Jovellanos y multitud de composiciones repartidas con motivo de las fiestas celebradas en Gijón para la inauguración de la estatua de este eminente sabio é insigne patricio; *G. Núñez de Arce, estudio biográfico-crítico*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Grabados. – *El sueño de un ángel*, cuadro de Vianelli. – Cruz colocada en Monterey en el sitio en donde desembarcó Junípero Serra. – Misión de San Antonio de Padua á veinte millas de Monterey. – Misión de San José, dibujo tomado de un daguerrotipo hecho en 1853. – Campanas y pila bautismal de San José. – La primera Misión en California (San Diego). – Misión de San Buenaventura. – Púlpito y confesonario de San Buenaventura. – Misión de San Miguel, condado de San Luis, obispo. – Misión de Santa Bárbara. – Capilla actual de San Juan Capistrano. – Misión y campanario de San Miguel, cerca de los Angeles. – Misión de San Fernando, los Angeles. – Claustro y campanario de San Fernando. — Misión de San Luis, rey, condado de San Diego. – Misión de Santa Inés, condado de Santa Bárbara. – Misión de San Juan Capistrano. – Interior de la Misión de San Luis, rey. – Interior de la Misión de San Luis, obispo. – *Puente de Chiautla, México* (de una fotografía). – *Entre prenderos*, cuadro de D. José Benlliure. – *Víctor Duruy*, miembro del Instituto de Francia y ex ministro de Instrucción pública, autor de la «Historia de los Griegos,» publicada en nuestra «Biblioteca Universal.»

LAS MISIONES DE LA ALTA CALIFORNIA

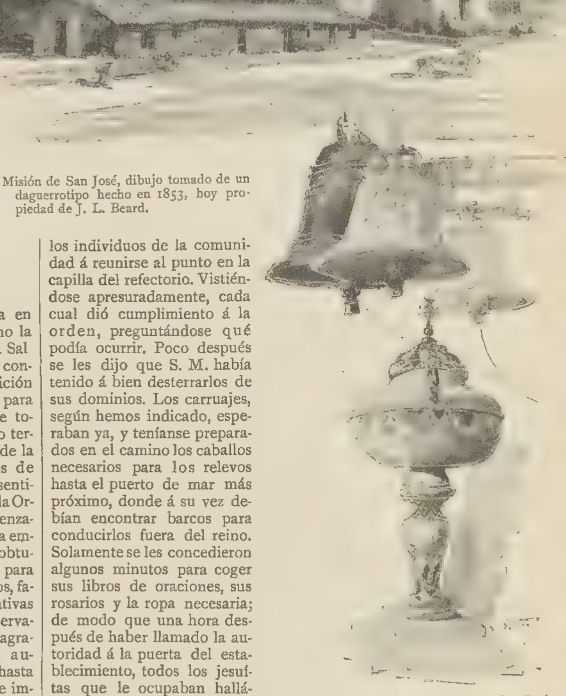
Aunque la península llamada California Inferior había sido descubierta en 1534, haciéndose entonces muchas tentativas para colonizarla, España no la ocupó hasta 1697. En febrero de este año, dos padres jesuítas, Juan María Sal vatierra y Francisco Eusebio Quino, pidieron permiso para emprender la conquista espiritual del país, permiso que les fué otorgado mediante la condición de que no se apelara al rey para hacer gasto alguno, y que se tomara posesión del territorio terminantemente en nombre de la colonia española. Provistos de esta autorización y del consentimiento de sus superiores en la Orden, los dos misioneros comenzaron á recoger fondos para la empresa, y en poco tiempo obtuvieron suficientes recursos para comenzarla. Aquellos fondos, facilitados por personas caritativas cuyos nombres se han conservado hasta hoy día, gracias al agradecimiento de los padres, aumentaron con el tiempo, hasta el punto de tener suficiente importancia para que á menudo se hiciera mención de ellos en la historia y la legislación mejicana, dándoseles el nombre de *Fondo piadoso de la California*. Más tarde constituyó la caja de las Misiones, y sirvió para sostenerlas en la costa Oeste del continente, y por el Norte en toda la extensión reclamada por España, designándose todo el territorio con el nombre de Californias.



Cruz colocada en Monterey en el sitio en donde desembarcó Junípero Serra

Las trece Misiones fundadas por los jesuítas en la California Inferior extendiéronse desde el Cabo San Lucas, en la extremidad de la península, por el Norte. No entraremos aquí en detalles respecto á ellas; nos limitaremos á decir que se hallaban en un estado floreciente en la época de la expulsión de la Orden hacia 1768, y que los establecimientos se conservan aún hoy día, aunque á la verdad ruinosos y abandonados por la población reunida allí, pero siempre mudo testimonio del piadoso celo de sus fundadores.

En 1767 el monarca español decretó por una pragmática que la Compañía de Jesús fuera expulsada de sus dominios, y con el mayor refinamiento de crueldad disponíase que la orden se cumpliera en todas las partes del reino á la misma hora. Eligióse para esto la más avanzada de la noche, cuando todo el mundo dormía; á la puerta de cada colegio de los jesuítas detuviéronse algunos vehículos, se despertó á los porteros en nombre del rey, é intimóse á todos los individuos de la comunidad á reunirse al punto en la capilla del refectorio. Vistiéndose apresuradamente, cada cual dió cumplimiento á la orden, preguntándose qué podía ocurrir. Poco después se les dijo que S. M. había tenido á bien desterrarlos de sus dominios. Los carruajes, según hemos indicado, esperaban ya, y teníanse preparados en el camino los caballos necesarios para los relevos hasta el puerto de mar más próximo, donde á su vez debían encontrar barcos para conducirlos fuera del reino. Solamente se les concedieron algunos minutos para coger sus libros de oraciones, sus rosarios y la ropa necesaria; de modo que una hora después de haber llamado la autoridad á la puerta del establecimiento, todos los jesuítas que le ocupaban hallábanse ya en camino de la costa, desde la cual se les trasladó con la misma rapidez á Roma. Durante su viaje al punto de embarque, prohibióseles hablar con persona alguna, ni siquiera con los amigos que por casualidad encontraban. De este modo salieron los jesuítas de España y de todas sus posesiones en Europa, desvaneciéndose tan rápidamente como la bruma de la mañana bajo la influencia de los rayos del sol.



Misión de San José, dibujo tomado de un daguerrotipo hecho en 1853, hoy propiedad de J. L. Beard.

Campanas y pila bautismal de San José

No era posible ejecutar este bárbaro decreto con la misma cruel precisión en California, porque estaba muy lejos y porque á ello oponíanse muchas dificultades. Allí había sido necesario aumentar el número de individuos de las Misiones, pues de no hacerse así, los indios, á quienes se había hecho adoptar ya costumbres civilizadas, hubieran vuelto indudablemente á caer en el salvajismo y habría sido forzoso comenzar de nuevo toda la obra de la conquista. He aquí por qué las necesidades de la situación modificaron la crueldad de los procedimientos en California. Los misioneros fueron reunidos en La Paz en febrero de 1768, y entre las lágrimas y lamentos de los pobres indios, que de todas las Misiones de la península enviaron delegados para acompañar á sus padres espirituales, embarcáronse por fin en Veracruz el 13 de abril. Los hambrientos políticos de la época esperaban encontrar muy rico el Fondo piadoso y apoderarse de él después de la expulsión, saqueando las Misiones de California; pero la suma total que recogieron no ascendió siquiera á cien duros.

Habíase hecho un convenio, por iniciativa del virrey, según el cual los padres franciscanos, expulsados del convento de San Francisco de Zacatecas, ocuparían el lugar de los jesuítas en las diversas Misiones; y adoptando las reglas y prácticas de sus predecesores, granjeáronse la confianza de los sencillos indígenas y prosiguieron la obra tal como se había comenzado. Hacia la misma época, siendo virrey de Nueva España el marqués de la Cruz, fué enviado á aquel país José Gálvez como Visitador General, revestido de poderes extraordinarios. Temíase que los ingleses trataran de ensanchar sus posesiones en América, sentando el pie en el Pacífico; no parecía prudente permitir que la costa Noroeste siguiera más tiempo desocupada, y Gálvez resolvió colonizarla cuanto fuese posible. Hombre notable por su celo é industria, tuvo la suerte de encontrar un eclesiástico que era la persona más propia para secundar sus planes: llamábase Junípero Serra, presidente de las Misiones. Nacido en Mallorca en 1713, había manifestado desde luego su preferencia á la vida religiosa, y terminados sus estudios se le admitió en la Orden de San Francisco. Al cabo de algún tiempo fué nombrado para formar parte de una Misión que debía



Misión de San Antonio de Padua, situada á veinte millas de Monterey

pasar al Nuevo Mundo. Después de muchos años de fructuosos esfuerzos en Sierra Gorda, el padre Serra recibió el encargo de ponerse al frente de las Misiones de California. En 2 de abril de 1768 llegó al puerto de Loreto con quince asociados, y adoptó las disposiciones necesarias para ocupar los diversos establecimientos de la península.

La primera Misión de la California Superior se fundó en San Diego, y antes de haber transcurrido quince días organizóse una expedición al mando de D. Gaspar de Portola, que debía ir por la costa hasta Monterey para fundar allí otro establecimiento. Los geógrafos españoles conocían este punto gracias al viaje de Vizcaíno en 1602, en cuyo relato se hacía un elogio de Monterey, diciéndose que tenía un puerto magnífico donde podían anclar todas las naves del mundo.

Deberíamos extendernos demasiado para referir aquí todos los incidentes ocurridos en la expedición, sus fatigas y contratiempos, graves peligros que se corrieron, y cómo buscando Monterey se dió en la bahía de San Francisco, siendo así conocido del europeo por primera vez aquel jardín del actual estado de California. Baste decir que después de llegar á la cumbre de una cordillera desde donde se ve lo que hoy es Searsville, en la gran extensión del valle de Santa Clara, y de contemplar el gran estuario que su fundador describe como «mar Mediterráneo,» la expedición retrocedió otra vez hasta San Diego, obligada por la proximidad de los fríos, la escasez de víveres y la hostilidad de los aborígenas.

Al llegar de nuevo á Punta Pinos, en el supuesto lugar de la bahía de Monterey, empleáronse quince días en una activa exploración de la costa en busca del magnífico puerto descrito por Vizcaíno; pero las pesquisas resultaron inútiles. La localidad no correspondía en ningún grado á las indicaciones del viajero, y al fin se dedujo que alguna convulsión de la naturaleza habría hecho desaparecer el puerto. En su consecuencia, plantaron una gran cruz de madera en la parte Norte y otra en la del Sur de Punta Pinos, como recuerdo de su visita, grabando en la segunda las siguientes palabras: «Socavad al pie de esta cruz y encontraréis el relato de nuestro viaje.» El escrito decía así:

«La expedición que salió de San Diego el 14 de julio de 1769, al mando de don Gaspar de Portola, gobernador de California, llegó al canal de Santa Bárbara el 9 de agosto y dió vista á la sierra de Santa Lucía el 13 de septiembre, penetrando después en esta cordillera en 17 del mismo mes. El 1.° de octubre hallábase cerca de Punta Pinos y no pudo encontrar la bahía de Monterey. Explorando siempre, llegó al fin á Punta Reyes y á los Parallones, en la bahía de San Francisco. Para esto fué necesario dar un largo rodeo, á causa de un inmenso brazo de mar que se extendía á gran distancia. A consecuencia de esta y otras dificultades, siendo la mayor de ellas la completa falta de víveres, los expedicionarios debieron retroceder, creyendo que habían pasado por la bahía de Monterey sin descubrirla.

»Hecho en este puerto de Pinos en 9 de diciembre en 1769.»



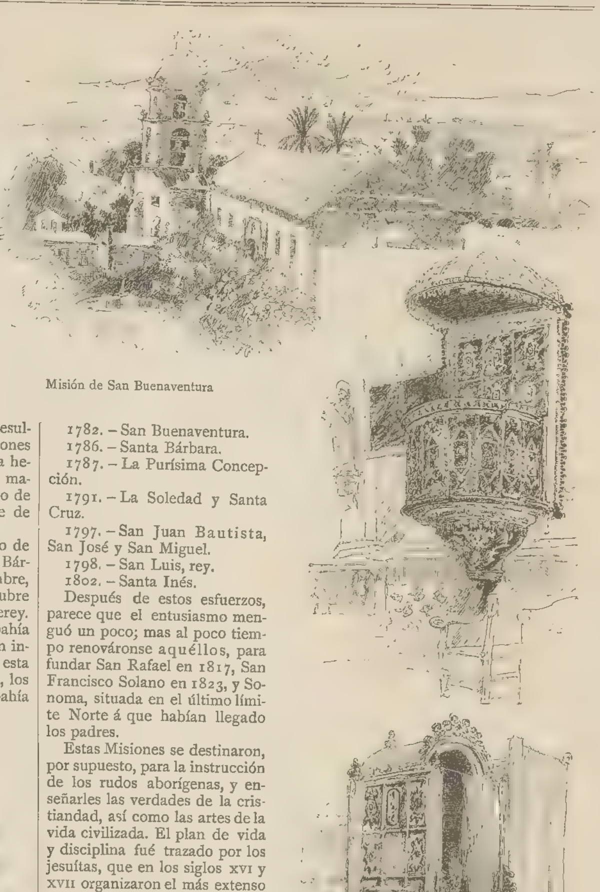
La primera Misión en California (San Diego)

A pesar de las dificultades, los misioneros no renunciaron á su empresa. En 1770 otra expedición, siguiendo el camino de la primera, cuyo diario les sirvió de guía, fundó la Misión de San Carlos en la bahía de Monterey, cerca de la cual se estableció el presidio del mismo nombre. Más tarde, como aquel sitio no pareciera conveniente, el establecimiento se trasladó á otro lugar situado á algunas millas más al Oeste, á orillas del río Carmelo, dándose este último nombre á la nueva fundación.

Monterey es hoy día una famosa estación balnearia, á la cual acuden viajeros de los puntos más lejanos. La antigua Misión, el Carmelo, poco menos que una ruina en la actualidad, sigue, no obstante, llamando la atención, á causa de lo pintoresca y por la circunstancia de contener los restos de los hombres venerables á cuyos piadosos esfuerzos se debe la creación de las Misiones y que echaron los cimientos de la civilización en California. Allí reposan en el sueño eterno el Padre Junípero Serra, Juan Crespi y Rafael Verger.

San Diego y Monterey sirvieron para señalar el límite extremo de la primera ocupación española. El espacio no poblado se ocupó muy pronto, y el área de la conquista de las Misiones se extendió poco á poco por otros establecimientos semejantes. Los nombres de esas instituciones, fundadas en rápida sucesión, son los siguientes:

1771. – San Gabriel, San Francisco y San Antonio.
1772. – San Luis, obispo.
1776. – San Juan Capistrano y San Francisco de Asís.
1777. – Santa Clara.



Misión de San Buenaventura

Púlpito y confesonario de San Buenaventura

1782. – San Buenaventura.
1786. – Santa Bárbara.
1787. – La Purísima Concepción.
1791. – La Soledad y Santa Cruz.
1797. – San Juan Bautista, San José y San Miguel.
1798. – San Luis, rey.
1802. – Santa Inés.

Después de estos esfuerzos, parece que el entusiasmo menguó un poco; mas al poco tiempo renováronse aquéllos, para fundar San Rafael en 1817, San Francisco Solano en 1823, y Sonoma, situada en el último límite Norte á que habían llegado los padres.

Estas Misiones se destinaron, por supuesto, para la instrucción de los rudos aborígenas, y enseñarles las verdades de la cristiandad, así como las artes de la vida civilizada. El plan de vida y disciplina fué trazado por los jesuítas, que en los siglos XVI y XVII organizaron el más extenso sistema de Misiones en todos los puntos del mundo pagano: India, China, El Japón, ambas costas de Africa, una gran parte del Asia Central y el Norte y Sur de América, fueron teatro de sus infatigables tareas.

Los franciscanos, que sucedieron á los jesuítas en California, siguieron su sistema. A fin de inducir á los indios á renunciar á su vida nómada, adoptando las costumbres de los hombres civilizados, dióseles alimento y ropa, enseñándoles después á cultivar la tierra para atender á su subsistencia. Muy pronto se erigió la iglesia de la Misión, y construyéronse varias casas, utilizando la abundancia de maderas que ofrecía el país.

El género de vida en la Misión es el siguiente: Al toque de maitines los indios van á reunirse en la capilla, donde después del servicio divino reciben una breve instrucción religiosa. Terminada ésta, van á trabajar á los campos; á las once comen, descansan hasta las dos, y vuelven á proseguir sus tareas hasta una hora antes de anochecer. Entonces, reunidos de nuevo, se les hace rezar el rosario, y luego quedan libres de entregarse á sus pasatiempos. Su traje consiste en camisa de lienzo, pantalones y chaquetón de lana. A las mujeres se les da cada año dos mudas de ropa blanca y un vestido nuevo.

Los indios de California no son, ó por lo menos no eran, la vigorosa raza guerrera de la parte oriental del Continente, ni poseían la inteligencia de los naturales de la meseta de Méjico. Alimentábanse principalmente de piñas, nueces y otros frutos análogos, é iban completamente desnudos. Aunque no tenían la astucia ni la fuerza de los iroqueses, algonquinos y hurones del Canadá no les faltaba sutileza, y por lo general eran traidores ó feroces, tanto que en más de una ocasión los misioneros sellaron con su sangre su amor á la fe, sacrificio que, justo es decirlo, no arredró nunca á los franciscanos.



Misión de San Miguel, condado de San Luis, obispo



Misión de Santa Bárbara

A medida que la conversión progresaba instruíase más y más á los jóvenes indígenas, enseñándoles varias industrias además del cultivo de la tierra; y así es que no faltaron cerrajeros, carpinteros, tejedores, sastres y zapateros. También se importaron animales domésticos, que se reproducían con asombrosa rapidez, y en cuya cría y cuidado llegaron á ser los indios muy práticos y útiles.

A los barcos que visitaban la costa se les vendían pieles, cereales, vinos y diversos frutos. Con parte del producto obtenido comprábase para los indígenas ropa blanca, tabaco, tejidos, etc., y lo demás se empleaba para embellecer las iglesias, comprar instrumentos musicales, pinturas y diversos adornos.

Además de instruir á los naturales, las Misiones organizaron un sistema hospitalario para todos los viajeros, que así podían encontrar en diversos puntos, á veces cuando más lo necesitaban, un refugio seguro y lecho para descansar. Las casas destinadas á este servicio estaban separadas solamente por una jornada de distancia.

Las Misiones de California, en número de veintiuna, alcanzazaron su mayor prosperidad durante el primer cuarto del presente siglo. En todas reinaba la abundancia: provistas de huertos y jardines, obteníanse en ellas los mejores vegetales, frutas de todas clases, y cultivábase en particular la higuera, el naranjo, el olivo y la vid; estos dos últimos se producían en tal cantidad, que después de usarse lo necesario quedaba un gran sobrante para la venta. También el ganado abundaba mucho, según se ha sabido por los datos de la Misión. Para formar idea basta decir que en el año 1820 la Misión llegó á tener 140.000 cabezas de ganado, figurando los caballos por la cifra de 18.000. El producto anual de cereales, por término medio, desde 1811 á 1820, se calculó en 113.000 fanegas. Pero el aumento de pobladores blancos, llevando consigo las necesidades, las ambiciones y la libertad de la vida moderna, era incompatible con el buen éxito de instituciones basadas, como las Misiones, en la autoridad paternal. Los indígenas eran niños por todos conceptos, excepto por la edad y la capacidad para hacer daño, y los colonos no se sometieron á más trabas que las impuestas por la autoridad, harto débiles por cierto. El contacto con ellos corrompió á los indios, relajando la disciplina, y por otra parte el abundante ganado de las Misiones excitó la codicia de los colonos, que no miraron la propiedad de los hermanos y de los indios desde el mismo punto de vista que los europeos.

Bajo estas influencias, el Congreso mejicano aprobó en 1833 una ley para secularizar las Misiones, convirtiéndolas en parroquias, reemplazando además con curas los sacerdotes misioneros y emancipándose á los indios de su pupilaje respecto de la Iglesia.

Al amparo de esta ley los codiciosos políticos del día pudieron saquear las



Capilla actual de San Juan Capistrano

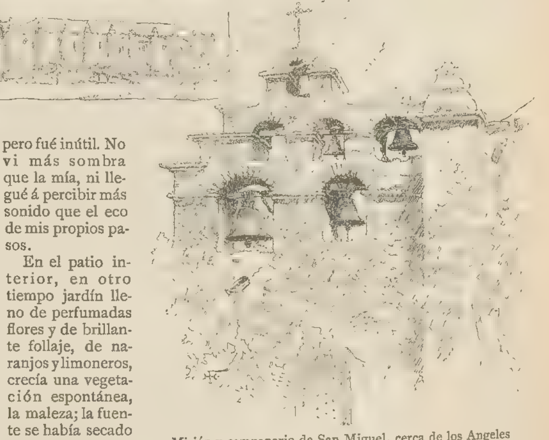


Misiones, casi hasta depojarlas del todo. Nombráronse administradores que se apropiaron los bienes, y sin disimularse en modo alguno tan vergonzosa expoliación, se vendieron públicamente, no tan sólo el ganado, sino hasta las tierras de las Misiones.

La ruina de estas últimas se completó por la conquista americana. Los pocos indios que en ellas quedaban fueron ahuyentados, pues los invasores no querían entender nada de los hermanos misioneros y los salvajes civilizados ni respetar cosa alguna; de modo que ninguno de los establecimientos fundados conserva su primitivo carácter. En aquellos á cuyo alrededor se había formado una numerosa población, como en Santa Clara, San Francisco y San Rafael, no había ya más que iglesias parroquiales. En algunos puntos los colonos ahuyentaron á los sacerdotes, y en más de un caso los templos fueron sacrílegamente convertidos en cuadras.

El más considerable de los antiguos establecimientos era el de San Luis, rey, que yo visité con un compañero en el verano de 1862. A primera hora de la mañana salimos de San Juan Capistrano y llegamos á San Luis á eso de las dos, sin encontrar ni un solo ser viviente ni siquiera una vivienda humana. Avanzábamos por la base de la sierra, siguiendo el surco de las ruedas de un carro que nos sirvió de guía, y después de franquear muchos barrancos y de algunas horas de monótono viaje, vimos por fin, al salir de la cordillera, un valle encantador, por el cual se deslizaba un riachuelo de cristalinas aguas, que á cierta distancia iba á verterse en el mar. En el centro del valle, en una eminencia, elevábanse las torres de la antigua iglesia y el tejado rojizo de la antigua Misión, donde se reflejaban los rayos de un sol casi tropical.

El paisaje era magnífico, y nos detuvimos algún tiempo antes de examinar aquellos parajes. Las paredes se conservaban bastante bien, y cerca de la entrada estaba el suelo tan bien enarenado, que se me figuró que no podía menos de encontrar gente en el interior. Entré sin vacilar, y recorrí las habitaciones y corredores como buscando al sacristán que en mi imaginación me representaba, pero fué inútil. No vi más sombra que la mía, ni llegué á percibir más sonido que el eco de mis propios pasos.



Misión y campanario de San Miguel, cerca de los Angeles

En el patio interior, en otro tiempo jardín lleno de perfumadas flores y de brillante follaje, de naranjos y limoneros, crecía una vegetación espontánea, la maleza; la fuente se había secado y la cerca del jardín ocultábase bajo una espesura de hiedra. De las columnas del corredor pendían grandes telarañas, y nada interrumpía el fúnebre silencio más que el gorjeo de algunas aves.

Penetré en la antigua y venerable iglesia, y mientras hacía esfuerzos para que mis ojos se acostumbraran á la obscuridad que en aquel recinto reinaba, vino á distraerme en mis reflexiones un grito singular y algo que se movía en el aire: era un enorme mochuelo, que al fijar en mí su atención abandonó su lugar de reposo en lo que antes había sido altar mayor, y fué á posarse en una ventana. Después subí á una de las torres, donde aún quedaba una campana, en la cual se veían grabados el nombre del constructor y la inscripción «Boston. 1820» que claramente indica las buenas relaciones que los antiguos misioneros mantenían con los buques balleneros y con los comerciantes en pieles que hace medio siglo invernaban en aquella costa. Probablemente estas campanas fueron encargadas en 1818, pero la misión no las recibió hasta 1821 ó 1822, pues los barcos, que entonces hacían la travesía por el cabo de Hornos, empleaban dos años en cada viaje redondo. Los jardines de la Misión, sobre todo el que estaba frente al edificio, conservaban restos de su primitiva belleza; pero los bancos rústicos se desmoronaban y los árboles frutales habían dejado de producir. De los restos de la fuente brotaban aún dos chorros de agua, y en las orillas del arroyuelo que habían formado crecían algunos berros del más puro color verde. Antes de la conquista americana había existido allí una industriosa población

india; más tarde la Misión fué ocupada por nuestras tropas como puesto militar durante la guerra con Méjico. Cuando dejó de servir para esto, el gobierno proyectó hacer las reparaciones necesarias para devolver el edificio á su primitivo estado; pero cuando supo que esto costaría dos millones de duros, renunció á la empresa.

Aún hoy día se puede ver esa Misión, magnífica hasta en sus ruinas, monumento de piedad, de industria y desinterés de los venerables monjes que usan el hábito y el cordón de San Francisco, y que fueron los primeros que trataron de colonizar la Alta California.



Misión de San Fernando, los Angeles

JUAN T. DOYLE

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. VERNEUILL

PASIONARIA

I

Entre aquellas otras ideas de venganza que bullían en su cerebro, la del suicidio era la que se levantaba prepotente desde hacía horas. Lola amaba á Pepe con delirio, con frenesí; por él se hubiese sacrificado, habría sido su esclava: era su primer amor una pasión loca que la hacía forjar *in mente* escenas rebosantes de felicidad... Ser la mujer de Pepe; cuidar de él y de su madre ya achacosa por sus muchos inviernos; constituir una familia; repartir su cariño entre estos dos seres y aquellos otros que la coyunda matrimonial formase como lazos irrompibles de dicha: he aquí sus grandes ambiciones, su sueño dorado, la eterna pesadilla que desde que conoció á Pepe y fué su novia se la representaba en todas partes y á todas horas, especialmente los domingos, días en que ella, vestida á lo chula honesta y decentita, y él á lo señorito, con *chaquet* y sombrero hongo, íbanse de paseo, camino del puente de Toledo ó Vallecas, donde, por de contado, tomaban un *piscolabis* en cualquier ventorro ó fonducho de mala muerte. Lola miraba con cierta complacencia á las familias de obreros que, en pelotón, los chicuelos al frente canturreando, los padres á retaguardia, el marido con un *Partagas* infumable de á diez céntimos en la boca, y á la espalda, á guisa de regocijada enseña, la bota pendiente del bastón; la mujer al brazo la cesta con la merienda, y reflejándose en el rostro de todos la franca alegría de los que después de una semana de rudo trabajo van á aquellos sitios á proporcionarse unas horas de solaz legítimamente conquistado. Lola no los envidiaba... ¡Anda, no tardaría mucho en que ella fuese protagonista en uno de estos cuadros!... Y tales dichas y tales esperanzas eran como los leños á la hoguera: le hacían adorar más á su Pepe.



Misión de San Luis, rey, condado de San Diego

– Mira, chica, en cuanto reuna un centenar de duros, que es lo que necesitamos para el casorio, nos echan las bendiciones, y á casita con tu madre, le había dicho Pepe... Aquel día Lola lloró de alegría, y halló el cielo más azul y antojósele un palacio el zaquizamí en que habitaba... ¡Optica engañosa del corazón!...

***

De pronto, el hermoso edificio que su candor, la te y el cariño habían construído en el país de las ilusiones, venía á tierra, de golpe, aplastando en su caída un corazón virgen... Un día Pepe faltó á la cita que al anochecer tenían siempre á la puerta del obrador de Lola Esta extrañó aquello, pero no le dió importancia... Pasó un día y otro y otro, y Pepe como muerto. Interrogó la joven á un amigo de aquél: «¡Bah!, respondió el tal, Pepe se ha hartado de unas relaciones tan tontas; eso me ha dicho él mismo. Puede usted contarle con los difuntos.»... Fué una puñalada aquella revelación tan brutalmente hecha... Lloró como una Magdalena: su madre intentó calmarla en su aflicción: «Hija, te hacías tú muchos castillos en el aire. Eso te servirá de escarmiento.»



Claustro y campanario de la Misión de San Fernando

Al amar mucho y sufrir el primer ultraje, queda una nota de escepticismo y otra de esperanza. «Acaso vuelva,» pensó Lola. «¡Quién sabe! Rechazando yo á todos los hombres, viviendo más recogida, Pepe vendrá á buscarme.»

Así pasó un poco de tiempo, no sé cuánto; ello es que para la pobre mujer los días eran eternidades. Además, en el corazón faltábale algo que le robaba la expansiva alegría de antaño.

. . . .

Ahora que su desgracia era cierta; ahora que, por decirlo así, acababa de emborracharse en su infortunio, la rabia, los celos, la desdicha, zahiriéndola, parecían decirla: «¡Mátate!» En aquella noche del domingo, una vez que su madre hubo terminado de cenar, retirándose después á su dormitorio, Lola, so pretexto de concluir una labor urgente, quedóse á solas en la sala: una sala abuhardillada, en la cual no se sabía qué admirar más, si lo pobrísimo del ajuar ó la limpieza y orden con que todo estaba dispuesto. Inmóvil, de bruces sobre la tabla de nogal de la máquina, fija y persistente la mirada en el vértice del ángulo agudo que formaban en último término la techumbre y el pavimento, Lola parecía la estatua del dolor sumida en meditación... A veces un ligero estremecimiento recorría su epidermis, dejándola fría; después un suspiro, luego... nada: seguían sus ojos, abrillantados por la fiebre, fijos en el vértice; dijérase que su organismo padecía momentánea catalepsia. Lola se hallaba en esos momentos en que el espíritu se reconcentra en nosotros mismos y hace que poseamos una doble vista y seamos espectadores conscientes de escenas de lo pasado en que intervenimos. Lola vió desfilar ante sí los meses de ventura que tuvo con Pepe, sus ilusiones forjadas al calor de una pasión correspondida, y triste, tristísima, la odisea de aquel aciago día: del domingo. Habíasele impreso de tal modo, que el tiempo, como si fuese un buril manejado por una mano de hierro que ahondase despiadadamente en su cerebro, dábale mayor relieve. Aquello y el aislamiento moral en que se hallaba serían los que la arrojasen al suicidio precisamente, porque, ante su dolor, la vehemencia de éste valía más que los razonamientos que su limitada educación podían sugerirle...

II

Es preciso hacer un paréntesis, explicar la odisea.

Aquella mañana del domingo Lola fué al obrador, y como de costumbre, sentóse en una sillita baja, al lado de sus compañeras. Notó la joven que éstas parecían mirarla con lástima, que muy bien podía confundirse con irónica conmiseración, y aun creyó oir su nombre en los cuchicheos que entre sí traían. De pronto la aprendiza, una muchachuela enclenque y paliducha, dijo en son de burla, mientras se agachaba para recoger del cesto de la labor una prenda:

– *Paece* mentira, y cómo *cambean* los tiempos. Ayer mucho te quería; pero hoy, si te he visto no me *alcuerdo*.

Soltaron una risotada las otras. Lola, como si le hiciese daño tal expansión de alegría, preguntó á quién iba dirigida la indirecta.

– ¡A ti, boba!, replicó una de las oficialas; ¡pues así que la cosa no tiene malicia!

Y mirando en su derredor, como notase la ausencia de la maestra, prosiguió:

– ¡Chica, te tenemos que dar la gran noticia!...



Misión de Santa Inés, condado de Santa Bárbara

– ¿Cuál?

– Una muy fresquita.

– ¿Buena?...

– Después de todo, no es mala: ello había de ser algún día; y cuanto antes mejor.

– ¿El qué, Amalia?, preguntó ansiosa Lola.

– No te hagas la *iznorante*, mujer: á estas horas acaso lo sepas tú mejor que nosotras.

– No sé nada. ¿Qué es?... ¡Habla!

Amalia miró al corro: las muchachas parecían estar pendientes de sus labios y por más que todas estuviesen en el secreto, gozaban por anticipado del efecto que aquél había de producir en Lola.

– Pues hija, comenzó la narradora, veníamos la aprendiza y yo camino del obrador, cuando al pasar por delante de San Cayetano vemos salir de la iglesia un diluvio de gente... ¡la mar, chica!... Las mujeres, todas con pañolones de Manila auténticos, los hombres con los trajes de *cirimonia*. ¿Qué será?, nos preguntamos ésta (y señaló á la aprendiza) y yo. Estábamos en estas dudas, cuando vemos salir á Pepa, la hija de ese tiazo de Paco, carnicero de la calle del Ave-María, que tiene más oro que pesa, tan *aligante*, vestida de novia, con mucho raso, brillantes, sortijas, pulseras... El acabóse, con ramo de azahar y todo... *Pus* hija, ya sabemos lo que es y adónde van á celebrar el jolgorio, porque uno de los convidados grita:

Interior de la Misión de San Luis, rey

«*¿Habís avisao* á los ómnibus *pa* que nos lleven al ventorro de la *Manca*, al puente de Toledo?...»

– ¿Y qué me importa á mí todo eso?, interrumpió Lola con marcadas muestras de impaciencia.

– ¡Hija, no seas tan *súpita!*... ¿A que no sabes quién era el novio?... Y poquito *estirao* que iba, hecho un caballero de levita y *bimba* y más alegre que unas pascuas.

– ¿Quién es? ¡Acaba de una vez!...

– Mujer, ¿quién había de ser?... Pepe, tu antiguo novio.

– ¡Mentira!, rugió más bien que exclamó Lola, sintiendo que la vista se le anublaba y que un temblor nervioso invadía todo su cuerpo.

– Como quieras, replicó filosóficamente la parlanchina cronista.

Transcurrieron varios minutos en silencio; de repente Lola preguntó con voz que en vano quería aparentar firme:

– ¿Y dices tú que iba contento?...

– Ya lo creo, mujer... Boda de más rumbo en mi vida he visto otra... Ya ves si tenía motivo el hombre para ir inflado y orgulloso como un pavo real.

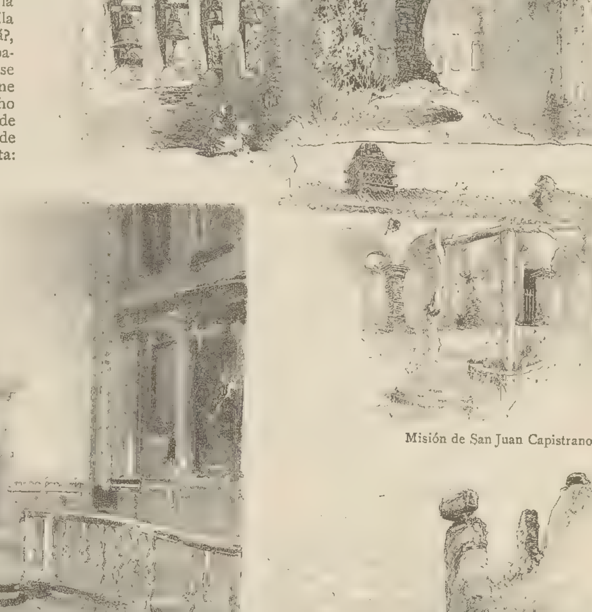
A medida que la narradora hablaba, Lola sentía mayor angustia y á la cabeza un zumbido extraño.

Procuró serenarse, y afectando indiferencia prosiguió en su tarea: de vez en cuando un suspiro acusaba su verdadero estado de ánimo.



Como día de incienso, los andurriales del puente de Toledo encontrábanse poblados de una abigarrada y pintoresca muchedumbre, en su inmensa mayoría gente artesana, que en tales sitios se hace la ilusión de esparcir el ánimo, haciendo *huelga* en un campo yermo, merendando cara al sol y envuelto todo constantemente en las nubes de polvo que el trasiego de transeuntes y carruajes levanta en la carretera; ó bien las familias *prácticas*, entre las que hallaremos no pocas pertenecientes á la *clase media*, á pretexto de *estirar* las piernas van en busca de provisiones para el resto de la semana, cerca de los Carabancheles, por el contado, con el sano propósito de burlar el pago de consumos. Así el presupuesto económico-doméstico no resultará á fin de mes con *déficit*, porque dos del aceite, cuatro del tocino, uno de la carne, medio de esto y cinco de lo de más allá, suman un piquillo de ahorro más que suficiente para pagar al casero ó comprar unos zapatos al chico, y si es gente que ha venido á menos, sahumado resulta el ahorro y ya pueden reformarse los *sombreros* de las *niñas*, volver el gabán de ese (*ese* es el cabeza de familia), ó permitirse el lujo de celebrar tertulias los jueves, como personas que han honra del prójimo.

En días de fiesta, en aquella interminable fila de humanos que comienza en los soportales de la calle de Toledo y termina más allá del puente del mismo nombre, el observador halla ejemplares de todos los elementos que forman esa gran conjunta de clase *burguesa* ó proletaria; desde el casero, ser místico y roñoso que vive de las rentas que le produce una casucha enclavada en la calle de la Esperancilla, hasta el tosco albañil; formando escala el hortera que se las



Misión de San Juan Capistrano

Interior de la Misión de San Luis, obispo

da de Narciso irresistible, el menestral, la maritornes zafia, la doncella de casa rica que parece un brazo de mar con sus lujos adquiridos sabe Dios á costa de qué; la pollita cursi, vestida más cursimente aún; la traviesa modistuela; el soldado viejo que hace del amor de fámula mina inagotable; el recluta todo miedos, el pelotón de criaditas, la fila de los hijos de Marte; todo se amalgama, y junto al sombrero de copa alta, lleno de injurias por el tiempo, el hongo flamante; rozando la falda de lanilla, el charrasco de algún coracero; unidos en amigable consorcio el *chaquet* y el pañolón alfombrado de ocho puntas, la blusa y el mantón de lana color ceniza; azotados por el aire igual los sombreros última novedad que los mantos ó pañuelos de seda: una procesión de tipos, finos aquellos, grotescos los de acá, burdos los de todos los lados: maridos cascarrabias que por una nonada arman tiberio; esposos complacientes con cara de risa; graciosos pesados sin pizca de ingenio; mujeres ligeras de cascos, que todo lo sacrifican con tal de reirse del vecino; señoras con rostro de vinagre; parejitas de novios melazas que van simpre hechos unos Manriques y Leonoras, ó bien novios de esos que en público fingen extremada seriedad y luego en privado servirían de modelos para un cuento de Bocaccio: diorama de lo más hermoso



SECCIÓN AMERICANA.—PUENTE DE CHIAUTLA, MÉXICO. (De una fotografía.)

y lo más feo que tiene el pueblo en sus típicas fisonomías: la chula riente, que rebosa gracia y derrocha sal, con cara de ángel, labios rojos como las cerezas y ojos que parecen constantemente bañados por el sol, y la vendedora de los barrios bajos todo carnaza, de rasgos fisonómicos que parecen hechos de prestado; la joven que se pasa el día teclea que teclearás al piano, enclenque, anémica, de nariz afilada y ojos mortecinos, hija de empleados, y aquella otra de pelafustanes, robusta, briosa, que es una leona para el trabajo; tipos que nos acercan á la teoría darwinista, seres que nos transportan al ideal.

Muchas, muchísimas veces vió Lola aquel bullicio, pero nunca sintió mayor tristeza; hacíanle daño las expansiones de alegría de los demás: iba la pobre mujer á enterrar su corazón; á que la realidad, sepulturero irónico, echase sobre sus ilusiones de otros tiempos la última paletada: quería ver por última vez á Pepe, recrearse en su felicidad y en la de la novia, saborear la desdicha que á ella pudiese corresponderle, hasta lo último; y aguijoneada por esta idea, anhelosa, iba á paso rápido. Al llegar al puente de Toledo la fatiga le ahogaba; pero no cejó en su propósito, siguió adelante, siempre adelante...

***

A lo lejos, dando la espalda Madrid con sus torres y cimborrios bañados por un sol intenso, cerca el Manzanares y sus riberas rebosantes de luz y animación, pobladas de tendederos de ropa que á la par algunos sirven de ventorros, donde los ciudadanos forman corro de baile, ó más positivos, tendidos en el santo suelo, cerca de la corriente del aprendiz de río, meriendan: esto es de suyo pintoresco, y si se auna la vista del monumental puente de Toledo, cuajado de personas que van y vienen, resulta un cuadro lleno de vida: los gritos, las canciones, el sonar de guitarras, el sonsonete de los organillos, el mortecino eco de las campanas de la villa, los pitidos estridentes de las locomotoras de la línea de circunvalación, el cascabeleo de las mulillas de ómnibus y tartanas, el silbar de los mayorales del tranvía, el estrépido que arman las ruedas de tanto carruaje sobre las guijas, el trasiego de la muchedumbre, forman un concertante populachero con mil y mil notas. Y para que nada falte, formando contraste tristísimo, allá en lo alto de los cerros, como atalayas de la realidad, los camposantos, la penosa subida de algún cortejo fúnebre y el doblar de la esquila del último asilo humano.

. . . .

Lola miró ansiosamente en su derredor. Encontrábase en el ventorro de la *Manca*: sobre los mugrientos bancos y delante de las no menos mugrientas mesas adosadas á la fachada del edificio, hombres y mujeres departían ruidosamente mientras merendaban ó bebían el pésimo mosto que con el pomposo nombre de *vino de Valdepeñas* allí se bautizaba: en una de aquellas mesas, en la parte menos visible, tomó asiento la joven y pidió á cambio del sitio un cuartillo de moscatel... Después, arrebujándose en el mantón, Lola miró á la explanada de terreno que á su vista se ofrecía.

No la habían engañado en el obrador: allí, á algunos metros de distancia, encontrábanse Pepe y un centenar de personas en su mayoría hombres y mujeres del pueblo: carniceros, empeñistas, tenderos, mondongueras del Avapiés, gente de suyo rica, que, cuando llega el caso, vuelca el baúl y saca de su fondo, aparte los centenes de oro, las prendas y arreos más lujosos y con ellos se atavía: los *caballeros* parecían, aunque de una manera grotesca, unos tales, embutidos en sendas levitas, con los sombreros de copa puestos de medio lado: los más cuerdos vestían zamarra ó chaqueta de las de lujo, sombrero ancho y faja de seda: como cosa de rúbrica, todos llevaban pendiente del chaleco enorme cadena de metal con dijes como puños y en la pechera pasadores de diamantes: las *señoras* envolvían sus bustos, algunos de ellos verdaderos fenómenos por lo grosazos, en pañolones de Manila negros, azules, encarnados, blancos, cuasi en su totalidad exposiciones de chinos, kioscos, embarcaciones y fauna del Celeste Imperio, bordado al realce y desprendiéndose aún el olorcillo á alcanfor y pimienta en que yacen sepultados; el peinado artístico, con altos y bajos, tufos y flequillos, al descubierto para mejor lucir la peineta antigua de concha ó metal, ó la moderna orquilla de fantasía, ó el grupo de claveles coquetonamente puesto por la peinadora; de las orejas cuelgan arracadas de brillantes que al ser heridas por el sol reflejan el iris deslumbrando la vista; al pecho ramos de rosas é imperdibles de oro que á la vez sirven de porta-retratos de algún ser querido; los dedos cubiertos de sortijas con piedras preciosas; las faldas de seda ó raso negro; los pies encarcelados en botitas de charol ó zapatos de *rusel* ó becerro mate, ringorrangos éstos que al espectador traehambres producen inconsciente envidia al considerar avariento los miles de reales que representa su adquisición.

La escena que Lola veía resultaba en extremo animada; la parte caduca de los convidados, tendida en el suelo, alrededor de los restos del festín nupcial, que parecía remedo de aquel otro famoso de las bodas de Camacho; la gente moza, de bailoteo y bullanga al son de un piano de manubrio, de esos en cuyo registro junto á los aires populares se hallan los trozos selectos de ópera clásica; un enjambre de pobres que con sus harapos y repugnancias nunca faltan en tales jaleos para explotar la caridad de los que se divierten: he aquí los personajes. Lola pasó revista á todos: buscaba á Pepe, á la novia; quería ver sus rostros, estudiarlos, recrearse en su felicidad... y después... una ráfaga sangrienta, un no sé qué de rápida temulencia en el cerebro, los ojos anublándosele, un grito de rabioso dolor á tiempo contenido: esto experimentó la joven al ver á los novios que bailaban muy agarraditos, cuasi rozando los labios de Pepe la nacarina frente de su pareja; los rostros de los recién casados tenían impreso un sello de suma alegría; los ojos de la novia sobre todo brillaban borrachos de dicha, los de Pepe parecían recrearse en aquellos dos elocuentes heraldos de placer... «Quienes así se miran se aman,» pensó Lola, y ante esta



ENTRE PRENDEROS, CUA



de D. José Benlliure.

reflexión, ¡pobre niña!, sintió sus ojos arrasados en lágrimas; otra vez la ráfaga sangrienta nubló su vista y tuvo un momento en que, apoyando su mano en la mugrosa tabla de la mesa, intentó salir de aquel sitio, abalanzarse sobre el infiel y desbaratar para siempre su irritante felicidad; pero le faltaron fuerzas, volvió á sentarse, su rostro tornóse huraño, sombrío, amenazador... Y aunque sentía terribles punzadas en la víscera más sensible del organismo humano, el corazón, la vista siguió contemplando á la odiada rival... No era una belleza, no; pero resultaba interesante con su mantón blanco de Manila donosamente puesto, el artístico peinado sobre el que campeaba una dalia, al cuello la gargantilla de perlas y cruzando el pecho como banda de incólume honor el ramo de azahar... Aquel atavío, aquel ramo sobre todo despertó en el espíritu de Lola recuerdos del ayer, venturoso con sólo las promesas de Pepe. Ella debía ser su mujer; y sin embargo, ¡suerte irrisoria!, lo era otra... ¡Otra!... ¿Y por qué?... Porque era rica, tenía dinero, mucho, muchísimo, y ella sólo poseía un caudal inmenso de ternura... ¡Nada!...

***

No se daba cuenta del tiempo transcurrido; sólo sí echó de ver la joven que los de la boda se divertían cada vez más estrepitosamente, que los pañolones de Manila al balancearse al compás del paso que sus dueñas imprimían á un baile nada recomendable por lo honesto, ofrecían un efecto sorprendente: Lola escuchó palabras sueltas, verdaderas guindillas á costa de los novios, dos ó tres pendencias entre otras tantas parejas á quienes el alcohol había trastornado la cabeza... Llegó un momento en que la alegría desbordó en todos y la diversión tomó trazas de bacanal: corrían unos, gritaban otros, chillaban las mujeres; un Fulano iba al alcance de una Fulana ó viceversa; caíase éste, levantábase aquél; estotros canturriaban con toda la fuerza de sus pulmones coplas picantes, rayanas en lo obsceno; tal tocaba la guitarra, cual otro bailaba medio borracho; aquí carcajadas, allá estruendo, en todas partes una ruidosa animación en la que sobresalía de vez en cuando algún «¡olé!» ó «¡viva tu mare, chiquilla!» de un cualquiera que sentía rebullir en su sangre glóbulos de flamenquismo.

Invadieron aquellos campos las sombras del anochecer, y á este punto los de la boda tomaron por asalto los ómnibus allí apostados para regresar á los Madriles... Lola no pudo apreciar más que una gran masa humana que se agitaba en la imperial de aquéllos; oyéronse las voces y arres de los zagales y mayorales, los cánticos de los viajeros, una Babel que al ponerse en marcha aturdía y llenaba el espacio de ecos... Las nubes de polvo ocultaron los ómnibus. El bullicio fué debilitándose, debilitándose, hasta que se extinguió por completo... Entonces Lola pensó en regresar á su casa.

III

Era preferible la muerte á sufrir aquel cruelísimo dolor que la ahogaba. Lola abrió la ventana de la sala; una ráfaga de aire apagó la luz del quinqué; la luna, en cambio, envió un rayo de blanquecina claridad hasta el fondo de la habitación.

Lola, encaramada al montante del alféizar de la ventana, dirigió una última mirada á aquel espacio en que se recortaban las aristas de las torres de las iglesias, las filas de tejados, y allá en la lejanía, apenas esfumada la cordillera; miró hacia la calle, las luces oscilantes del alumbrado público le parecieron estrellas moribundas; sintió un vértigo, la gran altura en que se hallaba la atraía con irresistible tenacidad: como ecos llegaban hasta Lola, en el silencio de la noche, los pasos de los transeuntes, el rumor de los cánticos y el bullicio de las patrullas de gente alegre.

«¡Perdóname, Dios mío!», murmuró la infortunada, clavando su vista en las negruras del firmamento.

Aferró sus manos al alféizar, cerró los ojos. Iba á arrojarse en brazos de la muerte, cuando llegó hasta la joven el timbre de una voz fresca y varonil que allá abajo, en medio de la calle, acompañándose de una guitarra, cantaba con sentida entonación:

Quise acabar con mi vida,
porque el amor me fué infiel;
mas me acordé de mi madre,
tiré el arma y sollocé.

Aquello fué para Lola una revelación: abrió desmesuradamente los ojos, miró como espantada á su alrededor, desprendió las manos del alféizar y cayó de rodillas sobre el pavimento de la sala. La luz de la luna daba de lleno en su rostro pálido sobre el que resbalaban lágrimas de arrepentimiento.

Dios debió leer en aquellas lágrimas el pensamiento de Lola:

– Aún tengo un amor en el mundo que vale más que el de los hombres... ¡El de mi madre!...

Alejandro Larrubiera

COMUNICACIÓN CON LOS PLANETAS

Esa maravillosa serie de descubrimientos que ha realizado el hombre en todas las ciencias, que tanto sorprenden y admiran, no tienen lugar desde hace algunos años en la astronomía. Y téngase en cuenta que no se debe á la inacción de los observatorios ni á la falta de interés é importancia de los trabajos que en ellos practican los astrónomos, bastando para convencerse de ello leer las revistas en donde se da cuenta periódica del resultado de la penosísima labor llevada á cabo en ambos hemisferios por esos verdaderos sacerdotes de la ciencia. Uno de los trabajos de más cuantía y de más fecundos resultados que están efectuándose actualmente, es el que tiene por objeto la confección de un mapa celeste con el poderoso auxiliar de la fotografía, que permitirá conocer la posición exacta de las estrellas, hasta las que figuran por su magnitud en décimocuarto lugar. El concurso de todos los observatorios para la realización de este trabajo colosal, muy en vías de ejecución, promete un éxito seguro. Los problemas no resueltos todavía, las distancias entre las estrellas, sus movimientos, las nebulosas, los pequeños planetas y nuevos cometas, y todo, en fin, cuanto se relaciona con la constitución de los sistemas siderales, podrá resolverse positivamente por medio del atento estudio de los clisés del nuevo mapa celeste.

Cierto es que estos trabajos no tendrán la resonancia que en el público determina la inesperada aparición de un cometa de larga cola; pero preciso es tener presente que la importancia de las observaciones astronómicas no se mide por el efecto que en el vulgo producen. Seguramente, si llega á concederse el premio de 100.000 francos que una distinguida dama acaba de legar á la Academia de Ciencias de Francia, será justa y legítima la emoción que el premio produzca. Establecer una comunicación voluntaria y directa entre la Tierra y un planeta, ó mejor dicho, entre los habitantes del globo terrestre y los habitantes de un planeta, sería empresa suficiente para despertar la curiosidad de todo el mundo; pero este empeño no produciría más resultados á la pobre humanidad que los de sumirse en un mar de conjeturas.

Dícese que la Academia hállase dispuesta á aceptar el legado, y que á semejanza del premio Breant, instituído para recompensar á los inventores de tratamientos para la curación del cólera, destinará una anualidad del legado de Mme. Guzmán para facilitar los descubrimientos relativos á la constitución de los cuerpos celestes. Ignoro si adelanto mi juicio al predecir que será preciso que transcurran algunos años para la concesión del premio, y consignaré algunas indicaciones justificativas de mi afirmación.

Para los que no ignoran los conocimientos actuales que poseen los astrónomos acerca del aspecto físico de los astros de nuestro sistema, es evidente que sólo dos de aquéllos se hallan en estado de no defraudar las esperanzas de los que creen en la posibilidad de las comunicaciones interplanetarias, esto es, la Luna y Marte.

La Luna, por su distancia, que no llega á 400.000 kilómetros, por la limpieza de su disco, por la facilidad con que se distinguen con el auxilio del telescopio los accidentes que ofrece su reducida dimensión, la ausencia de la menor nebulosidad que oculte sus manchas, hace que nuestro satélite reuna condiciones apropiadas para la transmisión de señales visibles que se hagan desde la Tierra. Preciso es creer que los habitantes de la Luna no se han preocupado de tales señales, pues de lo contrario hubieran percibido á los numerosos observadores de su disco y entre ellos á los laboriosos autores de los mapas lunares Beer y Mædler, Schmidt, etc. Pero ocúrresenos preguntar: ¿Existen habitantes en la Luna, en donde falta el aire y el agua? La negación á esta pregunta es generalmente admitida.

En estas condiciones, parece ocioso ocuparse en la Tierra de los medios de contestar á los habitantes de la Luna ó provocarles con señales, puesto que el segundo cuerpo celeste á que podría interrogarse, el planeta Marte, es infinitamente menos favorable para el establecimiento de una telegrafía interrestral. Marte hállase á 14 millones de leguas de nosotros, equivalentes á 55 millones de kilómetros, ó sea ciento sesenta veces más distante que la Luna, alcanzando el diámetro de su disco 25". Según Schiaparelli, los objetos más pequeños, visibles en la superficie en las circunstancias más favorables, ya se trate de una mancha luminosa sobre un fondo obscuro ó de una mancha obscura sobre un fondo luminoso, presentarán un diámetro igual á la quincuagésima parte del planeta, es decir, 137 kilómetros aproximadamente. Cierto es que este límite podría salvarse con el empleo de poderosos objetivos que permitan aumentar el tamaño; pero aun así, no es menos evidente que las señales luminosas visibles en la Tierra deberán alcanzar en Marte dimensiones enormes.

Los habitantes de Marte, más adelantados que nosotros en la ciencia astronómica, según supone uno de nuestros espirituales astrónomos, discurren para establecer con sus terrestres vecinos un cambio de comunicaciones telegráficas y se verán obligados á dar á sus señales diámetros que se midan por kilómetros en todos sentidos. ¿Piensan en ello? La Tierra perdida entre los rayos del sol, é invisible para Marte, no puede distinguirse más que cuando se halla precisamente en el solo movimiento de su paso sobre el radiante disco, y aun así, preséntase como una mancha negra y redonda.

Termino, pues no quiero desanimar á los candidatos al premio de los 100.000 francos tan generosamente ofrecido; pero á pesar de ello, afirmo que se halla lejana todavía la solución del problema de la comunicación interplanetaria.

Amadeo Guillemin

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

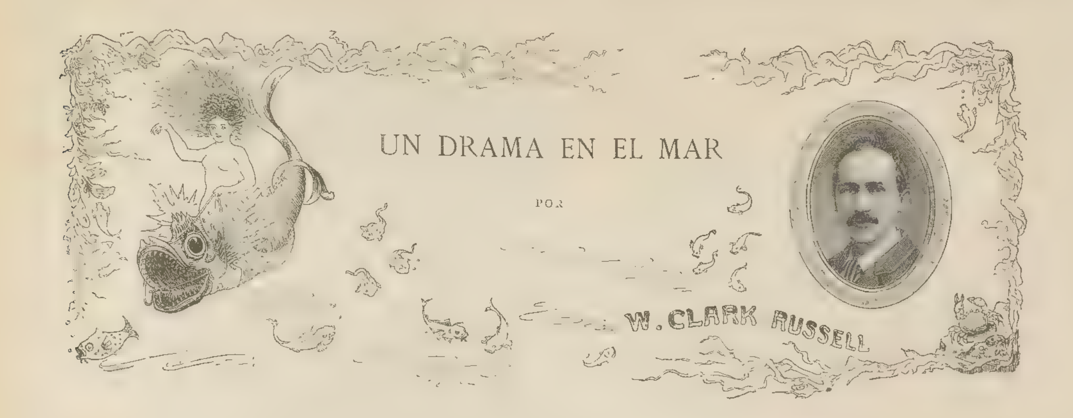
El sueño de un ángel, cuadro de Vianelli. – Pocas veces los pintores que han querido expresar por modo gráfico el amor de madre han buscado sus modelos en lo que se llama gran mundo, y más bien han acudido á las clases bajas, cual si de éstas fuese exclusivo patrimonio el amor de los amores. ¿Será que tratándose de este purísimo afecto han tendido á evitar que la ostentación fastuosa de los accesorios, necesarios en toda pintura, distrajese la impresión afectiva? ¿Será que la vida modesta, pobre, si se quiere, se aviene con los caracteres de abnegación y sacrificio que á tal sentimiento distinguen por encima de todos los otros, más que la existencia cuyo espacio en principal parte roban el lujo, las distracciones y los placeres? Sea de ello lo que fuere, merece aplausos el pintor Vianelli por haber quebrantado la tradicional costumbre, demostrando con el encantador grupo de su precioso cuadro que también entre rasos y encajes se oculta el más acendrado cariño maternal, y que cuando la nota sentida está tan bien expresada como en *El sueño de un ángel*, no son bastantes, con ser tantas en su lienzo, las bellezas de los elementos secundarios para disminuir en lo más mínimo la intensidad del efecto por aquélla producido.

Puente de Chiautla (México). – Este grabado, tomado de una fotografía que de México hemos recibido, dará á nuestros lectores una idea de lo que es la comarca de Chiautla, uno de los más pintorescos territorios mexicanos, quebrado como pocos, de vegetación exuberante, con grandes riquezas minerales y regado por una porción de ríos y arroyos de accidentada corriente que contribuyen á embellecer aquel hermoso rincón de la naturaleza americana.

Entre prenderos, cuadro de D. José Benlliure. – Es verdaderamente prodigiosa la diversidad de aptitudes que para los más distintos géneros de pintura posee el celebrado artista valenciano. Sin salirnos de los cuadros suyos que hemos reproducido en La Ilustración Artística, puede verse comprobada la verdad de nuestro aserto con sólo recordar que del autor de *La visión del Coloseo* son *Una distribución de premios en el Asilo de Valencia*, *La cata del vino*, *El cepillo de las ánimas* y *El descanso en la marcha*.

Entre prenderos en nada desmerece de todos estos en punto á ejecución y á muchos aventaja por lo complicado de la composición, cuyas dificultades ha sabido el autor vencer como maestro consumado, salvando sobre todo la de la confusión, en que tan fácil era incurrir, dada la índole del asunto motivo del cuadro. En éste aparecen, destacándose con su sello especial, cada uno de los varios tipos que en la escena entran, y los objetos de carácter y procedencia más varios ofrécense á la vista del espectador en artístico pero no confuso desorden, formando un conjunto típico con una riqueza de detalles que suspende y admira. En presencia de este lienzo siéntese uno transportado al barrio bajo sevillano que en él se reproduce y en el cual tuvieron sus reales á mediados de este siglo, época en que está inspirada la obra de Benlliure, el barbero Lamparilla y el librero de viejo que como novedad de sensación anuncia en cartelón llamativo *la verdadera historia del bandido generoso*.

Víctor Duruy, autor de la «Historia de los Griegos.» – Los lectores de La Ilustración Artística habrán saboreado sin duda las infinitas bellezas que contiene la *Historia de los Griegos*, que forma parte de nuestra *Biblioteca Universal*. Por su lectura habrán podido comprender el talento extraordinario y la indecible suma de estudios y conocimientos que posee el ilustre miembro del Instituto de Francia y ex ministro de Instrucción pública. La obra de Víctor Duruy cumple á maravilla el precepto de Horacio, *delectando pariterque monendo;* la historia tratada como él la trata, tanto es libro instructivo, con un caudal de erudición que asombra, como libro de amena literatura, escrito según un sistema que atrae y en un estilo que encanta.



Hallábame sentado junto á la ventana abierta de mi reducido gabinete; hacía mucho calor; á mis oídos llegaba de continuo un desagradable rumor de pianos, acompañado de gritos femeniles, que partiendo de las casas contiguas interrumpía el silencio de la noche; y como esto me molestaba, llené de nuevo mi pipa, salí de mi alojamiento, y aunque eran ya las once encaminéme á la playa.

La luna estaba muy alta; jamás había visto su órbita tan pequeña ni tampoco tan brillante; á su alrededor veíase un extenso círculo de argenteada neblina, y más allá de éste radiaban algunas estrellas de primera magnitud. Aquel cielo sereno, tachonado de brillantes, confundíase á lo lejos con la inmensa línea del mar; y la luz melancólica del astro de la noche reflejábase en las movibles olas del silencioso Océano, que coronadas de espuma iban á morir en la tranquila playa.

Faltaba un cuarto de hora para que se produjera el reflujo, y las arenas formaban una extensa plataforma firme, que se extendía delante y detrás de mí, blanqueada por los rayos de la luna. Las rocas se elevaban sombrías á mi izquierda, semejantes á una larga línea de bancales de hierro, destacándose bajo la celeste bóveda y cortada tan sólo por algún boquete ó barranco. Tal era el silencio de aquella dulce noche de verano, que hasta mí llegaban, aunque debilitados por la distancia, los dulces acordes de una banda de música que tocaba en la ciudad, y cuyos sonidos mezclábanse con el rumor de la resaca, semejante al que pudieran producir innumerables fuentes. No soplaba la más leve brisa, y la naturaleza parecía estar completamente entregada al reposo; mas por la parte del Sur parecíase ver flotar un buque, con su casco negro como la tinta y sus velas inmóviles.

Proseguí mi marcha pensativo, con la pipa en la boca, oyendo de continuo el monótono rumor de las aguas en la playa, y creo que recorrí poco más de una milla. En noche tan deliciosa no tenía prisa por acostarme, y pensé que me sobraría tiempo para regresar á casa después de haber vuelto la marea.

A poco llegué junto á una mole de roca negra, en forma de meseta, cuya superficie estaba casi al nivel del agua, de modo que durante la alta marea debía quedar sumergida é invisible. Un brillo particular, que al pronto me pareció un rayo de luz reflejada, hízome fijar la atención en aquel punto; mas al mirar de nuevo convencíme de que el extraño brillo no podía producirse por un rayo de la luna, pues la mancha luminosa no cubría toda la roca, y tampoco debía ser luz, pues yo veía un objeto blanco de las dimensiones del cuerpo de un hombre. Tanto me pareció esto último, que excitada mi curiosidad me acerqué para examinarlo; había arena seca en la roca, pero el agua se aproximaba mucho y había quedado alguna bajo el sitio donde estaba el objeto blanco. Cuando estuve á dos pasos de éste, reconocí que lo que yo había tomado por un rayo de luz era el cuerpo desnudo de un hombre ahogado. Permanecí inmóvil, observándole el tiempo suficiente para persuadirme de que efectivamente estaba muerto, y experimenté una impresión de tristeza ante aquel cadáver. El mismo silencio de la noche, el fulgor de las estrellas y la melancólica luz de la luna, todo contribuía á comunicar más horror á la cosa. En una noche obscura y tempestuosa, no creo que semejante espectáculo me hubiera producido tan doloroso efecto ni excitado tanto mis nervios como en aquella ocasión.

Miré á derecha é izquierda, pero no vi ni la sombra de un ser viviente en todo el extenso espacio ocupado por las arenas. Entonces, como fijase la vista en la roca, recordé que á corta distancia había un pequeño promontorio, junto al cual tenía su cabaña un guardacosta, y sabiendo que allí encontraría algún vigilante, dirigí mis pasos hacia el sitio, adonde no tardé en llegar. Allí estaba el hombre, que me miró fijamente á medida que me aproximaba.

– Buenas noches, guarda, le dije.

– Buenas las tenga usted, contestó, observándome cada vez con más atención á la luz de la luna.

– Apenas aliento, añadí, porque he andado muy de prisa y la cuesta es bastante empinada. Vengo á decirle que en la playa hay un cadáver.

– ¿Dónde?, preguntó con la prontitud propia del marinero, mientras que se adelantaba hasta el borde del promontorio.

– En aquella roca, contesté, señalándole el sitio.

– Ya lo veo, repuso. ¿Tendría usted inconveniente en acompañarme hasta allí? Mi compañero tardará un rato en volver, y debo enterarme ahora mismo del hecho.

Los dos nos encaminamos al sitio; el guarda, saltando á la roca, examinó detenidamente el cadáver, y después cogiólo por los brazos y lo arrastró suavemente hasta la arena.

– ¡Ah!, exclamó, harto temía yo esta desgracia; ese cadáver es sin duda el del hombre que salió en un bote ayer para bañarse. ¡Infeliz! Deja una viuda con dos hijos. Se ha ofrecido una recompensa de cien duros por su cuerpo, y de consiguiente usted los ha ganado.

– Serán para usted, repuse, pues yo no necesito dinero ganado de esta manera.

El cadáver era de un hombre de treinta años poco más ó menos; tenía cabello rubio y espeso bigote, y debía haber sido en vida lo que se llama un buen mozo.

– Pocos son los cadáveres que las olas arrojan á la playa tan enteros, dijo el guarda; casi todos suelen estar medio devorados, de modo que apenas se les puede reconocer.

– No sé por qué, repuse después de meditar un instante, me infunde tanto terror ese cadáver; es un cuerpo muerto que ya no puede hacer daño; pero aunque fuese una figura de marfil modelada por las espumas del mar, creo que si la mirase largo tiempo ó se me obligara á permanecer junto á ella toda la noche, se me trastornaría el juicio.

– Veo que aún tiene puestas sus sortijas, dijo el guarda inclinándose para ver bien la mano del difunto.

– ¿Y qué se ha de hacer ahora?, pregunté.

– ¿Qué camino tomará usted, caballero?, repuso el guarda.

– Yo voy á la ciudad y á mi casa, repliqué; por esta noche he andado bastante.

– Pues entonces voy á pedirle un favor, y es que dé cuenta del hecho al primer agente de policía que encuentre. Dígale que el cadáver está fuera del boquete de Dawton, y si quiere hacerme el favor por completo tenga la bondad de ayudarme á llevar el cadáver hasta el pie de la roca por si acaso la marea...

– No, interrumpí, usted lo trasladó antes sin ayuda desde el sitio donde estaba, y lo mismo podrá hacerlo ahora. Si yo tocase á ese infeliz... ¡Vamos, no quiero pensar más en ello!... ¡Buenas noches!

Y sin añadir palabra me alejé, dejando al vivo que se arreglara solo con el muerto, sin tener yo más excusa que el profundo terror que me infundió la vista del cadáver y tal vez algo de miedo. La presencia del guarda no contribuyó seguramente á disminuir tan desagradable impresión, y ahora pienso que aquel fatídico espectáculo, precisamente cuando menos preparado estaba mi ánimo para ello, pues me complacía en admirar los encantos de la naturaleza en medio del silencio de aquella deliciosa noche de verano, me afectó doblemente más por lo inopinado é imprevisto.

Aceleré el paso cuanto me fué posible, y á medida que avanzaba parecíame ver por todas partes cuerpos desnudos de hombres ahogados flotando hacia la playa. Apenas llegué á la ciudad, lo primero que vi fué un agente de policía, á quien comuniqué la noticia. Después dirigíme á mi alojamiento, y me senté otra vez junto á la ventana para fumar un rato; en aquel momento daban las doce de la noche en los relojes de la ciudad.

Entregado á las más tristes reflexiones, quedé sumido en tan honda meditación, pensando siempre en el cadáver desnudo que había tenido la mala suerte de encontrar, que bien pude creer que aquel recuerdo no se borraría jamás de mi memoria. Sin embargo, al día siguiente volví á Londres, y al cabo de una semana dejé de pensar en la aventura, acabando por olvidarla del todo.

Durante un mes tuve muchas ocupaciones, pues mi empleo me obligaba á trabajar más de lo que yo hubiera querido, y con frecuencia hasta las altas horas de la noche. Pasado este tiempo y cumplidas mis obligaciones, resolví ir á descansar una semana en la misma ciudad marítima cerca de la cual había encontrado el cadáver en la roca.

No citaré el nombre de esta ciudad, porque no quiero provocar el enojo de los barqueros. «¡Oh!, exclamarían si yo dijese cuál es, cuando hubieran leído mi historia hasta el fin, ¡qué criatura es ese hombre! Ha hecho poner eso en los diarios por resentimiento, y ha inventado una fábula para alejar á los bañistas. Esa gente no nos quiere bien. Sin duda el autor trata de fletar un *yacht* de recreo para conducir pasajeros á peseta por cabeza, y no le importa privarnos del sustento.»

Sí, esto diríais hijos de la playa, y á fin de que no pueda perjudicaros en manera alguna la narración del hecho que consigno, callaré el nombre de vuestra ciudad para que el lector elija á su antojo el puerto ó costa del Reino Unido que más le cuadre. Debo advertir, sin embargo, que lo que voy á relatar no es puro cuento, sino un hecho verídico en absoluto y memorable.

Me hallé otra vez á orillas del mar en el mes de agosto, y por cierto el agosto más ardiente que en mi vida conocí. Después de sufrir el intolerable calor de

Londres y la fatiga que mis trabajos me ocasionaron, nada podía probarme tan bien ni ser tan benéfico por todos conceptos como los baños de mar; pero siempre me habían inspirado la mayor aversión esa especie de cobertizos ó barracas que se ponen á disposición del público. Primeramente, porque no hay bastante profundidad para nadar, ejercicio que constituye un verdadero goce



Grité al remero que se detuviese para que yo pudiera darle alcance

cuando los miembros están bien descansados y tienen toda su fuerza, y en segundo lugar porque me desagrada mucho bañarme en compañía. Por otra parte, siempre es molesta esa multitud que vigila ú observa á los bañistas desde la playa ó el muelle. En resumen: para un nadador experto como yo, solamente hay un método bueno cuando quiere bañarse en el mar: debe embarcarse en un bote, remar en el espacio de una milla ó dos, donde las aguas no están contaminadas por la inmediación del puerto, y presentando el más puro color verde ó azul intenso á causa de su misma profundidad.

En la mañana siguiente al día de mi llegada, á eso de las siete, cogí algunas toallas y me encaminé á un sitio del puerto donde tenía la seguridad de encontrar un barquero. A pesar de ser todavía muy temprano, el sol era tan ardiente como si se hallase en su meridiano y la atmósfera presentaba un brillante color azul. La brisa era tan ligera que apenas rizaba las aguas y no empañaba el cielo una sola nube, ni siquiera el más tenue vapor. En el puerto veíanse varias de esas embarcaciones llamadas esmoques, fáciles de reconocer por su lona rojiza, que se preparaban para hacerse al mar, y la suave brisa llevaba en sus alas hasta mí los saludables olores de la brea y de la madera.

Al acercarme á la parte del muelle en que se reune el mayor número de esquifes y botes, un hombre que estaba de espaldas á mí, sentado en un poste y mirando en dirección á las arenas, volvió la cabeza y, sospechando mi intención, sin duda por las toallas que llevaba en el brazo, púsose en pie vivamente y me gritó:

– ¿Quiere un bote el caballero? La mañana es magnífica para nadar, pues hay calma completa.

Aunque había visitado algunas veces la ciudad, nunca permanecí en ella más de tres días seguidos, y de consiguiente éranme desconocidos todos los barqueros.

– Sí, contesté al que me interpelaba; la mañana es buena y el mar no puede estar mejor para bañarse. ¿Qué especie de bote es el de usted?

– El mejor que hay en todo el puerto, caballero, contestó el hombre, y desde aquí mismo puede ver que no le engaño. ¡Es una alhaja!

Así diciendo, señalaba con evidente satisfacción un esquife pintado de azul, con los toletes levantados, como se observa en todos los botes de los barqueros del Támesis.

Contemplé un momento la embarcación, y pareciéndome conveniente contesté:

– Me agrada y servirá para mi objeto. Acérquela usted.

Hasta que estuve sentado en el banco de popa en el bote, no me fijé en la persona del barquero, que después de soltar los remos hacía bogar su pequeña embarcación con una celeridad que indicaba un vigor extraordinario en los brazos; pero al mirarle con detención, me chocó su aspecto extraño. Tenía la tez curtida y muy morena; cabello negro como el azabache, formando sortijillas aunque era muy basto, y ojos brillantes del mismo color; sombreaban su rostro unas espesas patillas, que parecían de cerda de caballo; la nariz era singularmente ancha y su curva muy deprimida. Llevaba en cada oreja un grueso anillo de oro, y en vez de sombrero una especie de gorra de piel. Por lo demás, su traje era el usado comúnmente por los barqueros ingleses: chaqueta azul, pantalón ancho de lienzo y botas debajo de éste. Noté que su mirada tenía algo de singular, y aunque fija en ocasiones, revelaba un carácter inquieto.

– ¿Es usted judío?, le pregunté.

– Nada de eso, contestó.

– No crea usted, repuse, que hago esta pregunta con ánimo de ofender. Los judíos son un pueblo inteligente á la vez que interesante; pero me extrañaría encontrar un barquero de esta nacionalidad.

– ¿Será usted lo que llaman apostólico-romano?

– ¿Qué quiere decir eso?, preguntó el hombre con ojos de asombro.

De repente me ocurrió que el tipo de aquel individuo tenía cierta semejanza por su color y el cabello con el del gitano, y preguntéle si lo era.

Al oir esto sus labios se entreabrieron por una sonrisa que me pareció algo forzada, y me contestó:

– A decir verdad, creo que, efectivamente, tengo algo de gitano en la sangre.

Con esto terminó nuestro primer diálogo. El barquero remaba silenciosamente, pero hubiérase dicho que mis preguntas habían excitado en él alguna curiosidad respecto á mí, pues observé que me miraba á hurtadillas, fijando sobre todo su atención en mi traje y más particularmente en las sortijas que adornaban mis dedos y en la cadena del reloj.

Al mirar á mi alrededor vi que nos habíamos alejado bastante del puerto, y entretúveme en contemplar el pintoresco golpe de vista que presentaban las rocas, las casitas diseminadas más allá y la brillante línea de arenas que se extendía ante mis ojos. Nuestro bote era el único que entonces se veía en la superficie del mar; pero cerca del muelle divisábanse las cabezas de muchos nadadores, que tan pronto aparecían como desaparecían. Los contornos de algunos buques interrumpían la línea del horizonte, y á lo lejos divisábase un gran vapor que se deslizaba majestuoso, dejando tras sí una espesa columna de humo blanquecino, y levantando montañas de espuma por la proa mientras la popa dibujaba en el agua una larga y brillante estela.

– ¿Qué hora puede ser?, preguntó de pronto el barquero.

Saqué el reloj, muy buen cronómetro de repetición por cierto, y satisfice su curiosidad.

El hombre me dió las gracias y quiso saber también si yo era buen nadador.

– Por tal me tienen, contesté.

– Pues cuanta más profundidad tenga el agua, caballero, replicó, tanto más agradable será para usted el baño. Me han dicho que pasando del sitio donde haya seis brazas, la frescura es mayor á medida que aumenta el número de aquéllas.

– No lo dudo, contesté. ¿Qué profundidades tenemos aquí?

– ¡Oh!, contestó el hombre con expresión desdeñosa, mirando á un lado y otro; aquí no hay ni siquiera doce pies de agua. Ahora estamos precisamente sobre un banco, y será necesario conducirle á usted á milla y media de aquí para encontrar la profundidad que conviene á un buen nadador.

– Muy bien, contesté; no tenemos prisa, y, por otra parte, usted ya conocerá lo suficiente estas aguas para saber dónde conviene detenernos. ¡Ah! Ahora me acude á la memoria que cuando estuve aquí hace un mes encontré el cadáver de un ahogado en las arenas.

– ¡Ah! ¿Fué usted quien halló el cuerpo?, preguntó el barquero mirándome de una manera particular. Ahora recuerdo que se ofrecieron cien duros á quien lo encontrara. ¡Ojalá hubiera sido yo! La recompensa era apetecible, y según tengo entendido se pagó religiosamente á un guardacosta.

– Es verdad, repuse, yo vi el cadáver en una roca y al punto me encaminé á la cabaña de aquel hombre para darle aviso. ¿Sabe usted quién era el ahogado?

– Los diarios lo dijeron, pero yo no recuerdo el nombre.

– ¿Cómo se ahogó?

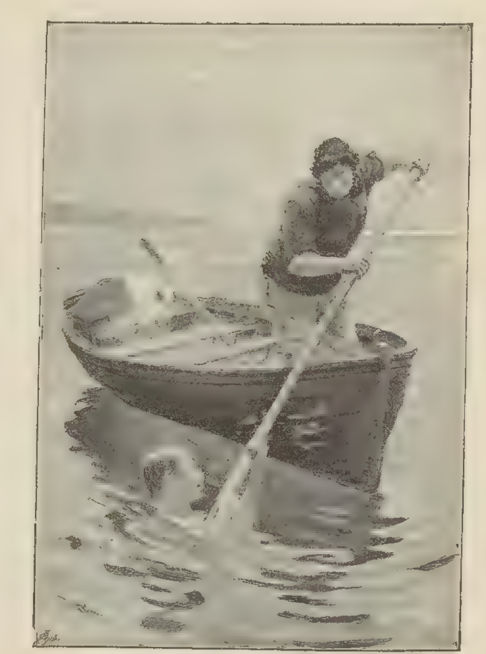
– Pues por haberse aventurado en mayor profundidad de la que debía.

– Si la memoria no me es infiel el guardacosta me aseguró que el infeliz había ido en un bote.

– ¡Qué sabe él! Aquí no se ahogó nunca ningún hombre que se bañara fuera de un bote. ¿No leyó usted los detalles del caso en los diarios?

– No.

– Pues bien: se supuso que al infeliz le sobrecogió un calambre, y á fe que no pocos se ahogan en toda la costa por esta causa, lo cual no es nada conveniente para nosotros los barqueros, pues muy pronto se desacreditan los sitios donde ocurren tales accidentes. ¿Por qué ha de salir un hombre de cierta profundidad si no es buen nadador?



Aplicándome en el pecho la paleta de su remo izquierdo empujó vigorosamente con la intención de sumergirme

Siguióse una pausa, y el barquero continuó remando con mucho vigor, mientras que yo, recostado en el banco, aspiraba la frescura del aire salino, contemplando el majestuoso y brillante espectáculo que ofrecía el mar, en cuyas aguas reflejábanse los rayos del sol. A intervalos dirigía también mis miradas á la costa, que por sus diversos matices y caracteres, las rocas, las pendientes y pro-

montorios, presentaba á cada golpe de remo perfiles más delicados y un conjunto muy pintoresco.

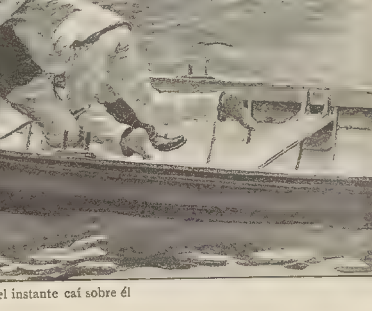
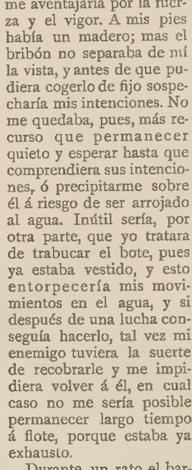
Después de remar unos veinte minutos, el barquero de cara de gitano detuvo el bote, dirigiendo una mirada á su alrededor y fijándola después en el agua.

– Este es el mejor sitio, díjome de pronto.

Sin replicar palabra me desnudé en seguida, permanecí un momento de pie en el banco, y uniendo después las manos, precipitéme en las frescas y profundas aguas; un momento después, saliendo á la superficie, moví la cabeza á un lado y otro para despejar el agua de mis ojos, y observé que el barquero impulsaba su esquife con gran ligereza mar adentro. Tal vez debía hacerlo así, y también hubiera podido dirigirle hacia tierra; pero de todos modos, convenía que le mantuviese en movimiento en aquel caso, como una invitación para que yo le siguiera.

Durante un rato nadé con mucho placer sin salir de la estela del bote, pues la frescura del agua penetraba en todo mi ser, y mi pulso latía con nueva vitalidad. Siguiendo al bote, como he dicho, érame fácil ver más allá de la proa la cabeza del barquero; noté que me observaba, y también que de vez en cuando dirigía la vista á la parte de tierra en que se elevaba la ciudad. Tres ó cuatro veces volvió la cabeza para mirar atrás, como si temiese que le siguieran ó quisiera asegurarse de lo contrario.

Poco después quise cogerme á la regala del bote para descansar un poco, y grité al remero que se detuviera para que yo pudiese darle alcance; pero mi hombre no me obedeció; llaméle por segunda vez, y volviendo entonces la cabeza, continuó alejándose, sin responder tampoco á la tercera, como si yo no hubiese estado allí. La siniestra expresión de su rostro y su aparente resolución de no prestar oído hiciéronme concebir una terrible sospecha; mi sangre se enardeció, y sentí cierta debilidad, pues con la velocidad del pensamiento relacionaba el triste fin del hombre cuyo cadáver había encontrado con el infame barquero que tenía á la vista. Entonces pensé que el infeliz pudo muy bien haber perecido ahogado por culpa de aquel bribón, que tal vez se proponía hacerme sufrir la misma suerte; sin duda dejó al otro nadar hasta que se agotaran sus fuerzas y se hundiera para siempre, á fin de apoderarse de sus efectos, de su reloj, cadena y dinero, é intentaba hacer lo mismo conmigo.

En aquel instante caí sobre él

Todas estas reflexiones cruzaron por mi mente con la rapidez del relámpago, y tan seguro ya de las criminales intenciones de aquel hombre como si él mismo las hubiese confesado, gritéle con el acento de la desesperación.

– Por amor de Dios no me deje usted ahogarme aquí; yo le daré todo cuanto quiera, todo lo que tengo, pero déjeme alcanzar el bote y descansar.

El barquero continuó remando sin mirarme siquiera; pero como yo estaba bastante próximo, pude observar fácilmente la diabólica expresión de su fisonomía al virar de bordo para dirigirse hacia tierra.

Al observar esto, me volví de espaldas para descansar un poco, y entonces una voz interior parecía decirme: «¿Qué debes hacer? ¿Consentirás en morir tan miserablemente? Descansa un poco ahora y después condúcete como un hombre, pues de aquí á la costa no hay más que dos millas. No te queda más medio para salvar la vida. Aquel infame quiere que te ahogues; te robará todos tus efectos, y al volver á tierra fingirá la mayor consternación, diciendo que cuando estabas en el agua te sobrecogió un calambre y te hundistes de pronto como una piedra.»

Mientras nadaba de espaldas, acosado por los más horribles pensamientos y poseído de cólera y desesperación, el barquero retrocedió para acercarse á mí, y aplicándome en el pecho la paleta de su remo izquierdo empujó vigorosamente con la intención de sumergirme; mas yo pude cogerle y le sujeté con la tenacidad del hombre que se ahoga. No le fué posible arrancarle de mi mano, y por desgracia suya, el remo derecho, deslizándose de entre sus dedos, cayó al agua también. El bote comenzó á balancearse peligrosamente y por un momento tuve intención de volverle quilla al sol, pues si conseguía que aquel bribón cayese al agua, tendría ventaja sobre él, aunque fuera tan buen nadador como yo, porque las botas y el traje entorpecerían sus movimientos. Además podría cogerme al bote, que por ser muy ligero y no llevar lastre no se sumergiría aunque se llenase de agua.

– ¡Suba usted, suba usted!

Y alargándome la extremidad del remo que había recobrado, arrastróme hasta el interior del bote, rechazándome después de su lado con tal fuerza, que fuí á caer en el travesaño, quedando algunos instantes sin sentido en el fondo de la embarcación. El barquero maniobró entonces para recoger en el agua el otro remo, y cuando lo hubo conseguido fué á ocupar otra vez su asiento y comenzó á remar en dirección paralela á la costa.

Yo temblaba como un azogado, pues la sacudida había sido terrible y mi salvación casi milagrosa; parecíame sentir ya sobre el corazón la fría mano de la muerte, y el peligro era inminente aún, pues hallábame solo ante aquel bandido, hombre vigoroso que habiendo atentado ya contra mi vida, se proponía sin duda realizar de otro modo sus criminales intentos, aunque solamente fuese para evitar mi acusación. Con débil mano pasé una toalla sobre mi cuerpo para enjugarme y después me vestí. Entretanto no se habló una palabra; el barquero fijaba en mí una mirada feroz, y su labio inferior se movía como si murmurase algunas palabras.

Nuestro bote seguía siendo el único que se veía en el agua; el vapor grande se había perdido ya de vista, y en el horizonte divisábanse las mismas velas de antes, apenas agitadas por la escasa brisa, que aflojaba á medida que el sol adquiría más fuerza.

– ¿Dónde va usted?, pregunté de pronto al barquero.

– A nadie le importa eso más que á mí, contestó bruscamente.

– ¿Adónde me conduce usted?, volví á preguntar.

– A la orilla, replicó, mirándome con expresión de cólera.

– Pero veo que no dirige usted el bote hacia la ciudad...

– Ya lo sé.

– Necesito que me deje usted en la orilla, en el mismo punto en que nos embarcamos.

– Podrá usted *necesitarlo*, contestó con marcada ironía; ya lo supongo.

Y dejando de remar un momento adelantó la cabeza haciendo un ademán como si tratara de caer sobre mí.

Yo me había repuesto un poco; la sensación de cansancio y debilidad se desvanecía, y además ya estaba vestido, lo cual no dejaba de tranquilizarme el ánimo.

Eramos hombre para hombre; pero bastábame mirarle para reconocer que me aventajaría por la fuerza y el vigor. A mis pies había un madero; mas el bribón no separaba de mí la vista, y antes de que pudiera cogerlo de fijo sospecharía mis intenciones. No me quedaba, pues, más recurso que permanecer quieto y esperar hasta que comprendiera sus intenciones, ó precipitarme sobre él á riesgo de ser arrojado al agua. Inútil sería, por otra parte, que yo tratara de trabucar el bote, pues ya estaba vestido, y esto entorpecería mis movimientos en el agua, y si después de una lucha conseguía hacerlo, tal vez mi enemigo tuviera la suerte de recobrarle y me impidiera volver á él, en cual caso no me sería posible permanecer largo tiempo á flote, porque estaba ya exhausto.

Durante un rato el barquero continuó remando con vigorosa energía en dirección paralela á la costa, y á menudo me dirigía una furiosa mirada, mientras que sus labios seguían moviéndose como si recitara algo.

Al fin no pude menos de dirigirle la palabra.

– ¿Dónde me conduce usted, pregunté, y por qué no quiere desembarcarme en el punto de partida? Ha intentado usted ahogarme, y su objeto no puede ser otro sino apoderarse de mis efectos, pues yo no le he injuriado ni hecho daño alguno. Lo que usted quiere, sin duda, es mi reloj, la cadena, el dinero que llevo en el bolsillo y la sortija; pues bien, yo le daré todo esto si me deja en el sitio donde nos embarcamos.

El barquero me miró con expresión de cólera, pero no contestó.

– ¿Teme usted, añadí, que le acuse del crimen que ha intentado? Si me desembarca sano y salvo, juro no decir una palabra de lo que ha ocurrido.

– Voy á dejarle en tierra, contestó.

– ¿Pero dónde?

– Pronto lo sabrá usted, repuso, echándose hacia atrás sobre los remos para comunicar nuevo impulso al bote.

«¡Ah!, pensé yo, si tuviera en el bolsillo un revólver, un cuchillo ó un arma cualquiera, tal vez le haría bajar de tono al momento.»

La línea de costa se corría por la izquierda, y la ciudad más próxima en la dirección que el barquero tomaba se hallaría á varias millas del lugar donde estábamos. Las rocas, elevándose gradualmente á la altura de unos cien pies ó algo menos, presentaban muchas desigualdades y pequeñas grutas, pero eran de muy rápida pendiente y en algunos sitios del todo peladas y casi verticales. Recordaba que cuando se perdió de vista el puerto de donde salimos y quedó oculto el último grupo de casas por la inclinación de las rocas, el barquero miró hacia atrás, y después cambió ligeramente el rumbo del bote, dirigiéndole á una especie de caleta, formada por la proyección angular de un inmenso peñasco, de modo que en aquel punto de costa parecía que terminaba la tierra, pues no estábamos bastante mar adentro para verla.

Para mí era indudable que el barquero intentaba algo diabólico; mas no podía imaginar en qué forma. Me había dicho que iba á dejarme en tierra, y yo me pregunté si se propondría desembarcar para asesinarme después ó conducir su bote hasta cerca de una de aquellas grutas y darme muerte apenas saltásemos á la orilla. No, decididamente no podía ser este su plan. Si intentaba deshacerse de mí para robarme mi dinero y efectos, conveníale ante todo que pareciera que me había ahogado por un accidente, pues de lo contrario no podría explicar fácilmente mi desaparición. Y si se encontraba mi cadáver con alguna herida ó señales visibles de una violencia, ¿qué podría contestar cuando se le acusase de haberme asesinado?

Pero ¿qué intentaba hacer? Si me desembarcaba, yo podría volver á la ciu-

dad para dar cuenta de lo ocurrido, y esto no le convenía al barquero, á menos que se propusiese volver á su pueblo natal, aunque esto no le serviría de nada, pues fuera donde quisiese al fin le prenderían.

El barquero hizo avanzar rápidamente el bote hacia la costa, en dirección á una curvatura de la tierra, que se hubiera podido tomar por una bahía en miniatura; las aguas bañaban el pie de la costa, pero en la diminuta bahía á que el barquero se encaminaba podía ver, cuando el bote se elevaba un poco, el brillo de la arena. Nada se movía en las alturas, y cuando estuvimos á un cuarto de milla del citado punto noté que el paraje era muy solitario. El hombre continuó remando hasta que el bote llegó á las aguas de la bahía; las obscuras rocas se elevaban á considerable altura como una muralla gigantesca, y en cada extremidad de la curva de aquélla había un poco de resaca.

El barquero dejó entonces los remos y púsose en pie.

– ¡Déme usted el reloj y la cadena!, gritó.

Yo me había levantado también.

– ¡Venga el reloj y la cadena!, repitió con voz de trueno.

Al decir esto introdujo su nervuda mano en un bolsillo del pantalón, y sacando una enorme navaja abrióla al punto.

– ¡Nada de gritos, díjome en voz baja, pues de lo contrario le degüello!

Sin replicar palabra puse el reloj y la cadena sobre el banco, y el ladrón los guardó rápidamente.

– Veamos ahora el dinero que lleva, díjome bruscamente.

Saqué toda la moneda en cantidad de unos quince ó veinte duros, y el barquero se los embolsó también.

– ¡Ahora, la sortija!

La saqué del dedo y se la dí. Entonces miróme de pies á cabeza, empuñando siempre su cuchillo, y después fijó su mirada en la pequeña bahía un instante.

– Ahí es donde voy á desembarcarle, dijo al fin. Usted es buen nadador, ya puede saltar fuera.

– Si me desembarca usted aquí, repuse, seguramente me ahogaré, pues la marea sube por momentos y no me será posible trepar por esas rocas.

– ¡Salte usted, le digo!, levantando la mano con ademán amenazador.

– Sería preciso nadar mucho, repliqué, y yo no tengo ya fuerza. ¡Por amor de Dios, acérqueme usted un poco más y tal vez pueda entonces salvarme!

El hombre vaciló un momento, é inclinóse después para coger uno de los remos; mas en el mismo instante caí sobre él, impelido por la indecible angustia de mi ánimo y por lo que podría llamar el impulso de la desesperación. Me precipité contra él con la rapidez del lobo que alcanza su presa, y antes de que pudiera levantar los ojos le arrojé al agua. Después hice dar la vuelta al bote con un remo, y colocados los dos en sus toletes me alejé de la pequeña bahía con toda la celeridad posible.

Al volver la cabeza un momento después observé que el barquero nadaba vigorosamente hacia la curva de arena al pie de la roca, y entonces comprendí la suerte que aquel bandido me deparaba. Después de llegar á la arena quedaría aprisionado por las aguas, y como éstas subían rápidamente, la línea del mar se elevaría muy pronto á varios pies del nivel de aquélla. No había nada en qué cogerse ó apoyar el pie, y por lo tanto debía perecer ahogado irremisiblemente.

¿Y qué historia habría inventado aquel infame para explicar mi desaparición? Fácil era de imaginar: llegando tranquilamente al puerto hubiera amarrado su bote sin decir palabra acerca de mí, á menos de que alguno hubiese visto que me embarcaba por la mañana y preguntase dónde estaba yo. A esto contestaría que, accediendo á mis deseos, me había dejado en la costa dos ó tres millas más allá, por haberle dicho yo que prefería volver á casa paseando junto á las rocas. Esto era muy natural, y fácilmente le hubieran creído, porque esto sucedía con mucha frecuencia. Cuando se encontrase mi cadáver en la bahía, y tomados los informes necesarios, se averiguaría que yo era la persona á quien el barquero condujo y dejó en tierra, y la causa de mi muerte se atribuiría á cualquiera imprudencia de mi parte.

A todas estas reflexiones me entregaba yo, mientras me dirigía hacia el puerto, remando con toda la energía de la desesperación, pues aún estaba poseído de espanto, imaginándome que el criminal barquero podría perseguirme, detener el bote, introducirse en él y cortarme el cuello con la navaja que había visto brillar antes á mis ojos.

Llegado al puerto amarré el bote y salté á tierra. Había allí mucha gente y por doquiera resonaban los gritos de los barqueros, invitando á cuantos llegaban á ir á bañarse ó á emprender una excursión de recreo. Ninguno de aquellos hombres fijó su atención en mí, ignorando todos probablemente que yo me había embarcado en el bote del gitano y creyendo sin duda que regresaba de alguna solitaria excursión por el mar. Internándome por el muelle muy pronto encontré un agente de la policía del puerto, y acercándome á él, le dije:

– Necesito dar parte de que un bribón acaba de atentar contra mi vida.

El hombre me miró fijamente, é impresionóle al parecer mi agitación y aspecto.

– ¿Qué ha ocurrido?, preguntó.

– Un barquero, con quien salí esta mañana, ha intentado ahogarme.

– Tenga usted la bondad de seguirme, caballero, dijo el agente.

Y me condujo á una casa de ladrillo, contigua á una serie de almacenes, que tenía una reja muy grande; en ella vi un rótulo con letras doradas que decía:

Oficinas de policía del puerto

El agente abrió la puerta y entró, después de asegurarse que yo le seguía.

Sentado en una banqueta de tres pies vi allí un hombre de aspecto militar, alto, con espesas patillas de color rojizo; cubría su cabeza una gorra de oficial de marina, y llevaba levita cruzada sobre el pecho. Estaba leyendo un diario, y al entrar yo miróme detenidamente por encima de los anteojos.

– Este caballero, dijo el agente, viene á dar parte de que uno de los barqueros ha tratado de ahogarle en ocasión de estar bañándose en el mar.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

– Se halla usted en presencia del señor inspector.

El digno funcionario suspendió su lectura, se quitó los anteojos y preguntóme qué había ocurrido.

Yo le referí la aventura con todos sus detalles y el inspector me escuchó atento, dirigiendo á veces una mirada al agente, que con la boca abierta no perdía palabra de mi relato.

– Hágame el favor de dar las señas de ese hombre, díjome el funcionario.

Hícelo así, con toda la minuciosidad posible.

– Ese es Bill el Gitano, dijo el agente.

– Sí, él es, añadió el inspector; y ese es también quien condujo á los que se ahogaron hace un mes.

– Sí, replicó el agente, y ahora recuerdo que en el bote de Bill el Gitano iban los que perecieron ahogados durante una excursión por el mar hará cosa de un año.

– Largo tiempo ha me infundió sospechas ese hombre, y es preciso proceder con energía.

Y dirigiéndose al agente, añadió:

– Freeman, llame usted á Jones y á Woodward; que se embarquen en el bote de la policía y vayan inmediatamente á prender á ese hombre. La marea no habrá llegado aún á toda su altura, y el tunante quedará cogido como zorra en una trampa.

Apenas hubo pronunciado el inspector estas palabras, parecióme que la sangre se me agolpaba en la cabeza y en los ojos, y perdí el conocimiento.

Cuando recobré mis facultades hallábame en cama en mi propio alojamiento. En mi bolsillo se habían encontrado todos los informes necesarios acerca de mi persona en cartas y tarjetas; y como se hubiese avisado á mi hermana por telégrafo, tuve el gusto de verla á la cabecera del lecho.

Cuando tuve ya bastante fuerza para hablar, se me dijo que el bote de la policía, después de haber penetrado en la pequeña ensenada, encontró al criminal barquero y le condujo á la ciudad, donde se le encerró en un calabozo.

No solamente se le acusaba de haber querido asesinarme, sino que sobre él pesaban otros delitos análogos, y en su bolsillo se encontraron las pruebas que confirmaban mi relato, pues aquel bandido, olvidando, al ver que le perseguían, que se había guardado mi reloj y mi cadena, con la sortija y el dinero, no tuvo la precaución de ocultar mis efectos ó arrojarlos cuando llegaba el bote de la policía.

Pero no se reducía todo á esto: dos personas habían perdido la vida en un año; el cuerpo de una fué encontrado, pues era el mismo que yo descubrí durante mi solitario paseo nocturno por las arenas, y sabíase que los dos hombres perecieron mientras se bañaban mar adentro. También se supo que ambas desgracias habían ocurrido con el bote de Bill el Gitano, y al practicar un registro en la casa de éste encontróse un lapicero de considerable valor, unos lentes y una cadena de oro. Los dos primeros efectos fueron reclamados como pertenecientes al hombre que murió ahogado el año anterior, y la viuda del caballero cuyo cadáver yo encontré pudo probar que la cadena de oro era la del reloj de su esposo.

El barquero fué condenado á cadena perpetua, pero merecía la horca, pues por lo menos era culpable de dos asesinatos. Sin embargo, las circunstancias que habían concurrido en los hechos no parecían suficientes para la aplicación de la pena de muerte, porque no pudo probarse con toda certeza que aquel malvado, después de haber precipitado en el agua á sus víctimas, siguiera remando tranquilamente y dejara que aquellos infelices se hundieran en el abismo una vez sus fuerzas agotadas. Tampoco pudo probarse plenamente que los dos ahogados no se sintieron atacados de un calambre que los sumergió de repente en el mar. Pero de cuantos oyeron referir la historia ninguno abrigó la menor duda de que el demonio del barquero gitano les dejó morir y aun, como estuvo á punto de ocurrirme á mí, precipitó su fin golpeándoles con su remo

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL



El inspertor me escuchó atento dirigiendo á veces una mirada al agente

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

Tragedias, *por D. Víctor Balaguer.* – Bajo este título se han publicado y puesto á la venta los tomos XXVIII y XXIX de las obras de D. Víctor Balaguer. En ellos figuran las tragedias del inspirado vate catalán, *La muerte de Aníbal, Coriolano, La sombra de César, La fiesta de Tíbulo, La muerte de Nerón, Safo, La tragedia de Llivia, La última hora de Colón, El guante del degollado, Los esponsales de la muerta,* y su última producción *Los Pirineos,* trilogía en la que parece revivir el antiguo trovador cantando las desgracias de la patria, y cobrar el poeta mayores alientos para verter torrentes de inspiración.

La nueva obra puede calificarse como una de las mejores joyas que ha producido. Inspirada en una página interesante de nuestra historia, cual es la luctuosa lucha que comienza en los campos de Munt y termina en Foix, ha podido el poeta verter los encantos de su fantasía, exponer sus hermosas concepciones, retratando con grandeza y valentía el terrorífico cuadro de la desaparición de la patria provenzal, del pueblo latino, que significaba libertad y progreso, ante las bárbaras huestes de Monfort, de los ejércitos franceses, sostenidos por sectarios tan intransigentes como crueles. Los personajes están presentados con magistral acierto; el lenguaje es sonoro, grandilocuente é irreprochable.

Los Pirineos es un nuevo timbre de gloria á los ya innumerables alcanzados por este ilustre hombre público y eximio poeta, á quien la nieve de los años, en vez de amortiguar el fuego de su inteligencia, parece prestarle mayor aliento, más inspiración y extraordinaria facilidad para la producción.

***

Por nuestra música, *por D. Felipe Pedrell.* – Tal es el libro que, á la vez que el anterior, ha publicado el eruditísimo maestro é inspirado compositor D. Felipe Pedrell, que si bien el autor afirma modestamente que sólo contiene algunas observaciones sobre la magna cuestión de una escuela lírico-nacional, motivada por la trilogía *Los Pirineos,* poema de D. Víctor Balaguer, es un profundo estudio, erudito y concienzudo, acerca de tan debatido asunto.

La obra del Sr. Pedrell es una nueva prueba de su valía y patriotismo, puesto que en este país, en que, por desgracia, tan poco interés inspiran cierta clase de estudios y levantados empeños, no han sido recompensados hasta ahora sus esfuerzos cual debieran por sus compañeros de profesión, á quienes, en su inmensa mayoría, el concepto de la música se halla sólo circunscrito á las gráficas representaciones del pentagrama y á los instrumentos.

Prosiga como hasta aquí el ilustre maestro su glorioso camino, pues no dudamos que á la postre habrán de verse recompensados sus afanes, reconocido su mérito y ensalzada su magna y patriótica empresa.

***

Varios. – Con motivo de las fiestas celebradas recientemente en Gijón para la inauguración de la estatua del ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, la Comisión organizadora de las mismas ha publicado, costeadas por un gijonés entusiasta admirador de aquel insigne patricio, varias obras de éste y multitud de composiciones que durante aquéllas se distribuyeron con profusión. Figuran entre las primeras la tragedia *Pelayo* y la comedia *El delincuente honrado,* y entre las segundas poesías y trabajos en prosa en dialecto asturiano, en castellano, en catalán, en vascuence y en alemán, de Acevedo, Cuesta, Rubió y Ors, Franqueza y Gomis, Cabeza de León, Fastenrath, Brañas, Asquerino, Flórez de Prado, Echegaray, Jove y Hevia, Ramos Carrión, Ubach y Vinyeta, Ruiz Aguilera, Barcia, Guijarro, Vital Aza, etc., etc.

***

G. Núñez de Arce, estudio biográfico-crítico, *por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.* – La colección de biografías de *Personajes ilustres* que recientemente publicó la del P. Coloma, por la Sra. Pardo Bazán, acaba de enriquecerse con la de Núñez de Arce, magistralmente escrita por el señor Menéndez y Pelayo.

Forma un bonito libro, con el retrato y autógrafo del biografiado, y se vende á 4 reales en las principales librerías.



VÍCTOR DURUY, miembro del Instituto de Francia, ex ministro de Instrucción pública, autor de la «Historia de los Griegos» publicada en nuestra «Biblioteca Universal»

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 28 DE SEPTIEMBRE DE 1891 — NÚM. 509

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



HOMERO, busto en mármol existente en el Museo Británico

SUMARIO

EL POEMA GEOLÓGICO

Los sabios naturalistas, encanecidos en la entretenida tarea de escudriñar y conocer los elementos que componen nuestro globo, su substancia, su situación relativa y las causas que la han determinado, se dividen el campo de sus investigaciones: dedicados unos á la *geognosia*, su esfera de acción es el conocimiento del estado actual de la corteza terrestre; otros, consagrados á la *geogenia*, nos explican de qué manera ha venido la tierra á quedar en semejante estado. El alemán Werner fué quien deslindó estos dos campos de la geología, y todos le siguieron sumisos.

Pero la sumisión no ha pasado de aquí; en la región de la geogenia se han librado muy reñidas batallas á causa de las encontradas hipótesis de que se ha partido para explicar la formación de la corteza de la tierra.

Que esta corteza no ha sido siempre cual aparece hoy, es cosa que nadie pone en duda; y que en todos tiempos han echado de ver los hombres sus transformaciones, es también innegable.

Un sabio árabe del siglo XIII, llamado Kaswini, en su libro titulado *Ad-jaïb alma Khalukat*, ó sea *Maravillas de la Naturaleza*, tuvo la original ocurrencia de escribir en forma de apólogo la doctrina de las revoluciones del globo, de la cual hacemos la siguiente paráfrasis.

Pasaba yo un día par una ciudad muy antigua, inmensamente poblada, y pregunté á uno de sus habitantes:

– ¿Sabes cuándo fué fundada esta ciudad?

– Esta gran ciudad, me respondió, no tiene origen conocido; mis antepasados la encontraron tal como es hoy.

Los muros y las torres de aquella población denotaban, en efecto, una remota antigüedad. La arquitectura de sus templos, la escultura de sus ídolos, llevaban el sello de lo que los hombres llaman primitivo cuando no aciertan á asignarle fecha.

Pasaron mil años, y volviendo yo otra vez al mismo lugar, porque mi vida no tiene fin, me sorprendió no hallar en él el menor vestigio de la gran ciudad cuyo origen había querido indagar, y dirigiéndome á un campesino que estaba allí segando hierba, le pregunté:

– ¿Desde cuándo está destruída la gran ciudad que aquí había?

– ¡Vaya una pregunta!, exclamó. Esta tierra ha estado siempre así.

– Pues ¿no había aquí mismo una ciudad populosa antes de ahora?, insistí yo.

– Nunca la hemos visto, repuso el labriego, ni jamás nuestros mayores nos hablaron de ella.

Pasaron otros mil años, volví á aquel mismo sitio y me encontré con un inmenso lago, á cuya orilla se entretenían paseando varios hombres, y pregunté á uno de ellos:

– ¿Desde cuándo existe este lago?

– Imposible parece, me contestó con desdén, que un hombre cuerdo haga tal pregunta; este lago ha estado aquí siempre desde que Dios hizo el mundo.

Volví á pasar por allí mil años más tarde, y donde estuvo el lago hallé ahora una ciudad soberbia, más floreciente y populosa que la primera que había yo contemplado en aquella comarca tres mil años antes; y cuando traté de inquirir su origen, me contestaron sus habitantes:

– ¡El principio de esta gran ciudad se pierde en la noche de los tiempos!

Y realmente había en ella muros y torres que denotaban grande antigüedad y templos y esculturas de aquellos que se llaman primitivos por no haber quien les asigne época cierta.

Esto que el sabio árabe puso en apólogo, encierra una gran verdad científica; á saber: que la superficie de nuestro globo se transforma y se demuda en la serie de las edades. Pero estas transformaciones, por nadie advertidas sino mucho tiempo después de consumadas, vienen verificándose desde miles y miles de años antes de que hubiese hombres que las consignaran y de ellas nos dejasen memorias. Los recuerdos, ó más bien tradiciones, de mares desaparecidos y de continentes convertidos en mares, constan diseminados en escritos de casi todos los filósofos á quienes preocuparon los grandes fenómenos del planeta donde tiene la humanidad su cuna, su teatro y su sepulcro. Esas tradiciones fueron á veces motivadas por la necesidad de explicar cómo en lo interior de extensas comarcas han podido hallarse, ya á grandes profundidades bajo tierra, ya en las montañas ó grandes alturas, fósiles de seres orgánicos que pertenecen á la biología prehistórica. Otras veces, no se sabe por qué, asaltaron á la mente de los hombres pensadores. Belo y Zoroastro consignaron en rasgos de marcado orientalismo hechos relativos á grandes conmociones terrestres; Hesiodo, al contar los combates de Júpiter y Tyfeo, nos representó el cielo y la tierra convertidos en inmensurable hoguera y el hierro licuado en lo interior de las cavernas; Thales, precursor en cierto modo de la escuela neptuniana, consideraba el agua como el agente primordial de la naturaleza, mientras Heráclito ponía en el fuego el principio generador de todas las cosas, á la manera de los modernos platonianos. Xenófanes fué el primero que se fijó en los restos fósiles de los animales; observando petrificaciones de peces y moluscos en el interior de Sicilia, sacó la consecuencia de que aquel suelo había sido mar en otros tiempos. Anaxágoras sostuvo la opinión de que los continentes estuvieron alternativamente enjutos y cubiertos por las aguas, y Aristóteles observó gran número de hechos geológicos intentando una clasificación científica de todas las substancias minerales. Interminable y pedantesca quizá resultaría la referencia á los antiguos filósofos, poetas y escritores que se ocuparon en investigaciones geogénicas; Xantho de Ledia, Teofrasto, Straton, Eratóstenes, Polibio, Lucrecio, Estrabón, Ovidio, Plinio, Pausanias, San Justino, son los legítimos precursores de Buffon y de Cuvier en este interesantísimo ramo de las ciencias naturales. Todos ellos, mezclando con sus observaciones propias tradiciones más ó menos fabulosas, nos dejaron vestigios inapreciables de las ideas del mundo antiguo respecto de las demudaciones ostensibles de la tierra, si bien á ninguno se le ocurrió buscar el más auténtico testimonio de este incesante é inmemorial fenómeno hasta que el gran Buffon señaló el camino á la ciencia moderna, la cual interroga á la naturaleza misma y obtiene de ella el secreto de su progresiva y secular formación. «Así como para la historia (escribía el insigne naturalista) se consultan los documentos y diplomas, se buscan las medallas, se descifran las antiguas inscripciones y con estos datos se determinan las épocas de las revoluciones humanas, del mismo modo para escribir la historia natural hay que escudriñar los archivos del mundo, sacar de las entrañas de la tierra los antiguos monumentos, recoger sus reliquias y reunir en un cuerpo de pruebas todos los indicios de los cambios físicos que pueden conducirnos al esclarecimiento de las diferentes edades de la naturaleza. Esta es la única manera de proporcionarse puntos de partida seguros en la inmensidad del espacio y de fijar cierto número de piedras miliarias en la vía inacabable del tiempo.» Y este ha sido el método que desde entonces ha venido siguiendo la ciencia.

Es para ésta un hecho probado que la tierra está en perennes transformaciones; pero ¿qué agentes han intervenido é intervienen en ellas? ¿A qué causa primera debe atribuirse la formación del núcleo terrestre? A esta última pregunta no satisface la ciencia humana: lo que ella puede con cierta verosimilitud explicar es la historia de las transformaciones; es decir, puede con algunas probabilidades de acierto señalar el proceso de ellas y los agentes que las producen. La ciencia moderna, rechazando lo demasiado exclusivo de los dos sistemas neptuniano y plutoniano, considera los dos principios, el agua y el fuego, como los principales agentes de la formación y de las demudaciones del involucro terrestre, al propio tiempo que reconoce que en los lentos cambios que en éste se advierten obran otros elementos ó agentes exteriores secundarios.

¡Grande y bello panorama en verdad el de la formación de la tierra! Hubo indudablemente, y acaso todavía dure, un fuego central en nuestro planeta; quizá todo él estuvo un tiempo en conflagración, como lo está hoy el sol. Quizá tuvo razón un filósofo del siglo XVII, que dijo ser la tierra un sol con corteza. La incandescencia primitiva del globo que habitamos, además de hallarse consignada en las tradiciones de los más antiguos pueblos, resulta demostrada por multitud de fenómenos, en cuya exposición no nos permite entrar la índole de este artículo. La mineralogía además confirma el principio de la formación del núcleo terrestre por el fuego: las rocas más profundas son reconocidas como productos ígneos. Sólo el fuego pudo fundir esas ingentes masas de granito y de pórfido que constituyen la base de nuestras cordilleras, y digámoslo así, la armazón del globo; sólo á su acción poderosa pueden atribuirse las repentinas y destructoras erupciones de las rocas hipogénicas que destrozaron en ignoradas épocas los terrenos de los estratos cristalinos por donde se abrieron paso, dejando en la superficie de nuestro continente las colosales huellas de la violencia y de la dislocación. Los sabios Mitscherlich y Senarmont tuvieron que subir la temperatura del agua de 130 á 300 grados para producir cristalizaciones de los minerales que caracterizan los filones metalíferos – el cuarzo, el hierro espático, la barita sulfatada, el mispiekel, la plata roja, etc.; – calcúlese, pues, por el calor que ha habido que emplear para obtener artificialmente estos minerales, en qué estado se hallaría la tierra cuando ella espontáneamente los producía. Era entonces sin duda alguna nuestro globo una inmensa masa ardiente, líquida y vaporosa.

Aquel globo ígneo de vapores abrasadores va gradualmente enfriándose en la superficie: los vapores se condensan y llegan á formar en la periferia como una túnica, pero de humo acuoso, iluminada por los reflejos de la combustión interior. Pasan los siglos, aquellos vapores condensados se esparcen más y más, y obscurecen el planeta. ¿Qué era éste entonces? Oigamos al poeta, cuya inspiración viene en auxilio de la ciencia:

El cielo entonces resplandecía,
ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, origen de la luz, vertía
los dorados arroyos de su fuente;
la luna no menguaba ni esparcía
la luz prestada de la llana frente;
no era la tierra de aire rodeada,
ni con su mismo peso sustentada.
El Océano los bañados brazos
no había por sus márgenes tendido,
ni el invisible fuego con abrazos
transparentes al aire había ceñido;
ni el aire de los húmedos regazos
daba el vapor, en agua convertido,
que el cielo, el mar, la tierra, el aire, el fuego,
se confundían en un bulto ciego (1).

Llega el tiempo en que el denso nublado, el *bulto ciego* del poeta, baja de temperatura: de aeriforme que era se hace líquido; se forma el agua, que por el aumento natural de su gravedad cae en lluvia. Al contacto de ésta los materiales que aún ardían, pero que por efecto de la radiación iban lentamente perdiendo su calor, acaban de enfriarse; las aguas se extienden por todas las superficies planas ya consolidadas y por los senos que podían contenerlas, y comienzan los sedimentos. Mas como las superficies hondas estaban más cerca del fuego, experimentando su acción, se levantan y emergen con indescriptibles rompimientos y trastornos. Aparecen entonces las grandes masas de rocas hipogénicas, las montañas de granito y de pórfido, que combinándose á veces con los revueltos pedazos de los estratos quebrantados, dibujan islotes y cordilleras en el extenso piélago de los mares Cambrianos. Concíbese que si en aquella edad en que todavía la tierra no tenía animales ni hombres ni vegetación siquiera, hubiese podido existir quien contemplase el pavoroso cuadro de la naturaleza, forzosamente le habría inspirado ésta ideas de tremenda desolación y de incomparable terror, al ver aquellos islotes roqueños descollando en la inmensa masa fluida, aquellas calcinadas llanuras, ya cortadas por humeantes simas de inmensurable profundidad, ya surcadas por corrientes de hirvientes aguas que vertían en bituminosos y revueltos mares, ya estrechadas por altísimas y desnudas sierras.

Tenemos ya en el gran escenario del planeta en que se va disponiendo el trono para el rey de la creación – el hombre – rocas y terrenos de sedimento, los productos del fuego y del agua, los dos generadores en cuya combinación armónica hemos de

(1). *La creación del mundo*, poema del Dr. Alonso de Acevedo. *Día primero.*

hallar los grandes cuadros del magnífico poema geológico del mundo. Pasarán miles de años, vendrán las demudaciones de las épocas mesozoica y cenozoica; llegan después las de la época cuaternaria ú homozoica; viene el tiempo en que la masa terrestre ha de tomar su forma general definitiva, y entregando el Supremo Hacedor la masa de nuestro planeta á la acción inteligente de la naturaleza, á la cual ha dotado ya de todos los elementos y gérmenes de vida con fijas é inmutables leyes, la madre común saca por fin de la materia informe el hermoso y variado orbe que habitamos,

Como la osa ruda, que lamiendo
del parto informe la cerdosa pasta,
con la lengua formando va y puliendo
el cuerpo feo de su torpe casta,
y con astucia natural va haciendo
de un peso tosco, de una carga basta,
de un montón grueso un animal perfecto,
del natural instinto raro efecto (1).

PEDRO DE MADRAZO

UNA BROMA

I

Estábamos de sobremesa.

Vinos finos de los mejores *crûs* de Francia y andaluces de las mejores marcas de Jerez y Montilla habían circulado á profusión, y la alegría más franca y juguetona reinaba entre nosotros... cuatro amigos íntimos que la casualidad reunía, una hermosa mañana de octubre, bajo los rayados pabellones de tela de un restaurant elegante en las alturas de la torre Eiffel.

Procedente cada uno de nosotros de un país diferente, al vernos juntos allí, tras larga ausencia, á tantísimos metros de altura sobre la más divertida y animada de las ciudades del mundo... rodeados de un panorama espléndido... contentos del momento presente, recordando con delicias otros de nuestros años juveniles, en los que la nota cómica resaltaba, charlábamos... charlábamos como cuatro cotorras, y la conversación tenía ese espíritu ágil y brillante que chispea, saltando de una guasa á otra guasa, de un recuerdo agradable á otro conmovedor.

A fuerza de tacitas de café y de copitas de delicioso Oporto, costumbre que Luciano se traía muy arraigada de Inglaterra, el diálogo comenzó á tomar ciertos matices verdosos de primavera que comienza, y con los matices perfumes amorosos, aventurillas ligeras comenzaron á saltar sobre el tapete.

Ya había contado Roberto historias orientales con su poquito de alfanje y cimitarra y los sustos consiguientes; ya nos había referido Luciano tres ó cuatro aventurillas aventuradas de la vida londinense, cuando Pedro – un político de marca de los de buena cepa – exclamó – exclamación por desgracia justificada entre meridionales:

– ¡Esto sí que es verdad!

Y á renglón seguido contó esta broma.

II

Venía de Francia á Madrid.

Me tocó de compañero en el *sleeping* un pollo elegante, conocido mío... preguntón sempiterno... un distinguido diplomático... insoportable.

Desde que salimos de París el desgraciado no cesó de interrogarme... más por oirse á sí mismo que por escuchar mis repuestas... so pretexto que en la comisión política que á mí me había llevado á Francia, debía haber tenido ocasión de penetrar grandes secretos de Estado.

El venía de Berlín y... vosotros no sabéis lo que puede molestar un pollastre que viene de Berlín... que conoce personalmente á una resma de grandes duques y de grandes duquesas, dos ó tres emperadores con sus hembras correspondientes, un gran canciller ó dos feld-mariscales y la mar de coraceros de todos colores y de uhlanos de todos los matices.

Para un pollo diplomático aquello es el colmo de los colmos, y así sea él uno de tierra de Segovia ó del propio Vitigudino, ya no ve más que germanos y germanismos... ni comprende siquiera, en su grandeza, la existencia del garbanzo y sus consecuencias en el carácter.

– Pero las instituciones, decía, esas instituciones republicanas, ¿cree usted tengan consistencia? ¿Existe realmente un ejército formidable? ¿Existe, de verdad, un espíritu público levantado? ¿Existen?. . y patatín. ¿Existen?... y patatán. Y seguía y seguía enumerando cosas y más cosas y muchas que de cierto no conocía ni de vista.

¡Qué énfasis, amigos, qué énfasis! Tanto pudo decir, que me cargó, y para acabar de una vez con la racha,

– Amigo, le dije, en Francia no hay más que París y en París no hay más que cuatro grandes instituciones; eso sí esas cuatro instituciones son serias, están profundamente arraigadas, y las creo insuperables y poderosas., verdaderos veneros inagotables de riqueza pública. Estas cuatro grandes instituciones son: las modistas, los peluqueros, los restaurants y las *cocottes*. Amigo, nada más allá. Lo demás todo es filfa. ¿Comprende usted?

Pues no comprendió y siguió preguntando. ¿Qué hacer? Le dejé hablar y me dormí, pero en cuanto amaneció... pies para que os quiero... me largué á un coche de primera, el que hallé más á mano, con armas y bagajes.

Por casualidad no había nadie. Dormí como un lirón hasta la frontera, donde el jefe de estación me tenía dispuesto un reservado... y mucha amabilidad, que es lo que nos está reservado á nosotros (los grandes hombres) que no pagamos ni un real á las empresas de ferrocarriles.

Todo fué bien hasta Miranda, donde se armó un lío atroz.

Como éramos varios los hombres importantes que veníamos en el tren, y cada personaje se reservaba para su uso particular un coche entero, los pobres paganos no tenían dónde meterse y reclamaban á los empleados, que con malos modos les iban acomodando como sardinas en banasta.

Ya estaban mal que bien enjaulados los penitentes, y su gruñir se iba calmando, cuando desemboca en el andén de la estación, á toda carrera, una señora seguida de una doncella y un criado, cargados los tres con tantos maletines, sacos, bultos, líos de mantas, sombrereras, paraguas, jaulas, cestas y perrillos falderos y el todo tan mal perjeñado, que iban regando chirimbolos... y cuando querían coger uno del suelo se les caían tres.

– ¡Señores viajeros, al tren!, gritaban los empleados cerrando ruidosamente las portezuelas.

– ¿El reservado de señoras? ¿Dónde está el reservado de señoras?, vocea la dama.

– No hay reservado de señoras, dice un empleado con mal modo.

– Debía haberlo.

– ¡Se deben tantas cosas que no se pagan!

– ¡Al tren... al tren!

– ¡Eh... señora... la de los quince bultos... que se deja usted atrás los talones!, dice un mozo.

– Vamos, señora, suba usted; aquí debe haber puesto.

– Aquí somos once entre chicos y grandes, grita una voz airada... Once sin contar un niño de pecho que huele por tres.

– ¡Completo!

– ¡¡Repleto!!

– ¡¡¡Atestado!!!, gritan voces desde otros coches.

– Aquí no cabe ni un alfiler, y esa señora se conoce que se muda.

– Esta no es la empresa de F. Delfíu.

– ¡A la perrera!, vocea uno de tercera.

– ¡Por Dios, señor jefe, no me deje usted en tierra!, suplica la dama.

– ¡Que estamos en retraso de diez minutos!

Suena un pito... toca una campana... silba la locomotora y se nota el imprescindible porrazo de arranque; pero éste es tan lento que la lucha por la vida continúa entre los de afuera y los de adentro, los empleados, la señora y su gente.

Me da lástima... yo soy así... no lo puedo remediar. Además, la señora me parecía guapa... me parecía digo, porque un gran velo la envolvía de medio cuerpo arriba.

Abro la portezuela y la grito:

– ¡Aquí, señora, aquí!...

Acude. La izamos. Izamos á su doncella y parte de los enseres .. Lo último que llegó fué una jaula que el bruto del criado tiró como una honda... hallándose ya á gran distancia y cuando el tren marchaba rápidamente.

La jaula entró como una bomba por la ventanilla, se aplastó contra el techo y de rechazo sacudió un buen golpe sobre la cabeza de mi compañera, que lanzó un agudo grito y se desmayó.

¡Y aquí empiezan mis infortunios! Por Dios, que no se puede ser generoso y caritativo.

– ¡Agua! ¡Agua!, me chillaba la camarera.

¿Dónde hallarla? El coche era un campo de Agramante. Maletas, jaulas, líos medio deshechos, cestas con las bocas abiertas... vomitando panecillos, fiambres y frutas por el suelo y por los asientos. Una botella de vino malamente cerrada chorreaba desde la red, rociando pared, asiento y almohadones y cuanto sobre éstos había.

¿Qué hacer? Acudí á mi neceser, y quieras que no apliqué á los labios de la dama mi botellín de coñac y la hice tragar parte de su contenido. El resto lo aprovecharon mi chaleco y mis pantalones... pero la señora volvió en sí... volvió en sí digo, y fuera de sí al ver el emparedado de canario que tenía sobre la falda. Lloró, besó el ensangrentado cadáver del pobre canario, rompió el abanico á fuerza de hacerse aire y se desató en tan tremenda andanada de improperios contra los empleados de la empresa... contra el abuso de los reservados que ocupaban todo el material en acarrear *tunantes*. ¡Tunantes!... esta pala-



CONSUELO, FLORISTA, cuadro de D. Ricardo Madrazo
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

(1) Poema citado.

breja me supo á cuerno quemado... que vamos, me creí obligado á decirle con la mayor humildad:

– Dispénseme usted, señora, que le ocupe un sitio en su coche. Ahora voy á ver si logro estibar el cargamento y adecentar un poco este interior... y en la primera estación me iré con la música á otra parte para que usted se esponje á su antojo.

– Me dió mil excusas... ¡Ca! ¡Si aquello no sucedía ni en Cafrería!... Lo de tunante no lo decía *exclusivamente* – ¡qué galantería! – por mí... ¡Ella, una señora sola, obligada á viajar de limosna!... ¡Meterse en mi coche!... ¿No era casi tanto como meterse en mi casa una vez que el coche era mío? Y todo... ¿por qué?... porque...

La corté el flujo aquel de palabras. Temía nuevas sangrientas alusiones.

– La verdad del caso es que yo me tengo la culpa. ¿Quién me impedía á mí pedir también un reservado? ¿Dígame usted?, exclamaba.

La contesté que, en efecto, yo no sabía por qué... pero añadía que hizo muy bien en no tomarlo... así tenía yo el honor... la dicha... la felicidad, etc., etc., de pasar en su compañía horas que de cierto me parecerían brevísimas, tan breves como interminables solo con mis pensamientos.

La señora me sonrió... y su sonrisa, amigos, me abrió horizontes desconocidos.

¿No habéis observado ese fenómeno?

Hay fisonomías que en reposo resultan antipáticas, hasta feas, y que una sonrisa transfigura por completo. No es esto decir que mi compañera fuese fea... todo lo contrario, era lo que se llama una real moza; pero tanto pelo negrazo y espeso... tanto obscuro profundo en sus ojos airados, le daban al principio expresión de un dramatismo apestoso.

Cuando sonrió tomó su boca un pliegue tan mono, se formaron en sus mejillas y en su barba tan retrecheros hoyitos, me enseñó unos dientes tan sanos, nacarados y frescos, que hasta se me figuró se volvía mucho más joven y más pequeñita de estatura... De real moza, aquella dama, ascendía á sílfide divina.

– Si yo fuera fea no sería usted tan galante.

– ¡Pues es claro, alma de Dios!... ni la abro la puerta, ni la recibo, ni ese es el camino, ¿qué tiene esto de particular?

– Pero vamos á ver, señor mío, y usted qué gana con que yo sea guapa?

– Verla: ¿la parece á usted poco? Además, usted no es guapa... usted es divina... ideal; usted es una diosa del Olimpo.

La dama sonreía. A mí se me figuraba que de resultas en el coche hacía sol y.. ¡eran las diez de la noche!

Se lo dije y continuó sonriendo.

– Esta muchacha es tonta, pensé para mí... pero ¡qué suculento manjar!

El coqueteo continuó. Tomaba varas. A veces me respondía con gracia... ó al menos á mí me lo parecía... que...

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Pero si talento mucho no debía tener... ¡vaya unas líneas de cuerpo!

Era coqueta... superiormente coqueta. Se acomodó para dormir de una manera especial. Me hizo volver de espaldas y se quitó el cuerpo del vestido y el corsé para endosar luego una especie de *matinée* de franela blanca, toda llena de encajes y de cintitas.

Yo lo vi todo... lo que humanamente se podía ver, reflejado en el espejito de mi neceser... que, con habilidad de piel roja metí en mi bolsillo en cuanto barrunté lo del traje de noche. ¡Chicos!, lo que vi me chifló. Pero Señor, ¡que sea uno tan ciego que necesite descender á ciertos detalles para comprender todo lo selecto de las líneas que vulgarizan y bastardean esos pícaros corsés y esos maldecidos vestidos mal hechos!

Entre las revelaciones de mi espejito, los abandonos del sueño, demasiado artísticos para no ser estudiados... las sonrisas aquellas y una vocecita de un tiple y de un femenino que sacó mi sílfide y que tampoco al principio observé... no tuve punto de reposo... parecía un exaltado de manicomio... mientras la doméstica, que parecía una esfinge, montaba la guardia con aquella tremenda atención de centinela quinto novel.

Quise leer y no pude; quise dormir y me fué imposible; quise achispar á la doméstica y no hubo novedad.

¡Qué imprecavidos somos los viajeros! ¿Por qué no me traería yo un pañolito al cloroformo de esos que con tanto éxito usan los ladrones elegantes?

En suma, amigos, me enamoré como un loco de aquella mujer que no sabía quién era, ni cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni adónde iba; y cuando amaneció y al descender los montes, camino del Escorial, la luces se apagaron y vi el rostro aquel á la luz del día... aun después de una mala noche... me pareció quinientas veces más bella... y su primera sonrisa como toda una primavera andaluza cuajada de flores y aromas... entre el azul diáfano de un cielo sin mancilla y un suelo de amores.

¡Bendito sea Dios, y qué bien sabe hacer las cosas cuando se pone á ello!

Después del chocolate... ¿cómo evitarlo?... me declaré en serio... al oído... sentado á su lado... cogiéndole la mano y alcanzándole un beso delicioso entre el nacimiento del pelo y la oreja, que parecía un caracolito, sonrosada y pequeña.

Me dió esperanzas en sonrisas y dulces presiones de mano; orales muy pocas.

Ya en Madrid... en el puente de hierro... escurrió en mi mano un papelito doblado. No decía más que éstas palabras, escritas con lápiz sobre una hoja de tarjetero:

«Carolina, Biblioteca, 64.»

Luego murmuró en mi oído:

– ¡No me siga usted, por Dios! .. Me esperan. Hágase usted el desconocido. Esta noche á las nueve le espero para tomar una taza de te.

– ¡Una taza de te! ¡De ambrosía querrá usted decir, señora!

III

Comí á las cinco como los cómicos.

A las seis empezaba á vestirme.

Todas las camisas me parecían mal.

Al fin dí con una, planchada en Londes, que parecía propiamente de porcelana de la China.

En vista de que la habilidad de mi ayuda de cámara no me satisfacía, yo mismo me hice el lazo de la corbata... con la décima que ensayé.

Llevaba medias de seda bordadas y zapatitos escotados. Un frac de Pool como no hay dos en Madrid... y una flor en el ojal. Lo más que representaba eran 30 años, y aún aún.

Pedí el coche á las ocho y media, y tan tarde me parecía que mandé á mi cochero reventar los caballos. Del paseo de Recoletos á la calle de la Biblioteca tardé menos de un cuarto de hora. Una vez frente al número 64, no me atreví á subir... No es puntualidad llegar á las citas antes de tiempo... y más á citas como la mía.

A las nueve menos cinco me dirigía á la portería, trémulo de emoción. Iba á ver á Carolina – ¡qué bonito nombre! – ¡Volver á verla después de doce horas de ausencia... una eternidad!

– ¿La señora... pregunto al portero, que no me deja concluir y exclama:

– Sí, sí... en el principal. Suba corriendo que le espera.

¡Qué raro! ¿Carolina se confía así con su portero?

Subo de cuatro en cuatro las escaleras. Al ruido de mis pasos se abre de golpe la puerta del principal.

– ¿Es usted?, me dice una voz ruda en las tinieblas... la cocinera sin duda.

– Sí, yo soy, contesto.

– ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!... La pobre señora no podía más.

¡Bendita Carolina mía!... ¡Ella también encontraba largo el tiempo!

– ¡Pronto, pronto, venga usted!

La sigo. Me empuja dentro de un salón un poco cursi, alumbrado con petroleo humeante.

– ¡Aquí, aquí!, me empuja dentro de un gabinete lleno de ropas tiradas por el suelo... enaguas y vestidos rodando por encima de los muebles... una gran confusión.

– Ya está en la cama... entre usted.

– ¡Cómo! ¿Será posible?, y según entraba grita la criada:

– Señora, ya está aquí... ahí lo tiene usted... yo corro á avisar.

¡Cómo! ¿A avisar? ¿A quién iba á avisar aquella necia?

– ¡Venga usted, por Dios... por Dios... por la Virgen María!... ¡Yo muero!... ¡Socorro!...

Me precipito hacia el lecho.

Unas manos se agarraban á las mías con inusitada violencia... Los gritos continúan, pero la voz no es su voz... es una voz dolorida y tremenda...

– ¡Virgen María!... ¡Madre mía! ¡Doctor mío!

Comprendo todo. Asisto á un parto. ¿Qué hacer? Aquella infeliz mujer sufría horriblemente.

Llamo. Nadie viene. Rompo la campanilla... Nadie acude.

– Ayúdeme, por Dios... La chica se fué á buscar á mi marido...

Se me caen los palos del sombrajo... pero tomo una resolución heroica.

– ¡Tijeras, cera, hilo!, grito desde la puerta de la escalera al portero. Luego digo á la señora con el mayor aplomo:

– ¡Respondo de todo!

VI

Salí á las cuatro de la mañana en un estado que no es para contado.

¿Era una broma de Carolina?

Si fué broma, Dios se la pague; hice una obra de caridad.

Al día siguiente, un caballero dejó en mi casa un paquetito para mí. Contenía mi tarjetero perdido en la brega... un billete de 100 pesetas y un B. L. M. incluyéndome los honorarios por el último parto de su mujer.

Dí á la primera pobre que me pidió limosna las 100 pesetas.

¿Era esta una nueva broma de Carolina?... Más parecía broma del destino...

No he vuelto á ver á mi sílfide de Miranda.

Luis de Llanos

SECCIÓN AMERICANA

TIPOS Y COSTUMBRES DE PUERTO RICO

LA FISCALA

I

Mi queridísima Prudencia: Te *pongo* estas cuatro líneas para saber de tu salud y la de tu familia, ya que ustedes me tienen olvidada y ni escriben ni vienen nunca por este pueblo, cada día más triste y más fastidioso.

Te digo que parece un cementerio, por no decirte otra cosa peor. La casa del rey, que es la mejor que hay aquí, está sin techo desde la tormenta de San Felipe; la plaza es un pasto, la calle principal un basurero, la iglesia un no sé qué.

Hasta la gente se va poniendo pesada y *cursi*, como tú dices. La mujer del alcalde, que presume de inteligente en eso de vestir á la moda y de arreglarse con elegancia, se ha sacado ahora unas túnicas, unas polonesas y unos bullones que causan horror. Cuando va á misa parece un pilón con saya, dando tumbos por entre las hierbas del atrio y sus cercanías.

¡Y lo poseída que está de que es guapa y viste bien!

Como el nombre de ella es Cruz, aquí en el pueblo todos la llaman *la Cruz* del alcalde.

El pobre marido se ve y se desea para pagar tanto perifollo, y siempre está mandando guardias con pliegos urgentes á la villa, para que esos mismos guardias le traigan los encargos de la mujer. Los pliegos urgentes son el pretexto para que los guardias hagan el mandado. ¡Tenemos aquí una chacota con eso de la Cruz y los pliegos urgentes!

A veces van en una bestia de carga que llaman bagaje, por cuenta del pueblo, cuando hay muchos encargos que traer.

Y, claro está, todas estas charrerías y exageraciones van teniendo imitadoras entre las mujeres del Ayuntamiento, digo, entre la secretaria, la tesorera, la registradora civil, la del fielato, la ejecutora de apremios y demás familias que viven bajo el poder de la alcaldesa, y siguen sus gustos por adulación y novelería, más que por acatamiento á la autoridad.

Y así van todas que parecen mojigangas, desacreditando el buen gusto que hemos tenido aquí siempre en cuanto á esto de vestidos. ¡Si las vieras en un baile!

¿Qué más te diré? Hasta se pintan para imitar á la alcaldesa. Esto ya no se puede sufrir.

Para apartar la vista de este infiernito y reponer algo mi salud después de las calenturas biliosas que padecí, he resuelto ir á pasar unos días contigo. Te lo hago saber para que no te coja de sorpresa mi llegada, que será el domingo, si Dios quiere.

Después de estar ahí aprovecharé la ocasión para orificarme algunos dientes y para cortar y coser algunos vestidos, porque tengo la idea de que si los hago aquí me van á salir parecidos á los que se pone la mujer del alcalde.

Será un capricho mío, pero no lo puedo remediar. ¡De tal manera se me han sentado en la boca del estómago ella, sus trajes, sus coloretes, sus moños y su cerquillo!... Porque se me olvidaba decirte que usa cerquillo todavía y se hace *nipes* y se riza las greñas y parece el mismo diablo en figura humana. Y luego es lo más *refitolera* y cuando habla parece que silba, y lo mismo van haciendo las demás.



UN EPISODIO DE LA BATALLA DE WORTH (1870), cuadro de Jorge Bleibtren



UN RELATO INTERESANTE, cuadro de D. Antonio Fabrés

En fin, ya te contaré.

Memorias á Timoteo, á Concha, á Primitiva y á Pío, que debe estar hecho un hombre. Recuerdos de mi prima Jesusa, que desde aquellas calabazas está insufrible, y tú cuenta siempre con el cariño de tu fiel amiga – *Clara*.

ADICIÓN. Rompe esta carta.

II

Mi querida prima: Para que veas que no te olvido y cumplo mi palabra, tomo la pluma y hago estos garabatos, que no sé si entenderás, porque no tengo aquí en donde escribir con calma, ni se puede hacer nada con orden en medio de este barullo. ¡Qué casa, Virgen María!

Yo llegué sin novedad. El coche no se descompuso más que tres veces. Primero se le aflojó una rueda, más adelante se le rompió no sé qué, algo que sonó mucho y nos asustamos de pronto; pero Cachimbo, el cochero, lo amarró en un instante con curricán. Después se rompió uno de los arneses... En fin, poca cosa. Dale en mi nombre las gracias á D. Joaquín, el dueño del coche, porque es fácil que para irme lo vuelva á necesitar.

Aquí me recibieron bien, con mucha algazara, mucha alegría y mucha demostración; pero, hija, no es todo oro lo que reluce. Al principio grandes extremos y agasajos, y después... como si tal cosa. El día de mi llegada pusieron vino en la mesa, hicieron espumilla para postres, y hoy... ¿lo querrás creer? Pues han suprimido el vino, y poco á poco nos quedaremos con los tres platos de ordenanza: sopa, carne y arroz blanco; *sota caballo y rey*, como decimos allá en el pueblo.

Prudencia dice que soy yo de confianza, y con eso se disculpa. De modo que con un poco más de confianza... ¡figúrate tú!

Y ¿sabes para qué ahorra y cicatea esta mujer? Pues para echar lujo y salir á la calle hecha una reina y aparentar lo que no es. La mitad de la gente está aquí perdida por eso. En fin, ya te contaré.

Pues como te decía, Prudencia está muy orgullosa y muy cambiada. ¡Quien la ve ahora y quien la vió antes de casarse, cuando andaba con nosotros en el guayabal!...

D. Timo es un boca abajo, un infeliz, un bendito de Dios. Ya supondrás que este D. Timo es Timoteo, el marido, aquel escribiente flacucho y mellado á quien hacíamos tanta burla cuando estaba en la notaría del padre de Pudencia. Luego se fué á la ciudad, y desde allí mandaba por el correo aquellos sobres grandes, sellados, que decían arriba «criminal de oficio» y luego había unas firmas y después «Sr. Notario de...», y dentro la carta «para Prudencia.» Todo aquello era para ahorrarse el *vellón* del timbre.

Timoteo escribía entonces en un juzgado, y decían que había favorecido mucho (sabe Dios cómo) al padre de Prudencia, en aquello del testamento de D. Floro el de Ortegón, cuando se presentó el yerno y hubo ¡la mar!

El caso es que al poco tiempo se casó Prudencia, y Timo siguió en el juzgado y allí estuvo hasta hace cosa de dos años que lo hicieron procurador.

¡Si vieras la gente que viene donde él! Todo el día están entrando y saliendo hombres y mujeres que andan en pleitos, en reclamaciones, en causas y no sé qué más. Él los atiende á todos por su orden y les dice unas palabras tan chocantes... Aquello es un coloquio que da ganas de reir. Yo tengo mi cuarto cerca y oigo: «La sustanciación del proceso,» «la acumulación de las piezas,» «el requerimiento de las partes,» «el expediente en cuerda floja,» y otros muchos términos más que oyen los litigantes con atención, como si entendieran lo que él les quiere decir. Luego les pide dinero, mucho dinero, para activar los *autos*, para interponer el *recurso*, para suplicar por *otrosí*, para dar *traslado*, y por ahí sigue. Las muchachas, Primitiva y Concha, saben todos estos términos y los dicen á cada instante, como haciendo burla de su papá. En cuanto los clientes salen, corre Prudencia al bufete y agarra todo el dinero de Timo, sin dejarle siquiera para papel sellado. Y empieza el dúo:

– «Mujer mira que eso es para una casación.

– »Déjate de casaciones, Timo, que bastante casado estás, y antes que nada es la casa, la mujer y los hijos, que necesitamos andar decentes y no ser menos que otros.

– »Bien; pero... ya ves...

– »Yo no veo más que cobradores en la puerta y trampas aquí y allá, y cuando voy á salir no tengo un traje con que poder presentarme como quien soy. Además, tus hijas no han de andar siempre de trapillo, y ahora viene la Semana Santa...

– »Pero, hija, es necesario apelar...

– »Pues apela en seco ó pide más cuartos, que éstos y más que fueran los necesito yo, y no tengo otra parte donde apelar.»

Y por ahí siguen, alegando él tímidamente y replicando ella con altanería, hasta que al fin cede Timo, guarda ella los cuartos y... gana el pleito.

Y después ¡eche usted sedas, alhajas, postizos, bambolla y vanidad! Y á la hora de la comida... *sota, caballo y rey*.

Ahí en el pueblo me llaman *la Fiscala*, y creo que tú misma me pusiste ese nombre injusto. A mí no me gusta fiscalizar ni meterme en lo que no me importa; pero, hija, á veces se ven cosas que... vamos, no puede *una* transigir.

Se me acaba el papel y todavía no he empezado la carta, como quien dice. Otro día te escribiré más largo, porque hay de sobra tela donde cortar.

Dile á Cruz, la del alcalde, que cuando venga un guardia á la villa me lo mande acá para que lleve los rizos, el agua milagrosa y los polvos de arroz.

Tu prima, que te quiere, – *Clara*.

Ya sabes: rompe esta carta.

III

Jesusa de mis pecados: Leí tu carta regañona, y me reí mucho de tus consejos y sermomes. ¡Cuidado que estás chinchosa y *susceptible!*

Le voy á escribir á Lilo que te vuelva á enamorar, para que se te quite el *esplín*.

Quien te oiga á ti creerá que yo soy una enredadora y desagradecida. Demasiado sé que no se debe hablar de la casa donde *una* vive; pero tú eres de confianza y no tengo secretos para ti. ¡Eso podías agradecer!

Además, yo ¿qué he dicho? Dios me guarde y me libre de meterme en cosas ajenas. Lo bueno que yo tengo es ser *quitada* y enemiga de chismes; pero hay cosas que me repugnan y me andan por el cuerpo y... vamos, que no puedo aguantarlas, que no está en mí y de algún modo se tiene *una* que desahogar.

Pasemos á otra cosa.

Ya extrañaba yo que desde el primer día no me fastidiasen las Piñas y las Antúnez con sus encargos. ¡Si parece maldición!..

En cuanto *una* viene á la villa, no queda nadie por allá que deje de hacer algún encargo.

Con el guardia de *la Cruz*... ya sabes, va el *poplín* para la bizca, que no se le merece. ¡Sabe Dios qué mamarracho hará con esa tela tan hermosa!

El sombrero de Paca es de la última novedad. Enséñaselo á Cruz para ver si se le antoja mandar por otro, y así tendremos guardia para lo que se nos ofrezca. No van los abalorios de Gracia porque no ha mandado el dinero, y yo no tengo minas por acá.

Sigo bien de salud, pero esta gente me carga, me encocora. Yo quisiera desentenderme y no hacer caso; pero, hija, ya tú sabes que no está en mí.

Prudencia anda ahora al retortero con su traje *crema*, y está poco menos que insufrible. Mira tú que hasta me manda á las tiendas con sus hijas para que le compre seda del mismo color, blondas *más bajas, bieses más subidos*, forro que *arme* y chucherías por el estilo, y estamos yendo y viniendo medio día para confrontar colores, para llevar y traer muestrarios y aun para devolver cosas después de compradas y sacadas de la tienda. ¡Ya ves qué falta de consideración!

Otras veces manda á D. Timo, que se excusa con que se le vence un *término* ó con que tiene una *vista* ó que necesita *alzarse* y otros dichos lo más graciosos; pero por fin hace el mandado á costa de carreras, apuros y sofocones, y lo hace casi siempre mal.

Lo más común es que *echen una garata*, y que cuando D. Timo no pueda más se *inhiba*, como él dice, y nos ruegue á las muchachas y á mí que acabemos el *expediente*.

Ya dije que ellas saben todos estos términos y arman cada jerga que es un primor.

Concha y Primitiva son más tratables, ya ves que soy justa; pero no dejan de darme que sentir, cada una por su lado. ¡Si vieras qué distintos genios! Parece que una sacó el de Prudencia y otra el de su papá.

Concha es vivaracha, vanidosa y coqueta. Me gusta por lo franca y alegre; pero está muy engreída y no tiene educación. Se figura que todo se lo merece.

Todos los novios los quiere para ella. Lleva relaciones con un estudiantito que está en Madrid aprendiendo la medicina, y se cartean por cada correo; le ríe las gracias á un empleado de la capitanía de puerto, que anda siempre con flores en la levita, y se vuelve loca con un alférez de la guarnición. Su delicia es ver los colorines de un traje militar.

Y como si no le bastaran éstos, coquetea con todos los que vienen á casa y no los deja hablar con Primitiva ni conmigo. En seguida se agrega ella, mete baza y se queda con la conversación. Habla

EL PRIMER CIGARRO, cuadro de C. Hartmann

con la mayor frescura hasta de las cosas que no entiende; desbarra que es un contento, y se da un tono y un *aquel*...

La otra pacece una mosca muerta y es una avispa. No he visto nunca mujer más hipócrita y sagaz. Habla poco, no se ríe casi nunca, baja tímidamente los ojos cuando la miran, y parece que no rompe un plato. ¡Y es más *brava* que un *ají!*

Tiene un novio que es de la curia; creo que amanuense, pasante ó no sé qué. Ella no lo nombra nunca ni habla de él con nosotras, como sería natural. Por la noche se sientan solos por allá, lejos de la tertulia, y hablan entre dientes, como cigarrones, sin que se les pueda oir una palabra bien; pero se conoce que riñen, ó mejor dicho riñe ella y á veces llora y le araña, y hasta creo que le quiere sacar los ojos para que no mire á las demás. De día siempre lo está *velando* desde el balcón, pero con mucho disimulo.

No quiere que vaya á los bailes ni tenga amigos; le hace ir á la iglesia cuando ella va, para tenerlo á la vista, y si no viene por la noche á la hora acostumbrada... ¡Virgen María!

Da pena ver cómo lo trata. Vamos, que no lo deja respirar.

Y él cada día más complaciente y sumiso. Si se ofrece se casa con ella, porque los hombres son así.

Pero el que me da risa es Pío, el hermano de ellas. Está hecho un zángano.

Le pusieron en el colegio, perdió tres cursos y lo sacaron al fin, porque no quería estudiar. Es largo y flacucho como una espingarda, muy descolorido y orejón, se enamora á lo bobo de cuantas ve y no hace más que sonreir y mirar desde lejos con ojos de carnero moribundo. En los primeros días de mi llegada se enamoró de mí, y era una diversión el verlo. Me traía confites, caramelos y cromos recortados; me los mandaba con la sirvienta y se escondía para que yo no le viera. Me hizo unos versos tristones en el papel sellado de D. Timo, y cuando se encontraron y me los dieron á leer estuvo tres días sin ir á la mesa. Cuando las hermanas le daban alguna broma, se avergonzaba muchísimo y hasta quería llorar. Vamos, un idiota, un animal.



ÁRABE DESCIFRANDO UNA INSCRIPCIÓN, cuadro de E. Glockner

Prudencia no se ocupa de los hijos ni de la casa, que están como Dios quiere. Anda siempre al traste con *La Moda*, se entusiasma con los figurines, une y compara las telas para ver si *casan* bien los colores, y después de arreglado el traje sólo piensa cómo y en dónde lo ha de lucir: si en la salve, si en la novena, si en la misa, si en en el paseo, si en la velada, porque aquí hay ahora veladas á cada rato. Cuando se queda en casa no hace más que leer *Los tres mosqueteros* ó hablar de poesías con el hermano del promotor.

Y á todo esto la casa... Vamos, no está sin barrer porque yo estoy aquí, aunque no lo digo por alabarme.

D. Timo no se mete en nada más que en sus papeles, y á veces entra y sale con ellos debajo del brazo. Te digo que me da lastima. Fuera de lo que tiene de enredador y pica-pleitos, es lo que se llama un infeliz.

La comida va en menguante; vino... Dios dé; la cena... café con borras.

Aguárdame dentro de dos meses, porque no puedo estar más aquí.

Tu prima, que te aprecia, – *Clara.*

Quema la presente, por lo que pudiera suceder.

EPÍLOGO

Señorita Clara: Ha sido usted, sin pensarlo, mi salvadora en un dificilísimo empeño, y me place declararla en estas líneas mi gratitud.

Buscando yo materiales auténticos, datos y pormenores á fin de estudiar algunos tipos femeniles para una colección que tengo entre manos, hallé (no importa cómo) las presentes cartas, que han sido para mí una revelación. ¡Ni siquiera había sospechado que existiese el curioso tipo que esos documentos me han hecho conocer!

Puse manos á la obra para condensar en un articulejo los rasgos más salientes de *La Fiscala;* pero después de varias tentativas infructuosas, me convencí de que las mismas cartas de usted valen mucho más de lo que pudiera yo escribir en aquel sentido.

Usted se pinta sola para el caso.

Permítame, pues, que exhiba su obra, sin más trabajo mío que el indispensable para desagraviar un poco la ortografía castellana.

Por esto, y porque tuve buen cuidado de cambiar los nombres, confío en que me perdonará usted la indiscreción.

B. S. P.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS



AL AMOR DE LA LUMBRE, cuadro de D. Luis Jiménez. (Salón de París de 1891.)



LA CASTIDAD escultura existente en el Museo del Vaticano



EL POETA GRIEGO MENANDRO, escultura existente en el Museo del Vaticano

MUNICH

¿En qué consiste el encanto singular de *Munich* que á todo el mundo avasalla? Como ciudad de los monumentos, de los mármoles y bronces, de las Gliptotecas y Pinacotecas, guardando los tesoros de la antigüedad, de la Edad media y del presente, atrae á los discípulos de Fidias y de Apeles, y con brazos cariñosos recibe en las exposiciones universales que se celebran cada año á los artistas del orbe, coronando á los Benlliure. No es como Granada, la de la Alhambra, del río aurífero y de los plácidos jardines, de las músicas, zambras y leilas, rico dechado de las galas del Oriente, trasunto en la tierra de un mágico edén del cielo; pero en *Munich* se recrean los poetas después de haber admirado panoramas y buscado imágenes en el vasto campo del mundo; en la ciudad del Isar vive el autor de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, conde de Schack, que, andante caballero, hizo su entrada en Munich; el historiador y poeta épico Fernando Gregorovius, el catedrático y novelista Enrique Guillermo Riehl, el estético Mauricio Carriére, el bardo bávaro Armando de Lingg, el novelista y poeta Pablo Heyse, el gran egiptólogo Jorge Ebers y el dramaturgo noruego Enrique Ibsen; y cuando el rey Maximiliano II se rodeaba de los vates más preclaros de Alemania, residieron en la capital de Baviera Manuel Geibel, cuyas poesías románticas son de corte germano; Federico de Bodenstedt, el cantor del Oriente, y el novelista Augusto Becker. El teatro Real de Munich ofrece el más digno escenario á los dramas de Shakespeare y de Goethe, gracias á la iniciativa del barón de Perfall, y á las operas de Ricardo Wagner, mientras la musa popular, cuyos hijos predilectos son Luis Ganghofer y Maximiliano Schmid, celebra sus fiestas en el teatro sito en la plaza de Gaertner, pudiendo los cómicos de este último teatro, entre los cuales citaré á la hermosa farsanta y escritora Hartl-Mitius, á la histrionisa Schoenchen, que promueve como la que más la hilaridad del público, y á los actores Hofpaur y Neuert, llamarse los *Meininger del sainete*. Munich se precia de estrellas del arte pictórico como Lenbach, Kaulbach y Defregger, que *tanto montan*, y Döllinger, que *tanto valía*, era una lumbrera de las ciencias. En la corte de Baviera, donde residen los distinguidos poetas Julio Grosse, Guillermo Hertz y Jorge Scherer, vive también mi amigo el campeón del naturalismo en la literatura alemana, el esforzado hijo de Franconia Sr. Conrad, esposo de la ingeniosa comedianta é inspirada poetisa María Ramlo de Conrad, orgullo del teatro Real; el eximio vate neolatino Pernwerth de Bärnstein, y el poeta genial barón Detleo de Liliencron.

El rey Gustavo Adolfo de Suecia, que entró por la puerta de Isar el 17 de Mayo de 1834, denominaba á la ciudad silla de oro adornando un caballo ruin; pero cuando los rayos del sol iluminan sus fábricas antiguas, sus pardos torreones y su vega, y los lejanos Alpes se ostentan entre azules horizontes, y la arrullan las brisas, es bella y espléndida, y cuando en Oberammergau, donde natura santa juntó en espacio tan breve tanta maravilla, se representa el drama de la Pasión, es la mágnifica sala del paraíso.

Si los cármenes de Granada son los pebeteros de los altares que á Dios se elevan, en Munich tiene sus templos el arte y su trono el rey Gambrino, cuyos vasallos son todos, príncipes y súbditos, próceres y paisanos, académicos y oficiales, señores y señoras, dándose cita en el *Hofbränhaus*, donde cada uno limpia su jarro para llenarlo en el líquido aromático y espumante. A los amantes de éste les anunciaba diariamente un relojero en una tabla de su oficina dónde se encontrase la mejor cerveza. Munich es también la ciudad de las fiestas populares, teniendo por campo favorito el Huerto de Teresa, donde se celebran los festejos de octubre, y la plaza de Santa María, donde tiene lugar el *Salto de los carniceros*. Lo que puede alcanzar la sin par amabilidad de un príncipe generoso, de un genuino caballero, demostrólo *nuestro Fritz*, haciendo en 1870 de los buenos bávaros los amigos de los prusianos.

A mí me ligan á Munich los recuerdos más gratos: allí cursé la facultad de Derecho y visité los estudios de los más famosos pintores, allí asistí á las lecciones del gran Liebig y allí tomé parte en 1888 en el Congreso de los Escritores de Alemania, enalteciendo las armas de Munich, que representan un monje ostentando un libro. Entonces llevaba el cetro de la gracia y del espíritu la eminente poetisa Ana Forstenheim, que ya duerme en el camposanto de Viena que guarda también las cenizas de los poetas Anzengruber y Bauernfeld y del pintor Makart.

Los benedictinos, esos mensajeros de la civilización, tienen la gloria de haber fundado Munich. Parece que este pueblo perteneció á la abadía de Teyernsee, donde Werinher escribió su inspirado canto á la Virgen «Tú eres mía y yo soy tuyo» y pintó imágenes sobre el vidrio.

A tres Luises les debe Munich su florecimiento: al duque Luis el Severo, que vivió hasta fines del siglo XIII; al emperador Luis el Bávaro, y al rey Luis I, el Mecenas del arte, que siguió las huellas de los Alberto V, Maximiliano I, Carlos Teodoro y Maximiliano José I, é hizo de su corte la patria de la belleza, la antesala de Italia, el museo espléndido de todos los estilos de los pueblos cultos, desde los Propileos helénicos y la basílica de San Bonifacio hasta las joyas de la arquitectura gótica, mientras el desventurado rey Luis II, que tanto fomentó las artes y oficios y protegió á Ricardo Wagner, se retiró del bullicioso Munich al solitario Neuschwanstein. Luis I imitó en su palacio real, construído por el Sr. Klenze, el palacio Pitti, en la capilla real de todos los Santos las fábricas románicas de los siglos XI y XII, en el pórtico de los Caudillos la *Loggia de i Lanzi* que se ve en Florencia, en la biblioteca el estilo florentino viejo, en la Pinacoteca vieja el Renacimiento italiano, en la Gliptoteca adornada por el grandioso Cornelius el estilo griego. Bajo los auspicios de Maximiliano II, que se proponía crear un nuevo estilo arquitectónico, pero que no logró hacer sino una mezcla de estilos diferentes, en la que prevalecía el principio vertical, nació el edificio monumental llamado Maximiliáneo, que contiene 30 cuadros representando la historia de Baviera.

Munich se enorgullece también con su pintura vítrea que estableció mi amigo el Sr. Jettler, brillando la luz del cielo por en medio de las vidrieras pintadas del célebre establecimiento de Munich, así en los castillos fantásticos del rey Luis II Linderhof y Neuschwanstein, como en las catedrales de Colonia, Friburgo, Constanza, Magdeburgo, Brema y hasta en las catedrales de Burgos y Oviedo.

En la capital de Baviera, donde los cafés son museos, florece también la litografía y la fotografía, y á la ciudad que el Isar baña trasladó su residencia hace algunos años la redacción del periódico más ilustrado de Alemania, la *Allgemeine Zeitung*, mientras la más interesante revista humorística del mundo que se publica con el título *Hojas volantes* derrama, no sólo sobre Alemania toda, sino también sobre España, sus ocurrencias felices y sus primorosos dibujos. Cerca de Munich se encuentra el Versalles bávaro, el palacio de Nymphemburgo, construído por los arquitectos Barella, Zuccai y Visardi. En él reside el príncipe bávaro doctor Luis Fernando con su esposa la princesa Doña Paz, á quien dedicó una de sus composiciones más bellas mi amabilísimo amigo el gran poeta catalán Jacinto Verdaguer. Quizá un español tenga nostalgia en el frío Munich al cielo transparente de su patria, donde el día esplendoroso en torrentes de luz derrama su amor; pero los alemanes, entusiasmados por tanta belleza, exclamamos: ¡Ciudad de torres coronada, imán del poeta, delicia del artista, bendita seas!

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Homero. La castidad. El poeta Menandro. Una metopa del friso del Partenón, esculturas griegas. – Poco sería cuanto dijéramos en alabanza de estas esculturas, obras maestras de aquel arte que en la antigua Hélade alcanzó una perfección no superada, ni siquiera igualada en los tiempos posteriores, aun en los modernos. El culto que á la belleza plástica consagró el pueblo helénico fué poderoso estímulo para el estudio de la misma en la forma más acabada y armónica, y por ende más difícil, con que se nos manifiesta en la naturaleza, el cuerpo humano; y hasta tal punto llegó á dominarla, que las estatuas salidas del cincel de los Fidias, Escopas, Praxiteles y tantos otros sirven todavía de modelos con más facilidad admirados y estudiados que reproducidos.

Las reproducciones fototípicas que hoy publicamos permitirán á nuestros lectores saborear los primores maravillosos de esos ejemplares escogidos de la estatuaria griega, que milagrosamente conservados al través de los siglos perpetúan la mememoria de un pueblo en cuyas instituciones, aun en aquellas que más inspiradas por el materialismo parecen, latía una ardiente pasión hacia los ideales más puros, en aras de los cuales se inmolaban todos los amores terrenos y se consumaban los más heroicos sacrificios.

* * *

Consuelo, florista, cuadro de D. Ricardo Madrazo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Si Ricardo Madrazo no fuera ventajosamente conocido en el mundo del arte, el precioso cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como inteligente artista: tales son las cualidades que se observan desde luego en la linda florista, transportada al lienzo de los encantadores verjeles de la ciudad del Darro. Artista de corazón y amante de su patria, ofrece al arte las mejores galas de su ingenio y de su habilidad y maestría. Pocos como él logran dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres, á esos tipos admirables que acusan entre la delicadeza de su espíritu la arrogancia de los moriscos y esa espléndida y exuberante vegetación que convierte en continuado jardín la tierra andaluza, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

El tipo que ha interpretado Madrazo es sin duda uno de tantos que abundan en aquella privilegiada región, y aunque real, descúbrese la experta mano del pintor, el esfuerzo del artista, que por medio de la delicada combinación de tonos y la elegancia del dibujo embellece hasta lo que por sí reune condiciones de belleza.

* * *

Un episodio de la Batalla de Worth (1870), **cuadro de Jorge Bleibtreu.** – El autor de este cuadro, famoso en Alemania como pintor de batallas, asistió al combate de Worth con el entonces príncipe heredero, el malogrado Federico Guillermo, en cuyo estado mayor figuró durante toda la guerra franco-prusiana. Tres lienzos, con el presente, lleva pintados sobre asuntos inspirados en dicha batalla: el que hoy reproducimos representa un episodio que Bleibtreu dice haber presenciado durante aquella acción de guerra, la deserción de tres zuavos que abandonando el campo francés se refugiaron detrás de las líneas alemanas. A decir verdad la composición, por otra parte bien entendida, no resulta muy en armonía con tal explicación, pero dado el origen de ésta no nos queda otro remedio que aceptarla.

Tiene este cuadro entre otras buenas condiciones firmeza y corrección en el dibujo y en la pincelada, expresión y relieve en las figuras de los tres desertores, vida y movimiento en el último término donde se desarrolla la batalla, y sobre todo produce en su conjunto una impresión altamente simpática.

* * *

Un relato interesante, cuadro de D. Antonio Fabrés. – Hermoso grupo el de estos oficiales en cuyos rostros y actitudes se pinta perfectamente el interés con que escuchan el relato de su compañero; pero la belleza de la obra no resulta sólo de la expresión que todas las figuras revelan, sino también, y muy poderosamente, de los acabados detalles con tanta prodigalidad sembrados por el notabilísimo pintor catalán que parece complacerse en amontonar dificultades sobre dificultades para darse el gusto de irlas venciendo con el talento que tan bellas composiciones ha producido y con el pincel que tan admirables efectos de color y luz ha descubierto. Fabrés es minucioso en grado superlativo: cuando otros darían por terminada, y bien terminada, una tela, él halla modo de seguir ejecutando primores sobre ella, sin que nunca resulte recargada y sin que lo profuso del detalle perjudique á lo claro y elegante de la composición.

Véase en prueba de lo que decimos *Un relato interesante;* fatigaríase nuestra atención y no conseguiríamos nuestro intento si quisiéramos escudriñar una por una las mil filigranas que componen el cuadro; y sin embargo, visto éste en conjunto se nos presenta lleno de espontaneidad y sin el más ligero asomo de confusión. Y es porque Fabrés antes de pintar en pequeño concibe y compone en grande, y por esto en sus obras por encima de la habilidad del pintor brilla siempre el genio del artista.

* * *

El primer cigarro, cuadro de C. Hartmann. – Se conoce que el protagonista de este cuadro está en las primeras chupadas del primer cigarro que en su vida ha encendido. ¡Infeliz! Cuando el humo empiece á dejar sentir sus efectos, ¡cómo se tornarán en palidez los subidos colores de sus mofletes y en visajes de angustia esa carita de pascuas y esa sonrisa de triunfo con que saluda su primera hombrada! Los que recordamos la impresión del primer pitillo que llevamos á los labios, apreciamos mejor que otros la bellísima composición de Hartmann, pintor aficionado á tales asuntos, pues además de éste tiene otro cuadro del mismo género, *Los fumadores*, que en su número 407 produjo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

* * *

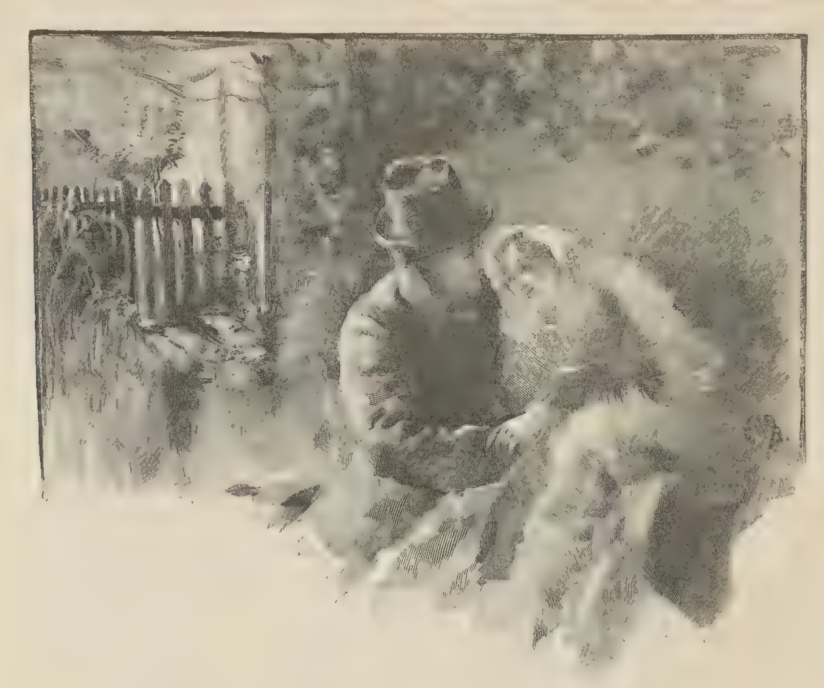
Arabe descifrando una inscripción, cuadro de E. Glockner. — El estudio de figura ofrece no pocas dificultades, pues en él nada debe dejarse al capricho ó á la imaginación, y el menor desliz conviértese en gravísimo defecto, perceptible para los ojos menos experimentados. Y si á las dificultades naturales que el simple estudio de la figura entraña se agregan otras nacidas de la manera como el pintor la coloca, requiérese en el artista para llenar cumplidamente su cometido un cúmulo de condiciones que no todos poseen y que solamente se adquieren á fuerza de perseverancia en la reproducción del modelo viviente.

Glockner las reune por completo á juzgar por el cuadro suyo que reproducimos, obra digna de elogio por su correcto dibujo y notable expresión.

* * *

Al amor de la lumbre, cuadro de D. Luis Jiménez (Salón de París de 1891). – Después de haber ejecutado primorosas joyas en otros géneros, ha vuelto nuestro insigne compatriota á los cuadros de costumbres españolas de principios de este siglo. En el que ha presentado en el último Salón de París reproduce la escena tan frecuente en las casas de nuestros abuelos de la visita del fraile, que después de desembarazarse de las alforjas y de acomodarse al amor de la lumbre si era invierno ó en sitio fresco cuando el calor apretaba, desembuchaba las noticias del día con que aplacaba la curiosidad de las personas mayores, ó narraba algún cuento ó conseja con que entretenía la atención de la gente menuda.

Tan fielmente y con tanta naturalidad está retratada la escena, que no parece sino que el Sr. Jiménez alcanzó á ver aquellos añejos tiempos con sus típicas costumbres, porque no sólo los trajes y los muebles y adornos, sino el aire que en todo el cuadro flota, tienen el sello de la época y le transportan á uno á los sitios y le ponen enfrente los cuadros que tan gallardamente ha descrito con la pluma en sus *Episodios nacionales* el gran novelista contemporáneo.



Estrechándose uno contra otro, prestábanse calor á las mejillas con su propio aliento

TRAICIÓN DE AMOR

POR ANTONIO ALBALAT.—ILUSTRACIONES DE ERNESTO BIELER

Era la hora de media noche y muy cruda la helada, pero los dos permanecían sentados bajo una espesura de follaje, desde donde se oía el rumor monótono de la enorme rueda del molino al repeler el agua en ondas regulares. Sin más abrigo que un chal, y apoyándose en su compañero, Juana golpeaba el suelo con su pie, aspirando el aire frío que por sus entreabiertos labios penetraba. Hubiera podido introducir á Julio en la casa; pero permaneciendo en el jardín, aquellas citas le parecían menos culpables; y además, el joven la amaba tan sumiso que, lejos de quejarse, solamente la alegría de verla hacíale olvidar casi el uso de la palabra. Estrechándose uno contra otro, prestábanse calor á las mejillas con su propio aliento; Juana se reía al verse obligada á interrumpirse á cada momento para sonarse y al sentir en su rostro el contacto del bigote de su adorador, húmedo de rocío; Julio se helaba los labios al rozar con ellos las mejillas de su amada, mientras en el pálido rostro de ésta veía chispear en la obscuridad sus lindos ojos negros.

Juana, muy joven aún, apenas contaba veinte años, era simpática y graciosa, encantadora y pura; sus movimientos tenían algo de felino por lo graciosos; sus zalamerías infantiles hechizaban, y su sonrisa era adorable. La fogosidad de la juventud les bastaba para arrostrar el frío penetrante que hacía saltar las lágrimas de los ojos.

—Desde mañana, decía Juanita, no será preciso ocultarnos, puesto que nuestros padres han consentido en el matrimonio y que vas á pedir mi mano oficialmente.

—Sí, mañana, adorada Juanita. ¡Oh, qué feliz soy!

—Yo también me alegro mucho, murmuró la joven, apoyándose en Julio con fuerza; pero... ¡chist!... oigo ruido...

Los dos escucharon, levantando la cabeza é inmóviles.

No era más que el rumor producido por el molino y el canto de los gallos en sus corrales. La ciudad estaba sumida en un profundo sueño, al abrigo del aire helado de diciembre, que parecía endurecer la atmósfera y envarar las ramas de los árboles del jardín; las estrellas brillaban como diamantes en el cielo azul, blanqueado por el polvo de la vía láctea.

—Alguno conozco yo, dijo Julio, que no se reirá mañana.

—¿Quién?, preguntó Juanita, levantando la cabeza con seductora gracia.

—Tu señor Pablo, contestó el joven.

Juanita dejó las manos de su adorador, que tenía cogidas, hizo un mohín y arrugó el entrecejo.

—¡Malo!, exclamó. ¿Por qué me hablas todavía de él, sabiendo, como sabes, que esto me enoja?

Y mirando á Julio para ver si estaba enfadado, añadió:

—¡Oh! Es muy feo estar celoso, y si no...

—Te aseguro que no tengo ahora celos, interrumpió el joven; pero hace dos meses sufrí mucho... ¡Me dijeron tantas cosas!

—Es que tú te exaltas muy pronto, repuso Juanita, acercando su lindo rostro al de su adorador.

—Jamás he creído nada de cuanto me dijeron, replicó Julio, estrechando la esbelta cintura de su amada, porque te idolatro, y para mí estás á una altura á que no alcanzan las sospechas... Escúchame bien, Juanita... Mi padre me considera joven para casarme, pero ya sabes que soy más formal por el corazón que por la edad. Tú lo eres todo para mí... Si me engañases, si no me amaras ya, moriría...

—¡No, exclamó Juanita, estrechando las manos de Julio y con la sonrisa en los labios, yo no quiero que mueras!... ¿Qué sería de mí si tú faltases? A nadie amo mas que á ti, bien lo sabes... ¡Ah!, añadió después de una pausa, ya es tarde, Julio, y se hace forzoso separarnos... ¡Estoy helada de frío!...

La luz de la luna comenzaba á blanquear el jardín, cual si hubiera nevado; los dos jóvenes se abrazaron una vez más en la puerta; y después de mirar si había alguien en la calle, Julio salió pensando en los graciosos hoyuelos de las mejillas de su amada.

La demanda de casamiento se hizo al día siguiente, víspera de Navidad. El recaudador Raynaud, padre de Julio, fué con su mujer y su hijo á casa de los de Juana, que les invitaron á pasar la noche con ellos para ir después á la misa del gallo, acompañando Julio á su novia. La solemnidad fué imponente: de rodillas uno junto á otro, escuchando atentos los cantos inmortales de la noche cristiana, parecíales que su amor resplandecía en la iluminación de los cirios; que se elevaba hacia Dios á través de los perfumes del incienso y vibraba en su pecho con el hosanna de los órganos. Aquella fiesta fué para Julio una de las más hermosas ceremonias que había visto.

. . . .

La Bruyere escribió algo muy profundo cuando dijo que no se amaba bien más que la primera vez. A medida que la existencia endurece el corazón olvídanse esas puras ternezas, que es forzoso haber sentido, sin embargo, para ser hombre completo. ¡Momento único, virginidad del alma, aurora de la pasión, quien os haya conocido no vuelve á encontraros jamás!

Julio profesaba á su prometida uno de esos afectos fanáticos que deciden de una existencia. No solamente estaba seguro de no desear jamás otra mujer, sino que la amaba tanto, que siempre la respetó como cosa sagrada; y esta ingenuidad adorable convierte el primer amor en un sentimiento que no podemos concebir ya cuando la experiencia de la pasión nos ha depravado. Semejantes afectos, no obstante, son menos raros de lo que se cree en las ciudades pequeñas, donde el carácter sensible se exalta por la soledad. De noche, bajo el emparrado del jardín, Juana estaba segura en los brazos de Julio, á quien la idea de propasarse hubiera parecido un sacrilegio. Su único defecto se reducía á estar celoso de aquel á quien Juanita llamaba «señor Pablo.» Hijo de un comerciante millonario, Pablo Bernier regresó de París, donde había ido á instruirse, con

una fama de estudiante libertino á que, según aseguraban malas lenguas, no se mostró insensible la bella Juanita, calumnia que exasperó á Julio, pero de la cual se rió desdeñosamente desde el momento en que se hubo concertado el matrimonio tan apetecido. En el fondo, jamás había sospechado de Juana, que era para él la virgen impecable, la doncella inmaculada de sus ensueños, pura porque era hermosa, buena porque tenía la voz dulce, sincera porque creía verdaderamente ver el fondo de su corazón en sus expresivas cartas. Esta certeza de ser amado le hizo soportar la oposición de su padre, quien le creía demasiado joven (veintiún años escasos) y ambicionaba para él una unión más ventajosa; pero Julio apeló á tantos extremos y tenía el carácter tan exaltado, que M. Raynaud acabó por ceder á las súplicas de la madre y limitóse á retardar el matrimonio hasta el primero de agosto, con la esperanza de que el precoz enamorado cambiase de parecer.

Aquellos largos meses de espera pareciéronle al principio intolerables; pero arregláronse las cosas de modo que se calmase hasta cierto punto su impaciencia. Pasaba con regularidad parte de la noche en casa de Juanita, acompañada siempre de su madre; los domingos, al salir de misa, volvían á casa juntos; y apenas se les dejaba un instante solos, cogíanse las manos sonriendo para hablar en voz baja. Ya no se escribían, y suprimieron las citas, puesto que se veían libremente. A medida que el tiempo pasaba, Julio enloquecía más de contento; aquello era demasiada felicidad, y tenía miedo. ¿Y si una catástrofe les obligaba á retardar la fecha? ¿Y si Juana caía enferma, ó si él muriese de pronto? Todo era posible.

Hacia mediados del mes de julio, Juana comenzó á estar triste, preocupada; y á causa de una fuerte jaqueca, guardó cama tres días.

Cierto domingo, á eso de las siete de la mañana, Julio se disponía á levantarse, cuando su madre entró de improviso en la habitación.

– El padre de Juanita sale de casa ahora, hijo mío, le dijo. Levántate... ve á verle... Mucho me temo que no se realice tu casamiento. Por la ciudad circula un rumor inusitado; asegúrase que Juanita ha huído con Pablo Bernier la noche pasada.

Julio corrió como un loco á casa de los padres, quienes le manifestaron, en efecto, que no era posible el matrimonio. Juana rehusaba, parecía estar fuera de sí, y había ido á buscar reposo en casa de su tía.

– Ignoramos lo que piensa hacer, añadieron, pues nada nos ha dicho... Vaya usted á ver á su amiga, la señora Mingault, que debe saber algo.

El rumor de un rapto se confirmaba; algunos decían que habían visto partir á los dos amantes.

Julio, aturdido, sofocado y fuera de sí, encontró á la señora Mingault ocupada en coser en su gabinete: al verle entrar, sonrió sin moverse de su sitio.

– Permítame que acabe este dobladillo, le dijo, y me tendrá á sus órdenes.

El joven, en pie delante de la dama, no parecía dispuesto á esperar.

– ¿Qué ocurre?, preguntó. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Juana? ¿Por qué se ha marchado? Usted debe saberlo.

La señora Mingault, siempre risueña, dejó tranquilamente la aguja para medir la tela con los dedos.

– ¡Dios mío!, exclamó, ha ido á ver á su tía y volverá. Esté usted tranquilo.

– Pero todo el mundo dice, repuso Julio, que se ha marchado con el Sr. Bernier... ¡Esto es horrible!... ¿Verdad que es imposible, que la noticia es falsa, que es una calumnia?

La angustia hacía palidecer las mejillas del joven, que miraba á su interlocutora con ojos atónitos.

– Ya sabe usted que siempre se exagera, replicó la señora Mingault recalcando las sílabas y sin dejar la costura.

– ¡Cómo se exagera! ¿Pues dónde está? ¿Por qué no me ha escrito? Su madre acaba de manifestarme que el matrimonio no se realizará... ¿Por qué razón? ¿Qué ha sucedido? Sea usted franca... Si supiera lo que padezco...

La señora Mingault se encogió de hombros, miró un momento tranquilamente al pobre joven, de bigotito rubio y barbita puntiaguda, y levantando al fin la cabeza, frunciendo el ceño, díjole sin ambages ni rodeos:

– ¿Quiere usted saberlo? Pues sí, es verdad... Ha huído anoche con Pablo, qué desea casarse con ella... Su madre lo sabe, y es verdaderamente ridículo tratar de ocultarle á usted una cosa que es ya del dominio público. ¡Ah! ¡Cuánto puede el dinero, amigo mío!...

Julio miró á la señora Mingault como si acabase de recibir un bofetón, y solamente pudo exclamar: «¡Eso ha hecho!» Iba á añadir: «Será una broma, ¿no es cierto?» Pero las afirmaciones de la señora Mingault eran formales.

– Es la pura verdad, dijo, y yo, que la conozco mejor que usted, apenas puedo creerlo. Me hubiera parecido más fácil que las montañas cambiaran de sitio... Confidencialmente le diré á usted que Juana era muy coqueta, y que siempre pensó en casarse con un rico, y mientras á usted le daba citas, recibía ocultamente cartas de Pablo... Cierto día estuve á punto de revelárselo á usted todo; pero ella me lo impidió... Yo creí que usted acabaría por echarlo de ver; pero usted la tomaba por un ángel... ¡Ah! ¡Cuán cándido es usted!

Julio creía que se le hablaba de otra mujer, y semejantes frases aplicadas á Juanita no tenían para él sentido. De repente, al pensar que era de ella de quien se trataba acometióle un dolor tan agudo, que levantándose de la silla donde se había dejado caer, comenzó á pasear de un lado á otro, como fiera en su jaula, sacando su petaca y poniéndose á liar maquinalmente un cigarrillo.

Cuando la señora Mingault hubo terminado, cuando Julio supo todos los detalles de la falta, de modo que ya no podía quedarle duda, figurósele que la habitación y los muebles habían cambiado de sitio y que veía aquellas cosas por la primera vez en su vida. La evidencia de su desgracia le pareció absurda y su propia certidumbre una contradicción. ¡Terrible padecimiento! ¡Creer lo imposible y admitir lo que no tiene sentido!



La señora Mingault, siempre risueña, dejó tranquilamente la aguja para medir la tela con los dedos

Y se paseaba por la habitación de un lado á otro con aparente calma, mientras repetía como un sonámbulo, encendiendo un cigarrillo:

– ¡Bueno... bueno! ¡Perfectamente!... Ahora ya sé á qué atenerme... y lo prefiero así... Es una necia, y nada más...

Pero faltóle pronto el valor, y dejándose caer en el sofá, apoyó en un lado la cabeza, cubrióse el rostro con las manos y rompió á llorar, á la la vez que exclamaba:

– ¡Ella... Juana... engañarme así y escaparse con otro hombre!... ¿Por qué?... ¿Pero por qué?... ¿Qué puedo haberle hecho, ni qué motivos de queja tiene contra mí?... Bastaba decirme que no me amaba, que no quería casarse conmigo... No, esto es demasiado... Yo no lo merecía... Ella lo era todo para mí, todo, absolutamente todo... ¡Ah! Hubiera preferido mil veces verla muerta...

La señora Mingault le dejó llorar, pensando que esto le aliviaría, y después, cansada de aquella escena, trató de consolarle.

– Vamos, amigo Julio, le dijo, no llore usted... sea más hombre; Juana no merece tantas lágrimas... ¡Como si no hubiera otra!...

Julio se levantó haciendo un gran esfuerzo para simular una sonrisa.

– Sí, es verdad, repuso; tiene usted razón; pero eso es superior á mis fuerzas. Si usted supiera...

La señora Mingault dijo á Julio que los dos amantes se habían ausentado por quince días, evitando el ferrocarril por temor de ser reconocidos. A los dos días se hallarían en San Maximino, después en Rougiers y desde allí pasarían al Santo Bálsamo. Admiradores de la naturaleza, iban á pasar su luna de miel á la sombra del antiguo bosque galo, inmortalizado por la penitencia de Santa Magdalena, la pecadora de amor.

Al separarse de la señora Mingault, Julio encendió otro cigarrillo, hizo girar su bastón, y atusándose el bigote reunió todo su valor para reprimir la desesperación que se desbordaba.

«¿Y bien, qué?, se dijo; no pensemos más en Juana, como si no la hubiese conocido jamás.»

Pero no existiendo ya Juana para él, ¿para qué quería la vida?

Al entrar en su casa, declaró con la mayor tranquilidad que su matrimonio no se realizaría; que Juana se había marchado, en efecto, con Pablo, y que el desprecio le daría fuerzas para olvidarla. Llegada la noche, y apenas pudo volver á su habitación, Julio se dejó caer en la cama sin pensar en desnudarse; lloró hasta el amanecer, con los puños oprimidos contra las sienes, y gimiendo debajo de las ropas del lecho: los adorables recuerdos de aquel primer amor dilataban su pecho, llenando su alma de amargura, y aun se echó en cara no haber sido bastante bueno para con Juana. «¡La he atormentado, se dijo... He sido celoso..., y sin duda la inspiré odio!...»

Al despertar á la mañana siguiente, la luz del día le pareció horrible, y en-



Después sentóse, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, lloró

tonces comprendió la extensión de su desgracia. ¡Aquello era atroz! ¡Su Juana querida prostituirse á un hombre!... Volvió á verla con el pensamiento pura, tentadora, ideal; por la noche, en el jardín, oía el sonido de su brazaletes al mover las manos, cuyas azuladas venas le llamaban tanto la atención; veía su rostro pálido, su cabello negro, sus tersas mejillas, donde su alma parecía dormir bajo las sedosas pestañas, cuando murmuraba: «¡A nadie amo más que á ti, Julio, solamente á ti!...» Y aquellas miradas eran falsas, aquella boca había mentido y aquel cuerpo angelical estaba ya mancillado!

De pie, con la frente apoyada en los vidrios de la ventana, la inmovilidad de las casas le pareció extraña y el silencio de las calles doloroso, cual si vistos á través de sus lágrimas, todos los objetos se hubieran cristalizado. Entonces comprendió que no tendría fuerza para vivir con semejante herida en el corazón, para arrastrar su agonía como la fiera que los cazadores persiguen; y en el candor de su juventud, de carácter violento, ignorando la brevedad de las pasiones y persuadido de que no se curaría, resolvió suicidarse. Su exaltación no le mostró sino aquel medio de aniquilar el sufrimiento que le martirizaba. ¡Morir era más que librarse, era tomar venganza! Pero á fin de conseguir esto último, debía darse muerte delante de ella, salpicarla con su sangre, legarle aquel remordimiento, atemorizándola y maldiciéndola.

Cuanto más reflexionaba, más se imponía este desenlace. Iría á buscarlos al Santo Bálsamo; los seguiría al bosque, y apenas se hallaran en la gruta, se mataría precipitándose desde la altura del Pilón Santo, uno de los puntos más elevados de la montaña.

Aquella misma noche anunció á sus padres que deseaba ausentarse algunos días para distraerse y que se alojaría en casa de un amigo.

– Con esto volveré curado, dijo; estoy seguro de ello.

Y hablaba con tal tranquilidad y sangre fría, que le dejaron marchar.

A la noche siguiente, cuando la bóveda celeste aparecía prodigiosamente tachonada de estrellas y el aire hacía vibrar la atmósfera, Julio llegó á la hospedería que los religiosos dominicanos tienen allí hace siglos. Por las señas que le dieron pudo comprender que los dos fugitivos estaban hospedados desde la mañana; y la idea de dormir bajo el mismo techo que cobijaba á Juanita mantúvole despierto hasta el amanecer, entregado á sus alucinaciones y oyendo el rumor del aire en el silencioso é inmenso bosque. Dos religiosos que encontró por la mañana en el corredor dijéronle que todos los viajeros, sin excepción, asistirían á la misa de las nueve, que debía celebrarse en la gruta. Al saber esto, pagó su cuenta, salió y fué á ocultarse en el tallar para observar á Juana cuando pasase...

No hacía mucho tiempo que estaba allí cuando divisó á la joven de bracero con un hombre. ¡Era ella! Llevaba un vestido gris ceñido que marcaba perfectamente sus formas y un ramito de flores en el corsé; apoyábase suavemente en el brazo de su compañero, y le miraba con la misma sonrisa que tuvo para Julio la última noche en el jardín, cuando hacía tanto frío y se estrechaban uno junto á otro.

Loco de dolor, Julio tomó el sendero de la montaña, sin volver la cabeza é impulsado siempre por su idea fija: llegar á la altura cuanto antes, desaparecer, no sufrir ni ver más á su Juana, que estaba á su presencia, risueña y cogida del brazo de aquel hombre. Ni aun pensó en batirse con su rival. ¿Para qué? Juana era la única culpable.

La ascensión fué penosa; el camino sigue los flancos de la montaña, cuya gigantesca pared de rocas graníticas se prolonga por la derecha. A medida que subía aspiraba con deleite el aire puro que dilataba sus pulmones, cual si hubiera querido tener más vida para morir; llevaba el sombrero en la mano, y el sudor inundaba su frente. De trecho en trecho veía oratorios ruinosos, que señalaban las estaciones del camino de la Cruz: también, pobre crucificado, trepaba por su calvario, dejando pedazos del corazón á lo largo del camino. ¡Oh! ¡Cuánto le urgía llegar á la expiación final! Proponíase elegir un sitio perpendicular á la plataforma de la gruta, y se precipitaría desde el punto más alto, de manera que su cuerpo cayese á los pies de Juana, sangriento y desfigurado, como diciendo: «¡Mira lo que has hecho de mí!»

Las montañas se ofrecían á sus ojos cada vez más bajas, el bosque estaba ya lejano, la campiña le pareció más vasta, porque entraba en la eterna inmovilidad de las cimas, que solamente rozan las alas de las aves y las nubes.

Julio sacó su reloj; había recorrido la mitad del camino; pero Juana no debía estar aún en la gruta.

El infeliz franqueó con tal ímpetu la distancia que aún le separaba del punto apetecido, que de repente admiróle no tener que subir ya más, pues se hallaba en la cima, en el Pilón Santo, que desierto se alzaba á la altura de mil metros: la muerte le pareció allí cosa envidiable y figurósele que al precipitar su cuerpo, su alma remontaría por sí sola al firmamento.

Julio comenzó á recorrer la cumbre, buscando un paraje cortado á pico sobre la gruta; después sentóse, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, lloró; sí, lloró su amor mancillado, su porvenir perdido; lloró el triste fin de su existencia, todos los sueños felices que antes acariciaba, y lloró también á su padre y á su madre, á quienes iba á causar el mayor desconsuelo con su muerte. Ya no sentía odio contra nadie; aquel silencio purificador, aquella paz soberana y la infinita serenidad del cielo desterraban de su alma todos los achaques terrestres. Frente á frente con Dios, ¿cómo no perdonar? Entonces volvió á ver con el pensamiento aquel amor que le daba vida, y que ahora era causa de su muerte; volvió á ver á Juana, con su esbelto talle, sus largas pestañas que velaban sus negros ojos cuando sonreía, los hoyuelos de sus mejillas, sus pulseras, su falda blanca, cuando iba á pasear al campo con la sombrilla al hombro; y como esta visión redoblase su sed de suicidio, miró ante sí cual si tratara de medir el abismo.

No se atemorizó; pero habiéndose sentado más cómodamente para que sus piernas quedaran suspendidas en el vacío, retrocedió poseído del horror y presa del vértigo. La montaña oscilaba como un mástil; sus miembros se aligeraban, y parecíale que navegaba en el aire. ¿Tendría valor para precipitarse?

Julio volvió á mirar su reloj. ¡Eran las nueve, hora de comenzar la misa! La idea de que Juana le esperaba abajo infundióle valor; dió tres pasos hacia atrás para tomar impulso, y de repente el peligro le alucinó; figurósele que estaba en su lecho y que soñaba. Abarcando entonces de una sola mirada la tierra y la vida, el abismo espantoso y el sol irónico que doraba el firmamento, saltó al borde de la roca repitiendo: «¡Juana, Juana!» Cuando se hubo sentado hizo un brusco movimiento y se dejó resbalar, profiriendo un alarido terrible, semejante al grito de un hombre que no quiere morir y que pide socorro; pero ya era demasiado tarde, y cayó con la velocidad de una masa de plomo. Su cuerpo giró en el espacio, chocó contra la roca, rebotó y fué lanzado, no sobre la plataforma de la gruta, sino veinte metros más allá, en pleno bosque.

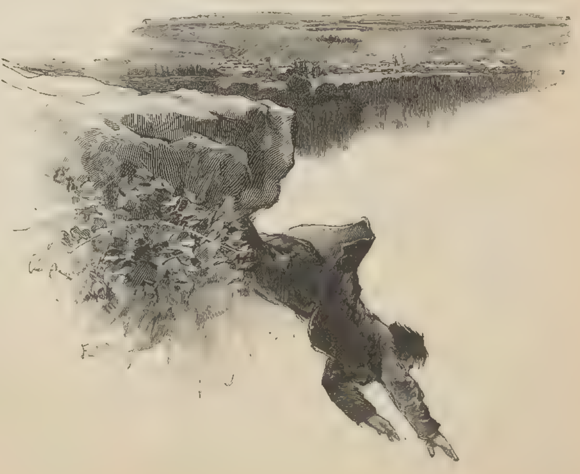
Una hora después, cuando se encontró el cadáver, la cabeza había desaparecido, el cerebro había salpicado las hojas y la pierna derecha fué encontrada en el camino. Las personas que oían la misa le vieron caer de cabeza, originándose entre ellas una confusión indescriptible.

Entretanto los dos amantes, que habían cambiado de parecer, dirigíanse hacia los Ventisqueros. Juana no estaba, pues, en la gruta en el momento de la catástrofe, y habiendo tenido noticia de que acababa de ocurrir un suicidio y que el cadáver había sido conducido á la hospedería, la joven, muy supersticiosa, no quiso volver á ella y fué con su amante á tomar asiento en la diligencia de San Maximino para continuar el viaje.

No tuvo conocimiento de la muerte del joven hasta ocho días después, hallándose en Turín, cierta noche que llevó al teatro el diario de su país para leer la crónica local. Se cantaba *Mignon*, y tuvo valor para escuchar la opera hasta el fin.

¡Pobre Julio! Era demasiado joven y faltábale valor para soportar la existencia; si hubiera vivido, después de sufrir algún tiempo se habría consolado, porque de todo nos consolamos en este mundo.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL



SECCIÓN CIENTÍFICA

LA ÚLTIMA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

VISITA DE EXPLORACIÓN AL VOLCÁN

Ya se recordará que el Vesubio tuvo hace poco un período de actividad notable que llamó poderosamente la atención pública.

El día 1.° de junio último abriéronse cuatro bocas alrededor del cráter central, en el interior del cono de erupción, que funcionaron hasta las diez de la mañana del día 7. En este día se vió que el lado norte del cono había sido minado y al mediodía aparecieron anchas hendiduras en la base del cono eruptivo. Poco después, á las cuatro de la tarde, dejóse sentir en la estación inferior del funicular un gran temblor de tierra acompañado de sordos ruidos y limitado al gran cono vesubiano, y simultáneamente la hendidura de arriba dió salida á un penacho de humo, que por lo general se escapa del orificio central, cosa que observé con interés descendiendo por el Posilippo, hasta las cinco y media, hora en que los bordes del cráter se desmoronaron hacia el interior y la grieta se extendió hacia abajo á lo largo del gran cono hasta casi la mitad de su altura, en donde se abrió un pequeño cráter por el que salieron algunas lengüetas de lava. Esta hendidura prolongóse hasta la base del cono y en el *Atrio del Cavallo*, yendo cada prolongación acompañada de desprendimiento de grandes columnas de vapor de un color negro característico, producido por la mezcla del polvo con otros materiales finos atravesados

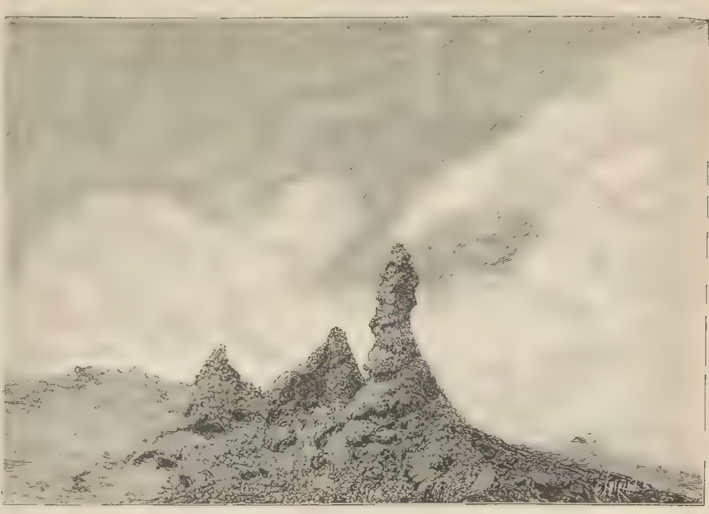


Fig. 2 Aspecto de las fumorolas formadas sobre la lava del Vesubio durante la última erupción de 7 de junio de 1891 (De una fotografía del autor.)

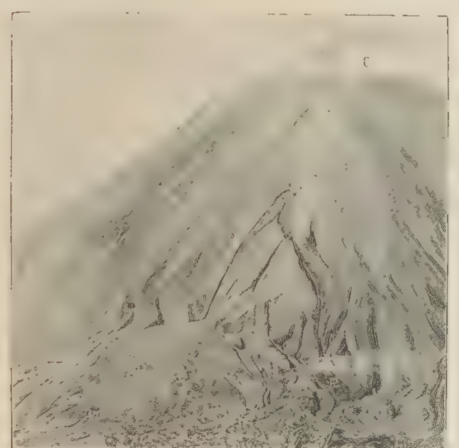


Fig. 1. Cono de erupción del Vesubio. (De una fotografía del autor.)
C, Cono de la última erupción. - L, Lengüetas de lava. - B, Boca de erupción abierta el 7 de junio de 1891. - F, Fumorolas.

por la grieta. A las siete menos algunos minutos ésta atravesó el *Atrio* casi en el cuarto de su altura, dando origen á la mayor de estas columnas de humo negro y formándose en la parte inferior de la gran hendidura pequeñas grietas secundarias que dieron paso á una corta cantidad de lava.

El día 15 de junio hice una nueva visita al volcán, acompañado de los señores Elliot, Green, Linden, Newstead y Treiber, excelentes fotógrafos los más de ellos; de suerte que juntando mis aparatos con los que ellos llevaban pudimos obtener numerosos clisés que serán como un registro ilustrado de formaciones generalmente mal reproducidas. Subimos hacia el punto de salida de la lava, en el sitio en donde se juntan el pie del gran cono y el *Atrio del Cavallo*; la lava que allí había, la primera que cayó el día 7, habíase enfriado lo suficiente para que pudiésemos andar sobre ella, pero por algunos orificios podíamos ver á nuestros pies lava fluida todavía. Al pie del gran cono, y extendiéndose á medio camino á través del *Atrio*, siguiendo el radio de la grieta eruptiva cual si ésta se hubiese prolongado hasta allí, aparecía una serie de pequeños conos-fumorolas, de los que contamos siete completos y perfectamente formados: la mayor parte de estas fumorolas arrojaban chorros de vapor de un calor intenso, escapado de la lava que corría por debajo y que en muy poco tiempo carbonizó un pedazo de madera que en ella sumergimos. Alrededor de los bordes del orificio superior, la hematita, los cloruros de potasio, la soda, el hierro, el cobre en fusión, etc, se condensaban y fluían hacia la superficie exterior de la fumorola, solidificándose luego en curiosas y bellas estalactitas matizadas de colores y de naturaleza muy delicuescente.

La lava había manado primero en forma de abanico hacia el escarpe del monte Somma, de modo que hacia el extremo este llegaba hasta esta gran sección natural, hasta más abajo de la *Punta del Nasone*. Siguiendo, sin embargo, la inclinación natural del terreno, había torcido hacia el Oeste, y el día 15 de junio encontrábase precisamente en frente del *dyke* n.° 16 (*Geological map of Vesubius and Monte Somma*. Philip and Son, Londres, 1891), avanzando muy lentamente.

Esta lava es vidriosa y de granos toscos, especialmente en las inclusiones de cristales de leucita, al paso que en la superficie presenta el tipo plano ó *pahoehoe*.

En la cima del gran cono el desmoronamiento de las crestas continuaba sin cesar, pero en el extremo superior de la hendidura lateral, al pie del cono de erupción y en la cumbre del gran cono vesubiano, habían cesado casi por completo los desprendimientos de vapor.

El día 30 volví al cráter, acompañado de mi amigo M. A. Green. Toda la cima del gran cono estaba cubierta de una espesa capa de ceniza y polvo, en cuya superficie se encontraba como de costumbre la costra de cloruro verde amarillento, siempre tan rico en cobre que los clavos de mis zapatos quedaron enrojecidos por el contacto de este metal. El cráter se había ensanchado considerablemente y sus bordes aparecían surcados por anchas fajas que alternaban con grietas paralelas á las crestas libres. Fácil era con un bastón arrancar masas de esta substancia que formaba las paredes del cráter. La visita de las crestas era sumamente peligrosa; la experiencia que en punto á exploraciones del Vesubio tengo adquirida, indicábame que sólo por dos puntos podíamos acercarnos sin gran peligro; así lo hicimos y miramos hacia el fondo del cráter, bien que tomando grandes precauciones. Pocos días después de nuestra visita halló la muerte en esas mismas crestas el viajero brasileño Sr. Silva Jardim.

Dirigiendo nuestra mirada á unos 50 metros, en el interior del cráter pudimos ver el resplandor de una boca que tendría de dos á tres metros de diámetro. Las paredes del cráter eran cóncavas: una plomada cayendo desde el borde habría tocado al fondo del escarpe. El fondo del cráter estaba bastante unido.

En la mañana del día 30 de junio cayó en la estación inferior mucho polvo, del que recogí varios sacos; es la materia ordinaria, fina y arenosa de esta

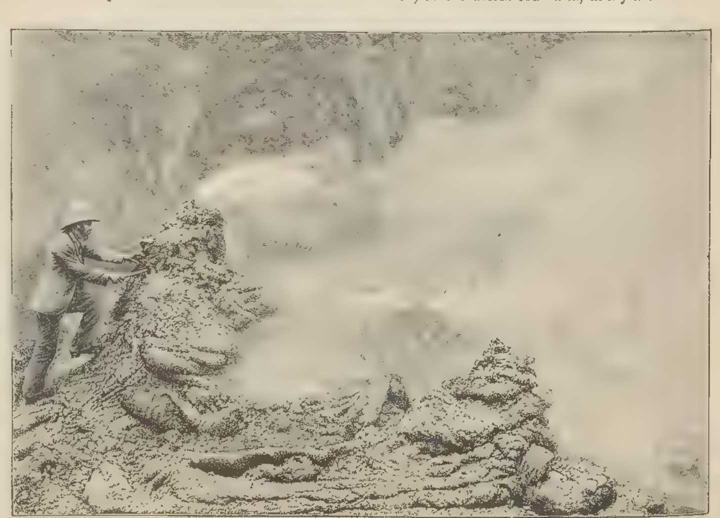


Fig. 3. Estudio de una fumorola por un ascensionista en el volcán del Vesubio. Formación del 7 de junio de 1891 (De una fotografía del autor.)

clase de erupciones, y consiste en substancias pulverizadas del cono de erupción.

Después de haber pasado la noche en la estación inferior del funicular, al día siguiente, 1.° de julio, atravesamos el *Atrio* y subimos al extremo oeste del monte Somma, que fuimos siguiendo de manera que pudiésemos obtener una vista general, á vista de pájaro, de toda la escena de la erupción, de la que sacamos fotografías en los puntos más importantes. En el centro de la cumbre encontramos una ligera capa de polvo fino encarnado que hasta allí y desde tan gran distancia había sido arrojado. Del mismo producto estaba también cubierta una parte del *Atrio*. Volviendo á bajar por el escarpe hasta más allá del *Cognulo di Ottajano*, hacia el *Atrio del Cavallo*, todavía visitamos el extremo inferior de la erupción. La mayor parte de las hermosas fumorolas estaban destruídas.

La lava había alcanzado ya un estado la completa solidez, aunque á unos 50 metros de la base del gran cono, un agujero nos permitió ver la roca fluida aún, que fluía lentamente á poco menos de un metro de nuestros pies.

Hacia el extremo de la ola la lava hacía considerables progresos en dirección al Oeste y se encontraba formando una misma línea con el dyke número 13.

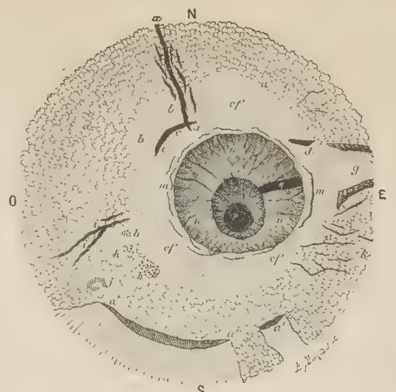


Fig. 4. Cima del gran cono vesubiano en 30 de junio de 1891. (Mapa levantado por el autor.) Límite del gran cráter de 1872 rebasado por la lava.

Desde entonces, el estado de la montaña ha sufrido pocas modificaciones; el cráter ha continuado ensanchándose, el polvo ha seguido cayendo á largas distancias y la lava fluyendo, fenómenos éstos cuya duración menor ó mayor depende de que se ensanche ó no la abertura de drenaje.

Las figuras 1, 2 y 3 dan una idea exacta de las extrañas formaciones geológico-volcánicas; la figura 4 representa el estado actual del cono, y las letras indican: *a*, *a'*, cráter aún visible; *b*, resto del cono de 1885-1886; *c*, parte del borde del cráter de mayo de 1886; *d*, cráter de mayo de 1889; *e*, *f*, parte del cono de erupción hasta el 7 de junio de 1891; *g*, grieta de mayo de 1889; *h*, manchas amarillas de lava descompuesta, de escorias y de polvo; *i*, grieta por donde se desprenden vapores de ácido clorhídrico; *j*, refugio de los guías; *k*, numerosas grietas en el borde SE. del cono; *l*, otras grietas en el borde NE. del gran cono; *m*, grietas en el borde del cráter que actualmente se forma; *n*, *o*, plataforma irregular en el fondo del cráter; *p*, boca principal; *q*, dyke hueco de las erupciones de mayo de 1889-1891 y otras anteriores; *x*, grieta y boca de vapor del 7 de junio de 1891.

H. J. JOHNSTON LAVIS

(De *La Nature*)



UNA METOPA DEL FRISO DEL PARTENÓN

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 5 de octubre de 1891 — Núm. 510

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CÉLEBRE PINTOR JAN VAN BEERS

LA CRITICA EN EL ARTE DEL ACTOR

EL PRINCIPIO Y EL HECHO

I

No está, en verdad, fundada todavía (refiriéndose á España) en el cimiento sólido de una idea nacional y fecunda. Pero ¿puede fundarse? ¿No hará esta interrogación que se dibuje una sonrisa desdeñosa en los labios de los hombres que saben?

La Crítica es la Filosofía de la Historia, y anda la *Ciencia de Vico* muy desacreditada en estos tiempos, desde que la *ley providencial*, como suprema profetisa de los hechos del hombre y mostradora de la inmanencia en ellos de un Dios trascendente, se ha convertido en la *ley fatal* que los preside, según la Filosofía *positiva*, y en la simple *sucesividad* proclamada por los que, no teniendo fe en los indestructibles y legítimos fueros del pensamiento, intentan suprimir la Metafísica, niegan *los principios* y con ellos la *ciencia*, tan sólo afirman *los fenómenos*, y elevan con asombrosa tranquilidad el *egolatrismo* y su consiguiente lógico, la *lucha por la vida*, á la categoría de ley suprema de la Historia.

Y si este descrédito puede ser racional con respecto á ciertas manifestaciones temporales de la Crítica, es injustamente afirmado, y como que pretende apostatar y apostata al fin del conocimiento científico, si rechaza la aplicación de los *principios* á los *hechos*, cuando aquéllos no se deducen de teorías apriorísticas, sino de su información en el tiempo; pues si el fenómeno se produce sujeto á la ley, la ley palpita siempre en el fenómeno; pudiendo así el hombre ver lo que es inmutable, eterno, necesario, *filosófico* á través de lo que cambia y es temporal y contingente, á través de lo *histórico*.

La protesta del *positivismo* contra los fueros de la razón, desde que quiere suprimir la *ciencia primera*, fundándose, por paradoja incomprensible, en argumentos metafísicos, hace volver á la Historia al punto de partida, á la simple narración de los acontecimientos, cuando lo fugaz no debe separarse de la ley que lo produjo; y desdeñando la aplicación de los principios á la total actividad humana, extiéndese á la ciencia que debe proclamarlos como leyes de las manifestaciones estéticas de aquella actividad; lo que afirma el descrédito de la *Crítica artística*, por lo incondicional y tenazmente que quiso encerrar la realización de la belleza en los moldes estrechos del *clasicismo* académico, sin hacer memoria de las *nuevas odres para el vino nuevo*, y por la selvática libertad que concedió más tarde á las facultades del artista, arrojándolo al turbulento mar de su inspiración desenfrenada, sin más estrella que su instinto, levantando, por oposición á la Academia, la estatua del *romanticismo*, grandiosa cuanto desgreñada; la misma que hoy derrumba del pedestal y empequeñece hasta convertirla en el repugnante monstruo del *naturalismo* experimental y determinista, negación de la fantasía y de toda idealidad, y por lo tanto negación del Arte.

Cierta divergencia y oposición que, al parecer, existen entre el pensamiento y la actividad artística para informarlo, entre las facultades especulativas y las creadoras, entre la razón y la imaginación, que no se desarrollan paralelamente, explica que en épocas como la nuestra las manifestaciones artísticas cedan el puesto á las especulaciones sobre lo creado, sobreponiendo el juicio á la fantasía, como explica también el ardor de la juventud estudiantil por oficiar de sumo sacerdote de la Crítica, y razona la invasión creciente de los censores que entran y talan las heredades de los realizadores soberanos de la belleza, motivando por ley de oposición la gran cruzada de artistas contra críticos, y la lucha de éstos contra aquéllos que, como la que libran escolásticos y librepensadores, metafísicos y positivistas, habrá de continuar terrible y sin cuartel hasta el reinado del *realismo armónico* que con el creador de la *Ciencia biológica* nació en Alemania, pronto hará quince lustros, y que ha de trascender á la variedad indefinida de las manifestaciones del espíritu.

Mas á pesar del descrédito indicado, ¿quién niega los milagros de la Crítica, aplíquese á esta ó á otra determinación ó fase de la actividad? Ella contiene en límites estéticos las facultades extraviadas del artista; conviértele en gigante si con alientos viene á la batalla; ella hace enmudecer y pisotea al ignorantón desvanecido; y hoy la hija del pensador de Nápoles, impugnador del *método* cartesiano, amamantada por la Enciclopedia y la Revolución, ya en las cumbres de Kant, de Hegel y de Krause, suelta las ligaduras del exclusivismo escolástico y declara la *sustantividad* de la belleza y la independencia del Arte, cuyo fin estético no ha de subordinarse al fin docente ni al fin utilitario ni al fin moral.

II

Descendiendo á nuestro propósito: ¿Es el arte del actor manifestación verdadera y esencialmente estética de la actividad humana? ¿Será interesante su crítica? Y antes que todo, ¿puede ésta fundarse en un cimiento, perdurable como la ciencia y que han ido construyendo los siglos?

No produjera el nuestro su labor fecundísima, cuando á sus pies no hubiesen acumulado los demás los frutos de la suya; y pues nada más que la obra de la divina Omnipotencia se crea de improviso, sino que lenta y progresivamente todo se transforma, claro está que en los principios de la Estética puede basarse la Crítica contemporánea aplicada á las fugaces manifestaciones de la Declamación teatral, contempladas hoy; pero ¿cómo elevar esa crítica á un pensamiento trascendente, mostrar que el principio se cumple en toda sensible determinación del arte considerado, y traslucir lo que aquella que se nos aparece significa, dentro de su tiempo y con relación á la labor histórica de los anteriores, si esta labor nos es desconocida?

¿Dónde está la Historia del Arte del actor? ¿Dónde está el objeto para aplicar á su aparición temporal nuestras especulaciones?

That is the question, que dice Hámlet.

III

Huelga repetir que la obra del actor es un relámpago: entre otros, en el panegírico de Rafael Calvo lo dijo el gran Echegaray maravillosamente. Y es, en verdad, muy triste que de todos aquellos arrebatos, carcajadas y gritos, sollozos y lágrimas, acentos y actitudes, no recogidos en placa alguna fotográfica ni en pentagrama alguno; de todos aquellos latidos de la vida que han golpeado el corazón de los grandes cómicos, ya en el proscenio mismo, donde su arte reguló portentoso el fuego de la sensibilidad, ya en los momentos en que, estudiando al poeta y al personaje, sintió el intérprete algo que en su espíritu tiene profundísima semejanza con las tempestades de la tragedia, con las cómicas situaciones y con las mascaradas paródicas, á las que debe dar la vida de la escena; de todo lo que el actor informa en el sonido y el movimiento no quede sino la más efímera memoria, y que su gran obra deje en el recuerdo lo que el ave que cruza el aire deja en el espacio. ¡Cuán curioso poder hacer aquélla tan secular como la historia!

Mas, concedida la alta misión del Arte, retratar el espíritu, y la de la Crítica, buscar lo eterno en ellos, no nos es necesaria, para encontrarlo, la perpetua reproducción de las obras del cómico. Ni fuera tan elocuente como se sospecha de improviso.

Si un *genio* portentoso, si algún loco sublime de la ciencia recogiese en el misterio de una placa los gestos y las actitudes del cómico; si en el seno de encantadas moléculas encerrase las inflexiones de su voz, para que al sacudimiento de la carrera prodigiosa del titán eléctrico se agitaran vibrantes, y se produjera el milagro perdurable de la resurrección de los sonidos; y si para asombro de las generaciones y para seguro de la inmortalidad de ese estupendo sabio, por invención casi sobrehumana se hicieran coincidir en *foto-fonógrafo* tan enorme las tonalidades con los movimientos, hiriendo nuestros ojos y nuestros oídos con la reproducción pasmosa de la obra del gran actor, librada de la muerte, ¿tendríamos quizás el fidelísimo retrato del alma del artista?

No, ciertamente; que recogiéramos entonces tan sólo los despojos de la materia, la imagen pálida de su acción y el eco de su acento; mas no las palpitaciones de su espíritu. El suspiro y la queja, la exclamación y el grito, la carcajada y el sollozo, y el estertor y el hipo trágicos de la agonía, que son tonalidades y sonidos, aparecerían semejantes á los que producen helada y fatalmente esos instrumentos mecánicos, asesinos feroces de las obras del músico, y no á los que arranca su interpretador al violoncelo, pulsado al compás de los latidos de su corazón; y el gesto y la sonrisa, la mirada y la lágrima, que son actitudes y movimientos, dinámica elocuencia del mutismo, serían reproducciones muertas, y no cuadros que el pincel del artista robó con su inspiración al iris de los cielos. La palabra y todos los acentos intérpretes de las conmociones del ánimo, abandonados ya á las leyes de la materia cósmica, lejos de ser los pobladores misteriosos del mundo del sonido, que viniesen á hablarnos de todo eso inefable que hay en el espíritu del artista, fueran tan sólo un eco ridiculizador de aquellas vibraciones, que había de convertir de fatal modo lo trágico en cómico y lo cómico en bufo; y las imágenes de la acción, recogidas en la cámara obscura por la mano insensible de cuerpos inorgánicos, en vez de alzarse vivas y animadas del mundo del movimiento y venir en las alas espléndidas de la luz á nuestros ojos, adonde el corazón subiese á recibirlas y á saber por ellas secretos del espíritu que no caben en el humano verbo, se asemejaran solamente á las fotografías de un difunto, en el que el físico Galvani parodiase la vida y al que se le hiciese tomar distintas actitudes por medio de los hilos que hacen mover á los *fantoches*. Allí el gesto elocuente sería mueca repugnante; las actitudes, acaso descompuestas por la inspiración para fingir el arrebato, se convertirían en ridículos aspavientos; las lágrimas en manchas; aquello fuera el mecanismo intentando retratar el alma, y habría desaparecido lo que sólo el artista de la palabra puede reproducir esencialmente: la circulación del drama por la sangre, las huellas de su paso por el espíritu del cómico (1).

Recoger lo que en su interpretación hay de perdurable y de simbólico, visto á través de lo efímero y temporal, es lo importante; no la relación tal vez curiosa, tal vez abrumadora de los hechos; no las impresiones detalladas en que el artista se asemeja y aun se identifica con los otros cómicos y con los otros hombres.

Tuviéramos, así, con el juicio del escritor acerca del comediante, su contemporáneo, manifestaciones de la Crítica promulgando la ley que cumplió la declamación teatral histórica, y el problema quedaría resuelto con mirar desde la cumbre de nuestro siglo la labor especulativa de los pasados.

IV

Empero ¿existen en España manifestaciones de tal crítica que, recogidas por un espíritu nacional, exhumen el *arte del actor* y sean mostradoras de que el ingenio hispano es *uno* y *sustantivo*, y que sin esclavizarse á influencias extrañas, antes bien domándolas con la condición del estro poderoso y libérrimo que debió á natura, en suprema armonía va cumpliendo la ley de su admirable identidad en todas sus determinaciones artísticas? No nos sugestiona el pesimismo si decimos que no.

Porque ni lo que dicen el desenfadado y malandante Agustín de Rojas (*Viaje entretenido*), cuya veracidad alabada por Bretón puede ponerse en duda si hemos de atender á que era cómico; el erudito García Villanueva Hugalde y Parra, primer actor del teatro de la Cruz (*Origen, épocas y progresos del teatro español*, 1804), y don Casiano Pellicer y Tovar en su *Origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España;* ni las noticias recogidas por el ilustrado compositor español D. Francisco Asenjo Barbieri y por el académico D. Cayetano Rosell, ya en la parroquia de San Sebastián de Madrid, en la que se custodian los libros de la cofradía *Nuestra Señora de la Novena*, hermandad de los comediantes, ya en los sabrosos entremeses de Quiñones de Benavente, ya en los dos manuscritos que de la *Genealogía de los cómicos* existen en la Biblioteca Nacional; ni lo que con grande sagacidad y mayor diligencia escribe

(1) No se encuentran en este caso las fotografías á que el actor voluntariamente ha contribuído; pues que, estudiando en combinación con el retratista la actitud y el momento, ya tiene su reproducción ciertas condiciones estéticas que hablan de lo simbólico.

el muy distinguido D. Julio Monreal para poner á toda luz errores de unos y otros; ni los datos que avaloran la *Vida de Alarcón* por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe; ni lo que después de mucha paciencia puede verse en los *Recuerdos* de Alcalá Galiano y en los de Zorrilla, en las *Memorias* de Mesonero y en el pintoresco aunque desvencijado *Corral de la Pacheca* de Sepúlveda; ni, en fin, cuanto pudiera tomarse, ya depurado por trabajo de selección, de *El teatro español*, folleto de D. Alberto Sanabria y Puig, de *El teatro en Valencia* por D. Luis Lamarca, de *El teatro en Sevilla*, sendos estudios de Sánchez Arjona y de Velilla, de las *Memorias cronológicas* del corregidor Armona, 1785, y de algunos artículos excelentes como los dos del señor Cañete acerca de Lope de Rueda (mas no considerado como actor) y del intérprete admirable de *La Aldea de San Lorenzo*; nada de esto puede considerarse como manifestaciones históricas de la Crítica. Cierto es que estos escritos, anécdotas y curiosidades en montón farragoso, noticias que más se refieren al hombre que al pensador, todo ello poco, descosido y disperso, sin contar los *documentos vivos* que andan en lenguas de comediantes cuando al hablar de sí mismos opinan de los eminentes para que no lo parezcan tanto, pudiera servir de material; pero como producto de esfuerzos individuales y aislados, sin espíritu crítico, sin plan y sin propósito trascendente, no resulta informado por un pensamiento fecundo.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Edificio para la sección de transportes

Y gracias que en la *Vida artística de Mayquez*, escrita por D. José de la Revilla, y en el folleto de «Clarín» *Rafael Calvo*, palpite un sentimiento nacional digno de levantadas miras, y que el insigne Bretón de los Herreros, con el espíritu de observación más investigadora, dejase para gloria mayor de su renombre póstumo el notable estudio histórico-crítico acerca del *Estado de la Declamación* (1848); que si en todo no compadecemos con él, no es ciertamente autor tan luminoso menos digno de admiración y de respeto.

Volvemos, pues, al punto de partida.

V

¿Pero será que los hechos nada importan?

Al crítico sagaz impórtanle, sin duda, grandes enseñanzas, si una vez depurados resulta de ellos algún simbolismo, y le inspira ideas luminosas la influencia de las vicisitudes del hombre sobre el artista; pero ¿de qué pueden hablarnos las manifestaciones de la actividad en que uno y otro se asemejan á los demás artistas y á los otros hombres?

Así en la historia, ¿para qué recoger (siendo posible) los hechos todos que todos nuestros semejantes ejecutaron en todos los tiempos? La vida de un hombre, como tal hombre, como hijo de su padre, ó nada importa ó importa indefinidamente menos que la del filósofo, la del revolucionario, la del guerrero: nada dicen, en tal sentir, el hijo de la matrona Fenaretra ni el abogadillo de Arras ni el artillero de Tolón; pero ¡cuánto y cuán elocuentes nos hablan Sócrates de su pensamiento, Napoleón de su genio estratégico y Robespierre de su potentísima voluntad!

Y es que si la Historia, como manifestación de la ciencia tiende á la verdad de los hechos (y aun así no puede separarse de la Crítica, pues la verdad no se depura sin que el juicio busque lo permanente en lo fugaz), como determinación artística que ella es, ha de cumplir la gran misión del arte: retratar el espíritu de la humanidad (1) en el tiempo y en el espacio.

Y por esto, todo lo que constituye las más directas manifestaciones del espíritu humano tiene más valor y simboliza más lo eterno que las otras determinaciones de la actividad de los hombres, cuyos ocultos móviles desconoce la Historia. Y en este sentir, no sólo la Poesía (que dijo Aristóteles, atrevidamente comentado por el sapientísimo literato santanderino) (2), sino las *artes estéticas* (3) dicen más verdad que la Historia.

Ahora bien: si son ellas las interpretadoras admirables del espíritu humano y de la obra del Eterno, que recogen y, en cuanto es posible al hombre, simbolizan, ¿no irán manifestándose, sujetas á las leyes biológicas, cumplidas por el individuo, por el pueblo, por la raza, en el espacio y en el tiempo, á pesar de la libertad soberana del artista, que lejos de negarlas las afirma? ¿No está aquí lo pasajero interpretando á lo permanente? Si lo primero se cumple en el tiempo y en el espacio, ¿por qué, conociendo las leyes perdurables (en cuanto es dado á nuestra pobre codicia humana) no hemos de adivinar cómo pudo, cómo debió cumplirse lo segundo?

El espíritu interpretador palpita, pues, en el interpretado. Y como es ley de razón, ley filosófica, que siendo la *unidad* interiormente varia, lo que es cumplido en un término va manifestándose en todos los términos de la *variedad*, sin la cual no se cumple la soberana ley de la *armonía*, todo lo que hayan simbolizado, por permanente, las manifestaciones efímeras de un arte que (con la libertad

(1) Acepción corriente, aunque no es ella de castizo abolengo.

(2) Discurso del Sr. Menéndez y Pelayo para ser recibido en la Academia de la Historia, y en cuyo fondo da á entender que la Historia es mentira.

(3) Voy con Giner en lo de que no hay *bellas artes*, sino manifestaciones bellas del arte.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. - LA LAGUNA, vista por el Sur



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Pabellón de la Administración

al arte consiguiente) sea interpretador de otro, en que son más durables, estará latente en todo aquello que es interpretado.

El *Arte del actor* está enterrado vivo en la tumba del drama del poeta.

Sígame los lectores que con el pacientísimo Job alcancen parentesco.

ENRIQUE FUNES

SECCIÓN AMERICANA

LA CANDOMBERA

(RECUERDOS DE MONTEVIDEO)

«Cuando andaba parecía que en la tierra no tocaba,» dijo un poeta describiendo con gentileza á una mujer, y esto podía decirse de Raquelita Guerra, la muchacha más salada y hechicera de cuantas en Montevideo lucían su indolencia por el paseo de Molino, muellemente reclinadas en soberbio *landó*, y su garbo callejero rebosando coquetísima distinción en la calle del Dieciocho de Julio ó á la salida de la novena de ánimas.

Era Raquelita una oriental hecha y derecha, sin mezcolanzas *gringas*, ni trocatintas de sangre de horchata, cabellos desteñidos y ojos blancos de puro azulados. Americano-andaluza pura, purita, con candelillas encendidas en los ojos, lava en las venas, ascuas en el cerebro y un intrincado laberinto de hilillos eléctricos en los nervios, semejaba una serpiente hermosa, fascinadora, de escamas relucientes y tornasoladas, pero traidora, con las abiertas fauces dispuestas á tragar al primer incauto pajarillo que por su mal tuviese la desgracia de acercársele.

Teníasela por muy dada á la política: ninguna como ella para ridiculizar á los contrarios ni para cortar trajes á las muchachas del otro bando. Era hija de un coronel muy significado en la fracción más avanzada de la democracia, en la *colorada neta*, que por mote había recibido de los *blancos* ó conservadores el de partido del *candombe*, por lo mucho que bullía y rebullía sin hacer nada.

El candombe es un baile de negros, soso, requebrado y calmoso, que debe tener su origen en el Africa. Reúnense los negros en un salón: un músico, dicho sea con perdón del arte, *cajea* en un bombo descomunal dando acompasadamente con las palmas de las manos en aquella especie de cajón, mesa ó tambor de montenegrino, domador de osos callejeros.

Un *caballero* retinto se levanta ceremoniosamente á buscar á una *señorita* del color de las moras maduras, que suele estar púdicamente vestida de blanco y tan correctamente sentada como cualquier colegiala recién presentada en el gran mundo; hace el *caballero* una ceremoniosa cortesía invitando á bailar á la elegida, y ella se pone de pie; vuelve la cabeza echando una mirada á la cola para ver si está larga y estiradita, y se cuelga del brazo que su pareja le presenta. Cuádranse ambos en medio del salón uno enfrente del otro, y como la estancia suele estar muy despejada porque no se permiten otros asientos que los humildes bancos que la rodean, quedan las dos figuras tiesas, erguidas y muy visibles para los espectadores.

Dan él y ella unos pasos adelante puestos en jarras y contoneándose con movimientos de negro *cimarrón;* cuando se han acercado hasta la distancia de un metro poco más ó menos, hacen con la mano derecha (la izquierda continúa en la cadera) un signo como si dijeran: «Calla, que ya me las pagarás,» y girando con media vuelta hacia la izquierda, vuelven á su sitio con la misma parsimonia para repetir tres ó cuatro veces la propia tontería y retirarse después, dejando el sitio á otra pareja. Este es el cuento de no acabar nunca, y así se suelen estar los negros orientales, mejor dicho africanos, horas y horas moliendo y remoliendo, entretanto el *cajeador* sigue impertérrito su *bombeo* con intervalos muy cortos de descanso.

Esta danza ni tiene accidentes ni me parece á mí que puede despertar entusiasmos, por más que algunas negritas sacan bastante partido de la sosera del baile moviendo las caderas con desmadejamientos rítmicos y dejadeces lánguidas.

Así se bailaba el *candombe* allá por los años de 1874, y creo que seguirá bailándose mientras haya *neguitos* apegados á sus tradiciones.

Algún periodista endiablado hizo una frase á costa de los demócratas rojos, y vean ustedes por dónde quedaron señalados con el mote de *candomberos* los que nosotros llamaríamos demagogos por cobijar bajo su banderín de partido á toda la *ganchada* de armas tomar que sabía escupir por el colmillo.

A esta comunión política pertenecía Raquelita por parte de su padre: era *colorada*, sí, señor, *colorada* y *candombera*, ya que con este nombre la designaban las *blancas* con quienes se trataba, porque las ideas de su papá no estaban reñidas con las ínfulas aristocráticas de su mamá, ni menos con el derecho que por el rango de familia tenía á pisar los más elegantes salones de la perla del Plata.

Pero Raquel era muy exaltada, exaltadísima: si los naturales miramientos de la joven distinguida no hubieran contenido sus ímpetus políticos, más de una vez la hubiésemos visto arengando á las masas en plazas y calles, excitando á la rebelión al populacho.

Transigía en sociedad con los otros colores políticos y transigía á duras penas; pero fuera de un salón de baile eran enemigos suyos, así los *principistas (colorados templados)*, como los *blancos* más ó menos *netos*.

Contábase que debía su mote á un drama ideado por ella, cuyo final hubo de ser trágico para un joven del partido contrario. Se enamoró de ella: era guapo, rico, elegante y sensible, y amó á Raquel Guerra con toda la intensidad que puede amar un hombre honrado á la mujer que le seduce prometiéndole correspondencia. Raquel no le quería sin embargo: había jurado vengarse de él porque su acerada pluma se había ensañado más de una vez contra los *colorados*. Tenía treinta y dos años; estaba en la plenitud de su vida y en la plenitud de su amor. Raquel lo sedujo, lo mareó, lo volvió loco; y cuando comprendiendo que su amante había llegado al delirio creyó oportuno el momento de la venganza, buscó un pretexto para romper los lazos que había prometido serían eternos.

Ni las lágrimas ni las súplicas ni las amenazas de un suicidio hicieron mella en el alma de Raquel, y al día siguiente de perder el desgraciado amante la última esperanza, puso fin éste á su existencia, encargando tan ingrata tarea á una cápsula de un revólver.

«Muero por el amor de una *candombera*,» decía el *blanco* en una carta que dejó escrita, y todo el mundo señaló á Raquel como autora de semejante crimen.

* * *

Era tan seductora la *candombera*, que á nadie sirvió de escarmiento lo ocurrido: los hombres se mueren siempre por la mujer que ha sido causa de un suicidio, si esa mujer es joven, hermosa, elegante y traviesa.

Aquel cuerpecillo breve que apenas se alzaba del suelo, aquellas facciones menudas y correctísimas animadas por una luz satánica, deslumbrante y enloquecedora, podían conducir al infierno de las pasiones, pero no al paraíso de los amores.

Transcurría el mes de noviembre, mes que á los difuntos dedican piadosamente las orientales. La novena de ánimas en la iglesia Matriz veíase concurridísima todas las tardes: ninguna señorita dejaba de asistir: ningún hombre dejaba su puesto en tal ó cual rinconcito, desde donde podía observar á la hermosa de sus pensamientos.

¡Y cuidado que hay hermosas en Montevideo! La mujer oriental es flexible como el junco, elegante como pocas, suave y sonriente como los ángeles de Murillo.

Su andar tiene algo de la bayadera y mucho de la sultana encerrada en moriscos jardines: hay en su cabeza orgullo innato, en su busto majestad y en su todo el abandono de las palmeras cimbreadas por el viento.

Suelen ser las montevideanas altas y de formas correctamente modeladas; pero la *candombera*, aunque hecha á torno, como suele decirse, era lo que llamamos nosotros una pimienta: chiquitita, picante y más bien redonda que angulosa.

Como todas las niñas aristocráticas, asistía diariamente á la novena de ánimas, y cuando Raquel penetraba en el templo se conocía por el murmullo y



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Fachada sur del edificio destinado á la sección de Electricidad



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Pabellón de la sección de Horticultura. – Palacio del Estado del Illinois. – Vista de Jackson-Park y del plano general de la Exposición, tomada á vista de pájaro, dibujo de D. Nicanor Vázquez

los cuchicheos que de todos lados partían sin respetos á la santidad de la casa.

Arrodillábase con estrépito, arreglaba el traje, estiraba los guantes, miraba á todas partes, saludaba graciosamente á unos con la cabeza y á otros con la



Llaves del siglo XVIII

mano, y acababa por santiguarse precipitadamente recordando no haber cumplido con la primera obligación.

Cuando quería dar mucho que hablar, apoyaba los codos en el reclinatorio y el rostro en las manos, ensimismándose ó haciendo que se ensimismaba orando, sin mirar á parte alguna, irguiendo de vez en cuando la cabeza para levantar los ojos al cielo y cerrarlos en seguida llena de unción evangélica.

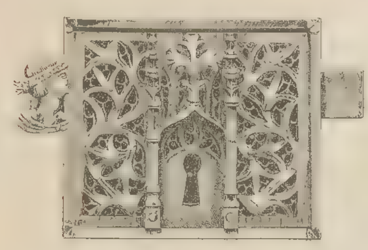
Entonces las mujeres preguntábanse: «¿Qué tendrá?» Y los hombres se decían: «¡Si pensará en mí!»

Una de esas tardes la vió Andrés da Costa, un brasileño buen mozo y muy rico, que había hecho los cuatro días de navegación desde Río Janeiro á Montevideo sólo por conocer á las mujeres orientales, de las cuales había oído maravillas.

Le señalaron á Raquel, le hablaron de ella, se la presentaron como el ejemplar más perfecto de la coquetería, y no hizo en su alma impresión alguna: encontró una muñequita muy linda con la expresión seráfica que le daba su falso misticismo, y dijo que debía haber sido tonto de remate el que por semejante virgencita se hubiese pegado un tiro.

Le provocaron á tratarla sin volverse loco por ella, y Andrés aceptó el reto: convinieron, pues, sus amigos en presentarle aquella noche en casa de Guerra.

A la salida de la novena formábanse las dos filas apiñadas que en todos los países y en todos los tem-



Cerradura del siglo XV

plos forman los hombres más descreídos para ver salir á las devotas. Andrés era de los primeros y escudriñaba todos los rostros y reparaba en todos los andares sin recordar á la santita *candombera*.

Sintió de pronto un codazo y volvió la vista: un amigo le avisaba de la presencia de Raquel; y cuando creyó encontrarse con aquella carita dulce y tímida que antes había visto, oyó una carcajada sonora, armoniosa y plateada que le hizo estremecer como si aquella voz argentina hubiera sonado dentro de sí propio.

Vió entonces de lleno el rostro de Raquel y clavó en ella sus ojos negros y penetrantes. La *candombera* le miró con curiosidad: aquel *mozo* elegante y casi pudiéramos decir hermoso era desconocido para ella. Saludó á los que con él estaban y siguió hablando fuerte y riendo locamente con sus amigas.

Aquella noche pisó Andrés da Costa el primer salón oriental, pues hacía sólo cuatro días que llegara y fué presentado en casa del coronel Guerra.

Hallábase Raquel en su elemento: un hombre interesante, rico y por ende vizconde da Costa... era cosa de emplear todas las seducciones de su vastísimo repertorio.

Estaba monísima; vestía traje color de rosa, adornado con una guirnalda de yedra, que la envolvía de pies á cabeza: era una fraganciosa trepadora, encaramándose para juguetear con los negros cabellos de la diosa.

Recibió al vizconde da Costa medio tendida en un sofá; Raquel tenía graciosísimas posturas de gata chiquita que ninguna de sus amigas se permitía imitar.

Andrés da Costa salió enamoradísimo de casa de Guerra: la *candombera* le había hechizado; no era un demonio ni un ángel ni una mujer, era una tentación, pero una tentación irresistible que se apoderaba del alma, de los sentidos, del cerebro, de la existencia toda.

Raquel tenía veintidós años, aunque sólo representaba diez y seis; pensaba y sentía, pues, como una mujer, y creyó llegada la oportunidad de elegir marido.

Cuando se hubo quedado sola dijo:

– Bueno: si éste se empeña, me casaré con él; es buen partido y no me disgusta.

Dicho se está que Andrés da Costa hizo su proposición en regla, y después de los trámites de familia que son de rigor en tales casos, acordóse celebrar el matrimonio en los primeros días del mes de febrero.

No dejaba de disgustar al vizconde que su futura esposa fuese tan exaltada en cuestiones políticas; pero pensaba que eso acabaría cuando se trasladasen al Brasil, en donde por aquel entonces no pensaba nadie en derrocar al caballero emperador D. Pedro II.

Alguien quiso disuadir de aquel matrimonio al joven brasileño: ¡inútil empeño! Su fortuna, su amor



Aldaba del castillo de Foix

y su vida eran de Raquel: aquella criatura, ángel ó demonio habíase apoderado de su albedrío y de su corazón; lo mismo podía impulsarle al suicidio, como al otro, que remontarlo al cielo en alas de una caricia.

Andrés no podía dudar que Raquel le amaba: aceptaba su mano, elegíalo entre cien pretendientes tan ricos como él, luego era producto del cariño la elección. Cuando con envidia y celos veía que Raquel prescindía de sus palabras para engolfarse en discusiones políticas y en arranques impropios de su sexo y menos de su edad, hubiera querido que los días volasen para sacarla de aquella atmósfera que la tornaba irascible á veces, y á veces inhumana.

Las pasiones políticas comenzaron á enconarse en el Uruguay los primeros días del año 1885. El partido *colorado principista*, vale decir liberal de guantes y frac, ocupaba el poder, presidido por un hombre honrado y de temperamento conciliador; pero aquel presidente (Ellauri) no podía oponer dique á la ola imponente del *candombe*, que amenazaba arrastrar la situación con ímpetus demagógicos, y pactó tácitamente con los *blancos* ó conservadores para hacer frente al enemigo común en unas elecciones municipales si mal no recuerdo.

El día señalado para la elección hubo de suspenderse por un disgusto que llegó á vías de hecho en el colegio electoral (que lo era el atrio de la iglesia Matriz) entre un periodista de la *high-life* del partido blanco y un coronel de los colorados netos.

Al domingo siguiente, día 10 de enero, fecha funesta para Montevideo, que vió correr mezclada la sangre generosa y ardiente de sus exaltados hijos, debía verificarse la elección suspendida. El comandante de un buque de guerra extranjero anclado en el puerto había hecho circular invitaciones para dar un *lunch* con que obsequiar á la brillante sociedad oriental en recompensa de los muchos agasajos que de ella había recibido.

Si unos dadan importancia á las elecciones, otros creían que no pasaría la cosa de lo ocurrido el anterior domingo, por lo cual ni se suspendió á bordo la fiesta ni dejaron de asistir las invitadas.

Contábase entre ellas Raquel Guerra, que acompañada de sus padres y de su futuro esposo hizo su entrada triunfal á bordo, recibiendo una salva de aplausos por la gentileza con que había subido la escala á pesar del vaivén y del oleaje demasiado vivo que hacía balancearse á la empavesada nave.

Algunas señoras se marearon pronto, y ya se disponían á dejar el buque antes que arreciase el temporal, cuando alguien advirtió que sonaban tiros.

El padre de Raquel, á fuer de militar y de valiente, quiso bajar á tierra: sus amigos estarían batiéndose, y no encontraba decoroso continuar alejado del punto de peligro cuando con las armas se ventilaba la causa de su partido; pero también creyó oportuno que su esposa y su hija continuasen á bordo mientras la sangrienta cuestión no quedase resuelta.

La señora de Guerra quiso retener á su esposo; pero Raquel animaba á su padre diciéndole:

– No te detengas; acaso tu presencia decida la victoria.

El comandante dió las órdenes para que la falúa condujese al coronel Guerra, y le acompañaron todos hasta la borda de donde pendía la escala. Se despidió precipitadamente, besó á su esposa y á su hija, y cuando se disponía á dar un abrazo al que muy pronto había de ser su hijo político, se adelantó Raquel interponiéndose entre ambos con orgullosa energía.

– ¡Cómo, Andrés! ¿No acompaña usted á mi padre?, dijo clavando en su prometido una mirada fiera.

La pregunta cogió desprevenido al conde da Costa, que titubeó un poco antes de contestar.

– Como se trata de cuestiones políticas... y yo soy extranjero...

– ¡Está bien!, replicó despreciativamente Raquel. Debía usted haber buscado esposa en su país: las orientales no podemos amar á ningún cobarde.

Andrés da Costa rugió como un león hostigado cruelmente dentro de su jaula; y exponiéndose á caer al agua, se lanzó por la escala en seguimiento del coronel, que acababa de saltar en la falúa.

Los presentes quedaron atónitos; la sangre fría de la *candombera* les aterraba mucho más cuando después de haber desatracado la falúa se volvió con aire de triunfo diciendo:

– Mi *macaco* (mono) es un valiente.

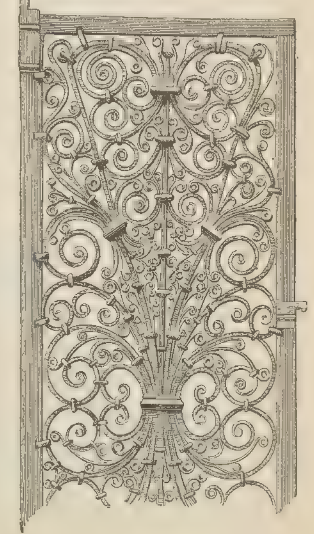
En Montevideo llaman macacos á los brasileños, como llaman á los italianos *bachichas* y á los españoles gallegos.

– Me parece que la cosa no es para que pongamos la cara *feroce*, dijo Raquel. Debemos continuar tan alegres y contentos: ¿verdad, comandante?

El comandante, que era europeo, joven todavía y hermoso como un Apolo, sonrió á Raquel y le ofreció el brazo.

– Ciertamente, dijo, aquí nadie más que usted tiene motivos para retraerse del bullicio. Si no lo hace debemos agradecerle infinito esa prueba de bondadosa condescendencia.

Continuó, pues, la fiesta más íntimamente. Algunas señoras, temiendo al *pampero* (viento de las Pampas),



Reja de la abadía de Ourscamp (siglo XIII)

que amenazaba con arreciar más tarde impidiendo el desembarco, no quisieron prolongar por más tiempo la estancia á bordo.

Raquel y su madre debían aguardar un aviso ó la vuelta del coronel.



EXPOSICIÓN DE PRAGA.—EL EDIFICIO CENTRAL

La mar seguía alborotándose cada vez más y el buque pasaba de los movimientos pausados á los cabeceos que marean irremisiblemente á las personas poco avezadas á semejantes bailes.

La señora de Guerra se retiró al camarote del comandante, en cuya litera se recostó, y Raquel, que no quiso abandonar la cámara, se tendió en un diván apoyando su linda cabecita en dos almohadones galantemente colocados por el jefe del barco.

La *candombera* se revolvía inquieta, quejándose del malestar que sentía; pero á decir verdad un poco más mareado pudiera creerse al arrogante marino, que embobado la contemplaba, bella y picaresca, con sus cabellos destrenzados, sus posturas lánguidas y sus miradas entre dulces y maliciosas.

El pobre comandante sí que estaba mareado.

Era ya de noche cuando después de grandes apuros logró la falúa de la capitanía del puerto atracar al costado del buque extranjero: en la falúa iba el coronel Guerra radiante de gozo.

Cuando penetró en la cámara se levantó Raquel de un salto, y abalanzándose al cuello de su padre le dijo:

–¿Hemos vencido, verdad?

–Sí: el gobierno ha caído, el poder es nuestro.

–¿Ha muerto mucha gente?, preguntó una señora extranjera con ansias y con dolencia.

–Desgraciadamente, contestó el coronel, se ha derramado sangre generosa de algunos jóvenes de nuestra dorada sociedad. También ha muerto...

El señor Guerra se detuvo y miró á su hija.

Raquel leyó en aquella mirada.

–¿Andrés?, preguntó.

–Sí, el pobre Andrés.

–¿Batiéndose?

–No.

La *candombera* hizo un gesto de disgusto.

–Cuando llegábamos á la plaza Matriz, una bala que sin duda venía dirigida á mi cabeza hizo pedazos la suya.

Los circunstantes se miraron asombrados de la tranquilidad con que Raquel escuchaba á su padre.

–¡Pobre *macaco!*, dijo por fin. Me quedo compuesta y sin novio... Pero hemos triunfado. ¡Viva el *candombe!* Adiós, comandante: supongo que irá usted á vernos, le esperamos mañana á tomar el te. Tiene usted que felicitarme: ha triunfado mi mote, el mote que me han regalado los *blancos*.

Y subió precipitadamente sobre cubierta, recogiéndose el cabello y poniéndose el sombrero sin detenerse ni mirarse al espejo.

Cuando el comandante del buque extranjero se hubo quedado solo, apoyó los codos en la borda y la cara en las manos.

Pensaba tal vez en las seducciones de aquella muñeca traviesa que por algunas horas le había trastornado el juicio, pero formaba también la firme resolución de no acudir á la invitación de la señorita Guerra.

Felizmente, ni en Montevideo ni en parte alguna se cuentan muchas *candomberas*.

EVA CANEL

EXPOSICION UNIVERSAL DE CHICAGO

Bien sabido es que los americanos quieren sobresalir en todo, y también que la idea de la magnitud es la que predomina en la imaginación de los yankees. Ahora insisten mucho en sostener que el aspecto de Chicago no tendrá punto de comparación con ninguna de las más ambiciosas concepciones del antiguo continente. El terreno ocupado por la Exposición comprende el espacio de 1.035 acres, ó sea el doble del que se destinó á la Exposición de París; y los recursos financieros reunidos para la obra figuran en correspondiente escala. De cuatro á cinco millones de libras esterlinas se consagrarán por el Directorio á esta empresa, debiéndose agregar á tan enorme suma lo que suministren los Gobiernos Federal y del Estado, los extranjeros, las Sociedades, Compañías y particulares, y los accionistas, lo cual supone muchos millones más.

Chicago es un punto bien elegido para hacer esa gigantesca manifestación del progreso. Esa ciudad, situada en una llanura uniforme, en medio de un país fértil y magnífico, es una de las más hermosas del mundo, y por su importancia comercial solamente cede á Nueva York. Había antes porfiada y enojosa rivalidad entre Filadelfia y Chicago, que parecían disputarse el honor de albergar el gran certamen; pero esta última ciudad pareció más propia para el objeto, y en ella recayó la preferencia. Según acta del Congreso, los trabajos para la Exposición debían ser dirigidos por una Junta formada por representantes de todos los Estados y un Comité compuesto de cuarenta y cinco ciudadanos notables. Este último debía facilitar fondos hasta la suma de dos millones de libras esterlinas, proponiendo el sitio y los planos para las construcciones. Esta suma se suministró muy pronto por los activos ciudadanos de Chicago, y en el parque Jackson el Comité pudo disponer de un sitio magnífico. El parque se extiende á lo largo de la orilla del lago Michigán, que como ya saben sin duda muchos de nuestros lectores comprende un área de 26.000 millas cuadradas, poco más ó menos; de modo que desde todos los puntos de los terrenos de la Exposición se verá esa inmensa sábana líquida, cubierta de embarcaciones de toda especie. Otra de las bellezas que se deberá á la proximidad del lago consiste en la existencia de islas, estanques y lagunas, diseminados en todo el terreno y que separan los diversos edificios muy pintorescamente. Tres meses hace, el parque Jackson conservaba aún su estado primitivo.

Apenas se aceptó el sitio, invadióle un ejército de hombres, con numerosos caballos, que se ocupó desde luego en cavar, arar y allanarle para fertilizarlo después. Fué preciso remover unos doscientos mil pies cúbicos de tierra á fin de suprimir colinas que obstruían el terreno, y después cortar muchos árboles, dejándose tan sólo un reducido espacio cubierto de bosque, que parece un oasis en un inmenso páramo donde brillan la arena y los guijarros. En la extremidad norte del parque se hizo necesario abrir un canal desde el lago hasta la laguna, que constituye un detalle grandioso en el paisaje. Al Sud y al Oeste de esta laguna se forma ahora un espacioso terraplén



EL PASEO DEL CASINO DE BADEN-BADEN, cuadro de Stahl



¡YA ESTÁN AQUI!, cuadro de A. Jourdan, grabado por Baude

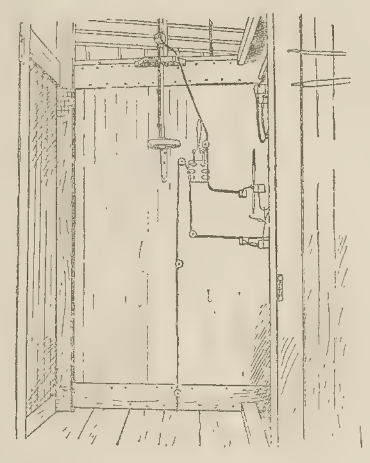
de catorce pies de altura, donde se instalará la administración en el edificio construído al efecto. Estas obras serán las más notables de todas. Los terrenos, como puede comprenderse, no deben carecer de vegetación; y muchos horticultores trabajan ya para embellecer aquel desierto, convirtiéndole en delicioso jardín.

El área ocupada por las diversas construcciones será mayor en un doble que la de la Exposición de París; y de las disposiciones generales puede formarse idea por el croquis á vista de pájaro que publicamos. Otro grabado representa el edificio destinado á la sección de Electricidad, que sin duda será uno de los más importantes y del mayor interés. Para la iluminación de tan grandioso conjunto no se empleará, por supuesto, sino la luz eléctrica, presentándose, entre otras novedades, un camino de hierro eléctrico alto. El edificio ha de ocupar un espacio de más de cinco y medio acres, y es uno de las más soberbios del gran grupo central: como la mayor parte de los demás de la Exposición, tendrá el estilo del Renacimiento italiano; su altura debe ser de 60 pies; y el material, semejante al granito por su color, presentará adornos apropiados y dibujos alegóricos: una estatua de Franklin ha de coronar la entrada principal, que estará en la parte del Sud.

De distinto carácter es el palacio de la Agricultura, que se levanta en escala proporcionada á la importancia de la industria; y exceptuando tan sólo el edificio de la Administración, resultará una de las más hermosas construcciones: será de estilo clásico, y ocupará un espacio de 800 pies por 500, circuído de pequeños lagos. Los cuatro pabellones, uno en cada ángulo, unidos por una gran cúpula central, constituirán el carácter más notable del edificio, pues aquélla rivalizará por sus dimensiones, magnificencia y decorado con las más celebradas cúpulas de carácter análogo que hasta hoy se han conocido en el mundo. Dichos pabellones medirán 64 por 48 pies cuadrados, y la gran entrada del lado Norte, de 60 pies de anchura, conducirá á un elegante vestíbulo cuyos atractivos aumentan las columnas de estilo Corintio, de 5 pies de diámetro por 40 de altura.

Los edificios de la Administración deben ser la joya arquitectónica entre todos los demás, y aunque construídos con materiales que no durarán más de dos años, su coste asciende á 650.000 duros; pero deben ser una de las más brillantes obras de la arquitectura moderna. Estarán situados en el punto más dominante de los terrenos, consistiendo en cuatro pabellones, uno en cada uno de los cuatro ángulos del cuadro del plano, uniéndolos una gran cúpula central de 120 pies de diámetro por 260 de anchura. Hasta el primer piso se ha optado por el orden dórico, aunque sus proporciones son algo pesadas; el segundo piso, con sus altas columnas, es de estilo jónico. Exteriormente plano, está dividido en tres pisos principales: el primero consiste en cuatro pabellones de 65 pies de elevación; el segundo, de la misma altura, continúa la rotonda central, de 175 pies cuadrados; y el tercero es la base de la gran cúpula, de forma octágona y de 40 pies de alto. Esta cúpula se eleva en graciosas líneas y debe adornarse ricamente con elegantes esculturas. El interior se decorará por el mismo estilo, y sus pinturas serán del mejor gusto. El piso principal contendrá dos departamentos de policía y de bomberos con cuartos para los detenidos; en el segundo pabellón estarán los empleados de sanidad y ambulancias, los médicos y farmacias, el departamento extranjero y las oficinas de informes. En el tercer pabellón se encontrarán las oficinas de correos y el Banco. Los pisos segundo, tercero y cuarto comprenderán las salas de la directiva, las de distintas comisiones y la del director general: allí estarán también el departamento de publicidad y promoción y la comisión de los Estados Unidos.

El departamento de los medios de transporte estará situado en la extremidad Sur, entre los departamentos de Horticultura y de Minas. Su estilo, aunque elegante, es sencillo; mas según parece, trátase de enriquecer el ornato de los detalles. Vista desde la laguna, la cúpula del edificio formará el lado Sudoeste del cuadrángulo constituído por el grupo de construcciones de que dicho edificio forma parte, destacándose á la altura de 165 pies sobre el suelo: se llegará á ella por ocho ascensores, y dominará la parte Norte, que ha de ser una de las más magníficas de la Exposición. La entrada principal del edificio, que debe llamarse Puerta de Oro, se compondrá de un solo arco, enriquecido con bajos relieves y pinturas murales; el resto de la composición consiste en una arcada continua con columnatas y entablamentos. En las paredes se han abierto numerosas entradas pequeñas que conducen á terrados, cuyo principal adorno se reduce á varias fuentes de agua potable y graciosas estatuas. El interior se tratará un poco á la manera de basílica romana, con anchas naves y tres divisiones en el techo, de las cuales la central se elevará sobre las otras, perforándose sus paredes para formar una preciosa arcada. Dentro del edificio habrá trayectos de ferrocarril en que se pueda exhibir todo un tren de pasajeros ó de mercancías con su máquina. Los objetos que se expondrán en el departamento de que hablamos corresponden todos á transportes, desde el cochecito del niño hasta la máquina más poderosa, y el aparato de diversos tipos de locomotoras será estupendo.



Ejecuciones por la electricidad en los Estados Unidos
Fig. 1. Aparatos que transmiten la electricidad

El grabado que representa la laguna vista por la parte del Sud, da excelente idea de la gran escala en que se ha llevado á cabo el plan y de los pintorescos efectos obtenidos.

Otro de nuestros grabados reproduce el Palacio del Estado del Illinois que se alza en Chicago, capital de éste, y que es indudablemente uno de los más notables de la ciudad. En este edificio se halla establecido oficialmente el poder ejecutivo y legislativo de aquel Estado. La magnífica construcción, de bella arquitectura, semejante á la que generalmente tienen todos los edificios públicos de los Estados Unidos, se halla situada en el centro de un hermoso parque, al borde de un gran lago, en cuyas límpidas aguas se reflejan las severas líneas de su fachada principal.

El edificio, en el cual se penetra por una ancha escalinata practicada delante de su cuerpo central, encierra todas las dependencias de los poderes allí establecidos, entre las cuales sobresalen el gran salón de sesiones del Congreso y los tribunales de justicia.

Este hermoso palacio encierra tantas maravillas que ya por sí solo puede decirse que constituye una verdadera exposición.



Fig. 3. Colocación del reo en la silla

En posteriores números iremos publicando nuevas vistas de la Exposición, á la que nos proponemos consagrar atención especial, tanto como merece ese importantísimo certamen con que el nuevo continente se apresta á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Colón.

Entre los varios elementos de que para ello disponemos contamos en principal término con los buenos oficios de nuestra distinguida colaboradora y corresponsal en Nueva York, Eva Canel, especialmente encargada de remitirnos cuantas vistas y datos acerca de la Exposición juzgue interesantes. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se prepara de este modo para en su día contribuir dignamente á la conmemoración de aquella gloriosísima fecha de los anales de nuestra historia.

X

LAS EJECUCIONES POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hacía mucho tiempo que los yankees buscaban un medio rápido, seguro y casi *humano*, para quitar la vida á los reos de muerte. Después de desechar el veneno porque suponían que necesitando la mediación de un médico se negarían éstos á ejercer de verdugos, y la guillotina por el espectáculo de la sangre, convinieron que era el garrote el más sencillo, menos cruel y de más rápidos resultados, pero tropezaban con un insuperable obstáculo: esta pena es la que aplican los españoles, y ellos no pueden rebajarse al nivel de una *nación bárbara*.

Acordaron, pues, aprovechar la electricidad como medio más en consonancia con sus adelantos, y todavía se recuerda con horror el triste espectáculo que á la faz del mundo dieron los Estados Unidos con el primer ensayo hecho en la persona del condenado Kemmler.

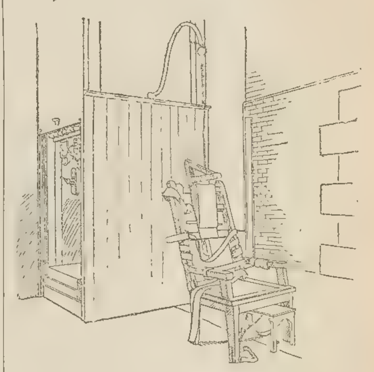


Fig. 2. La silla preparada para la ejecución

Recientemente han sido ajusticiados cuatro reos que aguardaban el segundo ensayo, más afortunado que el anterior. Esta vez han sido aplicados los electrodos á las pantorrillas y á las sienes, ruta más fácil según se cree para llegar al corazón.

Dicen los médicos encargados de las autopsias que á los reos les sobrevino la inconsciencia inmediatamente de cerrado el círculo; pero otros en cambio, testigos presenciales también, aseguran que los desgraciados sintieron las tres descargas que á cada uno fueron aplicadas. El sigilo para que no se trasluciese el resultado de este segundo ensayo hasta que no se obtuviese el parte oficial, fué extraordinario, y los *reporters* de la prensa fueron tratados por el alcaide de la prisión de Sing Sing peor que si se tratase de facinerosos. La guardia tenía órdenes severas, y al primer ataque de los periodistas para entrar debía disparar y echarles encima algunos perros de presa con que fueron reforzados los centinelas. En la imposibilidad de obtener fotografía de los reos aprestados á recibir la muerte, un redactor de *The World*, Mr. Frederick N. Peck, se sentó en la terrible silla para lograr una fotografía con que poder reproducir el espectáculo en el gran diario neoyorquino. Esta es la que damos hoy á nuestros lectores enviada como los otros grabados por nuestra distinguida colaboradora y corresponsal Eva Canel, que la obtuvo á duras penas del propio fotografiado.

7.



¡Magdalena!, exclamó de nuevo Norman inclinándose sobre la mesa

LA ÚLTIMA CITA

POR W. K. CLIFFORD. – ILUSTRACIONES DE DUDLEY HARDY

Eran las cuatro de la tarde, poco más ó menos, de un día de junio, durante el cual los árboles de los bulevares de París conservan aún su lozanía, como si recordaran la primavera. Los parisienses trabajadores se ocupaban en terminar sus tareas cuotidianas y los elegantes habían ido á pasear al Bosque.

En la extremidad del bulevar Haussmann había en la época á que nos referimos una imprenta, junto á la cual elevábase una casa de cuatro pisos, cuya entrada podía llamar la atención por lo espaciosa.

En el tercer piso vivía hace cinco años una mujer, cuyo nombre conocía ya todo París, porque era famoso. Los balcones y ventanas del salón de su casa, que daban al bulevar, distinguíanse de los demás, no tan sólo por tener casi siempre las persianas corridas, sino porque estaban llenos de macetas y flores que los transformaban en un diminuto jardín.

Junto á una ventana veíase una pequeña y rica alfombra, la cual ocupaba solamente el espacio comprendido entre dos lujosas butacas, cuyo respaldo cubría en parte ese tejido de mallas á punto de crochet, tan común ahora. En el centro de este espacio había un velador, y sobre él un volumen de los poemas de Víctor Hugo, lujosamente encuadernado, y un jarro de porcelana lleno de rosas. Algunos cuadros de más ó menos mérito, un estante de nogal con libros, una elegante sillería, espejos y varios de esos objetos costosos que se consideran como el refinamiento del gusto moderno completaban el adorno de aquella habitación.

La mujer que la ocupaba paseábase en aquel momento de un lado á otro con aire distraído, unas veces muy de prisa, como aguijoneada por la amargura de sus propios pensamientos, y otras lentamente, cual si la entorpeciera la intensidad de su dolor.

Delgada y morena, tenía abundante cabello negro, que formaba un rodete en la parte posterior de la cabeza, ojos lánguidos de color castaña muy obscuro y boca del más perfecto contorno. A juzgar por la expresión del rostro, la mujer de que hablamos debía estar dominada en aquel momento por un pesar profundo ó una dolorosa inquietud, y esforzábase para sobreponerse á este sentimiento. De pronto se detuvo un momento junto al balcón, pero alejóse después rápidamente, como si la vista de la gente que pasaba y el movimiento en la calle la molestaran; después se arrodilló junto á una butaca, apoyó la cabeza en el almohadón del respaldo y oprimióse el pecho con una mano, cual si quisiera sofocar los sollozos que tal vez iban á escaparse de sus labios.

Al fin se levantó, como impulsada por un resorte, y comenzó á pasear de nuevo, entregándose entonces á un monólogo que descubrió sus pensamientos.

«Ha sido cruel y brutal para mí, murmuró con acento de amargura, y ahora teme volver á verme... no tiene valor... no le tendrá nunca... Y sin embargo, amo á ese hombre, á quien ahora conozco bien. ¡Dios mío, cuán fiel le hubiera sido! Por él lo habría arrostrado todo en este mundo, considerándome feliz al sufrir por mi amor; pero él no conoce ni comprende semejante cariño. Cuando yo muera quiero dejarle algún recuerdo que le haga pensar en mí y arrepentirse tal vez de su conducta. No puedo resistir esto... no puedo. ¡Dios mío! Tened compasión de mí, y no permitáis que...»

En aquel momento abrióse la puerta, y la dama ahogó un ligero grito al ver aparecer á su doncella.

–Señora, dijo ésta, he recibido carta de mi hermana, que está en Saint-Cloud, en la cual me dice que el niño empeora; y si no fueran de todo punto necesarios mis servicios esta noche, agradecería que me permitiese ir á verle. Después de haber servido la comida me quedará tiempo para ir y volver antes de las diez.

–Sí, sí, Catalina, contestó la dama con aire distraído, vaya usted cuando guste, pues hoy no comeré en casa tal vez.

–Gracias, señora, replicó la doncella; y ya se disponía á retirarse, cuando su señora la detuvo.

–Catalina, dijo con impaciencia, cual si hubiese recordado un deber necesario y quisiera cumplir con él cuanto antes; lleve usted alguna friolera al niño y todo cuanto pueda necesitar.

–Mil gracias: la señora ha sido siempre buena y compasiva para todo el mundo, dijo la doncella con acento de convicción.

Y viendo que su señora estaba distraída y no parecía escucharla, hizo ademán de retirarse.

Pero en el mismo instante resonó la campanilla, que anunciaba alguna visita.

La dama estrechó sus manos con un movimiento nervioso, y apoyóse en la pared como si desfalleciera.

–Sin duda es el señor, dijo Catalina, sonriendo ligeramente y con cierto aire de seguridad, mientras se dirigía hacia la puerta. Hace ya mucho tiempo que no ha venido á visitar á la señora, pero reconozco su manera de llamar.

–¡El Sr. Luard!, exclamó la doncella volviendo presurosa para anunciar al visitante.

Un momento después presentóse un caballero de elevada estatura, buen aspecto y bastante joven, pues

solamente tendría de treinta á treinta y dos años. Aquel hombre, aunque sin ofrecer nada de notable, tenía cierto aire de distinción y adivinábase que había nacido para mandar.

La dama se adelantó hacia la puerta, y colocóse junto á ella como para evitar el paso hasta que diese su permiso para entrar; pero un buen observador hubiera adivinado que tanto el caballero como la dama tenían mucho que decirse, á pesar de su aparente frialdad, pues durante un momento miráronse silenciosamente, como si no supiesen por dónde empezar.

– Vamos, dijo el caballero al fin, ¿me dirá usted qué ocurre por aquí?

La dama parecía no escucharle; dejó escapar un suspiro, y después de hacer un esfuerzo, murmuró:

– Al fin ha venido usted...

– Usted ha insistido en ello... repuso el visitante encogiéndose de hombros.

– ¿Y por qué no me ha escrito, ni contestado siquiera á una de las muchas cartas que le dirigí? La cortesía lo exige, y me parece...

– No tenía nada que decir, replicó el caballero.

– Pensaría usted que el silencio es á veces más elocuente que las palabras.

– ¿Me ha enviado usted á buscar para reñir por última vez?, replicó el otro con expresión grave. Si es así, paréceme que no valía la pena.

– ¡Oh! No, exclamó la dama con expresión de tristeza; creo también que casi no valía la pena. ¿Cuándo se marcha usted á Inglaterra?

– Esta noche, en el tren de las nueve y cincuenta.

– ¿Y á San Petersburgo?

– De aquí á un mes.

Siguióse una pausa, y después murmuró en voz baja, no sin haber vacilado antes:

– ¿Piensa usted hacer lo que dijo la otra noche?

– Sí, repuso el caballero, haciendo una señal afirmativa; creo que ya es tiempo de concluir.

– ¡Ah! El porvenir puede aconsejar y hacernos cambiar de ideas.

Y como su interlocutor permaneciera silencioso, la dama añadió:

– ¿Y qué me dice usted de aquellas otras cosas?

– ¿Qué otras cosas?

– Aquellas tan crueles y perversas, exclamó la dama bruscamente. ¡Ah! Me acuerdo aún de la primera vez que le vi en Aviñón, hace ocho años; entonces me pareció usted cruel, porque vi en su sonrisa algo maligno; y la otra noche, mientras hablaba usted, pensé en aquel incidente. Su expresión era la misma que aquella tarde en que paseábamos por la orilla del río, viendo á los campesinos bailar. ¿No lo recuerda usted?

– Perfectamente; fué una lástima que en vez de manifestarme entonces sus sentimientos, los disimulara usted tan bien.

– No eran sentimientos, sino una impresión repentina, que no volví á sentir hasta la otra noche. Entonces, al observar la expresión de sus facciones, le comprendí á usted del todo y quedé asombrada. Aquello fué para mí como una revelación.

– ¿Y era por ventura esto lo que deseaba usted decirme? Aún no conozco el objeto de la entrevista.

El caballero hablaba con serenidad, pero su rostro palidecía y tomaba una expresión dura.

– No, replicó la dama, no era eso; pero usted me ha obligado en cierto modo con su indiferencia. Los ocho años pasados no parecen ser nada para usted, Norman, nada absolutamente; los mira usted como la página de un libro que se ha leído ya y que se pasa por alto para ver la siguiente.

– No digo lo contrario; pero es porque esa página *siguiente* puede ser más agradable que la anterior.

La dama unió sus manos con un ademán desesperado, dejando ver en una de ellas un precioso anillo de brillantes.

– ¡Dios mío!, exclamó, no comprendo ahora cómo he podido sentir nada por usted que no fuese aborrecimiento. Verdaderamente ha sido para mí un crimen amarle.

– Pero... ¿por qué?, repuso el caballero cambiando de tono. ¿No la he correspondido yo por ventura, Magdalena?

– ¡Usted!, exclamó la dama con expresión de sarcasmo. Lo que llama amor no merece por ningún concepto el nombre de tal. ¡Oh! sí, váyase usted, porque su presencia tan sólo me irrita ya y me hace perder el tino! Vaya en buen hora á buscar las mujeres que sean dignas de su cariño, las que puedan hacerle feliz. ¿Le espera á usted alguna en Inglaterra ó en San Petersburgo? En tal caso no demore ni un instante su marcha. Vaya usted á decirles las dulces palabras que tantas veces repitió á mi oído; pero no olvide que yo entretanto me reiré de todo eso, compadeciendo á las infelices que le escuchen y le crean...

– La mujer á quien yo prometa alguna cosa podrá creerme, repuso Norman.

– Sí, tal vez, si se trata de alguna inglesa.

– Pues con una voy á casarme.

Al oir esto, la dama palideció, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; mas hizo un esfuerzo para contenerse.

– ¡Ah!, exclamó, ya era tiempo de que confesara usted la verdad. Sin duda le ha costado mucho decirlo, ¿no es así? ¿Y se celebrará pronto la boda?

– Sí, contestó Norman, mirando á su interlocutora con cierto temor y con más atención que antes.

– ¿Y sin duda es eso lo que le llama á usted á Inglaterra?

– Precisamente.

– ¿Es por ventura la prometida su prima Isabel, de quien hablaba usted otras veces?

Norman hizo una señal afirmativa.

– Ya lo comprendo; usted fué siempre ambicioso, aficionado á lucir, y cree que ella será admirada y producirá sensación cuando la presente en los círculos diplomáticos. Apostaría cualquiera cosa á que de antemano saborea usted su futura llegada triunfante á San Petersburgo.

– Ya sé lo que son estas cosas, replicó Norman; pero á mí me sucede lo que al tigre, que después de probar la sangre está sediento de más; mi ambición no se sacia con un solo triunfo. Pero no hablemos más, Magdalena; si usted lo permite me retiraré, pues creo que á nada conduce prolongar mi visita.

Magdalena permaneció silenciosa un momento, y después, adelantándose más hacia Norman, cogióle la mano, é hizo un esfuerzo para hablar, como si le costase pronunciar las palabras que iba á decir.

– No vaya usted á Inglaterra, porque la señorita Isabel no le amará nunca como yo.

– Ya es demasiado tarde para retroceder...

– ¡Ah, no!, exclamó Magdalena, dejando escapar un suspiro que pareció conmover á Norman.

– Bien sabe usted, dijo después de una pausa, que una vez solicité su mano y me la rehusó.

– Lo recuerdo, sí, contestó la dama inclinando la cabeza; pero fué porque yo tenía empeño en ser famosa, lo mismo que usted. Pensé que algún día podría enorgullecerse de mí, y que entonces... pero es inútil decir más; nuestra ambición nos ha separado. Mi fama sería quizás un entorpecimiento para usted y la suya no es aún bastante para ampararme á mí.

– Por eso lo más prudente es separarnos.

– No, no, repuso Magdalena; no puede ser mejor dar así al olvido lo pasado; no puedo tolerar...

Sin concluir la frase, la dama se apoyó sobre un mueble, como si desfalleciera, y el caballero alargó maquinalmente el brazo como para evitar una caída.

– Poética como siempre, murmuró con acento conmovido, casi de ternura.

– No, añadió Magdalena, reponiéndose al punto, no es posible que ninguna mujer le ame como yo.

– Es muy posible que así sea.

– Mi cariño hubiera sido como una roca que le ofrecería seguro apoyo; el de otra mujer será banco de arena que las aguas pueden arrastrar.

– Tal vez no halle un amor ardiente y apasionado, pero me es forzoso casarme y nada podrá hacerme cambiar de proyecto.

– ¿Es alguna mujer de ojos grises y cabello rubio?

– Sea lo que fuere, yo la amo.

– ¡Que la ama!, repitió Magdalena con irónica sonrisa. Usted se engaña á sí propio, y no tardará en reconocer que el fuego de la pasión se ha extinguido ya en su alma.

Al decir esto, Magdalena, con la cabeza echada hacia atrás, el cuerpo erguido y fija su mirada en el caballero, estaba verdaderamente hermosa.

– Sea usted razonable, replicó Norman; nuestra conferencia no puede seguramente conducir á nada, y es preciso poner término á ella. Como ya indiqué antes, una vez quise que uniéramos nuestra suerte y la supliqué en más de una ocasión que me diera la mano de esposa. Usted rehusó tenazmente, y ahora es preciso mi enlace con otra mujer. Sí, la ambición es la que nos ha separado; los dos queríamos hacer carrera, y usted lo ha conseguido ya; los dos juntos naufragaríamos sin remedio. En el mundo se han de tener en cuenta muchas cosas además del amor; usted misma solía decir que apreciaba en mucho la vida intelectual, los sueños, los ideales...

– Sí; pero de los sueños se despierta, y los ideales son á menudo ilusiones que se desvanecen.

– Vamos, replicó Norman, suspirando como si se sintiese aliviado de algún peso, veo que ahora es usted más razonable, y aprovechando el momento, permítame despedirme de una vez.

– No; marcharse así sería matarme. ¿Tanta importancia tienen para usted los triunfos, el oro y la fama, cosas sólo pasajeras?

– Espero que no lo sean tanto para mí como usted cree; esas cosas son las que el hombre busca siempre con más afán.

– En la hora de la muerte, segura estoy, Norman, de que se acordará usted más de mi amor que de todas esas cosas.

– Pues usted ha trabajado bastante para conseguirlas.

– Sí, pero solamente para hacerme más merecedora de su amor. Cuando la gente se agolpaba para verme y en el teatro resonaban los aplausos, yo los apreciaba más porque usted los oía.

Norman permaneció un momento silencioso, como sumido en profundas reflexiones; mas al cabo de un momento contestó bruscamente:

– Confieso, Magdalena, que me he conducido de un modo brutal; pero no puedo menos de reconocer que es mejor para los dos.

– ¡Ah! ¡Cuántas veces me dijo usted que sería feliz si muriese á mi lado! ¡Cuántas promesas me hizo que ya no quiere recordar!

– Cuando se ama se promete mucho.

– Sí, y ahora otra mujer será la favorecida. ¡Ojalá que el cielo le cierre sus puertas!

– ¡Va usted demasiado lejos!, exclamó Norman levantándose con expresión de enojo.

– ¡Dispénseme usted, replicó Magdalena, ya que no hemos de volver á vernos, y concédame la única gracia que voy á pedirle. Venga usted á comer conmigo hoy: le prometo que después le dejaré marchar sin la menor oposición.

– No me es posible.

– Le aseguro que ya no habrá entre nosotros la menor cuestión y que volveré á ser la misma Magdalena que antes amaba y que se hizo famosa bajo la influencia de la pasión que usted le inspiró. Le recibiré vestida de blanco, pues según recuerdo le agradaba mucho aquel traje; y hablaremos, como dos buenos amigos, de poesía é ideales, olvidando, añadió Magdalena con voz conmovida, que es la última vez que debemos vernos...

– No puedo aceptar, Magdalena, replicó Norman con tono resuelto; he dado palabra á mi amigo Campbell de comer con él.

– ¿A qué hora?

– A las siete y media, y después me acompañará hasta la estación del camino de hierro.

Magdalena parecía reflexionar.

– Pues bien, dijo después de una pausa, el tren no sale hasta las nueve y cincuenta; diga usted á su amigo que vaya á buscarle á la estación, y venga aquí á las nueve á tomar el café, consagrándome la última media hora... No hablaremos ni una sola palabra de lo pasado; mis labios no pronunciarán una sola frase relativa á nuestra separación.

– ¿Lo hará usted realmente así?, preguntó Norman con tono de duda.

– Se lo prometo; y también que no retardaré ni un momento su marcha.

Norman miró fijamente á su interlocutora, cual si quisiera sondear su pensamiento.

– Bien, repuso al fin, confío en usted, y vendré.

– ¿Palabra de honor?

– Palabra de caballero: engalánese usted, y olvidemos que ha de ser la última entrevista.

– Así lo haré, contestó Magdalena, fijando en Norman una mirada cariñosa.

Después, vacilando un momento añadió con tono solemne:

– Si dejase usted de venir, faltando á su promesa, permita el cielo que la mujer á quien más quiera, cuando nos hayamos separado, le sea falsa y perjura el día en que más la ame.

– No faltaré, dijo Norman; pero confío en que usted también cumplirá su palabra...

– ¡Oh!, interrumpió Magdalena, puede usted estar bien seguro de ello. Y ahora... ¡adiós!... No, quise decir hasta más tarde.

Al pronunciar estas palabras abrió la puerta; pero deteniéndose de pronto, como si le faltara advertir alguna cosa, añadió:

– Espere usted un instante; ahora recuerdo que Catalina debe ir á Saint-Cloud, y por lo tanto será mejor que se lleve usted esta llave para que entre sin llamar. Le esperaré junto al balcón, y si alguien llamase no abriré... ¡Ah! Una palabra... Permítame ver bien por última vez las facciones del hombre á quien tanto amo y que tan cruelmente me abandona, y estrechar esas manos queridas, que no han de ser para mí. Con la luz artificial no se ve tan bien, y tal vez no habrá mucha aquí esta noche... ¡Dios mío! ¡Cuán doloroso es esto! Pero ya no hay remedio... Mi vida toca á su fin y es forzoso resignarse.

– No diga usted eso, repuso Norman, algo inquieto al oir estas palabras; su porvenir es aún brillante...

– ¡Ah, no!, exclamó Magdalena. Todo ha conclu-

do, puesto que para mí el amor es la vida... Pero no le detengo más.

Y con aparente calma añadió:

– No haga usted caso de mis anteriores palabras, porque las he dicho en un momento de excitación... Ahora estoy ya serena... y lo estaré más tarde. ¡Adiós, adiós!

. . . .

Un momento después Norman, ya en la calle, pareció respirar con más desahogo.

– Vamos, ya estoy libre del compromiso; es probable que cumpla su palabra. Magdalena es una consumada actriz; mas creo que me ama de veras, aunque tal vez no tanto como ella dice.

Norman prosiguió su camino entregado á diversas reflexiones, hasta que, sin saber cómo, hallóse en la calle Real, dió una vuelta por la plaza de la Concordia y se dirigió después á la calle de Rivoli.

Cada vez más satisfecho de su futura unión, agradábale la fría belleza de su prometida, que era como un calmante, comparada con los provocativos encantos de Magdalena Debray. Su novia Isabel, por otra parte, le ayudaría poderosamente á satisfacer sus ambiciones; mientras que la actriz hubiera sido un entorpecimiento, no solamente para él, sino para aquellos que le ayudaban en su carrera, impidiéndole llegar á ser un hombre notable. No era Norman uno de aquellos que inspiran desde luego simpatía á la generalidad de los hombres; y en cuanto á las mujeres, sus triunfos eran muy limitados. Ejercía su principal ascendiente en los grupos del pueblo y su influencia sobre éste acrecentábase cada día más; por eso era útil á su partido, del cual podía esperar recompensas y honores. Sin embargo, aquellos con quienes se ponía en contacto personal mirábanle por lo regular con cierta prevención y hasta parecían temerle, creyéndole hombre poco escrupuloso.

Magdalena Debray le amaba y habría confiado en él más que en ninguna otra persona en el mundo; mientras que el cariño de su prima Isabel era muy dudoso: Norman lo sabía. En cambio él la amaba de una manera curiosa, como la madre ama al niño que no ha nacido aún; causábale envidia la mujer que sin auxilio de nadie podía alcanzar gloria y fortuna, y resentía su amor propio que Magdalena lo hubiese conseguido así.

Norman apresuró el paso, porque deseaba hacer cuanto antes los últimos preparativos de viaje, pensando que apenas le quedaría el tiempo suficiente para tomar el tren después de su entrevista con la actriz, y muy pronto llegó á su casa.

– ¿Has acabado ya de empaquetarlo todo, Carlos?, preguntó á su criado al entrar.

– Sí, señor, y por cierto que ha faltado poco para dejarme aquí esa cajita de plata que está sobre la mesa, pues se había caído detrás del escritorio.

Norman cogió el objeto casi con enojo: Magdalena se la había regalado tres años antes, cierto día que fueron á Saint Germain-en-Laye. «Quiero darle á usted, díjole ella, esta cajita de plata, que tiene la figura de un corazón y le recordará el mío, que tanto le ama. Es para guardar sellos; y cuando vaya usted á Inglaterra, deberá comprar muchos para escribirme con frecuencia.»

Norman, que odiaba el sentimentalismo y las mujeres y las cosas que pudieran inspirarle, pidió la cajita á Carlos, y dirigiéndose hacia la puerta bajó rápidamente la escalera.

– Señora, dijo presentándose á la dueña del hotel, vengo á dar á usted las más expresivas gracias por sus atenciones. Usted tiene un niño, y en prueba de mi agradecimiento, permítame ofrecerle esta cajita de plata. Cuando sea hombre, usted tendrá la sabiduría de la experiencia, y entonces haga de modo que mi dádiva sea un símbolo de su corazón en cuanto se refiera al bello sexo, porque así triunfará seguramente en el mundo, duro por fuera, vacío por dentro.

El amigo á quien había invitado á comer no tardó en llegar; era un inglés de agradable aspecto, alto, elegante y bastante joven. Mientras los dos estuvieron en la mesa habló de diversas cosas, pasando rápidamente de un asunto á otro, como si nada tuviera interés para él; pero Norman apenas le escuchaba.

– Paréceme, querido Luard, dijo Campbell, que siente usted marcharse; le veo muy cabizbajo y nada comunicativo.

– No, contestó Norman; lejos de ello, me alegro.

En aquel momento levantáronse un caballero y una señora de la mesa inmediata y salieron.

– ¡Hermosa mujer!, exclamó Campbell; tiene cara de mal genio; pero tal vez lo tenga peor el que la acompaña.

– Sí, contestó Norman distraidamente, sin saber tal vez lo que el otro había dicho.

Pero cuando el camarero hubo servido el pollo y la ensalada, inclinóse de repente hacia su amigo:

– Campbell, díjole, quiero darle un buen consejo. Procure usted no enamorarse nunca de una francesa, porque son malas como el diablo, y si proceden de Marsella peores aún: las mujeres se alimentan allí con fuego.

Campbell fijó en su amigo una expresiva mirada, sonriendo maliciosamente.

– ¿Ha caído usted en los lazos de alguna que ha conseguido robarle el corazón?

– Sí, no lo niego; mas al fin he conseguido recobrar la libertad. La mujer no puede ser más que un entorpecimiento para mí, porque sujeta mucho.

– Pues creo que va usted á buscar una.

– ¡Oh! Esto es diferente. Cierto que voy á casarme, pero es porque así tengo más asegurada una brillante carrera.

– Entonces no será cuestión de amor, ¿eh?

– A decir verdad, no se trata de una pasión; pero la novia es mi prima y no dejo de profesarle cariño.

– Es la mejor razón para no estar enamorado de ella; pero de todos modos le felicito, porque Isabel es muy hermosa.

Norman cerró los ojos con evidente satisfacción.

– Quisiera haber llegado ya á Londres, dijo después de una pausa.

– El viaje á San Petersburgo será más enojoso, repuso Campbell; pero como quiera que sea, no deja de ser para usted una suerte haber obtenido ese nombramiento.

– Sí, gracias á él doy un gran paso en mi carrera.

– Ha sido usted afortunado en todo cuanto emprendió.

– Solamente así puede ser agradable la vida.

– Pues yo, dijo Campbell, jamás he pedido cosa alguna, pero agrádame ver cómo los demás se ingenian para elevarse en el mundo. Este es una comedia representada por muchos actores, pero yo no soy más que un simple espectador.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Que yo no soy ejecutante en el mundo, y me paseo por él, contentándome con mirar. La vida me parece así más agradable.

– Quisiera que las mujeres lo reconocieran así.

– ¡Otra vez las mujeres! Diríase que alguna le ha dejado un mal recuerdo...

– Bien; no hablemos más del asunto. Por lo pronto...

Al decir esto, y como introdujera la mano en el bolsillo, cual si tratara de sacar alguna cosa para enseñarla á su amigo, sacóla presuroso, estremeciéndose: acababa de tocar la llave de Magdalena.

– ¿Qué ocurre?, preguntó Campbell.

– ¿Adónde fué usted el miércoles después de separarse de mí?, preguntó Norman á su vez bruscamente, sin contestar á su amigo.

– Fuí á ver la última representación de la comedia de Sardou. Magdalena Debray estuvo soberbia.

– ¡Ah, sí!, replicó Norman llenando su vaso, es una buena actriz.

– El otro día oí decir que era muy caritativa, pero que tiene algunas rarezas.

– Yo creo, repuso Norman, casi con expresión irritada, que trata de producir sensación.

– Lo cierto es, dijo Campbell, que las mujeres tienen una singular habilidad para mezclarse en la vida de los demás en daño ó provecho suyo.

– Por lo regular, en daño, murmuró Norman levantándose después de encender un cigarro.

El reloj señalaba las nueve menos diez minutos.

– Mejor será, dijo á Campbell, que vaya usted á buscarme á la estación, pues tengo una cita y no puedo faltar.

Dicho esto, despidióse, y después de esperar un momento para tomar el camino opuesto que su amigo seguía, alejóse presuroso, tanto que á las nueve y cinco minutos estaba ya en el bulevar Haussmann. Aún no se habían encendido las luces en los kioscos en aquel largo día de verano, y Norman estaba satisfecho de su puntualidad; pero por más que hiciese, no pensaba en Magdalena, sino en Isabel, y molestábale asistir á la cita.

Pocos momentos después llegó á la entrada de la casa: una vez en el tercer piso, vaciló un momento, y al fin, sacando la llave, introdújola en la cerradura. Todo estaba silencioso, y sin saber por qué, acosóle el temor de que se le preparase alguna jugarreta. Por espacio de un minuto miró á su alrededor, escuchando atentamente, pero no llegó á su oído el más leve rumor. La puerta del salón estaba enfrente; dirigióse hacia ella y la abrió.

– ¡Magdalena!, dijo en voz baja.

Percibíase en la habitación cierto aroma de flores y un ligero olor á café; mas no se distinguían bien los objetos, porque el crepúsculo tocaba á su fin.

– ¡Magdalena!, repitió, adelantándose esta vez.

La actriz no contestó una sola palabra.

– No hay tiempo que perder, añadió Norman, pues sólo me quedan diez minutos.

El balcón estaba abierto de par en par; de las flores exhalábase una suave fragancia, y la persiana, corrida como siempre, obscurecía más la sala.

La actriz estaba echada en el suelo de cara al balcón, con la cabeza apoyada en el asiento de la butaca y los brazos cruzados sobre un brazo de ésta. A pesar de la escasa luz Norman distinguió muy bien la blancura de sus manos, destacándose sobre el almohadón rojo; también pudo ver que la actriz vestía traje blanco, con rosas encarnadas en la cintura.

– ¿Debo sentarme al otro lado para que terminemos nuestra comedia?, preguntó.

La mesa estaba entre las dos butacas, y aún se veía sobre ella el jarro de flores.

Norman tomó asiento frente á Magdalena, y por primera vez la miró con atención. En sus ojos creyó



Una vez en el tercer piso, vaciló un momento

ver una expresión de espanto y tenía la boca entreabierta como para proferir un grito de dolor.

– ¡Magdalena!, exclamó de nuevo Norman, inclinándose sobre la mesa, como para que le oyera mejor. ¿Se siente usted mal? ¿Qué ocurre? La actriz no contestó.

– ¡Por Dios, hable usted! Estoy aquí, amiga mía.

El mismo silencio; los labios de Magdalena no pronunciaron una sola palabra.

– ¡Dios mío!, murmuró Norman, ¿estará muerta?

Y arrodillándose á su lado examinó atentamente el rostro de Magdalena y bajó sus brazos; pero entonces la cabeza cayó inerte sobre el hombro. Horrorizado ante aquel espectáculo, ó poseído de un sentimiento supersticioso, Norman apoyó la cabeza de Magdalena sobre el almohadón y púsose en pie.

Entonces recordó lo que aquellos labios, mudos ya, le habían dicho antes: «Puede usted estar bien seguro de que mis labios no pronunciarán una sola palabra de despedida.» Pálido y tembloroso, Norman permaneció inmóvil un momento contemplando el cadáver que tenía ante sí. Entonces, movido por un impulso irresistible, imprimió un beso en la frente de aquella mujer que tanto le había amado, y olvidando el presente, tan sólo pensó en el día que la vió por primera vez en Aviñón, ocho años antes, cuando los dos se paseaban por las orillas del río, viendo bailar á los aldeanos.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

NUESTROS GRABADOS

El célebre pintor Jan van Beers. - Oriundo de Bélgica este artista famoso, se consagró durante los primeros años de su vida artística á los cuadros de historia, ambicionando ser el pintor de las epopeyas de su patria; de esta época datan «¡Vivan los *gueux!*» (que así se denominaba á los flamencos que en 1566 se confederaron contra el gobierno de España), episodio de la batalla de Austruweel, *La bruja* y *El pueblo agradecido á Santiago de Artevelde*. Poco estimulado por sus compatriotas, trasladóse van Beers á París, en donde sus gustos sufrieron una transformación completa; la contemplación de la vida elegante parisiense hízole abandonar los cuadros históricos para consagrarse á los de género que tan universal aplauso han merecido y que tan admirados fueron en la reciente Exposición Universal de Bellas Artes de esta ciudad.

Aunque van Beers ha pintado paisajes notabilísimos, retratos admirables que un célebre crítico francés juzga dignos de figurar al lado de los de Bastien Lepage y caprichos como la *Verónica* que atraía preferentemente la atención de cuantos visitaban la Exposición citada, su verdadera especialidad, la que le ha conquistado notoria fama y no poco provecho, son esos cuadritos en que un pincel delicado manejado á impulsos de un gusto exquisito reproduce en el lienzo á la *parisiense* en sus diversos tipos y condiciones, bellos todos, todos elegantes y llenos de gracia, figuras dotadas de verdadera vida, cuya expresión está á la altura de los prodigios que su ejecución entraña.

Tarea interminable sería citar las joyas que en este género lleva producidas el pintor cuyo retrato publicamos: *Parisiana, Pschutteuse, Pierrette en gaité, Pierrete á l'evantail, Paresse, Au soleil, Flirt, La liseuse, Insouciante, Pierrete noire* y tantos otros esparcidos en los principales Museos y en los más elegantes salones atestiguan la fecundidad del artista, que en van Beers no es óbice para que sus obras sean un modelo en punto á corrección de dibujo y un dechado de bellezas de color que se observan hasta en los más pequeños detalles.

El larguísimo catálogo que sus obras componen haría suponer que van Beers es de edad un tanto avanzada: nada de eso; el célebre pintor belga cuenta apenas treinta y cuatro años, y si ha producido tanto y tan bueno débese en primer término á su facilidad, hija del talento y del estudio, pero también en buena parte á su amor al arte y á su laboriosidad extraordinaria.



Choque de trenes ocurrido cerca de Burgos en la noche del 23 de septiembre último. - Fig. 1. Estado en que quedaron las dos máquinas después del choque. (De fotografía remitida por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos.)

***

Hierros artísticos de la Edad media. - Si importancia tuvo el hierro en el movimiento artístico é industrial de los tiempos medios, es incalculable la que hoy representa, dadas las múltiples aplicaciones de este metal. Tan duro como resistente, exige del artífice habilidad y destreza para la producción de esas obras de cerrajería admirables, ya que un martillazo dado en falso puede inutilizar la labor inteligentemente comenzada.

De aquí que la reunión de ejemplares producidos en distintas épocas sea de indiscutible importancia, no sólo por los antecedentes que facilitan para la historia del progreso de la humanidad, sino también por la enseñanza que reporta su detenido examen. De ahí el interés que despiertan las colecciones que existen, reunidas á costa de no escasos dispendios, las más de las veces por la iniciativa particular. Entre las que figuran en la capital de Francia, merece citarse la de M. Lesecq, de la que forman parte los cuatro notables ejemplares que reproducimos. Cada uno de los grupos en que se subdivide despierta interés extraordinario; si se examina, por ejemplo, la colección de llaves romanas, galas, merovingias, romano-bizantinas, góticas, del Renacimiento y modernas, nótase que en cada ejemplar se hallan marcadas las laboriosas etapas por que ha debido atravesar la cerrajería y las transformaciones determinadas por la civilización. Lo propio acontece con los aldabones, cerraduras, rejas y demás productos de la cerrajería, en punto á la cual los modernos progresos no han llegado á igualar la belleza de los antiguos ejemplares, de que pueden servir de muestra las preciosas labores que reproducimos.



Fig. 2. Vista del ténder y algunos vagones del tren exprés (De fotografía remitida por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos.)

***

Exposición de Praga. El edificio central. - Para conmemorar el centenario de una gran Exposición que se celebró en Praga, se ha inaugurado hace poco en esta ciudad otra en donde se han reunido los productos de la agricultura, de la industria y del arte bohemios.

Los diversos edificios que la componen son de diferentes estilos y álzanse entre los bosquecillos y jardines: el central, que reproducimos, tiene verdadero aspecto de palacio y está destinado á la sección de industria; á sus lados otros dos edificios de menores dimensiones y de estilo griego contienen cuadros, esculturas, objetos de arte antiguo, cristales artísticos, armas y labores de orfebrería, pertenecientes casi todos á familias aristocráticas.

***

El paseo del casino en Baden-Baden, cuadro de Stahl. - Los que estuvieron en esta ciudad del gran ducado antes de la guerra franco-prusiana y la hayan visitado después habrán podido notar en ella una gran diferencia en punto á animación. Grande es todavía la afluencia de forasteros que en verano van á buscar allí remedio á sus dolencias en sus famosos manantiales; pero á partir de 1872, la supresión del juego, que anteriormente consentía el gobierno, ha privado á Baden-Baden del contingente de extranjeros que dominados por el vicio ó por la ambición acudían de todas partes improvisando unos, los menos, cuantiosas fortunas, dejando otros, los más, en las mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta, quien el rico patrimonio de sus mayores heredado, quien el capital amasado á fuerza de trabajos y privaciones.

Esto no obstante, el delicioso paseo que delante del *Kursaal* se extiende, suele estar siempre muy concurrido por la sociedad elegante badense y por la escogida y numerosa colonia de bañistas que van allí á gozar de los encantos de la naturaleza y de los acordes de notables orquestas ó bandas militares. El espectáculo es hermoso, sobre todo por la noche, cuando los jardines y alamedas aparecen profusamente iluminados tal como puede verse en el cuadro de Stahl que publicamos y que reproduce con tanta fidelidad como arte el único resto quizás de la bulliciosa animación de otros tiempos.

***

¡Ya están aquí!, cuadro de A. Jourdan, grabado por Baude. - Si en vez de decir *están* dijese *está*, poco nos costaría saber á quién se refiere la exclamación que sirve de epígrafe á este cuadro; usando el verbo en plural quédanos la duda de cuáles personas aguarda con tanta impaciencia la joven del hermoso lienzo de Jourdan: de suponer es, sin embargo, que han de ser muy queridas, sus padres, por ejemplo; no otra cosa se desprende de la expresión de aquella simpática figura tan bien reproducida por el eminente pintor francés y con tanto gusto colocada en el delicioso paisaje que le sirve de marco y de fondo.

***

Choque de trenes en las cercanías de Burgos. - En la noche del 23 de septiembre último el exprés de San Sebastián y el tren mixto de Madrid sufrieron á tres kilómetros de Burgos el terrible choque origen de la catástrofe que tan honda impresión ha producido en todos los ánimos, no sólo en España, sino en el extranjero, y cuyas consecuencias lloran y llorarán por mucho tiempo las familias de las numerosas víctimas. El jefe de servicio de la estación de Burgos dió salida al exprés sin recordar ó ignorando que momentos antes se había concedido vía libre al mixto que en aquellos instantes y procedente de la estación inmediata de Quintanilleja ocupaba la vía única que enlaza ambas estaciones. Pocos minutos después ocurría la catástrofe. La descripción que del suceso hacen los viajeros que lograron salvarse horroriza y conmueve: apenas pasados los primeros momentos, pudo contemplarse un espectáculo aterrador. Las máquinas aparecían aplastadas una contra otra y los vagones destrozados en inmenso é informe montón; los viajeros que salieron ilesos corrían desalados de una parte á otra, buscando unos á individuos de su familia que no aparecían, procediendo otros á sacar de entre los escombros á los que aún con vida estaban, prodigando todos solícitos cuidados á los que de ellos se hallaban necesitados.

¿Para qué mas detalles del siniestro? Interminable sería nuestra tarea si hubiésemos de referir los conmovedores episodios que allí ocurrieron; imposible relatar los rasgos heroicos que con tan triste motivo se registraron. Del tren mixto se salvaron todos los pasajeros; sólo murió el desgraciado maquinista D. Pedro Jaca, que habiendo podido salvarse, puesto que había conseguido parar su tren, quiso morir en su puesto. Las últimas palabras de ese héroe, de ese mártir, fueron: «Muero satisfecho; he cumplido con mi deber y he salvado la vida á muchos semejantes míos.»

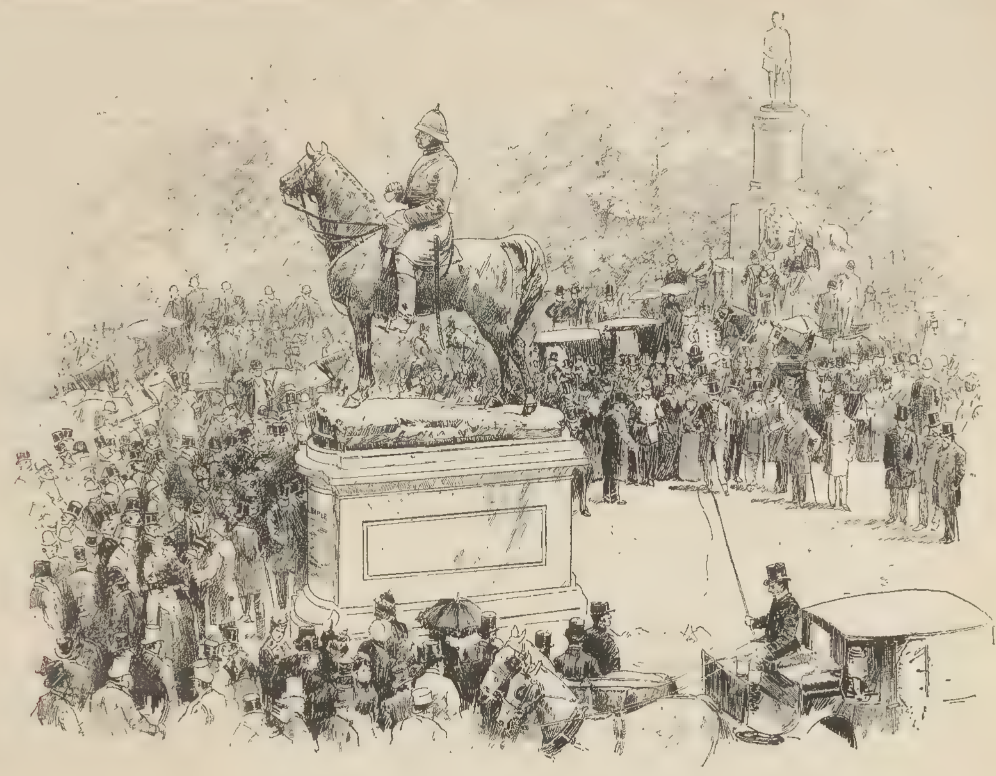
Los muertos que han resultado del choque son hasta ahora quince; los heridos, según noticia oficial, veintitrés. Entre los primeros se cuentan dos ingleses, Mr. Cotton, abogado, y Mr. Maury Celong; D. Lorenzo Leal, periodista sevillano; D. Celestino Rico, magistrado de Vitoria, y D. Juan Alburto, rico comerciante y propietario de Bilbao, una hija de los marqueses de Camarines y otros viajeros y empleados del tren exprés.

Los dos grabados que publicamos y que están tomados de fotografías sacadas por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos (á quien vivamente agradecemos su envío), permiten formarse exacta idea de la magnitud del siniestro, acerca del cual creemos ocioso hacer comentarios porque están en la mente de todos los que conocen las deficiencias de nuestros caminos de hierro.

***

Monumento erigido en honor de lord Napier de Magdala, en la plaza de Waterloo en Londres. - Recientemente se ha inaugurado en la capital de Inglaterra este monumento levantado á la memoria del ilustre mariscal de campo inglés, ha poco fallecido, de quien el príncipe de Gales en el acto de la inauguración dijo emocionado que había sido «fuerte, perseverante, rápido en su acción, sin miedo y sin tacha, amigo de los desvalidos, apoyo de los desamparados y valiente hasta la temeridad, cuando del cumplimiento de sus deberes de soldado se trataba.»

La estatua, que se alza en la plaza de Waterloo, dando frente á Piccadilly, fué empezada por el difunto escultor Edgardo Behm y ha sido terminada por Alfredo Gilbert.



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE LORD NAPIER DE MAGDALA EN LA PLAZA DE WATERLOO, LONDRES

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 12 de octubre de 1891 — Núm. 511

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JUAN TENORIO, obra escultórica de D. Agustín Querol

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La representación de *Lohengrin* en la Grande Opera de París. – Aspecto político de un asunto artístico. – Dificultades para estimar en paz las obras de arte mientras dura el estado de guerra entre Alemania y Francia. – La música y los músicos en los combates internacionales. – Manifestaciones por medio de la música en Italia desmembrada. – Temeridades múltiples de los manifestantes parisienses contra Wagner. – Méritos del gan compositor. – Caracteres de su genio y tendencias de su obra. – Conclusión.

I

Cuando el aire se halla cargado de verdadera electricidad, todo bajo él se electriza, ó con fluidos negativos ó con fluidos positivos, de todas suertes con fluidos opuestos y entre sí combatientes. Nada en su esencia tan pacífico y tan pacificador como la música. Sus armonías aparecen como lo más disonante con las disonancias de un combate y con los odios de una guerra. Pueden las trompetas bélicas de Gedeón arruinar los muros ciclópeos de Jericó, pero no la dulce lira de Alfeo que levanta sobre sus notas grandes y hermosas ciudades. Cuando Apolo quiere combatir se vale del arco y de la flecha, no de la cítara luminosa y del regalado plectro. Verdad que tomó parte activa en la troyana guerra y mandó las pestes asoladoras á los campamentos de Frigia en cendida en combates continuos; pero lo hizo el dios hermoso y melodiosísimo, según vemos en su cantor Homero, á fin de que la tierra helénica se libertara en aquel encuentro con Asia de sus primitivos tiranos y resplandeciera después en paz con el resplandor de la libertad. Si nos hubieran dicho que la representación y canto de una ópera podría producir un conflicto internacional, creeríamos soñar despiertos. Pues bien: si tras los triunfos morales de Francia en la correría última de su escuadra y los ditirambos del emperador Guillermo en el banquete militar de Erfurt, se infiere en París un verdadero insulto á la embajada germánica con motivo del zarandeado *Lohengrin*, quizás hubiese traído la catástrofe temida, como el abanicazo dado por el rey de Argel al emperador de Francia trajo la pérdida para el islam y los islamitas de su incomparable Argelia. Pero hay que mirar esta cuestión, de tan graves proporciones por algunos días, con verdadera calma y juzgarla con sereno juicio. Este asunto no puede considerarse como un asunto artístico; por circunstancias de todos conocidas este asunto se ha elevado á las alturas de un asunto político. Me duele decirlo, porque muy republicano yo, pero muy conservador al mismo tiempo, conservador de la república, conservador de la democracia, conservador de la libertad, siempre que me hallo en algún asunto con los radicales de acuerdo, propendo á creer que no tengo razón: así los juzgo de locos y desvariados. Pero sucédeme con este asunto de *Lohengrin* lo mismo que me sucedía con el problema de la expulsión de los aspirantes al trono. Yo estaba en esta cuestión al lado por completo de todos los republicanos radicales; yo seguía y sigo creyendo que los aspirantes á reyes no tienen capacidad para ciudadanos iguales á los demás, en tanto que latan y coleen sus aspiraciones de anteponerse y sobreponerse á todos en una vinculación del poder por siglos de siglos. Ni las repúblicas pueden consentir los pretendientes en su seno, ni las monarquías los competidores. Como D. Carlos de Borbón y Este no puede vivir en España, ni siquiera en Francia, por su horrible tradición absolutista, D. Felipe de Orleans no puede vivir en la república francesa por sus aspiraciones perturbadoras á la reconstrucción de un trono derruído por la voluntad nacional. Y así como creí en la cuestión de los príncipes que debían éstos ser expulsados de la república, creo en la cuestión del *Lohengrin* que no ha debido tolerarse tal ópera en el teatro nacional francés. Por las particularidades varias que tiene cada pueblo y por el imperio que sobre todos ejercen las costumbres, en Francia el teatro de la Opera es una institución del Estado, subvencionada con cerca de un millón por su presupuesto, y sus empresarios no pueden gozar de aquella libertad natural á los empresarios particulares y sujeta al principio y al derecho común de la libre concurrencia. Además, yo creo desacertada política la que arriesga muy grandes intereses ó corre algún peligro por cosas de poca importancia. Con valer mucho el nombre inmortal de Wagner, con merecer un aplauso real su maravilloso *Lohengrin*, yo nunca hubiera expuesto el Estado y el gobierno á dificultades con los partidos interiores y á dificultades con las potencias extranjeras por una simple cuestión artística. Cuando el riesgo sube como ha subido ahora, el error me parece más trascendental y más imperdonable. Sería no tener sentido común el pensar que una representación de cualquier ópera del genio alemán podía pasar sin protesta en el suelo francés. ¿Quiere la blonda Germania que nuestra religión se impregne de su especial cristianismo, que nuestra crítica persevere aún en tomar lecciones de su profundo indagador, cuyas ideas han sondeado los abismos de la razón pura; que adoptemos el método y la dialéctica de sus escuelas filosóficas; que reconozcamos en su catedral de Colonia la matriz de todas nuestras catedrales góticas; que nos extasiemos con su música, proclamándola cántico del pensamiento ideal ó aleteo del alma desceñida y separada de la materia, con lo cual rendiríamos quizás ún tributo justo á su mérito intrínseco y á su genio creador? Pues que funde su política interior en el derecho tan maravillosamente formulado por sus grandes pensadores, y su política exterior, no en la guerra y en la conquista, en el cambio de todos los productos del trabajo y de todos los rayos luminosos que se dirigen unos á otros los respectivos espíritus de cada pueblo en el tiempo y en el espacio á manera de los astros en el cielo infinito. Europa está perturbada por el acto brutal que la fuerza victoriosa perpetrara, separando Alsacia y Lorena de su nacionalidad, fundada en el consentimiento y en el amor de todos sus hijos desde los Vosgos ó el Rhin hasta los Pirineos, y esta perturbación únicamente puede calmarse por justas y debidas reparaciones inmediatas. Mientras dure, dejando aparte la necesidad imprescindible de los armamentos que nos arruinan y el recelo de la guerra que nos perturba, la enemistad entre dos grandes pueblos cultos habrá de manifestarse, como que se halla en el ánimo de cada uno, por los medios más extraños, por la defensa en Alemania de poner la lista de los platos y el número de los aperitivos á las comidas en francés ó de beber el espumoso y alegre vino de la hostil Campaña, y en Francia por la negativa de los pintores á presentar sus cuadros en las Exposiciones berlinesas ó por el ruido y el estruendo y el barullo á cada nueva representación del discutido *Lohengrin*.

II

Casualmente la música sirvió siempre de fácil causa y de natural ocasión á muchas manifestaciones políticas. Arte muy de sentimiento, penetra con prontitud en el corazón popular y bate las pasiones humanas como el viento las olas. Rossini dividía las cosas en aquellas que cantan y aquellas que no cantan. Y decía que sobre todas las otras cosas cantan en este mundo tres: la libertad, la religión, el amor. Y en efecto, los gobiernos opresores no consienten las óperas republicanas. Durante muchos años de mi vida he visto yo negada en el teatro Real de Madrid la representación de la *Muttà*, porque despertaba la revolución y los barricaderos en el recuerdo popular. Cuando en la Roma pontificia se cantaba la *Semíramis*, no podía decir el tenor: «estamos en Babilonia,» y cuando se cantaban los *Puritanos* había que suprimir la palabra «parlamento» y que reemplazar la voz «libertad» en el maravilloso dúo con una voz tan opuesta de suyo al sentido de aquellos versos y á la significación de aquella música como la voz «lealtad.» Yo recuerdo cuánto aprovechábamos en las mocedades nuestras cualquier coyuntura teatral para una manifestación política contra Isabel II y á favor de nuestras ideas democráticas. A cada representación del *Guillermo Tell* aplaudíamos el cántico inmortal tan milagrosamente por Tamberlik expresado, no sólo por devotos del arte, por devotos de la república. Pues qué, los italianos, tan dispuestos á criticar ahora cualquier protesta de los franceses contra la música de los alemanes, en el tiempo y sazón en que los alemanes les detentaban el Véneto y el Milanesado, ¿no hacían lo mismo, quizás más, que hacen ahora los despojados por la victoria de su Alsacia y de su Lorena? No están muy lejos los tiempos en que aparecían por todas las ciudades italianas leyendas diciendo «¡viva Verdi!» ¡Y cuánto no tardaron en reconocer los recelosos conquistadores con los viejos tiranos que aquel *¡viva!* era un anagrama, en que la *v* de corazón significaba Víctor, la *e* significaba Emanuel, la *r* significaba rey, la *d* significaba la preposición de génitivo *de* y la *i* significaba Italia, diciéndose con esa muestra de admiración á un músico palabra tan subversiva, en Milán, en Venecia, en Parma, en Módena, en Florencia, en Roma, en Nápoles, en Palermo, como ¡viva Víctor Manuel, rey de Italia! A mí nadie me lo ha contado; helo yo mismo aun visto cómo se aprovechaban de la música los italianos para expresar su justísimo disgusto por la opresión y el desmembramiento de su patria. Mi primer viaje á Italia fué un año después que á la ilustre nación se reincorporara el Véneto definitivamente. Habíame yo detenido en el muelle de los esclavones, sobre aquel puente, á cuyas espaldas se alza el puente de los Suspiros, para ver cómo se ponía el sol tras la mole marmórea del templo de la Salud y cómo nadaban en sus arreboles, cual místicas velas camino del cielo, aquellos campaniles de San Lázaro armenio y San Jorge Mayor que parecen corales-rosa é irisadísimos ópalos. Tocaba en la piazzetta, no recuerdo á santo de qué, tal día y á tal hora una música militar, cuyas cadencias llegaban á mí con esa dulzura prestada por el celeste lago á todos los sonidos y admirablemente puesta y reproducida en las cadencias con que acompaña Rossini los versos del Dante al comenzar la última escena del *Otello*. Llevaba yo dos gondoleros conmigo, y habiendo dejado atracada la góndola en el muelle, uno se vino á mi lado para servirme y acompañarme á mi vuelta. Yo veía la puesta del sol y escuchaba los acordes sonidos sin curarme de cosa ninguna, cuando el gondolero me dice «música nacional,» con un aire de satisfacción indecible. Entonces yo, tan amante como él de la independencia y de la unidad italianas, por las cuales había combatido en la prensa de mi patria como si de una cuestión interior y nacional se tratase, díjele, por oirle: «Cuéntame que tocaban mejor los austriacos.» «¿Los austriacos?» me respondió, preguntándome á su vez «No lo sé. Nunca los oí.» En efecto, así que iban las bien concordadas músicas del Austria á tocar en la plaza de San Marcos, los patriotas venecianos se marchaban por no escucharles, creyendo traicionar con el oído al corazón. No recuerdo haber criticado esto en mi larga vida pública; más bien lo he sostenido y alabado muchas veces. Por ende no me desplacen ahora las protestas contra *Lohengrin*. Cuando se padece mucho, no suelen mirarse nada los medios empleados en expresar el padecimiento. Sólo un estoicismo singular y una fortaleza verdaderamente superior logran sobreponerse al dolor y acallar su expresión siempre desordenada. Pero el estoicismo frío y la sobrenatural fuerza no penetran mucho en el seno de las colectividades, quienes gritan y claman siempre que sienten, sobre todo siempre que padecen. Y tienen por fuerza que sentir los pueblos el cercén de órganos importantes y primeros suyos, la separación de regiones integrantes en la patria común, cual esas regiones de Alsacia y Lorena; á la manera que nuestro cuerpo puede sentir los trozos de carne arrancados á él con tenazas ardientes ó el alma los objetos queridos que le arrancan el desengaño y la muerte. No tiene remedio: quien de veras y mucho padece, cuando alguna consideración superior no le veda la expresión de su padecimiento, se queja y duele como Dios le permite y no se anda en repulgos. Si el príncipe Jerónimo Napoleón pudiera ó la princesa Murat quisiese hablar, contaríannos cosas nuevas y no sabidas respecto del recuerdo guardado por los españoles de su guerra con los Bonapartes medio siglo después de aquel esfuerzo en que no perdimos un átomo de nuestro suelo y llenamos con páginas de honor nuevas las hojas de nuestra historia. El amor á la patria como el amor á la familia encuentran dentro de sí exaltaciones difíciles de comprender y menos de adivinar fuera del pueblo y del individuo que los siente; por lo cual precisa en su caso ponerse y decir cómo hemos procedido todos cuando hemos visto amenazada una parte mínima del territorio nacional. No se trataba de Venecia y Milán, de Metz y Estrasburgo; tratábase de madré-

poras perdidas en el Océano é ignoradas generalmente; tratábase del archipiélago carolino, timbre de honor, no materia de provecho. y porque lo amenazó Bismarck nada más que con una puntilla de codicia y un amago de ocupación, juramos á una todos los españoles no volver á comprar en toda nuestra vida productos alemanes. No condenemos, pues, en los demás aquellos mismos actos de que nosotros los españoles hemos dado á los otros pueblos enseñanza y ejemplo.

III

Lo que verdaderamente disgusta en tal circunstancia es: que haya un partido como el boulangerista hecho de la representación del drama de Wagner un asunto propio y tomado posesión de él con manifestaciones desordenadas y hasta indecentes, las cuales han producido una reacción completa en los espíritus maduros y graves. Nadie tiene menos derecho á echárselas de patriotas, como aquellos que han querido arrastrar el ejército francés á los pronunciamientos, precursores de la guerra civil, y humillar al pueblo francés bajo pretoriana y demagógica dictadura que hubiese resucitado el cesarismo con todos sus vicios y sin ninguna de sus glorias. Luego las manifestaciones en las calles, que las leyes francesas prohiben, y la triste agravación de tales desobediencias y desacatos con palabras malsonantes y con acometidas brutales han acabado en el concepto europeo de perder este desahogo. Pero sobre todo y ante todo, el estado internacional recrudecía y enconaba los peligros Así como debe decírsele al gobierno que no ha debido meterse en los laberintos de un desorden público por cosa tan secundaria como la representación de una ópera, cuya inmortalidad podía esperar coyuntura más feliz de aparecer, debe decírsele á los ciudadanos que no han debido aumentar por la misma baldía cuestión las dificultades exteriores de su gobierno en los días subsiguientes al discurgo bélico de Erfurt. Eso de intentar irse á la Embajada germánica ó de penetrar en cervecerías bavarescas con ánimo airado, puede tan sólo concebirse por los días de aquellos agentes provocadores y de aquellas blusas blancas que reunía el Imperio en sus falsos motines de aparato y de provecho. Turbar el orden público en las arterias de París; obstruir con grupos airadísimos la explanada que precede al gran teatro lírico; decir palabras indecentes y regoldar insultos soeces sobre aquellos que van con derecho y por gusto á una representación; exponerse á un combate cruento en la calle de Lila por arremeter á la Embajada germánica que preserva de todo atentado el derecho internacional reconocido por todos los tiempos y por todos los pueblos, unos en admitir la inviolabilidad completa del enviado diplomático; alardear de injustos respecto al genio de un músico tan incontestado ya como el genio de Wagner; perpetrar estas y otras faltas análogas, hame parecido cosa propia para perder en la opinión europea la tesis por mí sustentada, la tesis de que ahora no ha debido cantarse aquí *Lohengrin*. El nombre de Wagner no resulta, no, tan ajeno á la política, por ejemplo, como el nombre de Rossini ó de Bellini ó de Donizzetti. El gran músico, y en esto lo aplaudo, pertenecía, como el gran poeta Schiller, á las ideas republicanas. La propia patria, en cuyos anales debía inscribir nombre como el suyo, de primera magnitud, lo proscribió durante la revolución del 48 por haber defendido en los clubs el espíritu y el principio democrático, que sublevaba entonces los ánimos de un extremo á otro extremo del mundo germánico y tenía en guerra todos los pueblos con todos los gobiernos alemanes. Después, cuando el azar y la fortuna lo constituyeron en privado y favorito de un rey estrambótico, cual el pobre demente Luis II de Baviera, no se limitó á componer música para él solo, contribuyó á que aquel filógalo y prusianófobo se desasiera de Francia, en cuyo honor había levantado hasta templos, y se uniera con Prusia, protestante y casi eslava, para quien fué quizás el primero en pedir la corona de un Imperio, por cuya conservación en el Austria católica y en la dinastía de los Infantes españoles habían hecho tantos sacrificios, continuando una tradición atavista con la continuacion del proceder seguido casi siempre por sus regios y religiosos abuelos. Después, en cuanto Francia fué vencida, Wagner manifestó un gozo de hiena, cebándose con furor en los cadáveres y en los supervivientes, á quienes debía preservar de chanzonetas bárbaras la desgracia de su rota y la santidad de su martirio. Y aparecía tanto más punible y más merecedor de censura este agrio proceder suyo, cuanto que podía imputarse, no á patriotismo, no á sentimiento de raza y familia, no al viejo amor de la libertad, á un desquite del amor propio, herido por la silba espantosa que los parisienses propinaran al *Tanhausser*, la cual asombró su vida entera, siquier no eclipsara su indecible genio. Francia hizo mal desoyendo una obra maestra; los gomosos de la ópera entonces no sabían lo que se pescaban con preferir los bailes aparatosos y sensuales á las melodías sublimes del gran cantor alemán; aquella condenación definitiva y suprema fué un error maldecido por la estética



Los iguanodontes fósiles del Museo de Historia Natural en Bruselas


Proyecto aceptado por el Gobierno inglés para la construcción del nuevo edificio del Museo South Kensington, en Londres. Obra del arquitecto Mr. Aston Webb

universal y rectificado con un exceso de admiración excesiva; pero, por lo mismo, en la derrota de los franceses tocábale á Wagner callarse para que las gentes no abominaran de un amor propio que recuerda sus heridas tras el exterminio de sus enemigos, cual si no bastaran mares de sangre y sacrificios é inmolaciones de ejércitos enteros á saciar el odio y á satisfacer la venganza.

IV

Yo, sin embargo, sentiría mucho que todo esto cediera en daño del músico, y lo sentiría por el número de razones que apuntaré ahora en seguida. Wagner no me admira tanto á causa de su arte mismo en sí como á causa de la tendencia general de su genio y del carácter cíclico de su obra. En el culto á todo lo real, impuesto por dos sistemas hoy tan universalmente admitidos como el realismo en arte y el positivismo en filosofía, tan grande hombre se desciñe con su fuerza genial de todas las ligaduras de una moda imperiosísima y desprecia todos los patrones y todos los figurines que han tallado las togas, en cuyos pliegues los sabios se envuelven, declarándose á una sacerdotes y hierofantas de la materia. Su fuerza genial sube á la verdadera idealidad, y nos hace vivir en lo pasado con la divinización del recuerdo, en lo porvenir con la divinización del presentimiento, en lo infinito con su evidencia de una inmortalidad celestial para nuestro espíritu allende las sombras del ocaso y las podredumbres del sepulcro. En su obra vuelven á nosotros los pasados siglos, resucitan como en el Evangelio los muertos, evaporan ideas las ruinas; el bosque obscuro celta de los druidas canta á modo del órgano melodioso en la catedral gótica; los dioses antiguos corren, bendecidos por los salmos del sacerdocio cristiano, á circundar la Cruz como esas guirnaldas de ángeles alados puestas por los pintores nuestros en torno del signo de la redención; los caballeros del Santo Graal juntan sus voces en coros más ó menos acordes con los héroes helénicos; bajo la peana de María flota como en el *Fausto* de Goethe la concha de Afrodites; y una especie de misticismo, semejante á la fe cándida del Beato Angélico que huele aún á incienso y á salterio suena, únese con las puras ideas hegelianas, las cuales en movimiento vertiginoso llenan el universo como en esas paredes sacras del Vaticano donde se halla frente á la escuela de Atenas la teología católica y frente á las Sibilas que anuncian el alba de nuestra religión espiritual aquellas musas que inspiraron sus versos paganos á Homero y á Virgilio. Yo conozco perfectamente que Wagner aparece un poco incierto y confuso á nuestra conspicua claridad meridional; que su empeño en hacer de un equilibrio entre la música y la poesía el supremo drama definitivo marra; que la superioridad por su método de composición dada sobre la voz humana, el instrumento de los instrumentos, á la orquesta, nos desplace; que la sabia matemática fusa nos cuesta de comprender tanto como una lección del binonio de Newton ó del cálculo infinitesimal; que sus personajes nos parecen estatuas funerarias cantando y sus argumentos consejas para niños, sin entretenimiento posible de nuestro espíritu y sin ningún interés para nosotros; que hay demasiada complicación en sus cantares, difíciles á oídos en los cuales privan la sencillez heleno-semita de las serenatas andaluzas y las melodías mediterráneas y sicilianas del claro y melodiosísimo Bellini; pero no puedo, no, negar; no puedo, no, desconocer; no puedo dejar de sentir y creer que si las ideas puras, los ensueños indeterminados, las intuiciones íntimas, la inspiración religiosa, la estética interior, lo más recóndito y más silencioso del alma, lo más profundo y divino del misterio que nos rodea en el espacio vacío, las indecibles aspiraciones á la eternidad, la revelación de lo absoluto pudiesen cantar, encontrarían acaso las cadencias propias de su vaguedad espiritual en esa poesía semi-alejandrina y en esa música entre católica y pagana que parece una vibración de sobrenaturales espíritus. Luego nosotros, los latinos, tenemos razones múltiples para quejarnos de otros genios germánicos, los cuales nos han tratado como á una raza inferior, indigna del derecho humano é incapaz de levantarse á las sublimidades del pensamiento moderno; mas no de Wagner, quien ha bebido todas sus inspiraciones en el ciclo generador de nuestros libros caballerescos y de nuestros romances históricos, perteneciendo su música indudablemente al gran poema de nuestra música eclesiástica, por lo cual resultan las mejores entre sus obras grandes misas de *requiem* que lloran los muertos en la fe católica, ó grandes misas de gloria que cantan la inmortalidad, tal como nosotros la entendemos, ó dan una voz á las ideas por nosotros respiradas y aprendidas en los acentos de la campana, en los acordes del órgano, en los salmos de la liturgia, en los ritos que han esmaltado nuestra infancia, en las elegías y en las lamentaciones que mañana mismo herirán las losas de nuestro sepulcro, en toda la tradición romántica y católica. Pero será bien que continúe tal puro arte allá en su templo de Bagreuth como continúan los frescos del Giotto y de Orcagna en el cementerio de Pisa, y resuene desde allí en teatros donde no despierte, como en el teatro de París, los recuerdos tristes de la invasión y no agrave los dolores del desmembramiento.

Madrid 30 de septiembre de 1891

¡CARIDAD!

I

Mister O-Conallsh era irlandés de nacimiento y cosmopolita por carácter. Capitán de marina mercante, había dejado la vida marítima á consecuencia del reuma y otros achaques, y establecido en Valencia hacía bastantes años, era gerente en esta ciudad de una compañía comercial de guano del Perú, en la que tenía impuestos todos sus ahorros. Casado con una hija del país, tuvo la desgracia de perderla á los cuatro años de matrimonio, y desde entonces, atraído por su afición al mar, habitaba una casa del Grao de Valencia, situada frente al puerto y que formaba esquina con una callejuela.

Mister O-Conallsh era padre de una niña de diez años de edad; tenía una vieja criada valenciana que había sido nodriza de su difunta esposa, un criado inglés ex marinero, un perro de Terranova, algunos libros de astronomía, á cuyo estudio habíase dedicado últimamente, y muchas pipas de fumar. Casi nunca se alejaba de su casa; paseaba por el patio de ésta, en que florecían dos ó tres árboles y algunas plantas; contemplaba desde su balcón el *mar pequeño*, como él llamaba al Mediterráneo, ó bien sentado á la puerta de la calle fumaba su pipa, viendo corretear á su hija y reposar á su perro.

No obstante, cuando el tiempo estaba apacible, dos ó tres veces al mes, se embarcaba en una lancha en compañía de su criado y se dedicaba dos ó tres horas á pescar.

Mister O-Conallsh amaba á su hija, pero con cierta tranquilidad filosófica. Sus estudios astronómicos habíanle hecho algo soñador. Pensando en la inmensidad del cosmos, sentíase despegado de las pequeñeces de la tierra y no experimentaba las íntimas sensaciones de la fraternidad.

La tierra para él era un átomo y su hija todavía un átomo más pequeño.

II

Clarisa, el pequeño átomo del antiguo marino, era una niña encantadora. Tenía el negro cabello, los luminosos ojos de su madre y la morbidez de formas valenciana, excepto en las manos y pies ligera y elegantemente prolongados. Su tez era de una blancura deslumbrante, no la blancura opaca del arroz de las hijas de Edetania, sino el color marmóreo irlandés. Desde muy niña su madre acostumbraba á adornar su cabeza con un clavel, y ella seguía esta tradición materna. En su primera infancia, hasta llegar á los diez años, la niña había sido sumamente traviesa y de carácter expansivo y alegre; el carmín de la salud coloraba su fresco semblante, y tenía la inquietud casi alada de los niños dichosos. Picoteaba la felicidad, digámoslo así, y rebosaba en gracia y viveza. Un día la llevó su padre á pescar en el mar: Clarisa al principio estuvo contenta y juguetona, mojando sus deditos en la ligera ola que se quebraba blandamente en los costados de la barca ó bien mirando embelesada el incierto vuelo de las marsopla; pero cuando comenzó la pesca, cuando se tendió la red y vió los peces agitarse convulsivamente entre sus traidoras mallas, la niña rompió á llorar y apartó sus ojos de aquel trágico espectáculo. Desde aquel día negóse obstinadamente á acompañar á su padre en sus excursiones marítimas, y lo que es más, no hubo medio de hacerla probar ninguna clase de pescado.

Desde entonces, quizá, se inició en su carácter y aun en su parte física una extraña y lenta mutación imperceptible á todos, y que sólo la mirada previsora de una madre hubiera podido comprender.

Por gradaciones muy lentas fué faltándole el color que sonrosaba sus mejillas, creció con rapidez, sus formas fueron perdiendo la redondez primitiva, sus movimientos adquirieron lentitud, su rostro tomó una expresión reflexiva, y sus ojos, antes vivos y brillantes, se velaron con una sombra vaga é indefinida. No sé si las aficiones astronómicas de Mr. O-Conallsh, transmitidas hasta cierto punto á su hija, contribuyeron á todas estas cosas juntamente con la influencia de la edad que avanzaba hacia la adolescencia; pero lo cierto es que en Clarisa pasaba algo desconocido tan peligroso en la mujer-capullo.

En las noches serenas del estío, cuando la luna no alumbra la tierra y el cielo destaca más intensamente todas sus magnificencias, la niña, sentada junto á su padre en la puerta de su casa, oía embelesada las descripciones astronómicas del antiguo marino, siguiendo con la mirada la luminosa huella de las estrellas fugaces, oyendo con el interés de un cuento de hadas los portentosos viajes de los cometas ó bien la mitológica nomenclatura de las constelaciones. La de Orión, la más hermosa del cielo, la embebecía; pero sobre todo, la conocida con el nombre de *Cuadrado de Pegaso* excitaba su interés hasta el punto de producirla insomnios, porque Mr. O-Conallsh habíala contado la maravillosa historia que á ella se refería.

«Noticioso el valiente Perseo de que la princesa Andrómeda se hallaba encadenada á una roca por voluntad de su padre y condenada á ser víctima de una espantosa ballena, monta en el corcel alado Pegaso, y *caballero volante* de los espacios siderales, llega á tiempo de matar al enorme cetáceo, que ya comenzaba á devorar á la desventurada hermosura.» Clarisa, aleccionada por su padre, sabía buscar esta constelación en el cielo estrellado, y contemplaba con una especie de éxtasis temeroso á la terrible ballena al lado de su presa y al generoso salvador, que viene resplandeciendo por el Occidente.

La astronomía produjo quizá en la niña idéntico efecto que la lectura de novelas en una colegiala; desarrolló su imaginación exaltándola; pero, ¡cosa rara!, en vez de despegarla de la tierra como á su padre, hízola experimentar una sensibilidad exquisita por los dolores que entristecen este *valle de lágrimas*.

III

La niña había cumplido ya once años.

Un día Mr. O-Conallsh llamó á Vicenta y Smitd, sus antiguos y fieles criados, y les dijo:

– Hace algún tiempo que vengo notando la falta de algunas monedas en el cajón de mi mesa y aun en el bolsillo de mi chaleco. No quiero ni debo sospechar de vosotros; pero os encargo que estéis con cuidado, porque desde hace tiempo, no sé á qué atribuirlo, esta casa está asediada de mendigos y especialmente de chicuelas y de granujas del puerto. ¡Mucho ojo! Pues si estos hurtos continúan me haréis concebir malas ideas.

Desde entonces el antiguo marino no volvió á hablar de faltas de dinero, y este incidente fué olvidado.

Llegó el mes de abril y con él las hermosas y serenas noches del clima valenciano. Clarisa mostró deseos de ir á Valencia alguna que otra vez á oir la orquesta nocturna que tocaba en el paseo de la Glorieta, y con efecto, todos los días de fiesta se trasladaban á la ciudad, por medio del tranvía, aquélla y Vicenta, porque Mr. O-Conallsh casi siempre rehusaba acompañar á su hija. El marino daba á ésta ocho ó diez reales, y esperaba tranquilamente su regreso fumando su pipa, hablando con Smith de sus antiguas navegaciones ó contemplando los astros.

En cierta ocasión Mr. O-Conallsh preguntó á Vicenta:

– ¿Qué hacéis en Valencia por las noches? Porque no siempre estaréis paseando y oyendo música. ¿Refrescáis, vais á algún teatrillo?

– ¡Ca! No, señor, contestó la criada; no hacemos más que tomar el fresco y alguna vez un vaso de agua. Clarisa no quiere ir á parte alguna.

– Pues entonces ¿en qué emplea esa chica el dinero que le doy?

– No sé, quizá esté juntando *hucha* para comprarse alguna tontería.

El ex marino era generoso y distraído y no volvió á acordarse de este particular.

Entretanto Clarisa íbase poniendo cada vez más triste y más pálida. Un círculo violado se marcaba en sus ojos. Miraba con más frecuencia al cielo, con miradas que parecían reproches, ó se pasaba horas enteras con la cabecita baja haciendo labor.

Había en ella algo de la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse.

A Vicenta, la vieja criada, no se le ocultaba este abatimiento físico y moral de la niña, pero le achacaba á los efectos de una naturaleza precoz, que adelantaba en ella los de la adolescencia. En cuanto á Mr. O-Conallsh nada veía ni observaba nada; egoísta del infinito, una reciente teoría astronómica, que estaba en consonancia con las antiguas suposi-

ciones respecto á la luna, le tenía muy preocupado. El antiguo marino no podía resignarse á creer que el astro amigo y satélite de la tierra estuviese deshabitado como un mundo sumido en eterno sueño; y acogía con avidez la hipótesis indicada por el P. Secchi y otros artrónomos, de que sobre la luna puede existir una cantidad de aire tan tenue que sea imperceptible desde la tierra, y que por consecuencia hay la posibilidad de que la *reina de la noche* tenga pobladores organizados de distinto modo que los seres humanos.

IV

Dos acontecimientos dolorosos vinieron á agravar el estado de ánimo de la niña.

En un despoblado de las inmediaciones del Grao, en una miserable choza construída por su marido, vivía la viuda de un barquero del puerto. A consecuencia de la muerte de aquél, que habíala dejado en la mayor miseria, con dos hijos, uno de diez y otro de siete años de edad, la pobre mujer habíase quedado casi idiota y paralítica por añadidura. Aquella desgraciada familia pasaba indecibles privaciones, sosteniéndose malamente con las limosnas que los dos niños recogían en el Grao. Una vecina caritativa, casi tan pobre como ellos, cuidaba de poner un pote para los niños y la madre enferma, cuando allegaban recursos suficientes. Clarisa conocía estas miserias, y aquellas infelices criaturas eran sus pobres predilectos; ingeniábase para socorrerlos, y á veces exponiéndose á las riñas de su padre y de Vicenta hacía escapatorias á la choza para ver á la idiota paralítica.

Una tarde tempestuosa cundió por el Grao la noticia de que una centella había prendido fuego á la vivienda de la enferma. Acudió todo el mundo; pero cuando llegaron los primeros, entre los que se contaba la niña, la choza era ya un montón de llamas y de maderos ennegrecidos. La proximidad del mar facilitó la extinción del fuego, pero ya fué en balde; al penetrar en la cabaña encontraron á la enferma y al hijo menor transformados en restos informes. El mayor se salvó de la catástrofe por hallarse en el Grao recogiendo limosnas. Este doloroso suceso impresionó hondamente á la caritativa niña hasta el extremo de no permitirla conciliar el sueño ni de día ni de noche durante dos ó tres días y produciéndola las consecuencias del desvelo prolongado. Cada día iba palideciendo y demacrándose más, hasta el punto de llamar la atención de su padre, que ocupóse de ella quizá por primera vez, y la llevó, para distraerla, á la feria de Carcajente. En efecto, esta expedición pareció sentar bien á Clarisa, que regresó al Grao algo más animada.

Pero á los pocos días un nuevo incidente volvió á soliviantarla.

Una noche hallábase sentada á la puerta de su casa en compañía de su padre y de Vicenta. El tiempo estaba hermosísimo, porque desde la caída de la tarde habíase levantado una brisa fresca que atenuaba el calor.

—¡Qué noche tan hermosa!, dijo la criada. ¡Si siguiera así!

—¡Hum!, murmuró el antiguo marino, soltando de su pipa una bocanada de humo. ¡Nubes coloradas al Poniente! ¡Me escamo!

Y efectivamente, dos horas después, cuando la familia estaba cenando, desencadenóse casi de repente una violenta tempestad. A Mr. O-Canallsh le agradaba mucho aquel espectáculo, que le recordaba sus navegaciones, y Clarisa sentía la atracción de las organizaciones nerviosas. Ambos salieron á la puerta de la calle y se aproximaron al mar. La niña sentía estremecimientos continuos; el viejo marino, siempre fumando su pipa, miraba con insistencia á la lontananza del mar. Raras veces éste había estado tan imponente como aquella noche; aquel temporal era digno del Océano.

De repente sonaron dos cañonazos. Alborotóse la gente del Grao y acudió al muelle, y las lanchas del puerto se apercibieron en la previsión de un siniestro.

Oyéronse repetidos cañonazos; una ráfaga huracanada, arrastrando un inmenso nubarrón, permitió á la luna alumbrar un espacio de mar, y á su opaca luz pudo verse la confusa aparición de un buque luchando contra las olas.

No cabía duda, era era un naufragio.

Cuando los primeros botes de auxilio se dirigieron hacia aquél, desapareció como por encanto: era ya tarde; un buque más habíase hundido en el siniestro escotillón de la muerte.



DESCANSO DEL MODELO, escultura de D. Aniceto Marinas (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890)

Al amanecer apaciguóse el tumulto de las aguas, y los habitantes del Grao, que habían velado toda la noche, esperaron con ansiedad las primicias del naufragio. Seis ú ocho bultos se agitaban sobre el mar; eran un contramaestre y algunos marineros, grandes nadadores, á quienes consiguióse salvar. Por ellos se supo que el pailebot noruego que se dirigía á Valencia para cargar naranjas habíase ido á pique, casi instantáneamente, por consecuencia de una vía de agua. A la caída de la tarde fueron apareciendo cadáveres hasta el número de diez y siete, entre los que se contaban dos mujeres y tres niños, lo cual probaba que el buque había quedado enteramente deshecho. Clarisa, que había pasado casi toda la noche y casi todo el día en el muelle, contempló aquellas escenas en mudo asombro y con los ojos enjutos. Parecía que su pensamiento estaba en otra parte. Desde aquel día fué en aumento su tristeza y se pasaba horas enteras inmóvil, sentada en su cuarto, con las manos cruzadas sobre las rodillas y con la cabecita baja, como si quisiera resolver el problema de la creación, que vive en perpetua lucha de criaturas y elementos, encontrando los principios de la vida en los gérmenes de la muerte.

Mister O-Conallsh, contemplando los astros no reparaba en aquel lucerito que íbase eclipsando en la tierra.

V

Eran los últimos días de junio, el calor hacíase sentir extremadamente, el sol caía á plomo sobre el Grao de Valencia y sus habitantes estaban achicharrados.

El penultimo día del mes, el cielo amaneció nublado y la atmósfera saturada de efluvios de tempestad. La niña pidió á Vicenta que la acompañase á misa, cosa que extrañó á la criada, porque Clarisa solamente iba á la iglesia en los días de precepto, y aquél no lo era. Accedió, no obstante, á su deseo, y al primer toque de las campanas de Santa María acudieron ambas al templo. Terminado el santo sacrificio, quitóse la niña el clavel que según costumbre llevaba en la cabeza, dejóle á los pies de una imagen que hay en un altar y que representa la *Divina Pastora*, y después de rezar un breve rato, Clarisa y la criada, que estaba un tanto preocupada de la inusitada ofrenda hecha por aquélla, dirigiéronse hacia su casa.

Durante el trayecto la niña se detuvo dos ó tres veces á mirar al mar, en el que había gran oleaje.

En el resto de la mañana no ocurrió nada digno de mención. A las cuatro de la tarde el calor era insoportable, y los moradores del pueblo que no tenían ocupaciones apremiantes se encastillaban en sus casas para defenderse de las caricias del sol.

En la de Mr. O-Canallsh todo el mundo reposaba ya: el amo en su cuarto, Vicenta y el perro en el zaguán, y Smitd, el criado inglés, en el patio; únicamente velaba Clarisa, sentada en el balcón de su cuarto, que daba á la callejuela de que antes he hablado, en la que no penetraba el astro del día, aunque disipadas las nubes matinales brillaba aún en descenso y ya en el principio de su ocaso.

La niña miraba al cielo por un hueco que dejaba la cortina de lona que había en el balcón. De repente oyó un llanto infantil, y fijó su mirada en la calle. En la esquina de la casa, una mujer haraposa y escuálida, sentada en el suelo, daba el pecho á un niño más escuálido todavía. La criatura, no encontrando alimento en aquella ubre agotada, lloraba á intervalos, y la madre oía aquel lloro con esa indiferencia desesperada que engendra la miseria.

Clarisa inclinó la cabeza y permaneció pensativa durante un raro.

Luego se puso en pie, dirigióse á su alcoba, descolgó alguna ropa que estaba colgada de una percha é hizo con ella un lío. Después, sacando del cajón de una cómoda algunas monedas de plata y cobre, envolviólas en un papel, y volviendo al balcón llamó á la mendiga y la arrojó todos aquellos objetos.

Hecho esto, volvió á penetrar en el dormitorio y se tendió en la cama.

VI

Hora y media después, Mr. O-Conallsh, los criados y el perro comenzaron á bullir.

Vicenta, que por casualidad subió al cuarto de la niña, se admiró de verla en la cama; pues ésta nunca se acostaba más que de noche, y justamente alarmada se aproximó á ella...

Una señorita que habita en el Grao, que hace versos dignos de Arolas, pero que nunca los publica, me ha leído un romance, y yo robo á la modestia de la autora el trozo siguiente, á fin de que haya algo bueno en este mal pergeñado trabajo:

«La blanca niña del Grao
Como las estrellas blanca,
Era un serafín del cielo
Que en la tierra plegó el ala.
Al ver el llanto del mundo
Y las miserias humanas,
En fuegos de caridad
Su corazón se abrasaba.
Una tarde la encontraron
Tendida sobre su cama,
Los ojos vueltos al cielo,
Con las manitas cruzadas.
La blanca niña del Grao,
Como las estrellas blanca,
Sus alas pidió á la muerte
Y voló al cielo, su patria.»

Un poeta desconocido, de paso en Valencia, sintetizó estos versos en un epitafio que está en el cementerio del Grao, y que dice:

«Murió á los doce abriles y fué graciosa y bella;
Al Angel desterrado el cielo llamó á sí:
¡Oh, tierra de la muerte, no peses sobre ella!
¡Que ella bien poco hubo pesado sobre ti!»

F. MORENO GODINO

SECCIÓN AMERICANA

GUATEMALA Y QUEZALTENANGO

Accidentada como pocas es la historia de la ciudad hoy en día capital de una de las más importantes repúblicas de la región de los istmos que unen las dos Américas.

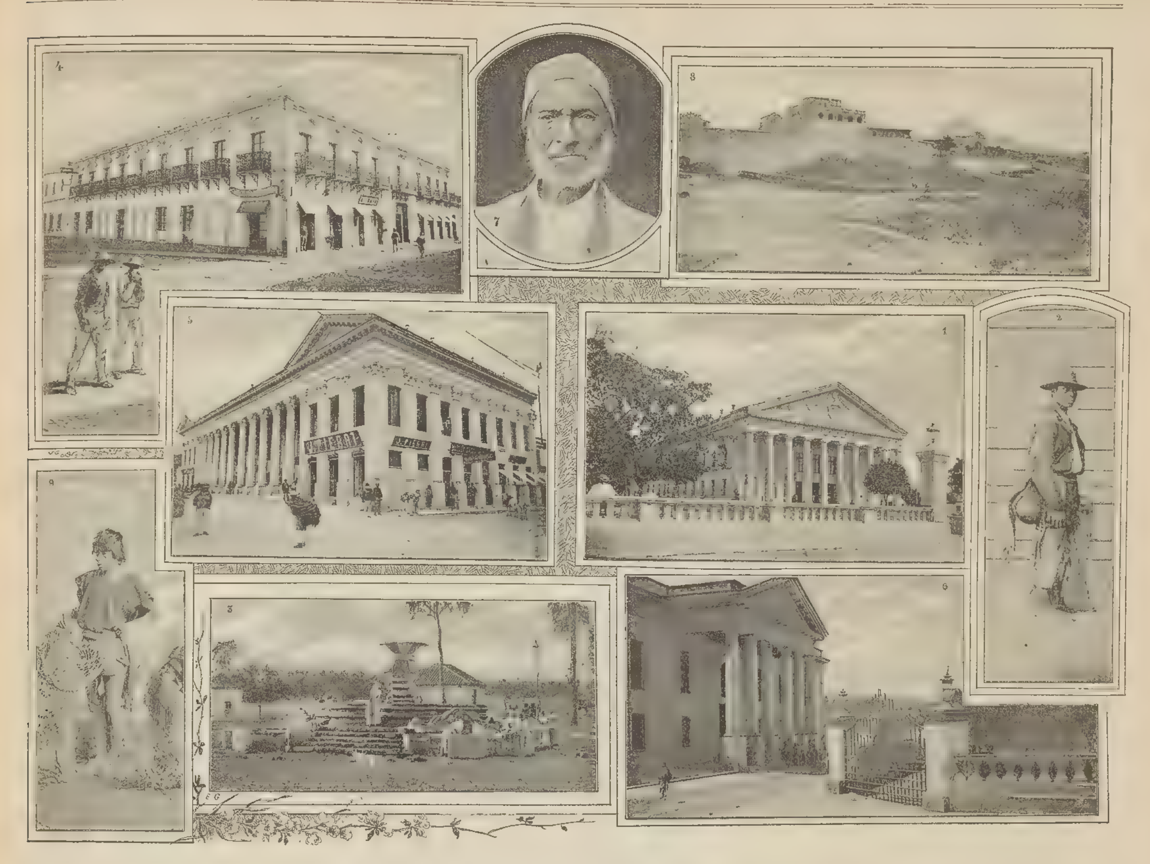
La primera capital española á que se dió el nom-



LAS INUNDACIONES DE CONSUEGRA

1, 5 y 6. Ruinas de la margen derecha del río. – 4. Puente provisional sobre el río Amarguillo. – 2 y 3. Ruinas de la margen izquierda del río; trabajos de descombramiento

(De fotografías remitidas por D. Casiano Alguacil, de Toledo.)



GUATEMALA Y QUEZALTENANGO

1. Teatro Nacional en Guatemala. – 2, 7 y 9. Indígenas guatemaltecos. – 3. Fuente de Xocotenango en los alrededores de Guatemala. – 4. Banco Colombiano en Guatemala
5. Palacio en la ciudad de Quezaltenango. – 6. Penitenciaría en Quezaltenango. – 8. Castillo de San José en Guatemala
(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal D. Antonio Partagás.)

bre de Guatemala es la que actualmente se denomina Ciudad Vieja: fundóla D. Pedro de Alvarado, con poderes de Hernán Cortés, en 1524, emplazándola entre los dos volcanes de Fuego y de Agua, en un sitio como pocos pintoresco, de agradable clima y fecundo suelo; mas á los veintiún años, el día de Nuestra Señora de Septiembre de 1544, las aguas del lago que en el cráter del volcán de Agua existía, engrosadas por torrenciales lluvias, rompieron el muro que las aprisionaba, y en impetuosa corriente cayeron sobre la ciudad, arrasándola en gran parte y ocasionando numerosas víctimas, entre ellas doña Beatriz *Sin ventura*, esposa del dicho Alvarado.

Entonces, y para evitar nuevos desastres, trasladóse la capital á una media legua de distancia de la anterior en el valle de Xocotenango, construyéndose allí la que hoy se conoce con el nombre de Guatemala Antigua, y que después de más de dos siglos de vida próspera quedó arruinada en 1773 á consecuencia de un terrible terremoto, en el que perecieron 9.000 personas.

Los vecinos, no considerándose ya seguros en aquellos lugares, decidieron buscar por tercera vez emplazamiento á propósito para su ciudad, recayendo su elección en la parte septentrional del valle de la Ermita y meridional del llano de la Virgen. La emigración á este nuevo sitio comenzó en 1773, pero hasta 1779 Guatemala la Nueva no fué reconocida oficialmente como capital. No quedó, empero, del todo abandonada la Antigua, que aun actualmente es la quinta villa de aquella república, famosa por sus aguas termales y por sus hermosas ruinas, de cuya magnificencia dan exacta idea los grabados que reproducimos, y entre las cuales sobresalen las de la catedral, convento de San Francisco y palacio de los gobernadores.

La actual Guatemala Nueva, la ciudad más populosa de la América central, está situada en una ligera pendiente en la depresión de una meseta de 1.500 metros de altura sobre el nivel del mar que forma la divisoria de aguas entre el Atlántico y el Pacífico, y al Norte de la cordillera en que se elevan los volcanes de Fuego y de Agua. La situación de Guatemala es en extremo desventajosa bajo cualquier aspecto en que desde el punto de vista utilitario se la considere: rodeada de terrenos estériles y apartada de las tierras que ofrecen al cultivador variados frutos y fáciles riquezas, la vida en la ciudad resulta cara y difícil, y aunque la construcción de algunos ferrocarriles, como el de San José á Escuintla y de ésta á Guatemala, han disminuído en parte tales inconvenientes, no han podido destruir la aridez de sus alrededores, compensada únicamente por el grandioso panorama que se disfruta desde aquella región limitada al Sur y al Norte por los dos conos volcánicos antes citados.

El clima es agradable, pero debilitante y enfermizo á consecuencia de las frecuentes variaciones que en el transcurso de un mismo día experimenta la temperatura.

El interior de la ciudad aparece construído con regularidad perfecta: las calles están tiradas á cordel, tienen anchas aceras y buen empedrado, y están cortadas por grandes plazas como la del Teatro, sombreada por hermosos naranjos y transformada poco á poco en precioso jardín, que con sus kioscos, estanques y arriates constituye uno de los paseos favoritos de los guatemaltecos; la de la Concordia con raras y escogidas plantas; la de San Sebastián, y la de Armas, que mide cerca de 30.000 varas cuadradas y en cuyo centro existe una fuente sobre la cual se alza todavía el caballo de piedra que antes montaba la estatua de Carlos IV, derribada por algunos patriotas en un arranque de entusiasmo por la independencia nacional.

Antiguos reglamentos, con el objeto de evitar en lo posible catástrofes como la que había destruído Guatemala la Antigua, prohibieron á los arquitectos que las construcciones tuviesen más de 20 pies de alto, y si bien esta disposición no se cumplió al pie de la letra, las casas de la capital son generalmente muy bajas, por lo que hubo de ganarse en superficie lo que en altura se perdía: de aquí que la población esté muy diseminada, notándose mayor estrechez en las viviendas únicamente en los arrabales, donde cada pequeña cabaña está habitada por una familia de indios.

Muchos son los edificios grandiosos que Guatemala encierra, sobresaliendo entre ellos las iglesias y conventos, que en su mayor parte datan del tiempo de la dominación española. Los principales edificios religiosos son: la catedral metropolitana, hermoso edificio de cinco naves y de más de cien varas de largo, con dos elegantes capillas que le dan forma de cruz, un tanto afeado exteriormente por enanas torres, construídas hace pocos años, y por su atrio, en el cual se ven las colosales estatuas de los cuatro Evangelistas; San Francisco, que posee una fachada espléndida y una nave que excita la admiración por su altura, amplitud, magnificencia y atrevimiento y cuya cripta puede considerarse como un gran templo subterráneo que sobre enormes columnas sustenta la gran basílica; Santo Domingo, edificio de cinco naves, severo y simpático, cuya construcción es de las más bellas y artísticas que la ciudad encierra; la Recolección, la Merced, Santa Teresa, el Carmen y diez y nueve templos más, todos pertenecientes al culto católico. El antiguo convento de los Jesuítas ha sido transformado en Instituto Nacional.

Entre los edificios civiles merecen citarse el teatro, de aspecto agradable y majestuoso, cuya fachada imita la de la iglesia de la Magdalena de París, el palacio del Gobierno, el de la Municipalidad, la Administración general de Rentas y Aduana general, instaladas en el que era antes convento de los Franciscanos; la Administración general de Correos, elegante y espacioso edificio de dos pisos, que fué



CIUDAD VIEJA Y GUATEMALA ANTIGUA

1. Iglesia de la Merced en Ciudad Vieja. – 2. Ruinas de la iglesia que en Ciudad Vieja fundó D. Pedro de Alvarado. – 3. Ruinas y Palacio Municipal. – 4. Convento de la Compañía de Jesús. – 5. Ruinas de Guatemala Antigua. – 6. Vista del volcán de Agua. – 7. Ruinas de Guatemala Antigua

(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal D. Antonio Partagás.)



LOS HUÉRFANOS, copia del notable cuadro de A. Echtler

iglesia y convento de la Orden Tercera; la Tesorería general y la Superintendencia de Telégrafos, que se han dividido la preciosa casa en que se encontraba anteriormente la extinguida Sociedad Económica; la Dirección general de Licores y Tabacos, establecida en el magnífico convento de los Dominicos que llegó á merecer ser calificado de «grande como un pueblo;» el Instituto Nacional para hombres, edificio vasto, hermoso y elegante, con precioso salón de actos, patios extensísimos, grandes é higiénicas aulas, gabinetes científicos, bellísimo parque y un Observatorio meteorológico de cinco pisos; las Escuelas de Artes y Oficios, de Agricultura y de Comercio, la Academia de Dibujo, la Escuela Politécnica, la de Derecho y Notariado, en el hermoso y elegante edificio en donde estuvo la extinguida Universidad de San Carlos; la de Medicina y Farmacia, espacioso edificio con jardín, biblioteca y gabinetes zoológico, químico, fisiológico, etc.; la de Ingeniería, establecida en el antiguo convento de Santa Clara; el Hospicio, el Hospital Central, modelo de aseo y de comodidades y capaz para 400 enfermos; los mercados Nacional y La Reforma, el Banco Internacional y Colombiano, la Tipografía de la Unión, el Gran Hotel, el teatro de Variedades, la capilla masónica, la Casa de corrección para menores de diez y seis años y la prisión de mujeres.

Los alrededores de Guatemala, como hemos dicho, son por punto general poco pintorescos: hay en ellos, sin embargo, el hermoso llano de La Culebra, donde recientemente se ha inaugurado el Hospital Militar; el bulevar de Xocotenango, rodeado por las llanuras en donde se verifican las animadas é importantes ferias de mayo, agosto y noviembre; los cerros sobre que se asientan los castillos de San José y de Matamoros, y el camposanto con una buena Penitenciaría.

Tal es, á grandes rasgos hecha, la descripción de la ciudad que actualmente es la capital de Guatemala y algunos de cuyos edificios reproducen nuestros grabados junto con otras construcciones y ruinas de Guatemala Antigua y Ciudad Vieja. Digamos ahora algo acerca de la capital del departamento de Quezaltenango, que por su importancia agrícola comercial é industrial es considerada como la segunda de la república guatemalteca.

Anterior á la conquista, denominóse á raíz de su fundación *Xenahú* ó *Xelaluh*, que significa ciudad de los Diez, y se llamó así porque, al decir de los cronistas españoles la ciudad fortificada que los conquistadores destruyeron estaba dividida en diez distritos, cada uno de los cuales tenía un jefe especial. Hállase emplazada Quezaltenango («ciudad de las plumas verdes,» según unos, ó «de los pájaros *quezales*,» según otros) sobre una ancha meseta de 2.346 metros sobre el nivel del mar cerca del cerro quemado ó volcán de Quezaltenango. cuya última erupción, acaecida en 1785, destruyó el cono vertical de la montaña, dejando en lugar del cráter una vasta llanura irregular cubierta de un verdadero caos de peñascos, entre los cuales surgen todavía algunas fumorolas. De construcción bastante irregular á causa de las desigualdades del suelo, ofrece un aspecto más pintoresco que la mayoría de las ciudades americanas, y desde ella se domina una vasta llanura que riegan el Siguila ó Samala y sus afluentes Divídese en cuatro barrios denominados Independencia, Libertad, Igual dad y Fraternidad: sus calles son por lo general estrechas é irregulares, y no tienen por ende la monotonía de las tiradas á cordel que en las más de las villas de América prevalece Entre sus plazas descuellan la de la Penitenciaría, cubierta de jardines, y la del Mercado, y de sus principales monumentos merecen citarse las iglesias de San Nicolás, Espíritu Santo, el Calvario, San Antonio y San Bartolomé, las Escuelas de Derecho, Medicina y de Dibujo, los Institutos para varones y hembras, el Colegio de niñas, el de indígenas, seis Escuelas primarias y una Casa de expósitos.

La instrucción puede decirse que es general en Quezaltenango, aun entre los indios quichés, y no es aventurado afirmar que desde este punto de vista la capital de los Altos es la primera de Guatemala.

Esta ciudad está habitada por la mayor parte de los grandes propietarios cuyas plantaciones cubren la Costa Cuca y por comerciantes y prestamistas que constituyen verdaderas potencias. La pequeña industria está representada en ella por fabricantes de tejidos de lana y algodón, por tintoreros y curtidores: una de las especialidades de los artesanos quichés es la fabricación de capas bordadas en oro, sombreros con plumas y máscaras de las que se sirven los indios en sus bailes, procesiones y representaciones teatrales, objetos raros que difícilmente se venden, sino que por lo general se alquilan á precios muy elevados y que se expiden á las aldeas más apartadas, hasta los confines de la selva virgen.

El clima fresco y poco variable y la bondad de sus aguas hacen de Quezaltenango una residencia agradabilísima durante la estación calurosa: á pocos kilómetros de la ciudad brotan las fuentes termales de Almolonga utilizadas en un establecimiento de baños junto á ellas construído.

Las razas indígenas que actualmente existen en Guatemala son: los pipiles, de origen azteca, que habitan en la Guatemala oriental; los itzas y lacandones, de la familia maya, que pueblan el distrito de Petén; los mopanes y los choles, mayas también, que viven al Sur del lago de Petén y en el valle del Mopán los primeros y en las sábanas que se extienden entre el Usumacinta y el Golfo Dulce los segundos; los quechis y los pokonchis, grupo especial de los mayas que ocupa el territorio de las fuentes del Polochic; los pocomanes, mayas como los anteriores, establecidos en la comarca de la ciudad de Guatemala; los quichés, *gente de la gran selva*, descendientes de los toltecas, que residen casi en los mismos territorios en donde los encontró el conquistador Alvarado, es decir, en los departamentos de Quezaltenango y Totonicapam; y los cachiqueles, de origen tolteca, que habitan en la zona comprendida entre Sololá, Chimaltenango y Antigua.

El cachiquel, que puede tomarse como tipo de los indígenas guatemaltecos, es de estatura generalmente pequeña, robusto, de facciones pronunciadas, ojos claros sombreados por espesas cejas, pómulos salientes y frente estrecha y aplastada por la acción de la correa que en ella apoya para llevar cargas: no encanece, es infatigable andarín y hasta edad muy avanzada conserva sus dientes de hermosa blancura.

El traje de los hombres consiste en pantalón, camisa y blusa, y el de las mujeres en una falda y una chaqueta que sólo se ponen cuando salen de su cabaña.

La fusión de razas en Guatemala es muy incompleta y los indígenas son dos ó tres veces mayores en número á los blancos de origen español: el cruzamiento entre blancos, negros ó indios en todos los grados ha producido gran número de tipos cada uno de los cuales lleva su nombre especial.

A.

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Tenorio, obra escultórica de D. Agustín Querol – Pocas figuras ha creado la fantasía que tan profundamente hayan impresionado la imaginación del pueblo como la que inmortalizaron Tirso de Molina en su preciosa comedia, Mozart en su ópera magistral y Byron en su genial poema, y que más que todos ellos ha popularizado en España y en América D. José Zorrilla en su fantástico drama *Don Juan Tenorio*. Todos nos hemos formado una idea que encarna el tipo del seductor de Doña Inés de Ulloa; pero indudablemente cuantas creaciones haya forjado nuestra mente resultarán pálidas y pobres ante la que con su privilegiado cincel ha modelado el Sr. Querol.

Difícilmente puede concebirse figura más arrogante, apostura más gentil y más varonil belleza que la que reproduce la obra de nuestro querido é ilustre colaborador; si Don Juan hubiese existido no hubiera podido ser de otra manera que como él lo representa, porque no sólo en sus dotes físicas, en sus cualidades morales también, vive en esa escultura el legendario personaje. Su rostro, su ademán, todo retrata por modo admirable el mozo valiente hasta la temeridad, libertino por instinto, dadivoso hasta ser pródigo, pendenciero, cínico, que así acuchillaba á sus enemigos vivos, como hacía burla de ellos delante de sus propias tumbas, y así enamoraba á incautas doncellas como sin piedad las abandonaba después de seducidas.

Los iguanodontes fósiles del Museo de Historia natural en Bruselas. – En 187[illegible] unos mineros que trabajaban en las minas de carbón de Bernissart encontraron á trescientas varas de profundidad una gran cantidad de huesos que examinados por un profesor de la Universidad de Lovaina resultaron ser del iguanodonte, reptil gigantesco, hoy desaparecido de la tierra. El gobierno belga, comprendiendo la importancia del descubrimiento, ordenó proseguir las excavaciones, cuyo resultado fué el hallazgo de nuevos huesos en cantidad de 100 toneladas, que fueron conducidos á Bruselas, en donde están expuestos en el Museo de Historia natural. El iguanodonte, según puede verse en nuestro grabado, era un animal de extraordinaria estatura y algo parecido al kanguro, que generalmente se apoyaba sólo en sus patas traseras y se alimentaba de vegetales, pescados é insectos.

Proyecto para la construcción del nuevo edificio del Museo South Kensington, en Londres. – El edificio en que actualmente está instalado este importante museo resulta ya insuficiente para contener los muchos y preciosos objetos que colecciona, en vista de lo cual el gobierno inglés convocó un concurso en el que fué premiado el proyecto que reproducimos La obra concebida por el arquitecto Mr. Webb será del estilo del moderno renacimiento, y una de sus fachadas, la de la calle de Cromwell, tendrá una longitud de 700 pies. El coste total de esta construcción, de cuya grandiosidad y magnificencia da exacta idea nuestro grabado, será de 10.500 000 pesetas.

Descanso del modelo, escultura de D. Aniceto Marinas (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – La estatua de *San Sebastián*, premiada en la Exposición nacional de 1887 y el grupo *Descanso del modelo*, que reproducimos, que obtuvo igual distinción en el concurso de 1890, pregonan la valía, la genialidad y los alientos del escultor segoviano. Discípulo de dos artistas distinguidos gloria de Cataluña, Samsó y Suñol, ha sabido Marinas aprovechar las enseñanzas de sus doctos maestros, siguiendo, conforme lo demuestran sus obras, seguros derroteros. Entregado por completo y con profundo entusiasmo al estudio del arte que emprendiera, ha podido en breve espacio de tiempo realizar señalados progresos, tan sensibles, que á ellos debe, aparte de sus excepcionales aptitudes, la pensión que goza en Roma, ganada en brillantes oposiciones.

Descanso del modelo es un modelo digno de figurar en un Museo, y tal lo reconoció el Jurado cuando por unanimidad le concedió la recompensa que podía otorgarle en la última Exposición nacional de Bellas Artes.

Las inundaciones de Consuegra (de fotografías remitidas por D. Casiano Alguacil, de Toledo). Consuegra, importante villa de la provincia de Toledo, extiéndese en un valle rodeado de montañas y hállase dividida en dos zonas por el río Amarguillo que cruzaban cuatro puentes, tres de ellos arrastrados por la inundación, y en cuyas márgenes habitaba una parte de la población. Constaba ésta de 10.000 habitantes distribuídos en 2.100 edificios. Varias veces el riachuelo, que no otro nombre merece el Amarguillo en su estado ordinario, engrosado por las aguas de los montes vecinos había inundado los barrios bajos de la villa causando no pocos perjuicios y desgracias, pero nunca las catástrofes por él ocasionadas alcanzaron las proporciones de la que en la noche del 11 de septiembre último sembró el espanto y la consternación entre los vecinos de Consuegra

Imposible describir el espectáculo de aquella noche de horrores; los que podrían hacerlo, es decir, los que á ella sobrevivieron, apenas han podido darse cuenta de la catástrofe que les sorprendió entregados al sueño, y la imaginación es incapaz de reconstruirlos: tal fué su magnitud. Las aguas subiendo sin cesar cada vez más amenazadoras, los edificios derrumbándose con horrísono estrépito, el rayo rasgando con siniestros resplandores las tinieblas que todo lo envolvían, el fragor del trueno ni un momento interrumpido, familias enteras desapareciendo entre las ruinas de sus viviendas ó entre las cenagosas olas que todo lo invadían, gritos desgarradores de los que demandaban socorro, ayes, terribles imprecaciones, lamentos, todo ello debió constituir el más espantoso conjunto. Las consecuencias de la catástrofe pueden suplir con su triste elocuencia lo que la imaginación no alcanza á concebir: calles destruídas, 700 edificios arruinados, centenares de cadáveres y una extensa vega asolada son datos bastantes para formarse una idea de lo que ocurrió en Consuegra. Los actos de heroísmo que allí se realizaron son innumerables é imposibles de describir; el desprecio de la vida propia para salvar la ajena se manifestó con rasgos conmovedores, sublimes; todos los habitantes rivalizaron en los trabajos de salvamento, distinguiéndose entre ellos el alcalde D. Luis Cantador y los religiosos franciscanos.

La catástrofe de Consuegra ha motivado una de esas brillantes explosiones de caridad que honran á nuestra patria: de todas partes se envían á nuestros desgraciados hermanos socorros en abundancia, en todas las poblaciones se arbitran recursos para los consuegrenses, nuestros compatriotas residentes en el extranjero remiten cuantiosos donativos, las suscripciones nacional y particulares arrojan cuantiosas sumas y la prensa contribuye á esta obra santa, no sólo con su óbolo, sino también enviando á Consuegra á sus redactores para repartir auxilios y prodigar consuelos y haciendo una de las más honrosas campañas periodísticas que registran sus anales.

¡Espectáculo hermoso y más grande que el de la catástrofe misma con serlo ésta tanto!

Nuestros lectores podrán juzgar por los grabados que publicamos y que nos han sido remitidos por el Sr. Alguacil, de Toledo, de la magnitud del desastre: aquellos escombros significan la ruina de innumerables familias y la desaparición de centenares de seres humanos: la caridad que ha dado cristiana sepultura á los muertos, devolverá á los vivos una parte de su perdido bienestar. ¡Bendita sea la virtud que tales prodigios realiza!

Los huérfanos, copia del notable cuadro de A. Echtler. – Este notabilísimo lienzo del famoso pintor alemán no sólo está pintado con arte irreprochable, sino que, además, es de los que dicen algo, de los que causan en el ánimo impresión profunda. Aquellas dos simpáticas figuras rebosan sentimiento, están trazadas por el corazón más que por la mano, y la sombría entonación del cuadro contribuye poderosamente á realzar las bellezas del mismo, pues difícilmente podría hallarse otra que estuviese más en armonía con la composición inspirada en tan interesante asunto.

Febrero, cuadro de D. Emilio Sánchez Perrier (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891). – Si el nombre de Sánchez Perrier no significara ya en el mundo del arte una reputación sólida y justamente cimentada, su notabilísimo cuadro *Febrero*, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1889, bastaría por sí solo para reconocer en este aun joven pintor á un artista de relevante mérito. El interior del bosque, que tal representa el cuadro, en la estación invernal, es un verdadero dechado de exactitud y observación. En los añosos troncos de los árboles, en la seca hojarasca, pronta á convertirse en impalpables *detritus* orgánicos que sirvan de abono á las raíces que los produjeron y ese ambiente frío y seco que se adivina en los tonos grises, son resultado del profundo estudio y de la habilidad y maestría del artista.

El pintor sevillano honra á su maestro D. Eduardo Cano y á nuestra patria, ya que ausente de ella ha logrado en país extranjero señalados triunfos, que si bien enaltecen al artista, enaltecen también á España. El cuadro de Pierrer, es un lienzo de estudio, en el que los jóvenes artistas tienen mucho que aprender. Forma parte de los seis que el Estado remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Réstanos agregar que el Sr Sánchez Perrier ha sido premiado además en otras Exposiciones, entre ellas la de París de 1886 y en la Nacional de 1890.



POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). - ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

I

M. Thomassiére apartó con un violento movimiento su taza de café, y mirando de hito en hito á su antiguo amigo dijo:

- Si es verdad lo que me dices, Langlade; si Teodoro es capaz de semejante locura, de una... infamia como esa; si siquiera ha tenido la idea de cometerla, te juro que removeré el cielo y la tierra para impedir que ese imbécil, cabeza de chorlito, se deje engatusar por los lindos ojos de una mujer de teatro...



...y durante el trayecto estuvo meditando el sermón que pensaba espetar á Teodoro

Y como viese que el viejo Langlade, con su aspecto honrado y fino, meneaba la cabeza entre sorbo y sorbo de licor, añadió:

- Pero vamos á ver, ¿quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes? Puede que sea una filfa por el estilo de las que los periódicos de París quieren hacernos tragar. Dime lo que sepas...

Los dos antiguos amigos acababan de almorzar, cómodamente instalados en la meseta de la galería de una antigua casa del Perigueux: casa patriarcal, silenciosa, que daba á mi jardín, inundado de los vivos rayos de un sol de septiembre tan brillante como el de julio. Desde la barandilla de la meseta, bien á la sombra, M. Thomassiére, antiguo notario, y Langlade, el juez de paz, gozosos de la existencia, miraban revolotear á las mariposas, y á los moscardones, semejantes á gotitas luminosas, atravesar el jardín que cortaban las telas de araña, á modo de hilillos de plata. Arrullados dulcemente por el ruido de cascabeles y de carruajes que desde el exterior y hasta ellos llegaba y por el continuo resonar de los cascos de los caballos sobre el empedrado, gozaban tranquilamente de aquella hermosa mañana de otoño, en que las flores rojas de los granados, los racimos de los serbales y los grupos de geranios destacaban sus notas encarnadas sobre el verde de los árboles, aún bastante pronunciado, como el color encarnado de la escarapela de Langlade destacaba sobre la levita de paño azul obscuro.

En los semblantes de aquellos dos compañeros de tantos años, después de un delicado almuerzo cuyos restos se veían todavía sobre el blanco mantel, formando apetitoso conjunto los trozos de pastel de liebre y de perdices, los cangrejos del arroyo de Saint-Alvere y los higos de acuosa carne, retratábase tal felicidad, tal bienestar, que aquel fondo de luz, de verdura y de flores parecía hecho ex profeso para servir de marco al grueso y alegre rostro de M. Langlade y al agudo perfil de M. Thomassiére.

El amigo Langlade encontraba excelente el semblante del antiguo notario, por lo regular algo pálido, con su grave fisonomía, su cara larga, su nariz de pico de loro y su corbata alta á la moda de 1830, que casi le ahogaba, haciendo apartar á los dos lados de los maxilares sus blancas patillas. Aquella mañana M. Langlade veía á su amigo, contra su costumbre, jovial y placentero. ¿Era esto efecto del vino de Costo-Rasto, ó de la evocación de sus antiguos recuerdos, ó de la voluptuosidad de aspirar el aire tibio de aquel hermoso día? Lo cierto es que el anciano notario no tenía el entrecejo que le era habitual, sus pálidas mejillas tomaban suavemente un ligero tinte de color de fresa, y aun se regocijaba á la vista de aquel vejete pequeño y sonriente que desempeñaba el cargo de juez de paz de su departamento. Por eso la anciana María, que les había servido el almuerzo, observó un espectáculo á que no estaba acostumbrada: la sonrisa de M. Thomassiére y la vista de ese flemático curial en alegre plática con una especie de monje rechoncho y bonachón. Pero esta sonrisa duró poco: M. Thomassiére no era hombre de chanzas cuando no estaba de buen humor, y era el caso que á los postres del almuerzo, el amigo Langlade le disparó á boca de jarro la inconcebible noticia de que su hijo Teodoro Thomassiére, enamorado de una actriz del *Palais Royal* de París, pensaba casarse con ella.

Langlade, á fuer de diplomático, esperó el momento del café para darle la infausta nueva; de lo que luego se arrepintió, porque las mejillas de su amigo pusiéronse purpúreas, y aunque por su delgadez no tenía propensión para ello, ¡quién sabe!, quizá podría sobrevenir una congestión.

- Tal vez debí esperar á otra ocasión, pensaba el juez de paz.

Pero el golpe estaba ya dado, y toda dilación en la relación de los detalles no había de hacer otra cosa que irritar más y más á M. Thomassiére. En su consecuencia, Langlade pensó: «pues ya que he empezado ¿por qué no decirlo todo?» Y dirigiéndose á su amigo le dijo:

- Querido Gastón (así le llamaba para entretenerle): mi sobrino es quien me ha escrito la noticia. Ya que te he dicho que el tal sobrinito es un duende de París y lo sabe todo, sospecho que en vez de ir á su oficina se entretiene en hacer *vaudevilles*. En una palabra, es amigote de tu hijo, el cual le ha encargado de tantear el terreno en lo que te concierne, y si te he hablado de esto es porque á mi vez deseo saber...

- ¿Qué?, interrumpió Thomassiére dejando bruscamente sobre la mesa la taza del café.

- Pues sencillamente tu modo de pensar. En buena filosofía, deben tomarse la cosas tales como son, y no es posible pedir á una cabeza de veinte años el juicio de... de Foción.

- ¡Foción! ¡Foción! ¿Y á mí qué me cuentas con tu Foción?... ¿Vas á decirme que Foción, tu Foción, me aconsejaba que perdonase la necedad de ese galopín atortolado por una galopina?

- ¡Oh! ¡Poco á poco', replicó el juez de paz. Eso de galopín es fuerte tratándose de una actriz que ha sobrepujado á la Norah en una comedia de Dumas (hijo).

- ¡Anda, anda! ¡Pues no estás poco enterado de todas esas cosas!

- Por mi sobrino. ¡Qué quieres! .. Así, pues, Mlle. Gabriela Vernier...

- ¿No me has dicho hace poco que la llamaban *Gabrí*?

- Eso es en la vida íntima; pero en los carteles es Gabriela. Gabrí es para los iniciados solamente, para los gomosos, para los verdaderos parisienses.

- ¿Como tu sobrino Custavo?

- Exactamente.

- ¡Gabrí! ¡Teodoro casarse con Gabrí! ¡Gabrí!

Y M. Thomassiére dió un puñetazo en la mesa, que hizo saltar los restos de perdiz y vibrar los vasos y las tazas. Luego repuso cada vez más exaltado:

- ¡La señora Gabrí Thomassiére! ¡Thomasiére Gabrí!

- Gabriela, Gabriela .. Legalmente no es Gabrí sino Gabriela, observó Langlade con algo de socarronería gascona. Según parece, la tal Gabriela es linda, muy linda... Alta, bien formada, rubia, ó lo que es lo mismo, teñida con alheña.

- ¿Con qué?

- Con alheña. ¡Oh! ¡La alheña está muy de moda! Sobre este particular mi sobrino me ha contado unas historias... Parece ser que todas las señoras de la Opera se aplican alheña en la cabeza, y no solamente en la cabeza...

El juez de paz echóse á reir pensando en los relatos de su sobrino Gustavo; pero sí ¡de las señoras de la Opera se trataba! Thomassiére, más blanco que la servilleta que doblaba y que estrujó coléricamente, alargaba su prolongada nariz hacia la cara de cereza madura de Langlade y le pedía nuevos informes respecto á la locura de que Teodoro estaba poseído; en tanto, Langlade tanteaba el terreno para ver hasta dónde podría llegar, y poco á poco lo decía todo.

El caso de Teodoro, por otra parte, era bien sencillo. Después de haber terminado en París la carrera de derecho, no teniendo prisa para volver á Perigueux, hízose inscribir en el colegio de abogados, y como tantos otros se dedicó á ir á caza de la ocasión, cada día más calva, sobre todo en París, donde los cabellos caen más de prisa. Un litigio divertido, cual fuera el que sostuvo Mlle. Gabriela Vernier con su pedicuro, puso á Teodoro á la orden del día en la crónica parisiense. Y resultó que efecto de haber descrito, defendido - y contemplado - con mucho talento el pie de la cómica, acabó por ofrecer á ésta su mano: locura, tontería, escándalo, todo lo que se quiera; pero sabido es que el amor constituye el prólogo obligado de todas las tonterías legales y extralegales.

- En suma, mi viejo amigo, dijo Langlade: bien mirado, tu chico hubiera podido hacer aún peor elección. El hijo de Migayroux, el de Bergerac, se ha

casado con una actriz de Bobino, que ahora hace un buen papel en el pueblo de su marido, tan bueno como pudiera hacerlo otra cualquiera, te lo aseguro. ¡Y ya ves tú que del Palais Royal á Bobino hay alguna diferencia!

– Sí, interrumpió con ímpetu el antiguo notario; pero Mederic Migayroux no es Teodoro Thomassiére... ¡Ah! ¡Su madre! ¿Qué diría la madre de Teodoro si viviera y supiese que su hijo se ha enamorado de una Gabrí!, ¡Gabrí! ¡Gabrí!...

Y repetía este nombre como si con él quisiera abofetearse. Presa de una impresión singular, mezcla de sorpresa y cólera, parecíale que todo daba vueltas en derredor suyo, los árboles del jardín, las tazas de café y hasta la risueña figura de Langlade.

– ¡Es posible!, exclamaba como hablando consigo mismo, y tratando de recordar las últimas cartas de Teodoro, en las que éste no hacía mención de la señorita Gabrí, y se limitaba á dar noticias políticas y financieras á su padre, diciéndole que en París se hablaba de una nueva conversión y de la seiscientas cuarenta va crisis ministerial. Pero de teatros... ¡Oh, de teatros, ni una palabra! A juzgar por sus cartas, Teodoro era un hombre serio, excesivamente serio... y he aquí que de repente, no sólo por carta, sino personalmente, envía á Gustavo para explorar por medio de su tío el ánimo de Thomassiére. Porque era Teodoro, no cabía duda, el que había dado el encargo al tal sobrino...



... se entretuvo cerca de dos horas en mirar un transparente gigantesco lleno de anuncios

– ¿Dónde está tu sobrino Gustavo?, preguntó bruscamente el ex notario.

Langlade, hombre práctico, calentaba en un platillo un terrón de azúcar mojado en aguardiente con objeto de hacer un ponche y de dejar tiempo á su amigo Thomassiére de reflexionar á sus anchas.

La pregunta de éste hízole sonreir.

– ¿Mi sobrino?, contestó. Se ha largado al momento. Se aburría en Saint-Alvere y está en Burdeos. Burdeos es la sucursal de París.

– ¿De modo, repuso Thomassiére, que no podré saber más que lo que tú me has dicho?

– Qué, ¿no te basta?

El notario miró á su amigo con severidad. Ciertamente el bueno de Langlade se chanceaba, mientras Thomassiére se ahogaba de cólera... ¡Ah! No bien acabara de hacer la digestión, escribiría á Teodoro una carta... ¡pero qué carta!... ¡buena, buena iba á ser!... De seguro que caería en París como una bomba.

– ¡La señorita Gabrí, Gabrí, Gabrí!

El notario repetía este nombre con todas las inflexiones del desprecio, del furor y de la execración. ¡Gabrí! ¡Si Estefanía Thomassiére hubiera podido pensar ni un solo instante que su Teodorito había de amar, ¡qué digo amar!, casarse con una señorita Gabrí, Gabrí!... Sí, sí, y cien veces sí; escribiría inmediatamente á Teodoro, y en términos que no le gustarían, á fe de Thomassiére.

– ¿Y para qué?, preguntó juiciosamente Langlade. Espera á que él te informe, á que él mismo te escriba.

– ¿Y si no lo hace?

– No es posible. Demasiado te escribirá: participación de matrimonio, demanda de consentimiento; esto es de cajón.

– ¡Ah, mi consentimiento! Si se figura...

– Súplicas, ruegos...

– Serán inútiles.

– Actos respetuosos...

– ¿Tú crees?...

– ¿Qué edad tiene Teodoro?

– Veintisiete años.

– Pues con veintisiete años no es un pollo. Insisto, mi querido Gastón: actos respetuosos...

– Déjame en paz con tus actos respetuosos, interrumpió nerviosamente Thomassiére; no sé si por causa de la perdiz ó de la lamprea, tengo como una barra en el estómago... materialmente una barra... me ahogo... ¡Actos respetuosos!... ¡Por una señorita Gabrí! ¡Actos respetuosos! ¡A mí, á mí, á mí!

Y al decir esto bufaba como un caballo de batalla, blandiendo la servilleta que había tomado de la mesa. Y se erguía, mirando hacia el jardín, como si Teodoro fuera á presentarse por allí y él se preparase á confundirle.

Pero en el jardín sólo había sol, flores, granados é insectos de alas de gasa, que revoloteaban en rápidos círculos, alrededor del césped todavía verde por algunos días.

II

Al día siguiente la vieja María quedóse atónita cuando M. Thomassiére, que era muy casero y rara vez salía de su cuarto y de la biblioteca (traducía secretamente á Horacio) la llamó y le mandó que le preparase la maleta y dijera al criado que ensillase el caballo.

– ¿Va el señor á Perigueux, al concurso regional?, le preguntó.

El viaje que había hecho M. Thomassiére con motivo del concurso regional se conservaba en la memoria de todos como un suceso célebre, había sido un acontecimiento en aquella casa. El notario encogiéndose de hombros contestó:

– ¡Qué concurso! Si en Perigueux ya no hay concurso. Además, no voy á Perigueux, sino á París.

– ¡A París!

– A París.

La vieja criada, con sus ojillos maliciosos de aldeana fijos en el rostro de su amo, trataba de adivinar la causa de aquel precipitado viaje, presintiendo por instinto que se trataba de alguna aventura del señorito Teodoro... ¡Ah, ese París! ¡Ah, ese molino de harina humana! ¡Cuántos infelices paisanos suyos habían sido triturados en aquella máquina infernal!

– ¿El señor va á París? Y ¿cuánto tiempo permanecerá en París el señor?, gruñía por lo bajo María, mientras miraba si estaban bien cosidos los botones de la camisa de su amo.

La determinación de M. Thomassiére producía en la casa una tribulación semejante á la que hubiera podido ocasionar un espantoso trueno. Criados, mozos, jardineros se preguntaban por lo bajo qué habría hecho el señorito Teodoro para que su padre montara á caballo como dragón que va á dar una carga. El nombre de Teodoro estaba en todos los labios... ¡Oh!, se murmuraba, ¡el tal señorito debe ser un calavera deshecho!.. Cuando se marchó á París dejó en la comarca de Saint-Alvere hasta Sainte Foix más de un corazoncito oprimido y no pocos ojos encarnados de llorar... Puesto que M. Thomassiére se va, no cabe duda de que es para reducir á su hijo á la razón.

El amigo Langlade vino á despedir á Thomassiére, y María pudo sorprender palabras amenazadoras dirigidas al *parisiense*, á quien el notario hablando con el juez de paz había llamado pícaro de siete suelas. Además la criada había cogido al vuelo, como se caza una mosca, un nombre que la preocupaba: *Ga-*

brí, Gabrí!... indudablemente un nombre de mujer, de alguna perdida. Y al día siguiente, á las pocas horas de haber partido M. Thomassiére dejando de palabra y por escrito sus órdenes á la servidumbre, después de haber recibido el último apretón de manos de Langlade, cuando amo y mozo desaparecían al trasponer el ribazo, en la revuelta del camino, todo el mundo sabía en la casa que el notario iba á impedir que el *señorito* hiciese tonterías y la vieja María encendía en la cocina un cirio de resina reservado para los días de tempestad, con el fin de librar de ladrones á su amo y de malas mujeres á su señorito.

Thomassiére hizo que el criado se volviera con los caballos desde Mussidán. Allí esperaría el tren de Contras, que le llevaría á Burdeos y luego á París. Al despedir á su servidor, el notario, de ordinario frío y digno como una estatua antigua, estrechóle la mano y le dió gracias en patués por sus palabras, deseándole buen viaje. Después, ya solo, púsose á reflexionar: había tomado una resolución rápida: no esperaría á que Teodoro, dispuesto á cometer todo género de majaderías, le enviara las famosas intimaciones respetuosas... ¡Ironía de la ley! *¡Res-pe-tuo-sas!* No; iría resuelta é impensadamente á buscarle para pedirle cuenta de sus amores con la señorita Gabrí. ¡Vaya con la señorita Gabrí! Parecíale que la estaba viendo ajada, pintada, teñida y con voz desagradable y acanallada.

¡Y pensar que estas seducciones atraen á los jóvenes! ¡Imbéciles! ¡Si fueran las modistas de otro tiempo, graciosas, alegres, frescas y con el corazón en la mano, con su cofia de percal y su vestidito de indiana, tales como Thomassiére las había conocido! ¡Pero las mujeres de ahora! ¡Ah, qué mujeres! ¿Cómo compararlas con aquéllas? Y si no, preguntad á los viejos, que están bien enterados.

Pensando en estas cosas, y evocando fantasmas con cofia y vestidos de cretona, el notario notó que tenía hambre, y como el tren de Contras no llegaba hasta dos horas después, se hizo servir un almuerzo. Comió con apetito, sintiéndose repuesto aunque colérico, y apenas se instaló en el tren quedóse dormido y no despertó hasta Burdeos.

Podía haber seguido directamente hasta París, pero Burdeos le recordaba algo de su juventud. Hacía años que no había estado en esta ciudad, desde la época en que en un cuartito de la calle Huguerie rociaba con vino blanco las ostras de Arcachón, que se comía riendo una linda morena... ¡Qué mujer! Aquélla sí que era belleza: ni estaba ajada, ni iba pintada ni teñida, y sobre todo no era cuestión de casarse con ella, ¡ni por pienso! ¡Ah, ese Teodoro tres veces estúpido!



Luego quitóse el cuello y los puños y comenzó á desabrocharse el corsé

M. Thomassiére no era sentimental, y por lo tanto su estancia en Burdeos le refrescó dulcemente la memoria. ¡Oh año feliz de 1838! Entonces no estaba casado, y hacía muy distinta vida de cuando llegó á ser notario de Saint-Alvere. Recordó haber tenido un duelo, ó mejor dicho, el principio de un duelo con un oficialito del 3.° de ligeros, por causa de una endiablada librera que alquilaba novelas de Pigault-Lebrún en un gabinete de lectura... Se interpusieron algunos amigos, pues Thomassiére no dió satisfacciones, ¡qué había de darlas! Además, como todos los de aquella generación, manejaba muy diestramente el florete. Y todas estas aventuras, ¿para qué? Para acabar por casarse con la señorita de Prunieres, que le trajo en dote la casa de Costo-Rasto, y le exigió que se estableciera en Perigueux, cerca de sus ancianos padres. A partir de aquella época su existencia deslizóse lenta, pesada y pautada como un papel de música. ¡Qué monótona vida la del notariado de aquel pueblecillo, en donde un día se parecía al pasado y al siguiente, y los años á los otros años! Teodoro, hijo tardío, nacido después de veinte años del matrimonio del digno notario, se hizo hombre cuando su padre era ya viejo, y Thomassiére, viudo á poco, no quiso volver á casarse y reconcentró en su hijo todas las ambiciones de su pasada juventud. ¡Qué pronto había pasado todo esto! Parecía que la vida había soplado sobre él y llevádose cual si fuera polvo toda su existencia.

Sus reflexiones no eran melancólicas, sino que surgían en él como esas florecillas que nacen en las junturas de algunas antiguas piedras. No queriendo pasar la noche en el tren, el notario se detuvo en Burdeos. Por la noche fué al teatro, en donde se representaban los *Hugonotes*. Las cantantes le parecieron viejas, los pajes delgados y desgarbados con sus trajes ajados; no comprendía que nadie pudiera prendarse de semejantes mujeres. Salió del teatro con jaqueca, y sin explicarse cómo aquel mundo de cartón y telas pintadas pudo haber vuelto loco á su Teodoro.

Vuelto á su hotel leyó un periódico antes de dormirse; era *El Eco de Vésone:* se ocupó principalmente de la parte política, porque Thomassiére era uno de esos que se ocupan en sumar los votos que puede reunir un ministerio: precisamente entonces había crisis ministerial. Acabada la sección política, el notario, que estaba ya acostado, iba á dejar el periódico, cuando por casualidad un nombre hirió sus ojos como un relámpago.

Era el aborrecido nombre de Gabriela Vernier. «Mlle. Vernier, decía el periódico, desempeñará el papel de *Comadre* en la próxima revista del Palais Royal. Se hacen grandes alabanzas del rondó que tiene que cantar á propósito de *La educación laica.*»

M. Thomassiére leyó dos veces el suelto, no comprendiendo bien la importancia del papel que debía desempeñar la señorita Vernier. ¡Esta señorita cantaba, y sin duda cantaba celebrando la educación laica! ¡Mentira le parecía! Pero en fin, preciso era acostumbrarse á todo.

El notario siguió leyendo: «Se espera poder dar la primera representación el lunes próximo.»

M. Tomassiére, mirando su reloj vió que era media noche: llegaría á París el domingo por la tarde, y por lo tanto tendría tiempo de tomar una localidad del teatro del Palais Royal y enterarse un poco de la figura de la tal señorita *Gabrí*, de esa *Gabrí* que se atrevía á soñar con llamarse la señora de Thomassiére.

El notario apagó la bujía y cerró los ojos, esperando dormir; pero en el silencio de la noche oía la chispeante música de un teatro ó casino próximo al hotel, y medio arrullado por aquellos acordes se adormeció, soñando, entre otras cosas extravagantes, con la aparición de una alta y hermosa joven vestida de paje de los *Hugonotes*, que cantaba *La educación laica* con la música de la *Bendición de los puñales*.

Al día siguiente, M. Thomassiére, mal dormido, tomó el tren de París, y durante el trayecto estuvo meditando el sermón que pensaba espetar á á Teodoro... «¿Has medido, desventurado, la profundidad del... del abismo?»... Pero antes de sorprender á su hijo quería tener el derecho de darle su opinión respecto á la miserable joven de la que el imbécil pretendía hacer una Thomassiére. Sí, quería juzgarla, bien seguro de que era fea, vulgar, insignificante... ¡Los jóvenes son tan estúpidos! O quizás á lo sumo tenía la belleza del diablo, que por cierto es belleza que vale bien poca cosa. En fin, ya lo vería, ya lo vería...

París también excitaba su curiosidad, y en resumidas cuentas, no le pesaba volver á verle. Se apearía, como en otro tiempo, en Cité Bergere, en el hotel tranquilo que le había albergado en otras ocasiones, *Hotel del Mediodía.* En aquella época había allí una linda rubia, fresca como un capullo, gruesa como una aldeana de Rubens, y que con su luto de viuda estaba endiabladamente hermosa. ¿Qué habría sido de la señora Chardonet? En aquella época, ya algo remota, tenía la viudita treinta y seis años: ¡cómo pasa el tiempo? La vida había *pasado, pasado, pasado*, como dentro de poco pasaría la revista del Palais Royal.

El *Hotel del Mediodía* había cambiado su nombre por el de *Hotel del Norte*, y el cuarto que antes había ocupado el número 20 habíase convertido en el 32... En cuanto á la señora Chardonet, hacía tiempo que se había retirado de los negocios, y habitaba en el Perigueux.

–¡Calla! ¿En el Perigueux?

–Sí, hace quince años.

¡Qué coincidencia! La bella señora Chardonet vivía tan cerca de él y nunca había vuelto á verla. ¡Quién sabe! Quizá él hubiera acabado por declararle los sentimientos que le inspiraba y que nunca habíase atrevido á revelar, no obstante las atractivas sonrisas de la fondista. Ella en Perigueux; él en Saint-Alvere. ¡Tenía gracia! ¡Vaya si tenía gracia!

Y en aquel hotel húmedo y triste, donde otro cualquiera hubiera pillado un reuma, el anciano notario encontraba bocanadas de juventud y como reflejos de sol. Pasó la tarde recorriendo el bulevar, algo desvanecido por el ruido de la muchedumbre, y empujado y codeado se entretuvo cerca de dos horas en mirar un transparente gigantesco lleno de anuncios y de figuras grotescas. Esta linterna mágica, en la que los anuncios alternaban con vistas pintorescas, interesó en sumo grado á M. Thomassiére, que habiendo traducido ya en verso medio Horacio, comprendía que los parisienses tenían el talento de mezclar lo útil á lo agradable: *utile dulci.*

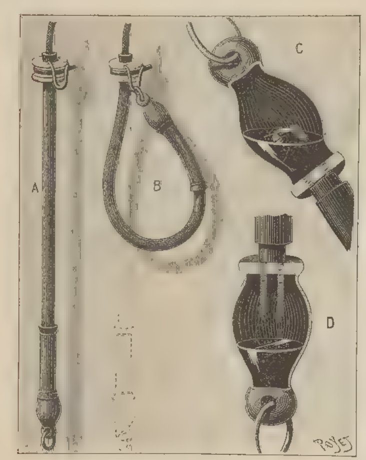
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ELECTRICIDAD PRÁCTICA

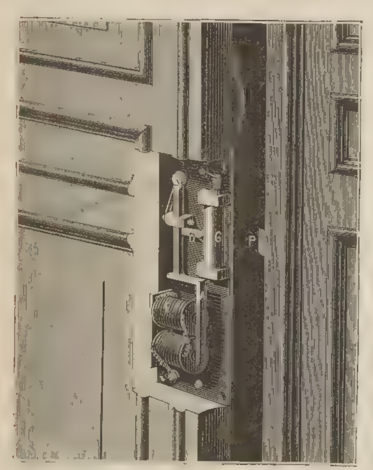
I. – UN NUEVO INTERRUPTOR DE MERCURIO

Nada parece *à priori* más sencillo que construir un interruptor de corriente que funcione en buenas condiciones, y sin embargo el problema está erizado de dificultades en determinadas circunstancias



Interruptor de mercurio. – A y D. Posiciones de interrupción. B y C. Posiciones de cerradura

Supongamos, por ejemplo, que el interruptor deba ser colocado en un lugar donde se produzcan desprendimientos de vapor de agua ó de vapores ácidos; en este caso ninguno de los interruptores ordinarios podría resistir mucho tiempo á las acciones corrosivas ú oxidantes de un medio semejante. Supongamos, en un segundo caso particular, que el interruptor se coloque entre vapores inflamables en un subterráneo que contenga esencias de petróleo y en donde, por consiguiente, no puede entrarse de noche; bastaría entonces la chispa que produjese la ruptura de un interruptor mal entendido para inflamar estos vapores peligrosos.



Cerradura eléctrica. – A. Armadura. – E. Electroimán. D. Dedo. – G. Armella – P. Pestillo

Igual dificultad, aunque en menor grado, ocurre en los polvorines, en los molinos y en algunas industrias que producen una atmósfera inflamable. El interruptor de mercurio está destinado á resolver todas las dificultades que acabamos de exponer y algunas más que podrían presentarse, y á falta de elegancia ofrece una seguridad absoluta que le valdrá múltiples aplicaciones.

Consta esencialmente de un tubo de caucho, uno de cuyos extremos se fija en la pared por medio de una polea aisladora de porcelana y un garfio, terminando el otro en una pera de caucho herméticamente cerrada que contiene cierta cantidad de mercurio. Por el interior de este tubo pasan los dos conductores que llevan la corriente al interruptor y que terminan en dos espigas de hierro visibles en D. Cuando el tubo ocupa la posición A, la corriente está interrumpida, según puede verse en D; en cambio, si se levanta el tubo y se le fija en el garfio del modo que indica B, el mercurio de la pera cambia de sitio y se coloca en la posición que reproduce C, cerrando entonces el circuito, que puede interrumpirse de nuevo descolgando simplemente el tubo y abandonándolo á su propio peso

Gracias á esta sencilla disposición la chispa se produce en un espacio cerrado y no puede incendiar los productos que contiene la atmósfera ambiente; además, los vapores oxidantes ó corrosivos no tienen acceso sobre el contacto, que de esta suerte se conserva siempre limpio y completamente seguro.

II. – UNA CERRADURA ELÉCTRICA

Muchas instalaciones se han imaginado con el propósito de obtener una cerradura eléctrica sencilla, destinada á abrir desde alguna distancia las puertas de entrada de las casas utilizando para ello las pilas ya instaladas para el servicio de timbres. Pero hasta ahora sólo se han hecho instalaciones complicadas y por ende delicadas y costosas: la que reproduce nuestro segundo grabado es, en cambio, de una sencillez extraordinaria.

He aquí en qué consiste su mecanismo.

La puerta va provista de un pestillo P, que se apoya en el estribo de una armella giratoria G, montada sobre el batiente inmóvil, el cual lleva un muelle que tiende á empujar la puerta, es decir, á abrirla, en cuanto la armella abandona el pestillo. Un dedo D mantiene la armella quieta y penetra por uno de sus extremos en una muesca de la armadura A. Esta armadura, solicitada por un muelle colocado en su parte superior, cerca de su punto de suspensión y de oscilación, mantiene normalmente el dedo ajustado á la muesca y se opone á que la puerta se abra. Pero si se dirige una corriente al electroimán E, la armadura A es atraída, el dedo se desprende de la muesca y bajo la acción del muelle la armella gira inmediatamente y suelta el pestillo, abriéndose por consiguiente la puerta.

Para cerrar la puerta basta empujarla; el pestillo penetra suavemente en la puerta y se engancha de nuevo desde que ha pasado por el punto de detención de la armella. Gracias á esta disposición ingeniosa las cerraduras eléctricas pueden ser consideradas como complemento natural de los timbres eléctricos.

No es difícil imaginar una combinación de hilos que permita servirse de los mismos hilos del botón del timbre de la puerta de entrada para hacer funcionar la cerradura, realizando de esta suerte una economía apreciable en el precio de la canalización común á los dos servicios de timbres eléctricos y apertura de las puertas á distancia.

***

SURTIDOR ATMOSFÉRICO DE SALÓN

Cuando los asfixiantes calores del verano nos obligan á sentarnos á la sombra de espesos árboles ó á retirarnos en habitaciones donde los rayos del sol no penetren, una de las cosas que más recrean la vista son indudablemente los surtidores grandes ó pequeños, cuyos chorros parece que comunican al cuerpo una parte de su frescura y cuyo suave murmullo invita al descanso.

Vamos á describir un aparato denominado surtidor atmosférico que merece llamar la atención por su elegancia y por su ingenioso mecanismo. La figura 1 representa el aparato en su conjunto, la figura 2 una sección vertical del mismo.

Compónese el surtidor atmosférico de dos recipientes simétricos superpuestos, A y A' (fig. 2), unidos por un tubo B atravesado en el centro de su longitud por una pieza central fija C, alrededor del cual pueden girar los recipientes: esta pieza tiene tres orificios *b*, *c*, *d*, que permiten las siguientes combinaciones: 1.ª, *b* pone en comunicación el recipiente inferior A con una taza D colocada más arriba por medio del tubo E y del *a* fijo en el tubo B, que une los dos recipientes; 2.ª, *c* establece la comunicación entre los recipientes A y A' por el tubo *a'* fijo al B en la prolongación de *a'* (nótese que los tubos *a* y *a'* llegan hasta el fondo de los recipientes); 3.ª, *d* pone en comunicación el recipiente superior A' con la pieza F por medio del tubo G.

El aparato va montado sobre cuatro pies de hierro que contienen una jardinera, en la cual hay la taza donde cae el agua formando surtidor.

Veamos ahora cómo funciona el aparato: los dos recipientes pueden llenarse de dos modos, ó por el tazón D echando agua por los tubos E y *a* (fig. 2), ó simplemente quitando los corchos *f* y *f'* que sirven para vaciar el aparato y pueden servir también para llenarlo.

Supongamos el recipiente A y el tazón D llenos de agua: entonces el aparato no funciona, pues el surtidor está en comunicación con A', que únicamente contiene aire, por medio del conducto G y del orificio *d*.

Si trocamos la posición de los recipientes de modo que el lleno esté arriba, el tazón está en comunicación con el inferior A, vacío, y el surtidor con el superior A'; A se llena lentamente por el agua que cae de A' y la presión del aire sobre esta agua la obliga á subir por el surtidor para caer en la taza, produciéndose un chorro de agua que durará todo el tiempo que tarde vaciarse el recipiente de arriba y cuya altura disminuirá cuando esté para terminar la operación.



Fig. 1. Surtidor atmosférico de salón

Para empezar de nuevo bastará cambiar la posición de los dos recipientes y así sucesivamente, de modo que el agua es siempre la misma, bastando añadir de cuando en cuando la suficiente para compensar la pérdida que se produzca por la evaporación.

Para recrear la vista pueden ponerse algunos pececillos de colores en la taza que siempre contiene agua; y en el caso de que á la piscicultura se prefiera la higiene, esta agua puede mezclarse con un antiséptico para purificar las habitaciones de los enfermos.

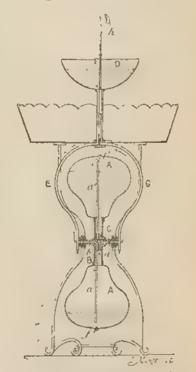


Fig 2 Sección vertical del surtidor atmosférico de salón

El aparato es sólido y de construcción elegante; la cesta, los recipientes y los pies están pintados y barnizados y el tubo central que hace girar los dos recipientes es de metal niquelado, de manera que por poco adornada que esté la cesta con algunas flores de bellos matices, se tiene un pequeño mueble decorativo del mejor gusto, doblemente recreativo por prestarse á la contemplación de los diminutos seres acuáticos, ó en otro caso de reconocida utilidad si el pequeño depósito de agua se destina á contener substancias antisépticas.

(De *La Nature*)

CIFRAS DECORATIVAS PARA ARTES E INDUSTRIAS

POR

J. MASRIERA Y MANOVENS — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Véndese formando un precioso álbum, encuadernado en tela, al precio de [illegible] ptas. ejemplar

---

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

para ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES & Pone y conserva el cútis limpio y terso

Franco: 5 fr. en París — CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 18

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES

EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bin BARRAL disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.

DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES

78, Faub. Saint-Denis

PARIS

y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION

FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.

EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE

EL Dr DELABARRE

JARABE DEL DR. FORGET

contra los Reumas, Tos, Crísis nerviosas é Insomnios.—El JARABE FORGET es un calmante célebre, conocido desde 30 años.—En las farmacias y 28, rue Bergère, París (antiguamente 36, rue Vivienne).

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias





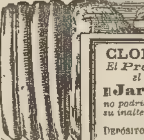
Querido enfermo.—Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria.—Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las

PILDORAS del Dr DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille**, *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Deposito en todas las Farmacias.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS

ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS.—La caja: 1fr. 30.

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco**, y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo á firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral

DE

P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico

45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el **Pectoral por excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS

Se vende en todas las buenas farmacias.

Curación segura

DE

la *COREA*, del *HISTERICO* de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO, de la Agitacion nerviosa de las Mugeres en el momento de la Menstruacion y de

LA EPILEPSIA

CON LAS

GRAJEAS GELINEAU

En todas las Farmacias

J. MOUSNIER y Cie, en Sceaux, cerca de Paris

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 81, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor exito contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma**, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad**, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica.

Las **Grageas** hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.

LABELONYE y Cía, 99, Calle de Aboukir, **Paris**, y en todas las farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

---

APIOL

de los Drês JORET & HOMOLLE

El **APIOL** cura los *dolores, retrasos, supresiones de las* **Epocas**, así como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El **APIOL** verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los **Drês JORET y HOMOLLE**.

MEDALLAS Expes Univles LONDRES 1862 - PARIS 1889

Farla BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

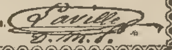
GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville**: *El* **LICOR** *se emplea en el estado agudo; las* **PILDORAS**, *en el estado crónico.*

Por Mayor: **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un folleto explicativo.

EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:



CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al **Tónico** mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA: son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD



FEBRERO, cuadro de D. Emilio Sánchez Perrier, propiedad del Estado. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SOLOS DE CLARÍN, *por D. Leopoldo Alas.* – La primera edición de este libro se publicó en 1881, y aun cuando el autor confiesa en el prólogo que desde entonces acá ha variado de gustos y opiniones respecto de muchas personas y no pocas cosas, lo cierto es que los artículos que contiene se leen con el mismo gusto que si estuviesen recientemente escritos. ¿Cómo no, tratándose del literato que desde hace tantos años tiene sólidamente asentada su fama? Casi todos los trabajos que abarca esta obra son de crítica literaria, y con decir esto y tener en cuenta la competencia que en estas materias nadie puede negar á D. Leopoldo Alas, dicho se está cuánta enseñanza, además del deleite, puede sacarse de ellos. En hermosa galería desfilan las personalidades de nuestros más insignes escritores retratados en sus principales obras: Amador de los Ríos, Menéndez Pelayo, Castelar, Ayala, Echegaray, Sellés, Valera, Pereda, Alarcón, Galdós, Campoamor y tantos otros aparecen literariamente retratados y estudiados de mano maestra.

Contiene el libro un bellísimo prólogo de D. José Echegaray y está profusamente ilustrado por Angel Pons, cuyo nombre nos releva de todo elogio pórque él mismo consigo los lleva.

Editada por Fernando Fe, de Madrid, véndese la obra al precio de 4 pesetas en las principales librerías.

***

PERSONAJES ILUSTRES. VENTURA DE LA VEGA, *por don Juan Valera.* – Muy interesante es la biografía de Ventura de la Vega que acaba de publicar D. Juan Valera en la colección de *Personajes ilustres* que con tanto éxito publica en Madrid la casa Sáenz de Jubera hermanos. Son pocas páginas, no pasan de 68, pero valen por muchas, como escritas por el autor de *Pepita Jiménez* y consagradas al de *El hombre de mundo.*

Véndese el folleto al precio de UNA peseta en las principales librerías.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 19 de octubre de 1891 — Núm. 512

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSUEÑO, busto en bronce de D. José Llimona

(Fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª - Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Suicidios en las altas clases sociales durante la época actual. – Consideraciones acerca del suicidio en general. – El espiritualismo y el materialismo. – Síntesis histórica de hombres célebres que apelaron al suicidio. – Muerte de Catón. – Influencia de la elevación de ideas y sublimidad del pensamiento en desprecio de la vida material. – Inmortalidad de Catón. – Fundación del imperio de Pompeyo é institución del cesarismo. – Secretos del porvenir con motivo de los suicidas Parnell y Boulanger. – Conclusión.

I

¿Cuál soplo de aire ha enloquecido á este nuestro mundo culto? Las gentes que ocupan las alturas sociales son en bien escaso número; y sin embargo, se precipitan desde lo alto en la muerte con increíble frecuencia y en mucho número. Ayer suicidio del rey Luis en Baviera y suicidio del archiduque Rodolfo en Austria; hoy suicidio indirecto de Parnell en Irlanda con suicidios directos de Balmaceda en Chile y de Boulanger en Bruselas. Así las crónicas europeas no se cansan de disertar sobre la muerte voluntaria y de aducir cuantos raciocinios en pro y en contra de tal acto se han aducido en la Filosofía y en la Historia. Dos aserciones flotan sobre los tópicos vulgares: primera, que no hay acto demostrativo de la libertad humana como el suicidio y que no hay acto como el suicidio demostrativo del valor de nuestra especie. Quien puede contrastar el más imperioso de los humanos instintos, el deseo de la propia conservación, y combatirlo hasta vencerlo, puédelo todo absolutamente sobre sí mismo. No habréis visto, digan cuanto quieran los materialistas empeñados en rebajar la humana especie hasta embrutecerla y elevar las especies inferiores hasta humanizarlas, no habréis visto ningún animal suicida. Se mueren muchos de ciertos afectos indudables en ellos; no se mata ninguno. Además, hay que concluir con el tópico desacreditado que atribuye á cobardía el suicidio. Cuando nuestros músculos y nuestras fibras huyen á la menor contrariedad con horror verdadero por un impulso indeliberado é inconsciente, reaccionar la voluntad sobre tal empuje soberano y fortalecerla en términos de avasallar y someter á su mandato la fuerza vital, parece sobrehumana victoria. No debe aplaudirse, no, el suicidio como un acto de moral, es un verdadero crimen; pero no hay que calificarlo de acción cobarde, es un verdadero martirio. En verdad, como hay temperamentos, el atrabiliario, el pesimista, el melancólico, por ejemplo, propensos al suicidio, hay épocas las cuales con su sentimiento general y hay doctrinas las cuales con sus ideas propias lo favorecen y lo alimentan. No he podido, no, dominar un escalofrío al ver en las vulgares líneas denominadas por Boulanger su testamento político una siniestra invocación á la nada. Nuestro materialismo al uso, extinguiendo el espíritu extingue la esperanza. Y no debe maravillarse, no, si ante los estragos de sus asoladoras creencias una reacción espiritualista sobreviene ahora en Europa y domina el ánimo general. De cualquier manera, los eruditos y los moralistas aprovechan la triste coyuntura para disertar sobre la muerte voluntaria en este mundo y la inmortalidad espiritual y corporal en el otro. Y mientras unos oyen los ecos de un *Dies iræ* que les anuncia estridente la nada eterna, oyen otros las regocijantes aleluyas de Pascua que les anuncian la eterna resurrección. Así pasan en periódicos y revistas los nombres, más ó menos célebres, de aquellos que han llamado á la muerte sin aguardar á que la muerte los llamase á ellos. Y se recuerdan hoy con tal ocasión y motivo, no solamente los suicidios individuales, también los suicidios colectivos, y con los suicidios tanto individuales como colectivos las doctrinas que los han aconsejado y mantenido en la religión y en la ciencia. El bracamán, inmolado voluntariamente á los dioses por propia mano; el gimno, sofista fenecido dentro de hoguera por él atizada en voluntario sacrificio; el estoico Zenón, tragándose la lengua y atragantándose hasta morir ahogado por ella; Sócrates y Demóstenes, muertos después de haber visto su Atenas concluída en la triste rota de Queronea; Catón, huyendo por la espada de la Roma sierva, y Bruto, rogando á su doméstico que lo mate para separarse de Filippos, donde la libertad sucumbía nuevamente, por las manos y no por los pies; los césares, que han preferido la muerte al destronamiento; los soldados católicos, que han opuesto el pecho á las armas enemigas para morir antes que ver su rota; Rousseau, despojándose de su cuerpo gastado como de una inútil armadura; madame Rolland, yéndose de este teatro del mundo por parecerle triste y odioso el espectáculo; Byron, buscando un sepulcro de dios en el marmóreo suelo de Grecia, resucitan á los ojos de todos y nos dicen cómo se han su muerte anticipado contra los impulsos de la propia conservación y cómo se han precipitado de cabeza en el abismo de la eternidad antes de que lo permitiera y lo decretara el Eterno. Pero una vida tan corta como la vida humana y una muerte tan segura como nuestra muerte nos enseñan que hay un grandísimo extravío en burlar al tiempo tan voraz é impaciente de suyo y en buscar el triste olvido cuando con tan grandes facilidades el triste olvido se halla en el seno mismo de nuestra poblada sociedad. Yo he contemplado muchas veces la más bella muerte voluntaria que guarda en sus anales brillantísimos la gloriosa historia clásica, ó sea la muerte de Catón. Quizás no hay ninguna tan solemne por sus accidentes y tan sublime por sus impulsos, perpetrada en momentos de una legítima desesperación, tras el vencimiento definitivo de la libertad y el triunfo definitivo de la tiranía. Bien al revés del antiguo poeta del materialismo, quien se mata en prueba de que profesa las ideas materialistas cantadas en su poema, Catón se mata en prueba de su espiritualismo, en prueba de que no necesita ya el mundo esclavo su inútil presencia y de que le aguarda en otro mundo más hermoso y mejor la segura inmortalidad. Contemplemos á Catón por haber en su vida y muerte grandiosas enseñanzas. Rota la república, resolvióse por completo á matarse.

II

Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo, si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El, que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternales del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente de una eterna claridad. Dos filósofos de Grecia le acompañaban en aquel trance, de los cuales pertenecía el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supraesencial substancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno, que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueven, notas superiores á ella misma; tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las obscuras cosas en el fuego celeste, y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento, y por las ideas esclarecemos el universo material, y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incomunicables arquetipos, de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad media, no superó en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

III

Tras estas reflexiones manifestadas en banquete parecido á los banquetes platónicos, apartóse con serenidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes, miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuesta vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba; pero no venía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaron el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo tras un corto rato que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oir esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensidad de su desesperación para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto de suyo

tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas adonde acababa de llegar, ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar como él en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido, requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros, hubiérase conmovido y ablandado. Catón el estoico apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había hecho con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en la beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo. La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaran dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho.

TIPO DE UN RADJPUTA. (De una fotografía.)

IV

Sabemos que matándose Catón salvó su propia honra; pero no sabemos de modo alguno si viviendo hubiera salvado la república. Lo cierto es que no estuvo la causa del Senado y del Parlamento después de Farsalia y Utica tan en la desesperación y el abandono como creyera su austero mantenedor. Todavía los hijos de Pompeyo aterraron de tal suerte al dictador en los campos de Munda, que creyó perder la vida, y si no perdió la vida perdió la cabeza en términos de impeler el patriciado á inmolarlo en la Curia junto á la caída estatua de Pompeyo. Todavía los republicanos reunieron fuerzas tales que hubo menester el heredero de César una fuerza incalculable y una batalla cruentísima para destruir los últimos res-



CUARTETO DE HAMBRIENTOS, cuadro de Julio Adam

tos de la libertad y fundar el Imperio. Todavía los hechizos de Cleopatra separaron del partido augustal á un hombre como Antonio, y se necesitó una batalla por mar tan terrible como la batalla de Accio para establecer una institución de suyo tan difícil como la institución del cesarismo. Si Catón se hubiese con los hijos de Pompeyo encontrado en Andalucía; si con Bruto y Casio cuando el fin y término de César en la Curia; si contra el dictador Augusto en la batalla de Filippos, ¿qué hubiera sucedido? La historia muy avaramente guarda secretos tales, y contentémonos con saber lo que sucedió de veras, sin meternos en averiguaciones de lo que hubiera sucedido de atravesarse tal ó cual caso. Lo cierto es que ante los restos de un suicida indirecto como Parnell y los restos de un suicida directo como Boulanger, todavía flota la esperanza. La victoria de Irlanda, muy próxima, hubiera consolado al uno, y quizás un sacrificio en la guerra inminente rehabilitado al otro.

Dios es como el sol: aunque parezca que se va y se pone, brilla en el cielo eternamente. Creedlo.

Madrid, 13 de octubre de 1891.

EL CALDO GORDO

¿Por dónde me presentaría yo si tuviera con qué presentarme? ¿Por dónde saldría diputado? No soy hombre de salidas, pero confieso que esta sería una salida con entradas. Presentarse... ¿y por qué no? ¿Ha de negárseme el derecho que á todo *quisque* se concede? Yo me presento, tú te presentas, etc. Esto de gastar distrito es cosa así como gastar gabán de pieles ó gastar coche, que son ya de uso universal como el sufragio.

La casa en que yo por casualidad vivo cuenta media docena de candidatos á las próximas elecciones. Piso principal, el hijo de un senador vitalicio que á título hereditario recibirá la representación que antes papá ostentó por el distrito de Serones, aunque hay duda si el chico será presentable, porque acaba de cumplir 17 años. Piso segundo, un abogado joven, pasante de un ministro, calidad con la que es seguro que el pasante pasará al banco de la obediencia. Cuarto tercero, un zurupeto de la Bolsa con ínfulas de agente, que tiene dinero largo é improvisado y acaba de afiliarse á la política del día. Cuarto cuarto y sin un cuarto, un servidor de ustedes, según mi tarjeta de presentación:

SERAPIO RASPALODOS Y CHANCLETE

Caballero de Gracia, 65

Los otros dos candidatos son de puerta de calle: dos industriales de la casa, almacenista de curtidos y fabricante de corsés, que aspiran á la elección de concejales por lo popular y nutritivo que les parece el cargo.

Penetradas las inocentes pretensiones de Raspalodos, hay que reconocer las circunstancias y condiciones que reune para representar al país: primera, que vive sobre él; segunda, que nadie sabe de dónde viene ni adónde va; tercera, que tiene tupé bastante para llegar donde llegue el más osado y decidido vividor.

Raspalodos viste muy bien, aunque pague peor; es lo que se llama en *gringo* un *sportmán;* habla el español y el italiano, que aprendió cuando era cantante de afición; trata á todo el mundo de tú por tú y es admitido y llevado en palmas en la sociedad llamada de la *g* y la *f*, que no le pregunta quién es, ni dónde recibió la primera sal, ni si sabe tirar al sable ó de la oreja á Jorge, bastando á la opinión pública saber que Serapio es persona muy agradable y además de agradable periodista *reporter* é individuo de varios círculos y que ha hecho el amor (frase hecha también) á marquesas y condesas con algún éxito.

¿Pero quién le apoya? El partido de coalición individualista-regenerador-progresivo, como á uno de sus fundadores.

Cazando un día en el monte de Valdezopenca, le interrogó Nicodemus, el más osado de aquellos caciques:

– Me han dicho que viene usted á cazar perdices y votos. ¿Es que va usted á presentarse?

– De eso trato. ¿Qué les parezco á ustedes?

– Todo un caballero, y si nos entendemos...

Al siguiente le interpelaron los más avanzados de la cernicalería electoral:

– ¿Es usted anarquista?

– Como ustedes quieran.

– ¿Y qué es anarquía?

– Que todos los pobres se conviertan en ricos.

– ¿Y los ricos en pobres?

– No, hombre, en millonarios.

– Pues eso nos acomoda.

– ¿Usted será hombre de arraigo en alguna parte?

– Sí, allá bastante lejos.

– ¿Y oficio?

– Varios: ingeniero, artista, crítico...

– ¿Y cuenta usted con elementos por aquí en esto?

– Sí, con los cuatro... y con simpatías, porque el primo de una cuñada de mi padre fué aquí Promotor fiscal el 76 y trabé relaciones con el alguacil del juzgado y con otros muchos sujetos no menos dignos.

– Algo es algo. Pero el alguacil ese se llamaba Marcoleta y murió.

– Por eso cuento ahora con ustedes.

– ¡Famoso!; pero ha de comprender usted que ya pasaron los tiempos en que los electores éramos unos bobalicones; ahora somos gente *obstruída* y no borregos de *Panduro*, dijo el secretario del municipio, como lo prueba la *estetución* del *suferagio* universal.

– Vamos á cuentas, D. Serapio. ¿Conoce usted el mandamiento de la carraca?

– Comprendido.

– Pues ese es el que nos sabemos de corrido en Valdezopenca. ¿Qué hará usted por el pueblo?

– Le haré...

– *Zudiaz*, porque villa ya lo es *Madriz*.

– Bueno.

– Hay que sacar el perdón de las contribuciones por veinte años lo menos.

– Bueno.

– Que no se metan en los amillaramientos por si hay algo oculto *ú* no.

– Bueno.

– Que nos hagan dos carreteras de 30 *kilogramos* Que no se venda la dehesa del Chorro perteneciente á los propios...

– Bueno.

– Y que se arregle...

– ¿La iglesia? Se arreglará.

– No, el juego de bolos.

– Corriente. Los bolos se conservarán. ¿Y qué más?

– Que quiten al alcalde y pongan á mi primo Senén Parranda, por apodo el *Cloro*.

– Que nombren á mi hijo Nolasco gobernador de la provincia, pues ya ha cumplido veinticinco años, tiene buenos puños y sabe tocar la vihuela.

– Convenido.

– Todo esto hay que elevarlo á escritura, por si acaso.

– Hombre, con mi palabra creo que basta.

– Bien; pero ya se sabe que corren por usted los gastillos de la elección, dietas, cenas, almuerzos, piensos menores y caballerías con sus consecuencias. ¡Ah!, y que indulten á cinco asesinos de aquí que por haber muerto á un pastor están en Ceuta inocentes.

– Todos cuantos crímenes haya en la provincia se indultarán. ¡No que no!

Con estos antecedentes, Raspalodos menudeó sus visitas á Valdezopenca, yendo casa por casa, corral por corral, visitando á las notabilidades cerriles del distrito.

Otra de las principales era el tío *Guiñapo*, encendido de color, tartajoso y en conjunto una sandía de Talavera con piernas, chaqueta y gorra de piel de conejo. Le encontró Raspalodos en el establo, recogiendo el estiércol para abonar una viña: el candidato le encasquetó un discurso y acabó por abrazarle con grande efusión, antes de saber que no contaba más que con tres votos.

Otro personaje, el Sr. Josefo, vulgo *Pepino*, comerciante en embutidos de carne de caballo, recibió al pretendiente en la taberna de la *Piroja*, donde echaron unas copas de anís triple ó cuádruple, y don Serapio se tambaleó en honor á su anfitrión, que quedó conforme en votar gratis, lo cual no harían todos.

Raspalodos, jolgorioso y derrochador de frase aduladora, fué corriendo estaciones de colegiados que le llevaran sufragios á las urnas. Conoció y se hizo amigacho de todos los socios del *Círculo de la Curda*, entre los cuales distribuyó un mazo de cigarros puros, dándoles sus correspondientes golpecitos en el hombro y ofreciéndose como amigo para sus asuntos particulares.

El Presidente de la Curda que mangoneaba mucho en el pueblo, sin dejarse dominar de nadie más que del mosto, le encargó una jaula para su señora y ésta un braguero para su marido.

Al encararse con el candidato otro sujeto apodado el *Telégrajo*, por lo altaricón que era, Raspalodos quiso entender que le hacía señas misteriosas y contestó con un apretón, urgándole en la palma de la mano, á lo que el otro replicó:

– ¡Macho!, no me haga usted eso, que soy muy atentado á las cosquillas.

– ¿No ha comprendido usted?

– Ni jota.

El candidato se llevó chasco. Creía que era masón.

Por último, varios individuos juramentados por la salud de su madre ó de sus hijos para votar lo que dijeran Nicodemus, *Guiñapo* y *Pepino*, coincidieron en la idea de encargar á Raspalodos una albarda para cada uno, y no faltó quien le consultara sobre la delicada salud de su bestia, pensando que no podía menos de entender de veterinaria el presunto diputado de Valdezopenca. Dispuesto él á mimar al cuerpo electoral visitó á varios burros, tomó el pulso á una mujer embarazada y ofreció fundar un Asilo de la Paz, destinado á los que no supieran ó no quisieran trabajar, y en caso, para descanso de la huelga.

Raspalodos intrigó con el gobernador de la provincia para que hiciera la vista gorda dejándole colar en la candidatura ministerial. Entendió el gran muñidor que se trataba de un adicto, y apretando los tornillos decidió la votación, antes de haber leído una hoja publicada á última hora, que decía así:

«*Electores:*

»Los que propalan que he retirado mi candidatura por el distrito de Valdezopenca no me conocen.

»Soy hombre de convicciones arraigadas y todo se lo debo á mi partido.

»Mis correligionarios saben hasta qué extremo llevo yo el cumplimiento de mis compromisos.

»¡Valdezopencanos! Lucharé con mis pocas ó muchas fuerzas, y no dudo de que con vosotros voy á la victoria y por consecuencia á la regeneración de este honrado pueblo.

»¡A las urnas! ¡A las urnas!»

»*S. Raspalodos.*»

Gracias á la intriguilla de última hora y á la esperanza egoísta de los mandones del distrito que esperaban explotar la amistad de Raspalodos y Chanclete, nuestro héroe venció por dos votos de mayoría al candidato republicano, celebrándose el suceso el día del escrutinio con pasacalles, danzas, cohetes y comilona, en la que el beneficiado tomó la palabra y no la soltó en dos horas, primeramente para agradecer como debía el ternero que se había sacrificado y engullido en su honor, y luego con florida frase, en la que las hipérboles atropellaban á las ideas, para asegurar que desde aquel instante se consideraba hijo adoptivo de aquella población, padre de los desvalidos al serlo de la patria, y hermano de los electores, por los que sacrificaría con gusto sus deberes, sus opiniones y si fuera preciso hasta la vida, teniendo siempre abiertos los brazos y las puertas de su casa para todos los amigos, sin distinción de colores.

Llevóse á Raspalodos en hombros de la plebe votante á la estación, recibiendo por despedida apretujones, abrazos chillados y toda clase de caricias, besos substanciosos y tiernos del carbonero, del tripicallero y de dos viejas patriotas é influyentes, resonando por último y cuando ya corría bufando la locomotora estruendosos gritos de ¡viva don Serapio! ¡viva la soberanía de Valdezopenca!

Todo salió á pedir de boca y estómago para Raspalodos. A sus atractivos personales, formas corteses y modales de gran señor, unía labia prodigiosa, verbosidad facilísima, capeo de frase abundante que brotaba de sus labios como manantial de agua azucarada: contaba con el recurso supremo de la frase, mina tan explotada desde tiempos ciceronianos hasta los presentes; poseía el don de decir lo que quería, lo que podía serle útil y á veces perjudicial á los demás; era, en suma, nuestro hombre un pájaro de gran pico, un charlatán dorado, un palabrero como hay tantos, tan exhaustos de inteligencia como ricos en imágenes polícromas.

Al defender su acta, que venía plagadita de protestas por los consabidos pucherazos, causó sensación. Sus jueces así que oyeron la música de sus excusas, dijeron para sí: «Si éste no es el diputado legítimo, merece serlo,» y votaron la admisión.

D. Serapio juró, y no por vez primera, pues juraba y perjuraba á menudo; cabildeó, tosió fuerte en las secciones, fué nombrado para varias comisiones, charloteó, intrigó, se hizo *en-tout-cas* de la política, colocó á todos sus parientes y se colocó á sí mismo en la



LA GITANA, LA CHULA Y LA ARISTÓCRATA, dibujos de Llovera

dirección general de Agricultura á título de conocedor del ramo como diputado rural.

Y los electores borraron con una nueva votación la incompatibilidad, á pesar de que aún no había satisfecho los 2.500 duros que costó la primera elección, pues habiendo firmado pagarés á seis meses, pidió la renovación, que le fué concebida, porque D. Serapio era algo así como el idolillo de barro de los zopencanos, y éstos se sacrificaban por él con gusto siempre que tenían ocasión de ello.

Raspalodos y Chanclete aceptó esponjado una gran cruz, la de Isabel la Católica, creada para premiar servicios de Indias, y al paso que se colgaba la venera y sacaba mucho el torso para que se le viera en día de palaciega recepción, decía en son de chunga: «Hemos convenido en que estas tiras de color de huevo se han hecho para los americanos. Yo no soy indio ni cosa que lo parezca, ni me he embarcado nunca, ni sé bailar el tango. ¿Qué méritos tengo yo para usar este pingo colgandero, digno ya de algún gran duque de zarzuela? Eso de estar condecorado no es propio, á estas alturas ó bajezas, más que de vividores hinchados ó de sapos vanidosos. Las cintas en el ojal las gastan fogoneros ferroviarios, las encomiendas muñidores de diputados cuneros, las excelencias sujetos conocidos detrás del mostrador. Más fácil es ya ser excelentísimo que excelente; el título mejor que puede usarse por ser ya excepcional, es el de incondecorado.»

De Valdezopenca recibía D. Serapio media docena de cartas diarias por otros tantos motivos que daba de ser felicitado. Cada pregunta, interrupción, discurso ó réplica pronunciados por el parlamentante, tenía su merecido en el aumento de correo. Todos sus electores que sabían escribir con hache venían á decir lo mismo:

«*Hestamos hasombrados* de la *hadmirable horatoria* de V. E., *hasí* cuando *abla* como cuando *hestá* callado.» Siguen las firmas.

A esta y otras ciento análogas dió igual contestación: la de arrojarlas al cesto. Nicodemus le escribió más de veinte con el mismo éxito: para que mandara á vuelta de correo, que no volvía nunca, cien kilos de simientes y cinco ó seis mil pinos rollizos que hicieran frondoso aquel campo de secano; para que se formara expediente sobre traída de aguas del Mar de Antígola ó de cualquiera otro; para saber cómo estábamos del nombramiento de gobernador de su hijo Nolasco y de la colocación del *Cloro*, y para... para qué sé yo cuantas peticiones más. Elector había que se contentaba con el honor de que figurara su nombre como padrino de una robusta zopenca que le había dado su esposa, consultando al diputado sobre la feliz idea que había tenido de ponerla en la pila el nombre de *Sufragia* en recuerdo á las últimas elecciones.

El secretario del ayuntamiento, que le había proporcionado más de treinta votos, se permitió escribirle encargándole para su señora la secretaria un vestido de color verde Nilo, más que por lujo por saber lo que es, porque aquí – añadía – no hay más Nilo que uno, y ese no es verde, que es un mulero ya maduro.

Nicodemus, harto de esperar contestación de su diputado, tomó el tren una mañanita fresca, dispuesto á refrescar su memoria y á pedirle cuentas de su proceder.

Se sacude el polvo y en dos saltos llega á la nueva casa de Raspalodos, piso primero de una de las más lucidas y céntricas de Madrid. Pregunta al portero de librea verde y sombrero copudo con escarapela:

– ¿Vive aquí D. Serapio?

– ¿El director de?...

– Sí, señor.

– No está.

Al otro día temprano:

– ¿Está el director en casa?

– Sí, está en cama: no se levanta hasta tarde.

Al mediodía oye decir al portero:

– ¿Dónde va usted?

– A casa de mi diputado. Supongo que se habrá levantado.

– Puede que sí, suba usted.

– ¿Subo *colgao* en ese cajón?

– No. El ascensor es para los señores.

– Gracias.

Y subió y llamó.

– ¿Por quién pregunta usted buen hombre?

– Por D. Serapio. ¿Está?

– Está, pero no recibe más que en la oficina.

– Creo que á mí me recibirá aunque esté en calzoncillos. Dígale que está aquí su amigo Nicodemus.

– El señor no tiene ningún amigo que se llame así: no recibe: abur.

Y cerró de golpetazo el ventanillo.

Nicodemus, armado de paciencia, fué á las tres al ministerio de Fomento y se encaró con un portero rechoncho, cetrino y afeitado:

– ¿Está el señor director de Agricultura?

– No está.

– Pues en su casa me han dicho que sí.

– Pues yo digo que no.

– ¿Y dónde estará?

– En el congreso, que es donde recibe.

A las cinco al congreso:

– ¿Quiere usted decir al Sr. de Raspalodos que estoy aquí?

– ¿Tiene usted una tarjeta para pasarle recado?

– No las gasto.

– Pues sin tarjeta no puede verle.

– Hombre, dígale usted que está aquí Nicodemus.

– Yo no le digo ese mote. Venga la tarjeta.

– Pues hombre, dígale usted que está aquí un amigo de Valdezopenca.

– Su señoría no se trata con zopencos.

Y el portero, algo amoscado, le volvió la espalda en señal de desprecio.

Nicodemus apretó el puño de la mano derecha como el que mal disimula la gana de machacar unas narices como las de aquel portero que parecía un general, pero se contuvo, y á poco descansaba de su inútil trajín de aquel día en la posada del Peine. Así pasaron cinco ó seis dedicados á la caza del diputado, yendo y viniendo de la casa al ministerio, del ministerio al congreso, hasta que una noche, tras de muchas vueltas dadas sobre el jergón, pensó resueltamente: «Mañana voy á la casa de D. Serapio y le he de ver, quiera que no quiera.» Así lo hizo á las diez, á la una, con el resultado de siempre y después de sufrir sofiones y genialidades características de aquellos que eran todavía más zafios que el cacique de Valdezopenca. Al anochecer se recostó á la puerta de la casa del diputado, dispuesto á no moverse de allí hasta que le atrapara.

– ¿Qué haces ahí?, le dijo con mal modo el portero.

– Esperar á D. Serapio.

– ¿Todavía no le has visto? ¡Valiente melón! Pues hoy tampoco podrá ser, porque está muy ocupado. Da un banquete de treinta cubiertos á los del Veloz y no puede ver á nadie.

Nicodemus calló poniendo en práctica aquello de las comedias: «Hace que se va y vuelve.» Y cuando volvió, ya anochecido, aprovechando la ausencia del portero, se ocultó en el cajón del ascensor y se quedó dormido.

Paró á poco un coche. Venía en él el mismísimo D. Serapio, que al penetrar en el ascensor puso el pie en un callo de Nicodemus, el cual soltó una interjección de las gordas.

Entonces Raspalodos, temiendo un golpe de mano airada, gritó:

– ¡Animal!

Nicodemus sintió en seguida y en menos de un minuto un chaparrón de insultos acompañados de dos bastonazos en la cabeza que le atontaron, exclamando:

– ¡D. Serapio, no sea usted bárbaro, que soy yo!

– ¿Quién es usted?

– ¡Nicodemus!

Raspalodos, que realmente era un bárbaro en eso de manejar los puños, sacó de los cabezones al gran elector, le arrojó en el portal, y cuando el otro le tendía los brazos de amigo, S. E. voló en el ascensor, diciendo al lacayo:

– Llevad ese hombre á la cuadra á que descanse.

Pasaron á Nicodemus al patio, sentándole en un poyo que había á la puerta de la cochera. Dióle la portera á beber agua de vinagre, y cuando el cacique volvió en sí palabreaba con voz balbuciente:

– Para que le votáramos nos ofreció los imposibles. Abrazó y besó á *tos* los electores, *ocicó* en el establo de los cerdos. Nos dijo que éramos hermanos; se salió con la suya por mí, por este cura, y ¡ya *vis* el pago que me da!... Y al decir esto sufrió el pobre tío Nicodemus un vahido, á la vez que un criado de frac y corbata blanca bajaba de parte del señor con una taza de caldo para aquel pobre hombre que estaría desfallecido.

Nicodemus la rechazó.

– ¡Tómala, bobo!, decía la portera compadecida. ¡Verás qué substancioso y qué rico está!

– Ya lo creo, añadió el lacayo.

Nicodemus accedió al fin á llevarse la taza á los labios, y tras de dos sorbos, como si hiciera el papel de galán silbado, espurreó estas frases:

– Bien me decía la parienta, allá en Valdezopenca. El *suferagio* universal no sirve más que para que hagamos á cuatro tunos el caldo gordo.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

BARCELONA ARTÍSTICA

A medida que el descenso de temperatura nos anuncia el comienzo de la estación otoñal, nuestra ciudad va cobrando nueva vida y movimiento: anímanse los centros, aumenta la concurrencia en los coliseos, y todos aquellos á quienes la fortuna ó la necesidad les ha permitido ú obligado á permanecer en el campo durante los estivales calores, reanudan sus habituales ocupaciones. Los artistas, al igual de las aves de paso, regresan á sus cuarteles de invierno, pertrechados con los apuntes y estudios producto de sus excursiones veraniegas, para convertir algunos de ellos en cuadros ó en importantes elementos para concebidas composiciones. El *Centro Artístico* de la calle de Balmes antójasenos una colmena en la que innumerables abejas elaboran constantemente: tan repletos están tus departamentos y ocupados sus estudios. Allí, Tamburini, el pintor *neomístico*, según uno de nuestros críticos, termina un cuadro de encargo, de asunto histórico, pues representa la llegada á Barcelona del atrevido navegante genovés Cristobal Colón y en el acto de ofrecer á los Reyes Católicos fehacientes testimonios de su grandes descubrimientos. El borinqueño Cuchy hállase ocupado en dar las últimas pinceladas á un gran lienzo que ha de servir de techo á un establecimiento industrial importante, y el granadino Guzmán, tan andaluz como pintor meridional, termina varios lienzos, pues siempre pinta varios á la vez, de tipos y costumbres de aquel privilegiado país.

Ha inaugurado su segunda campaña Ramiro Lafuente, hijo del célebre historiador de España. No legará obras tan valiosas como las de su progenitor, pero en cambio logrará fama de laborioso y fecundo. Pinta por incidencia, y sintiendo el arte no ha podido dedicarle todavía el merecido tributo. El elegante Riquer, el pintor de los pájaros y las flores, ha traído un caudal de apuntes y algunos cuadros, que si bien de distinto género que el que hasta hq poco ha cultivado, acusan un progreso notable. Sus estudios, en los que á pesar de la delicadeza de tonos y de líneas se descubre la verdad del natural, rebosan los límites de tales. Robert, cuyos lienzos llevan impreso el sello del clasicismo y el recuerdo de la Ciudad Eterna, Pujol y otros más, aprétanse á dar muestras de su laboriosidad é inteligencia.

Román Ribera, el portaestandarte de la pintura de género española, termina allá en su retirado y elegante estudio de la calle de Lauria, que antes ocupara Riquer, un notable lienzo, llamado á disputar la atención y el interés de los aficionados. En el ángulo de una suntuosa estancia flamenca, en la que brillan y se destacan los esculturales muebles, tapices y cristales, destácanse las figuras de cinco músicos, cuyos trajes determinan delicados y bien entendidos contrastes por los suaves tonos de las telas, cuya calidad ha sabido expresar el artista con su reconocida maestría. En el centro del grupo y recibiendo los amortiguados rayos de luz que penetran á través de una vidriera de multiples y variados colores, hállase una hermosa cantora, en cuyo rostro de simpática expresión se reflejan la blancura del papel de música que en sus manos sostiene y los dorados tonos de su amarillo corpiño de raso. Acostumbrados nos tenía Ribera á admirar sus empeños de colorista, pero confesamos sin rebozo que su *Concierto* nos embelesa y cautiva.

Otro lienzo notable, destinado á formar parte de la galería de un opulento londonense; ofrece á Mas y Fontdevila ancho campo para hacer gala de su buen gusto y habilidad. Otra *procesión*, tal vez más importante que la que hace algunos años adquirió el Estado y se halla en el Museo nacional, es la obra en que imprime el sello de su genialidad y el de su dominio del colorido.

Como recuerdo de sus excursiones veraniegas á distintas regiones de la península, preparan notas los paisajistas, José Masriera, el fecundo Urgell, Marqués, Armet y el navarro Larraga.

Barrau, Vayreda, Baixeras, Roig Soler, Llimona, Cusí, los dos Martí y Galofre pronto darán fe, por medio de nuevos cuadros, de la actividad de sus pinceles. Y ya que hemos citado el nombre de Galofre, se nos vienen á las mientes los triunfos que éste, Cusachs, Barrau y otros más han logrado en las últimas Exposiciones de Berlín y de Munich, triunfos que al honrar á los artistas honran también al arte patrio.

Anúnciase para las primeros días de noviembre la Exposición periódica que en el Salón Parés verifican anualmente con sus obras los tres inseparables artistas, los pintores Casas y Rusiñol y el escultor Clarassó. Hemos tenido ocasión de examinar varias de las obras que han de exponerse, y si bien algunas de



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA.—PALACIO DEL RIGSDAG, EN COPENHAGUE

ellas denuncian las cualidades que distinguen á estos artistas para copiar el natural y esa observación asimilativa que da á sus lienzos la exactitud y verdad de la fotografía, en cambio falta todavía en ellos ese algo que distingue al artista, ya que no preside la concepción de asuntos ó modelos. Son estudios altamente recomendables, los tonos y colores se hallan tan sobria como hábilmente combinados; pero en ellos se descubre únicamente al pintor hábil é inteligente, mas no al artista que concibe, discurre é interpreta. Casi todos los lienzos han sido pintados en París.

Entre las varias figuritas caprichosamente modeladas por Clarassó, dignas de servir de preciado adorno en aristocráticas viviendas, figurará en la Exposición á que nos referimos una estatua casi de tamaño natural, perfectamente modelada, representando á un *clown* que con un latiguillo en la mano obliga á un perro á exhibir sus habilidades. Un gran jarrón decorativo, exornado con numerosas y grotescas figuras de un antiguo dómine y sus discípulos, será en unión de la estatua otra de las obras destinadas á despertar interés por su recomendable ejecución é intencionado humorismo.

A partir de la fecha en que cerró sus puertas el Palacio de Bellas Artes, hase convertido la Galería Parés en una segunda Exposición. Por su vasto salón han pasado la mayor parte de los cuadros que figuraron en el último certamen, y el público ha podido admirar una vez más los preciosos cuadros de caballete de Van Beers (que fueron causa de que dos artistas de mérito olvidaran los amplios y elevados conceptos del arte, oponiéndose á su instalación), los de género y costumbres del valenciano Agrassot, los de asuntos militares de Cusachs y los de otros muchos distintos artistas que tanto contribuyeron por medio de sus obras al buen éxito de la primera Exposición general de Bellas Artes celebrada en Barcelona bajo los auspicios del Ayuntamiento.

Los escultores barceloneses no permanecen inactivos, y además de las obras que modelan ó esculpen destinadas á embellecer nuestra ciudad, apréstanse á tomar parte en el próximo concurso que ha de celebrarse en Madrid para elegir los modelos de las estatuas que han de decorar la fachada del palacio que ha de albergar la Biblioteca Nacional. Que el Jurado premiará algunas de las obras nos parece fuera de toda duda, ya que además del mérito que las distingue el solo nombre de los artistas es una garantía del éxito. Y tal es así, que las recientes inauguraciones de los monumentos erigidos á Jovellanos en Gijón y á Nicomedes Pastor Díaz en Vivero pregonan, no sólo los triunfos de Fuxá y Campeny, si que también el notabilísimo desenvolvimiento que ha logrado la escultura en Barcelona. A su calor desarróllanse las industrias artísticas, y especialmente los talleres de fundición de bronces gozan hoy de próspera vida. En uno de ellos, cual es el de Federico Masriera y Compañía, ejecútanse en estos momentos la estatua del general Prim, destinada á la ciudad de Reus, la colosal de Hernán Cortés para la patria del conquistador del Perú, otra al malogrado prócer D. Evaristo Arnús y un grupo notabilísimo modelado en Alemania que ha de emplazarse en una de las plazas de Nueva York. Y cuenta que en un período de ocho meses se han fundido: dos estatuas de D. Antonio López, para Cádiz y Comillas; las de Jovellanos para Gijón, el marqués de Pontejos y la del Padre Riquer para Madrid, y la de Guarda para la Coruña.

Falta únicamente que las transformaciones que determinarán las obras de la reforma de nuestra ciudad y la próxima Exposición de Artes decorativas den nuevo y poderoso impulso para que la escultura y la pintura puedan manifestarse de modo tan completo cual el que deseamos todos los amantes del verdadero arte.

A. García Llansó

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA (1)

XI

DINAMARCA

Los reyes daneses fueron los penúltimos autócratas de Europa, y los soberanos de Rusia son los últimos. El 17 de mayo de 1814, un príncipe danés, gobernador de Noruega, fué nombrado rey de ésta y firmó la Constitución; pero el 4 de noviembre abdicó en favor de Bernadotte y volvió á Dinamarca, cuyo trono ocupó veinticinco años más tarde, gobernando como autócrata hasta 1848 á pesar de las súplicas de su pueblo. El 5 de junio de 1849, su sucesor Federico VIII otorgaba por fin la constitución tan á menudo pedida, y que se ha cambiado muchas veces desde aquella época. Al principio se aplicó solamente á Dinamarca y á Islandia; después á Dinamarca y al Slesvich, y más tarde á los países situados al Norte del Eider.

La constitución actual, aplicable á la Dinamarca propiamente dicha, fué promulgada por último el 28 de julio de 1866.

La forma de gobierno es una monarquía limitada. El poder legislativo se ejerce á la vez por el rey, cuya sanción es necesaria, y por el *Rigsdag*, compuesto de dos Cámaras: la primera se llama *Landsthing* y la segunda *Folkething*.

La primera Cámara se compone de sesenta y seis individuos, doce de los cuales son nombrados por el rey con el carácter de vitalicios, eligiéndose entre los ciudadanos que hayan formado ya parte de las asambleas representativas. Los cincuenta y cuatro restantes se eligen por ocho años, por sufragio á dos grados y por doce circunscripciones, á saber: siete por la ciudad de Copenhague, uno por la isla de Boruholm, uno por el Parlamento de las islas Feroé y cuarenta y cinco por los distritos electorales de las ciudades y de la campiña. Se renuevan por mitad cada cuatro años, y los más se eligen entre la nobleza, los burgueses notables y la alta administración.

La segunda Cámara se compone de ciento dos individuos elegidos directamente por tres años por sufragio universal; y como las tres cuartas partes de los campesinos son electores, la mayoría del *Folkething* está constituída por ellos.

El Parlamento ó *Rigsdag* se reune el primer lunes del mes de octubre de cada año, en virtud de convocatoria del rey: la legislatura ordinaria no puede durar más de dos meses sin consentimiento del monarca.

El rey no abre jamás el *Rigsdag* en persona; de ello se encarga el presidente del Consejo, y la ceremonia se efectúa sin aparato.

Los diputados del *Rigsdag* reciben, además del importe de sus gastos de viaje, una indemnización de nueve pesetas diarias mientras dura la legistatura y han de aceptar forzosamente este dinero.

Las dos Cámaras eligen cada cual su presidente, vicepresidente y secretarios. El *Folkething* puede en-

(1) Véanse los núms. 468 al 474, 476, 483 y 498.



EN EL ARRIATE, cuadro de G. Simoni



LA ANTESALA DE UN MINISTRO, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda

causar á los ministros y enviarlos al *Rigsrat*, tribunal especial encargado de estatuir sobre la formación de causa; pero el *Landsthing* nombra en su seno la mitad de los individuos que componen el *Rigsrat*.

Las dos Cámaras tienen el derecho de exponer, proponer é informar. Las sesiones son públicas, y los debates legislativos se publican en un diario oficial bajo la dirección del presidente y de los secretarios de cada Cámara. Cuando hay lugar á proceder á elecciones en el seno de las Cámaras, quince diputados pueden pedir el escrutinio llamado de proporción: se divide el número de sufragios por el de los candidatos que se han de elegir, y se toma el cociente por base de la operación electoral. Para ser elegido basta obtener el número de votos indicado por la cifra de aquél, y así está representada la minoría en todas las comisiones. Los proyectos de ley se someten á tres lecturas; y cuando las dos Cámaras no pueden ponerse de acuerdo, cada una de ellas nombra un número igual de individuos, que se reunen para redactar una proposición, sobre la cual resuelve cada Cámara separada y definitivamente. El consentimiento del monarca es necesario para dar fuerza de ley á los proyectos votados por el Parlamento.

En caso de menor edad, de ausencia ó de enfermedad del rey, el Consejo de Estado se encarga provisionalmente del gobierno, y debe convocar acto continuo el *Rigsdag*, para que, reunidas las Cámaras, resuelvan de qué modo se ejercerá el poder hasta que el rey se halle en estado de encargarse del gobierno. Si no hay ningún sucesor al trono, el *Rigsdag* elige soberano, regulando el nuevo orden de sucesión. Cuando las dos Cámaras se hallan así reunidas, es preciso, para que puedan deliberar con validez, que estén presentes y tomen parte en la votación cuando menos la mitad de los individuos de cada Cámara. El *Rigsdag* nombra de por sí su presidente y establece su reglamento.

Los individuos del *Folkething* se nombran por sufragio universal sin ninguna condición de censo.

Los del *Landsthing* se eligen por sufragio á dos grados, y en virtud de una ley bastante complicada. Hay dos categorías de electores del primer grado: unos que tienen derecho de votación para el *Folkething* y otros electores contribuyentes. Del mismo modo, para los electores de segundo grado, unos son producto de la elección del primero y los otros electores inmediatos, no elegidos, que se escogen entre los electores rurales que paguen más contribución: solamente la ciudad de Copenhague nombra sus diputados sin el concurso de los electores de esta última categoría.

Son electores al *Folkething* todos los daneses de treinta años de edad, con residencia de un año y que tengan la libre disposición de sus bienes. Para tener el carácter de elegible es preciso ser danés, haber cumplido veintiséis años y no hallarse en ninguno de los casos de incapacidad que el electorado determina. Dinamarca se divide en ciento dos circunscripciones, con unas diez y seis mil almas en cada una: cada circunscripción elige un diputado.

Hemos dicho que para el *Landsthing* hay elecciones á dos grados. Los electores del primero son de dos especies: electores primarios simplemente (electores al *Folkething*), y los primarios contribuyentes; estos últimos no existen sino en Copenhague y en las ciudades. En Copenhague se ha de estar inscrito como poseedor de una renta de 5.600 pesetas por lo menos, y en las demás ciudades se debe disfrutar de la misma ó satisfacer una contribución directa de 210 pesetas.

Estos electores primarios simplemente ó primarios contribuyentes son los que, reuniéndose en colegios distintos, nombran los electores del segundo grado.

Para ser elegible para el *Landsthing* se han de llenar las mismas condiciones que para la elegibilidad en el *Folkething*.

La constitución dice que el ministerio debe dimitir cuando no tiene mayoría en las dos Cámaras; pero desde hace algunos años, el partido liberal, habiendo progresado rápidamente, ha pedido que esta dimisión se dé cuando el ministerio no tenga la mayoría en el *Folkething*, es decir, en la Cámara directamente elegida por el pueblo. Sin embargo, Mr. Estrup, presidente del Consejo desde 1885, no hace caso alguno de las voluntades de los liberales, y de quince años á esta parte gobierna contra la mayoría del *Folkething*, apoyándose en el *Landsthing*, que es conservador y ministerial. He aquí por qué la lucha es constante entre M. Estrup y el partido liberal.

Se rechazan cuantos proyectos de ley propone, rehúsase votar el presupuesto; pero todo es inútil, porque M. Estrup ha conseguido obtener la real firma para leyes provisionales que se perpetúan. Ese ministro es quien á pesar del *Folkething* ha organizado una gendarmería que se juzga inútil y costosa; él es quien siempre, venciendo la opinión del *Folkething*, ha gastado millones para fortificar la ciudad de Copenhague, siendo así que la nación no lo quiere.

***

Desde el incendio del castillo de Christiansburgo (1886), las sesiones del *Rigsdag* se celebran en un antiguo cuartel, poco apropiado para este nuevo destino, pero esa instalación no es más que provisional. Se está en vías de discutir si debe construirse para el *Rigsdag* un nuevo palacio, ó si el Parlamento se seunirá otra vez en el castillo de Christiansburgo, donde celebraba sus sesiones desde el 5 de junio de 1849; pero debe advertirse que los trabajos no han comenzado aún.

X

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, busto en bronce de D. José Llimona (fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª – Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.) – Hermano del pintor, ha logrado también, como él, merecida fama por las varias obras notables que ha producido. Aunque joven, ha sabido José Llimona, en un período de tiempo relativamente corto, dar fehacientes muestras de su talento y de las cualidades artísticas que posee. Alto, algo enjuto, casi barbilampiño, muy semejante á su hermano en las condiciones de carácter, no es fácil suponer ni adivinar en él las galanas producciones de su ingenio. Llimona siente el arte, y por ende todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los afectos más puros ó los ideales más elevados, denuncian ingenio, sentimiento, delicadeza y precisa ejecución.

La escultura que reproducimos es una donosa prueba de sus aptitudes, digna de figurar en el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad, adonde ha sido destinada con buen acuerdo. En ella hállase impreso el sello de ese algo siempre grande y noble, que sólo puede informar á las verdaderas manifestaciones del arte.

El proyecto del monumento al héroe de los Castillejos, general Prim, que presentó Llimona en el concurso celebrado en la ciudad de Reus, patria del caudillo y en donde debe erigirse, es la obra más completa de este artista y en la que se da á conocer por entero. Si el Jurado pospuso su obra á la de Puiggener, casi igual á la que posee ya Barcelona, la general protesta del pueblo de Reus, quizás con mejor sentido artístico que los por él escogidos para ilustrarle, debe satisfacer su amor propio y servirle de recompensa á sus esfuerzos.

***

Tipo de un radjputa (de una fotografía.) – Los radjputas son una de las naciones más belicosas de la India y de las que más viva resistencia opusieron á la Compañía de Indias; poco aficionados á la agricultura y al comercio, dedícanse con predilección á las armas, figurando hoy en día entre el número de los mejores soldados del ejército anglo-indio; no son bellos ni mucho menos, y de ello podemos convencernos con sólo mirar al que reproducimos, y el abuso del opio es causa de que sean muy poco inteligentes. Su orgullo es desmedido y á él se debe el nombre que llevan y que significa *descendientes de reyes;* de aquí el cuidado especial que ponen en la cuestión de matrimonios, tanto más, cuanto que un enlace desigual priva de todo derecho de herencia á los hijos de él nacidos, y de aquí también la horrible costumbre del infanticidio, que tanto ha costado á los ingleses destruir.

***

Cuarteto de hambrientos, cuadro de Julio Adam. – ¡Pobres gatitos! Como todas las mañanas, acudieron al lebrillo donde su cuidadosa ama les tenía dispuesto el suculento desayuno; pero séase por olvido de aquélla, séase que el envidioso perro, habiendo madrugado más que de costumbre tuvo á bien almorzarse lo que á ellos estaba destinado, es el caso que los *Micifufes* se encuentran vacío el plato, con cuyo contenido pensaban llenar su no menos vacío estómago. He aquí la causa de sus lamentos, de sus caras de sorpresa y angustia que imprimen al cuadro de Adam un carácter cómico á pesar de que la situación no puede ser más dramática, para los gatos, se entiende.

Julio Adam es hijo del célebre pintor de batallas Alberto Adam, y hermano de los no menos célebres Francisco, Benno y Eugenio; procede, pues, de buena cepa. En sus mocedades, casi en su infancia, empezó á trabajar en el taller de su padre, ayudando á éste especialmente en sus labores fotográficas, y al poco tiempo marchóse á la América del Sur, en donde fotografiando paisajes conquistóse una posición desahogada; pero á los seis años regresó á su patria, llevado del deseo de satisfacer sus instintos y aspiraciones artísticos que no se avenían bien con la profesión de fotógrafo. Ya en Munich comenzó á estudiar con el profesor Echter Antike y entró luego en la Academia asistiendo á las clases de Dietz. De aquella época datan sus grandes cuadros *Danza de mayo en la Edad media, Idilio, Niños cogiendo frambuesas* y varios retratos; mas un día tuvo el capricho de trasladar al lienzo las figuras de dos gatitos que poseía, y remitido el cuadro á América, causó allí tan buena impresión que sobre Adam llovieron encargos y más encargos, hasta que un americano tratante en cuadros firmó con él un contrato por el cual el artista se obligó por un plazo de muchos años á no pintar más que para aquel comerciante.

Julio Adam cuenta en la actualidad treinta y nueve años y su nombre figura entre los artistas alemanes de primera fila, habiendo alcanzado grandes éxitos en las exposiciones internacionales que anualmente se celebran en Munich.

***

La gitana, la chula y la aristócrata, dibujos de Llovera. – Pocos artistas han logrado crear tipos de belleza femenina más simpáticos y más popularizados que los que salen del lápiz, de la pluma ó del pincel de nuestro querido colaborador Sr. Llovera. Sus figuras de mujer serán convencionales, si se quiere, tendrán sus defectos (¿qué obra del hombre no los tiene?); pero lo cierto es que alegran los ojos, que seducen y cautivan y que ante la intensidad de la impresión agradable que en el ánimo causan, el convencionalismo pasa inadvertido y las faltas no se notan, ó si se notan se perdonan fácilmente en gracia á las muchas bellezas que con creces las compensan.

Ferviente admirador de cuanto á nuestra patria se refiere, españoles puros son sus cuadros de costumbre, en los que con preferencia trata asuntos de principios de este siglo, y españolas las netas son sus mujeres. La mantilla, la peineta, el cabello dispuesto en flequillo y tufos, el pañuelo de Manila de pintadas flores y largo fleco, las blondas, el zapatito de raso, los acarminados labios rasgando una tez morena, los claveles blancos ó rojos destacándose en hermosa mancha sobre una cabellera negra, he aquí los elementos á que con predilección acude Llovera para sus geniales creaciones. Y no merece por ello más que alabanza, ya que los componentes son de tal belleza que lo que con ellos se confeccione no puede menos de satisfacer á los más exigentes en materias de estética, máxime cuando el artista que de ellos se vale posee exquisito gusto para combinarlos y soltura y espontaneidad notables para trasladarlos al papel ó á la tela.

No se crea por lo dicho que Llovera sólo á la reproducción de chulas y manolas dedica su talento; también la belleza y la elegancia de la clase alta tienen en él distinguido intérprete, y buena prueba de ello es la aristócrata de nuestro grabado, digna compañera, desde el punto de vista artístico, de las dos hembras de rompe y rasga que van en su compañía en el dibujo que publicamos.

Los tres distintos tipos que en éste aparecen están reproducidos con notable verdad, son modelos de expresión y colorido y dan perfecta idea de los tres géneros de belleza que en nuestra patria sobresalen.

***

En el arriate, cuadro de Simoni. – Son tantos los cuadros que reproducen á las mujeres de Oriente en la azotea, ó en el arriate, ó en la terraza, que casi parecen indicar ser ésta la única distracción de aquellas infelices á quienes una costumbre y una religión incomprensibles en nuestros tiempos imponen poco menos que una absoluta y perpetua clausura. Las mujeres del lienzo de Simoni llevan retratados en sus semblantes los efectos de su monótona existencia, tanto más tristes cuanto más risueña y alegre se ofrece, en bellísimo contraste, la naturaleza que á su alrededor se descubre ostentando las hermosas galas que el sol de aquellos climas hace brotar de su seno.

Simoni es uno de los más célebres pintores italianos, y se ha dedicado con igual éxito á todos los géneros, histórico, de paisaje, de costumbres modernas y oriental, si bien parece mostrar por este último especial predilección. En la Exposición Universal de París expuso un cuadro de grandes dimensiones, *Thais aconsejando á Alejandro Magno el incendio de Persépolis,* que excitó la admiración de cuantos visitaron en aquel entonces la capital de Francia.

***

La antesala de un ministro, cuadro de don Luis Jiménez Aranda. – Dentro del género á que pertenece, en el que tanto se distinguió Luis Jiménez hace algunos años y que con tanto lucimiento también cultiva todavía su hermano D. José, es *La antesala de un ministro* una de sus más notables composiciones. Aparte de sus cualidades pictóricas, revélase en el lienzo el profundo estudio de la época que ha tratado de representar, habiendo logrado tan cumplidamente su propósito, que quien examine el lienzo puede creerse transportado á la vasta antecámara de uno de aquellos famosos ministros ó secretarios de Felipe V ó Carlos III, en cuyas manos se hallaba la dirección y el destino de nuestra patria. Los varios y distinguidos grupos de pretendientes ó cortesanos que esperan impacientes las gracias ó favores del ministro, ó los que como el anciano soldado y su joven y bella acompañante, que se destacan en el centro del vasto salón, llevan impresa en sus rostros y actitud la decepción que acaban de recibir con la pérdida de sus forjadas ilusiones, hállanse trazados con singular maestría, tanto considerados en su forma plástica como en el concepto psicológico que revelan en los contrastes que ofrecen.

Luis Jiménez figura dignamente en el número de esos artistas que honran á España, ya que á sus excepcionales aptitudes para el arte que cultiva reune la de poseer clarísimo ingenio y laboriosidad.

***

La niña de la silla, escultura de D. Venancio Vallmitjana (de fotografía directa de D. Juan Martí.) – La historia artística de este distinguido escultor es una continuada serie de triunfos. Su nombre, digno de respeto en el mundo del arte, lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento. Nacido al calor del renacimiento patrio, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio, á sus raras cualidades y á su propio esfuerzo la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen en Vallmitjana la superioridad indiscutible, á que le dan derecho los largos años de penosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus obras. Prolijo sería enumerarlas: bastará consignar que algunas de ellas sirven de preciado adorno de regios salones y de complemento al embellecimiento de nuestra ciudad.



POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONTINUACIÓN)

Por lo demás, aquel espectáculo le produjo, como la representación de los *Hugonotes* en Burdeos, algo de jaqueca. Volvió al hotel y contempló melancólicamente el mostrador de cristales que en otro tiempo servía de trono á la apetitosa señora Chardonet, y en donde ahora se ocupaba en poner en orden el libro de entradas y salidas de la fonda una mujer pequeña, flaca, de aspecto



Darthenay

ordinario y lleno de granos, y se acostó rendido de fatiga. Cuando á la mañana siguiente se levantó tuvo tentaciones de ir á sorprender á su hijo en su domicilio, en la calle de la Fontaine-Saint-Georges, y darle los buenos días espetándole la filípica que tenía preparada.

– ¿Has medido, desgraciado, la profundidad?...

El exordio le retozaba en los labios y rabiaba por soltarle. Pero se resignó á esperar al día siguiente; antes quería conocer al adversario que se interponía entre su hijo y la autoridad paterna: quería estudiar á Gabrí.

Empleó todo el día en vagar por París, algo excitado. En medio del tumulto de aquellas calles, sólo reconocía los antiguos monumentos que no habían cambiado de sitio: la Magdalena, la plaza de la Concordia, el teatro de Variedades; pero el lujo de las nuevas tiendas, las modas femeninas, el ruido de los coches; en una palabra, todo lo que constituía la esencia del París moderno le turbaba y admiraba al mismo tiempo, causándole no poca sorpresa todas las seducciones con que la ciudad le brindaba. Ciertamente, aquello era una Babilonia: iba y venía por las calles de Babilonia, pero Babilonia resultaba una capital muy curiosa y muy divertida, y sobre todo ¡tan cambiada desde que él la viera por última vez!

M. Thomassiére, erguido como una garza real, recorría á fuer de buen cazador las calles de París, sin cansarse, como si persiguiera una bandada de perdices.

Por la tarde buscó en los alrededores del teatro del Palais Royal un restaurant donde comer: precisamente había uno enfrente del coliseo.

El camarero le dijo cuando le llevó la lista:

– Esta ventana da á los cuartos de las actrices.

M. Thomassiére se asomó á la ventana.

Al otro lado de la calle, que era muy estrecha, vió en efecto cuartos alumbrados ya con luz artificial, en donde se distinguían confusamente enaguas almidonadas y trajes de teatro. El notario sintió no tener á mano sus gemelos para hacerse cargo con toda claridad de aquellos pelendengues escénicos de variados colores.

Hacía calor, ese calor pesado de fines de verano. M. Thomassiére comió al lado de la ventana abierta. Abajo comenzaba á engrosar la multitud de espectadores que iban llegando. Algunos coches descargaban su pasaje á la puerta, y los vendedores gritaban:

«*¡El Entreacto! ¡El Entreacto!*»

O bien:

«El programa de la función y la distribución completa de *¡Quítate, que yo me ponga!*»

¡Quítate, que yo me ponga! era el título de la revista que iba á representarse. Los ocho autores de esta aristofanada habían tratado, según decía un periódico, de hacer alusiones políticas, y la obra estuvo detenida algunos días en la censura.

M. Thomassiére ignoraba estas cosas, y no se cuidó de comprender el título, que parecióle un poco raro, pero filosófico; sí, filosófico... Los hombres no hacen más que repetir toda la vida lo que tan curiosamente indicaba el anuncio del Darwin en el caló de París. Pero el notario no conocía á Darwin. En Saint-Alvere leía el *Atila* y *Pertarita* de Corneille, y muchas veces habíase dicho: «Si alguna vez voy á París no dejaré de ver *Pertarita;* debe ser un hermoso espectáculo.» Y sin embargo, iba á ver representar *¡Quítate, que yo me ponga!*

Pero no era por la obra por lo que iba al teatro, sino por *la Comadre*, *la Educación laica*, Gabriela Vernier, la señorita *Gabrí*.

He aquí lo que le preocupaba. ¡Y cuando pensaba que ésta estaría probablemente en alguno de aquellos vestuarios que veía enfrente... quizá se estaba vistiendo en aquel momento, allí, á algunos pasos de él, al otro lado de la calle de Montpensier, y tal vez la apretaba el corsé el imbécil de Teodoro!... ¡Tendría que ver que la primera persona que se encontrara al entrar en el teatro fuese ese mismo imbécil de Teodoro! Si esto llegara á suceder, allí, delante de todo el mundo, le diría: «¿Has medido, desgraciado, la profundidad del abismo?»... ¡Y ya verían, ya verían la cara que pondría entonces su hijo!

Entretanto M. Thomassiére deshojaba unas alcachofas en salsa, y miraba de vez en cuando las ventanas entornadas de los cuartos de las actrices, que en la obscuridad de la pared frontera destacaban ráfagas luminosas.

Se estaban vistiendo. Un cuartito tapizado de tela clara de Persia llamó particularmente la atención del notario, porque estaba geométricamente situado enfrente de su rayo visual. Una joven, que debía ser muy linda á juzgar por su elegante talle, acababa de entrar en el cuarto, y en aquel momento se quitaba su sombrero de paja, adornado con un enorme pájaro, alargándoselo á otra mujer ya de edad. M. Thomassiére, absorto, dejó en el plato las hojas de las alcachofas y se puso á mirar. Los movimientos de aquella joven eran sumamente graciosos al comenzar á vestirse el traje del personaje que debía representar en la revista. Había ya dejado caer sus cabellos, que se esparcieron por sus hombros como un manantial de oro líquido Luego quitóse el cuello y los puños y comenzó á desabrocharse el corsé. A M. Thomassiére le pareció todo aquello imprevisto... pero encantador...

– ¿Ha acabado el señor?, dijo el camarero tomando el plato de las alcachofas. ¿Qué postres traigo?... ¡Ah! ¡El señor mira á los cuartos de enfrente! Cuando hay que ver eso es por la canícula. ¡Qué cosas vemos!... Son nuestros gajes.

M. Thomassiére no le prestaba atención, miraba á la actriz, y como en una rápida visión percibió sólo un momento, ¡ah!, sólo un momento por desgracia, un vestido que caía á los pies de la joven, una camisa dejando desnudos los brazos y hombros... Pero la blancura de aquellos brazos, de aquel cuello, de aquellos hombros, estos esplendores de la desnudez apenas vistos, se desvanecieron porque á una señal de la joven la vieja camarera corrió precipitadamente las cortinas encarnadas de la ventana, que lo ocultaron todo al modo que el telón del teatro oculta un cuadro de apoteosis.

¡Ah! Todo había acabado en un instante. Y M. Thomassiére, que había experimentado la sensación de un sueño inquietante, pero exquisito, hallóse en la realidad de una fonda y delante de un camarero que le preguntaba gravemente:

– ¿Chéster, Camembert, Pont-l'Eveque ó Roquefort?

– Cualquiera, me es igual.

Y siguió mirando á la ventana cubierta con las cortinas encarnadas, detrás de las que aún se imaginaba aquella estatua de blanca epidermis y de largos cabellos de oro apenas entrevistos.

¡Si fuera la señorita Gabriela... Gabrí!

Si era ella tenía unos hermosos cabellos la tal Gabrí. ¡Ah, Babilonia!

Fué preciso que el camarero le dijera: «El señor no va á ver comenzar la pieza, y las primeras escenas son muy graciosas, sobre todo la de la señorita Desvignes,» para que M. Thomassiére, algo hipnotizado por el resplandor que se filtraba por entre las cortinas encarnadas, se decidiera á levantarse de la mesa y bajar á la calle de Montpensier.

Había andado y visto tanto desde por la mañana, que no pensó en mirar el

cartel ni en tomar billete. Los despachos estaban ya cerrados y los revendedores le pedían veinte francos por una butaca. Parecióle algo caro; pero ¿qué hacer, puesto que habíase decidido ver á la señorita Vernier y oirla cantar el famoso rondó de *la Educación laica?*

¡Vaya por los veinte francos!

El notario comenzaba á pensar que Teodoro no era tan embustero cuando cada vez que le escribía pidiéndole dinero, le decía: «¡Si supieras lo que cuesta todo en París!»

– ¡Un abismo! ¡Cáspita! Y ciertamente no dan de balde las localidades de teatro en el tal abismo. Todo cuesta caro, muy caro; Teodoro tenía razón.

III

La revista de fin de año atraía á los aficionados de siempre, críticos, gomosos, *clubmen*. bolsistas, la crema de los círculos y la alta marea y contramarea de todo París M. Thomassiére, con su agudo perfil y su levita de corte algo provincial, producía entre los fracs negros y corbatas blancas un bizarro contraste. Pero nadie reparaba en él ni él miraba á nadie, ocupado como estaba en examinar aquella pequeña sala, restaurada y dorada de nuevo, que le parecía aún más brillante que la del gran teatro de Burdeos.

Esperaba con impaciencia á que se levantara el telón, y cuando estando éste aún corrido se presentó en el proscenio un hombre grueso, sonriente y familiar, que dirigiéndose al público empezó á decir chistes y más chistes, el vecino de butaca del notario le tocó con el codo, diciéndole:

– Es Darthenay, aplaudidle.

M Thomassiére notó, en efecto, que en torno suyo aplaudían mucho. Todos los que estaban cerca chocaban las palmas como un solo hombre. El aplaudió también. Darthenay, que hacía el papel de director del teatro, transformado en Compadre, anunció al público que M. Dumas y M. Gounod se habían comprometido á escribir la revista del Palais Royal, y que no habiendo cumplido su palabra, la Empresa habíase dirigido á los señores Pedro, Pablo y Santiago, escritores simbolistas y decadentes, cuyo celo, aunque se les pilló desprevenidos, se confirmaba de una manera sorprendente. Se rogaba, pues, al público que aceptara la prosa de estos bisoños en reemplazo de las escenas que esperaba de aquellos dos ilustres maestros veteranos. De aquí el título: *¡Quítate, que yo me ponga!*

Este anuncio, que M. Thomassiére no halló nada cómico, hizo prorrumpir en carcajadas á la sala, y una mujer extraña, de risa gutural que salía de una boca demasiado rasgada, lanzó desde un proscenio un sonoro *¡bravo!* Era, según parece, Mlle. Desvignes.

Parecióle al notario que aquellas gentes tan alegres tenían algo de iniciados, que se divertían fácilmente con chistes que él no comprendía bien.

– Debe ser muy gracioso, pensaba, puesto que tanto hace reir.

Empezóse la revista Levantóse el telón. M. Thomassiére vió una plaza pública, como en una obra de Moliére, por donde desfilaban personajes singulares, absolutamente incomprensibles para el notario del Perigueux: mujeres vestidas con trajes absurdos que sepresentaban periódicos ó sellos de correo; una cuando la preguntaban, contestaba: «Soy las aguas del Dhuys;» otra: «Soy la nueva Casa de Correos,» y cada respuesta excitaba la hilaridad. La señora del proscenio, Mlle. Desvignes, desapareció de la sala después de haber cantado inesperadamente un *couplet*, y su retirada fué celebrada con grandes carcajadas. M. Thomassiére se preguntaba si era él un solemne animal ó si los parisienses hablaban un lenguaje especial que no comprendía, mucho más cuando vió que todo el teatro prorrumpía en una carcajada cuando se presentó en escena un señor con frac negro, corbata blanca y un sombrero de muelles debajo del brazo, que contestó á otro que le preguntaba quién era: «Yo, caballero, soy el Queso.»

Y el caballero del frac negro hacía un gesto que equivalía á decir: «¿No lo ve usted?»

El notario comenzó á dudar de su sentido común, mientras que aquel señor tan correcto, que precisamente parecía al subprefecto de Bergerac, canturriaba sentimentalmente la siguiente quisicosa:

No me parece un exceso
Decir que el amor más fino
Nada fuera, sin el vino
Ayudado por el queso.

M. Thomassiére, cada vez más admirado, oyó á uno de sus vecinos decir en voz alta:

– ¡Es para morirse de risa!

Y luego repuso, dirigiéndose al notario con un tono casi encolerizado:

– ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo no os desternilláis de risa?

Debía ser pariente del autor ó del actor que se parecía al subprefecto.

Por lo demás, todas estas cosas no eran sino bagatelas para M. Thomassiére. Lo que esperaba, lo que le interesaba, era la presentación de la señorita Vernier: acechaba la salida de *la Educación laica* con la misma impaciencia que cuando cazaba en Saint-Alvere el vuelo de una bandada de perdices. Gabriela Vernier no debía tardar en salir á escena. En efecto, un *crescendo* de la orquesta anunció de repente el principio de *la Educación laica.*

Una joven alta, rubia, vestida con traje negro, llevando el birrete de profesor de medio lado sobre su dorada crencha, guantes negros que la subían hasta el codo y que hacían resaltar la blancura de la epidermis, á la que el reflejo de las luces de gas daba tintas nacaradas; alegre, bien plantada, el talle largo, esbelto, espléndido; posando los pies en las tablas con aplomo triunfal, con aire picaresco, fino, risueño en los labios, dientes y ojos, rebosando salud y alegría, vino á situarse en actitud soberbia y con la dichosa insolencia de la juventud frente á la concha del apuntador.

M. Thomassiére quedóse como desvanecido.

Aquel traje negro como la tinta, contrastando con aquella carne tan blanca, daban á la hermosa joven un aspecto singularmente atractivo y apetitoso, de suerte que cuando cantó, con voz no muy afinada, pero clara y alegre, una copla chispeante alusiva á la educación laica, todo el mundo aplaudió, y M. Thomassiére con más entusiasmo que nadie, tanto, que su vecino de butaca le dió un segundo codazo, y con el acento de *satisfecit* con que se hubiera dirigido á un colegial, le dijo:

– ¡Gracias á Dios que da usted señales de vida! ¡Ya era tiempo!

Este «ya era tiempo» hizo caer al notario en que había aplaudido. Sí, sí, él, Thomassiére, que había venido expresamente del Perigueux para arrancar á Teodoro de las redes de Gabrí, aplaudía á Gabrí, maquinalmente, instintivamente, sin darse cuenta de la enormidad de su imprudencia. ¡Aplaudir á la tal Gabrí! Seguramente había perdido la cabeza. ¿Estaba loco? No; ¡pero era tan bonita, tan bonita! Además todos sus vecinos estaban tan entusiasmados, que influyeron en el notario: cuestión de magnetismo.

Pero verdaderamente M. Thomassiére sólo sufría la influencia de la joven que se exhibía en el tablado en todo el esplendor de su belleza, y experimentaba al verla una sensación complexa, mezcla de cólera contra Teodoro por su falta y mezcla de circunstancias atenuantes, y tan pronto se sentía inclinado á perdonarle su debilidad por tan linda criatura, como experimentaba hacia el muchacho una especie de envidia sorda é inconsciente, y entretanto Thomassiére aplaudía á Gabrí violentamente hasta romperse las manos, y habiendo *la Educación laica* dicho un chiste, el pobre notario, á quien el chiste importaba mucho menos que la graciosa sonrisa de la que lo decía, púsose á aplaudir tan fuerte que un caballero que estaba dos filas más adelante volvióse encolerizado, gritando muy alto:

«¡Fuera la *claque!*»

¿La *claque?* ¡Oh! Se veía que no le gustaba á aquel caballero la señorita Gabrí... ¡Qué falta de sentido común! Quizá protegía á alguna émula de la señorita Vernier aquel impertinente que interrumpía para decir: «¡Fuera la *claque!*»

Pero la sorpresa de M. Thomassiére fué todavía mayor cuando su vecino, el que antes le había tocado con el codo, le dijo al oído en tono contrariado:

– No seáis imprudente, vais á *enterrar* la obra.

El pobre Thomassiére ignoraba que se hallaba rodeado de *alabarderos*, y exclamó:

– ¿Qué es eso de *enterrar?*

– ¡Vaya! No sea usted idiota; espere á que yo marque el aplauso.

El notario sintió subirse la sangre á la cabeza. ¡Hacía el *idiota!* ¡Le habían llamado *idiota!* Durante un momento tuvo intención de levantarse y abofetear á aquel insolente en pleno teatro, pero se contuvo. Parecióle que *la Educación laica* le miraba con expresión de clemencia, como si le suplicara que se tranquilizase, y no se equivocaba tal vez al suponer que aquélla le decía por encima de las candilejas:

«Me habéis comprendido y yo á vos. Tened calma; esos dos hombres son un par de patanes.»

El acto terminaba con un *couplet*, acompañado de un paso de baile que la señorita Vernier indudablemente había aprendido en el otro lado del Sena en algún conservatorio coreográfico del barrio latino. Los vecinos del notario no aplaudían, casi aullaban, para pedir que se levantara el telón, ya corrido; y cuando se levantó, Thomassiére vió, como en una especie de apoteosis, entre los trajes pintorescos de las figurantas y las masas de comparsas y el frac negro del *Queso* y las faldas cortas de las mujeres que representaban la luz eléctrica ó el teléfono ó el adoquinado, la carne blanca orlada de negro de aquella figura de Rubens viviente que personificaba á *la Educación laica*, admirándola y devorándola con los ojos.

Luego todo desapareció otra vez: telón corrido, visión desvanecida; pero en el último saludo con que Gabrí se despidió del público, parecióle al notario que le había hecho una seña especial. Levantóse de la butaca calenturiento, y cuando iba á marcharse, su vecino, el hombre de los codazos, le detuvo diciéndole brutalmente:

– ¡Cuidadito con meter la pata en la tercera pieza!

Esta vez Thomassiére sintió comezón de agarrotarle con los dedos, con aquellos dedos que en otro tiempo nunca soltaban la presa, y que lo mismo empuñaban la escopeta para cazar que el florete para batirse con cualquier oficialillo.

Asió por los botones de la levita á su desagradable vecino, que quedóse admirado, y le preguntó:

– ¿Quiere usted explicarme por qué se mezcla en mis acciones?

El vecino, cada vez más sorprendido, contestó:

– ¿Cómo por qué me mezclo? Me mezclo en lo que me importa. ¿Cuándo se ha visto que un *alabardero* aplauda antes de indicárselo el jefe de la *claque?*

– ¿Un *alabardero?* ¿El jefe de la *claque?*

M. Thomassiére cayó de su burro, como suele decirse.

– Es usted capaz de enterrar la mejor obra, y ciertamente no está usted aquí para *forzar* aplausos, repuso el *jefe.*

– De modo, balbució el notario humillado, ¿que no estoy aquí como espectador sino como *alabardero?*

– ¡Miren el inocente!

– Sin embargo, he pagado veinte francos por...

El contratista de éxitos le interrumpió encogiéndose de hombros y diciendo:

– ¿Y qué son veinte francos para una primera representación cuando se han vendido localidades en más de cien, amiguito mío?

– ¡Amiguito mío!

M. Thomassiére, petrificado, experimentaba el amargo sentimiento de una vaga degradación: ¡había aplaudido como *alabardero*, había pagado veinte francos para ser llamado *idiota* y *amiguito* por un *jefe* de *claque!* Sentía la absoluta necesidad de respirar el aire libre á la luz de las estrellas.

Al salir quiso pedir más explicaciones á su vecino; pero el *jefe* de *alabarderos*, su *jefe*, le dijo por lo bajo:

– Cállese usted; esto es escandaloso; se oye en todo el teatro y es de mal efecto.

No había más que obedecer, callarse, evitar el escándalo. Pero por nada en el mundo volvería el notario á ocupar su asiento, no volvería á exponerse á que le gritaran «fuera la *claque*,» ni á que le llamase *amiguito* aquel hombre, su *jefe*, á él, á uno de los decanos de la curia perigordina.

Y refunfuñando M. Thomassiére bajó la escalera, y abriendo la puerta vidriera hallóse en la calle de Montpensier desesperado de su aventura.

No, no volvería á su asiento. ¡Qué París! ¡Pagar veinte francos para ser insultado por un cualquiera! No, no volvería á entrar en el teatro... Y no obstante, ¡tenía tantos deseos de volver á ver á la señorita Vernier! Sentía sed de hablarla; acababa de inventar para ella como para Teodoro el exordio de un discurso. «Ciertamente sois linda, muy linda, admirablemente linda, señorita, y la belleza tiene derechos indiscutibles como el talento, pero esto no es una razón... una razón...» Lo demás se le ocurriría naturalmente al verla.

Y Thomassiére paseaba lentamente por la acera en donde algunos jóvenes fumaban mirando involuntariamente hacia las ventanas de los cuartos de las actrices, uno de los que pertenecía á Gabrí, que estaría vistiéndose...

Thomassiére sentía bullir en su cerebro una idea y recordaba la visión rápida que dos horas antes había percibido desde la fonda... ¡Ah! ¡Si se atreviera!...

Y por qué no. Ella debía conocerle, puesto que conocía á Teodoro, y no tenía más que nombrarse para ser recibido. Se presentaría á ella como el espectro del deber. «Ciertamente sois muy linda, admirablemente linda, señorita, pero...»

Y ya la veía ponerse encarnada, palidecer, temblar.

¡Y que no estaría poco hermosa é interesante temblando!

Al pasar frente á la puerta del escenario oyó á dos jóvenes que saboreaban sus cigarros decirse uno al otro:

– He hecho pasar mi tarjeta por el portero.

– ¿Y ha consentido en llevarla?

– ¡Vaya! Es muy complaciente.

Supuesto que el portero era tan complaciente, ¿por qué no valerse de este medio? Thomassiére llevaba tarjetas: *G. Thomassière, antiguo notario.* Enviaría una con el portero á la señorita Vernier, y el nombre solo le diría bastante.

¡Thomassiére! ¡Pues no osaba aquella cómica soñar con llevar este nombre de Thomassiére!

¡La señora de Thomassiére! ¡Ah, eso nunca! ¡No y mil veces no! El ser linda, muy linda, no es una razón para ello.

Maquinalmente el notario había subido la estrecha escalera del teatro con su tarjeta en la mano. Llegó á la casilla del portero, menos complaciente de lo que aquellos jóvenes habían dicho, puesto que le preguntó con voz bronca de fonógrafo, repitiendo la frase de cajón: «¿Dónde va usted, caballero?»

– No voy, vengo á pedir á usted que me haga el favor de pasar esta tarjeta á...



La Educación laica

Y tomando un aspecto que quería ser malicioso, repuso:

– A la actriz que representa el papel de *la Educación laica*.

– ¡Ah!, dijo el conserje con cierta socarronería. Si quiere dejarla aquí...

Mas como entretanto mirase la tarjeta que Thomassiére le había dado y leyese en ella: «*G. Thomassière, antiguo notario,*» este título le tranquilizó. *Antiguo notario*... Esto era casi una garantía de moralidad. Quizá la actriz tenía algún negocio con aquel caballero de aspecto grave.

– Voy á pasar la tarjeta, dijo el portero, espéreme usted aquí. Está prohibido subir á toda persona que no sea del teatro.

M. Thomassiére experimentaba un profundo asombro, unido á gran curiosidad, al verse en aquel sitio. El cuarto del portero parecióle muy feo con su papel manchado, sus vidrios rotos y sus detestables cuadros colgados de la pared, y sin embargo, este ignorado rincón del teatro, esta puerta entreabierta á los misterios de los coliseos excitaba los nervios del notario, le preocupaba, le hipnotizaba. ¡Un teatro! ¡Y un notario de Saint-Alvere sentado en la casilla de un portero de teatro!... Y aquella escalera conducía como los tramos de algún infierno á los cuartos de las actrices, en donde se quitaban sus vestidos y desanudaban sus cabellos!

El viejo Thomassiére sentía una emoción extraña, la sangre afluía á sus oídos. De pronto tuvo deseos de marcharse, dejando á la Vernier, el teatro y á los cómicos... Sí, quería marcharse, huir más bien. No sabía qué hacer, si subir al cuarto de Mlle. Gabrí, ó...

La vuelta del portero puso fin á sus dudas.

Este suplicó á M. Thomassiére que esperase: la tercera pieza iba á terminar, y el notario recibiría en seguida respuesta verbal á su tarjeta.

– Está bien, dijo. ¡Muchas gracias! Aguardaré al final.

La idea de ver de cerca á la hermosa joven le daba valor. ¡Oh! No le escatimaría la verdad, le diría sin ambages: «Ciertamente sois linda, muy linda, señorita; mas... mas... mas...» y de aquel endemoniado *mas* no pasaba; no hallaba modo de unirlo á una frase que fuese á la vez cortés y enérgica.

– *Mas* esto no es una razón para sacar de sus casillas á mi hijo.

– *Mas* esto no es una razón para llegar á ser Mme. Thomassiére.

– *Mas*...

¡Bah! Ya encontraría la conclusión de este *mas* cuando se viera cara á cara con la sirena.

Sí, *sirena* era la verdadera palabra. La llamaría claro y alto: ¡Sirena! *Siren sirenis*. Y mientras á tales reflexiones estaba entregado, el portero le suplicó políticamente que hiciera el favor de bajar; pues la dirección no permitía que las personas que no eran del teatro permanecieran en la portería.

– Muy bien, esperaré abajo. Muchas gracias, dijo Thomassiére.

Ya en la calle, púsose á pasear procurando serenarse. Seguramente mademoiselle Gabrí no tardaría en bajar, trayendo ella misma la contestación á la tarjeta; y mientras se paseaba, el notario miraba la puerta del escenario y aquella pared blanca cortada á intervalos por ventanitas cuadradas, salientes, como una construcción morisca sostenida por arcos de bóveda. El buen notario saboreaba de antemano la presencia de Mlle. Vernier bajando los escalones algo usados por los pasos de tantos piececitos rápidos, fugitivos, y sentía extraña turbación y como sorpresa al verse mezclado á la vida de París, frente á aquel teatro y paseando por aquella acera á la hora en que según costumbre dormía tranquilamente en Saint-Alvere, y parecíale como un sueño la vista de la puerta del escenario, los cocheros en la penumbra, los carruajes en fila, las fondas abiertas que despedían calientes emanaciones culinarias, el ruido de una orquesta estrepitosa que provenía de un baile de boda, cuyas parejas distinguía á través de las cortinas de unas ventanas.

Asaltábanle ideas extravagantes, vértigos que cruzaban por su imaginación y zumbido de oídos, que era quizá el rumor del aleteo de las mariposas azules de sus veinte años.

IV

Al volverse de repente hacia la puerta del escenario, M Thomassiére tuvo la sorpresa de casi tropezarse con una elegante persona que salía del teatro, envuelta en un abrigo forrado de piel de zorra azul. Alta, con el cabello rubio que se descubría á traves de su velo negro echado, llevaba en la mano, sin guante, una carterita de cuero azulado, fileteada de tafilete, á la que asomaba una tarjeta, como se asoma la carta forzada en la baraja del prestidigitador.

M. Thomasiére reconoció su tarjeta, á la que la señorita Vernier venía á contestar personalmente. Iba, por fin, á poder juzgarla en su parte moral.

Moviendo la cabeza á derecha é izquierda, como si buscara á alguien, Gabrí detuvo su mirada en el antiguo notario, envolviéndole en una ojeada rápida como la de los comisarios tasadores que con una simple mirada conocen el peso de un objeto cualquiera, y luego se adelantó hacia él con una expresión que parecía decir:

– ¿Es usted quien me ha enviado esto?

El notario aproximóse á ella muy conmovido, y quitándose el sombrero maquinalmente, balbució:

– Señorita, tengo el honor...

– Cúbrase usted, dijo la linda joven, señor... señor Thomassiére; G. Thomassiére, ¿no es así?

– Sí, Thomassiére, Thomassiére padre... Gastón Thomassiére.

– No tengo el gusto...

– Es cierto, interrumpió el notario, certísimo; pero he venido expresamente á París para hablar á usted de Teodoro.

Parecióle que la señorita Vernier hacía un movimiento de cabeza como si quisiera recordar de qué Teodoro querían hablarla. ¡En esto son tan fuertes las parisienses!

– En fin, señorita, dijo el notario en tono firme, quisiera que me concediera usted un momento de conversación. Usted comprenderá que esto es grave.

La joven se echó á reir, diciendo:

– ¿Que le conceda un momento de conversación? ¿Que esto es grave? ¿Sabe usted, caballero, que es usted muy gracioso? ¿Pero habla usted con formalidad?

– Con toda formalidad, contestó el notario, ahuecando la voz y con aspecto serio.

Gabrí le miró con atención, titubeando y preguntándose evidentemente de dónde salía aquel original, y luego sonriendo alegremente, dijo:

– ¡Bah! ¡Siempre lo mismo! Suerte tiene usted, caballero, de que mi marido continúe en sus posesiones... ¡Maldito vicio de la caza! Si quiere usted ofrecerme un alón de perdiz, porque me muero de hambre, se lo agradeceré y hablaremos.

M. Thomassiére no se daba cuenta de aquel conocimiento tan rápidamente hecho. Poco ha la linda joven celebraba cantando las excelencias de la educación laica, y ahora se encontraba mano á mano con él en una calle de París, y él la conducía del brazo hacia la parada de coches, cuyos faroles relucían como una fila de gusanos de luz. Sí, la llevaba del brazo y la ayudó á subir á la berlina, quedándose él en la acera hasta que ella le preguntó: «¿Supongo que iremos al café inglés?»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL LABORATORIO DE BIOLOGÍA VEGETAL DE FONTAINEBLEAU

El Laboratorio de biología vegetal de Fontainebleau es un anexo del Laboratorio de botánica de la



Fig. 1. Fachada lateral del Laboratorio de biología vegetal de Fontainebleau (De una fotografía.)

facultad de Ciencias de París, dirigido por M. Gastón Bonnier, y su creación, que data de 1888, se debe á la iniciativa de M. Liard, director de enseñanza superior que tanto se ha preocupado siempre de cuanto puede contribuir al fomento de la ciencia en Francia.

El Laboratorio ha sido construído según los planos de M. Nenot, arquitecto de la nueva Sorbona, á unos 300 metros de la estación del ferrocarril, junto al bosque que lo limita por el Oeste y por el Sur: tal como es actualmente (fig. 1) corresponde tan sólo á la mitad del edificio proyectado; su otra mitad se construirá cuando lo permita la consignación de nuevos créditos. Por de pronto en la sala de investigaciones (S fig. 2) pueden tener ocupación veinticuatro trabajadores. En su interior y hacia la mitad de su altura hay suspendidas á los lados dos anchas galerías en las cuales trabajan las personas especialmente dedicadas á las observaciones microscópicas ó al estudio de los vegetales inferiores; la parte inferior está destinada preferentemente á las investigaciones fisiológicas, que necesitan mayor espacio á causa del empleo de aparatos. Los instrumentos indispensables para los estudios de química vegetal están instalados ya en esta sala, al lado de la cual hay el gabinete del director y la biblioteca, iluminadas como aquélla por gran número de luces de gas. El ala anterior del edificio está ocupada por el jefe de cultivos M. C. Duval; una parte del piso superior comprende las habitaciones de los trabajadores.

Plano de la planta baja — Sección transversa. — Plano del primer piso

Fig. 2. Plano y sección del establecimiento. – V_1 y V_2, vestíbulos; S, sala de investigaciones; P, laboratorio del profesor; B, biblioteca; A, A, A, habitación del jefe de cultivos; C, escalera; 1, 2, 3, 4, D, habitaciones para los trabajadores.

En la prolongación del edificio, en el centro de los campos de cultivo que lo rodean, se ha construído un invernadero para los experimentos que deben realizarse en condiciones especiales de temperatura; este departamento se divide en estufa y en invernadero templado y en él puede instalarse una renovación continua de agua.

La apertura del Laboratorio de Fontainebleau señala el primer paso dado por la botánica en la vía por donde hace años marcha con creciente éxito la zoología. Cada día aumenta el convencimiento de que en muchos casos el estudio anatómico ó fisiológico de los seres vivientes ha de hacerse en el lugar mismo y en las mismas condiciones en que tales seres se desarrollan, pues de esta suerte los experimentos pueden verificarse en individuos más numerosos y más sanos y es posible observar las funciones de los seres que viven en el medio que les es natural y propio. Por estas razones la facultad de Ciencias de París se ha anexionado las estaciones zoológicas marítimas de Banyuls, de Roscoff, de Wimereux y del Havre, y el ejemplo ha parecido bueno, puesto que inmediatamente ha sido imitado por las facultades de provincias, existiendo hoy gracias á ello estaciones zoológicas en todas partes.

Pero hasta hace poco, en Francia por lo menos, sólo la zoología disfrutó del privilegio de laboratorios de este género; y sin embargo, la necesidad universalmente reconocida de ir á establecer, fuera del centro de las facultades, estaciones especiales para el estudio anatómico y fisiológico de una parte del reino animal, déjase sentir, á nuestro modo de ver, con tanta ó mayor intensidad en la botánica. Muchos son los animales que pueden vivir cómodamente entre las cuatro paredes de un corral de laboratorio y proporcionar por este solo medio á la fisiología animal multitud de temas de investigaciones; en las investigaciones de la fisiología vegetal, por el contrario, todas las plantas requieren ser estudiadas en el sitio mismo en que se han desarrollado, porque forman parte del medio en que han nacido. El primer efecto que el transporte produce en los vegetales es un estado enfermizo que quita mucha exactitud á los resultados obtenidos, y no hay que pensar en el cultivo de las plantas en los mismos laboratorios de las facultades, porque éstos, admirablemente dispuestos para el estudio de los fenómenos de debilitamiento, carecen, en cambio, de espacio, de aire y de luz; en ellos se juntan todas las condiciones á propósito para que las plantas que allí deban desarrollarse resulten raquíticas

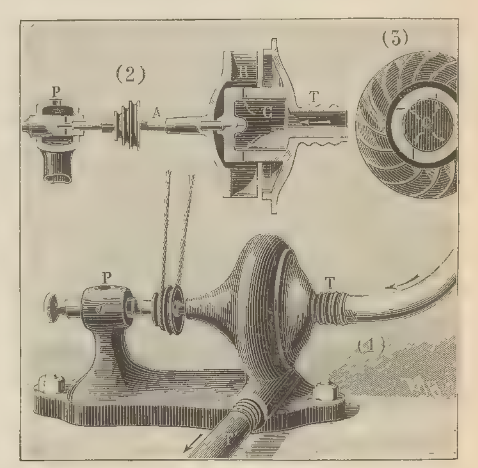
La dificultad aumenta cuando se trata de emprender sobre los árboles y arbustos experimentos que permitirían resolver una porción de cuestiones apenas abordadas ó aún no resueltas: ¿dónde procurarse ó conservar siquiera simples arbustos? Cierto que existen jardines botánicos, pero sus directores no se mostrarán propicios á sacrificar, en aras de experimentos de incierto resultado, los pocos ejemplares que de cada especie poseen; además estos jardines no se han hecho para campos de experimentación, sino para ayudar los estudios de clasificación de la botánica.

Para las investigaciones fisiológicas necesítase ante todo una vegetación espontánea que ofrezca plantas y árboles en todos los estados de su desarrollo, permitiendo al fisiólogo, no sólo estudiar ejemplares sanos, sino también comprobar por la repetición de experimentos la exactitud de sus resultados. Esta necesidad la satisface cumplidamente el Laboratorio de Fontainebleau, al frente del cual hay un director, un subdirector, un preparador y un jefe de cultivos. Para trabajar en este laboratorio no se paga nada; basta solicitar del director la inscripción. Todas las habitaciones de los trabajadores están ocupadas, incluso en invierno, y en verano los que no encuentran alojamiento en el laboratorio albérganse en los vecinos hoteles.

Los trabajos experimentales practicados en el Laboratorio se han publicado en los *Anales de Ciencias Naturales* y en la *Revista general de Botánica*.

TURBINA DE PEQUEÑA POTENCIA

Los laboratorios y talleres de aficionados necesitan á menudo una fuerza mecánica siempre disponible para producir el vacío ó la compresión de aire á fin de poner en movimiento pequeños útiles, como sierras, taladros, pulidores, etc. En tanto que se generaliza la distribución de la energía eléctrica, que es el medio más seguro de llenar esta necesidad, se ha buscado la satisfacción de ésta en la utilización del agua con presión, hoy en día distribuída á domicilio en casi todas las ciudades. La solución que en este género se lleva indiscutiblemente la palma es un pequeño motor hidráulico conocido en América con el nombre de *Chicago top*. Consta este aparato esencialmente de una pequeña rueda con aletas de eje horizontal R cuyo diámetro no excede de 8 centímetros: el agua llega á estas paletas por una serie de tubos añadidos puestos en una campana de distribución colocada en el interior de la rueda, y es conducida al centro de esta campana por un tubo de caucho de unos dos centímetros de diámetro fijado en T, escapándose por el tubo T' después de haber accionado sobre las aletas. La rueda y la campana son de bronce y el eje de acero. Este árbol descansa por un lado en un soporte de estribo P y por otro en un soporte practicado en un bastidor de fundición, cubierto de un caparazón que protege la rueda y recoge el agua que de ella se escapa. La rueda motriz está montada en el extremo del árbol: una polea de tres ranuras recibe la pequeña cuerda que sirve para



La *Chicago top*, turbina hidráulica de pequeña potencia. – 1, la turbina vista en conjunto. – 2, sección longitudinal. – 3, sección transversal en la que se ven las aletas, la campana de distribución y los ajustes.

transmitir el movimiento de rotación del árbol á los aparatos que hayan de funcionar. La *Chicago top* se construye de dos modelos: el pequeño, de 25 centímetros de largo y tres y medio kilogramos de peso, tiene una potencia de dos kilográmetros por segundo con una caída de 25 metros que corresponde de 2'5 atmósferas por centímetro cuadrado; el gran modelo, cuyo peso es de siete kilogramos, tiene una potencia de cuatro kilográmetros por segundo. Con estas potencias máximas la velocidad angular de la turbina es de 4.000 vueltas por minuto, de suerte que, en general, hay que buscar una presión intermediaria entre el útil que se ha de mover y el motor á fin de reducir esta velocidad á proporciones convenientes.

La *Chicago top* es notable por lo bien construídas que están las piezas y especialmente la rueda de aletas, perfectamente equilibrada para evitar las trepidaciones que de otro modo no dejarían de producirse dada su enorme velocidad angular. Además, las piezas, que son en muy pequeño número, tienen la ventaja de ser idénticas y sustituíbles, lo que suprime los inconvenientes de una reparación.

Numerosas aplicaciones de este motor hay instaladas ya en grandes laboratorios de química de París para mover sopletes trompas, agitadores y para otra porción de operaciones que exigen una potencia mecánica pequeña, pero suministrada con regularidad durante algunas horas sin necesidad de conservarla ni vigilarla.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Guía de bufete, *por E. Oliver.* – Tal resulta y de suma utilidad, ya que contiene en un pequeño volumen un diccionario de barbarismos y solecismos, tabla de voces castellanas no insertas en el Diccionario de la Lengua, y varias reglas para el uso de preposiciones, de acentuación y para la corrección de pruebas de imprenta, resultando una obrita de general interés, digna de ser consultada. Véndese en las librerías de Alberto Colom, calle de San Pablo, 52 y 54, y en la de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona, al precio de 2'50 pesetas.

***

Apuntes de una vida (Novela corta), *por Máximo Soto-Hall.* – *Novela corta* titula el Sr. Soto á sus *Apuntes de una vida*, pero aun con serlo recomiéndase por la elegancia del lenguaje y por el interés que su lectura despierta, ya que está escrita con facilidad y descritas las situaciones sin el menor esfuerzo.

Cuanto á las condiciones tipográficas del libro, bastará consignar que la tipografía guatelmalteca titulada «La Unión» honra también á aquella República.

***

Tratado práctico de las enfermedades del perro, *por Mariano Gusi y Lerroux.* – Es altamente recomendable el libro del distinguido veterinario Sr. Gusí, pues en un volumen de 312 páginas contiene una suma de observaciones que revelan un profundo estudio de la raza canina, seguidas de un verdadero tratado de patología de sumo interés para los cazadores y para todos aquellos que deben utilizar los servicios del perro, llamado con mucha justicia el compañero inseparable del hombre. Véndese en casa del autor, calle del Cardenal Cisneros, 44, Madrid, y en las principales librerías al precio de 4 pesetas.

Se remite á provincias franco de porte sin certificar, y certificado por 5 pesetas, mandando su valor en libranza de Giro mutuo ó letra de fácil cobro.



la niña de la silla, escultura de D. Venancio Vallmitjana. (De fotografía directa de D. Juan Martí.)

***

Angela. Amores en la Habana, *novela por Félix Puig y Cárdenas.* – La nueva producción del novelador cubano Sr. Puig, primer episodio de los tres que constituirán la obra, tiene singular interés, ya que aparte de las condiciones literarias, reune la de constituir una verdadera narración histórica de aquella preciada Antilla desde 1836 á 1886, de manera que pueden apreciarse los adelantos y cambios que ha experimentado aquel pueblo en el período de cincuenta años.

***

Viaje por Italia, *por D. A. Fernández Merino.* – Conocida la competencia que en materias literarias y artísticas tiene justamente reconocida el autor y dados los atractivos y belleza de un asunto como el viaje desde Bérgamo á Verona, fácil será estimar la valía de este libro, lleno de hermosas descripciones y de juicios ilustrados y atinadísimos, que tienen, además, la ventaja de ser manifestación de impresiones sentidas por un corazón de poeta y de artista en presencia de hermosas joyas del arte italiano.

El libro, editado en Siena (Italia), forma un elegante tomo de 368 páginas con preciosas ilustraciones.

***

Zaragoza artística, monumental é histórica, *por D. A. y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 34 á 37 últimamente repartidos contienen, además del excelente texto, ocho láminas que reproducen: un capitel bizantino, varias monedas árabes de Zaragoza, la torre nueva inclinada, un facsímile de una página de un códice árabe, una vista de la vega de Zaragoza, cinco capiteles árabes del palacio de la Aljafería, un arco árabe de la Aljafería y un torreón del palacio de la Azuda.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en Zaragoza en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, y en Barcelona en la librería de don Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 26 de octubre de 1891 — Núm. 513

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN SECRETO, dibujo de Grivaz

SUMARIO

BOCETOS MARÍTIMOS

UN BUQUE DE GUERRA

Acabo de escribir lo que antecede y en seguida me echo á temblar: me parece que más pronto no puede ser; y no proviene ciertamente esa manifestación del miedo que me invade y que no oculto de la pavura que en mí pueda producir el apellido *guerra* del buque cuya descripción va á ocuparme en este artículo, sino de algo más grave que habla muy alto en favor de mi formalidad y buen deseo. Un buque de guerra, hoy, constituye así como un extracto de todas las ciencias y de todas las artes bellas y no bellas: lo que se refiere en los cuentos de hadas (que todos hemos leído ¡ay! cuando creíamos en ellas), al llegar al nacimiento de la princesa deseada, que aparecen todas aquéllas rodeando la cabecera de la cuna de oro, guarnecida de encajes, en que descansa la princesita recién nacida en la capital del reino que gobernará más tarde, y una le promete la belleza, y otra le ofrece la bondad, y otra le augura felicidad sin límites, eso ocurre verdaderamente con el buque cuando descansa sobre los picaderos en la grada, esperando que una mano corte las amarras que lo sujetan y pueda flotar; después de la flotadura, en la cuna de esmeralda guarnecida de espumas blancas y leves como blondas, en la que va á meterse dulcemente primero y á dominar después, allí va el ingeniero y le procura la belleza sana de las beldades fuertes, el hombre de mar que le da las condiciones propias para que cumpla como bueno los arduos compromisos futuros que han de pesar sobre él, el sacerdote, por último, que en nombre de algo superior y sobrenatural le augura felicidad y éxito en la vida que empieza.

Por eso me asusta la empresa que aquí acometo de dar una idea que pueda penetrar en todos los cerebros de lo que es un buque de guerra; mejor fuera sin duda que cada genio de los que contribuyeron á crearlo fuerte y bello explicara aquí la parte que tomó en la obra; pero esto es muy difícil conseguirlo, y yo prefiero hablar un poco de cada uno de ellos y quedarme con las señas de sus domicilios respectivos, para proporcionar al que esto lea, si no un retrato de cuerpo entero, un croquis siquiera del buque de guerra moderno cuyas líneas pueda él completar y convertirlo en cuadro, ó bien con la imaginación, si Dios le favoreció con ella, ó bien acudiendo directamente á los genios creadores que, guarecidos en las páginas de un libro ó desde las columnas de un diccionario, le darán gustosos cuantas noticias complementarias les pidiere. Yo por mi parte procuraré que el rato que dure la lectura esta no parezca muy largo y que algo quede.

Para mí, el título de un trabajo literario es, y debe serlo, una promesa que se compromete á cumplirla quien lo firma; es como el rostro bonito en una mujer que, sólo por tenerlo, está más obligada que otra cualquiera á ser amable y complaciente y buena; pues muchos que atraídos por la muestra aquella buscan su retrato ó leen el artículo, ni se hubieran acercado de cien leguas, ni se acordaran jamás del santo de su nombre. El título de este artículo, es decir, su rostro, no se puede negar que es muy bonito: para la gente de oficio un buque de guerra representa un buen amigo, una defensa y un refugio; para los demás es una garantía de orden, de tranquilidad y de independencia. Hagamos, pues, un artículo amable y complaciente, ya que por mi desgracia no puede ser bueno, puesto que su cara, lo primero que de él se ve, es tan bonita.

Antes un buque nacía en el bosque: de los troncos añosos y robustos se hacían los baos y las tablas que formaban su casco; luego fué la mina la que abrió sus antros para que saliera de ellos el hierro que lo constituyó, y ahora desde la mina al arsenal se detiene para hacerse acero en algún gran palacio de la industria, altos hornos, fundiciones, y desde allí, en planchas y piezas acodadas ó de ángulo, pasa á cerrar un espacio en el que ha de ir guardada la honra de la patria, defendida por hombres denodados, por cañones, torpedos y toda la larga é interminable lista de aparatos científicos é ingeniosos que empieza en el estopín eléctrico, el descendiente del cebo de la antigua artillería, y acaba en la aguja compensada, la sucesora de la primitiva y elemental brújula ó rosa de los vientos; desde lo más pequeño y sencillo, dentro de su importancia, hasta lo más complicado y necesario.

Antes un buque se confiaba para moverse al viento, que soplaba ó no soplaba, sumiéndolo á veces en bochornosas y prolongadas calmas, durante las cuales se consumía á bordo la que pudiera tener el hombre más flemático, amén de los víveres y el agua potable y el carbón para la cocina y todo; el mismo motor impulsaba á los beligerantes que sólo por extraordinaria pericia de las tripulaciones respectivas podían distinguirse algo entre sí, aunque todas las evoluciones que pudieran intentarse estaban ya previstas; el que tenía el viento á favor suyo, el que ganaba el barlovento, era el amo de la situación, tan desigual como la que tendrían dos adversarios que se batieran á sable y que uno de ellos permaneciera de cara al sol que lo deslumbrara y confundiera, embarazando todos sus movimientos; hoy el viento se lleva en la bodega, como se dice en los barcos; allí está la máquina, las máquinas, mejor dicho, pues suelen llevarse dos, independientes desde los hornos á la hélice, que funcionan juntas ó con absoluta separación en caso de avería; el viento es el carbón que se lleva almacenado, distribuído y medido para recorrer una distancia conocida, con una velocidad determinada y en una dirección prevista; la casualidad, que antes predominaba, cede su puesto al cálculo y á la ciencia, que la sustituye con notable ventaja para el éxito.

Antes un buque fuerte, el más fuerte de todos, llevaba cien cañones, doscientos; hoy lleva de dos á diez; pero aquéllos eran unos tubos pequeños, de hierro ó de bronce, de ánima lisa, que arrojaban unos proyectiles esféricos y macizos cuyos efectos sobre el enemigo eran insignificantes y tardaban horas mortales en manifestarse; el abordaje solía terminar los encuentros; y en este asalto supremo, dado entre un humo denso que lo envolvía y lo dificultaba todo, la tripulación, diezmada por el fuego y la fuga, se rendía al vencedor, que tripulaba el buque con gente suya, lo carenaba luego y se lanzaba con él de nuevo á recorrer los mares. Hoy cada cañón es un volcán: fabricado con muchas toneladas de acero, hasta con 110 algunos, hendida su ánima por múltiples y profundas estrías, por la expansión de pólvora sin humo arrojan proyectiles cónicos enormes y rellenos con poderosos explosivos que los hacen estallar á tiempo, produciendo multitud de cascos dotados de velocidad inaudita que destruyen cuanto alcanzan, y vapores asfixiantes que sofocan y ahogan á la gente que pudo salir ilesa del tremendo choque; las antiguas planchas y ganchos de abordaje son ahora espolones y torpedos; el asalto es la embestida y la subsiguiente trompada, impresa con formidables espolones en los costados enemigos, cubiertos con gruesas planchas de acero; y ya no se lucha por apresar el buque, sino por volarlo y echarlo á pique hecho pedazos, sin que de él pueda salvarse nadie ni nada. Hoy se trata de hacer lo que dice nuestro divino Herrera en su hermosa canción *A la pérdida del rey Don Sebastián:*

> Y el santo de Israel abrió su mano,
> Y los dexó, y cayó en despeñadero
> El carro, y el caballo y caballero...

En estas cosas estamos, con efecto y pensando piadosamente, *dexados* de la mano de Dios.

Pero lo cierto es que, así y todo, ya dejamos expuestas las principales condiciones y cualidades que constituyen y distinguen al buque de guerra; construcción sólida, marcha rápida y segura y armamento poderoso y variado, con medios protectores. Eso es todo lo que diferencia á un buque de guerra de cualquier otro buque; eso es lo que á un buque cualquiera puede hacerlo de guerra para determinados casos y servicios, y eso es lo único que en un boceto puede apuntarse, aunque sea con mejor *puntería*, por supuesto, para dar una idea general y aproximada del asunto, sin entrar en el párrafo de las cifras ni en el laberinto de los nombres técnicos. Apartemos de nosotros el cáliz de las decenas de metros, los centenares de millas, los miles de toneladas y los millones de pesetas: huyamos de los blindajes verticales y horizontales; de las máquinas *compound* ó mixtas de triple y de cuádruple expansión; de los cruceros, acorazados y protegidos de los descubridores de escuadra, cazatorpederos y torpederos sencillos: todo esto puede ser tema para otra conferencia de estas que no doy á, sino que celebro con mis amables lectores, celebrándolo mucho por mi parte. Ahora contentémonos con saber lo dicho, pero sin olvidar, porque es muy importante, que el alma del complicado organismo que constituye un buque de guerra es el hombre, y que una tripulación entusiasta, bien organizada y dirigida, puede hacer milagros con un buque viejo, que ande poco y esté mal artillado, contra otro, modelo en la parte material, pero tripulado por gente desmoralizada ó mal conducida.

Podríamos citar muchos ejemplos de esto.

FEDERICO MONTALDO

¿POR QUÉ NO?

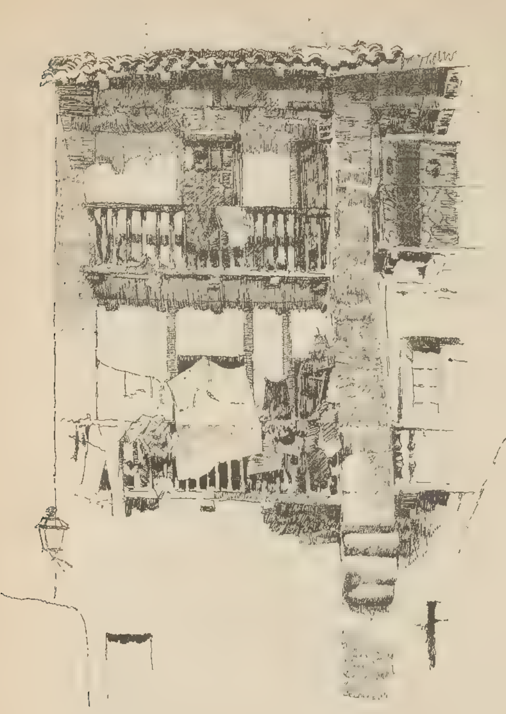
Eso es: ¿por qué no ha de haber *académicas*?, ó de otro modo: ¿por qué las mujeres no pueden ser órganos de esos aparatos inútiles, que se llaman Reales Academias? ¿No pueden ser reinas? ¿No son *regentas*? ¿No tienen derecho á ser tutoras de sus hijos? ¿No poseen capacidad legal para ser administradoras de sus bienes? Pues entonces, ¿á qué santo son esos aspavientos cuando se habla de que una señora ingrese en esta ó en la otra academia? Que ingrese, muy enhorabuena; no van á peligrar por eso ni la propiedad, ni la familia, ni otra alguna de esas instituciones seculares que, según todos sabemos, son firmísimo apoyo y sólido cimiento de las sociedades modernas, como lo fueron de las antiguas y lo serán de las venideras... si Dios quiere. *Amén.*

Ya estoy viendo caer sobre mí lluvia persistente y copiosa de epigramas punzantes, de chistes intencionados, de sangrientas burlas; los hombres de ingenio tienen siempre á mano esos recursos para combatir lo que no les agrada, cuando no encuentran argumentos más convincentes. Yo seré el primero en saborear lo salado de esas cuchufletas y en celebrar lo gracioso de esos chistes si, en efecto, tienen sal las unas y gracia los otros; pero después de haber reído todo lo que sea razón, y aun un poquito más si es preciso, seguiré preguntando con más seriedad que nunca: ¿Por qué no?

Y como he hablado y escrito siempre con absoluta sinceridad, declaro ante todo: que no vengo decidido á romper lanzas por los fueros del bello sexo; que no soy el campeón de la debilidad y de la gentileza; que no patrocino las candidaturas de señoras determinadas para los puestos vacantes en estas ó en las otras academias. Ni aun de vista conozco á la señora doña Concepción Arenal, á quien, por sus obras, admiro y respeto; no he tenido, ni una vez sola, ocasión de cambiar un simple saludo con la señora doña Emilia Pardo Bazán, cuyos escritos primorosos he celebrado siempre; no sé, ni necesito saber, si hay quien piensa que la señora duquesa de Berwick y de Alba ha contraído méritos bastantes para ocupar un sillón en la Academia de la Historia; en general hablo, y en servicio de lo que me parece verdadero y justo y razonable mantengo mi tesis, no para solicitar que la Academia de Ciencias Morales y Políticas reciba en su seno á la ilustre doña Concepción Arenal, ni para que sea admitida en la Española la insigne novelista que dirige el *Nuevo Teatro Crítico.* No aspiro tampoco á congraciarme con las bellas, si bien esta aspiración nada tendría de censurable; desgraciadamente para mí, los años ya vividos me ponen á cubierto de suposiciones maliciosas.

Hecha esta salvedad, que he considerado necesaria para salir al encuentro de algunas agudezas que ya estoy previendo, debo reconocer que, por ahora, la opinión general es hostil al pensamiento de que sean académicas las mujeres. Pero el argumento sacado de la opinión general es de muy poca fuerza para quien no cree en el aforismo: *Vox populi, vox Dei.* No, la opinión pública, la voz del pueblo, ha declarado muchas veces como verdades indiscutibles groseros errores; ha sostenido como principios inconcusos absurdos y desatinos, de los cuales esa misma *vox populi* se ha burlado poco después despiadadamente.

Hay sin duda en esto de negar á las mujeres la



FUENTERRABÍA, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda



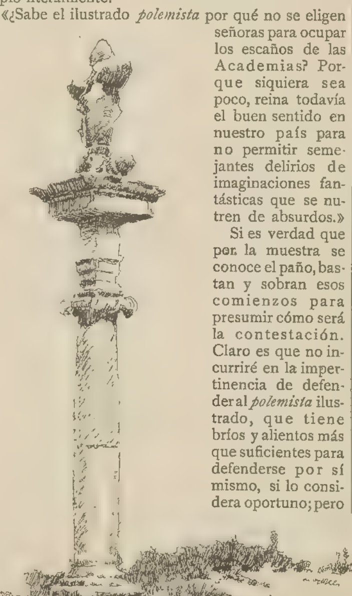
EL ANFITEATRO DE ROMA, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda

entrada en las academias mucho, muchísimo de preocupación, parecida á la que inspiró á nuestros antepasados aquellas disposiciones que prohibían á la mujer representar comedias, y que hasta muy adelantado el presente siglo establecían la separación completa de sexos en los espectáculos públicos. Si á nuestros respetables abuelos – unos bonísimos señores que fueron tan viciosos como nosotros ó un poco más que nosotros – se les hubiese dicho que en la sala del teatro debían sentarse indistintamente señoras y caballeros, doncellas y casados, viejos y muchachas, se habrían hecho cruces, escandalizándose solamente de oir tan osadas afirmaciones; sin embargo, eso está ya realizado, lo vemos y lo admitimos todos como la cosa más natural y más sencilla del mundo, y... nada: no ha sobrevenido ningún cataclismo por ello. No sé, ni me importa, si las academias *están llamadas á desaparecer*, como la forma poética, en plazo muy breve; me inclino á creer que sí, aunque están sostenidas por el puntal resistente de la vanidad humana; pero si no desaparecen, ó tardan mucho en desaparecer, el bello sexo entrará en ellas; académicas y académicos discutirán tranquilamente en un salón de sesiones, y nadie verá en esto nada que haga reir ni que sorprenda, y no creerá el mundo que con eso se infiera ofensa grave ni leve á la honestidad ni al recato.

A decir verdad, casi todos los que, más ó menos desembozadamente, se han mostrado hasta ahora opuestos á la entrada de las señoras en las academias han tratado el asunto en son de broma, esgrimiendo como únicas armas, armas de cortesía, la chanza irónica, la agudeza ingeniosa, el chiste intencionado: *Cuestión social inocente* denomina al litigio el eminente escritor que oculta su nombre bajo el expresivo seudónimo de Eleuterio Filogyno; en tono humorístico, y con ligereza un tanto desdeñosa, trató de él, en *Madrid Cómico*, *Clarín*, el celebrado autor de esas dos obras maestras tituladas *La Regenta* y *Su único hijo*, y solamente el Sr. Calatraveño combate con mucha seriedad y con vehemencia extraordinaria el pensamiento, á su juicio perturbador y pernicioso, de que las mujeres se codeen con los hombres en los estrados de las academias.

El trabajo á que me refiero, y que según parece está tomado de un libro titulado *Ensayos médico-literarios*, es un artículo en el cual su discretísimo autor, que lo es el señor D. Fernando Calatraveño, trata de responder á otro escritor, médico también y literato muy distinguido, el cual ha preguntado lo que yo pregunto; si bien concretando á determinada señora su pregunta, y á quien el mentado Sr. Calatraveño dirige una contestación que principia así; copio literalmente:

«¿Sabe el ilustrado *polemista* por qué no se eligen señoras para ocupar los escaños de las Academias? Porque siquiera sea poco, reina todavía el buen sentido en nuestro país para no permitir semejantes delirios de imaginaciones fantásticas que se nutren de absurdos.»



Apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda

Si es verdad que por la muestra se conoce el paño, bastan y sobran esos comienzos para presumir cómo será la contestación. Claro es que no incurriré en la impertinencia de defender al *polemista* ilustrado, que tiene bríos y alientos más que suficientes para defenderse por sí mismo, si lo considera oportuno; pero como en las líneas reproducidas se califica de insensatos á los que profesan en esta materia las ideas que profeso, y se denomina delirio á mi creencia y absurdo á mi modo de pensar, no me parece exceso que pida yo la palabra para alusiones y que acometa la empresa, no muy difícil ciertamente, de impugnar la argumentación del Sr. Calatraveño; bien entendido que al hablar de argumentación no me refiero al párrafo que sirve de introito, en el cual, según puede haber visto el lector discreto, no hay argumentación ni cosa que lo valga, sino tres ó cuatro afirmaciones *ex cathedra*, sin más garantía ni otra prueba que la honrada palabra del articulista.

Al párrafo en que el autor del libro *Ensayos médico-literarios* nos niega – porque sí y porque le da la gana – á los que no pensamos como él sentido común, discernimiento, sano juicio y poco menos que hombría de bien, siguen siete párrafos más, largos todos y un tanto laberínticos algunos, en los cuales, á lo que se comprende, ha querido el escritor desenvolver sus razonamientos y exponer sus demostraciones, pero de cuya lectura se deduce que no ha conseguido ni una cosa ni otra.

En el primer párrafo sorprende el autor á sus lectores con la recóndita observación de que «la mujer presenta diferencias notabilísimas que la separan del sexo opuesto,» y agrega, á guisa de corolario... verán ustedes lo que agrega: «que la naturaleza al establecerlas *fué* con el preconcebido intento de que cada individualidad sexual desempeñase diversos papeles.» No es muy de mi agrado ese *fué* que me he tomado la libertad de subrayar; pero prescindiendo de ese reparo que puede muy bien ser cuestión de gustos, paréceme que la naturaleza no debe de haber dicho al autor ni á nadie que al establecer esas diferencias que distinguen á la mujer del hombre *fué* con el propósito preconcebido de que las mujeres no fuesen académicas, porque, ó mucho me equivoco, ó cuando la naturaleza se tomó el trabajo de diferenciar los sexos no eran todavía conocidas esas doctas corporaciones.

En el segundo párrafo muéstrase el autor del libro *partidario ardiente* (así lo dice) de la instrucción del bello sexo, pero siempre que esa instrucción no traspase los límites por él mismo determinados, y una vez hecha esta solemne declaración torna á las andadas de llamar insensatos, cerebros que no piensan, niños que no discurren, soñadores de utopias, perturbadores de la sociedad, destructores de la familia,

no ya solamente á los que tienen el atrevimiento de creer que no hay inconveniente alguno en que existan académicas, lo mismo que hay maestras de niñas, sino á los que osan pedir para la mujer una instrucción algo más amplia que la por él estatuída y determinada. Es cierto que la determinación no resulta muy clara; el adversario de las académicas no concede que se dé á la mujer más instrucción que la necesaria para cumplir con los deberes de *hija, esposa* y *madre;* ¡y vaya usted á saber hasta dónde llega esa instrucción, y cómo y cuánto puede variar según las circunstancias de lugar y de tiempo! Eso sin contar con que en la organización de nuestras sociedades hay algunas mujeres, muchas mujeres, que no llegan á ser esposas, ni son nunca madres de familia, con lo que, bajo esos conceptos, no tienen, por desgracia suya, deberes que cumplir.

En los dos párrafos siguientes el autor se limita á pintar con negros colores, amenizando el cuadro con tal cual pincelada de sarcasmo, el triste aspecto de una familia cuya madre, por ser *abogada* ó *médica*, tuviese que abandonar á sus hijos durante todo el día. Dejándose arrastrar el artista por el impulso irresistible de su inspiración, no echa de ver que ese mismo cuadro, exactamente el mismo, ofrecerá la familia cuya madre acompaña al marido en las faenas del campo en los pueblos rurales, ó acude á ganar un jornal como obrera en las poblaciones fabriles, ó asiste á ensayos por el día y á funciones por la noche como comedianta en las capitales importantes, ó se dedica, en fin, á cualquiera de las muchas tareas que en nuestro presente estado social desempeñan, sin que se escandalice nadie, las mujeres... Con que una de dos: ó priva en absoluto á la mujer de ser obrera, modista, cantante, empleada en teléfonos, etc., etc., ó ha de considerar que su conmovedora pintura del hogar sin la madre no desaparece porque se niegue á la mujer el derecho á estudiar jurisprudencia ó medicina ó lo que más sea de su agrado.

Los dos últimos párrafos del trabajo son ampliación y reproducción de los anteriores, y están reducidos como los otros á meras afirmaciones sin pruebas, como puede verse en el que á continuación copio:

«Esa es la mujer que nosotros concebimos y queremos: que en lugar de leyes sepa enseñar á deletrear á sus hijos, que en vez de concebir proyectos de ferrocarriles guíe sus primeros pasos; no queremos á la mujer que sepa cortar brazos y hacer ovariotomías, sino aquella que sabe confeccionar labores que pueda utilizar para el adorno de su casa.»

En buena lógica, las predilecciones del articulista nada tienen que ver en el asunto de si las mujeres pueden ó no pueden, deben ó no deben ser admitidas en las academias. El Sr. Calatraveño prefiere, es un suponer, las mujeres que saben bordar á las que saben escribir; otro cualquiera, con el mismo derecho que este señor, preferirá las que saben escribir á las que saben bordar; no han de faltar quienes gusten más de las que saben hacer una cosa y otra, porque hay gustos para todo; pero ni estas preferencias, ni aquellas, ni las de más allá, todas igualmente legítimas, demuestran que sean mejores los gustos del Sr. Calatraveño que los de otro. Como el que las rubias gusten á unos y las morenas gusten á otros no significará nunca, para quien con serenidad piense, que las rubias son más lindas que las morenas, ni éstas más hermosas que aquéllas. Yo, á riesgo de incurrir en excomunión mayor de parte del vehemente adversario de las académicas; exponiéndome á ser abrumado por un diluvio de los suaves calificativos que él gasta, como mentecato, majadero, perturbador, etc., etc., y sometiéndome de antemano á la penitencia que mi contendiente me imponga, quiero decirle, en descargo de mi conciencia y para conocimiento suyo, por si, como creo, no está bien enterado: *primero*, que no todas las mujeres tienen ya, desde que vienen al mundo, señalado para cuando sean núbiles un esposo y un hogar, sino que muchas, por el contrario, han de pensar desde muy niñas en adquirir medios para subvenir á las necesidades de la existencia; *segundo*, que aun para las buenas esposas, las excelentes madres de familia, puede ser, y en muchas será, de necesidad absoluta aceptar ocupaciones fuera de su casa; y de todas suertes, como ha sido lícito siempre y lo será en adelante, que las madres de familia, por buenas y santas y cariñosas que sean, concedan un rato de descanso al cuerpo y algunas horas de expansión al espíritu, así como nadie halla censurable que hagan visitas y concurran á paseos y asistan á teatros, podrían muy bien, sin poner en olvido sus deberes de amas de casa, asistir de vez en cuando á una sesión de la academia; *tercero*, que nadie ha pretendido nunca, ni es posible que lo pretenda persona alguna, que todas las señoras sean *abogadas*, como nadie admitiría tampoco que fuesen *abogados* todos los hombres, y *cuarto*, que de lo que se trataba ahora era de si las mujeres podían ser académicas, y ni los cuadros ternísimos del discreto autor de *Ensayos*, ni sus profesiones de fe acerca de que las mujeres le gustan mucho (en lo cual coincidimos), ni sus opiniones personalísimas sobre si la instrucción de la mujer debe abarcar estas ó las otras materias aportan dato alguno al problema ni añaden la más insignificante fuerza al razonamiento, cuyo contenido quedará contestado sólo con decirle: «¿Usted cree eso? Corriente. Está usted en su derecho en creerlo y en decirlo; yo creo esto otro y estoy en el mío; quedamos en paz.»

He creído que debía examinar con algún detenimiento ese trabajo, por ser el único de cuantos he visto en que se habla seriamente de esto; el ilustre Filogyno se chancea con bastante gracejo y mucho donaire, pero la verdad es que no se decide ni por una ni por otra solución, y mi buen amigo el admirable novelista Leopoldo Alas acaba por decir, al poner término á media docena de saladísimas fruslerías: «*Por mí que entren.*» Pues lo mismo digo.

Bien será advertir que Leopoldo Alas, como si pretendiese poner un correctivo á su propia lenidad, dice, así como de pasada, pero en realidad con las de Caín, que entre las mujeres artistas no ha brillado nunca una *Danta*... No recuerdo si lo decía así precisamente, pero una cosa por el estilo sí decía, y digo yo: Perfectamente; de las mujeres no se sabe que haya podido competir ninguna con Euclides ni con Newton, verdad es que no las hemos enseñado nunca matemáticas, y es verdad también que aun entre los hombres, muchísimos de los cuales conocen esa ciencia, no abundan los Newton ni los Euclides. Esa injusticia notoria en que mi buen amigo Clarín incurre, cobijándose (sin necesitarlo) bajo la autoridad muy discutible del egregio Mantegazza, me parece lo mismo que me parecería la del director de un colegio que hiciera aprender esgrima á una docena de alumnos durante tres ó cuatro años, y no permitiese á otros tomar siquiera un florete ni una espada, y que transcurridos esos años hiciese luchar á los segundos con los primeros, á fin de deducir que aquéllos no tenían aptitudes para el manejo de las armas.

Afirmamos y sostenemos, sin razón por supuesto, durante siglos y siglos, que la mujer es de condición, no solamente distinta, sino inferior á la del hombre; la prohibimos terminantemente adquirir determinados conocimientos, y transcurridos algunos siglos decimos muy seguros de nuestra superioridad: «A ver, señoras hembras, ustedes que presumen de valer lo que nosotros valemos, presenten ustedes un Arquímedes hembra, ó un Galileo ó un Euler del bello sexo.»

Que entre uno y otro sexo existen diferencias fisiológicas, ¿quién lo desconoce?, ¿quién lo ha negado? Que esas diferencias fisiológicas, originadas evidentemente en la diferencia de las funciones que cada sexo tiene que desempeñar en la existencia de la especie, determinan también condiciones distintas en los organismos del hombre y de la mujer, y en general del macho y de la hembra, es asimismo claro y no lo pone en duda nadie. Lo que no parece tan claro ni tan indiscutible es que esas diferencias de organismos que obedecen única y exclusivamente á la conservación de las especies sobre el planeta, determinen también diferencias psicológicas de importancia y que las determinen precisamente en contra de la mujer.

Por más que discurro no alcanzo á vislumbrar siquiera el fundamento de esa deducción en teoría; y en cuanto á la práctica, en los contados casos que pueden aducirse demuéstrase precisamente lo contrario.

Allí donde las leyes, hechas por nosotros, han permitido, han tolerado que la mujer compitiese con el hombre, allí ha sostenido, cuando menos con igualdad, en ocasiones con ventaja, la competencia. ¿Se busca arrojo, agilidad, destreza, fuerza?, pues en los circos ecuestres vemos frecuentemente mujeres que dejan á la zaga á los gimnastas más intrépidos, más ágiles y más vigorosos. ¿Se pide sentimiento, inteligencia, buen gusto?, pues al lado de los mejores actores brillan, superándoles muchas veces, eminentes actrices; las cantantes cuyo nombre ha llenado el mundo, nada tenían que envidiar seguramente á los cantantes más aplaudidos y más famosos; escritoras y poetisas han existido y existen hoy que figuran dignamente al lado de los más eminentes literatos.

Es posible que se halle en sus obras inferioridad en determinados conceptos; pero seguramente se encontrará superioridad en otros; quizá piensen alguna vez menos alto, pero de seguro sentirán siempre más hondo, y estas diferencias, hijas del distinto temperamento, no se hallarán solamente entre escritoras y escritores, sino aun entre dos escritores distintos, si son distintas sus condiciones.

No se entienda por lo que llevo dicho que pretendo hacer de cada señorita una poetisa y de cada señora una *catedrática*, como no quiero hacer de cada hombre un médico ni de cada muchacho un aprendiz de sastre. No, mis aspiraciones son mucho más humildes y, á mi juicio, mucho más razonables; deseo – y es justicia que pido – que así como el hombre sigue la profesión que más se acomoda á sus inclinaciones, y uno es soldado y clérigo el otro, y este abogado y aquel farmacéutico, sea lícito á la mujer dar empleo útil á sus aptitudes y á su laboriosidad y á su inteligencia. Que si es esposa y madre de familia y ángel de su hogar y guardián de sus hijos, lo sea por voluntad propia, escogiendo libremente aquel estado, no esclavizada por estúpidas imposiciones de la sociedad que le dice: «has de ser esposa y madre y ama de casa» y luego no le da ni esposo ni casa ni hijos. Si lo natural es que la mujer vaya por ese camino, por ese camino irá de seguro la generalidad, la inmensa mayoría de ellas; pero ¿por qué negar el agua y el fuego á las excepciones? ¿No son excepciones también los hombres eminentes?; pues nadie se cree con derecho á vejarlos ni escarnecerlos porque en lugar de escribir obras grandes ó de discurrir útiles inventos, no van á una oficina á ganar un sueldo con que atender al sustento de sus hijos.

La sana razón, no ya un capricho de mi fantasía, me dice que la *hembra* y el *macho*, desempeñando en la vida y persistencia de la especie funciones no iguales, pero sí de importancia equivalente, están á la misma altura de perfección fisiológica y psicológica. La práctica me dice, confirmando este juicio de mi razón, que la mujer ha manifestado siempre, en todos los países, en todos los tiempos de la historia, inteligencia igual, aptitudes semejantes á las del hombre, para el bien como para el mal, en lo pequeño como en lo grande. Es claro que si vamos á establecer comparaciones entre el vulgo de las mujeres y los hombres eminentes, el resultado será desventajoso para éstas; no, la comparación no ha de hacerse así: la mujer vulgar con el hombre vulgar, el varón insigne con la hembra eminente; entonces se verá cuán escasa, cuán inapreciable es la diferencia.

Y ya en este punto, reproduzco mi pregunta para ver si consigo que alguien la conteste con razones y no con chistes que nada prueban, como no sea la gracia del autor. ¿Por qué no? ¿Por qué no han de ser académicas las mujeres? ¿Es por ventura menos arduo y menos dificultoso dar solución acertada á una crisis ministerial que encontrar una definición propia para un vocablo?

¿Podrá considerarse más sencillo ocupar dignamente un trono que sentarse en un sillón de cualquier academia?

Pues si han existido reinas grandes, ¿por qué no habían de existir grandes académicas?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

CRÓNICA DE ARTE

Puede decirse que los meses estivales han sido este año verdaderamente fecundos para el arte, y que el calor asfixiante del verano de 1891 en vez de alejar del taller al artista le ha infundido bríos para trabajar.

Mientras en las costas del Cantábrico y del Mediterráneo ó en el fondo de los valles y bajo los árboles de las frescas provincias del Norte y Noroeste de la península los centenares de personas que huyeran á los rigores de la terrible tropical temperatura de Madrid daban descanso al cuerpo y al espíritu, los escultores, envueltos en sus largas blusas, amasando febrilmente el barro, haciendo girar sin descanso el caballete, consultando la obra de indumentaria, interrogando al modelo con la mirada, como si la inercia física y psíquica que caracteriza esas gentes les pudiera acorrer en un punto, dándoles motivo para expresar algo de lo que presienten, de lo que desde allá de lo íntimo les dice con insistencia desesperante: *¡no, no es eso!*; los escultores, digo, así luchando bravamente contra el calor, el cansancio, la falta de tiempo, la incertidumbre de ver coronado tanto esfuerzo y sacrificio, han tratado de arrancar de la vaguedad de la descripción histórica ó biográfica, de la incorrecta é infantil imagen trazada por la mano de ignorado artista, las figuras en su aspecto físico y moral de Alfonso el Sabio, de Isidoro de Sevilla, de Vives, de Nebrija, de Berruguete, de Fray Luis de León, de veinte ó de veintitantos ilustres sabios, poetas, filósofos y artistas españoles, y cuyas efigies habrán de servir de ornamento al nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte.



.UNA CONSULTA, cuadro de D. José M. Marqués

(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)



GRANADERO DE LA GUARDIA ESPAÑOLA (1824), dibujo de D. Román Navarro

Cómo habrán realizado sus respectivas obras los aludidos escultores, pronto lo sabremos. La Academia de San Fernando juzgará cuantos proyectos se presenten y fallará sin que al expositor le quede derecho alguno á reclamar contra tal fallo, si éste fuera injusto. Desgraciadamente la dicha Academia viene hace tiempo dando cuerpo con sus desaciertos, con sus favoritismos incomprensibles, á la protesta que contra ella se levanta desde la prensa, desde los centros artísticos; y esa protesta tiene que agregar al capítulo de cargos los últimos concursos, donde la Academia de San Fernando dando la razón á la crítica, á la gente del arte, que pedía, por falta de condiciones esenciales de alguno de los monumentos, la anulación del certamen, sin embargo, atendiendo exclusivamente á un criterio teñido del todo con la unanimidad del parecer general, declaró digno de lauro cierto proyecto que, según el dictamen facultativo, no reunía las condiciones exigidas á esa clase de obras.

En tres concursos tiene que dar dictamen durante el actual mes de octubre la inmortal de la calle de Alcalá. En el abierto para una medalla conmemorativa que eternice la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América; en el convocado para erigir en Granada un monumento á la Reina Católica, y en el que por disposición del ministro de Fomento se anunció para la decoración de la nueva Biblioteca.

Con el primero de estos concursos está sucediendo lo que ha sucedido y sucederá en España mientras se tomen las cosas todas, sean del valor y de la importancia que quieran, á beneficio de inventario. El carácter de este concurso es internacional. A él concurren artistas italianos, franceses, alemanes é ingleses, amén de varios grabadores españoles. Según el articulado de la convocatoria, debían ser juzgados los modelos presentados á los quince días de su recepción y va transcurrido más de mes y medio. Los artistas extranjeros se impacientan y parece que alguno no se resigna á sufrir la informalidad y anuncia una reclamación en regla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la seriedad española no queda muy bien parada que digamos.

Respecto del último de los concursos, los rumores que corren no son muy halagüeños para el arte en general ni para el artista que, no contando con apoyo alguno en las esferas oficiales, se presenta á luchar sin más armas que sus obras. He calificado este concurso de *concurso del hambre*, y tengo para mí que, en efecto, aquí se van á repartir unos cuantos miles de pesetas entre una docena de amigos y discípulos necesitados de recursos y sin reparar por un momento en el valor artístico de los proyectos y bocetos, dividiendo de este modo más hondamente de lo que están á los estatuarios españoles. Ya se principian á deslindar dos campos, uno patrocinado por los escultores académicos y otro por alguna personalidad que desde la prensa viene periódicamente atacando la viciosa corruptela del *magister dixit* parapetada tras los polvorientos sillones académicos. Creo firmemente que la lucha que se entablará con motivo de la adjudicación de las obras de este concurso va á ser formidable, si he de juzgar por la agitación que en los círculos artísticos se observa. En uno y otro bando, académico y no académico, hay escultores de mérito que habrán de pagar los vidrios rotos; no es posible, pues, profetizar el resultado, aun cuando ya se susurran los nombres de los artistas que tienen asegurado el triunfo.

***

El movimiento artístico regionalista se propaga rápidamente por toda Europa. Entiéndase bien, *regionalista*, cosa muy distinta del «ruralismo,» que muchos confunden lastimosamente con el primero.

Sabido es que en Inglaterra, además de las escuelas de Norfolk y Norwick, existen pujantes la escocesa de Edimburgo y la de la tierra de Jallas. Todas esas escuelas, que cuentan, especialmente las últimas, con número grande de artistas, celebran anualmente sus exposiciones, de las cuales se ocupan detenidamente los críticos londinenses sin mentar á Ruskins. En Alemania sucede otro tanto. Munich. Berlín, Sthutgard, etc., presentan á la investigación de la crítica arte de aspecto tan vario, tan propio, tan local, que no es posible confundir, por ejemplo, la anemia berlinesa con el vigor de la escuela del Gran Ducado. Francia no se ha podido sustraer á este movimiento, á pesar del cosmopolitismo centralizador parisiense. Verdad que Dumas (hijo), como Barrot antes y Ricard ayer y tantos otros ilustres filósofos, novelistas y políticos no dudaron ni dudan de ese movimiento, que así se inicia con el arte, considerándole como evolución incontrastable contra los empirismos escolásticos que dominaron y aún dominan por la fuerza inicial que todavía conservan.

En Burdeos se ha celebrado la quinta Exposición regional de Bellas Artes, patrocinada por las personalidades de más prestigio de la localidad. El número de las obras expuestas alcanzó á setecientas y pico, y en la mayor parte de ellas dominaba la historia, el asunto, el motivo de la región, viéndose en minoría grande la influencia del ambiente *bourgeois* que tan á mal traer trajo y tan cursis hizo porción inmensa de pintores discretos, obligándoles á pintar *salidas de misas, paseando por el bulevar, mercado de flores, Madame avec le chien, dans les courses*, y así por esos trigos de la insulsez y de la anemia, por no escurrirme á calificarlos de otra manera.

Pero no son los bordeleses los únicos artistas franceses que van en busca del originalismo provincial, y más que del originalismo provincial, del misticismo que evoca la contemplación y estudio de la naturaleza. Ilustres pintores cuya residencia oficial es París le abandonan durante largas temporadas para trasladarse á la Auvernia, Bretaña, Borgoña, etc., y comunicar savia fresca, ruda y enérgica á la plástica, acentuando las líneas, acusando con valor la forma contrahecha y débil del modelo urbano, recabando é integrando para el color y al color lo que el artificio industrial le arrebata y descompone, restituyendo á la figura humana el valor estético que reside en la belleza física y que tan íntima conexión tiene con la expresión moral, esa otra belleza psíquica.

Pero aquí, al llegar á este punto, surge un obstáculo con el cual no contaron ni cuentan los artistas que siguiendo las huellas de la escuela tebaica de Barbizon, puesta en boga por los entusiastas de Millet, señala el límite hasta donde puede y debe llegar el arte que dentro del regionalismo se limita á estudiar la vida rural. Por cierto que aun cuando tenga como máxima irrefutable lo de que el ruralismo estará mejor interpretado en el cuadro del pintor nacido en la localidad misma que no en el del extraño, sin embargo, no puede negarse que la pintura rural, apreciada como una manifestación social del arte, es susceptible de que la realice indistintamente el pintor extranjero como el indígena. Y dicho esto que me escarabajeaba hace tiempo, prosigo haciendo patente la contradicción que existe entre la emoción estética y mística que resulta del estudio del campo y sus habitantes, del mar y de sus trabajadores, y los romanticismos y delicadezas que pretenden ver en labriegos y marineros los que se dedican á pintar las escenas en que tales gentes son actores. Nada más contrario á las verdades de la psicología y fisiología que esos labriegos ascetas, que esas campesinas candorosas, que esos marineros románticos. Cuanto más apegados al terruño ó á la lancha, tanto más hijos de la naturaleza serán. Y esas delicadezas, esas emociones íntimas, sutiles, sostenidas por el hilo finísimo de oro de la cultura moderna, hilo vibrante al más ligero movimiento de las sensaciones físicas ó psíquicas, son movimientos inconscientes de las necesidades materiales en el hijo de la naturaleza.

He aquí, pues, cómo el pintor de la vida rural falsea de un modo completo la verdad psíquica, la realidad. Esos movimientos pasionales que diría Spencer, que tienen por causa fehaciente muchas veces el fatalismo del medio en que vive el hombre culto, *intelectual*, no existen, no tienen razón de ser en las gentes del campo. ¿Cuántos suicidas, cuántos locos, cuántos neurósicos han visto entre sus labriegos y marineros los artistas á quienes aludo?

***



EN DESCANSO, acuarela de D. Román Navarro, dibujo del mismo



Fragmento del cuadro *Carga del regimiento de húsares de la Princesa en la batalla de Castillejos*, de D. Román Navarro, dibujo del mismo

Cierro esta crónica haciendo saber á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que para el próximo septiembre celebraremos la primera Exposición Internacional de Bellas Artes en Madrid.

También, aun cuando muy modesta, la prensa madrileña celebrará otra Exposición de los cuadros al óleo, acuarelas, dibujos y apuntes que los artistas españoles han remitido para rifarlos á beneficio de los inundados de Consuegra y Almería, no esperándose más que á recibir los últimos trabajos que anunciaron de Roma varios pintores para realizar la dicha exposición.

R. BALSA DE LA VEGA

SECCIÓN AMERICANA

EL BEATERIO DE HUANUCO

RECUERDOS AMERICANOS

A doscientos cincuenta kilómetros NE. de Lima (Perú) fundó por el año 1539 el capitán Gómez Alvarado un pueblo al cual bautizó con el nombre de *León de los Caballeros.*

Yacían en el sitio escogido por el español aventurero los restos de una ciudad incásica, y no se anduvo por las ramas el de Alvarado: contemplando la belleza de aquel suelo de vegetación lujuriosa, trasunto fiel de un paraíso no descrito en las Sagradas Escrituras, pensó que muy difícil había de serle tropezar con terreno más á propósito para aclimatar todo lo aclimatable.

Pocos son los viajeros europeos que llegan á dicho pueblo, á no ser que los negocios les obliguen á recorrer á caballo los doscientos cincuenta kilómetros que lo separan de la capital de la República, y declaro que tampoco yo hubiera ido á no haberme decidido á ello un deber y una promesa.

León de los Caballeros se llamó andando el tiempo *León de Huanuco*, y hoy sólo por este último nombre se le conoce.

Es capital del departamento de Junín, uno de los más bellos y ricos de la República, y confina con países habitados por salvajes; países que resultan sin nombre ni dueño por estar apenas explorados.

Estas tierras salvajes conducen á orillas del Amazonas, en donde los misioneros tienen residencia.

Es, pues, Huanuco un pueblo especial en América: para llegar á él desde la costa, donde el clima es delicioso, se hace necesario recorrer los doscientos kilómetros pasando por todas las fases climatológicas. Fríos intensísimos en la cima de la cordillera, nieves ó hielos en las *punas* ó mesetas, ambiente tibio en las quebradas, y en algunas, á causa de sus angosturas, falta de aire para nutrir los pulmones; ríos caudalosos, cuyo vadeo es peligrosísimo, y en fin toda suerte de molestias relacionadas con el vértigo de las alturas, con el *saroche* (ahogo) á causa de la rarefacción del aire, con el *surumpe*, horrible dolor que produce en los ojos el reflejo del sol sobre la nieve y con el *ítem* de tormentas que unas veces estallan sobre la cabeza del viajero, cruzando los rayos que es un contento, y otras se las siente abajo, muy abajo. Mientras el sol alumbra esplendente las cimas de las montañas, por donde trepan más que suben las bestias con sus humanas cargas, los habitantes de la llanura rezan á santa Bárbara bendita sobrecogidos de terror.

¡Qué imponente, pero qué bello y grandioso es el espectáculo que allí ofrece la naturaleza!

***

Salimos del Cerro de Pasco á las nueve de la mañana, y permítaseme recordar á los galantes compañeros que sólo por acompañarme á ver á mi esposo iban á sufrir las molestias de un camino en el cual solían emplearse tres días de cabalgadura.

Eran dos españoles: D. José y D. Miguel Gallo, comerciante rico el primero y muy rico minero el segundo. El primero ha muerto, el segundo vive y es feliz, casado con una hermosa limeña.

Emprendimos la marcha y desde la salida del pueblo comenzamos á bajar, á bajar siempre.

Treinta veces en el transcurso del día tuvimos que ponernos los *ponchos* de agua; en aquellos parajes es prenda de reglamento el impermeable. ¿Quién monta sin él? Nadie.

Un indio arreaba la mula que conducía nuestras vituallas y el menguado equipaje que pensábamos necesitar. La jornada fué larguísima: donde pensábamos hacer noche no la hicimos. ¿Cómo se entendía? ¿Desmontar á las tres de la tarde? De ninguna manera. El jefe de la expedición, que por su edad lo era D. José Gallo, echó sus cuentas.

– ¿Seguimos, señora?, preguntó.

– Por mí, en marcha.

– ¡Adelante!, y salimos escapados.

A las siete llegábamos á la posada en donde Gallo había pensado que hiciésemos noche.

¡Qué sitio más hermoso! Era una casa aislada entre dos montañas á la orilla de un río pedregoso que batía furiosamente el agua contra los infinitos peñascos de un cauce, y tan grande ruido hacía, que de no haberlo visto hubiéramos jurado estar cerca de una catarata.

Nos apeamos; los caballeros desensillaron por su propia mano, como todo buen jinete viajero, y colocaron los arreos en la pieza que había de servirnos de dormitorio, sala, comedor y salón de baile.

Los caballos, cubiertos de sudor, fueron baldeados inmediatamente por un *cholo* de la posada y retirados á la cuadra.

Aquellos hermosos brutos, que lo mismo sirven para caracolear y lucirse en un paseo aristocrático que para tragar leguas y leguas subiendo y bajando cordilleras, están ya hechos á estos cuidados que seguramente pondrían los pelos de punta á cualquier *sportmán* europeo.

Apenas D. José Gallo echó pie á tierra se tendió cuan largo era, que no era mucho, y comenzó á revolcarse.

– ¿Pero qué hace usted?, le pregunté.

– Descansar.

– ¿Descansar así?

– Ya lo creo: después de una larga jornada á caballo no hay cosa que quite el cansancio como imitar á los borricos.

Nos revolcamos todos. La escena era curiosa, pero la verdad es que cuando me puse de pie me encontraba más ágil.

Mandamos preparar cena y camas. Cena muy bien; pero camas... ¿de qué modo?

Después de mucho discurrir acordaron arreglar la mía en una lona que pendía del techo á modo de *coy* marino, armar la de D. José en unas tablas sobre banquillos y la de D. Miguel sobre la mesa.

¡Magnífico! ¡Ibamos á estar como príncipes!

Cenamos y salimos al corral; nos sorprendimos de ver mucha gente reunida.

– ¿Qué hacen estos aquí?

– Vienen á jaranear.

– Pues alza, ya están empezando.

– Es que no ha llegado el músico.

Este no se hizo esperar, y al poco rato vimos entrar un indio medio *giente di persona*, como ellos dicen para dar á entender que no son indios vulgares, con un arpa á la espalda y un violín metido en funda de badana, cogido debajo del brazo.

Le obligamos á tocar incontinenti y el hombre dió principio á su tarea.



CORACERO DE LA GUARDIA REAL ESPAÑOLA. (Año 1824.) Dibujo de D. Román Navarro



¡SEÑORES, BUENAS NOCHES! (EPISODIO DEL REINADO



...DERICO EL GRANDE), CUADRO DE ARTURO KAMPF

Comenzó por un vals. ¡Dios mío! Yo estaba ya muy acostumbrada á semejantes deguellos musicales, pero aquél me pareció cruel.

Nadie bailaba: las *cholas* y *cholos* nos guardaban el mayor respeto; ni por más que los incitábamos se movían.

—Toca una *cachua*, dijo Miguel Gallo.

Y el *arpero* soltó su violín para coger el arpa.

Comenzó la música juguetona de la *cachua*, que Miguelito Gallo bailaba muy bien, dicho sea de paso, y allí veríamos á un español convertido en criollo de pura raza sacando á una *cholita* muy guapa, que se puso encarnada hasta el blanco de los ojos.

Jaleábamosles de lo lindo nosotros, y la *cholería* iba también animándose viéndonos animados.

—¡Qué niña más buena!, decían (la niña era yo). ¡Vaya que era cariñosa con los cholos!

El *arpero* cantó haciendo picarones visajes:

«Si *mi* quieres no *mi* quieres,
Avísame *cun trimpano*;
Alza, dale, torcacita (paloma torcaz),
Alza, dale, torcacita,
Para *mi boscar* otro dueño,
De *to laya* más *mijor*.
Alza, dale, torcacita.»

Miguel bailaba requebrando á la *chola*, que lo miraba con ojos lánguidos, avergonzada de verse emparejada con un caballero, y él, hombre al fin, hacía cuanto en su mano estaba para entontecer á su pareja, siquiera fuese con intenciones sencillas.

Acabada la *cachua* soltó el músico el arpa y cogió el violín; imitó el asno, el perro, el gato y una porción de animales, haciéndonos reir con sus extravagancias; luego obligó al *estradivarius* á llamarnos á los tres por nuestros nombres, y en verdad que no resultaban ininteligibles.

Pedí que me cantasen un *triste serrano* y todos se fijaron en la cholita, que había bailado con mi compañero; éste se levantó á buscarla, porque la muchacha no quería; por fin accedió á los ruegos de don *Meguel*, y se preparó á entonar con música deliciosa la siguiente copla, mezcla de castellano y de quichua:

«En la copa de aquel árbol,
Japarispa,
Mi paloma con ternura,
Niguay cancha,
Dónde está el bien de vida,
Que lo busco.
Dónde está que no lo encuentro,
Chacajpampa.»

De la traducción saqué en consecuencia que una paloma, desolada por haber hallado su nido desierto, subió á la copa de un árbol á llamar á gritos á su amado, pidiendo la muerte si había de vivir sin el bien de su vida.

La poesía india es todo ternura, todo amor, todo lágrimas, y tan impregnada de ella se encuentra el alma de los incas, que no pueden cantar sin amar, ni amar sin desgarrar el corazón con tristes lamentaciones.

La cholita cantaba para Miguel; bien lo veíamos D. José y yo.

Después de otra *cachua* y de algunas *chilenas* (zamacuecas) pedimos la despedida con un *Huayñu*.

Volvió á sentarse la chola á la vera del músico, y cantó con voz doliente y en un castellano parecido al de los vizcaínos del pueblo bajo:

«Ya empieza el pecho á sufrir
¡Ay dulce prenda querida!
¡Adiós! ¡Adiós!
Ya se acerca tu partida
Y me quiero despedir.
¡Adiós, me voy!
¡Adiós, corazón! ¡Adiós, consuelo!
¡Adiós, pichoncito!
¿No respondes á mis quejas?»

Estos versos, que no parecen tener tajo ni revés estampados así, resultan en boca de una *chola* bonita y enamorada un trozo de poesía paradisíaca, y el violín del *arpero* indio, superior mil veces al de Sarasate.

Aquello era un salmo de amor entonado por un ángel con acompañamiento del rey David.

Habíamos hecho entrar á la *cholería* en nuestra estancia, y se retiraron para continuar en el corral ó en la cocina, en cualquier parte; la cuestión era seguir jaraneando y bebiendo *chagta* (alcohol).

Me encaramé como pude en mi *elevado lecho* después de quitarme el traje de montar, y á los pocos momentos entraron mis compañeros, que también se acostaron vestidos.

EVA CANEL

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Un secreto, dibujo de Grivaz.—¿Quién será él? Esta es la pregunta que se nos ocurre al contemplar la obra de Grivaz, porque no hay duda que de *él* se trata; y á fe que es para envidiado el mortal que consigue verse correspondido por tan gentil doncella, cuya belleza corre parejas con su donaire y aun con la bondad que al través de su expresión picaresca se adivina.

Este dibujo del reputado artista francés tiene tantos primores de ejecución que difícilmente podrían enumerarse: de composición simpática, bien sentido y de entonación agradable y armónica, resulta una obra interesante por el asunto (que también tienen interés las nimiedades, á veces mayor que las grandezas) y grata á la vista por la manera como el autor ha sabido tratarlo.



CARLOS PARNELL

***

Fuenterrabía, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda.—El anfiteatro de Roma, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda.—Apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda.—Vivo está todavía el recuerdo del incidente á que dió lugar en el seno del Jurado de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona uno de los cuadros de Vicente Cutanda, por los místicos escrúpulos de dos de sus miembros, y latentes también los triunfos obtenidos por el pintor madrileño en los concursos nacionales por sus notables composiciones *A los pies del Salvador* y *La muerte de Sertorio*. Artista de temperamento, ha dado á conocer en las intermitencias que ofrece su vida artística las cualidades que posee y sus aptitudes para el arte que cultiva. Dedicado á la literatura, abandonó en 1869 sus estudios para ingresar en la Escuela especial de pintura de la coronada villa, en la que obtuvo varios premios. Una grave dolencia obligóle durante algunos años á suspender sus trabajos, que pudo reanudar en 1881, pintando su bonito cuadro *Un mercado en Avila*, adquirido por la infanta Doña Isabel, al que siguieron los dos anteriormente citados, y *Santa Teresa de Jesús en éxtasis*, por encargo del Ilmo. señor Obispo de Avila para ser ofrecido á Su Santidad León XIII.

Tal es el autor de *Vœ Victis* que figuró en la primera Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y de los apuntes á la pluma que reproducimos, escogidos al azar entre los que atesoran sus carteras de viaje.

***

Una consulta, cuadro de D. José M. Marqués—En la primera Exposición Universal de Bellas Artes celebrada recientemente en esta ciudad, llamaba la atención de todos los visitantes el cuadro cuya reproducción publicamos en el presente número; la obra no es de aquellas que por su tamaño ó por estar inspirada en asunto de excepcional interés atraen al aficionado ó curioso; pero en cambio por su dibujo y expresión y sobre todo por su colorido se llevan las miradas de los inteligentes y artistas. La nota del color es indudablemente lo que más sobresale en esta obra y, como dijo un celebrado crítico que por cierto no peca de benigno en sus juicios, recuerda la brillantez y armonía de tonos de la antigua y clásica escuela española.

El Sr. Marqués demuestra en este cuadro un notable progreso en la carrera artística, que tantos lauros le ha valido; hasta ahora pudo decirse que el paisaje era la especialidad del distinguido y asiduo colaborador de esta ILUSTRACIÓN; *Una consulta* demuestra que también en géneros de mayor vuelo puede conquistar renombre igual al que ha logrado como paisajista, y así lo reconoció el Jurado de la Exposición, premiando esta obra que tomada de un dibujo del mismo autor reproducimos.

***

Granadero de la guardia española (1824), dibujo.—En descanso, copia de una acuarela.—Carga del regimiento de húsares de la Princesa, copia de un fragmento de un cuadro al óleo.—Coracero de la Guardia real española, dibujo. Obras de D. Román Navarro.—Román Navarro salió de la Academia de Caballería el año 1875, siendo destinado á un regimiento de húsares de Pavía que operaba en el Norte; trasladado después á Madrid, pudo allí dedicar sus ocios al cultivo del dibujo y de la pintura, por las que siempre había demostrado afición decidida. Más tarde pasó á Galicia, su país natal, y habiendo salido en 1885 á oposición una plaza de Ayudante de la cátedra de dibujo de figura y adorno en la Escuela de la Coruña, ganó este puesto que desempeña todavía y del cual, á no dudarlo, pasará pronto al de profesor. Ha pintado y pinta diversos géneros, paisajes, retratos y asuntos decorativos, mereciendo entre sus obras especial mención el retrato de la Reina Regente, que figura en el salón de Sesiones de la Diputación Provincial coruñesa; el del Sr. Sarthou, gobernador civil de la Coruña, y el de don José M.ª Abella, encargo hecho al artista por la corporación antes citada, y el techo del salón de autos del Instituto de Guarda de aquella ciudad, en que de un modo acabado aparecen simbolizadas todas las artes bellas.

Pero el género predilecto del Sr. Navarro son los asuntos militares, que ha llegado á dominar como los mejores especialistas de nuestra patria y del extranjero; en la reproducción de los mismos brillan los destellos del verdadero genio, y bien se ve que el alma del aguerrido oficial de nuestro ejército tuvo en su ejecución tanta parte como la mano del habilísimo artista. La naturalidad, la espontaneidad con que sus obras de este género están tratadas, difícilmente se adquieren con el estudio, si en el corazón no hay sentimiento, entusiasmo que las inspiren: la corección, la pureza de líneas, contornos, sombras y matices que se admiran en las producciones de Navarro denotan su talento; la expresión, el elemento psicológico que las anima indican algo más, lo que sólo tienen los que para el arte han nacido, esa inspiración que únicamente de los escogidos es privilegio.

Román Navarro cuenta treinte y seis años, ha sido premiado en varios concursos y exposiciones, y obtuvo del Ayuntamiento de la Coruña una pensión de 4.000 pesetas anuales, por cuatro años para completar en Roma sus estudios, pensión que no pudo utilizar por dificultades de su carrera, en la cual tiene hoy el grado de capitán de la escala de reserva, á la que pasó para poderse dedicar por completo al arte. Recientemente ha sido nombrado corresponsal de la importante ilustración inglesa *Black and White*. No ha tenido más maestro que el profesor de la Academia de Caballería que le enseñó las primeras nociones del dibujo; todo lo que sabe lo ha aprendido observando el natural y estudiando las obras de los grandes maestros en pintura de asuntos militares, como Meissonier, Detaille y Neuville.

Posee además Navarro una cualidad que aumenta considerablemente su mérito: la modestia. Si pudiésemos copiar algunos párrafos de cartas suyas que poseemos, verían nuestros lectores cuánta es la belleza de su alma y cuán modestamente habla de sí mismo, tanto como con entusiasmo y admiración cuando de sus colegas trata. Es un verdadero artista con todos los buenos afectos de un corazón de niño, abierto á todo sentimiento noble y en el que no tiene albergue ninguna de las bajas pasiones de que por desgracia no están exentos muchos artistas.

***

¡Señores, buenas noches!, cuadro de Arturo Kampf.—En la Exposición del Jubileo de Berlín de 1886 produjo sensación grande un cuadro titulado *La última declaración*, obra de Kampf, pintor hasta entonces desconocido. El lienzo además de sensación ocasionó gran polvareda entre los artistas y críticos: los idealistas calificáronlo de vulgaridad; los realistas le tuvieron por notabilísimo, alegrándose de ver aparecer un nuevo y valiente adalid de su escuela, y el autor logró lo que se proponía, darse á conocer, hacer que su nombre sonara y obtener entre el público un verdadero éxito. De Munich, en donde residía, trasladóse Kampf á Berlín, en donde la muerte del emperador Guillermo le inspiró su *Sepelio del cadáver del emperador*; actualmente vive en Dusseldorf, y desde allí envió á la Exposición de Berlín de 1889 el hermoso cuadro que reproducimos y que representa la sorpresa de los oficiales austriacos en el castillo de Lissa por Federico el Grande durante la guerra de los siete años.

***

Carlos Parnell.—En la noche del 6 al 7 del corriente falleció en Brighton este hombre eminente cuyas campañas políticas en favor de la autonomía de su patria le habían merecido el dictado de *rey de Irlanda*.

En el número 473 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos la biografía de Parnell, y por esta razón nada hemos de decir hoy acerca de la vida del que se consagró por entero, con abnegación de que hay pocos ejemplos en la historia, á la justa causa de defender á los desgraciados irlandeses contra el yugo opresor de Inglaterra. Pocos días antes de su muerte, el 27 del último septiembre, todavía su elocuente voz se dejó oir en Creggs, adonde fué contra el parecer de su médico y á pesar de las súplicas de la que ante la ley era ya su esposa, y en donde habló por espacio de tres horas de pie, al aire libre y sufriendo la lluvia que no cesó de caer un momento. Al día siguiente regresó á su casa, de la que sólo debía salir ya su cadáver.

Este, encerrado en un triple ataúd de olmo, de plomo y de roble, fué conducido el sábado siguiente á Dublín, y al otro día Irlanda entera hizo con motivo de la exequias de su hijo predilecto una manifestación de duelo imponente, colosal, digna, en fin, del hombre cuyas últimas palabras fueron: «Decid á mis colegas, decid á Irlanda cuánto la he amado. ¡Quiera el cielo que en sus males se vea cuidada como yo lo he sido!»

***

Buenos Aires: Teatro de San Martín, destruído por un incendio en la noche del 2 de septiembre último.—Poco antes de empezar la función, que se daba á beneficio del artista Sr. Milzi, un descuido del encargado de encender las luces produjo el incendio de este teatro, en donde actuaba la compañía de opereta italiana de Tomba. Como el edificio era en su casi totalidad de madera, el fuego adquirió horribles proporciones y á las tres horas de iniciado, el coliseo era una masa de escombros y sólo quedaba de él en pie la fachada principal, que es de piedra. Los esfuerzos de los bomberos hubieron de limitarse á evitar que las llamas se propagaran á los edificios contiguos, entre los que se cuenta el Consejo Nacional de Educación. La única víctima de la catástrofe fué el artista Sr. Spinelli, que estando en su cuarto se desmayó al oir la voz de ¡fuego! y cuyo cadáver convertido en masa informe fué retirado al día siguiente de entre las ruinas.

La hora en que comenzó el incendio evitó mayor número de desgracias; las pérdidas materiales se estiman en seiscientos mil pesos, de ellos doscientos mil por concepto de trajes, decoraciones y demás objetos pertenecientes al Sr. Tomba.



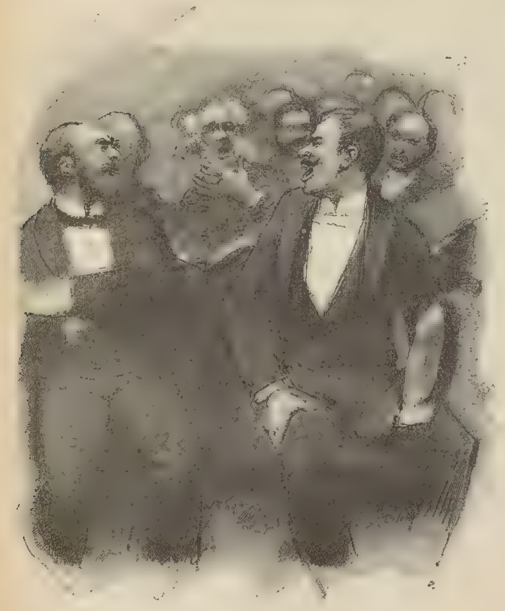
POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONTINUACIÓN)

–Bueno, al café Inglés, contestó el notario no muy satisfecho y no atreviéndose á subir al carruaje.

Pero ella haciendo un gracioso movimiento con su manita le invitó á que subiera.

El cochero arreó al caballo, que arrancó en dirección al bulevar, y M. Thomassiére no se daba cuenta de si estaba dormido ó despierto. El, que aún no hacía cuatro días leía *El Eco de Vésone* bajo los árboles de su jardín en el Perigueux, ahora se hallaba al lado de una linda joven en un coche cerrado. ¿Cómo era posible esto? ¿Estaría borracho?



¡Fuera la *claque!*

La señorita Vernier le parecía de cerca aún más bonita que de lejos, y la miraba de soslayo sin atreverse á hablarla. Aquel alegre perfil de rubia, visto de reojo, tenía un atractivo sorprendente: sobre todo la oreja y la nuca, que el cabello levantado dejaba al descubierto. ¡Qué nuca tan blanca, tan llena, tan adorable!

–¿Tiene usted frío?, le preguntó Gabrí. ¿Puedo bajar el cristal?

M. Thomassiére sintió tentaciones de contestarla: «¿Frío?, al contrario;» pero no se atrevió á arriesgar esta frase, limitándose á demostrar su asentimiento con un ademán

–Yo me ahogo, repuso Gabriela, bajando el cristal é inclinándose hacia afuera para aspirar, ó mejor dicho, beber con sus sonrosados labios y con su nariz dilatada el aire de la calle.

–Además, añadió, tengo el estómago en los pies. ¿Querrá usted creer que no he comido?

–¿Qué no ha comido?, exclamó Thomassiére con cierta emoción mezclada de sorpresa y lástima, suponiendo que algún disgusto sufrido había sido motivo de aquella dieta. ¿Pues cómo es eso?

–Por causa de una exigencia que de repente me ha caído sobre la cabeza.

–¿Una exigencia?

–Sí, una exigencia del representante de la empresa, ya se lo contaré á usted cenando... Por fin hemos llegado... Tomaremos un piscolabis.

M. Thomassiére no entendía una palabra; pero un instinto de piedad contra el que en balde quería hacerse fuerte, le impulsaba á compadecerse de aquella Gabriela que no había comido. ¡Pobre muchacha! Desfallecía de hambre y hablaba de tomar un piscolabis, sin ficciones poéticas, con toda franqueza. ¡Eso sí, franca lo era la señorita Vernier, muy franca!, y además ¡tenía una nuca tan bonita!

El notario no excusaba á Teodoro, ¡qué había de excusarle!, pero le comprendía.

El portero del restaurant ayudó á la señorita Vernier á bajar del carruaje, mientras él notario daba al cochero el precio de la carrera, y Gastón Thomassiére, notario de Saint-Alvere, subió la estrecha escalera del restaurant, detrás de las faldas de Gabriela, que arrastraban sobre la alfombra. Algo intimidado al ver su figura reflejada en los brillantes espejos, á la luz de las lamparitas Edison, y después de haber leído sobre la puerta: *Entrada á los salones*, preguntábase, tropezando con las guarniciones de cobre de las colgaduras, lo que pensaría de él el amigo Langlade si le hubiera visto seguir los furtivos pasos de una linda muchacha, que acababa de cantar delante de mil doscientas personas el rondó de *la Educación laica.*

–¡Bah!, pensaba, Langlade aprobaría mi conducta... y hasta me envidiaría...

Por otra parte Thomassiére sabía por qué llevaba á cenar á la señorita Gabrí... Era por causa de Teodoro; y antes de una hora él obtendría de la joven que desistiese de sus proyectos con su hijo. «Sí, señorita, usted es linda, seductora... pero... pero»...

El notario, sin embargo, olvidó su discurso, cuando en aquel gabinete del café Inglés, delante del respetuoso camarero, vióse con la lista en la mano, sentado frente á la señorita Vernier, que habíase dejado caer en el divancito de terciopelo encarnado, declarándose *rendida*.

Para llegar al cuarto atravesábanse algunos corredores, y al entrar Thomassiére se había asomado inadvertidamente á un gran salón encarnado, obligando al camarero á que le dijera respetuosamente: «No es por ahí, caballero, ese es *El Gran Dieciséis*.»

Y mientras que Gabriela soltaba una carcajada, el notario creyó observar en el acento del camarero cierta especie de veneración como si se hallara ante la puerta de algún templo. *¡El Gran Dieciséis!* Esta frase sonaba con solemne armonía en el oído del buen habitante del Perigueux. *¡El Gran Dieciséis!*... Seguramente aquel mozo no hubiera hablado con más misteriosa entonación del templo de Isis.

–Veo que es usted parroquiano, dijo burlonamente la señorita Gabriela.

–¿Yo?

–Sí, seguramente *El Gran Dieciséis* le recuerda su juventud.

M. Thomassiére hizo una mueca, examinó la larga lista que le había dado el camarero, y se sintió un tanto embarazado al fijarse en los platos del día calcografiados en aquélla: Consomé de menudillos á la Bourdalou, ¡Bourdalou en tal sitio!, sopa terciopelo, puré Condé, sopa de leche de almendras; y todavía más nombres célebres, muy célebres: ¡timbales á la Rossini, á la Talleyrand!, ¡polla á la Demidoff!, ¡sollo á la Joinville!, ¡sorbete Nesielrode! La tal lista era un *diccionario biográfico*, el catálogo de un panteón.

–¿Armoricanas ó de Marennes?, preguntó el camarero.

–Armoricanas, dijo Thomassiére, seducido por el nombre y sin saber lo que pedía; pero era preciso no pasar por provinciano delante de la señorita Gabriela.

Erguíase para ello cuan largo era, y sobre su enorme corbata empinaba su delgado rostro de juez de instrucción.

Presentóse otro camarero grueso, pero muy grave: era el encargado de la bodega, que preguntó:

–¿Qué vino?

–El mejor, contestó Thomassiére.

Y luego repuso para zafarse del compromiso de su situación:

–Esta señorita pedirá lo que quiera.

Y más aliviado con este subterfugio alargó la lista á la señorita Gabrí. A medida que ésta pedía, decía el camarero: «Sopa de colas de cangrejos, pastelillos á la Montglas, ¡muy bien! Langosta á la americana, ¡bueno! Niscchi, codornices con lechuga, fiambres de pintadas, perdices trufadas, ¡bien, señora! ¿El pouding inglés con *sabayón*, no es así? ¡Ah! ¡Ya verá la señora! Quedará satisfecha »

Thomassiére sentía una emoción desconocida y deliciosa, y miraba al mozo, á la joven, el vulgar espejo donde se veían tantos nombres entrelazados entre extravagantes rúbricas, y á través de la ventana, á los transeuntes del bulevar y los puntos luminosos de los faroles de los coches que pasaban. Parecióle cuanto le estaba sucediendo un cuento de *Las mil y una noches*. No, los viajes de Simbad el Marino no eran más fantástiscos ni más inverosímiles que esta aventura extraordinaria ¡Ah! ¡Cómo podía figurarse Langlade que su amigo Gastón cenaba en el café Inglés mano á mano con una actriz: ¡Gabrí, la célebre Gabrí!

¡Langlade! ¡Pobre Langlade! Metido en su casa, vencido por la pesada somnolencia que da el aire del campo, de seguro que estaría á aquellas horas roncando fuertemente, sin imaginarse las sorpresas que París proporcionaba al amigo Thomassiére.

Y no le hubiera pesado al notario que Langlade despierto asistiera á la apoteosis de Thomassiére, dispuesto á levantarse como juez-supremo delante de la señorita Vernier completamente vencida y dominada.

Porque indudablemente estaba dominada, y Teodoro iba á escapársele. Entretanto la actriz comía. ¡Pobre muchacha! No mentía hace poco al asegurar que tenía mucha hambre.

Destrozaba con sus lindos y blancos dedos, con vivacidad ansiosa, las patas



– Es cierto, dijo Margarita Copín humedeciendo sus labios en el dorado Champagne

encarnadas de los cangrejos, y alguna vez se limpiaba las uñas sonrosadas con los labios después de haberse enjugado éstos con la servilleta. No comía, devoraba, tragándose por completo el diccionario de biografía culinaria.

Thomassiére mirábala con estremecimientos de admiración y piedad; admiración por su hermosura, por su cutis nacarado y acariciado por la claridad de las bujías, y piedad por la pobre joven, á la cual dentro de un momento iba á asestar este rudo golpe: «¡Renuncie usted á Teodoro: es preciso, yo lo quiero!»

– ¡Ah!, exclamó por fin la actriz, exhalando un suspiro de satisfacción, que levantó deliciosamente su pecho. Ya me siento mejor: tenía necesidad de *carenarme* y ya está hecho.

– ¿Carenarse?, murmuró Thomassiére.

La joven se echó á reir.

– Término de marina; hice mi estreno en Brest y algo se me pegó. ¡Ah! ¡Qué vida la del teatro!... Si alguién me hubiese dicho que hoy debía representar *la Educación laica*, hubiera creído que se guaseaba conmigo.

El notario quedóse sorprendido, y la preguntó:

– ¿Pues cómo, señorita, no lo sabíais?

– Ayer á estas horas lo ignoraba por completo, tanto que iba á contratarme para Niza con la agencia Robilleau.

– ¿La agencia Robilleau?

– Sí, calle de San Marcos. Me ofrecían un ajuste aceptable... ¡Pero dejar París! He aquí la parte triste: abandonar París. Así es que bendigo á la señorita Vernier y su cuerda... ¡Conque sírvame un poco de Saint-Marceaux y bebamos por la cuerda de Gabriela Vernier!

Y extendió su brazo desnudo, muy blanco, presentando su copa vacía á Thomassiére, que la miraba atontado á fuerza de tratar de comprender qué significaba el nombre de Gabriela Vernier y esta palabra: la cuerda. ¿Qué cuerda? El antiguo notario se preguntaba si la joven se expresaba en un idioma particular, difícilmente comprensible; quizá el francés de París no era enteramente igual al de Saint-Alvere.

– ¿La cuerda?, preguntó Thomassiére interrogando á la cómica con los ojos y con el ademán. ¿Qué cuerda?

La actriz se echó á reir, enseñando unos dientes finísimos, y encogiéndose de hombros, dijo:

– ¡Es verdad, no puede usted saber!... ¡La cuerda! Pues es sencillamente la causa de la multa que ha puesto tan furiosa á Gabriela, y que me ha proporcionado el placer de crear el papel de *la Educación laica.*

– ¿Cómo crear?, interrumpió Thomassiére. Pues qué, ¿no es usted la señorita Vernier?

– ¿Quién, yo?

– Sí.

La actriz le miró estupefacta con sus ojos azules, dulces y picarescos.

– ¿Qué quiere usted decir?

– ¿No es usted *Gabrí?*

– ¿Yo?

– ¿La señorita *Gabrí?*

– Vamos, caballero, dijo la hermosa con frialdad, ¿me ha traído usted aquí para guasearse conmigo?

– ¡No, no!, exclamó el notario. ¡Y cien veces no!

No sabía por qué, pero no le disgustaba el que aquella linda rubia no fuese la señorita Gabrí; efecto sin duda de la compasión. Hacía un momento, cuando pensaba que era preciso asestarle la puñalada de arrancarle á Teodoro, la contemplaba con cierto enternecimiento: «Ciertamente usted es linda, señorita, pero... el deber me obliga...» ¡Ah, el deber! Sí, evidentemente el deber obligaba á M. Thomassiére á arrancar á Gabrí de los brazos de su hijo.

Pero si la linda joven que contemplaba no era la señorita Gabrí, nada obligaba al notario á afligir á tan hermosa criatura, y podía contentarse, si lo tenía por conveniente, con decirle: «Ciertamente, señorita, es usted linda, muy linda, adorablemente linda,» y después terminar su arenga como le diese la gana, sin crueldad y sin aquella puñalada. Pero ¡qué mágico país era París! ¡Qué extravagante! ¡Invitaba á la señorita Vernier y era otra la que acudía!

– Lo que me sorprende, pensaba, es que esta joven sólo con ver mi tarjeta haya aceptado...

Y sumido en sus reflexiones, M. Thomassiére contemplaba á la cómica con cierta indulgencia, no estando dispuesto á hablarla de moral á los postres.

– Veamos, caballero, dijo la joven mondando una almendra, ¿conque ha habido una equivocación? ¿Me ha tomado usted por Gabriela Vernier?

– He creído... que mi tarjeta... mi nombre...

– ¿De modo, exclamó soltando una carcajada que volvió á descubrir sus dientes, que no he sido amada por mí misma?

– ¡Amada!... Pero señora, señorita... Pido á usted me perdone... yo... ahora que tengo el gusto de conocerla... no siento... al contrario...

Dudaba, buscaba palabras, titubeaba...

– ¡Bah!, dijo ella, no tengo qué perdonarle. En todo caso, Blequinet tiene la culpa.

– ¿Blequinet?

– Sí, el representante de la empresa, que ha indicado á la dirección que no pusiera cartel de contra-anuncio, asegurando que esto enfría al público. Por eso se han contentado con poner una nota debajo del cartel. ¿No la ha leído usted?

– No, señorita.

– Pues bien: si la hubiese leído hubiera visto que decía: «La señorita Margarita Copín se presentará con el papel de *la Educación laica.*»

– ¡Margarita! ¿Os llamáis Margarita?

– Copín.

– ¡Es un bonito nombre!

– Montmorency suena mejor, pero es otra cosa.

– ¡No hablo de Montmorency, sino de Margarita! ¡Es un nombre encantador!

– Me lo han dicho muchas veces. ¡Adulaciones! Pero vamos á ver: ¿creía usted haber traído á Gabriela?

– Creía... pero no lo siento... al contrario...

– Usted lo ha dicho, querido. No era á mí, sino... Pues bien: esto enseñará á Gabrí á no tener la cabeza á pájaros.

– ¡Ah! ¿Tiene la cabeza?...

– ¿Quién, Gabrí? Es más mala que la sarna.

– ¡Qué decís!

– Más mala que la sarna.

Thomassiére había entendido bien, pero quería oir repetir las palabras. Pensaba en su hijo. ¡Más mala que la sarna! ¡Pobre Teodoro!

– Es cierto, dijo Margarita Copín humedeciendo sus frescos labios en el dorado Champagne, cuya espuma saltaba á sus narices sonrosadas. Es preciso que ella haga siempre excentricidades: yo no me quejo, porque ha sido en mi provecho, ¡pero qué melindrosa! Diré á usted lo que ha sucedido, si esto no le fastidia, lo que no supongo.

– ¿Supone usted que no me fastidia? ¿De suerte que cree que me interesa profundamente... absolutamente? Pues bien, sí; en primer lugar, porque se trata de ella... y luego, porque por lo visto se trata también de usted, ó más bien, repuso Thomassiére, cuyo rostro grave y digno habíase vuelto risueño, porque primero se trata de usted y luego...

– Pues he aquí lo ocurrido, interrumpió Margarita. Por poco hace fracasar la revista: ¡una revista tan esperada! Desde que la representaron en los Mirlitones, el público del Palais Royal la reclamaba, sí, la reclamaba. Yo ni por pienso imaginaba que había de representar un papel en *¡Quítate, que yo me ponga!*, y deseaba asistir á la primera representación antes de ir á enterrarme en Niza. ¡Es tan hermoso París en invierno! Toda Niza no vale lo que el bulevar. Creo que pensará usted lo mismo.

– No conozco Niza, contestó suspirando Gastón Thomassiére, que empezaba á comprender que no conocía gran cosa á pesar de sus sesenta años.

– ¡Ah!, dijo la señorita Copín. Pues bien: Niza es muy divertido, además está cerca de Monte-Carlo, y tiene muchos recuerdos; pero no obstante, á mí me gusta más esto (y señalaba hacia el bulevar Italiano); pues bueno: estaba anunciada la revista para hoy, y para anteayer el ensayo general... ensayo á puerta cerrada, no por causa de los *couplets*, aunque lo merecen, sino por los *reporters* que, como sabrá usted, charlan los *efectos* y publican los *chistes* antes de la primera representación, lo cual carga á los autores. Gabriela siempre llega tarde á los ensayos, esto es público y notorio. Blequinet la hace cargos por fuerza, y ella contesta: «Hoy no puedo ensayar, Blequinet, estoy muy nerviosa, y si sois malo os envío á paseo.» Según parece, Gabriela tenía sus asuntillos amorosos...

Thomassiére vivamente interesado la interrumpió:

– ¿Asuntillos amorosos? Evidentemente se trataba de Teodoro. ¿Sabría la señorita Copín?...

– No sé nada sino que Gabriela tenía anteayer un humor de perros, y que al vestirse ¡paf! desgarró un traje. La camarera me ha dicho: «lo ha hecho á propósito: parecía una *Menida.*» ¿Por qué estaba colérica? ¿Por contrariedades amorosas? ¡Bah! Las cómicas no deben amar á nadie: todo lo más, al arte.

– ¿De modo que la señorita Gabriela ama?

– Sí, probablemente á algún imbécil. El caso fué que empezó el ensayo, un verdadero ensayo. Los directores, los autores y los censores estaban en sus butacas, las costureras en el balcón y los periodistas en todas partes; pero exceptuando á esas doscientas personas, nadie; todo á puerta cerrada. Todo iba bien... El jefe de la *claque* tomaba nota de los *efectos*... esto lo sé por referencia... Llega Gabriela, soberbia, porque es bonita, muy bonita en toda la extensión de la palabra .. pero ¡cataplum! al salir á escena se enreda en un hilo...

– ¿En un hilo?

– En el teatro á todas las cuerdas se les llama hilos... Cuando se dice cuerda, es de mal agüero, absolutamente de mal agüero, ¿comprende?; es como si se volcara el salero, ó como si se hiciera la cruz con dos cuchillos: trae desgracia. Por lo tanto *cuerda* es una palabra proscrita, prohibida, tanto que al que la profiera le echan una multa.

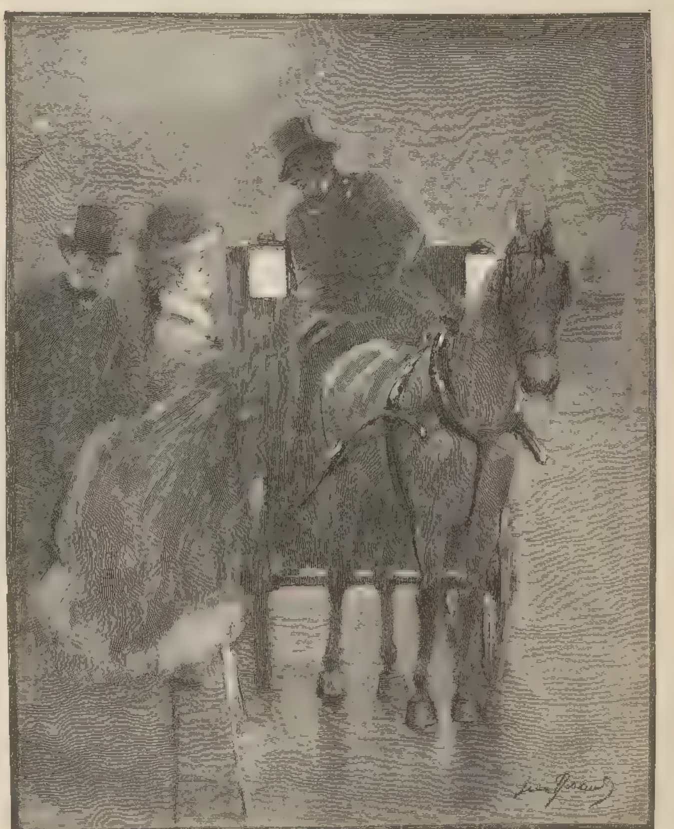
– ¿Una multa?

–Y gorda. Lo mismo que en casa de un ahorcado, no debe hablarse de la cuerda en el teatro. Pues bien: ¿sabe usted lo que hizo Gabriela? Voy á decírselo. Enredóse, como he dicho, en un hilo, dió un traspiés, pero afortunadamente pudo agarrarse á un bastidor; y cuando entró en escena encaróse con los de las butacas diciendo: «Bien podía prohibirse á los maquinistas que dejasen las cuerdas arrastrando.» Entonces resonó un aplauso en las butacas, y algunas voces gritaron: «¡Bravo!, ¡bravo!, ¡multa á la señorita Vernier!» Los maquinistas hacen un ramillete de cuerdas rodeado de papel, y Blequinet se aproxima á Gabriela exclamando: «¡multa!, ¡multa!» Esto, generalmente á nadie mortifica: se da un luis ó dos á los tales maquinistas, que se los van á beber á vuestra salud, dejándoos en cambio el ramillete de cuerda y en paz. Esto le pasa á cualquiera, pero parece ser que Gabriela estaba malhumorada, muy malhumorada. Dijo mal su *couplet*, y se metió entre bastidores á tiempo que el jefe de los maquinistas le presentó ceremoniosamente el ramillete diciendo: «¡He aquí el ramillete!» «Pues he aquí cómo voy á pagar la multa,» replicó Gabriela, y tomando el ramo lo arroja á la cabeza de Blequinet, que se reía como siempre. «¡Me importa un comino vuestra *cuerda*, que sólo puede servir para ahorcar á la pieza, que no vale nada!» y diciendo así, manotea y grita porque Blequinet, echándoselas de autoridad, la conmina con otra multa de la administración. «Puede usted imponer cuantas quiera, exclamó la Vernier; las pagaré como ésta. ¡Ah! ¿Conque la cuerda hace mal de ojo? Pues bien: ¡cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda! ¿Qué me importa que silben la pieza? Yo no haré el papel; ahí tenéis vuestra *morcilla*, os la devuelvo; que cante el diablo el rondó de *la Educación laica*! ¡Cuerda! ¡cuerda! y ¡cuerda!» En fin, estaba echa una furia, y todo el mundo estupefacto. Los autores tenían aspecto de locos; el director decía: «Hará el papel, yo la obligaré.» Los autores gritaban: «¡No, haría fracasar la obra!» y Gabriela repetía: «Aunque me den diez mil francos no hago el papel; que el diablo cargue con este mamarracho. ¡Cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda!» Aquello era un huracán desencadenado. Blequinet, decía hipócritamente: «Cosas del corazón; no es culpa suya; Gabriela tiene demasiado corazón.» Pero lo cierto es que por causa de tanto corazón y tanta rabia, el teatro se halla ba en bonita situación, y los autores con el agua al cuello. Se habló de retardar el estreno, pero esto era un trastorno; y buscando quién podría reemplazar á Gabriela, encuentran que yo me parezco á ella: lo cual es muy cierto. Blequinet, con quien he trabajado en el Casino de Enghien, piensa en mí, asegura que haré jugando el papel y que el traje de Draner me sentará á las mil maravillas. Cae sobre mí como una bomba y dice: «Margot (este es mi disminutivo), ¿quieres crear la *Educación laica*?» «Viejo mío, le contesto yo, estoy á punto de firmar para Niza.» «No firmes, ven y hablaremos.» Esto me venía de perillas, porque aunque he dicho que mi marido estaba cazando, la verdad es que ha tomado el tren de Buenos Aires, dejándome varias cuentas que pagar. Debía, pues, tomar una determinación, y me dije; ¿Qué más da Monte-Carlo que París para apuntalarme? ¡Viva la *Educación laica!* Me dieron un día para aprenderme el papel y lo hice en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ah! ¡Qué rondó! Los autores decían: «¡Nos ha salvado, nos ha salvado usted, señorita! ¡Qué voz! ¡Qué físico! ¡Es más bonita que la Vernier, mucho más!» ¡Como me necesitaban!... A medida que se aproximaba la hora, me entraba cierto temor que no me ha dejado comer... Y á fe mía, cuando se me ha presentado usted, desconocido, pero simpático, he aceptado lo que nunca hubiera aceptado hace quince días; y he aquí, no á Gabrí, sino á Margarita Copín, encantada por haber sido aplaudida!... ¡Oh! Ya le he visto aplaudir, y más que nadie; y cuando me dieron su tarjeta, me dije: es de ese señor anciano que aplaudía tanto (Thomassiére se sonrió). Y aquí tiene usted explicado por qué he venido aun sin conocerle.

El viejo notario oyó un poco mareado el relato de la cómica. La historia de la cuerda, alegremente contada y salpicada del pintoresco caló de los coliseos, le hizo el efecto de una narración fantástica. La sustitución de una *Escuela laica* por otra, la intervención del representante de la empresa, la nota puesta sobre el cartel, parecíale sorprendente, improbable, irracional; y sin embargo, era la pura verdad; en vez de la señorita Vernier, tenía delante de sus ojos á Margarita Copín, y por tanto no se trataba ya de arrancar á su hijo de los brazos de una mujer. Margarita Copín no pensaba en casarse con Teodoro. ¡Buena muchacha! Y era linda, muy linda... Los autores de la revista satírica tenían razón; seguramente más linda que la Vernier. ¿Cómo podía tener Gabriela aquel cutis tan blanco, aquella profusión de cabellos, entre cuya crencha rubia daban tentaciones á M. Thomassiére de meter los dedos, con pruritos de avaro atraído por el color amarillo del oro?

El notario, con la cara encarnada y asomando por el alto corbatín, sonreía involuntariamente á la hermosa joven que un tanto sorprendida miraba á aquel delgado y alto curial, quien repentinamente enternecido, la contemplaba con benevolencia...

¡Cuando se piensa que si aquel chistoso azar no la hubiese favorecido, si la señorita Vernier hubiera desempeñado su papel, Margarita Copín hubiera firmado su contrata para Niza, París se hubiera quedado sin una actriz tan rubia, y M. Thomassiére no habría experimentado la sorpresa de hallarse en un restaurant á la moda, cara á cara con una linda muchacha, á la que nada tenía que reprochar, literalmente nada. ¡Cosas de la vida!



Supongo que iremos al café Inglés

El notario estaba encantado de todas estas cualidades, y pensaba que era sumamente divertido aquel azar imprevisto que á sus sesenta años le hacía protagonista de una aventurilla galante. ¡Qué diantre de París! ¡Siempre pródigo en ocurrencias imprevistas, poéticas, novelescas! ¡Y cuánto tiempo pasado sin novela en Saint-Alvere, desde la muerte de su esposa Estefanía, que era la Historia en toda su prosa y aridez! De suerte que todavía podía encontrar lejos del país de los vaqueros criaturas tan exquisitas como Margarita Copín; y él, Gastón Thomassiére, recobrar sus primitivos verdores y sus locas vivacidades amorosas, como cuando contemplaba en la Cité Bergere á la bella Mme. Chardonnet.

Terminada la historia de la cuerda, Margarita se dedicó por completo á los postres: quesitos helados, con crema, sorbetes, frutas heladas. ¡Tenía buen apetito la tal Margarita, y sobre todo unos dientes tan blancos!...

–¿No come usted?, preguntó á Thomassiére.

No, el notario no comía; la devoraba con los ojos, sintiendo extraños caprichos. Toda su pasada juventud surgía del fondo de los años, sutilizada por la imaginación, impetuosa como un estribillo de Désaugiers. Olvidóse de Teodoro, y no pensó en preguntar á la señorita Copín cuáles eran los asuntos amorosos que tan furiosa habían puesto á Gabriela Vernier. Sí, el antiguo notario lo olvidó todo. ¿Por qué había abandonado su país, dejando á la vieja María sola en su cocina y al amigo Langlade, y por qué su venida á París, en donde debía aparecerse á Teodoro como la estatua viviente del remordimiento? «Has medido, desgraciado, la profundidad...» ¡Ah! ¡Qué vago, qué lejano, qué confuso era ya todo esto! Para Gastón Thomassiére ya no había más que una muchacha rubia, sentada enfrente de él, que alegre y con la tez sonrosada mascullaba un pedazo de naranja en dulce.

V

Cuando al siguiente día se despertó, muy tarde por cierto, M. Thomassiére en el cuarto de su hotel, se preguntó si había soñado. Recordaba bien, como á través de una bruma, un gabinete de fonda, brillantemente iluminado, y veía delante de él una mujer rubia... Pero ¿cómo se hallaba ahora allí, en la *Cité Bergere*, solo, y cómo había terminado su sueño? ¡Ah! Sí, al presente se acordaba... Aquel sueño había acabado muy prosaicamente, por cierto, con una carrera nocturna en un coche de plaza, atravesando calles desiertas, y M. Thomassiére había acompañado á la señorita Copín á su casa, calle de Pigalle, y allí, delante de una puerta cochera, ella le presentó la frente como á un padre, para que la diera un beso, asegurándole que no tenía miedo de subir sola la escalera... Y como el notario exhalara un gran suspiro de tristeza y desencanto, ella le dió permiso para ir á verla al día siguiente, y hasta le había rogado que fuera...

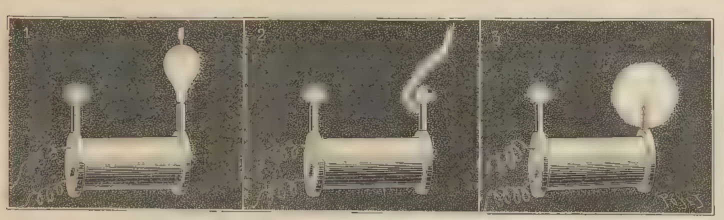
Luego, después de un prolongado apretón de manos, cerróse la puerta bruscamente separando á Margarita de M. Thomassiére... y volviendo á subir al coche en donde todavía flotaba un embriagador perfume de mujer, el notario había dado sus señas al cochero, y á poco entraba en el hotel de la calle Bergere saboreando aquella inesperada novela de amor.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE M. TESLA
SOBRE LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS DE GRAN FRECUENCIA

Apenas comenzada la exploración de lo que á las corrientes alternativas atañe, nuevas investigaciones muy recientes parecen ensanchar indefinidamente los límites del campo de aquélla, extendiéndolo á regiones casi desconocidas en donde encontramos á cada paso la sorpresa, la paradoja, lo inverosímil. Uno de los que más interesantes trabajos han realizado en este terreno es M. Nicolás Tesla, cuyas investigaciones, presentadas hace poco al *American Institute of Electrical Engineers*, de Nueva York, si no absolutamente nuevas todas, constituyen, en conjunto, un trabajo importante que formará época en la historia de los progresos de la ciencia eléctrica.



Figs. 1, 2 y 3. – *Experimentos de M. Tesla.* – Fig. 1. Molinete eléctrico. – Fig. 2. Efluvio producido por un hilo cubierto de seda. – Fig. 3. Filamento incandescente en un globo no vacío de aire; rotación del filamento

Todos los fenómenos de descarga á que dan lugar las máquinas electrostáticas comunes pueden ser reproducidos por los carretes de inducción cuyo primario esté alimentado por una corriente de gran frecuencia, pero los experimentos se presentan con carácter mucho más marcado por las cantidades de energía eléctrica incomparablemente mayores que la corriente alternativa desarrolla. El molinete eléctrico, por ejemplo (fig. 1), presenta el aspecto de un verdadero efluvio giratorio ó de un sol iluminado por las descargas electrostáticas. Un hilo de cobre cubierto de algodón, fijado en una de las bornas del carrete (fig. 2), produce efluvios luminosos que lo envuelven por entero, y un hilo cubierto de gutapercha ó de caucho, puesto en las mismas condiciones, parece envuelto en una vaina luminosa.

Si se colocan en las bornas de un carrete dos columnas metálicas cuidadosamente cubiertas de ebonita y se cierran todas las rendijas y junturas para que el efluvio sólo pueda producirse en los dos extremos, obtiénense dos verdaderas llamas casi blancas en su base, que en la obscuridad presentan el aspecto de dos llamas de gas que se escapen bajo la acción de una presión excesiva. Según M. Tesla, lo que así se obtiene son verdaderas llamas, y aunque no tan calientes como las de un mechero de gas, podrían llegar á la misma temperatura de éstas á ser posible elevar suficientemente el potencial y la frecuencia. En cualquier punto de un circuito conductor puesto de este modo á una alta temperatura hay un desprendimiento de calor apreciable, tanto más elevado cuanto mayor es la frecuencia de los cambios de potencial. Y si se opone algún obstáculo al cambio de lugar de las moléculas así calentadas puede elevarse la temperatura hasta la incandescencia de un cuerpo: tal sucede con un filamento muy fino encerrado en un globo de cristal, sin necesidad de hacer el vacío en éste. El experimento representado en la fig. 3 resulta todavía más interesante por el hecho de describir el filamento un cono alrededor de su punto de conjunción y de aparecer, por ende, como un embudo luminoso, cuya abertura aumenta ó disminuye según se haga variar el potencial.



Figs. 4, 5, 6 y 7. – *Experimentos de M. Tesla.* – Fig. 4. Lámpara con dos filamentos. – Fig. 5. Lámpara con bloques refractarios aislados. – Fig 6. Lámpara con filamento único. – Fig. 7. Lámpara con filamento único y reflector formando condensador.

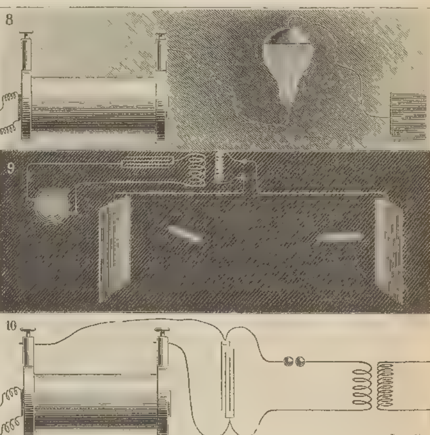
M. Tesla ha presentado al *American Institute of Electrical Engineers* multitud de disposiciones merced á las cuales se obtiene la incandescencia de algunas substancias refractarias sencillamente empalmadas á un carrete que permita elevarlas á potenciales altos de gran frecuencia: bajo este concepto presentan mayor interés y novedad sus investigaciones. Uniendo una lámpara de dos filamentos á los dos extremos del carrete se obtiene la incandescencia de éstos (fig. 4), lográndose igual resultado con dos bloques refractarios unidos á dos conductores (fig. 5); en ambos conos las partes que se quiere poner incandescentes deben estar encerradas en el vacío más completo que pueda conseguirse. Una lámpara de un solo filamento uncido al carrete por un solo hilo también se ilumina (fig. 6).

Como el grado de incandescencia de sus filamentos y su resistencia á las altas temperaturas dependen de su naturaleza, parece que empleando materias muy refractarias se podrá establecer de este modo lámparas eléctricas de larga duración y que llevadas á un alto grado de incandescencia tendrán una producción lumínica muy superior á las ordinarias. Los efectos de estas lámparas de un solo filamento pueden variar en intensidad dentro de grandes límites, aumentando su capacidad: basta para ello proveerlas en su parte superior de un casquete metálico (fig. 7) que forme al mismo tiempo reflector, y poner en comunicación este casquete por medio de un hilo conductor con una lámina metálica aislada, cuyas dimensiones se varían (fig. 8), variando así con gran facilidad el brillo de la lámpara. Análogo procedimiento puede emplearse para producir la iluminación de las lámparas con dos filamentos de que hemos hablado, con sólo unir uno de los hilos al carrete y el otro á un cuerpo aislado de dimensiones apropiadas.

Pero el experimento más curioso es indudablemente aquel por el cual se obtiene la incandescencia, la iluminación de tubos de gas rarificados, *sin ningún conductor*. El principio de la disposición está claramente indicado en la fig. 9; entre dos planchas conductoras paralelas dispuestas á gran distancia una de otra, aisladas del suelo y entre sí, se crea un campo electrostático alternativo de gran frecuencia uniendo las dos planchas con las dos bornas de un carrete de inducción, alimentado por un alternador de gran frecuencia. En estas condiciones basta colocar en un punto cualquiera del campo y en dirección paralela á la suya propia tubos prolongados llenos de gases enrarecidos para que estos tubos se iluminen en seguida á pesar de no contener parte alguna metálica y de no estar en comunicación directa con las dos placas conductoras.

La comunicación de M. Tesla termina indicando un medio de producir corrientes alternativas de gran frecuencia sin recurrir á máquinas especiales dispendiosas y de construcción difícil, fundándose en la propiedad de los carretes de inducción y de los condensadores. Cuando las bornas de un carrete de inducción de alta tensión comunican con una botella de Leyden que se descargue disruptivamente en un circuito, el arco que surge entre las dos bolas donde la chispa disruptiva se produce puede ser considerado como fuente de corrientes alternativas de una frecuencia enorme, ó más exactamente, de corrientes ondulatorias.

Como los efectos electrostáticos se manifiestan en un circuito prácticamente cerrado, son naturalmente muy útiles, pero se puede aumentar su intensidad (fig. 10) enviando las corrientes alternativas provenientes de las descargas disruptivas periódicas del condensador al circuito primario de un carrete de inducción, cuyo secundario proporciona las necesarias diferencias de potencial alternativas de gran frecuencia. Para este experimento (fig. 11), M. Tesla monta el condensador en derivación sobre el circuito inducido del carrete, cuyo primario está alimentado por un alternador ó por una corriente interrumpida. El circuito de bajo potencial también está montado en derivación, pero intercalando en él un espacio de aire en el que se produce la descarga disruptiva. Si, como representa la figura, este circuito está formado por una barra de cobre muy conductora, este conductor es residencia de verdaderos nudos y abultamientos entre los cuales existen diferencias de potencial variables de un punto á otro. De una de las formas de realizar este experimento parece desprenderse que el aire enrarecido es para las corrientes alternativas de gran frecuencia mucho mejor conductor que los filamentos de carbón, puesto que al pasar la corriente eléctrica en ciertas condiciones aquél se ilumina y el hilo no.



Figs. 8, 9 y 10. – *Experimentos de M. Tesla.* – Fig. 8. Lámpara con filamento único y condensador empalmado con una lámina de superficie variable que permite hacer variar el fulgor de la luz. – Fig. 9. Iluminación de tubos vacíos aislados en el espacio y sometidos á la influencia de un campo electrostático variable de grandísima frecuencia. – Fig. 10. Producción de corrientes alternativas de gran frecuencia por medio de un carrete ordinario y de descargas disruptivas.

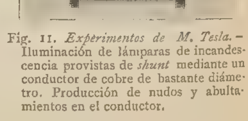


Fig. 11. *Experimentos de M. Tesla.* – Iluminación de lámparas de incandescencia provistas de *shunt* mediante un conductor de cobre de bastante diámetro. Producción de nudos y abultamientos en el conductor.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CUMANDÁ Ó UN DRAMA ENTRE SALVAJES, *novela por D. Juan León Miera*, Miembro correspondiente de la Real Academia Española. – «Dijérase que está escrita por un Fenimore Cooper del Sur, más caliente y brillante que el del Norte.» «Cumandá es de lo más bello que como narración en prosa se ha escrito en la América española,» así se expresan hablando de esta obra Alarcón y Valera, y ante tales afirmaciones de los ilustres maestros, huelga toda ulterior alabanza.

El libro ha sido editado por don Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 4 pesetas.

***

ALFREDO DE MUSET, *por E. Zola*. – La galería de extranjeros ilustres que con tanto éxito vienen publicando los señores Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, acaba de poner á la venta la biografía de A. de Muset, escrita, como las anteriormente publicadas, por E. Zola. Es un estudio ameno é interesante en un bonito tomo que se vende al precio de 1 peseta en las principales librerías.

***

EL CABECILLA, *novela por J. Barbey*. – De esta preciosa novela ha dicho Zola: «Para los que busquen el interés de la narración, no conozco libro más á propósito que *El cabecilla*; jamás ha caído en mis manos novela que despertara más vehementes deseos de llegar al fin. Es la obra de un hombre de talento.» ¿Qué mayor elogio puede hacerse?

El libro editado por la casa de Madrid Sáenz de Jubera hermanos, se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

MANCINELLI Y LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS EN BARCELONA, *por Enrique Sánchez Torres*. – El éxito tan extraordinario como merecido que obtuvieron en Barcelona los conciertos dirigidos por el maestro Mancinelli, justifica la publicación de este folleto, en el que el Sr. Sánchez Torres, con su reconocida competencia analiza concienzuda é imparcialmente una por una las piezas que en aquéllos se tocaron, fijándose no sólo en sus bellezas intrínsecas, sino en la ejecución, cuyos primores elogia con justicia.

Véndese al precio de una peseta en las principales librerías y establecimientos de música.

***

ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, *por Pedro Gascón de Gotor*. – Interesante estudio en que se describe el origen y desarrollo de este Rosario, en ameno y elegante estilo y con gran copia de curiosos datos. Va precedido de un hermoso prólogo del Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de Zaragoza y de una sentida poesía del Sr. barón de Hervés, y lleva bonitas ilustraciones de D. Anselmo Gascón de Gotor.

Véndese al precio de una peseta en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza.

***

CÁMARA DE COMERCIO DE MANILA. INTERROGATORIO Y SUS CONTESTACIONES. – Colección de los treinta y cinco informes con que el comercio nacional y extranjero de Manila contesta al interrogatorio que la Cámara de Comercio le dirigió para conocer su opinión en punto á los nuevos aranceles puestos en vigor el 1.° de abril del presente año. Contiene datos interesantísimos y muy dignos de leerse, que ilustran en alto grado la cuestión económica que tanta importancia tiene para nuestra patria y nuestras posesiones del Pacífico.

***

SENTIDO DEL PROGRESO, *discurso leído por D. Eliseo Guardiola en la Asociación de Escritores y Artistas*. – Hemos recibido impreso este trabajo que se lee con sumo gusto y que prueba la justicia de los elogios que al leerlo su autor en Madrid, en la noche de 10 de junio del presente año, le prodigó la prensa madrileña; en él hay buen caudal de doctrina y se revela la gran erudición y recto criterio, igualmente apartado del exagerado optimismo de Leibnitz como del tétrico pesimismo de Hartmann.



BUENOS AIRES. – TEATRO MARTÍN, incendiado en la noche de 2 de septiembre último

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 2 de noviembre de 1891 — Núm. 514



CATEDRAL DE LEÓN.-PINTURAS MURALES DEL ÁBSIDE

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La primera representación de un drama en Madrid. – *María Egipciaca*, de Rafael Santisteban – El *Edipo Rey* en el teatro francés. – La eterna verdad de las fatalidades físicas. – Las familias papales en Roma. – Su decadencia inevitable. – Venta del retrato de César Borgia por los Borgheses al barón Rothschild. – Consideraciones sobre César Borgia. – Su retrato histórico. – Bello bajo relieve del Parlamento francés. – Encuentro del maestro de ceremonias regias con el pensamiento de Mirabeau en Versalles.—Conclusión.

I

No hay recreo comparable á un estreno de comedia ó drama en Madrid El teatro parece un salón inmenso y el público una escogida tertulia. Lo más difícil en toda colectividad meridional, una constante atención, se logra desde los primeros minutos y se mantiene toda la noche Menudean las emociones, ora por la novedad natural de toda obra desconocida, ora por el calor de la conversación y del diálogo. Como la pasión reina con tan soberano imperio sobre nosotros, fórmanse al vuelo en el público dos fracciones contrarias: los amigos y los enemigos del autor. Aquellos que no participan de tales afectos, los aficionados verdaderos, convierten el oído para saber y los ojos para indagar el fundado juicio á los maestros en letras y á los críticos de nota. Los maestros adolecen, aunque muchos los crean semidioses, de sus correspondientes pasioncillas y dicen con aire misterioso á las gentes profanas lo que han callado al autor cuando fué á consultarlos, bien que por no herirlo y hacérselo contrario, la verdad. El crítico suele creer su oficio reñido con toda benevolencia, y frunce las dos cejas con olímpico aire, y sonríe con despreciativa sonrisa, y suelta fórmulas entre los que van á consultarle; pero al fin concluye por enternecerse y por profundamente persuadirse á creer que en esta sociedad madrileña, donde todos nos conocemos y nos tratamos, huelga el rigor, y los jueces de las letras deben parecerse á Dios en resplandecer más por su misericordia que por su justicia. De todas suertes, las primeras representaciones son divertidísimas y procuran de seguro á los asistentes un goce intelectual y artístico intenso. Túvelo yo en la primera representación del drama titulado *María Egipciaca*, obra de un amigo mío muy aplaudido por su gracia é ingenio, de Rafael Santisteban. Y eso que no tuvo su drama el feliz logro deseado por cuantos reconocen facultades muy varias en el autor, aplaudidísimo por obras de otro género en la misma especie literaria. Rafael posee un talento cómico muy grande y variado. Las muchas victorias alcanzadas en comedias y zarzuelas y piececitas no me dejarán mentir. En el drama se halla fuera por completo del centro de gravedad suyo, según la ley natural de su ingenio, y va sin objeto y sin fin en una carrera cometaria como extraño á sí mismo y extrañado de su sistema solar. Nunca se arriesgó Aristófanes á componer una tragedia, ni Esquilo una comedia. Para la mezcla de lo gracioso con lo trágico necesítase un alma excepcional, como lo fueron las almas de Tirso y Calderón. Santisteban debe desquitarse de su infortunio último con una buena y próxima comedia. Sin el talento excepcional de María Tubau, que raya tan alto, no sale del estreno su drama. Y una comedia suya tendrá cien representaciones. ¡Ah! Entre las muchas fatalidades que sobre nosotros pesan debemos contar como una de las primeras esa fatalidad irremediable del carácter, como decimos vulgarmente hoy, tan imperiosa en la complexión psíquica como en la psicológica y contra la cual necesita mucho erguirse nuestra nativa libertad personal. Toda obra de arte donde resalten las múltiples fatalidades que cercan al hombre interesará, porque ahí está la eterna tragedia humana, en el combate con la fatalidad. Así no causa maravilla que haya interesado en el teatro francés la tragedia de Sófocles el *Edipo Rey*. ¿Quién desconocerá la parte de fatalidad reinante con imperio incontrastable sobre todos nosotros al columbrar la sombra del Edipo ciego en el arte y en la historia? Un oráculo hale dicho como está destinado á matar al padre que le prestara su ser y á manchar con torpe incesto las entrañas que lo echaran al mundo. Para burlar el cumplimiento de tal horóscopo, huye á la casa paterna Edipo, ignorando haber entrado en ella por adopción y no por nacimiento. Sus padres, Jocasta y Layo, conocedores tambien de la nefasta estrella bajo que naciera, lo habían mandado matar en áspero monte y lo imaginaban muerto. Pero el encargado por ellos de cumplir la sentencia implacable, sintiendo asaltos de compasión, dejó vivo al tierno infante y le adoptaron los reyes de Corinto llamados Polibio y Mérope. Al saber la suerte que le deparaban los hados é irse de Corinto para cualquier otra ciudad donde no pudiera ocurirle análogo peligro, encontró Edipo á Layo, su padre, quien le insultó y le apaleó, constriñéndole por fuerza casi á que, cegado de la natural cólera, despertada en el agraviado por los agravios, según ley de propia defensa, lo matara. Camino de Tebas había una esfinge, la cual devoraba los viandantes que no sabían responder á sus preguntas ni descifrar sus enigmas. Los hijos de Tebas demandaban un salvador que los libertase del monstruo y resultó su salvador Edipo. No sabiendo los tebanos cómo pagarle tal servicio, casáronle con su reina viuda, Jocasta, y diéronle así en premio su tálamo y su trono regios. Hase cumplido, pues, la profecía del oráculo antiguo. Edipo ha inmolado á su padre y casádose con su madre sin saberlo ni presentirlo. Esta gran tragedia se abre á la hora misma en que tales crímenes van á encontrar su expiación. En el crepúsculo entre la felicidad y la desgracia, se abre la grande acción y surge con verdadera oportunidad el protagonista. Y á la verdad, todos hemos entrevisto en nuestra vida el Edipo rey entre los pórticos de Tebas, aclamado por el pueblo, la corona de Layo en sus sienes, el manto de púrpura en sus espaldas, iluminado por la felicidad que procura el mandar en bien de todos y marcada la frente con el nefasto sello de su horrible destino. La peste sin embargo diezma terriblemente á Tebas. Edipo investiga la causa de tal plaga y los medios de ahuyentarla. El oráculo dice que los aires continuarán pestíferos mientras aliente allí en ellos el asesino de Layo Edipo quiere saber quién sea y consulta el mago más profeta y sabio de toda la comarca Pocas escenas tan trágicas cual esta, verdaderamente sublime Ciego el adivino para las cosas presentes y materiales, ve la idealidad etérea de lo pasado y lo porvenir. Por ende ha visto el crimen que inocentemente perpetrara Edipo y la expiación que le aguarda. Así resístese á las interrogaciones del culpado inculpable. Pero sus preguntas le asedian en términos de arrojarlo, contra su voluntad, á respuestas mezcladas con cierto dejo de ironía. Edipo se ciega de cólera insufrible ante la resistencia, y acusa nada menos que al adivino de la castigada muerte y le conmina con amenazadoras y coléricas palabras. Empujado por tamaña temeridad el adivino declara todo cuanto sabe. Impacientísimo Edipo con impaciencia vertiginosa por la verdad desnuda y completa, desconócela con ceguedad en cuanto la sabe con certeza. Una carcajada siniestra responde á la revelación trágica. Así despide al adivino y le refiere á Jocasta cuanto le han dicho. Jocasta se burla de las adivinanzas con él, asegurándole cómo su hijo, su engendro, destinado á la inmolación de Layo y al incesto con ella, murió expuesto en recóndita montaña. ¿Quién creerá ya en el mundo los oráculos? Apolo debe callarse allá en su templo de la orgullosa Delfos, y la terrible Pitonisa descender de la trípode sagrada, porque no la consultarán, después de tal engaño, en lo sucesivo, y no interpretarán sus palabras, faltas de significación por este palmario desacierto. Mientras los dos esposos departen así en confianza y en alegría sobre la vanidad y sutileza de los oráculos, llega desde Corinto un emisario con importantes nuevas. En seguida Edipo lo recibe y le pregunta qué trae. La noticia nefasta de la muerte de su padre Polibio y la declaración de que había sido él un hijo adventicio, encontrado expuesto en sitio apartado de un monte altísimo. Al saber esto Jocasta, que se había reído tanto del adivino y de su anuncio, ve toda la verdad y corre hacia su estancia para ocultarse á quien resulta, por fin, en cumplimiento de los hados, hijo y esposo suyo. El infeliz, aunque advierte la turbación de Jocasta y el gesto con que ha dejado su presencia, lo atribuye todo al horror causado en su orgullo regio al saberse casada con un mísero expósito. Edipo, en su ignorancia, se cree todavía inocente y se burla de los dioses á más y mejor, después de sabida la muerte natural del padre á quien había conocido y la generación suya por desconocidos, que le da perfecto motivo para creerse feliz engendro de la próspera fortuna. El coro mismo, el pueblo, propicio á un rey que lo ha libertado en otro tiempo de la esfinge y que ahora lo libertará de la peste, se pregunta si por acaso resultará hijo de una ninfa semidiosa ó de un dios aficionado á la umbría misteriosísima de los pinos y al melodioso cantar de las campiñas. Pero poco á poco todas estas interrogaciones van abriendo la memoria del infeliz al recuerdo viejo de que un día mató á temerario anciano en desfiladero de la Focia, y liga esto con la nueva anunciada por Corinto de que lo descolgaron niño de una encina donde lo habían colgado con correas en la garganta del Citerón Entre tantas perplejidades quiere de nuevo consultar á Jocastra, y Jocastra en su vergüenza y en su dolor acaba de ahorcarse, y la encuentra muerta y suspendida del techo de la nupcial cámara donde se ha cometido el incesto. Entonces Edipo coge las áureas agujas en forma de corchetes con que Jocasta suspendía de sus hombros el regio manto, y se saca los dos ojos. Nada tan trágico y terrible como la figura del criminal inocente que ha puesto empeño sobrehumano en vencer al destino y ha resultado vencido por la fatalidad reinante sobre todo el universo y contra la cual una gran parte de nuestra íntima libertad propia se rompe y estrella. Así, cuando vemos á este bienhechor de su pueblo que ha libertado una comarca entera de plagas horribles con sólo descifrar un enigma, después de haber vencido á la muerte, desgraciado, ciego, errante, hijo parricida, marido incestuoso, padre infeliz, transmitiendo á sus hijos el vínculo perpetuo de un deshonor eterno y la herencia inextinguible de una fatalidad verdaderamente adversa, nos parece ver la condensación de las lágrimas que se han vertido en todos los dolores y de la sangre que se ha derramado en todas los crímenes á causa de la irremisible contingencia que acompaña eternamente á nuestra especie.

II

Y puesto que hablamos por fuerza de irremediables desgracias, hablemos de la imperante hoy sobre las familias papales romanas Lo muy longevos que han sido estos Papas reinantes en la segunda mitad del siglo, lo muy contraria que resulta la ruina del poder temporal pontificio á sus antiguos dignatarios y cortesanos, lo muy nivelador de las leyes liberales de desvinculación y desamortización, todo cuanto sucediera en los últimos lustros ha destruído ese patriciado, que tenía palacios como los regios de nuestra Europa, bosques y jardines tan extensos como los últimamente plantados y arreglados por las primeras capitales, galerías de cuadros y estatuas tan ricas en artísticos objetos como los Museos capitales del mundo. Así el príncipe Borghese ha tenido que vender al barón Rothschild su retrato maravillosísimo de César Borgia pintado por el divino Rafael. Con esta ocasión y motivo hase disertado mucho acerca de la controvertible autenticidad del retrato y mucho más aún acerca de si lo pintó Rafael ó no. Yo digo que si no es el retratado César Borgia, debe serlo, según se parece al monstruo que nos ha legado la tradición; y si el retratista no es Rafael, debe serlo por el mérito sobrehumano de tan excelsa pintura. Con esta ocasión y motivo casi todos los escritores hanse parado á contemplar el prototipo retratado por el altísimo maestro. Parémonos ¡ah! nosotros también y contemplemos á César Borgia. No me parecen baladíes la enseñanza desprendida del conjunto de sus desgracias y el conocimiento que se aquista, contemplándolo, de su extraña época. César, dominando en todo á su padre Alejandro VI, juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero exigido es que lo redima el padre de su carácter sagrado y que lo arranque su capelo, con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y hetarias, con una turba de conspiradores á un lado y á otro lado otra turba de esbirros y de asesinos; pasando desde las guerras á las orgías, desde las orgías á los asesinatos; especie de demonio nacido con toda la hermosura física y

toda la fealdad moral que debió tener el ángel caído en la hora misma de su rebelión y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento sólo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar y en hacerse con una mujer cualquiera, en cuya dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, César Borgia recogió de Francia un ducado, comienzo á mayores empresas y á mayores medras. Llamóse duque de Valentinois, y como tal, prestó su homenaje al rey francés. Aún recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia en cantidades fabulosas todos los beneficios vacantes. Presentóse César el día de su partida como una aparición fantástica de caballeresca novela: sobre la espaciosa frente, gorra cubierta de vistosísimas plumas prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo, traje de damasco blanco relumbrante de pasamanerías y de bordados; á la espalda, la capilla francesa de damasco negro; al cuello, deslumbrador collar de fabulosa riqueza; y en torno, un cortejo como jamás lo tuvieran los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que piafaban de orgullo y relucían deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de oro y sus herraduras de plata. Y había para qué. Este bastardo de obscura mujer romana, este hijo sacrílego de epicúreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladrón con corazón ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa real de Francia y tuvo por mujer á toda una hermana del rey de Navarra. Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con regias familias de Europa, ningún obstáculo se podía oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningún freno á sus apetitos, ningún valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa. Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo sólo en él podía compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos vayan á París ahora deben pedir que les muestren aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábiga que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada más griego que su perfil olímpico, nada más pérfidamente engañador que su sonrisa tranquila, nada más vasto que su frente espaciosa, nada más gallardo que su apostura caballeresca, nada más elegante que su traje, ni nada más terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seducción, todo lo que puede encantar al sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar y dominar con esa especie de fluido, al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta, como si quisiese someterle por la seducción á todas las mujeres y por la fuerza y la energía á todos los hombres. Abríanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increíble. Pocos han conocido menos la virtud ni han acertado más á fingirla. Actor de primer orden, la máscara más espesa se sobreponía con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan cualquiera ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caídas súbitas del milano sobre el pajarrillo, desplomándose de los abismos cerúleos en la espalda de su presa para cogerla y llevársela ensangrentada, con la rapidez del relámpago, á la vaguedad del aire. La bondad y la crueldad le eran igualmente congénitas y las ejercía indiferente una y otra, según las necesitaba. Nadie más avaro en adquirir ni más pródigo en dar. Todos los caminos le aparecían iguales, con tal que condujesen á su meta. El mismo desprecio tenía por las personas que por las cosas; y como rompía una joya ¡oh! asesinaba á un hombre. Tuvo todas las grandezas; la religión, el arte, la ciencia, el poder, la poesía, la política le iluminaban con sus resplandores y no supieron hacerlo grande, porque le faltó la única grandeza que granjea la verdadera inmortalidad, la grandeza moral. Los hábiles del mundo, los políticos de la razón de Estado, los adoradores de la victoria le llaman grande y digno de estudio y de envidia por haber sabido prescindir de la conciencia y haber encadenado la fortuna, mientras llaman pequeños y misérrimos y despreciables á hombres como Savonarola ó como San Francisco que sólo han sabido amar, padecer y morir. Pero en torno de César Borgia y de su nombre, las furias de la historia, coronadas de serpientes que silban y que derraman veneno de sus fauces entreabiertas, arrojan toda suerte de maldiciones, las cuales se dilatan de siglo en siglo y extienden el frío del odio de generación en generación, mientras en torno de San Francisco de Asís, en torno de Savonarola, como en torno de todos cuantos han sabido padecer y amar, los monasterios se levantan, las leyendas se cuajan, los peregrinos se congregan, los artistas se inspiran, los ideales se dilatan y las esperanzas vuelan; porque sus ideas y sus recuerdos son como rayos de luz y de calor espiritual que todo lo vivifican y engrandecen. Aquel genio brilla, pero como brillan los cometas. Ha conquistado á Sinigaglia; ha rendido á Faenza; ha dominado á Bolonia; ha combatido á Florencia; ha puesto sus plantas sobre la cerviz de Roma; ha enviado sus condotieros á los cuatro puntos del horizonte como los lebreles para que le cacen castillos, condados, reinos; ha sometido los barones feudales; ha mandado ejércitos; y sin embargo, todas estas grandezas pasaron como el humo de sus orgías, como el eco de sus bailes, como las carcajadas de sus placeres, á causa de tener por objeto único el propio engrandecimiento y la propia medra; que sólo resultan grandes y duraderos los servicios prestados á nuestros semejantes, á los pueblos, á la humanidad; y aquel que únicamente se cura de sí propio, se achica de seguro á los ojos de la posteridad y se suicida moralmente en la historia.

MI MODELO, cuadro de Andrés Petroni

III

Un bajo relieve muy hermoso ha colocado en sus palacios el Parlamento francés, la escena de los Estados Generales, en que Mirabeau, por una sugestión del genio nativo suyo, fundó el régimen parlamentario moderno, convirtiendo las monarquías absolutas en constitucionales y proclamando el gobierno de las naciones por sí mismas. Esta idea de una entidad superior y personal, con inteligencia y voluntad propias, llamada nacionalidad, que reemplazaba la idea imperial romana del soberano antiguo, surgió, cual nuestro Decálogo entre las zarzas encendidas del Oreb, en una centellante y sublime tempestad. Recorriendo las galerías de la Exposición Universal última encontrábase con gusto en aquella donde campeaban las esculturas un hermoso grupo, cuyas dos principales figuras eran el marqués de Brezé apremiando á los Estados Generales para que se disolviesen, y el tribuno de la revolución, Mirabeau, respondiendo á nombre de los diputados allí presentes que los había reunido la voluntad nacional y la voluntad nacional tan sólo podía separarlos ó disolverlos, como en lenguaje parlamentario ahora se dice. A la verdad el escultor ha con sumo arte agrupado las figuras y puesto ademanes expresivos en escena un poco violenta, y por lo mismo, de difícil desempeño para el arte que pide serenidad con armonía en los personajes y en los asuntos. Con tal ocasión hase disertado mucho acerca de las palabras dichas por Mirabeau en tan gloriosa y crítica ocasión. Como no había taquígrafos, imposible cosa fijar con exactitud el fulminante período, dificilísima. Unos dicen que si dijo á Brezé: «Marchaos y decid á vuestro amo nuestra respuesta;» y otros dicen que si Mirabeau le hubiera dicho que tenía un amo al noble francés, lo hubiera éste desafiado. De todas suertes, la escena tuvo una importancia tal, que todavía dura en la historia contemporánea. El rey quería dar en aquella ocasión una carta otorgada. Mirabeau comprendió que si al rey se le dejaba la facultad exclusiva de hacer bien, el rey aparecía como el patriarca antiguo, como el padre de la familia francesa, como la Providencia divina, como el dispensador de la justicia y de la gracia, volviendo la nación á su minoridad y la asamblea del pueblo á su antiguo carácter de cortesana en los palacios. Así, con aquella rápida inspiración propia del orador, con aquel don de la oportunidad propio del estadista, en la fórmula breve, correspondiente al minuto supremo y crítico, declaró que lo dicho por el rey podía ser la salud de la patria si no fueran siempre dañosos los presentes del despotismo. El lujo de la monarquía, el aparato de las armas, la violación del templo nacional, el mandatario de todos erigido en providencia para todos, el que debía recibir leyes dándolas, el que debía oir los debates pervirtiéndolos, todas estas consideraciones surgían á su mente y le hablaban con tal fuerza que le imponían una frase, la cual brotaba por sí misma de sus labios como si fuera la palabra suprema del espíritu humano, á saber: la invocación á la propia dignidad para que, guardando todo el culto debido á la santidad del juramento, decidieran no separarse hasta haber dado á Francia una constitución. En esto el maestro de ceremonias le interrumpe en nombre del rey. ¡Momento supremo! La monarquía ha dejado el salón después de sus vanas orientales ceremonias, conjuros de lo pasado, y lo ha henchido la palabra de Mirabeau, cargada con el espíritu moderno. A esta tempestad donde fulguran tantas ideas, en cuyas ráfagas la conciencia humana se fecunda, opone la corte, no otra palabra, no el arma de sus ejércitos, la vara mágica de su maestro de ceremonias. Imaginaos al marqués de Brezé con sus zapatos de raso blanco, sus medias de seda, su justillo recamado de oro, su capeta de terciopelo al hombro forrada de marta cebollina, sus collares y cruces al cuello, su gorra con un bosque de plumas en la cabeza, y en la mano vara de marfil con que dirige las bizantinas ceremonias, frente á frente de aquel coloso, de aquel monstruo, de aquel atleta, de aquel Mirabeau, vestido de negro como un misterio, en la fuerza de su genio, en la creación de sus discursos, poseído de sus inspiraciones, la cabellera agitada por los estremecimientos de la idea en el cerebro y del cerebro en el cráneo, los ojos centelleando esos relámpagos del sentimiento humano tan sublimes como los relámpagos del alto Sinaí, las manos crispadas por la emoción y la frente fruncida por el trabajo creador de numerosas producciones, y decidme si de aquellos dos mundos en presencia no representaba el uno la vana liturgia de lo pasado y el otro la vívida llama que renovó el mundo. Así no es maravilla que el marqués de Brezé hablase muy bajo y el presidente y los diputados no oyesen lo que hablaba. «¡Más alto, más alto!,» claman de todas partes. «Señores, habéis oído las órdenes del rey,» gritó entonces el cortesano. «Sí, las hemos oído, respondió Mirabeau; hemos oído los propósitos sugeridos al monarca; y vos, que no podéis ser su órgano en los Estados Generales, vos que no tenéis aquí asiento, lugar ni palabra, vos no debéis ser quien nos recuerde su discurso. Sin embargo, para evitar todo equívoco y todo aplazamiento, os declaro que si os han encargado de expulsarnos, debéis pedir órdenes para emplear la fuerza, porque reunidos por la voluntad de la nación, sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas.» A este rasgo sublime de elocuencia, que tenía la concisión, la oportunidad, la fuerza requeridas por la situación, se junta el universal voto de los diputados con una fervorosísima aclamación llena de entusiasmo, en la cual iban como encerrados todos los derechos de los pueblos estallando frente á frente de todas las excepciones del privilegio. «¿Puedo llevar al rey esa respuesta?» preguntó el noble cortesano aterrado por aquella manifestación y deseoso de abandonar aquel sitio donde le faltaba la respiración. «Llevádsela en buen hora,» respondió el presidente. En efecto, su propio maestro de ceremonias le llevaba la sentencia de muerte al antiguo absolutismo.

Madrid, 25 de octubre de 1891

NARRACIONES

¡ALELUYA!

La Iglesia unía en matrimonio al promigénito de un título de Castilla con la única hija de un opulento banquero, y se celebraba misa de esponsales en una aristocrática capilla.

María de Avilés, acompañada de una prima suya, viuda y joven, llegó al templo momentos antes de principiar la ceremonia.

Hallando la nave atestada de convidados y curiosos, y no queriendo quedarse á la puerta ni llamar la atención atravesando el apiñado gentío, las dos primas abrieron una puerta que daba cerca del vestíbulo, subieron una escalera enfilaron un largo corredor, débilmente iluminado por un alto tragaluz, y se metieron en una tribuna situada á un lado del altar mayor.

A juzgar por el aire resuelto de las dos mujeres, aquellos parajes debían serles familiares.

Deslumbradas por la luz exterior no vieron de pronto dos personas que se hallaban en aquel discreto recinto. Cuando sus ojos se hubieron acomodado á la escasa claridad que penetraba por la celosía, percibieron en un ángulo de la tribuna una señora arrodillada y un caballero apoyado de codos en el antepecho.

Después de haber orado un momento de hinojos, la señorita de Avilés y su compañera ocuparon las dos únicas sillas que parecían vacantes.

En seguida sentóse también el caballero, de manera que su silla quedó casi pegada á la de María.

Él y ella hicieron un movimiento de sorpresa. Acababan de reconocerse y daban señales manifiestas de encontrarse en una situación embarazosa.

Pocos meses antes habían sido los protagonistas de una historia de amores, muy comentada entre sus conocidos, y se veían ahora por primera vez, después de un ruidoso rompimiento.

Ambos eran jóvenes, tan ricos en bienes de fortuna como en dotes personales.

Hubo entre ellos palabra de casamiento: pero, con gran sorpresa de todo el mundo, el diablo echólo todo á rodar cuando ya se hacían los preparativos de boda.

Cada cual explicó á su modo el fracaso de aquel magnífico proyecto; porque el verdadero motivo no lo supo nadie más que los novios y una tercera en discordia.

Noble, altiva, algo romántica, de elevadas ideas y delicados pensamientos, devota sin fanatismo, aunque algo supersticiosa en materias del corazón, María de Avilés encerraba un alma hermosa en un cuerpo estatuario. Era la Venus de Milo – antes de romperse los brazos – con el espíritu de Minerva.

Juan de Leine, que así se llamaba el gallardo joven de la tribuna, hubiera podido pasar por descendiente en línea recta de su tocayo el seductor de Doña Inés, pues había empleado lo mejor de sus rentas y de sus años en continuar dignamente las aventuras del legendario burlador de Sevilla.

Acostumbrado á ablandar corazones con el fuego de sus ojos y de su diabólica elocuencia, vió estrellada su voluntad en el vano empeño de dar por tales procedimientos amorosa vida á una estatua.

Renunciando, por fin, á toda idea de conquista, aspiró á ser hasta el pie del altar el Pigmalión de aquella nueva Galatea.

Y cuando el éxito iba á coronar su brillante empresa, la deidad, transformada en tierna amiga por un milagro de amor, volvió á convertirse en frío mármol por un prodigio de amor propio.

Don Juan quería recibir de mano del sacerdote una hermosa hija de Dios, sin renunciar á la posesión de una encantadora hija del diablo; y en el pecado llevó la penitencia, pues la dignidad de la virtud se sublevó en el alma de María contra aquella concesión otorgada al vicio.

Rápidamente repuesto de la turbación que le produjo su inesperado encuentro con la joven en la tribuna de la capilla, pensó que caía en ridículo siguiendo en aquella tímida actitud, propia de un colegial puesto en el primer apuro.

Recobró, pues, su habitual aplomo, y como si continuara una conversación interrumpida momentos antes, dijo en voz baja, casi al oído de María:

– En estas misas de boda, de todo se habla menos de religión; se discuten las cosas más profanas del mundo. El templo de Dios se convierte en un salón de pecadores, y sobre todo de pecadoras, donde circulan noticias en vez de oraciones. Diríase que por temor de que los desposados sean demasiado felices, nadie quiere rogar á Dios por ellos.

En otras circunstancias, María hubiera soltado seguramente la risa, al oir á aquel diablo convertido en predicador; pero en su actual disposición de ánimo, conservó la gravedad de que se había revestido.

Viendo que sus consideraciones no alteraban la correcta inmovilidad de la señorita de Avilés, y temiendo la humillación de una retirada bochornosa, Juan pasó audazmente de la observación á la pregunta:

– ¿No es verdad que, observada desde aquí, la nave de este templo parece hoy un teatro en día de gran turno?

María hubiera preferido no contestar; pero conociendo la pertinacia de su antiguo novio, pensó abreviar aquella apurada situación doblegándose en vez de resistir.

– Semejante observación es muy propia de usted, contestóle secamente sin volverse. Sólo á un descreído se le ocurre comparar el santo sacramento del matrimonio con un espectáculo teatral.

– No dé usted una torcida interpretación á mis palabras. Comprendo que además de una ceremonia más ó menos espléndida, el matrimonio puede ser fuente de ventura.

Y añadió Leine después de una pausa:

– Al menos creo yo que lo hubiera sido para nosotros, si usted...

– ¿A qué abrir las heridas del pasado?, dijo María interrumpiéndole. Y abismó sus ojos en la lectura de un rico devocionario que llevaba en la mano.

– Es que sólo vivo del pasado, replicó el joven, y ya no gozo sino en el recuerdo de las heridas que recibió mi corazón.

– Pues yo soy tan desgraciada, que sólo vivo de lo futuro y únicamente confío en Dios.

Y la hermosa joven murmuró leyendo:

«Salva á tu alma, que fué creada para gozar de una dicha infinita. Ama á Dios y desprecia los bienes pasajeros, que engendran vicios y dolores.»

En aquel momento, el sacerdote cuya voz potente resonaba en la bóveda ojival de la capilla, dejó oir claramente estas palabras:

Beati omnes qui timent Dominum: qui ambulant in viis ejus.

– Escuche usted la voz del ministro del Señor, dijo María á su ex prometido que se inclinaba como para hablarle de nuevo.

– Me impresiona más la lectura de estas eternas verdades en ese libro, replicó él, y leyó señalando el salmo con el índice del devocionario:

«Bienaventurados los que viven en el santo temor de Dios y no se apartan de la senda por Él trazada.»

– ¿Esta usted seguro de haberla seguido alguna vez?

– ¿Cree usted que no comprendo la sublime poesía de la Iglesia?

Lectio Epistolæ beati Pauli Apostoli ad Ephesios, dijo el sacerdote en el altar.

– ¿Quién negará que la misa de boda es el cántico de los cánticos?, observó Leine.

Y señaló este versículo en el libro de rezo:

«Tu mujer será como abundante vid en el sagrado de tu hogar. Vuestros hijos serán en torno vuestro como un plantel de olivos. ¡Aleluya!»

– ¡Ay! ¡No todos pueden cantar *Aleluya!*

Mulieres viriis suis subditæ sint, sicut Domino... continuaba leyendo el cura.

Y Juan traducía:



RETRATO DE JUAN MONFORT, obra de Van Dyck. (Existente en la Galería de los Uffizi de Florencia)

«Que las mujeres estén sumisas á sus maridos como al Señor, porque el marido es el jefe de la familia, como Jesucristo el cabeza de la Iglesia.»

– La Iglesia es una, observó María, y usted falta á sus preceptos queriendo más de una mujer.

– Cuando amaba yo á varias, me hallaba fuera de la Iglesia.

– ¿Y ha entrado usted ya en su seno?

– Sí, porque comprendo lo que dice ahora el ministro de Dios:

«El que ama á su mujer se ama á sí propio...»

«*Quia membra sumus corporis ejus, de carne ejus et de ossibus ejus...*»

– Eso ya lo dijo Dios á Adán al presentarle á la primera mujer: «Es carne de tu carne y huesos de tus huesos.» Lo cual no impidió que Eva le faltase á la primera ocasión.

– ¡Oh! Para usted siempre es la mujer la que falta. Escuche usted la continuación de la Epístola:

«Por esto el hombre abandona á su padre y á su madre para unirse con su mujer »

– Y yo, comentó Juan, abandonaría familia, fortuna y patria para ir á vivir con una mujer en el desierto; porque entonces me llevaría el paraíso en el corazón.

– Son muy propias de usted esas estudiadas frases de efecto.

«*Benedicat vobis Dominus ex Sion, qui fecit cœlum et terram. Aleluya...*» dijo el sacerdote, y el auditorio se puso de pie para escuchar el Evangelio.

«*In illo tempore: Accesserunt ad Jesum Pharisæi...*»

Juan siguió leyendo en el devocionario por encima del hombro de María:

«...Los fariseos se acercaron á Jesús para probarlo; y le dijeron: ¿Es lícito al esposo abandonar á su consorte? Y les contestó: ¿No habéis leído que el Creador del hombre, en un principio, formólos varón y mujer para que fuesen dos en una sola carne?... Que el hombre no separe lo que ha unido Dios...»

– Tampoco hizo usted caso de las palabras del Evangelio, pues separó lo que Dios había unido.

– El es testigo de que, desde que la perdí á usted, la he buscado sin cesar.

– Por el camino que usted seguía, no era fácil que me encontrara.

– En vano traté de orientarme en el piélago de ideas y pasiones que agitaban mi vida.

Terminado el Evangelio, los fieles se habían sentado otra vez. Ambos jóvenes permanecieron un rato abismados en profundas reflexiones. Luego siguió el rezo del ministro del altar:

«*Deus, qui potestate virtutis tuæ de nihilo cuncta fecisti...*»

María elevó al Señor una ferviente plegaria para que iluminase el espíritu de aquel pecador cuya salvación le interesaba casi tanto como la propia.

«*...Deus, qui tam excellenti mysterio conjugalem copulam consecrasti...*»

Y el escéptico que de todo se había burlado hasta entonces, se sintió dominado por la majestad del sacramento del matrimonio. Siguió con tiernos ojos la mística mirada de María, y los fijó en estas palabras del devocionario, que traducían las del sacerdote:

«Haced que el yugo del esposo sea un yugo de amor y de paz. Haced que, pura, se case la esposa en Jesús. Que sea amable con su marido, como Raquel; prudente como Rebeca; longeva y fiel como Sara... Que unida á su consorte, no manche el tálamo nupcial con ningún amor ilegítimo... Que ambos esposos vean á los hijos de sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación.»

– ¿Empieza usted á comprender, le dijo María, las sacrosantas doctrinas de la Iglesia?

– No sé; pero se me figura que hoy recobro la perdida luz y la fuerza de obrar bien. ¡Oh! ¡Cuántas veces he tomado el fuego de las pasiones por la luz de amor ideal que atraía mi alma hacia lo ignoto! Mis ilusiones han naufragado una tras otra en el mar de los desengaños. Pero zozobras y reveses, naufragios y amarguras, todo lo bendigo si me conduce al fin á la tierra soñada. He buscado con ansia loca esa mujer de que hablan las Sagradas Escrituras; pero en vez de encontrar doncellas virginales, nacidas para ser esposas fieles y madres resignadas, la fatalidad ha puesto en mi camino hijas rebeldes, esposas adúlteras, mujeres infecundas ó madres fallidas, locas criaturas que pasan por el mal para llegar al bien ó para morir impenitentes Desorientado y aturdido, pasé yo por el lado de la felicidad sin conocerla. Como mariposa á quien sólo atraen las flores de vistosas galas, desprecié la humilde violeta, que guarda suaves perfumes para el alma y balsámica esencia para el pecho. Dios se ha dignado nuevamente enderezar mis pasos por el buen camino, y reconozco al fin en usted la mujer nacida para la virtud, para el matrimonio, para la familia; la compañera ideal que tanto tiempo he buscado. Sea usted tan piadosa como bella. Perdóneme, ya que estamos en el templo de un Dios de misericordia. Déjeme esperar que aún será otra vez unido lo que en mal hora fué separado.

Las almas más altivas se humillan ante el altar; y es que en la iglesia comprenden cuán grande es Dios y cuán pequeñas son las cosas de este mundo.

En un salón, María hubiera sin duda mirado á Juan desde lo alto de su desdén; pero allí, en el templo, tan cerca de una amiga á quien el acto imponente del matrimonio rodeaba de una santa aureola, sintió derretirse el hielo de su orgullo. Su mirada se encontró con la mirada del joven, y viendo reflejarse en sus ojos la sinceridad de sus palabras y la rectitud de sus propósitos, le contestó con toda la sencillez que puede brotar de unos labios ingenuos:

– Hace tiempo que mi madre espera la vuelta del hijo pródigo.

– Digna madre de un ángel como usted. Vamos á suplicarle que fije el día de nuestra boda. Ha llegado nuestro turno de cantar *¡Aleluya!*

Juan B. Enseñat

SECCIÓN AMERICANA

EL BEATERIO DE HUANUCO

(Conclusión)

Miguel se durmió seguidamente, y me disponía á imitarle cuando sentí un grito que lanzaba D. José, á tiempo que saltaba de la cama.

– ¿Qué es eso?, dije revolviéndome asustada y casi dando vuelta á la *cama*.

– Que aquí hay algo.

Como me habían dicho que los bichos andaban por allí á la orden del día, me figuré que alguna serpiente ó algún oso..., qué sé yo lo que pudo ocurrírseme. Pero ¡quiá!

D. José encendió un fósforo y vimos correr por acá y por acullá una manada de *cuyes* (conejitos de Indias), chillando como diablejos y ocultándose de la luz.

Los *cholos* seguían cantando y bailando, que se las pelaban; puse cuidado si cantaba la *chola;* hasta mi oído no llegó su voz, si es que volvió á cantar.

La luna entraba por un montante de cristales iluminando la pieza en donde estábamos; era esta grande, más bien larga que cuadrada, y tenía todo el corte de un comedor de mesón español.

Sería la una de la madrugada cuando se abrió la puerta que daba al corral, y entraron tres ó cuatro personas que con mucho sigilo pasaron por delante de mi cama, metiéndose en un cuarto cuya entrada quedaba á mi cabecera.

Al poco rato entraron otros, luego otros, conté hasta veintisiete entre hombres y mujeres. Todos debían dormir revueltos aquella noche; la principal habitación la teníamos nosotros y no podían extenderse más.

La última que entró fué la *cholita* cantora; Miguel dormía y la luna daba de lleno en su rostro, que la muchacha había de ver forzosamente al pasar por su lado. Tenía el joven Gallo el vicio de quejarse dormido, y precisamente en el instante que la *chola* se acercaba lanzó un lastimero quejido; ella se paró sorprendida. Dormía yo como duermo en este momento, pero no dije una palabra; quise observar sin espantar á la joven.

Escuchó; pronunció unas palabras en *quichua*, bajito, muy bajito, y se inclinó para darle un beso, al mismo tiempo que decía más alto y con acento tristísimo: «*¡ayguallá!*»

Ayguallá quiere decir adiós al amado, afán de volver á verle, pena por dejarle, mil y mil cosas que nosotros decimos con muchísimas palabras y los quichuas expresan con estas siete letras.

¿Besó la chola á Miguel? No lo sé; ella se inclinó sobre su rostro y él dió media vuelta para el otro lado.

Desapareció la *cholita* tras aquella puerta que tanta gente tragaba y no he vuelto á verla; quizás allí, en los brazos repulsivos de un *cholo*, amante ó marido, soñó con los del caballero rubio que había bailado con ella.

***

Nos levantamos al rayar el alba, y después de hacer nuestras abluciones en el río (no había mejor jofaina) y de peinarnos convenientemente, montamos de nuevo, y á las cuatro de la tarde hacíamos nuestra entrada en Huanuco, sorprendiendo á los que no nos aguardaban hasta el día siguiente.

De las preciosas quintas del camino habían ido saliendo apuestos jinetes que nos acompañaron hasta la ciudad, y desde aquel momento hasta catorce días después que regresábamos al cerro de Pasco ya no pudimos descansar ni dos horas seguidas.

Huanuco es una población encantadora; el plano, bellísimo y muy extendido á causa de las huertas de limoneros y naranjales que rodean las casas.

Su clima es cálido y sus frutas exquisitas, desde las más sabrosas, europeas, hasta las perfumadas de los trópicos. Las haciendas de caña y café encuéntranse diseminadas por las afueras, y en ellas viven sus dueños, ocupando palacios los más de ellos, con todas las comodidades que pudiera tener un sibarita.

¡Qué días más agradables!

¿Quién ha dicho que se vive con los recuerdos?

¡Teníamos que multiplicarnos; imposible dar gusto á todo el mundo; nos disputaban, nos volvían locos en fuerza de agasajarnos!

¡Y qué hermosas mujeres había en Huanuco! Mis compañeros de viaje me hicieron algunas confidencias que probaban lo que digo.

A pesar del mareo que yo traía con fiestas, banquetes, correteos á caballo y demás, quise ver el Beaterio; me había hecho invitar la superiora y no podía dejar de cumplimentar la invitación.

Fuí una mañana con otras dos amigas, prometiendo salir al poco tiempo; los caballeros no podían entrar, nos aguardarían fuera; pero eran las cinco de la tarde cuando salimos de aquella mansión de reposo, en donde pasé horas deliciosas.

Sesenta y dos años hacía que allí estaba encerrada la superiora y contaba sesenta y cuatro de edad; era una mujer pequeña, gruesa, de fisonomía franca y expresiva: en el mundo hubiera pasado por señora de carácter alegre; allí me pareció el mejor anzuelo para la clausura: ¿quién, tratándola, podía tener miedo á la celda?

Había en el Beaterio, como pensionista, una señora de las que nosotros llamamos de piso; era rica, vivía con lujo, sostenía pleitos en el mundo, contaba en su historia algunas amorosas, salía á la calle cuando se le antojaba y tenía un perrito de lanas, Aromito, al que enseñaba mil monerías para matar sus ratos de ocio que debían ser muchos.

Esta señora gastaba miriñaque el año 1881: me parece que ya está hecho con esto su retrato.

Ni la señora pensionista ni las monjas nos dejaron salir á la hora de comer: fué necesario acompañarlas todo el día, oir cantar á las niñas, probar los dulces especiales que cada una hacía, para que comprásemos muchos, muchísimos (contribución indirecta); pasear por la puerta, refrescar á la sombra de los naranjos, comer del sabroso fruto... en fin, que me seducía el programa. ¡Pasar un día dentro de un convento! Aquel era mi sueño dorado.

No me parecía suficiente, sin embargo: yo hubiera querido que cada monja me contase su historia, que me refiriese hasta el último secreto de su pecho... y nada, allí todo el mundo revelaba una felicidad insultante, una alegría franca, una expansión envidiable; nadie se enojaba: las unas mandaban y las otras obedecían sin replicar, reían, subían á los árboles para coger la fruta, se sentaban como yo sobre la hierba y no se acordaban de rezar entretanto nosotras estábamos presentes.

Reían á carcajadas con los recados que enviaban los caballeros para que saliésemos, y contestaban con agudezas á las súplicas de que les dejasen entrar.

¡Y qué café tan exquisito nos hizo saborear la señora del miriñaque!

Era de sus huertas, y el café de las huertas de Huanuco tiene merecida fama entre los aficionados peruanos.

Cuando más alegres, contentas y gritonas saltábamos por el huerto de los naranjos, divisé en una reja alta una joven religiosa, pálida, demacrada: parecía un espectro.

– Madre, ¿qué tiene aquella hermanita?, pregunté con mucho interés.

La superiora levantó la cabeza y dirigió una mirada durísima á la ventana.

– Nada, me dijo; está enferma... y como no debía asomarse á la ventana...

– Mentir es pecado, madre, y usted me está engañando.

– No, no, respondió sonriendo dulcemente.

– Sí, sí. Vamos á ver: ¿por qué está castigada aquella monja?

– ¿Pues quién le ha dicho á usted que está castigada?

– ¡Hola! ¿Conque he adivinado?

– Sí, está castigada.

– ¿Cuánto tiempo hace?

– Un año... Está demente.

– ¡Jesús! ¡Un año! ¿Pues qué ha hecho?

– Niña, niña, la curiosidad también es pecado.

– Madre, yo quiero saberlo, necesito saberlo, no podría descansar si no lo supiera.

– Pues está castigada por haberse escapado.

– ¿Con quién?

– Sola

– ¿Y dónde la encontraron?

– En el camino del Cerro de Pasco, á pie...

– ¡Pobre mujer! ¿Y para dónde iba?

– No quiso decirlo ni ha podido sacársele una palabra.

– Madre, yo necesito hablarle á solas.

– ¡Imposible! Está prohibido.

– Para mí no.

– Para todo el mundo.

La madre negando y yo insistiendo me salí con la mía, después de haber prometido cincuenta duros para la fiesta de San José, que aquel año se hizo por mi cuenta.

Subí á la celda en donde estaba encerrada la monja, y como el trato era que yo le había de hablar á solas, salió la superiora, que me acompañaba, después de haberle dicho algunas frases en quichua.

El cuadro que se presentó á mi vista fué tristísimo. Era una celda casi cuadrada, de paredes sucias, en las cuales apenas se conocía la tosca brocha del albañil, y la única cosa agradable que tenía era la ventana de fuertes barrotes, por la cual entraban la luz y el sol á torrentes, mezclados con el penetrante aroma de los azahares.

Al quedarse sola conmigo elevó al cielo los ojos y cayó de rodillas, balbuciendo frases en idioma indio.

Procuré levantarla y vi con espanto que tenía grillos.

– ¿Para qué? ¡Dios mío!, me pregunté. ¡Si esta infeliz ni tiene fuerzas ni puede escapar por ningún sitio!

La obligué á sentarse en la paja que se veía extendida sobre un tablado de pino, y también yo me senté á su lado.

– Cuénteme usted, hermanita, cuénteme usted sus penas, le dije. ¿Por qué huyó usted de esta casa? ¿Adónde iba usted?

La desgraciada dudaba de mí; era la primera persona que la visitaba, y creyó que me habían enviado para arrancarle una confesión que se negaba á hacer. Cuando se convenció de mis intenciones, cuando le



EN EL CORRAL, cuadro de D. José Arpa

luego: primero sepa usted mis desgracias Me llamo Domitila, aquí soy sor Angelina, pero yo no voy á referir nada de aquí; estoy en el mundo, en el mundo, sí, señora, porque usted me trae los ecos del mundo... el mundo... el mundo, decía como si desvariase... Pues yo me eduqué en esta casa, mi madre me puso aquí para que recibiese educación religiosa; tenía miedo á la sociedad, tenía miedo á los hombres; mi madre era una *chola* rica con ribetes de señora y quería que yo saliese una señorita, para que no me casase con ninguno de su clase. Tenía diez y ocho años cuandó salí del convento; en mi

la comida el baile, el canto; yo sabía algunas *Tristes* que me habían enseñado aquí, y tocaba un poco el piano; él me dijo que mi voz y mi dulzura le habían vuelto loco. Bailamos juntos toda la noche. Yo no había visto hombres jamás... á mis hermanitos, á mis tíos, á mis primos; pero ninguno era como aquél Me sentía mareada: olía á rosas, á jazmines, á piña, á naranjas, á todo; no pude saber á qué me olía, pero me mareaba, me mareaba, y dos ó tres veces estuve á punto de caer; él me sostenía, me sostenía en sus brazos y yo sentía un placer tan grande que me apoyaba como si me apoyase en mi madre ó en la Virgen. Yo no sabía bailar; aquí bailábamos solamente *cachuas* por broma, pero tenía buen oído para la música y la seguía sin perder el compás: él decía que yo lo hacía muy bien. Era forastero, limeño, estaba aquí de paso; le pregunté cómo se llamaba, no me habían dicho sino el apellido cuando me lo habían presentado... el Dr... ¡casi lo digo! y no quiero, es pronto Sus amigos le obligaron á cantar, y cantó; cantó, señora. Jamás había oído yo voz semejante ni aquellas canciones: todo era de amores, de amores. ¡Qué feas me parecían las plegarias que había yo cantado en el convento! También cantó en otro idioma: «Stella de nostro amor,» decía, no se me ha olvidado, no se me olvidará. Tengo aquí la voz (señalando á los oídos) y aquí la música, y aquí su retrato, golpeándose la frente.

– Cálmese usted.

– Si no me hace daño; me parece que revivo: poder hablar de esto, poder contarlo, creer que usted se lo dirá, porque se lo dirá usted en cuanto llegue á Lima, ¿verdad?

– Sí, se lo diré todo.

– Bueno; pues acabaré. Habíamos bebido mucho y hablado sin cesar y bailado y... yo estaba sofocadísima y me saltaba el corazón. Después que hubo cantado quedé mirándolo extasiada, no sabía lo que pasaba por mí, pero pasaba algo muy grave; me habían dicho que había que temer á los hombres, y yo le temía: lo miraba con ganas de besarlo, de abrazarlo, de acariciarlo mucho... y no me daba miedo. ¡Si me parecía cosa propia! ¡Si creía que había vivido siempre á su lado! Me sacó al patio y me hizo sentar en la hamaca; se sentó á mi lado, rodeó mi cintura con su brazo y me estrechó muy fuerte; yo también lo estreché; era lo que deseaba; él había adivinado



INTERIOR DE MI ESTUDIO, cuadro de D. José Arpa. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín, 1891.)

dije quién era y por qué estaba en Huanuco, me echó los brazos al cuello diciendo:

– ¡Ah! ¡Usted viene de Lima! Usted le conocerá.

– ¿A quién?

– A él; luego diré su nombre; ahora no, luego,

casa se celebró con una gran fiesta el acontecimiento; hubo muchos convidados, muchos caballeros que hicieron á mi madre la honra de asistir muchos. no... no había más que uno, yo no vi más... ¡Qué hermoso era!... Usted debe conocerlo. Después de

sin duda mis deseos. Me dió muchos besos, que yo le devolvía como si besase á un niño Jesús... ¡Qué palabras tan bonitas me decía!; como se las decíamos nosotros á la Virgen Me rogó que le dejase entrar en mi cuarto; precisamente comunicaba con un huerto



CATEDRAL DE LEÓN.–SILLERÍA DEL CORO.



LA NOCHE, escultura de **Miguel Angel**. (Existente en la capilla de los Médicis, en Florencia.)

de limoneros; era una celda preciosa adornada por mi madre con tanto gusto... Me dijo que en el patio entraba y salía la gente, que no podía decirme todo lo que deseaba, que le dejase verme cuando se marchasen todos, que me retirase pronto para que se deshiciese el baile, que él saltaría la tapia... Accedí á todo y lo hice como me había rogado, pero se lo comuniqué á una criada destinada por mi madre para servicio mío.

– Eso es pecado, niña, me dijo.

– ¿Pecado?, no lo creas.

– Sí, un pecado, muy pecado y muy grande.

– Bien; pues mañana iré á confesar y ya está listo. Se hizo todo como él deseaba: la criada nos ayudó sin escrúpulo en vista de que al día siguiente pensaba confesarlo, y él pasó la noche conmigo. Cuando por la mañana me levanté, se me acababa la vida, quería volver á verle, no podía vivir sin él, ni pensaba en la confesión; pensaba en mi amor, en mi amor... él me había dicho que aquello era amor. La criada me recordó que debía ir á lavar el pecado cometido, y fuí con ella misma. Cuando me levanté de los pies del confesor estaba medio loca: me había negado la absolución; me dijo que estaba condenada, que mi alma ardía ya en los infiernos y que necesitaba profesar en el Beaterio para que Dios me perdonase, si no quería perder la gloria y abrasarme en las llamas del fuego eterno. Horrorizada me encaminé al convento sin volver á casa y no quise recibir á mi madre cuando pretendió verme; el confesor por un lado, y la criada, á quien yo veía, por otro, mantenían constante mi terror al infierno; la sirvienta lloraba creyéndose condenada conmigo por haber sido cómplice. Mis sufrimientos eran horribles; en mis oraciones mezclaba las frases que yo había oído aquella noche y me exaltaba hasta volverme loca. Profesé, sin saber nada de él; no sé si me buscó; nadie más que la criada me hablaba de aquel hermoso demonio, y ésta me dijo que había marchado. Al poco tiempo de pronunciar los votos eran mayores mis torturas; cuanto más imploraba á la Virgen que apartase su imagen de mi pensamiento, más me la presentaba.. Todos me abandonaban, hasta la Virgen... Mi pecado, tenía razón el confesor, era monstruoso. ¡Dios estaba enojado!... ¡Su madre no quería escucharme! Cuando me convencí, porque de él no podía olvidarme, de que no había salvación para mi alma, ya no pensé sino en huir. en llegar á Lima como fuese, pidiendo limosna, y acechando la ocasión llegó por fin. Escapé; me persiguieron y me encontraron á los dos días, muerta de cansancio, de hambre y de fatiga; me volvieron aquí... Aquí estoy... condenada todavía, ¿verdad?, condenada, eternamente condenada.

– No. Dios perdona á los inocentes, á los desgraciados. ¿Qué culpa tiene el niño á quien dejan dormido al pie de una fogata, si dando la vuelta cae en las llamas y se abrasa? Usted es inocente y Dios lo ve todo, lo oye todo y todo lo perdona á las criaturas desgraciadas como lo es usted. Vamos, dígame ese nombre que no quería pronunciar, yo le hablaré de él si lo conozco: ¿quién es?

La monja, con las pupilas dilatadas, la cabeza temblona y las manos perláticas, pronunció un nombre y un apellido que me eran muy conocidos.

Una idea rápida como el rayo hirió mi pensamiento.

– ¡Pobrecito!, dije.

– Pobrecito, dice usted, ¿por qué?

– Porque ha muerto en la defensa de Arica.

Sor Angelina sonrió con placidez, me estrechó las manos, levantó los ojos al cielo, y al bajar los párpados rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

– ¿Verdad que vale más morir heroicamente en defensa de la patria, que vivir sufriendo como usted sufre?

– Sí, pero ya no sufro; él está en el cielo, él ha rogado á Dios por mí y Dios me perdona; usted me ha traído el indulto. Ya estoy tranquila. ¡Ha muerto! Allá nos veremos. ¿Cuándo será? Pronto. Ahora sí que tengo esperanzas de verle.

Me despedí: – ¡Adiós, Domitila!, le dije.

– Sor Angelina, señora, Sor Angelina.

Salí del Beaterio muy impresionada y diciéndole á la superiora:

– Ya pueden ustedes soltarla, está curada y será mientras viva, poco tiempo acaso, una religiosa ejemplarísima.

Yo había mentido á la enamorada monja. ¡Si le hubiese dicho la verdad!... Su amante de una noche no había muerto ni se había batido en parte alguna: era un libertino sin conciencia, y cuando estuviera en Huanuco hacía un año que contrajera matrimonio con una millonaria de edad madura.

Un mes después lo vi; le conté el caso, y no conservaba más que un vago recuerdo de la infeliz reclusa del Beaterio.

Eva Canel

NUESTROS GRABADOS

Catedral de León. Pinturas murales del ábside.—Catedral de León. Sillería del coro. – «Al desembocar por la angosta calle del Cristo de la Victoria en la vasta plaza de la catedral, ofrécese á los ojos el más gentil espectáculo que pudo combinar el arte y crear la fantasía. Descubierto por el frente y por el flanco, dominado por las agujas de crestería de dos altas y robustas torres, erizado de pináculos y botareles de varias formas, reforzado por contrafuertes y arbotantes, ceñido de andenes y calados antepechos, perforados de arriba abajo sus muros por dos órdenes de ventanas ojivales, presentando triple portada al Occidente y triple portada al Mediodía cuajadas de primorosas esculturas, tiéndese cuan largo es y elévase á su mayor altura el grandioso monumento, permitiendo abarcar en una sola mirada su incomparable armonía.» Así describe á la catedral de León, á aquel templo que tanto ofrece que estudiar para la historia del arte y cuyos detalles reunidos formarían por sí solos un museo, D. José María Quadrado.

Difícil empresa sería la de enumerar las bellezas que encierra la que fué basílica de Ordoño II, la *Pulchra Leonina*, conforme se la distinguió. Nos limitaremos, pues, tomando como base los detalles que damos á conocer á nuestros lectores, á significar que varias cuanto antiguas y notables pinturas consérvanse en aquel templo, entre ellas, aparte de las del ábside, la llamada del *Ecce Homo* y la del entierro de Jesús, curiosísimas por los trajes de las figuras y por sus pormenores. Median entre la sepultura del rey Ordoño y las de San Pelayo y San Alvito, colocadas á un lado y otro del trasaltar y expuestas sobre dos lujosos arcos á la veneración de los fieles.

No menor interés ofrece el coro, cuya sillería, obra de fines del siglo XV, ostenta bustos de personajes del antiguo testamento y efigies enteras de apóstoles y santos encerradas dentro de arquitos con arabescos y cobijadas por calados guardapolvos. De mayor mérito son las tablas contiguas á la entrada, en que aparecen la generación temporal de Jesucristo, la visitación, la caída de los ángeles y el descenso del Redentor á los limbos.

Mi modelo, cuadro de Andrés Petroni. – Digno de estudio y detenida observación es el tipo del modelo. En todos los países ofrece en el fondo los mismos caracteres, más ó menos salientes, según sea la clase á que pertenezca, ya que en las *modelos* existen jerarquías. La holganza, el lujo ó la miseria son las causas á que debe la mujer que se dedica á servir de modelo el origen de su profesión, y excusado nos parece consignar las diferencias que en ellas determinan la violencia ó la vocación. Las más de ellas son dignas de compasión, ya que tras de su sonrisa, de su aparente facilidad en poner al descubierto lo que las demás encubren, existen pesares, privaciones y seres desvalidos á quienes la labor de la modelo proporciona hogar y sustento.

Distínguense, sin embargo, algunas que constituyen un verdadero arcano, y á este propósito consignaremos un caso tan raro como curioso. No ha mucho tiempo contrajo matrimonio en esta ciudad un sencillo menestral con una joven de buena presencia, que por tenerla servía de modelo para el desnudo en el Círculo Artístico. El marido, que sólo tuvo noticia del oficio de su esposa á consecuencia de sus diarias ausencias del hogar doméstico, dirigió una carta al presidente del Círculo, manifestando que si su esposa seguía exhibiéndose en la clase de desnudo, así fuera para inspirar Venus Citérea ó Diana Cazadora, se suicidaría. Poco afectó la amenaza á la modelo, que continuó ejerciendo su oficio, por cuyo motivo el desesperado marido embarcóse para el Nuevo Mundo, dejando abandonada á su consorte que neutraliza su amor conyugal por el amor al arte.

Tal vez el tipo representado por el pintor napolitano Petroni debe pertenecer también á la clase ó categoría de la modelo catalana á que nos referimos.

Retrato de Juan de Monfort, obra de Van Dyck, existente en la Galería de los Uffizi de Florencia.— Esta obra de Antonio Van Dyck, rival, en el retrato, del Ticiano, consérvase en la galería de los Uffizi de Florencia. En aquella pinacoteca, única por la numerosa colección de retratos que atesora, existen algunas obras del célebre maestro, distinguiéndose entre ellas la que recuerda al descendiente de aquel Simón de Monfort, azote de la desgraciada Provenza, que en justo castigo á su crueldad pereció ante los muros de Tolosa, la ciudad do se hallaban condensadas las aspiraciones y libertades de la tierra lemosina. Los episodios de aquella luctuosa epopeya han inspirado recientemente al eximio vate catalán D. Víctor Balaguer su trilogía *Los Pirineos*, obra que aparte de su indiscutible mérito literario, tiene para nosotros el inapreciable de evocar el recuerdo de épocas que, si bien pasaron para no volver, despiertan el entusiasmo patrio y avivan el sentimiento que debemos albergar en el corazón por la tierra que nos vió nacer.

La historia consigna en sus páginas los nombres de Amaury, hijo de Simón, muerto durante las cruzadas en el sitio de Otranto, los de Guido, Felipe y Juan de Monfort, duque de Bretaña, chambelán, á juzgar por la llave que sujeta en el cinto, que es el personaje representado en el lienzo de Van Dyck, notable no sólo por el dibujo, sí que también, como todos los retratos de aquel pintor, por su colorido é inimitable expresión.

Interior de mi estudio, cuadro premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.—En el corral, cuadro de D. José Arpa y Perea. Si triunfos logra el autor de los cuadros que reproducimos, merecida recompensa son á sus afanes y laboriosidad Discípulo de D. Eduardo Cano y de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, debe á su aplicación y cualidades la plaza de pensionado que justamente le otorgó la Diputación de su país natal. Las Exposiciones nacional de Madrid, la general de Bellas Artes de Barcelona y la de Berlín, en que acaba de ser nuevamente distinguido, demuestran y justifican la distinción que se le concedió al comienzo de su carrera artística Joven, emprende con seguro paso el difícil y escabroso sendero que ha de recorrer el artista. Hoy constituye una esperanza, quizás lo porvenir reserva al pintor sevillano nuevos laureles si persiste en sus nobles propósitos de lograr, por medio de la labor y del estudio, unir su nombre al de sus compañeros y paisanos que tanto honran á España y á la morisca Sevilla.

La noche, escultura de Miguel Angel. (Existente en la capilla de los Médicis, en Florencia.) – La iglesia de San Lorenzo, emplazada en el mismo sitio que ocupó la consagrada por San Ambrosio en 393, es uno de los monumentos más interesantes de la antigua capital de Toscana y en el que tal vez descuella en toda su grandeza el genio y magnificencia de los Médicis. Bajo la dirección del célebre Brunelleschi procedióse á la reconstrucción del templo en 1425, y en su sagrado recinto existen obras de todos aquellos grandes artistas que como Donatello, Bronzino, Brunelleschi, Verrochio, Rosso, Miguel Angel, etc., merecieron la decidida protección de aquella ilustre familia á quien tanto debe el arte italiano. Erigida ó reconstruída la iglesia gracias á la munificencia de Juan y de su hijo Cosme de Médicis, compréndese cuán justificado había de ser el interés que mereció á sus sucesores y que en sus capillas escogieran la mayor parte de ellos sitio ó lugar de eterno reposo. La magnífica escultura que reproducimos, obra de aquel gigante del arte, Miguel Angel, forma parte del monumento de Julio II de Médicis, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico y tío Lorenzo II, cuyo monumento se halla frontero. Debajo de la estatua existen las dos figuras alegóricas del *Día* y la *Noche* que se supone concibió Miguel Angel para expresar la idea abstracta de la vida activa y de la vida contemplativa. Sea cual fuere su propósito, el resultado es que ambas obras son, como todas las del gran maestro, dignas de admirarse, ya que en ellas se halla impreso ese algo sublime que acusa el genio.

Además de las citadas estatuas existe en la capilla destinada á enterramiento de los Médicis el notabilísimo grupo no terminado de la Virgen y el Niño, obra de Miguel Angel, admirable creación en que se hallan reunidos el sentimiento del artista y la fe del creyente.

Dignas de mencionarse también son la estatua de San Cosme, ejecutada por fray Juan Angel Montereoli, y la de San Damián, de Rafael de Montelupo.

No menor interés despierta la capilla llamada de los Médicis ó de los Príncipes, construída en la época de Fernando I, bajo la dirección de Juan de Médicis y Mateo Nigetti Destinada en 1604 en que empezaron los trabajos á recibir el santo sepulcro que había ofrecido á los duques el emir Facardin, consagróla Cosme II á sepultura ó panteón de la familia ducal. Los muros hállanse revestidos de preciosos mármoles y la magnificencia de los Médicis obsérvase en la profusión y riqueza de los adornos que la embellecen. Allí los grandes maestros dejaron también muestras de su ingenio, y así como sorprenden las magníficas estatuas de bronce dorado de Cosme II y de Fernando I, obras respectivamente de Juan de Bolonia y de Tacca, maravillan los suntuosos mausoleos de Cosme I, de Francisco I y de Cosme III y los preciosos frescos que decoran la cúpula, obra de Benvenutti.

Junto á la capilla levántase la famosa biblioteca Laurenciana, fundación asimismo de los Médicis. El salón y el vestíbulo construyéronse en 1524 en presencia de los dibujos ejecutados por Miguel Angel, siendo terminados por Vasari.

Esta biblioteca, que fué la primera que con carácter público establecióse en Italia, formóse con las colecciones reunidas que poseyeron Cosme y Lorenzo de Médicis. La entrada en Florencia de los franceses acaudillados por Carlos VIII determinó su casi destrucción, puesto que se enajenaron la mayor parte de los volúmenes que contenía, y fueron adquiridos casi todos por el convento de San Marcos en 4.000 ducados A esta feliz circunstancia se debe la conservación de las obras importantes que aún existen, puesto que recogidas y conservadas por los monjes, fueron vendidos todos los libros en 1508 en la suma de 2.652 ducados al cardenal de Médicis, que después subió al solio pontificio con el nombre de León X, quien trasladó á Roma su adquisición.

Clemente VIII restituyó á Florencia esta parte geniosa del patriotismo de sus antepasados, encargando á Miguel Angel la construcción de un edificio apropiado para biblioteca junto á la basílica de San Lorenzo. Cosme I procedió á la colocación de los volúmenes y sus sucesores procuraron todos enriquecer con valiosos donativos tan importante fundación, ejemplo que imitaron también los particulares, entre ellos la duquesa de Albany, que cedió la que fué biblioteca de Alfieri.

Actualmente cuenta con una notabilísima colección de nueve mil manuscritos y libros tan raros como curiosos, tales como ejemplares de las primeras ediciones impresas de la *Biblia*. Entre los manuscritos que atesora merecen citarse un *Virgilio*, del siglo IV; *las Pandectas*, del siglo VII; dos manuscritos de Tácito, del siglo X; copia de otro del 395, procedente de un convento de Westfalia, descubierto por Arcimboldi durante el pontificado de León X; *El Decamerón de Bocaccio*, de 1384; un *Quinto Curcio*, del siglo X; cartas familiares de Cicerón, copiadas por Petrarca; un ejemplar de las obras de Horacio, procedente de la biblioteca de Petrarca, que contiene asimismo algunas cartas de este último; el famoso manuscrito de *Lengus;* varios escritos inéditos de Ticino; un evangelio asirio del año 583; una Biblia *in folio*, del siglo VI; un *Canzionero*, del siglo VIV, en el que figuran los retratos de Laura y el Petrarca, y por último una carta de Dante, escrita después de su destierro, rehusando el permiso que se le otorgaba para volver á Florencia, por no querer someterse á la condición que se le imponía de impetrar el perdón.

El guitarrista, abanico pintado por D. Mariano Fortuny. – Al igual de Rubens, Bouchery y Watteau, el artista reusense, gloria del arte patrio contemporáneo, fijó en la tela del abanico la gama de su brillante paleta para convertirlo de objeto frívolo y trivial en manifestación artística. El guitarrista, que oculto entre los pliegues que determina el varillaje, cobra vida y se transforma en cuadro al abrirlo, pregonando las cualidades de colorista que tanto enaltecieron al que en su rápida cuanto corta carrera artística logró elevarse á una altura que por desgracia no han podido alcanzar sus sucesores.

El abanico pintado por Fortuny, convertido hoy en joya artística, fué dedicado al Sr. Gargollo, el que levantó el teatro de Apolo en Madrid, por el pintor reusense como testimonio de afecto y consideración.



La Cuerda

POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONCLUSIÓN)

¿De amor? ¿Era esto posible? ¿Podía ser amado todavía M. Thomassiére, después de tantos años... de tantos años de pesada soledad en Saint-Alvere?... ¡Oh! A este pensamiento, las rosas de Jericó, marchitas y empolvadas, volvían á florecer con las gotas de agua de las ilusiones. ¿Y por ventura no podía abrirse de



Interesado de repente en la lectura los hojeó todos

nuevo el corazón seco y cerrado del antiguo notario? Las francas sonrisas de las jóvenes bonitas están destinadas á obrar semejantes milagros.

Lo cierto es que M. Thomassiére se levantó muy turbado y se vistió calenturiento. Mientras lo hacía, procuró recordar su programa, el objeto de su viaje de moralista y justiciero. ¡Ah! ¡Había olvidado este programa como se olvidan los programas políticos!

«Veamos, veamos... No he terminado mi tarea... Esta tarea sólo está principiada... Se trata de saber si Teodoro cometerá la necedad... la locura... la... ¡Oh! ¡Cuando se ama es cualquiera capaz de cometer muchas necedades!... Es preciso que vea á Teodoro... y que también conozca á Gabrí... No la conozco todavía... No he visto más que á la señorita Copín... Margarita Copín...»

Y se interrumpió, complaciéndose en recordar este nombre: *Margarita.*

«No conozco más que á Margarita... la otra *Educación laica*, la verdadera... la verdadera, puesto que ha creado el papel... La señorita Vernier no será ya más que una suplente suya... ¡Es tan bella!»

Y la volvía á ver constantemente, á través de la sonrosada luz de las lámparas del teatro, con su traje negro que hacía resaltar la blancura de las carnes... Y después frente á frente de él, en la inquietante cena del café Inglés.

En seguida, tratando de desechar la visión y procurando volver á ser el Mentor de virtud, como lo era cuando salió de Saint-Alvere, seguía pensando:

«Dejemos á Margarita, dejémosla... La que me preocupa es la señorita Vernier: se trata de arrancar á Teodoro de las garras de Gabrí... Pero esto no será fácil, nada fácil, por poco que se parezca á Margarita, aunque sea la mitad menos linda que ésta.»

Razón de más para obrar con premura. Después de almorzar iría inmediatamente á la calle de la Fuente de San Jorge para sorprender á Teodoro. Almorzó, pues, por costumbre, porque se sentía con el estómago y la cabeza pesados. ¡Y eso que no había probado la cena de la noche antes! Mojó un poco de pan en un huevo pasado por agua y comió algunos racimos de uvas. El mozo del hotel al servirle el café le trajo los periódicos de la mañana, que M. Thomassiére desdobló maquinalmente. Después, interesado de repente en la lectura los hojeó todos para enterarse de la crítica de la obra estrenada la noche anterior, de la revista *¡Quítate, que yo me ponga!* En todos los artículos de crítica teatral había algunas frases amables para la señorita Copín: uno decía que el público no había perdido nada con ver representar por la señorita Copín, á quien se había metido para ello en fuga, el papel destinado á una actriz que se había fugado. (¡Anda, para que aprendas, Gabrí!) Otro comparaba á Margarita Copín con una figura de Rubens, con una hermosa creación de Rubens: todos los cronistas estaban á cual más galantes.

– Se calumnia á los críticos, pensó Thomassiérre; entre ellos hay muchos que hacen verdadera justicia, y que tienen gusto, muy buen gusto.

Otro periódico, en una sección titulada *Una Soirée Parisiense*, relataba humorísticamente la historia de la *cuerda*, la ruptura de la contrata de la señorita Gabrí; pero con menos gracia y verbosidad que la había contado Margarita Copín en el gabinete del restaurant, según opinión de Thomassiére.

«¿Qué importa á los afortunados empresarios, añadía el periódico, que la señorita Vernier haya mentado la cuerda, si la señorita Copín ha traído buena sombra al teatro, cual si llevase consigo cuerda de ahorcado?»

– Decididamente, pensó M. Thomassiére, estos críticos tienen talento.

Continuó leyendo cada vez más febril y ansioso, porque la *Soirée Parisiense* añadía:

«En cuanto á la señorita Vernier, se dice que abandonada repentinamente por un hijo de familia, el conde Teodoro de T..., que debía casarse con ella, ha roto violentamente su contrata teatral parisiense para irse desesperada á Buenos Aires, formando parte de la compañía de Silbermann, que debe embarcarse dentro de cuatro días. Por lo visto abandona nuestra república por otra república más argentina.»

El antiguo notario sintió un vértigo.

¡Gabriela abandonaba París! Y le abandonaba, según decía el periódico, porque había sido *abandonada* por un hijo de familia!

El conde Teodoro de T... En esto se equivocaba el periodista, Teodoro no era conde. Este Teodoro de T... sería Todoro, el Teodoro que había dejado á la Gabrí, por lo cual ésta, desesperada, había mandado á los demonios al director, á los autores y al papel de *la Educación laica.*

¿Qué tenía, pues, que hacer en París Gastón Thomassiére, supuesto que Teodoro *ídem* había roto violentamente con la señorita Gabrí?

«¡Vaya si tiene carácter Teodoro!,» pensaba su padre.

Sin embargo, M. Thomassiére se disponía á ir á la calle de la Fuente de San Jorge. No reñiría, felicitaría á su hijo, y punto concluído. Tomó las señas de la calle, que no recordaba, y durante el trayecto pensó en Rubens, Rubens indudablemente era un gran pintor... En el Museo de Perigueux había un Rubens... Era verdad, mucha verdad que Margarita Copín se parecía á un Rubens.

«Estos periodistas encuentran siempre la palabra adecuada: lo conocen todo.»

Llegado á la calle de la Fuente, M. Thomassiére detúvose frente á la alta casa en donde habitaba su hijo.

Entró y preguntó por Teodoro á un hombre de honrado aspecto, cuya boca ocultaban unos bigotes grises que denunciaban al antiguo soldado: era el portero, que frotaba con un pedazo de paño la bola de cobre que había en la escalera.

– ¿M. Teodoro Thomassiére?, dijo el interpelado, no está ya en París.

– ¡Vaya! ¿Pues dónde está?

En Saint-Alvere.

¿En casa de su padre?

Justamente. ¿Por lo visto, sabe usted que en Saint-Alvere?...

– Yo soy su padre, interrumpió el anciano notario, y me choca que Teodoro no me haya avisado.

– ¡Ah, señor, eso no tiene nada de particular!... Ha sido de pronto, muy de pronto... Por la mañana, lo mismo pensaba M. Teodoro en volver al Perigueux que en ir á las Grandes Indias, con perdón sea dicho, y por la tarde, de pronto *¡cataplum!* hacía cargar su equipaje en un coche y... ¡arrea! ¡á la estación! Ha sido una gran dicha.

– ¿Por qué?, preguntó Thomassiére.

El portero tomó un aspecto malicioso.

– ¿Por qué? ¡Caramba, señor, por causa de la señorita!

– ¿La señorita Gabrí? Está bien; ya lo sé.

– La cosa es que ya estaba cansado de la tal señorita Gabrí; no sabía cómo concluir; había medido la profundidad del abismo...

– ¡Cómo!, interrumpió estupefacto el notario. ¿Qué decís?

El portero repitió con militar gravedad:

– Digo que había medido la profundidad del abismo en que iba á hundirse.

M. Thomassiére se apoyó involuntariamente en el pasamano de la escalera, para no caer al suelo.

De modo que había él abandonado á Saint-Alvere, atravesado la Francia y venido á París para preguntar á Teodoro, con el acento severo de un padre

corneliano si había medido la profundidad del abismo... y en este mismo momento Teodoro la medía, sondaba la profundidad y retrocedía delante del abismo, partiendo para Saint-Alvere.

Allí, en su casa, debería haber un pedazo de papel azul, procedente del telégrafo, anunciando al notario la llegada del parisiense. ¿Quién le habría recibido? Evidentemente la vieja María toda temblorosa é inquieta por la salud de *su señor*, y puede ser que le hubiese llevado al juez de paz *moussu* Langlade.

El antiguo notario se sentía algo desvanecido, y para comprender esto tenía necesidad de todo su raciocinio.

– ¿De modo que Teodoro no está en París?, volvió á preguntar al portero.

– No, señor.

– ¿Y la señorita Vernier?

– ¡Oh! En cuanto á esa, ayer se despidió furiosa de esta casa, en plena escalera, diciendo que iría más bien al Congo, sí al Congo, que volver á ver á M. Thomassiére; aunque á decir verdad, esto no supone nada, porque no es la vez primera que ha amenazado con no volver y ha vuelto siempre... Por lo tanto, M. Teodoro ha hecho muy bien en pillar la ocasión al vuelo y correr al camino de hierro... Sea dicho entre nosotros, caballero, M. Teodoro estaba ya más que harto de ella.

– Sí, sí, afirmó Thomassiére, por fin ha medido la profundidad del. .

– Y tomar el tren, que es lo más seguro.

¡Tomar el tren! El notario se preguntó si no iba él á tomarle también, supuesto que su hijo no estaba en París.

¿Y qué tenía ya que hacer? Nada. Regresar á Saint-Alvere, abrazar á Teodoro y decirle:

«¡Muchacho, qué bien has hecho en medir aun sin mí la profundidad del!..

«Sí, voy á largarme, seguía pensando Thomassiére. ¿Por qué no he de largarme?... ¿Qué puede detenerme en París?... Teodoro está en salvo... ha medido...»

Y después de dar las gracias y despedirse de aquel buen hombre de portero, el notario echó á andar por la calle; pero sin duda por casualidad equivocó el camino y hallóse inconscientemente delante de una puertecita, en cuyo umbral, algunas horas antes, habíase despedido de una joven alta y hermosa, especie de aparición mágica, de rubios cabellos, sobre cuya frente nacarada había impreso un ósculo suave y paternal; sí, sobre la frente de *la Educación laica*, estrechando al mismo tiempo su blanca manecita. El notario sentía aún la caricia de aquel beso en sus labios.

Allí era, sí; allí, en la calle Pigalle, habitaba Margarita Copín... La Rubens, la verdadera Rubens de la que hablaba la prensa... ¡Ah! ¡Qué hermosa criatura! ¡Qué bonachona y qué picaresca! ¡Con cuánta verbosidad había contado la historia de la cuerda!

No había querido que subiese á su casa aquella noche, pero le había dado permiso para visitarla, y aquella puerta tan brutalmente cerrada pocas horas antes estaba ahora abierta para él, no hostil, sino hospitalaria.

«¿Si subiese á verla, pensó Thomassiére, ó más bien á despedirme de ella?... Porque si me voy... y sí que me voy... es preciso que vuelva á verla, aunque no sea más que por cortesía.

«Sí, sí, un adiós solamente, pensaba el notario subiendo lentamente la escalera de la casa, y me marcho en seguida, llevando al fondo de mi viejo Perigueux el recuerdo de esta juguetona visión de una parisiense... Sí, haré provisión de esta rubia aparición para el resto de mis días.»

Cuando tocó la campanilla estaba conmovido el bueno del notario, muy conmovido, tanto como cuando efectuó su duelo con el oficialillo del 3.° de ligeros por causa de la librera del gabinete de lectura...

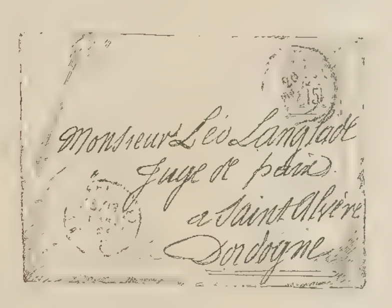
Resonó la campanilla... Salió á abrir una linda muchacha morena, respingada, risueña, coqueta...

– ¿Se puede ver á la señorita Copín?

– ¿A quién anuncio?, preguntó la morenita.

– A M. Thomassiére.

– ¡Ah! ¿Es usted, dijo la linda muchacha sonriendo, M. Gastón Thomassiére? La señorita os esperaba.



VI

«Mi querido y antiguo amigo: Hace tiempo que no te he escrito porque no sabía cómo expresarte lo que ha pasado en mí y en derredor mío desde las doce semanas que hace que estoy en París. ¡Qué aventura, mi buen Langlade, y con cuánta razón se dice que sucede todo, hasta lo imposible!

»Bien sabe Dios que suponía terminada mi vida de acción y limitada á nuestros agradables coloquios de Saint-Alvere, cuando bebíamos el vinillo de Costo-Rasto, en recuerdo del pasado. Tú me hablabas de tu sobrino Gustavo y yo de mi hijo Teodoro, haciendo proyectos un tanto ambiciosos respecto al porvenir de esos dos muchachos. No nos ocupábamos nunca de nosotros, viejos inválidos de la vida, porque creíamos que ésta se acaba al pasar de los sesenta años.

»De todas veras. Yo no pensaba más que en preparar la maleta para hacer un día ú otro el gran viaje. Esto es lo cierto, Langlade, y no me preocupaba de



Chevandier, fijaos bien en el señor: es mi marido

otra cosa... Me equivocaba: uno no acaba nunca, mi querido camarada, mientras conserve el pie firme, la dentadura sana y el estómago sólido.

»Me he persuadido de ello desde que he vuelto á este París, tan peligroso para los jóvenes, y que como un vino nuevo se le subía á la cabeza á mi pobre Teodoro... Mira, querido... es una diablura, pero me ha parecido al llegar aquí que volvía á mi elemento.

»No ignoras que hay árboles á los que se cree muertos que de repente se llenan de savia y echan hojas: á mí me ha sucedido una cosa semejante. Siento verdaderamente una inundación de savia, y tú, Langlade, habrías experimentado la misma inflamada inundación, si como yo hubieses encontrado, tratado y apreciado á la que pienso hacer mi esposa...

»Porque esta es la gran noticia que tengo que comunicarte, y que en adelante, no ahora, te pediré que transmitas á Teodoro, suavemente, con habilidad... pues seguramente le admirará. Sí, mi buen Langlade, me caso; me uno á una mujer cuya hermosura y talento son incontestables... (te enviaré un paquete de periódicos que hablan de ella); mujer fénix y que á despecho de una existencia al parecer independiente, ha practicado fielmente las más raras virtudes del corazón y de la abnegación.

»Es una actriz. ¿A qué ocultártelo por más tiempo? Pero una actriz de mérito sorprendente, á la que sólo las circunstancias han impedido llegar al primer puesto en su arte; pues en todas las cosas no basta con ser laborioso é inteligente y se necesita ser ayudado por la fortuna ó casualidad.

»La señorita Copín (éste es su nombre) ha sido inteligente y laboriosa, y la casualidad se la ha mostrado adversa ó sólo la ha ayudado á medias.

«Hija de padres pobres, pero honrados, debió haber entrado en el conservatorio si su familia hubiera podido proporcionarla medios para seguir su carrera. No teniendo, pues, fortuna, la señorita Copín prefirió valientemente lanzarse al teatro práctico, y con un aliento admirable se presentó por vez primera en la Scala (no de Milán, de París). Cantó, ¡pobre muchacha!, cantó coplas y música de excesiva fantasía, que repugnaban á su gusto, instintivamente puro... Pero, como yo digo, también Rachel, la gran Rachel comenzó por cantar en los patios y en las calles.

»¿Por qué la señorita Copín ha tenido que empezar por las cancioncillas? ¡Ah! Si tú la hubieras oído como yo contar las tristezas de esos años de pruebas, la simpatía se te hubiera entrado por el corazón, como el amor se entró por el mío por medio de la compasión; amor paternal, después de todo, no obstante la belleza de la señorita Copín (ya verás por los periódicos que es bella como un

Rubens, y los periódicos podían haber añadido: «como un Rubens que tuviese alma»).

»Después, esta ternura paternal que se despertó en mí tomó otro aspecto, otro nombre, á medida que las confidencias de la artista me la mostraban elevándose poco á poco, por medio de un trabajo encarnizado, desde el Café-concierto hasta la escena de *Las locuras dramáticas* y luego á la de Montansier, el famoso teatro de Montansier, en donde yo debía verla por vez primera. ¡Ah, Langlade! Yo hubiera deseado que hubieses podido ver la turbación, el azoramiento, la timidez que se apoderó de esta joven aguerrida á todo lo imprevisto de París, cuando declaré á Margarita (se llama Margarita) los sentimientos que me había inspirado.

»Primeramente me prohibió que la viera, luego quiso huir, hasta que por último consintió en escucharme por bondad, comprendiendo cuánto disgustaba á un hombre decidido á consagrarla su existencia, sí, su resto de existencia, como yo la decía con falsa modestia, cuando por fin tuvo á bien oirme.

»Conforme la trataba descubría en ella una nueva gracia, un talento, una seducción, un hechizo inesperados, sintiéndome, no rejuvenecer, mi buen Langlade, sino vivir, y vivir por vez primera.

»No digas esto á Todoro. No le digas que sólo vivo desde hace algunos meses; quiero que siempre venere á su madre, por más que Estefanía, á mi juicio, haya sido seca y dura conmigo. ¡Cuántas veces me recordó orgullosamente la familia á que pertenecía! Al revés, la señorita Copín no tiene la insolente vanidad de artista. ¡Se ha hablado tanto del orgullo de los cómicos! ¿Sabes cómo llama ella á su teatro? *La Caja*, ni más ni menos.

»Porque Margarita es la más familiar, la más llana, la más sencilla de las mujeres.



Salió á abrir una linda muchacha morena

»Yo la aconsejo que continúe en el teatro, aunque ella quisiera dejarle; porque me parece que si tiene, como debe tener, grandes éxitos, no me asiste el derecho de malograr su carrera. Además, me agrada que conserve ante mis ojos la aureola que proporcionan las luces de la escena. Si por mí abandonase el teatro, me parecería decapitar una gloria y marchitar en flor una esperanza artística. ¡Si supieras! ¡Hay tan pocos talentos en París!

»Decididamente, mi viejo amigo, me caso con ella. Ella ha dudado, retrocedido y hasta reído en los primeros momentos, lo cual, según me ha dicho constituye en ella un modo de llorar de alegría; mas por fin ha consentido.

»Me siento en el colmo de la alegría.

»¡Figúrate, voy á ser el marido de una artista, de una artista admirada, lisonjeada, adorada! ¡Casarse con un Rubens, un Rubens delicado, porque sólo así puedo definirte á Margarita!

»Hubiera tenido una satisfacción en pedirte que me sirvieras de testigo; pero el viaje es largo, fatigoso. Me contentaré con algunos amigos de fecha más reciente: un joven *reporter* de finos modales, muy instruído, que me ha presenta-

do Margarita, y uno de los asiduos aficionados al teatro, el barón Debielle, antiguo prefecto.

»Te confieso que lo que me preocupa en este negocio es Teodoro; quizá crea que me he rejuvecido un *poco demasiado*, y me sería desagradable que viniera á París á hacerme algunas reflexiones. Supuesto que ha tenido el buen



M. Thomassiére y Margarita Copín

sentido de dejar esta ciudad donde resbalaba por una pendiente, para irse al Perigueux á descansar, que continúe en el hogar de la familia. Trata de retenerle ahí, dile lo que es verdad, que la agricultura es una cosa muy buena y proporciona noble ocupación á un hombre joven verdaderamente unido al suelo natal.

»Le vería con gusto hacerse agrónomo, porque el campo no sólo se resiente de la falta de brazos, sino que también de cabezas. Supongo que no pensará más en la señorita Gabrí, en lo que tendrá razón. La señorita Gabrí está en América, en donde canta la opereta. Margarita me ha confirmado su viaje, asegurándome sin segunda intención que la señorita Vernier no había gustado en Buenos Aires. Parece ser que la han chicheado.

»Teodoro no tiene ninguna razón para inquietarse por sus intereses particulares, que serán cuidadosamente respetados; la señorita Copín ha simplificado la cuestión desde un principio. Margarita no quiere de mí (debo decírtelo, pues harto sabes, mi querido Langlade, que no peco por exceso de fatuidad), no quiere de mí más que á mí mismo; me lo ha dicho en un tono en que se revela la verdad: la querida niña no hace un negocio, sino uno novela de dos personajes: ella y yo.

»En suma, mi viejo amigo, soy el hombre más feliz del mundo.

»Recorro los almacenes con mi futura, sí, con mi futura; este nombre me enternece hasta llorar. Estamos amueblando un hotelito en la calle Viéte, avenida de Villiers, un nuevo barrio, un lindo París que no conoces. Permaneceremos aquí el invierno, y pasada la primavera, cuando llegue la *clausura* de la estación elegante, puede ser que vayamos á pasar algunos días á Saint-Alvere, al dirigirnos á Trouville, y me verás llegar á tu casa, mi buen Langlade, con mi Rubens del brazo.

»Pero reserva todo esto; sobre todo no se lo digas á Teodoro.

»Nos casamos dentro de tres días... Ya están publicadas las amonestaciones; lo que falta es arreglar el hotel de la calle Viéte, que va despacio. Margarita tiene razón. ¡Qué *tortugas*, qué *tortugas* son estos tapiceros!.. »

«Post scriptum. – *¡Consummatum est!*, mi querido Langlade. Había interrumpido mi carta, y la acabo para decirte que todos mis votos se han cumplido. Margarita Copín es mi mujer... ¡Y qué mujer!

»Tomo posesión de la casa alegremente. Su director había concedido á Margarita una licencia, y cumplida ésta, la primera vez que la acompañé al teatro, en donde debía volver á encargarse de su papel en la pieza nueva, me presentó gravemente al portero diciendo:

– »Chevandier, fijaos bien en el señor: es mi marido. Pues bien: si alguna vez viene no le dejéis subir á mi cuarto.

»¡Deliciosa chanza, hay para morirse de risa!

»Tiene el don de las frases atractivas, de una sencillez picante, que sería agresiva si no fuese acariciadora.

»Ayer, cuando me arreglaba graciosamente el nudo de la corbata, me miró de un modo adorable con sus lindos ojos azules y profundos como el Vézere, y me recordó la casualidad que hizo que una feliz noche reemplazara á la señorita Vernier en un papel que ésta debía representar (pronto te haré conocer esta historia) y luego repuso: «¡Oh! La *cuerda*, la famosa *cuerda!*, que ha sido causa de que se multara á *Gabrí* y que á mí se me pusiese en el cartel!»

»Y luego, apretándome el cuello con la corbata, añadió todavía: «Pues bueno: la cuerda, la verdadera cuerda es ésta, mi viejo Gastón »

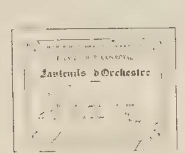
»Estuvo adorable, adorable... Un Rubens maligno... Yo la dí un abrazo...

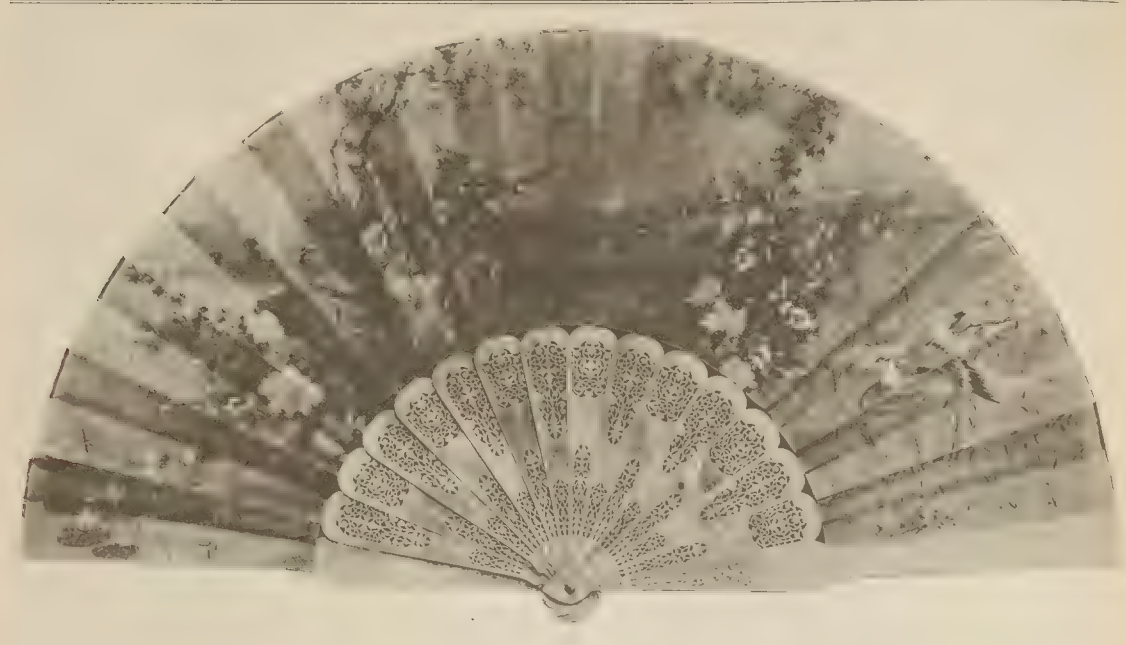


»Sí, te contaré la historia de la cuerda, pero con una condición, Langlade, y es: que no se la cuentes jamás, ¿lo oyes?, jamás á Teodoro.

»¡Pobre Teodoro! – Tu antiguo amigo, *Gastón Thomassière.*»

Traducido por F. M. Godino





EL GUITARRISTA, abanico pintado por Fortuny

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ARTISTAS Y CRÍTICOS ESPAÑOLES, *por Rafael Balsa de la Vega.* – Nuestro estimado amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega acaba de publicar, reunidas en un elegante volumen, las *Siluetas de pintores, escultores y críticos* que escribió para *El Liberal*, precedidas de un notable prólogo, con atinadas observaciones acerca del arte español y completadas con otras más que ha escrito expresamente. Diez y ocho pintores, cinco escultores y seis críticos pasan por el tamiz del crítico madrileño, que aparte de algunas observaciones particulares, acusa en este verdadero estudio de la personalidad de algunos artistas gran espíritu de observación.

Editado el libro por la tipografía de *Artes y Letras*, véndese en las principales librerías al precio de una peseta.

* * *

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO DE VICENTE RODES, *por D. Carlos Pirozzini y Martí.* – Con motivo de la inauguración de la *Galería de alicantinos ilustres*, y por encargo del Ayuntamiento de Alicante, escribió el erudito y distinguido Sr. Pirozzini este discurso nutrido de doctrina artística, en el que aparece en todo su relieve la hermosa figura del pintor Rodes, que floreció á mediados de este siglo y que fué director de la Escuela de Nobles Artes de Barcelona desde 1840 á 1858, época de su fallecimiento.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 9 de noviembre de 1891 — Núm. 515

ADVERTENCIA. – El deseo de repartir cuanto antes á nuestros suscriptores «La guerra franco-alemana de 1870-71,» del general Moltke, ha sido causa de que suspendiéramos la entrega del tomo de la *Biblioteca Universal* que correspondía al presente número. Con el próximo ó á más tardar con el 517 recibirán nuestros suscriptores la citada obra de Moltke, siendo esta edición la primera que se habrá publicado ilustrada profusamente.



EL BRINDIS, copia de una fotografía de D. Rafael Areñas

SUMARIO

EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES

(CAPÍTULO DE UN LIBRO)

«Il est toujours difícile de definir la valeur d' une exposition d' art aprés une premiere visite;» - «tout se confond dans l' esprit »

ALBERT WOLFF
Salón de 1891.

¿Es acaso fácil cosa poder apreciar su valor, su grado de progreso ó de retroceso después de varias y detenidas visitas? ¿Pueden fácilmente la imaginación, el temperamento, el modo de sentir las vibraciones de la impresión atrincherarse en los reductos del frío examen, y desprendiéndose de preocupaciones, bellezas ó defectos, vicios ó estilos de escuela... puédese fácilmente ver lo bueno, fijando una segura mirada sobre lo superior y excelente?

En esas salas inmensas abiertas de continuo y hasta con simultaneidad, atestadas de obras de arte correcto ó extraviado, en incoherente y abigarrada mezcolanza, la cabeza se pierde y se aturde, la retina se impregna de colores chillones, lo tranquilo y justo parece incoloro, la línea firme parece seca, el contraste semeja duro... El pecho se oprime, se busca sin saberse lo qué y se cae como desvanecido sobre el primer diván que se encuentra á mano.

Después de algunas veces de semejante sufrimiento, que sólo comprende el artista, al saber respirar en aquella atmósfera, y apartando la vista de lo que no merezca mirarse y desconfiando siempre de las impresiones del momento, entonces puede empezarse el examen y el estudio.

Por punto general, casi está por demás decirlo, puede partirse de una base bastante exacta y aplicable á todas las Exposiciones de Bellas Artes cuyos resultados los Jurados más rígidos difícilmente podrán evitar. Una tercera parte de las obras admitidas son siempre rematadamente malas y de todo punto inadmisibles: otra tercera parte simplemente tolerables, equivalente á dar lo mismo expuestas ó retiradas; y otra tercera parte dentro del orden de lo bueno, de lo más correcto ó menos defectuoso. Porque en Arte, en las Exposiciones no se ha de apreciar lo relativo, no ha de entrar por nada la conmiseración, y mucho menos otras cosas más lamentables; eso puede agitarse y revolverse en otras esferas, nunca en tales certámenes, á menos de desvirtuarlos y conducir á un efecto contraproducente. En Arte no existe el término medio; se ha de inclinar á uno ó á otro de los dos extremos, ó bueno ó malo; lo que del uno se separa se ha de acercar al otro; y en tanto es así, que en todos tiempos y hasta por los mismos maestros se han producido obras más ó menos superiores. Tenemos, pues, que en toda Exposición de Bellas Artes puede reducirse á una sola tercera parte el número de las obras dignas de figurar en ella; y si dentro de ese reducido número se ofrece otra tercera parte de mérito indiscutible y un corto número de obras notoriamente excelentes, la Exposición puede considerarse como de notable resultado.

Se incurre en un grave error creyendo que lo malo hace valer lo bueno; esto siempre vale por sí, no le son necesarias las comparaciones: lo malo siempre es malo, junto á lo bueno resulta peor y le perjudica como las malas compañías.

***

La concurrencia de firmas acreditadas puede dar realce al concurso: el público ligero lo toma como base para el aprecio: es innegable que se lo dan si las obras corresponden á las firmas; pero si sólo hay las firmas en las obras, el realce puede dejar algo que desear.

No sin fundado temor y justificados reparos algunos artistas de valía evadieron la exhibición de sus obras en las Exposiciones; y otros, alcanzados los primeros premios y logrado el crédito de su firma, permanecen retirados, prefiriendo que se busquen sus obras en sus estudios. No conviene entrar en esa cuestión que reviste el carácter de interés particular, por más que pueda afectar al general: ellos se sabrán bien el porqué de su conducta, que debe respetarse.

***

Aparte de todo eso y de cuanto más en el tintero se queda, ¿son convenientes las Exposiciones de Bellas Artes?, ó dicho de otro modo: ¿se puede por ellas, y á pesar de los defectos y deficiencias de que adolecen, conocer ó calcular con aproximada exactitud el verdadero estado del Arte?, y si se quiere con mayor claridad: ¿es hoy tal medio, propio de nuestro tiempo, el único posible, el más seguro y menos expuesto á equivocación para conocerlo? Claro es que entre los muchos que acometen esa lucha titánica y entran en el palenque, unos con los bríos necesarios y otros á tentar fortuna, sin faltar quien confíe más que en sus fuerzas propias en el valimiento de las ajenas, entre ese número puede haber, y ciertamente los hay, de un gran valor intrínseco, y cuyas obras son indiscutiblemente merecedoras de premio, de recompensa y de justísimo elogio; porque no se empieza jamás con la aureola del triunfo y con nombre acreditado, que en Arte no se vinculan herencias. Por esto, negar la conveniencia, la necesidad de las Exposiciones equivaldría á ponerse en contradicción con el mundo del Arte, con la corriente social; pues su fuerza no debe contrarrestarse, sino encauzarse; que riegue y fertilice, que no inunde y arrastre.

Afirmar que tal como se procede sea en bien del Arte, atreveríame á decir que puede ser en su perjuicio. En esa especie de deficiencia, en esa falta que se siente, jurados, expositores, críticos y público... todos «pusimos en ello nuestras manos;» y somos, quieras ó no quieras, como los que clamaban contra la adúltera, ninguno libre de pecado pudo tirar la primera piedra contra ella.

Un amigo mío, conspicuo historiador y publicista, me decía que «los Museos le parecían los cementerios del Arte,» y me inclino á creer que tiene razón. Pero hay que convenir también en que los sucesos son hijos de los tiempos, y que por complicadas causas las Exposiciones han llegado á convertirse en pugilatos artísticos.

Esta es la fuente del más lamentable de los errores y el error de peores y más trascendentales consecuencias. Hoy el artista no expone lo bueno que ha producido, sino que produce para exponer; y como sabe, por triste experiencia, salvas rarísimas y laudables excepciones, que para llamar la atención ha de impresionar, como ignora á qué luz y altura se colocará su obra, y sin espacio de marco á marco con qué clase de vecino habrá de codearse... todos aprietan cuanto pueden en color y contrastes, falsos y duros, con tal que brillen, por temor á ser obscurecidos y apagados.. como en medio de una gran reunión en la que todos gritan, necesariamente ha de chillar fuerte quien quiera que se le oiga.

Hallar lo justo, como se dice en lenguaje artístico, lo tranquilo, lo acordado, lo natural revestido con el idealismo del Arte, verlo bien y apreciarlo mejor, eso es lo raro, lo extraño y lo sorprendente. Por lo demás, no debe espantarnos todo lo monstruoso de nuestra obra.

***

Si los artistas incurren en la inconveniencia del desquiciamiento separándose de las verdaderas condiciones del Arte, aunque no debieran así hacerlo, se comprende que les obliga á ello el extravío que casi predomina en tales certámenes, porque todas las cosas son por su causa y razón de ser. Y si á eso se añade la conducta casi constante de los jurados... (¡Dios me libre de serlo!) sea cual fuere el modo de formarse dichos tribunales, por más que animados de los mejores deseos y propósitos, como al fin no pueden dejar de ser hombres y, como tales, sujetos á todas las impresionabilidades, pasiones, encariñamientos, y miserias y debilidades y pequeñeces (que aquí encaja bien el vocablo de moda) y cuanto más puede caber en la fragilidad humana... la cuestión resulta doblemente complicada y el acierto mucho más difícil.

***

Se ha de convenir en un punto fundamental, y en esta base es en la que no se quiere ó no se puede fácilmente convenir, y de ahí resulta la dificultad en las apreciaciones y el error en los fallos; se ha de estar acordes, no sólo en las condiciones de la bondad del Arte, sino en sus efectos trascendentales; no en una bondad circunscrita y limitada, sino en una esfera muy amplia, lo que cabe y puede caber dentro de lo Bello, lo que ha sido y lo conveniente que sea: se ha de saber prescindir de los extravíos, de las exigencias y de todo cuanto pueda inducir á falsas apreciaciones y á desvirtuar su acción social; lejos de eso, se ha de procurar esforzarse en que por su condición de imperecedera vitalidad cautive y se apodere del sentimiento de la humanidad hacia lo bello, lo verdadero y lo bueno. Esa es la noble, libre y elevada misión de las Bellas Artes.

Lo que dificulta en la apreciación práctica de esas cualidades es la especie de misterio de poder ser á la vez bueno y distinto, bello y diferente y siempre variado de la unidad de su esencia; la cual no puede dejar de ser siempre la misma, sea cual fuere el individual modo de ver, de sentir, de exteriorizar; el temperamento, la enseñanza, la educación; la escuela, la época, el período; los modos, los estilos y caracteres, y hasta las negaciones y las afirmaciones, las dudas y tentativas, los descalabros y victorias... pues no puede negarse que por los medios más diversos todo puede ser útil y servible para convergir al esplendor de lo bello, si ese fin se anhela; á eso se puede llegar por todos los trazados caminos: por la corrección depurada, por la dulzura del clarobscuro, por la armonía del colorido, por el esfuerzo del estudio, como por el rasgo del genio; por todas las convicciones y creencias... en unos por la idea del sentimiento místico, en otros por el idealismo ecléctico, en estos por el naturalismo hasta exagerado... siempre y cuando no se traspase la debida línea que separará siempre lo bello ideal de lo bello real, seco como la imagen obtenida por la máquina fotográfica, pasando de repente á lo falto de belleza sentida y consiguientemente al hastío que causa lo que de ella carece, y al menosprecio con que se mira lo que á cosa alguna responde ni á ningún fin corresponde. ¡Cómo no andar á tientas y con inseguro paso en tal obscuridad y en tan enmarañado laberinto!

¡Cómo dejar de extraviarse... cómo no verse arrollados por semejante vertiginoso huracán!

***

No se entienda por esto indicada una remota intención en contra de esos certámenes, sino muy al contrario; que al fin obedecen á las condiciones de nuestra época, son fruto del tiempo presente, y como en este orden de cosas lo que da de sí no se discute, por esto, siendo una forma de manifestación artística, deben ser consideradas esas Exposiciones, no sólo necesarias, sino como los medios casi posibles hoy, para que el genio, el estudio y la educación artística de expositores y público se complete y se perfeccione, y sean el fundamento, el punto sólido para que las Bellas Artes en este período de febril producción sigan un bien trazado derrotero que pueda conducirlas al seguro y deseado puerto. Pero... no es menos cierto que para llegar á él sin peligro de naufragio deben marcarse bien los escollos.

***

Aparte contadas excepciones, prosiguiendo todos de consuno del modo como se procede, ¿adónde se llegará?, ¿en dónde nos encontramos ya tal vez?

No podemos ser jueces en causa propia: los tiempos se juzgan por los sucesivos: no sabremos el juicio que de nosotros formulen las épocas venideras. Sólo sí sabemos que cada período de la historia del Arte se ha sellado con su timbre especial y que todo correspondió á sus necesidades ofreciendo un conjunto armónico; que esa es la más fiel y poderosa fuerza de las Bellas Artes, la de reflejar su tiempo, sus creencias, su civilización y su cultura.

¿Se ve, se descubre, existe en nuestra manifestación artística el reflejo exacto de nuestra condición social?

¿Tiene el Arte indeleblemente impresa la marca de nuestro tiempo?

¡Yo diría que parece como que nos avergoncemos de dársela! Yo diría que quizá en una sola de sus manifestaciones, en la arquitectónica, y aun desde el punto de vista de la construcción utilitaria, y debido esto á la aplicación de los materiales hoy abundantes y fácilmente elaborados; pero no podría, sin muchas salvedades, concederla á las demás y menos en absoluto. ¿Por qué existe esa duda, esa vaguedad en el arte moderno? Porque no hay firmeza, ni en las creencias, ni en la vocación, ni en el estudio; porque se persigue la idea del éxito, tomando por brillo de estrella fija el fugaz resplandor de un meteoro; no se va por la solidez al éxito, como hicieron los que lo alcanzaron, sino imitando y plagiando, y así se evapora y se pierde el individual carácter y estilo propio con el cual podría lograrse lo nuevo y lo bueno: en Arte no puede nunca prescindirse de *hacer bien* ó como *mejor se pueda*, acomodándolo á las condiciones de los tiempos y á la caracterización de las épocas; que en esto está la nobleza, la libertad y belleza del Arte, la inagotable mina de los estilos, la expresión del sentimiento siempre correcta y siempre elevando. Volver á lo que fué y dejó de ser por las mudanzas de la vida social, empeñarse en resucitar un arte... mejor dicho, un estilo, un carácter ó un gusto que estuvo en armonía con las creencias y necesidades de una época desaparecida, resultará híbrido, anacrónico, inservible. Sirva aquello enhorabuena de estudio, de ejemplo; pero sabiendo como la abeja extraer de las dulces y amargas flores la sabrosa miel, aprópiense sus buenas condiciones al lenguaje inteligible y á las necesidades actuales; que en todas y siempre puede campear lo bello, haciendo vibrar en la humanidad la delicada pureza del sentimiento... ¡no se le ahogue en pútrido y repugnante lodo!



Mme. de Bonnemain, copia de la fotografía encontrada sobre el cadáver del general Boulanger

***

Las preocupaciones del tradicionalismo de escuela pueden causar tan grave daño como los empujes desenfrenados de los impresionistas innovadores. Siguiendo inconscientemente lo que deslumbra como el relucir del oropel, se llega pronto al tedio y se experimenta cansancio de aquello falto de condiciones sólidas y se anhela una cosa nueva, sin saber qué cosa sea... y de uno en otro desvarío no se atina con lo que por completo satisfaga, respondiendo á lo que debe responderse; y por esto se siente su falta, y por eso se siente lograrlo, y por ello la sociedad lo exige y los artistas mismos se esfuerzan en satisfacerlo.

Empeñarse en que las cosas no sean como son, es utópico y de todo punto imposible.

Esas verdades, no se negará, se agitan en lo más recóndito de la conciencia de los artistas y de los conocedores inteligentes; las siente también, aunque más confusamente, el público, que forma el mundo del Arte. Ninguno sabrá positivamente lo que exige; pero todos secretamente exclaman: «¡No es eso!»

Hay necesidad de *ponerle cascabel al gato*.

¿Quién y cómo se lo pondrá?

***

Por fortuna el sentimiento de lo bello reside en el sentimiento de la humanidad, y su poder es tan grande en este orden de creación, que al expresarlo y exteriorizarlo comunicándolo á sus semejantes les arrebata y subyuga.

El arte de lo bello podrá sufrir modificaciones de forma, nunca de esencia; podrá tener, como ha tenido, sus períodos de apogeo y perigeo; podrá llegar á un lamentable grado de decadencia, pero nunca perderá el verdadero arte su intrínseca condición; no puede dejar de ser; en sus extravíos será lo que se quiera, pero no arte de lo bello; y siempre que aparezca, aun cuando con perfección relativa, como reflejo de lo bello absoluto, brillando con todo su esplendor, se le admirará, se comprenderá y llenará por completo el vacío que se desea y se anhela ver llenado.

Esto supuesto, de exactitud fundamental, no podrá considerarse como idea aventurada la indicación siguiente: que el sentimiento mismo de la humanidad, por medio de la manifestación del arte de lo bello, puede muy bien ser quien acuda al remedio y salve del peligro.

JUAN O-NEILLE

LA VIDA PARISIENSE

LA LLEGADA DEL INVIERNO Y LA CARIDAD

DIVERSOS SISTEMAS DE DISTRIBUCIÓN DE SOCORROS

París en estos momentos cambia de fisonomía; la gran capital se transforma y se nos aparece bajo un aspecto muy distinto al que ofrecía estos meses últimos. En los paseos, en las avenidas, en los jardines, la espesa cortina de follaje se descorre desgarrada por el viento de otoño. Las hojas secas son barridas por las frías ráfagas de octubre. Mientras el sol nos deja y se obscurece el cielo, recupera la gran ciudad su movimiento y su vida, paralizados durante las vacaciones veraniegas, y entramos en un período de animación. En octubre París vuelve á ser París. Su torbellino vertiginoso nos arrastra sin que de ello nos demos cuenta. Esta es la época de los grandes placeres, de las brillantes *soirées*, de los más ruidosos estrenos escénicos y de las más notables solemnidades artísticas; pero también llegan los días de las tristes miserias y de los sufrimientos crueles para esa enorme masa de indigentes y de desvalidos que estas ciudades inmensas ocultan en su seno.

Como de algún tiempo acá los inviernos son tan rudos, la preocupación dominante es si el que se avecina traerá consigo los rigores de los inviernos precedentes. El último fué horrible, y la prensa parisiense da la voz de alarma ante la proximidad del que se acerca, pidiendo á los poderes públicos y á los privilegiados de la fortuna que adopten medidas preventivas para que el terrible azote del frío y de la miseria que siempre al frío acompaña no nos coja desprevenidos y para que se haga frente al mal desde los primeros instantes.

Para combatirlo surgen por todos lados humanitarias ideas. Proponen unos la creación de una especie de presupuesto que podría llamarse *presupuesto del invierno*. Un consejero municipal ha presentado el proyecto de la fundación de una caja especial destinada á socorrer á los obreros sin trabajo. Los proyectos análogos abundan, sin que ninguno haya tomado formas de realidad.

Existe, ciertamente, una administración de socorros á los pobres, con carácter oficial, denominada *Dirección de la asistencia pública*. Para que dicha dirección pueda prestar algún auxilio á un menesteroso es indispensable que éste se haya hecho inscribir en las listas de la asistencia pública como pobre *oficial*. El sistema de distribución de socorros es por tanto bastante defectuoso. Suponed que en un barrio cualquiera hay diez mil familias pobres en las que el hambre, la miseria y el frío hacen sus estragos. De las diez mil familias puede ser que no llegue á quinientas el número de las que *oficialmente* se hallan inscritas en las listas de la asistencia pública. Los que se inscriben suelen ser, por lo general, los eternos desesperados, aquellos cuya situación es terrible siempre, lo mismo en invierno que en verano, lo mismo en primavera que en otoño, y que no vislumbran más salvación que la de la caridad. Ninguna clase de pobres puede haber, en efecto, más digna de interés que ésta. Pero debemos observar que, por consecuencia de la inscripción, todos cuantos donativos se reciben para obras de caridad y todos los fondos que el Estado y las corporaciones dedican á ese fin son siempre repartidos entre las familias que acudieron previamente á inscribirse. Hay, sin embargo, entre las nueve mil quinientas familias restantes muchas que debieran participar de esos auxilios, familias de trabajadores sin jornal, familias de empleados de cortísimo sueldo, para quienes la vida es siempre estrecha y difícil, familias que, por reveses de fortuna, caen ya en la indigencia, ya en la miseria más honda. Es incalculable el número de gentes, aun sin contar aquellas á quienes la vergüenza les impide inscribirse en las listas de la caridad, que no hacen la declaración de pobreza porque aguardan que el trabajo las salve, ó que un pariente ó un amigo ó un bienhechor privado las saque adelante en su tremenda crisis. En muchas ocasiones el que más pide no es el que más necesita, y en vano se estudian un día y otro todos los sistemas posibles de distribución de socorros á los desgraciados.



La tumba de Mme. de Bonnemain, donde se suicidó el general Boulanger

Los asilos nocturnos constituyen un sistema que ha prestado muy buenos servicios, á falta de algo más completo. Dichos asilos en París son insuficientes; resultan demasiado pequeños para recoger á to-

das las víctimas de los días crueles. También son innumerables los desdichados que tienen horror á esos refugios y que sólo á ellos acuden en último extremo, pues les repugnan las formalidades que para ser admitidos se necesitan. Un sistema que hasta ahora va produciendo resultados excelentes es el de los bonos de pan y de carne que son repartidos por distintas sociedades benéficas. Inspirándose en él, el sindicato de fondistas de París acaba de hacer una proposición que va á ser sometida por la Prefectura del Sena y por el Consejo municipal á detenido examen. Así como se distribuyen bonos de carne y de pan, el sindicato propone la distribución de bonos de hospedaje. Estos bonos serán de cincuenta céntimos por día y por persona, de ochenta céntimos por dos personas y de un franco por una familia. Repartiríanse en las alcaldías de distrito ó en las comisarías de barrio. Podría haber bonos, no sólo para un día de hospedaje, sino, según los casos, para una semana ó para un mes. El número de hoteles y de casas amuebladas de París que representa el sindicato es de diez mil. Casi todos ellos, especialmente en los barrios excéntricos, aceptan ese sistema de hospitalización.

Un periódico pide que se instituya un ministerio de la caridad, cuya principal misión consistiría en adelantarse siempre á las catástrofes previstas para conjurarlas de antemano y no estar como hasta aquí esperando cinco ó seis semanas, después que los pobres han empezado á morirse de frío y de hambre, para encender hogueras, abrir asilos y repartir alimentos. Dicho ministerio estudiaría la manera de concluir con la mendicidad, suprimir los falsos pobres y socorrer eficazmente todos los infortunios.

¡Ay! A las noches todavía claras y tibias sucederán muy pronto las frías y negras noches invernales. La vida va á ser dura para los que están sin casa ni abrigo. Sólo se puede vivir de ese modo cuando la temperatura es suave y el firmamento aparece sembrado de estrellas. ¡Cuántos de esos infelices, echados sobre un banco del bulevar, con el brazo por almohada, duermen mejor que los que pasan la noche dentro de suntuosos palacios sobre mullidas plumas! Mas en invierno esa existencia no es posible. ¡Cuántas bajas hizo el invierno último en el formidable ejército de la miseria!

Parece cosa probada que la recrudescencia del frío, de algún tiempo á esta parte, se debe al influjo que otros planetas ejercen sobre el nuestro. Hay astrónomos y astrólogos, de esos que se complacen en augurar males y desdichas, que empiezan á anunciarnos la posibilidad de que la tierra se hiele. La fatídica profecía no debe cumplirse hasta dentro de unos cuantos siglos. Lo que por ahora nos interesa más es la predicción de que los inviernos serán más fríos cada año. Iremos, por lo visto, acercándonos lenta y gradualmente á la catástrofe definitiva.

Sin admitir como artículo de fe tan siniestro augurio, París, la ciudad que ríe y se divierte y que muchos califican de vana y superficial, es quizás la que más se ocupa en el mundo de enjugar lágrimas y mitigar desventuras, la que más piensa hoy en poner á cubierto á sus pobres del azote fatal que los amenaza.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

LA LOTERÍA

I

Tengo yo dos amigos que respecto á lotería son dos polos opuestos, dos antinomias, dos antípodas: el Arimanes y Omazor de la lotería; y por supuesto, todo sin razón de ser, como sucede con frecuencia en la humanidad. Parece que han venido al mundo para desmentir el conocido axioma del justo medio, que aplicado á la lotería dice que el que nada juega es un tonto y el que juega mucho un loco. Joaquín, jugador encarnizado de toda clase de juegos de azar, que ha pasado y pasa su vida acechando los azares de la suerte, experimentando por causa de ésta peripecias indecibles; Joaquín, que ha llegado á tener cuatro millones ganados y ahora tiene más de cuatro millones perdidos, supuesto que está plagado de deudas; Joaquín, que sólo puede vivir balanceado por los vaivenes de la fortuna, se pone furioso cuando oye hablar de lotería y apenas puede tratar á los que contribuyen á esta fascinadora contribución del Estado, con la particularidad de que á Joaquín en siete únicas veces que ha jugado á la timba nacional le han *caído* tres premios, y por irradiación por añadidura. En cambio, ¡qué contraste!, Manuel, mi otro amigo, que jamás ha puesto ni un duro á una carta é ignora lo que es color y contracolor, que tiene una fortunita sólida, juiciosamente adquirida con su talento y laboriosidad, es encarnizado jugador de lotería, á pesar de no haberle tocado más que un reintegro en treinta años. En honor de la verdad, esta perseverancia no es hija de la fe, sino que obedece á otro móvil quizá. Si un huésped enreda el deber dos meses á su patrona, ya tiene hospedaje para toda la vida, pues aquélla, con la esperanza de cobrar, no se resuelve á *deshacerse* de él. Por parecida causa tal vez, mi amigo Manolo no se resigna á perder la esperanza de resarcirse del capital empleado en la lotería, y aunque escamado, arremete á ella, bien así (y perdóneseme el símil) como algunos toros en plaza, que embisten con todo á fuerza de estar huídos.

En otra ocasión acaso me ocuparé de las razones en que Manuel funda su obstinado optimismo en lo que atañe á lotería; ahora voy á referir una historia ó verídico sucedido que suele contar mi amigo Joaquín para probar que es un idiotismo jugar á la lotería, puesto que no se necesita de este requisito para que *caiga* al que está predestinado á ella.

II

Hace cuarenta años proximamente había en Cádiz, en la plaza de Las Barquillas de Lope, una tienda en cuya muestra se leía el siguiente rótulo:

Librería de Basilio Mochales

lo cual era una notoria exageración, atenuada un tanto con este segundo letrero:

Compra y venta de libros de lance
y colecciones de romances antiguos y modernos

En efecto, aquel chiribitil reducido y bajo de techo, en el que sólo había un par de estantes no enteramente llenos de volúmenes primitivos y apergaminados, no merecía el nombre de librería aun cuando fuese de baratillo. En la parte exterior de la tienda colgaban de la pared, enganchados en largos alfileres de carpintero, unas dos docenas de romances, trovas y cantares de los de más boga, cuyos amarillentos papelotes se tambaleaban en perpetua alferecía á impulsos del viento del próximo mar. El comercio de libros del Sr. Basilio Mochales no prosperaba y hubiera tronado á no haber ido sosteniéndole la venta de los susodichos romances y otros impresos ligeros, especialmente el relato poético de *La fiera malvada* y el de *La chinche monstruosa*, calificada así porque devoró á una patrona de huéspedes. Los libreros, pues, porque eran dos, puesto que el Sr. Basilio estaba casado con la señora Jesusa, mujer fenomenal por lo que diré inmediatamente, vivían con poca holgura, pero iban tirando y criando á un nene de cinco años de edad llamado Juanito, habido cuando ya no esperaban tener sucesión. He dicho que la librera era fenomenal, porque siendo mujer de muchas libras de peso y dando las carnes color y frescura, ella estaba amarilla y apergaminada como los libros que había en los estantes, y con todo y con eso apenas cabía en la exigua tienda del baratillo, en donde se revolvía con dificultad, bien así como una perdiz muy grande en una jaula muy chica. Afortunadamente su cónyuge el Sr. Basilio era diminuto y chupado; y váyase la una por el otro.

Los libreros eran buenos cristianos y observaban el precepto del descanso dominical. Los días festivos cerraban á las diez de la mañana el chiribitil, y por la tarde, si el tiempo no lo impedía, se daban un largo paseo, bien por el puerto, por la caleta, por la alameda ó por algún descampado en donde solían remontar el barrilete (cometa) de su vástago Juanito.

Sucedió, pues, que la tarde de un domingo.. y aquí empieza lo milagroso, el matrimonio Mochales con su niño salieron á dar el acostumbrado paseo, pero determinaron no prolongarle hasta la hora de costumbre, temerosos de un nubarrón que se cernía hacia la zona del Sur y de un viento huracanado que se levantó de repente.

Así está constituído el universo: todo está en él concatenado: á veces los elementos más molestos y perjudiciales influyen favorablemente en la suerte de generaciones enteras.

Sugiéreme este pensamiento, que no es nuevo ni mucho menos, la casualidad de haber desembocado la familia del librero en la plaza de Las Barquillas de Lope, de regreso á su casa, en el preciso momento en que atravesaba por aquélla un ciego nombrado *Tanasio* vendiendo billetes de lotería. Era este expendedor de la fortuna conocido de todo Cádiz. Guapo, joven todavía, viudo y padre de una niña de ocho años de edad, había ejercido en Sevilla el oficio de albañil, y allí quedóse ciego á consecuencia de enjalbegar constantemente fachadas blancas, y volvió en tal estado á Cádiz, su ciudad natal, en donde se dedicó á la industria de la lotería, contando con las simpatías de sus paisanos. El ciego Atanasio, ó *Tanasio*, como le llamaban para ahorrarse una letra, al ejercer su industria de vendedor hacíase acompañar á veces por su hija Rafaela, más bien por gusto ó por distracción que por necesidad; pues el ciego andaba tan desahogadamente por todo Cádiz (que no tiene mucho que andar) *como Pedro por su casa*. La tarde á que me refiero iba solo, llevando en la mano derecha el clásico palo de ciego y en la izquierda un manojo de décimos de lotería que pregonaba con los incitantes aditamentos de costumbre. Pero en aquel entonces se desgañitaba en vano, pues como día festivo, la poco poblada plaza de Las Barquillas de Lope estaba desierta, hasta que, como ya se ha dicho, desembocó en ella el librero Mochales con su familia. Este y el ciego venían por distinto lado, por la fachada en donde estaba situada la librería-chiribitil, y al llegar *Tanasio* frente á la puerta de éste, aconteció el caso que motiva esta narración. Sucedió, pues, que una violenta ráfaga de aire llevóse de entre los dedos del ciego, sin que éste lo sintiera, uno de los décimos de lotería. El papelito se cernió graciosamente en el aire, cayó al suelo, describió un semicírculo como una hoja de otoño arremolinada y luego entróse rápidamente por debajo de la puerta de la librería, que estaba cerrada, pero cuyos tableros no llegaban al umbral. Los esposos Mochales, que se aproximaban á su casa, vieron todo esto, observaron que el décimo se entraba por la rendija de su puerta como un ratón en su agujero, y la señora Jesusa, impulsada de un movimiento inconsciente, iba á advertir á *Tanasio*, pero su marido la contuvo dándole un codazo. ¡Quién sabe lo que pasaría entonces en el ánimo del librero! Era honrado, pero era español, y sabido es que á la mayor parte de los españoles se les va el santo al cielo en materia de lotería. Si el Sr. Basilio se hubiese encontrado un billete de banco quizá le devolvería á su dueño, sabiendo quién era éste, ¡pero un billete de lotería! ¿No podía ser aquello providencial?

Lo cierto es que los esposos libreros dejaron alejarse al ciego sin decirle nada, entraron en su casa, recogieron del suelo el descarriado décimo y le examinaron con emoción. Un movimiento interior revelaba al Sr. Basilio la importancia de aquel papelito. Número 14.879, premio mayor 80.000 pesetas; era de los más reducidos, pero al que le tocara siquiera un décimo podía darse una vueltecita.

He dicho que el librero era honrado y buen cristiano y temeroso de Dios. Por lo tanto, en medio del devaneo de aquella suerte probable sentía escarabajeos de conciencia. En primer lugar se apropiaba una cosa que no era suya y que podía valer mucho, y además exponía al pobre ciego á un conflicto al dar cuenta de su venta en la administración de loterías. Fluctuaba, pues, entre mil ideas opuestas: pensaba en devolver el décimo á *Tanasio*, en abonarle las tres pesetas que valía aquél; pero reflexionó que esto sería destruir el encantamiento de la fortuna que parecía entrársele por su casa de un modo providencial.

Por fin, para tranquilizar su conciencia se hizo un voto á sí propio, y fué el de dar á *Tanasio* la sexta parte del premio que le tocara en suerte. Así como así el ciego y la niña le eran muy simpáticos, y muchas veces cuando éstos se sentaban á descansar en unos guardacantones bajos que había cerca de la librería trababa conversación con ellos.

III

A los pocos días verificóse la extracción de la lotería y el número 14.879 fué premiado con el *gordo*.

Cuando lo supo el Sr. Basilio estuvo aturdido durante algunas horas y sin saber lo que se hacía; tanto que al pedirle un comprador el romance de *Palmerín de Ingalaterra*, le alargó el de *Sebastiana del Castillo*.

¡Sí, para romances estaba él!

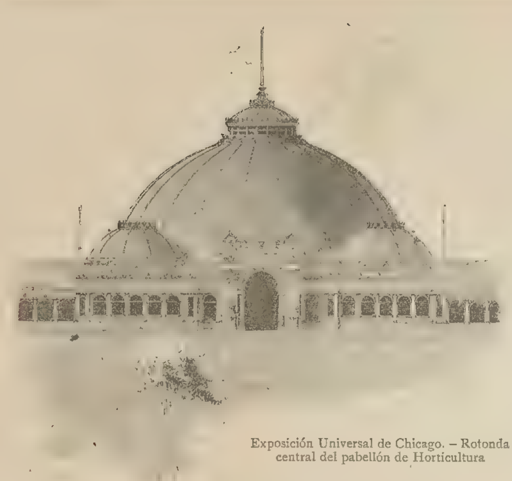
En cuanto á la señora Jesusa no sabía más que exclamar: «¡Jesús, Jesús, Jesús!»

Ya más repuestos de su emoción, ambos cónyuges reflexionaron, y he aquí el resultado:

El bueno del librero, por no excitar sospechas, no había hablado á nadie, ni mucho menos á *Tanasio*, á quien con frecuencia veía, de la pérdida y del encuentro del décimo premiado; pero receló que por el hilo se sacara el ovillo, y que como en las poblaciones de provincia todo se sabe, se supiera que á él habíale tocado el premio mayor en el décimo perdido por el ciego. Creyó, pues, lo más conveniente poner tierra por medio para evitar explicaciones. Hizo apresuradamente las maletas ayudado de su esposa hora y media antes de salir el tren de Sevilla, cobró



LOS PRIMEROS FRIOS, dibujo de Davidson Knowles



Exposición Universal de Chicago. – Rotonda central del pabellón de Horticultura

las ocho mil pesetas que al décimo correspondían, hizo llevar á la estación los baulitos, cerró la librería, entregó la llave á un vecino zapatero, diciéndole que por carta le indicaría lo que tenía que hacer, é instalándose en un coche de segunda con su cónyuge y el chiquitín, alejóse de Cádiz casi tan conmovido como un cajero que se alza con los fondos de la caja.

Parecíale que todo el mundo se fijaba en él. De vez en cuando se palpaba el bolsillo izquierdo del levisá, en donde en una cartera nuevecita llevaba las ocho mil pesetas en billetes de Banco.

No hablaba más que monosílabos y pensaba mucho. Empezaba á sentir las preocupaciones de los capitalistas. Estaba algo inquieto con su nuevo estado porque temía los problemas del porvenir. Había pensado establecer en Sevilla una librería tan decente como su peculio le permitiera, pero... ¿cómo le iría? Aun recurriendo á la venta de romances recelaba, porque sabía que los sevillanos no son romanceros. Pensaba en otro extremo que le azoraba un tanto: había hecho una promesa de conciencia, la cual era la de dar al ciego *Tanasio* la sexta parte de lo que le tocara en la lotería, y ahora tenía conatos de creer que se había comprometido con alguna ligereza. ¡Desmembrar cinco mil y pico de reales de un premio que no era una gran cosa!; y luego, ¿qué había hecho el ciego para encontrarse de *bobilis, bobilis* con semejante fortuna, pues éralo en efecto para un menesteroso que reunía trabajosamente dos ó tres reales diarios? ¿Por ventura habíale *Tanasio* regalado ni siquiera fiado el décimo? Con unos cien duros á lo más estaba bien recompensado el expendedor de billetes. Respecto á este particular se libraba dura batalla en el ánimo del Sr. Basilio entre su temerosa conciencia y su interés. Pero en honor á la verdad, venció aquélla y reiteró la promesa que había hecho. Daría al ciego lo prometido, junto ó por plazos, según conviniera mejor, y ya buscaría el medio de hacerlo sin excitar sospechas. Era forzozo; la Providencia no podía tolerar dos faltas simultáneas, como eran: apropiarse un dinero que no le correspondía y faltar á lo que había prometido.

¡Y luego sostienen los librepensadores que no sirve de nada el freno religioso!

Me consta positivamente que el librero hizo su viaje agitado por los antedichos pensamientos; mas respecto á la señora Jesusa sólo puedo decir que en la primera estación compró á un vendedor ambulante un capacho de bocas de la Isla y que se le comió todo entero antes de llegar á Sevilla. Un mes después el Sr. Basilio tomó en traspaso en esta ciudad, y en su calle de Génova, una librería bastante decorosa, en donde, y sea dicho de paso, el autor de estas líneas tuvo el gusto de conocer á la insigne escritora conocida por el seudónimo de Fernán Caballero.

IV

La librería-chiribitil de la plaza de Las Barquillas de Lope habíase transformado en frutería. Nadie se acordaba ya en Cádiz del Sr. Basilio y familia, si se exceptúa Rafaelita, la hija del ciego *Tanasio*, que algunas veces al sentarse con su padre en los guardacantones de la susodicha plaza, echaba de menos á Juanito, el vástago del librero, con el cual jugaba algunos ratos. Pero un día, el zapatero á quien el señor Basilio había dejado encargado de la librería al marcharse de Cádiz precipitadamente, buscó al ciego y le dijo estas ó parecidas cosas:

– Oye, *Tanasio*, tengo un recado para ti de parte del señor Basilio.

– ¿Del Sr. Basilio el librero?

– Sí.

– Pues qué, ¿está en Cádiz?

– No, hombre, en Sevilla; por eso tengo yo el encargo de hablarte.

– ¿De parte del Sr. Basilio?

– Sí, hombre, sí.

– Pues diga usted, aunque no caigo qué podrá ser, ni qué tendrá conmigo el Sr. Basilio.

– Una cosa muy sencilla. Mi antiguo vecino está muy bien establecido en Sevilla...

– Sea enhorabuena.

– Y sigue siendo tan bonazo y caritativo como *enantes*.

– Eso sí que lo era, al menos conmigo y mi chica, y muchas veces nos daba cuzcurros de pan y torrijas, que hacía muy *superferolíticamente* la señora Jesusa.

– Pues bien: ahora se trata de darte otra cosa mejor.

– *¿Cuála?*

– La vista.

– ¿La vista?, exclamó el ciego dando un respingo.

– Oye y no me interrumpas. El Sr. Basilio sabe, porque á ti te lo han dicho los médicos y tú se lo has dicho á él, la causa de tu ceguera.

– Es verdad.

– Pues bueno; sabrás que ha llegado á Sevilla un médico inglés que cura las cegueras más rebeldes y para quien la tuya será un juego de niños.

– No digo que no, esos extranjeros saben mucho; pero ..

– Cómete ese pero, pues ya sé lo que ibas á decir. El Sr. Basilio se encarga de todo.

– ¡De todo! ¿Y de qué se encarga?

– De tu traslación á Sevilla, de tu manutención mientras dure la cura y de pagar al facultativo, si no la hace *gratis*. ¡Vaya! ¿Qué dices, te conviene? ¿Te has quedado mudo?

– ¿Que he de decir, Sr. Simón? Que Dios les pague á ustedes la caridad. ¡Recobrar la vista! Ver á las gentes, el sol, los barcos! Sería un bien tan grande que no podrá ser.

– ¿Por qué no?

– ¡Cuánto me alegraría por mi niña! ¡Pobrecita! ¡Trabajaría para ella: aún soy joven y robusto.

– Pues todo eso será. ¿Quedamos en que vas á Sevilla?

– ¿Con la chiquitina?

– Por supuesto. ¿Tienes algún preparativo de viaje que hacer?

– Poca cosa, señor. Tenemos un cofre pequeño.

– ¿Debes algo en tu casa ó en alguna parte?

– ¡Nada, á Dios gracias!

– ¿Necesitáis alguna prenda tú ó tu hija?

– No tenemos más que lo puesto, pero creo que no estamos indecentes. La chiquitina es la que anda mal de calzado.

– Toma para que se le compre, dijo el bueno del zapatero dando á *Tanasio* cinco duros. Mañana á las cuatro de la tarde avisas en la administración del ferrocarril para que te lleven el baúl. A las cuatro y media estás aquí con tu hija. De lo demás yo me encargo.

– ¡Oh, Sr. Simón! ¿Cómo agradecer á usted?...

– A mí nada: al Sr. Basilio, por cuya cuenta obro. ¡Conque al avío! Mañana aquí á las cuatro y media en punto.

V

El librero cumplió todas sus promesas.

Alojó al ciego y á su hija en una posada de las Siete Revueltas, á razón de seis reales por persona; y el médico inglés colmó esta obra caritativa devolviendo la vista á *Tanasio* en el corto espacio de dos meses.

Durante los primeros días el ciego estuvo casi loco de alegría, y no se saciaba de andar de Ceca en Meca, viendo y admirándolo todo. Cuando se hubo sosegado, como era honrado y activo pensó en ganarse la vida, y consultó con el librero (á quien ya llamaban D. Basilio) su propósito de dedicarse á su antiguo oficio de albañil, único que sabía.

– No, le dijo éste: las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y volveríamos á las andadas, esto es, á tu ceguera. He pensado para ti en una ocupación más sosegada y lucrativa.

– ¿Ha pensado usted?... exclamó el ciego, que no acertaba á darse cuenta de los repetidos favores del librero. Pero Sr. D. Basilio, ¿qué he hecho yo para merecerle tantas atenciones?

– Ser paisano mío y honrado y bueno y trabajador. Pero vamos á lo que importa. ¿Conoces un puesto de agua que hay en la plaza del Triunfo?

– ¿El que está pegado al alcázar?

– Sí, no hay otro.



Exposición Universal de Chicago. – Pabellón de la sección de pesquerías



Exposición Universal de Chicago. – Palacio de máquinas

–¡Vaya si le conozco! Anteanoche estuve allí con mi niña, que la gustan mucho los higos chumbos. Por cierto que oí decir que traspasaban el aguaducho.

–Así es: Pardo el dueño del puesto va á América. Ya he hablado con él, y si tú quieres se le tomo para ti. El traspaso es algo caro: cien duros; pero los vale: me he enterado bien.

El ciego no acertaba á hablar de sorpresa y de agradecimiento.

–¡Vaya! ¿Te conviene el oficio?, preguntó el librero.

Inútil será decir que *Tanasio* aceptó el ofrecimiento deshaciéndose en protestas de gratitud. D. Basilio, después de pagado el traspaso, que era con enseres y todo, dió á aquél quince duros para la instalación, y hecho esto exhaló un suspiro de satisfacción. Estaba contento de sí propio. En el viaje del ciego y su hija á Sevilla, en el pago de hospedaje de éstos, en las medicinas necesarias para la curación de *Tanasio*, en dos cajones de cigarros habanos que regaló al oculista inglés, que había hecho *gratis* la cura, y en el traspaso y toma de posesión del aguaducho, el honrado de D. Basilio había empleado íntegros los cinco mil y pico de reales, que según promesa mental correspondían al ciego del premio de la lotería Por eso estaba contento de sí mismo, y el primer día de fiesta que fué á oir misa á la catedral, se encaró con la Virgen de la Concepción de Montañés, de la que era especial devoto, como diciéndola:

–¿Qué tal, gran señora?

D. Basilio daba á la Virgen el mismo tratamiento que el catecismo de Ripalda. Y parecióle que la santa imagen, mirándole cariñosamente le contestaba:

«Muy bien, Basilito: eres un hombre de palabra, estoy satisfecha de ti»

Porque los buenos cristianos somos así; creemos que Dios y toda la Corte celestial se ocupan de nuestras menudencias.

En cuanto á Doña Jesusa, la señora del librero, era una buena mujer que dejaba hacer á su marido y no se metía en nada. Con comer bien (como comía) y con poder revolverse á sus anchas en la amplia tienda y trastienda de la librería estaba satisfecha.

Engolosinado con el premio de lotería que había cobrado de *bobilis, bobilis*, D. Basilio jugaba á aquélla frecuentemente, pero jamás volvió á tocarle ni un mínimo premio de treinta pesetas. En la librería le iba medianamenre, es decir, que le producía para vivir con holgura, pero no para ahorrar ni un céntimo. Durante algún tiempo creyóse desgraciado; pero luego, renunciando á sus sueños de fortuna, se resignó, dándose por satisfecho con poder sacar adelante á su único hijo Juan y hacerle hombre.

En cuanto al ex ciego *Tanasio* (ahora Sr. Atanasio), parecía que una hada benéfica habíale tocado con su varita encantada. Todo le salía bien. El aguaducho de la plaza del Triunfo era una mina y el sitio predilecto de la marinería del río y de las simpáticas cigarreras que iban ó venían de la fábrica. Atanasio era el genio de los confites y el rey de los higos chumbos (en su tiempo). Hallábase en su establecimiento como el pez en el agua, y si él tenía fama de limpio y obsequioso, su niña Rafaela era una maravilla de gracia y donosura. Ella atendía á todo como una mujercita, aunque algunas veces se distraía jugando (como en Cádiz en la plaza de Las Barquillas de Lope) con Juanito, el vástago del librero, que iba con frecuencia al aguaducho á hartarse de panales y golosinas.

VI

Transcurrieron catorce años.

Debo dejar este párrafo aparte como en las novelas por entregas.

Cuando se lleva una vida tranquila, sin grandes vaivenes de fortuna y con las sosegadas pasiones que prescriben la moral y la higiene, el tiempo pasa con rapidez, y cuando los que nos hallamos en este estado de sosiego recordamos algún incidente lejano, solemos decirnos: «Me parece que fué ayer.»

En este caso se hallaban D. Basilio el librero de la calle de Génova y su digna esposa Doña Jesusa. En la parte física habían cambiado algo, como es natural, y algo más en la moral, no por causa de ellos, sino por la de su hijo Juanito En otros tiempos, éste hubiérase dedicado tranquilamente á la ocupación de su padre, la cual sin quebraderos de cabeza le aseguraba el pan nuestro de cada día; pero ¡vayan ustedes á sujetar la imaginación de la juventud del segundo período del siglo XIX! Desde que empezó á piñonear el muchacho salió ambiciosillo y travieso, no se avenía al limbo de la librería de su padre, no quiso seguir carrera alguna bajo el pretexto de que no podía sujetar su imaginación al estudio rutinario, y se dedicó á periodista y político con ribetes de literato.

Su bello ideal era presidir el Congreso de los diputados en una situación avanzada, y á fuerza de machacar convenció á sus padres de que para obtener este resultado érale preciso residir en Madrid D. Basilio en su fuero interno estaba orgulloso de las levantadas ideas de su hijo, y consintió pasarle en la corte una modesta mensualidad. Con esta base Juanito hizo en Madrid lo que todos los jóvenes despabilados. Colaboró en periódicos, dió conferencias en el Ateneo é hízose amigo del jefe de un partido político importante

Cuando vuelvo á presentarle al lector, á los diez y nueve años de edad, esperaba no sin cierta impaciencia á que los suyos subieran al poder. Iba á Sevilla un par de veces al año, en el tiempo de la feria y al principio de otoño, antes de que se abrieran las Cortes, y entonces y sólo entonces, cuando se hallaba algo más fresco de sus ardores políticos y ambiciosos, ocupábase someramente del ramo de mujeres.

D. Basilio también había vuelto á hacerse ambicioso por causa de su hijo, y jugaba con encarnizamiento á la lotería, pero en balde: la fortuna le volvía la espalda, y veíase precisado á vegetar en la modesta holgura de su librería.

Son mucho cuento los caprichos de la fortuna simbolizados en la lotería. A D. Basilio no le tocaba ésta nunca y al ex ciego *Tanasio* le tocaron catorce premios en los catorce años que he indicado. Primeramente fueron premios de escasa cuantía, hasta que en una de las extracciones de desagravio de Navidad pescó uno de ciento cincuenta mil pesetas. Y con esto, caten ustedes á *don* Atanasio hecho un hombre. Conservó por agradecimiento el aguaducho de la plaza del



Exposición Universal de Chicago. – Pabellón de la sección de minas

Triunfo, poniendo al frente á una persona de confianza; pero él dedicóse á negocios y su preciosa hija Rafaela á hacerse una perfecta señorita.

Los negocios de *don* Atanasio (todos limpios, por supuesto) prosperaron, y en cuatro ó cinco años llegó á la envidiable categoría de millonario. Compró entre otras cosas una gran casa en la calle de Triana y un cortijo y huerta en el pueblo de Brenes, que le producían un dineral de renta, y sin embargo, Rafaelita, la mimada hija del ex ciego, que era una muchacha con toda la gracia gaditana, que ponía el



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de Conrado Kiesel



TRABAJOS EN EL TÍBER, cuadro de Enrique Serra. (Expuesto en la Exposición de Berlín del presente año y adquirido por S. M. el Emperador de Alemania.)

mingo en Sevilla en cuanto á vestir, que tenía un coche de ciudad y otro de colleras y que se veía *oseada* por jóvenes guapos y finos, estaba triste, pensativa y como desmadejada.

¿Por qué?

Lo diré en párrafo aparte, que bien se lo merece.

VII

Son sensibibidades casi exclusivas de niñas y muchachas provincianas, casi desconocidas en Madrid, desde que se lee á Zola y á otros descreídos de corazón. Desde que Rafaela, cuando servía de lazarillo á su padre, jugaba algunos ratos con el niño Juanito á la puerta de la librería-chiribitil de la plaza de Las Barquillas de Lope, concibió infantil inclinación hacia aquél, que fué en el transcurso de los años convirtiéndose en pasión profunda y arraigada. Ni de niño ni de joven lo merecía el hijo del librero: de niño por llorón y díscolo, y de joven por fatuo, pretencioso y no bien encarado.

Pero las mujeres son como las gallinas, que pican... lo que no debían picar, y Rafaelita, que desde polluela fué un modelo de gentileza y no se daba mano á contestar á piropos y pretensiones, sólo pensaba en Juanito, el contrahecho y gomoso periodista, que sólo se dignaba verla de vez en cuando y que apenas si se fijaba en ella.

Rafaela, que era celebrada en Sevilla por su hermosura y elegancia, le comía con los ojos, que eran dos luceros, y no obstante él cuando oía hablar de ella hacía una mueca desdeñosa.

¿Qué querría aquel mamarracho? Pues nada: sencillamente la presidencia del Congreso de diputados.

He aquí las consecuencias de la civilización: los jóvenes de veinte años escasos, como era Juanito, que sólo debían pensar en *tejer danzas* con las muchachas, como los pastores de Florián, ahora sólo piensan en gobernar el país como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

Lo cierto es que Rafaelita, la perla de Sevilla, íbase quedando flacucha, desmejorada y desanimada. Sentía por el hijo del librero *pasión de ánimo* afección tan rara en estos tiempos como la antigua *elefanthiosis* de los árabes. Afortunadamente sucedió que Dios iluminó el cerebro de D. Basilio, cosa que no acostumbraba á hacer, para aprovechar una ocasión.

Fué esta la venida á Sevilla de su pretencioso vástago Juanito un mes de junio, poco después de cerrarse los parlamentos. Había escrito en *El Ministril* un violento artículo de oposición titulado *Faenas inútiles*, y volvía á la librería paterna con un humor de todos los diablos. Aspiraba á la presidencia del Congreso y no había conseguido ni siquiera ser diputado.

– Es imposible, padre, dijo al autor de sus días, por más cualidades que se tengan, es imposible llegar á nada faltando la posición ó fortuna.

– Eso me lo tengo yo calado hace tiempo, observó el librero; pero no he querido decirte nada por no contrariarte. Has equivocado el camino.

– ¿Por qué?

– Porque antes de la posición debías haber buscado la fortuna.

– ¿Cómo?

– Sencillamente; casándote con una mujer rica.

– ¡Ay, padre! Ese género anda por las nubes...

- Con tu ligereza, con tus cualidades..

Juanito no era pretencioso en lo tocante al físico, así es que contestó al chocho del librero:

– Ya no existen mujeres ricas que se enamoren de esas cosas; si siquiera hubiera llegado á ser un diputado...

– ¿Cómo que no existen?, replicó D. Basilio. Por lo menos sé de una que sólo está esperando á que la hagas la seña del tres.

El librero, inspirado por el cariño paternal, había visto más claro que su obtuso hijo. Este, que no lo fué tanto en aquella ocasión, comenzó á pensar en lo que le convenía y reparó en los buenos ojos y blancas manos gaditanas de Rafaela, la enamorada hija del millonario D. Atanasio.

Consecuencias:

En la actualidad, Juanito es el Exmo. Sr. D. Juan Alberto Mochales; que tiene no sé qué gran cruz, ha sido padre de la patria dos veces y el mejor día será abuelo, ingresando en el Senado. Su esposa Doña Rafaela Pérez de Mochales con el matrimonio se ha curado de su pasión de ánimo. Ignoro si es feliz, á pesar de los ataques de reuma que suelen aquejarla; pero me consta, porque se dice en la prensa, que es una de las estrellas de los salones de Madrid.

El verídico, aunque desaliñado relato que acabo de hacer, contiene una máxima y una moraleja.

La máxima es esta:

Juega á la lotería nacional,
Aunque esto salga casi siempre mal.

La moraleja es la siguiente:

Cumple siempre las promesas que te hagas á ti mismo ó á los demás, y te verás recompensado en tus hijos y tal vez en tus nietos.

F. MORENO GODINO

NUESTROS GRABADOS

brindis, copia de una fotografía de don Rafael Areñas. – No se trata de una belleza concebida por la imaginación del artista ni de uno de esos tipos que más que copia de un modelo determinado vienen á compendiar en uno solo los rasgos salientes de varios individuos aisladamente estudiados; trátase, por el contrario, de una reproducción fotográfica, es decir, de la expresión de la verdad directamente obtenida, con lo que si la obra desmerece un tanto desde el punto de vista de los altos fines artísticos, en cambio gana no poco la persona que sin necesidad de embellecimientos artificiales ha podido, tal cual es, ofrecer al objetivo del aparato fotográfico materia para un verdadero cuadro, como el que la fotografía tan hábilmente hecha por el señor Areñas por sí sola constituye. La belleza y la gracia de las muchachas andaluzas que tantas veces hemos celebrado reproducidas en obras pictóricas, se nos presenta aquí llena de vida, con todo el colorido de la realidad, y á su vista preciso es confesar que en éste, como en otros muchos puntos, da la naturaleza quince y raya á los artistas, y que al lado de sus obras palidecen, en cierto modo, las creaciones del hombre, dignas de elogio cuando á lo natural se acercan, pero nunca tan perfectas y tan acabadas como las que de aquélla salen.

***

Retrato de Madame Bonnemain y tumba en donde ésta enterrada en el cementerio de Bruselas y donde se suicidió el general Boulanger. – El hombre que en un momento dado llegó á ser la personalidad más popular de Francia, el que pudo ser considerado como una esperanza positiva para el día de la revancha, el que pareció un tiempo ser árbitro de los destinos de su patria, puso fin á su vida ni más ni menos que hubiera podido hacerlo el protagonista de una de esas novelas románticas que tan de moda estuvieron á mediados de este siglo. No hemos de entrar en detalles acerca de este suicidio, porque harto los han reproducido todos los periódicos del mundo: sabido es que desde la muerte de Mme. Bonnemain, el general se sintió invadido de profunda melancolía que nada bastaba á disipar, é intentó varias veces darse muerte, cosa que oportunamente pudieron evitar sus allegados. En la mañana del día 30 de septiembre último fué, como de costumbre, al cementerio de Ixelles á depositar un ramo de flores sobre el sepulcro de la mujer á quien tanto amara y cuyo recuerdo no podía apartar de su pensamiento, y después de contemplar largo rato la losa que cubría el sepulcro, sentóse en el suelo, recostóse en el pedestal del monumento y disparó sobre su sien derecha el revólver cuya bala salió por la izquierda produciéndole instantánea muerte.

En la cara posterior de la tumba de Mme. Bonnemain había hecho poner el general una inscripción donde se consignaban la fecha del nacimiento y la de la muerte de aquélla; en la principal mandó grabar estas dos palabras: *¡Hasta pronto!* Boulanger cumplió la promesa que esto significaba: Margarita Bonnemain murió á la edad de treinta y cinco años, el 15 de julio, y á los dos meses y medio se suicidaba junto á su sepulcro el que por ella había sacrificado su porvenir militar y su popularidad política.

***

Los primeros fríos, cuadro de Davidson Knowles. – ¡Cuán distintas impresiones los primeros fríos producen! «¡Benditos sean!,» dicen aquellos que á su solo anuncio ven desarrollarse ante sus ojos un panorama de notas alegres donde se confunden los trajes lujosos, las habitaciones confortables, los trenes espléndidos, los teatros deslumbradores y las recepciones brillantes. «¡Malditos!» si es que fuerza para maldecir tienen, exclaman los desdichados para quienes la primera helada es tétrica mensajera de horrores y miserias y en cuya imaginación surgen anticipados, pero con todo el relieve de la realidad recordada ó presentida, los cuadros sombríos de una vivienda destartalada, de un hogar sin lumbre y de unos seres queridos que perecen de frío y de hambre sin que basten á resguardarles del uno ni á aplacar el otro los harapos y el mendrugo de pan que pueda proporcionarles el trabajo y á falta de éste la caridad.

¡Qué alegre es el invierno para los primeros; para los otros cuán desesperante!

La dama tan admirablemente pintada por el reputado artista inglés Davidson Knowles, cuéntase en el número de los privilegiados; envuelta en ricas pieles y elegantes vestiduras que no ofrecen intersticio alguno por donde el aire helado llegue al cuerpo, espérala sin duda el abrigado coche que ha de conducirla á su morada, fortaleza inexpugnable donde el frío del exterior no penetra, ¡Feliz ella que no conoce del invierno sino las alegrías! ¡Más feliz aún si conociendo sus tristezas su corazón la mueve á remediarlas!

***

Exposición Universal de Chicago. – En el número 410 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de esta fiesta colosal que en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América prepara la capital norte-americana. Hoy nuestra tarea se reduce á describir someramente algunos edificios que han de formar parte de la misma, junto con los que ya entonces describimos y con los que iremos publicando en otros números.

El edificio de la sección de minería tendrá 700 pies de largo por 350 de ancho y 65 de alto; tendrá una entrada á cada lado además, de las principales, abiertas en las fachadas Norte y Sur. Esta última será de colosales dimensiones (110 pies de alto por 32 de ancho) y dará acceso á un vestíbulo de 88 pies de altura. En cada ángulo del edificio habrá un pabellón coronado por una cúpula rodeada por un balcón circular.

El pabellón de la Pesca y pesquerías es de estilo hispano-romano y formará agradable contraste con el estilo en cierto modo clásico de los otros edificios: su longitud máxima es de 1.100 pies y su anchura de 200. Dividido en tres secciones, en la central se expondrán todo lo relativo á la pesca en general y las otras dos serán destinadas á la pesca con caña y al aquarium. Este pabellón será de fijo uno de los que más interés despertarán en los visitantes de la Exposición por la variedad de curiosas instalaciones que en él se proyectan.

Del paballón de Horticultura, cuya entrada principal reproducimos, ya hablamos detalladamente en el citado número, cuando publicamos la vista general del edificio.

La galería de máquinas tendrá 850 pies de largo por 500 de ancho y en su interior presentará el aspecto de tres grandes estaciones de ferrocarril, una al lado de otra: en cada una de ellas habrá una grúa colosal movible colocada en lo alto para mover las máquinas y las plataformas en donde se colocarán los visitantes que quieran ver esta sección lo más cómodamente posible. Todo funcionará allí por medio del vapor. Una columnata pondrá en comunicación esta galería con el palacio de la Agricultura. Dados los adelantos que cada día registran los anales de la ciencia del ingeniero, no es aventurado asegurar que en esta sección podrán admirar verdaderas maravillas y contemplar sorprendentes aparatos los que tengan oídos á prueba de estrépitos; pero de fijo que no todos los que allí acudan podrán resistir el espantoso ruido que han de producir tantas máquinas funcionando á la vez dentro de aquel recinto.

***

Después del baile, cuadro de Conrado Kiesel. – Este pintor goza de especial renombre en el mundo del arte y de que tal fama no es injustificada habrán podido convencerse nuestros lectores por las obras de su pincel salidas, *Yum-Yum* y *Elena*, que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en sus números 389 y 460.

La hermosa figura que hoy publicamos es por su expresión, por su dibujo correcto y por su bien entendido clarobscuro una nueva demostración de que en su género pocos aventajan al artista alemán, y viene á aumentar con un ejemplar de gran valía la colección de bellezas femeninas que éste se ha propuesto formar, dando con ello pruebas de exquisito gusto.

***

Trabajos en el Tíber, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el emperador de Alemania. – Pocos números hace, un distinguido crítico trazaba en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un juicio tan justo como favorable de la personalidad de nuestro distinguido paisano, considerándola desde el punto de vista artístico. Ni á lo que entonces dijo Federico Rahola, ni á lo que en repetidas ocasiones hemos apuntado acerca de las obras de Serra en este periódico publicadas, hemos de añadir nada con motivo del cuadro que hoy reproducimos. Cuantos elogios pudiéramos hacer del autor hechos están en nuestras páginas; cuantas alabanzas nos fuera dable prodigar á *Trabajos en el Tíber*, huelgan teniendo el cuadro á la vista; éste se alaba por sí solo, *no es menester alaballo.*

Esta obra, modelo de naturalidad y prodigio de ejecución, fué extraordinariamente admirada en la última Exposición Internacional Artística de Berlín, y adquirida por el soberano alemán, que si atiende con especial cariño á las cosas de la guerra, no por eso descuida el fomento de las bellas artes, cuyo florecimiento es uno de los más preciados beneficios de la paz.

***

El japonés Morimoto, célebre por sus muecas extraordinarias. – Los japoneses muestran afición extremada á las muecas y deformaciones del rostro, siendo este gusto extraño un indicio del amor á lo grotesco, de que dan muestras en todas las manifestaciones de su arte.

Existe en la ciudad de Kioto una calle entera consagrada á teatros, cafés cantantes y barracones de saltimbanquis de todo género. En uno de estos últimos lucía, no hace mucho, sus habilidades un tal Morimoto, cuya especialidad consistía en hacer muecas verdaderamente sorprendentes; este sujeto dislocaba los nervios de su cara de una manera espantosa, haciendo subir sus labios inferiores y su barba de tal modo que cubría con ellos la punta de su nariz, ocultando su boca entre los pliegues de las mejillas, ejecutando, en suma, los visajes más inverosímiles.

Entre los ejercicios más aplaudidos por el público que asistía á sus representaciones figuraba el de representar, envuelto en un gran paño encarnado y agachándose hasta esconder sus piernas, al dios *Daruma*, el más popular del Japón, de quien dice la leyenda que vivía entre montañas en la mayor austeridad y andaba siempre hasta el punto de que se le gastaron poco á poco las piernas por el uso continuo que de ellas hacía. Otro de sus grandes éxitos lo conseguía presentando la cara del dios de la Riqueza, alegre, cuando cree encontrar un tesoro y descontento cuando su ilusión se trueca en desencanto.

La figura 1.ª de nuestro grabado representa á Morimoto con su cara natural, la 2.ª y la 3.ª al dios de la Riqueza en sus dos distintos estados y la 4.ª al dios *Daruma*. Todas están tomadas de fotografías, que costó no poco trabajo obtener, no porque el célebre japonés no se prestara á retratarse, sino porque su afición al licor llamado *saké* le ponía en tal estado que era imposible llevarlo á casa del fotógrafo.


El cadáver fué colocado en unas angarillas

GARDINETA

POR ANTONIO ALBALAT.—ILUSTRACIONES DE MONTENARD

Hacía ya una semana que Simón había desaparecido, sin que se pudiera saber si estaba vivo ó muerto; inútil fué recorrer los bosques, explorar las montañas y tallares, pues en ninguna parte se le encontró. En todas las granjas del caserío de Ingardín este incidente contristaba á las buenas campesinas, que se comunicaban sus impresiones por la noche al débil resplandor de las estrellas, cuando salían á tomar el fresco á las puertas de sus casas. ¡Qué gallardo mancebo era el tal Simón! ¡Este sí que tenía talla para defenderse! Amado por su buen carácter, muy conocido en el país, vencedor en todas las fiestas y festejado por las muchachas, habíasele visto salir cierta mañana para ir á vender sus carneros á la feria de Barjols; volvió por la noche con su dinero, y al día siguiente ya no se le vió más. ¿Fué víctima de algún ladrón, ó habría huído después de hacer una calaverada? Sin embargo, un mozo de su temple se hubiera defendido, y sabíase que era incapaz de robar á nadie.

En esas hermosas noches de Provenza, á la luz de la luna, cuyos rayos melancólicos iluminaban la campiña azul, las mujeres se referían, mientras sacaban agua de los pozos, los amores de Simón con Gardineta, hija del anciano Tomás. Tanto y tanto había hecho este viejo avaro para impedir el matrimonio que le desagradaba en extremo, que cierto día su hija rompió con Simón, después de haber descubierto que tenía relaciones con una cabrera de la granja. Sin perder tiempo, el padre prometió ceder la mano de Gardineta á un mancebo rico de la vecindad llamado Juan, que la joven adoró muy pronto con una de esas ternuras que nacen del despecho y que tanto se parecen al verdadero amor. Este Juan tenía un padrastro rico, el cual debía dejarle toda su fortuna. Ahora bien: precisamente en el momento en que debía quedar concertado el enlace, hete aquí que Simón, el primer enamorado de Gardineta, abandonó el país. ¿Sería una casualidad, ó marchó para no presenciar el matrimonio? Los campesinos no lo creían; pero las mujeres se encogían de hombros, mientras retiraban las sillas para entrar en sus casas y acostarse, después de sus largas conversaciones nocturnas, en las cuales no se hablaba de otra cosa...

Cierta mañana, el pequeño Chois, que guardaba los pavos á la entrada del caserío, llegó corriendo como un loco, seguido de sus aves y gritando á voz en cuello:

—¡He visto á Simón... allá abajo, en el pantano!...

Las mujeres salían de sus casas uniendo las manos en ademán de súplica; los hombres abandonaron el campo, y buscando cuerdas y horquillas, acudieron todos tumultuosamente al pantano, que era una especie de pudridero donde se arrojaba el estiércol; apartaron el ramaje que cubría la superficie, y en el mismo instante resonó un grito de horror al ver dos grandes zapatos y una blusa azul flotando en el agua. ¡Pobre Simón! Buscábanle muy lejos, y todos los días al volver del trabajo pasaban junto á él sin verle. Horrible fué la operación de extraer el cadáver del pantano en aquel día de calor sofocante: la mandíbula inferior estaba rota, la boca desfigurada, la piel tenía un color violáceo y en medio de la frente veíase un orificio; los brazos, extendidos del todo, parecían los de un maniquí; una nube de moscas zumbaba alrededor de la cabeza, y los ojos, abiertos, estaban blancos como los de un ciego.

No fué cosa fácil sacar el cuerpo de allí; y las mujeres retrocedieron, poseídas de espanto, mirando desde lejos la horrible operación; el cadáver fué colocado en unas angarillas, lúgubres por demás en aquel brillante día de verano, cuyo calor hacía sudar á los portadores. El sol iluminaba de lleno las facciones desfiguradas del asesinado, que tenía la cabeza echada hacia atrás, los brazos rígidos y el cabello impregnado de sangre; el agua y el cieno goteaban de sus ropas; el vientre se había hinchado, y el cuerpo exhalaba un hedor insoportable que el viento de las montañas mezclaba con el perfume de la retama y de los trigos maduros.

Este drama aterrorizó á las doce familias que constituían la escasa población de Ingardín, donde jamás se había cometido ningún crimen. El cadáver se dejó durante la noche en un cobertizo, donde le velaban solamente las langostas y los grillos, sirviendo de oración fúnebre el grito de los mochuelos ocultos en las encinas. Aquella noche no hablaron las mujeres debajo de los árboles; trastornadas por la presencia del muerto, las campesinas se acostaron muy temprano, sin que nadie osase abrir la puerta de su casa; las ventanas permanecieron cerradas, y hasta que rayó la aurora las jóvenes se estremecieron en su lecho al oir á los perros ladrar delante del cobertizo. Gardineta, que á pesar de la prohibición de su padre fué á ver el cadáver durante el día, volvió anegada en llanto, y cuando entró en su aposento y pensó que había amado con todo corazón al difunto, no pudo contener sus lágrimas en largo rato. Juan, su novio, fué el único que se mostró insensible; comió con la mejor gana, según costumbre; y Gavot, su mozo de labranza, dijo que se había alegrado al parecer cuando se le anunció la muerte de Simón, cual si hubiese tenido á dicha verse libre de un rival por el que atormentaba de continuo á Gardineta. Su frialdad indignó á todo el mundo.

A la mañana siguiente, á eso de las cinco, la justicia llegó á Ingardín: de un carro con toldo, tirado por dos caballos, apeáronse delante del cobertizo, en medio de las mujeres y de los aldeanos reunidos, el juez instructor, señorón que vestía levita larga; el fiscal, miope y con patillas rubias; el médico, oficial de la Legión de honor, y por último un escribano, hombre pequeño con su correspondiente bastón y con los lentes ahumados. Cuatro gendarmes á caballo servían de escolta.

Acto continuo procedióse á las primeras averiguaciones con una calma que sorprendió á los buenos campesinos, y registrado el cadáver, encontróse sujeto con un alfiler en la camisa de la víctima un billete de cien pesetas, tan empapado en agua, que apenas se reconocía ya. Instruído el proceso verbal, se colocó el cadáver en una carreta para transportarlo á la ciudad vecina, y dióse principio á la información sin salir del cobertizo, pues el calor era insoportable en aquellas montañas. Los aldeanos permanecieron fuera, mudos y pensativos como siempre, con su pipa en la boca y esperando á que se les interrogase; las mujeres hablaban en voz baja, y todos parecían impresionados por aquella escena, sin comprender bien lo que de ellos se quería.

Algunos, cansados de fumar y escupir, volvieron á su trabajo. Cuando los gendarmes abrían la puerta para llamar á los testigos, oíase el canto monótono de las cigarras y se veían enfrente los pinares inundados de luz. Mientras el escribano hacía correr la pluma sobre el papel, el juez, con los codos apoyados en la mesa, interrogaba á los campesinos, confundiéndolos con tantas preguntas que ya no sabían qué contestar.

La vida de Simón, sus relaciones, su viaje, todo fué referido, comentado y consignado por escrito. El juez se rascaba la barba y tosía á cada instante con aire discreto; y al preguntar «¿de quién sospechan ustedes que haya podido venir el golpe?,» los aldeanos contestaron, encogiéndose de hombros, «seguramente no es ninguno del país, señor juez.» Uno de ellos se aventuró á decir: «Alguien habrá

seguido á Simón al volver de la feria, de donde traía dinero, y es muy posible que le hayan matado para robarle.» Pero el juez extrañaba que el asesino no hubiese encontrado el billete de Banco al registrar á su víctima; y por otra parte, ¿cómo podía creer el asesino que Simón, después de dormir en la aldea, en la noche de su vuelta, llevase aún el dinero consigo al día siguiente?

– ¿No tenía ningún enemigo en el país?, preguntó el juez.

Los campesinos se miraron sin responder, y al fin uno de ellos contestó:

– No, señor juez, pues no podría decirse que Juan fuera su enemigo porque estuviese celoso de él á causa de Gardineta.

– ¿Quién es ese Juan?, preguntó el magistrado. ¡Que vayan á buscarle!

El juez daba sus órdenes tranquilamente, como si se tratara de una mala inteligencia que se aclararía muy pronto.

– ¡Ah!, añadió, que venga también Gardineta... ¡Traedmela cuanto antes!...

Al entrar la joven, el escribano levantó la cabeza, el doctor se atusó el bigote, el fiscal guiñó los ojos y el juez tosió con interés; tanto les impresionó la maravillosa belleza de la joven: era una robusta campesina, cuyo corsé redondo apenas podía contener el seno; sus mejillas frescas y sonrosadas como las de una niña, rebosaban juventud; sus ojos eran grandes y negros, y sus pestañas largas y sedosas comunicaban la más dulce expresión á su mirada. Un pañuelo pequeño, cruzado sobre el seno, permitía ver la parte superior de los hombros, y el sudor inundaba su frente, como el rocío un fruto maduro.

Con voz dulce y tímida, que contrastaba con su robustez, refirió lo que todo el mundo sabía, sus primeros amores con Simón, la oposición del padre, el rompimiento con aquél y sus desposorios con Juan, cuyos celos confesó.

– ¿Conque estaba celoso?, preguntó el juez.

– Sí, señor; pero es un buen muchacho, incapaz de hacer daño á nadie.

Gardineta extrañó que le hiciesen tantas preguntas.

– ¿Se encontró Juan alguna vez con Simón? ¿No hubo nunca ningún altercado entre ellos? ¿No habló jamás contra él? ¿Qué decía esta mañana?

Confundida por aquel tenaz interrogatorio, Gardineta se embrolló, contradíjose, y acabó por confesar que Juan tenía mala voluntad á Simón, pero que jamás le había buscado disputas, sabiendo muy bien que ella era una joven honrada.

Los gendarmes llegaron en aquel momento para decir que Juan había marchado á La Roque y no volvería hasta la noche.

El juez se mordió los labios, reflexionó, y resuelto á interrogar á Juan al día siguiente, dijo con indiferencia:

– Está bien; hubiera podido facilitar datos, mas prescindiremos de ellos.

Cuando aquellos señores volvieron á su coche, y mientras se alejaban seguidos de los gendarmes, que habían puesto sus caballos al galope, los campesinos con sus sombreros en la mano en actitud respetuosa contemplaron á los representantes de la ley hasta que se hubieron perdido de vista.

¡Qué día! Gardineta no durmió en toda la noche; en vez de acostarse, apoyóse de brazos en la ventana y observó las estrellas, buscando en la tranquilidad del cielo un poco de calma para su corazón perturbado. Parecíale estar viendo aún las facciones desfiguradas del muerto, su mandíbula rota, sus ojos en blanco y sus largos brazos rígidos. ¡Pobre Simón! La vida no había tenido nada bueno para él; era pobre, no le quisieron por esposo, y para colmo de desgracias le mataron. Sin embargo, no era perverso ni odiaba á nadie; rehuía siempre las pendencias, y como todos los hombres fuertes y valerosos, no hacía aprecio ni trataba de vengarse de los que le molestaban. La joven recordaba la dulzura de su sonrisa cuando pasaba por delante de su puerta al volver de los prados, y ahora que Simón había muerto, imaginábase que su amor resucitaba. Perdonábale el haberla engañado; sentía haberse mostrado tan dura con él, y solamente pensaba en sus promesas, en sus juramentos, en aquel beso que se dieron detrás de la granja, cuando se hacía la recolección del heno, una tarde en que los rebaños salían para ir á pastar á la montaña.

Y todas estas reflexiones sobre cosas lejanas, produjéronle una tristeza profunda, una angustia irreparable que la oprimió el corazón, llenando poco á poco sus ojos de lágrimas. En aquel instante sintióse poseída de resentimiento contra Juan por no haberse mostrado más compasivo, por haber afectado ante la muerte una indiferencia celosa, como si la muerte no desarmara todos los odios. A causa de este rencor, su cariño á Juan disminuía, aumentando el que antes le inspirara el difunto, su primer amor; y trataba de comprender la tranquilidad de la tumba ante el silencio profundo que reinaba en las altas regiones y en las colinas iluminadas en aquel momento por los argentados rayos del astro de la noche.

El viento agitaba á intervalos ligeramente las hojas de los árboles, que producían entonces suave rumor; oíase por todas partes el grito monótono de los mochuelos; los murciélagos volaban por delante de la ventana; en el jardín maullaba un gato; y pensando que todo pasa, que todo se va, el amor, la vida, los dolores y las alegrías, la joven se arrodilló, y allí, ante el puro cielo, ese hermoso cielo de Dios, oró por el difunto.

«¡Dios mío!, murmuró. ¡Tened compasión de él! ¡Recibidlo en vuestro santo Paraíso!...»

. . . .

A la mañana siguiente, á eso de las cinco, el juez volvió para continuar la instrucción. Su primera diligencia fué enviar en busca de Juan, que se diponía á marchar al campo sin haber visto á Gardineta, cuyo pesar le irritaba. Como los labradores habían vuelto á su trabajo, no quedaban en el caserío más que las mujeres y algunos hombres, los cuales discutían delante del cobertizo donde se hallaban el juez y sus acompañantes.

Juan llegó con su azadón al hombro, y calado hasta las orejas su kepis militar (recuerdo del regimiento), dispuesto á esquivarse apenas terminara el enojoso interrogatorio. A las primeras palabras comprendió que no le sería posible conservar su serenidad; y del todo inocente, no había previsto la extraña complicación, las estrechas mallas de la red en que se hallaba cogido.

Después de oirle declarar que no sabía nada acerca del hecho, el juez, con su palabra benévola y su rigurosa tenacidad, dió principio al terrible interrogatorio.

– ¿Dónde estaba usted en la mañana del crimen?

– ¿En la mañana del crimen?...

– Sí.

– Había ido á trabajar, contestó Juan, después de pensar un momento.

– ¿A qué hora?

El interrogado calculó, dando vueltas á su kepis entre las manos.

– A las cinco, contestó al fin.

– ¿De dónde toma usted hora?

– De mi reloj.

– ¿Con cuál le regula usted?

– ¿Con cuál le regulo?

– Sí.

– Con el sol.

– El sol varía diariamente... ¿A qué hora regresó usted del campo? ¿Qué camino tomó? ¿Qué vió? ¿Iba solo? ¿Tiene usted testigos?

Juan se embrolló, resultando al fin de sus contestaciones que nadie le había visto trabajar.

– ¿Por qué se ocultó usted ayer y anteayer?, preguntó el juez.

– Tenía que hacer en La Roque.

– ¿Sobre qué asunto?

– Fuí á comprar una horquilla.

– ¿A casa de quién? ¡Que vayan á buscar la horquilla!

La contestación de Juan impidió la salida de los gendarmes.

– ¡Pues bien, no! dijo, no es verdad... no he comprado nada. Me marché por no estar aquí, porque no me hallaba á gusto, porque no vivía en buena inteligencia con Simón.

– ¿Era usted su enemigo, su rival? ¿Se alegró usted de su muerte?

Las preguntas se multiplicaban, rodeando á Juan como un círculo de hierro.

Desconcertado, inundada la frente de sudor y pendientes los brazos, contemplaba con expresión de extravío aquellos señores vestidos de levita y tranquilamente sentados; el temor á la justicia, tan arraigado en el campesino, le anudó la garganta, perturbóle el cerebro y ahogó sus frases. Pudo reconocer que se le creía culpable, y torpemente exasperado, perdiendo el tono de la inocencia en fuerza de su indignación, balbució con furor:

– No soy yo, ¿lo entiende usted?... ¡No soy yo quien le ha matado!

El juez prosiguió sin mirar al acusado y tosiendo discretamente:

– Usted ha dicho que se daba por muy contento de verse libre de él. ¿Es verdad?

Esto era una artimaña del juez, y Juan no vió el lazo que se le tendía.

– He podido decir eso, sí, replicó; pero sin malicia, sin pensar en mal.

Y blandiendo su kepis con ademán de cólera, añadió:

– Ese canalla de Gavot es quien ha chismeado; pero ya me la pagará.

– Id á buscar á Gavot, dijo el juez, haciendo una señal á los gendarmes.

Durante la ausencia de éstos, Juan acabó de enredarse cuando tuvo que detallar el empleo de sus horas, minuto por minuto, sus actos y sus idas y venidas, lo cual no era fácil, por repetirse á cada momento la misma frase:

– ¿Tiene usted testigos?

– ¿Testigos?

– Sí.

– ¿Para qué?

Juan no los tenía, ni se acordaba de cosa alguna; y aturdido al fin por aquel angustioso interrogatorio y la acumulación de pruebas, tropezaba á cada paso. Entonces pensó en huir; mas la puerta estaba guardada por los gendarmes, que recibieron orden de conducir al acusado al corral contiguo apenas llegase Gavot. El juez y sus acólitos se hablaban al oído, enjugándose de continuo la frente; tan sofocante era el calor en aquel cobertizo. Fuera de éste, un sol deslumbrador abrasaba la meseta de Ingardín, donde se oía resonar en un espacio inmenso el canto de las cigarras.

Gavot confirmó cuanto había dicho á los vecinos, asegurando que Juan repetía hacía un mes al hablar de Simón: «¡Es un canalla! Algún día le romperé la cabeza.» Justificada así la sospecha y demostrado que aquel inocente era culpable, el juez, deseoso de concluir cuanto antes, envió á buscar á Gardineta, muy inquieta ya por los rumores que circulaban.

– ¿Es usted la novia de Juan?, preguntóla.

– Sí, señor.

– Pues bien: nos le llevamos preso.

– ¿A Juan?

– Sí; él es quien ha dado muerte á Simón, contestó el juez. Vamos á dejar á ustedes solos un instante; procure hacerle declarar la verdad, y le hará un señalado favor, pues no hay otro medio de salvarle.

Se hizo entrar á Juan y dejáronle solo con la campesina en el cobertizo, cuya puerta vigilaba un gendarme, mientras el juez y su gente iban en busca de un coche para trasladar al preso.

La joven se colgó de su cuello sollozando.

– ¡Juan, se trata de perderte!... comenzó á decir.

Natural parecía este arranque, pues aquel hombre era su novio, su futuro, y amábale perdidamente desde que le acusaban de semejante crimen.

– ¡Dímelo todo, Juan, añadió; conmigo puedes ser franco... ¿No será eso verdad, eh? ¿No será verdad?...

Y estrechábale entre sus brazos con toda su fuerza, loca, suplicante, empinándose cuanto podía y fijando en él una mirada ansiosa.

– Pero ¿qué estás diciendo?, preguntó Juan, desprendiéndose de los brazos de la joven.

– ¡Júrame que no eres tú quien ha matado á Simón!

– No, no he sido yo, contestó Juan, jurando como un carretero; yo no he dado muerte á nadie...

– Pero ¿qué les has dicho para que crean que tú eres el asesino?

– ¡No lo sé... me han embrollado... son unos canallas!

Y alargó el brazo hacia la puerta con ademán amenazador.

– ¡Oh! Juan, continuó la joven, sería espantoso si hubieras hecho eso...

Juan la miró fruciendo las cejas, y otra vez se despertaron sus celos.

– Parece, dijo, que te contrista mucho que haya muerto, ¿eh? No soy yo quien ha dado el golpe; pero me alegro de esa muerte, puesto que á ti te contrista...

Sin escuchar más, la joven abrió la puerta, y desesperada y llorosa, con sus manos en ademán de súplica y acercándolas al rostro del magistrado, exclamó:

– ¡No es él, señor juez!... No le prenda usted... Yo le juro que no es él...

El juez y los suyos rechazaron con suavidad á Gardineta, y dirigiéronse á su coche; Juan, con su kepis encasquetado y completamente aturdido, dejóse conducir por los gendarmes, mientras las mujeres rodeaban á su novia, que sollozaba amargamente, sentada en una piedra.

En la vida de Juan nada autorizaba á sospechar de él, y al principio nadie le creyó culpable. Todos decían: «Le será fácil probar que no ha sido él!;» pero cuando se le vió volver, cuando se supo que aún estaba en la cárcel y que sería juzgado dentro de tres meses, después de las vacaciones judiciales, produ-

jose una reacción en aquellos pesados cerebros de montañeses. Si la justicia no le dejaba en libertad, sus razones tendría para ello, y tal vez hubiera confesado su crimen. Sin embargo, averiguóse que persistió en su negativa; pero sin manifestar indignación, con una tenacidad serena; actitud que en concepto de todos le condenaba más, pues un inocente se rebela, grita y protesta.

«¡Pardiez!, exclamaban, él es quien cometió el crimen. ¿Quién ha de ser sino Juan? Entonces se recordaron hechos y súpose que se había batido con Simón. A medida que el tiempo pasaba hacíase más evidente para todo el mundo que Juan había matado á su rival por celos; y la misma Gardineta acabó por creerlo, al recordar cuánto la mortificaba por causa de Simón. Además de esto, no le perdonaba que se hubiera alegrado de la muerte de aquél, pues en su concepto, quien se regocijaba de un crimen es muy capaz de cometerle. En un principio compadeció á Juan, y después, al observar el desprecio que inspiraba, desprecióle también, fijándose otra vez su pensamiento en aquel á quien había rechazado en vida


Solo, en medio de aquellas soledades, piensa en la mujer á quien ama

y que ahora despertaba de nuevo su cariño desde el fondo de la tumba. El asesinato cometido la privaba del placer de la venganza que hubiera tomado al casarse, y así es que su pasión por Juan apenas le parecía ya amor en comparación con el que experimentaba por el difunto. Cuando la decían algo sobre su novio, contestaba: «¡Infeliz, sus celos le han perdido!»

Y he aquí por qué de noche, aspirando el puro ambiente de los campos, Gardineta, que no meditaba nunca, prefiriendo el reposo después de las sanas fatigas del día, pensaba con tristeza en su mala suerte. Una fatalidad aniquilaba sus afecciones, hacía desgraciados á los que ella amaba, y jamás sería feliz. A fin de disipar su tristeza, el padre resolvió casarla cuanto antes, y como era muy linda y tenía dinero, no le faltaron partidos. Al cabo de un mes estaba prometida á otro.

***

Los campesinos esperaban la condena de Juan sin curiosidad, sin la menor impaciencia, con una seguridad absoluta, y á ninguno se le ocurrió que pudieran absolverle. Todos los días interrogaban á las personas que iban á la ciudad, y cuanto más tiempo transcurría sin recibir noticias, fortalecíase más la persuasión de los campesinos. Una tarde, al fin, cuando el cartero hizo su distribución, anunció que Juan había sido absuelto y dió los detalles publicados la víspera en los diarios. Nadie se extrañó; mas por la noche, cuando las familias entablaron sus conversaciones al dulce calor del primer fuego de noviembre, todos se dijeron: «No se le ha podido probar; á esto se reduce todo... Tiene suerte.» Y persistió la misma convicción de antes.

Juan llegó una mañana al rayar el alba, flaco, pálido, sonriendo con expresión estúpida, atontado por su larga prisión preventiva y los prolongados debates del tribunal. Los campesinos le dirigieron la palabra como si le hubiesen visto la víspera, y sin hablarle de su absolución, limitáronse á decir: «¡Hola! ¿Ya estás de vuelta?» Tampoco él habló nada, y al entrar en su casa supo que Gardineta estaba prometida á otro y que nadie creía en su inocencia. Sin embargo, no era él quien diera muerte á Simón; pero el verdadero asesino se había arreglado sin duda de modo que todas las pruebas recayeran en Juan. Al presentarse á su padrastro, éste le acogió bien, pero le dijo que en vista del mal estado de las cosechas debería buscar trabajo en la ciudad, advirtiéndole además que no debía contar ya con los bienes que le destinaba.

Juan no replicó y aceptólo todo sin murmurar. Hubiérase dicho que su carácter había cambiado y que una especie de fatalismo quebrantaba su resistencia y su energía. Careciendo de suficiente fortuna personal para vivir sin hacer nada, pidió trabajo, pero pasó largo tiempo sin que lo encontrara. No trató de luchar contra el desprecio, ni tenía fuerzas siquiera para justificarse; comprendía que se le rechazaba y condenaba y que estaba perdido para siempre. La imposibilidad de disculparse comunicóle al fin el aspecto de un criminal; avergonzóse de su desgracia como de un delito, é hízose salvaje y haragán. Pasaba horas enteras echado al pie de un árbol, sin hablar á nadie, con las manos debajo de la nuca y el sombrero sobre la cara.

Y era que, perdida para él Gardineta, nada le importaban ya las demás cosas de este mundo; había amado profundamente á la joven, aunque siempre celoso, con una adoración brutal y sincera, y cada vez que la encontraba ahora, veíasele temblar como una mujer y bajar la vista como un niño. Gardineta, sin embargo, no le tenía mala voluntad, porque no odiaba á nadie, y aquello le parecía un justo castigo. Habiendo deseado la muerte de Simón, ¿no era tan culpable como si le hubiese asesinado?

Todos pensaban que Juan abandonaría el país; mas no tuvo valor para ello: el campesino muere donde ha vivido. Alguno se compadeció al fin de él y confióle la custodia de sus rebaños, lo cual aceptó con regocijo, porque esta ocupación le permitía vivir solo, que eran sus deseos, y en su consecuencia, se hizo pastor y siguió siéndolo...

***

Todos los días se le encuentra conduciendo los rebaños á las montañas de Ingardín; él es quien á la hora del crepúsculo, de pie en una roca, azuza á los perros para que ladren y arroja piedras á los carneros que se desvían demasiado. De noche duerme á la claridad de las estrellas, al son errante de las campanillas, en los prados donde se filtran las corrientes cuando llueve. Bástale mirar la Osa Mayor para saber qué hora es; tiende lazos á la zorra, cobra primas cuando mata algunos lobos, conoce el grito de todos los animales y percibe los más leves rumores á través del viento; agrádanle los desfiladeros obscuros, la humedad del bosque y la claridad de las mesetas desiertas cuando la aurora despunta y los mochuelos ya no gritan. Su gran silueta negra se destaca como una aparición, iluminada por la suave claridad de la luna. Solo, en medio de aquellas soledades, piensa en la mujer á quien ama, perdida ya para él, y aun le parece verla junto á sí con otro rebaño. ¡Era tan linda, con sus hoyuelos en las mejillas; tenía tan negro el cabello, tan diminutos los pies y tan hermosos los hombros y el seno!...

Mientras vaga por las alturas, Juan reconoce el humo de la casa de Gardineta, así como los árboles de su patio, y se dice:

«¡Allí está, pero me ha olvidado; todo concluyó!...»

Cierta mañana, oculto entre los matorrales, observó que por el camino que conduce á la ciudad pasaban á la carrera varios vehículos llenos de gente que reía y gritaba; en uno de ellos iba una joven vestida de blanco y cubierta con un largo velo que flotaba sobre sus hombros; y ante aquel espectáculo, el pastor comenzó á llorar. Después fué en busca de su rebaño, con el cual se internó en la montaña; y nadie supo nunca que había ido á ver pasar la comitiva de boda de Gardineta

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL AUDITORIUM DE CHICAGO

Una de las cosas que indudablemente más llamarán la atención en la próxima Exposición de Chicago será el *Auditorium*, monumento destinado á muchos usos, pero que debe ser considerado como teatro y, en su clase, uno de los más grandes del mundo. Los arquitectos americanos que le han construído no han perdido de vista la necesidad de conseguir un conjunto que tenga todas las condiciones exigibles en una explotación de primer orden, es decir, el lujo, la comodidad, la seguridad, la potencia de los efectos, el número de asientos puestos á la disposición del público y la relativa baratura de la ejecución.

La construcción del *Auditorium* se comenzó en 1885, y treinta y cinco meses después de empezada la obra quedaba concluída sin exceder los gastos á los desde un principio presupuestos. Aparte del precio de la adquisición del terreno, que ignoramos, no pasaron aquéllos de 15 millones de pesetas, habiendo podido la Compañía del *Auditorium* organizar con esta suma, relativamente moderada, dos explotaciones que rara vez van juntas. Su inmenso inmueble es la combinación de un gran hotel y de un teatro que recíprocamente se penetran.

El *Auditorium*, que forma un rectángulo de 120 por 60 metros, consta de diez pisos, á los cuales se sube por medio de trece ascensores: los tres inferiores son de piedra de paramento rústico con rebordes en las junturas verticales y horizontales y pilastras ó columnas de mármol en diversos sitios; los cuatro siguientes son de arco de medio punto y con cuatro vanos, y en cada uno de los tramos en ellos practicados hay otros dos arcos de medio punto que comprenden los pisos octavo y noveno: el piso décimo está formado por una columnata.

Posee, además, el edificio una torre cuadrada, casi de la misma altura que el cuerpo principal que, aunque parece un capricho del arquitecto, está destinada á la seguridad y á los órganos mecánicos de las dos explotaciones, pues contiene á la altura de 60 metros un gran depósito alimentado por dos bombas de vapor que arroja cada una más de un hectolitro de agua por minuto. Esta agua, con una presión de tres atmósferas por lo menos, hace funcionar la maquinaria de la escena, toda de hierro, y los trece ascensores que conducen á los pisos, y está distribuída con tal profusión, que ni los habitantes del hotel, ni los espectadores del teatro, ni el numeroso personal del escenario han de temer un incendio. El desarrollo de la tubería general es de 40 kilómetros. De estos tubos sólo una parte insignificante son para el gas, que se utiliza únicamente en algunos alumbrados accesorios y para algunos motores. En lo alto de la torre hay una torrecilla en donde se ha instalado el observatorio meteorológico del *Signal Office*, cuyos avisos se consideran como los mejores en punto á previsión del tiempo.

El alumbrado del *Auditorium* se compone de 10.000 lámparas eléctricas de incandescencia de 16 bujías cada una, alimentadas por 10 dinamos movidos por 10 máquinas de vapor. La importancia de los servicios eléctricos es tan grande, que la longitud de hilos ó cables con que cuenta el edificio es de 400 kilómetros: de ellos, unos sirven para la transmisión á distancia de la energía luminosa ó calorífica, otros para señales eléctricas, otros para telégrafos y teléfonos.

En la construcción del *Auditorium* han entrado 17 millones de ladrillos y 6.000 toneladas de hierro y de acero: la superficie de los pavimentos de madera es de 100.000 metros cuadrados. El edificio tiene 1.500 ventanas y 2.000 puertas.

El hotel, que comparte con el teatro la fachada principal y ocupa toda la de la avenida de la izquierda, tiene 400 habitaciones, algunas con salones, y

tiene, además del restaurant del piso bajo, varios comedores para los viajeros en el piso décimo, en donde hay el gran salón de la mesa redonda cuyo largo es de 60 metros. Hay también una sala de banquetes capaz para 500 cubiertos.

El teatro tiene 40 palcos, con sitio sólo para 200 personas y 1.442 butacas: esta desproporción obedece al deseo de dedicar el *Auditorium* especialmente á representaciones populares Por esto hay además tres anchas galerías, una con 1.432 asientos, otra con 437 y otra con 526. De suerte que pueden caber 4 037 personas en la sala. Esta está alumbrada por 3.500 lámparas incandescentes. El escenario, iluminado por 1.500, es inmenso: la distancia entre sus muros laterales es de 33 metros y su profundidad de 27: su altura total es de 26, de ellos 6 de foso. Cables de cáñamo solo se emplean para sostener los contrapesos destinados á facilitar la maniobra de levantar el telón, que pesa 16.000 kilogramos. Para todos los demás servicios se utilizan cables flexibles de acero, cuya longitud total es de 20 kilómetros.



El *Auditorium* de Chicago. – Fig. 1. Vista del edificio en conjunto

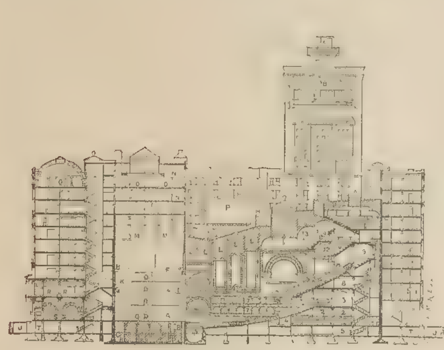


Fig. 2. Sección vertical del edificio

Las piezas principales de la maquinaria son un puente estrecho de acero de 3.500 kilogramos de peso que cruza el escenario cerca del telón y un marco de hierro para las decoraciones del fondo que pesa 6.000 kilogramos y está dividido en dos partes susceptibles de moverse separadamente. Sobre este marco hay un gran puente movible sobre las galerías laterales de la cimbra y un horizonte panorámico de 16 metros de altura por 100 de longitud, inmensa tela que se arrolla á un tambor y en la cual hay excelentes pinturas que representan al cielo en las diversas estaciones y en todas las condiciones atmosféricas. Añadiendo á esto el peso de todas las piezas que penden del telar, se llega á un peso de 100 000 kilogramos, que se maneja con sorprendente facilidad, gracias á la fuerza hidráulica que proporciona el depósito de la torre.

Además de algunos pistones horizontales para producir el movimiento del horizonte, del telón ordinario y del telón de hierro para los casos de incendio, hay diez y nueve piezas movidas por palancas colocadas todas á un mismo lado de la escena y á la disposición del jefe de la maquinaria. Estas piezas, que se manejan por medio de un juego de llave, comunican el movimiento á los puentes y á los escotillones del suelo del escenario y á las diversas partes del aparato general.

Las piezas movibles son muy numerosas: citaremos entre ellas cuatro grandes puentes, seis puentes pequeños y seis escotillones susceptibles de moverse verticalmente en un espacio de diez metros, cinco debajo y cinco encima de la escena. Gracias á esto se obtienen curiosos efectos cuando se quiere imitar las suaves ondulaciones de las olas en los hermosos días de primavera ó el desencadenamiento de una terrible tempestad de equinoccio.

Para los efectos fantasmagóricos se emplea la electricidad por medio de potentes combinaciones cuya descripción nos llevaría demasiado lejos: sirve también para la maniobra de los órganos que, en número de siete, toca un solo artista á pesar de estar situados en distintos puntos del edificio. El organista tiene además á su cuidado dos juegos de campanas. A la electricidad se ha recurrido asimismo para simplificar el teclado y poner en movimiento los tres fuelles necesarios para el funcionamiento de los cañones de los órganos.

Cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan los organizadores de la Exposición de 1893, el *Auditorium* constituirá, como hemos dicho, una de las principales curiosidades de Chicago, y será un monumento característico de una ciudad que hace cincuenta años apenas tenía más que un tabernero establecido en un barracón de madera, en las cercanías del fuerte Dearborn, adonde los soldados de la guarnición iban á beber whisky y á fraternizar con los salvajes.

Las personas de gusto refinado que experimenten una mala impresión en presencia de un edificio compacto con una fachada de 120 metros sobre la calle del Congreso y otras dos fachadas más de 60 metros cada una sobre dos avenidas, pueden decirse que no serán accionistas de la empresa que lo ha construído.

Hay que tener en cuenta que el *Auditorium* se ha levantado en un país en donde es desconocido el sistema de las subvenciones y en donde los directores del teatro quieren, sin verse precisados á declararse luego en quiebra, hacer oir en el teatro á la Patti y á cuantas estrellas brillan en el cielo del arte lírico, para lo cual necesitan poco menos que cubrirlas de oro.

EL DROMÓGRAFO DE M. DE LA ROULLE

Este aparato tiene por objeto reproducir gráficamente en un cuadrante de papel, debidamente graduado, todas las circunstancias del movimiento de una máquina cualquiera, locomotora, coche, velocípedo, etc.

Un movimiento de relojería pone en rotación uniforme al cuadrante; un estilete guiado por una corredera inmóvil se mueve á lo largo de un radio determinado gracias á un diente accionado directamente por el motor que se ha de estudiar. Si el motor está en reposo el estilete permanece inmóvil y traza en el cuadrante un arco de círculo: si el motor anda, el diente gira con una velocidad proporcional á la del motor, empuja el estilete y la curva se aleja del círculo tanto más rápidamente cuanto mayor es la velocidad. De este modo se obtiene un gráfico en coordinadas polares cuyas diferentes partes comprendidas en los sectores horarios sucesivos dan á conocer inmediatamente todas las fases del movimiento, indicando la inclinación de un elemento de la curva la velocidad en el instante correspondiente.

La fig. 1 representa el aparato. Un reloj dispuesto de modo que el movimiento arrastre la esfera, lleva debajo de ésta el diente CDE y el estilete S retenido por una corredera y apoyado en el diente por el muelle *r*.

Cuando el diente habrá andado de suerte que la línea AE venga á colocarse debajo de la corredera en AB, el estilete S será atraído vivamente por el muelle *r* trazando una caída según un radio hasta el círculo de origen, á partir del cual comenzará á describir una nueva curva. El número de caídas, en un período dado, indicará desde luego la marcha del motor.

El diente está unido á éste por medio de una biela con trinquete en comunicación con el árbol de la máquina ó con el eje de una rueda de un coche, si de máquina ó coche se trata, y recibe movimiento de un balancín oscilante, si el aparato ha de funcionar como podómetro; siendo de advertir que el dromógrafo puede ser empleado en esta última forma, no sólo á pie, sino también á caballo, en coche, en ferrocarril, colocándolo en el bolsillo del viajero ó en el collar del caballo ó en la portezuela del vagón.

La solución dada por M. de la Roulle á un problema que á todo el mundo interesa es, pues, tan general como elegante y sencilla. Cualquier reloj ó despertador puede de esta suerte ser transformado en dromógrafo.

Debemos añadir que el dromógrafo la Rulle ha sido ensayado en una locomotora del ferrocarril de las minas de Roche-la-Moliere y que ha señalado con tanta claridad como precisión todas las variaciones de la marcha, los cambios de velocidad, la duración de los períodos de marcha y de las paradas; en una palabra, todas las circunstancias del movimiento saltaban á la vista en el diagrama.

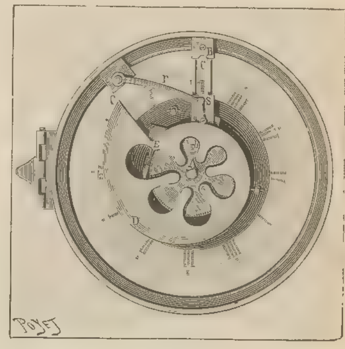


Fig. 1. El dromógrafo de M. de la Roulle

Un dromógrafo colocado en el ventilador del pozo de Bardot, en Saint-Etienne, funciona de una manera completamente satisfactoria desde hace muchos meses. El gráfico reproducido en la fig. 2 fué obtenido en los días 18 y 19 de marzo último: entonces el diente tenía un pequeño defecto que luego se ha salvado posteriormente.

La velocidad regular de la máquina, 94 golpes por minuto, corresponde á una recta inclinada de 23° sobre el radio. El papel trazado para doce horas podría servir también para veinticuatro y aun más.

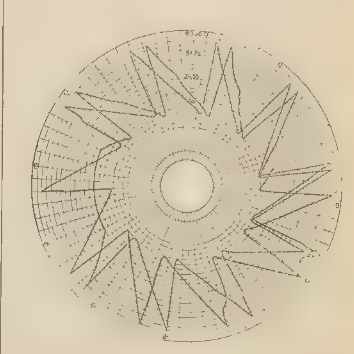


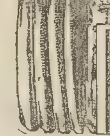
Fig. 2. facsímile del trazado obtenido con el dromógrafo de M. de la Roulle.

El dromógrafo de M. de la Roulle es un aparato interesante y sumamente práctico.

(De *La Nature*)


VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK





LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

SALPICÓN, *por Mariano de Cavia.* – LA VIDA CURSI, *por Luis Taboada.* – Estos son los dos últimos volúmenes de la colección que con tanto éxito y aplauso de la gente de buen gusto edita en Madrid D. Fernando Fe. ¿Qué decir de estas nuevas obras? Sólo con enunciar sus títulos y los nombres de sus autores está hecho su elogio. Pudiendo disponer de mayor espacio, justo nos parecería emitir juicio detallado y prodigar á sus autores las alabanzas que se merecen; pero dentro de los límites de esta sección, ¿cómo ensalzar bastante á quien como Cavia ha sabido encontrar un género, si no en el fondo, en su procedimiento, completamente nuevo, que en un estilo siempre elegante, siempre culto y siempre castizo nos presenta las cuestiones más trascendentales tratadas con un donaire, una gracia y un caudal de erudición *verdad* que para sí quisieran muchos que pasan como maestros en la especialidad allende el Pirineo? Y de Taboada, ¿á qué hablar, si á su solo nombre asoma una sonrisa en los labios de cuantos se han regocijado con sus inimitables artículos, sonrisa que se convierte en alegre carcajada á poco que se recuerden sus incomparables incongruencias, sus chistes á granel prodigados y hasta los nombres de sus héroes y heroínas? *La vida cursi* descrita por Taboada resulta un *capo lavoro* de gracia y espíritu de observación, como el *Salpicón* servido por Mariano de Cavia sabe á exquisito manjar, substancioso como pocos y sazonado como ninguno.

Y por si algo pudieran echar de menos los más exigentes, llevan ambos libros unas ilustraciones de Angel Pons que son como suyas y corresponden con el mérito del texto

Estas obras se venden en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas cada una, y todo el que quiera pasar más de un buen rato debe adquirirlas, en la seguridad de que valen más de lo que cuestan.

***

ENTRE EL DEBER Y LA PATRIA, NOVELA HISTÓRICA MEXICANA, *por D. Demetrio Mejía.* – En agradable é interesante narración y enlazándolo con el episodio de unos desgraciados amores, describe el autor uno de los períodos de la lucha que la hoy Confederación mexicana sostuvo contra la dominación española á principios de este siglo: el sitio de Cuantla, donde se cubrió de gloria el caudillo que dió su nombre al estado de Morelos.

El libro, editado en México, forma un tomo de más de 500 páginas y contiene algunas láminas, entre ellas un plano de la ciudad y alrededores de la que en 1812 era Cuantla Amilpas y hoy es Cuantla Morelos, en donde están señalados los puntos que ocuparon las tropas españolas durante el asedio de la plaza.

***

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 6.º de esta importantísima obra del ilustre profesor de las facultades de Ciencias y de Medicina de París, que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar.

***

BAJO LA PARRA, *por D. Salvador Rueda.* – El tomo 53 de la *Biblioteca selecta* que con tanta y tan justa aceptación publica en Valencia D. Pascual Aguilar contiene una colección de narraciones hermosas, como todo lo que sale de la pluma del brillante colorista D. Salvador Rueda, este castizo escritor, que siente y escribe con todo el fuego de un alma meridional, dando vida con su potente fantasía á los encantadores cuadros de costumbres andaluzas, bien emplee para ello la más amena prosa, bien se valga de sentida y deliciosa poesía.

Véndese en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 2 reales.

***

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 7.º de esta obra que con extraordinario éxito publica en Valencia D Pascual Aguilar y de cuya importancia nada hemos de decir porque es universalmente conocida.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor, calle de Caballeros, número 1, Valencia, y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



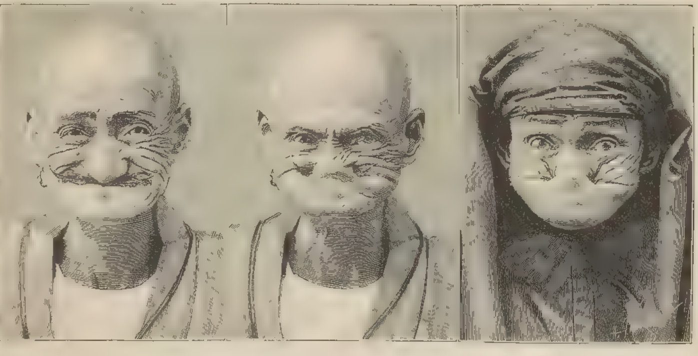


Fig. 1. El japonés Morimoto, famoso por sus extraordinarias muecas.
Figs. 2 y 3. El dios de la Riqueza, alegre y descontento. - Fig. 4. El dios *Daruma*.
(De fotografías obtenidas en Kioto, Japón.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 16 de noviembre de 1891 — Núm. 516



LOS JUGADORES, cuadro de Fortuny

EL DIOS ÉXITO

¿Hay algún dios en el Olimpo pagano que se llame el *dios Exito*?

Yo creo que no, y fué soberana injusticia no reconocer su existencia y darle el puesto que en buena ley le corresponde. Mancha y olvido que pesarán eternamente sobre toda aquella civilización.

Luego, los clásicos nos ponen en las nubes el espíritu artístico, filosófico, simbólico, poético, humano y divino de la raza helénica, y nos abruman con la superioridad de aquellas edades en que sobre el fondo azul del cielo se destacan el triángulo del frontón, la estatua de mármol y el poeta ocupado en empalmar hexámetros.

Sí: la imaginación de aquellos pobladores de la península helénica é islas adyacentes no fué mala, y aun en ocasiones demostró ser bastante buena. No lo niego: Homero, Hesiodo, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Pitágoras, Platón y Aristóteles no hacen mal papel cada uno en su clase. Y de sus arquitectos, pintores, escultores y músicos puede decirse que hicieron cosas muy aceptables.

Pero con todo esto, no inventaron lo que nosotros, los de la decadencia, los incorrectos, los de mal gusto, los ramplones, hemos inventado: el *dios Exito*.

Y si no, veamos: que busquen por todos los rincones, escondrijos y empolvadas buhardillas del Olimpo, á ver si encuentran entre las viejas y mutiladas estatuas de sus dioses, siquiera una extremidad, una desconchada cadera, un pedazo de cráneo al menos del *dios Exito*.

No lo encontrarán: este dios nos pertenece.

Es decir, existir, existió siempre; pero los griegos y los latinos fueron tan cándidos, tan inocentones, tan ciegos, tan pobres gentes que no dieron con *él*. Con *El* hemos dado nosotros: la raza prosaica y materialista, la escarnecida y malamente escarnecida por cualquier pobre diablo que sepa el alfabeto griego y pueda traducir la primera égloga de Virgilio con traducción interlineal en francés.

Los griegos inventaron un dios para el cielo azul, la nube tempestuosa y el anguloso rayo. ¡Vaya una gracia! Eso cualquiera lo inventa.

Inventaron otro con su ridículo tridente á manera de épico tenedor para el mar anchuroso y salobre y para sus olas risueñas ó tempestuosas; invento que hoy no obtendría privilegio en ninguna nación, ni siquiera en la Gran Bretaña.

Forjaron en los talleres de su fantasía otro dios más para los vientos de todos los cuadrantes, encerrándolos en pellejos, ni mas ni menos que hoy se encierra el aceite ó el vino peleón; invención que por más que me esfuerzo por encontrarla grandiosa, pulcra, clásica y respetable, me parece soberanamente ramplona y mezquina cuando no ridícula.

No hubo fuente, río, riachuelo, bosque, gruta, árbol, flor ó pedrusco al cual no aplicasen un dios de mayor ó menor cuantía, ó un ser más ó menos divino, gracias á estar próxima ó remotamente emparentado con las deidades superiores.

Náyades, sátiros y ninfas andaban por bosques, selvas, márgenes de ríos y recodos de arroyuelos dando tales escándalos, que ninguna doncella honesta ni persona alguna de respeto podía dar un paseo por las verdes enramadas ó los alegres sotos sin grave daño de su honestidad ó de su decoro.

Muchas diosas, muchos dioses, mucha corte celestial y ni el más modesto rinconcillo para el dios más poderoso, el sublime, inmenso, potente entre los potentes, y sobre todos, Júpiter inclusive, vencedor y dueño absoluto: el *dios Exito*.

¡Ni un altar, ni un templo, ni una piedra votiva! ¡Ni un himno, ni una estrofa, ni tres notas siquiera en una flauta de caña! ¡Como si no existiese!

Y eso que hasta el mismo *Destino* le acataba en secreto y solía someter á él previamente sus fallos inapelables.

Ha sido preciso que se apolillase el paganismo; que el cristianismo triunfara; que *los bárbaros* hicieran de las suyas desde el mar Báltico al Meditarráneo; que los árabes vinieran y que se fuesen los árabes con sus alquiceles y su música á otra parte; que la Europa en masa se dedicara todos los siglos de la Edad media á machacarse los huesos de día y á rezar de noche; que el renacimiento en honor de tan alegre renacer bebiese en todas las copas, acariciase todas las carnes y todos los desnudos; que la reforma y la filosofía y la ciencia y la revolución se desataran por el mundo; ha sido necesario todo esto para que de entre los nubarrones del nuevo caos y de entre los resplandores de la nueva civilización brotase majestuoso el nuevo dios del siglo diez y nueve, *el dios Exito*.

¿De qué color es? De ninguno: no tiene color: ni siquiera conoce el sonrosado de la vergüenza, porque no la tiene.

¿Cuál es su forma? ¡Forma! ¿Para qué la necesita? Esto de que las cosas han de tener forma son antiguallas aristotélicas. Es decir, ¿que cuanto existe ha de existir con materia y forma?

¡Tiranía insoportable! En último resultado la forma no sirve sino para ofrecer un vocablo más á los puristas y para que todos los que alardean de manejar bien el castellano nos estén á cada paso *informando*.

No, el *dios Exito* no tiene *forma:* tenerla le rebajaría.

Es incoloro y es informe; y careciendo de forma carece de cuerpo; y si no tiene cuerpo, claro es que no tiene ni pies ni cabeza.

Tener cabeza es una ruindad de la raza humana, que no pudiendo conseguir perfecciones mayores se procura una última vértebra, como cualquier otro vertebrado; y es además un gran peligro, porque el que tiene cabeza puede perderla, y el que no la tiene está siempre firme. Y es que el hombre para hacer las cosas siquiera medianamente necesita discurrir mucho, y en cambio el dios de nuestra adoración no desciende á esas mezquindades del pensamiento y no discurre jamás.

Le basta decir *yo soy quien soy:* yo soy *el Exito*, y ya está todo el mundo vencido, humillado, la faz contra el suelo y los cuatro remos en competencia con los de cualquier cuadrúpedo. ¿Quién contó nunca con más cortesanos que este supremo árbitro de toda realidad?

¡Y luego, qué imparcialidad la suya! Nunca se ocupa de lo que ha de ser: ni se inclina á nadie ni tiene favoritos: toma las cosas como resultan ¿Triunfó usted? Pues no me meto en más averiguaciones: soy el *dios Exito* y es usted uno de los míos. ¿Le aplastaron á usted? Pues paciencia: tengo que separarme de su lado: la sombra me hace daño, y usted tiene mala sombra.

En todo caso le mandaré á usted para que le consuelen dos hermanitas gemelas muy simpáticas aunque muy desacreditadas: *la resignación* y *la esperanza*.

Hemos dicho que en los tiempos gentílicos el *dios Exito* no tuvo templos, al menos templos visibles; en cambio hoy los tiene en todas partes, con su culto, su dogma, sus símbolos profundamente filosóficos, su minuciosa liturgia, sus altares, lámparas é incensarios. Pero materia es esta muy extensa y muy honda: hagamos punto.

JOSÉ ECHEGARAY

LA VIRGEN DE LA LECHE

TRADICIÓN ARTÍSTICA

Carísimo lector: Si eres artista, ó simple *amateur* en busca de gratas emociones, y tu amiga estrella te conduce á gozar el límpido cielo y el aromoso ambiente de Valencia, no te empereces oyendo el blanco arrullo del Guadalaviar á la sombra de sus floridos naranjales, penetra en la morisca ciudad y dirígete como puedas á la iglesia de San Andrés. Ya en ella no trates de investigar si bajo aquellas profanaciones artísticas del siglo XVII existe aún algún vestigio de la antigua mezquita que, por orden del rey conquistador, bendijo el arzobispo de Narbona, y haz que el sacristán, ó algún devoto á diario, te diga dónde se encuentra la *Virgen de la Leche*.

La luz que penetra en el templo, aun cuando no mucha, es suficiente para que se pueda admirar aquella prodigiosa creación. Las figuras son de medio cuerpo. María da el pecho á su Divino Hijo, San Juan y San Jerónimo presencian la íntima y cariñosa escena. Inspirada composición, correcto dibujo y limpio, vigoroso colorido avaloran y enriquecen aquella inapreciable joya de la escuela valenciana. No cabe más púdica belleza ni mayor ternura en el semblante de la Virgen, más gracia angélica en Jesús ni más respetuosa complacencia en los santos espectadores. Bien ha dicho un escritor regional hablando de esta admirable obra: que «Rafael y Leonardo de Vinci, uniendo en un solo cuadro sus cualidades predominantes, no hubieran hecho cosa mejor;» bien ha dicho, y sin embargo, ¿qué hay en este cuadro ajeno, al parecer, del pincel del gran maestro, del espiritualista pintor de las *Concepciones* y de los *Salvadores*, del piadoso y místico Johán de Johanes? ¿Por qué al contemplar aquella dulcísima cabeza que se inclina buscando la mirada de su hijo, nuestro espíritu no se sublima en éxtasis religioso en vez de conmoverse suavemente al reflejo de la belleza y de la ternura de María?

No es difícil comprenderlo.

La *Virgen de la Leche* es el tipo completo, acabado de la pureza, de la gracia y del amor, tal como puede encontrarse en la tierra, pero no ofrece el ideal místico que Johanes ha sabido imprimir á todas sus obras. Esta *rafaelea*, y perdone la Academia el verbo, pero le falta el sello sobrenatural que caracteriza la personalidad del pintor valenciano. La *Virgen de la Leche* es una mujer pura, inmaculada, pero mujer; su hermosura es la hermosura humana.

Si esto es exacto, y vaya si lo es, ¿qué significa esta visible inconsecuencia del gran artista? ¿Será tal vez que el honrado, el piadoso Johán de Johanes, siguiendo el indecoroso ejemplo de Urbino, de Andrea del Sarto y de tantos otros, ha querido imponer á la pública adoración el objeto de un criminal ó misterioso afecto? ¿Se compagina esta aventurada suposición con la virginal inocencia de la Virgen? ¿Ha existido el original de aquella pudorosa perfección? Nadie lo sabe, nadie comprende el caso; pero existe entre pintores y aficionados una sencilla tradición que pretende explicar el hecho. Alguna vez, al nombrar á Johanes, la hemos oído referir como uno de tantos chismes con que en los estudios se aligeran las horas de trabajo, y vamos á transcribirla, si bien pulida y aderezada, como es de razón en semejantes casos.

* * *

Érase una mañana de mayo de 1570, antevíspera de la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados, y Valencia se preparaba á celebrar con bullicioso regocijo la próxima solemnidad de su santa patrona. Todo era, pues, alborozo en la ciudad, excepto en una antigua casa de la calle Baja del Alfondech, donde vivía maese Johán de Johanes.

En el anchuroso estudio del pintor reinaban extraña soledad é inusitado silencio. Espesos y anchos cortinajes impedían que la luz y la brisa del mar, impregnada con el aroma de los claveles y los jazmines del cercano huerto, penetrasen por las anchas ventanas ojivales y mantenían el aposento en una semiobscuridad que convidaba á la meditación ó al sueño. Lejos de éste y entregado profundamente á aquélla se hallaba el gran maestro, tendido más que sentado en su ancho sitial de cuero. Con la frente pálida y la cabeza caída sobre el pecho, hubiera parecido indiferente á todo si de tanto en tanto al rumor de pasos en la calle ó del mover de algún mueble en el vecino aposento no abriera los ojos, murmurando incomprensibles palabras. Por fin alguien penetró en el zaguán, subió la escalera y cruzó la antesala. No esperó Johanes que se presentara el desconocido, y abriendo la puerta del estudio le preguntó con impaciencia:

–¿Le has visto?

Era el recién llegado un hombre, como se suele decir, en la madurez de la edad, alto, lleno y de reposada fisonomía. Algunas indiscretas canas plateaban entre sus obscuros cabellos. Vestía modestamente y con holgura, pero sin que aquellas condiciones de su jubón y de su ferreruelo ocultasen las buenas proporciones de sus vigorosos miembros. Llamábase Nicolás Borrás; era el mejor, el más querido discípulo de Johanes, y aun se murmuraba que, á pesar de sus cuarenta y cinco años, no tardaría en llamarse hijo suyo.

–Le he visto, contestó Borrás sin apresuramiento, y con hartas dificultades por vida mía.

—¿Y qué?, volvió á preguntar con alguna viveza el artista.

—Cálmese vuesa mercé, que en Dios y en mi ánima no semeja resignación cristiana la impaciencia con que me interroga. Su Ilustrísima, consérvele Dios muchos años, me oyó bondadosamente, y con aquella plácida serenidad que le es tan propia me dijo: «Tu maestro me ofreció dar por acabada la imagen para la víspera de Nuestra Señora de los Desamparados y yo no entiendo ni quiero librarle del compromiso, pues de harto tiempo ha dispuesto para cumplirle Mañana, tal como se halle la pintura será entregada á las buenas madres Claras de Jerusalén, á fe de este indigno arzobispo Johán de Ribera.» y dándome á besar su anillo pastoral me indicó levantándose que había terminado su audiencia.

—¡Virgen Santísima!, exclamó Johanes con abatimiento.

—¡Bah, bah!, le dijo Nicolás, no hay que abatirse; tome su mercé los pinceles, y puesto que sólo falta la cabeza de la Virgen, ánimo, y cumpla lo ofrecido.

Johanes buscó en el pecho, bajo el jubón, su rosario de ámbar, que siempre le acompañaba, y besando afectuosamente la cruz contestó á Nicolás con acento tembloroso:

—¡Imposible! Desde que en menguada hora y... ¡descuido y arrogancia imperdonables! sin prepararme espiritualmente, según mi costumbre, empecé esa desdichada tabla, que no acierto á fijar el divino rostro de María. Esperando vencer lo que yo llamaba mi torpeza, lo he pintado todo, excepto ese semblante, pero inútilmente. Cuando quiero intentarlo mis ojos se obscurecen, los colores se confunden en mi paleta y mis vacilantes manos apenas pueden sostener los pinceles. Estoy perdido, ya no siento la intuición de la mística idealidad. ¡Miserable de mí!



ENSUEÑO, escultura de Mad. Elisa Bloch
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

En este momento, sin la profunda emoción que embargaba á Johanes y á su discípulo, hubieran éstos podido advertir las suaves ondulaciones que estremecían los paños de la antepuerta de la cámara vecina, denunciando tras ellos la presencia de alguien á quien sin duda interesaba conocer las circunstancias de aquella escena.

—Perdonad, maestro, se atrevió á decir Nicolás después de algunos instantes de silencio, pero esa pasajera perturbación del espíritu...

—Calla, le interrumpió Johanes, lo que tú llamas perturbación es un castigo del cielo, quizás muy merecido. ¿Sabes tú, prosiguió con profunda y exaltada humildad, si el constante elogio de mis obras no me ha infundido la inconsciente soberbia de creer que de mí solo se dignaba la divinidad dejarse penetrar y reproducir? ¿Puedo yo jurar que nunca ha relampagueado en mí la impía idea de que Dios se complacía en la perfección de mis obras? He pecado. ¡Madre mía, misericordia!

Y Johanes cruzando las manos alzó los ojos á una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados suspendida entre los dos ventanales. Nicolás, para sustraerse algún tanto á la preocupación que contra su voluntad empezaba á dominarle también, descorrió uno de los cortinajes dejando penetrar la luz que inundó á raudales el estudio. A su claridad pareció destacarse del fondo del aposento la composición luminosa de la *Virgen de la Leche*. La obra se hallaba casi concluída, excepto el rostro de María, en vez del cual aparecía un óvalo rojizo. Nicolás contempló algunos momentos el inspirado y primoroso trabajo del maestro. Sus ojos corrieron de los risueños semblantes de San Juan y San Jerónimo al angelical del Niño-Dios y murmuró:

—¡Divino, divino! ¡Dios de bondad! ¿Y no ha de terminarse este prodigio?

Y luego dirigiéndose á Johanes le dijo:

—Es preciso terminar esa obra.

—Termínela quien guste, respondió Johanes con sombría resolución, yo renuncio á ello. Es mi castigo y lo acepto. Me es además imposible.

—Pero, insistió Borrás, tenéis hijos... discípulos... algunas veces os han ayudado en vuestras obras...

—Ayudado sí, pero nunca les he cedido el corazón de mis cuadros. Por otra parte Juan, Vicente y Margarita se hallan bien lejos con mi buena Jerónima, y Dorotea sólo sueña con sus sayas y sus lechuguillas. Allí está, añadió Johanes moviendo tristemente la cabeza y señalando la antepuerta que en aquel momento parecía inmóvil; allí está, tendida por la fiebre en su lecho, y sin embargo, estoy seguro que ninguna idea razonable cruza por aquella fantástica cabeza. ¡Si ella quisiera!... Tú no la conoces.

—¿No la conozco?, replicó Nicolás con marcada expresión de ironía. ¿Que no conozco esa cabecita de pájaro en cuerpo de mujer? ¡Desdichado el hombre que la lleve al altar si no le es en todo superior!

La antepuerta onduló como si se estremeciera nerviosamente. Nicolás sin advertirlo continuó diciendo:

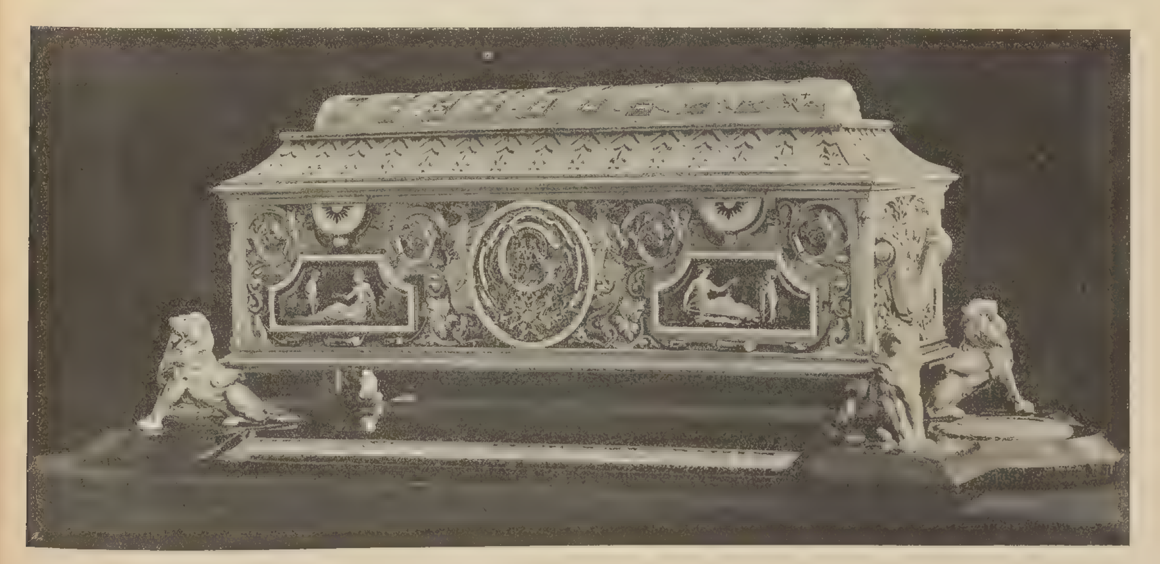
—Pero si vuestros hijos no os pueden salvar, tenéis discípulos...

—¡Discípulos!, exclamó Johanes con desaliento. Tú, que eres el primero, el más antiguo y el mejor, ¿te atreverías á concluir esa tabla?

Nicolás vacilaba en responder, suspenso entre la magnitud de la empresa y el deseo de medir su valer.

—Nicolás, *hijo mío*, prosiguió el maestro acentuando esta última frase, si lo consigues sin desdoro mío, ¡perdona mi simpleza, Dios de bondad!; si lo consigues, pídeme cuanto desees, que tuyo será por la eterna salud de mi alma.

—Maestro, respondió Nicolás aturdido por la alegría y halagado en su amor propio, la recompensa que su mercé me ofrece es capaz de hacerme subir al séptimo cielo. Voy á intentarlo.



ARQUILLA DE ORO Y PLATA CINCELADA, construída por los Sres. Masriera Hermanos, de Barcelona

—Sea. Que Dios te ayude. Iré á pedírselo en mi oratorio.

Y Johanes salió lentamente del estudio.

* * *

El buen Nicolás, á quien un poco de vanidad y algunas lisonjeras esperanzas habían arrastrado á aquel tremendo compromiso, apenas se halló solo ante la obra incompleta del maestro de la escuela valenciana y contemplando de nuevo sus bellezas una por una, sintió desvanecerse toda su audacia. Frío sudor inundó su rostro y temió que el vértigo invadiera su cerebro. Con desmayada mano empuñó los pinceles y embrazó la paleta acercándose á la tabla; pero apenas hubo fijado el tiento, el óvalo rojo que aún sustituía al futuro rostro de María pareció agrandarse, agrandarse, agitándose en oleadas de sangre, y el pobre artista, espantado y desvanecido, retrocedió hasta caer en el sitial que había ocupado su maestro.

Poco á poco fué calmándose aquella infundada agitación. Brotó de nuevo la risueña esperanza que antes le había alentado, y diciéndose en voz baja: «¡Valor, Nicolás, ahí te espera la fama y la dicha!,» se lanzó pincel en mano á la tabla con el empuje ciego con que se hubiera arrojado al asalto de una fortaleza. Levantó el pincel...

Una mano ligera y nerviosa le detuvo por el brazo, mientras una voz de mujer, entre desdeñosa é irritada, le decía:

—Espera. ¿Estás loco?

Y Dorotea, la hija mayor de Johán de Johanes, apenas arrebujada en las ricas coberturas de su lecho, descolorida, pero singularmente hermosa, encendidos los labios, resplandecientes los ojos, revueltas las doradas trenzas y levantadas al cielo sus blancas manos parecía imprecar el castigo del temerario. Nicolás, confuso, temeroso, retrocedía lentamente mientras la joven proseguía con la exaltación de la calentura:

—¿Qué te va en nuestro honor, en el honor de los Johanes? Si mis hermanos están lejos, ¿qué importa? Aquí estoy yo con mi cabeza de pájaro y mi aliento de gigante. ¿Te sonríes? ¡Pobre Nicolás! ¿Es que aún no has comprendido que la rapidez de mis impresiones, la loca actividad de mi fantasía, la inquietud que me devora, la aspiración incomprensible que me enloquece, no son más que los signos del fuego que mi padre me dió al darme la vida? ¿No adivinas que la fiebre que me consume es la fiebre de un alma á quien encadenan la vulgaridad y las preocupaciones de los hombres? ¡Pero basta, voy á ser libre!

—¿Tú, Dorotea?, se atrevió á decir Nicolás como compadeciendo su extravío.

—Sí, yo, que con el lento pero inquebrantable afán del avaro he recogido átomo por átomo el oro del arte que mi padre, creyéndome incapaz de estimarle, derramaba á manos llenas sobre mis afortunados hermanos y sobre vosotros sus dicípulos. Yo, que sintiéndome ya rica y fuerte te digo á ti, Nicolás, á ti, el primero entre los primeros: ¡Atrás, paso, voy á terminar la obra de mi padre!

—¡Tú, Dorotea!, repitió Nicolás con reconcentrado enojo.

—¡Sí, yo, Dorotea!, afirmó la joven con imperiosa altivez; yo, á quien tú has despreciado sin piedad ante su padre; yo, que durante largos años, sábelo ya, he pagado tus lecciones y tus consejos con la esperanza de un imposible amor; yo, que amo sólo y para siempre al hijo de Dios, al arte.

Nicolás palideció, dos lágrimas de despecho temblaron en el borde de sus párpados. Dorotea, apoderándose de los pinceles y la paleta, se acercó con resolución á la tabla.

—¡Infeliz!, la gritó el pintor con verdadera indignación. ¡Detente!

—No; siento en mí el genio de Johán de Johanes y basta con su genio para pintar la belleza humana, el amor de la madre, la primera, la más grande de las bellezas de nuestra alma.

Dorotea se envolvió púdicamente en el rico y amplio tejido que la cubría, se colocó frente á la imagen, y después de implorar con una mirada el auxilio de Nuestra Señora de los Desamparados, comenzó con fácil y delicado pincel á llenar el rojizo óvalo que había aterrado á Nicolás. Un intenso carmín, el carmín de la fiebre, había sustituído la palidez mate de las mejillas de la joven, y á medida que su toque seguro y correcto iba engendrando la deliciosa cabeza de la *Virgen de la Leche*, su rostro se iluminaba con una claridad misteriosa y sobrehumana. Nicolás seguía con espantados ojos aquella incomprensible creación que poco á poco iba surgiendo como milagrosamente á través de la tabla y se sentía anonadado.

¿Cuánto tiempo transcurrió así? ¿Quién lo sabe?

Por fin Dorotea dió un último golpe, se levantó, y abrazando con una mirada su trabajo, exclamó:

LA PORCIÚNCULA, pintura de Ferrant y Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid.

– Esto es. Victoria. ¡Gracias, madre mía!

Nicolás cayó á sus pies murmurando:

–¡El idealismo de la realidad! Perdóname, Dorotea, perdóname.

En este momento se abrió la puerta. Johán de Johanes se precipitó hacia la tabla, miró y con un grito arrancado del fondo del alma abrió los brazos á Dorotea, que desvanecida se dejó caer en ellos.

El cuadro llegó á su destino en el plazo concertado con el inflexible arzobispo. Un año después Nicolás profesaba en el convento de San Jerónimo de Cotalva, en Gandía, donde, bajo el nombre bien conocido de P. Borrás, asombró á sus contemporáneos con la fe cundidad artística que demostró hasta los ochenta años de su edad. Sin embargo, sus obras no pueden compararse con las de los Johanes.

***

Sea de esto lo quiera, el cuadro en cuestión pintado para las religiosas de Jerusalén, y que Pons se lamentaba de no haber podido admirar, se vendió después de la guerra de la Independencia, para hacer algunas reparaciones, á don Jayme Roig, el cual, tras de haberle hecho restaurar á D. Vicente López y á ruegos de su esposa, lo cedió á San Andrés, colocándole en una de las capillas del lado del Evangelio en 1844.

Y con esto, *vale*, lector amigo.

A. DANVILA JALDERO

SECCIÓN AMERICANA

EL REY MIDAS

POR N. HAWTHORNE

Allá, en la más remota antigüedad, hubo un señor inmensamente rico, rey por añadidura, llamado Midas, y padre de la niña más preciosa de su siglo. Por una casualidad he sido la única persona que haya tenido noticia de tan hechicera criatura; pero no es menos cierto también que su lindísimo nombre se ha borrado de mi memoria. No obstante, como quiera que me hacen mucha gracia los nombres bonitos en las jóvenes que lo son, la llamaremos desde ahora indistintamente Mariquita ó la Niña de Oro.

Pues, como decía, su padre era riquísimo, y tan codicioso además, que adoraba al dinero sobre todas las cosas, y á su corona como á sí mismo, sólo por ser de oro. Pero si algo había en el mundo que contrabalancease en su alma la pasión al oro, era, sin duda, el cariño que tenía á la graciosa niña que jugaba en las gradas del trono. ¡Y cuanto más la quería, más sed se le despertaba de riquezas!

¡Insensato! Era de los que creen que la herencia más saneada que pueda legar un padre consiste en una gran cantidad de dinero. ¡Como si el dinero fuese lo único de que han menester las criaturas! Así lo pensaba él al menos, puesto que á este fin consagraba todo el tiempo que le dejaban libres las obligaciones de su ministerio; y llegaba á tal punto su avaricia, que si, al tender la vista al horizonte, veía ponerse el sol entre celajes de oro, exclamaba:

–¡Quién pudiera cogeros, y convertidos en barras guardaros en el sótano de palacio!

Y si la niña le salía al encuentro con un ramito de manzanillas, al punto la decía:

– Quita allá; si fueran de oro, así como tienen su color, ya valdría la pena de cogerlas; pero siendo de lo que son... ¡quién les hace caso!

Pues este mismo rey, cuando muchacho, antes de estar poseído del demonio de la codicia, era un hombre franco y apasionado de las flores, tanto, que gastó un caudal en sembrar su jardín de las más bonitas, raras y fragantes, y en él se pasaba las horas enteras aspirando su aroma delicioso. Después, por el contrario, si las miraba, era sólo para calcular cuánto podrían valer sus pétalos si fueran de oro. También cuando joven fué muy dado á la música (mal que le pese al autor de cierta historia, en la cual se pretende probar que tenía orejas de borrico); pero á la sazón sólo le deleitaba el sonsonete de las monedas de oro.

En fin, Midas, y en esto se parecía á muchos hombres que cuantos más años cuentan más brutos son, á medida que fué entrando en años, fué perdiendo el sentido común, hasta el extremo de no poder soportar la vista ni el contacto de cosa que no fuese de oro. Por cuya razón había tomado la costumbre de pasar la mayor parte del día en un sótano donde guardaba sus riquezas, y cuando quería distraerse, allí se encerraba con la llave por dentro, y ya cogía un lingote, ya un talego y ya una lata llena de polvo de oro, y lo ponía á la luz del único rayo de sol que á fuerza de mucho trabajo penetraba en aquella mazmorra. ¿Y saben ustedes por qué buscaba aquel rayo de sol? Porque daba á su tesoro reflejos más puros y brillantes, y porque así le parecía de más precio. Luego vaciaba los escudos en el suelo y los contaba uno por uno; abría los cofres donde guardaba las pepitas y el polvo de oro, y metía los brazos hasta el codo, y los sacaba y los volvía á meter con el mismo gozo que un pato zambulle su cuello en el agua, y exclamaba:

¡Oh, Midas, qué feliz eres!

No obstante creerse tan feliz, Midas sentía un vacío en su corazón, porque mientras todo el universo no se convirtiera en almacén de sus riquezas, no estaría satisfecha su insaciable codicia.

Me parece inútil recordar á ustedes antes de pro-



LA PORCIÚNCULA, pintura de Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid

seguir, que en los remotos tiempos del rey Midas pasaban muchos sucesos que nos parecerían increíbles si los viésemos; así como también es cierto que gran número de cosas de las que vemos y con las cuales estamos familiarizados, no las hubieran creído ni á tres tirones en la época del rey Midas.

Ahora bien: entregábase un día nuestro héroe á la contemplación de sus riquezas, cuando vió elevarse una sombra sobre la tapa de un cofre, y á medida que la fué bañando la luz, distinguió en ella las facciones de un joven desconocido, de noble aspecto y color rubio. Sería ilusión óptica, mas es lo cierto que Midas entrevió no sé qué de metálico en la sonrisa del extranjero; que á pesar de la interposición de su cuerpo entre la luz y los tesoros, éstos brillaron de una manera extraordinaria, iluminándose el sótano como por encanto, y que la causa de tan rara revolución eran los ojos del recién venido, que alumbraban como luceros.

Seguro el rey de haber cerrado con llave la puerta, y convencido de la imposibilidad de que nadie pudiera entrar en el sótano sino por la fuerza y haciendo ruido, dedujo necesariamente que su visita era la de un ser sobrenatural. Nada importa que yo calle el nombre de tan extraño personaje; baste saber que en aquellos tiempos primitivos se pensaba y se creía á puño cerrado que seres dotados de poder divino venían á la tierra de vez en cuando y pasaban en ella sus temporadas, mezclándose en los asuntos de los mortales y tomando una parte no pequeña en sus penas y alegrías. Así, pues, como un encuentro de esta naturaleza no era nuevo para el rey Midas, experimentó cierta satisfacción en hallarse á solas y cara á cara con un sujeto cuyos semejantes no le eran desconocidos.

Además, el joven en cuestión tenía un rostro tan franco y risueño, que hubiera sido de la mayor grosería tratarlo de malos modos; tanto más, cuanto que nada tenía de particular viniese para facilitarle alguna receta por cuyo medio pudiera convertir el barro, por ejemplo, en oro de buena ley.

Examinó el extranjero de una mirada el aposento, y después, fijándose en Midas, le dijo con la sonrisa en los labios:

– Eres rico, en verdad, y dudo mucho que haya otro rey más poderoso que tú.

– No me ha ido mal, respondió el avaro, encogiéndose de hombros; pero, al fin y al cabo, esto es el producto de cuarenta años de trabajos y afanes. ¡Ah!, exclamó dando un suspiro: si me fuera posible vivir diez veces más, ¡entonces sí que llegaría á ser rico!

– ¡Cómo! ¿No estás satisfecho todavía?

Midas movió tristemente la cabeza.

– ¿Qué necesitas, pues, para contentarte?

– Midas guardó silencio. Un vago presentimiento le decía que aquel extranjero de tan noble presencia, tan fino y tan amable, había venido á visitarlo con propósito deliberado de satisfacer sus deseos. Era, pues, la ocasión de pedir lo que tanto deseaba, fuese ó no posible. Con los ojos fijos en el suelo y un dedo puesto delante de la boca, en actitud pensativa, estaba S. M. amontonando de memoria quintales de metal precioso, cuando de repente se desarrugó su entrecejo, sonrieron sus fruncidos labios y brillaron sus ojos llenos de entusiasmo. Alzando antonces la frente miró á su interlocutor.

– Vamos, di lo que deseas.

– Sí, por cierto: estoy ya tan cansado de trabajar para reunir cantidades que después de todo no me satisfacen, que quisiera, para salir del paso, tener el don de hacer oro.

– El extranjero sonrió con alegría.

– ¡Gloria á ti, rey Midas, por haber concebido un pensamiento tan admirable! Pero ¿estás cierto de que sólo este poder te hará feliz?

– ¿Quién lo duda?

– ¿No te pesará nunca tenerlo?

– ¿Cómo es posible, si no pido más para considerarme el hombre más feliz de la tierra?

– Pues bien: hágase tu voluntad, le respondió el desconocido, saludándolo; mañana, al salir el sol, se te concederá la gracia que deseas.

Dicho lo cual desapareció, iluminando el sótano de tan vivos resplandores, que el rey tuvo que cerrar los ojos para no quedarse ciego. Al abrirlos de nuevo, sólo vió el rayo de sol que alumbraba los tesoros acumulados á costa de tantos afanes durante el curso de su existencia.

¿Durmió el rey Midas aquella noche con la tranquilidad de costumbre? La historia lo calla; pero tengo para mí que, despierto ó dormido, pasó la noche con la impaciencia y la inquietud de un chiquillo á quien se ha prometido regalar un juguete magnífico al día siguiente.

La hora del alba sería cuando despertó Midas y empezó á tocar todo lo que estaba al alcance de su mano, impaciente por saber si en efecto tenía ya el don de hacer oro. Pero ¡cuál no fué su sorpresa y pesadumbre al reparar que todo permanecía en su primero y natural estado! Y como la imaginación no puede nunca estarse quieta, le asaltó entonces el temor de que tal vez aquel radiante personaje le había jugado una mala pasada. De ser así, ¡qué desengaño tan cruel después de haberse mecido en la dulce esperanza de realizar por fin sus ambiciones! ¡Tener que contentarse con el oro que buenamente pudiese adquirir por los medios ordinarios, en vez de hacerlo á medida de su deseo, con sólo querer y tocar!

Bien hubiera podido el rey Midas ahorrarse tantas cavilaciones si se hubiese dado cuenta de que la dudosa luz que tímidamente penetraba por la rendija de su aposento era, no del sol, sino de

La aljofarada aurora
Que el cielo de oro y bermellón colora.

Dejó, pues, caer la cabeza, desalentado, sobre la almohada, y se quedó abstraído, dándole vueltas en su imaginación á la mala pasada que, á su entender, le había jugado el misterioso personaje, cuando de repente se entró por la ventana un rayo de sol. Parecióle al rey entonces que aquella luz producía en las blancas ropas de su cama extraños reflejos; y así era, en efecto, pues al mirarlas con más atención, ¡cuán grandes no fueron su sorpresa y su felicidad, viendo las sábanas de lienzo transformadas en paños de oro de singular hermosura!

El aparecido había cumplido su palabra.

Midas, loco de contento, saltó de la cama y fué de un lado á otro, manoseándolo todo y, como era natural, convirtiéndolo en metal precioso, sin que por eso perdiese la forma primitiva que tenía: las cortinas de damasco y las sábanas de lienzo, si bien se transformaban en cuanto á la calidad, quedaban tan flexibles y sutiles como habían sido siempre. Sí, ocurrió una cosa extraña, y fué que, al poner las manos en un libro, sus hojas perdieron el texto impreso tan luego como se trocaron en láminas de oro, de lo cual infiero que este metal está reñido con las letras.

Otro percance le pasó también con los anteojos, que si cabe, para un hombre como el rey Midas, era de peores consecuencias, pues se le volvieron de oro los cristales, dejándolo reducido de consiguiente á la situación más lastimosa en que puede verse un corto de vista.

Pero Midas se consoló al momento, diciendo para su capote: una majadería es no poder usar gafas cuando tanta falta me hacen; pero ¡qué diantre! para comer no las necesito, y luego para las demás cosas pronto será grande la niña y por sus ojos veré.

Ya ven ustedes cómo el que quiere consolarse se consuela, por grandes que sean sus aflicciones.

Pues, como iba diciendo, el rey Midas se había puesto tan contento que, no cabiendo de gozo en sus habitaciones, bajó en dos brincos al jardín, no sin convertir antes en oro de muy buena ley el pasamano de la escalera, ítem más el pestillo de la puerta por donde salió. Cuajado de rosas estaba todo, y su delicioso aroma embriagaba los sentidos; pero Midas, que ya maldito lo que entendía de ambiente perfumado ni de flores, les fué pasando á todas la mano y poniéndolas tan tiesas y relucientes como si fueran de talco. Mientras se divertía en esta operación lo llamaron para desayunarse, y acudió al comedor con las mejores disposiciones, reservando para luego el proseguir la comenzada tarea.

No sé de una manera positiva en qué consistía entonces el almuerzo de los grandes de la tierra, ni tampoco tengo ahora mucho tiempo disponible para profundizar esta materia; sin embargo, todo me induce á creer que la mesa de S M. estaría provista de buenas tortas, pescado frito, patatas asadas, huevos pasados agua y café con leche, lo cual me parece muy bastante y muy bueno para un monarca de siglos tan remotos.

Como la Niña no había ido todavía y Midas jamás comía sin ella, la hizo llamar al punto, y entretanto tocó algunos platos, el mantel y las servilletas para sorprenderla con sus metamorfosis.

En esto la oyó venir llorando por los corredores, cosa que le sorprendió en extremo, porque su hija era una de esas criaturas que en todo el año no vierten lágrimas bastantes para llenar un dedal. Así fué que, al oirla, para hacerla callar con una sorpresa, puso las manos sobre el jarro de la leche, y trocó la porcelana en oro finísimo.

Abrió entonces la Niña dulcemente la puerta y entró en la habitación enjugándose los ojos con el delantal.

– ¿Qué llanto es ese, hija mía?

La princesita, sin quitarse el delantal de los ojos, alargó su brazo, y enseñó una de las rosas transformadas por Midas.

– ¡Qué bonita!, ¿no es verdad?, exclamó Midas. ¿Y qué te ha hecho esa rosa para que llores tanto, hija mía?

– ¿No lo ves, papá?, que todas las flores del jardín se han secado y ya no huelen!

– ¡Bah! No llores por tan poco, le contestó Midas, avergonzado de ser la causa del apuro de su hija. Siéntate y almuerza, que de sobra encontrarás quien te cambie esa rosa tan amarilla y tan brillante, y que durará muchos años así como la ves, por otra de las que huelen y se marchitan en un día.

La princesita iba á contradecir al rey, pero era una niña muy bien criada y calló. Sentóse á la mesa sin hacer alto en la maravillosa transformación de la porcelana, y casi fué mejor, porque siempre se divertía en ver los chinos y las pagodas y los puentes y los pájaros de forma extraña que campeaban en sus flancos y que habían desaparecido completamente, y de seguro, al echarlos de menos, hubiera vuelto á su llanto, predispuesta como estaba con el chasco de las flores.

Sirvióse S. M. el café, y figúrense ustedes cuán grande no sería su sorpresa al tomar la primera cucharada y sentir que el líquido se le coagulaba entre el paladar y la lengua. Tanto es así, que no pudo contener una exclamación de terror.

– ¿Qué tienes, papá?, le preguntó la niña, mirándolo fijamente medio llorosa todavía.

– ¡Nada, hija, nada!, dijo Midas. Mira, no dejes enfriar la leche.

Se acercó entonces el plato del pescado frito y tocó la colita de un dentoncillo con el dedo. ¡Nueva sorpresa! El pescado se transformó á su contacto en una obra maestra de platería.

Midas se quedó absorto sin saber qué hacerse, porque verdaderamente el trance no era para menos.

– ¿Cómo voy á alimentarme?, dijo para sus adentros

Nuevo ensayo. Tomó un pastelillo, y no bien le hubo partido con los dedos, empezó á amarillear, y dicho se está que se puso como el café y el pescado.

¿Saben ustedes que estaría divertido el buen señor con todo su poder y su riqueza, con la mesa cubierta de manjares sabrosísimos é imposibilitado de gustarlos siquiera?

Confundido, aterrado, el pobre rey dejóse caer sobre el respaldo de su asiento, cruzados los brazos é inclinada la frente.

Su hija, que era muy cariñosa, al reparar en la actitud del rey Midas, dejó las sopas, se quitó la servilleta, y fué á él con los bracitos extendidos, preguntándole con mucho interés si estaba malo.

– No, hija mía, respondió S M. dando un suspiro; pero no sé lo que va á ser de tu padre.

Y en verdad, señores, que difícilmente habréis oído hablar de una persona colocada en situación más crítica que la del rey Midas.

– ¡Cuánto más feliz que él no era el pobre trabajador, alimentándose de frutas y legumbres! ¡Qué sería de él si continuaba sin poder atravesar bocado! ¡Cuántos días resistiría su estómago á tan riguroso ayuno!

Turbaron de tal manera estas tristes reflexiones al rey Midas, que llegó á preguntarse si después de todo la opulencia es el único bien apetecido en este mundo, ó el apetecible siquiera. Pero esta idea se le borró bien pronto de la memoria, porque fascinado como estaba por el brillo del metal precioso, se hubiera negado redondamente todavía á renunciar á su privilegio por cosa tan mezquina y de tan poco momento como es un almuerzo Y cuenta, señores, que esa cosa tan trivial, pero comible para él, no habría podido encontrarla en el caso presente, ni aun dando por ella más millones de monedas de oro que granos de arena tiene el mar.

Sin embargo, tal era su hambre y tan grande su inquietud que se echó á llorar de la manera más lastimosa. Lo cual visto por la niña, ya no pudo contenerse, y lo abrazó cariñosamente para consolarlo. Midas, al recibir las caricias de su hija, comprendió cuánto más valía aquel amor que todas las riquezas del mundo por él adquiridas, merced á la facultad sobrenatural que poseía.

– ¡Hija de mi alma!, exclamó estrechándola en sus brazos.

Pero Mariquita ya no pudo contestar á esta caricia paternal, porque al contacto del rey Midas, quedó sin vida, transformada en una estatua de oro, y como al verificarse en ella esta revolución no perdió un átomo de su belleza encantadora, conservando su rostro la misma dulzura y sus ropas los mismos pliegues y suaves ondulaciones que antes tenían, puede bien decirse que la niña, gracias á su papá, era una obra digna del cincel de Fidias y que valía lo que

pesaba y mucho más.

Inútil es decir á ustedes cómo se quedaría S. M. ante aquel horrible espectáculo. Se retorcía las manos, daba gritos descompasados, se arrancaba los cabellos, corría por las habitaciones de palacio como un loco, y llamaba al genio con toda la fuerza de su voz. El pobre hombre no podía soportar la vista de su hija ni tampoco dejar de mirarla.

Estando así se apareció el genio. Midas, sin proferir palabra, bajó la cabeza y cayó de rodillas en actitud suplicante. Había reconocido al mismo personaje misterioso de quien recibió en la cueva el funesto don de hacer oro.

– Ya estarás satisfecho, Midas, le dijo el genio sonriendo maliciosamente. ¿Qué tal?

Midas movió la cabeza.

– Soy el más miserable y desventurado de los nacidos, exclamó el rey.

– ¡Desventurado! ¡Miserable! No te comprendo. ¿No te he concedido cuanto apetecías para llamarte feliz?

– ¡Ay! El oro por sí solo no constituye la felicidad. Mira lo que he perdido, le dijo, señalando á su hija y llorando á lágrima viva.

– Veo que hoy estás más cuerdo que ayer. Vamos, di, ¿qué prefieres, ese don ó un vaso de agua fresca y cristalina?

– ¡El agua, el agua es una bendición del cielo!, exclamó Midas; pero yo no puedo beberla.

– ¿El don de hacer oro, continuó el genio, ó un pedazo de pan?

– ¡Un pedazo de pan vale más que todo el oro del mundo!

– ¿El don de hacer oro ó Mariquita como estaba hace una hora?

– ¡Mi hija, mi hija!, gritó el infeliz.

– Así me gusta, dijo el extranjero. Vamos, añadió, ¿estás perfectamente arrepentido de tus locas ambiciones y de tu avaricia desenfrenada?

En aquel momento vino á posarse una mosca en la punta de la nariz de S. M. y á su contacto cayó muerta al suelo, completamente metalizada. Midas se estremeció.

– Sí, sí, arrepentido de todo corazón, le respondió lleno de fervor.

Pues entonces, ve al jardín y báñate en el río que lo atraviesa; luego, tráete una copa de la misma agua, y con ella rocía todos aquellos objetos á los cuales

LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA, bajo relieve en mármol, de D. Mariano Benlliure



LAS HILANDERAS, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid.)



LA FERIA, cuadro de D. Joaquín Agrassot



PASATIEMPOS DE ORIENTE, cuadro de Ch. Daux, grabado por Baude, [illegible]

quieras restituir su primitivo ser; pero te advierto que si no lo haces lleno de confianza y de fe, todo será inútil.

El monarca bajó la frente en señal de asentimiento y cuando la levantó ya no estaba allí el aparecido.

Midas corrió al jardín en seguida, entró de cabeza en el río, se zambulló más que un ganso, volvió á salir inmediatamente con un jarro lleno de agua en cada mano y no paró hasta llegar al pie de la estatua de su hija.

S. M. no se anduvo con melindres para administrarle la medicina, sino que, no bien hubo dejado uno de los jarros en el suelo, levantó el otro sobre la cabeza de la princesa, y así como quien bautiza, vertió su contenido hasta la última gota. La niña abrió al punto los ojos y comenzó á estornudar. El extranjero había cumplido su palabra, ó mejor dicho el arrepentimiento de Midas había sido sincero y muy grande su fe en las palabras de la visión.

Pasados los primeros transportes de alegría, S. M. tomó á Mariquita de la mano y se fué con ella al jardín donde, merced á algunos asperjes, hizo recuperar á las flores su aroma y sus matices, y así de lo demás.

Dos cosas, sin embargo, recordaron á Midas, mientras vivió, aquel don que tan funestas consecuencias pudo traerle: las arenas del río donde se bañó, que desde aquel día brillaron como polvo de oro, y los cabellos rubios de su hija, en cuyo color antes nunca había reparado.

Midas llegó á ser muy viejo, y cuando allá en los últimos años de su larga carrera lo sacaban á tomar el sol las mañanas de invierno, decía á sus nietecitas pasándoles las manos temblorosas por la cabellera:

– Esta es la única cosa de color de oro que ven con gusto mis ojos.

Traducido por M. Juderias Bénder

NUESTROS GRABADOS

Los jugadores, cuadro de Fortuny. – Aunque poco partidarios de la indiscutibilidad que algunos pretenden para ciertas firmas en materia de arte, hemos de convenir en que la de Fortuny es de las pocas que si no justifican atenúan por lo menos la exageración de los que tal teoría sustentan. Ni de su escuela, que tantos queriéndola imitar han parodiado, ni de su genio artístico que le elevó al pináculo de la gloria, hemos de hablar en esta ocasión, pues en otras muchas nos hemos ocupado del malogrado pintor y de sus principales obras. La que hoy reproducimos, aunque no tan conocida como otras de Fortuny, merece un puesto de honor al lado de las más ensalzadas; la figura del jugador perdidoso contemplando con cierta mezcla de rabia y de envidia á sus dos compañeros entregados todavía al vicio que tanto le atrae, las de éstos que abocetadas y entre sombras se divisan en el fondo y el tono general del cuadro descubren, aun en el grabado, el espíritu de observación, el profundo estudio y la maestría del nunca bastante llorado artista catalán.

* * *

Ensueño, escultura de Elisa Bloch (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Si en todas las épocas y en todos los tiempos ha dado muestra la mujer de sus cualidades y aptitudes para cultivar todas las ramas del saber humano, preciso es convenir que las corrientes de progreso que informan nuestro siglo han contribuído poderosamente á su desenvolvimiento. Todas las naciones cuentan ya con número considerable de mujeres ilustres, que dan muestras de su ingenio, ya en las ciencias, las artes ó la literatura. Entre aquellas que honran á la vecina nación, distínguese Elisa Bloch, que entre otros honrosos títulos ostenta el de *Oficial de la Academia Francesa*. Nacida en Breslau (Silesia) pero residente en París desde temprana edad, recibió sólida y completa instrucción, teniendo por preceptor al sabio orientalista doctor Münck, á quien debió sus extensos conocimientos literarios y filológicos. Dedicada después al estudio de la escultura, por la que sentía verdadero entusiasmo, pronto dió muestras de sus aptitudes y excelentes cualidades, bajo la dirección del gran maestro Enrique Chapu. En 1878 expuso su primera obra, figurando ya en el Salón de 1880 una gran figura que tituló *Esperanza*. A esta siguió en 1884 *El frondista* y en 1886 *Virginius*, notable grupo en bronce, inspirado en una de las obras de Tito Livio, premiado en la Exposición Universal de 1889. Difícil sería enumerar el considerable número de obras que han modelado las delicadas manos de Elisa Bloch, á las que ha impreso el sello de su inteligencia y de su sentimiento. Basta visitar su taller de la rue du Printemps, convertido en verdadero museo, para comprender su laboriosidad.

Ensueño titúlase el precioso busto que remitió á nuestra Exposición de Bellas Artes. Inspirado en la novela de Zola, titulada *Le Rêve*, sorprende por la delicadeza de su modelado y por ese algo que en su obra ha sabido imprimir la artista, que justifica tan perfectamente su título.

Moisés y la estatua de Juana de Arco que ha de erigirse en Epernay son sus últimas producciones. Ellas significan un nuevo triunfo, por el que felicitamos á la autora, rindiéndole en estas líneas un justo tributo de consideración.

* * *

Arquilla de oro y plata cincelada, construída por los Sres. Masriera Hermanos, de Barcelona. – Al igual de las demás creaciones industriales, ha debido la joyería seguir las evoluciones que han determinado el gusto, la época y las necesidades de la sociedad actual. No basta ya al platero ser un buen artífice; precisa del auxilio de la estética y poseer los vastos conocimientos del arte, ya que la moderna construcción utiliza la combinación de los ricos metales con las piedras preciosas, sujetándose en su forma á un estilo, ú obedeciendo á una escuela determinada, que produzca armonía por los tonos químicamente obtenidos, los esmaltes y el pulimento. De no escasa importancia son las dificultades que ofrece el arte de la joyería, aumentadas si cabe por la continua necesidad de ofrecer modelos que obtengan el privilegio de atraer á los numerosos partidarios de la fastuosidad y la ostentación.

Todas las naciones han realizado grandes progresos en la joyería, y plácenos consignar que España no ha descendido del nivel en que se hallaba colocada por sus tradiciones, siendo Barcelona, en cierto modo, el centro que informa el movimiento peninsular, ya que en ella existen los más importantes talleres y los más hábiles plateros. Distínguense entre todos ellos los hermanos Masriera, tan excelentes artistas como inteligentes artífices, ya que han demostrado por medio de sus obras cuán justificada es la fama de que gozan y cuánto puede esperarse de sus aptitudes artísticas. Todas las alhajas y piezas tienen, á modo de marca de fábrica, el sello característico que las distingue por su riqueza, elegancia y sencillez. En todas ellas se denuncia el gusto y el completo dominio de una industria, hoy no exenta de dificultades. Los Sres. Masriera, antes que joyeros, son distinguidos artistas, por cuyo motivo sus producciones se distinguen siempre por la belleza de sus líneas, por su forma y por las admirables combinaciones que saben obtener de los efectos de la tonalidad por medio del contraste que producen los relieves con el mate y el pulimento.

La arquilla que reproducimos es una de las obras más importantes que han construído los Sres. Masriera, tanto por su riqueza como por su carácter esencialmente artístico. Ejecutada con sujeción al diseño de D. José Masriera es una brillante manifestación del arte nacional, puesto que si por su estilo recuerda las bellísimas obras del Renacimiento, lo es también en el concepto moderno del renacimiento artístico de nuestra patria. Sobre una base de mármol cuatro leones de plata maciza sustentan la arquilla de plata y oro cincelada, cuyos motivos de decoración se avaloran por la inteligente combinación de los metales. Dos preciosos medallones de esmalte, imitación de Limoges, rodeados de un marco de perlas, representando las cuatro virtudes, ejecutados por D. Luis Masriera, decoran los dos lados de la arquilla, destacándose entre ellos las cifras, en brillantes, zafiros y rubíes, del Excmo. señor D. Manuel Planas y Casals, tan distinguido jurisconsulto como hombre público, á quien se ofreció tan valiosa joya por varios de sus amigos y correligionarios, según indica la leyenda que ostenta la cinta que cubre la artística tapa.

* * *

La Porciúncula, pintura de D. Manuel Domínguez y de D. Alejandro Ferrant. – La Porciúncula, pintura de D. Manuel Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid. – A Manuel Domínguez, el autor del cuadro titulado *La muerte de Séneca*, y á Alejandro Ferrant, el autor del que reprenta *El entierro de San Sebastián*, ambos artistas de valía que figuran á la vanguardia de los que enaltecen con sus producciones el arte patrio, confióse la ejecución de las pinturas que en forma de colosal tríptico embellecen y decoran el fondo del ábside de la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid, verdadero museo, ya que en aquel templo figuran obras de artistas de tal valía, que como Plasencia, Contreras, Molinelli, Jover, Rivera, Domínguez, Martínez Cubells, Plaza, Amérigo, Adeva, Vergaz, Elías Martín, Vallmitjana, Bellver, Suñol, Gandarias, Benlliure, Moltó, Muñoz Degrain, Moreno Carbonero, etc., significan ó representan el arte contemporáneo español.

Cuantiosas sumas destináronse al embellecimiento de la antigua iglesia, que hoy es sin disputa la primera de las que existen en la capital de la monarquía. Mármoles y bronces decoran la capilla mayor, y en el fondo destácanse las pinturas de Ferrant y Domínguez, que ocupan un espacio de diez metros de altura por catorce de ancho, representando tres escenas de la vida de San Francisco, el humilde penitente de Asís, que en todo tiempo ha servido de tema de inspiración. El cincel, la pluma y el pincel han trazado la leyenda en que la religión y la poesía se unen con igual belleza; faltaba en este conjunto la glorificación de la pintura moderna, y preciso es convenir que pocos pudieran haberlo llevado á cabo tan cumplidamente como Ferrant y Domínguez.

El asunto general representado en el grandioso tríptico es *La concesión del Jubileo de la Porciúncula*, en los tres momentos del anuncio, de la concesión y de la confirmación pontificia. La pintura de la derecha es obra de Domínguez. En un lugar abrupto y cubierto de maleza, el santo en oración recibe por un ángel el aviso de que el Señor y su Divina Madre se hallan en la próxima ermita de Nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula. La figura del santo, medio postrado aún de hinojos, revela la confusión que la inesperada nueva le produce; en el cielo, que cubren las sombras de la noche, angélica visión de músicos teniendo instrumentos y agitando incensarios celebra la fausta nueva. La hora y el sentimiento de la escena, riqueza y elegancia de colorido, todo ello ha logrado reunir Domínguez en esta notable obra. Unido á Ferrant, han pintado el cuadro del centro, á Jesucristo y la Virgen, apareciéndose al santo en el interior de aquella ermita. El pobre cenobio inúndase de resplandores que envuelven la doble visión en luz celestial, y San Francisco humilla la cabeza en las gradas del altar al oir la voz del Señor. El contraste de la luz está perfectamente entendido, y la figura del santo, que se destaca por claro, es un alarde de dibujo. De Ferrant es esta parte de la composición y la figura de Cristo, y obra de Domínguez la bellísima de la Virgen; siendo de admirar que la diferencia de estilo contribuye al embellecimiento del cuadro, que á pesar de ser una obra moderna, parece que se refleja en ella algo del fervor místico que distingue á las producciones de otras épocas ya pasadas.

* * *

La familia real de España, bajo relieve en mármol de D. Mariano Benlliure. – En la personalidad de Mariano Benlliure hállase representada la escuela escultórica moderna de nuestra patria, pues á tan alto ha logrado ascender el eximio escultor valenciano, que bien merece se le considere como el primer campeón, el portaestandarte del arte nacional. A su esfuerzo, á su constante labor é indiscutibles cualidades debe la justa y merecida fama de que goza. Obligado en sus preciosos años á contribuir al sostenimiento de su familia, sólo á costa de afanes y de continuo estudio logró Benlliure adelantar en la difícil profesión que emprendiera, siendo por lo tanto sus triunfos verdaderas victorias logradas por el genio. *La cogida de un picador*, que fué la primera obra que figuró en una Exposición, la Nacional de 1876, fué ya una revelación. A esta siguieron las tituladas *¡Al agua!*, la estatua del pintor Ribera, la de Doña Bárbara de Braganza, el picaresco *Monaguillo*, que tanto llamó la atención en la Exposición de 1884, y las soberbias figuras alegóricas la *Marina* y el *Ferrocarril*, que en unión de la magnífica estatua de don Diego López de Haro figuraron en la Exposición de 1890, y que aparte de la recompensa otorgada por el Jurado, valieron al artista la honrosa distinción de la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Como demostración de reconocimiento á la Reina Regente, que galardonaba al artista, ofreció Benlliure á la ilustre señora una obra magistral, en la que no sólo se hallen de manifiesto sus relevantes cualidades como escultor, si que también su delicadeza de sentimientos: encerrado en un primoroso marco de bronce, un bajo relieve en el que delicadamente se destacan con admirable parecido los bustos de la Reina, de su hijo D. Alfonso XIII, de la princesita de Asturias y de la infanta María Teresa. Pálido creemos que sería cuanto intentáramos consignar acerca de la ejecución de esta obra, en la que Benlliure ha logrado dar muestra de á cuánto alcanza, por cuyo motivo nos limitaremos á unir nuestro aplauso á los que ya se le han tributado y á rendirle en estas líneas un testimonio de nuestra consideración.

* * *

Las hilanderas, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid). – Discípulo del malogrado Plasencia, dióse pronto á conocer por las cualidades que revelaban sus obras, obteniendo su primer triunfo en la Exposición de Bellas Artes que celebró la Asociación de Escultores y Artistas. Pensionado después en Roma por la Diputación Provincial de Soria, su país natal, continuó produciendo obras de mayor importancia, que como el lienzo titulado *Carta del hijo ausente*, obtuvo merecida recompensa en la Exposición general de Bellas Artes de 1887.

En la que en mayo último celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid presentó cuatro lienzos, *Al amor de la lumbre*, una *Cabeza de niña*, *Con la excusa del cigarro* y *Las hilanderas*, que reproducimos, dando en ellos muestra, especialmente en el último, de sus recomendables cualidades, ya que en todos se observa corrección en el trazo y sobriedad en el colorido.

Maximino Peña es uno de los discípulos que más honran á Plasencia y uno de los artistas que pueden lograr envidiable reputación, si continúa por la senda emprendida.

* * *

La feria, cuadro de D. Joaquín Agrassot. – Es Agrassot uno de los pintores que honran á España y á Valencia, en donde reside desde hace algunos años, confundiendo en una sola las simpatías que siente por la ciudad del Cid y por Alicante, su ciudad natal. Su nombre evoca el recuerdo de alguno de sus lienzos notables, que como el titulado *Las dos amigas* figura entre los que encierra el Museo del Prado. Al igual de otros pintores que tanto han enaltecido el arte español, ganó fama y crédito durante el período de su pensionado en Roma, y sus cuadros proporcionáronle la consideración que merecía por su relevante mérito. A su regreso de la ciudad eterna dedicóse á la pintura mural, trocando, por último, sus brillantes ensayos en este género por sus preciosos cuadros de costumbres, justamente apreciados por su buen colorido, estilo y precisión, trasunto fiel de ese conjunto de luz y de tonos, que caracterizan los lienzos genuinamente españoles.

La feria es una de las más bellas producciones de Agrassot, verdadero cuadro de costumbres valencianas, brillante por sus derroches de luz y colorido, en el que se hallan admirablemente trazados los tipos y bien combinados los tonos, trajes y pormenores, observándose luego la seguridad en la ejecución y la maestría del artista.

Valencia puede envanecerse de contar á Agrassot en el número de sus preclaros artistas.

* * *

Pasatiempos de Oriente, cuadro de Ch. Daux, grabado por Baude. – Conocidos son los juegos, entretenidos unos, peligrosos otros y pintorescos todos, á que se dedican los juglares orientales para producir sorpresa y admiración en el público que en calles y plazas se deleita contemplando sus habilidades no pocas veces extravagantes. Uno de estos juegos ó pasatiempos, la domesticación de pájaros, ha servido de pretexto al notable pintor francés Ch. Daux, para trazar en el lienzo una bellísima cuanto caprichosa figura de muchacha de Oriente, en cuya ejecución se observan desde luego notables bellezas de dibujo y se adivinan, gracias al primoroso grabado de Baude, los hermosos efectos de color que indudablemente constituyen la parte más saliente del cuadro.

* * *

La giganta Rosita, joven vienesa que actualmente se exhibe en Berlín (de una fotografía). – La ciencia ha pretendido, durante algún tiempo, que la estatura gigantesca era un privilegio poco menos que exclusivo del sexo masculino, pero algunos ejemplares aparecidos hace algunos años demuestran cuán errónea es esta opinión. Uno de ellos se exhibe actualmente en uno de los teatros de Berlín que se dedican especialmente á esta clase de espectáculos; la giganta Rosita mide 2 metros 46 centímetros de alto y pesa 350 libras y es de fijo una de las mujeres más altas y de más peso que hoy en día existen. Nació en marzo de 1865 en Viena; sus padres tienen establecida una industria en un arrabal de la capital austriaca, donde residen, mientras su hija se hace admirar por el público en su excursión *artística*. En el caso de la giganta Rosita no cabe invocar el principio de la herencia, puesto que la estatura de sus padres no excede de la media normal.



ABNEGACIÓN POR AMOR

POR A. HUNT. – ILUSTRACIONES DE H. MARGLISON

El día 4 de diciembre de 188... Roberto Fitzgerald se paseaba inquieto de un lado á otro de su habitación, en la calle de Dover, en Londres, muy preocupado al parecer, aunque la causa, según veremos, no era ninguna cuestión de vida ó muerte.

El día 5 del mismo mes del año anterior había solicitado la mano de una joven llamada Aretusa, á quien hacía largo tiempo amaba apasionadamente; pero ésta le contestó que no le correspondía lo bastante para aceptarle por esposo, y que tal vez no se casaría nunca.

Instada por Roberto á dar una explicación, confesó que dos años antes ella también había amado mucho á un joven, pero que no se la permitió unirse con él, ni siquiera verle después; que quizás su padre había obrado con prudencia al oponerse; pero que, á pesar del tiempo transcurrido no podía olvidarle, por más que se esforzaba para ello, y que temía mucho amarle tanto como antes si regresaba á Inglaterra, de donde se había ausentado hacía algún tiempo.

– ¿Volverá?, preguntó Fitzgerald.

– Espero que no, repuso la joven; tal vez fuera para mí una desgracia su regreso Es posible que mi padre tuviese razón al decir que hubiéramos sido desgraciados.

– Pues entonces, replicó Fitzgerald, ¿por qué no me acepta usted, puesto que teme no ser feliz con su primer pretendiente? No es usted razonable.

– Con frecuencia dejo de serlo y no reflexiono, dijo Aretusa. Estoy persuadida de que fuera mucho mejor para mí el aceptarle por esposo, tanto más, cuanto que usted me inspira simpatías; pero también sé que si *él* volviera no podría menos de seguir amándole, y no procedería con lealtad si no lo confesase.

– Tal vez acabaría usted por preferirme...

– No digo lo contrario; es muy posible; pero... ¿y si no sucediera así?

– Si usted piensa en mí, ya tengo algo adelantado, y de todos modos, bastaría un poco de buena voluntad para corresponderme

– Muy bien; le autorizo para que de aquí á un año, á contar desde hoy, me solicite de nuevo; pero durante este tiempo, quisiera que no me hablase más sobre el particular, y yo por mi parte procuraré no ver á mi primer pretendiente, en el caso de que volviera.

– Es decir, repuso Fitzgerald, que si no obtengo la mano de usted será por culpa mía, ¿no es cierto?

– Tal debe usted creer.

Transcurrió cerca de un año, y en este tiempo, Fitzgerald vió muy á menudo á la hermosa Aretusa, de quien estaba cada vez más enamorado. Era tan feliz, que casi sentía que estuviese tan próximo el día 5, es decir, aquel en que la joven debía contestarle definitivamente, pues su negativa le obligaría á renunciar para siempre á la esperanza en que cifraba su felicidad. Entretanto, Fitzgerald había averiguado ya que Aretusa amaba antes á un tal Craster, agente del gobierno en Irlanda, donde se distinguió en otro tiempo por sus injusticias y arbitrariedades.

Ya sabemos ahora por qué Fitzgerald paseaba inquieto por su habitación. Luchando entre el temor y la esperanza, unas veces contaba como segura la victoria, y otras imaginábase que la mujer á quien tanto amaba le rechazaría de nuevo para siempre. Mientras se entregaba á sus reflexiones, un criado entró de improviso y presentóle una esquela, diciéndole que el portador esperaba la respuesta á la puerta de la calle. El sobre de la esquela estaba algo borroso; pero Fitzgerald reconoció la letra de Aretusa, y entonces abrió la misiva con mano temblorosa: tal vez la joven le aconsejaba el olvido de su amor, rogándole que la dispensase de la entrevista del día siguiente, que debía ser dolorosa para ambos. Pero en vez de esto, leyó lo siguiente:

«Acabo de saber una cosa que me aflige y disgusta mucho, y á nadie puedo pedir auxilio más que á usted. Estoy esperando á la puerta de su casa, y sola. Necesito decirle dos palabras. – *Aretusa*.»

¡Cómo, la joven á la puerta de la casa, y sola! ¡Ella, que no había salido nunca sin ir bien acompañada! Fitzgerald franqueó la escalera en dos saltos, y aunque el agua caía á torrentes y era escasa la luz en la calle por ser la hora de encender los faroles, al punto vió un coche parado y una cabeza que sobresalía de la ventanilla En el momento de acercarse, la portezuela se abrió de pronto, y Aretusa le dijo con voz breve:

– Entre usted un momento, pues me urge decirle dos palabras; voy á casa, porque temo que se descubra mi escapatoria, pero me bastan cinco minutos para manifestarle el objeto de mi venida. No le haré perder tiempo...

– Poco importa mi tiempo; lo esencial es saber en qué puedo serla útil.

– Pues voy á decírselo. ¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!, exclamó la joven, que estaba pálida y temblorosa.

– ¡Por Dios, dígame usted qué pasa; ya sabe que puede contar conmigo, aunque se trate de exponer mi vida!

– Ya lo sé, contestó Aretusa; y por eso he venido.

Al decir esto sacó un diario del bolsillo y entregóselo á su interlocutor, señalándole el farol del coche, á la vez que le indicaba con el dedo un párrafo de la primera columna.

– Lea usted, si puede, dijo; el diario es de esta tarde.

A la escasa luz del farol, Fitzgerald pudo leer á duras penas lo que sigue:

«El señor Craster, que había emprendido la marcha después de terminar satisfactoriamente su misión oficial en Burmah, llegará mañana á Inglaterra por la vía de América en el vapor *Platea*, y tal vez desembarque al mediodía »

Fitzgerald no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, revelándose en su semblante la desagradable y dolorosa impresión que le producía esta noticia.

– ¡Conque al fin vuelve!, murmuró en voz baja. No he olvidado, Aretusa, lo que usted me dijo que sucedería en el caso de que regresara.

– ¡Vamos!, replicó la joven, no pierda usted tiempo en hablar de cosas de que sería ocioso tratar ahora. Vengo á pedirle un favor, á rogarle que me preste un servicio que no podría solicitar de ninguna otra persona. Espero que no se niegue á ello, sea lo que fuere, y que me prometa no hablar á nadie ni una palabra sobre esta entrevista.

– Haré en obsequio de usted todo cuanto quiera, y nadie sabrá jamás que se ha dirigido á mí para pedirme favor alguno. Supongo, sin embargo, que no se tratará de un crimen

Fitzgerald esperaba sin duda que la joven contestara con una sonrisa á estas últimas palabras; pero Aretusa, sin hacer aprecio de ellas aparentemente, prosiguió con gravedad:

– Necesito que avise usted á una persona; mas antes de indicarle quién, convendrá que conozca algunos antecedentes. Cuando mi padre leyó esta misma tarde el párrafo que usted acaba de ver, oíle exclamar: «Craster se aventura demasiado al regresar á Inglaterra, y yo apostaría cualquier cosa á que no llega vivo á Londres.» Yo estaba sentada en un sillón, donde no se me veía á causa de la obscuridad. Mi padre continuó diciendo á mi madre que no dudaba que una hora después de haberse anunciado el regreso de Craster, alguno iría á esperarle cerca del vapor para seguirle y buscar ocasión favorable de darle muerte. «Lo creo muy posible,» contestó mi madre con indiferencia, como si esto no la importase nada. «Es casi seguro, repuso mi padre, y Craster no debe ignorarlo, pues su posición oficial le permite estar al corriente de tales cosas; tal vez sospeche también quién es el que tratará de dar el golpe.»

– Pero aunque esta horrible suposición sea fundada, repuso Fitzgerald, ¿qué puedo hacer yo, adorada Aretusa?

– Puede usted ir á Liverpool esta noche, y pasar mañana á primera hora á bordo del *Platea*, donde manifestará á Craster lo que mi padre ha dicho, palabra por palabra, rogándole que salga del país. Le sería fácil hacerlo, pero rehusará, lo sé muy bien, y en este caso será preciso que usted permanezca en su compañía y vele sobre él durante el viaje en dirección á la ciudad. Reconozco que le pido mucho, mas espero que lo haga por amor á mí.

– Lo haré, contestó Fitzgerald con expresión resignada; haré eso y mucho más en favor de usted; pero seguramente le desagradará á Craster que yo intervenga en sus asuntos y espíe sus movimientos. No dudo que se resentirá de ello.

– Pues sufra usted su resentimiento. ¿Me lo promete así?

– Se lo prometo; pero él no tolerará que yo siga sus pasos.

– Hágalo usted, quiera ó no quiera, y en último extremo, si fuere necesario apelar á este recurso, dígale que yo le envío á usted; que he oído esas palabras de boca de mi padre; y como ya conoce su carácter, comprenderá el peligro que le amenaza.

Fitzgerald iba á replicar que si decía que iba en nombre de Aretusa, Craster sabría que era amado aún; pero se contuvo. ¿Por qué no había de revelárselo, y no prestaría su auxilio á la joven que amaba si de ello dependía su felicidad?

Este rasgo de abnegación sería una prueba más de su apasionado cariño.

– Saldré en el tren de las siete, dijo, y haré cuanto sea posible para atenerme á las instrucciones que usted me da Son ya más de las seis, y solamente me queda tiempo para recoger algunas cosas y marchar.

– ¿Me promete usted no arrepentirse de lo que me ha ofrecido?

– Doy mi palabra de caballero, contestó Fitzgerald con acento solemne; y aunque Craster trate de alejarme, le seguiré.

– Le agradezco en el alma su bondad, dijo Aretusa ofreciendo su mano á Fitzgerald, tanto más, cuanto que creo que pocos hombres me hubieran prestado semejante servicio hallándose en el caso de usted.

Con esto terminó el diálogo; Fitzgerald se despidió de Aretusa; tomó otro coche al paso para volver á su casa, arregló su maleta apenas llegó, y sin detenerse en comer marchó á la estación. ¡De qué manera tan diferente había pensado pasar el día 5 de diciembre!

El padre de Aretusa había dicho, según le manifestó ésta, que probablemente algún mal hombre iría

también á Liverpool por el primer tren para acechar la llegada de Craster; y en su consecuencia Fitzgerald resolvió examinar bien todos los pasajeros, para ver si alguno le infundía sospechas. Sin embargo, nadie le llamó la atención, y por otra parte, no podía fiarse de las apariencias, muy á menudo engañosas; pero la verdad es que no vió una sola persona á quien juzgase capaz de cometer un crimen.

Apenas llegado á Liverpool, Fitzgerald se convenció más y más de que haría un papel ridículo; su misión era del todo absurda, pues si trataba de cumplir su promesa, Craster se reiría de él, si no le increpaba duramente por su oficiosidad.

Fitzgerald se persuadió de que cometía una locura cuando se trasladó á bordo del vapor *Platea*, y llamóle la atención que en el bote fueran los mismos cuatro individuos que iban en el coche en que él se instaló á su salida de Londres, uno de los cuales se distinguía por su elevada estatura y su cabello muy rubio.

A petición de Fitzgerald, señaláronle en un grupo de viajeros al Sr. Craster: era lo que suele llamarse en general un buen mozo, de arrogante presencia y facciones regulares, que hubieran sido simpáticas sin la marcada expresión altanera que se revelaba en los ojos. Por lo demás vestía con elegancia y tenía todo el aspecto de un caballero.

En aquel instante no era fácil llegar hasta él, porque se hallaba rodeado de varias personas y había mucho movimiento en la cubierta del vapor; mas al fin quedó solo, y entonces Fitzgerald se acercó y díjole que deseaba hablarle dos palabras.

– ¿A mí?, preguntó Craster, fijando en su interlocutor una mirada recelosa. No tengo el gusto de conocer á usted.

– Soy portador de un mensaje, añadió Fitzgerald.

– No espero mensaje alguno, repuso Craster, haciendo ademán de volver la espalda.

– Es de la señorita Folet, murmuró Fitzgerald, comprendiendo que era preciso apelar al último recurso para ser escuchado.

Al oir esto Craster, hizo seña á su interlocutor para que le siguiera, y detúvose junto á la banda del buque.

– Veamos, dijo, qué mensaje trae usted de la señorita Folet.

Fitzgerald le habló entonces de los temores y de la ansiedad de Aretusa y de la causa á que se debían; pero muy pronto observó que sus palabras no producían otro efecto sino el de hacerse él mismo sospechoso á los ojos de su interlocutor.

– Veo que usted duda de mí, díjole; mas le aseguro bajo mi palabra de honor que se me ha recomendado eficazmente darle á usted este aviso, advirtiéndole al mismo tiempo que esté alerta.

– ¿Tiene usted algo más que decirme?, preguntó Craster con tono irónico.

– La señorita Folet me rogó que aconsejara á usted salir de Inglaterra inmediatamente.

– ¿Y si rehusara?, preguntó Craster con burlona sonrisa.

– Aretusa confiaba en que no se negaría usted á ello.

– Pero ¿y si me negase?

– Accediendo á sus vivas instancias, la prometí hacer cuanto estuviese en mi mano para velar por usted.

– Le agradezco mucho su buena voluntad, replicó Craster; mas no permitiré que pierda usted el tiempo para preservar una vida que no tiene valor alguno.

– Esté usted alerta, repuso Fitzgerald, sin hacer aprecio de la ironía con que le hablaba su interlocutor; la señorita Folet me dijo que las palabras de su padre eran muy significativas.

– ¡Oh! Ya lo sé, contestó Craster; pero si usted no se opone á ello, pongamos término á este enojoso diálogo.

Y encogiéndose de hombros, fué á confundirse entre los demás viajeros sin mirar siquiera á Fitzgerald, que muy descontento de sí, atribuía á su propia torpeza el mal éxito de su misión.

Cuando Craster desembarcó, siguióle sin perderle un momento de vista; y con extrañeza observó que el hombre alto y rubio iba cerca de él cuando Craster asomó la cabeza por la ventanilla del coche para decir al auriga que le condujese al hotel de la Emperatriz. El hombre alto tomó entonces al paso otro vehículo y dió á su conductor igual orden, mirando al mismo tiempo á su alrededor como si buscara á otra persona. A Fitzgerald le pareció esto muy singular, pues como él, el desconocido había pasado la noche anterior en el hotel Alejandra; y entonces comenzó á creer que los temores de Aretusa se justificaban.

Fitzgerald tomó á su vez un coche y ordenó que le condujesen al hotel de la Emperatriz, donde, apenas llegado, envió un hombre á buscar su maleta al de Alejandra y á pagar la cuenta

– Al mismo tiempo, dijo el camarero al hombre que se iba, puede recoger la maleta del otro caballero.

Y como Fitzgerald había dado ya su nombre, el camarero añadió:

– Di que te den el equipaje de los Sres. Fitzgerald y Lawson.

– ¿Es ese Sr. Lawson alto y rubio?, preguntó Fitzgerald.

– Sí, señor, contestó el camarero.

– ¿Y sabe usted cuánto tiempo permanecerá aquí el Sr. Craster?

– Hasta la salida del cuarto tren.

Fitzgerald mandó que le sirvieran un abundante almuerzo, y entretúvose en hojear la guía de los ferrocarriles. El cuarto tren era mixto; de modo que Craster no debía ir á Londres. En su consecuencia se fué á la estación muy temprano y observó á todos los pasajeros que entraban, procurando disimularse en lo posible. Cinco minutos antes de las cuatro llegó Craster, y á pocos pasos detrás iba Lawson.

– Déme usted un billete de tercera clase para Lartington, dijo Craster al encargado de la taquilla.

Lawson se acercó á su vez y pidió lo mismo. Fitzgerald no sabía dónde se hallaba dicho punto; pero de todos modos, estaba resuelto á ir allí.

– ¡Al tren, señores!, gritó un empleado en la sala de espera.

Fitzgerald, sin hacer aprecio de la mirada de enojo de Craster, entró en el mismo coche detrás de él, y un momento después subió Lawson.

– ¿Adónde van ustedes, caballeros?, preguntó el conductor á la mitad del viaje.

– A Lartington, contestó Craster.

– A Lartington, dijeron los otros pasajeros que iban en el mismo coche.

– Veo que usted se dirige á Londres, dijo el conductor, examinando el billete de Fitzgerald.

– Sí, contestó, pero debo detenerme también en Lartington.

– Está bien, pero le advierto que debe cambiar el billete.

– Puesto que usted conoce esa localidad, dijo Lawson á Fitzgerald, le ruego que me indique el mejor hotel.

– Yo no he estado allí nunca, y por lo tanto no puedo hacerle la menor indicación, contestó Fitzgerald algo bruscamente.

– El de la Reina es el mejor, dijo un desconocido que acababa de entrar. Yo conozco muy bien Lartington.

– Pues entonces, dijo Craster, me tomaré la libertad de preguntarle si hay servicio de coches en la estación para los viajeros. Voy á Mouncey sin dar aviso, y por lo tanto nadie saldrá á esperarme.

– ¡Ah!, exclamó el desconocido; allí reside el coronel Baker. No, en Lartington no encontrará usted coches de alquiler; tal vez haya alguna tartana, pero es dudoso.

Fitzgerald, que estaba verdaderamente inquieto por la continua presencia de Lawson y que se proponía buscar una oportunidad para hablar con Craster sobre aquel hombre, apeóse el primero apenas llegaron á Lartington, y alquiló el único vehículo que allí había, volviendo después á recoger su equipaje. Al volver, vió lo que esperaba, es decir, á Craster buscando otro vehículo; pero Lawson había desaparecido.

– Me parece que he tomado el único carricoche que aquí había, dijo Fitzgerald, y siendo así, ruégole que acepte un asiento para ir á Mouncey.

– Gracias, contestó Craster con marcada frialdad, iré á pie.

– ¡Oh! No me desaire usted. Tal vez haya de andar mucho y no sea bueno el camino, replicó Fitzgerald.

– Le digo á usted que prefiero ir á pie, replicó Craster con tal acento de enojo, que llamó la atención de cuantos se hallaban allí.

– ¿Pero y el equipaje?, insistió Fitzgerald.

– Ya me lo enviarán, dijo Craster.

Y dando media vuelta, encaminóse rápidamente á la estación.

Fitzgerald salió de su vehículo y siguióle; mas apenas lo hubo observado Craster, detúvose de pronto con ademán resuelto.

– ¿Será forzoso, preguntó á Fitzgerald cuando estuvo cerca, decirle algo insultante para poner término á su persecución?

– Si quisiera usted escuchar tan sólo...

– ¡Pues no quiero!, repuso Craster; é insisto en poner término á este espionaje. Usted sabrá qué motivo tiene para hablar así; pero yo no creo que sea el que me indicó.

Al oir este altercado el jefe de la estación se acercó; pero en el mismo instante oyó que Fitzgerald decía á su interlocutor:

– Sírvase leer esta esquela, y así se convencerá tal vez de que le digo la verdad.

El temor de ver á Craster aventurarse por un camino solitario, donde seguramente Lawson le esperaba ya, indujo á Fitzgerald á servirse de la única prueba que podía presentar, es decir, de la carta de Aretusa.

Craster, acercándose á un farol, leyó la misiva, y sin duda debió quedar conmovido, pues la expresión de su fisonomía cambió.

– Veo, dijo, que esta esquela es efectivamente de la señorita Folet y que me ha dicho usted la verdad.

– Pues entonces, repuso Fitzgerald, hágame el favor de aceptar el asiento que le ofrezco hasta Mouncey. Desconfío mucho de ese hombre alto que ha viajado conmigo desde Londres, siguiéndole á usted por todas partes.

– No sé quién pueda ser, dijo Craster; pero de todos modos, aceptaré el ofrecimiento que usted me hace.

Estas últimas palabras fueron oídas por el jefe de la estación, que vió á Craster subir con evidente repugnancia al vehículo, y á Fitzgerald detenerse un momento después para preguntar si no había otro camino que condujese á Mouncey, sin duda porque temía el encuentro con Lawson.

– El camino recto es el mejor, dijo el jefe de la estación... y por más de un concepto, añadió en voz baja.

. . . .

Mientras que Fitzgerald tomaba un billete para Liverpool, la señora Folet hablaba animadamente con su esposo.

– Algernon, le decía, tendremos algún disgusto con Aretusa, pues hace poco la encontré en la escalera, al parecer muy meditabunda; y como la preguntase si pensaba en lo que debía decir al pobre Fitzgerald al día siguiente, me contestó que no le vería, y dirigióse á su cuarto para evitar nuevas preguntas. Yo la seguí, y quise que me explicase el sentido de sus palabras; pero antes de que me contestara, observé que tenía sobre el lecho el sombrero y el abrigo. «Tú has salido de casa, la dije. ¿Dime dónde has estado?» «No me obligue á contestar, replicó, pues no se lo diría á usted. No he hecho nada malo.» Cumpliendo con mi deber, insistí en que Aretusa me lo confesase todo, y ahora sé que salió de casa sola al obscurecer, que tomó un coche y se detuvo á la puerta de casa de Fitzgerald, enviándole recado para que bajase.

– ¡Eso ha hecho!, exclamó el Sr. Folet.

– Sí, y una joven que se atreve á tanto es capaz de cualquiera cosa. Yo me empeñé en saber lo que le había dicho; pero en vez de contestarme comenzó á llorar, y limitóse á decir que ya lo sabría más tarde. «Pues bien, repuse, al menos dime una sola cosa, dime si tu imperdonable visita á Fitzgerald tiene alguna relación con ese hombre odioso... con ese Craster á quien tanto aborrecemos. Si no respondes, supondré que no me engaño.» Aretusa permaneció silenciosa; preguntéla si conocía ya su llegada, y confesó que sí, mas no pude arrancarla una sola palabra más. Es evidente que Aretusa, al tener noticia del regreso de ese hombre, dejó de pensar en Fitzgerald, á quien ya comenzaba á querer un poco, y sin duda fué á verle para suplicar que no se presentara mañana á pedir de nuevo su mano, á fin de no ponerla en el caso de repetir su negativa, exponiéndola á nuestras recriminaciones.

– ¡Pobre Fitzgerald! Mucho temo que tengas razón en cuanto dices. Después de someterse á un año de prueba, y cuando solamente faltaba un día para que ese buen joven fuese feliz y se cumplieran nuestros deseos, hete aquí que el odioso Craster reaparece de nuevo.

– Ya lo sé, pero lo esencial ahora es pensar en nosotros mismos y no en Fitzgerald. No podríamos tolerar que un hombre tan aborrecido como Craster entrase á formar parte de nuestra familia, y por lo pronto urge alejar de aquí á nuestra hija, tanto más, cuanto que ahora llega su atrevimiento hasta el punto de salir de casa á hurtadillas y no contestar á lo que se la pregunta.

– Será necesario hacerla prometer bajo su palabra...

– No me fío de promesas; he conocido muchas jóvenes que después de hacerlas se perdieron, y en mi opinión...

La entrada de una tía de Aretusa interrumpió á la señora Folet.

– Hermana mía, dijo después de haber saludado; solamente permaneceré algunas horas en Londres, y vengo á preguntarte si quieres que me lleve la niña para tenerla un mes en el campo.

– La proposición no podía ser más oportuna, contestó el Sr. Folet.

– Sí, ha venido como de molde, añadió su mujer;

siete millas de distancia no es nada mientras se pueda disponer del telégrafo.

– Pues aceptamos, dijeron á la vez los dos cónyuges.

– Sí, pero ¿no se opondrá Aretusa?, observó el senor Folet.

– Será preciso que nos obedezca, repuso su mujer.

– No creo necesario que intervengan ustedes, replicó la tía, pues Aretusa desea también marchar.

– ¡Perfectamente!, exclamó el señor Folet; más vale así.

– ¿Y por qué deseará irse?, replicó su mujer, á quien estas palabras infundieron desconfianza. Me parece extraño.

– Según parece, le complacería disfrutar un poco de la tranquilidad del campo, repuso la tía.

Convenido el viaje, los señores Folet llamaron á su hija, hiciéronla prometer que no escribiría á Craster ni trataría de verle, en lo cual consintió la joven; y con esta condición se la permitió marchar al día siguiente con su tía para pasar un mes en el campo.

Esto sucedió el día 5 de diciembre, y el 6 los diarios publicaron numerosos detalles sobre la tentativa de asesinato contra el Sr. Craster, y la detención de Fitzgerald, á quien se acusaba de este delito.

La señora Folet telegrafió al punto á su hermana, diciéndole: «No dejes llegar ningún diario á manos de Aretusa. Mañana recibirás carta.»

Al otro día, en efecto, escribió lo siguiente:

«Querida hermana: Es preciso que Aretusa no sepa nada acerca del crimen á que ha dado lugar por la imprudente entrevista que solicitó de Fitzgerald para decirle que debía renunciar á su mano porque Graster había vuelto. No debe saber tampoco que éste se halla gravemente herido, pues tanto la ciega su pasión, que sería capaz de escapar para ir á cuidar á ese hombre, ó cometer alguna otra locura. ¡Qué suerte ha sido para mi hija librarse de Fitzgerald! Tenía éste tan buenas relaciones y envidiable posición y era tan bien recibido en todas partes, que no creímos necesario tomar informes acerca de él; mas veo que le hemos dispensado demasiada confianza, pues ahora resulta ser un asesino. ¡Quién lo hubiera dicho! Tanto sentimiento me causa su maldad como el haberme engañado respecto á su carácter.

»Mi esposo y yo convenimos en que nunca se demostró la culpabilidad de un hombre tan palpablemente como ahora en la persona de Fitzgerald. Enloquecido y furioso al ver defraudadas sus esperanzas al cabo de un año de espera, apenas Aterusa le dijo que debía renunciar á su mano, corre á Liverpool para tomar venganza. Ahora se sabe muy bien todo cuanto hizo durante las veinticuatro horas que mediaron desde que se despidió de mi hija hasta que disparó el tiro contra Craster; y como tú no lees ningún diario de importancia, voy á referírtelo.

»Fitzgerald durmió aquella noche en el hotel de Alejandra, trasladóse á la mañana siguiente á bordo del vapor, donde quiso trabar conocimiento con Craster; pero como éste le rechazara, siguióle al hotel de la Emperatriz y luego á la estación. Una vez aquí, instalóse en el mismo coche, y aunque había tomado billete para Londres, al ver que aquél en cuyo seguimiento iba dejaba en Lartington el tren, apeóse igualmente. El jefe de la estación oyó cómo Craster decía á Fitzgerald que estaba ya harto de su espionage; pero en vez de irse, el segundo trató de persuadir al primero á tomar asiento en un vehículo que acababa de alquilar. Craster rehusó con enojo, pero Fitzgerald le enseñó una carta que al parecer le hizo cambiar de idea; mas como si quisiera asegurar mejor el golpe, retrocedió para preguntar si no había ningún camino menos frecuentado que condujera á Mouncey. El jefe de la estación sospechó algo malo y no quiso informarle. No le faltaba razón para ello, puesto que un cuarto de hora después Craster caía herido de un balazo.

»Fitzgerald, que confiaba en hacer recaer las sospechas en otro hombre, no trató de huir, y fué detenido: había arrojado su revólver después de haber cometido el crimen, pero se encontró cerca del sitio. Importa mucho, hermana mía, que Aretusa no sepa que el hombre á quien ama está herido, porque esto sería para ella un golpe mortal.»

Fácil era evitar que Aretusa se enterase de nada, porque estaba enferma y no recibía diario alguno ni visita.

El día en que fué á buscar á Fitzgerald cogió un fuerte resfriado á consecuencia de la lluvia, después empeoró con el viaje y al día siguiente hubo de guardar cama.



Aretusa cogió un pedazo de papel para encender de nuevo el fuego

He aquí por qué, á pesar de hallarse solamente á veinte millas de Stafford, donde Craster estaba herido y Fitzgerald en una prisión, seguía tan ignorante del hecho como un habitante de los antípodas.

Sin embargo, llegó un día en que pudo sentarse junto á la chimenea. Sus tíos, que la dejaban sola algunas veces, habían ido á un pueblo distante doce millas para asistir á un bautizo; y Aretusa, distraída con la lectura de un libro, dejó apagar el fuego. Al notarlo cogió un pedazo de papel para encenderlo de nuevo, y al fijar en él la vista, palideció: acababa de leer los nombres de Craster y Fitzgerald en letras mayúsculas y la fea palabra *asesinato*.

. . . .

Tres horas después, Aretusa, debilitada aún, pero poseída de la mayor excitación, tropezó con un caballero al apearse del tren en Stafford, y al volver la cabeza para decir que la dispensase, vió que era su mismo padre.

– ¡Aretusa!, exclamó con el mayor asombro, aunque sin acento de enojo.

– ¡Padre! ¿Usted aquí?, dijo á su vez la joven retrocediendo un paso.

– Y tú, ¿qué haces en este sitio?

– ¡Oh! ¡No se enfade usted, padre! Sólo desde hace un momento sé lo que ha ocurrido. Vengo á verle.

El Sr. Folet se apresuró á conducir á su hija á un sitio más retirado, y su rostro expresó cierta satisfacción al ver que la seguía una mujer de edad respetable, manteniéndose á cierta distancia como para no oir lo que se decía.

– ¿Quién es esa mujer?, preguntó.

– Es el ama de gobierno de mi tía.

– ¿Conque no has venido sola?

– No, señor, eso no; pero deseaba verle cuanto antes, y el ama consintió en acompañarme.

– ¿Pero has perdido el juicio?

– No intente usted detenerme, porque es forzoso que yo le vea.

– Hija mía, comprendo que esto es un golpe terrible para ti, pero seguramente no le amas.

Aretusa vaciló en contestar, y miró alternativamente al ama de gobierno y á su padre.

– Pues debía usted saber, dijo al fin, que le amo.

– ¡Pobre niña!, murmuró el Sr. Folet.

– ¡Oh! Es preciso. Usted permanecerá á mi lado durante la entrevista y oirá cuanto voy á decirle.

– ¡Nada tienes que decirle, absolutamente nada! ¿De qué le hablarías?

– Debo pedirle perdón por haberle ocasionado esta desgracia... Todo ha sido por mi culpa.

– Mucho temo que esto último sea verdad; pero ya no hay remedio, y tratar ahora de consolarle sería inútil; lo único que conseguiríamos sería entristecerle más.

– ¡Consolarle! Quiero hacer más aún que esto; debo relevarle de una promesa.

– Supongo que será para renunciar á él, repuso el padre con expresión inquieta.

– De ningún modo, después de lo sucedido, si es que él me acepta.

– ¿Y me condenarías á la triste situación de tener por yerno á un hombre que nos haría desgraciados á todos? Deberías leer lo que de él dicen los diarios.

– Todo cuanto digan es injusto, y los que tales cosas escriben ignoran la verdad de los hechos. Tan pronto como yo le vea...

– ¡Verle tú! No consentiré de ningún modo que te pongas así en evidencia.

– ¡Padre, por Dios! Advierta usted que apenas me queda fuerza para cumplir con mi deber.

– Lo que tú debes hacer, repuso el Sr. Folet, es venir conmigo á la sala de espera para descansar un poco, y después tomaremos el primer tren. Llegados á casa, podrás hablar con tu madre.

– ¡Con mi madre! Bien sabe usted que jamás podemos entendernos, porque no quiere escuchar explicaciones.

– Vamos, hija mía, vamos á casa, y allí hablaremos los tres. Ya hemos discutido aquí lo suficiente para que todos los diarios hablen mañana de este encuentro.

– Padre, repuso Aretusa, tan pálida que llamó la atención de los que se detenían por curiosidad, y que ya comenzaban á formar grupos alrededor del padre y de la hija; padre, es preciso que yo le vea.

El aspecto de Aretusa inquietaba á su padre, y por eso accedió á conducirla al hotel donde se hallaba Craster. Proponíase acompañarla hasta la casa con el ama de gobierno, sin decir una palabra más; hacer entrar á su hija en una habitación, bajo el pretexto de que debía esperar allí hasta que se diese aviso á Craster de su llegada, y tratar entonces de persuadirla. Tomaron un coche en la misma estación, y el Sr. Folet dió las señas en voz muy baja al auriga, temeroso de que alguien le oyera.

– ¡Me ha engañado usted, padre mío!, exclamó con acento de amargura Aretusa al llegar al hotel. ¡Esto no es una prisión!

– ¡Claro es que no! Pero ¿á quién deseas ver?

– ¿A quién ha de ser sino á Fitzgerald?

– ¡Gran Dios! Yo creía que se trataba de Craster; y hubo un tiempo en que me hubiera agradado mucho oir lo que ahora dices.

– Seguramente le agradará también ahora.

– ¡Oh! Ahora tiene las manos manchadas de sangre.

– ¡No es verdad! Dé usted al cochero orden de conducirnos á la prisión, y se lo explicaré todo.

Aretusa refirió todos los detalles, demostrando así á su padre que Fitzgerald era inocente.

– Fué una estupidez dar semejante paso, dijo el señor Folet cuando se hubo enterado de todo. Fitzgerald podía haber hecho algo para proteger á Craster hasta Londres, pero aunque llegara en salvo hasta aquí, no por eso estaba fuera de peligro.

– Tal vez no; pero después de lo que le oí decir á usted, imaginé que si llegaba á la ciudad en salvo no tendría ya nada que temer. De todos modos, yo procedí así suponiendo que sus palabras se referían á un informe secreto y no podías oportar la idea de que el hombre á quien una vez amé fuera sacrificado sin levantar yo un dedo para salvarle.

– Como quiera que sea, insisto en que cometiste una locura, y por mi parte...

– Todos cometemos algún error en la vida, padre mío; y yo no me arrepentiré nunca de este, pues por él amo á Fitzgerald más que antes porque sin vacilar accedió á mi deseo, prefiriendo mi felicidad á la suya.

—Ya hemos llegado, dijo el padre, al ver que el coche se detenía; yo había venido á Stafford para ver al preso, y tengo un pase que nos permitirá llegar hasta él.

El señor Folet y su hija entraron en la prisión, y fueron conducidos á la celda que el preso ocupaba.

Fitzgerald se levantó de su asiento al oir que abrían la puerta y dejó escapar una exclamación de alegría cuando vió á sus visitantes.

—Vengo con mi hija, como usted ve, dijo el señor Folet al entrar, y por esto comprenderá...

—Sí, sí, interrumpió Fitzgerald; la presencia de ustedes aquí me basta para demostrarme que reconocen mi inocencia... y en cuanto á la señorita Folet, añadió, volviéndose hacia la joven, debe estar persuadida de que hice cuanto estuvo en mi mano para cumplir con sus instrucciones. No se me puede atribuir la culpa de que mis esfuerzos hayan resultado inútiles. Por fortuna, el herido se restablecerá muy pronto, según dicen.

—Sé muy bien todo lo que usted ha hecho, contestó Aretusa, y me alegro que el herido se halle en vías de curación; mas no porque me inspire el interés de otro tiempo, pues de hoy en adelante...

—¡Acabe usted!, exclamó Fitzgerald, fluctuando entre la duda y la esperanza; de hoy en adelante...

—Usted lo será todo para mí, añadió Aretusa, fijando en Fitzgerald una mirada de cariño y otra en su padre, como solicitando su aprobación.

El señor Folet estaba radiante de alegría; no esperaba un desenlace tan conforme con sus deseos.

Inútil parece añadir que la inocencia de Fitzgerald quedó palpablemente demostrada con pruebas irrecusables que no dejaban lugar á la duda; y sincerado del crimen que se le imputara, obtuvo la mano de Aretusa en justa recompensa de su abnegación.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL.

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTOS DE FUERZA CENTRÍFUGA

El experimento que vamos á describir tiene la ventaja de causar cierta emoción entre los espectadores y de ser al propio tiempo en extremo curioso desde el punto de vista mecánico.



Fig. 1. Experimento de fuerza centrífuga ejecutado con un plato y un aro de servilleta

Tómese un plato ordinario y colóquese en el centro del mismo un anillo de servilleta liso; por ejemplo, un anillo de marfil cortado en bocel ó de madera barnizada con laca, de quince milímetros de altura. Cójase el plato por los bordes en los extremos de un diámetro y arrójese al aire á fin de hacerle dar de esta manera una vuelta completa sobre sí mismo, como lo indica la fig. 1: el plato entonces caerá en las manos del que ejecute el experimento y el anillo permanecerá inmóvil y como clavado en el fondo del utensilio culinario. La rotación del plato se ha efectuado alrededor de un eje que pasa por sus bordes, siendo fácil comprender que en este movimiento el anillo de servilleta ha sido aplicado por la fuerza centrífuga contra el fondo del plato y le ha sido imposible escapar.

Una de las fases interesantes de este experimento es que se puede, á voluntad y avisando previamente á los espectadores, hacer que el anillo quede adherido al plato ó lanzarlo á lo lejos. Para esto último basta producir el movimiento de rotación del plato alrededor de un eje que pase muy cerca del fondo ó que esté fuera de éste: en tal caso, se ve inmediatamente que la fuerza centrífuga arranca el objeto del plano en que está colocado y lo proyecta contra la cara del operador ó contra los inofensivos espectadores del experimento.

Este sale muy bien con un plato sopero. Es evidente que en el plato puede ponerse un objeto cualquiera, un tapón de corcho, un pedazo de pan ó de cartón, un cuchillo, una llave, etc.: algunas personas especialmente hábiles ejecutan también experimentos poniendo en el plato algunos alimentos; basta para ello que el objeto colocado no resulte demasiado alto.

A propósito de fuerza centrífuga merece citarse el experimento que el profesor Van der Mensbrugghe ejecuta todos los años en su cátedra de física: al extremo de un bramante de 30 ó 40 centímetros de largo ata una cadena metálica de pequeños eslabones de una longitud total de 25 á 35 centímetros y cerrada en sí misma. Manteniendo el bramante vertical, imprímele un movimiento de rotación rápido y en el mismo sentido como si quisiera retorcerlo entre sus dedos (fig. 2): la cadena, en un principio, se abre (fig. 2 A), y aumentando el movimiento de rotación de aquél la materia pesada, ó sea la cadena, es rechazada cada vez más lejos y acaba por formar un círculo en un plano horizontal. En este movimiento el bramante describe una especie de superficie conoide deformada por la fuerza centrífuga.

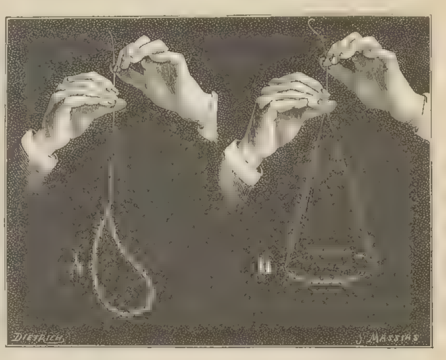


Fig. 2. Cadena que forma un círculo horizontal al extremo de un bramante

La fig. 2 B da el aspecto exacto que el pequeño aparato ofrece á la vista durante la rotación.

Del mismo modo un mango de pluma fijado á un cordón por uno de sus extremos toma una posición casi horizontal.

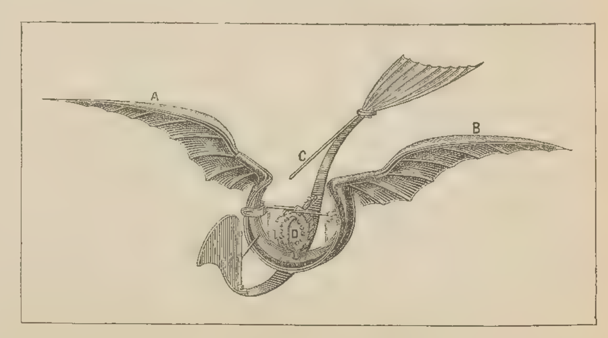
(De *La Nature*)

***

NUEVO APARATO PARA VOLAR DE GUSTAVO TROUVÉ

La humanidad ha perseguido en todos tiempos la solución de algunos problemas favoritos, varios de los cuales han sido al fin abandonados por imposibles: de tales pueden calificarse los de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo que, sin embargo, han sido fuente de muchos y admirables adelantos y descubrimientos en la química, en la geometría y en la mecánica. La ciencia tiene entre otras la inmensa ventaja de que aun persiguiendo fines absurdos, los estudios y trabajos que para lograrlos se verifican conducen indefectiblemente á la conquista de nuevos progresos.

En nuestros días son todavía muchos los que se ocupan en un problema acerca de cuya posible solución no se ha dicho aún la última palabra. Nos referimos al del aparato para volar, que hasta ahora no se ha resuelto práticamente, pero que quizá se resuelva cuando se disponga de motores de muchísimo menos peso que las máquinas actualmente conocidas.



Nuevo aparato para volar de Gustavo Trouvé

La comparación que se ha querido establecer entre los buques y los globos aerostáticos es de todo punto falsa, pues en estos últimos falta precisamente el punto de apoyo que aquéllos tienen en la masa de agua.

Inspirado en esta idea, el investigador M. Gustavo Trouvé ha construído un motor originalísimo que aun cuando no resuelva el problema puede llegar á desempeñar un papel importante en la técnica, pues es tan sencillo, entran en él tan pocos elementos mecánicos, que de resultar práctico este motor se aproximaría mucho al bello ideal en materia de motores.

Para dar á nuestros lectores una idea del principio en que el aparato se funda, partiremos de la base del manómetro común: sabido es que éste consiste en un tubo en forma de herradura de metal elástico, cerrado en sus lados y de sección no horizontal, sino elíptica, con el eje principal de la elipse perpendicular al plano de la herradura. El tubo arqueado tendrá una forma determinada cuando por el agujero comunique con el aire exterior, y si se introduce con presión en él vapor, gas ó un líquido, la citada forma de herradura se modifica en el sentido de alejarse uno de otro los dos extremos del aparato, alejamiento que medido por una palanca denota la presión del vapor.

Trouvé utiliza este instrumento para elevar su motor: por medio del tubo arqueado en herradura une directamente dos grandes alas A y B, como lo representa el grabado, y produce en el interior del mismo diferencias de presión que varían rápidamente, con lo cual las alas se ponen en movimiento con una rapidez igual á la de aquellas diferencias. El mecanismo de las alas es de tal modo que éstas sólo encuentran la resistencia del aire en su movimiento descendente, con lo que se eleva el aparato al cual se imprime dirección por medio de una aleta caudal gobernada por una palanca C y de un timón situado en la parte de proa. Para obtener las diferencias de presión necesarias para el movimiento del tubo, se producen en el interior de éste, á intervalos determinados, explosiones de gas fulminante que en cantidad suficiente se lleva comprimido en un cilindro. En el modelo, esta instalación está sustituída por la cámara de revólver D que, movida por las mismas alas, hace explotar doce cartuchos de pólvora, cuyos gases penetran en el tubo del manómetro por el otro tubo que se ve en el aparato y cuyas paredes son muy resistentes.

El modelo puede, con esta carga de doce cartuchos, volar en sentido horizontal y con un peso de tres y medio kilogramos en una extensión de 75 á 80 metros, cayendo después al suelo lentamente gracias á sus alas y á su aleta caudal.

(Del *Prometheus*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en **LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA** diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.ª, Diputación, 358, Barcelona



PAPEL Ó CIGARROS ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bᴼᴺ BARRAL disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dᴿ DELABARRE



36, Rue Vivienne **SIROP du Doctʳ FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses



CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

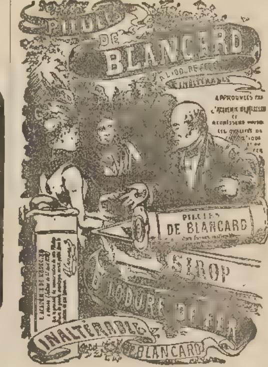
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Curación segura de la *COREA*, del *HISTERICO* de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO, de la Agitacion nerviosa de las Mugeres en el momento de la Menstruacion y de

LA EPILEPSIA
CON LAS
GRAJEAS GELINEAU
En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y Cⁱᵃ, en Sceaux, cerca de Paris



Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tísis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &ª**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard — Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N. B. El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las ***verdaderas Píldoras de Blancard***, exigir nuestro **sello de plata reactiva**, nuestra **firma** puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantía de la Unión de **los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

PERFUMERIA-ORIZA
Perfumes líquidos ó solidificados
DE L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
Paris
ÚLTIMA NOVEDAD
Oriza Perfumes Solidificados 12 olores muy finos bajo la forma de lápices.
JOCKEY-CLUB BOUQUET
Basta frotar con el lápiz los objetos que se desean perfumar
Al por mayor en Casa de
JAIME FORTEZA
34, Escudillers, Barcelona

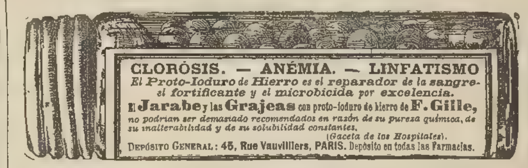
Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dʳ DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces son necesario.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dʳ FRANCK



Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., **30 años** del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.



GOTA Y REUMATISMOS
Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dʳ Laville**:
El **LICOR** se emplea en el estado agudo; las **PILDORAS**, en el estado crónico.
Por Mayor: **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerías.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA: Laville D. M. P.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco,** y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: **12** REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las **Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;** regularizan las **Funciones del Estómago y de los Intestinos.**
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del **estómago y de los intestinos.**

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon,** la **epilepsia, histéria, migraña, baile de Sⁿ-Vito, insomnios, convulsiones** y **tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE — 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA
de H. AUBERGIER
con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico,* las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »
(Extracto del Formulario Médico del Sᵒʳ Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).
Venta por mayor: **COMAR Y Cᵉ**, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

LIBROS
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A y P. Gascón de Gotor.* - Los cuadernos 40 á 43, que son los últimamente publicados de esta interesantísima obra, contienen, además del excelente texto, ocho bellísimas fototipias que reproducen: la cúpula de la iglesia de San Miguel; una página de un códice árabe (año 806 de la hégira) de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil; un Hércules de bronce, propiedad de la casa de Ran; un fragmento del artesonado de la sala de Santa Isabel del castillo de la Aljafería, existente en el Museo Provincial de Zaragoza; una puerta de la Mezquita del palacio de la Aljafería; un detalle del templete de los baños árabes; un detalle de la Torre Nueva y el torreón de la casa Torten.

En la cubierta del cuaderno 43 aparece una sentida y patriótica protesta de los autores de la obra contra el acuerdo, al parecer tomado, de demoler la Torre Nueva, ese hermoso monumento, que es orgullo de españoles y admiración de extranjeros.

Suscríbese á la obra, que se publica por cuadernos semanales al precio de una peseta uno, en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

PERSONAJES ILUSTRES. - HARTZENBUSCH, *por A. Fernández-Guerra.* - CÁNOVAS, *por D. Ramón de Campoamor.* - La colección de biografías de personajes ilustres que publican los Sres. Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, acaba de dar á luz las de D. Juan Eugenio Hartzenbusch y de don Antonio Cánovas del Castillo, escritas por los Sres. Fernández-Guerra y Campoamor respectivamente. Los nombres de los biografiados y de sus biógrafos es el mejor elogio de estos dos estudios que forman dos elegantes tomitos ilustrados con retratos y autógrafos.

Véndense al precio de una peseta cada tomo en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

NIETOS DE APOLO, humorada representable, *por D. Luis Cánovas.* - Es una ingeniosa composición poética en alabanza del eminente poeta D. Ramón de Campoamor. Apolo, acompañado de Cervantes, recorre la tierra española en busca de un poeta, y ya se dispone á volver al Parnaso sin haber logrado su objeto, cuando se le presentan personificadas en sus protagonistas las principales creaciones del autor de las Doloras: el dios reconoce á aquellos hijos de Campoamor como sus nietos predilectos. Este es el argumento de la humorada, cuya versificación se ajusta en los parlamentos de los diversos personajes al mismo metro y al mismo estilo en que había cada uno de ellos en las composiciones del poeta.

Nietos de Apolo constituye un librito de interesante lectura que se vende al precio de 1'50 pesetas en las principales librerías.

***

LA ESTATUA Á D. EUSEBIO DA GUARDA. - En este folleto están reunidos todos los documentos referentes al monumento que el pueblo de la Coruña ha elevado á su preclaro hijo y generoso bienhechor: contiene también los discursos pronunciados en el acto de descubrirse la estatua y una vista del monumento.

***

BREVES INDICACIONES SOBRE EL CULTIVO DE LA CEPA AMERICANA, *por D. Luis M. Jordi.* - El autor de este folleto consigue plenamente llenar el objeto que, según sus propias palabras, se propuso al escribirlo, puesto que sus indicaciones son un guía de lo más necesario que deben tener en cuenta los viticultores que al cultivo de la cepa americana se dedican, expuesto en lenguaje claro, sencillo y compendiado y con todos los datos necesarios, así sobre las diferentes especies de cepas como sobre las distintas clases de tierras en que deben cultivarse.

Este folleto ha sido impreso en la tipografía de D. Mariano Alegret Colom, de Figueras.



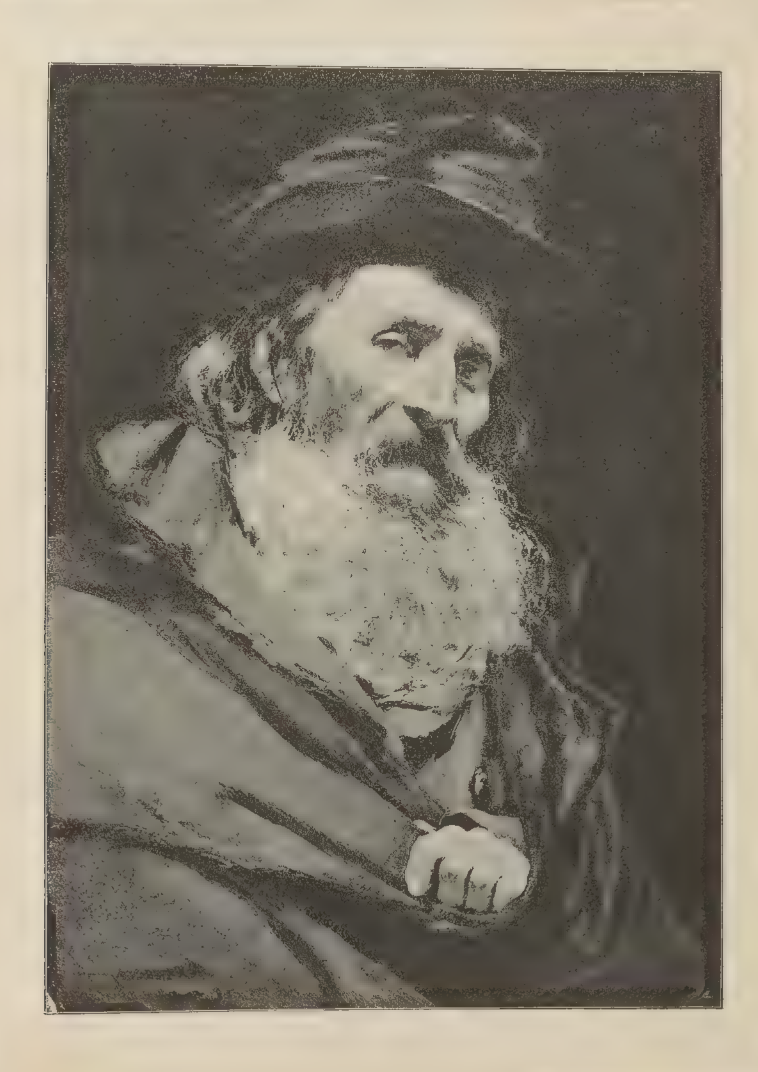
LA GIGANTA ROSITA. (De una fotografía.)
Joven vienesa que actualmente se exhibe en uno de los teatros de Berlín.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 23 de noviembre de 1891 — Núm. 517

ADVERTENCIA. – El trabajo extraordinario que exige la ilustración de la obra, no nos ha permitido repartir con el presente número á los suscriptores de la *Biblioteca Universal* «La guerra franco-alemana,» del general Moltke, primera edición ilustrada de las publicadas en Europa. Creemos que con el próximo podremos hacer el reparto de la misma.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de D. Manuel Felíu

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Mi Biblioteca. – Regalo de libros con dedicatorias autógrafas por los primeros autores contemporáneos. – *La mujer del siglo XX*, por Julio Simón. – Memorias de Gayarre por Julio Enciso. – Juicio de la obra. – Gayarre niño en el Roncal. – Gayarre mozo en Pamplona. – Gayarre como tenor incipiente. – Gayarre laureado en los teatros. – Muerte de Gayarre. – Definitivo juicio sobre su carácter y su genio. – Conclusión.

I

Mi pobre librería resplandecerá siempre por las dedicatorias autógrafas con que todos los escritores modernos de nota la honraron y enaltecieron á porfía en los treinta últimos años, desde todas las regiones americanas y europeas, al publicar sus libros. Lamartine, Hugo, Thiers, Gambetta, Dilke, Lubbosch, Mazzini, Garibaldi, Favre y cien más, apenas publicaron un volumen durante su gloriosa vida, cuando, todavía húmedo, me lo remitieron, estampando su firma con algún cariñoso cumplido en las primeras hojas, que me recordara con tan propicia ocasión su inalterable amistad. A esta costumbre, no correspondida por mí, pues desconfiado del valor de cuanto escribo, pocas veces dedico mis obras ni en público ni en privado; á esta costumbre no falta nunca el insigne repúblico Julio Simón, de quien guardo un afecto muy correspondido por mí, el cual afecto crece con los años en intensidad como también mi grande admiración hacia él, no solamente por la copia y mérito de sus obras, por la virtud y el esplendor de su vida. Parece imposible que, transcurridos setenta y cinco años, quepan en tal edad tantas faenas por él emprendidas y acabadas, cuyo número y cuya importancia de seguro marchitarían la más florida juventud y agotarían las más ricas fuerzas, pues no parece sino que lleva este hombre singular en sí varios oradores, varios escritores, varios estadistas, varios académicos, presente á un mismo tiempo en todas partes, y consagrado con todos sus medios á prosperar el bien público y á servir los intereses humanos. Sus discursos en los centros literarios, sus presidencias de asociaciones benéficas, sus necrologías de los compañeros muertos en las tres academias á que pertenece de antiguo, sus predicaciones difusivas del principio liberal tan combatido y menguado en estos tiempos, su cooperación á todo trabajo útil é interesante para los demás quedarán como prueba de cuánto puede la lumbre de una inteligencia clara y el calor de un afecto humanitario cuando esclarecen y prosperan los humanos progresos. Entre las obras publicadas en los últimos tiempos, de las cuales me ha remitido siempre un ejemplar, encuéntrase *La mujer del siglo XX*, escrita en la parte metafísica y moral por él, y por el hijo mayor suyo en la parte fisiológica. Imaginaos á Platón completado por Hipócrates ó Séneca por Plinio, y tendréis una idea de tan hermoso libro, pensado y producido para engrandecer y purificar el amor. ¡Oh fuerza universal, fuerza creadora! El poema de la Creación está inspirado por el amor. No deben conocerse con otro nombre que este santísimo de amor las afinidades misteriosas, aglomerando unos átomos sobre otros átomos y componiendo por medio de la cohesión los cuerpos. Amor se debe llamar esa fuerza de gravedad que á distancias inmensas mantiene unidas las moles enormes en una gran familia solar, como la cohesión que mantiene unidos los corpulillos ó átomos en cada cuerpo. La vida en éstas se mantiene, se difunde, se perpetúa y perdura merced á los besos de fuego que les manda el solitario y soberano sultán de los espacios. Nuestro planeta va seguido por la luna, pálida ciertamente de las tristezas que dan los celos. Cuando un sol ha dado alguna tierra de sí, no la despide y lanza irremisiblemente á los espacios inmensos para que se pierda en sus inmensos abismos; la llama y atrae á su centro, constriñéndola con su coerción para que amorosa en torno suyo quede y lo rodee con los abrazos de sus armoniosísimas elipses. Todas las estrellas desean tener sus respectivos satélites y todos los satélites dan á las estrellas con sus concertados movimientos como una serenata sin fin movida por ardorosa pasión. Esas gradaciones en que los planetas están colocados, parécenme una especie de amoroso himno y de cromática escala, como los requiebros del poeta en aspiraciones ardientes á su musa, ó como las elegías en suaves notas del músico á su amada. ¡Oh! Así que la vida vegetal comienza, también comienza con ella el amor. Cuando los capullos en una yema se vuelven hacia los cielos para romperse y abrirse, buscan un suspiro del aire y un ósculo del día. La palmera desde lejos pide á su compañero el efluvio, diluído en los aires, á cuyo contacto ha de producir los dátiles bajo las palmas, en guisa de un áureo chapitel coronando la esbelta y geométrica columna de su tronco. Subid en las escalas y veréis cómo el amor se difunde por doquiera. Estremécese como en sacudimientos nerviosos el pistilo, arróbase como en éxtasis místicos la retina. Desde los primeros insectillos hasta los grandes mamíferos, todos los seres animados se completan á sí mismos y perpetúan sus especies respectivas al fuego del amor. Desde las mariposas que vuelan en torno de la flor como las tierras en torno del sol, hasta las carniceras águilas que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, obedecen al amor, nacen del amor y en el amor se consumen y mueren. El ha puesto la sedosa guedeja en el férreo cuello de los sanguinarios leones; ha pintado con matices tan atractivos y con toques tan metálicos, de iris tan múltiples abrillantadas, las multicolores alas del ave; ha inspirado esa instintiva é inconsciente arquitectura en el castor para la fábrica de su casa y en la golondrina para el arreglo de su nido; ha hecho que los astros se sigan, que los gorjeos se sucedan, que los cánticos suban en sinfonías interminables á lo alto y que por doquier se oigan arrullos y besos, se vean los pequeñuelos unidos á sus madres y los machos á sus hembras, que todo suspire y todo arda, que aspiraciones universales á un ideal palpiten hasta en los seres más rudimentarios, que los aguijones del deseo muevan las partículas de polen áureo depositadas en los pétalos de las azucenas y la roja sangre agolpándose á los corazones, que un calor benéfico inunde los espacios como verdadero espiritual éter, á cuyo empuje y á cuya lumbre sintamos todos por igual el precio de la vida y pugnemos por extenderla y perpetuarla en tiempos sin término á generaciones sin fin. ¡Benditos sean aquellos que purifican en obras inmortales y con pensamientos altísimos el fecundo amor!

II

Otro libro acaba de llegar á mis manos, el escrito con sobriedad y elegancia verdaderas por Enciso acerca de un objeto curioso, la biografía de Gayarre. Hale prestado nombre de *Memorias* al precioso volumen su autor; y realmente á la obrilla le cuadra, pues no habiendo sido por la palabra del protagonista dictada, lo ha sido por sus hechos; resultando, en la natural ausencia de todo artificio literario y de toda solemnidad histórica, tan ingenuo relato, si no escrito, vivido por Gayarre. Lo malo de las Memorias, lo que repugna en ellas al cabo, es un empeño tan fútil como la presentación de los actos referentes á la vida privada, en que todos nos confundimos, y que suelen despertar, maguer su vulgaridad, insano interés entre los aficionados á cosa de suyo tan poco interesante como las vidas ajenas. En la biografía dada con fortuna y acierto por Enciso á luz, todo entra dentro del dominio natural de la historia y todo está pidiendo la pluma del historiador. Pervertidos muchos hacedores de Memorias por la vanidad característica de algunos hombres muy célebres, creídos en lo pueril de su orgullo propio que les importaban á los demás las minucias de su vida tanto en sí cuanto les importaban á ellos, han atiborrado á los lectores con especies tan baladíes como el recuento de la primera papilla que mascaron cuando lloraban por sopas ó del primer amor que sintieron cuando fumaban en la niñez á hurtadillas. No, no son las Memorias verdaderas esos renglones á lo Goncourt, donde se gasta papel, tinta, espacio, tiempo, letras de imprenta, moldes y máquina para decir: «Domingo, etc., he comido casa de Petters; por cierto que ahumaron mi plato favorito, la ternera en salsa.» Las Memorias deben recordar, no lo meramente subjetivo y personalísimo, lo naturalmente objetivo y trascendental de nuestros actos, que interesan á todo el mundo y elevan hechos individuales á la estirpe y categoría de lo universal y humano. Si queréis estudiar la digestión os importa lo mismo estudiarla en el estómago de Newton que en el estómago de cualquier campesino hallado por casualidad en la primer encrucijada de vuestra calle al paso. Pero si habéis de contemplar y conocer el pensamiento, ya varía el interés que tenéis por una ú otra cabeza. Enciso resucita con suma sencillez, pero con grande animación, todos aquellos actos de su héroe conducentes á explicarnos cómo en la cantera pentélica de sus facultades naturales talló una voluntad firme, sirviendo á una vocación soberana, la estatua de aquel Orfeo divino que se llamó Gayarre. Cuando uno ha ejercitado arte tan dificultoso como escribir con claridad y corrección la lengua castellana, maravíllase de que haya podido un profano empezar y concluir en bueno y propio estilo regular volumen, sin tropiezo en los énfasis y las adjetivaciones y las hipérboles y las cacofonías y las mil dificultades encontradas á cada línea, lo mismo en la idiosincracia nacional nuestra que en la naturaleza propia de nuestro rico y altisonante idioma. Enciso ha navegado con suma facilidad y fortuna entre los dos escollos en que podía estrellarse la difícil obra suya: entre la sonoridad épica del sermón panegírico adobado con los múltiples adjetivos idiomáticos nuestros, ó la picardía de novela familiar y realista rayana con los asuntos picarescos de nuestros dos siglos clásicos. No ha volado á lo sublime, ni aun escribiendo de música, para caer en cualquier icarada frecuentísima tras el quiero y no puedo de los tontos; pero tampoco ha por los suelos arrastrado al héroe que conserva en los mayores apuros provenientes de su pobreza la nativa honradez navarra. Con esto, y con la feliz ocurrencia de no subrayar demasiado los hechos y no ampliarlos fuera de toda medida como hinchando un perro, Enciso ha dado un libro, cuyas amenas páginas serán saboreadas hoy con gusto por la feliz generación que oyó á Gayarre y consultadas mañana con provecho por cuantos quieran historiar en lo sucesivo la vida de nuestras artes.

III

En la primera parte de su obra Enciso nos refiere la vocación del tenor: en la segunda parte, cómo ha seguido el tenor esta vocación. Aunque no haya entre las bellas artes ninguna, ni aun la poesía, en que todos mojemos tanto como en la música, desde la niñez primera los designados á episcopar dentro de las armonías y los cánticos revelan las nativas propensiones suyas y el fin primordial para que fueron criados. Así como la vista del pintor se distingue de la vista vulgar, distínguese de los oídos vulgares el oído músico. Gayarre hame contado á mí que le absorbían y extasiaban todos cuantos sonidos regalaron, á guisa de auras, en las cumbres de sus montañas, en las hoces de sus valles, en las frondas de sus bosques, aquellas orejas, tendidas hacia todos los rumores por el modo indeliberado é inconsciente, congénito y connatural con las grandes porfiadas vocaciones. ¿Quién pudiera describir la primera sensación despertada en aquel cantante natural por los susurros de la linfa en el arroyo, y por los estruendos de las cascadas en el peñasco, y por el vibrar de los pinos en las montañas, y por el gorjear de los ruiseñores en el verjel, y por el beso de las brisas tibias en el rostro, y por el estallido de los rayos en el cielo, dada su incontrastable atención á todo aquello que cantaba en torno suyo, componiendo las sinfonías misteriosas é inextinguibles del músico universo? Los oradores de nacimiento dicen, aunque nadie los escuche, monólogos tras monólogos hasta durmiendo; los dramáticos fingen dramas y urden situaciones interesantes ó escenas teatrales en las circunstancias más vulgares y con los diálogos más ordinarios de su vida; los pintores ven paisajes y más paisajes en la sucesión panorámica del espacio delante de su vista y componen cuadros y más cuadros en la lectura de cualquier historiador verdadero; los poetas extraen la poesía de los objetos á primera vista más prosaicos; modelan los escultores nativos idealmente sobre los pedruscos hermosos bajos relieves, como los astrónomos convierten al cielo material todos sus pensamientos: que la vocación amanece y alborea con las almas,



LAS BELLAS ARTES, techo pintado por D. Antonio Coll y Pí

revestidas de todas las cualidades y hasta de todos los defectos aquejados que conducen á la realización y cumplimiento de sus personales destinos. La estrella que nos guía desde nuestra natividad á nuestra muerte, quiso evocar á Gayarre con su magia en una montaña, donde lejos de oir los rippers, y los tranvías y los simones que oyera de nacer en Madrid, entrábansele por los órganos de su audición las melodías del universo, como por los poros de su cuerpo las emanaciones del heno. Yo no caeré, no, en la retórica pastoril hasta creer más escuela música los apriscos de Navarra que los conservatorios de Waymar, y superior la zampoña ó rabel de cualquier idilio á un buen violín de Paganini y á un buen piano de Rubistein; todo esto equivaldría de suyo á traeros mi buen Gayarre abrigado con pellicos de seda en rama ó algodón en pelo, vestido con calzas de raso blanco y polainas de cuero ruso, cubierto con sombrerete de terciopelo adornado de lazos multicolores, soplando en las flautas áureas de cualquier Fitivo de Academia, sobre muelle cojín de pluma y pintada alfombra de Persia, junto á cualquier Amarilis adobada con más colores que tiene la cola del ave de Juno y ceñida con más brillantes que los guardados en las alacenas de Marzo; ¡Dios me libre de disfrazar así un artista eximio, todo verdad y naturaleza!; pero sí digo que quien jamás oyera el arrullo postrero de una tórtola y el canto matinal de un gallo, la esquila del ganado en los rediles y el mugido de los bueyes sobre los surcos, la campana que llama en el crepúsculo vespertino de lejos á la oración cuando vuelven los leñeros cargados de tomillo con la primera estrella de la tarde que nada en los últimos arreboles del día; ¡oh! quien jamás ha oído todo esto con amor, no podrá, no, componer ó cantar la música con gloria. La gallegada de *Sonámbula*, los conciertos de labriegos en *Guillermo*, las melodías alpestres del organillo de *Linda*, el azahar sevillano á que trascienden todas las serenatas audaluzas del *Barbero* y del *Don Juan*, los coros de las selvas en el *Freichutz* y el coro de los pájaros en la *Africana* enseñan cuánto despertaría la vocación propia suya en Gayarre la ópera compuesta por el violín de los pinos, por el aria de las fuentes, por el dúo de las alondras, por la flauta del mirlo, por la escala cromática del ruiseñor, por las piezas concertantes cantadas entre las golondrinas y los verderones y los jilgueros y las tórtolas y los gallos; en fin, por el cántico armónico de la naturaleza y por el himno todo entero de la música universal.

IV

Pero así como en la infancia todo auxiliaba con auxilio eficaz y constante la vocación suya, todo la contrariaba en los diversos oficios que siguieran á las faenas del campo y al pastoreo en el monte. Dentro de una tienda prosaica en Pamplona, ó sobre un yunque atronador en la herrería, seguramente la educación música, por la vida en el Roncal aquistada, sufrió un triste retroceso. La venta y el regateo, la vara y el peso, los mostradores y los escaparates no cuadraban á quien debía soñar con empresas de mayor cuantía intelectual y con ocupaciones muy contrarias de las útiles, á cuyos esfuerzos lo condenaban la miseria del propio hogar y la imposibilidad en que sus padres se hallaron de granjearle ninguna profesión artística ó científica. Libreme Dios del error que supondría no considerar como indispensables á la sociedad faenas tan útiles cual aquellas cooperadoras en pequeño y con humildad á los movimientos del cambio, los cuales renuevan y purifican los átomos sociales, de igual modo que nuestro comercio continuo con el medio ambiente por la respiración y la nutrición renueva las moléculas corporales; pero Ga-

yarre no había nacido para este ministerio provechosísimo y honroso, había nacido para otros quizás de menos utilidad pública, pero de mayor empeño personal. ¡Oh, el arte, cómo desasosiega el arte á sus predilectos! ¡Cuál funesto don para la salud, para los nervios, para el hígado una fantasía creadora y un sentimiento estético! Tras las tribulaciones traídas por una palabra escuchada, por un pincel feliz, por una voz armoniosa, por una superioridad cualquiera en las ciencias ó en las artes, sentiría el pensador y el artista vagar por sus labios la maldición de Job al día de su nacimiento, si no viniese á extinguirla un rayo luminoso de la conciencia serena y una incontrastable confianza en el juicio de la posteridad. ¿Quién podrá decir cuántos géneros de contrariedades combaten al artista y lo afligen, cuán agudos los dolores, así en la generación como en el parto de su idea, cuán penosos los trabajos y hasta cuán caros los triunfos, á veces en tristeza y desabrimiento superiores á las mismas derrotas? Y sin embargo, así como el ave poeta, en la primavera, cuando el celo enardece la sangre y la garganta en su cuerpo, se suspende ¡ah! de una rama florida, con amor, y se consagra con empeño á llenar de melodías el aire para que su compañera empolle los pajarillos que luego han de cantar y volar desde su nido hasta la muerte, pues no empollaría sin aquella fascinación del cantar melodioso, el arte se suspende á su vez del árbol de nuestra vida, pues ¡ay! sin él esta humanidad nuestra mil veces abandonaría, en el suicidio á que las penas y los trabajos la impelen, el mundo y la continuación en el mundo de su triste atormentada especie. Imaginaos qué fuera del pobre Gayarre, despedido de su tienda por haberla dejado en triste soledad para correr tras una música militar, por primera vez á su oído llegada; que fuera después de la tienda, dentro del infierno de una fragua, la cual tanto debía con sus resuellos y sus golpes inarmónicos atormentarle, si en tan grande contrariedad no le hubiera sostenido la certeza profética del cumplimiento de una vocación puesta por Dios en él para encantar con los astros luminosos de sus notas las noches morales de nuestro espíritu. El Orfeón, en que halla los rudimentos primeros de los tecnicismos difíciles del arte; la escena de su presentación al gran maestro Eslava, quien severa y duramente con él procede á sabiendas en la increíble audición primera de aquella voz divina; el curso lentísimo en las cátedras de nuestro Conservatorio, merced á una pensión suspendida por los revolucionarios de septiembre, que le dejan al infeliz en la calle; sus prósperas aventuras en Tudela con la compañía de canto y sus tristes desventuras en Zaragoza por haber querido levantarse á mayores y complacer á un público de ciudad grande con los músicos y los recursos empleados en una ciudad pequeña; la personal abnegación del cacharrero, fiando con su modesta tienda las primeras empresas de un tenor incipiente sin empresario; sus peregrinaciones para llegar desde los despegos zaragozanos á los triunfos esplendorosos en los primeros teatros del mundo; tal número de incidencias y de incidentes dramáticos, dignos de la tragedia, la novela, el drama y el sainete, constituyen una moral epopeya, donde la juventud que aparenta crecer desesperada y sin los entusiasmos propios de las regocijadas mocedades, vea cuánto vale y cuánto puede una firme porfiada voluntad.

V

De triunfo en triunfo anduvo Gayarre hasta el día nefasto en que la muerte le hiriera de súbito y nos lo arrebatara por siempre. Amigo mío muy amado, así que presintió la proximidad cercana de su fin, vino á verme aquí en mi casa, donde me tenía entonces recluído el triste luto que guardé á mi hermana dos consecutivos años. Era el día siguiente á la noche nefasta en que la primera sombra del vecino sepulcro subió á su frente luminosa cuando cantaba *El pescador de perlas*. Podría, si pintara yo, retratar la tristeza de su rosto, y si ampliase las memorias estas, repetir de coro aquella conversación. Acompañábale su hermano del alma, Elorrio, quien, reflexivo, grave, leal, honrado, como cumple al que nacido en solar vasco, siente las amistades con exaltaciones y ama las artes con vehemencias del Mediodía. Versó nuestro coloquio sobre la muerte, y sin decir que la temiera, mostró Gayarre que la presentía en más de un rasgo y más de un concepto, indeliberado é inconsciente, como aquellos que suelen patentizar con claridad tan grande lo interior más recóndito del ser. A la semana siguiente de tal conversación lo enterramos. ¡Caso bien digno de meditarse ahora el caso de tan extraordinario cantante! Gayarre perteneció, como Rubini, á los artistas líricos, que todo lo libraron sobre la buena voz y el hermoso canto. Nunca pensó en cautivar su público por el gesto, ni por el traje, ni por el teatral arte, á la manera de tantos otros; todo á su garganta y á su fraseo lo fiaba en las obras de mayor empeño y en los instantes de más dificultad. Una verdadera nitidez en la pronunciación italiana, unas modulaciones magistrales en el recitado, una emisión de voz increíble, unas transiciones en que superaba dificultades insuperables bastábanle para el extraordinario brillo de aquel inspirado cántico, en que, por un verdadero milagro de la naturaleza, uníanse con portentosa unión la dulcedumbre femenina y el vigor varonil. Enciso ha mostrado en su *Historia* el afecto más hondo en el corazón y más enseñoreado en la vida de su amigo, el amor al suelo natal. Sin que supiésemos una palabra de sus pretensiones, las colegiéramos de los gritos lanzados al ver la nueva tierra en su *Africana*, y de la ternura con que plañía las fuentes y las arboledas patrias al regreso de la excursión caballeresca en sus *Puritanos*. Amén del suelo, del hogar, del valle, del monte, del amor á los suyos, de todo cuanto le traía el Roncal á la memoria, y con el Roncal sus padres, Gayarre amaba las bellas artes; y á este amor se absorbía, se anegaba, como los pensamientos del místico en las divinas contemplaciones, en el culto al cántico. Pero este culto jamás obstó en él á un gusto por las letras, á un sentimiento de las moles arquitectónicas, á unas preferencias de los paisajes hermosos, á una exaltación por las ideas liberales y á un entusiasmo por los hombres superiores que le honraban mucho y hacían de su conversación, llena de conocimientos y salpimentada de muy aguda crítica, un sabroso recreo. El talento resplandecía entre todas las facultades intelectuales suyas y la sencillez campesina en sus costumbres. Le divertía mucho, como á mí, el diálogo á la mesa, y le transportaba lejos de todas las cavilaciones humanas el disertar ligero y cortado, que se dilata desde la sopa caliente al café y que no excluye, no, la elocuencia en medio de la familiaridad. Su oficio le había permitido pespuntear la guzla nazarita en los cármenes granadinos y entonar el *Miserere* de Viernes Santo en la catedral sevillana; deslizarse al amor de las canciones voluptuosas en las venecianas góndolas, y al revuelo de las plegarias místicas arrodillarse en las gradas rotas del Circo Máximo erigido sobre las catacumbas de los mártires cristianos; oir la platónita voz del Renacimiento entre las colinas y los campaniles de Florencia con el reclamo de la sirena helénica entre los volcanes y los intercolumnios de Palermo y de Parthenope; recibir como una difusión divina en sus venas las evaporaciones desprendidas de una odisea continua, en la cual dejaba él una estela de notas y recibía otra estela de ideas. Tras una vida en que la juventud suya se desquitaba con triunfos personales increíbles del combate sostenido en la infancia, juventud consagrada por completo al arte y al culto y al cultivo de las maravillosas facultades recibidas del cielo, que le granjearon fortuna y gloria, sin que ni una ni otra le tentaran y le condujeran á la molicie y menos al vicio, durmióse muy sereno, cuando las coronas de sus admiradores le habían caído á los pies y los aplausos le resonaban todavía en los oídos, sin haber hecho derramar otras lágrimas que las arrancadas á nuestras nostalgias celestes por los ecos sublimes de su divina voz.

Madrid, 14 de noviembre de 1891

NAVEGACIÓN AÉREA (1)

POR HIRAM S. MAXIM

Hace algunos años vió la luz pública un artículo titulado *Navegación aérea (à priori)*, suscrito por Edmundo Clarence Stedman, en el que se hacían ciertas indicaciones respecto á la posibilidad de navegar por el aire con globos en forma de pez ó de cigarro, empujados por medio de hélices movidas por una especie de motor. Mr. Clarence, sin preciarse de ser ingeniero, solamente se proponía indicar á los de la profesión un perfeccionamiento que en su opinión podía aplicarse. Desde entonces, sin embargo, se han hecho repetidas experiencias con un aparato idéntico al que él indicó, experiencias debidas al gobierno francés, y cuyo resultado fué la construcción del globo en forma de pez titulado *Francia*, con propulsor á hélice y motor eléctrico, alimentado por una batería. Con este globo se efectuaron varias ascensiones, volviendo al sitio donde se elevó; pero aun cuando las pruebas se hicieron en día de com-

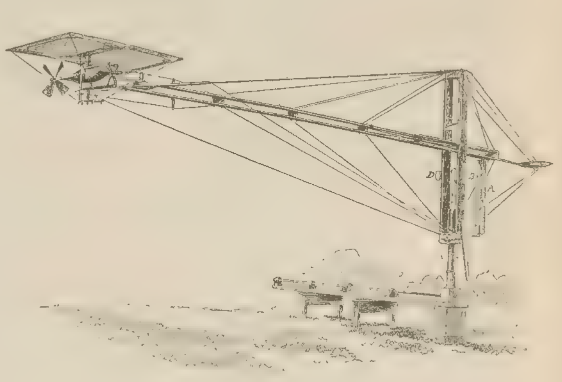


Fig. 1. Máquina para probar la eficiencia del propulsor de hélice y la fuerza ascendente de los aeroplanos. – En esta máquina la fuerza se transmite desde la barra horizontal, hacia arriba por el aparato vertical de acero y á través de los miembros del brazo largo. A, es una escala que ha de señalar las millas por hora, y B, otra dividida en pies por minutos; C, es el dinamómetro para indicar el impulso de la hélice, y D, otro que marca el ascenso del aeroplano.

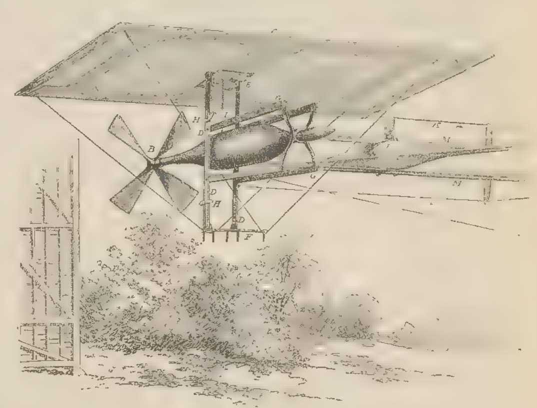


Fig. 2. Manera de unir los aeroplanos y fijar las hélices. – A, tubo de madera y de cobre con espiga de acero horizontal; B, propulsor á hélice; C, aeroplano; D, D, dos barras de acero que funcionan libremente en dirección vertical, sostenidas por otras cuatro horizontales sujetas en G, G; H, H, índices que señalan el ángulo de los planos; E y F, planchas de acero en que se fijan los aeroplanos; L, barra larga horizontal de acero y madera, en cuyas extremidades se sujetan alambres de acero para impedir que la máquina se retuerza cuando está en movimiento; I, cadena que une el aeroplano con el dinamómetro; K, K, alambres para preservar las partes de los esfuerzos de la acción centrífuga.

(1) Tal vez el término «navegación» no sea el más exacto que puede aplicarse á la máquina para viajar por el aire. Creo que los franceses han convenido en usar la palabra «aeración,» en el caso de que consigan alguna vez volar.

pleta calma, raras veces fué posible regresar al punto de partida.

Los globos deben tener menos densidad, considerados en su conjunto, que el aire en que flotan, y por lo tanto su condición esencial consiste en ser á la vez voluminosos y de poco peso.

Todas las tentativas hechas recientemente para navegar por el aire, y de las que tanto han hablado los periódicos, se han reducido simplemente á imitaciones, por cierto muy deficientes, del globo *Francia*.

En la naturaleza no encontramos ave ni insecto que cruce los aires á la manera de un globo.

Todo ser viviente, ave ó insecto capaz de elevarse sobre la tierra para surcar el aire tiene el cuerpo muchos centenares de veces más pesado que el mismo volumen del elemento en que flota (1) y le es dado desarrollar una fuerza mecánica muy grande en proporción á su peso. El empleo de esa fuerza física en el aire que le rodea es lo que le permite volar. Distintos experimentos se han hecho sobre la cantidad de fuerza que para volar desarrollan las aves, y las fórmulas de ellos deducidas arrojan diferencias tales, que mientras unas la fijan, en lo que al pato, por ejemplo, se refiere, en 200 caballos de vapor, otras la reducen á la décima parte de uno, y lo cierto es que hasta el presente nada ha podido demostrarse con toda seguridad respecto á este particular.

De todas suertes y estudiando atentamente el mecanismo del vuelo de las aves, la mayoría de los hombres de ciencia ha convenido en que si alguna vez llegamos á navegar por el aire, ha de ser bajo el sistema del aeroplano, es decir, que el peso de la máquina y pasajero ó pasajeros sea conducido por

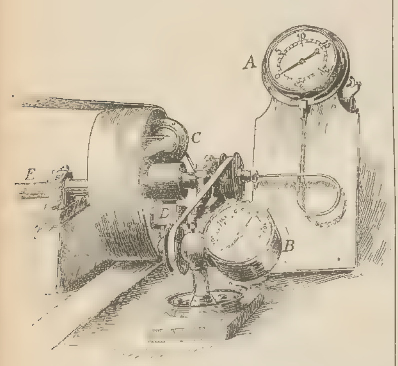


Fig. 5. Dinamómetro y tacómetro fijos en la barra principal. – A, dinamómetro que señala en décimos el grado de fuerza gastada, á la celeridad de 600 vueltas por minuto; B, tacómetro para indicar el número de vueltas por minuto; C, aparato hidráulico unido con el dinamómetro; D, contrapeso. Con este aparato fué posible determinar al punto el número exacto de vueltas y la fuerza empleada.

un ancho plano impulsado á gran velocidad por el aire. Sin embargo, hay alguna divergencia de pareceres respecto á la manera más propia de impeler esos planos; pues mientras unos creen que sería necesario hacer algo semejante á las alas del ave, otros proponen el uso de una hélice análoga á las de los barcos de vapor, pero mucho más ligera, por supuesto, en proporción á su tamaño. Yo opto por el propulsor á hélice, porque es en alto grado eficiente y susceptible de aplicar mucha fuerza de una manera continua sin ninguna remisión en su funcionamiento.

A fin de averiguar el grado de energía que se requiere para el vuelo y también qué influencia ejerce en aquélla la dimensión como factor, si es que influye en algo, construí una máquina sumamente complicada y con ella pude probar la eficiencia de los propulsores á hélice de varias clases y de distintas formas.

Mi aparato consiste en una barra ó brazo de 31 pies 9'9 pulgadas de longitud, montado en un solo tubo vertical de acero, provisto de soportes redondeados, forma adoptada para eliminar en cuanto sea posible el roce. El brazo, según se puede ver en los grabados que ilustran este artículo, es doble, con los bordes afilados, para que oponga al aire la menor resistencia posible, y en su extremidad va sujeto un pequeño aparato volador con un árbol cuyo centro mide exactamente 31 pies 9'9 pulgadas desde el centro del tubo de acero en que gira el largo brazo; de modo que describiría una circunferencia de 200 pies. La fuerza para hacer que funcione el árbol de dicho aparato se transmite por medio de un sistema de tirantes á través del tubo central y los dos miembros del brazo largo, quedando el árbol libre para moverse en dirección longitudinal, movimiento regulado por un muelle en espiral. Al fijar una hélice en el árbol y darle vueltas aceleradamente, el aparato de vuelo puede moverse describiendo una circunferencia de 200 pies; y cualquiera que sea el impulso de la hélice, dicho muelle se comprime según el grado de fuerza, fuerza que marca un manómetro graduado en libras inglesas y colocado en el bastidor que sostiene el brazo. Sujeta al aparato de vuelo va una serie de palancas dispuestas á la manera de escalas de plataforma y á las que se puede sujetar el aeroplano según el ángulo apetecible. Una pequeña máquina de vapor, que se puede hacer funcionar con la celeridad que se quiera, comunica la fuerza. Un *tacómetro* indica el número de revoluciones hechas y un dinamómetro el grado de energía que se emplea. A fin de observar la velocidad ó de obtener al punto la que se desea, la máquina va provista de un ancho tubo de cristal adaptado de tal modo, que á medida que la celeridad aumenta, elévase en él un líquido rojo. En un lado de este tubo hay una escala dividida en millas por hora y en el otro una que señala los pies por minuto.

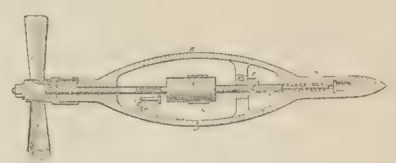


Fig. 3. Sección longitudinal del cuerpo de la máquina. – A, polea asegurada en la barra; B, sumergidor de acero; C, propulsor de hélice; D, muelle en espiral; E, cuerda; F, enlace eléctrico; G, hélice; H, marco de cobre. En este aparato al empuje de la hélice se opone el muelle D. El enlace eléctrico está unido de modo que toque una campanilla cada vez que la espiga da 200 vueltas, y así se puede reconocer si G se desliza sobre la polea.

Cuando se adapta la hélice y la máquina funciona, el brazo comienza desde luego á pasar alrededor del círculo, y manipulando la válvula de la máquina se puede obtener una velocidad hasta de 90 millas por hora. A fin de averiguar la fuerza elevadora de un aeroplano, fíjase éste según el ángulo elegido, aplicándose unos alambres á las esquinas para evitar la fractura. No se sujeta por el centro á la máquina, sino que la extremidad interior es más larga que la exterior, lo suficiente para que ambas se eleven por igual. Las palancas á que se sujeta el plano están en conexión con un dinamómetro, dispuesto de tal modo que merced á él se puede observar la subida mientras el aparato funciona. A fin de obtener el grado de fuerza requerida para impulsar el plano, se hacen observaciones correctas antes de sujetarse aquél. De este modo pude averiguar el grado exacto de energía necesaria para conducir el brazo con todos sus accesorios á través del aire; y después, sujetando el plano y haciendo girar la máquina hasta alcanzar exactamente la misma celeridad, la diferencia en las señales marcadas indicaba el grado exacto de energía requerida para arrastrar el plano. Las hélices que usé eran de madera y de diverso diámetro, desde 17'5 pulgadas á 25'4, é hice experimentos con cincuenta formas distintas, unas de cuatro ramas ó paletas, otras de dos, ora planas ó bien de tamaño variable. Todo el aparato, al que iba sujeta la máquina de vuelo, incluso el largo brazo, su contrapeso, tirantes, dinamómetro, palancas, etc., pesaba unas 800 libras y oponía considerable resistencia al aire.

Un aeroplano de madera delgada, de 12 pies 10 pulgadas de longitud por 26 de ancho, impelido lateralmente, con el lado inferior encorvado $^1/_4$ de pulgada, colocado según un ángulo de 1 á 13 y con una velocidad de 3.500 pies por minuto, elevó un peso de 53 libras, siendo el empuje de la hélice de 8 libras. Al retirar el plano y hacer girar la máquina exactamente con la misma celeridad, el empuje se reducía á $4\ ^1/_2$ libras; de modo que la diferencia entre esta cifra y 8 era la suma de energía gastada en arrastrar el plano, la cual energía debía ser de $3\ ^3/_4$. La energía en la diferencia del empuje era 13'125 libras-pies, empuje proporcional á 133'2 del de un caballo de vapor. El mismo aeroplano, dispuesto en ángulo de 1 en 12 y movido con la celeridad de 4.400 pies por minuto, llevaba un peso de 100 libras, y cuando traté de aumentar la celeridad, los alambres que mantenían las extremidades hacia abajo se rompieron al punto. El plano se retorció mucho mientras progresaba con esta rapidez, y por lo tanto no fué posible determinar entonces definitivamente el ángulo.

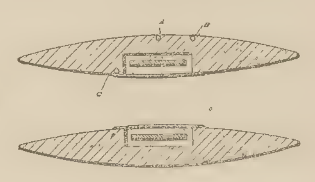


Fig. 4. Sección horizontal de los dos miembros del brazo largo. – A, alambre que relaciona el aeroplano con el ascenso del dinamómetro; B, alambre que se corre al dinamómetro; C, alambres eléctricos.

Con un aeroplano de 6 pies de longitud por 12 de anchura, dispuesto en ángulo muy aplanado y con una marcha muy rápida, se pudieron llevar hasta 250 libras; pero este ángulo era tan achatado, que fué difícil mantenerle, pues el plano retemblaba y á veces se retorcía mucho por la presión del aire. Todos los experimentos vinieron á probar que se obtenían los más favorables resultados cuando el ángulo era plano y mucha la celeridad.

Respecto al funcionamiento de las hélices, resultó que una de madera de dos ramas, de 25'4 pulgadas de diámetro, con un grado de elevación ligeramente aumentado y siendo la celeridad de 2.333 revoluciones por minuto, impelía 11 libras á una distancia de 5.700 pies por minuto. Todas las hélices bien construídas resultaban ser útiles; la que dió peores resultados se había hecho exactamente como las que el gobierno francés usa en sus experimentos.

Al practicar mis pruebas observé que si multiplicaba el grado de elevación de la hélice en pies por el número de vueltas dadas en un minuto y por el empuje en libras, y dividía el producto por 33.000, el resultado correspondía exactamente con lo que mi dinamómetro señalaba en el brazo principal. Esto me indujo á creer que había poco ó ningún rozamiento, y en su consecuencia fabriqué una hélice de paletas cuya forma, dimensión y grueso fueron exactamente los de aquellas que yo había probado ya; pero en vez de ser las paletas ó ramas torneadas y de ponerlas en ángulo, eran planas, formando cada cual el sector de un disco, con ambos bordes muy afilados. Al probarlas resultó que mi aparato era tan deli-



Fig. 6. El experimentador y sus ayudantes probando el dinamómetro

(1) El cuerpo de un ave sin plumas es de 600 á 700 veces más pesado que el aire; estas plumas, que aumentan el aparente volumen, no deben considerarse como un factor, porque no comunican impulso ni son origen de energía.

cado, que el contacto de la punta del dedo con el cilindro movía marcadamente el indicador del dinamómetro, y eso que la fuerza requerida era tan mínima, que aquél ni siquiera la marcaba. Parecería, por lo tanto, que el rozamiento entre el aire y la superficie pulimentada es tan poco, que no se debe tener en cuenta, al contrario de lo que sucede con las hélices que funcionan en el agua. Este líquido, á mi modo de ver, humedece la hélice y se adhiere á la superficie, por muy pulimentada que sea; mientras que el aire, no adhiriéndose, no ofrece prácticamente resistencia. Al comprobar mis experimentos y á pesar de que la circunferencia alrededor de la cual se movían los planos era de 200 pies, resultó, después de haber corrido los aeroplanos algunos minutos, que el aire debajo de ellos se movía perceptiblemente hacia abajo en torno de todo el círculo, sobre todo cuando los planos grandes se corrían con mucha celeridad. Opino, pues, que si mi aparato hubiese progresado en línea recta, de modo que el ángulo no se alterase en lo más mínimo, éste hubiera podido ser mucho menor, disminuyendo proporcionalmente la fuerza empleada. Los experimentos practicados cuando el viento soplaba vinieron á demostrar la exactitud de esta teoría: entonces, la subida de los planos era con frecuencia suficiente para romper los tirantes que los sujetaban á la máquina, y esto á pesar de ser el ángulo muy plano.

El profesor Longley, al debatir la cuestión del vuelo, dijo, según parece, que *con una máquina voladora cuanto mayor fuera la celeridad menos fuerza se necesitaría;* pero algunos ingenieros le han atacado sobre este punto. Los que están familiarizados con la ciencia de navegar con fuerza de vapor por el agua podrían suponer que las mismas leyes rigen para navegar por el aire, pero esto no es exacto. Tratándose de esto último, podremos razonar como sigue: si no se tiene en cuenta el rozamiento, la resistencia de los alambres y del marco al cruzar el aire, porque estos factores son casi insignificantes á velocidades moderadas en comparación con la resistencia que opone el aeroplano, podemos suponer que con un plano dispuesto en ángulo de 1 en 10, y pesando todo el aparato 4.000 libras, el empuje de la hélice tendría que ser de 400. Imaginemos ahora que la velocidad fuese de 30 millas por hora: la energía requerida de la máquina en efecto útil sería de 32 caballos de vapor (30 millas = 2.640 pies por minuto $\frac{2640 \times 400}{33000} = 32$); y agregando 20 por 100 por deslizamiento de la hélice, sería 38'4 caballos de vapor. Supóngase ahora que aumentáramos la velocidad de la máquina hasta 60 millas por hora; entonces podríamos reducir el ángulo del plano de 1 en 10, porque la fuerza elevadora de un plano, según se ha visto, es proporcional al cuadrado de su velocidad. El plano que viaja por el aire á razón de 60 millas por hora, colocado en ángulo de 1 en 40, elevará lo mismo que cuando se halle á 1 en 10 y viaje con la mitad de esta velocidad. El empuje de la hélice debería ser por lo tanto solamente de 100 libras, requiriendo 16 caballos de vapor, en efecto útil para arrastrar el plano. Añádase 10 por 100 por el deslizamiento de la hélice, en vez de 20, puesto que para la rapidez menor aumentaría la fuerza de la máquina requerida á 17'6 caballos de vapor. En estas cifras, por supuesto, no se tiene en cuenta cualquiera pérdida debida al rozamiento atmosférico. Supóngase que se gasta 10 por 100 en resistencia atmosférica cuando toda la máquina se mueve á razón de 30 millas por hora: así se necesitarían 42'2 caballos de vapor para arrastrarla. En su consecuencia, á 30 millas por hora, solamente se emplearía 3'84 caballos por el rozamiento atmosférico; mientras que con la celeridad de 60 millas por hora, la fuerza de máquina para vencer esa resistencia aumentaría ocho veces, ó sea 30'7 caballos de vapor, que con 17'6 daría 48'1 de dicha fuerza para recorrer 60 millas por hora.

De mis pruebas y estudios sobre la materia vengo á deducir: que si se pudiera suprimir el roce, cuanta más velocidad menos fuerza se necesitaría; que con un caballo de vapor se podría conducir un peso de 133 y en ciertas condiciones de 250 libras, y que el mayor grado de fuerza con el mínimo de peso podría obtenerse de una máquina de vapor de alta presión, debiendo ser esta última de 200 á 350 libras por pulgada cuadrada. Ultimamente he construído dos aparatos de esta especie que pesaban 300 cada uno. Cuando estas máquinas trabajan bajo la presión de 200 libras por pulgada cuadrada, y con una celeridad de pistón de sólo 400 pies por minuto, desarrollan con útil efecto en la propulsión de las hélices más de 100 caballos de vapor, siendo dicha propulsión colectivamente de más de 1.000 libras. Aumentando el número de vueltas, y también la presión de vapor, creo que será posible obtener fuerza de 200 á 300 caballos de las mismas máquinas, con una celeridad de pistón que no exceda de 850 pies por minuto (1). Esos aparatos se construyen con acero templado; son de mucha potencia y muy ligeros; pero el nuevo carácter de mis motores consiste en la manera de producirse el vapor. El generador propiamente dicho no pesa más de 350 libras; la máquina 1.800 y el resto del aparato otro tanto. Con el combustible necesario, el agua y tres hombres, el peso se acercaría mucho á 5.000 libras.

Según los resultados obtenidos de mis experimentos, parecería que esa maquina puede conducir un peso, incluso el suyo propio, de 14.000 libras, con tal que la presión de vapor se mantenga á 200 por pulgada cuadrada.

Réstame añadir que espero confiadamente obtener buen resultado á juzgar por mis experiencias y por los conocimientos obtenidos de otras fuentes, tanto que estoy casi seguro de conseguir el objeto, aunque pudiera equivocarme. Sin embargo, se ha de tener en cuenta que durante muchos años los ingenieros y los hombres científicos admitieron que la navegación por el aire se conseguirá apenas descubramos un motor que tenga suficiente energía en proporción á su peso. Este motor se ha encontrado, su fuerza esta probada, su peso es conocido, y por lo tanto parece que estamos ya próximos á obtener una máquina perfecta para navegar por el aire; y aunque yo no consiga mi objeto, paréceme que á la vuelta de diez años alguno lo alcanzará.

En cuanto á la utilidad de este aparato, puede afirmarse que si no para el transporte de pasajeros podrá servir como poderosa máquina de guerra ante la cual quedarán inútiles todos los medios defensivos modernos, así por mar como por tierra, que han costado incalculables millones.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

(1) La celeridad de pistón de una locomotora del tren *exprés* viene á ser de 1.000 pies por minuto.



ABANDONADA, escultura de D. Rafael Atché

COLONIA, LA DEL RHIN

¡Salve, *Colonia!* Estás poblada para mí de las blancas visiones y de los sueños de mi juventud, recordándome el tiempo feliz en que, delante de mis veinte años, un ejército de ilusiones desplegaba las alas de oro, y esperanzas que florecían en mi alma tenían la blancura de la nieve; conservas todavía frescas las huellas de los seres más queridos que ya partieron á los lugares misteriosos en donde todo acaba, y en tu cementerio hay sepulcros que guardan los inanimados restos de los que me impulsaron á rendir culto á los ideales, á realizar el sueño de una vida consagrada al cultivo de las bellas letras y á poner en mis estrofas mi sangre y mi carne. ¡Salve *Colonia*, en que los poetas Wolfgang Müller de Konigswinter, Gustavo Pfarrius, Armando Grieben y Nicolás Nocker, cuyos versos no necesitan la firma de sus autores para ser conocidos, reflejándose en ellos con toda fidelidad los sentimientos de su pueblo, hallaban el color y la nota que conviene á esa grata reaparición de otros tiempos y de otros hombres! ¡Salve, *Colonia*, cuya aurora rompía y centelleaba ya en tiempo de los antiguos romanos! Los blasones de tu historia que te conquistaron el título honorífico de la *ciudad santa*, de la *Roma alemana*, de la joya más preciosa de la corona de Prusia; tu grandiosa catedral que guarda las cabezas de los Reyes Magos cuyas tres coronas ostentas para siempre en tu glorioso escudo; tus magníficas, tus incomparables iglesias (la iglesia grande de San Martín, los Santos Apóstoles, Santa María en el Capitolio y Santa María en Lyseirchen, perteneciendo todas al estilo gótico; San Gereón, que conserva la cripta de los tiempos carolingios, representando en su cúpula la transición del estilo románico al gótico y en su sacristía el estilo gótico; San Severino y santa Ursula) son más que iglesias catedrales; el portentoso arte de tus artistas revelándose en tu famoso *Dombild*, ese lienzo admirado por Alberto Durero, y en el relicario de los Reyes Magos; tus mujeres celebradas en 1333 por el amante inmortal de Laura, que en la víspera de San Juan vió una multitud de bellas jóvenes, encanto de los ojos y tormento del corazón, lavar sus blancos brazos y sus pies en el río, impulsadas por la creencia popular, según la cual toda la miseria que las amenazara en el año venidero se la llevaría aquella ablución; tus glorias enaltecidas por Eneas Silvio, que llevaba la tiara como Pío II; tu río, nuestro Rhin adorado, que parece asombrar á la misma naturaleza; tu alegría perenne, los genios festivos de carnaval, que de un cielo todo sonrisa, de las lagunas de Venecia y de las orillas del amarillo Tíber volaron hacia las risueñas riberas del verde Rhin; el rico dialecto coloñés, que conserva todavía en algunas palabras (1) un eco de España y que continúan usando tus poetas, á cuyos ojos todo toma un tinte local y exclusivo y que parecen decir á unos todos: *Nuestro carnaval y Colonia;* el canto de tus numerosas asociaciones corales, entre las cuales ocupa el primer pues-

(1) Por ejemplo, el coloñés *Baselemanes* corresponde al Besamanos español, y la palabra *melecotón* existe, así en el dialecto de Colonia como en la lengua de Cervantes.

to el *Munnergesangverein*, que tuvo los mismos éxitos en Italia que en Inglaterra, valen bien el amor que les profesan tus hijos. Quizá la única cualidad apreciable que poseía la que fué esposa del emperador Claudio y madre de Nerón es el amor de Julia Agripina á su ciudad natal, que le debe su nombre de Colonia Agripina. Te amaba también el emperador Trajano: lo tenías todo, un Capitolio soberbio, suntuosos palacios, baños públicos, un grandioso acueducto, un anfiteatro y casas de campo adornadas de mármol y mosaicos; como el emperador romano te amaba también la madre del emperador Constantino, la emperatriz Elena que, según dice la tradición, mandó erigir tu iglesia de San Gereón, y te quería el emperador Barbarroja, que te dió los cuerpos sagrados de los Reyes Magos. Viviste la vida de la inteligencia bajo los auspicios de tu primer arzobispo, el capellán imperial Hildebold, el ilustre fundador de tu famoso colegio y de la Biblioteca de la catedral; tenías la corte más espléndida cuando ocupaba la silla arzobispal el hermano del emperador Othón I, el insigne Bruno, y ofreciste un asilo á la viuda de Pepino de Heristal, Plectrudis, que construyó la iglesia de Santa María en el Capitolio, así como más tarde fuiste el refugio de la desventurada reina de Francia María de Médicis. Te precias de tener por patrona á la hermosa princesa Santa Ursula y sus santas compañeras las once mil Vírgenes. Tu iglesia de San Pantaleón guarda las cenizas de la griega Reofano, esposa del emperador Othón II, por cuya herencia itálica había de derramarse en balde tanta sangre alemana. Alberto Magno dió timbres imperecederos á tu Universidad, que tenía por discípulo al *Doctor angélico* Tomás de Aquino; tu bandera ondeábase en todos los mares conocidos; los trescientos buques que armaste en 1218 salieron para expulsar los moros del suelo de Portugal; los reyes y emperadores buscaban el favor de tus mercaderes; tu Gürzenich, ese castillo de la Edad media que contiene la más magnífica sala de conciertos del mundo, adornada de preciosos cuadros, vió las fiestas brillantísimas con que en 1235 fué obsequiada la princesa inglesa Isabel, la novia del emperador Federico, y aquellos banquetes celebrados en honor del emperador Maximiliano, aquellas comidas de Lúculo en que se comía en platos de oro y de plata. En ti pasó su infancia tu gran amigo el mago del colorido, el ornamento y orgullo de Flandes, Pedro Pablo Rubens; en ti nació el más renombrado poeta neerlandés Justo Van den Vondel, y en tus cercanías vió la luz primera el héroe

SUEÑO DE AMOR, cuadro de D. José María Tamburini



LA PRIMADONNA, cuadro de H. Temple



EL CZAR ELIGIENDO ESPOSA, co



...EL CELEBRADO CUADRO DE MAKOWSKI

popular Juan de Werth, eternizado por la canción de Carlos Cramer y por la fuente que se erigió en el Mercado Viejo.

Engendraste varones amantísimos de las artes como los hermanos Boisserée, sabios como el catedrático Fernando Francisco Wallrag, protectores del arte como el generoso comerciante Juan Enrique Richartz, el fundador de tu Museo de pinturas en que se admiran muchos lienzos de la famosa Escuela de Colonia, teniendo carácter propio y marcadísimo, y el retrato verdaderamente ideal de la hermosa reina de Prusia, la angelical Luisa, debido á los pinceles del malogrado Gustavo Richter. Tú meciste la cuna del conocedor más profundo de la vida y de las obras de Goethe, Enrique Düntzer, y la de mi consecuente amigo el distinguido arqueólogo Juan Jacobo Merlo, nombrado doctor á los ochenta años de edad por la Universidad de Bonn. Aún resuenan en tus oídos y en tu corazón los ecos de la gloria tributada por Barcelona á tu maestro Fernando de Hiller, que compartía sus horas entre la pluma y la música, pero que ya descansa sobre sus laureles en tu cementerio de Melaten. Lo que para las Provincias Vascongadas fué Antonio de Trueba y para Valencia los cronistas Vicente Boix, Félix Pizcueta y Teodoro Llorente, era para ti mi malogrado amigo el historiador Leonardo Ennen, y en tus murallas escribió en casa de mi querido abuelo el bibliófilo Carlos Hürxthal nuestro Bretón de los Herreros, Rodrigo Benedix, sus más aplaudidas comedias, que en unión de la de Eduardo de Bauernfeld, ese patriarca de la escena que acaba de fallecer, son las mejores del teatro alemán, revelando las piezas de ambos autores una personalidad poética. Tus glorias todas las reunirá en un friso tu distinguido artista Avenarius.

Tu pasado, Colonia feliz, noble ciudad de los patricios Overstolz y de Weise, está encarnado por el gran arquitecto Gerardo de Riele, que te hizo la capital de Alemania en la que en el siglo XV brillaban los reputados pintores maestro Guillermo y Esteban Lochner, el pintor del *Dombild;* tu esplendor actual lo representa Stübben.

Hoy marcha todo aprisa, como los muertos de la balada. Como por encanto el Sr. Stübben ha creado la Colonia moderna. Ya pasó para siempre la época de los caballerescos torneos, de las justas, de las Cruzadas y de los cerrados claustros; hoy es la edad del vapor, de los tranvías, de las fábricas y de los cañones. Ningún enemigo ha logrado romper tus muros y tus puertas construídas de 1180 á 1210 La edad presente en que hasta la Roma eterna arrojaba su manto regio para vestir el traje de la ciudad moderna, ha respetado tu *Puerta del galo*, que rodeada de un jardín público es con su colosal basamento negro de basalto, con sus ventanas cimbradas en la pared blanca, una perla de la Colonia del día. Han respetado también tu histórica Puerta de Ulrique (Ulrepforte), donde tus ciudadanos fueron atacados en 1268 por los partidarios del arzobispo, el duque de Limburgo y el conde Dieterick de Faltenburgo. Aquella torre que se había convertido en un molino de viento, forma hoy parte de un elegante *restaurant*, siendo único por su mezcla de lo venerable y de lo profano; allí donde tuvo lugar la batalla sangrienta que costó la vida á los valientes Matías Overstolz, Pedro de Judden, Juan de Frechem y al Sr. Armando Von der Ahren, se bebe la cerveza, y los inocentes niños juegan en la parte del antiguo foso, que se ha conservado por encontrarse en ella el llamado monumento de Ulrique en recuerdo de la invasión hecha en la noche del 14 al 15 de octubre de 1268. Otra torre antigua, la *Botlmühle*, se ha convertido en un castillo romántico con un precioso jardín á lo Semíramis. Nada desperdiciaron, así como de un tonel de vino añejo se recoge hasta la última gota.

Sin embargo, la edad moderna ha destruído por la mayor parte el idilio agreste de tus campos verdes, de tus muros cubiertos de hiedra, de tu foso que se parecía á una frondosa selva, pero después de haber llevado á feliz término la empresa más atrevida y más grandiosa de la Edad media, la construcción de tu catedral, á que el profesor Kreuser dedicó sus ingeniosas *Cartas* y Augusto Reichensperger su vida, y cuya mole gigante debe sus piedras á las cumbres de traquita de los *Siete Montes* y que los alemanes amamos con delirio, como el español idolatra á la Alhambra y el catalán rinde el culto más férvido al Montserrat; la edad actual te ha dotado de un *Ensanche* que rivaliza con el de Barcelona, ostentando en sus suntuosos palacios toda suerte de balcones, agimeces, nichos y torrecillas. Eres la colonia moderna en tus bulevares, en tus *Ringstrasen*, siendo la Viena rhiniana, así por tu alegría como por tu magnificencia; pero la Colonia antigua, la de las hermosas iglesias, la de las Casas consistoriales, la de la incomparable Catedral, presenta los gigantes de su magnífica silueta á orillas del Rhin desde tu atalaya *Bayenthurm* hasta la iglesia de San Cuniberto. Y continúan sonando en tu recinto las campanas de tus cien iglesias, de las cuales diré con Rosalía Castro de Murguía:

Si por siempre enmudecieran,
¡Qué tristeza en aire y cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

¡Salve, *Colonia!*, que honrando á los finados, erigiendo estatuas al rey Federico Guillermo III de Prusia, no te olvidaste de los vivos, dando ejemplo á Alemania, pues fuiste la primera ciudad que rindió culto á los que cubrieron de gloria á la patria, Moltke y Bismarck.

¡Salve, sin par *Colonia!* Yo siempre te amaré.

Tus puertas antiguas se hicieron ó museos históricos ó palacios encantados; tienes todavía casas en que penetró un soplo de poesía, como la morada bellísima de tu vate Wolfgang Müller encontrándose á la sombra de la hermosa iglesia de los Santos Apóstoles y hablándonos de un campeón del arte, de un gayo trovador, cuyo numen fecundo inspiraste con el fuego del sagrado patriotismo, y en tu envidiable *Flora*, que como reina tienes por alfombra, hay palmeras que leve viento mece, como en el paseo de Colón de que se precia Barcelona, y oigo el murmullo de la fuente como en la Alhambra, y con sus dulces trinos me recrean los pardos ruiseñores.

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, cuadro de D. Manuel Felíu. – Felíu forma parte de esa pléyade de jóvenes artistas que tanto honran con sus obras á España y especialmente á la escuela catalana, que en el último tercio de este siglo preséntase potente y vigorosa, cual decidido campeón del renacimiento artístico español. Artista de temperamento, emprendió el cultivo de la pintura con verdadero entusiasmo, que avalorado por sus aptitudes ha podido dar ya excelentes resultados, puesto que como tales han de considerarse las bellas é importantes obras que ha producido. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos reproducido varios notables dibujos y el cuadro titulado *El escaño de la parroquia*, que tan justamente llamó la atención de los inteligentes en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Hoy reproducimos otro de sus bellos estudios, en el que se manifiestan sus cualidades de buen colorista y dibujante, ya que si los tonos sobrios á la par que vigorosos son de buena casta española, la corrección de los trazos avaloran la producción.

* * *

Las bellas artes, techo pintado por D. Antonio Coll y Pí. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Tan discreto como modesto es Antonio Coll, un inteligente artista en el que se hallan armónicamente enlazadas la habilidad y las cualidades del pintor con el sentimiento y la fantasía del poeta. No se limita, cual otros, á reproducir ó copiar la naturaleza tal como á su vista se presenta ó los cuadros vivos que á su alrededor observa; lleva más allá su empeño: siente y discurre, y con el esfuerzo de su imaginación anima lo que resulta frío y presta interés á los cuadros que no ofrecerían más que el de fidelidad de la reproducción.

La sentida composición que con el título *¡Viudo!* dimos ya á conocer á nuestros lectores, es una prueba de cuanto indicamos y de que Coll se inspira en esos grandes dolores, en esos dramas íntimos, que si bien pasan inadvertidos, se desarrollan de continuo, conmoviendo profundamente el ánimo.

La alegoría de *Las bellas artes* que figuró en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, destinada á embellecer el techo de suntuosa mansión, es una de las obras que más enaltecen á Coll, puesto que aparte del estudio que revela, obsérvanse en ella dificultades vencidas y admirables escorzos que sólo á costa de labor y perseverancia pueden realizarse.

* * *

Abandonada, escultura de D. Rafael Atché. – Rafael Atché es uno de los escultores que figuran en primera línea entre aquellos que á tanta altura han elevado una de las ramas de las bellas artes, que hace algunos años yacía en lamentable abandono. De hermosa fantasía y verdaderamente genial, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo bello y grande que revela su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo; y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera. Prueba de ello son sus obras, algunas premiadas en las Exposiciones, ó bien sirviendo de digno remate de artísticos monumentos

De género completamente distinto es la nueva obra que reproducimos. Elegante en sus líneas, delicada y correcta en el modelado, manifiesta esa fantasía distintiva en Atché, tan propia y exclusiva, que ella basta para que no se confundan sus producciones. *Abandonada* es una preciosa escultura digna de figurar como preciado adorno en aristocráticos y suntuosos salones.

* * *

Sueño de amor, cuadro de D. José María Tamburini. – Convencido Tamburini de que el arte no tiene límites trazados y que no se halla circunscrito sólo en la buena ejecución, ha empapado su inteligencia en las fuentes inagotables de los humanos conocimientos é impregnado su corazón en la poesía y el sentimiento. Por eso la preciosa rima de Víctor Hugo: «Comme au bout d' une branche ou voit étinceler,» inspiróle el lienzo que tan admirado fué en una de las últimas Exposiciones; la sentida dolora de Campoamor: «¡Quién supiera escribir!,» el precioso grupo del bondadoso párroco y la enamorada doncella, ó bien el que tituló *Esperando*, perteneciente al género en que tanto se distinguen Coomans y Alma Tadema, que demuestra su aliento y brillante ejecución.

En el lienzo que reproducimos, *Sueño de amor*, una sola figura, ó más bien dicho, una preciosa cabeza y un delicado busto bastan al pintor para significar su pensamiento y dar á conocer su valía. La actitud, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada, y sus tonos claros resaltando inteligentemente sobre un fondo claro también, contribuyen á hacer agradable y simpática la composición. En los ojos medio entornados de la joven, puesto que tal representa, y en su inclinada cabeza, adivínase que se halla entregada al recuerdo y al sueño de sus amores que la absorben por completo.

* * *

La primadonna, cuadro de H. Temple. – ¿Se trata de la que acude á casa del empresario para obtener una contrata ventajosa? ¿Es por el contrario la tiple que se presenta en el cuarto de estudio del autor para exponerle quejas por la poca importancia de la *particella* á ella destinada? ¿Sería acaso la mujer que atropellando por todo va en busca del hombre amado para echarle en cara no merecidos desvíos ó para desvanecer celos ó sospechas injustificados? Todo esto puede ser, en nuestro sentir, el cuadro de Temple.

Quizás algún crítico exigente calificará de defecto la especie de vaguedad que el tema ofrece; nosotros, que no pretendemos actuar de tales, haremos caso omiso de esta insignificante falta, y sólo llamaremos la atención sobre las bellezas del lienzo, que no son pocas ni pequeñas. Elegante en su composición, bien entendido en la disposición artística de los personajes, muebles y demás objetos, de ejecución intachable, el cuadro de Temple ofrece un conjunto encantador que recrea la vista, como halagan el oído esas melodías que, sin laberínticas filosofías, llegan muchas veces al alma, produciendo un bienestar dulce é inefable.

* * *

El czar eligiendo esposa, copia del célebre cuadro de Makowski. – Las dificultades políticas y diplomáticas que actualmente traen consigo los matrimonios de los soberanos, en los que el corazón es nada y la razón de Estado lo es todo, no existían en Rusia en la época á que nos transporta el cuadro que publicamos. El czar, en aquellos tiempos, convocaba á los magnates de su vasto imperio para que, acompañados de sus familias, se presentaran en palacio; y una vez allí reunidos pasaba revista de las hijas casaderas y escogía por esposa á la que más le agradaba y cuya mano, como es de suponer, no le era negada, aunque lo mismo hubiera sido si rehusado se la hubiesen, porque no ha de creerse que aquel autócrata, señor de las vidas y haciendas de todos sus súbditos, altos y bajos, se parara en consentimiento más ó menos cuando de satisfacer un deseo ó capricho suyo se trataba. Es de presumir, no obstante, que el boyardo, conde ó barón ante la perspectiva de tener por yerno á su soberano no había de oponer reparo alguno, y antes bien debía darse por más que satisfecho de que la elección hubiese recaído en su hija. ¿Sucedería lo mismo con ésta? Mucho puede en el alma de una joven el esplendor de un trono, más aún si el trono se halla tan alto y envuelto en tal aureola de privilegios y poderío como el moscovita y si la joven ha aprendido desde su más tierna infancia á no pensar, sentir ni querer más que á la medida de los deseos de un padre que á su vez no quiere, siente ni piensa sino al compás de la voluntad de su rey y señor, como sucedía entonces en aquel imperio. Y sin embargo, quizá alguna de las esposas elegidas por los czares de aquellas edades hubiera trocado el regio solio por el humilde retiro del dueño de sus amorosos afectos.

Sugiérenos estas consideraciones la hermosa composición de Makowski. Una de las doncellas que se disponen á desfilar por delante del czar, más que á las gradas del trono parece acercarse al camino del suplicio; desfallecida, entornados los ojos en fuerza de sufrir y de llorar, pálido el bellísimo rostro, caídos los brazos y casi exánime el cuerpo, que sobre el pecho de su anciana madre se apoya, revela á las claras que la gloria por más de una de sus compañeras ambicionada sería para ella cruento martirio. Y si, como creemos por lo que la historia de Rusia nos describe, el czar representado en el lienzo de Makowski es Iván IV el Terrible, razón no le falta á la infeliz para presentir desdichas y tormentos en lo que su alma, de otro enamorada, había soñado como fuente de goces y venturas.

Este magnífico lienzo de Makowski, de quien reprodujimos en el número 410 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el no menos hermoso *La muerte de Iván el Terrible*, es una nueva prueba del talento con que el célebre pintor ruso domina las masas y atrae la atención sobre los principales personajes; de la maestría con que concibe, dibuja y pinta; de la verdad histórica con que reproduce él indumento, y del genio con que imprime la expresión justa en cada una de las figuras de sus grandiosas concepciones.

* * *

Idilio de amor, cuadro de Modesto Faustini. – El más pequeño, el al parecer más inofensivo de los dioses del antiguo Olimpo, ha sido, es y probablemente seguirá siendo el soberano que mayor imperio ha ejercido en el mundo. En lo antiguo como en los modernos tiempos, sus flechas se han clavado siempre en los corazones produciendo esas heridas cuyos dolores bastan á calmar una palabra, una mirada, un beso. ¡Un beso! Mágico talismán que enardece la sangre y derrama en el corazón los más dulces bálsamos.

El celebrado pintor italiano Modesto Faustini ha sintetizado en un beso todo el idilio que compendia su delicioso cuadro, y basta ver la expreción de los dos jóvenes amantes para comprender cuán acertadamente ha escogido el autor este tema para presentarnos una historia amorosa de aquel pueblo todo sentimiento, todo arte, cuyas ruinas son el encanto y el asombro de cuantos las visitan.



LA IDEA FIJA

POR PABLO BONNETAIN.—ILUSTRACIONES DE JEANNIOT

I

El comandante retirado Le Sarroix profesaba un absoluto respeto á las leyes de la higiene; lo cual, por otra parte, no era más que simple gratitud, según él mismo decía: «puesto que debía á la estricta observancia de las susodichas leyes el haber resistido victoriosamente treinta y cinco años de servicio, de ellos quince en campaña.»

«Y sin embargo, añadía el antiguo militar, encogiéndose de hombros para abultar su amplio abdomen, yo he debido ser un mal quinto, lleno de alifafes por parte de mi padre. En lo que atañe á mi madre, murió paralítica. No obstante, siempre he tenido costumbres arregladas, y aun siendo joven me he cuidado lo mejor que he sabido. ¡La higiene!... Es preciso, sépalo usted, tener tanto orden para el cuerpo como para los negocios. La limpieza, la regularidad en las comidas, en el trabajo y en el sueño constituyen la higiene. Cuando se cuida del estómago, se cuida la ropa y se llega con exactitud á la oficina, la higiene va en línea recta. Todo consiste en esto: no abandonar la línea recta.»

El comandante seguía rigurosamente esta línea recta, así en lo real como en lo figurado. A las nueve en invierno, á las ocho durante el buen tiempo, nunca más tarde ni más temprano, salía de su casa, situada á la entrada de la calle de Bolonia, y después de enterarse del tiempo que hacía, echaba á andar con el pie izquierdo, todo derecho, sin siquiera pensar en variar de acera. Llegado al fin de la calle, una súbita conversión hacia el ángulo izquierdo y un giro seco de talones le lanzaban á la plaza de Clichy, en una segunda dirección perpendicular á la primera, que tomaba al pie de la estatua del general Moncey. Mediante un brusco «á la izquierda» enfilaba el bulevar exterior y le seguía hasta el parque de Monceau. Allí, desdeñando los senderos que serpentean, nunca abandonaba las grandes avenidas centrales y se sentaba en los días de buen tiempo, para leer los periódicos, que volvía á doblar metódica y geométricamente en severos rectángulos; ó bien distribuía migajas de pan á los gorriones, ó se entretenía en paternal coloquio con los guardas, deferentes con la roseta que llevaba en el ojal. A las once dejaba el parque á paso más lento, con objeto de no sobrexcitar el apetito y llegar á su aposento á las once y media en punto; pero su cuarto de conversión en la plaza y su media vuelta en la esquina de las calles de Clichy y Bolonia se efectuaban como á la ida.

—Victorina, ¿está aviado el almuerzo?

Tales eran las primeras palabras que pronunciaba en el recibimiento, mientras restregaba las suelas de su calzado en la esterilla que había delante de la puerta. Apresurada y gruñona al mismo tiempo, Victorina había preparado las zapatillas, dejándolas al lado del arca de madera en un rincón, bien juntas en un sitio inmutable, sin trocar nunca la del pie derecho con la del pie izquierdo, en dirección normalmente lógica con respecto á la silla en que, siempre de lado, se sentaba su amo.

Y el comandante Le Sarroix, después de haber inspeccionado con una mirada de ayudante de órdenes la cocina entreabierta, entraba en el comedor y se sentaba á la mesa.

Dichosa entonces Victorina, si el viejo retirado encontraba el cubierto colocado á su gusto, el salero entre la chofeta y la botella, el mostacero sistemáticamente de frente, cerca de ésta; porque entonces la chuleta desaparecía pronto sin que aquél criticase la cocción de la misma, y luego los huevos y las sardinas; permitiendo á la criada, después de servir el queso y traer la pipa y bolsa del tabaco, largarse en seguida. Porque ya no volvía hasta la tarde para preparar el cubierto, fregar la vajilla, barrer el comedor y desdoblar el mantel.

Solo Le Sarroix, respiraba á su gusto.

¡Oh! ¡Qué alegría verse tranquilo, en la seguridad de encontrar en torno suyo arregladas las cosas hasta el día siguiente!... ¡Le molestaba tanto el aire que hacía el vestido de la sirvienta y sus continuos vaivenes sacudiendo los muebles, dejando abiertas las puertas, apagando ó encendiendo la lumbre y haciendo ruido con los fósforos!

Una vez encendida la pipa, saboreaba una copita de coñac, cuyas últimas gotas desaparecían á tiempo que caían las primeras sombras de la tarde. Entonces se dedicaba á la lectura, á no ser que tuviera que arreglar sus panoplias.

Porque tenía una hermosa colección de sables, espadas, pistolas y mosquetes que contemplaba con fruición, aunque aquellas armas dos veces centenarias, sin la más mínima raspadura ni picadura de moho, por el contrario, relucientes, evocaban sobre el andrinópolis encarnado de las paredes y entre fotografías de Mac-Mahón y de Conrobert la idea de un baratillo del barrio Louvois.

Le Sarroix limpiaba amororamente el polvo de sus panoplias y frotaba su pulido acero. También á veces, colocado frente al espejo, blandía aquellas armas, tomando actitudes heroicas, marciales, ó recordaba su manejo de ejercicio; pero pronto se desvanecía su alegría infantil con la preocupación de limpiarlas y colocarlas en invariable alineamiento.

Encaramado en una silla, el comandante se apuraba, respiraba con fatiga y se bajaba al suelo para juzgar desde lejos del paralelismo de las armas, corriéndole el sudor por la frente, marcando la exagerada prominencia de una especie de berruga producida por el roce del chacó y que no había conseguido reducir en el espacio de treinta años.

En fin, sea como sea, podía contemplar sus tesoros apoyado de codos en su pupitre.

Averiado, mazizo, sin elegancia, este pupitre estaba al lado de un estante lleno de cartones y papeles, que hacíanle parecerse al anaquel de una oficina. Sobre el pupitre veíanse plumero, raspador, ovillo de cordel encarnado, tintero inderramable, arenilla, calendario, agenda, pedazos de pan para borrar, alfileres, reglas, escuadras, limpiaplumas, todo esparcido á intervalos regulares, que indudablemente recordaban al antiguo militar toda su carrera. De seguro, en aquel *maremágnum* veíase simple cabo agregado al vestuario, sargento segundo del habilitado, ayudante de Caja, oficial, subteniente portabandera, encargado del acuartelamiento y finalmente mayor y comandante. A pesar de todo, allí no se veían papelotes; la papelera estaba casi vacía y vacías veíanse también las carpetas.

En un cajón de la mesa que sostenía el pupitre guardaba las órdenes que había recibido, con su antigua *hoja*, sus títulos de pensionista, su última dragona, sus primeras charreteras, sus espuelas casi nuevas por causa de sólo montar á caballo en dos revistas de inspección y no usarlas nunca.

A decir verdad, el comandante nunca escribía. Siempre limpia, su pluma sólo servía para tomar la cuenta á Victorina todos los sábados, sirviéndose para las demás cosas de un lápiz rojo que afilaba todas las mañanas durante un cuarto de hora. Pero amaba su pupitre, su cartera y sus apuntes como partícipes de su vida; cuando es probable que en otro tiempo, en el regimiento los hubiera detestado. Limpios y relucientes todos los objetos que le rodeaban, nunca para él demasiado relucientes ni bastante limpios ni suficientemente fijos en su sitio, se destacaban sobre la baqueta verde de la mesa y del pupitre.

Además, este pupitre le servía para sus lecturas. Excepto treinta y nueve Anuarios de su carrera militar, clasificados en orden riguroso, y de algunas *Teorías*, su biblioteca sólo contenía una serie de Enciclopedias en abultados volúmenes poco manejables. El gran Diccionario de Larousse ocupaba el sitio de honor. Cuando dejaba sus armas, Le Sarroix tomaba un volumen, el primero, y resueltamente, sin saltar ni una línea, leía una ó dos páginas.

Sorprendíanle frecuentes modorras, sobre todo en verano, pero las resistía «por higiene» A través del texto impreso en caracteres demasiado menudos, confundía las ideas una con otra á cada cambio de materia que leía. Los nombres, historias y hechos le admiraban un instante; ó bien, no comprendiendo ciertas cosas, se limitaba pacientemente á releerlas, no encontrando el principio del pasaje difícil, perdida la mirada entre el fárrago de letras, buscando al azar un nombre ó una fecha que le interesaban, hipnotizándole al propio tiempo.

A las cuatro menos diez cerraba el libro, le colocaba en su sitio y contemplaba con una especie de melancólico azoramiento la línea de volúmenes.

«¡No, no viviría el tiempo necesario para leerlos todos!»

Inmediatamente después se entregaba á una minuciosa limpieza, se aseguraba con una mirada de que dejaba la casa en orden, y puesto de veinticinco alfileres, como suele decirse, salía para dirigirse hacia París, invariablemente por la calle Blanca.

¿Adónde iba?

Victorina lo ignoraba, y de aquí provenían sus comentarios con la portera: «Seguramente el viejo verde debía tener algún trapicheo en la ciudad.»

Un vecino que le encontró en el bulevar le había visto entrar en el café del Helder y sentarse con otros antiguos militares. Pero ¿era esta su costumbre cotidiana? En todo caso, desde las siete podía reconstituirse su vida, pues Victorina había recibido la orden, una vez para siempre, de llevarle su correspondencia á casa de su hermana, rentista y viuda, que habitaba en la plaza de la Trinidad. Desgraciadamente, esta correspondencia se limitaba á algunas esquelas de convocatoria de la *Sociedad fraternal de jefes y oficiales retirados*, y la sirvienta no había podido penetrar más allá de tres veces en un año en la casa de la hermana de su amo.

«En casa de la viuda se vive en grande. La criada gana cincuenta francos de salario. El señor se disponía á jugar á cartas...»

A las once en punto, Le Sarroix volvió á la calle de Bolonia. Todas las mañanas Victorina encontraba sobre la mesa de noche una ó dos monedas de cincuenta céntimos, procedentes de la ganancia del *whist* de la víspera. «La parte de los pobres» que el comandante le dejaba para que la distribuyera con inteligencia, pues él nunca daba por su propia mano limosna, temeroso de ser víctima de algún farsante.

II

Una mañana, el retirado, que no se fijaba nunca en los incidentes de la calle, vióse obligado á detener su paso en la calle de Bolonia al salir de su casa. Un camión se esforzaba para entrar por una puerta cochera, sin duda demasiado estrecha, y el caballo interceptaba la acera.

Bajar por el arroyo no era del agrado del paseante. Esperó, pues, á que el vehículo pasara, y luego echó á andar. Pero su paso no era el mismo, le vacilaban las piernas, y su bastón, que unas veces blandía y con el que otras golpeaba las puertas, denunciaba una preocupación casi inquieta. De repente, el antiguo oficial hizo una cosa insólita: una media vuelta, una media vuelta completa, para desandar el camino.

Victorina le observaba desde la carbonería, y por poco en su asombro deja caer su cesta. ¿Sería que el señor, contra su costumbre, volvería de improviso á su casa? Pero no. Se detuvo junto á la puerta cochera, quedóse plantado delante de una verja, mirando la casa que en el fondo de un jardincito por aquélla cerrado se levantaba. Luego, haciendo otro cuarto de conversión, continuaba su paseo de prisa, como para ganar el tiempo perdido.

Al echar á andar á su vez Victorina, preocupada, se detuvo también delante de la verja. ¿Sería alguna mujer lo que había llamado la atención de su amo? ¿Sería algún anuncio de alquiler?... Pero la fachada de la casa estaba virgen de anuncios, desierto el jardincito y en la única pieza cuya ventana abierta permitía ver el interior no había nadie. El cuarto bajo estaba solitario. Además, demasiado sabía Victorina que hacía meses que el único habitante de la casa era el portero. «¡Bah!» dijo encogiéndose de hombros. «Será alguna chifladura del amo.» Y se alejó, no sin volver varias veces la cabeza.

El comandante, entretanto, se dirigía hacia el bulevar exterior. También él habíase encogido de hombros, con ese ademán que se hace para desechar una preocupación que se supone inútil; su bastón, girando en un molinete, traducía el pensamiento del antiguo militar:

«Después de todo, ¿qué me importa?»

Y apretaba el paso.

Una vez en el parque de Monceau, leyó los periódicos. Después se encaminó á su casa con su aspecto acostumbrado; mas he aquí que al llegar á la calle de Bolonia, frente á la verja de la casa aquélla, un impulso desconocido hízole volver la cabeza, obligándole á detenerse y á echar una mirada al interior.

Cuando volvió á su casa cinco minutos después, Le Sarroix estaba de pésimo humor. Encontró quemada la chuleta, el huevo poco cocido, y con manos temblonas varió la colocación de los diferentes objetos que cubrían la mesa. En seguida fué á inspeccionar sus panoplias y permaneció más tiempo que de costumbre arreglándolas, descontento de su colocación en la pared. A las cuatro menos cinco todavía estaba ocupado con sus armas; luego se encaró con las fotografías de Canrobert y de Mac-Mahón, cuyos cuadros no le parecieron estar exactamente perpendiculares, y cuando el reloj dió la hora se sobresaltó. Este retraso, el primero desde que se hallaba instalado en aquella casa, pareció espantarle.

Trató de asearse: no encontraba la ropa que buscaba ni los cepillos en su cuarto de vestir. Prorrumpió en interjecciones, y sencillamente se persuadió de que su vida acababa de experimentar un desarreglo molesto.

A la mañana siguiente, cuando salió á dar su «paseo aperitivo» sintió una vacilación de dos segundos al transponer la puerta de su casa. Sin embargo, el tiempo estaba soberbio.

«¿Tomaré por la izquierda para no ver esa casa, esa persiana abierta? Sí, pero á la izquierda...»

La costumbre pudo más en él y le impulsó hacia la decrecha, haciéndole seguir su acera habitual.

Cuando llegó delante de la verja, volvió vivamente la cabeza á otro lado y fijó la vista en el suelo, con tanta atención, que no reparó en una lavandera y tropezó con el talego que llevaba.

– Perdone usted, señora.

– No hay de qué.

Y vencida su voluntad por la casualidad, cómplices de sus deseos las circunstancias, Le Sarroix, algo avergonzado de sí mismo, lanzó á la casa del jardín una furtiva mirada.

La ventana estaba abierta todavía, era muy baja y enteramente bañada de sol.

El viejo retirado veía todo el fondo de la habitación, la chimenea llena de chucherías, el espejo en el cual, alzándose un poco, hubiera podido hacer reflejar su semblante, un cuadro que había en la pared; y todas estas cosas penetraron en él, se fotografiaron en su cráneo, mientras se alejaba de allí apresuradamente y con aspecto furioso.

Aquel día el comandante no volvió á su casa por la calle de Bolonia. Al pie de la estatua del general Moncey su bastón describió un vigoroso molinete.

«Sería muy animal, pensó, si me expusiera á volver á ver *aquello*.»

Y como aliviado de un peso, habiendo tomado una resolución, orgulloso de su fuerza de voluntad, continuó andando por el bulevar exterior hasta que llegó á la calle Blanca y entróse por ella.

Almorzó tranquilamente. Hasta no reparó en la oblicua posición de uno de los rabaneros; pero se levantó dos veces para rectificar la horizontalidad de un paisaje que estaba clavado en la pared frente por frente de su asiento y que le pareció algo ladeado.

Ya en el salón, su primera mirada fué para los retratos de Canrober y Mac-Mahón, que no habían perdido el paralelismo de sus cuatro costados con el de las panoplias, el techo, el pavimento y ventanas.

Inmediatamente después leyó, ó por lo menos se esforzó en leer, pues á cada instante una idea hacíale levantar los ojos.

Los días siguientes transcurrieron del mismo modo. Tanto á la ida como á la vuelta, el comandante no pasaba por delante de la verja y cada tarde se prometía hacer siempre lo mismo; pues una vez frente á la casa, hiciese lo que hiciera, sentía un impulso que le obligaba á fijarse en una ventana del piso bajo: siempre la misma.

Si estaba cerrada, el antiguo militar exhalaba un suspiro de desahogo entrecortado en seguida por una inquietud. Entonces volvía la cabeza y alguna vez retrocedía, diciéndose:

– ¿Si habrán abierto la ventana?

Por el contrario, si la hallaba abierta acometíale un estremecimiento. Su boca se crispaba y salían de sus labios palabras incoherentes é interjecciones de impaciencia que silbaban á través de sus viejos bigotes, sin que no obstante consiguiera separar sus miradas de aquella fascinadora habitación.

Después se separaba de allí, mediante un gran esfuerzo, casi corriendo y con aspecto colérico.

– ¿Quién es el *paisano* que vive ahí más arriba, en el número 122?, preguntó un día á Victorina.

Esta lo ignoraba.

– Pues es preciso saberlo.

La criada bajó á informarse y volvió diciendo:

– Es un pintor, M. Venot, que ahora viaja por Italia y no volverá lo menos en seis meses.

– ¡Ah!, murmuró el comandante, y no dijo más.

Y continuaron sus paseos y aumentóse la manía que le obligaba á detenerse todas las mañanas delante de la ventana de aquella casa.

Cada día deteníase más tiempo. Primero un minuto, luego dos, luego cinco, después diez. Por último, el portero se fijó en él, lo cual notó Le Sarroix, y en vez de disgustarle le sirvió de satisfacción.

– ¡Bonito jardín, buen hombre, para jardín de París!

El portero, halagado, sonrió, bien predispuesto por la roseta encarnada del comandante, y se llevó la mano á la gorra.

– ¡Vaya un cigarro!

Las relaciones estaban ya entabladas.

– Desde entonces, olvidándose del parque de Monceau, el retirado pasaba y repasaba por delante de la verja, acechando al portero para hacerle hablar. Fruslerías: el tiempo, el jardín, la duración probable de la ausencia de M. Venot; pero sobre todo el jardín. La oferta de un cigarro terminaba casi todos los días la conversación. El portero, agradecido á estas finezas, dijo un día al comandante, que hacía elogios de las lilas del jardín cultivado por él, pues tenía también el oficio de jardinero:

– Puesto que el señor se interesa por mi trabajo, puede juzgar por sí mismo, si le parece...

Y abrió la verja, por donde entró Le Sarroix, encarnado de felicidad y quizá también de vergüenza.

Sin escuchar al potero, contemplaba su ventana y se encaminaba hacia ella. La prudencia hízole disimular su interés y le inspiró una estratagema de que se sintió orgulloso.

– ¡Qué precioso hotelito!... Estilo Luis XIII, ¿no es así? Dígame usted: ¿querría alquilármele su amo de usted? ¿Cuánto renta?... ¡Oh! ¡Qué linda marquesina... y esas glicinas alrededor de las ventanas!...

El comandante tocaba una de éstas, la que le preocupaba y que estaba abierta; y crispadas las manos sobre la barra de apoyo, devoraba con la mirada el interior... Entonces un proveedor, cansado de llamar con la campanilla, lo hizo á voces. El portero acudió, y al antiguo militar no le pareció conveniente excitar sospechas en aquél y salió en su compañía. Fuéle preciso arrancarse á su encanto, y preocupado, casi sin oir lo que le decía el portero, se plantó en la calle, llevando en sí la obsesión más fuerte, más exacta de aquella pieza vacía cuyas paredes acababa de tocar.

Vuelto á su casa, el retirado no pudo comer, ni leer, ni ocuparse de sus armas. Por la noche durmió mal, y á la mañana siguiente á las nueve estaba frente á la verja.

– ¡Ah! Caballero, no hay necesidad de insistir, le dijo el portero. M. Venot no quiere alquilar su hotel...

– ¿Lo cree usted así?, balbució el comandante desazonado. ¡Ah! ¡Dios mío!, repuso, tomando una resolución repentina. Voy, amigo mío, á decir á usted lo que me ha impresionado, lo que me ha obligado á fijarme en esta casa y por consiguiente á desearla.

Y luego, señalando con la mano, prosiguió:

– Es esto, vea usted...

Y al mostrar la ventana, hizo al portero que le siguiera y le habló por lo bajo. Sus dedos, metidos en el bolsillo, acariciaban una moneda de veinte francos, que no sabía cómo ofrecer á aquél. Estaba de color de escarlata, y el sudor inundaba su frente.

Mas el portero no le dejó acabar.

– En cuanto á eso, ¡nunca, nunca! La madre de M. Venot ha muerto ahí el invierno pasado, y su hijo me ha prohibido dejar entrar á nadie, excepto á mi mujer, que fué doncella de la difunta. Ella tiene la llave y sólo entra para airear la habitación, en donde nada se ha variado, absolutamente nada. Si resucitase la anciana señora, aún encontraría su tapicería intacta, así como también el braserillo en el mismo sitio... No, no, no quiero exponerme á perder mi colocación.

– Pero usted mismo, tartamudeó Le Sarroix, usted mismo podría...

El portero movió la cabeza, y como si le hubieran asustado las miradas que el retirado lanzaba al interior de la pieza, cerró bruscamente las persianas.

El antiguo mayor se fué, siempre con el luis entre los dedos, sin decir una palabra y con la cabeza baja.

Cuando entró en su casa, Victorina en tono irónico le preguntó si estaba enfermo: su amo no se había quitado la levita ni tomado sus zapatillas. Le sirvió la comida, que el retirado no probó; y como aquélla insistiese en su pregunta, vejada en su amor propio y orgullosa del rumpsteak que había confec-

cionado, Le Sarroix se encolerizó, siendo grosero por la primera vez en su vida

La sirvienta, admirada y ofendida, no se mordió la lengua y acabó por poner sobre la mesa el libro de sus cuentas, diciendo á su amo que la arreglara la suya, pues no quería servir en casas de locos.

Le Sarroix se levantó furioso, pero vió su imagen en el espejo: sus ojos extraviados, su aspecto amenazador, y volvió á sentarse ó más bien á dejarse caer en la silla.

Durante un minuto permaneció con la cabeza entre las manos; después dijo sin levantar los ojos:

– Perdón, Victorina, he faltado... dispens... (la palabra no quería salir); dispénseme usted, exclamó al cabo, con el semblante apoplético, y mientras la criada recogía lo que por sus salarios le correspondía, corrió á encerrarse en su habitación.

Apoyada la cabeza en el diván, despechugado, con la boca seca, murmuraba palabras inconexas.

No, no estaba loco... esa mujer no podrá saber... Un loco no podría discurrir como él discurría, no tendría como él la conciencia del estado en que se hallaba: la conciencia de su impotencia. Porque él luchaba y un loco no lo hace... Verdaderamente, sería mejor que estuviese loco: no sentiría aquella angustia, aquel sufrimiento moral que desde algunos días le sumía á cada momento en la desesperación.

En aquel mismo instante, ¿no se avergonzaba de la idea que le atormentaba?

¿Por qué ahora su fuerza de voluntad hacíale traición todas las mañanas? ¿Para qué delante de sus ojos se presentaba siempre aquella ventana, aquella pieza desocupada y casi constantemente abierta?

Era oficial de la Legión de honor, jefe del ejército francés, oficial superior, toda su vida había sido rectilínea... ¡Oh, sí, rectilínea... rectilínea... la línea derecha, derecha, ab-so-lu-ta-mente derecha!... y he aquí que ahora soñaba con cometer una acción vergonzosa: ¡él, Juan Le Sarroix; él, mayor del ejército!

El infeliz sentía su voluntad desfallecida y su inteligencia desequilibrada... ¿Y las consecuencias? Después de haberse llegado á tan bajo como á humillarse ante su criada, el portero y la criada parecía, como que le abofeteaban con la idea de un crimen.

¡Un crimen!

¡Ah! ¡Sí, sería un crimen!

El comandante, muy pálido, se levantó violentamente del diván.

«¡Nunca!», exclamó.

¡No, jamás! Iba á huir, á distraerse, á permanecer al lado de su hermana, á mudarse de casa si era preciso.

– Victorina, me voy.

No volvió á parecer por su casa hasta pasados tres días. Para quedarse en la de su hermana había fingido una enfermedad; pero no se había atrevido á pedirle continuar en su compañía. El cobro de su pensión se aproximaba... Entonces podría mudar de casa, y después... Enfurecido, se resistía á confesárselo á sí propio. Desde la primera tarde de su descubrimiento atraíale invenciblemente la calle de Bolonia. ¡Ver aquella casa, la ventana!... Pasaría de prisa.

Victorina le encontró más delgado, más viejo: había sufrido.

Sin embargo, no dió aviso de que dejaba la habitación, y descuidó ocuparse de su futuro alojamiento. Habíale vuelto su fascinación por la maldita casa, la ventana y la pieza deshabitada. Luchó aún algunos días: no salía ó salía en coche, expiando sus momentáneas victorias con una angustia más cruel al siguiente día.

Diseñábase en él una cosa que no acertaba á explicarse, según se decía hablando solo; una cosa que exigía una pronta expansión: era un deseo intenso, apasionado, una titilación de su voluntad vacilante, una irresistible necesidad que satisfacer. ¡Oh! ¡Sí! Atravesar la verja, correr, llegar á aquella ventana, saltar á ella, encontrarse en aquella pieza...

Le Sarroix no terminaba sus reflexiones. Metía la cabeza en su jofaina llena de agua ó pedía un baño de pies muy caliente. Sentía su idea hervir en su cabeza. A haber sido posible hubiera salido inmediatamente para ponerla en ejecución. ¡Cuán dichoso sería después! ¡Con qué placer respiraría!

Mientras tanto, pasaba ocho ó diez veces al día por la calle, con aspecto indiferente, pero acechando constantemente la casa que se veía en el fondo del jardín.

Un domingo por la mañana, á tiempo de almorzar, se levantó de la mesa impulsado por una fuerza desconocida: era preciso que viera inmediatamente la ventana. Llovía á cántaros y esperó un momento. Por fin se lanzó á la calle, que estaba desierta y como barrida por el temporal y además por ser la hora del almuerzo. Como dudara todavía en seguir adelante, por lo correcto que era y cuidadoso de la higiene, mucho más habiendo olvidado su impermeable, detúvose un momento, durante el cual vió pasar al portero de M. Venot dando el brazo á su mujer, vestidos ambos de veinticinco alfileres y con aspecto de ir á alguna fiesta. El comandante viólos atravesar el arroyo, cobijados bajo el paraguas, entrarse por la calle Blanca y perderse de vista. Sintió latirle violentamente el corazón y extraviársele el pensamiento.

«¿Quién había quedado al cuidado de la casa?»

Con un movimiento maquinal quitóse su roseta, y luego de un brinco se echó á la calle á pesar del chaparrón que caía. Encontró la verja entreabierta; entró, corrió, hallóse delante de la ventana; tiró de las cuerdas de las persianas, que se levantaron en seguida; encaramóse sobre el alféizar, y por último, con la cabeza descubierta y chorreando agua, se dejó caer dentro de la habitación...

Al levantarse oyó voces de «¡Ladrones! ¡Ladrones!»

No oyó más, nada más que el ruido de la verja que se cerraba violenta y estrepitosamente; y el flujo y reflujo de su sangre golpeándole las sienes y haciéndole zumbar los oídos.

Guarecidos del chaparrón en el portal frontero, había dos individuos de orden público, que atraídos por las voces, penetraron inmediatamente en la casa, y cogieron al comandante por el cuello.

Intentó hablar, defenderse; pero sus ojos se fijaron en su solapa, de donde faltaba la roseta.

Su roseta, ¿quién se la había quitado?... ¡Basta, Dios mío, basta!.. Y no acordándose de nada, enloquecido, con la vista extraviada, perdido de barro y en estado lamentable, dejóse conducir á la Prevención. Afortunadamente la calle estaba desierta y sólo le siguió un pilluelo.

III

– Robo presunto; información sobre el estado mental... ¿Persiste usted en no querer responder?, dijo el juez, tirando sobre la mesa el proceso verbal que le había remitido el comisario de policía.

El comandante Le Sarroix quiso hablar, aunque tartamudeando, pero sólo consiguió proferir palabras incoherentes. Inundados los ojos de lagrimones, miraba incesantemente á la solapa sin su roseta.

En el depósito, encerrado en su celda, había encontrado su perdida condecoración. La oprimía en su mano, que tenía metida en el bolsillo, hasta el punto de incrustarse en la palma el botón; pues en medio del naufragio de sus ideas, sobrenadaba la de querer ocultar aquel distintivo á toda costa, y á veces la tentación de ponérselo, de rehabilitarse, de lavar su pecho y levantar erguida la frente; pero resistía humillado é indignado al mismo tiempo.

Le obligarían á identificar su persona, tomarían declaración á sus camaradas de ejército, á su hermana... Esta vendría á visitarle al depósito... Le verían en poder de la policía... ¡Oh! ¡Jamás!

Y cada vez más exaltado contemplaba su traje sucio, sus puños arrugados y el barro que le salpicaba, mientras el magistrado escribía. ¡Verse él así; él, tan correcto, tan respetuoso de todas las higienes!

Lo que más le desesperaba era el verse con la cabeza descubierta; su sombrero se había quedado en la funesta casa, al otro lado de la ventana, caído en el suelo... ¡Oh! ¡Qué limpios son estos guardias de orden público; qué bien cepillados y apuestos!

Desgraciadamente un municipal insensible á esta admiración se le llevó, y Le Sarroix se vió pocos momentos después dentro de la enfermería del depósito. Pero en fin, allí pudo lavarse, cepillarse y volver á ser hombre. Sus ojos volvieron á adquirir claridad. Contuvo sus sollozos, enderezó el cuerpo, y con la razón recobrada surgió en su mente una esperanza; y cuando salió del *Water-Closet*, se atrevió á ponerse por segunda vez su roseta.

– ¡Cómo es esto!, exclamó una hora después el médico alienista, encargado de reconocerle. ¡Es usted, mi comandante!

El retirado sollozaba.

¡Todo había ya concluído! La fatalidad hacía presa en él; aquel médico solía ser todas las tardes compañero suyo en la partida de *whist*. Sólo faltaba hacer avisar á su hermana y convocar á sus amigos del café del Helder, al comité de la *Sociedad de antiguos oficiales* y á toda la calle de Bolonia.

¡Haber sido reconocido!

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!, exclamó dejándose caer en un sillón.

– ¡Vamos, Sr. Le Sarroix, tenga usted ánimo! El médico se apresuró á tomarle el pulso y á hacerle oler un frasco de sales.

– ¡Vaya!, esto va mejor. Ahora cuénteme usted... ¡Oh, sí, lo contará, es preciso que cuente su historia. Esto le servirá de desahogo; y luego podrá morir.

En seguida, una vez lanzada la piedra, lo dijo todo, su obsesión, sus luchas y de qué modo había cometido el... delito.

– Ahora, dijo cuando hubo concluído de hablar, y más bajo todavía, que hagan de mí lo que quieran. ¿No es hoy día de Santa Ana?

– Calle usted, comandante, replicó el doctor, que desde hacía un rato estaba escribiendo. Dentro de cinco minutos estará usted en libertad; el tiempo preciso para poner cuatro letras.

Las cuatro letras fueron algunas más.

La pluma corría, y el doctor, mascullando las palabras inconscientemente, leía alto á tiempo que escribía, á fin de concluir más pronto:

«Locura degenerada, forma maníaca sencilla... Herencia marcada; abuelo alcohólico, muerto en los Inválidos; padre anémico, espíritu débil; madre muerta de parálisis; hermanos más ó menos dementes...»

Cuando hubo acabado, exclamó agitando el papel:

– Ya está. Pronto le pondrán en libertad.

El comandante Le Sarroix estaba radiante de alegría.

Aproximóse á la mesa de despacho, tendió la mano al doctor, dejó escapar un «¡gracias!» lleno de efusión, y luego repuso en su tono habitual:

– Hay que echarle polvos para que se seque.

Y tomando tranquilamente la salbadera, alargósela á su salvador.

El médico echó polvos al escrito, fresco todavía, sonriendo de un modo particular.

Una hora después, habiéndose recibido la orden de libertad, el alienista acompañó hasta la puerta al comandante.

– A propósito, le dijo cuando le dejó instalado en un coche de plaza, conviene que se cuide usted, se distraiga y se mude de barrio.

– Voy á vivir á casa de mi hermana, mientras trasladan mis muebles.



– Está bien; pero es preciso no recaer. Yo en lugar de usted viajaría, para evitar el volver á pasar por la calle de Bolonia; porque en fin, querido amigo, si el caso de usted ha presentado todos los síndromas clásicos, como son: obsesión, impulso é irresistibilidad, conciencia completa de su estado y angustia concomitente, falta... falta el sexto carácter; indispensable á la historia de la... de la... leve monomanía de usted; esto es, la *satisfacción consecutiva*.

Y diciendo así, examinaba con fijeza los ojos del enfermo, esperando un arranque por parte de éste; pero Le Sarroix sólo manifestó una sonrisa placentera, que salía del fondo de su corazón dilatado por la felicidad.

– No, querido doctor, no tema usted nada, dijo, esto se ha acabado. No volveré á pasar por la calle de Bolonia, pero sólo por amor propio, pues no temo una recaída. La he tenido pasajera, muy pasajera; mas he conseguido esa satisfacción consecutiva. Cuando han acudido los agentes, el golpe estaba dado: había ya puesto el cuadro derecho al lado del espejo. Derecho, ¿comprende usted?; ¡ri-gu-ro-sa-mente, geo-mé-tri-ca-mente derecho!

Traducido por F. Moreno Godino

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA SIN APARATOS

LA DILATACIÓN DE LOS CUERPOS MALOS CONDUCTORES DEL CALOR

Vamos á explicar un experimento de física sin aparatos verdaderamente original, pero más original aún



Dilatación de los cuerpos malos conductores del calórico

es la descripción que de él hace el *Scientific American*, de donde lo tomamos.

«Ctesibius dice á su discípulo:

– Herón, ¿quiere usted un vaso de soda? (agua de Seltz).

– Como usted quiera, contesta Herón.

En vista de esta respuesta, Ctesibius saca una botella de vidrio de extraña forma, con un fondo cónico grueso y que contiene un líquido que se dice ser agua de Seltz.

– Aquí está la soda, Herón; ahora es preciso beberla sin quitar ni agujerear el tapón y sin romper el cuello de la botella.

Herón rascóse la cabeza, y dando vueltas entre sus manos á la botella, respondió:

– Ya sabe usted que soy fuerte en matemáticas, en mecánica, en pneumática y en hidráulica; mas á pesar de todo esto, no encuentro solución al problema.

– Calor, dilatación desigual, exclamó Ctesibius con impaciencia.

Herón, que era un alumno inteligente, no necesitó más explicaciones, y encendiendo una bujía aproximóla al extremo cónico de la botella, cuyo fondo en menos de un minuto cedió, rompiéndose en forma circular, y empujada por la presión interior desprendióse, dando paso á un chorro del agua de Seltz que contenía.»

El grabado que publicamos indica el modo de efectuar el experimento.

***

LOS AUTÓMATAS (1)

LA OBRA DE ROBERTO HOUDÍN

El inventor más fecundo en punto á autómatas es indudablemente Roberto Houdín, todas cuyas creaciones llevan un sello de originalidad indiscutible, y han sido en su mayoría copiadas una y cien veces, lo cual es la mejor prueba del éxito y de la justa nombradía que alcanzaron. Esta popularidad adquirida por el hábil mecánico y la importancia de su obra bien merecen que se le dedique un capítulo especial.

En nuestro anterior artículo dijimos que había reparado la mayor parte de los autómatas conocidos; dejando, pues, á un lado estas piezas, vamos á describir sus principales creaciones personales.

Una de las más notables y menos conocidas es el escribiente dibujante. Hemos tenido la suerte de examinar un dibujo ejecutado por el mismo Roberto Houdín para la construcción de esta pieza. El autómata representa á un marquesito vestido á la Luis XV y sentado delante de una mesa del mismo estilo con un tintero, sostenido todo por un delgado pedestal.

El escribiente dibujante respondía por escrito á cierto número de preguntas inscritas en unas pequeñas tablas: bastaba introducir la pregunta en un cajón y colocar una hoja de papel sobre la mesita; en seguida el personaje mojaba la pluma en el tintero y escribía ó dibujaba. Si se le preguntaba quién era su creador, contestaba: «Roberto Houdín,» y á las preguntas de cuáles eran el más veleidoso y el más fiel, respondía dibujando una mariposa y una perra lebrela. Por este autómata extraordinario M. Giroux, en 1840, pagó anticipadamente y sólo ateniéndose á la descripción 5.000 pesetas; ignoramos lo que ha sido de él. Roberto Houdín refiere que se vió obligado á aislarse por espacio de un año para construir esta obra maestra y que hubo de esculpir él mismo la cabeza, pues el escultor no acertó á dar á ésta la expresión que él había imaginado. Para ello, y como no sabía modelar ni esculpir, tuvo la paciencia de colocarse delante de un espejo y de ir copiando y modelando los rasgos de su propia fisonomía, de tal suerte que cuando la obra estuvo terminada resultó ser el retrato del autor.

Otro autómata muy curioso es el pastelero del Palais Royal (fig. 1) que salía de su tienda trayendo lo que se le pedía, volvía á entrar en ella y volvía á salir trayendo la vuelta de la moneda que se le había confiado. Esta obra mecánica, como otras muchas de Roberto Houdín, era automática y además recibía secretamente ciertos impulsos del prestidigitador.

Construyó también algunos autómatas acróbatas, entre los cuales citaremos los dos autómatas Auriol y Debureau que ejecutaban juntos varios ejercicios, terminados los cuales, el primero fumaba y el segundo tocaba el flageolé; otro que bailaba sobre una cuerda, y otro (fig. 2) que lucía sus habilidades en el trapecio, saltando luego al suelo para demostrar que se movía por sí solo, puesto que estaba completamente aislado del aparato.

Algunas piezas mecánicas, entre ellas el pastelero antes citado, fueron concebidas y ejecutadas para ser presentadas en el teatro y como complemento de experimentos de prestidigitación: uno de estos autómatas destinados especialmente á la escena representaba á un hombrecito que salía de un huevo y adivinaba los naipes escogidos; otro construído para el mismo destino consistía en un naranjo florido que se cubría de hojas y frutos, los cuales se abrían mostrando en su interior los objetos que el hábil prestidigitador había pedido prestados á los espectadores.

Merece también citarse el escamoteador chino, cuyo dibujo original de Roberto Houdín hemos tenido ocasión de ver. Figuraba este autómata un chino de fantasía, como los que en el siglo XVIII dibujaba Pillernent, colocado detrás de una mesa cubierta con un gran tapete y encima de la cual se veían varios cubiletes, idea que ha sido reproducida luego muchas veces con más ó menos éxito. Este escamoteador levantaba los cubiletes, y los objetos debajo de ellos colocados se convertían en dados, en bolas de diferentes colores y luego desaparecían por completo. Roberto Houdín, cuya imaginación era inagotable, construyó además para sus experimentos de prestidigitación un autómata que representaba á un soldado francés (fig. 3) que apuntaba su fusil y á la voz de mando lo disparaba; el pájaro cantor, que tanto se ha reproducido después, etc., etc.

Es conveniente hacer constar que ninguna de estas piezas mide más de 30 ó 40 centímetros de altura, lo que aumenta la dificultad de unos mecanismos que comunican á las figuras, no sacudidas, sino movimientos que les dan la apariencia de la vida real.

Roberto Houdín inventó también una porción de ingeniosas combinaciones que no son autómatas propiamente dichos, y entre las cuales citaremos: un reloj misterioso cuyas agujas marcaban en un disco de cristal la hora que quería el espectador; otro reloj análogo al anterior, compuesto de una esfera y un pie de cristal, que anda perfectamente sin causa aparente, y el eslabón despertador que ha dado posteriormente origen á una porción de objetos destinados al mismo uso. Asimismo hizo numerosas aplicaciones de la electricidad, en su tiempo poco conocida; pero ocuparnos de esto nos alejaría de nuestro propósito.

Cuando abandonó su teatro dejó comenzados una porción de autómatas, de los que algunos, entre ellos otro escribiente dibujante, han quedado sin terminar, y otros han sido terminados por su primogénito, que ha logrado merecida reputación como relojero.

Hemos llamado nuevamente la atención sobre el maestro en mecánica recreativa porque nos ha parecido interesante recordar su obra extraordinaria á los que sólo de oídas la conocen.

El silencio en que durante algunos años han permanecido envueltos los autómatas se debe, no á que el público haya mostrado desvío hacia este género de curiosidades, sino á que no había surgido ningún inventor que en él produzca obras nuevas y originales.

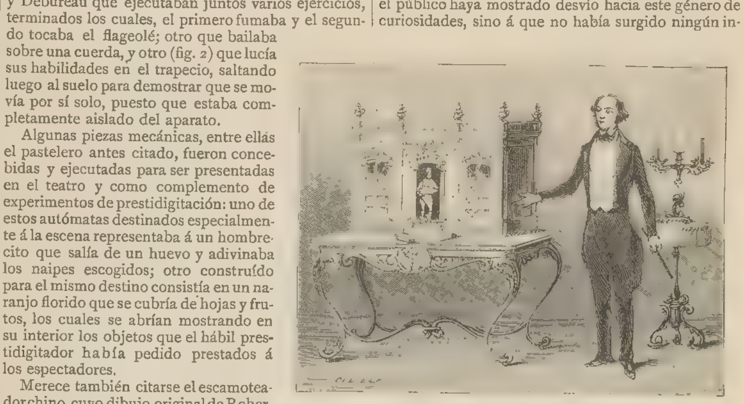


Fig. 1. El pastelero, autómata de Roberto Houdín

Ya veremos, cuando estudiemos los autómatas modernos, que el número de estos inventores es considerable y que nunca faltan compradores para objetos variados é interesantes.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)



Fig. 2. El gimnasta, autómata de Roberto Houdín



Fig. 3. El guardia francés, autómata de Roberto Houdín

(1) Véase el número 505 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

¡MISERICORDIA! *Novela española por M. Martínez Barrionuevo.* – Este conocido y fecundo escritor ha aumentado el ya largo catálogo de sus obras con la novela cuyo título encabeza estas líneas. Como todas las suyas, esta novela es genuinamente española, no sólo por el asunto, por los personajes y por las circunstancias de lugar, sino por su factura, apartada por completo de las tendencias hacia un realismo exagerado que de algún tiempo á esta parte nos ha venido de allende el Pirineo. Quizás alguien tache la nueva producción del Sr. Barrionuevo de sobradamente idealista; pero esto, á nuestro modo de ver, no es ni mucho menos un defecto, cuando el escritor sabe, dentro de la escuela en que milita, responder á los altos fines de la literatura. *¡Misericordia!* los llena perfectamente: su acción es interesante y está bien conducida, pues la aparente confusión que algunas veces se nota en su primera mitad, explícasela cumplidamente el lector á medida que se aproxima el desenlace; sus personajes están bien dibujados, sobresaliendo entre ellos la protagonista y el criado Pequillas, y hay en la novela capítulos que descubren la mano de un experto escritor, como sucede por ejemplo con la hermosa descripción de la batalla de Alcolea.

¡Misericordia! forma un tomo de cerca de 400 páginas y lleva una bonita portada; ha sido editada por don Inocente López y se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

***

UN DISCURSO, *por «Clarín» (Leopoldo Alas).* – Formando parte de la colección de *Folletos literarios* de D. Leopoldo Alas, que publica el conocido editor de Madrid D. Fernando Fe, se ha puesto á la venta el por muchos conceptos notabilísimo discurso que con motivo de la apertura del curso académico pronunció el sabio catedrático de la Universidad de Oviedo. Ocúpase en él el Sr. Alas de la pedagogía moderna, combatiendo con poderosos argumentos y con una riqueza de datos, que revela una vez más la prodigiosa erudición de su autor, los sistemas exclusivistas, las exageraciones del utilitarismo, del nacionalismo y del afán de innovaciones por el solo prurito de echar abajo todo lo antiguo sin tener en cuenta que «no somos más que un eslabón de una cadena que no sabemos ni dónde empieza ni dónde acaba.» Nos extenderíamos demasiado si hubiésemos de señalar todas las excelencias del discurso, pero no podemos resistir á la tentación de terminar reproduciendo algo de lo que dice el Sr. Alas al hablar de la enseñanza religiosa, que defiende con la convicción de un verdadero creyente: «quien no está con Dios está sin Dios; la enseñanza que no es deísta es atea;» «los hijos que se educan en la duda de Dios se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.» Y en este punto el voto del autor es de calidad, porque nadie dirá que el ilustre catedrático Sr. Alas ni el celebrado escritor y profundo crítico *Clarín* pequen de fanáticos ni mucho menos.

Véndese el folleto en las principales librerías al precio de una peseta.



IDILIO DE AMOR, cuadro de Modesto Faustini

***

NOVELAS CORTAS, *por Luis Cánovas.* – El tomo 54 de la *Biblioteca Selecta* que publica en Valencia el editor D. Pascual Aguilar, es una colección de novelitas interesantes debidas á la elegante y castiza pluma de D. Luis Cánovas, á quien conocen ya los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por haberse publicado no hace mucho tiempo un primoroso artículo suyo titulado *El do de pecho*, que forma también parte del tomo en que nos ocupamos.

Véndese éste al precio de dos reales en las principales librerías y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

CAUSAS DE LA CEGUERA Y MODO DE EVITARLAS, *por D. Angel Fernández Caro.* – El actual vicepresidente de la Sociedad Española de Higiene pronunció hace dos años ante esta Sociedad la conferencia que recientemente impresa ofrece al público. El tema es interesante y está concienzudamente desarrollado, por lo que merece leerse el folleto, al que acompaña un cuadro gráfico de causas de ceguera comprobadas por el D. Magnus en 2.528 casos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 30 de noviembre de 1891 — Núm. 518

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada

LA GUERRA CIVIL EN CHILE

La importancia de los sucesos recientemente acaecidos en Chile nos ha movido á consagrarles el presente número, creyendo que habrá de ser grato é interesante para nuestros suscriptores conocer detalladamente el curso y los episodios de una lucha terminada con el triunfo de la causa de la libertad y de la Constitución.

En nuestra tarea nos han auxiliado eficazmente el ilustre jurisconsulto chileno, promotor fiscal en la capital de aquella República, socio correspondiente de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia, etc., etc., D. Robustiano Vera, y los Sres. D. José Mariscal, de Santiago, y D. B. Bustos Sánchez, de Chillán. Al primero debemos el notable trabajo en que con sobrio lenguaje é imparcial juicio se describe el curso detallado del movimiento nacional contra el dictador Balmaceda, y á los dos últimos interesantes fotografías que nos han servido para ilustrar este número y que reproducen personajes, hechos, detalles y episodios de aquella contienda.

A todos enviamos la expresión de nuestra gratitud más profunda por tan señalado servicio, que no dudamos será de gran estima para nuestros suscriptores.



LA JUNTA DE GOBIERNO CONSTITUCIONAL

1. Coronel Estanislao del Canto, comandante en jefe del ejército constitucional. – 2. D. Joaquín Walker Martínez, ministro de Justicia y Hacienda. – 3. D. Manuel J. Irarrazabal, ministro del Interior. – 4. D. Isidoro Errázuriz, ministro de Relaciones exteriores
5. General D. Gregorio Urrutia, intendente y comandante general de armas de la provincia de Tarapacá. – 6. Coronel D. Adolfo Holley, ministro de la Guerra
7. D. Ubaldo Silva, presidente de la Cámara de senadores
8. D. Jorge Montt, jefe de la escuadra y presidente de la Junta de Gobierno provisional. – 9. D. Ramón Barros Luco, presidente de la Cámara de diputados

CHILE

CAUSAS Y DESARROLLO DE LA REVOLUCIÓN QUE ESTALLÓ EL 7 DE ENERO DE 1891

I

Tres son los poderes en que delega su soberanía el pueblo de Chile, poderes independientes y cada uno de los cuales obra dentro de una esfera propia de acción.

El poder administrativo, delegado en el presidente de la República, al cual auxilian los ministros del despacho, intendentes de provincia, gobernadores de departamento y demás agentes de su autoridad.

El poder legislativo, que reside en el Congreso nacional, compuesto de dos Cámaras, tituladas de diputados una y de senadores otra. Los miembros del Congreso se eligen por el pueblo y representan por consiguiente á sus electores.

El poder judicial, finalmente, es el encargado de administrar justicia, y se elige en la forma que determina la Constitución del Estado.

II

Corresponde al Congreso la formación de las leyes que rigen al Estado, y entre éstas la que autoriza cada diez y ocho meses el cobro de las contribuciones, el presupuesto anual de los gastos de la nación y la que fija y autoriza el mantenimiento de la fuerza pública de mar y tierra. La facultad de censurar los actos del ejecutivo y aprobar ó reprobar sus procedimientos, aunque no reconocida expresamente en la Constitución del Estado, se desprende de la misma naturaleza de sus facultades y ha sido constantemente ejercitada durante más de medio siglo de vida parlamentaria sin observación de ningún género.


Campo de batalla de Colmo. – Vista tomada desde las posiciones de las tropas congresistas á orillas del río Aconcagua

El gobierno del Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda entraba al quinto y postrer año de su administración en abierta pugna con el Congreso.

El Congreso celebra cada año una sesión ordinaria, que se abre el 1.° de junio y se cierra el 30 de septiembre, no pudiendo, fuera de este período, funcionar en sesión extraordinaria sin previa convocación del presidente de la República, el cual determina taxativamente las materias de que debe ocuparse.

Descubierto por los partidos el conato de Balmaceda para dejar en la presidencia á un político de obscuros antecedentes y de dudosa filiación política, se unieron en estrecha coalición, y en los primeros días de junio de 1890, ambas Cámaras, por abrumadora mayoría y tras ruidosos debates, censuraron al Gabinete que encarnaba la política de intervención, declarándolo indigno de la confianza del Congreso. El Gabinete, rompiendo con todas las tradiciones parlamentarias del país, no presentó su renuncia, declaró que mientras tuviera la confianza del presidente de la República no abandonaría su puesto, y días después en una nota altanera manifestó su resolución de no presentarse al Congreso á contestar una interpelación pendiente sobre inversión de fondos públicos.

Este reto audaz alarmó, no ya á los partidos únicamente, sino al país entero, que vió la persistencia de un plan liberticida y de una política de coacción electoral dirigida por un Gabinete inescrupuloso, compuesto de advenedizos á cuya cabeza estaba el mismo candidato oficial.

El Congreso opuso á la petulancia del ministerio una resistencia tenaz y respetuosa, en la cual lo acompañaba el aplauso de toda la prensa y la opinión del pueblo, que día por día esperaba á los representantes á la salida del Congreso para llevarlos en triunfo á sus habitaciones.

Entretanto y como único medio de coacción que tenía en sus manos para llamar al jefe del Estado al camino del deber, acordó aplazar la discusión de las leyes de presupuestos, de contribuciones y la que fija la fuerza de mar y tierra.

Venció primero la ley de contribuciones, y no estando aprobado su cobro, el país estuvo durante quince días en un total desquiciamiento: paralizados los servicios de correos y telégrafos, entorpecida la administración de justicia, cerradas las aduanas, todo parecía correr á una rápida desorganización.

Alarmado Balmaceda, cedió por un instante y llamó un ministerio parlamentario; mas apenas aprobada la ley que por un instante pareció entorpecer sus planes, sin causa alguna aparente arrojó al ministerio que había obtenido su aprobación y llamó nuevamente á sus amigos y á su círculo de políticos complacientes.

Esta conducta artera é imprudente indignó á lo que había de serio en el país y no hizo más que ahondar, si era posible, el abismo que separaba á ambos poderes.

VALPARAISO

Viña del Mar

Quilpué

Placilla

Colmo

Las Tablas

Las Palmas?

CROQUIS DEL DESEMBARCO Y OPERACIONES DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONAL HASTA LA OCUPACIÓN DE VALPARAÍSO

A. Lugar del desembarco de las tropas constitucionales.
---------- La línea de puntos indica el camino seguido por el ejército constitucional hasta su llegada á Valparaíso.
Las líneas de cuadrados indican las posiciones de los ejércitos constitucional y dictatorial en las batallas de Colmo y Placilla.
B y C. Línea férrea.

Para acallar la voz del Congreso, que durante el Gabinete anterior había sido convocado á sesiones extraordinarias, ese mismo día lo declaró clausurado por medio de una nota tan altanera como lacónica, no obstante de no haberse alcanzado á aprobar las leyes de presupuestos y la que fija las fuerzas de mar y tierra.

Entretanto, el tiempo avanzaba y el Gabinete se acercaba cada día más á la dictadura. Se removían los empleados públicos más íntegros para colocar en su lugar á obscuros aventureros que no tenían más mérito que su adhesión servil al gobierno; se nombraba intendentes de las principales provincias de la

República á militares que se habían distinguido por sus atropellos y violencias; se coartaba el derecho de reunión; los caudillos de la oposición eran acechados por asesinos que obraban en conivencia con la policía, y finalmente, al salir de una reunión que celebraba el partido conservador, cae muerto en la calle, víctima de un pistoletazo disparado por la policía, Isidro Ossa, casi un niño, que pertenecía á una de las familias más distinguidas del país.

La indignación estalló intensa y sorda. Cuarenta mil ciudadanos, confundidos el senador y el artesano, el banquero y el plebeyo, llevaron al cementerio el cadáver del mártir con religioso sentimiento y silencio imponente, turbado únicamente por el aparato militar desplegado ese día por Balmaceda.

La comisión conservadora que funciona en receso del Congreso, pero cuyas facultades son meramente inspectivas, creyó llegado el caso de reunirse para advertir al presidente de la República que no estando aprobadas las leyes de presupuestos y estando por caducar las vigentes, era de imprescindible necesidad conovocar al Congreso á sesiones extraordinarias. El presidente se limitó á acusar recibo de la comunicación. Insistió en su petición la comisión conservadora, y volvió el presidente á contestar que había recibido la nota de tal fecha. Era, pues, evidente su propósito de resistir al Congreso aun cuando para ello fuera necesario violar la Constitución.



Artillería del Gobierno dominando la llanura de Placilla por donde avanzaban las tropas congresistas

En esta situación llega el 1.° de enero de 1891 y por un simple decreto declara el presidente subsistentes el ejército y la armada y vigentes los presupuestos del año anterior. La dictadura quedaba declarada, el país en plena revolución y Balmaceda fuera de la ley.

Se nota en el ejército algunos actos de insubordinación; se aprisiona á los supuestos sediciosos; ocurren éstos pidiendo protección á la Corte Suprema de Justicia, y el más alto tribunal de la República, de cuya integridad jamás se ha dudado, declara que no existe delito alguno desde el momento que no existe ejército. Al día siguiente al llegar los magistrados al tribunal son dispersados á viva fuerza y arrojados de la sala en que funcionan.

Ambas Cámaras en notable mayoría se reunen privadamente y acuerdan:

1.° Que el presidente de la República D. José Manuel Balmaceda estaba absolutamente imposibilitado para continuar en el ejercicio de su cargo, y en consecuencia que cesaba en él desde ese día.

2.° Que estaban igualmente imposibilitados para reemplazarlo en su cargo sus ministros del despacho y los consejeros de Estado, que han sido sus cómplices en los atentados contra el orden constitucional.

Y en consecuencia, que designaban á D. Jorge Montt para que coadjuvase á la acción del Congreso á fin de restablecer el imperio de la Constitución.

III

En la madrugada del 7 de enero, el vicepresidente del Senado D. Ubaldo Silva y el presidente de la Cámara de diputados D. Ramón Barros y varios otros diputados, entre ellos el prestigioso chileno y gran orador D. Isidoro Errázuriz, se fueron á la escuadra, y en nombre del Congreso, que representa al pueblo soberano, hicieron saber á D. Jorge Montt la resolución antes tomada.

Este aceptó la designación que se le hacía para la organización de una división naval que quedaría bajo sus órdenes para cumplir las disposiciones que se adoptaron por los delegados del Congreso Nacional.

Esta resolución se dió en la orden del día para que llegase á conocimiento de los señores jefes, oficiales y marinería de la división naval.

A las siete de la mañana del día siguiente se supo en Valparaíso la sublevación de la escuadra bajo las órdenes del capitán de navío D. Jorge Montt.

El presidente Balmaceda dictó el mismo día 7 un decreto cuya parte dispositiva dice así:

«He acordado y decreto:

»Desde esta fecha asumo el ejercicio de todo el poder público necesario para la administración y gobierno del Estado y el mantenimiento del orden interior, y en consecuencia quedan suspendidas por ahora las leyes que embaracen el uso de las facultades que fuesen menester para asegurar el orden y la tranquilidad interna del Estado y su seguridad exterior.»

El Sr. Balmaceda por medio de este simple decreto se hizo dictador.

La Constitución del Estado no le daba esta facultad que se abrogó sin precedente alguno en la historia.

Suprimidas así todas las leyes, principió por aprisionar á todos los ciudadanos que él creyó ó que se le denunciaban como partidarios del Congreso. Otros se escondieron y no pocos salieron fuera del país.

Los presos, entre los cuales había personas particulares ó que gozaban de fuero por sus cargos y aun militares, acudieron á los tribunales de justicia. Estos prestaron su protección y declararon que no existía ejército. Balmaceda cerró los tribunales de justicia y no dejó que funcionaran.

Por último, siendo el poder judicial inamovible, él separó á los que quiso y procedió á nombrar otros de su agrado, faltando á las reglas establecidas para sus nombramientos.

Una tiranía espantosa aterrorizó á toda la República.

El derroche de fondos fué sin límites, y en esto procedió á su antojo, puesto que no podía gastar un sólo céntimo porque no existía ley de presupuestos.

Formó un ejército de más de 40.000 soldados, obligando á los pobres á servir por la fuerza.

Dió grados á todo el mundo y fió su poder en la tropa, pagando á los oficiales y jefes crecidos sueldos.

IV

La escuadra sublevada se dirigió entonces á Coquimbo para proveerse de víveres, carbón, etc., á fin de poder trasladarse á Iquique, una vez que comprendió que ni Santiago ni Valparaíso secundaban su movimiento.

Apoderados de la Serena sólo encuentran allí 250 rifles Gras, y con ellos formaron un cuerpo de igual número de individuos que embarcaron á bordo del *Amazonas*, y unidos á los 200 que había á bordo del *Cachapoal* formaron una pequeña división de 500 soldados.

Mas en esta situación se supo que el coronel Robles, mandado por Balmaceda, había desembarcado por Platillas, lo que hacía imposible todo ataque á Iquique, que contaba ya con 1.500 hombres.

Se atacó entonces á Pisagua, que tenía 340 hombres mandados por el coronel D. Marco A. Valenzuela, lo que se verificó á las cinco de la mañana del día 6 de febrero, amaneciendo allí el *Cochrane*, la *O'Higgnis*, la *Magallanes* y el *Cachapoal*.

La victoria coronó los esfuerzos de la escuadra, quedando en poder de los sublevados 200 prisioneros, incluso el comandante de la plaza coronel Valenzuela y toda su oficialidad.

La expedición se dirigió entonces por tierra á Iquique, pero ya la división contaba 1.200 hombres, inclusos 200 que facilitó la escuadra.

El 15 de febrero salió la fuerza expedicionaria del Alto del Hospicio por la línea férrea que une á Pisagua con Iquique; pero al frente de Dolores, el coronel Robles jefe de las fuerzas de la dictadura, los atacó en las alturas del cerro de San Francisco, y después de tener cien bajas se pronunció la derrota en el enemigo, pereciendo allí Villagrán y Riquelme, logrando algunos pertrechos de guerra de que carecía la fuerza constitucional.

Pero pronto se encuentran con las fuerzas de Ro-



Cabaña destruída por una bomba de la *Esmeralda* durante el bombardeo del fuerte de Viña del Mar

bles, que había recibido recursos de toda clase, y á las tres y media de la tarde del día 17 de febrero se trabó el combate en la oficina de Huaras; pero allí la victoria se pronunció á favor de las fuerzas dictatoriales, que pasaron á cuchillo á los prisioneros y heridos, retirándose las fuerzas al Hospicio para no ser cortadas por la división Gana.

Mas la escuadra, que supo el 16 de febrero que Robles se había dirigido á Iquique, desembarcó su marinería. El intendente de Iquique, Sr. Salinas, se dirigió á un buque inglés y el cuerpo consular entregó la plaza al Sr. Goñi, comandante del *Blanco*.

Al día siguiente, el coronel dictatorial Soto con 400 hombres se presentó para atacar á la marinería que guardaba la ciudad y que no pasaba de cuarenta hombres. El jefe de ella, D. Vicente Merino Jaspa, se encerró en el edificio de la aduana y se batió desde las doce hasta las seis de la tarde, hora en que llegó refuerzo de la escuadra y obligó á capitular á Soto, quedando las tropas constitucionales dueñas del puerto y destruídas la mitad de las fuerzas de Robles.

Se hicieron venir las tropas que la oposición tenía en Pisagua y se concentraron todas en Iquique, marchando contra Robles. En fin de febrero se habían concentrado allí 1.000 hombres; pero ya Robles se había reunido con la división Arrate y luego después con la de Gana.

La oposición acampó en las alturas de Iquique para defenderse en la ciudad apoyados en la escuadra para el caso de una derrota.

Entretanto, el 2 de marzo el *Imperial* había desembarcado en Antofagasta gruesas tropas dictatoriales que pretendían unirse á Robles por Cerro Gordo, es decir, por tierra, lo que hacía necesario atacar á Robles con 1.600 hombres que á duras penas habían formado los constitucionales al mando del coronel Canto.

El 3 de marzo se divisaron las avanzadas de Robles en la pampa denominada El Buitre.

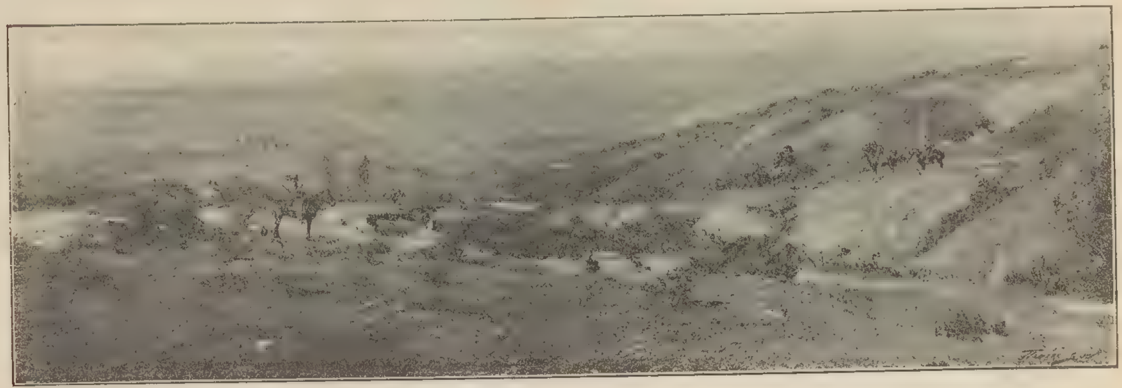
El 7 se dió la orden de ataque contra las posiciones de Pozo Almonte, y de 3.000 hombres que combatieron quedaron 1.000 en el campo de batalla, pereciendo en ésta el coronel Robles. La dictadura perdió como 400 hombres. Arrate huyó y la provincia de Tarapacá quedó en poder de la oposición.

El 9 se sublevó la guarnición de Antofagasta, que estaba ocupada por la dictadura, y se embarcaron unos 200 hombres equipados en la *Esmeralda*, dirigiéndose á Iquique.

Entretanto, en Valparaíso se le escapó á la dictadura el Maipo, que llevó á los oposicionistas gente, pertrechos de boca y de guerra.

La oposición había sido derrotada en Ipiza y Hospicio; pero Canto, que hasta de las derrotas sabía sacar ventajas, pudo hacerse pagar bien caros esos desastres.

Todo el Norte pertenecía á la oposición, y ya Balmaceda no pensó mandar más tropas para defender á Iquique.



PANORAMA DEL CAMPO DE BATALLA DE PLACILLA. – Posiciones defendidas por el ejército dictatorial

V

Balmaceda, merced á la traición de Amengual y de Salvá en Punta Arenas, que había sido amparada por el general Valdivieso, gobernador de Magallanes, de un mayor Moreno y de otros más, se había apoderado de las torpederas *Lynsch* y *Condel*, que protegidas por el *Imperial* formaban una flotilla que no carecía de importancia.

Gracias á esto, á las cuatro y media de la mañana del 23 de abril, por medio de torpedos lograron



CAMPO DE BATALLA DE PLACILLA

A. Sitio donde estuvo emplazada la artillería del ejército congresista. – B. Población de Placilla. – C. Posiciones de los dictatoriales

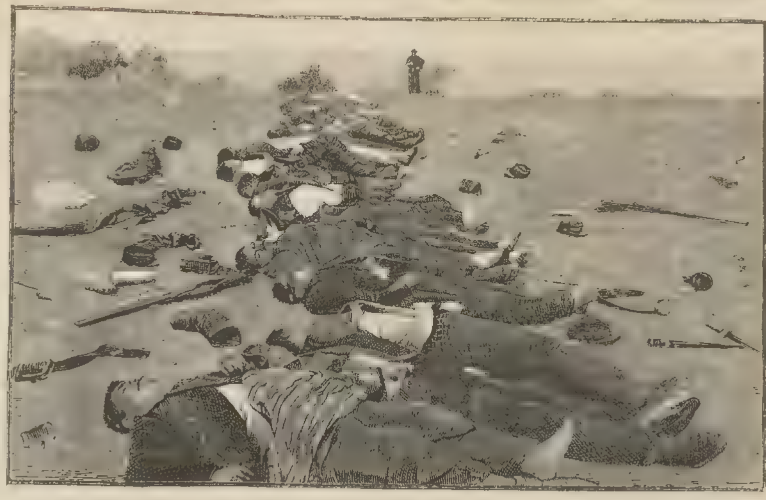
el hundimiento del *Blanco*, que se encontraba en la bahía de Caldera, pereciendo allí cerca de cien tripulantes.

Este golpe parece que retempló los ánimos de los jefes de la revolución, á pesar de que carecían de tropa, de armas y de toda clase de recursos.

La labor de los representantes del Congreso fué más notable que nunca.

En pocos meses aquellos hombres, que no contaban más que con el patriotismo y la justicia de la causa que defendían, tuvieron de todo.

En Iquique se formó entonces una junta de gobierno, compuesta del presidente D. Jorge Montt, del vicepresidente del Senado D. Ubaldo Silva y del presidente de la Cámara de diputados don Ramón Barros Luco.



Después de la batalla de Placilla

Esta junta organizó tres ministerios, que fueron: el del Interior, servido por el Senador D. Manuel José Irarrazaval, hombre prestigioso y hábil, notable por su fortuna y por sus relaciones de familia y que contribuyó á dar lustre á la causa constitucional; el de Justicia y Relaciones exteriores, que desempeñaba el diputado D. Isidoro Errázuriz; el de Hacienda, el diputado D. Joaquín Walker Martínez, y el de la Guerra, que le tocó desempeñar al coronel de ejército don Adolfo Holley.

En Santiago quedó funcionando en reserva un comité de caballeros entusiastas que secundaban al gobierno de Iquique.

Las imprentas se mandaron cerrar y no había más diarios que los del dictador.

Era un crimen hablar y escribir acerca de la revolución.

El derecho de reunión desapareció por completo.

Los fusilamientos nocturnos y después en público bajo pretextos frívolos se sucedieron en tanto número que ya causaba horror.

Por fin vino la matanza de *Lo Cañas* que exasperó á todo el país.

En esta matanza pereció una brillante juventud que no habrá lágrimas con que llorarla lo bastante.

Rodeado de hombres de malos antecedentes, Balmaceda se hizo feroz, cruel, sanguinario.

Entretanto los del Sur esperaban que la escuadra viniera cuanto antes á librarles de esta horrible situación.

El comercio, la agricultura y la minería estaban arruinados.

Balmaceda había hecho lanzar millones de papel moneda, porque habiendo desaparecido el metálico existente y agotadas todas las riquezas, las entradas de que disponía, no le eran bastante para los gastos que hacía para sostenerse.

Esta situación debía resolverse en breve, porque este estado de cosas era insostenible por más tiempo.

El coronel D. Estanislao del Canto, que en unión del general D. Gregorio Urrutia habían sido los primeros en secundar el movimiento de la escuadra, comenzaron á formar las tropas que debían venir al Sur á combatir al ejército de la dictadura.

En esta situación, pudo unírseles el coronel D. Emilio Korner, capitán de artillería del ejército prusiano y que vino á Chile contratado por el gobierno para la enseñanza técnica del ramo de artillería y con facultad de usar las insignias de teniente coronel de nuestro ejército.

Korner se fué á Iquique, y desde que llegó se dedicó con todo entusiasmo á instruir á la tropa, prefiriendo el orden disperso que está en vía de ensayo en Europa como el mejor sistema para el combate de artillería.

Las armas para estas tropas no llegaron hasta el 3 de julio, y desde esta fecha se puede decir que principió á tener la causa constitucional un verdadero ejército. Mas era preciso acelerar el ataque porque ya se sabía que los blindados *Presidente Errázuriz* y *Pinto* podían llegar de un momento á otro, y que unidos al *Aguila*, que el gobierno de Balmaceda había comprado á una compañía italiana y que iba á armar en transporte de guerra, podían formar una flotilla bastante respetable, con que poder ir á Iquique y entorpecer las operaciones de la escuadra.



El regimiento de Pisagua (3.° de línea de las fuerzas congresistas) en la plaza de Viña del Mar, después de las batallas de Colmo y de Placilla

Todas las tropas congresistas llevaban en el brazo izquierdo una cinta encarnada como distintivo, pues los uniformes no estaban cortados todos por el mismo modelo ni eran de igual color

Esto, pues, apresuró los acontecimientos más de lo que se pensaba, ya que no se quería emprender la campaña sino con probabilidades de éxito.

La escuadra comenzó su movimiento el 20 de julio, saliendo la tercera brigada en dirección á Caldera, donde debía completarse, vestirse y equiparse.

La primera brigada ocupaba ya la provincia de Atacama.

La segunda salió de Iquique y se dirigió á Valparaíso á sesenta millas de la costa, para reunirse con las dos restantes el 19 de agosto, á fin de obrar directamente contra el enemigo.

BATALLA DE CONCON

El 20 de agosto principió su desembarco en la caleta de Concon el ejército constitucional, compuesto de nueve mil hombres que habían sido traídos en los transportes *Aconcagua*, *Maipo*, *Cachapoal*, *Amazonas*, *Copiapó* y *Biobio*, cuyo convoy era protegido por el blindado *Cochrane*, la *Esmeralda* y las corbetas *O'Higgnis* y *Magallanes* y el transporte *Abtao*.

La caleta de Concon tiene una playa llena de rompimientos, y vencidos todos los inconvenientes, la tropa á eso de las tres de la tarde comenzó á avanzar hacia Concon bajo.

El 21 quedó concentrado el ejército siendo ya las diez de la mañana, presentándosele un gran obstáculo, cual era el río de Aconcagua, invadeable en casi todo su curso.

El ejército dictatorial ocupó las alturas de los cerros que allí existían. Una brigada de artillería número 2, al mando del comandante Silva Renard, se situó en una loma de la ribera Norte del río Aconcagua, frente al ala derecha del ejército dictatorial.

La otra brigada del mismo batallón, mandada por el sargento mayor D. Carlos Hurtado, se colocó en situación semejante, amagando al ala izquierda del enemigo.

El resto de la artillería iba á atacar el centro.

A las once y veinte de la mañana se dió comienzo á la batalla por el ala derecha constitucional con la primera brigada, entrando en acción el ala izquierda una hora después con las otras dos brigadas. Las fuerzas dictatoriales eran mandadas por el general de división D. Orozmibo Barbosa y por el de brigada D. José Miguel Alcérreca.

Las fuerzas constitucionales eran mandadas por el coronel Canto y por el jefe de estado mayor coronel D. Emilio Korner.

Barbosa era un jefe bastante odiado y el que había lanzado á Balmaceda á cometer todos los crímenes que había realizado su dictadura. Alcérreca era un militar joven, valiente á toda prueba, de simpática figura, querido en general, y que si defendía tan repugnante causa, se debía más bien á su carácter caballeresco que por gratitud se creía ligado al dictador. Mas ninguno de los dos jefes eran tácticos ni capaces del puesto que ocupaban.

Balmaceda tenía su ejército dividido en cuatro divisiones. Una estaba en la Serena, la otra en Concepción, la tercera en Valparaíso y la cuarta en la capital.

Aparte de esto, tenía multitud de tropas en las provincias, y esto sin contar las policías y gendarmes que existían en todos los pueblos de la República.

Balmaceda no sabía por qué punto iba á ser atacado y por eso había dividido su ejército.

Al saber el desembarco en Concon, Alcérreca salió de Valparaíso con su división de 7.000 hombres: Barbosa marchó de Santiago con la suya; pero á decir verdad, la tropa que peleó en Concon por parte de la dictadura no bajó de 8.000 hombres. La división de la tercera quedó completamente cortada, y para moverla necesitaba por lo menos doce días.

La división de Concepción podía hacerla llegar por trenes en dos ó tres días y estar á punto para la batalla.

Empeñado, pues, el combate, como dejamos detallado, principió el ejército constitucional por salvar el río de Aconcagua con el objeto de estrechar las distancias y evitar los fuegos de la ventajosa artillería dictatorial, que se había desplegado en línea de batalla.

El río fué pasado en esta forma: regimiento constitucional número 1.°; regimiento Antofagasta 3.°; regimiento Iquique 6.°, que permaneció en la ribera del río aguardando órdenes, yendo el regimiento constitucional á la vanguardia desplegado en guerrilla y protegido por el Antofagasta.

El bravo coronel Korner junto con el comandante Frías avanzaron á la cabeza de estas tropas, atacando con un empuje formidable al enemigo, que estaba atrincherado en un cerro muy escarpado.

Avanzó entonces el Iquique y los valientes del 6.°, y sin embargo los dictatoriales resistían en sus posiciones.

El Tarapacá 9.° de línea y el Taltal 4.° de línea entraron al combate y con este refuerzo el ataque fué entonces más vigoroso, logrando los constitucionales romper el ala izquierda del ejército dictatorial y ocupar el elevado cerro después de haber dejado el campo lleno de cadáveres.

El coronel Canto dirigía el ala izquierda, y ayudado del coronel D. Salvador Vergara sostenía el combate del ala derecha del enemigo.

Destrozado el ejército dictatorial en su ala izquierda, Canto atacó por el ala derecha y por el centro con los regimientos Valparaíso núm. 2.°, Atacama 10.°, Huasco 11.°, Chañaral 5.°, Pisagua 3.° y Esmeralda 7.° de línea, y no pudiendo resistir al empuje de esta tropa, comenzaron los dictatoriales á batirse en retirada.

Entró entonces en acción la caballería constitucional: los escuadrones Libertad 1.°, y carabineros 3.° dieron conjuntamente varias cargas que produjeron completa dispersión en las filas dictatoriales.

Los lanceros, los granaderos y los guías perseguían al enemigo, que huía con suma rapidez y en todas direcciones.

Los constitucionales vencedores tomaron al enemigo una batería de campaña, otra de montaña, dos ametralladoras, unos dos mil rifles y como 1.000 prisioneros entre jefes y oficiales.

Se calculan los muertos del enemigo en más de 1.000 y en 500 sus heridos.

La oposición entre muertos y heridos tendría cerca de 600 hombres.

El número de tropas dictatoriales no bajaba de 12.000 hombres contra 9.000 de los constitucionales.

Los batallones que por parte de la dictadura entraron en acción fueron el Buin y 3.°, 7.°, 9.°, 10.° de línea, el Taiguén, El Temuco, el Victoria, el Mulchén, cazadores y la artillería.

A las cuatro y media de la tarde la derrota se había pronunciado por completo, quedando unos 2.000 prisioneros, aparte del desbande de tropas, que siempre es propio del vencido.

Esta batalla, que selló los primeros pasos del ejército constitucional y que fué bastante encarnizada y sangrienta, era el principio del derrumbamiento de la dictadura.

La prensa de Balmaceda guardó completo silencio; pero en Santiago circuló bien pronto la noticia de la victoria, la que se confirmaba en los aprestos que hacía Balmaceda para enviar más tropas al campo enemigo.

La división de Concepción principió á pasar para el Norte, y en pocos días ya Balmaceda pudo enviar nuevos batallones y reunir no menos de 19.000 hombres, con los que creía poder vengar el desastre que habían sufrido sus armas en Concon.

No obstante, no contaba con el pánico que se había apoderado de su ejército, ni con que Dios protegía la causa de la justicia y del derecho.

BATALLA DE LA PLACILLA Ó DEL ALTO DEL PUERTO

La batalla de Concon no era definitiva, porque el enemigo no había sido deshecho por completo y porque al dictador le quedaban numerosas tropas con que reforzar los restos de las vencidas.

Debía librarse una segunda batalla, y para ello era preciso practicar un reconcimiento en las alturas de Viña del Mar, lo que en efecto se hizo.

El ejército constitucional se dirigió entonces hacia la izquierda, recorriendo un inmenso trayecto, hasta que por fin tomó posesión de la hacienda de Las Palmas, frente al Alto del Puerto, que distaba como tres leguas de Valparaíso.

En esta operación empleó hasta el día de la batalla, que fué el 28 de ese mismo mes de agosto, es decir, siete días después del triunfo de Concon.

El ejército de Balmaceda, además de ocupar siempre posiciones ventajosas, de ser numeroso, de estar bien alimentado y perfectamente equipado, contaba con 60 cañones, al paso que el constitucional no tenía sino 30, contando con los que había utilizado de la antigua victoria.

Estas tropas carecían de todo recurso; pero les sobraba el valor y tenían una fe ciega en el triunfo.

A las siete y veinte de la mañana de este día, que se recordará siempre en la historia de este pueblo libre y altivo, rompió el fuego la artillería dictatorial.

A las diez y media, el ala izquierda del ejército de Balmaceda era completamente arrollada, habiendo además perdido su artillería.

En esta situación el desaliento se apoderó de la tropa y se pronunció una completa derrota.

Los granaderos de Balmaceda fueron los primeros en llegar á Valparaíso sin ocultar lo sucedido.

La caballería constitucional principió á perseguir al enemigo, que huía en dispersión.

Los generales Barbosa y Alcérreca perecieron en el campo de batalla.

En unas cuantas horas de combate, aquel numeroso ejército, con el que se creía invencible el dictador Balmaceda, huía en todas direcciones y cada cual pensaba sólo en su salvación.

Esta batalla, menos sangrienta que la de Concon, daba sin embargo un triunfo completo al Congreso.

Ya nadie podía resistir. Balmaceda estaba, pues, completamente perdido.

Los vencedores se dirigieron á Valparaíso en medio de los vivas más atronadores de un pueblo que entusiasta celebraba el triunfo.

El intendente Viel y los que le rodeaban se embarcaron en buques neutrales para poder huir al extranjero.

A las tres y media de la tarde de ese memorable día, el estado mayor constitucional tomaba la Intendencia y procuraba contener el orden, que había sido perturbado por las tropas vencidas y vencedoras, las cuales entraban todavía haciendo disparos.

Los prisioneros de Concon pidieron al coronel Canto permiso para pelear en el Alto del Puerto y se portaron valerosamente.

Esto probaba que aquella tropa vencida, peleando por una causa santa y con jefes de prestigio, era tan esforzada como la que había triunfado en dos combates.

Balmaceda estaba vencido de antemano. Tenía en su contra el peso de la opinión pública y la sangre de sus víctimas exigía venganza.

Además él mismo había corrompido su ejército, porque á los oficiales y jefes les prodigaba el oro y los ascensos, y esto les había enervado por completo.

Entretanto, en Santiago se ignoraba el resultado de la batalla.

Balmaceda, que lo sabía, guardó completa reserva. A sus amigos y partidarios les hizo comprender que la victoria era un hecho.

A las dos de la mañana del día 29 abandonó el palacio de la Moneda con su familia. Esta se dirigió á la legación norte-americana y él se fué á ocultar á la argentina.

Dejó un decreto por el cual entregaba el mando de la plaza al general D. Manuel Baquedano, mientras los vencedores disponían otra cosa.

A las ocho de la mañana se supo su fuga y su derrota.

El pueblo se levantó en masa, y no habiendo sido contenido, como era deber de la autoridad, comenzó en la capital un saqueo espantoso. Nacionales y extranjeros fueron víctimas de estos desmanes, sufriendo pérdidas considerables.

La tranquilidad volvió poco á poco. La junta de gobierno hizo su entrada triunfal al día siguiente de estos sucesos que desdicen de un pueblo culto.

Apareció entonces la prensa independiente. Nació el júbilo en todos los corazones: los encarcelados fueron puestos en libertad y se unieron al contento de sus hermanos.

Así concluyó la dictadura y con ella la tiranía.

Balmaceda, que no se hizo matar en el campo de batalla porque prefirió permanecer en el palacio de la Moneda, no pudo huir.

El 19 de septiembre, á las ocho de la mañana, se disparó un tiro de revólver en la pieza que ocupaba en la legación argentina para librarse de la persecución y de las consecuencias del proceso á que debía ser sometido. Antes que morir en una obscura prisión, á manos del pueblo, ó en un patíbulo, prefirió él mismo poner fin á sus días.

¡Ojalá que los vencedores, colocándose á la altura de sus nobles antecedentes, hagan la felicidad de Chile, para que este país recobre sus perdidas fuerzas y renazca la confianza, progrese la agricultura, el comercio y la minería, que son sus únicas fuentes de riqueza!

Nosotros pedimos piedad para los vencidos. La benignidad enaltece más un triunfo. Las crueldades y venganzas lo enlodan.

El corazón chileno olvida y es generoso.

Robustiano Vera
C. de la Real Academia de Legislación

Para completar el notable trabajo del Sr. Vera, creemos que ha de ofrecer interés á nuestros lectores conocer la carta que Balmaceda, antes de suicidarse, dirigió á su amigo D. José Uriburu y cuya autenticidad fué atestiguada por D. José Uriburu, D. J. Arrieta, barón Gutschmid, D. Enrique de Barros Cavalcanti de Lacerda, D. José M. Barceló, D. Carlos Lira, D. Melchor Concha y Toro, D. Joaquín Aguirre y D. C. Walker Martínez.

Dice así:

«Sr. D. José de Uriburu. – Santiago, septiembre 19 de 1891. – Mi querido señor y amigo: Como lo hemos hablado y usted lo sabe, necesito dar desenlace á la situación en que me encuentro.

»Por eso había decidido espontáneamente ponerme á disposición de la junta de gobierno, esperando que al fin imperasen en amparo de todos la Constitución y las leyes.

»Acusados y procesados, presos ó fugitivos todos hecha gobierno, no queda más camino que prolongar el asilo, lo cual no debo ni puedo hacer, ó el sacrificio. ¡Ojalá éste alivie á mis amigos de las persecuciones que se les hace, creyendo así abatirme y ofenderme más vivamente á mí!



Los horrores de la guerra civil en Chile. – Muertos en las trincheras después de la batalla de Placilla. (De una fotografía tomada inmediatamente después del combate.)

»No debo prolongar por más tiempo el generoso asilo que me ha prestado en momentos que recomiendo á los míos como aquellos en que he recibido el mayor servicio en la vida.

»La exacerbación de mis enemigos es capaz, si se descubre mi residencia, de extremidades que evitaré aun con el mayor sacrificio que puede hacer un hombre de ánimo entero.

»Sabe usted que he desechado el camino de la evasión vulgar, porque lo estimo indigno del hombre que ha regido los destinos de Chile, sobre todo para excusar la mano de la revolución triunfante.

los jefes y oficiales del ejército, todos los senadores y diputados, los municipios, el poder judicial, los funcionarios públicos de todos los órdenes de servicios, y arrastrado yo, que sólo soy justiciable ante el Congreso, á la justicia representada por jueces especiales y partidarios de la revolución, para responder con nuestras personas y nuestros bienes de cuanto hemos hecho en el gobierno, como si no hubiéramos sido gobierno, se ha implantado la arbitrariedad en forma que he perdido toda esperanza de que se obrase con justicia.

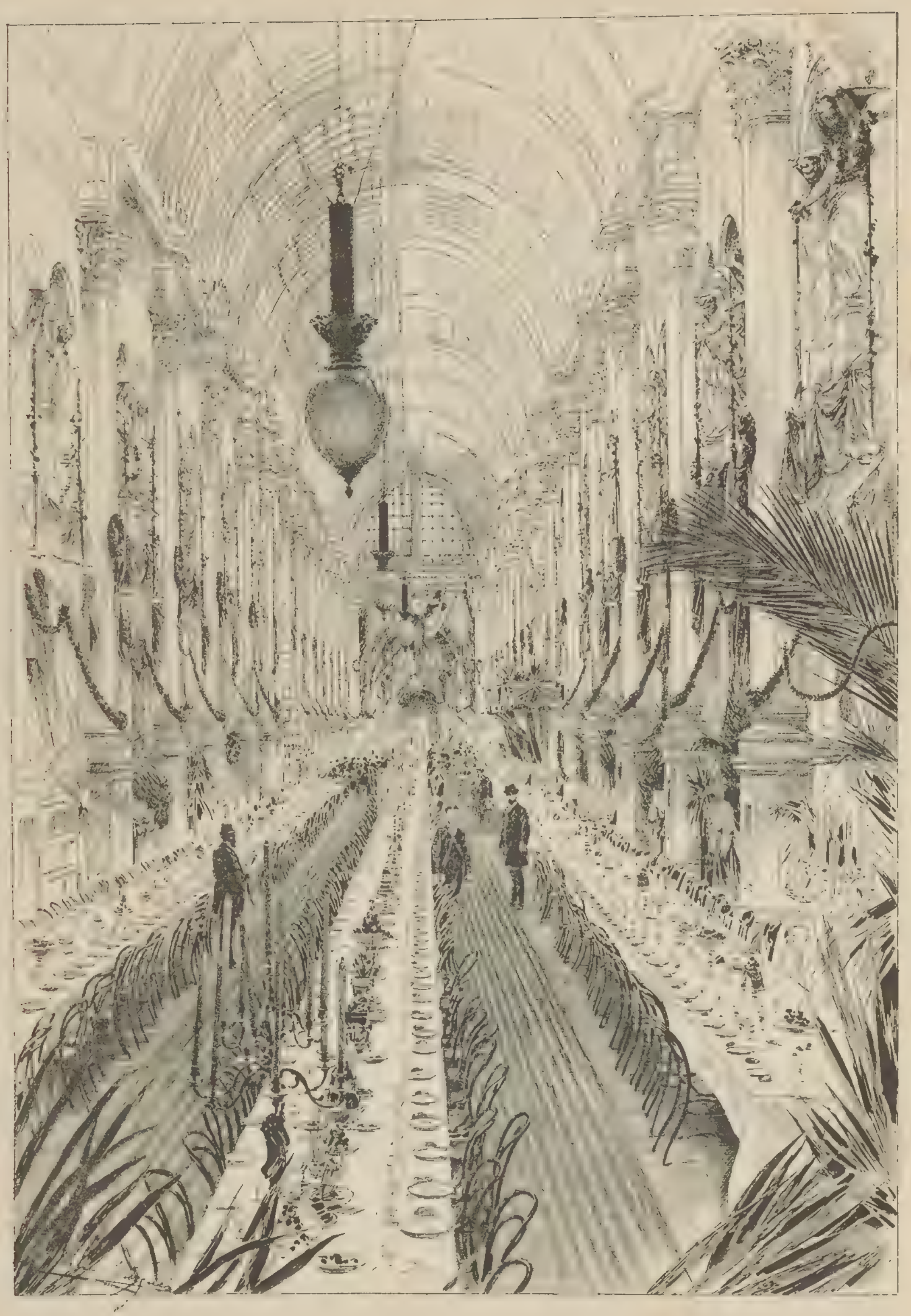
»Visto el espíritu y tendencia de la revolución

»Sea piadoso con el hombre que cae á los golpes del infortunio. Como bendigo yo á usted y á su santa señora, espero que mis hijos los bendigan también y siempre.

»Pida á Arrieta, que es bueno y está cerca de los míos, que cumpla con las obras de misericordia sin ceremonia ni acompañamiento alguno.

»Que usted, su esposa y mis hijos sean siempre felices. Suyo – *J. M. Balmaceda.*

»P. S. – Cuento en todo caso con que usted cumpla el encargo íntimo y de honra que le hice anoche para las personas que usted sabe. – *Vale.*»



LA GUERRA CIVIL EN CHILE. – Galería de San Carlos en Santiago de Chile, en donde se celebró el gran banquete de 3.000 cubiertos ofrecido por la sociedad de Santiago á la Junta de Gobierno constitucional y á la oficialidad de los cuerpos del ejército triunfante



LA GUERRA CIVIL DE CHILE. - LOS HÉROES DE LA CAUSA CONSTITUCIONAL

Doña Juana Ross, sostenedora de hospitales, iglesias y casas de huérfanos, etc. etc., en Chile, desterrada al Perú por el dictador Balmaceda y vuelta á Valparaíso después del triunfo de la causa constitucional. - 1. D. Alejo Barrios, alcalde municipal de Valparaíso, preso y desterrado á Europa. - 2. D. Joaquín Muñoz Hurtado, comandante del crucero *Magallanes*. - 3. Coronel D. Emilio Korner, jefe del Estado Mayor del ejército constitucional. - 4 D. Lindor Pérez Gazitúa, comandante de la *O'Higgins*. - 5 D. Pedro Nolasco Martínez, comandante del crucero *Esmeralda*. - 6. D. Javier Molinas Gazitúa, mayor de órdenes de la escuadra. - 7. D. Cornelio Saavedra, secretario general del ejército. - 8. D. Enrique Valdés Vergara, secretario general de Marina, muerto en el hundimiento del blindado *Blanco Encalada*, volado en el puerto de Caldera. - 9. D. Antonio Gazitúa, en cuya casa se acordó el plan de la sublevación de la escuadra. - 10. Comandante Goñi, del *Blanco Encalada*.

CRONICA DE ARTE

El drama romántico en la realidad. – A propósito del nuevo Director general de Bellas Artes de Francia. – Lo que se pinta y lo que se esculpe. – La decoración del edificio de la nueva Biblioteca.

El romanticismo, como agente dramático, como motivo estético, no puede desaparecer de la obra de arte, como no desaparece ni desaparecerá jamás de la realidad. En vano son cuantos ergotismos y distingos la nueva escolástica científica haga en nombre de las ciencias fisiológica y psicológica. Ambas rebaten de un modo terminante, con ejemplos prácticos, con hechos de trascendencia indiscutible, las afirmaciones que la exaltación naturalista – y conste que el naturalismo le tengo en tanto como cualquiera otra escuela – oponen al romanticismo, desdeñándole como base firme y real de la obra de arte.

Sujetar la producción artística á determinadas leyes, á determinados puntos de vista, así plástica como filosóficamente, paréceme tanto como negar la existencia de la virtud fuera de las religiones positivas. Paréceme que así pueden ser rechazadas las afirmaciones del idealismo romántico como las del naturalismo, puesto que entre luz y sombras caminan cuantos apoyándose en silogismos deducidos de hipótesis más ó menos fundadas, pero sin que tengan el valor de verdades incontestables, pretenden trazar una senda á la entidad arte, resultado abstracto de cien causas, ya psíquicas, ya físicas, sin análisis posible casi todas.

Digo esto recordando la muerte de Boulanger, la del heredero de Austria, la del ilustre Gambetta, las escenas acontecidas en Rumanía y de que fueron actores una reina, una joven enamorada y un príncipe. Zola hubiera trazado la odisea del *brav' general* haciéndole morir aniquilado por los deseos de gloria, por las esperanzas desvanecidas, consumido por la enfermedad del día, la neurosis.

He aquí el escolasticismo. El autor de *L'œuvre*, en su estudio «Los Goncourt,» al hablar del drama de los célebres hermanos, *Madame Gervaisais*, dice que la muerte de la protagonista es una debilidad de los autores. Afirma que aquella poseída del histerismo católico, aquella enferma del espíritu y más enferma todavía de cuerpo, no debía morir en el mismo instante en que el Santo Padre se aparece á sus ojos, como efectivamente muere, cual si la vista del Papa fuera el golpe de gracia dado á un organismo cuya existencia dependía tan sólo de la más leve de las emociones nerviosas Cree Zola que este final, si es bello, no es verdad; y sostiene que la muerte de la fanática debía ocurrir en su cama tranquilamente, devota, rígida, apergaminada, pues ganaba la obra en realidad. ¿Por qué? Patológicamente tiene explicación terminante el final del drama, tal y como los Goncourt lo trazaron; estéticamente es superior, puesto que Zola mismo lo confiesa.

Tengo como error grave el estudio del *documento humano* simplemente, para sobre esta base hacer una obra de arte trascendental. Tan grave es este error, como el de empeñarse en buscar dos cerebros igualmente formados, igualmente desarrollados, que produzcan las mismísimas obras y tengan las mismas sensaciones é igualmente nos las transmitan por medio de la plástica, de la gráfica, de la palabra. El estudio psicológico y físico del individuo, como el estudio de una individualidad literaria, artística ó científica, sirve al que pretende recoger datos tan aislados como ciertos é imprescindibles para que en unión del concepto filosófico de la humanidad y del estético que del arte tenemos contribuya á dar valor objetivo á la obra. Es muy difícil poder obligar al público que lee una novela como al que mira un cuadro á que exclame: «¡como ese hombre conozco muchos!» ó bien: «¡así debió ser tal rey ó tal verdugo!»

Con motivo del cambio de director general de Bellas Artes en Francia, un crítico francés trata de definir lo que significa ese cargo de director. «Teóricamente, dice, el Estado se abroga una pretensión abusiva, echándose sobre los hombros la terrible responsabilidad de dirigir lo que no puede ser dirigido, puesto que solamente á la libertad y á la espontaneidad debe el arte su florecimiento. Esto así comprendido, obliga al Estado á trocar las funciones directivas por las de protección.

»El director de Bellas Artes es el representante que cerca de la república del arte y de las letras tiene el Estado. Necesita, pues, quien ocupe ese puesto de un espíritu muy amplio de concepto, de una actividad grande, investigar continuamente las tentativas diarias que el artista haga para realizar la belleza, puesto que no es necesario citar obras y artistas dignos de aplauso para demostrar cuán difícilmente entran en el gusto público ciertas teorías y ciertos originalismos. El Estado en este caso justifica su intrusión – ó su intervención – en los negocios artísticos por la importancia material con que cuenta para contrarrestar las preocupaciones comerciales.

»He aquí lo espinoso, lo difícil del cargo de director. Debe saber distinguir entre la multitud anodina aquellos que se destaquen por algún concepto; y en vez de anular ideas y personas, hacer que surjan y se discutan, teniendo en cuenta que los mediocres liberalmente recompensados estragan el gusto y retardan la floración de los distinguidos.»

Traslado estas reflexiones á cuantos en España dirigen el movimiento artístico.

Lo que se pinta como lo que se esculpe en España hoy con destino á los edificios públicos, así como lo que se pinta y se esculpe también para la próxima Exposición internacional que se celebrará en Madrid, alcanza proporciones desusadas. Mélida hace modelar las figuras del sepulcro de Colón; Susillo modela febrilmente el monumento conmemorativo del descubrimiento de América; Gandarias termina el boceto para la estatua de González Brabo; Benlliure trabaja activamente en la de María Cristina y da por terminada la del general Cassola. Villodas pinta un gran cuadro episódico, la insurrección que Colón hubo de dominar á bordo de su carabela cuando se hallaban ya al término del viaje. Garnelo, como Muñoz Degrain, como otros pintores de mérito, pretenden conmovernos también con asuntos de esa índole; y según nos cuentan los periódicos oficiosos, Pradilla, Villegas, Domingo, Lytton, L'Hermitte, Alma-Tadema, etc., asistirán á nuestro primer certamen internacional.

Ya se ha cerrado la exposición de los bocetos para las estatuas y medallones que han de decorar el nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos. Treinta y tres modelos para las estatuas y esfinges y nueve para los medallones fueron exhibidos en los salones de la Academia de San Fernando. Los personajes que pretendían representar aquellos modelos, son: San Isidoro, Alfonso el Sabio, Berruguete, Luis Vives, Cervantes, Nebrija, Lope de Vega y Velázquez; los de los medallones, Fray Luis de León, Hurtado de Mendoza, Nicolás Antonio, Santa Teresa de Jesús y otros escritores del Siglo de Oro que no recuerdo en este momento.

Desde luego afirmo que el acontecimiento de la exposición fué el modelo para Berruguete, debido al Sr. Alcoverro, que ha sabido destacar la personalidad del célebre discípulo de Miguel Angel, así en la parte psíquica como en la física. El Sr. Nogués está muy feliz en su Nebrija y el Sr. Carbonell en el Luis Vives. Atché, inspiradísimo en su San Isidoro, verdadera figura llena de unción, casi de exaltación mística; pero en esta figura como en la del Rey Sabio, Atché no se ha tomado el trabajo de pensar un poco más y de dibujar; y es lástima ciertamente que escultor tan genial no haya alcanzado de Job un poquito de lo que al varón bíblico le sobraba.

Los nombres de los escultores premiados ya son del dominio público. Alcoverro obtuvo por unanimidad las estatuas de Berruguete y del Rey Sabio; Nogués la de Nebrija, Carbonell la de Vives, Alonso la de Velázquez, Fuxá la de Lope de Vega y se declaran desiertas las de Cervantes y San Isidoro. De los esfinges, uno se le concedió á Suñol y otro á Moratilla.

De las medallas conmemorativas, la lucha está entre el modelo de un escultor catalán, de un belga y de dos madrileños.

«A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» La Academia ha juzgado con verdadera imparcialidad, á pesar de los grandes compromisos que sobre algunos académicos pesaban. En esta vez crítica y jueces han estado acordes.

Así sea siempre.

R. BALSA DE LA VEGA.

Noviembre de 1891.

BOCETOS

LA CALAVERA

No puedo explicarme bien si los cementerios me atraen acercándome á lo que fué, ó si es un presentimiento de que pronto habré dejado de ser. Ese pronto no puede retardarse mucho, tal vez no esté lejano, porque mirando hacia atrás se me escaparon una porción de años... un verdadero escamoteo.

Perdiéndole la repugnancia, ó sea no rechazando el mas sincero lenguaje de la verdad, puede hallarse en tales sitios cierta inexplicable clase de consuelo, si bien algo parecido á lo de mal de muchos... modificando la frase y diciendo mal de todos... ó de *¡casi todos!*, según contestó aquél chambelán á Luis XIV, á fin de halagarle y no amostazarlo más.

Profeso un profundo respeto á los cadáveres: quisiera que todos pudiesen conservarse como estuches en los cuales se guardaron preciosas alhajas. Al decir esto huelga manifestar de qué modo y hasta qué punto aborreceré la cremación de ellos: no puedo resistir en un cementerio católico cosa alguna que lleve en su fondo carácter ó resabio de paganismo; además de profano lo conceptúo anacrónico y ridículo; en el primer caso una intención de mala índole, en el segundo una estupidez. No faltan tampoco, aunque con inofensiva intención, otra clase de tonterías movidas por el orgullo de los que sobreviven, empeñados en hacer duradera la soñada grandeza de algunos que no valieron ni la mitad de lo gastado en sus panteones... Como aquello es el sagrado recinto de la miseria, pueden pasar como tales semejantes miserias.

¡Cuántas ideas en abigarrado desorden se suscitan en aquella soledad y á la lectura de cada lápida en que se fija la vista! En una, el ampuloso latinazo para un prebendado de gracia, por supuesto, y que él probablemente no hubiera sabido escribir. En otra, los encomios de un comerciante cuya fortuna empezó vendiendo negros, aumentándola comprando blancos y redondeándola chupando gotas de sudor y sangre del pobre, quien llegando á viejo le entró miedo, y no sabiendo ser caritativo se satisfizo con ser filantrópico. Una alegórica paleta y pinceles, palma y ramo de laurel, recordando el nombre de un pintor, para cuyo recuerdo eran de sobra suficientes sus desgraciados lienzos. Entre la de una gazmoña de mal género, enredadora y vengativa, bachillera del infierno y de aquellas á las que Satanás confía el embrollo de los más peliagudos líos, y el de una desgraciada meretriz, cuya descocada vida disipó brevemente... veíase el modesto nombre de una pobre madre de familia, cuya vida pasó en penalidad continua y con jamás agotada santa resignación... Aquella mezcolanza parecía un sarcasmo: ¡completa mezcla de pasada grandeza y terminada miseria! ¡Recuerdos de abnegación y de concupiscencia, de virtudes y de infamias, de goces y placeres, lágrimas y privaciones, candidez y perversidad! ¡Allí el falso amigo, el abusador de la confianza, el envenenador de toda dulzura!... ¡Allá el hombre de talento, activo, laborioso, desgraciado hasta el extremo de verse escarnecido de los ignorantes!... ¡Un puñado de polvo el cerebro del sabio gastado en profundas especulaciones filosóficas; el del mecánico sorprendiendo los secretos de la naturaleza y sujetando y regularizando los inventos más extraordinarios; el del político temible á cuya indicación se conmovían las naciones; el del guerrero formidable cuya espada vertía ríos de sangre; el del artista transmitiendo raudales de sensaciones... el del hombre cualquiera de la más común vulgaridad, sin haberlo empleado nunca en una sola idea propia ni haber comprendido las ajenas!... ¡Todos sin distinción alguna, restos no más... todos iguales!

. . . .

Llamó mi atención la abierta fosa común, y aquel profundo y triste surco me pareció como la boca de la tierra, ávida de tragar con esa continua voracidad jamás saciada.

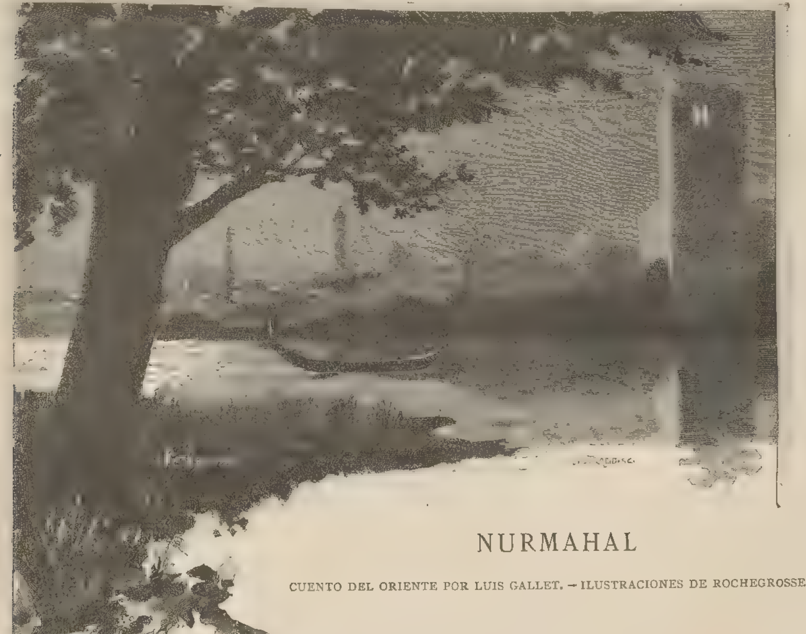
En uno de sus lados se veían colocadas algunas osamentas, cuya tendida posición daba idea de la tranquilidad, y como entregadas á un sueño reparador de su cansancio. Del otro lado, el azadón del sepulturero había con poco miramiento removido un esqueleto, que por combinación extraña había quedado como incorporándose en su angosta cavidad, y su cráneo, vuelto hacia su compañero de enfrente, parecía fijar en él los vacíos huecos de sus órbitas, y casi desprendida su mandíbula, semejaba producir una sarcástica carcajada

¿Quiénes serían aquellos dos cadáveres? ¿El esposo y la esposa, un padre y un hijo, dos amigos ó dos irreconciliables enemigos, una víctima y un asesino... colocados para mayor irrisión uno al lado del otro? ¡Quién sabe! ¡Cuánta expresión en aquella fría y seca risa de la calavera! ¡Parecía oir el crujido de sus huesos!... ¡Aquel reir, como la risa histérica, daba pena y entristecía! Era indudable, aquella calavera reía.

¿De quién, de qué, por qué reiría?

¿De ellos al verse de aquel modo. . de nosotros quizá?

JUAN O-NEILLE



NURMAHAL

CUENTO DEL ORIENTE POR LUIS GALLET. – ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

Tendido en su barca de corteza, que abandonaba al capricho de las aguas, sueltos los remos, Djami contemplaba perezosamente las estrellas.

El cielo parecía un pabellón de seda de color azul obscuro sembrado de diamantes, y la luz fundida de todos esos astros comunicaba suave transparencia á aquella noche sin luna. A la orilla del río, sereno y apacible, elevábase la gran torre del palacio de Abú-Saíd; á su alrededor se alzaban las casas de la ciudad, en donde reinaba profundo silencio, y así éstas como la torre, sonrosadas y alegres cuando las iluminaba la luz del sol, destacaban en las tinieblas de la noche su formidable mole obscura, semejante al cuerpo de un monstruo oculto en las altas hierbas, con su maciza cabeza erguida y vagamente amenazadora, con su cara enorme perforada por dos puntos luminosos que parecían sangrientas pupilas.

Djami acababa de pasar por delante de aquella torre, cuando le interrumpió de pronto en su contemplación un rumor que oyó á corta distancia detrás de sí, semejante al que producen las aguas cuando se entreabren por la caída de algún cuerpo. Incorporóse con rápido movimiento, empuñó los remos, hizo virar bruscamente la barca, y dirigióse al sitio donde acababan de romperse los círculos del agua, por un momento revuelta.

Inmóvil, con la mano en los remos y el cuello tendido, Djami interrogaba la obscura superficie de la corriente, que tranquila otra vez se deslizaba entre sus islotes de hierbas y de arena y bajo las copas de los grandes árboles de la orilla. Su vista, acostumbrada á las tinieblas, distinguía la redondez de las hojas que reposaban sobre el agua muerta, las ramas secas retenidas en las márgenes y acá y allá las manchas pálidas de los grandes nelumbos.

Muy pronto vió lo que buscaba; entre las cañas que rozaban su barquilla, la proa de ésta chocaba contra una forma confusa, sumergida en parte; alargó la mano, tocó y cogió un espeso tejido que atrajo hacia sí con fuerza: era un tapiz, arrollado al parecer precipitadamente alrededor del cuerpo de una mujer.

El barquero, pálido y tembloroso, prestó atento oído, mirando á todas partes, pues tal vez algunos ojos le espiaban en la obscuridad. ¿De qué casa, de qué terrado había caído aquel envoltorio? ¿Qué crimen se acababa de cometer? ¿Qué venganza se había satisfecho? Todas estas preguntas cruzaron en un segundo por la mente de Djami, y muy pronto adoptó una resolución: saltó al agua, levantó en sus brazos á la mujer, envuelta en los pliegues del tejido empapado en agua, y la echó en el fondo de su embarcación.

Después comenzó á remar vigorosamente, y muy pronto su barca penetró rápida como una flecha en el grupo de árboles donde tenía Djami su cabaña.

Una vez allí cogió de nuevo á la que acababa de salvar, abrió con el pie la puerta, y depositó sobre la esterilla aquel cuerpo chorreando agua. Encendida al punto la luz, vió que tenía ante sí una joven de maravillosa belleza; sus pálidas facciones, en parte ocultas por el oro de su cabello, conservaban una expresión de súplica y de espanto, y debajo del seno derecho veíase una ligera línea circuída de un poco de espuma sonrosada. ¿Estaría muerta? Tal vez no, porque un rayo de vida parecía emanar aún de aquellas formas puras, y hubiérase dicho que un soplo de ella reanimaba aquellos párpados cerrados, aquella boca entreabierta como una pálida flor de la eglantina.

Djami se inclinó, aplicó sus labios á la estrecha herida, hizo una lenta aspiración, incorporóse luego, y vió con alegría que la sangre comenzaba á correr. A los pocos momentos, libre de aquella sangre que la sofocaba, la mujer dejó escapar un débil gemido, dilatóse su pecho, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. ¡Respiraba, vivía!

Sus ojos se abrieron lentamente, animados de lánguida expresión, y fijáronse en su salvador; sin duda iba á decir algo; pero Djami, arrojando sobre ella un manto de lana, hizo un ademán para imponerla silencio.

– ¡No hables... dijo, nada tienes que temer; ya estás salvada!

La mujer cerró los ojos, confiada, tranquila, y un suave suspiro se escapó de sus labios.

Djami no era solamente poeta y observador de las estrellas, sino que también conocía los secretos de la naturaleza... Con mano delicada, con minuciosas precauciones, curó la herida; abrigó á la mujer envolviéndola en finas telas, ligeras como el plumón del ave, y cuando la contempló dormida y recobrado el color, pudo observar cuán hermosa era...

Y extasiado en aquella adoración de la belleza, permaneció inmóvil hasta que los primeros albores de la aurora tiñeron el cielo sobre la línea sombría de los bosques.

Transcurrieron varios días sin que la desconocida hablase y sin que Djami osase interrogarla. Iba y venía de un lado á otro, casi restablecida, aunque débil todavía, con su sonrisa melancólica y su dulce mirar; servía al poeta, preparaba sus comidas; y cuando Djami se entretenía demasiado á la orilla del agua para observar la gravitación de las estrellas nacientes, iba á buscarle, tocábale con un dedo en el hombro, y cogiéndole de la mano le conducía á su vivienda.

Al cabo de diez días, y durante uno de esos ratos de aislamiento en que el poeta leía en el libro del cielo ó en el de su pensamiento, la joven llegó, según su costumbre, y Djami sintió que su mano tocaba la suya; mas en vez de levantarse dócilmente y seguirla, díjole:

– ¡Quédate!

Y como ella le mirase con asombro, hízole sentar á su lado, y después de contemplarla detenidamente, mientras alrededor de ellos se extendían las sombras, comenzó á decirle cosas que durante aquellos diez días se habían ido acumulando en el secreto de su alma.

– Escucha, dijo, yo no quería revelarte desde luego que te amo, y precisamente es la primera cosa que te confieso. El amor nos encadena de pies y manos, sella los labios y los ojos, hace que dejemos de ser lo que somos, y siempre le he temido como á un ladrón que viene á robarnos, no solamente nuestros tesoros, sino también la voluntad, la independencia, la razón y la alegría, proporcionándonos tan sólo en cambio un ligero goce. Yo había jurado sustraerme á su dominio y no amar más que la poesía, la ciencia de los astros, la contemplación de lo infinito y el placer de saborear el vino de Schiraz, que vale tanto como todas las riquezas y todas las glorias; pero el amor se ha presentado en la radiación de tus ojos, y de pronto he comprendido que resistencia y razón eran inútiles, y que no había embriaguez más dulce que la de estar poseído de él. Los versos me enojan, los astros son opacos, lo infinito es lúgubre y el vino de Schiraz no es más que agua insípida si no tengo amor. He pensado, pues, que debía decirte que te amaba, á fin de que devuelvas el brillo, la luz, el perfume y el sabor á todo cuanto me hacía feliz, diciéndome que me correspondes.

La joven había escuchado atenta, y por un instante guardó silencio, como inquieta de lo que iba á contestar; pero al fin habló, cediendo á la muda súplica de las miradas de su amigo.

– Yo te amo, Djami, dijo, mas no como tú quisieras ser amado. Si algún hermano me fuese querido, si yo pudiese venerar y honrar á un amo, seguramente serías tú. Yo seré tu hermana, tu criada, tu esclava, si así lo quieres; pero no me pidas nada más.

– ¿Quién eres tú, pues; tú que te entregas así, sin entregarte; tú que renuncias al amor sin conocerle?...

– ¿Sin conocerle?... ¡Ah!, exclamó la joven, como poseída de un sentimiento doloroso.

Djami la miró esperando sin duda una confidencia, puesto que era necesario renunciar á una confesión amorosa; pero cerrando sus labios volvió á su impenetrable mutismo.

Djami vacilaba, temblaba; pero procurando dominarse le preguntó:

– ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Ni siquiera te he preguntado cuál es tu nombre.

– Dame el que quieras; yo no tengo ninguno propio.

– ¿No quieres decirme por lo menos de qué venganza has sido objeto ó qué crimen se ha cometido contigo?

– Sé bienhechor como un Dios, contestó la joven, uniendo sus manos en ademán de súplica; respeta mi secreto; y si hay alguno á quien debo maldecir, no me preguntes su nombre.

Y andando lentamente, volvió á la cabaña de Djami.

Desde aquel día no se cruzó entre ellos una sola palabra que recordase lo que acababan de hablar.

Djami volvió á observar su género de vida ordinaria, procurando curarse de su amor, y viósele de nuevo dondequiera que había vino de Schiraz que beber en buena compañía, y dondequiera que jóvenes de expresivos ojos bailaban para entretener las horas. Compuso versos que se cantaron en las plazas públi-

cas; descubrió en el cielo una nueva estrella, cuyo curso pudo observar; y continuó vagando de noche por el río en su barca de corteza, sin pensar en nada, lo cual es la perfección de la filosofía.

En cuanto á la joven, seguía viviendo en la cabaña del poeta, en medio de su retiro de verdura; preparaba el arroz, y como buena y silenciosa criada, desempeñaba su humilde y pesada tarea cotidiana. Algunas veces, llegada la noche, y cuando estaba sola, iba á sentarse en el umbral de la puerta, y desde allí dirigía su mirada á la alta torre de Abú Saíd, cuya negra sombra destacaba sobre las purpúreas tintas del sol poniente.



Mira bien mis ojos y en ellos verás mi resolución

Y bajo las sedas de sus largas pestañas, sus párpados se enrojecían á veces como si quisieran saltársele las lágrimas.

En una de las salas de la alta torre, cuyas bóvedas se componían de millares de celdillas de oro, de azur y de cinabrio, semejantes á nidos de abejas, el muy glorioso Abú-Saíd reposaba perezosamente, entre cojines ricamente bordados, sobre alfombras persas de preciosos colores. El intendente de palacio, con su legión de servidores y de esclavos, daba órdenes para que se le sirvieran en platos de fina porcelana – pues el Profeta condena el uso de las bandejas de plata y oro – los más delicados manjares contenidos en cofrecillos de cedro sellado con el sello del intendente, y cubiertos de un fino paño de casimir; en el acto de presentárselos, el mayordomo rompía el sello y ofrecía á su señor el manjar descubierto.

Pero algunas veces Abú-Saíd rechazaba con expresión de hastío, y en ocasiones brutalmente, al cortesano que se arrodillaba para servirle, y sólo de cuando en cuando refrescaba sus labios en el hielo de un sorbete de frutas que le presentaban en una copa de cristal. Los familiares que le rodeaban mirábanle consternados, porque hacía algunos días que sus ojos revelaban una melancolía profunda, cuando no tenían una expresión feroz, cual si el soberano quisiera vengarse en todos los hombres de un secreto sufrimiento; en este último caso subía á la plataforma de la torre, mandaba que le llevasen su arco y sus largas flechas, y durante todo el día las disparaba contra los transeuntes.

Muchos hombres habían caído ya heridos ó muertos; de modo que los habitantes dejaron de pasar por las calles inmediatas al palacio, ó bien lo hacían arrimados á los muros y agachándose como fieras á la vista del cazador. La ciudad parecía muerta en las cercanías de la negra torre.

Aquella mañana, la luz de un sol magnífico reflejábase en la blancura de las casas, y sus rayos comunicaban un brillo deslumbrador á las porcelanas esmaltadas de vivos colores. Abú-Saíd salió de la sala del festín y subió al terrado, donde, como en la víspera y los días anteriores, sentóse sobre unas esterillas delante de la ventana, con el arco sobre las rodillas y una flecha en la cuerda, como cazador al acecho. Los que le habían seguido contemplábanle con espanto, dirigiéndose mutuamente miradas de terror.

Abú-Saíd, con la mirada perdida en el inmutable azur, esperaba.

Así transcurrió una hora en lúgubre silencio: al pie de la torre no se movía nada; en el desierto silencioso de las angostas calles veíase tan sólo á veces á lo largo algún perro flaco como un chacal, que parecía ir en busca de su presa.

Al fin apareció un hombre en la esquina de la calle; mas en vez de ocultarse avanzaba con paso indolente, en plena luz y al parecer muy contento: sin duda ignoraba que allí llovían las flechas mortales de su señor.

Abú Saíd tendió lentamente la cuerda de su arco y disparó.

La multitud de cortesanos dejó escapar un grito de admiración, exclamando:

– ¡El hombre ha caído!

A una señal de Abú-Saíd, la turba de los familiares bajó precipitadamente.

El hombre había caído, en efecto, junto al umbral de una puerta, con la cabeza suavemente apoyada sobre la piedra; encima de él, en el marco de madera, vibraba aún la flecha del taciturno soberano. Empujaron al hombre, que no perdía sangre alguna, y que, si bien aletargado, sonreía con dulzura.

Evidentemente no estaba muerto y acaso no sospechaba nada. ¿Cómo confesar al terrible Abú-Saíd que su flecha no había dado en el blanco? Mientras que poseídos de la mayor inquietud los cortesanos celebraban consejo, Abú-Saíd, que los miraba desde lo alto de la torre, adivinando su vacilación, envió un esclavo para ordenarles que volvieran con su presa.

Acto continuo pusieron al hombre en pie; mas como pareciese andar difícilmente, aunque no estaba herido, dos servidores le cogieron en hombros y condujéronle á presencia de Abú-Saíd.

– ¿Quién eres?, preguntó el real arquero.

– ¿Y tú, quién eres, contestó el hombre, sonriendo familiarmente.

Los cortesanos se estremecieron, pareciéndoles ver ya la cabeza del atrevido rodar por el suelo; pero Abú-Saíd estaba cansado tal vez de su largo silencio y quizás le sorprendió también la actitud del hombre que tenía delante en una postura indolente, balanceando el cuerpo á compás, con los ojos brillantes como estrellas, revelando un éxtasis que le pareció muy singular.

– ¿Ignoras tú, le dijo, quien és Abú-Saíd?

– Nuestro señor, contestó el hombre, el más glorioso, el más rico soberano de todos aquellos que ensalzan el nombre de Alá y observan la ley de su Profeta. En este momento no conozco más que un hombre superior á él.

– ¿Quién es?

– ¡Yo!

Entre los cortesanos circuló un murmullo de terror.

– ¡Dime tu nombre!

– Djami, el que cuenta las estrellas.

Por primera vez, desde hacía muchos días, una ligera sonrisa animó el rostro hasta entonces impenetrable de Abú-Saíd. Aquel loco, aquel transeunte iluminaba evidentemente su alma obscura con una luz que no habían podido proporcionarle las chocarrerías de sus bufones ni los relatos de sus historiógrafos.

– Tú tienes un palacio, continuó tranquilamente Djami, y yo no poseo más que una cabaña; pero en ésta hay una puerta que conduce á jardines magníficos, donde resplandecen todos los tesoros imaginables, donde las mujeres más hermosas se postran á mis pies y donde un pueblo de esclavos se inclina ante mí.

– ¿Dónde está ese reino?

– Ven y lo sabrás.

– ¿Adónde quieres que vaya?

– A la cabaña de Djami; todo el mundo la conoce; pero si quieres entrar en el maravilloso jardín, has de ir solo.

Abú-Saíd sonrió de nuevo, calmándoles con un ademán.

– Iré, dijo simplemente.

Y Djami se retiró, conducido hasta las puertas del palacio con las consideraciones debidas á un mágico que ha convertido repentinamente en dulzura de cordero el furor sanguinario de un tigre.

El poeta andaba con el mismo paso acompasado, y si Abú-Saíd no hubiera sido tan severo observador de la ley del profeta, ó tan aficionado á los sorbetes y al agua helada, habría podido reconocer que Djami estaba ebrio; pero poseído de esa dulce embriaguez que comunica alas al espíritu, y que se encuentra en el fondo de las copas donde chispea el vino Schiraz, tan armoniosamente cantado por el poeta Hafiz.

Y mientras Djami andaba á través de la ligera nube que producían á su alrededor los vapores del precioso vino, pensaba sin embargo que acababa de hacer al rey de los reyes una promesa muy imprudente. Pero era joven, y jugaba su vida por una bravata, sin pensar en lo demás.

Al pasar por el mercado, Djami compró varios frutos, un trozo de cordero y algunos pajarillos de carne delicada; y volviendo á su vivienda alegre y risueño, dijo simplemente á su esclava voluntaria, á quien llamaba Durgha:

– Toma, hermana, ahí tienes con qué preparar sabrosa cena para un convidado á quien espero.

Djami se había serenado ya del todo, y con ánimo firme reflexionaba sobre las consecuencias de su audacia. Sin dirigirle la menor pregunta, Durgha puso manos á la obra con él: coció el cordero bajo unas piedras entre dos fuegos; puso los pajarillos ligeramente envueltos en hojas de vid en el asador, colocado sobre un lecho de hierbas odoríferas, y con los frutos formó pirámides en fuentes de cobre adornadas de finos arabescos.

Djami colocó después sobre la mesa, con religioso respeto, varias botellas de cristal, de cuello largo, en las cuales brillaba un vino de color de topacio, que fué á buscar á su pequeña bodega. Hecho esto, dijo á la joven:

– Ahora puedes retirarte, no te necesitaré.

– ¿A quién esperas?

– A un hombre á quien me alegraría mucho no conocer; al sultán Abú-Saíd.

Durgha palideció, y sin pronunciar palabra alejóse lentamente.

Un instante después, Abú-Saíd apareció en la puerta de la cabaña.



Acababa de distinguir una blanca forma de mujer

Al verle, Djami se inclinó, pero sin humildad; con la cortesía propia de un rey que recibe á uno de sus semejantes.

– ¡Que la bendición de Alá sea contigo!, dijo Abú-Saíd.

– Señor, yo te saludo, contestó simplemente el poeta.

Y los dos entraron en la reducida sala donde estaba puesta la mesa.

– Antes de sentarte, dijo Djami á su huésped, júrame que no me harás nin-

guna pregunta, y que no rechazarás cualquier manjar ó bebida que te presente. A mi vez te juro que quiero proporcionarte bienestar y placer. Si conoces á los hombres, mira bien mis ojos y leerás en ellos mi sinceridad.

– Te juro que haré cuanto quieras para entrar en los jardines encantados que te jactas de poseer; pero también juro que si me has engañado con vanas promesas mandaré que te corten la cabeza ó te entierren hasta los hombros, para que las moscas se introduzcan en tu boca y devoren tu lengua mentirosa. Mira bien mis ojos y leerás en ellos mi resolución.

– ¡Cenemos, pues!, repuso temblando el poeta, pero con tono indiferente.

Con sus manos pálidas y finas, verdaderas manos de mujer, el sultán desgarraba la carne asada y sabrosa del cordero, hincando en ella sus agudos y blancos dientes: hacía crujir los pajarillos perfumados, y de vez en cuando, sin decir nada, alargaba su copa, que Djami, risueño, llenaba al punto de vino de Schiraz.

Abú Saíd no bebía nunca vino; pero como había jurado á Djami no preguntarle nada y aceptar dócilmente cuanto le presentase, bebía sin tasa, aunque conociendo que hacía una cosa prohibida por el santo Profeta.

Y á medida que seguía bebiendo, sentía en todo su ser un bienestar que no había conocido nunca, y con el contenido de su copa un dulce calor circulaba desde sus labios al corazón y desde éste á las entrañas, elevándose hasta su cerebro los vapores embriagadores que partían de aquel foco interior; sus ojos se cerraban dulcemente, sus ademanes languidecían, y cuando Djami le presentó el primer canastillo lleno de frutas y bizcochos, apenas podía ya sostener la copa. Djami seguía sonriendo y su corazón se tranquilizaba, pareciéndole que no le cortarían ya la cabeza ni las moscas devorarían su lengua.

De pronto levantóse para ir á descorrer la esterilla que hacía las veces de puerta de la cabaña, y dijo atrevidamente al sultán:

– ¡Mira! Ahí tienes la entrada de mis jardines.

Lo que entonces vió Abú-Saíd parecióle el más deslumbrador espectáculo.

En todo el espacio que la vista podía alcanzar veíanse grandes árboles cargados de flores y de frutas, balanceándose á impulsos de una ligera brisa, semejantes á frescos ramos que exhalaran un suave y embriagador perfume; entre ellos deslizábanse aguas cristalinas que comunicaban frescura al ambiente; en los aires oíanse las notas melódicas del canto de las avecillas; un camino iluminado por la luz de la luna conducía desde la cabaña á la orilla del río, y más allá se veían millares de lucecitas temblorosas sobre la superficie del agua...

– ¡Cuán hermoso espectáculo!, murmuró el sultán con acento conmovido.

– Sí, contestó el poeta, y sin embargo no es nada, porque todo eso cambiará en un instante, los fulgores se apagarán, la sombra será más misteriosa, y entonces comprenderás mejor el encanto de esta hora.

– ¿Dónde estoy?, preguntó Abú-Saíd con voz temblorosa.

– Estás en la vivienda de Djami, el que cuenta las estrellas, y cuanto ves no es sino la realidad, que tú mismo revistes con todos los colores del sueño, pues lo que yo he querido probarte ¡oh rey! es que ninguno iguala en riqueza ni en poderío al que puede, como tú en este momento, con el espíritu tranquilo y el corazón libre, contemplar la tierra cubierta de verdura y el agua que brilla á la mágica claridad de la luna, mientras saboreas el verdadero vino de Schiraz.

– ¡Vino!, exclamó débilmente Abú-Saíd, cuya conciencia obscura pareció despertar y rebelarse de pronto.

– Ciertamente, contestó Djami. Si quieres que pague con la vida la falta que te hice cometer, ¿cómo me pagarás tú la dulzura de que te hago disfrutar?

Y como el sultán no contestase nada, Djami se levantó otra vez y dijo:

– ¡Espera! Sólo has visto la tierra y voy á buscar con qué abrirte el cielo.

Abú-Saíd quedó solo un instante, mientras Djami revolvía la arena de su bodega para buscar una nueva botella que cuidadosamente reservaba.

De pronto, y como siguiese mirando á través del cuadro luminoso de la puerta, percibió junto á él un roce entre las cañas, y al volver la vista hacia el sitio de donde provenía el rumor, lanzó un grito terrible y quiso levantarse; pero sus piernas entorpecidas se negaron á sostenerle. Ante él, en el marco de la puerta, junto al camino luminoso, acababa de distinguir una blanca forma de mujer; dos ojos de mirada profunda y triste se habían encontrado con los suyos, desvaneciéndose después la visión como nube vaporosa.

Djami acudió presuroso por haber oído el grito de Abú-Saíd.

– ¿Qué ocurre, soberano señor?, preguntóle.

– ¡Allí, allí... esa mujer! ¿No la has visto tú?

– Seguramente; es Durgha, mi hermana.

– ¡No... no es Durgha! ¡Es la que yo maté!

Un estremecimiento nervioso agitaba todo el cuerpo de Abú Saíd, sus dientes castañeteaban, y parecía que de sus labios brotaba sangre.

– ¡Durgha!, murmuró... ¡No, no; es Nurmahal... Sí, Nurmahal!

Y algunas lágrimas ardientes deslizáronse por sus pálidas mejillas.

– Escucha, Djami: tú eres el único que ha podido arrancarme del estado en que me hallaba, y sólo á ti descubriré mi secreto. No quiero saber por qué misterio me revelas lo invisible, y si la que acabo de ver ahí está viva, por qué extraño poder ha revestido de pronto las facciones de aquella que yo maté... ¡Yo amaba, adoraba á esa Nurmahal! Su rostro tenía la belleza pura de un cielo de primavera; sus labios suaves eran la copa en que los míos apuraban el vino celestial del amor; en sus ojos veía los colores cambiantes del mar profundo y en su cabello dorado parecía que brillaban estrellas cuando con ligero movimiento dejaba caer sobre sus blancos hombros las espesas trenzas. Ahora la busco en palacio; todos se preguntan sobre su suerte, y nadie osa sospechar la verdadera causa de mi amargo dolor... ¿Sabes tú, Djami, por qué odio al mundo entero, por qué hiero con mis flechas á cuantos pasan por la calle y por qué quisiera que se hundieran el cielo y la tierra y sucumbiesen todos los hombres, incluso yo, á una señal mía? Porque en un momento de feroces celos, creyendo leer en los ojos de Nurmahal una mirada de ternura para uno de mis nobles servidores, la conduje á lo más alto de la torre durante la noche, y una vez allí, hallándonos solos, la acusé, la juzgué y la herí sin querer escucharla. Cubierta de sangre, arrodillada en el tapiz en que la veía á mis pies, alargando sus hermosos brazos para implorar mi gracia, arrojéla en el agua profunda sin vacilar, sin compasión, porque estaba ciego y loco. ¡Ah!.¡Mira... ya la veo!

– No, allí no hay nadie, te lo aseguro.

– ¡Entonces era un espectro!

– ¡Pues bien: bebe un poco más de ese vino y verás cómo se desvanecen los espectros, reapareciendo las imágenes risueñas!

Abú-Saíd obedeció, y de nuevo sonrosadas nubes eleváronse á su alrededor. Y con los ojos cerrados, en delicioso éxtasis, vió surgir un mundo nuevo de las obscuras profundidades; palacios aéreos y ligeros como una telaraña; jardines sombríos llenos de fuentes cristalinas; y entre aquellas arquitecturas maravillosas, entre aquellas frondosidades gigantescas y por senderos cubiertos de musgo, donde el rocío sembraba perlas y donde los escarabajos encendían sus esmeraldas vivientes, vió pasar muchas mujeres, semejantes todas á Nurmahal.

Contemplábala bajo estas mil formas, y ella, siempre risueña, también le miraba. Abú-Saíd no recordaba ya el asesinato consumado; un desfallecimiento agradable manteníale cautivo ante aquella mujer.

Al ver al sultán dormido, Djami salió corriendo de la cabaña.

Durgha parecía esperarle, turbada y atenta.

– ¡Imprudente!, la dijo. ¿Por qué me has ocultado tu nombre? ¿Por qué no me has dicho nada para que pudiera evitarte este terrible encuentro; pero ya te ha visto, reconocido y nombrado. ¡Eres Nurmahal!

Durgha lloraba.

– Comprendo que su presencia te espante, continuó Djami; pero en vez de llorar, aléjate. ¿Qué creerá y qué hará si te encuentra aquí? ¡Huye del peligro!

– ¡No!, contestó Nurmahal resueltamente.

– Pues entonces voy á matarle. ¿No es eso lo que tú quieres?

Nurmahal se precipitó sobre Djami y arrancóle de la mano el cuchillo.

– ¡Déjame, exclamó, y vete! ¡No vuelvas hasta el amanecer!

Jamás había hablado la joven con tono tan imperioso, ni mirado á Djami con una expresión tan exaltada y altiva.

El poeta, pensativo, se dirigió lentamente hacia los árboles, mientras Nurmahal, con el seno palpitante, penetró en la cabaña donde el sultán reposaba...

Cuando el sultán Abú-Saíd despertó, vió pasar ante él una sombra; una mano ligera dejó sobre la mesa una bandeja de metal, de la que se exhalaba el vapor odorífero del café, y al volver la cabeza, vió el rostro radiante de Nurmahal.

De un salto se puso en pie, dispuesto á lanzarse sobre ella; mas de pronto, tembloroso ante aquella mujer que sin turbación le miraba, exclamó:

– ¿Tú, Nurmahal?...

– Señor, á vuestras órdenes, como mi hermano Djami.

– ¡Djami no es tu hermano!

– ¿Por qué había yo de engañarte?... ¡Por ventura no me conoces!

– ¡Que no te conozco, Nurmahal!

– ¿Por qué repites ese nombre, extraño para mí? ¿Por qué me miras con cólera?

– ¡Tú amas á Djami!

– Con decirte que es mi hermano, ya comprenderás qué amor hay entre ambos. Soberano señor, ¿á qué interrogarme tanto?

Abú Saíd contempló largo rato á Nurmahal, que se sintió desfallecer bajo aquella mirada que la envolvía en ardiente caricia. El sultán dió un paso hacia ella y extendió la mano como para cogerla; pero una especie de temor instintivo le retuvo, y con voz turbada dijo:

– ¡Tú eres Nurmahal, la que me amaba, á quien yo correspondía, la que maté!

Y como dudando aún, ansioso de saber la verdad, arrebatado y fogoso, precipitóse hácia ella, y mientras que con su poderoso brazo la tenía sujeta, casi desmayada, desgarró el fino tejido que cubría su seno, y en la carne desnuda buscó ávidamente la cicatriz de la herida que su mano infiriera en aquel cuerpo.

– ¡Ah!, exclamó con loca alegría, ¡tú eres, tú eres!

Nurmahal se arrodilló á sus pies, y presentóle humildemente el cuchillo que había arrancado de manos de Djami.

– ¡Sí, dijo, yo soy, Abú-Saíd! ¡Toma esta arma y hiere mejor ahora!

Al pronunciar estas palabras presentó el seno.

Pero en su mirada revelábase todo el amor que en su corazón se conservaba aún, todo el pesar acumulado en su alma desde la noche en que el sultán dudó de ella. Abú-Saíd la sostenía en sus brazos, estrechándola contra su pecho, como una madre á su hijo cuando teme que se le arrebaten; y murmuraba extasiado:

– ¡No me has maldecido! ¡Me amas, á pesar de todo, lo mismo que antes!

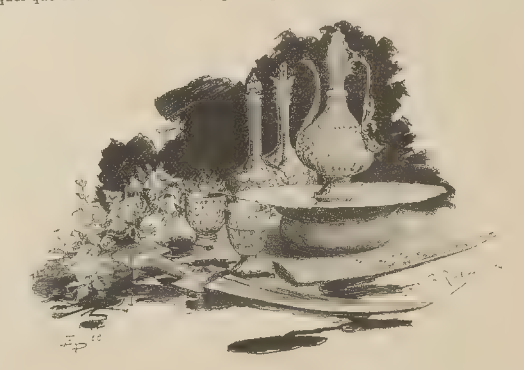
– ¡Oh, mi señor, más aún!

Como poseído de loco frenesí, el sultán la arrebató en sus brazos, y apenas cubierta con sus ropas rasgadas condújola á su barquilla

Y entretanto, sentado bajo los árboles de la orilla del río, que la luna iluminaba con sus melancólicos rayos, Djami, el que contaba las estrellas, el bebedor de vino de Schiraz, cantaba distraidamente una de sus composiciones...

Aquel mismo día supo el desenlace de la aventura.

Abú Saíd, que reinaba en Herat, le llamó y quiso retenerle en su corte, donde aquel que contaba las estrellas, aquel impertérrito bebedor de vino de Schiraz,



perdió su locura con su juventud y llegó á ser el muy juicioso, el muy sabio y venerado Djami, aquel de quien los antiguos cronistas dicen que, cuando murió, cargado de años, «la tierra cubierta de flores se abrió como perfumada concha para recibir tan rica perla.»

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

COCHE MOVIDO POR EL PETRÓLEO

Desde larga fecha vienen haciéndose los mayores esfuerzos para resolver de una manera completa el problema de la tracción mecánica de los vehículos. El modelo que vamos á describir funciona perfectamente y se basa en muy distinto principio que el de M. Serpollet de que nos ocupamos no hace mucho (1).



Fig. 1. Coche movido por el petróleo. Invención de los Sres. Peugeot; motor Daimler. (De una fotografía.)

Trátase del *cuadriciclo á gasolina*, construído por los señores Peugeot, y el motor en él empleado es del sistema Daimler; ha sido fabricado por los Sres. Panhard y Levassor y funciona por medio de la esencia de petróleo volatilizada en una corriente de aire.

La fig. 1 representa el nuevo coche movido por el petróleo y la fig. 2 reproduce el plano y la sección del mismo con una leyenda explicativa.

El coche se compone de un armazón de tubos de acero batidos y sin soldadura y reunidos por medio de piezas de varias formas, también de acero fundido ó estampado: este armazón, en donde están colocados el motor, el mecanismo y los asientos, va suspendido sobre muelles fijos en el coche. Las ruedas motrices giran alrededor de dos pezones de eje y sus cubos tienen dos engranajes de cadena que reciben su movimiento de dos ruedas correspondientes ajustadas á un árbol de transmisión. Este lleva un movimiento diferencial destinado como en los triciclos ordinarios á hacer independientes las dos ruedas motrices. Las dos ruedas directoras están colocadas en la parte anterior del vehículo. El coche puede evolucionar sobre sí mismo describiendo una curva de tres metros de radio. Las llantas de las cuatro ruedas de acero están provistas de una guarnición de caucho.

Cuatro personas pueden ir sentadas en el coche: la que hace las veces de cochero se sienta á la derecha, teniendo al alcance de su mano el guión director, la palanca del freno, la del cambio de marcha, la manivela de la espita de admisión del gas, la empuñadura que gobierna la marcha hacia atrás y, debajo del pie, el pedal con que se interrumpe la comunicación entre las piezas de la máquina que se comunican el movimiento entre sí.

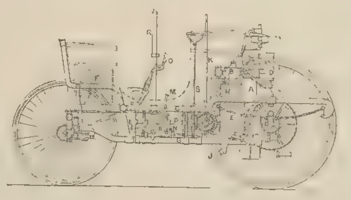
El motor, cuya fuerza es de dos caballos de vapor, está alimentado por gasolina ó esencia de petróleo, contenida en un recipiente llamado *carburador*, donde se volatiliza para penetrar luego en forma de gas en los cilindros de la máquina, produciéndose las explosiones por medio de dos mecheros con dedos de platino encerrados en una caja de hierro á manera de linterna.

La velocidad invariable del motor es de unas 550 vueltas por minuto; su potencia, también invariable, de dos caballos de vapor basta para lograr en un camino liso y sin pendientes una velocidad de 18 kilómetros por hora. Para subir las cuestas es preciso disminuir la marcha, para lo cual se apoya el talón sobre el pedal interruptor y se oprime al mismo tiempo con la mano derecha la palanca de cambio de marcha, siendo indispensable que los dos movimientos se ejecuten simultáneamente. De este modo se puede reducir la velocidad á 15'800, 10'500 y 5'300 kilómetros, y disminuyendo así la rapidez del movimiento pueden vencerse pendientes de 8 y 10 centímetros por metro.

Para poner en movimiento el motor, se empieza por encender los mecheros, y á los dos minutos, cuando los dedos de platino han llegado á la temperatura del rojo, se da con una mano dos ó tres vueltas al manubrio de atrás y con la otra se regula la espita de admisión del gas, con lo que la máquina echa al momento á andar.

Las explosiones del gas desarrollan en el interior de los cilindros un calor que no tardaría en dificultar por completo el movimiento de los pistones, si la caja en que éstos van encerrados no se enfriara continuamente. A fin de lograr este resultado, una bomba centrífuga movida por el mismo motor hace circular alrededor de los cilindros una corriente de agua que pasa luego á los tubos del armazón de la máquina. El coche lleva un freno de bastante potencia para pararlo casi instantáneamente, cualquiera que sea la velocidad con que corra: la palanca correspondiente á este freno hace funcionar al propio tiempo un cono interruptor, de suerte que es imposible engalgar sin haber hecho antes el motor independiente de la transmisión del movimiento.

En cuanto el motor ha adquirido su velocidad puede emprenderse la marcha: el conductor coge con la mano derecha el puño de la palanca del freno, que es al propio tiempo la palanca que establece é interrumpe la comunicación, le imprime un ligero movimiento hacia atrás y el coche echa á andar.



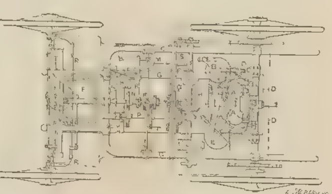


Fig. 2. Sección y plano del coche movido por el petróleo. – A. Motor de gasolina, de dos cilindros, con fuerza de dos caballos de vapor. – B. Carburador. – C. Depósito de gasolina que alimenta los mecheros. – D. Mecheros que calientan los tubos de platino que inflaman el gas. – E. Cilindro de escape que sirve para amortiguar el ruido. – F. Depósito de petróleo. – G. Bastidor de tubos de acero por el cual circula el agua que enfría los cilindros. – H. Depósito de agua. – I. Bomba centrífuga para la circulación del agua. – J. Disco de fricción para hacer independiente la máquina. – K. Palanca para hacer independiente la máquina y para el freno. – L. Freno de collar. – M. Pedal de interrupción. – N. Juego de piñones que corre sobre el árbol para el cambio de velocidad. – O. Palanca para el cambio de velocidad. – P. Juego de ruedas que transmiten el movimiento al piñón de cadena por intermediación de ruedas de ángulo. – Q. Movimiento diferencial. - R. Dirección. – S. Cambio de marcha.

Es conveniente iniciar el movimiento con precaución marchando á pequeña velocidad para evitar un choque violento en el momento de partir, pudiendo acelerarse la marcha inmediatamente después.

Para obtener la marcha atrás basta levantar con la mano derecha una empuñadura que atraviesa el asiento.

A fin de dar una idea de lo que puede hacer el coche movido por petróleo que damos á conocer, bastará resumir la historia del viaje realizado recientemente por él desde Valentigny á Brest.

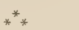
El vehículo completamente dispuesto para la marcha pesa 530 kilogramos, y en el viaje á que nos referimos contenía 42 kilogramos de objetos diversos, útiles y equipajes. La provisión de gasolina (esencia de petróleo muy volátil) necesaria para recorrer 300 kilómetros es de 28 litros.

Estimando la velocidad media efectiva, es decir, sin contar las paradas, en 15 kilómetros por hora, puede andarse, con la provisión indicada, durante 20 horas de marcha efectiva, y como la gasolina cuesta 50 céntimos de peseta el litro, resulta un gasto de 0,046 pesetas por kilómetro. La densidad de la gasolina empleada debe ser de 670 á 680 ó 690.

El coche que hemos ensayado en París el día 21 de septiembre último, que reproduce la fig. 1, es el mismo que sin avería importante hizo el viaje de Valentigny á Brets, ida y vuelta, en 139 horas de marcha efectiva: siendo el trayecto de 2.047 kilómetros, resulta que la velocidad media fué de 15 kilómetros por hora. Después de su regreso, el coche siguió funcionando perfectamente y hace poco ha sido vendido en París á un industrial alsaciano qué lo utilizó para regresar á Mulhouse, habiendo efectuado el viaje con toda felicidad.

Estas pruebas son suficientes para demostrar que el nuevo coche movido por el petróleo funciona bien y es realmente de utilidad práctica.

G. TISSANDIER



NUEVAS APLICACIONES DEL PAPEL

El papel, que ya se empleaba antes para la edificación, utilízase ahora para la confección de cristales, macetas, rieles, ruedas, herraduras, poleas de transmisión, utensilios de laboratorio, toneles, etc. Los cristales de papel tienen toda la apariencia de vidrios blanquecinos con la propiedad de interceptar los rayos luminosos dejando pasar los caloríficos. Las poleas de transmisión concebidas por M. Burot tienen un cubo de hierro fundido y brazos también de hierro que contienen un armazón sobre el cual descansa la pina de papel. Este armazón mantiene la pina durante la fabricación y le da mayor solidez. El papel de una calidad especial está colado, arrollado y comprimido en el armazón en una operación sola; luego debe secarse la corona y se moja en una mezcla de aceite de lino y de resina. Las macetas de papel, cuya invención se debe á M. Mauricio Pommarede, tienen sobre las de barro la ventaja de ser mucho más ligeras y no frágiles. Si el precio resulta notablemente inferior al de éstas, podrían reemplazarlas los horticultores en el consumo considerable que de ellas hacen. Esas macetas de papel son imputrefactibles, impermeables é hidrófugas, y como sus similares de barro cocido se prestan á la ornamentación: cubiertas de una capa de barniz ó pintadas, tienen sobre las macetas de lujo de tierra la ventaja de adaptarse mejor á todas las formas que á la fantasía del fabricante le place darles. También en la fabricación de ciertos muebles se ha tratado de sustituir el papel á la madera, y aunque hasta ahora no se ha pasado de la vía de ensayos, no tardaremos en ver salones Luis XVI, tocadores Luis XV y comedores de estilo gótico, todo construído con papel.

(De *La Nature*)

(1) Véase el núm. 476 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

CIFRAS DECORATIVAS PARA ARTES E INDUSTRIAS

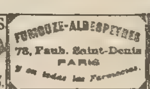
POR

J. MASRIERA Y MANOVENS — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Véndese formando un precioso álbum, encuadernado en tela, al precio de 15 ptas. ejemplar







JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE


36, Rue Vivienne **SIROP du Doctr FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses


LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones** de estómago, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

GRANO DE LINO TARIN

Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS

PREPARACION ESPECIAL *para combatir con éxito* ESTREÑIMIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA

En todas las farmacias

Exíjanse las cajas de hoja de lata

Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche

LA CAJA: 1 FR. 30

Curación segura de la *COREA*, del *HISTERICO* de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO, de la Agitacion nerviosa de las Mugeres en el momento de la Menstruacion y de

LA EPILEPSIA

CON LAS

GRAJEAS GELINEAU

En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y Cía, en Sceaux, cerca de Paris

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA: son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estómago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL Dr DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral

DE

P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el Pectoral por excelencia *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.

PERFUMERIA-ORIZA

Perfumes liquidos ó solidificados

DE L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, 11

Paris

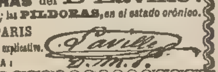


Al por mayor en Casa de
JAIME FORTEZA
34, Escudillers, Barcelona

GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville**:
El **LICOR** se emplea en el estado agudo; las **PILDORAS**, en el estado crónico.

Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:





CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille**, *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartín, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.a, Diputación, 358, Barcelona

NUESTOS GRABADOS

La atleta miss Victorina. – Entre las curiosidades que se exhiben en el teatro de Variedades del Palacio de Cristal de Leipzig, figura la atleta miss Victorina, que es sin disputa una de las mejores en su género, pues á su fuerza extraordinaria une una corrección de formas irreprochable y una gracia especial en la manera de hacer sus ejercicios. De sus varias habilidades, tales como levantar pesos enormes, romper gruesas cadenas, etc., la más prodigiosa es la que consiste en detener un proyectil de doce libras disparado por un cañón á diez pasos de la boca de éste: otra no menos notable es la que representa nuestro grabado, ó sea la de romper á fuerza de la distensión de los músculos una cadena atada al brazo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ENSAYO SOBRE EL ARTE DE NAVEGAR POR DEBAJO DEL AGUA, *escrito por el inventor del «Ictíneo» ó barco-pez, Narciso Monturiol.* – Algunos amigos y admiradores del inventor del *Ictíneo* han publicado lujosamente impresa la luminosa memoria descriptiva del barco submarino y una interesante introducción en que se describen las vicisitudes por que pasó el invento: ambos documentos fueron escritos por el mismo Monturiol, y en la edición que ahora de ellos se ha hecho precédeles un prólogo de D. Juan Mañé y Flaquer, en el que se hace una semblanza tan sentida como justa del eminente hombre de ciencia que indudablemente dió un paso gigantesco en la resolución del trascendental problema de la navegación submarina, y que por causas que no hemos de señalar halló sinsabores y no pocas pérdidas materiales allí donde hubiera debido encontrar sólo dichas y gloria.

Lleva el libro el retrato del Sr. Monturiol, una fototipia reproducción del *Ictíneo* y dos láminas con las secciones vertical y horizontal del barco y las transversales de varios detalles del mismo.

***

PROSODIA CASTELLANA Y VERSIFICACIÓN, *por don Eduardo Benot.* – Que esta obra es interesante y de indispensable estudio pruébalo la sola enunciación de su título; que las importantes materias en ella contenidas están sabiamente tratadas, demuéstrase con la simple enunciación del nombre de su autor, quizás el primer gramático de nuestra patria. Por lo que vemos en el primer cuaderno, único hasta ahora publicado, el Sr. Benot se muestra verdaderamente revolucionario en materias de acentuación; y la verdad es que leyendo las razones en que apoya sus teorías, la lógica de las mismas se impone, aunque su novedad cause de pronto cierta extrañeza.

La obra, editada por D. Juan Muñoz Sánchez, de Madrid, se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas al precio de dos reales uno y formará 3 tomos de unas 400 páginas. Suscríbese en casa del editor, Fúcar, 3, Madrid, y en las principales librerías de provincias.



LA ATLETA MISS VICTORINA que actualmente se exhibe en el teatro de Variedades del Palacio de Cristal de Leipzig

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Cotor.* – Los cuadernos 44 y 45 de esta importante obra, además del excelente texto contienen cuatro hermosas fototipias que representan: una Venus, estatua romana de mármol de Carrara, tablero y ménsulas árabes del castillo de la Aljafería, un detalle del interior de la mezquita del palacio de la Aljafería y un facsímile de una página de un códice aljamiado. Llevan además tres bonitos fotograbados que reproducen el altar del oratorio del arzobispo Mur, el interior del cimborrio de la Seo y un retablo del altar mayor del templo de Santa Engracia.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

DR. ANDRÉS LAMAS, bosquejo crítico literario. A HISTÓRICO PASADO, RISUEÑO PORVENIR, poema argentino, *por D. R. Monner Sans.* – De estos dos folletos, el primero es un estudio concienzudo de una de las personalidades más salientes del Río de la Plata, y el segundo un canto entonado en armoniosos versos en loor de las glorias de la República Argentina. Uno y otro revelan las notables dotes de crítico justo, escritor castizo é inspirado poeta que adornan al Sr. Monner Sans.

***

JUSTICIA Y POLÍTICA, *por D. Antonio Aguilar.* – Con el título de *Actualidades (Cartas á mi padrino)* viene dando á luz el Sr. Aguilar una serie de notables estudios sobre cuestiones de innegable trascendencia relacionadas con la administración de la justicia. En el último publicado ocúpase con imparcialidad y elevación de miras del interesante problema de la influencia de la política sobre los tribunales, y al exponer con irrebatibles argumentos los gravísimos males que este estado de hecho acarrea á la sociedad, ocúpase de una manera concienzuda en los dos importantes principios de la independencia y de la responsabilidad judiciales y censura con rasgos felices la conducta que una parte de la prensa sigue al tratar de lo que á la justicia se refiere.

Es este un folleto que se lee con sumo gusto, pues además de ser interesante está muy bien escrito. Ha sido editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y se vende en las principales librerías al precio de una peseta cincuenta céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 519

Con el presente número se reparte LA HISTORIA DE LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870-71, escrita por el conde de Moltke
Primera edición ilustrada que se publica en Europa, acompañada de un mapa para seguir la marcha de las operaciones
El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarla al respectivo corresponsal ó repartidor



ESTATUA ECUESTRE DEL GENERAL GATTAMELATA, en Padua, obra de Donatello

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El Centenario de Colón y Granada. – Grandes recuerdos históricos asociados al descubrimiento de América. – La rota de los moros y la expulsión de los judíos. – Pueblos viejos y pueblos nuevos. – La China y sus conmociones. – Antiguas industrias eclesiásticas encaminadas á penetrar en China. – Los primeros exploradores. – El patriarcado griego en Constantinopla. – El nuevo patriarca. – Conclusión.

I

Por mucho tiempo, durante todo el próximo año, hablaráse del Centenario de Colón entre los pueblos cultos, con especialidad entre los españoles de todos matices y los americanos de todas procedencias. Así no puede maravillarse la solicitud con que acuden muchos municipios en demanda y petición de un reconocimiento público del derecho suyo á la conmemoración gloriosa de antiguas escenas históricas, enlazadas con suceso tan humano y universal como la invención del Nuevo Mundo. En estos mismos días varios comisionados, por todo extremo ilustres, del pueblo granadino han puesto porfiado empeño en la recordación del papel representado por su bella ciudad dentro de tal épico poema viviente, y heles asegurado yo mi pobre concurso en la consecución y logro de su legítimo deseo. Aparte Barcelona, primer glorificadora de Colón, tienen derecho á conmemorar el Centenario Sevilla, donde halló Colón poderosísimos y desinteresados valedores; el Puerto, en cuyas playas vivió largo tiempo junto á sus amigos los Medinacelis; Córdoba, que presenció sus afanes y auxilió con recursos de ilustres familias cordobesas á los vastísimos proyectos y á las audaces investigaciones del descubridor; Málaga y Baza, las cuales en sus asedios le vieron pelear como un soldado; Huelva, de antiguas experiencias marítimas, puestas en la suma de datos reunida por aquella mente creadora para la solución de su problema; La Rábida, primera y principal en darle dos capitales protectores, el guardián de aquel monasterio y el cosmógrafo y médico Garci-Fernández; el Palos, de los Pinzones y del primer viaje; la Vega edénica y la ciudad oriental, testigos tanto de las capitulaciones entre los inmortales monarcas y el ignorado adivino como del costoso y definitivo triunfo alcanzado sobre la superstición por el saber y por el genio. Así como la fe busca las huellas de los reveladores divinos en todas partes, en Jerusalén y en el desierto, debe la ciencia buscar y consagrar los lugares testigos de las glorias allegadas por sus reveladores y por sus mártires. Además los pueblos necesitan saber su historia. Y ninguna ocasión de suyo tan propicia para enseñar á los españoles el conjunto de sus recuerdos como este aniversario, el cual tanto evoca nuestros aciertos como nuestros yerros.

II

En tanto que del torreón de la Vela subían Tendilla y Mendoza, conseguida ya la rendición, aquella su escalera inolvidable, Aixá, Moraima, las mujeres del harén, los príncipes de la sangre, los santones y faquíes del palacio árabe dejaban las estancias donde tantas veces vieran la palabra felicidad grabada en las estalactitas de sus techos, al son de las brisas y de las guzlas, al olor de los pebeteros y de los rosales Ninguno, entre tales infelices, ninguno se daba cuenta de lo que le sucedía; pero á todos les pasaba lo que á la flor desgajada del tallo, lo que al tallo desgajado del tronco, lo que el tronco desarraigado del suelo. Imaginaos los judíos arrancados á Jerusalén y conducidos al cautiverio de Babilonia; los helenos expulsos por los tártaros de la península y de las islas que á una esmaltaran todos ellos con los cinceles de sus artes y poblaran también con las mariposas de sus inspiraciones y de sus ideas; imaginaos los pueblos todos á quienes un destino adverso condena en sus decretos á dejar el suelo donde se quedan los sepulcros de sus padres y donde se han mecido las cunas de sus hijos; pues ni los trenos de Jeremías llorando la ciudad viuda y solitaria, ni los elegíacos lamentos del clepta viendo su tierra en los lejos del horizonte desde las extranjeras montañas, ni el plañido de los abdibitas sevillanos comparando su río aromado de azahares con las arenas del desierto y sus palacios encantados con las tiendas del aduar y sus jardines inacabables con el oasis estrecho y pobre, pueden compararse al llanto y al sollozo de los granadinos, abandonando aquella tierra de fuego templada por las nieves, aquellos jardines de Asia regados por manantiales y fuentes y arroyos clarísimos, aquella puerta del Edén tras la cual columbrábanse las prometidas huríes y ante la cual se anticipaba el ánimo los goces prometidos en el Paraíso por su religión. Así los unos iban á dar el adiós último á tal ajimez, que les recordaba un sueño de amor; los otros á tal mezquita, bajo cuyas bóvedas habían creído recibir revelaciones del cielo; casi todos á los patios voluptuosos, á las albercas cristalinas, á las celosías recatadas, á los alhamíes multicolores, donde naturalmente dejaban arreboles de su alma y de su vida. El viejo santón, reflexivo y solemne, aún podía recatar sus grandes dolores y ver aquella catástrofe con ojos enjutos y parecidos á esas nubes del estío, las cuales relampaguean y no llueven. Pero los jóvenes de condición guerrera, creyendo que aún alcanzarían vencer al destino, lanzaban toda suerte de maldiciones por aquellas sus bocas cubiertas con espuma de hiel, y las pobres mujeres, incapaces de callar sus sentimientos, proferían en alaridos tales, que poblaban como una tempestad aquellos aires cargados con las evaporaciones de tantas lágrimas no disipadas por los clarines y por el *Tedéum* de la victoria. Al fin, precedidos todos aquellos infelices de largas recuas, sobre las cuales iban sus tesoros más ricos y sus muebles más amados, emprendieron el camino desde Santafé á la Taa de Orgiva, donde iban por el pronto, dando á la ciudad las espaldas. El paso era lento, como de quien huye al objeto amado. Un silencio profundísimo siguió naturalmente á las primeras explosiones y estallidos del dolor amargo. La comitiva, con haberse depurado y reducido todo lo posible, formaba por su número y por su importancia como un pueblo Y este pueblo se unía indisolublemente, por la inteligencia y por el corazón, á la tierra que iba dejando atrás mal de su grado. El hombre, como compendio de todos los seres, pertenece también á los minerales y á las plantas, y necesita, como éstas, respirar el aire y absorber el jugo de la natal atmósfera y de la tierra natal. Y los fugitivos se creían unos con aquel suelo predilecto; por eso todos los ojos se atristaban como las luces al extinguirse y todas las frentes se caían hacia abajo como las flores al secarse. El paladar no quería otros frutos que los frutos de aquellos huertos, ni las fauces otras aguas que las aguas de aquellos manantiales. El pensamiento se fijaba por modo intuitivo en que hasta el polvo de las vías recorridas se formaba con átomos desprendidos de las generaciones muslímicas allí enterradas. Cada cual pensaba en el sitio consagrado por algún bendito recuerdo, por alguna escena familiar, por la sombra de un ser querido, por la reminiscencia de la vida pasada, por un sollozo, por una oración, por una lágrima. Imposible saber todo cuanto nos une con el terruño á que nos hallamos adheridos hasta después de abandonarlo y de perderlo. Boabdil iba pensando en todas estas cosas conforme se iba dirigiendo á su triste destierro. Caballero en el corcel árabe que montó para salir de Granada, precediéndole su primogénito, á caballo también, á sus dos lados se veían su madre y su mujer, igualmente silenciosas y entristecidas. Quizás por la vez primera de su existencia Moraima no ponía los ojos en Boabdil, sino en todos los objetos de que la separaba su marcha Por fin, al caer la tarde solemne de aquel día terrible llegó la corte granadina, como en tropel y confusión, al célebre boquete conocido con el nombre de Padul y que separa los valles alpujarreños del valle regado por Darro y por Genil. El sol se iba poniendo tras los montes de Loja. Sus últimos rayos daban destellos de lapislázuli á la sierra Elvira, bruñidos de cristal veneciano á las cumbres nevadas, arreboles rosáceos á los cármenes bordados de nopales, á las torres ceñidas de cresterías, á las mezquitas coronadas con rotondas de porcelanas, á los kioscos del Generalife medio escondidos entre los bosques de mirtos, adelfas y cipreses. El cielo espléndido, el sol fulgurante, las montañas encendidas como volcanes, la Vega inmensa dilatándose hasta donde la vista se dilata, las colinas pobladas por torreones parecidos á corales gigantescos, la ciudad atravesada por el Darro y lamida por el Genil, entreabierta y hermosísima como la fruta de su nombre; los arreboles de aquella tarde, las púrpuras de aquel ocaso, las armonías compuestas por la mezcla del susurro de las arboledas con el rumor de las brisas, los aromas embriagadores, las perspectivas inacabables embellecíanse como á porfía para despedirse y separarse de aquellos sus reyes y señores, los cuales habían completado las grandezas del universo con las inspiraciones del arte. Boabdil al volverse instintivamente para despedirse de aquel suelo, vió de un lado el pico de Muley-Hacem, donde reposaba su padre; de otro lado el hijo de sus entrañas engendrado para tanto paraíso, pero sin poder poseerlo; y uniendo á los recuerdos profanados las esperanzas desvanecidas que cubrían como de duelo aquella tierra milagrosísima, dijo adiós á Granada y lanzó un amargo sollozo que hubiera partido las piedras. Pero no partió el corazón de su madre Aixa, quien guardando su indómita naturaleza y su complexión incontrastable hasta el fin de aquella tragedia, díjole: «Llora como mujer lo que no has sabido guardar y defender como hombre.» Pues aún debían los lamentos de Boabdil perdurar en su recientísimo destierro cuando Colón se partió regocijado á Huelva y Palos con la orden de reunir para su disputada expedición levas marinas y armar investigadoras carabelas. Y en efecto, así como coincidía con la partida de Colón desde Granada á Palos el definitivo triunfo de nuestra España sobre los árabes, coincidía con la partida desde Palos á su primer viaje la expulsión de los últimos judíos restantes en España. Junto á las carabelas que al amanecer llenaban del clamoreo de sus tripulaciones regocijadas, en una mañana del mes de agosto de 1492, el cielo y el mar de Huelva con esperanzas generadoras de un mundo nuevo, pasaban los últimos judíos, cual sombras y espectros de un templo caído y de un mundo muerto, los cuales todavía no han purgado el haber desconocido una revelación del progreso. ¡Ah! *Sunt lacrimæ rerum.*

III

Y puesto que hablamos de naciones viejas y naciones nuevas, no faltaré al ministerio mío de cronista departiendo con mis lectores un poco acerca del Celeste Imperio, cuyos alardeos de intolerancia traen á mal traer las cancillerías europeas, ocupadas en defender sus respectivos naturales y súbditos al incendio y al deguello en que han entrado con furor los chinos. ¡Pueblo incomprensible! Habiéndose adelantado á todos en descubrimientos, dióse tal traza que, inventor de la imprenta, de la pólvora, de la brújula mucho antes que los demás pueblos, hase quedado como inmóvil y rígido en sus invenciones. Y sin embargo, nosotros, los europeos, á pesar de no querer nada con sus personas, resucitamos su filosofía. Sabido es lo que priva Schopenhaüer hace mucho tiempo en la ciencia germánica, y sabido es que Schopenhaüer extrae su filosofía de una religión china, la religión Buda y los budistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del ser invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas, tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la transmigración de las almas, ó séase una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito ó demérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luego murmurar en sus oídos el suicidio. La suprema felicidad para Buda está en la nirvana, que quiere decir á la postre tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que únicamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del ser y de la vida por necesidad hacia los abismos de la muer-

LA SOBRINA Y EL AMA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, cuadro de D. Juan Gilbert
(Exposición de la Real Academia de Londres, 1891)

te. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no ser, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he aquí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo: una doctrina de tal suerte contraria con el ser, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar ni al hombre y menos á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal y para que la dignidad humana se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos para con más ó menos precipitación ir al no ser, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Buda sólo piensa en transportar los seres del océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea, desde la vida con todas sus manifestaciones á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Subir, pensar, extasiarse por medio de la idea en los arquetipos eternos; conocer la santa verdad y de la santa verdad virgen y madre sacar el bien para esparcirlo en todos los mundos y en todos los seres: he aquí la ley moral verdadera, por lo mismo que se halla tan apartada y distante del suicidio prescrito en las religiones chinas como supremo fin de nuestra existencia. El pueblo chino, entregado á la teoría del aniquilamiento, ya que no ha podido suicidarse todo él en masa, por impedírselo propensiones tan poderosas en todas las especies como el instinto de conservación y de reproducción, se quedó en algo á la muerte parecido, en la inmovilidad. Y de aquí su odio al extranjero y su aislamiento del mundo. Para conocerlo hay que engañarlo identificándose, no ya con su modo de pensar, con su modo de ser. Así nadie ha penetrado tanto en China y hala conocido tan bien como los jesuítas.

IV

Las dos misiones características de la Sociedad de Jesús ¡ah! son las dos en la China y el Paraguay respectivamente. Ninguna obra que tanto muestre su grande actividad mezclada con su tenaz constancia, ninguna obra. El Africa yerma y estéril, como el Asia henchida de recuerdos y la joven América de grandiosas esperanzas henchida, fueron á una en la malla espesa del complicado y difícil organismo jesuítico envueltas. Sus misiones pasman por lo rápidas, y sus triunfos de no haber sido en su mayoría tan fugaces apenas podrían hoy, no ya creerse, pero ni siquiera imaginarse por la fantasía más exaltada. La vehemencia de los supersticiosos mézclase por verdadero milagro en ellos con la perfidia de los estadistas. Ningún mártir capaz de llegar á tanta exaltación y ningún político, ninguno, capaz de tantas previsiones y cálculos. Las contradicciones más dispares mézclanse con asombro del mundo en la obra maravillosa de estos apóstoles. Jamás estuvieron tan cerca la abnegación y la habilidad. Es cierto que algunas veces apelaron á la jurisdicción política de los gobernadores y á la fuerza incontrastable de las armas, cual hizo en Goa San Francisco Javier; pero también es cierto que otras muchas veces sólo tuvieron para defensa y para su propaganda la palabra y la idea, como para premio de sus obras y para lustre de sus nombres el sacrificio y el martirio. Cierto también que muchas veces atendían estos misioneros materialistas antes á un bautizo externo que á una interna convicción. Bastábales con que los labios declararan la verdad religiosa del Evangelio, aunque tal declaración jamás llegase á los hondos senos del alma, donde verdaderamente arraiga toda idea religiosa. Cinco años duraron los viajes de Francisco Javier, cinco años en que no descansó una hora su febril inquietud. Ya le sirvieron de apoyo las armas de las milicias portuguesas, ya el poder de las autoridades políticas y civiles de aquella monarquía; pero muchas otras veces fiólo todo al milagroso efecto de su palabra y á la virtud creadora de su ejemplo. Y fuesen sus motivos y sus actos los que quiera, no puede dudarse, no, de su aptitud, sobrenatural cuasi, para iniciar esas peregrinaciones religiosas y evangélicas, las cuales pasmaban más que convencían á los pueblos, y por cierto tiempo los inclinaban á una doctrina con propensiones invencibles, aunque pasajeras; pues al fin y al cabo reinaban con su imperio natural sobre aquellas tribus el temperamento propio, la religión recibida, la naturaleza externa y las supersticiones históricas. Hasta en las obras y empeños del apostolado asiático se muestra la índole de los jesuítas mundana y ascética, vehemente y hábil, con presentimientos proféticos y cálculos matemáticos, mezcla informe de abnegación individual y de tristísimo egoísmo. Nada tan curioso en la historia del mundo como el método empleado por el jesuíta Ricci para influir en costumbres tan arraigadas como las costumbres chinas y en Imperio tan misterioso como el Celeste Imperio. Grande tentación para estos apóstoles con mezcla de aventureros el saltar la muralla ideada por seculares y antiguos recelos para sorprender los misterios de una religión cercana de suyo al seno de la naturaleza y cristianizar unas castas en las cuales dominaba el antiguo espíritu asiático y las ideas teológicas engendradas en las entrañas mismas de aquella vieja tierra ó bajadas como gotas de lluvia del seno de su atmósfera. Ricci es el tipo acabado, más aún que San Francisco Javier, de la propaganda jesuítica. Deseoso naturalmente de sorprender y sojuzgar aquella sociedad con delicadezas de cultura y achaques de barbarie, desciñóse la vestimenta de jesuíta y ciñóse la vestimenta de mandarín. El austero hijo de Loyola, envuelto como un cadáver en su negra sotana, mortaja más que vestidura, ciñóse los multicolores trajes y las vistosas insignias del mandarín chino. Y conociendo cómo las ciencias privaban allí entre aquellas gentes, comenzó por propinarles enseñanzas matemáticas para concluir por propinarles enseñanzas religiosas. El cielo era el libro de tales razas y al cielo mismo les convirtió sus ojos, á fin de que allí estudiasen como un proemio de las revelaciones evangélicas. Convencido profundamente de que necesitaba muchas trazas antes que muchas ideas para persua-

dir á los pueblos que viven allá en los albores de la historia y en los confines del Oriente, dijo como su Evangelio no era un original y singular libro, sino la renovación de los libros antiguos de Confucio. Moral sencilla, teología positiva, espíritu práctico; he ahí las grandes cualidades reconocidas por la historia en el revelador asiático. Y los jesuítas idearon un sistema en consonancia completa y en relación estrechísima con todos estos caracteres históricos de una obra verdaderamente secular. Los ritos antiguos mezclábanse á los ritos cristianos; la idea de un Dios sin el complemento de la Trinidad ni las jerarquías de los ángeles brotaba del seno de todas aquellas sus afirmaciones como dogma común á todos los cultos; buscábase más la virtud moral que la verdad dogmática; y se concluía, sin decirlo, en que una vida de pureza y un hábito continuo de practicar el bien concluyen por allegar tanto la salud eterna como la salud temporal á los hombres verdaderamente religiosos. Así es que la escuela jesuítica no tenía escrúpulo, cuando se lo aconsejaba la necesidad de su propaganda y se lo imponía el deber de su apostolado, en buscar un fondo común de doctrina que conviniese á todas las religiones y que preparase á todos los religiosos para la profesión de las ideas y para la práctica del bien. Lo cierto es que llegaron á la corte misma del emperador y tuvieron con él una gran privanza. Los calendarios chinos para el palacio imperial fueron redactados por los misioneros, quienes predicaban libremente, á cambio de tan claros servicios, la verdad evangélica. Chunt-Chi fué por entonces el verdadero protector de los jesuítas, quienes le amaestraron, así en la astronomía como en la óptica europea; le proveyeron de cañones fabricados á nuestra usanza, y le dejaron más de ciento cincuenta obras para su biblioteca, escritas todas ellas en chino corriente. Necesitóse la febril actividad, la constante perseverancia, la increíble destreza y hasta la perfidia misma de los jesuítas para entrar y residir allí, donde se consideraba crimen la extranjería y criminales á los extranjeros. Bien es verdad que aquellos hombres tan desasidos del mundo en general se asían á las prácticas de la región que habitaban con una grande y extrema flexibilidad. ¿No podrían los colonizadores modernos copiar un poco de tal destreza?

V

Vamos á otro negocio de importancia europea, con carácter eclesiástico también: al recientísimo nombramiento de patriarca ecuménico en Constantinopla. Parece imposible y es verdad: el califa de los musulmanes proclama en la ciudad inmortal de Constantino al jefe supremo de los cristianos orientales. El santo Sínodo propone; pero nombra el sultán. Aquella corporación eclesiástica tiene un derecho análogo al de nuestros gobiernos en la provisión de obispados, la presentación; este sumo imperante, aunque infiel, un derecho análogo al de nuestros pontífices, el nombramiento. Los candidatos eran un obispo de la famosa Heraclea, muy batallador, y otro de la silla de Derkon, más transigente. Las dos propuestas ha borrado el Gran Señor en prueba de su autoridad eminente sobre la Iglesia griega. Y él mismo ha elegido su candidato, designándolo al voto y elección de los eclesiásticos helenos. Ha sido éste monseñor Neophitos, obispo de Nicópolys, acepto al jefe de los creyentes musulmanes por sus complacencias con él en la dirección de una iglesia metropolitana de Bulgaria durante la guerra con Rusia. Los griegos le quieren por su ortodoxia, y los búlgaros, correligionarios y enemigos á un tiempo de los griegos, le quieren también por compatriota suyo y por no haber hablado nunca su madre la hermosísima lengua del Peloponeso. Estos hechos hanme recordado las tristes causas que trajeron el cisma de Oriente y separaron á Roma de Constantinopla, causas que apuntaré aquí en observancia de un sistema viejo mío, consistente de suyo en unir los hechos diarios con los hechos pasados, para que se vea cómo duran las ideas y las instituciones en el seno de la humanidad, y cómo lo presente de lo pasado en esta vida proviene. Corría el año 1054, y desempeñaba el patriarcado de Constantinopla Miguel Cerulario, arzobispo inquieto y ambicioso. No bien exaltado á la sede patriarcal, publicó devoto escrito contra la sede pontificia. El papa León IX contestó á esto con los reproches siguientes: «que el patriarca de Constantinopla osaba tomar el título de ecuménico en abierto desacato á la sede apostólica; que permitía á casados abrazar el sacerdocio conservando la mujer; que borraba del símbolo de Nicea la palabra *filioque*, en el símbolo de Nicea contenida; que observaba las purificaciones judaicas negando la comunión á las recién paridas; que desconocía la virtud del bautismo latino y lo completaba con el bautismo griego; que vendía y compraba los dones de Dios como los más terribles simoníacos; que admitía los eunucos al sacerdocio; que empleaba pan con levadura en la hostia; que borraba de los dípticos orientales los nombres de los papas romanos; que decía terminantemente á la Iglesia griega la única Iglesia católica; que cerraba los templos latinos en Constantinopla; que sentía una enemiga implacable á la jurisdicción y á la soberanía de los pontífices. Así, pues, el papa León IX envió delegados á Constantinopla con expreso encargo de excomulgar al patriarca Miguel Cerulario. En efecto, presentáronse en la ciudad griega y dijeron el terrible anatema. El falso patriarca Miguel, admitido en la Iglesia por la prevaricación, según el sentir y el hablar de los pontífices, y conservado por la simonía, indigno neófito y eterno prevericador, manchado con gran número de crímenes, caía bajo los anatemas con que la Iglesia condena siempre á los herejes y á los simoníacos y los manda al infierno en compañía del demonio y de los ángeles protervos. Y no se contentaron los legados con esta excomunión ruidosa, sino que dirigiéndose al emperador bizantino, le amenazaron á su vez con calificarlo de procimita, es decir, mezclador de la levadura al pan eucarístico, herejía muy aborrecida de la Iglesia romana. Existen contra la narración que acabamos de apuntar grandes y valederas objeciones presentadas por parte de los historiadores eclesiásticos griegos. Según éstos, los legados no excomulgaron al patriarca en su presencia, ni dijeron al emperador las anteriores amenazas. Informados de todo cuanto pasaba, guardaron profunda reserva, y dirigieron sus exaltadas excomuniones á la salida de Constantinopla. Accidental todo esto, lo esencialísimo es que las dos Iglesias se dividieron en tiempo del papa León IX y del patriarca Miguel Cerulario para no volver jamás á reunirse, por lo menos hasta nuestros mismos días. Pocos papas ofrece la historia de Roma y pocos patriarcas la historia de Constantinopla que deban calificarse de tan baladíes é insignificantes como los dos célebres á cuyos nombres va unido el terrible cisma de Oriente. León IX aparece á los ojos de la posteridad como un caballero feudal sin entrañas, y Miguel Cerulario como un cortesano bizantino sin conciencia. Instrumento del emperador Enrique III aquél, sólo se curaba de sus placeres, teniendo olvidados por completo el catolicismo y la alta dignidad del catolicismo proveniente y por su persona representada; y este patriarca oriental pasaba su vida en conspirar con los pretendientes y en oprimirlos cuando salían victoriosas las conspiraciones, vestido de púrpura y calzado de perlas, como un profano césar, representando así ambos á dos la vileza de la decadencia y la corrupción de grandes y veneradas tradiciones. Lo cierto es que el cisma se consumó y que, á consecuencia del cisma, los griegos ortodoxos pudieron huirse de los papas romanos en el siglo undécimo para caer cuatro siglos más tarde bajo la férula de los sultanes, terrible servidumbre, la cual dura todavía, pues la sublime puerta nombra hoy los patriarcas de Constantinopla. *Sic fata voluere.*

Madrid 27 de noviembre de 1891.



¡CHIST!, estatua de D. Juan Vancell. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

EL PAPA EN EL VATICANO

Líbreme Dios de jamás dedicar mi tiempo á inoportunas cuestiones de religión ó dogma. Aparte de que las polémicas de este género á nadie convencen, harto se ha evidenciado en nuestros días cómo las ideas religiosas que descienden en campo abierto se trocan con frecuencia en banderas de partido, provocando con su lucha activa todas las divisiones y todas las intransigencias. La fe serena y tranquila, que se alberga en el interior de la conciencia ó en el fondo del corazón, huye el debate y guarda celoso retiro donde ni la miren ni la empañen. Dejémosla, pues, en el casto y virginal reposo que nunca debiera turbarse ni ofenderse.

Porque á nadie quiero ofender yo, pobre viajero que en largas expediciones á todos los países del globo, he sacado como primero y más importante fruto de mis correrías la tolerancia á todos los principios, por extraños ó singulares que en mi fuero interno me parezcan. Pisé los umbrales de las mezquitas africanas, dejando reverentemente mis zapatos al guardián de la puerta: compré tres bastones de incienso para perfumar la pagoda del dios budista en el extremo Oriente: adoré el tabernáculo en la sinagoga judía, y tuve en la mano, durante dos horas, el libro de salmos que se cantaban en el templo protestante, y el cirio rojo en el templo ortodoxo al celebrarse el banquete eucarístico de pan y vino. Al llegar á Roma quise visitar al Papa, conocer su morada, admirar los esplendores de su corte y el fausto de su culto, y

para conseguirlo fuí al Vaticano con el vestido de gala de mi oficio, el respeto en la conciencia, la seriedad en la frente, decidido á ver en León XIII á la Santidad exaltada y á la Soberanía caída, al augusto prisionero cuyas manos besé y á cuyos pies caí humillado.

Al consignar mis impresiones en el papel que ahora tengo delante, no he de hacer traición á estos sentimientos de respeto que dominan y gobiernan mi carácter. Jamás olvidaré á aquel anciano de venerable figura, volviendo hacia mí su mano para atraer las bendiciones del cielo sobre mi cabeza; y la frente que se hundió en el polvo de la capilla Sixtina ante el augusto símbolo de universal creencia, no ha de erguirse aquí cobarde para menospreciarle ó combatirle. Quizás aún, registrando los pliegues más íntimos del alma, hallara en su fondo amarga pena al ver que en las horas borrascosas de agitada juventud pude desertar esa bandera.

Vayamos al Vaticano para ver al Papa en sus fiestas y ceremonias: recorramos las extensas galerías y los anchos salones convertidos en museos donde se conservan los tesoros más preciados de la antigüedad y del arte: entremos luego en los archivos y en la biblioteca, centros de información y depósitos de ciencia que no tienen igual en el mundo: bajemos á San Pedro, para ver sus naves y su cúpula, sus espléndidos altares y sus magníficos mausoleos. Sólo nos moverán el interés del viajero que contempla obras de otros tiempos y el sentimiento del artista que admira monumentos de otras épocas.



LAS PRIMERAS LECCIONES, cuadro de C. Von Stetten, grabado por Baude

El Vaticano está abierto á todo el mundo. En su puerta exterior descansan perezosamente algunos suizos, vestidos con el pintoresco traje que dibujara Miguel Angel. Cuando se les dirige alguna pregunta suelen contestar con urbanidad, y aun se prestan

á acompañar al visitante que busca alguno de los innumerables monseñores alojados en el palacio. Las galerías que sirven de paso para sus habitaciones, las de las oficinas, la biblioteca y los archivos son accesibles á todos los visitantes del Vaticano.

No lo es tanto la augusta persona que reina como soberano en los estrechos límites de su palacio y sus jardines. Vive el Papa retirado en modestísimas habitaciones donde nadie entra: en su cuarto de dormir, forrado de amarilla seda, se oculta detrás de una cortina el blanco lecho y un reclinatorio: al lado hay una pequeña capilla donde el pontífice suele decir misa á las siete de la mañana sin más compañía que la de su camarero. La reclusión de aquel recinto es completa y absoluta.

Sin embargo, con alguna frecuencia el Papa suele cambiar su modesta capilla privada por el oratorio contiguo al salón de guardias nobles, donde previa invitación particular son recibidas algunas personas. Allí celebra el santo sacrificio, ante el hermoso cuadro de la Natividad que pintara Romanelli, y se le ve subir y bajar penosamente las gradas del altar, sostenido por dos camareros secretos, recitando las preces canónicas con voz clara y breve que desmintiera sus muchos años, si al propio tiempo no se contemplara su vacilante cuerpo y su demacrado rostro.

León XIII apenas recibe visitas. Fatíganle las exigencias de la vida cortesana, y no gusta de ofrecerse en espectáculo al crecido número de curiosos y viajeros que todos los años visitan la capital del orbe católico. Enciérrase pronto en sus habitaciones: vive frugalmente, pasea un poco por las tardes en los reservados del jardín, y dedica el resto del tiempo á la lectura de su correspondencia, al despacho de los asuntos urgentes y personales y á la concepción y elaboración de esas encíclicas que de vez en cuando aparecen ofreciéndose como empírico remedio para resolver los modernos problemas políticos y sociales.

Pero diríase que el Papa siente de vez en cuando la nostalgia de las grandes ceremonias, y las ofrece al público siempre que tiene para ello ocasión propicia. Los procesos de canonización ó de beatificación y las peregrinaciones de fieles que en invierno acuden á su palacio, son con frecuencia verdaderos días de fiesta para el Vaticano, que se adorna con sus mejores galas y abre de par en par las puertas de sus grandiosos salones y artísticas capillas.

Por vez primera hace tres años asistí á una solemnidad de este género, y he de conservar toda mi vida el recuerdo de la ostentosa ceremonia. Se efectuaba la beatificación de una religiosa española, natural de Beniganim en la provincia de Valencia. Vivió en el siglo XVII, y pasó la mayor parte de sus días al abrigo del claustro en el convento de monjas agustinas de su aldea natal, cobrando merecida fama por su piedad y devoción, al par que extenso crédito por las virtudes sobrenaturales que las gentes concedieron á sus plegarias y oraciones. Se llamaba Teresa Albiñana y Gomar; profesó en 1645, tomando el nombre de Josefa María de Santa Inés, y murió en 1696, mejor conocida por el nombre con que pasó á la posteridad y ha sido beatificada: Inés de Beniganim.

Su historia es la eterna de esas mujeres que han huído el fragor de la vida para librarse á las torturas del cuerpo y á los sufrimientos del alma en la soledad de la clausura. La madre Inés se entregó entera á la mortificación y á la penitencia. Monja de pueblo era y se mantuvo siempre, y ello bastóle para que el eco de su virtud llegara á los más apartados rincones de la comarca valenciana, y su carácter se viera pronto adornado con la aureola de santidad que dos siglos más tarde le ha reconocido Roma.

Inés de Beniganim es una Beata y pronto será una Santa. Su imagen se halla en el altar, á sus pies arde el incienso, y confundida entre ángeles y serafines escucha las oraciones que sacerdotes y fieles le dirigen en demanda de su gracia. No cabe ya dudar de que el alma de la bienaventurada está en el cielo al lado del Señor: la sentencia de un proceso canónico abierto hace ocho años, así lo ha declarado por sentencia definitiva y ejecutoria.

En autos se ha probado que el poder divino de hacer milagros residió en la monja durante su vida, y que merced á sus oraciones sanaron los enfermos, se libraron de la esclavitud los cautivos, multiplicáronse los alimentos en época de carestía, hallaron su camino los extraviados por el monte, y hasta se domesticaron los animales y se ablandó la piedra. Y Dios le dispensó sus favores, lo mismo durante su existencia en esta terrena vida, que al recordar su memoria después de su muerte, porque hasta en nuestros días ha bastado algunas veces la sola invocación de su nombre para hacer un milagro. Un día, Miguel Martínez cae en un pozo en Beniganim: su tía Vicenta presencia la desgracia y corre á avisar á la madre de la víctima, Josefa María Cuquerella, la cual animada por celeste inspiración, con sincera fe implora la protección de la Beata. A los gritos de las mujeres acuden los vecinos, y un joven, Ramón Pastor, desciende al pozo atado con una cuerda, pero en el momento de pescar á Martínez recibe una avalancha de piedras desprendidas de los muros y debe soltar su presa; mas de nuevo se zambulle en el agua y esta vez saca á la víctima, que aparece alegre, risueña y con los colores naturales en las mejillas. Esta contó luego que una hermosa joven, vestida de negro y con blanco velo en la cabeza, le sostuvo sobre las aguas: era la monja Inés. Esto ocurría en España en 1875 y se ha declarado como probado por la Sacra Congregación de los Ritos de Roma.

Decía antes que en el Vaticano se efectuó la ceremonia de la beatificación. Ocupó dos sesiones. A las nueve de la mañana empezó la primera, abriéndose las puertas de la moderna capilla construída por orden de León XIII detrás de la galería principal de la fachada de San Pedro. Hallábase la iglesia adornada con sus mejores galas: arañas de tres cuerpos cubiertas de cirios pendían del techo, y numerosos hachones ardían en fila á lo largo de las cornisas del templo. Ocupaba el altar mayor una gloria resplandeciente de oro y luz, destacándose en su centro la imagen de Inés de Beniganim, vestida con la blanca toca y el hábito negro de las religiosas agustinas, teniendo un Cristo delante y una doctrina en la mano, abierta en el capítulo de la Penitencia. Se aprovecharon los intercolumnios de la nave para levantar tribunas reservadas á los personajes más distinguidos que debían concurrir á la fiesta, es decir, á los Príncipes romanos, á los Superiores de las religiones y al cuerpo diplomático.

La entrada era por medio de papeletas, que se repartieron con la advertencia impresa de que los hombres debían presentarse de frac y corbata blanca, y las mujeres de negro, con velo. La turba suelta de convidados hubo de situarse de pie en la mitad inferior del templo, siendo contenida por doble fila de alabarderos suizos que dejaban expedita la comunicación del pasillo central. En la parte superior había dos bancos para los cardenales, los canónigos de San Pedro y los de San Juan de Letrán, y en su centro se destacaba un rico reclinatorio de raso blanco bordado en oro, destinado al Pontífice. Este sin embargo no concurrió á la fiesta de la mañana, que fué sencilla, aunque larga, pues sólo consistió en la lectura del Breve de beatificación *Virginem illud agmen*, firmado el 21 de febrero de 1888, y en la celebración de una misa solemne en honor de la nueva Beata.

A las cuatro de la tarde prosiguió la ceremonia, en esta ocasión con asistencia de León XIII. No cabía una persona más en la ancha nave, y eran muchísimas las que se agolpaban en los corredores y salas por donde debía pasar el Papa, cuando éste se presentó custodiado entre dos filas de soldados de su guardia. Larga procesión formaba su cortejo, precedido por la cruz y acompañado de cardenales, canónigos, abades, camareros, frailes y suizos. El Pontífice iba en su silla gestatoria, entre abanicos de orientales plumas, rodeado por gendarmes con la espada en la mano. León XIII se adelantó resuelto hacia el reclinatorio, y hundiendo la frente en las manos, empezó á recitar sentidas oraciones que habrían sido interminables si uno de los mayordomos no distrajese su atención recordándole la presencia del pueblo que esperaba ser bendecido. En tanto tres frailes agustinos repartían entre los cardenales y altos dignatarios de la Iglesia láminas con el retrato de la Beata y la biografía de su vida, escrita en italiano por el Protonotario apostólico.

Levantóse el Papa. La venerable figura de aquel anciano se destacaba en el animado cuadro, con su solideo blanco, la larga túnica del mismo color y la muceta de rojo armiño, en medio de los burdos hábitos pardos ó negros de los frailes que le rodeaban. Los más inmediatos se abalanzaron á él para recibir su bendición y besar su mano, y tres agustinos le pidieron de rodillas que santificara un hueso de la Beata, encerrado en rico relicario de plata que tenían en la mano. León XIII se detuvo unos minutos ante aquel grupo, habló á los religiosos de la gracia de Inés, exhortóles á que imitaran sus virtudes, y acabó llevando á sus labios la hermosa reliquia, de tal manera consagrada por el sucesor de Cristo en la tierra.

A las cinco se retiró el Papa repartiendo bendiciones á los asistentes, que doblaban la frente y la rodilla á su paso. De pronto oyóse una nutrida salva de aplausos, sostenida hasta la salida fuera del templo de toda la comitiva pontifical. La fiesta no había aún concluído, pues empezóse un oficio nocturno, pero la iglesia quedó en poco tiempo desierta.

He indicado que era aquella la vez primera que asistía á tales ceremonias, y fijé mi atención en todos sus detalles para mejor apreciar el fondo de su carácter. Y á decir verdad, no me causó la impresión que esperaba. Es aquella una fiesta de beatificación, es decir, destinada á ceñir la corona de la inmortalidad en la gloria á quien padeció muchos dolores en obscura vida pasada en la tierra: ábrense los rituales para incluir en sus listas á un elegido más, y desde entonces la Iglesia deberá dedicar solemnidades, y el sacerdote elevar incienso, y el creyente recitar preces al Beato en el seno del Señor. Pues todas estas ceremonias tienen gran importancia cuando el Papa se presenta en la capilla: la pierden cuando se retira de ella. Y las masas que van á hincar la rodilla en las losas del templo, están formadas en gran mayoría por simples curiosos.

Curiosos, para no calificarlos con más acerba frase. Basta ver, y os convenceréis de ello, á aquellos individuos quitándose los guantes para mejor manejar los anteojos de teatro que todos llevan. Van allí, como irán luego á la Argentina para oir la tiple del día, ó á Metastasio á contemplar las torneadas formas de las primeras bailarinas. No faltan creyentes, pero están en minoría: son esos escuálidos frailes con la cruz roja y azul en el brazo ó las barras catalanas en el pecho, por nosotros mejor que por nadie conocidos como trinitarios ó mercenarios: son esas Hermanas de la Caridad que al salir del Vaticano creen bajar del cielo: son los infelices sacerdotes del último estado, sencillos y exaltados, que se precipitan á besar el polvo de la huella que dejó el Papa. Pero todos estos son los menos: el público está compuesto de curiosos. ¡Si muchos de ellos hasta han pagado la entrada al portero de su fonda ó á algún cicerone en las gradas de San Pedro!

Teatral, más que imponente, es el espectáculo que allí se presencia, desde el cortejo de magnates eclesiásticos que acompaña al Pontífice, hasta los gendarmes con lucientes cascos y largas espadas que le rodean y los suizos de abigarrado traje que contienen la multitud con sus lanzas ó con sus puños. Guardias nobles con golilla y capa negra, ujieres vestidos de encarnado, zuavos en dobles filas con el remington al brazo, granaderos de peluda gorra que parecen haber resucitado de los campos de Waterloo, todos son actores ó partes decorativas en la función que agrada y entretiene. Pero no elevéis la vista al cielo, ni queráis allí entregaros á la meditación y á la plegaria, porque vendría á distraeros aquel hermoso y variado consorcio de sacerdotes y soldados, y turbaría el silencio de vuestras oraciones el ruido de los aplausos y los vítores con que se saluda al Papa.

Mas, en la ocasión que he descrito, salí contento del Vaticano. Habíalo visto engalanado en honor de una paisana, y esto satisfizo mi amor propio nacional, pues se quiere más á la patria cuando se vive lejos de ella.

Eduardo Toda

BONN

Siempre el estudiante hará votos para que la Universidad á que pertenece *viva, florezca y crezca*, y el amor que profesa á la que llama *alma mater* se extienda también sobre la ciudad, sobre todo cuando ésta es hija del mágico Rhin, á cuyas orillas perfumadas y llenas de sol se desliza la vida tan dulce, resonando las campanas y las canciones, encantándonos los añejos castillos, reflejándose en las ondas capillas y catedrales, perfumando el ambiente y dilatando el alma el aroma de las rosas y de las vides. «Quisiera estar perpetuamente en *Bonn*,» dice con sobrada razón la copla estudiantil. Como alumno de la Universidad de Bonn en 1856 y 57, saludo reverente y cariñosamente al ilustre Claustro y á la hermosa ciudad de Bonn, que cuenta entre los estudiantes de su Universidad dos emperadores, Federico III y Guillermo II. Bonn, cuyos habitantes tienen ese carácter espontáneo de tendencia abierta y alegre que se encuentra por doquier en la comarca rhiniana, es el idolatrado Santiago de Compostela de los alemanes; pues allí vivió y murió el más germano de los germanos, Ernesto Mauricio Arndt, que escribió nuestros más inspirados cantos bélicos; allí nacieron las poesías del cantador de la vida rhiniana, Carlos José Simrock, que resucitó nuestras epopeyas; allí residieron y exhalaron su alma los prohombres del arte alemán, los hermanos Melchor y Sulpicio Boisserée. Y sobre Bonn flota también el genio de la música, pues aquel severo paraje meció la cuna del maestro sublime, el sin par Beethoven, cuyos padres de origen holandés trasladaron su residencia á Bonn en el siglo XVIII en que los holandeses enterraban la ciudad, y en el camposanto viejo de Bonn descansa Roberto Schumann, que antes de bajar al sepulcro

se sumergió en las sombras de la locura.

El español pronunciará siempre con gratitud y admiración el nombre de Federico Díez y de Augusto Guillermo Schlegel, que ilustraron las aulas de la Universidad rhiniana.

El arqueólogo y el poeta pueden llenar su álbum de apuntes y su alma de estéticos placeres al visitar á Bonn, la vetusta ciudad de los sabios, que ofrece la vista más bella sobre la corona del Rhin; los Siete Montes que pareciendo siete castillos naturales guardan al Bajo Rhin y nos hablan de Siegfried, el héroe de la *Peña de Dragón*, mientras los hermosos escombros del castillo de Godesberg recuerdan á Wotán y las pintorescas ruinas del Arco de Roldán traen á la memoria al paladín de Carlomagno.

¡Cuántas lindísimas casas de campo, qué de quintas tan frescas hay en Bonn y en sus hermosas cercanías, formando una florida guirnalda de jardines en que se deslíen en primorosos tintes todos los matices y tonos más suaves del iris! Dicen que Trajano tenía una *villa* en el pueblecito llamado Dransdorf, que se encuentra en el Vorgebirge. La empeatriz Helena, la madre de Constantino, vivió en Bonn y construyó, según la tradición, la catedral, y cuando Carlomagno emprendió su campaña contra los sajones pasaba por Bonn. Esta fué la madrina de la primera fundación del imperio alemán, invitando Enrique I en 921 al rey de los francos, Carlos el Cándido, á Bonn para que en territorio neutral, en un buque en medio del Rhin, se determinasen las fronteras de ambos reinos. Dos veces vió Bonn las galas de una coronación, siendo coronado en sus muros el 25 de noviembre de 1314 Federico el Hermoso de Austria y en 1346 el emperador Carlos IV. Desde 1267 en que ocupaba la silla arzobispal Engelberto II, conde de Falkenburg, á 1794 tuvieron su corte espléndida en esta ciudad los arzobispos de Colonia. Al Elector Clemente Augusto, cuyo reinado duró de 1723 á 1761, le debe Bonn su palacio con el precioso y extenso jardín, sus casas consistoriales, el palacio de Poppelsdorf con su hermoso jardín y su sin igual alameda, y la alameda denominada Baumschule, y el templo del Elector alentaba á los ciudadanos á imitarle. El último Elector, el archiduque de Austria, Maximiliano Francisco, hermano del emperador José II y protector de las ciencias y de las artes, inauguró en 1786 la Universidad en el espacioso palacio de Bonn.



EL ACAPARADOR DE PERIÓDICOS, dibujo de F. Coradam

Antes de emprender su campaña de Rusia, tenía Napoleón en 1811 una revista en la alameda de Poppelsdorf. Detrás del palacio del mismo nombre se levanta el Krenzberg con su capilla y su precioso panorama que se extiende hasta la catedral de Colonia. Pero la plataforma llamada *Alter Zoll* (Aduana Vieja) presenta la vista más magnífica: vense la alameda del Rhin, los Siete Montes, la encomienda de Ramersdorf, la abadía de Siegburgo, la colina de Godesberg, las cumbres de Rolandseck y del Vorgebirge.

Cerca del *Alter Zoll* se encuentra la calle más bella de Bonn, la de Coblenza, donde está la casa de Arndt. En la calle de Bonn, núm. 25, vió la luz primera el inmortal Beethoven. En 1889 se estableció una asociación de apasionados del gran músico que compró aquella memorable casa para consagrarla á la memoria del divino maestro.

Cerca de las casas consistoriales, enfrente de la pirámide del Mercado, en torno de la cual los estudiantes suelen hacer sus ruidosas manifestaciones y entonar su *Gaudeamus igitur*, se encuentra la renombrada fonda *La estrella de oro*. En la mesa redonda de aquella casa se pudo ver, pocos años hace, al catedrático Delins, el conocedor más profundo de Shakespeare, que vivía en Bonn tan solitario como Schopenhauer en Francfort.

El gobierno de Prusia tuvo el mérito de resucitar en 1818 la Universidad.

Bonn es un verjel que con sus dulces trinos recrean los pájaros cantores, y para mí es la ciudad de los recuerdos, la cuna de mis ensueños, el foco en que se encendió mi amor inextinguible á Calderón.

JUAN FASTENRATH



CAMPESINA DE LA UMBRÍA, cuadro de J. Sorolla



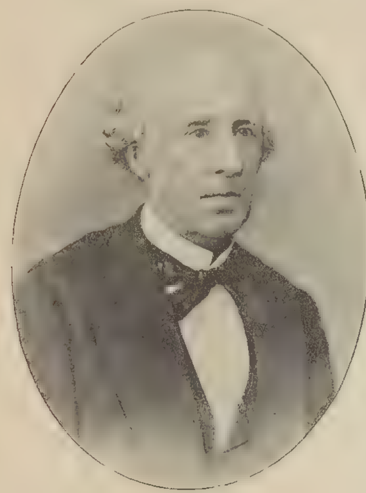
SALAMANCA - PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN MARTÍN



UN NIDO DE MISERIA, cuadro de D. Leopoldo Romañach

NUESTROS GRABADOS

Dr. D. Andrés Lamas. – El doctor Lamas nació en Montevideo en 30 de noviembre de 1817 y á los veintiún años desempeñaba ya el difícil cargo de jefe de policía de dicha ciudad. Mezclado en los asuntos políticos de su patria desde la edad de quince años, sirvió en el estado mayor de Ribera, en



DR. D. ANDRÉS LAMAS

Ilustre historiógrafo, literato y político americano
Nació en Montevideo en 30 de noviembre de 1817; falleció en Buenos Aires en 23 de septiembre de 1891

los ministerios, en la Cámara, en los Consejos del gobierno, en los clubs y en la diplomacia.

Imposible es encerrar en los estrechos límites de esta sección los hechos culminantes de este ilustre americano que sobresalió como militar, político, estadista, diplomático, escritor, jurisconsulto, bibliófilo, numismático, anticuario y por encima de todo como pensador profundo y observador sagaz.

Ha muerto á los setenta y cuatro años, dejando una biblioteca americana de incuestionable valor, quizás la más nutrida y mejor organizada de la América latina, y una verdadera riqueza en pergaminos, autógrafos, monedas y medallas.

Entre las muchas y valiosísimas obras que deja escritas pueden citarse como las principales:

Noticia histórica sobre la República Oriental del Uruguay: Escena de la peste de 1871 *en Buenos Aires: Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos: Prólogo á la Historia de la Conquista del Paraguay* (este prólogo, de 98 páginas en 4.º mayor, es una de las mejores obras del Dr. Lamas; merece ser conocido y estudiado): *Estudio sobre la fabricación de tejidos de lana, en el Río de la Plata: Apuntes históricos sobre las agregaciones del dictador argentino D. Juan Manuel Rosas: La legislación agraria de Ribadavia: Estudios sobre la legislación agraria de Ribadavia: Estudio histórico y científico del Banco de la provincia de Buenos Aires. Joaquín Suárez: La patria de Solís: Las lenguas americanas y Catalina II de Rusia*, y el primer libro del *Génesis de la Revolución.*

Con ser algo lo apuntado, mucho más es lo que deja inédito, figurando entre estos trabajos *Ribadavia y su tiempo*, una de las obras que con más cariño escribió el Sr. Lamas.

***

Estatua ecuestre del general Erasmo Gattamelata, en Padua, obra de Donatello. – En Padua, patria de Tito Livio y de Mantegna, levántase la estatua ecuestre del general Erasmo Gattamelata, caudillo ilustre que entre sus gloriosos hechos de armas cuenta el de haber defendido á Venecia contra las huestes de Sforza en 1438. Modelada por Donatello, ofrece la particularidad de haber sido la primera estatua de bronce que se fundió en Italia, revelándose en ella el vigoroso estilo y la genial concepción de aquel célebre maestro.

***

La sobrina y el ama de D. Quijote de la Mancha, cuadro de D. Juan Gilbert. – Figuras secundarias en la imperecedera obra de nuestro inmortal Cervantes, no parecen á primera vista muy á propósito para inspirar un cuadro el ama y la sobrina del ingenioso hidalgo; pero es tan maravillosa la composición de aquel libro, hállase el genio del incomparable autor de tal manera reflejado en los personajes menos importantes y en los incidentes más nimios, que nada de extraño tiene que después de bien estudiados los tipos hayan podido servir de tema para una obra maestra aquellas dos buenas mujeres á quienes tan á mal traer traían las chifladuras del manchego Quijano.

El hermoso grabado que del lienzo de Gilbert publicamos justifica el calificativo que le hemos aplicado y da perfecta idea de sus bellezas, pues en él se reproducen fielmente la corrección del dibujo, la severidad de la composición y sobre todo los efectos admirablemente entendidos de clarobscuro, cualidades que en tan poco suelen tener algunos modernistas y que revelan las excelencias de aquella buena escuela á que pertenece el autor del cuadro, que es uno de los más antiguos miembros de la Real Academia de Londres, en cuya última Exposición fué el suyo uno de los cuadros más elogiados.

¡Chist!, estatua de D. Juan Vancell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La expresiva fisonomía y actitud del chicuelo es un feliz hallazgo del joven y discreto escultor catalán Juan Vancell, quien en el resto de la bien modelada figura da á conocer sus aptitudes para el difícil arte que cultiva.

Otras obras de mayor importancia ha producido, mereciendo citarse entre ellas las estatuas de Goya y de Tirso de Molina, premiadas en la Exposición nacional, y el modelo del monumento que ha de erigirse en Alcalá de Henares al cardenal Cisneros, premiado también en público concurso. A estos méritos debe el que le reconoció la Academia de San Fernando y la plaza de pensionado en Roma que le concedió aquella docta corporación.

***

Las primeras lecciones, cuadro de C. von Stetten. – Esta composición, de un género íntimo y de extremada sencillez, está avalorada por la nota de sentimiento y por cualidades de ejecución sumamente notables. El autor, tomando el asunto de la vida ordinaria y desdeñando todo otro efecto que no fuese la verdad, nos presenta un grupo muy bien dispuesto, formado por dos niñas que aprovechan las lecciones de su hermana mayor, la cual se complace en enseñarles labores propias de su tierna edad.

La expresión de las fisonomías de las tres figuras es acertadísima y en todo el cuadro se descubre una observación concienzuda de la naturaleza y una hermosa armonía en la composición.

***

El acaparador de periódicos, dibujo de F. Coradam. – ¿Quién no ha tenido ocasión de ver en algún Ateneo, casino, café ó fonda á uno de esos lectores terribles que apenas llegan los periódicos del día se apoderan de cuantos les vienen á las manos y de muchos de los cuales no han de enterarse por falta de tiempo ó sobra de cansancio? Porque el rasgo característico del acaparador de periódicos, no tanto es el afán de leer mucho, como el deseo de dejar á muchos sin leer: ¡desgraciado del que pretenda disputarle la presa que él mismo no ha de devorar! Y lo peor del caso es que nuestro hombre cuando comienza su diaria tarea se figura de buena fe que ha de leer todos los papeles que coge, y se le antoja además que su ansia no podría quedar satisfecha si los deja sobre la mesa y á la disposición de los otros concurrentes.

Todos le conocéis, todos sabéis de memoria su tipo, sus prácticas y sus costumbres; pues bien: fijaos en el dibujo de Coradam y habréis de convenir en que el artista alemán estuvo verdaderamente acertado en la reproducción del uno y en la exacta pintura de las otras.

***

Campesina de la Umbría, cuadro de J. Sorolla. – En un período de tiempo relativamente breve ha recorrido Joaquín Sorolla el camino en que otros invierten algunos años. Apenas terminados sus estudios especiales en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, dióse ya á conocer como pintor de grandes alientos por medio de un cuadro de tantas dimensiones como interesante asunto, titulado *Dos de Mayo de* 1808, que mereció una primera recompensa en la Exposición nacional de Bellas Artes. A este triunfo siguió el de su pensión en Roma y el de otro premio en la última Exposición nacional por su bella cuanto sentida composición *El entierro de Cristo*, en la que el pintor valenciano pudo dar completa muestra de sus cualidades de buen dibujante y excelente colorista.

La *Campesina de la Umbría* es un bonito estudio, recuerdo de sus viajes artísticos, altamente recomendable por su delicada tonalidad.

***

Salamanca. – Portada de la iglesia de S. Martín. – Es la iglesia de San Martín uno de los templos más interesantes y frecuentados de la histórica ciudad de Salamanca. Fundado en 1103 por los naturales de Toro, fué presa de un voraz incendio en 1854, que produjo el hundimiento de la nave mayor y la destrucción de un magnífico retablo, obra de Gregorio Hernández, verdadera joya por su arquitectura y estatuas y relieves que lo decoraban y embellecían. Aún pueden admirarse, sin embargo, los pilares bizantinos que sostenían la antigua nave, los arcos de comunicación apuntados, los de las bóvedas laterales, y en las capillas del ábside los suntuosos sepulcros de la familia Santisteban.

Uno de sus más bellos detalles es la puerta que reproducimos y que se abre frente á la gran plaza, apoyada sobre seis columnas y exornada su triple archivolta por florones, roscas y trepados círculos.

***

Un nido de miseria, cuadro de D. Leopoldo Romañach. – Este pintor cubano, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Santa Clara, está por decirlo así en los comienzos de su carrera artística, que sigue en aquella ciudad bajo la dirección de nuestro ilustre paisano Enrique Serra. Las lecciones del maestro bien se adivinan en la obra del discípulo; pero es preciso confesar que éste ha sabido aprovecharlas, pues siendo el cuadro que nos ocupa el segundo en vío destinado á la corporación que le pensiona, y no conociendo el Sr. Romañach, hace dos años, ni siquiera las más elementales nociones del dibujo, fuerza es que en él aliente el genio artístico para en tan poco tiempo haber producido una obra como *Un nido de miseria*, que no vacilarían en firmar pintores de nota. En ella se revela el joven pintor como adepto á la escuela naturalista de buena ley, es decir, de aquella que reproduce lo que se ve cuando lo que se ve dice algo, que se vale de la copia del natural como medio para conseguir el elevado fin del arte; en suma, de aquella escuela que siendo realista en el procedimiento es esencialmente idealista en el fondo.

El Sr. Romañach en la carta con que acompaña la reproducción de su cuadro nos dice que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA despertó en su alma tal entusiasmo por el arte, que desde entonces hizo propósito de dedicarse á él por completo.

Agradecemos esta manifestación que nos halaga, porque demuestra propósitos que producen los resultados que tanto deseamos.

Caza de patos, cuadro de D. José M. Marqués. – La naturaleza en sus múltiples manifestaciones, he aquí la fuente donde acude casi siempre Marqués en busca de inspiración y de modelo para sus cuadros; y á fuerza de admirarla y estudiarla ha logrado adquirir tal dominio sobre ella, que en todas sus composiciones flota ese ambiente de poesía que constituye el mayor encanto de los paisajes y que sólo puede ser trasladado al lienzo cuando el artista lo siente intensamente en el fondo de su alma. Bajo este concepto, *Caza de patos* es un cuadro bellísimo, y en punto á ejecución lo estimamos digno de figurar al lado de los mejores de su autor, mereciendo la Diputación provincial que lo ha adquirido plácemes sinceros de los que por el fomento de las artes se interesan.

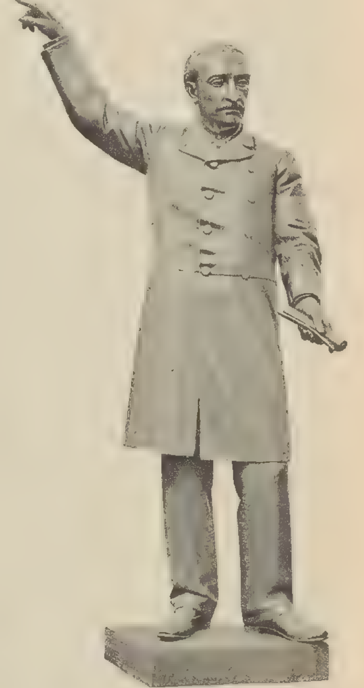
***

Estatua de D. Eusebio da Guarda, erigida en la Coruña, obra de D. Elías Martín, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª – Los rasgos de generoso desprendimiento por parte de los poderosos en favor de los pueblos han sido siempre debidamente apreciados; pero en la época positivista que atravesamos, en que el interés personal se sobrepone á todo y predomina el afán de atesorar, estos rasgos son por lo raros más dignos de profundo reconocimiento y de ser divulgados para que puedan servir de emulación y estímulo. Pocos casos habrá superiores en este sentido al que se está dando en la Coruña, ciudad verdaderamente afortunada, ya que cuenta con la respetabilísima personalidad de D. Eusebio da Guarda, quien prodiga los dones de su fortuna sobre su ciudad natal, dedicando á la construcción de edificios destinados á la religión y á la enseñanza el resultado de su trabajo y de los afanes de una vida ejemplarísima de labor y de honradez.

Dió comienzo á su laudable empresa reconstruyendo la antigua é histórica capilla de San Andrés para erigir después un soberbio edificio destinado á Instituto de segunda enseñanza y escuela de Bellas Artes, invirtiendo en la realización de tan importante obra, que dirigió el distinguido arquitecto D. Faustino Domínguez, la cantidad de 1.500.000 pesetas, sin contar las sumas importantes que ha debido satisfacer por el decorado que han dirigido el pintor D. Román Navarro y el escultor don Isidoro Brocos. Actualmente propónese comenzar en breve la construcción de un nuevo edificio destinado á tres escuelas de niños y niñas pobres.

En justa correspondencia á tan grandes beneficios ha recibido el Sr. Guarda señaladas pruebas de gratitud del pueblo de la Coruña, que acaban de traducirse en la erección, por suscripción popular, de una estatua de tan insigne patricio, ejecutada por el notable escultor D. Elías Martín, de la Real Academia de San Fernando, y fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª, de Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se asocia siempre á todo cuanto sea noble y digno, no titubea en unir su aplauso al del pueblo coruñés, rindiendo un tributo de consideración á uno de sus más ilustres hijos.



ESTATUA DE D. EUSEBIO DA GUARDA, erigida en la Coruña, obra del escultor D. Elías Martín
Fundida en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª



LA HERMOSA NATALIA

POR CARLOS IRIARTE. — ILUSTRACIONES DE MAROLD

Una tarde del invierno último, hallándonos en el club, y apoyado tú en la chimenea, me preguntaste bruscamente, querido Máximo, con ese tono sarcástico que tu noble corazón, tu rectitud y tu alma sensible desmienten, «cómo me habían pescado...» y por qué, verdadero parisiense de nacimiento y de raza, como lo era también por mis relaciones y costumbres, había trasladado mis lares hacía veinte años allende el estrecho, cazaba el zorro en los condados en vez de hacerlo con vosotros, y no me presentaba en París sino en raras ocasiones y siempre de paso.

Por reducido y simpático que fuese el círculo de amigos reunidos aquel día en nuestro salón, ni el lugar ni la naturaleza del relato que deseabas me permitían contestar; pero prometí hacerte un día mis confidencias, y ahora cumplo mi palabra. Será un relato en *tono menor*, una de esas confesiones que se hacen en voz baja á un amigo del corazón á quien no se teme dejar ver el fondo del alma, hablarle de tristezas profundas, de la embriaguez de un día y de los goces tranquilos de una existencia que estará en adelante al abrigo de las tempestades de la vida.

Era el año 1867, el de la Exposición Universal: en París reinaba el bullicio, y la vida era febril; entre nosotros se albergaban los más de los príncipes de Europa, emperadores, reyes, el sultán; y desde el czar y el jefe de los creyentes hasta el orgulloso montenegrino, todos habían abandonado su reino para asistir á una especie de apoteosis de las artes y de la industria del mundo entero. Menudeaban las galas, las revistas y manifestaciones sin fin, y cada parisiense (me refiero á aquellos que son algo cosmopolitas por sus viajes y sus relaciones de familia) tenía sus huéspedes, de los cuales habíase constituído cicerone, y á quienes hacía, como mejor le era posible, los honores de ese hermoso París, que tres años más tarde... Pero no se trata ahora de esto.

Cierta mañana anunciáronme la visita de un inglés, Sir W. W..., que llegaba directamente de las Indias y presentábase provisto de una carta de recomendación firmada con el nombre de un amigo cuyo incógnito es difícil de respetar, porque su nombre se ha hecho célebre en ambos hemisferios Secretario de lord Elgín á los veinte años, O... había recorrido ya todo el imperio de las Indias, franqueado el Himalaya y dado caza al tigre y al elefante con los más poderosos rajaes; á los treinta años, cuando ocurrió la sublevación en Yedo, crucificáronle á la puerta de la legación inglesa, y cruelmente martirizado escapó por milagro de la suerte de nuestro compatriota Escayrac de Lauture; á los treinta y cinco, individuo del Parlamento inglés, escritor de mucho valer por el relato de sus viajes y sus novelas de costumbres, después de sufrir peripecias que tenían más de fantástico que de real, había renunciado á todos los bienes de este mundo, rechazando los honores, la fortuna, la gloria, el prestigio adquirido por una existencia borrascosa, un hermoso nombre escrito con la punta de la espada y un desinterés raro, unido á las más preciosas cualidades de seducción personal. Desengañado de muchas cosas, había ido á establecerse en las orillas del lago Erié, sometiéndose á privaciones voluntarias, al trabajo manual, á vivir en el seno de la naturaleza, buscando la verdad en una tranquila exaltación. Más tarde, elevándose siempre y desprendiéndose más de todo lazo terrestre, espiritualizado hasta el punto de no interesarse ya en los grandes acontecimientos que agitan el universo, mi amigo, que había llegado á ser jefe de una secta y de una religión, vivía en Haïfa, á dos días de Jerusalén, y desde allí lanzó aquellos escritos singulares y apocalípticos en que anunciaba al mundo la buena nueva.

Sir W. W... fué muy bien recibido: hijo de un almirante inglés, perteneciente á una de esas nobles familias sin título, designadas en Inglaterra con el nombre de *Good Family*, la reina acababa de reconocer sus servicios nombrándole *baronet*. Agregado muy pronto al ministerio de Estado, llegó á ser presidente en uno de los distritos del gobierno de las Indias, y aunque contaba poco más de cuarenta años, adquirió el derecho de volver á la metrópoli después de una brillante carrera. Su salud, por otra parte, se hallaba algo quebrantada, pues no escapó de las fiebres, esa terrible calamidad de las Indias, de la que estuvo á punto de ser víctima. Seguro de ser admitido en el Parlamento por sus relaciones de familia y el aprecio del jefe de su partido político, Sir W. volvía á sostener su candidatura en un condado en que acababa de ocurrir una vacante. Antes de volver á Inglaterra, quería aprovechar aquella ocasión única de ver París, la ciudad del prestigio, en circunstancias que no se reproducirían jamás.

Se habla mucho de lo repentino del amor; pero la simpatía y la amistad se inspiran aún más súbitamente, y sin menospreciar el atractivo divino, los lazos que crean son más duraderos. A los ocho días, Sir W... y yo éramos amigos; me había referido todos los detalles de su vida, y ya la conocía bien. Parecíame conocer á su padre, viejo marino que le adoraba; y hasta leía á veces las cartas de su madre y las de su única hermana, Natalia, mucho más joven que él, y á la cual profesaba el más acendrado cariño. Como yo era entonces soltero y estaba del todo libre, vivíamos cual dos hermanos, sin separarnos casi nunca; y mis amigos, no viendo en él sino la superficie, es decir, un hombre discreto, muy silencioso, de una timidez y reserva increíbles, no comprendían bien qué género de interés me inspiraba tan súbitamente aquel recién venido, á quien conocía desde hacía pocos días y que, en el orden probable de las cosas no volvería á ver, ó por lo menos á tratar nunca. Por eso cuando iban á invitarme para alguna partida y yo tenía ya compromiso con Sir W..., solían decir siempre: «Villemer está con su inglés,» y nosotros nos reíamos de esto.

La chispa había brotado: Sir W... que leía en mi alma como yo en la suya, renunciaba conmigo á toda timidez, comprendía perfectamente mi lenguaje incorrecto, así como yo todas sus frases, expresadas en un idioma que no poseía bien; y mientras irritado al ver que los demás manifestaban extrañeza por su manera de pronunciar, permanecía mudo ante ellos, en nuestras conversaciones privadas sus palabras no producían nunca en mí duda alguna; mi amigo hablaba sin dificultad, y hasta con cierto calor que le permitía extenderse en el asunto de que tratara. Esto era sin duda el privilegio de una simpatía instintiva, pues no se me ocultaba que se hubiera podido en-

contrar á Sir W... en un círculo francés sin comprender á primera vista su carácter elevado, ni hasta qué punto su energía latente y su verdadera superioridad le convertían en un hombre excepcional.

Gracias á las relaciones personales de William y á su categoría, fué admitido desde luego en todas nuestras fiestas oficiales, á las cuales yo le acompañaba; la simpatía recíproca bastó además para que mi círculo privado de amigos fuera el suyo propio; la afición y curiosidad que manifestaba por aquellas pompas y espectáculos, así como el agradecimiento que mostró por el menor servicio prestado, interesáronme mucho, y á pesar mío me lancé en la corriente mundana más de lo que hubiera deseado. Hasta me complacía en hacerle ver lo más inferior de París, revelándole los secretos que allí se ocultaban; asistimos también á las grandes recepciones notables, entre otras al famoso baile de la embajada de Rusia, donde, la misma noche del pistoletazo de Berezowski y algunas horas después del atentado, veíamos reunidos en el salón del conde de Budberg al emperador Napoleón III, al czar, á los dos czarewichs, al que debía ser primer emperador de Alemania y al conde de Bismarck, que no era aún príncipe ni árbitro de Europa. Fuera de esta región esencialmente oficial y de aquella fiesta de aparato, como Sir W... se mostraba muy curioso respecto á las personalidades de todo género, hícele conocer á nuestros escritores y artistas ilustres; le presenté en los teatros y en los palcos de las divas y de las estrellas del baile; y, Dios me perdone, tomó parte conmigo en algunas cenas de las que no debía hablar á su familia.

La permanencia de mi amigo en París no debía prolongarse más de ocho días; pero al cabo de un mes aún no hablaba de emprender el viaje, apurábamos la copa de los placeres, y gracias á él, yo descubría París con sus monumentos, sus curiosidades y atractivos. El método de vida, no obstante, estaba bien ordenado, y mis estudios no se resentían de ella, pues Sir W... como todos los hombres que han vivido en la soledad, era aficionado á concentrarse en sí mismo; escribía mucho, leía más, y de este modo respetaba mis horas de retiro. Cuando entraba en mi gabinete á la hora convenida, si me veía ocupado tomaba un libro y disimulábase de tal modo, que podía olvidar su presencia.

Cierto día, después de una separación forzosa de veinticuatro horas, le esperaba en casa y no se presentó; y como siempre era muy puntual, sin dejar transcurrir apenas el cuarto de hora de gracia corrí á su hotel. No había elegido uno de esos modernos establecimientos en que el viajero se convierte en un número y no deja huella de su paso, sino en un antiguo hotel parisiense, sin etiqueta, sin lujo exterior, sin vastos salones ni comedores magníficos; era una casa reducida por su dimensión, cómoda, discreta, de buen tono, ocupada siempre casi toda ella por extranjeros distinguidos, llegados como mi amigo para pasar una temporada en París y que poco á poco se aficionan al nuevo género de vida. Así, pues, allí no existía lo casual, y el Sr. Pablo, hombre importante que administraba aquél hotel de familia, hubiera exigido probablemente buenos informes al que se hubiese presentado á pedir alojamiento después de apearse del tren. Uno de los tíos de Sir W. que iba á menudo á París en tiempo de los Pembroke, de los Hamilton y de los Hertford, había vivido en casa del Sr. Pablo durante largos años; el sobrino llevaba el mismo nombre por una tradición de familia, y Sir W... fué al hotel directamente.

Como yo conocía á todos los de la casa, introdujéronme en los corredores sin encontrar á nadie, y llamé á la puerta de la habitación ocupada por mi amigo; no obtuve respuesta, y por lo tanto abrí la puerta sin vacilar, pero en el umbral detúvome ese olor acre que ofende la garganta cuando se entra en la estancia de un enfermo. La mesa estaba cubierta de frascos con marbetes y medicamentos; en la alcoba, con la cara vuelta á la pared y casi oculta por la colcha, Sir W... yacía en su lecho tiritando de fiebre, con el cabello adherido á la frente; el cuerpo temblaba á intervalos y agitábale un estremecimiento convulsivo. Interrogué con dulzura al enfermo, que se esforzó para volverse hacia mí, y hasta pudo sonreir con expresión benévola. Su voz no era ya la misma y en sus miradas había vaguedad; y á juzgar por lo repentino del mal, no se podía dudar que Sir W... era presa de un ataque de la fiebre palúdica, de ese mal terrible de que había escapado ya y que importaba conjurar en el acto, so pena de ver al paciente calcinado por el fuego interno. Y mi amigo estaba allí, solo, abandonado en aquella gran casa, donde se agitaba, no obstante, todo un pueblo de servidores. Al punto adopté mi resolución; dentro de una hora trasladaría á Sir W... á mi domicilio, y allí, con ayuda de médicos enérgicos y amigos seguros, le cuidaría y triunfaría del mal. Llamé, pues, al dueño de la casa, y con ese aire de autoridad que impone, interroguéle sobre las circunstancias del hecho. ¿Cuándo había sufrido el ataque Sir W...? ¿Qué se hizo para conjurar la enfermedad y qué se pensaba hacer? ¿Por qué, en fin, se dejaba al enfermo solo y como abandonado en semejante crisis?

El Sr. Pablo, al reconocer el carácter grave de la crisis, no tuvo más que una idea fija, no pensó sino en desembarazarse del enfermo para no espantar á sus demás huéspedes; así es que, al manifestarle mi resolución, sintióse aliviado de un gran peso, tanto más, cuanto que en una reducida habitación contigua á la de mi amigo alojábase hacía más de diez años una anciana señora rusa, su mejor parroquiana, á quien la muerte infundía un miedo terrible.

«Reflexione usted, díjome el dueño, qué desastrosa sería para mí una desgracia en la casa en lo mejor de la temporada. ¡Tendríamos aquí colgaduras negras y un entierro!...»

Y según el Sr. Pablo, yo sería un bienhechor y modelo de los amigos. Añadió que no se debía acusarle de indiferencia; que su establecimiento era una verdadera casa de confianza donde se dipensaban al viajero todos los cuidados de la vida en familia, y que en aquella ocasión no había faltado á su deber. El médico inglés visitaba al enfermo dos veces diarias, y habíase remitido un telegrama al cuñado de Sir W..., con quien el dueño mantenía relaciones directas y cuya contestación se esperaba. Por último, apenas observó el primer síntoma del mal, como ignoraba mi domicilio, el Sr. Pablo avisó á dos jóvenes compatriotas de Sir W... cuyos nombres y señas me dió.

Entonces recordé, en efecto, que William me había presentado á sus jóvenes amigos en una comida con que nos obsequió en el café Voisin. En su consecuencia, antes de poner mi proyecto en ejecución, juzgué oportuno consultar á dichos señores y ver después al médico, exigiendo por el pronto al dueño del hotel que enviara á buscar una enfermera para mi amigo.

Al doctor no se le encontraba en ninguna parte; y en cuanto á los dos jóvenes ingleses, cuando me presenté en su casa hallábanse en el terrado de las Tullerías jugando á la pelota. Dirigíme allí muy excitado é inquieto, sin conservar tal vez toda la calma necesaria para dar cuenta del incidente. Esperé algún tiempo en el terrado, y después me introdujeron en una especie de palco cerrado, desde donde veía á dos jugadores, vestidos de franela blanca y cubierta la cabeza de un casquete con galón de oro, devolverse la pelota hábilmente, muy atentos y sobrexcitados. La voz del mozo encargado de señalar los tantos resonaba sola en aquel vasto espacio vacío, é impacientábame ya, aunque comprendía que aquel momento no era el más oportuno para desempeñar mi cometido.

Terminada la partida, los jugadores vinieron al fin, sin detenerse apenas para enjugarse el sudor que inundaba sus frentes, sin despojarse de sus chaquetones de lana y muy preocupados del objeto de mi visita. Les expuse con mucha vehemencia el asunto que allí me llevaba, procurando hacerles comprender la responsabilidad en que todos nosotros íbamos á incurrir si un hombre como Sir W..., un amigo tan leal, una persona tan distinguida, una inteligencia tan superior, sucumbía en la triste habitación de una posada. Pinté con vivos colores el dolor del almirante, el de la madre y el de la hermana, que todos los días esperaban sin duda ver desembarcar al que aguardaban y á quien creían sano y salvo á poca distancia de ellas, y que solamente había retardado su regreso para disfrutar de los grandes espectáculos de París. ¡Qué decepción! ¡Qué dolor para ellos y qué responsabilidad para nosotros!

Hablando así con animación en aquel gran espacio vacío y sonoro, mi propia voz hería mis oídos y el eco me devolvía mis palabras; y parecióme que mis dos interlocutores, perfectos caballeros, pero muy tímidos, como lo son á menudo los ingleses, juzgaban mi exaltación exagerada y mi proceder algo inconveniente. Más sorprendidos que impresionados por mis palabras, escucháronme sonrojándose, visiblemente confusos, y solamente obtuve, no sin gran esfuerzo, del que tenía más edad algunas palabras llenas de reserva pronunciadas en voz baja, como para hacer contraste con mi viveza. Golpeando con la pala que aún llevaba en la mano la punta de su sandalia, el joven insular me dijo con cierta firmeza que nuestro amigo Guillermo no estaba solo en el mundo; que además de sus ancianos padres, cuya residencia no conocían exactamente mejor que yo y á quienes no se debía alarmar prematuramente, tenía un tío, lord H.... conocido de todos, ciertamente de avanzada edad, pero bastante vigoroso aún para trasladarse á París, tanto más, cuanto que era viudo y sin hijos y el más próximo pariente de Sir W..., á quien designaba como heredero de una fortuna considerable y del más noble título. Por último, con una ligera animación y al parecer esforzándose mucho, mi interlocutor me hizo comprender que aquella manera de intervenir en los asuntos ajenos sin ser invitado á ello era un proceder puramente *francés* nada conforme con sus costumbres y conveniencias, y que tal vez yo me extralimitaba en mis derechos. Como hombre prudente, hasta me aconsejó que lo pensase bien antes de incurrir en la responsabilidad de trasladar á Sir W... á mi casa.

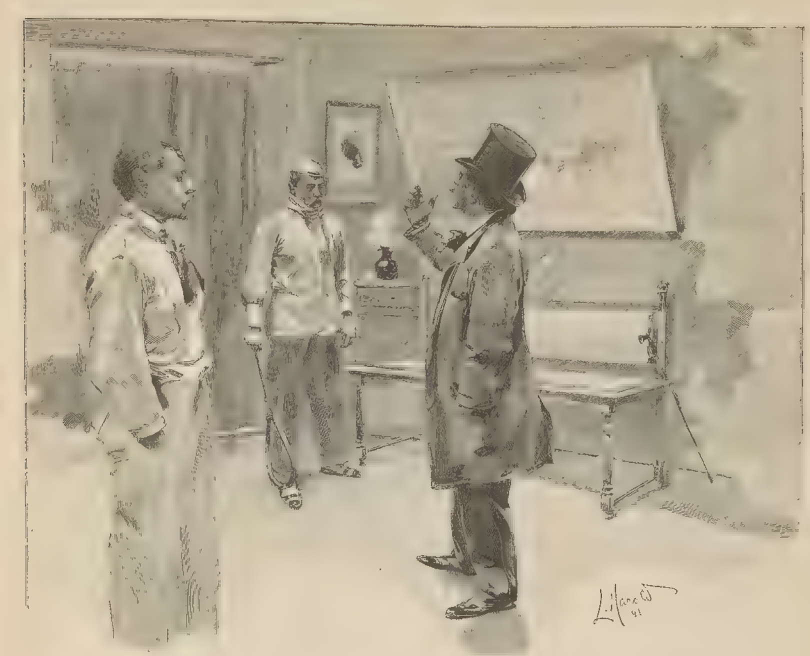
Más sereno ya cuando estuve al aire libre, y al mirar la brillante multitud que bajaba por la gran avenida, de regreso del bosque, experimenté cierta turbación al pensar en los razonamientos de los jóvenes amigos de Sir W... y aunque firme en mis propósitos, dudaba ya del derecho de la amistad y del deber que ésta me imponía. Pero ¿cómo olvidar el rostro pálido y las facciones descompuestas de aquel enfermo rodeado de personas indiferentes? Si se hallara en peligro, si llegase á morir solo, lejos de los suyos... ¡Qué remordimiento no sería para mí! Antes de entrar en mi casa volví al hotel. El Sr. Pablo había buscado ya una enfermera, y encontré al médico de la embajada á la cabecera del lecho de mi amigo. Como me lamentase de aquel singular estado del enfermo, que ni siquiera echaba de ver nuestra presencia, según me pareció, y permanecía inerte con la cara vuelta hacia la pared, el doctor, muy entendido en aquellas fiebres perniciosas, aseguró que aquella postración era común en semejante enfermedad y que no debía espantarme. Un poco tranquilizado con la suerte de mi amigo, salí para volver de nuevo al poco rato, y ya no me separé de él hasta el amanecer. Seguía entregado á un sueño febril, el sudor inundaba su frente, y cuando por casualidad abría los ojos, sus miradas eran vagas; de modo que no tuve la satisfacción de hacerle comprender que ya no estaba solo y que yo velaba.

Era ya muy de día cuando entré en mi casa, con el propósito de no dormir sino algunas horas y volver cuanto antes á cuidar de mi amigo. Al principio no podía conciliar el sueño, mas al fin sucumbí á la fatiga, y los criados, que conocían la causa de mi inquietud, guardáronse bien de interrumpir mi reposo. Yo había dado órdenes formales para que me llamaran en el caso de recibirse algún recado del hotel, y al despertar, avergonzado de haber dormido tanto, tuve en cambio la satisfacción de saber que no me habían enviado recado alguno. Vestíme presuroso, y sin detenerme apenas para tomar algún alimento, á pesar de las observaciones de mi anciano criado, corrí á los Campos Elíseos; en la portería del hotel y en el pequeño patio no encontré á nadie; era la hora de comer y todo el personal de la casa estaba ocupado en el servicio de la mesa redonda. Poseído de esperanza y de temor, y esforzándome para ocultar mi emoción, habíame detenido en el umbral del aposento de Sir W... cuando de pronto abrióse la puerta, precipitándose al punto un vivo resplandor en el obscuro pasillo, y hube de apartarme para dejar paso á un eclesiástico joven, de larga barba rubia, cuya gravedad y acento solemnes me hicieron sentir frío en el corazón.

La estancia estaba iluminada como un altar; la enfermera arreglaba algunos objetos; y de pie ante una mesa de despacho, cuyos cajones se hallaban abiertos, un personaje desconocido parecía tomar nota de los papeles de Sir W... Quedé inmóvil, como si mis pies hubiesen echado allí raíces; los grandes cortinajes me ocultaban aún la vista del enfermo; mas al dar un paso, le vi ligeramente incorporado sobre su almohada, con los brazos fuera del lecho, desencajado ya por la muerte y como sumido aún en profundo sueño.

Sir W... había exhalado el postrer aliento hacía algunas horas á causa de la violencia de una fiebre perniciosa que no cedió ni un instante á las medidas más enérgicas, presa de un constante delirio, sin reconocer á nadie y sin tener por desgracia persona alguna á quien reconocer, puesto que todo cuanto le rodeaba era extraño para él. Por la solicitud del doctor, que conociendo mi quebranto y mi fatiga no quiso avisarme, un delegado del cónsul, autorizado por la embajada, asumía, haciendo las veces de la familia, la responsabilidad de todo. El tío de Sir W... debía llegar de un momento á otro, y entretanto el agente ministerial desempeñaba su misión con esa reserva especial de los ingleses y de las personas que ejercen tales cargos. El empleado no parecía notar mi presencia, y mostrábase tan frío, tan ajeno á mí que ni siquiera osé interrogarle.

Mientras trataba de dominar mi profunda emo


Les expuse con mucha vehemencia el objeto que allí me llevaba

ción, arrodillado al pie del lecho, aquel hombre preguntó á la enfermera qué grado de parentesco me unía con el difunto, y al saber que yo era un amigo de poco tiempo, continuó flemáticamente su inventario como si yo no tuviera derecho ni deber alguno ante aquel lecho mortuorio. Por mi parte, esforcéme para reprimir los sollozos, persuadido de que mi dolor debía parecer excesivo y singular.

En la tarde del día siguiente estábamos todos en el templo de la calle Roquepine, adonde se había llevado el cadáver la víspera cuando cerró la noche El Sr. Pablo había conseguido á fuerza de pasos por aquí y por allá que no se cubriera de luto la puerta del hotel, pues la condesa rusa no se habría repuesto del susto: ya sabemos que todo cuanto recuerda la muerte es un espectáculo cruel para toda esa alegre sociedad que sin fijarse en parte alguna recorre todas las capitales en busca de los placeres y diversiones. La nave estaba desierta; cinco personas solamente asistían al oficio de difuntos, sin que hubiera un curioso ni un transeunte; y al entrar en el templo, entristecido por aquel abandono, aparenté ser indiferente y me senté en el tercer banco. En el primero vi de pie un anciano de aspecto majestuoso, con corbata blanca, muy pulcro en su traje, fresco y sonrosado, con el cabello blanco como la nieve, y con uno de esos perfiles á lo Wéllington que hacen pensar en los hermosos retratos de Sir Thomas Lawrence.

Aquel hombre no podía ser más que lord H... individuo del consejo privado de la reina; y junto á él estaba el secretario particular del embajador de S. M. Británica, S..., siempre inmutable y con el lente calado. Aquel era el banco de la familia; detrás vi á los dos jóvenes ingleses de la antevíspera, muy concentrados en sí y vestidos con propiedad para tal ceremonia; detrás de ellos, en fin, hallábame yo solo y triste, sin más vecino que el camarero que sirvió á Sir W... durante su enfermedad, y que representaba oficialmente al Sr. Pablo, conocido en toda Europa por su solicitud para con sus parroquianos.

Conocida es la impresión que en nosotros producen las grandes ceremonias del culto evangélico, esas paredes frías, esa falta de pompa, la palabra grave del Reverendo, familiarizado con la muerte, que pronuncia siempre con el mismo acento las oraciones dispensadas por igual á todos aquellos cuyos despojos devuelve á la tierra; agréguese á esto la soledad y el abandono alrededor del ataúd, y se comprenderá mi tristeza.

¡Qué funerales para aquel sincero amigo, para aquella alma pura y aquel buen servidor de su patria! ¡Cuánto más hubiera preferido la muerte en plena mar, bajo el cielo azulado del Atlántico, y la inmersión sublime en las misteriosas profundidades en medio del estrépito de las salvas del buque, mezclado con el murmullo de las olas y los cantos fúnebres de los ancianos marinos de la orgullosa Albión!

Sin embargo, yo debía cumplir una misión sagrada para mí. Sir W... me había confiado, desde el momento en que intimamos, varios objetos que él creyó más seguros en mi poder que en una casa de huéspedes, figurando entre ellos en particular una caja que contenía documentos y numerosos presentes destinados á varias personas de su familia, tales como armas de gran valor, muestras de las maravillosas industrias de la India, y telas brillantes, que en nuestras casas europeas conservan un reflejo del sol de Oriente. Ahora bien: á pesar de nuestras largas confidencias, yo no sabía nada exacto sobre la familia de William; recordaba, á decir verdad, el nombre de Beldorny, donde estaban fechadas las cartas de su madre y de su hermana, y también sabía que así se llamaba la quinta que habitaban en una de las islas del grupo de Wight; pero á esto se reducía todo. Sin embargo, como el jefe de la familia estaba allí, propúseme rogarle que se encargara del depósito y dijera á los ancianos padres de William, para quienes la noticia de su muerte sería un golpe mortal, que en París quedaba un amigo de su hijo, que compartía su dolor y conservaría piadosamente su recuerdo.

Con la última oración todo terminó; el cadáver debía ser expedido aquella misma noche á Inglaterra, acompañándole lord H... y por lo tanto no había que vacilar. Cuando vi que aquellos señores se despedían, cambiando un ceremonioso saludo sin mirarse siquiera, adelantéme hacia el mayor de los dos ingleses y le rogué que me presentara al tío de William antes de salir del templo. Ninguno de ellos le conocía; su amigo S..., el secretario de embajada, le veía también por primera vez, y aun esto oficialmente y obedeciendo á la orden de su jefe; de modo que ninguno de ellos se creía con derecho, sobre todo en aquel lugar y en tales circunstancias, á dirigir la palabra á lord H... y menos aún á presentarle un extranjero.

Volvía á tropezar otra vez con ese odioso respeto humano, esa fría reserva, puramente convencional, que es una manifestación de nuestro orgullo, y que la sencillez y la buena fe, dictadas por la naturaleza y la verdad, tendrían derecho á rechazar.

Así, pues, aquel anciano y yo, que habíamos conocido y amado al que reposaba en el ataúd, no podíamos cambiar algunas palabras de mutua simpatía, dirigirnos una frase de consuelo y unir nuestras oraciones dándonos el pésame. Hubiera sido una *inconveniencia* de parte mía ir á inclinarme ante aquel octogenario y rogarle que llevase á los ancianos padres, que esperaban aún al que no debían ver más, una palabra de sentimiento del amigo que recibió sus últimas confidencias. Apenas tenía derecho, como hombre de mundo, para inclinarme ligeramente con los ojos secos y el corazón tranquilo al pasar por delante de lord H...

Y esta vez también, apenas estuve en la calle, más sereno, díjeme para explicar esta monstruosa reticencia que yo era víctima de una situación fatal y de las convenciones mundanas que están en uso en una sociedad extranjera no bien conocida por mí. Ni el lugar ni la hora autorizaban á un desconocido á presentarse al anciano; y en cuanto á los jóvenes cuya frialdad yo censuraba, ¿qué eran después de todo para aquel á quien yo lloraba? Amigos de sociedad que se encuentran en el club y que, presentados por pura formalidad, podrían vivir veinte años junto á otro hombre sin haber oído jamás latir su corazón ni sorprender el secreto de un pensamiento íntimo. ¿Quién osaría decir, por lo demás, que bajo esa reserva y esa glacial actitud el corazón de un insular late menos acelerado que el nuestro, que sienten menos que nosotros?

En fin, y preciso es reconocerlo, nada autoriza á un inglés de cierta sociedad á dirigir la palabra á otro sin haber sido *presentado*. Decíame todo esto, repetíamelo y reconocía una vez más que si estaba condenado al silencio y al aislamiento ante aquel ataúd era porque debía ser víctima de las circunstancias.

En su consecuencia, no quise insistir, y sin más vacilaciones dirigíme á mi domicilio para recoger la caja que se me había confiado y que entregué con las formalidades legales al oficial consular que entendía en los asuntos de mi difunto amigo.

Así quedaba roto hasta el último lazo; aquella dulce amistad en la que cada hora equivalía á un año para afirmarla y acrecentarla; aquella comunidad de miras, de ideas, de sentimientos y de filosofía, gracias á lo cual Sir W... y yo podíamos considerarnos como dos seres que se habían reconocido por hermanos; todo esto no era ya sino un recuerdo que ni siquiera me sería dado compartir con aquellos que habían amado al difunto Sir W...

Era forzoso, pues, sepultarle en el fondo de mi corazón para conservarlo como un tesoro, sin permitir que por causa ninguna se borrase jamás de mi memoria aquel placentero recuerdo de tan preciada amistad.


Aquel hombre no podía ser más que lord H. .

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SOPLETE DE ESENCIA MINERAL Y TERMO-CAUTERIO

El doctor Paquelín ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París dos comunicaciones sucesivas referentes á dos nuevos aparatos

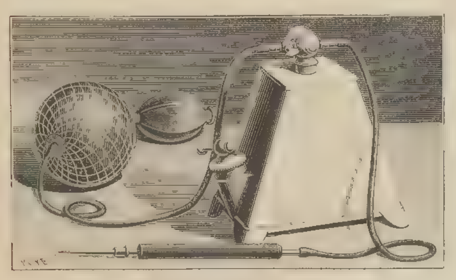


Fig. 1. Soplete de esencia mineral de M. Paquelín

sobre los cuales creemos conveniente llamar la atención de nuestros lectores.

Comencemos por el soplete de esencia mineral (fig. 1): consta el aparato de una doble pera de caucho formando fuelle á doble viento que se hace funcionar con el pie ó con la mano, de un recipiente metálico que forma carburador y del soplete propiamente dicho. El aire expulsado de la doble pera atraviesa el carburador en donde, pasando al través de un tubo sumergido, se carga de una esencia mineral de venta corriente, la *benzolina*. Esta substancia es el combustible de la lámpara Mille y pesa de 700 á 710 gramos el litro. M. Paquelín emplea también como saturador un pulverizador llamado sistema Giffard, por medio del cual el aire expulsado por

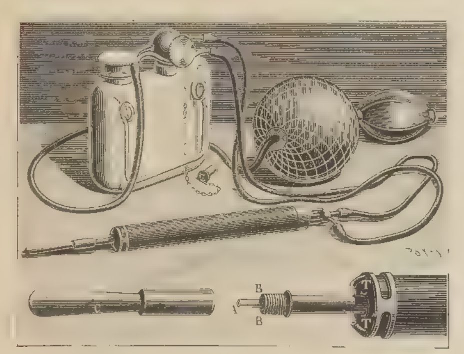


Fig. 2. – Termo-cauterio, nuevo modelo de M. Paquelín.—C. Detalle de la punta del termo-cauterio.—A. Tubo que proyecta el aire carburado. —BB Tubo para restituir los productos de la combustión. – TT. Canales condensadores del vapor de agua.

el fuelle, después de haber pulverizado el líquido combustible se impregna de sus vapores.

Lo que caracteriza al carburador es su espita dosífico-mezcladora y cuyos llave y tubo presentan una estructura especial: en efecto, la llave, que gira en un espacio de una semicircunferencia, tiene en su superficie una ranura inclinada sobre su eje: el tubo está canaliculado de tal manera que una parte del aire del fuelle va directamente al carburador. Así lo indica el aspecto mismo de la llama del soplete, que ora ampliamente teñida de blanco y fuliginosa en un principio, ora insuficientemente alimentada de vapores hidrocarbonatados, va purificándose cada vez más hasta tomar un color azul violáceo muy puro y en extremo límpido. Cuando llega á este punto es señal de que ha alcanzado su máximo de intensidad calorífica, y su color tiene el brillo aterciopelado de una pintura á la aguada. De este modo se utiliza el combustible en el máximo de su intensidad.

El soplete está formado por un solo tubo, como el que usan los joyeros; su originalidad está en la disposición de su pico, que emite dos clases de llamas: una central, de punta muy afilada y pequeñas llamas laterales, en forma de pétalos ó de corona, según la dirección de sus canales, los cuales sirven para alimentar aquélla y mantenerla en actividad. Con la llama así obtenida puede lograrse un principio de fusión del platino. Colocando una espita de estructura ordinaria entre el fuelle y la espita dosificadora, se gradúa á voluntad la altura de la llama del soplete, pudiendo de este modo graduarse sus dimensiones diametrales, á cual efecto basta modificar las relaciones entre la sección del pico del tubo y la de sus agujeros laterales de alimentación. Así se obtiene una serie de llamas que miden desde uno á tres, cuatro ó más milímetros en su base.

El soplete que acabamos de describir podrá servir en los talleres y laboratorios y á los artistas pirograbadores para esfumar sus maderas.

La fig. 2 representa el tan conocido termo-cauterio de M. Paquelín. El carbusador es de metal como el anterior, pero de sección rectangular y puede adaptarse á la cintura por medio de un garfio, cuyos anillos sirven de pinzas para dividir el cauterio en caso de rozadura. En este aparato no hay tubo sumergido; la esencia mineral va aprisionada en esponjas, lo que imposibilita todo derramamiento del líquido.

La carga del carburador basta para alimentar el cauterio durante diez horas por lo menos.

Los productos de la combustión son arrojados fuera de las manos del operador. Uno de éstos, el vapor de agua, que nace á cerca de 1.800 grados, es utilizado en los grandes cauterios para refrigerar el punto de partida y los canales que le siguen: el mango es barrido en su interior de arriba abajo por un chorro de aire tomado directamente del fuelle que choca en la parte inferior del mismo formando alrededor del portacauterio tres zonas de aire aisladoras.

Estas diferentes condiciones permiten reducir el mango del instrumento á tales dimensiones que puede ser utilizado como un lápiz, y la mano se encuentra muy cerca del campo operatorio; su diámetro no excede de 12 milímetros.

Los antiguos cauterios ensanchábanse de la punta á la base; los de M. Paquelín se ensanchan, por el contrario, de la base á la punta: únicamente la parte penetrante ha conservado sus primitivas dimensiones. De este modo el instrumento posee, con gran economía de platino, todas sus antiguas ventajas, convirtiéndose en un cauterio á manera de llave maestra, por decirlo así.

Los cauterios grandes no se diferencian, en punto á dimensiones, de los demás sino por el diámetro de la parte de platino.

Todos los cauterios están montados en una pieza de menos de seis milímetros de diámetro y todos se atornillan á un mismo mango; el autor ha reducido la variedad de las formas del cauterio á dos tipos principales y ha dispuesto su carburador de modo que los antiguos cauterios puedan ser utilizados.

La lámpara de alcohol del termo-cauterio primitivo queda suprimida: el único combustible que en la nueva se usa es la esencia mineral. El cauterio se ceba en una llama cualquiera ó con auxilio del soplete antes descrito, que también sirve en caso necesario para desgrasarlo.

Las aplicaciones del termo-cauterio de M. Paquelín son muchísimas, y el instrumento responde á todas las necesidades de la cirugía.

* * *

TRANSPORTE DE PAQUETES Á DOMICILIO POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

En la última sesión de la *British association for advanement of Science*, Mr. A. R. Bennet ha presentado una memoria describiendo un sistema para el reparto de paquetes á domicilio en las ciudades por medio de la electricidad. Aunque el sistema tiene alguna analogía con el de Siemen, su autor lo ha ampliado inspirándose en el mecanismo de los teléfonos. La instalación consiste en dos tubos sobrepuestos, de 60 centímetros de ancho por 90 de alto, dentro de los cuales circulan unos carritos movidos por la electricidad. Cada abonado tendrá en su casa un par de esos ramales, y cuando querrá enviar un paquete á otro pedirá á la central un carrito, lo cargará y avisará al centro el destino que deba dársele. Entonces la central lo expedirá al destinatario, y al llegar el carrito á casa de éste tocará un timbre y se descargará por sí mismo, regresando luego al centro. Una ingeniosa combinación de agujas eléctricas permitirá que los carritos tomen la dirección que se desee.

El sistema de transportes á domicilio de Bennet será indudablemente de utilidad suma, pero nos parece que la canalización de las calles para instalar los tubos ha de ofrecer grandes dificultades.



FÍSICA RECREATIVA

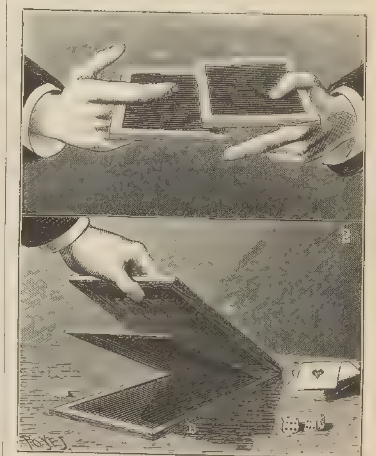
La prestidigitación descubierta. – Las pizarras espiritistas

Se toman dos pizarras con marco de madera y después de haberlas hecho examinar á los espectadores se coloca entre ellas un pedazo de tiza y se atan con una tirilla de caucho: á poco se oye el ruido de la tiza que escribe entre las dos pizarras la contestación á una pregunta, el nombre de una carta pensada, etc., y al separar aquéllas se ve que una de ellas está escrita.

He aquí la explicación de este prodigio. La escritura estaba ya en la pizarra A, pero sobre la misma habíase puesto un cartón negro delgado, que ocultaba los caracteres escritos. Al espectador se le da á examinar la pizarra B, y luego por medio de un escamoteo se le entrega la misma que ya ha visto en vez de darle la A que tiene el cartón: para ello se cogen las pizarras del modo que indica la figura 1 y se cambian de mano, lo cual no ofrece dificultades á un prestidigitador. Mientras el espectador examina por segunda vez la pizarra B, el operador coloca la otra sobre una mesa con la cara escrita hacia arriba, y cuando le devuelven aquélla pónela sobre la primera y las ata con la tira de caucho.

Entonces el prestidigitador levanta las pizarras con la mano izquierda, de la que sólo se ve el pulgar, mientras con el dedo medio rasca la cara posterior de la segunda pizarra, produciendo un ruido muy parecido al que origina la tiza al escribir. Cuando el operador juzga que esta farsa ha durado bastante, coloca las pizarras horizontalmente sobre la mesa, cuidando de que quede debajo la no preparada (figura 2), sobre la cual permanece entonces el cartón, al paso que la otra deja ver los caracteres que lleva escritos y que se dice trazados por un espíritu invisible.

No creemos necesario explicar minuciosamente de qué medios se vale el prestidigitador para conocer de antemano lo que ha de escribir en la pizarra. Sabido es que en la prestidigitación las supercherías constituyen uno de los principales elementos para operar. Así, por ejemplo, los dados cargados dan siempre los mismos números y en cuanto á saber qué carta escogerá un espectador, nada hay más fácil sabiendo obligar el naipe, ó valiéndose, si la ciencia



Figs. 1 y 2. – Las pizarras espiritistas

del operador no llega á tanto, de una baraja en la que todas las cartas sean iguales.

La prestidigitación, por otra parte, es un arte rico en procedimientos que permiten simular la previsión del porvenir.

(De *La Nature*)



CAZA DE PATOS, cuadro de D. José M. Marqués, adquirido por la Diputación Provincial de Barcelona

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 520

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JACOBO MEYERBEER, copia de un retrato pintado en 1857 por E. Desmaisons

LA BELLEZA DEL CUERPO HUMANO

EN EL PORVENIR

En todas partes hay y en todos los tiempos hubo profetas de desdichas.

Los hay que anuncian el fin del mundo: los hay que profetizan el fin del arte y de la poesía. Unos ven ya en las más remotas regiones del firmamento el espantoso cometa que ha de triturarnos con su masa ó que ha de consumirnos en su fuego; que de todas maneras, dado el choque, el fuego es inevitable. Otros saben á punto fijo que el anticristo está para nacer de un instante á otro, según telegrama que han recibido de las caóticas esferas de la nada. Para los últimos, en fin, el anticristo del arte y de la poesía ya nació hace mucho y se llama *la ciencia*: con la ciencia ni hay poesía ni arte posible.

Refiere Mr. Guyán, en un libro del cual ya hemos hablado en estas crónicas, que hace unos cuarenta años y al fin de un banquete en casa del pintor Haydon, el poeta Keats levantó solemne y trágicamente su copa, proponiendo este brindis: «¡Maldición á la memoria de Newton!»

¡Asombro general, que interpretó Wordsworth, pidiendo una explicación antes de que el brindis se consumase! Explicación que el poeta Keats dió en estos términos:

«Pido que brindemos execrando la memoria de Newton, porque él... él fué quien destruyó para siempre la *poesía del arco iris*, convirtiéndolo en un prisma.»

Y todos, convencidos, bebieron *á la eterna confusión de Newton*, que osó explicar el admirable arco de colores por reflexiones y refracciones de los rayos de sol en las gotas de lluvia, convirtiendo en miserables prismas de cristal á las poéticas perlas del espacio, y al sublime fantasma en la prosaica consecuencia de una ley física.

Y la maldición contra la ciencia en nombre de la poesía continúa; y en cambio continúan los desdenes de sabios y filósofos contra poetas, idealistas y soñadores.

Pascal dice que no hay gran diferencia entre el oficio de bordadora y el de poeta.

Y Montesquieu supone que los poetas no son más que fabricantes de adornos, que abruman la naturaleza y la razón con oropeles y lentejuelas como una modista disfraza grotescamente á las mujeres hermosas con los ridículos perifollos de la moda.

Spencer compara la ciencia á la humilde y modestísima *Cenicienta* que se pasa la vida junto al fuego del hogar doméstico, mientras sus orgullosas hermanas lucen trajes de relumbrón en fiestas y saraos tan inútiles como inmorales. Pero al fin, agrega, la pobre Cenicienta muestra que es la mejor de la familia, y así vendrá un día en que la Ciencia reine como soberana.

Vendrá un tiempo, dice á su vez Mr. Renan, en que el ¡gran artista! sea algo viejo, gastado é inútil, y en cambio la ciencia valdrá más y más de día en día.

Si el abuelo de Darwin consagró su vida á componer malos poemas, su descendiente Carlos Darwin, en vez de escribir insulsos versos sobre las bellezas de un jardín, estudia las leyes de la selección natural; con lo que se regocijan con regocijo satánico los enemigos de las Musas.

Y así, y en este compás y con estos fúnebres tonos, continúan los positivistas de la ciencia y los profetas de la ruina y destrucción de la Jerusalén del arte: los poemas mueren, las lenguas se transforman perdiendo pompas vanas y convirtiéndose en cronométrica maquinaria del pensamiento: los cuadros de los grandes pintores se gastan, la polilla está al acecho: Rafael dentro de pocos siglos no será ni un nombre; estatuas y monumentos caen en polvo y sólo la idea científica dura.

¿Qué más? Hasta el cuerpo humano es cada día más *feo*, y en cambio el cráneo es cada día más potente. Los contornos se encogen, los músculos se achican, las curvas redondeadas graciosamente se convierten en ángulos vigorosos, toda la plástica por decirlo así se reseca, y poco á poco el hombre se convierte en un manojo de nervios que van bajo la piel hacia el cerebro por el camino más corto.

Dentro de poco ¿dónde encontrarán modelos los escultores y los pintores para sus estudios al desnudo?

El desnudo, según la Estadística y la Fisiología, es cada vez más imperfecto y más vergonzoso.

Si no es bello es ridículo y es inmoral; y la belleza va aniquilándose en la carne.

Pasaron los tiempos de la estatuaria griega, vociferan los enemigos encarnizados del arte y de la poesía.

Los griegos, dice Mr. Taine, tenían por la pureza de la forma, por la proporción armónica de los miembros, por todas las bellezas desnudas un amor que llegaba hasta la misma adoración: la belleza para el pueblo helénico era sagrada. Sófocles antes de cantar en público un himno á los dioses de la Grecia por la victoria de Salamina se despojó de sus vestidos, se quedó en puras carnes y aun se cree que dió algunas piruetas y saltos más ó menos artísticos á manera de danza; de todas maneras es hecho positivo y averiguado que para mayor decoro del himno y para mayor inspiración echó fuera con desembarazo túnicas y lienzos, mostrando al concurso su bello cuerpo de estatua marmórea

¡Oh tiempos felices y prodigiosos de la antigüedad clásica, en que los hombres célebres podían presentarse en traje de baño y aun algo menos á las entusiastas y archiartísticas muchedumbres!

¡Tiempos felices en que poetas, trágicos, filósofos, sabios y guerreros estaban modelados como hoy lo están las estatuas de los museos, y así podían, sin temor al ridículo y aun sin temor á las pulmonías, dado lo robusto de su naturaleza, mostrar su torso, sus pectorales y sus músculos todos de brazos y de piernas á la multitud en todas las ocasiones solemnes ó en todas aquellas en que la seriedad del acto exigiese traje de etiqueta!

¡Ya sería fácil que en estos tiempos nuestros de decadencia y mezquindad se presentasen en la plaza pública nuestros grandes oradores, nuestros grandes artistas, nuestros sabios, nuestros generales vencedores en aquel primitivo traje en que Sófocles entonaba himnos en honor de los dioses griegos vencedores en Salamina!

¡Un gran orador parlamentario después de pronunciar un discurso de tres horas, aparecer en el pórtico del templo de las leyes, mostrando al público arrebatado su estatuaria íntima!

¡Un general vencedor, despojándose de espuelas, tricornio, faja y botas, elástica y calzoncillos para entonar ante el altar de la patria el cántico del triunfo!

Moltke pudo vencer á los franceses, pero no hubiese resistido esta prueba.

Y todo ¿por qué? ¿Por ser otras las costumbres? ¿Por decoro? ¿Por honestidad? Nada de eso.

El hombre no se muestra hoy desnudo al público en los grandes actos, y en cambio se cuelga el frac y se aprieta la corbata blanca, no por pudor, sino por miedo al ridículo; porque ya el hombre no tiene en nuestro siglo las proporciones de los Hércules ó de los Apolos, sino ridículos contornos encanijados ó gorduras fofas, aguachonas y linfáticas. Y algo parecido sucede con la mujer, aunque como ésta no ha decaído tanto, algunas bellezas conserva y puede mostrar todavía con cierto orgullo artístico; y esas las muestra, ¡ya lo creo que las muestra!, siempre que llega una ocasión pública y solemne, como por ejemplo, en bailes y teatros, aunque no tenga que cantar los himnos de Sófocles á los dioses de Grecia.

JOSÉ ECHEGARAY

MILAGROS

(CRÓNICA CONTEMPORÁNEA)

A D. José Fernández Bremón

I

Con cómico furor, Alejo, el hombrecito de catorce años, estrujaba entre sus manos la deshilachada gorra cuyas entrañas de algodón asomaban á la superficie como nubecillas en un cielo negruzco.

– Que yo, decía el pillete paseando una mirada de desesperación sobre el corro de granujas que le escuchaba, el primerito en las pedreas, el que por un trampantojo se lía á puñetazos con toos los del barrio, me eche á temblar ante esa mocosuela... ¡Vamos!...

Y aquí el señorito Alejo hacía de la tagarnina que resquemaba sus labios blanco de su coraje, mejor dicho, de sus dientes, parecidos al marfil antiguo.

– ¿Y qué será esto?... Yo no la conocía á eya, eso en primer lugar sea dicho; eya no sabía quién soy yo... y aún no lo sabe... ¡Pa el caso que me hace! Un día entro yo en ca del Sr. Lucas el buñolero. «Adiós, chico, ¿qué traes?» me pregunta. «Naa, le respondo, lo de toos los días: ¡más hambre que Matusalem!.» Se ríe el hombre, me siento yo en una banqueta más arrugaa y pringosa que mi agüela. ¡Plas! ¡Plas!, llamo con la mano. Acude el esmirriao del mozo: «¿Qué va á ser?,» dice. «Lo de siempre; un vaso de á diez céntimos y media ocena de churros.» ¡Me trato yo mu bien!, que es lo que dice tío Redoble: «Pa lo que uno desfruta en el mundo, güeno es alegrar la andorga»... Pus señor, me traen el café y los churros... ¡Me río yo de los servicios de Fornos!... Estaba en mis glorias y el vaho del enjuague me ponía la finosomía mesmamente que paecía que había llorao, y ¿á que no sabís lo que ocurre?... Pus na: entra en el cafetín una chicuela de mi igual, mu arreglaíta y embutía en un mantón color rata... Me queo mirándola con el churro en la mano, asina, como estático... ¡Qué ojos se traía y se trae (que á Dios gracias, eya vive pa darme la desazón); negros como dos borrones de tinta china que acaban de caer en un papel, el pelo mu peinaíto; la boca así, más chiquitina que una monea de á céntimo; luego me fijo en el vestío azul y en los zapatines, y me digo: ¿Dónde he visto yo una cosa así?... ¡Ah! Ya caigo: en un altar de San Francisco hay un ángel vestío de chiquilla probe que acompaña á un vejete con muchas barbas y que paece too un santo... Güeno; la chica se queda en medio de la buñolería y mira aquí y mira allá. ¡Había parroquia de largo!... Sr. Lucas va y la dice: «¡Ponte ahí, muchacha!» Y la señala mi mesa. Eya se sienta frente á este cura, y con una voz mu dulce y polida pide un vaso de á cinco céntimos y media ocena de buñuelos... Yo seguía estáutico mirándola, y con el aquel del embobamiento se me va á pique en el vaso medio churro... Y pa que eya echase de ver que era yo finústico pedí cucharilla pa sacarlo. Dimpués, como toa una presona, hice un pitiyo, y ¡hop!, ¡hop!, fumé tragándome el humo y haciendo la mar de monerías; pero eya como si no, chicos. Me miraba con aire de desconfianza. ¿Qué se figuraría de mí?... ¡No, lo que es pa otra vez que me ocurra me traigo futraque y la torre *Infiel* de chistera que tie en el tenderete del Rastro mi señor papá!; porque si le ven á uno vestío de lana le llaman borrego, asina sea hombre de cercunstancias... Terminó la moza su desayuno, pagó, y terciándose con mucha gracia el mantón se largó á la calle «¡Vaya usté con Dios, cachito é rosa doble!,» la digo poco menos que tartamudeando... Ni se rió ni naa; pasó por delante como una reina ofendía. «No, pues tú no te marchas de vacío,» me digo, y salgo tras eya... Y anda que te andarás hecho yo un mudo, la sigo por la otra acera, y dimpués de atravesar el viaduto, calle Bailén y bajar la cuesta de San Vicente, embocamos en el mar, es decir, en el río Manzanares... Allí, cerca de un lavaero, topo con el Pamplingao (ya sabís, ese méndigo que tie en la cara una ventana de menos). «Tú, ¿ónde vas?,» me dice. «A un asunto,» digo. «¿Cuálo?» «¡Ese!» Y le señalo á la chicuela que iba á meterse en el lavaero de la Floría. Pamplingao se ríe, y echando una bocanada de humo que ni la máquina del ferrocarril, va y pregunta: «¿Es tu novia?» «¡Qué ha de ser!» «Entonces, ¿por qué la sigues?» «Pus... por eso... ¡porque me gusta, hombre!» «¡Y á mí!,» dice de formalidá el mu desaugao. Y sigue: «¿Conoces tú á Milagros?» «¿Qué Milagros?» «Pus esa chica, grandísimo topo.» «No» «Paece cuento; pus eya habita en la calle de la Ruda, dos casas más arriba que tú.» «¿De veras?» «¡Como hay Dios!... Su madre, la señá Quica, es la que lava los trapos á lo mijor de Madrid, y vive en un principal.» Y Pamplingao me contó otras historias de la chica,

que si era mu formalita y tal y cual, con lo que me metió á mí en deseos de hacerla mi novia: en risumen, que ya eran las once de la mañana cuando aparecí en el Rastro con el bote de las coliyas más vacío que

II

–Pus señor, que dende tal día tengo yo algo abarquillao el sentío, porque, como cuentan los

de el desayuno; yo la miro hecho un bobo; tomamos el café como dos estautas. Ni siquiera me atrevo á decirla: «¡Por ahí te pudras, pimpollo!,» porque aunque soy mu hombre me queo debajo de la mesa



PLAZA DE LAS FRUTAS EN TRIESTE, cuadro de Ernesto Croci

estógamo de cisante... ¡En un tris, mi padre me tira á la cabeza un chirimbolo!

Aquí hizo alto el caballero granuja en su larga historia; el pelotón de truchimanes que la oía pidió en medio de una gran zalagarda la continuación: accedió Alejo, diciéndoles:

–¡Ahí va la segunda parte, pa que sus enteréis!

romances que canta tío Aleluya por las calles, me he enamoricao de Milagros, mesmamente como aquel señor de Roger de la hermosa Blancaflor... La chica vale mucho, ¡vaya!; pero á mí me da mala espina eso de que eya aunca se dé por aludía de mis osequios y destinciones: ¡como si no! Mus vemos toos los días en la buñolería; entra, se sienta, llama al mozo y pi-

delante de eya. Hay veces que al verla me dan intinciones de cogerla, asina entre mis brazos, y besuquearla, y decirla (¡no sus riáis, que lo digo como lo siento!): «Milagros, drento de pocos años, si tú quieres, mus echarán los latines y demás requilorios del casorio. Tú en el río, yo en el tenderete y Dios por medio; verás qué bien lo vamos á pasar. Quié-



EN BUENAS MANOS ESTÁ EL PANDERO, cuadro de D. Enrique Luque Roselló

eme asina, como novia; y por ti, ¡vamos!,... que ende mañana me güelvo una presona más formal que D. Jeremías, el cura que vive en el segundo de mi casa... y no voy más á las pedreas ni me ajunto con granujas. (¡No sus creáis que lo digo por vosotros; que aunque yo le dijera eso á Milagros, siempre quearía un rato pa divertirme con los amigos!..) Otras veces me pongo más murrio que un peón sin punta... Si yo fuera como Manolo, el hijo del señor Pablito, que gana sus seis riales toos los días en la emprenta, iría á ver á señá Quica y la diría: «Señá Quica...» pues... eso... es decir: «Señá Quica, gano tanto más cuanto y... acétera... ¿me quiere usté dejar que hable con Milagros como Dios manda?» Y eya me contestaría: «Güeno.» Y entonces sí que no me cambiaba por el mesmísimo Papa Santo... ¿Estamos?... ¡Pus no, señor, no estamos!; porque yo, salvo el tenducho de mi padre, no tengo sobre qué caerme muerto, ni sé pizca de letra, ni jota de arizmética... ¡y eso que cuento too por los deos! Cualsiquiera va con tales cantinelas á señá Quica ni dice palotada á la mocosa!... ¡No serían calabazas, que digamos! ¡Que no digo naa, ¡ea! Y el caso es que los días caen como agua y Milagros va aupa y está guapa de suyo, que es un gozo. Ya lo veréis: el día menos pensao, cualsiquier señorito le hace el amor por too lo fino, y... ¡adiós; Alejo! ¡Que sí, hombres, como lo cuento! Y lo pior no será pa eya, ¡quia!, que al fin es muchacha que por sus hechuras pue ser algo, sino que... yo... (pero no se lo digáis á naide) la quiero... tanto como á mi madre, ¡y eso que ésta es pa mí la primer mujer del mundo!...



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA, cuadro del pintor militar D. Román Navarro

(Véase lo que dijimos acerca de este artista en el núm. 513 de La Ilustración Artística)

III

Como siempre acontecía en las primeras horas de la mañana, el cafetín del Sr. Lucas encontrábase en todo su apogeo. Poblaba el estrecho recinto una nube humosa, pesada, asfixiante, en cuya formación tenían parte las bocanadas de humo de tagarninas y tabaco malo que consumían los parroquianos y aquellas espirales de vaho grasiento que se escapaban del fondo de la caldera en donde se freía la masa; amén de esto, que á los profanos causaría extraña picazón de ojos y garganta, el hálito de las respiraciones y el olorcillo nada grato que exhalaban los cuerpos y vestimentas de los allí congregados, gente pobretona, enrarecían el poquísimo aire respirable en tal sitio. A intervalos colábase por la entornada puerta de cristales una ráfaga de viento procedente de la calle. Oscilaban las luces del gas y bamboleábanse caprichosamente las nubes humosas replegándose al interior de la tienda. El cafetín del Sr. Lucas tenía luenga fama, y á él acudían como moscas los vecinos del barrio de los Estudios: el mobiliario del establecimiento acusaba en su dueño una gran indolencia, y así las banquetas estaban desvencijadas, pringosas, las mesas cojitrancas, caído el barniz y recubriendo la madera una capa sucia de mugre: los vasos, platos y demás del menaje, desportillado y roñoso: el aspecto total de la buñolería repugnaba: sus paredes ahumadas y grasientas y su techo barnizado por el hollín la acercaban á vetusta cocina de pueblo no enjalbegada en muchos años más que á público establecimiento en la corte. «¡Pa los duques y condesas que aquí vienen!...» replicó Sr. Lucas en cierta ocasión á un parroquiano que le echó en cara aquel descuido censurable.

En verdad que la concurrencia mediocre que allí acudía no era cosa mayor para gastarse unos cuantos duros en ofrecerla comodidad y aseo. Y si alguien dudase del aserto del Sr. Lucas, no tenía más que asistir á la tienda cuando comienza á clarear el alba: vería una porción de mujeres sucias y desgreñadas, lavanderas de oficio, tomando la «mañana,» mejor dicho, una copa de triple ó «tiple» anís, que dicen ellas; un pelotón de muchachas alegres, que sazonan su charla con dichos y desvergüenzas aprendidas en el corredor ó en el arroyo; todas llevan cruzado al pecho el mantón color ceniza, y sirven de marco á sus rostros, paliduchos los más, los pañuelos de seda regalados por «ese»; *ese* es el novio, el amante ó el marido; son cigarreras que antes de ir á la fábrica se desayunan con un vaso de la achicoria dulce, disfrazada con el agua blanca ó leche mentida de oveja: en tal mesa, cuatro albañiles; en cual otra, dos viejas que tienen á sus lados sendas cestas de «escarolita la nieve,» «coliflor pa el huevo» y «pimientos riojanos;» allí en un rincón, una maritornes y un hijo de Marte: es el dúo militar que se interrumpe á veces por el prosaico ruido que producen los buñuelos al ser triturados por los dientes; formando rancho á parte, unos chicuelos de desarrapado empaque, que parlan á un mismo tiempo y ríen de corazón las simplezas que se les ocurren; en un velador, un sereno, chuzo entre piernas, y un municipal, éste echando pestes de la «cosa pública» y aquél ejerciendo de gacetilla escandalosa del barrio; solo en una mesa, un mozo de cordel con *El Imparcial* á dos dedos de los ojos deletrea que deletrearás con voz velada y trapajosa los sucesos del día; allí, en comandita, unos individuos, grandes súbditos de la Corte de los Milagros, que lo mismo sirven para pintarse llagas y fístulas en los remos, que para mancárselos... de mentirijillas; y por último, entre la gente del bronce, la libélula del vicio, la última y más triste nota que surge del concierto social... ¡Pobre mujer! Abandona el burdel con el último amante de una noche y va á refocilarse á su costa con el humeante líquido que despachan en la buñolería.

Con muy pocas variantes, tal es la parroquia fija que llena el cafetín del Sr. Lucas; la otra, la de paso, compuesta en su mayoría de criadas de servir, horteras, artesanos, mendigos y gente de poco más ó menos, arma un baturrillo grande en el tinglado que se levanta en la puerta de entrada. La mujer del Sr. Lucas, una jamona fresca, con carrillos que parecen tiznados de bermellón, no se da punto de reposo en el trajín de servir á tantos como de continuo la asedian con sus pedidos de «medias copas,» vasos de café, churros, tortas y buñuelos. Unid al ruido que se produce en la avanzadilla del establecimiento, aquel otro, estruendoso, que en el interior del mismo forman las conversaciones en voz alta, la interjección brusca, el palmoteo de los impacientes, el sonar de las monedas en el mármol del mostrador, el eterno «¡Va en seguida» de los mozos, y por último, el chirriar del aceite que se requema en la caldera, y semejante á tenue silbido, el hervor del café metido en una zafra de hoja de lata con espita y hornillo debajo, y tendréis una idea del cafetín de los barrios bajos, que al romper el alba se ve lleno de gente que en sí representa la última estofa que pulula en las grandes capitales.

***

Alejo penetró en la buñolería, y después de pasear una mirada inquisitorial sobre el heterogéneo concurso, fué á sentarse en una banqueta y apoyó los codos en la mesa aquella que por espacio de muchos días sirvió de testigo paciente en el idilio de amor más puro y hermoso que pueda registrarse en las crónicas truhanescas de la hampa madrileña. Surcaba la frente del héroe una profunda arruga, y en su rostro, tostado por el sol y ennegrecido por la intemperie, había en aquella mañana un no sé qué de contrariedad é inmensa amargura. «No ha venido aún Milagros... Y con este ya son tres los días que no la veo,» mascullaba el chicuelo consigo mismo. Y sus ojos clavábanse con insistencia en la puerta de entrada é iban á fisgar el trozo de calle desde tal punto visible... ¡Por Dios, y cuánta melancolía se apoderó del espíritu del mozo ante esta negativa de la suerte!... Y Alejo, el granujilla riente y chistoso, el inventor de maulerías, frases y diabluras, halló el cafetín en semejante día apestoso é infernal. De un solo trago tomó el contenido de su vaso, sacó del fondo de la faltriquera una porción de tabaco que lió en un papelillo de fumar, encendiólo y quedóse pensativo, la cabeza apoyada en la palma de la diestra mano, mirando absorto el vagar del humo de su cigarro que iba á estrellarse blandamente en el techo. «¡Va! No viene, no viene,» repetía con amarga convicción. «¿Estará enferma?» Y al hacerse esta pregunta, sintió tristeza y juraría que sus ojos se le enturbiaron por las lágrimas.



Mausoleo que ha de erigirse en la Habana en honor de las veintiocho víctimas del incendio ocurrido en aquella ciudad el 17 de mayo de 1890

Obra de los Sres. D. Agustín Querol, escultor, y D. Julio Zapata, arquitecto, que obtuvo el primer premio en el reñido concurso verificado en dicha capital

Pagó el gasto hecho, y en vez de dirigirse al centro de la corte, su campo de operaciones, se internó en la calle de la Ruda y estuvo, como amante en acecho, rondando la casuca en que habitaba la señora de sus pensamientos. Pugnaban en Alejo la ansiedad de inquirir noticias de Milagros y el reparo de que al verle de tal traza y catadura se riesen de

RETRATO, por Alma Tadema

él y no le dieran razón de lo que tanto le interesaba... Perplejo y vacilante, optó por ir al río: «Acaso haya madrugao estos días más que yo,» se dijo. Y enfiló camino del lavadero. No vió en las bancas á señá Quica, y apesadumbrado, volvió de nuevo á la calle de la Ruda. «Vamos á ver, ¿y qué digo yo á la portera?,» se preguntaba todo medrosico. Y como si hallase solución al aprieto, sonrióse y penetró resueltamente en el portal. Paróse ante la Argos, una viejecita enclenque y feúcha, que entretenía sus ocios en hacer calceta.

– ¿Qué quieres aquí, muchacho?, preguntó con voz de enfado.

– ¿Está señá Quica?

– ¡Sí, en el otro mundo!, replicó con sorna brutal la portera.

– Señora, no vengo pa guasas, ¿está usté? Pregunto por señá Quica, porque mi madre me ha mandao á recoger la ropa que eya tiene pa lavar.

– Pues hijo, añadió la viejecilla más afablemente, tan cierto como ahora hay luz, que señá Quica se murió de dolor de costao, mismamente hoy hace tres días.

Alejo á tal noticia sintió un estremecimiento y balbució:

– ¿Y su hija Milagros?

– ¡Qué sé yo! Vinieron unos parientes y se la llevaron.

– ¿Y no sabe usté dónde vive?

– No, no me han dicho ni palabra.

– ¡Está güeno!, murmuró Alejo con voz en que había muchas lágrimas.

Sombrío, triste y desesperado, giró sobre sus talones, y sin decir palabra salió del portal y fuése á su casa. Se encerró en el zaquizamí que le servía de alcoba, tendióse en el catre y sollozó.

¡Acababa el pobre mozo de ver rasgarse la nebulosa de su grande amor hacia Milagros!

IV

Entre los feligreses de la parroquia de San Cayetano tiene el padre Gómez gran predicamento: dicen de él que, á pesar de ser tan joven, es un santo y un sabio, y á él acuden de bonísima gana cuantos han menester, ya de los socorros de la flaca naturaleza, ya de los auxilios del espíritu. El tal padre vive modestísimamente en un piso principal de la calle del Amparo; y si á su ama, una señora viuda con más edad de la que los cánones marca á las mujeres para servir á sacerdotes, preguntáis por la vida y milagros del cura, después de deciros hasta la saciedad que dicho señor es un modelo de virtudes y que nada de lo que tiene es suyo por ser todo de los pobres mendicantes que de continuo llaman á su puerta; después de ensalzaros el clarísimo talento y gran ciencia que el padre Gómez atesora; hecho el encomio de sus sermones, que tan grande como justa fama le han conquistado, os dirá que todo ello resulta un grano de anís ante la fuerza de voluntad que el sacerdote ha desplegado para llegar á tal punto, dado que todo lo que es lo debe á sí propio, sin que jamás el favor de nadie le haya servido de escalón para alcanzar sus miras é ideales.

Y si intimáis con el ama, señora de suyo comunicativa y parlanchina, os relatará en medio de una admiración perpetua la odisea del padre Gómez, el sacerdote más querido que paseó manteos por la calle de Embajadores. «Padre Gómez fué en sus mocedades colillero, dirá misteriosamente. Se enamoró de una chicuela del barrio que hacía de él tanto caso como yo del moro Muza. Un día no la vió más, y entróle al pobre chico tal morriña, que anduvo alicaído una porción de tiempo pensando en la mocosa que tal le había puesto la mollera Una tarde vagaba el mozo por los alrededores de un convento de jesuítas; salió de tal sitio un fraile con tan mala fortuna, que al ir á bajar una de las gradas del pórtico resbaló y cayó cuan largo era. Alejo, es decir, el hoy padre Gómez, acudió en su auxilio, metiéndose con él en el convento. Gustó á la comunidad el acto caritativo del granujilla, y después de obsequiarle largamente, uno de los jesuítas le dijo: «Muchacho, el día que quieras hacerte hombre de provecho ven por aquí.» No echó en saco roto la advertencia. Alejo, que, como va dicho, había perdido su natural alegre y expansivo, tornó al convento á los dos meses y dijo al jesuíta que salió á recibirle: «Vengo á que me hagan ustedes hombre, porque ya estoy harto de ser un vago y no servir para nada.» Pues hijo, con tan buen pie entró, que los jesuítas le dieron los estudios necesarios, inclinando su voluntad á que se ordenase de sacerdote, y ahí le tienen ustedes hecho un santo que no hay más que ver.»

Si tal relato aguijonease vuestra curiosidad y trataseis de ahondar en el alma del padre Gómez, el ama, siempre complaciente, os manifestaría que D. Alejo nunca trae á colación aquellos sus amores que le han transformado de vagabundo en dignísimo sacerdote: únicamente recordando esto, atrae á cuantos granujas halla al paso y los exhorta á que abandonen la senda viciosa que ningún beneficio ha de traerles y sí el desprecio y odio de la sociedad.

Conque ya sabéis quién es el celebérrimo padre Gómez.

V

El rayo de sol que atravesaba los cristales de colores de la ventana del coro caía de lleno á los pies del altar mayor, y con sus tonos violáceos y azules arrancaba antes plácidos reflejos á la corona y lentejuelas de oro de la Virgen del Amor Hermoso, colocada cerca de la barandilla en un artístico templete; el humo embalsamado del incienso subía tenue, esparcíase por las naves é iba á envolver en nubes blanquecinas al Cristo emplazado á la cabecera del altar. Las luces de los cirios y las velas contrastaban grandemente con la vaga claridad que poblaba el sagrado recinto... Temblequeaban sus pábilos y las lucecillas de las lámparas oscilaban...

Salió de la sacristía el padre Gómez recubierto con las vestiduras sacerdotales; detrás marchaba un monaguillo conduciendo el misal y las vinajeras.

En la grada del altar veíanse arrodilladas cuatro personas: eran unos novios y sus padrinos. Resultaba una nota alegre el pañolón de Manila rameado sobre fondo blanco que se ceñía al arrogante torso de la novia... Comenzó la representación del santo sacrificio de la misa. Era domingo y el templo se veía lleno de fieles; el pueblo arrodillado semejaba una masa negra y compacta á cuyo frente aparecía padre Gómez envuelto en nubes de incienso; oíanse claramente las frases latinas que llenas de unción pronunciaban sus labios y á intervalos el monótono silabear del monaguillo, y como rumor de colmena el mascullar de rezos, las conversaciones á media voz que entre sí traían las beatas, y aquí y acullá las toses, ya débiles, ya roncas, de los fieles y algún que otro lloriquear de los niños de pecho; dominándolo todo y con desesperante monotonía la voz aguda del sacristán, que abriéndose paso por entre las filas de concurrentes, llevando en ristre el cepillo, murmuraba: «¡Para las benditas ánimas del purgatorio!» Y oíase el caer de las monedas en el fondo de la caja, arrancando de ella una nota metálica que llenaba de rumoroso eco las naves.

. . . .

Fué cosa extraordinaria y de la que nadie pudo sospechar el cambio brusco que se operó en el plácido rostro del padre Gómez cuando hubo de volverse hacia los de la boda: sus ojos tuvieron una llamarada de anhelo y sorpresa indescriptibles: sus labios temblaron perceptiblemente, palideció su rostro, y como presa de extraña temulencia manifestóse torpe al cubrir con el yugo á los contrayentes... Al preguntarles las frases de ritual, sus palabras parecían salir atropelladas por una emoción inusitada... Los novios y padrinos, hondamente preocupados por lo solemne de la ceremonia, apenas si pararon mientes en la agitación cada vez mayor del pobre cura.

***

Terminado el acto nupcial, padre Gómez internóse apresuradamente en la sacristía, corrió hacia el libro de «Matrimonios» y hojeóle con febril impaciencia.

Un monago que allí andaba colocando en su sitio los ornamentos sagrados le oyó decir estas palabras, que eran la expresión fiel de un afecto grande que revivía al cabo de muchos años:

– ¡Sí, es ella!... Milagros... la hija de «señá Quica.»

***

Es fama que desde aquel día padre Gómez se muestra más taciturno y sombrío. A veces el recuerdo de Milagros y sus ilusiones de niño, que han venido á trocarse en las frialdades del sacerdocio, le arrancan un estremecimiento de ansia amorosa que el pobre cura ahoga con un poderoso esfuerzo de voluntad inquebrantable...

La gente del barrio, siempre que del padre Gómez se habla, dice respetuosamente:

– ¡Es un santo! ¡Cuando muera irá derechito á la gloria!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

EL FANTASMA

I

¡Qué época la del año de 183...! Fué la última de tranquilidad que hubo en España. Los *negros*, es decir, los liberales, decían que aquello era la paz de Varsovia; pero lo cierto es que desde la feliz restauración del trono del señor rey D. Fernando VII, ya en sus postrimerías, el país estaba como una balsa de aceite. Entonces todavía había creencias arraigadas, no convencionales como ahora, y por consecuencia el carácter nacional tenía colores tan pronunciados que parecían esculturales. Entonces todavía se creía en Dios, en el rey, en los endemoniados, íncubos y súcubos; y chicos y grandes sabían á qué atenerse y esperaban con paciencia su parte de eter-

nidad. Las conciencias y las costumbres tenían misterios y los masones servían por lo menos para espantar á las gentes timoratas.

Hoy todo se va perdiendo en una nivelación universal, que al cabo de algunos siglos degenerará en monotonía desesperadora.

Madrid, sobre todo, se va *civilizando* estúpidamente.

¿Qué se ha hecho de aquel Madrid lleno de iglesias, conventos, alcantarillas, manolas, chulos, guardias de Corps y otras zarandajas? ¿Dónde están las peinetas, mantillas de encaje, basquiñas, capas mujeriles bordadas de colores, medias caladas y zapatos de tabinete de cruzadas cintas? ¿Dónde están aquellos soldados que como el titán llevaban un mundo sobre sus hombros, al llevar morrión con plumero, corbatín, charreteras, mochila, sable, cartuchera y bayoneta? ¿Qué se ha hecho de aquellos frailes, abates, petimetres, toreros con chupa y chivata, consejeros de Castilla con guirindola de encaje y covachuelistas cargados de oro y pedrería?

Pero en fin, la parte exterior es lo de menos. Ahora tenemos otras cosas tan ridículas, pero más variadas: por cada petimetre hay cien gomosos, por cada manola mil *cocottes*, por cada consejero de Castilla diez diputados que *rajan* de lo lindo, y por cada iglesia derribada veinte cafés, colmados y cervecerías.

Hemos ganado en extensión del planeta, pero hemos perdido el cielo, que cuanto más le aproximamos por medio de nuestros telescopios, más se va alejando de nosotros.

Hemos perfeccionado la almilla, pero nos vamos quedando sin alma. Y ya sin alma, nos hallamos reducidos á átomos, con el solo privilegio sobre los demás animales de poder pensar que más ó menos pronto caeremos en la nada del pensamiento.

Esta digresión casi filosófica no ha sido inútil para que el lector pille al vuelo la parte psicológica de este verídico relato, cuyo protagonista, anticipándose cincuenta años por lo menos á su época, hallábase en ese estado de átomo de que acabo de hablar.



SAFO, estudio al óleo de Carlos Gehrts

En efecto, Juan de Arévalo (se apellidaba así, no porque fuese natural de esta población, sino porque tal era su apellido) era un joven de veinticuatro años de edad, que se creía librepensador consumado. Tenía un buen patrimonio para aquel tiempo en que aún no se había subido el precio de las localidades de las plazas de toros, ni se conocían calcetines á veinticinco pesetas el par; y desde que murió su padre, como hijo de viuda campé por su respeto, haciendo un viaje desde Arévalo á París, lo cual entonces era casi tan trabajoso como el ir hoy día desde Cuenca á la China. En París aprendió bastante mal el francés, pero lo bastante para leer á los enciclopedistas, que por segunda vez hacían furor, y á los que no había podido leer en España, en donde sus obras estaban prohibidas. Cansóse de Francia, volvió á España, pues era español neto, y cansóse, no porque París no le gustara más que Arévalo, sino porque allí no hacía ningún papel y en Arévalo era una notabilidad. Desde su viaje al extranjero, no fué ya sólo notabilidad, sino oráculo. Sus paisanos decían que tenía pico de oro. Sin embargo, muchos de ellos esquivaban su trato, porque les asustaban ciertas ideas de Juan.

Había sido éste religiosamente educado por sus padres, que fueron chapados á la antigua española, y desde la edad de nueve años su mayor placer era ayudar á misa, con conatos quizá de poder celebrarla algún día; pero ¡vean ustedes lo que labra el tiempo, la edad y los viajes al cerebro de Europa! Juan de acólito habíase transformado, como queda dicho, en librepensador.

El joven volteriano (Voltaire era su autor predilecto) era juicioso, y como su manía era brillar y ser escuchado, nunca había estado en Madrid, en donde presentía que, como en París, no haría papel. No seguía ninguna carrera ni se dedicaba á nada, como



LAVADERO EN ALCALÁ DE GUADAIRA, cuadro de D. Juan García Ramos



DESCANSO DURANTE LA FUGA A EGIPTO, CUADRO DE MU



...llo, existente en el Ermitage imperial de San Petersburgo

hubiera deseado su madre, no porque lo necesitase, sino porque ella creía que el notable talento de su hijo debía ser aprovechado. He aquí los inconvenientes de las épocas de atraso: en la actualidad, Juan hubiera podido pronunciar magníficos discursos en el Congreso, pidiendo la separación de la Iglesia y del Estado.

II

Juan se trasladó á la corte de España por el siguiente motivo.

Un hermano menor de su madre emigró á América casi niño, inducido por no sé quién, y hacía treinta años que ni en Valladolid ni en Arévalo, en cuyas dos poblaciones tenía familia, nadie sabía de él. Los indianos de aquellos tiempos eran así, misteriosos, y gustábales regresar á su patria por sorpresa, abrumados de dinero; y esto sucedió con D. Pedro de Henestrosa, indiano perulero, puesto que había hecho su fortuna en el Perú explotando una empresa de guano; y por esto la madre de Juan recibió una carta inesperada en la que aquél noticiaba á su hermana que había llegado á Madrid, donde pensaba establecerse y en donde les invitaba á pasar una temporada en su compañía. Bien hubiera querido Doña Casilda (este era el nombre de la buena señora) complacer á su hermano, á quien hacía tantos años que no veía y que era tan rico, como él mismo confesaba en su carta; pero sus achaques de reuma perpetuo hiciéronla aplazar el viaje para cuando pasase el invierno, que entonces comenzaba. Para Juan, joven y robusto, no existía este inconveniente, y su madre le rogó fuese á Madrid á saludar y conocer á su tío y prima; pues se me ha olvidado decir que el indiano era viudo y tenía una hija de diez y siete años de edad. Tal vez Doña Casilda pensó en que los primos podían agradarse y en la boda consiguiente.

Juan, complaciendo á su madre casi de mala gana, se trasladó como he dicho á la corte, y á fe que no le pesó, no bien hubo llegado; pues hallóse en su tío un hombre simpático y campechano, y en su prima, la joven Inés, una indianita que habíase traído en sus ojos toda la luz del sol americano.

D Pedro Henestrosa había comprado y se había establecido en una casa, hermosa para aquel tiempo, situada en la calle del Nuncio...

El lector no comprenderá que un hombre rico y acostumbrado á las claridades americanas hubiera podido meterse en tan sombría callejuela; pero el lector debe tener en cuenta que el Madrid de entonces no era el Madrid actual, y además que aquella barriada de San Pedro era en aquel tiempo una especie de arrabal de San Germán de Madrid. En aquel recinto, que comenzando en Puerta Cerrada terminaba en las afueras de la población, agrupábanse entonces grandes casas solariegas y aristocráticas, entre las que pueden citarse las de Bélgida, Maceda, Revillagijedo, Javalquinto, Villafranca é Infantado. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que D. Pedro el indiano vivía en la calle del Nuncio con su hija, dos criados peruanos, un ayuda de cámara alcarreño afinado, una doncella madrileña, una cocinera vizcaína, un cochero asturiano y un lacayito gallego. Porque D. Pedro, á fuer de indiano respetable, apenas llegado á Madrid *se echó un coche* de aquella época, tirado por mulas, en una de las que iba montado el cochero, calzado con botas de montar, con trasera para el lacayo, que se colocaba en ella de pie, y con una banquetita que se zangoloteaba colgando en la parte posterior del vehículo y que servía para subir y bajar de éste. Además de los seres racionales que he mencionado, D. Pedro tenía en su casa algunos animales: conejos en un patio jardín, un mono muy travieso cautivo en el zaguán, un galguito inglés de su hija y en el estrado un papagayo muy dicharachero. El buen señor ofreció á su sobrino hospedaje en su casa, aunque no con insistencia, por no considerar enteramente correcto el que un joven guapo y despabilado viviera bajo el mismo techo que su hija; pero el joven de Arévalo no aceptó la oferta, aun cuando le hubiese agradado habitar cerca de su prima, y fuése á vivir al fin de la calle de las Tabernillas en compañía de un primo suyo de Arévalo, estudiante en Madrid.

Aparte de sus ideas volterianas, Juan era un muchacho expansivo y se enamoró muy pronto de su prima Inés, por la que fué correspondido; y D. Pedro, aunque observó en seguida este amorío, hizo la vista gorda, por no parecerle inconveniente; lo cual fué una fortuna para el joven librepensador que, entretenido con aquél, libróse de ingresar en la masonería, cual era su proyecto.

Aunque D. Pedro hubiese *echado coche* por comodidad, era un hombre llanote y poco amigo de lucir y sí mucho de descansar de las fatigas que le había costado su fortuna. No pretendió adquirir relaciones y se limitaba al trato de algunos amigos de la infancia, valisoletanos como él, establecidos modestamente en Madrid, entre los cuales eran los más íntimos un tal D. Lesmes, que tenía una botica al final de la calle de la Concepción Jerónima, y otro tal D. Jerónimo, dueño de una tienda de paños situada en los portales de la de Toledo, anexos á la plaza Mayor, que aún no ostentaba la lápida constitucional. Después de haber visto en compañía de su hija lo mejorcito que había entonces en la villa y corte y de haber asistido una tarde á la salve de Atocha con objeto de conocer á la familia real, estableció el buen indiano una vida muy retirada y metódica, permaneciendo casi siempre en su casa, excepto las tardes que hacía buenas, que solía pasear, á pie ó en coche, con la joven Inés por la Ronda ú otras afueras y pocas veces por el Prado ó Recoletos. Al anochecer tomaba chocolate con roscón y bollos de la tahona de Jesús, á cuyo refrigerio solía convidar á sus habituales tertulianos, que eran el boticario y el pañero susodichos.

Debo advertir á los lectores jóvenes que, según costumbre de aquel tiempo, D. Pedro comía á las dos de la tarde, y que por consiguiente el chocolate crepuscular era un *piscolabis* intermedio entre la comida y la cena

La tertulia del bueno del indiano era bastante sabrosa. Allí, al amor de la lumbre de una chimenea francesa (¡cosa rara en aquel tiempo!), los antiguos amigos valisoletanos recordaban las travesuras de su juventud y los trabajos que habían pasado para asegurarse el bienestar en la vejez. D. Pedro, con sus narraciones de América, pintorescamente exageradas, por supuesto, y D. Lesmes, que era muy hablador y bromista, que había hecho su carrera farmacéutica como estudiante de la tuna, llevaban el peso de la conversación. Sin embargo, tampoco el pañero de la plaza Mayor se quedaba atrás, poniendo á la reunión al corriente de los sucesos del día. Tenía un primo ujier de la Casa Real, y por él estaba enterado de las intrigas palaciegas. El infante D. Carlos habíase ya declarado en rebeldía, y el regio alcázar era un hervidero de camorras por la debilidad de carácter del rey, que fluctuaba entre los amigos del antiguo régimen, partidarios de la ley sálica (recientemente abolida) y la imposición de la reina Cristina y de la impetuosa infanta Doña Luisa Carlota. Además D. Jerónimo, ó sea el pañero, era devoto y miembro de varias cofradías y estaba enterado de los acontecimientos de conventos y sacristías.

III

Como los librepensadores suelen ser, cuando jóvenes, algo libres y desordenados en sus costumbres, es indudable que Juan de Arévalo se hubiera descarriado en Madrid, á no encontrar una familia tan simpática y una primita tan agradable. Embebecido en sus amores, fué juicioso á carta cabal, resistiendo á las seducciones galantes y político-filosófico-sociales que entonces ofrecía la corte de España, agitada ya por las ocultas convulsiones de la próxima revolución; así es que los echadizos agentes masónicos que vinieron á solicitarle perdieron el tiempo, y eso que le ofrecieron el ingreso en la orden á mitad de precio de entrada. Estaba verdaderamente enamorado de su prima, la cual, como toda americana que sale fina, tenía mucho gancho, y casi no se acordaba de Voltaire. Pasábase en casa de su tío todo el más tiempo que podía, y excusado será decir que era el más asiduo tertuliano de la casa de la calle del Nuncio. Bien hubiera querido el amoroso joven constituir él solo la tertulia de su tío; pero tenía que resignarse á los demás comensales, no sin sufrir algunos berrinches interiores por lo mucho que érale forzoso reprimirse. Tenían todas aquellas personas chapadas á la antigua ideas tan opuestas á las suyas, que le atacaban los nervios. Costábale trabajo el no saltar de la silla cuando oía decir á D. Jerónimo que la Compañía de Jesús era el misterioso faro que guiaba á la humanidad á la felicidad celeste y terrena; pero Juan era discreto y procuraba no asomar la oreja de librepensador, aunque haciéndose mucha violencia. Comprendía que se hallaba sobre un volcán religioso y realista, que la menor imprudencia suya podía poner en combustión. Tenía dulces compensaciones que hacíanle sobrellevar sus contrariedades, viendo á su prima mecerse en su silla á la americana, enseñando sus piececitos y abrasándole de vez en cuando con sus negros ojos de matadora.

Con quien más simpatizaba de sus tertulios era con el farmacéutico, por el carácter de éste, amable y franco, y por cierta gracia pintoresca que tenía, aun hablando de asuntos serios y científicos; como por ejemplo, al ocuparse de un específico que estaba inventando contra las afecciones del hígado, basado en las propiedades del *Oleum serpentorum*, ó sea aceite de alacranes. Algunas veces cuando salían de la tertulia, el joven de Arévalo, dando un rodeo para ir á su casa, acompañaba hasta la puerta de la suya al boticario, y en aquel trayecto se desahogaba algún tanto de la bilis que habíanle hecho tragar, sobre todo el místico pañero D. Jerónimo, que como ya se ha dicho, estaba saturado de milagros y cofradías. Una noche, poco después de reunida la tertulia, dijo D. Pedro:

–¿Saben ustedes la gran novedad del barrio?

–Me la figuro, Sr. D. Pedro, contestó el comerciante en paños. ¿Alude usted al fantasma?

–Precisamente.

–¿Qué fantasma?, preguntaron á dúo Juan é Inés, que se incorporó en su mercedora

–Un fantasma estupendo, prosiguió diciendo el indiano, que según noticias ha hecho su aparición en estos barrios hace dos ó tres noches.

–Bien le ha calificado usted de estupendo, señor D. Pedro, dijo entonces el boticario; pues por lo que me ha contado mi dependiente, no se ha conocido otro igual en Madrid, con haber habido tantos.

–¿Pues qué tiene de particular?, preguntó don Jerónimo. ¿Será más temeroso que el que se presentó hace años en la calle Ancha de San Bernardo, que llegaba con la cabeza á los tejados?

–Morrocotudo fué aquél, observó, D. Lesmes, y no menos notable el que apareció posteriormente en el Barranco de Embajadores, que se disolvió en las nubes á fuerza de exorcismos; pero el actual es de un tipo nuevo y extraordinario.

–¿Pues qué tiene?, preguntó la americanita abriendo desmesuradamente sus grandes ojos.

–Tiene una particularidad que no se ha observado en fantasma alguno. Generalmente esta clase de aparecidos no promueven ruido, y sólo alguna que otra alma en pena ha solido proferir gritos y exclamaciones ininteligibles...

–Y bien: ¿qué hace éste? ¿Habla? ¿En qué se diferencia?

–Repito que todos los fantasmas han sido silenciosos, como verdaderos espectros que son; pero el actual...

–Bueno: ¿qué?

–El actual, según informes de mi dependiente, unas veces se desliza sin ruido y otras arrastra una cadena.

–¡Ah!, exclamó Inés asustada.

–Anteanoche viósele vagar por el friso de la capilla de San Isidro anexa á la iglesia de San Andrés, y posarse sobre el nido de la cigüeña, que huyó espantada con todos los cigüeñitos. No hacía ruido y afectaba la forma blanca desvanecida de todos los fantasmas...

F. Moreno Godino

(Concluirá)

LLAMAMIENTO

Á LOS ARTISTAS CATALANES

El regionalismo catalán, que acaba de celebrar un triunfo brillante si los hubo en el *Teatro Español* con la admirable tragedia de Guimerá *Mar y cielo*, ha alcanzado también calurosos aplausos en Alemania con las hermosas concepciones de los atistas Cusachs, Fabrés, Galofre, Roig, Tusquets y otros.

El campo más á propósito para lucir sus facultades y lograr fama universal ha de ser para los artistas catalanes, los dignos sucesores de Fortuny, la ciudad del arte por excelencia, Munich, donde el año que viene habrá un gran certamen internacional de Bellas Artes.

No se trata de una de esas Exposiciones anuales, sino de un certamen de más importancia que ha tomado bajo su protección el príncipe regente de Baviera, que cifra su orgullo en ser patrono del arte y de los artistas, y la infanta Doña Paz, que lleva recuerdos gratísimos de Barcelona y es tan aficionada á las artes como á las letras catalanas, se ha comprometido á impulsar á los artistas de su patria (España) á concurrir al certamen de Munich.

Yo que he visto este año con qué satisfacción se paseaba la princesa con Moreno Carbonero por el *Palacio de Cristal* que se encuentra en la capital de Baviera, entusiasmándose ante las obras de arte que pregonaban el nombre español, me complazco en ser el heraldo de Doña Paz alentando á los artistas catalanes á acudir al certamen de Munich. Allí tendrán un mercado para sus obras y han de ganar nuevos laureles para la idolatrada Cataluña.

Juan Fastenrath



Natalía habíase levantado al oir el crujido de la arena bajo mis pies é inclinábase sobre el antepecho de la terraza

LA HERMOSA NATALIA

POR CARLOS IRIARTE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONCLUSIÓN)

No se había vuelto á decir nada sobre aquel doloroso episodio de mi vida, cuando tres meses después del día en que asistí al templo evangélico, un desconocido dejó en mi casa un paquete con mis señas exactas, pero sin ninguna indicación respecto á su procedencia.

Era un libro, *El Paraíso perdido*, de Milton, edición inglesa moderna, con el *Ensayo* del Dr. Channing y la *Crítica* de Addison: en la primera página estaba escrito el nombre de mi amigo con las siguientes palabras: «Christ's Church, 1854, Oxford.» Abrí el libro con profunda emoción; en las más de las hojas vi anotados con lápiz al margen de mano de Sir W... los pensamientos que le había sugerido la lectura de su poema favorito, y deduje que aquello era un recuerdo de su juventud, del tiempo en que asistía á la Universidad, cuando su corazón comenzaba á sentir profundas sensaciones y el joven iba á disfrutar de la vida. Mientras hojeaba el ejemplar, cayeron algunas hojas escritas, y parecióme que habían sido arrancadas de uno de esos libros de uso particular donde se apuntan los incidentes de cada día para recordarlos. En una de ellas, fechada en junio de 1867, en el mismo día que nos vimos por primera vez, Sir W... había anotado nuestra conversación, indicando con dos palabras muy expresivas y cariñosas el vivo recuerdo que de ella conservaba. En cada una de las demás hojas, mi nombre se repetía á menudo, mezclado con los incidentes del día, como si aquel hombre tímido y benévolo hubiera querido, en la soledad y secreto de sus desahogos, resarcirse de la reserva de su carácter, y habíalo hecho con un entusiasmo amistoso cuya expresión póstuma reavivaba más aún el recuerdo que de él había conservado.

Mas ¿por qué se me hacía semejante envío tan misteriosamente? ¿Por qué la reticencia respecto de aquel á quien estas páginas revelaron que yo existía y cuál era el lugar de mi domicilio, así como también la intimidad de los lazos creados entre el difunto y yo? Los que tenían derecho á leerlas sabían que yo había tomado gran parte en la vida parisiense de Sir W...; que hasta el fin le fuí fiel; y pensé que el paquete no podía proceder sino de una persona de tierno corazón, de una mano compasiva, que con aquel recuerdo quería dar una prueba de su gratitud. Sin duda esto era algo, pero no suficiente para mí. Hubiera querido oir un grito del corazón, sentir un impulso, alguna cosa más espontánea, el llamamiento de un padre, de una madre ó de una hermana, que fueran los confidentes de nuestra común amistad por la lectura de aquellas páginas de ultratumba. Parecíame que allende el estrecho, sumidos en la incertidumbre y la ignorancia respecto á la muerte del hijo y el hermano, precisamente en el momento en que le esperaban á cada instante, lleno de vida y de esperanza, joven, alegre y fortalecido con una nueva amistad, sus padres hubieran deseado desvanecer su inquietud, disipar las tinieblas y recoger todos los detalles sobre los últimos momentos de Sir W... Pero como siempre, debía encontrar entre mí y aquellos que yo quería conocer esa barrera infranqueable levantada por el carácter y las conveniencias.

En el verano siguiente, perseguido por el mismo recuerdo, persuadíme de la necesidad de reconocer por mí mismo los progresos de las colecciones de Londres y reanudar en el Museo Británico, en la Galería Nacional y en la sociedad inglesa mis antiguas relaciones, interrumpidas por largos viajes. Una vez allí, tomé parte en los pasatiempos de aquella vertiginosa *Season* durante la cual los insulares disfrutan en un día más placeres que nosotros en una semana en nuestro febril París; pero muy pronto, saturado de reuniones, de partidas de campo, de *matchs* y de otros recreos, alegres, sí, pero triviales y buenos tan sólo para hombres muy jóvenes, contesté al fin con una excusa á las diez invitaciones recibidas por la mañana, que me ligaban para ocho días más. Arreglé mi maleta y fuí en busca del tren que presta el servicio de Londres á Portsmouth. Pocas horas después embarcábame para las islas del grupo de Wight y llegaba á Cowes, donde me detuve en una deliciosa posada, cuya muestra me pareció extravagante por su título: *El cangrejo y la langosta*.

Es la tal posada una de esas pintorescas hosterías de la época de Jorge IV, tal como las vemos representadas en las bonitas estampas iluminadas del siglo pasado que representan á una criada en el umbral de la puerta, á los tres *Joly Post Boy* de la canción popular á punto de vaciar sus vasos, y en el lugar del relevo la pesada silla de posta de caja amarilla con un postillón de peluca rizada y dispuesto á mortificar á la hostelera. Un escritor inglés, muy refinado y sin preocupaciones, me había indicado aquel sitio como una compensación de los grandes hoteles *Metropolitains* y *Terminus*, donde se oprime á los viajeros, se les cataloga y cotiza al tipo de su gasto personal. En la posada de que hablo, por lo menos no había camareros vestidos de negro, rígidos y graves,

ni corredores inmensos, silenciosos y solitarios donde el viajero extraviado vuelve siempre al mismo sitio, ni ascensor imponente que os conduce á vertiginosas alturas, á la celda numerada, única á que os hacen merecedor vuestro reducido equipaje, vuestro tranquilo continente y vuestros modestos modales. En aquel nido de verdura todo era limpio, pulcro, alegre, simpático é inesperado; desde mi ventana disfrutábase de una vista deliciosa, y como el techo era bajo, parecía que me hallaba en un bonito camarote sobre el puente de un buque, pero desde allí divisaba el *Pier* con todos los yachts anclados y la gran escollera que enlaza las islas. Lo peor que podía sucederme era que las criadas se rieran de mi acento y pronunciación y que se me dispensara un trato demasiado nacional, ó bien que algunos amigos ingleses, á quienes tal vez encontrara en la isla, renegaran de mí por haberme hospedado en un lugar tan poco *distinguido*. En cuanto á mi acento, iba á Londres decidido á ser ridículo unos días, á fin de serlo menos más tarde, perfeccionándome en la lengua inglesa. El alimento nacional de un país es el que siempre merece mis preferencias, pareciéndome lógico aceptarle; y en fin, por lo que hace á cierta clase de personas que hubieran podido criticarme, poco me importaba su opinión y aun hoy me complazco en arrostrarla.

Ese grupo de las islas de Wight, Cowes, Byde, Shanklin, Nidles y Ventnor, constituye para los ingleses una encantadora residencia de verano, y hacia fines de julio y durante todo el mes de agosto es de buen tono ir allí á descansar de las fatigas del invierno. El vigor de la vegetación es tan exuberante, que se creería estar en un país meridional; las plantas exóticas prosperan naturalmente; las lianas y los árboles de follaje de color alcanzan proporciones enormes, y desbordándose de los jardines proyectan su sombra sobre la cabeza de los transeuntes hasta en los caminos más hondos, que parecen frescos y verdes túneles. Todos los de la isla están enarenados lo mismo que las avenidas de un parque; y así como esa naturaleza se ofrece á la vista engalanada, pulcra y coqueta, de igual modo los paseantes parecen corresponder por su elegancia á la belleza del paisaje. Las pintorescas casitas, de plano irregular, que ocultan bajo un aspecto rústico el refinamiento de las comodidades, no se revelan entre las espesuras sino por las espigas y las veletas de los tejados, que atraviesan las cúpulas sombrías, ó bien por las elegantes celosías que protegen las ventanas en forma de arco. Acá y allá algunas barreras campestres, en armonía con aquella naturaleza un poco artificial, dejan entrever frescos prados donde la luz se refleja en un lago de reducidas dimensiones, poblado de cisnes, y por doquiera, según la estación, vense grandes arboledas y arbustos cuajados de fucsias, mientras que el rododendrón mezcla su matiz rojo con el rojo sombrío. Los muros son desconocidos, las cercas floridas sirven de límites divisorios, y á veces el mar baña las terrazas de las quintas; de modo que cuando sobre Londres pesa una atmósfera de plomo, la brisa de alta mar refresca toda la isla, haciendo muy agradable aquella residencia.

Yo había sabido en Londres que el padre de Sir W.., después de largos servicios en el mar, se había retirado á Cowes para terminar allí el resto de sus días; y allí también reposaban sin duda los restos de mi amigo. No se debía á la casualidad la elección del anciano almirante, sino á que Cowes es la isla más marítima del grupo y sirve de cuartel general á los yachts de casi toda Inglaterra. Allí se ha formado un elegante casino, especie de oficina *Veritas*, donde los aficionados de ambos mundos obtienen todos los informes relativos á la navegación, el rumbo que cada barco toma, su itinerario, sus escalas, la fecha segura de la salida y la del regreso probable. Portsmouth, el gran puerto militar, está enfrente de la isla; y he aquí por qué Cowes era el refugio más á propósito para un viejo marino acostumbrado á vivir á bordo de su buque y que hasta el último instante de su vida quería oir el rumor de las olas y ver flotar los pabellones en la punta de los mástiles.

Al llegar á la posada de *El cangrejo y la langosta*, lo primero que hice fué pedir flores para llevarlas á la tumba de Sir W... La sirvienta de la posada no pudo reprimir una sonrisa al verme formar un magnífico ramo, creyendo sin duda que yo me proponía hacer un regalo galante; pero quedó algo confusa cuando la pregunté sencillamente qué camino conducía al cementerio.

Agrupados alrededor de las iglesias, los cementerios de los evangelistas tienen un aspecto de gravedad que no se observa en los nuestros, donde arrojamos las flores á manos llenas y las renovamos sin cesar, cual si quisiéramos oponer la vida á la muerte. En Cowes, la suavidad de la temperatura, el sitio elegido para camposanto, siempre al abrigo del viento, y la rica vegetación peculiar de esas islas han convertido el cementerio en un fresco jardín sembrado de cruces que desaparecen bajo la hiedra. Un viejo sepulturero, el mismo que había abierto la fosa de Sir W... supo indicármela sin vacilar; la tumba estaba cubierta de flores frescas, depositadas allí recientemente; y sobre la piedra, aún blanca bajo el nombre de mi amigo, reservábase un espacio para los que fueran á reposar después de él.

Al salir del sagrado recinto dí la vuelta á la isla, bien resuelto á no dar paso alguno para ver á la familia de Sir W..., ni á revelar tampoco mi presencia; pero no quería marcharme sin ver antes la morada del anciano marino, aquella casita de Beldorny, conocida de todos y cuyo nombre se repetía sin cesar en los relatos de Sir W...

Beldorny se eleva en el fondo de un jardín lleno de sombra, discretamente oculto á las miradas y abierto tan sólo por el lado del mar, del que no le separa sino una terraza, que parece como suspendida sobre el camino que conduce al muelle ó desembarcadero. La casa desaparecía casi bajo el follaje; dí la vuelta á su alrededor y por entre los claros de la cerca observé que todo estaba silencioso, como si nadie viviera allí. Al llegar á la suave pendiente que conducía al mar, iba á retirarme, costeando la terraza para volver al puerto, cuando un rumor de voces sobre mi cabeza me hizo levantar la vista. A la entrada de un pequeño pabellón de rastrojo, destinado á resguardar del viento del mar, tres personas, con la mirada fija en el horizonte, parecían observar el fin del día, contemplando la puesta del sol. Un gran telescopio en su trípode, junto á una mesa cubierta de diarios y libros, constituía el primer plano de aquel cuadro en cuyo centro estaba un anciano de barba blanca, cubiertos los hombros con el *plaid* escocés; junto á él, silenciosa y grave, vi sentada una mujer pálida y triste, de cabello blanco y austeramente vestida de negro. La tercera persona era una hermosa joven alta, casi una mujer, vestida también de luto; habíase levantado al oir el crujido de la arena bajo mis pies, é inclinábase ligeramente sobre el antepecho de la terraza, con los brazos fuera, dejándome ver su esbelto talle y graciosa silueta, que se destacaban sobre el fondo de verdura.

Eran los dueños de Beldorny; á no dudarlo, hallábame frente al anciano almirante W... y su esposa; y en cuanto á la hermosa joven, no podía ser otra sino Natalia, la hermana de mi difunto amigo, de quien éste me hablaba tan á menudo en nuestras largas conversaciones con una ternura mezclada de entusiasmo.

Estábamos tan cerca uno de otro, que hubiera podido alargar la mano y decir á la hermana de Sir W... que el extranjero en quien fijaba la vista por casualien aquel instante, había llegado de Francia para depositar flores en la tumba de su hermano; que le contristaba el silencio de aquellos que debían llorarle aún, y que les traía con el recuerdo más vivo y más puro el eco de la última palabra de Sir W...

Pero el movimiento había sido rápido como el relámpago; la hermosa Natalia se echó con viveza hacia atrás apenas se encontraron nuestros ojos; el almirante se levantaba lentamente de su asiento de mimbre para mirar sobre el ramaje que me ocultaba; y en cuanto á la pobre madre, sin fijarse en aquel trivial incidente, dejaba pasar al extranjero sin dirigirle siquiera la mirada.

La tarde que pasé en mi alojamiento me pareció interminable y la noche fué penosa; era preciso pensar en la marcha y traté de engañar el tiempo desde que amaneció; pero el barco no salía hasta las tres, y apenas era la una. Tenía mi maleta preparada, había pagado mi cuenta y acababa de despedirme de los posaderos de *El cangrejo y la langosta*.

Sin explicarme la inquietud que me hacía adelantar así la hora, comencé á recorrer el muelle sin hacer aprecio del pintoresco espectáculo que ofrecen los viajeros que desembarcan de los yachts y los que pasan á bordo; y sin echarlo de ver apenas, seguí la playa y halléme de nuevo frente al terrado de Beldorny. Bien hubiera podido avanzar en línea recta ó retroceder; mas impelido por no sé qué necesidad de emoción, introdújeme en el camino hondo que contornea la casa y fuí á parar á la entrada de ésta. La pequeña puerta de madera con su ancho alero que desaparecía bajo la hiedra hallábase entornada, y el cartero acababa de entregar la correspondencia. Sin darme cuenta de lo que hacía, acerquéme y alargué mi tarjeta al criado, que mirándome con asombro invitóme á entrar. Le seguí al jardín y esperé allí largo tiempo paseando por delante de la ventana del piso bajo.

Los visitantes debían ser muy raros, pues veía sombras pasar y repasar por detrás de los vidrios y comprendí que mi presencia causaba cierta agitación. Ya me disponía á retroceder; pero de pie en el umbral de la puerta, el que me había introducido invitábame á entrar y se retiraba dejándome solo á la entrada de un vasto salón cuya puerta estaba abierta de par en par. En el fondo de la estancia, el anciano que antes había visto con las dos señoras vestidas de luto instaba á éstas á retirarse é impelíalas suavemente hacia la salida, como si ellas hubieran insistido en quedarse; hablábalas en voz baja, temiendo sin duda que le escucharan, y le oí repetir vivamente las mismas palabras: «¡No hagáis ruido... no hagáis ruido!»

Retrocedí vivamente hasta el jardín; pero el anciano, con los brazos abiertos y el semblante risueño, fué á buscarme allí y con hospitalario ademán invitóme á entrar. Al principio se excusó de recibirme solo, y díjome que su hija Natalia, que hablaba admirablemente el francés, le hubiera servido en aquel instante de mucho. Yo iba á exponerle el objeto de mi visita; pero como si desease evitar toda alusión penosa, me cortó la palabra é hízome comprender que mi nombre solo era suficiente para ser introducido, pues sabía de mí todo cuanto pudiera desear por las cartas de su hijo. Resuelto al parecer á no enternecerse, apenas el criado dejó sobre un velador una bandeja con una botella y dos vasos, dirigióse á la mesita, escanció el vino, y como hombre que no oye bien y que habla alto á fin de que se le conteste en el mismo tono, cuadróse delante de mí ofreciéndome un vaso y me preguntó:

– *¿Are yon good sailor?* (¿Es usted buen marino?)

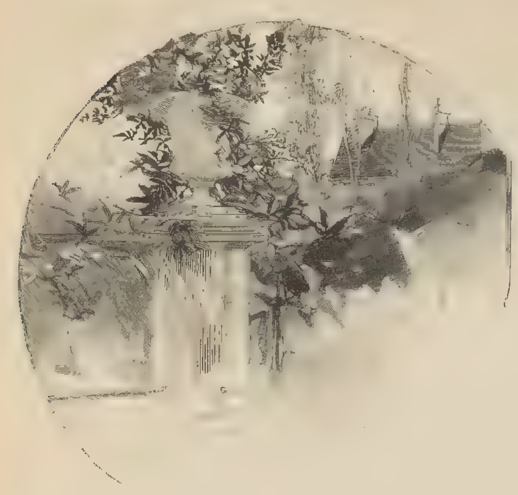
Contesté que no lo era cuando sopla la tempestad; pero que habiendo sido la travesía favorable, pude soportarla bien; y con este motivo referíle que en cierta ocasión, obligado á permanecer cinco días en el puerto de Ceuta, á causa de no ser posible desembarcar por el mal tiempo, padecí mucho de mareo, por lo cual no pude comer sino naranjas y beber un poco de ron.

Al oir esto el buen anciano comenzó á reir á carcajadas, tal vez con alguna exageración; y chocando su vaso con el mío á la francesa, díjome que para él, en todo tiempo, y aun entonces si la edad no le hubiese cerrado la carrera, no existía en todo el globo, al que había dado la vuelta tres veces, ningún punto en que pudiera estar tan á su gusto como en el puente de un buque, balanceado por las olas en el centro mismo del Atlántico. Cowes le agradaba porque desde su terrado, cuando la atmósfera estaba clara y sin bruma, podía pasar revista á la flota inglesa; y cierto día, su corazón de marino latió con fuerza al ver pasar su propio buque almirante, aquel en que había enarbolado por última vez su pabellón.

Con este motivo fué preciso brindar por Francia é Inglaterra, que, según dijo el anciano, hubieran bastado por sí solas para dominar el mundo «si hubiesen sabido entenderse.»

Todo esto era muy cordial, pero el tiempo pasaba y hasta entonces no habíamos pronunciado el nombre de Wiliam sino para evitar toda alusión á tan triste asunto. De pie hacía un instante ante el anciano, que estaba vuelto de espaldas á un pequeño invernadero contiguo al salón, yo podía sin ser visto seguir tras el follaje el movimiento de dos siluetas sombrías y distinguir á la hermosa Natalia, que creyéndose oculta trataba de escuchar la conversación. Al alejar á su esposa y su hija, el almirante había querido evidentemente evitar una escena dolorosa; y aquí chocaba otra vez con ese respeto humano que retrae de dar á conocer á los demás su emoción.

El reloj marcaba las dos; el barco no esperaba á nadie; había resuelto no alejarme sin aliviar mi remordimiento, y por una suprema explicación que yo debía á la familia, disipar la ignorancia en que debió quedar al recibir la funesta noticia. Así, pues, sin preparativo ni transición y colocándome de modo que la madre y la hermana de William no pudieran perder ni una sola palabra de lo que iba á decir, pronuncié simultáneamente el nombre de mi amigo y expliquélo todo con tono breve, justificando mi silencio y el suyo. Hablé de lo repentino del ataque, de mi sorpresa, de mis esfuerzos inútiles y por último de mis tentativas siguientes, que no merecieron sino frialdad é indiferencia Ni aun quise eludir el relato sobre la lúgubre ceremonia á que asistió lord H..., y en la que, convencido de mi deber, me contuvo no sé qué pudor inhumano y la inexorable ley de las conveniencias. No siéndome ya posible hacer más, quise por lo menos olvidar, cuando de repente aquel envío de una mano misteriosa, el *Milton* y las hojas desprendidas del librito de memorias, al que mi amigo había confiado el secreto de nuestra rápida simpatía (envío que hizo evidentemente alguien de la familia), reavivó mi recuerdo. Entonces, poseído de una idea fija, resolví marcharme á Cowes para arrodillarme en la tumba de William, desvanecer las



dudas de los que le lloraban, y abriendo por última vez su herida, tratar de cicatrizarla. En adelante, su tristeza profunda, inconsolable, reavivada siempre por la idea de aquel fin misterioso, dejaría de ser tan angustiosa, convirtiéndose en una melancolía no exenta de dulzura. Con esto tranquilizaba mi corazón; también el suyo debía calmarse, y por lo menos podía asociar al recuerdo de William el recuerdo de aquellos que le habían amado, conservando sus facciones en mi memoria.

Mientras así hablaba, la puerta del invernadero se había abierto, y sin que lo echara de ver el anciano, que me escuchaba con la cabeza baja, hundido en su sillón, Natalia se adelantó lentamente, con la frente alta, la mirada fija, bebiendo mis palabras y dando el brazo á su pobre madre, pálida, vacilante y con los ojos enrojecidos por las lágrimas, como una Virgen de los Dolores.

Cuando hube acabado de hablar, con una especie de alegre exaltación, que me probaba que al aliviar mi pena proporcionaba también á la familia un consuelo supremo, Natalia me ofreció su mano y estrechó la mía con efusión, diciendo:

–«¡Gracias... gracias!»

Al oir la voz de su hija, el anciano se había levantado; la pobre madre se dirigía hacia mí, y allí estábamos todos, casi confundidos en un abrazo, cuando de repente el estampido de un cañonazo me estremeció.

–¡Ya es demasiado tarde!, exclamó el almirante con expresión casi alegre.

El vapor de Portsmouth pasaba por delante de nosotros y ya no me quedaba más remedio que volver á la posada de *El cangrejo y la langosta* para esperar la misma hora del día siguiente, ó aceptar la oferta del anciano, que habiendo recobrado toda su sangre fría y sin esperar siquiera mi contestación, daba orden de ir á recoger mi equipaje al despacho del vapor. Al mismo tiempo su esposa y su hija, después de enjugar sus lágrimas y volviendo á ser mujeres prácticas y dueñas de la casa, iban presurosas á preparar la habitación.

No intenté siquiera resistirme, pues todo aquello me seducía; y tal vez mi presencia era un beneficio para todos, puesto que conservaba el recuerdo de un ser amado. Mientras las señoras se ocupaban de mí, el almirante, más atento de lo que yo hubiera podido esperar, quiso enseñarme toda su posesión de Beldorny, el jardín, la cuadra y los invernaderos, y después fuimos á sentarnos bajo el pabellón donde se reunieron con nosotros madre é hija para tomar el te. El resto del día se pasó en agradable coloquio, sin emociones ni tristezas; y á decir verdad, aliviado ya de un gran peso, comprendí que mi presencia era saludable para mis nuevos amigos.

La noche, corta y tranquila, se animó por el buen humor del anciano marino, evidentemente satisfecho de mi compañía, y poco á poco experimenté un bienestar que no había conocido hacía largo tiempo.

La habitación que se me había señalado estaba en el segundo piso, sobre la gran ventana de la fachada; desde allí divisaba el Océano, y apoyado en el balcón podía seguir la estela de los barcos que entraban en el puerto; mientras que los grandes rosales, sobresaliendo por encima del tejado, rodeábanme con su ramaje cargado de flores blancas.

Una vaga inquietud que no carecía de encanto me impedía acostarme, y lleno de no sé qué ilusiones y con la vista fija en aquellos horizontes tranquilos que yo miraba sin ver, el cuadro de mi vida se desarrolló de repente ante mí y parecióme que mi existencia se desvanecía poco á poco llena de mil incidentes y sin embargo vacía, con muchas relaciones pasajeras que sólo me proporcionaban algún placer cuando yo aspiraba á la felicidad.

Y me pregunté si no sería ya tiempo de fijarme en algo, si no habría en alguna parte un ser que pudiese amarme, vivir con mi vida, disfrutar de mis placeres y compartir mis dolores. Llegaba ya la hora en que esa embriaguez constante que acompaña á la juventud iba á desvanecerse, dejándome ver el porvenir en toda su realidad; y me dije que no es bueno vivir solo, que era preciso buscar una compañera, y sobre todo conocerla bien, pues temía una alianza desigual, no por la clase y la raza, sino por el carácter y el corazón. ¡Qué destierro y qué dura esclavitud no sería para mí verme unido para siempre á una mujer dulce y encantadora que solamente viese tinieblas allí donde yo veía luz, que no comprendiendo el sentido de mi vida no participara de mis éxtasis ni de mis desalientos, y que cuando creyera haber llenado mi corazón y cumplido sus deberes, me hiciera volver á cada momento duramente á la tierra ó me dejara solo en las alturas adonde mi espíritu se remontaba!

En el momento de cerrar los ojos, una imagen, pálida aún, que apenas reconocía, aparecióseme para desvanecerse después en los vapores del sueño, volver con persistencia durante éste y dejarme por la mañana su vivo recuerdo. Esa imagen era la de Natalia, tan dulce y altiva á la vez, fuerte y cariñosa, grave y ligera, á quien apenas conocía, pero cuya mano estrechó la mía sinceramente y de cuyo corazón estaba ya seguro como si le hubiese conocido hacía largo tiempo.

Sí, Natalia sería á la vez esposa y hermana, firme en el dolor, dispuesta á tomar parte en la lucha de la vida, como si la comprendiese ya; y así debía ser, puesto que su hermano, que se exaltaba ante mí solamente con nombrarla, habíame respondido de ella. Aquella era la mujer que yo buscaba; veíala pasar delante de mí, y era preciso que fuese mía.

Sin esperar más, en el instante mismo, al revolver de un sendero de aquel jardín que se extendía á mis pies, á dos pasos de sus padres, que me habían dicho la víspera, al darme las buenas noches, que veían en mí un reflejo del hijo perdido, debía ir á buscarla, arrodillarme á sus pies y pedirla permiso para amarla toda la vida. Pero de pronto, un doloroso pensamiento cruzó por mi mente. ¡Y si no estuviera libre su corazón! En la soledad en que vivía, tal vez se reservaba para otro que debiera presentarse á ocupar su puesto en el hogar doméstico y á reclamar la fe prometida.

No era ya Natalia la joven indiferente que no se cuida del porvenir y que no se conoce aún, sino una joven de tranquila reflexión, que sabiendo lo que quiere, impone sus voluntades y apenas tolera las de los otros, sin fijarse jamás sino en aquello que llena su corazón y su pensamiento. ¡Y si hubiera dispuesto ya de su mano y estuviese ya prometida á otro!... Era preciso averiguarlo cuanto antes, en el acto, y si ya no era libre, alejarme con el corazón apenado para no volver jamás.

. . . .

Aquella misma mañana se convino en que yo no debía abandonar las islas sin verlas todas, á lo que me guardé muy bien de oponer la menor objeción. El retraimiento en que por razón del luto vivía aquella familia no la permitía acompañarme; pero como entre la hora del almuerzo y el mediodía quedaba tiempo suficiente, habíase pedido para mí un asiento en el *Drag*, coche que sale diariamente, y recorriendo todas las islas permite visitarlas sin molestia y hacer una excursión muy agradable.

Yo hubiera preferido no salir de Beldorny, pero durante las horas matinales todos sus habitantes estaban muy ocupados; el buen anciano no podía salirse de sus costumbres; agradábale dar su paseo muy temprano, leer el *Times*, conferenciar con el jardinero; mi presencia imponía á la familia, deseosa de dispensarme sus atenciones, un cambio en su género de vida metódico.

En cualquiera otra circunstancia habría disfrutado mucho de aquella pintoresca excursión: dominándolo todo desde mi asiento, conducido por un elegante *gentlemán*, que había solicitado el favor de reemplazar al cochero, iba rodeado de risueñas jóvenes muy divertidas, con sus frescos trajes de verano, muy propios para la circunstancia, acompañadas libremente de hermanos y amigos, alegres como colegiales.

A nuestros ojos deslizábanse como en un panorama dos magníficos paisajes llenos de encantadoras casitas, separadas por cercas en flor, y de vez en cuando divisábase entre dos pendientes de terreno, que formaban un estrecho valle, la verde superficie del Océano rizada por una ligera brisa, ó los rayos del sol reflejándose en la punta de cada ola.

Al regresar, mis ojos habían visto muchas cosas, y mi memoria conservaba un recuerdo bastante preciso para contestar á las preguntas del almirante y su familia, que estaban muy orgullosos de sus islas; pero en realidad había estado distraído, acosado por una idea fija, y durante la comida, cuando mis ojos se encontraban con los de Natalia, apenas podía sostener su mirada. Sin embargo, era llegada la hora; yo debía saber qué suerte me esperaba, y sin debilidad ni reticencias llevar á cabo mi proyecto.

Después de levantarnos de la mesa fuimos primero á dar una vuelta por el jardín y después á la *terraza;* y mientras el almirante y su señora descansaban á la sombra del pabellón, un poco lejos de nosotros, Natalia y yo nos sentamos. Desde allí podíamos seguir el movimiento del puerto, donde las embarcaciones de blancas velas y los ligeros esquifes iban y venían en torno del vapor que iba á salir de un momento á otro, y á veces el viento llevaba en sus alas hasta donde nos hallábamos los acordes de una banda de música militar instalada en el puente del *Victoria*.

Muy pronto vimos cómo el barco, desviándose lentamente de la orilla, se abría paso entre los demás; dentro de un instante iba á pasar por delante de nosotros, y en el momento mismo de cruzar y como si nos saludase soltó su andanada, cuyo estrépito, aunque fuera esperado, nos hizo estremecer.

Entonces Natalia, extendiendo la mano, me señaló con expresión burlona el vapor en que debí haber marchado, y yo le hice fijar la vista en el sitio donde me detuve al pie del terrado y desde el cual la vi por primera vez. En tal momento no pude menos de decirle que si había pasado tan lentamente la víspera por allí, fué porque mis ojos encontraron los suyos; que en adelante no dependía ya de mí quedarme ó marchar; que una palabra de sus labios, un ademán, una mirada, bastaría para alejarme ó retenerme toda la vida, y que esperaba el ademán ó la palabra como un fallo supremo.

Al hablar así, arranqué una rosa de la planta que tenía á mi lado y se la presenté.

Natalia fijó en mí una de esas miradas que van á buscar el más íntimo pensamiento hasta el fondo del corazón, y después, como si hubiese leído la sinceridad en mis ojos, alargó lentamente la mano, cogió la flor y desapareció detrás del follaje... No volví á verla hasta la noche.



La velada fué corta; estábamos unos junto á otros,

sin romper apenas el silencio, como si, unidos ya por el corazón, estuviéramos todos confundidos en un mismo pensamiento. Llegada la hora de retirarnos, y en el momento en que buscaba con la vista el libro que yo solía leer en cama y que había dejado sobre la mesita de noche, vi en su lugar una pequeña agenda muy deteriorada que una mano desconocida había depositado allí: era la misma en que mi amigo Sir W... tenía costumbre de anotar sus impresiones. Abríla al punto, y me entretuve en recorrer sus páginas hasta las altas horas de la noche: en el sitio donde faltaban las hojas que me fueron enviadas en otro tiempo con el *Milton* vi una página doblada, cual si yo no debiese leerla, ó por el contrario, como si se quisiera llamarme sobre ella la atención.

Con emoción profunda mis ojos se fijaron en un pasaje en que Sir W... confundía mi nombre con el de Natalia, deseando á ésta que encontrase un hombre que respondiera á su corazón como yo respondía al suyo, y expresaba el deseo de ver realizarse algún día la esperanza que su pensamiento había concebido rápidamente.

Natalia debía haber leído aquel pasaje, puesto que estaba señalado; sin duda conocía el deseo del difunto, y de consiguiente su corazón había hablado. ¡Estaba libre!

Por la mañana, mucho antes de la hora en que acostumbraban á levantarse todos, ya estaba yo de pie, agitado entre el temor y la esperanza y bajo la impresión de la fiebre que produce una noche sin sueño. Temiendo despertar á mis amigos, abrí suavemente la ventana á fin de respirar el aire puro, y después de colocar en su sitio en la agenda de Sir W... las páginas que faltaban y que siempre llevaba en mi cartera, esperé la hora de reunirme con mis amigos, contemplando el paisaje. Muy poco después vi el vestido blanco de Natalia que desaparecía en un sendero del jardín, y bajando con precaución lancéme en su seguimiento.

La encontré en el mismo sitio que la víspera, con la mirada fija en el horizonte; y resuelto á saber mi suerte de una vez y á sofocar en mi alma la pasión que sentía nacer é invadirme ó á entregar mi existencia entera, devolví á Natalia la agenda de su hermano, preguntándole con gravedad si era ella quien había rasgado las páginas escritas por William para enviármelas, si había señalado la siguiente, y por último si la había leído toda.

A cada una de mis preguntas contestó sencillamente, sin rodeos y mirándome con fijeza, sin falso pudor ni turbación, y después tomó la mano que yo la presentaba.

Entonces, ante aquellas olas tranquilas y aquellos magníficos horizontes, en el silencio de la naturaleza, á la hora en que todo se despertaba á la vida á mi alrededor, doblé la rodilla ante la hermana de aquel á quien tanto había querido, y pedíle permiso para amarla mientras viviera.

Traducido por E. L. Verneuil

NUESTROS GRABADOS

Jacobo Meyerbeer, copia de un retrato de E. Desmaisons. – Cien años han cumplido recientemente desde que vino al mundo el gran compositor cuyas vida y obras son universalmente conocidas.

Meyerbeer fué un gran revolucionario en el arte musical, y viene á ser el punto de unión entre la antigua escuela que todo lo sacrificaba á la melodía y para la cual los cantantes eran el elemento principal, y en sentir de algunos compositores casi único en una ópera, y la escuela moderna que profundizando en el estudio psicológico y buscando dentro de la ficción del drama lírico la mayor suma de realidad posible, no ve en la voz humana sino un instrumento más, uno de tantos detalles que coadyuvan al conjunto armónico.

Las obras de Meyerbeer tienen una grandiosidad que admira y un sentimiento que encanta; hay en ellas aún cierto convencionalismo que plenamente justifican las circunstancias del tiempo en que fueron escritas; pero son tantas las bellezas que contienen, revelan tal esfuerzo por sacudir la rutina en que hasta entonces se habían encerrado la mayoría de los compositores, por romper los antiguos moldes de la música italiana en aquella época en boga, que el paso por Meyerbeer dado constituye uno de los más inmensos progresos en el divino arte.

Hace pocos días el teatro de la Gran Opera de París consagró una función á conmemorar el centenario del natalicio del maestro que, si de origen alemán, fué francés de corazón, y en Francia desenvolvió su actividad y obtuvo sus más grandes triunfos. El homenaje resultó hermoso, tanto más, cuanto que con él no se trataba de desenterrar una gloria olvidada, sino de solemnizar una fecha excepcionalmente memorable en los anales del arte de la música, la del nacimiento de un compositor cuyas óperas, á pesar de las nuevas corrientes artísticas, se representan y se aplauden de continuo en todos los teatros del mundo.

Plaza de las frutas en Trieste, cuadro de Ernesto Croci. – En la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona el imperio austriaco tuvo digna representación, y Trieste fué la ciudad de aquel estado que mayor número de obras remitió. Entre ellas figuró un bonito lienzo de Ernesto Croci que ya dimos á conocer á nuestros lectores, no sólo por ser una de las más notables producciones de este discreto artista, sino también por haber llamado justamente la atención del público. Hoy que reproducimos la *Plaza de las frutas*, que es uno de sus últimos cuadros, nos complacemos en consignar que Croci, dentro del género que cultiva, es uno de los pintores austriacos que más honran á su patria, no sólo por el asunto de sus obras, de carácter puramente nacional, sino por sus cualidades y por la valía de sus producciones.

Laborioso y amante de su país, fija su empeño en el deseo de dar á conocer cuanto le rodea, cuanto evoca en él agradables recuerdos de sus primeros años ó representa lo que le rodea y constituye la vida, las costumbres y el modo de ser de su ciudad querida.

En buenas manos está el pandero, cuadro de D. Enrique Luque Roselló. – No es mala lotería la que le ha caído al infeliz borrico: harto de trabajar, que no de comer, pues la pitanza no está en proporción con la faena, y cuando sus extenuados miembros y su exhausto estómago reclaman imperiosamente el pesebre donde reparar sus fuerzas, apodérase de él una turba de desarrapados chiquillos que tratan de encaramarse sobre sus flacos lomos, y aunque algunos pagan su atrevimiento con tumbos y costaladas, no cejan en su empeño de cabalgar en el desdichado animal que con paciencia sufre tales improperios.

Este cuadro del Sr. Luque Roselló es un bellísimo estudio de la naturaleza, lleno de vida, de movimiento y de expresión: hay verdad en el paisaje, en las figuras y en los más nimios detalles, demostrando todo ello un gran espíritu de observación y un conocimiento notable de los recursos del arte.

Y ya que de este artista hablamos, hemos de consignar que su *Salve Regina*, que publicó La Ilustración Artística en su número 475, ha sido premiada con medalla de oro de segunda clase en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. Felicitamos á nuestro compatriota por distinción tan honrosa como merecida.

Mausoleo que ha de erigirse en la Habana en honor de las víctimas del incendio ocurrido en aquella ciudad en 17 de mayo de 1890. Obra de D. Agustín. Querol, escultor, y D. Julio Zapata, arquitecto. – Recordarán nuestros lectores el horrible siniestro ocurrido hace año y medio en la capital de la isla de Cuba: fué un desastre horroroso que conmovió profundamente á la población de la Habana, no ya por sus pérdidas materiales, á pesar de ser muy considerables, sino por el número y calidad de los que en tan triste jornada fueron mártires de un deber, tanto más meritorio, cuanto más voluntario. La brigada de bomberos de la Habana compónese en su mayor parte de los jóvenes más distinguidos de la sociedad habanera: muchos de ellos perecieron en el incendio del vasto establecimiento de los Sres. Isasi, y aún no se ha borrado de nuestra memoria lo que leímos acerca de la imponente manifestación de duelo que hizo la capital entera con motivo del entierro de aquellas veintiocho víctimas.

Para perpetuar su recuerdo promovióse, simultáneamente por el ayuntamiento y el *Diario de la Marina*, una suscripción pública, que llegó á reunir unos cuarenta mil duros en oro, con el objeto de erigir un mausoleo en el grandioso cementerio de Cristobal Colón, que guardase los restos de aquellos héroes. Reunida la suma que se consideró necesaria para dar forma á tan levantado pensamiento, procedió la comisión ejecutiva á circular una amplísima convocatoria á los artistas de todos los países para que enviasen sus modelos al concurso. Veintidós escultores de Europa y América han enviado igual número de modelos, algunos de ellos notables, que demuestran, no sólo el mérito y las aptitudes de sus autores, sino también cuánto se han identificado los artistas con el pensamiento de la comisión organizadora.

Tres modelos llamaron desde el primer momento la atención del público y de los inteligentes, siendo premiado el que resultó ser obra del escultor D. Agustín Querol y del arquitecto D. Julio Zapata. Bello y original es el momumento, hallándose en él armonizados el esfuerzo de la escultura y la arquitectura, que determinan en el conjunto de la obra cierto carácter de grandiosidad que cautiva é impone. Constitúyelo un zócalo perforado en sus cuatro frentes por igual número de graderías, sobre el que se elevan dieciséis pilares sosteniendo ocho tímpanos de verja y cadena que limitan el contorno. Dichos pilares sintetizan la idea del misticismo del mausoleo, puesto que sus cuatro caras y la planta forman el símbolo del cristianismo, así como recuerdan los colgantes que penden de las cadenas las lágrimas que el dolor arranca, y los murciélagos que rematan la verja simbolizan la muerte. Veintiocho nichos, emplazados en el cuerpo del monumento, cobijados por arquerías, destínanse á encerrar los restos de las víctimas de la catástrofe cuyo retrato se destacará en su respectivo medallón. Una cornisa, en cuyos cuatro extremos se apoyan las estatuas de la Abnegación, el Dolor, el Heroísmo y el Martirio, terminan este segundo cuerpo, que remata en una soberbia columna en la que se hallan artísticamente colocados varios trofeos formados con los útiles y herramientas de los bomberos, destacándose en la cara principal una gran rodela que contiene la inscripción de la fecha conmemorativa del suceso. En el capitel figuran los escudos de España, Cuba, la Habana y de los bomberos, y como feliz remate un grandioso grupo que representa el Angel de la Fe sosteniendo en sus brazos el cadáver de un bombero y conduciendo su alma á la gloria al amparo de la cruz.

Tal es la obra de Querol y Zapata y tal es el triunfo alcanzado en este que pudiéramos titular universal palenque. Reciban uno y otro nuestros sinceros plácemes, extensivos á la ciudad de la Habana, por haber sabido honrar de manera tan completa y sentida la memoria de aquellos veintiocho héroes que merecen figurar en el número de sus preclaros hijos.

Retrato, por Alma Tadema. - Este pintor, holandés de nacimiento, pero naturalizado desde hace cerca de cuatro lustros en Inglaterra, cuya soberana le entregó con sus propias manos la carta de ciudadanía, pertenece al número de aquellos escogidos cuya fama se ha extendido por todo el orbe y cuyos cuadros se pagan á precios fabulosos. A los quince años de edad pintaba, sin haber recibido lecciones de nadie, su retrato y el de su hermana, que fueron expuestos en una galería holandesa: después de una gravísima enfermedad, ingresó en la Academia de Artes de Amberes, desde donde pasó al estudio del célebre pintor belga Leys; en 1861, es decir, cuando contaba veintitrés años terminó *La educación de los hijos de Clodoveo*, lienzo que cimentó su sólida reputación; en 1863 se trasladó á Bruselas y en 1869 estableció definitivamente su residencia en Londres.

Su especialidad son los cuadros que reproducen escenas de las antigüedades griega y romana, y de tal modo ha sabido apoderarse del sabor local de las épocas que pinta, que sus lienzos más que reproducciones parecen reviviscencias de las costumbres y de los personajes de aquellas hermosas civilizaciones.

Mas no se crea que enamorado de lo antiguo descuida ó desdeña lo nuevo; también de cuando en cuando deja de mano los asuntos de Grecia y de Roma, y demuestra que para un temperamento y una educación verdaderamente artísticos todos los géneros son unos y que el pincel que tan admirablemente pinta los personajes, trajes y objetos de las remotas edades puede con igual maestría trasladar al lienzo la figura de una miss de nuestros días como la que reproduce nuestro grabado, obra maestra dentro de las tendencias más modernistas.

Safo, estudio al óleo de Carlos Gehrts. – Cuando se trata de la reproducción de una figura histórica ó legendaria cuya personalidad física no conocemos, importa ante todo ver si la obra del artista responde al modo de ser moral que la caracterizaba y que puede deducirse, dentro de cierto cálculo de probabilidades, de los hechos que la historia ó la tradición le atribuyan ó de las obras que su ingenio legó á la posteridad y hasta nosotros han llegado.

La célebre poetisa de Mitilene, aun despojándola de las exageraciones que la fábula ha acumulado sobre ella, se nos revela en sus composiciones poéticas como dotada de un alma ardiente, apasionada, soñadora. Así se nos presenta en su *Himno á Venus* y en su *Oda á una mujer querida*, así nos la retrata el inspirado vate D. Víctor Balaguer en su hermosa tragedia y en el erudito trabajo que á modo de prefacio la acompaña.

Esto sentado, el busto del pintor alemán Carlos Gehrts ¿se ajusta á la relación que la fantasía se complace en establecer entre los rasgos éticos y los físicos de una personalidad determinada? ¿Existe armonía entre el rostro de su Safo y la fisonomía moral que más generalmente se atribuye á la desdeñada amante de Faón? En nuestro concepto, esa relación y esa armonía existen de una manera perfecta en la obra que nos ocupa, y con decir esto creemos haber hecho su mejor elogio.

Un detalle para terminar: para este estudio sirvióle de modelo á Gehrts una artista alemana residente en Roma, la reputada grabadora Cornelia Wagner, cuyas obras tan conocidas y admiradas son en el mundo del arte.

Lavadero en Alcalá de Guadaira, cuadro de D. Juan García Ramos. – Cada uno de los lienzos que produce Juan García Ramos es una nota más que agrega al extenso catálogo de sus bellas composiciones y una nueva manifestación de la brillante escuela sevillana. El *Lavadero en Alcalá de Guadaira* ofrece especial atractivo por la riqueza del color y por los derroches de luz que reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos que produce la tierra andaluza cuando la ilumina y esmalta su hermoso sol meridional. Los encantos de la naturaleza, que tan pródiga, bella y fecunda se presenta en aquel rincón de la patria española, los tipos, los cuadros de costumbres cobran nueva vida cuando los transporta al lienzo este pintor sevillano, ya que brotan de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien como él cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde halla asuntos que trasladar al lienzo.

Juan García Ramos es, no sólo uno de los dignos representantes de la escuela sevillana moderna, sino también uno de los más discretos pintores de género y costumbres.

Descanso durante la fuga á Egipto, cuadro de Murillo, existente en el Ermitage Imperial de San Petersburgo. – Catalina II, Alejandro I y Nicolás I, he aquí los tres soberanos rusos á quienes se debe la existencia del actual Museo de Bellas Artes de San Petersburgo: la primera mandó construir para su uso particular el antiguo Ermitage; el segundo hizo de él un museo público, y el tercero, en vista de la insuficiencia del edificio, le agregó el nuevo Ermitage, confiando la construcción de éste á Klenze, el célebre autor de la Pinacoteca de Munich.

Las riquezas artísticas que el Ermitage contiene son innumerables y de incomparable belleza, dignas, en una palabra, de la capital de un gran imperio y de un gran pueblo.

Entre sus más preciadas joyas figura el magnífico lienzo de Murillo que reproducimos y acerca de cuyas bellezas nada podríamos decir que no fuese repetición de lo que tantas veces hemos consignado hablando de las obras del que con razón ha sido llamado príncipe de los pintores españoles y las cuales se estiman como tesoros de excepcional valor.

Estatua en bronce de D. Evaristo Arnús, obra de D. Pedro Carbonell, fundida en los talleres de los Sres. Cabot, de Barcelona. – Un año ha transcurrido desde la fecha en que dejó de existir el Excmo. Sr. D. Evaristo Arnús, y justo es consignar que á pesar de las condiciones especiales de la vida moderna en las grandes capitales, Barcelona guarda vivo y respetuoso recuerdo á aquel distinguido prócer, que después de haber amasado con su trabajo una cuantiosa fortuna, sirvióse de ella para fundar benéficas instituciones, fomentar las artes y la industria y socorrer á los desgraciados. Todos recordamos la simpática figura de aquel anciano, tan afable como sencillo, al que jamás envanecieron los honores ni la fortuna. Justo y merecido tributo es el que le rinde su familia erigiéndole una estatua en uno de los salones de la casa de banca que fundó y dirigió, pero no dejaría de serlo también que esta manifestación íntima la acogiera Barcelona, puesto que D. Evaristo Arnús figurará siempre y con justicia en el número de los más preclaros hijos de la ciudad de los condes.

El escultor D. Pedro Carbonell, que acaba de obtener un triunfo en el concurso recientemente celebrado en Madrid por su estatua de Vives, ha sido el que ha modelado la del Sr. Arnús, que es quizás un tanto realista, pero bien ejecutada como todas las producciones de este discreto artista catalán, al que felicitamos, puesto que ha sabido imprimir carácter y distintiva expresión á su obra.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIA SOBRE PUERTOS OSTREROS, *por don Cándido Hidalgo y Bermúdez.* – Las condiciones de esta sección y de nuestro periódico no nos permiten analizar el problema que plantea el autor del folleto y cuya solución considera factible. Diremos únicamente que el asunto nos parece digno de estudio y que su importancia, caso de ser factible la idea, puede comprenderse teniendo en cuenta que el Sr. Hidalgo se propone con su sistema sustituir con grandes ventajas las obras de escollerado por construcciones ostrícolas naturales.

***

TORQUEMADA, *drama de Víctor Hugo, vertido al español por Francisco Calcagno.* – El distinguido poeta americano Sr. Calcagno ha publicado una esmerada traducción en verso de este drama, conservando en ella las bellezas que á manos llenas derramó sobre su hermosa concepción el más grande de los poetas de nuestro siglo.

***

DISCURSO LEÍDO EN LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA ARTÍSTICA DE VALLADOLID, *por D. Luis Zapatero y González.* – En el solemne acto de la inauguración del curso académico de 1891 á 1892, el Sr. Zapatero, secretario de la Sociedad, pronunció este discurso en que se demuestra con buenos argumentos, expuestos en correcto estilo, la importancia de la asociación para conseguir la instrucción del individuo.

***

TRATADO DEL CULTIVO DE LA REMOLACHA AZUCARERA, *por Jorge Dureau, traducido por Wladimir Guerrero.* – El interés que en todo tiempo ha tenido cuanto con la agricultura se relaciona aumenta por modo considerable en momentos como los actuales en que las naciones europeas y americanas, llevadas de un egoísmo mal entendido, se aperciben á una lucha económica cuyos funestos resultados se tocan ya y se dejarán sentir más intensamente cada día. En estas circunstancias, todo lo que tienda á ensanchar la esfera de producción de un país ofrece especial importancia y merece atento y meditado estudio. El cultivo de la remolacha azucarera ofrece por esta razón anchos horizontes á la industria agrícola de nuestra patria, y el Sr. Guerrero, distinguido ingeniero agrónomo, ha prestado á la misma un buen servicio vertiendo á nuestro idioma la excelente obra de M. Jorge Dureau y anotándola considerablemente.

El libro, que lleva ocho hermosas fototipias, se vende al precio de 8 pesetas en Granada, en la librería de los Sres. Viuda é Hijos de P. V. Sabatel (Mesones, 52) y al de 9 en las demás principales de España.

***

MARIDO Y MUJER, *por el conde León Tolstoi.* – La justa y universal nombradía conquistada en el mundo literario por el noble ruso que despreciando los lujos y costumbres mundanos, causa según él de la casi totalidad de los males que afligen á la humanidad, se ha retirado al campo á predicar con el ejemplo las excelencias de una vida austera y laboriosa, es prenda segura de la bondad de las obras que de su pluma salen. *Marido y mujer* es una novela interesantísima, sencilla, admirablemente concebida y desarrollada y que entraña un pensamiento profundo y una lección elocuente de las causas que insensiblemente pueden convertir en una afección poco distante de la frialdad el más apasionado cariño de los esposos.

El libro elegantemente editado por los señores Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, forma parte de la Colección de libros escogidos y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

ESTUDIOS JURÍDICOS, *por Robustiano Vera.* – El ilustre jurisconsulto chileno Sr. Vera ha emprendido desde hace algunos años la noble tarea de difundir en el extranjero el conocimiento de la legislación de su patria, y para ello no ha cesado de publicar en revistas españolas, francesas, italianas, austriacas y americanas interesantísimos estudios sobre importantes temas jurídicos, que le han valido generales elogios. Algunos de ellos han sido coleccionados recientemente en Chile y el tomo en que aparecen reunidos ofrece no poco interés para todos los que á la ciencia del derecho se dedican.

El Sr. Vera es autor de infinidad de obras de derecho, de cuya enumeración prescindimos porque nos obligaría á traspasar los límites de esta sección.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Hemos recibido los cuadernos 46 y 47 de esta interesante obra, que contienen, además del notable texto, cuatro excelentes fototipias que representan: arcos árabes del palacio de la Aljafería; la cúpula de la iglesia de San Miguel, parroquieta de la Seo; tres capiteles árabes de la Aljafería, existentes en el Museo Provincial de Zaragoza, y un fragmento árabe de un ancho friso superior del castillo de la Aljafería, que se conserva también en el referido Museo.

Suscríbese á esta obra, digna de figurar en las mejores bibliotecas, en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

El precio de cada cuaderno (ocho páginas de texto y dos láminas sueltas en impresión fototípica) es de una peseta.

***

ULTIMA JORNADA CONTRA LA DICTADURA, *por Ismael Valdés Vergara,* Secretario general de la escuadra congresista chilena. – Constituye este libro una carta dirigida á D. Diego Barros Arana, en la que se hace una relación sumaria de las operaciones de la guerra civil en Chile desde 3 de julio á 28 de agosto de 1891, ó sea desde el levantamiento de la escuadra hasta la batalla de Placilla, que dió el triunfo definitivo á la causa constitucional.

Es una obra digna de ser leída por cuantos se han interesado en los últimos sucesos de la República chilena, pues en ella está tratado en vigoroso y sobrio estilo cuanto á los mismos se refiere.

DON EVARISTO ARNÚS, estatua en bronce, obra de D. Pedro Carbonell, fundida en los talleres de los Sres. Cabot, de Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 521



EPILOGO, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de la Excma. Diputación provincial de Barcelona

ROMÁN RIBERA

Conocí á Ribera en París, durante la Exposición del 78. ¡Cuánto ha cambiado el criterio artístico desde entonces! Con esto no digo que no existieran, ya en germen, ya en estado de madurez, todas y cada una de las escuelas que hoy privan, el japonismo ó el *paroxismo* inclusive; pero ni todas habían obtenido sanción oficial ni el público les concedía igual atención. No era todavía el público quien admirase en el *Salón* del mismo año á Bastien Lepage, ni en las secciones de pintura de la Exposición Universal á Israels, á Menzel, á los paisajistas y pintores de escenas íntimas, de Holanda, Inglaterra y Suecia. Entre los de Francia estaban en los mejores días de su reputación Laurent, Bretón y Bonnat, que exhibía su célebre *Cristo;* de los belgas eran los más famosos Wauters, Stevens y De-Vriendt; de los ingleses, Millais y Alma Tadema con sus arqueologías. La mayoría de los espectadores acudía á contemplar cuatro grandes cuadros: *Las antorchas vivas*, de Seymiradsky; *La entrada de Carlos V*, de Makart; el *Milton*, de Munkacsy, y *Juana la loca*, de Pradilla. Este último cuadro triunfaba en la sección española á competencia con la incompleta colección de Fortuny, que ocupaba el testero. Tras el deslumbramiento producido por el sol de Fortuny, polarizado y derramado sobre la tela, subvirtiendo – decían – todo principio de unidad, la primera obra de Pradilla fomentó la esperanza de una reacción hacia la gran pintura, como resultado de la fundación de nuestra Academia en Roma. Apenas figuraban en la sala otros cuadros que los de las dos opuestas tendencias, pues el maestro catalán no había perdido su prestigio, ni se había apagado el rastro de luz chispeante y rutilante que brotó de sus pinceles. Particularmente la crítica francesa se veía obligada á combatir y admirar á un tiempo á toda una pléyade de pintores españoles é italianos, embriagados de colores y fascinados por aquella luz cruda y difusa. Todo se volvía entonces reprocharles que en sus obras predominaba el procedimiento sobre la idea, y que derrochaban su energía creadora en la investigación microscópica de los efectos lumínicos y luciendo una habilidad manual refinadísima y prodigiosa en la reproducción del matiz y del detalle. Su visión del color era una sobrexcitación enfermiza de la sensibilidad óptica; locura, empeñarse en pintar al aire libre el *sol de verdad* «sin escamotear un solo rayo;» borrachera, aquella exuberancia de primores y matices. Aunque no todos los émulos y amigos de Fortuny podían llamarse con justicia sus imitadores, los mismos términos se aplicaban, con más ó menos restricciones y variantes, á las marinas venecianas de Rico, á la *Salida del baile*, de Madrazo; al *Taller*, de Casanova; á Jiménez Aranda, y hasta á la *Aventura del Quijote*, de Moreno Carbonero. Lo repito: no había más que frescos y brillantes fragmentos de colorista en pleno sol, orgías de blanco y rosa, sonoridades inusitadas hasta entonces, ó trágicos y sombríos cuadros de historia, legado de Rosales. Con la *Lucrecia* de éste y el ya citado de Pradilla, recuerdo además *El entierro de San Sebastián*, de Ferrán; *Los orígenes de la república romana*, de Plasencia; la *Educación del príncipe D. Juan*, de Martínez Cubells... O el diletantismo de los coloristas ó la declamación de los pensionados. Alguien llamó á Fortuny el «Marivaux de la pintura.» Pues bien: allí no había más que Marivaux... y Echegaray.

En el reducido entrepaño que dejaban vacío uno y otro figuraba una nota nueva, original. Allí había colocado Ribera sus tres cuadros, *El café ambulante, El café cantante* y *La vendedora de gallinas.* No eran los primeros que pintaba en París (donde se había establecido pocos meses antes, recién llegado de Roma); pero fueron sí los que atrajeron definitivamente los elogios y la atención de la crítica sobre su autor. Recuerdo perfectamente la viva impresión que causaban á todos, y por supuesto, más y mejor la que me causaron á mí. No podía darse mayor contraste con el resto de las obras expuestas, ni el efecto de una obra más propia y singular. Ribera era allí el único que echaba por su camino, reposada y serenamente, sin preocuparse de nada ni de nadie. El interior de un café cantante del día ó el espectáculo de una calle parisiense á las primeras horas de la mañana, habían de resaltar forzosamente entre la muerte de un Pizarro ó la elegante silueta de una *Pierrette*. Era aquel el realismo urbano de la vida contemporánea, pero de la vida contemporánea y parisiense entre burgueses y obreros. El mismo contraste que en el asunto existía en la pintura, equidistante de los tonos agrios y severos de la triste y sangrienta historia y los matices tornasolados de un forro de seda. Ni sobrexcitaciones de la visión, ni tumulto de tonos: una pintura construída sólidamente, con sinceridad y aplomo, franca y simplemente preocupada de la verdad, que no excluía, sin embargo, la viveza, ni tampoco cierta otra elegancia peculiarísima que luego había de acentuarse en las ulteriores obras del pintor. *El café cantante* y *El café ambulante* se han reproducido mucho en grabado, y en ellos puede verse con su excelente dibujo, la naturalidad y expresión de las figuras y el carácter del conjunto; pero lo que en los grabados no se ve es la propia manera de pintar del autor, su maestría, su vigor y el equilibrio y reposo de su pintura. Se revelaba perfectamente allí todo un artista sincero y convencido, de robusto temperamento y dueño por completo de su arte.

He dicho que á Ribera no le era necesaria aquella exhibición para darse á conocer entre los más famosos *amateurs*. Ya en Roma, Goupil menudeaba los encargos: en cuanto tuvo el pintor en París, acaparó cuanto producía. Alejado el artista del tumulto y los reclamos ruidosos, su vida era la de tantos pintores parisienses, consagrados á un incesante y regular trabajo de benedictinos, para quienes la fascinadora ciudad de los bulevares no es sino un vastísimo convento, y el taller de antaño con sus orgías, mascaradas y guitarreo, una celda apacible, cerrada á los importunos á piedra y lodo. Ni ruido, ni interrupciones, ni asalto de amigos intrusos que traen al estudio el desorden y las tumultuosas preocupaciones de fuera, y arrebatan á los artistas á su obra. La calle, el barrio entero son pacíficos, solitarios, melancólicos; largos muros de jardines particulares ó de vastos edificios extienden su dormida sombra sobre la acera limpia, lustrosa, poco transitada. La casa es tranquila; los vecinos apenas se conocen ni se ven; el artista puede trabajar horas, días enteros, seguro de sí mismo: dejar á la puerta todas sus preocupaciones, sus amores, sus reyertas, sus diversiones, sus contratiempos; abrir en ellas un paréntesis, levantar ó cerrar la exclusa de la corriente de la vida; en una palabra, puede dejarse llevar por ella cuando le acomoda y detenerla cuando le conviene. Cuanto le atrae está lejos, muy lejos de allí; en otro mundo... ó al menos á la otra parte del río. Sólo esta distancia es bastante para cambiar la existencia del artista, y no sólo favorece su trabajo, sino que le obliga á él. Su pereza, sus desmayos carecen de adulaciones y tentaciones. Para hacer una visita hay que perder á veces un día entero: trasladarse á otro barrio, comer en otro restaurant, hacer cola aguardando un tranvía. Para asistir á una recepción ó á un estreno, disponerse con horas de anticipación: gestionar los billetes unos días antes, revocar la cita al modelo, introducir en la labor el desorden... Lentamente, tales obstáculos acostumbran á la soledad y fomentan con el cariño al estudio la tenacidad de las vocaciones verdaderas. Hacen más: alejan al artista de la perturbación maléfica de las disputas de camarilla, y le sustraen á la deletérea influencia del parecer ajeno, frívolo ó alevoso. Si este aislamiento puede serle á la larga perjudicial, para obviar este inconveniente se establecieron las reuniones periódicas de literatos y artistas en día fijo, bolsa ó mercado de ideas y de impresiones, donde hallar la cotización del día y una acogida retenida y culta que, si disfraza las mismas flaquezas y rencores de todas partes, las templa y suaviza con la forma exterior, que acaba siempre por modificar el fondo. La carencia del roce continuo y vulgar en la misma *carne viva* – grave molestia de los círculos pequeños – hace menos acre y envenenada la lucha, y por tanto suele ser más digna y soportable.

Estas condiciones de vida, no sólo eran las más convenientes á un pintor como Ribera, sino las más

D. ROMÁN RIBERA (de fotografía de D. Juan Martí)

adecuadas y conformes con su carácter y sus aficiones, con sus gustos selectos en toda suerte de artes, además de la pintura. En tal aislamiento se afirmaron sus convicciones, se depuró su criterio artístico; á él debió sus rápidos progresos. Su laboriosidad era la de cuantos han sobresalido; su trabajo, incesante. Todavía buscaba sus asuntos en los cuadros de la vida actual: los grupos de obreros parisienses, el tipo del *égoutier*, reproducido en tablitas primorosas con extraordinario carácter, ó los accidentes y episodios de la calle: el *pierrot* beodo, tendido en la acera, rodeado del guardia y el cochero, y alguna de esas figurillas de niña adolescente, espigada y agraciada, que suele colocar el autor como una nota tierna y simpática junto á los hombronazos groseros del pueblo de París. Pero sus fruiciones de colorista le fueron atrayendo día tras día hacia otros asuntos menos triviales y que le ofrecieran ocasión de ejercitar los tonos más exquisitos de su paleta. A la vida y á la verdad se añadía otro atractivo; la seducción y la exquisita elegancia de la mujer parisiense y de la misma modelo, con su peculiar desenfado y aptitud para comunicar á la moda del día una inexplicable gracia artística. La *Salida del baile* es la obra maestra de Ribera, que resume estas cualidades: distinción singular aliada á una animación y verdad superiores. Sus *modelos*, sus testas femeninas, de expresión tan delicada y de facciones tan bellas, tienen los mismos atractivos. En la interpretación de la mujer contemporánea parisiense, Ribera tiene su tipo peculiar que le distingue de todos los que forman la infinita serie que va modernamente de Stevens á los últimos caricaturistas. Los estudios femeninos de Ribera animan con una gracia propiamente moderna, verdaderamente indefinible é indescriptible, porque no está en las líneas, sino en el juego de la fisonomía, y no está sólo en éste en absoluto, sino en sus más pasajeras modificaciones, mezcla de picaresca ironía y de nativa bondad.

Tras estos tipos, ó alternando con ellos, vinieron los bebedores, músicos, soldados y palaciegos; los *setecientos* con sus golas de encaje, sus anchos calzones, mangas acuchilladas y sombrero de fieltro. Esa indumentaria pintoresca y de tan varia calidad, raso ó terciopelo, níveos encajes y ante flexible; el mobiliario de siglo XVII, los instrumentos músicos de maderas preciosas, los jarros esmaltados, las irisadas y quebradizas copas de Venecia, bañándose en la luz tamizada de los vidrios de las ventanas; los cuerpos sanos y robustos, las cabezas enérgicas y características, eran los materiales más propios para satisfacer las crecientes fruiciones de un diletante del color, de un enamorado de una pintura primorosa sin ser detallista, y sólida y brillante al propio tiempo.

J. YXART



.AMFOR FLAMENCO, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Jorge de Maidá

EL FANTASMA

(Conclusión)

—¿Pues entonces?... interrumpió D. Pedro.

—Es que eso fué anteanoche. Pero anoche la gente que salía del rosario de Nuestra Señora de Gracia y todos los vendedores del mercado



DESCANSO DEL MODELO, cuadro de D. Román Ribera (de fotografía de D. Juan Martí)

de la Cebada vieron, ó mejor dicho, sintieron al fantasma, porque no se hizo visible.

–¿Pues entonces, repitió el indiano, cómo notaron su presencia?

–Por el ruido de una cadena que sonaba tan pronto en el suelo, como en los balcones ó en los aleros de los tejados. La gente estaba despavorida, los cazadores de á caballo de la plaza cerraron su cuartel, hasta que habiendo salido el cura párroco de San Millán, hisopo en mano, cesó el rumor de la cadena y restablecióse la tranquilidad.

Juan, el librepensador de Arévalo, oía todas estas cosas silencioso de estupefacción, hasta que por fin, no pudiendo contenerse, se permitió un ligero desahogo y dijo de pronto, porque no se atrevió á protestar por completo, metiéndose en cosas más hondas:

–Vamos á ver, ¿hablan ustedes formal mente ó se chancean?

–¿Chancearnos de qué?, preguntó don Jerónimo.

–Respecto al fantasma. ¿Creen ustedes todas esas majaderías?

–¿Cómo no creer lo que se ve ó lo que se oye?, observó el indiano.

–La historia sagrada está llena de apariciones, dijo el místico D. Jerónimo.

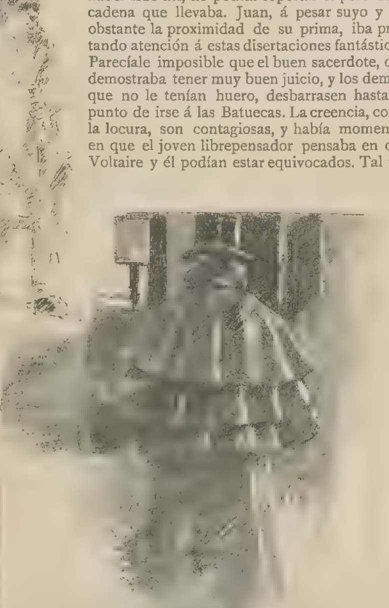
–Y además, reforzó el boticario con leve acento socarrón, si no hubiera aparecidos, almas en pena, espectros y visiones, ¿de qué servirían los exorcismos que la iglesia recomienda en tales casos?

Juan iba á desbordarse, pero por un supremo esfuerzo de voluntad se contuvo, y para mejor tragar la bilis fijóse mucho en los piececitos de Inés, que pasado el susto del relato del fantasma seguía meciéndose.

IV

Llegó el día 21 de enero y con él la fiesta onomástica de Inés, la bella americanita. Su padre, como es natural, quiso celebrarla, invitando á comer á Juan y demás amigos íntimos y contertulios, á los que agregó al cura párroco de la contigua iglesia de San Pedro, el cual por la mañana había enviado á su joven feligresa una preciosa medalla de la santa y un rosario de filigrana. Aunque D. Pedro acostumbraba á comer á las dos de la tarde, convínose en que el banquete de aquel día se celebrara á las seis de la noche, á fin de no perturbar en sus diurnas ocupaciones á los comensales. Juan regaló á su amada prima un abanico chinesco con varillaje de concha y clavillos de oro; lo cual á mi modo de ver fué un regalo algo extemporáneo estando en enero. Quizá el joven supuso que su adorada hallábase tan sofocada como él, y con pretexto de la solemnidad del día se le pasó casi todo en casa de su tío. Llegó la hora de la comida, que fué alegre y sabrosa, especialmente para el joven de Arévalo; pues notoria es la satisfacción que produce el comer bien, sentado *cabe* la novia. El párroco de San Pedro era un sacerdote amable, que se expresaba muy bien, y el boticario derrochó aquella noche un caudal de chistes y dicharachos. Con tales alicientes y con sentir tan próxima á su prima, Juan estaba encantado, y él y todos los demás hicieron (con moderación) honor á los buenos vinos con que les obsequió el indiano, así como también á las clásicas natillas con bizcochos.

La hora del café no fué tan agradable para el joven librepensador, porque se suscitó la eterna conversación del fantasma que la noche anterior había traído alborotado el barrio. Algunos supusieron que el tal aparecido era el alma de Godoy, príncipe de la Paz, fallecido en Roma; suposición errónea á todas luces, puesto que dicho personaje ha muerto hace unos cuarenta años pobre y olvidado en París. Después de comentar este rumor, los tertulianos de D. Pedro comenzaron á hacer disquisiciones respecto á aparecidos y fantasmas, y muy especialmente el cura de San Pedro, que era un pozo de ciencia en esta materia. Según él, el flamante fantasma debía pertenecer á la clase de mixtos, es decir, á los que aunque espectros tienen algo de corpóreos, pues de no haber sido así, no podría soportar el peso de la cadena que llevaba. Juan, á pesar suyo y no obstante la proximidad de su prima, iba prestando atención á estas disertaciones fantásticas. Parecíale imposible que el buen sacerdote, que demostraba tener muy buen juicio, y los demás, que no le tenían huero, desbarrasen hasta el punto de irse á las Batuecas. La creencia, como la locura, son contagiosas, y había momentos en que el joven librepensador pensaba en que Voltaire y él podían estar equivocados. Tal vez los horrores de la digestión hacíanle vacilar en sus convicciones.



Hojas del álbum de D. Román Ribera

Pero al salir á las once de la noche de casa de su tío, el fresco nocturno devolvióle su fuerza de raciocinio, y se dijo que sólo existía un fantasma muy lindo, cuyas suaves manitas no arrastraban más cadenas que las del amor. «¡Ah, Voltaire,!» pensaba el joven de Arévalo, subiendo lentamente por el hoy derribado pretil de Santisteban. «¡Hace más de cuarenta años que tú naciste, y aún se reproducen los fantasmas que barriste á escobazos!»

Pensando en su prima y en el filósofo francés desembocó Juan en la calle del Almendro, que estaba obscura como boca de lobo, cuando sintió un leve ruido que parecía provenir del pretil. Supuso que sería producido por algún transeunte, y siguió andando.

Al torcer el recoveco que hace la susodicha calle, creyó oir una especie de alarido y detuvo el paso.

Luego oyó como el ruido de una cadena que arrastrase por el suelo, y retrocedió hacia el pretil para ver si era seguido por alguien.

Miró y no vió nada ni oyó ruido alguno.

Entonces prosiguió el camino que seguía, pensando en sí aquellos rumores eran sólo imaginarios, ó en si la excitación y los vinos de la comida habíanle hecho efecto.

La noche estaba obscurísima y el cielo muy nublado. Juan, casi palpando las tinieblas, llegó á la plaza de San Andrés, encaminándose hacia la de Puerta de Moros.

No había vuelto á oir nada, y estaba tranquilo, aunque algo nervioso; pero al pasar por frente á una tienda de pastelería (entonces cerrada por supuesto) oyó en lo alto el ruido metálico que antes el había sorprendido, y que parecía sonar en la muestra muy saliente de la pastelería.

Detúvose sobresaltado. La cosa iba siendo grave: no había medio de creer que aquel ruido era ilusorio.

Al fin era hombre, y un punto temblaron los nervios del hombre, y un punto temió, como ha dicho Espronceda.

Encendió un fósforo de cristal, que fueron los primitivos que se conocieron en este siglo de las luces, y miró hacia lo alto, tratando de examinar la muestra; pero desistió de su propósito porque una ráfaga de aire apagó aquella imperfecta luminaria, y además porque el ruido del hierro arrastrando sonaba hacia la esquina de Puerta de Moros.

Ibansele poniendo á Juan los pelos de punta, y comenzaba á sentir escalofríos.

Prosiguió andando, no me atreveré á asegurar que con tambaleos.

Mientras desembocaba en la plaza de Puerta de Moros, receloso y mirando hacia todas partes, ocurriósele una idea: él, á solas con D. Lesmes el boticario, había asomado la oreja de librepensador; ¿no podía ser aquello una chanza del farmacéutico, que era muy bromista?

Al atravesar la plaza, dióse á sí propio la contestación, pues al entrarse pensativo en la calle del Humilladero, en vez de por la de las Tabernillas, que era la suya, volvió á oir el ruido metálico sobre una arca de agua monumental que hay á la entrada de la antedicha calle.

¿Cómo, pues, suponer, que un boticario viejo, de ocho arrobas de peso, podía encaramarse á aquellas alturas?

No cabía duda: aquel incidente era sobrenatural. Admitido esto, era forzoso admitir por engranaje filosófico todo lo que negaba y escarnecían Voltaire y sus secuaces.

Entonces bulló en la mente del joven de Arévalo la levadura de su educación cristiana, y recordó con respetuosa fruición los tiempos en que ayudaba á dos ó tres misas diarias...

Continuó andando, y como no volviera á sentir rumor alguno, íbase reponiendo de su susto, pero al llegar al fin de la calle de Luciente, por la que se había metido para tomar la de las Tabernillas, volvió á oir el temeroso rumor sobre la cornisa de la tapia de la Escuela de los doctrinos.



Desde entonces el paso de Juan fué casi de fuga. Llegó á su casa, abrió la puerta de la calle y luego la de su cuarto; azarado y trémulo encendió luz y dejóse caer en una silla.

Después que húbose serenado un tanto, se acostó, y el calor y reposo de la cama apaciguaron un tanto la tensión de sus nervios. Sin embargo, no podía dormirse, y su imaginación combatida por mil ideas opuestas era una jaula de grillos. Por fin, el dios Morfeo, ó el dios de Voltaire, que venía en su ayuda, comenzaba á cerrar sus ojos, cuando súbito oyó ruido en su balcón, cuyas maderas estaban entornadas. Parecía como que una mano impaciente golpeaba los vidrios.



MUSICA CLÁSICA, copia del cuadro de D. Román Ribera, propiedad de la Sra. Viuda de Ferrer

(Reproducción fotográfica del Sr. Audouard.)

Levantóse Juan despavorido y despeluznado, tomó una pistola que tenía sobre su cómoda, hizo un esfuerzo supremo y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie, pero al fin de la calle sonaba el ruido del pavoroso metal, acompañado de un grito agudo, estridente, que de seguro no pertenecía á criatura humana...

A la mañana siguiente levantóse el joven de Arévalo más pálido que un vampiro. No quiso hablar con nadie ni tomar chocolate. Se vistió apresuradamente, fué á la iglesia de San Pedro, buscó al cura párroco, que acababa de celebrar la misa, y pidióle que le oyera en confesión...

Más tranquilo ya con estos auxilios espirituales, se trasladó á casa de su tío el indiano, en donde estaba convidado á almorzar.

Halló abierta la puerta de la calle, que daba á una especie de vestíbulo ó zaguán, entró en éste, y la primera persona con quien tropezó fué con su prima Inés, en bata chinesca y zapatillas de tafilete encarnado, que le dijo:

– ¿Sabes que se ha escapado Mister Górriz?

– ¿El mono?

– Sí, ha roto la argolla de la cadena. Esta mañana le hemos echado de menos.

F. M. Godino

LA DUDA FATAL

SEGUNDA PARTE

DE

LA CADENA INVISIBLE (1)

Apenas la infeliz Estela se vió sola, bajo el peso cruel de la ignominia, martirizada el alma por la vergüenza y el dolor, llena de espanto y perseguida por las más trágicas visiones, convertidos todos sus sueños de amor y de ventura en una especie de pesadilla horrorosa, de cuya realidad no cabía duda de ningún género, decidió poner fin á aquel tormento superior á sus fuerzas poniendo fin á su vida, y huyó dejando á su espalda la algazara y el ruido á la ebria muchedumbre. En carrera vertiginosa cruzó calles y plazas, atravesó los bulevares y fué aproximándose rápidamente á los muelles del Sena. Pensó una vez en su hermano, cuya existencia había amargado para siempre con la relación de tantos y tan tremendos infortunios, y se figuró volver á verlo con los brazos abiertos al ir en ellos á estrecharla; pero esta visión fugitiva pasó como un relámpago entre el huracán que sacudía sus atropellados pensamientos...

Llegó al muelle del Louvre, acercóse al puente Nuevo. Por el muelle y por el puente había transeuntes que pasaban y guardias vigilantes en la orilla del río. Clareaba ya la luz de la aurora dando á las aguas del Sena un leve reflejo ceniciento. Estela fué alejándose en dirección á la plaza de la Concordia. Buscaba un sitio solitario donde consumar el supremo sacrificio. Después de dejar á su izquierda el puente Real y antes de acercarse á la Gran Plaza, se detuvo junto al parapeto, volviendo la espalda al jardín de las Tullerías para observar si era vista por alguien. Al volverse, vió á su lado á un hombre que había ido siguiéndola y en quien ella, en su locura, no había reparado. Era un hombre elegantemente vestido que, al mirarla de cerca con inflamadas pupilas y cogiéndola de un brazo, le dijo con voz ardiente:

– ¡Hermosa mujer! ¡Vas á venirte conmigo!

La joven lanzó un grito, se desasió de las manos que la sujetaban y corrió despavorida.

Cuando llegaba Estela á la plaza de la Concordia pasaba por allí un carro que iba á los mercados Centrales. El carretero distinguió el rostro de la desesperada á la luz de un farol, y exclamó, haciendo restallar su látigo:

– ¡He ahí una que se ha divertido demasiado y que vuelve tarde á su casa! ¡Para ellas es el mundo!

Y el carretero añadió á estas palabras un obsceno apóstrofe, dirigido á Estela en voz alta para que lo oyese.

El puente de la Concordia estaba desierto. Estela penetró por él. Sólo á larga distancia, al pie del palacio Borbón, movíanse dos negras sombras. Miró la joven á su alrededor: no había nadie. Después miró al cielo, bañado ya en la naciente luz del día. Luego se llevó la mano á la frente como para detener en su fuga á la razón, que se le escapaba. Por fin se subió sobre la balaustrada de piedra, y con la mirada desvanecida en el infinito, mientras se marcaba en su pálido rostro una expresión de angustia sublime, se arrojó al Sena, que se apresuró á recoger en sus turbias aguas á aquella arrogante hermosura, cuya codiciada posesión tantos galanes hubieran envidiado al caudaloso río. Avaro éste de su tesoro, ó temiendo quizás que alguno se lo disputara, lo ocultó en su seno instantáneamente, haciéndolo desaparecer bajo sus heladas caricias.

En aquel momento asomó su proa por entre los pilares del puente un vapor que salía para el mar. Junto al vapor, que aún avanzaba con lentitud, iba una chalupa ayudando á la maniobra. El hombre que dentro de la chalupa seguía al barco sintió caer algo en el Sena; fijó su atención en el sitio donde la caída se produjo, guiado por los círculos que formaba en la superficie el agua removida, y no tardó en ver flotar á pocas brazas de la chalupa un vestido de mujer.

Los marineros del Sena son diestros como nadie en esta clase de salvamentos, y Estela fué extraída del río con prontitud en cuanto volvió á flor de agua. Una vez á bordo del vapor, observóse que aún vivía y se la instaló en el camarote del capitán.

Tornó el capitán á su tarea y confiósele el cuidado de la joven á un pasajero que viajaba gratis por especial favor, un hombre original y extraño, medio sabio y medio poeta, y en su doble calidad dos veces pobre, que no habiendo logrado descifrar el problema de la vida, iba á encerrarse en la soledad, entre las olas, en uno de esos faros aislados que se alzan sobre una peña.

Llamábase Jenaro; tenía treinta años ya cumplidos. En sus ojos había cierta fiereza indómita mezclada á una inocencia infantil. Era morena su tez y su barba negra é inculta.

Desde que Estela fué recogida á bordo, Jenaro, que parecía haber hecho estudios especiales sobre el caso de que se trataba, dirigió todas las medidas que se tomaron para devolver á la joven la existencia. Él mismo la colocó en la postura que más convenía; encendió un fuego muy vivo junto al cuerpo de la ahogada y aplicó todo el procedimiento que la ciencia prescribe.

Al pasar el vapor por Mantes, al pie de la gran-

LA VÍSPERA DE LA FIESTA, cuadro de D. Román Ribera, grabado por Sadurní

(1) Véase La Ilustración Artística núms. 501 y 502, correspondientes á los días 3 y 10 de agosto último.

diosa alameda, Estela abrió sus ojos en soñadora actitud, sin fijarse en Jenaro. Aunque fué aquella una mirada vaga é indecisa, Jenaro quedó en ella absorto, contemplando la hermosura de aquellos grandes ojos negros. Lanzó Estela un suspiro, cerró de nuevo sus párpados, y Jenaro, viendo que nadie más estaba en el camarote, besó aquellos ojos, apretando bien las frías manos de Estela para provocar una reacción salvadora

Antes de que el vapor llegase á Rouen los ojos de la triste realidad. Jenaro se esforzó de tal manera por ir borrando todas las huellas del pasado en su mente, que al dejar atrás el río iba ya Estela creyendo en una vida nueva y en la vanidad de aquella siniestra fantasmagoría de la que aún se figuraba sentir en su espíritu la carga abrumadora

Deseando el capitán del vapor instalarse á sus anchas en el camarote, y hallándose ya Estela fuera de cuidado, disponíase á hacerla desembarcar en el primer puerto por donde pasase; mas Jenaró suplicó al capitán que le dejara llevarse consigo á Estela para tenerla en su compañía en el islote desierto.



UNA PARTIDA COMPROMETIDA, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Manuel de Camps

de Estela volvieron á abrirse y de sus labios salieron débilmente estas palabras:

—¿Es un sueño?

—¡Sí!, contestó Jenaro con ansiedad. ¡Es un sueño!

Entonces la joven miró á su compañero y su fisonomía comenzó á animarse.

—Pero ¿es un sueño que estoy viva ó ha sido un sueño cuanto por mí ha pasado?

—Todo cuanto creéis haber sufrido ha sido un sueño únicamente, murmuró Jenaro al oído de Estela, comprendiendo cuán delicada y crítica era la situación. Ahora es cuando no soñáis; todo lo demás fué sólo una pesadilla de la que no hay que volver á acordarse ya nunca.

—¿Es verdad lo que me decís?

—¡Cuanto os digo es verdad! Ahora es cuando empieza vuestra vida Hasta ahora habéis sido esclava de un prolongadísimo letargo.

—¿Y dónde estoy?, exclamó Estela incorporándose.

Su fatiga era extrema, y la joven volvió á desplomarse, rendida, sobre el lecho en que reposaba.

—¡Vamos! No os agitéis. Procurad ahora dormir algunos momentos Os conviene descansar. ¡Sobre todo, que vuestra imaginación no trabaje!

Y al decirle esto Jenaro colocó á Estela en una posición que le impidiese ver el río.

La joven volvió á dormirse.

Pasaron muchas horas. Cada vez que Estela se despertaba, Jenaro prodigábale cuantas atenciones su estado exigía. Aunque ignoraba por completo las causas que la impulsaron á tomar la resolución fatal del suicidio, era evidente que aquella desgraciada había sido azote de extraordinarias desdichas. Venía á ser un acto humanitario apartar su pensamiento

Estuvo tan persuasivo, hízole con tanta elocuencia ver cuán conveniente sería un cambio completo de vida para aquella desesperada, le convenció hasta tal punto de la necesidad de seguir con ella un tratamiento especial que nadie mejor que él podría aplicarle, que el capitán cedió al fin. Además, el viejo lobo marino temía las enojosas y múltiples formalidades á que tan aficionados son los hombres de tierra; y como, por no detener su marcha al salir de París, había infringido los reglamentos continuando á bordo con la joven extraída del río, quiso evitar declaraciones y trámites y accedió á la pretensión de Jenaro.

Al ir el vapor aproximándose á la aislada roca de cuyo faro iba el extraño pasajero á ser el guardián, compuso éste á la joven una bebida que la sumió en profundo sueño, y dormida desembarcaron á Estela en el solitario islote, desde el cual la costa se divisaba como una franja verde, á la que los arenales formaban un festón de oro sobre la nívea espuma de las olas.

Estela se despertó sobre el faro blanquísimo. El mar estaba en calma y brillaba el sol entre las dos azules inmensidades, la inmensidad oceánica y la inmensidad celeste. El vapor que iba alejándose dejaba á su popa un prolongado surco que poco á poco se borraba en la líquida superficie. Una bandada de gaviotas cerníase alrededor del faro, lanzando esos alegres chillidos con que las palomas del mar celebran sus fiestas. Diríase que, contentas, saludaban á Estela por su venida.

Jenaro había querido que al abrir Estela sus ojos viese aquel admirable espectáculo. En medio de estos cuadros grandiosos de la Naturaleza regocijada y radiante de hermosura, las miserias de nuestra vida se achican de tal manera que apenas las percibimos.

—Pero ¿qué es esto?, exclamó Estela con asombro, mirando extasiada en torno suyo. ¡Estoy en medio del mar!

Luego, clavando en Jenaro sus ojos, le interrogó:

—¿Y vos quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué os halláis á mi lado? ¡Explicádmelo todo!

Estela estaba bellísima en su marmórea palidez. Jenaro, esclavo ya de los encantos de la joven y embriagado por el deleite que la contemplación de aquella belleza peregrina vertía en su alma, dijo á su hermosa y ya amada compañera:

—Esto que veis es la dicha. Un rayo de sol, la libertad, el amor y un horizonte inmenso... De eso se compone la dicha humana. ¡Mirad! El sol derrama torrentes de luz sobre nuestras cabezas; aquí somos libres, tan libres que jamás sobre esta isla se proyectó la sombra de un rey, de un juez ni de un verdugo; es tan puro nuestro amor que nunca podrá empañarlo ni la más ligera nube; ni el vil interés ni los celos llegan hasta aquí; sólo el cielo y el mar son testigos de nuestra ventura; volved en torno la vista: nuestro horizonte no tiene límites; la creación presenta á nuestros ojos sus mayores magnificencias y el infinito nos descubre sus más indescifrables misterios.

Al escuchar maravillada este lenguaje, Estela miró á Jenaro con viva atención, observando los rasgos de su fisonomía expresiva y original. Comprendió la sinceridad profunda con que aquel hombre había hablado. Sus teorías sobre la dicha humana hallaron eco en su corazón. Se dió cuenta del sentimiento que en el alma de Jenaro había hecho y, al cabo, pudo éste un día proclamarse dichoso, viendo á Estela suya y feliz, subyugada por el encanto que para ella tenía aquella vida nueva.

Pasaron las horas, los días, las semanas y los meses en verdadera fascinación. Cuando llegó el buen tiempo, una golondrina fué á colgar su nido en lo más alto de la torre.

Ni una sola vez Jenaro quiso preguntar á Estela lo que la indujo á suicidarse. Ni una sola vez se atrevió á hablarle de las causas que la decidieron á lan-



COUP D' ŒIL, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Isidoro Llovet

(De fotografía de Juan Martí.)



PERCANCES DEL CARNAVAL, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Adolfo Solá

zarse al río ni de nada siquiera que pudiera evocar el pasado en su memoria.

Sin embargo una tarde, mientras Estela al pie del faro regaba unas flores y él en la altura miraba hacia la costa, pensó que en aquella tierra que estaba viendo, Estela había vivido, y había sido hermosa, y había sido amada, y... ¡quién sabe! ¡quizás había amado!... ¡Oh! ¿Existiría sobre el mundo algún hombre que hubiera poseído el amor de Estela?... Jenaro al pensar en ello se estremecía. Siendo tantos los que en el mundo corren tras de la dicha, era difícil que alguno de ellos no hubiera pasado junto á Estela y difícil también que deje á la dicha huir el que logra encontrarla en su camino... Y si existía sobre la tierra alguno á quien Estela había enriquecido con su amor... ¿quién era aquel hombre? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Le había amado Estela más de lo que le amaba á él? ¿Cuál era el pasado de aquella mujer encantadora que á sus brazos llevó un simple capricho del azar? ¿Cuál era el secreto que se ocultaba en aquella ignorada existencia?

Jenaro, que con un afán tan constante se esforzaba por impedir que Estela volviera al pasado la vista, empezaba él mismo á sentir la atracción del insondable misterio. Era su dicha tan grande, que comenzó á dudar de ella.

–¿Seré realmente tan feliz como me creo?, se preguntaba. ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde viene?

En aquel instante miró hacia abajo y la vió en gallarda apostura, siguiendo con sus ojos el vuelo de las gaviotas y recibiendo el beso de las olas, que en rizos de espuma querían cercarla.

Entonces Jenaro dióse prisa á alejar de su mente las negras ideas que lo asaltaban; descendió del faro, corrió donde Estela y, cautivo de sus seductores encantos, sintióse en plena felicidad.

Era ya la época del estío y aquellos dorados arenales que en la costa se distinguían poblábanse de parisienses y de forasteros llegados de las grandes ciudades más próximas. Algunos botecillos de recreo iban hasta el faro en las tardes serenas, lo que animaba un poco la vida ordinaria del islote, pues hasta que principió el verano sólo se acercaba á aquella roca un pequeño batel que cada dos ó tres días llevaba á Jenaro y á Estela sus provisiones.

Creyó Jenaro advertir que muchos de los jóvenes alegres que, remando y cantando, solían pasar junto á la peña, miraban á Estela con especial curiosidad siempre que al pie del faro la veían, ó buscábanla dirigiendo sus anteojos de mar hacia la ventana de la joven cuando se hallaba ésta dentro del faro. Con un pretexto fútil cambió la habitación de Estela, que se abría hacia la costa, por otra que miraba al ilimitado horizonte. Además el faro, que era de cómodo acceso por el lado que hacia la costa caía, hallábase defendido mirando á alta mar por una larga y complicada serie de escollos que hacíanlo inaccesible.

A Estela no le contrarió aquella mudanza que aumentaba su aislamiento. El torrero á quien reemplazó Jenaro habíase dejado allí varios libros, inspirados todos ellos en la salvaje poesía del mar, y la lectura de aquellos libros completaba el poético ensueño en que la joven vivía.

Dos ó tres veces Jenaro evitó, invocando diversas razones, que visitasen el faro algunos bañistas que paseando en sus botes llegaban del puerto vecino. Varios de entre ellos habían insistido con singular tenacidad en que se les permitiera la visita. Mas Jenaro se mantuvo inflexible.

Una tarde creyó sentir voces del lado de tierra. Vió á pocas brazas del islote un botecillo que pasaba. Parecióle á Jenaro que los que iban en él llamaban á alguno y escuchó atento. No tardó en percibir este grito que del bote salía: *¡Resignación!* Después oyó gritar: *¿Y Gaultier?*

¿Qué quería decir aquello? Jenaro se perdía en las más hondas confusiones. Como Estela se hallaba en aquel momento en su habitación, del lado que cae á alta mar, no llegaron á su oído las voces. El bote pasó; hundióse el sol tras del horizonte lejano, y en medio de las tinieblas Jenaro creía seguir oyendo los dos misteriosos gritos *¡Resignación! ¿Y Gaultier?* Se despertó durante la noche sobresaltado; las dos voces resonaban en sus oídos con persistencia invencible. Jenaro tenía un vago presentimiento de que en aquellos dos gritos encerrábase la clave del secreto que ocultaba el pasado de Estela. Haciéndoselos oir á su amada, ¿no la sacaría del sueño en que se deslizaba su existencia y la haría sentir la realidad de un pasado lleno de tormentos crueles? ¿No sería peligroso hasta para la vida misma de la joven un despertar brusco que disipase el encanto de la ilusión que la hacía dichosa?

Mas ¿cómo aquellos jóvenes que iban en el bote la conocían? ¿Y quién era Gaultier, por quien le preguntaban? ¡Ah! ¡Gaultier era, sin duda, el hombre á quien Estela había hecho feliz con su amor! Aquellos jóvenes, quizás, eran parisienses que habían con Estela reído y gozado y sabían de ella lo que Jenaro ignoraba.

A la tarde siguiente otro botecillo fué aproximándose, y al pasar junto á la peña de la ligera embarcación salieron los mismos gritos: *¡Resignación! ¿Y Gaultier?* Las impresiones de la noche pasada sacudiéronle á Jenaro con mayor fuerza, y una terrible sospecha surgió en su espíritu: ¿sería Estela una de esas mujeres de desastrosa vida que en París tanto abundan, sumidas en el fango de los placeres y hábiles en engañar y en fingir, y reduciríase aquel sueño de felicidad en que parecía encantada á una simple ficción, á una vana mentira? Jenaro, no pudiendo resistir al impulso de aquella sospecha, corrió donde Estela, que notó en él cierto temblor; la cogió de la mano, y llevándola á su antigua habitación la hizo asomarse á la ventana desde donde se distingue la costa.

–¿Ves aquel bote?, le dijo. ¿Qué es lo que gritan los que van dentro? ¡Diríase que llaman á alguno!

Jenaro guardó silencio; Estela puso grande atención, queriendo oir lo que gritaban... Pero llevábase el viento las voces que del botecillo salían... Por fin, una ráfaga las hizo llegar á los oídos de Estela y ésta oyó claramente:

–*¡Resignación! ¿Y Gaultier?*

La pobre estela, al oir aquello, se figuró que soñaba. Luego, convulsa, apretándose los ojos con las manos, cerrándolos y abriéndolos con agitación febril, como quien despierta de un penoso y largo sueño y aún no está seguro de haber salido de él completamente, llevó á cabo un esfuerzo decisivo, dió un grito desgarrador y, rompiendo á reir en ruidosas carcajadas, exclamó de una manera incoherente, dándose golpes contra las paredes del cuarto:

–¡Pobre loca!... ¿Y tú creías que lo pasado era un sueño?... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Qué ha de ser sueño! ¡Pues no eras poco ambiciosa! ¡Ser feliz!... ¡Gaultier! ¡Samsón! ¡Los reyes de Etruria! ¡La guillotina! ¡Mi hermano! ¡El Sena! ¡Jenaro!.. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Todo verdad ó todo mentira? ¿Estoy viva ó muerta? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Jenaro, lleno de terror, corrió hacia Estela, gritando:

–¿Qué es lo que he hecho?

Fué á abrazarla, mas ella lo rechazó enérgicamente, diciéndole:

–¡No os conozco! ¿Quién sois?

–¡Estela, yo te adoro!, exclamó él, queriendo estrecharla en sus brazos.

–¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Abrazar á una muerta!, respondió Estela, y lanzando estridentes carcajadas volvió á golpearse contra las paredes.

–¡Oh! ¿Qué es lo que he hecho?, gritó Jenaro con indecible desesperación. ¡Eramos dichosos y la he vuelto loca! ¡Estela! ¡Estela mía!



LA VISITA, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Federico Marcet



Hojas del álbum de D. Román Ribera

–¡Ja! ¡ja! ¡ja!, continuaba Estela, riendo sin cesar.

Cuanto más grande era el dolor de Jenaro, más fuertes y más seguidas eran las carcajadas de Estela.

Penetraba en la habitación el último rayo del sol poniente. Jenaro cayó de rodillas y dijo á la desdichada:

–¡Perdóname!

Pero la joven al mirarlo prorrumpió en nuevas carcajadas estrepitosas.

Entonces Jenaro levantóse, extraviado el juicio, y llevándose las manos á la cabeza se dirigió rápidamente á la ventana, se arrojó por ella y cayó sobre las peñas, donde quedó hecho pedazos su cuerpo.

Como había cerrado la noche y la luz del faro no brillaba, acudieron del puerto vecino á saber lo que ocurría. Las carcajadas de Estela guiaron á los marineros enviados con dicha misión. Las frases ininteligibles de aquella desgraciada y los restos del cuerpo de Jenaro fueron los únicos datos obtenidos sobre aquella doble catástrofe que quedó para siempre envuelta en el misterio más profundo.

Fué así, con la razón perdida, como el conde de Etruria volvió á hallar á su hermana, de cuya última desdicha había llegado hasta él el rumor. Solía con frecuencia ir á visitarla al establecimiento donde la tenía y, en sus arrebatos de locura, la infeliz Estela creía siempre ver brillar un faro cuya luz la hacía sonreir, calmaba su fiebre y acababa por adormecerla en un sueño reparador, durante el cual mostraba en su rostro una expresión de dicha inefable y de suprema ventura.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

CRONICA DE ARTE

Un incidente. – La Academia de San Fernando. – Las medallas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América y la crítica. – El incendio del Museo del Prado. – El fantasma de fuego. – Carolina Méndez en el papel de *Marquesito*.

La odisea de la decoración escultórica del nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte no ha terminado todavía. A la desaprobación ministerial que del reparto de obras había hecho en un principio la sección técnica de la Academia de Bellas Artes, haciéndose eco el ministro de Fomento de lo dicho en contra del reparto aludido por el periódico *El Liberal*, siguió el concurso último, de cuyo resultado hemos dado cuenta á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Cuando todo parecía normalizado, un incidente viene á poner de relieve la necesidad de rehacer por completo el reglamento de la Academia, para evitar que se repitan hechos como el de que voy á ocuparme.

El Jurado, nombrado del seno de la corporación consultiva á que vengo refiriéndome, propuso al escultor académico Suñol para que ejecutase un esfinge y al Sr. Moratilla para el otro, con arreglo á las observaciones del dictamen técnico. En votación ordinaria y por un solo voto, el Sr. Suñol logró que se le adjudicasen los dos esfinges, habiendo decidido dicho acuerdo los votos de la numerosa sección de música, que entenderá mucho de fusas y semifusas, pero de artes plásticas ni una sola palabra.

El escultor Moratilla, aconsejado, según dicen, por varios individuos académicos, presentó una protesta para ante el Consejo de Estado pidiendo la anulación del acuerdo definitivo, fundándose para esto en que el Sr. Suñol, faltando á las bases de la convocatoria, que exige un modelo para cada estatua ó esfinge, no presentó más que uno, y llamando la atención del Consejo acerca del hecho de que se retirasen del salón en el acto de procederse á la emisión de los votos gran parte de los individuos del Jurado.

Sea lo que quiera, lo cierto es que todavía no se comunicó oficialmente á los escultores premiados la orden de dar comienzo á los modelos definitivos; que en el seno de la Academia de San Fernando existe un desacuerdo latente, y que este desacuerdo hubo de alcanzar su período álgido con motivo del concurso de proyectos para una medalla conmemorativa del centenario del descubrimiento de América; desacuerdo tal, que ocasionó sesiones muy agitadas allí donde hasta hace poco todo era tan sereno como la superficie de un lago.

Verdaderamente las secciones técnicas de escultura, pintura y arquitectura tienen razón para sentirse molestadas con la ingerencia de la musical, que viene decidiendo, hace algún tiempo, de la marcha de nuestro arte por la fuerza del número. La medalla premiada es sin duda de las primeras entre las medianas. Disputábanse el premio un proyecto de un artista catalán, otro de un vienés, otro de un belga y otro de un madrileño. Nadie creía, á pesar de las fuertes influencias del autor que resultó premiado, que llegase el cuerpo académico hasta desafiar la opinión de los artistas y de la crítica otorgando la ejecución de la medalla al que se le otorgó. Cuando se supo el acuerdo, la prensa toda disparó con bala rasa sobre el artista y sus protectores, llegando algún periódico al extremo de pedir que de ahora en adelante no se someta á las decisiones de la Academia de San Fernando ningún asunto de arte.

La medalla en cuestión tiene, entre varios, un defecto capital: el de no ser medalla por carecer de anverso y reverso. Se compone de dos episodios medianísimamente ejecutados del viaje primero de Colón á América, y que lo mismo servirían para bajos relieves cuadrados y aislados, que para otra cosa cualquiera.

Como se ve, estos son defectos de fundamento. La medalla debía sintetizar una idea, y esta idea no existe; la medalla debía tener reverso y anverso y no los tiene. Es decir, que no tendremos medalla, tal y como se entiende la medalla de este género.

***

El gran acontecimiento de estos días, y el cual obscureció el éxito de Concha Castañeda, fué el artículo de mi compañero Mariano de Cavia, llamando la atención de los poderes públicos respecto de la inminencia de un incendio que destruyese nuestro Museo de pinturas. La emoción producida en Madrid aquella mañana y después en toda España y Europa, aún hoy la reflejan periódicos como *Il Secolo*, *Le Temps*, *The Daily Chronicle*, etc. En esta corte no se habló de política, del nuevo ministerio, de nada absolutamente más que del famoso artículo. En el salón de conferencias la nota saliente era el incendio supuesto, su trascendencia y las medidas que debía tomar el ministro de Fomento. Yo, que he tenido el honor de hablar varias veces aquellos días con el Sr. Linares Rivas, á propósito de la cuestión palpitante, puedo afirmar que el nuevo ministro agradeció en lo que valía el aviso, llegando su galantería conmigo hasta





DEMANDA DE HOSPITALIDAD, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Manuel de Camps

(De fotografía de D. Juan Martí.)



SALIDA DE UN BAILE, cuadro de D. Román Ribera, propiedad de D. Enrique Carbó

reseñarme de antemano las medidas que inmediatamente pensaba tomar, alguna de las cuales se está llevando á cabo.

El mismo día que el Sr. Linares visitaba el edificio del Museo, cumpliendo la orden recibida por el director de *El Liberal* visitaba yo también sótanos y buhardillas de dicho Museo, y pude observar como el peligro de incendio era una verdad. Lo mismo creyó el ministro de Fomento al decirme que había visto horrores, y que nuestra Pinacoteca tenía dos enemigos, uno en los pies y otro en la cabeza, es decir, dos bosques de madera seca en los sótanos y en el tejado. La campaña comenzada por Cavia y seguida por mí desde las columnas de *El Liberal*, fué secundada por toda la prensa sin distinción de matices políticos. La unanimidad de pareceres dió el resultado apetecido, puesto que al desaloje de los sótanos se seguirá inmediatamente la construcción de dos pabellones para los empleados del Museo y la instalación de los caloríferos de vapor.

* * *

La pintura escenográfica está mirada en España por la crítica con total indiferencia. No así en el extranjero, especialmente en Francia y Alemania, donde este género pictórico se aquilata como todos los demás, discutiéndose la mayor ó menor propiedad y justeza del asunto desarrollado en los telones, en dibujo y factura, etc., etc.

Digo esto á propósito del melodrama ó lo que sea estrenado en el teatro Circo de Parish de esta corte, hace escasamente tres semanas, y que se titula *El fantasma de fuego*

La escena tiene lugar en las profundidades de una abandonada mina de carbón de piedra. Las mutaciones son muchas y los telones están, como pintura, bien ejecutados, pero la verdad brilla por su ausencia.

Figúrense mis lectores las negruras de una mina de hulla; supónganse el aspecto dramático de esas galerías subterráneas, donde brillan, al reflejo de la linterna del minero, las cristalizaciones de la madera petrificada en miles de años, de existir falta de todo contacto con el aire y la luz solar en las entrañas de la tierra, y supondrán algo parecido á la verdad, tan bien descrita por Zola en *Germinal*. Pero no se imaginarán – seguro – que el pintor escenógrafo entendiese que esas negruras dramáticas debía desterrarlas de su paleta, sustituyéndolas con los brillantes matices de las rocas que existir puedan en las cavernas á flor de la tierra ó en la superficie de los montes. Resulta de esta manera singular de interpretar la verdad y el efecto escénico, que desaparece la ilusión que en el espectador debiera producir la mayor aproximación al natural, quedando tan sólo en la memoria y en la retina el recuerdo y la imagen de colores, luces y formas completamente distintas á lo que realmente debían ser.

Nada digo de la decoración en que se representa el fondo de la mina teñida de azul y de aquellos volantes, ruedas, transmisores y otros artefactos; seguramente obedece á exigencias del libreto tan extraña como inaudita ignorancia de lo que una mina de carbón es. Julio Verne lo perdone á sus glosadores.

Respecto de las decoraciones de paisaje, de caserío y de marina, tan sólo elogios merece el pintor.

R. BALSA DE LA VEGA.

LA TELA DEL PADRE

ARTÍCULO DE RARAS COSTUMBRES

– ¡Señorito!

– ¿Qué hay?

– Este oficio han traído para usted.

– ¿Un oficio?... ¡Pues está bien! ¡Yo que he venido á pasar una temporada en este pueblo, que es, si bien pequeño, uno de los más pintorescos de Andalucía, huyendo de informes, oficios y expedientes... ¿Quién lo trae?

– El alguacil

– ¡Cáscaras! ¡Esta es más negra! Yo respeto muchísimo á la autoridad; pero la verdad es que siempre he procurado, y Dios me conserve en mi propósito, no tener relaciones de ninguna clase con ella. En fin, veamos. Justo: un oficio del alcalde, que á la letra dice así:

«Debiendo verificarse en la tarde del día de hoy la póstula para *la tela del padre*, espero que se sirva usted concurrir á las casas capitulares á la tres en punto. Dios, etc.»

Si el oficio hubiera estado escrito en chino, creo que lo entendería mejor.

Debiendo... ¡Eso de que todos los oficios han de empezar con gerundio tiene mucha droga!

¿Pero qué póstula es esa, ni qué tela, ni qué padre, ni qué falta hago yo para todo eso?

En fin: vamos á obedecer á la autoridad local, no vaya á hacer conmigo una alcaldada. Quizá en el Ayuntamiento habrá quien me explique el enigma.

Seguía yo á la sazón tendido en una *chaise longue* junto á un balcón de mi casa en Montemayor, desde donde se dominaba toda la campiña que se extiende entre este pueblo, los de Espejo, Montilla y Castro del Río, ocupando gran parte del término de Córdoba A Levante y sobre la línea del horizonte se destacaba en la sierra el célebre santuario de la Virgen de Cabra; á Poniente las grandes masas de olivar de la Rambla, de Aguilar y del mismo pueblo de Montemayor, corriéndose hacia el Sur y ocultando á medias entre los pliegues del terreno el lindo pueblo de Fernan-Núñez, con sus famosas estacadas, también de olivar, y el monte de la Mota al final del cuadro. Al Norte, la negra barra de Sierramorena, á cuyo pie está Córdoba, la sultana, la odalisca, ó lo que se quiera, de las regiones del Occidente.

Por entonces los habares en flor enviaban al aura sus perfumes; los olivares vestían su trama blanca, esmaltando las verdes copas de los árboles; las amapolas abrían entre los trigos su espléndido manto de grana, y el aire tibio de la primavera saturaba de oxígeno vivificador los pulmones. Más cerca de la torre ó mirador estaba, en el pueblo mismo, el castillo de los duques de Frías, con sus tres torres perfectamente conservadas: la de la Paloma, atalaya altísima que se descubre á gran distancia; la de las Armas, ó sea la del Homenaje, y la torre *Mocha*, llamada así porque carece de almenas y matacanes: especie de bloque enorme que parece con su pesadumbre amenazar á los barrios del pueblo que en declive se extienden á sus pies.

Abandonar aquel magnífico panorama para ir á ver al alcalde y en busca de lo desconocido era toda una decepción; pero como de decepciones está llena la vida, no hubo más remedio que resignarse, vestirse y acudir á la cita.

Cruzando las calles de la población, cubiertas por un pavimento completamente primitivo que precisamente se sostiene por indicación y á instancia de callistas y pedicuros, llegué sano y salvo á la casa municipal.

No eran las tres de la tarde todavía, y ya la sala capitular contenía todo lo más granado del sexo masculino del pueblo con el vicario eclesiástico, el alcalde, el regidor síndico y otros tres ó cuatro concejales. Abajo y á la puerta de la entrada principal del edificio se hallaba el alguacil teniendo del ronzal una burra aparejada y sobre el aparejo un gran serón vacío, y con el alguacil estaba el pregonero con otra burra y otro serón semejante.

Al cabo de poco tiempo se presentó en el salón el padre cuaresmal que había predicado en la parroquia, no sólo todos los domingos de la última Cuaresma, sino también el septenario de Dolores, así como los sermones de *Pasión* en la iglesia y el llamado del *Paso* en la plaza pública.

Ya encontré descifrada la personalidad del padre, pero aún no sabía yo una jota ni de la póstula ni de la tela.

Cambiados los saludos de rúbrica con la mayor cordialidad, salimos todos del ayuntamiento procesionalmente. Primero iban las dos burras con el alguacil y el pregonero. Después los ya dichos señores del pueblo, presididos por el alcalde, el vicario y el padre cuaresmal.

Pronto averigüé lo que significaba la póstula. Los postulantes éramos nosotros; el objeto de la póstula, el padre y su tela. Esto último es lo que me faltaba entender. Llegamos á todas las casas: á las de los medianamente acomodados y á las de los pobres; y el pregonero y el alguacil, ambos de buenos pulmones, se entraban por los patios adentro gritando desaforadamente: «¡Para la tela del padre!» volviendo fuera con las manos ocupadas, ya con una sarta de chorizos, ya con un pedazo de jamón, ya con un trozo de tocino rancio, un celemín de trigo, de garbanzos ó de habas secas, algunas gallinas, huevos á veces, medio queso ó algunos cuartos. En ciertas casas nos daban, no jamón, sino huesos de jamón, lo cual no es lo mismo; un puchero con miel, tres panes muy morenos ó un puñado de alpiste ó de lentejas. En las tabernas, ya se sabe, un frasco de aguardiente ó una mediana cantimplora de vino malo.

Pronto se llenó el seno de ambos serones y tuvimos que hacer alto en medio de la calle hasta que volvieran con las burras el alguacil y el pregonero, que habían ido á descargar en casa del padre toda aquella vitualla. De este modo se hicieron cuatro ó cinco viajes, y allá á las oraciones se dió la póstula por terminada. Acompañamos al padre á su domicilio, y allí, bajo el dintel de su puerta, nos dió á todos las gracias y se disolvió la reunión.

Mohino por demás regresaba yo á mi casa, diciéndome: «¿Qué será lo que el padre hará con eso? ¿Se lo irá á comer? Entonces revienta» cuando, como si hubiera adivinado mi curiosidad, se me acercó el alguacil á hablarme.

– ¡Qué buena ha estado la póstula, me dijo; ya tiene el padre tela larga!

– ¡Ya lo creo, si se lo come todo!.., le contesté.

– ¡Ca, no, señor! Es para la tela.

– Pero, hombre, ¿qué tela es esa?

– Una tela que se compra con el dinero que den mañana en subasta por cada cosa separada para hacerle al padre calzoncillos y camisas.

– Pero diga usted, ¿se ha venido el padre al pueblo sin calzoncillos?

– Yo no sé; pero es costumbre que lo que se recoge de la póstula se venda, como le he dicho á usted, para comprar al padre cuantas varas de lienzo quepan en el dinero que produzca la venta de lo que hemos postulado, el cual lienzo ha sido hilado y tejido por las mujeres de este pueblo con algunos meses de anticipación.

– ¡Gracias á Dios que ya lo he comprendido todo! Hemos ido nosotros con el padre cuaresmal para estimular la piedad del vecindario en su favor; y el padre va á quedar de esta hecha bien surtido de ropa blanca al menos, si es que no saca otra cosa de sus sermones.

– ¡Que si quieres! Eso no es más que una friolera. En buenos pesos duros le pagan al padre lo que predica; y además comido y bebido toda la Cuaresma y la Semana Santa. Lo de la tela es un *plus* de campaña, como el que me dieron á mí muchas veces en el servicio del rey.

– ¿Y todos los años es lo mismo?

– Lo mismo.

– Pero, hombre, ¿no sería más decoroso hacer la póstula en dinero, dárselo al padre y que éste se comprase lo que más falta le hiciera?

– No, señor; porque en dinero no se juntaría en el pueblo ni cien reales. La mayor parte de las mujeres que dan una libra de tocino, que vale dos pesetas, ó un celemín de trigo, que vale una, si tuvieran que dar dinero no pasarían de cuatro ó seis cuartos.

Me quedé convencido, aunque por afán de replicar, le dije:

– Pues si el padre viene por aquí muchos años, en muy pocos junta una tienda.

– Es que á éste no le volvemos á llamar hasta que se calcula que la tela se ha roto. Llamamos á otro y van alternando.

A semejante abrumadora lógica nada tuve que contestar; pero el alguacil, que tenía gana de conversación, me dijo:

– La póstula de este año ha sido buena porque el campo se presenta bien; porque anteanoche se le dió una paliza al comisionado de apremio que vino de Córdoba y se volvió más que de prisa, y porque el padre ha dado gusto.

– ¿Cómo gusto?

– Porque ha hecho llorar á todas las mujeres y á muchísimos hombres.

– ¡Vaya un gusto!

– Sí, señor; y ha arreglado dos docenas de matrimonios mal avenidos, convenciendo á los maridos de que no deben reparar en pequeñeces.

– ¡Ah! Sí, como en la corte, donde ha tiempo que no se repara en esas pequeñeces.

– Y las mujeres...

– ¿También convence á las mujeres?

– De que cuanto más tiempo están los hombres en la taberna, más libres están ellas en su casa para hacer su santísima voluntad. Y luego... ¡vaya un pico de oro! ¡Cómo relata aquello de la Magdalena cuando limpió el sudor y la sangre del rostro del Señor, y de la Verónica, que derramó sobre los pies de Jesucristo ungüento de nardo, que dicen que huele muy bien, y se los secó con los cabellos!

– ¡Hombre, eso no lo pudo decir el padre! Pasó todo lo contrario. La Verónica fué la que en un lienzo sacó estampada la cara del Señor, al querer secar el sudor y la sangre que brotaba de su divina faz, y la Magdalena la que se presentó en el cenáculo y ungió los pies de Jesús.

– Tiene usted razón: esó fué lo que dijo, sino que siempre que se habla del cenáculo me trabuco y no pienso más que en Judas. Si está usted aquí para otro Sábado Santo, verá usted cómo fusilamos á aquel perro traidor.

– Pero hombre, ¡si Judas se hizo justicia á sí propio ahorcándose de un árbol!

– No importa. Para Judas no hay cuartel. Ahorcado y todo lo fusilamos.

—¡Muy bien hecho!

Llegamos á casa y me despedí del alguacil.

A los pocos días tuve que hacer mis visitas para despedirme de las personas notables del pueblo. Una de las de rigor era la del padre cuaresmal.

Le recomendé encarecidamente que siguiera arreglando muchos matrimonios que aún estaban en pecado mortal, ya por las pequeñeces de ellas, ya por el extravío de ellos, y me lo ofreció evangélicamente.

Sobre un antiguo sofá que en la estancia ocupaba el principal testero, se veían tres ó cuatro rollos de lienzo blanco y prensado.

Aquello era *la tela del Padre.*

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

NOTICIAS VARIAS

El ingeniero M. Alphand, á quien París debe su embellecimiento y las transformaciones que se han realizado en el período de estos cuarenta últimos años, falleció el 6 del actual, á consecuencia de una congestión cerebral. A su actividad y á su poderosa iniciativa debe la capital de la vecina República sus más importantes mejoras, entre ellas su saneamiento, por medio de su gran red de alcantarillado, y la desaparición del dédalo de callejuelas de la ciudad antigua, que constituían verdaderos focos de infección.

Nacido en Grenoble en 1817, cursó la carrera de ingeniero en la Escuela politécnica, de la que salió en 1837 para dirigir algunas obras en Burdeos, tales como puentes, caminos y canales en los alrededores de la capital de la Gironda. En 1853, llamado por el barón de Hausmann, trasladóse á París, en donde empezó á dar las señaladas muestras de su carácter emprendedor y clara inteligencia, á cuyas cualidades ha debido la justísima consideración que ha merecido del municipio de París. La transformación en Parque de los bosques de Boulogne y de Vincennes, la construcción de los inmensos parques de Chaumout, de Vincennes, de los jardines que existen dentro de la ciudad, la apertura de grandes vías y otras obras de gran importancia fueron concebidas y ejecutadas por este inteligente ingeniero, que también tomó activa parte en la organización de las Exposiciones Universales de 1867 y 1878, no habiéndole servido de obstáculo su avanzada edad ni sus achaques para prestar su valioso concurso al Certamen de 1889.

La ciudad de París ha perdido uno de sus más celosos funcionarios y el arte uno de sus más entusiastas admiradores.

***

En la creencia de que ha de tener interés para nuestros artistas, consignaremos á continuación el nombre de las localidades y las fechas en que se celebrarán Exposiciones y Concursos durante el próximo año de 1892.

Amiens. – Desde el 5 de junio al 14 de julio.

Bruselas. – Febrero á marzo.

Budapest. – Exposición de invierno de la Sociedad húngara de Bellas Artes, desde 1.° de enero al 25.

Cannes. – Exposición industrial y artística durante los meses de enero, febrero, marzo y abril.

Evreux. – Concurso de grabados, durante el mes de enero.

Glasgow. – Instituto de Bellas Artes. Exposición desde el 2 de febrero al 2 de mayo.

Lisboa. – Desde el 10 de marzo al 10 de abril.

Lyón. – Desde el 28 de febrero.

Madrid. – Exposición histórica europea de arte retrospectivo, desde el 12 de septiembre al 31 de diciembre.

Munich. – VI Exposición internacional de Bellas Artes, desde el 1.° de julio hasta fin de octubre.

Nantes. – Desde 1.° al 30 de marzo.

París. – Salón de la Rosa Cruz, desde el 10 de marzo al 10 de abril.

Pau. – En el Museo. Exposición desde el 15 de enero al 15 de mayo.

Roma. – Palacio de Bellas Artes. A partir del 31 de enero.

Tolosa. – Exposiciones y Concursos, desde el 15 de mayo.



MEDITACIÓN, apunte al lápiz por D Román Ribera

***

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, traducción y adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.* – Se ha publicado el cuaderno 8.° de esta obra, reconocida como una de las más importantes en su género.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en la casa del editor D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, número 1, Valencia, mandando el importe de cinco cuadernos, y en las principales librerías; en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

EL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS. – LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES (2.ª parte de *El nacimiento del Niño Dios*). Zarzuelas en cuatro y un actos respectivamente, por el P. José Felis, de las E. P., música de D. José Silvestre.

Véndense al precio de una peseta cada una en la librería de D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, núm. 1, Valencia.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 28 DE DICIEMBRE DE 1891 — NÚM. 52[illegible]



LA NINFA HERIDA, grupo en mármol de Gustavo Eberlein (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El día de la Concepción. – Recuerdos. – La Virgen Madre – Proclamación del dogma de la Purísima en los concilios lyoneses. – Consideraciones – La Concepción en el arte pictórico. – Murillo. – Ideas acerca de la reconstitución del pueblo de Israel. – Galilea. – El territorio de Judá. – Conclusión.

I

El mes de diciembre se distingue y se caracteriza por su fiesta de la Concepción. En mi casa y en mi familia fué siempre un día de regocijo, y es hoy un día de duelo. Recuerdos piadosos y tradiciones sacras han surgido este día en términos que aparece su fiesta como capitalísima entre las fiestas del año. Nombre poco usado en otras naciones católicas, úsalo mucho la nación española. Caprichos del común lenguaje han convertido el nombre de Concepción en Concha, muy prodigado á la verdad y por ende festejadísimo entre todas las clases de nuestra sociedad, que han convertido un asunto propio de piadosas devociones en asunto de visitas y de recreos. Pasa con el nombre de Concha entre las mujeres lo mismo que pasa con el de José entre los hombres: los celebran á porfía y con preferencia las gentes. No hace muchos años este concepto de la Concepción dió materia inacabable á disertaciones literarias y religiosas, que llegaron al apasionamiento y á la discordia. Hoy todo se ha tranquilizado, y nadie recuerda el dogma de la Concepción en España sino para festejarlo. En el siglo XII comenzó á fijarse creencia tan piadosa como esta creencia de la Virgen Madre concebida sin mácula ni sombra de pecado. Entre las ciudades europeas Lyón ha brillado siempre, no sólo á causa de hallarse sobre la confluencia de dos ríos tan caudalosos como los que besan sus plantas y llevan sus ideas y sus productos al comunicativo Mediterráneo, no sólo á causa de esto, á causa de hallarse en las encrucijadas donde se verifica la intersección de tantos caminos como desde allí conducen á Suiza y á Italia. Ora fuese por su posición geográfica, tan excelente; ora fuese por sus tradiciones históricas de colonia romana; ora fuese porque su colocación entre Italia, Suiza y Provenza le daban excepcional influjo, es lo cierto que dentro de sus muros hanse concilios ecuménicos reunido, y que tales reuniones han gozado de una excepcional influencia en el desarrollo de las ideas cristianas y en el esplendor de la Iglesia católica. Quizá por congregarse allí muchos fieles, quizá por tener éstos un fondo y acervo colectivo de ideas propias, brotó en Lyón el culto primero á la Inmaculada Concepción de María. Desengañémonos: cuanto más fuertes resultan las generaciones, y lo eran mucho aquellas que iniciaron las cruzadas; cuanto más valerosos y más arriesgados los pueblos, han de sentir por fuerza mayor ternura en su corazón y en sus entrañas hacia todos los dogmas que divinizan á la mujer y la engrandecen. Los corazones más abiertos al odio, por razón de sus combates y de sus porfías, ven con mayor facilidad la mujer colocada en una especie de atmósfera inaccesible á las debilidades humanas. Todos hemos nacido de mujer y todos adorado á nuestras madres como á la imagen más perfecta del Creador sobre la tierra. Hemos creído á todos los seres capaces de faltarnos menos á ellas; hemos creído todos los labios prontos á engañarnos, menos aquellos labios suyos que han fluído en el espíritu nuestro divinas enseñanzas; la culpa, el error, el pecado, las consecuencias de la primer humana caída, el vínculo de males mayorazgado en la humana estirpe, no hemos creído nunca que pudieran llegar hasta nuestras madres, ni entrarse por los hogares que santifican ellas como verdaderos templos. Si á esto se han unido ensueños é imaginaciones de la primera juventud, afectos puros en los cuales no ha penetrado nunca la menor sensualidad, apariciones de musas divinas que os traían ó una idea ó un cincel ó un arpa, el culto á la mujer, el culto sobre todo á la Madre Santísima, el culto al numen verdaderamente creador, el culto al ideal femenino se os impone con soberana imposición y os lleva como llevó al poeta por excelencia católico en pos de idolatrada Beatrice, sobre la cual veis levantarse una idealidad femenil más alta, flores místicas, increadas melodías religiosas incomunicables de infinita dulzura, lumínico éter semejante al espíritu del espíritu, almas de ángeles en coro, ideas divinas en arquetipo, la virginidad inmaculada que ha mantenido con su atracción magnética la pureza del ser entre las tentaciones y los combates propios de nuestra tumultuosa combatiente adolescencia, la maternidad que después de daros el aliento de la vida y el calor de la sangre os ha dado también la inspiración que forma como la esencia del espíritu; en fin, un culto íntimo á la Inmaculada María.

II

Estas ideas religiosas han animado mucho el arte cristiano y han tenido su encarnación ideal en obras de primer orden Las tradiciones respecto de la serpiente bíblica, tentadora de nuestra madre común Eva, y respecto del quebrantamiento de su cabeza por los pies de María, se han revelado en esas maravillosas creaciones del humano espíritu, resplandecientes con el resplandor de lo ideal. Aunque la Iglesia católica, desde los más apartados siglos, bien al revés de la Iglesia bizantina y de las Iglesias orientales, se ha guardado mucho de regir con códigos más ó menos rigurosos las artes plásticas, puestas al servicio suyo, ciertos atributos y símbolos corresponden á un convenio tácito, pero universal, y por voluntario de suyo, rigurosamente obedecido. El primer carácter de una Concepción es el acto de quebrar la cabeza con su pie al reptil maléfico. Entre las nubes, ora perladas por los albores, ora purpúreas y enrojecidas por arreboles; entre los iris que componen como un himno de matices en el inmenso espacio azul; por los coros de querubes, de ángeles y de astros, deslizaráse forzosamente, cuando se trace la Inmaculada Concepción, el reptil, símbolo de la culpa original, vencida por el advenimiento de María sobre la tierra. El cielo debe aparecer como un santuario para su figura; la modestia y humildad deben brillar en todas sus actitudes; el globo terráqueo y la luna creciente servirle de pedestal; la pureza inmaculada envolverla por completo; las alas de los ángeles al empíreo subirla en vuelo raudo; la increada luz coronarla y la Trinidad Santísima recibirla en lo infinito. El dogma de la Concepción embargó en términos á los piadosos artistas de la Edad media que nos presentaron en sus cuadros María sin mancha en el vientre mismo de su madre Ana. Girolamo de Mazzuola, Dosso Dossi, Carlos Marata y otros muchos nos han ofrecido la Virgen Inmaculada en composiciones complicadísimas, donde se descubren desde la escena de la expulsión de nuestros primeros padres al salir de su Paraíso, hasta las meditaciones que poseen y embargan á los más esclarecidos filósofos de la Iglesia, cuando comentan ó predican ó defienden el tierno dogma de la divina Inmaculada. Mas realmente quien ha logrado entre todos los pintores expresar la Concepción es nuestro inmortal Murillo, que parece haber tenido en su paleta el medio de retrotraer nuestra humanidad á sus tiempos edénicos y restituirle toda la inocencia perdida en su primera culpa. No busquéis allí, no, la perfección clásica y griega que ostenta Rafael, en quien resucita la destreza de Fidias para el dibujo No hay, no, las exactísimas proporciones, las acabadas armonías, la correspondencia entre los miembros, la matemática exactitud que distinguen y enaltecen al pintor entre los pintores clásicos. Mas aquellas figuras incorrectas parecen la forma de una oración mística subiendo á lo infinito Viento espiritual, como de una inspiración profética, la impulsa; luminoso éter increado, que semeja como una difusión de la idea del Verbo, la circunda; concierto celestial, cuyas cadencias adivináis sin comprenderlas, absorben aquellos oídos abiertos á todas las divinas armonías; recoge su pecho, en respiración intensa, el aire purísimo de las regiones inaccesibles; los pies, calzados por la media luna de argénteos reflejos, despréndense por siempre de las fatalidades reinantes sobre nuestro bajo suelo; ángeles representantes de una nueva eflorescencia de la vida, en que la niñez recobra sus antiguos paradisíacos bienes, la sigue y acompaña; crúzanse las manos como agitadas por los sacudimientos del amor místico; y allá, en la mirada sobrenatural de sus ojos extáticos, alzados á las alturas, vese resplandecer en una revelación increíble y misteriosa el espíritu de Dios. ¡Bendito dogma, que ha dado al mundo la Concepción de Murillo!

III

Todas estas exaltaciones del tipo de María me traen á la memoria los espacios consagrados por el recuerdo místico de su natividad. Ahora que, tras los malos tratamientos dados á los judíos en Rusia, piensan muchos príncipes de la raza perseguida en reconstituir el pueblo de Israel sobre su viejo territorio, y se tropieza con las dificultades ofrecidas por la desolación del suelo y por la dureza del clima, parece bien recordar que Galilea, donde naciera la Virgen, se diferencia mucho de la Judea propiamente dicha, donde muriera Jesús. Sobre todo la villa de Nazareth es hermosísima. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonio Mártir, citado por el mismo Renán refiérenos cómo los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo VI la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán, las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente, las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que muchas veces semeja rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y reverberando el sol en su seno abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

IV

¡Ah! No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, de Egipto, de Judea, puede decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. El Sinaí de Moisés tiene á un lado la Meca del Islam y á otro lado la Jerusalén del Evangelio. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religión y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalén, asentada en el desierto, adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y adonde tantas veces han subido los pensamientos y las oraciones del hombre; circuída por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático, enrojecido por el sol como la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes á una corona de espinas; ostentando los muros fortísimos bruñidos por aquella luz, las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas, los minaretes de sus alcázares, el seco lecho de sus torrentes, cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas de los Profetas, la suave línea de sus colinas sembradas por olivos tan seculares como si fueran fósiles de la historia, Jerusalén es todavía en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su esqueleto fuera de su piel y profanado por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto



ÚLTIMOS RAYOS, cuadro de D. Dionisio Baixeras

y hemos bebido todos algunas gotas del torrente Cedrón; todos hemos prestado alguna vez nuestra voz al coro de sus sacerdotes, y alguna vez hemos repetido con las manos plegadas y las rodillas en tierra el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su *Miserere* arrasan nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; á los trances amargos de la vida llamámosles calles de amargura; al dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixión ó calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah! nos fingimos una Jerusalén místi-



EL COMPROMISO DE CASPE cuadro de A. Parladé. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín)

ca, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito. Ocasos enrojecidos en cuyos vapores ardientes las nubes de fuego toman formas apocalítipcas y fingen las legiones de ángeles que han de esparcir á los cuatro puntos del horizonte los planetas, en cenizas disipados y desvanecidos por los espacios en duelo; desiertos interminables por cuyas arenas los solitarios han vivido, los penitentes han llorado, los redentores han muerto, y que convidan con sus yermos al silencio y al retiro, como cementerios que se hubieran tragado, no solamente los cadáveres, sino también sus sepulturas; ruinas calcinadas por el incendio de los pensamientos religiosos y ungidas por las oraciones y por las lágrimas de innumerables sectas, hijas todas á una de la exaltada fe; monumentos contradictorios como la rotonda del Santo Sepulcro y los minaretes de la mezquita de Omar, en cuyas piedras ciclópeas se cuajaban religiones opuestas acercadas allí por las circunstancias históricas como para que se viera su contradicción eterna; las colinas de la muerte, las grutas de los profetas, las calles de amargura, los sitios de la expiación universal, la cumbre del Gólgota, las honduras del Josafat: he ahí cuanto despide á una en corto espacio grandísima tormenta de ideas. Pero ¿serán habitables tales regiones por los mismos que nacieran en ellas después de haberse transformado al helor de Rusia? El tiempo lo dirá. Unicamente nos toca hoy meditar sobre los cambios del Hombre y la perennidad del Eterno.

Madrid 13 de diciembre de 1891

NO TANTO PENSARLO

La última vez que le he visto, hará poco más de dos años estaba el pobre Eugenio paseándose en la galería del *Hotel Iberia* una tarde de febrero.

Allí, entre cristales, como una planta tropical, él que había nacido entre la nieve, al pie de los picos de Europa, tosía de cuando en cuando, hablaba por entregas y tomaba el sol muy arrebujado en la capa.

– He cogido un catarro terrible, me decía, y no sé cómo, porque... me cuido mucho; pero lo peor es que... por más que hago no puedo deshacerme de él... Ya ves, no salgo de casa... me paseo aquí que... hay muy buena temperatura... y nada... siempre lo mismo.

Después de un rato de conversación le dije:

– Pero ¿no te fastidia ya la vida de fonda? ¿Por qué no te casas?...

– Sí, sí, pienso hacerlo, me contestó. Me fastidia mucho esta vida, y eso que aquí se está muy bien; pero de todas maneras, pienso casarme: no sé si podré hacerlo este año... Ya ves que es cosa seria y hay que pensarlo mucho.

– Me parece que lo piensas demasiado y no lo vas á hacer nunca. Ya no eres niño, y si lo dejas un poco más...

– ¡Qué he de dejarlo, hombre! Si tengo novia y todo... una andaluza monísima... y nos vamos á casar muy pronto. He cumplido cuarenta y tres años... y reconozco que no tengo tiempo que perder. Por eso te aseguro que si no puede ser este año, lo que es del que viene no pasa.

Así lo dijo; pero no lo crean ustedes, porque está diciendo lo mismo hace veinte años.

Eramos todavía estudiantes cuando le conocí ya una novia morena, que sin ser lo que se llama una hermosura, tenía mucho atractivo y mucha gracia.

Hubiéranle ustedes dicho que había de pasar un año redondo sin que estuviera casado con ella, y no se hubiera contentado con menos que con rechazar tan absurda afirmación á bofetones.

Y efectivamente, antes de que acabara de pasar el año... ya tenía otra novia.

Porque dió en pensar que aquella morena tan graciosa y que á él le gustaba tanto no iba á ser del agrado de su familia, por razones que él sabía ó se figuraba saber; y como dió la casualidad de que por entonces tuvo ocasión de volver á ver á una rubia muy espiritual que había conocido de niña, olvidó á Isabel, que así se llamaba la morena, y se enamoró de Emilia, que éste era el nombre de la rubia.

Por supuesto, con el firme propósito de casarse con ella antes de un año. Ya había él cumplido veintidós y no estaba por gastar más tiempo en amoríos ni en tonterías. Aquello iba á ir formalmente y por la posta. Al siguiente mes hablaría al padre de la chica, y si éste no se oponía, que por qué se había de oponer, á los dos meses después la boda.

Dos años habían pasado ya cuando volví á encontrarme con Eugenio en Madrid en la calle del Horno de la Mata, cerca de la del Desengaño, y apenas nos saludamos me faltó tiempo para decirle:

– Ya te habrás casado, por supuesto.

– No, todavía no; pero ahora ando tratando de eso, me contestó con evidente sinceridad.

– Pues ¿cómo has tardado tanto?

– Porque te diré... ya no me voy á casar con Emilia ¿sabes?... Aunque estaba muy enamorado de ella, y ella lo merecía, eso sí, porque es una criatura ideal; pero pensándolo todo bien, pues estas cosas hay que pensarlas mucho, he creído que no me convenía ese matrimonio, porque, mira, su padre se casó en segundas nupcias y tiene ya dos niños pequeños... Mañana puede morir su padre, y ¿cómo abandono yo esos niños?

– Pues no los abandones.

– Y ¿cómo los sostengo?...

– Pues no los sostengas... ¡Chico, chico, si lo piensas tanto y reparas en todo no te casas nunca!

– ¡Ah, si, sí, ahora sí me caso! Ya lo verás. Estoy ya en relaciones con otra. ¡Si vieras qué buena y qué hermosa es! ¡Tiene unos ojos negros!... El otro día la hice unos versos á los ojos, que la gustaron mucho.

– ¡Malo, malo! Eso de andar con versos viene á ser lo mismo que andarse por las ramas... ¡Cuando yo digo que no te casas nunca!

– No lo creas: eso de los versos fué así medio en broma, ¿sabes?... Empezaba diciéndola:

«Iba sin rumbo cruzando
Verdes y amenas campiñas
Un día de junio, cuando
Vi que me estaban mirando
Dos hermosísimas niñas »

– Bueno, bueno; pero no te molestes en recitármelos, porque ya sabes que no me gustan los versos.

– Es que no te los voy á recitar todos, sino que mira, después de decirla que aquellas dos niñas me gustaron mucho y que me enamoré de ellas, y que siempre quisiera estar mirándolas y que hasta las veo en sueños, concluyo:

«Y... pero, bien mío, siento
Que con celos te atormento...
Aparta fieros enojos;
Que las *niñas* de mi cuento
Son las *niñas* de tus ojos...

¿No te parece un pensamiento muy delicado?

– Bagatelas, Eugenio, bagatelas, y bobadas. Déjate de esas cosas y al grano, al grano. No te andes en romanticismos, ponte en lo práctico y á casarte pronto con esa ó con otra, pero pronto.

– Con esa, con esa precisamente será y será pronto; no lo dudes. Y cuenta que voy á hacer una gran boda, porque Matilde, que así se llama mi novia, además de ser muy guapa y muy buena es muy rica.

– ¡Bien, hombre, bien! Miel sobre hojuelas. Adelante, y que sea pronto.

Nos despedimos y no volví á ver á Eugenio en muchos años. Creo que habrían pasado ya once ó doce cuando nos volvimos á encontrar en San Juan de Luz una tarde en el camino de la plaza.

– Yo iba y él venía: le detuve, le di un abrazo, y tratando él de desasirse, me dijo:

– Déjame; ya te veré á la noche: voy siguiendo á mi novia. ¿No has encontrado á un caballero alto y cano, con una señorita vestida de luto?...

– ¡Pero, hombre!, le dije reteniéndole. ¿En esas me andas todavía? Me figuraba yo que tendrías ya hijas casaderas, y resulta que todavía andas tratando de buscar mujer con quien casarte.. Francamente, yo te creía casado con aquella Matilde de los ojos negros.. Como me lo ponías todo tan llano y tan plano...

– Y así estaba, no creas que no; pero después lo pensé mejor y me convencí de que tampoco me convenía aquel matrimonio tan ventajoso en apariencia. ¡Ay, amigo mío! Es necesario mirar mucho esas cosas, porque ya comprendes que una boda no se hace para un día ni para un año, sino para veinte ó treinta ó cuarenta si á mano viene...

– Lo que es tú no creo que la harás para muchos, si la haces. Al paso que llevas, se te va á pasar la vida pensándolo y te vas morir soltero.

– No lo creas, como no me muera este año.

– Dios quiera que no; pero, en fin... ¿Por qué no te casaste con Matilde, si se puede saber?

– Sí, hombre: tú lo puedes saber todo. Pues mira: recordarás que te había dicho que Matilde, además de ser muy guapa...

– Es verdad, recuerdo que me dijiste que tenía muy hermosos ojos.

– No solamente tenía bonitos ojos, sino que era muy guapa y muy buena, y además era rica.

– Cierto. Recuerdo que también eso me dijiste.



UN VOTO, cuadro de D. José M. Tamburini.
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



EN EL HARÉN, copia de la notable acuarela de G. Simoni

Vamos, ¿y qué? ¿Resultó que no había tal riqueza y por eso lo dejaste? No te creía yo tan positivista...

– Ni lo soy; pero no adelantes el discurso: no es eso. Realmente era rica, es decir, lo era su padre y lo habría de ser ella con el tiempo; pero casi todo lo que su padre tenía eran bienes nacionales, ó mejor dicho, bienes eclesiásticos, comprados por un zoquete allá al principio de la desamortización, cuando, por temor á las censuras de la Iglesia, apenas se presentaban compradores y se daban las fincas al primero que ofrecía algo por ellas.

– Pero tú...

– Sí, ya sé lo que vas á decir, yo no lo había comprado, ni siquiera iba á ser su dueño, pero lo serían mañana mis hijos, y yo mismo iba á aprovecharme de aquel caudal mal adquirido; y... ¿qué quieres?..

– Nada, yo no quiero nada Por no querer, ni quiero ya verte casado. Es decir, querer bien lo quisiera, pero no te veré de seguro.

– Pero, hombre, ¿y qué culpa tengo yo de?...

– Culpa tienes. No me refiero al caso que me estás contando. Mira, yo respeto tu manera de ver esa cuestión, y á mí tampoco me gustaría casarme con una mujer que tuviera un caudal mal adquirido, porque casi viene á ser lo mismo que entrar en una compañía de ladrones. Bueno, no tendrás culpa si quieres en este caso particular; pero en general sí tienes culpa, porque en todo encuentras inconvenientes. ¿No tiene ninguno esa muchacha que ibas siguiendo?

– El caso es que ya me quitaste de seguirla hasta el *Hotel de Francia*, que es donde vive; y como todas las tardes la pago este tributo, puede ser que se enfade al ver que hoy me he quedado por el camino.

– Vamos á ver, y ¿quién es?

– Es hija de un brigadier; del brigadier Abril, que es ese señor que iba con ella: no tiene madre, ni más hermanos que uno que está en la Academia de ingenieros en Guadalajara; es bastante bien parecida, como habrás notado, si la reparaste, y se llama Flora.

– Flora... Abril... No puede darse otra novia más primaveral. Es un amor que parece que se le está viendo florecer, y sin embargo, se me figura que no grana... Pero te estoy entreteniendo: anda, vete tras de ella.

– No: ya ¿para qué? Ya están en casa. Me vuelvo á la plaza contigo.

Nos fuimos efectivamente hacia los baños y me fué contando Eugenio con mucho lujo de detalles el estado de sus relaciones con la hija del brigadier. No me acuerdo ya de muchos pormenores; pero bien sé que desde luego me formé idea de que aquel proyecto de matrimonio tampoco prosperaría, porque después que el novio diera en pensarlo había de encontrar alguna dificultad insuperable.

Tres semanas estuve yo en San Juan de Luz, y todavía cuando me vine para Madrid dejé allí á Eugenio tan entusiasmado con su brigadiercita; como que no pensaba salir de allí mientras ella no se marchara, ni podía sufrir que yo pusiera en duda que se habían de casar al año siguiente en la primavera, pero muy temprano.

Y... ¡qué se había de casar!... Tres años después me escribió diciéndome que había desistido también de aquella boda por motivos graves que él refería á su modo, y que yo no recuerdo cuáles eran ni lo puedo averiguar porque no conservo la carta.

Algún tiempo después, por identidad de opiniones políticas llegó Eugenio á trabar conocimiento con un conde acaudalado y achacoso que tenía dos hijas muy lindas. Afligíale al padre la suerte de éstas, pensando que el día en que él muriera, día que, á juzgar por lo averiado que se encontraba, no podía estar lejos, quedaban solas en el mundo. Le atormentaba la idea de que, mal guiadas por su candor é inexperiencia, pudieran ser presa de algún par de perdidos, de esos que no llevan al matrimonio más que los restos de una juventud gastada en el libertinaje y en la crápula, y que al año de casados abandonan á su mujer y á lo mejor la pasan por delante de la vista el lujoso tren de una manceba costeado con su propia dote. Y como conociera la honradez, el talento, la formalidad y demás excelentes cualidades de Eugenio, creyó que podía ser para él una adquisición, y empezó á intimar con él y á hablarle de lo malo que estaba el mundo y de lo que sentiría morirse sin dejar colocadas á sus hijas, y de que él no quería para ellas novios ricos, ni sietemesinos de esos que no saben una palabra de nada, sino hombres honrados y formales y de talento, porque para él la honradez y el talento valían más que todos los títulos nobiliarios... En fin, que se lo puso tan claro á Eugenio, que éste, á pesar de su modestia y timidez, se convenció completamente de que no tenía más que pedirle al conde una de sus hijas y casarse.

Otro cualquiera en su lugar, una vez adquirido aquel convencimiento, se fija en una, en la que más le gusta, y la pide en seguida. Pero á Eugenio le pareció que la cosa merecía pensarse, y que lo primero era estudiar á las hijas del conde y conocerlas.

Del estudio resultó que las chicas parecía que se afligían poco por las dolencias de su padre, que además le decían alguna mentira por disculparse en cosas de poca importancia, que leían novelas á escondidas, y en fin, que á Eugenio ninguna de las dos le pareció bastante buena, y á pesar de que el conde siguió mucho tiempo echándole indirectas, no dió lumbres.

Y eso que ya entonces estaba, por supuesto, decidido á casarse, y casarse pronto. Como seguía estándolo unos años después, cuando le vi paseándose en la galería de cristales, según referí al principio de esta historia.

Mas con toda su decisión, yo sigo creyendo que no se casa nunca.

Lo piensa mucho.

POSDATA. – En este momento, apenas había acabado de escribir lo que antecede, llega el cartero y entre otras cosas me trae una esquela... ¿A ver?...

DON EUGENIO VILLAMOROS...

Ustedes creerán que me da cuenta de su casamiento con aquella novia andaluza de que me habló la última vez. Ustedes creerán que la esquela, después del nombre de mi amigo, sigue diciendo: *participa á usted su efectuado enlace, etc.*

Pues se equivocan ustedes.

La esquela dice sencillamente:

HA FALLECIDO

¡Pobre Eugenio!... Toda la vida pensando en casarse y se ha muerto soltero, como yo le pronosticaba.

¡Bueno es pensarlo, pero no tanto!

ANTONIO DE VALBUENA

SECCIÓN AMERICANA

EL GALLERO

I

Con harta razón ha dicho un ingenioso escritor portorriqueño que un pueblo de esta provincia puede pasar largo tiempo sin espectáculos públicos, sin festividades religiosas y hasta sin alcalde que le oprima ó le gobierne, pero que no podía pasar sin una gallera.

En efecto, no hay una sola población de alguna importancia donde no se encuentre un edificio octágono cuyo techo, en forma de paraguas, se eleva á veces por encima de las casas particulares, con ese aspecto de superioridad que distingue generalmente á los edificios públicos.

Es la casa que más conocen y visitan nuestros *jíbaros;* es el lugar donde periódicamente se reunen y se confunden todas las clases sociales, atraídas por una afición común

Dejando para otra ocasión el trabajo de averiguar quién introdujo y fomentó en este país el juego de gallos, y desde cuándo data la notable afición que hacia él sienten nuestros campesinos y una parte no escasa de la que allí llamamos alta sociedad, sólo diré, por hoy, que el gobierno ha contribuído en gran parte al desarrollo de aquel juego, reglamentándolo y cuidando de que no faltaran galleras en los pueblos para que no disminuyesen las rentas que sobre ellas cobraba el Estado, rentas que pasaron después á la categoría de arbitrios municipales. Hoy mismo los Ayuntamientos anuncian con insistencia en el periódico oficial los remates de sus respectivas galleras, como cosa indispensable para el bien común y necesaria para el fomento de los fondos públicos.

Sea, pues, por estas ó por otras causas, que conviene dilucidar en trabajos de distinto género al que ahora me ocupa, lo cierto es que la afición á los gallos se mantiene tan viva como cuando la describieron nuestros antiguos historiadores.

De aquí el gran aprecio en que se suelen tener los gallos de pelea llamados *ingleses*, y el exquisito cuidado que se emplea en la propagación y cultivo de su raza.

Para un jugador entusiasta un gallo no tiene precio. Por eso no nos extraña ver á un *jíbaro*, lleno de necesidades y miserias, despreciar crecidas sumas que se le ofrecen en cambio de uno de aquellos animalitos.

Pero entre el jugador y el gallo existe un mediador inteligente y activo, que representa un papel de suma importancia.

Este mediador es el *gallero*, cuyo tipo me propongo bosquejar á grandes golpes de brocha.

II

La palabra *gallero* no se encuentra en el *Diccionario* de la Academia Española

Esto me hace creer que jamás *gallero* alguno ha tenido la honra de formar parte de aquel conclave docto que fija, limpia y da esplendor á la lengua castellana.

Difícil sería, por lo tanto, dar aquí una definición autorizada de la palabra consabida.

En su etimología encuentro también algunas dudas que no me atrevo á resolver.

Gallero se deriva de gallo, y éste viene de la palabra latina *gallus*, que lo mismo significa *gallo* que *francés*.

Ahora pónganse ustedes á averiguar si los gallos dieron nombre á los franceses, ó viceversa.

Uno de esos investigadores incansables que todo lo averiguan, lo examinan y lo comparan, tal vez encontraría entre unos y otros, además del nombre latino, cierta analogía ó afinidad de caracteres, cierta tendencia á cacarear y *alzar el gallo*, que pudiera justificar hasta cierto punto la homonimia de la palabra en cuestión.

Por mi parte renuncio de buena gana á meterme en tales honduras, aun á trueque de que se me tenga por un escritor superficial.

III

Tampoco es menester que me remonte á edades anteriores para buscar el origen de este tipo.

Baste decir que el primer *gallero* fué aquel á quien primero se le ocurrió poner un gallo enfrente de otro con el fin nada caritativo de verlos matarse mutuamente. Luego se ha ido propagando y perfeccionando la especie hasta llegar á la categoría de *tipo*, merced á los grandes adelantos que se han hecho en el *arte de gallear.*

Bien es verdad que la profesión de *gallero* es bastante lucrativa.

Un buen *gallero* gana por lo regular algo más que un maestro de escuela. No es extraño, pues, que alguno de éstos cambie á veces su palmeta y demás atributos de la instrucción primaria por la cuchilla y las tijeretas del *gallero.*

Al fin y al cabo todo es enseñar, y tan maestro es el uno como el otro.

Ambos tienen la delicada misión de instruir y *cortar la pluma* á sus alumnos respectivos.

IV

El *gallero* es un ciudadano pacífico y honrado hasta donde permite serlo esta profesión, y está casi siempre en el pleno goce de sus derechos imprescriptibles é inalienables, incluso el derecho de *subsidio* y gasto público, que es el más imprescriptible de todos.

Su edad varía desde treinta á cincuenta años, y su color de negro á blanco inclusive, aunque este último es más de ley, como se verá más adelante.

El traje es sumamente sencillo y adecuado á la profesión: consiste en un pantalón de dril obscuro y una camisa de *arabia* ó cosa así, en regular estado de limpieza. Los domingos ó días de gran festividad suele permitirse el lujo de usar chaqueta, y se dan casos en que llega á encarcelar sus pies en un par de zapatos de badana.

Cuando está en ejercicio activo lleva unas tijeras pendientes de un cordón negro amarrado á la garganta, y su ropa está sembrada de plumas de diferentes colores, lo que indica bien á las claras que el *desplumar* es una de sus más frecuentes ocupaciones.

V

Para ser buen *gallero* es indispensable tener vocación; sin ella no podría sufrir por mucho tiempo las impertinencias y contrariedades del oficio.

Necesita además estar dotado de un gran instinto observador, mucha paciencia y una memoria capaz de retener la genealogía y hoja de servicios de cada uno de los gallos que le confíen, cuyo número varía según las circunstancias, pero que no pocas veces llega á contarse por centenares.

La primera diligencia del *gallero* al hacerse cargo de los gallos que ha de tener por discípulos es averiguar el color, nombre, historia y cualidades de los

progenitores de cada uno, cuyas noticias le comunica el *criador* con escrupulosa exactitud.

Sigue después el examen y filiación de cada gallo, para saber si es *papelón*, *giro*, *blanco*, *negro*, *pinto*, *canagüey*, *cenizo*, *guinea* ó *ala de mosca;* si es *bolo*, *gallina*, *pava*, *rosón* ó *cinqueño;* si tiene las espuelas largas ó cortas, altas ó bajas, derechas ó encorvadas, etc., etc.

Hecho esto, abre el *gallero* sus *cátedras* y da principio á la instrucción de los gallos *neófitos*, sometiéndolos á infinidad de pruebas y ejercicios repetidos, con objeto de observar sus disposiciones para la pelea, y sacar de ellas el mejor partido posible.

Desde este día hasta aquel en que los gallos quedan muertos ó victoriosos en el campo del honor (vulgo gallera), nuestro *tipo* no se separa de ellos un solo instante: con ellos vive, con ellos duerme, y á ellos consagra – por decirlo así – todos sus pensamientos.

De día pone todo su cuidado en regular con granos de maíz y tragos de agua el alimento que debe suministrarles, para que no suba ni baje el peso en que conviene mantenerlos, según el resultado de las *botas* y *coleos* á que han sido sometidos oportunamente; de noche se complace oyéndolos cantar y distinguiendo la voz de cada uno entre las de todos sus compañeros.

VI

Durante el tiempo que media desde el día de Todos los Santos hasta el de San Fernando Rey de España – y perdonen ustedes el modo de señalar, – nada hay más frecuente en las poblaciones de la isla que



CRISTOBAL COLÓN, busto en bronce de D. Félix P. de Tavera

el encontrar á cada paso, ya en las plazas públicas, ya alrededor de las iglesias ó al revolver de cada esquina, un respetable escuadrón de belicosos gallos, simétricamente ordenados en diversas filas y atados uno á uno á distancia conveniente á fin de evitar entre ellos toda clase de duelos y escaramuzas.

No lejos de aquel lugar, y á guisa de general en jefe de aquella alada y bulliciosa división, se destaca la interesante figura del *gallero* que, siguiendo con la vista el más leve movimiento de sus subordinados, parece dispuesto á mantener á todo trance entre ellos el orden y la paz establecidos.

Acérquense ustedes á él y pídanle informes de cualquiera de sus pupilos, y al punto les contestará – por ejemplo – que el tal gallo es *giro patinegro*, tataranieto del famoso *Picaflores* de Utuado, biznieto del *Culebrina* de Humacao, nieto del *Conde de Reus*, hijo de *Cofresí*, sobrino por entrambas vías de *Verdugo*, hermano legítimo de *Fierabrás* y del *Cólera*, y padre de *Maceta*, *Juancaliente*, *Trabuco*, *Reculón*, *Avispa*, *Garibaldi*, *Lanza*, *Bismarck*, *Peladilla*, *Cánovas* y el *Cura Santa Cruz*.

Y en seguida les referirá á ustedes, punto por punto, todas las circunstancias y peripecias de las peleas que lleva hechas, con qué gallos peleó y cuáles eran las cualidades y defectos de sus contrarios.

VII

Cuando los gallos se encuentran en *condición* y el dueño de ellos está también en condiciones de poderlos jugar, los llevan á la gallera, metido cada gallo en su correspondiente saco, y allí nuestro *tipo* se con-

LA CARRETILLA, grupo escultórico de D. Félix P. de Tavera. (Salón de los Campos Elíseos de París.)



GRUPO DE CIGARRERAS EN LA FÁBRICA DE TABACOS DE SEVILLA, cuadro de Th. von der Beck. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)



¡HORRIBLE HALLAZGO!, cuadro de Adolfo Hering. (Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

vierte en heraldo de sus plumados campeones, anunciándolos en alta voz, poco más ó menos del modo siguiente:

–¡Tengo un *tres y dos de á pulgada*, con veinte pesos!

Que es como si dijera:

Aquí está D. Juan Tenorio,
Y no hay GALLO *para él.*

No tarda mucho tiempo en presentarse un competidor, que acepta con arrogancia el reto, y entonces dan principio los preparativos del combate.

Aquí el *gallero* se reviste de nuevos y distintos caracteres.

De maestro pasa á ser padrino de desafío: el *gallero* se convierte en *coleador*.

Esta variedad de nuestro *tipo* exige un artículo por separado.

VIII

El *gallero* se identifica, hasta cierto punto, con sus gallos.

Cuando ganan se llena de regocijo: cuando pierden se entristece y se avergüenza.

La muerte de un buen *gallo* suele ocasionarle lágrimas de dolor y otros excesos.

Si fuera posible la metempsicosis de Pitágoras, tengo para mí que los *galleros*, al morir, habían de convertirse en gallos.

Tal es el cariño *paternal* que profesan á estos animales.

Por su parte los gallos corresponden á tan entrañable afecto, y (después de las gallinas) suele ser nuestro *tipo* el objeto de su mayor predilección.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

BOCETO

LAS POMPAS DE JABÓN

Todos los corrían y se agrupaban con infantil alegría, levantando sus manecitas para cogerlas.

Con una explosión de chillidos y gritería se saludaba la aparición de cada una de ellas.

¡Eran tan bonitas!

Ostentaban al brillo de la luz del sol los más vivos y puros colores del prisma, la combinación de todas sus tintas, la armonía de todos sus contrastes, con la dulzura y la suavidad, firmeza y valentía del más armonioso acorde... desesperación de los más hábiles y consumados coloristas.

Aquellos brillantes colores, formando manchas como el conglomerado y las vetas de un jaspe, se movían y removían al contacto del aire, corriendo como el agua por los brazos de un río por esmaltada pradera, tomando tornasolados cambiantes.

¡Eran tan hermosas como las ilusiones!

¡Tan hermosas como la infantil alegría de los niños y el inocente alborozo con que corrían tras ellas para asirlas!

La suavísima brisa las levantaba, sostenía, dejaba caer y remontaba de nuevo, abandonándolas al fin á su destructor alcance.

Con una explosión de chillidos y gritería se celebraba la destrucción de cada una de ellas.

¡He ahí la ley del movimiento en manos de la humanidad!

Hacer ó deshacer, crear ó destruir, levantar ó derribar. Jamás permanecer inactiva, saludando con alegría la aparición de una cosa nueva, celebrando con alborozo la destrucción de una cosa vieja, mirando poco sea lo que fuere; lo importante es hacer, hacer algo; destruir, destruir algo.

¡¡Las pompas de jabón!!

Todos... ¡y cuántas veces! hemos formado de nuestro cerebro como una pompa de jabón.

¡Con pompas de jabón juega la humanidad!

Estudios, desvelos, afanes, sacrificios, abnegaciones... proyectos ilusorios; y aparecía la pompa brillante, reluciente, y al tender la mano para asirla, como el feliz resultado del cálculo, como el premio de las penalidades, la pompa desapareció, dejando por rastro el triste desencanto de la ilusión desvanecida y la amargura del desengaño.

Creación de familia, bienes de fortuna, importancia social, posición, poder y mando; talento, genio y sabiduría, arrastradora voluntad... ¡pompas de jabón! ¡Efímeras pompas de jabón arrebatadas y estrelladas por el aire que las acariciaba, ó secadas por el rayo del sol que les prestaba un momento de brillo, ó destruídas por las manos de la turba que las contemplaba y admiraba!

La separación, la muerte, arrebata uno á uno á los individuos que formaban la familia, que se destruye y desaparece y se forman otras, ¡y todas desaparecen del mismo modo!

Los bienes de fortuna se acumulan con la misma facilidad que las pompas de jabón, y por descalabros, por torpezas, por descuidos y por infamias se evaporan; y pasan de una mano á otra para desaparecer del mismo modo

La importancia social, graduada por la opinión pública, por esa cosa que está en todas partes y en ninguna se encuentra, se ve ponderada con igual ligereza, lo mismo en pro que en contra.

¡Todo lo mismo! Mando, talento, sabiduría, genio, fuerza de voluntad, impotencia y poder, riquezas y miserias... ¡pompas de jabón!

Aplausos y gritería del vulgo inconsciente; niños y nada más que niños crecidos, y como tales más destructores, entusiasmados en el momento de su aparición por la viveza y el brillo de sus colores.

Gritería y aplausos al verlas desaparecer rompiéndose al choque con otro cuerpo, y frenético delirio al poder destrozarlas con sus propias manos.

Y chillidos y exigencias para ver aparecer otras prontamente y verlas desaparecer del mismo modo y alcanzarlas para destruirlas.

¡La humanidad juega con pompas de jabón!

. . . .

Bien mirado, para lo que valen tantas balumbas de oropel y relumbrón, tantas glorias de talco y tanto grajo cubierto con las doradas plumas del pavo real, verdaderamente puede decirse que la humanidad, fautora, actora y espectadora de tanta farsa, está en lo justo jugando con su obra, como los niños con las pompas de jabón.

JUAN O-NEILLE

NUESTROS GRABADOS

La ninfa herida, grupo en mármol de Gustavo Eberlein (Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Las obras de Eberlein distínguense todas ellas por el sentimiento que revelan y por su notable ejecución. De ahí que goce en Alemania de justo y merecido renombre, figurando á la cabeza de los escultores que más honran á su patria.

La ninfa herida, precioso grupo que tanto ha llamado la atención en la Exposición de Bellas Artes de Berlín, es la última obra que ha producido este distinguido artista, en la que son de admirar los opuestos sentimientos que ha sabido imprimir en las dos figuras y su notable ejecución. El rostro de la ninfa expresa perfectamente la dolorosa impresión que le produce la extracción de la espina que ha herido uno de sus pies, en tanto que el del joven parece se halla extasiado en admirar su belleza, olvidándose, quizás, de la causa que produce la molestia que experimenta su amada.

Ultimos rayos, cuadro de D. Dionisio Baixeras.—La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había cumplido aún los diez y seis años y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. Si bien antes cultivó con provecho el género histórico, hoy apenas existen en su paleta otros tonos que los pardos del tejido burdo que visten los hombres de mar y el obrero, avalorados y enriquecidos siempre por sus aptitudes artísticas.

Ultimos rayos titúlase el gran lienzo que reproducimos, en el que se representan á varias campesinas horquillando la paja, después de la trilla, para finalizar la jornada; y aunque la composición parezca trivial, es tal el relieve y la tenue gradación de la luz en el ocaso del día, que bien puede decirse que el artista ha reproducido la Naturaleza.

El compromiso de Caspe, cuadro de A. Parladé (premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Con buen acuerdo trocó el Sr. Parladé su bufete de abogado por el estudio del artista y los *alegatos é informes* por sus composiciones pictóricas: ya los triunfos que ha logrado en un breve período de tiempo demuestran incontestablemente sus excepcionales aptitudes para el cultivo de la profesión que tan resueltamente ha emprendido. Joven, pues cuenta apenas treinta y tres años, y ostentando un título nobiliario, trasladóse á Roma apenas terminada su carrera de leyes, adonde le atraían sus entusiasmos artísticos, para dedicarse al estudio bajo la experta dirección de D. José Moreno Carbonero. Rápidos fueron los progresos que realizó, pues á los dos años alcanzó un premio en la Exposición internacional de Madrid de 1884 por su notable cuadro titulado *Gladiadores victoriosos ofreciendo sus armas á Hércules.* En la Nacional de 1887 logró nueva recompensa por otro lienzo representando la *Entrega del trofeo en la batalla del Salado al Papa Benedicto XII en Aviñón*, que fué después premiado en la de Londres, en donde fué adquirido por el coronel Worth. *El compromiso de Caspe*, inspirado en un hecho histórico de gran interés para nuestra patria y especialmente para Cataluña, cual fué la elección de monarca para Aragón que recayó, gracias á los esfuerzos de Vicente Ferrer, en Fernando de Antequera, el vencedor del desgraciado conde de Urgel, es un cuadro de suma importancia, perfectamente estudiado y dispuesto, que revela en el autor profundo estudio y perfecto conocimiento de la época y de la situación de los personajes representados, como también cualidades artísticas muy recomendables.

Justo ha sido el acuerdo del Jurado calificador de la Exposición de Berlín al conceder al Sr. Parladé medalla de oro á su último cuadro.

Un voto, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). - Nueva ocasión nos ofrece Tamburini para poner de manifiesto sus cualidades por medio de la reproducción de una de sus más sentidas composiciones. *Un voto* sintetiza la conjunción de sentimientos y creencias, de cariño y fe religiosa que se anida en el corazón de la madre cristiana, que reconocida á las bondades de la Providencia, póstrase humilde y reverente murmurando una plegaria por haberse salvado su hijo querido de la dolencia que le aquejaba, en tanto que su esposo, destacándose de la penumbra de la nave del templo, lleva en sus brazos al ser querido.

Aquí demuéstrase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

En el harén, acuarela de G. Simoni. – Bella es la acuarela de Simoni titulada *En el harén*, que cual todas las suyas y especialmente las que representan asuntos de carácter oriental, revelan, no sólo el dominio en el género de pintura en que sobresale, sino también su profundo estudio de las costumbres, de la caprichosa arquitectura y de la indumentaria de esos pueblos en que la mujer no ha llegado todavía á convertirse en compañera del hombre.

La nueva producción de este distinguido acuarelista, que ha logrado igualarse á su compatriota el romano Corelli, á pesar de su falta de novedad, es una obra muy recomendable por los bellísimos contrastes que ofrece.

Cristóbal Colón, busto en bronce.—La carretilla, grupo escultórico de D. Félix P. de Tavera. – Nuestros lectores recordarán agradablemente la reproducción de la bella estatua titulada *¡Soy yo!* que publicamos, por haber sido tal vez la que más interés despertó entre las esculturas que figuraron en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. De Tavera es asimismo el bonito grupo *La carretilla*, que ha figurado en el Salón de los Campos Elíseos. En ésta como en el malicioso tipo del rapazuelo ha dejado impreso el artista filipino el sello de su genialidad. De dos asuntos al parecer triviales, ha sabido ejecutar dos obras de verdadera importancia, ya se las considere psíquicamente ó como manifestaciones de la nueva escuela escultórica. Realistas son ambas, pero dentro del límite marcado por la razón y el buen gusto. De ahí que resulten simpáticas y agradables y que se descubra en ellas, no sólo al escultor, sino también al artista, ya que Tavera, si bien modela, piensa, discurre y siente.

El busto de *Cristóbal Colón* fué ejecutado por este excelente escultor por encargo especial de la Comisión que se constituyó en la capital de la República Argentina para festejar al general Mitre y ofrecido al Sr. Marqués de Comillas por las atenciones que la Compañía Transatlántica española guardó con aquel ilustre hombre público durante el viaje que llevó á cabo en uno de sus vapores. Aunque esta obra se separe por completo de las anteriores, no por eso es menos digna de elogios.

Grupo de cigarreras en la fábrica de tabacos de Sevilla, cuadro de Th. von der Beck (Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Cierto es que en los vastos talleres de la fábrica de tabacos de Sevilla hallan el sustento algunos millares de cigarreras y que en su conjunto descúbrense reunidos todos los tipos de la mujer andaluza, ya la de ovalado rostro, rasgados y soñadores ojos y delicadas formas, ya la de pronunciados rasgos y duras líneas; pero al examinar el lienzo del pintor alemán no es posible descubrir á las hijas de la ciudad del Guadalquivir. El Sr. von der Beck, artista de mérito, que cultiva con éxito la pintura de género y costumbres, incurre en los mismos errores que los artistas y literatos extranjeros cuando tratan de dar á conocer á España. Su obra, como manifestación pictórica, es bella y altamente recomendable, ya por su entonación, como por sus líneas y bien dispuestas agrupaciones, mas como antecedente resulta falso. El Sr. von der Beck ha pintado su cuadro en Alemania, y sus sevillanas podrán recordar quizás las que embelesaron á nuestros abuelos, pero no á los bellísimos y airosos tipos de hoy, que no usan más armas que el abanico. Esto no obstante, el *Grupo de cigarreras* de von der Beck ha sido de los que más han llamado la atencion.

¡Horrible hallazgo!, cuadro de Adolfo Hering. (Exposición de Bellas Artes de Berlín). Los artistas de todos los países abandonan paulatinamente la representación de asuntos y hechos de otras épocas, difíciles de interpretar, inspirándose en todo cuanto les rodea, vive y se agita. Los nuevos conceptos del arte exigen del pintor profundo estudio psicológico de la sociedad moderna, para poder representarla en el lienzo y facilitar interesantes antecedentes para la historia de nuestra época, puesto que hoy como ayer persigue la humanidad determinados ideales y las pasiones y las virtudes agítanse violentas en el magín del hombre. Por eso los pintores de la escuela moderna buscan las fuentes de su inspiración en esos dramas íntimos que de continuo nos conmueven y que sintetizan nuestro modo de ser.

Adolfo Hering figura entre ellos, y su notable cuanto sentida composición reproduce un accidente real y tristísimo, que si por fortuna no es frecuente, prodúcese en las grandes capitales. Una amorosa madre, después de infructuosas pesquisas en busca de su hija, que era el encanto de su vida, acude al depósito judicial con el ánimo acongojado por cruel incertidumbre. Allí, sobre una mesa, halla tendido el inanimado cuerpo de su hija, extraída pocas horas antes de las cenagosas aguas del río, en el que se arrojó para ahogar las torturas de su corazón, víctima de cruel desengaño.

Tal es el hermoso cuadro del pintor alemán, premiado en la Exposición berlinesa.

Entrada de una huerta en Sevilla, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Muy joven emprendió García Rodríguez, con éxito y entusiasmo, sus primeros estudios bajo la dirección de D. José de la Vega, abandonando presto el estudio de las letras por el de las Bellas Artes. Sus progresos fueron tan rápidos como notables, distinguiéndose como inteligente paisajista en todas cuantas Exposiciones y Concursos se ha presentado. Sus cuadros titulados *Orillas del Guadalquivir*, *La tarde* y *San Benito de Calatrava*, premiados en las Exposiciones Nacionales de 1888 y 1890, así como el adquirido por los príncipes de Baviera, patentizan las cualidades y aptitudes del pintor sevillano, que aunque novel artista, ha logrado distinguirse hasta el punto de haber sido nombrado recientemente socio corresponsal de la Academia de San Fernando.



Andaba á la ventura, sin hacer caso de los faisanes que se levantaban á su paso...

MARCELA

POR PEDRO VALDAGNE. ·ILUSTRACIONES DE V. CORCOS

I



PABLO Trenier, aquel buen muchacho, por lo regular tan alegre, estaba muy triste en la mañana del día en que le presentamos en escena; con su chaquetón de terciopelo, su gorra de guardabosque y sus grandes botas amarillas, andaba á la ventura, sin hacer caso de los faisanes que se levantaban á su paso, aleteando ruidosamente, ni tampoco de las liebres que de un salto cruzaban el sendero, mostrando la mota blanca de su cola levantada.

Marcela estaba á punto de marcharse: debía seguir como camarera á la condesa de Vertval, su madrina, que regresaba á París muy tarde aquel año, es decir, en los últimos días de diciembre, pues la estación había sido magnífica, y el conde de Vertval, gran cazador, resistiéndose hasta entonces á privarse de su diversión favorita, había multiplicado las invitaciones.

Marcela se iba, y Trenier adoraba á Marcela. Ciertamente estaba tranquilo, porque volvería en la próxima estación, tan linda, tan graciosa, con la misma mirada serena y dulce, y con su largo cabello negro, que era su orgullo; también volvería fiel al amor que poco tiempo antes la declarara sinceramente, de la manera más sencilla y sin frases pomposas, ya que era una simple aldeana; pero en fin, iba á partir, y aquella separación de algunos meses parecía muy dura al buen Pablo Trenier.

Los dos se habían criado en el castillo de Vertval, en el centro del Perigord, sin separarse nunca. Marcela era hija de uno de los colonos de la condesa, quien había consentido en ser su madrina en las fuentes bautismales, dándole el nombre de Marcela, nombre que los campesinos alargaron muy pronto, según su costumbre, sin duda para que fuese más sonoro. Después, muerta su madre, *Marcelota*, según dieron en llamarla, fué recogida en el castillo, donde creció junto al pequeño Pablo Trenier, hijo del guardabosque del conde.

La condesa de Vertval, por lo demás, no había vuelto á ocuparse de su ahijada, pues al consentir en ser madrina de Marcela no pensó jamás en comprometer en lo más mínimo su responsabilidad; y hasta ignoró largo tiempo que la niña habitaba en su castillo, donde ella no pasaba más que algunos meses del año.

Pablo Trenier fué quien condujo allí á la huérfana, y muy pronto llegó ésta á ser la alegría de algunos viejos criados que habitaban el castillo todo el año, después de haber servido largo tiempo á los condes de Vertval, que por una antigua y respetable costumbre tenían en aquella morada sus inválidos.

Marcela cautivó muy pronto á toda aquella buena gente, que la mimaba y admiraba. Un viejo servidor que había visto morir al padre del conde actual, enseñóle á leer y dió principio á su educación rudimentaria, al mismo tiempo que á la de Pablo, huérfano á su vez, pues el guardabosque había sido muerto por la bala de un cazador furtivo á quien nunca pudo descubrirse. Marcela aprendió poco á poco á prestar servicios; más tarde, cuando ya era grandecita, eligiósela para ayudar en sus trabajos á la costurera, pobre anciana cuya vista comenzaba á debilitarse, y todas las atenciones que se dispensaban á Marcela pagábalas ésta con su cariño, su solicitud y sus gracias.

Pablo Trenier, robusto y fuerte, aprendía el rudo oficio de su padre. Los años pasaron así, y Pablo cumplió veinte la víspera del día en que Marcela llegó á los diez y ocho.

Y era agradable durante las veladas de invierno ver alrededor de la colosal chimenea de la cocina al joven guarda sentado junto á Marcela, mirándola tímidamente con una admiración de que apenas comenzaba á darse cuenta; mientras la niña, con su aire picaresco y adivinando sin duda alguna cosa, miraba á Pablo sonriente.

Marcela era para Pablo un ídolo; una palabra suya habría sido suficiente para inducirle á prender fuego á los bosques del conde, á pesar del inmenso cariño que les profesaba, porque allí podía pensar en ella en medio de un silencio profundo y durante horas enteras. No se creía feliz sino cuando ella le prometía aceptar su auxilio en cualquier trabajo demasiado fatigoso para sus fuerzas, y entonces entregábase á su tarea con tanta alegría, que á pesar suyo entonaba alguna ruidosa canción.

Y era porque en aquella joven tan fina y delicada parecíale observar un marcado sello de distinción cuando cruzaba las salas del castillo. Muy pronto Trenier comprendió que era un inmenso amor lo que llenaba su corazón, y entonces tuvo miedo.

En cuanto á él, bien sabía que era tosco y nada simpático ni elegante, como ella, y á menudo renegaba de su rudo aspecto, que le hacía parecer muy vulgar, y sobre todo de su limitada inteligencia, falta que él mismo reconocía con pesar al cometer alguna torpeza delante de Marcela, ó cuando la esperanza de ser amado de ella colmábale de alegría, manifestándose ésta por una ruidosa carcajada ó las más toscas frases. Marcela le miraba entonces con el aire de una gran señora y Pablo quedaba confuso, desesperando de refinar nunca sus modales, ni reducir aquella exuberancia de vida, por la cual debía parecer demasiado ordinario á los ojos de la joven. ¡Cuánto hubiera dado por poder imitar los graciosos modales de los señores del castillo! Pero cuanto más los observaba, menos podía aprender; no, jamás llegaría á tener su desenvoltura, ni le sería dado hablar como ellos. ¿Cómo lo hacían para encontrar tantas y tan agradables frases, mientras él permanecía silencioso cuando estaba solo con la mujer adorada, dominado por una timidez que le paralizaba la lengua? Muchas veces quiso declarar su amor; muchas veces parecióle que Marcela estaba dispuesta á escucharle; mas no podía decidirse, temeroso de oir su propia voz al declarar su pasión en medio del largo silencio de sus entrevistas, y poseído de angustia al pensar que tal vez la joven le contestaría con una cruel carcajada.

Marcela había adivinado esta adoración; su instinto de mujer le advirtió que existía algo más que buen compañerismo en las atenciones que Trenier la prodigaba, y agradecíaselo mucho en el fondo. En su inmaculado corazón de joven, el amor se formulaba independiente de todo atractivo físico; comprendía la vida de los dos como una asociación de esfuerzos y de buenas voluntades, y veía, sin tratar de explicarse por efecto de qué misterio, la prole que podrían tener y de la cual cuidarían ambos. No se le ocultaba á Marcela que entre marido y mujer debe reinar la mayor confianza, y en este punto era para ella una garantía el carácter franco y leal de Pablo. También estaba segura de que la respetaría y protegería; pero no sospechaba que pudiera producirse

una embriaguez loca en el amor, y dió su corazón al hombre cuyos menores ademanes y más insignificantes palabras revelaban su adoración.

Pero como á pesar de su ingenuidad y candor era muy maliciosa y traviesa, divertíanle las vacilaciones del enamorado mancebo, quien no osaba hacer la declaración que ella veía próxima; y sin echarlo de ver, mostrábase coqueta con su adorador.

Cierto día Marcela cayó enferma; poca cosa..., casi nada, una ligera fiebre que se cortó muy pronto; pero Pablo, sombrío é inquieto, fruncía el ceño y murmuraba imprecaciones que se perdían en su espeso bigote rojo; mostrábase muy reservado y apenas contestaba á los que arrostrando su aspecto hostil le dirigían alguna pregunta. Más de cien veces al día se acercaba á la puerta del aposento de la joven, dispuesto á entrar y sin atreverse á ello, temeroso de ver su rostro pálido, antes tan sonrosado, y temeroso también de que su voz bronca resonase demasiado en la habitación de la enferma. Después, cuando mejoró el estado de la joven, su inmensa alegría se desbordó; y el día en que entró por fin á verla, tímido y torpe como siempre, y Marcela le dijo «Vamos, Pablo, ya ves que estoy bien, aunque algo débil,» dos gruesas lágrimas cayeron de los ojos del buen Pablo é hizo una mueca, porque sentía al mismo tiempo deseos de reir y de llorar.

Y aquel mismo día fué cuando Marcela, muy conmovida á su vez, cogióle de las manos y le dijo:

– Escucha, Pablo, no se me oculta que me amas hace largo tiempo; tú no te atreves á decir nada, pero lo adivino... ¿No es así? Pues bien: yo te amo igualmente, me casaré contigo y seré buena y fiel; ya lo verás.

De este modo, sin muchas frases ni rodeos, se comprometió con Pablo para toda su vida.

Hacia la misma época, la condesa de Vertval fijó su atención en Marcela, á quien había olvidado casi.

Era ya una joven alta, de talle muy esbelto, seno prominente, cuyos latidos, marcándose con regularidad bajo el corsé, indicaban vigor y salud; manos pequeñas y brazos redondos bien modelados; pero lo que más llamó la atención de la Sra. de Vertval fué la expresión inteligente de Marcela, sus ojos negros, que revelaban la actividad del espíritu, el deseo de anticiparse á todo y también la graciosa sonrisa que entreabría sus labios, comunicando al rostro singular dulzura, la más propia para atenuar la malicia de su mirada. En todo el conjunto notábase un marcado sello de distinción, y á pesar de su natural desenvoltura, sabía mostrarse reservada y digna.

– Pero, Marcela, ¿estoy soñando?, díjole un día la condesa. ¿Eres tú la misma que yo tuve en brazos el día de tu bautizo? ¡Pues ya eres toda una mujer! ¿Sabes que esto me envejece mucho?

– He crecido bastante, en efecto, señora condesa...

– Y eres muy linda... Ya debes saberlo. ¿Qué haces tú aquí?

Marcela manifestó cuál era su ocupación en el castillo, diciendo que entonces tenía á su cargo toda la ropa blanca, y además llevaba el libro de cuentas de la cocina, porque escribía y contaba bien.

– ¿Quién te ha hecho ese vestido?, preguntó la condesa, admirada al observar el corte sencillo, pero en extremo correcto, del traje.

– Pues yo misma, señora condesa.

– Te sienta perfectamente.

– Le he copiado, añadió Marcela, ruborizándose, de un grabado del *Diario de la Moda* de la señora condesa...; tal vez haya hecho mal, porque es demasiado elegante y se ciñe mucho.

– Nada de eso; estás encantadora así.

De repente ocurrióle una idea á la condesa.

– Escucha, Marcela, dijo, ya debes saber que mi camarera Lina cesa en el servicio, porque se casa. ¿Quieres ocupar su puesto? Vendrás á París conmigo, yo te enseñaré pronto, y serás muy feliz.

Marcela vacilaba.

– ¡Hola!, exclamó la señora de Vertval, ¿es que no quieres salir del castillo? ¿Tienes algún amorío por aquí?

– ¡Oh! No, señora.

Marcela no osaba confesar el amor de Pablo Trenier.

La proposición fué admitida, y la condesa se alegró muchísimo, porque estaba segura de convertir muy pronto á la joven en una camarera elegante y de buen tono.

II

Mientras Pablo permanecía en el castillo, frío y solitario para él desde que la joven no le animaba con sus idas y venidas, Marcela por su parte tomaba posesión de París.

Apenas llegada, encontróse muy á su gusto en la ciudad monstruo, sin que la perturbase su continuo estrépito; pero como el conde de Vertval habitaba en la plaza de Malesherbes, en un barrio muy rico y aristocrático, la joven no conocía las míseras calles y los centros cuajados de populacho, que sin duda la hubieran infundido temor.

El palacio del conde fué para ella una maravilla: el gusto exquisito de la condesa y los caprichos de su esposo, sumamente aficionado á las artes, habían contribuído poderosamente á convertir cada habitación en una obra maestra.

El gabinete de la condesa, tapizado de seda al estilo de Luis XV, con sus elegantes sillones dorados y todos sus adornos á la Pompadour, era una preciosidad; en el monumental comedor, algo sombrío por efecto de la altura del techo y las tapicerías de una sola pieza, en las cuales brillaban dieciséis aplicaciones de plata maciza, veíase en el fondo, por un lado la gran chimenea y por el otro un enorme aparador cargado de lujosa vajilla; el gran salón, del todo moderno, estaba cuajado de ricos muebles, estatuas, adornos raros y plantas; y por último, la habitación de la condesa, tapizada de seda de China de color de rosa con blondas, las arañas de Venecia y los cuadros de celebrados maestros, completaba el magnífico conjunto.

Marcela se juzgaba muy feliz en medio de aquellas elegancias, porque satisfacían dulcemente muchas inclinaciones mal definidas que en ella se despertaban. Hubiérase dicho que en la joven se producía una nueva naturaleza, al parecer muy refinada y conocedora de las bellezas del arte. A veces permanecía largo rato ante el lienzo ahumado de un maestro holandés, que representaba con viva expresión existencias adivinadas por el artista, admirando las raras finezas de un claroscuro prodigiosamente hábil. Y esto era tanto más singular, cuanto que personas más ilustradas, más conocedoras de las manifestaciones del arte, solamente habrían visto allí una pintura tosca, una iluminación ennegrecida por el tiempo.

En el medio ambiente donde entonces vivía sentíase Marcela también más en contacto (aunque indirecto todavía) con el mundo exterior, con la sociedad elegante, agitada de esa fiebre parisiense que multiplica las facetas de la impresionabilidad, que complica las sensaciones centuplicándolas y hace vivir á varias existencias en una.

En el castillo de Vertval, Marcela había manifestado ya inclinación á retraerse de quehaceres puramente materiales; pero esto no la condujo sino á una vana meditación mal definida y sin objeto: ahora veía claramente seres que tan sólo se alimentaban de las cosas de espíritu; adivinaba una actividad del pensamiento en aquellas cabezas de la gente de mundo, y comprendía que era una existencia muy distinta de la que ella había conocido hasta entonces, pero mucho más interesante y apasionada. Hasta Marcela llegaban ecos de refinamiento de las costumbres que la seducían.

Bajo el traje de campesina de la joven, bajo su sencillez é ingenuidad, la condesa de Vertval había adivinado la mujer curiosa, que ansiaba saber y á quien halagaba todo cuanto era bonito y gracioso. Interesábase mucho en aquella brusca revelación, y ayudó á que se desarrollara la inteligencia de su nueva camarera. Complacíala mucho hablar con la joven, y divertíanle en extremo sus contestaciones y chistes originales. Cierto día sorprendió á Marcela en la biblioteca del conde leyendo un libro de que se había apoderado y que tenía por título *La mujer en el siglo* XVIII.

– ¿Te interesa eso, hija mía?, preguntó la señora Vertval un poco admirada.

¡Oh! Sí, señora, mucho.

Desde entonces Marcela fué discípula de la condesa, quien se interesó en despojar de su ruda corteza á la mujer superior que adivinaba en su ahijada; descubría en ella un nuevo ser, con el cual encariñóse sinceramente. No le fué difícil conseguir que la joven confesase cuanto sentía en su interior, y así supo que sus inclinaciones eran muy refinadas; instruyóla con solicitud, dejándole todo el tiempo necesario, y permitió que llegasen hasta Marcela los ecos de la vida de la alta sociedad.

Cierto día que hablaba con su esposo de esta especie de adopción, el conde le contestó sonriendo:

– Está muy bien: hagamos una señorita de esa Marcela, que ya me había llamado la atención cuando estábamos en Vertval... Noté que tenía cierto sello de distinción, y siempre creí que la mujer del colono, muy hermosa según recuerdo, debió ser sorprendida algún día por cualquier gran señor, de quien Marcela es hija verdadera... Por otra parte, no eres tú la única en hacer tales descubrimientos, pues yo también comienzo á descubrir que mi joven secretario, Renato Berard, es un hombre inteligente y digno, por lo cual me propongo hacerle progresar.

III

El conde de Vertval distraía sus ocios escribiendo una obra sobre cinegética, bastante voluminosa, para la cual necesitaba numerosos documentos, y por lo tanto había buscado un secretario: todas las mañanas Renato Berard trabajaba con él, y el señor de Vertval estaba muy satisfecho de su colaboración, porque el joven era inteligente, sumamente instruído y con muy buen criterio. Hombre de veinticinco años, de aspecto varonil, era muy pobre y vivía solo con su madre, á quien un cataclismo financiero privó á la vez de fortuna y de esposo. Renato, educado para más brillante porvenir, llevaba dentro de sí con resignación una profunda melancolía; era de carácter ardiente, fácil de entusiasmarse y soñaba en grandes cosas. Ahora bien: la casualidad quiso que se enamorase de Marcela, sin tratar de ocultárselo, y desde aquel instante la pobre joven se creyó perdida.

Hacía algún tiempo espantábase ella misma de los enormes progresos de su imaginación y veíase en un todo diferente de lo que antes era. En vano trataba de luchar contra aquella inclinación, cada vez más fuerte, á todas esas cosas finas y elegantes que constituyen el código mundano; pero sus aficiones se imponían cada vez más. Comprendía cuán peligroso era hacerse muy superior á Pablo Trenier, aquel hombre sencillo que nada de esto comprendía, y hubiera querido evitarlo.

Pero he aquí que de pronto se produjo una metamorfosis en su corazón; poco á poco, el amor tomaba cuerpo en el alma de Marcela en forma muy distinta que hasta entonces, y con sus ideas sobre el matrimonio mezclábanse ahora consideraciones de elección y deseos de mejorar. Era menos sano, tal vez, pero seguramente menos rudo que la concepción brutal del amor en la gente del campo; era una cosa delicada, con dulces ensueños, graciosos modales, palabras armoniosas y elegantes costumbres.

Y precisamente Renato Berard llegó en el momento más oportuno para dar cuerpo á todas estas meditaciones peligrosas. Marcela resistía, protestaba con todas sus fuerzas; mas á pesar suyo, un amor nuevo, mucho más conforme con sus íntimas aspiraciones, posesionábase de ella, haciéndola pasar por crueles alternativas.

La pasión que á Renato había inspirado Marcela era sincera; en primer lugar, la belleza de la joven le había impresionado vivamente; admiraba su gracia, su esbeltez, sus finos modales, y además (pues ya habían hablado con frecuencia) había entre ellos mucha afinidad de inclinaciones y marcada prevención contra todo lo que era vulgar. Por otra parte, como Renato era pobre y demasiado orgulloso para buscar en el matrimonio una situación que no hubiera debido á su valer, la pobreza de Marcela era una causa más para que desease tomarla por esposa.

En este sentido habló con franqueza al conde, como única persona de quien la joven dependía; el Sr. de Vertval se lo comunicó á su esposa, y aquella unión pareció á los dos muy razonable. En cuanto á Marcela, muy pronto tuvo conocimiento de la demanda oficial hecha por Renato.

Apenas la condesa pronunció las primeras palabras, sintió latir su corazón apresuradamente; estaba persuadida de que amaba á Renato y de que á nadie amaría sino á él, y también comprendía, con el espanto que inspiran las cosas irreparables, que su compromiso con Pablo Trenier había sido temerario; que su corazón fué sorprendido en el aislamiento en que vivía; que no le amaba ni había experimentado nunca por él más que una sincera afección fraternal y una inconsciente piedad ante su muda é inmensa adoración.

La condesa de Vertval quedó sorprendida al oir á Marcela pedir un plazo de tres días para contestar definitivamente. ¡Ah! Hubiera podido dar una respuesta inmediata, porque ya estaba resuelta sobre lo que debía hacer; había prometido su mano al pobre mozo que la esperaba en el castillo, y no se creía con derecho para rechazar ahora á un hombre que se le había ofrecido y á quien aceptó. Sin embargo, deseaba tres días para ponerse sobre sí, para que su voz no temblara al pronunciar la negativa, rehusando la felicidad con que le brindaban... y también para retardar el momento en que sería necesario renunciar para siempre á esa dicha y exclamar: «Todo ha concluído.» ¡Qué pronto pasaron aquellos tres días! Y cuando llegó la hora de la dolorosa resolución, Marcela pronunció enérgicamente el *no*, aunque con una fuerza algo ficticia, con la que apenas pudo reprimir un sollozo, al ver detrás de una corti-

nilla á Renato Berard, que se retiraba tristemente, llevándose consigo, sin saberlo, el corazón de la joven.

IV

El conde de Vertval había ido á inspeccionar algunas cortas en sus bosques en los primeros días de marzo.

Acompañábale su guarda Trenier.

Hacía ya algunos días que Pablo esperaba aquella oportunidad, y arreglóse muy pronto para que la conversación recayese sobre Marcela.

–¿Sabes tú, díjole el conde, que la niña ha rehusado un buen partido en París?

Una viva alegría iluminó el rostro de Trenier.

–Marcela, continuó el Sr. de Vertval, ha llegado á ser demasiado ambiciosa; se formó muy pronto, y ahora tiene aspiraciones que no guardan relación con su estado. ¿No recuerdas sus aires de gran señora? Pues bien: su estancia en París ha desarrollado sus tendencias aristocráticas... Y hétela aquí en un callejón sin salida. Mi secretario la pidió por esposa, y el pobre chico está desconsolado.

–Si Marcela no le ama..., se aventuró á decir Trenier.

–A decir verdad, es difícil en su elección, tal vez demasiado. Berard es un partido muy ventajoso para ella, porque está muy bien educado, es inteligente é instruído, y yo me intereso mucho por él, lo cual ya es algo. Si el ministerio se sostiene algunos meses más, haré que le nombren subprefecto. ¿Qué más podría pretender ella?

Pablo Trenier se había mostrado muy alegre al principio, no viendo en la negativa de Marcela sino una prueba de su fidelidad á su palabra; pero de repente se entristeció. En cambio de aquel porvenir brillante que la joven rehusaba, ¿qué podría él ofrecerle? Su negativa era una prueba de amor de aquella á quien tanto adoraba; ¿pero le bastaría á Marcela el suyo? Según acababa de oir, era completamente una señorita, y ahora le parecería el guardabosque más tosco y rudo que antes. Había hecho mal en dejarla marchar... Le habían transformado su Marcela. «Ya no me amará,» pensaba el infeliz.

Pero el alma de Pablo se sublevaba y sentía nacer la cólera contra aquel Berard que había osado amar también á Marcela. Por otra parte, ¿debía ella preferirle á él, ignorante y torpe, al joven superior de quien el conde le hablaba? ¿Estaría Marcela segura de amarle lo suficiente? ¿Y era justo que él, Trenier, aceptara aquel amor si la joven había de ser menos feliz?

Con estas reflexiones despertóse en Pablo un sentimiento de angustia dolorosa; era preciso cumplir un deber, averiguar con certeza dónde estaba la dicha de Marcela, y obligarla á que la aceptase, aunque con ello sufriera su corazón. Sin embargo, ¡qué penoso fué para él jugarse la felicidad de toda su vida! Durante las largas semanas que precedieron al regreso de la joven, aquella incertidumbre del porvenir le martirizó cruelmente, y cuando llegado el verano Marcela volvió al castillo con la condesa de Vertval, Pablo no tuvo valor para ir á verla; tanto temía reconocer que la joven se había transformado, en efecto, lo bastante para que le fuese forzoso renunciar á ella.

Sin embargo, era preciso ir.

–Pablo, díjole Marcela, he vuelto tuya, como te lo había prometido. Casémonos, pero que sea cuanto antes.

–Pero ¿á qué viene ahora esa prisa, y cuál es la causa de la tristeza que se indica en tu voz?

–La señora condesa, añadió Marcela, lo sabe y consiente en ello... ¿No estás contento?

La señora de Vertval estaba prevenida, efectivamente, porque Marcela, apurada por sus preguntas, confióle que había dado su palabra á Trenier, lo cual produjo en la condesa el mayor asombro. ¡Cómo podía creer que rehusase la mano de Renato Berard, joven instruído que conocía el mundo y podía, gracias al apoyo del conde, hacer una brillante carrera, para unirse con Pablo Trenier, hombre honrado, ciertamente, pero simple guardabosque, tosco y sin educación, que comprendiendo las aspiraciones de la joven no podía hacerla feliz!

Pero Marcela se mantuvo inexorable, limitándose á contestar con lágrimas en los ojos: «Lo he prometido.»

Sin embargo, Trenier la miraba, y veía que todo era verdad. Había cambiado más aún de lo que él suponía; su andar era gracioso, sus ademanes revelaban desenvoltura, su sonrisa, sus miradas y sus frases eran propias de una mujer de buen tono, una de aquellas que Pablo veía en el castillo entre los convidados de la condesa, y que él consideraba pertenecientes á un mundo distinto, que él no podría nunca comprender. ¡Cómo aquella delicada y elegante joven había de ser esposa de un pobre y obscuro guardabosque, de un palurdo desgraciado!

¡Alto aquí, Trenier!... ¡Has sido un loco!

Pablo pensó que esto sería una humillación para ella, y quiso evitarla.

Y mientras la contemplaba, observando su delicado rostro, muy pálido, y su expresión dolorosa, rasgóse el velo que aún cubría sus ojos, y adivinó que Marcela amaba á Renato Barard y que se sacrificaba en aras de su promesa.

¡Pues no, de ningún modo consentiría esto! Su deber estaba bien marcado esta vez... y era angustioso, pero debía cumplirle, y lo haría sin desfallecer.

Comprendió además que Marcela, por su parte no confesaría nada, y adoptando su resolución bruscamente, disimuló sus impresiones. Aquel hombre franco y leal las encubrió bajo una máscara; él, que jamás había faltado á la verdad, inventó una mentira, y con falsa timidez se excusó... «Ignoraba lo que había pasado en él, y por criminal que fuese, había olvidado á Marcela, amando á otra, con quien debía casarse... Era preciso... Estaba completamente obligado á ello»

–¡Mientes!, exclamó Marcela; á mí es á quien tú amas.

Ni un instante se dejó engañar por aquel heroísmo.

–¿No habré podido disimular lo bastante para consumar hasta el fin mi sacrificio?, preguntábase Marcela.

Pero dispuesta á pesar de todo á llevarlo á cabo, mostróse dulce, buena, seductora. Pablo Trenier, sin embargo, no cedió.

–Vamos, dijo, lo que me dices no es cierto... Yo sé que me amas... y también te amo yo... Te he dado toda mi vida... ¿No es verdad que me engañas?

–No.

–He vuelto para casarme contigo; quiero que me tomes por esposa, y tú no puedes rechazarme.

¡Ah! Si ella hubiese podido arrancarle una confesión, Pablo se habría visto obligado á ceder, aceptando la felicidad... porque Marcela le hubiera hecho dichoso.

Sí, la joven procedía de buena fe; deseaba ser esposa de Pablo Trenier, y comprendía, por más que él dijese lo contrario, que ella lo era todo para él, que Pablo había contado con su palabra; estaba además segura de que le amaría... Poco á poco olvidaría sus ilusiones, para adaptarse al carácter rudo, pero leal, de aquel hombre; pero Pablo se mantuvo inflexible.

Entonces Marcela experimentó dolorosa angustia ante aquel sacrificio sublime cuya grandeza comprendía y que le parecía más hermoso que el suyo propio... y aquel hombre le pareció entonces superior.

–No quiero... ¡Se ha concluído!, había dicho Trenier, pronunciando estas palabras con voz dura y baja la cabeza, como fiera acorralada por el cazador. El guardabosque se mostró más rudo, más grosero de lo que era en realidad y consiguió representar su papel... pero no engañar á Marcela.

Pablo Trenier encontró alguna campesina, con la cual se casó muy pronto... y aquel día vagó en sus labios la sonrisa del mártir que se sacrifica, feliz en medio del suplicio, adorando como antes á la mujer que amaba y perdiéndose para ella para toda la vida.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL



SECCIÓN CIENTÍFICA

CONSERVACIÓN DE EJEMPLARES DE HISTORIA NATURAL

La conservación de objetos ó ejemplares de estudio reviste para los naturalistas gran importancia. Los zoólogos y los botánicos precisan ya piezas anatómicas, ó herbarios, flores y frutos conservados en alcohol, para practicar determinados experimentos cuando no es posible realizarlos en la época ó estación verdaderamente indicada.

Cierto es que los botánicos tienen el recurso de obtener por medio de conocidos procedimientos la reconstitución de las plantas secas y practicar su correspondiente análisis, contando asimismo en sus colecciones con semillas y frutos que son á modo de complemento del herbario; pero como quiera que su consistencia es variable, presentan cuando están secos sus verdaderos caracteres, mas no así cuando son carnosos, en cuyo caso para sostener su real interés es preciso conservarlos en alcohol. Las mismas flores, conservadas en este líquido, son más fáciles de estudiar, y los organogenistas aprecian entonces su valor. Por último, hasta los anatómicos procúranse con frecuencia ejemplares conservados por este medio para estudiar los tejidos.

Recomiéndase invariablemente á los exploradores á quienes se confía el encargo de formar colecciones de historia natural obtener el mayor número posible de ejemplares en tal estado de conservación, y hasta el presente es el alcohol el agente por excelencia y al que se recurre eficazmente.

Numerosos ensayos se han practicado con el agua salada, fenicada ó conteniendo pequeñas dosis de bicloruro de mercurio, pero en ninguno de los casos en que se ha empleado ha podido asegurarse la conservación de un modo satisfactorio y sobre todo duradero.

Desde larga fecha busco el medio de suprimir el empleo del alcohol, siempre caro y no siempre fácil de obtener en los viajes, sustituyéndolo por un antiséptico disuelto en el agua, sin olor, á ser posible, y que pueda transportarse con facilidad.

He recurrido, al efecto, á todos los antisépticos conocidos para hacer un estudio comparativo de cada uno de ellos. El agua fenicada obscurece seguramente los objetos que en ella se sumergen. El bicloruro de mercurio en presencia de las materias vegetales se descompone y las muestras se deterioran al cabo de algunas semanas. Igual resultado obtuve con cuatro ó diez gramos de sulfato de cinc y con diez gramos de alumbre por cada litro de agua.

No recurrí á los líquidos compuestos, tales como el licor de Awen y licor de Barrois y el ácido arsenioso, de que se sirven los zoólogos. No sin desconfianza me atreví en 1877 á colocar una orobancha fresca en un cubo de agua en la que había disuelto una pequeña cantidad de ácido salicílico. Con gran sorpresa pude notar al cabo de dos ó tres años que la conservación de la orobancha no dejaba nada que desear.

Reanudé los ensayos con dos ó tres plantas enteras, que se conservan en buen estado desde el año 1883, en que las sumergí en la disolución. Una de ellas, *Saxifraga cranifolia*, con rizoma, hojas y flores, conservó durante dos años el color rosado de sus pétalos. Entonces coloqué el cubo á la acción del sol durante un mes, cubriéndolo simplemente con un papel, decolorándose algunas partes de la planta, sin que perdiera respecto de su buen estado de conservación.

Este año he comenzado los ensayos con igual éxito, sometiendo al experimento una *Lagenaria*, con sus hojas y flores. En otro cubo coloqué una *Hippophærhamnoides*, conservándose desde el mes de agosto en buen estado de coloración y conservación.

Las dosis que me han dado mejores resultados son de dos gramos de ácido salicílico por cada litro de agua dulce ordinaria. Intenté disolver tres gramos de ácido, pero prodújose saturación, y una parte posóse en el fondo del recipiente. Con un gramo por litro he obtenido algunas veces resultados, mas no debe considerarse como regla. Cuando se mezcla una pequeña cantidad de alcohol, la disolución se efectúa rápidamente y se puede entonces por este medio aumentar la dosis del ácido. La disolución de los dos gramos, que fué suficiente, no se efectúa inmediatamente en el agua pura; es preciso agitar durante algún tiempo la botella ó la garrafa, completándose la disolución al cabo de cinco ó diez minutos.

Desde el punto de vista económico y además por la facilidad del empleo de este antiséptico, creo que

es conveniente emplear este sistema, tanto para las colecciones de los museos como para los envíos que efectúan los viajeros naturalistas.

No he terminado todavía los ensayos que he practicado con los hongos y las materias animales, pero confío poder dar á conocer pronto los resultados. Si á ellos me refiero es porque espero que mis tentativas no han de ser infructuosas.

Jules Riseon
Ayudante naturalista del Museo de Historia Natural

* * *

Física recreativa. – Naipes mecánicos

Los juegos de manos hechos con naipes (prescindiendo de los que ofrecen poco interés y están basados en combinaciones que sólo requieren alguna memoria) exigen mucha destreza, la cual se adquiere con ensayos continuos y esfuerzos constantes. Hay, sin embargo, algunos experimentos de este género bastante curiosos, hechos con cartas preparadas de un modo más ó menos mecánico y que cualquiera puede practicar con buen éxito. Tres de estos mecanismos interesantes, combinados en un simple pedazo de cartulina, son los que vamos á describir á continuación.

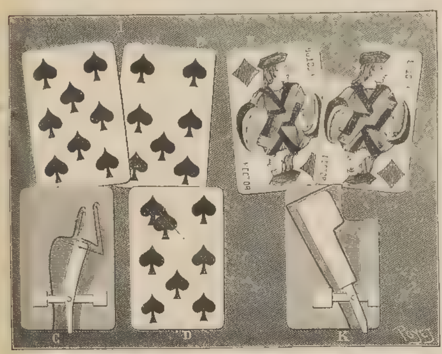


Fig 1. – Naipes preparados para juegos de manos. – 1. Ocho de espadas que tiene un punto movible por medio de una crin y puede cambiarse de lugar para transformar el naipe en un siete – 2. Sota de oros con una punta cortada que se puede reponer.

Hablaremos ante todo de una carta preparada, que se cambia con facilidad de ocho de un palo en siete y recíprocamente (fig. 1, núm. 1, A y B). El palo escogido para la fabricación de este naipe es el de espadas *(pique* en la baraja francesa). El punto que forma el ocho es movible, como se ve en la figura D (fig. 1, núm. 1); basta empujar con el dedo un pequeño vástago D, que asoma por la parte inferior del naipe, para transportar por medio de un hilo invisible, un cabello ó una crin, uno de los puntos sobre otro punto angular, con el cual se confunde cuando le está sobrepuesto.

Esta maniobra se hace procurando que el naipe esté boca abajo, y los espectadores no la ven, por consiguiente, sino por el revés. El punto movible está montado sobre dos crines blancas que, por medio de una palanca interior, lo conducen con toda exactitud hasta dejarlo colocado sobre el otro punto, ó sea sobre el palo (copas ú oros) fijo. El mecanismo va metido entre dos naipes pegados uno á otro, pero de modo que no formen al parecer sino uno solo. Este mecanismo está representado en C (fig. 1). El punto movible, siguiendo el camino trazado por las crines y arrastrado por ellas, cambia de lugar hasta sobreponerse al punto del lado de arriba para formar un siete Si se mueve en seguida la palanca hacia el otro lado, el punto cambia otra vez de lugar y recobra su posición primitiva para formar un ocho. El extremo de la palanca, que se debe empujar á la derecha ó á la izquierda para obtener la transformación, aparece en la parte inferior del naipe. Además, la figura C, en la que se ve el interior de éste, muestra el punto movible separándose de su sitio para ir á ponerse sobre el punto de un lado y formar el siete del palo.

La carta así construída es una maravilla de paciencia y de ingenio, teniendo también la ventaja de poderla presentar de cerca sin que sea posible ver la treta.

Otro curioso naipe preparado es el que se apedaza (fig. 1, núm. 2). El operador toma uno cualquiera al que le falta una punta, y al pasar la mano por delante resulta completo. Para conseguirlo se hace uso de un naipe compuesto, como el anterior, de dos pegados por los bordes y rotos en seguida por una de las puntas. Entre estos dos naipes hay un pequeño vástago de metal K, montado sobre un eje y puesto de manera que sobresalga un poco de los dos naipes por abajo. Por arriba este vástago lleva la punta que falta á la carta de encima. Conviene añadir que el eje está fijo en una plaquita de metal pegada á la carta de debajo.

Aplicando un dedo á la parte del vástago que sobresale de las cartas, se le hace girar sobre el eje, y entonces toma la posición indicada por la línea de puntos, volviendo á poner en su sitio la punta desprendida, punta que, vista á corta distancia, parece formar parte de la carta misma.

El tercer juego consiste en presentar un naipe que cambie tres veces de palo, y que en seguida se agrande. Este naipe está compuesto de otros tres diferentes que suponemos son el caballo de espadas, el as de copas *(cœur)* y el siete de oros *(carreau)*. En la fig. 2, núm 1, se ven estas dos últimas cartas. Colócanse las tres una encima de otra por el lado, y están unidas entre sí, como con una charnela, por medio de una tira de caucho que, al doblarlas, deja ver sucesivamente una de las tres cartas, y al volverlas desplegadas por completo, que se presenten por la parte posterior, en la cual hay pintada una sola carta tan grande como las tres (fig. 2, núm. 2). En el grabado esta carta es un siete de bastos *(trèfle* de la baraja francesa)

Para que el cambio de doblez sea invisible se requiere alguna destreza: se hace teniendo el naipe en la mano izquierda, y mientras se finge frotarla con la derecha, se cambia el naipe primeramente presentado. Cuando se han enseñado las tres cartas se da vuelta á todo, siempre en la mano, sujetando con la punta de los dedos la carta de en medio y se sueltan las otras dos; entonces las tiras de caucho se estiran y los tres naipes no forman más que una sola superficie en la cual está pintado el siete de bastos.

Así pues, este aparato, construído como queda dicho, da cuatro transformaciones.

Antes de conocer los varios mecanismos que acabamos de explicar, hemos visto presentar estas cartas en familia, y supusimos que los experimentadores tenían una destreza sorprendente que estaban muy lejos de poseer.

* * *

Nuevo aparato destilador para el agua de mar

Varios buques de la marina de guerra inglesa acaban de recibir á modo de ensayo un nuevo aparato destilador, que lleva el nombre de *Yarian* Distínguese este aparato de los conocidos hasta hoy en que el agua de mar en vez de hallarse en constante reposo introdúcese por medio de movimientos rápidos, agitándola violentamente. Preténdese que por este procedimiento de introducción, la evaporación es mucho más rápida y por consiguiente la potencia relativa del aparato por la cantidad de vapor empleado es más considerable que en los demás. Para la misma cantidad de agua destilada son mucho menores las dimensiones y el peso del aparato *Yarian.* Además en los grandes modelos de este tipo no existe constantemente más que una pequeña cantidad de agua en reposo, lo que produce una gran economía de peso con relación á los demás aparatos de otros sistemas; así, por ejemplo, un aparato *Yarian* puede producir cincuenta toneladas de agua destilada por día con un cilindro de 2m,128 de longitud por 1m,604 de diámetro En resumen, por efecto de la agitación constante del agua, las materias depositadas son poco adherentes y desaparecen con facilidad.

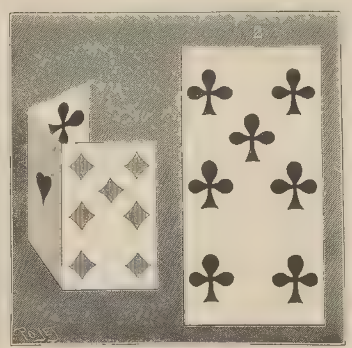


Fig. 2. - Naipe que se cambia tres veces. – 1. Naipe triple. – 2. Parte posterior del naipe triple, figurando uno tres veces mayor que un naipe común.

* * *

La fotografía de los colores

Gœthe, en su teoría de los colores, nos dice que el cloruro de plata expuesto á los rayos solares toma del espectro las mismas tonalidades. En 1850, Niepce de Saint-Víctor obtuvo fotografías coloridas que se sostuvieron durante algunas horas.

Después de Nieppe, Poitevin en Francia, Zencker en Alemania y Simpron en Inglaterra persiguieron la resolución del mismo problema. Por último, recientemente M. Lippmann presentó á la Academia de Ciencias una fotografía del espectro, en la que todos los colores se hallan reproducidos de modo estable y duradero, sin que á pesar de ello pueda afirmarse que sus repetidos ensayos hayan obtenido una solución práctica.

Justo es asimismo mencionar los experimentos llevados á cabo por algunos prácticos con idéntico fin, esforzándose en obtener pruebas en color obtenidas por medios ó procedimientos indirectos. En 1865, el barón Ransonnet, en Austria, propúsose alcanzar los mismos resultados, utilizando al efecto tres objetivos del mismo objeto colorido, ó sea á través de cristales rojos, azules y amarillos, transportándolos después sobre la piedra por medio de la fotografía.

El año de 1869 determina una fecha que debe consignarse especialmente en la historia de la fotografía. Dos hombres eminentes, M. Cros y M. Ducos de Hauron, aportaron una nueva solución á tan interesante problema. M. Ducos de Hauron, gracias á su extraordinaria perseverancia, llegó á alcanzar resultados prácticos, tomando tres clisés de colores primitivos, rojo, amarillo y azul, interponiéndolos entre las placas sensibles dotadas de propiedades ortocromáticas y el original. El análisis de los tres colores, rojo, amarillo y azul, habíase realizado, es decir, obtuviéronse los negativos monocromos, lográndose la síntesis de los tres colores positivos, rojo, amarillo y azul, cuya superposición produce la ilusión de los colores.

Posteriormente, en 1875, M. León Vidal, recibió el encargo de instalar algunos talleres en el muelle Voltaire, para obtener pruebas en colores por medio de un procedimiento de *fotocromía simple.* Empleáronse tantas piedras litográficas como colores debían reproducirse. Las tintas imprimiéronse sucesivamente sobre el papel, colocándose después sobre las tintas planas ó modeladas una prueba positiva fotográfica pelicular. La prueba produjo entonces todas las medias tintas y las sombras que no se habían todavía obtenido, lográndose, en suma, un lisonjero resultado. Los objetos metálicos reprodujéronse admirablemente y de una manera completa. Sin embargo y por causas independientes del procedimiento, no se prosiguieron los ensayos con tanto éxito comenzados. M. Albert, de Munich, y Bierstad, de Nueva York, aportaron una piedra más al edificio. La casa Orell Tussli, de Zurich, Eckstein de La Haya y otros establecimientos importantes dedicáronse á la impresión de fotografías en color.

Gracias al descubrimiento de placas sensibles ortocromáticas con la gama de los colores verdaderos, la aplicación de los colores en la fotografía ha realizado un progreso considerable. Prepaáronse primero con el colodión, y después, en 1883, Clayton y Attout Tailfer prepararon las primeras placas isocromáticas con la gelatina. El profesor W. Vogel y MM. Lobse, Eder y León Vidal han hecho dar un gran paso al ortocromatismo, de manera que puede obtenerse con fidelidad la gama de las tintas, progreso que abre un vasto campo de acción á nuevos ensayos.

G. T.

(De *La Nature*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN *por autores ó editores*

RECUERDOS DE MI VIDA, *por Ricardo Wagner.* – He aquí un libro indispensable á los aficionados á la música y no menos á los que gustan, sin serlo, de la buena literatura. El ilustre maestro refiere en este libro multitud de anécdotas todas curiosísimas, referentes á sus óperas y á los grandes músicos, actores y empresarios de su tiempo. Cuenta en estas *Memorias* suyas multitud de detalles de su vida íntima, y de cómo poco á poco fué venciendo dificultades hasta imponer al mundo su sistema musical.

La relación de cómo fué representado *Tannahusser* en París es un capítulo hermosísimo: el entierro de Weber es una joya literaria por el sentimiento y corrección con que ha sido descrito.

Otro encanto tiene el libro: las ilustraciones, entre las que figuran cincuenta caricaturas graciosísimas del ilustre maestro, hechas por los más afamados artistas y publicadas en la prensa de todo el mundo.

Este volumen, de 350 páginas y correctamente traducido del alemán y profusamente ilustrado, se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

DOS GENERACIONES. *Nueva novela del Conde León Tolstoy*, en la que se refiere cómo dos militares aristócratas, padre é hijo, juegan, se baten y se enamoran. La narración es sencilla y delicada, pero tienen los personajes ese relieve que sólo sabe dar á sus protagonistas el famoso autor de *La sonata de Kreutzer.* El episodio del oficial prisionero que se escapa y logra llegar perseguido de cerca al campamento de los suyos es en extremo interesante

El libro está muy bien traducido é impreso, y se vende á 3 pesetas en las principales librerías

¿ACADÉMICAS? – Es un folleto anónimo que unos atribuyen á D. Juan Valera y otros á la señora Pardo Bazán. Sea quien fuere el autor, es indudable que por el estilo, la gracia y la picardía de cuanto allí se dice es uno de los más preciosos libros escritos hace muchos años y que podría firmar cualquiera de nuestros más famosos escritores. Días hace que algunos literatos tratan de descubrir quién es el verdadero autor de ese mirlo blanco, pero hasta hoy nada se sabe.

Cuesta una peseta en las principales librerías.

DOS HISTORIAS VULGARES, *por D. José Castro y Serrano*, de la Real Academia Española. – Dice el ilustre autor de *Las cartas trascendentales* y de *La novela del Egipto* que en los banquetes modernos se sirven dos clases de sopa: una picante y otra dulce, al igual de lo que sucede con las lecturas contemporáneas, refiriéndose á las dos novelas cortas que contiene este libro. Picante podrá ser á su juicio *La serpiente enroscada*, pero lo es de buena ley, saturada del delicado aroma del tomillo y la retama que se aspira sin molestia, revestida, como *El reloj de arena*, con las bellezas de nuestro lenguaje, y expuestos los cuadros, personajes y situaciones con natural sencillez y claridad.

El libro del Sr. Castro Serrano podrá contener dos historias vulgares; pero como todas sus producciones, no pueden caer jamás en la vulgaridad.

Editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y profusamente ilustrado por Angel Pons, forma un bonito volumen, que se vende á 3'50 pesetas en las principales librerías.

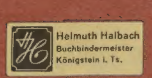
TROZOS ESCOGIDOS DE LITERATURA FRANCESA, en prosa y verso, *por D. Cayetano Castellón y Pinto.* – Obra de suma utilidad para cuantos se dedican al estudio del idioma francés es la que bajo el título que antecede acaba de publicar nuestro distinguido amigo Sr. Castellón y Pinto, catedrático del Instituto provincial de Jerez de la Frontera. Aparte de las utilísimas reglas que contiene, figuran recopilados en el libro trozos escogidos de literatura francesa, en prosa y verso, desde el siglo XVII hasta nuestros días, inteligentemente coleccionados, clasificados y anotados para servir de ejercicios de traducción á los alumnos de Institutos y Escuelas especiales, así como un vocabulario al final del texto.

Bien impreso, forma un volumen en 4.°, perfectamente encuadernado. Véndese al precio de 7 pesetas cada ejemplar.



ENTRADA DE UNA HUERTA EN SEVILLA, cuadro de D. Manuel García Rodríguez
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.



